DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES



EL AÑO LITURGICO



PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE SANTO DOMINGO DE SILOS

I

ADVIENTO Y NAVIDAD

1954
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ. O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis

1856

Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos, die 7.ª Januarii 1952.

Nihil Obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Burgos, 12 de junio de 1953

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Canc. - Secr.

Imprenta de Aldecoa - Burgos 17343

PROLOGO DE LA EDICION ESPAÑOLA

"Al pueblo español, está visto, le cuesta entrar por la Liturgia." Así se nos lamentaban no ha mucho, con cierto desengaño pesimista, algunas personas que habían visto lo poco concurrida, que, no obstante el pregón que se había hecho la víspera, había estado una de las fiestas más piadosas y características del año cristiano, y señalada con una de las más emocionantes y significativas ceremonias litúrgicas.

Reflexionando sobre este dicho, tal vez conviniera distinguir entre pueblo y pueblo. La masa de las ciudades, compuesta en su mayoría por empleados de oficina, dependientes de comercio y obreros, obligados a acudir a horas fijas al lugar donde han de ganarse el sustento, y aumentada por muchos que, siendo cristianos en el fondo, pero que, libres por entero en sus ocupaciones, viven dados a trabajos profanos de su gusto o enfrascados en sus negocios y como divorciados de todo culto público solemne, contentándose con

el mínimo de una asistencia a la misa rezada los días de precepto..., claro que este pueblo no entra, en general, por la Liturgia. Pero el pueblo verdaderamente cristiano e instruído, y aun el pueblo menos culto de las poblaciones campesinas, donde todavía perdura la tradición de las fiestas antiguas, incluso de las suprimidas como de precepto hace casi medio siglo, no cabe duda que ya está dentro de la Liturgia, si bien hayamos de lamentar que no siempre la entienda y la sepa practicar con la dignidad debida y sin mezcla de manifestaciones no del todo puras y legítimas.

Causa de la indiferencia de los unos y de la que podríamos llamar rutina y especie de superstición y vulgarismo de los otros, no es, a nuestro entender, sino la ignorancia y la falta de cultura religiosa y la consiguiente decadencia del culto.

Es cierto que también en España se ha hecho mucho en materia de Liturgia, y que los libros puestos al alcance de los fieles, se han multiplicado y no hay apenas persona que sepa leer, que no acude con su manual a la iglesia. Pero aun falta mucho por hacer, ya que no es suficiente, para una verdadera y fructífera renovación litúrgica, contentarse sólo con seguir, con un libro en la mano, la santa Misa y las demás ceremonias del culto sagrado. Para penetrar en toda la sustancia y para poder alcanzar todo el significado que encierran tanto los textos como los ritos litúrgicos, es menester prepararse antes es-

tudiándolos más a fondo con la asidua lectura de un libro adecuado.

Ahora bien: el libro clásico en esta materia es, sin género de duda, El Año Litúrgico *que hace años compuso el Abad benedictino de Solesmes Dom Próspero Guéranger, y que hoy ofrecemos a los católicos de lengua española.*

No vamos a entretenernos aquí en trazar la historia del sabio y santo restaurador de los estudios litúrgicos, pues su figura es harto conocida, y sobre él pueden consultarse otras publicaciones; y en cuanto a su semblanza como liturgista verdadero y completo, el lector mismo se la formará cabal cuando haya saboreado las páginas de este libro insuperable, sobre el que sólo añadiremos algunas apreciaciones.

La aparición de El Año Litúrgico *de Dom Guéranger hizo realmente época, y a esta obra se debe el resurgir posterior de los estudios litúrgicos y de la práctica consciente y estética de la Liturgia. En este sentido, esta obra ha causado una verdadera revolución religiosa y espiritual enteramente sana y bienhechora. Al emprender su trabajo, el Abad de Solesmes se proponía poner a los fieles en disposición de aprovecharse de los inmensos recursos que a la piedad cristiana ofrece la comprensión de los Misterios de la Liturgia. Y lo consiguió maravillosamente. En efecto,* El Año Litúrgico, *a diferencia de otros trabajos simplemente eruditos y de mera cultura, es una exposición doctrinal y piadosa del culto católico y*

de sus ritos sagrados, escrita con sumo entusiasmo y con entrañable amor a Dios, a Jesucristo, a su Iglesia y a sus Santos. El Año Litúrgico *es el mejor comentario de la Misa y del Oficio divino por su solidez y piedad, por la abundancia de ideas, por la claridad de la exposición, por el fervor y la unción de sus páginas. Por eso tuvo tanta aceptación y logró hacer tanto bien a las almas, hasta el punto de que un enemigo de la Iglesia llegó a escribir esta frase: "He aquí una obra que hará tanto mal (a la impiedad, se entiende) como bien han hecho los cuentos de Voltaire." El valor doctrinal de sus páginas es inmenso. Todos los misterios y Fiestas litúrgicas se exponen conforme a las enseñanzas de los Santos Padres y de la Teología, y con frecuencia los textos litúrgicos vienen a ser la ilustración de la exposición dogmática del Misterio. Pero además, cada día, cada tiempo litúrgico, esta obra ofrece al cristiano los elementos de su oración de la mañana y de la noche, para prepararse a la Comunión, para la acción de gracias y para la meditación. De esta manera este libro encierra una suma de enseñanzas que poco a poco van penetrando en el alma del lector en los diversos tiempos y festividades litúrgicas y la van despegando y libertando de todo naturalismo y laicismo individual e independiente, hasta dejarla empapada de una doctrina y piedad netamente católicas que operan en ella el saludable* sentire cum Ecclesia.

El Año Litúrgico *de Dom Guéranger es y será por excelencia el manual imprescindible y como la Biblia y Suma de la piedad litúrgica, y nunca será excesivamente recomendado. Muchas son las almas a quienes su lectura ya ha santificado, y entre otras plácenos recordar a Santa Teresita del Niño Jesús.*

Obra verdaderamente universal, católica, como ésta, ya desde su primera aparición fué traducida a buen número de lenguas europeas, y no acertamos a explicarnos cómo hasta el presente no se ha vertido al español. Cuando de jóvenes soñábamos en esto, se nos solía decir que tal traducción no tendría éxito en nuestra Patria por lo extenso de la obra original, y porque, se añadía, las personas, que pudieran entonces adquirirla, la obtendrían más fácilmente en su lengua original. Pero hoy han cambiado las circunstancias: la obra ha podido concretarse, y para asuntos culturales España ha extendido de nuevo sus fronteras hasta abarcar la América Española. Es, pues, hora de ofrecerla a todos los que hablan nuestra lengua, pues ellos merecen también que les proporcionemos la beneficiosa influencia de este libro inmortal.

Hay además otra consideración que siempre nos conmovía al leer El Año Litúrgico *y nos animaba a trabajar en la empresa de traducirlo: el afecto singular y sumo respeto con que su venerable autor habla de nuestra Patria siempre que se le ofrece ocasión al tratar de nuestros Santos,*

de nuestras tradiciones litúrgicas o de nuestra veneranda liturgia mozárabe, a cuyos tesoros recurre con frecuencia para ilustrar y amenizar las páginas de su obra. Es que Dom Guéranger era hijo total de la Iglesia, y sabía muy bien que la católica España *era y es una de sus hijas más fieles y uno de sus florones más bellos:* la perla del Catolicismo, *como suele llamarla. Este mismo justo y elevado sentir de nuestra catolicidad, lo heredaron de Dom Guéranger todos sus hijos, y en particular los que le sucedieron en la silla abacial de Solesmes, a quienes, mediante la Abadía de San Martín de Ligugé, debe la de Santo Domingo de Silos el haber surgido de sus ruinas, haber salvado gran parte de sus tesoros artísticos, y haber llegado a ser un foco de cultura litúrgica en España. Así, pues, la publicación de* El Año Litúrgico *en español, preparada precisamente por monjes que fueron formados en la vida monástica y en la vida litúrgica por discípulos del mismo autor, como Dom Guépin, será un homenaje de gratitud a su memoria y a la vez un enaltecimiento de nuestra propia Patria.*

La edición presente, dispuesta del todo conforme a la edición novísima de los monjes de Solesmes, la hemos completado para Hispano-América con la adición de las fiestas de los Santos españoles y americanos más notables, habiendo tenido la precaución de servirnos siempre que ha sido posible, de las mismas páginas que sobre ellos dejó escritas el primer Abad de Solesmes.

Quiera Dios que también en España y en los demás países de habla española la publicación de esta preciosa obra, tesoro de piedad maciza e ilustrada, produzca mediante la cultura y conocimiento sólido y la práctica sabia de la Liturgia de nuestra santa Madre la Iglesia Católica, la saludable renovación, no sólo religiosa, sino también artística, que ha producido en otros países, y sirva para mayor gloria de Dios y dignidad y gusto de su culto, triunfo de su Iglesia y bien de las almas.

En nuestra Abadía de Santo Domingo de Silos, a 21 de abril, de 1953, en la Fiesta de San Anselmo, benedictino, Arzobispo y Doctor de la Iglesia.

✠ FR. ISAAC M.ª TORIBIOS RAMOS
Abad de Silos

PROLOGO DE LA EDICION FRANCESA

Más de medio siglo fué necesario para llevar a cabo esta obra maestra, emprendida por Dom Guéranger bajo los auspicios del Arzobispo de París, y terminada por Dom Luciano Fromage; obra que ha podido ser imitada posteriormente, pero que jamás será igualada.

Constituye, en realidad, el origen de esa corriente de vida espiritual que caracteriza a nuestra época y que se ha dado en llamar piedad litúrgica, con todas las consecuencias que de ella se desprenden para la vida pública y privada y que lleva consigo una comprensión más perfecta de la Misa y una unión más íntima con la oración y la vida de la Iglesia.

El biógrafo de Dom Guéranger ha hecho notar que, cuando examinamos ahora la obra silenciosa de paz, de fortaleza y de luz que ha lle-

vado a las almas la lectura de un libro, traducido a la mayor parte de las lenguas europeas, cabe preguntarse si no ha sido realmente el Año Litúrgico la más bella y eficaz de todas las inspiraciones del abad de Solesmes. ¿Quién sería capaz de imaginar la suave y tranquila influencia de este magisterio universal, que una vez gustado por las almas, se diría que no aciertan a apartarse de él como si reconociesen el acento de la Iglesia y gustasen el sabor de su bautismo?

En esta edición se encontrará el mismo texto de Dom Guéranger. Pero la obra ha tenido que sufrir ciertos cambios, al añadir algunos nuevos capítulos y suprimir otros, teniendo presentes las diversas fiestas suprimidas o introducidas por la Iglesia durante los últimos cincuenta años. Por otra parte, los últimos progresos de la ciencia histórica nos han dado luz sobre el origen de algunos ritos; generalmente hemos preferido poner en nota las aclaraciones que nos parecían necesarias, en lugar de modificar el texto de Dom Guéranger. Finalmente hemos juzgado oportuno abreviar la obra suprimiendo textos sacados de las distintas liturgias y limitándonos a una antología de los mismos, más condensada.

Con la presentación en un formato más cómodo hemos podido reducir la obra a seis volúmenes de los quince que eran antes, haciéndola por

tanto más asequible al público. Esperamos que en esta nueva forma, el Año litúrgico ha de tener favorable acogida y que los fieles le demostrarán una confianza no desmentida desde hace un siglo.

San Pedro de Solesmes, 15 de agosto de 1948.

INTRODUCCION GENERAL

El mayor bien. — La oración es para el hombre el mayor de sus bienes. Es su luz, su alimento, su misma vida, ya que ella le pone en comunicación con Dios, que es *luz* [1], *alimento* [2] y *vida* [3]. Ahora bien nosotros, por nuestra parte, *somos incapaces de orar como conviene* [4]; es necesario que nos dirijamos a Jesucristo para decirle como los Apóstoles: *Señor, enséñanos a orar* [5]. Sólo El es capaz de desatar la lengua de los mudos, y de hacer elocuentes los labios de los niños, obrando este prodigio por medio de su Espíritu *de gracia y de oración* [6], que tiene sus delicias en *ayudar nuestra flaqueza, suplicando dentro de nosotros con gemidos inenarrables* [7].

El Espíritu Santo, espíritu de Dios. — La Santa Iglesia es en la tierra la morada del Es-

---

[1] *Juan*, VIII, 12.
[2] *Id.*, VI, 35.
[3] *Ibid.*, XIV, 6.
[4] *Rom.*, VIII, 26.
[5] *Luc.*, XI, 1.
[6] *Zac.*, XII, 10.
[7] *Rom.*, VIII, 26.

píritu Santo. Como un soplo impetuoso descendió sobre ella, apareciendo bajo el expresivo símbolo de flameantes lenguas. Desde entonces convive con esta feliz Esposa; es el principio de todos sus movimientos; le impone sus plegarias, sus deseos, sus cánticos de alabanza, su entusiasmo y sus anhelos. De ahí que no se haya callado ni de día ni de noche, desde hace dieciocho siglos; su voz es siempre melodiosa, su palabra se dirige siempre al corazón del Esposo.

A veces, bajo la moción de este Espíritu, que animó al Salmista y a los Profetas, toma el tema de sus cantos de los Libros del antiguo pueblo escogido; a veces, como hija y hermana de los santos Apóstoles, entona cánticos inspirados en los Libros de la Nueva Alianza; otras, finalmente, acordándose de que también Ella posee la trompeta y el arpa, deja la voz al Espíritu que la anima y canta a su vez *un cántico nuevo* [1]. De esta triple fuente nace ese sagrado órgano que se llama Liturgia.

La oración de la Iglesia. — La oración de la Iglesia es, por tanto, la más agradable al oído y al corazón de Dios y, por lo mismo, la más eficaz. Feliz, pues, quien ora con la Iglesia, quien asocia sus deseos particulares a los de esta Esposa, tan querida por el Esposo y siempre aten-

[1] *Sal.*, CXLIII.

dida. Por eso Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a decir *Padre nuestro* y no *Padre mío; danos, perdónanos, líbranos*, y *no dame, perdóname, líbrame*. Vemos también que la Iglesia no ha orado sola al orar en sus templos durante más de mil años, siete veces al día y otras tantas durante la noche. Los pueblos la acompañaban y se alimentaban con las delicias del maná oculto en las palabras y en los misterios de la sagrada Liturgia. Así iniciados en el ciclo santo de los misterios del Año cristiano, los fieles, atentos al Espíritu, conocían los secretos de la vida eterna y de este modo acontecía que, sin más preparación, cualquier creyente era con frecuencia escogido por los Pontífices para ser Sacerdote u Obispo y derramar sobre el pueblo cristiano los tesoros de doctrina y de amor que había adquirido en aquella fuente de la Liturgia.

Por tanto, si la oración hecha en unión con la Iglesia es luz para la inteligencia, para el corazón es así mismo una hoguera de amor divino. El alma cristiana no se retira a la soledad para conversar con Dios y ensalzar sus grandezas y misericordias, pues sabe muy bien que la unión con la Esposa de Cristo no la disipa. Porque ¿no es también Ella parte de la Iglesia que es la Esposa, y no ha dicho Jesucristo: *Padre mío, que sean una sola cosa como nosotros so-*

mos uno?[1] Y ¿no nos asegura el mismo Salvador que cuando varios se hallan reunidos en su nombre, *está El en medio de ellos?*[2] El alma podrá, pues, conversar fácilmente con su Dios que dice estar tan próximo; podrá *salmodiar* como David, *en presencia de los Angeles,* pues la oración eterna de éstos se une en el tiempo a la oración de la Iglesia.

HISTORIA. — Han pasado ya muchos siglos desde que los pueblos, absorbidos por los intereses terrenos, dejaron de celebrar las santas *Vigilias* del Señor y las místicas *Horas* del día. Cuando el racionalismo del siglo XVI las diezmó en beneficio del error, hacía ya mucho tiempo que los fieles sólo se unían exteriormente a la oración de la Iglesia los Domingos y días festivos. El resto del año, las pompas litúrgicas se venían realizando sin la participación del pueblo, que de generación en generación iba lamentablemente olvidando lo que había sido el sustento nutritivo de sus padres. La oración privada sustituía a la oración social: el canto, que es la expresión natural de los anhelos y aun de las quejas de la Esposa, se reservaba para los días más solemnes. He ahí la primera y fatal revolución de las costumbres cristianas.

---

[1] *Juan,* XVII, 11.
[2] *Mat.,* XVIII, 20.

Pero, al menos, el suelo de la Cristiandad estaba todavía cubierto de iglesias y monasterios, en los que de día y de noche resonaban como en los tiempos antiguos los acentos de la oración. Tantas manos elevadas al cielo hacían descender el rocío celestial, alejaban las tempestades, aseguraban la victoria. Los siervos y siervas del Señor que alternaban en la alabanza eterna eran solemnemente delegados por las sociedades de entonces todavía católicas, para presentar de una manera íntegra a Dios, a la gloriosa Virgen María y a los Santos, el tributo de su homenaje y agradecimiento. Estos votos y oraciones constituían el bien de todos; los fieles se unían con gusto a ellas; y cuando algún dolor o esperanza los llevaba al templo, se complacían oyendo, a cualquier hora, aquella voz incansable, que sin cesar subía hacia el cielo en favor de la cristiandad. Más aún, el cristiano fervoroso se unía a aquella voz, dejando a un lado sus quehaceres y negocios, es que poseían todos el sentido de los misterios litúrgicos.

CONSECUENCIAS DE LA REFORMA.— Llegó la Reforma, y lo primero que hizo fué herir el órgano vital de las sociedades cristianas: hizo cesar el sacrificio de la alabanza. Cubrió la cristiandad con la ruina de nuestras iglesias; los clérigos, vírgenes y monjes fueron expulsados o martirizados y los templos que lograron salvarse, fueron

condenados al mutismo en gran parte de Europa. En el resto, y sobre todo en Francia, la voz de la oración se hizo más débil, porque muchos de los santuarios devastados no se levantaron ya de sus ruinas. De esta suerte la fe disminuyó, el racionalismo tomó proporciones alarmantes, de forma que, en nuestros días, la sociedad humana parece bambolearse sobre sus bases.

No fueron los últimos, los violentos destrozos que llevaron a cabo los Calvinistas. Francia y otros países católicos se vieron invadidos por el espíritu del orgullo que es enemigo de la oración porque, según él, *la oración no es acción;* como si toda obra buena del hombre no fuese un don de Dios, un don que supone una petición previa y una acción de gracias consiguiente. Hubo, pues, hombres que dijeron: *Hagamos cesar las fiestas de Dios sobre la tierra*[1]; y entonces cayó sobre nosotros aquella desgracia universal que el piadoso Mardoqueo suplicaba al Señor apartase de su pueblo, cuando decía: *Señor, no cierres las bocas de los que te alaban*[2].

RESTAURACIÓN. — Pero, gracias a Dios, *no hemos sido completamente consumidos*[3]; *los restos de Israel se han salvado*[4]; *y he aquí que el nú-*

[1] *Salm.*, LXXIII, 8.
[2] *Ester*, XIII, 17.
[3] *Jerem.*, *Lament.*, III, 22.
[4] *Is.*, X, 21.

mero de los creyentes ha aumentado en el Señor[1]. Y ¿qué es lo que ha ocurrido en el corazón del Señor Dios nuestro para que se obre este retorno misericordioso? Sencillamente que se ha reanudado la oración. Numerosos coros de vírgenes sagradas, a los que se unen, aunque en número inferior todavía, el canto más varonil de los hijos del claustro, *se deja oír en nuestra tierra, como la voz de la tórtola*[2]. Esta voz se hace más potente cada día: quiera el Señor aceptarla y que el arco iris aparezca por fin sobre las nubes. ¡Ojalá los acentos de esta oración solemne hallen su eco en nuestras catedrales, que tantas veces los repitieron a través de los siglos! ¡Ojalá la fe y esplendidez de los fieles hagan revivir los prodigios de aquellos siglos pasados, que fueron tan gloriosos porque sus instituciones públicas rendían pleito homenaje a la omnipotencia de la oración!

En la escuela de la Iglesia. — Pero esta oración litúrgica llegaría a ser bien pronto infructuosa, si los fieles no se uniesen a ella al menos de corazón, cuando no pueden participar externamente. Ciertamente no puede contribuir a la salvación de los pueblos sino en la medida que es comprendida. Abrid, pues, vuestros corazones,

[1] *Act.*, V, 14.
[2] *Cant.*, II, 12.

hijos de la Iglesia católica y venid a orar con la oración de vuestra madre. Venid a completar con vuestro asentimiento esa armonía que encanta al oído divino. Vuelva el espíritu de oración a revivir en su fuente primitiva. Os recordaremos la exhortación del Apóstol a los primeros fieles: *La paz de Cristo salte de gozo en vuestros corazones: El Verbo de Cristo habite en vosotros en plena sabiduría; y vosotros mismos instruíos y exhortaos mutuamente con salmos, himnos, y cánticos espirituales, cantando a Dios en vuestros corazones con su gracia* [1].

Durante mucho tiempo, y para remediar una inquietud lacerante se buscó el espíritu de oración y aun la misma oración en métodos y libros que, ciertamente, encierran pensamientos buenos, hasta piadosos, pero al fin pensamientos humanos. Es un alimento desnutrido porque no inicia en la oración de la Iglesia: más bien que unir distancia. A este tipo pertenecen tantas colecciones de fórmulas y consideraciones, publicadas desde hace dos siglos bajo distintos títulos, en las cuales se trata de edificar a los fieles y de sugerirles algunos afectos más o menos triviales, sacados siempre del campo de ideas y sentimientos que eran más familiares al autor del libro, ya se trate de la asistencia a la santa Misa, ya de la recepción de los Sacramentos o de la

[1] *Col.*, III, 15, 16.

celebración de las fiestas de la Iglesia. De ahí también el matiz tan diverso de todos esos escritos, que, sin duda y a falta de otra cosa, ayudan a las personas ya piadosas, pero que son plenamente insuficientes cuando se trata de infundir el gusto y el espíritu de oración a los que aún no lo poseen.

UN PELIGRO. — Tal vez se diga que, al reducir todos los libros prácticos de la piedad cristiana a un simple comentario de la Liturgia, nos exponemos a debilitar y quizás a destruir con formas demasiado positivas, el espíritu de Oración y Contemplación, que es un don tan precioso del Espíritu Santo en la Iglesia de Dios. En primer lugar, a esto respondemos que, al proclamar la superioridad incontestable de la oración litúrgica sobre la oración individual, no pretendemos decir que haya que suprimir todos los métodos privados: sólo tratamos de colocarlos en su lugar. Afirmamos también que, si se dan varios grados en la divina salmodia, de manera que los más ínfimos apoyándose en la tierra, son accesibles a las almas que están todavía en los trabajos de la *Vía purgativa,* a medida que el alma se eleva por esta mística escala, se siente *iluminada* por un rayo celestial y una vez llegada a la cumbre encuentra la *unión* y el reposo en el soberano bien. Porque efectivamente, ¿de dónde sacaban la luz y el ardor que poseían y que tan

vivamente han dejado impresos en sus obras, aquellos santos doctores de los primeros siglos, aquellos divinos Patriarcas de la soledad, sino de las largas horas de salmodia, durante las cuales la verdad sencilla y multiforme pasaba continuamente por delante de los ojos de su alma transfigurándola con inmensas oleadas de luz y de amor? ¿Quién dió al seráfico Bernardo aquella maravillosa unción que como un río de miel corre por todos sus escritos; quién comunicó al autor de la *Imitación*, aquella suavidad, aquel oculto maná que, después de tanto tiempo, no se torna insípido; a Ludovico Blosio aquella dulzura y delicadeza inenarrables que conmueve a todo el que quiera poner en él su corazón; quién si no el regusto habitual de la Liturgia en cuyo ambiente se deslizaba su vida, en una feliz combinación de cantos y suspiros?

No tema, pues, el alma esposa de Cristo, solicitada por anhelos de oración, no tema, decimos, sufrir de aridez al borde de esas aguas maravillosas de la Liturgia, susurrantes a veces como el riachuelo, rugientes otras como el torrente y desbordadoras en ocasiones como el mar; acérquese y beba en ese regato cristalino y puro, *que salta hasta la vida eterna*[1]; porque ese agua mana *en las fuentes mismas del Salvador*[2] y el Espíritu divino la fecunda con su virtud para que sirva

[1] *Juan*, IV, 14.
[2] *Is.*, XII, 3.

de dulzura y alivio al *ciervo sediento* [1]. Tampoco se asuste el alma, absorta en los encantos de la contemplación, del resplandor y armonía de la oración litúrgica. ¿No es ella también un instrumento melodioso bajo la pulsación del Espíritu Santo que la anima? ¿Y por qué no ha de percibir también el habla divina, lo mismo que el Salmista que es el órgano de toda verdadera oración, aceptado por Dios y por la Iglesia? Pues ¿por ventura no recurre a su arpa cuando quiere despertar en su corazón la llama sagrada, y exclama: *Mi corazón está presto, oh Señor, mi corazón está presto; cantaré, pues, y entonaré salmos. ¡Despiértate, gloria mía, despiértate, arpa mía! De madrugada me levantaré; te cantaré. Señor, ante los pueblos; entonaré salmos en presencia de las naciones, porque tu misericordia es más grande que los cielos y tu verdad está más alta que las nubes?* [2] Otras veces, transportado sobre el mundo sensible, *entra en los dominios del Señor* [3] y se abandona a una santa embriaguez. Y para calmar el ardor que le devora, prorrumpe en el sagrado Epitalamio: *Mi corazón, dice, ha soñado un poema sublime; al Rey mismo quiero dedicar mis cantos* [4]; complaciéndose en expresar la belleza del Esposo vencedor y la gra-

---

[1] *Salm.*, XLI, 2.
[2] *Salm.*, CVII.
[3] *Salm.*, LXX, 15.
[4] *Ib.*, XLIV.

cia de la Esposa. De esta suerte, la oración litúrgica es para el hombre contemplativo tanto principio, como resultado de las visitas del Señor.

El pan de todos. — Pero es ante todo divina, por ser al mismo tiempo la leche de los niños y el pan de los fuertes; semejante al maná milagroso del desierto, sabe a cada cual según su propio paladar. Aun los que no se cuentan entre los hijos de Dios, admiran a veces esa propiedad particular suya, y confiesan que sólo la Iglesia católica conoce los misterios de la oración; pues, si los protestantes carecen de escritores ascéticos, es precisamente porque no tienen oración litúrgica. No hay duda que, siendo el Sacramento de la Eucaristía el centro de la religión, la carencia del mismo bastaría para explicar la falta absoluta de unción en todas las producciones de la Reforma; porque la Liturgia está de tal manera unida a la Eucaristía, de la que es gloriosa aureola, que si las Horas canónicas cesaron y era lógico que cesasen al suprimirse el dogma de la presencia real.

La manifestación de Cristo. — Así pues, Jesucristo es, no sólo el medio sino el objeto de la Liturgia, y por esta razón, el Año litúrgico, que nos proponemos explicar en esta obra, no es más que la manifestación de Jesucristo y de sus mis-

terios en la Iglesia y en el alma fiel. Es el Ciclo sagrado donde las obras divinas brillan como en su propio centro: los siete días de la Creación; la Pascua y Pentecostés del antiguo pueblo escogido; la inefable Encarnación del Verbo, su Sacrificio, su Victoria; la bajada del Espíritu Santo; la sagrada Eucaristía; las glorias inenarrables de la Madre de Dios, siempre Virgen; el esplendor de los Angeles; los méritos y triunfos de los Santos: se puede decir, por tanto, que tiene su punto de partida en la Ley de los Patriarcas, su progreso en la Ley escrita, su consumación siempre en aumento bajo la Ley de Amor, hasta que ya del todo perfecto, se pierde en la eternidad, del mismo modo que la Ley escrita cesó por sí misma el día en que la potencia invencible de la Sangre del Cordero desgarró en dos partes el velo del templo.

¡Ojalá nos fuera dado poder expresar dignamente las santas maravillas de este místico calendario, del cual no es el otro sino un símbolo y humilde marco! ¡Qué felices nos sentiríamos en poder hacer comprender la inmensa gloria que con la conmemoración anual de todas estas maravillas, se le tributa a la Santísima Trinidad, al Salvador, a María, a los Espíritus bienaventurados y a los santos! Si la Iglesia renueva todos los años su juventud *como el águila* [1], es porque mediante el Año litúrgico, recibe la visita de su

[1] *Salm.*, CII, 5.

Esposo en la medida de sus necesidades. Todos los años le vuelve a ver niño en el establo, ayunando en la montaña, sacrificándose en la Cruz, resucitando del sepulcro, fundando su Iglesia e instituyendo los Sacramentos, subiendo a la diestra de su Padre, enviando a los hombres el Espíritu Santo; y las gracias de estos sagrados misterios se renuevan también en ella, de manera que el jardín de la Iglesia, fecundado según sus necesidades, envía continuamente al Esposo el *delicioso aroma de sus perfumes, bajo el soplo del Aquilón y del austro* [1]. Todos los años el Espíritu divino toma posesión de su Amada y la comunica luz y amor; todos los años saca un aumento de vida, del influjo maternal que la Virgen Santísima ejerce sobre ella en los días de *sus gozos*, de *sus dolores* y de *sus glorias;* finalmente, las brillantes constelaciones formadas en radiante variedad por los Espíritus de los nueve coros y por los Santos en sus diversos órdenes de Apóstoles, Mártires, Confesores y Vírgenes, derraman anualmente sobre ella socorros poderosos e inenarrables consuelos.

Ahora bien, lo que el Año litúrgico obra en la Iglesia en general, lo realiza también en el alma de todo fiel atento a recoger en sí el don divino. Esta sucesión de místicas estaciones proporciona al cristiano los medios de esa vida sobrenatural,

---

[1] *Cant.*, IV, 16.

sin la cual toda otra vida no es sino una muerte más o menos disfrazada; y hay almas de tal manera enamoradas de esta corriente divina que circula por el ciclo católico, que hasta llegan a sentir físicamente sus cambios, de suerte que la vida sobrenatural parece absorver a la natural y al calendario de los astrónomos.

¡Ojalá, pues, los lectores católicos de esta obra se vean libres de esa tibieza de la fe, de ese letargo del amor, que casi han borrado las huellas del Año litúrgico, que en otros tiempos fué y siempre debe ser alegría de los pueblos, luz de los sabios y libro de los humildes!

Objeto de la obra. — Esperamos que de todo lo dicho el lector sacará en consecuencia que no es nuestro propósito hacer aquí gala de recursos para trazar un sistema, hacer oratoria, filosofía o cualquier otra cosa bella a propósito de los misterios del Año eclesiástico. Una sola finalidad es la nuestra y por su consecución rogamos a Dios humildemente: la de servir de intérpretes a la Santa Iglesia, la de poner a los fieles en condición de poder seguirla en su oración durante cada estación mística, y aun cada día y cada hora. No quiera Dios que por un sólo momento nos atrevamos a equiparar nuestros pensamientos pasajeros a los que Nuestro Señor Jesucristo, que es la divina Sabiduría, inspira por medio de su Espíritu a la que es su amada Esposa: Procu-

raremos con el mayor cuidado captar las intenciones del Espíritu Santo en las diversas fases del Año litúrgico, moviéndonos a ello con el estudio atento de los más venerables monumentos de la oración pública y con las inspiraciones de los Santos Padres y de los intérpretes antiguos y aprobados; de suerte, que con ayuda de estos auxilios, podamos ofrecer a los fieles la medula de la oración de la Iglesia y, a ser posible, unir a la utilidad práctica esa dulce variedad que consuela y recrea al mismo tiempo.

No descuidaremos en esta obra el culto de los Santos, porque es una de las grandes necesidades de todos los tiempos, pero sobre todo de los modernos. La devoción a la adorable persona del Salvador ha surgido entre nosotros con nuevo vigor; el culto de la Santísima Virgen crece y se propaga; si vuelve a renacer también la confianza en los Santos, entonces desaparecerán las huellas de esa desviación de la piedad, que por el influjo sordo del Jansenismo, inficionaba la vida espiritual de los franceses. Mas como en esto hay que procurar no extralimitarse, pocas veces trataremos de Santos que no traiga el Calendario romano.

A pesar de todo, no extraeremos nuestras fórmulas únicamente de la Liturgia romana, aunque ésta constituya la base del Año litúrgico; en nuestro tesoro de oraciones recogeremos también el eco de las liturgias Ambrosiana, Galicana,

Gótica o Mozárabe, Griega, Armenia, Siria, etc; porque contribuirán sin duda a que la voz de la Iglesia se perciba más plena y armoniosamente. La Edad Media produjo en las Iglesias occidentales dentro del género litúrgico, secuencias de una belleza extraordinaria; uno de nuestros primeros cuidados consistirá en iniciar a los fieles que nos lean, en la inteligencia de esas purísimas fuentes de ternura y de vida.

En cuanto al sistema que hemos de seguir en cada uno de los volúmenes de este *Año litúrgico,* dependerá del género especial de las materias que en él se traten. Dejaremos para nuestras INSTITUCIONES todo lo concerniente a la parte puramente científica de la Liturgia, limitándonos aquí a los detalles necesarios para iniciar a los fieles en las miras de la Santa Iglesia, dentro de cada una de las estaciones místicas del año. Presentaremos las sagradas fórmulas, explicadas y adaptadas al uso de los fieles por medio de una glosa, en la que trataremos de evitar los inconvenientes de una fría traducción, y también la pesadez de una paráfrasis sobrecargada e insípida.

Como, según hemos dicho, nuestra finalidad es ofrecer a los fieles la parte más substanciosa y nutritiva de la Liturgia, en la elección de las piezas nos hemos dejado guiar por este criterio, dejando a un lado todo lo que no lleva directamente a ese fin. Sobre todo hay que tener en

cuenta esta observación tratándose de los trozos sacados de los libros litúrgicos de la Iglesia griega. Es admirable la riqueza y piedad que encierra esta Liturgia cuando se la saborea sólo en extractos; pero no se hace atractiva cuando se la lee en sus propias fuentes. Abunda en repeticiones que producen hastío, desvirtuándose su unción en repeticiones interminables. Así pues, en esta mies demasiado abundosa solamente hemos procurado espigar y recoger la flor.

Nos referimos sobre todo a las *Menees* y a la *Antología* de la Iglesia griega. Las piezas litúrgicas de las demás Iglesias orientales están generalmente compuestas con más gusto y sobriedad.

DIVISIÓN DEL CICLO. — La primera parte del *Año Litúrgico* ha de contener la explicación del culto divino, *desde el Adviento hasta la Purificación.* En la segunda se tratará de la Liturgía *desde la Purificación hasta la Semana Santa.* La tercera tendrá por objeto *el Tiempo Pascual.* La cuarta contendrá en primer lugar las fiestas de la *Santísima Trinidad, Corpus Christi* y *Sagrado Corazón de Jesús* y además irá dedicada al *Tiempo después de Pentecostés.* Este conjunto, cuyo plan está trazado por la misma Santa Iglesia, desarrolla el drama más sublime que puede ofrecerse a la contemplación de los hombres. La intervención de Dios en la salvación y santificación de los hombres, la conciliación de la justicia

con la misericordia, las humillaciones, dolores y glorias del Hombre-Dios, la venida y las operaciones del Espíritu Santo en la humanidad y en el alma fiel, la misión y la acción de la Iglesia; todo se desarrolla aquí de la manera más emocionante y viva; todo llega a su debido tiempo por la sublime sucesión de los aniversarios. Han transcurrido dieciocho siglos desde que se realizó *un hecho divino;* en la Liturgia se renueva su aniversario y el sentimiento de lo que Dios obró hace ya tantos siglos vuelve a renacer en el pueblo cristiano. ¿Qué inteligencia humana habría podido concebir un plan semejante?

¡Cuán endebles aparecen al lado de nuestras realidades imperecederas, esos hombres temerarios y superficiales que creen en el fracaso del cristianismo, que se atreven a considerarlo como una antigualla y ni siquiera sospechan hasta qué punto permanece vivo e inmortal entre los cristianos por medio de su Año litúrgico! Porque ¿qué otra cosa es la Liturgia, sino una contínua afirmación, una solemne adhesión a los hechos que ya se realizaron en otro tiempo, y cuya eficacia es indestructible, porque desde entonces se renueva su memoria todos los años? ¿Es que no poseemos nuestros escritos apostólicos, nuestras Actas de los Mártires, nuestros antiguos decretos de los Concilios, nuestros escritos de los Santos Padres y nuestros monumentos, cuya serie llega

hasta el origen y nos proporcionan el más explícito testimonio sobre la tradición de nuestras fiestas? El Año litúrgico sólo tiene su plena vida y desarrollo dentro de la Iglesia católica, pero las sectas separadas ya sea por el cisma ya por la herejía le acreditan también por los vestigios que conservan y gracias a los cuales subsisten todavía aunque con vida precaria.

Actualidad de los misterios. — Pero, si la Liturgia nos conmueve todos los años, presentando ante nuestros ojos la renovación altamente dramática de todo cuanto se operó en favor de la redención humana y del contacto del hombre con Dios, hay algo más admirable, y es que esta renovación anual no quita nada al vigor y espontaneidad de nuestras emociones cuando se trata de comenzar de nuevo el Año litúrgico, cuyas etapas acabamos de señalar. El Adviento se halla siempre impregnado de cierta ansiedad dulce y misteriosa; Navidad nos subyuga siempre por las incomparables alegrías del Nacimiento del Niño Dios; con idéntica emoción penetramos en la melancólica Septuagésima; en Cuaresma caemos de hinojos ante la justicia divina y nuestro corazón se siente entonces invadido por una saludable compunción que se diría no habíamos percibido el año anterior. ¿No es verdad que la Pasión del Señor, seguida día por día y hora por hora, nos parece siempre nueva? ¿Los resplan-

dores de la Resurrección no traen a nuestro corazón un gozo que hasta entonces nunca habíamos experimentado? La Ascensión triunfante ¿no despliega ante nuestra vista panoramas de la economía de la Redención que ni siquiera habíamos soñado? Y cuando en Pentecostés desciende el Espíritu Santo ¿no es cierto que sentimos renovada su presencia y que en ese día y en ese momento son superadas las emociones del año anterior? ¿Por ventura la fiesta del Santísimo Sacramento, que tan radiante y evocadora se nos acerca todos los años, encuentra nuestros corazones insensibles al don inefable que Jesús nos hizo la víspera de su Pasión? ¿Más bien no nos sentimos como nuevamente posesores de este inagotable misterio? Cuantas veces conmemoramos las fiestas de María, se nos revelan aspectos inesperados de sus grandezas, y cuando nuestros santos preferidos nos vuelven a visitar durante el Año, nos parecen más hermosos, atrayentes o aleccionadores: los comprendemos mejor y sentimos más vivamente los lazos que nos unen a ellos.

PODER SANTIFICADOR DE LOS MISTERIOS. — Este poder vivificante del Año litúrgico sobre el que, finalmente, queremos insistir, es un misterio del Espíritu Santo, que fecunda sin cesar la obra que El inspiró a la Santa Iglesia, con el fin de santificar el tiempo asignado a los hombres para

hacernos dignos de Dios. Admiremos también esa sublime economía, ese tacto con que va poniendo las verdades de la fe al alcance de nuestra inteligencia y desarrollando en nosotros la vida de la gracia. Todos los artículos de la doctrina cristiana quedan, no solamente enunciados en el curso del Año litúrgico, sino también inculcados con la autoridad y la unción que Ella ha sabido poner en su lenguaje y en sus ritos tan expresivos. De esta manera la fe de los fieles se esclarece año tras año, se forma en ellos el sentido teológico y la oración los lleva al conocimiento. Los misterios continúan siendo misterios; pero sus destellos se hacen tan deslumbrantes, que el alma y el corazón quedan extasiados llegando a concebir tal conocimiento de las alegrías que nos proporcionará la vista eterna de estas divinas bellezas, que aun a través de la nube, nos producen un encanto semejante.

Y ¿qué fuente de progreso no será para el alma cristiana el ver aparecer, cada vez más luminoso, el objeto de su fe y la esperanza de la salvación, como algo impuesto por el espectáculo de tantas maravillas como la bondad de Dios obra en favor del hombre, cuando el amor se inflame en él bajo el soplo del Espíritu divino, que ha hecho de la Liturgia algo así como el centro de sus operaciones en las almas? La formación de Cristo en nosotros, ¿no es sencillamente el resultado de la comunión con sus distintos misterios, gozosos,

dolorosos y gloriosos? Ahora bien, estos misterios llegan a nosotros, se nos incorporan anualmente, por medio de la gracia especial que lleva consigo su celebración en la Liturgia, formándose insensiblemente el hombre nuevo sobre las ruinas del viejo. Y si tenemos la obligación de estimular la imitación del divino modelo por un acercamiento a aquellos miembros de la familia humana que mejor lo han realizado en sí, ¿no es cierto que encontramos entonces la enseñanza práctica y el estímulo en el ejemplo de nuestros queridos santos que esmaltan el Año litúrgico? Mirándoles, llegamos a conocer el camino que conduce a Cristo, a sí como el mismo Cristo nos muestra en sí mismo, el camino que conduce al Padre. Pero María es quien resplandece sobre todos los Santos, ofreciéndonos en sí misma como *Espejo de justicia,* en el que se refleja toda la santidad de que es capaz una criatura humana.

La poesía sagrada. — Finalmente, el *Año litúrgico,* cuyo plan acabamos de esbozar, nos iniciará en la poesía más sublime que se puede dar aquí abajo. Por su medio conseguiremos no sólo entender los cánticos divinos de David y de los Profetas que constituyen el fondo de la alabanza litúrgica, sino que el Año, a través de su curso, no cesará de sugerir a la Santa Iglesia los cantos más bellos, más profundos y más dignos de su objeto. De cuando en cuando oiremos a las diver-

sas razas humanas, reunidas por la fe en una sola, volcar toda su admiración y amor con acentos en que la más perfecta armonía de ideas y sentimientos va unida a la más rica variedad en el genio y la expresión. De nuestra colección apartamos, como es natural, ciertas composiciones modernas, imitadoras con frecuencia de una literatura profana y que por no haber recibido la bendición de la Iglesia no están destinadas a sobrevivir; recogemos, sí, las producciones del genio litúrgico de todos los tiempos: en la Iglesia latina, desde Sedulio y Prudencio hasta Adán de San Víctor y sus imitadores: en la Iglesia oriental, desde S. Efrén hasta los últimos himnógrafos católicos de la Iglesia bizantina. No faltará poesía ni en las oraciones compuestas en simple prosa con cadencia, ni en las que presentan un ritmo regular. Se la encuentra por todas partes, lo mismo en la Liturgia que en las Escrituras inspiradas, ya que sólo ella sabe estar a la altura de lo que se trata de expresar; de esta suerte la colección de monumentos de la oración pública es también el más rico depósito de la poesía cristiana, que canta en la tierra los misterios del cielo y nos prepara para los cánticos de la eternidad. Permítasenos, para terminar esta introducción general, recordar a nuestros lectores que, en un trabajo de esta naturaleza, la obra del autor se halla supeditada completamente al influjo del Espíritu divino, *que sopla donde El*

quiere [1], y no al hombre a quien toca a lo sumo *el plantar y regar* [2]. Por eso nos atrevemos a suplicar a los hijos de la Santa Iglesia que se interesan por la vuelta a las tradiciones antiguas de oración, que nos ayuden con sus oraciones ante Dios, para que nuestra indignidad no sea un obstáculo a la obra que tomamos entre manos, y cuyo peso sentimos tan superior a nuestras fuerzas.

Sólo nos queda declarar que sometemos nuestra obra, tanto en su fondo como en su forma, al juicio soberano e infalible de la Santa Iglesia Romana, la única que guarda con los secretos de la Oración, las palabras de vida eterna.

---

[1] *Juan*, III, 8.
[2] *I Cor.*, III, 6.

EL ADVIENTO

CAPITULO I

HISTORIA DEL ADVIENTO

SU NOMBRE. — En la Iglesia latina, se da el nombre de Adviento [1] al tiempo destinado por la Iglesia para preparar a los fieles a la celebración de la fiesta de Navidad, aniversario del Nacimiento de Jesucristo. El misterio de este gran día merecía sin duda el honor de un preludio de oración y penitencia: pero es imposible determinar de una manera cierta la época en que fué instituído este tiempo de preparación, que sólo más tarde recibió el nombre de *Adviento* [2].

El *Adviento* se puede considerar bajo dos puntos de vista diferentes: como un tiempo de

---

[1] Del nombre latino *Adventus*, que significa advenimiento, venida.

[2] La proclamación del dogma de la divina Maternidad en Efeso (431) dió un fuerte impulso al culto mariano y una gran celebridad a la conmemoración del Nacimiento del Señor. Efectivamente, poco tiempo después del Concilio de Nicea (325) la Iglesia romana instituía la fiesta de Navidad y la fijaba para el 25 de diciembre: pero los primeros elementos del Adviento los tomó del Oriente.

preparación propiamente dicha al Nacimiento del Salvador, por medio de prácticas de penitencia, o como un conjunto de oficios eclesiásticos, organizado con el mismo fin. Ya desde el siglo v nos hallamos con la costumbre de hacer exhortaciones al pueblo para prepararle a la fiesta de Navidad; hasta nos quedan dos sermones de San Máximo de Turín sobre este objeto, sin mencionar otros muchos atribuídos antiguamente a San Ambrosio y a San Agustín, y que parecen ser de San Cesáreo de Arlés. Aunque estos monumentos no nos precisan todavía la duración y los ejercicios que se practicaban en este santo tiempo, al menos nos es dado ver en ellos la antigüedad de una práctica que señala con predicaciones especiales el tiempo de *Adviento*. San Ivo de Chartres, San Bernardo y algunos otros doctores de los siglos xi y xii nos han dejado sermones especiales de *Adventu Domini*, completamente distintos de las Homilías dominicales sobre los Evangelios de este tiempo. En las Capitulares de Carlos el Calvo, del año 846, los Obispos advierten a este príncipe que no debe alejarlos de sus Iglesias durante la Cuaresma, ni durante el *Adviento* so pretexto de asuntos de Estado o de alguna expedición militar, porque ellos tienen deberes particulares que cumplir durante ese tiempo, sobre todo el de la predicación.

Un antiguo documento donde se encuentran precisados ya el tiempo y las prácticas del Ad-

viento, aunque de manera poco clara todavía, es un pasaje de San Gregorio de Tours, en el segundo libro de su *Historia de los Francos* en el que cuenta que San Perpetuo, uno de sus predecesores que ejercía su cargo hacia el año 480, había determinado que los fieles debían ayunar tres veces a la semana, desde la fiesta de San Martín hasta Navidad [1]. ¿Establecía San Perpetuo, por esta ordenación, una nueva observancia o sencillamente sancionaba una ley ya establecida? Imposible determinarlo hoy día con exactitud. Notemos solamente que existe un período de cuarenta días o más bien de cuarenta y tres

---

[1] Según los últimos trabajos de los Liturgistas, se pueden señalar testimonios todavía más antiguos que éste. Por ejemplo, un fragmento de un texto de San Hilario, por consiguiente anterior a 366, dice que "la Iglesia se prepara a la vuelta anual del Advenimiento del Señor por un misterioso tiempo de tres semanas". El Concilio de Zaragoza, a su vez, en 380, obliga a los fieles a asistir a los oficios divinos desde el 17 de diciembre al 6 de enero. Dentro de este período de 21 días, los días que preceden a Navidad formaban un marco adecuado para prepararse a esta fiesta, constituyendo una especie de Adviento. Pero como en el siglo IV se había introducido la costumbre de considerar la Epifanía y aun la Natividad como fiestas bautismales, podríase tratar aquí sólamente de una preparación para el bautismo y no de una liturgia de Adviento.

Durante el siglo V, en Oriente, en Ravena, en las Galias y en España se celebraba una fiesta de Nuestra Señora el domingo anterior a Navidad y a veces también una fiesta del Precursor el domingo precedente. Acaso se diera también allí una breve preparación a Navidad, un primitivo Adviento, a no ser que se trate de una simple ampliación de la fiesta de Navidad. Finalmente, el "*Rollo de Ravena*" cuyo autor pudiera ser San Pedro Crisólogo (433-450) contiene 40 oraciones que muy bien podrían servir de preparación a la fiesta de Navidad.

días expresamente señalado y consagrado a la penitencia como otra Cuaresma, aunque menos rigurosa [1].

Poco después nos hallamos con el canon nueve del primer concilio de Macón, celebrado en 583, el cual ordena que durante el mismo intervalo de San Martín hasta Navidad, deberá ayunarse los lunes, miércoles y viernes y que *se celebrará el sacrificio según el rito de la Cuaresma.* Algunos años antes, el segundo Concilio de Tours, celebrado en 567, obligaba a los monjes a ayunar desde principios del mes de diciembre hasta Navidad. Esta práctica penitencial se extendió pronto a toda la cuarentena, obligatoria también para los fieles, dándosele vulgarmente el nombre de *Cuaresma de San Martín.* Las Capitulares de Carlomagno, en el libro sexto, no dejan lugar a duda; y Rabano Mauro asegura lo mismo en el libro segundo de su *Institución de los Clerigos.* Hasta se hacían regocijos particulares en la fiesta de San Martín, la mismo que ahora al acercarse la Cuaresma y en la fiesta de Pascua.

Cambios en la observancia. — La obligatoriedad de esta Cuaresma, que naciendo de una ma-

[1] Hay que notar también que este ayuno no era exclusivo del tiempo de Adviento, pues, entre Pentecostés y mitad de febrero, los fieles ayunaban dos veces a la semana y tres los monjes. El carácter penitencial del Adviento no le fué viniendo sino poco a poco, a causa de la analogía que ofrecía este período con el de la Cuaresma.

nera casi inperceptible había llegado a crecer en lo sucesivo hasta llegar a ser una ley sagrada, se fué relajando poco a poco; los cuarenta días desde San Martín a Navidad quedaron convertidos en cuatro semanas. Ya hemos visto que la práctica de este ayuno había nacido en Francia; de allí se había extendido por Inglaterra, según sabemos por la Historia del Venerable Beda; por Italia, como consta por un diploma de Astolfo rey de los Lombardos († 753); por Alemania y España [1], etcétera, como se puede ver por las pruebas que aporta la gran obra de Don Martène *sobre los antiguos Ritos de la Iglesia.* La primera noticia que encontramos sobre la reducción del Adviento a cuatro semanas parece ser la carta del Papa San Nicolás I a los Búlgaros que data del siglo IX. El testimonio de Ratiero de Verona y de Abdón de Fleury, autores del mismo siglo, sirve también para probar que el acortamiento del ayuno del Adviento era en aquellos días cuestión candente. Es cierto que San Pedro Damiano, en el siglo XI, supone todavía que el ayuno del Adviento duraba cuarenta días, y San Luis, dos siglos más tarde,

---

[1] Tal vez existía ya el ayuno en España en esta época. Una carta de hacia el 400, nos habla de tres semanas que concluyen el año, hasta comenzar el nuevo, comprendiendo las fiestas de Navidad y Epifanía, durante las cuales conviene darse al retiro y a las prácticas ascéticas: la oración y la abstinencia (Rev. Ben. 1928, p. 289). Las Iglesias orientales que recibieron de Occidente la fiesta de la Natividad de N. S. Jesucristo, adoptaron también en el siglo VIII el ayuno de Adviento.

también lo observaba; pero tal vez este Santo lo practicaba así por una devoción particular.

La disciplina de las Iglesias occidentales, después de haber reducido la duración del ayuno de Adviento, acabó por trasformarlo en una simple abstinencia; y aun se dan Concilios desde el siglo XII, como el de Selingstadt en 1122, que parecen no obligar con la abstinencia más que a los clérigos[1]. El Concilio de Salisbury, en 1281 parece que no lo preceptúa sino para los monjes. Por otra parte es tal la confusión sobre esta materia, sin duda debido a que las Iglesias de Occidente no lo hicieron objeto de una disciplina uniforme, que Inocencio III, en su carta al Obispo de Braga, afirma que la práctica del ayuno durante todo el Adviento, se conservaba todavía en Roma en su tiempo, y Durando, en el mismo siglo XIII y en su "Rationale" asegura de la misma manera que el ayuno era continuo en Francia durante todo el curso de este santo tiempo.

Sea lo que fuere, esta costumbre fué cayendo en desuso poco a poco, de suerte que todo lo que le fué dado hacer al Papa Urbano V en 1362 para detener su desaparición completa, fué obligar a todos los clérigos de su corte a guardar la abstinencia del Adviento, sin hacer mención alguna del ayuno y sin constreñir de ningún modo con

[1] El Concilio de Avranches (1172) prescribe el ayuno y la abstinencia para todos los que puedan observarles, y en particular para los clérigos y soldados.

esta ley a los demás clérigos y mucho menos a los laicos. San Carlos Borromeo trató también de resucitar en su pueblo milanés, el espíritu, si no la práctica de los antiguos tiempos. En su cuarto Concilio obligó a los sacerdotes a que exhortasen a los fieles a comulgar al menos todos los domingos de Cuaresma y del *Adviento,* y dirigió también a sus diocesanos una carta pastoral, en la que, después de recordar las disposiciones con que se debe celebrar este santo tiempo, trataba de animarles a ayunar por lo menos los lunes, miércoles y viernes de cada semana de Adviento. Finalmente Benedicto XIV, siendo todavía Arzobispo de Bolonia, y queriendo seguir tan gloriosas huellas, dedicó su undécima *Institución Eclesiástica* a despertar en el espíritu de sus fieles la elevada idea que los cristianos de otros tiempos tenían del santo tiempo de Adviento, y a combatir un prejuicio existente en aquella región y que consistía en creer que el Adviento concernía sólo a los religiosos y no a los simples fieles. Demuestra que esta afirmación, a menos que se refiera solamente al ayuno y a la abstinencia, es verdaderamente *temeraria y escandalosa,* puesto que no se puede dudar de que existe, dentro de las leyes y usos de la Iglesia universal, un conjunto de prácticas destinadas a preparar a los fieles a la gran fiesta del Nacimiento de Jesucristo.

La Iglesia griega observa todavía el ayuno del Adviento, pero un ayuno mucho más suave

días expresamente señalado y consagrado a la penitencia como otra Cuaresma, aunque menos rigurosa[1].

Poco después nos hallamos con el canon nueve del primer concilio de Macón, celebrado en 583, el cual ordena que durante el mismo intervalo de San Martín hasta Navidad, deberá ayunarse los lunes, miércoles y viernes y que *se celebrará el sacrificio según el rito de la Cuaresma.* Algunos años antes, el segundo Concilio de Tours, celebrado en 567, obligaba a los monjes a ayunar desde principios del mes de diciembre hasta Navidad. Esta práctica penitencial se extendió pronto a toda la cuarentena, obligatoria también para los fieles, dándosele vulgarmente el nombre de *Cuaresma de San Martín.* Las Capitulares de Carlomagno, en el libro sexto, no dejan lugar a duda; y Rabano Mauro asegura lo mismo en el libro segundo de su *Institución de los Clerigos.* Hasta se hacían regocijos particulares en la fiesta de San Martín, la mismo que ahora al acercarse la Cuaresma y en la fiesta de Pascua.

CAMBIOS EN LA OBSERVANCIA. — La obligatoriedad de esta Cuaresma, que naciendo de una ma-

[1] Hay que notar también que este ayuno no era exclusivo del tiempo de Adviento, pues, entre Pentecostés y mitad de febrero, los fieles ayunaban dos veces a la semana y tres los monjes. El carácter penitencial del Adviento no le fué viniendo sino poco a poco, a causa de la analogía que ofrecía este período con el de la Cuaresma.

nera casi inperceptible había llegado a crecer en lo sucesivo hasta llegar a ser una ley sagrada, se fué relajando poco a poco; los cuarenta días desde San Martín a Navidad quedaron convertidos en cuatro semanas. Ya hemos visto que la práctica de este ayuno había nacido en Francia; de allí se había extendido por Inglaterra, según sabemos por la Historia del Venerable Beda; por Italia, como consta por un diploma de Astolfo rey de los Lombardos († 753); por Alemania y España [1], etcétera, como se puede ver por las pruebas que aporta la gran obra de Don Martène *sobre los antiguos Ritos de la Iglesia*. La primera noticia que encontramos sobre la reducción del Adviento a cuatro semanas parece ser la carta del Papa San Nicolás I a los Búlgaros que data del siglo IX. El testimonio de Ratiero de Verona y de Abdón de Fleury, autores del mismo siglo, sirve también para probar que el acortamiento del ayuno del Adviento era en aquellos días cuestión candente. Es cierto que San Pedro Damiano, en el siglo XI, supone todavía que el ayuno del Adviento duraba cuarenta días, y San Luis, dos siglos más tarde,

[1] Tal vez existía ya el ayuno en España en esta época. Una carta de hacia el 400, nos habla de tres semanas que concluyen el año, hasta comenzar el nuevo, comprendiendo las fiestas de Navidad y Epifanía, durante las cuales conviene darse al retiro y a las prácticas ascéticas: la oración y la abstinencia (Rev. Ben. 1928, p. 289). Las Iglesias orientales que recibieron de Occidente la fiesta de la Natividad de N. S. Jesucristo, adoptaron también en el siglo VIII el ayuno de Adviento.

también lo observaba; pero tal vez este Santo lo practicaba así por una devoción particular.

La disciplina de las Iglesias occidentales, después de haber reducido la duración del ayuno de Adviento, acabó por trasformarlo en una simple abstinencia; y aun se dan Concilios desde el siglo XII, como el de Selingstadt en 1122, que parecen no obligar con la abstinencia más que a los clérigos[1]. El Concilio de Salisbury, en 1281 parece que no lo preceptúa sino para los monjes. Por otra parte es tal la confusión sobre esta materia, sin duda debido a que las Iglesias de Occidente no lo hicieron objeto de una disciplina uniforme, que Inocencio III, en su carta al Obispo de Braga, afirma que la práctica del ayuno durante todo el Adviento, se conservaba todavía en Roma en su tiempo, y Durando, en el mismo siglo XIII y en su "Rationale" asegura de la misma manera que el ayuno era continuo en Francia durante todo el curso de este santo tiempo.

Sea lo que fuere, esta costumbre fué cayendo en desuso poco a poco, de suerte que todo lo que le fué dado hacer al Papa Urbano V en 1362 para detener su desaparición completa, fué obligar a todos los clérigos de su corte a guardar la abstinencia del Adviento, sin hacer mención alguna del ayuno y sin constreñir de ningún modo con

[1] El Concilio de Avranches (1172) prescribe el ayuno y la abstinencia para todos los que puedan observarles, y en particular para los clérigos y soldados.

esta ley a los demás clérigos y mucho menos a los laicos. San Carlos Borromeo trató también de resucitar en su pueblo milanés, el espíritu, si no la práctica de los antiguos tiempos. En su cuarto Concilio obligó a los sacerdotes a que exhortasen a los fieles a comulgar al menos todos los domingos de Cuaresma y del *Adviento,* y dirigió también a sus diocesanos una carta pastoral, en la que, después de recordar las disposiciones con que se debe celebrar este santo tiempo, trataba de animarles a ayunar por lo menos los lunes, miércoles y viernes de cada semana de Adviento. Finalmente Benedicto XIV, siendo todavía Arzobispo de Bolonia, y queriendo seguir tan gloriosas huellas, dedicó su undécima *Institución Eclesiástica* a despertar en el espíritu de sus fieles la elevada idea que los cristianos de otros tiempos tenían del santo tiempo de Adviento, y a combatir un prejuicio existente en aquella región y que consistía en creer que el Adviento concernía sólo a los religiosos y no a los simples fieles. Demuestra que esta afirmación, a menos que se refiera solamente al ayuno y a la abstinencia, es verdaderamente *temeraria y escandalosa,* puesto que no se puede dudar de que existe, dentro de las leyes y usos de la Iglesia universal, un conjunto de prácticas destinadas a preparar a los fieles a la gran fiesta del Nacimiento de Jesucristo.

La Iglesia griega observa todavía el ayuno del Adviento, pero un ayuno mucho más suave

que el de la Cuaresma. Se compone de cuarenta días, contando desde el 14 de noviembre, día en que la Iglesia celebra la fiesta del Apóstol San Felipe. Durante este tiempo se guarda abstinencia de carne, manteca, leche y huevos; pero se puede usar el aceite, vino y peces, cosas prohibidas en Cuaresma. El ayuno propiamente dicho no obliga más que siete días de los cuarenta; a todo el conjunto se le da el nombre de *Cuaresma de San Felipe*. Los griegos justifican estas mitigaciones diciendo que la Cuaresma de Navidad es institución monacal, mientras que la de Pascua es de institución apostólica.

Pero, aunque las prácticas externas de penitencia que consagraban antiguamente el tiempo de Adviento entre los Occidentales, hayan ido mitigándose poco a poco, de manera que apenas queda vestigio alguno de ellas fuera de los monasterios, el conjunto de la Liturgia de Adviento no ha cambiado, y los fieles deben procurar una verdadera preparación a la fiesta de Navidad, apropiándose su espíritu con esmero.

Cambios de la Liturgia. — La forma litúrgica del Adviento tal cual hoy se conserva en la Iglesia Romana, ha experimentado algunos cambios. San Gregorio (590-604) parece haber sido el primero que compuso este Oficio, que comprendía primeramente cinco domingos, tal como se puede ver en los Sacramentarios más antiguos

de este gran Papa. A este propósito se puede también afirmar, siguiendo a Amalario de Metz y a Bernón de Reichenau, los cuales a su vez son seguidos en esto por Don Martène y Benedicto XIV, que el autor del precepto eclesiástico del Adviento pudiera ser San Gregorio, aunque el uso de dedicar un tiempo más o menos largo a la preparación de la fiesta de Navidad sea de uso inmemorial y la abstinencia y el ayuno de este santo tiempo hayan tenido su origen en Francia. Según eso, San Gregorio habría determinado para las Iglesias de rito romano la forma de los Oficios durante esta especie de Cuaresma y sancionado el ayuno que le acompañaba, dejando a pesar de todo cierta libertad a las diversas Iglesias para el modo de practicarlo. Como se ve por Amalario, San Nicolás I, Bernón de Reichenau, Ratiero de Verna etc., a partir del siglo IX y X los domingos habían quedado reducidos a cuatro; es el número que trae también el Sacramentario gregoriano trasmitido por Pamelius y que parece haber sido copiado en esa época. Desde entonces no ha variado la duración del Adviento en la Iglesia Romana, habiéndose fijado en cuatro semanas, y cayendo en la cuarta la fiesta de Navidad, a no ser que esta coincida con el Domingo. Por consiguiente a la práctica actual se le puede calcular una antigüedad de mil años, al menos por lo que se refiere a la Iglesia romana; ya que existen pruebas de que algunas Iglesias de

Francia guardaron la costumbre de las cinco semanas hasta el siglo XIII [1].

Todavía la Iglesia ambrosiana cuenta seis semanas en su Liturgia de Adviento; y el Misal gótico o mozárabe guarda la misma costumbre. En cuanto a la Iglesia galicana, los fragmentos que Dom Mabillon nos ha conservado de su liturgia, nada nos dicen a este propósito, pero es lógico opinar con este sabio, cuya autoridad está corroborada por la de Dom Martène, que la Iglesia de las Galias seguía en este punto, como en otros muchos, las costumbres de la Iglesia gótica, es decir que la Liturgia de su Adviento se componía también de seis domingos y seis semanas [2].

Por lo que se refiere a los Griegos, sus *Rúbricas* para el tiempo de Adviento se pueden ver en

---

[1] Hoy día se puede fijar de una manera más detallada el desarrollo de la Liturgia del Adviento. Mientras que el sacramentario leoniano (fin del siglo VI) no trae ninguna misa, lo que parece indicar que en ese tiempo Roma no conocía todavía el Adviento, el sacramentario gelasiano antiguo (fin del siglo VI-VII) contiene cinco misas "*De Adventu Domini*". El sacramentario gelasiano de Angulema y los demás sacramentarios del siglo VIII contienen también cinco misas, y además las tres misas de las Témporas de Diciembre. Finalmente, en el sacramentario gregoriano encontramos misas para las cuatro dominicas y para las tres ferias de Témporas. Tal vez, la misa del último domingo después de Pentecostés era considerada también como misa "de Adventu". Añadamos también que San Benito († después del 546) escribió en su Regla un Capítulo sobre la Cuaresma, que habla del tiempo Pascual, pero para nada menciona el Adviento.

[2] Notemos que el sacramentario mozárabe: "Liber mozarabicus sacramentorum" (del siglo IX, pero que representa la liturgia del VII), contiene cinco dominicas, y finalmente que los Leccionarios galicanos llevan seis semanas para el Adviento.

las Menees, a continuación del Oficio del 14 de noviembre. No tienen Oficio propio para el Adviento y durante este tiempo tampoco celebran la Misa de *Presantificados,* como en Cuaresma. Pero, en los Oficios de los Santos que se celebran entre el 15 de noviembre y la dominica más próxima a Navidad, se hacen frecuentes alusiones a la Natividad del Señor, a la divina Maternidad de María, a la gruta de Belén, etc. El domingo que precede a Navidad, celebran la fiesta que llaman de los *Santos abuelos,* es decir la conmemoración de los Santos del Antiguo Testamento, con el fin de rememorar el ansia del Mesías. A los días 20, 21, 22 y 23 de diciembre los honran con el título de *Ante-Fiesta de Navidad;* dominando la idea del misterio del Nacimiento del Salvador toda la Liturgia, a pesar de que celebren en esos días el Oficio de varios Santos.

CAPITULO II

MISTICA DEL ADVIENTO

EL TRIPLE ADVENIMIENTO. — Si, después de haber detallado las características que distinguen al tiempo del Adviento de cualquier otro tiempo, queremos penetrar ahora en las profundidades del misterio que ocupa a la Iglesia durante este período, hallaremos que el misterio del *Advenimiento* de Jesucristo es a la vez simple y triple. *Simple,* porque es el mismo Hijo de Dios el que viene; *triple,* porque viene en tres ocasiones y de tres maneras.

"*En el primer Advenimiento,* dice San Bernardo en el Sermón quinto sobre el Adviento, viene en carne y debilidad; *en el segundo* viene en espíritu y poderío; *en el tercero* viene en gloria y majestad; el segundo Advenimiento es el medio por el que se pasa del primero al tercero."

Este es el misterio del Adviento. Oigamos ahora la explicación que Pedro de Blosio nos da de esta triple visita de Cristo, en su sermón tercero *de Adventu*: "Hay tres Advenimientos del Señor, el primero en carne, el segundo al alma, el ter-

cero en el día del juicio. El primero ocurrió en medio de la noche, según la frase del Evangelio: *Se oyó un clamor en medio de la noche: He aquí el Esposo.* Este primer Advenimiento ya pasó: porque Cristo apareció en la tierra y convivió con los hombres. Ahora estamos en el segundo Advenimiento: pero con tal de que seamos dignos de que venga a nosotros; porque El ha dicho que *si le amamos, vendrá a nosotros y hará en nosotros su morada.* Por consiguiente, este Advenimiento no es para nosotros algo completamente seguro, porque ¿quién, sino solamente el Espíritu divino, conoce los que son suyos? Aquellos a quienes el ansia de las cosas celestiales saca fuera de sí mismos saben cuándo viene, *pero no de dónde viene y a dónde va.* En cuanto al tercer advenimiento, es seguro que ha de ocurrir; pero muy incierto cuándo ocurrirá: puesto que no hay nada tan cierto como la muerte pero tampoco tan incierto como el día de la muerte. *En el preciso momento en que se hable de paz y seguridad,* dice el Sabio, *aparecerá repentinamente la muerte, como aparecen en el seno de la mujer los dolores del parto, y nadie podrá huir.* La primera venida fué, pues, humilde y oculta, la segunda misteriosa y llena de amor, la tercera será resplandeciente y terrible. En su primer Advenimiento Cristo fué injustamente juzgado por los hombres; en el segundo nos hace justos por la gracia; en el tercero juzgará en justicia a todo

lo criado: en el primer Advenimiento fué Cordero, en el último será León, en el segundo Amigo rebosante de ternura"[1].

El primer Advenimiento. — La Santa Iglesia aguarda, pues, durante el Adviento con lágrimas e impaciencia la venida de Cristo en su primer Advenimiento. Y así, se hace eco de las ardientes expresiones de los Profetas, a las que añade sus propias súplicas. Las ansias del Mesías no son, en boca de la Iglesia, un simple recuerdo de los anhelos del antiguo pueblo: tienen un valor real, una eficaz influencia sobre el gran acto de la generosidad del Padre celestial, que nos dió a su Hijo. Desde toda la eternidad, las oraciones reunidas del antiguo pueblo y las de la Iglesia cristiana estuvieron presentes ante el divino acatamiento; y fué después de haberlas oído y escuchado todas, cuando se decidió a enviar en su debido tiempo a la tierra este celestial rocío que hizo germinar al Salvador.

El segundo Advenimiento. — La Iglesia ansía también el segundo Advenimiento, consecuencia del primero, y que consiste como acabamos de verlo, en la visita que el Esposo hace a la Esposa. Este Advenimiento ocurre todos los años en la fiesta de Navidad; *un nuevo nacimiento del Hijo de Dios* liberta a la sociedad de los Fieles,

---

[1] *De Adventu,* Sermo III.

del yugo de la esclavitud que el enemigo quisiera imponerle [1]. Durante el Adviento la Iglesia pide, pues, ser visitada por el que es su Jefe y Esposo, visitada en su Jerarquía, en sus miembros, vivos unos y otros ya difuntos pero que pueden volver a la vida; y por fin en todos los que no están en comunión con ella, en los mismos infieles para que se conviertan a la luz verdadera, que también para ellos luce. Las expresiones de la Liturgia, que emplea la Iglesia para pedir este amoroso e invisible Advenimiento, son las mismas que aquellas por las cuales solicita la venida del Redentor en la carne; porque proporcionalmente la situación es idéntica. En vano hubiera venido el Hijo de Dios, hace diecinueve siglos, si no volviera a venir para cada uno de nosotros y en cada momento de nuestra existencia, para procurarnos y fomentar en nosotros esa vida sobrenatural cuyo principio es El y el Espíritu Santo.

EL TERCER ADVENIMIENTO. — Pero esta visita anual del Esposo no colma los deseos de la Iglesia: suspira todavía por el tercer Advenimiento que será la consumación de todo y la abrirá las puertas de la eternidad. Conserva en su memoria la última frase del Esposo: *He aquí que vengo a su tiempo* [2]; y dice con fervor: *¡Ven, Señor Jesús!* [3]

---

1 Colecta del día de Navidad.
2 *Apoc.*, XXII.
3 *Ibid.*

Tiene prisa por verse libre de la sujeción del tiempo; suspira por ver completo el número de los elegidos y por ver aparecer la señal de su Libertador y Esposo sobre las nubes del cielo. Hasta allí, pues, se extiende el sentido de los deseos que expresa en su Liturgia de Adviento; esa es la explicación de la frase del discípulo amado en su profecía: *He aquí las bodas del Cordero, y la Esposa está preparada* [1].

Mas, el día de la llegada del Esposo será también un día terrible. La Santa Iglesia tiembla con frecuencia con el solo pensamiento del tremendo tribunal ante el que comparecerá todo el mundo. Califica a este día de "día de ira, del cual dijeron David y la Sibila que reduciría al mundo a cenizas; día de lágrimas y de espanto." Y no es que tema por sí misma, habiéndose de colocar sobre su frente en ese día la corona de Esposa de un modo definitivo; pero su corazón maternal tiembla ante la idea de que muchos de sus hijos estarán a la izquierda del Juez, y que privados de toda sociedad con los elegidos, serán arrojados para siempre, atados de pies y manos, en las tinieblas donde no habrá más que llanto y crujir de dientes. He ahí la razón por la que se detiene la Iglesia con tanta frecuencia, en la Liturgia de Adviento, a considerar el Advenimiento de Cristo como un Advenimiento terrible y,

---

[1] *Apoc.*, XIX, 7.

en las Escrituras, elige los trozos más a propósito para despertar un saludable terror en el alma de aquellos de sus hijos que tal vez duerman en el sueño del pecado.

FORMAS LITÚRGICAS. — Este es, pues, el triple misterio del Adviento. Ahora bien, las formas litúrgicas de que se halla revestido son de dos clases: consisten las unas en oraciones, lecturas y otras fórmulas en que se emplean las palabras para traducir los sentimientos que acabamos de exponer; las otras consisten en ritos externos característicos de este santo tiempo y destinados a completar la expresión de los cantos y de las palabras.

Por el color de duelo de que se cubre, la Santa Iglesia quiere hacer sensible a los ojos del pueblo la tristeza que embarga su corazón. Exceptuando las fiestas de los Santos, no usa más que el color violeta; el Diácono deja la Dalmática, y el Subdiácono la Túnica. Antiguamente se llegó a usar el color negro en varios lugares, como Tours, Mans, etc. Este duelo de la Iglesia indica claramente con cuánta verdad se asocia a los verdaderos Israelitas que esperaban al Mesías en la ceniza y el cilicio, y lloraban la gloria eclipsada de Sión, y el "cetro arrebatado a Judá, hasta que venga el que ha de ser enviado, el que es el ansia de las naciones"[1]. Significa también las

[1] *Gen.*, XLIX, 10.

obras de penitencia por las que se prepara al segundo Advenimiento lleno de dulzura y misterio, que se realiza en los corazones en la medida que aquellos se muestran sensibles a la ternura que les manifiesta este divino Huésped que dijo: *Mis delicias son estar con los hijos de los hombres* [1].

Finalmente traduce el desconsuelo de esta viuda, en espera del Esposo que tarda en llegar. Cual la tórtola, gime sobre la montaña, hasta sentir la voz que la ha de decir: "Ven del Líbano, Esposa mía; ven y serás coronada, porque has herido mi corazón"[2].

La Iglesia suspende también durante el Adviento, fuera de las fiestas de los Santos, el empleo del Himno angélico: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis.* Efectivamente, este maravilloso cántico se oyó por vez primera en Belén en la gruta del Niño Dios; la lengua de los Angeles permanece todavía muda; la Virgen no ha depositado aún su divina carga; no es tiempo todavía de cantar, aún no es propio entonar: "*¡Gloria a Dios en las alturas! ¡en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!*"

Tampoco deja oír el Diácono al fin de la Misa aquellas solemnes palabras con que despide a la asamblea de los fieles en tiempo ordinario: *Ite, missa est.* En su lugar exclama: *Benedicamus*

---

[1] *Prov.*, VIII, 31.
[2] *Cant.*, IV, 8.

Domino! como si la Iglesia tuviese miedo de interrumpir la oración de los fieles, que no debería ser nunca demasiado larga en estos días de espera.

En el Oficio Nocturno, la Santa Iglesia suspende también, durante estos días, el cántico jubiloso del *Te Deum laudamus*. Espera en la humildad el don divino y por eso durante esta expectación no sabe hacer otra cosa que pedir, suplicar y esperar. Ya llegará la hora solemne en que el Sol de justicia aparezca de repente en medio de las más oscuras tinieblas: entonces recobrará ella su voz de acción de gracias; y el silencio de la noche hará eco, en toda la tierra, a este grito de entusiasmo: "Te alabamos, oh Dios; te ensalzamos, oh Señor. ¡Oh Cristo, Rey de la gloria, Hijo eterno del Padre! para libertar al hombre no tuviste horror al seno de una pobre Virgen."

Los días de feria, antes de terminar cada hora del Oficio, las Rúbricas del Adviento prescriben oraciones especiales que se deben hacer de rodillas; en esos mismos días el Coro debe permanecer también en esa postura durante una buena parte de la Misa. Bajo este aspecto, las prácticas del Adviento son idénticas a las de la Cuaresma.

No obstante eso, existe un rasgo característico que distingue a estos dos tiempos: el canto de la alegría, *el jubiloso Alleluia* no queda suspendido

durante el Adviento, a no ser en los días de feria. Continúa cantándose en la Misa de los cuatro domingos, formando contraste con el sombrío color de los ornamentos. Incluso hay una dominica, la tercera, en que el órgano recupera su amplia y melodiosa voz y el triste color violeta es reemplazado unas horas por el color de rosa.

Este recuerdo de las alegrías pasadas, que es bastante frecuente en las santas tristezas de la Iglesia, es también suficientemente elocuente para significar que, aunque se una al pueblo antiguo para implorar la venida del Mesías y pagar de esta manera la gran deuda que la humanidad ha contraído con la justicia y bondad divinas, no olvida a pesar de todo, que el Emmanuel ha venido ya para ella, que está a su lado y que antes de que mueva los labios pidiendo redención, se encuentra ya rescatada y señalada para la unión eterna con su Esposo. He ahí por qué el Alleluia se mezcla con sus suspiros y las alegrías con las tristezas, en espera de que el gozo venza al dolor en aquella sagrada noche, que será más radiante que el más esplendoroso día.

CAPITULO III

PRACTICA DEL ADVIENTO

VIGILANCIA. — Si nuestra Madre, la Santa Iglesia, pasa el tiempo del Adviento ocupada en esta solemne preparación al triple Advenimiento de Jesucristo; si, como las vírgenes prudentes, permanece con la lámpara encendida para la llegada del Esposo; nosotros, que somos sus miembros e hijos, debemos participar de los sentimientos que la animan y hacer nuestra esta advertencia del Salvador: "Cíñase vuestra cintura como la de los peregrinos; brillen en vuestras manos antorchas encendidas; y vosotros sed semejantes a los criados que están en espera de su amo" [1]. En efecto, la suerte de la Iglesia es también la nuestra; cada una de nuestras almas es objeto, por parte de Dios, de una misericordia y de una providencia semejantes a las que emplea con la misma Iglesia. Si ella es el templo de Dios, es porque se compone de piedras vivas; si es la Esposa, es porque está formada por todas las

[1] *Luc.*, XII, 35.

almas invitadas a la unión eterna con El. Si es cierto que está escrito que el Salvador *conquistó a la Iglesia con su sangre* [1], cada uno de nosotros hablando de sí mismo puede decir como San Pablo: Cristo me amó y se entregó por mí [2]. Siendo, pues, idéntica nuestra suerte, debemos esforzarnos, durante el Adviento, en asimilar los sentimientos de preparación que vemos embargan a la Iglesia.

ORACIÓN. — En primer lugar, es un deber nuestro el unirnos a los Santos del Antiguo Testamento para pedir la venida del Mesías y pagar así la deuda que toda la humanidad tiene contraída con la misericordia divina. Para animarnos a cumplir con este deber, transportémonos con el pensamiento al curso de estos miles de años, representados por las cuatro semanas del Adviento y pensemos en aquellas tinieblas, en aquellos crímenes de toda clase en medio de los cuales se movía el mundo antiguo. Nuestro corazón debe sentir con la mayor viveza el agradecimiento que debe a Aquel que salvó a su criatura de la muerte y que bajó hasta nosotros para ver más de cerca y compartir todas nuestras miserias, fuera del pecado. Debe clamar con acentos de angustia y de confianza, hacia Aquel que se dignó salvar la obra de sus manos, pero

1 *Hechos*, XX, 28.
2 *Gal.*, II, 20.

que quiere también que el hombre pida e implore por su salvación. Que nuestros deseos y nuestra esperanza se dilaten, pues, con estas ardientes súplicas de los antiguos Profetas que la Iglesia pone en nuestros labios en estos días de espera; abramos nuestros corazones hasta en sus últimos repliegues a los sentimientos que ellos expresan.

CONVERSIÓN. — Cumplido este primer deber, pensaremos en el Advenimiento que el Salvador quiere hacer en nuestro corazón: Advenimiento, como hemos visto, lleno de dulzura y de misterio, y que es consecuencia del primero, puesto que el Buen Pastor no viene solamente a visitar a su rebaño en general, sino que extiende sus cuidados a cada una de sus ovejas, aun a la centésima que se había extraviado. Ahora bien, para captar todo este inefable misterio, es necesario tener presente que así como no podemos ser agradables a nuestro Padre celestial sino en la medida que ve en nosotros a Jesucristo, su Hijo, este divino Salvador tan bondadoso se digna venir a cada uno de nosotros para transformarnos en El, si lo consentimos, de suerte que no vivamos ya nuestra vida sino la suya. Este es el objetivo del Cristianismo, la divinización del hombre por Jesucristo: tal es la tarea sublime impuesta a la Iglesia. Con S. Pablo dice Ella a los fieles: "Vosotros sois mis hijitos; pues os doy un nuevo na-

cimiento para que Jesucristo se forme en vosotros"[1].

Pero, lo mismo que al aparecer en este mundo, el divino Salvador se mostró primeramente bajo la forma de un débil niño, antes de llegar a la plenitud de la edad perfecta necesaria para que nada faltase a su sacrificio, del mismo modo tratará de desarrollarse en nosotros. Ahora bien, es precisamente en la fiesta de Navidad cuando quiere nacer en las almas y cuando derrama sobre su Iglesia una gracia de Nacimiento, a la cual todos no son ciertamente fieles. Porque mirad la situación de las almas a la llegada de esta inefable fiesta. Las unas, el número más reducido, viven plenamente de la vida de Jesucristo que está en ellas y aspiran continuamente a crecer en esta vida. Las otras, en mayor número, están vivas ciertamente, por la presencia de Cristo, pero enfermas y endebles por no desear el aumento de esta vida divina; porque su amor se ha resfriado[2]. Los demás hombres no gozan de esta vida, están muertos; porque Cristo dijo: *Yo soy la vida*[3].

Ahora bien, durante los días de Adviento pasa llamando a la puerta de todas estas almas, bien sea de una manera sensible, o bien de una manera velada. Les pregunta si tienen sitio para

---

1 *Gal.*, IV, 19.
2 *Apoc.*, II, 4.
3 *Juan*, XIV, 6.

El, para que pueda nacer en ellas. Y, aunque la posada que reclama sea suya, porque El la construyó y la conserva, se queja de que *los suyos no le quisieron recibir* [1], al menos la mayoría de ellos.

"Por lo que toca a aquellos que le recibieron, les dió poder para hacerse hijos de Dios y no hijos de la carne o de la sangre"[2].

Preparaos, por tanto, vosotras, almas fieles, que le guardáis dentro de vosotras como un preciado tesoro y que desde tiempo atrás no tenéis otra vida que su vida, otro corazón que su corazón, otras obras que sus obras, preparaos a verle nacer en vosotras más hermoso, más radiante y más poderoso que hasta ahora lo habíais conocido. Tratad de descubrir en las frases de la santa Liturgia esas palabras misteriosas que hablan a vuestro corazón y encantan al del Esposo.

Ensanchad vuestras puertas para recibirle nuevamente, vosotras que le tenéis ya dentro pero sin conocerle; que le poseéis pero sin gozarle. Ahora vuelve a venir con renovada ternura; ha olvidado vuestros desdenes; *quiere renovarlo todo* [3]. Haced sitio al divino Infante; porque querrá crecer en vosotras. Se aproxima el momento: despiértese, pues, vuestro corazón;

---

[1] *Juan*, I, 11.
[2] *Ibid.*, 12-13.
[3] *Apoc.*, XXI, 5.

cantad y estad alerta, no os vaya a encontrar dormidas a su paso. Las palabras de la Liturgia son también para vosotras; hablan de tinieblas que sólo Dios puede deshacer, de heridas que sólo su bondad puede curar, de enfermedades que únicamente pueden sanar por su virtud.

Y vosotros, cristianos, para quienes la buena nueva es como si no existiera, porque vuestros corazones están muertos por el pecado, bien se trate de una muerte que os aprisiona en sus cadenas desde hace mucho tiempo, o bien de heridas recientes: he aquí que se acerca el que es la vida. "¿Por qué habréis de preferir la muerte? El no quiere la muerte del pecador sino que se convierta y viva"[1]. La gran fiesta de su Nacimiento será un día de universal misericordia para todos los que quieran recibirle. Estos volverán con El a la vida; desaparecerá toda su vida anterior, *y la gracia superabundará allí donde la iniquidad había abundado*[2].

Y si la ternura y suavidad de este misterioso Advenimiento no te seduce, porque tu recargado corazón no es capaz todavía de experimentar confianza, porque, después de haber sorbido la iniquidad como el agua, no sabes lo que es aspirar por amor a la caricias de un Padre cuyas llamadas has despreciado: entonces debes pensar en ese otro Advenimiento terrorífico que ha

---

1 *Eceq.*, XVIII, 31, 32.
2 *Rom.*, V, 20.

de seguir al que se realiza silenciosamente en las almas. Escucha los crujidos del Universo ante la proximidad del Juez terrible; contempla los cielos huyendo ante tu vista, *desplegándose como un libro* [1]; aguanta, si puedes, su aspecto, su mirada deslumbrante; mira sin estremecerte la espada de dos filos que sale de su boca [2]; escucha, por fin, esos gritos lastimeros: *¡Oh montes, caed sobre nosotros, oh rocas, cubridnos,* apartadnos de su vista amenazadora![3] Estos gritos son los que lanzarán en vano aquellas desgraciadas almas que no quisieron *conocer el tiempo de su visita* [4]. Por haber cerrado su corazón al Hombre-Dios que lloró sobre ellas, ¡tanto las amaba! bajarán ahora vivas al fuego eterno, cuyas llamas son tan ardientes que devoran *los frutos de la tierra y los más ocultos fundamentos de las montañas* [5].

Allí es donde roe el gusano eterno de un pesar que no muere nunca [6].

Aquellos, pues, que no se conmueven ante la dulce noticia de la próxima venida del celestial Médico, del Pastor que generosamente da la vida por sus ovejas, mediten durante el Adviento en el tremendo pero innegable misterio de la

---

1 *Apoc.*, VI, 14.
2 *Ibid.*, I, 16.
3 *Luc.*, XXIII, 30.
4 *Ibid.*, XIX, 44.
5 *Deut.*, XXXII, 22.
6 *Marcos*, IX, 43.

Redención humana, inutilizada por la repulsa que de ella hace con frecuencia el hombre. Calculen sus fuerzas y, si desprecian al *Infante* que va a nacer [1], consideren si serán capaces de luchar con el *Dios fuerte* el día que venga, no a *salvar,* sino a *juzgar.* Y para conocer mejor a este Juez, ante cuya presencia temblará todo el mundo, pregunten a la Santa Liturgia; allí aprenderán a temerle.

Por lo demás, este temor no es sólo propio de los pecadores, es un sentimiento que debe experimentar todo cristiano. El temor, si va solo, hace esclavos; si le acompaña el amor, dice bien del hijo culpable que busca el perdón de su irritado padre; aun cuando el *amor lo arroje fuera* [2], a veces reaparece como un rayo pasajero, para conmover felizmente el corazón del alma fiel hasta sus más íntimos fundamentos. Entonces siente revivir en sí el recuerdo de su miseria y de la gratuita misericordia del Esposo. Nadie, por tanto, debe dispensarse, en este santo tiempo de Adviento, de asociarse a estos santos temores de la Iglesia, quien por muy amada que sea, exclama con frecuencia en su Liturgia: *¡Atraviesa, Señor, mi carne con el aguijón de tu temor!* Pero sobre todo será útil esta parte de la Liturgia, a los que comienzan a darse al servicio divino.

---

[1] *Is.,* IX, 6.
[2] *I Juan,* IV, 18.

De todo esto se puede sacar en consecuencia, que el Adviento es un tiempo dedicado principalmente a los ejercicios de la *Vía purgativa;* esto significa bien aquella frase de San Juan Bautista, que la Iglesia repite con tanta frecuencia durante este santo tiempo: *¡Preparad los caminos del Señor!* Que cada uno de nosotros trabaje, pues, seriamente en allanar el camino por donde ha de entrar Cristo en su alma. Los justos, siguiendo la doctrina del Apóstol, *olviden lo que han hecho en el pasado* [1], y trabajen con nuevos ánimos. Apresúrense los pecadores a romper los lazos que los cautivan, las costumbres que los dominan; mortifiquen la carne, comenzando el duro trabajo de sujeción al espíritu; oren sobre todo con la Iglesia; de esta manera, cuando venga el Señor, tendrán derecho a esperar que no pase de largo por su puerta, sino que entre; puesto que ha dicho, dirigiéndose a todos: "He aquí que estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y me abriere, entraré en su casa [2]."

---

[1] *Filip.*, III, 13.
[2] *Apoc.*, III, 20.

PROPIO DE TIEMPO

PRIMER DOMINGO DE ADVIENTO

Este domingo, primero del Año eclesiástico, lleva en los documentos y crónicas de la Edad Media el nombre de *Dominica Ad te levavi,* por las primeras palabras del Introito, o también el de Domingo *Aspiciens a longe,* por las primeras palabras de uno de los Responsorios del Oficio de Maitines.

La Estación [1] se celebra en Santa María la Mayor; la Iglesia quiere comenzar anualmente la vuelta del Año litúrgico bajo el amparo de María, en la augusta Basílica que venera la gruta de Belén, y que por esta razón se llama en los antiguos monumentos Santa María *ad Praesepe*. Imposible escoger un lugar más a

[1] Las Estaciones, señaladas en el Misal romano para algunos días del Año, designaban antiguamente las iglesias a donde el Papa, acompañado del clero y de todo el pueblo, acudían procesionalmente para celebrar la misa solemne. Esta costumbre se remonta tal vez al siglo IV: todavía existe hoy hasta cierto punto, haciéndose algunas Estaciones, aunque con menos pompa y asistencia en los días señalados en el Misal.

propósito para saludar ya el próximo y divino alumbramiento que ha de alegrar al cielo y a la tierra, mostrando el sublime prodigio de la fecundidad de una Virgen.

Transportémonos con el pensamiento a este sagrado templo y unámonos a las oraciones que allí se oyen; son las mismas que vamos a exponer aquí.

En el Oficio nocturno, la Iglesia comienza hoy la lectura del Profeta Isaías (siglo VIII antes de J. C.), el que con mayor claridad predijo las características del Mesías; continuando esta lectura hasta el día de Navidad inclusive. Tratemos de saborear las enseñanzas del santo Profeta y que el ojo de nuestra fe logre descubrir amorosamente al Salvador prometido, bajo los rasgos ya graciosos, ya terribles, con que nos le pinta Isaías.

Las primeras palabras de la Iglesia en medio de la noche son éstas:

Al Rey que ha de venir, venid, adorémosle.

Después de haber cumplido con este deber supremo de adoración, escuchemos el oráculo de Isaías, transmitido por la Iglesia.

Empieza el libro del Profeta Isaías.

Visión de Isaías, hijo de Amós, que tuvo sobre las cosas de Judá y Jerusalén en tiempo de Ozías, Joatán, Acaz y Ecequías, reyes de Judá.

Oíd, cielos, y tú, oh tierra, escucha, porque el Señor habla: Crié hijos y los engrandecí; pero ellos me

despreciaron. El buey conoció a su amo y el asno el pesebre de su dueño[1]: mas Israel no me reconoció y mi pueblo no me entendió.

¡Ay de la nación pecadora, del pueblo cargado de pecados, raza maligna, hijos malvados!: han abandonado al Señor, han blasfemado del Santo de Israel, le han vuelto las espaldas.

¿Para qué os heriré de nuevo a vosotros, que añadís pecados a pecados? Toda cabeza está enferma y todo corazón triste. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza, no hay en él parte sana[2]. Ni la herida, ni los cardenales, ni la llaga infectada ha sido vendada ni suavizada con aceite. (*Is.*, I, 1-6.)

Estas palabras del santo Profeta, o más bien de Dios, que habla por su boca deben impresionar vivamente a los hijos de la Iglesia, a la entrada de santo tiempo del Adviento. ¿Quién no temblaría oyendo este grito del Señor despreciado, el mismo día de su visita a su pueblo? Por temor a asustar a los hombres, se despojó de su resplandor; y lejos de sentir la potencia divina de Aquel que así se anonada por amor, no le reconocieron; y la gruta que escogió para descansar después de su nacimiento, no se vió visitada más que por dos brutos animales. ¿Comprendéis, cristianos, cuán amargas son las que-

[1] Israel tiene menos inteligencia que los brutos animales. Estos conocen a su señor; Israel no reconoce a su Dios y Bienhechor. Con frecuencia se emplea este versículo para pintar la ceguera de los Judíos que rechazaron al Mesías.

Por otra parte, ha contribuído a crear la antigua tradición del nacimiento de Jesús en medio de dos animales: el asno y el buey. (*V. Tobac,* Los Profetas de Israel, II, 16.)

[2] El Profeta describe el estado de Judá castigado: se halla semejante a un herido cubierto de llagas. La Iglesia aplica este verso al Mesías, "destrozado a causa de nuestros pecados". (*Tobac,* id. 17.)

jas de vuestro Dios?, ¿cuánto sufre con vuestra indiferencia su amor menospreciado?

Pone por testigos al cielo y a la tierra, lanza el anatema contra la nación perversa, contra los hijos desagradecidos. Reconozcamos sinceramente que, hasta la fecha, no hemos sabido apreciar en todo su valor la visita del Señor, que hemos imitado demasiado la insensibilidad de los judíos, los cuales no se conmovieron cuando apareció en medio de sus tinieblas. En vano cantaron los Angeles a medianoche y le adoraron y reconocieron los pastores; en vano vinieron los Magos de Oriente, preguntando dónde estaba su cuna. Es verdad que Jerusalén se turbó durante un momento a la nueva de un Rey nacido; pero volvió a caer en la inconsciencia y no se preocupó más de la gran noticia.

Así es como visitáis, oh Salvador, a *las tinieblas, y las tinieblas no os comprenden.* Haced que las tinieblas comprendan a la luz y la deseen. Un día vendrá en que habréis de desgarrar esas tinieblas insensibles y voluntarias con el rayo deslumbrador de vuestra justicia. ¡Gloria a Ti en ese día, oh soberano Juez!, mas líbranos de tu ira en los días de esta vida mortal. —*¿En dónde os heriré todavía?*, dices. *Mi pueblo no es ya más que una llaga*—. Sé, pues, Salvador, oh Jesús, en esta venida que esperamos. La *cabeza está muy enferma y el corazón desfallecido:* ven a levantar estas frentes que la humillación y a veces viles apegos inclinan ha-

cia la tierra. Ven a consolar y aliviar estos corazones tímidos y ajados. Y si nuestras heridas son graves y antiguas, ven, tú que eres el buen Samaritano, y derrama sobre ellas el bálsamo que ahuyenta el dolor y procura la salud. El mundo entero te aguarda, ¡oh Redentor! Revélate a él, salvándole. La Iglesia tu Esposa, comienza ahora un nuevo año; su primer clamor es un grito de angustia hacia Ti; su primera palabra es ésta: *¡Ven!* Nuestras almas, oh Jesús, no quieren continuar caminando sin Ti por el desierto de esta vida. Estamos en el atardecer: el día va declinando y las sombras se echan encima: levántate, ¡oh Sol divino!, ven a guiar nuestros pasos y a salvarnos de la muerte.

MISA

Al acercarse el Sacerdote al altar para celebrar el santo sacrificio, la Iglesia entona un cántico que revela bien su confianza de Esposa; repitámosle con ella, desde lo más íntimo de nuestro corazón: porque, sin duda, el Salvador vendrá a nosotros en la medida que le hayamos deseado y esperado fielmente.

INTROITO [1]

A ti elevo mi alma: en ti confío, Dios mío: no sea yo avergonzado, ni se burlen de mí mis enemigos: porque todos los que esperan en ti, no serán confundidos.

[1] Previa autorización de sus autores, utilizamos aquí la versión de los RR. PP. Justo Pérez de Urbel y Enrique Díez en su Misal-Devocionario.

Salmo. Muéstrame, Señor, tus caminos: y enséñame tus veredas. Gloria al Padre... *Se repite:* A ti elevo...

Después del *Kyrie eleison,* el Sacerdote recoge los votos de toda la Iglesia en las oraciones llamadas por esta razón *Colectas.*

ORACION

Oremos. Excita, Señor, tu potencia y ven, te lo suplicamos: para que con tu protección, merezcamos vernos libres de los inminentes peligros de nuestros pecados y con tu gracia, podamos salvarnos. Tú que vives y reinas con Dios Padre, en la unidad del Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Romanos (XIII, 11-14).

Hermanos: Sabed que ya es hora de que surjamos del sueño, pues nuestra salud está ahora más cerca que cuando comenzamos a creer. Ha pasado la noche, ha llegado el día. Dejemos, pues, las obras de las tinieblas y empuñemos las armas de la luz. Marchemos honradamente, como de día: no en glotonerías y embriagueces, no en liviandades e impudicicias, no en contiendas y envidias: antes revestíos del Señor Jesucristo.

El vestido que ha de cubrir nuestra desnudez es, pues, el Salvador que esperamos.

Admiremos aquí la bondad de nuestro Dios, que al acordarse de que el hombre después del pecado se había ocultado sintiéndose desnudo, quiere El mismo servirle de velo cubriendo tan gran miseria con el manto de su divinidad. Es-

temos, pues, atentos al día y a la hora de su venida y cuidemos de no dejarnos invadir por el sueño de la costumbre y de la pereza. La luz brillará bien pronto; iluminen, pues, sus primeros rayos nuestra justicia o al menos nuestro arrepentimiento. Ya que el Salvador viene a cubrir nuestros pecados para que de nuevo no aparezcan, destruyamos nosotros, al menos, en nuestros corazones toda suerte de afecto a esos pecados; y que no se diga que hemos rehusado la salvación. Las últimas palabras de esta Epístola son las que, al abrir el libro, encontró San Agustín, cuando, instado desde hacía tiempo por la gracia divina para darse a Dios, quiso obedecer finalmente la voz que le decía: *Tolle et lege; toma y lee*. Fueron las que decidieron su conversión; entonces resolvió de repente romper con la vida de los sentidos y revestirse de Jesucristo. Imitemos su ejemplo en este día; suspiremos con vehemencia por esta gloriosa y amada túnica que, por la misericordia de Dios, será colocada dentro de poco sobre nuestras espaldas, y repitamos con la Iglesia esas emocionantes palabras, con las cuales no debemos temer cansar el oído de nuestro Dios:

GRADUAL

Señor, todos los que esperan en ti no serán confundidos. Hazme conocer, Señor, tus caminos y enséñame tus veredas.

Aleluya, aleluya.

Muéstranos, Señor, tu misericordia y danos tu salud. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (XXI, 25-33.)

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habrá señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y en la tierra angustia de gentes por la confusión del sonido del mar y de las olas, secándose los hombres por el temor y la expectación de lo que sucederá en todo el orbe, pues las virtudes de los cielos se conmoverán. Y entonces verán al Hijo del Hombre venir en una nube con gran poder y majestad. Cuando comiencen a realizarse estas cosas, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención. Y les dijo esta semejanza: Ved la higuera y todos los árboles: cuando ya producen de sí fruto, sabéis que está cerca el verano. Así también, cuando veáis que se realizan estas cosas, sabed que el reino de Dios está cerca. De cierto os digo que no pasará esta generación hasta que suceda todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

Debemos, por tanto, oh buen Jesús, esperar la repentina aparición de tu terrible Advenimiento. Pronto vas a venir en tu misericordia a cubrir nuestra desnudez con un vestido de gloria e inmortalidad; pero un día llegará en que vuelvas con una majestad tan deslumbradora, que los hombres quedarán secos de espanto. ¡Oh Cristo!, no quieras perderme en ese día de incendio universal. Visítame antes amorosamente: yo quiero prepararte mi alma. Quiero que en ella nazcas, para que el día en que las convulsiones de la naturaleza anuncien tu próxima llegada, pueda yo *levantar la cabeza,* como

tus fieles discípulos, que, llevándote ya en sus corazones, no temerán tus iras.

Durante la ofrenda del Pan y del Vino, la Iglesia tiene fijos los ojos en el que ha de venir, y entona con perseverancia el mismo cántico:

OFERTORIO

A ti elevo mi alma, en ti confío, Dios mío: no seré avergonzado, ni se burlarán de mí mis enemigos; porque todos los que esperan en ti, no serán confundidos.

Después del ofertorio, recoge en silencio los votos de todos sus miembros en la siguiente Oración:

SECRETA

Purificados con la poderosa virtud de estos Sacramentos, haz, Señor, que lleguemos más puros a su principio. Por nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Después de la Comunión del Sacerdote y del pueblo, el Coro canta estas hermosas palabras de David para celebrar la dulzura del *Fruto* divino que *nuestra tierra* va a producir y que anticipadamente se acaba de dar a los suyos. Esta *Tierra nuestra* no es otra que la Virgen María fecundada por el celeste rocío, y que se entreabre, como nos dice Isaías, para darnos al Salvador.

COMUNION

El Señor mostrará su benignidad y la tierra dará su fruto.

A continuación la Oración final y de acción de gracias.

POSCOMUNION

Recibamos, Señor, tu misericordia en medio de tu templo; para que nos preparemos con los debidos honores a las futuras fiestas de nuestra redención. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Lavaos, purificaos, apartad de mis ojos vuestros malos pensamientos; dejad de hacer el mal, aprended a practicar el bien, buscad lo que es justo, ayudad al oprimido; haced justicia al huérfano, amparad a la viuda. Y entonces venid y argüidme, dice el Señor: aunque vuestros pecados os hayan puesto como la escarlata, quedaréis blancos como la nieve; y aunque estuviéreis rojos como la púrpura, os volveréis blancos como la lana [1]. (*Is.*, I, 16-18.)

El Señor, que bajará enseguida para salvarnos, nos invita no sólo a prepararnos para aparecer en su presencia, sino también a purificar

[1] Como el color rojo es el color de la sangre, representa al crimen; mientras que la blancura de la nieve y de la lana es símbolo de la inocencia. En el Apocalipsis, la mujer pecadora está vestida de púrpura y escarlata (XVII, 4); en cambio, los santos resplandecen con sus blancas vestiduras (III, 4-5; VII, 14). Aquí podemos ver la misericordia de Dios, dispuesta a perdonar los mayores crímenes y la eficacia de su justificación que purifica al alma de sus impurezas devolviéndola el brillo y esplendor de su inocencia. (*Tobac,* "Les Prophètes d'Israel", II, 17.)

nuestras almas. "En justo, dice S. Bernardo en su Sermón VI del Adviento, que el alma que había caído la primera, sea también restaurada la primera. Dejemos, pues, el cuidado del cuerpo hasta el día en que venga Jesucristo a reformarlo por la Resurrección; y así en el primer Advenimiento nos dice el Precursor: *He ahí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* No dice *las enfermedades del cuerpo,* ni las *flaquezas de la carne,* sino *los pecados,* que son las enfermedades del alma y la corrupción del espíritu. ¡Oh cuerpo!, guárdate, por tanto, de anticipar el tiempo. Puedes estorbar la salvación del alma, pero no puedes lograr la tuya propia. Consiente, pues, que trabaje el alma para sí, y aun procura cooperar con ella; porque si participas de sus sufrimientos, también participarás de su gloria. Cuanto más retrases su renovación, tanto más retrasas la tuya; pues hasta que Dios no vea su imagen reformada en el alma, tampoco tú serás regenerado." Purifiquémonos, pues, cristianos; practiquemos las obras del espíritu y no las de la carne. La promesa del Señor es bien explícita: El reemplazará los vivos colores de nuestros pecados por la más deslumbrante blancura. Sólo una cosa nos pide: que cesemos de cometer el pecado. *Dejad de hacer el mal,* dice, y después, *venid y hablaremos.* ¡Oh Salvador!, queremos aprovecharnos de tus consejos, desde el comienzo de este santo tiempo. Queremos comenzar en paz contigo, sometiendo

la carne al espíritu, reparando nuestras injusticias para con nuestros hermanos y haciéndote oír la voz de nuestro arrepentimiento, en lugar del tumulto de nuestros pecados que desde hace tiempo molesta tus oídos.

MARTES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Lo que vió Isaías, hijo de Amós, referente a Jerusalén y a Judá. He aquí que en los últimos tiempos el monte de la Casa del Señor apoyará su cimientos en la cumbre de todas las montañas y se elevará sobre todos los collados. Y se juntarán allí todas las naciones y vendrán muchos pueblos diciendo: Venid, subamos al Monte del Señor y a la Casa del Dios de Jacob y El nos mostrará sus caminos y andaremos por sus sendas, porque de Sión saldrá la Ley y de Jerusalén la palabra del Señor. (*Is.*, II, 1-3.)

¡Con qué complacencia escucha y repite la santa Iglesia estas bellas palabras del Profeta: *Venid, subamos al Monte del Señor!* Todos los días de Feria, en el Adviento, las repite en el Oficio de Laudes; y todos sus hijos alaban al Señor que se ha hecho semejante a una alta montaña, accesible a todos, para atraer más nuestras miradas. Cierto que este Monte, como dice otro Profeta, es al principio insignificante como una piedrecita, queriendo indicar la humildad del Mesías en su nacimiento; pero pronto crecerá a vista de todos los pueblos que serán

invitados a poblar sus fértiles laderas y hasta su misma cumbre iluminada por los rayos del Sol de Justicia. Así es, ¡oh Jesús! A todos nos llamas y a todos eres accesible; la grandeza y sublimidad de tus misterios no tienen nada de incompatible con nuestra miseria. Desde ahora queremos unirnos a esta oleada de pueblos que hacia Ti se dirigen: ya empezamos a caminar; en tus flancos, oh Montaña bendita, queremos colocar nuestra tienda. Dígnate recibirnos; y que no escuchemos más el estrépito mundano que sube desde la llanura. Colócanos tan arriba, que nuestros ojos no puedan ver más las vanidades de la tierra. Ojalá no olvidemos ya nunca las sendas por las cuales se sube a esta santa cima, en que la montaña, que es la figura, se esfuma, y donde el alma se encuentra para siempre cara a cara con Aquel cuyo rostro contemplan los Angeles en un éxtasis eterno y *cuyas delicias son el estar con los hijos de los hombres.* (Pro. VIII, 31.)

MIERCOLES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

De Isaías Profeta.

He aquí que el Señor de los Ejércitos quitará a Jerusalén y a Judá todo sostén y ayuda: el guerrero, el hombre armado, el juez, el profeta, el adivino y el anciano, el capitán de cincuenta hombres, el grande, el consejero, el mago y el hombre de conjuros. Y les daré niños por capitanes y serán dominados por hom-

bres afeminados. En efecto, Jerusalén amenaza ruina y Judá se pierde; porque tanto sus palabras como sus obras están contra el Señor y desafían la mirada de su majestad. Su frente da testimonio contra ellos: en lugar de ocultarlos, publican sus pecados. ¡Ay de ellos!: que se les dará el castigo que merecen... Feliz el justo, porque el bien es para él: comerá del fruto de sus obras. ¡Ay del impío!: para él, todo lo malo. Será tratado según lo que merece. (*Is.*, III, 1-4, 8-11.)

Por cuanto Jerusalén camina hacia su ruina, la lucidez de su entendimiento se extingue en ella como todas las demás potencias. No sabe a donde va e ignora el abismo que la va a devorar. Así son los hombres que no consideran el Advenimiento del Soberano Juez, esos de los cuales Moisés ha dicho en su Cántico: *Gente sin consejo y sin prudencia; si al menos tuviesen inteligencia y sabiduría para prever el fin de las cosas*. El Hijo de Dios viene ahora envuelto en humildes pañales, pobre como un esclavo y para emplear palabras de los Profetas, como el rocío que cae sin ruido y gota a gota; mas no siempre será de la misma manera. Esta tierra, que soporta ahora nuestros pecados y nuestra insensibilidad, crujirá también en presencia del Juez terrible. ¿Cuál será nuestro apoyo si sólo en ella hemos confiado? "Una muerte repentina, ocurrida a vuestra vista, dice San Juan Crisóstomo, un terremoto, la amenaza de un súbita calamidad os aterra y abate: ¿qué será cuando os falle la tierra bajo los pies; cuando veáis la destrucción de la naturaleza, y oigáis el sonido de la

fatal trompeta; cuando el Soberano Señor del Universo se muestre a vuestras miradas en toda su majestad? Habéis visto condenados conducidos al suplicio: antes de llegar al lugar de la ejecución ¡cuántas muertes no tienen que sufrir! Anonadados por el terror, muchos no han ofrecido al verdugo más que un cadáver. ¡Oh angustias de este momento final! ¡Cómo se atreverá nadie a desafiaros, cuando es tan fácil evitaros, que basta sólo con abrir hoy el alma al que viene suave y desarmado pidiendo asilo en nuestros corazones, prometiendo salvarlos de aquellas iras, si ahora quieren recibirle! ¡Oh Jesús!, no queremos ni podemos luchar contigo en el último día; ahora eres nuestro hermano, nuestro amigo, un Infante que va a nacer en nosotros; queremos hacer alianza contigo, y así amándote en tu primer Advenimiento no te temeremos en el postrero. ¡Ojalá podamos oír las palabras que tus Angeles dirigirán a los justos: *Todo está bien!*"

JUEVES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

De Isaías Profeta.

Voy a cantar a mi amigo la canción de su amor para con su viña. Mi amado tenía una viña sobre una fértil ladera. Cercóla de un seto y la limpió de piedras, plantándola con cepas escogidas. En medio de ella levantó una torre y construyó un lagar. Esperó a que

diera uvas, pero las dió silvestres. Ahora pues, habitantes de Jerusalén, y vosotros gente de Judá, yo os ruego que seáis jueces entre mí y mi viña. ¿Qué se podía hacer a mi viña que yo no hiciese? ¿Y por qué me ha dado agraces, cuando yo esperaba uvas buenas? Pues bien, ahora voy a deciros lo que pienso hacer con mi viña: le quitaré su valla y será talada; derribaré su cerca y será pisada. ¡Sí, la destruiré y la desolaré! No volverá a ser podada ni cavada, nacerán en ella las espinas y los abrojos; prohibiré a las nubes que la rocíen con sus aguas.

La viña del Señor de los Ejércitos es la casa de Israel, y los hombres de la casa de Judá son su plantel querido. ¡Creyó encontrar un pueblo inocente y helo aquí cubierto de sangre!, ¡esperó justicia y no oye sino clamores revoltosos! (*Is.*, V, 1-7.)

Esperamos el nacimiento de un Niño que ha de aparecer siete siglos después de Isaías; este Niño será el Salvador del mundo. Ahora bien, los hombres le perseguirán, le colmarán de injurias y calumnias; la víspera del día de su Crucifixión, les propondrá la Parábola siguiente: *Era un hombre, padre de familia, que plantó una viña, la rodeó de una cerca, la construyó un lagar, edificó una torre y la dió en arriendo a sus obreros: después marchó a un país extranjero. Pues bien, cuando llegó el tiempo de la vendimia envió a sus criados a la viña para recoger el fruto. Pero los obreros se apoderaron de los criados, hirieron a uno, mataron a otro y a otro le apedrearon. De nuevo envió el Señor otros criados, en mayor número que la vez primera; pero hicieron lo mismo con ellos. Finalmente les envió a su propio hijo, diciendo:*

respetarán al menos a mi hijo. Cristianos, he ahí ese Hijo que viene a nosotros. ¿Le respetaréis? ¿Le trataréis como Hijo de Dios, a quien se debe amor y respeto? Considerad ¡qué progreso en la malicia de los hombres! En tiempo de Isaías, los Judíos despreciaron a los Profetas; mas los Profetas eran simples hombres, aunque enviados de Dios. Vino el mismo Hijo de Dios y le reconocieron; fué un crimen mucho mayor que apedrear a los Profetas. ¿Cuál sería, pues, el crimen de los cristianos que saben Quién es el que viene; más aún, que son sus miembros por el Bautismo, cuál sería su pecado al no abrirle las puertas de su corazón cuando viene enviado por su Padre? ¿Qué castigo merecería la viña ingrata con tanto amor plantada, si persistiese en no dar sino agraces? ¡Oh Salvador!, date prisa en fertilizarnos: corónanos de flores y de frutos para el día cercano de tu venida.

VIERNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

En el año que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado sobre un trono sublime y elevado, y las franjas de su manto llenaban el templo. Delante de El estaban los Serafines. Cada uno de ellos tenían seis alas, con dos de ellas se cubrían el rostro, y con otras dos los pies, y con las dos restantes volaban. Sus voces se oían a coro, diciendo:

¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los Ejércitos: toda la tierra está llena de su gloria! (*Is.*, VI, 1-3.)

Así es la gloria del Señor en lo más alto de los cielos; ¿quién será capaz de contemplarle sin morir? Mirad ahora al Señor sobre la tierra en los días en que nos encontramos. A quien el cielo no podía contener, el seno de una Virgen le contiene. Su resplandor, lejos de deslumbrar a los Angeles, apenas es perceptible por los mortales. Ninguna voz deja oír aquellas palabras celestiales: ¡Santo, Santo, Santo es el Señor Dios de los *Ejércitos!* Los Angeles no exclaman: *Toda la tierra está llena de su gloria,* porque la tierra más bien es el escenario de sus humillaciones, de un anonadamiento tan profundo, que aun los mismos hombres lo ignoran. En un principio, sólo la Virgen conoció el secreto divino: después Isabel supo que María era la Madre del Señor; a José se le comunicó por la voz del Angel, después de crueles y humillantes angustias. Tres personas, por consiguiente, son las únicas que en la tierra conocen la bajada de Dios sobre ella; por esta oscura vereda entra El en su obra, de la que le había desterrado un pecado de orgullo. ¡Oh Dios de la antigua alianza, cuán grande eres!, y ¿cómo no temblaría en tu presencia? ¡Oh Dios de la nueva alianza, cuán pequeño te has hecho!, ¿cómo no amarte? Cura mi orgullo, principio de todas mis rebeliones; enséñame a estimar lo que tú estimas. Por

tu Encarnación vuelves a crear el mundo; y en esta Creación, más excelente que la primera, obras por medio de tu silencio, triunfas por medio de la humillación. También yo quiero humillarme como Tú, y aprovecharme de las lecciones que un Dios ha venido a darme de tan lejos. Abate, pues, oh Jesús, *todas mis alturas;* ése es uno de los fines de tu venida. Me someto a ti como a mi soberano Señor; haz de mí lo que te plazca.

SABADO

DE LA PRIMERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Isaías habló al rey Acaz, diciéndole: Pide una señal al Señor tu Dios en lo profundo del infierno o arriba en lo más alto. Y Acaz respondió: "No la pediré por no tentar al Señor."

Entonces dijo Isaías: "Escucha, pues, casa de David, ¿os parece poco hacer agravio a los hombres y queréis hacerlo también a mi Dios? Por eso el mismo Señor os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá y dará a luz un hijo y se ha de llamar Emmanuel (Dios con nosotros). (*Is.*, VII, 10-14.)

Llénese nuestro corazón de esperanza y alegría al oír esta bella y dulce Profecía: *Una Virgen concebirá y dará a luz un hijo.* Estas palabras encierran la salvación del mundo, como estas otras explican su ruina: *La mujer tomó*

el fruto y comió y dió de él a su marido. Ha llegado, pues, la Virgen prometida; el fruto divino está en sus entrañas. La prevaricación de Eva queda reparada por su medio, el mundo se levanta de su ruina y es aplastada la cabeza de la serpiente. El mismo Dios es más glorificado con la fidelidad de esta Virgen que había sido deshonrado por la infidelidad de la primera. El consentimiento de María tiene enorme importancia en la salvación del mundo. Sin duda, es el mismo Verbo quien viene; "pero María es el camino por el que viene, dice S. Bernardo en su II Sermón de Adviento; de su seno virginal sale, como el esposo de la cámara nupcial. Esforcémonos, pues, en subir a Jesús por María, puesto que por ella ha bajado El hasta nosotros. Concédenos, pues, entrada ante tu divino Hijo, tú, Bendita, que has hallado gracia, Madre de la Vida y Madre de la salud; y por ti nos reciba, quien por ti nos ha sido dado. Sea causa de perdón tu integridad para nuestras torpezas; obtenga tu humildad, tan agradable a Dios, la remisión de nuestras vanidades, cubra tu copiosa caridad la multitud de nuestros pecados y procúrenos tu gloriosa fecundidad toda clase de merecimientos. ¡Oh Señora nuestra, Abogada nuestra, Mediadora nuestra! Reconcílianos con tu Hijo, recomiéndanos a tu Hijo, preséntanos a tu Hijo. Haz, oh Virgen benditísima, por la gracia que hallaste, por la prerrogativa que mereciste, por

la misericordia de que eres Madre, haz que Aquel que por medio de ti se dignó hacerse partícipe de nuestra flaqueza y miseria, nos haga también, por tu intercesión, participantes de su gloria y de su bienaventuranza."

SEGUNDO DOMINGO DE ADVIENTO

En el Oficio de este Domingo dominan completamente los sentimientos de esperanza y alegría que comunica al alma fiel la feliz noticia de la próxima llegada de Aquel que es su Salvador y Esposo. El Advenimiento interno, el que se opera en las almas, es el objeto casi exclusivo de las oraciones de la Iglesia en este día: abramos, pues, nuestros corazones, preparemos nuestras lámparas y esperemos alegres la voz que se oirá en medio de la noche: *¡Gloria a Dios! ¡Paz a los hombres!*

La Iglesia Romana celebra hoy la Estación en la Basílica de Sta. Cruz de Jerusalén. El Emperador Constantino depositó en esta venerable Iglesia una parte notable de la Vera Cruz, con el Rótulo que mandó fijar en ella Pilatos y que proclamaba la Realeza del Salvador de los hombres. Todavía se conservan allí estas preciosas reliquias; enriquecida con tan glorioso tesoro, la Liturgia Romana considera a esta Basílica de

Sta. Cruz de Jerusalén como si fuera Jerusalén misma, como se puede observar por la alusiones que hace en las distintas Misas estacionales que allí celebra. En el lenguaje de la Sagrada Escritura y de la Iglesia, Jerusalén es el tipo del alma fiel; ésta es también la idea fundamental que ha presidido la composición del Oficio y de la Misa de este Domingo. Sentimos no poder desarrollar aquí todo este magnífico conjunto, contentándonos con abrir cuanto antes el libro del Profeta Isaías, para leer allí con la Iglesia el paso de donde saca hoy el motivo de sus esperanzas en el reino suave y pacífico del Mesías.

LECCION DEL PROFETA ISAIAS

APARECE EL MESÍAS, ANIMADO DEL ESPÍRITU DE DIOS. SU JUSTICIA

Saldrá un tallo del tronco de Jesé y de su raíz se se elevará una flor. Sobre él reposará el Espíritu del Señor, espíritu de sabiduría y de entendimiento, espíritu de consejo y fortaleza, espíritu de ciencia y de piedad, espíritu de temor de Dios.

No juzgará por las apariencias, ni condenará sólo por lo que oye decir, sino que juzgará a los débiles en justicia, y defenderá con rectitud a los pobres de la tierra. Con la vara de su boca herirá al tirano y con el aliento de sus labios matará al malvado. El cíngulo de sus caderas será la justicia, y la fidelidad como un ceñidor sobre las mismas.

Habitará entonces el lobo junto al cordero y el leopardo se acostará junto al cabrito; juntos comerán

el león y el toro y un niño pequeño los conducirá. El becerro y el oso pacerán juntos y sus crías estarán echadas en el mismo sitio. El león y el buey comerán paja; el niño que mama todavía, jugará junto a la cueva del áspid, y el recién destetado meterá su mano en la madriguera del basilisco. ¡Basta ya de males y destrucción en el santo Monte! Porque la tierra está llena del conocimiento del Señor, como el mar rebosante de agua.

En aquel día el tallo de la raíz de Jesé, que está puesto como estandarte para los pueblos, será buscado por las naciones y su sepulcro será glorioso. (*Is.*, XI, 1-10.)

¡Cuánto que considerar en estas magníficas frases del Profeta! El Tallo, la Flor que sale de él; el Espíritu que reposa sobre esta flor; la paz y la seguridad restablecidas sobre la tierra; una fraternidad universal bajo el mando del Mesías. San Jerónimo, de quien la Iglesia toma hoy las palabras en las lecciones del segundo Nocturno, nos dice "que este tallo sin nudo alguno que sale de la rama de Jesé, es la Virgen María, y que la Flor es el Salvador mismo, quien dijo en el Cántico: *Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles*. Todos los siglos cristianos han celebrado con entusiasmo la gloria del Tallo maravilloso y de su Flor divina. Durante la Edad Media, el Arbol de Jesé extendía sus proféticas ramas por las portadas de nuestras catedrales, brillaba sobre sus vidrieras, y aparecía bordado en los tapices del santuario; la voz melodiosa

de los sacerdotes entonaba a su vez el suave Responso compuesto por Fulberto de Chartres y puesto en canto gregoriano por el rey Roberto el Piadoso:

℟. La rama de Jesé produjo un tallo y el tallo una flor; * y sobre esta flor reposó el Espíritu divino. — ℣. La Virgen, Madre de Dios, es el tallo y su hijo la flor: * y sobre esta flor reposó el Espíritu divino.

El piadoso S. Bernardo, al comentar este Responsorio, en su segunda Homilía sobre el Adviento, decía "El Hijo de la Virgen es la flor, flor blanca y escarlata, única entre millares, flor cuya vista regocija a los Angeles y cuyo aroma devuelve la vida a los muertos; *Flor de los campos,* como ella lo dice de sí misma, y no flor de jardín, porque la flor del campo vive por sí misma, sin ayuda del hombre, sin procedimientos de agricultura. De este modo el seno purísimo de la Virgen, como un campo de verdor eterno, produjo esta flor divina cuya belleza no se marchita y cuyo brillo no palidecerá nunca. ¡Oh Virgen, tallo sublime, cuán grande es tu altura! Llegas hasta el que está sentado sobre el Trono, hasta el Señor de la majestad. Y esto no me llama la atención; es que te apoyas en las profundas raíces de la humildad. ¡Oh planta celestial, la más hermosa y santa de todas! ¡Oh árbol verdadero de la vida, el único que ha sido digno de llevar el fruto de la salvación!"

¿Hablaremos también del Espíritu Santo y de sus dones, que si se derraman sobre el Mesías, es sólo para después venir sobre nosotros, que tenemos más necesidad de Sabiduría e Inteligencia, de Consejo y de Fortaleza, de Ciencia, de Piedad y de Temor de Dios? Roguemos con insistencia a este Espíritu divino, por cuya obra fué concebido y formado Jesús en el seno de María, y pidámosle que lo forme también en nuestros corazones. Oigamos también con alegría estos admirables relatos que nos hace el Profeta, de la felicidad, de la armonía, de la dulzura que reinan en la *santa Montaña*. Después de tanto tiempo el mundo ansiaba la paz: por fin llegó. El pecado había creado la división en todo, la gracia va a unirlo todo. Un tierno niño va a ser la garantía de la alianza universal. Los Profetas, lo anunciaron, lo declaró la Sibila, y aun en Roma, sepultada todavía en las sombras del Paganismo, el príncipe de los poetas latinos, haciéndose eco de las antiguas tradiciones, entonó el célebre canto en el que dice: "Va a abrirse la última era, la era predicha por la Sibila de Cumas; una nueva raza de hombres baja del cielo. Los rebaños no tendrán que temer del furor de los leones. Perecerá la serpiente y será destruída toda hierba venenosa."

Ven, pues, oh Mesías, a restaurar la armonía primitiva; pero dígnate recordar que, sobre todo, esta armonía quedó destruída en el corazón del

hombre; ven a curar este corazón, a tomar posesión de esta Jerusalén, objeto indigno de tu predilección. Durante mucho tiempo ha estado cautiva en Babilonia; sácala ya de la tierra extranjera. Reconstruye su templo; y que la gloria de este segundo templo sea mayor que la del primero, por el honor que tú le harás habitándole, no en imagen sino en persona. El Angel se lo dijo a María: *El Señor Dios dará a tu hijo el trono de su padre David; y reinará por siempre en la casa de Jacob, y su reino no tendrá fin.* ¿Qué podemos hacer nosotros, oh Jesús, si no es decir como el discípulo amado al fin de su Profecía: ¡Amén! ¡Así sea! ¡Ven, Señor Jesús!?

MISA

Comienza el Santo Sacrificio con un canto de triunfo dirigido a Jerusalén. Este canto expresa la alegría que se apoderará del corazón del hombre, cuando oiga la voz de su Dios. Ensalza la bondad del divino Pastor, para quien cada una de nuestras almas es una oveja querida, que El está dispuesto a alimentar con su misma carne.

INTROITO

Pueblo de Sión; he aquí que el Señor vendrá a salvar las gentes, y el Señor hará oír la gloria de su voz en la alegría de vuestro corazón. *Salmo:* Tú, que riges a Israel, atiende: tú que conduces a José como una oveja. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, el Sacerdote insiste en la pureza que debe reinar en nuestro corazón a la venida del Salvador.

ORACION

Oremos. Excita, Señor nuestros corazones a preparar los caminos de tu Unigénito: para que podamos servirte con nuestras almas purificadas con la venida de Aquel que contigo vive y reina...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Romanos: (XV, 4-13.)

Hermanos: Todo lo que se ha escrito, ha sido escrito para nuestra enseñanza: para que, por la paciencia y el consuelo de las escrituras, tengamos esperanza. Mas el Dios de la paciencia y de la consolación os conceda la gracia de sentir todos lo mismo, según Jesucristo, para que, unánimes, glorifiquéis con una sola boca al Dios y al Padre de Nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, sobrellevaos los unos a los otros, como también Cristo os sobrellevó, para gloria de Dios. Digo, pues, que Cristo Jesús fué hecho ministro de la Circuncisión por la verdad de Dios, para confirmar las promesas hechas a los Patriarcas, y para que los gentiles glorifiquen también a Dios por su misericordia, como está escrito: Por ello, Señor, te confesaré entre los gentiles y cantaré a tu nombre. Y otra vez dice: Alegraos, gentiles, con su pueblo. Y otra vez: Gentes todas, alabad al Señor; magnificadle, pueblos todos. Y de nuevo dice Isaías: Estará la raíz de Jesé y el que surgirá para regir las gentes: las gentes esperarán en El. El Dios de la esperanza os llene de todo gozo y paz creyendo, para que abundéis en la esperanza por la virtud del Espíritu Santo.

Tened, pues, paciencia, Cristianos; aumentad vuestra esperanza y gustaréis al Dios de paz, que va a venir a vosotros. Pero permaneced unidos de corazón los unos con los otros; porque ésa es la señal de los hijos de Dios. Nos dice el Profeta que el Mesías hará habitar juntos al lobo y al cordero; pues ahora el Apóstol nos lo muestra reuniendo en una sola familia al Gentil y al Judío. ¡Gloria sea a este Rey soberano, renuevo floreciente de la vara de Jesé y que nos ordena esperar en El! Otra vez la Iglesia nos advierte que va a aparecer en Jerusalén:

GRADUAL

De Sión, perfección de hermosura, vendrá manifiestamente Dios. —.℣. Reunid en torno de El a sus santos, los que hicieron con El pacto con sacrificios.

Aleluya, aleluya. — ℣. Me alegré con los que me decían: Iremos a la casa del Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Evangelio según S. Mateo. (XI, 2-10.)

En aquel tiempo, habiendo oído Juan en la prisión las obras de Cristo, le envió dos de sus discípulos para decirle: ¿Eres tú el que ha de venir, o esperamos a otro? Y, respondiendo Jesús, les dijo: Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bienaventurado el que no se escandalizare de mí. E, idos ellos, comenzó Jesús a decir a las gentes acerca de Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña

agitada por el viento? Pero, ¿qué salisteis a ver? ¿Un hombre muellemente vestido? He aquí, que los que visten muellemente, habitan en las casas de los reyes. Mas, ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? También os digo, y más que un profeta. Porque éste es de quien se ha escrito: He aquí que yo envío mi heraldo delante de tu faz, el cual preparará tu vía delante de ti.

Eres tú, oh Señor, el que debe venir, y no debemos esperar a otro. Estábamos ciegos, tú nos has iluminado; nuestros pasos eran vacilantes, tú los has asegurado; nos cubría la lepra del pecado, tú nos has curado; éramos sordos a tu voz, tú nos has devuelto el oído; estábamos muertos por el pecado, tú nos has levantado del sepulcro; finalmente, éramos pobres y abandonados, tú has venido a consolarnos. Tales han sido y tales serán los frutos de tu visita a nuestras almas, oh Jesús, visita silenciosa pero eficaz; visita de la que nada sabe la carne ni la sangre, pero que se realiza en un corazón movido por la gracia. Ven, pues, a mí, ¡oh Salvador! Ni tu humillación ni tu intimidad me han de servir de escándalo; porque tus operaciones en las almas demuestran palpablemente que son de un Dios. Si no las hubieses creado, tampoco podrías sanarlas.

Después del canto del Credo, cuando el Sacerdote ofrezca el Pan y el Vino, uníos a la Iglesia que pide ser vivificada por el Huesped divino, a quien espera.

OFERTORIO

Vuelve a darnos vida, oh Dios, y tu pueblo se alegrará de ti: muéstranos tu misericordia, oh Señor, y danos tu salud.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio los ruegos y las hostias de nuestra humildad: y, puesto que no podemos alegar ningún mérito propio, socórrenos con tu auxilio divino. Por Nuestro Señor.

Durante la Comunión, la Iglesia proclama todavía la dicha de Jerusalén. Su Dios viene a ella, y quiere tratarla como Esposa: prepárese, pues, al honor de esta visita, elevándose sobre todo lo que es inferior a este divino Esposo, que se digna bajar a ella.

COMUNION

Jerusalén, levántate, sube a lo alto, y contempla la alegría que te vendrá de tu Dios.

En la oración siguiente, la Iglesia explica en qué consiste esta elevación que debe procurar Jerusalén; en amar las cosas celestiales, de donde procede el Salvador y despreciar las terrenas, cuyo amor aparta de Dios.

POSCOMUNION

Saciados con este espiritual alimento, suplicámoste humildemente, Señor, nos enseñes, por la participación de este Sacramento, a despreciar las cosas terrenas y a amar las celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Anuncio sobre Babilonia revelado a Isaías, hijo de Amós. Levantad un estandarte sobre un monte pelado, dad un grito hacia ellos, tendedle la mano, para que entren por las puertas los caudillos. Yo he ordenado a mis tropas y he mandado a mis guerreros, a mis valientes triunfadores para que sirvan a mi indignación. Oíd ese ruido confuso en las montañas, como si fuera un pueblo numeroso. Oíd el tumulto de los reinos, de las naciones reunidas. El Señor de los Ejércitos pasa revista a las tropas combatientes. Viene de una lejana tierra, del otro extremo de los cielos; el Señor y los instrumentos de su ira para desolar la tierra.

¡Lamentáos, porque el día del Señor está cercano! Viene como azote del Omnipotente. Por eso, todos los brazos caerán y todos los corazones desfallecerán, agitados de espasmos convulsivos; se retorcerán temblando como la mujer de parto; se mirarán atónitos el uno al otro; y sus rostros serán como llamas.

He aquí que se acerca el día del Señor, cruel, ardiente de furor e ira para convertir la tierra en un desierto y exterminar de ella a los pecadores. Los astros de los cielos no brillarán con sus luces; el sol se obscurecerá a su salida y la luna no alumbrará con su luz.

Castigaré al mundo por sus pecados y a los malos por sus maldades; terminaré con el orgullo de los necios y abatiré la arrogancia de los tiranos. (*Is.*, XIII, 1-13.)

La Iglesia nos presenta hoy otra vez ante la vista el cuadro escalofriante de la última venida de Jesucristo. Esta pecadora Babilonia de que habla Isaías, es el mundo envejecido en sus pecados; el día cruel, lleno de furor e ira, es aquel en que volverá el Mesías haciendo brillar su estandarte sobre las nubes. Las palabras que emplea el Profeta para pintar la consternación de los habitantes de Babilonia son tan expresivas, que hielan de espanto a quienes seriamente las meditan. Tú, pues, que en esta segunda Semana de preparación al Nacimiento del Salvador dudas tal vez todavía de lo que debes hacer en el día de su venida, reflexiona ahora sobre la íntima relación de estos dos Advenimientos. Si en el primero das acogida al Salvador, podrás estar tranquilo en el segundo; si por el contrario desprecias el primero, el segundo caerá fulminante sobre ti, sin que sirvan a salvarte tus gritos desesperados. Cuando menos lo pienses vendrá el Juez, en medio de la noche, en el preciso momento en que te ilusiones con que está lejos todavía. Y no digas que el mundo no toca aún a su fin, que el género humano no ha realizado todavía sus destinos. No se trata aquí del género humano sino de ti. No hay duda que el día del Señor será espantoso, cuando el mundo sea hecho añicos como un frágil vaso y los restos de la creación sean presa de un pavoroso incendio; pero, antes de este día de univer-

sal terror llegará para ti en particular, la venida del Juez inexorable. Delante de él te has de encontrar sin defensa alguna, y la sentencia que entonces dictaré, quedará en firme para siempre. Advenimiento terrible, aunque sus efectos sean secretos hasta el último y más solemne. Considera, pues, que si el terror de este último día es tan grande, es porque en ese día se confirmará con toda solemnidad la sentencia que ya se dió irrevocablemente, aunque sin aparato; del mismo modo que la voz amistosa que convidará a los amigos de Dios al convite eterno, no hará más que repetir en presencia de los Angeles y de los hombres el fallo que ya fué dado en la feliz entrevista del Señor con sus amigos en el momento de su salida de este mundo. Así pues, ¡oh Cristianos no contéis con siglos por delante! *Esta noche se os exigirá vuestra alma.* (*Luc.*, XII, 20.) El Señor viene: apresuráos a ir delante de El con semblante humilde, con el corazón arrepentido y renovación de vuestras obras.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Su tiempo está próximo a llegar, sus días no se retardarán. Porque el Señor se compadecerá del Jacob, y escogerá todavía a Israel y les devolverá a su

propia tierra: los extranjeros se juntarán a ellos y se unirán a la Casa de Jacob. Los pueblos los hospedarán y los llevarán hasta su país; y la Casa de Israel los poseerá como siervos y siervas en la tierra del Señor. Harán cautivos a los que los habían cautivado, y mandarán en sus opresores. Entonces, cuando el Señor te conceda el descanso de tus trabajos, de tus penas y de la dura esclavitud a que habías sido sometido, entonarás este cántico contra el rey de Babilonia, y dirás: ¿Cómo es que desapareció el tirano y terminó la tormenta? ¡El Señor ha hecho añicos el cetro de los malvados, la vara de los opresores! Al que azotaba a los pueblos sin descanso con azotes iracundos, al que oprimía colérico a las naciones, bajo un yugo sin entrañas [1].

¡Cómo caíste del cielo, oh lucero, hijo de la Aurora! ¡Fuiste arrojado por tierra, tú que en tu corazón decías: "Escalaré los cielos: sobre las estrellas de Dios colocaré mi trono!

Me sentaré sobre el santo Monte al lado del Septentrión. Sobrepujaré la altura de las nubes, seré igual al Altísimo" ¡Pues bien, ahora bajas al infierno, a lo más profundo del abismo! *(Is.*, XXII, 12-16) [2].

---

[1] Para entender esta Profecía, hay que recordar que los Israelitas estuvieron cautivos en Babilonia durante cerca de 70 años, en el siglo VI antes de Cristo. El Profeta anuncia aquí a los prisioneros el fin de su destierro: "Su hora está próxima", es decir, Babilonia está a punto de caer en poder de los Medo-Persas. Esto sucedió en 538 antes de J. C.

[2] Estos versículos, que describen el orgullo y la caída del rey de Babilonia, son aplicados con frecuencia (como efectivamente lo hace aquí D. Guéranger) a la rebelión y castigo de Satanás. Observemos, con todo, que en su sentido literal e histórico, se refieren al rey de Babilonia. Por adaptación se ha aplicado a Lucifer lo que se dijo del tirano caldeo. Esta aplicación a Satanás puede ser sostenida y justificada, y parece legítima.

Babilonia sin dejar de ser la capital del imperio caldeo, representa también, a los ojos del Profeta, a las naciones pa-

Tu ruina está efectivamente consumada; ¡oh Lucífer! Al rehusar humillarte delante de Dios, fuiste arrojado a los infiernos. Luego, tratando en tu soberbia de hallar compensación a una caída tan profunda, procuraste la ruina del género humano, en odio a Dios y a su obra. Lograste infundir al hijo del polvo la misma soberbia que causó tu degradación. Por tu medio entró el pecado en el mundo y con el pecado la muerte; el género humano parecía una presa abandonada a tu rabia eterna. Obligado a renunciar a tu esperanza de reinar en el cielo, pensabas dominar al menos en el infierno y devorar la creación en cuanto salía de las manos de Dios. Pero hoy has sido vencido. Tu reino estaba en el orgullo; sólo a él habrías debido tu corte y tus súbditos; mas he aquí que viene el soberano Señor de todo, a socavar tu imperio en sus mismos fundamentos, dando El mismo ejemplo de humildad a sus criaturas; viene a enseñarla, y no por medio de leyes promulga-

---

ganas enemigas del pueblo de Dios; se trata de la lucha del mundo contra la teocracia. Por consiguiente, nada más natural que ver en este paso, que describe la ambición y la ruina del soberano de Babilonia, la imagen de la lucha entre el Príncipe de este *mundo y el jefe supremo de la teocracia*... dando al diablo el nombre de Lucifer—que aquí traducimos por lucero—y que para el Profeta representaba al monarca caldeo. Aquel era un simple instrumento de Satanás, y el orgullo que le precipitó a su ruina, un mero efecto del que perdió al príncipe de los ángeles. "El rey de Babilonia, dice Teodoreto, no estaba sólo al formar tales propósitos, detrás de sí tenía a su amo". (*Tobac,* Les Prophètes II, 82-83.)

das con el aparato deslumbrante del Sinaí, sino practicando El mismo en el silencio, esa divina humildad que parece el único medio de levantar a los caídos por la soberbia. Tiembla ¡Lucifer! Tu cetro va a quebrarse entre tus manos.

En tu altanería desprecias a esta dulce y humilde Virgen de Nazaret, que guarda en silencio el secreto de tu ruina y de nuestra salvación. Desprecias de antemano al Niño que lleva en su seno y que dará a luz dentro de poco. Ten en cuenta que Dios no le desprecia; porque también es Dios, ése Niño que no ha nacido todavía; un solo acto de adoración y de entrega que El haga a su Padre en el seno de María da más gloria a la Divinidad que la que podría arrebatarle todo tu orgullo creciendo eternamente. Aleccionados desde ahora por un Dios sobre el poder del gran remedio de la humildad, los hombres sabrán recurrir a él. En vez de alzarse como tú en loco y criminal orgullo, se humillarán con amor y alegría; y cuanto más humildes sean, más se complacerá, Dios en ensalzarlos; cuanto más necesitados se proclamen, tanto más querrá Dios colmarles sus deseos. Nos lo dice la Virgen Santísima en su bello Cántico. ¡Gloria sea a Ella, madre tan dulce para sus hijos, y tan terrible para ti, Lucifer, que te retuerces inútilmente bajo su planta victoriosa!

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Envía, a la hija del país de las rocas del desierto, a la montaña de Sión [1]. Como aves espantadas y hechas saltar del nido, así se verán las hijas de Moab en el paso del Arnón [2].

---

[1] El paso de Isaías aquí citado, invita a los Israelitas a dar hospitalidad a los fugitivos de Moab (país vecino de Israel al Sureste del mar Muerto) a protegerles contra el devastador de su tierra; esta obra de misericordia consolidará el trono de David. Ahora bien, en estas guerras, las princesas estaban principalmente expuestas a ser llevadas en cautiverio para servir al harem del conquistador. Así pues, "enviad a la *hija* del príncipe a Sión, donde estará segura" (Condamin). La traducción de este autor está hecha mediante una pequeña corrección del hebreo que en vez de "hija" dice "cordero".

Generalmente se entiende que este "cordero" (o corderos) representa el tributo anual que Moab debe pagar a Israel. Hay que reconocer con el P. Condamin que "la idea de tributo no está de acuerdo con lo que precede ni con lo que sigue".

Sea lo que fuere de la traducción adoptada, "hija" o "cordero", ninguna de las dos tiene sentido mesiánico.

Ahora bien, San Jerónimo creyó ver en este paso una profecía mesiánica. Su traducción es tan clara en este sentido, que la Liturgia del tiempo de Adviento la ha hecho suya. También es de los libros litúrgicos la palabra "*Domine*" que no se halla ni en el texto ni en la traducción de S. Jerónimo y de ellos ha pasado a la Vulgata para precisar más aún el significado. Este es el origen del verso: "Emitte agnum, Domine, dominatorem terrae, de petra deserti ad montem filiae Sion". "Enviad, oh Señor, el Cordero dominador de la tierra, desde la roca del desierto al monte de la hija de Sión". (R. P. Durand, S. J. Études, 1898.) Dom Guéranger sigue a San Jerónimo en su comentario.

[2] El Arnón es un riachuelo que separa el territorio de Moab del de Judá. Aquí se representa a las hijas de Moab huyendo ante el invasor hacia la Judea por los vados del Arnón.

Decídete, da una orden; extiende tu sombra para que sea como una noche en pleno día; oculta a los desterrados, no descubras a los fugitivos.

Da albergue a los desterrados de Moab, ampárales contra el devastador, hasta que haya terminado la invasión y cesado la devastación, y el opresor haya abandonado la tierra.

El trono se consolidará por la misericordia, y sobre este trono se asentará para siempre en la tienda de David, un juez celoso de la justicia y conocedor de lo recto. (*Is.*, XVI, 1-5.)

Oh Señor, *envíanos al Cordero;* "necesitamos el Cordero y no el león, exclama Pedro de Celles en su III Sermón de Adviento, el Cordero que no se enfurece y cuya mansedumbre jamás se altera; el Cordero que nos preste su lana blanca como la nieve, para calentar nuestra frialdad y cubrir nuestra desnudez; el Cordero que nos dé su carne en alimento, para que no desfallezcamos de debilidad en el camino. Envíale lleno de sabiduría, porque en su divina prudencia ha de vencer al espíritu de la soberbia; envíale lleno de fortaleza, porque está dicho que el Señor es fuerte y poderoso en el combate; envíale lleno de dulzura, porque ha de bajar como el rocío sobre el vellón; envíale como una víctima, porque ha de ser vendido e inmolado por nuestro rescate; envíale, no para exterminio de los pecadores, pues a ellos vendrá a buscar más que a los justos; envíale, finalmente, digno de reci-

bir el poder y la divinidad, digno de desatar los siete sellos del libro cerrado, es decir del inefable misterio de la Encarnación." Eres, pues Rey, ¡oh divino Cordero! Eres el soberano Dominador, desde el seno de tu Madre. Ese virginal seno es un trono de misericordia sobre el que te asientas humildemente, dispuesto a hacer justicia y a confundir a nuestro cruel enemigo. ¡Oh amado Rey! Aunque todavía no te contemplen nuestros ojos, nuestro corazón te ha sentido. Sabe él que sólo por su causa te revistes de una tan extraña realeza. Déjale que se acerque a ti para prestarte fidelidad y homenaje ahora que estás oculto todavía bajo el velo. Pronto los brazos de María serán un segundo trono para tu Majestad, y toda la tierra verá al Salvador que se le envía.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Anuncio contra Egipto.

He ahí al Señor cabalgando sobre una ligera nube y llegando a Egipto. Los dioses del Egipto tiemblan en su presencia y el corazón del Egipto está petrificado de terror. Haré pelear a Egipcios contra Egipcios y se batirán hermano contra hermano y amigo contra amigo, ciudad contra ciudad y reino contra reino. (*Is.*, XIX, 1-2.)

El Egipto, que el Señor va a visitar, cuyos ídolos e imperio va a derrocar es la ciudad de Satanás que debe sucumbir para dejar sitio a la ciudad de Dios. Admiremos la pacífica entrada del triunfador que viene sobre *una nube* y *una nube tenue,* a manera de carroza. ¡Cuántos misterios en tan pocas palabras! "Existen tres clases de nubes, dice Pedro de Blois en su segundo Sermón de Adviento: la obscuridad de las Profecías, la profundidad de los divinos Designios, y la maravillosa fecundidad de la Virgen". Efectivamente, es propio de toda profecía el ir envuelta en cierta obscuridad, que deja intacta la libertad humana; pero el Señor llega bajo la nube, y en el momento de su realización, todo queda aclarado. Así ocurrió en su primera venida; y así ha de ocurrir en la segunda. Ordinariamente los designios de Dios no se manifiestan más que en las causas segundas, y así, sucede casi siempre y sucedió de una manera especial en el gran hecho de la Encarnación, que la extremada sencillez de los medios empleados por la Sabiduría divina, vino a engañar a los cálculos de los hombres. Habrían éstos creído, que para levantar al mundo de su ruina, sería necesario desplegar una potencia, equivalente por lo menos a la de la creación primitiva: y he aquí que solamente se les dice: *Hallaréis un niño envuelto en pañales y recos-*

tado en un pesebre. ¡Oh Omnipotencia divina, cuán admirable es tu resplandor a través de esta nube! ¡cuán poderosa tu aparente flaqueza!

Pero, la tercera nube es la Virgen María; nube tenue; "porque, dice San Jerónimo, ni la concupiscencia, ni la carga del matrimonio terreno, la hacen pesada"; nube fecunda en refrigerante rocío, pues contiene al Justo que destilará sobre nosotros para apagar nuestros ardores sensuales y fertilizar el campo de nuestra vida. ¡Cuán dulce es el brillo de la majestad de nuestro Rey divino cuando le contemplamos a través de la nube de María! ¡Oh Virgen sin igual! La Iglesia entera te reconoce en esa nube misteriosa, que el Profeta Elías contempló desde la cumbre del Carmelo, elevándose sobre el mar, pequeña al principio como la huella humana, pero crecía en seguida sobre el horizonte hasta enviar a la tierra una tan copiosa lluvia, que bastó a apagar la sed de todo el pueblo de Israel. Dános pronto ese divino rocío que llevas dentro de ti; nuestros pecados nos han merecido un cielo de bronce sobre nuestras cabezas: Tú sola eres santa y pura, ¡oh María! Ruega al Señor, cuyo trono misericordioso eres, que venga cuanto antes a derribar a nuestros enemigos y traernos la paz.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

La tierra es devastada y todos sus habitantes castigados por sus pecados

He aquí que el Señor devastará la tierra y la despojará, cambiará su cara y esparcirá sus moradores. La misma suerte correrá el pueblo y el sacerdote, el señor como el esclavo, la señora y la sierva; el que vende y el que compra, el que presta y el que recibe, el deudor y el acreedor.

En efecto, la tierra será devastada y entregada al pillaje; porque el Señor lo ha sentenciado. La tierra está desolada y languidece; el mundo se consume poco a poco y el cielo se consume con la tierra. La tierra se halla profanada por sus habitantes; porque han violado la ley, traspasado los preceptos y quebrantado la alianza eterna.

Por eso, la tierra es devorada por la maldición y sus habitantes pagan la pena de sus delitos. Por eso, los moradores de la tierra son consumidos; y los sobrevivientes son tan pocos.

Toda suerte de alegría desterrada de la tierra

La viña está quejumbrosa, sus pámpanos languidecen; y los que paladeaban el placer, lloran. Cesó el alegre sonido de los panderos; no se oye la bulliciosa algazara, ni el festivo son de la cítara.

No se bebe el vino en medio de los cantos; todo licor resulta al bebedor amargo. La ciudad del caos está en ruinas, la puerta de las casas cerrada.

Se oyen gemidos en las calles: ¡no hay vino! Terminó toda alegría, el gozo está desterrado de la tierra.

La ciudad está desolada, las puertas derribadas y destruídas.

En efecto, todo esto sucederá en esta tierra, en medio de los pueblos, como cuando se varean los olivos y se viene a la rebusca después de la vendimia.

Los justos salvados

Estos elevan la voz y cantan; aclaman al Señor majestuosamente en el ocaso.

También en las islas, en las islas del mar, se glorifica al Señor, al nombre del Señor, al Dios de Israel. Desde las extremidades de la tierra oímos este cántico: "¡Gloria al justo!" (*Is.*, XXIV, 1-16.)

De esta suerte estaba desolada la tierra cuando el Mesías vino a libertarla y a salvarla. Las verdades habían disminuído de tal forma entre los hijos de los hombres, que el género humano amenazaba ruina. Cada vez se iba oscureciendo más el conocimiento del Dios verdadero: la idolatría profanaba toda la creación con los objetos de su adúltero culto; una moral sin freno era la consecuencia de una religión tan grosera; el hombre estaba siempre en armas contra el hombre; el orden social no tenía más garantía que la esclavitud y el exterminio. Era difícil hallar hombres que buscasen a Dios en medio de tantos pueblos; eran tan raros sobre la tierra, como las olivas olvidadas en el árbol después de la recolección, como los racimos que el vendimiador abandona en la cepa; éstos fueron, en el Judaísmo los verdaderos Israelitas que el Señor tomó por discípulos, y en la Gen-

tilidad los Magos que vinieron de Oriente preguntando por el Rey recién nacido, y más tarde el Centurión Cornelio, enviado por el Angel del Señor a San Pedro. Pero ¡con cuánta fidelidad y alegría reconocieron al Dios encarnado! ¡Qué gritos de gozo salieron de sus labios cuando supieron que habían sido escogidos para ver con sus propios ojos al Salvador prometido!

Pues bien, todo esto se repetirá cuando aparezca de nuevo el Mesías en los últimos tiempos. La tierra será nuevamente devastada, la raza humana estará degradada. Los hombres corromperán todavía sus caminos, y con una malicia tanto mayor, cuanto que el Verbo divino habrá brillado ante su vista. No obstante eso, invadirá a los pueblos una gran tristeza, un gran desfallecimiento de la vida; sentiránse envejecer como la tierra que los sustenta; y no se les pasará por las mientes que el destino del mundo toque ya a su fin. Habrá entonces grandes escándalos: las Estrellas del cielo, es decir, muchos de los que eran Doctores en Israel, caerán, y su luz se convertirá en tinieblas. Serán días de prueba, y disminuirá la fe, de manera que será difícil hallarla todavía en la tierra, cuando el Hijo del hombre haga su aparición en ella.

Libranos, Señor, de ver estos días de prueba, o bien fortifica nuestros corazones, con la docilidad a la Santa Iglesia, que será el único faro de tus fieles en medio de una tan espantosa de-

fección. Concédenos, oh Salvador, ser del número de estas olivas escogidas, de estos racimos de predilección, con los que has de completar la exuberante recolección que ha de llenar para siempre tus eternos graneros. Conserva en nosotros el tesoro de la fe, con que nos has regalado, para que no le afecten las innovaciones y nuestra vista permanezca siempre atenta hacia ese Oriente que nos muestra la Santa Iglesia, donde tú aparecerás de repente en tu gloria. Cánticos de alegría saldrán de nuestros labios en presencia de tu triunfo, y luego, cual águilas reunidas alrededor de la presa, *volaremos delante de ti por los aires,* como dice tu Apóstol; y *estaremos ya siempre a tu lado.* (*I Tes.,* IV, 16.) Entonces, *resonará la gloria del Justo hasta las extremidades de esta tierra* que habrás de conservar hasta que los decretos de tu misericordia y de tu justicia se hayan cumplido en sus más mínimos detalles. ¡Oh Jesús, salva la obra de tus manos, y sénos propicio en ese gran día!

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

¡Oh Señor!, tú eres mi Dios, yo te ensalzaré y alabaré tu nombre; porque has realizado proyectos maravillosos, realmente verdaderos desde antiguo.

Has hecho de la ciudad un montón de escombros, y una ruina de la ciudad fuerte. La ciudadela de los malvados no es ya una ciudad; jamás será reconstruída. Por eso un pueblo fuerte te ensalzará. Porque eres un asilo para el débil, un refugio para el pobre en sus apuros, un abrigo contra la tempestad y una sombra contra el calor.

El Señor de los ejércitos dispondrá para todos los pueblos sobre este monte un festín de ricas viandas, un festín de buenos vinos, de carnes grasas y de claros vinos. Sobre este monte hará descorrer el velo que oculta a todos los pueblos, el telón que cubre a las naciones; ahuyentará a la muerte para siempre. El Señor Dios enjugará las lágrimas de todos los semblantes. Hará desaparecer el oprobio de su pueblo hasta los confines de la tierra; porque el Señor lo ha dicho. Y se dirá aquel día: He ahí nuestro Dios, el que esperábamos para ser salvados; ¡he ahí el Señor que aguardábamos, saltemos de gozo, alegrémonos por su ayuda! (*Is.*, XXV, 1-4, 6-9.)

Dentro de poco va a aparecer el triunfador de la muerte. Preparemos, pues, el camino del Señor para darle digna acogida; y en esta labor de preparación, acudamos al auxilio de María. A ella está dedicado este día del sábado; por consiguiente, en él nos ha de prestar más complaciente su ayuda. Contemplémosla *llena de gracia,* llevando dentro de sí al que también deseamos llevar nosotros. Si la preguntamos cómo se ha hecho digna de una distinción tan alta, nos dirá que en Ella se ha cumplido sencillamente la Profecía que la Iglesia repite con frecuencia en el Adviento: *Todo valle será llenado.*

La humildad de María fué el valle bendito del Señor; valle húmedo y fértil, donde Dios puso la semilla del trigo divino, Jesús Salvador nuestro, porque está escrito en el Salmo que los *valles serán abundantes en trigo* (LXIV, 14). ¡Oh María, con tu humildad has atraído las miradas de tu Creador! Si, desde el cielo donde mora, hubiese visto una virgen más humilde en su amor, la habría escogido con preferencia a ti: pero fuiste tú quien conquistaste su corazón, ¡oh divino valle siempre verde y esmaltado con la flor de las virtudes! ¿Qué haremos nosotros, pecadores, colinas altaneras? Necesario es que nos humillemos, por amor y agradecimiento, delante del Dios que se humilla a sí mismo. Alcánzanos ¡oh María! esta gracia. Haz que en adelante digamos siempre a la voluntad de Dios nuestro Señor lo que tú dijiste: *He aquí los esclavos del Señor; hágase en nosotros según tu palabra.*

TERCER DOMINGO DE ADVIENTO

En este domingo se aumenta todavía la alegría de la Iglesia. Contínuamente suspira ella por el Señor; pero ahora siente que se aproxima y cree poder mitigar un poco la austeridad de este tiempo de penitencia, con la inocente alegría de las pompas litúrgicas. En primer lugar,

este Domingo ha recibido el nombre de *Gaudete* por la primera palabra de su Introito; pero, además en él se observan también las prácticas características del cuarto Domingo de Cuaresma llamado *Laetare*. Se toca el Organo en la Misa; los ornamentos son de color rosa; el Diácono vuelve a tomar la dalmática, y el Subdiácono la túnica; en las Catedrales asiste el Obispo con la mitra preciosa. ¡Admirable condescendencia de la Iglesia que tan armónicamente sabe unir la seriedad de su doctrina con la graciosa poesía de las formas litúrgicas! Entremos en su espíritu y regocijémonos hoy a causa de la proximidad del Señor. Mañana, nuestros gemidos tomarán otra vez su vuelo; porque aunque no ha de tardar, no ha llegado todavía.

La Estación se celebra en San Pedro del Vaticano. Este sagrado templo que contiene el sepulcro del Príncipe de los Apóstoles, es el asilo universal del pueblo cristiano; es natural que sea testigo de las tristezas y de las alegrías de la Iglesia.

El Oficio nocturno comienza por un nuevo Invitatorio: el grito de la Iglesia es un grito de alegría; todos los días, hasta la Vigilia de Navidad, comienza sus Maitines por estas magníficas palabras:

El Señor está ya próximo: venid, adorémosle.

Tomemos ahora el libro del Profeta y leamos con la Santa Iglesia:

Del Profeta Isaías.

Confianza en Dios: El humilla a los soberbios

En aquel día, se cantará este cántico en la tierra de Judá:

Tenemos una ciudad fuerte, nos dará el Señor su ayuda por muralla y fortaleza. Abrid las puertas para que entre un pueblo justo que guarde fidelidad. Esperanza inquebrantable, tú nos conservarás la paz, porque en ti reina la confianza. Tened siempre confianza en el Señor; porque el Señor es un refugio eterno. El ha destruído a los moradores de las alturas, ha echado por tierra la ciudad soberbia; la humilló hasta el suelo, la arrojó en el polvo, y fué pisoteada por los pies del pobre y del mendigo.

El justo espera el reinado de la justicia y permanece fiel a Dios

El sendero del justo está en línea recta; no se desvía de ella la senda que Tu abres al justo. En efecto, en la senda de tus juicios, hemos puesto, oh Señor, nuestra confianza; tu nombre y tu recuerdo son el deseo del alma.

Mi alma te deseó en la noche y te buscarán mis más íntimos suspiros. (*Is.*, XXVI, 1-9.)

¡Oh santa Iglesia Romana, nuestra ciudad fuerte!, hénos aquí reunidos en tus muros, alrededor del sepulcro de este pescador cuyas cenizas te amparan en la tierra, mientras que, con su doctrina inconmovible, te ilustra desde el cielo. Mas, si eres fuerte, lo eres por el Salvador que va a llegar. El es tu muralla; porque El es quien rodea a todos tus hijos con su mi-

sericordia; El es la fortaleza invencible; gracias a El, jamás los poderes infernales prevalecerán contra ti. Ensancha tus puertas, para que puedas acoger dentro de ti a todos los pueblos; pues eres maestra de la santidad y guardiana de la verdad. ¡Termine cuanto antes *el antiguo error* que se opone a la fe y difúndase la paz sobre todo tu rebaño! ¡Oh Santa Iglesia Romana! Tú has puesto para siempre la esperanza en el Señor; y El a su vez, fiel a su promesa, ha humillado delante de ti a las alturas de la soberbia y a las ciudades del orgullo. ¿Dónde están los Césares que creyeron haberte ahogado en tu propia sangre? ¿dónde los Emperadores que quisieron violentar la inviolable virginidad de tu fe? ¿dónde los sectarios que en cada siglo, por decirlo así, combatieron sucesivamente todos los artículos de tu doctrina? ¿dónde aquellos desagradecidos príncipes que se empeñaron en avasallarte, cuando fuiste tú quien los ensalzó? ¿dónde está el Imperio de la Media Luna que tantas veces se enfureció contra ti, y cuyas orgullosas conquistas, tú desarmada, rechazaste tan lejos? ¿dónde están los Reformadores que trataron de fundar un Cristianismo sin ti? ¿dónde estos modernos sofistas, a cuyos ojos no eras tú más que un impotente y apolillado fantasma? ¿dónde estarán, dentro de un siglo, esos reyes perseguidores de la Iglesia, esos pueblos que buscan la libertad fuera de la Iglesia? Ha-

brán pasado, como un torrente, en su fracaso; y tú, tú estarás siempre tranquila, siempre joven, siempre sin arrugas, ¡oh Santa Iglesia Romana! sentada sobre la roca inconmovible. Tu camino a través de los siglos habrá sido recto como el del justo; y siempre te volverás a hallar semejante a ti misma, como lo has sido durante diecinueve siglos, bajo el sol que, fuera de ti, sólo ilumina las vicisitudes humanas. ¿De dónde a ti esa solidez sino de Aquel que es la misma Verdad y la justicia? ¡Gloria sea a El en ti! Todos los años te hace su visita; todos los años te renueva sus dones, para ayudarte a terminar tu peregrinación; hasta el fin de los siglos vendrá igualmente a visitarte, a renovarte, no sólo por la virtud de aquella mirada con la que renovó a Pedro, sino llenándote de sí mismo, como llenó a la Virgen gloriosa, objeto de tus más dulces amores después del de tu Esposo. Contigo suplicamos, oh Madre nuestra, diciendo: ¡Ven, Señor Jesús! "*Tu nombre y tu recuerdo son el ansia de nuestras almas; en la noche te desean ellas* y te buscan nuestros más íntimos suspiros."

MISA

Mientras todo el pueblo está atento, la voz de los cantores entona la melodía gregoriana, y se oye el eco de estas consoladoras palabras del Apóstol:

INTROITO

Alegraos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo: alegraos. Que vuestra dicha sea conocida de todos los hombres; porque el Señor está cerca. No os preocupéis por nada. Al contrario, en todas vuestras oraciones presentad a Dios vuestras peticiones. *Salmo*. Bendijiste, Señor, tu tierra; destruiste el cautiverio de Jacob. — ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia pide, en la Colecta, la gracia de la visita que trae consigo la luz y disipa las tinieblas. Las tinieblas hacen temblar al alma; por el contrario, la luz asegura y regocija al corazón.

ORACION

Oremos. Dígnate, Señor, escuchar nuestras súplicas, y disipa las tinieblas de nuestro espíritu con la gracia de tu visita. Tú, que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Filipenses. (IV, 4-7.)

Hermanos: Alegraos siempre en el Señor. Otra vez os lo digo: alegraos. Que vuestra dicha sea conocida de todos los hombres: el Señor está cerca. No os preocupéis por nada. Al contrario, en todas vuestras oraciones y ruegos, presentad a Dios vuestras peticiones, acompañadas de hacimiento de gracias. Y la paz de Dios, que supera todo sentido, custodie vuestros corazones y vuestras inteligencias en Nuestro Señor Jesucristo.

En efecto, debemos alegrarnos en el Señor; el Profeta y el Apóstol están de acuerdo en avi-

var nuestras ansias del Salvador: uno y otro nos anuncian la paz. Estemos, pues, tranquilos: *El Señor está cerca;* está *cerca* de su Iglesia; está *cerca* de cada una de nuestras almas. ¿Será posible que estemos junto a un fuego tan ardiente y permanezcamos helados? ¿Es que no sentimos ya su venida, a través de todos los obstáculos que le oponían su excelsa dignidad, nuestra profunda miseria y nuestros numerosos pecados?

Mas El todo lo arrolla. Unos pasos más y estará entre nosotros. Salgámosle al encuentro, por medio de estas *oraciones, súplicas* y *acción de gracias* de que nos habla el Apóstol. Dupliquemos nuestro fervor y celo, para unirnos a la Santa Iglesia, cuyos deseos van a dirigirse cada día más encendidos hacia Aquel que es su luz y su amor. Repitamos ahora con ella:

GRADUAL

Señor, tú, que te sientas sobre los querubines, excita tu potencia y ven. — ℣. Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que conduces a José como una oveja.

Aleluya, aleluya. — ℣. Señor, excita tu potencia y ven, para hacernos salvos.

Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (I, 19-28.)

En aquel tiempo los judíos enviaron de Jerusalén sacerdotes y levitas a Juan, para que le preguntasen: Tú, ¿quien eres? Y confesó y no negó, antes declaró:

Yo no soy el Cristo. Y le preguntaron: ¿Qué, pues? ¿Eres Elías? y dijo: No soy. ¿Eres el Profeta? Y respondió: No. Dijéronle: ¿Quién eres, pues? Para que demos respuesta a los que nos han enviado. ¿Qué dices de ti mismo? Dijo: Soy la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor como dijo el Profeta Isaías. Y los que habían sido enviados eran de los Fariseos. Y preguntáronle y dijéronle: ¿Por qué bautizas, pues, si no eres el Cristo, ni Elías, ni el Profeta? Juan les respondió diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está el que vosotros no conocéis. Este es el que vendrá detrás de mí, el que ha existido antes que yo y del cual no soy digno de desatar la correa del zapato.

Estas cosas acontecieron en Betania, al otro lado del Jordán, donde bautizaba Juan.

En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis, dice San Juan Bautista a los enviados de los Judíos. Puede, por consiguiente, estar el Señor cerca; puede incluso haber venido, y no obstante eso, permanecer desconocido para muchos. Este Cordero divino es el consuelo del santo Precursor, quien considera un gran honor ser simplemente la Voz que invita a los hombres a preparar los caminos del Redentor. En esto es San Juan el símbolo de la Iglesia y de todas las almas que buscan a Jesucristo. Su gozo por la llegada del Esposo es completo; pero a su alrededor existen hombres para quienes este divino Salvador no significa nada. Pues bien, estamos ya en la tercera semana de este santo tiempo de Adviento; ¿están todos los corazones

conmovidos por la gran noticia de la llegada del Mesías? Los que no quieren amarle como a Salvador, ¿le temen al menos como a Juez? ¿Han sido enderezados los caminos tortuosos? ¿piensan humillarse las colinas? ¿han sido atacadas seriamente la sensualidad y la concupiscencia en el corazón de los cristianos? El tiempo apremia: *¡El Señor está cerca!* Si estas líneas cayeran bajo los ojos de quienes duermen, en vez de vigilar esperando al divino Infante, les conjuraríamos para que abriesen los ojos y no retardasen por más tiempo el hacerse dignos de una visita, que será para ellos un gran consuelo en el tiempo, y un refugio seguro contra los terrores del último día. ¡Oh Jesús! envíales tu gracia con mayor abundancia todavía; *oblígales a entrar,* para que no se diga del pueblo cristiano, lo que San Juan decía de la Sinagoga: *En medio de vosotros está el que vosotros no conocéis.*

Durante el ofertorio, podemos unirnos al deseo de la Iglesia, pidiendo con ella al fin de la cautividad en la que nos retienen nuestros pecados, y la llegada del Salvador.

OFERTORIO

Bendijiste, Señor, tu tierra, destruiste el cautiverio de Jacob, perdonaste la iniquidad de tu pueblo.

SECRETA

Haz, Señor, que te inmolemos siempre el sacrificio de nuestra devoción, el cual realice el fin sagrado para

que fué instituído y obre a la vez maravillosamente en nosotros tu salud. Por Nuestro Señor.

Las palabras que canta la Iglesia durante la comunión están tomadas del Profeta Isaías; tratan de infundir confianza en el corazón del hombre débil y pecador. No temáis, pues ¡oh cristianos! es Dios quien viene; pero viene a salvar, a darse a su criatura.

COMUNION

Decid: Pusilánimes, confortaos y no temáis; he aquí que vuestro Dios vendrá y nos salvará.

En la Oración siguiente, la santa Iglesia pide que la visita privada que le acaba de hacer su Esposo, la prepare para la otra más solemne que ha de realizarse en la fiesta de Navidad.

POSCOMUNION

Imploramos, Señor, tu clemencia, para que estos divinos alimentos, nos purguen de los vicios y nos preparen para las futuras fiestas. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor Dios: He puesto por cimiento de Sión una piedra, una piedra labrada, angular, preciosa, sólidamente asentada; quien en ella descansare, no vacilará. He aquí que tomo el derecho por cordel y por

nivel la justicia. El pedrisco se llevará la esperanza de la mentira; las aguas azotarán su refugio. Será destruída vuestra alianza con la muerte; vuestro pacto con el infierno será anulado. (*Is.*, XXVIII, 16-18.)

¡Oh Padre celestial! te dispones a colocar en los cimientos de Sión una Piedra sólida y angular; esa Piedra que dará su consistencia a Sión, que es la Iglesia, esa Piedra es tu Hijo encarnado. Ya había sido figurada, según el comentario de tu Apóstol, por aquella Roca del desierto que encerraba en su seno las aguas saludables y abundantes que apagaron la sed de tu pueblo. He aquí que en seguida nos la vas a dar en realidad; ya ha bajado del cielo; se acerca la hora en que va a ser colocada en el cimiento. ¡Oh Piedra de unión y solidez! ¡Gracias a ti, no habrá en adelante ni Judío, ni Gentil, sino una sola familia; gracias a ti no construirán más los hombres sobre la arena esos caducos edificios que las lluvias y los vientos se llevaban a su primer empuje! Sobre esa Piedra se elevará la Iglesia y su cúspide podrá tocar el cielo, sin que por ello sufra su base; y a pesar de lo débil y tornadizo que es el hombre en sus pensamientos, participará de tu inmutabilidad, con tal que se apoye en Ti; ¡oh Piedra divina! ¡Ay de quien te desprecie! porque Tú has dicho, ¡oh eterna Verdad!: "Quien sobre esta Piedra cayere, será deshecho; y aquel sobre el cual ella cayere será aplastado". Líbranos de esta doble desgracia,

¡Oh sagrada Piedra! Tú, que estás destinada a *ocupar el lugar más importante del ángulo* y que, a pesar de eso, has sido rechazada por ciegos arquitectos. No permitas que tengamos la desdicha de ser del número de los que no te han sabido apreciar. Haz que te honremos siempre como a principio de nuestra fortaleza, y causa única de nuestra solidez; y puesto que has comunicado esta virtud de Piedra inconmovible a uno de tus Apóstoles, y por medio de él a sus sucesores hasta la consumación de los siglos, concédenos la gracia de mantenernos siempre firmes sobre la roca de la Santa Iglesia Romana, con la cual todas las Iglesias de la tierra se preparan a celebrar tu divina aparición; *¡oh Piedra preciosa, Piedra tallada!* que vienes a destruir el imperio de la mentira y a quebrantar el pacto que el género humano había hecho con la Muerte y el Infierno.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Dios quiere perdonar

El Señor os espera para perdonaros; se levanta para tener misericordia de vosotros. Porque el Señor es un Dios de justicia; felices los que confían en El. ¡Oh pueblo de Sión, que habitas en Jerusalén, ya no

has de tener más llanto! ¡El te perdonará al oír tus gemidos; inmediatamente te escuchará!

Después del castigo, Israel seguirá el recto camino

Cuando el Señor te haya servido el pan de la angustia y el agua de la tribulación, no se ocultarán los que te instruyen. Tus oídos escucharán la palabra de tus directores: He ahí el camino, seguidle cuando os desviéis a derecha o izquierda.

Israel disfrutará de los frutos de la tierra

El te ha de dar la lluvia para la semilla que siembres en la tierra; y el pan que produzca la tierra será suculento y nutritivo. En aquel día pacerán tus ganados en pingües praderas; y los bueyes y los asnos que labran la tierra, comerán el pienso limpio aventado en la era..

Hermosura y luz en el día de la salvación

Entonces, habrá arroyos y corrientes de agua sobre toda alta montaña y sobre toda colina elevada, en el día de la gran mortandad, cuando las torres se derrumben. Entonces la luna brillará como el sol, y la luz del sol será siete veces mayor, el día en que el Señor ponga un vendaje sobre la herida de su pueblo, y cure las llagas de sus cardenales.

El día del Señor para las naciones

He aquí el nombre del Señor que viene de lejos, montado en cólera sobre cargada nube: sus labios arrojan ira, su lengua un fuego abrasador. Su aliento es como un torrente desbordado que sube hasta la garganta; para cribar a las naciones en la criba destructora y poner un freno de error en las quijadas de los pueblos. (*Is.*, XXX, 18-21, 23-28.)

Así pues, no lloraremos más, oh Jesús; he aquí que vas a atender nuestros gemidos, y van a verte nuestros ojos, a Ti, nuestro Señor, nuestro Maestro. Si todavía tardas, es para tener misericordia de nosotros pues has puesto tu gloria en perdonarnos. ¡Oh dichoso Reino el tuyo! ¡oh qué fertilidad la de nuestros campos, es decir de nuestras almas, en cuanto tu rocío descienda sobre ellas! ¡oh dulzura y suavidad de nuestro Pan, que serás Tú mismo, oh pan de vida bajado del cielo! ¡oh resplandor luminoso con que has de alegrar nuestros ojos mortales!, el día en que restañes nuestras heridas; venga, pues, cuanto antes este dichoso día: aproxímese esa radiante noche en que María ha de aligerarse de su divina carga. Es tan grande la confianza de nuestros corazones en esa misericordiosa venida, que nos causa menos espanto el pavoroso anuncio de tu Profeta, que, saltando por encima del tiempo con la rapidez de tu palabra, nos anuncia ya la proximidad del día temible en que llegarás de repente, vomitando ira, con los labios indignados, y la lengua semejante a una llama devoradora. Hoy nos contentamos con esperar, aguardando un Advenimiento completamente pacífico; sénos propicio en el último día; mas ahora, deja que te digamos con uno de tus piadosos siervos, el venerable Pedro de Celles, en su primer Sermón de Adviento: "¡Ven, sí, oh Jesús! pero envuelto en pañales, no en armas; en

humildad, no en grandeza; en la cueva, no sobre las nubes del cielo; en los brazos de tu Madre, no sobre el trono de tu Majestad; sobre el pollino, y no sobre los querubines; a nosotros y no contra nosotros; a salvar y no a juzgar; a visitar en paz, y no a condenar en ira. ¡Oh Jesús, si así vinieres, iremos hacia Ti en vez de huirte!"

MIERCOLES

DE LAS CUATRO TEMPORAS DE ADVIENTO

En este día, la Iglesia comienza a practicar el ayuno llamado de las *Cuatro Témporas,* que comprende también el Viernes y Sábado siguientes. Esta práctica no pertenece propiamente a la economía litúrgica del Adviento: es más bien una de las instituciones generales del Año eclesiástico.

Se la puede catalogar en el número de los usos que la Iglesia ha tomado de la Sinagoga; porque el profeta Zacarías habla del ayuno del *cuarto, quinto, séptimo y décimo mes*. La introducción de esta costumbre en la Iglesia cristiana parece remontarse a los tiempos apostólicos; tal es, al menos, el parecer de San León, de San Isidoro de Sevilla, de Rabano Mauro y de otros muchos escritores de la antigüedad cristiana: no obstante eso, hay que notar que los orientales no observan este ayuno.

En la Iglesia Romana, las Cuatro Témporas quedaron fijas en los tiempos que se celebran ahora, desde los primeros siglos; y si se hallan numerosos testimonios de los tiempos antiguos en los que se mencionan *Tres Témporas* en vez de *Cuatro*, es porque las Témporas de primavera, como caen siempre dentro de la primera semana de Cuaresma, no añaden nada a las prácticas de los cuarenta días, dedicados ya a un ayuno más riguroso que los practicados en el resto del año. La finalidad del ayuno de las Cuatro Témporas es en la Iglesia la misma que lo fué en la Sinagoga; es a saber, santificar por medio de la penitencia cada una de las estaciones del año. Las Témporas de Adviento son conocidas en la antigüedad eclesiástica con el nombre de *Ayuno del décimo mes;* y San León, en uno de los sermones que nos ha dejado sobre este ayuno, y del que la Iglesia ha puesto un fragmento en el segundo Nocturno del tercer domingo de Adviento, nos enseña que fué elegido este tiempo para una demostración especial de penitencia cristiana, porque estando entonces terminada la recolección de los frutos de la tierra, es conveniente que los cristianos demuestren al Señor su agradecimiento por medio de un sacrificio de abstinencia, haciéndose tanto más dignos de acercarse a Dios, cuanto mejor saben vencer el atractivo de las criaturas; "porque, añade el santo Doctor, el ayuno ha sido siempre alimento de

la virtud. Es la fuente de los castos pensamientos, de las resoluciones prudentes, de los saludables consejos. Por la mortificación voluntaria, muere la carne a los deseos de la concupiscencia, el espíritu se renueva en la virtud. Mas, como el ayuno no es suficiente para lograr la salud de nuestras almas, suplamos lo que falte, con obras de misericordia hacia los pobres. Concedamos a la virtud lo que quitamos al placer; para que la abstinencia del que ayuna, sirva al pobre de alimento."

Tomemos nota de estos avisos, puesto que somos hijos de la Santa Iglesia, y ya que vivimos en una época en que el ayuno del Adviento no existe, observemos el precepto de las Cuatro Témporas con tanto más fervor, cuanto que estos tres días, con la Vigilia de Navidad, son los únicos en que la Iglesia nos obliga actualmente, de una manera precisa, a guardar el ayuno. Avivemos en nosotros, con ayuda de estas prácticas, el celo de los tiempos antiguos, teniendo siempre presente que, si la preparación interior es ante todo necesaria para el Advenimiento de Jesucristo a nuestras almas, esta preparación no sería en nosotros verdadera, si no se manifestase externamente en prácticas de religión y penitencia.

El ayuno de las Cuatro Témporas tiene otra finalidad además de la de santificar, por un acto de piedad, las diversas estaciones del año; tiene

íntima relación con la Ordenación de los Ministros de la Iglesia, que son consagrados el sábado y cuya proclamación ante el pueblo tenía lugar antiguamente en la Misa del Miércoles. Las Ordenaciones del mes de Diciembre fueron durante mucho tiempo célebres en la Iglesia Romana; el *décimo mes* fué, según aparece por las antiguas Crónicas de los Papas, el único tiempo en que se conferían Ordenes sagradas en Roma, salvo raras excepciones. Los fieles debían unirse a las intenciones de la Iglesia y presentar a Dios la ofrenda de sus ayunos y abstinencias, con el fin de obtener dignos Ministros de la Palabra divina y de los Sacramentos, y verdaderos Pastores del pueblo cristiano.

La Iglesia no lee hoy en el Oficio de Maitines nada del Profeta Isaías; conténtase con recordar el paso del Evangelio de San Lucas, en que se cuenta la Anunciación de la Santísima Virgen, leyendo luego un trozo del comentario de San Ambrosio sobre ese mismo paso. La elección de este Evangelio, que según costumbre de todo el año, es el mismo que el de la misa, ha dado una especial celebridad a este Miércoles de la tercera semana de Adviento. Antiguamente se trasladaban las fiestas que caían en este Miércoles, como se puede ver por antiguos Ordinarios usados en varias insignes Iglesias, tanto Catedrales como Abaciales; tampoco se decían de rodillas en este día las oraciones feriales; en Maitines, el cele-

brante revestido de capa blanca, con la cruz, ciriales e incienso, y al son de la gran espadaña cantaba el Evangelio *Missus est,* o sea el de Anunciación; en las Abadías, el Abad debía hacer a los monjes una homilía como en las fiestas solemnes. Gracias a esta práctica gozamos ahora de los cuatro magníficos Sermones de San Bernardo en loor de la Santísima Virgen, titulados: *Super Missus est.*

La Estación es en Santa María la Mayor, por motivo del Evangelio de la Anunciación, que como acabamos de ver ha hecho de este día una verdadera fiesta de la Santísima Virgen.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Llamada a Dios

¡Señor, ten piedad de nosotros! Contigo hemos contado. ¡Sé nuestra ayuda en la mañana, nuestro socorro en el tiempo de la tribulación!

Al estrépito del trueno los pueblos huyen, cuando tú te levantas, las naciones se dispersan; se recogen los despojos como se recogen las langostas, se corre hacia él como las langostas hacia el campo.

El Señor es grande y se asienta en las alturas; llena a Sión de rectitud y de justicia. La seguridad de estos tiempos será para Sión un tesoro de felicidad; sabiduría, ciencia y temor de Dios serán su riqueza,

Terror de los impíos; confianza de los justos

En Sión los pecadores quedarán aterrados, el temblor se apoderará de los impíos: "¿Quién de nosotros puede habitar en un fuego devorador? ¿Quién de nosotros puede morar en un eterno brasero?"

El hombre justo en sus caminos y recto en sus palabras, el que aborrece las riquezas adquiridas por violencia, y cuya mano rechaza las dádivas corruptoras; el que obtura sus oídos a propuestas sanguinarias y cierra los ojos para no ver lo malo; este hombre tendrá su morada en las alturas, y firmes rocas serán su fortaleza; se le dará pan en abundancia y no le faltará el agua. Tus ojos contemplarán al rey en su hermosura y verán una tierra que se extiende hasta lo lejos. (*Is.*, XXXIII, 2-5, 14-17.)

¡Dichoso quien contemple con sus ojos al Rey recién nacido, en los suaves destellos de su amor y de su humildad! De tal manera quedará prendado de su hermosura, que la tierra con todas sus magnificencias será para él como si no existiese. Sus ojos no podrán ya descansar sino en aquel que apareció recostado en un pesebre y envuelto en pañales. Mas, para tener la dicha de contemplar de cerca al poderoso Rey que viene a nosotros, para merecer ser de su corte, es necesario que sigamos el consejo del Profeta: *ser justo en los caminos y recto en las palabras;* es lo mismo que declara con unción el piadoso Rabano Mauro, en su primer sermón de preparación a la fiesta de Navidad. "Si en todo tiempo, dice, es conveniente que aparezcamos con el

adorno y brillo de las buenas obras, con mucha más razón el día del Nacimiento del Salvador. Considerad, hermanos míos: Si un rey terreno o un hombre poderoso os invitase a celebrar el día de su natalicio; ¡cuán nuevas, escogidas y aún espléndidas serían las ropas que llevaríais a su presencia! No consentiríais que nada viejo, vil o impropio ofendiese la vista de quien os había invitado. Haced lo mismo en el caso presente; disponed vuestras almas con los distintos adornos de las virtudes, hermoseadlas con las perlas de la sencillez y las flores de la sobriedad. Presentad unas conciencias tranquilas, cuando se acerque el Nacimiento del Salvador. Aparezcan brillantes por la castidad, resplandecientes por el amor, blancas con el mérito de la limosna, con destellos de justicia y humildad, y sobre todo, iluminadas por el amor de Dios. Y, si Cristo Nuestro Señor os ve acercaros en estas disposiciones a la fiesta de su Nacimiento, tened la seguridad de que no se contentará con visitar vuestras almas; llevará su condescendencia hasta venir a descansar y morar en ellas, conforme a lo que está escrito: "He aquí que vendré y moraré en ellos y serán mi pueblo, y yo seré su Dios."

Daos prisa, pues, oh cristianos; convertíos los pecadores y haceos santos; y los santos santificaos más todavía; porque el Señor es quien viene y no otro cualquiera.

VIERNES

DE LAS CUATRO TEMPORAS

En este día la Iglesia no lee nada del Profeta Isaías, conténtase con recordar en el Oficio de Maitines el paso del Evangelio de San Lucas, donde se nos cuenta el misterio de la Visitación de la Santísima Virgen. Luego se lee un trozo del Comentario de San Ambrosio sobre ese mismo paso. Dejamos para el Propio de los Santos puesto en su lugar, las consideraciones y afectos que este importante episodio de la vida de la Madre de Dios debe sugerir a los fieles.

La Estación de este día se celebra en la Iglesia de los Santos Apóstoles. Los Papas Pelagio I y Juan III dedicaron esta Iglesia a los Apóstoles San Felipe y Santiago. Allí bajo el altar, están sepultados sus cuerpos, esperando el segundo Advenimiento de quien los escogió para cooperadores de la obra del primero, y al lado del cual se han de sentar sobre tronos en el último día, para juzgar a las doce tribus de Israel. (*S. Mateo,* XIX.)

SABADO

DE LAS CUATRO TEMPORAS

Tampoco hoy se lee en Maitines el Profeta Isaías, sino una Homilía sobre el Evangelio de la

Misa. Como este Evangelio se encuentra repetido en la Misa del cuarto Domingo, que es mañana, tampoco nos ocuparemos hoy de él. Sólamente explicaremos la razón por la que el Misal señala un sólo Evangelio para estas dos Misas.

Fué costumbre primitiva de la Iglesia Romana, celebrar las Ordenes en la noche del sábado al domingo, del mismo modo que se administraba el Bautismo a los catecúmenos en la noche del Sábado Santo al día de Pascua. La ceremonia se desarrollaba a media noche, prolongándose hasta la mañana del domingo, de manera que la Misa de Ordenes servía también para el Domingo. Más tarde se mitigó la disciplina y fueron suprimidas estas penosas vigilias, se adelantó la Misa de Ordenes, como se adelantó también la del Sábado Santo; de suerte que, como el cuarto Domingo de Adviento y el segundo de Cuaresma no habían tenido hasta entonces Evangelio propio, por no tener tampoco Misa propia, se determinó, hacia el siglo x u xi, que se repitiese el Evangelio de la Misa de Ordenes en la Misa especial de estos dos Domingos.

La Estación es el sábado en San Pedro, por razón de las Ordenes.

Esta Basílica era la más a propósito para reunir al pueblo pues siempre fué una de las más capaces de la ciudad de Roma.

CUARTO DOMINGO DE ADVIENTO

(Este domingo se suprime cuando cae en fecha 24 de Diciembre, celebrándose en este caso la Vigilia de Navidad, puesta a continuación.)

Hénos ya en la Semana que precede inmediatamente al Nacimiento del Mesías: dentro de siete días lo más tarde le tendremos entre nosotros; tal vez, este Advenimiento tan deseado ocurra dentro de seis, de tres días, o mañana mismo según la extensión del Adviento que varía cada año. La Iglesia cuenta ya las horas de espera; día y noche está vigilante y sus Oficios toman una extraordinaria solemnidad a partir del 17 de diciembre. En Laudes varía diariamente las antífonas; en Vísperas exterioriza con majestad y ternura al mismo tiempo sus ansias de Esposa por medio de ardientes exclamaciones al Mesías, en las que le da todos los días un título magnífico tomado de los Profetas.

Hoy [1] va a dar el último golpe para conmover a sus hijos. Con ese fin los transporta al desierto; les muestra a Juan Bautista, de cuya misión les ha hablado ya en el domingo tercero. La voz de este austero Precusor traspasa el desierto y se

[1] El cuarto domingo de Adviento es llamado también *Rorate* a causa del Introito; pero con más frecuencia se le da el nombre de *Canite tuba*, por las primeras palabras del primer Responsorio de Maitines y de la primera antífona de Laudes y Vísperas.

ha hecho oír en las ciudades. Predica la penitencia, la necesidad de purificarse en espera del que va a venir. Hagamos unos días de retiro; y si, por nuestras ocupaciones externas, no lo podemos hacer, apartémonos a lo más recóndito de nuestro corazón y confesemos nuestros pecados, como aquellos verdaderos Israelitas, que llenos de compunción y fe en el Mesías, acudían a los pies de Juan Bautista para concluir su obra de preparación a un digno recibimiento del Mesías.

Pues bien, he ahí a la santa Iglesia que, antes de abrir el libro del Profeta, nos dice como de ordinario, pero con una mayor solemnidad:

El Señor está ya cerca: venid, adorémosle.

Del Profeta Isaías.

Liberación y triunfo de Israel

El desierto y la tierra árida se alegrarán, saltará de gozo la soledad y florecerá como el lirio; florecerá y saltará de gozo entre júbilos y cantos de triunfo. Les serán dadas las galas del Líbano, la magnificencia del Carmelo y del Sarón.

Verán la gloria del Señor, la magnificencia de nuestro Dios. Fortificad las manos débiles, robusteced las rodillas flojas.

Decid a todos los que tienen el corazón turbado: ¡ánimo, valor, he ahí a vuestro Dios! Se acerca la venganza, el castigo de Dios; ¡El mismo viene para salvaros!

Entonces se abrirán los ojos de los ciegos y las orejas de los sordos; entonces el cojo saltará como el

ciervo, y la lengua de los mudos entonará cánticos de triunfo.

Santo camino, abierto ante los desterrados libres

Porque en el desierto brotarán fuentes de agua viva, y los arroyos correrán por la soledad; la tierra árida se trocará en estanque, y el suelo seco en manantiales; las cuevas que eran guarida de chacales será un jardín de cañas y de juncos.

Habrá allí un camino expedito que se llamará el Camino santo; ningún impuro transitará por él. El Señor mismo conducirá al viajero; y ni los lerdos se perderán. No habrá allí leones, ni pondrá allí el pie bestia alguna feroz; por allí caminarán los que hayan sido libertados, los rescatados por el Señor.

Vendrán a Sión entre cánticos de triunfo; una eterna alegría coronará sus cabezas. Les invadirá el gozo y la alegría; y huirán la tristeza y el llanto para siempre [1]. (*Is.*, XXXV, 1-10.)

Muy grande será, pues, oh Jesús el gozo de tu venida, si ha de resplandecer en nuestra frente por siempre como una corona. ¿Y cómo no ha de ser así? Hasta el desierto, al acercarte, florece como un lirio, y del seno de la tierra más estéril saltan arroyos de aguas vivas. ¡Oh Salvador, ven

[1] "Las grandiosas promesas de este capítulo se realizaron parcialmente a la vuelta del destierro (siglo VI antes de J. C.) y la restauración política de Israel; pero la idea del profeta sube más alto y llega más lejos; esta restauración nacional no es más que el punto de partida y el símbolo de la conversión del mundo al Dios verdadero y del reino del Mesías sobre la tierra, sobre todo al fin de los tiempos. Muchos rasgos de esta descripción se han realizado al pie de la letra en Jesucristo (*S. Mat.*, XI, 5); todos se ralizarán completamente en la nueva creación que reemplazará a la antigua, al fin de los tiempos" (Crampon. *Tobac*, Les Prophètes, II, 121).

cuanto antes a darnos este Agua que mana de tu Corazón y que es la que con tanta insistencia te pedía la Samaritana, imagen de nosotros pecadores. Este Agua es tu gracia: rocíe nuestra sequedad y también nosotros floreceremos; apague nuestra sed y correremos con fidelidad tras tus huellas por el camino de tus mandamientos y de tus ejemplos ¡oh Jesús! Tú eres nuestro *Camino,* nuestro sendero hacia Dios; y Tú mismo eres Dios; eres por tanto, también el término de nuestro camino. Habíamos perdido el camino, nos habíamos alejado como ovejas errantes: ¡cuán grande es tu amor en venir a buscarnos! Para enseñarnos el camino del cielo, te dignas bajar desde allá arriba y quieres también acompañarnos. En adelante no desfallecerán nuestros brazos, ni temblarán nuestras rodillas; nos consta que es el amor quien le ha movido. Sólo una cosa nos apena: el ver que nuestra preparación no es perfecta. Tenemos todavía ataduras que romper; ayúdanos ¡oh Salvador de los hombres! Queremos escuchar la voz de tu Precursor y enderezar todo lo que te podría hacer tropezar en el camino de nuestro corazón ¡oh divino Infante! bauticémonos nosotros en el Bautismo de la penitencia, y luego vendrás Tú a bautizarnos en el amor y en el Espíritu Santo.

MISA

El Profeta ha despertado nuestra sed, hablándonos de la nitidez y frescura de los manantiales que brotarán a la venida del Mesías; pidamos, con la Santa Iglesia, el rocío que será refrigerio de nuestro corazón y la lluvia que lo hará fértil.

INTROITO

Rociad, cielos de arriba; nubes, lloved al Justo; ábrase la tierra y germine al Salvador. *Salmo*. Los cielos cuentan la gloria de Dios; y el firmamento pregona las obras de sus manos. — ℣. Gloria.

En la Colecta, la Iglesia pide con insistencia ser libertada cuanto antes; teme que sean sus pecados la causa de la tardanza del Esposo; se ampara en su bondad para poder evitar este obstáculo.

ORACION

Oremos. Excita, Señor, tu potencia y ven, te lo suplicamos; y socórrenos con tu poderosa virtud; para que, con el auxilio de tu gracia, acelere tu indulgente misericordia lo que retardan nuestros pecados. Tú, que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios. (I Cor., IV, 1-5.)

Hermanos: Ténganos los hombres por Ministros de Cristo y dispensadores de los misterios de Dios. Por lo demás, lo que en los dispensadores se busca es que cada uno sea fiel. A mí no me importa nada el ser juzgado de vosotros o con juicio humano: ni siquiera yo

mismo me juzgo. Porque, aunque la conciencia no me remuerde de nada, no por eso estoy justificado: el único que me juzga es el Señor. Así pues: no juzguéis antes de tiempo, hasta que venga el Señor, el cual iluminará lo oculto de las tinieblas y manifestará los intentos de los corazones: y entonces cada cual recibirá de Dios la alabanza.

En esta Epístola, la Iglesia pone ante la vista de los pueblos, la dignidad del sacerdocio cristiano, con ocasión de las Ordenes que se han conferido la Víspera, recordando al mismo tiempo a los Ministros sagrados la obligación que han contraído de permanecer fieles al cargo que les ha sido impuesto. Por lo demás, no es cosa de las ovejas el juzgar al pastor: todos, sacerdotes y fieles deben vivir en espera del día del Advenimiento del Salvador, de aquel último Advenimiento cuyo terror será tan grande cuando fué atractiva la dulzura del primero y del segundo para el que preparamos nuestras almas. Después de haber hecho oír al auditorio estas severas palabras, la Iglesia vuelve a tomar el hilo de sus esperanzas, cantando todavía la próxima llegada del Esposo.

GRADUAL

El Señor está cerca de todos los que le invocan: de todos los que le invocan de veras. ℣. Mi boca cantará las alabanzas del Señor; y bendiga su santo nombre toda carne. Aleluya, Aleluya. Ven, Señor, y no tardes; perdona los pecados de tu pueblo Israel. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas. (III, 1-6.)

En el año décimo-quinto del imperio de Tiberio César, siendo gobernador de Judea Poncio Pilato, y Herodes tetrarca de Galilea, y su hermano Felipe tetrarca de Iturea y de la región de Traconítide, y Lisanias tetrarca de Abilinia, siendo sumos sacerdotes Anás y Caifás, descendió la palabra del Señor sobre Juan, hijo de Zacarías, en el desierto. Y pasó (Juan) por toda la región del Jordán predicando el bautismo del arrepentimiento para el perdón de los pecados, según está escrito en el libro de la palabras de Isaías: Voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor: haced rectas sus sendas. Todo valle será rellenado, y todo monte y todo collado serán allanados. Las cosas torcidas serán enderezadas y los caminos ásperos serán suavizados; y toda carne verá la salud de Dios.

Próximo estás, oh Señor, pues la herencia de tu pueblo ha pasado ya a poder de los Gentiles y la tierra que habías prometido a Abraham no es hoy día mas que una provincia de ese dilatado imperio que debe preceder al vuestro. Día tras día se van cumpliendo los vaticinios de los Profetas; la profecía de Jacob también se ha realizado: *Será quitado el cetro a Judá.* ¡Oh Jesús! todo se halla dispuesto para tu llegada. De tal modo has renovado el aspecto de la tierra; dígnate renovar también mi corazón y alentar mi ánimo en estos últimos días que preceden a tu venida. Sentimos la necesidad de retirarnos al

desierto, solicitar el bautismo de la penitencia y enderezar nuestros caminos: obra todo esto en nosotros, oh divino Salvador, para que el día que bajes a nosotros, nuestra alegría sea completa.

En el Ofertorio, la Iglesia saluda a la Virgen gloriosa que oculta dentro de su seno la salvación del mundo. ¡Oh María! Danos pronto al que te llena con su presencia y su gracia. El Señor es contigo, oh Virgen sin igual; pero se acerca el momento, en que va a ser también con nosotros; porque su nombre es EMMANUEL.

OFERTORIO

Dios te salve, María; llena eres de gracia: el señor es contigo: Bendita tú eres entre las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio estos sacrificios, para que aprovechen a nuestra devoción y a nuestra salud. Por nuestro Señor.

En la Comunión, la Iglesia, rebosante de Dios, que acaba de bajar a ella, canta a la Virgen madre con palabras de Isaías, cuadrándole perfectamente también a ella este canto, pues acaba de recibir la misteriosa visita del Hijo de Dios, cuyo tabernáculo es el seno de María.

COMUNION

He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo: y su nombre será Emmanuel.

POSCOMUNION

Consumidos estos dones, suplicámoste, Señor, hagas que, con la frecuentación del Misterio, crezca la eficacia de nuestra salud. Por Nuestro Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

El pueblo escogido, sostenido por Dios, nada tiene que temer

Y tú, Israel, siervo mío, y tú, oh Jacob, a quien escogí, raza de Abraham, amigo mío... Tú, a quien traje de las extremidades de la tierra y llamé de lejanas regiones; a quien dije: Siervo mío eres tú, te he escogido y no te desecharé; no temas porque estoy contigo; nada de inquietas miradas, porque soy tu Dios. Yo te fortalezco, sí, yo vengo en tu ayuda; mi justa diestra te sostiene.

Los enemigos de Israel serán aniquilados

He aquí que serán confundidos, cubiertos de vergüenza los que se ensañan contigo; serán reducidos a la nada, aniquilados todos sus adversarios. En vano buscarás sin encontrarlos, a los que te odian. Serán reducidos a la nada los que te combaten.

Confianza en Dios

Porque yo, el Señor tu Dios, fortalezco tu diestra; Y yo te digo: No temas nada, porque yo vengo en tu ayuda. ¡No temas nada, gusanillo de Jacob, gusanillo de Israel! Yo vengo en tu ayuda, dice el Señor: ¡Tu Redentor es el Santo de Israel!

Israel aplastará a los enemigos

He aquí que yo haré de ti como un rastrillo agudo, nuevo y armado de dientes, y tú trillarás y desmenuzarás los montes y triturarás las montañas como menuda paja. Los aventarás y se los llevará el viento y los esparcirá la tormenta. Y tú te alegrarás en el Señor y te gloriarás en el Santo de Israel. (*Is.*, XLI, 8-16.)

Así nos levanta de nuestra bajeza ¡oh eterno Hijo del Padre! Así nos animas contra el temor natural que suscitan nuestros pecados. "Israel, siervo mío, nos dices, Jacob, mi elegido, hijo de mi amigo Abraham, desde lejos te he buscado: no temas, porque estoy contigo". ¡Oh Verbo divino! ¡De qué alturas has tenido que descender: para estar así con nosotros! Nosotros no podíamos llegar hasta Ti; un abismo nos separaba. Es más, ningún deseo teníamos de verte; de tal manera nos habían adormecido el corazón nuestros pecados... además, nuestros ojos no hubieran podido resistir tus destellos. Puestos en este extremo, has tenido a bien bajar personalmente y oculto en tu humanidad como en una nube, te has dejado contemplar por nuestros débiles ojos. "¿Quién dudará, exclama San Bernardo en su primer Sermón de Adviento, quién dudará que es algo grande, el que una tan sublime Majestad se haya dignado bajar desde tan alto hasta un lugar tan indigno? Ciertamente, es algo grande; es realmente una inmensa misericordia, una excesiva piedad, una caridad infi-

nita. En efecto ¿para qué viene? A buscar su centésima oveja perdida. ¡Oh condescendencia admirable de un Dios! ¡oh sublime dignidad del hombre, objeto de tal solicitud! En verdad, si el hombre se gloría de ella, no será sin motivo; no porque deba pensar que es algo por sí mismo, sino porque es objeto de tan solícito cuidado por parte de su Dios. Todas las riquezas, la gloria toda del mundo, todo lo que el mundo ansía, es menor que esta gloria; digo más, en su comparación no es nada. ¡Oh Señor! *¿qué es, pues, el hombre para que con tanto honor le trates, para que te apegues a él con tal cariño?"* Manifiéstate, pues, pronto a tus ovejas ¡oh divino Pastor! Tú las conoces, las has visto desde lo alto del cielo, las contemplas con amor desde el seno de María, donde aún descansas; ellas también te conocen; tienen prisa por contemplar tus rasgos queridos, por oír tu voz y entrar en los pastos de felicidad que les has prometido.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del profeta Isaías.

El siervo de Dios, dulce, paciente, Doctor de las naciones

He ahí mi siervo a quien yo amparo, mi Elegido en quien mi alma se complace. Sobre El he derramado mi

Espíritu. El explicará la ley a las naciones. No voceará ni hablará alto, ni elevará su voz sobre las plazas públicas. No quebrará la caña hendida, ni apagará la mecha humeante. Expondrá fielmente la Ley; no perdonará descanso ni fatiga hasta restablecer la Ley sobre la tierra; las islas esperan su doctrina.

Mediador, lumbrera, libertador

Así habla el Señor Dios, que crea los cielos y los extiende, que produce tierra con sus frutos, que da el aire al pueblo que la habita, y el aliento a los que caminan por ella:

Soy yo el Señor quien te llamó en mi justicia, quien te tomó por la mano. Yo te formé y establecí la alianza con tu pueblo, te puse como luz de las naciones para que abras los ojos de los ciegos, y saques de la prisión a los cautivos, y del fondo de la mazmorra a los que habitan las tinieblas. (*Is.*, XLII, 1-7.)

¡Oh Jesús! ¡Cuán dulce y tranquila es tu llegada a este mundo! Tu voz no se deja oír imperiosa; y tus manos, inmóviles todavía en el seno maternal, no tratan de romper la débil caña que un soplo quebraría fácilmente. ¿Qué vienes a hacer, pues, en esta primera venida? Tu Padre celestial nos lo enseña por medio del Profeta. Vienes para ser prenda de la alianza entre el cielo y la tierra. ¡Oh divino Infante, Hijo a la vez de Dios e hijo del hombre, bendita sea tu llegada a los hombres! Tu cuna será nuestra Arca de salvación; tu paso por la tierra será la luz que nos ilumine y nos liberte de la cárcel tenebrosa. Justo es, pues, que salgamos a tu encuentro, pues que haces Sólo la mayor parte del

camino. "No es mucho, dice San Bernardo en su primer Sermón de Adviento, que, cuando el enfermo no tiene fuerza para salir al encuentro de su Médico, trate al menos de levantar la cabeza y hacer algunos movimientos de saludo. No se trata, oh hombre, de atravesar los mares, de penetrar las nubes o franquear las montañas, no, el camino no es pesado. Sal sólo hasta ti mismo, y encontrarás a tu Dios, porque en tu boca está y en tu corazón. Sal a su encuentro en la compunción de tu corazón y en la confesión de tu boca; sal simplemente del lodazal de tu desdichada conciencia; porque el autor de la pureza no podría descansar en ella, tal como ahora se encuentra". ¡Gloria, pues, a ti, oh Jesús! que evitas el rompimiento de la caña para que pueda reverdecer y dar flores al borde de las aguas que de ti manan. ¡Gloria a ti que contienes tu soplo poderoso para no apagar la última chispita de esa mecha que se consume, pero que, no estando del todo fría, puede todavía animarse y lucir en el convite del Esposo!

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Dios es fiel a la promesa hecha a Abraham

Escuchadme vosotros los que seguís la justicia, y buscáis al Señor: mirad a la roca de donde habéis sido

cortados, a la cantera de donde habéis sido extraídos. Mirad a Abraham vuestro Padre y a Sara que os dió a luz en el dolor. Porque a él sólo le llamé, le bendije y multipliqué; porque el Señor consuela a Sión y repara todas sus ruinas. El hará de su desierto un paraíso, y de su suelo seco un jardín del Señor; allí habrá gozo y alegría y cantos de acción de gracias.

Luz y salvación de las naciones

Prestad atención a mi voz, ¡oh pueblos! poned oído a mis palabras, ¡oh naciones! Porque de mí ha de salir la doctrina; mi Ley será luz de los pueblos. Mi justicia está próxima, mi salud llega; mi brazo hará justicia a los pueblos. Es a mí a quien las islas esperan, y mi brazo a quien aguardan. Elevad vuestros ojos al cielo, contemplad la tierra a vuestras plantas: pasarán los cielos como humareda y la tierra se consumirá como un vestido; sus habitantes morirán como las moscas. Pero mi salvación durará eternamente y mi justicia no tendrá fin. (*Is.*, LI, 1-6.)

¡Tu que eres *Flor de los campos y Lirio de los valles*, ven a convertir nuestra ingrata y árida tierra en un jardín de delicias! Por nuestro pecado perdimos el Edén con todas sus magnificencias; mas, he aquí que se nos devuelve ese Edén; he aquí que quieres restaurarlo en nuestro corazón. ¡Oh planta celestial, árbol de la vida, transplantado del cielo a la tierra, echas primeramente raíz en María, en esa tierra fidelísima, y luego viénes a buscar en nosotros un suelo agradecido que te guarde y te haga dar fruto. Prepara ese terreno ¡oh divino agricultor!, a quien la pecadora arrepentida vió un día bajo la figura de hor-

telano. ¡Tú sabes bien lo que falta todavía a nuestros corazones para servir a tus planes! ¡Cava y riega esta tierra; ha llegado la estación adecuada: quisiera no ser estéril ni verse privada de poseer esa Flor galana que es la gloria del cielo y que se digna venir aquí abajo a ocultar por un momento sus resplandores! ¡Oh Jesús! haz que nuestras almas sean fértiles, que se vean coronadas con la flor de las virtudes y que ellas mismas se conviertan en flores; que sean del número de aquellas que, creciendo a tu lado, ofrezcan a los ojos del Padre celestial un jardín digno de ser unido al que El tiene plantado desde toda la eternidad. ¡Oh Flor celestial! Tú eres también rocío, líbranos de las sequías; eres sol, guárdanos de las heladas; eres aromático perfume, comunícanos tu suavidad; eres la soberana belleza, Flor blanca y purpurada, haz que brillemos a tu lado en la eternidad, como corona que Tú has merecido.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

¿Renovarás, Señor, los antiguos prodigios?

Si rasgando los cielos, descendieses haciendo estremecer los montes en tu presencia, como un fuego que devora un bosque seco, como un fuego que hace hervir

el agua. Para que tu nombre se revelase a tus enemigos y temblasen las naciones a tu vista, obrando maravillas nunca oídas y jamás habladas. Nunca oído oyó, ni ojo vió obrar a un Dios de tal manera, para que de El se fíen. Tú sales al encuentro de los que obran el bien y se acuerdan de tus caminos.

Nuestros pecados te alejan de nosotros [1]

He aquí que te irritabas y nosotros éramos los culpables, todos nosotros éramos como inmundos, y toda nuestra justicia como sucio paño. Habíamos caído como hojas secas y nuestras maldades nos llevaban como el viento. Nadie invocaba tu nombre, nadie se levantaba para apoyarse en ti. Porque has vuelto tu rostro lejos de nosotros, y nos has entregado a nuestros pecados. Y, a pesar de todo, tú eres, oh Señor, nuestro Padre; nosotros somos de arcilla y tú eres el alfarero; obra de tus manos somos todos.

El castigo es muy duro

Señor, no te irrites en demasía, no tengas siempre presentes nuestros pecados mira y considera que somos tu pueblo. Tus ciudades santas han quedado desiertas, Sión es un yermo, Jerusalén un lugar desolado. Nuestro santo y glorioso templo, donde te alabaron nuestros padres, ha sido hecho presa de las llamas. Todas nuestras glorias están por el suelo; ¡oh, Señor! ¿Hasta cuándo permanecerás insensible, y te callarás humillándonos hasta el extremo? (*Is.*, 64, 1-11.)

¡Oh Dios de nuestros padres! ven cuanto antes. ¡Tu ciudad querida está desolada! Ven a levantar a Jerusalén y vengar la gloria de su tem-

[1] La Iglesia ha explotado copiosamente el paso que se lee en este día, para componer el bello cántico del Adviento: *Rorate caeli desuper*.

plo. Este es el grito del Profeta: lo has oído y has venido a libertar a Sión del cautiverio y a inaugurar para ella una era de gloria y santidad. Has venido, no a destruir la ley, sino a completarla; gracias a tu visita, Sión ha sido transformada y es ahora la Iglesia tu Esposa. Pero ¡oh Salvador, oh Esposo! ¿por qué has apartado tu rostro? ¿Por qué, esta Iglesia, para Ti tan querida, está sentada en el desierto, llorando como Jeremías sobre las ruinas del Santuario, como Raquel por sus hijos, porque ya no existen? ¿Por qué ha sido entregada su herencia a las naciones? Madre fecunda gracias a Ti, había criado numerosos hijos; les había enseñado en nombre tuyo la ciencia de la vida presente y de la futura; y estos hijos ingratos la han abandonado. Arrojada de nación en nación, se ha visto en el trance de trasladar de un lugar a otro la antorcha divina de la Fe; sus Misterios no se celebran ya en los lugares donde antes gustaban los pueblos celebrarlos; y desde lo alto del cielo puedes ver por doquier, altares destruídos y templos profanados. ¡Oh, ven a reanimar una Fe que se apaga!

Acuérdate de tus Apóstoles y de tus Mártires; acuérdate de tus Santos, fundadores de Iglesias que honraron con sus virtudes y milagros; acuérdate finalmente de tu Esposa, y sostenla en la peregrinación que realiza aquí abajo, hasta que el número de tus elegidos se complete. Sin duda, aspira esta Esposa a contemplarte eternamente

en los esplendores del día sin fín; pero el corazón de madre que la has dado, no sabe decidirse a dejar a sus hijos en medio de tantos peligros, mientras no suene la hora en que cese la Iglesia militante, para dar paso a la Iglesia triunfante, embriagada, con tu presencia y con tus eternas caricias. Mas ¡oh Salvador! esta hora no ha sonado todavía; mientras sea tiempo, deja los cielos, baja y llégate a nosotros. Conserva en las ramas del árbol esas hojas que el viento de la maldad había desprendido. Haz que eche nuevas ramas este tu árbol querido; y que las desgajadas por su culpa y que estaban ya preparadas para el fuego, sean nuevamente unidas por tu poder, a este tronco materno, que se sintió cruelmente desgarrado el día de la escisión. ¡Oh Jesús! ven a tu Iglesia, que te es más querida aún que la antigua Jerusalén.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DE ADVIENTO

Del Profeta Isaías.

Escuchad la palabra del Señor, vosotros, que tembláis al oírla: Vuestros hermanos que os odian y os desechan por razón de mi nombre, han dicho: "Muestre el Señor su gloria y seremos testigos de vuestra alegría." Pero serán confundidos.

¡Voces, tumulto que sube de la ciudad, voces que salen del templo! Es la voz del Señor: va a dar a sus enemigos según sus merecimientos.

Antes del tiempo del parto ha dado a luz; antes de experimentar dolores ha dado a luz un hijo. ¿Quién ha oído cosa parecida? ¿quién ha visto cosa semejante?

¿Nace un país en un solo día, o una nación, de una vez engendrada? Pues Sión dió a luz a sus hijos al sentir los primeros dolores. ¿Abriré yo el seno materno para que no nozcan, dice el Señor; o bien le cerraré, yo que les hago nacer? dice tu Dios.

Alégrate, Jerusalén, y todos los que la amáis, sea para todos vuestra alegría [1].

Llenáos de gozo con ella, quienes por ella llorábais, para mamar hasta saciaros la leche de sus consuelos; para beber con delicia en los pechos de su gloria.

Porque así habla el Señor: Sobre ella voy a derramar la paz como un río y la gloria de las naciones como las olas de un torrente. Sus hijuelos serán llevados en el regazo y acariciados en las rodillas. Como una madre que acaricia a su hijito, así os consolaré yo, y seréis consolados por Jerusalén.

Cuando viéreis todo esto, vuestros corazones saltarán de gozo, y vuestros huesos reverdecerán como la hierba. Y la mano del Señor se hará sentir a sus siervos, y su ira a sus enemigos.

Porque he aquí que viene el Señor en medio del fuego; su carroza es como un torbellino; para saldar su cólera entre brasas y sus amenazas en llamas de fuego. Porque el Señor juzgará a todos los mortales por el fuego y por la espada; y serán muchos los que caigan bajo el golpe del Señor. (*Is.*, LXVI, 5-16.)

¡Oh Jesús! tu presencia va a hacer fecunda a la que era estéril, y la pequeñita Sión va de

---

[1] Este verso ha dado pie para el Introito del Domingo IV de Cuaresma.

pronto a dar a luz un pueblo, para quien la tierra no ha de ser suficientemente extensa. Pero la gloria de esta fecundidad te pertenece exclusivamente ¡oh Verbo divino! Lo había predicho el Salmista. "Oh Jerusalén, oh Reina, había dicho, en vez de tus padres te nacerán hijos; los harás príncipes sobre la tierra: se acordarán de tu nombre en el correr de los tiempos, y los pueblos, sabiendo que han salido de ti, te alabarán por los siglos de los siglos." (*Salmo* XLIV.) Mas, para esto, era necesario que el Señor bajase en persona. Sólo El pudo hacer fecunda a una Virgen; sól El podrá hacer, de piedras, hijos de Abraham. "Dentro de poco, dice El por un Profeta, conmoveré el cielo y la tierra y removeré todas las naciones." (*Ageo,* II, 8.) Y por otro: "Desde la aurora hasta el poniente, mi nombre es grande entre las naciones; y, he aquí que en todo lugar se va a ofrecer y sacrificar a mi nombre una víctima pura." (*Malaquías,* I, 11.) Pronto, pues, no habrá sino un sólo sacrificio; porque el Cordero de este Sacrificio va a nacer dentro de poco. Ahora bien, el sacrificio es el lazo de unión entre los pueblos: cuando el Sacrificio sea único, no habrá más que un solo pueblo.

¡Oh Iglesia que vas a unirnos a todos, date prisa en nacer! Y puesto que, para nosotros, salidos de ti, has nacido ya, ruega para que el Cordero, tu Esposo, derrame sobre ti ese río de paz anunciado por el Profeta; para que llene

tus pechos con abundante leche, y los pueblos vuelvan a la Madre, que los apretará contra su corazón y los acariciará sobre sus rodillas. ¡Oh Jesucristo! Tú eres el inspirador de tal ternura en nuestra Madre; Tú eres quien nos consuelas e iluminas por su medio, ven a visitarla, ven a renovar en ella la vida con ese nuevo Nacimiento. Concédela este año, como siempre, la constancia en la Fe, la Gracia de los Sacramentos, la eficacia de la Oración, el don de los milagros, la sucesión en la Jerarquía, la firmeza en el gobierno, la fortaleza frente a los Príncipes de este mundo, el amor a la Cruz, la victoria contra Satanás y la corona del martirio. En este nuevo año que va a comenzar, consérvese bella como Esposa tuya que es; permanezca fiel a tu amor, y cada vez con mayor éxito en la gran obra que la has encomendado; porque, de año en año se aproxima el día de tu última venida, cuando aparezcas, no envuelto en pañales sino sobre un carro de fuego, para aniquilar a los enemigos de tu Iglesia y trasladarla a tu Reino eterno.

24 DE DICIEMBRE

LA VIGILIA DE NAVIDAD

Por fin, dice San Pedro Damiano en su Sermón para este día, "hénos ya llegados de la alta mar al puerto, de la promesa a la realidad, de

la desesperación a la confianza, del trabajo al descanso, del destierro a la patria. Se habían venido sucediendo los mensajeros de la divina promesa, pero sólo traían consigo la renovación de esa misma promesa. Por esta razón el Salmista se había ya dejado dominar del sueño, de suerte que los últimos acentos de su lira patentizan la tardanza del Señor. *Nos has rechazado,* decía, *nos has abandonado; y has aplazado la venida de tu Ungido. (Salmo* LXXXVIII.) Después, pasando de la queja a la audacia, había exclamado con voz imperiosa: *¡Manifiéstate, pues, Tú, que te sientas sobre los Querubines! (Salmo* LXXIX.) Sentado sobre el trono de tu poderío, rodeado de batallones de Angeles voladores, ¿desdeñarás posar tu mirada sobre los hijos de los hombres, víctimas, es cierto del pecado cometido por Adán, pero por Ti permitido? Acuérdate de nuestra naturaleza creada a tu semejanza; porque aunque es cierto que todo mortal es vanidad, pero no en cuanto es tu imagen. *Deja, pues, las alturas y baja;* inclina los cielos de tu piedad sobre los desgraciados que te suplican y no los olvides eternamente."

"Isaías a su vez, en el ímpetu de sus deseos, exclamaba: *Por Sión no me callaré, y por Jerusalén no descansaré hasta que se levante en su esplendor el Justo esperado. Rasga, pues, los cielos y baja.*" Finalmente, todos los Profetas, cansados de tanto esperar, continuaron lanzando sus

súplicas, gemidos, y hasta a veces, sus gritos de impaciencia. Ya hemos oído y repetido bastante tiempo sus palabras; es hora de que se retiren; para nosotros no hay alegría ni consuelo hasta que el Salvador, honrándonos con el beso de su boca, nos diga él mismo en persona: *Habéis sido escuchados.*

Mas ¿qué es lo que acabamos de oír? *Santificaos, oh hijos de Israel, y estad preparados; porque mañana descenderá el Señor.* Sólo lo que queda de este día, y a penas media noche, nos separan ya de la gloriosa visita, y nos ocultan todavía al Hijo de Dios y su admirable Nacimiento. Dáos prisa, horas veloces; terminad pronto vuestra carrera, para que podamos ver cuanto antes al Hijo de Dios en la cuna, y honrar esa Natividad, que es la salvación del mundo. Yo supongo, hermanos míos, que sois verdaderos hijos de Israel, y estáis purificados de todas las impurezas de la carne y del espíritu, bien preparados para los misterios de mañana, impacientes por dar muestras de vuestra devoción. Al menos así lo puedo esperar, dado como habéis pasado los días dedicados a la preparación del Advenimiento del Hijo de Dios. Pero si, a pesar de todo, hubiesen caído en vuestro corazón algunas gotas del vaho de la corrupción, apresuráos hoy a secarlas y cubrirlas con el blanco lienzo de la confesión. Yo os lo garantizo de la bondad del Niño que va a nacer; quien confesare contrito su pe-

cado, merecerá que la Luz del mundo nazca en él; se desvanecerán las falaces tinieblas y le será comunicado el verdadero esplendor. Porque ¿cómo se había de negar misericordia a los desgraciados, la noche en que nace el Señor misericordioso? Abatid, pues, el orgullo de vuestras miradas, la osadía de vuestra lengua, la crueldad de vuestras manos, la sensualidad de vuestros deseos; apartad vuestros pies de la veredas tortuosas, y luego venid y ved si el Señor no rasga esta noche los cielos y desciende hasta vosotros y arroja todos vuestros pecados al fondo del mar.

Este santo día es, en efecto, un día de gracia y de esperanza, y debemos pasarlo en santa alegría. La Iglesia, haciendo caso omiso de sus costumbres habituales, quiere que, si la Vigilia de Navidad cae en domingo, el Oficio y la Misa de la Vigilia prevalezcan contra el Oficio y la Misa del cuarto domingo de Adviento; tan solemnes la parecen estas últimas horas que preceden inmediatamente al Nacimiento del Señor. En las demás fiestas, por importantes que sean, sólo comienza la solemnidad en las primeras Vísperas; hasta ellas la Iglesia guarda silencio, celebrando los Oficios divinos y la Misa según el rito cuaresmal. Hoy, por el contrario, comienza ya la gran fiesta desde el amanecer, en el Oficio de Laudes. La entonación solemne de este Oficio nos anuncia un rito doble, cantándose las antífonas

antes y después de cada salmo o cántico. En la Misa, aunque se conserva el color morado, no hay que estar de rodillas como en las demás ferias de Adviento, ni tampoco hay más que una sola Colecta en vez de tres que se suelen decir en una Misa menos solemne.

Participemos del espíritu de la santa Iglesia y preparémonos con el corazón rebosante de alegría a salir al encuentro del Salvador, que viene a nosotros. Practiquemos con fidelidad el ayuno que aligerará nuestros cuerpos y facilitará nuestra marcha; pensemos ya desde la madrugada que no volveremos a acostarnos sin haber visto nacer, en una hora sagrada, al que viene a iluminar a todas las criaturas; porque es obligación de todo fiel hijo de la Iglesia Católica, celebrar con ella esta feliz noche en la que todo el mundo, a pesar del enfriamiento de la piedad, honra todavía la venida de su Salvador, como último rescoldo de la piedad antigua, que no se habría de apagar sin gran perjuicio para la tierra.

Repasemos en espíritu de oración las partes principales del Oficio de esta Vigilia. Primeramente, la santa Iglesia comienza por una llamada de atención que sirve de Invitatorio en Maitines, y de Introito y Gradual en la Misa. Son las palabras de Moisés al anunciar al pueblo el celestial Maná que Dios le ha de enviar al día siguiente. También nosotros esperamos nuestro

Maná, Jesucristo, Pan de vida, que va a nacer en Belén, la *Casa del Pan*.

INVITATORIO

Hoy sabréis que vendrá el Señor; y desde mañana veréis su gloria.

Los Responsorios rebosan majestad y dulzura. Nada más lírico y emocionante que su melodía, en esta noche que precede a la noche misma en que el Señor ha de venir personalmente.

℟. Santificaos hoy, y estad preparados: porque mañana veréis la majestad de Dios en medio de vosotros. ℣. Hoy sabréis que vendrá el Señor; y mañana veréis * la majestad de Dios en medio de vosotros.

℟. Permaneced constantes: veréis venir sobre vosotros la ayuda del Señor. ¡Oh Judea y Jerusalén, no temáis!: * Mañana seréis liberadas y el Señor estará con vosotras. ℣. Santificaos, hijos de Israel, y estad preparados. * Mañana seréis liberados y el Señor estará con vosotros.

℟. Santificáos, hijos de Israel, dice el Señor; porque mañana bajará el Señor. * Y quitará de vosotros toda languidez. ℣. Mañana será borrada la iniquidad de la tierra; y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo. * Y quitará de vosotros toda languidez.

En los Cabildos y Monasterios se hace este día durante el Oficio de Prima y con una solemnidad extraordinaria el anuncio de la fiesta de Navidad. El Lector, que deberá ser una de las dignidades del coro, canta en un tono majestuoso el siguiente trozo del Martirologio, oído en

pie por los asistentes, hasta el momento en que la voz del Lector deja oír el nombre de Belén. Entonces se arrojan todos por tierra hasta que ha terminado completamente el pregón de la buena nueva.

EL OCHO DE LAS CALENDAS DE ENERO

El año de la creación del mundo, cuando al principio creó Dios el cielo y la tierra, cinco mil ciento noventa y nueve: del diluvio, año dos mil novecientos cincuenta y siete: del nacimiento de Abraham, el año dos mil quince: de Moisés y de la salida del pueblo de Israel de Egipto, el año mil quinientos diez: de la unción del rey David, el año mil treinta y dos: en la semana sesenta y cinco, según la profecía de Daniel: en la Olimpíada ciento noventa y cuatro: de la fundación de Roma, el año setecientos cincuenta y dos: de Octavio Augusto, el año cuarenta y dos: estando en paz todo el universo: en la sexta edad del mundo: Jesucristo, Dios eterno e Hijo del Padre eterno, queriendo consagrar al mundo con su misericordiosísima venida, habiendo sido concebido del Espíritu Santo, y habiendo transcurrido nueve meses después de la concepción. EN BELÉN DE JUDEA NACE HECHO HOMBRE, DE LA VIRGEN MARÍA:

¡LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN LA CARNE!

Delante de nosotros han ido desfilando sucesivamente todas las generaciones [1]. Se han ca-

[1] En este solo día y en esta sola circunstancia adopta la Iglesia la cronología de los Setenta, que coloca el Nacimiento

llado cuando las hemos preguntado si habían visto pasar al que nosotros esperamos, hasta que habiéndose oído el nombre de María, ha sido proclamada la Natividad de Jesucristo, Hijo de Dios, hecho hombre.

"Una voz de alegría ha resonado en nuestra tierra, dice a este propósito San Bernardo en su primer Sermón sobre la Vigilia de Navidad; una voz de triunfo y de salvación en las tiendas de los pecadores. Acabamos de oír una dulce palabra, una palabra de consuelo, una frase llena de encanto, digna de ser recogida con el más solícito cuidado. Montañas, haced resonar las alabanzas; aplaudid, árboles del bosque, a la vista del Señor; porque he aquí que viene. Escuchad, oh cielos; atiende, oh tierra; pasmáos y cantad loores, oh criaturas; pero sobre todo tú, oh hombre: ¡JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA! ¿Qué corazón, por muy de piedra que fuere, qué alma no se derrite al oír estas palabras? ¿Hay noticia más dulce? ¿Hay pregón más deleitoso? ¿se oyó nunca cosa semejante? ¿recibió jamás el mundo algún don parecido? JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA. ¡Oh breve frase que nos anuncia al Verbo

---

del Salvador después del año cinco mil, en tanto que la Vulgata no señala más que cuatro mil años hasta este gran acontecimiento; en lo cual está de acuerdo con el texto hebreo. No es éste lugar a propósito para explicar tal divergencia en la cronología; baste reconocer el hecho, como una prueba de la libertad que, en esta materia, nos deja la Iglesia.

anonadado! ¡Cuán cargada estás de dulzura! El encanto de una suavidad tan melíflua nos invita a comentarla; pero faltan las palabras. Es, en efecto, de tal condición la gracia de esta frase, que, si trato de cambiar una iota, disminuyo su sabor: JESUCRISTO, HIJO DE DIOS, NACE EN BELÉN DE JUDEA."

MISA

INTROITO

Hoy sabréis que viene el Señor, y nos salvará; y mañana veréis su gloria. *Salmo*: Del Señor es la tierra y su plenitud: el orbe de las tierras y todos cuantos habitan en él. — ℣. Gloria.

En la Colecta, parece todavía preocupada la Iglesia de la venida de Cristo Juez: pero es la última vez que hará alusión a este postrer Advenimiento. En adelante se entregará completamente a este Rey pacífico, a este Esposo, que viene a ella; sus hijos deben imitar su confianza.

ORACION

Oremos. ¡Oh Dios! que nos alegras con la anual expectación de la fiesta de nuestra redención; haz que, así como recibimos ahora gozosos a tu Unigénito como Redentor, así veamos después sin temor volver como Juez a Nuestro Señor Jesucristo. El cual vive contigo.

En la Epístola, el Apóstol San Pablo, dirigiéndose a los Romanos, les anuncia la grandeza y

santidad del *Evangelio*, es decir, de la *buena Nueva* que los Angeles harán resonar en la noche próxima. Ahora bien, el protagonista del *Evangelio* no es otro sino el Hijo de Dios, de la raza de David según la carne, y que viene para ser en la Iglesia el principio de la gracia y del Apostolado, medios por los que somos también nosotros asociados a las alegrías de tan excelso Misterio después de tantos siglos pasados.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos (I, 1-4.)

Pablo, siervo de Jesucristo, llamado Apóstol, separado para el Evangelio de Dios, que antes había prometido por sus profetas en las santas Escrituras, acerca de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, hecho de la simiente de David, según la carne, y predestinado para Hijo de Dios en poder, según el espíritu de santificación, por su resurrección de entre los muertos. Por El hemos recibido la gracia y el apostolado, para poder predicar la fe, en virtud de su nombre, a todos los pueblos, entre los cuales estáis también vosotros, los llamados de Nuestro Señor Jesucristo.

GRADUAL

Hoy sabréis que viene el Señor, y nos salvará: y mañana veréis su gloria. — ℣. Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que conduces a José como una oveja; tú, que te sientas sobre los Querubines, muéstrate ante Efraín, Benjamín y Manasés.

Si la Vigilia cae en Domingo, se dice también el siguiente.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Mañana será borrada la iniquidad de la tierra: y reinará sobre nosotros el Salvador del mundo. Aleluya.

En el Evangelio de esta Misa nos cuenta San Mateo la inquietud de San José y la visión del Angel. Era conveniente que no pasase desapercibida en la Liturgia esta historia, uno de los preludios del Nacimiento del Salvador. Hasta ahora no se había ofrecido momento oportuno para presentarla. Por otra parte, esta lectura es muy propia de la Vigilia de Navidad a causa de las palabras del Angel, señalando el nombre de *Jesús* que se ha de imponer al Hijo de la Virgen, y anunciando que este maravilloso *niño salvará* a su pueblo del pecado.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (I, 18-20.)

Estando desposada con José María, la Madre de Jesús, antes de que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. Mas José, su marido, como fuese justo y no quisiese infamarla, pensó abandonarla secretamente. Y pensando él en esto, he aquí que el Angel del Señor se le apareció en sueños, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María tu mujer, porque lo que en ella ha nacido, del Espíritu Santo es. Y parirá un hijo y le llamarás Jesús, pues El salvará a su pueblo de sus pecados.

OFERTORIO

Príncipes, abrid vuestras puertas; y elevaos, puertas eternas, y entrará el Rey de la gloria.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, así como anticipamos la adorable Natividad de tu Hijo, así recibamos gozosos sus eternos dones. El cual vive y reina contigo.

Durante la Comunión, la Iglesia se alegra de poder saborear ya en el Sacramento de la Eucaristía a Aquel cuya carne purifica y alimenta nuestra propia carne, sacando del consuelo que este divino manjar la procura, la fortaleza para esperar hasta el momento supremo, en que los Angeles la llamarán a la Cueva del Mesías.

COMUNION

Se revelará la gloria del Señor: y toda carne verá la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que respiremos con la anunciada Natividad de tu Hijo, cuyo celestial Sacramento hemos comido y bebido. Por el mismo Señor.

EL TIEMPO DE NAVIDAD

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

Damos el nombre de *Tiempo de Navidad* al período de cuarenta días que va desde la *Natividad de nuestro Señor,* el 25 de Diciembre, hasta la *Purificación de la Santísima Virgen,* el 2 de febrero. Este período forma, en el Año litúrgico, un conjunto especial, como el Adviento, la Cuaresma, el Tiempo Pascual, etc.; por todo este tiempo campea la idea del mismo misterio, de suerte, que ni las fiestas de los Santos que ocurren durante esta temporada, ni la llegada bastante frecuente de la Septuagésima con sus tonos sombríos, son capaces de distraer a la Iglesia del *inmenso gozo* que *la anunciaron* los Angeles en esa noche radiante, durante tanto tiempo esperada por el género humano, y cuya conmemoración litúrgica ha sido precedida de las cuatro semanas que forman el Adviento.

La costumbre de celebrar con cuarenta días festivos o de especial memoria la solemnidad

del Nacimiento del Salvador, se halla enraizada en el mismo santo Evangelio, el cual nos dice que la virginal María, pasados cuarenta días en la contemplación del suavísimo fruto de su gloriosa maternidad, se dirigió al templo para cumplir, con perfectísima humildad, todo lo que la ley ordenaba a las mujeres de Israel después de haber sido madres.

Por consiguiente, la conmemoración de la Purificación de María está íntimamente unida a la del Nacimiento del Salvador; y la costumbre de celebrar esta santa y festiva cuarentena parece ser de una remota antigüedad en la Iglesia. En primer lugar, por lo que se refiere a la celebración de la Natividad del Salvador en el 25 de diciembre, San Juan Crisóstomo, en su Homilía sobre esta fiesta, opina que los Occidentales la habían celebrado en esa fecha desde el principio. Incluso se detiene a justificar esta tradición, haciendo notar que la Iglesia romana había tenido todos los medios de conocer el día verdadero del nacimiento del Salvador, ya que las actas del censo ordenado por Augusto de Judea se conservaban en los archivos públicos de Roma. El santo Doctor propone un segundo argumento, sacado del Evangelio de San Lucas, haciendo notar que, según el sagrado escritor, debió ser en *el ayuno del mes de setiembre*, cuando el sacerdote Zacarías tuvo en el templo la visión a raíz de la cual su esposa Isabel concibió a San

Juan Bautista: de donde se sigue que, habiendo la Santísima Virgen, según el relato de San Lucas, recibido la visita del Arcángel Gabriel, y concebido al Salvador del mundo en el *sexto mes* después del embarazo de Isabel, o sea, en Marzo, debía dar a luz en el mes de diciembre [1].

No obstante eso, las Iglesias orientales no comenzaron a celebrar la Natividad de Nuestro Señor en el mes de diciembre hasta el siglo cuarto. Hasta entonces la habían celebrado, bien el 6 de enero, mezclándola bajo el nombre genérico de *Epifanía* con la *Manifestación* del Salvador a los Gentiles; bien el 25 del mes *Pachón* (15 de mayo) o el 25 del mes *Pharmuth* (20 de abril), si hemos de creer a Clemente de Alejandría. San Juan Crisóstomo afirma, en la Homilía que acabamos de citar y que pronunció en 386, que la costumbre de celebrar con la Iglesia romana el Nacimiento del Salvador el 25 de diciembre, databa solamente de diez años atrás en la Iglesia de Antioquía. Parece que este cambio fué ordenado por la autoridad de la Santa Sede, a la que vino a añadirse al final del siglo cuarto un edicto

[1] El documento más antiguo que nos permite afirmar que la fiesta de Navidad era celebrada desde el año 336 en el día 25 de diciembre, es el calendario filocaliano compuesto en 354. Efectivamente, fué poco después del concilio de Nicea (325) cuando la Iglesia romana instituyó una fiesta en conmemoración del Nacimiento del Salvador. Aunque los historiadores modernos están de acuerdo en decir que las fechas del 25 de diciembre y del 6 de enero no se apoyan en una tradición histórica, es muy legítimo creer que la Iglesia las ha escogido por algún motivo serio.

de los emperadores Teodosio y Valentianiano, prescribiendo la separación de las dos fiestas de la Natividad y de la Epifanía. La práctica de celebrar el 6 de enero este doble misterio solamente se ha conservado en la Iglesia cismática de Armenia; sin duda porque este país era independiente de la autoridad imperial y además el cisma y la herejía le sustrajeron a la influencia de Roma [1].

La fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen, que cierra el ciclo de Navidad, es una de las cuatro fiestas de María más antiguas: es posible que, por tener su origen en el mismo relato evangélico, fuese ya celebrada en los primeros siglos del Cristianismo. De todos modos, en la Iglesia oriental, no la vemos establecida definitivamente el 2 de febrero hasta el siglo sexto, bajo el emperador Justiniano [2].

---

[1] Tampoco Jerusalén conoció más fiesta que la del 6 de enero hasta fines del siglo IV.

[2] Los últimos trabajos de los Liturgistas han demostrado que esta fiesta comenzó a celebrarse en Jerusalén, no el 2 de febrero, como lo fué más tarde en Roma, sino el 14 de febrero, cuarenta días después de la fiesta de Navidad que los Orientales celebraban el 6 de enero. La *Peregrinatio Sylviae* (hacia el año 400) hace notar que esta fiesta era celebrada en 380 en Belén y Jerusalén, en la basílica de la Anástasis, y con la misma solemnidad que la de Pascua. *La Crónica* de Teófanes nos dice que fué introducida en Constantinopla entre 534 y 542 y celebrada el 2 de febrero. De allí pasó a Roma. El *Liber Pontificalis* señala que Sergio (687-701) instituyó una letanía para las cuatro fiestas de Nuestra Señora (Purificación, Dormición, Natividad y Anunciación), de donde se deduce que ya existían, sin que se pueda saber desde cuándo.

Si pasamos ahora a examinar el carácter del Tiempo de Navidad en la Liturgia latina, tenemos que reconocer que es un tiempo dedicado de una manera especial al júbilo que procura a la Iglesia la venida del Verbo divino en carne, y consagrado particularmente a felicitar a la Santísima Virgen por la gloria de su maternidad.

Esta doble idea de un Dios niño y de una Madre virgen se halla expresada de un modo continuo en las oraciones y ritos litúrgicos.

Así, por ejemplo, los Domingos y todas las fiestas que no son de rito *doble* durante todo el curso de esta festiva cuarentena, la Iglesia hace memoria de la *fecunda virginidad* de la Madre de Dios, por medio de tres *Oraciones* especiales que dice en la celebración del santo Sacrificio. Estos mismos días, en los Oficios de Laudes y Vísperas, solicita *el sufragio* de María, poniendo de relieve su calidad de *Madre de Dios* y la *inviolable* pureza que permaneció en ella, aún después de su alumbramiento. Finalmente, hasta el mismo día de la Purificación continúa con la costumbre de terminar todos sus Oficios con la solemne antífona del monje Hernán Contracto, en loor de la *Madre del Redentor.*

Tales son las demostraciones de amor y veneración con las que la Iglesia, honrando al Hijo en la Madre, exterioriza su religiosa alegría durante este período del Año litúrgico que conocemos con el nombre de *Tiempo de Navidad.*

Ya saben todos que el Calendario eclesiástico llega a contar seis semanas después de Epifanía, para los años en que la fiesta de Pascua se retrasa hasta el mes de abril. La cuarentena de Navidad a la Purificación cuenta a veces con cuatro de estos domingos. Otras veces solamente dos, y algunas uno sólo, cuando en ciertos años se anticipa de tal modo la Pascua, que obliga a celebrar en enero el domingo de Septuagésima, y aun el de Sexagésima. A pesar de todo, y como hemos dicho, nada se cambia en los ritos de esta alegre cuarentena, fuera del color morado y la omisión del Himno angélico en los domingos que preceden a la Cuaresma.

Aunque la Santa Iglesia venera con particular devoción, durante todo el curso del Tiempo de Navidad, el misterio de la Infancia del Salvador, el curso del Calendario, que aun en los años en que la fiesta de Pascua viene más atrasada, ofrece menos de seis meses para la celebración de toda la obra redentora, o sea desde Navidad a Pentecostés obliga a la Iglesia a anticipar en las lecturas del Evangelio, acontecimientos de la vida pública de Cristo; pero la Iglesia continúa recordándonos los encantos del divino Infante y la gloria única de su Madre, hasta el día en que vaya a presentarse en el Templo.

Los Griegos hacen también frecuentes *Memorias* de la maternidad de María en sus Oficios de todo este tiempo; pero sobre todo guardan

una veneración particular a los doce días que trascurren entre la fiesta de Navidad y la de Epifanía, período designado en su Liturgia con el nombre de *Dodecameron*. Durante este tiempo no observan ninguna abstinencia de carnes; incluso los Emperadores de Oriente habían establecido que, por respeto a tan excelso misterio, estuviesen prohibidos los trabajos serviles y aun el ejercicio de los Tribunales hasta después del día 6 de enero.

Estas son las características históricas y los hechos positivos que contribuyen a crear el distintivo de esta segunda parte del Año litúrgico que conocemos con el nombre de *Tiempo de Navidad*. El capítulo siguiente tratará de desarrollar las ideas místicas de la Iglesia en este período tan querido a la piedad de sus hijos.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

Todo es misterioso en los días que nos ocupan. El Verbo divino, cuya generación es *anterior a la aurora*, nace en el tiempo; un Niño es Dios; una Virgen es Madre quedando Virgen; se entremezcla lo divino con lo humano y la sublime e inefable antítesis expresada por el discípulo amado en aquella frase de su Evangelio: EL VERBO SE HIZO CARNE, se repite en todas las formas y tonos en las oraciones de la Iglesia; resumiendo admirablemente el gran prodigio que acaba de verificarse en la unión de la naturaleza divina con la humana. Misterio desconcertador para la inteligencia, pero dulce al corazón de los fieles; es la consumación de los designios divinos en el tiempo, motivo de admiración y pasmo para los Angeles y Santos en la eternidad, y al mismo tiempo principio y motivo de su felicidad. Veamos cómo se lo propone la Iglesia a sus hijos en la Liturgia.

El día de Navidad. — Hénos ya llegados, como a un término deseado, al día veinticinco de diciembre, después de cuatro semanas de preparación, símbolo de los miles de años del antiguo mundo; lo primero que sentimos es un movimiento natural de extrañeza al ver que este día es el único que posee la inmutable prerrogativa de celebrar el Nacimiento del Salvador; todo el ciclo litúrgico parece fatigarse en cambio, todos los años al tratar de dar a luz ese otro día variable, al que está ligada la memoria del misterio de la Resurrección.

Ya en el siglo cuarto, San Agustín se creyó obligado a explicar esta diferencia en su famosa epístola *ad Ianuarium;* en ella dice que, únicamente celebramos el día del Nacimiento del Salvador para conmemorar el Nacimiento efectuado por nuestra salvación, sin que el día mismo en que ocurrió tenga en sí significado misterioso alguno; en tanto que el día de la semana en que se realizó la Resurrección, fué escogido en los decretos eternos, para expresar un misterio del que se debía hacer expresa conmemoración hasta el fin de los siglos. San Isidoro de Sevilla y el antiguo comentador de los ritos sagrados que durante mucho tiempo se creyó sería Alcuino, se adhieren en esta materia al parecer del Obispo de Hipona; Durando, en su *Rationale,* no hace más que explicar sus palabras,

Estos autores hacen notar que, conforme a la tradición eclesiástica, habiendo ocurrido la creación del hombre en viernes y muerto el Salvador en ese mismo día para expiar el pecado de los hombres; y habiéndose por otra parte, realizado la Resurrección de Jesucristo al tercer día, es decir el Domingo, día en que señala el Génesis la creación de la luz, "las solemnidades de la Pasión y Resurrección, como dice San Agustín, no tienen por objeto solamente el conmemorar los hechos, sino que además tienen un sentido sagrado y misterioso" [1].

Pero no creamos que, por no estar ligada a ningún día de la semana en particular la celebración de la fiesta de Navidad el 25 de diciembre, haya quedado completamente exenta de un significado místico. En primer lugar, podríamos afirmar con los antiguos liturgistas, que la fiesta de Navidad recorre sucesivamente todos los días de la semana, para santificarlos y absolverlos de la maldición que el pecado de Adán había hecho recaer sobre cada uno de ellos. Pero existe otro mucho más sublime misterio que declarar en la elección de este día; misterio que, si no se refiere a la división del tiempo que Dios mismo trazó y que llamamos Semana, se relaciona del modo más significativo con el curso del gran astro por cuyo medio renacen y se conservan so-

[1] *Epist., ad Ianuarium.*

bre la tierra el calor y la luz, es decir, la vida. Jesucristo, nuestro Salvador, *la luz del mundo*[1], nació en el momento en que la noche de la idolatría y del pecado tenía sumergido al mundo en las más espesas tinieblas. Y he aquí que el día de ese nacimiento, el 25 de diciembre, es precisamente cuando este sol material, en lucha con las tinieblas y ya próximo a extinguirse, se reanima de repente y se dispone al triunfo.

En el Adviento, hemos advertido ya con los Santos Padres, la disminución de la luz física como un triste símbolo de estos días de universal espera; con la Iglesia hemos suspirado por el divino *Oriente*, por el *Sol de Justicia* el único que nos podrá librar de los horrores de la muerte del cuerpo y del alma. Dios nos ha oído, y en el mismo día del solsticio de invierno, célebre en el mundo antiguo por sus terrores y regocijos, nos concede juntamente la luz material y la antorcha de las inteligencias.

San Gregorio Niseno, San Ambrosio, San Máximo de Turín, San León, San Bernardo y los más celebrados liturgistas se complacen en señalar el profundo misterio impreso en su obra, a la vez natural y sobrenatural, por el Creador del universo; veremos que también hacen alusión a él las oraciones de la Iglesia en el *Tiempo de Navidad*, como lo hicieron en el *Adviento*.

1 *S. Juan*, VIII, 12.

"En este día que hizo el Señor, dice San Gregorio de Nisa en su Homilía sobre Navidad, las tinieblas comienzan a disminuir y crece la luz, siendo arrojada la noche más allá de sus fronteras. En verdad, hermanos míos, esto no sucede al azar, ni al capricho de una extraña voluntad, el día en que resplandece El que es la vida divina de los hombres. Es la naturaleza quien bajo este símbolo revela un secreto a los que tienen la mirada penetrante, y son capaces de comprender esta circunstancia de la venida del Señor. Paréceme oír decir: ¡Oh hombre! piensa que, bajo las cosas que contemplas, te son revelados escondidos misterios. La noche, ya lo sabes, había llegado a su más larga duración y de repente se detiene. Considera la funesta noche del pecado, que había llegado a su colmo reuniendo en sí toda clase de culpables artificios; en el día de hoy ha sido detenida su carrera. Desde hoy será más pequeña y pronto quedará reducida a la nada. Contempla ahora los rayos del sol más vivos, el astro mismo más elevado en el cielo, y al mismo tiempo considera la verdadera luz del Evangelio que aparece ante todo el mundo."

Alegrémonos, hermanos míos, exclama a su vez San Agustín, porque este día es sagrado, no por razón del sol visible, sino por el nacimiento del invisible Creador del sol. El Hijo de Dios eligió este día para nacer, como eligió también

una Madre, El, creador al mismo tiempo del día y de la Madre. Este día, efectivamente, en el que la luz comienza a crecer, era a propósito para simbolizar la obra de Cristo, quien, por medio de su gracia, renueva continuamente nuestro hombre interior. Habiendo resuelto el Creador eterno nacer en el tiempo, convenía que el día de su nacimiento estuviese de acuerdo con la creación temporal [1].

En otro Sermón sobre la misma fiesta, el obispo de Hipona nos da la clave de una misteriosa frase de San Juan Bautista, que confirma maravillosamente el pensamiento tradicional de la Iglesia. Este admirable Precursor había dicho hablando de Cristo: *Es necesario que El crezca, y que yo disminuya* [2]. Profética frase, que, en su sentido literal, significaba que la misión de San Juan Bautista iba a concluir, mientras que la del Salvador estaba comenzando; pero, podemos ver también en ella, con San Agustín, un segundo misterio: "Juan vino al mundo cuando los días empiezan a disminuir, Cristo nació en el momento en que comienzan a crecer [3]." De este modo, todo es misterioso: la salida del Astro Precursor en el solsticio del verano, y la aparición del Sol celestial en el tiempo de las tinieblas.

---

[1] Sermón, III *in Natali Domini.*
[2] *S. Juan,* III, 30.
[3] Sermón, XI *in Natali Domini.*

La ciencia miope y ya anticuada de los Dupuis y de los Volney creía haber derrumbado los fundamentos de la *superstición religiosa,* por haber descubierto, entre los pueblos antiguos, la existencia de una fiesta del sol en el solsticio de invierno; les parecía que una religión no podía considerarse como divina, desde el momento en que su culto ofrecía analogías con fenómenos de un mundo, que si hemos de creer a la Revelación, no fué creado por Dios sino en vista de Cristo y de su Iglesia. Nosotros, en cambio, los católicos, hallamos la confirmación de nuestra fe donde estos hombres creyeron momentáneamente hallar su ruina [1].

Ya hemos, pues, explicado el misterio fundamental de esta festiva cuarentena, al descorrer el velo que ocultaba en la predestinación eterna, el misterio de ese día veinticinco de diciembre, que iba a ser el día del Nacimiento de Dios sobre la tierra. Tratemos de descubrir ahora con todo respeto un segundo misterio, el del lugar donde se realizó el Nacimiento.

---

[1] Ya hemos visto anteriormente que la fiesta de Navidad no ocupó en un principio un lugar uniforme en los distintos calendarios de la Iglesia. Piensan hoy muchos autores que esta fiesta fué fijada definitivamente en el 25 de diciembre para alejar a los fieles de una fiesta pagana muy popular, la fiesta del solsticio, que celebraba el triunfo del sol sobre las tinieblas la noche del 24 al 25 de diciembre. Este sistema de oponer una fiesta cristiana a otra pagana muy en boga, lo empleó la Iglesia con frecuencia en los siglos primeros y siempre con feliz resultado.

EL LUGAR DEL NACIMIENTO.—Se trata de Belén. *De Belén saldrá el caudillo de Israel.* Lo había dicho el Profeta [1]: lo saben los Pontífices judíos y dentro de unos días se lo declararán a Herodes [2]. Pero ¿por qué razón fué escogida esta obscura ciudad con preferencia a otra, para ser el escenario de tan sublime suceso? Estad atentos, ¡oh cristianos! El nombre de la ciudad de David significa *casa del Pan:* he ahí por qué la escogió para manifestarse en ella, el que es *Pan vivo bajado del cielo* [3]. Nuestros padres *comieron el maná en el desierto y murieron* [4]; pues, he ahí al Salvador del mundo, que viene a alimentar la vida del género humano por medio de su carne, *que es verdadero manjar* [5]. Hasta ahora Dios permanecía alejado del hombre: en adelante, ambos no serán más que una sola cosa. El Arca de la Alianza, que contenía sólo el maná corporal, es reemplazada por el Arca de la nueva Alianza; Arca más pura e incorruptible que la antigua: la incomparable Virgen María, la cual nos presenta al *Pan de los Angeles,* alimento que transforma al hombre en Dios; pues, según dijo Jesucristo: *El que come mi carne, vive en mí y yo en él* [6].

---

1 *Miq.,* V, 2.
2 *S. Mat.,* II, 5.
3 *S. Juan,* VI, 41.
4 *Ibid.,* VI, 49.
5 *Ibid.,* VI, 56.
6 *Ibid.,* 57.

JESÚS, PAN NUESTRO. — Esa es la divina transformación que el mundo esperaba desde hace tanto tiempo y por la que ha suspirado la Iglesia durante las cuatro semanas del Tiempo de Adviento. Por fin ha llegado la hora y Cristo va a entrar en nosotros, *si queremos recibirle*[1]. Su deseo es unirse a nosotros como ya se unió a la naturaleza humana en general, y para eso quiere hacerse nuestro *Pan,* nuestro alimento espiritual. No tiene otra finalidad su venida a las almas en este místico período. *No viene a juzgar al mundo sino a salvarle, para que todos tengan vida, y una vida más abundante*[2]. No descansará, pues, el divino amigo de nuestras almas hasta que se haya adentrado en nosotros de forma, que no seamos nosotros los que vivamos, sino El en nosotros; y para que con más suavidad se realice el misterio, el dulce fruto de Belén se dispone a entrar en nosotros bajo la forma de niño, para ir luego *creciendo en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres*[3].

Y cuando nos haya transformado en sí, después de habernos visitado por su gracia y por el alimento de su amor, aún realizará en nosotros un nuevo prodigio. Hechos una misma carne y un mismo corazón con Jesús, Hijo del Padre

---

1 *S. Juan,* I, 12.
2 *Ibid.,* X, 10.
3 *S. Lucas,* II, 40.

celestial, seremos también, por el hecho mismo, hijos de su Padre, de manera que el Discípulo amado pueda exclamar: *Hijitos míos, mirad qué caridad nos ha hecho el Padre, ser hijos de Dios no sólo de nombre sino en realidad*[1]. Mas, de esta suprema felicidad del alma cristiana y de los medios que se la ofrecen para mantenerla y acrecentarla, hablaremos en otro lugar más desahogadamente.

LITURGIA DE NAVIDAD. — Nos queda por decir unas palabras sobre los colores simbólicos usados por la Iglesia en este tiempo. El adoptado durante los veinte primeros días, que van hasta la Octava de Epifanía, es el blanco. Solamente lo abandona para honrar la púrpura de los mártires Esteban y Tomás de Cantorbery y para asociarse al duelo de Raquél que llora por sus hijos, en la fiesta de los Santos Inocentes; fuera de estos tres casos, la blancura de los ornamentos sagrados manifiesta la alegría que los Angeles comunicaron a los pastores, el brillo del naciente Sol divino, la pureza de la Virgen Madre y el candor de las almas fieles que se apiñan alrededor de la cuna del Niño Dios.

Durante los veinte últimos días, las frecuentes fiestas de los Santos exigen que los ornamentos de la Iglesia estén en armonía, bien con las rosas de los Mártires, bien con las inmortales

---

[1] *I S. Juan*, III, 1.

que forman la corona de los Pontífices y Confesores, bien con los lirios que adornan a las Vírgenes. Los domingos, cuando con ellos no coincide ninguna fiesta de rito *doble de segunda clase* que imponga el color rojo o blanco, y cuando la Septuagésima no ha comenzado aún esa serie de semanas que preceden a la Pasión de Cristo, los ornamentos de la Iglesia son de color verde. La elección de este color quiere indicar, según los liturgistas, que con el Nacimiento del Salvador, que es *la flor de los campos* [1], ha nacido también la esperanza de nuestra salvación y que, pasado el invierno de la gentilidad y del judaísmo, comienza a reverdecer la primavera de la gracia.

Terminamos aquí la explicación mística de las prácticas generales del tiempo de Navidad. Sin duda nos quedan todavía numerosos símbolos que aclarar; pero, como los misterios a que se refieren son propios de ciertos días en particular, más bien que del conjunto de esta parte del Año Litúrgico, de ellos hemos de tratar detalladamente y día por día, sin omitir ninguno.

[1] *Cant.*, II, 1.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE NAVIDAD

IMITAR A LA IGLESIA. — Ha llegado el momento en que el alma fiel va a recoger el fruto de los esfuerzos realizados en la carrera penosa del Adviento, para preparar una morada al Hijo de Dios, que quiere nacer en ella. *Ha llegado el día de las bodas del Cordero, y la Esposa está preparada*[1]. Ahora bien, esta Esposa es la Santa Iglesia; toda alma fiel es esposa. Dios infinito se da enteramente y con una especial ternura a todo el rebaño y a cada una de sus ovejas. ¿Cuál será nuestro ornato para salir al encuentro del Esposo? ¿Cuáles las perlas y joyas con que decoraremos nuestras almas para tan afortunada entrevista? La Santa Iglesia nos da instrucciones sobre este punto en su Liturgia; y sin duda, lo mejor que podemos hacer es imitarla en todo, ya que ella es siempre bien atendida y, por ser nuestra Madre, debemos siempre escucharla.

---

[1] *Apoc.*, XIX, 7.

Pero antes de hablar de la venida mística del Verbo a las almas, antes de publicar los secretos de esta sublime intimidad entre el Criador y su criatura, señalemos primeramente con la Iglesia los deberes que la naturaleza humana y cada una de nuestras almas tienen que cumplir con el divino Infante, que nos han otorgado por fin los cielos como un benéfico rocío. Durante el Adviento, nos hemos unido a los santos del Antiguo Testamento para implorar la venida del Mesías Redentor; ahora que ya ha nacido, consideremos los honores que debemos tributarle.

ADORACIÓN. —Pues bien, en este santo tiempo, la Iglesia ofrece al Niño Dios el tributo de sus profundas adoraciones, los transportes de sus inefables alegrías, el homenaje de su agradecimiento infinito, la ternura de su amor incomparable. Estos sentimientos, *adoración, alegría, agradecimiento, amor,* expresan el conjunto de actos que toda alma fiel debe también tributar al Emmanuel en su cuna. Las oraciones de la Liturgia la prestarán su voz pura y perfecta; mas penetremos en la naturaleza de esos sentimientos para sentirlos mejor y hacer totalmente nuestra la forma con la que los expresa la Santa Iglesia.

Nuestro primer deber ante la cuna del Salvador es *la adoración*. La adoración es el pri-

mero de los actos de religión; pero se puede decir que, en el misterio de Navidad, todo parece contribuir a hacer ese deber más sagrado todavía. En el cielo, los Angeles se cubren el rostro y se postran ante el trono de Dios; los veinticuatro ancianos deponen continuamente sus diademas ante la Majestad del Cordero; ¿qué hemos de hacer nosotros, pecadores, miembros indignos del pueblo redimido, cuando el mismo Dios se humilla y anonada por nosotros; cuando, por el más sublime de los cambios, los deberes de la criatura para con su Creador son por El mismo realizados, cuando Dios eterno no sólo se inclina ante la Majestad infinita, sino ante el hombre pecador?

Es, pues, justo que, a la vista de un espectáculo semejante, procuremos con nuestras profundas adoraciones devolver al Dios que se humilla por nosotros una partecita de lo que le sustrae su inmenso amor al hombre y su fidelidad a los mandatos de su Padre. Debemos, en cuanto nos sea posible, imitar en la tierra los sentimientos de los Angeles del cielo, y no acercarnos nunca al divino Niño sin ofrecerle el incienso de una sincera adoración, las protestas de nuestro vasallaje y la pleitesía del acatamiento debido a su infinita Majestad, tanto más digna de nuestro respeto cuanto más se rebaja por nosotros. ¡Ay de nosotros si, demasiado familiarizados con la aparente flaqueza del divino Infante, y con sus tier-

nas caricias, creyéramos poder prescindir de esa primera obligación y olvidarnos de lo que El es y lo que somos nosotros!

El ejemplo de la Purísima Virgen María nos ayudará mucho a conservar en nosotros esa humildad. María era humilde delante de Dios antes de ser Madre; después de serlo, es más humilde todavía ante su Dios y su Hijo. Pues nosotros, despreciables criaturas, pecadores mil veces perdonados, adoremos con todas nuestras potencias a Aquel que desde tan elevadas alturas baja hasta nuestra miseria, y tratemos de compensar con nuestros actos de humildad, ese eclipse de su gloria que se realiza en la cueva y en los pañales.

Mas en vano intentaríamos colocarnos al nivel de su humildad; sería preciso ser Dios para llegar a las humillaciones de un Dios.

ALEGRÍA. — Pero la Santa Iglesia no ofrece solamente al Niño Dios el tributo de sus profundas *adoraciones;* el misterio del Emmanuel, del *Dios con nosotros*, es también para ella fuente de inefable *alegría*. El respeto debido a Dios se conjuga de un modo admirable, en sus cánticos sublimes, con la alegría que los Angeles la recomendaron. Tiene a gala imitar el regocijo de los pastores, que a toda prisa y rebosantes de contento acudieron a Belén [1] y tam-

[1] *S. Luc.*, II, 16.

bién la alegría de los Magos, cuando a su salida de Jerusalén volvieron a ver la estrella [1]. Es el motivo de que toda la cristiandad consciente celebre el divino Natalicio con cantos alegres y populares, conocidos con el nombre de *Villancicos*.

Unámonos, oh cristianos, a esa jubilosa alegría; no es tiempo de lágrimas ni suspiros: *Un Niño nos ha nacido* [2]. Ha llegado el que esperábamos y ha llegado para *morar con nosotros*. Como ha sido larga la espera, deberá ser embriagador el gozo de poseerle. Día llegará, y muy pronto, en que este niño que hoy nace, hecho ya hombre, será el *varón de dolores*. Entonces nos lamentaremos con El; ahora debemos alegrarnos de su venida y cantar con los Angeles junto a su cuna. Estos cuarenta días pasarán veloces; recibamos con el corazón dilatado la dicha que nos viene de arriba como un don celestial. La Sabiduría divina nos enseña que *el corazón del justo es una continua fiesta* [3], porque en él reside la *paz:* ahora bien, estos días ha venido la Paz *a la tierra, la Paz a los hombres de buena voluntad.*

∴

Agradecimiento. — A esta mística y deliciosa alegría viene como por sí mismo a unirse el sen-

[1] *S. Mateo*, II, 10.
[2] *Isaías*, IX, 6.
[3] *Prov.*, XV, 15.

timiento de gratitud para con Aquel que, sin detenerse ante nuestra indignidad ni ante las consideraciones debidas a su infinita Majestad, quiso escoger una Madre entre las hijas de los hombres, y una cuna en un establo: tan empeñado estaba en la obra de nuestra salvación, en apartar de sí todo lo que pudiera inspirarnos miedo o timidez y en animarnos con su divino ejemplo a seguir el camino de la humildad, por donde debemos marchar para llegar al cielo, perdido por nuestro orgullo.

Recibamos, pues, con el corazón emocionado el precioso regalo de un Niño libertador. Es el Hijo único del Padre, de ese Padre que *amó al mundo hasta el extremo de entregarle su propio Hijo*[1]; y es el mismo Hijo único quien confirma plenamente la voluntad de su Padre, viniendo a ofrecerse por nosotros *porque El lo quiso*[2]. En verdad, al entregárnosle el Padre ¿no nos lo ha dado todo con El, como dice el Apóstol?[3] ¡Oh inestimable dádiva! ¿Podríamos ofrecer un agradecimiento equivalente al regalo, cuando, en el fondo de nuestra miseria, somos incapaces de estimar su valor? En este misterio, sólo Dios y el divino Infante, que guarda el secreto en el fondo de su cuna, saben perfectamente lo que nos dan.

[1] *S. Juan*, III, 16.
[2] *Isaías*, LIII, 7.
[3] *Rom.*, VIII, 32.

AMOR.—Pero, si la gratitud no puede ser proporcionada a la dádiva ¿quién habrá de pagar la deuda? Sólo el *amor* será capaz de hacerlo, porque, por muy limitado que sea, no tiene medida, y siempre puede ir en aumento. Por eso la santa Iglesia se siente invadida de una inefable ternura en la cueva, después de haber adorado, bendecido y dado gracias, y exclama: *¡Cuán hermoso eres, oh amado mío!*[1] ¡Oh divino Sol de justicia, cuán suave es a mi vista, tu despertar! ¡Cuán vivificantes tus rayos para mi corazón! ¡Cómo se afianza tu triunfo en mi alma cuando la vences con las armas de la pobreza, de la humildad y de la infancia! Y todas sus palabras son palabras de amor; la *adoración*, la *alabanza*, la *acción de gracias* no son en sus Cánticos más que expresión variada e íntima del amor que transforma todos sus sentimientos.

Sigamos también nosotros, oh cristianos, a nuestra Madre la Iglesia y llevemos nuestros corazones al Emmanuel. Los Pastores le ofrendan su sencillez, los Magos le llevan ricos presentes; unos y otros nos enseñan que nadie debe presentarse ante el divino Infante sin ofrecerle un donativo digno. Ahora bien, es preciso que lo sepamos: ningún tesoro estima tanto como el que ha venido a buscar. El amor le hizo

---

[1] *Cant.*, I, 15.

bajar del cielo; ¡compadezcamos al corazón que no le entrega su amor!

Estos son los deberes que nuestras almas deben tributar a Jesucristo en la primera venida, que hizo en *carne y flaqueza,* como dice San Bernardo, no para juzgar al mundo sino para salvarle.

Sobre el Advenimiento del último día envuelto en gloria y terrible majestad, ya hemos meditado bastante en las semanas del Adviento. El temor de la *futura ira* ha debido despertar de su somnolencia a nuestros corazones, disponiéndolos a recibir humildemente la visita del Salvador en esta venida intermedia, que se realiza secretamente en el fondo de las almas, y cuyo inefable misterio vamos a tratar de esclarecer.

LA VÍA ILUMINATIVA. — Ya hemos demostrado que el Tiempo de *Adviento* pertenece a esa fase de la vida espiritual que la Teología Mística designa con el nombre de *Vía purgativa,* durante la cual el alma se desprende del pecado y de las ataduras del mismo, por temor del juicio de Dios, por la mortificación y por la lucha cuerpo a cuerpo contra la concupiscencia. Suponemos, por tanto, que toda alma fiel ha pasado ya por este valle de amargura antes de ser admitida al banquete al que convidaba la Iglesia en nombre del Señor y por boca del Profeta Isaías a todos los pueblos, cuando nos invitaba a cantar:

He aquí nuestro Dios: le hemos estado esperando; por fin viene a salvarnos; hemos soportado su tardanza; saltemos de gozo por la salvación que nos trae [1]. Se puede también decir con verdad que, así *como hay muchas moradas en la casa del Padre celestial* [2], de la misma manera la Iglesia admite en esta solemne fiesta una gran variedad de sentimientos y disposiciones entre los numerosos hijos suyos que en estos días se agolpan alrededor de la mesa en que se distribuye el Pan divino. Los unos estaban muertos a la gracia y el auxilio del santo tiempo de Adviento los ha hecho revivir; otros que gozaban ya de vida, han reanimado su amor con sus anhelos, y la entrada en Belén ha sido para ellos un acrecentamiento de vida divina.

Así pues, el alma que ha entrado en Belén, o sea en la *Casa del Pan,* unida al que es la *Luz del mundo* [3] no camina en tinieblas. El misterio de Navidad es un misterio de luz, y la gracia que comunica a nuestra alma, la sitúa, si permanece fiel, en ese segundo estado de la vida mística conocido con el nombre de *Vía iluminativa.* En adelante no tenemos que afligirnos esperando al Señor, ha venido ya y ha hecho luz en nosotros, y su luz no se extinguirá. Más bien crecerá a medida que el Año litúrgico se vaya

---

1 El Sábado de la segunda semana de Adviento.
2 *S. Juan,* XIV, 2.
3 *S. Juan,* VIII, 12.

envolviendo. ¡Ojalá no perdamos de vista en nuestras almas el crecimiento de esa luz, y lleguemos con su ayuda al don de la *unión* divina que corona al mismo tiempo al Año litúrgico y al alma por él santificada!

Mas, en el misterio de Navidad y de sus cuarenta días, la luz se nos da todavía proporcionada a nuestra flaqueza. Sin duda es el Verbo divino, la Sabiduría del Padre, el que se nos propone a nuestro conocimiento e imitación; pero este Verbo, esta Sabiduría, aparecen bajo formas infantiles. Nada hay, por consiguiente, que nos impida acercarnos. No se da aquí un trono sino una cuna; no un palacio sino un establo; no se trata todavía de penas, de sudores, de cruz o de sepultura; pero tampoco de gloria y triunfo; sólo aparecen la dulzura, la sencillez y el silencio. *Acercáos, pues,* nos dice el Salmista, *y seréis iluminados* [1].

¿Quién sería capaz de declarar dignamente el misterio de la infancia de Cristo en las almas, y de la infancia de las almas en Cristo? Este doble misterio, que se realiza en este santo tiempo, ha sido explicado maravillosamente por San León en su sexto Sermón sobre la Natividad del Salvador, cuando dice: "Aunque esta infancia, que la majestad del Hijo de Dios no desdeñó, haya dado paso sucesivamente a la edad del hombre perfecto, y aunque, después del

[1] Salmo XXXIII, 6.

triunfo de la Pasión y de la Resurrección, toda la serie de actos de humildad de que había hecho gala el Verbo haya terminado para nosotros, la festividad del día viene a renovarnos el Nacimiento de Jesús por medio de la Virgen María; al adorar el Nacimiento de nuestro Salvador, no hacemos más que celebrar nuestro propio nacimiento. Efectivamente, esta generación temporal de Cristo es el origen del pueblo cristiano y el nacimiento de la Cabeza lo es también del cuerpo. Sin duda, cada uno de los llamados tiene su rango propio y los hijos de la Iglesia se distinguen unos de otros en la sucesión de los tiempos; pero el conjunto de los fieles, salido de la fuente bautismal, así como fué crucificado con Cristo en su Pasión, resucitado en su Resurrección, colocado a la diestra del Padre en su Ascensión, así también es dado a luz con El en este Nacimiento. Todo hombre, en cualquier parte del mundo creyente que habite, es regenerado en Cristo; se le borra la antigüedad de su primera generación; renace a un nuevo hombre, y en adelante no se hallará en la filiación de su padre carnal, sino más bien en la naturaleza de ese Salvador que se ha hecho Hijo del hombre para que nosotros podamos llegar a ser hijos de Dios."

El nuevo nacimiento. — ¡He ahí el misterio de Navidad! Aquí cuadra perfectamente lo que

nos dice el Discípulo amado en la lectura del Santo Evangelio que la Iglesia nos propone en la tercera Misa de esta gran fiesta. *A los que quisieron recibirle, les dió poder para hacerse hijos de Dios, a los que creen en su Nombre, que no han nacido de la carne ni de la sangre, ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad de Dios.* Por consiguiente, todos los que, después de haber purificado su alma y de haber sido liberados de la esclavitud *de la carne y de la sangre,* después de haber renunciado a cuanto del hombre pecador tenían, quieren abrir su corazón al Verbo divino, a esa Luz que *brilla en las tinieblas y que las tinieblas no comprenden,* todos esos nacen con Jesucristo, *nacen de Dios;* comienzan una nueva vida en este misterio lo mismo que el Hijo de Dios.

¡Qué hermosos son estos preludios de la vida cristiana! ¡Cuán grande la gloria de Belén, es decir de la Santa Iglesia, la verdadera *Casa del Pan,* en cuyo seno nace estos días tanta multitud de *hijos de Dios* en todo el mundo! ¡Oh perpetua lozanía de nuestros Misterios que nada es capaz de agostar! *El Cordero inmolado desde el comienzo del mundo* se sacrifica contínuamente después de su inmolación histórica; y ved cómo, nacido una vez de la Virgen María, pone su gloria en renacer de nuevo en las almas. Y no creamos disminuir el honor de la divina Maternidad, pensando que cada uno de nosotros puede llegar

a la dignidad de María. "Lejos de eso, nos dice el Venerable Beda en su Comentario sobre San Lucas, es necesario que en medio de la muchedumbre, levantemos la voz como la mujer del Evangelio, que representaba a la Iglesia católica, para decir al Salvador: *¡Dichoso el seno que te llevó y los pechos que te amamantaron"!* Prerrogativa incomunicable, en efecto, y que consagra para siempre a María como Madre de Dios y Madre de los hombres. Esto no quiere decir que vayamos a olvidar la respuesta que dió el Salvador a la mujer de que habla San Lucas: *Más dichosos* aún, dice, *los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica*[1]. "Por medio de esta frase, continúa el Venerable Beda, Cristo declara feliz no sólo a la que tuvo el privilegio de engendrar corporalmente al Verbo divino, sino también a todos aquellos que tratan de concebir espiritualmente a ese mismo Verbo por la obediencia de la fe y que, por la práctica de las buenas obras, le dan a luz en su propio corazón y en el de sus hermanos, cuidándole allí con maternal solicitud. Si la Madre de Dios, fué por tanto, llamada con justicia dichosa, porque fué ministro de la Encarnación del Verbo en el tiempo, ¡cuánto más dichosa fué permaneciendo siempre en su amor"!

¿No es acaso idéntica doctrina la que nos declara el Salvador en otra circustancia, cuando

[1] *S. Lucas*, XI, 28.

dice: *El que hiciere la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése es mi hermano, mi hermana y mi madre*[1]. Y, ¿por qué fué enviado el Angel a María con preferencia a otra cualquiera de las hijas de Israel, sino porque había ya concebido al Verbo divino en su corazón, por la entereza de su amor, lo profundo de su humildad y el mérito incomparable de su virginidad? Del mismo modo, ¿cuál es la causa de ese brillo de santidad que resplandece en la Madre de Dios hasta la eternidad, sino el que esta mujer *bendita entre todas las mujeres,* después de haber concebido y dado a luz según la carne al Hijo de Dios, le concibe y engendra contínuamente según el espíritu, por su fidelidad a la voluntad del Padre celestial, por su amor a la luz increada del Verbo divino, por su unión con el Espíritu Santo que habita en ella?

Mas ningún humano debe creerse desheredado del honor de poder seguir a María, aunque de lejos, en este privilegio de la maternidad espiritual, cuando esta soberana Virgen ha realizado ya la gloriosa misión de abrirnos el camino por medio del alumbramiento temporal que ahora celebramos, y que ha sido para el mundo la iniciación en los misterios divinos. En las semanas de Adviento hemos debido *preparar los caminos del Señor,* y hemos debido concebirle

1 *S. Mateo,* XII, 50.

en nuestras almas; apresurémonos a darle a luz con nuestras obras, para que el Padre celestial, no viéndonos ya a nosotros dentro de nosotros mismos, sino sólo a su Verbo desarrollándose en nosotros, pueda decirnos, en su misericordia, lo que en otra ocasión dijo con plena verdad: *Ese es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias* [1].

Para conseguirlo, fijémonos en la doctrina del seráfico San Buenaventura, quien elocuentemente nos declara cómo se opera el Nacimiento de Cristo en las almas. "Este feliz nacimiento se realiza, dice el santo Doctor en una Exhortación de la fiesta de Navidad, cuando el alma preparada por una larga meditación pasa por fin a la acción; cuando estando la carne sometida al espíritu, se ejecuta también la obra buena; entonces la paz y la alegría interiores renacen en el alma. En este nacimiento no hay quejas, dolores ni lágrimas; todo es admiración, emoción y gloria. Mas, si este nacimiento te agrada ¡oh alma devota!, piensa en ser María. Ahora bien, este nombre significa *amargura:* llora amargamente tus pecados; significa *estrella:* sé resplandeciente en virtudes; significa, finalmente, *señora:* aprende a sojuzgar las pasiones de la carne. Entonces nacerá en ti Cristo, sin dolor y sin trabajo. Entonces el alma conoce y gusta cuán dulce es el Señor Jesús. Experimenta

[1] *S. Mateo,* III, 17.

esta dulzura cuando con santas meditaciones alimenta a este divino Niño, cuando le baña en sus lágrimas, cuando le envuelve en sus castos deseos, cuando le aprieta con abrazos de santa ternura, cuando le da calor en lo más íntimo de su corazón. ¡Oh feliz cueva de Belén! en ti me es dado encontrar al Rey de la gloria; pero más feliz todavía que tú es el corazón devoto, que posee espiritualmente al que tú sólo pudiste poseer corporalmente."

Ahora bien, para pasar de la concepción del Verbo a su nacimiento en nuestras almas, es decir, para pasar del Adviento al Tiempo de Navidad, es necesario que tengamos continuamente fijos los ojos de nuestro corazón en Aquel que quiere nacer en nosotros, y en el cual vuelve a nacer la naturaleza humana. Debemos mostrarnos celosos de reproducir sus rasgos con nuestra débil y lejana imitación, y con tanto más interés, cuanto que nos dice el Apóstol que lo que buscará en nosotros el Padre celestial cuando se trate de declararnos capaces de la divina predestinación, no será otra cosa que la *imagen de su Hijo* [1].

Escuchemos, pues, la voz de los Angeles y pasemos hasta Belén. *He ahí la señal, se nos dice: encontraréis un niño envuelto en pañales y recostado en un pesebre* [2]. Por tanto, cristia-

1 *Rom.*, VIII, 29.
2 *S. Lucas*, II, 12.

nos, debéis haceros *niños;* debéis conocer nuevamente los *pañales* de la infancia; debéis bajar de vuestras alturas y acercaros al Salvador descendido del cielo, para ocultaros también en la humildad de la *cueva.* De esta manera comenzaréis con El una nueva vida; y la luz, *que continúa siempre creciendo hasta el día perfecto,* os iluminará sin abandonaros ya nunca; de suerte, que, empezando por ver a Dios en su naciente esplendor, el cual da lugar todavía a la fe, mereceréis contemplarle en la gloria de su Transfiguración divina, y os prepararéis para la dicha de aquella UNIÓN que no es sólo la *luz* sino la *plenitud* y el *descanso* del amor.

LA CONVERSIÓN. — Hasta ahora hemos hablado a los miembros vivos de la Iglesia; hemos tenido en vista a los que se llegaron al Señor durante el santo tiempo de *Adviento,* y a los que, viviendo de la gracia del Espíritu Santo al terminar el Año litúrgico, comenzaron el nuevo esperando, preparándose y disponiéndose a renacer con el Sol divino; pero no debemos olvidar a aquellos de nuestros hermanos que voluntariamente han estado muertos, a los cuales ni la proximidad del Emmanuel, ni la expectación universal han logrado despertar de sus sepulcros. A ellos también debemos anunciarles, en el seno de esa muerte, voluntaria, sí, pero capaz de resurrección, que *la benignidad y la mi-*

sericordia de nuestro Dios Salvador han aparecido en el mundo[1]. Así pues, si por casualidad cayera nuestro libro en manos de algunos de esos que invitados a darse al Niño Todopoderoso no lo hubiesen hecho todavía, y que, en vez de suspirar por El durante las semanas pasadas, hubiesen seguido en el pecado y en la indiferencia, a todos esos podríamos recordarles la antigua costumbre de la Iglesia, confirmada por el canon décimoquinto del Concilio de Agda (506), en el que se ordena que todos los fieles se acerquen a la sagrada Eucaristía en la fiesta de Navidad, así como en la de Pascua y Pentecostés, *bajo pena de no ser considerados como católicos*. Nos agradaría poder describirles la alegría de la Iglèsia que, en el mundo entero y a pesar del enfriamiento de la caridad, contempla estos días a innumerables fieles celebrando el Nacimiento del Cordero que quita los pecados del mundo y comulgando en el sacramento de su cuerpo y de su sangre.

Entendedlo, bien, pecadores: la fiesta de Navidad es una fiesta de perdón y misericordia, en la que el justo y el pecador se reúnen en torno a la misma mesa. El Padre celestial ha determinado conceder amnistía a muchos culpables, en gracia al Nacimiento de su Hijo; es más, no excluye del perdón sino a los que vo-

---

[1] *Tito*, III, 4.

luntariamente se obstinan en rechazarlo. Así y no de otro modo se debe celebrar la venida del Emmanuel.

Por lo demás, estas frases de invitación no las lanzamos nosotros por cuenta propia e imprudentemente; lo hacemos en nombre de la Iglesia que os invita a comenzar el edificio de vuestra nueva vida, el día en que el Hijo de Dios comienza la carrera de su vida humana. Las tomamos de un ilustre y santo Obispo de la Edad media, el piadoso Rabano Mauro, que, en una Homilía sobre el Nacimiento del Salvador, no temía invitar a los pecadores a venir a sentarse al lado de los justos, en aquel dichoso establo donde los brutos animales supieron reconocer a su Señor.

"Os ruego, mis queridos hermanos, decía, recibáis en buena disposición las palabras que el Señor me va a dictar para vosotros en este dulcísimo día, que trae la compunción a los mismos infieles y pecadores, en este día que ve al pecador implorando perdón con lágrimas de arrepentimiento, al cautivo no desesperando ya de volver a su patria, al herido deseando su salud. En este día nace el Cordero que quita los pecados del mundo, Cristo nuestro Salvador: nacimiento que es fuente de deliciosa alegría para aquel cuya conciencia está tranquila; que despierta la intranquilidad en aquel cuyo corazón está enfermo; día verdaderamente dulce

y lleno de perdón para las almas arrepentidas. Os lo prometo pues, hijitos míos, y os lo digo con seguridad: todos los que en este día se arrepientan y no quieran volver más al vómito de sus pecados, recibirán cuanto pidieren. Sólo una condición se les impone: que tengan una fe ciega y que no busquen más sus vanos placeres.

Verdaderamente, ¿cómo podría desesperar el pecador el día mismo en que es destruído el pecado del mundo entero? En este día en que nace el Señor, hagamos promesas, mis queridos hermanos, hagamos promesas a este Redentor y guardémoslas, conforme a lo que está escrito: *Venid al Señor Dios vuestro y presentadle vuestros votos.* Prometamos en paz y confianza; que El nos dará medios para que podamos cumplir nuestras promesas. Pero entended que no se trata aquí de ofrecer cosas caducas y terrenas. Debemos ofrecerle lo que el Señor ha redimido en nosotros, es decir, el alma. Y si me decís: *¿Cómo ofrecer mi alma al Salvador si ya la tiene en su poder?* os responderé: Le ofreceréis el alma por medio de vuestras piadosas costumbres, por vuestros castos pensamientos, por vuestras obras vivas, apartándoos del mal y practicando el bien, amando a Dios y al prójimo, obrando misericordia, porque también nosotros fuimos desgraciados antes de recibir misericordia; perdonando a los que nos ofenden, porque también le hemos ofendido; arrojando a nues-

tros pies la soberbia, porque ella fué la que perdió al primer hombre."

Así se expresa la piedad de la Santa Iglesia, que convida a los pecadores al banquete del Cordero *hasta que el salón esté repleto* [1]. La Esposa de Jesucristo vive en alegría, como efecto de la gracia regeneradora que el Sol divino la presta. Comienza un nuevo año para ella, que, como los anteriores, deberá ser fecundo en flores y frutos. La Iglesia renueva su juventud como el águila; una vez más va a dirigir en la tierra el desarrollo del sagrado ciclo, derramando a su vez sobre el pueblo fiel las gracias de que es portador. En este momento nos ofrece el conocimiento y el amor del Niño Dios: seamos dóciles a esta primera iniciación para que merezcamos crecer con Cristo *en edad y en sabiduría, delante de Dios y de los hombres* [2]. El misterio de Navidad es la puerta de todos los demás; pero puerta de la tierra y no del cielo. "No podemos todavía, dice San Agustín (Sermón XI sobre el Nacimiento del Señor), no podemos todavía contemplar el resplandor de Aquel que es engendrado por el Padre antes que la aurora [3]; visitemos al que ha nacido de una Virgen a media noche. Imposible comprender cómo su

[1] *San Lucas*, XIV, 23.
[2] *Ibíd.*, II, 52.
[3] Salmo, CIX, 3.

Nombre es antes que el sol[1]; confesemos que *ha puesto su tienda en* la que es pura como *el sol*[2]. No nos es dado ver aún al Hijo que habita en el seno del Padre; acordémonos del *Esposo que sale de la cámara nupcial*[3]. No estamos todavía maduros para el banquete de nuestro Padre; *reconozcamos el pesebre* de Jesucristo *nuestro Señor*"[4].

---

[1] Salmo, LXXI, 17.
[2] *Ibid.*, XVIII, 6.
[3] *Ibid.*
[4] *Isaías*, I, 3.

EL SANTO DIA DE NAVIDAD

FIN DE LA VIGILIA. — El día feliz de la Vigilia de Navidad toca a su fin. La Iglesia ha clausurado ya los Oficios divinos propios del Adviento con la celebración del gran Sacrificio. Con maternal clemencia ha permitido a sus hijos quebrantar desde medio día el ayuno preparativo; los fieles se han sentado a la frugal mesa con una alegría espiritual que los hace sentir de antemano la que invadirá sus corazones en la noche que les va a traer al divino Emmanuel.

Mas, una fiesta tan solemne como la de mañana debe comenzar desde el día anterior, como acostumbra hacerlo la Iglesia en sus festividades. Dentro de unos momentos va a llamar la Iglesia a los cristianos al templo para el Oficio de las *Primeras Vísperas,* en el que se ofrece a Dios el incienso de la tarde. El esplendor de las ceremonias y la magnificencia de los cantos van a preparar a las almas para las emociones de amor y gratitud que las dispondrán a recibir las gracias en el momento supremo.

En espera de la llamada que nos ha de invitar a la casa de Dios, aprovechemos los instantes que nos quedan para ahondar en el misterio de tan gran día y, en los sentimientos que embargan a la Santa Iglesia en esta fiesta, y en las tradiciones católicas que tanto ayudaron a que la celebraran dignamente nuestros antepasados.

SERMÓN DE SAN GREGORIO NACIANCENO. — Primeramente, escuchemos la voz de los santos Padres que resuena con un énfasis y una elocuencia capaces de despertar a toda alma que no esté muerta. He aquí en primer lugar a San Gregorio el Teólogo, Obispo de Nacianzo, en su discurso treinta y ocho dedicado a la *Teofanía* o Nacimiento del Salvador: ¿quién será capaz de permanecer frío oyendo sus palabras?

"Cristo nace; ensalzadle. Cristo baja del cielo; salidle al encuentro. Cristo está ya en la tierra; oh hombres, elevaos. *Cante al Señor toda la tierra* y para decirlo todo en una sola palabra: *Alégrense los cielos y salte de gozo la tierra* por causa de Aquel que es al mismo tiempo del cielo y de la tierra. Cristo se viste con nuestra carne, estremeced de temor y alegría: de temor por razón de vuestros pecados, de alegría por la esperanza. Cristo nace de una Virgen; mujeres, honrad la virginidad para que lleguéis a ser Madres de Cristo.

¿Quién no adorará al que existió eternamente? ¿quién no alabará y ensalzará al que acaba de nacer? He aquí que se deshacen las tinieblas; es creada la luz; Egipto permanece en las sombras, e Israel es alumbrado por la columna luminosa. El pueblo que estaba sentado en las tinieblas de la ignorancia ve el resplandor de una profunda ciencia. Ha terminado lo antiguo; todo es ya nuevo. Le letra huye, triunfa el espíritu; las sombras han pasado; la verdad ha hecho su aparición. La naturaleza ve sus leyes violadas; ha llegado el momento de poblar el mundo celestial: Cristo manda; guardémonos de oponer resistencia.

Aplaudid, naciones todas: porque *un Niño nos ha sido dado, un Hijo nos ha nacido*. La señal de su *principado está sobre sus espaldas:* porque la cruz ha de ser el instrumento de su exaltación; *su nombre es Angel del gran consejo,* es decir, del consejo paterno.

Ya puede San Juan exclamar: *¡Preparad el camino del Señor!* En cuanto a mí, quiero publicar la magnificencia de tan gran día: El incorpóreo se encarna; el Verbo toma carne; el Invisible se deja ver de nuestros ojos, el Impalpable se deja tocar: el que no conoce el tiempo, toma principio en él; el Hijo de Dios se hace hijo del hombre. *Jesucristo fué ayer; es hoy, y será siempre*. Escandalícese el Judío; mófese el Griego, muévase la lengua del hereje en

su boca impura. También ellos creerán por fin en el Hijo de Dios, cuando le vean subir al cielo; y, si aún entonces se niegan hacerlo, creerán cuando baje del cielo para juzgarlos en su tribunal justiciero".

Sermón de San Bernardo. — Oigamos ahora, en la Iglesia latina, al piadoso San Bernardo, que, en el Sermón VI de la Vigilia de Navidad derrama una dulce alegría en sus melodiosas palabras.

"Acabamos de oír una noticia llena de gracia y a propósito para ser recibida con transportes de alegría: *Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judea*. Mi alma se ha derretido al oír esta frase; mi espíritu se agita dentro de mí, obligándome a comunicaros esta felicidad. *Jesús* quiere decir *Salvador*. ¿Hay algo más necesario que un Salvador para los que estaban perdidos, más deseable para los desgraciados, más conveniente para los que carecían de esperanza? ¿Dónde estaba la salvación, dónde ni siquiera la esperanza de salvación por ligera que fuese, bajo esa ley de pecado, en ese cuerpo de muerte, en medio de esa maldad, en esa mansión de llanto, si la salvación no hubiese nacido de repente y contra toda esperanza? ¡Oh hombre, deseas ciertamente la salud; pero conociendo tu debilidad y tu flaqueza, temes la dureza del tratamiento! No temas: Cristo es dulce y suave; in-

mensa su misericordia; por ser Cristo, ha recibido la unción para derramarla sobre tus heridas. Mas, al decirte que es dulce, no vayas a creer que carece de poder; porque se añade que es *Hijo de Dios*. Saltemos, pues, de gozo repasando dentro de nosotros mismos y pronunciando esa dulce frase, esa suave palabra: *¡Jesucristo, Hijo de Dios, nace en Belén de Judea!*"

SERMÓN DE SAN EFRÉN. — Es, pues, un gran día el del Nacimiento del Salvador: día esperado por el género humano durante miles de años; esperado por la Iglesia en esas cuatro semanas de Adviento, de tan grato recuerdo; esperado por la naturaleza entera, que, a su llegada, vuelve a ver todos los años el triunfo del sol material sobre las tinieblas siempre crecientes. El gran Doctor de la Iglesia Siria, San Efrén, celebra con entusiasmo el encanto y la fecundidad de este misterioso día; tomemos sólo una muestra de esa divina poesía y digamos con él:

"Dignáos, Señor, permitirnos celebrar hoy el día propio de tu natalicio, que la fiesta de hoy nos trae a la memoria. Este día es semejante a Ti; es amigo de los hombres. Vuelve anualmente a través de los siglos; envejece con los viejos y se rejuvenece con el niño que acaba de nacer. Todos los años nos visita y pasa, para volver con nuevos atractivos. Sabe que la naturaleza humana no podría prescindir de él; lo

mismo que Tú, trata de ayudar a nuestra raza en peligro. Todo el mundo, Señor, ansía el día de tu nacimiento; este feliz día lleva en sí todos los siglos venideros; es uno y se multiplica. Sea, pues, semejante a Ti también este año, y tráiganos la paz entre el cielo y la tierra. Si todos los días son testigos de tu magnanimidad, ¿cuánto más deberá serlo éste?

Los demás días del año toman de él su belleza, y las fiestas que van a seguir le deben la dignidad y el esplendor con que brillan. El día de tu nacimiento es un tesoro, Señor, un tesoro destinado a pagar la deuda común. Bendito sea el día que nos ha hecho ver el sol a los que andábamos errantes en la noche oscura; que nos ha traído la mies divina con la que nadaremos en la abundancia; que nos ha dado la rama de la viña, abundante en el líquido de salvación que nos comunicará a su debido tiempo. En medio del invierno que priva a los árboles de sus frutos, la viña se ha revestido de una exuberante vegetación; en la estación del hielo, el tallo ha brotado de la raíz de Jesé. En diciembre, en este mes que guarda todavía en sus entrañas la semilla que se le confió, es cuando la espiga de nuestra salvación se yergue del seno de la Virgen, a donde había bajado en los días de la primavera, cuando los corderuelos triscan por las praderas."

No es, pues, de extrañar que este día haya sido privilegiado en la economía del tiempo, y hasta vemos con satisfacción que las mismas naciones paganas presienten en sus calendarios la gloria que le estaba reservada en el curso de los siglos. Hemos visto también que no fueron los Gentiles los únicos en prever misteriosamente las relaciones del divino Sol de justicia con el astro caduco que ilumina y da calor al mundo; los santos Doctores y la Liturgia entera hablan continuamente de esta inefable armonía.

Bautismo de Clodoveo. — Con el fin de grabar más hondamente la importancia de tan sagrado día en la memoria de los pueblos cristianos de Europa, pueblos de elección en los designios misericordiosos de Dios, el soberano Señor de los acontecimientos quiso que el reino de los Francos naciera el día de Navidad (496), cuando en el Batisterio de Reims, en medio de las pompas de esta solemnidad, Clodoveo, el fiero Sicambro, convertido en dulce cordero, fué sumergido por San Remigio en la fuente de salvación, de la que salió para fundar la primera monarquía católica entre las nuevas naciones, ese reino de Francia, el más bello, se ha dicho, después del cielo.

La conversión de Inglaterra. — Un siglo después (597) sucedía algo parecido al pueblo anglosajón. El Apóstol de la isla de los Bretones,

el monje San Agustín, después de haber convertido a la religión verdadera al rey Etelredo, seguía conquistando almas. Dirigiéndose hacia York, predicaba la palabra de vida, y un pueblo entero se reunía pidiendo el Bautismo. Fué fijado el día de Navidad para la regeneración de los nuevos discípulos de Cristo; y el río que corre bajo las murallas de la ciudad fué elegido para servir de fuente bautismal a aquel ejército de catecúmenos. Diez mil hombres, sin contar mujeres y niños, bajan a las aguas cuya corriente debe llevarse la impureza de sus almas. La crudeza del tiempo no es capaz de detener a aquellos nuevos pero fervientes discípulos del Niño de Belén, los cuales desconocían hasta su nombre pocos días antes. Un ejército completo de neófitos sale radiante de alegría e inocencia del seno de las olas heladas, y el día de su Nacimiento cuenta Cristo una nación más bajo su imperio.

Mas no bastará esto todavía al Señor, empeñado en la tarea de honrar el día del Nacimiento de su Hijo.

La coronación de Carlomagno. — Otro ilustre nacimiento debía aún embellecer este feliz aniversario. En Roma, en la Basílica de San Pedro, y en la fiesta de Navidad del año 800, nacía el Sacro Imperio Romano, al que estaba reservada la misión de propagar el reino de Cristo en las regiones bárbaras del Norte, y mantener la uni-

dad europea, bajo la dirección del Romano Pontífice. San León III colocaba en este día la corona imperial sobre la cabeza de Carlomagno; y la tierra, admirada, volvía a contemplar a un César, un Augusto, no un César o un Augusto sucesor de los Césares y Augustos de la Roma pagana, sino investido de esos gloriosos títulos por el Vicario de Aquel que en las profecías se llama *Rey de reyes y Señor de los señores.*

La gloria del día de Navidad. — De este modo ha querido Dios hacer brillar a los ojos de los hombres la gloria del real Niño que ha nacido hoy; así ha dispuesto de cuando en cuando, a través de los siglos, esos ilustres aniversarios de la Natividad que da *gloria a Dios y paz a los hombres.*

Los siglos venideros podrán decir cómo se reserva aún el Altísimo el derecho de glorificar en este día su nombre y el de su Emmanuel.

Entretanto, las naciones de Occidente, conocedoras de la dignidad de esta fiesta y considerándola con razón como el principio universal de todo, en la era de la renovación del mundo, contaron durante mucho tiempo sus años partiendo de Navidad, como se puede apreciar por los antiguos calendarios, por los Martirologios de Usuardo y de Adón y por un gran número de Bulas, de Cartas y Diplomas. En 1313 un concilio de Colonia nos muestra subsistente todavía

en esa época esta costumbre. Varios pueblos de la Europa católica, han guardado hasta el día de hoy la costumbre de celebrar el nuevo año en la fiesta de Navidad. Se desea *feliz Navidad* como entre nosotros el día primero de enero *feliz año nuevo*. Se cambian cumplidos y regalos; se escribe a los amigos ausentes: ¡restos preciosos de las antiguas costumbres que tenían la fe como fundamento y muralla inexpugnable!

Es tal la alegría que a los ojos de la Santa Iglesia debe llenar a los fieles en la Natividad del Salvador, que, asociándose a ella misericordiosamente, dispensa el día de mañana el precepto de la abstinencia cuando Navidad cae en viernes o sábado. Esta dispensa se remonta al Papa Honorio III, que gobernaba en 1216; pero ya desde el siglo IX San Nicolás I, en su respuesta a consultas de los Búlgaros, había manifestado una condescendencia parecida, con objeto de animar la alegría de los fieles en la celebración no sólo de la fiesta de Navidad, sino también en las de San Esteban, de San Juan Evangelista, de la Epifanía, de la Asunción de Nuestra Señora, de San Juan Bautista y de San Pedro y San Pablo. Pero esta dispensa no fué universal y sólo se ha mantenido para la fiesta de Navidad, contribuyendo así a aumentar la alegría popular. La legislación civil de la Edad Media, en su deseo de confirmar a su modo la importancia que daba a una fiesta tan querida de

toda la cristiandad, concedía a los deudores la facultad de supender el pago a los acreedores durante toda la semana de Navidad, que por esta razón era apellidada *semana de remisión*, lo mismo que las de Pascua y Pentecostés.

Pero dejemos un momento estos datos familiares que nos hemos complacido en reunir a propósito de la gloriosa festividad que conmueve tan dulcemente nuestros corazones; es hora de que acudamos a la casa de Dios, a donde nos llama el Oficio solemne de las Primeras Vísperas. Por el camino, vayamos pensando en Belén, a donde han llegado ya José y María. El sol material camina rápidamente al ocaso; y el divino Sol de justicia permanece todavía oculto por algunos momentos bajo la nube, en el seno de la más pura de las vírgenes. Se acerca la noche; José y María recorren las calles de la ciudad de David, buscando un asilo para albergarse. Atención, pues, corazones fieles, ¡uníos a los dos incomparables peregrinos! Ha llegado la hora de que salga de toda lengua humana un canto de gloria y agradecimiento. Para expresarnos, aceptemos con diligencia la voz de la Santa Iglesia, que estará a la altura de tan noble tarea.

ANTES DE LOS OFICIOS NOCTURNOS

MAITINES. — Deben saber los fieles que, en los primeros siglos de la Iglesia, no se celebraba nunca una fiesta solemne sin hacer su preparación por medio de una Vigilia, en la que el pueblo cristiano, renunciando al sueño, llenaba la Iglesia y seguía fervorosamente la salmodia y las lecturas; este conjunto constituía lo que hoy llamamos Oficio de *Maitines*. Se dividía la noche en tres partes, conocidas con el nombre de *Nocturnos;* al apuntar el alba comenzaban otros cánticos más solemnes que formaban el Oficio de las alabanzas, que de ahí ha quedado con el nombre de *Laudes*. Este Oficio divino, que ocupaba gran parte de la noche, se celebra aún diariamente aunque a horas menos penosas, en los Capítulos y Monasterios, y es recitado en privado por todos los clérigos obligados al rezo, del que forma la parte más notable. Con la pérdida de las prácticas litúrgicas desapareció también la costumbre de que los fieles tomasen parte en la celebración de los *Maitines;* y, en la mayoría de las iglesias parroquiales y aun de las catedrales de Francia, se terminó por no cantarlos más que cuatro veces al año: a saber, los tres últimos días de la Semana Santa, siendo todavía hoy anticipados a la tarde anterior, con el nombre de *Tinieblas;* y finalmente el día de Navidad, que

se celebran a la misma hora, poco más o menos que antiguamente.

El Oficio de la noche de Navidad fué siempre objeto de una especial devoción y solemnidad entre todos los del año: primero por razón de ser la hora en que la Santísima Virgen dió a luz al Salvador, y por eso debemos esperarla en oración y ardientes deseos; además, porque esta noche la Iglesia no se contenta con celebrar el Oficio de Maitines de un modo ordinario, sino que, por excepción única y para mejor honrar el divino Nacimiento, añade la ofrenda del santo Sacrificio de la Misa, precisamente a media noche, que es cuando María dió su augusto fruto a la tierra. De ahí que en muchos lugares, sobre todo en las Galias, según testimonio de San Cesáreo de Arlés, los fieles pasaban toda la noche en la Iglesia.

En Roma, durante varios siglos, por lo menos del séptimo al undécimo, se decían dos Maitines en la noche de Navidad. Los primeros se cantaban en la Basílica de Santa María la Mayor; se comenzaban en cuanto se ponía el sol; no se decía Invitatorio en ellos, y a continuación de este primer Oficio nocturno el Papa celebraba a media noche la primera Misa de Navidad. Inmediatamente después, se trasladaba con el pueblo a la Iglesia de Santa Anastasia, donde celebraba la Misa de la Aurora. Luego, la piadosa comitiva se dirigía con el Pontífice, a la Basílica de San Pe-

dro, donde comenzaban inmediatamente los segundos Maitines. Estos tenían su Invitatorio y eran seguidos de Laudes: terminados éstos y los Oficios siguientes a sus horas correspondientes, el Papa celebraba la tercera y última Misa a la hora de Tercia. Amalario y el antiguo liturgista del siglo XII que se ha dado a conocer con el nombre de Alcuino nos han transmitido estos detalles, que están de acuerdo con el texto de los antiguos Antifonarios de la Iglesia Romana publicados por el Beato José María Tomasi y por Gallicioli.

Eran tiempos de fe viva; para ellos las horas pasaban veloces en la casa de Dios, porque la oración servía de poderoso lazo de unión a los pueblos abrevados continuamente en los divinos misterios. Entonces se gustaba la oración de la Iglesia; las ceremonias de la Liturgia, que son su necesario complemento, no eran como hoy un espectáculo mudo, o a lo más impregnado de una vaga poesía; las masas sentían y creían lo mismo que los individuos. ¿Quién nos devolverá esta comprensión de lo sobrenatural, sin la cual tantas personas de hoy día se jactan de ser cristianas y católicas?

La noche de Navidad. — A pesar de todo, todavía no se ha extinguido gracias a Dios por completo entre nosotros esa fe práctica; esperemos que volverá aún algún día a revivir con

su antigua vida. ¡Cuántas veces nos hemos complacido en buscar y observar sus huellas en el seno de esas familias patriarcales, numerosas todavía en nuestras pequeñas ciudades y aldeas! Allí fué donde vimos, y ningún recuerdo de infancia nos es tan grato, a toda una familia, que, después de la frugal colación de la noche, se reunía en torno a un gran hogar, en espera de que sonara la señal para acudir a la Misa de la media noche. Allí estaban preparados de antemano los platos que habían de ser servidos a la vuelta, apetitosos, sin ser rebuscados y que habían también de contribuir a la alegría de tan santa noche: en medio del hogar ardía un grueso tronco, llamado "leño de Navidad", que calentaba toda la sala. Había de consumirse lentamente durante los Oficios para que a su vuelta encontraran un reconfortante brasero los miembros de los ancianos y de los niños ateridos por el frío.

Allí se hablaba animadamente del misterio de la solemne noche; se compadecía a María y a su dulce Hijo expuesto a los rigores del invierno en un establo abandonado; luego se entonaban algunos de aquellos villancicos que habían servido para entretenerlos durante las largas vigilias del Adviento.

Las voces y los corazones estaban de acuerdo al ejecutar aquellas populares melodías compuestas en días mejores. Aquellos ingénuos can-

tos referían la visita del Angel Gabriel a María y el anuncio de la maternidad divina hecho a la digna doncella; la pena de María y de José al recorrer las calles de Belén en busca de un albergue en las posadas de aquella ingrata ciudad; el milagroso alumbramiento de la Reina del cielo; los encantos del Recién Nacido en su humilde cuna; la llegada de los pastores con sus rústicos regalos, su música un tanto ruda y la sencilla fe de sus corazones.

Animábanse pasando de un villancico a otro; olvidaban sus preocupaciones; consolaban sus penas y ensanchábase el alma; mas de pronto la voz de las campanas, que resonaban en la noche, terminaban con tan ruidosos como amables conciertos. Comenzaban a salir hacia la Iglesia; ¡qué felices entonces los niños a quienes su edad permitía ya asociarse por vez primera a las alegrías inefables de esta solemne noche; tan santas y fuertes impresiones debían quedar grabadas en su alma durante el resto de su vida!

Pero ¿a dónde nos llevan estos encantadores recuerdos? Con objeto de ocupar útilmente los últimos momentos que preceden a la entrada en la Iglesia, quisiéramos sugerir a nuestros lectores algunas consideraciones que les unan al espíritu de la Iglesia, fijando su corazón y su fantasía sobre objetos reales y consagrados por los misterios que se celebran en esta augusta noche.

LA GRUTA DE BELÉN. — Así pues, en esta hora nuestro pensamiento debiera volar con preferencia hacia tres lugares que existen en el mundo. El primero es Belén, y en Belén, la gruta del Nacimiento quien nos reclama. Acerquémonos con santo respeto y contemplemos el humilde asilo que el Hijo del Eterno bajado del cielo ha escogido para su primera morada. Este establo, cavado en la roca, se halla situado fuera de la ciudad; tiene unos cuarenta pies de largo por doce de ancho. El asno y el buey anunciados por el Profeta están junto a la cueva, testigos mudos del divino misterio que el hombre se ha negado a recibir en su casa.

José y María se encuentran también en el humilde retiro; los rodea el silencio de la noche; mas su corazón se dilata en alabanzas y adoraciones dirigidas al Dios que se digna satisfacer de manera tan perfecta por el orgullo humano. La purísima María prepara los pañales que han de envolver los miembros del celeste Infante, y espera con inefable paciencia el momento en que sus ojos verán por fin el fruto bendito de sus castas entrañas, y podrá cubrirle con sus besos y caricias y amamantarle con su leche virginal.

Mas, antes de salir del seno materno y de hacer su entrada visible en este mundo pecador, el divino Salvador se inclina ante su Padre celestial y, conforme a la revelación del Salmista explicada por el gran Apóstol San Pablo en la

Epístola a los Hebreos, dice: ¡Oh Padre mío! ya estás harto de los groseros sacrificios de la Ley; esás vacías ofrendas no han aplacado tu justicia; pero me has dado un cuerpo; héme aquí pronto a sacrificarme; vengo a cumplir tu voluntad." *(Herbr.*, X, 7.)

Todo esto ocurría, a estas horas, en el establo de Belén; los Angeles del Señor estaban maravillados ante tan gran misericordia de un Dios para con sus rebeldes criaturas, contemplando al mismo tiempo con gran placer el gracioso semblante de la Virgen sin mancha, y esperando el momento en que la Rosa mística iba por fin a abrirse para derramar su divino perfume.

¡Feliz gruta de Belén, testigo de semejantes maravillas ! ¿Quién no dejará allí ahora su corazón? ¿Quién no la preferiría a los más suntuosos palacios de los reyes? Ya, desde los primeros días del cristianismo, la piedad de los fieles la rodeó de la más tierna devoción, hasta que la gran Santa Elena, elegida por Dios para reconocer y honrar en la tierra las huellas del Hombre-Dios, hizo construir en Belén la magnífica Basílica que debía guardar en su recinto el trofeo del amor de Dios hacia su criatura.

Transportémonos con el pensamiento a esta Iglesia que todavía subsiste; contemplemos allí, en medio de infieles y herejes, a los religiosos que sirven aquel santuario, y que se disponen a cantar en nuestra lengua latina los mismos cán-

ticos que bien pronto vamos a oír nosotros. Son hijos de San Francisco, héroes de la pobreza, discípulos del Niño de Belén; precisamente por ser pequeños y débiles son los únicos que hoy día desde hace cinco siglos, sostienen las batallas del Señor en aquellos lugares de la Tierra Santa, que la espada de los Cruzados se cansó de defender. Esta noche oremos en unión con ellos; besemos con ellos la tierra en aquel lugar de la gruta, en que se lee con palabras de oro: HIC DE VIRGINE MARIA IESUS CHRISTUS NATUS EST.

Pero en vano buscaríamos hoy en Belén la feliz cueva que acogió al divino Infante. Hace ya doce siglos que huyó de aquellas tierras malditas por Dios, viniendo a buscar refugio en el centro de la catolicidad en Roma, la Esposa favorecida por el Redentor.

LA BASÍLICA DEL PESEBRE. — Roma es por tanto, el segundo lugar del mundo que debe visitar nuestro corazón en esta noche afortunada. Pero dentro de la ciudad santa, hay un santuario que en este momento reclama toda nuestra devoción y nuestro amor. Es la Basílica del Pesebre, la magnífica y radiante Iglesia de Santa María la Mayor. Reina de las numerosas Iglesias que la devoción de los romanos dedicó a la Madre de Dios, levanta su magnificencia sobre el Esquilino, resplandeciente de oro y mármol, pero afortunada sobre todo por poseer en su interior, jun-

to con el retrato de la Virgen Madre atribuído a San Lucas, el humilde y glorioso Pesebre que los impenetrables designios del Señor hicieron que saliese de Belén para confiarlo a su guarda. Un pueblo innumerable se agolpa en la Basílica en espera del feliz instante en que el evocador monumento del amor y de las humillaciones de un Dios, aparezca llevado sobre los hombros de los ministros sagrados, como arca de la nueva alianza cuya ansiada visión tranquiliza al pecador y hace palpitar de emoción el corazón del justo. Quiso Dios que Roma, que debía ser la nueva Jerusalén, fuese también la nueva Belén, y que los hijos de su Iglesia hallasen en este centro inconmovible de su fe, el alimento abundante e inagotable de su amor.

NUESTRO CORAZÓN. — Visitemos finalmente el tercer santuario donde se va a realizar esta noche el misterio del Nacimiento del Hijo divino de María. Este tercer templo está a nuestro lado; está dentro de nosotros: es nuestro propio corazón. Nuestro corazón es el Belén que Jesús quiere visitar, en el que desea nacer para morar allí y crecer hasta llegar *al hombre perfecto,* como dice el Apóstol *(Ef.,* IV, 13). Si desciende hasta el establo de la ciudad de David, es sólo para poder llegar con mayor seguridad hasta nuestro corazón, al que amó con amor eterno hasta el extremo de descender del cielo para venir a habi-

tar en él. El seno de María le llevó nueve meses; en nuestro corazón quiere vivir eternamente.

¡Oh corazón del Cristiano, Belén viviente, prepárate y alégrate!; por la confesión de tus pecados, por la contrición de tus faltas, por la penitencia de tus delitos estás ya dispuesto para esa alianza que el Niño Dios desea hacer contigo. Está ahora atento; vendrá en medio de la noche. Hállete preparado como halló el establo, el pesebre y los pañales. Tú no puedes ofrecerle las puras y maternales caricias de María, ni los cariñosos cuidados de José; preséntale las adoraciones y el amor sencillo de los pastores. Como la Belén de los actuales tiempos, tu vives en medio de los infieles, de los que no conocen el divino misterio del amor; sean tus votos secretos y sinceros como los que esta noche subirán hacia el cielo desde el fondo de la gloriosa y santa gruta que reúne a los fieles en torno a los hijos de San Francisco. En el gozo de esta santa noche sé semejante a la radiante Basílica que guarda en Roma el tesoro del Santo Pesebre y el dulce retrato de la Virgen Madre. Sean tus afectos puros como el blanco mármol de sus columnas; tu caridad resplandeciente como el oro que brilla en sus artesonados; tus obras luminosas como los mil cirios que, en su feliz recinto, iluminan la noche con los esplendores del día. Finalmente, oh soldado de Cristo, piensa que es necesario luchar para merecer acercarse al di-

vino Infante; luchar para conservar dentro de uno mismo su amorosa presencia; luchar para llegar a la feliz consumación que te hará una sola cosa con El, en la eternidad. Conserva, pues, con cariño estas impresiones, que te nutran, consuelen y santifiquen hasta que descienda a ti el Emmanuel. ¡Oh Belén viviente! repite sin cesar esa dulce frase de la Esposa: *Ven, Señor Jesús, ven.*

MISA DEL GALLO

Es hora ya de ofrecer el gran Sacrificio y de llamar al Emmanuel: sólo El puede pagar dignamente a su Padre la deuda de agradecimiento que el género humano le debe. En el altar, como en el pesebre, intercederá por nosotros; nos acercaremos a él con amor y se nos entregará.

Pero es tal la grandeza del Misterio de este día, que la Iglesia no se limita a ofrecer un solo Sacrificio. La llegada de tan precioso don por tanto tiempo aguardado merece el reconocimiento de homenajes extraordinarios. Dios Padre envía su Hijo a la tierra; es el Espíritu Santo quien obra este prodigio: es muy natural que la tierra dirija a la Trinidad augusta el homenaje de ese Sacrificio [1].

[1] Los sacramentarios gelasiano y gregoriano mencionan las tres misas de Navidad. Pero al principio del siglo v, no había más que una sola misa, la del día, que se celebraba en S. Pedro. La institución de la misa de media noche data desde fines del siglo v.

Además, el que nace hoy ¿no se ha manifestado en *tres Nacimientos?* Nace esta noche de la Virgen bendita; va a nacer, por su gracia, en el corazón de los pastores que son las primicias de toda la cristiandad; y nace eternamente en el seno del Padre, en los esplendores de los Santos: este triple nacimiento debe ser venerado con un triple homenaje.

La primera Misa celebra el Nacimiento según la carne. Los tres Nacimientos son otras tantas efusiones de la luz divina; ahora bien, ha llegado la hora en que *el pueblo que caminaba en las tinieblas vió una gran luz y en que amaneció el día sobre los que moraban en la región de las sombras de la muerte.* La noche es oscura fuera del santo templo donde nos hallamos: noche material por ausencia del sol; noche espiritual a causa de los pecados de los hombres que duermen en el olvido de Dios o vigilan para el crimen. En Belén, en torno al establo y en la ciudad, hay tinieblas; y los hombres que no han querido hacer sitio al divino Huésped descansan en una grosera paz; por eso no les despertará el concierto de los Angeles.

Hacia la mitad de la noche la Virgen ha sentido llegar el momento supremo. Su corazón de madre se halla completamente inundado de maravillosas delicias y derretido en un éxtasis de amor. De pronto, saliendo con su omnipotencia del seno materno, como saldrá un día a tra-

vés de la piedra del sepulcro, aparece el Hijo de Dios e Hijo de María tendido en el suelo, a la vista de su Madre, y dirigiendo sus brazos hacia ella. El rayo del sol no atraviesa con mayor rapidez el límpido cristal incapaz de detenerle. La Virgen Madre adora al Niño divino que la sonríe, y se atreve a estrecharle contra su corazón; le envuelve en los pañales que le ha preparado y le acuesta en el pesebre. El fiel José le adora con ella; los santos Angeles, cumpliendo la profecía de David, rinden su más profundo homenaje a su Creador en el momento de su entrada en el mundo. Encima del establo está el cielo abierto y suben hacia el Padre de los siglos, los primeros votos del Dios recién-nacido; a los oídos del Dios ofendido comienzan a llegar ya sus primeros gritos y los dulces vagidos que preparan la salvación del mundo.

La belleza del Sacrificio atrae al mismo tiempo hacia el altar las miradas de los fieles. El coro entona el cántico de entrada, el Introito. Es el mismo Dios quien habla; habla a su Hijo al que *hoy* ha engendrado. En vano las naciones intentarán sacudir su yugo; este niño las sabrá sujetar y reinará sobre ellas, porque es el Hijo de Dios.

INTROITO

El Señor me dijo: Tú eres mi hijo, yo te he engendrado hoy.

El canto del *Kyrie eleison* precede al Himno Angélico que se deja oír en seguida con estas sublimes palabras: *Gloria in excelsis Deo, et in terra pax hominibus bonae voluntatis!* Unamos nuestras voces y corazones a este sublime concierto de la milicia celestial. *¡Gloria a Dios, paz a los hombres!* Son nuestros hermanos los Angeles los que han entonado este cántico; allí junto al altar, como antaño junto al pesebre, están proclamando nuestra dicha. Allí adoran a la divina justicia que dejó sin redentor a sus hermanos caídos, y en cambio nos envía a nosotros a su propio Hijo. Glorifican la amorosa humillación de quien hizo al ángel y al hombre, y que ahora se inclina hacia el más débil. Ellos nos prestan sus celestes voces para dar gracias a quien por medio de un misterio tan dulce y poderoso nos llama a nosotros sus humildes criaturas humanas a llenar un día entre los coros angélicos las sillas que quedaron vacías por la caída de los espíritus rebeldes. ¡Angeles y hombres, Iglesia del cielo e Iglesia de la tierra!, cantemos la gloria de Dios y la paz dada a los hombres; cuanto más se humilla el Hijo del Eterno para traernos tan grandes bienes, con tanto mayor fervor debemos entonar unánimemente:—*Solus sanctus, solus Dominus, solus Altissimus, Iesu Christe! ¡Tú solo Santo, Tú sólo Señor, Tú sólo Altísimo, Jesucristo!*

A continuación, la Colecta reúne los votos de los fieles:

OREMOS

¡Oh Dios! que hiciste brillar esta sacratísima noche con el resplandor de la verdadera luz: suplicámoste hagas que disfrutemos en el cielo, de los gozos de esta luz, cuyos misterios hemos conocido en la tierra. Por el que vive y reina contigo...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a Tito (II, 11-15.)

Carísimo: La gracia de Dios, nuestro Salvador, se ha aparecido a todos los hombres, para enseñarnos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos, debemos vivir sobria y justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, el cual se dió a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificar para sí un pueblo grato, seguidor de las buenas obras. Predica y aconseja estas cosas en Nuestro Señor Jesucristo.

Por fin ha aparecido, en su gracia y misericordia, ese Dios Salvador que era el único que podía librarnos de las obras de la muerte, devolviéndonos a la vida. En este mismo momento se muestra a todos los hombres en el angosto reducto de un pesebre, envuelto en los pañales de la infancia. Ahí tenéis la dicha de la visita de un Dios a la tierra, visita que tanto anhelábamos; purifiquemos nuestros corazones, hagámonos gratos a sus ojos: pues, aunque sea niño,

es también *Dios poderoso,* como nos acaba de decir el Apóstol, el Señor cuyo nacimiento eterno es anterior al tiempo. Cantemos su gloria con los santos Angeles y con la Iglesia.

GRADUAL

Contigo está el imperio desde el día de tu poder, entre los esplendores de los Santos; yo te engendré de mi seno antes de la aurora. — ℣. Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas (II, 1-14.)

En aquel tiempo salió un edicto de César Augusto ordenando que se inscribiera todo el orbe. Esta primera inscripción fué hecha siendo Cirino gobernador de Siria. Y fueron todos a inscribirse, cada cual en su ciudad. Y subió José de Galilea, de la ciudad de Nazaret, a Judea, a la ciudad de David, llamada Belén, porque era de la casa y familia de David, para inscribirse con María, su mujer, desposada con él, la cual estaba encinta. Y sucedió que, estando ellos allí, se cumplieron los días de dar a luz. Y parió a su Hijo primogénito, y le envolvió en pañales, y le acostó en un pesebre, porque no había lugar para ellos en la posada. Y había unos pastores en la misma tierra, que guardaban y velaban las vigilias de la noche sobre su ganado. Y he aquí que el Angel del Señor vino a ellos

y la claridad de Dios los cercó de resplandor, y tuvieron gran temor. Mas el Angel les dijo: No temáis porque os voy a dar una gran noticia, que será de gran gozo para todo el pueblo: es que os ha nacido hoy, en la ciudad de David, el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Y ésta será la señal para vosotros: hallaréis al Niño envuelto en pañales y echado en un pesebre. Y súbitamente apareció con el Angel una gran multitud del ejército celeste, alabando a Dios y diciendo: Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

También nostros, divino Niño, unimos nuestras voces a las de los Angeles y cantamos: *¡Gloria a Dios, paz a los hombres!* El inefable relato de tu nacimiento nos enternece los corazones y hace correr nuestras lágrimas. Te hemos acompañado en tu viaje de Nazaret a Belén, hemos seguido todos los pasos de María y de José a través de su largo camino; hemos velado durante esta santa noche en espera del feliz momento que te mostrará a nuestros ojos. Sé bendito, oh Jesús, por tanta misericordia; sé amado por tanto amor. Imposible apartar nuestras miradas de ese pesebre afortunado, que contiene nuestra salvación. Te reconocemos ahí tal como te han pintado a nuestras esperanzas los santos Profetas cuyos divinos vaticinios nos ha pasado la Iglesia esta noche ante la vista. Eres el Dios Grande, el Rey pacífico, el Esposo celestial de nuestras almas; eres nuestra Paz, nuestro Salvador, nuestro Pan de vida. ¿Qué te podemos

ofrecer en este momento, si no es esa *buena voluntad* que los Angeles nos recomiendan? Créala en nosotros; cultívala para que lleguemos a ser hermanos tuyos por la gracia, como lo somos ya por la naturaleza humana. Pero aún haces más en este misterio ¡oh Verbo encarnado! En él nos haces, como dice el Apóstol, *partícipes de la divina naturaleza,* de esa naturaleza que en tu humillación no has perdido. En el orden de la creación nos colocaste debajo de los Angeles; en tu encarnación nos has hecho *herederos de Dios,* y coherederos tuyos. ¡Ojalá nuestros pecados y flaquezas no nos hagan descender de estas alturas a las que hoy nos has elevado!

Después del Evangelio, la Iglesia canta en son de triunfo el Símbolo de la fe, en el que se nos detallan los misterios del Hombre Dios. A las palabras: *Et incarnatus est de Spiritu Sancto ex Maria Virgine,* ET HOMO FACTUS EST, adorad desde lo más profundo de vuestro corazón al Dios grande que ha tomado la forma de su criatura, y devolverle con vuestro humilde acatamiento, la gloria de que se ha despojado por vuestra causa. En las tres Misas de hoy, cuando el coro llega a esas palabras en el canto del Credo, se levanta el sacerdote de su silla y va a postrarse de rodillas al pie del altar. Uníos en ese momento con vuestras adoraciones a las de toda la Iglesia representada por el Sacerdote.

Durante la ofrenda del pan y del vino, la Iglesia celebra el gozo del cielo y de la tierra por la llegada del Señor. Unos momentos más, y en este altar donde todavía no hay más que pan y vino, tendremos el cuerpo y la sangre de nuestro Emmanuel.

OFERTORIO

Alégrense los cielos y salte de júbilo la tierra ante la faz del Señor: porque viene.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, te sea grata la ofrenda de la fiesta de hoy: para que, con tu gracia, reproduzcamos en nosotros, mediante este santo comercio, la imagen de Aquel que unió contigo nuestra naturaleza. El cual vive y reina contigo.

A continuación el Prefacio reúne las acciones de gracias de todos los fieles, terminando por la aclamación general al Señor tres veces Santo. En el momento de la elevación de los sagrados Misterios, en medio de ese religioso silencio que acoge la venida del Verbo divino al altar, no veáis allí sino el pesebre del Niño que tiende sus brazos hacia su Padre y os ofrece sus caricias; a María que le adora con amor de madre, a José que derrama lágrimas de ternura, y a los santos Angeles que no aciertan a salir de su asombro. Entregad al recién nacido vuestro corazón para que infunda en él todos estos sen-

timientos; pedidle que venga a vosotros y dadle un puesto de honor entre todos vuestros afectos.

Después de la Comunión, la Iglesia, que acaba de unirse al Niño Dios en la participación de sus Misterios, canta una vez más la gloria de la generación eterna del Verbo divino, que existe en el seno del Padre antes que toda criatura, y que esta noche se ha revelado al mundo antes de aparecer la estrella de la mañana.

COMUNION

Entre los esplendores de los Santos, te engendré de mi seno antes de la aurora.

Termina la Santa Iglesia las oraciones de este primer sacrificio, pidiendo la gracia de una unión indisoluble con el Salvador que se ha dignado aparecer en este día.

POSCOMUNION

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, hagas que, los que nos alegramos de celebrar frecuentemente el misterio de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, merezcamos alcanzar, con actos dignos, la compañía de Aquel que vive y reina contigo.

MISA DE LA AURORA

Terminado el Oficio de Laudes, concluyen los cantos de regocijo, por medio de los cuales la Iglesia da gracias al Padre de los siglos, por ha-

Durante la ofrenda del pan y del vino, la Iglesia celebra el gozo del cielo y de la tierra por la llegada del Señor. Unos momentos más, y en este altar donde todavía no hay más que pan y vino, tendremos el cuerpo y la sangre de nuestro Emmanuel.

OFERTORIO

Alégrense los cielos y salte de júbilo la tierra ante la faz del Señor: porque viene.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, te sea grata la ofrenda de la fiesta de hoy: para que, con tu gracia, reproduzcamos en nosotros, mediante este santo comercio, la imagen de Aquel que unió contigo nuestra naturaleza. El cual vive y reina contigo.

A continuación el Prefacio reúne las acciones de gracias de todos los fieles, terminando por la aclamación general al Señor tres veces Santo. En el momento de la elevación de los sagrados Misterios, en medio de ese religioso silencio que acoge la venida del Verbo divino al altar, no veáis allí sino el pesebre del Niño que tiende sus brazos hacia su Padre y os ofrece sus caricias; a María que le adora con amor de madre, a José que derrama lágrimas de ternura, y a los santos Angeles que no aciertan a salir de su asombro. Entregad al recién nacido vuestro corazón para que infunda en él todos estos sen-

timientos; pedidle que venga a vosotros y dadle un puesto de honor entre todos vuestros afectos.

Después de la Comunión, la Iglesia, que acaba de unirse al Niño Dios en la participación de sus Misterios, canta una vez más la gloria de la generación eterna del Verbo divino, que existe en el seno del Padre antes que toda criatura, y que esta noche se ha revelado al mundo antes de aparecer la estrella de la mañana.

COMUNION

Entre los esplendores de los Santos, te engendré de mi seno antes de la aurora.

Termina la Santa Iglesia las oraciones de este primer sacrificio, pidiendo la gracia de una unión indisoluble con el Salvador que se ha dignado aparecer en este día.

POSCOMUNION

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, hagas que, los que nos alegramos de celebrar frecuentemente el misterio de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo, merezcamos alcanzar, con actos dignos, la compañía de Aquel que vive y reina contigo.

MISA DE LA AURORA

Terminado el Oficio de Laudes, concluyen los cantos de regocijo, por medio de los cuales la Iglesia da gracias al Padre de los siglos, por ha-

ber hecho nacer al Sol de justicia: es hora ya de celebrar el segundo Sacrificio, el Sacrificio de la aurora. En la primera Misa la Santa Iglesia ha honrado el nacimiento temporal del Verbo según la carne; ahora va a celebrar un segundo nacimiento del mismo Hijo de Dios, nacimiento de *gracia y de misericordia,* que se realiza en el corazón del fiel cristiano.

He aquí que en este mismo momento, unos pastores advertidos por los santos Angeles llegan de prisa a Belén; se aglomeran en el establo, demasiado estrecho para su número. Dóciles al aviso del cielo, han venido a reconocer al Salvador que ha nacido para ellos, según se les ha dicho. Y lo hallan todo tal como los Angeles se lo han anunciado. ¿Quién es capaz de describir la alegría de su corazón, la sencillez de su fe? No se maravillan de encontrar a Aquel cuyo nacimiento conmueve a los mismos Angeles, envuelto en la capa de una pobreza semejante a la suya. Sus corazones lo han comprendido todo, y adoran y aman a aquel Niño. Son ya cristianos. La Iglesia cristiana comienza en ellos; sus humildes corazones aceptan el misterio de un Dios humillado. Herodes tratará de hacer perecer al Niño; la Sinagoga rugirá; sus doctores se levantarán contra Dios y contra su Cristo; condenarán a muerte al Libertador de Israel; pero la fe permanecerá firme e inquebrantable en el alma de los pastores, en espera de que los

sabios y poderosos se humillen a su vez ante la cruz y el pesebre. ¿Qué ha ocurrido en el corazón de estos sencillos hombres? Cristo ha nacido en ellos y en adelante morará allí por la fe y el amor. Son nuestros padres en la Iglesia; a nosotros nos toca el hacernos semejantes a ellos. Llamemos, pues, también nosotros a Jesucristo a nuestras almas; hagámosle sitio y nada le obstruya la entrada de nuestros corazones. También a nosotros nos hablan los Angeles, también nos comunican la buena nueva; el beneficio no debe limitarse solamente a las moradas de la campiña de Belén. Ahora bien, para honrar el misterio de la silenciosa venida del Salvador a las almas, el Sacerdote se dispone a subir ahora al altar y presentar por segunda vez el Cordero inmaculado a las miradas del Padre celestial que nos le envía.

Permanezcan nuestros ojos fijos en el altar como los de los pastores en el pesebre; busquemos allí como ellos al Niño recién nacido, envuelto en pañales. Al entrar en el establo, no sabían todavía a quién iban a ver; pero sus corazones estaban preparados. De pronto le ven, y sus ojos se posan en este Sol divino. Jesús desde el fondo del pesebre les dirige una amorosa mirada; quedan iluminados y se hace de día en sus corazones. Seamos dignos de que se realice en nosotros aquella frase del príncipe de los Apóstoles: "La luz brilla en un lugar oscuro, hasta

el momento en que resplandezca el día y se levante en vuestros corazones el lucero de la mañana." *(II, S. Pedro,* I, 19.)

Ha llegado ya esta aurora bendita para nosotros; el divino Oriente que aguardábamos ha aparecido ya y, no se ocultará más en nuestra vida: en adelante hemos de temer más que nada a la noche del pecado de la que El nos libra. *Somos los hijos de la luz y los hijos del día (I, Tes.,* V, 5); ya no hemos de conocer el sueño de la muerte; pero deberemos estar siempre en vela, acordándonos de que los pastores velaban cuando el Angel los habló y se abrieron los cielos sobre sus cabezas. Los cantos todos de esta Misa de la Aurora nos van a anunciar de nuevo el esplendor de este Sol de justicia; saboreémoslos como prisioneros aherrojados durante mucho tiempo en una cárcel tenebrosa, a cuyos ojos aparece de repente una luz apacible. En el fondo de la gruta, resplandece ese Dios luminoso; sus divinos rayos realzan y embellecen más todavía las graciosas facciones de la Virgen Madre, que con tanto amor le contempla; también el rostro venerable de José resplandece de un modo especial; mas estos destellos no se detienen en el angosto recinto de la gruta. Aunque dejan en sus merecidas tinieblas a la ingrata Belén, se esparcen por el mundo entero, encendiendo en millones de corazones un amor inefable hacia esa Luz de lo alto que arranca al

hombre de sus errores y pasiones, y le eleva hacia el fin sublime para el que ha sido creado.

Pero en este momento nos presenta la Santa Iglesia otro objeto de admiración y alegría, en medio de todos estos misterios del Dios encarnado y en el seno mismo de la humanidad. Al recuerdo tan glorioso y amable del Nacimiento del Emmanuel une, en este Sacrificio de la Aurora, la solemne memoria de una de esas almas valerosas que supieron conservar la Luz de Cristo a pesar de los ataques de las tinieblas. En esta misma hora, honra a Santa Anastasia, que, por la cruz y el martirio, nació a la vida celestial en el mismo día del Nacimiento del Redentor [1].

Mas ya es hora de que pongamos los ojos en en el altar donde va a comenzar el santo Sacrificio. El Introito canta la salida del Sol divino. El resplandor de su aurora anuncia ya el

[1] Fué en el siglo v cuando se introdujo una Misa que tenía por objeto celebrar el *dies natalis* de Santa Anastasia, virgen y mártir, de Sirmium, cuyo cuerpo había sido trasladado a Constantinopla bajo el patriarca Genadio, (458-471) y depositado en la iglesia llamada Anástasis. La semejanza del nombre hizo que en Roma se escogiera para la celebración de esta Misa el *titulus Anastasiae,* llamada así por el nombre de la fundadora de esta iglesia, que era la iglesia parroquial de la Corte.

A fines del siglo v o principios del vi, Santa Anastasia ocupó un lugar en el Canon de la Misa. Al mismo tiempo se formó la leyenda de una Santa Anastasia romana, que fué a padecer martirio a Sirmium. Cuando la fiesta de Navidad recibió una mayor solemnidad, disminuyó la devoción a la Santa; en vez de una misa en su honor no se hacía más que una memoria de la mártir, y la misa fué dedicada a honrar el nacimiento espiritual del Salvador en las almas.

brillo que habrá de tener a medio día. Fuerza y belleza son sus cualidades; está armado para vencer y su nombre es *Príncipe de la Paz.*

INTROITO

La luz brillará hoy sobre nosotros: porque nos ha nacido el Señor: y será llamado Admirable, Dios, Príncipe de la paz. Padre del siglo venidero: cuyo reino no tendrá fin. *Salmo:* El Señor reinó, se vistió de belleza: el Señor se vistió y ciñó de fortaleza. — ℣. Gloria al Padre.

En esta Misa de la Aurora, la oración de la Iglesia solicita la efusión en las almas de los rayos del Sol de justicia para que sean fecundas en obras de luz, y no vuelvan a aparecer las antiguas tinieblas.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, concedas a los que somos inundados de la nueva luz de tu Verbo encarnado, la gracia de que resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestras mentes. Por el mismo Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos la solemnidad de tu bienaventurada mártir Anastasia, sintamos su protección delante de ti. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a Tito (III, 4-7.)

Carísimo: Ha aparecido la benignidad y la humanidad de Dios, nuestro Salvador; nos ha salvado, no

por las obras justas que hemos hecho nosotros, sino por su misericordia, mediante el baño de regeneración y de renovación del Espíritu Santo, que derramó en nosotros con abundancia por Jesucristo, nuestro Salvador: para que, justificados con su gracia, seamos hechos herederos según la esperanza de la vida eterna: en Nuestro Señor Jesucristo.

El Sol que ha salido para nosotros es un Dios Salvador, lleno de misericordia. Vivíamos lejos de él, en las sombras de la muerte; ha sido necesario que los rayos divinos bajasen hasta el fondo del abismo en que el pecado nos había sumergido; y he aquí que salimos regenerados, santificados, hechos herederos de la vida eterna. ¿Quién nos separará ya del amor de este Niño? ¿Seríamos capaces de hacer inútiles los prodigios de un amor tan generoso, y volver a declararnos esclavos de las sombras de la muerte? Quedémonos más bien con la esperanza de la vida eterna, en la que ya nos han puesto estos sublimes misterios.

GRADUAL

Bendito el que viene en nombre del Señor: el Señor es Dios, y nos ha iluminado. — ℣. Esto ha sido hecho por el Señor: y es maravilloso a nuestros ojos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, se vistió de belleza: el Señor se vistió de fortaleza, y se ciñó de poder. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 15-20.)

En aquel tiempo los pastores decían entre si: Vayamos hasta Belén, y veamos eso que ha sucedido, que el Señor nos ha manifestado. Y se fueron presurosos: y encontraron a María y a José, y al Niño acostado en un pesebre. Y al verle, conocieron ser verdad lo que se les había dicho acerca de aquel Niño. Y todos los que lo oyeron, se maravillaron: y de lo que los pastores les decían. Y María guardaba todas estas palabras, meditándolas en su corazón. Y se volvieron los pastores, glorificando y alabando a Dios por todas las cosas que habían oído y visto, según se les había dicho.

Imitemos la diligencia, de los pastores en ir en busca del recién nacido. Apenas han oído las palabras del Angel cuando inmediatamente se ponen en marcha hacia el establo. Llegados a presencia del Niño, sus corazones ya preparados de antemano, le reconocen; y Jesús nace en ellos por su gracia. Están contentos de ser pequeños y pobres como El; en adelante se consideran unidos a El, y su conducta entera va a dar testimonio del cambio operado en su vida. Efectivamente, no se callan, sino que hablan del Niño y se hacen Apóstoles suyos; su palabra cautiva a los que los oyen.

Ensalcemos con ellos al Dios grande que, no satisfecho con llamarnos a su admirable luz, ha colocado la hoguera en nuestro propio corazón instalándose en él. Guardemos en nosotros con

cariño el recuerdo de los misterios de esta inefable noche, imitando el ejemplo de María que medita continuamente en su sacratísimo Corazón los sencillos y sublimes sucesos que por ella y en ella se han realizado.

Durante la ofrenda de los sagrados dones, la Iglesia pone de relieve el poderío del Emmanuel que, para restaurar al mundo caído, se ha humillado hasta el extremo de no tener por cortesanos más que a unos humildes pastores, a pesar de que se asienta sobre un trono de gloria y de divinidad, antes de que existiera el tiempo y por toda la eternidad.

OFERTORIO

El Señor afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá: tu asiento, oh Dios, está preparado desde entonces; tú existes desde siempre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nuestros dones sean apropiados a los misterios de la Natividad de hoy, y nos infundan siempre la paz: para que, así como resplandeció como Dios el mismo que hoy se hizo hombre, así también este alimento terreno nos confiera lo que es divino. Por el mismo Jesucristo, Nuestro Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio estos dones ofrecidos; y por intercesión de los méritos de tu bienaventurada mártir Anastasia, haz que aprovechen a nuestra salud. Por el Señor.

Después de la comunión del Sacerdote y del pueblo, la Santa Iglesia, iluminada por la suave luz de su Esposo al que acaba de unirse, se aplica a sí misma las palabras del Profeta Zacarías, que anuncia la venida del Rey Salvador:

COMUNION

Alégrate, hija de Sión, canta, hija de Jerusalén: he aquí que viene tu santo Rey, el Salvador del mundo.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que la natalicia novedad de este Sacramento nos renueve siempre, en virtud de Aquel cuya única Natividad destruyó la humana vejez. Por el mismo Señor.

CONMEMORACIÓN DE SANTA ANASTASIA

Has saciado, Señor, a tu familia con dones sagrados: suplicámoste nos protejas siempre con la intercesión de aquella cuya fiesta celebramos hoy. Por el Señor.

Terminado el segundo Sacrificio y celebrado ya el Nacimiento de *gracia* por medio de la nueva ofrenda de la víctima inmortal, los fieles se retiran de la Iglesia y se van a descansar hasta que se celebre el tercer Sacrificio.

La Virgen Madre. — En el establo de Belén María y José velan junto al pesebre. La Virgen Madre toma con todo respeto al recién nacido en sus brazos y le ofrece el pecho. Como un simple mortal, el Hijo del Eterno acerca sus labios a aquella fuente de vida. San Efrén trata de

introducirnos en los sentimientos que embargan en ese momento el corazón de María y nos traduce así su pensamiento: "¿Cómo he merecido yo dar a luz al que siendo simplicísimo se encuentra en todas partes, al que tengo pequeñito entre mis brazos siendo tan poderoso, al que está aquí todo entero, estando también en todo el mundo? El día en que Gabriel se dignó bajar hasta mi pobreza, de criada que era, me volví princesa. De pronto, Tú el Hijo del Rey hiciste de mí la Hija del Rey eterno. De humilde esclava de tu divinidad, llegué a ser madre de tu humanidad, ¡oh Señor e Hijo mío! Te has dignado escoger a esta pobre doncella entre toda la descendencia de David y la has sublimado hasta las alturas del cielo donde reinas. ¡Oh espectáculo! Un niño más antiguo que el mundo, su mirada busca el cielo; sus labios están cerrados; mas en su silencio se entretiene con Dios. Esa vista tan serena, ¿no delata al que con su Providencia gobierna al mundo? Y, ¿cómo me atrevo yo a darle mi leche al que es la fuente de todo ser? ¿Cómo daré yo alimento a quien sustenta al mundo entero? ¿Cómo podré envolver en pañales al que está rodeado de luz?"[1]

SAN JOSÉ. — El mismo santo Doctor del siglo IV nos muestra a San José cumpliendo sus sagrados deberes de padre para con el divino

[1] *In Natalem Domini*, V, 14.

Infante. Abraza, dice, al recién nacido, le acaricia, y sabe que ese Niño es Dios. Extasiado exclama: "¿De dónde a mí este honor de que me sea dado por hijo el Hijo del Altísimo? ¡Oh Niño!, es verdad que tuve dudas sobre tu madre: pensé incluso en alejarme de ella. La ignorancia del misterio era para mí una tentación. Y no obstante eso, en tu madre estaba ya el tesoro escondido que debía hacer de mí el más afortunado de los hombres. Mi abuelo David ciñó la corona real; yo no era ya más que un humilde artesano; pero ahora ha vuelto a mí la corona que había perdido, ahora que Tú, Señor de los reyes, te dignas descansar en mi seno"[1].

En medio de estos sublimes coloquios, la luz del recién nacido continúa alumbrando la gruta y sus alrededores; pero, al marchar los pastores y cesar el canto de los Angeles, ha vuelto a reinar el silencio en este misterioso refugio. Al descansar en nuestros lechos, pensemos en este divino Infante y en esa primera noche que pasa en su humilde cuna. Para conformarse en todo con las necesidades de la naturaleza que ha adoptado, cierra sus tiernas pupilas y el sueño voluntario viene a adormecer sus sentidos; mas en medio de ese sueño, su corazón vela y se ofrece constantemente por nosotros. A veces sonríe también a María, que tiene sus ojos fijos en El con inefable amor; ruega a su Padre, im-

[1] *Ibid.*, I, 3.

plora el perdón para los hombres; con sus actos de humildad expía su soberbia; y se nos muestra como un modelo de infancia que debemos imitar. Pidámosle que nos haga participantes de las gracias de su divino sueño para que, después de haber descansado en paz, nos despertemos en su gracia y podamos continuar generosamente el camino que nos queda por andar.

MISA DEL DIA [1]

El misterio que honra la Iglesia en esta Misa tercera es el Nacimiento eterno del Hijo de Dios en el seno del Padre. Ha celebrado ya a media noche al Hijo del Hombre saliendo del seno de la Virgen en el establo; al divino Niño naciendo en el corazón de los pastores al apuntar la aurora; en este momento va a asistir a un nacimiento más prodigioso aún, si cabe, que los dos anteriores, un nacimiento cuya luz deslumbra las miradas angélicas, y que es por sí mismo el testimonio eterno de la sublime fecundidad de nuestro Dios. El Hijo de María es también el Hijo de Dios; es obligación nuestra proclamar hoy la gloria de esta inefable generación, que le hace consubstancial a su Padre, Dios de Dios,

---

[1] Los documentos antiguos ponen como lugar de la Estación la Basílica de San Pedro, pero desde el siglo XII se eligió a Santa María la Mayor "por la brevedad del día y luz y las dificultades del camino", dice el Ordo. Romanus.

Luz de la Luz. Elevemos nuestra vista hasta ese Verbo eterno que estaba al principio con Dios y sin el que Dios no estuvo nunca; porque es la forma de su sustancia y el esplendor de su verdad eterna.

La Santa Iglesia comienza los cantos del tercer Sacrificio con un aclamación al Rey recién nacido. Ensalza el poderío real que como Dios posee antes de que el tiempo exista, y que recibirá como hombre el día en que cargue con la Cruz sobre sus espaldas. Es *el Angel del gran Consejo,* o sea, el enviado por el cielo para llevar a cabo el plan sublime ideado por la Santísima Trinidad para salvar al hombre por medio de la Encarnación y de la Redención. En ese Altísimo Consejo tuvo su parte el Verbo; su celo por la gloria de su Padre, junto con su amor a los hombres, hacen que tome ahora esta tarea sobre sus hombros.

INTROITO

Un Niño nos ha nacido, y nos ha sido dado un Hijo: cuyo imperio descansa en su hombro: y se llamará su nombre: Angel del gran Consejo. *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia pide que el nuevo Nacimiento que acaba de realizar el Hijo de Dios en el tiempo, no carezca de efecto, sino que obtenga nuestra libertad.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la nueva Natividad según la carne de tu Unigénito, nos libre a los que la vieja servidumbre retiene bajo el yugo del pecado. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Hebreos (I, 1-12.)

Habiendo hablado Dios en otro tiempo muchas veces y de muchos modos a los Padres por los Profetas: en estos últimos días nos ha hablado por el Hijo, al cual constituyó heredero de todo, y por el cual hizo también los siglos: el cual, siendo el resplandor de su gloria y el retrato de su substancia, y sustentando todas las cosas con la palabra de su poder, obrada la expiación de los pecados, está sentado a la diestra de la Majestad en las alturas: hecho tanto más excelente que los Angeles, cuanto más alto es el nombre que heredó. Porque ¿a cuál de los Angeles dijo jamás: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy?* Y otra vez: *¿Yo seré para él Padre, y él será para mí Hijo?* Y de nuevo, cuando introduce al Primogénito en la tierra, dice: *Y adórenle todos los Angeles de Dios.* Y, ciertamente, de los Angeles dice: *El que hace a sus Angeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego.* Mas al hijo le dice: *Tu trono, oh Dios, por los siglos de los siglos: el cetro de tu reino es cetro de equidad. Amaste la justicia y odiaste la iniquidad: Por eso te ungió Dios, tu Dios, con óleo de alegría más que a tus compañeros.* Y: *Tú, Señor, fundaste en el principio la tierra: y obra de tus manos son los cielos. Estos perecerán, mas tu permanecerás; y todos envejecerán como un vestido: y los mudarás como una vestimenta, y serán mudados: tú, en cambio, siempre eres el mismo, y tus años no acabarán.*

El gran Apóstol, en este magnífico encabezamiento de su Epístola a sus antiguos hermanos de la Sinagoga, pone de relieve el Nacimiento eterno del Emmanuel. Mientras que nuestros ojos se posan con ternura en el dulce Niño del pesebre, él nos invita a elevarlos hasta aquella Luz soberana, en cuyo seno el mismo Verbo que se digna habitar en el establo de Belén, oye al Padre eterno que le dice: *Tú eres mi Hijo, hoy te he engendrado;* este *hoy* es el día de la eternidad, día sin mañana ni tarde, sin amanecer y sin ocaso. Si bien es cierto que la naturaleza humana, que se digna tomar en el tiempo le coloca debajo de los Angeles, el título y la cualidad de Hijo de Dios que le pertenece por esencia, le elevan infinitamente por encima de ellos. Es Dios, es el Señor, y los cambios no le afectan. Envuelto en pañales, clavado en la cruz, muriendo de dolor en su humanidad, permanece impasible e inmortal en su divinidad; para eso goza de un Nacimiento eterno...

GRADUAL

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios; tierra toda, canta jubilosa a Dios. — ℣. El Señor manifestó su salud; reveló su justicia ante la faz de las gentes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Nos ha iluminado un día santo: venid, gentes, y adorad al Señor: porque hoy ha descendido una gran luz sobre la tierra. Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del Santo Evangelio según San Juan. (I, 1-14.)

En el principio era el Verbo, y el Verbo estaba en Dios, y el Verbo era Dios. El estaba al principio en Dios. Todo fué hecho por El; y sin El no ha sido hecho nada de lo que ha sido hecho: en El estaba la vida y la vida era la luz de los hombres: y la luz brilló en las tinieblas, y las tinieblas no se percataron de ella. Hubo un hombre enviado por Dios, cuyo nombre era Juan. Este vino para ser testigo, para dar testimonio de la luz a fin de que todos creyeran por él. No era él la luz, sino (que vino) para dar testimonio de la luz. Era la luz verdadera, la que alumbra a todo hombre que viene a este mundo. El estaba en el mundo, y el mundo fué creado por El, y el mundo no le conoció. Vino a los suyos y los suyos no le recibieron. Mas, a los que le recibieron, les dió el poder de hacerse hijos de Dios. Esto (concede también) a los que creen en su nombre, a los que no han nacido de la sangre, ni del deseo de la carne, ni de la voluntad de un varón, sino que han nacido de Dios. *(Aquí se arrodilla.) Y el Verbo se hizo carne,* y habitó entre nosotros; y hemos visto su gloria, la gloria del Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad.

¡Oh Hijo eterno de Dios!, al lado del pesebre donde en el día de hoy te dignas aparecer por amor nuestro, confesamos nosotros con la más humilde reverencia, tu eternidad, tu omnipotencia, tu divinidad. Existías ya en el principio; y estabas en Dios y eras Dios. Todo ha sido hecho por ti y nosotros somos obra de tus manos. ¡Oh Luz infinita! ¡Oh Sol de justicia! Nosotros

no somos más que tinieblas; ilumínanos. Durante mucho tiempo hemos amado las tinieblas y no te hemos comprendido; perdona nuestros errores. Durante mucho tiempo has estado llamando a la puerta de nuestro corazón y no te hemos abierto. Hoy al menos, gracias a los admirables recursos de tu amor, te hemos recibido; porque, ¿quién sería capaz de no recibirte, oh divino Niño, tan dulce y tan rebosante de ternura? Quédate, pues, con nosotros; lleva a feliz término este nuevo Nacimiento que has efectuado en nosotros. No queremos ser ya *de la sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre,* sino de Dios, por Ti y en Ti. Te has *hecho carne,* oh Verbo eterno, para que nosotros nos divinicemos. Sostén nuestra débil naturaleza, que desfallece ante una dignidad tan grande. Tú naces del Padre, naces de María, naces en nuestros corazones: ¡Gloria tres veces a Ti, por este triple nacimiento, oh Hijo de Dios, tan misericordioso en tu divinidad, tan divino en tus humillaciones!

En el Ofertorio, la Santa Iglesia recuerda al Emmanuel que el universo es obra suya, pues El ha creado todas las cosas. Son ofrecidos los dones entre nubes de incienso. El pensamiento de la Iglesia está siempre puesto en el Niño del pesebre; y sus cantos vuelven a insistir en el poder y grandeza de Dios encarnado.

OFERTORIO

Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra: tú fundaste el orbe de las tierras y su redondez; justicia y juicio son la base de tu trono.

SECRETA

Santifica, Señor, con la nueva Natividad de tu Unigénito, estos dones ofrecidos: y límpianos a nosotros de nuestros pecados. Por el mismo Señor.

Durante la Comunión, el Coro celebra la dicha de la tierra, que ha visto hoy a su Salvador gracias a la misericordia del Verbo, hecho visible en carne, sin perder nada del brillo de su gloria. A continuación, la Iglesia, por boca del Sacerdote, pide para sus hijos alimentados con la carne del Cordero inmaculado, la participación en la inmortalidad de Cristo, el cual se ha dignado darles en este día las primicias de una vida completamente divina al tomar en Belén una existencia humana.

COMUNION

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, así como el Salvador del mundo nacido hoy, es el autor de nuestra generación divina, así sea también el que nos dé la inmortalidad. El cual vive y reina contigo.

Ha terminado el gran día y se acerca la noche para descansar con un sueño reparador, de

las fatigas pasadas en la vigilia de la gloriosa Natividad. Antes de irnos a acostar, dediquemos un piadoso recuerdo a los santos Mártires de quienes la Santa Iglesia ha hecho memoria en el día de hoy en su Martirologio. Diocleciano y sus colegas en el imperio acababan de publicar el célebre edicto de persecución que declaraba a la Iglesia la guerra más sangrienta que jamás padeció. El edicto, clavado en las plazas de Nicomedia, residencia del Emperador, había sido rasgado por un cristiano, que pagó con un glorioso martirio aquel acto de santa audacia. Dispuestos a la lucha, los fieles se atrevieron a desafiar el poder imperial y continuaron frecuentando su iglesia condenada a ser demolida. Llegó el día de Navidad. En número de varios miles se reunieron en el santo templo para celebrar por última vez el Nacimiento del Redentor. Al saberlo Diocleciano, envió uno de sus oficiales con la orden de cerrar las puertas de la Iglesia y prender fuego por los cuatro costados del edificio. Tomadas estas medidas, por las ventanas de la basílica se dejaron oír sonidos de trompeta, y los fieles escucharon la voz de un pregón que, de parte del Emperador, brindaba la salida a quienes quisieran salvar la vida, con la condición de que ofreciesen incienso a Júpiter en un altar que a este fin se había levantado a la puerta de la iglesia; de lo contrario, serían presa de las llamas. En nombre de la pia-

dosa reunión respondió un cristiano: "Somos todos cristianos; adoramos a Cristo como a Dios único y único Rey; y estamos dispuestos a sacrificarle hoy nuestras vidas." Al oír esta respuesta, los soldados recibieron orden de encender el fuego; en un momento la iglesia se convirtió en una horrible hoguera cuyas llamas subían hacia el cielo, enviando en holocausto al Hijo de Dios, que en este día se dignó dar principio a su existencia humana, la ofrenda generosa de aquellos miles de vidas que daban testimonio de su venida a este mundo. De este modo fué honrado en Nicomedia, en el año 303, el Emmanuel bajado de los cielos para morar entre los hombres. Unamos con la Santa Iglesia el homenaje de nuestros votos al de estos heroicos cristianos cuya memoria se conservará hasta el fin de los siglos, gracias a la santa Liturgia.

Traslademos una vez más nuestro pensamiento y nuestro corazón al feliz establo donde María y José hacen compañía al divino Niño. Volvamos a adorar al recién nacido y pidámosle su bendición. San Buenaventura, en sus *Meditaciones sobre la vida de Jesucristo*, expresa con una ternura digna de su seráfica alma los sentimientos de que debe estar poseído el cristiano ante la cuna del Niño Jesús: "Tú también, que tanto lo has diferido, dobla la rodilla, adora al Señor tu Dios; venera a su Madre y

saluda con reverencia al santo viejo José; luego besa los pies del Niño Jesús, que yace en su cunita, y ruega a Nuestra Señora que te lo entregue y te permita cogerle. Tómale en tus brazos, guárdale y contempla bien su amable rostro; bésale con respeto y deléitate en él con confianza. Puedes hacer todo eso, porque ha venido precisamente para salvar a los pecadores, ha hablado con mansedumbre y por fin se ha dado a ellos en alimento. Por eso en su dulzura se dejará tocar pacientemente cuanto tú quieras, y no lo atribuirá a presunción sino a cariño."

26 DE DICIEMBRE

SAN ESTEBAN PROTOMARTIR

JESÚS Y SAN ESTEBAN. — San Pedro Damiano comienza su sermón de este día por las siguientes palabras: "Tenemos aún en nuestros brazos al Hijo de la Virgen, y honramos con nuestras caricias al Hijo de Dios. Es María quien nos ha llevado a la excelsa cuna; hermosa entre las hijas de los hombres, bendita entre las mujeres, nos ha presentado a Aquel que es hermoso entre los hijos de los hombres y más lleno de bendiciones que todos ellos. Descorre para nosotros el velo de las profecías y nos muestra la realización de los designios divinos. ¿Quién de nosotros podría apartar su mirada de ese alumbra-

miento? Con todo, mientras el recién nacido nos regala con sus tiernos besos y nos tiene suspensos con tanto prodigio, de pronto, *Esteban, lleno de gracia y fortaleza, obra maravillas en medio del pueblo. (Actos,* VI, 8.) ¿Abandonaremos, pues, al Rey para volver nuestros ojos a uno de sus soldados? Ciertamente que no, a no ser que el mismo Rey nos lo ordene. Ahora bien, he aquí que el Rey, se levanta y va a presenciar el combate de su siervo. Corramos, pues, a ver ese espectáculo, al cual también él acude, y contemplemos al abanderado de los Mártires."

La Santa Iglesia, en el Oficio de hoy, quiere que leamos el principio de un Sermón de San Fulgencio en la fiesta de San Esteban: "Celebrábamos ayer el Nacimiento temporal de nuestro Rey eterno; hoy celebramos la Pasión triunfante de su soldado. Ayer, nuestro Rey revestido de carne, salió del seno de la Virgen y se dignó visitar el mundo; hoy, el luchador ha salido de la tienda de su cuerpo, y ha subido vencedor al cielo. El primero, conservando la grandeza de su eterna divinidad, se puso el humilde ceñidor de la carne, y penetró en el campo de este mundo dispuesto para la lucha; el segundo, despojándose de la envoltura corruptible del cuerpo, ha subido al palacio del cielo para reinar allí por siempre. El uno ha descendido bajo el velo de la carne, el otro ha subido entre los laureles púrpureos de su sangre. El uno ha bajado de la

compañía alegre de los Angeles, el otro ha subido de entre los judíos que le apedreaban. Ayer cantaban con gozo los santos Angeles: *¡Gloria a Dios en lo más alto de los cielos!* Hoy han recibido a Esteban alegremente en su compañía. Ayer Cristo fué envuelto en pañales por nosotros: hoy Esteban ha sido revestido por El con la túnica de la inmortalidad. Ayer, una estrecha cueva recibía a Cristo Niño: hoy, la inmensidad del cielo recibe a Esteban triunfante."

De esta manera la Liturgia une la alegría de la Natividad del Señor a la que le produce el triunfo del primer Mártir; mas no será Esteban el único en venir a gozar de sus honores en esta gloriosa octava. Después de él celebraremos a Juan, el discípulo amado; a los santos Inocentes de Belén; a Tomás, el mártir de la libertad de la Iglesia; a Silvestre, el Pontífice de la Paz. Pero el puesto de honor en esta brillante escolta del Rey recién nacido le corresponde a Esteban, el Protomártir, que, como canta la Iglesia, "fué el primero en devolver al Señor la muerte que el Salvador sufrió por él". Tales honores merecía el Martirio, ese sublime testimonio que paga plenamente a Dios los dones otorgados a nuestra raza y sella con la sangre del hombre la verdad que el Señor confió a la tierra.

El mártir: testigo de Cristo. — Para comprender bien esto, es necesario considerar el

plan divino en la salvación del mundo. El Verbo de Dios fué enviado para enseñar a los hombres; siembra su divina palabra y sus obras dan testimonio de El. Mas, después de su Sacrificio, sube a la diestra de su Padre, y su testimonio necesita otros de testigos para ser creído de los hombres. Ahora bien, estos nuevos testigos serán los Mártires, y su testimonio lo darán no sólo con sus palabras sino también con el derramamiento de su propia sangre. La Iglesia, por consiguiente, nacerá por la Palabra y la Sangre de Jesucristo, pero su sostenimiento, su paso por los siglos, y su triunfo de todos los obstáculos, será debido a la sangre de los Mártires, miembros de Cristo; y esa sangre se juntará en un mismo Sacrificio con la de su divino Jefe.

Los Mártires serán un perfecto trasunto de su Rey supremo. Serán, cmo El mismo lo dijo, "semejantes a corderos en medio de los lobos" (*S. Mateo,* X, 16.) El mundo desplegará contra ellos sus poderes, y ellos se presentarán ante él débiles y desarmados; pero, en esta desigual lucha, la victoria de los Mártires será de este modo más resonante y divina. Nos dice el Apóstol que Cristo crucificado es *la fortaleza y sabiduría de Dios (I Cor.,* I, 24); los Mártires inmolados y a pesar de todo conquistadores del mundo darán testimonio, de una manera comprensible para el mismo mundo, de que el Cristo que ellos confesaron y que les dió la constan-

cia y la victoria, es realmente *la fortaleza y la sabiduría de Dios.* Es, pues, justo que se vean asociados a todos los triunfos del Hombre-Dios, y que los honre el ciclo litúrgico como los honra la Iglesia colocando sus sagradas reliquias en el ara del altar, de manera que no se celebre nunca el Sacrificio de su triunfante Jefe, sin que ellos también sean ofrecidos en la unidad de su Cuerpo místico.

El testimonio de San Esteban. — Así pues, la lista gloriosa de los Mártires del Hijo de Dios, comienza con San Esteban, quien destaca en ella por su mismo nombre, que significa *Coronado,* como presagio divino de su victoria. Es el Capitán, a las órdenes de Cristo, de ese *cándido ejército* que canta la Iglesia, por haber sido llamado el primero y haber respondido generosamente al honor de la llamada. Esteban dió enérgico y valeroso testimonio de la divinidad del Emmanuel ante la Sinagoga de los Judíos; al proclamar la verdad irritó los oídos de los incrédulos; y en seguida los enemigos de Dios, hechos también sus enemigos, lanzaron contra él una lluvia de piedras mortíferas. De pie y con valentía sufrió esta afrenta; hubiérase dicho, conforme bellamente se expresa San Gregorio de Nisa, que una suave y silenciosa nieve caía sobre él en ligeros copos, o también que una lluvia de rosas descendía dulcemente sobre su

cabeza. Pero, a través de aquellas piedras que chocaban entre sí, portadoras de la muerte, llegaba hasta él un resplandor divino: Jesús, por quien moría, se presentaba a sus miradas, y de la boca del Mártir salía un enérgico y postrer testimonio de la divinidad del Emmanuel. Y luego, imitando al divino Maestro y para hacer completo su sacrificio, el Mártir eleva su última oración por sus verdugos; dobla las rodillas y pide que no se les impute ese pecado. Así todo está consumado; ya se puede mostrar a toda la tierra el tipo del Mártir, para ser imitado y seguido en todos los tiempos, hasta la consumación de los siglos, hasta que se complete el número de los Mártires. Esteban se duerme en el Señor y es sepultado en la paz, *in pace,* hasta que se vuelva a encontrar su tumba y de nuevo se esparza su gloria por toda la Iglesia, con la milagrosa Invención de sus reliquias, que es como una resurrección anticipada.

Esteban fué digno de hacer guardia junto a la cuna de su Rey, como Capitán de los esforzados defensores de la divinidad del Niño celestial que nosotros adoramos. Pidámosle con la Iglesia que nos facilite el acceso al humilde lecho en que descansa nuestro soberano Señor. Supliquémosle nos adoctrine en los misterios de esta divina Infancia que todos debemos conocer e imitar en Cristo. En la sencillez del pesebre, no contó el número de sus enemigos ni tembló

en presencia de su ira, no eludió sus golpes, ni impuso a sus labios el silencio; les perdonó su ira; y su última oración fué por ellos. ¡Oh fiel imitador del Niño de Belén! Jesús, en efecto, no fulminó sus rayos contra los habitantes de aquella ciudad que negó un asilo a la Virgen Madre en el momento en que iba a dar a luz al Hijo de David. Tampoco tratará de detener la ira de Herodes, que en seguida le va a buscar para matarle; preferirá huír a Egipto, como un proscrito, ante la presencia del vulgar tirano; y así precisamente, a través de todas esas debilidades aparentes demostrará su divinidad y probará que el Dios Niño es también el Dios Fuerte. Pasará Herodes y su tiranía; y Cristo permanecerá mucho más grande en el pesebre, donde ha hecho temblar a un rey, que ese príncipe bajo su púrpura tributaria de los Romanos; mayor que el mismo César Augusto, cuyo colosal imperio tuvo por misión servir de escabel a la Iglesia que va a fundar ese Niño, tan humildemente inscrito en el padrón de la ciudad de Belén.

MISA [1]

Comienza la Santa Iglesia por las palabras del santo Mártir, quien, con frases de David,

[1] La Estación es en la basílica de S. Esteban, en el monte Celio comenzada por el Papa Simplicio (468-483) y terminada por Félix III (526-530). El culto de S. Esteban fué muy popu-

nos trae a la memoria las maquinaciones de los malvados, y la humilde confianza que le hizo triunfar de sus persecuciones. Desde la muerte de Abel hasta los futuros Mártires que inmolará el Anticristo, la Iglesia será siempre perseguida; su sangre no cesa de correr en una u otra región; pero su confianza reside en la fidelidad a su Esposo, en la sencillez que vino a enseñarle con su ejemplo el Niño del pesebre.

INTROITO

Sentáronse los príncipes, y hablaron contra mí; y los malvados me persiguieron: ayúdame, Señor, Dios mío, porque tu siervo practica tus mandamientos. *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino, los que andan en la Ley de Dios. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide para sí y para sus hijos la fortaleza divina que llegó en los Mártires hasta el perdón de las injurias, ratificando así su testimonio y su semejanza con el Salvador. Ensalza a San Esteban, que fué el primero en dar el ejemplo en la nueva ley.

ORACION

Suplicámoste, Señor, nos concedas la gracia de imitar lo que veneramos, para que aprendamos a amar a nuestros enemigos; pues celebramos el natalicio de

---

lar, y Roma contó, en la Edad Media, hasta treinta y cinco iglesias que le estaban dedicadas. En este día, el Papa acudía a la Basílica con los Cardenales de su corte y celebraba él mismo la Misa estacional.

aquel que supo rogar por sus mismos perseguidores a tu Hijo Nuestro Señor Jesucristo. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (Cap. VI y VII.)

En aquellos días, Esteban, lleno de gracia y fortaleza, hacía prodigios y grandes milagros en el pueblo. Levantáronse entonces unos de la Sinagoga, llamada de los Libertinos, y Cirineos, y Alejandrinos y de los de Cilicia y de Asia, disputando con Esteban: y no podían resistir la sabiduría y el Espíritu con que hablaba. Y, oyendo estas cosas, se secaban de rabia en su interior, y rechinaban los dientes contra él. Mas él, estando lleno del Espíritu Santo, mirando al cielo, vió la gloria de Dios, y a Jesús que estaba a la diestra de Dios. Y dijo: He aquí que veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios. Entonces ellos, dando grandes gritos, se taparon los oídos y se lanzaron a una contra él. Y, arrojándole fuera de la ciudad, le apedrearon: y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo. Y apedrearon a Esteban, que oraba y decía: Señor, Jesús, recibe mi espíritu. Y, puesto de rodillas, clamó con grande voz: Señor, no les imputes este pecado. Y habiendo dicho esto, se durmió en el Señor.

De esta manera, oh glorioso Príncipe de los Mártires, fuistes llevado fuera de las puertas de la ciudad para ser sacrificado, y muerto con el suplicio de los blasfemos. El discípulo debía ser semejante en todo a su Maestro. Pero ni la ignominia de esta muerte, ni la crueldad del suplicio amilanaron tu esforzado espíritu: lleva-

bas a Cristo en tu corazón, y con él eras más fuerte que todos tus enemigos. Mas, ¿cuál fué tu gozo, cuando se abrieron los cielos sobre tu cabeza y apareció en su carne glorificada ese Dios Salvador, de pie y a la diestra de Dios, cuando se encontraron tus miradas con las del divino Emmanuel? Esa mirada de un Dios a su criatura que se dispone a sufrir por El, y de la criatura a Dios por quien se inmola, te puso en arrobamiento. En vano llovían las duras piedras sobre tu inocente cabeza: nada era capaz de distraerte de la vista de aquel Rey eterno que por ti se levantaba de su trono y venía a colocarte la *Corona* que te había tejido desde toda la eternidad y que ahora conquistabas. Ruega, en la gloria donde hoy reinas, para que también nosotros seamos fieles, y fieles hasta la muerte, a ese Cristo que no sólo se ha levantado, sino que ha descendido hasta nosotros en la figura de niño.

GRADUAL

Sentáronse los príncipes y hablaron contra mí: y los malvados me persiguieron. — ℣. Ayúdame, Señor Dios mío: sálvame por tu misericordia.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Veo los cielos abiertos, y a Jesús, que está a la diestra del poder de Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XXIII, 34-39.)

En aquel tiempo decía Jesús a los Escribas y Fariseos: He aquí que yo envío a vosotros profetas y sabios y escribas; y de ellos, a unos los mataréis y crucificaréis, y a otros los azotaréis en vuestras sinagogas, y los perseguiréis de ciudad en ciudad: para que venga sobre vosotros toda la sangre justa, que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, a quien matasteis entre el templo y el altar. En verdad os digo: Todo esto vendrá sobre esta generación. Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas, y apedreas a los que te son enviados: ¿cuántas veces he querido congregar a tus hijos, como la gallina reúne a sus polluelos bajo sus alas, y tú no has querido? He aquí que vuestra casa se os quedará desierta. Porque os digo que, desde ahora, ya no me veréis más hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor.

Los Mártires continúan en el mundo el ministerio de Cristo, dando testimonio de su doctrina y sellándola con su sangre. El mundo no los ha reconocido; han brillado en las tinieblas como su Maestro, y las tinieblas no los han comprendido. Con todo, muchos han aceptado su testimonio y gracias a esta fecunda semilla han germinado para la fe. La Sinagoga fué rechazada por haber derramado la sangre de Esteban después de la de Cristo; ¡desgraciado, pues, quien no reconozca el mérito de los Mártires!

Recojamos, nosotros las grandes lecciones que nos da su sacrificio, y demostremos con nuestra devoción hacia ellos la gratitud que les debemos por la sublime misión que han desempeñado y siguen desempeñando en la Iglesia. La Iglesia, efectivamente, no está nunca sin Mártires, como no está nunca sin milagros; es el doble testimonio que dará hasta el fin de los siglos, por cuyo medio manifiesta la vida divina que su fundador la ha comunicado.

Durante el Ofertorio, la Santa Iglesia recuerda los méritos y la sublime muerte de Esteban, para manifestar que el sacrificio del santo Diácono se une al del mismo Jesucristo.

OFERTORIO

Eligieron los Apóstoles al Levita Esteban, lleno de fe y del Espíritu Santo: al que apedrearon los judíos mientras oraba y decía: Señor, Jesús, recibe mi espíritu, aleluya.

SECRETA

Recibe, Señor, estos dones en memoria de tus Santos: para que, así como el martirio los hizo a ellos gloriosos, así la piedad nos haga puros a nosotros. Por el Señor.

Unida a su divino Esposo por la santa Comunión, la Iglesia ve también los cielos abiertos y a Jesús de pie a la diestra de Dios. Transmítele al Verbo encarnado todos sus sentimientos amorosos, y de este celestial alimento saca esa man-

sedumbre que le ayuda a soportar las injurias de sus enemigos, para ganarlos a todos a la fe y al amor de Jesucristo. También Esteban se había alimentado con este manjar divino, para lograr la fortaleza sobrehumana que le mereció la victoria y la corona.

COMUNION

Veo los cielos abiertos, y a Jesús, que está a la diestra del poder de Dios: Señor Jesús, recibe mi espíritu, y no les imputes este pecado.

POSCOMUNION

Ayúdennos, Señor, los misterios recibidos: y, por intercesión de tu bienaventurado mártir Esteban, haz que nos defiendan con eterna protección. Por el Señor.

¡Oh primicia y Capitán de los Mártires! nos unimos a las alabanzas que te han tributado todos los siglos cristianos. Te felicitamos por haber sido elegido por la Santa Iglesia, para estar en un puesto de honor junto a la cuna del soberano Señor de todo lo criado. ¡Cuán gloriosa aparece tu confesión en medio de los mortíferos guijarros que destrozaron tus miembros valerosos! ¡Qué deslumbrante la púrpura que te envuelve como a un héroe! ¡Qué resplandecientes las cicatrices de esas heridas que recibiste por Cristo! ¡Cuán numeroso y brillante el ejército de los Mártires que te sigue como a su Capitán y que continúa engrosando hasta la consumación de los siglos!

En estos días del Nacimiento de nuestro común Salvador, te suplicamos, oh Esteban, nos introduzcas en las profundidades de los misterios del Verbo encarnado. A ti te corresponde, como fiel guardián de su Pesebre, presentarnos al Niño celestial que allí descansa. Tú diste testimonio de su divinidad y de su humanidad; confesaste al Hombre Dios en medio de los gritos furiosos de la Sinagoga. En vano los Judíos se taparon los oídos; tuvieron que oír tu potente voz denunciándoles el deicidio que habían cometido entregando a la muerte al que es al mismo tiempo Hijo de Dios e Hijo de María. Muéstranos también a nosotros al Redentor del mundo, pero no como triunfador a la diestra del Padre, sino dulce y humilde, como en las primeras horas de su aparición, envuelto en pañales y recostado en el pesebre. También nosotros queremos ser sus testigos, queremos anunciar su Nacimiento lleno de amor y misericordia y hacer ver con nuestras obras que también en nuestros corazones ha nacido. Obtén para nosotros esa devoción al Niño divino, que a ti te hizo fuerte en el día de la prueba. La tendremos si somos sencillos y valientes como tú lo fuiste, y si amamos de corazón a ese Niño; pues el amor es más fuerte que la muerte. Haz que no olvidemos nunca que todo cristiano debe estar dispuesto al martirio por el solo hecho de ser cristiano. Haz que la vida de Cristo iniciada en nos-

otros se vea desarrollada por nuestra fidelidad y nuestras obras de manera, que lleguemos, como dice el Apóstol, a la *plenitud de Cristo. (Ef.*, IV, 13.)

Mas, acuérdate, oh glorioso Mártir, acuérdate de la Santa Iglesia en esas regiones en que los decretos divinos exigen que resista hasta la sangre. Logra que el número de tus hermanos se complete con todos los que se ven expuestos a la prueba, para que ni uno sólo desfallezca en el combate; que no aflojen ni la edad ni el sexo, para que el testimonio sea completo, y para que la Iglesia recoja también en su vejez, las palmas y coronas inmortales que honraron aquellos primeros años de que tú fuiste ornato Ruega, pues, oh Esteban, para que sea fecunda la sangre de los Mártires como en los antiguos tiempos; para que la tierra desagradecida no la sofoque sino que la haga producir buenas cosechas. Reduce cada día más las fronteras de la infidelidad; haz que se extinga la herejía y cese ya de devorar, como una lepra, los miembros de la Iglesia cuyo vigor sería la gloria y el consuelo de la misma. Conceda el Señor, por tu intercesión, a nuestros últimos Mártires, la realización de las esperanzas que hicieron vibrar su corazón, cuando ofrecían su cabeza a la espada del verdugo o entregaban su alma en medio de los tormentos.

* * *

No hemos de terminar el segundo día de la Octava de Navidad sin detenernos junto a la cuna del Emmanuel para contemplar al Hijo divino de María. Han pasado ya dos días desde que su Madre le acostó en el humilde pesebre; estos dos días significan más para la salvación del mundo que los miles de años que precedieron al nacimiento de este Niño. La obra de nuestra Redención sigue adelante, y los vagidos del recién nacido y sus lloros comienzan a expiar nuestros pecados. Consideremos pues hoy, en esta fiesta del primero de los Mártires, las lágrimas que humedecen las mejillas infantiles de Jesús y que son los primeros indicios de "sus dolores". "Llora este Niño, dice San Bernardo; pero no como los demás niños, ni por la misma razón. Los hijos de los hombres lloran de necesidad y flaqueza; Jesús llora de compasión y por amor nuestro." Recojamos con cariño las lágrimas de un Dios que se ha hecho hermano nuestro, y que sólo por nuestros males llora. Aprendamos a lamentar el mal del pecado, que viene a nublar, con los sufrimientos anticipados del tierno Niño que el cielo nos envía, el dulce gozo que nos había causado su venida.

También María contempla esas lágrimas, y su corazón se estremece. Presiente ya que ha traído al mundo un varón de dolores; pronto lo habrá de saber más claramente. Unámonos a ella, consolando al recién nacido con el amor

de nuestros corazones. Es el único galardón que ha venido a buscar a través de tantas humillaciones; por ese amor ha bajado del cielo y ha realizado todos los prodigios que nos rodean. Amémosle con toda nuestra alma, y supliquemos a María le haga aceptar el don de nuestro corazón. El Salmista dijo en su cántico: *El Señor es grande y digno de todo loor;* añadamos con San Bernardo: *¡El Señor es pequeño, y digno de todo amor!*

El piadoso al par que elocuente Padre Faber, que fué también un gran poeta, ha cantado en el más gracioso villancico el misterio del Niño Jesús bajo el aspecto que ahora lo estamos contemplando. "¡Niño pequeñito, exclama, cuán dulce eres! ¡Cómo brillan tus ojos! Parece que hablan cuando la mirada de María se encuentra con la tuya. — ¡Cuán débiles son tus vagidos! Semejantes al gemido de la inocente paloma, son tus quejas de sufrimiento y amor. — Cuando María te dice que duermas, duermes; cuando te llama, te despiertas; alegre en sus rodillas y contento también en el rústico pesebre. — ¡Oh el más sencillo de los niños! ¡con qué gracia obedeces a la voluntad de tu madre! Tus gestos infantiles delatan la ciencia de un Dios oculto. Cuando José te toma en sus brazos y acaricia tus mejillas, tú le miras a los ojos con inocencia y dulzura. — Sí, eres efectivamente, lo que aparentas ser; una criaturita sonriente

y llorosa; a pesar de eso eres Dios, y el cielo y la tierra te adoran temblando. — Sí, querido Niño, tus manecitas, que juegan con el cabello de María, sostienen al mismo tiempo el peso del universo. — Mientras aprietas con tierno y tímido abrazo el cuello de María, los más elevados Serafines velan su rostro ante el tuyo, ¡oh divino Niño! — Cuando María ha calmado tu sed y acallado tus débiles gemidos, aún quedan los corazones de los hombres abiertos a tus ojos dormidos. Débil Niño ¿es que eres tú mi Dios? Oh, entonces yo debo amarte; sí, debo amarte y aspirar a propagar tu amor entre los olvidadizos mortales. Duerme, dulce Niño, con el corazón alerta; duerme, Jesús amado: algún día habrás de velar por mí para sufrir y llorar. — Azotes, una cruz, una cruel corona, eso es lo que guardo para ti. Y esto no obstante, oh Señor, una lagrimita tuya sería suficiente para el rescate. — Mas no; tu corazón ha escogido la muerte; ése es el precio decretado allá arriba. Quieres hacer algo más que salvar nuestras almas; quieres morir por amor.

27 DE DICIEMBRE

SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA

EL APÓSTOL VIRGEN. — Después de Esteban el primero de los Mártires, el más próximo junto

al pesebre del Señor es Juan, el Apóstol y Evangelista. Era justo que fuese reservado el primer puesto al que amó al Emmanuel hasta el punto de derramar su sangre en su servicio, porque, como dice el mismo Salvador, *no hay mayor caridad que la de dar su vida por aquellos a quienes se ama (S. Juan,* XV, 13); la Iglesia ha considerado siempre el martirio como la última prueba del amor, que tiene incluso virtud para perdonar los pecados como un segundo bautismo. Pero, después del sacrificio sangriento, el más noble y valeroso, el que mejor conquista el corazón del Esposo de las almas, es el sacrificio de la virginidad. Ahora bien, así como San Esteban es reconocido como prototipo de los Mártires, San Juan aparece ante nosotros como el Príncipe de los Vírgenes. El martirio le valió a San Esteban la palma y la corona: la virginidad mereció a Juan sublimes privilegios que, al mismo tiempo que prueban el valor de la castidad, colocan a este Discípulo entre los miembros más destacados de la humanidad. Juan tuvo la honra de nacer de la estirpe de David, en la misma familia de la purísima María; fué por lo mismo, pariente de Nuestro Señor según la carne. Compartió ese honor con su hermano Santiago el Mayor, hijo como él del Zebedeo y con Santiago el Menor y San Judas hijos de Alfeo; Juan siguió a Cristo en la flor de la juventud sin volver la vista atrás; fué objeto de

una ternura particular por parte del corazón de Jesús, y en tanto que los demás fueron simplemente Discípulos y Apóstoles, él fué el Amigo del Hijo de Dios. El sacrificio de la virginidad que Juan ofreció al Hombre-Dios fué según lo proclama la Iglesia, el motivo por el que el Hijo de Dios le amó singularmente. Convienes pues, destacar aquí en el día de su fiesta, las gracias y privilegios que se derivaron para él de esta celestial predilección.

El Discípulo amado. — Sólo ésta palabra del santo Evangelio: *El Discípulo a quien Jesús amaba,* dice más en su admirable concisión, que todos los comentarios. Sin duda, Pedro fué elegido para ser Jefe de los demás Apóstoles y fundamento de la Iglesia; fué más honrado; pero Juan fué más amado. A Pedro se le mandó que amase más que los demás; por tres veces pudo responder a Cristo que así lo hacía; pero Juan fué más amado por Cristo que el mismo Pedro, porque convenía honrar la virginidad.

La castidad de los sentidos y del corazón tiene la virtud de acercar a Dios a quien la guarda, y la de atraer a Dios hacia nosotros; por eso, en el solemne momento de la última Cena, de aquella fecunda Cena que se iba a renovar en el altar hasta el fin de los siglos para reanimar la vida en las almas y curar sus heridas, Juan se colocó junto a Jesús, y no sólo disfrutó

de este honor insigne, sino que, en las últimas expansiones del amor del Redentor, este hijo de su ternura mereció apoyar su cabeza sobre el pecho del Hombre-Dios. Entonces bebió la luz y el amor en su fuente divina, y este favor que era ya una recompensa, fué también el origen de dos particulares gracias que recomiendan de un modo especial a San Juan a la veneración de toda la Iglesia.

El doctor. — Efectivamente, queriendo la divina Sabiduría revelar el misterio del Verbo y confiar a la palabra escrita secretos que hasta entonces ninguna pluma humana había sido llamada a publicar, fué Juan escogido para ésta gran obra. Pedro había muerto en la Cruz, Pablo había entregado su cerviz a la espada, los demás Apóstoles habían sellado sucesivamente su doctrina con su sangre; sólo San Juan quedaba en pie, en medio de la Iglesia; y la herejía, renegando de las enseñanzas apostólicas, trataba ya de destruir al Verbo divino, no queriendo reconocerle como Hijo de Dios, consubstancial al Padre. Las Iglesias invitaron a hablar a Juan; y él lo hizo con lenguaje celestial. Su divino Maestro había reservado para él, limpio de toda impureza, la gloria de escribir de su puño mortal los misterios que sus hermanos sólo tenían misión de enseñar: El Verbo, Dios eterno, y el mismo Verbo hecho carne por la

salvación del hombre. De ahí se elevó como el Aguila hasta el Sol divino; le contempló sin deslumbrarse, porque la pureza de su alma y de sus sentidos le habían hecho digno de ponerse en contacto con la Luz increada. Si Moisés, después de haber hablado con el Señor en la nube, se retiró del divino coloquio con la frente radiante de maravillosos destellos, ¡cuánto más refulgente debía de ser el venerable rostro de Juan, que se había apoyado en el mismo Corazón de Jesús, *donde,* como dice el Apóstol, *¡se ocultan todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia!*[1] ¡qué luminosos sus escritos! ¡qué divina su enseñanza! A él le ha aplicado la Iglesia ese símbolo sublime del Aguila mostrada por Ecequiel, símbolo confirmado por el mismo San Juan en su Revelación, al que se añade el de *Teólogo* que le ha dado toda la tradición.

El Apóstol del amor. — Como la castidad, apartando al hombre de los afectos groseros y egoístas le eleva a un amor más puro y generoso, el Salvador concedió a su discípulo amado, además de esa primera recompensa que consiste en la penetración de los misterios, una efusión de amor extraordinaria. Juan había guardado en su corazón los discursos de Jesús: de ellos hizo partícipe a la Iglesia, y sobre todo le reveló el Sermón divino de la Cena, en el que

[1] *Col.,* II, 3.

se expansiona el alma del Redentor, que, *habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin* [1] Escribió Epístolas para decir a los hombres que *Dios es amor* [2]; *que el que no ama no conoce a Dios* [3]; que, *la caridad aleja el temor* [4]. Hasta el fin de su vida, hasta en los días de su extrema vejez, no dejó de inculcar el amor que los hombres se deben unos a otros, siguiendo el ejemplo de Dios, que los ha amado; y así como había anunciado de una manera más clara que los demás la divinidad y los esplendores del Verbo, así también se mostró un particular Apóstol del infinito Amor que el Emmanuel vino a encender en la tierra.

El hijo de María. — Pero el Señor le reservaba todavía un don verdaderamente digno del Discípulo virgen y predilecto. Al morir en la Cruz, Jesús dejaba en la tierra a María; José había entregado su alma al Señor hacía ya muchos años. ¿Quién, pues, velaría por tan sagrado tesoro? ¿quién sería digno de recibirle? ¿Enviaría Jesús a sus Angeles para proteger y consolar a su Madre, no mereciendo nadie en la tierra semejante honor? Desde lo alto de la cruz, Jesús ve al discípulo virgen: todo está determinado. Juan será un hijo para María, María será

[1] *S. Juan;* XIII, 1.
[2] *I S. Juan,* IV, 16.
[3] *Ibíd.,* 7.
[4] *Ibíd.,* 18.

una Madre para Juan; la castidad del discípulo le ha hecho digno de recibir tan glorioso legado.

Así, siguiendo la bella observación de San Pedro Damiano, a Pedro se le confía la guarda de la Iglesia, Madre de los hombres; mas a Juan le será confiada María, la Madre de Dios. El la guardará como bien propio, a su lado hará las veces de su divino Amigo; la amará como a su propia madre; y será amado por ella como un hijo.

La gloria de San Juan. — Rodeado de tanta luz, inflamado con tanto amor; ¿nos extrañaremos que Juan haya llegado a ser el ornato de la tierra y la gloria de la Iglesia? Contad si podéis sus títulos; enumerad sus cualidades. Consanguíneo de Cristo por María, Apóstol, Virgen, Amigo del Esposo; Aguila divina, Teólogo sagrado, Doctor de la Caridad, Hijo de María; es además Evangelista, por el relato que nos ha dejado de la vida de su Maestro y Amigo. Escritor sagrado, por sus tres Epístolas inspiradas por el Espíritu Santo; Profeta, por su misterioso Apocalipsis, que encierra los secretos del tiempo y de la eternidad. ¿Qué es lo que le ha faltado? ¿la palma del martirio? No se podría afirmar, porque aunque no consumó su sacrificio, llegó a beber, con todo, el cáliz de su Maestro, cuando después de una cruel flagelación fué sumergido en una olla de aceite hirviendo, en Roma, en el año 95 ante la Puerta Latina. Fué, pues, tam-

bién mártir con el deseo y en la intención, si no efectivamente; y si el Señor, que quería conservarle en su Iglesia como un monumento de su aprecio a la castidad y de los honores que a esta virtud reserva, si el Señor suspendió milagrosamente el efecto de tan atroz suplicio, el corazón de Juan había ya aceptado el martirio con todas sus consecuencias [1].

Este es el compañero de Esteban junto a la cuna en que honramos al divino Infante. Si el Protomártir brilla por la púrpura de su sangre, la blancura virginal del hijo adoptivo de María ¿no es más deslumbradora que la de la misma nieve? ¿Los lirios de Juan no pueden mezclar sus inocentes destellos con el rojizo esplendor de las rosas de la corona de Esteban? Ensalcemos, pues, al Rey recién nacido, cuya corte brilla con tan alegres y puros colores. Ese celeste cortejo se ha formado a nuestra propia vista. Hemos contemplado primeramente a María y a José solos en el establo junto al pesebre; apareció luego el ejército de los Angeles con sus melodiosas legiones; en seguida llegaron los pastores de corazón sencillo y humilde; después, Esteban el Coronado, Juan el Discípulo predilecto; en espera de los Magos, van a venir otros todavía a aumentar el esplendor de la fiesta y a alegrar más y más nuestros corazones. ¿Qué Nacimiento

[1] Murió probablemente en Efeso, en el reinado de Trajano (98-117.)

el de nuestro Dios? Por humilde que parezca ¡qué divino! ¡Qué rey de la tierra! ¿Qué Emperador recibió nunca junto a su espléndida cuna honores semejantes a los de este Niño de Belén? Unamos nuestros homenajes a los que recibe de todos esos bienaventurados miembros de su corte; y, si ayer reavivamos nuestra fe ante la vista de la palma sangrienta de Esteban, despertemos hoy en nosotros el amor de la castidad, con el perfume de los celestiales aromas que emanan de las flores de la virginal guirnalda del Amigo de Cristo.

MISA [1]

La Santa Iglesia comienza los cantos del santo Sacrificio con unas palabras del libro del Eclesiástico aplicadas a San Juan. El Señor colocó a su discípulo amado en la cátedra de su Iglesia, para que publicara sus misterios. En sus sublimes coloquios le colmó de infinita sabiduría y le vistió de una blanca y deslumbrante vestidura, para honrar su virginidad.

---

[1] El sacramentario leoniano trae dos misas en la fiesta de San Juan. La una se celebraba sin duda en Letrán, donde había un oratorio dedicado al Apóstol; la otra en Santa María la Mayor, quizá a causa de los mosaicos de Sixto III que conmemoran el Concilio de Efeso, celebrado junto a la tumba de San Juan. Hoy día se celebra la Estación en esta última basílica, que es el santuario más insigne levantado en honor de la Madre de Dios.

INTROITO

En medio de la Iglesia abrió su boca; y el Señor le llenó del espíritu de sabiduría y de inteligencia: le vistió una túnica de gloria. *Salmo:* Es bueno alabar al Señor, y salmodiar a tu nombre, oh Altísimo. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide el don de la Luz, o sea, el Verbo divino, don de que fué distribuidor San Juan en sus divinos escritos. Aspira a gozar por siempre de la posesión de ese Emmanuel que vino a la tierra para iluminarla, y que reveló a su discípulo los secretos celestiales.

ORACION

Ilustra, Señor, benigno a tu Iglesia: para que, iluminada con las doctrinas de tu bienaventurado Apóstol y Evangelista Juan, alcance los dones sempiternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría. (Ecles., XV, 1-6.)

El que teme a Dios hará el bien; y el que está firme en la justicia, alcanzará la sabiduría, y ella saldrá a su encuentro, como una madre honrada. Le alimentará con pan de vida y de inteligencia, y le abrevará con el agua de la saludable sabiduría: y se afirmará en él, y no se doblegará: y le sostendrá y no será confundido: y le exaltará ante sus prójimos, y le abrirá la boca en medio de la asamblea, y le llenará del espíritu de sabiduría y de inteligencia y le vestirá una túnica de gloria. Atesorará sobre él jocundidad y exultación, y el Señor nuestro Dios le dará en herencia un nombre eterno.

Esta suprema Sabiduría es el Verbo divino que apareció delante de San Juan, llamándole al Apostolado. Ese Pan de vida con que le alimentó es el Pan inmortal de la última Cena; ese agua de saludable doctrina es la que el Salvador prometía a la Samaritana y con la que se pudo saciar Juan en su misma fuente, cuando le fué dado descansar sobre el Corazón de Cristo. Esa fortaleza inquebrantable es la que le mantuvo en la guarda vigilante y valerosa de la castidad y en la confesión del Hijo de Dios antes los esbirros de Domiciano. El tesoro que para él recogió la divina Sabiduría, es todo ese conjunto de gloriosos privilegios que hemos señalado. Por fin, ese nombre eterno es el de *Discípulo amado.*

GRADUAL

Corrió entre los discípulos la voz de que aquel discípulo no moriría; pero no dijo Jesús: No morirá: — ℣. Sino: Quiero que permanezca así, hasta que yo venga: tú sígueme.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas: y sabemos que su testimonio es verdadero. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XXI, 19-24.)

En aquel tiempo dijo Jesús a Pedro: Sígueme. Y, volviéndose Pedro, vió venir detrás a aquel discípulo a quien amaba Jesús, el que en la cena descansó so-

bre su pecho y le preguntó: Señor ¿quién es el que te entregará? Al ver pues, a éste Pedro, le dijo a Jesús: Señor, ¿qué será de éste? Díjole Jesús: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa? Tú sígueme. Corrió, pues, entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría. Y no dijo Jesús: No morirá: sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga: ¿qué te importa? Este es aquel discípulo que da testimonio de estas cosas: y las ha escrito y sabemos que su testimonio es verdadero.

Este trozo del Evangelio ha fatigado mucho a los Padres y conmentadores. Se ha creído ver en él la confirmación del parecer de los que opinaron que San Juan fué eximido de la muerte corporal, y que espera todavía en carne mortal la venida del Juez de vivos y muertos. Mas, no es necesario ver en él, con la mayor parte de los santos Doctores, sino la diferencia de las dos vocaciones de San Pedro y de San Juan. El primero seguirá a su Maestro, muriendo como El en la cruz; el segundo deberá aguardar; alcanzará una dichosa ancianidad; y verá llegar hasta él a su Maestro, que le sacará de este mundo con una muerte tranquila.

En el Ofertorio, la Iglesia recuerda las palmas floridas del discípulo amado; nos muestra a su alrededor las generaciones de fieles que llevó a la luz de la verdad, las Iglesias que fundó y que se multiplicaban en torno suyo como los jóvenes cedros a la sombra de sus majestuosos antepasados que se yerguen en el Líbano.

OFERTORIO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro que hay en el Líbano.

SECRETA

Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos en la solemnidad de aquel con cuyo patrocinio esperamos ser libertados. Por el Señor.

Las misteriosas palabras que hemos leído en el Evangelio hace unos momentos, vuelven ahora en el instante en que el sacerdote y el pueblo comulgan con la Víctima de la salvación, como una garantía de que quien come este Pan, aunque muera en el cuerpo, seguirá viviendo en espera de la venida del juez y remunerador supremo.

COMUNION

Corrió entre los hermanos la voz de que aquel discípulo no moriría: y no dijo Jesús: No morirá: sino: Quiero que permanezca así hasta que yo venga.

POSCOMUNION

Alimentados con manjar y bebida celestiales, suplicámoste. Señor, humildemente, seamos protegidos con la intercesión de aquel en cuya conmemoración los hemos recibido. Por el Señor.

¡Oh Discípulo amado del Niño que nos ha nacido! ¡cuán grande es tu felicidad! ¡qué admirable el galardón de tu amor y de tu virginidad! En ti se ha realizado la palabra del Maestro: *Fe-*

lices los limpios de corazón porque ellos verán a Dios. No sólo has visto a este Dios-Hombre, sino que has sido su Amigo y has descansado en su corazón. Juan Bautista tiembla al extender su mano para bautizarle en el Jordán; Magdalena, asegurada por El mismo de un perdón inmenso como su amor, no se atreve a levantar su cabeza y se arroja a sus pies; Tomás espera su mandato para introducir su dedo en las cicatrices de sus llagas: y tú, en presencia de todo el Colegio Apostólico, tomas el sitio de honor a su lado y apoyas tu mortal cabeza sobre su pecho. Y no sólo gozas de la vista y posesión del Hijo de Dios en la carne, sino que, gracias a la pureza de tu corazón vuelas con la agilidad del águila y fijas tu mirada en el Sol de Justicia, en el seno mismo de esa Luz inaccesible, donde habita eternamente con el Padre y el Espíritu Santo.

Ese es el precio de la fidelidad que le demostraste al conservar para él, libre de toda mancha, el precioso tesoro de la castidad. ¡Acuérdate de nosotros tú que eres el favorito del gran Rey! Hoy confesamos la divinidad de este Verbo inmortal, que tú nos has dado a conocer; pero quisiéramos acercarnos a El en estos días en que se muestra tan accesible, tan humilde, tan amoroso, bajo la capa de la infancia y la pobreza. ¡Ay! nuestros pecados nos contienen; nuestro corazón no es puro como el tuyo; necesitamos un

protector que nos presente ante el *pesebre de nuestro Señor. (Is.,* I, 3.)

En ti confiamos, oh predilecto del Emmanuel, para gozar de esta dicha. Tú nos descorriste el velo de la divinidad del Verbo en el seno mismo del Padre; llévanos a la presencia del Verbo hecho carne. Haz que por tu medio podamos entrar en el establo, detenernos junto al pesebre, ver con nuestros ojos y tocar con nuestras manos al dulce fruto de la vida eterna. Haz que podamos contemplar los rasgos tan encantadores de Aquel que es nuestro Salvador y Amigo tuyo, y oír los latidos de ese corazón que te amó y nos ama; de ese corazón, que ante tus propios ojos fué abierto en la Cruz por el hierro de la lanza. Haz que permanezcamos junto a esta cuna, que participemos de los dones de este celestial Niño y que imitemos como tú su sencillez.

Finalmente tú, que eres el hijo y guardián de María, preséntanos a tu Madre, que lo es también nuestra. Dígnese ella, por tus ruegos, comunicarnos algo de esa ternura con la que vela junto a la cuna de su divino Hijo; vea en nosotros a los hermanos de ese Jesús que llevó en su seno, y asócienos al maternal afecto que para ti sintió ¡oh feliz tesorero de los secretos y de los cariños del Hombre-Dios!

También te recomendamos, oh santo Apóstol, a la Iglesia de Dios. Tú la plantaste, la regaste, la embalsamaste con el suave aroma de tus vir-

tudes, y la iluminaste con tu divina doctrina; logra ahora que todas estas gracias, que por ti nos han venido, fructifiquen hasta el último día; que brille la fe con un nuevo esplendor, que se avive en los corazones el amor de Cristo, que se purifiquen y florezcan las costumbres cristianas y que el Salvador de los hombres, al decirnos por las palabras de tu Evangelio: *Ya no sois mis siervos, sino mis amigos;* oiga salir de nuestros labios y de nuestros corazones una respuesta de amor y de entusiasmo, que le dé la seguridad de que le seguiremos por todas partes como tú le seguiste.

* * *

Consideremos el sueño del Niño Jesús en este tercer día de su Nacimiento. Admiremos al Dios de bondad bajado del cielo para invitar a todos los hombres a buscar entre sus brazos el descanso de sus almas; al Dios, que se somete a tomar descanso en su morada terrestre, santificando con su divino sueño esa necesidad que la naturaleza nos impone. Acabamos de contemplar con placer cómo ofrece en su pecho un lugar de descanso a S. Juan; y a todas las almas que quieran imitarle en su amor y en su pureza; ahora le contemplamos a él mismo dulcemente dormido en su humilde cunita o en el regazo de su Madre.

San Alfonso M.ª de Ligorio, en uno de sus deliciosos cánticos, describe de la siguiente manera el sueño del divino Niño y la ternura de la

Virgen Madre: "Los cielos suspendieron su dulce armonía cuando María cantaba para dormir a Jesús. — Con su voz divina, la Virgen pura, brillante como una estrella, decía así: — Hijo mío, Dios mío y mi tesoro, tú duermes y yo muero de amor por tu belleza. En tu sueño, oh bien mío, no miras a tu Madre; mas el aire que respiras es fuego para mí; tus ojos cerrados me penetran con sus rayos; ¿qué será de mí cuando los abras? — Tus mejillas de rosa me roban el corazón ¡Oh Dios, mi alma desfallece por ti! — Tus labios encantadores me piden un beso; perdona, querido, no tengo ya más. — Se calla y, apretando al Niño contra su regazo, deposita un beso en su rostro divino. — Pero el Niño adorado se despierta y con sus bellos ojos amorosos mira a su Madre—. ¡Oh Dios! ¡qué dardo de amor para la Madre esos ojos, esas miradas que traspasan su corazón! — Y tú, alma mía, tan dura ¿no te derrites a tu vez al ver a María desfallecer de ternura ante su Jesús? — Divinas beldades, tarde os he amado, mas en adelante sólo para vosotras serán las llamas de mi corazón. — El Hijo y la Madre, la Madre con el Hijo, la rosa con el lirio, se llevarán para siempre todos mis amores."

Honremos, pues, el sueño del Niño Jesús; adoremos al recién nacido en ese su voluntario reposo, y pensemos en los trabajos que le aguardan al despertar. Este Niño crecerá, se hará hom-

bre e irá, a través de toda clase de fatigas, en busca de nuestras almas, pobres ovejas perdidas. No turbemos, pues, su sueño, en estas primeras horas de su vida mortal; no inquietemos su corazón con el pensamiento de nuestros pecados, y dejemos que goce María en paz de la dicha de contemplar el descanso de ese Niño, que más tarde le causará tantas lágrimas. Día vendrá y muy pronto, en que diga: "Las raposas tienen sus guaridas, las aves del cielo sus nidos; mas el Hijo del hombre no tiene dónde reposar su cabeza."

Pedro de Celles dice admirablemente en su sermón cuarto sobre el Nacimiento del Salvador: "Cristo tuvo tres lugares en donde reposar su cabeza. Primero el seno de su eterno Padre. Dice El: *Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí.* ¿Hay algún descanso más deleitoso que esta complacencia del Padre en el Hijo y del Hijo en el Padre? Unidos en mutuo e inefable amor son felices. Pero sin dejar este lugar de descanso eterno, el Hijo de Dios buscó otro en el seno de la Virgen. La cubrió con la sombra del Espíritu Santo y descansó en ella largamente mientras se formaba su cuerpo humano. La Virgen purísima no turbó el sueño de su Hijo; supo mantener en un silencio digno del cielo todas las potencias de su alma, y extasiada en sí misma, descubrió misterios que no es dado al hombre repetir. El tercer lugar del descanso de Cristo está en el

hombre, en un corazón purificado por la fe, dilatado por la caridad, elevado por la contemplación y renovado por el Espíritu Santo. Un corazón semejante ofrecerá a Cristo, no una morada terrestre, sino una habitación completamente celestial, en la que el Niño que nos ha nacido no rehusará tomar su descanso.

28 DE DICIEMBRE

LOS SANTOS INOCENTES

Después de la festividad del Discípulo amado viene la de los santos Inocentes: la cuna del Emmanuel, junto a la que hemos venerado al Príncipe de los Mártires y al Aguila de Patmos, aparece hoy ante nuestra vista, rodeada de una graciosa cohorte de niñitos vestidos de túnicas blancas como la nieve y con verdes palmas en sus manos. El Niño divino les sonríe; es su Rey, y toda esa pequeña corte sonríe también a la Iglesia de Dios. La fortaleza y la fidelidad nos han llevado ya ante el Redentor; la inocencia nos invita hoy a quedarnos junto al pesebre.

Herodes quiso envolver al Hijo de Dios en una matanza de niños; Belén oyó los lamentos de las madres; la sangre de los recién nacidos inundó la región entera; pero todos estos conatos de la tiranía no lograron afectar al Emmanuel; sólo

consiguieron enviar al ejército celeste una nueva leva de Mártires[1]. Estos niños tuvieron el insigne honor de ser inmolados por el Salvador del mundo; pero, momentos después de su sacrificio, les fueron reveladas repentinamente alegrías próximas y futuras muy superiores a las de un mundo que pasaron sin conocerle, Dios, copioso en misericordia, no exigió de ellos más que el sufrimiento de algunos minutos; y se despertaron en el seno de Abrahán libres y exentos de toda otra prueba, puros de toda mancha mundana, llamados al triunfo como el guerrero que da su vida para salvar la de su jefe.

Su muerte es, pues, un verdadero Martirio, y por eso la Iglesia los honra con el bello título de *Flores de los Mártires,* a causa de su tierna edad y de su inocencia. Tienen, por tanto, derecho a figurar hoy en el ciclo, a continuación de los dos esforzados campeones de Cristo que ya hemos celebrado. San Bernardo, en su sermón sobre esta fiesta, explica admirablemente la conexión de estas tres solemnidades: "En el bienaventurado Esteban, dice, tenemos reacción y la voluntad del martirio; en San Juan, solamente la voluntad, y en los santo Inocentes sólo el hecho del martirio. Pero ¿quién dudará de la corona alcanzada por estos niños? Preguntaréis

[1] Se calcula en unos veinte el número de víctimas. (*P. Lagrange, Ev. de S. Mateo,* p. 33.)

¿dónde están los méritos para esta corona? Preguntad más bien a Herodes qué crimen cometieron para ser así asesinados. ¿Habrá de vencer la crueldad de Herodes a la bondad de Cristo? Ese rey impío pudo matar a estos inocentes niños; ¿y Cristo no habría de poder coronar a los que sólo por su causa murieron?

Esteban fué, Mártir a los ojos de los hombres que fueron testigos de su Pasión voluntariamente padecida, hasta el punto de rogar por sus mismos enemigos, mostrándose más sensible al crimen de ellos que a sus propias heridas. Juan fué mártir a los ojos de los Angeles, que siendo criaturas espirituales, vieron las disposiciones de su alma. En verdad, también fueron Mártires tuyos, oh Dios, aquellos cuyo mérito no fué visto, ciertamente, por los hombres ni por los Angeles, pero a quienes un favor especial de tu gracia, se encargó de enriquecer. *De la boca de los recién nacidos y de los niños de pecho te has complacido en hacer brotar tus alabanzas.* ¿Cuáles? Los Angeles cantaron: *¡Gloria a Dios en las alturas; y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad!* Alabanza sublime sin duda, pero que no será completa hasta que Aquel que ha de venir diga: *Dejad que los niños se acerquen a mí, porque el reino de los cielos es de quien a ellos se parece; paz a los hombres,* aun a aquellos que todavía no tienen el uso de la razón: ése es el misterio de mi misericordia."

Dios se dignó hacer, con los Inocentes sacrificados por causa de su Hijo, lo que hace diariamente en el sacramento del bautismo, aplicado con frecuencia a niños a quienes arrebata la muerte en las primeras horas de su vida; y nostros bautizados en el agua debemos glorificar a estos recién nacidos, bautizados en su sangre y asociados a todos los misterios de la infancia de Jesucristo. Debemos, también, felicitarlos con la Iglesia de la inocencia que conservaron gracias a su gloriosa y prematura muerte. Purificados primeramente por el rito sagrado que, antes de la institución del bautismo borraba la mancha original, visitados con anterioridad por una gracia especial que los preparó al sacrificio glorioso para el que estaban destinados, pasaron por esta tierra sin mancillarse en ella. ¡Vivan, pues, por siempre estos tiernos corderos en compañía del Cordero inmaculado! y merezca misericordia este mundo envejecido en el pecado, asociando sus voces al triunfo de estos escogidos de la tierra que, semejantes a la paloma del arca, no encontraron sitio donde posar sus plantas.

Mas, en esta alegría del cielo y de la tierra, la Santa Iglesia romana no pierde de vista el llanto de las madres que vieron arrancar de su regazo e inmolar con la espada de los soldados a aquellas prendas queridas de su corazón. Y así ha recogido el clamor de Raquel y no trata de consolarla sino más bien de compartir su pena.

Para honrar este maternal dolor, consiente en suspender hoy en parte las manifestaciones del gozo que inunda su corazón en la Octava de Cristo recién nacido. No se atreve a revestirse del purpúreo color de los Mártires para no recordar con demasiada viveza la sangre que corre hasta el mismo regazo de las madres; tampoco usa el color blanco, que es señal de alegría y no dice bien con tan acerbos dolores. Reviste el color morado, propio del duelo y de las añoranzas. Si la fiesta no cae en Domingo, llega hasta a suprimir el canto del *Gloria in excelsis*, a pesar de serle tan querido en estos días, en que los Angeles le entonaron en la tierra; renuncia al jubiloso *Aleluya* en la celebración del Sacrificio; en una palabra, se muestra, como siempre, inspirada por esa delicadeza sublime y cristiana de la que la santa Liturgia es escuela tan admirable.

Pero, después de este homenaje debido a la maternal ternura de Raquel, y que derrama por todo el oficio de los santos Inocentes una tan conmovedora melancolía, no pierde de vista tampoco la gloria de que gozan estos bienaventurados niños; a su solemne recuerdo consagra toda una semana, como lo ha hecho con San Esteban y San Juan. En las Catedrales y Colegiatas honra también en este día a los niños que unen sus inocentes voces a las del sacerdote y de los demás ministros sagrados. Les otorga graciosas dis-

tinciones hasta en el mismo coro y goza con la inocente alegría de estos tiernos cooperadores, que emplea para dar realce a sus solemnidades; en ellos, da gloria a Cristo Niño y a la inocente cohorte de los tiernos retoños de Raquel.

En Roma, la Estación se celebra en la Basílica de San Pablo extra Muros, cuyo relicario se precia de poseer algunos de los cuerpos de los santos Inocentes. En el siglo XVI, Sixto V sacó parte de ellos para colocarlos en la Basílica de Santa María la Mayor, junto al pesebre del Salvador.

MISA

La Santa Iglesia ensalza la sabiduría de Dios, que supo burlar los cálculos de la política de Herodes y sacar gloria de la cruel inmolación de los niños de Belén, elevándolos a la dignidad de Mártires de Cristo, cuyas grandezas celebran ellos con gratitud eterna.

INTROITO

De la boca de los niños y de los lactantes sacaste, oh Dios, alabanza contra tus enemigos. *Salmo:* Señor, Señor nuestro: cuán admirable es tu nombre en toda la tierra. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia pide que sus fieles confiesen con sus obras la fe de Jesucristo. Es distinto el testimonio de los niños que no hablan más que con sus sufrimientos, y el testimonio

del cristiano llegado al uso de la razón, al cual se le ha dado la fe para que la confiese delante de los tiranos si es preciso, pero siempre delante del mundo y de las pasiones. Nadie es llamado al carácter sagrado de cristiano para guardarlo en secreto.

ORACION

Oh Dios, cuya gloria confesaron hoy los Inocentes Mártires no hablando sino muriendo: mata en nosotros todas nuestras pasiones; para que confesemos también, con nuestras vidas y costumbres, la fe que pregona nuestra lengua. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Apocalipsis del Apóstol San Juan. (XIV, 1-5.)

En aquellos días vi al Cordero que estaba sobre el monte Sión, y con él ciento cuarenta y cuatro mil, que tenían su nombre y el de su Padre escrito en sus frentes. Y oí una voz del cielo, como ruido de muchas aguas, y como el sonido de un gran trueno: y la voz que oí, era como de tañedores de arpas, tañendo sus arpas. Y cantaban como un cántico nuevo ante el trono, y delante de los cuatro animales, y de los ancianos: y nadie podía cantar el cántico más que aquellos ciento cuarenta y cuatro mil, los cuales fueron comprados de entre los de la tierra. Estos son los que no se mancharon con mujeres: porque son vírgenes. Estos siguen al Cordero por donde quiera que va. Estos fueron comprados de entre los hombres, como primicias para Dios y para el Cordero; y en su boca no ha sido hallado engaño: porque están sin mancha ante el trono de Dios.

Al escoger este misterioso paso del Apocalipsis, la Iglesia nos quiere mostrar el aprecio que hace de la inocencia, y la idea que nosotros debemos tener de ella. Los Inocentes siguen al Cordero porque son puros. Sus obras personales en la tierra no llamaron la atención, pero atravesaron rápidamente el camino de este mundo sin contaminarse. Su pureza, menos probada que la de Juan, pero enrojecida en su sangre, atrajo las miradas del Cordero, y los tomó en su compañía. Suspire, pues, el cristiano por esta inocencia, pues tales distinciones merece. Si la ha conservado, guárdela y defiéndala con el celo con que se guarda un tesoro; si la ha perdido, repárela por los trabajos de la penitencia: y una vez recuperada, realice la palabra del Maestro que dice: *El que ha sido lavado sea puro en adelante* (*S. Juan,* VIII, 12).

En el Gradual, los santos Inocentes bendicen al Señor que les quebró el lazo con que el mundo quería sujetarlos. Han volado como el pájaro; y su vuelo rápido, que nada ha parado, los ha llevado hasta el cielo.

El Tracto respira la indignación de Raquel ante la crueldad de Herodes y sus satélites. Reclama la celestial venganza, que luego se desató contra esa inhumana familia de tiranos.

GRADUAL

Nuestra alma, como un pájaro, ha sido libertada del lazo de los cazadores. — ℣. El lazo fué quebranta-

do y nosotros fuimos libertados. Nuestra ayuda está en el nombre del Señor, que hizo el cielo y la tierra.

TRACTO

Derramaron la sangre de los Santos como agua en torno de Jerusalén. — ℣. Y no había quien los sepultara. — ℣. Venga, Señor, la sangre de tus Santos, que ha sido derramada sobre la tierra.

Si la fiesta de los santos Inocentes cae en Domingo, la Iglesia, para atenuar un poco la tristeza de sus cantos, entona el Aleluya.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Alabad, niños, al Señor; alabad el nombre del Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo (II, 13-18.)

En aquel tiempo, el Angel del Señor se apareció en sueños a José, diciendo: Levántate, y toma al Niño y a su Madre, y huye a Egipto, y permanece allí hasta que yo te diga. Porque sucederá que Herodes busque al Niño para perderle. Y él, levantándose, tomó al Niño y a su Madre, de noche, y se fué a Egipto: y estuvo allí hasta la muerte de Herodes: para que se cumpliese lo que dijo el Señor, por el Profeta: De Egipto llamé a mi Hijo. Herodes entonces, al verse burlado de los Magos, se irritó mucho, y dió orden de matar a todos los niños que había en Belén y en todos sus alrededores, de los dos años abajo, conforme al tiempo que había averiguado de los Magos. Entonces se cumplió lo que había sido dicho el Profeta Jere-

mías: En Ramá se oyeron voces y muchos lloros y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos; y no quiere ser consolada porque ya no existen.

El santo Evangelio cuenta con su sublime sencillez el Martirio de los Inocentes. *Herodes envió a matar a todos los niños.* Fué segada para el cielo esta abundante mies y la tierra no se conmovió. Unicamente los lamentos de Raquel subieron hasta el cielo, haciéndose enseguida silencio en Belén. Mas no por eso dejó el Señor de agregar a estas felices víctimas a la corte de su Hijo. Desde el fondo de su cuna, Jesús los contemplaba y bendecía; María compadecía sus breves sufrimientos y el dolor de sus madres; la Iglesia, que iba a nacer pronto, glorificaría a través de los siglos la inmolación de estos tiernos corderos, fundando sus mayores esperanzas en el patrocinio de estos niños, que de repente se hicieron tan poderosos ante el corazón de su divino Esposo.

Durante el Ofertorio se deja oír todavía la voz de los Inocentes que repiten su emocionante cántico; como candorosas avecillas, vueltas a la libertad, agradecen la mano que les ha roto los lazos que los amenazaban de muerte.

OFERTORIO

Nuestra alma como un pájaro ha sido libertada del lazo de los cazadores: el lazo fué quebrantado, y nosotros fuimos libertados.

SECRETA

No nos falte, oh Señor, la piadosa oración de tus Santos, la cual te haga gratos nuestros dones, y nos alcance siempre tu perdón. Por el Señor.

En la Antífona de la Comunión oímos de nuevo la voz de Raquel. La Iglesia, alimentada en el divino misterio del amor, no puede olvidarse del llanto de las madres. Con ellas comparte su dolor hasta el fin; pero, en el fondo de su corazón, se eleva hasta Aquel que es el único capaz de consolar tan grandes penas.

COMUNION

En Ramá se oyeron voces, y muchos lloros y gemidos: es Raquel, que llora a sus hijos, y no quiere ser consolada, porque ya no existen.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los dones que te hemos ofrecido: Suplicámoste hagas que, por intercesión de los Santos, nos aprovechen para esta vida y para la eterna. Por el Señor.

¡Bienaventurados Inocentes, celebramos vuestro triunfo, y os felicitamos por haber sido elegidos para ser compañeros de Cristo junto a su cuna! ¡Qué glorioso despertar el vuestro cuando, después de haber sido pasados por la espada, conocistéis que la luz deslumbradora de la gloria iba a constituir vuestra herencia! ¡Qué gratitud la que demostrasteis al Señor, por haberos es-

cogido entre tantos miles de niños, para honrar con vuestro sacrificio la cuna de su Hijo. Antes del combate, la corona ciñó vuestra frente; la palma vino por sí misma a vuestras débiles manos, antes de que pudiérais realizar esfuerzo alguno para recogerla: así de espléndido se mostró el Señor con vosotros, probándonos que es dueño de sus dones. ¿No era justo que el Nacimiento del Hijo de este soberano Rey fuera señalado por algún magnífico presente? No tenemos envidia ¡oh Inocentes Mártires! Damos gloria a Dios, que os ha elegido, y proclamamos con toda la Iglesia, vuestra dicha inenarrable.

¡Oh flores de los Mártires! permitid que depositemos en vosotros nuestra confianza y que nos atrevamos a suplicaros, por la gracia gratuita que os fué otorgada, no os olvidéis de vuestros hermanos que luchan en medio de los azares de este mundo pecador. Esas palmas y guirnaldas con que juega vuestra inocencia, también nosotros las deseamos. Trabajamos penosamente para hacernos con ellas y a veces nos parece que las vamos a perder para siempre. Ese Dios, que a vosotros os ha glorificado, es también nuestro fin; sólo en El encontraremos nuestro descanso; rogad para que lo alcancemos.

Pedid para nosotros la sencillez, la infancia de corazón, esa ingenua confianza en Dios, que llega hasta el fin en el cumplimiento de su voluntad. Lograd que llevemos con paz su cruz si

nos la envía y que sólo deseemos complacerle. Vuestra boca infantil sonreía a los verdugos cuando, en medio de sangriento tumulto, vinieron a interrumpir vuestro sueño; vuestras manos parecían jugar con la espada que iba a traspasar vuestro corazón; eráis graciosos hasta en presencia de la muerte. Conseguid que también nosotros seamos pacientes en las tribulaciones cuando el Señor nos las envíe. Haced que constituyan para nosotros un verdadero martirio por la serenidad de nuestro ánimo, por la unión de nuestra voluntad con la de nuestro soberano Maestro, que sólo prueba para dar el galardón. No nos sean odiosos los instrumentos de que se sirve; no se apague el amor en nuestros corazones; y nada altere esa paz sin la cual el alma cristiana no puede agradar a Dios.

Finalmente, ¡oh tiernos corderos inmolados por Jesús! vosotros que le seguís por todas partes por ser puros, conceded que también nosotros nos acerquemos al celestial Cordero que a vosotros os conduce. Fijadnos en Belén con vosotros para que no salgamos más de esa mansión de amor y de inocencia. Presentadnos a María vuestra Madre, más tierna aún que Raquel; decidla que también nosotros somos hijos suyos, que somos hermanos vuestros, y que así como Ella se apiadó de vuestros momentáneos dolores, se apiade también de nuestras *constantes miserias.*

* * *

Visitemos el establo y adoremos al Emmanuel en este cuarto día de su Nacimiento. Meditemos en la misericordia que le ha movido a hacerse niño para acercarse a nosotros y pasmémonos de ver a un Dios tan cerca de su criatura. "Aquel, dice el piadoso Abad Guerrico en su sermón quinto sobre el Nacimiento de Cristo, Aquel que es incomprensible aun para la sutil inteligencia de los Angeles, se ha dignado hacerse sensible a los groseros sentidos del hombre. Siendo nosotros carnales, Dios no podía hablarnos como a seres espirituales; el Verbo se hizo carne, para que toda carne pudiese no sólo oírle sino también verle; no pudiendo el mundo llegar a conocer la Sabiduría de Dios, esa Sabiduría se dignó hacerse locura. ¡Oh Señor del cielo y de la tierra!, habéis ocultado vuestra sabiduría a los sabios y prudentes de este mundo, para revelarla a los pequeñuelos. La altanería del orgullo sienten horror de la humildad de este Niño; mas lo excelso a los ojos de los hombres es abominable ante Dios. Este Niño sólo con niños se complace; sólo descansa en corazones humildes y pacíficos. Gloríense, pues, en El los pequeñitos y canten: *Un Niño nos ha nacido,* como por su parte El se felicita, diciendo con Isaías: *Aquí estamos, Yo y los niños que el Señor me ha dado*. En efecto, para proporcionarle una compañía conforme a su edad, quiso el Padre que la gloria de los Mártires comenzase por la inocencia de los niños,

queriendo por ahí demostrar el Espíritu Santo que el reino de los cielos es sólo para aquellos que se les parecen."

DOMINGO DE LA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD

Sólo se dice el Oficio, si cae el 29, 30 o 31 de diciembre.

Este es el único de todos los días de la Octava de Navidad que no está ocupado con una fiesta. En las Octavas de Epifanía, Pascua y Pentecostés, la Iglesia se halla de tal manera embebida en la grandeza del misterio, que aleja de sí todo recuerdo que pudiera distraerla; en la de Navidad, por el contrario, abundan las fiestas, apareciendo el Emmanuel rodeado siempre del cortejo de sus siervos. De este modo la Iglesia, o más bien Dios mismo, primer autor del ciclo, nos ha querido mostrar cuán accesible se presenta en su Nacimiento el divino Niño, el Verbo hecho carne, a la humanidad a la que va a salvar.

MISA

Fué en medio de la noche, cuando el Señor libertó a su pueblo de la cautividad en la tierra de los Egipcios, por medio de su Angel armado de la espada; de modo semejante, en medio del silencio de la noche, el Angel del Gran Consejo

bajó de su real trono para traer la misericordia a la tierra. Es justo que la Iglesia, al celebrar esta última venida, cante al Emmanuel, revestido de fortaleza y hermosura, el cual viene a tomar posesión de su Imperio.

INTROITO

Cuando todas las cosas dormían en profundo sueño, y la noche llegaba a la mitad de su carrera, tu omnipotente Verbo, Señor, vino del cielo, desde su trono real. *Salmo:* El Señor reinó, se vistió de hermosura: el Señor se vistió y ciñó de fortaleza. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, pide la Iglesia ser dirigida conforme a la excelsa regla que nos ha sido dada en nuestro divino Sol de justicia, con el fin de iluminar y conducir todos nuestros pasos por el camino de las buenas obras.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, dirige nuestros actos conforme a tu beneplácito: para que, en nombre de tu amado Hijo, merezcamos abundar en buenas obras. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Gálatas. (IV, 1-7.)

Hermanos: Mientras el heredero es niño, en nada difiere del siervo, aunque es el señor de todo, sino que está bajo tutores y celadores, hasta el tiempo señalado por el Padre. Así también nosotros cuando éramos ni-

ños, servíamos bajo los rudimentos del mundo. Mas, cuando llegó la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, hecho de mujer, sujeto a la Ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Mas, porque sois hijos, envió Dios el Espíritu de su Hijo a vuestros corazones, el cual clama: ¡Abba, Padre! Ya no hay, pues, siervo sino hijo; y, si hijo, también heredero por Dios.

El Niño, nacido de María, recostado en el pesebre de Belén, eleva su débil voz hacia el Padre de los siglos, y le llama *¡Padre mío!* Se vuelve a nosotros y nos dice *¡Hermanos míos!* Por consiguiente, también nosotros podemos decir *Padre nuestro,* al dirigirnos a su eterno Padre. Este es el misterio de la adopción divina que se nos revela estos días. Todo ha cambiado en el cielo y en la tierra: Dios no tiene solamente un Hijo, sino muchos; en adelante, no somos en su presencia simples criaturas sacadas de la nada, sino hijos de su amor. El cielo no es sólo el trono de su gloria; sino también herencia nuestra; tenemos allí nuestra parte asegurada junto a la de Jesús, nuestro hermano, hijo de María, hijo de Eva, hijo de Adán por su naturaleza humana, como es al mismo tiempo en unidad de persona, Hijo de Dios por su naturaleza divina, Pensemos sucesivamente en el bendito Niño que nos ha merecido todos estos bienes, y la herencia a que nos ha dado derecho. Maravíllese nuestro espíritu de tan alta distinción concedida a simples criaturas, y demos gracias a Dios por tan incomprensible beneficio.

GRADUAL

Eres el más hermoso de los hijos de los hombres: la gracia está pintada en tus labios. — ℣. Mi corazón rebosa palabras buenas, dedico mis obras al Rey: mi lengua es como la pluma de un escribiente veloz.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, se vistió de hermosura: el Señor se vistió de fortaleza y se ciñó de poder. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 33-40.)

En aquel tiempo, José y María, la Madre de Jesús, estaban admirados de las cosas que se decían de El. Y les bendijo Simeón, y dijo a su Madre María. He aquí que éste ha sido puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel, y para señal a la que se contradecirá; y una espada traspasará tu misma alma, para que sean revelados los pensamientos de muchos corazones. Y estaba (allí) Ana, profetisa, hija de Fanuel, de la tribu de Aser, la cual era de edad avanzada, y había vivido siete años con su marido desde su virginidad. Y era ya viuda de ochenta y cuatro años, y no se apartaba del templo, sirviendo en él día y noche con ayunos y oraciones. También ella, llegando a la misma hora, alababa al Señor, y hablaba de El a todos los que esperaban la redención de Israel. Y, cuando cumplieron todas las cosas según la Ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret. Y el Niño crecía, y se fortalecía, lleno de sabiduría: y la gracia de Dios estaba con él.

El curso de los relatos evangélicos obliga a la Iglesia a presentarnos ya al divino Niño en brazos de Simeón, quien profetiza a María la suerte futura del hijo que ha dado al mundo. Aquel cocorazón de madre, completamente sumergido en las alegrías de tan maravilloso nacimiento, siente ya la espada que la anuncia el anciano del templo. El hijo de sus entrañas habrá de ser, por tanto, una señal de contradicción en la tierra; el misterio de la adopción divina del género humano no podrá realizarse sino por medio del sacrificio de este Niño cuando llegue a hombre. Mas, nosotros, redimidos por su sangre, no debemos precipitar demasiado los acontecimientos. Tiempo tendremos de contemplar al Emmanuel en medio de los trabajos y sinsabores; hoy se nos permite todavía no ver en El más que al Niño que nos ha nacido y alegrarnos con su venida. Oigamos a Ana que nos habla de la redención de Israel. Consideremos la tierra, regenerada con el nacimiento de su Salvador; admiremos y estudiemos con humilde amor, a Jesús, lleno de sabiduría y de gracia y que acaba de nacer ante nosotros.

Durante el Ofertorio, la Iglesia canta la maravillosa renovación operada en este mundo, al que ha librado de la ruina; celebra al Dios poderoso que ha bajado al establo, sin que por eso deje su trono eterno.

OFERTORIO

Dios afirmó el orbe de la tierra, que no se conmoverá: tu asiento, oh Dios, está seguro, desde entonces; tú existes eternamente.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que el don ofrecido ante los ojos de tu majestad, nos obtenga la gracia de una piadosa devoción, y nos adquiera la posesión de una eternidad dichosa. Por el Señor.

Durante la distribución del sagrado manjar, a los fieles, la Iglesia canta las palabras del Angel a José. Les entrega ese Niño, para que le lleven en sus corazones, y les recomienda que le protejan contra las emboscadas que le tienden sus enemigos. Cuide, pues, el cristiano de que no se lo arrebaten; aniquile, con su vigilancia y buenas obras, al pecado que podría hacer morir a Jesús en su alma. Por eso, en la Oración siguiente, pide la Iglesia la destrucción de nuestros vicios y la realización de nuestros virtuosos deseos.

COMUNION

Toma al Niño y a su Madre, y vete a la tierra de Israel: porque ya han muerto los que buscaban la vida del Niño.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que, por la virtud de este Misterio, sean purificados nuestros pecados y se realicen nuestros justos anhelos. Por el Señor.

En este sexto día del Nacimiento de nuestro Emmanuel, consideremos a ese divino Niño tendido en el pesebre de un establo, calentado por el aliento de dos animales. Isaías lo había predicho: "El buey conocerá a su señor, y el asno el pesebre de su amo; mas, Israel no me conocerá (I, 3). Así es la entrada, en este mundo, del Dios poderoso que hizo al mundo. Los hombres le cierran sus puertas con crueldad y menosprecio; un establo es su único refugio hospitalario, naciendo en compañía de seres irracionales.

Pero esos animales son obra suya. El los había sometido al hombre inocente. Esas criaturas inferiores debían ser vivificadas y ennoblecidas por el hombre; el pecado vino a romper esa armonía. No obstante eso, como nos enseña el Apóstol, la naturaleza no quedó insensible a esa forzosa degradación que le fué impuesta por el pecador. Sólo a la fuerza se somete a él *(Rom.,* VIII, 20); a veces le castiga justamente, y en el día del juicio se unirá a Dios para vengarse de los malvados, a los que estuvo tanto tiempo sometida. *(Sabiduría,* V, 21.)

En el día de hoy, el Hijo de Dios visita esa parcela de su obra creadora; no habiéndole recibido los hombres, se confía a esos seres irracionales; de su morada va a salir para comenzar su carrera: y los primeros hombres a quienes llama para que le reconozcan y le adoren, son pastores de ganado, corazones sencillos que no

se han inficionado respirando el aire de las ciudades.

El buey, símbolo profético que figura en el cielo junto al trono de Dios, como nos lo enseñan juntamente Ezequiel y San Juan, representa aquí los sacrificios de la Ley. La sangre de los toros corrió a raudales por el altar del Templo; víctima grosera e imperfecta que ofrecía el mundo, en espera de la auténtica. En el pesebre, Jesús se dirige a su Padre y le dice: *Los holocaustos de los toros y de los corderos no te han aplacado: héme aquí. (Hebr.,* X, 6.)

Otro Profeta, anunciando el triunfo pacífico del *Rey lleno de dulzura,* nos le presentaba haciendo su entrada en Sión, sobre un pollino, cría de asnas *(Zac.,* IX, 9). Esta profecía se realizará un día como las demás; entretanto el Padre celestial coloca a su Hijo entre el animal instrumento de su pacífico triunfo, y el símbolo de su sangriento sacrificio.

Así ha sido, pues, oh Jesús, Creador del cielo y de la tierra, tu entrada en este mundo que formaste. La creación que debiera haber salido a tu encuentro, no se ha movido; ninguna puerta se te ha abierto; los hombres han continuado su sueño con indiferencia, y cuando María te ha colocado en el pesebre, tus primeras miradas no han hallado más que animales, esclavos del hombre. Mas, este espectáculo no hirió tu corazón, porque tú no desprecias las obras de tus manos;

lo que le aflije verdaderamente es la presencia del pecado en nuestras almas, la vista de ese enemigo tuyo que tantas veces ha turbado tu reposo. ¡Oh Emmanuel!, prometemos ser fieles en seguir el ejemplo de esos insensibles animales que nos recomienda tu Profeta; queremos reconocerte siempre como Amo y Señor nuestro. A nosotros nos toca despertar a toda la naturaleza de su sueño, animarla, santificarla y dirigirla hacia ti; en adelante no dejaremos que el concierto de tus criaturas suba hacia ti, sin que a él vaya unido el homenaje de nuestra adoración y de nuestro agradecimiento.

29 DE DICIEMBRE

SANTO TOMAS, ARZOBISPO DE CANTORBERY Y MARTIR

MÁRTIR DE LA LIBERTAD DE LA IGLESIA. — Un nuevo Mártir viene a reclamar su puesto junto a la cuna del Niño Dios. No pertenece a los primeros tiempos de la Iglesia; su nombre no figura en los libros del Nuevo Testamento, como los de Esteban, Juan y los Niños de Belén. No obstante eso, ocupa uno de los primeros puestos en esa legión de Mártires que no cesa de crecer en todos los siglos, y que prueba la fecundidad de la Iglesia y la inmortal pujanza que la ha comunicado su divino autor. Este glorioso Mártir no dió su sangre

por la fe; no fué llevado ante los paganos o los herejes, para confesar los dogmas revelados por Jesucristo y proclamados por la Iglesia. Le sacrificaron manos cristianas; su sentencia de muerte la dictó un rey católico; fué abandonado y maldecido por muchos de sus hermanos en su propia tierra. Pues, entonces, ¿cómo fué mártir? ¿cómo mereció la palma de Esteban? Es Mártir de la libertad de la Iglesia.

SU VOCACIÓN AL MARTIRIO. — En realidad, *todos los fieles* son llamados a la honra del martirio, y a confesar los dogmas cuya iniciación recibieron en el bautismo. Hasta ahí se extienden los derechos de Cristo que los adoptó. Cierto que, este testimonio no a todos se les exige; pero todos deben estar dispuestos a darlo, bajo pena de la misma muerte eterna de que Cristo los redimió. Con mayor razón se les impone este deber a los pastores de la Iglesia; es la garantía de la enseñanza que predican a su grey: y así los anales de la Iglesia están llenos en todas sus páginas de los nombres heroicos de innumerables santos Obispos, que abnegadamente regaron con su sangre el campo que sus manos habían fecundado, dando de este modo el mayor grado de autoridad posible a su palabra.

Pero, aunque los simples fieles estén obligados a pagar esta gran deuda de la fe, hasta con el derramamiento de su sangre; aunque deban confe-

sar, aun a costa de toda clase de peligros, los lazos sagrados que los unen a la Iglesia, y por ella a Jesucristo, *los pastores tienen además otro deber que cumplir,* el de defender la libertad de la Iglesia. Esta frase *Libertad de la Iglesia* suena mal a los oídos de los políticos. Inmediatamente ven en ella el anuncio de una conspiración; el mundo, por su parte, encuentra ahí un motivo de escándalo, y repite esas enfáticas palabras: *ambición sacerdotal;* las personas tímidas comienzan a temblar, y os dicen que mientras no se ataque a la fe, no hay nada en peligro. A pesar de todo eso, la Iglesia coloca en los altares, y pone en compañía de San Esteban, de San Juan, y de los santos Inocentes, a este Arzobispo inglés del siglo XII, degollado en su Catedral por haber defendido los derechos públicos del sacerdocio. La Iglesia se complace en esa bella frase de San Anselmo, uno de los predecesores de Santo Tomás; *Dios no ama nada tanto en este mundo como la libertad de su Iglesia;* y la Santa Sede, en el siglo XIX lo mismo que en el siglo XII, exclama por boca de Pío VIII como lo hacía por la de San Gregorio VII: "*La Iglesia,* Esposa sin mancha del Cordero inmaculado es LIBRE por intuición divina, y no está sometida a ningún poder terreno"[1].

---

[1] Libera est institutione divina, nullique obnoxia terrenae potestati; Ecclesia intemerata Sponsa immaculati Agni Christi Iesu. *Litterae Apost. ad Episcopos provinciae Rhenanae,* 30 junii 1830.

La libertad de la Iglesia. — Ahora bien, *esta sagrada libertad consiste en la completa independencia de la Iglesia* frente a todo poder secular, en el ministerio de la palabra divina, que debe poder predicar, como dice el Apóstol, a *tiempo y a destiempo,* y a toda clase de persona, sin distinción de naciones, de razas, de edad, ni de sexo; libertad en la administración de los Sacramentos, a los que debe llamar a todos los hombres sin excepción alguna, para salvarlos a todos: libertad en la práctica de los preceptos y también de los consejos evangélicos sin intervención alguna extraña; en sus relaciones, exentas de toda traba, con los diversos grados de su divina jerarquía; en la publicación y aplicación de sus normas disciplinares; en la conservación y desarrollo de sus instituciones; en la propiedad y administración de su patrimonio temporal; libertad, finalmente, en la defensa de los privilegios que la misma autoridad civil la ha reconocido como medio de garantizar su bienestar y el respeto debido a su ministerio de paz y de caridad entre los hombres.

Esa es la libertad de la Iglesia: y ¿quién no ve que es baluarte del mismo santuario; y que todo ataque dirigido a ella puede poner en peligro a la jerarquía y hasta al mismo dogma? *El Pastor, debe, pues, por oficio, defender esta santa Libertad:* no debe huir, como el mercenario: ni callarse, como esos canes mudos que no saben la-

drar, de los cuales habla Isaías. (LVI, 10). Es el centinela de Israel; no debe esperar a que el enemigo se introduzca en la plaza, para lanzar el grito de alarma, y para ofrecer sus manos a las cadenas y su cabeza a la espada. La obligación de dar la vida por sus ovejas comienza para él en el momento en que el enemigo asedia aquellas posiciones avanzadas de cuya seguridad depende la tranquilidad de toda la ciudad.

Y si esta tenacidad lleva consigo graves consecuencias, entonces puede acordarse de aquellas bellas palabras de Bossuet, en su sublime Panegírico de Santo Tomás de Cantorbery, que quisiéramos poder trasladar aquí todo entero: "Es una ley establecida, dice, que la Iglesia no puede gozar de ningún privilegio que no la cueste la muerte de sus hijos, y que, para mantener sus derechos, ha de derramar su sangre. Su Esposo la conquistó con la sangre que derramó por ella, y quiere que ella compre a un precio semejante las gracias que la concede. Merced a la sangre de los Mártires extendió sus conquistas más allá de los límites del imperio romano; su sangre la alcanzó la paz de que gozó bajo los emperadores cristianos, y la victoria que logró sobre los emperadores paganos. Es, pues, evidente que necesitaba sangre para el afianzamiento de su autoridad como la había necesitado para establecer su doctrina: era necesario

que la disciplina eclesiástica, lo mismo que la fe, tuviera sus Mártires".

Lo esencial en el martirio. — En el caso presente de Santo Tomás, como en el de otros muchos Mártires de la Libertad de la Iglesia, no se trata de considerar la flaqueza de los medios de que se sirvieron para rechazar los atropellos de los derechos eclesiásticos. *Lo esencial en el martirio está en la sencillez unida a la fortaleza;* por eso pudieron recoger tan bellas palmas simples fieles, jóvenes doncellas y niños. Dios ha puesto en el corazón del cristiano un elemento de resistencia humilde sí, pero inflexible, que vence siempre a cualquier otra fuerza. ¡Qué inviolable fidelidad infunde el Espíritu Santo en el alma de sus pastores, cuando los consagra por Esposos de su Iglesia, haciéndolos muros inexpugnables de su amada Jerusalén! "Tomás, dice aún el obispo de Meaux, no cede ante la maldad, so pretexto de que está bajo el amparo de un brazo real; al contrario, viendo que sale de un lugar tan prominente, desde el cual puede desarrollarse con más fuerza, se cree más obligado a enfrentarse con ella, como un dique que se eleva tanto más, cuanto más se encrespan las olas."

Mas ¿es posible que perezca el Pastor en esta lucha? Sin duda, puede alcanzar este insigne honor. En su lucha contra el mundo, en esa victoria que Cristo alcanzó para nosotros, derramó

su sangre y murió sobre una cruz; los Mártires también murieron; y la Iglesia, regada con la sangre de Jesucristo, consolidada con la sangre de los Mártires, no puede prescindir tampoco de ese saludable baño que reanima su vigor y constituye su real púrpura. Así lo comprendió Tomás; y ese hombre, que supo mortificar sus sentidos con una continua penitencia y crucificar sus afectos en este mundo por medio de toda clase de privaciones y adversidades, tuvo en su corazón ese valor sereno, y esa extraordinaria paciencia, que disponen al martirio. En una palabra, recibió el Espíritu de fortaleza y permaneció fiel a él.

La fortaleza. — "En el lenguaje eclesiástico, continúa Bossuet, la *fortaleza* tiene otro sentido que en el lenguaje del mundo. La fortaleza, según el mundo, llega hasta el ataque; la fortaleza, según la Iglesia, se contenta con sufrirlo todo: ahí están sus límites. Oíd al Apóstol San Pablo: *Nondum usque ad sanguinem restitistis;* como si dijera: No habéis sufrido hasta el extremo, porque no habéis llegado a derramar vuestra sangre. No dice hasta el ataque, ni hasta derramar la sangre de vuestros enemigos, sino la vuestra propia.

"Por lo demás, Santo Tomás no abusa de estas enérgicas máximas. No echa mano de esas apostólicas armas, por orgullo, para sobresalir en el

mundo: las emplea como un escudo necesario en una extrema necesidad de la Iglesia. La fortaleza del santo Obispo no depende, por tanto, de la ayuda de sus amigos, ni de intrigas diplomáticas. No pretende hacer gala ante el mundo de su paciencia, para hacer a su perseguidor más odioso, ni emplea recursos secretos para soliviantar los ánimos. Sòlamente cuenta con las oraciones de los pobres y los suspiros de los huérfanos y viudas. *He ahí* decía San Ambrosio, *los defensores de los Obispos; he ahí su guardia, he ahí sus ejércitos*. Es fuerte, porque tiene un alma que no sabe temer ni murmurar. Puede decir con verdad a Enrique de Inglaterra, lo que Tertuliano decía, en nombre de toda la Iglesia a un magistrado del Imperio, gran perseguidor de los cristianos: *Non te terremus, qui nec timemus*. Aprende a conocernos y mira qué clase de hombre es el cristiano: *No tratamos de intimidarte, pero somos incapaces de temerte*. No somos ni temibles ni cobardes: no somos temibles, porque no sabemos conspirar; no somos cobardes porque sabemos morir."

MARTIRIO DE SANTO TOMÁS Y SUS CONSECUENCIAS. — Pero dejemos aún la palabra al elocuente sacerdote de la Iglesia francesa, llamado él también a la dignidad del episcopado al año siguiente de haber pronunciado este discurso;

oigamos cómo nos relata la victoria de la Iglesia, en la persona de Santo Tomás de Cantorbery:

"Prestad atención, oh cristianos: si hubo alguna vez un martirio semejante en todo a un sacrificio, fué el que os voy a presentar. Mirad los preparativos: el Obispo se halla en la iglesia con su clero; están ya revestidos. No hay que buscar muy lejos la víctima: el santo Pontífice está preparado y él es la víctima elegida por Dios. De manera que todo está dispuesto para el sacrificio; ya veo entrar en la iglesia a los que han de dar el golpe. El santo varón se dirige a su encuentro, imitando a Jesucristo, y para asemejarse más a este divino modelo, prohibe a su clero toda resistencia, contentándose con pedir seguridad para los suyos. *Si a mí me buscáis,* dijo Jesús, *dejad a estos en paz.* Después de estos preámbulos y llegada la hora del sacrificio, mirad cómo comienza Santo Tomás la ceremonia. Víctima y Pontífice al mismo tiempo, presenta su cabeza y ora. He aquí los solemnes votos y las místicas palabras de este sacrificio: *Et ego pro Deo mori paratus sum, et pro assertione justitiae, et pro Ecclesiae libertate dummodo effusione sanguinis mei pacem et libertatem consequatur.* Estoy dispuesto a morir, dice, por la causa de Dios y de su Iglesia; y lo único que deseo, es que mi sangre logre para ella la paz y la libertad que se pretende arrebatarla. Se arrodilla ante Dios; y, así como en el solemne sacrificio

invocamos a nuestros santos intercesores, tampoco él omite una parte tan importante de esta sagrada ceremonia: y así; invoca a los santos Mártires y a la santísima Virgen en amparo de la Iglesia oprimida; no habla más que de la Iglesia, la lleva en el corazón y en los labios; y derribado en el suelo por el golpe del verdugo su lengua yerta e inanimada parece todavía repetir el nombre de la Iglesia."

Así consumó su sacrificio este gran Mártir, este modelo de Pastores de la Iglesia; así consiguió la victoria que habrá de lograr la completa supresión de las malignas leyes con que se ponían trabas a la Iglesia y se la humillaba a los ojos de los pueblos. El sepulcro de Tomás llegará a ser un altar, y al pie de este altar podremos ver pronto a un rey penitente pidiéndole humildemente perdón. ¿Qué ha ocurrido? La muerte de Tomás ¿ha revolucionado a los pueblos? ¿Ha encontrado el santo vengadores? Nada de eso. Ha bastado su sangre. Entiéndase bien: los fieles no contemplarán nunca fríamente la muerte de un pastor inmolado en aras de su deber, y los gobiernos que se atreven a hacer Mártires, sufrirán siempre las consecuencias. Por haberlo comprendido instintivamente, las artimañas de la política se han refugiado en sistemas de opresión administrativa, con el fin de lograr hábilmente el secreto de la guerra emprendida contra la libertad de la Iglesia. De ahí

que hayan inventado esas cadenas, flojas al parecer pero inaguantables, que oprimen hoy día a tantas Iglesias. Ahora bien, es propio de la naturaleza de esas cadenas el no desatarse nunca; es necesario romperlas, y quien las rompiere tendrá una gran gloria en la tierra y en el cielo, porque su gloria será la del martirio. No será cuestión de pelear por medio del hierro, ni de parlamentar con la política, sino cuestión de resistir de frente y sufrir con paciencia hasta el final.

Escuchemos por última vez a nuestro gran orador, que pone de relieve ese sublime elemento que aseguró el triunfo a la causa de Santo Tomás:

"Mirad, hermanos míos, qué defensores encuentra la Iglesia en medio de su debilidad, y cuánta razón tiene en exclamar con el Apóstol: *Cum infirmor, tunc potens sum.* Precisamente, esa su afortunada debilidad es la que la procura esa ayuda invencible, y la que arma en favor suyo a los más esforzados soldados y a los más poderosos conquistadores del mundo, quiero decir, a los santos Mártires. Quien no acate la autoridad de la Iglesia, tema esta sangre preciosa de los Mártires, que la consagra y la defiende."

Pues bien, toda esa fortaleza, todos esos triunfos, tienen su origen en la cuna del Niño Dios; por eso se encuentra ahí Santo Tomás al lado de San Esteban. Era necesario que apare-

ciese un Dios anonadado, una tan excelsa manifestación de humildad, de constancia y de flaqueza a lo humano, para abrir los ojos de los hombres sobre la esencia de la verdadera fortaleza. Hasta entonces no se había imaginado otra fuerza que la de los conquistadores por la espada, otra grandeza que la del oro, otra honra que la del triunfo; ahora, todo ha cambiado de aspecto, al aparecer Dios en este mundo, pobre, perseguido y sin armas. Se han dado corazones ansiosos de amar antes que nada las humillaciones del pesebre; y allí se han abrevado en el secreto de una grandeza de alma, que el mundo, a pesar de lo que es, no ha podido menos de sentir y admirar.

Es pues justo, que la corona de Tomás y la de Esteban entrelazadas, aparezcan como doble trofeo, al lado de la cuna del Niño de Belén; y en cuanto al santo Arzobispo, la divina Providencia le señaló muy bien su lugar en el calendario, permitiendo que fuera inmolado al día siguiente de la fiesta de los santos Inocentes, para que la Santa Iglesia no tuviese duda alguna acerca del día en que convenía celebrar su memoria. Guarde, pues, ese puesto tan glorioso y tan querido de toda la Iglesia de Jesucristo; y sea su nombre, hasta el fin de los tiempos, el terror de los enemigos de la libertad de la Iglesia y la esperanza y el consuelo de los amantes de esa libertad, que Cristo alcanzó con su sangre.

VIDA: Santo Tomás Becket nació en Londres el 21 de diciembre de 1117. Archidiácono de Cantorbery, y luego canciller de Inglaterra en 1154, sucedió en 1162 al arzobispo Thibaut. Se opuso con energía a las pretensiones de Enrique II que quería legislar contra los intereses y la dignidad de la Iglesia; tuvo que huir de su país en 1164. Después de su estancia en Pontigny donde recibió el hábito cisterciense y en Sens, pudo volver a entrar en Inglaterra en 1170, gracias a la intervención del Papa Alejandro III; pero fué para recibir allí la palma del martirio en su iglesia catedral, el 29 de diciembre de 1170. Alejandro III le canonizó el 21 de febrero de 1173.

El siglo XVI vino a aumentar la gloria de Santo Tomás, cuando el enemigo de Dios y de los hombres, Enrique VIII de Inglaterra, se atrevió a perseguir con su tiranía al Mártir de la Libertad de la Iglesia hasta en la misma magnífica urna donde desde hace cuatro siglos recibía los homenajes de veneración del mundo cristiano. Las sagradas reliquias del Pontífice degollado por la justicia, fueron retiradas del altar; se incoó un monstruoso proceso contra el Padre de la patria, y una impía sentencia declaró a Tomás reo de lesa majestad. Sus preciosos restos fueron puestos sobre una pira, y en este segundo martirio, el fuego devoró los gloriosos despojos del hombre sencillo y valiente, cuya intercesión atraía sobre Inglaterra las miradas y la protección del cielo. Era justo que el país habría de perder la fe por asoladora apostasía, no guardara consigo un tesoro cuyo valor

no era ya apreciado; además la sede de Cantorbery había sido profanada. Crammer se sentaba en la cátedra de Agustín, de Dunstano, de Lanfranco, de Anselmo y de Tomás; y el santo Mártir, mirando a su alrededor no encontró entre sus hermanos más que a Juan Fischer, quien consintió en seguirle hasta el martirio. Pero este último sacrificio, por muy glorioso que fuese no salvó nada. Hacía mucho tiempo que la libertad de la Iglesia había fenecido en Inglaterra, la fe debía también extinguirse.

¡Oh glorioso Mártir Tomás, defensor invicto de la Iglesia de tu Señor! A ti acudimos en este día de tu fiesta, para honrar los dones maravillosos que el Señor depositó en tu persona. Hijos de la Iglesia, nos complacemos contemplando al que tanto la amó y que tuvo en tanta estima el honor de la Esposa de Cristo, que no temió dar su vida para asegurar su independencia. Por haber amado así a la Iglesia, aun a costa de tu tranquilidad, de tu felicidad personal, de tu misma vida; por haber sido tu sublime sacrificio el más desinteresado de todos, la lengua de los malvados y de los cobardes se desató contra ti y tu nombre fué con frecuencia blasfemado y calumniado. ¡Oh verdadero Mártir, digno de absoluto crédito en su testimonio pues sólo habla y resiste en contra de sus propios intereses terrenos! ¡Oh Pastor asociado a Cristo en el derramamiento de la sangre y en la liberación de

la grey!, queremos resarcirte del menosprecio que te prodigaban los enemigos de la Iglesia; queremos amarte más que lo que ellos, en su impotencia, te odiaron. Te pedimos perdón por los que se avergonzaron de tu nombre, mirando tu martirio como un escándalo en los Anales de la Iglesia.

¡Cuán grande es tu gloria, oh fiel Pontífice, al ser escogido con Esteban, Juan y los Inocentes para acompañar a Cristo en el momento de su entrada en este mundo! Bajado a la arena sangrienta a la hora undécima, no perdiste el galardón que recibieron tus hermanos de la primera hora; antes bien, eres grande entre los Mártires. Eres, pues, poderoso sobre el corazón del divino Niño que nace en estos mismos días para ser Rey de los Mártires. Haz que, con tu asistencia, podamos llegar hasta él. Como tú, nosotros también queremos amar a su Iglesia, a esa su querida Iglesia, cuyo amor le ha obligado a bajar del cielo, a esa Iglesia que tan dulces consuelos nos depara en la celebración de los excelsos misterios a los que se halla tan gloriosamente ligada tu memoria. Consíguenos la fortaleza necesaria para que no nos asustemos ante ningún sacrificio, cuando se trate de honrar nuestro glorioso título de Católicos.

Prométele de nuestra parte al Niño que nos ha nacido, a Aquel que ha de llevar sobre sus hombros la Cruz en señal de realeza, que, con la

ayuda de su gracia, no nos escandalizaremos nunca de su causa, ni de sus campeones; que, dentro de la sencillez de nuestra devoción a la Santa Iglesia a quien nos ha dado por Madre, pondremos siempre sus intereses sobre todos los demás; porque sólo ella tiene palabras de vida eterna, sólo ella tiene el secreto y la autoridad para llevar a los hombres hasta ese mundo mejor que es nuestro único fin, el único que no pasa, mientras que todos los intereses terrenos no son más que vanidad, ilusión, y frecuentemente obstáculos al verdadero fin del hombre y de la humanidad.

Pero, para que esta Santa Iglesia pueda realizar su misión y salir triunfante de tantos lazos como se la tienden por todos los caminos de su peregrinación, tiene ante todo necesidad de Pastores que se parezcan a ti, ¡oh Mártir de Cristo! Ruega, pues, para que el Señor de la viña envíe obreros capaces no sólo de cultivar y de regar, sino también de defenderla de las raposas y del jabalí, que según las Sagradas Escrituras, no cesan de introducirse en ella para devastarla. Vuélvase cada día más potente la voz de tu sangre en estos tiempos de anarquía, en los cuales la Iglesia de Cristo se halla esclavizada en muchos lugares de la tierra, a los que pretendía libertar. Acuérdate de la Iglesia de Inglaterra, que tan lamentablemente naufragó, hace tres siglos, con la apostasía de tantos prelados, victi-

mas de aquellas mismas ideas que tú combatiste hasta la muerte. Tiéndela la mano, ahora que parece levantarse de sus ruinas, olvida las injurias hechas a tu memoria, al caer la Isla de los Santos en el abismo de la herejía. Finalmente acude en ayuda de la Esposa de Jesucristo, allí donde de cualquier modo se halle comprometida su libertad, asegurándola con tus oraciones y ejemplos un triunfo completo.

* * *

Consideremos en este quinto día de su Nacimiento a nuestro Rey recién nacido, sentado sobre tu trono. Nos dice la Sagrada Escritura, que el Señor se asienta sobre los Querubines en el cielo; en la tierra y en tiempo de la ley figurativa, escogió para sede el Arca de la alianza. ¡Gloria a El, por habernos revelado el misterio de su trono! Mas, el Salmista nos anunció también otro lugar donde se asienta el Señor. *Adorad,* nos dijo, *el escabel de sus pies.* (Salmo, XCVIII.) Esta adoración que se nos pide, no sólo para Dios, sino también para el lugar donde reside su Majestad, parecía contrastar con otros muchos textos de los libros sagrados en los cuales Dios se muestra celoso de guardar exclusivamente para sí nuestras adoraciones.

Según la doctrina de los Padres, estos días se nos revela ese misterio. El Hijo de Dios se dignó tomar nuestra naturaleza; la unió a la

suya divina, en unidad de persona, y quiere que nosotros adoremos a su humanidad, a ese cuerpo y a esa alma semejantes a los nuestros, trono de su gloria y escabel sublime de sus pies.

Mas, esa humanidad tiene también su trono. Mirad a la purísima María levantando del pesebre al Niño Dios; lo estrecha contra su corazón lo apoya en sus maternales rodillas, y he ahí al Emmanuel posando amorosa y majestuosamente sus pies en el Arca de la nueva alianza. ¡Cuánto sobrepasa la gloria de este trono vivo, a aquella otra que dan al Verbo eterno las trémulas alas de los Querubines! Ante la santidad y grandeza de María, Madre de Dios, ¿no es una pura sombra el Arca de Moisés, hecha de madera incorruptible, cubierta de láminas de oro, aunque encerrase el Maná, la Vara milagrosa y las mismas Tablas de la Ley?

¡Oh Jesús, cuánta es tu grandeza en ese trono! pero también ¡qué amable y accesible te muestras! Tus bracitos tendidos al pecador, la sonrisa de María, trono viviente, todo nos atrae, haciéndonos sentir la dicha de ser súbditos de un Rey a la vez tan dulce y poderoso. María es el *Trono de la Sabiduría,* porque Tú, Sabiduría del Padre, descansas en ella. ¡Oh Jesús, siéntate siempre en ese trono, sé nuestro Rey; domínanos; *reina,* como canta David, *por tu gloria, por tu beldad, por tu mansedumbre!* (Salmo XLIV.) Somos súbditos tuyos: sean para ti nuestro amor

y nuestros servicios; y para María, a quien nos has dado por Reina, nuestros homenajes y nuestra ternura.

31 DE DICIEMBRE

SAN SILVESTRE, PAPA Y CONFESOR

Hasta ahora hemos contemplado a los Mártires, junto a la cuna del Emmanuel. Esteban, que pereció bajo los guijarros del torrente; Juan, mártir de deseo, que pasó por el fuego; los Inocentes, inmolados por la espada; Tomás decapitado en su misma Catedral: esos son los campeones que montan la guardia al nuevo Rey. Pero, por muy numeroso que sea el ejército de los mártires, no todos los fieles de Cristo han sido llamados a formar parte de ese escuadrón escogido; el cuerpo del ejército celestial se compone también de los Confesores que vencieron al mundo, pero con una victoria incruenta. Aunque no sea para ellos el puesto de honor, no por eso dejan de servir a su Rey. Es verdad que no vemos la palma en sus manos; pero ciñe sus cabezas la corona de justicia. El que los coronó se precia también de verlos a su lado.

Era, pues justo que la Iglesia, reuniendo en esta triunfante Octava todas las glorias del cielo y de la tierra inscribiese estos días en el ciclo, el nombre de un santo Confesor que les repre-

sentase a todos. Este Confesor es Silvestre, Esposo de la Santa Iglesia romana, y por ella de la Iglesia universal, un Pontífice de largo y pacífico reinado, unos 22 años, un siervo de Cristo, adornado de todas las virtudes y venido al mundo al día siguiente de aquellos furiosos combates que habían durado tres siglos, en los cuales triunfaron, por el martirio, miles de cristianos, bajo la dirección de numerosos Papas Mártires, predecesores de Silvestre.

Silvestre es también nuncio de la Paz que Cristo vino a traer al mundo, y que los Angeles cantaron en Belén. Es el amigo de Constantino, confirma el Concilio de Nicea que condenó la herejía arriana, organiza la disciplina eclesiástica para la era de la paz. Sus predecesores representaron a Cristo paciente: El representa a Cristo triunfante. Viene a completar, en esta Octava, el carácter de Dios Niño que viene en la humildad de los pañales, expuesto a la persecución de Herodes, y a pesar de todo es el *Príncipe de la Paz,* y *Padre del siglo futuro.* (*Is.*, IX, 6.)

Pontífice supremo de la Iglesia de Jesucristo, fuiste elegido entre todos tus hermanos para embellecer con tus gloriosos méritos la santa Octava del Nacimiento del Emmanuel. Representas en ella dignamente al coro inmenso de Confesores, por haber llevado el timón de la Iglesia con tanta energía y fidelidad, después de la tempestad. Adorna tu frente la corona pontifical, y

el esplendor del cielo se refleja en esas piedras preciosas de que está sembrada. En tus manos están las llaves del Reino de los cielos, para abrir e introducir en él a los restos de la gentilidad que recibe la fe de Cristo; y lo cierras a los arrianos, en ese sagrado Concilio de Nicea, que presides por medio de tus legados, y al que autorizas con tu confirmación apostólica. En seguida se desencadenarán contra la Iglesia furiosas tempestades; las olas de la herejía combatirán la barquilla de Pedro; Tú estarás ya en el seno de Dios; pero velarás con Pedro, por la pureza de la fe; y, gracias a tus oraciones, la Iglesia romana será el puerto en que Atanasio hallará por fin algunas horas de paz.

Bajo tu tranquilo pontificado, la Roma cristiana recibe el premio de su largo martirio. Se le reconoce por Reina del mundo cristiano, y a su imperio como al único universal. Constantino se aleja de la ciudad de Rómulo, hoy ciudad de Pedro; la segunda majestad no quiere ser eclipsada por la primera, y, con la fundación de Bizancio, queda Roma en manos de su Pontífice. Se derrumban los templos de los falsos dioses, haciendo sitio a las basílicas cristianas que reciben los despojos triunfales de los santos Apóstoles y de los Mártires.

¡Oh Vicario de Cristo, honrado con tan maravillosos dones, acuérdate de este pueblo cristiano que es el tuyo! En estos días, te suplica le

inicies en el divino misterio de Cristo Niño. En el sublime símbolo de Nicea, y que tú confirmaste y promulgaste para toda la Iglesia, nos enseñas a reconocer al *Dios de Dios, Luz de la Luz, engendrado, no hecho, consubstancial al Padre* y Nos invitas a venir a adorar a este Niño, por *quien han sido hechas todas las cosas.* ¡Oh Confesor de Cristo! dígnate presentarnos a El, como lo han hecho los Mártires que te han precedido. Suplícale que bendiga nuestros deseos de virtud y que nos conserve en su amor, que nos conceda el triunfo sobre el mundo y sobre nuestras pasiones, y que nos guarde esa corona de justicia, a la que nos atrevemos a aspirar como premio de nuestra fe.

¡Oh Pontífice de la Paz, desde la tranquila morada donde descansas, mira a la Iglesia de Dios, agitada por las más espantosas tormentas, y pide a Jesús, el Príncipe de la Paz, que ponga fin a tan crueles revueltas. Dirige tus miradas hacia esa Roma que amas y que guarda con tanto cariño tu recuerdo; ampara y dirige a su Pontífice. Haz que triunfe de la astucia de los políticos, de la violencia de los tiranos, de las emboscadas de los herejes, de la perfidia de los cismáticos, de la indiferencia de los mundanos, de la flojedad de los cristianos. Haz que sea honrada, amada y obedecida; que resuciten las grandezas del sacerdocio; que el poder espiritual se emancipe;

que la fortaleza y la caridad se den la mano y que, por fin, comience el reino de Dios sobre la tierra para que no haya más que un solo rebaño y un solo Pastor.

Vela, oh Silvestre, por el sagrado tesoro de la fe que tú guardaste con tanta integridad; triunfe su luz de todos esos falsos y atrevidos sistemas que surgen por doquier como fantasías de la soberbia humana. Sométase toda inteligencia creada al yugo de los misterios, sin los cuales la humana sabiduría no es más que tinieblas; reine, por fin, Jesús, Hijo de Dios e Hijo de María, reine por medio de su Iglesia en los espíritus y en los corazones.

Ruega por Bizancio, llamada antiguamente la nueva Roma, y que fué luego capital de la herejía, triste escenario de la degradación del Cristianismo. Haz que se abrevie el tiempo de su postración; que vuelva a ver la unidad; que venere a Cristo en la persona de su Vicario; que obedezca, para que se salve. Haz que las razas extraviadas y perdidas por su influencia, recobren la dignidad humana que sólo la pureza de la fe puede mantener o regenerar.

Finalmente, amarra, oh vencedor de Satanás, al Dragón infernal en la prisión donde lo tienes encerrado; abate su orgullo y haz que fracasen sus intentos; vigila para que no seduzca a más pueblos, sino que todos los hijos de la

Iglesia, según frase de San Pedro, tu predecesor, se le opongan con la energía de su fe. *(I S. Pedro,* V, 9.)

* * *

En este séptimo día de la Octava de Navidad, miremos al Salvador que nos ha nacido, envuelto en los pañales de la infancia. Los pañales son la librea de su flaqueza; el niño envuelto en ellos no es todavía un hombre; no tiene aún vestido propio. Tiene que aguardar a que le desaten; sus movimientos no son libres sin la ayuda ajena. Así apareció en la tierra, cautivo de nuestra debilidad, Aquel que da vida y movimiento a todas las criaturas.

Contemplemos a María, enfajando en los pañales con tierno respeto, los miembros de ese Dios hijo suyo, y adorando las humillaciones que ha venido a buscar a este mundo, a fin de santificar todas las edades del hombre, sin olvidar al más débil y necesitado. Era tal la herida de nuestro orgullo que necesitaba un remedio tan extremo. ¿Cómo rehusar ahora el hacerse niños, si el que viene a darnos ese mandato, se digna unir a su palabra un tan sugestivo ejemplo? Te adoramos, oh Jesús, en los pañales de tu pobreza y aspiramos a imitarte en todo.

"Por tanto, no os escandalicéis, hermanos míos, dice el piadoso Abad Guerrico, de esa librea tan humilde: no se turbe el ojo de vuestra

fe. Lo mismo que María envuelve a su hijo en esa pobre envoltura, así la Gracia, vuestra madre, cubre con símbolos y sombras la verdad y secreta grandeza de ese divino Verbo. ¿Qué hago yo más que envolver a Cristo en humildes pañales, cuando con mis palabras os anuncio la Verdad, que es Cristo?

"¡Dichoso aquel, a cuyos ojos no parece Cristo despreciable en medio de tales harapos! Contemplad, pues, a Cristo envuelto por su Madre en los pañales, para que merezcais ver en la eterna felicidad, la gloria y el esplendor con que el Padre le ha revestido como a Hijo único suyo."

* * *

Hoy termina el año civil. A media noche comienza en este mundo un nuevo año; el pasado desaparece sin remedio en el abismo de la eternidad. Nuestra vida da un paso más, *y el fin de todas las cosas se nos aproxima (I S. Pedro,* IV, 7.) La Liturgia, que da comienzo al año eclesiástico con el domingo primero de Adviento, no ha creado en la Iglesia romana oraciones especiales para celebrar esta renovación del año, el día primero de enero; mas su espíritu, de acuerdo siempre con todas las situaciones del hombre y de la sociedad, nos advierte que no dejemos pasar este solemne momento, sin ofrecer a Dios el tributo de nuestro agradecimiento por los beneficios recibidos durante el año pasado.

1 DE ENERO

LA CIRCUNCISION DE NUESTRO SEÑOR Y LA OCTAVA DE NAVIDAD

LOS MISTERIOS DE ESTE DÍA. — Ha llegado el octavo día del Nacimiento del Salvador; los Magos se acercan a Belén; cinco días más y la estrella se detendrá sobre el lugar donde descansa el divino Niño. Hoy, el Hijo del hombre debe ser circuncidado, subrayando con este primer sacrificio de su carne inocente, el octavo día de su vida mortal. Hoy, le van a poner un nombre; y este nombre será el de *Jesús*, que quiere decir *Salvador*. En este gran día, se aglomeran los misterios; recojámoslos todos, y honrémoslos con toda la devoción y ternura de nuestros corazones.

Pero, este día no está únicamente dedicado a celebrar la Circuncisión de Jesús; el misterio de esta Circuncisión forma parte de otro mayor todavía, el de la Encarnación e Infancia del Salvador; misterio que absorbe contínuamente a la Iglesia no sólo durante esta Octava, sino en los cuarenta días del *Tiempo de Navidad*. Por otra parte, es conveniente que honremos con una fiesta especial la imposición del nombre de *Jesús*, fiesta que pronto celebraremos. Este solemne día conmemora aún otro objeto digno de excitar la piedad de los fieles. Este objeto es María, Madre

de Dios. La Iglesia celebra hoy de un modo especial ese augusto privilegio de la Maternidad divina, otorgado a una simple criatura, cooperadora en la gran obra de la salvación de los hombres.

Antiguamente, la Santa Iglesia romana celebraba dos misas el día 1.° de enero: una por la Octava de Navidad, otra en honor de María. Más tarde, las reunió en una sola, del mismo modo que unió en el Oficio de este día los testimonios de su admiración hacia el Hijo, con las expresiones de su admiración y tierna confianza para con la Madre. En su afán de rendir el tributo de sus homenajes a la que nos dió al Emmanuel, la Iglesia griega no espera al octavo día del Nacimiento del Verbo hecho carne. En su impaciencia, consagra a María el mismo día siguiente de Navidad, el 26 de diciembre, con el título de *Sinaxis de la Madre de Dios,* reuniendo esas dos fiestas en una sola, y celebrando a San Esteban el día 27 de diciembre.

La Maternidad Divina. — Por lo que toca a nosotros, hijos primogénitos de la Santa Iglesia romana, volquemos hoy en la Virgen Madre todo el amor de nuestros corazones, y unámonos a la felicidad que ella experimenta por haber dado a luz a su Señor que es también nuestro. Durante el santo Tiempo de Adviento la hemos contemplado encinta del Salvador del mundo; hemos

realzado la excelsa dignidad de esta Arca de la nueva Alianza que ofrecía su casto seno, a la Majestad del Rey de los siglos, como si fuera otro cielo. Ahora acaba de dar a luz a este Niño Dios; le adora, pero es también su Madre. Tiene derecho a llamarle Hijo suyo; y El, aun siendo verdadero Dios, le llamará de verdad Madre. No nos cause, pues, extrañeza, que la Iglesia cante con tanto entusiasmo a María y a sus glorias. Pensemos más bien, que todos los elogios que puede tributarle, todos los homenajes que en su culto puede ofrecerle, quedan siempre muy por debajo de lo que realmente es debido a la Madre del Dios encarnado. Ningún mortal llegará nunca a describir, ni aun a comprender, la gloria que encierra en sí ese sublime privilegio. Efectivamente, dimanando la dignidad de María de su cualidad de Madre de Dios, sería necesario para abarcarla en toda su extensión, que comprendiésemos previamente a la misma Divinidad. Es a Dios a quien María dió la naturaleza humana; es a Dios a quien tuvo por Hijo; es Dios quien tuvo a gala el estarla sujeto, en cuanto hombre; el valor de tan alta dignidad en una simple criatura, no puede, por tanto, ser apreciado sino es relacionándolo con la infinita perfección del soberano Señor que se digna ponerse a sus órdenes. Anonadémonos, pues, en presencia de la Majestad divina, y humillémonos ante la soberana dignidad de la que escogió por Madre.

Si nos ponemos ahora a pensar en los sentimientos que embargaban a María ante una situación semejante con respecto a su divino Hijo, quedaremos pasmados ante la sublimidad del misterio. Ella ama a ese Hijo a quien da el pecho, a quien tiene en sus brazos, a quien aprieta contra su corazón, le ama porque es el fruto de sus entrañas; le ama porque es su madre, y la madre ama a su hijo como a sí misma y más que a sí misma; pero cuando considera la infinita majestad del que así se confía a su amor y a sus caricias, tiembla y se siente desfallecer, hasta que su corazón de Madre le tranquiliza con el recuerdo de los nueve meses que ese Niño pasó en su seno, y de la filial sonrisa que tuvo para ella en el momento de darlo a luz. Estos dos sublimes sentimientos de la religión y de la maternidad, tienen en su corazón un solo y divino objeto. ¿Puede imaginarse algo más excelso que esta dignidad de Madre de Dios? ¿No teníamos razón al decir, que para comprenderla tal como es en realidad, habríamos de comprender al mismo Dios, el único que pudo concebirla en su infinita sabiduría y hacerla realidad con su poder ilimitado?

¡Una Madre de Dios! ese es el misterio cuya realización esperaba el mundo desde hace tantos siglos; la obra, que a los ojos de Dios, sobrepasaba infinitamente en importancia a la creación

de millones de mundos. Una creación no es nada para su poder; habla, y todas las cosas son hechas. Mas, para hacer a una criatura Madre de Dios, tuvo no sólo que trastornar todas las leyes de la naturaleza, haciendo fecunda la virginidad, sino sujetarse El mismo con relaciones filiales a la feliz criatura que se escogió. Le concedió derechos sobre El y aceptó deberes para con ella; en una palabra, se hizo su Hijo, e hizo de ella su Madre.

De aquí se sigue que, los beneficios de la Encarnación que debemos al amor del Verbo divino, podemos y debemos en justicia referirlos también a María en sentido verdadero, aunque secundario. Si es Madre de Dios, lo es por haber consentido en serlo. Dios se dignó no sólo aguardar ese consentimiento, sino también hacer depender de él la venida en carne de su Hijo. Así como el Verbo eterno pronunció sobre el caos la palabra FIAT, y la creación salió de la nada para obedecerle; del mismo modo, Dios estuvo esperando a que María pronunciase la palabra FIAT, *hágase en mí según tu palabra,* para que su propio Hijo bajase a su casto seno. Por consiguiente, después de Dios, a María debemos el Emmanuel. Esta necesidad ineludible, en el plan sublime de la redención, de que exista una Madre de Dios, debía desconcertar los artificios de los herejes, resueltos a privar de su gloria al Hijo de Dios. Para Nestorio, Jesús no era más que un

simple mortal; su Madre no era por tanto, más que la madre de un hombre: quedaba destruído el misterio de la Encarnación. De ahí el odio de la sociedad cristiana a tan pérfido sistema. El Oriente y el Occidente proclamaron con unanimidad la unidad de persona del Verbo hecho carne, y a María como verdadera Madre de Dios, *Deipara, Theotocos,* por haber dado a luz a Jesucristo. Era, pues, justo que en memoria de esta señalada victoria alcanzada en el concilio de Efeso, y para manifestar la tierna devoción de los pueblos cristianos hacia la Madre de Dios, se elevaran solemnes monumentos que lo atestiguaran.

Así comenzó en las Iglesias griega y latina la piadosa costumbre de unir en la fiesta de Navidad, el recuerdo de la Madre con el culto del Hijo. Fueron diversos los días dedicados a esta conmemoración; pero la intención religiosa era la misma.

En Roma, el santo Papa Sixto III hizo decorar el arco triunfal de la Iglesia de Santa María *ad Praesepe,* la admirable Basílica de Santa María la Mayor, con un inmenso mosaico en honor de la Madre de Dios. Ese precioso testimonio de la fe del siglo v ha llegado hasta nosotros; en medio del amplio conjunto en el que figuran en su misteriosa simplicidad, los sucesos narrados en la Sagrada Escritura y los sím-

bolos más venerables, se puede leer todavía la inscripción, que atestigua la veneración del santo Pontífice hacia María, Madre de Dios, y que dedica al pueblo fiel: SIXTUS EPISCOPUS PLEBI DEI.

También se compusieron en Roma cantos especiales para celebrar el gran misterio del Verbo hecho carne en María. Magníficos Responsorios y Antífonas sirvieron de expresión a la piedad de la Iglesia y de los pueblos, trasmitiéndola a todos los siglos venideros.

Entre estas piezas litúrgicas hay antífonas que la Iglesia griega canta en su lengua en estos días con nosotros, las cuales ponen de manifiesto la unidad de la fe y de sentimientos ante el gran misterio del Verbo encarnado.

MISA

La Estación se celebra en Santa María al otro lado del Tiber. Era justo honrar esta Basílica, venerable por siempre entre todas las que consagró a María la devoción de los católicos. La más antigua de las Iglesias de Roma dedicada a la Santísima Virgen, fué consagrada por San Calixto en el siglo III, en la antigua *Taberna Meritoria,* lugar famoso, aun entre los autores paganos, por la fuente de aceite que de allí brotó, bajo el reinado de Augusto, y corrió hasta el Tiber. La piedad popular vió en este suceso

un símbolo de Cristo (*unctus*) que debía pronto nacer, la Basílica lleva hoy todavía el título de *Fons olei*[1].

El Introito, como la mayor parte de las piezas que se cantan en la Misa, es el de Navidad, en su Misa Mayor. Celebra el Nacimiento del Niño Dios, que cumple hoy sus ocho días.

INTROITO

Un niño nos ha nacido, y nos ha sido dado un Hijo: en sus hombros descansa el Imperio; y se llamará su nombre: Angel del gran consejo.

En la Colecta, la Iglesia celebra la fecunda virginidad de la Madre de Dios y nos muestra a María como fuente de que Dios se ha servido para derramar sobre el género humano el bene-

[1] Hasta el siglo VIII, el primer día del año se conmemoraba con una fiesta pagana. La Iglesia, la reemplazó, entre (600 y 657), por una fiesta cristiana: *la Octava Domini*: era una nueva fiesta de Navidad con un recuerdo especial para María, Madre de Jesús, y la Estación se hacía en Santa María *ad Martyres*, el Panteón de Agripa. Según algunos, esta fiesta sería la primera fiesta de María en la Liturgia romana (Ephem. Liturg. t. 47, p. 430). Los calendarios bizantinos de los siglos VII y IX, y con anterioridad el canon 17 del Concilio de Tours en 567, y el Martirologio jeronimiano (fin del siglo VI) señalan para el primero de enero, la fiesta de la Circuncisión. Además, en Francia se ayunaba ese día para alejar a los fieles de las fiestas paganas del primero de enero. Solamente en el siglo IX aceptó la Iglesia romana la fiesta de la Circuncisión: hubo entonces doble Oficio y doble Estación, una de ellas en San Pedro.

ficio de la Encarnación, presentando ante el mismo Dios nuestras esperanzas fundadas en la intercesión de esta privilegiada criatura.

ORACION

Oh Dios, que, por la fecunda virginidad de la Bienaventurada María, diste al género humano los premios de la salud eterna: suplicámoste, hagas que sintamos interceder por nosotros, a aquella que nos dió al Autor de la vida, a Jesucristo, tu Hijo, N. S. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a Tito. (II, 11-15.)

Carísimo: La gracia de Dios, nuestro Salvador, se ha aparecido a todos los hombres, para enseñarnos que, renunciando a la impiedad y a los deseos mundanos debemos vivir sobria y justa y piadosamente en este siglo, aguardando la bienaventurada esperanza y el glorioso advenimiento del gran Dios y Salvador nuestro, Jesucristo, el cual se dió a sí mismo por nosotros, para redimirnos de todo pecado y purificar para sí un pueblo grato, seguidor de las buenas obras. Predica y aconseja estas cosas en Nuestro Señor Jesucristo.

En este día en que ponemos el principio de nuestro año civil, vienen a propósito los consejos del gran Apóstol, advirtiendo a los fieles la obligación que tienen de santificar el tiempo que se les concede. Renunciemos, pues, a los deseos mundanos; vivamos con sobriedad, justicia y piedad; nada debe distraernos del ansia de esa biena-

venturanza que esperamos. El gran Dios y Salvador Jesucristo, que se nos revela estos días en su misericordia para adoctrinarnos, volverá un día en su gloria para recompensarnos. El correr del tiempo nos advierte que se acerca ese día; purifiquémonos y hagámonos un pueblo agradable a los ojos del Redentor, un pueblo dado a las buenas obras.

El Gradual celebra la venida del divino Niño, invitando a todas las naciones a ensalzarle a El y a su Padre que nos le había prometido y nos le envía.

GRADUAL

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios: tierra toda, canta jubilosa a Dios. — ℣. El Señor manifestó su salud: reveló su justicia ante la faz de las gentes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Habiendo hablado Dios muchas veces a los Padres en otro tiempo por los Profetas, en estos últimos días nos ha hablado por su Hijo. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Evangelio según San Lucas. (II, 21.)

En aquel tiempo, pasados los ocho días para circuncidar al Niño, llamaron su nombre JESÚS, el cual le fué puesto por el Angel antes de que fuese concebido en el vientre.

Es circuncidado el Niño; no sólo pertenece ya a la naturaleza humana; por medio de este símbolo se hace miembro del pueblo elegido, y se consagra al servicio divino. Se somete a esta dolorosa ceremonia, a esta señal de servidumbre, con el fin de cumplir toda justicia. Recibe en-cambio el nombre de Jesús; y este nombre quiere decir Salvador; nos salvará, pues, mas a costa de su propia sangre. Esa es la voluntad de Dios, por El aceptada. La presencia del Verbo encarnado en la tierra tiene por finalidad llevar a cabo un Sacrificio; este Sacrificio comienza ahora.

Esta primera efusión de sangre del Hijo de Dios podría bastar para que ese sacrificio fuera pleno y perfecto; pero la insensibilidad del pecador, cuyo corazón ha venido a conquistar el Emmanuel, es tan profunda, que con frecuencia sus ojos contemplarán sin conmoverse arroyos de esa sangre divina corriendo por la cruz en abundancia. Unas pocas gotas de la sangre de la circuncisión hubieran bastado para satisfacer la justicia del Padre, pero no bastan a la miseria del hombre, y el corazón del divino Niño trata ante todo de curar esa miseria. Para eso viene; amará a los hombres hasta la locura; no en vano llevará el nombre de Jesús.

El Ofertorio celebra el poder del Emmanuel. En este momento en que aparece herido por el cuchillo de la circuncisión, cantemos con mayor fervor su poderío, su riqueza y su soberanía. Ce-

lebremos también su amor, porque si viene a compartir nuestras heridas, es por el afán de sanarlas.

OFERTORIO

Tuyos son los cielos, y tuya es la tierra: tú fundaste el orbe de las tierras y su redondez: justicia y juicio son la base de su trono.

SECRETA

Aceptadas nuestras ofrendas y nuestras preces, suplicámoste, Señor, nos purifiques con tus celestiales Misterios y nos escuches clemente. Por el Señor.

Durante la Comunión, la Iglesia se regocija en el nombre del Salvador que viene, y que llena todo el significado de este nombre, rescatando a todos los habitantes de la tierra. Suplica a continuación, por medio de María, que el divino remedio de la comunión cure nuestros corazones del pecado, para que podamos ofrecer a Dios el homenaje de esa circuncisión espiritual de que habla el Apóstol.

COMUNION

Todos los confines de la tierra vieron la salud de nuestro Dios.

POSCOMUNION

Que esta Comunión, Señor, nos purifique del pecado: y, por intercesión de la Bienaventurada Virgen María, Madre de Dios, nos haga partícipes del celestial remedio. Por el mismo Señor.

En este octavo día del Nacimiento del divino Niño, consideremos el gran misterio de la Circuncisión que se opera en su carne. Hoy, la tierra ve correr las primicias de la sangre que la va a rescatar; hoy, el celestial Cordero que va a expiar nuestros pecados, comienza ya a sufrir por nosotros. Compadezcamos al Emmanuel, que se somete con tanta dulzura al instrumento que le imprimirá una señal de servidumbre.

María, que ha velado por El con tan tierno cuidado, ha visto venir esta hora de los primeros sufrimientos de su Hijo, con un doloroso desgarro de su corazón maternal. Sabe que la justicia de Dios podría prescindir de este primer sacrificio, o bien contentarse con el valor infinito que encierra para la salvación del mundo; y a pesar de eso, es preciso que sea lacerada la carne inocente de su Hijo y que corra su sangre por sus delicados miembros.

Contempla con dolor los preparativos de esa sangrienta ceremonia; no puede huir, ni consolar a su Hijo en la angustia de este primer sufrimiento. Tiene que oír sus suspiros, su gemido quejumbroso, y ver cómo corren las lágrimas por sus tiernas mejillas. "Y llorando El, dice San Buenaventura, ¿crees tú, que su Madre puede contener sus lágrimas? Llora, pues, también ella. Al verla así llorando, su Hijo, que estaba sobre su regazo, ponía su manecita en la boca y en el rostro de su Madre, como para pedirle por esa

señal que no llorase; pues El, que la amaba con tanta ternura, quería que no llorase. Por su parte, esta dulce Madre cuyas entrañas estaban totalmente conmovidas por el dolor y las lágrimas de su Hijo, le consolaba probablemente con sus gestos y palabras. En realidad, como era muy prudente conocía muy bien su voluntad aunque no le hablara, y así le decía: Hijo mío, si quieres que acabe de llorar, termina tú también, porque llorando tú, yo no puedo menos de llorar. Y entonces, por compasión hacia su Madre, dejaba de gemir el pequeñuelo. La Madre le enjugaba el rostro, y secábase también el suyo; luego acercaba su cara a la del niño, le daba el pecho, y le consolaba de cuantas maneras podía"[1].

¿Con qué pagaremos nosotros ahora al Salvador de nuestras almas, por la Circuncisión que se ha dignado sufrir para demostrarnos el amor que nos tiene? Debemos seguir el consejo del Apóstol (*Col.*, II, 11), y circuncidar nuestro corazón de todos sus malos afectos, estirpar el pecado y sus concupiscencias, vivir finalmente de esa nueva vida, cuyo sencillo y sublime modelo nos viene a traer Jesús desde lo alto. Procuremos consolarle en este su primer dolor, y estemos cada vez más atentos a los ejemplos que nos ofrece.

[1] Meditaciones sobre la Vida de Jesucristo, por S. Buenaventura.

DOMINGO

ENTRE LA CIRCUNCISIÓN Y LA EPIFANÍA

FIESTA DEL SANTISIMO NOMBRE DE JESUS

Para la celebración de esta fiesta fué escogido en su principio el segundo domingo después de Epifanía, que recuerda el banquete de las bodas de Caná. Es precisamente el día de la boda, cuando el nombre del Esposo pasa a ser propiedad de la Esposa; ese nombre significará que en adelante es suya. Queriendo honrar la Iglesia con un culto especial un nombre tan precioso, unió su recuerdo al de las bodas divinas. Hoy, une a la celebración de este augusto Nombre, el aniversario del día en que le fué impuesto, ocho días después del Nacimiento.

El Antiguo Testamento había rodeado el Nombre de Dios de un profundo terror; este nombre era entonces tan temible como santo, y no todos los hijos de Israel tenían el honor de pronunciarlo. Aún no había aparecido Dios en la tierra conversando con los hombres; todavía no se había hecho hombre uniéndose a nuestra débil naturaleza; no podíamos, pues, darle ese nombre amoroso y tierno que la Esposa da al Esposo. Pero, cuando llega la plenitud de los tiempos, cuando el misterio del amor está próximo a aparecer, el nombre de Jesús baja primeramente del cielo, como un anticipo de la pre-

sencia del Señor que lo ha de llevar. El Arcángel dice a María: "Le pondrás por nombre Jesús"; ahora bien, Jesús quiere decir *Salvador.* ¡Qué dulce será este nombre para el mortal perdido! y, ¡cómo acerca ese solo Nombre al cielo con la tierra! ¿Hay alguno más amable y más poderoso? Si, al sonido de ese divino Nombre, debe doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos ¿habrá algún corazón que no se conmueva de amor al oírlo? Mas, dejemos que nos describa San Bernardo el poder y la dulzura de ese bendito Nombre. He aquí cómo se expresa a este propósito en su Sermón décimoquinto sobre el Cantar de los Cantares.

"El Nombre del Esposo es luz, alimento, medicina. Ilumina, cuando se le publica; alimenta, cuando en él se piensa, y cuando en la tribulación se le invoca, proporciona lenitivo y unción. Detengámonos, si os place, en cada una de estas cualidades. ¿Cómo pensais que pudo derramarse por todo el mundo esa tan grande y súbita luz de la fe, sino es por la predicación del Nombre de Jesús? ¿No nos llamó Dios a su admirable luz, por medio de la antorcha de su bendito Nombre? Al ser iluminados por ella, y viendo en esta luz otra luz, oímos a San Pablo que acertadamente nos dice: *Erais antes tinieblas, mas ahora luz en el Señor.*

Pero, el Nombre del Jesús no es sólo luz; es también alimento. ¿No os sentís reconfortados

al recordar ese dulce Nombre? ¿Hay algo en el mundo que tanto nutra el espíritu de quien en El medita? ¿Qué hay asimismo como él que restaure la flojedad de los sentidos, que dé fortaleza a las virtudes, haga florecer las buenas costumbres y mantenga los puros y castos afectos? Todo alimento del alma es árido si no está empapado en este aceite, insípido si no está sazonado con esta sal.

Cuando me escribís, vuestro relato no tiene para mí ningún sabor si no leo allí el nombre de Jesús. Cuando conmigo hablais o disputais, la conversación no tiene para mí interés alguno si en ella no oigo resonar el nombre de Jesús. Jesús es miel para mi boca, melodía para mi oído, júbilo para mi corazón; y además de todo esto, una benéfica medicina. ¿Está triste alguno? Venga Jesús a su corazón, salga de allí a su boca, y en seguida se disipará cualquier nublado, y volverá la serenidad, en presencia de ese divino Nombre que es una verdadera luz. ¿Cae alguien en el crimen, o corre desesperado al abismo de la muerte? Que invoque el Nombre de Jesús y comenzará de nuevo a respirar y a vivir. ¿Quién, en presencia de ese nombre, permaneció nunca con el corazón endurecido, con la incuria de la pereza, el rencor o la languidez del fastidio? ¿Quién, por ventura, teniendo seca la fuente de las lágrimas, no la sintió corrér repentinamente más abundante y suave, en cuanto invocó el

nombre de Jesús? ¿Qué hombre hay, que temeroso y temblando en lo más recio del peligro, haya invocado ese Nombre, y no haya sentido inmediatamente que nacía en él la confianza, y huía el miedo? ¿Quién es, os lo pregunto, el que sacudido y agitado por las dudas, no vió brillar la certidumbre, tan pronto como invocó ese luminoso Nombre? ¿Quién es el que, habiendo dado oídos a la desconfianza en tiempo de la adversidad, no recobró el valor cuando llamó en su ayuda a ese Nombre poderoso? Efectivamente, todas esas son enfermedades del alma, y él es su medicina.

Así es, y puedo probarlo con estas palabras: *Invócame,* dice el Señor, *en el día de la tribulación, y te libraré de ella, y tú me honrarás.* Nada sujeta tanto el ímpetu de la ira, ni calma tanto la hinchazón del orgullo. Nada cura tan radicalmente las heridas de la tristeza, reprime los excesos lúbricos, extingue las llamas de las pasiones, apaga la sed de la avaricia, y ahuyenta el prurito de los apetitos deshonestos. En efecto, cuando pronuncio el nombre de Jesús, me represento un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso, en una palabra, un hombre radiante de pureza y santidad, el cual es al mismo tiempo Dios omnipotente que me cura con sus ejemplos, y me fortalece con su ayuda. Todo esto suena en mi corazón cuando oigo el Nombre de Jesús. De esta manera, si le

considero como hombre, saco de él ejemplos para imitarlos; si le considero como Dios Todopoderoso, una ayuda segura. Me sirvo de los referidos ejemplos como de hierbas medicinales, y de su ayuda como de un instrumento para triturarlas, elaborando con ellas una mezcla cual ningún médico sabría confecionarla.

¡Oh, alma mía, tienes un maravilloso antídoto encerrado, en este Nombre de Jesús como en un vaso! Jesús, es ciertamente un Nombre saludable y un medicamento que nunca resultará ineficaz para ninguna dolencia. Tenedlo siempre en vuestro seno, siempre a la mano, de tal modo que todos vuestros actos vayan siempre dirigidos hacia Jesús."

Tal es, la virtud y la dulzura del santísimo Nombre de Jesús, nombre que fué impuesto al Emmanuel el día de su Circuncisión; pero, como el día de la Octava de Navidad está ya consagrado a celebrar la Maternidad divina, y el misterio del Nombre del Cordero exigía por sí solo una festividad propia, la Iglesia instituyó la fiesta de hoy. Su primer propulsor fué San Bernardino de Sena, en el siglo xv, el cual estableció y propagó la costumbre de representar, rodeado de rayos, el Santo Nombre de Jesús, reducido a sus tres primeras letras IHS, reunidas en monograma. Esta devoción se extendió rápidamente por Italia, favorecida por el ilustre San Juan Capistrano, de la Orden Franciscana, lo mismo que San Ber-

nardino de Sena. La Santa Sede aprobó solemnemente esta devoción al Nombre del Salvador; y en los primeros años del siglo XVI, Clemente VII, a ruego de muchos, concedió a toda la Orden de San Francisco el privilegio de celebrar una fiesta especial en honor del santísimo Nombre de Jesús.

Sucesivamente extendió Roma este privilegio a las distintas Iglesias, y llegó el momento en que fué incluída en el calendario universal. Ocurrió esto en 1721 a petición de Carlos VI Emperador de Alemania; el Papa Inocencio XIII determinó que la fiesta del santísimo Nombre de Jesús se celebrase en toda la Iglesia, fijándola primitivamente en el domingo segundo después de Epifanía.

MISA

La Iglesia celebra la gloria del Nombre de su Esposo, desde el Introito. Cielo, tierra, abismos, temblad al oír ese Nombre adorable, porque el Hijo del hombre que lo lleva, es también el Hijo de Dios.

INTROITO

En el Nombre de Jesús debe doblarse toda rodilla, en los cielos, en la tierra y en los infiernos: y toda lengua debe confesar que Jesucristo, el Señor, está en la gloria de Dios Padre. *Salmo:* Señor, Señor nuestro: ¡qué admirable es tu Nombre en toda la tierra! — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia, que halla el consuelo de su destierro en el Nombre de su Esposo, pide el poder disfrutar pronto, de la visión de Aquel a quien ese Nombre querido representa.

ORACION

Oh Dios, que constituiste a tu Unigénito, Salvador del género humano, y ordenaste que se llamara Jesús: concédenos, propicio, la gracia de gozar en el cielo de la presencia de Aquel, cuyo santo Nombre veneramos en la tierra. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de los actos de los Apóstoles. (IV, 8-12.)

En aquellos días, Pedro lleno del Espíritu Santo, dijo: Príncipes del pueblo y ancianos, oíd: Ya que en este día se nos pide razón del beneficio hecho a un hombre enfermo, de qué manera ha sido curado éste, sea notorio a todos vosotros y a todo el pueblo de Israel, que este hombre está en vuestra presencia sano en el Nombre de Jesucristo Nazareno, a quien vosotros crucificásteis y Dios resucitó de entre los muertos. Esta es la piedra que vosotros desechásteis al edificar, la cual se ha convertido en piedra angular; y no hay salud en ningún otro. Ni se ha dado a los hombres otro Nombre debajo del cielo, por el cual podamos salvarnos.

Ya lo sabemos ¡oh Jesús! ningún otro nombre sino el tuyo podía salvarnos, pues ese Nombre significa *Salvador*. Bendito seas, pues te dignaste aceptarlo: ¡bendito seas por habernos salvado! Eres del cielo y tomas un nombre de la tierra, un nombre que todos los labios mortales pueden pronunciar: unes, pues, para siempre

la naturaleza divina con la humana. ¡Oh! haznos dignos de tan sublime alianza y no consientas que jamás la rompamos.

La Santa Iglesia celebra a continuación con sus cantos, las glorias de este divino Nombre a quien bendicen todas las naciones, porque es el Nombre del Redentor del mundo.

GRADUAL

Sálvanos, Señor, Dios nuestro, y júntanos de entre las naciones: para que confesemos tu santo Nombre, y nos gloriemos en tus alabanzas. — ℣. Tú, Señor, eres nuestro Padre y nuestro Redentor: tu Nombre existe desde siempre.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Las alabanzas del Señor cantará mi boca; y bendiga toda carne su santo Nombre. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. II, 21.)

En aquel tiempo, pasados los ocho días para circuncidar al Niño, llamaron su Nombre Jesús, el cual le fué puesto por el Angel antes de que fuese concebido en el vientre.

¡Oh Jesús! recibiste el Nombre al derramar en la Circuncisión tu primera sangre; así tenía que ser, ya que ese nombre quiere decir *Salvador;* y nosotros no podemos salvarnos tampoco si no es por medio de tu sangre. Algún día, esa

feliz alianza que has venido a contraer con nosotros, te ha de costar la vida; el anillo nupcial que colocarás en nuestro dedo, estará templado en tu sangre, y nuestra vida inmortal será el precio de tu cruel muerte. Todas estas cosas nos las dice ya tu sagrado Nombre ¡oh Jesús, oh Salvador! Tú eres la Viña que nos invita a libar de su vino generoso; mas, todavía el celeste racimo ha de ser duramente pisado en el lagar de la justicia del Padre de los cielos, de manera que sólo después de haber sido violentamente arrancado de la cepa y desmenuzado, podremos nosotros embriagarnos con su divino jugo. Recuérdenos siempre este misterio, tu divino Nombre, oh Emmanuel, y guárdenos del pecado su memoria, conservándonos siempre fieles a Ti.

Durante el Ofertorio canta la Iglesia todavía al Nombre divino, objeto de la presente festividad, ensalzando las gracias reservadas a los que le invocan.

OFERTORIO

Te alabaré, Señor, Dios mío, con todo mi corazón y glorificaré tu Nombre para siempre: porque Tú, Señor, eres suave y manso: y muy misericordioso con todos los que te invocan, aleluya.

SECRETA

Suplicámoste, clementísimo Dios, hagas que tu bendición, con la que vive toda criatura, santifique este sacrificio nuestro, que te ofrecemos para gloria del Nombre de tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo, a fin

de que tribute a tu Majestad una alabanza agradable, y a nosotros nos aproveche para la salud. Por el mismo Señor.

Después de haber recibido los fieles el alimento celestial del Cuerpo y sangre de Jesucristo, la Iglesia en agradecimiento, invita a todas las naciones a cantar y glorificar el Nombre de quien las creó y redimió.

COMUNION

Todas las gentes que hiciste vendrán a ti, y se humillarán delante de ti, Señor, y glorificarán tu Nombre: porque Tú eres grande y haces maravillas: Tú sólo eres Dios, aleluya.

Sólo queda ya a la Iglesia por expresar un deseo: que los nombres de todos sus hijos sean inscritos, a continuación del glorioso Nombre de Jesús, en el libro de la predestinación eterna. Tendremos esta dicha asegurada, si sabemos estimar siempre este Nombre salvador, conformando nuestra vida con las obligaciones que impone.

POSCOMUNION

Omnipotente y eterno Dios, que nos has creado y redimido: contempla propicio nuestros votos, y dígnate aceptar, con rostro plácido y benigno, el sacrificio de la saludable Hostia que hemos ofrecido a tu Majestad, en honor del Nombre de tu Hijo, Nuestro Señor Jesucristo: para que, infundida en nosotros tu gracia, nos alegremos de ver escritos en el cielo nuestros nombres, bajo el glorioso Nombre de Jesús, con el título de la predestinación eterna. Por el mismo Señor.

2 DE ENERO

OCTAVA DE SAN ESTEBAN PROTOMATIR

Terminamos ayer la Octava de la Natividad de Nuestro Señor; hoy cerraremos la Octava de San Esteban; pero, no debemos perder de vista ni un solo momento al divino Niño cuya corte forman Esteban, el Discípulo Amado y los santos Inocentes. Pronto veremos llegar a los Magos ante la cuna del Rey recién nacido. Glorifiquemos al Emmanuel, en estas horas de espera, proclamando las glorias de sus favoritos predilectos, admirando una vez más a Esteban en este último día de su Octava. Le volveremos a encontrar en otra parte del año; el 2 de agosto aparecerá radiante en la Iglesia, con la milagrosa Invención de sus reliquias, derramando sobre nosotros nuevas gracias.

Un antiguo Sermón atribuído durante mucho tiempo a San Agustín, nos enseña que Esteban estaba *en la flor de su brillante juventud,* cuando fué llamado por los Apóstoles a recibir, por la imposición de manos, el sagrado carácter del Diaconado. Se le dieron seis compañeros; Esteban era el jefe de todos ellos; San Ireneo, en el siglo II le da ya el título de *Archidiácono.*

La fidelidad. — Ahora bien, la virtud característica del Diácono es la fidelidad; de ahí que

le sean confiados los tesoros de la Iglesia, tesoros consistentes no sólo en el dinero destinado al alivio de los pobres, sino en lo más precioso que existe en el cielo y en la tierra: el mismo Cuerpo del Redentor, cuyo distribuidor es el Diácono, por la Ordenación que ha recibido. Por eso el Apóstol, en su primera Epístola a Timoteo, recomienda a los Diáconos, que *guarden el Misterio de la Fe en una conciencia pura.*

Siendo el Diaconado un ministerio de fidelidad, era conveniente que el primer Mártir perteneciese al Orden del Diaconado, puesto que el martirio es una prueba de fidelidad; declara esta maravilla en la Iglesia universal la gloriosa Pasión de esos tres héroes de Cristo, que revestidos de la triunfal dalmática, acaudillan al ejército de los Mártires: Esteban, gloria de Jerusalén; Lorenzo, prez de Roma, y Vicente, honra de la católica España.

Con el fin de honrar el Diaconado en su primer representante, es costumbre en muchas Iglesias, el dejar cumplir a los Diáconos, en la fiesta de San Esteban, todos los cargos que son compatibles con su carácter. Así, en muchas Catedrales, el Chantre cede su báculo a un Diácono, otros diáconos asisten con dalmáticas, como coristas; y un Diácono canta también la Epístola de la Misa, porque contiene el relato del martirio de San Esteban.

Antigüedad de esta fiesta. — La institución de la fiesta del primer Mártir, y su asignación al día siguiente de Navidad, se pierde en la más sagrada y remota antigüedad. Las Constituciones Apostólicas, recopilación siria del siglo IV, nos la dan ya como establecida y fija en ese día. San Gregorio de Nisa y San Asterio de Amasea, anteriores uno y otro a la época del maravilloso hallazgo de las reliquias del santo Diácono (en 415) celebran su fiesta con Homilías especiales, poniento de relieve la circunstancia de ser festejada precisamente el mismo día siguiente a la Natividad de Cristo. Su Octava es ya más reciente; con todo eso, no se puede precisar la fecha de su institución. Amalario, en el siglo IX, la menciona ya como establecida, y el Martirologio de Notker en el siglo X, la trae expresamente.

No hay que extrañar que haya recibido tantos honores la fiesta de un simple Diácono, mientras que las de la mayoría de los Apóstoles carecen de Octava. La norma de la Iglesia en la Liturgia es, distinguir con su culto a los Santos, en proporción a los servicios que le han prestado. Así, a San Jerónimo, simple sacerdote, le honra con un culto superior al que otorga a los santos Pontífices. El lugar y grado de superioridad que concede en el ciclo, se halla en relación con su agradecimiento a los amigos de Dios que en él admite; de esta manera es como regula los

afectos del pueblo fiel hacia los celestes bienhechores que habrá de venerar un día en las filas de la Iglesia triunfante. Esteban, al abrir el camino a los Mártires, dió la pauta de ese sublime testimonio de la sangre, que constituye la fortaleza de la Iglesia, cuando confirma las verdades de que es tesorera y las eternas esperanzas que descansan sobre esas verdades. ¡Gloria, pues, y honor a Esteban hasta el fin de los siglos, en esta tierra fecundada con su sangre que él supo unir a la de Cristo!

San Esteban y San Pablo. — Hemos subrayado ya el perdón que este primer Mártir otorgó a sus verdugos, siguiendo el ejemplo de Cristo; y hemos visto cómo la Iglesia sacaba de este gran hecho, la materia de su principal elogio a San Esteban. Hoy, haremos hincapié en una circunstancia del drama tan emotivo que se desarrolló a las puertas de Jerusalén. Entre los cómplices de la muerte sangrienta de Esteban, había un joven llamado Saulo. Fogoso y amenazador, guardaba los vestidos de los que lapidaban al santo Diácono; y como observan los santos Padres, le apedreaba por mano de todos. Poco después, el mismo Saulo era derribado por una fuerza divina en el camino de Damasco, y se levantaba convertido en discípulo de aquel Jesús a quien la voz valerosa de Esteban, había proclamado Hijo del Padre celestial, aun en medio de

los golpes de sus verdugos. No había sido estéril la oración de Esteban; semejante conquista anunciaba nada menos que la de la gentilidad, cuando nacía el Apóstol, de la sangre de Esteban. "Sublime cuadro, exclama San Agustín. Veis allí a Esteban lapidado, veis a Saulo guardando los vestidos de los que le lapidan. Pues bien, he aquí que Saulo se hace Apóstol de Cristo, mientras que Esteban es siervo de Cristo. ¡Oh Saulo! fuiste derribado por el suelo y te levantaste predicador de Aquel a quien perseguías. Tus Epístolas se leen por todas partes; por doquier conviertes a Cristo los corazones rebeldes; por doquier formas como buen Pastor, grandes rediles. Ahora reinas con Cristo en compañía de aquel a quien apedreaste. Ambos a dos nos contemplais; ambos a dos oís lo que decimos; rogad los dos por nosotros. Sin duda os atenderá El que os dió la corona. Al principio, uno era cordero y el otro lobo; ahora los dos son corderos. ¡Protegednos, pues, con vuestras miradas, recomendadnos con vuestras oraciones! obtened para la Iglesia una vida pacífica y tranquila." Antes de que termine el tiempo de Navidad volveremos honrar en el culto a Esteban y a Pablo; el 25 de enero celebraremos la Conversión del Apóstol de los Gentiles; pero convenía que su víctima gloriosa le presentase ante la cuna de su común Salvador,

Finalmente, la piedad católica conmovida por la muerte del primer Mártir, muerte que el escritor sagrado califica de *sueño,* y que tan rudo contraste forma con la dureza de su suplicio, la piedad católica, decimos, señaló a San Esteban como intercesor nuestro para la gracia de una dichosa muerte. Imploremos, pues, la ayuda del santo Diácono para el momento en que tengamos que entregar a nuestro Criador el alma que un día nos confió; preparemos desde ahora nuestro corazón para ofrecerle, cuando el Señor nos lo pida, el sacrificio completo de esta vida frágil, que nos ha sido dada en depósito, para que se la devolvamos en el momento en que lo disponga.

Gracias te sean dadas, oh glorioso Esteban, por la ayuda que nos has prestado en la celebración del Nacimiento de nuestro Salvador. A ti te correspondía iniciarnos en el excelso y conmovedor misterio de un Hombre-Dios. El Niño celestial se nos mostró en tu compañía, y la Iglesia te encargó revelárselo a los fieles, como en otro tiempo lo hiciste a los Judíos.

Tu misión ha terminado: nosotros adoramos a ese Niño, como a Verbo divino; le saludamos como a Rey nuestro; nos ofrecemos a El para servirle como tú le serviste, reconociendo que el compromiso debe llegar hasta dar por El la sangre si así lo exige. Haz, pues oh fiel Diácono, que le entreguemos desde hoy todo nuestro corazón, que busquemos todos los medios de complacerle

y de poner toda nuestra vida y todos nuestros afectos de acuerdo con su voluntad. Así mereceremos pelear sus batallas, si no, en la sangrienta arena, al menos en la lucha con nuestras pasiones. Somos hijos de Mártires, y los Mártires vencieron al mundo como el Niño de Belén; por consiguiente, el mundo no debe triunfar sobre nosotros. Alcanza para nuestro corazón ese amor fraterno que todo lo perdona, que ruega por los enemigos y obtiene la conversión de las almas más rebeldes. ¡Oh Mártir de Dios! vela por nosotros en la hora de nuestra muerte; asístenos cuando nuestra vida esté para apagarse; muéstranos entonces a ese Jesús que nos has hecho ver de Niño: muéstranosle glorioso, triunfador, y sobre todo misericordioso, llevando en sus manos divinas la corona que para nosotros tienen destinada; en esa hora suprema sean nuestras últimas palabras las mismas que tú pronunciaste: *Señor Jesús, recibe mi espíritu.*

3 DE ENERO

OCTAVA DE SAN JUAN, APOSTOL Y EVANGELISTA

Hoy termina la Octava de San Juan: es el último tributo de homenaje que rendimos al Discípulo amado. El sagrado ciclo nos traerá toda-

vía su gloriosa memoria, el día seis de mayo, cuando celebremos en medio de las alegrías de la Resurrección de su Maestro, su valiente Confesión en Roma, ante la Puerta Latina; agradezcámosle hoy los dones que nos ha alcanzado de la misericordia del divino Niño, y recordemos algunos de los favores que recibió del Emmanuel.

El Apóstol. — El Apostolado de Juan fué fecundo en obras de salvación, para los pueblos a los que fué enviado. Recibió de él el Evangelio la nación de los Partos, y por él fueron fundadas la mayor parte de las Iglesias del Asia Menor, el mismo Jesucristo eligió siete de entre ellas para representar en el sagrado Apocalipsis, las diversas clases de pastores, y tal vez, las siete épocas de la Iglesia, como muchos han pensado. No debemos olvidar que estas Iglesias del Asia Menor, imbuídas en la doctrina de San Juan, enviaron Apóstoles a las Galias, siendo la ilustre Iglesia de Lyon una de sus pacíficas conquistas. Pronto, también en el santo tiempo de Navidad, celebraremos al heroico Policarpo, obispo de Esmirna, discípulo de San Juan, y cuyo discípulo a su vez, fué el mismo San Potino, primer obispo de Lyon.

El Hijo de María. — Los trabajos apostólicos de San Juan no le distrajeron de los cuidados que su filial ternura y la recomendación del Salvador le imponían con respecto a la purí-

sima María. Mientras Jesucristo lo consideró nenecesario para el afianzamiento de su Iglesia, tuvo San Juan el insigne honor de gozar de su compañía, de poder rodearla con sus demostraciones de ternura, hasta que, después de haber vivido en Efeso a su lado, volvió con Ella a Jerusalén, desde donde, como canta la Iglesia la Sma. Virgen, *se elevó hasta el cielo desde el desierto de este mundo, semejante a una tenue nube de mirra e incienso.* Juan sobrevivió todavía a esta segunda separación, y esperó en medio de los trabajos del apostolado el día en que a él también le sería dado escalar la afortunada región donde le esperaban el divino Amigo y su incomparable Madre.

El Doctor. — Los Apóstoles, aquellas brillantes lumbreras puestas en el candelero por el mismo Cristo, se iban apagando poco a poco por la muerte del martirio; sólo él quedaba de pie en la Iglesia de Dios; las Iglesias recogían las palabras inspiradas de su boca, como regla de su fe; su profecía de Patmos demostraba que conocía bien los secretos del futuro de la Iglesia. En medio de tanta gloria, Juan permanecía sencillo y humilde como el Niño de Belén; y uno se siente enternecido ante el relato de los antiguos, que nos le muestran acariciando con dulzura a una avecilla posada en sus sagradas manos.

Este anciano que en sus años juveniles había descansado sobre el pecho de *Aquel cuyas delicias son el estar con los hijos de los hombres;* él, el único de los Apóstoles que le había seguido hasta la Cruz, y que había visto traspasar con la lanza aquel corazón que tanto amó al mundo, gustaba sobre todo hablar del amor fraterno. Su misericordia para con los pecadores era digna del amigo del Redentor, y es conocida aquella evangélica persecución que llevó a cabo contra un joven, a quien había amado con amor de padre, y que, en ausencia del santo Apóstol, se había entregado a toda clase de desórdenes. A pesar de su ancianidad, Juan le siguió hasta los montes, trayéndole de nuevo arrepentido al redil.

Mas, el hombre de tan insigne caridad, era inflexible contra la herejía la cual destruyendo la fe, destruye la caridad en su misma fuente. De él tomó la Iglesia su máxima de huir del hereje como de un apestado: No le *saludéis siquiera,* escribe el amigo de Cristo en su segunda Epístola; *porque el que le saluda, comulga con sus perversas obras.* Habiendo entrado cierto día en un baño público, supo que allí se hallaba el heresiarca Cerinto, y salió inmediatamente como de un lugar maldito. Por eso, los discípulos de Cerinto trataron de envenenarle con una copa que estaba a su uso; pero, al hacer el santo Apóstol la señal de la Cruz sobre la bebida, salió

de allí una serpiente, lo cual puso de manifiesto la maldad de los sectarios y la santidad del discípulo de Cristo. Esta apostólica energía en la guarda del tesoro de la fe, le hizo temible a los herejes del Asia, justificando su profético apellido de *Hijo del trueno* que el mismo Salvador le había dado, lo mismo que a su hermano Santiago el Mayor, el Apóstol de España.

En recuerdo de este milagro que acabamos de contar, la tradición de los artistas católicos, dió al santo como emblema un cáliz, del cual sale una serpiente, y en muchas regiones de la cristiandad, sobre todo en Alemania, el día de la fiesta de este Apóstol, se bendice solemnemente el vino con una oración que recuerda este episodio. Es también costumbre en esas tierras, beber al fin de la comida una copa, llamada *la copa de San Juan,* como para poner bajo su amparo la refección tomada.

Nos falta lugar para contar detalladamente otras tradiciones sobre el Apóstol: se puede consultar a la leyenda; nos limitaremos a decir algo sobre su muerte.

El trozo del Evangelio que se lee en la Misa de San Juan fué con frecuencia interpretado en el sentido de que el Discípulo amado no había de morir; mas, hay que reconocer que se puede explicar el texto sin necesidad de recurrir a esa interpretación. La Iglesia griega, cree en el privilegio de la exención de la muerte concedido a

San Juan, y esta opinión de muchos Padres antiguos se halla reproducida en algunas Secuencias e Himnos de las Iglesias de Occidente. Se diría que también la Iglesia romana favorece ese sentimiento al escoger esas palabras para una de las Antífonas de los Laudes de la fiesta; pero, hay que reconocer que jamás se inclinó abiertamente por esa opinión, aunque tampoco la desaprobase. Por otra parte, en Efeso existió el sepulcro del santo Apóstol; los monumentos de la tradición hacen mención de él, así como del prodigio de un maravilloso maná que fluyó de allí durante varios siglos.

Con todo eso, no deja de sorprender que el cuerpo de este santo no haya sido objeto de ninguna traslación; ninguna iglesia se ha gloriado de poseerle; y por lo que se refiere a las reliquias particulares de este Apóstol, son muy escasas en la Iglesia y de una naturaleza muy poco definida. En Roma, cuando se piden reliquias de San Juan, sólo se logran algunas de su sepulcro. Después de todos estos datos, hay que reconocer que exite algún misterio en la desaparición total del cuerpo de un personaje tan querido por toda la Iglesia, en tanto que el cuerpo de todos sus demás compañeros en el Apostolado tienen su historia más o menos definida, disputándoselos muchas Iglesias, total o parcialmente. ¿Quiso el Salvador glorificar antes del día del juicio el cuerpo de su amigo? En los de-

signios impenetrables de su sabiduría, ¿lo sustrajo quizás a todas las miradas como el cuerpo de Moisés? Son cuestiones, que no serán nunca probablemente resueltas en la tierra; pero no hay inconveniente en reconocer, con muchos santos doctores, el misterio de que el Señor ha querido rodear el cuerpo virginal de San Juan, como una nueva señal de la admirable castidad de este gran Apóstol.

¡Oh bienaventurado Juan! te saludamos en este día con el corazón rebosante de gratitud, por habernos acompañado con tan tierno amor en la celebración del Nacimiento de tu divino Rey. Al destacar tus inefables privilegios, glorificamos a Aquel que te distinguió con ellos. Sé, pues, bendito, tú que eres el amigo de Jesús e Hijo de la Virgen. Pero, antes de abandonarnos atiende nuestras plegarias.

¡Apóstol de la caridad fraterna! haz que todos nuestros corazones se fundan en una santa unión; que renazca en el corazón del cristiano de hoy día esa sencillez de la paloma de que fuistes un ejemplo conmovedor. Haz que la fe sin la cual no podría existir la caridad, se mantenga pura en nuestras Iglesias; que sea aplastada la serpiente de la herejía, y que sus pestilentes pócimas no sean más servidas a lo labios de un pueblo cómplice o indiferente; que la adhesión a la doctrina de la Iglesia sea firme y valerosa en el corazón de los católicos; que las

procacidades profanas o la débil tolerancia de los errores no llegue a empañar las costumbres religiosas de nuestros padres; y que los hijos de la luz no se unan a los hijos de las tinieblas.

Acuérdate, oh santo Profeta, de la sublime visión en la que te fué dado ver el estado de las Iglesias del Asia Menor; alcanza para los Angeles que guardan las nuestras, esa inviolable fidelidad que es la única merecedora de la corona y del premio. Ruega también por las regiones que evangelizaste y claudicaron en la fe. Durante mucho tiempo han padecido la degradación y la esclavitud; hora es ya de que vuelvan a la fe de Jesucristo y de su Iglesia. Envía la paz, desde lo alto del cielo, a tu Iglesia de Efeso y a sus hermanas de Esmirna, de Pérgamo, de Tiatira, de Sardes, de Filadelfia y de Loadicea, para que se despierten de su letargo y salgan de sus tumbas; pon pronto fin a los tristes destinos del Islamismo, y haz que desaparezcan el cisma y la herejía que degradan al Oriente, para que todo el rebaño se reúna en un solo aprisco. Protege a la Santa Iglesia romana, que fué testigo de tu gloriosa Confesión, y guardó su memoria entre sus más bellos títulos de gloria, al lado de la de Pedro y Pablo. Envía para ella una nueva efusión de luz y caridad, en estos días en que la cosecha comienza a blanquear por todas partes. Finalmente, ¡oh discípulo predilecto del Salvador de los hombres! alcánzanos el ser ad-

mitidos un día a la contemplación de la gloria de tu cuerpo virginal, para que después de habernos presentado en esta tierra a Jesús y a María en Belén, nos les muestres también, en los esplendores de la eternidad.

EL MISMO DÍA

SANTA GENOVEVA VIRGEN, PATRONA DE PARIS

El Martirologio de la Iglesia Romana nos presenta hoy el nombre de una santa Virgen, cuya memoria es demasiado estimada en la Iglesia parisiense y en todas las iglesias de Francia, para que podamos pasar por alto el recuento de sus gloriosos méritos. En compañía de los Mártires y del Confesor y Pontífice San Silvestre, Santa Genoveva brilla con suave resplandor al lado de Santa Anastasia. Como ella hace también guardia amorosa ante la cuna del divino Niño cuya sencillez imitó, y del cual mereció ser Esposa. Es justo que, al celebrar el misterio del virginal alumbramiento, celebremos también con solemnes honores a las vírgenes fieles que siguieron a María. Si nos fuera dado agotar los Anales de la Santa Iglesia, ¡qué magnífica pléyade de Esposas de Cristo deberían ser honradas en estos cuarenta días, del tiempo de Navidad!

Genoveva fué célebre en todo el mundo. Viviendo aún en carne mortal, el Oriente conocía ya su nombre y sus virtudes; Simeón el estilista, desde lo alto de su columna, la saludaba ya como a hermana suya en la perfección del cristianismo. La capital de Francia está bajo su amparo; una sencilla pastora protege los destinos de París, como un pobre labrador S. Isidro vela por la capital de España.

Uno de los mayores obispos de la Galia del siglo v fué el encargado por Dios de revelar la elección que Jesucristo había hecho de la jovencita de Nanterre para Esposa suya. Acudía San Germán de Auxerre a la Gran Bretaña a donde le envíaba el Papa San Bonifacio I para combatir la herejía pelagiana (hacia el año 430). Acompañado de San Lupo, obispo de Troyes, que debía compartir con él sus trabajos, se detuvo en la aldea de Nanterre; al dirigirse los dos prelados a la iglesia para orar por el buen éxito de su viaje, todo el pueblo fiel los rodeó con piadosa curiosidad. Ilustrado por luz divina, Germán advirtió en medio de la multitud a una jovencita de siete años, y conoció interiormente que el Señor se la había escogido para sí. Preguntó el nombre de aquella niña, e hizo que la condujeran a su presencia. Acercáronse sus padres, llamados Severo y Geruncia. Ambos se enternecieron a la vista de las caricias que a su hija prodigaba el santo obispo. "¿Es vuestra esta ni-

ña?" les dijo Germán. — "Sí, señor," respondieron ellos. — "Felices padres de tal hija" repuso el obispo. "Sabed que los Angeles hicieron gran fiesta en el cielo cuando nació esta niña. Esta niña será grande ante el Señor; por la santidad de su vida, arrebatará muchas almas al yugo del pecado." Luego, dirigiéndose a ella le dijo: "Genoveva, hija mía." — "Padre santo, respondió ella, vuestra sierva escucha." Entonces Germán le dijo: "Dime sin miedo, ¿te gustaría consagrarte a Cristo como Esposa con una pureza inmaculada?". — "¡Bendito seáis, Padre mío! exclamó la niña, ese es el deseo más querido de mi corazón. Es todo lo que yo anhelo; dignáos rogar para que el Señor me lo conceda". — "Ten confianza, hija mía, repuso Germán, sé constante en tu determinación, conforma tus obras con tu fe, y el Señor añadirá su virtud a tu belleza."

Entraron en la iglesia los dos obispos acompañados por el pueblo y se cantó el Oficio de Nona y Vísperas. Germán había hecho que le llevaran a su lado a Genoveva, y durante toda la salmodia tuvo impuestas sus manos sobre la cabeza de la niña. Al día siguiente, temprano, antes de emprender el viaje, hizo que su mismo padre le presentara a Genoveva. "Dios te salve, hija mía Genoveva, le dijo; ¿te acuerdas de la promesa de ayer?". — "¡Oh padre santo, repuso la niña, no puedo olvidar lo que pro-

metí a vos y a Dios!; mi deseo es guardar siempre con la ayuda del cielo la pureza de mi alma y de mi cuerpo." En aquel momento Germán vió en tierra una medalla de cobre con la imagen de la Cruz grabada en ella. La levantó, y entregándosela a Genoveva la dijo: "Abre en ella un agujero, cuélgatela al cuello y guárdala en memoria mía. No lleves nunca collares ni sortijas de oro o plata, ni piedras preciosas; porque si el atractivo de las bellezas terrenas prendiese en tu corazón, perderías bien pronto tu ornato celestial que debe ser eterno." Después de estas palabras, Germán le rogó que se acordase de él con frecuencia en Cristo, y recomendándosela a Severo como un tesoro doblemente precioso, continuó su camino hacia la Gran Bretaña, con su piadoso compañero.

Hemos querido trasladar aquí esta sugestiva escena, tal como nos la describen las *Actas de los Santos*, para demostrar el poder del Niño de Belén, que con tanta libertad obra en la elección de las almas, cuando quiere unirlas a sí con un lazo más estrecho. Obra como señor; ningún obstáculo le resiste, pues su acción no es menos visible en este siglo de decadencia y tibieza espiritual, que en los días de San Germán y de Santa Genoveva. Algunos, por desgracia se irritan; otros se sorprenden; la mayoría no reflexionan; pero, unos y otros han de

hallarse en presencia de las señales más maravillosas de la divinidad de la Iglesia.

VIDA: Genoveva nació en Nanterre hacia el año 419. A la edad de siete años fué consagrada virgen por el obispo san Germán de Auxerre. Con su oración y milagros protegió contra los ataques de los Normandos y alimentó durante su asedio a la ciudad de París, que la tiene por patrona. Después de una vida rica en las más eminentes virtudes, se durmió en la paz, el 3 de enero de 512. Su sepulcro, ilustrado con numerosos milagros, llegó a ser un centro de peregrinación nacional.

¡Oh virgen fiel, Genoveva! te ensalzamos por los méritos que quiso el divino Niño florecieran en ti. Apareciste en nuestra patria como un ángel tutelar; en tus plegarias confiaron los franceses durante mucho tiempo; y has tenido a gala en el cielo y en la tierra el proteger a la capital de Clodoveo, de Carlomagno y de San Luis. Han llegado tiempos nefandos, en los cuales ha sido abolido sacrílegamente tu culto, cerrados tus templos y tus preciosas reliquias profanadas. Con todo, no nos has abandonado; más bien, has implorado para nosotros días mejores, y a pesar de las profanaciones recientes añadidas a las antiguas, podemos respirar nuevamente, al ver otra vez florecer tu culto entre nosotros.

En esta época del año, embellecida y consagrada por tu nombre, bendice al pueblo cristiano. Ayúdanos a comprender el misterio del

pesebre. Da nuevo temple en las puras fuentes de la fe, a esta nación tan querida por ti, y alcánzanos del Emmanuel, que su Nacimiento, renovado todos los años, sea verdaderamente un tiempo de salvación y de auténtica renovación. Somos enfermos, a punto de perecer, porque las verdades han disminuído entre nosotros, según frase de David; la verdad se halla oscurecida, porque el orgullo ha reemplazado a la fe y la indiferencia al amor. Unicamente Jesús, conocido y amado en el misterio de su inefable Encarnación, puede devolvernos la vida y la luz. Tú que le recibiste y le amaste a través de tu larga e inocente vida, llévanos a su cuna.

Guarda ¡oh poderosa pastora! a la ciudad que te está confiada. Líbrala de los pecados que la asemejan a veces a una gran ciudad pagana. Deshaz las tempestades que se fraguan en su seno, para que llegue a ser discípula de la verdad, en lugar de apóstol de los errores. Alimenta también a su población que desfallece de hambre; pero ante todo alivia sus miserias morales. Apaga esa ardiente fiebre que devora a las almas, fiebre que es más funesta aún que el fuego que sólo atormenta a los cuerpos. Desde tu tumba vacía, desde lo alto del monte que domina al grandioso templo que a tu nombre levantaron nuestros padres, y que continúa siendo tuyo a pesar de las vanas tentativas de la fuerza bruta, ten cuidado de esa juventud de Francia, api-

ñada junto a las cátedras de la ciencia humana, juventud tantas veces traicionada por las enseñanzas que debieran guiarla; procura para nuestra patria generaciones cristianas. Haz que, a despecho del infierno, brille siempre la cruz sobre la cúpula de tu profanado santuario; no permitas que sea de allí derribada. Haz que cuanto antes reine plenamente sobre nosotros esa cruz inmortal, y que desde lo más alto de tu templo domine sobre todas las moradas de la ciudad señora, devuelta a su antigua fe, a tu culto y a tu antiguo patronato.

4 DE ENERO

OCTAVA DE LOS SANTOS INOCENTES

Hoy terminamos los ocho días dedicados a honrar la memoria de los bienaventurados Niños de Belén. Demos gracias a Dios, que nos los dió por intercesores y modelos. Su nombre no aparecerá ya en el ciclo hasta que vuelvan las fiestas del Nacimiento del Emmanuel: sea hoy, pues, para ellos nuestro último homenaje.

La Santa Iglesia que vistió color de duelo en el día de su fiesta, en consideración a los llantos de Raquel, vuelve a vestir en este día de la Octava, la púrpura de los Mártires, con la cual pretende honrar a los que tienen la gloria de ser sus primicias. Mas, no por eso deja la Igle-

sia de conmoverse ante el desconsuelo de las madres que vieron degollar en sus mismos brazos a los hijos que amamantaban.

En el Oficio de Maitines, lee este dramático trozo de un antiguo Sermón atribuído algún tiempo a San Agustín:

"En cuanto nace el Señor comienza el llanto, no en el cielo sino en la tierra. Lloran las madres, los Angeles triunfan, los niños son arrebatados. Un Dios ha nacido; necesita víctimas inocentes quien viene a condenar la malicia del mundo. Hay que sacrificar corderos, puesto que ha venido el Cordero que borrará los pecados y será crucificado. Mas, las ovejas, sus madres, lanzan grandes balidos, porque pierden a sus corderitos antes de haberles oído balar. ¡Cruel martirio! Se desenvaina la espada y sin motivo; la envidia es la única causa, pero el recién nacido no hace violencia a nadie.

"Consideremos ahora a las madres llorando a sus corderuelos. Una voz se ha oído en Ramá; llantos y alaridos; es que las arrebatan el tesoro que no sólo han recibido, sino engendrado. La naturaleza que se oponía a su martirio en la misma presencia del verdugo, manifestaba bien toda su fuerza. La madre mesaba y arrancaba los cabellos de su cabeza por haber perdido el ornato de sus hijos. ¡Cuántos esfuerzos por ocultarlos y ellos mismos se delataban! Como no habían aprendido todavía a temer, tampoco sa-

bían contener su voz. Luchaban juntos la madre y el verdugo; el uno tiraba del niño, la otra le retenía. La madre gritaba al sayón: "¿Por qué quieres quitarme lo que de mí ha salido"?

"Mi seno le engendró: ¿En vano le di mi pecho? ¡Tantos cuidados como prodigué al que tu cruel brazo me sustrae con violencia! A penas ha salido de mis entrañas y ya me lo aplastan contra la tierra."

Otra madre a quien el soldado se negaba a inmolar junto con su hijo, exclamaba: "¿Por qué me quitan a mi hijo? Si se ha cometido algún crimen, yo debo ser la culpable; mátame también a mí y librarás a una pobre madre." Otra decía: "¿Qué buscáis? No queréis mas que uno y matáis a tantos, sin lograr dar con el único que buscáis." Y otra exclamaba: "¡Ven, oh Salvador del mundo! Tú no temes a nadie; véate el soldado y perdone la vida a nuestros hijos." De esta manera se mezclaban los lamentos de las madres, y subía hasta el cielo el sacrificio de sus hijos.

Algunos de los niños menores de dos años tan cruelmente sacrificados, pertenecían sin duda a los pastores de Belén que por mandato de los Angeles habían acudido a reconocer y adorar en la gruta al recién nacido. De esta suerte, estos primeros adoradores del Verbo Encarnado después de María y José, ofrecieron en sacrificio al Señor que les había elegido, lo que más

querían. Conocían muy bien al Niño por cuya causa eran sus hijos inmolados, y estaban santamente orgullosos de la nueva distinción de que eran objeto en medio de su pueblo.

Con todo eso, Herodes, como todos los políticos que combaten a Cristo y a su Iglesia, había fracasado en sus proyectos. Su criminal edicto comprendía a Belén y a todos sus alrededores y a todos los niños de la región, menores de dos años; mas, a pesar de esta atroz medida, el Niño tan solícitamente buscado, escapaba a la espada y huía a Egipto: por tanto, el golpe había fallado como de ordinario; más aún, y contra la voluntad del tirano, la Iglesia de la tierra alcanzaría nuevos protectores, recibidos en triunfo en la Iglesia del cielo.

Aquel Rey de los Judíos recién nacido, perseguido por la envidia de Herodes, era un simple Niño sin ejércitos ni soldados; pero Herodes se estremecía ante El. Un instinto interior, le descubría como a todos los perseguidores de la Iglesia, que aquella aparente debilidad ocultaba una fuerza invencible; pero se engañaba como todos sus secuaces, al querer combatir con la espada contra el poder del Espíritu. El Niño de Belén no ha llegado todavía al extremo de su aparente debilidad: huye en presencia del tirano; día vendrá, cuando sea ya hombre, en que se expondrá a los golpes enemigos, en que se dejará atar a una infame cruz entre dos ladro-

nes; pero entonces será precisamente cuando un gobernador romano proclame en una inscripción escrita por su propio puño: *Este es el Rey de los Judíos*. De una manera oficial, dará Pilatos a Cristo este título que hace palidecer a Herodes, y a pesar de las protestas de los enemigos del Salvador, exclamará: *Lo que he escrito, escrito está*. Jesús, en el árbol de la Cruz, unirá a su triunfo a uno de sus compañeros en el suplicio; hoy, llama desde su cuna a los niños a compartir su gloria.

Os dejamos ya, oh primicias de los Mártires, mas, seguid vosotros amparándonos: Velad por nosotros durante todo el curso de este Año litúrgico; interceded ante el Cordero de quien fuisteis fieles amigos. Bajo vuestra custodia colocamos los frutos que han producido nuestra almas en estos días de gracia.

Nos hemos hecho niños con Jesús; con El volvemos a comenzar nuestra vida: rogad para que crezcamos como El en edad y en sabiduría delante de Dios y de los hombres. Aseguradnos por vuestra intercesión la perseverancia; y para lograrlo, conservad en nosotros la sencillez cristiana que es la virtud de los hijos de Cristo: Vosotros sois inocentes, nosotros culpables; amadnos, no obstante eso, con amor de hermanos. Vuestras vidas fueron segadas en la aurora de la Ley de gracia; nosotros somos hijos de esos últimos tiempos en que el mundo

envejecido ha dejado resfriarse la Caridad. Tended sobre nosotros vuestras palmas victoriosas, compadecéos de nuestras luchas; lograd que nuestro arrepentimiento obtenga cuanto antes una corona como la que os fué otorgada con tan soberana largueza.

¡Oh Niños Mártires! acordáos de las nuevas generaciones que pueblan hoy la tierra. En posesión de la gloria a que llegásteis antes de la edad madura, no olvidéis a los niños. Esos tiernos renuevos de la raza humana duermen también en la inocencia. En ellos la gracia bautismal está intacta; sus almas puras reflejan como un espejo la santidad del Dios que habita en ellas por su gracia. Desgraciadamente, terribles peligros amenazan a los nuevos retoños; muchos de ellos perderán su inocencia, sus blancas vestiduras dejarán pronto tal vez su inmaculado brillo. Se verán infectados por la corrupción del corazón y del espíritu; ¿quién podrá librarles de tan pernicioso influjo? La voz de las madres resuena todavía en Ramá: la Raquel cristiana llora aún a sus hijos inmolados, y nada es capaz de consolarla de la pérdida de sus almas. ¡Víctimas inocentes de Cristo! rogad por los niños: alcanzad para ellos tiempos mejores, para que puedan en su día entrar en la vida, sin miedo a hallar la muerte desde sus primeros pasos.

5 DE ENERO

LA VIGILIA DE EPIFANIA

Ha terminado la fiesta de Navidad; han concluído las cuatro Octavas; estamos ya ante la solemnidad de la Epifanía del Salvador. Sólo un día nos queda para prepararnos a la plena *Manifestación* que del misterio de su gloria nos ha de hacer, el Angel del gran Consejo. Unas horas más y la estrella se detendrá, y los Magos llamarán a la puerta de la casa de Belén.

Esta Vigilia no es de penitencia como la de Navidad. Ha llegado ya el Niño que esperábamos entonces con corazón compungido, y ansias de nuestra alma; lo tenemos entre nosotros, y ahora nos prepara nuevas gracias. Como los que le han precedido, este día víspera de la nueva fiesta, es un día de gozo. Por tanto, nada de ayunos en la Vigilia; la Santa Iglesia tampoco se reviste de ornamentos de duelo. Hoy luce los blancos colores, lo mismo que lo hará mañana. Este día es el duodécimo del Nacimiento del Salvador.

Si la Vigilia de la Epifanía cae en Domingo, no es anticipada como las demás Vigilias, participando en esto del mismo privilegio que la de Navidad. Goza de todas las prerrogativas de los Domingos; la Misa es la del Domingo infraoctava de Navidad. Celebremos, pues, esta Vigilia en

íntima alegría, preparando nuestras almas para recibir las gracias que le están reservadas [1].

La Iglesia griega guarda hoy ayuno en memoria de la preparación al Bautismo, que en otros tiempos y sobre todo en el Oriente se administraba durante la noche anterior al día de la Epifanía. Todavía, en esta fiesta bendice con toda solemnidad las aguas bautismales; de esta ceremonia cuyos vestigios no han desaparecido aún completamente entre nosotros, hablaremos en otro lugar más detenidamente.

La Santa Iglesia romana hace memoria en este día de uno de sus Papas Mártires, San Telesforo. Este Pontífice subió a la Sede Apostólica el año 127. Sufrió un glorioso martirio, según la expresión de San Ireneo, y fué coronado con la gloria celestial el año 138. El *Liber Pontificalis* indica que fué sepultado junto a San Pedro, en el Vaticano .

Nuestras últimas palabras en el Adviento, fueron las de la Esposa, en la profecía del Discí-

---

[1] Esta Vigilia, única en su género en todo el Año litúrgico, es de rito semidoble; tiene primeras Vísperas y un Oficio de nueve Lecciones. Por otra parte, no se hace mención en ella de el misterio de Epifanía. La Misa es la de la Octava de Navidad. El Evangelio y la Homilía nos habla de la vuelta de la Sagrada Familia a Galilea. En realidad no es pues, una Vigilia, en el sentido en que ordinariamente se toma esta palabra, sino una prolongación de la fiesta de Navidad, una especie de festiva transición a la solemnidad de Epifanía. Esta Vigilia sustituye también al Oficio del Domingo entre la Circuncisión y la Epifanía, y tiene todos sus privilegios.

pulo amado: ¡Ven, Señor Jesús, ven! Terminaremos la primera parte del *Tiempo de Navidad* con una frase de Isaías que la Santa Iglesia ha repetido en son de triunfo: *¡Un Niño nos ha nacido!* Los cielos han destilado su rocío, el justo ha bajado del cielo, la tierra ha engendrado al Salvador, EL VERBO SE HA HECHO CARNE, la Virgen ha dado a luz su fruto, al Emmanuel, es decir al *Dios con nosotros*. El Sol de justicia brilla ahora entre nosotros, las tinieblas han huído; ¡Gloria a Dios, en las alturas, en la tierra Paz a los hombres! Estos son los bienes que hemos alcanzado gracias a la humilde y gloriosa venida de este Niño. Adorémosle en su cuna; amémosle por tanto amor; preparemos los presentes que mañana hemos de ofrecerle con los Magos. La alegría de la Santa Iglesia continúa: los Angeles siguen admirados, la creación entera está rebosante de dicha: *¡Un Niño nos ha nacido!*

EPIFANIA DEL SEÑOR

NOMBRE DE LA FIESTA. —La fiesta de Epifanía es continuación del misterio de Navidad; pero se presenta en el ciclo litúrgico con una grandeza. Su nombre, que significa *Manifestación,* indica bien claramente que su objeto es honrar la aparición de un Dios en medio de los hombres.

Efectivamente, durante muchos siglos se dedicó este día a la celebración del Nacimiento del Salvador; y cuando los decretos de la Santa Sede obligaron a todas las Iglesias a celebrar en lo sucesivo con Roma, el misterio de Navidad el día 25 de diciembre, el 6 de enero no quedó del todo privado de su antigua gloria. Conservó el nombre de *Epifanía* con el glorioso recuerdo del Bautismo de Jesucristo, cuyo aniversario fija una tradición en este día.

La Iglesia griega da a esta fiesta el misterioso y venerable nombre de *Teofanía,* nombre célebre en la antigüedad para significar una Aparición divina. Se halla este vocablo en Eusebio, en San Gregorio de Nacianzo, en San Isidoro de Pelusa; es el nombre propio de esta fiesta en los libros litúrgicos de la Iglesia griega.

Los Orientales la llaman aún *las Santas Luces,* a causa del Bautismo que se administraba antiguamente en este día, en memoria del Bautismo de Jesucristo en el Jordán. Es sabido que los Padres llamaban al Bautismo, *Iluminación* y a los que lo recibían, *iluminados.*

Nosotros la llamamos familiarmente, *Fiesta de Reyes,* en recuerdo de los Magos, cuya llegada a Belén se conmemora de un modo particular en este día.

La Epifanía participa con las fiestas de Navidad, Pascua, la Ascensión y Pentecostés del honor de ser calificada de *día santísimo,* en el canon de la Misa; se la considera como una de las fiestas *cardinales,* es decir, una de las fiestas sobre las que descansa la economía del Año litúrgico. De ella toma su nombre una serie de seis Domingos, lo mismo que otras toman el título de *Domingos de Pascua o Domingos de Pentecostés.*

A consecuencia del Concordato hecho en 1801 entre Pío VII y el Gobierno francés, el legado Caprara, llegó a una reducción de fiestas, y la piedad de los fieles vió con gran pena suprimidas muchas de ellas. Fueron numerosas las que, sin ser suprimidas, se trasladaron al Domingo siguiente. Epifanía fué una de ellas, de manera que cuando el 6 de enero no cae en Domingo, nuestras Iglesias (el autor habla de Francia) aplazan hasta el próximo domingo el esplendor

de un día tan celebrado en todo el mundo católico. Esperemos que luzcan días mejores para nuestra Iglesia, y que un futuro más afortunado nos devuelva el gozo de que nos privó durante un tiempo la prudente condescendencia de la Santa Sede.

Es, pues, un gran día la fiesta de la Epifanía del Señor; la alegría causada por la Natividad del Niño Dios, debe seguir aumentando en esta fiesta. En efecto, los nuevos destellos de Navidad nos muestran con un nuevo esplendor; la gloria del Verbo Encarnado; y sin hacernos perder de vista los inefables encantos del divino Niño, *manifiestan* en todo el brillo de su divinidad, al Salvador que amorosamente se nos ha mostrado. Los pastores no son los únicos llamados por los Angeles a reconocer al VERBO HECHO CARNE; también el género humano, y la naturaleza entera son invitados por la misma voz de Dios a *adorarle* y *escucharle*.

MISTERIOS DE ESTA FIESTA. — Ahora bien, en medio de los misterios de su divina Epifanía, tres rayos del Sol de justicia descienden hasta nosotros. En el ciclo de la Roma pagana, este día, 6 de enero, estuvo dedicado a celebrar el triple triunfo de Augusto, autor y pacificador del Imperio; pero cuando nuestro Rey pacífico cuyo imperio es eterno y no tiene límites, decidió la victoria de su Iglesia por medio de la

sangre de sus mártires, la Iglesia juzgó con la divina Sabiduría que la asiste, que un triple triunfo del Emperador inmortal, debía sustituir en el nuevo ciclo, a las tres victorias del hijo adoptivo de César. Así pues, la memoria del Nacimiento del Hijo de Dios quedó asignada al día 25 de diciembre; pero, en cambio, en la fiesta de Epifanía vinieron a juntarse tres manifestaciones de la gloria de Cristo: el misterio de los Magos venidos de Oriente, guiados por la estrella, para honrar la realeza divina del Niño de Belén; el misterio del Bautismo de Cristo, proclamado Hijo de Dios en las aguas del Jordán, por la voz del mismo Padre celestial; y, por fin, el misterio del divino poder de Cristo, que convirtió el agua en vino en el banquete simbólico de las bodas de Caná.

¿Es también el aniversario de su realización, el día dedicado a la memoria de estos tres prodigios? Es cuestión debatida. Pero, bástales a los hijos de la Iglesia el que ella haya fijado en el día de hoy la conmemoración de estas tres *manifestaciones* para que sus corazones celebren con entusiasmo los triunfos del Hijo divino de María.

Si pasamos ahora a considerar en particular las varias facetas que ofrece el objeto de esta fiesta, observaremos al instante que, de los tres misterios que honra la Iglesia en este día, la adoración de los Magos es el subrayado con

mayor complacencia. La mayoría de los cantos del Oficio y de la Misa están destinados a celebrarlo, y los dos grandes Doctores de la Sede Apostólica, San León y San Gregorio, en sus Homilías sobre esta fiesta, parece que han querido insistir únicamente en ese punto, aunque no dejen de reconocer con San Agustín, San Paulino de Nola, San Máximo de Turín, San Pedro Crisólogo, San Hilario de Arlés y San Isidoro de Sevilla, el triple misterio de Epifanía. El motivo de esta preferencia de la Iglesia Romana por el misterio de la vocación de los Gentiles, se funda en que es sumamente glorioso para Roma, la cual, de cabeza de la gentilidad, había pasado a ser Cabeza de la Iglesia cristiana y de la humanidad, gracias a la celestial vocación que hoy, y en la persona de los Magos, llama a todos los pueblos a la admirable luz de la fe.

La Iglesia griega no hace hoy mención especial de la adoración de los Magos, sino que une este misterio al del Nacimiento del Salvador en sus Oficios de Navidad. Todas sus alabanzas, en la fiesta de hoy, tienen por objeto único el Bautismo de Jesucristo.

La Iglesia latina celebra el segundo misterio de la Epifanía junto con los dos restantes, el 6 de enero. En el Oficio de hoy se le menciona con frecuencia; pero, lo que más llama la atención de la Roma cristiana es la llegada de los Magos ante la cuna del nuevo Rey; por eso, era

necesario dedicar otro día al misterio de la santificación de las aguas, para que fuese su memoria dignamente honrada. El día escogido por la Iglesia de Occidente para honrar de un modo especial el Bautismo del Salvador, fué la Octava de Epifanía.

Lo mismo ocurrió con el tercer misterio de Epifanía, un tanto eclipsado por el esplendor del primero, aunque recordado repetidas veces en los cantos de esta fiesta; su celebración particular, fué trasladada a otro día, es decir al segundo domingo después de Epifanía.

Muchas Iglesias asociaron al misterio de la conversión del agua en vino, el de la multiplicación de los panes, que tiene muchas analogías con el primero, y en el que el Salvador *manifestó* también su poder divino; pero la Iglesia Romana, aunque toleró esa costumbre en los ritos Ambrosiano y Mozárabe, no lo admitió nunca en el suyo, con el fin de conservar el día 6 de enero, el número de tres que debe señalar en el ciclo los triunfos de Cristo; y también porque San Juan nos enseña en su Evangelio que el milagro de la multiplicación de los panes se realizó en la proximidad de la Pascua, lo que de ningún modo podría convenir a la época del año en que se celebra la Epifanía. Démonos, pues, de lleno al regocijo en tan bello día, y en esta fiesta de la *Teofanía*, de las *santas Luces*, de los *Reyes Magos*, consideremos con

amor el brillo deslumbrante de nuestro Sol divino que sube con pasos de gigante, como dice el Salmista (Salmo XVIII), y que derrama sobre nosotros sus oleadas de luz, dulce y esplendorosa. Los pastores que acudieron a la voz del Angel han visto ya reforzado su fiel grupito; el príncipe de los Mártires, el Discípulo amado, la virginal cohorte de los Inocentes, el glorioso Santo Tomás, San Silvestre, el patriarca de la paz, no son ya los únicos en velar ante la cuna del Emmanuel; sus filas se abren ahora para dar paso a los Reyes de Oriente, portadores de los votos y adoraciones de toda la humanidad. El humilde establo es ya estrecho para tan gran concurrencia; Belén aparece amplio como el universo. María, trono de la divina Sabiduría, acoge con su graciosa sonrisa de Madre y Reina a todos los miembros de esta corte; presenta a su Hijo a la adoración de la tierra y a las complacencias del cielo. Dios se *manifiesta* a los hombres porque es grande; mas se *manifiesta* por medio de María porque es misericordiosa.

Recuerdos históricos. — En los primeros siglos de la Iglesia, hallamos dos notables sucesos ocurridos en esta fecha memorable que nos reúne al rededor del Rey pacífico. El 6 de enero de 361, el César Juliano, apóstata ya en su corazón, se encontraba en Viena de las Galias, la víspera de subir al trono imperial que pronto

iba a dejar vacante la muerte de Constancio. Necesitaba todavía del apoyo de aquella Iglesia cristiana, en la que se decía, había incluso recibido el grado de Lector, y a la que a pesar de todo se disponía a atacar con la astucia y ferocidad del tigre. Nuevo Herodes, astuto como el antiguo, quiso también en este día de Epifanía acudir a adorar al Rey recién nacido. Según el relato de su panegirista Amiano Marcelino, se vió al coronado filósofo salir del impío santuario donde consultaba secretamente a los arúspices, y entrar luego en los pórticos de la Iglesia, y en medio de la asamblea de los fieles ofrecer al Dios de los cristianos un homenaje tan solemne como sacrílego.

Once años más tarde, en 372, otro emperador penetraba también en la Iglesia, en esta misma fiesta de Epifanía. Era Valente, cristiano por el bautismo como Juliano, pero perseguidor, en nombre del arrianismo, de aquella misma Iglesia que Juliano atacaba en nombre de sus dioses impotentes y de su vana filosofía. La evangélica libertad de un santo Obispo derribó a Valente a los pies de Cristo Rey, el mismo día en que la diplomacia había obligado a Juliano a inclinarse ante la divinidad del *Galileo*.

Acababa de salir San Basilio de su célebre entrevista con el prefecto Modesto, en la cual había logrado salir vencedor de la violencia del mundo, gracias a la libertad de su temple de

Obispo. Llega Valente a Cesarea, rebosando impiedad arriana su corazón y se dirige a la basílica donde el Pontífice está celebrando con su pueblo la gloriosa Teofanía. "Pero, como dice elocuentemente San Gregorio Nacianceno, a penas hubo pasado el emperador el umbral del sagrado recinto, cuando el canto de los salmos resonó en sus oídos como un trueno. Contempla con estremecimiento a la muchedumbre de los fieles semejantes a un mar. El orden y la belleza del santuario brillan a su vista con una majestad más angélica que humana. Pero lo que mayor impresión le causa, es aquel Arzobispo, de pie en presencia de su pueblo, con el cuerpo, los ojos y el alma tan serenos como si nada hubiera pasado, entregado por entero a Dios y al altar. Valente contempla también a los ministros sagrados, inmóviles en su recogimiento, invadidos por el santo respeto de los Misterios. Nunca había asistido el Emperador a un espectáculo tan augusto; su vista se nubla, se le inclina la cabeza y su alma se halla embargada de admiración y espanto."

El Rey de los siglos, Hijo de Dios e Hijo de María, había vencido. Valente observa que se desvanecen sus proyectos de violencia contra el santo Obispo; y si en aquel momento no adoró al Verbo consusbtancial al Padre, al menos unió su homenaje externo al de la grey de Basilio. Al Ofertorio, se adelantó hacia el altar y presentó

sus dones a Cristo en la persona de su Pontífice. Y estaba tan visiblemente nervioso ante el temor de que Basilio no los quisiese aceptar, que los ministros del templo tuvieron que sostenerle con sus brazos para que, en su azoramiento, no cayera al pie mismo del altar.

De este modo fué honrada en esta gran solemnidad la Realeza del Salvador recién nacido por los poderosos de este mundo a quienes se vió, conforme a la profecía del salmo, derribados y lamiendo la tierra a sus pies. (Salmo LXXI.)

No obstante, debían venir nuevas generaciones de emperadores y reyes que doblarían su rodilla y ofrecerían a Cristo Rey el homenaje de un corazón rendido y ortodoxo. Teodosio, Carlomagno, Alfredo el Grande, Esteban de Hungría, Eduardo el Confesor, Enrique II el Emperador, Fernando de Castilla, Luis IX de Francia fueron grandes devotos de este día; y tuvieron a gala presentarse con los Reyes Magos a los pies del divino Niño, para ofrecerle como ellos sus tesoros.

En la corte de Francia (según testimonio del continuador de Guillermo de Nangis) se conservó hasta el año 1378 y más adelante, la costumbre de que el Rey cristianísimo, al llegar el ofertorio, ofreciese como tributo al Emmanuel, oro, incienso y mirra.

Costumbres. — Mas la presentación de los tres místicos dones de los Magos no era cos-

tumbre exclusiva de la corte de los reyes; en la edad media la piedad de los fieles ofrecía también al sacerdote para que los bendijese en la fiesta de Epifanía, oro, incienso y mirra, conservándose en honor de los tres Reyes estas señales sensibles de su devoción para con el Hijo de María como prenda de bendición para las casas y familias. En algunas diócesis de Alemania se ha conservado esta costumbre.

Otra práctica inspirada también en la ingenua piedad de los tiempos de fe, ha subsistido durante más tiempo. Con el fin de honrar la realeza de los Magos llegados de Oriente para ver al Niño de Belén, se elegía un Rey a suertes en cada familia, al llegar esta fiesta de Epifanía. En un banquete animado de la más sana alegría y que recordaba el de las bodas de Galilea, se partía un pastel; una de sus partes servía para señalar al invitado sobre el que debía recaer la pasajera realeza. Las otras dos partes del pastel eran separadas para ofrecérselas al Niño Jesús y a María, en la persona de los pobres, los cuales de esta manera participaban también del triunfo del Rey pobre y humilde. Una vez más las alegrías familiares se mezclaban con las religiosas; los lazos naturales, de la amistad del vecindario, se estrechaban en torno a esta mesa de los Reyes; mas si algunas veces no se celebraba tal festín, con todo eso, la idea cristiana, permanecía viva en el fondo de los corazones.

Dichosas aún hoy las familias en cuyo seno se celebra la fiesta de Reyes con un sentido cristiano. Durante mucho tiempo, un falso celo clamó contra estas prácticas ingenuas en las que la seriedad de los pensamientos de la fe, iba unida a las expansiones de la vida doméstica; bajo pretexto de peligro de excesos se atacó a estas tradiciones de familia, como si los banquetes ajenos a toda idea religiosa estuvieran más libres de intemperancias. Merced a un descubrimiento, difícil tal vez de justificar, se llegó a pretender que el pastel de Epifanía y la inocente realeza que le acompaña, no eran más que una imitación de las Saturnales paganas, como si fuera la primera vez que las antiguas fiestas paganas sufrían una transformación cristiana. El resultado de esta imprudente táctica debía ser y fué en este punto, lo mismo que en otros muchos, el alejar de la Iglesia las costumbres familiares el desterrar de nuestras tradiciones las manifestaciones religiosas, y el contribuir a la llamada secularización de la sociedad.

Mas, volvamos ya a contemplar el triunfo del Real Niño, cuya gloria brilla en este día con tanto esplendor. La Santa Iglesia va a iniciarnos por sí misma en los misterios que vamos a celebrar. Revistámonos de la fe y de la obediencia de los Magos; adoremos con el Precursor al Divino Cordero sobre el cual se abren los cielos; tomemos asiento en el místico convite de Caná,

presidido por nuestro Rey, tres veces *manifestado,* y tres veces glorioso. Mas, no perdamos de vista al Niño de Belén en los dos últimos prodigios; y no dejemos tampoco de ver en El al gran Dios del Jordán, y al Señor de los elementos.

MISA

En Roma, la Estación se celebra en San Pedro del Vaticano, junto a la tumba del Príncipe de los Apóstoles, a quien fueron dadas en Cristo y en herencia, todas las naciones de la tierra.

La Iglesia comienza los cantos de la Misa solemne proclamando la llegada del gran Rey esperado por la tierra, y sobre cuyo nacimiento vinieron los Magos a Jerusalén a consultar los oráculos de los Profetas.

INTROITO

Aquí viene el Señor Dominador: y en su mano están el reino y la potestad, y el imperio. *Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey. — ℣. Gloria al Padre.

Después del cántico angélico, la Santa Iglesia, animada por el resplandor de la estrella que conduce a la Gentilidad a la cuna del Divino Rey, pide en la Colecta, la gracia de contemplar aquella luz viviente, a la que dispone la fe, y cuyos destellos nos han de iluminar eternamente.

ORACION

Oh Dios, que por medio de una estrella, revelaste en este día tu Unigénito a las gentes: haz propicio que, los que ya te hemos conocido por la fe, seamos elevados hasta la contemplación de la imagen de tu alteza. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (LX, 1-6.)

Levántate, ilumínate, Jerusalén: porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre ti. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la oscuridad los pueblos: mas, sobre ti nacerá el Señor, y su gloria será vista en ti. Y caminarán las gentes en tu luz, y los reyes al resplandor de tu astro. Alza tus ojos en torno, y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas surgirán de todas partes. Entonces verás y brillarás y se admirará y se dilatará tu corazón, cuando se hubiere vuelto a ti la multitud del mar y hubiere acudido a ti la fortaleza de las gentes. Te cubrirá una inundación de camellos y dromedarios de Madián y Efa: vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso, y tributando alabanza al Señor.

¡Oh inefable gloria de este gran día, en el cual comienzan su marcha las naciones hacia la verdadera *Jerusalén,* hacia la Iglesia! ¡Oh misericordia del Padre celestial que ha tenido a bien acordarse de todos esos pueblos sepultados en las sombras de la muerte y del pecado! He ahí que ha surgido la gloria del Señor sobre la ciudad santa, y los Reyes se ponen en camino para contemplarla. La angostura de Jerusalén no

es capaz ya de albergar las oleadas de naciones; pero otra santa ciudad se ha levantado; y hacia ella se va a dirigir esa inundación de pueblos gentiles de Madián y de Efa. ¡Oh Roma, ensancha tu seno, con maternal alegría! Tus armas te habían conquistado esclavos; hoy son hijos los que llegan en tropel a tus puertas; levanta la vista y mira: todo es tuyo; toda la humanidad va a renacer en tu seno. Abre tus brazos de madre; acógenos a todos los que venimos del Aquilón y del Mediodía, llevando el incienso y el oro a Aquel que es Rey tuyo y nuestro.

GRADUAL

Vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso, y tributando alabanzas al Señor. — ℣. Levántate e ilumínate, Jerusalén: porque la gloria del Señor ha nacido sobre ti.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (II, 1-12.)

Habiendo nacido Jesús en Belén de Judá, en los días del Rey Herodes, he aquí que unos Magos vinieron del Oriente a Jerusalén, diciendo: ¿Dónde está el Rey de los judíos, que ha nacido? Porque hemos visto su estrella en Oriente, y venimos a adorarle. Y, oyendo esto el rey Herodes, se turbó y toda Jerusalén con él. Y, convocando a todos los príncipes de los sacerdotes,

y a los escribas del pueblo, les preguntó dónde había de nacer el Cristo. Y ellos le dijeron: En Belén de Judá: porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belén, de la tierra de Judá, no eres la más pequeña entre los príncipes de Judá: porque de ti saldrá el Caudillo que regirá a mi pueblo Israel. Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se enteró bien por ellos de la aparición de la estrella: y, enviándolos a Belén, dijo: Id, y preguntad con diligencia por el Niño; y, después que le halléis, decídmelo a mí, para que, yendo yo también le adore. Y ellos, habiendo oído al rey se fueron. Y he aquí que la estrella, que habían visto en Oriente, los precedía hasta que, llegando, se paró sobre donde estaba el Niño. Y, al ver la estrella, se regocijaron con grande gozo. Y, entrando en la casa, encontraron al Niño con su Madre María *(aquí se arrodilla)*: y, postrándose le adoraron. Y, abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra. Y, avisados en sueños, para que no tornasen a Herodes, regresaron a su patria por otro camino.

Los Magos, primicias de la gentilidad, han sido presentados al gran Rey a quien buscaban, y nosotros los hemos seguido. Como a ellos, el Niño nos ha sonreído. Con esa sonrisa hemos olvidado todas las fatigas del largo camino que conduce a Dios; el Emmanuel permanece con nosotros, y nosotros con El. Belén que nos ha recibido, nos guarda ya para siempre; porque en Belén tenemos *al Niño y a María su Madre.* ¿En qué lugar del mundo podríamos hallar bienes tan preciosos? Supliquemos a la incomparable Madre que nos presente Ella misma a ese Hijo que es nuestra luz, nuestro amor, nuestro Pan

de vida, cuando nos acerquemos al altar a donde nos dirige la estrella de la fe. Abramos nuestros tesoros en ese instante; llevemos en la mano el oro, el incienso y la mirra para el recién nacido. Seguramente que aceptará de buen grado nuestros dones, y no se hará esperar. Como los Magos, también nosotros entregaremos nuestros corazones al divino Rey, cuando nos retiremos; y también nosotros volveremos a entrar por otro camino, por una senda completamente nueva, en esta patria terrena, que nos albergará hasta el día, en que la vida y la luz eterna vengan a absorber en nosotros todo lo que tengamos de mortal y caduco.

En las Iglesias catedrales y otras de importancia, después del canto del Evangelio, se anuncia al pueblo el día de la celebración de la próxima fiesta de Pascua. Esta costumbre, que remonta a los primeros siglos de la Iglesia, nos recuerda el misterioso lazo que une a todas las grandes solemnidades del Año litúrgico y también la importancia que los fieles deben dar a la celebración de la fiesta de Pascua, que es la mayor de todas ellas y centro de la religión cristiana. Quédanos después de haber honrado al Rey de las naciones en Epifanía, honrar a su debido tiempo, al triunfador de la muerte. He aquí cómo se hace el solemne anuncio:

ANUNCIO DE LA PASCUA

Sabed, carísimos hermanos, que como por la misericordia de Dios, hemos saboreado las alegrías del Nacimiento de Nuestro Señor Jesucristo, así os anunciamos hoy el próximo gozo de la Resurrección de este mismo Dios y Salvador nuestro. El día... será Domingo de Septuagésima. El día... será el miércoles de Ceniza y el comienzo del ayuno de la santa Cuaresma. El día... celebraremos con entusiasmo la santa Pascua de Nuestro Señor Jesucristo. El segundo domingo después de Pascua tendremos el Sínodo diocesano. El día... se celebrará la Ascensión de Nuestro Señor Jesucristo. El día... la fiesta de Pentecostés. El día... la fiesta de Corpus Christi. El día... será el primer Domingo del Adviento de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dado honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

Al presentar a Dios en el Ofertorio los dones del pan y vino, la Santa Iglesia toma las palabras del Salmista y celebra a los Reyes de Tarsis, de Arabia y de Sabá, a todos los reyes de la tierra y a todos los pueblos que acuden con sus presentes ante el recién nacido.

OFERTORIO

Los reyes de Tarsis y de las islas ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá llevarán presentes: y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicios los dones de tu Iglesia, en los cuales se te ofrece, no oro, incienso

y mirra, sino lo que con dichos dones se declara, se inmola y se consume: Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive.

El Prefacio de la Misa de Epifanía es propio de esta fiesta y de su Octava.

La Iglesia canta en él la luz inmortal que aparece a través de los velos de la humanidad, bajo cuya envoltura amorosa ocultó su gloria el Verbo divino.

PREFACIO

Realmente es algo digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: porque cuando tu Unigénito apareció en la sustancia de nuestra mortalidad, nos reparó con la nueva luz de su inmortalidad. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: ¡Santo, Santo, Santo!

En la Comunión, la Santa Iglesia unida a su Rey y Esposo, canta a la Estrella, mensajera de tan gran dicha, felicitándose de haberse servido de su luz para hallar a quien buscaba.

COMUNION

Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor.

Gracias tan insignes exigen de nosotros una extrema fidelidad; la Iglesia la pide en Poscumunión, implorando el don de inteligencia y la pureza que reclama un misterio tan inefable.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, lo que celebramos con solemne culto, lo consigamos con pura inteligencia. Por el Señor.

También nosotros venimos a adorarte, oh Cristo, en esta regia Epifanía que reúne hoy a tus pies a todas las naciones. Nosotros seguimos la huella de los Magos; porque hemos visto también la estrella y hemos acudido. ¡Gloria a ti, Rey nuestro!, a ti que dices en el Cántico de tu abuelo David: "He sido entronizado Rey sobre Sión, sobre el monte santo, para anunciar la ley del Señor. El Señor me dijo que me daría los pueblos por herencia, y un imperio hasta los confines de la tierra. Comprended, pues, ahora ¡oh reyes! ¡Enteraos los que gobernáis el mundo"! (Salmo II.)

Pronto dirás, oh Emmanuel por tu propia boca: "Todo poder me ha sido dado en el cielo y en la tierra" *(San Mateo* XXVIII); y algunos años más tarde, todo el universo te estará sujeto. Jerusalén se estremece ya; tiembla en su trono Herodes; y se acerca el momento en que los heraldos de tu venida, van a anunciar a toda la tierra, que acaba de llegar el que era esperado. La palabra que ha de someterte al mundo está ya para salir; como un vasto incendio se propagará por todas partes. En vano tratarán de detener su curso los poderosos de la tierra. Un Emperador, propondrá al Senado, como último

recurso, colocarte con toda solemnidad entre los dioses que vienes a derribar; otros pensarán que es posible abatir tu dominio, asesinando a tus soldados. ¡Inútiles empeños! Día vendrá en que la señal de tu poderío adornará las banderas pretorianas, en que los Emperadores vencidos pondrán a tus pies sus diademas, en que la orgullosa Roma dejará de ser la capital del imperio de la fuerza, para convertise para siempre en el centro de tu imperio pacífico y universal.

Hoy vemos ya despuntar la aurora de este día maravilloso; tus conquistas comienzan hoy; ¡oh Rey de los siglos! Desde el fondo del Oriente descreído llamas a las primicias de esa gentilidad que tenías abandonada, y que en adelante va a formar parte de tu herencia. No habrá ya distinción entre el Judío y el griego, entre el Escita y el bárbaro. Durante muchos siglos, la raza de Abrahán fué tu predilecta; en adelante lo seremos nosotros, los Gentiles; Israel fué sólo un pueblo, y nosotros en cambio somos numerosos como la arena del mar y como las estrellas del cielo. Israel vivió bajo la ley del temor; la ley del amor fué reservada para nosotros.

Desde el presente día comienzas, oh divino Rey, a desechar a la Sinagoga que desprecia tu amor; hoy, en la persona de los Magos aceptas como Esposa a la Gentilidad. Pronto esta unión será proclamada en la cruz, desde la cual ex-

tenderás los brazos hacia la multitud de los pueblos, volviendo la espalda a la ingrata Jerusalén. ¡Oh alegría inefable la de tu Nacimiento, pero más inefable aún la de tu Epifanía, en la que nos es dado, a nosotros los hasta aquí desheredados, acercarnos a ti y ofrecerte nuestros dones, viéndolos aceptados, oh Emmanuel, por tu clemencia!

¡Gracias sean, pues, dadas a ti, oh Niño omnipotente, "por el inefable don de la fe" *(II Cor.,* IX, 15) que nos traslada de la muerte a la vida, de las tinieblas a la luz! Mas, haz que comprendamos siempre la magnitud de tan magnífico presente, y la santidad de este gran día en que has hecho alianza con toda la raza humana, para llegar con ella a ese sublime matrimonio de que habla tu elocuente Vicario, Inocencio III: "matrimonio, dice, que fué prometido al patriarca Abrahán, jurado al rey David, realizado en María al hacerse Madre, y en el día de hoy, consumado, confirmado y publicado: consumado en la adoración de los Magos, confirmado en el Bautismo del Jordán, y publicado en el milagro de la conversión del agua en vino." En esta fiesta nupcial, en que tu Esposa la Iglesia a penas nacida, recibe ya los honores de Reina, cantaremos, oh Cristo, con el entusiasmo de nuestros corazones, esa sublime Antífona de Laudes, en donde los tres misterios se funden tan

maravillosamente en uno solo, el de tu Alianza con nosotros:

Ant. Hoy se une la Iglesia al celestial Esposo: son lavados sus pecados por Cristo en el Jordán; acuden los Magos a las regias bodas, llevando consigo presentes; se cambia el agua en vino y se alegran los convidados. Aleluya.

DOMINGO

DENTRO DE LA OCTAVA DE EPIFANÍA

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA DE JESUS, MARIA Y JOSE

OBJETO DE ESTA FIESTA.—En la Liturgia de de este Domingo la Iglesia cantaba antiguamente la realeza de Cristo y su imperio eterno, uniendo sus cánticos a los de los coros angélicos en la adoración del Dios humanado[1]. Pero, guíada por el Espíritu Santo y maternalmente previsora, juzgó que podía ser útil *invitar a los hombres de nuestros días a considerar hoy las mutuas relaciones de Jesús, de María y de José para recoger las lecciones que se desprenden de ellas y aprovechar la ayuda tan eficaz que ofrece su ejemplo*[2].

---

1 Introito de la Misa del Domingo dentro de la Octava de Epifanía.

2 Martirologio romano.

Podemos creer que, en la elección del lugar que ocupa ahora en el calendario esta nueva fiesta, ha influído bastante el evangelio asignado en el Misal al Domingo Infraoctava de Epifanía que es el mismo de la actual fiesta de la Sagrada Familia.

Por lo demás, esta fiesta tampoco nos aparta de la contemplación de los misterios de Navidad y Epifanía: ¿no nació la devoción a la Sagrada Familia en Belén, donde María y José recibieron el homenaje de los pastores y de los Magos? Y aunque es verdad que el objeto de la presente festividad va más allá de los primeros momentos de la existencia terrena del Salvador, extendiéndose hasta los treinta años de su vida oculta, ¿no encontramos ya en el pesebre algunos de sus más significativos aspectos? En la voluntaria debilidad en que le sitúa su infantil estado, se abandona Jesús a aquellos a quienes los designios de su Padre han encargado de su guarda; María y José cumplen en espíritu de adoración todas las obligaciones que su misión sagrada les impone con respecto a Aquel de quien deriva su autoridad.

MODELO DE HOGAR CRISTIANO. — Hablando el Evangelio más tarde de la vida de Jesús en Nazaret al lado de María y de José, la describe con estas sencillas palabras: "Estaba sumiso a ellos. Y su madre conservaba todas estas cosas en su

corazón, y Jesús crecía en sabiduría, en edad y en gracia delante de Dios y de los hombres[1]." A pesar de su concisión, este sagrado texto contiene una luminosa visión de orden y de paz que revela a nuestra mirada, la autoridad, sumisión, dependencia y mutuas relaciones de la Sagrada Familia. La santa casa de Nazaret se presenta a nuestra vista como el modelo perfecto del hogar cristiano. José manda allí con tranquila serenidad, como el que tiene conciencia de que al obrar así hace la voluntad de Dios y habla en nombre suyo. Comprende que, al lado de su virginal Esposa y de su divino Hijo él es el más pequeño; y con todo eso, su humildad hace que, sin temor ni turbación, acepte su papel de jefe de la Sagrada Familia que Dios le ha encomendado, y como un buen superior, no piensa en hacer uso de su autoridad sino para cumplir de un modo más perfecto su oficio de servidor, de súbito y de instrumento. María, como conviene a la mujer, se somete humildemente a José, y adorando al mismo tiempo a quien manda, da sin vacilar sus órdenes a Jesús en las múltiples ocasiones que se presentan en la vida de familia, llamándole, pidiendo su ayuda, señalándole tal o cual trabajo, como lo hace una madre con su hijo. Y Jesús acepta humildemente sus indicaciones: se muestra atento a los menores deseos de sus

[1] *S. Lucas,* II, 51-52.

padres, dócil a sus más leves órdenes. El más hábil, más sabio que María y que José, se somete a ellos en todos los detalles de la vida ordinaria y así continuará obrando hasta su vida pública, porque es la condición de la humanidad que ha asumido, y la voluntad de su Padre. "En efecto, exclama San Bernardo entusiasmado ante un espectáculo tan sublime, el Dios a quien están sujetos los Angeles, a quien obedecen los Principados y Potestades, estaba sometido a María; y no sólo a María, sino también a José por causa de María. Admirad, por tanto, a ambos, y ved cuál es más admirable, si la liberalísima condescencia del Hijo o la gloriosísima dignidad de la Madre. De los dos lados hay motivo de asombro; por ambas partes, prodigio. Un Dios obedeciendo a una criatura humana, he ahí una humildad nunca vista; una criatura humana mandando a un Dios, he ahí una grandeza sin igual"[1].

Lección saludable la que aquí se nos ofrece. Dios quiere que se obedezca y que se mande conforme al papel y al cargo de cada uno, no conforme a sus méritos o sus virtudes. En Nazaret, el orden de la autoridad y de la dependencia no es precisamente el mismo que el de la perfección y de la santidad. Lo mismo ocurre de ordinario en la sociedad humana y en la misma Iglesia: si el superior debe a veces respetar en el inferior

[1] Homilía I sobre el Missus est.

una virtud mayor que la suya, el inferior tiene siempre la obligación de acatar en el superior una autoridad derivada de la autoridad misma de Dios.

La Sagrada Familia vivía del trabajo de sus manos. La oración en común, los santos coloquios por medio de los cuales formaba y educaba Jesús de manera progresiva las almas de María y de José, tenían su tiempo señalado, debiendo cesar ante la necesidad de proveer a los menesteres de la vida cotidiana. La pobreza y el trabajo son medios aptísimos de santificación para que Dios dejara de imponerlos al grupo bendito de Nazaret. José ejercía, pues, con asiduidad, su oficio de carpintero, y Jesús compartirá su trabajo, en cuanto esté en edad propicia. Todavía en el siglo II, la tradición conservaba el recuerdo de yugos y arados... fabricados por sus divinas manos [1]. Entretanto, María cumplía con sus deberes de señora de una humilde casa. Preparaba la comida que José y Jesús debían hallar al final de su trabajo, cuidaba del orden y la limpieza de la casa, y, sin duda, conforme a la costumbre de entonces, hacía también casi todos sus propios vestidos y los de su familia, o bien trabajaba para los de fuera, con el fin de aumentar el jornal y el bienestar de todos. De esta manera, con su vida obscura y laboriosa en el taller de José, elevó y

[1] *S. Justino.* Diálogo con Trifón, 88.

ennobleció Jesús el trabajo manual, condición de la mayoría de los hombres. Al elegir para sí y para sus padres el oficio de simple artesano elevó y santificó de un modo maravilloso la condición de las clases trabajadoras, que en adelante pueden ya buscar en tan augustos ejemplos el estímulo para la práctica de las más nobles virtudes, y un motivo constante de alegría y contento[1].

Así se nos presenta la Sagrada Familia bajo el techo de Nazaret, verdadero modelo de la vida doméstica en sus mutuas relaciones de amor y en sus inefables bellezas, vida que constituye la esfera de acción de millares de fieles de todo el mundo; donde el marido gobierna como José y la mujer obedece como María; donde los padres atienden a la educación de los hijos, y éstos imitan a Jesús con su obediencia, sus progresos, su alegría y la luz que esparcen a su alrededor. Según la expresión de un piadoso autor que nos complacemos en citar aquí, el hogar cristiano es "el vestíbulo del paraíso" por las gracias que todos los días y en cada momento derrama el cielo sobre él, por las numerosas virtudes que ejercita, y, finalmente, por las alegrías que atesora[2]. Por eso, no hay que extrañar que sea objeto de los contínuos ataques por parte de los enemigos

---

[1] *León XIII*. Breve *Neminem fugit* del 14 de julio de 1892.
[2] Coleridge. *La vie de notre vie ou Histoire de Notre Seigneur. J. C.*, III, c. 16.

del género humano; y si éstos logran con frecuencia destacadas victorias sobre el reino fundado aquí abajo por Nuestro Señor Jesucristo "es porque han conseguido mancillar la santidad del matrimonio, destruir la autoridad de los padres o resfriar los afectos y deberes de los hijos para con sus progenitores." A los ojos del cielo, no es tan detestable una invasión de hordas salvajes avanzando por una región floreciente y arrasándola a sangre y fuego, como una ley que sanciona la disolución del vínculo matrimonial, o que arrebata los niños al cuidado y educación de los padres. Gracias a Dios, la familia cristiana es una institución universal, defendida por la Iglesia como su más bella creación y como el mayor beneficio que ha podido prestar a la sociedad. Ahora bien, la luz, la paz, la pureza y la felicidad que irradia el hogar cristiano, todo ello dimana de la vida que llevaron en la santa casa de Nazaret, Jesús María y José.

HISTORIA DE ESTE CULTO. — El culto de la Sagrada Familia se desarrolló de un modo especial en el siglo XVII, por medio de piadosas asociaciones que se proponían la santificación de las familias cristianas, imitando a la del Verbo Encarnado. Esta devoción, introducida en el Canadá por los Padres de la Compañía de Jesús, se propagó allí rápidamente gracias al celo de Francisco de Montmorency-Laval, primer obispo de

Quebec. Este virtuoso prelado, por sugerencias, y con la ayuda del P. Chaumonot y de Bárbara de Boulogne, viuda de Luis de Aillebout de Coulonges, antiguo gobernador de Canadá, fundó en 1665 una Cofradía cuyos estatutos determinó él mismo, instituyendo poco después canónicamente en su diócesis la fiesta de la Sagrada Familia de Jesús, María y José, y ordenando que se hiciese uso de la misa y del oficio que había hecho componer con tal motivo [1].

Dos siglos más tarde, ante las crecientes manifestaciones de la piedad de los fieles hacia el misterio de Nazaret, el Papa León XIII, por el Breve "Neminem fugit" del 14 de junio de 1892, establecía en Roma la asociación de la Sagrada Familia, con el fin de unificar todas las cofradías instituídas bajo este mismo título. Al año siguiente, el mismo soberano Pontífice decretaba que la fiesta de la Sagrada Familia fuera celebrada en todas partes donde estaba permitida, el domingo tercero después de Epifanía, asignándole una Misa nueva y un oficio cuyos himnos él mismo había compuesto. Finalmente, Benedicto XV, en 1921, extendía esta fiesta a la Iglesa universal, fijándola en el domingo dentro de la Octava de Epifanía.

---

[1] Gosselin. *Vie de Mgr. de Laval,* I ch. 27.

MISA

INTROITO

Gócese mucho el padre del Justo, alégrense tu Padre y tu Madre; regocíjese la que te engendró. *Salmo:* ¡Qué amables son tus tiendas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma codicia y ansía los atrios del Señor. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, lo mismo que en la secreta y en la Poscomunión, la Iglesia trata de resumir las enseñanzas que propone a los fieles en esta fiesta, y les indica los frutos que desea verles sacar de la contemplación de este misterio.

ORACION

Señor Jesucristo, que, sometido a María y a José, consagraste la vida doméstica con inefables virtudes: haz que nosotros, con el auxilio de ambos, nos instruyamos con los ejemplos de tu santa Familia, y alcancemos su eterna compañía. Tú que vives y reinas.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apostol S. Pablo a los Colosenses. (III, 12-17.)

Hermanos: Revestíos como elegidos de Dios, como santos y amados (suyos), de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia y de paciencia, soportándoos mutuamente y perdonándoos los unos a los otros, si alguien tuviese queja contra otro. Como el Señor os perdonó a vosotros, así debéis hacer vosotros. Más, sobre todas estas cosas, tened caridad, porque ella es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo salte gozosa en vuestros corazones, pues por ella habéis sido llamados a formar un solo Cuerpo. Y

sed agradecidos. La Palabra de Cristo habite copiosa en vosotros en toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos, e himnos, y cánticos espirituales, cantando con gracias a Dios en vuestros corazones. Todo cuanto hagáis, de palabra o de obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios y al Padre por El.

En este trozo del Apóstol San Pablo hallamos enumeradas las virtudes domésticas que deben adornar al hogar cristiano: dulzura, humildad, paciencia, virtudes que templan al alma contra el choque de los defectos y diferencias de carácter y temperamento; el amor mutuo que hace que cada uno se ingenie por aliviar las cargas de los demás, que sólo conoce las desgracias y flaquezas para dulcificar su amargura; la benévola indulgencia que sabe olvidar los roces inevitables, y predispone los corazones heridos al perdón, por imitar al Señor que todo lo perdonó. Todas estas disposiciones morales tienen su raíz en la caridad, de la que son como reflejos: merced a ella se perfeccionan las relaciones domésticas, se sobrenaturalizan y se desarrollan dentro de un amor profundo, de respeto, de mutuas atenciones, de sumisión y de obediencia. La práctica de estas virtudes, unida a los actos de religión que santifican todas las alegrías y las penas naturalmente anejas a la vida de familia, garantiza a los hombres la mayor participación posible en la felicidad de que pueden gozar aquí

abajo, buscando su perfecto dechado en las figuras de Jesús, de María y de José.

GRADUAL

Una cosa he pedido al Señor y esta buscaré: morar en la Casa del Señor todos los días de mi vida. — ℣. Dichosos los que habitan en tu Casa, Señor: te alabarán por los siglos de los siglos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Verdaderamente tú eres un Rey escondido, eres el Dios de Israel, el Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Lucas. (II, 42, 52.)

Cuando Jesús fué de doce años, subieron ellos a Jerusalén, conforme a la costumbre del día de fiesta. Y, pasados los días, volviendo ellos, se quedó el Niño Jesús en Jerusalén; y no lo advirtieron sus padres. Pensando que estaría en la caravana, anduvieron el camino de un día, y le buscaron entre los parientes y conocidos. Y, no encontrándole, volvieron a Jerusalén, buscándole. Y aconteció que, tres días después, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles. Y, todos los que le oían, se admiraban de su prudencia, y de sus respuestas. Y, cuando le vieron se pasmaron. Y le dijo su Madre: Hijo ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Y El les dijo: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene atender a las cosas de mi Padre? Pero ellos no entendieron lo que les dijo. Y bajó con ellos y vino a Nazaret: y estaba sujeto a ellos. Y su Madre conservaba en su corazón todas estas palabras. Y Jesús crecía en sa-

biduría, y en edad y en gracia, delante de Dios y de los hombres.

¡Oh Jesús! has bajado del cielo para enseñarnos. La flaqueza de la infancia que te oculta a nuestras miradas, no impide que tu celo nos haga conocer al único Dios que lo ha creado todo, y a ti, su Hijo a quien envió.

Recostado en el pesebre y con una simple mirada has instruído a los pastores; bajo tus humildes pañales y en tu voluntario silencio has revelado a los Magos la luz que buscaban siguiendo a la estrella. A los doce años, explicas a los doctores de Israel las Escrituras que dan testimonio de ti; poco a poco disipas las tinieblas de la Ley con tu presencia y con tus palabras. En trueque de cumplir la voluntad de tu Padre celestial, no dudas en dejar intranquilo el corazón de tu Madre, buscando almas para iluminarlas.

Tu amor hacia los hombres ha de herir todavía con mayor dureza ese tierno corazón el día en que, por la salvación de esos mismos hombres, te haya de contemplar clavado en el madero de la cruz, expirando en medio de inmensos dolores. Sé, bendito, oh Emmanuel, en los primeros misterios de tu infancia, en los cuales apareces preocupado exclusivamente de nosotros, prefiriendo la compañía de estos hombres pecadores que un día han de conspirar contra ti, a la de tu misma Madre.

OFERTORIO

Llevaron sus padres a Jesús a Jerusalén, para presentarle al Señor.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, esta Hostia de placación, y suplicámoste humildemente que, por intercesión de la Virgen, Madre de Dios, y del bienaventurado José, consolides firmemente nuestras familias en tu paz y gracia. Por el mismo Señor.

COMUNION

Bajó Jesús con ellos, y fué a Nazaret, y estaba sujeto a ellos.

POSCOMUNION

A los que alimentas con estos celestes Sacramentos, hazlos, Señor, imitar siempre los ejemplos de tu santa Familia: para que en la hora de nuestra muerte, acompañados de la gloriosa Virgen, tu Madre, y del bienaventurado José, merezcamos ser recibidos por ti en las eternas moradas. Tú que vives y reinas.

DOMINGO INFRAOCTAVA DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Vi sentarse en alto trono un varón al que adora la multitud de los Angeles, salmodiando a un tiempo: He aquí el nombre de Aquel cuyo imperio es eterno. *Salmo:* Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. — ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia suplica al Padre celestial en la Colecta, el poder participar de la luz de nuestro Sol divino, único que puede revelarnos el camino por el que debemos marchar, y le pide también que con su calor vivificante nos infunda las fuerzas para llegar hasta El.

ORACION

Suplicámoste, Señor, aceptes con celestial piedad los votos de este pueblo suplicante, para que vean lo que han de obrar, y puedan obrar lo que hayan visto. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos. (XII, 1-5.)

Hermanos: Os suplico, por la misericordia de Dios, presentéis vuestros cuerpos como una hostia viva, santa, agradable a Dios, como vuestro racional obsequio. Y no os conforméis con este siglo, sino reformáos por la renovación de vuestro espíritu, para que experimentéis cuál sea la buena y agradable y perfecta voluntad de Dios. Digo, pues, por la gracia que me ha sido dada, a todos los que están entre vosotros: No queráis saber más de lo que conviene saber, sino pensad de vosotros con sobriedad, conforme a la medida de la fe que Dios ha repartido a cada cual. Porque, del mismo modo que en un cuerpo tenemos muchos miembros, pero todos los miembros no tienen idéntica función, así en Cristo somos muchos un solo cuerpo, pero los unos son miembros de los otros: en Nuestro Señor Jesucristo.

Nos invita el Apóstol a hacer nuestra ofrenda al Dios recién nacido, a imitación de los Magos; pero el don que desea el Dueño universal de to-

do, no es un don inerte y sin vida. Siendo El la vida, se nos ha entregado por completo; presentémosle en pago, nuestro corazón, como hostia viviente, santa, agradable a Dios, con una obediencia razonable a la gracia divina, es decir, una obediencia basada en la intención expresa de ofrecerse. A semejanza de los Magos que volvieron a su patria por otro camino, evitemos todo contacto con la ideas mundanas, que son contrarias a nuestro Rey divino. Cambiemos nuestra vana prudencia por la sabiduría divina del que, siendo la Sabiduría eterna del Padre, puede también ser sin duda la nuestra. Entendamos que nadie fué nunca verdaderamente *sabio* sin la *fe*, la cual nos revela el amor que debe unirnos a todos para no formar más que un solo cuerpo en Jesucristo, participando de su vida, de su sabiduría, de su luz y de su realeza.

En los cantos siguientes, la Iglesia continúa celebrando el inefable prodigio del *Dios con nosotros*, la *paz* y la *justicia* bajadas del cielo sobre nuestros humildes *collados*.

GRADUAL

Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que hace solo grandes maravillas eternamente. — ℣. Los montes llevarán paz a tu pueblo, y los collados justicia.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. Aleluya.

Evangelio *Cum factus esset Jesus,* de la fiesta de la Sagrada Familia.

Al Ofertorio continúa la Iglesia entonando cánticos de alegría inspirados por la presencia del divino Niño.

OFERTORIO

Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría, presentáos ante El con regocijo: porque el Señor es el mismo Dios.

SECRETA

Haz, Señor, que este sacrificio, a ti ofrecido, nos vivifique siempre, y nos defienda. Por el Señor.

Al distribuir el Pan de vida bajado del cielo, la Iglesia repite las palabras de María a su divino Hijo: *¿Qué nos has hecho? Tu Padre y yo te buscábamos.* El buen Pastor, que alimenta a sus ovejas con su propia carne, responde diciendo, que se debe a la voluntad de su Padre celestial. Ha venido para ser nuestra vida, nuestra luz, nuestro alimento; he ahí la razón de que lo abandone todo para darse a nosotros. Los doctores del templo no hicieron más que verle y oírle; mas a nosotros nos es dado poseerle y gozar de su dulzura en este pan vivo.

COMUNION

Hijo, ¿por qué nos has hecho esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado con dolor. Y, ¿por qué me buscábais? ¿No sabíais que me conviene atender a las cosas de mi Padre?

La Santa Iglesia que acaba de ver a sus hijos reanimados por un manjar de tan alto valor, pide para ellos la gracia de ser siempre agradables a quien les da pruebas de amor tan grande.

POSCOMUNION

Rogámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que alimentas con tus Sacramentos, te sirvan alegremente con sus buenas costumbres. Por el Señor.

7 DE ENERO

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS MAGOS

Una fiesta tan importante como la de Epifanía no podía carecer de una Octava. Esta Octava sólo es inferior en dignidad a la de Pascua y de Pentecostés; y es más privilegiada que la de Navidad, la cual admite fiestas de rito *doble y semidoble,* mientras que la Octava de Epifanía sólo cede ante una fiesta Patronal de primera clase. De los antiguos Sacramentarios se desprende también, que en la antigüedad, los dos días posteriores a Epifanía, eran fiestas de precepto lo mismo que los dos días siguientes a las fiestas de Pascua y Pentecostés. Todavía son conocidas las Iglesias estacionales donde clero y fieles se reunían en estos dos días.

Con el fin de entrar más de lleno en el espíritu de la Iglesia, durante esta gloriosa Octava, contemplaremos diariamente el Misterio de la Vocación de los Magos, acudiendo con ellos al sagrado retiro de Belén, para ofrecer allí nuestros dones al divino Niño, al que hemos sido conducidos por la estrella.

Y ¿quiénes son estos Magos, sino los precursores de la conversión de todos los pueblos al Señor su Dios, los padres de las naciones en la fe del Redentor venido, los patriarcas del género humano renovado? Súbitamente hacen su aparición en Belén, en número de tres, según la tradición de la Iglesia, conservada por San León, por San Máximo de Turín, San Cesáreo de Arlés y por las pinturas cristianas que, desde la era de las persecuciones, adornan las catacumbas de la ciudad santa.

De esta manera se continúa en ellos el Misterio señalado ya desde los primeros días del mundo por tres hombres justos: Abel, sacrificado, como figura de Cristo; Seth, padre de los hijos de Dios, separados de la raza de Caín; Enoch, que tuvo la honra de reglamentar el culto del Señor.

Y también ese segundo Misterio de otros tres antepasados del género humano, de los cuales salieron todas las razas después del diluvio: Sem, Cam y Jafet, hijos de Noé.

FINALMENTE, el tercer Misterio de los tres abuelos del pueblo escogido: Abraham, padre de los creyentes; Isaac, nueva figura de Cristo inmolado; Jacob, fuerte en su lucha con Dios y Padre de los doce Patriarcas de Israel.

Mas, todos esos hombres sobre quienes se cifraba la esperanza del género humano, tanto en el orden de la naturaleza como en el de la gracia, fueron simples depositarios de la promesa; y sólo de lejos, como dice el Apóstol, saludaron su afortunada realización (*Hebr.*, XI, 13). Los pueblos no marcharon hacia Dios en pos de ellos; cuanto más luminosa brillaba la luz sobre Israel, tanto más profunda se hacía la ceguera de las naciones. Muy al contrario los Magos no llegan a Belén sino como nuncios y precursores de las generaciones venideras. En ellos, la figura pasa a la más completa realidad por la misericordia del Señor, que habiendo venido a buscar al perdido, se dignó tender los brazos a todo el género humano porque todo él había perecido.

Contemplemos también a esos felices Magos figurados por aquellos tres fieles reyes, gloria del trono de Judá, mantenedores en el pueblo escogido de las tradiciones relativas a la espera del Libertador, y enemigos de la idolatría: David, tipo sublime del Mesías; Ecequías, cuyo valeroso brazo aleja a los falsos dioses; Josías, restablecedor de la ley del Señor, olvidada por su pueblo.

Los sagrados libros nos presentan todavía otro tipo de esos piadosos viajeros que, desde la remota Gentilidad acuden a saludar al *Rey pacífico* y ofrecerle sus presentes; es la reina de Sabá, figura de la Gentilidad, y que, atraída por la fama de la profunda sabiduría de Salomón, llamado el *Pacífico,* llega a Jerusalén con sus camellos cargados de oro, aromas y piedras preciosas, y venera la realeza del Mesías en uno de sus más significados prototipos.

De esta suerte, oh Cristo, es como, en esa tenebrosa noche, que consintiéndolo la justicia de tu Padre, se había esparcido por todo el mundo pecador, iluminan el cielo algunos rayos de gracia, prometiendo días más serenos, cuando el Sol de tu justicia aparezca por fin sobre las tinieblas de la muerte. Para nosotros pasó ya el tiempo de esas funestas tinieblas; no tenemos ya que contemplarte bajo las pálidas figuras de vacilantes luces. Te poseemos a ti mismo y para siempre ¡oh Emmanuel! Es cierto, que sobre nuestra frente no brilla la diadema de la reina de Sabá; pero no por eso somos peor recibidos ante tu cuna. Has invitado a unos pastores a recibir las primeras lecciones de tu doctrina: todos los hijos de los hombres son llamados a formar parte de tu corte; haciéndote niño, has puesto al alcance de todos, los tesoros de tu sabiduría infinita. ¡Cuán grande debe ser nuestra gratitud por este beneficio de la luz de la Fe,

sin la cual lo ignoraríamos todo, aun creyendo saberlo todo! ¡Cuán menguada, incierta y falaz es la ciencia humana comparada con la tuya, cuya fuente tenemos a nuestro lado! Guárdanos siempre ¡oh Cristo! No permitas que despreciemos nunca esa luz que haces brillar ante nuestros ojos, tamizándola con el velo de tu humilde infancia. Líbranos del orgullo que todo lo obscurece, endureciendo el corazón; confíanos a los cuidados de tu Madre, María, para que nuestro amor nos mantenga siempre junto a ti, bajo su maternal mirada.

8 DE ENERO

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

ALIANZA DE CRISTO Y DE LA IGLESIA

El gran Misterio de la Alianza del Hijo de Dios con su Iglesia universal representada por los tres Reyes Magos en la Epifanía, fué ya presentido por los siglos que precedieron a la venida del Emmanuel. Lo publicó anticipadamente la voz de los Patriarcas y Profetas; y la misma Gentilidad se hizo a veces fiel eco del mismo.

Ya en el paraíso terrenal, exclamaba Adán inocente a la vista de la Madre de los vivientes salida de su costado: "He aquí carne de mi carne y hueso de mis huesos; dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su esposa; y

serán dos en una misma carne." La luz del Espíritu Santo iluminaba entonces el alma de nuestro primer padre; y, según el parecer de los más profundos intérpretes de los misterios de la Sagrada Escritura, Tertuliano, San Agustín, San Jerónimo, se celebraba ya la Alianza del Hijo de Dios con la Iglesia, salida con el agua y la sangre de su costado abierto en la cruz; con la Iglesia por cuyo amor dejó la diestra de su Padre, para rebajarse hasta la forma de siervo, y abandonó la Jerusalén celestial para compartir con nosotros esta morada terrena.

El segundo padre de la humanidad, Noé, después de haber contemplado en el cielo el arco de la misericordia, como anuncio de nuevos favores del cielo, profetizó en sus tres hijos el porvenir del mundo. Cam había merecido la maldición de su padre; por un momento pareció Sem el preferido: estaba destinado al honor de ver salir de su raza al Salvador del mundo; con todo eso, leyendo el Patriarca en el futuro exclamó: "Dios extenderá la herencia de Jafet; y habitará en las tiendas de Sem." Y poco a poco vemos en el correr de los tiempos, que se va debilitando y llega casi a romperse la antigua alianza contraída con el pueblo de Israel; las razas semíticas vacilan y caen pronto en el paganismo; por fin, el Señor se une cada vez más estrechamente con la familia de Jafet, con la gentilidad del Occidente por tanto tiempo abandonada, hasta

que en su seno coloca para siempre la Sede de la religión poniéndola a la cabeza de toda la especie humana.

Más tarde, es el mismo Dios, quien se dirige a Abraham y le predice las innumerables generaciones que saldrán de él. "Mira al cielo, le dice; cuenta las estrellas, si puedes: así será el número de tus hijos." Efectivamente, como nos lo enseña el Apóstol, la familia salida de la fe del Padre de los creyentes había de ser más numerosa, que aquella de que era origen por Sara; y todos los que recibieron la fe del Mediador, todos los que guiados por la Estrella acudieron a El como a su Señor, todos esos son hijos de Abraham.

El Misterio vuelve a aparecer en el seno mismo de la esposa de Isaac. Siente ésta con temor que sus dos hijos luchan en sus entrañas. Rebeca se dirige al Señor, quien le responde: "Dos pueblos hay en tu seno; ambos se combatirán mutuamente; el segundo vencerá al primero y el mayor servirá al más joven." Ahora bien, este más joven, este hijo indomable ¿quién es, según la doctrina de San León y del obispo de Hipona, sino ese pueblo gentil que lucha con Judá por obtener la luz, y que simple hijo de la promesa, acaba por sobreponerse al hijo de la carne?

Luego, es Jacob, en su lecho de muerte, quien teniendo a su alrededor a sus doce hijos, padres de las doce tribus de Israel, señala a cada

uno de una manera profética el papel que han de desempeñar en el futuro. Judá es el preferido; porque será el rey de sus hermanos, y de su gloriosa sangre nacerá el Mesías. Mas, la profecía acaba siendo para Israel tan alarmante cuanto consoladora para todo el género humano. "Judá, tú conservarás el cetro: tu raza será una raza de reyes, pero sólo hasta que venga El que ha de ser enviado; El será el *esperado de las naciones*."

Después de la salida de Egipto, al entrar el pueblo de Israel en posesión de la tierra prometida, exclamaba Balaam con el rostro vuelto hacia el desierto completamente invadido por tiendas y pabellones de Jacob: "Lo veré, mas aún no; lo contemplaré, pero más tarde. Una *Estrella* saldrá de Jacob; un cetro regio surgirá de su seno." Y Preguntado por el rey idólatra, añadió Balaam: "¡Oh, quién pudiera vivir cuando Dios obre todo esto! Vendrán de Italia en galeras; los Asirios serán sojuzgados; los Hebreos devastados, y por fin, también perecerán ellos." ¿Cuál será el imperio que reemplace a ese de hierro y muerte? El de Cristo, que es la *Estrella*, y que sará el único *Rey* eterno.

David abunda en presentimientos de este gran día. En cada página celebra la realeza de su hijo según la carne; nos le muestra investido de cetro, ceñido con la espada, ungido por el Padre de los siglos, llevando sus dominios de un extremo a otro de los mares; luego, conduce a sus plantas

a los *Reyes de Tarsis y de las islas* lejanas, a los *Reyes de Arabia y de Sabá,* a *los Príncipes de Etiopía.* Canta también sus presentes de oro y sus adoraciones.

En su maravilloso epitalamio, el autor del Cantar de los Cantares, describe las delicias de la celeste unión del divino Esposo con la Iglesia; ésta afortunada Esposa no es la Sinagoga. Llámala Cristo con delicadeza para coronarla; mas su voz se dirige a la que mora más allá de las fronteras del pueblo escogido. "Ven, dice, prometida mía, ven del Líbano, baja de las cumbres de Amana, de las alturas del Sanir y del Hermón; sal de las negras cavernas de dragones, deja los montes habitados por leopardos." Mas, la hija del Faraón replica: "Soy negra"; mas no se turba en sus palabras porque sabe muy bien que la gracia de su Esposo la ha vuelto *bella.*

A continuación se levanta el profeta Oseas, quien dice en nombre del Señor: "He elegido un hombre, que no me dará el nombre de Baal en adelante. Quitaré de su boca ese nombre y no se volverá a acordar de él. Y me uniré a ti para siempre *¡oh hombre nuevo!* Esparciré tu raza por toda la tierra; tendré compasión de quien no conoció la misericordia; a quien no era mi pueblo, le diré: *¡Pueblo mío!* Y él me responderá: *¡Dios mío!*"

Tobías a su vez, desde el fondo de la cautividad, pronunció una magnífica profecía; a sus

ojos desaparece la Jerusalén que ha de recibir a los judíos libertados por Ciro, ante la presencia de otra Jerusalén más brillante y hermosa. "Nuestros hermanos dispersos, dice, volverán a la tierra de Israel; la casa de Dios será nuevamente edificada. Todos los temerosos de Dios acudirán allí; los Gentiles dejarán sus ídolos y vendrán a Jerusalén y morarán en ella; todos los reyes de la tierra fijarán su domicilio en ella en medio de la alegría, llegados para adorar al Rey de Israel."

Y si las naciones deben ser despedazadas por la justicia de Dios a causa de sus pecados, será para llegar luego a la dicha de una alianza eterna con Dios. Porque, El mismo dice por su Profeta Sofonías: "Mi justicia es reunir a las naciones, juntar en un haz a los reinos; sobre ellos derramaré mi indignación y todo el ardor de mi ira; toda la tierra será consumida. Pero enseguida daré a los pueblos un lenguaje selecto, para que todos invoquen el nombre del Señor, y lleven juntos mi yugo. Desde más allá de los ríos de Etiopía me invocarán; los hijos de los pueblos dispersos me traerán presentes."

El Señor había ya anunciado sus misericordiosos designios por boca de Ezequiel: "Un Rey único mandará a todos, dice el Señor; no habrá ya dos naciones, ni dos reinos. No se mancillarán más con sus ídolos; les salvaré, allí mismo donde pecaron, ellos serán mi pueblo y yo seré su

Dios. Habrá un solo pastor para todos. Haré con ellos una alianza de paz, un pacto eterno; los multiplicaré y mi santuario estará en medio de ellos por siempre."

Por eso Daniel, después de haber profetizado los Imperios que habían de suceder al Romano, añade: "Mas el Dios del cielo suscitará a su vez un Imperio que no será nunca destruído, y cuyo cetro no pasará a otro pueblo. Este imperio rebasará los límites de todos los que le han precedido, y durará eternamente."

Sobre los cataclismos que habrán de preceder a la llegada de ese Pastor único y al establecimiento de ese santuario eterno que se ha de levantar en medio de los Gentiles, el profeta Ageo, habla de la siguiente manera: "Todavía un poco más de tiempo, y destruiré el cielo, la tierra y el mar; confundiré a todos los pueblos y entonces vendrá el Deseado de las naciones."

Habría que citar a todos los Profetas para señalar bien todos los rasgos de ese gran espectáculo prometido al mundo por el Señor para el día en que acordándose de las naciones, las llame a los pies del Emmanuel. La Iglesia nos ha hecho oír la voz de Isaías en la Epístola de esta Fiesta, y el hijo de Amós es ciertamente el más elocuente de todos.

Si prestamos oído ahora a las voces que suben hacia nosotros del seno de la Gentilidad, oiremos ese clamor de ansia, expresión del deseo univer-

sal que habían anunciado los Profetas hebreos. La voz de las Sibilas despertó la esperanza en el corazón de los pueblos; el Cisne de Mantua, en el seno mismo de Roma, consagra sus más bellos versos a reproducir sus consoladores vaticinios: "La última edad, dice, la edad predicha por la Virgen de Cumas ha llegado; una nueva era va a comenzar; una raza nueva desciende del cielo. La edad de hierro termina al nacer ese Niño; un pueblo de oro se dispone a invadir la tierra. Las huellas de nuestros crímenes serán borradas; y desaparecerá el terror que dominaba al mundo."

Como respondiendo a los vanos escrúpulos de quienes temían reconocer, con San Agustín y otros muchos santos Doctores, la voz de las antiguas tradiciones expresándose por boca de las Sibilas; Cicerón, Tácito, Suetonio, filósofos e historiadores gentiles, acuden también a confirmar, que el género humano esperaba en su tiempo a un Libertador, que este Libertador debía salir no sólo del Oriente, sino de Judea; y que los tiempos del Imperio que debía abarcar al mundo entero estaban para comenzar.

Compartían esa universal espera de tu llegada oh Emmanuel los Magos, a cuyos ojos hiciste aparecer la Estrella; por eso no perdieron un solo momento, poniéndose inmediatamente en camino en busca del Rey de los Judíos, cuyo nacimiento se les había anunciado. Eran muchas

las profecías que en ellos se realizaban; pero si ellos recibían las primicias, nosotros poseemos la plenitud de su efecto. La alianza está firmada, y te pertenecen nuestras almas por cuyo amor descendiste del cielo; la Iglesia ha brotado de tu divino costado, junto con el agua y la sangre; cuanto hiciste por la Esposa predestinada, lo realizas también en cada uno de sus fieles hijos. Descendientes de Jafet, hemos desheredado a la raza de Sem que nos cerraba sus tiendas; y el derecho de primogenitura de que gozaba Judá ha pasado a nosotros. Nuestro número tiende, de siglo en siglo, a igualar el número de las estrellas. Lejos ya de nosotros la ansiedad de la espera; ha aparecido la estrella, y el Rey que anunciaba no cesará ya nunca de derramar sobre nosotros sus beneficios. Los Reyes de Tarsis y de las Islas, los Reyes de Arabia y de Sabá, los Príncipes de Etiopía han llegado con sus presentes, y todas las generaciones los han seguido. La Esposa, entronizada con todos los honores, no se vuelve ya a acordar de los montes de Amana ni de las alturas de Sanir y del Hermón, donde suspiraba en compañía de los leopardos; ha dejado de ser negra, y es bella, sin manchas ni arrugas, digna del divino Esposo. Ha olvidado a Baal para siempre; y habla con amor el lenguaje que Dios mismo la ha enseñado. Un solo Pastor apacienta al único redil; el último Imperio prosigue sus destinos hasta la eternidad.

Tú eres, oh divino Niño, el que veniste a traernos todos estos bienes y a recibir todos esos homenajes. Crece pues, oh Rey de Reyes, sal pronto de tu silencio. Después que hayamos saboreado las lecciones de tu humildad, háblanos como Maestro; desde hace tiempo reina César Augusto y la Roma pagana se cree eterna. Tiempo es ya de que el trono de la fuerza ceda su lugar al trono de la caridad, y que la nueva Roma se levante sobre la antigua. Las naciones llaman a la puerta y buscan a su Rey; acelera el día en que no tengan necesidad de venir a ti, sino que tu misericordia los vaya a buscar por medio de la predicación evangélica.

Muéstrales a Aquel a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra; muéstrales a la Reina que has elegido para ellos. Elévese pronto María en alas de los Angeles, desde la humilde morada de Nazaret, desde el pobre establo de Belén, hasta el trono de la misericordia, desde cuya altura protegerá a todos los pueblos y a todas las generaciones.

9 DE ENERO

CUARTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

VOCACIÓN Y DIGNIDAD DE LOS MAGOS

Aparecida en Oriente la estrella anunciada por Balaam, los tres Magos, cuyos corazones per-

manecían abiertos a la esperanza del Mesías Libertador, sintieron repentinamente el aguijón del amor que les espoleaba. A diferencia de los pastores de Belén, a quienes la voz de un Angel invitó hacia el pesebre, reciben ellos la noticia de la gozosa llegada del Rey de los Judíos de una manera mística y silenciosa. Pero, en sus corazones recibía una explicación el lenguaje mudo de la Estrella por obra del mismo Padre celestial, que les revelaba a su Hijo. Aquí su vocación sobrepasó en dignidad a la de los pastores, los cuales no supieron nada sino por ministerio de los Angeles conforme a la divina disposición de la antigua Ley.

Mas, si es cierto que la gracia de Dios se dirigió directamente a sus corazones, también puede decirse que los halló fieles. Los pastores *acudieron presurosos* a Belén, nos dice San Lucas. Los Magos, hablando con Herodes expresan con no menor contento la sencillez de su presteza: "Vimos, dicen, su Estrella, y hemos venido a adorarle."

Abrahán mereció llegar a ser Padre de los Creyentes, gracias a su fidelidad en seguir el mandato que Dios le daba de salir de Caldea, tierra de sus antepasados, y trasladarse a una región para él desconocida; los Magos por la docilidad de su fe, no menos admirable, merecieron ser los predecesores de la Iglesia de los Gentiles.

También ellos salieron de Caldea, según refiere San Justino y Tertuliano; al menos era la

patria de algunos. También esos autores, cuyo testimonio confirman otros Padres, señalan a la Arabia como lugar nativo de alguno de los otros piadosos viajeros. Una tradición popular, admitida siglos más tarde en la iconografía cristiana, hace natural de Etiopía al tercero de ellos. De todos modos, no se puede negar que David y los Profetas señalaron ya a los negros habitantes de Africa como unos de los primeros que debían ser objeto de la predilección divina. Por la condición de Magos, debemos entender la profesión de estos hombres, que no era otra que el estudio del curso de los astros, en el cielo en el que espiaban el próximo aparecer de la profética Estrella por la que suspiraban; porque eran sin duda de aquellos Gentiles temerosos de Dios, como el centurión Cornelio, y no se habían mancillado con el contacto idolátrico, conservando, en medio de tantas tinieblas, las puras tradiciones de Abrahán y de los Patriarcas.

El Evangelio no dice que fueran reyes; pero, no sin motivo, les aplica la Iglesia los versículos en que habla David de los Reyes de Arabia y de Sabá que llegan a los pies del Mesías con sus ofrendas de oro. Se apoya esta tradición en el testimonio de San Hilario de Poitiers, de San Jerónimo, del poeta Juvenco, de San León y de otros muchos. Indudablemente, no debemos figurarnos a los Magos como grandes potentados, cuyo imperio pudiera compararse en extensión

e importancia con el poderío romano; pero ya sabemos que la Sagrada Escritura atribuye con frecuencia el nombre de reyes a pequeños príncipes, a simples gobernadores de provincia. Basta, pues, que los Magos ejercieran alguna autoridad sobre los pueblos; por lo demás, las consideraciones que Herodes se cree obligado a tener con extranjeros que llegan hasta su palacio para anunciar el nacimiento de un Rey de los Judíos, al cual tratan de rendir homenaje con tanto celo, demuestran suficientemente la importancia de estos personajes, así como el movimiento que su llegada despierta en la ciudad de Jerusalén, indica bien a las claras que su presencia venía acompañada de un exterior majestuoso.

Estos dóciles reyes dejan de repente su patria, sus riquezas, y su tranquilidad, para seguir a la Estrella; el poder de Dios que les había llamado los reune en un mismo viaje y en una misma fe. Ni los peligros y los trabajos del camino cuyo final ignoran, ni el temor de despertar contra sí las sospechas del Imperio Romano, logran detenerlos.

Su primer descanso es Jerusalén. Llegan estos Gentiles a la ciudad santa, que pronto será maldita, para anunciar a Jesucristo y manifestar su venida. Con todo el aplomo y la tranquilidad de los Apóstoles y de los Mártires declaran su firme intención de ir a adorarle. Obligan a

Israel, depositaria de las divinas profecías, a confesar uno de los principales datos del Mesías, su nacimiento en Belén. El Sacerdocio judío, cumple, sin darse cuenta, su sagrado ministerio; Herodes se revuelve en su lecho, y planea ya sus proyectos asesinos. Mas, es ya hora de que abandonen los Magos, la ciudad infiel, que ha recibido con su presencia el anuncio de su repudio. Vuelve a aparecer la Estrella en el cielo, animándolos a continuar su marcha; unos pasos más y se hallarán en Belén a los pies del Rey que venían buscando.

También nosotros; ¡oh Emmanuel! te seguimos y caminamos a tu luz; por que Tú has dicho en la Profecía de tu Discípulo amado: "Yo soy la estrella brillante de la mañana." (XXII, 16). El astro que conduce a los Magos es simplemente un símbolo de esa inmortal Estrella. Tú eres el *lucero matutino;* porque tu nacimiento anuncia el fin de las tinieblas, del error y del pecado. Tú eres el *lucero matutino;* porque, después de haber sufrido la prueba de la muerte y del sepulcro, sales de repente de las sombras a la luz matinal el día de tu Resurrección gloriosa. Tú eres el *lucero matutino;* porque, con tu Nacimiento y los Misterios que van a seguirle, nos anuncias el día sin nubes de la eternidad. ¡Oh! acompáñenos tu luz constantemente y seamos siempre dóciles para abandonarlo todo por seguirla como los Magos: ¡Cuán espesas eran las tinieblas que

nos rodeaban cuando nos llamaste a tu gracia! ¡Nosotros amábamos esas tinieblas, y a pesar de eso nos hiciste amar la luz! ¡Oh Cristo! conserva en nosotros ese amor. No se nos acerque el pecado, que no es más que tinieblas. No nos seduzcan los pérfidos espejismos de la falsa conciencia. Aleja de nosotros la ceguedad de Jerusalén y de su Rey, para quienes no luce la Estrella; guíenos ella en todo momento y condúzcanos a Ti, nuestro Rey, nuestra paz y nuestro amor.

También a ti te saludamos ¡oh María! *estrella de los mares,* que brillas sobre las olas de este mundo para calmarlas y para proteger a los que claman a ti en la tempestad. Tu favoreciste a los Magos a través del desierto; guía también nuestros pasos y dirígenos hasta Aquel que descansa en tus brazos y te ilumina con su luz eterna.

10 DE ENERO

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS MAGOS ANTE JESÚS

Los Magos han llegado a Belén; el humilde albergue del Rey de los Judíos se ha abierto para ellos. "Encontraron allí, dice San Lucas, al Niño y a María, su Madre." Arrójanse a tierra y adoran

al divino Rey a quien con tanto ardor han buscado y por quien la tierra suspira.

En ese instante, comienza a aparecer la Iglesia cristiana. En aquel humilde retiro, el Hijo de Dios hecho hombre preside como Jefe de su Cuerpo místico; María asiste, como Cooperadora de la salvación, y Madre de la gracia; Judá está representando por ella y por su Esposo José; la Gentilidad adora en la persona de los Magos, porque su fe lo ha comprendido todo en presencia de este Niño. No es un Profeta a quien honran, ni un rey terreno a quien abren sus tesoros; es un Dios ante quien se humillan y anonadan. "¡Mirad, dice San Bernardo, en su segundo Sermón sobre Epifanía, mirad cuán penetrantes son los ojos de la fe! La fe reconoce al Hijo de Dios, colgado del pecho materno, le reconoce atado al madero, le reconoce hasta en la muerte. El ladrón le adora en el patíbulo, los Magos en el establo: aquel, a pesar de los clavos que le sujetan; estos a través de los pañales que le envuelven."

Todo está, pues, consumado. Belén no es ya sólo el lugar del Nacimiento del Redentor, es también la cuna de la Iglesia; ¡con cuánta razón exclamaba el Profeta: "Oh Belén, de ningún modo eres la menor entre las ciudades de Judá!" ¡Qué bien comprendemos el hechizo que indujo a San Jerónimo a hurtar su vida a los honores y delicias de Roma, a los aplausos del mundo y de

la Iglesia, para venir a encerrarse en esta gruta, testigo de tantos y tan maravillosos prodigios! ¿Quién es el que no desearía vivir y morir en ese sagrado y celestial recinto, completamente santificado por la presencia del Emmanuel, embalsamado con los aromas de la Reina de los Angeles, que guarda todavía el eco de los celestes conciertos, y el recuerdo de los Magos, nuestros piadosos antepasados?

Al entrar en la humilde morada, nada les extraña a los afortunados Magnates. Ni la flaqueza del Niño, ni la pobreza de la Madre, ni la desnudez de las paredes, nada los perturba. Antes bien, comprenden en seguida, que el eterno Dios, queriendo visitar a los hombres y demostrarles su amor, debía abajarse a ellos, hasta el punto de que no quedara ningún grado de la humana miseria que no fuera por El sondeado y conocido. Advertidos por su propio corazón de la profundidad de la llaga del orgullo que nos roe, comprendieron que el remedio debía ser tan extremo como el mal, reconociendo en esta inaudita humillación, el pensamiento y la obra de un verdadero Dios. Israel espera un Mesías glorioso, resplandeciente de gloria mundana; los Magos, al contrario, reconocen al Mesías en la humildad y en la pobreza que le rodea; subyugados por la gracia divina, caen en tierra y adoran, agradecidos y admirados.

¿Quién sería capaz de expresar la dulzura de las conversaciones que tuvieron con la purísima María? Porque el Rey que habían venido a buscar, no dejó por su causa el silencio de su voluntaria infancia. Aceptó sus homenajes, les sonrió con ternura, les bendijo; pero sólo María pudo satisfacer con sus celestiales coloquios, la santa curiosidad de aquellos tres peregrinos del mundo. Y ¡cómo debió Ella recompensar su fe y su amor, declarándoles el misterio del Virginal alumbramiento que iba a salvar al mundo, las alegrías de su maternal corazón, los encantos del divino Niño! Y ¡con qué tierno respeto la considerarían ellos y la escucharían! ¡Con qué regusto penetraría la gracia en sus corazones, junto con las palabras de la que Dios escogió para aleccionarnos con ternura de madre en la verdad y en el amor! La estrella que para ellos había brillado hasta ahora en el cielo, había dejado lugar a otra Estrella, de una luz más suave, de una potencia mucho más esplendorosa todavía; este astro tan puro preparaba su vista para contemplar sin velos de ningún género a Aquel que se llama a sí mismo *Estrella brillante de la mañana*. El resto del mundo no significaba nada para ellos; el establo de Belén encerraba, en cambio, todas las riquezas del cielo y de la tierra. Los largos siglos de espera compartidos por ellos con el género humano, les parecían ahora un momento: tan plena y perfecta era la alegría de haber por

fin hallado al Dios que con su sola presencia satisface todos los anhelos de su criatura.

Uníanse a los designios misericordiosos del Emmanuel; aceptaban con profunda humildad la alianza que Aquel contraía con la humanidad por su medio; adoraban la temible justicia que pronto iba a repudiar a un pueblo incrédulo; saludaban los destinos de la Iglesia cristiana que comenzaba ya con ellos; y rogaban por su innumerable descendencia.

Correspóndenos a nosotros, Gentiles regenerados, unirnos a estos cristianos, los primeros elegidos, y adorarte ¡oh divino Niño! después de tantos siglos en que venimos contemplando la marcha de las naciones hacia Belén, bajo el amparo de la Estrella. A nosotros nos corresponde el adorarte con los Magos; más afortunados que estos primogénitos de la Iglesia, hemos llegado a oír tus palabras, hemos contemplado tus sufrimientos y tu cruz, hemos sido testigos de tu Resurrección; y si te saludamos como a Rey del universo, ahí está ese universo a nuestra vista, repitiendo tu Nombre excelso y glorioso desde el Oriente al Occidente. El Sacrificio que renueva todos tus misterios se ofrece hoy en todos los lugares de la tierra; la voz de tu Iglesia resuena en todo mortal oído; y sentimos con gozo que toda esa luz brilla para nosotros, que todas esas gracias son herencia nuestra. Por eso, te adoramos ¡oh Cristo! los que te gozamos en

la Iglesia, la Belén eterna, la casa del Pan de vida.

Ilústranos ¡oh María! como ilustraste a los Magos. Declaranos más y más el dulce Misterio de tu Hijo; haz que nuestro corazón se someta enteramente a su adorable imperio. Vela, con tu maternal solicitud, por que no perdamos una sola de sus lecciones, y para que esa morada de Belén en la que hemos entrado en pos de los peregrinos de Oriente, realice en nosotros una completa renovación de toda nuestra vida.

11 DE ENERO

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

LOS DONES DE LOS MAGOS

No se contentaron los Magos con adorar al gran Rey que María presentaba a su veneración. Como la Reina de Sabá que vino a honrar al Rey pacífico en la persona del sabio y opulento hijo de David, los tres Reyes de Oriente abrieron sus tesoros y sacaron ricos presentes. El Emmanuel se dignó aceptar sus misteriosos dones; pero, lo mismo que Salomón, su abuelo, no dejó marchar a los Príncipes vacíos, sino que les colmó de presentes infinitamente más ricos que los que él había aceptado. Los Magos le presentaron ofrendas terrenas; Jesús les colmó de celestiales dones. Ro-

busteció en ellos la fe, la esperanza y la caridad; en sus personas enriqueció a toda su Iglesia a quien representaban; en ellos asi como en la Sinagoga que los había dejado marchar solos en busca del Rey de Israel. Se cumplieron las palabras del Cántico sagrado de María: "A los hambrientos colmó de bienes, y a los ricos dejó en la miseria."

Mas consideremos los presentes de los Magos y reconozcamos con la Iglesia y los Padres los Misterios que en ellos se encierran. Tres fueron los dones, con el fin de honrar el sagrado número de las Personas en la unidad de la Esencia divina; pero este inspirado número alcanzaba una nueva aplicación en un triple carácter del Emmanuel. El hijo de Dios venía a reinar en el mundo: convenía ofrecerle el ORO que indica el poder supremo. Venía a ejercer el Supremo Sacerdocio, y a reconciliar por su medio, el cielo con la tierra: era conveniente ofrecerle el INCIENSO que debe quemarse en manos del sacerdote. Sólo su muerte podía darle posesión del trono preparado para su humanidad gloriosa; esa muerte debía inaugurar el eterno Sacrificio del divino Cordero; allí estaba la MIRRA para representar la muerte y la sepultura de una víctima inmortal. El Espíritu Santo, inspirador de los Profetas, había por tanto, inspirado a los Magos en la elección de estos misteriosos dones; nos lo dice San León con toda

su elocuencia, en uno de sus Sermones sobre Epifanía: "¡Oh fe admirable que conduce a la perfecta ciencia, y que no ha sido ilustrada en la escuela de una sabiduría terrena, sino en la del mismo Espíritu Santo! Porque ¿dónde habían descubierto la naturaleza inspirada de estos presentes, aquellos hombres que salieron de su patria, sin haber visto aún a Jesús, sin haber hallado en sus miradas la luz que con tanta seguridad dirigió la elección de sus ofrendas? Al mismo tiempo que la Estrella iluminaba sus ojos corporales, los rayos de la verdad penetraban en sus corazones con mayor viveza. Antes de emprender los trabajos de un largo camino habían conocido ya a Aquel a quien con el Oro debían rendir honores de Rey; con el Incienso, culto divino; y con la Mirra, fe en su mortalidad."

Si bien es cierto que estos presentes representan maravillosamente las características del Hombre-Dios, no lo es menos que están llenos de enseñanzas, por las virtudes que significan, y que el divino Niño reconocía y confirmaba en el alma de los Magos. *El Oro* significa para nosotros como para ellos, el amor que une a Dios; *el Incienso,* la oración que atrae y conserva a Dios en el corazón del hombre; *la Mirra,* la renuncia, el dolor, la mortificación, medios por los que nos sustraemos a la esclavitud de la naturaleza corrompida. Hallad un corazón amante

de Dios, que se eleve a El por la oración, que comprenda y sepa gustar la virtud de la cruz; y tendréis en ese corazón el don más digno de Dios, el que siempre le será agradable.

Abrímoste, pues, nuestros cofres ¡oh Jesús! poniendo a tus pies nuestros dones. Después de haber confesado tu triple gloria, de Dios, Sacerdote y Hombre, te suplicamos aceptes el deseo que tenemos de responder con amor al amor que nos manifiestas; hasta nos atrevemos a decirte que te amamos; ¡oh Dios, oh Sacerdote, oh Hombre! Aumenta este amor nacido al calor de tu gracia. Atiende también nuestra oración, tibia e imperfecta, pero unida a la de tu Iglesia. Enséñanos a hacerla de manera digna de Ti y proporcionada a los efectos que quieres que produzca; créala en nosotros, para que se eleve continuamente de nuestro corazón, como una nube de aromas. Recibe, finalmente el homenaje de nuestros corazones contritos y arrepentidos, y la voluntad que tenemos de imponer a nuestros sentidos el freno que les domine y la expiación que les purifique.

Iluminados por los excelsos misterios que nos revelan la grandeza de nuestra miseria y la inmensidad de tu amor, sentimos la necesidad que, ahora más que nunca tenemos de alejarnos del mundo y de sus concupiscencias, para darnos a Ti. No en vano habrá brillado la Estrella sobre nosotros; no en vano nos habrá conducido hasta

Belén, donde Tú eres el Rey de los corazones. Pues, cuando Tú mismo te entregas a nosotros ¡oh Emmanuel! ¿Tendremos nosotros algún tesoro que no queramos depositar a tus plantas?

¡Oh María, protege nuestra ofrenda! La de los Magos fué agradable a tu Hijo porque fué hecha por tu medio; la nuestra, presentada por ti, será grata a pesar de su imperfección. Ven en ayuda de nuestro amor con el tuyo; apoya nuestras plegarias por medio de tu maternal, Corazón; fortalécenos en la lucha con el mundo y con la carne. Haz que, para asegurar nuestra perseverancia no olvidemos nunca los dulces misterios que ahora celebramos, y que como tú, los guardemos siempre grabados en nuestro corazón. ¿Quién sería capaz de ofender a Jesús en Belén, o de rehusar algo a su amor, en el momento en que, sobre tus rodillas, aguarda nuestros presentes? ¡Oh María, haz que nunca echemos en olvido que somos los hijos de los Magos, y que Belén está para nosotros siempre abierto!

12 DE ENERO

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

VUELTA Y MISIÓN DE LOS MAGOS

Después de depositar sus dones a los pies del Emmanuel, como señal de la alianza que con El contraen en nombre de la humanidad, se des-

piden los Magos del divino Niño, colmados de sus mejores bendiciones; esa es su voluntad. Por fin se van de Belén; en adelante toda la tierra les parecerá vacía y desierta. ¡Si les fuera dado fijar su morada junto al nuevo Rey, en compañía de su Madre inefable! Pero el plan salvífico del mundo exige que todo lo que de algún modo respira esplendor y gloria humana, esté lejos de Aquel que ha venido en busca de humillaciones.

Además, es necesario que sean ellos los primeros mensajeros de la palabra evangélica; que vayan a anunciar a la Gentilidad, que el Misterio de la salvación ha dado principio, que la tierra posee ya su Salvador, y la salvación está en puertas. Ya no va delante de ellos la Estrella, porque no es necesaria para conducirlos hasta Jesús; la llevan y para siempre dentro de su corazón. Son, pues, introducidos en el seno de la Gentilidad, como la misteriosa levadura del Evangelio, que a pesar de su pequeñez, logra la fermentación de toda la masa. Por medio de ellos bendice Dios a todas las naciones de la tierra; desde este día, comienzan a disminuir los infieles y aumentan insensiblemente los fieles; y cuando se haya derramado la sangre del Cordero, cuando el bautismo haya sido promulgado, los Magos iniciados en todos los misterios, no serán sólo varones de deseos, sino cristianos perfectos.

Una antigua tradición cristiana, que vemos ya recogida por el autor de la "*Obra imperfecta sobre San Mateo*" que figura en todas las ediciones de San Juan Crisóstomo, y que parece haber sido escrita a fines del siglo VI; una antigua tradición, decimos, refiere que los tres Magos fueron bautizados por el Apóstol Santo Tomás, y se entregaron a la predicación del Evangelio. Y, aunque no existiera esa tradición se comprende muy bien que la vocación de estos tres Príncipes no debía limitarse a visitar como primicias de la Gentilidad, al Rey eterno aparecido en la tierra: una nueva misión, la del apostolado, se derivaba naturalmente de la primera.

Sobre la vida y hechos de los Magos han llegado hasta nosotros numerosos pormenores; pero nos abstenemos de referirlos aquí, por no ser ni suficientemente antiguos, ni bastante serios, para que la Iglesia haya juzgado oportuno introducirlos en la Liturgia. Lo mismo se puede decir acerca de sus nombres, Melchor, Gaspar y Baltasar: su empleo es muy reciente, y si nos parece temerario atacarlo directamente, tampoco nos atreveríamos a asumir la responsabilidad de su defensa.

Por lo que se refiere a los cuerpos de estos insignes y santos adoradores del Dios recién nacido, fueron transportados de Persia a Constantinopla en tiempo de los Emperadores cristianos y descansaron durante mucho tiempo en la Igle-

sia de Santa Sofía. Más tarde, bajo el obispo Eustorgio, fueron trasladados a Milán, permaneciendo allí hasta el siglo XII, en que Reinoldo, arzobispo de Colonia, patrocinado por Federico Barbarroja, los colocó en la Iglesia catedral de aquella egregia Metrópoli. Allí descansan hoy todavía en una magnífica urna el monumento más bello tal vez de la orfebrería medieval, bajo las bóvedas de esa sublime Catedral, que por su amplitud, osadía y esbeltez de su arquitectura, es uno de los primeros templos de la cristiandad.

De esta manera, ¡Oh Padres de los pueblos!, os hemos seguido desde el lejano Oriente hasta Belén; luego os hemos devuelto a vuestra patria, para conduciros finalmente al sagrado recinto de vuestro descanso, bajo nuestro cielo de Occidente. Un amor filial nos hacía seguir vuestras huellas; y además, ¿no buscábamos también nosotros en pos vuestro, al Rey de gloria junto al cual nos representásteis? ¡Bendita sea vuestra espera, bendita vuestra docilidad a la Estrella, bendita vuestra devoción a los pies del celestial Infante, benditos vuestros piadosos dones que nos ofrecen norma para los nuestros! ¡Oh Profetas, que al escoger vuestros presentes anunciásteis en toda su verdad los caracteres del Mesías!; ¡oh Apóstoles, que predicásteis hasta en Jerusalén, el Nacimiento de Cristo envuelto en humildes pañales, del Cristo que los Discípulos sólo anunciaron después del triunfo

de su Resurrección!; Flores de la Gentilidad, que habéis producido tan numerosos y exquisitos frutos; dando al Rey de la gloria pueblos enteros, innumerables naciones! velad por nosotros, proteged a la Iglesia. Acordáos del Oriente, de cuyo seno salísteis, como la luz; bendecid al Occidente sumergido aún en tan densas tinieblas cuando vosotros fuísteis en pos de la Estrella, y más tarde objeto de la predilección del Sol divino. Reanimad la fe que languidece; lograd de la misericordia divina, que el Occidente envíe siempre y cada vez en mayor número, misioneros de la buena nueva, al mediodía, al norte y hasta el infiel Oriente, hasta las tiendas de Sem, despreciador de la luz que vuestras manos le llevaron. Rogad por la Iglesia de Colonia, esa ilustre hermana de las más santas Iglesias de Occidente, para que guarde la fe, conserve su santa libertad, y sea el baluarte de la Alemania católica, apoyada siempre en la protección de sus tres Reyes, de Santa Ursula y de su legión de Vírgenes. Finalmente ¡favoritos del gran Rey Jesús! ponednos a sus pies, ofrecednos a María; y concedednos la gracia de terminar, en el amor del celestial Infante, los cuarenta días dedicados a su Nacimiento, y nuestra vida entera.

13 DE ENERO

OCTAVA DE LA EPIFANIA

EL BAUTISMO DE CRISTO

Hoy ocupa de una manera especial la atención de la Iglesia, el segundo Misterio de la Epifanía, el Misterio del Bautismo de Cristo, en el Jordán. El Emmanuel se ha *manifestado* a los Magos después de haberse mostrado a los pastores; pero esta manifestación ha ocurrido en el angosto recinto de un establo de Belén, y los hombres de este mundo no han podido conocerla. En el Misterio del Jordán Cristo se manifiesta con mayor aparato. Su venida es anunciada por el Precursor; la multitud que se agolpa en torno al Bautismo de agua, es testigo del hecho; Jesús va a comenzar su vida pública. Mas ¿quién será capaz de describir la grandeza de los detalles que acompañan esta segunda Epifanía?

EL MISTERIO DEL AGUA. — La segunda Epifanía tiene por objeto, lo mismo que la primera, el bien y la salvación del género humano; pero sigamos el curso de los Misterios. La Estrella condujo a los Magos a Cristo; antes, aguardaban, esperaban; ahora creen. Comienza en el seno de la Gentilidad la fe en el Mesías. Pero

no basta creer para salvarse; hay que lavar en el agua las manchas del pecado. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo" [1]: es, por tanto, tiempo de que ocurra una nueva *manifestación* del Hijo de Dios, con el fin de inaugurar el gran remedio que debe dar a la Fe, el poder de causar la vida eterna.

Ahora bien, los designios de la divina Sabiduría habían escogido el agua como instrumento de esa sublime regeneración de la raza humana. Por eso, al principio del mundo, se nos muestra al Espíritu divino caminando sobre las aguas, para que la naturaleza de estas concibiese ya en su seno un germen de santificación, como canta la Iglesia en el Sábado Santo. Pero las aguas debían servir a la justicia castigando a un mundo culpable, antes de ser llamadas a cumplir los designios de su misericordia. Todo el género humano, a excepción de una sola familia, desapareció, por un terrible decreto, bajo las olas del diluvio.

Sin embargo de eso, al fin de aquella espantosa escena apareció un nuevo indicio de la futura fecundidad de este predestinado elemento. La paloma que salió un momento del arca de salvación, volvió a entrar en ella, trayendo un ramo de olivo, símbolo de la paz devuelta a la tierra, después del diluvio. Pero la

---

[1] *S. Marcos*, XVI, 16.

realización del misterio anunciado estaba todavía lejano.

En espera del día en que se había de manifestar este misterio, Dios multiplicó las figuras destinadas a mantener la esperanza de su pueblo. Así, hizo que este pueblo no llegara a la Tierra prometida, sin haber atravesado las olas del Mar Rojo; durante el misterioso paso, una columna de humo cubría a la vez la marcha de Israel y las benditas olas a las que debía la salvación.

Pero, sólo el contacto con los miembros humanos de un Dios encarnado podía comunicar a las aguas la virtud purificadora por la que suspiraba el hombre culpable. Dios había dado su Hijo al mundo, no sólo como Legislador, Redentor y Víctima de salvación, sino para ser Santificador de las aguas; en el seno, pues, de este sagrado elemento debía darle un testimonio divino y *manifestarle* por segunda vez.

El Bautismo de Jesús. — Se adelanta, pues, Jesús de treinta años de edad, hacia el Jordán, río célebre ya por los prodigios proféticos operados en sus aguas. El pueblo judío, reanimado por la predicación de Juan Bautista, acudía en tropel a recibir aquel Bautismo, que si podía excitar al arrepentimiento del pecado, no conseguía borrarlo. También nuestro divino Rey se dirige hacia el río, no para buscar la santifica-

no basta creer para salvarse; hay que lavar en el agua las manchas del pecado. "El que creyere y fuere bautizado, será salvo"[1]: es, por tanto, tiempo de que ocurra una nueva *manifestación* del Hijo de Dios, con el fin de inaugurar el gran remedio que debe dar a la Fe, el poder de causar la vida eterna.

Ahora bien, los designios de la divina Sabiduría habían escogido el agua como instrumento de esa sublime regeneración de la raza humana. Por eso, al principio del mundo, se nos muestra al Espíritu divino caminando sobre las aguas, para que la naturaleza de estas concibiese ya en su seno un germen de santificación, como canta la Iglesia en el Sábado Santo. Pero las aguas debían servir a la justicia castigando a un mundo culpable, antes de ser llamadas a cumplir los designios de su misericordia. Todo el género humano, a excepción de una sola familia, desapareció, por un terrible decreto, bajo las olas del diluvio.

Sin embargo de eso, al fin de aquella espantosa escena apareció un nuevo indicio de la futura fecundidad de este predestinado elemento. La paloma que salió un momento del arca de salvación, volvió a entrar en ella, trayendo un ramo de olivo, símbolo de la paz devuelta a la tierra, después del diluvio. Pero la

---

[1] *S. Marcos*, XVI, 16.

realización del misterio anunciado estaba todavía lejano.

En espera del día en que se había de manifestar este misterio, Dios multiplicó las figuras destinadas a mantener la esperanza de su pueblo. Así, hizo que este pueblo no llegara a la Tierra prometida, sin haber atravesado las olas del Mar Rojo; durante el misterioso paso, una columna de humo cubría a la vez la marcha de Israel y las benditas olas a las que debía la salvación.

Pero, sólo el contacto con los miembros humanos de un Dios encarnado podía comunicar a las aguas la virtud purificadora por la que suspiraba el hombre culpable. Dios había dado su Hijo al mundo, no sólo como Legislador, Redentor y Víctima de salvación, sino para ser Santificador de las aguas; en el seno, pues, de este sagrado elemento debía darle un testimonio divino y *manifestarle* por segunda vez.

El Bautismo de Jesús. — Se adelanta, pues, Jesús de treinta años de edad, hacia el Jordán, río célebre ya por los prodigios proféticos operados en sus aguas. El pueblo judío, reanimado por la predicación de Juan Bautista, acudía en tropel a recibir aquel Bautismo, que si podía excitar al arrepentimiento del pecado, no conseguía borrarlo. También nuestro divino Rey se dirige hacia el río, no para buscar la santifica-

ción, pues es principio de toda santidad, sino para comunicar a las aguas la virtud de engendrar una raza nueva y santa, como canta la Iglesia. Desciende al lecho del Jordán, no como Josué para atravesarlo a pie enjuto, sino para que el Jordán le envuelva con sus olas y reciba de El, para luego comunicarla a todo el elemento, esa virtud santificadora que ya no volverá a perder nunca. Animadas por los rayos divinos del Sol de justicia, se hacen fecundas las aguas, cuando la cabeza augusta del Redentor se sumerge en su seno, ayudada por la mano temblorosa del Precursor.

Mas, es necesario que intervenga toda la Trinidad en este preludio de la nueva creación. Abrénse los cielos; baja la Paloma, no ya simbólica y figurativa, sino anunciadora de la presencia del Espíritu de amor que da la paz y transforma los corazones. Detiénese y descansa en la cabeza del Emmanuel, cerniéndose a la vez sobre la humanidad del Verbo y sobre las aguas que bañaban sus sagrados miembros.

El testimonio del Padre. — Pero, aún no había sido manifestado con suficiente realce el Dios humanado; era preciso que la voz del Padre resonase sobre las aguas y removiese hasta lo más profundo de sus abismos. Entonces, se dejó oír aquella Voz que había cantado David: *Voz del Señor que retumba sobre las aguas,*

trueno del Dios majestuoso que derrumba los cedros del Líbano, (orgullo de los demonios) *que apaga el fuego* de la ira divina, *que conmueve el desierto y anuncia un nuevo diluvio* (Salmo XXVIII), un diluvio de misericordia; esta voz clamaba ahora: *"Este es mi Hijo muy amado, en quien tengo puestas mis complacencias."*

De este modo se manifestó la Santidad del Emmanuel con la presencia de la celestial Paloma y con la voz del Padre, como lo había sido su realeza con el mudo testimonio de la Estrella. Realizado el misterio, dotado el elemento del agua de su nueva virtud purificadora, sale Jesús del Jordán, y sube a la orilla, llevando tras de sí, según opinión de los Padres, a la humanidad regenerada y santificada y dejando allí sumergidos todos sus crímenes y pecados.

Costumbres. — Sin duda es importante la fiesta de Epifanía, cuyo objeto es honrar tan altos misterios; no debemos admirarnos, que la Iglesia de Oriente hiciera de este día una de las fechas para la solemne administración del Bautismo. Los antiguos monumentos de la Iglesia de las Galias indican que esta era también la costumbre entre nuestros antepasados; más de una vez, en Oriente, según cuenta Juan Mosch, se vió llenarse el sagrado Baptisterio, con un agua milagrosa, el día de esta festividad, y vaciarse por si mismo después de la administración

del Bautismo. La Iglesia Romana, desde tiempos de San León, insistió en que se reservase a las fiestas de Pascua y Pentecostés el honor de ser los únicos días consagrados a la solemne administración del primero de los Sacramentos; pero, en muchos lugares de Occidente, se conservó y conserva aún la práctica de bendecir el agua con una solemnidad especial, el día de Epifanía.

La Iglesia de Oriente guardó celosamente esta costumbre. La función se desarrolla ordinariamente en la Iglesia; pero, a veces, el Pontífice se traslada a orillas de un río, acompañado de los sacerdotes y ministros revestidos de sus más ricos ornamentos, y seguido de todo el pueblo. Después de recitar oraciones de una gran belleza, que sentimos no poder citar, el Pontífice sumerge en las aguas una cruz engastada en pedrería que representa a Cristo, imitando de esta suerte la acción del Precursor. En San Petersburgo, la ceremonia se realizaba en otros tiempos sobre el Neva, introduciendo el Metropolitano la cruz en las aguas, a través de una abertura practicada en el hielo. Este rito se observa de manera parecida en las Iglesias de Occidente que han conservado la costumbre de bendecir el agua en la fiesta de Epifanía.

Los fieles se apresuran a extraer del río el agua santificada, y San Juan Crisóstomo, en su Homilía venticuatro sobre el Bautismo de Cristo

afirma, poniendo por testigos a sus oyentes, que esta agua no se corrompía. Idéntico prodigio fué muchas veces observado en Occidente.

Demos, pues, gloria a Cristo por la segunda *manifestación* de su carácter divino, y agradezcámosle con la Iglesia el habernos dado junto con la Estrella de la Fe que nos ilumina, el Agua capaz de borrar nuestras culpas. Admiremos, agradecidos, la humildad del Salvador que se inclina bajo la mano de un mortal, para *realizar toda justicia,* como El mismo dice: porque, habiendo tomado consigo la forma de pecador, era necesario que asumiese también las humillaciones para levantarnos de nuestra postración. Agradezcámosle la gracia del Bautismo que nos ha abierto las puertas de la Iglesia de la tierra y de la Iglesia del cielo. Finalmente, renovemos los compromisos contraídos en la sagrada fuente, y que fueron condición del nuevo nacimiento.

MISA DE LA OCTAVA DE EPIFANIA

Introito, Epístola, Gradual, Verso del Aleluya, Ofertorio y Comunión son los mismos del día de Epifanía.

INTROITO

Aquí viene el Señor Dominador: y en su mano están el reino, y la potestad y el imperio. *Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey.

En la Colecta, la Iglesia pide para sus hijos la gracia de hacerse semejantes a Jesucristo

aparecido en el Jordán, lleno del Espíritu Santo, objeto de las complacencias del Padre Celestial, pero revestido de nuestra naturaleza y fiel en el cumplimiento de toda justicia.

ORACION

Oh Dios, cuyo Unigénito apareció en la sustancia de nuestra carne: suplicámoste hagas que, por Aquel, a quien hemos conocido semejante a nosotros en lo exterior, seamos reformados interiormente. El cual vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (LX, 1-6.)

Levántate, ilumínate, Jerusalén: porque ha llegado tu luz, y la gloria del Señor ha nacido sobre tí. Porque he aquí que las tinieblas cubrirán la tierra, y la obscuridad los pueblos: mas, sobre ti nacerá el Señor, y su gloria será vista en ti. Y caminarán las gentes a tu luz, y los reyes al resplandor de tu astro. Alza tus ojos en torno y mira: todos estos se han reunido, han venido a ti: tus hijos vendrán de lejos, y tus hijas surgirán de todas partes. Entonces verás y brillarás, y se admirará y se dilatará tu corazón, cuando se hubiere vuelto a ti la multitud del mar y hubiere acudido a ti la fortaleza de las gentes. Te cubrirá una inundación de camellos y dromedarios de Madián y Efa; vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso y tributando alabanzas al Señor.

GRADUAL

Vendrán todos los de Sabá, trayendo oro e incienso y tributando alabanzas al Señor. — ℣. Levántate, e ilumínate Jerusalén: porque la gloria del Señor ha nacido sobre ti.

ALELUYA

Aleluya aleluya. — ℣. Vimos su estrella en Oriente y venimos con dones a adorar al Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan (I, 29-34.)

En aquel tiempo vió Juan a Jesús, que venía a él, y dijo: He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita el pecado del mundo. Este es del que dije: En pos de mí viene un Varón que fué hecho antes que yo, pues existía antes de mí. Y yo no le conocía: mas, para que fuese manifestado a Israel, para eso vine yo bautizando con agua. Y Juan dió testimonio diciendo: Vi al Espíritu que descendía del cielo como una paloma, y reposó sobre él. Y yo no le conocía; pero, el que me envió a bautizar con agua, me dijo: Sobre el que vieres descender el Espíritu y reposar sobre El, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo. Y yo le vi, y di testimonio de que ese es el Hijo de Dios.

¡Oh celestial Cordero! bajaste al río para purificarle; la divina Paloma vino desde el cielo a unir su dulzura a la tuya y luego saliste a la orilla. Mas ¡oh prodigio de tu misericordia! los lobos han bajado después de ti a las aguas santificadas y han salido transformados en corderos. Todos nosotros, manchados con el pecado, nos volvemos al salir de la fuente sagrada, tan blancos como las ovejas de tu divino Cántico, que *ascienden del baño fecundas todas y ni una sola estéril;* como *esas puras palomas que parecen bañadas en leche, y que han puesto su*

nido junto a las cristalinas fuentes. ¡Tal es la poderosa virtud purificadora dada por tu divino contacto a estas aguas! Conserva en nosotros, oh Jesús, esa blancura que de ti viene, y si la hemos perdido, devuélvenosla por el Bautismo de la Penitencia, único que puede restituírnos el candor de nuestra primera vestidura. ¡Ensancha aún más este río de amor, oh Emmanuel! Vayan sus olas a buscar, hasta el fondo de sus salvajes desiertos, a los que todavía no han gozado de su contacto; inunda la tierra como lo prometiste. Acuérdate de la gloria con la que fuiste manifestado en el Jordán; olvida los pecados que desde hace mucho tiempo impiden la predicación de tu Evangelio en esas regiones desoladas; el Padre de los cielos manda a todas las criaturas que te escuchen: ¡Habla, pues, a todos, oh Emmanuel!

OFERTORIO

Los reyes de Tarsis y las Islas ofrecerán dones: los reyes de Arabia y de Sabá llevarán presentes: y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

En la Secreta, la Iglesia proclama aún la divina Manifestación, y suplica al Cordero, que nos ha procurado por su Sacrificio el poder ofrecer a Dios una Hostia pura, que acepte también esta Hostia, en su misericordiosa clemencia.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estas hostias, por la aparición de tu Hijo, suplicándote humildemente que, así como es El, nuestro Señor Jesucristo el autor de nuestros dones, así sea también su misericordioso aceptador. El cual vive y reina contigo.

COMUNION

Vimos su estrella en Oriente, y venimos con dones a adorar al Señor.

Al dar gracias por el celestial manjar que acaba de recibir, la Santa Iglesia implora la protección contínua de esta Luz divina que *ha aparecido* sobre ella y que la hará capaz de contemplar la pureza del Cordero, y amarle como su dulzura lo merece.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, nos prevengas siempre y en todas partes con tu celeste luz: para que veamos con puros ojos y percibamos con digno afecto el Misterio del que has querido hacernos participantes. Por el Señor.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

EL MILAGRO DE CANÁ

El tercer Misterio de Epifanía nos muestra la consumación de los planes de la misericordia divina sobre el mundo, y nos *manifiesta* por tercera vez la gloria del Emmanuel. La Estrella ha llevado al alma hasta la fe, el Agua santi-

ficada del Jordán la ha purificado, el Banquete nupcial la une a su Dios. Hemos cantado al Esposo cuando salía radiante al encuentro de la Esposa; hemos oído llamarla desde las cumbres del Líbano; después de haberla ilustrado y purificado, quiere embriagarla con el vino de su amor.

Han preparado un banquete, un banquete nupcial; a él asiste la Madre de Jesús, porque es conveniente que, después de haber cooperado al misterio de la Encarnación del Verbo, sea asociada a todas las obras de su Hijo, a todas las gracias que prodiga a sus elegidos. En medio del banquete, llega a faltar el vino: Hasta entonces la Gentilidad no había conocido el dulce vino de la Caridad; la Sinagoga sólo había producido racimos silvestres. Cristo es la *verdadera Viña*, como El mismo dice. Sólo El podía dar *el vino que alegra el corazón del hombre* (Salmo CIII) e invitarnos a beber de ese *cáliz embriagador* que David había cantado. (Salmo XXII.)

Dice María al Salvador: "No tienen vino." Corresponde a la Madre de Dios hacerle presente las necesidades de los hombres, de quienes es también madre. Respóndele Jesús con aparente sequedad: "¿Mujer, qué nos importa a ti a mi? Mi hora no ha llegado todavía." Iba a obrar en este gran Misterio, no como Hijo de María, sino como Hijo de Dios. Más tarde, en una hora que tendrá que llegar, aparecerá a los ojos de la

misma Madre, muriendo en la cruz, con aquella naturaleza humana recibida de ella. María comprendió inmediatamente la divina intención de su hijo y pronunció aquellas palabras que repite sin cesar a todos sus hijos: *"Haced lo que El os diga."*

Ahora bien, había allí seis grandes ánforas de piedra, que estaban vacías. El mundo efectivamente, había llegado a su sexta edad, según explica San Agustín y otros doctores que en esto le siguen. Durante esas seis edades la tierra había esperado al Salvador que debía enseñarla y salvarla. Jesús manda llenar de agua esas ánforas; mas, el agua no es a propósito para un banquete nupcial. Esta agua eran las profecías y figuras del mundo antiguo, y ningún mortal hasta el comienzo de la séptima edad en que Cristo que es la Viña debía comunicarse, había contraído alianza con el Verbo divino.

Pero cuando llega el Emmanuel, no hay ya mas que una palabra posible: *"Sacad ahora."* El vino de la nueva Alianza, *el vino* que *había sido guardado para el fin* llena ya todas las tinajas. Al tomar nuestra naturaleza humana, naturaleza débil como el agua, operó El una transformación; elevóla hasta sí mismo, haciéndonos *participantes de la naturaleza divina (II S. Pedro,* I, 4); nos hizo capaces de unirnos a él, de formar ese Cuerpo de que es Cabeza, esa Iglesia de quien es Esposo, y a la

que amó desde toda la eternidad con un amor tan ardiente, que bajó desde el cielo para desposarse con ella.

San Mateo, Evangelista del Hombre-Dios, recibió del Espíritu Santo la misión de anunciarnos el misterio de la fe por medio de la Estrella; San Lucas, Evangelista del Sacerdocio, fué elegido para enseñarnos el Misterio de la Purificación por el Agua; correspondía al Discípulo amado revelarnos el misterio de las Bodas divinas. Por eso, al sugerir a la Iglesia la idea de este tercer misterio, se sirve de la siguiente expresión: *Este fué el primero de los milagros de Jesús y con él manifestó su gloria.* En Belén, el Oro y el Incienso de los Magos declararon la divinidad y la realeza ocultas en el Niño; en el Jordán, la bajada del Espíritu Santo y la voz del Padre proclamaron hijo de Dios al artesano de Nazaret; en Caná, Jesús obra por sí mismo y obra como Dios: "Porque, como dice San Agustín, el que en las tinajas cambió el agua en vino, no podía ser otro que El que anualmente realiza el mismo prodigio en la viña." Además, desde este momento, según nota San Juan, "sus discípulos creyeron en El" y comenzó la formación del colegio apostólico.

MISA

El Introito celebra el gozo de este día que nos muestra a la humanidad unida como Esposa al

Hijo del Padre eterno. Imposible pensar que la tierra no se dedique en lo sucesivo a adorar y ensalzar ese sagrado Nombre, del cual se han hecho partícipes, en el banquete nupcial, todos los hijos de Adán.

INTROITO

Adórete, oh Dios, toda la tierra, y salmodie en tu honor: diga un salmo a tu nombre, ¡oh, Altísimo! *Salmo:* Tierra toda, canta jubilosa a Dios, di un salmo a su nombre: dale gloria y alabanza. — ℣. Gloria al Padre.

El Nombre de Hijo de Dios hecho nuestro por el derecho del contrato nupcial, es la paz, nos dirá el mismo Jesús en sus biaventuranzas, la paz de Dios que nos hemos apropiado con el auxilio de la gracia justificante. Por eso la paz aparece en la Colecta como el objetivo final del gobierno divino en el cielo y en la tierra, y también como el supremo deseo de la Iglesia.

ORACION

Omnipotente y eterno Dios, que gobiernas a un tiempo las cosas celestes y las terrenas: escucha clemente las súplicas de tu pueblo, y concede tu paz a nuestros tiempos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos. (XII, 6-16.)

Hermanos: Poseemos dones diferentes, según la gracia que nos ha sido dada: bien (el don) de profecía, conforme a la fe; bien el de ministerio, para ejercerlo en

el ministerio; el de enseñanza para el que enseña: el de exhortación para el que exhorta; el de simplicidad para el que distribuye; el de solicitud para el que preside; el de alegría para el que ejerce la misericordia. Sea vuestro amor sin disimulo; odiad el mal, apegáos al bien; amáos mutuamente con fraternal caridad; preveníos con mutuo honor; no seais perezosos en el cuidado; sed fervorosos de espíritu; servid al Señor; gozaos en la esperanza; sed sufridos en la tribulación; perseverad en la oración; asociaos a las necesidades de los santos; seguid la hospitalidad. Bendecid a los que os persigan; bendecid y no maldigáis. Alegráos con los que se alegren, llorad con los que lloren. Sentid todos lo mismo; no ambicioneis cosas altas, sino acomodáos a las humildes.

La paz que en el mundo de los santos es la característica de los hijos de Dios, es la que crea de igual modo la unidad de la Iglesia ya desde este mundo, pues sólo gracias a ella forma un solo cuerpo cuyos diversos miembros mantienen su multiplicidad bajo el influjo de la cabeza y de su jefe único, y cuyas funciones tan distintas, son todas ellas dirigidas, dentro de su variedad, por el amor de Cristo-Esposo. La Epístola que se nos acaba de leer no tiene más objeto que mostrarnos sometidas al imperio de la caridad, reina de las virtudes, muchas de las aplicaciones de esa paz esencial al cristianismo, especificar detalladamente sus formas y condiciones y adaptar su práctica a todos los estados sociales y a todas las circunstancias de la vida. Es tal para nuestra Santa Madre la Iglesia, la importancia

de estas consideraciones, que volverá a tomar este tema, dentro de ocho días, el Domingo tercero después de Epifanía, continuando el texto del Apóstol en el lugar en que hoy lo deja.

Ahora bien, antes de estas sagradas bodas, lejos de la vida divina y de la paz de Dios, que ellas traen al mundo, no había en él más que división y muerte.

Cantemos en el Gradual, el prodigio obrado, y ensalcemos al Señor con los Angeles que no cesan de admirarse.

GRADUAL

El Señor envió su Verbo y los sanó: y los libró de la muerte. — ℣. Alaben al Señor sus misericordias: y sus maravillas con los hijos de los hombres.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Alabad al Señor todos sus Angeles: alabadle todos sus ejércitos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (II, 1-11.)

En aquel tiempo se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí. Y fué llamado también Jesús y sus discípulos a las bodas. Y, faltando el vino, le dijo la Madre de Jesús: No tienen vino. Y le dijo Jesús: ¿Qué nos importa a ti y a mí, mujer? Aún no ha llegado mi hora. Dijo su Madre a los servidores: Haced cuanto El os diga. Y había allí seis tinajas de piedra, dispuestas para el lavado de los judíos, en cada una de las cuales cabían dos o tres cántaros. Díjoles Jesús: Llenad de agua las tinajas. Y las llenaron hasta el borde. Y díjoles Jesús: Sacad ahora y

llevad al maestresala. Y llevaron. Y, cuando el maestresala saboreó el agua hecha vino, que no sabía de dónde procedía (pero sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), llamó al esposo el maestresala, y le dijo: Todo hombre pone primero el vino bueno: y cuando se han saciado, entonces presenta el peor: mas, tú has guardado el buen vino hasta ahora. Este primer milagro hizo Jesús en Caná de Galilea: y manifestó su gloria, y creyeron en El sus discípulos.

¡Oh suerte admirable la nuestra! Dios se ha dignado, como dice el Apóstol *mostrar las riquezas de su gloria en vasos de misericordia (Rom., IX, 23.)* Las tinajas de Caná, símbolos de nuestras almas, eran cosas inanimadas y de ningún modo merecían tal honor. Jesús manda a los criados que las llenen de agua; y el agua sirve para purificarlas; pero no cree haber concluído hasta que las ve *llenas hasta arriba* de aquel vino nuevo y celestial, que sólo en el reino de su Padre debía beberse. De modo semejante se nos comunica a nosotros la caridad divina, que reside en el Sacramento del amor; para no defraudar a su gloria, antes de desposarse con ellas, el divino Emmanuel eleva hasta sí nuestras almas. Dispongámonos, pues, para esta unión y según el consejo del Apóstol, hagámosnos semejantes a la Virgen pura que está destinada a un Esposo inmaculado. *(II, Cor.,* XI.)

Al Ofertorio, la Iglesia vuelve a entonar sus cánticos de alegría, dando libre curso a su santo gozo, e invitando a todas las almas fieles a ce-

lebrar con ella el misterio adorable de la unión íntima del hombre con Dios.

OFERTORIO

Tierra toda, canta jubilosa al Señor: cantad un salmo a su nombre: venid y escuchad todos los que teméis a Dios, y os contaré cuán grandes cosas ha hecho el Señor a mi alma, aleluya.

SECRETA

Santifica, Señor, estos dones ofrecidos: y purifícanos de las manchas de nuestros pecados. Por el Señor.

El milagro de la mutación del agua en vino que la Iglesia recuerda una vez más en la antífona de la Comunión, no era más que una lejana figura de la maravillosa trasformación que acaba de realizarse en el altar, un símbolo del divino Sacramento, manjar de nuestras almas, en el cual se opera de un modo inefable nuestra unión con Dios.

COMUNION

Dice el Señor: Llenad de agua las tinajas, y llevad al maestresala. Cuando el maestresala saboreó el agua hecha vino, dijo al esposo: Has guardado el buen vino hasta ahora. Este primer milagro hizo Jesús delante de sus discípulos.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, se acreciente en nosotros la obra de tu poder, para que, alimentados con los divinos Sacramentos, nos preparemos, con tu favor, a conseguir sus promesas. Por el Señor,

TERCER DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

La movilidad de la fiesta de Pascua ocasiona casi todos los años un cambio en el orden de los domingos que siguen. Septuagésima puede llegar a caer en enero, y a veces sucede que Quincuagésima se anticipa a la fiesta de la Purificación. Como consecuencia, el Oficio de los cuatro últimos domingos después de Epifanía puede ser trasladado a otro tiempo del ciclo litúrgico.

MISA

El Introito nos presenta a los Angeles del Señor adorándole, en el momento de su entrada en el mundo, como lo explica San Pablo en su Epístola a los Hebreos. La Iglesia celebra con David la alegría de Sión y el gozo de las hijas de Judá.

INTROITO

Adorad a Dios todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, mira propicio nuestra flaqueza: y extiende, para protegernos, la diestra de tu Majestad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Romanos (XII, 16-21.)

Hermanos: No os tengáis vosotros mismos por sabios: no devolváis a nadie mal por mal; haced el bien, no sólo ante Dios, sino también ante los hombres. Si es posible, en cuanto dependa de vosotros, tened paz con todos los hombres; no os defendáis a vosotros mismos, carísimos, sino dad lugar a la ira. Porque escrito está: Mía es la venganza; yo pagaré, dice el Señor. Así que, si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber. Porque obrando así, amontonarás sobre su cabeza carbones de fuego. No te dejes vencer por el mal, sino vence el mal con el bien.

La caridad para con el prójimo que nos recomienda el Apóstol, tiene su raíz en la fraternidad universal que el Salvador vino a traernos del cielo con su nacimiento. Vino a hacer paces entre el cielo y la tierra; deben, por tanto, los hombres vivir en paz unos con otros. Si nos recomienda el Señor, *no dejarnos vencer por el mal, sino vencer el mal con el bien* es porque El mismo lo practicó descendiendo hasta los *hijos de ira* para hacer *hijos de adopción,* por medio de sus humillaciones y sufrimientos.

En el Gradual, continúa la Santa Iglesia celebrando la venida del Emmanuel, invitando a todas las naciones y a todos los reyes de la tierra a acudir a celebrar su Nombre.

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (VIII, 1-13.)

En aquel tiempo, habiendo bajado Jesús del monte, le siguieron grandes multitudes: y he aquí que un leproso, acercándose, le adoró, diciendo: Señor, si quieres, puedes limpiarme. Y Jesús, extendiendo su mano, le tocó, diciendo: Quiero, sé limpio. Y al punto se limpió su lepra. Y le dijo Jesús: Mira, no se lo digas a nadie; antes, vete, muéstrate al sacerdote, y ofrece tu sacrificio, el que estableció Moisés, para testimonio ante ellos. Y, habiendo entrado en Cafarnaún se acercó a él un Centurión, rogándole y diciéndole: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y es muy atormentado. Y le dijo Jesús: Iré yo y le curaré. Y, respondiendo el centurión, dijo: Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo: dílo sólo de palabra y sanará mi siervo. Porque también yo soy un hombre, constituído bajo potestad, que tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a este: Vete, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírle Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo: No he hallado una fe tan grande en Israel. Y también os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán con Abrahán e Isaac y Jacob en el reino de los cielos: mas, los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir

de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete; y, como has creído, te suceda. Y sanó su siervo en aquel instante.

El género humano padecía la lepra del pecado: el Hijo de Dios se ha dignado tocarle en el misterio de la Encarnación, devolviéndole la salud; pero, exige que el enfermo curado vaya a ver al sacerdote, y realice las ceremonias prescritas por la Ley, para demostrar que asocia al sacerdocio humano a la obra de nuestra redención. En la fe del Centurión aparece también la vocación de los Gentiles, cuyas primicias fueron los Magos. Un soldado romano y muchos millones semejantes a él, serán considerados como verdaderos hijos de Abrahán, de Isaac y de Jacob, mientras que hijos directos de estos Patriarcas serán arrojados fuera de la sala del banquete, a las tinieblas de la obcecación; su castigo será ejemplar para todos los pueblos.

En el Ofertorio, el hombre, salvado por la venida del Emmanuel canta el poder de Dios, que ha desplegado en nuestra redención la fortaleza de su brazo. El hombre estaba condenado a muerte eterna; pero, no morirá, pues tiene a un Dios por hermano; vivirá, a fin de poder publicar las maravillas del Dios que le ha salvado.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta Hostia purifique nuestros pecados y santifique los cuerpos y las almas de tus siervos, para poder celebrar este Sacrificio. Por el Señor.

Mientras se distribuye el Pan de vida, la Santa Iglesia nos recuerda la admiración que despertaron en los pueblos las palabras de Jesús. Los hijos de la Iglesia, iniciados en todos los misterios, saborean en estos momentos el efecto de esa inefable Palabra, por medio de la cual el Redentor cambió el pan en su cuerpo y el vino en su sangre.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

A los que nos haces, Señor, gozar de tan grandes Misterios, dígnate, te los suplicamos, adaptarnos realmente a sus efectos. Por el Señor.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios, todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Oh Dios, que sabes que, a causa de la flaqueza humana, no podemos subsistir entre tantos peligros como nos rodean: danos la salud del alma y del cuerpo; para que, con tu ayuda, venzamos lo que padecemos por nuestros pecados. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo, a los Romanos. (XIII, 8-10.)

Hermanos: No debáis nada a nadie, sino es el amaros mutuamente; pues, el que ama al prójimo, cumple la Ley. Porque: No adulterarás, no matarás, no robarás, no levantarás falso testimonio, no codiciarás, y todo otro cualquier mandamiento se encierra en esta sola palabra: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor del prójimo no obra el mal. Por eso, la plenitud de la Ley es el amor.

No deja la Santa Iglesia de exhortar a los fieles, por boca del Apóstol a la práctica de la caridad mutua, en este tiempo en que el mismo Hijo de Dios ha dado tan manifiestas pruebas de su amor para con los hombres, tomando su propia naturaleza. El Emmanuel viene a nosotros como Legislador; ahora bien, toda su ley la ha resumido en el amor; ha venido a unir lo que el pecado había desunido. Sintamos como El, y cumplamos de corazón la ley que nos impone.

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (VIII, 23-27.)

En aquel tiempo, subiendo Jesús a la barca, le siguieron sus discípulos. Y he aquí que un gran movimiento se apoderó del mar; tanto, que la barquilla era cubierta por las olas. El, sin embargo, dormía. Y se acercaron a El sus discípulos, y le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que perecemos. Y les dijo Jesús: ¿Por qué teméis, hombres de poca fe? Levantándose entonces, imperó a los vientos y al mar, y se hizo una gran tranquilidad. Y los hombres se admiraron diciendo: ¿Quién es este que hasta los vientos y el mar le obedecen?

Adoremos el poder del Emmanuel que ha venido a calmar la tempestad en la que iba a perecer el género humano. Todas las generaciones habían clamado a él en su angustia, gritando: *¡Sálvanos, Señor; que perecemos!* Cuando *llegó la plenitud de los tiempos,* salió El de su quietud, y no tuvo más que mandar, para aniquilar la fuerza de nuestros enemigos. La malicia de los demonios, las tinieblas de la idolatría, la corrupción pagana, todo cedió ante su presencia. Unos tras otros se fueron convirtiendo a El todos los pueblos: desde el fondo de su ceguera y de sus miserias, dijeron: ¿Quién es ese ante quien ninguna fuerza resiste? Y abrazaron su ley. Con

frecuencia aparece en los Anales de la Iglesia, esa fortaleza del Emmanuel que hace desaparecer los obstáculos, aun en momentos en que los hombres se alarman por su aparente tranquilidad. ¡Cuántas voces escogió, para salvarlo todo, el momento en que los hombres lo creían todo perdido! Lo mismo ocurre en la vida del cristiano. A veces no perturban las tentaciones, se diría que quieren anegarnos las olas y a pesar de todo, nuestra voluntad permanece unida fuertemente a Dios. Es que Jesús duerme en el fondo de nuestra barquilla, y nos protege con su sueño. Cuando le despiertan nuestras súplicas, es ya para proclamar su triunfo y el nuestro, porque para entonces ha vencido y nosotros con El.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que el don ofrecido de este Sacrificio, purifique siempre y defienda de todo mal a nuestra fragilidad. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tus dones nos liberten de los deleites terrenos, y nos restauren siempre con alimentos celestiales. Por el Señor.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios todos sus Angeles: lo oyó, y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Suplicámoste, Señor, custodies, a tu familia con tu contínua piedad: para que, pues que sólo se apoya en la esperanza de la gracia celestial, sea siempre defendida con tu protección. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Colosenses. (III, 12-17.)

Hermanos: Revestíos, como elegidos de Dios, como santos y amados (suyos), de entrañas de misericordia, de benignidad, de humildad, de modestia y de paciencia, soportándoos mutuamente, y perdonándoos los unos a los otros, si alguien tuviere queja contra otro. Como el Señor os perdonó a vosotros, así debéis hacer vosotros. Mas, sobre todas estas cosas, tened caridad, porque ella es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo salte gozosa en vuestros corazones, pues por ella habéis sido llamados a formar un solo Cuerpo. Y sed agradecidos. La palabra de Cristo habite copiosa en vosotros con toda sabiduría, enseñándoos y exhortándoos los unos a los otros con salmos, e himnos, y cánticos espirituales, cantando con gracia a Dios en vuestros corazones. Todo cuanto hagáis, de palabra o de

obra, hacedlo en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, dando gracias a Dios y al Padre por Nuestro Señor Jesucristo.

Educado en la escuela del Hombre-Dios, que se ha dignado morar en nuestra tierra, el cristiano debe ejercitar la misericordia para con sus hermanos. El mundo, purificado por la presencia del Verbo Humanado, será para nosotros un asilo de paz, si es que sabemos merecer los títulos que nos da el Apóstol de *elegidos de Dios, santos y amados suyos*. Esta paz debe llenar el corazón del cristiano y hacerle vivir en continua alegría, deseosa de manifestarse en el canto de las alabanzas divinas. Es sobre todo el Domingo, cuando los fieles realizan este deber tan grato a su corazón, uniéndose a la Santa Iglesia con sus *salmos y cánticos*. Acordémonos también, en la práctica ordinaria de la vida, del consejo que nos da el Apóstol al final de esta Epístola, y pensemos en hacer todos nuestros actos en nombre de Jesucristo, con el fin de ser agradables en todo a nuestro Padre celestial.

GRADUAL

Señor, todas las naciones temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XIII, 24-30.)

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas esta parábola: El reino de los cielos es comparable a un hombre que sembró buena semilla en su campo. Mas, cuando dormían sus hombres, vino su enemigo y sembró cizaña encima, en medio del trigo y se fué. Y, cuando creció la semilla y produjo fruto, apareció también la cizaña. Acercándose entonces los siervos al padre de familias, le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena semilla en tu campo? ¿Cómo, pues, tiene cizaña? Y les dijo: El enemigo hizo eso. Y los siervos le dijeron: ¿Quieres que vayamos y la recojamos? Y les dijo: No, no sea que, al recoger la cizaña, arranquéis también el trigo. Dejad que crezcan ambas simientes hasta el tiempo de la siega, y entonces diré a los segadores: Recoged primero la cizaña, y atadla en manojos, para quemarla: el trigo, en cambio, congregadlo en mi granero.

El reino de los cielos de que habla aquí el Salvador es su Iglesia militante, la sociedad de los que creen en El. Con todo eso, el campo que con tanto esmero ha cultivado, está plagado de cizaña; las herejías se han infiltrado en él; multiplícanse los escándalos: ¿es esto motivo para dudar de la providencia de quien todo lo conoce, y sin cuyo consentimiento no sucede nada? Lejos de nosotros el creerlo, El mismo Maestro nos previene que debe ocurrir así. El hombre ha recibido libertad para el bien y para el mal; a él le corresponde, pues, usar de ella, y a Dios el dirigir todo a su mayor gloria. Por tanto, aun-

que crezca la herejía como planta maldita, sabemos que llegará el día en que sea arrancada; en más de una ocasión la veremos también secarse en su mismo tallo, sin esperar al día en que ha de ser arrancada y arrojada al fuego. ¿Dónde están hoy las herejías que asolaron a la Iglesia en sus primeros tiempos? Lo mismo sucederá con los escándalos que se dan en el seno de la Iglesia. La cizaña es una plaga; pero nos conviene ser probados. No quiere el Padre de familias que se arranque esa hierba parásita, por miedo a dañar al trigo verdadero. ¿Por qué? porque la mezcla de buenos y malos es una prueba útil para los primeros, pues les enseña a no confiar en el hombre sino a elevarse más arriba. ¿Por qué también? porque es tan grande la misericordia del Señor, que a veces, con su gracia, lo que era cizaña se puede convertir en trigo. Tengamos, pues, paciencia; pero ya que sabemos que el enemigo sólo siembra la cizaña mientras duermen los guardianes del campo, roguemos por los pastores, pidiendo para ellos a su divino Jefe, la vigilancia que es la primera garantía de la salud del rebaño, y su cualidad más importante, significada en el nombre que la Iglesia les ha impuesto.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado; no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estas hostias de placación, para que perdones compasivo nuestras culpas y dirijas nuestros vacilantes corazones. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que percibamos el objeto de aquella salud, cuya garantía acabamos de recibir en estos Misterios. Por el Señor.

SEXTO DOMINGO DESPUES DE EPIFANIA

MISA

INTROITO

Adorad a Dios, todos sus Angeles: lo oyó y se alegró Sión: y se gozaron las hijas de Judá. *Salmo:* El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. — ℣. Gloria al Padre.

ORACION

Suplicamoste, oh Dios omnipotente, hagas que, meditando siempre lo que es razonable, practiquemos con palabras y obras lo que a ti agrada. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Tesalonicenses. (I, I, 2-10.)

Hermanos: Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo sin cesar memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos delante de Dios y de nuestro Padre de la obra de vuestra fe, y del trabajo, y de la caridad, y de la firmeza de vuestra esperanza en Nuestro Señor Jesucristo, sabiendo, hermanos, queridos de Dios, vuestra elección: porque nuestro Evangelio no os fué predicado sólo con palabras, sino también con poder y con el Espíritu Santo, y con plena convicción. Vosotros sabéis, en efecto, lo que fuimos entre vosotros, por amor vuestro. Y vosotros os hicísteis imitadores nuestros, y del Señor, recibiendo la palabra, en medio de muchas tribulaciones, con la alegría del Espíritu Santo: de tal modo, que os habéis convertido en modelo para todos los fieles de Macedonia y de Acaya. Porque no sólo ha sido divulgada por vosotros la palabra del Señor en Macedonia y en Acaya, sino que también vuestra fe en Dios se ha hecho conocer en todo lugar, de suerte que no tenemos necesidad de hablaros de esto, pues ellos mismos nos refieren la acogida que tuvimos entre vosotros, y cómo os habéis convertido de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y para esperar la vuelta, desde los cielos, de su Hijo Jesús (a quien El resucitó de entre los muertos), el cual nos libró de la ira venidera.

El elogio que aquí hace San Pablo de la fidelidad de los cristianos de Tesalónica en guardar la fe que habían abrazado, elogio que la Iglesia nos pone hoy ante la vista, parecería más bien un reproche para los cristianos de hoy día. Entregados hasta entonces al culto de los ídolos, habían comenzado con todo fervor la carrera del cristianismo, hasta el punto de merecer la admiración del Apóstol. Numerosas generaciones

cristianas nos han precedido a nosotros; hemos sido regenerados desde el momento de nuestra entrada en el mundo; hemos mamado, por decirlo así, con la leche, la doctrina de Jesucristo: y con todo eso, nuestra fe está lejos de ser tan ardiente, y nuestras costumbres tan puras como las de aquellos primeros fieles. Su única ocupación era servir al Dios vivo y verdadero, y esperar el advenimiento de Jesucristo; nuestra esperanza es idéntica a la que hacía palpitar sus corazones; ¿por qué no imitamos la fe generosa de nuestros antepasados? Nos cautiva el hechizo de lo presente. ¿Es que queremos desconocer lc inestable de este mundo transitorio, y no tememos transmitir a las generaciones venideras, un cristianismo menguado e infecundo, completamente distinto del que fundó Jesucristo, del que predicaron los Apóstoles, del que abrazaron los paganos de los siglos primeros al precio de toda clase de sacrificios?

GRADUAL

Señor, las gentes temerán tu nombre, y todos los reyes de la tierra tu gloria. — ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión: y será visto en su majestad.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El Señor reinó, regocíjese la tierra: alégrense todas las Islas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo. (XIII, 31-35.)

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas esta parábola: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza que toma un hombre y lo siembra en su campo. El cual grano es ciertamente la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es mayor que todas las legumbres, y se hace árbol, de modo que los pájaros del cielo vienen y anidan en sus ramas. Les dijo esta otra parábola: El reino de los cielos es semejante al fermento que toma una mujer y lo esconde en tres celemines de harina, hasta que la hace fermentar toda. Todo esto se lo dijo Jesús a las turbas en parábolas: y no les hablaba sin parábolas: para que se cumpliera lo dicho por el Profeta: *Abriré mi boca en parábolas, diré cosas ocultas desde la creación del mundo.*

Nos da aquí Nuestro Señor dos símbolos bien expresivos de su Iglesia, que es su Reino, y que comienza en la tierra y termina en el cielo. ¿Cuál es ese grano de mostaza, oculto en la oscuridad del surco, invisible a todas las miradas, que aparece luego como un germen a penas perceptible, y va creciendo hasta hacerse un árbol, cuál es sino la Palabra divina, obscuramente sembrada en la tierra de Judea, sofocada durante un tiempo por la malicia de los hombres hasta ser enterrada en un sepulcro, surgiendo luego victoriosa hasta extenderse por el mundo entero? No había transcurrido aún un siglo desde la muerte del Salvador, y ya su Iglesia contaba con miembros fieles, más allá de las fronteras del

Imperio romano. Desde entonces se ensayaron todos los métodos para desarraigar aquel árbol gigantesco: la violencia, la política, la falsa ciencia perdieron el tiempo en ello. Lo único que lograron fué desgajar algunas ramas; pero la sabia vigorosa del árbol las reemplazó al momento. Las aves del cielo que vienen a buscar cobijo y sombra en sus ramas, son, según interpretan los Padres, las almas que, ansiosas de lo eterno, aspiran a un mundo mejor. Si somos dignos del nombre de cristianos, no podremos menos de amar ese árbol, y sólo bajo su sombra protectora hallaremos seguridad y reposo.

La mujer de que se trata en la segunda parábola, es nuestra Madre la Iglesia. Fué ella, la que ocultó al principio del cristianismo, la divina enseñanza en la masa de la humanidad, como levadura secreta y saludable.

Las tres medidas de harina que empleó para hacer un pan agradable, son las tres grandes familias de la especie humana, salidas de los tres hijos de Noé, de quien descienden todos los habitantes de la tierra. Amemos a esa Madre, y bendigamos la celestial levadura, a la que debemos el ser hijos de Dios por serlo de la Iglesia.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, antes viviré, y contaré las obras del Señor.

SECRETA

Suplicámoste, oh Dios, hagas que esta oblación nos purifique y renueve, nos gobierne y proteja. Por el Señor.

COMUNION

Se admiraban todos de las palabras que salían de la boca de Dios.

POSCOMUNION

Apacentados, Señor, con estas celestiales delicias, suplicámoste hagas que apetezcamos siempre aquellas cosas que nos dan la verdadera vida. Por el Señor.

PROPIO DE LOS SANTOS

Damos en esta obra el título de *Propio de Santos* a la parte que contiene las fiestas de los mismos, y en general a todo lo que, dentro del tiempo de Adviento o Navidad, cae en día fijo, como las Antífonas O, etc. Esta división de *Propio de Tiempo* y *Propio de Santos,* la ha adoptado la Iglesia en el Breviario y en el Misal, y es ya familiar a cuantos frecuentan los Oficios divinos.

En el *Propio de Tiempo,* nuestros lectores han podido observar el celo con que la Santa Iglesia se ocupa de la preparación y celebración de la gran fiesta de La Natividad del Salvador; en el *Propio de Santos,* verán cómo la misma Iglesia emplea todos los recursos de su devoción para honrar a los Amigos de Dios de que hace memoria en este tiempo. El protestantismo afirma, que el culto de los Santos usurpa, en la Liturgia católica un lugar que sólo Dios debía ocupar; pero

padece un lamentable error; en primer lugar, porque no se dan cuenta que el honor rendido a Dios en sus Santos, cede en último término en gloria de Aquel de quien reciben la santidad; en segundo lugar, porque no considera que, además del culto que la Iglesia católica tributa a los Santos, tributa ella, en el curso de una sola semana, más actos de religión a la soberana e incomunicable majestad de Dios, que el Protestantismo en un año entero.

Estimemos, pues, como hijos de la Iglesia, el culto de los Santos, y comprendamos que si Dios reclama nuestros homenajes, quiere también que le honremos en la persona de aquellos a quienes ha coronado. Ahora bien, el primer homenaje que podemos tributar a Dios en sus Santos, es trabajar por conocerlos; uno de los grandes males de nuestro tiempo es que no conocemos bastante a los Santos. El racionalismo protestante, disfrazado con el nombre de *Crítica* combatió acerbamente la fe de los fieles a este respecto a partir del siglo XVI; de manera que un católico sincero se ve a veces sorprendido y admirado, de la ignorancia y de los prejuicios que sobre este particular reinan entre personas por otra parte celosas de los intereses de la fe. Con todo, viendo el favor dispensado a numerosas monografías de Santos recientemente publicadas, podríamos creer que estos prejuicios están próximos a desaparecer, y que ha llegado el mo-

mento en que va a renacer entre nosotros la Hagiografía y, por lo mismo, la antigua devoción a los Santos.

Con el fin de contribuir a este movimiento renovador, hemos resuelto marchar, en esta obra, sobre las huellas de la Santa Iglesia, dando una gran amplitud a todo lo que se refiere al culto de los Santos. Primeramente, tratábase de darlos a conocer. Nada mejor para ello, que adoptar el método de la Iglesia; porque también ella se preocupa por hacer conocer a sus hijos los héroes que Dios la ha dado, y que constituyen, con la incomparable Madre de Dios y los Espíritus bienaventurados, el objeto de su esperanza, después de Jesucristo, Salvador, Rey y Jefe de todos los Santos. Es preciso saber, pues, que la Iglesia posee un registro oficial, de los hechos, máximas y virtudes de los Santos que la han ilustrado; en él ha consignado, siglo por siglo, los prodigios que Dios ha obrado en ellos y por medio de ellos, y la ayuda que de su protección ha recibido. Es conocido este admirable conjunto con el nombre de *Leyendas del Breviario;* de ellas daremos siempre un resumen por lo menos.

Después de haber aprendido de la Iglesia a conocer a los Santos, aprenderemos también de ella la manera de honrarlos.

Para unir en un armonioso conjunto todas estas diferentes partes, conservaremos el método seguido en el *Propio de Tiempo.* Haremos siem-

pre un breve y oportuno comentario, dando cuenta de las diversas miras de la Iglesia tanto en las oraciones como en las prácticas que hayamos de referir.

Dejaremos a un lado todo lo que sea del dominio puramente científico y arqueológico, porque estos detalles convienen más a una obra especial.

Para sacar verdadero fruto de la devoción a los Santos, en las distintas épocas del año, es necesario no separar su culto del que se tributa, según el curso del Año Litúrgico, a los Misterios de nuestra Redención, que son la base del *Propio de Tiempo*. Y esto no será difícil de practicar, porque si miramos con los ojos de la fe el Calendario Católico, observaremos fácilmente la íntima relación que liga a las fiestas de los Santos con los diversos períodos espirituales, en los cuales se hallan, por decirlo así, encuadrados. Las fiestas de los Santos se celebran ordinariamente el día de su muerte, o sea, el día de su entrada en la gloria. Ahora bien, parece que este día ha sido escogido de suerte que pueda armonizarse bien en el conjunto sobrenatural, habiéndola hecho así la divina Sabiduría que nos ha revelado que *ni un solo cabello cae de nuestras cabezas sin permisión divina. (S. Lucas,* XXI, 18.)

Trataremos, pues, de buscar en todo el *Año Litúrgico* las relaciones que existen entre los

Santos, cuyas fiestas nos presenta la Iglesia, y el tiempo en el que honra su memoria.

Como en el Adviento, el Oficio no nos ofrece fiestas de Santos para todos los días, nos ha parecido oportuno llenar esos vacíos, poniendo cada día, a partir del 1.° de diciembre hasta la Vigilia de Navidad, algunas consideraciones sobre los hechos que preceden al Misterio divino del Nacimiento de Jesucristo, con el fin de ayudar a la piedad de los fieles, por medio de la meditación siempre tan útil de la historia sagrada, y piadosas consideraciones relacionadas con ella.

30 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES, APOSTOL

Colocamos a San Andrés al principio del *Propio de Santos* de Adviento, porque, aunque su fiesta cae con frecuencia antes del comienzo del mismo; a veces ocurre que, al celebrar la Iglesia la memoria de este gran Apóstol, ya ha comenzado este santo tiempo. Está, pues, destinada esta fiesta a cerrar anualmente con toda solemnidad el ciclo litúrgico que se extingue, o bien a brillar a la cabeza del nuevo que comienza. En efecto, convenía que el Año cristiano comenzase y terminase por la Cruz; ella nos merece el nuevo año que la misericordia divina tiene a bien

otorgarnos; y ella aparecerá el último día sobre las nubes del cielo, como un sello puesto al tiempo.

Decimos esto, porque deben saber todos los fieles que San Andrés es el Apóstol de la Cruz. A Pedro dió Jesucristo la firmeza en la Fe; a Juan, la ternura del Amor; Andrés es el encargado de representar la Cruz del divino Maestro. Pues bien, la Iglesia se hace digna de su Esposo, con ayuda de estas tres cosas, Fe, Amor y Cruz: todo en ella respira este triple carácter. Es la razón de que San Andrés, después de los dos Apóstoles que acabamos de nombrar, sea objeto de una especial veneración en la Liturgia.

Pero, examinemos la vida de este heroico pescador del lago de Genesaret, destinado a ser más tarde sucesor del mismo Cristo, y compañero de Pedro en el madero de la Cruz. La Iglesia la ha tomado de las antiguas Actas del Martirio del santo Apóstol [1].

VIDA.— Andrés, Apóstol, natural de Betsaida, villa de Galilea, era hermano de Pedro, y discípulo de San Juan. Habiendo oído a éste decir de Cristo: ¡He

[1] La mayoría de los historiadores modernos consideran apócrifa la célebre carta de los sacedotes y diáconos de Acaya, que refiere el martirio de San Andrés, y de la cual toma sus más bellos pasos el Oficio del 30 de Noviembre. Mas todos admiten, que es un documento de la más alta antigüedad.

Los Protestantes la han rechazado principalmente porque en ella se encuentra una explícita profesión de fe en la realidad del Sacrificio de la Misa y del sacramento de la Eucaristía.

ahí el Cordero de Dios!, siguió a Jesús y le llevó a su hermano. Más tarde, cuando pescaba con su hermano en el mar de Galilea, fueron llamados los dos, antes que los demás Apóstoles, por el Señor, el cual al pasar a su lado les dijo: Seguidme: yo os haré pescadores de hombres. Y ellos, dejando inmediatamente sus redes, le siguieron.

Después de la Pasión y de la Resurrección, Andrés predicó la fe de Cristo en la provincia que le había caído en suerte, la Escitia de Europa: luego recorrió el Epiro y Tracia, y con su predicación y milagros convirtió a una inmensa muchedumbre. En Patras, ciudad de Acaya, hizo abrazar la fe del Evangelio a mucha gente y no temió reprender con valentía al procónsul Egeas, que resistía a la predicación evangélica, echándole en cara que pretendía ser juez de los hombres, mientras los demonios se burlaban de él, hasta el extremo de hacerle despreciar a Cristo Dios, Juez de todos los hombres.

Irritado Egeas le dijo: Cesa de alabar a ese tu Cristo, que no supo librarse de ser crucificado por los Judíos. Mas, como Andrés continuase predicando valientemente que, Jesucristo se había ofrecido espontáneamente a la Cruz por la salvación del género humano, Egeas le interrumpe con un impío discurso, advirtiéndole que mire por su vida, sacrificando a los dioses. Andrés le contesta: Existe para mí un Dios omnipotente, al cual sacrifico todos los días, no carne de toros, ni sangre de machos cabríos, sino el Cordero inmaculado, sobre el altar verdadero; y todo el pueblo participa de su carne, y el Cordero sacrificado queda entero y lleno de vida. Entonces Egeas, rojo de ira, le hace arrojar a la prisión. Fácilmente le hubiera sacado de allí el pueblo, si él no hubiera apaciguado a las turbas, suplicándolas ardientemente que no le estorbasen conseguir la corona del martirio.

Habiendo sido conducido poco después ante el tribunal y ensalzando todavía el misterio de la Cruz y reprendiendo al Procónsul su impiedad. Egeas, exacerbado, mandó que se le crucificase, para que imitara la muerte de Cristo. Fué entonces, cuando al llegar al lugar de su martirio, y al ver la cruz, exclamó desde lejos: ¡Oh buena Cruz!, que has derivado tu gloria de los miembros del Salvador. Cruz durante mucho tiempo deseada, ardientemente amada, buscada sin descanso, y preparada por fin a mis ardientes deseos, apártame de los hombres y devuélveme a mi Señor, para que por ti me reciba el que por ti me redimió. Fué, pués, atado a la cruz, en la que permaneció dos días, sin cesar de predicar la fe de Jesucristo, pasando luego a unirse con Aquel a quien había deseado imitar en la muerte. Los sacerdotes y diáconos de Acaya, que escribieron su Pasión, dan testimonio de que vieron y oyeron todas estas cosas tal como las cuentan. Sus restos fueron transportados primeramente a Constantinopla en tiempo del emperador Constancio y luego a Amalfi. Su cabeza, llevada a Roma en el pontificado de Pío II, fué colocada en la Basílica de San Pedro.

Dirijámonos ahora en unión con la Iglesia a este santo Apóstol, cuyo nombre y memoria son la gloria de este día; honrémosle, y pidámosle la ayuda que necesitamos.

Eres tú ¡oh bienaventurado Andrés! el primero que encontramos en este místico camino del Adviento por el que vamos buscando a nuestro divino Salvador Jesucristo; damos gracias a Dios por habernos proporcionado este encuentro. Para cuando nuestro Mesías, Jesús, se reveló al mundo, habías tú ya oído con docilidad al

santo Precursor que anunciaba su próxima venida, siendo tú uno de los primeros en reconocer en el hijo de María, al Mesías prometido por la Ley y los Profetas. Mas, no supiste quedar confidente único de tan maravilloso secreto, e inmediatamente participaste la Buena Nueva a tu hermano Pedro, y le llevaste a Jesús.

¡Oh santo Apóstol! también nosotros suspiramos por el Mesías, Salvador de nuestras almas; dígnate conducirnos a él, pues tú le has hallado. Bajo tu amparo nos colocamos, en este santo tiempo de espera y preparación, que nos queda por recorrer, hasta el día en que aparezca ese tan ansiado Salvador en el misterio de su maravilloso Nacimiento. El bautismo de penitencia te preparó a ti para recibir la insigne gracia de llegar a conocer al Verbo de vida; alcanza para nosotros el don de una verdadera penitencia y pureza de corazón, durante este santo tiempo, para que podamos contemplar con nuestros ojos a Aquel que dijo: *Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios.*

¡Oh glorioso Andrés! eres poderoso para llevar las almas a Jesús, pues por ti fué presentado al Mesías, aquel a quien el Señor iba a confiar el cuidado de todo su rebaño. No hay duda que, al llamarte a sí el Señor en este día, quiso asegurar tu intercesión a los cristianos que buscan de nuevo todos los años, a Aquel en el que tu vives ya para siempre; a los fieles que acu-

den a preguntarte por el camino que a él conduce.

Tú nos enseñas ese camino, que no es otro que el de la fidelidad, el de la fidelidad hasta la Cruz. Por él marchaste tú valerosamente; y como la Cruz conduce a Jesucristo, amaste la Cruz con verdadera pasión. Ruega ¡oh santo Apóstol! para que comprendamos ese amor, y para que después de haberlo comprendido lo pongamos por obra. Tu hermano nos dice en su Epístola: *Puesto que Cristo sufrió en su carne armáos, hermanos míos, con ese pensamiento. (I S. Pedro,* IV, 1.) En el día de hoy nos ofreces oh bienaventurado Andrés, el comentario vivo de esa máxima. Por haber sido crucificado tu Maestro, tú también quisiste serlo. Ruega, pues, desde lo alto del trono a que has sido elevado por la Cruz, ruega para que ella sea para nosotros expiación de los pecados que nos cubren, extinción de las llamas mundanas que nos sofocan, y finalmente, el medio de unirnos por amor, a Aquel que sólo por amor se clavó en ella.

Pero, por muy importantes y preciosas que sean para nosotros las lecciones de la Cruz, acuérdate oh gran Apóstol que la cruz es la consumación, no el principio. Antes debemos conocer y amar al Dios niño, al Dios del pesebre; es al Cordero de Dios, señalado por San Juan, es a ese Cordero a quien deseamos contemplar. Estamos en el tiempo de Adviento, no en el de la

acerba Pasión del Redentor. Fortifica, pues, nuestro corazón para el día de la lucha; pero, ahora despiértalo a la compunción y a la ternura. Bajo tu amparo colocamos la gran obra de nuestra preparación a la venida de Cristo a nuestros corazones.

Acuérdate también, bienaventurado Andrés, de la Santa Iglesia de la que fuiste una de sus columnas, y que regaste con tu sangre; eleva, en su favor, tus poderosos brazos ante Aquel por quien ella pelea sin descanso. Pide para que se le alivie la Cruz que lleva consigo a través de este mundo, ruega también para que la ame, y sepa sacar de ella su fortaleza y su verdadero honor.

Acuérdate, sobre todo de la Santa Iglesia Romana, Madre y Señora de todas las demás, obtén para ella la victoria y la paz por medio de la Cruz, en pago del tierno amor que te demuestra. Visita de nuevo como Apóstol a la Iglesia de Constantinopla, que ha perdido con la unidad la luz verdadera, por no haber querido someterse a Pedro, tu hermano, a quien tú reconociste como Jefe por amor de vuestro común Maestro. Finalmente, ruega por el reino de Escocia que desde hace cuatro siglos ha olvidado tu dulce tutela; haz que se abrevien los días del error, y que esa mitad de la Isla de los Santos, vuelva cuanto antes, con la otra, a someterse al cayado del único Pastor.

1 DE DICIEMBRE

La Iglesia Romana no celebra hoy la fiesta de ningún Santo en particular; reza simplemente el Oficio de Feria, a no ser que caiga hoy precisamente el primer Domingo de Adviento. En este caso, habrá que acudir al *Propio del Tiempo,* donde se halla por extenso el Oficio de este Domingo.

Pero, si el primero de Diciembre es una simple Feria de Adviento, se podrán comenzar a considerar desde este día, en espíritu de fe, los preludios de la misericordiosa venida del Salvador de los hombres.

Miles de años de espera precedieron a esta venida; los hallamos representados en las cuatro semanas que tenemos que recorrer hasta llegar a la Natividad gloriosa de nuestro Salvador. Consideremos la religiosa impaciencia en que vivieron todos los Santos del Antiguo Testamento, que de generación en generación se trasmitieron una esperanza cuya divina realidad sólo de lejos vislumbraban. Repasemos mentalmente esa larga serie de testigos de la promesa: Adán y los primeros Patriarcas anteriores al diluvio; Noé, Abrahán, Isaac, Jacob y los doce Patriarcas del pueblo hebreo: Moisés, Samuel, David y Salomón; luego los Profetas y los Macabeos; y llegamos a Juan Bautista y a sus discípulos. Son los santos

antepasados de que nos habla el libro del Eclesiástico: *Alabemos a nuestros padres, esos hombres llenos de gloria, de los cuales descendemos. (Ecl., XLIV., I);* y de los que el Apóstol dice a los Hebreos: *Esos son aquellos cuya fe fué probada, y que no alcanzaron el objeto de las promesas, por haber reservado Dios para nosotros su excelente don, y no haber querido que llegasen sin nosotros al objeto de sus deseos. (Hebr.,* XI, 39, 40.)

Celebremos su fe, glorifiquémoslos como a nuestros verdaderos Padres en la fe, por la que merecieron ellos, que el Señor que los probó, se acordase por fin de sus promesas; honrémoslos también como antepasados del Mesías según la carne. Oigamos el último clamor suyo en el lecho de la muerte, aquella solemne llamada que hacían al Unico que podía destruir la muerte: *¡Oh Señor, esperaré tu salvación! Salutare tuum exspectabo Domine.* Jacob, en su última hora, suspende durante un momento sus proféticas bendiciones sobre sus hijos, para dirigir a Dios esa misma exclamación. *(Gen.,* XLIX, 18.)

Todos estos santos varones, al salir de su vida, iban a esperar, lejos de la Luz eterna, a Aquel que debía aparecer en el tiempo y abrir las puertas del cielo. Contemplémoslos en ese lugar de espera, y demos gloria y gracias a Dios, que nos ha traído a su admirable luz, sin hacernos pasar por esas tinieblas; pero, pidamos ardiente-

mente la venida del Libertador, que abrirá para siempre con su cruz las puertas de la prisión, iluminándola con los rayos de su gloria; y, ya que durante este santo tiempo, la Iglesia pone en nuestros labios con tanta frecuencia expresiones de estos Padres del pueblo cristiano para llamar al Mesías, dirijámonos también a ellos para que nos ayuden con su intercesión, en la gran obra de preparar nuestros corazones al recibimiento de Aquel que ha de venir.

2 DE DICIEMBRE

SANTA BIBIANA, VIRGEN Y MARTIR

Celebra la Iglesia, en el Adviento, la memoria de cinco ilustres Vírgenes, entre otras. La primera, que celebramos hoy, es Santa Bibiana, virgen romana; la segunda, Santa Bárbara, gloria de las Iglesias de Oriente; la tercera, Santa Eulalia de Mérida, una de las principales perlas de la Iglesia española; la cuarta, Santa Lucía, corresponde a Sicilia; finalmente, la quinta, Santa Otilia, de la que se honra Francia. Estas cinco *Vírgenes prudentes* atizaron su lámpara, y estuvieron en vela aguardando la llegada del Esposo; y fué tan grande su constancia y fidelidad, que cuatro de ellas derramaron su sangre por el amor de Aquel a quien esperaban. Afiancémonos en la fe con ayuda de tan grandes ejemplos; y,

puesto que, como dice el Apóstol, *no hemos resistido todavía hasta derramar la sangre,* no nos lamentemos de nuestras fatigas y trabajos en estas vigilias del Señor, después de las cuales esperamos verle: ilustrémonos hoy con los gloriosos ejemplos de la casta y valerosa Santa Bibiana.

VIDA. — Su nombre no figura en el martirologio jeronimiano. Sus *Actas* conocidas también con el nombre de *Actas de S. Pimenio,* son legendarias. Según ellas, habría pertenecido a una familia de mártires, cuyos miembros dieron todos su vida por Cristo. Prefirió esta santa ser azotada hasta la muerte antes de perder su fe y su pureza. El Papa Simplicio (468-483) consagró en su honor una basílica sobre el Esquilino, y el *Liber Pontificalis* nos dice que su cuerpo descansa, allí. Santa Bibiana es patrona de Sevilla y es invocada contra los dolores de cabeza y la epilepsia.

¡Oh Virgen prudente, Bibiana! pasaste sin desmayos la larga vigilia de esta vida; cuando llegó el Esposo de improviso, el aceite no faltaba en tu lámpara. Ahí estás ahora, por toda la eternidad, en la mansión de las bodas eternas, donde el Amado se recrea en medio de los lirios. Desde ese lugar de tu descanso, acuérdate de los que viven aún en espera de ese mismo Esposo de cuyos eternos abrazos gozas tú por los siglos de los siglos. Estamos aguardando el Nacimiento del Salvador del mundo, que debe poner fin al pecado y dar comienzo a la santidad; esperamos la llegada de ese Salvador a nuestras almas, para

que las dé su vida y las una a sí por amor; esperamos también al Juez de vivos y muertos. ¡Virgen prudente! inclina a nuestro favor, con tus tiernas oraciones a ese Salvador, Esposo y Juez; para que su triple visita, realizada sucesivamente en nosotros, sea el principio y la consumación de esa unión divina a la que todos debemos aspirar. Ruega también, Virgen fidelísima, por la Iglesia de la tierra que te engendró para la del cielo, y que con tanta devoción guarda tus preciosas reliquias. Obtén para ella esa fidelidad perfecta que la hace siempre digna del que es su Esposo y tuyo, y que después de haberla enriquecido con sus mejores dones, y fortalecido con inviolables promesas, quiere que pida, y que pidamos nosotros para ella, las gracias que han de conducirla al término glorioso por el que suspira.

* * *

Consideremos hoy el estado de la naturaleza en la estación del año en que nos hallamos. La tierra privada de su acostumbrado ornato, las flores han muerto, los frutos no cuelgan ya de los árboles, el follaje de los bosques ha sido dispersado por el viento, el frío penetra por todas partes; diríase que la muerte está asomada a la puerta. Si al menos conservase el sol su fuerza, y siguiera en el cielo su radiante carrera... Pero, de día en día abrevia su camino. Después de una larga noche, apenas le ven los hombres, cuando

cae nuevamente en el ocaso, a la hora en que antes brillaba todavía con vivos resplandores; cada día que pasa ve cómo se adelantan las tinieblas.

¿Va a ver el mundo apagarse para siempre su antorcha? ¿Está condenado el género humano a morir en medio de la noche? Temiéronlo los paganos; y, por eso, contando con terror los días de esta espantosa lucha de la luz con las tinieblas, consagraron al culto del Sol el día veinticinco de diciembre, que es el solsticio de invierno, día en que este astro, rompiendo los lazos que le amarraban, comienza a subir y volver a esa línea triunfante desde la que antes dividía el cielo en dos partes.

Nosotros, cristianos, iluminados con el resplandor de la fe, no nos detendremos ante estos humanos terrores: buscamos un Sol, a cuyo lado el sol visible es oscuro. Con El, podríamos desafiar a todas las sombras materiales; sin El, lo que creeríamos ser luz, no haría más que apartarnos y perdernos.

¡Oh Jesús, *luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo!* escogiste para nacer en medio de nosotros, el momento en que el sol visible está próximo a extinguirse, para hacernos comprender por medio de tan admirable símbolo, el estado en que nos encontrábamos cuando viniste a salvarnos e iluminarnos. "Iba disminuyendo la luz del día, dice San Bernardo

en su primer Sermón de Adviento; el Sol de justicia estaba próximo a desaparecer; a penas quedaba en la tierra un débil resplandor y una lánguida llama. Se había casi extinguido la luz del conocimiento de Dios; y se había resfriado el fervor de la caridad, por la abundancia de la maldad. Los Angeles no se aparecían ya; los Profetas no dejaban oír su voz. Unos y otros estaban desalentados ante la dureza y obstinación de los hombres; *pero,* (habla el Hijo de Dios) *entonces Yo dije: "Héme aquí."* ¡Oh Cristo, Sol de justicia! haz que lleguemos a comprender bien lo que es el mundo sin ti; lo que son nuestras inteligencias sin tu luz, y nuestros corazones sin tu calor divino. Abre los ojos de nuestra fe, y mientras ellos contemplan diariamente la disminución de la luz visible, pensemos en las tinieblas del alma, que sólo tú puedes disipar. Entonces, desde el fondo del abismo, se elevará nuestro clamor hacia ti que has de aparecer el día señalado, para ahuyentar con tus rayos vencedores aun las más espesas tinieblas.

3 DE DICIEMBRE

SAN FRANCISCO JAVIER, CONFESOR Y APOSTOL DE LAS INDIAS

Habiendo sido los Apóstoles los heraldos del Advenimiento de Cristo, era muy conveniente

que el tiempo de Adviento nos recordara a alguno de ellos. A ello acudió la divina Providencia; porque, sin hablar de San Andrés, cuya fiesta cae con frecuencia antes del comienzo de Adviento, Santo Tomás se encuentra infaliblemente todos los años en las proximidades de Navidad. Más tarde diremos la razón por la que ha obtenido ese puesto preferente entre los demás Apóstoles; ahora insistiremos únicamente en la conveniencia que parecía exigir que el Colegio Apostólico contribuyese al menos con uno de sus miembros, a anunciar en esta parte del ciclo litúrgico, la venida del Redentor. Pero no quiso Dios que sólo los primeros Apóstoles estuvieran representados a la cabeza del Calendario litúrgico; es también grande, aunque inferior, la gloria de ese segundo Apostolado por medio del cual la Esposa de Jesucristo continúa multiplicando sus hijos en *su fecunda vejez,* como diría el Salmista. (Salmo XCI, 15.) Aún hay Gentiles que evangelizar; la venida del Mesías no ha sido todavía anunciada a todos los pueblos; pues bien, entre los valientes mensajeros del Verbo divino, que en estos últimos tiempos han hecho resonar su voz entre la naciones infieles, ninguno que haya brillado con tan vivo resplandor, que haya obrado tantos prodigios, que se haya mostrado tan semejante a los primeros Apóstoles, como el reciente Apóstol de las Indias, San Francisco Javier.

Ciertamente, la vida y el apostolado de este hombre maravilloso, constituyeron un gran triunfo para la Iglesia, nuestra Madre, en el tiempo en que brillaron. La herejía, amparada bajo todas las formas por la falsa ciencia, por la política, por la avaricia y por todas las pasiones perversas del corazón humano, parecía anunciar el momento de su victoria. En su atrevido lenguaje, no tenía más que profundo desprecio por la antigua Iglesia, que se apoya en las promesas de Jesucristo; denunciábala al mundo, calificándola de *prostituta de Babilonia,* como si los vicios de los hijos pudiesen empañar la pureza de su madre. Dios se manifestó, por fin, y el suelo de la Iglesia se vió de repente cubierto con los más admirables frutos de santidad. Multiplicáronse los héroes y las heroínas en el seno mismo de aquella esterilidad que sólo era aparente, y mientras los falsos reformadores aparecían como los hombres más viciosos, Italia y España brillaban por sí solas con un resplandor incomparable, mostrando los dechados de santidad que salieron de su seno.

Es hoy Francisco de Javier; pero más de una vez en el Año hemos de celebrar otros nobles e ilustres compañeros suyos, suscitados por la gracia de Dios: de suerte que el siglo XVI no tuvo nada que envidiar en prodigios de santidad a los siglos más favorecidos. Ciertamente, no se preocupaban gran cosa de la salvación de los infieles

aquellos pretendidos reformadores que sólo soñaban con destruir el verdadero Cristianismo arruinando sus templos; era el momento en que una sociedad de apóstoles se ofrecía al soberano Pontífice para ir a plantar la fe entre los pueblos más hundidos en las sombras de la muerte. Pero, como acabamos de observar, entre todos esos apostóles, ninguno ha realizado tan perfectamente el tipo primitivo, como este discípulo de Ignacio. Nada le faltó, ni la amplia extensión de países roturados por su celo, ni los miles de infieles bautizados por su brazo infatigable, ni los milagros de toda clase que le presentaron a los infieles como marcado con el sello de que nos habla la Sagrada Liturgia: "*Estos son los que, durante su vida, plantaron la Iglesia.*" El Oriente contempló, en el siglo XVI, a un apóstol llegado de la Roma siempre santa, un apóstol cuyo carácter y hechos recordaban a los enviados por el mismo Jesucristo. Gloria, pues, al divino Esposo, que supo salir por la honra de su Esposa, suscitando a Francisco Javier, y dándonos con él una idea de lo que fueron, en medio del mundo pagano, aquellos hombres a quienes El encargó la predicación de su Evangelio.

VIDA. — San Francisco nació en Navarra, en 1506. En París conoció a San Ignacio de Loyola, con quien trabó una santa amistad. Después de fundar la Compañía de Jesús, envióle Ignacio a las Indias, en 1542. Fué célebre por su espíritu de oración, su gran morti-

ficación, por el don de milagros y las innumerables conversiones que obró con su predicación entre los infieles. Murió en la isla de Sanchón el 2 de diciembre de 1552. Su cuerpo descansa en Goa (India) y su brazo derecho se venera en la Iglesia del Jesús, de Roma. San Francisco Javier es patrón de la Propagación de la Fe.

Apóstol glorioso de Jesucristo, que iluminastes con su luz a los pueblos que yacían sentados en las sombras de la muerte, a ti nos dirigimos, nosotros, indignos cristianos, para que, por aquella caridad que te movió a sacrificarlo todo en aras de la evangelización de las naciones, te dignes disponer nuestros corazones para la visita del Salvador que nuestra fe espera y nuestro amor desea. Fuiste padre de los pueblos infieles, sé ahora protector del pueblo creyente. Antes de haber contemplado con tus ojos a Jesús, le diste a conocer a innumerables naciones; ahora que le contemplas cara a cara, haz que le podamos ver nosotros cuando aparezca, con la fe sencilla y ardorosa de los Magos de Oriente, primicias gloriosas de los pueblos que tú fuiste a iniciar en la *luz admirable (I S. Pedro,* II, 9).

Acuérdate también, oh gran apóstol, de las naciones que evangelizaste, en las que la palabra de vida, por un tremendo juicio divino, ha quedado estéril. Ruega por el vasto imperio de China, hacia el que se dirigían tus miradas al morir, y que no pudo oír tu palabra. Ruega por el Japón, heredad querida, pero horriblemente de-

vastada por el jabalí de que habla el Salmista. Haz, que la sangre de los mártires allí derramada, fecundice por fin esa tierra. Bendice, también, oh Javier, a todas las Misiones emprendidas por nuestra Santa Madre Iglesia en las regiones a donde el triunfo de la Cruz no ha llegado todavía. Haz que se abran a la radiante sencillez de la fe, los corazones de los infieles; que la semilla dé el ciento por uno de fruto; que crezca de día en día el número de nuevos apóstoles, sucesores tuyos; que su celo y caridad no desfallezcan nunca, que sus sudores sean fecundos, que la corona del martirio sea no sólo la recompensa, sino el complemento y victoria final de su apostolado. Acuérdate ante el Señor, de los innumerables miembros de esa asociación por la que Jesucristo es anunciado en todo el mundo, y que se halla colocada bajo tu amparo. Ruega finalmente con cariño filial por la Santa Compañía de la que eres gloria y esperanza, para que florezca más y más bajo el viento de la tribulación que nunca le ha faltado, y se multiplique, multiplicando al mismo tiempo por su medio los hijos de Dios; ruega para que tenga siempre al servicio del pueblo cristiano numerosos Apóstoles y vigilantes Doctores, y para que no lleve en vano el nombre de Jesús.

* * *

Consideremos la precaria situación del género humano en el momento de la aparición de Cristo. La disminución de la verdad en la tierra está representada de una manera gráfica y terrible en la disminución de la luz material durante estos días. Las antiguas tradiciones se van perdiendo por doquier; el Creador universal es desconocido por la misma obra de sus manos; todo ha llegado a ser Dios, menos Dios Creador de todo. Un horroroso panteísmo invade la moral pública y privada. Caen en el olvido todos los derechos menos el del más fuerte; el placer, la avaricia, el robo suben a los altares para recibir adoración. La familia se halla destrozada por el divorcio y el infanticidio; la especie humana está degradada en masa por la esclavitud, y las mismas naciones perecen en guerras de exterminio. El género humano no puede ya sufrir más; y si la mano creadora no viene de nuevo en su ayuda, debe sucumbir infaliblemente en una sangrienta y vergonzosa descomposición. Los justos que aún quedan y que luchan contra el torrente de la universal degradación, no podrán salvarle, porque son ignorados por todos, y sus méritos no podrían, a los ojos de Dios, cubrir la horrible lepra que consume a la tierra. *Toda la carne ha corrompido sus caminos* con mayor maldad aún que en los días del diluvio; con todo, un segundo exterminio sólo serviría para manifestar la justicia divina; es hora de que un

misericordioso diluvio se extienda sobre la tierra, y que el creador del género humano descienda a la tierra para sanarle. Baja, pues ya, ¡oh Hijo eterno de Dios! Ven a reanimar este cadáver, a curar tantas llagas, a lavar tantas inmundicias, a poner la Gracia superabundante allí donde el pecado abunda; y así, después de haber convertido al mundo a tu santa Ley, demostrarás a todos los siglos venideros, que eres tú mismo ¡oh Verbo del Padre! quien bajaste: porque si sólo un Dios pudo crear el mundo, sólo la Omnipotencia de un Dios podía devolverle a la justicia y a la santidad, después de arrancarle a las garras de Satán y del pecado.

4 DE DICIEMBRE

SAN PEDRO CRISOLOGO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

La Providencia divina que, en el santo tiempo de Adviento, no consintió que se viera privada la Iglesia del consuelo de celebrar la fiesta de algunos de sus Apóstoles, quiso también que los santos Doctores que defendieron la verdadera Fe contra los herejes, estuviesen representados en esta importante parte del ciclo litúrgico. Dos de ellos, San Ambrosio y San Pedro Crisólogo, brillan en este período como dos as-

tros esplendorosos, en el cielo de la Santa Iglesia. Es digno de notar que ambos fueron defensores del Hijo de Dios a quien esperamos. El primero luchó valerosamente contra los Arrianos, que querían hacer de Cristo, objeto de nuestras esperanzas, una simple criatura; el segundo combatió a Eutiques, cuya sacrílega doctrina destruye toda la gloria de la Encarnación, al enseñar que, en este misterio, la naturaleza humana fué absorbida por la divinidad.

A este segundo Doctor, y piadoso Obispo de Ravena, honramos en este día. Su elocuencia sagrada le conquistó mucha fama; aún conservamos muchos de sus sermones. En ellos podemos admirar infinitos rasgos de la más exquisita belleza, aunque a veces se deje sentir ya la decadencia literaria del siglo v. Trata con frecuencia el Misterio de la Encarnación y siempre con una precisión y un entusiasmo que nos revelan la ciencia y la piedad del Santo Obispo. Su amor y admiración hacia María Madre de Dios, que en este siglo había triunfado de sus enemigos con el decreto del concilio de Efeso, le inspiran los más bellos párrafos y las más felices ideas. Citaremos algunas líneas sobre la Anunciación:

"Envía Dios a la Virgen un alado mensajero. El será el portador de la gracia; presentará las arras, y recibirá la contestación. Volverá a llevar la fe dada, y después de haber entregado el premio a una virtud tan excelsa, volverá presu-

roso llevando la promesa virginal. El celoso mensajero se dirige con rápido vuelo hacia la Virgen; va a suspender los derechos de la unión humana; sin quitarle a José la Virgen, va a restituírsela a Cristo, con quien se desposó en el momento mismo de su creación [1]. No hace, pues, Cristo otra cosa que volver a tomar su Esposa, no la ajena; no viene a obrar una separación, sino a darse a su criatura, encarnándose en ella. Pero, escuchemos lo que del Angel nos dice el relato. *Habiendo entrado hasta ella, le dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.* Estas palabras indican ya el don celestial; no son un saludo corriente. *Dios te salve;* es decir: recibe la gracia, no temas, no pienses en la naturaleza. *Llena de gracia,* o sea: en los demás reside la gracia, pero en ti residirá la plenitud de la gracia. *El Señor es contigo:* ¿Qué significa esto, sino que el Señor no sólo va a visitarte, sino que va a descender hasta ti y nacer de ti por un misterio inefable? Continúa el Angel: *Bendita tú eres entre todas las mujeres:* ¿Por qué? Porque las que antes tenían a Eva, la maldita, que desgarraba sus entrañas, tienen ahora a María, la bendita que se alegra con ellas, que las honra, y se hace su modelo. Eva, por natu-

---

[1] Nótese cómo S. Pedro Crisólogo proclama aquí el misterio de la Inmaculada Concepción. Si María estaba unida al Hijo de Dios desde el primer instante de su creación ¿cómo pudo caber en ella el pecado original?

raleza era simplemente madre de los mortales; María, es por gracia, Madre de los vivientes"[1].

En el sermón siguiente, nos habla el Santo Doctor del profundo respeto con que debemos contemplar a María en estos días en que Dios habita en ella. "Tratándose de la habitación íntima de un rey, dice, ¡cómo se rodea a ese lugar de misterio, de reverencia y profunda considección! Se prohibe el acceso a toda persona extraña, a todo impuro, a todo infiel. La etiqueta de la corte habla bien alto de la dignidad y lealtad de los servicios que en ella se prestan; ¿permitiríase estar simplemente a las puertas de palacio a hombres viles e indignos? Pues bien, se trata aquí nada menos que del santuario íntimo del divino Esposo; ¿quién, por consiguiente, podrá ser admitido en él, si no es amigo, si su conciencia no es pura, si no es honrada su fama, si su vida no es virtuosa? Sólo la virginidad inmaculada tiene derecho a penetrar en ese sagrado recinto, donde un Dios posee a la Virgen. Mira pues, oh hombre, lo que tienes, lo que vales y pregúntate si serías capaz de sondear el misterio de la Encarnación del Señor, si has merecido acercarte al augusto refugio donde mora en este momento toda la majestad del Rey supremo, de la Divinidad en persona."

[1] Sermón CXI.

VIDA. — San Pedro nació en Imola, provincia de Emilia. Educóle en la ciencia y santidad el obispo del lugar. En 443, el Papa Cornelio, le promovió, por inspiración divina, al obispado de Ravena. Defendió la fe católica contra Eutiques, por medio de una carta dirigida al Concilio de Calcedonia; su célebre elocuencia le valió el título de Crisólogo, o lengua de oro. Después de haber gobernado la Iglesia de Ravena durante diedìocho años, murió en su ciudad natal el 4 de diciembre del 450. Sus reliquias se veneran en la basílica Ursiana de Ravena.

¡Oh santo Pontífice, cuya boca de oro se abrió para anunciar a los fieles a Jesucristo! dígnate contemplar con paternal mirada al pueblo cristiano que vela en espera del Hombre-Dios, cuya doble naturaleza defendiste con tanta elocuencia. Alcánzanos la gracia de recibirle con el soberano respeto debido a un Dios que baja hasta su criatura, y con la tierna confianza debida a un hermano que va a ofrecerse en sacrificio por sus indignos hermanos. Fortifica nuestra fe, oh Santo Doctor, porque de la fe procede el amor que necesitamos. Destruye las herejías que asolan el campo del Padre de familias; abate sobre todo ese odioso Panteísmo, que es una de las más funestas consecuencias del error de Eutiques. Extingue ese error en todas esas cristiandades de Oriente que no conocen el misterio de la Encarnación más que para blasfemar de él, y persigue también entre nosotros ese monstruoso sistema que amenaza invadirlo todo en

una forma más repugnante todavía. Infunde en los hijos fieles de la Iglesia, esa perfecta obediencia a los juicios de la Santa Sede, obediencia de que diste una tan bella y provechosa lección al heresiarca Eutiques, cuando le decías en tu inmortal Epístola: "Ante todo, te exhortamos, venerable hermano, a que recibas con sumisión cuanto ha sido escrito por el bienaventurado Papa de la ciudad de Roma; porque San Pedro, que vive y preside siempre en su propia Sede, manifiesta en ella la verdad de la fe a cuantos se lo piden."

EL MISMO DÍA

SANTA BARBARA, VIRGEN Y MARTIR

La Iglesia Romana, no ha dedicado más que una simple conmemoración a Santa Bárbara en el Oficio de San Pedro Crisólogo. Mas ha aprobado un Oficio entero para uso de las Iglesias que honran de un modo especial la memoria de esa insigne virgen. Tributemos fervientes alabanzas a esta Mártir gloriosa, celebérrima en todo el Oriente, cuyo culto fué introducido en la Iglesia Romana desde hace mucho tiempo [1]. Sus Actas, sin ser de la más remota antigüe-

[1] Este culto era muy popular y universalmente extendido en Oriente y Occidente, a fines del siglo IX.

dad[1], son muy gloriosas para Dios y honrosas para la Santa. Celebremos la fidelidad con que esta Virgen esperó al Esposo, que no faltó a la cita, y que, por haber reconocido en ella un amor fuerte, quiso ser para ella *un Esposo de sangre,* como dice la Escritura.

Queremos ofrecerte, Virgen fiel, nuestras alabanzas junto con nuestras plegarias. El Señor viene, y nosotros estamos en tinieblas; dígnate dar a nuestra lámpara la luz que guíe nuestros pasos, y el aceite que alimente la llama. Tú sabes que se acerca para visitarnos, Aquel que vino también para ti, y con el cual estás ahora eternamente; haz que ningún obstáculo nos impida salirle al encuentro. Sea nuestro vuelo hacia él, valiente y rápido como fué el tuyo, para que reunidos con El, no nos volvamos ya a separar, ya que El es el verdadero centro de toda criatura. Ruega también, oh gloriosa Mártir, para que brille en este mundo, con un resplandor siempre en aumento, la fe en la santísima Trinidad. Haz que sea confundido nuestro enemigo Satanás, cuando toda lengua confiese la triple Luz representada en las ventanas de tu torre, y la cruz victoriosa que santificó las aguas. Acuérdate, Virgen amada del Esposo, que en tus manos pacíficas ha sido puesto el poder, no de lanzar el rayo, sino de contenerle y des-

[1] Introducidas en el Menologio de Simeón Metafrastes, datan del siglo VII.

viarle. Protege nuestras naves contra el fuego del cielo y de la guerra. Guarda los arsenales que encierran la defensa de la patria. Escucha la voz de cuantos te invocan, bien suba hacia ti desde el seno de la tormenta, o salga de las entrañas de la tierra; sálvanos también del terrible castigo de la muerte repentina.

* * *

Pensemos en las naciones desparramadas por el haz de la tierra, divididas por costumbres, lenguaje e intereses diferentes, pero unidas en la común espera del Salvador que ha de venir. Ni la corrupción profunda de los pueblos, ni tantos siglos transcurridos desde los tiempos de las tradiciones, han podido borrar en ellos esa esperanza. En el momento mismo en que el mundo está a punto de morir, se revela en él una señal de vida: se oye un clamor en toda la tierra: el Rey universal va a aparecer; un nuevo Imperio, santo y eterno, va a unir para siempre a las naciones. Así lo había anunciado, oh Salvador, Jacob sobre su lecho de muerte, cuando refiriéndose a ti, dijo: *El será el ansia de las naciones*. Los hombres han podido hundirse degradados: pero no han podido desmentir este vaticinio. Ahí están, obligados a confesar sus incurables miserias, manifestando esas ansias proféticas por un mejor estado. Ven pues, Hijo de Dios, a recoger esa chispita de esperanza; es el

último tributo que, al morir te ofrece el mundo antiguo. La espera de un Libertador es el lazo que une las dos grandes divisiones de la vida de la humanidad, antes y después de tu Nacimiento. Pues, si el mundo pagano, oh Jesús, suspiró por ti en medio de sus crímenes y errores ¿qué haremos nosotros, herederos de las promesas, en estos días en que te dispones a venir para tomar posesión de nuestras almas?

Haz, oh Jesús, que te amen nuestros corazones cuando vengas a visitarlos. Sostén su esperanza, alimenta su fe, y ven.

5 DE DICIEMBRE

MEMORIA DE SAN SABAS, ABAD

La Iglesia Romana se contenta hoy con el Oficio de Feria, pero añade una Conmemoración de San Sabas, abad de la célebre Laura[1] de Palestina, que todavía lleva hoy su nombre. Este santo, que murió en Jerusalén el 5 de diciembre de 532, es la única figura del Orden monástico, de quien la Iglesia hace mención durante el Adviento; se podría, incluso decir que, entre los simples confesores, es el único cuyo nombre aparece en el Calendario litúrgico en esta parte del año, ya que a San Francisco Ja-

[1] Monasterio situado cerca de Jerusalén.

vier le coloca en otro apartado su glorioso título de Apóstol de las Indias. Debemos ver en esto la intención de la divina Providencia que, con el fin de causar en el pueblo cristiano una más saludable impresión, ha procurado escoger de un modo característico, los Santos que quería proponer a nuestra imitación en los días que preparan la venida del Salvador. Hallamos ahora Apóstoles, Pontífices, Doctores, Vírgenes, como glorioso cortejo del Cristo Dios, Rey y Esposo; los simples Confesores están representados por un solo hombre, el Anacoreta y Cenobitas Sabas, personaje que, al menos por su profesión monástica, es descendiente de Elías, y de los demás solitarios del Antiguo Testamento, cuya mística cadena termina con Juan el Precursor. Honremos, pues, a este gran Abad, tenido en filial veneración por la Iglesia griega, y, bajo cuya invocación, Roma ha colocado una de sus Iglesias; apoyémonos en su amparo ante Dios, diciendo con la sagrada Liturgia:

"Te rogamos, Señor, nos recomiendes ante Ti, la intercesión del bienaventurado Sabas; para que logremos, gracias a su amparo, lo que por nuestros méritos no alcanzamos." Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

¡Oh glorioso San Sabas, varón de deseos, que en espera del que ordenó a sus siervos la vigilancia hasta su llegada, te retiraste al desierto, por miedo a que el tumulto mundano viniera a distraerte de tus esperanzas! ten piedad de nos-

otros, que, en medio del mundo y sujetos a toda clase de preocupaciones, hemos recibido el mismo aviso que tú, para disponernos a la llegada de Aquel que amaste como Salvador y temiste como Juez. Ruega para que seamos dignos de salirle al encuentro cuando aparezca. Acuérdate también del Orden monástico, del que eres bello ornamento; restaura sus ruinas que nos rodean; suscita hombres de fe y oración como los de los tiempos antiguos: repose tu espíritu en ellos, para que la Iglesia, privada de una parte de su gloria, la vuelva a recuperar gracias a tu intercesión.

* * *

Consideremos una vez más la profecía del Patriarca Jacob, que anuncia al Mesías no sólo como *esperado por las naciones,* sino que indica también que *será quitado el cetro a Judá,* cuando vaya a aparecer el Libertador prometido. La profecía se ha cumplido ya. Los estandartes de César Augusto ondean sobre los muros de Jerusalén, y aunque el templo permanece todavía en pie, aunque la abominación de la desolación no se ha establecido aún sobre el lugar santo, aunque los sacrificios no se han interrumpido todavía, es porque el verdadero Templo de Dios, el Verbo Encarnado, no ha sido aún inaugurado: aún no ha renegado la Sinagoga de Aquel a quien esperaba; aún no ha sido sacrificada la Hostia que ha de reemplazar a todas las demás.

Pero Judá no tiene Jefe para su pueblo, la moneda de César circula por toda Palestina, y se acerca el día en que los directores del pueblo judío proclamarán ante el gobernador romano, *que no les está permitido ajusticiar a nadie.* No hay, por consiguiente, Rey en el trono de David, en ese trono que había de permanecer para siempre. ¡Oh Cristo, Hijo de David, Rey Pacífico! hora es ya de que aparezcas, y vengas a tomar en tus manos ese cetro arrebatado a las de Judá, y puesto transitoriamente en las de un Emperador. Ven; pues eres Rey, y de ti dijo el Salmista, tu abuelo: "¡Cíñete la espada sobre el muslo, oh valerosísimo! Muestra tu gloria y tu belleza; avanza y reina, porque contigo están la verdad, la justicia y la dulzura, y el poder de tu brazo te llevará a cosas grandes. Agudas son tus saetas, y atravesarán el corazón de los enemigos de tu Realeza, y harán caer a tus pies a todos los pueblos. Tu trono será eterno; el cetro de tu Imperio será un cetro de equidad; Dios, Dios mismo, te ha consagrado con un óleo de alegría que sobre ti, oh Cristo (de ahí deriva tu nombre), corre con mayor abundancia, que sobre todos los que alguna vez se honraron con el nombre de Rey." (Salmo XLIV) ¡Oh Mesías! cuando Tú vengas, los hombres dejarán de andar errantes como ovejas sin pastor; sólo habrá un redil, en el que reinarás con amor y justicia porque te será dado todo el poder en el

cielo y en la tierra; y, cuando tus enemigos te pregunten el día de tu Pasión: *¿Eres Rey?* responderás conforme a verdad: *Sí, soy Rey.* ¡Oh Rey! ven a reinar en nuestros corazones; ven a reinar en este mundo que es tuyo, porque Tú lo has hecho, y que pronto será tuyo con un nuevo título, el de tu conquista. Reina, pues, sobre el mundo; mas para desplegar tu realeza, no aguardes al día del que está escrito: "Aplastarás contra la tierra la cabeza de los Reyes" (Salmo CIX); reina, pues, desde ahora, y haz que todos los pueblos caigan a tus pies en homenaje universal de amor y obediencia.

6 DE DICIEMBRE

SAN NICOLAS, OBISPO DE MIRA Y CONFESOR

Con objeto de honrar al Mesías Pontífice, la divina Sabiduría ha prodigado el número de los Pontífices, en el camino que lleva a El. Dos Papas, San Melquiades y San Dámaso; dos Doctores, San Pedro Crisólogo y San Ambrosio; dos Obispos, amor de su grey, San Nicolás y San Eusebio: tales son los gloriosos Pontífices encargados de preparar con su intercesión, el camino que ha de recorrer el pueblo fiel, hacia el soberano Sacerdote, según el orden de Melquisedec. Sucesivamente iremos aduciendo los títulos que ostentan para formar parte de ese noble cortejo.

Hoy, celebra la Iglesia con gozo la memoria del insigne taumaturgo San Nicolás, tan célebre en Oriente como lo es San Martín en Occidente, y venerado en la Iglesia latina desde hace más de mil años. Honremos el poder extraordinario que Dios le concedió sobre la naturaleza; pero, ante todo, felicitémosle por haber sido del número de los trescientos dieciocho obispos que, en Nicea, proclamaron al Verbo, consubstancial al Padre. No se escandalizó de las humillaciones del Hijo Dios, ni la bajeza de la carne que tomó en el seno de la Virgen, ni la pobreza del pesebre fueron obstáculo para que declarase al Hijo de María, Hijo de Dios e igual a El, de ahí su gloria y la misión que tiene de procurar anualmente al pueblo cristiano la gracia de salir al encuentro del Verbo divino con una fe sencilla y un amor ardiente.

VIDA. — La fama de San Nicolás, extendida ya entre los griegos en el siglo VI, fué luego en aumento por Oriente y Occidente. La "Vida" más antigua que de él conocemos, lleva el título de *"Praxis de Stratelate"*; pero no tenemos ninguna contemporánea, y las más recientes merecen poco crédito. Al contrario, se ha atribuído a San Nicolás de Mira, gran parte de la vida de otro Nicolás, llamado el Sionita, el cual fundó en el siglo VI el monasterio de Sión, cerca de Mira, y llegó a ser obispo de Pinara en Licia (hoy Minara). De suerte que no conocemos nada cierto sobre el santo taumaturgo. Su culto apareció en Occidente en el siglo IX y aumentó, sobre todo después de la traslación de sus reliquias a Bari en 1087.

¡Oh santo Pontífice Nicolás, cuán grande es tu gloria en la Iglesia de Dios! Confesaste a Jesucristo ante los Procónsules, y sufriste persecución por su Nombre; fuiste luego testigo de los prodigios que obró el Señor cuando dió la paz a su Iglesia; y poco después, abrías tu boca en el concilio de los trescientos dieciocho Padres, para confesar con autoridad incontestable, la divinidad de Nuestro Salvador Jesucristo, por el que habían derramado su sangre tantos miles de Mártires. Recibe los parabienes del pueblo cristiano que por doquier se alegran con tu dulce recuerdo; sénos propicio, en estos días en que esperamos la venida de Aquel a quien tú proclamaste Consubstancial al Padre. Dígnate ayudar nuestra fe y encender nuestro amor. Ahora contemplas cara a cara al Verbo por quien fueron hechas y restauradas todas las cosas; pídele que tenga a bien permitirnos que aunque indignos nos acerquemos a El. Sé nuestro mediador entre El y nosotros. Pues le diste a conocer a nuestra inteligencia como sumo y eterno Dios; revélale a nuestro corazón como supremo bienhechor de los hijos de Adán. En él aprendiste, ¡oh caritativo Pontífice! esa tierna compasión por todas las miserias, que hace que todos tus milagros sean otros tantos beneficios; continúa, pues, ayudando al pueblo cristiano, desde lo alto del cielo.

Reanima y aumenta la fe de los pueblos en el Salvador enviado por Dios. Cese, gracias a tus plegarias, de ser desconocido y olvidado ese Verbo divino, que rescató al mundo con su sangre. Pide para los Pastores de la Iglesia, el espíritu de caridad que en ti brilló en tan alto grado, ese espíritu que los hace imitadores de Jesucristo, y les gana el corazón de sus ovejas.

Acuérdate también ¡oh Santo Pontífice! de esa Iglesia de Oriente, que te guarda aún un afecto tan vivo. Tu poder en la tierra llegó a resucitar a los muertos; ruega para que la verdadera vida que está en la Fe y en la Unidad, venga a reanimar ese inmenso cadáver. Haz, que por tu mediación, el Sacrificio del Cordero que esperamos, pueda ser nuevamente y cuanto antes, ofrecido bajo la Cúpula de Santa Sofía. Vuelve a la unidad los Santuarios de Kiev y de Moscú, para que no haya ya ni Bárbaro, ni Escita, sino un solo Pastor.

* * *

Meditemos aún en el estado del mundo en los días que precedieron a la venida del Mesías. Todo parece indicar que se han cumplido ya las profecías que le anunciaban. No sólo ha sido arrebatado el cetro a Judá, sino que tocan ya a su fin las Semanas de Daniel. Sucesivamente se han ido verificando los demás oráculos, concernientes al porvenir del mundo. Uno tras otro han ido derrumbándose los Imperios de los Asi-

rios, Medos, Persas y Griegos; el de los Romanos ha llegado a su apogeo: tiempo es ya de que ceda el puesto al Imperio eterno del Mesías. Toda esta serie de Imperios había sido ya predicha, y va a sonar la hora en que se dé el último toque. El Señor había dicho por uno de sus Profetas: "Un poco más de tiempo, y removeré el cielo y la tierra, y destruiré todas las naciones; después vendrá el Deseado de los pueblos." *(Ageo,* II, 7.) Baja, pues, ¡oh Verbo eterno! *Todo está consumado.* Han llegado a su colmo las miserias del mundo; los pecados de la humanidad claman al cielo; el género humano está desquiciado y jadeante; sólo esperaran en Ti, a quien llama sin conocerte. Ven, pues; todas las profecías que debían señalar a los hombres las características del Redentor, han sido ya anunciadas y promulgadas. Ya no hay profetas en Israel; los oráculos de los Paganos se callan. Ven a dar realidad a todo, porque ya ha llegado la plenitud de los tiempos.

7 DE DICIEMBRE

SAN AMBROSIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Figura este santo Pontífice dignamente al lado del gran Obispo de Mira. Aquel confesó en Nicea, la divinidad del Redentor de los hombres;

éste fué, en Milán, el blanco del furor de los Arrianos, y con su indomable valor venció a los enemigos de Cristo. El puede unir su voz de Doctor a la de San Pedro Crisólogo, y anunciarnos las grandezas y humillaciones del Mesías. Es tan grande la gloria de Ambrosio como Doctor, que, entre las cuatro brillantes lumbreras de la Iglesia latina que van como ilustres Doctores al frente del cortejo de los sagrados intérpretes de la Fe, figura este glorioso Obispo de Milán, completando con Gregorio, Agustín y Jerónimo ese místico número.

El honor de ocupar Ambrosio tan noble lugar en estos días, lo debe a la antigua costumbre de la Iglesia, que en los primeros siglos excluía de la Cuaresma las fiestas de los Santos. El día de su salida de este mundo y de su entrada en el cielo fué el 4 de abril; ahora bien, ese aniversario se halla casi siempre dentro de la santa Cuaresma: hubo, pues, que escoger otro día del año, y era el siete de diciembre el que por sí mismo se recomendaba para celebrar dicha fiesta, por ser el Aniversario de su Ordenación episcopal.

Por lo demás, el recuerdo de Ambrosio es uno de los más dulces aromas que embalsaman el camino que conduce a Belén. Porque ¿cuál más glorioso y encantador, que el de este santo y amable Obispo que supo unir la fuerza del león a la dulzura de la paloma? En vano pasaron los si-

glos sobre su memoria; sólo consiguieron hacerla más viva y añorada. ¿Cómo podríamos olvidar al joven gobernador de Liguria y Emilia, tan prudente, tan culto, que hace su entrada en Milán, todavía simple catécumeno, y de repente se ve elevado por aclamación del pueblo fiel, a la silla episcopal de aquella gran urbe? Y aquel bello presagio de su encantadora elocuencia, el enjambre de abejas que según la leyenda, le rodeó y penetró en su boca cuando todavía niño dormía un día sobre el césped del jardín paterno, como queriendo indicar la dulzura que había de tener su palabra; o aquella profética seriedad con la que el amable joven ofrecía a besar su mano a su madre y hermana, porque según él, aquella mano sería un día la de un Obispo.

Pero ¡cuántas luchas aguardaban al neófito de Milán, una vez regenerado en las aguas del bautismo y consagrado sacerdote y obispo! Debía dedicarse inmediatamente al estudio de la ciencia sagrada, para acudir en defensa de la Iglesia atacada en su dogma fundamental, por la falsa doctrina de los Arrianos; en poco tiempo fué tan grande la plenitud y seguridad de su saber, que no sólo se opuso como muro de bronce al avance de aquel error, sino que mereció que sus libros hayan sido considerados por la Iglesia como uno de los arsenales de la verdad, hasta el fin de los siglos.

Pero, no sólo en el terreno de la controversia debía pelear el nuevo doctor; los sectarios de la herejía que había combatido amenazaron más de una vez su propia vida. ¡Qué sublime espectáculo el de este Obispo, sitiado en su iglesia por las tropas de la emperatriz Justina, y custodiado en su interior día y noche por su pueblo! ¡Qué pastor, y qué redil! Una vida entera consagrada al bien de la ciudad y de la provincia le valieron a Ambrosio aquella fidelidad y aquella confianza por parte de su pueblo. Por su celo, abnegación y constante olvido de sí mismo era fiel retrato de Cristo a quien predicaba.

En medio de los peligros que le rodeaban, permanecía su noble alma tranquila e imperturbable. Incluso fué el momento que escogió para introducir en la Iglesia de Milán el canto alternado de los Salmos. Hasta entonces sólo se dejaba oír la voz del lector entonando desde lo alto del ambón los cánticos sagrados; bastó un momento para organizar en dos coros a la asamblea, encantada de poder en adelante tomar parte activa en los inspirados cantos del real Profeta. Nacida de esta suerte en medio de la tormenta y de un heroico asedio, la salmodia alternada fué ya una conquista para los pueblos fieles de Occidente. Roma adoptará aquella institución ambrosiana, y de esta manera seguirá en la Iglesia hasta el fin de los siglos. Durante aquellas horas de lucha, el santo Obispo hace

todavía otro obsequio a aquellos fieles católicos que hicieron para él un muro con sus cuerpos. Es poeta, y más de una vez ha cantado en versos llenos de dulzura y majestad las grandezas del Dios de los cristianos y los misterios de la redención del hombre. Ahora entrega a su devoto pueblo aquellos himnos sagrados, que de suyo no estaban destinados a un uso público; pero en seguida resuena su melodía, en todas las basílicas de Milán. Más tarde se oirá en toda la Iglesia latina el canto de los Himnos durante mucho tiempo llamados *Ambrosianos*, en honor del santo Obispo que (inició así) una de las más ricas fuentes de la sagrada Liturgia.

La Iglesia Romana aceptará en sus Oficios ese nuevo modo de cantar las divinas alabanzas, que proporciona a la Esposa de Cristo un medio más de expresar sus sentimientos.

Así pues, nuestro canto alterno de los Salmos y nuestros Himnos, son otros tantos trofeos de la victoria de Ambrosio. Sin duda fué suscitado por Dios no sólo para bien de su tiempo sino para el del futuro. Por eso el Espíritu Santo le infundió el sentido del derecho cristiano, junto con la misión de defenderlo, en aquella época en que el paganismo, aunque debilitado respiraba todavía, y en que el cesarismo decadente conservaba aún muchos resabios del pasado. Ambrosio vigilaba apoyado en el Evangelio. No comprendía que la autoridad imperial pudiese entregar a capricho

a los Arrianos por el bien de la paz, una basílica en la que se habían reunido los católicos. Estaba dispuesto a derramar su sangre en defensa de la herencia de la Iglesia. Cortesanos del emperador se atrevieron a acusarle de tiranía ante el príncipe. Su respuesta fué: "No; los obispos no son tiranos, pero con frecuencia son víctimas de ellos." El eunuco Calígono, camarero de Valentiniano II, le dijo en cierta ocasión: "¿Cómo te atreves delante de mí a despreciar a Valentiniano? Te voy a cortar la cabeza." — "Ojalá te lo permita Dios, respondió Ambrosio: de esa manera podré sufrir lo que sufren los obispos; y tú no habrás hecho más que lo que saben hacer los eunucos."

Esta valentía en la defensa de los derechos de la Iglesia apareció todavía con mayor evidencia, cuando el Senado romano, o más bien la minoría del Senado, pagana aún, probó por instigación del Prefecto de Roma Símaco, conseguir el restablecimiento del altar de la Victoria en el Capitolio, con el vano pretexto de poner un remedio a los desastres del imperio. Ambrosio se opuso como un león a esta última pretensión del politeísmo, diciendo: "Detesto la religión de los Nerones." Protestó, en elocuentes memorias dirigidas a Valentiniano, contra una tentativa que pretendía hacer reconocer a un príncipe cristiano los derechos del error, y frustrar las conquistas de Cristo, único señor de las naciones. Rin-

dióse Valentiniano a las enérgicas advertencias del Obispo, el cual le había hecho saber "que un emperador cristiano no debe tener respeto más que por el altar de Cristo"; y así, este príncipe respondió a los senadores paganos que amaba a Roma como a madre, pero que debía obedecer a Dios como al autor de su salvación.

Es lícito creer que, si los decretos divinos no hubiesen ordenado irrevocablemente la ruina del imperio, influencias como las de Ambrosio, ejercidas sobre príncipes de recto corazón, hubieran podido evitar aquella ruina. Sus máximas eran enérgicas; pero sólo podían aplicarse a las nuevas sociedades que se establecerían después de la caída del imperio, y que el cristianismo modeló a su gusto. Decía él: "No hay para un Emperador título más honroso que el de Hijo de la Iglesia. El Emperador está dentro de la Iglesia, no por encima de ella."

¿Hay algo más emocionante que la protección que con tanta solicitud ejerció Ambrosio sobre el joven Emperador Graciano, cuya muerte le hizo derramar copiosas lágrimas? Y Teodosio, ese sublime dechado del príncipe cristiano, Teodosio, en cuyo favor retrasó Dios la caída del imperio, dando siempre a sus armas la victoria, ¿con qué ternura no fué amado por el obispo de Milán?

Es verdad que un día quiso reaparecer en este hijo de la Iglesia el César pagano; pero Ambrosio, con una severidad tan inflexible como

profundo había sido su cariño al culpable, hizo que Teodosio volviese en sí mismo y a Dios. "Cierto, dijo el santo Obispo en el elogio fúnebre de tan gran príncipe, he amado a este hombre que estimaba más a quien le reprendía que a sus aduladores. Supo arrojar por tierra todas las insignias de su dignidad imperial, lloró públicamente en la Iglesia el pecado al que se le había pérfidamente instigado, e imploró el perdón con lágrimas y gemidos. Simples particulares ceden ante la vergüenza, todo un Emperador no se sonrojó cumpliendo la penitencia pública; y en adelante no pasó un sólo día que no llorase su pecado."

¡Cuán bellos aparecen este César y este Obispo, en su amor por la justicia! El César sostiene al imperio vacilante y el Obispo sostiene al César.

Pero no se crea que sólo se cuida Ambrosio de obras de categoría y resonancia. Sabe ser también pastor cuidadoso de las más pequeñas necesidades de sus ovejas. Poseemos su vida íntima escrita por su diácono Paulino. Nos declara este testigo que, cuando Ambrosio oía la confesión de los pecadores, derramaba tan copiosas lágrimas que hacía llorar también al que iba a descubrir sus faltas. "Parecía, dice el biógrafo, que había caído él también con el delincuente." Es conocido el interés paternal con que acogió a San Agustín, cautivo aún en las cadenas del error y de las pa-

siones; quien quiera conocer a Ambrosio no tiene más que leer en las *Confesiones* del Obispo de Hipona, sus expansiones de gratitud y admiración. Anteriormente había recibido Ambrosio a Mónica, la afligida madre de Agustín; la había consolado y fortalecido con la esperanza de la vuelta de su hijo. Llegó el día tan ardientemente deseado; y fué la mano de Ambrosio la que le infundió las aguas purificadoras del Bautismo a aquel que debía de ser el príncipe de los Doctores.

Un corazón tan fiel en sus afectos, no podía dejar de derramarse sobre sus propios familiares. Conocido es el cariño que le unió a su hermano Sátiro; él mismo publicó sus virtudes en el doble elogio fúnebre que le dedicó con acentos de conmovedora ternura. No fué para él menos querida su hermana Marcelina. La noble patricia había despreciado el mundo y sus placeres desde la más tierna edad. Vivía en Roma en el seno de su familia, bajo el velo de las vírgenes, que había recibido de manos del papa Liberio. Pero el cariño de Ambrosio no conocía distancias; sus cartas iban a buscar a la sierva de Dios en su misterioso retiro. No ignoraba él su celo por la Iglesia, y el ardor con que se asociaba a todas las obras de su hermano; conservamos todavía muchas de las cartas que le dirigía. Es ya emocionante el sólo encabezamiento de ellas: "El hermano a la hermana", o también: "A mi her-

mana Marcelina, para mí más querida que mis ojos y mi vida."

Viene luego el texto de la carta, rápido, animado, como las luchas que describe. Una de ellas la escribió en los momentos en que bramaba la tempestad, cuando el valeroso obispo se hallaba sitiado en la basílica por las tropas de la emperatriz Justina. Sus discursos al pueblo milanés, sus éxitos como sus desgracias, los sentimientos heroicos de su temple de obispo, todo se halla retratado en estas fraternales comunicaciones, todo revela en ellas la fuerza y la santidad del lazo que une a Ambrosio y Marcelina. La basílica Ambrosiana conserva todavía el sepulcro de ambos hermanos; sobre uno y otro se ofrece diariamente el santo Sacrificio de la Misa.

Así fué Ambrosio; de él dijo Teodosio un día: "No hay más que un obispo en el mundo." Alabemos al Espíritu Santo que quiso ofrecernos tan sublime modelo, y pidamos al santo Pontífice se digne hacernos partícipes de aquella fe viva y ferviente amor hacia el misterio de la Encarnación divina, que se manifiesta en sus dulces y elocuentes escritos. Ambrosio debe ser uno de nuestros más poderosos abogados en los días de preparación a la venida del Verbo.

Su devoción a María, nos enseña también cuál debe ser nuestro amor y admiración para con la Virgen bendita. El Obispo de Milán es, con San Efrén, uno de los Padres del siglo IV que más

fervientemente han expresado las grandezas del ministerio y de la persona de María. Todo lo conoció, lo sintió y lo declaró. La exención de María de toda mancha de pecado, la unión con su Hijo al pie de la Cruz, para la salvación del género humano, la primera aparición de Jesús resucitado a su Madre, y otros muchos puntos en los que Ambrosio se hace eco de una creencia anterior, y que le colocan en primera fila entre los testigos de la tradición sobre los Misterios de la Madre de Dios.

Esta tierna predilección por María explica su entusiasmo por la virginidad cristiana, de la que es especial Doctor. Ninguno, entre los Padres, le igualó en la gracia y elocuencia con que supo ensalzar la dignidad y dicha de las Vírgenes. Dedicó cuatro de sus obras a glorificar este sublime estado cuya imitación trataba de ensayar nuevamente el paganismo en su ocaso, con la institución de las vestales, que en número de siete y colmadas de honores y riquezas, eran declaradas libres después de cierto tiempo. Opóneles Ambrosio el innumerable enjambre de vírgenes cristianas, que embalsaman el mundo entero con el perfume de su humildad, constancia y abnegación. Pero, sobre este tema, su palabra era aún más sugestiva que sus escritos, pues sábese, por relatos contemporáneos, que en las ciudades que visitaba o donde dejaba oír su voz, las madres retenían a sus hijas en su casa, por mie-

do a que la palabra de tan santo e irresistible seductor las convenciera a no aspirar más que a las bodas eternas.

VIDA. — Nació Ambrosio en la primera mitad del siglo IV. Su padre era prefecto de la Galia Cisalpina. Educóse en Roma en las artes liberales, y se le encomendó el gobierno de las provincias de Liguria y Emilia. Hallándose en la basílica de Milán, con el objeto de salvaguardar el orden en la elección del obispo, un niño gritó: ¡"Ambrosio Obispo"! El grito fué repetido por toda la muchedumbre, y el emperador, halagado al ver elegido para obispo a uno de sus prefectos, le animó a aceptar. Obispo ya, fué campeón intrépido de la fe y de la disciplina eclesiástica; convirtió a muchos arrianos a la verdad y bautizó a San Agustín. Consejero y amigo del emperador Teodosio, no dudó en imponerle una pública penitencia con motivo de la matanza de Tesalónica. Murió en Milán el 4 de abril del 397. San Ambrosio es uno de los cuatro grandes doctores de la Iglesia latina.

Aunque indignos, te alabamos ¡oh inmortal Ambrosio! Proclamamos los dones maravillosos con que te dotó el Señor. Por tu celestial doctrina eres Luz de la Iglesia y Sal de la tierra; eres Pastor vigilante, Padre afectuoso, invicto Pontífice: ¡cómo supo amar tu corazón a Jesús a quien esperamos! ¡Con qué indomable valor y exposición de tu vida te opusiste a los blasfemos del Verbo divino! Con razón mereciste que la Iglesia te escojiera para iniciar todos los años al pueblo cristiano en el conocimiento del que es

su Salvador y Jefe. Haz, pues, que penetren en nuestros ojos los rayos de la verdad que aquí abajo esclareciste; haz que guste nuestro paladar el melífluo sabor de tu palabra; infunde en nuestros corazones el verdadero amor de Jesús que se aproxima por momentos. Haz que, como tú, sepamos defender su causa con energía, contra los enemigos de la fe, contra los espíritus de las tinieblas, contra nosotros mismos. Haz que ceda todo, que desaparezcan todos los obstáculos que toda rodilla se doble y todo corazón se declare vencido ante Jesucristo, Verbo eterno del Padre, Hijo de Dios e Hijo de María, nuestro Redentor, nuestro Juez, nuestro soberano bien.

¡Oh glorioso Ambrosio! humíllanos como humillaste a Teodosio; levántanos contritos y arrepentidos, como a él le levantaste con tu pastoral caridad.

Ruega por el Sacerdocio católico, del que eres gloria eterna. Pide a Dios para los Sacerdotes y Obispos de la Iglesia, esa humilde e inflexible fortaleza con la que deben resistir a los poderes seculares, cuando abusan de la autoridad que Dios ha puesto en sus manos. Haz *que sea su frente,* como dice el Señor, *dura como el diamante;* que sepan *oponerse como un muro para la casa de Israel;* que consideren como el mayor honor y su mejor suerte, el poder exponer sus bienes, su tranquilidad y su vida, en favor de la libertad de la Esposa de Cristo.

¡Campeón esforzado de la verdad! ármate de ese látigo vengador que te ha dado la Iglesia como atributo, y arroja fuera del redil de Jesucristo a esos restos inmundos del arrianismo que aparecen aún en nuestros días con diversos nombres. Haz que no sean más atormentados nuestros oídos por las blasfemias de esos hombres soberbios que se atreven a medir por su talla, a juzgar, absolver y condenar como a un semejante suyo al Dios temible que les creó y que sólo por amor a su criatura se dignó descender y acercarse al hombre, aun a trueque de ser por él despreciado.

Aleja de nuestras almas, oh Ambrosio, esas cobardes e imprudentes teorías que hacen olvidar a muchos cristianos que Jesús es Rey de este mundo, induciéndolos a creer que una ley humana que reconociese iguales derechos al error y a la verdad podría ser lo más perfecto para las sociedades. Haz que comprendan como tú, que si los derechos del Hijo de Dios y de su Iglesia pueden ser a veces atropellados, no por eso dejan de existir; que la convivencia de todas las religiones con unos mismos derechos, es el insulto más cruel para Aquel "a quien ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra"; que las sucesivas catástrofes de la sociedad son la respuesta que Dios da desde lo alto del cielo, a los que desprecian el Derecho cristiano, ese Derecho que El conquistó muriendo en la Cruz por los hombres;

finalmente, que, si no depende de nosotros el restaurar ese sagrado Derecho en las naciones que han tenido la desgracia de rechazarlo, tenemos con todo eso la obligación de confesarlo con valentía, so pena de ser cómplices de los que no quisieron que Jesús reinara sobre ellos.

Consuela también oh Ambrosio en medio de las tinieblas que invaden el mundo, consuela a la Santa Iglesia que aparece como extraña y peregrina en medio de esas naciones de que fué madre y que han renegado de ella; haz que, en su camino, recoja aún entre los fieles las flores de la virginidad; que sea como el imán de las almas puras que saben apreciar la dignidad de las Esposas de Cristo. Así fué en los días gloriosos de las persecuciones, que señalaron el comienzo de su ministerio; séale dado también ahora consagrar a su Esposo una numerosa selección de corazones puros y generosos, para que su fecundidad sea vista por todos los que la abandonaron como a madre estéril, y que algún día sentirán cruelmente su ausencia.

* * *

Consideremos el último preparativo para la venida del Mesías al mundo: la paz universal. El silencio ha sucedido de repente al estruendo de las armas, y el mundo se reconcentra en sí mismo, esperando. "Ahora bien, nos dice San Buenaventura en uno de sus Sermones de Adviento,

debemos señalar tres silencios: el primero, en tiempo de Noé cuando perecieron todos los pecadores en el diluvio; el segundo, en tiempo de César Augusto, cuando quedaron sometidas todas las naciones; finalmente el tercero que se hará a la muerte del Anticristo, cuando se conviertan todos los Judíos." ¡Oh Jesús, Rey pacífico, es tu deseo que, al bajar a la tierra, esté en paz todo el mundo! Lo anunciaste ya por el Salmista, tu abuelo según la carne, cuando, hablando de ti dijo: "Hará cesar la guerra en todo el mundo; quebrará el arco, destruirá las armas, y arrojará al fuego los escudos." (Salmo XLV, 10.) ¿Qué quiere decir todo esto, oh Jesús, sino que al hacer tu visita te gusta hallar corazones atentos y silenciosos? Antes de acercarte a un alma, tienes por costumbre conmoverla misericordiosamente, como hiciste con el mundo antes de aquella paz universal; luego le concedes la paz y por fin tomas posesión de ella. Ven, pues, a someter cuanto antes a nuestras rebeldes potencias, a humillar el orgullo de nuestra alma, a crucificar nuestra carne, y animar la flojera de nuestra voluntad, para que tu entrada en nosotros sea solemne, como la de un conquistador en una plaza fuerte rendida tras largo asedio. ¡Oh Jesús!, Príncipe de la Paz, concédenos esa Paz; establece tu morada en nuestros corazones de una manera fija, como la estableciste en la creación, para reinar en ella eternamente.

EL MISMO DÍA

VIGILIA DE LA INMACULADA CONCEPCION

La devoción que Pío IX tuvo al dogma de la Inmaculada Concepción, hizo que señalara una Vigilia para su fiesta del 8 de diciembre. Su objeto es, como nos lo indican las oraciones de la Misa, prepararnos a su fiesta "por medio de la huída del pecado y la pureza del corazón". Los textos de esta Misa se encuentran en el Misal; la asistencia al Santo Sacrificio en honor del gran privilegio de María será para nuestras almas el mejor medio de demostrar a Nuestra Señora nuestro filial cariño, y de honrarla con las disposiciones que la Iglesia nos recomienda.

8 DE DICIEMBRE

LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

La fiesta de la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen es la más solemne de todas las que celebra la Iglesia en el Santo tiempo de Adviento; ninguno de los Misterios de María más a propósito, y conforme con las piadosas preocupaciones de la Iglesia durante este místico pe-

ríodo de expectación. Celebremos, pues, esta fiesta con alegría, porque la Concepción de María anuncia ya el próximo Nacimiento de Jesús.

Es intención de la Iglesia en esta fiesta, no sólo el celebrar el aniversario del momento en que comenzó la vida de la gloriosa Virgen María en el seno de la piadosa Ana, sino también honrar el sublime privilegio en virtud del cual fué preservada María del pecado original, al que se hallan sujetos, por decreto supremo y universal, todos los hijos de Adán, desde el instante en que son concebidos en el seno de sus madres. La fe de la Iglesia católica, solemnemente reconocida como revelada por el mismo Dios, el día para siempre memorable del 8 de diciembre de 1854, esa fe que proclamó el oráculo apostólico por boca de Pío IX, con aclamaciones de toda la cristiandad, nos enseña que el alma bendita de María no sólo no contrajo la mancha original, en el momento en que Dios la infundió en el cuerpo al que debía animar sino que fué llena de una inmensa gracia, que la hizo desde ese momento, espejo de la santidad divina, en la medida que puede serlo una criatura.

Semejante suspensión de la ley dictada por la justicia divina contra toda la descendencia de nuestros primeros padres, fué motivada por el respeto que tiene Dios a su propia santidad. Las relaciones que debían unir a María con la divinidad, relaciones no sólo como Hija del Padre

celestial, sino como verdadera madre de su Hijo, y Santuario inefable del Espíritu Santo; todas esas relaciones, decimos, exigían que no se hallase ninguna mancha ni siquiera momentánea en la criatura que tan estrechos vínculos había de tener con la Santísima Trinidad, y que ninguna sombra hubiese empañado nunca en María, la perfecta pureza que el Dios tres veces santo quiere hallar aun en los seres a los que llama a gozar en el cielo de su simple visión; en una palabra, como dice el gran Doctor San Anselmo: "Era justo que estuviese adornada de tal pureza que no se pudiera concebir otra mayor, sino la del mismo Dios", porque a ella habíala de entregar el Padre a su Hijo, de tal manera, que ese Hijo habría de ser por naturaleza, Hijo común y único de Dios y de la Virgen; era esta Virgen la elegida por el Hijo para hacer de ella substancialmente su Madre, y en su seno quería obrar el Espíritu Santo la concepción y Nacimiento de Aquel de quien El mismo procedía." *(De Conceptu Virginali,* CXVIII.)

Del mismo modo, presentes al pensamiento del Hijo de Dios las relaciones que habían de ligarle a María, relaciones inefables de cariño y respeto filial, nos obligan a concluir que el Verbo divino sintió por la Madre que había de tener en el tiempo, un amor infinitamente mayor al que podía sentir por los demás seres creados por su poder. Sobre todo quiso la honra de Ma-

ría, que había de ser su Madre, y que lo era ya en sus eternos y misericordiosos designios. El amor del Hijo guardó, por consiguiente a la Madre; y aunque ella en su sublime humildad no rechazó la sumisión a todas las condiciones impuestas por Dios a las demás criaturas, ni el sujetarse a las exigencias de la ley mosaica que no había sido dictada para ella; con todo, la mano de su divino Hijo derribó en su favor la humillante barrera que detiene a todos los hijos de Adán que vienen a este mundo, cerrándoles el camino de la luz y de la gracia, hasta que son regenerados en un nuevo nacimiento.

No debía hacer el Padre celestial por la segunda Eva, menos de lo que había hecho por la primera, creada lo mismo que el primer hombre, en estado de justicia original que no supo conservar. El Hijo de Dios no podía consentir que la mujer de la que iba a tomar su naturaleza humana, tuviese nada que envidiar a la que fué madre de la prevaricación. El Espíritu Santo que debía cubrirla con su sombra y fecundarla con su acción divina, no podía permitir que su Amada estuviese un solo momento afeada con la vergonzosa mancha con que todos somos concebidos. La sentencia es universal: pero la Madre de Dios debía quedar libre. Dios autor de la ley, Dios que libremente la dictó ¿no había de ser dueño de exceptuar de ella a la criatura a la que había

determinado unirse con tantos lazos? Lo podía, lo debía: luego lo hizo.

¿No era esta la gloriosa excepción que él mismo anunciaba cuando comparecieron ante su divina majestad ofendida, los dos prevaricadores de los que todos descendemos? La misericordiosa promesa descendía sobre nosotros, al caer la maldición sobre la serpiente. "Pondré enemistad, decía Dios, entre ti y la mujer, entre tu descendencia y la suya; ella aplastará tu cabeza." De esta forma anunciaba al género humano la redención, como una victoria sobre Satanás; y la mujer era la encargada de conseguir esta victoria para todos nosotros. Y no se diga, que este triunfo ha de lograrlo sólo el hijo de la mujer; nos dice el Señor que *la enemistad de la mujer contra la serpiente será personal,* y que *aplastará la cabeza* del odioso reptil con su pie vencedor; en una palabra, que la segunda Eva será digna del segundo Adán, y triunfadora como él; que el género humano será un día vengado, no sólo por el Dios hecho hombre, sino también por la Mujer exenta milagrosamente de toda mancha de pecado, de manera que vuelva a aparecer la creación primitiva en *justicia y santidad. (Efes.,* IV 24) como si no hubiese sido cometido un primer pecado.

Alzad, pues, la cabeza, hijos de Adán, y sacudid vuestras cadenas. Hoy ha quedado aniquilada la humillación que sobre vosotros pesaba.

Ahí tenéis a María, de vuestra carne y de vuestra sangre, que ha visto retroceder ante si el torrente del pecado que inunda a todas las generaciones: el hálito del infernal dragón ha sido desviado para que no la manche: en ella ha sido restaurada la dignidad primera de vuestro origen. Saludad, pues, el bendito día en que fué renovada la pureza original de vuestra sangre; ha sido creada la segunda Eva, y dentro de poco tiempo, de su sangre, que es igual que la vuestra, fuera del pecado, os va a dar al Dios-Hombre que procede de ella según la carne, y de Dios por generación eterna.

Y ¿cómo no admirar la pureza incomparable de María en su concepción inmaculada, cuando oímos en el Cántico sagrado, que el mismo Dios que la preparó para ser Madre suya, la dice con acento impregnado de amor: "Toda hermosa eres, Amada mía, no hay en ti mancha alguna." *(Cant.,* IV, 7)? Es la santidad de Dios quien habla; el ojo que todo lo penetra, no encuentra en María rastro alguno, ni cicatriz de pecado; por eso se regocija con ella y la felicita por el don que la ha otorgado. ¿Nos extrañaremos después de eso, que Gabriel, bajado del cielo para comunicarla el divino mensaje, quedase admirado ante el espectáculo de aquella pureza cuyo punto de partida había sido tan glorioso como infinito su perfeccionamiento; nos extrañaremos de que se inclinara profundamente ante semejante mara-

villa, y exclamase: "DIOS TE SALVE MARÍA, LLENA ERES DE GRACIA?" Gabriel vive vida inmortal en medio de las magnificencias de la creación y de todos los tesoros celestiales; es hermano de los Querubines y de los Serafines, Tronos y Dominaciones; su mirada se pasea de contínuo por las nueve jerarquías de los Angeles donde la luz y la santidad resplandecen con soberanos destellos, y crecen de grado en grado; mas, he aquí que en la tierra, y en una criatura de condición inferior a los Angeles, ha encontrado *la plenitud de la gracia,* de esa gracia que aun a los Espíritus celestiales les ha sido dada con medida, y de la que goza María desde el primer instante de su creación, por ser la futura Madre de Dios, siempre santa, siempre pura, siempre inmaculada.

Esta verdad, revelada a los Apóstoles por el Hijo divino de María, recogida por la Iglesia, enseñada por los santos Doctores, y creída por el pueblo cristiano con una fidelidad constante, estaba de suyo contenida en la misma noción de Madre de Dios. Confesar a María Madre de Dios, era ya creer implícitamente que la mujer destinada a llevar ese título, no había tenido nunca nada de común con el pecado, y que había hecho Dios una excepción con ella preservándola. Pero, en lo sucesivo el honor de María se apoya ya en el fallo explícito dictado por el Espíritu Santo. Pedro ha hablado por boca de Pío IX;

y cuando Pedro habla, todos los fieles deben creer; porque el Hijo de Dios afirmó: "He rogado por ti, Pedro, para que tu fe no decaiga." *(S. Lucas,* XXII, 32); y también: "Yo os enviaré el Espíritu de la verdad, que permanecerá siempre con vosotros, y os recordará todo lo que yo os he enseñado." *(S. Juan,* XIV, 26.)

Por consiguiente, nuestro símbolo posee, no una nueva verdad, sino una nueva luz sobre una verdad que ya era objeto de universal creencia. La infernal serpiente sintió de nuevo en ese día la planta triunfante de la Virgen Madre, y el Señor se dignó concedernos la mejor prenda de su misericordia. Señal es de que aún ama a la tierra, pues tuvo a bien iluminarla con uno de los más bellos rayos de la gloria de su Madre. Y ¡cómo se estremeció de gozo el mundo! Fué un verdadero acontecimiento lo sucedido a mitad del siglo XIX; en adelante, podremos vivir más confiados, pues si el Espíritu Santo nos previene que debemos temer los tiempos en que *disminuyen las verdades* entre los hijos de los hombres, parece decirnos también con eso, que podemos considerar como días felices aquellos en que veamos que las verdades *aumentan* entre nosotros en luz y autoridad. Antes de la solemne proclamación de este dogma, confesábalo ya la Santa Iglesia con la celebración de su fiesta en este día. Es verdad que no se la llamaba *inmaculada Concepción,* sino simplemente la *Concep-*

ción de María. Con todo, el hecho de su institución y celebración demostraba ya suficientemente la creencia del pueblo cristiano. San Bernardo y el Doctor Angélico Santo Tomás, están de acuerdo en enseñar que la Iglesia no puede celebrar la fiesta de lo que no es santo; por eso, la Concepción de María, celebrada por la Iglesia desde tiempo inmemorial, debió ser santa e inmaculada. Si la Natividad de María es objeto de una fiesta en la Iglesia, es porque María nació llena de gracia; por consiguiente, si el primer instante de su existencia hubiese sido afeado por la mancha original, su Concepción no hubiera podido ser objeto de culto. Ahora bien, hay pocas fiestas tan generales y más firmemente establecidas en la Iglesia que la que hoy celebramos.

¿No habían de poner los hombres toda su dicha en honrarte, oh divina aurora del Sol de justicia? ¿No eres tú en estos días, la mensajera de su redención? ¿No eres tú, oh María, la radiante esperanza que va a brillar de repente hasta en el centro del abismo de la muerte? ¿Qué sería de nosotros sin Cristo que viene a salvarnos?, pues tú eres su Madre queridísima, la más santa de las criaturas, la más pura de las vírgenes, la más amorosa de las Madres.

¡Oh María, cuán deliciosamente recreas con tus suaves destellos nuestros ojos fatigados! Pasan los hombres de generación en generación sobre la tierra; miran al cielo inquietos, esperando

en cada momento ver apuntar en el horizonte el astro que ha de librarles del horror de las tinieblas; pero la muerte viene a cerrar sus ojos antes de que puedan siquiera entrever el objeto de sus deseos. Estaba reservado a nosotros el contemplar tu radiante salida ¡oh esplendoroso lucero matutino, tus rayos benditos se reflejan en las olas del mar y le devuelven la calma después de las noches tormentosas! Prepara nuestra vista para que pueda contemplar el potente resplandor del Sol divino que viene detrás de ti. Dispón nuestros corazones, ya que quieres revelarte a ellos. Pero, para que podamos contemplarte, es necesario que sean puros nuestros corazones; purifícalos, pues ¡oh purísima Inmaculada! Quiso la divina Sabiduría que, entre todas las fiestas que dedica la Iglesia a honrarte, se celebrase la de tu Inmaculada Concepción en el tiempo de Adviento, para que, conociendo los hijos de la Iglesia el celo con que te alejó el Señor de todo contacto con el pecado, en consideración a Aquel de quien debías ser Madre, se preparasen también ellos a recibirle, por medio de la renuncia absoluta a todo cuanto significa pecado o afecto al pecado. Ayúdanos oh María, a realizar este gran cambio. Destruye en nosotros, por tu Concepción Inmaculada, las raíces de la concupiscencia y apaga sus llamas, humilla las altiveces de nuestro orgullo. Acuérdate que si

Dios te eligió para morada suya, fué únicamente como medio para venir luego a morar en nosotros.

¡Oh María, Arca de la alianza, hecha de madera incorruptible, revestida de oro purísimo! ayúdanos a corresponder a los inefables designios de Dios, que después de haberse honrado en tu pureza incomparable, quiere también serlo en nuestra miseria; pues sólo para hacer de nosotros su templo y su más grata morada nos ha arrebatado al demonio. Ven en ayuda nuestra, tú que, por la misericordia de tu Hijo, jamás conociste el pecado. Recibe en este día nuestras alabanzas. Tú eres el Arca de salvación que flota sobre las aguas del diluvio universal; el blanco vellón, humedecido por el rocío del cielo, mientras toda la tierra está seca; la Llama que no pudieron apagar las grandes olas; el Lirio que florece entre espinas; el Jardín cerrado a la infernal serpiente; la Fuente sellada, cuya limpidez jamás fué turbada; la casa del Señor, sobre la que tuvo siempre puestos sus ojos, y en la que jamás entró nada con mancilla; la mística Ciudad, *de la que se cuentan tantos prodigios.* (Salmo. LXXXVI.) ¡Oh María! nos es grato repetir tus títulos de gloria, porque te amamos, y la gloria de la Madre pertenece también a los hijos. Sigue bendiciendo y protegiendo a cuantos te honran en este augusto privilegio, tú que fuis-

te concebida en este día; y nace cuanto antes, concibe al Emmanuel, dale a luz y muéstrale a los que le amamos.

MISA

El Introito es un canto de acción de gracias, tomado de Isaías y David. Celebra en él María los excelsos dones con que el Señor la honró, y la victoria que alcanzó sobre el infierno.

INTROITO

Gozosa me regocijo en el Señor, y mi alma se alegra en mi Dios: porque me vistió con vestidos de salud: y me cubrió con manto de justicia, como a una Esposa adornada con sus joyas. *Salmo:* Te exaltaré, Señor, porque me recibiste: y no alegraste a mis enemigos sobre mí. — ℣. Gloria al Padre.

La Colecta nos ofrece la aplicación moral del misterio. María fué preservada de la mancha del pecado original porque iba a ser la morada del Dios tres veces Santo. Este pensamiento debe animarnos a acudir a la divina bondad, para conseguir la purificación de nuestras almas.

ORACION

Oh Dios, que por la inmaculada Concepción de la Virgen, preparaste a tu Hijo una digna morada: suplicámoste que, así como la preservaste a ella de toda mancha, por la muerte prevista de tu mismo Hijo, hagas que también nosotros, por su intercesión, lleguemos a ti puros. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría. (Prov. VIII, 22-35.)

El Señor me poseyó desde el principio de sus caminos, antes que hiciera nada en el comienzo. Fuí decretada eternamente, y desde el principio, antes que fuera hecha la tierra. Aún no existían los abismos, y yo había sido ya concebida: aún no habían brotado las fuentes de las aguas: aún no habían sido asentados los montes con su pesada mole: yo fuí engendrada antes que los collados: aún no había hecho la tierra, ni los ríos, ni los quicios del orbe de la tierra. Cuando preparaba los cielos, allí estaba yo: cuando ceñía los abismos con valla y ley inmutable: cuando afirmaba los astros arriba, y nivelaba las fuentes de las aguas: cuando ponía sus términos al mar y dictaba la ley a las aguas, para que no pasaran de sus límites: cuando pesaba los fundamentos de la tierra. Con El estaba yo ordenándolo todo: y me deleitaba todos los días jugando delante de El todo el tiempo: jugando en el orbe de las tierras: y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme: Bienaventurados los que guardan mis caminos. Escuchad el consejo y sed sabios,y no lo despreciéis. Bienaventurado el varón que me oye, y que vela todos los días a mi puerta, y que guarda los umbrales de mi casa. El que me encontrare a mí, encontrará la vida, y beberá la salud en el Señor.

Enséñanos el Apóstol, que Jesús, nuestro Emmanuel, es *el primogénito de toda criatura. (Col.,* I, 15.) Este profundo vocablo significa que el Verbo que, como Dios, es engendrado por el Padre desde toda la eternidad, en cuanto hom-

bre, es anterior a todos los seres creados. Con todo, habiendo salido el mundo de la nada, cuando el Hijo de Dios se unió a la naturaleza creada, hacía ya muchos siglos que el género humano habitaba la tierra. Se trata, pues, del pensamiento divino, y no del orden temporal, al hablar aquí de la anterioridad del Hombre-Dios a toda criatura. Primeramente determinó el Todopoderoso dar a su eterno Hijo una naturaleza creada, la naturaleza humana, y como consecuencia de esta determinación, resolvió crear todos los demás seres espirituales y corporales, para que estuvieran bajo su dominio. He ahí la razón por la cual, la divina Sabiduría, el Hijo de Dios, insiste tanto en el trozo de la sagrada Escritura que la Iglesia nos propone hoy, y que acabamos de leer, sobre su existencia, anterior a todas las criaturas que forman parte del universo. En cuanto Dios, es engendrado en el seno del Padre desde toda la eternidad; en cuanto hombre, estaba en la mente de Dios como modelo de todas las criaturas, antes de que estas salieran de la nada. Pero para ser un hombre como nosotros, según lo reclamaba el decreto divino, debía el Hijo de Dios nacer en el tiempo y nacer de una Madre: esta Madre, por tanto, estuvo presente en el pensamiento de Dios desde toda la eternidad, como el medio de que se había de servir el Verbo para tomar la naturaleza humana; Madre e Hijo están, pues, unidos en el

mismo plan de la Encarnación; María estuvo, por tanto, presente lo mismo que Jesús, en el decreto divino, antes de que la creación saliese de la nada. He ahí por qué, desde los primeros siglos del cristianismo, reconoció la Santa Iglesia en este sublime trozo del sagrado texto, la voz de la Madre unida a la del Hijo, queriendo que fuera leído en las reuniones de los fieles y fiestas de la madre de Dios lo mismo que otros pasos análogos de la sagrada Escritura. Pues, si María participa así en los planes eternos, si en cierto sentido es como su Hijo, anterior a toda criatura ¿podía Dios permitir que estuviese sujeta al pecado original como toda la raza humana? Cierto, que no había de nacer hasta determinado tiempo, lo mismo que su Hijo; pero la gracia se encargaría de desviar el curso del torrente que anega a todos los hombres, para que no fuera tocada en lo más mínimo, y pudiese transmitir a su hijo que debía ser también el Hijo de Dios, el ser humano primitivo, *creado en santidad y justicia.*

El Gradual está compuesto de los elogios que dirigieron a Judit los ancianos de Betulia, cuando aquella mató al enemigo de su pueblo. Judit es una de las figuras de María, que aplastó la cabeza de la serpiente.

El Verso del Aleluya aplica a María las palabras del Cantar de los Cantares, donde se declara a la Esposa, hermosísima y sin mancha.

GRADUAL

Bendita eres tú, oh Virgen María, del Señor Dios excelso, sobre todas las mujeres en la tierra. — ℣. Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú el honor de nuestro pueblo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. Toda hermosa eres, María; y no está en ti la mancha original. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Lucas. (I, 26-28.)

En aquel tiempo fué enviado por Dios el Angel Gabriel a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David, y el nombre de la Virgen era María. Y, habiendo entrado el Angel a ella, dijo: Salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres.

Este es el saludo que trae a María el Arcángel bajado del cielo. Todo en él respira admiración y el más profundo respeto. Nos dice el santo Evangelio que la Virgen se turbó al oír estas palabras, y que se preguntaba a sí misma el significado de aquel saludo. Las sagradas Escrituras nos dan cuenta de otros muchos saludos y ninguno contiene tales alabanzas, como hacen notar los Padres, entre otros San Ambrosio, y San Andrés de Creta, siguiendo a Orígenes. Debióle, pues, extrañar a la prudentísima Vigen un

lenguaje tan halagador, y sin duda pensó, como observan los autores antiguos, en el diálogo de Eva con la serpiente en el paraíso. Quedóse, pues, en silencio, y esperó para contestar a que el Angel hablase por segunda vez.

No obstante eso, Gabriel se había expresado no sólo con elocuencia, sino con toda la profundidad de un Espíritu celestial iniciado en los divinos designios; en su lenguaje sobrehumano anunciaba que había llegado el momento en que Eva debía trasformarse en María. Tenía ante él a una mujer, destinada a la más sublime grandeza, a ser la futura Madre de Dios; pero, en aquel solemne momento era todavía una simple hija de los hombres. Calculad ahora la santidad de María en ese primer estado tal como la describe Gabriel; fácilmente comprenderéis que ya se ha realizado la profecía hecha por Dios en el paraíso terrenal.

Declárala el Arcángel, *llena de gracia.* ¿Qué significa eso sino que esta segunda mujer posee en sí aquello de que el pecado privó a la primera? Y notad que no dice solamente que en ella obra la gracia divina, sino que está repleta de ella. "En los demás reside la gracia, dice San Pedro Crisólogo, pero en María habita la plenitud de la gracia." Todo en ella resplandece con pureza divina y ninguna sombra de pecado ha empañado nunca su hermosura. ¿Queréis penetrar el alcance de la expresión angélica? Preguntádselo

a la lengua de que se sirvió el narrador de esa escena. Según los gramáticos, la palabra que emplea va aún más lejos de lo que nosotros indicamos con la expresión "llena de gracia". No sólo se refiere al estado presente, sino también al pasado; es una asimilación nativa de la gracia, un don pleno y perfecto, una permanencia total. El término perdió necesariamente su energía al traducirlo.

Si tratamos de buscar un texto análogo en la Escritura, para penetrar mejor en el sentido de la expresión por medio de una confrontación, podemos encontrarlo en el Evangelista San Juan. Al hablar de la humanidad del Verbo encarnado, la describe con una sola palabra: dice, que está "*llena de gracia y de verdad*". ¿Sería real esa plenitud, si hubiera existido un solo instante, en que el pecado hubiera ocupado el lugar de la gracia? ¿Podríase llamar *lleno* de gracia quien hubiera tenido necesidad de ser purificado? Naturalmente hay que considerar respetuosamente la distancia que separa a la humanidad del Verbo encarnado, de la persona de María, en cuyo seno tomó el Hijo de Dios esa humanidad; pero el sagrado texto nos fuerza a confesar que en la una y en el otro reinó la plenitud de la gracia, proporcionalmente.

Continúa Gabriel enumerando los tesoros sobrenaturales de María. "El Señor es contigo", la dice. ¿Qué significa eso sino que antes de con-

cebirle en su casto seno, ya le posee en su alma? Ahora bien, podrían subsistir esas palabras si hubiéramos de entender, que su unión con Dios no fué perpetua, y que sólo se efectuó después de la expulsión del pecado. ¿Quién osaría afirmarlo? ¿Quién osaría pensarlo, siendo el lenguaje del Angel tan majestuoso? ¿No se siente aquí con evidencia el contraste entre Eva, donde el Señor no mora, y la segunda mujer, la cual le recibió en si como Eva desde el primer momento de su existencia, y le conservó con fidelidad, permaneciendo siempre en su estado primitivo?

Para captar aún mejor el propósito de las palabras de Gabriel con las que acaba de anunciar la realización de la profecía divina, señalando aquí a la mujer prometida, como instrumento de la victoria sobre Satanás, escuchemos las últimas palabras del saludo. "Bendita tú eres entre las mujeres": ¿qué quiere decir esa frase sino que, hallándose todas las mujeres comprendidas en la maldición lanzada sobre Eva, y condenadas a dar a luz con dolor, es ésta la única que fué siempre bendita, que fué siempre enemiga de la serpiente, y que dará a luz sin dolor el fruto de sus entrañas?

La Concepción inmaculada está, pues, implícita en el saludo de Gabriel, y ahora comprendemos por qué ha elegido la Santa Iglesia este trozo del Evangelio para leérselo hoy a los fieles.

Después del canto triunfal del Símbolo de la fe, entona el coro el Ofertorio, compuesto con palabras del saludo angélico. Digamos a María con Gabriel: Verdaderamente eres llena de gracia.

OFERTORIO

Salve, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres, aleluya.

SECRETA

Acepta, Señor, la saludable hostia que te ofrecemos en la fiesta de la inmaculada Concepción de la Bienaventurada Virgen María, y haz que, así como confesamos que, con tu gracia preveniente la preservaste a ella inmune de toda mancha, así, por su intercesión, seamos libertados de todas las culpas. Por el Señor.

Para demostrar su entusiasmo, no se contenta la Iglesia con la acción de gracias ordinaria en su Prefacio; tiene que unir a sus alegres acentos el recuerdo de la Virgen gloriosa y Madre de Dios, cuya Concepción es principio de su esperanza y anuncio de la próxima aparición de la *Luz eterna*.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor Santo, Padre Omnipotente, eterno Dios. Y que te alabemos, bendigamos y prediquemos en la Concepción inmaculada de la Bienaventurada siempre Virgen María. La cual concibió a tu Unigénito por virtud del Espíritu Santo, y permaneciendo (en ella) la gloria

de la virginidad, dió al mundo la Luz eterna, a Jesucristo, Nuestro Señor. Por quien a tu majestad alaban los Angeles, le adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión: ¡Santo, Santo, Santo!

Durante la Comunión, se une la Iglesia a David para proclamar con él, las grandezas de la mística Ciudad de Dios.

COMUNION

Gloriosas cosas se han dicho de ti, María; porque te hizo grandes cosas el que es poderoso.

POSCOMUNION

Haz, Señor Dios nuestro, que los Sacramentos, que hemos recibido, reparen en nosotros las heridas de aquella culpa, de la cual preservaste inmaculada de un modo singular la Concepción de la Bienaventurada María. Por el Señor.

9 DE DICIEMBRE

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Meditemos en María Inmaculada que viene al mundo nueve meses después de su Concepción, alentando más cada día las esperanzas de los

hombres. Admiremos la *plenitud de la gracia* que Dios puso en ella, y contemplemos a los santos Angeles envolviéndola en amoroso respeto como a futura Madre de quien ha de ser jefe de la naturaleza angélica lo mismo que de la humana. Vayamos con esta augusta Reina al templo de Jerusalén, donde es presentada por sus padres, San Joaquín y Santa Ana. A los tres años comienza ya a conocer los secretos del amor divino. "Levantábame siempre a media noche, dijo ella a Santa Isabel de Hungría en una revelación, e iba ante el Altar del Templo para pedir a Dios la gracia de poder observar todos sus mandamientos y de hacer en todo su beneplácito. Pedíale sobre todo, que me concediese ver el tiempo en que había de vivir la Virgen Santísima que debía dar a luz al Hijo de Dios. Rogábale me conservase los ojos para verla, mi lengua para ensalzarla, mis pies para obedecer sus mandatos y mis rodillas para adorar al Hijo de Dios entre sus brazos."

Tú misma eras, oh María, esa Virgen digna por siempre de alabanza. Pero el Señor te lo ocultaba aún; y tu celestial humildad no podía permitir que tu pensamiento se detuviera un instante en la idea de que tan alta dignidad pudiera estar reservada para ti. Además, no eras ya libre ante el Señor; la primera y única entre las hijas de Israel, habías renunciado para siempre a la honra de pretender un favor tan excelso,

por temor de que tan feliz privilegio de ser Madre del Mesías, perjudicase, aunque fuera ligeramente, al voto de virginidad que te ligaba a Dios. Tu matrimonio con el casto José, fué por tanto, un triunfo más de tu incomparable virginidad siendo al mismo tiempo conforme a los decretos de la Sabiduría divina, un medio inefable de proporcionarte apoyo en las sublimes necesidades que bien pronto iban a sobrevenirte. Seguímoste ¡oh Esposa de José! hasta tu casa de Nazaret, donde se va a deslizar tu humilde vida; te contemplamos allí como *la Mujer fuerte* de la Escritura, dedicándote a tus quehaceres, y siendo objeto de las complacencias del Padre y de los Angeles. Recogemos tus oraciones en favor de la venida del Mesías, tus homenajes a su futura Madre; y, suplicándote nos asocies al mérito de tus deseos del divino Libertador, nos atrevemos a saludarte como a la Virgen anunciada por Isaías, a la que únicamente pertenece la alabanza y el amor de la *Ciudad redimida.*

EL MISMO DÍA

SANTA LEOCADIA, VIRGEN Y MARTIR
(† 304-345)

Distínguese en Toledo a principios del siglo IV, por su gentileza y gracia singular, la no-

ble doncella Leocadia, del número de las *vírgenes consagradas;* llamábanse así las que hacían profesión de virginidad y vivían con sus familias, edificando a los suyos y vecinos con la práctica de la virtudes cristianas. No era entonces común que las doncellas vivieran a parte en asceterios sujetas a regla y superiora que las custodiara y gobernara.

Las actas del martirio de Leocadia dicen que sus padres eran cristianos, y de noble linaje. Es natural que educaran a la niña con mucho esmero en el santo temor de Dios. Creció en sabiduría y gracia ante Dios y los hombres de manera que toda la ciudad de Toledo la tenía por un prodigio de santidad, y hasta los mismos paganos la miraban como la doncella más cabal de toda la comarca. Su modestia infundía veneración en todos y sentimientos de gran respeto. Su gracioso donaire, su caridad y compasión hacia los menesterosos y su diferencia para con todos, cuyas prendas realzaba una hermosura incomparable, convertíanla en el encanto universal de todos cuantos la veían u oían relatar sus virtudes.

Llegó a principios del siglo IV a Toledo, el pretor Daciano, gobernador de la Tarraconense, hombre crudelísimo y enemigo encarnizado de la religión cristiana, gran adulador de los emperadores. Por congraciarse con ellos, a la vez que satisfacía los feroces instintos propios de fiera

sanguinaria, se ensañó contra los cristianos españoles con todo género de tormentos inauditos que inventó su satánica vesania, pasando de diecisiete mil los mártires que individualmente comparecieron ante su monstruoso tribunal.

Pronto llegó a sus oídos la fama de la virgen Leocadia; dijéronle que era una joven hermosísima, cuyos antepasados habían desempeñado hasta entonces los primeros cargos públicos; que poseía muy agudo ingenio, muchas y raras prendas que la hacían extremadamente amable y agraciada. "Pero es cristiana, añadieron, y como tiene embelesado al pueblo con su virtud modestia y pureza de costumbres, predica su religión, y con sus palabras y ejemplo desacredita grandemente el culto de los dioses."

Pensó Daciano lograr instantáneamente la apostasía de los fieles toledanos si conseguía persuadir a aquella joven cristiana que en opinión de todos era la más celosa y popular, y mandó que al punto se la trajesen.

Cuando Leocadia supo que la llamaba el gobernador pensó en prepararse para el martirio. Renovó con amor supremo la consagración de su virginidad al Señor y le ofreció generosa con fervor su vida en sacrificio. Fué luego al palacio, e intrépida se presentó a Daciano, radiante de virtud y de hermosura. Al verla entrar tan noble y digna, quedó el tirano como suspenso y ad-

mirado, y la recibió con muestras de honor y deferencia.

"Informado estoy, le dijo, de la nobleza de tu linaje, y de los grandes servicios prestados a la República por tus antepasados, y de las raras prendas que adornan tu propia persona; se quedaron cortos los que me las ponderaron. Yo mismo daré parte al emperador del tesoro que se oculta en la ciudad de Toledo. Sigue, pues, mi consejo; deja ya de una vez esa religión que profesas; con esto te favoreceré cuanto pueda, te llevaré a la corte de nuestros augustísimos emperadores y serás de ellos y de todos los patricios romanos muy honrada. Añadió otras razones para apartarla de la fe, y a todo, después de escuchar atenta y sosegada el alegato del juez, contestó Leocadia con tal aplomo, gracia y elocuencia, que todos los presentes quedaron admirados y dieron a entender que aprobaban cuanto había dicho, incluso Daciano mismo. Pero... temió el impío desagradar al emperador y perder su gracia si se mostraba benévolo con los cristianos, y juzgó era vergonzosa cobardía ceder a las razones de una doncellita cristiana; el odio y la soberbia ahogaron la voz de su conciencia."

"Anda, vil esclava, gritó con voz atronadora, eres indigna de pertenecer a la noble familia de que desciendes." Vuélvese luego a los soldados que le rodeaban y les dijo: "Puesto que esa mu-

jerzuela dice gloriarse de ser esclava de un galileo muerto en una cruz, tratadla como a esclava, azotadla sin piedad.” Tomáronla por su cuenta los soldados, la desnudaron y de tal manera la trataron, que su cuerpo quedó terriblemente llagado y afeado. La virgen no exhalaba la menor queja, antes se mostraba alegre, rogaba por los verdugos y daba gracias al Señor que la escogía para dar testimonio de su gloria.

No era intento de Daciano acabar con la santa doncella con aquel tormento, y mandó la encerraran en lóbrego y hediondo calabozo, esperando triunfar de su constancia. Regocijóse Leocadia al oír el nuevo mandato del presidente y con paso decidido caminó hacia la cárcel, ufana de padecer nuevos tormentos por amor de Jesucristo.

Advirtió al pasar, que algunos cristianos y no pocos gentiles lloraban al ver tan lastimado su cuerpo virginal por los azotes. Ea soldados de Cristo, les gritó con rostro alegre, no os aflijáis por mi pena, antes dadme el parabién, pues el Señor me juzgó digna de padecer algo por la confesión de su nombre.

Entró en la cárcel como en la antecámara del cielo, dando gracias a su divino Esposo. Sufría con indecible amor a Jesucristo las incomodidades, los malos tratos de los crueles carceleros, y rogaba por la libertad de los cristianos. Oyó referir los inauditos suplicios de que eran víc-

timas en toda la extensión de España y los pormenores, en particular del martirio heroico de la prodigiosa niña Santa Eulalia de Mérida, y enternecida rogó al Señor se dignase sacarla de este mundo para no presenciar la mengua de nuestra santa religión. Dios la oyó, y haciendo ella con los dedos la señal de la Cruz en la roca de la cárcel, milagrosamente quedó grabada; la besó con inefables trasportes de amor a Jesucristo, y en vivas ansias de llegar a Cristo, exhaló su último suspiro. Era el 9 de diciembre del año 305.

Arrojaron al campo los soldados los restos mortales de la heroína, pero los cristianos se dieron maña para recogerlos con respeto y les dieron honrosa sepultura. Sobre el sepulcro de la Santa, levantó el rey Sisebuto suntuoso templo a honra de Leocadia y en él se celebraron los famosos Concilios de Toledo.

¡Oh graciosa virgen, tiernamente amada y distinguida del celestial Esposo de las almas virginales y castas! ¡ruega por España sobre la que irradió en los primeros siglos, desde tu sepulcro, la luz esplendorosa de la fe cristiana que la hizo inmortal! Bien patente se vió el día en que el glorioso arzobispo toledano S. Idelfonso, rogando devotísimo ante tu sarcófago, levantaste milagrosamente la pesada lápida que le cubría, y apareciste radiante ante el rey y el pueblo entero allí presente, y tocando la orla prelaticia,

exclamaste: "¡Oh Idelfonso! por ti vive la gloria de mi Señora." Conjúrate el santo ruegues por Toledo, y al retirarte de nuevo al lugar de tu reposo, con la daga que ceñía Recesvinto rey de España, cortó un pedazo del velo que cubría tu cabeza y guardó ambos objetos en el Relicario de la iglesia primarcial. Apasionadamente te interesas por el bienestar de nuestra Patria;háznos recordar que incesantemente suplicas a tu Esposo Jesucristo no desfallezca la fe católica en nuestro suelo. Tres templos tienes dedicados a tu nombre en la imperial Toledo, que halles tantos altares erigidos a tu honra en las Españas, cuantos son los corazones españoles que laten al unísono de la misma fe en sus ámbitos.

10 DE DICIEMBRE

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Contemplemos a la castísima María visitada por el Angel Gabriel, al concebir en sus purísimas entrañas al Creador del mundo y Redentor del género humano.

Pero para mejor gustar el fruto de tan inefable Misterio, escuchemos al seráfico San Buenaventura, quien en sus sabrosísimas *Meditaciones sobre la vida de Nuestro Señor,* nos cuenta

con unción inimitable las sublimes escenas del Evangelio, a las que parece haberle hecho asistir el Espíritu Santo.

"Cuando llegó la plenitud de los tiempos en que la Santísima Trinidad había determinado salvar al género humano, del cual se había perdidamente encariñado mediante la Encarnación del Verbo, cuando la Bienaventurada Virgen María volvió a Nazaret, Dios Omnipotente, movido por su misericordia, y oyendo las apremiantes súplicas del Espíritu Santo, llamó al Angel Gabriel y le dijo: "Véte a buscar a nuestra amadísima hija María, desposada con José, para mí más querida que todas las criaturas, y dila que mi Hijo se ha prendado de su belleza y la ha escogido por Madre, y ruégala que acepte con alegría, pues he determinado obrar por su medio la redención del género humano, y quiero olvidar las injurias recibidas.

Levantóse Gabriel, alegre y presuroso, y bajando de las alturas, disfrazado de humana apariencia, en un momento presentóse ante la Virgen María en la alcoba de su casita. Pero no fué tan rápida su bajada que no acudiese Dios antes; allí encontró a la Santísima Trinidad, que se había anticipado a su embajada. Ya ante la Virgen María, la dijo Gabriel, su fiel Paraninfo: "*Dios te salve, llena de gracia; el Señor es contigo; bendita tú eres entre todas las mujeres.*" Pero ella turbada, nada respondió: no por

una turbación culpable, ni por la visión del Angel, a la que ya debía estar habituada; sino, como parece indicar el Evangelio, por la novedad del saludo, pues no acostumbraba a recibirlos de aquel estilo. Ahora bien, como en aquel saludo, se la felicitaba por tres cosas, no podía dejar de turbarse la humilde señora. Comenzó a temer y a pensar si todo aquello sería verdad: no porque creyese al Angel capaz de engañarla; sino porque es propio de los humildes no examinar sus virtudes, sino considerar sus defectos para poder siempre sacar provecho, juzgando pequeñas sus grandes virtudes, y dando mucha importancia a sus más insignificantes defectos. Así pues, como mujer prudente y avisada, nada respondió Nuestra Señora. En realidad ¿qué iba a responder? Aprende tú también a guardar silencio y amar el recogimiento, que son virtudes muy útiles y elevadas. Dos veces escuchó, antes de responder; abominable cosa es para una virgen, ser habladora.

Así pues, conociendo el Angel el motivo de sus dudas, le dijo: "No temas María, no te sonrojen mis alabanzas, porque son verdaderas, pues no sólo eres llena de gracia, sino que la has hallado y alcanzado también para todo el género humano. Porque, he aquí que concebirás y darás a luz al Hijo del Altísimo. El que te eligió por Madre, salvará a todos los pueblos que esperen en El." Entonces respondió ella, aunque sin con-

fesar ni negar todavía la verdad de tales felicitaciones: había aún un punto sobre el que quería asegurarse, el relativo a su virginidad, que amaba por encima de todo y temía perder; por eso, preguntó al Angel la manera cómo se había de realizar tal concepción, diciendo: "¿Cómo se hará eso, pues he hecho voto firme de virginidad ante el Señor, para no conocer a varón durante mi vida?" Y el Angel contestó: "El Espíritu Santo realizará esa obra, cubriéndote de singular manera; por su virtud concebirás sin detrimento de tu virginidad; por eso tu hijo será llamado Hijo de Dios; porque nada hay para El imposible. Y he aquí que tu prima Isabel, a pesar de su estirilidad y de sus muchos años, hace ya seis meses que concibió un hijo por virtud divina.

Considera ahora y medita en la Trinidad allí presente en espera de la respuesta, y del consentimiento de aquella Hija suya sin igual; considera a la Trinidad que contempla con amor y complacencia su modestia, sus modales y palabras. Mira a Gabriel, inclinado con respeto ante su Señora, con el rostro tranquilo y sereno, observando atentamente las palabras de su queridísima Reina; para poderla responder adecuadamente y cumplir la voluntad del Señor en aquella maravillosa obra. Considera la tímida y humilde actitud de Nuestra Señora, su rostro cubierto de pudor, al ser así saludada por el

Angel de improviso. Las palabras de este no le producen vanidad, ni orgullo. Más bien, al oír decir de sí cosas que nunca jamás fueron dichas de nadie, atribúyelo todo a la gracia divina. Aprende, pues, a ser modesto y humilde como ella, pues, sin eso poco valor tiene la virginidad. Regocíjase la prudentísima Virgen y da su consentimiento a las palabras oídas de labios del Angel. Entonces, según refieren sus Revelaciones, se puso de rodillas, y con las manos juntas y en actitud de profunda adoración dijo: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra." Y el Hijo de Dios entró de lleno e inmediatamente en el seno de la Virgen, y tomó en ella carne, sin dejar por eso el seno de su Padre.

Púsose luego Gabriel de rodillas junto a su Reina y Señora; levantóse poco después con ella, inclinóse hasta el suelo, díjole adiós, y desapareció; de vuelta a su patria contó todo lo que le había sucedido; nueva alegría allá arriba, nueva fiesta, regocijo sin precedentes. Por su parte la Señora, enardecida y abrasada en llamas de amor de Dios de manera extraordinaria, y dándose cuenta de haber concebido, dió gracias de rodillas por tan excelso beneficio, suplicando devota y humildemente al mismo Dios y Señor, se dignase iluminarla, de suerte que pudiera realizar puntualmente todos sus deberes para con su hijo."

Así se expresa el Doctor Seráfico. Adoremos respetuosamente a nuestro Creador, en el estado a que le ha reducido su amor por nosotros y su deseo de remediar nuestros males; saludemos también a María, Madre de Dios y Madre nuestra.

EL MISMO DÍA

SAN MELQUIADES, PAPA Y MARTIR

Conmemora la Iglesia en este día al Papa San Melquiades. Este ilustre Pontífice, llamado por San Agustín *verdadero hijo de la paz de Cristo, digno Padre del pueblo cristiano,* subió a la Sede Apostólica el año 311, cuando se hallaba todavía en plena actividad el fuego de la persecución: de ahí que sea honrado como Mártir como algunos de sus predecesores, que, si bien no derramaron su sangre por Cristo, participaron, con todo, de la gloria de los Mártires, por las grandes contrariedades y persecuciones que tuvieron que sufrir con la Iglesia de su tiempo. Mas, el Pontificado de San Melquiades tiene la particularidad de haber echado sus raíces en medio de la tormenta, y haberse desarrollado durante la paz. El año 312, daba Constantino la paz a la Iglesia, y Melquiades tenía la dicha de ver abrirse la era de la prosperidad temporal para los hijos de Dios. Murió en 314.

Su nombre brilla ahora en el ciclo litúrgico, y nos anuncia la Paz que va a bajar pronto del cielo.

Dígnate, pues, oh Padre del pueblo cristiano, pedir al Príncipe de la Paz que al venir a nosotros, destruya toda resistencia y pacifique cualquier insurrección; que reine como Señor en nuestros corazones, inteligencias y sentidos. Pide también la paz para la Santa Iglesia Romana, cuyo esposo fuiste y que ha conservado fielmente tu memoria hasta el día de hoy; dirígela siempre desde lo alto del cielo y atiende a sus deseos.

ORACION

Mira, oh Pastor eterno, favorablemente a tu rebaño y guárdale siempre bajo tu amparo por la intercesión del Bienaventurado Melquiades, Mártir y soberano Pontífice, a quien Tú colocaste como Pastor de toda la Iglesia. Por nuestro Señor Jesucristo.

EL MISMO DÍA

SANTA EULALIA DE MERIDA, VIRGEN Y MARTIR

La Iglesia de España, perla del catolicismo, celebra hoy la memoria de la ilustre mártir que inmortaliza a Mérida, honra de toda la Península Ibérica, alegría de la Iglesia Universal, exclama enajenado de entusiasmo Dom Guéranger. Es la tercera de esas "Vírgenes sabias" cuyo

culto se celebra con más pompa en la Iglesia en tiempo de Adviento; digna compañera de Bibiana, de Bárbara, y de la heroica Lucía que pronto recibirá el homenaje de nuestro culto.

No insertamos aquí el estupendo poema que copia y traduce el Abad de Solesmes; es muy extenso, aunque esa consideración no estorbó a los Padres de nuestra liturgia mozárabe incluirle por entero en el Oficio de la Santa. Consta de cuarenta y cinco estrofas el delicioso cántico, desarrollado en forma descriptiva, histórica.

Sobrehumano es el valor, increíble la audacia con que esa niña de doce años desafía al tirano y se lanza a los suplicios, más pronta y animosa a abrazarse con ellos, que los feroces verdugos a aplicárselos sin miramiento ni asomo de piedad y duelo al cuerpecillo delicado de Eulalia. Es que, bajo las apariencias de niña tierna latía un corazón gigante. Para describirnos y cantar dignamente la lucha inaudita más que homérica de esa heroína contra todo el poder del averno, era menester nada menos que el prócer de la lírica cristiana; a la abanderada del espléndido escuadrón de vírgenes mártires invencibles ha de corresponder el vate más ilustre, el rey de los poetas del cristianismo, el gran Prudencio. Prudencio se dió cuenta cabal del papel glorioso que le deparaba la Providencia de ensalzar a esa niña prodigio que superaba en fortaleza y coraje a los corifeos mismos del mar-

tirio. Se superó a sí mismo el poeta en dulzura, suavidad y gracia, cantando a su heroína, y esculpiendo a la par en sus versos la entereza broncínea de Eulalia, que con delirio santamente loco, andaba a caza de torturas para su cuerpo, asaltándolas con el afán con que los niños golosos se lanzan a los dulces y frutas apetecidas.

Es Eulalia en los anales del heroísmo cristiano una figura desconcertante por su grandeza legendaria; nos cuesta de buenas a primeras dar asenso a la vívida descripción de su martirio, si no paramos mientes en que Cristo mismo por obra y gracia del Espíritu divino forjó de intento ese modelo insuperable de Esposa suya que se lanza desolada a los brazos de su Amado a través de sangre y fuego, y para lograrlo se abreva, degusta y saborea con fruición incontenible los tormentos más atroces.

Y no andan en zaga, en entusiasmo y elocuencia el Breviario y Misal Mozárabes al ensalzar a Santa Eulalia. No se halla cosa tan soberbiamente magnífica, dice Dom Guéranger, como los elogios consagrados a su memoria por la antigua Iglesia de España. Citamos casi al azar, añade, en el Misal, las dos hermosas composiciones escogidas entre otras veinte que pudieran ser preferidas:

Oración — Regocíjese en Vos, Señor, la virginidad, y codeándose con ella la continencia tome parte en la alegría. He aquí una guerra, en que no figura el sexo

sino el valor. No estriba la defensa en la espada sino en el pudor. No se entabla la lucha entre personas sino entre causas. Una conciencia inocente atraviesa sin heridas los batallones armados; la que triunfó del asalto de los sentidos, triunfará del hierro. Vencerá fácilmente a los demás el que se vence a sí mismo; y si la virtud es loable en el hombre, la virgen que despliega viril fortaleza es digna de mayores elogios, Una virgen sagrada entra en una asamblea profana, y llevando en su pecho a solo Dios triunfa de los suplicios. No falta allí un lictor tan imprudente como cruel que lanzando las saetas impúdicas de sus miradas, tortura con infame suplicio a quien podemos apellidar Esposa de Cristo, de manera que la ajena al adulterio tiene que soportar castigo adúltero. Luego, el verdugo, para someterla a más ruda prueba, expone el cuerpo de la Virgen ante los ojos de los espectadores, y a lo largo de sus caderas desgarradas corre en arroyuelos la sangre más rápidamente que la mano del lictor, lo es para abrir nuevas llagas en las entrañas surcadas de crueles azotes. La sacrílega intención del verdugo queda confundida, y no aparece aquí otro vergonzoso espectáculo que el de los fieros tormentos. Desnuda está nuestra Virgen, pero es desnudez pudorosa. Uno y otro sexo aprenda pues, de esta Virgen a ambicionar no la hermosura sino la virtud, a amar la fe, no los encantos del cuerpo. El que quiere agradar al Señor, entienda ha de ser juzgado, no por los atractivos del rostro, sino por su pudor. Y ahora, oh Cristo, ya que por ti mereció esta Virgen, por ti también llevó felizmente a cabo su glorioso papel, (pues no acertaríamos a rehuir las dudas del enemigo sino el apoyo de tu divinidad) dígnate otorgarnos que, así como esta bienhadada Mártir ganó por su lucha varonil el premio de la castidad, alcancemos el perdón de nuestros desmanes, la recompensa prometida.

Ilación.—Digno y justo es, Señor Dios, que te demos gracias a Ti que colocaste en el pavés de la gloria a esta Virgen prudente fiel discípula de la fe; a Ti que haciendo fuese María madre, hiciste también que Eulalia fuese mártir, la una feliz en dar a luz la otra feliz muriendo; la una llevando a cabo el ministerio de la Encarnación del Verbo, la otra apropiándose la imitación de sus padecimientos; la una creyó al Angel, la otra resistió al enemigo; la una elegida para que Cristo naciera de ella, la otra escogida para que el diablo fuera vencido por ella. Eulalia Mártir y Virgen fué en verdad digna de agradar a su Señor; protegida por el Espíritu Santo aguantó rudo combate a la delicadeza de su sexo. Viósela por encima de toda fuerza humana ofrecerse a las torturas en alas del celo de tu amor; cuando a honra de tu precioso Unigénito derramó su sangre en testimonio de generosa confesión, y entregó a las llamas sus castas entrañas en olor de suave incienso. Va sin ser llamada al tribunal de un gobernador sanguinario. Allí se manifiesta su alma tan incapaz de disimulo, como el lugar mismo convidaba a señalado triunfo. Quiere conquistar un reino, menospreciar los suplicios, encontrar al que busca y ver, finalmente, al que habrá confesado. No le asusta la pena, no duda de su triunfal corona, el potro no la ha rendido, no desconfía del premio. La preguntan, confiesa; la arrancan la vida y es coronada. Por estupendo prodigio subiendo el espíritu de la Virgen hacia ti por la llama al exhalar el postrer suspiro, tu Majestad soberana le recibe en figura de paloma; de modo que la Mártir escala los cielos con el símbolo maravilloso con que ¡oh Padre celestial! mostraste tu Hijo a la tierra. Pero los mismos elementos no sufren que el cuerpecillo de la Mártir permanezca sin honra; nieve del cielo a guisa de vellocino gracioso viene a cubrir y discretamente velar aquellos restos que pre-

gonan la austeridad de la virtud, el candor de la virginidad. El cielo mismo aporta la pompa de espléndida sericordia del Redentor, el alma de la Virgen es entronizada en la celestial mansión en desquite de la mortaja aérea en tan augustos funerales, y por la misepultura terrestre.

Ten a bien, Mártir gloriosa, unamos nuestra admiración a los sublimes cánticos que la Iglesia entona a honra tuya. Habiendo enajenado tu corazón Virgen heroica el amor de Cristo, no sentías los tormentos, o, mejor dicho, el dolor era sustento y cebo de tu amor en ausencia de ese Esposo que podía él solo colmar tus deseos. Con ese ardor invencible con esa tu audacia magnánima que te impedía a desafiar a los tiranos y el furor de la plebe, nada había tan inefablemente dulce como tu sonrisa, nada tan tierno como tus palabras. Alcánzanos, Esposa de Cristo, siquiera un poquito de esa valentía que jamás se abate delante del enemigo, de ese tierno amor a nuestro Señor Jesucristo que, solo, libra a las almas de tibieza y orgullo.

¡Oh tú, gloria de Iberia, paloma de paz, ten piedad de esa tierra católica que te crió para el cielo! No sufras palidezca la antigua fe en una Iglesia que brilló entre todas las otras con esplendor sin igual durante tantos siglos. Ruega, Eulalia, para que los días de la tribulación en tiempo de borrasca se abrevien, y Dios, cediendo a tus ruegos, confunda la sacrílega audacia de los impíos resueltos a aniquilar el reino de Dios en la tierra; inspire al clero la fortaleza y energía de tiempos pasados, haga fecunda la sangre de los mártires que ha sido ya derramada, pare en seco el escándalo de que son tan fácilmente víctimas el pueblo sencillo y los débiles, que se digne, por fin, no borrar

a España del número de las naciones católicas, y perdone a hijos degenerados en atención a sus padres [1].

* * *

Las reliquias de esta mártir incomparable, enriquecen hoy la sede y región ovetense donde fueron trasladadas hace ya muchos siglos, para sustraerlas a la profanación de las hordas agarenas invasoras. Es Patrona ilustre de la diócesis. Hubiéramos deseado que en vez de los himnos de la festividad, de mediocre inspiración lírica, se usaran las viriles estrofas del inmortal Prudencio. Algo más acertados estuvieron en las encomias tributadas a Santa Eulalia, nuestros antiguos Padres de la Iglesia mozárabe.

11 DE DICIEMBRE

SAN DAMASO, PAPA Y CONFESOR

Aparece este gran Pontífice en el ciclo, no para anunciar la paz como San Melquiades, sino como uno de los más ilustres defensores del gran Misterio de la Encarnación. Sale por los fueros de la divinidad del Verbo, condenando como su

1 Así hablaba D. Guéranguer en el primer tercio del siglo pasado, y los apuros y pruebas por que pasó entonces la Iglesia en nuestra patria, acaban de verse reproducidas en proporciones mayores en nuestros días, y también gracias al favor del cielo, superadas.

predecesor Liberio los actos del famoso concilio de Rimini, y a sus fautores; afirma con su soberana autoridad la perfecta Humanidad del Hijo de Dios encarnado, condenando la herejía de Apolinar. Finalmente, el encargo que dió a San Jerónimo de trabajar en una nueva versión del Nuevo Testamento sobre el original griego para uso de la Iglesia Romana, podemos considerarlo como un nuevo y evidente testimonio de su fe y amor para con el Hombre-Dios. Honremos a tan gran Pontífice llamado por el concilio de Calcedonia, *ornamento y fortaleza de Roma por su piedad,* y a quien su ilustre amigo y protegido San Jerónimo califica de *hombre excelente, incomparable, sabio en las Escrituras, Doctor virgen, de una Iglesia virgen.*

VIDA. — San Dámaso, de sangre romana, sucedió en la silla de Roma al Papa Liberio, el año 366. No sólo veló por la pureza de la fe, sino que conservó los antiguos monumentos cristianos; restauró las Catacumbas, adornó los sepulcros de los Mártires con elegantes epitafios, hizo prevalecer la primacía de la sede romana, haciéndola reconocer por todo el Oriente y Occidente. Reglamentó la oración pública con el canto de los Salmos, a dos coros; encargó a San Jerónimo la traducción del Salterio y murió en el año 384. Sus restos fueron transportados a la Iglesia de San Lorenzo que lleva su nombre: *in Damaso.*

Fuiste durante tu vida, oh Santo Pontífice Dámaso, lumbrera de los hijos de la Iglesia, pues

les distes a conocer al Verbo encarnado, protegiéndolos contra las nefastas doctrinas por medio de las cuales trata siempre el infierno de destruir el glorioso Símbolo, donde se nos revela la infinita misericordia de un Dios para con la obra de sus manos, y la sublime dignidad del hombre redimido. Desde lo alto de la Cátedra de Pedro supiste fortalecer la fe de tus hermanos; la tuya jamás desfalleció, porque Cristo había rogado por ti. Nos congratulamos, oh Doctor virgen de la Iglesia virgen, del galardón eterno concedido a tu integridad por el Príncipe de los Pastores. Haz descender sobre nosotros desde lo alto del cielo, un rayo de esa luz que te manifiesta a Jesús en su gloria, para que podamos verle, reconocerle, y gustarle en medio de la humildad bajo cuya capa va a mostrársenos bien pronto. Consíguenos el entendimiento de las sagradas Escrituras en cuya ciencia sobresaliste como Doctor, y la docilidad a las enseñanzas del soberano Pontífice, a quien se dijo en la persona del Príncipe de los Apóstoles: *Duc in altum Conduce a la alta mar.*

¡Oh poderoso sucesor de aquel pescador de hombres! haz que todos los cristianos se sientan animados de los mismos sentimientos que animaban a Jerónimo, cuando dirigiéndose a tu Autoridad en una célebre Epístola, decía: Quiero consultar a la Cátedra de Pedro, quiero que de ella me venga la fe, alimento de mi alma. Ni la

amplia planicie de los mares, ni la lejanía de las tierras, me podrán detener en la búsqueda de esta preciosa perla: donde se halla el cuerpo, es natural que se reúnan las águilas. El Sol de justicia se levanta ahora en Occidente: por eso pido al Pontífice la Víctima de salvación y al Pastor la ayuda para su oveja. La Iglesia está edificada sobre la Cátedra de Pedro; el que come el Cordero fuera de esta Casa es un extraño; el que no se hallare dentro del Arca de Noé, perecerá en las aguas del diluvio. No conozco a Vidal; nada tengo que ver con Melecio; ignoro a Paulino: el que contigo no recoge, oh Dámaso, esparce lo recogido; porque el que no está con Cristo, está con el Anticristo.

* * *

Pensemos en el Salvador divino que se encuentra en el seno de su Madre, la purísima María, y adoremos con los santos Angeles, el profundo anonadamiento a que se ha reducido por amor nuestro. Contemplémosle ofreciéndose a su Padre por la redención del género humano, comenzando ya a cumplir con su oficio de Mediador que se ha dignado aceptar. Admiremos con emoción ese amor infinito que no se ha contentado con el primer acto de humildad, cuyo mérito es tan grande que pudiera haber bastado para rescate de millones de mundos. El Hijo de Dios quiere pasar nueve meses en el seno de su Madre,

como los demás niños, nacer después en la pobreza, vivir en medio de trabajos y sufrimientos, y hacerse obediente hasta la muerte y muerte de Cruz. ¡Sé bendito y amado, oh Jesús, por tan gran amor! Ahí estás ya, bajado del cielo, para ser la Hostia que ha de reemplazar a todas las demás víctimas inútiles, que no han sido capaces de borrar el pecado de los hombres. La tierra posee ya a su Salvador, aunque no le ha contemplado todavía. Dios no la maldecirá ya, gracias a ese tesoro que la enriquece. Mas, descansa aún, oh Jesús, en las castas entrañas de María, en esa Arca viviente, de la que eres verdadero Maná, destinado a ser manjar de los hijos de Dios. Con todo, se acerca la hora, oh Salvador, en que tendrás que salir de ese santuario. En vez de la ternura de María te encontrarás con la malicia de los hombres; no obstante eso, te suplicamos y osamos recordarte, que debes nacer, en el día señalado: es la voluntad de tu Padre; es el deseo del mundo, y así lo esperan todos los que te aman.

12 DE DICIEMBRE

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Consideremos hoy a la purísima María después de haber concebido en su seno al Verbo de Vida, rebosando los sentimientos que le inspiran

su profunda piedad para con su soberano Señor, y su inefable ternura de Madre para con semejante Hijo. Admiremos tan alta dignidad, tributémosla nuestros homenajes, y gorifiquemos a la Madre de Dios. Cúmplese en ella la profecía de Isaías: *Una Virgen concebirá y dará a luz un Hijo;* profecía de que se hacían misterioso eco, los mismos Gentiles; no hay por qué quitar a la ciudad de Chartres, como lo hizo un siglo que fué más ignorante que racionalista, la gloria de haber dedicado un altar a la Virgen que debía dar a luz, *Virgini pariturae;* antes bien, habría que atribuir esa gloria a otras muchas ciudades de Occidente. Pero, ¿cómo expresar la dignidad de esta Virgen que lleva en su bendito seno al Salvador del mundo? Si Moisés, al salir de su coloquio con Dios, apareció a la vista del pueblo de Israel, con la cabeza iluminada por los rayos de la majestad de Yahvé [1] ¿qué aureola rodearía a María, pues llevaba consigo, como un cielo vivo, al mismo soberano Señor? Pero, la divina Sabiduría se encargó de ocultar esos destellos a los ojos de los hombres, para que, por la gloria anticipada de su Madre, no se menoscabase la humildad que el Hijo de Dios había escogido como medio de manifestarse a ellos.

El Cantar de los Cantares nos da alguna idea de los sentimientos que embargaron al Corazón

---

[1] *Exodo,* XXXIV, 29-35.

de María durante los nueve meses de inefable unión con el Verbo divino, al poner estas palabras de amor en boca de la Esposa: "Héme aquí sentada a la sombra de quien yo deseaba, su fruto es sabroso a mi paladar; cuando yo duermo, mi corazón vigila. Derrítese mi alma a la voz del Amado; mío es El y Yo soy suya, aquel que se apacienta entre las azucenas de mi virginidad, hasta que se levante el día de su Nacimiento, y desaparezcan por fin las tinieblas del pecado." A veces también, incapaz de contener, en la flaqueza de su carne mortal, el amor que la abrasa, dirige esta llamada a sus amigas, las almas piadosas: "¡Hijas de Jerusalén! cubridme con flores, rodeadme de embalsamados frutos, porque desfallezco de amor." Esa dulcísima frase, dice Pedro de Celles en su Sermón de la Vigilia de Navidad, esa dulcísima frase es propia de la Esposa que *habita en los jardines,* y que ve aproximarse el día de su divino alumbramiento. ¿Hay algo más amable entre todas las criaturas, que esta Virgen, amante del Señor, pero antes por El amada? Llamásela en el Cántico *cervatilla eternamente querida.* ¿Qué cosa más amable que el Hijo de Dios, nacido en la eternidad y eternamente amado; formado, como dice el Apóstol, al final de los tiempos en el seno de la amada, y siguiendo la expresión del Cántico, hecho *un cervatillo,* objeto de su ternura? Recojamos, pues, y preparemos nuestros ramilletes

para ofrecérselos al Hijo y a la Madre. He aquí las flores que de un modo especial podemos presentar a Nuestra Señora: "Purifiquemos y renovemos nuestros cuerpos por medio de Jesús, que se llama a sí mismo *Flor de los campos y Lirio de los valles*, y esforcémonos por acercarnos a El por la castidad. Defendamos de todo extraño contacto, la flor de la pureza, porque se aja y marchita en un momento, si se la expone al menor soplo insano. Lavemos nuestras manos para poder ofrecerla con inocencia; recojamos flores en el jardín del Señor para el Nacimiento del nuevo Rey, con un corazón puro, un cuerpo casto, unos labios santificados y un alma intacta; envolvamos en estas flores a la Santa de las Santas, a la Virgen de las Vírgenes, a la Reina de las Reinas, a la Señora de las Señoras, para que merezcamos participar de las gracias de su Alumbramiento."

13 DE DICIEMBRE

SANTA LUCIA, VIRGEN Y MARTIR

El nombre de Lucía se halla junto a los de Agueda, Inés y Cecilia en el Canon de la Misa. En estos días de Adviento su nombre nos anuncia la *Luz* que se acerca, y proporciona un maravilloso consuelo a la Iglesia. Lucía es también una de las tres grandes glorias de la Sicilia cris-

tiana; triunfa en Siracusa, así como Agueda brilla en Catania y Rosalía embalsama a Palermo con sus aromas. Festejémosla, pues, con amor, para que nos ayude en este santo tiempo, y nos introduzca junto a Aquel cuyo amor la dió la victoria sobre el mundo. Pensemos también, que el Señor quiso rodear la cuna de su Hijo de Vírgenes escogidas, no contentándose con la aparición de Apóstoles, Mártires y Pontífices, para que, en medio de las alegrías de esa venida, no olvidasen los hijos de la Iglesia llevar al pesebre del Mesías y al lado de la fe que le honra como a soberano Señor, la pureza del corazón y de los sentidos, que nada puede reemplazar en aquellos que quieren acercarse a Dios.

VIDA. — Aunque nada dice de su martirio el Martirologio jeronimiano, los Sacramentarios gregoriano y gelasiano señalan su fiesta, y su nombre es pronunciado en el canon romano y ambrosiano. Son innumerables los monumentos que hablan de la veneración que los fieles la tributaron. San Gregorio, en 597, menciona un Monasterio de santa Lucía, en Siracusa. En todo el mundo consagráronse numerosos templos en su honor. Según opinión de muchos, sus Actas son de carácter legendario. Aparece su nombre en las Letanías de los Santos y en las de los agonizantes. Se la invoca como abogada contra la ceguera y mal de ojos.

A ti nos dirigimos, Virgen Lucía, para obtener la gracia de ver en su humildad al que tú contemplas ya en la gloria; dígnate recibirnos bajo tu poderoso amparo. Tu nombre significa

Luz: sé nuestro faro en la noche que nos rodea. ¡Oh lámpara siempre brillante con los destellos de la virginidad! ilumina nuestros ojos; cura las heridas que en ellos ha hecho la concupiscencia, para que, por encima de las criaturas, se eleven hasta la Luz verdadera que luce en las tinieblas, y que las tinieblas no comprenden. Haz que, purificados nuestros ojos, vean y reconozcan en el Niño que va a nacer, al Hombre nuevo, al segundo Adán, modelo de nuestra nueva vida. Acuérdate también, Virgen Lucía, de la Santa Iglesia Romana, y de todas las que guardan su mismo rito en el Sacrificio, y diariamente pronuncian tu dulce nombre en el altar, en presencia de tu Esposo, el Cordero, a quien sin duda le agrada oírlo. Derrama especiales bendiciones sobre la isla que te dió la luz terrena y la palma de la eternidad. Mantén en ella la integridad de la fe, la pureza de las costumbres, la prosperidad material, y cura todos los males que conoces.

EL MISMO DÍA

SANTA OTILIA, VIRGEN Y ABADESA

Otilia es la quinta de las Vírgenes prudentes que nos han de conducir, al fulgor de sus lámparas, hasta la cuna del Cordero, su Esposo. No dió ésta por El su sangre como Bibiana, Bárbara, Eulalia y Lucía; únicamente le ofreció sus lá-

grimas y su amor; pero la blancura de azucena de su corona forma muy agradable combinación con la púrpura de rosas que ciñe la frente de sus compañeras. Su nombre es venerado en el Este de Francia: al otro lado del Rhin su memoria es todavía popular y querida; los doce siglos que han pasado sobre su glorioso sepulcro no han podido entibiar la tierna veneración que la profesan, ni disminuir el número de peregrinos que todos los años acuden en tropel a la cumbre de la sagrada montaña donde reposa su cuerpo. La sangre de esta ilustre virgen es la misma de los Capetos y de la familia imperial de los Habsburgos; tantos son los reyes y emperadores que descienden del valiente duque de Alsacia Adalrico, o Euticón, padre de la dulce Otilia.

Vino al mundo el año 660, privada de la luz de sus ojos. Al nacer rechazó el padre a aquella niña, que parecía abandonada por la naturaleza para que resaltara más en ella el poder de la divina gracia. Un claustro fué el refugio que acogió a la pequeña desterrada, quien había sido arrancada a los brazos de su madre; y Dios, que quería probar en ella la virtud del sacramento de la regeneración, permitió que la fuera diferido el bautismo hasta la edad de trece años. Llegó por fin el momento en que debía Otilia recibir el sello de los hijos de Dios. Y ¡oh prodigioso! al salir de la fuente bautismal, la joven

alcanzó repentinamente la vista; semejante don no era mas que una débil imagen de la luz de la fe que en aquel momento se había encendido en su alma. Este milagro devolvió a Otilia a su padre y al mundo; tuvo entonces que sostener mil combates en defensa de su virginidad, que había consagrado al celestial Esposo. Las gracias de su persona y el poderío de su padre la atrajeron los más ilustres pretendientes. Pero ella triunfó; y el mismo Adalrico construyó sobre las rocas de Hohenburg el monasterio en que Otilia había de servir al Señor, presidiendo un numeroso enjambre de sagradas vírgenes, y sirviendo de consuelo a todas las humanas miserias.

Después de una larga vida, enteramente dedicada a la oración, a la penitencia y a las obras de misericordia, llegó por fin para la virgen el momento de recoger la palma. Era el 13 de diciembre del año 720, fiesta de Santa Lucía. Las hermanas de Hohenburg se aglomeraban en torno a su Santa Abadesa, ansiosas de recoger sus últimas palabras. Un éxtasis le había privado del sentido de lo terreno. Temerosas de que se fuese al celestial Esposo sin haber recibido el Santo Viático, que debe conducirnos a la posesión de nuestro último fin, sus hijas se creyeron en la obligación de despertar a su madre de aquel místico sueño que parecía hacerla insensible a los deberes de aquel momento. Volvió en

sí Otilia, diciéndolas con ternura: "Queridas madres y hermanas, ¿por qué me habéis molestado? ¿por qué imponer a mi alma nuevamente la carga del cuerpo que ya había abandonado? Por gracia de Dios, me hallaba en compañía de la virgen Lucía, y eran tan grandes las delicias de que gozaba que ni la lengua sabría referirlas, ni el oído oírlas, ni el ojo humano contemplarlas." Apresuraránse a dar a la compañera de Lucía el pan de vida y el cáliz sagrado. Una vez recibidos, volóse con su celestial hermana, y el trece de diciembre unió para siempre la memoria de la Abadesa de Hohenburg a la de la Mártir de Siracusa.

¡Oh Otilia! admirables fueron en ti los caminos del Señor, pues se dignó mostrar en tu persona todos los tesoros de su gracia. Al privarte de la vista corporal, que más tarde había de devolverte, acostumbró a los ojos de tu alma a no mirar mas que las bellezas divinas, de suerte que cuando la luz sensible volvió a ellos, ya habías escogido la mejor parte. La dureza del padre te privó de las inocentes dulzuras de la familia; pero estabas llamada a ser madre espiritual de muchas nobles hijas, que como tú, supieron despreciar el mundo y sus grandezas.

Tu vida fué humilde, porque supiste comprender las humillaciones de tu celestial Esposo; tu amor a los pobres y enfermos te hizo semejante a nuestro divino Salvador que vino a to-

mar sobre sí todas nuestras miserias. ¿No le imitaste en los rasgos con que nos va a mostrar su persona, cuando con tierna compasión acogiste a un pobre leproso rechazado por todos? Estrechástele entre tus brazos, con valor de madre y llevaste el alimento a su boca desfigurada; ¿no viene a hacer eso mismo con nosotros nuestro Emmanuel, descendido del cielo para curar nuestras llagas con fraternales abrazos, y para darnos el alimento divino que en Belén nos prepara? Sintió el leproso que mientras recibía las caricias de tu caridad, le desaparecía de repente aquella espantosa enfermedad que le alejaba de los hombres. En lugar de aquella horrible fetidez que exhalaban sus carnes, se desprendía ahora un suavísimo aroma de sus miembros renovados: ¿no es también eso mismo lo que Jesús va a realizar en nosotros? También a nosotros nos cubría la lepra del pecado; su divina gracia la hace desaparecer, y el hombre regenerado esparce alrededor de sí el buen olor de Cristo.

Oh Otilia, en medio de las alegrías que compartes con Lucía, no te olvides de nosotros. Ya conocemos tu compasivo corazón. No hemos echado en olvido el poder de tus lágrimas que sacaron a tu padre del purgatorio, abriendo las puertas de la patria celestial al que te desterró un día de tu familia terrena. Ahora no puedes ya derramar lágrimas; tus ojos, abiertos a la luz del cielo contemplan al Esposo en su gloria, y

ejerces un poderoso influjo sobre su corazón. Acuérdate que también nosotros somos pobres y enfermos, y cura nuestras enfermedades. El Emmanuel que va a venir, se presenta a nosotros como médico de las almas. Nos asegura que "no viene para los sanos, sino para los enfermos". Suplícale, pues, que nos libre de la lepra del pecado, y que nos haga semejantes a él. No olvides tampoco a Francia, y ampárala, tú que llevaste en tus venas la misma sangre que muchos de sus reyes y emperadores; ayúdala a recuperar su antigua fe y su prístina grandeza. Cuida de los últimos restos del Sacro Imperio Romano; los miembros de este gran cuerpo han sido disgregados por la herejía; pero, sin duda volverán a la vida, si se digna el Señor, movido por tus oraciones, devolver a Alemania a la unidad de la fe, y a la obediencia de su Santa Iglesia. Ruega para que todo esto se realice en honor de tu Esposo, y para que las naciones hartas ya del error y de las disensiones, se unan unas con otras para proclamar el reino de Dios sobre la tierra.

* * *

Pensemos hoy en la santísima Virgen que sale de su humilde retiro para visitar a su prima Santa Isabel. Celebra la Iglesia este Misterio el viernes de las Cuatro Témporas de Adviento, como puede verse ese día, en el *Propio del Tiempo*. Una vez más, tomaremos de San Buenaven-

tura el relato de esta sublime escena, convencidos de que nada será tan agradable a nuestros lectores, como oír de nuevo la voz de este Seráfico Doctor, quien mucho mejor que nosotros, revelará a las almas piadosas los admirables preludios del Nacimiento del Salvador.

"Luego, repasando Nuestra Señora las palabras que oyó al Angel sobre su prima Isabel, se determina a visitarla para darla el parabién, y al mismo tiempo ponerse a su servicio. Sale, pues, de Nazaret en compañía de su esposo José, hacia la casa de aquella piadosa Señora, que vivía a unas catorce o quince millas de Jerusalén. Ni la aspereza ni la largura del camino la detienen; acude presurosa, porque es poco amiga de permanecer en público, y porque tampoco se lo estorba el embarazo de su Hijo, como acontece a las demás mujeres, pues jamás fué Jesús una carga para su madre. Considerad cómo la Reina del cielo y de la tierra va sola con su esposo, y no a caballo sino a pie. Nada de escoltas de soldados o nobles; nada de camareras ni damas de honor; con ella van la pobreza, la humildad, la modestia y la suma de todas las virtudes. Lleva más todavía, lleva al Señor, el cual tiene por cortejo una excelsa y honrosa compañía, pero no la vana y pomposa del mundo.

Así pues, al entrar en la casa de Isabel, salúdala la santa Señora, con estas palabras: "¡Dios

te salve, hermana Isabel!" Entonces ella saltando de gozo, fuera de sí de alegría, y repleta del Espíritu Santo, se levanta y abraza con toda ternura a Nuestra Señora; luego, sin poder contener su regocijo exclama: *Bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga hasta mí la Madre de mi Señor?* Y, en cuanto hubo la Virgen saludado a Isabel, fué repleto Juan del Espíritu Santo en el seno de su madre, y al mismo tiempo lo fué también ella. No recibió la Madre el Espíritu Santo antes que el hijo, sino que enriquecido este con aquel don celestial, trasmitió de su plenitud a la madre, no obrando directamente en su alma, sino mereciendo que el Espíritu Santo obrase en ella; pudo hacerlo así por estar llena de la gracia de aquel Espíritu, pues había sido el primero en sentirla. Del mismo modo que sintió la prima la llegada de María, notó el pequeño la venida del Señor. Y por eso retozó él, y habló ella inspirada. Considera la gran virtud que tedrán las palabras de Nuestra Señora, cuando con sólo pronunciarlas, conmunicóseles el Espíritu Santo. Verdaderamente estaba tan llena de este divino Espíritu, que por su medio llenaba a los demás. Respondió, pues, María a Isabel: *Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu salta de gozo en Dios mi Salvador.*"

14 DE DICIEMBRE

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE LA INMACULADA CONCEPCION

Consideremos a la Virgen Santísima en casa de Santa Isabel, prestando toda clase de servicios con inefable caridad a su afortunada prima, favoreciéndola con sus dulces coloquios, asistiendo al glorioso Nacimiento de San Juan Bautista, y volviendo luego, después de cumplir su ministerio, a su humilde casita de Nazaret. Mas, para mejor saborear estos divinos misterios, acudamos una vez más al Seráfico Doctor:

"Así pues, llegada su hora, dió Isabel a luz un hijo; levantóle Nuestra Señora del suelo, y dispuso con cuidado todo lo oportuno. Mirábala el pequeño como si tuviera ya inteligencia, y cuando aquella se lo ofrecía a su madre, volvía él la cabeza hacia Nuestra Señora, y sólo con ella se complacía; ella por su parte gozábase con él, abrazábale y le besaba con alegría. Considerad la dicha de Juan: jamás un infante tuvo tal niñera. Otros muchos privilegios podría citar que ahora callo.

Pues bien, al octavo día fué circuncidado el niño, y le pusieron por nombre Juan. Recobró entonces el habla Zacarías, y profetizó diciendo: *¡Bendito sea el Señor Dios de Israel!* de manera

que de aquella casa salieron esos dos bellísimos cánticos que son el *Magnificat* y el *Benedictus*. Nuestra Señora, detrás de una cortina para no ser vista por los hombres que se habían reunido para la circuncisión de Juan, escuchaba con atención el referido cántico en el que se mencionaba a su Hijo, guardando con gran prudencia todas aquellas cosas en su corazón. Por fin, despidiéndose de Isabel y de Zacarías y bendiciendo a Juan, volvióse con su Esposo a su casa de Nazaret. Represéntate en tu imaginación la pobreza de esta vuelta. Regresa en efecto, a una casa donde no encuentra ni pan, ni vino, ni otras cosas necesarias; y además sin recursos, ni dinero. Durante tres meses había convivido con las personas que acabamos de señalar, que seguramente estaban en buena posición; mas, ahora vuelve a su pobreza, y para procurarse el sustento tiene que trabajar con sus propias manos. Compadécela, e inflámate en amor de la pobreza."

15 DE DICIEMBRE

OCTAVA DE LA INMACULA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Este día que es el octavo después de la celebración de la fiesta de la Inmaculada Concepción llámase propiamente *Octava*, para distinguirlo

de los días precedentes designados simplemente con el nombre de *días de la Octava*. La costumbre de celebrar las fiestas principales durante una semana entera, es de las que pasaron de la Sinagoga a la Iglesia cristiana. El Señor había dicho en el Levítico: "El primer día de la fiesta será el más solemne y santo; no ejecutaréis en él ninguna obra servil. El octavo día será también santísimo y solemne; en él ofreceréis un holocausto al Señor; será día de asamblea, y tampoco haréis obra alguna servil." Del mismo modo leemos en el libro de los Reyes, que convocando Salomón a todo Israel en Jerusalén para la Dedicación del Templo, sólo al octavo día le dejó libre.

Los libros del Nuevo Testamento nos enseñan que esa era la costumbre en tiempo de Nuestro Señor, costumbre autorizada con su propio ejemplo. Se dice efectivamente en San Juan, que en cierta ocasión llegó Jesús a celebrar una de las fiestas de la Ley, en *medio de la Octava*, y, en otro lugar observa el mismo Evangelista, que cuando el Salvador se dirigió al pueblo en la fiesta de la Pascua, diciendo: "*Si alguien tuviere sed venga a mi y beba*", aquel día era el último de la fiesta, es decir el día de la *Octava*.

Las *Octavas* que celebra la Iglesia cristiana son de varias clases. Unas tan solemnes en sus *privilegios* que en ellas no se permite celebrar las fiestas de los Santos que podrían ocurrir; se

hace de ellas una simple memoria o se las traslada después de la *Octava.* Se prohiben también las Misas de Difuntos a no ser que sean de cuerpo presente. Otras *Octavas, menos privilegiadas,* admiten fiestas de los Santos que concurran, con tal de que sean de *rito semidoble* para arriba; pero, en este caso se hace siempre memoria de la Octava en el Oficio y en la Misa de la Fiesta, a no ser que se trate de una fiesta de rito muy superior.

A esta clase de Octavas pertenece la de la Inmaculada Concepción, la primera que hallamos en el ciclo. Cede, no sólo ante el Domingo, sino ante las fiestas de San Dámaso y Santa Lucía, y ante otras fiestas locales del mismo rito.

Saludemos una vez más el excelso misterio de la Concepción Inmaculada de María; nada desea tanto el Emmanuel como ver glorificada a su Madre. Para El fué creada; para El fué preparado, desde toda la eternidad, aquel radiante despertar de tan brillante estrella. Al ensalzar a la Inmaculada Concepción de María honramos también la Encarnación divina. Jesús y María son inseparables; nos lo dijo Isaías: ella es el tallo, El la flor.

Gracias, pues, a ti, oh Emmanuel, que te has dignado traernos a la vida en los tiempos posteriores a la proclamación del privilegio con que quisiste adornar desde el primer momento de su vida a aquella de quien debías tomar tu natura-

leza humana. Tu santidad infinita brilla con un nuevo resplandor ante nuestra vista, y ahora comprendemos mejor la armonía de tus misterios. Al mismo tiempo nos damos cuenta de que, llamados también nosotros a unirnos a ti por los más íntimos lazos en esta vida, y a contemplarte en la otra cara a cara, debemos tratar de purificarnos más y más de todas nuestras manchas. Tú dijiste: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios"; la Concepción inmaculada de tu Madre nos revela también las exigencias de tu santidad infinita. Dígnate, oh Emmanuel, por el amor que te llevó a preservarla de la ponzoña del enemigo, dígnate, apiádate, también de todos los que son hijos suyos. Mira que vas a venir a ellos; dentro de unos días se acercarán a tu cuna. Aún están visibles en ellos las consecuencias del pecado original, y para colmo de desgracias han añadido sus propias faltas a la prevaricación de su primer padre; purifica, oh Jesús, sus corazones y sus sentidos para que puedan comparecer en tu presencia. Ya saben que como criaturas que son, no llegarán a la santidad de tu Madre; pero te piden perdón, la vuelta a tu gracia, el odio al mundo y a sus máximas y la perseverancia en tu amor.

En pago de los homenajes que te fueron ofrecidos el día en que fué proclamado el privilegio de tu Concepción inmaculada en medio de los aplausos de toda la tierra, dígnate derramar sobre

nosotros los tesoros de tu ternura y de tu amparo, pues eres *Espejo* creado *de la Justicia divina* y más pura que los Querubines y Serafines. El mundo desquiciado implora la ayuda de tu mano maternal, para reafirmarse. El infierno parece que ha soltado por el mundo esos temibles espíritus del mal que no respiran más que odio y destrucción; pero al mismo tiempo la Iglesia de tu Hijo siente en sí una nueva juventud, y la semilla de la divina palabra se siembra y germina por doquier. Ha comenzado una lucha terrible; y con frecuencia nos viene la tentación de preguntarnos quién habrá de vencer, y si no está ya próximo el último día del mundo.

¡Oh Reina de los hombres! ¿sólo iluminará ruinas la estrella de tu Concepción Inmaculada que brilla ahora en el cielo? ¿No es justo que la señal anunciada por el Discípulo amado, la Mujer que aparece en el cielo, vestida del sol, ceñida su frente con corona de doce estrellas y pisando la luna con sus plantas, no es justo que esa señal tenga más brillo y poder que el arco que apareció en el cielo para anunciar el fin de la ira divina en los tiempos del diluvio? Es una Madre la que nos ilumina y desciende hasta nosotros para consolarnos y curarnos. Es la sonrisa del cielo piadoso a la tierra desgraciada y culpable. Hemos merecido el castigo; la justicia de Dios nos ha puesto a prueba, tiene derecho a exigirnos todavía más expiaciones, pero por fin

se dejará vencer. La nueva lluvia de gracias que ha derramado el Señor sobre el mundo con motivo del día cuya memoria celebramos, no puede quedar estéril; desde esa fecha ha entrado el mundo en un nuevo período. María, calumniada en los tres últimos siglos por la herejía, ha bajado hasta nosotros como Reina; ella dará el golpe de gracia a los errores que han embaucado durante mucho tiempo a las naciones; ella hará sentir su planta victoriosa al dragón que se revuelve con furor, y el divino Sol de justicia de que se halla revestida, volverá a lanzar sobre el mundo renovado, los rayos de una luz más brillante y más pura que nunca. Quizá no lleguen a ver ese día nuestros ojos, pero ya podemos saludar su aurora.

Oh María, en el siglo XVII, un siervo de Dios elevado después por la Iglesia a los Altares, tu devoto siervo, Leonardo de Puerto Mauricio, señaló ya el tiempo de tu futuro triunfo, tiempo en que debía alcanzar la paz el mundo. Las revueltas en medio de las cuales vivimos, podrían muy bien ser el preludio de esa paz tan deseada, en cuyo ambiente la divina palabra podrá esparcirse por el mundo sin traba alguna, y la Iglesia de la tierra recogerá su cosecha para la del cielo. ¡Oh Madre de Dios! también el mundo estuvo agitado en los días que precedieron a tu divino alumbramiento. Pero cuando le diste a luz en Belén, toda la tierra estaba en paz. En espera

del momento en que has de demostrar la fuerza de tu brazo, no nos abandones en los siguientes aniversarios; en esa gloriosa noche en que va a nacer de ti Jesucristo, Hijo de Dios y Luz eterna, haznos también a nosotros puros e inmaculados.

16 DE DICIEMBRE

SAN EUSEBIO, OBISPO DE VERCELLI Y MARTIR

El nombre del intrépido Eusebio de Vercelli viene a unirse a la memoria de los defensores de la divinidad del Verbo, que la Iglesia honra en el tiempo de Adviento. La fe católica, conmovida hasta sus fundamentos en el siglo IV por la herejía arriana, se mantuvo firme gracias a los trabajos de cuatro ilustres Pontífices: Silvestre, que confirmó el Concilio de Nicea: Julio, que apoyó a San Atanasio; Liverio, cuya fe no flaqueó y que vuelto a la libertad supo confundir a los Arrianos; y Dámaso que les asestó los últimos golpes. Celebra la Iglesia en el tiempo de Adviento la memoria de uno de estos cuatro Papas, llamado Dámaso. Al lado de los Pontífices Romanos, luchan por la divinidad del Verbo cuatro grandes obispos, de los que se puede decir, que su causa estaba unida a la del mismo Hijo de Dios, de suerte que condenarles a ellos era con-

denar al mismo Cristo; los cuatro fueron poderosos en obras y palabras, lumbrera de las Iglesias, amados por sus fieles, e invictos confesores de Cristo. El mayor de los cuatro es San Atanasio, obispo de la segunda Sede de la Iglesia, Patriarca de Alejandría; el segundo es San Ambrosio de Milán, que hemos celebrado hace pocos días; el tercero es San Hilario, obispo de Poitiers, gloria de las Galias; el cuarto San Eusebio, a quien hoy honramos; vendrán en seguida Hilario, para confesar al Verbo eterno junto a su cuna; y Atanasio aparecerá también a su tiempo, proclamando la triunfante Resurrección de Aquel a quien defendió con generosa valentía, en aquellos días tenebrosos en que la humana prudencia hubiera podido prever la ruina del reino de Cristo, que después de haber triunfado de tres siglos de persecuciones parecía no iba a poder sobrevivir a cincuenta años de paz. San Eusebio ha sido, pues, escogido para conducir a los fieles hasta el pesebre, y revelarles allí al Verbo divino bajo las apariencias de nuestra frágil humanidad. Tan grandes fueron los trabajos que tuvo que sufrir por la defensa de la divinidad de Cristo, que la Iglesia le ha concedido los honores del Martirio, aunque no haya derramado su sangre en el tormento.

VIDA. — Nació en Cerdeña, fué Lector de la Iglesia romana, y luego obispo de Vercelli. Fué el primero de los Obispos de Occidente que introdujo en su Iglesia

monjes, para ejercer las funciones clericales. Luchó contra el arrianismo, y en nombre del papa Liberio acudió al emperador para solicitar la celebración de un concilio. Reunióse éste en Milán; asistió a él Eusebio, pero se negó a unirse a los obispos arrianos, siendo por estos desterrado. Enviado a Escitópolis, y deportado luego a Capadocia y Tebaida, tuvo que sufrir indeciblemente por la fe. A la muerte del emperador Constancio pudo regresar, no sin antes haber asistido al Concilio de Alejandría. Publicó entonces los Comentarios de Orígenes y de Eusebio sobre los Salmos, traducidos por él del griego al latín. Murió el primero de agosto del año 371.

¡Oh Eusebio, Pontífice y Mártir, atleta invencible de Cristo a quien esperamos, cuán grandes fueron tus trabajos y sufrimientos en pro de la causa de ese divino Mesías! Con todo, pareciéronte a ti muy llevaderos, en comparación de la deuda que tenías contraída con el Verbo eterno del Padre a quien su amor llevó hasta hacerse siervo de su criatura por su Encarnación. También nosotros hemos contraído idénticas obligaciones con el Salvador divino. Por nosotros como por ti va a nacer de una Virgen; ruega, pues, para que nuestro corazón le sea fiel lo mismo en la paz que en la guerra, lo mismo frente a nuestros malos instintos y tentaciones, que frente a los poderes mundanos. Da fortaleza a los Prelados de la Santa Iglesia, para que ningún error logre burlar su vigilancia, ni persecución alguna derrocar su valor. Haz que sean fieles imitadores

del buen Pastor que da la vida por sus ovejas, y que apacienten siempre a su rebaño dentro de la unidad y el amor de Cristo.

17 DE DICIEMBRE

COMIENZO DE LAS ANTIFONAS "O"

La Iglesia abre hoy el septenario que precede a la Vigilia de Navidad, días célebres en la Liturgia, con el nombre de *Ferias mayores*. El Oficio ordinario de Adviento vuélvese más solemne; en Laudes y en las Horas del día las Antífonas son propias del tiempo y relacionadas directamente con el gran acontecimiento. En Vísperas, se canta todos los días una solemne Antífona que es un suspiro por el Mesías, en la cual se le da diariamente uno de los títulos que le atribuye la sagrada Escritura.

En la Iglesia Romana, estas Antífonas, a las que vulgarmente se les da el nombre de Antífonas O, porque así comienzan, son siete, una para cada día de las *Ferias mayores*, y se dirigen todas a Jesucristo. En la Edad Media, algunas Iglesias añadieron otras dos, una a la Santísima Virgen, *¡O Virgo Virginum!* y otra al Arcángel Gabriel, *¡O Gabriel!* o también a Santo Tomás, cuya fiesta cae durante estas *Ferias mayores*, y

que comienza así: *O Thomas Didyme* [1]. Hubo Iglesias que tuvieron hasta doce grandes Antífonas, añadiendo otras tres a las ya mencionadas, es decir: una a Cristo, *O Rex pacifice!* otra a la Santísima Virgen, *O mundi Domina!* y finalmente la última, dirigida a modo de apóstrofe, a Jerusalén, *O Jerusalem!*

El momento escogido para dirigir esta sublime llamada a la caridad del Hijo de Dios, son las Vísperas, porque fué al atardecer del mundo, *vergente mundi vespere* cuando vino el Mesías. Son cantadas antes del *Magnificat,* para indicar que el Salvador esperado nos ha de llegar por María. Se las repite dos veces, una antes y otra después del Cántico, para mayor solemnidad, lo mismo que en las fiestas *Dobles;* algunas antiguas Iglesias las cantaban incluso tres veces, a saber: antes del Cántico, antes del *Gloria Patri,* y después del *Sicut erat.* Finalmente, estas admirables Antífonas, que contienen toda la médula de la Liturgia de Adviento, llevan un canto armonioso y solemne; y todas las Iglesias las acompañaron de particular pompa, cuyas demostraciones, siempre expresivas, variaron según los lugares. Entremos en el espíritu de la Iglesia, y recojámonos a fin de unirnos a ella con todo nuestro corazón, cuando dirija a su Esposo esas

---

[1] Es ésta más moderna, pero desde el siglo XIII substituyó en casi todas partes a la anterior.

últimas y tiernas invitaciones a las que habrá de ceder finalmente.

PRIMERA ANTIFONA

Oh Sabiduría, que saliste de la boca del Altísimo, que tocas de una extremidad a la otra y dispones todas las cosas con fuerza y dulzura al mismo tiempo: ven a enseñarnos los caminos de la prudencia.

¡Oh Sabiduría increada, que vais a haceros pronto visible al mundo, cuán bien aparece en estos momentos que todo lo gobiernas! He aquí que por tu permisión divina, va a salir un edicto del emperador Augusto, para empadronar al mundo. Todos los ciudadanos del Imperio deberán acudir a su ciudad de origen. En su orgullo, creerá el emperador haber conmovido en favor suyo a todo el género humano. Agítanse los hombres por todas partes a millones, y atraviesan en todos los sentidos el inmenso imperio romano; piensan que obedecen a un hombre y es a Dios a quien obedecen. Todo ese gran movimiento no tiene más que una finalidad: la de llevar a Belén a un hombre y a una mujer que tienen su humilde morada en Nazaret de Galilea; para que la mujer desconocida de los hombres y amada del cielo, al concluir el mes noveno de la concepción de su hijo, le diese a luz en Belén, según lo anunciado por el Profeta: "Es su salida de los días de la eternidad: ¡O Belén, de ningún modo eres la más pequeña entre las mil ciuda-

des de Judá, porque El saldrá de ti!" ¡Oh Sabiduría divina, cuán *fuerte* eres para conseguir tus fines de manera infalible aunque oculta la mirada de los hombres! ¡cuán *suave* para no forzar su libertad y cuán paternal previendo nuestras necesidades! Escogiste Belén para nacer en ella, porque Belén significa *Casa de Pan*. Con esto nos quieres demostrar que eres nuestro *Pan*, nuestro manjar, nuestro alimento de vida. Nutridos por un Dios, no podremos ya morir. ¡Oh Sabiduría del Padre, Pan vivo bajado del cielo! ven pronto a nosotros, para que nos *acerquemos a ti, y seamos iluminados* por tus destellos; concédenos esa *prudencia* que conduce a la salvación.

18 DE DICIEMBRE

SEGUNDA ANTIFONA

Oh Adonai, *Señor*, jefe de la casa de Israel, que te apareciste a Moisés en la llama de la zarza que ardía, y le diste la ley en el monte Sinaí; ven a redimirnos con la fuerza de tu brazo.

¡Oh soberano Señor, Adonai! ven a rescatarnos, no con tu poder, sino con tu humildad. Antiguamente te apareciste a tu siervo Moisés en medio de una santa llama; diste la ley a tu pueblo entre rayos y truenos: ahora no se trata de amedrentar sino de salvar. Por eso, conocedores tu purísima Madre María y su esposo José del

edicto del Emperador que les obliga a emprender el camino de Belén, ocúpanse de los preparativos de tu próximo Nacimiento. Dispone ella, oh Sol divino, los humildes pañales que han de cubrir tu desnudez, y que en este mundo creado por ti te protegerán contra el frío, cuando aparezcas en medio de la noche y del silencio. Así es como nos has de librar de la servidumbre del orgullo, así como se dejará sentir tu brazo poderoso aunque parezca débil inútil a los ojos de los hombres. Todo está dispuesto, oh Jesús, tus pañales te esperan: sal pues cuanto antes y ven a Belén, para rescatarnos del poder de nuestros enemigos.

EL MISMO DÍA

LA EXPECTACION DEL PARTO DE LA SANTISIMA VIRGEN, O: NTRA. SÑA. DE LA O.

Esta fiesta que hoy se celebra no solamente en toda España sino en casi todas las Iglesias del orbe católico, al menos hasta hace pocos años, fué instituída por los Obispos del Concilio décimo de Toledo, en 656. Estos Prelados hallando algunas anomalías en la costumbre antigua de celebrar la fiesta de la Anunciación de la Virgen Santísima el 25 de marzo, toda vez que esta alegre solemnidad cae con bastante frecuencia en días en que la Iglesia vive absorta en

la consideración de los dolores de la Pasión, y que es menester trasladarla a veces al tiempo Pascual en que choca a su vez con otra contradicción, decretaron que en adelante se celebraría en la Iglesia española ocho días antes de Navidad, Fiesta solemne con Octava en memoria de la Anunciación y como anticipo preparatorio de la gran solemnidad del Nacimiento de Jesucristo. En el curso de los siglos sintió España la necesidad de volver a la práctica de la Iglesia romana y de todas las del mundo entero que solemnizan el 25 de Marzo como día para siempre consagrado de la Anunciación de la SS.ª Virgen y Encarnación del Hijo de Dios; mas tal había sido durante varios siglos la devoción de los pueblos a la Fiesta del 18 de diciembre, que se juzgó menester guardar un recuerdo. Cesó, pues, de celebrarse en el día susodicho la Anunciación de María, pero fijóse la atención devota de los fieles al pensamiento de esa divina Madre durante los ocho días que preceden a su maravilloso alumbramiento. Se instituyó, pues, una nueva Fiesta con el título de: *Expectación del Parto de la Santísima Virgen.*

Esta Fiesta apellidada: *Ntra. Sra. de la O,* o: *Fiesta de la O* con ocasión de las grandes Antífonas que se cantan estos días, y, sobre todo, de la que empieza: *O Virgo Virginum* (conservada en las Vísperas del Oficio de la *Expectación,* sin omitir por ello la del día: *O Adonai!)* se celebra-

ba siempre en España con gran devoción. Durante los ocho días que duraba, se cantaba Misa solemne de madrugada a la que se juzgaban obligadas de asistir todas las mujeres encinta, de cualquier clase a que pertenecieran, para honrar a María en su divino embarazo y solicitar para sí mismas su amparo maternal. No extraña, pues, que devoción tan tierna se haya extendido con aprobación de la Sede Apostólica a la mayor parte de las demás Provincias Católicas. Pero antes ya de las concesiones hechas sobre el asunto que nos ocupa, la Iglesia de Milán celebraba el Domingo sexto y último de Adviento el Oficio de la *Anunciación de la Santísima Virgen,* y daba a la última semana de este santo tiempo el nombre de "*Hebdómada de Exceptato*", corrupción de *Expectato.* Pero estos detalles pertenecen a la arqueología litúrgica en especial, y exceden la índole de este trabajo, y así volvemos a la fiesta de la *Expectación de la Santísima Virgen,* que la Iglesia ha establecido y refrendado como medio de llamar poderosamente la atención de los fieles en estos últimos días del Adviento.

Justo es, ¡oh Virgen Madre! nos unamos al encendido deseo que tienes de ver con tus ojos al que tu casto seno encierra hace ya casi nueve meses, contemplar los rasgos de ese Hijo del Padre celestial y también tuyo, de ver finalmente, realizarse el bienhadado Nacimiento que acarreará Gloria a Dios en los altos cielos y Paz a

los hombres de buena voluntad en la tierra. ¡Oh María! contadas están las horas, y rápidamente pasan aunque lentas todavía para tus ansias y las nuestras. Haz estén atentos nuestros corazones con mayor ahínco, acaba de purificarlos con tus maternales sufragios, a fin de que si nada pone trabas en el solemne instante a la carrera del Emmanuel al salir de tu seno virginal, nada retrase, así mismo, la entrada en nuestros corazones preparados por diligente espera.

Gran Antífona a la Virgen Santísima

¡Oh Virgen de las vírgenes! ¿Cómo podrá realizarse esto? Porque no ha habido antes otra semejante a ti, ni la habrá en lo sucesivo. ¿Por qué os admiráis de mí, hijas de Jerusalén? Misterio divino es lo que contempláis.

Señalamos como anécdota curiosa en este día festivo la costumbre introducida por los estudiantes madrileños de la Universidad Central de recorrer las calles de la capital estampando en las puertas con variados colores la letra O en gran tamaño, para expresar ingeniosamente los vivos deseos que todos tenían de que se les adelantaran a esta fiesta las vacaciones de Navidad. Y, por regla general, daba el "placet" el Rector de la Universidad y la refrendaba el Gobierno.

19 DE DICIEMBRE

TERCERA ANTIFONA

Oh tallo de Jesé, que eres cual estandarte de los pueblos, ante el que los reyes guardarán silencio, a quien las naciones dirigirán sus plegarias; ven a librarnos; no tardes ya.

Ya estás, pues, en marcha hacia la ciudad de tus abuelos, oh Hijo de Jesé. El Arca del Señor se ha levantado ya y se dirige con su Señor dentro, al lugar de su descanso. "¡Cuán bellos son tus pasos, oh Hija del Rey, en el esplendor de tu calzado", *(Cant.*, VII, 1) cuando caminas llevando la salvación a las ciudades de Judá! Los Angeles te dan escolta; rodéate tu fiel esposo con toda su ternura, el cielo se complace contigo y la tierra se estremece de júbilo, sosteniendo a su Creador y a su augusta Reina. Sigue, pues, oh Madre de Dios y de los hombres, Propiciatorio omnipotente donde se contiene el divino Maná que guarda al hombre de la muerte. Nuestros corazones marchan en tu compañía; juramos como tu real abuelo "no entrar en casa, no subir a nuestro lecho, no cerrar nuestros párpados, ni descansar nuestra cabeza hasta que hayamos hallado para tu Señor una morada *en nuestros corazones* una tienda para el Dios de Jacob". Ven, pues, oh tallo de Jesé, oculto en el seno purísimo del Arca Santa, hasta que llegue el momento de

revelarte a los pueblos como estandarte victorioso. Entonces los reyes vencidos se callarán en tu presencia, y las naciones se dirigirán a ti con sus ruegos. Date prisa, oh Mesías, ven a vencer a todos tus enemigos, ven a libertarnos.

20 DE DICIEMBRE

CUARTA ANTIFONA

Oh llave de David, y cetro de la casa de Israel, que abres y nadie puede cerrar; cierras y nadie puede abrir: ven y saca de la cárcel al cautivo que está sentado en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

¡Oh Hijo de David, heredero de su trono y de su poderío! en tu triunfal marcha vas recorriendo una tierra sometida en otros tiempos a tu abuelo, y hoy esclavizada por los Gentiles. Por todas partes reconoces a tu paso los lugares que fueron testigos de los prodigios de la justicia y de la misericordia de Dios Padre para con su pueblo, en tiempos del Antiguo Testamento que ya termina. Pronto, libre ya del velo virginal que te envuelve volverás a recorrer todas esas tierras; pasarás por ellas *haciendo el bien, curando toda suerte de miserias y enfermedades*, y *sin tener, donde descansar tu cabeza*. Al menos hoy te ofrece el seno materno un dulce y tranquilo refugio, donde recibes las demostraciones del

más tierno y respetuoso amor. Pero, debes salir, Señor, de ese feliz retiro; es necesario, oh Luz eterna, que brilles en medio de las tinieblas, porque el *cautivo* a quien vas a libertar yace sumido en las mazmorras. Sentado en las sombras de la muerte va a perecer en ellas si no vienes pronto a abrir sus puertas con tu *Llave* omnipotente. Oh Jesús, ese *Cautivo* es el género humano esclavo de sus vicios y errores; ven a romper el yugo que le abruma y degrada; ese *cautivo* es nuestro propio corazón, esclavizado con frecuencia por sus malas inclinaciones: ven, oh divino Libertador, a liberar todo lo que gratuitamente creaste libre, y a hacernos dignos de ser hermanos tuyos.

ANTIFONA AL ARCANGEL GABRIEL

Oh Gabriel, celestial embajador; entraste hasta mi con las puertas cerradas y me dirigiste aquellas palabras: *Concebirás y darás a luz un hijo al que se le llamará Emmanuel.*

EL MISMO DÍA

LA VIGILIA DE SANTO TOMAS

"Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la veneranda solemnidad de tu santo Apóstol que prevenimos, nos acreciente la devoción

y la salud." Así reza la oración que recitamos en casi todas las Vigilias de los Apóstoles, celebradas durante el Año-litúrgico. "El hecho de anticiparse, dice el Cardenal Schuster, indica siempre solicitud y diligencia; también la Iglesia como amante que es, previene constantemente con la oración las fiestas litúrgicas. En el ciclo ordinario se anticipa también con su oración al astro del día. Un ejemplo típico de esta solicitud, la encontramos en la vida de muchos santos de la antigüedad, San Nicolás de Mira, San Benito, San Mauro etc., que se anticipaban como oración a las mismas vigilias litúrgicas.

En su origen, la palabra *Vigilia* designaba las reuniones que tenían los cristianos en la iglesia en la noche del sábado al domingo. Estas reuniones datan probablemente de los tiempos apostólicos. Pronto se introdujo la costumbre de anticiparse a las grandes solemnidades con una noche entera de oración: por ejemplo, las noches que precedían a la fiesta de Pascua, o al aniversario de los Mártires. Reuníanse por la tarde y pasaban la noche cantando Salmos o leyendo la Sagrada Escritura o las Pasiones de los Mártires. Ciertos abusos obligaron a la Iglesia a suprimir en parte aquellas Vigilias, ya desde el siglo XIII. No obstante eso, existían aún en el siglo XVI. Algunas iglesias de las Galias conservaban todavía en el siglo XVIII su vigilia para las grandes solemnidades como San Martín de Tours,

San Julián de Mans etc. — Al amanecer, se cantaba la Misa con la que terminaba la Vigilia. Poco a poco fuese anticipando esta Misa, y ahora la celebramos en la mañana del día que precede a la fiesta.

Algunas fiestas, como Navidad, Epifanía, Pascua, la Ascensión, Pentecostés, tienen una Vigilia muy solemne: también tienen su Vigilia dos fiestas de Nuestra Señora: la Inmaculada Concepción y la Asunción, así como las fiestas de los Apóstoles, la de San Juan Bautista, San Lorenzo y Todos Santos.

Antiguamente la mayoría de estas Vigilias llevaban consigo ayuno y abstinencia, que ahora sólo se observan en las Ordenes religiosas. La intención de la Iglesia sigue siendo la misma, es decir, prepararnos a la fiesta por la oración y la penitencia para poder recibir con mayor plenitud la gracia del misterio, o aprovecharse mejor de la intercesión del santo cuya fiesta celebramos al día siguiente.

Pidamos hoy, por los méritos de Santo Tomás, la gracia de la fe que nos hará reconocer en el Niño de Belén, lo mismo que en el Resucitado de Pascua, "a nuestro Señor y a nuestro Dios".

EL MISMO DÍA

SANTO DOMINGO DE SILOS, ABAD

¡Qué triste la tarde aquella del viernes, 20 de diciembre de 1073! Perdía al mundo Silos todo su encanto y vida, muriendo el Santo Abad Domingo que había trocado aquellos ásperos eriales de Castilla en verdadero edén envidiado de todos los castellanos, leoneses y navarros. Domingo, padre universal de la comarca, amparo de desvalidos, *lumbre de las Españas,* como a voz en cuello lo pregona Berceos, su biógrafo poeta.

Con todo, no puede quedar sin cumplirse el anhelo manifestado varias veces por Santo Domingo, antes de emprender el vuelo a la gloria. Quiere seguir siendo desde el cielo con la presencia de sus mortales restos, el Abad perpetuo de Silos, y providencia universal de cuantos a él acuden; es cosa que confirman formalmente muchos y muy abonados testigos a través de las edades. Todo en el recinto del cenobio silense y su comarca nos habla de su grandeza de alma, de su talento, de su inexhausta caridad, de su santidad incomparable. Hácela el cielo ilustre en milagros en grado tal, que, a porfía es aclamado: *"El Taumaturgo de las Españas."* No descansaba Santo Domingo, mientras hubiera en su Monasterio, en el pueblo de Silos, en todos los

lugares a la redonda un ser menesteroso de cuerpo o alma, o de ambas cosas a la vez, cosa harto frecuente, sin que se le derritieran las entrañas en caridad y se ingeniara por mil modos en remediarla. Y Dios N. S., que se complace en galardonar a las almas generosas para demostrar palpablemente la incomparable caridad que en vida mortal abrasaba el pecho de Domingo, quiso la ejercitara a manos llenas, desde el cielo, y así resarciera la sed divina que le devoraba de sacrificarse por sus hijos y menesterosos, sin lograrlo en vida a la medida de sus deseos.

"Una de las cosas, dice el P. Yepes, que más han tenido en pie este Monasterio (de Silos), fué el particular cuidado que tuvo siempre el glorioso Santo Domingo de mirar por su casa. Y si bien todos los Santos se interesan por sus respectivas Iglesias y lugares donde descansan sus restos, pero, de ninguno he leído—y han sido muchas las vidas de bienaventurados que recorrieran mis ojos, ninguno que tan a ojos vistas esté velando y teniendo cuidado por su casa como Santo Domingo por la suya"... ¡Qué diría el P. Yepes si hoy se levantara de la tumba!

Muchas veces oímos decir en su ancianidad al venerable restaurador y primer abad silense de nuestros tiempos, D. Idelfonso Guepín, que la restauración de Silos en el siglo XIX era uno de los mayores milagros de Sto. Domingo. Huma-

namente hablando, era Silos una de las Abadías peor acondionadas de cuantas le ofrecieron a su llegada a España, y, eso no obstante, Santo Domingo le atrajo con fuerza irresistible, porque Santo Domingo quiere continuar siendo el Abad del Monasterio, Padre y Protector del pueblo y su comarca y se precia en la gloria de que la más espléndida y rica corona que ciñe sus sienes, se la ganó en Silos, y ambiciona enriquecerla todavía con nuevos florones en Silos también ganados—. Y no sólo en el santuario que cobija sus restos venerandos, y fué antes escenario de sus virtudes hazañosa vida y muerte gloriosa, sino en otros santuarios a su memoria y honra levantados se hace como tangible su presencia y valimiento poderoso. Baste recordar un caso sorprendente acaecido en Toledo los días álgidos de los desmanes rojos durante el dominio izquierdista. Veíase circular por las noches una figura de imponente majestad ante el convento cisterciense de Santo Domingo el Antiguo (de Silos) —"Alto, ¿quién va?" pregunta un centinela; — "Soy Domingo de Silos que guardo mis hijas."

Son harto comunes los casos de señoras que en ansias de tener sucesión acuden suplicantes al Santo Confesor y en repetidas ocasiones las atiende de manera sorprendente con atisbos de milagrosa. No entro en detalles por no asustar la modestia de algunas personas; pero conste, que

son muchos los favorecidos, no sólo en España, sino en varias naciones extranjeras donde Sto. Domingo es conocido.

Llaman poderosamente la atención las crónicas antiguas sobre el importante papel desempeñado por Santo Domingo de Silos en la cultura hispana. Ya advierte el R. P. Pérez de Urbel que en siglo XI sobresalen entre los españoles ilustrados, dos egregios varones: el obispo Oliva, Abad de Sta. María de Ripoll y fundador de Montocorato y Santo Domingo de Silos que llenó de gloria la abadía castellana, levantando el soberbio claustro, taller de miniaturistas y copistas apellidado *Scriptorium,* taller de fina orfebrería; de todas se han conservado en Silos, en Londres y París alhajas preciadísimas, algunas de valor incalculable en el Museo Provincial de Burgos y en la biblioteca del Escorial y en otras partes.

Causa verdadero asombro hacer el recuento de códices y alhajas originarias de Silos gracias al impulso genial, a la industria y sagacidad de Santo Domingo. No nos explicamos como el "Rey de los códices visigóticos" "*El Liber Ordinum*" reclamado por el Papa Alejandro II con otros tres de la Liturgia mozárabe para examinar la ortodoxia de su doctrina, códice que el Pontífice en persona revisó: *tenuit,* dicen los cronistas, *et bene laudavit,* volvió de Roma, no a Albelda de donde procedía, ni a S. Millán de la Cogolla, sino

a manos del sagaz Abad de Silos Santo Domingo, y en Silos se conserva.

ORACIÓN. — Oh Dios que esclareciste tu Iglesia con los merecimientos de la vida maravillosa de Santo Domingo de Silos, y la alegraste con prodigiosos milagros, libertando por su mediación a los cautivos cristianos, otorga a tus fieles ser adoctrinados con sus admirables ejemplos y verse libres, por su intercesión poderosa, de la esclavitud del pecado. Por Cristo Señor nuestro. Amén.

21 DE DICIEMBRE

La voz de la Iglesia nos hace oír hoy en el Oficio de Laudes el siguiente solemne aviso:

No temáis: nuestro Señor vendrá dentro de cinco días.

SANTO TOMAS, APOSTOL

Es la última fiesta que va a celebrar la Iglesia antes del Nacimiento de su Señor y Esposo. *Las Ferias mayores* son interrumpidas para honrar a Santo Tomás, Apóstol de Cristo, cuyo glorioso martirio, consagró este día para siempre, procurando al pueblo cristiano un poderoso introductor ante el divino Mesías. Era muy conveniente la aparición de este gran Apóstol en el ciclo en estos días, para que su intercesión ayudase a los fieles a creer y esperar en ese Dios a

quien no ven todavía, y que va a venir a ellos sin ruido ni esplendor, para probar su Fe. También Santo Tomás dudó un día, y sólo comprendió la necesidad de la fe después de haber pasado por las sombras de la incredulidad: justo es que acuda ahora en ayuda de los hijos de la Iglesia y que les haga fuertes contra las tentaciones que les podrían sobrevenir por parte de la orgullosa razón. Dirijámonos, pues, a él confiadamente; y desde el trono refulgente en que se ha colocado con su arrepentimiento y su amor, pedirá seguramente para nosotros la docilidad de la inteligencia y del corazón que necesitamos, para ver y reconocer a Aquel que es el Deseado de las naciones, y que a pesar de estar destinado a reinar sobre ellas sólo anunciará su llegada por unos débiles vagidos de niño, y no por la voz potente de un amo. Mas, leamos ya el relato de los Hechos del santo Apóstol. Nos lo presenta la Iglesia en forma abreviada.

VIDA. — El Apóstol Tomás, llamado también Dídimo, era natural de Galilea. Después de recibir el Espíritu Santo, predicó el Evangelio en diversas provincias. Enseñó los mandamientos de la fe y de la vida cristiana a los Partos, Medos, Persas, Hircanianos y Bactrienos. Llegó hasta la India, a cuyos pueblos predicó también la religión cristiana. En este país logróse captar la admiración de todos por la santidad de su vida y doctrina, y por la fama de sus milagros; consiguiendo encender en los corazones un vivo amor de Jesucristo. Irritóse el rey de la región, pues era un fa-

nático idólatra; por orden suya fué condenado a muerte el santo Apóstol y traspasado con saetas en Calamina, añadiendo al honor del apostolado la corona del martirio [1].

¡Oh Apóstol glorioso, evangelizador de tantas naciones infieles! a ti se dirigen ahora las almas fieles, para que las acerques a ese mismo Cristo, que dentro de cinco días va a revelarse a la Iglesia. Ante todo, para merecer presentarnos ante su divina presencia necesitamos una luz que nos conduzca hasta El. Esa luz es la Fe: pídela para nosotros. El Señor se dignó condescender un día con tu flaqueza, asegurándote en las dudas que tenías sobre la realidad de su Resurrección; ruega para que se digne sostener también nuestra poca fe, haciéndose sensible a nuestro corazón. Con esto, no queremos pedir, oh santo Apóstol, una visión clara, sino sólo una Fe sencilla y dócil, pues el que viene a nosotros, dijo también cuando se te apareció: *Felices los*

[1] A falta de las *Acta Thomae* rechazadas por los Padres del siglo IV, hay otros testimonios, entre ellos el de Orígenes que nos permiten localizar el campo de apostolado de Sto. Tomás en las regiones orientales vecinas de Mesopotamia. La tradición de su misión en la India tiene al menos en su favor el hecho de que ésta recibió el Evangelio en tiempo de los Apóstoles. Pero los Indos de rito siro-malabar fueron evangelizados probablemente por un misionero nestoriano, homónimo del Apóstol. Sabemos que sus reliquias se hallaban en el siglo III en Edesa, donde el autor de la *Peregrinatio Egeriae* las veneró hacia el año 400; desde 1258 están en Ortona (Italia) y un brazo suyo se conserva en la Colegiata de San Nicolás de Bari.

que no vieron y creyeron. Queremos ser de este número. Alcánzanos, pues, esa Fe que nace del corazón y de la voluntad, para que, en presencia del divino Niño envuelto en pañales y recostado en el pesebre, podamos también exclamar contigo: *¡Señor mío y Dios mío!* Ruega, oh santo Apóstol, por las naciones que evangelizaste y que han vuelto a sumirse en las sombras de la muerte. Haz que llegue pronto el día en que el Sol de justicia vuelva a iluminarlas. Bendice las fatigas de los hombres apostólicos que consagran sus sudores y su sangre a la obra de las Misiones; logra que se abrevien los días de las tinieblas, y que las regiones regadas con tu sangre, vean por fin comenzar el reino de Dios que tú las anunciaste y nosotros esperamos.

EL MISMO DÍA

QUINTA ANTIFONA

Oh Oriente, esplendor de la luz eterna y Sol de justicia, ven e ilumina a los que están sentados en las tinieblas y en la sombra de la muerte.

¡Oh Jesús, Sol divino, vienes a sacarnos de la eterna noche: sé por siempre bendito! Mas, ¡cuánto pruebas nuestra fe antes de brillar ante nuestra vista en todo tu esplendor! ¡Cómo te complaces en ocultar tus destellos hasta el mo-

mento señalado por tu Padre celestial para que aparezcas en la plenitud de tu brillo! He aquí que vas atravesando la Judea, y te acercas a Jerusalén; el viaje de María y de José toca a su fin. Por el camino, una gran muchedumbre que llega de todas las direcciones y para cumplir el Edicto de empadronamiento, cada cual en su ciudad de origen. Ninguno de todos esos hombres ha adivinado que estuvieras tan cerca de ellos *¡oh divino Oriente!* A María, tu Madre, la toman por una mujer ordinaria; a lo sumo, reconocen la dignidad e incomparable modestia de tan augusta Reina, sienten vagamente el rudo contraste que existe entre tan soberana majestad y un exterior tan humilde, pero en seguida olvidan el feliz encuentro. Pues, si a la Madre miran con tanta indiferencia ¿tienen acaso un solo pensamiento para el hijo que lleva encerrado en su seno? Y sin embargo de eso, ese Hijo eres tú mismo ¡oh Sol de justicia! Aumenta en nosotros la fe, y el amor. Si esos hombres te amaran ¡oh libertador del género humano! te harías sentir de ellos; tal vez no te verían sus ojos, pero al menos ardería su corazón dentro de su pecho; suspirarían por ti, y con sus ansias y oraciones anticiparían el momento de tu llegada. ¡Oh Jesús, que atraviesas el mundo creado por ti, sin forzar a ninguna de tus criaturas! queremos acompañarte durante el resto de tu viaje; queremos besar en la tierra las huellas benditas de la que

te lleva en su seno; no te abandonaremos hasta que contigo lleguemos a la afortunada Belén, a esa casa del Pan, donde por fin te verán nuestros ojos ¡oh Esplendor eterno, *Señor y Dios nuestro!*

22 DE DICIEMRE

SEXTA ANTIFONA

Oh Rey de las naciones, objeto de sus deseos, piedra angular que juntas en ti los dos pueblos, ven y salva al hombre a quien formaste del limo de la tierra.

¡Oh Rey de las naciones! cada día te vas aproximando más a Belén donde habrás de nacer. Va a concluir el viaje, y tu augusta Madre, animada y fortalecida con tal dulce carga, camina en constante coloquio contigo. Adora a tu divina majestad, y da gracias por tu misericordia; alégrase de haber sido elegida para la sublime misión de ser Madre de Dios. Desea y goza ya del momento en que te verá por sus propios ojos. ¿Podrá servir dignamente a tu soberana grandeza, la que se considera como la última de las criaturas? ¿Osará levantarte en sus brazos, estrecharte contra su corazón, amamantarte en su humano regazo? Y con todo eso, al pensar que se avecina la hora, en que sin dejar de ser su hijo vas a salir de ella y reclamar todos los cuidados de su ternura, su corazón desfallece, y

al unirse su amor materno con el amor de Dios, está a punto de expirar en aquella desigual lucha de la naturaleza humana con los más fuertes y poderosos afectos reunidos en un mismo corazón. Pero tú la sostienes *¡oh Deseado de las naciones!* porque quieres que llegue a ese momento feliz en que dé a la tierra el Salvador, y a los hombres la *Piedra angular* que los ha de unir en una sola familia. ¡Bendito seas, oh divino Rey, en los prodigios de tu poder y de tu bondad! Ven cuanto antes a *salvarnos,* acordándote del amor que tienes al hombre por haber salido de tus manos. Ven, pues tu obra ha degenerado y está perdida y condenada a muerte: tómala en tus poderosas manos y rehazla; *sálvala;* pues la continúas amando y no te avergüenzas de ella.

SOLEMNE ANTIFONA EN HONOR DE CRISTO

Oh Rey Pacífico, que naciste antes de los siglos, date prisa a salir por la puerta de oro: visita a los que vas a rescatar y haz que suban al lugar de donde les arrojó el pecado.

23 DE DICIEMBRE

La Iglesia canta hoy esta Antífona, en su Oficio de Laudes:

He aquí que ya se ha realizado todo cuanto había dicho el Angel a propósito de la Virgen María.

SEPTIMA ANTIFONA

Oh Emmanuel, Rey y Legislador nuestro, esperanza y salvador de las naciones, ven a salvarnos, Señor Dios nuestro.

¡Oh Emmanuel, Rey de Paz! hoy es tu entrada en Jerusalén, tu ciudad escogida, pues allí tienes el Templo. Pronto hallarás también en ella tu Cruz y tu Sepulcro; y día vendrá en que establezcas allí tu tremendo tribunal. Ahora penetras humilde y callado en la ciudad de David y de Salomón. Es simplemente un lugar de paso para Belén. Pero tu Madre María y su esposo José, no dejan por eso de entrar en el Templo para ofrecer al Señor sus votos y homenajes: entonces se realiza por vez primera la profecía del Profeta Ageo, que había anunciado que, *la gloria del segundo Templo había de ser mayor que la del primero*. Efectivamente, este Templo posee ahora un *Arca de la Alianza* mucho más preciosa que la de Moisés, e incomparablemente superior a cualquier otro santuario, por la dignidad de Aquel a quien encierra. Es el mismo *Legislador* quien está aquí y no simplemente unas tablas de piedra donde está grabada la Ley. Pero en seguida el Arca viva del Señor desciende las gradas del Templo y se dispone a continuar su camino hacia Belén, adonde le llaman otras profecías. Adoramos, oh Emmanuel, todos tus pasos por la tierra, admirando la fidelidad con que cumples

todo lo que de ti está escrito, para que nada falte de las señales que deben manifestarte, oh Mesías, a tu pueblo. Acuérdate que va a sonar la hora; haz que todo esté dispuesto para tu Nacimiento; ven a *salvarnos;* ven, para que podamos llamarte no sólo *Emmanuel,* sino *Jesús,* es decir, *Salvador.*

SOLEMNE ANTIFONA A JERUSALEN

Oh Jerusalén, ciudad de Dios, mira alrededor tuyo y contempla a tu Señor, porque en seguida va a venir a librarte de tus cadenas.

24 DE DICIEMBRE

Consideremos a la Santísima Virgen acompañada siempre por su fiel esposo José, saliendo de Jerusalén y camino de Belén. Llegan allí después de algunas horas, y, obedeciendo a la voluntad del cielo, dirígense al lugar donde conforme al edicto del Emperador, habrán de empadronarse. En el registro público toman nota de un carpintero llamado José, natural de Nazaret de Galilea; seguramente añaden también el nombre de María, su esposa, que le ha acompañado en su viaje; tal vez la califican de mujer encinta, en su mes noveno: eso es todo. Oh Verbo encarnado; a los ojos de los hombres no eres aún ni si-

quiera un hombre; visitas la tierra, y eres en ella ignorado; y sin embargo de ello, todo ese movimiento, toda esa agitación que lleva consigo el censo del Imperio no tienen más finalidad que la de llevar a tu Madre María a Belén, para que te dé a luz al mundo.

¡Oh inefable Misterio! ¡Qué sublimidad en esta aparente bajeza! ¡cuánto poder en esa humildad! Pero aún no se ha humillado bastante el soberano Señor. Ha recorrido las moradas de los hombres y los hombres no han querido recibirle. Y se va a buscar una cuna al establo de unos animales irracionales: allí, en espera de los cantos angélicos, de los homenajes de los Pastores y de la adoración de los Magos, encuentra al "buey que reconoce a su amo y al asno atado al pesebre de su Señor". ¡Oh Salvador de los hombres, Jesús, Emmanuel! también nosotros nos dirigimos al establo; no consentiremos que el Nacimiento de esta próxima noche se realice en la soledad y en el abandono. Ahora vas llamando a las puertas, y los hombres no quieren abrirte; por la voz del Cantar de los Cantares vas diciendo a las almas: "Abreme, hermana mía, amiga mía, porque mi cabeza está llena de escarcha y mis cabellos impregnados del rocío de la noche." No queremos que traspases nuestra morada: te rogamos que entres; estamos vigilando a la puerta. "Ven, pues, Señor Jesús, ven."

14 DE ENERO

SAN HILARIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Después de haber dedicado la Octava de la Epifanía al Emmanuel *manifestado*, la Santa Iglesia que se emplea constantemente en servicio del divino Infante y de su Madre hasta el día en que ésta acuda al Templo para presentar y ofrecer el fruto bendito de sus entrañas; la Santa Iglesia, decimos, celebra la fiesta de muchos amigos de Dios, que nos señalan en el cielo el camino que conduce de las alegrías de la Natividad al misterio de la Purificación.

Y ya desde el día siguiente al dedicado a celebrar el Bautismo de Cristo, se nos presenta Hilario, honra de la Iglesia de las Galias, hermano de Atanasio y de Eusebio de Vercelli en las luchas que sostuvo por la divinidad del Emmanuel. Apenas han terminado las persecuciones sangrientas del paganismo, cuando comienza la herejía de Arrio. Había éste jurado arrebatar a Cristo la gloria y los honores de la divinidad, después que Aquel había vencido por sus Mártires la violencia y la política de los Césares. Tampoco flaqueó la Iglesia en este nuevo campo de batalla; numerosos mártires sellaron con su sangre, derramada por príncipes cristianos pero he-

rejes, la divinidad del que se dignó *aparecer* en la flaqueza de la carne; y al lado de estos generosos atletas brillaron otros mártires de deseo, grandes Doctores que defendieron con su saber y elocuencia aquella fe de Nicea que había sido la de los Apóstoles. En primera fila aparece Hilario, *educado,* como dice Jerónimo, *sobre el coturno galo, adornado con las galas de Grecia, Ródano de la elocuencia latina, e insigne Doctor de la Iglesia,* según San Agustín.

De genio sublime, y profunda doctrina, Hilario es más grande aún por su amor al Verbo encarnado y su celo por la libertad de la Iglesia; devorado siempre por la sed del martirio, y siempre invencible, en una época en que la fe, vencedora de los tiranos apareció por un momento que iba a extinguirse, víctima de la astucia de los príncipes y de la cobarde defección de muchos pastores.

VIDA. — Nació San Hilario en Aquitania, entre el año 310 y 320. Ligado primeramente por el matrimonio, fué luego electo obispo de Poitiers, en 353. Perseguía entonces a los católicos el emperador Constancio: opúsose Hilario con todas sus fuerzas a la herejía arriana, lo que le valió, en 356, el destierro a Frigia. Allí escribió sus doce libros sobre la Trinidad. En 360 se halla en Constantinopla pidiendo permiso al emperador para tener una disputa sobre la fe con los herejes. Estos, para desembarazarse de él, consiguen que se le envíe de nuevo a Poitiers. Gracias a sus desvelos, toda la Galia, condena en el concilio nacional de París, la

herejía arriana el año 361. Muere en 368. El 29 de Marzo de 1851, Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia.

SU LUCHA POR LA LIBERTAD DE LA IGLESIA. — De esta manera mereció ser honrado el santo Obispo Hilario, por haber conservado gracias a sus heroicos esfuerzos y hasta exponiendo su cabeza, la fe en el más importante misterio. Otra de sus glorias es el haber defendido el gran principio de la Libertad de la Iglesia, sin el cual la Esposa de Cristo se halla amenazada de perder su fecundidad y su vida. Ya hemos honrado días atrás la memoria del Santo Mártir de Cantorbery; hoy celebramos la fiesta de uno de los más ilustres confesores cuyo ejemplo ilustró y animó a aquel en su lucha. Ambos dos se inspiraron en las lecciones dadas por los mismos Apóstoles a los ministros de Cristo, cuando ellos se presentaron por vez primera ante los tribunales de este mundo y pronunciaron aquella gran sentencia es *menester obedecer a Dios antes que a los hombres (Hechos,* V, 29.) Pero si unos y otros se manifestaron enérgicos contra la carne y la sangre, fué, porque estaban desasidos de los bienes terrenos, y porque habían comprendido que la verdadera riqueza del cristiano y del Obispo están en la humildad y en la desnudez del pesebre, la única fuerza victoriosa que acompaña a la sencillez y flaqueza del Niño que nos ha nacido. Habían saboreado las lecciones de la escuela de Belén, y esa es la razón de que no pudieran ser

seducidos por promesas de paz, honores y riquezas. ¡Cuán digna surge en el seno de la Iglesia esta nueva familia de héroes de Cristo! Y aunque la diplomacia de los tiranos que quieren aparecer como cristianos a pesar del cristianismo, les prive obstinadamente de la gloria del martirio ¡cuán potente resuena su voz, proclamando la libertad que se debe al Emmanuel y a sus ministros! Saben decir a los príncipes, con nuestro gran Obispo de Poitiers, en su *primera Memoria a Constancio*: "Augusto glorioso, tu singular inteligencia sabe más bien que no conviene, que no es posible obligar por la fuerza a que hombres que se oponen con todas sus fuerzas a ellos, se sometan y unan a los que continuamente esparcen la semilla corrompida de una doctrina espúrea. La única finalidad de tus trabajos, de tus proyectos, de tu gobierno, de tus vigilias debe ser el hacer gozar a todos tus súbditos de las dulzuras de la libertad. Ningún medio mejor de apaciguar las revueltas, de unir a los que violentamente se habían separado, y librar a todos de la esclavitud haciéndolos dueños de su vida. Deja, pues, que lleguen a tus piadosos oídos todas esas voces que gritan: "Soy católico, no quiero ser hereje; soy cristiano, no soy arriano: prefiero morir en este mundo, antes de consentir que la fuerza de un hombre corrompa la pureza virginal de la verdad" [1].

[1] P. L., X. c. 557-558.

Supremacía de la ley divina. — Cuando a los oídos de Hilario llegó el nombre de la Ley profanada, para justificar la traición de que era víctima la Iglesia por parte de los que preferían los favores del César al servicio de Jesucristo, entonces el santo Pontífice, lanzó su *Libro contra Auxencio,* recordando valerosamente a sus colegas el origen de la Iglesia que sólo pudo establecerse oponiéndose a muchas leyes humanas y que se gloría de no obedecer a todas aquellas que impiden su conservación, desarrollo y actividades.

"¡Cuánta compasión nos inspiran todos esos trabajos que algunos se toman en nuestro tiempo, y cuánto nos lamentamos al considerar las falsas opiniones del mundo, cuando nos encontramos con hombres que piensan que las cosas humanas pueden acudir en auxilio de Dios, y que trabajan en defender a la Iglesia de Cristo por medio de la ambición mundana! Decidme, vosotros Obispos ¿qué apoyo tuvieron los Apóstoles en la predicación del Evangelio? ¿Qué poderes les ayudaron a predicar a Cristo, a convertir a casi todas las naciones del culto de los ídolos al del Dios verdadero? ¿Acaso obtenían dignidades de la corte, aquellos que entonaban himnos a Dios en las cárceles y en las cadenas, después de haber sido azotados? ¿Acaso organizaba Pablo a la Iglesia de Cristo por medio de edictos imperiales? ¿No era más bien bajo el imperio de un

Nerón, de un Vespasiano, o de un Decio, y con el odio de estos príncipes cuando floreció la predicación de la palabra divina? Aquellos Apóstoles que vivían del trabajo de sus manos, que celebraban sus reuniones en lugares ocultos, que recorrían los pueblos, ciudades y naciones por mar y tierra, desafiando los Senados-Consultos y los edictos imperiales ¿acaso no tenían las llaves del Reino de los cielos? Más bien era el poder de Dios quien triunfaba de las pasiones humanas, en aquellos tiempos en que la predicación de Cristo se extendía tanto más cuanto mayores obstáculos encontraban"[1].

PERSECUCIÓN SIN MARTIRIO. — Pero cuando llega el momento de dirigirse al mismo Emperador y protestar de la esclavitud de la Iglesia, Hilario, el más dulce de los hombres se apodera de aquella santa ira que el mismo Cristo empleó contra los profanadores del Templo; y su apostólico celo desafía todas las amenazas, señalando los peligros del sistema inventado por Constancio para acabar con la Iglesia de Cristo después de haberla deshonrado.

"Ha llegado la hora de hablar; porque se ha pasado el tiempo del silencio: Debemos esperar a Cristo, pues el reino del Anticristo ha comenzado. Lancen gritos los pastores, porque los mercenarios se han dado a la fuga. Demos la vida por nuestras ovejas, pues los ladrones han en-

[1] P. L., X. c, 610-611.

trado y el león furioso da vueltas a nuestro alrededor. Vayamos al encuentro del martirio; pues el ángel de Satán se ha transformado en ángel de luz.

¡Oh Dios omnipotente! ¿por qué no hiciste que naciera y en tiempo de Nerón o de Decio para ejercer mi ministerio? Repleto del Espíritu Santo y acordándome de Isaías serrado por medio, no hubiera temido el ecúleo, ni me hubiera asustado del fuego pensando en los Jóvenes Hebreos que cantaban en medio de las llamas; ni me hubieran infundido pavor la cruz, ni el desgarro de los miembros, con la memoria del buen ladrón trasladado al Paraíso después de semejante suplicio; ni los abismos del mar o el furor de las olas me hubieran desanimado, porque allí hubiera acudido el ejemplo de Jonás y de Pablo para recordarme que tus fieles pueden vivir bajo las aguas.

Hubiera luchado feliz contra todos tus enemigos declarados, porque no me hubiera cabido la menor duda de que eran verdaderos perseguidores, los que con el hierro, el fuego, y los tormentos pretendían obligarme a negar tu Nombre; mi muerte hubiera bastado para darte testimonio. Hubiera luchado abierta y confiadamente contra los renegados, verdugos y asesinos; y el pueblo, ante una pública persecución, me hubiera seguido como a su jefe, en el sacrificio del martirio.

Pero hoy día tenemos que combatir contra un perseguidor disfrazado, contra un enemigo que nos halaga, contra el anticristo Constancio, que no emplea golpes sino caricias, que no destierra a sus víctimas para darles la vida verdadera, sino que las colma de riquezas para luego entregarlas a la muerte, que no les concede la libertad de las mazmorras, sino que les otorga la esclavitud de los honores en sus palacios; que no desgarra sus costados, pero profana sus corazones; que no corta la cabeza con la espada, pero mata el alma con el oro; que no publica edictos para condenar a la hoguera, pero enciende para cada uno el fuego del infierno. No disputa por temor a ser vencido, pero halaga para vencer; confiesa a Cristo para renegarle; procura una falsa unidad para evitar la paz; persigue ciertos errores, para mejor destruir la doctrina de Cristo; honra a los Obispos para que dejen de ser Obispos; construye iglesias y al mismo tiempo echa por tierra la fe.

Y no se me acuse de maledicencia o calumnia; deber de los ministros de la verdad es, no decir más que lo verdadero. Si algo falso decimos, consentimos que nuestras palabras sean consideradas como infames, pero si probamos que todo esto es cierto, no habremos hecho más que imitar la libertad y modestia de los Apóstoles, pues sólo hablamos después de un largo silencio.

Públicamente te digo, oh Constancio, lo que hubiera dicho a Nerón, lo que Decio y Maximiano hubieran oído de mis labios: Peleas contra Dios, persigues a la Iglesia y a los santos, odias a los predicadores de Cristo, destruyes la religión, eres un tirano, si no en el terreno de lo humano, al menos en el de lo divino. Esto es lo que os hubiera dicho a ti y a ellos; ahora escucha lo que guardo para ti sólo. Bajo el disfraz de cristiano, eres un nuevo enemigo de Cristo; precursor del Anticristo, ejecutas ya sus odiosos misterios. Como tu vida es contraria a la fe, te atreves a crear nuevas fórmulas; distribuyes los obispados a los tuyos, substituyendo a los buenos con los malos. Con un nuevo método de astucia, hallas el medio de perseguir sin hacer mártires.

¡Cuánto más deudores somos a vuestra crueldad, Nerón, Decio y Maximiano! Gracias a vosotros vencimos al diablo. La piedad recogió en todas partes la sangre de los mártires, y sus venerandos restos dan testimonio de Cristo por doquier. Pero tú, más cruel que todos los tiranos, nos atacas con mucho mayor peligro nuestro, dejándonos apenas la esperanza del perdón. A los que tuvieron la desgracia de flaquear no les queda ya la excusa de poder enseñar al Juez eterno las huellas del tormento o las cicatrices de sus cuerpos desgarrados, para que se les perdone su debilidad a causa de la violencia. ¡Oh el más criminal de los mortales!, de tal modo

sabes mezclar los males de la persecución, que no das lugar al perdón en la falta, ni al martirio en la confesión.

Bien te reconocemos ¡oh lobo de rapiña, bajo tus vestidos de oveja! Con el oro del Estado adornas el santuario de Dios; ofrécesle a El lo que arrebatas a los templos de los Gentiles, lo que sacas por la fuerza con tus edictos y tributos. Recibes a los Obispos con el mismo beso traidor con que Cristo fué entregado. Bajas la cabeza cuando te bendicen, y pisoteas la fe por el suelo; perdonas los impuestos a los clérigos para hacer cristianos renegados; pierdes tus derechos para que Dios pierda los suyos"[1].

LUCHA CONTRA EL NATURALISMO. — Tal era la fortaleza de este santo obispo ante un príncipe que terminó haciendo también mártires; pero no tuvo Hilario que luchar solamente contra el César. La Iglesia ha llevado en todo tiempo en su seno cristianos a medias a quienes la educación, cierto bienestar, el éxito de la influencia o del talento, retienen entre los católicos, pero cuyo espíritu se halla pervertido por el mundo. Se han creado una Iglesia a lo humano, pues bajo el influjo de su naturalismo, su espíritu es incapaz de captar la esencia sobrenatural de la verdadera Iglesia. Hechos a las vicisitudes de la política, a los hábiles giros por medio de los

[1] Libro contra Constancio, P. L. X. c. 577-587.

cuales los hombres de Estado logran mantener un equilibrio pasajero a través de las crisis, les parece que la Iglesia debe contar con sus enemigos, aun en la declaración de sus dogmas; que puede equivocarse sobre la conveniencia de sus decisiones; en una palabra, que su precipitación puede acarrearle perjuicios lamentables a ella y a aquellos a quiénes compromete. *Arboles desraizados,* dice un apóstol, porque efectivamente sus raíces no tocan ya con el suelo que les podría haber alimentado y dado fecundidad. Las promesas formales de Jesucristo, el gobierno directo del Espíritu Santo en la Iglesia, las ansias del verdadero cristiano de oír proclamar hasta en sus detalles las verdades que son el alimento de la fe en espera de la visión, la obediencia ciega que de antemano se debe a toda definición salida o que ha de salir de la Iglesia hasta la consumación del mundo, todo eso no pertenece para ellos al orden práctico. En la embriaguez de su política mundana y del aliento que reciben de parte de los enemigos de la Iglesia, hacerse responsables delante de Dios y de la historia por sus esfuerzos desesperados, para evitar la promulgación de una verdad revelada.

La paz en la unidad y la verdad. — También Hilario había de encontrar en su camino hombres a quiénes asustaba la palabra *consubstancial,* como a otros les ha asustado la de *tran-*

substanciación o la de *infalibilidad*. Como muro de bronce opúsose a su cobardía y a sus cálculos vulgares. Escuchémosle a él, comentado por el más elocuente de sus sucesores: "La paz, me decís, vais a turbar la paz, vais a estorbar la unión."... "Bello nombre ese de la paz; bella cosa también la unidad; pero ¿quién ignora que para la Iglesia y para el Evangelio no existe otra paz y otra unidad que la paz y unidad de Jesucristo?" — Pero, no sabéis, dicen todavía, no sabéis con quién tenéis que mediros, y ¿no tenéis miedo? — "Sí, tengo miedo ciertamente; tengo miedo de los peligros que corre el mundo: tengo miedo de la terrible responsabilidad que pesaría sobre mí por la connivencia y complicidad de mi silencio. Tengo miedo, finalmente, del juicio divino, tengo miedo por mis hermanos salidos de la senda de la verdad, tengo miedo por mí, cuyo deber es volverles al buen camino." Y añaden: "¿Es que no existen lícitas reticencias, miramientos necesarios?" Hilario respondía a esto, que la Iglesia no necesita recibir lecciones, ni puede olvidar su misión esencial. Ahora bien, esta misión es la siguiente: "*Ministros veritatis decet vera proferre*. Conviene que los ministros de la verdad declaremos lo que es verdadero" [1].

* * *

[1] Obras del Cardenal Pie, obispo de Potiers, tomo VI. Discurso pronunciado en Roma en la iglesia de S. Andrés della Valle, el 14 de enero de 1870.

Razón tenía, pues, oh glorioso Hilario, la Iglesia de Poitiers, para dirigirte desde tiempos antiguos, ese magnífico elogio que dedica la Iglesia Romana a tu insigne discípulo Martín: "¡Oh bienaventurado Pontífice, que amaba a Cristo Rey con todas sus entrañas y no se doblegaba ante el peso del deber!" "¡Oh alma santísima a quien la espada del perseguidor no separó del cuerpo, sin que por eso dejase de alcanzar la palma del martirio!" Si te faltó la palma, al menos tú no faltaste a la palma; a tu cabeza rodeada ya de la aureola de Doctor, le sienta perfectamente la corona de Mártir que ciñe la frente de tu hermano Eusebio. Tal es la gloria debida a tu valerosa confesión de ese Verbo divino cuyas humillaciones en la cuna honramos durante estos días. Como los Magos, tampoco tú temblaste en presencia de Herodes; y cuando fuiste desterrado a tierras extrañas por las órdenes del César, tu corazón se consolaba pensando en el destierro de Jesús en tierra de Egipto. Alcánzanos la gracia de que también nosotros comprendamos esos divinos misterios.

Vela por la fe de la Iglesia, y con tu poderosa intercesión conserva en ella el conocimiento y el amor del Emmanuel. Acuérdate de la Iglesia que gobernaste; aún se gloría de ser tu hija. Y ya que el ardor de tu celo se extendía a toda la Galia para defenderla contra sus enemigos, protege también a toda esa Francia cristiana.

Haz que conserve siempre el don de la fe; que sean sus obispos esforzados paladines de las libertades de la Iglesia; crea en su seno prelados, poderosos en palabras y obras, como Martín y como tú, profundos en su doctrina y fieles en la guarda del sagrado depósito.

EL MISMO DÍA

SAN FELIX, PRESBITERO Y MARTIR

Quiere hoy el Emmanuel asociar a los esplendores de su Epifanía y a la memoria de Hilario de Poitiers, el recuerdo de un humilde amante de las virtudes del pesebre. Liberado por el mismo Dios del furor de los perseguidores, no por eso dejó Félix de alcanzar el título de mártir, gracias a su valor invencible en los tormentos y al cautiverio que debiera haber terminado con su vida. Inscrito ya en el ejército celeste entre los soldados del Señor, tenía que alegrar y sostener a la Iglesia durante mucho tiempo con el ejemplo de aquella admirable pobreza, amor y humildad que le hacen merecedor de ocupar un lugar junto al pesebre del *Rey pacífico*.

Amó e imitó al Niño Dios en su voluntario retiro; por eso ahora el Rey de los Angeles y de los hombres, *manifestado* al mundo y adorado por los reyes, comparte con él la gloria de su

Epifanía. *Al que venciere, le concederé que se siente junto a mí en el trono. (Apoc.,* III, 21.)

En nadie mejor que en Félix de Nola se realizó jamás en la tierra, la promesa que el divino jefe hizo a sus miembros.

Una sencilla tumba acaba de recibir los despojos mortales del humilde presbítero de Campania, que, al parecer debía aguardar allí, en la obscuridad y el silencio tan amados por él en vida, la señal del Angel en el día de la Resurrección. Mas de pronto, numerosos y estupendos milagros señalan el lugar de su sepulcro; el nombre de Félix, llevado de boca en boca, opera prodigios sin cuento; a penas vuelve la paz a la Iglesia y al mundo, con el advenimiento de Constantino, y todos los pueblos se ponen en movimiento; grandes multitudes acuden al sepulcro del mártir; la misma Roma se despuebla en ciertos días, y la antigua vía Apia parece que no ha sido construída con otro objeto que el de llevar a los pies de Félix, los homenajes, el reconocimiento y el amor del mundo entero. No bastan cinco basílicas para albergar a las innumerables muchedumbres; edifícase una sexta, y una nueva ciudad surge en el campo desierto, donde antes descansaban los preciosos restos del mártir. Durante todo el siglo IV, que a otras muchas grandezas une la de haber promovido las grandes peregrinaciones, la ciudad de Nola en Campania, constitúyese en el Occidente en cen-

tro principal, después de Roma, de esas católicas manifestaciones de la fe cristiana. "Afortunada ciudad de Nola" exclama un contemporáneo, testigo ocular de los prodigios, "afortunada ciudad, que gracias al bienaventurado Félix, has llegado a ser la segunda después de Roma, de esa Roma, primera antiguamente por su imperio y sus armas victoriosas, y primera hoy también, por la tumba de los Apóstoles". (Paulini, *De S. Felice natalitium carmen II).*

Acabamos de citar a Paulino, cuyo nombre es inseparable ya del de Félix; le volveremos a encontrar, en el tiempo de Pentecostés, dando también al mundo admirables ejemplos de abnegación, movido por el Espíritu Santo. En lo más florido de su brillante juventud, gozando ya de gloria y honores, llegó Paulino un día ante la tumba de Félix; comprendió allí dónde se halla la verdadera grandeza y la vaciedad de las glorias humanas, y el senador romano, el cónsul, el descendiente de Pablo-Emilio y de los escipiones, se consagra al servicio de su vencedor; sacrifícalo todo, riquezas, honores, y patria, al deseo de vivir junto a aquella tumba; Roma admiraba su genio poético; en adelante no tendrá inspiración más que para cantar todos los años la grandeza del bienaventurado Félix el día de su fiesta, y para proclamarse esclavo, y humilde portero del siervo de Cristo. Así triunfa el Emmanuel en sus santos; así es la gloria de sus

miembros en estos días en que el divino jefe parece que no quiere *manifestarse* a sí mismo sino para mostrarles a ellos, según su promesa, sentados en su mismo trono, recibiendo a su lado y como El los homenajes de los pueblos y de los reyes [1].

¡Oh Félix! este día, repetiremos con el cantor de tus grandezas, es el vigésimo después que el Emmanuel, nacido en carne, nuevo sol vencedor de los hielos, nos devolvió la luz e hizo desaparecer las tinieblas. Su brillo es también el tuyo. Haz que, animados por el calor de sus rayos fecundantes, crezcamos en El como tú. Por habernos hecho niños junto al pesebre, la semilla del Verbo está en nosotros; haz, pues que fructifique en medio de la inocencia de un nuevo corazón. Por tu intercesión, el yugo de Cristo se vuelve leve para los débiles, y el Niño Dios se compadece y acaricia a las almas arrepentidas.

Por tanto, también nosotros debemos celebrar este día, que te vió nacer a la vida del cielo, pues gracias a ti lograremos morir al mundo y empezar una nueva vida con el Emmanuel.

---

[1] Atribúyese a S. Félix de Nola las Actas completamente legendarias de otro Félix, que habría sido hermano del santo del mismo nombre, cuya fiesta se celebra el 30 de abril (Anal. Bol. XVI, 19-20).

15 DE ENERO

SAN PABLO, PRIMER ERMITAÑO

Honra hoy la Iglesia la memoria de uno de los hombres que están mejor escogidos para representar la idea de ese despego heroico, revelado al mundo por el Hijo de Dios nacido en la gruta de Belén. Pablo el ermitaño amó tanto la pobreza de Jesucristo, que huyó al desierto para estar alejado de las riquezas y de toda humana codicia. Una cueva por vivienda, una palmera para alimentarse y vestirse, una fuente para calmar su sed, y un pan diario que del cielo le traía un cuervo para prolongar tan maravillosa vida, ese es el método de vida que, durante sesenta años, empleó Pablo en servicio de Aquel que no encontró posada entre los hombres, viéndose obligado a nacer en un solitario establo.

Pablo vivió con Dios en su gruta; con él comienza aquel género de Anacoretas que renunciaron a la sociedad y aun a la vista de los hombres para mejor hablar con Dios: ángeles terrenos, en los cuales brilló para enseñanza de los siglos venideros, el poder y la riqueza de Dios, que basta por sí solo para satisfacer todas las necesidades de su criatura. Admiremos una tal maravilla, y consideremos con agradecimiento la altura a que se elevó por el misterio de un Dios encarnado, la naturaleza humana caída en

la esclavitud de los sentidos, y absorbida por el amor de los bienes de la tierra.

Con todo, no debemos creer que aquella vida del desierto, aquella celestial contemplación de la felicidad eterna, despreocuparon a Pablo de los asuntos de la Iglesia y de sus gloriosas luchas. Nadie está seguro en el camino que conduce a la visión y a la posesión de Dios, sino está unido a la Esposa que El se escogió y colocó en la tierra como columna y amparo de la verdad. (*II Tim.*, III, 15.)

Ahora bien, los contemplativos son, entre los hijos de la Iglesia, los que más estrechamente unidos deben estar a su regazo materno, porque tienen que recorrer caminos difíciles y sublimes, donde muchos zozobraron. Iluminado Pablo por luz divina, estaba atento a las luchas de la Iglesia contra el arrianismo; manteníase unido a los defensores del Verbo consubstancial al Padre: y, para mostrar su simpatía por el valiente campeón de la fe San Atanasio, rogó a San Antonio a quien dejaba en herencia su túnica de hojas de palmera, le enterrase envuelto en un manto que le había regalado el Patriarca de Alejandría, gran admirador del Santo Abad.

El nombre de Pablo, padre de los Anacoretas va, pues, unido al de Antonio padre de los Cenobitas; las familias fundadas por los dos apóstoles de la soledad son hermanas; las dos tienen su origen en una fuente común, que es

Belén. El mismo tiempo litúrgico reúne, con intervalo de un día, a los dos fieles discípulos del pesebre del Salvador.

VIDA. — San Pablo, fundador y padre de los Ermitaños, nació en 234 en la baja Tebaida. A la edad de 15 años huyó al desierto para servir a Dios sin trabas de ninguna clase, viviendo allí hasta la edad de 113 años. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla en el reinado del emperador Manuel Comneno, (1143-1180), luego a Venecia y finalmente lo recibieron los Ermitaños húngaros de Buda, en 1830 *(Revue de l'Orient chrétien,* 1905, *p.* 387. — *Anal. Boll.* II, 121.) Su vida la escribió San Jerónimo en 376.

Ahora contemplas ya en su gloria al Dios cuya flaqueza y voluntarias humillaciones meditaste durante toda tu vida; ahora hablas con él eternamente. En vez de la cueva, teatro de tus penitencias, tienes la inmensidad de los cielos; en vez del pan material, el Pan eterno de Vida, en vez de la humilde fuente, el venero de aquellas aguas que saltan hasta la vida eterna. En tu soledad imitaste el silencio del Hijo de Dios en Belén; ahora las divinas alabanzas no caen un momento de tus labios. Pero, no olvides a la tierra, tu que sólo conociste el desierto. Recuérdale al Emmanuel que un día la visitó con todo su amor, y haz que desciendan sus bendiciones sobre nosotros. Alcánzanos la gracia de un perfecto desasimiento de todo lo perecedero, el amor de la pobreza y de la oración, y un contínuo deseo de nuestra patria celestial.

EL MISMO DÍA

SAN MAURO, ABAD

Con Pablo el ermitaño comparte los honores de este día Mauro, uno de los más grandes maestros de la vida cenobítica, el más célebre de los discípulos del Patriarca de los monjes de Occidente. Fiel como Pablo a las lecciones de Belén, viene a ocupar un puesto en este santo tiempo de cuarenta días dedicados al divino Infante. Ahí está atestiguando también, el poder de la humildad de Cristo. Porque ¿quién osará poner en duda la potencia victoriosa de la obediencia y de la pobreza del pesebre, al ver los efectos producidos por esas virtudes en los claustros de Francia?

Debe nuestra patria a San Mauro la introducción de la Regla admirable que produjo los santos y personajes a quienes Francia es deudora de la mayor parte de su grandeza. Gracias a San Mauro, los hijos de San Benito pudieron combatir la barbarie de los francos, en tiempo de nuestros primeros reyes; bajo la segunda dinastía enseñaron las letras sagradas y profanas a un pueblo, cuya civilización habían contribuído a formar; en tiempos de la tercera dinastía, y hasta el siglo XVIII en que la Orden monástica, avasallada por las Encomiendas y diez-

mada por los atropellos de una política sectaria, expiraba en medio de las más atroces angustias, hasta entonces, decimos, fueron la providencia de los pueblos por el uso caritativo de sus grandes posesiones, y la honra de la ciencia por sus inmensos trabajos sobre la antigüedad eclesiástica y sobre la historia nacional.

El monasterio de Glanfeuil comunicó su legislación a los centros principales de nuestra influencia monástica: San Germán de París, San Dionisio, Marmoutiers, San Víctor de Marsella, Luxeuil, Jumièges, Fleury, Corbeya, Saint Vannes, Moyen-Moutier, Saint Wandrille, Saint Vaast, la Chaise-Dieu, Tiron, Chezal Benoit, le Bec, y otras muchas abadías de Francia se gloriaron de ser hijas de Montecasino por medio del discípulo preferido del gran Patriarca. Cluny que entre otros dió a la Sede Apostólica a San Gregorio VII y a Urbano II, se reconoció deudora a San Mauro de la Regla que la hizo gloriosa y potente. Cuéntense los Apóstoles, Mártires, Pontífices, Doctores, Ascetas y Vírgenes que durante doce siglos cobijaron los claustros benedictinos de Francia; enumérense los servicios prestados por los monjes en nuestra tierra en el orden de la vida presente y en el orden de la vida futura, a través de todo ese período, y se tendrá una idea del éxito de la misión de San Mauro, éxito cuya gloria recae enteramente sobre el Salvador de los hombres y sobre los misterios de su hu-

mildad, que son la causa de la institución monástica. Reconocer por tanto, la fecundidad de los santos, y celebrar los prodigios obrados por medio de ellos, es también glorificar al Emmanuel.

VIDA. — Nos dice la vida de San Benito por San Gregorio Magno, que San Mauro era hijo del senador romano Eutiquio. Sus virtudes monásticas eran tan relevantes, que San Benito le eligió, a pesar de sus pocos años, para gobernar a monjes y monasterios. Las lecciones del Breviario nos dicen que fué enviado a las Galias por el patriarca de los monjes, para plantar allí la vida monástica. Según eso, hubiera venido a Glanfeuil, hoy San Mauro sur Loire, en la diócesis de Angers, muriendo allí el 15 de enero del 584. Estas Lecciones están sacadas de la "*Vita Mauri*" atribuída durante mucho tiempo a Fausto, compañero suyo, pero que en realidad fué escrita en el siglo IX, por Odón de Glanfeuil. — El 12 de marzo de 845 se descubrieron unos sagrados restos, que un pergamino atestiguaba ser los de San Mauro, llegado a las Galias en tiempo del rey Teodoberto. — La "*Vita Mauri*" es objeto de vivas disputas desde el siglo XVII. Parece que hay que escoger entre dos tesis: o bien todos los detalles dados por Odón son exactos, y si no nos lo parecen, es por falta de conocimientos completos sobre la época; o bien debemos rechazarlo todo, y en este caso habría que considerar a Odón como un falsario. — Las excavaciones practicadas en Glanfeuil en 1898, permitieron identificar los fundamentos de una villa galo-romana y tres oratorios señalados por Odón, un sarcófago merovingio y los cimientos de la celda de San Mauro. Parece seguro que Glanfeuil poseyó un monasterio desde el tiempo merovingio. Este hecho ha

dado pie a otra hipótesis: según ella, el fundador del monasterio habría sido un diácono, llamado Mauro, contemporáneo de Teodeberto, fallecido un 15 de enero. Más tarde, los monjes de Glanfeuil identificaron a su fundador con el discípulo de San Benito.

¡Oh digno discípulo del insigne Benito! ¡Cuán fecundo fué tu apostolado! El ejército de santos salidos de ti y de tu Padre es innumerable. La Regla que diste a conocer fué verdaderamente la salvación de los pueblos de Occidente; los sudores que derramaste sobre la herencia del Señor no fueron estériles. Pero cuando, desde la gloria contemplas a Francia cubierta en otro tiempo de innumerables monasterios, que de día y de noche cantaban las divinas alabanzas, y no ves ahora mas que las ruinas de sus últimos refugios ¿no es verdad que te vuelves al Señor para pedirle que florezca de nuevo la soledad? ¿Qué ha sido de esos claustros donde se educaban los apóstoles de los pueblos, los Obispos de maravillosa doctrina, los intrépidos defensores de la libertad de la Iglesia, los Doctores de todas las ciencias, los héroes de la santidad que te consideran como a segundo padre? ¿Quién nos dará en adelante las santas normas de la pobreza, de la obediencia, del trabajo y de la penitencia que conquistaron la admiración y el amor de tantas generaciones, empujando hacia la vida monástica a todas las clases de la sociedad? En vez de ese divino entusiasmo no nos

queda ya más que pusilanimidad, el amor de una vida terrena, ansia de placeres, horror a la cruz, y, a lo sumo, la práctica de una piedad muelle y estéril. Ruega, oh San Mauro, para que se acorten estos días; haz que se restauren las costumbres cristianas de nuestro tiempo con la práctica de la santidad, y que vuelva a renacer la energía en nuestros tibios corazones. De esta manera volverán a aparecer los grandes días de la Iglesia que sólo esperan hombres esforzados, días tan grandes y bellos como los soñamos con nuestra imaginación impotente. Dígnese el Señor, por tu intercesión, devolvernos el monacato en todo su vigor y pureza, y seremos salvos; y detendrá su curso y la decadencia moral que nos invade aún en medio de los avances de nuestra fe.

Oh Mauro, dános a conocer al divino Infante, su doctrina y sus ejemplos, para que podamos comprender que somos raza de santos, y como su Jefe debemos lanzarnos a la conquista del mundo por los medios por El empleados.

16 DE ENERO

SAN MARCELO, PAPA Y MARTIR

Gobernó San Marcelo la Iglesia en vísperas de los días en que iba a hacerse la paz. Unos meses más y caía Majencio, derribado por Cons-

tantino, y la cruz triunfadora brillaba en lo más alto del Labarum de las legiones. Quedaban ya poco tiempo para los mártires; pero Marcelo será uno de ellos, y merecerá ser asociado a Esteban, y llevar como él la palma junto a la cuna del divino Infante. Sabrá mantener firme la soberanía del supremo Pontificado frente al tirano, en medio de aquella Roma que ha de ver pronto traspasada su corte a Bizancio, para dar lugar a Cristo en la persona de su Vicario. Han transcurrido tres siglos desde el día en que el emperador Augusto ordenó el empadronamiento universal que condujo a María a Belén, donde dió a luz un humilde niño; hoy, el imperio de ese niño ha sobrepasado las fronteras del imperio de los Césares, y su triunfo está ya próximo. Después de Marcelo vendrá Eusebio; después de Eusebio Melquiades, quién verá ya el fin de las persecuciones [1].

---

[1] San Marcelo sucedió al Papa Marcelino († 304) el 27 de mayo o el 26 de junio del 308. Construyó muchas iglesias y las proveyó de sacerdotes, con el fin de favorecer la instrucción y el bautismo de los paganos y la vuelta de los apóstatas a la Iglesia. Sobre su muerte existen dos versiones: la del *Liber Pontificalis,* y la de la *Passio Marcelli* en que se inspiran la *Leyenda* del breviario y los datos de don Guéranger, y también la inscripción que San Dámaso hizo grabar sobre su tumba. Algunos apóstatas que pretendían volver a entrar en el seno de la Iglesia sin someterse a las penitencias canónicas que con energía les exigía el Papa. Provocaron contra él una revuelta en que corrió la sangre. Intervino la autoridad pública, que engañada por los rebeldes, desautorizó a San Marcelo y le condenó al destierro. Murió en el año 309 y es venerado como Mártir.

¡Oh Marcelo, tu triunfo fué debido como el del Niño de Belén, a tus humillaciones! Acuérdate de tu querida Iglesia; bendice a esa Roma que visita con tanto cariño el lugar de tus combates. Bendice a todos los fieles cristianos que en estos días solicitan les alcances la gracia de ser admitidos a formar parte de la corte del nuevo Rey. Pide para ellos la obediencia a tus ejemplos, la victoria sobre su orgullo, el amor de la cruz, y el valor para permanecer fieles en medio de toda clase de pruebas.

EL MISMO DÍA

SAN FULGENCIO, OBISPO DE ECIJA Y CONFESOR

Los forasteros que viajan por las provincias andaluzas se sorprenden al ver en las plazas de cierta importancia cuatro estatuas, una a cada ángulo; representan a cuatro insignes hermanos santos que en el siglo VI de nuestra era ilustraron a España y a la Iglesia. Son estos: S. Leandro arzobispo de Sevilla y Padre de la Patria e Iglesia españolas, S. Fulgencio, obispo de Ecija, sede hoy suprimida, Sta. Florentina, monja observantísima, y S. Isidoro el más joven y el más ilustre de los cuatro. S. Fulgencio, el segundo de la familia, era de agudo ingenio e índole bondadosísima, como atestigua S. Isidoro. Informó a

Florentina e Isidoro en los preceptos y máximas del Evangelio, como mayorcito que era. Gran patriota, le llegaban al alma las exacciones de los bizantinos adueñados del levante de España, y no menos le dolían el fanatismo y desafueros de los visigodos inficionados de la herejía arriana. Seguía con firmeza y convicción profunda defendiendo las miras elevadas y dirección de su santísimo hermano Leandro en comunicación íntima con el Papa San Gregorio Magno, trabajaba con ahinco y atinado acierto en ilustrar al pueblo en la verdadera fe, y moviéronse los metropolitanos a ensalzarle a la dignidad episcopal, confiándole el régimen de la Iglesia de Ecija en la provincia hispalense.

San Isidoro atestigua que San Fulgencio escribió varias obras elocuentes para el buen régimen de la grey que se le había encomendado, pero ninguna de ellas ha llegado a la posteridad. No sería extraño ande alguna entre las atribuídas a otros escritores como ha ocurrido con otros escritores eclesiásticos a quienes la depurada crítica actual hace justicia devolviéndoles opúsculos asignados hasta la fecha a los doctores más renombrados. Como a Doctor se honra a San Fulgencio en España y se celebra su fiesta el 16 de enero con todos los privilegios reservados a los Doctores de la Iglesia.

17 DE ENERO

SAN ANTONIO, ABAD

Oriente y Occidente se unen hoy para celebrar al Patriarca de los Cenobitas, al gran Antonio. La institución monástica existía ya antes de él, como lo demuestran irrecusables monumentos; pero Antonio aparece como el primer Abad, porque fué el primero que dió forma estable a las distintas familias de monjes dedicados al servicio divino, bajo el cayado de un solo pastor.

Huésped primeramente de la soledad, y famoso por sus luchas con los demonios, consintió que se juntasen a su alrededor algunos discípulos atraídos por la fama de sus obras prodigiosas, y por el atractivo de la perfección; fué el comienzo de la vida monástica en el desierto. Toca a su fin la era de los mártires; la persecución de Diocleciano va a ser la última; es la hora en que la Providencia que vela por la Iglesia, va a inaugurar en ella una nueva milicia. La institución monacal va a darse a conocer públicamente a la sociedad cristiana; no bastan ya los Ascetas, aun consagrados. Por todas partes van a surgir los monasterios, lo mismo en el desierto que en las ciudades, de manera que los fieles van a tener en adelante ante la vista un continuo

acicate para la guarda de los mandamientos de Cristo, con la práctica fervorosa y literal de los consejos. Las tradiciones apostólicas de la oración continua y de la penitencia se mantendrán vivas; se cultivará la ciencia sagrada con amor, y no tardará la Iglesia en ir a buscar a estas ciudadelas del espíritu, sus más valientes defensores, sus más santos Obispos, sus Apóstoles más generosos.

El ejemplo de Antonio será un modelo para los siglos venideros; se tendrá presente que no bastaron a retenerle en el desierto ni los encantos de la soledad ni las dulzuras de la contemplación, y que en lo más duro de la persecución pagana, se trasladó a Alejandría para animar a los cristianos al martirio. Tampoco se olvidará que en otra lucha más encarnizada todavía, la del arrianismo, volvió a aparecer en la populosa ciudad, para predicar al Verbo consubstancial al Padre, confesar la fe de Nicea, y sostener el valor de los ortodoxos. ¿Quién olvidará nunca los lazos que unieron a Antonio con el gran Atanasio? ¿Quién no se acordará de la visita que el ilustre campeón del Hijo de Dios, hizo al Patriarca del desierto, y que procuró por todos sus medios promover el desenvolvimiento de la institución monástica, colocando la esperanza de la salvación de la Iglesia en la fidelidad de los monjes, y que quiso escribir por su propia mano la vida de su amigo?

En este admirable relato es donde podemos aprender a conocer a Antonio; en él se revelan la grandeza y sencillez del hombre que estuvo siempre tan cerca de Dios. A la edad de diez y ocho años, heredero ya de una cuantiosa fortuna, oye en la Iglesia la lectura de un paso del Evangelio en que el Señor aconseja deshacerse de todos los bienes terrenos para poder tender a la vida perfecta. Esto le basta; abandona inmediatamente todo cuanto posee y se abraza con la pobreza voluntaria durante el resto de su vida.

Empújale el Espíritu Santo hacia el desierto, donde los poderes del infierno han emplazado todas sus baterías para hacer retroceder al soldado de Dios; diríase que Satanás se ha dado cuenta de que el Señor ha determinado construir una ciudad en el desierto, y que ha enviado allí a Antonio para levantar los planos. Comienza entonces una lucha cuerpo a cuerpo con los espíritus del mal, pero el joven egipcio sale vencedor aun a costa de sufrimientos. Ha logrado conquistar la nueva palestra en la que se consumará la victoria del cristianismo sobre el Príncipe del mundo.

Después de veinte años de combate que le han dado temple de acero, su alma ha quedado fija en Dios; entonces es cuando se revela al mundo. A pesar de sus esfuerzos por permanecer oculto, tiene que responder a los que acuden

a consultarle y a pedirle sus oraciones; a su alrededor agrúpanse los discípulos, y así llega a ser el primer Abad. Sus lecciones sobre la perfección cristiana son oídas con avidez; su enseñanza es al mismo tiempo sencilla y profunda, y sólo baja de las alturas de la contemplación para animar a las almas.

Cuando sus discípulos le preguntan por la virtud más propia para combatir las asechanzas de los demonios y conducir con seguridad al alma a la perfección, responde que esa virtud no es otra que la discreción.

Cristianos de todas las esferas de la sociedad acuden al anacoreta cuya fama de santidad y milagros corre por todo el Oriente. Muchos van por gozar de la emoción de un verdadero espectáculo, y no ven más que a un hombre sencillo, de carácter dulce y agradable. La placidez de sus facciones es un reflejo de su alma. No le causa turbación el verse rodeado de gente, ni vana complacencia las señales de consideración y respeto que le prodigan, porque en su alma, libre de pasiones humanas, habita Dios.

Tampoco faltan los filósofos, entre los que quieren contemplar al prodigio del desierto. Al verles llegar, les dirige Antonio la palabra: "¿Por qué os habéis molestado, oh filósofos, en venir a ver a un loco?" Desconcertados por tal recibimiento, contestáronle que no le tenían por tal, sino que estaban convencidos de su gran cordu-

ra. "En ese caso, repuso Antonio, si me consideráis sabio, imitadme." No nos dice San Atanasio si el resultado de esta visita fué la conversión de aquellos hombres. Otros llegaban atacando, en nombre de la razón, el misterio de un Dios encarnado y cruficado. Antonio sonríe al oírles proponer sus sofismas, y termina por decirles: "Ya que estáis tan bien impuestos en dialéctica, respondedme, por favor:" "Tratándose del conocimiento de Dios ¿a quién se debe de hacer más caso, a la acción eficaz de la fe o los argumentos de la razón?" — "A la acción eficaz de la fe", respondieron. — "Pues bien, repuso Antonio, para probar el poder de nuestra fe, ahí tenéis unos posesos, curadles con vuestros silogismos; y si no lo conseguís, y yo logro hacerlo por medio de la fe y en nombre de Jesucristo, confesaréis la impotencia de vuestros razonamientos y daréis gloria a la cruz que os habéis atrevido a despreciar." Acto seguido hizo tres veces la señal de la cruz sobre los posesos, invocando el nombre de Jesús: y al punto se vieron libres.

Los filósofos estaban admirados y guardaban silencio. "No creáis, les dijo el santo Abad, que he librado por mi propia virtud a estos endemoniados; es la virtud de Jesucristo quien lo ha hecho. Creed también vosotros en él, y veréis cómo no es la filosofía quien opera estos milagros sino una fe simple y sincera." Ignórase si aquellos hombres terminaron por abrazar el cris-

tianismo; lo cierto es que, según testimonio del ilustre biógrafo, se retiraron llenos de estima y admiración por Antonio, confesando que su visita al desierto no había sido inútil.

Con esto el nombre de Antonio se hacía cada día más célebre y llegaba ya hasta la corte imperial. Constantino y los dos príncipes hijos suyos, le escribieron como a un padre, implorando el favor de la respuesta. Resistióse el santo al principio; pero como le hicieran notar sus discípulos que, en medio de todo, los emperadores eran cristianos y podían ofenderse de su silencio, escribióles diciendo, que se gozaba al saber que adoraban a Jesucristo, y exhortándolos a no fiarse tanto de su poder que llegasen a olvidar su condición humana. Les recomendó la clemencia, la práctica de una exacta justicia, que socorrieran a los pobres, y se acordasen siempre que el único Rey verdadero y eterno era Jesucristo.

De esta manera escribía aquel hombre, nacido bajo la persecución de Decio y que había desafiado la de Diocleciano: hablar de Césares cristianos era algo nuevo para él. A propósito de las cartas de la corte de Constantinopla solía decir: "Me han escrito los reyes de la tierra; pero ¿qué es eso para un cristiano? Si su dignidad los eleva por encima de los demás, su nacimiento y su muerte los hacen iguales a todos. Lo que más nos debe mover e inflamar nuestro amor de

Dios, es la idea de que este soberano Señor no sólo se dignó escribir una ley para los hombres, sino que les habló por medio de sus propio Hijo."

Con todo, la publicidad dada a su vida molestaba a Antonio, y no veía nunca la hora de volver a sepultarse en el desierto, para hallarse cara a cara con Dios. Había formado ya a sus discípulos con sus palabras y ejemplos; les dejó, pues, en secreto, y después de tres días y tres noches de camino, llegó al monte Colzim donde reconoció la morada que Dios le había preparado.

San Jerónimo nos describe aquella soledad en la vida de San Hilarión: "La roca dice, se levanta a mil pies de altura, de su base salen corrientes de agua absorbidas en parte por la arena y en parte convertidas en un arroyuelo cuyas márgenes están sembradas de numerosas palmeras que convierten el lugar en un oasis tan placentero, como agradable de aspecto." Una estrecha hendidura de la roca servía al siervo de Dios de abrigo contra las inclemencias del tiempo.

Persiguióle el amor de sus discípulos, descubriéndole también en este lejano retiro; con frecuencia acudían a visitarle y a llevarle pan. Para evitarles semejantes molestias, rogóles Antonio que le procurasen una azada, un hacha y algo de trigo para sembrar un pequeño terreno. Visitó San Hilarión estos lugares después de la muerte del gran Patriarca, acompañado de los

discípulos de Antonio, que le decían emocionados: "Aquí cantaba los salmos; allí se entretenía en oración con Dios; aquí trabajaba; allí descansaba cuando se sentía fatigado; con sus propias manos plantó aquella viña y aquellos arbustos: él hizo aquella era y cavó con gran trabajo aquel pozo para regar el huerto."

Al enseñarle este huerto, refirieron también al santo, que como vinieran cierto día unos asnos salvajes a beber al pozo, comenzaron a destrozar el plantío. Ordenó Antonio al primero que se detuviera, y dándole suavemente con su bastón en el lomo, le dijo: "¿Por qué comes lo que no has sembrado?" A su voz se detuvieron los animales inmediatamente, y no hicieron ya daño alguno.

Pero nos dejamos llevar por el encanto de estos relatos; haría falta todo un volumen para completarlos. De cuando en cuando, bajaba Antonio del monte para acudir a animar a sus discípulos en los distintos puestos que tenía en el desierto. En cierta ocasión fué también a visitar a su hermana a quien antes de abandonar el mundo, había colocado en un monasterio de vírgenes. Por fin, llegado a los ciento cinco años quiso aún ver a los monjes que habitaban en la primera montaña de la cordillera de Colzim, y les anunció su próxima salida de este mundo para la patria. Vuelto a su soledad llamó a los

dos discípulos que desde hace quince años le servían a causa de sus pocas fuerzas, y les dijo:

"Mis queridos hijos, ha llegado la hora, en que según el lenguaje de la Sagrada Escritura, voy a entrar en el camino de mis padres. Veo que me llama el Señor, y mi corazón se siente abrasado por el deseo de unirse a él en el cielo. Pero, vosotros, hijos míos, entrañas de mi alma, no vayáis a perder, por un fatal relajamiento, el fruto del trabajo al que os habéis aplicado desde hace tantos años. Pensad diariamente que acabáis de poneros al servicio de Dios y a practicar esos ejercicios; de ese modo vuestra voluntad se hará más fuerte e irá siempre creciendo. Ya conocéis las emboscadas que nos tendía el demonio. Testigos fuísteis de sus iras, y de sus fracasos. Daos siempre al amor de Cristo; confiad en El plenamente, y así triunfaréis de esos espíritus malignos. No olvidéis nunca las distintas enseñanzas que os he dado, y sobre todo os recomiendo el pensar que podéis morir cada día."

Recordóles luego la obligación que tenían de no ponerse en contacto con los herejes, pidiéndoles también que enterraran su cuerpo en un lugar secreto que sólo ellos conocieran. "En cuanto a los hábitos que dejo, añadió, este será su destino: daréis una de mis túnicas al obispo Atanasio, junto con la capa que me trajo nueva y le devuelvo usada." Era ésta, otra capa que el gran Doctor había regalado a Antonio, distinta

de la primera que ya había empleado para enterrar a Pablo el ermitaño. "La otra túnica, continuó el santo, se la daréis al obispo Serapión, y para vosotros guardaréis mi cilicio." Después, sintiendo la proximidad de su último momento, dirigióse a sus dos discípulos diciéndoles: "Adiós, mis queridos hijos; vuestro Antonio se va, ya no estará con vosotros."

Con semejante sencillez y grandeza se inauguraba la vida monástica en los desiertos de Egipto, para lanzar desde allí sus destellos sobre la Iglesia entera; pero ¿quién debe llevar la gloria de tal institución a la que se unirán en lo sucesivo los destinos de la Iglesia, fuerte siempre cuando está en auge el elemento monástico, y débil cuando éste se halla en decadencia? ¿Quién infundió a Antonio y a sus discípulos el amor de la vida oculta y pobre, pero al mismo tiempo tan fecunda, quién sino el misterio de las humillaciones del Hijo de Dios? Sea pues, toda la gloria para el Emmanuel, anonadado bajo la humildad de los pañales, pero repleto de virtud divina.

Vida. — Nació San Antonio en Comon (Egipto) el año 251. Al oír las palabras del Evangelio: "Si quieres ser perfecto, véte, vende todo cuanto tienes y dálo a los pobres", lo puso inmediatamente por obra y se retiró al desierto. Tuvo que sufrir allí los ataques de los demonios, de los cuales triunfó por medio de la penitencia e invocando el nombre de Jesús. Murió en el año 356 en el monte Colzim, junto al mar Rojo. Es-

cribió su vida el obispo San Atanasio y sus reliquias se conservan en San Julián de Arlés.

Oh bienaventurado Antonio, nos unimos a toda la Iglesia, para ofrecerte el homenaje de nuestra veneración, y para publicar las gracias que el Emmanuel derramó sobre ti. ¡Cuán sublime fué tu vida, y fecundas tus obras! Verdaderamente eres Padre de un gran pueblo, y una de las más poderosas columnas de la Iglesia de Dios. Ruega, pues, por el Orden monástico, y haz que renazca y alcance nuevo vigor en la sociedad cristiana. Ruega también por todos los miembros de la gran familia de la Iglesia. Muchas veces fué útil tu intercesión a nuestros cuerpos, librándoles de las fiebres mortales que los abrasaban; continúa ejerciendo ese benéfico influjo. Pero, sobre todo, cura nuestras almas abrasadas con frecuencia por llamas más peligrosas todavía. Vela por nosotros en las tentaciones que no cesa de procurarnos el enemigo; haznos cautos contra sus ataques, prudentes para prevenir las ocasiones perversas, firmes en la lucha y humildes en la victoria. El ángel de las tinieblas se te aparecía en formas sensibles; a nosotros nos ataca muchas veces disfrazado; haz que no seamos víctimas de sus embustes. Dominen nuestra vida entera el temor de los juicios divinos y el pensamiento de la eternidad; sea la oración nuestro asiduo recurso, y la penitencia nuestra muralla. Finalmente y ante todo, oh Pastor de las almas, llenémosnos más

y más, según tu consejo, del amor de Jesús, de ese Jesús que se dignó nacer aquí abajo para salvarnos y merecernos las gracias para vencer, de ese Jesús que quiso sufrir tentaciones para enseñarnos el modo de combatirlas.

18 DE ENERO

LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ROMA [1]

El Arcángel había anunciado a María que su Hijo sería Rey y que su Reino no tendría fin; guiados por la Estrella, vinieron los Magos desde el lejano Oriente buscando a ese Rey en Belén; el nuevo Imperio necesitaba su Capital; y como el Rey que había de establecer en ella su trono, debía según los designios eternos, subir

---

[1] En el siglo III venerábase en un cementerio de Roma un recuerdo del ministerio de San Pedro, una silla de toba o madera. Más tarde, en el Bautisterio damasino del Vaticano, se veneró la *sella gestatoria apostolicae confessionis.* El 22 de febrero celebrábase una fiesta con el nombre de *Natale Petri de Cathedra;* pero a causa de la Cuaresma las iglesias de la Galia comenzaron a celebrarla el 18 de enero. Las dos costumbres se desarrollaron paralelas; finalmente, se perdió más tarde la unidad primitiva de su significado y hubo dos fiestas de la Cátedra de San Pedro, la una atribuída a Roma, la del 18 de enero, la otra atribuída a otra sede que fué en definitiva la de Antioquía, y se celebró el 22 de febrero.

Consérvase ahora la Cátedra de San Pedro en el ábside de la basílica del Vaticano, encerrada en un inmenso relicario, de suerte que no puede sentarse ya el Papa sobre la *Cathedra Apostolica* como los Pontífices de los quince primeros siglos. (Dom Schuster: *Liber Sacramentorum.*)

pronto a los cielos, era necesario que el carácter visible de esa Realeza, descansase sobre un hombre que hiciera las veces de Cristo hasta el fin de los siglos.

Para tan gloriosa representación eligió el Emmanuel a Simón, cuyo nombre cambió por el de Pedro, declarando expresamente que la Iglesia entera descansaría sobre este hombre como sobre una roca inconmovible. Mas, como también Pedro debía terminar su carrera en la cruz, comprometíase Jesucristo a darle sucesores en los que sobreviviese siempre la autoridad de Pedro.

REALEZA DEL VICARIO DE CRISTO. — Mas, ¿cuál será la señal para conocer al sucesor de Pedro en el hombre privilegiado sobre el que descansará el edificio de la Iglesia hasta el fin de los siglos? Entre tantos obispos ¿dónde está el que perpetúa a Pedro? El Príncipe de los Apóstoles fundó y gobernó varias Iglesias, pero sólo fué regada con su sangre, la de Roma; una sola, la Romana, guarda su sepulcro; el Obispo de Roma, es, pues, el sucesor de Pedro, y, por tanto, el Vicario de Cristo. De él y no de otro se dijo: *Sobre ti edificaré mi Iglesia.* Y también: *A ti te daré las llaves del Reino de los cielos.* Y en otro lugar: *He rogado por ti, para que no desfallezca tu fe; confirma a tus hermanos.* Y por fin: *Apacienta mis corderos; apacienta mis ovejas.*

De tal manera llegó a comprender esto la herejía protestante, que durante mucho tiempo se esforzó en proyectar dudas sobre la estancia de San Pedro en Roma, creyendo con razón poder destruir con esta estratagema, la autoridad del Romano Pontífice y la noción misma de un Jefe de la Iglesia. La ciencia histórica ha hecho justicia a sus pueriles objecciones; y desde tiempo atrás, los eruditos de la Reforma están de acuerdo con los católicos sobre el terreno de los hechos, y no ponen en tela de juicio ninguno de los puntos históricos bien sentados por la crítica.

El oponerse a, tan extraña pretensión de los Reformadores con la autoridad de la Liturgia fué en parte causa de que Paulo IV devolviese en 1558 la antigua fiesta de la Cátedra de San Pedro en Roma, al 18 de enero. Hacía ya muchos siglos que no celebraba la Iglesia la fiesta del Pontificado del Príncipe de los Apóstoles más que el 22 de febrero. En adelante se fijó para este día la memoria de la Cátedra de Antioquía, que fué la primera ocupada por el Apóstol.

Brilla, pues, hoy en todo su esplendor la realeza del Emmanuel, y alégranse los hijos de la Iglesia de sentirse todos hermanos y conciudadanos de un mismo Imperio, pues celebran la gloria de la Capital común a todos.

Si miran a su alrededor ven infinidad de sectas divididas y que carecen de las condiciones de perpetuidad, porque les falta un centro, y dan

gracias al Hijo de Dios por haber provisto a la conservación de su Iglesia y de la Verdad, por medio de la institución de un Jefe visible en el que se perpetúa Pedro eternamente, lo mismo que Cristo en Pedro. Ya no están los hombres como ovejas sin pastor; la palabra pronunciada al principio continúa sin interrupción a través de todos los tiempos; la misión primera no ha quedado nunca en suspenso de manera que, gracias al Romano Pontífice, el fin de los tiempos podrá enlazar con el origen de la Iglesia. "¡Qué gran consuelo para los hijos de Dios, exclama Bossuet, en su *Discurso sobre la Historia Universal,* y qué afianzamiento en la verdad, cuando se sabe, que desde Inocencio XI que rige hoy (1681) los destinos de la Iglesia, se ascienden sin interrupción hasta San Pedro, constituído Príncipe de los Apóstoles por el mismo Jesucristo!"

PRIMACÍA DE LA SEDE ROMANA. — Con la entrada de Pedro en Roma se realizan y explican los destinos de esta ciudad reina; para ella trae un imperio mucho más extenso todavía que el que posee. Pero este nuevo Imperio no se establecerá por la fuerza como el primero. De soberbia dorminadora de los pueblos como había sido hasta ahora, va a convertirse Roma en Madre de las naciones por el amor; y su imperio no será menos duradero por muy pacífico que sea. Oigamos cómo nos cuenta San León Magno en uno de sus

mejores Sermones, y con toda la dignidad de su lenguaje, la entrada obscura, pero definitiva, del Pescador de Genesaret en la capital del paganismo:

"Dios bueno, justo y omnipotente que nunca negó su misericordia al género humano, y que con sus muchos beneficios proveyó a todos los mortales de medios para llegar al conocimiento de su Nombre, ese Dios, en los secretos designios de su inmenso amor, se compadeció de la ceguera voluntaria de los hombres y de la malicia que les iba degradando poco a poco, y les envió a su Verbo, igual a El y coeterno. Pues bien, al encarnarse este Verbo unió tan íntimamente la naturaleza divina con la humana, que el acercamiento de la primera a nuestra bajeza fué para nosotros el principio de la más sublime elevación.

Y para esparcir por todo el mundo los efectos de esta gracia preparó la divina Providencia el Imperio romano, dándole tales límites que llegase a abarcar todas las naciones del mundo. Era, en efecto, algo muy conveniente para la realización de la obra proyectada, que los distintos reinos estuvieran reunidos bajo un único Imperio, para que llegase la predicación con mayor rapidez a oídos de todos los pueblos, hallándose bajo el mando de una sola ciudad.

Esta ciudad, desconocedora del autor divino de sus destinos, se había hecho esclava de los errores de todos los pueblos aunque les goberna-

ba a casi todos con sus leyes, y creía ser muy religiosa porque admitía todas las falsedades; pero cuanto más fuertemente se hallaba aherrojada por el demonio, más admirablemente fué libertada por Cristo.

En efecto, cuando los doce Apóstoles, después de recibir con el Espíritu Santo el don de hablar diversas lenguas, se distribuyeron las distintas partes del mundo, tomando posesión de las tierras en donde debían predicar el Evangelio, al bienaventurado Pedro, Príncipe del Colegio Apostólico, se le asignó la capital del imperio romano, para que la luz de la Verdad que se había revelado para la salvación de todos los pueblos, se derramase con mayor eficacia sobre el mundo entero, partiendo del centro de aquel Imperio.

Porque ¿qué nación no contaba con representantes en aquella ciudad? ¿Qué pueblos podían ignorar lo que Roma había aprendido? Allí iban a ser pulverizadas las teorías filosóficas y disipadas las vaciedades de la sabiduría terrena; allí iba a ser destruído el culto de los demonios y la impiedad de todos los sacrificios; en aquel lugar donde una hábil superstición había acumulado el producto total de todos los errores.

Y ¿no temes, bienaventurado Pedro Apóstol, venir sólo a esta ciudad? El compañero de tu gloria, el Apóstol Pablo, se encuentra todavía ocupado en fundar iglesias; y tú te adentras en ese bosque poblado de bestias feroces, caminas

sobre ese océano cargado de tempestades con mayor confianza que cuando anduviste sobre las olas. No temes a Roma, la señora del mundo, tú que temblabas en el palacio de Caifás a la voz de una criada del Pontífice. ¿Eran acaso más temibles el tribunal de Pilatos o la crueldad de los judíos que el poderío de Claudio o la ferocidad de Nerón? No; pero la fuerza de tu amor triunfaba del miedo, y no considerabas ya temibles aquellos a quienes habías recibido encargo de amar. Indudablemente sentías ya esa intrépida caridad cuando la declaración de tu amor hacia el Señor fué ratificada por el misterio de una triple interrogación. Por eso, no se te exigió, para apacentar las ovejas de Aquel a quien amabas más que la expresión plena de los sentimientos de tu corazón.

Cierto que tu confianza debía ir en aumento con el recuerdo de los milagros tan numerosos como habías obrado, de tantos inestimables dones de la gracia como habías recibido y de las contínuas manifestaciones del poder que en ti residía. Habías ya hablado a los judíos, muchos de los cuales creyeron en tu palabra; habías fundado la Iglesia de Antioquía, donde tuvo su origen el nombre cristiano; habías sometido a las leyes de la predicación evangélica el Ponto, Galacia, Capadocia, Asia y Bitinia; y luego, seguro ya del éxito de tu obra y del día de tu muerte, acudiste a clavar sobre las murallas de Roma el

trofeo de la Cruz de Cristo, a aquella Roma donde Dios te había deparado el honor del poder supremo y la gloria del martirio"[1].

El futuro del género humano, está pues, ligado a Roma por la Iglesia; los destinos de esta ciudad son ya para siempre comunes con los del soberano Pontífice. Todos nosotros, aunque divididos por razas, lenguas e intereses, somos Romanos en el orden religioso; este título nos une por Pedro a Jesucristo, formando el vínculo de la gran fraternidad de los pueblos y de los individuos católicos.

GLORIA DE LA ROMA CRISTIANA. — En el orden del gobierno espiritual Jesucristo nos gobierna por Pedro y Pedro por su sucesor. Todo pastor cuya autoridad no venga de la Sede de Roma, es un extraño, un intruso. Del mismo modo, en el orden de la fe, Jesucristo por Pedro y Pedro por su sucesor, nos enseñan la doctrina divina y nos dan el criterio para discernir la verdad del error. Todo Símbolo de fe, todo juicio en materia de doctrina, toda enseñanza contraria al Símbolo, a los juicios y a las enseñanzas de la Sede Romana, son del hombre y no de Dios, y deben ser rechazadas con horror y anatema. En la fiesta de la Cátedra de San Pedro en Antioquía, hablaremos de la Sede Apostólica como fuente única del poder de jurisdicción de la Iglesia; hoy, honramos

[1] P. L., t. LIV, c. 423-425.

la Cátedra romana como origen y regla de nuestra fe. Tomemos aquí también la palabra elocuente de San León[1] y preguntémosle por los títulos de Pedro a la infalibilidad de su doctrina. De este gran Doctor aprenderemos a estimar el valor de las palabras pronunciadas por Cristo para que fueran la garantía suprema de nuestra adhesión a la fe por los siglos de los siglos.

"El Verbo humanado había venido a morar en medio de nosotros, y Cristo se había dado enteramente a la obra de la redención del género humano. Nada había que no estuviera ordenado por su sabiduría, nada que se hallara fuera de su poder. Obedecíanle los elementos, los Espíritus angélicos estaban a sus órdenes; el misterio de la salvación de los hombres no podía fallar en sus efectos, porque el mismo Dios, Uno y Trino, se ocupaba de él. Con todo, sólo Pedro es elegido en este mundo para presidir la vocación de todos los pueblos, para presidir a todos los Apóstoles y a todos los Padres de la Iglesia. Habrá muchos sacerdotes y muchos pastores en el pueblo de Dios; pero, Pedro gobernará con una autoridad que les es propia, a todos los que el mismo Cristo gobierna de un modo más elevado todavía. ¡Qué sublime y admirable participación de su poder se dignó dar Dios a este hombre, mis queridos hermanos! Si quiso que hubiera algo de co-

---

[1] Sermón IV.

mún entre él y los demás pastores fué con la condición de darles a éstos, por medio de Pedro, todo lo que no quería rehusarles.

Pregunta el Señor a los Apóstoles por la opinión que los hombres tienen de él. Los Apóstoles están de acuerdo mientras se trata simplemente de exponer las distintas opiniones de la ignorancia humana. Pero cuando el Señor pregunta a sus discípulos por su propio parecer el primero en confesarle es el que tiene la primera dignidad entre los Apóstoles. El es quien dice: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.* Respóndele Jesús: *Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás; porque ni la carne ni la sangre te han revelado esto, sino mi Padre que está en los cielos.* Es decir: Sí, dichoso tú, porque mi Padre te ha iluminado, no te han inducido a error las ideas terrenas, sino que te ha ilustrado la inspiración del cielo. Si me has conocido, ha sido gracias a Aquel de quien soy Hijo único, no gracias a la carne ni a la sangre. *Y yo,* añade, *te digo:* Del mismo modo que mi Padre te ha revelado mi divinidad, yo te descubro tus privilegios. Porque, *tú eres Pedro,* es decir, así como yo soy la Piedra inamovible, la Piedra angular que une ambos muros, el Fundamento esencial e imprescindible: así tú también eres Piedra, porque descansas sobre mi base, y todo lo que yo poseo por mi propio poder, lo posees tú conmigo porque yo te lo comunico. *Y sobre esta piedra construiré mi Iglesia, y las*

puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Mi templo eterno será construído sobre la base de esta piedra; y mi Iglesia, cuya cumbre tocará en el cielo, ha de elevarse sobre la solidez de esa fe.

La víspera de su Pasión, que debía ser una prueba para la constancia de sus discípulos, dijo el Señor estas palabras: *Simón, Simón, Satanás ha solicitado cribarte como el trigo; pero yo he rogado por ti, para que tu fe no desfallezca. Una vez convertido, confirma a tus hermanos.* Común era el peligro de tentación para todos los discípulos; todos necesitaban de la ayuda divina, porque el demonio se había propuesto zarandearles a todos y derrumbarles. Pero el Señor se cuida de un modo especial de Pedro; sus oraciones serán por la fe de Pedro, como si la salvación de los demás estuviese segura, no siendo abatida la fe de su jefe. Sobre Pedro, pues, ha de apoyarse el valor de los demás, sobre él se ordenará la ayuda de la gracia divina, para que la firmeza que Cristo concede a Pedro, sea por él comunicada a los Apóstoles"[1].

INFALIBILIDAD DEL VICARIO DE CRISTO. — En otro Sermón[2], nos hace ver el elocuente Doctor, cómo Pedro vive y enseña siempre desde la Cátedra Romana. "El orden establecido por el que es la mis-

[1] P. L., t. LIV. c. 149-152.
[2] *Serm.*, III.

ma Verdad, persevera constante, de manera que el bienaventurado Pedro, conservando la firmeza recibida, no ha abandonado nunca el timón de la Iglesia. Porque es tal la supremacía que le ha sido otorgada sobre los demás, que nos es preciso reconocer en ella los vínculos que le unían a Cristo al ser llamado Piedra, proclamado Fundamento. Por eso le llamó Piedra, le proclamó Fundamento, constituyó Portero del Reino de los cielos y le declaró Arbitro para atar y desatar con tal autoridad en sus juicios, que éstos se ratifican en el mismo cielo. Ahora ejerce con mayor poder y plenitud la misión que le fué confiada porque su oficio y cargo lo desempeña en Aquel y con Aquel por quien fué gloricado.

Por consiguiente, si algo bueno hacemos sobre esta Sede, si decretamos algo justo, si nuestras oraciones de todos los días consiguen alguna gracia ante la misericordia divina, todo ello se debe a las obras y méritos de aquel que vive en su Sede y obra en ella por medio de su autoridad. Todo esto nos lo mereció, mis queridos hermanos, por aquella confesión, que inspirada a su corazón de Apóstol por Dios Padre, sobrepasó todas las incertidumbres de las opiniones humanas, mereciendo recibir la firmeza de la Piedra que ningún ataque podría quebrantar. Todos los días repite Pedro en la Iglesia: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo;* y, gracias al magisterio de esta voz son adoctrinadas todas las naciones que

confiesan al Señor. Esa es la fe que triunfa del demonio y rompe las cadenas de sus cautivos; la que conduce a los fieles al cielo cuando salen de este mundo. Contra ella nada pueden los poderes del infierno. Tan grande es, en efecto, la virtud divina que la preserva, que nunca logró corromperla la maldad de los herejes, ni la perfidia pagana vencerla"[1].

Son palabras de San León. "No se diga, pues, exclama Bossuet, en su Sermón sobre la Unidad de la Iglesia, no se diga, ni se piense que el ministerio de San Pedro termina con él: lo que ha de ser apoyo de una Iglesia eterna, no puede tener nunca fin. Pedro continuará viviendo en sus sucesores, Pedro hablará siempre desde su Cátedra: esto es lo que nos dicen los Padres, y lo que confirmaron seiscientos treinta Obispos en el Concilio de Caldedonia." Y en otro lugar: "La Iglesia Romana es siempre Virgen: La fe Romana es siempre la fe de la Iglesia; se cree siempre lo que se creyó, por todas partes resuena la misma voz, y Pedro permanece en sus sucesores como fundamento de los fieles. Lo dijo Jesucristo; y pasarán el cielo y la tierra antes que su palabra."

San Pedro continuado en sus sucesores. — Todos los siglos cristianos profesaron la doctrina de la infalibilidad del Romano Pontífice cuando

[1] P. L., t. LIV, c. 146.

enseña a la Iglesia desde la Cátedra apostólica. La encontramos afirmada expresamente en los escritos de los santos Padres, y los Concilios ecuménicos de Lyon y de Florencia la declararon en sus más solemnes asambleas, y de una manera tan clara que no deja lugar a dudas a los cristianos de buena fe. Con todo, el espíritu del error, apoyado por contradictorios sofismas y presentando bajo una falsa luz algunos hechos separados y mal entendidos, trató durante largo tiempo de introducir la confusión entre los fieles de un país, adicto por lo demás a la Santa Sede. La causa principal de este lamentable cisma fué la influencia política, y el orgullo de escuela lo hizo más duradero. Su resultado fué la debilitación del principio de autoridad en las regiones donde se propagó, y la fijación en ellas de la secta jansenista cuyos errores habían sido condenados por la Santa Sede. Después de la asamblea de París en 1682, los herejes afirmaban que los decretos que habían condenado sus doctrinas no eran infalibles.

El Espíritu Santo que dirige a la Iglesia extirpó por fin este funesto error. En el Concilio Vaticano pronunció un solemne fallo, declarando que en adelante, los que rehusasen reconocer como infalibles los decretos solemnemente definidos por el Romano Pontífice en materia de fe y de buenas costumbres, dejaban por el hecho mismo de pertenecer a la Iglesia católica. En

vano trató el infierno de obstaculizar la acción de la augusta asamblea; si el Concilio de Calcedonia había exclamado: "Pedro habló por boca de León"; y el Concilio de Constantinopla había repetido: "Pedro habló por medio de Agatón", el Concilio Vaticano afirmó: "Pedro habló y hablará siempre por boca del Romano Pontífice."

Agradecidos al Dios de la verdad que se ha dignado sublimar y garantizar de todo error a la Cátedra romana, oiremos con ánimo y corazón sumiso las enseñanzas que de ella emanan. Reconoceremos la acción divina en la fidelidad con que ésta Cátedra inmortal ha sabido conservar sin mancilla la verdad durante diecinueve siglos, en tanto que las Sedes de Jerusalén, Antioquía, Alejandría y Constantinopla, apenas la guardaron algunos siglos, convirtiéndose una tras otra en las *cátedras de pestilencia* de que habla el Profeta.

La fe de la Iglesia. — Durante estos días dedicados a honrar la Encarnación del Hijo de Dios y su nacimiento del seno de una Virgen, recordemos que somos deudores a la Sede de Pedro de la conservación de estos dogmas, fundamento de toda nuestra Religión. No sólo nos los ha enseñado Roma por medio de sus apóstoles a quienes encomendó la predicación de la fe en las Galias; sino que fué también ella quien, con su fallo supremo, aseguró el triunfo de la ver-

dad cuando las tinieblas de la herejía trataban de ensombrecer tan altos misterios. En Efeso, al condenar a Nestorio, se declaró que la naturaleza divina y humana no forman en Cristo más que una persona, y que por consiguiente María es verdadera Madre de Dios: En Calcedonia la Iglesia definió contra Eutiques, la distinción de las dos naturalezas, la de Dios y la del hombre: en el Verbo encarnado los Padres de ambos Concilios declararon que en sus decisiones no hacían más que seguir la doctrina que les habían transmitido las Epístolas de la Sede Apostólica.

Ese es, pues, el privilegio de Roma, el gobierno en todo cuanto atañe a la vida futura, como gobernó por las armas durante siglos los intereses de la vida presente, en el mundo entonces conocido. Amemos y honremos a esa ciudad Madre y Señora, patria común de todos nosotros, y celebremos hoy su gloria con amor de hijos.

Estamos, pues, asentados sobre Jesucristo en nuestra fe y en nuestras esperanzas, oh Príncipe de los Apóstoles, puesto que estamos fundados sobre ti que eres la piedra por El colocada. Somos, ovejas del rebaño de Jesucristo, pues te obedecemos como a nuestro Pastor. Siguiéndote, oh Pedro, estamos seguros de entrar en el Reino de los cielos, porque tú guardas las llaves. Al gloriarnos de ser miembros tuyos, oh Jefe nuestro, podemos considerarnos como miembros del mismo Jesucristo, porque el Jefe invisible de la Igle-

sia no reconoce otros miembros que los del Jefe visible por El establecidos. Del mismo modo, cuando guardamos la fe en el Romano Pontífice, cuando obedecemos sus órdenes, no hacemos más que profesar tu fe, oh Pedro, y seguir tus mandatos, porque si Cristo enseña y gobierna por ti, tú enseñas y gobiernas por el Romano Pontífice.

Demos, pues, gracias al Emmanuel, que no quiso dejarnos huérfanos, sino que antes de volverse a los cielos, se dignó proporcionarnos un Padre y un Pastor, hasta la consumación de los siglos. La víspera de su Pasión, queriéndonos demostrar su amor hasta el extremo, nos dejó su cuerpo por manjar y su sangre por bebida. Después de su gloriosa Resurrección, cuando iba a subir a la diestra de su Padre, y sus Apóstoles se hallaban reunidos en torno suyo, estableció su Iglesia a manera de inmenso redil, diciendo a Pedro: *Apacienta mis ovejas, apacienta mis corderos*. De este modo aseguraste, oh Cristo, la perpetuidad de tu Iglesia y creaste en su seno la unidad, que es lo único que puede conservarla y defenderla contra los enemigos de dentro y fuera. ¡Gloria a ti, divino Arquitecto, que construíste tu inmortal edificio sobre Piedra firme! Soplaron los vientos, desencadenáronse tempestades, se levantaron furiosas olas, pero la casa se mantuvo en pie, porque estaba fundada sobre la roca *(S. Mateo,* VII, 25.)

Oh Roma, recibe las nuevas promesas de nuestro amor y los votos de fidelidad que te hacemos, en este día en que toda la Iglesia proclama tu gloria y se felicita de estar edificada sobre tu Piedra. Tú serás siempre nuestra Madre y Señora, nuestra guía y esperanza. Tu fe será siempre la nuestra; porque quien no está contigo, no está con Jesucristo. En ti son hermanos todos los hombres; no eres para nosotros una ciudad extraña, ni tu Pontífice un soberano extranjero. Gracias a ti gozamos de la vida de la inteligencia y del corazón; tú nos preparas para habitar un día en aquella otra ciudad de la que eres reflejo, la ciudad celestial de la que eres puerta.

Oh Príncipe de los Apóstoles, bendice a las ovejas confiadas a tu guarda; y acuérdate de las que están desgraciadamente fuera del redil. Naciones enteras instruídas y civilizadas por tus sucesores, llevan una vida lánguida lejos de ti, y ni siquiera sienten la desgracia de estar alejadas del Pastor. A unas hiela y corrompe el cisma, otras son víctimas de la herejía. Sin contacto con Cristo, visible en su Vicario, el Cristianismo se vuelve estéril y poco a poco desaparece. Durante mucho tiempo doctrinas imprudentes que tienden a aminorar los dones que el Señor confirió al que debe ser su representante hasta el fin de los tiempos, han secado los corazones de sus adeptos; apenas han hecho más que cambiar el culto de César por el servicio de Pedro. ¡Oh

Supremo Pastor, cura todos estos males! Apresura el retorno de las naciones separadas, y el fin de la herejía del siglo dieciséis; abre los brazos a tu hija, la Iglesia de Inglaterra, para que vuelva a florecer como en los tiempos pasados. Convierte a los pueblos de Alemania y a los reinos del Norte; para que todos conozcan que no hay salvación posible si no es a la sombra de tu Cátedra. Aniquila al ingente monstruo del Septentrión, que amenaza al Asia y a Europa, y que por todas partes destruye la verdadera religión. Devuelve el Oriente a su antigua fidelidad, para que, después de tan largo eclipse, vuelva a ver surgir sus Sedes Patriarcales en la unidad y obediencia a la única Sede Apostólica. Finalmente, consérvanos a nosotros en la fe de Roma, y en la obediencia a tu sucesor, ya que hasta ahora hemos permanecido fieles gracias a la misericordia divina y a tu paternal cuidado. Instrúyenos en los misterios que te han sido confiados; revélanos lo que el Padre celestial te ha revelado. Muéstranos a Jesús, tu Señor; condúcenos a su cuna, para que como tú, y sin escandalizarnos de sus humillaciones, tengamos la dicha de poder decirle contigo: *Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.*

EL MISMO DÍA

CONMEMORACION DE SANTA PRISCA

Existe una gran incertidumbre a propósito de esta joven mártir romana, pues una tradición nos asegura que fué bautizada por el Apóstol San Pedro a la edad de trece años, y que fué la primera mártir de la Iglesia de Occidente, decapitada entre el año 45 y el 54 bajo Claudio Tiberio; mientras que otra tradición la refiere al siglo III y afirma que fué decapitada bajo Claudio II el Godo, hacia el año 250. Sea lo que fuere, hay que reconocer su existencia, y la realidad de su martirio y de su culto, en los tiempos más remotos.

Recitemos en su honor la Colecta de la Misa:

"Te suplicamos, oh Dios omnipotente, a quien honramos en el día natalicio de tu Mártir, nos concedas alegrarnos con esta anual solemnidad y aprovecharnos del ejemplo de tan gran fe. Por Nuestro Señor." Amén.

19 DE ENERO

SAN MARIO, MARTA, AUDIFAZ Y ABACUC, MARTIRES

Del mismo modo que la misteriosa estrella condujo a los Magos hasta la cuna del rey recién

nacido, así el resplandor que irradia de Roma enrojecida con la sangre de los Mártires, nos lleva irresistiblemente a venerar a los santos que nos propone la Iglesia en este día. Mario, su esposa Marta y sus hijos Audifaz y Abacuc, llegados de las lejanas regiones de Persia en tiempo del Emperador Claudio, el Godo, para visitar las tumbas de los Apóstoles y de los valientes confesores de Cristo, van a merecer ser asociados a su triunfo. Van a confesar al divino Niño en medio de los más crueles tormentos, añadiendo con su victoria un nuevo florón a la corona de la ciudad madre y señora, cuyas grandezas celebrábamos ayer. En efecto, la tregua concedida a los cristianos por el edicto de Galieno no fué duradera para los fieles de Roma, y la sangre de los mártires volvió a correr en la ciudad imperial, bajo el breve reinado de Claudio II [1]. La Pasión de estos santos peregrinos nos los presenta, poniendo, desde su llegada, al servicio de los perseguidos sus personas y sus riquezas. Buscaban y visitaban en las cárceles a los que habían sufrido por la fe, y era tan grande su devoción hacia ellos, que no contentándose con lavar sus heridas, se complacían en derramar sobre sus propias cabezas el agua que había servido a tan piadosos menes-

[1] P. Allard. *Les dernières persécutions du troisième siècle*, 3.ª Ed.

teres [1]. Con religioso celo se dedicaban a recoger los cuerpos de los valientes confesores, y a enterrar respetuosamente sus sagrados restos. Semejante celo no podía pasar mucho tiempo inadvertido: detenidos junto con otros cristianos, Mario, Marta y sus hijos obtuvieron la palma del martirio que tan ardientemente deseaban.

Según la tradición, fueron martirizados el 20 de enero del año 270. Pero la Iglesia los celebra el 19, por estar el día siguiente totalmente dedicado a la memoria de San Fabián y San Sebastián [2].

"Verdaderamente son hermanos, los que vencieron los crímenes del mundo; siguieron a Cristo y ahora poseen con gloria el reino de los cielos" [3]. Así canta la Iglesia un día del año al asociar al triunfo de Cristo resucitado, nuevos grupos de mártires. Pero ¿qué alabanza cuadra mejor a los ilustres soldados cuya victoria celebramos? Si es digno de admiración el espectáculo de los miembros de una misma familia bien hermanados ¿cuánto más, si esta buena armonía persevera en medio de las obras más

---

1 Acta SS. Enero, t. II.

2 Las actas de estos Mártires persas parece que han sufrido algunas interpolaciones; se señala su fiesta por primera vez en un calendario vaticano del siglo XII. Es dudoso que fueran sus cuerpos trasladados a S. Medardo de Soissons en 828. Actualmente se veneran sus reliquias en las iglesias de S. Adrián y Sta. Práxedes de Roma.

3 Verso del Aleluya de la Misa de los santos Nereo y Aquileo (12 de mayo) y de otras muchas misas de Mártires.

heroicas de caridad y de las más nobles aspiraciones hacia la patria de los cielos? Haced, oh gloriosos mártires, que como vosotros alcancemos esa unión de corazones, en el amor y servicio del Verbo encarnado.

En medio de los más crueles tormentos, vuestra voluntad, ansiosa de seguir hasta el fin al maestro, hacía que os animáseis mutuamente a la perseverancia y que glorificáseis a Cristo por haberos permitido con el martirio, formar parte de sus siervos privilegiados. Pedid para nosotros aumento de la virtud de la fe, y una completa entrega a Aquel que vino a la tierra a rescatarnos, y las generosas disposiciones que nos permitan arriesgar y sufrirlo todo por su gloria.

EL MISMO DÍA

SAN CANUTO, REY Y MARTIR

Como hemos dicho ya, a los Reyes Magos siguieron en la cueva del Señor otros santos Reyes cristianos; es, pues justo que aparezcan en este tiempo dedicado al misterio de su Nacimiento. Entre los muchos que dió a la Iglesia y a la sociedad europea el siglo XI, tan fecundo en toda clase de maravillas de la religión católica, Canuto IV en el trono de Dinamarca se destaca sobre los demás, por la aureola del marti-

rio [1]. Apóstol fervoroso de la religión cristiana, legislador prudente, intrépido guerrero, piadoso y caritativo, tuvo todas las virtudes que deben adornar a un príncipe cristiano. El pretexto que le ocasionó la muerte violenta, fué su celo por la Iglesia, cuyos derechos se confundían entonces con los del pueblo; murió en una revuelta, con el sublime carácter de víctima sacrificada en aras de su nación. Su tributo al nuevo Rey nacido fué el tributo de la sangre, trocando la corona pasajera por la otra con que adorna la Iglesia la frente de sus mártires, y que jamás se marchita. La historia de Dinamarca en el siglo XI no es muy conocida de la mayoría de los habitantes de la tierra, pero en cambio el honor que tuvo este país dando un Rey mártir, es conocido en toda la Iglesia, y la Iglesia abarca al mundo entero. Uno de los mayores espectáculos que se observan debajo de la capa del cielo, es sin duda este poder que tiene la Esposa de Jesucristo para honrar el nombre y los méritos de los siervos y amigos de Dios; pues los nombres que proclama llegan a hacerse inmortales entre los hombres, bien hayan sido llevados por reyes, bien servido para distinguir a los últimos de sus hijos.

El Sol de justicia había aparecido ya sobre tu tierra, oh santo Rey, y tu más completa dicha consistía en verlo brillar sobre tu pueblo. Como

---

[1] Fué inmolado en la iglesia de S. Albano, en Odense, el 10 de julio de 1086.

los Magos de Oriente, te complacías en poner tu corona a los pies del Emmanuel, y un día llegaste hasta ofrecer tu propia vida en su servicio y en aras de la Iglesia. Pero tu pueblo no era digno de ti; derramó tu sangre como el ingrato Israel derramará la sangre del Justo que nos ha nacido y cuya tierna infancia honramos estos días. Ofrece una vez más por el reino que ennobleciste, aquella muerte violenta que sufriste por tu pueblo, aplicándola por sus pecados. Hace tiempo que Dinamarca olvidó la fe verdadera; ruega para que la recobre cuanto antes. Alcanza para los príncipes que gobiernan los Estados cristianos, la fidelidad a sus deberes, el celo por la justicia, y el respeto por la libertad de la Iglesia. Pide también al divino Niño para nosotros, el celo que tuviste por su gloria; y si no podemos poner como tú una corona a sus pies, ayúdanos a dejarle nuestros corazones.

20 DE ENERO

SAN FABIAN, PAPA Y MARTIR Y SAN SEBASTIAN, MARTIR

Los honores de este día recaen sobre dos grandes Mártires: el uno, Pontífice de la Iglesia de Roma; el otro, hijo de esta Iglesia Madre. Fabián recibió la corona del martirio el año 250

bajo la persecución de Decio; Sebastián en la de Diocleciano el año 288. Consideraremos por separado los méritos de ambos atletas de Cristo.

Imitando a sus predecesores San Clemente y San Antero, el Papa Fabián tuvo especial empeño en hacer redactar las Actas de los Mártires; pero la persecución de Diocleciano que hizo desaparecer un gran número de estos preciosos monumentos, nos privó del relato de sus sufrimientos y de su martirio. Sólo han llegado hasta nosotros algunos rasgos de su vida pastoral; pero podemos hacernos una idea de sus virtudes por el elogio que de él hace San Cipriano, llamándole *varón incomparable,* en una carta que escribió al Papa San Cornelio, sucesor de Fabián. El Obispo de Cartago alaba también la pureza y santidad de vida del Pontífice que supo dominar con frente serena las tempestades que agitaron a la Iglesia de su tiempo. Nos complacemos contemplando aquella cabeza digna y venerable, sobre la que se posó una paloma para señalar al sucesor de Pedro, el día en que se reunió el pueblo y el clero de Roma para la elección de Papa, después del martirio de Antero. Esta semejanza con el hecho de la manifestación de Cristo en el Jordán por medio de la divina paloma, hace todavía más sagrado el carácter de Fabián. Depositario del poder de regeneración que existe en las aguas después del bautismo de Cristo, fué celoso propagador del cristianismo, y la Iglesia de las

Galias tiene que reconocer en muchos de sus principales fundadores, a los Obispos que el consagró para anunciar la fe en distintos países.

De esta manera transcurrieron, oh Fabián, los días de tu Pontificado, largos y tempestuosos. Presintiendo la futura paz que Dios reservaba a su Iglesia, no consentiste que se perdieran para los siglos venideros los grandes ejemplos de la era de los mártires, y por eso trató, tu solicitud de conservarlos. Gran parte de los tesoros por ti reunidos para nosotros, fueron pasto de las llamas; a penas si nos es dado reunir algunos detalles de tu propia vida; pero sabemos lo suficiente para alabar a Dios por haberte escogido en tan difíciles tiempos, y para celebrar hoy el triunfo glorioso logrado por tu constancia. La paloma que te señaló como elegido del cielo al posarse sobre tu cabeza, te eligió por Cristo visible de la tierra, preparándote para las solicitudes y el martirio, e indicando a toda la Iglesia que debía reconocerte y escucharte. ¡Oh Santo Pontífice, ya que en esto fuiste semejante al Emmanuel en su Epifanía, ruégale por nosotros para que se digne *manifestarse* más y más a nuestras almas y corazones!

* * *

Coloca Roma a la cabeza de sus glorias y después de los Apóstoles Pedro y Pablo, a dos de sus valientes mártires, Lorenzo y Sebastián, y

a dos de sus más ilustres vírgenes, Cecilia e Inés. Pues bien, el tiempo de Navidad reclama una parte de esta noble corte para hacer los honores a Cristo recién nacido. Lorenzo y Cecilia aparecerán a su vez acompañando a otros misterios; el día de hoy, Sebastián, el jefe de la guardia pretoriana es llamado a prestar servicio junto al Emmanuel; mañana será admitida Inés al lado del Esposo a quien dedicó todas sus preferencias.

Imaginémonos a un joven, rompiendo todos los lazos que le ataban a Milán su patria, por el único motivo de que allí no arreciaba la persecución con tanta fiereza, mientras que en Roma la tempestad bramaba violentamente [1]. Teme por la constancia de los cristianos, y sabe que en distintas ocasiones los soldados de Cristo, cubiertos de la armadura de los soldados de César, se introdujeron en las prisiones y animaron el valor de los confesores. Es la misión que ambiciona, en espera del día en que él mismo pueda alcanzar la palma. Acude, pues, en ayuda de aquellos a quienes habían quebrantado las lágrimas de sus padres; los carceleros afrontan el martirio, cediendo al imperio de su fe y de sus milagros, y hasta un magistrado romano solicita ser instruído en una doctrina que comunica tanto poder a los hombres. Colmado de distinciones

[1] Cf. Discurso vigésimo de S. Ambrosio sobre el Salmo CXVIII. P. L. XV., c. 1497.

por Diocleciano y Maximiano Hércules, dispone Sebastián en Roma de una influencia tan favorable al cristianismo, que el Papa Cayo le proclama *Defensor de la Iglesia.*

Por fin, después de haber enviado innumerables mártires al cielo, el héroe consigue también la corona, objeto de sus deseos. Cae en desgracia de Diocleciano por su valiente confesión, pero prefiere la gracia del Emperador celestial a quien únicamente servía bajo el casco y la clámide. Entréganle a los arqueros de Mauritania, quienes le despojan, encadenan y traspasan con sus flechas. Y aunque le devuelven a la vida los piadosos cuidados de Irene, es sólo para expirar bajo los golpes, en un hipódromo contiguo al palacio de los Césares.

Así son los soldados de nuestro Rey recién nacido; pero, ¡con qué esplendidez son por El recompensados! La Roma cristiana, capital de la Iglesia, se levanta sobre siete Basílicas principales, como la antigua Roma sobre siete colinas: uno de estos siete santuarios se honra con el nombre y la tumba de Sebastián. La Basílica de Sebastián se asienta en la soledad, fuera de las murallas de la ciudad, sobre la Vía Apia; guarda también el cuerpo de San Fabián, pero el honor principal de este templo es para el soldado que quiso ser enterrado en este lugar, como fiel guardián de los cuerpos de los Santos Apóstoles, junto al pozo donde fueron ocultados durante

muchos años para sustraerlos a las pesquisas de los perseguidores.

Como recompensa al celo de San Sebastián por la salvación de las almas que con tanto cuidado trató de preservar del virus del paganismo, Dios le concedió ser abogado del pueblo cristiano contra el azote de la peste. Este poder del santo Mártir se experimentó en Roma desde el año 680, en el Pontificado de San Agatón [1].

Oh valeroso soldado del Emmanuel, ahora descansas a sus plantas. Mira desde lo alto del cielo a la cristiandad que celebra tus triunfos. En este período del año apareces como fiel guardián de la cuna del Niño divino; el cargo que ejercías en la corte de los príncipes de la tierra lo desempeñas ahora en el palacio del Rey de reyes. Dígnate elevar hasta allí y presentar nuestros votos y oraciones.

¡Con cuánto agrado acogerá el Emmanuel tus peticiones, pues con tanto fervor le amaste! En tu ardor por derramar tu sangre en su servicio, no te bastó una palestra ordinaria; necesitabas ir a Roma, aquella Babilonia ebria de la sangre de los Mártires, como diría San Juan. Y no es que quisieras solamente subir rápido al cielo; tu celo por tus hermanos te tenía preocupado por su constancia. Complaciaste penetrando en las mazmorras, donde entraban todos destrozados

[1] También en Milán en 1575 y en Lisboa en 1599. A ese poder se refieren el Evangelio y la antífona de la Comunión.

por los tormentos, y allí acudías a animar su generosidad vacilante. Diríase que tenías orden de formar la milicia del Rey celestial, y que no debías entrar en el cielo si no en compañía de los guerreros escogidos por ti para la guardia de su persona. Por fin ha llegado el momento de pensar en tu propia corona; ha sonado la hora de la confesión. Pero, para un atleta como tú, oh Sebastián, no basta un solo martirio. En vano han gastado sus flechas los arqueros en tus miembros; la vida no se va de tu cuerpo; la víctima queda dispuesta para el segundo sacrificio. Así eran los cristianos de los primeros tiempos, y nosotros somos hijos suyos. Atiende, pues, oh guerrero del Señor, a la extremada flaqueza de nuestros corazones, donde languidece el amor de Cristo; ten piedad de tus últimos descendientes. Todo nos asusta, todo nos abate, y con mucha frecuencia somos enemigos de la cruz, aun sin darnos cuenta. No debemos hechar en olvido, que no podremos habitar al lado de los Mártires si nuestros corazones no son generosos como los suyos. Somos cobardes en la lucha con el mundo y sus vanidades, con las inclinaciones de nuestro corazón, y el instinto de los sentidos, y después que hacemos con Dios una paz fácil, sellada con la garantía de su amor creemos que ya no tenemos otra cosa que hacer, sino caminar suavemente hacia el cielo, sin pruebas y sacrificios voluntarios. ¡Oh Sebastián, líbranos de se-

mejantes ilusiones! despiértanos de nuestro letargo; y para lograrlo aviva el amor que duerme en nuestros corazones.

Protégenos contra la peste del mal ejemplo y contra el influjo de las ideas mundanas que se deslizan bajo la falsa apariencia de cristianismo. Haznos celosos de nuestra santificación. Cautos contra nuestras malas inclinaciones, apóstoles de nuestros hermanos, amigos de la cruz, y despegados de nuestro propio cuerpo. En virtud de las flechas que atravesaron tus miembros, aleja de nosotros los dardos que nos lanza el enemigo en la oscuridad.

Armanos, oh soldado de Cristo, con la armadura de que nos describe el gran Apóstol en su Epístola a los Efesios (VI, 13-17); coloca sobre nuestro pecho la *coraza de la justicia,* que le protegerá contra el pecado; cubre nuestra cabeza con el *casco de la salud,* es decir, con la esperanza de los bienes futuros, esperanza que dista igualmente de la desconfianza y de la presunción; pon en nuestro brazo el *escudo de la fe,* duro como el diamante, contra el que vengan a chocar las tentaciones del enemigo, cuando trate de invadir nuestro espíritu para seducir nuestro corazón; pon, finalmente, en nuestra mano *la espada de la palabra divina,* con la que venceremos todos los errores y cortaremos todos los vicios; porque el cielo y la tierra pasan, pero la

Palabra de Dios queda como regla y esperanza nuestra.

Defensor de la Iglesia, llamado así por boca de un santo Papa mártir, levanta también ahora tu espada para defenderla. Derriba a sus enemigos, descubre sus pérfidos planes; dános la paz que tan raras veces disfruta la Iglesia, y que le sirve para prepararse a nuevos combates. Bendice a las armas cristianas cuando tengan que entrar en lucha contra enemigos externos. Ampara a Roma que venera tu sepulcro; salva a Francia que durante mucho tiempo se glorió de poseer una parte de tus sagrados restos. Aleja de nosotros el azote de la peste y las enfermedades contagiosas; escucha la voz de los que, todos los años, te solicitan la conservación de los animales que el Señor dió al hombre para que le ayuden en sus trabajos. Finalmente, asegúranos por tus oraciones, el descanso de la vida presente, pero sobre todo los bienes eternos.

21 DE ENERO

SANTA INES, VIRGEN Y MARTIR

No hemos agotado aún el magnífico cortejo de Mártires que nos sale al paso en estos días del año. Sebastián ayer; mañana Vicente, que lleva la victoria hasta en el nombre. En medio de estos grandes santos aparece hoy la jovencita

Inés. Es una niña de trece años a quien ha dado el Emmanuel la intrepidez de ser Mártir; marcha sobre la arena con paso tan firme como el oficial romano o el diácono de Zaragoza. Si aquellos son soldados de Cristo, esta es su casta esposa. Tales son las victorias del Hijo de María. Apenas se ha revelado al mundo, cuando todos los corazones nobles corren hacia El, conforme ya lo había anunciado: "Donde estuviere el cuerpo, allí se juntarán las águilas." *(S. Mateo,* XXIV, 28.)

Es el fruto admirable de la virginidad de su Madre, la cual estimó en más la fecundidad del alma que la del cuerpo, abriendo un nuevo camino por el que las almas escogidas se lanzan rápidamente hacia el Sol divino, para contemplar con mirada virginal y sin celajes, sus divinos destellos; El había dicho: *"Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios" (S. Mat.,* V, 8.)

Gloria imperecedera de la Iglesia católica, única que posee en su seno el don de la virginidad, origen de todas las grandezas, porque nace exclusivamente del amor. Honor sublime de la Roma cristiana el haber engendrado a Inés, ángel terreno, ante cuya presencia palidecen aquellas antiguas Vestales, cuya virginidad colmada de favores y riquezas, no sufrió nunca la prueba del hierro ni del fuego.

¿Existe alguna fama que se pueda comparar con la de esta joven, cuyo nombre se leerá hasta

el fin del mundo en el Canon de la Misa? Después de tantos siglos, aún quedan en la ciudad santa, huellas de sus pasos inocentes. Aquí un templo levantado sobre el antiguo circo Agonal, que nos introduce bajo bóvedas envilecidas en otro tiempo por la prostitución, y ahora embalsamadas con el perfume de la Santa. Más allá, en la Vía Nomentana, fuera de los muros de Roma, una elegante Basílica, construída por Constantino, que guarda el casto cuerpo de la virgen, bajo un altar revestido de piedras preciosas. Alrededor de la Basílica, bajo tierra, comienzan y se extienden amplias criptas, en cuyo centro descansó Inés hasta el día de la paz, junto a muchos miles de mártires que la daban guardia de honor.

Tampoco debemos pasar por alto el gracioso homenaje que todos los años tributa a la joven virgen la Santa Iglesia Romana en el día de su fiesta. En el altar de la Basílica Nomentana son colocados dos corderos, que recuerdan a la vez la mansedumbre del Cordero divino y la dulzura de Inés. Después que los bendice el Abad de los Canónigos regulares que están al servicio de aquella Iglesia, son llevados a un monasterio de religiosas, que los crían con esmero; su lana sirve para tejer los *Pallium* que envía el Soberano Pontífice a todos los Patriarcas y Metropolitanos del mundo católico, como símbolo esencial de su jurisdicción. De esta manera con el ornamento de

lana que estos Prelados deben llevar sobre sus hombros como imagen de la oveja del buen Pastor, y que el Papa toma de la tumba de San Pedro para enviárselo, llega hasta los confines de la Iglesia el doble sentimiento de la fortaleza del Príncipe de los Apóstoles y de la virginal dulzura de Inés.

Vamos ahora a citar las páginas admirables que dedicó San Ambrosio a Santa Inés, en su libro de las Vírgenes [1]. La mayor parte de ellas las lee la Iglesia en el Oficio de hoy; no podía aspirar la virgen de Cristo a más dulce panegirista que el gran obispo de Milán, el más elocuente y el más persuasivo de los Padres por lo que se refiere a la virginidad; pues nos dice la historia que, en las ciudades en que él predicaba, las madres encerraban a sus hijas por miedo a que renunciasen al matrimonio, inflamadas de ardiente amor a Cristo por las sugestivas palabras del prelado.

"Al ponerme a escribir un libro sobre la Virginidad, dice el gran obispo, me considero feliz comenzándole por el elogio de la virgen cuya festividad nos reúne. Celebramos la fiesta de una Virgen: tratemos de ser puros. Celebramos la fiesta de una Mártir: sacrifiquemos víctimas. Celebramos la fiesta de Santa Inés: maravíllense los hombres, no pierdan ánimo los niños, pás-

[1] L. I. cap. II. P. L. XVI, c. 189-191.

mense las esposas, imiten las vírgenes. Pero ¿podríamos hablar dignamente de aquella cuyo nombre encierra ya su elogio? Fué su celo mayor que su edad, su virtud superior a su naturaleza, de manera que su nombre no parece un nombre humano, si no más bien el anuncio de su martirio." Hace aquí alusión el santo obispo a la palabra *cordero,* de donde deriva el nombre de *Inés.* Dice luego que viene del griego *agnos,* que significa *puro,* y continúa así su discurso:

"El nombre de esta virgen es también un título de pureza: la celebraré, pues, como Mártir y como Virgen. Es suficiente alabanza la que no necesita ser rebuscada, porque existe por sí misma. Retírese el rector, y cállese la elocuencia; una sola palabra, basta su nombre para alabar a Inés. Cántenla los ancianos, los jóvenes y los niños. Todos los hombres celebran a esta mártir, pues no pueden pronunciar su nombre sin alabarla.

Refiérese que tenía trece años cuando sufrió el martirio. Crueldad inaudita la de un tirano que no respeta una edad tan tierna, pero aún más maravilloso el poder de la fe, que encuentra testigos en esa edad. ¿Había lugar para heridas en un cuerpo tan pequeñito? A penas encontró la espada un sitio para herir en aquella niña; con todo eso, supo Inés vencer a la espada.

Es la edad en que la joven tiembla ante el mirar airado de su madre; un simple alfilerazo

hace brotar sus lágrimas, como si fuera una herida. Inés, encambio, intrépida entre las manos sangrientas de los verdugos, permanece inquebrantable en medio de sus pesadas cadenas; desconocedora aún de la muerte, pero dispuesta a morir, presenta todo su cuerpo a la punta de la espada de un fiero soldado. A su pesar, trasládanla a los altares: tiende su brazo a Cristo a través del fuego del sacrificio, y hasta en medio de las sacrílegas llamas, su mano hace la señal de la cruz trofeo de su Señor victorioso. Ofrece su cuello y sus dos manos a los hierros que la presentan, pero no son a propósito para apretar miembros tan pequeños.

¡Nuevo género de martirio! No tiene la Virgen aún la edad del tormento, y ya está madura para la victoria; no está madura para el combate, y ya es capaz de corona; tiene en contra suya el prejuicio de la edad y ya es maestra en virtudes. No camina la esposa con tanta prisa hacia el lecho nupcial, como avanza esta virgen gozosa y con paso ligero, hacia el lugar de su suplicio; ataviada no con una cabellera artificiosamente dispuesta, sino con el mismo Cristo; coronada, no de flores, sino de pureza.

Todos lloran; ella es la única que no lo hace; maravíllanse de que tan fácilmente desprecie una vida que no ha gustado todavía, que la sacrifique como si la hubiera ya agotado. Todos se admiran de que sea ya testigo de la divinidad, cuan-

do por su edad no dispone aún de sí misma. Su palabra no tendría valor en una causa humana; pero se la cree cuando da testimonio ante Dios. Efectivamente, una fortaleza que está muy por encima de la naturaleza, sólo podría venir del autor de la naturaleza.

¡Qué de amenazas empleó el juez para intimidarla! ¡cuántos halagos para ganarla! ¡Cuántos hombres la pidieron por esposa! Pero ella exclamaba: *La desposada injuria al esposo, si le hace esperar.* El primero que me escogió es el *único que ha de poseerme. ¿Por qué tardas, verdugo? Muera este cuerpo que puede ser amado por ojos que no me agradan.*

Preséntase, ora, dobla el cuello. Hubierais visto temblar al verdugo como si fuera él el condenado. Movíase su mano, y su rostro estaba pálido ante el peligro ajeno, mientras la doncella veía sin temor su propio peligro. Ved, pues, un doble martirio en una sola víctima: el martirio de la castidad y el de la religión. Inés permaneció Virgen y obtuvo el martirio."

Canta hoy la Iglesia Romana unos magníficos responsorios, en los cuales declara Inés de una manera encantadora su ingenuo amor, y la dicha que tiene de ser la prometida de Cristo. Están formados con frases sacadas de las antiguas Actas de la mártir, atribuídas durante mucho tiempo a San Ambrosio.

℟. Mi esposo ha adornado mi cuello y mi mano con piedras preciosas; ha puesto en mis orejas inestimables margaritas: * Y me ha embellecido con perlas finas y deslumbrantes. — ℣. Ha impreso su sello en mi rostro, para que no admita a otro amante. * Y me ha embellecido...

℟. Amo a Cristo, seré la Esposa de Aquel cuya Madre es Virgen, cuyo Padre le engendró de un modo espiritual, de Aquel que hizo ya resonar en mis oídos sus armoniosos acordes: * De Aquel a quien amando soy casta, a quien tocando soy pura, y poseyendo soy virgen. — ℣. Me dió un anillo como prenda de su amor, y me adornó con un rico collar. * De aquel a quien amando...

℟. Probé la leche y la miel de sus labios: * Y su sangre colorea mis mejillas. — ℣. Me enseñó tesoros incomparables, cuya posesión me prometió. * Y su sangre colorea mis mejillas.

℟. Su carne está ya unida a la mía por medio del manjar celestial, y su sangre colorea mis mejillas: * El es quien tiene por Madre a una Virgen y cuyo Padre le engendró de un modo espiritual. — ℣. Estoy unida a Aquel a quien sirven los Angeles, y cuya belleza es admirada por el sol y la luna. * El es quien tiene...

¡Cuán dulce y fuerte es el amor de tu Esposo Jesús, oh Inés! ¡De qué manera se apodera de los corazones inocentes, para transformarlos en corazones intrépidos! ¿Qué te importaba a ti el mundo y sus goces, el suplicio y sus tormentos? ¿Qué tenías que temer de la espantosa prueba a que te sometió la crueldad del perseguidor? La hoguera, la espada no significaban nada para ti; tu amor te decía bien alto, que ninguna violen-

cia humana sería capaz de arrebatarte el corazón de tu divino Esposo; tenías su palabra y conocías muy bien su fidelidad.

¡Oh niña, purísima en medio del cenagal de Roma, libre en medio de un pueblo esclavo! ¡qué bien se manifiestan en ti las virtudes del Emmanuel! El es Cordero, y tú eres sencilla como El; es el León de la tribu de Judá, y como El eres tú invencible. ¿Cuál es, por tanto, esa nueva raza bajada del cielo que va a poblar la tierra? ¡Oh! ¡Cuántos siglos ha de durar la vida de esa familia cristiana nacida de los Mártires y que cuenta entre sus antepasados, héroes tan valientes, vírgenes y niños al lado de pontífices y guerreros, inflamados todos de un ardor celestial y que no pretendiendo otra cosa que salir de este mundo, después de haber depositado en él la semilla de las virtudes! de esta manera ha llegado a nosotros los ejemplos de Jesucristo por la cadena de sus Mártires. De suyo eran tan frágiles como nosotros; tenían que vencer las costumbres paganas que habían viciado la sangre de la humanidad, y no obstante eso, fueron fuertes y puros.

Vuelve a nosotros tus ojos, oh Inés, y ampáranos. El amor de Cristo languidece en nuestros corazones. Tus luchas nos conmueven; hasta lloramos al oír contar tu heroísmo, pero somos débiles contra el mundo y los sentidos.

Enervados por el ansia de comodidades y por una absurda atención a eso que llamamos sen-

sibilidad, no tenemos valor frente al deber. ¿No es verdad que la santidad no es comprendida? Causa extrañeza y escandaliza; la consideramos imprudente y exagerada. Y sin embargo de eso, oh Virgen de Cristo, ahí estás tú, con tus renuncias, con tu fervor celestial, con tu sed de padecer que te lleva a Cristo. Ruega por nosotros, pecadores; crea en nosotros el sentimiento de un amor generoso y activo. Cierto que existen almas valerosas que te siguen; pero son pocas; auméntalas con tu intercesión para que el Cordero pueda tener en el cielo un cortejo numeroso.

Te presentas a nosotros, oh Virgen inocente, en los días en que nos acercamos a la cuna del divino Niño. ¿Quién sería capaz de expresar las caricias que tú le dedicas, y las que de El recibes? Deja también que se acerquen los pecadores a ese Cordero que viene a redimirles; recomiéndales tú misma a ese Jesús que tanto amaste siempre. Condúcenos a María, la tierna y pura oveja que nos dió al Salvador. Tú que eres un fiel reflejo del suave brillo de su virginidad, alcánzanos de ella una de esas miradas suyas que hacen puros los corazones.

Ruega, oh Inés, por la Santa Iglesia, que es también la Esposa de Jesús. Ella fué la que te hizo nacer a su amor; de ella tenemos también nosotros la luz y la vida. Haz que sea cada vez más fecunda en vírgenes fieles. Ampara a Roma, donde tu sepulcro es tan glorioso. Bendice a los

Prelados de la Iglesia: pide para ellos la dulzura del cordero, la solidez de la roca y el celo del buen Pastor por la oveja perdida. Ayuda, por fin, a todos cuantos te invocan; enciéndase tu amor hacia los hombres en la hoguera que abrasa al Sagrado Corazón de Jesús.

EL MISMO DÍA

SANTOS FRUCTUOSO, OBISPO, AUGURIO Y EULOGIO, DIACONOS Y MARTIRES

Llámale San Agustín en el sermón predicado a los fieles africanos el día de San Fructuoso, *anciano trémulo,* lo que nos da a entender había nacido a fines del siglo II. Distinguióse por su índole bondadosa desde joven, y por la gravedad de su continente que imponía respeto a cuantos le contemplaban. Joven era Fructuoso pero persuadido ya de la falsedad e inconsistencia de las mundanales vanidades, y despreciando el medro a que le daban derecho a aspirar sus prendas naturales y su fortuna, se creyó feliz dedicándose al Señor en el ministerio del altar. El celo de la gloria de Dios le devoraba.

Viéndose por aquel tiempo privada de Pastor la metropolitana de Tarragona, clero y pueblo de consuno pusieron los ojos en Fructuoso y tenaces persistieron en su empeño de sublimarle a la cátedra episcopal hasta conseguirlo de la mo-

destia del santo joven, que se resistió cuanto pudo a las santas pretensiones de sus conciudadanos. Hecho Obispo, se derramó con tal ímpetu el torrente de su caridad y beneficencia, que hasta los mismos gentiles sentían copiosamente sus efectos y le profesaban amor tierno y sencillo. Era reflejo exacto del cuadro que San Pablo nos pinta de lo que debe de ser un cumplido prelado. Felices vivían los fieles de Tarragona bajo tal Pastor y guía seguro, ayudado por sus dos diáconos Augurio y Eulogio encendidos en el fuego de idéntica caridad, e impulsados por los mismos ideales de perfección y sacrificio.

Habiendo estos santos diáconos sabido la suerte del español San Lorenzo que había sido quemado vivo dos años antes por ser confidente del santo Papa Sixto II, no podían ellos alentar ambiciosas esperanzas con la protección de su santo Obispo Fructuoso. Correrían la misma suerte que esperaba el prelado tarraconense y ellos, en efecto, santamente codiciosos la ansiaban.

El desventurado emperador Valeriano eligió a Emiliano, feroz perseguidor de los cristianos, por gobernador de Tarragona y su provincia; y en Tarragona quiso dar pruebas de que su elección correspondía al instinto sanguinario que ambos a dos encarnaban.—Con astucia infernal dispuso descargara en la cabeza el primer golpe, mandando apresar al santo Obispo en su misma casa, para que, herido el Pastor, se hi-

ciera más fácilmente riza en las ovejas desorientadas. Con San Fructuoso moraban sus diáconos Augurio y Eulogio, y seis soldados asaltaron la casa; era domingo, 16 de Enero del año 259. Con largas pértigas aporrearon ruidosamente el cuarto del santo obispo, que salió al punto a su encuentro. "Síguenos, le dijeron al verle; el gobernador, os manda llamar con vuestros diáconos." El diálogo entablado entre el soberbio Emiliano y San Fructuoso es de lo más sublime que registran las actas martiriales; lo propio cabe afirmar de los valientes diáconos Augurio y Eulogio y los tres fueron condenados a ser quemados vivos.—Lloraban los fieles al verlos pasar camino del anfiteatro donde estaba preparada la hoguera.—Rechaza San Fructuoso el refresco y alimento que le ofrecen piadosos cristianos. "No quiera Dios, exclama, que yo quebrante el ayuno mientras me dure la vida, (era viernes) y no ha llegado todavía la hora de Nona. Por más cierta y cercana que tenga la muerte, Jesucristo mi Redentor murió con sed; yo quiero llevarla también para imitarle." Cuando se desnudaban se acercó a San Fructuoso Augustal, su lector, y derramando lágrimas le suplicó de rodillas, tuviese a bien que le descalzara a fin de evitarle este trabajo y modestia. El Santo no lo permitió. "Yo mismo, dijo, quiero tener libres y sueltos mis pies, para andar por tan buen camino del martirio y de él a la gloria."

Narra el gran poeta Prudencio, algunas maravillas ocurridas en el martirio de estos tres valientes atletas de Cristo, que alentaron a los fieles y llenaron de confusión a los perseguidores.

Fué el aniversario de la muerte de San Fructuoso y compañeros, día de función solemnísima hasta en Africa, donde San Agustín predicó patético sermón a los fieles. Ocurrió su martirio el 21 de Enero, del año 259 que cayó en viernes. Es el primer martirio atestiguado por verídicas actas procesales en nuestra Patria, y merecen estos héroes, la alabanza entusiasta de los Españoles.

22 DE ENERO

SAN VICENTE, DIACONO Y MARTIR († 304) Y SAN ANASTASIO, MARTIR

Hoy es Vicente, *el Vencedor,* quien viene a unirse a la cuna de su jefe el Emmanuel y a su hermano Esteban, *el Coronado.* Vióle nacer España en la ciudad de Huesca; ejerció su oficio de Diácono en Zaragoza, y por la fortaleza y ardor de su fe fué ya un presagio de lo que entre los demás había de ser el Reino Católico. Pero no pertenece sólo a España; como Esteban y Lorenzo, es héroe de la Cristiandad. El Diácono Esteban predicó a Cristo a través de las piedras

que llovían sobre él como sobre un blasfemo; el Diácono Vicente confesó al Hijo de Dios sobre la parrilla candente, lo mismo que Lorenzo. Este triunvirato de Mártires son el ornato de las Letanías, y sus tres nombres simbólicos y predestinados, *Corona, Laurel* y *Victoria,* nos anuncian a los más esforzados caballeros de la Iglesia.

Triunfó Vicente del fuego, porque la llama de amor que le devoraba por dentro era más ardiente que la que consumía su cuerpo. Acompañaron a sus duros combates admirables prodigios; pero el Señor que se glorificaba en él no quiso que perdiese la corona, y en medio de los tormentos, el santo Diácono sólo tenía un pensamiento, el de agradecer con la entrega de su sangre y de su vida, el sacrificio que Dios hizo al sufrir la muerte por él y por todos los hombres. ¡Con qué fidelidad y amor hace guardia a estos días ante la cuna de su Señor! Y ¡cómo desea que todos los que le visitan amen a este Niño! ¡Cómo habría de clamar contra la tibieza de los cristianos que no llevan al recién nacido más que corazones de hielo y divididos, él que no retrocedió ante tantos sinsabores a trueque de entregarse completamente! A él se le pidió la vida por partes y la entregó sonriente; ¿nos negaremos nosotros a remover los obstáculos baladíes que nos impiden el comienzo de una nueva vida con Jesús? Sea, pues, un acicate para nuestros corazones, el espectáculo de to-

dos estos Mártires que celebramos estos días; aprendamos a ser sencillos y valerosos como ellos.

Una tradición antigua, hace a San Vicente patrón de los trabajos de la viña y de los que se emplean en ellos. Es una feliz idea y nos recuerda simbólicamente la parte que toma el Diácono en el Sacrificio divino. El es el que vierte en el cáliz el vino que se va a convertir en seguida en la sangre de Cristo. Hace pocos días asistíamos al banquete de Caná: Jesucristo nos brindaba en él con el divino licor, el vino de su amor; hoy nos lo presenta de nuevo, por mano de Vicente. El santo Diácono ha hecho sus pruebas para hacerse digno de tan alto oficio, mezclando su propia sangre como si fuera vino generoso, en la copa que contiene el precio de la salvación del mundo. De este modo se realiza la palabra del Apóstol, que nos dice que los Santos cumplen en su carne, por medio del mérito de sus sufrimientos, lo que falta, no a la eficacia, sino a la plenitud del Sacrificio de Cristo, de quien son miembros. *(Col.,* I, 24.)

Te saludamos, oh Diácono *Vencedor,* que tienes entre tus manos el Cáliz de la salud. En otro tiempo presentábaslo en el altar, para que por las palabras de la consagración fuera trocado su licor en la sangre de Cristo; ofrecíaslo a los fieles para que todos cuantos tuvieran sed de Dios se saciasen en la fuente de la vida eterna. Hoy, tú mismo lo ofreces a Cristo; está lleno hasta el

borde, de tu propia sangre. De esta manera supiste ser un Diácono fiel, llegando a dar tu propia vida en confirmación de los Misterios de que eras dispensador. Tres siglos habían transcurrido desde la inmolación de Esteban; sesenta años desde que los miembros de Lorenzo eran asados en las parrillas de Roma, levantando un perfume de incienso dulce y acre al mismo tiempo; y ahora en la última de las persecuciones, la víspera del triunfo de la Iglesia, vas a confirmar tú con tu constancia, que la fidelidad de los Diáconos no había desaparecido.

La Iglesia está orgullosa de tus triunfos, oh Vicente; acuérdate que después de Cristo, por ella luchaste. Sénos pues, propicio; y señala este día de tu fiesta con los efectos de tu protección. Ahora contemplas ya cara a cara al Rey de los siglos, cuyo Caballero fuiste: sus resplandores eternos brillan ante tu mirada, serena aunque deslumbrada. También nosotros le poseemos en este valle de lágrimas, también nosotros le vemos, porque se llama Emmanuel, es decir *Dios con nosotros*. Pero a nuestra vista se presenta como un débil niño, porque teme asustarnos con el brillo de su gloria. No obstante eso, no dejes de infundir confianza en nuestros corazones que se ven alguna vez atormentados por la idea de que ese dulce Salvador ha de ser un día juez riguroso. La vista de lo que tú hiciste y padeciste en su servicio nos emociona a quienes estamos tan vacíos

de buenas obras, y tan olvidados de los derechos de ese Señor. Haz que tus ejemplos no pasen en vano delante de nuestros ojos. Ha venido a predicarnos la sencillez infantil, esa sencillez que nace de la humildad y de la confianza, esa sencillez que a ti te hizo afrontar tantos tormentos sin flaquear, y con ánimo tranquilo.

Haznos dóciles para escuchar la voz de Dios que nos habla con sus ejemplos; haznos tranquilos y alegres en el cumplimiento de su voluntad, y entregados únicamente a su beneplácito.

Ruega por todos los cristianos, porque todos están llamados a luchar contra el mundo y las pasiones de su propio corazón. Todos somos invitados a la palma, a la corona, a la victoria. Jesús no ha de admitir sino a los vencedores, al banquete de la gloria eterna, a aquella mesa en que, según su promesa, ha de beber con nosotros el vino nuevo, en el reino de su Padre. La túnica nupcial necesaria para poder entrar allí, debe estar teñida en la sangre del Cordero; todos debemos ser mártires, si no de hecho, al menos de deseo: porque poca cosa es haber vencido a los verdugos, si no se ha vencido uno a sí mismo.

Asiste con tu ayuda a los nuevos mártires que también hoy derraman su sangre, para que sean dignos de los tiempos que te dieron a la Iglesia. Protege a España, tu patria. Pide al Emmanuel que haga nacer allí héroes esforzados y

fieles como tú, para que el reino Católico, tan celoso siempre de la pureza de la fe, continúe siendo en todo tiempo la vanguardia de las naciones cristianas. No consientas que en la Iglesia de Zaragoza, santificada por tu oficio de Diácono, se debilite el sentimiento de la fe católica, ni se quebranten los lazos de su unidad. Y ya que la piedad de los pueblos te honra como a protector de los viñedos, bendice esa parte de la creación que el Señor destinó para uso del hombre, y de la cual ha querido servirse como instrumento para el más excelso de los misterios y uno de los más emocionantes símbolos de su amor para con nosotros.

* * *

Hoy también honra la Iglesia la memoria del santo monje persa Anastasio, que padeció martirio entre el 626 y el 628. Al apoderarse Cosroes de Jerusalén, llevóse a Persia el madero de la verdadera Cruz, más tarde recuperado por Heraclio. La vista del sagrado madero despertó en Anastasio, todavía pagano, el deseo de conocer la religión, de la que era trofeo. Renunció a la superstición persa, y abrazó el cristianismo y la vida monástica. Este paso dado y su ardor de neófito, levantó contra él, el resentimiento de los paganos, los cuales, después de espantosos tormentos, cortaron la cabeza al soldado de Cristo. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla, y de

allí a Roma, donde descansa con honor [1]. Dos célebres iglesias de esta capital, una dentro de la ciudad y otra fuera de sus muros, están dedicadas a San Vicente y a San Anastasio, porque los dos grandes mártires padecieron el mismo día, aunque en épocas distintas. Ese es el motivo que movió a la Iglesia a juntar las dos fiestas en una sola. Roguemos a este nuevo atleta de Cristo que nos sea propicio, y que nos encomiende al Señor cuya cruz amó tanto.

23 DE ENERO

SAN RAIMUNDO DE PEÑAFORT, CONFESOR

Después de Hilario, Pablo, Mauro y Antonio, brilla hoy Raimundo de Peñafort, una de las glorias de la Orden de Santo Domingo y de la Iglesia en el siglo XIII.

Según los Profetas, el Mesías vino para ser nuestro Legislador; más aún, es El la misma Ley. Su palabra ha de ser norma de los hombres, y El mismo ha de dejar a su Iglesia el poder de legislar, para que conduzca a los pueblos por la santidad y la justicia, hasta los umbrales de la eternidad. La sabiduría del Emmanuel se ma-

[1] Los numerosos milagros que siguieron a esta traslación merecieron a San Anastasio el título de taumaturgo, e influyeron en la elección del trozo del evangelio de la Misa, es decir, la curación de la hemorroísa y la resurrección de la hija de Jairo. (*Marcos*, V, 21-34.)

nifiesta en la disciplina canónica, como su verdad en la enseñanza de su doctrina. Pero al hacer sus leyes, la Iglesia se ayuda de los hombres que le parecen poseer en más alto grado la ciencia del Derecho y la integridad de la moral.

San Raimundo de Peñafort tuvo el honor de manejar su pluma para la redacción del Código canónico. Por orden de Gregorio IX, fué él quien compiló en 1234 los cinco libros de las Decretales [1].

Discípulo de Aquel que descendió del cielo al seno de una virgen para salvar a los pecadores, convidándoles con el perdón, mereció Raimundo ser llamado por la Iglesia, *insigne Ministro del Sacramento de la Penitencia.*

Fué el primero que reunió en un cuerpo de doctrina, las máximas de la moral cristiana que sirven para determinar los deberes del confesor en relación con los pecadores que acuden a él a declarar sus pecados. *La Suma de Casos penitenciales* abrió la serie de esos importantes trabajos, por medio de los cuales algunos peritos y virtuosos doctores trataron de establecer los derechos de la ley y las obligaciones del hombre, con el fin de enseñar al sacerdote el arte de *discernir,* como dice la sagrada Escritura, *lepra de lepra. (Deut.,* XVII, 8.)

---

[1] El nombre de Raimundo va unido para siempre a la gloria de esta obra que ha sido la base de la disciplina hasta la promulgación del nuevo *Código de Derecho Canónico* por Benedicto XV, en 1918.

Finalmente, cuando la gloriosa Madre de Dios, Madre también de los hombres, suscitó para la obra de la Redención de los cautivos al generoso Pedro Nolasco, a quien dentro de pocos días veremos llegar ante la cuna del Redentor, Raimundo fué el poderoso instrumento de esta gran obra de misericordia; no sin motivo le considera la Orden de la Merced como uno de sus fundadores, y no en vano le han honrado millares de cautivos, libertados de la esclavitud de los musulmanes, como a uno de los principales autores de su libertad.

Vida. — Nació San Raimundo en Barcelona, de la noble familia de Peñafort. Enseñó allí las Humanidades, y fué después a estudiar Derecho a Bolonia. Volvió luego a su ciudad natal, donde brilló por sus eminentes virtudes, sobre todo por su veneración hacia la Santísima Virgen María. A los 45 años profesó en la Orden de Santo Domingo. Fundó con San Pedro Nolasco la Orden de Nuestra Señora de la Merced para la Redención de los cautivos.

Llamado a Roma por Gregorio IX, fué allí su Capellán y Confesor, y redactó las Decretales. Se hizo célebre por sus milagros y murió casi centenario, el 7 de enero de 1275. Su sepulcro está en Barcelona. Canonizóle Clemente VIII.

Fiel dispensador del Sacramento de la Penitencia, supiste extraer del corazón de Dios encarnado, aquella caridad que hizo del tuyo un asilo de pecadores. Amaste a los hombres, y te

preocupaste tanto de las necesidades de sus cuerpos como de las de sus almas. Ilustrado por los rayos del Sol de justicia, nos ayudaste a discernir el bien del mal, dándonos reglas para apreciar las llagas de nuestras almas. Roma admiró tu conocimiento de las leyes; y se gloría de haber recibido de tus manos el sagrado Código que gobernó durante mucho tiempo a las distintas Iglesias.

Despierta en nuestros corazones, oh Raimundo, la compunción sincera que es una de las condiciones para el perdón en el sacramento de la Penitencia.

Haznos comprender la gravedad del pecado mortal que separa de Dios para siempre, y los peligros del pecado venial que dispone al alma tibia para el pecado mortal. Concédenos hombres llenos de caridad y ciencia, para ejercer ese sublime ministerio que cura a las almas. Protégelos contra el doble escollo de un desesperanzador rigorismo, o de una excesiva blandura. Reaviva en nosotros la verdadera ciencia del Derecho canónico, sin la cual la casa del Señor se convertiría en seguida en morada de desorden y anarquía. Consuela a todos los que languidecen en las prisiones o en el destierro, tú que tuviste un corazón tan compasivo para los cautivos; prepara su libertad; líbranos también a todos, de las cadenas del pecado que con tanta frecuencia sujetan a las almas de aquellos, cuyo cuerpo goza

de la libertad. Fuiste tú, oh Raimundo, el confidente del corazón de nuestra misericordiosa Reina María, y ella te asoció a su obra para el rescate de los cautivos. Eres, pues, poderoso ante el Corazón, que después del de Jesús es nuestra mayor esperanza. Preséntala nuestros homenajes. Pídela para nosotros a esa incomparable Madre de Dios la gracia de que amemos siempre al Niño celestial que tiene en sus brazos. Dígnese también ella, por tus oraciones, ser nuestra estrella en el mar de este mundo, más tempestuoso que aquel cuyas olas desafiaste sobre tu milagroso manto.

Acuérdate también de España, tu patria, en cuyo seno obraste tantas maravillas. Ampara a la Orden de Predicadores, cuyo hábito y regla honraste. La gobernaste sabiamente en la tierra; ámala siempre como Padre desde el cielo, para que vuelva a florecer en toda la Iglesia, y produzcan, como en los tiempos antiguos, aquellos frutos de santidad y de ciencia que hicieron de ella una de las principales glorias de la Iglesia de Cristo.

* * *

No han transcurrido aún tres días desde el martirio de Santa Inés, cuando la Liturgia, fiel en recoger todas las tradiciones, nos llama otra vez a su tumba. La Virgen Emerenciana, amiga y hermana de leche de nuestra heroína de trece

años, se fué a orar y llorar al lugar donde descansaba aquella que tan rápida y cruelmente le arrebataron. Emerenciana no había sido aún regenerada por las aguas del Bautismo; era todavía catecúmena, pero su corazón pertenecía ya a Cristo por la fe y el deseo.

Mientras la joven se desahoga ante la tumba de Inés, llegan los paganos, insultan sus lágrimas y tratan de impedir los homenajes que rinde a su víctima. Entonces Emerenciana, ardiendo en deseos de unirse a Cristo y de estar cuanto antes en brazos de su dulce compañera, vuélvese hacia aquellos bárbaros, confiesa a Jesucristo, maldice a los ídolos, y les echa en cara la atroz crueldad de que han hecho víctima a la inocente Inés.

Indígnase la ferocidad pagana en los corazones de aquellos hombres esclavizados por el culto de Satanás, y en cuanto termina de hablar la joven, cae sobre el sepulcro de su amiga, sepultada bajo las piedras mortíferas que le arrojan aquellos, a quienes se ha atrevido a desafiar. Bautizada en su propia sangre, deja Emerenciana en la tierra sus sangrientos despojos, y su alma vuela hacia el regazo del Emmanuel, para gozar eternamente de sus divinos abrazos y de la amada presencia de Inés.

EL MISMO DÍA

SAN ILDEFONSO, OBISPO Y CONFESOR

La Iglesia española envía hoy a uno de sus obispos ante la cuna del divino Niño con el encargo de honrar su nacimiento. A primera vista parece que las alabanzas que oímos de boca de Ildefonso no tienen más objeto que honrar a María; pero ¿se puede honrar a la Madre sin proclamar la gloria del Hijo, en cuyo alumbramiento radican todas las grandezas de aquella?

En medio de ese coro de ilustres Pontífices que honraron el episcopado español en el siglo VII y VIII, aparece en primer lugar Ildefonso, el *Doctor de la Virginidad de María,* como Atanasio lo fué de la Divinidad del Verbo, Basilio de la Divinidad del Espíritu Santo, y Agustín de la Gracia. El arzobispo de Toledo expuso su enseñanza con profunda doctrina y gran elocuencia, probando al mismo tiempo, contra los Judíos, que María concibió sin perder su virginidad; contra los adeptos de Joviniano, que permaneció Virgen en el parto, y contra los secuaces de Helvidios que fué Virgen después del parto. Antes que él habían tratado otros Doctores estas cuestiones separadamente; Ildefonso reunió en un haz luminoso todas esas luces, y mereció que una Virgen Mártir saliese de su sepultura para felicitarle por haber defendido el honor de la Reina

de los cielos. Finalmente, la misma María, le vistió con sus manos virginales una maravillosa casulla que anunciaba el resplandor del vestido luminoso con que brilla Ildefonso eternamente, al pie del trono de la Madre de Dios.

VIDA. — San Ildefonso nació en Toledo. Fué discípulo de San Isidoro durante doce años en Sevilla, y luego Arcediano de Toledo. Poco después hizo profesión y fué elegido Abad del monasterio benedictino Agaliense. Electo arzobispo de Toledo fué muy útil a su pueblo, por su doctrina, ejemplos y milagros. Refutó a los herejes que negaban la perpetua virginidad de María, la cual se le apareció para premiar su celo. Murió en 667 y su cuerpo descansa actualmente en Zamora.

Gloria a ti, oh santo Pontífice, que te elevas con tanto honor en esta tierra de España tan fecunda en valientes caballeros de María: Véte a ocupar un puesto junto a la cuna, donde esa Madre incomparable vela amorosamente al lado de su Hijo, el cual, siendo al mismo tiempo su Dios y su Hijo, consagró su virginidad en vez de lastimarla. Encomiéndanos a su ternura; recuérdala que es también Madre nuestra. Ruégala que atienda los himnos que entonamos en su honor, y que haga aceptar al Emmanuel el homenaje de nuestros corazones. Con el fin de ser bien acogidos por ella, nos atrevemos, oh Doctor, de la Virginidad de María, a tomar tus palabras y decirlas contigo:

"A ti acudo ahora, Virgen única, Madre de Dios; a tus pies me prosterno, cooperadora única de la Encarnación de mi Dios; ante ti me humillo, Madre única de mi Señor. Suplícote, sierva sin par de tu Hijo, que obtengas el perdón de mis pecados y ordenes que sea purificado de la maldad de mis obras. Haz que ame la gloria de tu virginidad; revélame la dulzura de tu Hijo; dáme la gracia de hablar con toda sinceridad de la fe de tu Hijo, y de saber defenderla. Concédeme la gracia de unirme a Dios y a ti, de serviros a ambos: a El como a mi Creador; a ti, como a la Madre de mi Creador; a El como al Señor de los ejércitos; a ti como a la sierva del Señor de todo lo creado; a El como a Dios, a ti, como a la Madre de Dios; a El como a mi Redentor, a ti, como al instrumento de mi redención.

Si El fué precio de mi rescate, su carne fué formada de tu carne; de tu sustancia tomó el cuerpo mortal con el cual borró mis pecados; de ti se dignó tomar mi naturaleza, a la que elevó por encima de los Angeles hasta la gloria del trono de su Padre.

Debo ser por tanto tu esclavo, pues tu Hijo es mi Señor. Tú eres mi Señora porque eres la sierva de mi Señor. Soy el esclavo de la esclava de mi Señor, porque tú, que eres mi Señora, eres Madre de mi Señor. Te suplico, oh Virgen santa, hagas que posea a Jesús, por la virtud de Aquel

mismo Espíritu, por medio del cual concebiste tú a Jesús; que conozca a Jesús, por el mismo Espíritu que a ti te hizo conocer y concebir a Jesús; que hable yo de Jesús, por el mismo Espíritu por el cual tú te declaraste sierva del Señor; que ame a Jesús, por el mismo Espíritu por medio del cual tú le adoras como a tu Señor y le amas como a Hijo tuyo; que obedezca finalmente, a Jesús con la misma sinceridad con que El, siendo Dios, te obedeció a ti y a José."

24 DE ENERO

SAN TIMOTEO, OBISPO Y MARTIR

La víspera del día en que vamos a dar gracias por la Conversión del Apóstol de los Gentiles, nos trae la fiesta de su discípulo más querido. Timoteo, compañero de Pablo, el amigo a quien el gran Apóstol escribió su última carta, poco antes de derramar su sangre por Jesucristo, viene ahora a esperar a su Jefe junto a la cuna del Emmanuel. Allí encuentra ya a Juan el Discípulo Amado; con él participó de los cuidados de la Iglesia de Efeso. Saluda también allí a Esteban y a los demás Mártires que le precedieron. Finalmente, es portador ante la Virgen María de los homenajes de la cristiandad de Efeso, que ella santificó con su presencia. Comparte esta ciudad con Jerusalén la gloria de haber poseído

a la que fué no sólo testigo como los Apóstoles, sino instrumento de la salvación de los hombres, en su calidad de Madre de Dios.

Leamos ahora, en el Oficio de la Iglesia, el breve relato de sus hechos.

Timoteo, natural de Listris, en Licaonia, de padre gentil y madre judía, practicaba ya la religión cristiana, cuando llegó el Apóstol Pablo a aquella región. Llamóle a este la atención la fama de la santidad de Timoteo, y le tomó por compañero de sus viajes; condescendiendo con los judíos que se convertían a Jesucristo, los cuales sabían que el padre de Timoteo era pagano, se determinó a circuncidarle. Al llegar ambos a Efeso, ordenóle el Apóstol de Obispo, para que gobernara esta Iglesia. Escribióle Pablo dos Epístolas, la una desde Laodicea y la otra desde Roma, con el fin de darle normas para el ejercicio de su cargo pastoral. No podía sufrir Timoteo que se ofreciese a los ídolos de los demonios los sacrificios que sólo a Dios son debidos. Cierto día en que los habitantes de Efeso inmolaban víctimas a Diana en una de sus fiestas, trató de apartarles de semejante impiedad, pero fué apedreado por ellos. Retiraránle los cristianos medio muerto, llevándole a un monte próximo a la ciudad, donde durmió en el Señor, el nueve de las calendas de febrero [1].

Honramos en ti, oh santo Pontífice, a uno de los primeros eslabones de la cadena que nos une a Cristo; apareces a nuestra vista iluminado por las enseñanzas de tu maestro. Inundado ahora de luz eterna, contemplas sin celajes al Sol de

---

[1] Las *Actas* de S. Timoteo escritas por el pseudo Policarpo dicen que fué lapidado en Efeso el año 95 o 96. Venérase su sepulcro en la iglesia de los Apóstoles en Constantinopla.

justicia. Sénos propicio a nosotros que no podemos verle mas que a través de los velos de su humildad; haz que al menos le amemos y merezcamos verle un día en su gloria. Para aligerar la carga de tu cuerpo, sometiste tus sentidos a una rigurosa penitencia, que Pablo trataba de mitigar: ayúdanos a someter la carne al espíritu. La Iglesia lee contínuamente los consejos que te dió el Apóstol a ti, y en ti, a todos los pastores, con respecto a la elección y conducta de los miembros del clero; dános Obispos, Sacerdotes y Diáconos adornados de todas las cualidades que él exige en los administradores de los Misterios de Dios. Finalmente, tú que subiste al cielo con la aureola del martirio, tiéndenos una mano de ayuda a nosotros, obscuros luchadores, para que podamos elevarnos hasta aquella morada en que el Emmanuel recibe y corona a sus elegidos para toda la eternidad.

25 DE ENERO

LA CONVERSION DE SAN PABLO [1]

Hemos visto ya a los Gentiles, representados a los pies del Emmanuel por los Reyes Magos, ofreciendo sus místicos presentes y recibiendo

[1] El Martirologio jeronimiano menciona el 25 de enero una "*Translatio S. Pauli Apostoli.*" "Poco a poco fué variando la orientación histórica, y el concepto de una traslación material

en cambio los dones de la fe, esperanza y caridad. La cosecha de las naciones está ya madura; ya es hora de la siega. Mas ¿quién ha de ser el obrero de Dios? Los Apóstoles de Cristo no han abandonado aún la Judea. Todos tienen la misión de anunciar la salvación hasta las extremidades de la tierra; pero nadie ha recibido todavía un título especial para ser Apóstol de los Gentiles. Pedro, el Apóstol de la Circuncisión, está destinado en particular, como Cristo, a las *ovejas extraviadas de la casa de Israel (San Mateo,* XV, 24.)

Pero, como es Jefe y fundamento, a él le corresponde abrir la puerta de la Iglesia a los Gentiles. Y lo hace con toda solemnidad, administrando el Bautismo al centurión romano Cornelio.

Con todo eso, la Iglesia se prepara; la sangre del Mártir Esteban y su última plegaria, van a lograr un nuevo Apóstol, el Apóstol de las naciones. Saulo, ciudadano de Tarso, no ha visto a Cristo en su vida mortal, y sólo Cristo puede hacer un Apóstol. Desde los altos de los cielos don-

---

de las reliquias de San Pablo, fué sustituído por el de una traslación o cambio psicológico y espiritual, verificado en el camino de Damasco. De este modo se pasó de la *translatio* física, a la *conversio* mística del Apóstol" *(Lib. Sacram.,* t. VI). Esta fiesta parece ser de origen galicano y sólo poco a poco fué pasando a los libros romanos, a partir del siglo VIII. Los textos del Oficio y de la Misa sobrepasan el objeto histórico y determinado de esta fiesta. Se trata en ellos no sólo de la Conversión de San Pablo, sino de todo a cuanto ella dió principio, del celo y de los sufrimientos del Apóstol.

de reina impasible y glorificado, llamará Jesús a Saulo para que le siga, como llamaba durante los años de su predicación a los pescadores del lago de Genesaret para que siguieran sus pasos y escuchasen su doctrina. El Hijo de Dios arrebatará a Saulo hasta el tercer cielo y le revelará todos sus misterios; de suerte que cuando Saulo vaya a *ver a Pedro*, como él dice y a contrastar su Evangelio con el suyo, podrá decir: "No soy menos Apóstol que los demás Apóstoles."

Comienza la gran obra el día de la conversión de Saulo. Hoy resuena la *voz que quebranta los cedros del Líbano* (Salmo XXVIII, 5), cuya maravillosa potencia hace primeramente de un judío perseguidor un cristiano, en espera de poder hacer un Apóstol. El patriarca Jacob había predicho ya esta transformación, cuando en su lecho de muerte revelaba a cada uno de sus hijos su futuro con el de la tribu que debía salir de ellos. Judá fué el más honrado; de su raza real debía nacer el Redentor, el ansiado de las naciones. También Benjamín fué anunciado, en frases más humildes, pero con todo, elogiosas: él será el abuelo de Pablo, y Pablo, el Apóstol de las naciones.

El anciano había dicho: "Benjamín, lobo rapaz: por la mañana cogerá la presa; por la tarde distribuirá el alimento." *(Gen.*, XLIX, 27.) El es como dice San Agustín: quien con la fogosidad de su adolescencia se lanza como un lobo ame-

nazador y carnívoro sobre el rebaño de Cristo. *Saulo en el camino de Damasco, es el portador y ejecutor de las órdenes de los pontífices del Templo, empapado en la sangre de Esteban a quien ha lapidado por mano de aquellos a quienes guardaba sus vestidos.* Y que por la tarde no arrebata la presa del justo, sino que con mano caritativa y tranquila distribuye a los hambrientos el alimento nutritivo; es el mismo Pablo, Apóstol de Jesucristo, abrasado de amor por sus hermanos, haciéndose todo a todos, hasta el punto de desear ser anatema por ellos.

Tal es la fuerza misteriosa del Emmanuel, siempre en aumento y a la que nada resiste. Cuando quiere que su primer homenaje sea la visita de los pastores, invítalos por medio de sus Angeles, cuyas dulces armonías bastan para conducir a estos corazones sencillos hasta el pesebre, donde en pobres pañales descansa la esperanza de Israel. Cuando desea el homenaje de los príncipes de la Gentilidad, hace aparecer en el cielo una estrella simbólica; su aparición, al mismo tiempo que la inspiración interior del Espíritu Santo, determina a esos hombres a ponerse en camino desde el extremo Oriente, para depositar a los pies de un niño sus presentes y sus corazones. Cuando llega el momento de formar el Colegio Apostólico, se adelanta por la orilla del mar de Tiberiades, y basta aquella sola palabra: *Seguidme,* para atraerse a los hombres

que ha escogido. Una sola mirada suya basta para cambiar el corazón del Discípulo infiel, en medio de las humillaciones de su Pasión. Hoy, desde lo alto del cielo, después de haber cumplido todos los misterios, queriendo demostrar que sólo El es el Señor de los Apóstoles, y que está consumada su alianza con los Gentiles, se aparece a este Fariseo que cree ir tras la ruina de la Iglesia; destruye aquel corazón de Judío y crea con su gracia un nuevo corazón de Apóstol, aquel vaso de elección, aquel Pablo que dirá en lo sucesivo: *Vivo yo, mas ya no yo; es Cristo quien vive en mí. (Gal.,* II, 20.)

Era justo que la conmemoración de este importante suceso fuese colocada cerca del día en que celebra la Iglesia el triunfo del primer Mártir. Pablo es la conquista de Esteban. Aunque el aniversario de su martirio se encuentra en otro período del año (29 de junio) no podía por menos de aparecer junto a la cuna del Emmanuel como el más brillante trofeo del Protomártir; también los Magos reclamaban la presencia del conquistador de la Gentilidad, de la cual fueron ellos las primicias.

Finalmente, era conveniente que, para completar la corte de nuestro gran Rey, al lado del pesebre se elevasen las dos potentes columnas de la Iglesia, el Apóstol de los Judíos y el Apóstol de los Gentiles; Pedro con sus llaves y Pablo con su espada. De este modo se nos presenta Belén co-

mo verdadero símbolo de la Iglesia, y los tesoros de la liturgia en este tiempo, nos parecen más bellos que nunca.

Te damos gracias, oh Jesús, porque con tu poder derribaste hoy por tierra a tu enemigo, y le levantaste misericordiosamente. Eres en verdad el Dios fuerte, y mereces que todas las criaturas canten tus victorias. ¡Cuán admirables son tus planes para la salvación del mundo! Te asocias hombres para la obra de la predicación de tu palabra, y para la administración de tus Misterios; y para hacer a Pablo digno de tal honor, empleas todos los recursos de tu gracia. Te complaces en hacer del asesino de Esteban un Apóstol, para que aparezca tu poder a la vista de todos, y para que tu amor por las almas brille en su más gratuita generosidad, y superabunde la gracia donde abundó el pecado. Visítanos con frecuencia, oh Emmanuel, con esa gracia que muda los corazones, porque deseamos tener una vida exuberante, pero a veces sentimos que su principio está próximo a abandonarnos. Conviértenos como convertiste al Apóstol; y asístenos, luego porque sin ti nada podemos hacer. Anticípate, acompáñanos y no nos abandones nunca; asegúranos la perseverancia final, ya que nos diste el comienzo. Haz que reconozcamos, con amor y respeto el don de la gracia que ninguna criatura puede merecer, pero al cual la voluntad humana puede poner obstáculos. Somos prisioneros: sólo Tú posees

el instrumento necesario para poder romper las cadenas. Colócale en nuestras manos animándonos a usarlo, de manera que nuestra libertad es obra tuya y no nuestra, y nuestro cautiverio, dado caso de que exista, no debe atribuirse más que a nuestra negligencia y pereza. Dános, Señor, esta gracia; y dígnate aceptar la promesa que te hacemos humildemente de unir a ella nuestra cooperación.

Ayúdanos, oh Pablo, a responder a los designios misericordiosos de Dios sobre nosotros; haz que nos sometamos al yugo suave de Jesús. Su voz no atruena; no deslumbra nuestros ojos con sus rayos; pero con frecuencia se queja de que le perseguimos. Ayúdanos a decirle como tú "¿Señor, qué quieres que haga?" Seguramente nos responderá que seamos sencillos y niños como él, que seamos agradecidos, que rompamos con el pecado y luchemos contra nuestros malos instintos, que procuremos la santidad siguiendo sus ejemplos. Tú dijiste, oh Apóstol: "¡Sea anatema, quien no ame a Nuestro Señor Jesucristo!" Haz que le conozcamos más y más, para poder amarle, y que misterios tan amables no sean por nuestra ingratitud, causa de nuestra condenación.

Oh Vaso de elección, convierte a los pecadores que no piensan en Dios. En la tierra te diste completamente a la obra de la salvación de las almas; continúa tu ministerio en el cielo donde reinas, y pide al Señor para los que persiguen a

Jesús en sus miembros, las gracias que triunfan de las mayores rebeldías.

Como Apóstol de los Gentiles, mira a tantas naciones sentadas aún en las sombras de la muerte. En otros tiempos te abrasaron dos deseos: el de reunirte con Cristo, y el de permanecer en la tierra para trabajar en la salvación de los pueblos. Ahora estás ya para siempre con el Salvador a quien predicaste; no olvides a los que no le conocen todavía. Suscita hombres apostólicos que continúen tus trabajos. Haz fecundos sus sudores y su sangre. Atiende a la Sede de Pedro, tu hermano y jefe; protege la autoridad de la Iglesia Romana que es heredera de tus poderes, y que te considera como su segundo pilar. Sal por su honor allí donde es despreciada; destruye los cismas y las herejías; infunde tu espíritu en todos los pastores, para que a imitación tuya, no se busquen a sí mismos; sino sólo y siempre los intereses de Jesucristo.

26 DE ENERO

SAN POLICARPO, OBISPO Y MARTIR

En medio de las dulzuras que saborea en la contemplación del Verbo humanado, Juan el Discípulo Amado ve venir a su discípulo Policarpo, resplandeciente con la gloria del martirio. El anciano acaba de contestar en el anfiteatro al Pro-

cónsul que le anima a renegar de Cristo: "Hace ochenta y seis años que le sirvo, y nunca me hizo mal alguno; ¿qué digo mal? antes me colmó de bienes. ¿Cómo podría yo maldecir a mi Rey que me ha salvado?" Después de pasar por el fuego y la espada llegó a los pies del Salvador, para gozar eternamente de la dicha de su presencia, en pago de los trabajos sufridos por conservar en su redil la fe y la caridad, y en recompensa de su muerte sangrienta.

Como su maestro San Juan, se opuso con energía a los intentos de los herejes. Fiel a sus consignas, no quiso que el corruptor de la fe de Cristo recibiese el saludo de sus labios; al heresiarca Marción díjole que le reconocía por primogénito de Satanás. Enérgico adversario de la orgullosa secta que se avergonzaba de la Encarnación de un Dios, escribió en su Epístola a los Filipenses: "Quien no confiese la venida de Cristo en carne, es un Anticristo."

Era, pues conveniente, que tan valeroso testigo fuera llamado al honor de permanecer junto a la cuna donde el Hijo de Dios se nos muestra en toda su ternura, y revestido de una carne semejante a la nuestra. Policarpo fué fiel hasta la muerte; por eso, aparece ahora coronado, en estos días que son el aniversario de la venida de su Rey a nosotros [1].

---

[1] S. Policarpo fué establecido por los Apóstoles, según testimonio de su discípulo S. Ireneo. Pero se duda que el

Tomemos algunos detalles sobre su vida, del libro de San Jerónimo: *De Scriptoribus ecclesiasticis.*

Policarpo, discípulo de S. Juan, que le ordenó Obispo de Esmirna, fué Jefe de toda el Asia, por haber conocido y tenido como maestros a algunos de los Apóstoles y de los que habían visto al Señor. Algunas dificultades sobre la celebración de la Pascua le trajeron a Roma (hacia el año 194) bajo el imperio de Antonino Pío, cuando gobernaba la Iglesia Aniceto. Allí devolvió la fe a muchos fieles que se habían dejado engañar por las falacias de Marción y de Valentín. Al encontrarse un día con Marción, le dijo este heresiarca: "¿Me conoces?" Respondióle Policarpo: "Te reconozco por primogénito de Satanás". Poco tiempo después, bajo el reinado de Marco Antonino y de Lucio Aurelio Cómodo, en la cuarta persecución después de la de Nerón, fué condenado ante el tribunal del Procónsul de Esmirna, y entregado al fuego entre los clamores de todo el pueblo reunido en el anfiteatro. Escribió una carta muy práctica a los de Filipo, carta que se lee todavía en las Iglesias de Asia.

Oh Policarpo, hiciste verdadero el significado de tu nombre, porque durante los largos años pasados en su servicio, produjiste *muchos frutos* para el Salvador. Estos frutos fueron las numerosas almas conquistadas por tus trabajos, las virtudes que adornaron tu existencia, y, por fin, tu misma vida que entregaste al Señor. ¡Qué di-

---

hecho ocurriera antes de la Composición del Apocalipsis y que sea el "ángel de la Iglesia de Esmirna" a quien dirige el Señor sus felicitaciones.

cha la tuya, pues recibiste las lecciones del discípulo, que descansó sobre el pecho de Jesús! En el día de hoy, después de más de sesenta años de separación vas a juntarte con el maestro que estará deseoso de volverte a ver. Juntos adoraréis al divino Niño cuya sencillez imitásteis; El fué vuestro único amor, pedidle para nosotros la gracia de serle fieles hasta la muerte.

Cultiva aún, oh Policarpo, desde lo alto del cielo, el campo de la Iglesia fecundado con tus trabajos, y regado con tu sangre. Devuelve la fe y la unidad al seno de las Iglesias del Asia, plantadas por tus manos venerables.

Apresura por tu intercesión el fin del Islamismo, cuyo éxito y permanencia sólo fué posible gracias a las lamentables consecuencias del cisma bizantino. No olvides a Francia a la que enviaste Apóstoles insignes, mártires como tú. Bendice paternalmente a la Iglesia de Lyon, que te venera como a su fundador mediante tu discípulo Potino, y que tan gloriosa parte toma en el Apostolado de los Gentiles, por su obra de la Propagación de la Fe. Vigila por la conservación de la pureza de la fe; líbranos del contacto con los seductores. También tú quisiste "*ver a Pedro*" para rendir homenaje a la Cátedra Apostólica, y para eso viniste a Roma a tratar con su Pontífice de los intereses de tu Iglesia de Esmirna. Protege los derechos de esta augusta Sede, de donde nace para nuestros pastores la única misión legítima.

Haz que podamos pasar los últimos días de este tiempo de Navidad en profundo recogimiento y en amor de nuestro Rey recién nacido. Haz que ese amor unido a la pureza de nuestros corazones nos obtenga piedad y misericordia, y que al fin de nuestra peregrinación nos alcance la corona de la gloria.

EL MISMO DÍA

SANTA PAULA, VIUDA

La noble viuda que supo sustraerse a los placeres de Roma y a las caricias de sus hijos, yendo a ocultar su vida en Belén (hacia el 386) reclama hoy un puesto junto a la cuna del divino Niño. Un poderoso imán la atrajo y fijó al lado del humilde pesebre, más precioso a sus ojos que todos los palacios; allí encontró al Dios pobre, a cuyos doloridos miembros tanto gustaba socorrer en los días de su opulencia. Gracias a sus desvelos, levantáronse dos monasterios junto a la gruta en que apareció el Verbo encarnado. De San Jerónimo aprendió a conocer las Sagradas Escrituras; pasó su vida dedicada a la oración, a las obras de penitencia, y a la meditación del sagrado Texto. En medio de la degradación de la sociedad romana, es un bello espectáculo contemplar cómo se repliega el valor cristiano de la era de los Mártires, en el corazón de aquellas señoras

y vírgenes de la capital del mundo, y cómo las lanza hacia los desiertos de Egipto, para observar allí las virtudes de los Anacoretas y Cenobitas, o hacia los santos lugares de Jerusalén, para reconocer en ellos la huella de las pisadas del Hombre- Dios. La falta de espacio impide que relatemos las peregrinaciones de Santa Paula, que con tan gran encanto refiere San Jerónimo a Eustoquio, hija de esta santa. Nos contentaremos con algún trozo de ellas donde el santo Doctor cuenta su llegada a Belén.

"Después de distribuir a los pobres y a sus siervos el poco dinero que le quedaba, salió Paula de Jerusalén y dirigióse a Belén; después de detenerse en el sepulcro de Raquel, sito a la derecha del camino, llegó a la ciudad y entró en la gruta del Salvador. Al contemplar con sus ojos el sagrado asilo de la Virgen y el establo donde el *buey reconoció a su Amo, y el asno el pesebre de su Señor;* le oí asegurarme entusiasmada, que veía con los ojos de la fe al Niño envuelto en pañales, al Señor dando vagidos en el pesebre, a los Magos adorándole, a la estrella que brillaba encima del establo, a la Virgen Madre, al padre putativo solícito por servirla, a los pastores que llegaban en medio de la noche, a los niños martirizados, a Herodes irritado, y a María y José huyendo a Egipto. Inundada en lágrimas de alegría exclamaba: "Dios te salve, Belén, *Casa del Pan;* ¡aquí nació el Pan bajado del cielo! Dios

te salve, Efrata, tierra fecunda, cuyo producto es el mismo Dios: de ti profetizó Miqueas: "Belén, casa de Efrata, de ningún modo eres la más pequeña de las ciudades de Judá. De tu seno ha de salir el que será Príncipe de Israel, y su salida es desde el principio, desde los tiempos de la eternidad." Efectivamente, en ti nació el Príncipe engendrado antes del lucero matutino, Aquel cuyo nacimiento en el seno del Padre precede al tiempo. Yo miserable, yo pecadora, he sido considerada digna de abrazar el pesebre donde el Señor hecho niño dejó oír sus primeros vagidos, y merecedora de orar en la gruta donde le dió a luz la Virgen Madre. Aquí estará en adelante mi lugar de descanso, porque aquí está la patria de mi Señor. Aquí habitaré porque el Señor eligió esta morada para sí mismo."

VIDA. —Pertenecía santa Paula a una familia senatorial de Roma. Después de la muerte de su marido, en 379, consagró su vida al Señor, distribuyendo su fortuna entre los pobres y practicando desde entonces las más sublimes virtudes. En el año 385 abandonó a su familia y se embarcó en Porto para visitar y vivir en los Santos Lugares. En 386 establecióse en Belén, fundando cuatro monasterios, tres de ellos de vírgenes. Murió en 404 a los 56 años de edad, siendo enterrada junto a la gruta del Nacimiento.

Oh generosa Paula, amaste al Emmanuel en su pesebre. Preferiste la pobreza y oscuridad de la cueva de Belén a todos los esplendores de

Roma. El Emmanuel supo agradecer tal amor, y en premio de tu abnegación te asoció para siempre a su propia felicidad. Anímenos tu ejemplo a buscar a Jesús niño y a deleitarnos en los Misterios de su nacimiento. No nos detenga ningún obstáculo, cuando se trate de ir en pos de El. Tenga a bien revelarnos los derechos que adquirió sobre nosotros a costa de tantos sacrificios, para que aprendamos a no rehusarle nada. Haz que tu celo por sacrificarle tus más caros afectos para volar hacia El, nos enseñe a ordenar al menos los nuestros. Ruega para que nuestros corazones sean fieles a quien los hizo, y estén siempre dispuestos a seguirle por los caminos que les señala. Combate en ellos el espíritu mundano que pretende pactar con el Cristianismo para destruir los mandamientos del Señor, poniendo en tela de juicio sus consejos. Haz que luzca sobre nosotros la luz del Espíritu Santo, y que el amor de Jesús abrase nuestros corazones, y entonces comprenderemos las obras de los Santos. Si bien es cierto que confunden nuestra flaqueza, iluminan también nuestro espíritu y nos proporcionan el valor para cumplir humildemente los deberes que Dios nos impone.

Ruega, oh Paula, por la Iglesia de Siria santificada con tus ejemplos. Haz que recobre por fin la paz y la unidad. Atiende a los santuarios de Tierra Santa, manchados por la presencia y los sacrilegios de los herejes más que por las violen-

cias de los Gentiles. Véase libre Jerusalén gracias a tus plegarias; salva el honor de Belén; haz que la Hostia que quita los pecados del mundo no sea ya ofrecida por manos impuras y cismáticas en el lugar donde estuvo el pesebre del Emmanuel. Ampara a los peregrinos que visitan, como tú, el teatro de los Misterios de nuestra Redención. Aviva en toda la cristiandad el amor hacia esos Santos lugares que nuestros padres reconquistaron en otros tiempos con sus armas; haz que nuestra piedad renovada se reanime siguiendo las huellas divinas impresas por el Salvador a su paso por la tierra.

27 DE ENERO

SAN JUAN CRISOSTOMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL DEBER DE LOS PASTORES. — Antes de la llegada del Emmanuel, los hombres estaban como ovejas sin pastor; el rebaño andaba disperso, y el género humano corría hacia su ruina. Jesús no se contentó, con ser el Cordero destinado al sacrificio por nuestros pecados; quiso revestir el carácter de Pastor para llevarnos a todos al divino aprisco. Pero, como debía subir a los cielos, proveyó a las necesidades de sus ovejas estableciendo una serie de pastores, que apacentasen

en nombre suyo a su rebaño hasta la consumación de los siglos. Ahora bien, las ovejas tienen ante todo necesidad de doctrina, que es la luz de vida; por eso quiso el Emmanuel que los Pastores fuesen también Doctores. El deber de los pastores para con sus ovejas es ante todo administrar la Palabra divina y los Sacramentos. Por sí mismos y contínuamente deben apacentar a sus ovejas con este doble alimento, y dar su vida, si es preciso, en cumplimiento de esa obligación sobre la que descansa toda la obra de la salvación del mundo.

Pero, como no está el discípulo sobre el maestro, los Pastores y Doctores del pueblo cristiano, si son fieles, serán también objeto de odio por parte de los enemigos de Dios, porque sólo con perjuicio del reino de Satanás podrán propagar el de Jesucristo. Por eso, la historia de la Iglesia, muestra en todas sus páginas los relatos de las persecuciones sufridas por los que quisieron seguir el ejemplo de celo y caridad comenzado por Cristo en la tierra. Tres clases de luchas han tenido que sostener a través de los siglos, dando ocasión a tres admirables victorias.

LUCHA CONTRA EL PAGANISMO. — Tuvieron que luchar contra la religión pagana que se oponía sangrientamente a la predicación de la ley de Cristo. Esta persecución dió la corona y llevó a la cuna del Emmanuel, durante los cuarenta días

dedicados a su Nacimiento, a Policarpo, Ignacio, Fabián y Telesforo.

LUCHA CON LOS PODERES TEMPORALES. — Después de la era de las persecuciones, abrióse a los jefes del pueblo cristiano una nueva palestra no menos gloriosa. Algunos príncipes, hijos al principio de la Iglesia, quisieron pronto encadenarla. Pensaron que convenía a su política tener sujeta a aquella palabra que debía recorrer libremente el mundo en todas sus direcciones, como la luz visible de que es imagen. Quisieron ser sacerdotes y pontífices, como en tiempo del paganismo, y detener los manantiales de la vida que se agotan en cuanto les toca una mano profana. Entablóse una lucha contínua entre ambos poderes, el temporal y el espiritual; este largo período tuvo también sus soldados y sus mártires. En todos los siglos honró Dios a su Iglesia por medio de los combates y de los triunfos de numerosos y valientes campeones de la palabra y del ministerio. Tomás de Cantorbery e Hilario de Poitiers representan dignamente a estos caballeros de la Corte del Rey recién nacido.

LUCHA CONTRA EL MUNDO. — Pero existe otra clase de combates para los Pastores y Doctores del pueblo fiel: se trata de la lucha contra el mundo y sus vicios. Comenzó con el Cristianismo y continuará ocupando a la Iglesia hasta el úl-

timo día; por haberla sostenido valerosamente merecieron el odio del mundo por el nombre de Jesucristo muchos santos prelados. Ni la caridad ni los servicios de todo género, ni la humildad, ni su mansedumbre, los libraron de la ingratitud, del odio, ni de las persecuciones, porque fueron fieles en proclamar la doctrina de su Maestro, en defender la virtud, y oponerse a los pecadores. No se vió libre Francisco de Sales de la malicia de los hombres, ni el mismo Juan Crisóstomo cuyo triunfo alegra hoy a la Iglesia y que se presenta ante la cuna del Emmanuel como el mártir más insigne de los deberes pastorales.

El Obispo perseguido. — Discípulo del Salvador de los hombres hasta en la práctica de sus consejos por la profesión monástica, este predicador de *boca de oro* no empleó su magnífica elocuencia sino en la recomendación de las virtudes traídas por Cristo a la tierra, y en la reprensión de toda clase de pecadores. Una emperatriz, cuya vanidad pagana había denunciado; hombres poderosos, a quien había señalado mala conducta; mujeres influyentes a cuyos oídos sonaba con demasiada frecuencia su voz importuna; un obispo de Alejandría, prelados de la corte, más celosos de su reputación que de su propia virtud: tales son los poderes que suscitó el infierno contra Juan. Ni el amor de su pueblo, ni la santidad de su vida bastarán a librarle, y así veremos

a este obispo marchar hacia la muerte cansado de fatiga, en medio de soldados, camino del destierro, después de haber hechizado con su palabra mágica a los habitantes de Antioquía, después de haber reunido en torno suyo a Constantinopla entera, en un entusiasmo que crecía de día en día, después de haber sido depuesto en un indigno conciliábulo [1], y haber visto su nombre borrado de los dípticos del altar, a pesar de la protesta enérgica del Pontífice romano.

VALOR DEL OBISPO. — Pero ni el Pastor, ni el Doctor se daban por vencidos. Repetía con San Pablo: "¡Desgraciado de mí, si no predico el Evangelio!" *(I Cor.*, IX, 16.)

Y también: "La palabra de Dios no se halla encadenada." *(II Tim.*, II, 9). La Iglesia triunfaba en él, más glorificada y consolidada por la constancia del Crisóstomo conducido al destierro por haber predicado la doctrina de Jesucristo, que por el éxito de aquella elocuencia que Libanio hubiera deseado para el paganismo. Escuchemos sus enérgicas frases antes de salir para su último destierro. Ya había sido desterrado otra vez, pero un terremoto, indicio de la ira divina, obligó a la misma Eudoxia a solicitar del Emperador con lágrimas su vuelta. Fórmanse nuevas tormentas contra Juan; pero él siente en sí toda la fortaleza de la Iglesia, y desafía la tem-

[1] El Conciliábulo de la Encina, agosto del 403.

pestad. Aprendamos lo que es un Obispo formado en la escuela de Jesucristo, *Pastor y Obispo de nuestras almas,* como dice San Pedro *(I. S. Pedro.,* II, 25.)

"Las olas de la tormenta vienen contra nosotros, pero no tenemos miedo a sumergirnos, porque estamos sentados sobre la roca. Ya puede el mar lanzarse con toda su ira, no quebrantará la roca; ya pueden subir las olas, que no lograrán hundir la barca de Jesús. Yo os pregunto: ¿Qué podríamos temer? ¿La muerte? Mas, *Cristo es mi vida, y el morir ganancia. (Fil.,* I, 21.) El destierro, me diréis. Pero, "*la tierra es del Señor, y todo cuanto ella encierra*". (Salmo XXIII, 1.) ¿La confiscación de los bienes? Pero, "*nada trajimos al venir al mundo, y nada podremos llevarnos*". *(I Tim.,* VI, 7.) Desprecio los temores de este mundo, y sus bienes me causan risa. No tengo miedo a la pobreza, no ansío las riquezas, no temo la muerte; si deseo vivir, es únicamente por vuestro bien, vuestro provecho es el único motivo que me induce a hablar en las presentes circunstancias.

He aquí la súplica que os hago: Tened confianza. Nadie podrá separarnos. Lo que Dios unió no lo podrá deshacer el hombre. Lo dijo Dios con respecto a la unión del hombre y de la mujer. Si no puedes, oh hombre, romper el vínculo del matrimonio ¿cómo podrías dividir a la Iglesia de Dios? Como no puedes alcanzar a Aquel a

quien persigues, la atacas a ella. Pues, el medio de hacer mi victoria más aplastante y de agotar tus fuerzas con mayor certeza, es el de combatirme; porque, *te será duro dar coces contra el aguijón. (Hech.,* IX, 5.)

No embotarás su punta, y te ensangrentarás los pies. Las olas no rompen la roca, caen sobre sí mismas en impotente espuma.

Oh hombre, nada se puede comparar con la fuerza de la Iglesia. Termina de combatirla, si no quieres ver agotadas tus fuerzas; no pelees contra el cielo. Si declaras la guerra al hombre, podrás vencer o sucumbir; pero si atacas a la Iglesia, puedes abandonar toda esperanza de victoria, porque Dios es más fuerte que todos. *¿Tendremos envidia del Señor? ¿Seremos más potentes que El?* Dios ha fundado y ha consolidado; ¿quién tratará de destruir? ¿No conoces su poder? *Mira El a la tierra y la hace temblar;* ordena, y lo que estaba quebrantado, se vuelve firme. Si, no hace mucho todavía pudo dar firmeza a vuestra ciudad combatida por un terremoto ¿cuánto mejor podrá asegurar a su Iglesia? Está más segura que el mismo cielo. *El cielo y la tierra pasarán,* dice el Señor, *pero mis palabras no pasarán.* ¿Qué palabras? *Tú eres Pedro, y sobre ésta piedra* (que es mía), *construiré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.*

Si a esta palabra no crees, cree a los hechos. ¡Cuántos tiranos trataron de aplastar a la Igle-

sia! ¡Cuántas hogueras, cuántas bestias feroces, cuántas espadas! Y todo para no conseguir nada. ¿Dónde están ahora esos temibles enemigos? El silencio y el olvido les hacen justicia. ¿Dónde está en cambio la Iglesia? ¡Ante nuestros propios ojos, y más resplandeciente que el mismo sol! Pues, si cuando los cristianos no eran más que un puñado, no pudieron ser vencidos, ¿cómo podrán vencerlos hoy que el mundo está lleno de esta santa religión? *El cielo y la tierra pasarán,* dice el Señor, *pero mis palabras no pasarán.* Y así tiene que ser; porque Dios ama más a la Iglesia que al mismo cielo. Fijáos que no tomó carne del cielo, su carne pertenece a la Iglesia. El cielo es para la Iglesia, no la Iglesia para el cielo.

No os alarméis por lo que ha sucedido. Hacedme la gracia de permanecer inconmovibles en vuestra fe. ¿No visteis que Pedro, al caminar sobre las aguas estuvo a punto de sumergirse no por la fuerza de las olas, sino por la flaqueza de su fe?, por haber dudado un momento. ¿Es que hemos sido elevados a esta silla con miras humanas? ¿Nos ha elevado el hombre, para que pueda el hombre derribarnos por potestad humana? Y no lo digo por arrogancia o vanagloria, no lo quiera Dios, lo digo sólo para asegurar los ánimos fluctuantes.

La ciudad estaba firme sobre sus fundamentos; pero el diablo ha querido destruir la Iglesia. ¡Oh infame y malvado espíritu no has po-

dido derribar sus murallas y con todo eso pretendes destruir a la Iglesia! ¿Es que la Iglesia consiste en murallas? No: la Iglesia es la muchedumbre de los fieles; esas son sus firmes columnas, no sujetas con hierro, sino unidas por la fe. No digo solamente que esa multitud tiene más fuerza que el fuego; digo que tu ira no podría triunfar ni siquiera de un solo cristiano. Recuerda las heridas que te hicieron los Mártires. ¿No se vió con frecuencia comparecer ante el juez a una delicada joven que, aun no era casadera? jóvenes más tiernas que la cera pero más firmes que la roca. Desgarrabas sus costados pero no le arrebatabas la fe. Cedía la carne bajo las garras del tormento, pero no su constancia en la fe. ¿No pudiste vencer a una mujer y esperas vencer a todo un pueblo? Entonces no has oído al Señor que dijo: "*Donde dos o tres estuvieren reunidos en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos.*" (*Mat.*, XVIII, 20.) Y ¡no habría de estar presente en medio de un pueblo numeroso, unido por los lazos del amor!

Tengo la garantía en mis manos, tengo su promesa escrita; ese es el báculo en que me apoyo, mi seguridad, mi puerto tranquilo. Ya puede agitarse todo el mundo; yo me contento con releer ese texto sagrado: ahí está mi muro y mi fortaleza. ¿Cuál es ese texto? El siguiente: *He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Si Cristo está conmigo ¿a quién voy a

temer? Aun cuando las olas, los mares, la ira de los soberanos se levanten contra mí, todo eso me importa menos que una tela de araña. Presto estaba para marchar desde ahora al destierro, si vuestra caridad no me hubiese detenido. Esta es mi plegaria: *Hágase, Señor, tu voluntad;* no ésta u otra voluntad, sino la tuya. Suceda lo que Dios quiera; si quiere que permanezca aquí, se lo agradezco; si quiere llevarme a otro sitio, también se lo agradeceré [1]."

Así es el corazón de un ministro de Jesucristo, humilde e invencible. En todos los tiempos suscita Dios hombres de este templo, y cuando escasean, todo languidece y se apaga. La Iglesia de Oriente tuvo cuatro Doctores de este carácter: Atanasio, Gregorio de Nacianzo, Basilio y Crisóstomo: el siglo que los vió nacer conservó la fe, a pesar de los mayores peligros. Los dos primeros aparecen en la época en que la Iglesia irradia aún todo el esplendor de su Esposo resucitado; el tercero señala el tiempo en que fecundaron a la Iglesia los dones del Espíritu Santo; Crisóstomo alegra con su presencia el tiempo en que se nos aparece el Verbo de Dios bajo el manto de su flaqueza y de su infancia. Felices nosotros, los hijos de la Iglesia latina, la única que ha tenido la dicha de conservar la fe primitiva, porque está Pedro con ella; honremos a estas cuatro colum-

---

[1] Obras Completas, *Vives*, 1866, t. VI, p. 67, 70 — P. G. t. LI-LII, c. 427-430.

nas del edificio de la tradición; pero rindamos también homenaje a Crisóstomo, Doctor de todas las Iglesias, vencedor del mundo, Pastor inquebrantable, sucesor de los Mártires, predicador por antonomasia, admirador de Pablo, imitador de Cristo.

VIDA. — Nació San Juan Crisóstomo en Antioquía entre el año 344 y 347, y fué allí ordenado de sacerdote en 386. Elegido obispo de Constantinopla en 398, se opuso con energía a la corrupción de las costumbres, lo que atrajo la ira de la Emperatriz Eudoxia, quien le desterró. Habiendo el pueblo pedido su vuelta, tuvo que salir de nuevo desterrado para no volver ya, permaneciendo allí desde el 404 hasta el 407. Allí tuvo que sufrir mucho pero también ganó muchas almas a Cristo.

El Papa Inocencio I ordenó fuera restablecido en su sede de Constantinopla pero al regresar le maltrataron los soldados de tal forma que murió en Coman, en el Ponto, el 14 de setiembre de 407. Pío X declaróle patrón de los oradores sagrados y Doctor de la Iglesia universal, el 8 de julio de 1908.

¡Cuántas coronas adornan tu frente, oh Crisóstomo! ¡cuán glorioso es tu nombre en la Iglesia de la tierra y en la del cielo! Enseñaste la verdad, luchaste con constancia, sufriste por la justicia, diste tu vida por la libertad de la palabra divina. No te lograron seducir los aplausos de los hombres; el don de la elocuencia evangélica con que te dotó el Espíritu Santo no era más que una débil imagen de los destellos y del fuego que el

Verbo divino infundía en tu corazón. Amaste al Verbo y a Jesús más que a tu propia gloria, más que a tu comodidad, más que a tu vida. Sufriste persecuciones por parte de los hombres; manos sacrílegas borraron tu nombre de las listas del altar; indignas pasiones dictaron una sentencia en la que, a imitación de Jesucristo, eras equiparado a los criminales, y arrojado de la sagrada cátedra. Pero no estaba en manos de los hombres el apagar el sol, ni borrar la memoria de Crisóstomo. Roma te fué fiel; guardó con honor tu memoria, y aún hoy conserva tus restos sagrados, junto a los del Príncipe de los Apóstoles. El mundo cristiano te proclama uno de los más fieles distribuidores de la Verdad divina.

En pago de nuestros homenajes, oh Crisóstomo, considéranos desde lo alto del cielo como ovejas tuyas; instrúyenos, refórmanos, haznos cristianos. Discípulo fiel de San Pablo, sólo a Jesucristo conociste; pero en él están ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia. descúbrenos al Salvador que llega a nosotros lleno de encanto y dulzura; haz que le conozcamos; enséñanos la manera de serle gratos, y los medios de poderle imitar; haz que acepte nuestro amor. También nosotros somos desterrados; pero amamos excesivamente el lugar de nuestro destierro; con frecuencia estamos tentados de tomarlo por nuestra verdadera patria. Despéganos de esta morada terrestre y de sus ilusiones.

Haz que tengamos prisa por reunirnos contigo, para estar con Jesucristo, en quien te hemos de hallar para siempre.

Oh fiel Pastor, ruega por nuestros Pastores; alcanza para ellos un alma semejante a la tuya, y para sus ovejas docilidad. Bendice a los predicadores de la divina palabra, para que no se prediquen a sí mismos sino a Jesucristo. Comunícanos la elocuencia cristiana que se inspira en la Sagrada Escritura y en la oración, para que los pueblos atraídos por una oratoria celestial, se conviertan y den gloria a Dios. Protege al Romano Pontífice, cuyo predecesor fué el único que se atrevió a defenderte: haz que sea siempre su corazón un refugio para los Obispos perseguidos por la justicia. Devuelve la vida a tu Iglesia de Constantinopla que olvidó tu fe y tus ejemplos. Sácala de ese envilecimiento en que vive desde hace tiempo. Logra con tus plegarias, que Cristo, Sabiduría eterna, se acuerde de su Iglesia de Santa Sofía y se digne purificarla, y restaurar en ella el altar donde se inmoló durante tantos siglos. Ten siempre cariño a las Iglesias de Occidente, que con tanto amor procuraron tu gloria. Apresura el fin de las herejías que han devastado a muchas de nuestras cristiandades; ahuyenta las tinieblas de la incredulidad, aviva en nosotros la fe y haz que florezcan las virtudes.

28 DE ENERO

SAN PEDRO NOLASCO, CONFESOR

Pedro Nolasco, Redentor de cautivos, va a asociarse hoy a su maestro Raimundo de Peñafort; ambos presentan al Redentor universal, como homenaje, los miles de cristianos, rescatados de la esclavitud, en virtud de aquella caridad, que nacida en Belén halló asilo en sus corazones.

Natural de la provincia de Languedoc, en Francia, eligió Pedro a España por segunda patria, porque brindaba a su celo campo de abnegación y sacrificio. Como el Mediador bajado del cielo, dedicóse al rescate de sus hermanos; renunció a su libertad para procurar la de ellos, quedándose a veces en rehenes bajo las cadenas de la esclavitud para poder devolverles a su patria. Su abnegación fué fecunda; gracias a sus esfuerzos se estableció una nueva Orden religiosa en la Iglesia, compuesta enteramente de hombres generosos que durante seis siglos, sólo rogaron, trabajaron y vivieron para procurar el beneficio de la libertad a innumerables cautivos, que morían lentamente en las cadenas, con riesgo de sus almas.

¡Bendita sea María que suscitó tales Redentores humanos! ¡Gloria a la Iglesia católica que

los produjo! Pero sobre todo gloria al Emmanuel, que al entrar en este mundo dijo: "Padre, los holocaustos por los pecados de los hombres no te aplacaron; deja ya de castigarlos; héme aquí. Me has dado un cuerpo; yo voy y me inmolo." (Salmo XXXIX, 8.) El sacrificio del divino Niño no podía quedar estéril. El se dignó considerarnos como hermanos, y ofrecerse en lugar nuestro; ¿habrá en lo sucesivo algún corazón que pueda permanecer insensible a las desgracias y peligros de sus hermanos?

El Emmanuel recompensó a Pedro Nolasco, llamándole a sí, el mismo día en que, doce siglos antes nacía El en Belén. De las alegrías de la noche de Navidad fué este Redentor humano a unirse con su Redentor inmortal.

En sus últimos instantes, los trémulos labios de Pedro murmuraban su postrer cántico en la tierra, y al llegar a las palabras: *El Señor envió la Redención a su pueblo, selló con él su alianza eterna,* su alma bienaventurada voló libre al cielo.

La Santa Iglesia tuvo que señalar otro día distinto del de su muerte para celebrar la memoria de Pedro, porque aquel estaba dedicado enteramente al Emmanuel; pero era también natural, que quien fué distinguido con la gran prerrogativa de nacer para el cielo, el día en que nació Jesús en la tierra, ocupase un lugar en el

tiempo consagrado al Nacimiento del divino Redentor.

Vida. — S. Pedro Nolasco nació junto a Carcasona, y se distinguió sobre todo por su caridad para con el prójimo. Huyendo de los herejes Albigenses llegó a España, y fué a orar ante N. S. de Monserrat; vendió sus bienes y con el dinero obtenido, libertó a algunos cautivos. Aparecióseles la Santísima Virgen, y le animó a que fundase una Orden para la redención de cautivos, lo que llevó a cabo de acuerdo con san Raimundo y el rey Jaime I de Aragón. Murió el día de Navidad del año 1256.

Viniste, oh Emmanuel, a traer fuego del cielo a la tierra, y sólo deseas verla inflamada. Semejante deseo tuvo su realidad en el corazón de Pedro Nolasco y de sus hijos. De esa manera te dignas asociar a los hombres a tus designios misericordiosos de amor, y al restaurar la armonía entre Dios y nosotros, haces más estrechos los lazos primitivos que nos unían a nuestros hermanos. Es imposible que te amemos, oh divino Niño, sin amar también a todos los hombres; y si es verdad que te llegas a nosotros como víctima y rescate, también quieres que estemos dispuestos a sacrificarnos los unos por los otros.

De este amor fuiste tú, oh Pedro, apóstol y modelo; por eso quiso el Señor honrarte llamándote a la corte de su Hijo, el día del aniversario de su Nacimiento. Entonces se te reveló en todo su esplendor el dulce misterio que tantas veces

sostuvo tu valor y animó tus sacrificios; tus ojos no contemplan ya solamente al tierno Niño que sonríe en su cuna, sino que se quedan extrañados ante los divinos fulgores del Rey vencedor, del hijo de Dios. María no aparece ante tu vista pobre y humilde como ante nosotros, inclinada con reverencia ante el pesebre donde yace su amor; para ti brilla ya en su trono de Reina, y resplandece con destellos que sólo ceden ante los de la majestad divina. Tu corazón no ha extrañado esta gloria, porque estando en el cielo estás en tu patria. El cielo es templo y palacio del amor, y el amor llenaba ya tu corazón desde aquí abajo; era el móvil de todas sus operaciones.

Ruega para que conozcamos mejor ese amor verdadero de Dios y de los hombres que nos hace semejantes a Dios. Escrito está que *el que permanece en la caridad, permanece en Dios y Dios en él (I Juan,* IV, 16); haz, pues, que el misterio de caridad que celebramos nos transforme en Aquel que debe ser objeto de todas nuestras aspiraciones, en este tiempo de gracias y maravillas. Haz que amemos a nuestros hermanos como a nosotros mismos, que les suframos, que les disculpemos, y que nos olvidemos de nosotros para servirlos. Haz que sirvan nuestros ejemplos para servirles y nuestras palabras para edificarles; que sepamos ganar y consolar sus almas con nuestro afecto, y aliviar sus necesidades corporales con nuestras dádivas.

¡Oh Pedro, ruega por Francia, tu patria! Ampara a España, en cuyo seno nació tu Instituto. Cuida de los últimos restos de esa insigne Orden, por cuyo medio obraste tantos prodigios de caridad. Consuela y devuelve la libertad a los cautivos que se encuentran todavía en prisiones o en la esclavitud. Alcánzanos a todos nosotros, esa santa libertad de hijos de Dios de que habla el Apóstol, y que consiste en la obediencia a su ley. Si esa libertad llega a dominar en los corazones, hará también libres a los cuerpos. En vano busca el hombre exterior la libertad, si el interior se halla esclavizado. Oh Redentor de tus hermanos, haz que dejen de atenazar a nuestras sociedades las cadenas del error y del pecado; de esa manera conseguirás devolverles la verdadera libertad, causa y norma de todas las demás libertades.

EL MISMO DÍA

SANTA INES

(POR SEGUNDA VEZ)

Cinco días después del martirio de la virgen Emerenciana, los padres de Santa Inés acudieron por la noche a su sepulcro para hacer oración y llorar. Habían pasado ocho días desde su martirio. En su dolor meditaban las circuns-

tancias de aquella cruel muerte que le había merecido la palma, sustrayéndola a su cariño. De pronto se les aparece Inés, coronada y radiante, en medio de un cortejo de vírgenes, de belleza y luz deslumbrantes. A su lado y a la derecha, un cordero de nívea blancura, símbolo del divino Esposo de Inés.

La triunfante Virgen se vuelve con ternura hacia sus padres y les dice: "No lloréis mi muerte; felicitadme más bien, por la feliz compañía en que me encuentro. Sabed, que vivo ya en el cielo, junto a Aquel a quien de todo corazón amé en la tierra."

Recordando esta aparición, la Santa Iglesia nos trae de nuevo la memoria de la dulce Inés, y esta fiesta, se llama; Santa Inés por segunda vez: *Sanctae Agnetis secundo* [1]. Roguemos a la tierna esposa del Cordero Inmaculado, para que no nos olvide ante El, y nos presente al divino Salvador, en espera de que podamos poseerle sin celajes en la mansión de su gloria. Unámosnos a la Santa Iglesia, y cantemos con ella:

Ant. Un Cordero más blanco que la nieve, Cristo, apareció a su derecha y la consagró como a su Esposa y Mártir.

℣. En tu resplandor y belleza, oh Virgen.

℟. Avanza, marcha a la victoria y toma la corona.

---

[1] Esta fiesta parece ser la Conclusión de la Octava con que se honraba en otros tiempos a Santa Inés en Roma, lo mismo que a San Lorenzo.

ORACION

Oh Dios, que nos alegras con la anual festividad de la bienaventurada Inés, tu Virgen y Mártir; dígnate darnos la gracia de imitar con una santa vida los ejemplos de aquella a quien hoy honramos. Por Nuestro Señor.

EL MISMO DÍA

SAN JULIAN, OBISPO DE CUENCA

Es San Julián un regalo insigne que Dios hizo a Castilla ya mediado el primer tercio del siglo XII. Como muchos de los grandes héroes de la santidad, fué en parte fruto de largas y fervorosas plegarias de sus nobles padres ansiosos de tener un vástago a quien dejar heredero más que de su fortuna, del caudal de prendas espirituales y acrisoladas de sus mayores.

Nació con él incrustada en sus entrañas la misericordia, pudiendo con el autor sagrado decir de sí: *sortitus sum animam bonam,* inclinado a la piedad y derroche de caridad hacia los menesterosos, desde el seno de su madre.— Tan preclaros resplandores dió de su virtud y aplicación a los estudios con el exclusivo fin de trabajar a gloria del Señor en el bien de las almas, que muertos sus padres y empleado su amplio patrimonio en obras de beneficencia, determinó consagrarse él mismo a la obra evangélica de la

conversión de los pecadores y salvación de las almas. Recorría las poblaciones y aldeas de los alrededores de Burgos, ya ordenado sacerdote, cosechando sorprendentes frutos de su sólida predicación avalada por su vida santísima de penitente abnegado. Le rogaron sus conciudadanos predicara en las iglesias de la Capital y como hablaba derechamente al corazón a estilo de los profetas, lograba numerosas y señaladas conversiones.

Extendióse por España la fama del nuevo apóstol y muchas fueron las provincias que le oyeron y experimentaron el fruto de sus apostólicos sermones; en cuanto se enteró el Arzobispo de Toledo D. Martín López de Pisuerga, le nombró arcediano de la Catedral Primada y se mostró Julián modelo ideal de arcedianos como antes lo era de santos sacerdotes y predicadores. Trabajaba con sus manos para procurarse el sustento e invertía en los pobres todas las rentas de su prebenda.

Conquistada Cuenca por Alfonso VIII de Castilla, propuso para obispo y sucesor de D. Juan Yáñez muerto antes de la conquista, a San Julián, quien tras tenaz resistencia se vió obligado a aceptar la dignidad. Poco tuvo que hacer para arreglar su familia consistente en un solo criado fiel y santo como su amo, llamado Lesmes, y sin más aparato marchó a Cuenca entrando ambos a pie en la ciudad. Superó su celo a cuantos elo-

gios de él se hacían, y recorriendo muchas veces en plan de perpetuo peregrino la vastísima diócesis, obra prodigios de transformación universal en el país donde antes reinaba el caos y corrupción más espantosa.

Declaró que no le interesaba ni un maravedí de las rentas de su obispado, destinándolas por entero a las múltiples obras de beneficencia.— Mientras tanto el santo Obispo y su capellán sustentábanse, a imitación de San Pablo, con el trabajo de sus manos, haciendo cestillas que vendían, cuyo producto, después de cubrir sus pequeños gastos, daban a los pobres.

Nada le granjeó tanto el afecto de sus ovejas como las entrañas de misericordias con que se deshacía en favor de ellas. Esta inagotable caridad le mereció innumerables favores del cielo. Tuvo en una ocasión por convidado en la mesa de los pobres, al mismo Jesucristo, quien le agradeció lo que por ellos hacía, honrándole con el título de "*buen amigo*", y, prometiéndole en premio la eterna bienaventuranza.—En otra ocasión vió repentinamente colmada de trigo su panera, otra vez vino, sin saber de dónde, una recua cargada de grano, sin guía ni conductor, que se dirigió al palacio del obispo, dejó el grano en sus trojes y desapareció.

Su muerte fué esclarecida con singulares muestras, por parte de él, de insigne humildad, penitencia y amor desbordante al Señor y su

bendita Madre, y por parte de Cristo y María por señaladísimos favores contemplados por los que presenciaron su bienhadado tránsito, ocurrido el domingo, 28 de Enero de 1208, a los ochenta años de edad, y trece de pontificado.

Cuando se abrió la urna para dar fe de su santo cuerpo, se le encontró tan entero e incorrupto, como si entonces acabara de expirar, y las vestiduras tan flamantes como si entonces las estrenara. Esta solemne traslación es celebrada en toda España el 5 de setiembre, día en que celebra Cuenca la fiesta principal a su gran Patrono.

ORACIÓN. — ¡Oh Señor! Excita en nosotros, te lo pedimos con ahinco, el espíritu de inocencia y caridad que brilló en S. Julián con fulgores incomparables, y haz que corramos tras las huellas del santísimo Obispo cuyos méritos celebramos. Por Jesucristo, Señor nuestro. Amén.

29 DE ENERO

SAN FRANCISCO DE SALES, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Acércase ahora a la cuna del dulce Hijo de María, el angelical obispo Francisco de Sales, digno de ocupar allí un puesto distinguido, por la delicadeza de sus virtudes, la amable sencillez de su corazón y la humildad y ternura de su amor. Llégase rodeado de brillante escolta; setenta y

dos mil herejes devueltos a la Iglesia gracias a su celo; una Orden de siervas del Señor, planeada por su amor, y realizada por su genio divino; millares de almas llevadas a la vida de piedad por su doctrina tan segura como misericordiosa que le ha valido el título de Doctor.

Concedióselo Dios a su Iglesia para consolarla de las blasfemias de los herejes que iban predicando por doquier la esterilidad de la Iglesia romana en materia de caridad; frente a los rígidos secuaces de Calvino puso a este ministro verdaderamente evangélico; el ardor de la caridad de Francisco de Sales logró fundir el hielo de aquellos obstinados corazones. *Si tenéis herejes para convencer,* decía el sabio cardenal du Perron, *enviádmelos; si se trata de convertirlos, mandádselos a Monseñor de Ginebra.*

En medio de su siglo apareció, pues, Francisco de Sales, como la imagen viva de Cristo, abriendo sus brazos, y llamando a los pecadores a penitencia, a los extraviados a la verdad, a los justos a mayor perfección, y a todos a la confianza y al amor. En él descansaba el Espíritu Santo con su fortaleza y su dulzura; por eso, en estos días en que hemos celebrado la bajada de este Espíritu sobre el Verbo en aguas del Jordán, no podemos olvidar un conmovedor episodio sucedido a este admirable Obispo en relación con su divino Jefe. Ofrecía el santo sacrificio de la Misa un día de Pentecostés en Annecy; Fran-

cisco de Sales estaba de pie ante el altar; una paloma penetró en la Catedral y quedó asustada ante la aglomeración del pueblo y de sus cantos; después de haber revoloteado durante largo tiempo, fué a descansar sobre la cabeza del Santo Obispo, con gran admiración de los fieles: símbolo emocionante de la dulzura de Francisco, lo mismo que el globo de fuego que apareció, durante la celebración de los sagrados Misterios, sobre la cabeza de San Martín, significando el ardor que consumía el corazón del Apóstol de las Galias.

Otra vez, en la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora, oficiaba Francisco en Vísperas, en la Colegiata de Annecy. Estaba sentado en un trono cuyos dibujos representaban el árbol profético de Jesé, que según la profecía de Isaías, produjo el *tallo virginal* del que salió la *flor divina* sobre la que se posó el Espíritu del amor. Mientras cantaban los salmos penetró en la Iglesia una paloma, por una hendidura de la vidriera del coro, del lado de la Epístola. Después de revolotear algún tanto, dice el historiador, vino a posarse en la espalda del Santo Obispo, y luego en sus rodillas, de donde la cogieron los ministros que le asistían. Después de Vísperas, subió Francisco al púlpito y deseoso de alejar de sí la aplicación que a su favor podía hacer el pueblo de la aparición de aquel símbolo, y para desterrar cualquier idea que pudiese parecer

como una gracia del cielo a su persona, cantó las glorias de María, que llena de la gracia del Espíritu Santo, mereció ser llamada, *paloma hermosísima,* en *la que no hay mancha alguna.*

Si tratamos de buscar entre los discípulos del Señor, el tipo de santidad más conforme con este santo Prelado, inmediatamente nos viene al pensamiento el nombre de Juan, el discípulo amado. Francisco de Sales es, como él, el Apóstol del amor; la sencillez del Evangelista que acariciaba en sus manos venerables una avecilla, es madre de la suave inocencia que anidaba en el corazón del Obispo de Ginebra. La presencia de Juan, el acento de su voz simplemente convidaba a amar a Jesús; los contemporáneos de Francisco decían: *Oh Dios, si tan grande es la bondad del Obispo de Ginebra ¿cuál no será la tuya?*

Esta semejanza entre el amigo de Cristo y Francisco de Sales se manifestó también en el momento supremo, cuando el día mismo de San Juan, después de haber celebrado la Santa Misa y distribuído la comunión por su propia mano a sus queridas hijas de la Visitación, sintió el primer desfallecimiento que debía traer a su alma la liberación de las ligaduras del cuerpo. Acudieron en seguida a su lado, pero su conversación estaba ya en el cielo. A la mañana siguiente voló hacia su patria, en la fiesta de los santos Inocentes, en medio de los cuales mereció descansar

eternamente por el candor y sencillez de su alma.

San Francisco de Sales, ocupa, pues, un lugar en el calendario al lado del Amigo del Salvador y de las tiernas víctimas, comparadas por la Iglesia a un gracioso ramillete de rosas; y aunque no ha sido posible colocar su memoria en el aniversario de su salida de este mundo, porque esos dos días se hallan ocupados con la festividad de San Juan y la de los Inocentes de Belén, al menos ha querido la Santa Iglesia celebrar su fiesta en el tiempo dedicado a honrar el Nacimiento del Emmanuel.

Corresponde, pues, a este amante del Rey recién nacido revelarnos los encantos del Niño del pesebre. Con el fin de aprovecharnos de su pensamiento, vamos a espigarlo en su correspondencia, donde manifiesta en toda su delicadeza los sentimientos que embargaban su corazón en presencia de los Misterios navideños.

Hacia fines del Adviento de 1619 escribía a una religiosa de la Visitación, animándola a disponer su corazón para la llegada del celestial Esposo: "He aquí, mi muy querida hija, al pequeño pero amable Jesús, que va a nacer entre nosotros durante estas próximas fiestas; y ya que va a nacer para visitarnos de parte de su eterno Padre; ya que pastores y reyes van a llegarse en visita hasta la cuna, se me hace que El es Padre

e Hijo al mismo tiempo de esta Santa María de la Visitación.

Por tanto, acaríciale bien; dále buena acogida lo mismo tú que todas tus hermanas, entónale bellos cánticos, y sobre todo adórale muy expresiva y dulcemente y en El, adora su pobreza, su humildad, su obediencia y su dulzura, imitando a su Santísima Madre y a San José; recoge alguna de sus preciosas lágrimas, dulce rocío del cielo, y colócala en tu corazón, para que nunca tenga más tristezas que las que alegran a ese dulce Infante; y cuando le encomiendes tu alma, acuérdate de recomendarle también la mía, que es al mismo tiempo tuya.

Con gran amor, saludo al grupo querido de nuestras hermanas, a quienes considero como sencillas pastorcitas que cuidan de sus ovejas, es decir, de sus afectos, y que avisadas por el Angel, acuden a adorar al divino Infante, y en prenda de su eterna servidumbre, le ofrecen el más hermoso de sus corderos, es decir, su amor, sin reservas ni excepciones."

La Víspera del Nacimiento del Señor, gustando ya de antemano las alegrías de la noche que va a traer al Redentor a la tierra, Francisco se expansiona con su hija predilecta, Juana Francisca de Chantal, invitándola a saborear con él los encantos del divino Niño y a aprovecharse de su visita.

"El gran exnińito de Belén sea siempre la delicia y el amor de nuestros corazones, queridísima madre e hija mía. ¡Ah, qué hermoso es ese pobre niñito! Se me figura que veo a Salomón en su gran trono de marfil, dorado y pulido, sin otro igual en todos los reinos, como dice la Escritura: un rey sin par en su gloria y magnificencia. Prefiero cien veces ver a este querido infantito en su pesebre, a contemplar a todos los reyes en sus tronos.

Y cuando le considero en las rodillas o en los brazos de su Santa Madre con su boquita, pequeño capullo de rosa, pegada a las azucenas de sus sagrados pechos, entonces, oh Dios, lo hallo más bello en este trono, no sólo que Salomón en el suyo de marfil, sino más bello que lo fué nunca en el cielo ese mismo Hijo del Padre eterno, porque si bien el cielo ostenta más cosas visibles, la Santísima Virgen tiene más perfecciones invisibles; y una sola gota de la leche virginal que fluye de sus sagrados pechos vale más que todo el aparato de los cielos. ¡Háganos el gran San José participar de su consuelo, la excelsa Madre de su amor, y quiera el Hijo derramar sus gracias en nuestros corazones!

Ruegoos que descanséis lo más suavemente que podáis junto al celestial Infantito: no dejará de amar vuestro querido corazón, tal como se encuentra, seco y árido. ¿No veis cómo recibe el aliento de ese gran buey y de ese asno que no

tienen sentimiento alguno? ¿No ha de recibir los suspiros de nuestro pobre corazón, que aunque sin devoción actual, con todo eso se sacrifica a sus pies con firmeza y perseverancia, para ser eternamente un siervo fiel del suyo, del de su Santa Madre, y del Vicario de este Reyecito?"

Ha pasado la santa noche, que trae consigo Paz a los hombres de buena voluntad; una vez más busca Francisco el corazón de la hija que Jesús le ha confiado, para derramar en él las dulzuras saboreadas en la contemplación de este misterio de amor.

"Oh Jesús verdadero, ¡cuán dulce es esta noche, mi queridísima hija! Los cielos, canta la Iglesia, destilan miel por doquier; en cuanto a mí, pienso que los Angeles del cielo que hacen resonar en el aire sus admirables cánticos, van a recoger esa miel celestial en las azucenas en que se halla, estás en el corazón de la dulcísima Virgen y de San José. Temo, mi querida hija, que esos divinos espíritus se equivoquen entre la leche que sale del seno virginal y la miel del cielo reunida en sus pechos ¡Qué dulce es ver la miel junto a la leche!

Por eso, yo os pregunto, querida hija ¿no soy demasiado atrevido, pensando que nuestros buenos Angeles, vos y yo, nos hallamos entre el querido cortejo de los celestes músicos que cantaron esa noche? ¡Oh Dios, si tuviesen a bien entonar una vez más al oído de nuestro corazón,

aquel canto celestial, qué alegría! ¡qué regocijo! Así se lo suplico, para que haya gloria en el cielo y paz en la tierra para los corazones de buena voluntad.

Al volver, pues, de los sagrados misterios, doy los buenos días a mi hija: porque supongo que los pastores descansaron un poco aún, después de haber adorado al celestial Infante que el cielo les había anunciado. Pero, oh Dios ¡qué dulce me figuro su descanso! Seguramente seguían oyendo todavía la melodía angélica que los había saludado con su canto, y veían al querido Niño y a la Madre a quienes habían visitado.

¿Qué podríamos dar a nuestro Reyecito que no hayamos recibido de El y de su divina largueza? Pues bien, le daré en la Misa Mayor, la única pero amadísima hija que me ha dado. Házla, oh Salvador de nuestras almas, completamente de oro en el amor, de mirra en la mortificación, de incienso en la oración; y luego recíbela en los brazos de su santo amparo, y que diga tu corazón al suyo: "Soy tu salvación por los siglos de los siglos."

Dirigiéndose otra vez a una esposa de Cristo, la exhorta a nutrirse de la dulzura del recién nacido, en los siguientes términos:

"Cual mística abeja no se separe nunca vuestra alma de este querido Reyecito, haga su panal en torno a El, en El, y para El; tómele a El, a

ese Reyecito cuyos labios rebosan de gracia, y sobre los cuales esos santos animalitos, reunidos en enjambre hacen su dulce y gracioso trabajo, mucho mejor que lo hicieron sobre los labios de San Ambrosio."

Pero, hemos de detenernos; escuchemos, con todo, una vez más, cómo nos refiere las gracias del santo Nombre de Jesús, impuesto al Salvador entre los dolores de su Circuncisión; escribe así a su santa cooperadora:

"Oh Jesús, llena nuestro corazón con el santo bálsamo de tu divino Nombre, para que la suavidad de su aroma se difunda por todos nuestros sentidos e invada todas nuestras acciones. Pero, para que este corazón sea capaz de recibir tan dulce licor, circuncídale, y corta en él todo lo que pueda desagradar a tus divinos ojos. ¡Oh glorioso Nombre, pronunciado desde toda la eternidad por boca del Padre celestial, grábate para siempre en nuestra alma, para que, pues eres su Salvador, sea ella eternamente salva! ¡Oh Virgen Santa, la primera de toda la naturaleza humana que pronunciaste ese Nombre de salvación, inspíranos la manera de pronunciarlo dignamente, para que todo en nosotros respire la salud que tus entrañas nos trajeron.

Era necesario, queridísima hija, que escribiera la primera carta de este año a Nuestro Señor y a Nuestra Señora, y esta es, hija mía, la segunda por la que os felicito el nuevo año, y

consagro nuestro corazón a la divina bondad. Ojalá podamos vivir este año de tal modo, que nos sirva de fundamento para el año de la eternidad. Esta mañana al despertar, he gritado a vuestro oído: ¡Viva Jesús! y mi deseo hubiera sido poder derramar este óleo sagrado por toda la faz de la tierra.

Cuando un perfume está bien cerrado en su redoma, nadie puede saber qué esencia contiene, si no es el que la ha puesto; pero cuando se abre el frasco y se derraman algunas gotas, cada uno dice: Es tal esencia. Mi querida hija, nuestro amado y pequeño Jesús está rebosando aromas de salvación, pero nadie le conocía hasta que el cuchillo dulcemente cruel desgarró sus carnes divinas; entonces se pudo advertir, que es pura esencia y óleo derramado, y bálsamo de salvación. Por eso, San José y Nuestra Señora y luego todos a su alrededor, comenzaron a exclamar: Jesús, que quiere decir, Salvador.

Quiera el divino Infante rociar nuestros corazones con su sangre y perfumarlos con este Santo Nombre, para que las rosas de los buenos deseos que hemos concebido sean todas purpuradas con su sangre, y aromatizadas con su ungüento."

VIDA. — Nació San Francisco en Saboya el 21 de agosto de 1567; estudió en París y luego en Padua. **Ordenado de sacerdote el 18 de Octubre de 1593 y nombrado Preboste de la Iglesia de Ginebra, trabajó**

con grandes fatigas y éxito en la conversión de los protestantes del Chablais. De ellos ganó para la fe católica a unos 72.000. Consagrado obispo de Ginebra el 8 de diciembre de 1602, fundó ocho años más tarde, la Orden de la Visitación de Nuestra Señora, escribió libros de celestial doctrina, derramó por todas partes los rayos de su santidad por su celo, su dulzura, su misericordia para con los pobres y todas las demás virtudes. Murió en Lyon en 1622. Canonizóle Alejandro VII el 19 de Abril de 1665 y Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia el 19 de julio de 1877. Su cuerpo descansa en la Visitación de Annecy.

¡Oh pacífico conquistador de las almas, Pontífice amado de Dios y de los hombres, en ti celebramos la dulzura del Emmanuel! De El aprendiste a ser *manso y humilde de corazón*, y por eso, *poseíste la tierra,* conforme a su promesa. (*Mat.*, V, 4.) Nada te resistió; los más obstinados sectarios, los pecadores más endurecidos, las almas más tibias, todo cedió a tu palabra y a tus ejemplos. ¡Cómo nos complacemos contemplándote junto a la cuna del Niño que viene a amarnos, uniendo tu gloria a la de Juan y a la de los Inocentes! Apóstol como aquel y sencillo como los hijos de Raquel, haz que nuestro corazón esté siempre al lado de tan feliz compañía; y que conozca por fin, cuán *suave es el yugo* del Emmanuel y *ligera su carga.*

Enciende nuestras almas en el fuego de tu amor; alienta en ellas el deseo de la perfección. Doctor de los caminos del espíritu, *introdúcenos* en esa santa Vía cuyas leyes trazaste; aviva en

nuestros corazones el amor del prójimo, sin el cual sería inútil que pretendiéramos alcanzar, el amor de Dios; inícianos en tu celo por la salvación de las almas; enséñanos la paciencia y el perdón de las injurias, para que nos amemos todos, como dice San Juan, *no sólo de boca y de palabra, sino de obra y de verdad. (I S. Juan,* III, 18.) Bendice a la Iglesia de la tierra; tu memoria está tan fresca en ella como si acabaras de dejarla por la del cielo, porque no eres ya únicamente el Obispo de Ginebra, sino el objeto del amor y de la confianza del mundo entero.

Apresura la conversión general de los secuaces de la herejía calvinista. Tus oraciones han iniciado ya la obra del retorno, de manera que en la protestante Ginebra se ofrece ahora públicamente el sacrificio del Cordero. Realiza lo antes posible el triunfo de la Iglesia Madre. Extirpa los últimos vestigios de la herejía janseniana que quedan entre nosotros, de esa herejía que se disponía a sembrar su cizaña cuando el Señor te sacaba de este mundo. Limpia nuestras provincias de las máximas y costumbres peligrosas heredadas de los tiempos en que triunfaba esta perversa secta.

Bendice con toda la ternura de tu paternal corazón a la sagrada Orden que fundaste, y que consagraste a María, bajo el título de su Visitación. Consérvala de manera que sirva de edifi-

cación para la Iglesia; auméntala y dirígela para que se mantenga tu espíritu en esa familia de la que eres padre. Protege al Episcopado del que eres ornato y modelo; pide a Dios, para su Iglesia Pastores formados en tu escuela, abrasados de tu celo, imitadores de tu santidad. Acuérdate, finalmente de Francia, a la que te has unido con tan estrechos vínculos. Conmovióse ella con la fama de tus virtudes, codició tu apostolado y te proporcionó tu más fiel cooperadora; por tu parte enriqueciste su lengua con tus admirables escritos; de su seno saliste para marchar a Dios; considérala, pues, desde lo alto del cielo como tu propia patria.

30 DE ENERO

SANTA MARTINA, VIRGEN Y MARTIR

Una tercera Virgen romana, con la frente ceñida por la corona del martirio viene hoy a compartir los honores con Inés y Emerenciana. Es Martina, cuyo nombre recuerda al dios pagano que presidía los combates. Su cuerpo descansa al pie del monte Capitolino, en un antiguo templo de Marte, convertido hoy en la Iglesia de Santa Martina. El deseo de hacerse digna del divino Esposo elegido por su corazón, la hizo fuerte contra los tormentos y la muerte, de suerte que pudo lavar su blanca vestidura con su propia

sangre. El Emmanuel es *Dios fuerte, poderoso en los cambates* (Salmo XXIII, 8): no necesita hierro para vencer, como el falso dios Marte. Le basta la suavidad, la paciencia, la inocencia de una virgen para derrotar a sus enemigos; y así, venció Martina con un triunfo mucho más duradero que los de los mayores capitanes de Roma.

VIDA — No conocemos ningún documento antiguo que nos acredite la existencia de Santa Martina. Sólo en el siglo VII la hallamos mencionada; en esa época encontramos establecido su culto en una basílica del Foro. Sus Actas, completamente legendarias, dicen que fué martirizada en tiempo del emperador Alejandro, en 226, después de ser azotada con varas. Represéntasela de ordinario con los instrumentos de su suplicio: tenazas y espada.

Oh valerosa Virgen, la Roma cristiana continúa poniendo en tus manos el cuidado de su defensa; si tú la amparas, tendrá confianza y descansará tranquila. Atiende sus plegarias, y arroja muy lejos de la santa ciudad a los enemigos que la oprimen. Mas, acuérdate que no tiene sólo que temer a los batallones que lanzan fuego y destruyen muros; también en tiempo de paz se dirigen continuos y siniestros ataques contra su libertad.

Desbarata, oh Martina, esos pérfidos planes, y no te olvides de que fuiste hija de la Iglesia romana, antes de ser su protectora.

Pide para nosotros al divino Cordero la fortaleza necesaria para arrojar de nuestro corazón a los falsos dioses, a quienes a veces estamos tentados de ofrecer sacrificios. Ayúdanos con tu poderoso brazo, en los ataques que tenemos que sostener contra los enemigos de nuestra salvación. Fuiste capaz de destruir la idolatría en el seno de la Roma pagana; no lo has de ser menos contra este mundo que trata de invadirnos. Como premio a tus victorias, brillas ya junto a la cuna de nuestro Redentor; también a nosotros nos acogerá el *Dios fuerte,* si, como tú, sabemos luchar y vencer. El vino para someter a nuestros enemigos; pero exige de nosotros que tomemos parte en la lucha. Haznos fuertes, oh Martina, para que no retrocedamos nunca, y haz también que nuestra confianza en Dios vaya siempre acompañada de la desconfianza de nosotros mismos.

EL MISMO DÍA

SANTA BATILDE, REINA DE FRANCIA (626-680)

Al lado de Santa Paula preséntase hoy otra viuda, una piadosa reina de Francia. Dejó su puesto de honor como soberana, para seguir a Jesús en la humildad de su vida oculta. Madre de tres reyes, después de haber dado sabias leyes como regente, y haber refrenado la insumi-

sión de los grandes, abolido la esclavitud y hecho florecer la religión, sustráese al amor de su pueblo para encerrarse en la Abadía de Chelles, durante los quince últimos años de su vida. Como los Reyes Magos del Oriente ve la estrella que la llama a Belén; y tiene para ella más atractivo la contemplación del divino Infante en el pesebre, que las comodidades de aquel palacio que supo llenar con el ejemplo de su piedad y el mérito de sus virtudes.

Buscando a Dios con fidelidad hasta la muerte, acude a refugiarse en el monasterio que ella misma había fundado, pero acude no *para ser servida sino para servir*. Quiere ser en él la última de todas, y se ejercita en todos los oficios donde mejor puede imitar la humildad de su Salvador.

De este modo se pone de manifiesto una vez más el poder de Jesús; desde su cuna seduce los corazones y atrae las almas, hasta hacerlas olvidar todo lo que no es El mismo.

Felicitamos a Santa Batilde y a Santa Paula por haber sido admitidas en la compañía de las Vírgenes que rodean al recién nacido. No desdeña el Emmanuel a la esposa del hombre, cuando guarda para El su supremo amor, y aun cuando es justo que los primeros honores de su corte sean para las Vírgenes que le dedicaron todo su corazón, también se complace en colmar de fe-

licidad a los demás corazones, deseosos de agradarle.

VIDA. — Nació Santa Batilde en Inglaterra. Vendiéronla unos piratas en 641 al cortesano Erquinoaldo, cuya mano rehusó ella. Pronto, no obstante eso tuvo que contraer matrimonio con Clodoveo II. A la muerte del rey, ocurrida en 657 fué encargada de la tutela de los príncipes Clotario, Childerico y Tierry hijos suyos. Ayudáronle con sus consejos, en su regencia, San Crodbecto y San Uano. Suprimió las ordenaciones simoníacas, la esclavitud y venta de los cristianos, animó a los Obispos y a los Abades a restablecer la disciplina en los monasterios, y construyó las abadías de Corbeya y Chelles. Por fin, dejando en el gobierno a su hijo Clotario, el año 673, se hizo simple religiosa en Chelles, en donde murió en 680. Sus reliquias se guardan hoy en la iglesia parroquial de Chelles.

EL MISMO DÍA

SAN LESMES, PATRONO Y PROTECTOR DE BURGOS

Natural de Landún al norte de Poitiers (Francia) a principios del siglo XI, siguió la carrera de las armas hasta la muerte de sus padres. Entró en serias reflexiones y ambicionando aventajarse en la milicia de Cristo desprendióse de sus cuantiosos bienes en provecho de los menesterosos y voló a pasos agigantados por los senderos de la perfección evangélica. Hízose monje en *Casa Dei* de donde fué nombrado

Abad, agraciándole el Señor con el don de milagros.

Le solicitaron de varias provincias, hasta de Inglaterra, para que fuera alivio de las desahuciadas, hasta que viniendo a España como esposa de Alfonso VI, Constancia de estirpe real francesa, quiso tener como capellán asiduo suyo a su compaisano Lesmes, y en Burgos le le dió la Capilla de San Juan Evangelista y el adjunto Hospital de peregrinos santiagueses. Alfonso VI levantó al lado un Monasterio benedictino poniendo al frente de él a Lesmes, quien administraba asimismo el Hospital y se deshacía en obras benéficas de todo género, obrando señaladas maravillas.

Era muy insana y pantanosa aquella parte de la ciudad, y el santo se ingenió en sanearla por medio de acueductos, calzadas y pontones de modo que mereció ser considerado como el bienhechor más insigne de Burgos capital de Castilla.

Alfonso VI le llevó consigo a la conquista de Toledo y Lesmes entusiasmó a la caballería amedrentada ante la imponente crecida e inundación del Tajo, pasando valiente el vado montado en un asnillo. Fué enterrado ante la Capilla de San Juan de Burgos y posteriormente erigió sobre su sepulcro la esbelta Parroquia de San Lesmes, declarándole por Patrono y protector suyo la noble y leal ciudad de Burgos que festeja su memoria el 30 de enero, con grandes regocijos.

31 DE ENERO

SAN JUAN BOSCO

Al final del mes dedicado a honrar la infancia del Salvador, San Juan Bosco, conduce ante Jesús Niño, ante Jesús Obrero, a la multitud del niño y de obreros a quienes consagró su vida.

Para salvar a los hombres, el Hijo de Dios se dignó hacerse hombre y experimentar todas las miserias de nuestra naturaleza menos el pecado. Nació pobre en un establo, trabajó para ganarse el pan; luego, antes de morir predicó el Evangelio a los pobres, y si en este mundo tuvo preferencias, fueron estas para los niños: "Dejad que los niños se acerquen a mí: de ellos y de los que se les asemejan es el reino de los cielos."

San Juan Bosco no hizo más que reproducir estos aspectos de la vida de Jesús. Pobre también él de nacimiento, tuvo que trabajar para ganarse el pan y poder hacer sus estudios. Sacerdote ya, quiso predicar la buena nueva a los pobres, a los niños, a los obreros abandonados, a todos aquellos a quienes la pereza o el vicio arrastraban al mal. Creó para ellos patronatos, orfanatos, escuelas primarias, escuelas profesionales: "Amo tanto a estos pobres pequeños, que a gusto partiría con ellos también mi corazón."

En su santificación personal y en su ministerio se propuso como modelo y maestro a San Francisco de Sales. El Obispo de Ginebra le había enseñado que "no hay más que un medio de ser un buen educador, y es ser santo"; y que si pretendía hacer una obra buena y duradera, debía darse a Dios y dar a Dios. Dióse, pues, sin reservas: su tiempo, sus energías, sus talentos, su fama, su salud, su vida, su madre, todo fué para los niños recogidos en las calles. Les dió pan, trabajo y asilo; sobre todo les comunicó la alegría que habita en una conciencia pura, en un alma unida a Dios. Por medio de sus instrucciones familiares, de los sacramentos, de la Penitencia y de la Eucaristía, hizo de ellos cristianos fervorosos, y pacíficos ciudadanos. Manifestóse así al siglo XIX como un maestro en cuestiones sociales, y como uno de los mayores Apóstoles de la Acción Católica, tan recomendada por los últimos Papas.

Lo mismo que el Señor, despertó en torno suyo numerosos seguidores, discípulos que vinieron a ponerse bajo su dirección, y a compartir sus cuidados y trabajos en la salvación del mundo y su conversión a Dios. Pronto formóse la Asociación Salesiana, luego la Congregación de Hijas de María Auxiliadora, y, finalmente, la Unión de Cooperadores, Salesianos, inmenso ejército que lanzó a la conquista de las almas y que está ya difundido por el mundo entero. "El éxito de esta

obra, decía Pío X, sólo puede explicarse por la vida sobrenatural y santidad de su Fundador." El en cambio, pretendía no haber sido sino un simple instrumento: "Es Nuestra Señora Auxiliadora quien lo ha hecho todo." Pero Pío XI que le había conocido y que le elevó a los altares, ha podido decir con razón, "que su nombre es uno de los que bendecirán los siglos eternamente."

VIDA. — Juan Bosco nació el 16 de agosto de 1815 en Castelnuovo de Asti. Desde muy joven se distinguió por su piedad, su pureza, su alegría y su penetrante inteligencia. En 1835 entró en el Seminario Mayor de Turín y el 5 de junio de 1841 fué ordenado sacerdote. Desde entonces, consagró su vida a la salvación y educación de los niños pobres y de los obreros, fundó la Asociación de Salesianos, luego una Congregación de religiosas bajo el patrocinio de María Auxiliadora, y, por fin, otra de Cooperadores. Murió el 31 de enero de 1888. Pío XI le beatificó en 1929, y cinco años más tarde le canonizó.

También nosotros acudimos en pos de tantos otros para aclamarte con la Iglesia, para implorar tu ayuda, para pedir tus consejos. Agrádanos escuchar tus fervorosas exhortaciones: "¡Oh vosotros, que trabajáis y estáis cargados de sudores y fatigas! si queréis hallar una fuente inagotable de consuelos, si queréis ser felices, haceros santos. Para ser santos no necesitáis más que una cosa: quererlo. Los santos se santificaron cada cual en su propio estado. ¿De qué manera?

Haciendo bien lo que tenían que hacer." Pide al Señor para nosotros, que lleguemos a comprender una lección tan sencilla y verdadera y que la pongamos en práctica para llegar a ser santos.

¡Apóstol infatigable, y devorado por el celo! protege a los sacerdotes y misioneros. "Lo primero que te aconsejo para llegar a ser santo, decías en cierta ocasión a Domingo Savio, el afortunado niño a quien condujiste a la santidad, es que ganes almas para Dios. Porque no hay nada tan santo en el mundo, como cooperar al bien de las almas. Por ellas derramó Jesucristo hasta la última gota de su sangre." Haz que abrase ese celo a todos los fieles, ya que todos están llamados de una u otra manera a cooperar en la obra de la Redención.

Enséñanos, no sólo a los jóvenes, sino a todos nosotros, a frecuentar los sacramentos de la penitencia y de la eucaristía, para guardar nuestras almas libres de pecados. Enséñanos a acudir con frecuencia a María Auxiliadora, con intercesión omnipotente operaste tantos prodigios y multiplicaste tantos milagros. Ella nos ayudará a seguir tus ejemplos, a permanecer fieles a las lecciones de Belén y de Nazaret, a guardar como tú una confianza de niño en la divina Providencia, y a no vivir más que para alabar la gloria de Dios, en constante acción de gracias [1]. Ella, final-

[1] Secreta y Poscomunión de la Misa.

mente, nos presentará con su Hijo al Padre celestial en el cielo, donde a la hora de la muerte "nos darás cita a todos."

1 DE FEBRERO

SAN IGNACIO, OBISPO Y MARTIR

La víspera del día en que va a terminar el tiempo de Navidad, nos propone la Iglesia uno de los más célebres mártires de Cristo. Ignacio-Teóforo, Obispo de Antioquía. Según una antigua tradición, este anciano que con tanta generosidad confesó a Cristo delante de Trajano, era aquel niño que presentó Jesús un día a sus discípulos como el modelo de sencillez que nosotros debemos poseer si queremos entrar en el Reino de los cielos. En el día de hoy se nos presenta al lado de la cuna en que el mismo Dios nos da lecciones de humildad y sencillez.

En la corte del Emmanuel. Ignacio se apoya en Pedro, cuya Cátedra hemos celebrado, porque el Príncipe de los Apóstoles le estableció como segundo sucesor suyo en su primera Sede de Antioquía [1]. De esta misión sacó Ignacio su forta-

---

[1] Su nombre de Ignacio viene de *ignis*, porque su carácter está patente en sus Cartas con rasgos de fuego. Su segundo nombre, Teóforo, tomado en sentido pasivo (llevado por Dios) explica la leyenda según la cual el Señor lo habría presentado ante los Apóstoles como un modelo de humildad; tomado en

leza. Gracias a ella pudo resistir frente a un poderoso emperador, desafiar a las fieras del anfiteatro, y triunfar con el más glorioso martirio. Quiso también la divina Providencia que, para confirmar la dignidad intransferible de la Sede de Roma, viniese encadenado *a ver a Pedro* y terminase su vida en la santa ciudad, mezclando su sangre con la de los Apóstoles.

Habría faltado algo a Roma, si no hubiese heredado la gloria de Ignacio. El recuerdo del combate de este héroe, es el más augusto del Coliseo, bañado en la sangre de miles de mártires.

El distintivo de Ignacio es la fogosidad de su amor: sólo teme una cosa: que las súplicas de los romanos encadenen la ferocidad de los leones, y de este modo se vea frustrada su ansia de unirse a Cristo. Admiremos la fuerza sobrehumana que se revela en medio del mundo antiguo. Un amor de Dios tan ardiente, un tan fogoso deseo de verle, no pudieron nacer sino a raíz de los divinos sucesos que nos pusieron de manifiesto hasta qué exceso amó Dios al hombre. La gruta de Belén bastaría a explicarlo todo, aun cuando no hubie-

---

sentido activo (que lleva a Dios) nos recuerda que en su corazón hallaron grabado en letras de oro el nombre de Cristo.

Fué probablemente discípulo de los Apóstoles, de San Pedro o de San Pablo. San Juan Crisóstomo afirma que fué hecho obispo de Antioquía por el mismo San Pedro; pero las *Constituciones Apostólicas* dicen que por San Pablo. Eusebio señala el año 69 como principio de su episcopado, que terminó en Roma con su martirio el año 107 (F. Cayré).

se sido ofrecido el Sacrificio sangriento del Calvario. Dios baja del cielo para el hombre; se hace niño, nace en un pesebre. Semejantes prodigios de amor habrían sido suficientes para salvar al mundo culpable; ¿cómo no iban a mover al corazón del hombre a inmolarse a su vez por su Dios? Y ¿qué es una vida humana sacrificada, aunque no se tratara más que de agradecer el amor de Jesús en su Nacimiento?

La Santa Iglesia nos pone en las Lecciones del Oficio de San Ignacio, el breve relato que San Jerónimo le dedica en su obra *de Scriptoribus ecclesiasticis*. El santo Doctor tuvo la feliz idea de insertar en él algunos trozos de la admirable carta del Mártir a los fieles de Roma. A no ser por su gran extensión la hubiéramos puesto completa; pero también nos sería violento mutilarla. Por lo demás, estas citas representan los más bellos trozos que contiene:

Ignacio, tercer sucesor del Apóstol San Pedro en la Sede de Antioquía, habiendo sido condenado a las fieras, bajo la persecución de Trajano, fué enviado a Roma, cargado de cadenas. Hizo el viaje por mar, desembarcando en Esmirra, donde era Obispo Policarpo, discípulo de San Juan. Escribió una carta a los Efesios, otra a los Magnesios, otra a los Trallianos, y otra a los Romanos. A la salida de esta ciudad escribió también a los fieles de Filadelfia y a los de Esmirna, y dirigió una carta privada a Policarpo, en la que le recomendaba la Iglesia de Antioquía. En esta carta es donde refiere un testimonio del Evangelio que yo traduje hace poco, sobre la persona de Jesucristo.

Pero, ya que hablamos de este gran hombre, justo es que transcribamos aquí algunas líneas de su Epístola a los Romanos: "Desde Siria hasta Roma, dice, vengo luchando contra las fieras por mar y tierra; día y noche estoy encadenado a diez leopardos, es decir, a los soldados que me custodian, cuya crueldad se aumenta con los beneficios que les hago. Su maldad me sirve de prueba, pero no por eso estoy justificado: ¡Quiera Dios que sea entregado a las fieras que me aguardan! Ojalá me hagan sufrir cuanto antes los suplicios y la muerte; ojalá les excite a devorarme, y a desgarrar mi cuerpo, no vaya a suceder conmigo lo que con otros muchos a quienes no osaron tocar siquiera. Si ellas no se atreven, yo las provocaré y las obligaré a que me devoren. Perdonadme, hijos míos, que yo sé lo que me conviene.

Ahora empiezo a ser Discípulo de Cristo, porque no deseo nada de lo visible con tal de ganar a Cristo. Vengan sobre mi el fuego, la cruz, las fieras, la tortura de mis huesos, la mutilación de mis miembros, el magullamiento de todo mi cuerpo, y todos los tormentos del infierno, con tal que pueda gozar de Jesucristo". En su ansia de padecer, al ser expuesto a las fieras y oír los rugidos de los leones, dijo: "Trigo de Cristo soy, debo ser molido por los dientes de las fieras, para llegar a ser un pan verdaderamente limpio". Padeció en el undécimo año de Trajano. Sus restos descansan en Antioquía, en el cementerio que está fuera de la puerta de Dafné.

¡Oh Pan puro y glorioso de Cristo, tu Maestro! por fin conseguiste lo que deseabas. Toda Roma, sentada en las gradas del soberbio anfiteatro, aplaudía el desgarre de tus miembros; mientras los dientes de los leones trituraban to-

dos tus huesos, tu alma, dichosa de poder entregar a Cristo vida por vida, se lanzaba veloz hacia El. Tu suprema felicidad consistía en sufrir, porque sabías que el sufrimiento es una deuda contraída con el Crucificado; sólo deseabas llegar a su Reino después de haber experimentado en tu carne los tormentos de su Pasión. ¡Oh Mártir, ten piedad de nuestra flaqueza! Alcánzanos que seamos fieles a nuestro Salvador al menos, frente al demonio, a la carne y al mundo; que entreguemos a su amor nuestro corazón, si es que no somos llamados a ofrecerle nuestro cuerpo en sacrificio. Elegido por el Salvador en tus primeros años para ser modelo de los cristianos por la inocencia de tu infancia, supiste conservar tan precioso candor bajo tus nevados cabellos; pídele a Cristo, *Rey de los niños,* que nos acompañe siempre esa sencillez, como fruto de los misterios que celebramos.

Como sucesor de Pedro en Antioquía, ruega también por las Iglesias de tu Patriarcado; devuélvelas a la fe verdadera y a la unidad católica. Ampara a la Iglesia Romana que regaste con tu sangre, y que se halla en posesión de tus reliquias. Vela por el mantenimiento de la disciplina y de la obediencia eclesiásticas de las que diste tan excelentes normas en tus Epístolas; consolida por el sentido del deber y de la caridad, los vínculos que deben unir a todos los grados de la jeraquía, para que la Iglesia de Dios apa-

rezca bella en su unidad y terrible para los enemigos de Dios como un ejército en línea de batalla.

2 DE FEBRERO

LA PURIFICACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Han pasado por fin los cuarenta días de la Purificación de María, y ha llegado el momento de subir al Templo del Señor para presentar en él a Jesús. Antes de seguir al Hijo y a la Madre en este viaje a Jerusalén, detengámonos todavía un momento en Belén, y meditemos con amor y docilidad los misterios que van a realizarse.

La Ley de Moisés. — La Ley del Señor mandaba que las mujeres de Israel, después de su alumbramiento, permaneciesen cuarenta días sin acercarse al templo; terminado este plazo, debían ofrecer un sacrificio para quedar purificadas. Consistía éste en un cordero, destinado a ser consumido en holocausto; a él debía juntarse una tórtola o una paloma, ofrecidas por el pecado. Y si la madre era tan pobre que no podía disponer de un cordero, había permitido el Señor que lo reemplazase por otra tórtola u otra paloma.

Otro precepto divino declaraba propiedad del Señor a todos los primogénitos, y ordenaba la

manera de rescatarlos. El precio del rescate eran cinco siclos, que en el peso del santuario, representaban cada uno veinte óbolos.

OBEDIENCIA DE JESÚS Y DE MARÍA. — María, hija de Israel, había dado a luz; Jesús era su primogénito, ¿Permitiría que cumpliese la Ley, el respeto debido a tal nacimiento y a tal primogénito?

Si consideraba María las razones que habían movido al Señor a obligar a las madres a purificarse, podía ver claramente que aquella ley no rezaba con ella. ¿qué relación podía tener con las esposas de los hombres la que era santuario purísimo del Espíritu Santo, Virgen al concebir a su Hijo, Virgen en su inefable alumbramiento, siempre pura, pero más pura aún después de haber llevado en su seno y haber dado al mundo al Dios de la santidad? Si miraba la condición de su Hijo, aquella majestad del Creador y del soberano Señor de todas las cosas, que se había dignado nacer de ella, ¿cómo había de pensar que semejante Hijo pudiera estar sujeto a la humillación del rescate, como un esclavo que no se pertenece a sí mismo?

Con todo eso, el Espíritu que moraba en María, le revela que debe cumplir con este doble precepto. Es necesario, a pesar de su dignidad de Madre de Dios, que se mezcle con la multitud de las madres ordinarias que acuden al Templo, para recobrar en él, con un sacrificio, la pureza

perdida. Además el Hijo de Dios e Hijo del hombre debe ser considerado en todo como un siervo; es preciso que sea rescatado a este título, como el título de los hijos de Israel. María adora profundamente esta soberana voluntad y se somete a ella de todo corazón.

Los designios del Altísimo habían determinado que el Hijo de Dios no se revelara a su pueblo sino por grados. Después de treinta años de vida oculta en Nazaret, donde como dice el Evangelista, *era tenido como hijo de José,* un gran Profeta debía anunciarle a los Judíos llegados al Jordán para recibir en él el bautismo de penitencia. Pronto sus obras y milagros darían testimonio de El. Después de las afrentas de su Pasión, resucitaría glorioso, confirmando de este modo la verdad de sus profecías, la eficacia de su Sacrificio, y también su propia divinidad. Hasta entonces casi todos los hombres ignoraban que la tierra poseía a su Salvador y a su Dios. Los pastores de Belén no habían recibido orden, como más tarde los pescadores de Genesaret, de llevar la Buena Nueva hasta las extremidades de la tierra; los Magos habían vuelto a Oriente, sin pasar por Jerusalén, conmovida un momento con su llegada. Semejantes prodigios, que tanta trascendencia tuvieron para la Iglesia después de realizada la misión de su Divino Jefe, no habían hallado eco, ni fiel recuerdo, sino en el corazón del algunos verdaderos Israelitas que es-

peraban la salvación por medio de un Mesías pobre y humilde; el Nacimiento de Jesús en Belén debía permanecer ignorado de la mayor parte de los Judíos, pues los Profetas habían anunciado que se le llamaría *Nazareno*.

El plan divino había exigido que María fuese la Esposa de José, como amparo de su virginidad a los ojos del pueblo; exigía también que esta purísima Madre acudiese como las demás mujeres de Israel a ofrecer el sacrificio de la purificación, por el nacimiento del Hijo, que debía ser presentado en el templo como hijo de María, la esposa de José. De este modo se complace la divina Sabiduría en manifestar que sus pensamientos no son nuestros pensamientos, y echa por tierra nuestros vanos prejuicios, en espera del día en que descorra el velo y se muestre a las claras a nuestros maravillados ojos.

María acató amorosamente la voluntad divina en ésta como en las demás circunstancias de su vida. No pensó la Santísima Virgen que obraba contra la honra de su hijo, ni contra el mérito de su propia integridad, al acudir en busca de una externa purificación que no necesitaba. En el Templo, fué la *esclava del Señor,* como lo había sido en su casita de Nazaret, cuando la visita del Angel. Obedece a la Ley, porque las apariencias la declaran sujeta a ella. Su Dios y su Hijo sometíase al rescate como el último de los hombres; había obedecido ya al edicto de

Augusto para el censo universal; debía ser "*obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*" la Madre y el Niño humilláronse al mismo tiempo; y el orgullo del hombre recibió este día una de las más grandes lecciones que se le han dado.

El viaje. — ¡Admirable viaje el de María y José, desde Belén a Jerusalén! Va el divino Niño en brazos de su Madre, quien le aprieta contra su corazón a través de todo el trayecto. El cielo, la tierra, la naturaleza entera quedan santificados por la dulce presencia de su Creador. Los hombres por entre quienes pasa aquella madre cargada con tan tierno fruto, la consideran unos con indiferencia, otros con simpatía, pero ninguno sospecha siquiera, el misterio que ha de salvarlos a todos.

José lleva el don que debe ofrecer la madre al sacerdote. Su pobreza no les ha permitido comprar un cordero; por lo demás, ¿no es Jesús el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo? La Ley señala la tórtola o la paloma para suplir la ofrenda que no podía presentar una madre pobre. Lleva también José los cinco siclos, precio del rescate del primogénito; porque realmente es el Primogénito, el Hijo único de María, el que se dignó hacernos hermanos suyos, y participantes de la naturaleza divina al asumir la nuestra.

JERUSALÉN. — Por fin entra la sagrada familia en Jerusalén. *Visión de paz* significa el nombre de esta ciudad; el Salvador va a ofrecerla *la paz* con su presencia. Admiremos qué magnífica progresión existe en los nombres de las tres ciudades que se relacionan con la vida mortal del Redentor. Es concebido en Nazaret, que significa *la flor,* porque como dice el Cantar de los Cantares, El es la *flor de los campos* y el *lirio de los valles;* su divino aroma nos encanta. Nace en Belén, la *casa del pan,* para ser alimento de nuestras almas. En Jerusalén se ofrece sobre la cruz en sacrificio, y con su sangre, restablece la *paz* entre el cielo y la tierra, la *paz* entre los hombres, *la paz* en nuestras almas. Hoy, como veremos en seguida, nos va a dar las arras de esta *paz.*

EL TEMPLO. — Prestemos atención, mientras sube María las gradas del Templo, llevando consigo cual Arca viva, su divina carga; porque va a realizarse una de las más célebres profecías, una de las que mejor manifiestan uno de los principales caracteres del Mesías. Al traspasar el umbral del Templo, Jesús, concebido de una Virgen, nacido en Belén conforme estaba anunciado, adquiere un nuevo título a nuestra adoración.

Este Templo no es ya el célebre de Salomón, que fué presa de las llamas en tiempo de la cautividad de Judá. Es el segundo Templo construí-

do a la vuelta de Babilonia; su esplendor no ha llegado a la magnificencia del antiguo. Por segunda vez será derruído antes de finalizar el siglo; y se comprometerá la palabra del Señor, para que no quede piedra sobre piedra. Ahora bien, el Profeta Ageo, para consolar a los Judíos vueltos del destierro, que se lamentaban de no poder elevar al Señor una casa semejante a la edificada por Salomón, les dijo las siguientes palabras que debían servir para fijar la época de la venida del Mesías: "Anímate, Zorobabel, dice el Señor; anímate, Jesús, hijo de Josedec Sacerdote supremo; anímate pueblo de la región, porque mira lo que dice el Señor: *Un poco más de tiempo y conmoveré el cielo y la tierra, y conmoveré todas las naciones, y vendrá el Deseado de todos los pueblos, y llenaré de gloria esta casa. Y la gloria de esta segunda casa será mayor que la de la primera, y en este lugar daré la paz, dice el Señor de los ejércitos.*"

Ha llegado ya la hora de la realización de esta profecía. El Emmanuel ha salido de su descanso de Belén, se ha manifestado en público y ha venido a tomar posesión de su casa en la tierra; con su sola presencia en el recinto del segundo Templo, ha sobrepasado con mucho la gloria del Templo de Salomón. Aún ha de visitarlo varias veces; pero, para el cumplimiento de la profecía es suficiente la entrada que hace hoy en brazos de su Madre; desde este momento comienzan a

desvanecerse las sombras y las figuras que envolvían a este templo, al calor de los rayos del Sol de la verdad y de la justicia. La sangre de las víctimas, teñirá aún algunos años, los cuernos del altar; pero el Niño que lleva en sus venas la sangre de la Redención del mundo se adelanta ya en medio de todas esas víctimas degolladas, hostias impotentes. Entre la multitud de sacrificadores, en medio de aquella turba de hijos de Israel que se aglomera en los diversos apartados del Templo, algunos aguardan al Libertador, y saben que la hora de la libertad está próxima; pero ninguno de ellos se ha dado cuenta de que en aquel preciso momento ha entrado en la casa de Dios el Mesías.

No obstante eso, no debía cumplirse un acontecimiento tan extraordinario sin que obrase el Eterno un nuevo prodigio. Los pastores habían sido llamados por el Angel, la estrella había atraído a Belén a los Magos del Oriente; ahora el mismo Espíritu Santo va a proporcionarnos un testimonio nuevo e inesperado.

El Santo anciano. — Vivía en Jerusalén un anciano, y su vida tocaba ya a su fin; mas, este varón de deseos, llamado Simeón, había sabido mantener viva en su corazón la esperanza del Mesías. Presumía que se acercaba ya su tiempo, y en premio a su esperanza, el Espíritu Santo le había hecho sentir que no se cerrarían sus

ojos sin haber visto aparecer en el mundo la luz divina. Al tiempo que María y José subían las gradas del Templo, llevando al altar al Niño de la promesa, Simeón se siente movido interiormente por la fuerza del Espíritu divino; sale de su casa y se dirige hacia el Templo. Ante el umbral de la casa de Dios, sus ojos han reconocido a la Virgen profetizada por Isaías, y su corazón vuela hacia el Niño que tiene en sus brazos.

María, advertida por el mismo Espíritu, deja acercarse al anciano; deposita en sus trémulos brazos el tierno objeto de su amor y la esperanza de la salvación de los hombres. ¡Feliz Simeón, símbolo del mundo antiguo, envejecido en la espera y próximo a fenecer! Apenas ha recibido el dulce fruto de la vida cuando se renueva su juventud como la del águila; realízase en él la transformación que debe también operarse en la raza humana. Abrese su boca, resuena su voz, y da testimonio como los pastores en la región de Belén, como los Magos del lejano Oriente. "Oh Dios, dice, mis ojos han visto ya al Salvador que tenías preparado. Por fin luce la luz que ha de iluminar a los Gentiles, y que ha de ser la gloria de tu pueblo de Israel."

La profetisa Ana. — Mas, he aquí que se acerca también la piadosa Ana, hija de Fanuel, movida por el mismo Espíritu. Los dos ancianos, reprensentantes de la antigua sociedad unen sus

voces y celebran la venida del Niño que va a renovar la faz de la tierra, y la misericordia de Dios que da por fin la paz al mundo.

En esa *paz* tan deseada va a dormirse Simeón. *Oh Señor, ya puedes dejar marchar en paz a tu siervo, según tu palabra, dice el anciano;* y en seguida su alma, libre de los lazos corporales, va a llevar a los elegidos que descansan en el seno de Abrahán la noticia de la *paz* que ha aparecido en la tierra, y que pronto les abrirá los cielos. Ana sobrevirá todavía algún tiempo a esta grandiosa escena; según el Evangelista, es necesario que anuncie la realización de las promesas a los Judíos espirituales que esperaban la Redención de Israel. Había que entregar a la tierra una semilla; arrojáronla los pastores, los Magos, Simeón y Ana; a su tiempo germinará; y cuando hayan transcurrido los años oscuros que deberá pasar el Mesías en Nazaret, y venga ya para la recolección, podrá decir a sus discípulos: *Mirad cómo blanquea en los campos el trigo ya maduro: rogad al Señor de la mies para que envíe operarios para la recolección.*

Devuelve, pues, el feliz anciano a los brazos de la purísima Madre, al Hijo que ésta va a ofrecer al Señor. Presentan las aves al sacerdote, quien las sacrifica en el altar, entregan el precio del rescate; han realizado una obediencia perfecta; después de tributar sus homenajes al Señor, baja María las gradas del Templo, estrechando

contra su corazón al divino Emmanuel, acompañada por su fiel esposo.

Liturgia. — Este es el misterio del día cuadragésimo, que cierra el *Tiempo de Navidad* con la fiesta de la Purificación de la Santísima Virgen. La Iglesia Griega y la de Milán colocan esta fiesta entre las de Nuestro Señor; pero la Iglesia Romana la considera como de la Santísima Virgen. Indudablemente el Niño Jesús es hoy ofrecido en el Templo y rescatado, pero es con ocasión de la Purificación de María; la ofrenda y el rescate son como una consecuencia. Los más antiguos Martirologios y Calendarios del Occidente señalan esta fiesta con el título que hoy tiene; lejos de oscurecerse la gloria del Hijo por los honores que la Iglesia concede a la Madre, más bien recibe un nuevo acrecentamiento, pues El es el principio único de todas las grandezas que veneramos en ella.

LA BENDICION DE LAS CANDELAS

Origen Histórico. — Después del Oficio de Tercia, realiza hoy la Iglesia la solemne bendición de las Candelas, una de las tres principales de todo el año: las otras dos son la de Ceniza y la de Ramos. Esta ceremonia tiene relación directa con el día de la Purificación de la Santísi-

ma Virgen, de manera que si en el día dos de febrero cae una de las Dominicas de Septuagésima, Sexagésima o Quincuagésima, se traslada la fiesta al día siguiente, pero la bendición de las Candelas y la Procesión que es su complemento, permanecen fijas en el dos de febrero.

Con el fin de unir bajo un mismo rito las tres grandes Bendiciones de que hablamos, ha ordenado la Iglesia el uso del color morado para la de las Candelas, el mismo que emplea en la de Ceniza y Ramos: de este modo, la función que sirve para señalar el día en que se realizó la Purificación de María, debe llevarse a cabo todos los años el día dos de febrero, sin por eso variar el color prescrito en las tres Dominicas de que hemos hablado.

La intención de la Iglesia. — Es difícil señalar el origen histórico de una manera precisa. Según Baronio, Thomassin, Baillet, etc., habría sido instituída a fines del siglo v por el Papa San Gelasio (492-496), para dar un sentido cristiano a la antigua fiesta de los Lupercales, de la que el pueblo romano conservaba aún ciertas prácticas supersticiosas [1].

---

[1] Parece difícil admitir hoy esta opinión, porque la fiesta de los Lupercales (15 de febrero) no existía ya en tiempo del Papa Gelasio, y la Candelaria no aparece en Roma sino a fines del siglo VII. Esta es una Procesión independiente de la Purificación, anterior a ella, y una tradición de gran autoridad la refiere a una ceremonia pagana: la amburbal. El *Liber Pontificalis* dice que la Procesión fué establecida en Roma

Al menos es cierto que San Gelasio suprimió los últimos restos de la fiesta de los Lupercales, que se celebraba en el mes de febrero. Inocencio III, en uno de sus Sermones sobre la Purificación, nos dice que la celebración de la ceremonia de las Candelas el día dos de febrero se debe a la sabiduría de los Pontífices Romanos, quienes sustituyeron con el culto de la Santísima Virgen los restos de cierta práctica religiosa de los antiguos romanos, que encendían antorchas en recuerdo de las teas, a cuyo fulgor, según cuenta la fábula, había recorrido Ceres las cumbres del Etna, buscando a su hija Proserpina, robada por Plutón; pero en el Calendario de los antiguos Romanos no se halla fiesta alguna en honor de Ceres en el mes de febrero. Nos parece, pues, más exacto adoptar la opinión de D. Hugo Menard, Rocca, Henschenius y Benedicto XIV, quienes piensan que fué la antigua fiesta, conocida en

---

por el Papa Sergio (687-707) y que se hacía de la Iglesia de San Adrián a la de Santa María la Mayor; pero es seguramente anterior a este Papa.

La bendición de las Candelas no aparece en Roma de manera cierta hasta el siglo XII. Las antífonas *Ave gratia plena* y *Adorna* de origen bizantino, fueron introducidas en Roma en el siglo VIII; el *Nunc dimittis* con la antífona *Lumen* fué añadido en el siglo XII y las oraciones son del siglo X y XI. Pero, la procesión con cirios benditos existía ya en Alejandría en el siglo V y aún antes en Jerusalén.

Al principio, la procesión tuvo en Roma un carácter penitencial: el Papa caminaba con los pies desnudos: los ornamentos eran a veces negros. Fué en el siglo XII cuando perdió ese carácter de austeridad, tomando este otro de alegría. Sin embargo de eso, los ministros guardan todavía los ornamentos de color morado, que sólo dejan para la Misa.

febrero con el nombre de *Amburbalia,* durante la cual los paganos recorrían la ciudad llevando antorchas en sus manos, y que dió ocasión a los Soberanos Pontífices para substituirla con una ceremonia cristiana, uniéndola a la celebración de la fiesta en que Cristo, Luz del mundo, es presentado en el Templo por la Virgen Madre.

El misterio. — Desde el siglo vii los liturgistas han venido dando muchas explicaciones al misterio de esta ceremonia. Para San Ivo de Chartres, en su Sermón segundo sobre la fiesta que nos ocupa, la cera de los cirios, extraída del jugo de las flores por las abejas a las que toda la antigüedad consideró como símbolo de la virginidad, significa la carne virginal del divino Infante, el cual no quebrantó la integridad de María, ni en su concepción, ni en su nacimiento. En la llama del cirio, nos hace ver el santo Obispo, la figura de Cristo, que vino a iluminar nuestras tinieblas. San Anselmo, en sus *Enarrationes* sobre San Lucas, explicando el mismo misterio, nos dice que hay que considerar tres cosas en el Cirio: la cera, la mecha, y la llama. La cera, dice, obra de la abeja virgen, es la carne de Cristo; la mecha, que es interior, es el alma; la llama que brilla en la parte superior, es la divinidad.

Las Candelas. — Antiguamente los mismos fieles llevaban sus cirios a la Iglesia el día de la Purificación, para que fuesen bendecidos con los

que llevan en la Procesión los sacerdotes y ministros, costumbre que todavía se conserva en muchos sitios. Sería de desear que los Pastores de almas recomendaran fervientemente esta práctica, y que la restableciesen o la sostuviesen donde fuera necesario. Tantos esfuerzos como se han hecho para destruir o al menos empobrecer el culto externo, han traído insensiblemente como consecuencia la más desoladora tibieza del sentimiento religioso, cuya fuente única se halla en la Liturgia de la Iglesia. Es necesario que sepan también los fieles que los cirios bendecidos en el día de la Candelaria, deben servir no sólo para la Procesión, sino también para uso de los cristianos, guardándolos con respeto en sus casas, llevándolos consigo, *lo mismo en tierra que sobre las aguas,* como dice la Iglesia, atraerán especiales bendiciones del cielo. También se deben encender estos cirios junto al lecho de los moribundos, como recuerdo de la inmortalidad que Cristo nos ha merecido, y como señal de la protección de María.

LA PROCESION

Rebosante de alegría, iluminada por esas múltiples antorchas, movida como Simeón por el Espíritu Santo, pónese en marcha la Santa Iglesia para salir al encuentro del Emmanuel. La Iglesia

Griega celebra este encuentro con el nombre de *Hypapante,* y así llama a la fiesta de este día. Se trata de representar la Procesión del Templo de Jerusalén, procesión que San Bernardo comenta así, en su Sermón primero para la Fiesta de la Purificación de Nuestra Señora:

"En el día de hoy, la Virgen Madre introduce al Señor del Templo en el Templo del Señor; presenta José al Señor, no un hijo propio, sino el Hijo amado del Señor, en el que ha puesto El todas sus complacencias. El justo reconoce al que esperaba; cántale con sus alabanzas la viuda Ana. Por vez primera celebraron estas cuatro personas la Procesión, que en adelante había de ser alegremente festejada en toda la tierra, en todos los lugares y en todas las naciones. No nos extrañe que haya sido tan pequeña esta primera Procesión; porque el que allí era recibido se había hecho también pequeño. No apareció en ella ningún pecador; todos eran justos, santos y perfectos."

Sigamos, pues, sus pasos. Vayamos al encuentro del Esposo como las Vírgenes prudentes, llevando en nuestras manos las lámparas encendidas con el fuego de la caridad. Acordémonos del consejo que nos da el Salvador: "*Estén vuestras caderas ceñidas* como las de los caminantes; *tened en vuestras manos las antorchas encendidas, y sed semejantes a los que aguardan a su Señor.*" (*S. Lucas,* XII, 35.) Guiados por la fe e

iluminados por el amor, lograremos encontrarle, le reconoceremos y El se entregará a nosotros.

Al terminar la Procesión, el Celebrante y los ministros dejan los ornamentos de color morado y se revisten de los blancos para la Misa solemne de la Purificación de Nuestra Señora. Pero si en este día cayera una de las tres Domínicas de Septuagésima, Sexagésima o Quincuagésima, la Misa de la fiesta se trasladaría, como hemos dicho, al día siguiente.

MISA

En el Introito, la Iglesia canta la gloria del Templo visitado por el Emmanuel. El Señor es hoy grande en la ciudad de David, en la montaña de Sión. Simeón, figura de la humanidad, recibe en sus brazos al que es la misma misericordia que Dios nos envía.

INTROITO

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así ha llegado tu alabanza hasta los confines de la tierra: tu diestra está llena de justicia. *Salmo:* Grande es el Señor, y muy laudable: en la ciudad de Nuestro Dios, en su santo monte. — ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, pide la Iglesia para sus hijos la gracia de ser presentados ellos mismos al Señor, como lo fué el Emmanuel; pero, para que sean favorablemente recibidos por su Majestad soberana, pide para ellos la pureza de corazón.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, imploramos humildemente tu Majestad, para que hagas que así como tu Hijo unigénito se presentó hoy en el templo en la sustancia de nuestra carne: así también nos presentemos nosotros a ti con almas purificadas. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Malaquías (III, 1-4.)

Esto dice el Señor Dios: He aquí que yo envío a mi Angel, y preparará el camino delante de mi cara. Y en seguida vendrá a su templo el Dominador, a quien vosotros buscáis, y el Angel del testamento, a quien vosotros queréis. He aquí que viene, dice el Señor de los Ejércitos: y ¿quién podrá pensar en el día de su llegada, y quién se parará a verlo? Porque será como un fuego inflamado, y como la hierba de los bataneros: y se sentará para derretir y afinar la plata, y purificará a los hijos de Leví, y los colará como al oro y a la plata: y ofrecerán al Señor sacrificios con justicia. Y agradará al Señor el sacrificio de Judá y de Jerusalén, como en los días pasados, y como en los años antiguos: lo dice el Señor omnipotente.

Todos los Misterios del Hombre Dios tienden a purificar nuestros corazones. Para que le prepare el camino, envía por delante a su Angel, a su Precursor; y Juan nos predica desde el fondo del desierto: *Humillad los collados, rellenad los valles*. Viene, por fin, El mismo, el Angel, el Enviado por antonomasia, para sellar su alianza con nosotros; se acerca a su templo; este templo es nuestro corazón. Es El semejante a un fuego

ardiente que derrite y purifica los metales. Quiere renovarnos, hacernos puros, para que seamos dignos de serle presentados, de ser ofrecidos con El en perfecto Sacrificio.

No debemos, por tanto, contentarnos con la admiración de tan altas maravillas, sino comprender, que si se nos muestran, es únicamente para que obren en nosotros la destrucción del hombre viejo, y la creación del nuevo. Hemos debido nacer con Jesucristo; ese nuevo nacimiento cumple ya su cuadragésimo día. Hoy debemos presentarnos con El por medio de María, nuestra Madre, a la Majestad divina. Se acerca el momento del Sacrificio; preparemos una vez más nuestras almas.

En el Gradual canta de nuevo la Iglesia la Misericordia que ha aparecido en el Templo de Jerusalén, y que dentro de poco se va a manifestar con más perfección aún en la ofrenda del gran Sacrificio.

GRADUAL

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así ha llegado tu alabanza hasta los confines de la tierra. — ℣. Como lo oímos, así lo hemos visto en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. — ℣. El anciano llevaba al Niño: mas el Niño regía al anciano. Aleluya.

En Septuagésima canta la Iglesia, en lugar del Aleluya, el Tracto siguiente, compuesto todo él con palabras del anciano Simeón.

TRACTO

Ahora llévate a tu siervo, Señor, según tu palabra, en paz. — ℣. Porque han visto mis ojos tu salud. — ℣. La que preparaste ante la faz de todos los pueblos. — ℣. Luz para revelación de las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio, según San Lucas. (II, 22-32.)

En aquel tiempo, después que se cumplieron los días de la purificación de María, según la Ley de Moisés, llevaron a Jesús a Jerusalén, para presentarlo al Señor, como está escrito en la Ley: Todo varón que abriere la matriz, será consagrado al Señor. Y para hacer la ofrenda, conforme a lo que está dicho en la Ley del Señor, de dos tórtolas o dos crias de palomas. Y he aquí que había en Jerusalén un hombre justo y timorato, llamado Simeón, el cual esperaba la consolación de Israel, y el Espíritu Santo estaba en él. Y había recibido respuesta del Espíritu Santo, que no vería la muerte antes que viese al Ungido del Señor. Y vino inspirado por el Espíritu Santo, al templo. Y, cuando presentaron al Niño sus padres, para hacer con El conforme a la costumbre de la Ley, él lo tomó en sus brazos, y bendijo a Dios, y dijo: Ahora, llévate a tu siervo. Señor, según tu palabra, en paz: porque han visto mis ojos tu salud: la que preparaste ante la faz

de todos los pueblos: luz para revelación de las gentes, y para gloria de tu pueblo Israel.

El Espíritu Santo nos ha conducido al Templo como a Simeón; en él contemplamos en este instante a la Virgen Madre, que presenta ante el altar al Hijo de Dios e Hijo suyo. Nos causa admiración esta fidelidad del Hijo y de la Madre a la Ley, y en el fondo de nuestros corazones sentimos también el deseo de ser presentados al Señor para que acepte nuestro homenaje como aceptó el de su Hijo. Apresurémonos, pues, a unir nuestros sentimientos a los del Corazón de Jesús y de María. La salvación del mundo ha dado un paso más en este día; avance, pues, también la obra de nuestra santificación. En lo sucesivo no nos va a proponer ya la Iglesia a nuestra adoración el Misterio del Niño Dios de una manera particular como basta ahora; la dulce cuarentena de Navidad toca ya a su fin; ahora, hemos de seguir al Emmanuel en sus luchas con nuestros enemigos. Sigamos sus pasos; corramos en pos de El como Simeón, caminando sin desmayos sobre las huellas del que es Luz nuestra; amemos esa Luz, y logremos con nuestra solícita fidelidad que brille siempre sobre nosotros.

En el Ofertorio, canta la Iglesia la gracia que puso Dios en los labios de María, y los favores dispensados a la que el Angel llamó "*bendita entre todas las mujeres*".

OFERTORIO

La gracia está pintada en tus labios: por eso te bendijo el Señor para siempre, y por los siglos de los siglos.

SECRETA

Escucha, Señor, nuestras preces: y, para que sean dignos los dones que ofrecemos a los ojos de tu Majestad, danos el auxilio de tu piedad. Por el Señor.

Mientras se distribuye el Pan de vida el fruto de Belén que ha sido ofrecido en el altar, y ha redimido todos nuestros pecados, la Santa Iglesia recuerda una vez más a los fieles los sentimientos del piadoso anciano. En este Misterio de amor, no sólo recibimos en nuestros brazos, como Simeón, al que es consuelo de Israel, sino que El mismo nos visita en nuestro propio corazón tomando posesión de él.

COMUNION

Recibió Simeón respuesta del Espíritu Santo, que no vería la muerte hasta que viese al Ungido del Señor.

Pidamos con la Iglesia en la Poscomunión, que el celestial remedio de nuestra regeneración no produzca solamente en nuestras almas una ayuda transitoria, sino que, gracias a nuestra fidelidad, se extiendan sus frutos hasta la vida eterna.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que los sacrosantos Misterios, que nos has dado para defensa

de nuestra reparación, nos sirvan, por intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, de remedio presente y futuro. Por el Señor.

Oh Emmanuel, recibe el tributo de nuestra adoración y de nuestro agradecimiento, el día de tu entrada en el Templo de tu Majestad, llevado en los brazos de María, tu Madre. Si acudes al Templo, es con el fin de ofrecerte por nosotros; si te dignas pagar el precio del primogénito, es como anticipo de nuestro rescate; si ofreces un sacrificio legal, es para abolir a continuación los sacrificios imperfectos. Apareces hoy en la ciudad que va a ser un día el final de tu carrera y el lugar de tu inmolación. No te has contentado con nacer por nosotros; tu amor nos guarda para el futuro un testimonio más elocuente todavía.

¡Oh consuelo de Israel, a quien miran complacidos los Angeles! hoy entras en el Templo, y los corazones que te esperaban se abren y dirigen hacia ti.

¡Oh, quién nos diera un poco del amor que sintió el anciano al tomarte en sus brazos, y apretarte contra su corazón! No deseaba más que verte, oh divino Niño, para morir feliz. Poco después de haberte contemplado un momento, expiraba dulcemente. ¿Cómo será, pues, la dicha de poseerte eternamente, cuando unos instantes tan breves bastaron para compensar la espera de una larga vida?

¡Oh Salvador de nuestras almas! si tan plenamente feliz se siente el anciano por haberte visto sólo una vez ¿qué sentimientos deberán ser los nuestros, después de haber sido testigos de la consumación de tu sacrificio? Día vendrá, para servirnos de la expresión de tu devoto siervo Bernardo, en que serás ofrecido, no ya en el Templo y en brazos de Simeón, sino fuera de la ciudad, en los brazos de la cruz. Entonces, no será ofrecida por ti una sangre ajena, sino que tú mismo ofrecerás la tuya propia. Hoy se realiza el sacrificio matutino: entonces se ofrecerá el vespertino. Hoy eres un niño; entonces tendrás la plenitud de la edad viril; y habiéndonos amado desde el principio, nos amarás hasta el fin.

¿Con qué te pagaremos, oh divino Niño? Desde esta primera ofrenda llevas ya contigo todo el caudal de amor que ha de consumar la segunda. ¿Qué podremos hacer, sino ofrecernos ya a ti desde este día y para siempre? Con mayor plenitud que te diste a Simeón, te das a nosotros en tu Sacramento. ¡Libértanos también a nosotros, oh Emmanuel! rompe nuestras cadenas; dános la Paz de que eres portador; inaugura para nosotros una nueva vida, como lo hiciste para el anciano. Durante esta cuarentena, y para imitar tus ejemplos y unirnos a ti, hemos tratado de crear en nosotros la humildad y la sencillez infantil que nos recomendaste; ayúdanos ahora en el desarrollo de la vida espiritual, para que como

tú, crezcamos en edad y en sabiduría, delante de Dios y de los hombres.

¡Oh María la más pura de las Vírgenes y la más dichosa de las madres! *Hija de reyes ¡cuán graciosos son tu pasos y bellos tus andares* [1] cuando subes las gradas del Templo, con tu preciosa carga! ¡cuán gozoso llevas tu maternal corazón, y cuán humilde, cuando vas a ofrecer al Eterno a su Hijo que es también tuyo! Y ¡cómo te alegras, a la vista de esas madres israelitas que llevan también ante el Señor a sus hijos, pensando que esa nueva generación ha de ver con sus ojos al Salvador que tú llevas! ¡Qué bendición para aquellos recién nacidos el poder ser ofrecidos al mismo tiempo que Jesús! ¡Qué felicidad la de esas madres, al ser purificadas en tu santa compañía! Y si se estremece el Templo al ver entrar en su recinto al Dios a cuya honra está edificado, su gozo no es menor al sentir dentro de sus muros a la más perfecta de las criaturas, a la única hija de Eva que no conoció el pecado, a la Virgen fecunda, a la Madre de Dios.

Pero, mientras guardas fielmente, oh María, los secretos del Eterno, confundida entre la multitud de hijas de Judá, se dirige hacia ti el santo anciano, y tu corazón se da cuenta de que el Espíritu Santo se lo ha revelado todo.

¡Con cuánta emoción depositas un momento entre sus brazos al Dios que sostiene a la natu-

[1] Cantar de los Cantares, VII, 1.

raleza entera, y que se digna ser el consuelo de Israel! ¡Con qué bondad acoges a la piadosa Ana! Las palabras de los dos ancianos que ensalzan la fidelidad del Señor a sus promesas, la grandeza del que ha nacido de ti, la Luz que va a difundir este Sol divino sobre todas las naciones, hacen que tu corazón se estremezca. La dicha de oír glorificar al Dios, a quien tu llamas Hijo, porque lo es realmente, te emociona de gozo y agradecimiento; pero ¿y las palabras, oh María, que pronunció el anciano al devolverte a tu Hijo? ¡qué súbito y terrible frío viene a helar repentinamente tu corazón! El filo de la espada lo ha atravesado de parte a parte. Ya no podrás contemplar sino a través de las lágrimas, a ese Hijo que ahora miras con tan dulce alegría. Porque será objeto de contradición, y las heridas que El reciba traspasarán tu alma. Oh María, un día cesará de correr la sangre de las víctimas, que ahora inunda al Templo; pero, será al ser reemplazada por la sangre de ese Niño que tienes entre tus brazos. Pecadores somos ¡oh Madre antes tan feliz, y ahora tan angustiada! Nuestros pecados son los que así han mudado tu alegría en tristeza. Perdónanos ¡oh Madre! permite que te acompañemos mientras bajas las gradas del Templo. Estamos ciertos de que no nos maldices; sabemos que nos amas, porque tu Hijo también nos ama. Amanos, pues, siempre, oh María, intercede por nosotros junto al Emmanuel. Haz que con-

servemos los frutos de esta sagrada cuarentena. Haz que no abandonemos nunca al Niño que será pronto un hombre; que seamos dóciles a la voz de este Doctor de nuestras almas, adheridos como verdaderos discípulos a este amante Maestro, fieles como tú en seguirle por todas partes, hasta el pie de esa cruz que ya ves en lontananza.

FIN DEL TIEMPO DE NAVIDAD

¡Gracias a ti, oh Emmanuel, que al venir a visitar la tierra, te has dignado aparecer bajo formas infantiles, para mejor atraernos a ti por la sencillez y dulzura de esa tierna edad! Animados por tu amable invitación hemos acudido; hemos osado acercarnos a tu cuna, y hemos fijado junto a ti nuestra morada. Pero te reclama la obra que tienes que realizar para redención nuestra; en adelante no atraerás ya nuestras miradas en cuanto niño, sino que serás para nosotros el varón de trabajos, de sufrimientos y fatigas, el que va con amor tras la oveja perdida, sin tener en este mundo que es obra de tus manos, un lugar donde reclinar tu cabeza. Oh Jesús, te seguiremos por todas partes; escucharemo tus enseñanzas; no queremos perder ni una sola palabra de tus lecciones; y nuestros corazones seguirán atentamente el desarrollo de la obra de nuestra salvación, que tantos trabajos va a costarte.

Oh María, con amor te hemos admirado en los días en que se ha manifestado tu divina maternidad en medio de la alegría del cielo y de la tierra; hemos participado de tu dicha ¡oh Madre de Dios! Te has dignado facilitarnos el acceso ante tu divino Hijo, y nos has acogido como a hermanos suyos

Recibe nuestro humilde agradecimiento. En adelante, no contemplaremos ya al Emmanuel descansando en tus brazos, ni dormido sobre tu seno virginal. Los designios de su eterno Padre llánmanle a la gran obra de nuestra redención, y luego al sacrificio de su vida por nosotros. Oh María, la espada ha traspasado ya tu alma; tienes ya ante la vista el porvenir del hijo bendito de tus entrañas. Ojalá que nuestra fidelidad en seguir sus huellas pueda aliviar algo las penas de tu corazón de Madre.

FLORILEGIO

ADVERTENCIA

Hemos reunido en este florilegio los textos más sugestivos que, en las primeras ediciones del *Año Litúrgico,* en sus tres primeros tomos traía Don Guéranger después de cada fiesta. Nos ha parecido más práctico presentarlos de este modo, porque permite una mirada de conjunto sobre las fuentes, y facilita el acceso a ellas. Hemos añadido algunos textos más, por ejemplo, la *Anáfora de San Basilio,* considerada con razón como una de las obras maestras de doctrina encerradas en la Liturgia, y la *Oración de Sofronio,* para la bendición de las aguas, en la fiesta de Epifanía (cf. L. BOUYER, *Le Mystère pascal,* París, 1945, p. 134-135).

Para el autor del *Año Litúrgico* estos textos tenían una importancia muy notable, porque permiten formar del "espíritu de todas las liturgias", espíritu que Don Guéranger poseía en grado eminente, la síntesis general de la oración auténtica de la Iglesia. También contribuye a que podamos ver mejor el apoyo que la oración litúrgica tiene en la sagrada Escritura, de la que a cada paso nos hallamos con citas y reminiscencias. No hemos titubeado en reproducir con frecuencia breves textos litúrgicos sacados de los salmos u otros libros: son como los jalones de otras oraciones.

Los textos citados llevan referencias a las ediciones modernas. Don Guéranger los traía en latín y francés.

Nosotros hemos suprimido el latín, lo que a veces nos ha obligado a retocar algo la traducción para acercarla más al texto original.

Las Meneas griegas, de las que nos servimos ampliamente, son citadas según la edición romana debida al Cardenal Pitra, monje de Solesmes, y discípulo de Don Guéranger. Nos es grato recordar, que "durante sus búsquedas por las bibliotecas, Don Pitra recogía con solicitud todo cuanto podía servir a los trabajos de su Abad". (D. CABROL, *Histoire du Cardinal Pitra,* París, 1893, p. 373.) Gracias a su diligencia, el gran Cardenal fué sin duda uno de los mayores proveedores del *Año Litúrgico.*

PLAN DEL FLORILEGIO

(Los números remiten a los que se hallan al margen.)

LITURGIA EUCARISTICA

ANAFORA DE SAN BASILIO 1

Es verdaderamente noble, justo, y conveniente a la grandeza de tu santidad, que te alabemos, cantemos, bendigamos, adoremos, demos gracias, glorifiquemos. A ti que eres el Ser, Dueño y Señor, Dios, Padre omnipotente y digno de adoración, a Ti el único Dios verdadero, y que te ofrezcamos un culto razonable con corazón contrito y espíritu humillado, porque nos has hecho merced de conocer tu verdad. Y ¿quién es capaz de expresar tu poderío, de publicar tus loores, de contar tus maravillas en todo lugar y tiempo? Dueño de todo, Señor del cielo y de la tierra, de toda criatura visible e invisible, que te asientas sobre un trono de gloria, que penetras los abismos, que eres eterno e invisible, incomprensible, indescriptible e inmutable, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, Dios poderoso y Salvador de nuestras esperanzas. El es imagen de tu bondad, sello que te reproduce a la perfección y que nos muestra al Padre en el interior de sí mismo. Es el Verbo vivo, Dios verdadero, la Sabiduría anterior al tiempo; vida, santificación, poder y luz verdadera. De El procede el Espíritu Santo, el Espíritu de Verdad, el carisma de la adopción, las arras de la futura herencia, el comienzo de los bienes eternos, la fuerza vivificado-

ra, la fuente de la santidad; de El reciben el poder de tributarte culto y por El te glorifican eternamente todas las criaturas dotadas de razón e inteligencia, pues todas son siervas tuyas. A Ti te alaban los Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes, Potestades, y los Querubines de innumerables ojos; a Ti te rodean los Serafines con sus seis alas cada uno; con dos velan su rostro, con otras dos sus pies, y las otras les sirven para volar; unos a otros se animan con sus incesantes voces y en continua alabanza cantan y prorumpen en un himno de triunfo, diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Osana en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Osana en las alturas!

¡Oh Señor amante de los hombres!; también nosotros pecadores exclamamos con esas bienaventuradas Potestades y decimos: Verdaderamente eres santo y santísimo, y la magnitud de tu santidad es sin medida; Santo eres en todas tus obras porque en todo te has portado con nosotros en perfecta justicia y equidad. Después de haber modelado al hombre con el limo de la tierra, y de haberle ennoblecido, oh Dios, con tu imagen, le colocaste en un paraíso de delicias prometiéndole la inmortalidad y el goce de todos los bienes, si cumplía con tus mandatos. Pero como, seducido por la astucia de la serpiente y muerto por sus propias pasiones, te desobedeció, a Ti, Dios verdadero que le habías creado, con plena justicia, oh Dios, le arrojaste del paraíso a este mundo, devolviéndole a la tierra de donde había salido, aunque ordenando al mismo tiempo que pudiera ser salvado por tu Cristo. No reprobaste para siempre a la criatura que en tu bondad habías creado, ni olvidaste la obra de tus manos, sino que con entrañas de misericordia velaste por ella de múltiples maneras. Enviaste profetas, obraste

prodigios por medio de los santos que, en todas las generaciones te agradaron; nos hablaste por boca de tus siervos los profetas, para anunciarnos la salvación futura; nos diste la Ley como ayuda y enviaste Angeles para nuestra custodia.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos hablaste por tu propio Hijo por quien hiciste el mundo. El es el esplendor de tu gloria, retrato de tu persona, el que lo encierra todo en su potente verbo, y que no creyó fuese una usurpación ser tu igual, oh Dios, Padre suyo. Mas, siendo Dios eterno apareció en la tierra y vivió entre los hombres; tomó carne de la santísima Virgen, se anonadó tomando forma de esclavo, asumiendo en su carne la forma de nuestra bajeza para hacernos imagen de su gloria. En efecto, cuando por el hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, tu Hijo único que está en tu seno de Padre, naciendo de una mujer, la santa Madre de Dios y siempre Virgen María, y sometiéndose a la Ley quiso condenar el pecado en su propia carne, para que volviesen a hallar la vida en El, tu Cristo, todos los que en Adán habían muerto. Bajó a este mundo, diónos saludables preceptos, y apartónos de los errores de los ídolos; y nos condujo a tu conocimiento, verdadero Dios y Padre, después de habernos conquistado para sí, como un numeroso pueblo, como un sacerdocio regio, como un pueblo santo. Después de habernos purificado en el agua y santificado en el Espíritu Santo El mismo se entregó como rescate a la muerte que nos avasallaba y a la que estábamos vendidos por nuestros pecados. Bajando por su cruz a los infiernos para realizarlo todo por Sí mismo, disipó las tinieblas de la muerte. Resucitado al tercer día y abierto a todo mortal el camino de la resurrección (no era posible que el principio de la vida fuera dominado por la corrupción); hízose primicia de los que se durmieron, primogénito de los muertos,

ra, la fuente de la santidad; de El reciben el poder de tributarte culto y por El te glorifican eternamente todas las criaturas dotadas de razón e inteligencia, pues todas son siervas tuyas. A Ti te alaban los Angeles, Arcángeles, Tronos, Dominaciones, Principados, Virtudes, Potestades, y los Querubines de innumerables ojos; a Ti te rodean los Serafines con sus seis alas cada uno; con dos velan su rostro, con otras dos sus pies, y las otras les sirven para volar; unos a otros se animan con sus incesantes voces y en continua alabanza cantan y prorumpen en un himno de triunfo, diciendo: ¡Santo, santo, santo es el Señor de los Ejércitos! Llenos están los cielos y la tierra de tu gloria. ¡Osana en las alturas! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Osana en las alturas!

¡Oh Señor amante de los hombres!; también nosotros pecadores exclamamos con esas bienaventuradas Potestades y decimos: Verdaderamente eres santo y santísimo, y la magnitud de tu santidad es sin medida; Santo eres en todas tus obras porque en todo te has portado con nosotros en perfecta justicia y equidad. Después de haber modelado al hombre con el limo de la tierra, y de haberle ennoblecido, oh Dios, con tu imagen, le colocaste en un paraíso de delicias prometiéndole la inmortalidad y el goce de todos los bienes, si cumplía con tus mandatos. Pero como, seducido por la astucia de la serpiente y muerto por sus propias pasiones, te desobedeció, a Ti, Dios verdadero que le habías creado, con plena justicia, oh Dios, le arrojaste del paraíso a este mundo, devolviéndole a la tierra de donde había salido, aunque ordenando al mismo tiempo que pudiera ser salvado por tu Cristo. No reprobaste para siempre a la criatura que en tu bondad habías creado, ni olvidaste la obra de tus manos, sino que con entrañas de misericordia velaste por ella de múltiples maneras. Enviaste profetas, obraste

prodigios por medio de los santos que, en todas las generaciones te agradaron; nos hablaste por boca de tus siervos los profetas, para anunciarnos la salvación futura; nos diste la Ley como ayuda y enviaste Angeles para nuestra custodia.

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos hablaste por tu propio Hijo por quien hiciste el mundo. El es el esplendor de tu gloria, retrato de tu persona, el que lo encierra todo en su potente verbo, y que no creyó fuese una usurpación ser tu igual, oh Dios, Padre suyo. Mas, siendo Dios eterno apareció en la tierra y vivió entre los hombres; tomó carne de la santísima Virgen, se anonadó tomando forma de esclavo, asumiendo en su carne la forma de nuestra bajeza para hacernos imagen de su gloria. En efecto, cuando por el hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte, tu Hijo único que está en tu seno de Padre, naciendo de una mujer, la santa Madre de Dios y siempre Virgen María, y sometiéndose a la Ley quiso condenar el pecado en su propia carne, para que volviesen a hallar la vida en El, tu Cristo, todos los que en Adán habían muerto. Bajó a este mundo, diónos saludables preceptos, y apartónos de los errores de los ídolos; y nos condujo a tu conocimiento, verdadero Dios y Padre, después de habernos conquistado para sí, como un numeroso pueblo, como un sacerdocio regio, como un pueblo santo. Después de habernos purificado en el agua y santificado en el Espíritu Santo El mismo se entregó como rescate a la muerte que nos avasallaba y a la que estábamos vendidos por nuestros pecados. Bajando por su cruz a los infiernos para realizarlo todo por Sí mismo, disipó las tinieblas de la muerte. Resucitado al tercer día y abierto a todo mortal el camino de la resurrección (no era posible que el principio de la vida fuera dominado por la corrupción); hízose primicia de los que se durmieron, primogénito de los muertos,

para ser el primero de todos. Subió a los cielos y sentóse a la diestra de tu Majestad en lo más alto de los cielos, de donde volverá para dar a cada uno según sus obras. Dejónos también ese memorial de su salutífera Pasión que nosotros hemos preparado conforme a sus mandatos. Porque, cuando se disponía a salir para ir voluntario en busca de su muerte gloriosa y vivificadora, la noche en que se entregaba libremente por la salvación del mundo, tomó pan en sus santas e inmaculadas manos, y habiéndotelo ofrecido a Ti, Dios y Padre, y dado gracias, lo bendijo, consagró, partió y diólo a sus santos discípulos y apóstoles, diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo, que es partido por vosotros, para remisión de los pecados. Tomando asimismo el cáliz del fruto de la viña, después de mezclarle con agua y dar gracias, lo bendijo, consagró y lo dió a sus santos discípulos y apostóles, diciendo: Bebed todos de él, esta es mi sangre del Nuevo Testamento que es derramada por vosotros y por muchos, para remisión de los pecados. Haced esto en memoria mía; siempre que bebieres este cáliz anunciaréis mi muerte y daréis testimonio de mi resurrección. Acordándonos pues, oh Señor, nosotros también de sus saludables sufrimientos, de su cruz vivificadora, de su resurrección de los muertos, de su ascensión a los cielos, y de su permanencia a tu diestra, oh Dios y Padre, de su glorioso y temible advenimiento, te ofrecemos lo que es tuyo de lo que es tuyo, en todo y por todo.

Por eso, santísimo Señor, nosotros también, pecadores e indignos siervos tuyos, que hemos sido hallados dignos de servir en tu santo altar, no por nuestros méritos, pues nada bueno tenemos en la tierra, sino por la piedad y misericordia que tan copiosamente has derramado sobre nosotros, nos acercamos confiados a tu santo altar, y al ofrecerte las especies del santo Cuerpo y Sangre de tu Cristo, te pedimos y

suplicamos, Santo de los Santos, por tu misericordiosa bondad, que venga tu Santo Espíritu sobre nosotros y sobre tus santos dones aquí presentes, que los bendiga, santifique y consagre, cambiando por tu Santo Espíritu este pan en el precioso Cuerpo de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, y este cáliz en la preciosa Sangre de nuestro Señor, Dios y Salvador Jesucristo, sangre que ha sido derramada por la salvación del mundo; que nos una en la comunión de un solo Espíritu Santo a todos los que participamos de un solo pan y de un cáliz único; que haga que nadie de nosotros participe en el sagrado Cuerpo y Sangre de tu Cristo para su juicio y condenación, sino que hallemos piedad y gracia con todos los santos que te agradaron a través de todos los tiempos, los antiguos Padres, Patriarcas, Profetas, Apóstoles, Predicadores, Evangelistas, Mártires, Confesores, Doctores, y todos los justos que murieron en la fe, y sobre todo la santísima, inmaculada, benditísima y gloriosa Señora Madre de Dios y siempre Virgen María. (Siguen los dípticos de los santos, de los muertos y de los vivos). Haz que te glorifiquemos con una sola voz y un solo corazón a tu Nombre adorable y glorioso, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos Amén. *(Eucologio, Liturgia de San Basilio,* ed. rom., pp. 87-99.)

LITURGIA DE ADVIENTO

2 PREFACIO DE LA LITURGIA MOZÁRABE

Cosa digna y justa y verdaderamente provechosa para nosotros es, hacer resonar sin descanso tus alabanzas, oh Padre omnipotente, tú que, después de habernos creado en un estado de santidad y de nobleza y después que fuimos seducidos por el engaño de la antigua serpiente, te dignaste con insigne misericordia, librarnos de la muerte. Con mucho tiempo de anticipación anunciaste que el Hijo que habías de enviarnos en carne, vendría a la tierra y nacería de una virgen, y encargaste a tus Santos que proclamasen con voz potente el Advenimiento del Mesías, para que el mundo, preparado por una larga espera concibiese una mayor alegría, el día en que, llegada la plenitud de los tiempos, fuera enviado finalmente el Salvador. Te rogamos y suplicamos, pues, que así como en tu clemencia y misericordia no consentiste que tu criatura pereciese totalmente, sino que la devolviste a la vida, por el humilde Advenimiento de tu Hijo el Señor, así hoy, te dignes proteger, conservar, curar, defender, y libertar lo que ya una vez, encontraste, reparaste y devolviste a la vida; para que, el día del terrible Advenimiento en que aparecerá de nuevo para juzgar a los que aquí le juzgaron, encuentre a sus redimidos en tal estado

de fidelidad, que pueda poseerlos eternamente, pues los compró con el precio de su sangre. *(4.° Dom. D. Adv.* D. FEROTIN, *Liber Mozarabicus Sacramentorum,* París, 1912, col. 20, n.° 32.)

PRIMER ADVENIMIENTO: EL MESÍAS

En aquellos días, los montes destilarán dulzura, y de las colinas fluirá leche y miel. Aleluya. Joel 3, 18 *(Brev., rom. Primer Dom., de Adv. 1.ª Ant., de Vísperas.)*

Liturgia griega 3

Destilen las nubes el rocío de lo alto; El que creó las nubes, Dios adorable, desciende sobre esta nube que se llama la Virgen, para iluminar con su luz sin ocaso a los que hasta ahora estaban en las tinieblas y en medio de los peligros. *(Vigilia de Navidad, Oda 7.ª del Canon,* Meneas, ed, rom., t. II, p. 625.)

Prepárate, Belén; se ha abierto el Edén para todos; alégrate, Efrata, pues el árbol de la vida ha florecido de la Virgen, en la gruta. Su regazo se ha convertido en el paraíso espiritual donde se halla la planta, alimento divino que nos dará la vida: no moriremos como Adán; Cristo nace para dignificar a su imagen que había caído. *(Id., Apolytikion.* Ibíd., p. 552.)

Escuchad, cielos, aplica el oído, oh tierra; conmuévase el mundo hasta sus fundamentos, apodérese el terror de los infiernos. El Dios que formó la carne toma El también una forma, y el que sostiene a toda criatura con su mano creadora, aparece revestido de un cuerpo con misericordiosa clemencia. ¡Oh abismo de la riqueza, sabiduría, y ciencia de Dios! ¡cuán incomprensibles son tus juicios, e impenetrables tus caminos! *(Vigilia de Navidad, idiomel de Sexta.* Ibíd., p. 641.)

Escuchad, cielos, presta el oído, oh tierra, porque he aquí al Hijo de Dios, al Verbo del Padre que viene para nacer de una Virgen que no ha conocido varón y que da a luz sin dolor por virtud del Espíritu Santo. Prepárate, Belén; Edén, abre tus puertas, pues El que es, va a hacerse lo que no era, y el que da forma a todas las criaturas va a recibir una forma, trayendo al mundo su gran misericordia. *(Dom., antes de Navidad, Lit.* Ibíd., p. 524.)

Montes y colinas, valles y llanuras, pueblos, tribus, naciones de la tierra, y todo lo que respira, lanzad gritos de victoria: mirad, que viene la plenitud de la alegría divina: se aproxima la redención universal; el Verbo de Dios, que no conoce el tiempo, se ha sometido a él por piedad para con nosotros. *(Sexta Oda del Canon,* ibíd., p. 532.)

4 *Liturgia mozárabe*

Vino Dios a hacerse hombre para que el hombre viejo brille otra vez con nueva belleza, renaciendo en el Dios recién nacido. *(Brev. Himno de Vísperas; Christi caterva clamitet, Dom. I de Adv., estrofa* 5.ª *P. L.* 86, 48.)

Oh Señor, la tierra se alegra y salta de gozo, porque el Verbo hecho carne vive en el seno de la Virgen Santa. Con su venida, toda la tierra que después del pecado de Adán estaba aherrojada en sombrío calabozo ha quedado libre de su cautiverio. Agítense las olas del mar, y póngase en movimiento cuanto en él se encierra; salten de gozo los montes y alégrense todos los árboles de los bosques, porque al hacerse Dios hombre, se digna venir del cielo a este mundo, pasando por el seno de la bienaventurada Virgen María. Te suplicamos, pues, oh Dios omnipotente, que libertes de los lazos del pecado a la fragilidad de nuestra carne, y que desciendas con tu misericordia a esta familia que

es tuya. *(Misal. Dom. II de Adv. Oración después de la despedida de los catecúmenos.* D. FEROTIN, *l., c.* col. 13, n.° 11.)

Hijo único del Padre, desciendes desde El hasta nosotros por medio de la Virgen, para ungirnos con el rocío del bautismo, y regenerarnos por la fe.

Tomó la forma humana, viniendo desde lo alto del cielo, para volver en seguida vencedor de la muerte, derramando sobre nosotros las alegrías de una nueva vida.

Por eso te suplicamos, oh Redentor nuestro: Desciende en tu misericordia e ilumina nuestros corazones con las claridades de tu luz deífica. *(Brev. Himno de Vísp., de la 2.ª Sem., de Adv. P. L.* 86, 74.)

Himno del siglo IX 5

El es el que fué prometido en otro tiempo a nuestros Padres, el nacido antes que la aurora, el Hijo de Dios Poderoso dado maravillosamente a luz por una Virgen.

Es el Rey de Gloria que debía venir y reinar como Dios sobre los reyes, aplastar al enemigo eterno, y sanar a nuestro mundo enfermo.

Alégrense los Angeles y salten de gozo todos los pueblos; El, el Altísimo, viene y se humilla para salvar lo que estaba perdido.

El que aparece es a la vez Dios y hombre. ¡Reine por siempre la Trinidad Santísima! El Hijo coeterno al Padre desciende a la tierra.

Eleven sus voces los Profetas y profeticen: El Emmanuel está ya próximo; desátese la lengua de los mudos, y vosotros, cojos, corred a su encuentro. *(Extracto del Himno: Sol, astra, terra aequora.* Cf. TOMMASI, *Op., omn.,* Roma, 1747, t. II, p. 379-380.)

Segundo advenimiento: La Esposa espera al Esposo

Vosotros todos, sedientos, acercaos a las fuentes; buscad al Señor mientras se le puede hallar. Aleluya. *Is., 55, 1. (Brev., Dom. I de Adv. Ant. 4.ª.)*

Alégrate Jerusalén, salta de gozo; porque va a venir tu Señor. Aleluya. *Is.*, 52, 9. *(Ibíd., Dom. III, Ant. 2.ª)*

El Señor va a venir, salidle al encuentro y decidle: Grande es su poder y su reino no tendrá fin; El es Dios, Fuerte, Dominador, el Príncipe de la Paz. Aleluya, aleluya. *Is.*, 9, 6. *(Ibíd., Dom. IV, Ant. 4.ª.)*

6 *Liturgia mozárabe*

Oh Señor, Dios omnipotente, que para Redención del género humano, y por mensaje de un Angel, quisiste hacer descender hasta nosotros y hasta el seno de la Virgen María, a tu Hijo, eterno como Tú, e igual a Ti; concédenos, en este tiempo del Advenimiento de ese Hijo único, la misma gracia de la paz, que te dignaste otorgar a los pasados siglos, y cuéntanos entre los que salieron a su encuentro por la fe, cuando ésta comenzaba, y que lavados por Juan en las aguas de la penitencia, fueron más tarde bautizados por tu Hijo en el Espíritu Santo y en el fuego. *(Misal. Dom. I de Adv. Oratio ad Pacem,* D. Férotin, *l. c.*, col. 11, n.º 4.)

Oh Señor, la voz del profeta hizo oír al mundo cosas nuevas e inauditas: anunció que la salvación de las criaturas se realizaría por medio del maravilloso alumbramiento de una Virgen. Ahora, pues, que la Iglesia gozosa, se dispone a recibir con devoto corazón el admirable Misterio de la Encarnación, te rogamos le concedas la gracia de cantar las alabanzas del Verbo encarnado con un cántico nuevo que le sea grato; para que aquel cuya gloria es cantada hasta las extremi-

dades de la tierra, vea también que su voluntad es cumplida por los fieles de todo el mundo. *(Brev., Dom. IV de Adv. Orat., después de la 3.ª ant., de Mait.* P. L. 86, 89.)

TERCER ADVENIMIENTO: PARUSIA

Liturgia romana 7

He aquí que va a venir el Señor y con El todos los Santos, y aquel día aparecerá una gran luz. Aleluya. *Zac.*, 14, 5. *(Brev., Dom. I, ant. 3.ª)*

Ilumina hoy nuestros corazones, abrásalos con tu amor, para que se despeguen de las cosas pasajeras y aprendan a estimar los goces celestiales; para que el día en que el Juez, desde lo alto de su tribunal, condene a los culpables a las llamas, y con voz amistosa invite a los justos al cielo, no seamos de aquellos que serán arrojados al negro abismo, condenados a eternas llamas, sino que, gozando de vida divina, seamos admitidos a gustar las delicias del Paraíso. *(Ibíd., Himno de Mait; Verbum Supernum.)*

He aquí que el Señor va a venir sobre las nubes del cielo con gran poder. Aleluya. *Luc.*, 21, 27, *(Ibíd., Dom. 2.º, ant. 1.ª.)*

Al mirar a lo lejos, he aquí que veo el poder de Dios que viene, y una nube que cubre toda la tierra; salidle al encuentro y decidle: Dínos si eres Tú, el que ha de reinar sobre el pueblo de Israel. Vosotros, hijos de la tierra e hijos de los hombres, pobres y ricos, todos juntos (Salmo 48, 2): Salidle al encuentro y decidle: Tú que gobiernas a Israel, atiéndenos; Tú que conduces a José como una oveja; enséñanos si eres Tú. (Salmo 79, 1). Abrid, príncipes vuestras puertas, elevaos puertas eternas, y que entre el Rey de la gloria (Salmo 23, 7): El que reinará sobre el pueblo de Israel. *(Ibíd., Dom. 1.º resp., de Maitines.)*

8 *Liturgia griega*

Cuando vengas por segunda vez, oh Cristo, pónme a tu diestra, colócame con tus ovejas, pues adoro tu Encarnación. En tu primera venida, oh Cristo salvaste a Adán; en la segunda salva a los que honran tu nacimiento. *(Vig., de Nav. Tropario de la Oda 9.ª de Completas.* Meneas, ed. rom., t. II, p. 569.)

VIRTUDES: PURIFICACIÓN, PENITENCIA, ESPERANZA

9 *Liturgia romana*

El Señor aparecerá, y no engañará; si tarda, aguárdale; porque vendrá y no tardará ya. HABAC., 2, 3 *(Brev., Dom. II, ant. 3.ª.)*

Vivamos santa y piadosamente, aguardando la bienaventurada esperanza y la Venida del Señor. TITO, 2, 12. *(Ibíd., Dom. III, Ant. 5.ª.)*

Esperamos al Salvador, Nuestro Señor Jesucristo, quien transformará el cuerpo de nuestra humildad, haciéndole conforme a su cuerpo glorioso. Vivamos en el tiempo presente con templaza, justicia y piedad, en espera de la dicha que nos aguarda, y del glorioso Advenimiento del gran Dios, que transformará el cuerpo de nuestra humildad. FIL., 3, 20 *(Ibíd., Dom. I, Resp. 5.ª de Mait.)*

Oh Cristo, ven a purificar nuestros cuerpos y nuestras almas. Para morar en ella, haz tu morada luminosa y pura. Santifícanos en el primer Adviento; libértanos en el segundo; para que el día que aparezcas en tu gloria juzgando al mundo, caminemos sobre tus pasos, adornados con el manto inmaculado *Himno de siglo XI, de los antiguos misales galo-romanos. —Prosario Lemovicense, Dom., I de Adv.* —DREVES, *Analecta hym.*, Leipzig, 1889, t. VII, p. 28.)

Lloved, cielos, vuestro rocío; y las nubes al Justo. No te irrites ya más, Señor, no te acuerdes más de nuestros pecados. He aquí que la ciudad de tu santo Nombre está desierta, Jerusalén desolada, la casa dedicada a tu culto y a tu gloria, donde nuestros padres cantaron tus alabanzas. Lloved, cielos...

Hemos pecado, y nos hemos hecho como leprosos, hemos caído todos como caen las hojas, nuestras maldades nos han arrebatado y dispersado como un viento huracanado. Has ocultado tu rostro a nuestras miradas, y nos has destrozado a causa de nuestros pecados. Lloved, cielos...

Mira, oh Señor, mira la angustia de tu pueblo y envía al que has de enviar, al Cordero Dominador de la tierra, desde las piedras del desierto, hasta el monte de la Hija de Sión, para que El nos libre del yugo del Cautiverio. Lloved, cielos...

Consuélate, consuélate, pueblo mío, porque pronto vendrá tu salvación: ¿por qué te consumes de tristeza y el dolor te ha demudado el rostro? Te salvaré, no temas, porque soy el Señor tu Dios, el Santo de Israel, tu Redentor. Lloved, cielos... *(Oración "Rorate caeli" sacada de Isaías, Iglesias de Francia.)*

Liturgia Mozárabe 10

Sabemos, oh Cristo, confesamos y creemos, que saliendo del seno del Padre habías de venir a revestirte del velo de nuestra carne, para libertar por el misterio de la Encarnación, lo que había perecido por contagio de la naturaleza viciada. Haz que recibamos con fervorosa y atenta devoción la noticia gozosa de tu Venida, para que lo mismo que Tú sales del misterioso seno de tu Padre, y apareces al exterior bajo forma humana para salvar a los hombres, así nosotros, saliendo por fin de las tinieblas del pecado, nos demos prisa a correr ya purificados, al encuentro de tu Divinidad. De este

modo al fin de nuestra vida no seremos objeto de las iras de tu juicio, y el miedo de tu justicia contribuirá a que nos justifique tu misericordia. *(Brev., Dom. 1.º Capítula de 1.ª s. Vísp.* P. L., 86, 79.)

LOS PATRIARCAS, LA VIRGEN Y LOS SANTOS DE ADVIENTO

11 *Liturgia Griega*

Celebremos, oh fieles, en este día, la memoria de nuestros Padres, cantemos a Cristo Redentor que los ha honrado entre todos los pueblos. Cantemos al Señor fuerte y poderoso que ha obrado por medio de su fe, inauditos prodigios. Por ellos nos ha manifestado el cetro de su poderío, a la mujer única, la que no conoció varón, la Madre de Dios, la casta María, de la que brotó aquella flor, Cristo, que gratuitamente hará germinar en cada uno de nosotros la salvación eterna. *(Fiesta de los abuelos. Dom. IIº. antes de Nav. 1. Stich. Lucernario.* Meneas., ed. rom., t. II, p. 447.)

El amigo de Dios Abrahán fué considerado digno de ver el día de su Creador, y se llenó de celestial alegría; honrémosle con sincero corazón, proclamémosle bienaventurado, al fiel siervo de Dios.

Tú viste a la Trinidad en cuanto a un mortal está permitido verla; y le ofreciste hospitalidad como un verdadero amigo fuiste recompensado, llegando a ser Padre, en la fe, de inumerables pueblos.

Tú fuiste en realidad, bienaventurado Isaac, el tipo del Cristo paciente, conducido por la fe sencilla de tu padre para ser inmolado en sacrificio; por eso llegaste a ser bienaventurado y fiel amigo de Dios y mereciste sentarte entre los justos.

Jacob se manifestó el más fiel de los siervos de Dios, por eso luchó con el Angel, vió a Dios en espíritu y cambió de nombre; vió en sueños la divina es-

calera en cuya cima se sentaba el Dios que bondadosamente se ha revestido de nuestra carne. *(Id., trop. del 2.° Canon, 5.ª y 6.ª Oda.* Ed. rom., p, 455-456.)

Eres la Gloria de Jerusalén, la alegría de Israel, el honor de nuestro pueblo. JUDIT, 15, 10 *(Brev. rom., Inmac. Concep. 3.ª ant.)*

Liturgia Griega 12

Por el pecado de desobediencia introdujo Eva en el mundo la maldición; pero tú, Virgen Madre de Dios, con tu maravillosa fecundidad hiciste que floreciera en él la bendición; por eso te celebramos. *(2.° día de la Vigilia, Himnos de la Oda 9.ª del Canon 1.°* Meneas, ed. rom., t. II, p. 575.)

Liturgia Galicana 13

¡Oh Emmanuel, Dios con nosotros, Cristo, Hijo de Dios, que anunciaste tu nacimiento de una Virgen! Tú que como Señor creaste a María, la Madre de quien eres Hijo; dígnate concedernos a nosotros que como ella hemos sido sacados de la nada, que obtengamos una recompensa semejante a la que ella mereció con su fe. *(Vigilia de Nv. Col. de la misa;* P. L. 72, 461.)

Liturgia de Cluny 14

Escucha: se trata de una nueva señal; cree solamente y esto basta; no toca a nuestra flaqueza desatar los lazos de tan profundo misterio

Es una señal grandiosa y sublime; el prodigio de la zarza ardiente; nadie debe acercarse indignamente sin quitarse sus sándalias.

Es el tallo estéril, que sin rocío, de manera nueva y nunca oída ha producido flor y fruto. Así dió a luz la Virgen. Bendito sea tan dulce fruto; fruto de gozo y no de duelo; no, Adán no será seducido si lo lleva a su boca. *(Prosa del siglo XI in Annuntiatione B. M.*

V. BLUME, BANNINGSTER, *Anal. hymn.*, Leipzig, 1915, t. LIV, p. 298, n.° 192.)

15 *Liturgia Galicana*

Es verdaderamente digno y justo que te demos gracias en todo tiempo y lugar, oh Dios omnipotente, por Nuestro Señor Jesucristo, a quien Juan, el fiel amigo, precedió en su nacimiento, precedió en la predicación del desierto, precedió en la administración del bautismo, que preparaba el camino al que es Juez y Redentor al mismo tiempo. Juan llamó a los pecadores a penitencia y ganando al pueblo para el Salvador, bautizó en el Jordán a los que confesaban sus pecados. No confería la gracia que renueva al hombre plenamente; por eso advertía que esperasen la llegada del Salvador misericordioso; no perdonaba los pecados de los que acudían a él, pero prometía el perdón a los que creyesen, y a los que bajando a las aguas de la Penitencia, esperasen el perdón de Aquel que anunciaba ya próximo, y que estaría lleno del don de la Verdad y de la gracia, Nuestro Señor Jesucristo. *(Sacramentario, 2.ª Misa, in Adv. Dom. Contestatio. P. L.* 72, 461.)

16 *Liturgia Mozárabe*

Alegráos flores de los mártires: Y vosotras, familias de las naciones, ¡salve! elevad al cielo vuestros ojos, y vuestra esperanza hacia la gloriosa estrella.

Resuena la voz de los profetas, anunciando que Jesús llega; es el preludio de la redención, de la gracia que nos ha rescatado.

Ya despunta nuestra aurora, y todos los corazones se estremecen de alegría cuando por orden suya se deja oír la voz que anuncia la gloria que viene.

Inspírenos un solemne canto la venida del Redentor, la alegría de tan gran liberación como será la redención del mundo.

En la primera venida, viene Jesús no para castigar al mundo, sino para vendar sus heridas y salvar lo que estaba perdido.

La segunda venida nos muestra a Cristo en puertas, dispuesto a coronar a sus Santos, y a abrirles el reino de los cielos.

Prométese la luz eterna, brilla el astro de la salvación; con su deslumbrante resplandor nos invita a gozar ya de los bienes celestiales. A Ti solamente, oh Cristo, buscamos, a Ti oh Dios, es a quien queremos ver tal cual eres; esa encantadora visión será la que nos libre del terror del infierno.

Para que el día en que vengas, oh Redentor, escoltado por blancas legiones de Mártires, nos unas a ese ejército, a esa triunfante falange. *(Brev. Himno de Mait en la fiesta de los Santos durante el Adv. P. L.* 86, 887.)

LITURGIA DE NAVIDAD

17 EL HIJO ETERNO DEL PADRE

El Señor me dijo: Tú eres mi Hijo; hoy te he engendrado eternamente. Salmo 2, 7 *(Nav. Mait. I Noct. 1.ª ant.)*

El principado brillará en ti el día de tu fortaleza en los esplendores de los santos; de mi seno te he engendrado antes que la aurora. Salmo 109, 3 *(II Vísp. 1.ª ant.)*

El me dirá, aleluya: Tú eres mi Padre, aleluya. Salmo 88, 26 *(Mait. III Noct., 1.ª ant.)*

EL HIJO DE DIOS HUMANADO

Aurora de la Redención:
El Rey de los cielos baja a la tierra.

18 *Liturgia Romana*

Alégrense los cielos, estremézcase de gozo la tierra a la vista del Señor, porque viene. Salmo 95, 12 *(Mait. II Noct. 2.ª ant.)*

El Señor ha revelado, aleluya: su salvación, aleluya. Salmo 97, 3 *(Mait. III Noct., 3.ª ant.)*

Hoy se ha levantado la verdad sobre la tierra; y la justicia ha mirado desde lo alto del cielo. Salmo 84, 11 *(Mait. II.° Noct., 3.ª ant.)*

Ha enviado la Redención a su pueblo; ha hecho su alianza eterna. Salmo 110, 9 *(II Vísp., 2.ª Ant.)*

En medio de las tinieblas ha surgido una luz para los rectos de corazón; el Señor, Dios misericordioso, clemente y justo. Salmo 111, 4 *(II Vísp. 3.ª ant.)*

Sobre tu trono colocaré un Hijo que nacerá de ti. Salmo 131, 11 *(II Vísp., Ant. 5.ª)*

El Señor ha salido de su cámara nupcial, semejante al esposo. Salmo 18, 5. *(Mait. I Noct., 2.ª ant.)*

El Rey de los cielos se ha dignado nacer hoy por nosotros de una virgen, para devolver el reino celestial al hombre que lo había perdido. Alégrase el ejército de los Angeles, porque ha aparecido la salvación eterna de los hombres. Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad. *(Ibíd., I Noct., 1.º Resp.)*

La paz verdadera ha bajado hoy del cielo sobre nosotros. Hoy ha brillado sobre nosotros el día de la nueva redención, el día de la reparación antigua, de la felicidad eterna. *(Ibíd., 2.º Resp.)*

Sermón de San León, Papa 19

Hoy ha nacido, carísimos míos, nuestro Salvador; alegrémonos. No debe haber lugar para la tristeza el día en que nace la vida, la cual disipando el temor de la muerte, derrama en nuestras almas el gozo por la promesa de la eternidad. No hay nadie que no participe de esta alegría; todos tienen un mismo motivo de regocijo. Porque Nuestro Señor, vencedor del pecado y de la muerte, hallándonos a todos esclavizados, ha venido para libertarnos a todos. Salte de gozo el santo, porque se acerca a la palma de su recompensa. Alégrese el pecador, porque se le convida con el perdón. Anímese el infiel, porque se le llama a la vida. En efecto, el Hijo de Dios, en la plenitud de los tiempos fijada en los impenetrables abismos de los divinos con-

sejos, tomó la naturaleza humana para reconciliarla con su autor, con el fin de que el diablo, inventor de la muerte fuera vencido allí donde había triunfado. En esta lucha sostenida por causa nuestra, se combatió con grande y admirable lealtad, pues el Señor omnipotente peleó contra ese cruel enemigo, no en su majestad sino en la flaqueza de nuestra carne, oponiéndole la misma forma, la misma naturaleza, la de nuestra mortalidad, pero exenta de todo pecado; porque es ajeno a este nacimiento lo que se dice de los demás hombres: "Nadie está limpio de mancha, ni siquiera el niño cuya vida en el mundo es de un solo día." (JOB, 14, 4.)

En este maravilloso nacimiento no se ha hallado nada de la concupiscencia de la carne, nada en él se ha derivado de la ley del pecado. Ha sido elegida una Virgen de la raza de David, una Virgen real, que habiendo de llevar en su seno el sagrado retoño, concibió espiritualmente al Hombre Dios, antes de concebirle corporalmente. Y, para que la ignorancia de los planes del cielo no le turbasen con tan extraña nueva, se la revela en su coloquio con el Angel cuanto el Espíritu Santo debía realizar en ella, de manera que la que va a ser Madre de Dios no tenga que temer por su pureza.

Por ello, carísimos míos, demos gracias a Dios Padre, por su Hijo en el Espíritu Santo, porque habiéndonos amado con caridad infinita, se compadeció de nosotros; y cuando estábamos muertos por nuestros pecados nos vivificó en Cristo, para que fuéramos en El una nueva criatura, una nueva obra. Despojémosnos, por tanto, del hombre viejo y de sus obras, y admitidos a participar del nacimiento de Cristo, renunciemos a las obras de la carne. Reconoce, oh cristiano, tu dignidad, y hecho partícipe de la divina naturaleza, cuídate bien de no volver a caer, por una

conducta indigna de tu grandeza, en tu degradación primera: Acuérdate de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro, y no olvides nunca, que arrancado al poder de las tinieblas, has sido trasladado a la luz y al Reino de Dios. *(Brev., rom. Mait., 2.° Noct. Sermón 21, de Nat. Dom. 1.° P. L.* 54, 190-193.)

¡Oh cambio admirable! El creador del género humano, tomando cuerpo y alma, se ha dignado nacer de una Virgen, y hecho hombre, sin concurso de hombre, nos ha hecho participantes de su divinidad. *(Circuncisión, Visp. 1.ª ant.)*

Cuando de modo inefable naciste de una Virgen, entonces se cumplieron las Escrituras. Como el rocío sobre el vellón, bajaste Tú para salvar al género humano. Alabámoste, oh Dios nuestro. *(Ibíd., 2.ª ant.)*

He oído, Señor, lo que me has hecho oír, y el terror me ha invadido; he considerado tus obras y me he pasmado. (HABAC., 3, 2): yacía en el pesebre entre dos animales, y resplandecía en los cielos. *(Ibíd., Mait., 2.° Noct., Resp., 3.°.)*

La vara de Jesé ha florecido; la estrella ha salido de Jacob; la Virgen ha dado a luz al Salvador. Alabámoste, Dios nuestro. *(Ibíd., Visp., 4.ª ant.)*

He aquí que María nos ha engendrado al Salvador, a cuya vista Juan exclamó: He aquí el Cordero de Dios; he aquí El que quita los pecados del mundo, aleluya. *(Ibíd., 5.ª ant.)*

Por el amor inmenso con que Dios nos amó, envió a su Hijo en apariencia de carne de pecado. Aleluya. *(Ibíd., I Visp., Magnif.)*

¡Oh profundo misterio de la herencia divina! El seno de una Virgen se ha convertido en templo de Dios; El que tomó carne de ella, no ha contraído ninguna impureza; todas las naciones acudirán, diciendo: Gloria a Ti, Señor. *(Ibíd., II Visp., Magnif.)*

Hemos recibido, oh Dios, tu misericordia, en medio de tu templo. Salmo 47, 9 *(Nav. Mait., 2.º Noct. ant., 1.ª)*

La paz será abundante bajo el reinado del Señor, y El será Padre de todos. Salmo 71, 6. *(Ibíd., 2.ª ant.)*

20 *Liturgia Griega*

Tu reino, oh Cristo Dios, es el reino de todos los tiempos: tu poder se extiende de generación en generación. El que se hizo carne por obra del Espíritu Santo, y hombre de María siempre Virgen, ha brillado como una antorcha. Tu venida, oh Cristo Dios, luz de luz, esplendor del Padre, ha traído gozo a todas las criaturas. Todo espíritu ha glorificado al Padre; Tú que eres y has sido antes que todo, y has brillado al salir del seno de una Virgen, oh Dios, ten piedad de nosotros. *(Navidad, 3 stich. de Vísp.* Meneas, ed. rom. t. II, p. 651.)

Venid, alegrémonos en el Señor, celebrando el misterio de este día. El muro de la división ha caído por tierra, se ha alejado la espada de fuego; el querubín no prohibe ya el acceso al árbol de la vida. He sido hecho partícipe de las delicias del Paraíso, del cual había sido arrojado por mi desobediencia. La imagen inmutable del Padre, el tipo de su eternidad, toma la forma de esclavo y nace de una Virgen Madre, sin experimentar ningún cambio, pues permanece lo que era: Dios verdadero; tomó lo que no era, haciéndose hombre por amor de los hombres. Clamemos a El: Tú que has nacido de la Virgen, ten piedad de nosotros. *(Id. stich. del Lucernario, Ibíd.)*

Hoy se revela un admirable misterio; las dos naturalezas quedan unidas con un nuevo prodigio; Dios se hace hombre; permanece lo que era, y toma lo que no era sin sufrir división ni cambio. *(Vísp., de San Esteban, 27 de dic. Theotokion, Id.,* t. II, p. 695. Ibíd., *Brev. rom., ant. del Bened. de la Circunc.)*

Liturgia Ambrosiana 21

El Señor con su venida disipó las tinieblas de la noche; donde antes no existía la luz, brilla ahora el esplendor y ha aparecido el día.

Liturgia Galicana 22

Alegrémonos todos, oh fieles; nuestro Salvador ha nacido en el mundo. Hoy ha aparecido el retoño de la raza real, permaneciendo intacto el pudor de la madre.

Liturgia Mozárabe 23

Hoy ha aparecido la luz del mundo, hoy ha brillado la salvación de la tierra; hoy ha descendido de las alturas del cielo el Salvador de Israel, para libertar a todos los cautivos a quienes el voraz y antiguo enemigo tenía encadenados por el pecado del primer hombre y para devolver la luz, con su gracia, a los entendimientos ciegos, y oído a los sordos. Alegrándose del beneficio obrado por medio de este gran misterio, saltan de gozo las colinas y todos los elementos de la creación ejecutan en este día con gran gozo una sublime melodía. También nosotros con humilde plegaria imploramos la clemencia del misericordioso Redentor; envueltos en las tinieblas de nuestros pecados le suplicamos nos purifique por este entusiasmo de nuestros corazones, para que manifestándose en nuestras almas su presencia, crezca más y más en nosotros el brillo de su gloria, y la felicidad que lleva consigo, y la alegría de la salvación sea para nosotros colmada de dulzura por toda la eternidad. *(Brev., Navidad. 9.ª Or. de Mait. P. L.* 86, 118.)

Liturgia Siria 24

Ha nacido el Hijo, Belén resuena en gritos de júbilo. Los Espíritus que nunca duermen, bajados del cielo, cantan a coro; sus voces majestuosas serían

capaces de apagar los truenos. Impresionados por estos nuevos conciertos, acuden los hombres que estaban en silencio; también ellos van a interrumpir la noche con las alabanzas del recién nacido, Hijo de Dios.

"Celebremos, decían, al Niño que devuelve a Adán y Eva su juventud primera." Llegaron los pastores, con el tributo de sus rebaños, leche dulce y abundante, carne tierna y limpia, cantos armoniosos.

E hicieron el reparto de este modo: la carne para José, la leche para María, los cantos de alabanza para el Hijo. Para el Cordero Pascual, un cordero que amamantaba aún su madre, para el Primogénito un recién nacido; una víctima para la Víctima, un cordero mortal para el Cordero de la Verdad eterna.

Espectáculo admirable. Se ofrece un cordero al Cordero. Al ser presentado al Hijo único, el hijo de la oveja dejó de oír su balido. El cordero terreno daba gracias al Cordero divino, porque con su venida iba a salvar a los suyos de la inmolación sangrienta, y porque la nueva Pascua, instituída por el Hijo de Dios, reemplazaría pronto a la antigua.

Adoráronle también los pastores, y saludaron proféticamente al Príncipe de los Pastores. "La vara de Moisés, dijeron, oh Pastor universal, da gloria a tu cetro; y Moisés que llevó la vara, celebra tu grandeza; pero llora por el cambio que se ha obrado en su rebaño; se lamenta al ver a sus corderos convertidos en lobos, a sus ovejas transformadas en dragones y bestias salvajes. Ocurrió tal desgracia en la espantosa soledad del desierto cuando estas ovejas furiosas y llenas de ira atacaron a su Pastor. Niño divino, los Pastores, acuden a darte gracias a Ti que has sabido unir a lobos y corderos en un mismo aprisco. Niño más antiguo que Noé, y también más nuevo que él, Tú fuiste

quien puso la paz entre los seres que el Arca encerraba, cuando era llevada por las olas.

"Tu abuelo David toma venganza de la muerte de un cordero, matando a un león; Tú, hijo de David has exterminado al lobo agazapado, que había dado muerte a Adán, el sencillo cordero que dejaba oír sus balidos en el Paraíso". *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo, V, Ed. Caillau, Collectio Sanctorum Patrum,* t. XXXVII, París, 1842, p. 310.)

Vinieron seguidamente los labradores de los campos betlemitas; adoraron al que venía a salvarles, y en su alegría profetizaban de esta manera: "Salve a Ti que estás llamado a cultivar nuestros campos; Tú harás fértiles los barbechos de nuestro corazón, y recogerás el trigo en el granero de la vida."

Luego se presentaron los viñadores, cantaron a la Viña salida del tronco de Jese, a la Viña que de su sagrada cepa produjo el virginal racimo:

"Divino Viñador, cantaban danos el aroma, derramándonos en vasos dignos tu nuevo vino que todo lo renueva; ven a renovar tu Viña; hasta ahora sólo ha producido agraces; injerta tus propios tallos en estas cepas silvestres."

También se llegaron los carpinteros al hijo de José, por causa de este hermano suyo: "Saludamos tu feliz nacimiento, jefe de los artesanos. Tú fuiste quien dió a Noé el plan de su arca; Tú fuiste el arquitecto del improvisado tabernáculo, que sólo debía durar temporalmente: te alabamos con nuestros trabajos. Sé gloria nuestra; haznos Tú mismo el yugo que queremos llevar, dulce y leve carga." *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo, VI, ibíd.,* p. 312 sg.)

Liturgia Armenia 25

Una nueva flor sale hoy del tallo de Jesé, y la hija de David engendra al Hijo de Dios. El coro de los

Angeles y de la milicia celestial bajando del cielo, con su Rey, Hijo Unico del Padre, cantaban y decían: He aquí al Hijo de Dios. Digamos todos: Estremecéos, cielos; saltad de gozo, fundamentos de la tierra, porque el eterno Dios ha aparecido en la tierra y va a morar con los hombres para salvar sus almas.

(Hagiología de Navidad, Liturgias orientales, Harissa, 1941, p. 109.)

Es verdaderamente justo y razonable adorarte en todo tiempo, y glorificarte fervorosamente, oh Padre todopoderoso, que por obra de tu Verbo insondable y Creador contigo, has roto la barrera de la maldición; el cual Verbo habiendo formado su pueblo, la Iglesia, conquistó a los que creen en Ti, y por medio de la naturaleza sensible que tomó en el seno de la santísima Virgen, tuvo a bien habitar entre nosotros, y dignándose consumar de modo divino una obra maravillosa, hizo de la tierra un cielo. De esta manera Aquel en cuya presencia tiemblan las legiones de los que velan continuamente, amedrentados por el radiante e inaccesible esplendor de la divinidad, habiéndose dignado hacerse hombre por nuestra salvación, nos hizo la gracia de poder unirnos con los habitantes del cielo, en un mismo coro de espíritus. *(Prof., ibíd.* p. 122.)

LA VIRGEN MADRE

Alegráos conmigo los que amais al Señor: Porque siendo a mis ojos pequeñita he tenido la dicha de ser grata al Altísimo, y de mis entrañas, he engendrado un hijo que es Dios y hombre al mismo tiempo. *(Brev. rom., Circunc. Mait., 2.° Noct., Resp., 1.°.)*

En la zarza que se apareció a Moisés, ardiendo sin consumirse, hemos reconocido a tu virginidad, conservada por modo admirable. ¡Oh Madre de Dios, ruega por nosotros! *(Ibíd., Vísp., 3.ª ant.)*

Liturgia Griega 26

¿Qué te ofreceremos, oh Cristo, por haber aparecido en la tierra como hombre? Porque, todas las criaturas a ti sometidas te pagan el tributo de su gratitud: los ángeles un himno, los cielos una estrella, los Magos sus dones, los pastores su admiración, la tierra una gruta, nosotros una Virgen Madre. Tú que existes antes que el tiempo, ten piedad de nosotros. (*Navidad 4 stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 651.)

La mística viña, después de haber producido sin cultivo el celestial racimo, sosteníale en sus brazos, como si fueran ramas: Eres mi fruto, decía, eres mi vida; por ti mismo sé, oh Dios mío, que aún soy lo que era; porque no se ha roto el sello de mi virginidad; por eso te proclamo inmutable y Verbo hecho carne. No he conocido varón; pero te reconozco por libertador de la ruina universal; permanezco siempre pura, aun después de tu nacimiento. Has dejado mi seno tal como lo hallaste; por eso todas las criaturas me ensalzan y exclaman: Alégrate, llena de gracia. (*Synaxis de la Madre de Dios, 26 de dic. Ortros, Ikos. Ibíd.,* t. II, p. 678.)

Alégrate, Jerusalén, cantad sus alabanzas todos los que amais a Sión. Ha sido destruído el lugar de la condenación de Adán: el Paraíso se nos ha abierto, y la serpiente ha perdido su fuerza. A la que había seducido al principio, contémplala ahora Madre del Creador. ¡Oh abismo de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios! La que había introducido en el mundo la muerte, obra del pecado, se ha convertido en Madre de Dios y principio de la salvación. Porque el niño que de ella nace, es Dios perfectísimo; en su nacimiento guarda el sello de su virginidad; por medio de sus pañales desata los lazos del pecado, y por su infancia, trae remedio a los dolores de Eva que daba a luz con tristeza. Salten, pues, de gozo y alégrense

todas las criaturas; porque Cristo ha venido a devolvernos la vida y a salvar nuestras almas. *(Navidad, Lit. apost., Doxast.,* Meneas, ed, rom., t. II, p. 660.)

27 *Liturgia Siria*

¡Oh Señor! ¿qué mortal sabrá nunca el nombre que corresponde a la que fué tu Madre? ¿acaso el de Virgen? Pero su hijo estaba a la vista de todos. ¿Esposa? Nadie celebró nunca bodas carnales con María. El entendimiento humano no puede llegar hasta tu Madre: ¿quién sería capaz de comprenderte a Ti mismo? Si considero a María única en este mundo, veo que es tu Madre; si la considero entre las demás mujeres, es tu hermana. — Sí, verdaderamente es tu Madre, y es también tu hermana y esposa en el coro de las santas mujeres; de todos modos la honraste, tú, gloria de la que te engendró. *(S. Efrén, Himno del Nacimiento de Cristo,* VIII Ed. Caillau. t. XXXVII, p. 318, sg.)

28 *Liturgia de Cluny*

Salve, Virgen bendita, que ahuyentaste la maldición.

Salve, Madre del Altísimo, Esposa del dulcísimo Cordero; venciste a al serpiente, aplastaste su cabeza, cuando Dios nacido de ti, la exterminó.

(Pedro el Venerable, In honorem Matris Domini. P. L. 189, 1018.)

29 *Himno de Hermán Contracto*

Salve, gloriosa estrella del mar; tu despertar divino, oh María, es promesa de luz para las naciones.

Salve, celestial puerta, cerrada a quien no sea Dios. Tu eres quien introduce en el mundo la Luz de la Verdad, al Sol de Justicia, revestido de nuestra carne.

Haz que con fe sincera apaguemos nuestra sed en esa dulce fuente, representada por la que brotó de la

roca en el desierto; que tengamos ceñidas nuestras caderas, que quedemos limpios al atravesar el mar, y que nos sea dado contemplar en la cruz, la serpiente de bronce. Haz que nos acerquemos con los pies descalzos, los labios puros, y el corazón santificado, al fuego sagrado, al Verbo del Padre, que tu llevaste, oh Virgen convertida en Madre, como la zarza a la llama. Por ti suspiraron en su fe viva los antiguos Padres y Profetas, bajo el símbolo de aquel tallo que debía nacer del árbol fecundo de Jesé.

Gabriel te señaló como árbol de vida, que había de producir, con el rocío del Espíritu Santo, el almendro de flor divina. Tú fuiste quien condujo al Cordero Rey, al Dominador de la tierra, desde la roca de Moab, hasta el monte de la hija de Sión.

Nosotros, resto de las naciones, queriendo honrar tu memoria, llamamos a nuestro altar para inmolarle misteriosamente, a ese Cordero propiciatorio, eterno Rey de los cielos, fruto de tu maravilloso alumbramiento.

El velo se ha descorrido; a nosotros, verdaderos israelitas, hijos dichosos del verdadero Abrahán, nos es dado contemplar admirados el maná verdadero figurado en el tipo mosaico; haz que seamos dignos, oh Virgen, del pan del cielo (P. L. 143, 443.)

El real cortejo

San Esteban

Liturgia griega 30

En este día preséntase el glorioso Esteban al Señor recién nacido: no acude resplandeciente de joyas, pero sí brillante con el resplandor de su sangre. — Venid, amigos de los mártires, tejed guirnaldas, coronemos nuestras frentes y cantemos: Tú que brillas en tu alma con los destellos de la sabiduría y del amor,

primer mártir de Cristo Dios, pide para nosotros la paz y una gran misericordia. *(27 de dic., Doxastikon del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 695.)

El primer mártir ha contemplado en el cielo, de pie ante la inmutable divinidad y en la gloria del Padre, al nacido de una virgen, que vino a habitar con nosotros.

Apareciste, oh Esteban, resplandeciendo en tu alma con la gracia del Espíritu Santo y con el rostro parecido al de un ángel. El resplandor que te iluminaba por dentro se reflejó en tu cuerpo y al abrirse los cielos tu alma hizo visible a la vista, los destellos que te rodeaban, y los reflejos de tus éxtasis luminosos. *(Vísp. de S. Esteban, 1.ª stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 694.)

El Señor, revestido de nuestra carne vino ayer a habitar entre nosotros: hoy es apedreado el siervo, y de esta manera termina su carrera el protomártir y divino Esteban. *(Id., Kondak, Ibíd.,* t. II, p. 701.)

Una estrella resplandeciente ha brillado hoy en el Nacimiento de Cristo; Esteban, el primer mártir que ilumina con su luz al mundo entero. Ha confundido la maldad de los judíos, reprendiéndoles con sabias palabras, hablando por medio de las Escrituras, y probándoles que Jesús nacido de una Virgen, es el Hijo único de Dios; el protomártir y divino Esteban confunde su sacrílega malicia. *(Id. Orthros, Ikos, Ibíd.,* t. II, p. 702.)

Oh santísimo Esteban, fuiste el primero de los diáconos; el primero de los mártires, abriste el camino a los santos, y llevaste al Señor innumerables mártires; por eso se abrió el cielo a tu vista, y Dios se mostró a tus miradas; suplícale que salve nuestras almas. *(Id., 3.ª stich., Ibíd.,* t. II, p. 706.)

Liturgia Mozárabe 31

Oh bienaventurado Esteban, primer mártir, te daremos un nuevo nombre impuesto por boca misma del Señor; por El sufriste la muerte; de El recibirás la corona, de nombre y de hecho. Eres el primero en el martirio, el primero en el premio; el primero en este mundo, y el primero en el palacio del cielo. Triunfas apedreado en la tierra por Cristo, y coronado por El en los cielos. Aquel por quien padeciste aquí abajo cruel suplicio, te otorga la más preciosa corona. Sé, pues, protector constante de la Iglesia, de la que fuiste primicias y haz que por tus oraciones nos sea propicio Cristo, de quien fuiste mártir insigne. *(Brev., 26 de dic. Cap. de Laudes.* P. L. 86, 127.)

SAN JUAN

Liturgia Griega 32

Celebremos con alabanzas espirituales al siervo de Cristo, al venerable Juan, al que es flor de la virginidad, mansión escogida de egregias virtudes, instrumento de la Sabiduría, templo del Espíritu Santo, voz ardiente de la Iglesia, ojo lúcido de la caridad. *(26 de setiembre, 3.ª stich., de Orthros,* Meneas, ed. rom., t. I, p. 274.)

Venid, fieles, coronemos hoy con cánticos divinos al abismo de la Sabiduría, al escritor de los dogmas de la ortodoxia, al glorioso Juan, al predilecto, porque él fué quien clamó: "Al principio era el Verbo." Por eso apareció como voz de trueno, iluminando al mundo con su Evangelio, el ilustre maestro de la Sabiduría. *(id. Pequeñas Vísp., 1.ª stich, del Lucernario, Ibíd.,* t. I, p. 256.)

Lira de celestiales melodías, por Dios mismo pulsada, místico escritor, boca de palabra divina, canta con suavidad el Cántico de los Cantares y ruega por nuestra salvación. *(Id., 2.ª stich., Ibíd.,* t. I, p. 258.)

33 *Liturgia Ambrosiana*

Verdaderamente es justo y digno, equitativo y saludable, darte gracias, oh Dios eterno, al honrar los méritos del bienaventurado Juan Evangelista. Nuestro Señor le distinguió siempre de un modo particular; estando en la cruz, le declaró sustituto suyo, para que fuese hijo de María, entregándosele en herencia. Elevóle la bondad divina hasta ese honroso grado, haciéndole de pescador, discípulo; y rebasando para él la medida de los misterios de la salvación del hombre, le hizo capaz de contemplar con su inteligencia, y de proclamar con su voz mejor que los demás apóstoles, la eterna Divinidad de tu Verbo. *(Misal, S. Juan, Prefacio,* ed. 1831, p. 30.)

SANTOS INOCENTES

34 *Liturgia Romana*

Estos que están vestidos con blancas túnicas, ¿quiénes son y de dónde han venido? Y se me respondió: Estos son los que han venido de la gran tribulación; han lavado sus túnicas y las han teñido con la sangre del Cordero.

Bajo el altar de Dios vi las almas de los que habían sido inmolados por causa del Verbo divino y por dar testimonio de El.

Son los que no mancharon sus vestiduras: me seguirán vestidos de blanco porque así lo han merecido.

Estos santos cantaban un cántico nuevo delante del trono de Dios y del Cordero, y la tierra resonaba con sus voces.

Han sido rescatados de entre los hombres, para ser primicias ofrecidas a Dios y al Cordero, y no se ha hallado mentira en su boca. *(Brev. rom., responsorio sacado del Apocalipsis.)*

Liturgia Griega 35

El malvado buscando con ira el oculto tesoro, sacrificó a los niños inocentes; y Raquel, inconsolable ante las olas de sangre de la inicua matanza, y ante la muerte prematura de sus hijos, contempla con alegría desde el seno de Abrahán, a los que lloró desde lo más hondo de sus entrañas. *(29 de dic., 1.ª stich. del Lucernario,* Meneas, ed. rom., t. II, p. 716.)

Oh Señor anterior a los siglos, en cuanto naciste de una Virgen, y te hiciste niño con gran misericordia, todo un coro de niños te fué ofrecido, brillante con la sangre del martirio, y con el alma radiante de luminosa blancura; dísteles posesión de las moradas eternas, y allí proclaman para su vergüenza la cruel ferocidad de Herodes. *(Id., 3 stich. del Lucernario. Ibid.)*

Laméntase Raquel llorando a sus hijos, conforme está escrito; pues el impío Herodes ha cumplido la Escritura asesinando a estos niños e inundando a Judea de sangre inocente. Enrojecióse la tierra con la sangre de estos niños. Con élla se purificó místicamente y se adornó como con un vestido la Iglesia de los Gentiles. Ha venido la Verdad; Dios nacido de una Virgen para salvarnos, se ha aparecido a los que estaban sentados en las sombras de la muerte. *(Id., 3 stich. de Laudes, Ibid,* p. 725.)

Liturgia Ambrosiana 36

Es digno y justo, equitativo y saludable, glorificarte, oh Padre omniptente, en la preciosa muerte de los niños, a quienes asesinó la salvaje barbarie del cruel Herodes, con ocasión del nacimiento de nuestro Señor y Salvador e Hijo tuyo; pues en esa muerte nos has manifestado la inmensidad de los dones de tu clemencia. En efecto, en ellos brilla más tu gracia que su voluntad; dan su testimonio cuando su boca no habla

todavía; su martirio es anterior al desarrollo de los miembros en que lo han sufrido; dan testimonio de Cristo antes de haberle conocido. Oh bondad infinita, que no quiere negar el mérito de la gloria a los que fueron inmolados por su Nombre, sin saberlo; de este modo, con el derramamiento de su sangre, al mismo tiempo que son regenerados, se les otorga la corona del martirio. (*Misal,* ed. 1831, p. 32.)

LITURGIA DE EPIFANIA

LAS SAGRADAS TEOFANÍAS

Liturgia Romana 37

Engendrado antes que la aurora y el tiempo, el Señor, nuestro Salvador, se manifiesta hoy al mundo. Salmo 109, 3 *(Brev., rom., Ant., 1.ª de Vísp.)*

Celebramos un día señalado con tres prodigios; hoy la estrella conduce a los Magos al pesebre; el agua se cambia en vino en el banquete nupcial; Cristo quiere ser bautizado por Juan en el Jordán para salvación nuestra. Aleluya. *(Ibíd., Ant. Magnif. II Vísp.)*

Cruel Herodes, ¿por qué temes la llegada de Cristo que viene a reinar? No quita cetros mortales, El que concede reinos celestes. — Caminaban los Magos siguiendo a la estrella precursora que habían visto; la luz los conduce a la Luz; con sus dones le proclaman Dios. — El divino Cordero tocó el baño de ondas puras, y los pecados de que estaba exento tomólos sobre sí para lavarlos. — ¡Nuevo portento del poder! Enrojece el agua de las hidrias, y dócil al cambio de naturaleza, corre en olas de vino. *(Vísp. Himno de Sedulio.)*

Liturgia Mozárabe 38

Oh Dios, que para endulzar los trabajos de esta vida, has mezclado los consuelos y las alegrías con el

recuerdo de tus beneficios, cuyo solemne aniversario celebramos anualmente; ofrecémoste en la presente fiesta, los votos y homenajes de tu Iglesia. Hemos celebrado ya el Nacimiento de nuestro Señor y Salvador, nacido por nosotros en el tiempo y nacido de Ti antes del tiempo, porque es el Creador del tiempo. Hemos honrado después, con solemnes sacrificios, el octavo día de la Circuncisión, resplandeciente con la luz de tu único Hijo, y digno de toda nuestra veneración. Hoy celebramos el día de la Epifanía, que nos ha revelado la divinidad en el hombre, y proclamamos los tres prodigios que manifiestan al mundo la venida de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo; el primero es la aparición en el cielo de la estrella que anuncia tu nacimiento y que precede y conduce a los Magos maravillados, hasta la cuna de su infancia; el segundo ocurrió cuando queriendo santificar las aguas con su bautismo para lavar las manchas de todos los pueblos, penetró en el Jordán y allí le mostraste Tú como Hijo único y amado mediante el Espíritu Santo que voló sobre El en figura de paloma, en tanto que Tú revelabas el misterio con voz de Padre; el tercer prodigio se obró en el primer milagro de Caná de Galilea, cuando en el banquete nupcial cambió el agua en vino, enseñándonos con un excelso y admirable misterio, que había llegado por fin el que había de unirse a la Iglesia, su desposada desde hacía siglos, y que la fe humilde en la verdad de las promesas iba a cambiarse en el vino de sabiduría, de espiritual dulzura. De este modo, en estos tres prodigios, objeto misterioso de la presente fiesta, nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, realiza a un tiempo las maravillas de tu omnipotencia y nos prepara para la salvación. Haz, pues, Señor, que en conformidad con estos tres grandes misterios, permanezca en nosotros la integridad de tu

gracia, se derrame en nuestros corazones la suavidad del vino de tu sabiduría, y brille en nuestras obras la estrella de tu santidad. Amén. *(Misal, Oratio alia. Ferotin, op. cit.*, col. 87, número 192.)

Liturgia Ambrosiana 39

Cristo ha atravesado la puerta virginal, la puerta llena de gracia; el Rey ha pasado, y la puerta permanece cerrada eternamente, como lo estuvo siempre. — El soberano Hijo de Dios ha salido del santuario de la Virgen; es el Esposo, el Redentor, el fundador y gigante de su Iglesia. — Gloria y alegría de su Madre, esperanza infinita de los fieles, ha sanado nuestros pecados, apurando hasta las heces el negro trago de la muerte. — Es la piedrecita desprendida del monte, y que cubre con su gracia al mundo entero, piedra que ninguna mano humana talló, anunciada por los antiguos profetas. — Estremézcanse de alegría las almas; el Dueño del mundo, el Redentor de las naciones, ha venido a redimir a sus criaturas. — Destruirá el pecado, con sus tesoros de gracia; la luz recibirá con El nuevo esplendor, y será derribado el imperio de las tinieblas. *(Himno de Nat. Dom.: A solis ortus, cardine*, v. 13-24. *P. L.* 17, 1211.)

Iglesias de Francia 40

Una estrella de maravilloso fulgor, anunciada por los Profetas, señala hoy el despertar del Sol divino. Esta estrella viene a iluminar a los Magos; Herodes se turba; la Gentilidad llégase a Jesús, puerto de paz. — La estrella anuncia al Niño creador de los astros, vengador de los crímenes, Dios poderoso. Místicos presentes proclámanle dueño del mundo, y Redentor nuestro por su muerte. — Sumérgese en las aguas para depositar en ellas la virtud de borrar el pecado de Adán. — Aparece la paloma, y la voz del Pa-

dre adopta al Hijo, cuya gloria se nos revela con estos prodigios — La voz de Juan da testimonio, y luego comienza la ley de amor. — Alégranse los comensales cuando el agua de la fuente viene a sustituir con creces al vino generoso. — El Verbo del Padre firma una alianza de amor en el seno de una Virgen, esposa inmaculada. — Dígnese lavar nuestros pecados, desatar nuestras cadenas y prestarnos siempre su ayuda, por la intercesión de su Madre. Amén. *(Misal de Fontevrault,* París 1534. *Cf. Dreves, Analect. hymn.,* t X, número 22, p. 25. *De Epiphan., inf. oct.)*

Día fecundo en milagros, día que manifiesta a Cristo en diversos momentos de su vida. — Manifiesta a Cristo, cuando su Padre declara que ha puesto en El sus complacencias; — le manifiesta, cuando el mismo Cristo manda al agua convertirse en vino, en el banquete nupcial; — le manifiesta también, en el misterio de la triple ofrenda de los Magos. — El oro proclama su realeza, el incienso su divinidad, la mirra su sepultura. *(Misal de París del siglo XVI, Seq.* Cf. *Ibíd.,* t. X., número 23, p. 25. *De Epiphan. Domini.)*

41 *Liturgia Griega*

El Señor de todo lo creado ha entrado en el seno de la Virgen para unir el mundo inferior con el superior y celeste; al aparecer en carne como la nuestra, y destruir el muro que nos separaba, hizo las paces entre Dios y el hombre, dándonos la vida y la redención divina. *(2 de enero, Orthros, 1.ª Oda,* Meneas, ed. rom. t. III, p. 31.)

La luz

Ha brillado tu luz, oh Jerusalén, y se ha levantado sobre ti la gloria del Señor; a tu luz caminarán las naciones. *Is,* 60, I *(Brev. rom. Epiphan., 2.ª ant. de Vísp.)*

Esta estrella resplandece como una antorcha, y manifiesta a Dios, Rey de reyes; viéronla los Magos y acudieron a ofrecer sus presentes al gran Rey. *(Ibíd., 5.ª ant.)*

Liturgia Griega 42

Tu nacimiento, oh Dios nuestro, ha traído al mundo la luz de la ciencia; gracias a ella, los adoradores de los astros, aprenden de un astro a adorarte a Ti, que eres el Sol de justicia, a reconocerte a Ti, celestial Oriente; Gloria a Ti, Señor. *(Navidad, Apoliptikion,* Meneas, t. II, p. 660.)

Una gran luz ha aparecido en la Galilea de los Gentiles, en el país de Zabulón, en la tierra de Nefatalí, como dice el Profeta. Los que se hallaban en tinieblas han visto una luz deslumbradora que brillaba en Belén; pero con mayor resplandor todavía ha brillado sobre el mundo entero el Señor, el Sol de justicia, hijo de María. — Acudamos, pues, todos los hijos de Adán, desnudos como estamos, acerquémonos a calentarnos. Has venido como vestidura para los que se hallan en tinieblas; te has manifestado, oh Luz inaccesible. *(Las santas Teofanías, Orthros, 6.ª oda, Ikos, Ibíd.,* t. III, p. 150.)

Liturgia Romana 43

Oh Dios, que iluminas a todos los pueblos, dáles la gracia de gozar de una paz perpetua, y derrama en nuestros corazones la luz resplandeciente que encendiste en el alma de los tres Magos. *(Sacrament. greg. P. L.* 78, 39.)

Oh Dios, omnipotente y eterno, haz que aparezca también en nuestros corazones y los renueve para siempre, el Salvador que enviaste, y que en la presente fiesta, se anuncia con una nueva estrella en el cielo, y desciende para salvar al mundo. *(Ibíd.)*

Oh Dios omnipotente y eterno, gloria de las almas fieles que has consagrado con las primicias de la Gentilidad la festividad de su elección, llena el mundo con tu gloria, y manifiéstate con los destellos de tu luz, a los pueblos que te están sujetos. *(Ibíd.)*

44 *Liturgia Galicana*

Oh Dios, misericordiosísimo en todas tus obras; Padre glorioso, que nos diste a tu Hijo para que fuera luz de las naciones, y para que anunciase la Redención a los cautivos, y la vista a los ciegos; Tú que derramas los beneficios con largueza, dígnate concedernos, con la fe, el perdón de los pecados y la herencia eterna entre los santos. *(Sacram. gallic., Epiphan. Oratio post nomina. P. L.* 72, 472.)

El nuevo Adán ha lavado las manchas del viejo; lo que por su orgullo había derribado el primero, lo levanta con su humildad el segundo. — Acaban de nacer la luz y la salvación; la noche huye, la muerte es derrotada; venid, pueblos, a visitar con fe al Dios, dado a luz por María. *(Himno de Venancio Fortunato: Agnoscat omne saeculum. P. L.* 88, 264, sg.)

Los Magos

Los Magos se dijeron, al ver la estrella: Señal es esta de un gran Rey; vayamos a su encuentro, y ofrezcámosle oro, incienso y mirra. Aleluya. *(Brev. rom., Epif. Magnif. 1.ª Visp.)*

45 *Liturgia griega*

Alegráos, justos; estremecéos, cielos; saltad de gozo, montañas; Cristo ha nacido. La Virgen está sentada, semejante a los Querubines; sobre sus rodillas descansa el Verbo de Dios humanado. Los pastores cantan al al recién nacido; los Magos ofrecen presentes al Señor;

los Angeles entonan este himno: ¡Gloria a Ti, Señor incomprensible! *(Navidad, Orthros, Laudes, 1.ª stich.*, Meneas, ed., rom., t. II, p. 671.)

Liturgia mozárabe 46

Oh Dios, Hijo de Dios, Virtud inefable del Padre, que con la aparición de una nueva estrella, te manifiestas a los Gentiles como poderoso Rey de reyes, revelando al mismo tiempo tu gloria en la afortunada ciudad: Tú, ante quien tiemblan las islas de la tierra, a quien obedecen los príncipes y los pueblos gentiles; en este día en que todos los reinos se humillan ante Ti, y caen las Coronas regias a tus plantas, dígnate por tu gracia, mostrarte misericordioso a nuestras almas, y aparecer visible en nuestros actos, para que, poseedores de las primicias del Espíritu, podamos ofrecerte los dones mediante los cuales, nuestros corazones, agradables a tus ojos, merezcan entrar en la feliz Jerusalén, en donde te presentaremos el oro purísimo de nuestras obras, y tomaremos posesión de tu reino. Amén. *(Brev., Epif. Orat. Matutin. P. L.* 86, 178.)

Detúvose la estrella frente al Niño a quien buscaban; descendió la antorcha descubriéndoles aquella sagrada cabeza. — Vénla los Magos; abren inmediatamente sus tesoros de Oriente, y prosternados ofrécenle incieso, mirra y el oro regio. — Reconoce los símbolos de tu poder y realeza, oh Niño, a quien el Padre ha destinado de antemano a una triple misión. — El oro señala al Rey, el suave aroma del incienso de Sabá proclama a Dios, la mirra anuncia la sepultura; sepultura mediante la cual, este Dios destruirá la muerte y sus prisiones, después de dejar morir su cuerpo y resucitarle del sepulcro. Himno de Prudencio, *Cathemerinon XII de Epiphania. P. L.* 58, 902, sg.)

El bautismo

Pásmanse los Querubines, y toda la naturaleza celestial se halla sobrecogida de respeto. El Hijo de Dios, a quien engendras de manera incomprensible, oh Inmaculada, se ha hecho semejante a nosotros por su inefable misericordia; ha sido bautizado en su carne, y hoy celebramos con regocijo su divina Epifanía. *(2.° día de la Vig. de las santas Teofanías,* Meneas, ed. rom., t. III, p. 56.)

47 *Liturgia galicana*

Queriendo el Salvador renovar al hombre viejo, llégase al bautismo para regenerar por el agua a la naturaleza corrompida; y nos viste con una túnica incorruptible. — Dios y Redentor nuestro, que en el fuego y el Espíritu purificas el contagio humano. — Tiembla Juan Bautista y no se atreve a tocar la sagrada cabeza de su Dios, exclamando en medio del mayor respeto: Más bien santifícame a mí, oh Salvador.

En el Jordán el Salvador ha aplastado la cabeza del dragón; nos ha rescatado a todos con su poderío. — Hoy se nos revela un gran Misterio: el Creador universal lava nuestros pecados en el Jordán. — El soldado bautiza a su Rey, el esclavo a su señor, Juan a su Salvador; el agua del Jordán se conmueve, la paloma da testimonio, óyese la voz del Padre: Este es mi Hijo. — Las aguas quedaron santificadas cuando Cristo apareció en su gloria. Tierra toda, ven a sacar agua de la fuente del Salvador, pues Cristo nuestro Dios santifica hoy a todas las criaturas. *(Brev. del Cister, ant., de la Epif.)*

48 *Liturgia Ambrosiana*

Verdaderamente es digno, justo, equitativo y saludable que te demos gracias siempre y en todas partes,

Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno que desde lo alto del cielo te manifestaste a nosotros con voz de trueno en las aguas del Jordán; con el fin de mostrarnos al divino Salvador, y revelarte a nosotros como Padre de la Luz eterna, rasgaste los cielos, santificaste el aire, purificaste las aguas y señalaste a tu único Hijo por medio del Espíritu Santo, apareciendo en figura de paloma. Hoy han recibido las aguas tu bendición, borrando nuestra maldición; han sido dotadas de la virtud de obrar en los fieles la purificación de todos sus pecados y la adopción de hijos de Dios con derecho a la vida eterna. Esta vida eterna ha recibido, llamándolos a la gloria del reino celestial, a los que el nacimiento carnal les había engendrado a la vida del tiempo, y a los que la muerte aprisionaba con sus garras a consecuencia de sus pecados. *(Misal, Prefacio de Epifan.,* ed. 1831, p. 46.)

Liturgia griega 49

En otro tiempo el Jordán volvió hacia sus fuentes, al contacto con el manto de Eliseo, cuando Elías fué arrebatado al cielo, y las aguas se dividieron en dos partes; bajo sus plantas convirtióse el río en senda firme, figurando en toda su verdad el bautismo merced al cual atravesamos nosotros las olas de la vida. Cristo apareció en el Jordán para santificar las aguas. *(Santas Teofanías, Prima, trp.,* Meneas, edit rom., t. III, p. 98.)

En este día, santifícase la naturaleza de las aguas; detiene el Jordán su curso, conteniendo sus propias olas al ver al Señor que se lava en ellas. *(Id. Idiom. Ibíd.,* p. 98.)

Como hombre bajaste al río, apresurándote, Cristo Rey, a recibir de manos del Precursor el bautismo de los esclavos, a causa de nuestros pecados, oh amigo de los hombres. *(Ibíd.)*

A la voz del que clama en el desierto: "Preparad los caminos del Señor" acudiste a solicitar el bau-

tismo sin haber conocido el pecado, Tú, que habías tomado la forma de esclavo. Viéronte las aguas y tuvieron miedo: Tembló el Precursor y exclamó: ¿Podrá alumbrar el pábilo a la luz y el esclavo poner la mano en su señor? Santifícame, a mí como santificaste a las aguas, oh Salvador, que quitas los pecados del mundo. *(Ibid.,* p. 99.) Al verte, oh Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, tembló la mano del Precursor, del Bautista, del Profeta más ilustre de los profetas, y angustiado exclamó: "Oh Verbo, no me atrevo a tocar tu cabeza, antes bien, santifícame e ilumíname Tú, misericordioso, pues eres vida, luz y paz del mundo." *(Idiom., de Tercia, Ibid.,* p. 104.)

La Trinidad indivisa, Dios nuestro, se ha manifestado en este día: el Padre, con el testimonio de sus palabras, manifiesta a su Hijo; el Espíritu, bajo la figura de paloma, descendía del cielo, y mientras inclinaba el Hijo su cabeza inmaculada ante el brazo del Precursor, libertaba de la esclavitud al género humano, porque es bondadoso. *(Ibid.)*

Realízase en este día la profecía del Salmista. El mar, dice, vióle y huyó; el Jordán volvióse hacia sus fuentes ante el Dios del Jacob que venía a recibir el bautismo de mano de su siervo, para que nuestras almas, lavadas de las impurezas de la idolatría, sean por El iluminadas. *(Idiom., de Sexta, Ibid.,* p. 110)

Al ver acercarse al Señor de la gloria, exclamó el Precursor: "He aquí El que liberta al hombre de la corrupción."

El nos libra de la desgracia; he aquí llegado misericordiosamente a la tierra, El que nos otorga el perdón de los pecados, nacido de la Virgen pura; en vez de esclavos nos hace hijos de Dios; en lugar de las tinieblas nos concede la luz mediante el agua de su divino bautismo. Obligación nuestra es venir a glori-

ficarle con un solo corazón, con el Padre y el Espíritu Santo. *(Idiom., de Nona, Ibíd.,* p. 116.)

Oh Juan Bautista, tiende hacia El en favor nuestro esa mano que tocó la cabeza inmaculada del Señor, y nos le mostró con su dedo, porque tienes autoridad para hacerlo pues El afirmó que eras el mayor de los profetas. Vuelve hacia El tus ojos para hacérnosle favorable, esos ojos que vieron al Espíritu Santo bajo figura de paloma. Permanece a nuestro lado para apoyar nuestro canto y comenzar nuestra fiesta. *(Ibíd.)*

Recibiéronte las aguas del Jordán, a ti que eres la fuente; bajó el Paráclito en figura de paloma; baja su cabeza el que dobló los cielos, el barro levanta su voz y dice a su Creador: "¿Por qué imponerme cosa que está sobre mí? Soy yo quien necesito tu bautismo?" *(Visp. Lucernario, I Stich. Ibíd.,* p. 124.)

Al inclinar la cabeza ante el Precursor, aplastaste la de los demonios; bajaste a las aguas e iluminaste a todo el mundo, para que te glorifique, oh Salvador, luz de nuestras almas. *(Ibíd.)*

Bendición de las aguas 50

Oh Trinidad supersubstancial, bondadosísima, enteramente divina, omnipotente, que todo lo ves, invisible e impalpable, creadora de naturalezas espirituales, y dotadas de razón, bondad increada, luz inaccesible, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, ruega también por mí, tu indigno siervo; ilumina los ojos de mi inteligencia para que me atreva a cantar tu inmensa actividad y poderío: Atiende mis súplicas en gracia al pueblo aquí presente, sin que mis pecados sean obstáculo a la venida de tu Santo Espíritu. Otórgame el don de poder orar sin incurrir en desgracia, diciéndote, oh Dios bondadosísimo: Glorificámoste, amable Señor, Omnipotente y Rey antes que existiera el tiempo. Glorificámoste, Creador del Uni-

verso, glorificámoste, Hijo único de Dios, sin padre por el lado materno y sin madre por el paterno. En la fiesta que acaba de terminar te hemos contemplado como niño, en la de ahora te vemos como hombre y Dios perfecto. Es hoy un día festivo; el coro de los santos se une a nosotros y los ángeles lo celebran al lado de los hombres. Hoy apareció sobre las aguas el Espíritu Santo en figura de paloma. Hoy apareció el sol que no tiene ocaso, y el mundo quedó iluminado por la luz del Señor. Hoy brilla la luna en el mundo con deslumbrantes fulgores. Hoy adornan espléndidamente la tierra las radiantes estrellas con su claridad y luminosos destellos. Hoy las nubes del cielo llueven rocío de santidad sobre el género humano. Hoy el Increado se ha puesto voluntariamente bajo la mano de su criatura. Hoy el Profeta y Precursor se adelanta hacia el Creador; pero se ve sobrecogido de temor al contemplar la condescendencia de un Dios para con nosotros. Hoy las aguas del Jordán, con la presencia del Señor, se convierten en medicina. Hoy la naturaleza entera es regada por las místicas olas. Hoy lávanse los pecados de los hombres en las aguas del Jordán. Hoy ábrese el paraíso a los hombres, y luce sobre nosotros el Sol de justicia. Hoy el agua que en tiempo de Moisés era amarga, ha sido transformada por la presencia del Señor en suave y dulce para los hombres. Hoy hemos sido libertados de los antiguos lamentos, y como un nuevo Israel hemos sido salvados. Hoy hemos sido arrancados a las tinieblas, y estamos resplandecientes con la ciencia divina. Hoy se han disipado las tinieblas del mundo con la aparición de nuestro Dios. Hoy brilla toda la creación, iluminada por la luz de lo alto. Hoy ha sido aniquilado el error, y la venida del Señor nos abre el camino de salvación. Hoy todos están de fiesta aquí abajo y allá arriba y todos conversan unidos. Alégrase hoy la santa y fervorosa sociedad cristiana.

Hoy el Señor se ha acercado al bautismo, para que la humanidad se eleve hacia el cielo. Hoy el Inflexible dobla su cabeza ante el propio siervo, para librarnos de nuestra servidumbre. Hoy hemos comprado el reino de los cielos; y el reino del Señor no tendrá fin.

Tierra y mar se reparten hoy la alegría del mundo, y este se inunda de regocijo. Viéronte las aguas, oh Dios, viéronte las aguas y temieron. El Jordán retrocedió al ver que venía hacia él corporalmente el fuego de la divinidad y descendía a su lecho. El Jordán retrocedió al ver al Espíritu Santo que bajaba del cielo en figura de paloma y planeaba sobre tu cabeza. El Jordán retrocedió al ver al Invisible hecho visible, al Creador encarnado, al Señor bajo la forma de esclavo. El Jordán retrocedió, y los montes saltaron de gozo al ver a Dios humanado. Pasmáronse las nubes ante la venida de la luz, del Dios vivo de Dios vivo. Contemplamos hoy la fiesta del Señor en el Jordán, y vémosle sepultando en el río la muerte que nos mereció la desobediencia, al aguijón del error, y las cadenas de Adán, y dando al mundo el bautismo de la salvación.

Por eso, oh pecadores, yo, indigno siervo vuestro, después de considerar todos estos grandes prodigios, os digo con corazón compungido: Grande eres Señor; admirable son tus obras, y no hay palabras bastantes para cantar tus maravillas.

Tú fuiste quien lo sacó todo del no ser al ser, por sola tu voluntad soberena, Tú, quien por tu poder conservas lo creado, y gobiernas al mundo con tu Providencia. Tú fuiste quien, de los cuatro elementos formó a las criaturas y de las cuatro estaciones hiciste el ciclo del año. Ante tu presencia tiemblan todos los poderes espirituales; a Ti canta el Sol, a Ti te glorifica la Luna; los astros te encuentran en su camino, y te obedece la luz. Los abismos rugen en tu presencia;

las fuentes son tus siervas. Tú extendiste el cielo como si fuera una tienda, consolidaste a la tierra sobre las aguas, diste al mar riberas, y creaste el aire como un soplo de viento. Las angélicas potestades te sirven, los coros de arcángeles te adoran. Los querubines de innumerables ojos y los serafines de seis alas que permanecen y vuelan en derredor tuyo se cubren el rostro por respeto a tu gloria inaccesible. Porque, Tú eres, oh Dios inenarrable, sin principio e inefable, Tú el que viniste a la tierra, después de haber tomado forma de esclavo y apariencia humana. Tu amor misericordioso no pudo sufrir, oh Señor, la vista del género humano tiranizado por el diablo, y por eso viniste a salvarnos. Confesamos tu bondad, proclamamos tu misericordia, y no ocultamos tus beneficios. Libraste a tus hermanos de raza; con tu nacimiento santificaste el seno de una Virgen. Cuando apareciste, todas las criaturas te cantaron, oh Dios nuestro, que te hiciste visible en la tierra y creciste en medio de los hombres. Tú fuiste también quien santificó las aguas del Jordán, enviando del cielo al Espíritu Santo, y aplastando la cabeza de los dragones que se ocultaban en las olas.

Asístenos, pues, ahora, oh Rey de los hombres, mediante la venida de tu Santo Espíritu, y bendice estas aguas.

Confiéreles la gracia redentora, la bendición del Jordán. Haz de ellas una fuente de incorrupción, un don santificador, un baño que lave los pecados, medicina contra las enfermedades, ruina de los demonios, refugio inaccesible contra los poderes del enemigo, ciudadela del poder angélico, para que, bebiendo y gustando de ellas, les sirvan a todos de medio eficaz para purificar sus almas y sus cuerpos, para curar sus pasiones y santificar sus casas y para cualquier otro buen uso. Fuiste Tú, oh Dios, en efecto, quien mediante el agua y el espíritu regeneraste nuestra naturaleza in-

veterada en el pecado; Tú que en tiempos de Noé anegaste el pecado en las aguas; fuiste Tú quien, gracias a Moisés, y por medio de las olas del mar, libraste al pueblo hebreo de la esclavitud egipcia; fuiste Tú, oh Dios nuestro, quien heriste la roca del desierto, haciendo que brotasen las aguas y corriesen a raudales para saciar al pueblo sediento; fuíste Tú, oh Dios nuestro, quien mediante el agua y el fuego y gracias a Elías, apartaste de Baal a tu pueblo escogido.

Bendice también ahora, oh Señor, estas aguas por tu Santo Espíritu. Concede a cuantos toquen, gusten y se laven con ellas, santificación, salud, pureza y bendición...

Para que por medio de los elementos, ángeles y hombres, por las cosas visibles e invisibles sea glorificado tu Nombre Santísimo, con el Padre, en el Espíritu Santo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. *(Poema de Sofronio, patriarca de Jerusalén,* Meneas, ed. rom., t. III, p. 138-141.)

Cuando fuiste bautizado en el Jordán, oh Cristo, se nos reveló que debemos adorar a la Trinidad, pues la voz del Padre dió testimonio al nombrarte Hijo muy amado, y el Espíritu en figura de paloma, confirmó la verdad irrefutable de aquellas palabras. Gloria a ti, oh Cristo Dios, que apareciste e iluminaste al mundo. *(Apolyptikion de la fiesta, ibíd.,* p. 344.)

El que está envuelto en la luz como en un manto, se ha dignado hacerse semejante a nosotros. Hoy se sumerge en las aguas del Jordán, no por que necesite purificarse sino para nuestra regeneración. Oh maravilla: Cristo Dios y Salvador de nuestras almas, funde de nuevo sin llamas, rehace sin triturar, y salva a los que en El han sido iluminados. *(Litie, ibíd.,* p. 142.)

Juan Bautista te vió venir hacia sí, a Ti que lavas los pecados del mundo por el espíritu y el fuego, y lleno de temor y temblor exclamó: No me atrevo a tocar tu ca-

beza inmaculada. Más bien, santifícame Tú por tu Epifanía, oh Maestro, único bondadoso.

Es bautizado Cristo y sale del agua; sale con El el mundo entero, y queda abierto el cielo que había cerrado Adán para sí y para todos sus descendientes. El Espíritu da testimonio de la divinidad, acudiendo al lado de su igual, y baja una voz del cielo,pues de allí venía también el que recibía aquel testimonio, el Salvador de nuestras almas. *(Ibíd.)*

Ilumínase la creación en este día; todo en él es regocijo, tanto entre los espíritus celestiales como entre las criaturas terrenas. Mézclanse ángeles y hombres, pues la presencia del rey hace de ellos un solo ejército. Corramos, pues, al Jordán; contemplemos a Juan bautizando a su Jefe inmaculado, no hecho por obra de varón. Haciéndonos eco de la voz del Apóstol, digamos con voz unánime: Apareció la gracia redentora de Dios, que resplandece y trae a los fieles la gran misericordia. *(Ibíd.)*

Oh Iglesia de Cristo, tú que antes eras estéril, y por desgracia sin hijos, alégrate en este día, pues por el agua y el espíritu te han nacido hijos que exclaman llenos de fe: Sólo hay un ungido que es nuestro Dios. sólo un justo que eres Tú, Señor. *(3.ª Oda, ibíd.*, p. 147.)

Limpios por la purificación del Espíritu del veneno del enemigo sucio y tenebroso, emprendamos un nuevo camino, al margen del error, y que nos lleve a la alegría inaccesible reservada a solos aquellos que se han reconciliado con Dios. *(5.ª Oda, ibíd.*, p. 149.)

El último día Cristo bautizará en el fuego a los que le desobedecen y no creen en su divinidad; pero a los que la reconocen, les renueva en el Espíritu por medio de la gracia y del agua, librándolos de sus pecados. *(Oda 6.ª, ibíd.*, p. 150.)

Fuiste Tú, oh Salvador, quien al ser bautizado en el Jordán, santificaste las aguas aceptando la imposi-

ción de las manos de un siervo, y curando las llagas del mundo. Excelso es el misterio de tu economía; gloria a Ti, señor bondadoso.

La luz verdadera ha brillado para todos y a todos les ilumina. Cristo es bautizado con nosotros; El que es más puro que cuanto sobresale en este mundo, confiere santidad a las aguas, para que estas puedan ser santificadoras de nuestras almas. Terreno es lo que vemos, pero más alto que los cielos lo que adivinamos; con el bautismo se nos da la salvación, con el agua el Espíritu, con la inmersión nos elevamos hacia Dios. Gloria a Ti, Señor; admirables son tus obras. *(Laudes, ibíd.,* p. 155.)

Con las olas del Jordán te cubriste, oh Salvador, Tú que te rodeas de luz como de un manto, e inclinaste la cabeza ante el Precursor, Tú que mides el cielo con el palmo de la mano; y todo para librar al mundo de sus extravíos y salvar nuestras almas. *(Ibíd.)*

Bodas de Caná, bodas de la Iglesia

Liturgia romana 51

Hoy la Iglesia se une al celestial Esposo: son lavados por Cristo sus pecados en el Jordán; acuden los Magos a las regias bodas, llevando consigo presentes; se convierte el agua en vino; y regocíjanse los invitados al banquete. Aleluya. *(Brev. rom. Ant., ad Bened.)*

Liturgia siria 52

Los nuevos desposados saludaron unánimes al recién nacido, diciendo: "Salve, oh Niño, cuya Madre fué la Esposa de Dios santo. Afortunadas las bodas a las que vas a asistir. Felices los esposos que al faltar el vino, lo verán rebosar a una señal de tu poderío." *(S. Efrén. Himno in Nat. Dom.;* ed. Caillau t. XXXVII, p. 313.)

53 *Homilía de San Agustín*

Invitado el Señor a bodas, acude a la invitación. ¿Es de maravillar que asista a las bodas, quien vino al mundo a celebrar unas bodas completamente celestiales? Pues si no es ese el objeto de su venida a la tierra, no existe esposa aquí abajo. Y en ese caso ¿qué significan las palabras del Apóstol? "Os he desposado con el único esposo, Jesús, para presentaros a El como una virgen pura." *(2 Cor.,* 11, 2.) Y ¿qué teme el Apóstol, sino ver violada la virginidad de la Esposa de Cristo por la astucia del demonio? "Temo, dice, que así como Eva fué seducida por engaño de la serpiente, se perviertan también vuestras almas, y degeneren de la sencillez y castidad que conviene a Cristo." *(Ibíd.)* Tiene, por tanto, el Salvador una Esposa aquí abajo, rescatada con su sangre, a la que dió el Espíritu Santo como prenda de amor. Liberóia del cautiverio del demonio, murió por sus pecados y resucitó para justificarla. ¿Quién ofrecerá nunca a su esposa dones tan preciosos? Ya pueden ofrecer los hombres todos los adornos que a su disposición pone la tierra, oro, plata, piedras preciosas, caballos, esclavos, tierras, posesiones; ¿Hallaremos uno que ofrezca su sangre? ¿Y si la diera a su esposa, podría quizá casarse con ella? Al contrario, el Señor muere seguro de ello, y da su sangre por la que debía desposar después de su resurrección, y a la que se había unido ya en el seno de la Santísima Virgen. El Verbo es el esposo, la carne humana la esposa; entre estas dos naturalezas no forman más que un solo Hijo de Dios, un solo y único Hijo del hombre. El seno de la Virgen María fué el lecho nupcial donde se formó el Jefe de la Iglesia, saliendo de él como sale el esposo del lecho nupcial, conforme a lo anunciado por el Profeta-Rey: "Semejante al esposo que sale del lecho nupcial", y aceptando la

invitación que le hicieron para asistir a las bodas. *(Tract. VIII, in Joam. 4. P. L.* 35, 1452.)

Venid, imitemos a las Vírgenes prudentes; venid, salgamos al encuentro del Señor que se ha manifestado, al presentarse a Juan como Esposo. (Meneas, *Las Santas Teofanías, Litie,* ed. rom., t. III, p. 142., sg.)

Homilía de San Agustín 54

Aquellas que consagran a Dios su virginidad, aunque gocen en la Iglesia de un rango y santidad superior, no por eso dejan de estar desposadas, pues participan con toda la Iglesia de esas bodas espirituales en que Jesucristo es el Esposo. Al aceptar, por tanto, nuestro Señor la invitación que le hacen para que asista a esas bodas, es para establecer la ley de la castidad conyugal y manifestar al mismo tiempo el misterio figurado por el matrimonio. Efectivamente, el Salvador estaba representado por el Esposo a quien dijo el anfitrión: "Has guardado el buen vino hasta ahora." Jesucristo ha dejado para ahora el buen vino, es decir, el Evangelio. *(Brev., rom. 2.° Dom., después de Epif. Tract., IX in Joan. 2. P. L.* 35, 1459.)

Homilía de San Gregorio 55

Dios Padre celebró las bodas de Dios Hijo, cuando le unió a la naturaleza humana en el seno de la Virgen y cuando determinó que su Hijo, Dios eterno, se hiciese hombre en el tiempo.

El Padre celebró las bodas del Rey, su Hijo, cuando le unió la santa Iglesia en el misterio de la Encarnación. El seno de la Virgen Madre fué el lecho nupcial de este esposo. Por eso canta David: "Puso su tienda en el sol; y es como el esposo que sale de la cámara nupcial." Efectivamente, salió como un esposo de la cámara nupcial, pues para unirse a la Iglesia,

el Dios humanado salió del seno intacto de la Virgen. *(Brev. rom. Dom. 14 después de Pentec. 2.ª Noct. 38 Hom., in evang. P. L.* 76, 1283.)

56 *Homilía de San Máximo*

Varios son, carísimos, los misterios que con alegría hemos de celebrar al mismo tiempo en este solemne día, según nos enseña la tradición de nuestros padres. Pues refiérese que en este día fué adorado nuestro Señor Jesucristo por los Magos que habían sido guiados por la estrella; también en este día invitado a las bodas, mudó el agua en vino; y, finalmente consagró las aguas del Jordán, después de haber sido bautizado por Juan y purificado al que le bautizaba.

¿Cuál de estos tres prodigios se realizó realmente en este día? sólo El que los obró, lo conoce. Por lo que toca a nosotros, debemos creer sin ningún género de duda que todos estos misterios se realizaron por nosotros. En efecto, desde el momento en que los Caldeos invitados por el fulgor de una estrella resplandeciente, adoraron al Dios verdadero, los Gentiles, cobraron la esperanza de poder adorarle; al ser convertida el agua en vino de modo nuevo y maravilloso podemos ver en figura la nueva bebida del sacramento que se nos brinda. Gracias al bautismo del Cordero de Dios, recibimos la gracia de un bautismo que nos regenera y nos salva.

Es, por tanto, nuestro deber, hermanos míos, para honrar a nuestro Salvador, cuyo nacimiento hemos ya celebrado en santa alegría, festejar hoy también con gran devoción el aniversario de los prodigios que podemos considerar como primicias de sus milagros. Con razón se nos propone en un mismo día estos tres misterios a quienes confesamos que, las tres personas de la Trinidad inefable no son más que un Sólo Dios. Nuestro Señor y Redentor Jesucristo, quiso revelarse a los hombres por medio de estos milagros, para que

se manifestase en sus obras la divinidad invisible, oculta en su naturaleza humana. El tentador no descubriría en su carne al Verbo del Padre omnipotente, mientras que todo mortal que confesase la naturaleza divina y humana del Verbo, alcanzaría la salvación.

El Hijo de Dios acude a las bodas para santificar con su sagrada presencia el matrimonio que ya había sido instituído. Acude a las bodas de la antigua Ley, el que va escoger una esposa eternamente virgen en en el pueblo pagano convertido. Acude a un matrimonio el que no es producto de matrimonio. Acude a las bodas, no para tomar vino, sino para proporcionarlo; en efecto, cuando faltó el vino a los comensales, díjole la bienaventurada María: "No tienen vino." Respondióle Jesús, como molestado: "Mujer ¿qué nos va nosotros en ello?" (JUAN, II, 2 sg.) Son sin duda palabras de negación. Pero solamente, al parecer, porque la Madre le llamó la atención por la falta de vino material, a Aquel que había venido a ofrecer a todos los pueblos el nuevo caliz de la salvación eterna. Con su respuesta; "Aún no ha llegado mi hora", anunció la hora gloriosa de su Pasión en la que se había de derramar aquel vino por la salvación universal. Pidió María una gracia temporal, y Cristo preparó alegrías eternas. Con todo eso, no rehusó el Señor en su bondad complacer en las cosas pequeñas mientras llegan las grandes. Viendo María en espíritu, como Madre de Dios que era, las cosas futuras, y previendo la voluntad divina advierte con solicitud a los criados: "Haced cuanto os diga" (JUAN, II, 5.) Sabía la santísima Madre que la reconvención de su Hijo y Señor no era una repulsa de ofendido, sino que encerrábase en ella un misterio de su bondad. Y para que no tenga que avergonzarse la Madre por el reproche, el Señor abre los tesoros de su grandeza, y dice al siervo que aguardaba: Llena de agua las ánforas" (JUAN, II, 7.) El

criado obedece. Y ved, cómo de repente toman las aguas vigor, color, y olor, trocando su propia naturaleza. Este cambio de la naturaleza del agua, demuestra el poder del Creador allí presente, pues sólo puede mudar el agua en otra cosa, el que sacó de la nada sus elementos... No lo dudéis, carísimos. El que trocó en vino las aguas, es el que las solidificó en la nieve, las endureció en el hielo, las convirtió en sangre para los Egipcios, y las hizo brotar de la dura roca para aliviar la sed de los hebreos. El es quien alimenta del agua de una nueva fuente, como si fuera de un seno materno, a la muchedumbre de los pueblos.

"El que obró Jesús en Caná de Galilea, fué el primero de sus milagros, y manifestó su gloria y creyeron en El sus discípulos" (JUAN, II, 11.) Creyeron los discípulos no sólo lo que habían visto realizarse, sino lo que la vista material no podía ver. No solamente creyeron que Jesucristo era hijo de la Virgen, sino que era Hijo del Altísimo, como lo probaba el milagro.

Nosotros también queremos creer, hermanos míos, que Aquel a quien confesamos Hijo del hombre, es al mismo tiempo verdadero Hijo de Dios. Es hermano nuestro por naturaleza, e igual al Padre en su esencia. En cuanto hombre, asistió a las bodas, en cuanto Dios mudó el agua en vino. Si esa es nuestra fe, el Señor nos dará a beber el buen vino de su gracia. *(Brev. rom. 5.ª día de la Oct. de la fiesta, Homil. 7.ª de la Epif. P. L.* 57, 271-276.)

CONCLUSION

Cántico de Román el cantor para la fiesta del Nacimiento de Nuestro Señor 57

1. La Virgen nos trae hoy al mundo, al que está sobre el mundo; la tierra da al Inaccesible una gruta por albergue, Angeles y pastores prorrumpen en alabanzas; los Magos pónense en camino guiados por la estrella. Porque nos ha nacido, niño de un día, el Dios que existe antes del tiempo.

2. Belén vuelve a abrir el Edén; venid y veamos; hemos hallado ocultas dulzuras; acudamos a saborear las delicias encerradas en la gruta. Florece allí sin ser regado un tallo que hace nacer el perdón. Hay allí un pozo que no ha cavado mano humana, de cuyas aguas hubiera deseado David saciarse. Allí una Virgen que da a luz, apaga al mismo tiempo la sed de Adán y de David. Acudamos, pues, al lugar donde acaba de nacer, niño de un día, el Dios eterno.

3. El padre de la madre ha querido hacerse hijo suyo; el Salvador de los hijos descansa en un pesebre, hecho también hijo. La que le ha dado a luz, al fijar en El sus ojos, exclama: ¿Qué es esto, hijo mío; cómo has nacido Tú en mí y cómo has vivido y te has desarrollado? Te veo fruto de mis entrañas y me pasmo; mis pechos se llenan de leche, sin haber conocido va-

rón. Mientras te admiro envuelto en estos pañales, contemplo la sagrada flor de mi virginidad y a ti que has nacido sin violarla, niño de un día, Dios eterno.

4. "Altísimo Rey, ¿qué tienes tu que ver con los indigentes? Creador de los cielos ¿por qué vienes a morar con los habitantes de la tierra? En una gruta estás satisfecho, en un pesebre pones tu dicha. No hay lugar en la posada para tu sierva; no hay lugar ni en la misma gruta, pues tampoco te pertenece. Cuando Sara tuvo un hijo, recibió grandes bienes; en cuanto a mí, ni siquiera una cueva; no tengo más que esa que has querido habitar Tú, niño de un día y Dios eterno."

5. Mientras se entretiene en su corazón con estos pensamientos y dirige sus plegarias al conocedor de todos los misterios, llega a oídos de la Virgen que se hallan allí los Magos y buscan al recién nacido. Recíbeles al momento y exclama: "¿Quiénes sois?" Respondiéronle: "Mas bien, contestadnos Vos ¿cuál es vuestra nobleza, para haber dado a luz a un niño semejante? ¿Cuál vuestro padre y vuestra madre, para ser madre y nodriza de un hijo que no tiene padre? Al ver su estrella hemos acudido juntos, pues ha aparecido niño de un día, el Dios eterno."

6. "Balaam, en efecto, nos había preparado ya para comprender su profecía al anunciar la aparición de una estrella, estrella que haría inútiles la adivinación y el presagio; estrella que habría de resolver las parábolas de los sabios, sus enigmas y sentencias; estrella cuyo fulgor es más resplandeciente que el mismo sol que nos alumbra, porque ella ha creado todas las estrellas; de ella se dijo, que saldría de Jacob como niño de un día, y Dios eterno."

7. Al oír este maravilloso discurso, prosternóse, María y adoró al hijo nacido de sus entrañas, y dijo sollozando: Grandes son las cosas, hijo mío, grandes

son las cosas que has realizado en mi pobreza. Mira que los Magos te buscan afuera; los soberanos de Oriente desean ver tu rostro, contemplarte es el deseo de los potentados de tu pueblo. Porque verdaderamente pueblo tuyo es, y por él has nacido, niño de un día y Dios eterno.

8. Y pues son tuyos, hijo mío, manda que entren y vean tu rica pobreza y noble indigencia, porque tu eres mi tesoro y mi gloria, de manera que no tengo por qué avergonzarme: en ti residen la gracia y la verdad. Permite, pues, que se acerquen a este refugio; no me importa la pobreza, pues mi tesoro eres Tú, a quien desean contemplar esos príncipes; lo que buscan reyes y Magos es el lugar donde ha nacido niño de un día, el Dios eterno.

9. Jesús, Cristo y Dios verdadero habló interiormente al corazón de su Madre, y le dijo: "Que entren los que son atraídos por mi palabra, que es luz para los que me buscan, estrella para los ojos, y fortaleza para el alma intelectual." Como una esclava ha conducido hasta aquí a los Magos y ahora para terminar su oficio se detiene y señala con sus rayos el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

10. "Recibe, pues, ahora, digna Señora, recibe a los que me han recibido; pues estoy con ellos como estoy en tus brazos, y al hacerles compañía no te he abandonado." La santísima Virgen abre la puerta y acoge a los Magos. Abre, la que es puerta cerrada a todos, menos a Cristo que la ha traspasado: abre la que estuvo siempre clausurada, la que nunca perdió el tesoro de su virginidad: abre aquella por quien fué dado al mundo, puerta del cielo, niño de un día el Dios eterno.

11. Inmediatamente penetran los Magos en la habitación, y se estremecen en presencia de Cristo al ver a su madre y al esposo de ésta. Con todo respeto

exclaman: "Este niño no tiene padre. ¿Cómo, pues, oh Virgen, contemplamos aquí bajo este techo al esposo sin mancha? ¿Tu gravidez no fué inmaculada?" Ya sabemos que la presencia de José a tu lado no es reprensible, pero una turba de envidiosos buscan el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

12. Escuchad, dice María a los Magos, la razón por la que guardo a José en mi casa: es para evitar cualquier calumnia; él os podrá decir cuanto sabe de mi hijo, pues se le apareció en sueños un ángel para decirle de dónde había yo concebido. Por la noche una visión de luz tranquilizó a este hombre justo. Si está aquí José es para demostrar que el niño de un día es Dios eterno.

13. "El os podrá referir lo que ha oído, y todo aquello de que ha sido testigo, de los homenajes del cielo y de la tierra, los de los pastores, cómo se unieron en las alabanzas los ángeles a los seres mortales, mientras que una estrella os guiaba a vosotros, oh Magos, iluminándoos y señalándoos el camino. Mas, dejémonos de discursos, explicadnos ya cuanto os ha acaecido, de dónde venís y cómo habéis hecho el viaje, mientras aparecía, niño de un día, el Dios eterno."

14. Después de haberse expresado así la gloriosa Madre, respondiéronle los oráculos de Oriente: "¿Deseáis saber de dónde y cómo venimos? De la tierra de Caldea donde no se dice": "El Señor es Dios de dioses"; de Babilonia donde no se conoce al Creador de la luz, a la que se adora. De allí venimos. El resplandor de la estrella de tu infancia nos sacó del fuego de Persia; abandonando aquel fuego destructor, venimos a contemplar al fuego luminoso, al niño de un día y Dios eterno.

15. Todo es vanidad de vanidades. Y nadie saca provecho de esta verdad, ni siquiera los que la creemos. Unos engañan, otros son engañados. Por eso, oh

Virgen, damos gracias a tu hijo por quien nos hemos visto libres no sólo del error, sino de todas las emboscadas de las regiones por las que hemos pasado, regiones impías y lenguas desconocidas. Hemos recorrido la tierra paso a paso, llevando por antorcha a la estrella, para buscar el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno.

16. Aún nos guiaba la estrella cuando entramos en Jerusalén, recorriéndola enteramente para aclarar las profecías; porque supimos que Dios habría de venir a visitarla, y al fulgor de esta luz la recorrimos deseosos de ver la gran justificación. Pero nada encontramos, porque el arca había sido tomada y con ella los bienes que poseía. Ha concluído el pasado, todo ha sido renovado por el niño de un día y Dios eterno."

17. Sí, dijo María, sí, dijo a los Magos llenos de fe; habéis recorrido Jerusalén, la ciudad que mata a los profetas, pero ¿cómo habéis pasado por la enemiga de todos sin entristeceros? ¿No sabéis que Herodes, el zorro, no respira más que crímenes? Respondiéronla: "No lo ignoramos, oh Virgen, pero nos hemos servido de él para buscar el lugar donde ha nacido, niño de un día, el Dios eterno."

18. Al oír la madre de Dios estas palabras, les dijo: ¿"Qué os preguntaron el rey Herodes y los fariseos? — Primeramente Herodes, respondieron, y luego los notables de vuestra nación indagaron de nosotros el tiempo exacto de la aparición de la estrella, y al saberlo, como si no lo hubieran conocido, no desearon ver a Aquel de quien se trataba, pues sólo a los que le buscan se deja ver el niño de un día y Dios eterno.

19. Aquellos necios nos tomaron por locos y nos preguntaban: ¿De dónde venís, y cuándo salísteis? ¿Por qué no habéis seguido los caminos ordinarios? Les respondimos lo que ya sabían: ¿Cómo atravesásteis

vosotros en otro tiempo el gran desierto? El que a vosotros os sacó de Egipto nos ha guiado a nosotros también desde Caldea; entonces lo hizo mediante una columna de fuego, ahora por medio de una estrella, hasta llegar al niño de un día y Dios eterno.

20. La estrella iba siempre delante de nosotros, como Moisés delante de vosotros, con el bastón en la mano y la mirada en la luz del conocimiento divino: él os alimentó a vosotros en el desierto con el maná y os dió a beber de la roca; a nosotros nos nutre su esperanza, y su alegría nos sacia; no sentimos deseos de volver a Persia por un camino difícil, después de haber contemplado, adorado y glorificado al niño de un día y Dios eterno."

21. Estas son las palabras pronunciadas por los sinceros Magos; confirmólas la agusta Virgen, y el Niño sancionó los testimonios de ambas partes, al dejar a la una el seno inmaculado después de su nacimiento, y a los otros el alma y el cuerpo sin cansancio después del viaje. Como Habacuc cuando se trasladó hasta Daniel, ninguno de ellos experimentó fatiga; el que se apareció a los profetas, manisfestóse también a los Magos, niño de un día y Dios eterno.

22. Después de todas sus explicaciones, los Magos cogieron sus presentes y prosternados ante el Don de dones, Aroma de aromas, ofrecieron a Cristo oro, mirra e incienso, diciendo: "Acepta estos tres dones como el Himno tres veces santo de los serafines; no los rechaces como los de Caín, antes acógelos como la ofrenda de Abel, en atención a la que te dió a luz, de la cual para nosotros naciste, niño de un día y Dios eterno."

23. En presencia de los Magos que tenían en sus manos los nuevos y ricos presentes y que cayeron por tierra invitados por la estrella, en presencia de los pastores que entonaron himnos, la Inmaculada oró

de esta manera, al Señor que conocía todos estos prodigios: Acepta, Hijo mío, estos triples dones y concede a tu madre estas tres peticiones. Te suplico por un tiempo bueno, por los frutos de la tierra y por todos sus habitantes. Sé a todos propicio, pues de mí has nacido niño de un día y Dios eterno.

24. Porque no sólo soy tu Madre, hijo mío bondadoso, no sólo te doy mi leche a ti que me la has concedido, sino que te suplico por todas estas cosas. Me has hecho abogada y orgullo de mi raza; en mí halla el universo, una poderosa auxiliadora, una muralla, un sólido fundamento. Hacia mi se dirigen las miradas de los hombres lanzados del paraíso. Haz que comprendan un día el misterio de que fué por mí, por quien viniste al mundo, niño de un día y Dios eterno.

25. "Oh Salvador, salva al mundo; para eso has venido. Da fuerza a todo lo tuyo; para eso me manifestaste tu gloria a mí, a los Magos y a toda la creación. Los Magos, a quienes descubriste la luz de tu rostro, se prosternan en tu presencia y te ofrecen dones, útiles, bellos y muy solicitados. Me harán muy buen servicio al marchar a Egipto, huyendo contigo y por tu causa, mi Guía, mi Hijo, mi Redentor, Fuente de todas mis riquezas, niño de un día y Dios eterno." (*J. B. Pitra, Analecta Sacra,* t. I, París, 1876. p. 1-11.)

INDICE

Págs.

EL ADVIENTO

PROPIO DE TIEMPO

Págs.

EL TIEMPO DE NAVIDAD

Págs.

Págs.

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

Págs.

FLORILEGIO

DOM PROSPERO GUERANGER
ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE SANTO DOMINGO DE SILOS

II

SEPTUAGESIMA, CUARESMA Y PASION

CON LA SEMANA SANTA INSTAURADA



1956
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ, O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos, die 21 Martii 1956

1211

Nihil obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Can. - Secr.

PRINTED IN SPAIN

Ediciones Aldecoa - Burgos 17363

TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

SU IMPORTANCIA. — El tiempo de Septuagésima abarca las tres semanas que preceden inmediatamente a la Cuaresma. Constituye una de las principales divisiones del Año Litúrgico, y se desarrolla en tres secciones semanales, de las que la primera se llama propiamente Septuagésima, la segunda Sexagésima y la tercera Quincuagésima.

Es evidente que estos nombres expresan mera relación numérica con la palabra Cuadragésima de la que se deriva la palabra española Cuaresma. Ahora bien, la palabra Cuadragésima señala la serie de cuarenta días que hay que recorrer para llegar a la solemnidad de la Pascua. Las palabras Quincuagésima, Sexagésima y Septuagésima nos anuncian la misma solemnidad en una lejanía más acentuada; mas no por eso la Pascua deja de ser el gran asunto que empieza a

considerar la Santa Madre Iglesia y que ésta propone a sus hijos como fin a que desde luego han de enderezar todos sus deseos y esfuerzos.

Exige, pues, la Pascua como preparación cuarenta días de recogimiento y penitencia; este tiempo es la palanca más potente de que echa mano la Iglesia para remover en el corazón y en el espíritu de los fieles el vivo sentimiento de su vocación. Asunto de capital importancia para ellos es no dejar que este período de gracias transcurra sin provecho en el mejoramiento, en la renovación de toda su vida. Era, por tanto, conveniente disponerlos a este *tiempo de salud,* ya de suyo una preparación, a fin de que, amortiguándose poco a poco en sus corazones las algazaras mundanales, escuchasen con atención el grave aviso que la misma Iglesia les dará al imponerles la ceniza en la cabeza.

ORIGEN. — La historia de la Septuagésima se halla íntimamente ligada con la de Cuaresma. En efecto, en pleno siglo v, la Cuaresma comenzaba el domingo VI antes de Pascua (actual domingo I de Cuaresma), y comprendía los cuarenta días finalizados el Jueves Santo, considerado en la antigüedad cristiana como el primer día del Misterio Pascual. No se ayunaba el domingo; y, por consiguiente, no había, hablando con exactitud, más que 34 días de ayuno efectivo (36 con el Viernes y Sábado Santo). El

deseo de imitar el ayuno del Señor, indujo a algunas almas más fervorosas a comenzarle algunos días antes.

QUINCUAGÉSIMA. — Vemos aparecer por primera vez esta observancia completa en el siglo v. San Máximo de Turín, en su Sermón 26 predicado hacia el año 451, la reprueba y advierte que la Cuaresma empieza el domingo de Cuadragésima; pero en el Sermón 36 del año 465 la autoriza, considerándola muy generalizada entre los fieles.

En el siglo VI escribe San Cesáreo de Arlés, en su Regla a las Vírgenes, que se ha de empezar el ayuno una semana antes de la Cuaresma. Desde entonces, pues, existe la Quincuagésima, al menos en los monasterios. El primer concilio de Orleans, celebrado el año 511, ordena que antes de Pascua observen los fieles la Cuadragésima y no la Quincuagésima, a fin de "mantener, dice el canon 26, la unidad de los usos". Los concilios de Orange, de 511 y 541 respectivamente, censuran el mismo abuso y prohiben ayunar antes de Cuadragésima. Hacia el año 520 señala el autor del *Liber Pontificalis* la costumbre de anticipar una semana la Cuaresma; mas parece que esta costumbre estaba aún poco extendida.

SEXAGÉSIMA. — Pronto se amplió el período consagrado al ayuno, y una nueva semana vino a sumarse a la Quincuagésima. Hallamos men-

cionada por primera vez la Sexagésima en la Regla de San Cesáreo para Monjes, antes de 542. El IV concilio de Orleans, en 541, la menciona en son de defensa del ayuno anticipado.

SEPTUAGÉSIMA. — Viene finalmente en Roma la Septuagésima al terminar el siglo VI o al empezar el VII. La menciona San Gregorio Magno (594-604) en sus homilías. Poco a poco se extendieron los usos litúrgicos a la Italia septentrional con Milán a la cabeza, y después, merced a la acción de los carolingios, a toda Europa occidental. Inglaterra los aceptó al fin del siglo VII e Irlanda después del siglo IX. Aunque se observaba el ayuno en Quincuagésima y Sexagésima, parece ser que Septuagésima consistía en sus comienzos en la mera celebración litúrgica, sin ayuno, hasta que le impusieron en el siglo IX los concilios francos.

SUPRESIÓN DEL ALELUYA. — Vemos por Amalario que a principios del siglo IX se suspendía el *Alleluia* y el *Gloria in excelsis Deo* en Septuagésima. Se avinieron los monjes a esta costumbre aunque San Benito disponía lo contrario. Algunos son de parecer que San Gregorio VII (1073-1085) suprimió el oficio aleluyático, en uso hasta entonces en el domingo de Septuagésima. Se trata de las antífonas aleluyáticas de Laudes. San Gregorio VII, al parecer, las reemplazó por las del oficio de Sexagésima y

dotó a este último de nuevas antífonas. Da testimonio del hecho el *Ordo Ecclesiae Lateranensis* del siglo XII. Gregorio VII fué, quizás, quien anticipó la supresión del aleluya al sábado anterior a Septuagésima[1].

Así llegó a fijarse definitivamente, tras varios tanteos, este tiempo del Año Litúrgico. Dependiente de la fecha de Pascua, está sujeto, por tanto, al avance o retroceso consiguiente a la movilidad de dicha fiesta. Se suelen llamar el 18 de enero y el 22 de febrero *Llaves de Septuagésima* porque el domingo de este nombre no puede caer ni antes de la primera fecha ni después de la segunda.

---

[1] Mgr. Callewaert, *Sacris erudiri*, p. 650.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

El Tiempo que empezamos, encierra profundos misterios que no son exclusivos de las tres semanas que debemos recorrer hasta llegar a la santa Cuaresma, sino que se extienden al período entero que nos separa de la gran solemnidad pascual.

DOS ÉPOCAS. — El número septenario es el fundamento de estos misterios. "Hay dos tiempos, dice San Agustín en su Explicación del salmo CXLVIII: el uno se desarrolla ahora entre las tentaciones y tribulaciones de esta vida; el otro transcurrirá en seguridad y alegría eternas. Celebramos ambos; el primero *antes de Pascua*, el segundo *después de Pascua*. El tiempo *antes de Pascua* expresa los apuros de la vida presente, el tiempo *después de Pascua* significa la bienaventuranza que gozaremos un día. Esta es la razón de por qué pasamos el primer período de que hablamos en ayuno y oración, mientras el segundo está consagrado a cánticos de alegría y entre tanto se suspenden los ayunos."

DOS LUGARES. — La Iglesia, intérprete autorizada de las Sagradas Escrituras, nos muestra, en conexión directa con los dos tiempos de San Agustín, a las dos ciudades de Babilonia y Jerusalén. La primera es símbolo de este mundo pecador; el cristiano ha de vivir aquí el tiempo de prueba. La segunda es la patria celestial, donde descansará de sus luchas. El pueblo de Israel, cuya historia toda no es más que una figura grandiosa del género humano, se vió realmente desterrado de Jerusalén y cautivo en Babilonia.

La cautividad de Babilonia duró 70 años. Para expresar este misterio ha fijado la Iglesia, según Alcuino, Amalario, Ivo de Chartres y en general todos los liturgistas de la edad media, el número septuagenario para los días de expiación, tomando, conforme al uso de las Sagradas Escrituras, el número empezado por el completo y acabado.

LAS SIETE EDADES DEL MUNDO. — La duración misma del mundo, conforme a las antiguas tradiciones cristianas, se divide en siete períodos. El género humano ha de recorrer siete etapas antes de que surja el día de la vida eterna. La primera se extendió desde la creación de Adán hasta Noé; la segunda desde Noé y el diluvio hasta la vocación de Abrahán; la tercera comienza con este primer esbozo del pueblo de

Dios y va hasta Moisés, por cuya mano dió el Señor la ley; la cuarta abarca desde Moisés a David, por quien empieza a reinar la casa de Judá; la quinta comprende la serie de siglos desde el reino de David hasta el cautiverio del pueblo judío en Babilonia; la sexta se extiende desde la vuelta del cautiverio hasta el nacimiento de Jesucristo. Llega finalmente la edad séptima; se abre con la aparición del Sol de justicia y ha de perdurar hasta el advenimiento del Juez de vivos y muertos. Estas son las grandes divisiones de los tiempos, tras las cuales no habrá más que eternidad.

El septenario de alegría. — Para alentar nuestros corazones en medio de los combates que jalonan el sendero de la vida, la Iglesia nos muestra otro septenario que debe seguir al que vamos a recorrer. Después de una Septuagésima de tristeza llegará Pascua con sus siete semanas de alegría a traernos un anticipo de los consuelos y delicias del cielo. Después de haber ayunado con Cristo y de haberle compadecido en su pasión, resucitaremos con él y nuestros corazones le seguirán hasta el cielo empíreo. Poco después sentiremos descender hasta nosotros al Espíritu Santo con sus siete dones. Así la celebración de tales y tantas maravillas reclamará de nuestra parte nada menos que siete semanas completas, desde Pascua a Pentecostés.

TIEMPO DE TRISTEZA. — Después de haber lanzado una mirada de esperanza a este futuro consolador, es menester volver a las realidades presentes. ¿Qué papel representamos en este mundo? El de desterrados, cautivos, al alcance de todos los peligros que Babilonia entraña. Si amamos la patria, si tenemos empeño en volverla a ver, debemos repudiar los falsos atractivos de esta pérfida extranjera y arrojar lejos de nuestros labios la copa que embriaga a muchísimos de nuestros compañeros de cautiverio. Nos convida seductora a juegos y placeres, pero debemos colgar nuestras arpas en los sauces de sus ríos, hasta que nos sea franqueada la entrada en Jerusalén. Pretende decidirnos a entonar al menos los cánticos de Sión en su recinto, como si nuestro corazón pudiese encontrar satisfacción lejos de la patria, cuando un destierro eterno sería la expiación de nuestra infidelidad; mas "¿cómo podríamos cantar los cánticos del Señor en tierra extranjera?" [1].

RITOS DE PENITENCIA. — Estos sentimientos quiere infundirnos la Santa Madre Iglesia durante estos días; llama nuestra atención sobre los peligros que nos rodean dentro de nosotros mismos y en las criaturas que nos circundan. En el trascurso del año nos espolea a repetir el canto del cielo, el alegre *alleluia,* y henos aquí

[1] *Ps.* CXXXVI.

que hoy su mano sella nuestros labios y nos reprime el grito de alegría que no ha de resonar en Babilonia: "Estamos en camino, lejos del Señor"[1]; reservemos nuestros cánticos de alegría hasta llegar a El. Somos pecadores y con excesiva frecuencia cómplices de los infieles; purifiquémonos por el arrepentimiento, porque está escrito: "las alabanzas del Señor pierden su hermosura en labios del pecador"[2].

La nota más característica del tiempo en que entramos es la supresión del *Alleluia;* no volverá a oírse en la tierra hasta que, habiendo muerto con Cristo, resucitemos con él para una vida nueva[3].

También se nos quita el cántico de los ángeles, el *Gloria in excelsis Deo,* que hemos cantado todos los domingos desde la Navidad del Redentor; sólo podremos cantarlo los días entre semana en que se celebre la fiesta de algún Santo. El Oficio de la noche del domingo perderá igualmente, hasta Pascua, el Himno Ambrosiano, *Te Deum laudamus.* Al fin del Sacrificio el diácono no despedirá ya a la asamblea con estas palabras: *Ite, Missa est;* se limitará a invitar al pueblo cristiano a continuar su oración en silencio, *bendiciendo* al Dios de la misericordia, que nos sufre a pesar de nuestras iniquidades.

---

1 *II Cor.,* V, 6.
2 *Eccli.,* XV, 9.
3 *Coloss.,* II, 12.

Después del *Gradual* de la Misa, en lugar del triple *Alleluia* que preparaba nuestros corazones a abrirse para escuchar la voz del mismo Señor con la lectura del Evangelio, oiremos la expresiva melodía del *Tracto*. Expresará sentimientos de arrepentimiento, de súplica angustiosa, de humilde confianza, sentimientos que debemos asimilarnos nosotros en estos días.

OTROS RITOS LITÚRGICOS. — Para que también nuestros ojos se den cuenta de que la etapa en que penetramos, es un tiempo de duelo, el color ordinario de los ornamentos será el morado, siempre que no se celebre una fiesta de Santo. Mas hasta el Miércoles de ceniza, el diácono y subdiácono continuarán usando dalmática y túnica; pero a partir de este día se despojarán de esos vestidos de alegría, esperando que la austera Cuaresma inspire a la Santa Iglesia la exteriorización, más y más acentuada cada día, de sus tristezas por la supresión de todo lo que podría recordar aún en parte el esplendor con que solía rodear los altares en otras épocas.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

Se han esfumado lejos de nosotros las alegrías navideñas. Apenas hemos podido disfrutar cuarenta días el gozo que nos trajo el nacimiento del Emmanuel. Ya se oscurece el cielo de la Iglesia y pronto aparecerá cubierto de celajes todavía más sombríos. ¿Se ha perdido, por ventura, para siempre el Mesías aguardado en la esperanza durante las semanas de Adviento? ¿ha desviado, acaso, el Sol de justicia su trayectoria lejos de la tierra culpable?

COMUNIÓN EN LA PASIÓN DE CRISTO. — Soseguémonos. El Hijo de Dios, el Hijo de María, no nos desampara. Si *el Verbo se hizo carne,* fué para *habitar entre nosotros.* Una gloria mayor que la del nacimiento entre los conciertos angélicos, le está reservada, y debemos participar con Cristo de ella. Pero ha de conquistarla con muchos padecimientos y no la logrará sin la más cruel y afrentosa muerte; si queremos participar del triunfo de su Resurrección, hemos de seguirle

en la vía dolorosa, regada con sus lágrimas y teñida con su sangre.

Pronto hará oír su voz la Iglesia invitándonos a la penitencia cuaresmal; pero antes quiere que, en la rápida carrera de tres semanas de preparación a ese bautismo trabajoso, nos detengamos a sondear las profundas heridas infligidas a nuestras almas por el pecado. No hay, sin duda, cosa alguna que pueda parangonarse con la lindeza y dulzura del Niño de Belén; pero sus lecciones de humildad y sencillez, no bastan ya a las necesidades de nuestras almas. Ya se levanta el altar en que será inmolada esta víctima de la más tremenda justicia. Por nosotros es por quien ha de expiar; urge el tiempo de exigirnos cuentas a nosotros mismos de las obligaciones contraídas con Aquel que se apresta a sacrificar al inocente por los culpables.

Obra de purificación. — El misterio de un Dios que se digna hacerse carne por los hombres nos franqueó la pista de la *vía iluminativa*. Pero todavía nuestros ojos están invitados a contemplar una luz más viva. No se altere, pues, nuestro corazón; las esplendideces de Navidad serán sobrepujadas el día de la victoria del Emmanuel. Mas deben purificarse nuestros ojos si quieren contemplarlas, escudriñando sin remilgos los abismos de nuestras miserias. No nos escatimará Dios su luz para llevar al cabo esta obra de justicia; y si llegamos a conocernos a

nosotros mismos, a conocer cabalmente cuán profunda es la caída original, a justipreciar la malicia de nuestras faltas personales, a comprender, en cierto grado al menos, la misericordia inmensa del Señor para con nosotros, estaremos entonces preparados a las expiaciones saludables que nos aguardan y a los goces inefables que han de seguirlas.

El tiempo en que entramos, está, pues, consagrado a los más serios pensamientos, y no acertaremos a expresar más adecuadamente los sentimientos que la Iglesia espera del cristiano en esta parte del año, que traduciendo aquí algunos pasos de la exhortación elocuente que en el siglo XI dirigía el gran Ivo de Chartres a su pueblo al empezar la Septuagésima: "Ha dicho "el Apóstol: *Toda criatura gime y está de parto "hasta ahora. También nosotros, que tenemos "las primicias del espíritu, gemimos esperan- "do la adopción de hijos de Dios y la reden- "ción de nuestro cuerpo*[1]. Esta criatura geme- "bunda es el alma secuestrada de la corrupción "del pecado; deplora verse aún sujeta a tantas "vanidades, padece dolores de parto mientras "está alejada de la patria. Es el lamento del sal- "mista: *¡Ay!, ¿por qué se prolonga mi des- "tierro?*[2]. El mismo Apóstol, que había recibido "el Espíritu Santo, siendo uno de los primeros "miembros de la Iglesia, en sus ansias de recibir

[1] *Rom.*, VIII, 22.
[2] *Ps.* CXIX.

"efectivamente la adopción de hijos que en espe-"ranza ya poseía, exclamaba: *Quisiera morir y "estar con Jesucristo*[1]. Debemos, por tanto, más "que en otros tiempos, dedicarnos a gemir y llo-"rar, para merecer, por la amargura y lamentos "de nuestro corazón, volver a la patria de donde "nos desterraron los goces que acarrean la muer-"te. Lloremos, pues, durante el viaje para rego-"cijarnos en el término; corramos el estadio de "la presente vida de modo que alcancemos al fin "el galardón del llamamiento celestial. No sea-"mos de esos insensatos viandantes que se olvi-"dan de su patria, se aficionan a la tierra del "destierro y se quedan en el camino. No seamos "de esos enfermos insensibles que no aciertan a "buscar el remedio de sus dolencias. No hay es-"peranza de vida para aquel que desconoce su "mal. Vayamos presurosos al médico de la salva-"ción eterna. Descubrámosle nuestras heridas. "Llegue hasta El este nuestro grito desgarrador: "*Tened piedad de mí, Señor, que estoy enfermo; "curadme, Señor, pues todos mis huesos están "conmovidos*[2]. Entonces sí que nuestro médico "nos perdonará nuestros desmanes, curará nues-"tras flaquezas y satisfará nuestros buenos de-"seos."

VIGILANCIA. — Es evidente que el cristiano en este tiempo de Septuagésima, si de veras quiere

[1] *Philip.*, I, 23.
[2] *Ps.* VI.

adentrarse en el espíritu de la Iglesia, ha de dar un "alto aquí" a esa falsa seguridad, a ese contentamiento de sí mismo que arraigan sobrado frecuentemente en el fondo de las almas muelles y tibias que cosechan la mera esterilidad. ¡Felices todavía si tales disposiciones no acarrean insensiblemente la extinción del verdadero sentido cristiano! Quien se cree dispensado de esa continua vigilancia tan recomendada por el Salvador [1], está ya dominado por el enemigo; quien no siente la necesidad de combate alguno, de lucha alguna para sostenerse, para seguir el sendero del bien, debe temer no se halle en la vía de ese reino de Dios que no se conquista sino a viva fuerza [2]; quien olvida los pecados perdonados por la misericordia de Dios, debe temblar de que sea juguete de peligrosa ilusión [3]. Demos gloria a Dios en estos días que vamos a dedicar a la animosa contemplación de nuestras miserias, y, saquemos, del propio conocimiento de nosotros mismos, nuevos motivos para esperar en Aquel a quien nuestras debilidades y pecados no estorbaron se abajara hasta nosotros, para sublimarnos hasta Sí.

[1] *S. Marc.*, XIII, 37.
[2] *S. Matth.*, XI, 12.
[3] *Eccli.*, V. 5.

PROPIO DE TIEMPO

EL SABADO ANTERIOR AL DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

SUSPENSIÓN DEL ALELUYA. — El calendario traerá pronto la conmemoración de los dolores de Cristo y las alegrías de su Resurrección; solas nueve semanas nos separan de estas grandes solemnidades. Ya es hora de que el cristiano disponga su alma a una nueva visita del Señor, más sagrada y decisiva aún que la que se dignó hacernos en su Navidad.

La Santa Madre Iglesia siente la necesidad de despertar nuestros corazones y espolearlos con energía a las cosas celestiales. Con ese fin nos sustrae el *Alleluia,* ese cántico del cielo, que nos asocia a los conciertos angelicales. Somos hombres frágiles, pecadores encorvados hacia el suelo; ¿cómo ese grito de una patria más feliz pudo salir de nuestros labios? Sin duda que el Emmanuel, reconciliador divino entre Dios y los hombres, nos le trajo del cielo entre las alegrías de su nacimiento, y nos hemos atrevido a repe-

tirle; volveremos aún a hacerlo, con nuevo entusiasmo, en el júbilo de su Resurrección; para cantar, empero, dignamente el *Alleluia,* hay que aspirar a la morada de donde nos vino. No se trata de una vana palabra, de una melodía profana o insignificante; es el recuerdo de la patria, de la que estamos desterrados, es la aspiración hacia la vuelta a ella.

SIGNIFICADO DE ESTA PALABRA. — El vocablo *Alleluia* significa: *Alabad a Dios;* pero su íntimo acento es peculiar. No suspenderá la Iglesia, durante nueve semanas, el ejercicio del deber que la fuerza a alabar a Dios. Sustituirá ese vocablo con otro grito de alabanza: *Laus tibi, Domine, Rex aeternae gloriae: Alabanza a ti, Señor, Rey de la gloria eterna.* Pero este grito sube de la tierra, mientras que el otro bajó del cielo.

"El *Alleluia,* dice el piadoso Ruperto, es como "una gota del supremo gozo con que vive alborozada la Jerusalén celeste. Patriarcas y Profetas "le llevaban estampado en el fondo de sus almas; el Espíritu Santo le hizo florecer con plenitud mayor en los labios de los Apóstoles; significa el banquete eterno de los ángeles y almas bienaventuradas, que estriba en alabar incesantemente a Dios, en contemplar sin tregua "de hito en hito la faz del Señor, en cantar sin "lasitud las maravillas siempre nuevas. La indigencia de nuestra vida actual no alcanza a saborear este festín; la perfección en nuestra vida

"presente se cifra en participar, mediante los "gozos de la esperanza, de sentir hambre y sed. "Por eso la misteriosa palabra *Alleluia* no ha sido "traducida, sino que ha quedado en hebreo, como "para significar que no es posible expresar me- "jor una alegría tan extraña a la vida pre- "sente"[1].

Austeridad de Septuagésima. — Durante estos días, en que es menester sintamos las penalidades de nuestro destierro, so pena de quedarnos como tránsfugas en medio de Babilonia, convenía precavernos contra las seducciones de la peligrosa estancia en que trascurre nuestro cautiverio. Por eso la Iglesia, apiadada de nuestras ilusiones y peligros, nos dirige tan solemne aviso. Nos dice, al privarnos del grito de alegría, que han menester nuestros labios de purificarse antes de volver a pronunciar la palabra de los ángeles y santos; que nuestros corazones, enlodados por el pecado y aficionados a los bienes terrenos, han de ser acrisolados por el arrepentimiento. Va a desarrollar a nuestra vista el triste espectáculo de la caída de nuestro primer padre, episodio del que se originaron todas nuestras desgracias y la necesidad consiguiente de una redención. Llora sobre nosotros y quiere nos aflijamos con ella.

Aceptemos la ley que se nos impone, y si las piadosas alegrías se suspenden ya para nosotros,

[1] De los oficios divinos. L. I, c. 35.

caigamos en la cuenta de que es hora de decir un "hasta aquí" a las frivolidades del mundo. Pero, ante todo, rechacemos el pecado; demasiado tiempo ha imperado en nosotros. Cristo se acerca con su Cruz; viene a restaurarlo todo con el fruto superabundante de su sacrificio. Por supuesto, que no queremos caiga inútilmente su sangre sobre nuestras almas como el rocío matutino sobre los arenales todavía calientes del desierto. Confesemos con humilde corazón nuestra condición de pecadores y asemejándonos al publicano del Evangelio, que no osaba levantar los ojos, reconozcamos es justo se nos prive, por lo menos durante unas semanas, de los cánticos con que nuestros labios pecadores se habían familiarizado demasiado, y se atajen los sentimientos de una confianza, sobrado presuntuosa, que contradecían al santo temor de Dios en nuestros corazones.

La despreocupación en lo que atañe a las fórmulas litúrgicas, es el síntoma más sensible de fe enclenque en una cristiandad. Reina por doquier en torno nuestro, y así vemos a muchos cristianos, hasta en los habituados a frecuentar la Iglesia y santos Sacramentos, a quienes no conmueve la supresión anual del *Alleluia* en estos días. Apenas unos cuantos de entre ellos prestan atención muy superficial y distraída, preocupados como están por la rutina de su piedad privada, ajena al pensamiento de la Iglesia.

Si por casualidad aciertan a leer estos renglones, los apremiamos a reflexionar sobre la autoridad soberana y profunda y cuerda sabiduría de nuestra Madre común; la Iglesia, efectivamente, considera la supresión del *Alleluia* como un suceso de los más graves y solemnes del año litúrgico.

Trascribimos las dos antífonas siguientes de origen romano, al parecer, del Antifonario de San Cornelio de Compiègne, publicado por don Dionisio de Sainte-Marthe.

Ant. El buen Angel del Señor te acompañe, *Alleluia,* haga próspero tu viaje, para que vuelvas a nosotros con alegría, *Alleluia, Alleluia.*

Ant. Alleluia. Quédate con nosotros hoy todavía; mañana te irás *Alleluia,* y al amanecer del día emprenderás el viaje, *Alleluia. Alleluia, Alleluia.*

La Iglesia de Francia en el siglo XIII y largos años después, cantaba en Vísperas del sábado de Septuagésima este tierno himno conservado en un manuscrito del siglo X.

HIMNO

¡Alleluia!, dulce cántico, voz de eterna alegría. *¡Alleluia!,* loa suave que los coros celestiales hacen resonar perennemente en la morada de Dios.

¡Alleluia!, Jerusalén celeste, Madre bienhadada donde tenemos derecho de ciudadanía; *¡Alleluia!,* grito jubiloso de tus afortunados habitantes; nosotros, empero, desterrados en las riberas de los ríos de Babilonia no tenemos más que lágrimas.

¡Alleluia! No merecemos cantarle siempre. *¡Alleluia!* Nuestros pecados nos obligan a suspenderle; urge el tiempo que debemos emplear en llorar nuestros crimenes.

Recibe, Trinidad beatísima, este cántico con que te suplicamos nos otorgues la dicha de asistir un día a tu Pascua celestial, donde alegres cantemos a gloria tuya el *Alleluia* sempiterno. Amén.

En la Liturgia actual el adiós del Alleluia es más sencillo. Conténtase la Iglesia con repetir cuatro veces esta misteriosa palabra al fin de las Vísperas del Sábado.

Bendigamos al Señor, Alleluia, Alleluia.
Demos gracias a Dios, Alleluia, Alleluia.

Desde ahora, comenzando por Completas, que siguen inmediatamente, ya no volveremos a oír este cántico del cielo hasta el instante en que el grito de la Resurrección resuene en la tierra.

DOMINGO DE SEPTUAGESIMA

EL PECADO Y SUS CONSECUENCIAS. — La Santa Madre Iglesia nos convoca hoy para recordar juntos con ella el relato de la caída de nuestro primer padre. Semejante desastre nos hace presentir el desenlace de la vida mortal del Hijo de Dios hecho hombre, que se dignó hacerse cargo de expiar personalmente la prevaricación del

principio y todos los desmanes que después se han ido acumulando. Para poder apreciar la grandeza del remedio, es menester sondear la llaga. Se empleará la presente semana en meditar la gravedad del primer pecado y la secuela toda de desventuras que acarreó al linaje humano.

En otros tiempos, hoy leía la Iglesia en el oficio de Maitines, el relato con que Moisés instruyó a todas las generaciones humanas sobre este catastrófico episodio. La actual disposición de la liturgia no nos da esta lectura hasta el miércoles de la semana, habiendo destinado los días precedentes al relato de los seis días de la creación. Mas nosotros daremos desde hoy lugar a esta importantísima lectura, como fundamento de las enseñanzas de la semana.

DEL LIBRO DEL GENESIS (III, 1-19)

La serpiente, el más astuto de cuantos animales del campo hizo Yavé Dios, dijo a la mujer: ¿Con que os ha mandado Dios que no comáis de los árboles todos del paraíso? Y respondió la mujer a la serpiente: Del fruto de los árboles del paraíso comemos, pero del fruto del que está en medio del paraíso nos ha dicho Dios: No comáis de él, ni lo toquéis siquiera, no vayáis a morir. Y dijo la serpiente a la mujer: No, no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal. Vió, pues, la mujer que el árbol era bueno para comerse, hermoso a la vista y deseable para alcanzar por él sabiduría, y cogió de su

fruto y comió y dió también de él a su marido, que también comió. Y abriéronse los ojos de ambos.

Y viendo que estaban desnudos, cosieron unas hojas de higuera y se hicieron unos cinturones. Oyeron a Yavé Dios, que se paseaba por el paraíso al fresco del día y se escondieron de Yavé Dios Adán y su mujer, en medio de la arboleda del jardín. Pero llamó Yavé Dios a Adán, diciendo: Adán, ¿dónde estás? Y éste contestó: te he oído en el jardín y temeroso porque estaba desnudo me escondí. ¿Y quién, le dijo, te ha hecho saber que estabas desnudo? ¿Es que has comido del árbol que te prohibí comer? Y dijo Adán: la mujer que me diste por compañera, me dió de él y comí. Dijo, pues, Yavé Dios a la mujer: ¿Por qué has hecho esto? Y contestó la mujer: la serpiente me engañó y comí. Dijo luego Yavé Dios a la serpiente:

"Por haber hecho esto,
Maldita serás entre todos los ganados
Y entre todas las bestias del campo.
Te arrastrarás sobre tu pecho
Y comerás el polvo todo el tiempo de tu vida
Pongo perpetua enemistad entre ti y la mujer
Y entre tu linaje y el suyo:
Este te aplastará tu cabeza,
Y tú le morderás el calcañal."

A la mujer le dijo:

"Multiplicaré los trabajos de tus preñeces;
Parirás con dolor los hijos,
Y tu propensión te inclinará a tu marido,
El cual dominará sobre ti."

A Adán le dijo: "Por haber escuchado a tu mujer, comiendo del árbol de que te prohibí comer, diciéndote: no comas de él:

"Por ti será maldita la tierra;
Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida;

Te dará espinas y abrojos,
Y comerás de las hierbas del campo.
Con el sudor de tu rostro comerás el pan,
Hasta que vuelvas a la tierra,
Pues de ella has sido tomado;
Ya que polvo eres y al polvo volverás"[1].

He aquí la página fatídica de los anales de la Humanidad. Ella basta para explicarnos la presente situación del hombre en la tierra; por ella, asimismo, nos damos cuenta de la actitud que mejor nos cuadra con respecto a Dios. Volveremos a tratar de este relato en días venideros; y desde ahora debe ser el objeto principal de nuestras reflexiones. Pero volvamos a la explicación de la liturgia del día.

MISA

Celébrase en Roma la estación en la Iglesia de San Lorenzo Extramuros. Los antiguos liturgistas hacen resaltar la relación que existe entre el justo Abel, cuya sangre derramada por su hermano es objeto de uno de los responsorios de Maitines de esta noche, y el mártir sobre cuyo sepulcro abre la Iglesia romana la Septuagésima.

El Introito de la Misa expresa al vivo los terrores de la muerte de que son víctima Adán y toda su descendencia después del pecado. Un grito, sin embargo, de esperanza sale de en me-

[1] Tomamos estos textos de la Sagrada Biblia de Nácar-Colunga, tercera edición, año 1949.

dio de esta desolación. El Señor hizo una promesa el día mismo de la maldición. Confiesen los hombres su miseria, y Dios mismo ofendido será su libertador.

INTROITO

Cercáronme gemidos de muerte, dolores de infierno me rodearon: y en mi tribulación invoqué al Señor, y El, desde su santo templo, escuchó mi voz. — *Salmo:* Amete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta reconoce la Iglesia, que sus hijos merecieron los castigos, secuela del pecado, y pide a su favor misericordiosa libertad.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, escuches clemente las preces de tu pueblo: para que, los que nos afligimos justamente por nuestros pecados, seamos librados misericordiosamente por la gloria de tu Nombre. Por Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. San Pablo a los Corintios (IX, 24-27; X, 1-5).

Hermanos: ¿No sabéis que, los que corren en el estadio, corren todos, ciertamente, pero sólo uno recibe el premio? Corred de modo que lo ganéis. Y, todo el que lucha en la palestra, se abstiene de todo: y ellos, para alcanzar ciertamente una corona corruptible; nosotros, en cambio, por una incorruptible. Yo también corro, pero no a la ventura; lucho, pero no como si azotara al aire; sino que castigo mi cuerpo y lo reduzco a servidumbre, no sea que, habiendo predicado

a los demás, sea yo mismo hallado réprobo. Porque no quiero, hermanos, que ignoréis que nuestros padres caminaron todos bajo la nube; y pasaron todos el mar; y fueron bautizados todos por Moisés en la nube y en el mar; y todos comieron el mismo manjar espiritual; y todos bebieron la misma bebida espiritual (porque bebían de la piedra espiritual que los seguía, y esta piedra era Cristo); pero muchos de ellos no agradaron a Dios.

VIGILANCIA Y GENEROSIDAD. — La enérgica palabra del Apóstol acrece aún nuestra emoción al recuerdo de los trascendentales sucesos vislumbrados en este día. El mundo es una palestra en la que es menester correr; el galardón le alcanzan los ágiles y desembarazados en la carrera. Abstengámonos de cuanto pueda estorbarla y hacernos perder la corona. No nos forjemos ilusiones; nada podemos prometernos mientras no lleguemos al final de la contienda. Nuestra conversión no ha sido, a buen seguro, más sincera que la de San Pablo y nuestras obras más abnegadas y meritorias que las suyas: y sin embargo, como él mismo lo confiesa, el recelo de verse reprobado no ha desaparecido del todo en su corazón. Castiga su cuerpo, y le esclaviza. El hombre, en el estado actual, no posee la recta voluntad de Adán antes de su pecado, de la que, no obstante, hizo tan mal uso. Nos arrastra fatal inclinación, y no podemos conservar el equilibrio sin sacrificar la carne al yugo del espíritu. Dura parece esta doctrina a la mayoría de los

hombres, y por lo mismo, muchos no llegarán al final de la carrera, ni, consecuentemente, les cabrá parte en la recompensa que les estaba destinada. Como los Israelitas de quienes nos habla hoy el Apóstol, merecerán ser sepultados en el desierto sin ver la tierra prometida. Con todo, las mismas maravillas de que fueron testigos Josué y Caleb se desarrollaron ante sus ojos; pero nada remedia la dureza de un corazón que se obstina en cifrar sus esperanzas en las cosas de la vida presente, cual si no fuera patente a cada instante la peligrosa inconsistencia.

Pero si el corazón confía en Dios, si se fortifica con el pensamiento de que nunca falta el socorro divino a aquel que lo implora, correrá sin fatiga los años de su destierro y llegará felizmente a su término. El Señor mira constantemente sobre quien trabaja y sufre. Tales son los sentimientos expresados en el Gradual.

GRADUAL

Tú eres ayudador en la oportunidad, en la tribulación: esperen en ti los que te conocen: porque no abandonas a los que te buscan, Señor. ℣. Porque el pobre no será olvidado para siempre: la esperanza de los pobres no perecerá eternamente: levántate, Señor, no prevalezca el hombre.

Lanza el Tracto un grito a Dios desde el fondo del abismo de nuestra caducidad. Profundamente humillado se ve el hombre por su caída,

pero sabe que Dios rebosa misericordia ya que su bondad le prohibe castigar, nuestras faltas como lo merecen; si así no fuera, ninguno de nosotros podría esperar perdón.

TRACTO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi voz. ℣. Estén, atentos tus oídos a la oración de tu siervo. ℣. Si examinaras nuestras iniquidades, Señor: Señor, ¿quién lo resistiría? ℣. Pero en ti está el perdón, y por tu ley he esperado en ti, Señor.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un padre de familias, que salió de madrugada a contratar obreros para su viña. Y, hecho el convenio con los obreros por un denario al día, les envió a su viña. Y, saliendo cerca de la hora tercia, vió a otros, que estaban ociosos en la plaza, y les dijo: Id también vosotros a mi viña, y os daré lo que fuere justo. Y ellos se fueron. Y salió de nuevo cerca de las horas sexta y nona: e hizo lo mismo. Salió aún cerca de la hora undécima, y encontró a otros parados, y les dijo: ¿Por qué estáis aquí todo el día, ociosos? Dijéronle: Porque nadie nos ha ajustado. Díjoles: Id también vosotros a mi viña. Y, cuando llegó la tarde, dijo el dueño de la viña a su mayordomo: Llama a los obreros y dales la paga, comenzando desde los últimos hasta los primeros. Cuando se presentaron pues, los llegados a la undécima hora, recibieron cada uno un denario. Al llegar los primeros, creyeron que recibirían más; pero también ellos recibieron cada cual un denario. Y, al recibirlo, murmuraban contra el padre de familias, di-

ciendo: Estos postreros sólo han trabajado una hora, y los has igualado a nosotros, que hemos llevado la carga y el calor del día. Mas él, respondiendo a uno de ellos, dijo: Amigo, no te hago agravio: ¿no conveniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo, y vete; pero quiero dar también a este último lo mismo que a ti. ¿O es que no puedo hacer lo que quiera? ¿Acaso es malo tu ojo, porque yo soy bueno? Así los últimos serán los primeros, y los primeros los últimos. Porque muchos son los llamados, pero pocos los escogidos.

LLAMAMIENTO A LAS NACIONES. — Importa mucho comprender bien este paso del Evangelio y ponderar los motivos que decidieron a la Iglesia a colocarle en este día. Fijémonos, por de pronto, en las circunstancias en que el Salvador pronunció esta parábola y el fin instructivo que directamente se propone. Se trata de advertir a los judíos que se acerca el día en que desaparecerá la ley, para dar lugar a la ley cristiana, y disponerlos a aceptar de buen grado la idea de que los gentiles van a ser llamados a hacer alianza con Dios. La viña de que se trata es la Iglesia en sus diversos esbozos desde el principio del mundo hasta que Dios mismo vino a habitar entre los hombres, y crear en forma visible y permanente la sociedad de los que en El creen. La mañana del mundo duró desde Adán hasta Noé; la hora tercia se extendió desde Noé hasta Abrahán; la sexta empieza en Abrahán hasta Moisés; la nona fué la era de los profetas hasta la venida del Señor. Vino el Mesías a la hora undécima cuando

parecía llegar el mundo a su ocaso. Las más estupendas misericordias se reservaron a este período durante el cual la salvación había de extenderse a los gentiles por la predicación de los Apóstoles. En este postrer misterio Jesucristo se propone confundir el orgullo judaico. Nota las repugnancias que fariseos y doctores de la ley mostraban viendo se extendía la adopción a las naciones, por las querellas egoístas que dirigen al padre de familias los obreros convocados a primera hora. Esta obstinación será sancionada como merece. Israel que trabajaba antes que nosotros será rechazado por la dureza de su corazón; y nosotros, gentiles, éramos los últimos y llegamos a ser los primeros, siendo hechos miembros de la Iglesia católica, Esposa del Hijo de Dios.

LLAMAMIENTO DIRIGIDO A CADA UNO DE NOSOTROS. — Tal es la interpretación dada a esta parábola por los Santos Padres, señaladamente por S. Agustín y S. Gregorio Magno; pero esta instrucción del Salvador ofrece además otro sentido avalado también por la autoridad de estos dos santos Doctores. Se trata aquí del llamamiento que Dios dirige a cada hombre, invitándole a merecer el reino eterno por los trabajos de esta vida. La madrugada es nuestra infancia. La hora tercia, conforme al modo de contar de los antiguos es aquella en la que el sol empieza a remontarse en el cielo; es la edad de la juventud.

La hora sexta, mediodía, es la edad del hombre. La hora undécima precede muy poco a la puesta del sol; es la vejez. El padre de familias llama a sus obreros en estas diversas horas; a ellos les toca acudir en cuanto oyen su voz; y no es lícito a las primeras llamadas retrasar su salida a la viña so pretexto de acudir más tarde cuando vuelva a oírse la voz del Amo. ¿Quién les garantiza se prolongará su vida hasta la undécima hora? Y cuando llega la tercia, puede uno siquiera contar con la de sexta? No llamará el Señor al trabajo de las últimas horas más que a quienes en este mundo vivan cuando estas horas suenen; y no se ha comprometido a reiterar nueva invitación a los que desdeñaron la primera.

La Iglesia nos invita en el Ofertorio a celebrar las alabanzas de Dios. Quiere el Señor que los cánticos a gloria suya sean nuestro consuelo en este valle de lágrimas.

OFERTORIO

Es bueno alabar al Señor y salmear a tu nombre, oh Altísimo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, que aceptando nuestros dones y nuestras preces, nos purifiques con estos celestiales Misterios y nos escuches clemente. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión la Iglesia pide que el hombre, regenerado por el alimento celestial, recobre la semejanza de Dios en que fué

creado al principio. Cuanto mayor es nuestra miseria tanto más debemos en Aquel que se abajó hasta nosotros para sublimarnos a El.

COMUNION

Haz brillar tu rostro sobre tu siervo, y sálvame por tu misericordia: Señor, no sea yo confundido, pues te he invocado.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios, que tus fieles se fortalezcan con tus dones: para que, recibiéndolos, los deseen y, buscándolos, los reciban sin fin. Por el Señor.

LUNES DE SEPTUAGESIMA

Beneficios de Dios. — Dijo la serpiente a la mujer: "¿Por qué Dios os ha mandado que no comáis de todos los árboles del paraíso?" Tal es el comienzo de la conversación que nuestra primera madre consiente entablar con el enemigo de Dios; y ya la salvación del género humano peligra.

Recordemos cuanto ha sucedido hasta ese instante. Dios, en su poder y su amor, ha creado dos seres en los que derramó todas las riquezas de su bondad. Ha descorrido ante ellos un porvenir inmortal, acompañado de las condiciones que cifran bienandanza acabada. La naturaleza en-

tera les está sumisa; posteridad incontable nacerá de ellos y para siempre los rodeará de ternura filial. Más aún: Dios que los creó se digna bajar a ellos y familiarizarse con ellos, y, ellos en su inocencia, no se sorprenden de tan gran condescendencia. Pero todo esto es todavía casi nada. Después de la prueba que les ha de hacer dignos, el Señor a quien no conocen al presente más que por los beneficios de un orden inferior, les prepara una felicidad por encima de lo que pueden imaginar. Ha resuelto dárseles a conocer tal cual es y asociarles a su gloria, hacer infinita su dicha y a la vez eterna. He aquí lo que Dios ha hecho, lo que Dios ha preparado para aquellos que poco antes yacían en la nada.

Y a cambio de tantos dones gratuitos y tan magníficos, no les pide Dios más que una sola cosa: que reconozcan su soberanía sobre ellos. Nada debe serles más grato y nada más justo en verdad. Cuanto hay en ellos y fuera de ellos es mero efecto de la inexhausta munificencia de Aquel que les ha sacado, que les ha sustraído a la nada; toda su vida, en consecuencia, no debe ser más que fidelidad, amor y reconocimiento. Y como expresión de esa fidelidad, de ese amor, de ese rendido agradecimiento, les impone el Señor un solo precepto: abstenerse del fruto de un solo árbol. La guarda de este fácil precepto es la única paga exigida por todos los beneficios sobre ellos acumulados. Esta compensación basta a la

soberana equidad. Deben ellos, por tanto, aceptarla con santo orgullo como lazo que los une a Dios, como único medio de que disponen para pagar la deuda que han contraído con El.

La tentación. — ¿Pero, qué pasa? Una voz que no es la de Dios, resuena en los oídos de la mujer. "¿Por qué Dios os ha impuesto este precepto?" Y la mujer se para a escuchar esa voz y su corazón no se indigna al oír preguntar ¿por qué el bienhechor divino ha impuesto tal o cual precepto? No huye horrorizada de aquel que osa aquilatar el peso de las órdenes de Dios; no le declara que semejante pregunta le parece un sacrilegio. Se queda parada y va a responder. El honor de Dios no la impresiona. ¡Cuán caro pagaremos esa insensibilidad, esa imprudencia!

Eva responde: "Comemos del fruto de los ár-"boles que hay en el paraíso; en cuanto al fruto "del árbol que está en medio del paraíso, Dios "nos ha mandado no comamos ni le toquemos, "no sea que muramos." Así pues, la mujer no se contenta con escuchar la pregunta de la serpiente; responde y traba conversación con el espíritu perverso que la tienta. Se expone al peligro; su fidelidad está ya comprometida. Si las palabras que emplea en la respuesta dejan ver que no ha olvidado el precepto del Señor, insinúan también alguna duda nacida del orgullo e ingratitud.

El espíritu del mal observa que ha despertado en aquel corazón el amor de la independencia; si logra tranquilizar a su víctima de las consecuencias de su desobediencia, la tiene conquistada. Prosigue, pues, audaz y pérfido: "Seguramente no moriréis; es que sabe Dios que el día que de él comáis, se os abrirán los ojos y seréis como dioses, conocedores del bien y del mal." Propone aquí la serpiente a la mujer la ruptura abierta con Dios. Acaba de encender en ella ese amor propio, mal soberano de la creatura, amor que no puede satisfacer, sino rompiendo los lazos que la unen al Creador. El recuerdo de los beneficios, la potente voz del reconocimiento, el interés personal... todo, todo es olvidado. Al igual del ángel rebelde, pretende el hombre ingrato querer ser Dios; pues como él será aplastado.

MARTES DE SEPTUAGESIMA

La caída. — Bastaron las promesas de la serpiente para ahogar en el corazón de la mujer todo sentimiento de amor hacia Aquel que la había creado y colmado de beneficios. Soñaba ya igualarse a El. La fe, asimismo se había oscurecido en ella. Insistía pensando que Dios podía haberla engañado amenazándola de muerte en el caso que tuviera la desgracia de quebrantar su

precepto. Vencida por orgullo, levanta los ojos al fruto vedado; parécele "bueno para comida, hermoso y agradable a la vista". Sus sentidos con su alma conspiran a desobedecer a Dios y a perderla. La prevaricación está ya cometida, en su corazón; sólo queda consumarla por acto formal. Embriagada de sí misma como si Dios ya no existiera, alarga la mano y arranca el fruto y le lleva a su boca.

Dios había predicho la muerte al infiel que violara su mandato. Eva ha pecado y sin embargo, siente que aun vive. Triunfa su orgullo, y creyéndose más fuerte que Dios, quiere asociar a Adán a su culpable victoria. Con gesto firme le presenta el fruto que cree haber comido impúnemente. Y, ora se sintió asegurado por la impunidad del crimen de su esposa, ora por un sentimiento de amor ciego, quiso compartir la suerte de aquella que era carne de su carne y hueso de sus huesos, nuestro primer padre olvida a su vez lo que debe a su Creador y sacrifica la amistad de Dios. Por cobarde complacencia con su mujer come el fruto y perdiéndose, pierde consigo a toda su descendencia.

Pero apenas uno y otro rompieron el lazo que les unía a Dios, caen en sí mismos. Habitando Dios en la creatura que ha elevado al estado sobrenatural le da un ser completo; si la creatura le arroja de sí por el pecado, se halla ésta en peor estado que la nada; se halla en el mal. Esa

alma antes tan hermosa, tan pura, no es más que ruina, y feo montón de escombros. Reducidos ya a sí mismos, nuestros primeros padres experimentan grandísima vergüenza. Quisieron ser dioses, elevarse hasta el ser Infinito, y vedlos enredados en el combate de la carne contra el espíritu. Su desnudez hasta entonces inocente los espanta. Buscan medios de encubrirla para no sonrojarse de sí mismos, los que poco antes se veían henchidos de nobilísima tranquilidad en medio de un mundo sometido a su imperio.

El amor seductor de sí mismos ha borrado en ellos el recuerdo de la grandeza y majestad, y el recuerdo de los beneficios de Dios, y han hollado su precepto; esa misma ceguera les arrebata hasta la idea de confesar su pecado e implorar la compasión de su dueño a quien han ofendido. Llenos de espanto, sólo aciertan a huir y esconderse.

MIERCOLES DE SEPTUAGESIMA

La sentencia condenatoria. — Comparecen los culpables delante del soberano Señor a quien han ultrajado y lejos de confesar su falta buscan cada cual achacarla a otro. La justicia divina vendrá a su tiempo y la sentencia resonará hasta la posteridad humana más lejana. El crimen ha sido cometido por dos seres henchidos de

todos los dones de la naturaleza y de la gracia. La inclinación al mal, la ignorancia, la distracción que ofuscan la inteligencia del hombre caído, no existían en ellos; atroz ingratitud, les ha precipitado al mal. Habían de buenas a primeras, titubeado, cuando debieran vencer huyendo; poco a poco el mal fué perdiendo fealdades a sus ojos, y comenzaron a entrever su propio interés. Reemplazando por fin el amor de sí mismos a el que a Dios debían, quisieron declarar su independencia. El Señor, sin embargo, tuvo compasión de ellos en atención a su descendencia.

Los ángeles, creados todos en un mismo instante, fueron sometidos individualmente a la prueba que debía ser la condición de su bienaventuranza eterna: cada uno de ellos tuvo proporción de escoger la fidelidad o la rebelión, y eternamente caerá la maldición sobre los que se declararon contra Dios. La misericordia divina, por el contrario, se digna resplandecer sobre el linaje humano contenido entero sobre nuestros primeros padres, y arrastrado por ellos y con ellos al abismo de la reprobación.

Triple sentencia sale de la boca del Señor; la más severa es para la serpiente. La maldición, que ya la oprime es recargada, y el perdón prometido a la humanidad será anunciado hoy en forma de anatema contra el malvado espíritu que se atrevió a perseguir a Dios mismo en su obra.

La promesa. — "Pondré enemistad entre ti y la mujer y ella te aplastará la cabeza." Tal es la venganza de Dios sobre su enemigo. El trofeo de que éste se ufanaba se trueca en vergüenza suya y proclama su derrota. Como era astuto, no la emprendió, por de pronto, contra el hombre; prefirió habérselas con un ser débil y crédulo, esperando, ¡ay!, con sobrado fundamento que una condescendencia demasiado tierna, decidiría al hombre a traicionar a Dios. Pero he aquí que el Señor mismo enciende en el corazón de la mujer odio implacable contra el enemigo suyo y nuestro. En vano levantará la serpiente su altanera cabeza hasta lograr la adoración de los hombres; llegará un día en que el pie de una mujer aplastará esa cabeza que se negó a doblegarse ante Dios. Esa hija de Eva a quien todas las generaciones proclamarán bienaventurada, será a través de los siglos figurada por otras mujeres: Débora, Judit, Ester, célebres por sus victorias contra la serpiente; será seguida hasta el fin de los tiempos por la secuela de vírgenes y esposas cristianas, que, en su misma debilidad, se mostrarán potentes cooperadoras de Dios, de manera que "el hombre infiel será santificado por la mujer fiel"[1].

Así Dios quebrantará el orgullo de la serpiente. Antes de pronunciar contra Adán y Eva la

[1] *I Cor.*, VII, 14.

merecida sentencia, declaró su clemencia hacia su posteridad, e hizo brillar dulce rayo de esperanza en sus corazones.

JUEVES DE SEPTUAGESIMA

La expiación de la mujer. — Ha sido proclamado el perdón. Pero es menester se satisfaga a la justicia divina y que todas las generaciones tengan bien entendido que no se juega con Dios impúnemente. Eva es la más culpable, y Eva es convocada a recibir su sentencia después de la serpiente. Creada para ayudar al hombre a henchir la tierra de felices y fieles habitantes, carne de su carne y hueso de sus huesos, debería ir a su vera en plano de igualdad; he aquí el cambio que se sigue a efectos de la divina sentencia. Pese a la humillación de la concupiscencia, la unión conyugal se mantiene santa y sagrada, pero sólo ocupa el segundo grado. La virginidad, que desconoce las concupiscencias de la carne, la supera ante Dios y ante los hombres.

La mujer llegará a ser madre como lo hubiera sido en el estado de la inocencia; pero los hijos que concebirá y llevará en su seno, serán para ella una carga abrumadora; su nacimiento tendrá lugar en medio de dolores terribles y más de

una vez llegarán a ver la luz a costa de la vida de la que les concibió. El recuerdo de Eva y de su prevaricación presidirá todo parto y la misma naturaleza se pasmará al ver que no llega a la vida sino por violencia el que debía reinar sobre ella.

Destinada, por de pronto, a los mismos honores que el hombre, la mujer perderá su independencia. El hombre será su Señor y a ella le corresponderá el deber de obedecerle. Durante largos siglos, no se diferenciará de la esclavitud la obediencia susodicha, hasta que la ha de aplastar la cabeza de la serpiente por su humildad, venga a elevar su sexo y crear en pro de la mujer cristiana el suave imperio de dulzura y persuasión que sobre ella ha acertado a conciliar con el deber de sumisión que la divina sentencia le impuso para siempre.

VIERNES DE SEPTUAGESIMA

Expiación del hombre. — La maldición que abrumará en adelante a todo hombre, ha sido significada a Eva; la que atañe a la tierra misma va enderazada contra Adán: "Porque escuchaste la voz de tu esposa y comiste la fruta prohibida, la tierra será maldita por lo que tú has hecho." No acepta el Señor la excusa de

nuestro primer padre; se digna, empero, tener en cuenta su flaqueza y considerar que el hombre ha pecado menos por amor de sí mismo que por ciega ternura para con la frágil creatura que había salido de él. No es la causa primera de su desobediencia. Dios ha decretado contra él especial castigo que estriba en la humillación personal y el trabajo. Fuera del jardín de delicias, se extiende el desierto inmenso de la tierra, el valle de lágrimas, triste destierro para aquel que durante largos años guardará en el fondo de su alma desolada el recuerdo de las horas tan veloces del paraíso. Este desierto es estéril, y es necesario que el hombre le fecundice y haga producir a fuerza de sudores su mísera subsistencia y la de su familia. Al correr de los siglos varios hijos de Adán parecerán sustraerse a la ley del trabajo; pero esa excepción vendrá a confirmar la verdad de la sentencia general por el Señor promulgada. Descansarán algunos días porque otros han trabajado mucho tiempo por ellos; su descanso no será legítimo sino en cuanto se impongan la obligación de alentar por ejemplos de virtud y beneficios a la inmensa muchedumbre de sus hermanos sobre quienes se cumple a la letra la sentencia susodicha. Si se interrumpe el trabajo en la tierra, zarzas y espinas la cubren; y tan importante es esta ley a que está sometido el hombre decaído que la ociosidad enerva las fuerzas de su cuerpo y deprava su corazón.

Antes los árboles del paraíso inclinaban sus tallos para que el hombre se sustentara de sus regalados frutos. Ahora tendrá que sacar con trabajo del seno de la tierra la planta cuyo grano le ha de alimentar. Nada podría representar más al vivo las relaciones que desde entonces existen entre el hombre y la tierra, su origen, su tumba, como la necesidad en que se halla de arrancar a viva fuerza de ella el sustento necesario para prolongar su vida. Y, sin embargo, aparecerá aquí la divina bondad a su tiempo, cuando apaciguado Dios, le será otorgado al hombre unirse a su Creador comiendo el *Pan de vida,* bajado del cielo. Su virtud será más eficaz para alimentar nuestras almas que lo fuera el fruto del árbol de la vida para sustentar nuestros cuerpos.

SABADO DE SEPTUAGESIMA

EL PECADO ORIGINAL Y LA INMACULADA CONCEPCIÓN. — La sentencia lanzada contra nuestros primeros padres debía alcanzar a toda su descendencia, pero por severas que fuesen las penas, la más dura y humillante era la trasmisión del pecado original a todas las generaciones del linaje humano hasta su postrer día. No hay duda que los merecimientos del Redentor prometido

podrán aplicarse a cada hombre conforme al modo que Dios estableció; mas esta regeneración espiritual, aunque limpie de raíz la costra de la lepra que nos cubre y nos restablezca en todos los derechos de hijos de Dios, no hará desaparecer todas las cicatrices de nuestra mortal herida. Libres de la muerte y vueltos a la vida quedamos enfermos. La ignorancia oscurece nuestro espíritu en lo que atañe a los intereses trascendentales que debieran absorver todos nuestros pensamientos y un señuelo necio nos lanza a amar nuestras ilusiones. La concupiscencia conspira sin tregua a cautivar el alma bajo el yugo del cuerpo; y para esquivar tan gran objección tendrá que ser la vida del hombre continua lucha. El amor a la independencia nos arrastra de continuo al deseo de libertad, como si no hubiéramos sido creados para servir. El mal nos brinda con encantos y la virtud no nos paga en este mundo sino en la persuasión del deber cumplido.

Por eso te saludamos con admiración y amor, oh tú la más pura de las creaturas salidas de las manos de Dios, y, con todo, hermana nuestra, hija de Eva, no fuiste concebida en pecado, y eres la gloria de la raza humana. La sangre de nuestra primera madre y nuestra sangre circula por tus venas; eres por eso la carne de nuestra carne y eres, no obstante, Inmaculada. El decreto que nos condenaba al vergonzoso borrón

no debía aplicarse a tu purísima Concepción; el día en que tu pie vencedor aplastó la cabeza de la serpiente, comprendió ésta que jamás había adquirido sobre ti derecho alguno. En ti, oh María, reverenciemos nuestra naturaleza tal cual salió de las manos de Dios; eres el *espejo de la justicia eterna.*

En el resplandor sin celaje de tu santidad dígnate acordarte de nosotros que gemimos bajo el peso de las secuelas de un crimen del que no has contraído la solidaridad pecaminosa. Eres la enemiga irreconciliable de la serpiente; guárdanos para que su venenosa mordedura no nos alcance. Concebidos en pecado, dados a luz en el dolor, esquive, por lo menos, la maldición nuestra vida. Condenados al trabajo, sufrimientos y muerte, séanos por ti, por tus merecimientos y socorro provechosa nuestra expiación. Traicionados a menudo por las inclinaciones y resabios de nuestro corazón, embriagados de lo presente, tan prontos al olvido, tan veloces a engañarnos a nosotros mismos, nos consumiría, nos devoraría el mal, si no se nos brindara sin cesar la gracia de tu divino Hijo para triunfar de nuestros enemigos interiores y exteriores. Eres, oh Inmaculada, la Madre de la divina gracia. Alcánzanosla en nuestro favor, siempre más abundante y derrámala sobre cuantos se ufanan soñando que no tienen otra sangre distinta de la tuya.

DOMINGO DE SEXAGESIMA

Noé y el diluvio. — En el trascurso de la semana que comienza ofrece la Santa Madre Iglesia a nuestra consideración, la historia de Noé y el diluvio universal. A pesar de la severidad de sus avisos, no logró recabar Dios la fidelidad y sumisión del linaje humano. Se ve forzado a echar mano de un castigo terrible contra este nuevo enemigo. Ha encontrado, sin embargo, un hombre justo, y trabará nuevamente en su persona alianza con nosotros. Antes, empero, quiere que nos persuadamos que es dueño soberano, y en el instante por El escogido, se anegará el hombre, tan ufano de su ser prestado, bajo las ruinas de su morada terrenal.

Daremos aquí, por de pronto, como base de las enseñanzas de esta semana, algunas líneas del Génesis, sacadas del oficio de maitines del día.

GENESIS (VI, 5-12)

Viendo Yavé cuánto había crecido la maldad del hombre sobre la tierra y cómo todos sus pensamientos y deseos sólo y siempre tendían al mal, se arrepintió de haber hecho al hombre en la tierra, doliéndose grandemente en su corazón y dijo: "Voy a exterminar al hombre que hice de sobre la haz de la tierra; al hombre, a los animales, a los reptiles y hasta las aves del cielo, pues me pesa de haberlos hecho". Pero Noé halló gracia a los ojos de Yavé.

Estas son las generaciones de Noé: Noé era varón justo y perfecto entre sus contemporáneos, y siempre anduvo con Dios. Engendró tres hijos, Sem, Cam y Jafet. La tierra estaba corrompida ante Dios, y llena de toda iniquidad. Viendo, pues, Dios que todo en la tierra era corrupción, pues toda carne había corrompido su camino sobre la tierra, dijo a Noé: "Veo venir el fin de todos, pues la tierra está llena de sus iniquidades y voy a exterminarlos a ellos con la tierra."

La catástrofe que entonces se abatió sobre el linaje humano fué también fruto del pecado; pero hallóse al menos un hombre justo, y él fué quien salvó el mundo de la ruina total, por él y su familia. Después de dignarse renovar su alianza, permitió Dios ser repoblada la tierra y los tres hijos de Noé fueron padres de las tres grandes razas que la pueblan.

Este es el misterio del oficio durante esta semana. El de la Misa, que está figurado por el precedente, es aún más importante. En el sentido moral, ¿no está sumergida la tierra en un diluvio de vicios y de errores? Menester es se pueble de hombres temerosos de Dios como Noé. La palabra de Dios, simiente de vida hace que nazca esta nueva generación. Y esa palabra de Dios produce estos hijos de que habla el discípulo amado, "que no son nacidos de sangre, ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad de Dios, sino de Dios mismo"[1]. Esforcémonos a entrar en esta familia, y, si por ventura somos ya miem-

---

[1] *S. Juan.* I, 13.

bros de ella, guardemos mimosamente nuestra dicha. Se trata estos días de esquivar las olas del diluvio, de buscar asilo en el arca de salvación; se trata de llegar a ser esa buena tierra en que la semilla da el ciento por uno. Procuremos huir de la cólera futura para no perecer con pecadores, y mostrémonos ávidos de la palabra de Dios que *ilumina y convierte las almas* [1].

MISA

Celébrase en Roma la estación en la basílica de S. Pablo Extramuros. En derredor de la tumba del Doctor de las naciones, del propagador de la semilla divina, del padre de tantos pueblos por su predicación, reúne a sus fieles hoy la Iglesia romana; quiere recordarles que el Señor libró a la tierra con la condición de que se pueble de verdaderos creyentes y adoradores de su nombre.

El introito, sacado del libro de los Salmos, implora el socorro del Señor. La raza humana se ve reducida a los últimos extremos, se va a acabar; pide a su autor que de nuevo la fecunde. La santa Madre Iglesia se asocia a este angustioso grito pidiendo al divino Salvador multiplique hoy los hijos de la palabra celestial como en los tiempos primitivos.

---

[1] *Ps.* XVIII.

INTROITO

Levántate: ¿por qué duermes, Señor? Levántate, y no te alejes para siempre. ¿Por qué apartas tu cara, y te olvidas de nuestra tribulación? Nuestro vientre se ha pegado a la tierra: levántate, Señor, ayúdanos, y líbranos. — *Salmo:* Oh Dios, lo oímos con nuestros oídos: nuestros padres nos lo anunciaron. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta expresa la Iglesia su confianza en la intercesión de S. Pablo, poderoso ministro de la divina semilla, que trabajó más que todos los otros en esparcirla entre los gentiles.

COLECTA

Oh Dios, que ves que no confiamos en ninguna acción nuestra: concédenos propicio la gracia de ser protegidos, con el patrocinio del Doctor de las gentes, contra toda adversidad. Por el Señor.

La Epístola es un paso de la carta del gran Apóstol, en que, forzado por el honor y eficacia de su ministerio a echar mano de la propia apología contra sus enemigos, nos muestra con cuántos trabajos han sembrado la palabra divina los varones apostólicos en los eriales de la gentilidad, y operado la regeneración cristiana.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Sufrís con gusto a los necios, siendo vosotros sabios. Porque lo toleráis, si alguien os reduce

a servidumbre, si alguien os devora, si alguien os roba, si alguien se engríe, si alguien os hiere en la cara. Lo digo con vergüenza, como si nosotros hubiésemos sido flacos en este punto. Pero en lo que otro tuviere osadía (lo digo con locura), también la tendré yo. ¿Son Hebreos? También yo. ¿Son Israelitas? También yo. ¿Son raza de Abraham? También yo. ¿Son ministros de Cristo? (hablo como menos sabio): más lo soy yo: he sufrido más trabajos, más cárceles, azotes sin medida, frecuentes peligros de muerte. He recibido de los Judíos cinco veces cuarenta azotes menos uno. He sido azotado tres veces con varas, he sido apedreado una vez, he estado una noche y un día en lo profundo del mar, he sufrido tres naufragios, he vivido en continuos viajes y en peligros sin cuento: peligros de ríos, peligros de ladrones, peligros de los de mi raza, peligros de los gentiles, peligros en la ciudad, peligros en el desierto, peligros en el mar, peligros entre los falsos hermanos; en trabajo y fatiga, en muchas vigilias, en hambre y sed, en muchos ayunos, en frío y desnudez. Además de estos males, que son exteriores, hay lo que me preocupa cada día: el cuidado de todas las iglesias. ¿Quién enferma, y no enfermo yo? ¿Quién se escandaliza, y yo no me quemo? Si es necesario gloriarse, yo me gloriaré de lo que es de mi flaqueza. El Dios y Padre de Nuestro Señor Jesucristo, que es bendito por los siglos, sabe que no miento. En Damasco, el prefecto de la gente del rey Aretas custodiaba la ciudad de los Damascenos, para prenderme: y fuí descolgado en una cesta por una ventana del muro, y así escapé de sus manos. Si es preciso gloriarse (aunque ello no conviene), hablaré también de las visiones y revelaciones del Señor. Conozco a un hombre en Cristo, que hace catorce años fué arrebatado (no sé si en el cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe) hasta el tercer cielo. Y sé que dicho hombre fué arrebatado (no sé si en el

cuerpo o fuera del cuerpo, Dios lo sabe) al paraíso, donde oyó palabras secretas, que al hombre no le es lícito decir. De este tal me gloriaré; de mí, en cambio, no me gloriaré nada, si no es de mis enfermedades. Aunque, si quisiera gloriarme, no sería insensato, pues diría la verdad. Pero lo dejo, para que nadie piense de mí más de lo que en mí ve u oye de mí. Y, para que la magnitud de las revelaciones no me ensoberbezca, me ha sido dado el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, para que me azote. Por lo cual he rogado tres veces a Dios que lo alejara de mí: y El me dijo: Bástate mi gracia: porque la virtud se perfecciona en la enfermedad. Por eso, me gloriaré gozoso de mis enfermedades, para que habite en mí la virtud de Cristo.

Implora la Iglesia en el Gradual la ayuda del Señor contra los que se enfrentan a la misión que ha recibido de suscitar por doquier adoradores del verdadero Dios, esto es: un nuevo pueblo.

GRADUAL

Sepan las gentes que tu nombre es Dios: tú sólo el Altísimo sobre toda la tierra. ℣. Dios mío, ponlos, como una rueda o como una viruta, ante el soplo del viento.

En medio de las conmociones de la tierra, de esas violentas revoluciones, que, a veces, reproducen las espantosas escenas del diluvio en las naciones en que se desarrollan, pide la Iglesia sean exentos de tan grandes catástrofes sus queridos hijos, y que no perezca en ellos la esperanza del mundo. Este es el fin del Tracto que precede al Evangelio.

TRACTO

Agitaste, Señor, la tierra, y la conturbaste. ℣. Sana sus quebraduras, porque se ha movido. ℣. Para que huyan a la vista del arco: para que sean librados tus elegidos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, como se hubiera reunido una gran muchedumbre, y acudieran de las ciudades a Jesús, dijo por comparación: Salió, el que siembra, a sembrar su semilla: y, mientras sembraba, una (semilla) cayó junto al camino, y fué pisoteada, y los pájaros del cielo la comieron. Y otra cayó sobre piedra: y, nacida, se secó, porque no tenía jugo. Y otra cayó entre espinas, y nacieron con ella las espinas, que la sofocaron. Y otra cayó en buen terreno: y, nacida, dió el ciento por uno de fruto. Esto diciendo, clamaba: El que tenga oídos, que escuche. Y le preguntaron sus discípulos qué significaba esta parábola. A los cuales dijo El: A vosotros os ha sido dado conocer el misterio del reino de Dios, pero a los demás en parábolas: para que, viendo, no vean y, oyendo, no entiendan. Esta es, pues la parábola: La semilla es la palabra de Dios. La que (cayó) junto al camino, son aquellos que la oyen: después viene el diablo, y arranca la palabra de su corazón, para que no se salven creyendo. Pues la que (cayó) sobre la piedra, son los que, al escuchar, reciben con gozo la palabra: y éstos no tienen raíces: creen algún tiempo, pero en el momento de la tentación retroceden. Mas, la que cayó entre espinas, son los que escucharon y, yéndose, son ahogados por las preocupaciones, y riquezas, y placeres de la vida, y no dan fruto. Pero, la que (cayó) en buen terreno, son aquellos que, escuchando la palabra con bueno y óptimo corazón, la retienen, y dan fruto con paciencia.

VIGILANCIA Y FIDELIDAD. — Observa acertadamente S. Gregorio Magno que la parábola que acaba de leerse no ha menester explicación, puesto que la sabiduría eterna se encargó darnos por sí misma la clave de ella. Nos toca a nosotros aprovechar tan preciada enseñanza, y recibir en buena tierra la semilla celestial que nos cae encima. ¿Cuántas veces la hemos dejado hasta hoy pisotear por los viandantes o arrebatar por los pájaros del cielo? ¿Cuántas otras se ha secado encima de la losa de nuestro corazón o se ha sofocado en los matorrales de funestas espinas? Escuchábamos la palabra divina; tenía sus encantos para nosotros y eso nos tranquilizaba. A menudo la oíamos con gozo y solícito entusiasmo; pero si, por acaso, germinaba en nosotros, pronto se paralizaba su desarrollo. En adelante es menester produzcamos y fructifiquemos y la fuerza germinativa de la simiente, que se nos confía, es tal que el divino sembrador espera el ciento por uno. Si la tierra de nuestro corazón es buena, si nos preocupamos de prepararla poniendo a contribución las ayudas que nos brinda la Santa Madre Iglesia, abundante será la cosecha el día en que el Señor, saliendo vencedor de su sepulcro, venga a asociar a sus fieles creyentes a los esplendores de su Resurrección.

Alentados por esta esperanza y henchidos de confianza en Aquel que se digna sembrar de

nuevo una tierra tantos años rebelde a sus cuidados, cantemos el Ofertorio en que a favor nuestro pide la Iglesia firmeza y perseverancia.

OFERTORIO

Dirige mis pasos por tus caminos, para que no vacilen mis pies: inclina tu oído, y escucha mis palabras: glorifica tus misericordias, tú que salvas a los que esperan en ti, Señor.

SECRETA

Haz, Señor, que este Sacrificio, a ti ofrecido, nos vivifique siempre, y nos defienda. Por el Señor.

La visita del Señor en el Sacramento del amor es el gran medio que fertilizará nuestra alma y la hará fecunda. Por eso mismo la Iglesia nos invita en la antífona de la Comunión a acercarnos al altar de Dios; nuestro corazón recuperará su vigor nativo y florida juventud.

COMUNION

Entraré al altar de Dios, al Dios que alegra mi juventud.

POSCOMUNION

Rogámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que tú alimentas con tus Sacramentos, te sirvan alegremente con sus buenas costumbres. Por el Señor.

LUNES DE SEXAGESIMA

Los pecados de los primeros padres. — "Toda carne había corrompido su camino." Así, pues, el terrible escarmiento dado a los hombres al ser expulsados del paraíso de delicias en la persona de Adán y Eva, se había malogrado. Ni la certeza de la muerte más o menos próxima, ni las humillaciones de su entrada en la presente vida, ni los dolores o los quebrantos que la jalonan, nada les había podido reducir a someterse al dueño cuya mano pesaba sobre ellos. La esperanza de ser un día salvos y recobrar merced al mediador, hijo de la mujer, la felicidad y los honores perdidos, no esforzaba sus corazones ni los destetaba de sus aviesos instintos. El elocuente ejemplo de Adán encorvado tantos años bajo el yugo de la penitencia, testigo viviente de las bondades y justicias del Señor, de día en día iba perdiendo su imperio sobre los hijos que se multiplicaban en torno suyo, y al bajar a la tumba el viejo venerable, hízose su linaje más olvidadizo aún de los lazos de servicio y dependencia que le ligaban a Dios. Entablando alianza los hijos de Set con la familia de Caín, la raza humana entera pareció querer protestar contra su autor y convertirse en ególatra.

Dios, sin embargo, no los había abandonado sin defensa a la desarreglada inclinación de sus corazones. La ayuda de la gracia se les brindaba para vencer el orgullo y los ímpetus avasalladores de la sensualidad. Los méritos del Redentor, que había de nacer, estaban presentes ya ante la suprema justicia, y la sangre del *Cordero inmolado desde el principio del mundo*[1] aplicaba sus merecimientos a las generaciones que debían transcurrir antes del gran sacrificio. Podían, pues, ser todos los hombres justos como Noé, y merecer como él la complacencia del Eterno; los intentos empero de sus corazones se enderezaban al mal en vez del bien, y la tierra se poblaba de enemigos de Dios. Y entonces fué cuando, según la ingenua expresión de Moisés, *Dios se arrepintió de haberles creado*. Y se decidió a abolir toda esa raza perversa, excepción hecha de una sola familia, bajo las aguas del diluvio. Forzado el linaje humano a comenzar de nuevo sus destinos después de tamaña catástrofe, conocería por ventura mejor su dependencia para con su autor.

MARTES DE SEXAGESIMA

Los pecados del mundo actual. — Cuando recapacitamos sobre los grandes sucesos que se

[1] *Apoc.*, XIII, 8.

destacan en la primera edad del mundo, nos parece incomprensible la malicia humana que osó desplegar velas ante los ojos de Dios. ¿Cómo pudo olvidarse tan pronto la voz del Señor en el paraíso? Cómo el espectáculo de la penitencia de Adán, ¿no movió a sus hijos a humillarse ante Dios y caminar tras sus huellas? Cómo la promesa de un Mediador que habría de abrirles las puertas del paraíso, ¿no despertó en sus corazones el deseo de ser sus abuelos y participar en la regeneración que traía a los hombres? Con todos los siglos que transcurrieron a la muerte de Adán fueron siglos de crimen y escándalo, y ya es sabido que él mismo presintió a ojos vistas cómo uno de sus primeros hijos fué fratricida del otro. ¿Habremos pues de maravillarnos tanto de la perversidad de los primeros hombres? Después que durante millones de años ha derramado Dios sobre la tierra, a manos llenas, sus beneficios, ¿son por ventura, los hombres de corazón menos duro, menos ingrato, menos rebelde? El duro escarmiento del paraíso, el castigo del diluvio, ¿qué son para los hombres, que se dignan dar fe a tales episodios? Un recuerdo que no llega a estampar en sus corazones el vivo sentimiento de la justicia de Dios. Más afortunados que sus abuelos, saben ya que no tiene el cielo Mesías que enviar, que Dios ha bajado, que se hizo hombre, que ha quebrado el cetro de Satanás, que el camino del cielo es

ya fácil, gracias a los auxilios depositados por el Mediador en los Sacramentos, y no obstante reina el pecado y triunfa en medio del cristianismo; es verdad que el número de los justos es hoy mayor que en los días de Noé, pero ¿qué tesoros de gracias ha derramado el Salvador sobre nuestra raza degenerada por ministerio de la Iglesia su esposa? Seguramente se encuentran cristianos fieles en la tierra, el número de los elegidos se va de día en día completando; la muchedumbre empero, vive en desgracia con Dios y observa una conducta en contradicción con su fe.

Así que, al recordarnos la Santa Madre Iglesia aquellos tiempos en que "toda carne había corrompido su camino" nos espolea a pensar seriamente en nuestra conversión, haciéndonos el recuento de las malvadas obras de los primeros hombres, nos advierte que nos preocupemos de nosotros mismos y nos juzguemos. Haciendo resonar a nuestros oídos el siniestro fragor de las cataratas del firmamento que se abren y anegan la tierra y sus habitantes, nos invita a no mofarnos de un Dios, cuya cólera pudo emplear medios tan terroríficos para vengarse de una rebelde creatura. La semana anterior pudimos aquilatar la gravedad de las consecuencias del pecado de Adán, pero que no siéndonos personal, nos alcanza sin embargo tan cruelmente su afecto. Esta semana debemos

reconocer y llorar amargamente nuestros propios, nuestros actuales pecados. Henchidos de favores divinos, alumbrados de luz divina, rescatados en la sangre de Dios nuestro Redentor, fortalecidos contra todos los obstáculos por su gracia, hemos, no obstante, corrompido también nuestros caminos, e inducido al Señor a arrepentirse de habernos creado. Confesemos nuestra maldad y humildes reconozcamos que exclusivamente debemos a su pura misericordia, no haber sido aniquilados[1].

MIERCOLES DE SEXAGESIMA

Castigo del pecado. — Hemos pecado, hemos abusado de la vida, ¡oh justo Dios! y al leer los diversos castigos de tu cólera sobre los pecadores de los primitivos tiempos, comprendemos merecimos ser tratados como ellos. Tenemos el honor, la dicha de ser cristianos e hijos de tu Iglesia; la luz de la fe, el impulso de tu gracia nos atrajeron a ti, ¿pero debemos, por eso, olvidar nuestro antiguo estado? ¿Estamos tan afianzados en el bien que podamos prometernos fidelidad hasta el fin? ¡Oh, Señor, traspasad nuestras almas con los dardos de tu temor! Duro es nuestro corazón, menester es tiemble

---

[1] *Lament.*, de Jeremías, III, 22.

ante ti, porque de otro modo está todavía en peligro de traicionarte.

El espectáculo del mundo inundado, la extinción del linaje humano bajo las olas nos espantan y muestran que tu paciencia y longanimidad pueden agotarse y dar lugar a venganza despiadada. Eres justo, Señor, y nadie, ninguno de nosotros, tiene derecho de extrañarse ni quejarse.

Y a esa tu justicia desafiamos, esa tu venganza provocamos; porque si empeñaste tu palabra de no anegar en adelante en un diluvio la raza de los pecadores, sabemos que has encendido en tu cólera un fuego que eternamente devore a cuantos salgan de este mundo sin reconciliarse contigo. Oh dignidad de nuestra débil naturaleza. El que de la nada nos sacó, no quiere ver en nosotros más que amigos o enemigos. Y así convenía que fuese. Creados inteligentes y libres, el bien y el mal se nos ofrendan delante; menester es elijamos, no podemos permanecer indecisos. Si aceptamos el bien, Dios se vuelve amoroso hacia nosotros; si obramos el mal, rompemos con El que es el bien soberano. Mas, como su misericordia es infinita para con la débil creatura sacada por puro amor de la nada y quiere con sincera voluntad la salvación de todos, espera pacientemente la vuelta del pecador y le atrae a sí de mil maneras. Pero, ¡ay del que se resiste a la llamada divina cuando

es la última! Llega entonces la hora de la justicia, y el Apóstol nos advierte que *es cosa horrible caer entre las manos de Dios vivo*[1]. Sepamos, pues, huir *la cólera que se nos llega*[2], y apresurémonos a hacer las paces con el dueño irritado por nuestros pecados. Si ya estamos en gracia con El, vivamos en su temor, hasta que, habiendo arraigado su amor profundamente en nuestro corazón, merezcamos *correr en la vía de los mandamientos divinos*[3].

JUEVES DE SEXAGESIMA

Recientes castigos. — Prometió Dios a Noé no emplear contra la tierra el castigo del diluvio, pero su justicia le ha repetidas veces obligado para castigar a las naciones rebeldes a echar mano de severos medios que ofrecen más de una analogía con el diluvio; ha desatado contra los pueblos el azote de invasiones enemigas. Nos brinda la historia en el curso de los siglos una elocuente lista; y siempre se ha justificado la divina Providencia en sus obras. Las invasiones extranjeras han sido, con frecuencia, originadas por los pecados de los hombres y

1 *Heb.*, X, 31.
2 *S. Mat.*, III, 7.
3 *Ps.* CXVIII.

pregonan con soberana equidad el gobierno de Dios sobre el mundo.

No haremos aquí el recuento de las guerras sucesivas, su relato constituye en cierto modo los anales de la humanidad; conquistas, extinción de razas, pérdida de nacionalidades, violentas fusiones de pueblos en que naufraga un historial brillante. Recordemos aquí tan sólo dos grandes acontecimientos de este género que desolaron el mundo después de la era cristiana y prosternémonos ante la justicia de Dios.

Caída de Roma. — El imperio romano había almacenado crímenes; la adoración del hombre y la desenfrenada licencia de costumbres, habíanse trasmitido por su influencia hasta la última abyección en las naciones conquistadas. Podía el cristianismo salvar al hombre en el imperio, pero el imperio mismo no podía ser cristiano. Dios le entregó al diluvio de los bárbaros y desapareció bajo las olas de la invasión, hasta cubrir la cima del Capitolio. Los feroces ejecutores de la venganza divina poseían el instinto de su misión y se apellidaron a sí mismos: *el azote de Dios.*

El Islamismo. — Más tarde, cuando las naciones cristianas de Oriente llegaron a cansar por demás a la justicia divina por las herejías, desató contra ellas, del fondo de Arabia, el diluvio del Islamismo. Anegó las primeras cristianda-

des sin perdonar a Jerusalén, tinta en la sangre de Cristo y testigo de la Resurrección del Hombre-Dios. Antioquía y Alejandría con sus Patriarcados se abismaron en la ignominia de la esclavitud. Constantinopla a su vez habiendo cansado a la paciencia divina, llega a ser ella misma cabeza de la Media Luna.

La barbarie moderna. — Nos toca ahora a nosotros, naciones Occidentales, si no nos volvemos a Dios nuestro Señor. Ya se ven medio abiertas las cataratas del cielo, y la inundación amenaza precipitarse sobre nosotros. ¿Es que también en nuestra Europa no ha corrompido toda carne su camino, como en los días de Noé? ¿No hemos conspirado por doquier contra el Señor y contra su Cristo? No hemos vociferado como las naciones impías de que habla el salmista: "quebrantemos sus cadenas y sacudamos su yugo lejos de nosotros"[1]. Temblemos no sea llegado el momento en que, pese a nuestro orgullo y frágiles medios de defensa, Cristo irritado y a quien exclusivamente pertenecen los pueblos, "nos rija con vara de hierro y nos quiebre como a trozos de arcilla"[2]. El tiempo urge, aprovechemos el consejo del salmista: "Servid al Señor en el temor, abrazad su ley, no sea que el Señor se irrite y perezcáis porque se inflamará de pronto su ira"[3].

1 *Ps.* II.
2 *Ibid.*
3 *Ibid.*

VIERNES DE SEXAGESIMA

El Arca de salvación. — Al castigar el Señor la tierra con el diluvio, quiere sin embargo, ser fiel a sus promesas. Anunció la derrota de la serpiente; mas no han llegado todavía los tiempos; es por tanto menester se conserve el linaje humano hasta que la promesa se cumpla. El Arca da cabida al justo Noé y su familia, y si las aguas vengadoras se levantan por encima de las más altas montañas, el bajel frágil, pero seguro, al que son confiados, sobrenada tranquilamente encima de las olas. El día señalado, bajarán a la tierra purificada; oirán aun de boca de Dios la palabra dirigida antes a nuestros primeros padres: "Creced, multiplicáos y poblad la tierra."

La Iglesia. — El linaje humano debe al Arca de Noé su conservación; por el Arca nos salvó Dios a todos. Bendito sea el bajel hospitalario. El Señor mismo se dignó hacer su diseño y sobre él se escurrieron sin calarle todas las borrascas de la cólera divina. Mas si hemos de honrar respetuosamente *esa madera insensible y vil* [1], ¿cuál no debe ser nuestro amor a la nueva Arca, la Iglesia, de la que el arca de Noé no fué más que figura de esta que desde hace diecinueve siglos

[1] *Sab.*, X, 4.

nos salva y aun nos guía a Dios? Fuera de ella no hay salvación y en ella encontramos la verdad [1], la gracia y el sustento de las almas.

Sagrada Arca, eres habitación no ya de una sola familia, sino de miembros de todas las naciones que existen bajo el cielo. Sorteas las tempestades desde el día en que el Salvador te lanzó a la mar de este mundo y nunca naufragásteis. Sabemos que arribarás a la eternidad sin que naufragio alguno ponga en litigio la previsión del piloto divino. Por ti repuebla este mundo creado para sus elegidos [2]. Cuando está enojado contra los hombres, "se acuerda de su misericordia" [3] por ti; y en ti hizo alianza con nuestra raza.

Asilo seguro, guárdanos en medio del diluvio. Cuando el imperio profano *emborrachado con la sangre de los mártires* [4] desaparecía bajo la invasión de los bárbaros, la generación cristiana estaba segura a la sombra de tu maternal seno. El torrente se disipó poco a poco y la generación confiada a tus cuidados, vencida según la carne, llegó presto a ser victoriosa según el espíritu. Se humilló el bárbaro y nuevos pueblos que tenían por ley fundamental el Evangelio, empezaron su brillante destino en la tierra corrompida del imperio pagano.

---

1 *S. Juan,* VIII, 32.
2 *S. Mat.,* XXIV, 22.
3 *Habac.,* III, 2.
4 *Apoc.,* XVIII, 6.

La inundación sarracena llegó a su vez a sumergir a Oriente. Europa misma se sintió amenazada. Hubiera sido efectivamente invadida, si la fortaleza de los hijos que había salvado no rechazara esas bárbaras hordas. En tu seno, Arca tutelar, se refugiaron los cristianos que sobrevivieron. En medio de escándalos y embrutecimiento en que el cisma y la herejía han sumergido a la mayoría de sus hermanos, han conservado fielmente el fuego sagrado. Al abrigo que les preparastes, forman la ininterrumpida cadena de los testigos de la verdad. Pronto la vuelta de la divina misericordia nos acarreará tiempos mejores. Nuevos Sem se multiplicarán todavía en esa tierra antes tan fecunda en frutos de gloria y santidad.

Y nosotros, oh Santa Iglesia, con qué regocijo nos sentiremos por ti llevados y defendidos contra las olas del océano de la anarquía que desencadenaron nuestros pecados. Suplicamos al Señor diga a la mar embravecida: "hasta aquí llegarás y aquí estrellarás la furia de tus olas"[1]; pero si la justicia divina decidió que prevalezca una temporada, seguros estamos de esquivar el azote. En ti, oh Iglesia, hallamos los verdaderos bienes, bienes espirituales que "*los ladrones no pueden robar*"[2]; la vida que das es la sola verdadera; la patria que en ti reside, es la

[1] *Job*, XXXVIII, 11.
[2] *S. Mat.*, VI, 19.

única patria. ¡Oh!, ¡guardadnos Arca de Cristo! ¡que siempre estemos en ti con cuantos amamos, "hasta que se escurran las aguas de las maldades"![1] y cuando la tierra purificada haya de recibir nuevamente la semilla divina de la palabra, cuantos no hayas depositado todavía en las riberas eternas bajarán para dar a toda alma humana los principios sagrados de la autoridad y del derecho, de la familia y de la sociedad. A ti te toca el cuidado de conservarlos y enseñarlos hasta la consumación de los siglos.

SABADO DE SEXAGESIMA

La Virgen Inmaculada y Mediadora.—Al finalizar la semana precedente, saturada de recuerdo de la caída de nuestros primeros padres, después de reconocer en nosotros las duras e inevitables consecuencias, fijemos nuestra vista en esta hija de la raza humana que por singular misericordia, no participó en la desgracia de ser concebida en desgracia. En este último día de la semana consagrada al arrepentimiento de las faltas personales de que todo hombre, aun el más justo se ha hecho culpable, volvemos otra vez, oh María, a postrarnos ante ti y honrar en tu

[1] *Ps.* LVI, 2.

persona la creatura santísima que sola entre todas no cometió pecado.

Todos "hemos corrompido nuestras vías", hemos desobedecido a Dios, infringido su ley; nos hemos buscado a nosotros mismos a expensas de lo que a Dios era debido; y tú, *oh espejo de justicia* y de santidad, fuiste henchida de la divina caridad que jamás sufrió en ti el más ligero cambio. *Virgen fiel,* la gracia de tu Hijo ha triunfado siempre en tu corazón. *Rosa mística,* hasta El subieron tus perfumes, a cada instante, sin menoscabo alguno de su dulce suavidad. *Torre de marfil,* ningún lunar empañó tu blancura inmaculada. *Palacio cuyos muros son de oro,* emblema de amor, el don más excelente, has reflejado siempre los fuegos del espíritu divino. Ten, pues, compasión de nosotros, porque somos pecadores.

Hemos forzado al Señor al pesar de habernos creado. Mas en ti se satisfizo, oh María, tierra fértil entre todas; la gracia en ti sembrada fructificó abundantemente. Dígnate, pues, oh hermana nuestra, fecundizar la tierra de nuestros corazones, arrancando los abrojos que ahogan la planta celestial. Enlodados estamos por el pecado; lávanos por el mérito de las lágrimas maternales que derramastes al pie de la Cruz. Y si ya nos ha perdonado tu Hijo, cubre con tu manto las cicatrices de nuestras heridas. No tememos bastante el mal, nos exponemos a come-

terle, fortalece nuestros vacilantes corazones en los senderos del bien, despierta en ellos esta valiosa susceptibilidad para el honor de Dios, para su amor, y de este modo nos veremos finalmente apartados de esa peligrosísima complacencia en nosotros mismos que podría aun perdernos.

El diluvio de nuestros pecados desencadena sus olas contra nosotros, oh Madre bondadosa, nos damos prisa a entrar en el Arca protectora, seguros de hallar en ella firme asilo. Mas, oh poderosa mediadora, a ti tendemos aun la vista. ¿No tienes el poder de conjurar la cólera del Señor, y de hasta el último momento el desbordamiento de sus venganzas? Date prisa a socorrer al mundo que fenece. Acuérdate de tantísimos pecadores que sin remedio perecerían bajo las olas de la justicia divina que han desafiado. Logra que tantas almas lavadas en la sangre de tu Hijo no perezcan eternamente. Sé, oh María, antes de la inundación, la paloma de la paz que en otro tiempo trajo el ramo de olivo después de apaciguada la cólera divina. Sé el Arco iris pacífico en las nubes del cielo antes que se desaten contra la tierra. A ti nos dirigimos, Reina de misericordia, y pedimos perdón de nuestras culpas a quien por su pureza e inocencia no tiene encima de sí más que la santidad misma de Dios.

DOMINGO DE QUINCUAGESIMA

VOCACIÓN DE ABRAHÁN. —La vocación de Abrahán es el asunto que a nuestra consideración ofrece hoy la Iglesia. Cuando las aguas del diluvio se retiraron y el linaje humano cubrió de nuevo la haz de la tierra, volvió a reaparecer la corrupción de las costumbres entre los hombres y la idolatría vino a colmar tamaños desórdenes. Previendo el Señor en su divina sabiduría la defección de los pueblos resolvió formarse una nación que le sería especialmente consagrada; en ella se conservarían las verdades sagradas destinadas a desaparecer entre los gentiles. Ese nuevo pueblo había de comenzar por un solo hombre; padre y tipo de los creyentes. Abrahán lleno de fe y obediencia al Señor, estaba destinado a ser el padre de los hijos de Dios, cabeza de esa espiritual generación a que pertenecieron y continuaron perteneciendo hasta el fin de los siglos, todos los elegidos, tanto del pueblo antiguo, como de la Iglesia cristiana.

Debemos, pues, conocer a Abrahán, cabeza y modelo nuestro. Resúmese toda su vida en la fidelidad a Dios, sumisión a sus mandatos, abandono y sacrificio de todas las cosas para obedecer a la santa voluntad de Dios. Es el distintivo del cristiano. Apresurémonos a sacar en la vida

de este gran hombre todas las enseñanzas que en provecho nuestro encierran.

El texto del Génesis que a continuación damos servirá de base a cuanto hemos de decir sobre Abrahán. Lée hoy la Santa Madre Iglesia en el oficio de maitines.

GENESIS (XII, 1-9)

Dijo Yavé a Abrahán:

"Salte de tu tierra,
De tu parentela,
De la casa de tu padre,
Para la tierra que yo te indicaré;
Yo te haré un gran pueblo,
Te bendeciré y engrandeceré tu nombre,
Que será bendición.
Y bendeciré a los que te bendigan.
Y maldeciré a los que te maldigan.
Y serán bendecidas en ti todas las naciones de la tierra."

Fuese Abrahán conforme le había dicho Yavé, llevando consigo a Lot. Al salir de Jarán, era Abrahán de setenta y cinco años. Tomó, pues, Abrahán a Sarai, su mujer, y a Lot, su sobrino, y toda su familia y la hacienda y ganados que en Jarán habían adquirido. Salieron para dirigirse a la tierra de Canán, y llegaron a ella. Penetró en ella Abrahán, hasta el lugar de Siquén hasta el encinar de Moreh. Entonces estaban los cananeos en aquella tierra. Y se le apareció Yavé a Abrahán: "A tu descendencia daré yo esta tierra." Alzó allí un altar a Yavé que se le había aparecido, y saliendo hacia el monte que está frente a Betel, asentó allí sus tiendas, teniendo a Betel al Oc-

cidente y a Hai al Oriente, y alzó allí un altar a Yavé e invocó el nombre de Yavé.

SANTIDAD DE ABRAHÁN. — ¿Qué imagen más viva podría ofrecernos del discípulo de Cristo que la de este Patriarca tan dócil y generoso en seguir la voz de Dios? Con qué admiración hemos de exclamar repitiendo los elogios que le consagran los Santos Padres: "¡Oh varón verdaderamente cristiano antes de la venida de Cristo, hombre evangélico antes del Evangelio, hombre apostólico antes de los Apóstoles!" A la invitación del Señor lo deja todo, patria, familia, casa paterna, y se dirige a región desconocida. Bástale que Dios le guíe; se siente seguro y no echa mirada atrás. ¿Hicieron, por ventura, más los Apóstoles? Y parad mientes en el galardón: *En él serán benditas todas las familias de la tierra;* este caldeo lleva en sus venas la sangre que ha de salvar al mundo. Morirá, no obstante, antes de ver que llega el día en que uno de su descendencia rescate todas las generaciones pasadas, presentes y futuras. Un día se abrirá el cielo para dar paso al Redentor. Mientras tanto, nuestros primeros padres y Noé, Moisés, David, todos los justos irán a descansar al *seno de Abrahán* [1], preparación o antesala de la eterna bienaventuranza. Así recompensa Dios el amor y la fidelidad de su creatura.

---

[1] *S. Luc.*, XVI, 22.

Descendencia espiritual de Abrahán. — Cuando llegó la plenitud de los tiempos, el Hijo de Dios, hijo de Abrahán, anunció el poder de su Padre que se disponía a producir una nueva raza de hijos de Abrahán de las piedras mismas de la gentilidad. Nosotros cristianos somos esa nueva generación; pero ¿somos dignos de nuestro padre? Oigamos lo que nos dice el Apóstol de las gentes: "Lleno de fe, Abrahán, obedeció al Señor y salió sin tardanza para llegar al sitio que sería su herencia y se puso en camino sin saber a donde iba. Lleno de fe habita en la tierra que le había sido prometida, como si le fuera extraña, viviendo en tiendas como Isaac y Jacob, los coherederos de la promesa, porque aguardaba aquella ciudad cuyos cimientos tiene por autor a Dios mismo y por arquitecto"[1].

Si somos, pues, hijos de Abrahán, debemos considerarnos en este tiempo de Septuagésima como viandantes sobre la tierra, y vivir ya por la esperanza y el amor en esa única patria de la que estamos desterrados; a ella nos vamos acercando de día en día, sí, a ejemplo de Abrahán, somos fieles en ocupar las varias estaciones designadas por el Señor. Quiere Dios "usemos de este mundo como si no le usásemos"[2]. "No tenemos aquí ciudad permanente"[3], desgra-

1 *Heb.*, XI, 8.
2 *I Cor.*, VII, 31.
3 *Heb.*, XIII, 14.

cia suprema sería olvidar que la muerte ha de separarnos de todo lo transitorio.

Los placeres y la vida cristiana. — ¡Cuán lejos viven de ser verdaderos hijos de Abrahán esos cristianos que hoy y los días siguientes se entregan a la intemperancia y disipación culpable bajo pretexto de que la santa Cuaresma, se va a inaugurar presto! Naturalmente se explica, cómo las ingenuas costumbres de nuestros padres pudieron conciliar con la gravedad cristiana ese adiós a una vida más suave que la Cuaresma venía a interrumpir, lo propio que los goces alegres del convite en la solemnidad de Pascua, venían a comprobar la estricta observancia de las prescripciones de la Iglesia. Tal conciliación es siempre posible, es natural. Pero acontece con frecuencia que este pensamiento cristiano de los austeros deberes, se eclipsa ante las seducciones de la naturaleza depravada; la intención primordial de esos domésticos goces ¿no acabó por no ser más que un recuerdo? Nada tienen que ver con las alegrías toleradas por la Iglesia en sus hijos, tantos profanos para quienes los días de Cuaresma no se cierran con la recepción de los Sacramentos. Y los que se apresuran a solicitar dispensas para esquivar más o menos lealmente la obligación de las leyes de la Iglesia, ¿qué derecho tienen a festejar los días de Carnaval antes de emprender la ca-

rrera de la santa Cuaresma, los que lejos de alijerar en ella el peso de los pecados, se quedarán más que nunca atollados en su lodo?

Quiera Dios dejar de enmarañarse las almas en la tela vil de vanas ilusiones. De ansiar se recobren la santa libertad de los hijos de Dios, libertados de los funestos lazos de carne y sangre; es lo que acabadamente entroniza al hombre sobre el pedestal de su primera dignidad. No debiéramos olvidar que vivimos en días tristes, en que la Iglesia excluye los tradicionales cantos de alegría; días en que a todas luces pretende sintamos toda la miseria insoportable de la profana Babilonia que sobre nosotros pesa, quiere se vigorice en nosotros el espíritu cristiano que tiende malamente a amortiguarse.

Si, los deberes o imperiosas, por no decir tiránicas conveniencias, arrastran estos días a los discípulos de Cristo y los envuelven en el torbellino de los placeres mundanos, breguen a lo menos por conservar un corazón recto y empapado muy de veras en las máximas del Evangelio. Canten al Señor en su corazón, cuando halaguen sus oídos los acordes de la música profana; a imitación de la incomparable virgen Cecilia, en análoga circunstancia digan con fervor a Jesucristo: "Consérvanos puros, Señor, y nada empañe la santidad inmaculada y la dignidad que debe en todo tiempo autorizar nuestras personas." Deben evitar con sumo cuidado las danzas

libertinas, donde suele naufragar el pudor, pues serán materia de terribilísimo juicio contra los que las organizan y dan pábulo. Tengan finalmente presentes a su atenta consideración las graves reflexiones que trae a este propósito San Francisco de Sales, diciendo: "A tiempo que loca embriaguez de mundanos pasatiempos parecía haber suspendido todo otro sentimiento que el del fútil placer, frecuentemente peligroso, innumerables almas arden sin tregua en el fuego del infierno, por pecados cometidos en semejantes fiestas, o con ocasión de ellas; muchos religiosos de uno y otro sexo y demás gentes devotas, interrumpen el dulce sueño y se postran entonces mismo delante del Dios de la Majestad, cantando sus alabanzas e implorando sobre ti su misericordia sin medida; millares de almas se despedían de este suelo entre congojas de pavorosa agonía y espeluznante miseria en mísero lecho; Dios y sus Angeles te contemplan atentamente desde los altos cielos; en fin, se deslizaba, corría el tiempo y la muerte aceleraba hacia ti sus pasos que no pueden volver atrás"[1].

Adoración de las XL Horas. —Parece justo, que los tres últimos días precedentes a los rigores de la Cuaresma no trascurran sin aportar algún sustancioso alimento con que saciar el hambre de emociones que espolea a tantas al-

[1] *Introducción a la vida devota,* III parte, cap. XXXIII.

mas. La Iglesia en su maternal previsión ha pensado en remediar esta necesidad, no con frívolos pasatiempos y satisfacciones de nuestra vanidad. A los que todavía alienta el espíritu de fe, tiene aparejada una gran diversión a la par que medio poderosísimo para aplacar la cólera de Dios, exacerbada por los desatinos que estos días cometen los mundanos. Durante estos tres días se manifiesta solemnemente en el altar el Cordero inocente. De lo alto de ese su trono de misericordia recibe los honores y sumisión de cuantos quieren rendirle pleitesía; acepta las demostraciones de sincero arrepentimiento de cuantos se muestran a sus plantas pesarosos de haber seguido el señuelo del enemigo; y El se ofrece al Padre Eterno en pro de los pecadores que, no contentos con olvidar los pasados beneficios, se determinan, al parecer, a ultrajarle en estos días con más descaro que en el resto de todo el año.

La feliz idea de ofrecer un homenaje a la Majestad soberana en satisfacción de las ofensas que los pecadores multiplican estos días de Carnaval, y la piadosa industria de oponer a la vista del Señor irritado a su propio Hijo, mediador entre el cielo y la tierra, se le ocurrió por vez primera en el siglo XVI al cardenal Gabriel Paleotti, Arzobispo de Bolonia, contemporáneo de S. Carlos Borromeo y émulo de su celo pastoral. Este, a su vez, introdujo en su archidiócesis y provin-

cia tan saludable costumbre [1]. Próspero Lambertini en el siglo XVIII, puso empeño en hacer revivir la institución de su predecesor Paleotti, y estimuló la devoción al Santísimo Sacramento en su grey estos días de Carnaval; sublimado después a la cátedra de S. Pedro, con el nombre de Benedicto XIV, desparramó a manos llenas los tesoros de indulgencias a favor de los fieles que en los días susodichos, visiten a Nuestro Señor en el Sacramento de su amor e imploren el perdón en pro de los pecadores. Instituída la piadosa práctica comúnmente apellidada "*Las cuarenta Horas*" exclusivamente en las iglesias de los Estados Pontificios, extendióla al orbe entero en 1765 el Papa Clemente XIII, y desde aquel entonces llegó a ser una de las más espléndidas manifestaciones de la piedad católica. Asociémonos verdaderamente a tan edificantes homenajes. Hagamos por sustraernos, como Abrahán, a las profanas influencias que nos asedian y busquemos al Señor Dios nuestro; demos de mano siquiera por breves instantes, a las distracciones mundanas, y alleguémonos al Señor para merecer la gracia de presenciar, sin menoscabo de nuestra alma, los espectáculos inevitables.

[1] S. Felipe Neri instituyó en Roma procesiones, reemplazadas luego por las preces de las Cuarenta Horas que hoy tenemos.

Misterios de este día. — Consideremos ahora la serie de misterios del Domingo de Quincuagésima. El paso del Evangelio contiene la predicción hecha por el Salvador a sus Apóstoles de la pasión que bien pronto iba a sufrir en Jerusalén. Tan solemne anuncio es el preludio de las lúgubres escenas de Semana Santa; recibamos dicha nueva con viva emoción y agradecimiento sincero de nuestros corazones, y los decida a ponerse a la disposición de Dios como estuvo el corazón de Abrahán. Los liturgistas antiguos han señalado en la curación del ciego de Jericó, un símbolo de la ceguera de los pecadores; recobró la vista el ciego, porque reconoció su mal, y deseaba ver; idéntico deseo anhela la Iglesia de nosotros; manifestémoslo y seremos satisfechos.

MISA

La estación se celebra en la basílica de S. Pedro del Vaticano. Parece se escogió cuando todavía se leía en este domingo el relato de la ley dada por Moisés. Este Patriarca era considerado por los primeros cristianos de Roma como el tipo o figura de S. Pedro. Cuando la Iglesia estableció hoy la consideración del misterio de la vocación de Abrahán reservando hasta ya entrada la Cuaresma la lectura del Exodo, quedó no obstante fija la estación romana en la basílica del

Príncipe de los Apóstoles, figurado también por Abrahán en su cabida de Padre de *los creyentes*.

El Introito nos muestra los sentimientos del ciego abandonado que implora la compasión del Redentor quien se dignará ser su guía y su anfitrión.

INTROITO

Sé para mí un Dios protector y un lugar de refugio, para que me salves: porque tú eres mi sostén, y mi seguridad: y por tu nombre serás mi caudillo, y me nutrirás. — *Salmo:* En ti, Señor, he esperado, no sea confundido para siempre: líbrame en tu justicia, y sálvame. ℣. Gloria al Padre.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, escuches clemente nuestros ruegos: y, libres de los lazos de los pecados, defiéndenos de toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Si hablara las lenguas de los hombres y de los Angeles, pero no tuviera caridad, sería como un bronce sonoro, o como una campana que retiñe. Y si tuviera el don de profecía, y conociera todos los misterios y toda la ciencia; y si tuviera tal fe, que trasladara los montes, pero no tuviera caridad, no sería nada. Y si distribuyera todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregara mi cuerpo, para ser quemado, pero no tuviera caridad, de nada me serviría. La caridad es paciente, es benigna: la caridad no es envidiosa, no obra con malicia, no se infla, no es

ambiciosa, no busca sus cosas, no se irrita, no piensa mal, no se alegra de la iniquidad, sino que goza con la verdad: todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo aguanta. La caridad no desaparece nunca, aunque pasen las profecías, aunque cesen las lenguas, aunque se destruya la ciencia. Porque ahora conocemos sólo en parte, y en parte profetizamos; mas, cuando llegue lo perfecto, desaparecerá lo parcial. Cuando era niño, hablaba como niño, juzgaba como niño, pensaba como niño. Mas, cuando me hice hombre, abandoné las cosas de niño. Ahora vemos por espejo, en obscuridad; pero entonces (veremos) cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como soy conocido. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad: la mayor de ellas es la caridad.

ELOGIO DE LA CARIDAD. — La Iglesia nos manda leamos hoy el estupendo panegírico de la caridad escrito por S. Pablo. Esta virtud, que en sí encierra el amor de Dios y del prójimo, es la luz de nuestras almas; si éstas carecen de ella, viven en tinieblas y cuanto hagan es estéril. El poder mismo de hacer milagros no es capaz de asegurar la salvación a quien no tiene Caridad; sin ella, las obras más heroicas en apariencia, no son más que un lazo más. Pidamos al Señor esta divina luz; por mucho que aquí nos lo conceda en su bondad, nos la guarda sin medida en la eternidad. El día más espléndido de que podemos gozar en este mundo, es tiniebla espesa comparado con los resplandores eternos. La fe se eclipsará ante la realidad contemplada para siempre; la esperanza no tendrá razón de ser en cuanto

entremos en posesión de lo esperado. Sólo el amor reinará y tal es el motivo de su preeminencia sobre las otras dos virtudes teologales. He aquí bien destacado el destino del hombre redimido y alumbrado por Cristo; ¿habrá, por tanto, motivo de asombrarse, deje todo el hombre para seguir a tal caudillo? Pero... cristianos bautizados en esta fe, en esta esperanza, y con primacías de este amor tan celebrado por S. Pablo, se precipitan estos días en desórdenes groseros, por refinados que pretendan mostrárnoslos a veces. Se diría que pretenden los tales extinguir en sí mismos hasta el último fulgor de la luz divina, en conjura manifiesta con las tinieblas. La Caridad, si en nosotros impera, debe hacernos sensibles al ultraje que a Dios hacen, y movernos a solicitar para esos ciegos, hermanos nuestros, la misericordia del Señor.

En el Gradual y el Tracto, celebra la Iglesia las bondades del Señor para con sus elegidos. Los libró del pesado yugo del mundo, ilustrándolos con su luz; son su pueblo y ovejas de su rebaño.

GRADUAL

Tú eres el único Dios que hace maravillas: hiciste notorio entre las gentes tu poder. ℣. Libraste con brazo fuerte a tu pueblo, a los hijos de Israel y de José.

TRACTO

Tierra toda, canta jubilosa a Dios: servid al Señor con alegría. ℣. Presentaos ante El con regocijo: sabed

que el Señor es el mismo Dios. ℣. El nos hizo, y no nosotros mismos: somos su pueblo, y las ovejas del su pasto.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo tomó Jesús a los Doce, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas que han sido escritas por los Profetas acerca del Hijo del hombre. Porque será entregado a los gentiles, y escarnecido, y flagelado, y escupido: y, después de flagelarle, le matarán, y al tercer día resucitará. Y ellos no entendieron nada de esto, y estas palabras fueron para ellos un enigma, y no comprendían lo que se les decía. Y sucedió que, al acercarse a Jericó, estaba un ciego sentado junto al camino, mendigando. Y, cuando oyó a la turba que pasaba, preguntó qué era aquello. Y le dijeron que pasaba Jesús el Nazareno. Y clamó, diciendo: Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí. Y los que iban delante, le increpaban para que callase. Pero él gritaba con más fuerza: Hijo de David, ten piedad de mí. Y, parándose Jesús, mandó que se lo trajesen. Y, habiéndose acercado, le interrogó, diciendo: ¿Qué quieres que te haga? Y él dijo: Señor, que vea. Y Jesús le dijo: Vé; tu fe te ha salvado. Y al punto vió; y le siguió, glorificando a Dios. Y todo el pueblo, al ver esto, alabó a Dios.

CEGUERA Y LUZ ESPIRITUALES. — La voz de Cristo anunciando su Pasión acaba de resonar; recibieron los Apóstoles esta confidencia de su Maestro y no la entendieron. Están aún sobradamente imbuídos en los prejuicios de su pueblo en contra de los sufrimientos del Mesías, para darse cuenta cabal de la misión del Salvador; menos

mal que no le abandonaron sino que le están adictos y le siguen. Adoremos amorosos la misericordia divina; nos ha sacado como a Abrahán del medio de un pueblo abandonado. Sigamos el ejemplo del ciego de Jericó, clamemos al Señor se digne iluminarnos más y más: *"Señor, haz que yo vea"*; esta era su oración. Dios nos ha otorgado su luz; pero de poco nos serviría si no despertara en nosotros ansias de ser siempre más. Prometió a Abrahán enseñarle el lugar que le tenía preparado; dígnese así mismo hacernos ver esa tierra de los vivos. Antes, empero, roguémosle se nos muestre a nosotros, conforme al hermoso pensamiento de S. Agustín, para que le amemos y nos abra los ojos y nos conozcamos para que dejemos de amarnos.

Mientras se desarrolla el Ofertorio, pide la Iglesia a favor de sus hijos el conocimiento de la ley de Dios, verdadera luz de vida y quiere aprendan nuestros labios a pronunciar su doctrina y los divinos mandamientos.

OFERTORIO

Bendito eres, Señor: enséñame tus preceptos: con mis labios he contado todos los juicios de tu boca.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta Hostia purifique nuestros pecados y santifique los cuerpos y las almas de tus siervos, para poder celebrar este Sacrificio. Por el Señor.

La antífona de la Comunión nos trae a la memoria el maná dado en el desierto a la raza de Abrahán. Ese alimento, sin embargo, aunque caído de lo alto, no les libró de la muerte. El Pan de vida, en cambio, que bajó del cielo, asienta las almas en la luz eterna, y quien dignamente le come, no morirá.

COMUNION

Comieron, y se sacieron, y el Señor satisfizo sus deseos: no quedaron defraudados en sus anhelos.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos recibido estos celestiales alimentos, seamos defendidos por ellos contra toda adversidad. Por el Señor.

LUNES DE QUINCUAGESIMA

El ejemplo de Abrahán. —La vida del fiel cristiano, a ejemplo de Abrahán, no es más que valiente carrera hacia la morada que Dios Nuestro Señor le ha destinado. Nos es, pues, menester dar de mano a cuanto embaraza la marcha y no volver la vista atrás. Severa en esta doctrina, pero a poco que reflexionemos sobre los peligros que aquí asedian al hombre caído, sobre la experiencia repetida por cada uno de nos-

otros, dejaremos de maravillarnos de que el Señor haga estribar como condición esencial de nuestra salvación en la renuncia de nosotros mismos. Por otra parte, ¿somos bastante cuerdos y valientes para dejar de convencernos, que nos conviene, que dejemos a Dios ordene nuestra vida en vez de disponerla a nuestro placer? Y, por fin, sean cualesquiera nuestras reclamaciones y resistencias, Dios es nuestro dueño, y si nos deja la libertad de resistir o de seguirle, no está dispuesto a abdicar, a renunciar sus derechos. Nuestra negativa a obedecerle compete a solos nosotros.

Libre era Abrahán al oír el divino llamamiento de quedarse en Caldea y no emprender la emigración que desarraigaba su existencia terrestre. Dios, entonces escogerá a otro hombre a quien devolverá el honor de ser el padre del pueblo elegido y abuelo del Mesías. Estas substituciones son frecuentes en el campo de la gracia. Por el hecho de que un alma rehusa la salvación no hay motivo de creer que por eso pierda el cielo ni uno solo de sus escogidos. Dios, menospreciado por aquel a quien se dignara llamar, se vuelve a otro que le será más dócil.

La vida cristiana se desarrolla enteramente en esta absoluta dependencia llevada a cabo hasta el fin. En primer lugar el espíritu de sumisión retrae al alma del pecado y de la muerte en que languidecía. De la neblina de Caldea la trans-

porta a la tierra prometida, y, después de encaminada el alma en el recto camino, temiendo su caída, la mantiene en continuo ejercicio por los sacrificios que la exige. Aquí vemos también como luz y guía el ejemplo de Abrahán. Este ilustre amigo de Dios recibe en recompensa la promesa más estupenda; un hijo es la prenda de ella, y sin mucho tardar, para sondear el corazón del santo Patriarca, Dios mismo le manda inmolar a ese hijo en que se cifraban todas sus esperanzas.

Salir del mal. — Tal es el destino del hombre en la tierra. Para salir del mal es menester hacer esfuerzos contra nosotros mismos, y la perseverancia en el bien supone reiteradas luchas. Levantemos, pues, los ojos a las colinas eternas, y a ejemplo de Abrahán, consideremos la morada de este mundo como tienda levantada para un día. El Salvador ha dicho: *"No he venido a traer la paz en la tierra, sino la espada; he venido a separar, a dividir"*[1]. Debemos, contar, por supuesto, con la prueba; y ya que nos la impone Aquel que nos amó hasta el extremo de hacerse nuestro semejante, reconozcamos que nos es saludable. También El dijo: *"Donde está tu tesoro, allí está tu corazón"*[2]. ¿Podemos, oh cristianos, tener nuestro tesoro en esta tierra inferior a nosotros? No

[1] *S. Mat.*, X, 34.
[2] *S. Mat.*, VI, 21.

puede ser. Nuestro tesoro, por tanto, está más arriba. ¿Qué mano de hombre nos lo podrá arrebatar?

Tales pensamientos se nos brindan a nuestra consideración estos últimos días que preceden a la santa Cuaresma. Hay, pues, que purificar nuestro corazón y hacer que aspire a Dios. Pidamos llegue a nosotros *el reino de Dios,* y a los ciegos pecadores, *piedras,* que la poderosa misericordia del Señor, puede transformar en *hijos de Abrahán,* si le place. Lo realiza todos los días; por ventura lo hizo con nosotros que, "después de haber estado lejos, estamos ahora adheridos a Dios en la sangre de Jesucristo"[1].

MARTES DE QUINCUAGESIMA

SEPARACIÓN DEL MUNDO. — El principio fundamental de la vida cristiana, estriba, según el Evangelio, en vivir fuera del mundo, separarse de él, romper con él. El mundo, es esta tierra infiel de la que Abrahán, nuestro modelo, se alejó por orden de Dios; es esta Babilonia que nos ha aherrojado y cuya convivencia está henchida de peligros para nosotros. El discípulo amado nos da voces diciendo: "No améis al mundo y cuanto

[1] *Eph.,* II, 13.

hay en el mundo, el amor del Padre no está en él"[1]. El Salvador, abismo de misericordia, al ofrecer su Sacrificio por todos, dejó oír esta terrible palabra: "No ruego por el mundo"[2]. Nosotros mismos no fuimos señalados con el sello glorioso e imborrable del cristiano, sino después de haber renunciado a las obras y pompas del mundo, y más de una vez renovamos este solemne compromiso.

USO LEGÍTIMO DEL MUNDO. — ¿Qué significa lo antedicho? ¿Hemos, acaso, para ser cristianos de retirarnos a un desierto, y alejarnos del consorcio de nuestros semejantes? No puede ser tal la intención de Dios, por cuanto en el libro mismo donde nos ordena huyamos del mundo, que no amemos al mundo, nos impone deberes para con los hombres, sanciona y bendice los lazos que la disposición de su providencia ha sellado entre ellos y nosotros. Su Apóstol nos advierte: "*Usemos de este mundo como si no le usáramos*"[3]. No nos está vedado, el uso de este mundo. Una vez más, ¿qué significa todo esto? ¿Habrá contradicción en la doctrina celestial y estamos, por ventura, condenados a palpar entre tinieblas?

No hay nada de eso, y resulta todo claro al resolvernos a considerar con atención lo que nos rodea. El mundo, entendiendo por mundo los ob-

---

1 *I S. Juan.*, II, 15.
2 *S. Juan*, XVII, 6.
3 *I Cor.*, VII, 31.

jetos que Dios ha creado en su poder y bondad, este mundo visible que hizo a gloria suya y provecho nuestro, no es indigno de su autor; y, si somos fieles, no es en verdad más que una serie de grados o escalones para remontarnos hasta Dios. Usemos de todo esto agradecidos; atravesemos por todo ello sin fijar nuestra esperanza, no le consagremos un amor a solo Dios debido, no olvidemos nuestros destinos inmortales, que no han de verse aquí cumplidos.

El mundo perverso. — Pero la mayoría de los hombres no tienen esa prudencia; su corazón se pega al suelo en vez de remontarse a lo alto, de manera que, dignándose el autor del mundo visitarle para hacerle salvo, *el mundo no quiso conocerle* [1]. Entonces el Señor afrentó a los hombres ingratos con el apelativo de *mundo,* aplicándoles el nombre del objeto de su codicia, porque cerraron sus ojos a la luz y se trocaron en tinieblas.

El *mundo* en este sentido malvado, es, por tanto, todo lo que se opone a Jesucristo, cuanto se niega a reconocerle y dejarse guiar por El. El mundo es el conjunto de máximas que pugnan por apagar o menguar el empuje de las almas a Dios, a recomendar como provechoso cuanto cautiva nuestro corazón, con lazos de esta vida de-

[1] *S. Juan.,* I, 10.

leznable, a censurar o repeler cuanto eleva al hombre por encima de un imperfecto o natural vicioso, a encontrar o seducir nuestra imprudencia con el señuelo de solaces peligrosos que, lejos de allegarnos a nuestro fin eterno, nos dejan extraviados y desorientados del sendero recto.

LUCHA NECESARIA. — Y este mundo maldito está en todo lugar y tiene sus conciertos sinuosos en nuestros corazones. Por el pecado, ha embebido totalmente este mundo exterior por Dios creado; menester nos es vencerle y sojuzgarle a nuestros pies, si no queremos perecer con él. Necesariamente hemos de ser sus enemigos o esclavos. En los días que atravesamos triunfa, y ve consolidado su imperio sobre aquellos que un día le anatematizaron, el día en que se alistaron en la milicia de Cristo. Lastimémonos de ellos, roguemos por ellos, temblemos por nosotros, y para que no se amilane nuestro corazón, meditemos en estos días las consoladoras palabras del Salvador tocante a sus discípulos, después de la última Cena: "Padre mío, les he dado tu palabra y el mundo los aborreció porque no son del mundo, como yo mismo no soy del mundo. No te pido que los saques del mundo, sino que los guardes del mal"[1].

---

[1] *S. Juan.*, XVII, 14.

CONCLUSION

DEL TIEMPO DE SEPTUAGÉSIMA

Ya están preparadas nuestras almas; puede la Iglesia dar principio a la Cuaresma. Durante las tres semanas trascurridas, aprendimos a conocer la miseria del hombre caído, la necesidad inmensa de ser salvado por su autor divino; la eterna justicia contra quien osó rebelarse el linaje humano, y el castigo terrible que fué el fruto de tan gran osadía; por fin, la alianza del Señor en la persona de Abrahán con los dóciles a su voz rehuyen las máximas de un mundo fementido y condenado.

Vamos a ver ahora cumplirse los misterios con que ha sido cicatrizada la herida de nuestra lamentable caída, desarmada la justicia divina, la gracia que nos redime del yugo de Satanás y del mundo, superabundantemente derramada sobre nosotros.

El Hombre-Dios, cuyas huellas dejamos de seguir por breve espacio, va a ofrendarse de nuevo a nuestra vista abrumado bajo el peso de su Cruz y luego inmolado por nuestra Redención. La Pasión dolorosa que nuestros pecados le han impuesto, va a renovarse a nuestros ojos en el aniversario más solemne.

Alerta, pues, y purifíquemonos. Corramos valientes por el sendero de la penitencia; y que

cada día aligere más y más la carga con que nuestros pecados nos abruman y, cuando hayamos participado del cáliz del Redentor por sentida compasión de sus dolores, nuestros labios, largo tiempo cerrados a los cantos de alegría, serán abiertos por la Iglesia, y nuestros corazones, súbitamente trasportados de júbilo inefable, para entonar el cántico pascual.

MIERCOLES DE CENIZA

INVITACIÓN DEL PROFETA. — Hervía ayer el mundo en los placeres, y los mismos cristianos se entregaban a expansiones permitidas; mas ya de madrugada ha resonado a nuestros oídos la trompeta sagrada de que nos habla el Profeta [1]. Anuncia la solemne apertura del ayuno cuaresmal, el tiempo de expiación, la proximidad más inminente de los grandes aniversarios de nuestra Redención. Arriba, pues, cristianos, preparémonos a combatir las batallas del Señor.

ARMADURA ESPIRITUAL. — En esta lucha, empero, del espíritu contra la carne, hemos de estar armados, y he aquí que la Iglesia nos convoca en sus templos para adiestrarnos en los ejercicios,

[1] Véanse las reflexiones que siguen a la Epístola.

en la esgrima de la milicia espiritual. S. Pablo nos ha dado ya a conocer al pormenor las partes de nuestra defensa: "Ceñidos vuestros lomos con la verdad, revestida la coraza de la justicia, y calzados los pies prontos para anunciar el Evangelio de la paz. Embrazad en todo momento el escudo de la fe y la esperanza de salvaros por yelmo que proteja la cabeza"[1]. El Príncipe de los Apóstoles viene por su parte a decirnos: "Cristo padeció en la carne, armáos también vosotros del mismo pensamiento"[2]. La Iglesia nos recuerda hoy estas enseñanzas apostólicas, pero añade por su parte otra no menos elocuente, haciéndonos subir hasta el día de la prevaricación, que hizo necesarios los combates a que nos vamos a entregar, las expiaciones que hemos de pasar.

ENEMIGOS CON QUIENES HEMOS DE LUCHAR. — Dos clases de enemigos se nos enfrentan decididos: las pasiones en nuestro corazón y los demonios por de fuera. El orgullo ha acarreado este desorden. El hombre se negó a obedecer a Dios. Dios le ha perdonado, con la dura condición de que ha de morir. Le dijo, pues: "Polvo eres, hombre, y en polvo te volverás"[3]. ¡Ay! ¿cómo olvidamos este saludable aviso? Hubiera bastado sólo él para fortalecernos contra nosotros mismos persuadidos de nuestra nada, no nos hubiéramos

[1] *Eph,* VI, 16.
[2] *I S. Pedro,* IV, 1.
[3] *Gen.,* III, 19.

atrevido a quebrantar la ley de Dios. Si ahora queremos perseverar en el bien, en que la gracia de Dios nos restableció, humillémonos, aceptemos la sentencia y consideremos la vida como sendero más o menos corto que acaba en la tumba. Con esta perspectiva, se renueva todo, todo se explica. La bondad inmensa de Dios que se dignó amar a seres condenados a la muerte se nos presenta todavía más admirable; nuestra insolencia y nuestra ingratitud contra quien desafiamos en los breves instantes de nuestra existencia nos parece cada vez más para sentida, y la reparación que podemos hacer y que Dios se digna aceptar, más puesta en razón y salutífera.

Imposición de la ceniza. — Este es el motivo que decidió a la Iglesia, cuando juzgó oportuno anticipar de cuatro días el ayuno cuaresmal, a iniciar este santo tiempo, señalando con ceniza la frente culpable de sus hijos y repitiendo a cada uno las palabras del Señor que nos condenan a muerte. El uso, sin embargo, como signo de humillación y penitencia, es muy anterior a la presente institución y la vemos practicada en la antigua alianza. Job mismo, en el seno de la gentilidad, cubría de ceniza su carne herida por la mano de Dios, e imploraba de este modo su misericordia [1]. Más tarde el salmista en la contrición viva de su corazón, mezclaba ceniza con

[1] *Job*, XVI, 16.

el pan que comía [1], y análogos ejemplos abundan en los Libros históricos y en los Profetas del Antiguo Testamento. Y es que vivamente sentían entonces ya la relación que hay entre ese polvo de un ser materialmente quemado y el hombre pecador, cuyo cuerpo ha de ser reducido a polvo al fuego de la divina justicia. Para salvar por de pronto al alma, acudía el pecador a la ceniza y reconociendo su triste fraternidad con ella, se sentía más a resguardo de la cólera de Aquel que resiste a los soberbios y tiene a gala perdonar a los humildes.

PENITENTES PÚBLICOS. — El uso litúrgico de la ceniza el miércoles de Quincuagésima, no parece haberse dado en los comienzos a todos los fieles, sino tan sólo a los culpables de los pecados cometidos a la penitencia pública de la Iglesia. Antes de Misa se presentaban en el templo donde todo el pueblo se hallaba congregado. Los sacerdotes oían la confesión de sus pecados, y después los cubrían de cilicios y derramaban ceniza en sus cabezas. Después de esta ceremonia clero y pueblo se postraban en tierra y rezaban en voz alta los siete salmos penitenciales. Tenía lugar después la procesión en la que los penitentes iban descalzos; a la vuelta eran arrojados solemnemente de la Iglesia por el Obispo que les decía: "Os arrojamos del recinto de la Iglesia por

[1] *Ps.* CI, 10.

vuestros pecados y crímenes, como Adán, el primer hombre fué arrojado del paraíso por su desobediencia." Cantaba a continuación el clero algunos responsorios sacados del Génesis, en los que se recordaban las palabras del Señor, que condenaban al hombre al sudor y trabajo en esta tierra ya maldita. Cerraba en seguida las puertas de la Iglesia. Y los pecadores no debían pasar sus umbrales hasta volver Jueves Santo, a recibir con solemnidad la absolución.

EXTENSIÓN DEL RITO LITÚRGICO. — Después del siglo XI empezó a caer en desuso la penitencia pública; en cambio, la costumbre de imponer la ceniza a todos los fieles este día, llegó a generalizarse y se ha clasificado entre las ceremonias esenciales de la Liturgia romana [1]. Antiguamente se acercaban descalzos a recibir este aviso de la nada del hombre, y aun en pleno siglo XII el mismo Papa salía de Santa Anastasia a Santa Sabina donde se celebraba la Estación y hacía el recorrido descalzo, lo mismo que los Cardenales de su cortejo. La Iglesia ha cedido en esta severidad exterior, sin dejar de tener estima gran-

[1] No es fácil determinar la fecha exacta en que se llevó a cabo esta evolución. Sólo sabemos que en el Concilio de Benevento en 1091, Urbano II la hizo obligatoria para todos los fieles. La ceremonia actual va detallada en los *Ordines* del siglo XII; las antífonas, responsorios y oraciones de la bendición de la ceniza, estaban ya en uso entre el siglo VIII y X.

de de los sentimientos que tan imponente rito debe producir en nuestras almas.

Como acabamos de insinuar, la estación en Roma se celebra hoy en Santa Sabina, sobre el Monte Aventino. Bajo los auspicios de esta santa mártir se inicia la penitencia cuaresmal.

Empiezan las sagradas ceremonias por la bendición de la ceniza. Proceden de los ramos benditos el año anterior el domingo antes de Pascua. La bendición que reciben en este nuevo estado tiene por finalidad hacernos más dignos del misterio de contrición y humildad que ha de significar.

Canta el coro en primer lugar esta antífona que implora la misericordia divina.

ANTIFONA

Escúchanos, Señor, porque tu misericordia es benigna: míranos, Señor, según la muchedumbre de tus misericordias. — *Salmo:* Sálvame, oh Dios, porque las aguas han penetrado hasta mi alma. ℣. Gloria al Padre. Escúchanos...

El sacerdote teniendo en el altar la ceniza, pide a Dios las haga instrumento de santificación en favor nuestro.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, perdona a los penitentes, sé propicio con los suplicantes: y dígnate enviar desde el cielo a tu Angel, el cual ben † diga, y santi † fique estas cenizas, para que sean saludable remedio a todos los que imploren humildemente tu santo

nombre, a los que se confiesen de sus pecados y a los que lloren sus crímenes delante de tu majestad o invoquen rendida y porfiadamente tu serenísima piedad; y haz que, por la invocación de tu santísimo nombre, todos los que fueren signados con ellas, para redención de sus pecados, alcancen la salud del cuerpo y la tutela del alma. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Oh Dios, que no deseas la muerte, sino la penitencia de los pecadores: contempla begnísimo la fragilidad de la condición humana; y dígnate, por tu piedad, ben † decir estas cenizas, que vamos a imponer sobre nuestras cabezas, para profesar humildad y alcanzar el perdón: a fin de que, puesto que nos reconocemos ceniza y que, por causa de nuestra depravación, nos hemos de convertir en polvo, merezcamos alcanzar misericordiosamente el perdón de todos los pecados y los premios prometidos a los penitentes. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Oh Dios, que te doblegas con la humillación y te aplacas con la satisfacción: inclina a nuestras preces el oído de tu piedad; y derrama propicio la gracia de tu bendición sobre las cabezas de tus siervos, signadas con la unción de estas cenizas: para que los llenes del espíritu de compunción, y les concedas eficazmente lo que justamente te pidieren, y les conserves perpetuamente firme e intacto lo que les hubieres concedido. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

ORACION

Omnipotente y sempiterno Dios, que concediste los remedios de tu perdón a los Ninivitas, que hicieron pe-

nitencia con ceniza y cilicio: haz que los imitemos de tal modo en el hábito, que consigamos también el perdón. Por el Señor.

Después de las oraciones, aspergea el sacerdote con agua bendita la ceniza y la inciensa. Acabada la incensación recibe él mismo la ceniza en la cabeza de manos del sacerdote más digno; este la recibe a su vez del celebrante, quien después de haberla impuesto a los ministros del altar y demás clero, la distribuye sucesivamente al pueblo.

Cuando se acerque el sacerdote a señalaros con el sello de la penitencia, acepta sumiso la sentencia de muerte que Dios mismo pronunciará sobre ti al decirte: "Acuérdate, hombre, que eres polvo y en polvo te volverás." Humíllate y recuerda que por haber querido *ser como dioses,* prefiriendo tu capricho al querer de tu Señor, has sido condenado a morir. Pensemos en la inacabable secuela de pecados que añadimos al de Adán, y admiremos la clemencia de Dios que se contentará con una sola muerte por tantas rebeldías.

Mientras se distribuye la ceniza canta el coro las dos antífonas y responsorios siguientes:

ANTIFONAS

Mudemos el vestido en ceniza y cilicio: ayunemos, y lloremos ante el Señor: porque nuestro Dios es muy misericordioso para perdonar nuestros pecados.

Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: y no cierres, Señor, las bocas de los que te cantan.

RESPONSORIO

℟. Mejoremos lo que pecamos por ignorancia: no sea que, sorprendidos por el día de la muerte, busquemos espacio para la penitencia, y no podamos hallarlo. * Atiende, Señor, y ten compasión: porque hemos pecado contra ti.

℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por el honor de tu nombre, líbranos, Señor. * Atiende, Señor. ℣. Gloria al Padre. Atiende, Señor.

Terminada la distribución de la ceniza canta el preste la oración siguiente:

ORACION

Concédenos, Señor, la gracia de comenzar con santos ayunos la carrera de la milicia cristiana: para que, al luchar contra los espíritus malignos, seamos protegidos con los auxilios de la continencia. Por Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

MISA

Alentada por el acto de humildad que acaba de realizar, el alma cristiana se llena de ingenua confianza hacia Dios misericordioso; se atreve a recordarle su amor para con los hombres que ha creado, y la longanimidad con que se dignó esperar su vuelta a El. Estos sentimientos son tema

del Introito cuyas palabras están sacadas del libro de la Sabiduría.

INTROITO

Te compadeces, Señor, de todos, y no odias nada de lo que has hecho, disimulando los pecados de los hombres por su penitencia, y perdonándoles: porque tú eres el Señor, nuestro Dios. — *Salmo:* Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí: porque en ti confía mi alma. ℣. Gloria al Padre.

Pide en la colecta la Iglesia a favor de sus hijos, que la saludable práctica del ayuno sea acogida por ellos con sincera complacencia y que en ella perseveren para bien de sus almas.

COLECTA

Concede, Señor, a tus fieles la gracia de comenzar con sincera piedad la veneranda solemnidad de estos ayunos y de continuarla con segura devoción. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Joel.

Esto dice el Señor: Convertíos a mí de todo vuestro corazón, en ayuno, y en lloro, y en llanto. Y rasgad vuestros corazones, y no vuestros vestidos, y convertíos al Señor, vuestro Dios: porque es benigno y misericordioso, paciente y de mucha misericordia, y superior a toda malicia. ¿Quién sabe si se volverá, y perdonará, y dejará en pos de sí bendición, sacrificio y libación al Señor, Dios vuestro? Tocad la trompeta en Sión, santificad el ayuno, llamad a concilio, congregad el pueblo, santificad la asamblea, reunid a los ancianos,

juntad a los niños y a los que maman: salga el esposo de su lecho, y la esposa de su tálamo. Entre el vestíbulo y el altar llorarán los sacerdotes, ministros del Señor, y dirán: Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: y no des tu herencia al oprobio, para que les dominen las naciones. ¿Por qué dicen en los pueblos: Dónde está su Dios? El Señor amó su tierra, y perdonó a su pueblo. Y respondió el Señor y dijo a su pueblo: He aquí que yo os daré trigo, y vino, y aceite, y os llenaréis de ellos: y no os haré ya más el oprobio de las gentes: lo dice el Señor omnipotente.

Eficacia del ayuno. — Este magnífico paso del Profeta nos descubre la importancia que el Señor da a la expiación por el ayuno. Cuando el hombre contrito por sus pecados mortifica su carne, Dios se aplaca. El ejemplo de Nínive lo demuestra; perdona el Señor a una ciudad infiel por el solo hecho de que sus habitantes imploraban su compasión bajo la librea de la penitencia; pues, ¿qué no hará a favor de su pueblo, si acierta a juntar a la inmolación del cuerpo el sacrificio del corazón? Entremos, pues, animosos en el sendero de la penitencia; y si la mengua de los sentimientos de fe y temor de Dios amenazan, al parecer, acabar en derredor nuestro prácticas tan antiguas como el cristianismo, Dios nos libre de entrar por las veredas del relajamiento tan pernicioso al conjunto de las costumbres cristianas. Recapacitemos, sobre todo, en nuestros compromisos personales con la divina justicia; ella nos condonará los deslices y castigos que me-

recen en la medida que pongamos solícito empeño en ofrendarle la satisfacción a que tiene pleno derecho.

Continúa la Iglesia desahogando en el Gradual los vivos sentimientos de confianza en Dios bondadosísimo, y cuenta en la felicidad de sus hijos que sabrán aprovechar los medios con que los brinda para desarmar su enojo.

El Tracto es una hermosa plegaria de David; repítela la Iglesia tres veces por semana durante la Cuaresma, y de ella se sirve para apaciguar la cólera de Dios en tiempos calamitosos.

GRADUAL

Ten piedad de mí, oh Dios, ten piedad de mí: porque en ti confía mi alma. ℣. Vino del cielo, y me libró: llenó de oprobio a los que me pisoteaban.

TRACTO

Señor, no nos pagues según los pecados que hemos cometido: ni según nuestras iniquidades. ℣. Señor, no te acuerdes de nuestras antiguas iniquidades, antes anticípense pronto tus misericordias: porque somos muy pobres. *(Aquí se arrodilla.)* ℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por la gloria de tu nombre, líbranos, Señor: y sé propicio con nuestros pecados, por tu nombre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando ayunéis, no os pongáis, como los hipócritas, tristes. Porque ellos maceran sus rostros, para hacer ver a los

hombres que ayunan. En verdad os digo: ya han recibido su galardón. Tú, en cambio, cuando ayunes, unge tu cabeza, y lava tu cara, para que no vean los hombres que ayunas, sino tu Padre, que está oculto: y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo premiará. No atesoréis tesoros en la tierra: donde el orín y la polilla los destruyen, y donde los ladrones los minan, y roban. Atesorad, en cambio, tesoros en el cielo, donde ni el orín ni la polilla los destruyen, y donde los ladrones no los minan, ni roban. Donde está tu tesoro, allí está también tu corazón.

Alegría de Cuaresma. — No quiere Nuestro Señor recibamos el anuncio del ayuno expiatorio como triste y mortificante nueva. El cristiano entiende lo suficiente cuán arriesgado es para él el vivir en déficit con la divina justicia; ve, por consiguiente, llegarse el tiempo de Cuaresma con gozo y consuelo; de antemano sabe que, si es fiel a las prescripciones de la Iglesia, aliviará su carga. Estas satisfacciones, hoy tan suavizadas por la indulgencia de la Iglesia, ofrecidas a Dios con las del mismo Redentor y fecundadas por esta comunicación en haz común de propiación las obras santas de todos los miembros de la Iglesia militante, purificarán nuestras almas y las harán dignas de participar de las inefables alegrías de la Pascua. No estemos, por tanto, tristes porque ayunamos, ni lo estemos por haber hecho necesario nuestro ayuno por el pecado. Otro consejo nos da el Señor que la Iglesia recalcará a menudo en el decurso de la santa Cuaresma;

añadamos la limosna a las privaciones corporales. Nos exhorta atesoremos, pero sólo para el cielo. Tenemos necesidad de intercesores; busquémosles entre los pobres.

Canta la Iglesia en el Ofertorio nuestra libertad. Se regocija al ver curadas ya las heridas de nuestra alma porque cuenta con nuestra perseverancia.

OFERTORIO

Te exaltaré, Señor, porque me recibiste, y no alegraste a mis enemigos sobre mí: Señor, clamé a ti, y me sanaste.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos adaptemos convenientemente a estos dones que te ofrecemos, y con los cuales celebramos el comienzo de este mismo venerable Sacramento. Por el Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que, con el ayuno corporal, reprimes los vicios, elevas la mente, das la virtud y los premios: por Cristo, nuestro Señor. Por quien a tu Majestad alaban los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

Santo, Santo, Santo, etc.

Las palabras de la antífona de la Comunión encierran importantísimo consejo. Necesitamos mantenernos firmes durante la Cuaresma. Meditemos la ley del Señor y sus misterios. Si saboreamos la palabra de Dios que la Iglesia nos propone cada día, la luz y el amor se acrecentarán en nuestros corazones sin cesar, y cuando el Señor salga de las sombras del sepulcro, reverberarán sobre nosotros sus divinos resplandores.

COMUNION

El que meditare en la Ley del Señor día y noche, dará su fruto a su tiempo.

POSCOMUNION

Haz Señor, que los Sacramentos recibidos nos aprovechen: para que nuestros ayunos te sean gratos a ti, y a nosotros nos sirvan de alivio. Por el Señor.

Todos los días de Cuaresma, a excepción de los domingos, antes de despedir a la asamblea de los fieles, el Preste pronuncia sobre ellos una oración particular [1], precedida siempre de esta advertencia del diácono:

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Señor, contempla propicio a los que se inclinan ante tu majestad: para que, los que han sido alimentados con tu don divino, se sientan siempre alimentados por este socorro celestial.

---

[1] Es una fórmula de bendición pidiendo a Dios que los fieles puedan volver a sus ocupaciones ordinarias, llevando consigo prenda segura de la protección del cielo. (Callewaert, *Sacris erudiri*, 694).

JUEVES DESPUES DE CENIZA

La ley del ayuno nos obliga desde ayer; no entramos, sin embargo, todavía en la Cuaresma propiamente dicha. La solemnidad se iniciará el próximo sábado a Vísperas. Para distinguir precisamente estos cuatro días añadidos del resto de la santa Cuaresma, continúa la Iglesia cantando las Vísperas a la hora ordinaria y permite a sus ministros rompan el ayuno antes de haber cumplido con el rezo de este Oficio. Desde el sábado ya será otra cosa; cada día, a excepción del domingo que no admite ayuno, las Vísperas de feria y fiestas serán anticipadas de manera que, a la hora en que los fieles toman la refección ordinaria, se haya celebrado ya el Oficio vespertino. Es un recuerdo de la Iglesia primitiva. Entonces los fieles no interrumpían el ayuno antes de la puesta del sol, hora a que corresponde el Oficio de Vísperas.

La Santa Madre Iglesia ha distinguido estos tres días que siguen al miércoles de Ceniza, señalando para cada uno de ellos una lectura del Antiguo Testamento y otra del santo Evangelio, para que se lean en la misa; las daremos aquí acompañadas de algunas reflexiones y precedidas de la Colecta propia de cada día.

La Estación en Roma se celebra en S. Jorge in Velabro. Posee la cabeza de este mártir que el Papa Zacarías (741-752) llevó de Letrán.

COLECTA

Oh Dios, que te ofendes con la culpa y te aplacas con la penitencia: escucha propicio las preces de tu pueblo suplicante, y aleja de nosotros los castigos de tu ira, que merecemos por nuestros pecados. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días enfermó de muerte el rey Ezequías: y entró a él Isaías, hijo del Profeta Amós, y le dijo: Esto dice el Señor: Dispón de tu casa, porque morirás, y no vivirás. Y volvió Ezequías su rostro hacia la pared, y oró al Señor, y dijo: Suplícote, Señor, te acuerdes de cómo he caminado delante de ti en verdad, y con corazón perfecto, y de cómo he obrado el bien ante tus ojos. Y lloró Ezequías con grande llanto. Y habló el Señor a Isaías, diciendo: Vete, y di a Ezequías: Esto dice el Señor, Dios de tu padre David: He oído tu oración, y he visto tus lágrimas: he aquí que añadiré quince años a tus días: y te libraré de la mano del rey de los Asirios, y también a tu ciudad, y la protegeré dice el Señor omnipotente.

PREPARACIÓN A LA MUERTE. — Ayer nos ponía la Iglesia ante nuestros ojos la certeza de la muerte. Moriremos; está empeñada en ello la palabra de Dios y no puede figurarse ningún hombre razonable, que puede él sólo objeto de privilegiada excepción. Mas si el hecho de que hemos de morir es indudable, no estamos cierto

del día preciso en que dejaremos de existir. Juzga Dios oportuno ocultárnoslo, en los designios de su sabiduría; es nuestro asunto el vivir de modo que no nos sorprenda desprevenidos. Por ventura esta tarde vendrá a decirnos como a Ezequías: "Arregla los negocios de tu casa porque vas a morir." Hemos de vivir en espera de esta nueva, y si Dios nos otorgara prolongación de vida como al Rey de Judá, forzoso es llegar pronto o tarde al último trance; más allá ya no hay tiempo, sino eternidad. Al disponer la Iglesia que buceemos en la vanidad de nuestra existencia, quiere fortalecernos contra las seducciones del presente, a fin de que nos entreguemos de lleno a esa obra de regeneración para la que nos viene preparando casi desde hace tres semanas. ¡Cuántos cristianos, que ayer recibieron la ceniza, no presenciarán en la tierra las alegrías de la Pascua! ¿Seremos nosotros, por ventura, del número de víctimas destinadas a muerte tan cercana? ¿Quién de nosotros osará afirmar lo contrario? En tal certidumbre aceptemos con agradecimiento la sentencia del Señor: "Haced penitencia, porque el reino de Dios está cerca"[1].

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Cafarnaum, se acercó a El un centurión, rogándole y di-

---

[1] *S. Mat.*, IV, 17.

ciendo: Señor, mi siervo yace en casa paralítico, y es muy atormentado. Y le dijo Jesús: Iré yo, y le curaré. Y, respondiendo el centurión, dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo: dilo sólo de palabra, y sanará mi siervo. Porque también yo soy un hombre, constituído bajo potestad, que tengo soldados a mis órdenes. Y le digo a éste: Vete, y va; y al otro: Ven, y viene; y a mi siervo: Haz esto, y lo hace. Al oírle Jesús, se admiró, y dijo a los que le seguían: En verdad os digo: No he hallado una fe tan grande en Israel. Y también os digo que vendrán muchos de Oriente y de Occidente, y se sentarán, con Abrahán e Isaac y Jacob, en el reino de los cielos: mas los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Y dijo Jesús al centurión: Vete; y, como has creído, te suceda. Y sanó su siervo en aquel instante.

La oración.—Las Sagradas Escrituras, los Santos Padres y los teólogos católicos distinguen tres clases de obras penitenciales: oración, limosna y ayuno. En las lecturas que nos proporciona la Iglesia los primeros días de la Cuaresma, pretende adoctrinarnos sobre el modo de cumplir estas tres obras; hoy, nos recomienda la oración. El centurión viene a implorar del Señor la curación del criado. Su oración es humilde: de lo íntimo de su corazón se considera indigno de recibir la visita de Jesús. Aparece henchida de fe; no duda un instante que el Señor podrá seguramente otorgarle lo que pide. ¡Con qué ingenioso ardor exhibe la demanda! La fe de este pagano sobrepasa la de los hijos de Israel y me-

rece la admiración del Hijo de Dios. Así debe de ser nuestra oración, cuando imploramos el remedio de nuestras almas. Reconozcamos que somos indignos de hablar a Dios; insistamos, sin embargo, con fe inquebrantable; su poder y su bondad exigen de nosotros la oración para galardonarla con la efusión a manos llenas de sus misericordias. El tiempo en que estamos es tiempo de oración. Reitera la Iglesia sus plegarias apremiantes; las ofrenda por nosotros; no consintamos dejarla rogar sola. Depongamos nuestra tibieza, y acordémonos que si todos los días pecamos, la oración repara nuestras faltas y nos preservará de cometer otras de nuevo.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Perdona, Señor, perdona a tu pueblo: para que, castigado con justas flagelaciones, respire por tu misericordia. Por el Señor.

VIERNES DESPUES DE CENIZA

La Estación de hoy se celebra en la iglesia de los santos Mártires Juan y Pablo.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, prosigas con tu benigno favor los ayunos comenzados: para que la penitencia, que

practicamos corporalmente, podamos observarla también con corazones sinceros. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor, Dios: Clama, no ceses, levanta tu voz como una trompeta, y anuncia a mi pueblo sus crímenes, y sus pecados a la Casa de Jacob. Porque me buscan de día en día, y quieren saber mis caminos: como gente que hubiese obrado la justicia, y no hubiese abandonado la ley de su Dios: pídenme derechos de justicia: quieren acercarse a Dios. ¿Por qué hemos ayunado, y no nos has mirado? ¿Por qué humillamos nuestras almas, y lo ignoraste? Porque en el día de vuestro ayuno se encuentra vuestra voluntad, y porque demandáis a todos vuestros deudores. Porque ayunáis para seguir pleitos y contiendas, y para herir con el puño sin piedad. No ayunéis como hasta este día, para que vuestro clamor sea oído en lo alto. ¿Acaso consiste el ayuno, que yo he elegido, en que el hombre aflija su alma durante el día; en que encorve su cabeza como un junco y se cubra de saco y ceniza? ¿Llamáis a esto ayuno y día agradable a Dios? ¿Acaso el ayuno que yo he elegido no consiste más bien en desatar los lazos de la impiedad, en deshacer los haces de opresión, en dejar libres a los quebrantados y en que rompáis todo yugo? Parte tu pan con el hambriento, y mete en tu casa a todos los pobres y errantes. Cuando veas un desnudo, cúbrele, y no desprecies tu carne. Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu salud se verá muy presto, y tu justicia irá delante de tu cara, y la gloria del Señor te protegerá. Entonces invocarás, y el Señor te oirá: clamarás, y El dirá: Aquí estoy. Porque yo, el Señor, tu Dios, soy misericordioso.

AYUNO AGRADABLE A DIOS. — El objeto de la lectura precedente es señalar las disposiciones requeridas para llevar a cabo felizmente el ayuno. El Señor había prescrito el ayuno a su pueblo. Declara que el ayuno de alimentos materiales, no es nada si los que lo practican, no ponen límite a sus iniquidades. Dios exige el sacrificio del alma. Dios vivo no puede consentir le traten como a los dioses de madera y piedra que adoraban los Gentiles. Bastábales homenajes exteriores, pues eran dioses ciegos e insensibles. No venga el hereje, a echar en cara a la Iglesia, estas prácticas que osa censurar de materiales; es él quien, al pretender desligar al cuerpo de todo yugo, se precipitó en la materia. Los hijos de la Iglesia ayunan porque el antiguo y Nuevo Testamento recomiendan el ayuno a cada paso, porque el mismo Jesucristo ayunó cuarenta días. Pero no aprecian esta práctica que se les impera de tan arriba, más que en la medida que la ven autorizada y completada por el homenaje de un corazón resuelto a reformar sus aviesas inclinaciones. El cuerpo es el culpable de la perversidad del alma. Sería justo que se someta al sufrimiento mientras que ella continuara imperturbable el curso de sus malvadas obras. Además, los que por salud delicada se sienten impedidos en este santo tiempo a someterse a las satisfacciones exigidas del cuerpo, no están descartados de la obligación en que

están de imponer a su alma ese ayuno espiritual que estriba en la enmienda de la vida, huida de cuanto trascienda al mal y esmero en darse a todo género de buenas obras.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Habéis oído que se dijo: Amarás a tu prójimo, y odiarás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os odien: y orad por los que os persiguen y calumnian: para que seáis hijos de vuestro Padre, que está en los cielos, el cual hace salir el sol sobre los buenos y los malos, y llueve sobre los justos y los injustos. Porque, si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también eso los publicanos? Y, si saludáis solamente a vuestros hermanos, ¿qué hacéis de extraordinario? ¿No hacen también eso los paganos? Sed, pues, perfectos, como también es perfecto vuestro Padre celestial. Cuidad no hagáis vuestra justicia delante de los hombres, para ser vistos por ellos: porque, si así fuere, no tendréis recompensa ante vuestro Padre, que está en los cielos. Cuando des, pues, limosna, no toques la trompeta delante de ti, como hacen los hipócritas en las sinagogas, y en las plazas, para ser honrados por los hombres. En verdad os digo: Ya han recibido su recompensa. Mas, cuando tú des limosna, sea de modo que tu izquierda ignore lo que haga tu diestra: para que tu limosna sea oculta, y tu Padre, que ve en lo oculto, te lo recompensará.

LIMOSNA.—Hermana de la oración y del ayuno es la limosna, tercera de las obras fundamentales de penitencia cristiana. La Iglesia

nos propone hoy las enseñanzas del Salvador sobre el modo de llevar a cabo las obras de misericordia. Jesucristo nos manda amar a nuestros semejantes, sin distinción de amigos y enemigos. Dios les ha creado a todos, a todos ama; ser misericordioso para con todos nos obliga por tanto a nosotros. Si viven de continuo en el mal se digna soportarlos y aguarda su vuelta hasta el fin de sus días; ni uno solo se pierde si no es por su propia culpa. ¿Cuál ha de ser nuestra actitud para con ellos? Somos pecadores y ellos nuestros hermanos, sacados, como nosotros, de la nada. Es pues honra para Dios le sirvamos, le asistamos, en los hombres de quien es Padre. La Caridad, reina de las virtudes, encierra en sí el amor al prójimo, como secuela necesaria del amor a Dios mismo. Es deber sagrado para los miembros de la gran familia humana; pero es, así-mismo, a los ojos de Dios, en los actos que la caridad inspira, una obra de penitencia, teniendo en cuenta las privaciones que impone y repugnancias que supera al llevarla a cabo. Notemos, también, cómo reitera el Señor respecto a la limosna, el consejo que nos da sobre el ayuno: Hemos de evitar todo aparato y ostentación. La penitencia es humilde y callada, no desea las miradas de los hombres; búscale como testigo, el ojo que escudriña en el secreto.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Protege, Señor, a tu pueblo, y purifícalo clemente de todos sus pecados: porque no le dañará ninguna adversidad, si no le dominare ninguna iniquidad. Por el Señor.

SABADO DESPUES DE CENIZA

La Estación está señalada en S. Trifón mártir; mas esta Iglesia del siglo IX fué destruída en 1736, y motivó la traslación a la Iglesia de S. Agustín, construída en el siglo XV, y situada muy cerca del lugar que ocupaba antiguamente S. Trifón.

COLECTA

Escucha, Señor, nuestras súplicas, y haz que celebremos con sincero afecto este solemne ayuno, instituído saludablemente para curar las almas y los cuerpos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Si quitares de en medio de ti la cadena, y dejares de extender el dedo, y de hablar lo que no aprovecha; si derramares tu alma al hambriento, y saciares el alma afligida, nacerá en las tinieblas tu luz, y tus tinieblas serán como el mediodía. Y el Señor te dará descanso para siempre, y llenará tu alma de resplandores, y librará tus huesos, y serás como huerto regado, y como fuente a la que nunca falta-

rán las aguas. Y edificarán los tuyos los desiertos antiguos: levantarás los cimientos de generaciones y generaciones: y serás llamado edificador de vallados, reparador de sendas de paz. Si apartares del sábado tu pie, si hicieres tu voluntad en mi santo día, y llamares al sábado día delicioso, santo y glorioso del Señor, y lo respetares, no haciendo tus caminos, no buscando tu voluntad, ni hablando tus palabras: entonces te deleitarás en el Señor, y yo te elevaré sobre las alturas de la tierra, y te alimentaré con la heredad de tu padre Jacob. Lo ha dicho la boca del Señor.

BUENAS OBRAS. — Es el sábado un día lleno de misterios; es el día del descanso del Señor; es símbolo de la paz eterna que saborearemos en el cielo después de los trabajos de la vida presente. Al leernos este paso de Isaías quiere enseñarnos la Iglesia bajo qué condiciones nos cabrá la suerte de tomar parte en el Sábado de la eternidad. Apenas empezamos la penitencia, ya se llega a nosotros la Iglesia, tierna Madre, con palabras llenas de consuelo. Si tachonamos de buenas obras esta santa Cuaresma durante la cual se suspenden las preocupaciones mundanas, la *luz* de la gracia relumbrará *en medio de las tinieblas* de nuestra alma. Esta alma sobrado tiempo oscurecida por el pecado, por el amor del mundo y de nosotros mismos, *llegará a resplandecer con resplandores meridianos,* la gloria de Cristo resucitado será nuestra propia gloria; y si somos constantes, la Pascua del tiempo nos llevará de la mano a la Pascua de la

eternidad. *Edifiquemos, pues, lo que en nosotros estaba por los suelos, levantemos los fundamentos, reparemos los portillos; tengamos a raya nuestros pasos, para no quebrantar las santas observancias; no sigamos más nuestros torcidos senderos, no vayamos más de boca en pos de nuestras veleidades* opuestas a los preceptos del Señor, *y nos otorgará descanso eterno y llenará nuestra alma de sus propios resplandores.*

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Marcos.

En aquel tiempo, como fuese tarde, estaba la nave en medio del mar, y Jesús estaba solo en tierra. Y, viendo que sus discípulos remaban con gran trabajo (porque les era el viento contrario), fué a ellos, hacia la cuarta vigilia de la noche, caminando sobre el mar: y quería sobrepasarles. Pero ellos, cuando le vieron caminar sobre el mar, creyeron que era un fantasma, y gritaron. Porque todos le vieron, y se asustaron. Y al punto habló con ellos, y les dijo: Confiad: soy yo; no temáis. Y subió a ellos en la nave, y cesó el viento. Y ellos se admiraban aún más en su interior: porque no habían entendido lo de los panes, pues estaba obcecado su corazón. Y, habiendo cruzado el lago, fueron a la tierra de Genesareth, y desembarcaron. Y, tan pronto como salieron de la nave, le conocieron: y, al recorrer toda aquella región, comenzaron a llevarle en sus camillas a los enfermos, donde oían que El se hallaba. Y, por donde quiera que pasaba—villas, aldeas o ciudades—, ponían en las plazas los enfermos, y le rogaban permitiera le tocasen al menos la orla de su vestido: y, todos cuantos le tocaban, sanaban.

La Cuaresma con Jesús.—La barca de la Santa Madre Iglesia es botada a alta mar; la travesía durará cuarenta días. Los discípulos de Cristo reman contra el viento y se apodera ya de ellos la inquietud; temen no poder llegar al puerto. Pero Jesús se llega a ellos sobre las olas; sube con ellos a la barca; su travesía será feliz en adelante. Los intérpretes antiguos de la Liturgia nos explanan como sigue la intención de la Iglesia al escoger este paso del Evangelio. Cuarenta días de penitencia son poquísima cosa, coreada con una vida que demasiado frecuentemente se desentiende de Dios; y todavía serían muy pesados a nuestra debilidad si el mismo Salvador no acudiera a recorrerlos con nosotros. Tranquilicémonos: es Jesús. Durante este período salutífero, ruega El con nosotros, ayuna con nosotros y con nosotros ejerce las obras de misericordia. ¿No inauguró, por ventura, El la Cuaresma de las expiaciones? Fijemos nuestra mente en ello y cobremos ánimo. Y si todavía nos sentimos desfallecer, acerquémonos a El como esos enfermos de que nos acaba de hablar el Evangelio. El contacto de sus vestidos bastaba a dar la salud a los que la habían pedido; vayamos a El en el Sacramento de su amor; y la vida divina cuyo germen está asentada en nosotros, se desarrollará más y más, y la energía que comenzaba ya a lan-

guidecer en nuestros corazones; surgirá siempre en aumento.

Humillad vuestras cabezas ante Dios.

ORACION

Haz, oh Dios, que tus fieles se fortalezcan con tus dones: para que, recibiéndolos, los busquen y, buscándolos, los reciban sin fin. Por el Señor.

TIEMPO DE CUARESMA

CAPITULO I

HISTORIA DE LA CUARESMA

Se da el nombre de Cuaresma al período de oración y penitencia durante el cual la Iglesia prepara las almas a celebrar el misterio de la Redención.

La oración. — A los fieles, aun los mejores, propone nuestra Madre la Iglesia este tiempo litúrgico como *retiro anual* que les brindará ocasión oportuna de separar todos los descuidos de otras temporadas, y encender la llama de su celo. A los catecúmenos ofrece, como en los primeros siglos una enseñanza, una preparación a la iluminación bautismal. A los penitentes, los llama la atención sobre la gravedad del pecado, e inclina su corazón al arrepentimiento y a las buenas resoluciones, y les promete el perdón del Corazón de Dios.

Recomienda S. Benito a sus monjes, en el capítulo XLIX de su Regla, se entreguen este

santo tiempo a la oración *acompañada de lágrimas* de arrepentimiento o de tierno fervor. Todos los fieles, de cualquier estado y condición, hallarán en las Misas de cada día de Cuaresma las fórmulas más admirables de oración con que se pueden dirigir a Dios. Con quince y más siglos de existencia, se adaptan a las aspiraciones, a las necesidades de todos.

La penitencia.—La penitencia se practica, mejor dicho, se practicaba con la observancia del ayuno. Las dispensas temporales otorgadas desde hace algunos años por el Sumo Pontífice no serán pretexto para silenciar práctica tan importante a que aluden constantemente las oraciones de las Misas cuaresmales y de la que todos deben, al menos, conservar el espíritu, si la dureza de los tiempos o la endeble salud no consienten se observe plenamente y con todo rigor.

La práctica del ayuno remonta a los primeros siglos del cristianismo y aún es anterior. Después de los Profetas Moisés y Elías cuyo ejemplo nos será propuesto el miércoles de la primera semana, el Señor le practicó permaneciendo sin alimento alguno durante cuarenta días y cuarenta noches, y si no quiso establecer mandato divino, que en ese caso no hubiera sido susceptible de discusión, ha declarado por lo menos que el ayuno tan frecuentemente pre-

ceptuado por Dios en la antigua ley, sería practicado también por los hijos de la nueva.

Llegáronse un día a Jesús los discípulos de Juan y le dijeron: "¿Por qué, ayunando nosotros y los fariseos con frecuencia, no ayunan tus discípulos?" Jesucristo les contestó: "¿Por ventura los compañeros del Esposo pueden estar tristes mientras el Esposo está con ellos? Mas vendrán días en que les será quitado el Esposo y entonces ayunarán" (San Mat., IX, 14-15).

Acordáronse los cristianos de esta sentencia y bien pronto pasaron en ayuno absoluto los tres días—que para ellos era uno solo—, el misterio de la Redención, es decir desde Jueves Santo hasta la mañana de Pascua.

Tenemos pruebas fehacientes ya de los siglos II y III que en muchas iglesias ayunaban Viernes y Sábado Santos, y San Ireneo en su carta al Papa San Víctor afirma que varias iglesias orientales hacían lo propio toda la Semana Santa. En el siglo IV se amplió este ayuno pascual y la preparación a la fiesta de Pascua durante un período de ascesis de cuarenta días—cuadragésima—Cuaresma.

La primera mención que hallamos en Oriente de "la cuarentena" se encuentra en el canon 5.° del Concilio de Nicea (325). El Obispo de Thmuis, Serapión, afirma en 331, que la "Cuaresma" es en su tiempo práctica universal en

Oriente y Occidente. Los Padres, como, por ejemplo, San Agustín (Sermón CCX), dicen que es práctica antiquísima, y San León (Sermón VI) piensa, aunque erróneamente, que se remonta a los tiempos apostólicos. Estos mismos Padres y con ellos San Ambrosio y San Jerónimo, son los primeros que nos hablan del ayuno.

Los sermones de San Agustín atestiguan que la Cuaresma comenzaba el domingo VI antes de Pascua. Como no se ayunaba el domingo, no había más que treinta y cuatro días de ayuno, treinta y seis con Viernes y Sábado Santos; con todo no dejaba de ser la Cuaresma una "cuarentena" de preparación a la Pascua. El ayuno, en efecto, no era, y no lo es hoy tampoco, el único medio de prepararse a celebrar la Pascua. Insiste San Agustín en que al ayuno acompañen el fervor de la oración, la humildad, la renuncia absoluta a los malos deseos, muchas limosnas, perdón de las injurias y la práctica de todas las obras de piedad y caridad.

La misma extensión del período cuaresmal vemos en España en el siglo VII y en las Galias y Milán. La magna solemnidad del mundo es para San Ambrosio Viernes Santo, y la fiesta de Pascua encierra el triduo de la muerte, sepultura y Resurrección de Cristo (Carta XXIII). Si el ayuno se interrumpía los domingos, guardaban, sin embargo, merced a la liturgia, su tonalidad penitencial.

Para San León es también un período de cuarenta días que finaliza el Jueves Santo por la tarde; y si, acorde con San Agustín, insiste en ponderar las ventajas del ayuno corporal, recomienda con más insistencia los demás ejercicios de mortificación y penitencia, el arrepentimiento, sobre todo, del pecado, y la práctica más fervorosa de las buenas obras y virtudes.

NECESIDAD DE LA PENITENCIA.—No obstante eso, ya que en nuestros tiempos la mortificación corporal va cayendo en desuso, no juzguemos inútil demostrar a los cristianos la importancia y utilidad del ayuno; las sagradas Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento abogan en favor de esta santa práctica. Podemos también afirmar que la tradición de todos los pueblos la corrobora, porque la idea de que el hombre puede apaciguar la divinidad sometiendo su cuerpo a la expiación, se adueñó del mundo, pues se halla en todas las religiones, aun las más alejadas de la pureza de las tradiciones patriarcales.

PRECEPTO DE LA ABSTINENCIA.—San Basilio, San Juan Crisóstomo, San Jerónimo y San Gregorio Magno han declarado que el precepto a que fueron sometidos nuestros primeros padres, en el paraíso terrenal, era precepto de abstinencia y que por haber quebrantado esta virtud se precipitaron a sí mismos y a toda su descen-

dencia en un abismo de calamidades. La vida de privaciones a que después se vió sometido el rey de la creación, venido a menos, en la tierra que no debía producir ya para él sino zarzas y espinas, mostró bien a las claras esa ley de expiación que el Creador ha impuesto justamente a los miembros rebeldes del hombre pecador.

Hasta el diluvio conservaron nuestros abuelos su existencia con la exclusiva ayuda de los frutos de la tierra que arrancaban a fuerza de trabajo. Dignóse luego Dios permitirles se alimentasen de la carne de animales como para suplir a la mengua de fuerzas naturales. Entonces Noé, movido por el divino instinto, sacaba el jugo de la viña y se añadía un nuevo alivio a la fuerza del hombre.

ABSTINENCIA DE CARNE Y VINO. — La naturaleza del ayuno se ha asentado sobre los diversos elementos que sirven al sostén de las fuerzas humanas, y por de pronto, debió de consistir en la abstinencia de la carne de animales, porque esa ayuda, ofrecida por la condescendencia divina, es menos rigurosamente necesaria para la vida. Durante muchos siglos, como lo vemos hoy día en las iglesias de Oriente, huevos y lacticinios fueron prohibidos porque provienen de sustancias animales; y también en el siglo XIX no eran permitidos en las iglesias latinas sino en virtud de dispensa anual más o menos general.

Tal era aún el rigor de la abstinencia de carne, que no se suspendía el domingo en Cuaresma a pesar de la interrupción del ayuno, y los que habían alcanzado dispensa de los ayunos semanales quedaban sometidos a esta abstinencia, si no se sustraían a ella por otra dispensa especial.

En los primeros siglos del cristianismo, el ayuno llevaba consigo la abstinencia de vino; nos advierten de ello San Cirilo de Jerusalén [1], San Basilio [2], San Juan Crisóstomo [3], Teófilo de Alejandría, etc. Este rigor desapareció pronto entre los occidentales, pero se conservó por más tiempo en los orientales.

UNICA COMIDA.—En fin, el ayuno para ser completo, ha de extenderse, en cierta medida, hasta la privación de alimento ordinario: en el sentido de que no tolera más que una sola comida al día. Tal es la idea que debemos formarnos y que resulta de toda la práctica de la Iglesia, a pesar de los muchos cambios que se han realizado, de siglo en siglo, en la disciplina de la Cuaresma.

COMIDA DESPUÉS DE VÍSPERAS.—La costumbre judía en el Antiguo Testamento era de diferir

---

[1] Cuarta Catequesis.
[2] 1.ª Hom. sobre el ayuno.
[3] IV Hom. al pueblo de Antioquía.

hasta la puesta del sol la única refección permitida los días de ayuno. Pasó esta costumbre a la Iglesia cristiana y se estableció hasta en nuestras regiones occidentales, donde se observó muchísimo tiempo inviolablemente. Finalmente, ya desde el siglo IX se filtró poco a poco en la Iglesia latina una mitigación; y hallamos en este tiempo un Capitular de Teodulfo, Obispo de Orleans en que este prelado protesta contra los que se creían ya autorizados a hacer la comida a la hora de Nona, esto es: a las tres de la tarde; sin embargo, esta relajación se extendía insensiblemente; pues hallamos en el siglo siguiente el testimonio del célebre Rathiero, Obispo de Verona, quien en un sermón sobre la Cuaresma, reconoce en los fieles la libertad de hacer la comida a la hora de Nona. Hallamos, no obstante, indicios de reclamaciones en contra en el siglo XI, en un Concilio de Ruán, que prohibe a los fieles comer antes de que en la Iglesia hayan comenzado las Vísperas a continuación de Nona; pero ya se adivina aquí la tendencia a anticipar las Vísperas para dar a los fieles motivo plausible de adelantar la comida.

Hasta esa fecha en efecto, existió la costumbre de no celebrar la Misa los días de ayuno hasta después de haber cantado el Oficio de Nona, que comenzaba hacia las tres de la tarde y no cantar Vísperas hasta la puesta del

sol. Y como la disciplina del ayuno iba gradualmente suavizándose, la Iglesia no juzgó, empero, oportuno trastocar el orden de sus Oficios que databan de la más remota antigüedad; pero fué anticipando, sucesivamente en primer lugar, las Vísperas, después Misa y por fin, Nona, de manera que terminaran las Vísperas antes de mediodía, cuando la costumbre, finalmente, autorizó a los fieles comieran a mediodía.

COMIDA DESPUÉS DE NONA. — Encontramos en el siglo XII una nota de Hugo de San Víctor, que atestigua que la costumbre de interrumpir el ayuno a la hora de Nona, era ya general[1]; y esta práctica fué preconizada, en el siglo XIII, por la enseñanza de los doctores eclesiásticos. Alejandro de Halés, la autoriza formalmente en la Suma que compuso[2], y Santo Tomás de Aquino no es menos explícito[3].

COMIDA A MEDIODÍA. — La mitigación debía progresar todavía; y así vemos que hacia el fin del siglo XIII, el doctor Ricardo de Middleton, célebre franciscano, enseña que no se debe juzgar trasgresores del ayuno a los que comen a la hora de Sexta, esto es a mediodía, porque, dice, prevalece ya en varios lugares esta costumbre, y la

[1] Sobre la Regla de S. Agustín, cap. III.
[2] Parte IV. *Quaest.* 28, art. 2.
[3] 2-2, *Quaest.* 147, art. 7.

hora en que se come no es tan necesaria a la esencia del ayuno como el que sea una sola comida [1].

El siglo XIV consagró prácticamente y por formal enseñanza el parecer de Ricardo de Middleton. Traemos a cuento en confirmación de lo dicho el testimonio del célebre doctor Durando de Saint-Pourçain, dominico y Obispo de Meaux. No halla inconveniente en señalar la hora del mediodía para la comida en los días de ayuno; tal es, dice, la práctica del Papa, de los Cardenales y hasta de los religiosos [2]. No ha, pues, de extrañarnos ver que sostienen esta enseñanza, en el siglo XV, los más graves autores, como San Antonino, Esteban Poncher, Obispo de París, el Cardenal Cayetano, etc. En vano Alejandro de Halés y Sto. Tomás habían procurado detener la decadencia del ayuno fijando la comida a la hora de Nona; muy pronto se traspasó esta ley, y se puede decir que la actual disciplina se asentó desde entonces.

LA COLACIÓN. — Ahora bien, adelantándose la hora de la comida, el ayuno que estriba esencialmente en no hacer más que esa sola refección, llegó a ser difícil en la práctica, por el largo intervalo que media entre uno y otro mediodía. Menester fué sostener la flaqueza huma-

[1] *In IV Dist. XV*, art. 3, *quaest.* 8.
[2] *In IV Dist. XV*, *quaest.* 9, art. 7.

na autorizando lo que se apellidó: Colación. El origen de este uso es muy antiguo, y proviene de los usos monásticos. La Regla de San Benito preceptuaba, fuera de la Cuaresma eclesiástica, gran número de ayunos, pero mitigaba el rigor, permitiendo la comida a la hora de Nona; de este modo hacía menos penoso el ayuno que el de Cuaresma, al que, todos los fieles seglares y religiosos, estaban obligados hasta la puesta del sol. Y como los monjes tenían que realizar los trabajos más duros del campo en verano y otoño, época en que los ayunos hasta Nona eran muy frecuentes y aun diarios, desde el 14 de setiembre, los abades, usando de poder autorizado por la misma Santa Regla, concedían a los religiosos la libertad de beber por la tarde antes de Completas un vaso de vino para recuperar las fuerzas agotadas por el trabajo del día. Este alivio se tomaba en común, y a tiempo en que se hacía la lectura de la tarde, apellidada *Conferencia*, en latín: *Collatio*, porque consistía en leer principalmente las célebres conferencias—*Collationes*—, de Casiano; y de ahí vino el nombre de *Colación* dado a ese alivio del ayuno monástico.

En el siglo IX vemos que la Asamblea de Aquisgrán del año 817 [1], extiende esta libertad a los ayunos de Cuaresma, teniendo cuenta del cansancio grande que experimentaban los mon-

[1] Labbe, Concilios, t. VII.

jes en los oficios divinos de este santo tiempo. Se notó, empero, después que el uso de esta bebida podía ocasionar algunos inconvenientes para la salud, si no se le añadía algo sólido. Y ya en los siglos XIV y XV se introdujo la costumbre de dar a los religiosos un pedacito de pan que comían al beber el vaso de vino que les daban en la Colación.

Estas mitigaciones al primitivo ayuno introducidas en los claustros, naturalmente parecía que pronto se extenderían a los seglares. Establecióse poco a poco la libertad de beber fuera de la única comida; y en el siglo XIII examinó Santo Tomás la cuestión de si la bebida rompe el ayuno; se decide por la negativa[1]; sin embargo no admite todavía que a esa bebida pueda añadirse alimento sólido. Pero cuando desde fines del siglo XIII y en el trascurso del XIV, se adelantó definitivamente la refección a mediodía, no podía bastar una simple bebida en la tarde, para sostener las fuerzas del cuerpo; y entonces se introdujo en los monasterios y en el mundo el uso de tomar pan, verduras, fruta, etc., además de la bebida, con la condición de hacerlo tan discretamente que la Colación no llegara a trasformarse en segunda comida.

ABSTINENCIA DE LACTICINIOS. — Estas fueron las conquistas que el relajamiento del fervor y

---

[1] *In IV Quaest.* 147, art. 6.

asimismo la debilidad general de las fuerzas en los pueblos occidentales alcanzaron de la antigua observancia del ayuno. No son, con todo, estos asaltos, los únicos que hemos de comprobar. Durante muchos siglos la abstinencia de carne, llevaba tras sí cuanto procedía del reino animal, fuera de la pesca, por varias razones fundadas en las Sagradas Escrituras. Los lacticinios de todo género fueron prohibidos durante mucho tiempo y hasta casi nuestros días; la mantequilla y queso se prohibían en Roma todos los días en que no se había dado permiso de comer carne.

Desde el siglo IX se estableció en Europa occidental, especialmente en Alemania y países septentrionales, el uso de lacticinios en Cuaresma; en vano se esforzó por desarraigarle en el siglo XI el concilio de Kedlimbourg [1]. Después de haber intentado legitimar esta costumbre por dispensas temporales, alcanzadas de los sumos Pontífices, acabaron dichas iglesias por disfrutar tranquilamente de su costumbre. Las iglesias de Francia conservaron el rigor antiguo hasta el siglo XVI, y parece no cedió del todo hasta el XVII. En reparación de ese portillo, abierto en la disciplina antigua, y como para resarcir por un acto piadoso y solemne la relajación introducida por el uso de lacticinios, todas las parroquias de París, a las que se unían Dominicos,

[1] Labbe, Conciles, t. IX.

Franciscanos, Carmelitas y Agustinos iban en procesión a la Iglesia de Nuestra Señora el Domingo de Quincuagésima; y ese mismo día el Capítulo metropolitano, con el clero de las cuatro parroquias de su dependencia, iban a hacer una estación en la plaza del Palacio y cantar una antífona ante la reliquia de la vera Cruz expuesta en la Santa Capilla. Tales prácticas, que tenían por objeto recordar la antigua disciplina, perseveraron hasta la revolución.

Abstinencia de huevos. — La concesión de lacticinios, no acarreaba consigo la libertad de tomar huevos en Cuaresma; en este punto permaneció largo tiempo en vigor la regla antigua, y este manjar no era permitido sino a tenor de la dispensa que podía darse anualmente. En Roma, hasta en el siglo xix no se permitían los huevos los días en que no existía dispensa de carne; en otras partes los huevos permitidos unos días, se negaban en otros, particularmente en Semana Santa. La actual disciplina de la Iglesia desconoce esas restricciones. Adviértase, empero, que la Iglesia, preocupada siempre del bien espiritual de sus hijos, ha procurado conservar para su bien cuanto ha podido las observancias saludables que les ayuden a satisfacer a la justicia de Dios. Afianzado en este loable principio, Benedicto XIV, muy alarmado de la extrema facilidad con que se multiplicaban por

doquiera las dispensas de la abstinencia, renovó por una solemne Constitución, datada el 10 de junio de 1745, la prohibición, hoy suprimida, de servir en la misma mesa pescado y carne en días de ayuno.

Encíclica de Benedicto XIV. — Este mismo Papa dirigió el primer año de su pontificado, el 30 de mayo de 1741, una Carta Encíclica a todos los obispos del mundo cristiano, en la que manifiesta enérgicamente el dolor que le acucia a la vista de la relajación que se introducía ya por doquier con dispensas indiscretas y no justificadas. "La observancia de la Cuaresma, decía el Pontífice, es el lazo de nuestra milicia; por ella nos diferenciamos de los enemigos de la Cruz de Jesucristo; por ella esquivamos los azotes de la cólera divina; por ella, amparados con la ayuda celestial durante el día, nos fortalecemos contra los príncipes de las tinieblas. Si esta observancia se relaja, cede en desdoro de la gloria de Dios, deshonra de la religión católica y peligro de las almas cristianas; y no hay duda que este descuido sea fuente de desgracias para los pueblos, desastres en los negocios públicos e infortunios para los individuos" [1].

Dos siglos han transcurrido desde tan solemne aviso del Pontífice supremo, y la relajación que quiso detener, fué sin embargo en auge.

[1] Constitución; Non ambigimus.

¿Cuántos cristianos hallamos en nuestras poblaciones fieles a la observancia de la Cuaresma? ¿A dónde nos llevará esta molicie, siempre en aumento, sino a la mengua universal de caracteres y como consecuencia, al trastorno de la sociedad? Los tristes vaticinios de Benedicto XIV, se ven ya realizados de manera sobradamente visible. Las naciones en que la idea de la expiación se apaga, desafían a la cólera de Dios, y ya no les queda más remedio que la disolución o la conquista. Esfuerzos heroicos se han llevado a cabo para restaurar la observancia del domingo en medio de nuestras poblaciones esclavizadas bajo la férula del amor a ganancias y especulación. Exitos inesperados han coronado estos esfuerzos: ¿Quién sabe si el brazo del Señor, en actitud de descargar el golpe, no se pare a la vista de un pueblo que empieza a acordarse de la casa del Señor y de su culto? Debemos esperarlo y esa esperanza será, a buen seguro, más firme y confiada, cuando veamos a los cristianos de nuestras sociedades muelles y degeneradas, entrar, a ejemplo de los ninivitas, por el sendero, sobrado tiempo abandonado, de la expiación y penitencia.

Primeras dispensas. — Tomemos de nuevo el hilo de la historia, y notemos algunos rastros de la antigua fidelidad cristiana a las observancias santas de la Cuaresma. No creemos sea impropio recordar ahora la forma de las primeras dis-

pensas de que hacen memoria los anales eclesiásticos; sacaremos saludable enseñanza.

A LOS FIELES DE BRAGA.—En el siglo XIII, el arzobispo de Braga acudía al romano Pontífice, Inocencio III en aquel entonces, para notificarle que la mayoría de su grey se veía obligada a comer carne en Cuaresma, de resultas de una carestía que había agotado todas las provisiones ordinarias en la provincia; consultaba además el prelado al Papa qué compensación debía imponer a los fieles por esa violación forzada de la abstinencia cuaresmal. Preguntaba también al Pontífice sobre el modo de proceder con los enfermos que pedían dispensa para usar alimentos grasos. La respuesta del Papa, que va inserta en el cuerpo del derecho[1], respira moderación y caridad, como era de esperar; pero deducimos de este episodio que tal era el respeto a la ley general de la Cuaresma, que sola la autoridad del soberano pontífice podía dispensar a los fieles. Los tiempos posteriores no conocieron otro medio de interpretar la cuestión de las dispensas.

AL REY WENCESLAO.—Wenceslao, rey de Bohemia, hallándose enfermo de una dolencia que le hacía le fueran nocivos los alimentos cuaresmales, se dirigió en 1297 a Bonifacio VIII pidiéndole permiso para comer carne. El soberano Pon-

[1] Decretales, 1. III; sobre el ayuno. Tit. XLVI.

tífice comisionó a dos abades cistercienses a fin de que se informaran del estado real de salud del príncipe; y después de un informe favorable concedió la solicitada dispensa con las condiciones siguientes: que se enteraran a ciencia cierta si el rey no se había ligado con voto a ayunar toda la vida en la Cuaresma; que los viernes, sábados y la vigilia de San Matías quedaban excluídos de la dispensa; y por fin que el rey comería en privado y sobriamente.

A los Reyes de Francia. — Hallamos en el siglo XIV dos Breves de dispensa dirigidos por Clemente VI en 1351 a Juan rey de Francia y a la reina su esposa. En el primero, teniendo en cuenta el Papa que el rey, durante las guerras en que se hallaba comprometido se encontraba en parajes donde escasea la pesca, da al confesor del Rey la facultad de permitirle a él y a su séquito el uso de carne, excepto *la Cuaresma entera,* los viernes del año y señaladas Vigilias y con tal de que el rey y los suyos no se hubiesen comprometido con voto a la abstinencia por toda la vida[1]. Por el segundo Breve, Clemente VI, contestando a la petición que el Rey Juan le hizo para dispensa del ayuno, comisiona al confesor del monarca y a cuantos le sucedan en el cargo, dispensen al rey y a la reina de la obligación,

[1] *D'Achery,* Spicilegium, t. IV.

tras consulta del médico[1]. Algunos años más tarde, en 1370, Gregorio XI enviaba nuevo Breve al Rey de Francia Carlos V, y a la reina Juana su esposa, en el que delegaba a su confesor el poder de concederle el uso de huevos y lacticinios en la Cuaresma, a juicio de los médicos, quienes, a la vez que el confesor, eran responsables ante Dios en sus conciencias. Extendíase el permiso al cocinero y servidores, pero sólo para probar los manjares[2].

A Jacobo III de Escocia.—Continua el siglo xv brindándonos ejemplos del recurso a la Sede Apostólica en demanda de dispensa de observancias cuaresmales. Recordemos en particular el Breve que Sixto IV envió en 1483 a Jacobo III, rey de Escocia, en que permite a ese príncipe el uso de carne en días de abstinencia, contando siempre con el parecer del confesor. Finalmente, en el siglo xvi, vemos que Julio II concede semejante facultad a Juan, rey de Dinamarca y a su esposa la reina Cristina, y algunos años más tarde Clemente VII lo hace al emperador Carlos V, y después a Enrique II de Navarra y a la reina Margarita, su esposa.

Tal era la seriedad con que se procedía aún hace algunos siglos, cuando se trataba de dispensar a los mismos príncipes de una obligación que radica en lo que el cristianismo considera

[1] *D'Achery*, Spicilegium, t. IV.
[2] *Ibid.*

más universal y sagrado. Júzguese, por esos datos, del proceder de las modernas sociedades en el camino de la relajación e indiferencia. Compárense esos pueblos a quienes el temor de Dios y la idea noble de la expiación hacía abrazar cada año tan largas y rigurosas privaciones, con nuestras muelles razas, flojas y tibias en que el sensualismo de la vida apaga de día en día el sentimiento del mal tan fácilmente cometido, tan prontamente perdonado y tan débilmente reparado. ¿Qué se hicieron de aquellas alegrías de nuestros padres en la fiesta de la Pascua, cuando, tras la abstinencia de cuarenta días, volvían a disfrutar manjares más alimenticios y sabrosos, cercenados durante tan prolongado período?; ¡con qué encanto, con qué serenidad de conciencia reanudaban las costumbres de vida más asequibles, suspendidas para mortificar sus almas en el recogimiento, separación del mundo y penitencia! Esta consideración nos mueve a añadir unas palabras para facilitar al católico lector a conocer bien el cariz verdadero de los siglos de fe en tiempo cuaresmal.

Suspensión de tribunales. — Paremos mientes en la temporada durante la cual no sólo las diversiones y espectáculos eran prohibidos por la autoridad pública [1], sino que hasta los tribuna-

[1] Justiniano dió esta ley, como dice Focio, Nomocanon, tit., VII, c. 1.

les estaban cerrados para no alterar la paz y silencio de las pasiones, tan favorables al pecador, para que reparase en las heridas de su alma y dispusiera su reconciliación con Dios. Ya en 380 Graciano y Teodosio publicaron una ley que ordenaba a los jueces suspendieran todo procedimiento y demanda durante los cuarenta días antes de Pascua[1]. El Código teodosiano contiene bastantes disposiciones análogas; y vemos que los concilios de Francia, aun en el siglo IX, se dirigen a los reyes carlovingios, reclamando apliquen esa legislación sancionada por los cánones y recomendada por los Padres de la Iglesia[2], pero, confesémoslo con vergüenza, no se observan sino entre los turcos que hoy todavía suspenden todo procedimiento judicial durante los treinta días del Ramadán.

PROHIBICIÓN DE LA CAZA. — Fué considerada por largos años la Cuaresma incompatible con el ejercicio de la caza, por motivo de la disipación y tumulto que la acompaña. En el siglo IX la prohibió el Papa San Nicolás I, durante este santo tiempo, a los búlgaros, recientemente convertidos al cristianismo[3]. Y hasta en el siglo XIII San Raimundo de Peñafort, en su *Suma de casos penitenciales*, enseña que no se puede sin

1 Cod. Teodos., l. IX, tit., XXXV, l. 4.
2 Conc. de Meaux, en 845. Labbe, Conciles, t. VII. Conc. de Tributo en 895. *Ibid.* X-IX.
3 Ad consultat. Bulgarorum. *Ibid.*, t. VIII.

pecado entregarse a ese deporte durante la Cuaresma, si la caza es clamorosa y si se realiza con perros y alcones[1]. Esta obligación es una de tantas ya en desuso, pero San Carlos la renovó en la provincia de Milán, en uno de sus concilios.

No hay lugar, seguramente, para extrañar el ver prohibida la caza durante la Cuaresma, cuando se para mientes que, en los siglos de fe cristiana vigorosa, la guerra misma tan necesaria a veces para la quietud y legítimo interés de las naciones, debía suspender las hostilidades durante la santa Cuaresma. Ya en el siglo IV había ordenado Constantino cesaran los ejercicios militares, domingos y viernes, para honrar a Cristo que sufrió y resucitó en los días susodichos, y no menoscabar a los cristianos el recogimiento con que estos misterios reclaman han de celebrarse. En el siglo IX la disciplina de la Iglesia de occidente universalmente exigirá suspensión de hostilidades durante toda la Cuaresma, fuera del caso de necesidad, como se ve en las actas de la Asamblea de Compiègne, en 833, y por los concilios de Meaux y Aquisgrán en la misma época. Las instrucciones del Papa San Nicolás I a los búlgaros manifiestan la misma intención; y vemos por carta de San Gregorio VII a Desiderio, abad de Montecasino, que esta regla era todavía observada en el siglo XI. Tam-

[1] *Summ.*, *cas.* Paenit., l. III, tit. XXIX. De laps, et disp., § 1.

bién la vemos observada hasta el siglo XII en Inglaterra, según dice Guillermo de Malmesbury, por los ejércitos enfrentados: el de la emperatriz Matilde, condesa de Anjou, hija del rey Enrique y el del rey Esteban, conde de Boulogne, que, el año 1143, iban a trabar la lucha por la sucesión al trono[1].

TREGUA DE DIOS. — Todos los lectores conocen la admirable institución de la *Tregua de Dios*, con que la Iglesia en el siglo XI logró en toda Europa poner coto a la efusión de sangre, suspendiendo llevar armas cuatro días de la semana, desde la tarde del miércoles hasta la mañana del lunes durante todo el año. Esta ordenanza, sancionada por la autoridad de los Papas y concilios, con el concurso de todos los príncipes cristianos, era una mera extensión, cada semana del año, de la disciplina, en virtud de la cual toda actividad militar estaba prohibida en Cuaresma. El santo rey de Inglaterra Eduardo, el Confesor, desarrolló aún más tan preciada institución promulgando una ley confirmada por su sucesor Guillermo el Conquistador, y en su virtud la Tregua de Dios debía guardarse inviolablemente desde principio de Adviento hasta la octava de Epifanía, desde la Septuagésima hasta la octava de Pascua, y, desde la Ascensión hasta la octava de Pentecostés, añadiendo además los días de Témporas, las vigilias de todas las fiestas, y, por

[1] Labbe, Conciles, t. VII, VIII y X.

fin, cada semana el intervalo del sábado, desde nona, hasta la mañana del lunes [1]. Urbano II en el concilio de Clermont, año 1095, después de reglamentar cuanto atañía a la cruzada, echó mano de su autoridad apostólica para extender la Tregua de Dios, tomando como punto de partida la suspensión de las armas guardada en Cuaresma; preceptuó por un decreto, renovado en el concilio celebrado en Roma el año siguiente, que toda actividad guerrera estaba vedada desde el miércoles de Ceniza hasta el lunes que sigue a la octava de Pentecostés, y en todas las vigilias y fiestas de la Santísima Virgen y Santos Apóstoles; todo eso sin menoscabo de lo antes legislado para cada semana; conviene a saber, desde la tarde del miércoles hasta la madrugada del lunes [2].

PRECEPTO DE LA CONTINENCIA. — La sociedad cristiana testimoniaba tan plausiblemente su respeto a las observancias santas de la Cuaresma y tomaba del Año litúrgico sus estaciones y fiestas para asentar sobre ellas las más preciadas instituciones. La vida privada misma no experimentaba menos el saludable influjo de la Cuaresma; y el hombre recobraba cada año nuevos bríos para combatir los instintos sensuales y sobreestimar la dignidad de su alma, enfrenando la seducción del placer. Durante muchos siglos

---

[1] Labbe, Conciles, t. IX.
[2] Orderico Vital, Hist. de la Igles., lib. IX.

se exigió a los esposos la continencia durante la Cuaresma, y la Iglesia ha conservado en el Misal la recomendación de práctica tan saludable [1].

USOS DE LAS IGLESIAS ORIENTALES. — Interrumpimos aquí la exposición histórica de la disciplina cuaresmal, sintiendo haber apenas tocado materia tan interesante [2]. Hubiéramos querido hablar extensamente de los usos de las Iglesias orientales que han conservado mejor que nosotros el rigor de los primeros siglos del cristianismo. Nos ceñiremos a dar algunos breves detalles.

En el volumen precedente, el lector pudo ver que al domingo que nosotros llamamos de Septuagésima, llámanle los griegos *Prosphonesima*, porque anuncia el ayuno cuaresmal que pronto va a empezar. El lunes siguiente cuenta como el primer día de la semana siguiente, llamada *Apocreos*, del nombre del domingo con que termina y que corresponde a nuestro domingo de Sexagésima; el nombre de *Apocreos* es una advertencia a la Iglesia griega de que pronto se ha de suspender el uso de la carne. El lunes siguiente abre la semana llamada *Tyrophagia*, que se termina con el domingo de ese nombre, que es

[1] Misa *pro sponso et sponsa*.

[2] Para la historia, duración y carácter de la Cuaresma antigua pueden consultarse los trabajos de Mgr. Callewaert: *Sacris erudiri*, p. 449-633. — Sobre *el sentido de la Cuaresma*, el opusculito de Dom Flicoteaux (Bloud et Gay, 1946).

el nuestro de Quincuagésima; los lacticinios son permitidos durante toda esta semana. En fin, el lunes que sigue es el primer día de la primera semana de Cuaresma, y empieza el ayuno en todo su rigor en ese lunes, mientras que los latinos lo comienzan el miércoles.

Durante toda la cuaresma propiamente dicha, lacticinos, huevos y también el pescado están prohibidos; el único alimento permitido consiste en pan con legumbres y miel, y a los que están cerca del mar las diversas clases de almejas que éste les procura. El uso del vino, prohibido durante muchísimo tiempo en días de ayuno, acabó por introducirse en oriente, lo mismo que el permiso de comer pescados los días de la Anunciación y Ramos.

Además de la Cuaresma de preparación a la fiesta de Pascua, celebran los griegos otras tres en el curso del año: la que llaman *de los Apóstoles*, que se extiende desde la octava de Pentecostés hasta la fiesta de San Pedro y San Pablo; la que denominan *de la Virgen María*, que empieza el primero de agosto y termina en la vigilia de la Asunción; y, finalmente, la Cuaresma de preparación a Navidad que dura cuarenta días completos. Las privaciones que se imponen durante estas tres Cuaresmas, son análogas a las de la gran Cuaresma, sin llegar a ser tan austeras. Las demás naciones cristianas del oriente celebran igualmente varias Cuaresmas, y con

una austeridad mayor que la de los griegos; mas estos detalles nos llevarían muy lejos. Terminamos aquí lo que nos propusimos decir de la Cuaresma en su aspecto histórico; ahora trataremos de los misterios de este santo tiempo.

CAPITULO II

MISTICA DE LA CUARESMA

No debemos maravillarnos de que un tiempo tan sagrado como el de la Cuaresma, esté repleto de misterios. La Iglesia, que ha dispuesto la preparación a la fiesta más gloriosa, ha querido que este período de recogimiento y penitencia estuviera aureolado de señalados detalles, propios para despertar la fe de los fieles y sostener su perseverancia en la obra de expiación anual.

En el período de Septuagésima hallamos el número septuagenario que rememora los setenta años de la cautividad de Babilonia, tras los que el pueblo de Dios, purificado de su grosera idolatría, debía ver de nuevo a Jerusalén, y allí celebrar la Pascua. Ahora la Iglesia propone a nuestra religiosa atención el número cuarenta, que al decir de San Jerónimo es propio siempre de pena y aflicción [1].

EL NÚMERO CUARENTA Y SU SIGNIFICACIÓN. — Recordemos la lluvia de cuarenta días y cuaren-

---

[1] *Comm. Ezechiel*, c. XXIX.

ta noches salida de los tesoros de la cólera de Dios, cuando se arrepintió de haber creado al hombre[1], y que anegó bajo las olas al género humano, a excepción de una familia. Consideremos al pueblo hebreo errante cuarenta años en el desierto, en castigo de su ingratitud, antes de entrar en la tierra prometida[2]. Oigamos al Señor, que manda a Ezequiel, su profeta, permanezca recostado cuarenta días sobre el lado derecho, símbolo de lo que había de durar el sitio tras el que sería Jerusalén arrasada.

Dos hombres tienen misión de representar en sus personas en el Antiguo Testamento las dos manifestaciones de Dios: Moisés que representa la Ley y Elías que simboliza la Profecía. Ambos se llegan a Dios, el primero en el Sinaí[3], el segundo en Horeb, pero uno y otro no logran acceso a la divinidad, sino después de haberse purificado por la expiación del ayuno de cuarenta días.

Refiriéndonos a estos hechos memorables comprendemos por qué el hijo de Dios encarnado para salvación del hombre, queriendo someter su carne divina a los rigores del ayuno, hubo de escoger el número de cuarenta días para este solemne acto. Preséntasenos, pues, la institución de la Cuaresma en toda su majestuosa severidad,

---

1 *Gen.*, VII, 12.
2 *Núm.*, XIV, 33.
3 *Ex.*, XXIV, 18.

como medio eficaz de aplacar la cólera de Dios y purificar nuestras almas. Levantemos en consecuencia nuestros pensamientos por encima de los estrechos horizontes que nos circundan; veamos el conjunto de las naciones cristianas en estos días en que vivimos ofreciendo al Señor irritado este amplio cuadragenario de expiación, y esperemos que, como en tiempo de Jonás, se digne también este año ser misericordioso con su pueblo.

El ejército de Dios. — Tras estas consideraciones relativas a la duración del tiempo que vamos a recorrer, es necesario aprender de nuestra madre la Iglesia, bajo qué emblema o símbolo considera a sus hijos en la santa Cuarentena. Ve en ellos un ejército inmenso armado que día y noche guerrea contra el enemigo de Dios. Por esto mismo apellida el miércoles de Ceniza a la Cuaresma: *Carrera de la familia cristiana*. Para lograr, en efecto, la regeneración que nos hará dignos de recobrar las alegrías santas del *alleluia*, es menester triunfar sobre nuestros tres enemigos: demonio, carne y mundo. Unidos al Redentor que, en la montaña, lucha contra la triple tentación y contra el mismo Satanás, es necesario estar armados y velar sin tregua. Para sostenernos con la esperanza de la victoria y alentar nuestra confianza en el divino amparo, nos propone la Iglesia el Salmo XC, que incluye,

entre las oraciones de la Misa, en el primer domingo de Cuaresma y del que toma cada día varios versos en las diversas horas del Oficio.

Quiere, pues, contemos con la protección que Dios extiende sobre nosotros *como escudo;* que esperemos a *la sombra de sus alas;* que en El confiemos, porque nos apartará de los *lazos del cazador infernal,* que nos roba la santa libertad de los hijos; que estemos seguros del valimiento de los santos ángeles, nuestros hermanos a quienes el Señor *ha ordenado nos guarde en estos nuestros caminos;* ellos, testigos respetuosos del combate que el Salvador soportó contra Satanás, se le acercaron después de la victoria para servirle y para honrarle. Adentrémonos en los sentimientos que pretende inspirarnos la Santa Madre Iglesia y durante estos días de lucha, echemos manos a menudo de este hermoso cántico con que ella nos brinda, como la más acabada expresión de los sentimientos que deben embargar durante esta santa campaña a los soldados de la milicia cristiana.

PEDAGOGÍA DE LA IGLESIA. — Mas la Iglesia no se limita a darnos así, como se quiera, una consigna contra la sorpresa del enemigo; para entretener nuestros pensamientos, ofrece a nuestros ojos tres grandes espectáculos que van a desarrollarse día tras día hasta la fiesta de Pascua, y cada uno de ellos nos produce emociones piadosas unidas a una instrucción solidísima.

CRISTO PERSEGUIDO Y CONDENADO A MUERTE. — Por de pronto, vamos a presenciar el desenlace de la conspiración de los judíos contra el Redentor; conspiración que empieza a urdirse y estallará el Viernes Santo, cuando veamos al Hijo de Dios alzado en el árbol de la Cruz. Las pasiones que bullen en el seno de la Sinagoga, irán manifestándose semana tras semana, y podremos seguirlas en su desarrollo. La dignidad, sabiduría y mansedumbre de la augusta Víctima, se nos mostrarán siempre más sublimes, más dignas de un Dios. El divino drama que vimos empezar en el portal de Belén, va desenvolviéndose hasta el Calvario; para seguirle nos bastará meditar las lecturas del Evangelio que la Iglesia día tras día nos propone.

PREPARACIÓN AL BAUTISMO. — En segundo lugar, recordándonos que la fiesta de Pascua es para los Catecúmenos el día del nuevo nacimiento, volará nuestro pensamiento a aquellos primeros siglos del cristianismo en que la Cuaresma era para los aspirantes al Bautismo, la última preparación. La sagrada Liturgia nos ha conservado el rastro de la antigua disciplina; oyendo las estupendas lecturas de ambos Testamentos con que se acababa el último retoque de la iniciación postrera, daremos gracias a Dios que se dignó hacernos nacer en tiempos en que el niño no ha menester aguardar a la edad ma-

dura para experimentar las divinas misericordias. Pensaremos asimismo en esos nuevos catecúmenos que, aun en nuestros días, aguardan en las regiones evangelizadas por nuestros modernos apóstoles, la gran solemnidad del Salvador vencedor de la muerte, para bajar, como en tiempos antiguos, a la sagrada piscina y surgir con nuevo ser.

PENITENCIA PÚBLICA.—Debemos, por fin, mientras Cuaresma parar mientes en aquellos penitentes públicos, que solemnemente expulsados de la asamblea de los fieles el miércoles de Ceniza, eran, en el trascurso de la Cuaresma, objeto de la preocupación maternal de la Iglesia, que debía, si lo merecían, admitirlos a la reconciliación el Jueves Santo. Admirable conjunto de lecturas, enderezadas a su instrucción y a interesar a los fieles en su favor, desfilará ante nuestros ojos; porque la Liturgia no ha perdido aún nada, en este punto, de sus enérgicas tradiciones. Nos acordaremos entonces con qué facilidad nos han sido perdonadas maldades que, en siglos pasados, no lo fueran acaso sino tras duras y solemnes expiaciones; pensando, pues, en la justicia del Señor que permanece inmutable, cualesquiera que sean los cambios que la condescendencia de la Iglesia introduce en la disciplina, sentiremos de rechazo más vivamente la necesidad perentoria de ofrecer a Dios el sacrificio de un corazón contrito de verdad, y de ani-

mar de sincero espíritu penitente las menguadas satisfacciones que ofrendamos a la Majestad divina.

RITOS Y USOS LITÚRGICOS. — Para conservar en el santo tiempo de Cuaresma el carácter austero que le cuadra, se ha mostrado la Iglesia durante muchos siglos muy reservada en la admisión de fiestas, en esta temporada del año, porque llevan consigo explosión de alegría. En el siglo IV, el Concilio de Laodicea señalaba esta disposición en su canon 51, no autorizando fiestas de Santos sino los sábados o domingos. La Iglesia griega persevera en este rigor y sólo varios siglos después del concilio de Laodicea aflojó, por fin, un poco la mano, admitiendo el 25 de marzo la fiesta de la Anunciación.

La Iglesia romana guardó mucho tiempo esta disciplina, en principio al menos, pero admitió pronto la fiesta de la Anunciación y después, la del Apóstol San Matías, el 24 de febrero. Se la ve en estos últimos siglos abrir su calendario a otras fiestas, aun en el tiempo que corresponde a Cuaresma, con gran moderación, sin embargo, por reverencia al espíritu de la antigüedad.

El motivo que ha inducido a la Iglesia romana a abrir más fácilmente la mano en la admisión de fiestas de Santos en Cuaresma es que los occidentales no consideran la celebración de fiestas como incompatible con el ayuno, mien-

tras los griegos piensan lo contrario. Por eso el sábado que para los orientales es siempre día solemne nunca es día de ayuno excepto el Sábado Santo. Tampoco ayunan el día de la Anunciación por ser fiesta.

Esta idea de los orientales ha dado origen el siglo VII a una institución que les es peculiar. La apellidan *Misa de Presantificados,* conviene a saber: de cosas consagradas en un antecedente sacrificio. Cada domingo de Cuaresma un sacerdote consagra seis hostias de las que consume una en el sacrificio; las otras cinco se guardan para una simple comunión que tiene lugar cada día de los cinco siguientes sin sacrificio. La Iglesia latina no practica este rito sino una vez al año: Viernes Santo, por motivo misterioso que en su lugar explicaremos.

El comienzo de este rito entre los griegos proviene, a buen seguro, del canon cuarenta y nueve del concilio de Laodicea, que prescribe no ofrecer el pan del Sacrificio en Cuaresma, fuera del sábado y domingo. En los siglos siguientes los griegos se persuadieron, por ese canon, que la celebración del Sacrificio era incompatible con el ayuno; y vemos por su controversia en el siglo XI con el legado Humberto[1] que la *Misa de los (dones) Presantificados* que no ha tenido en favor suyo más que un canon del tan célebre concilio conocido con el nombre de *in Trullo,* del

[1] *Contra Nicetas,* t. IV

año 692; y la justificaban los griegos con la especie de que la comunión de cuerpo y sangre del Señor quebrantaba el ayuno cuaresmal.

Por la tarde, después del oficio de Vísperas, celebran los griegos esa ceremonia, en que el sacerdote comulga sólo, como entre nosotros el Viernes Santo. Hay, repetimos, desde hace varios siglos una excepción el día de la Anunciación de la Virgen María; interrumpiéndose el ayuno en dicha festividad, se celebra el Santo Sacrificio y pueden comulgar los fieles. Parece que en las Iglesias de occidente no fué nunca aceptado el canon disciplinario del concilio de Laodicea; y no vemos en Roma señal alguna de la suspensión del Santo Sacrificio en Cuaresma.

La falta de espacio nos fuerza a pasar ligeramente sobre detalles que se refieren a este capítulo; nos queda, sin embargo, algo todavía que decir sobre los usos cuaresmales en occidente. Hemos dado a conocer y explicado algunas particularidades en el Tiempo de Septuagésima: la suspensión del Alleluia, el empleo del color morado en los ornamentos sagrados, la supresión de la dalmática en el diácono y de la túnica en el subdiácono y de los cánticos de alegría: *Gloria in excelsis Deo* y *Te Deum laudamus,* ambos suspendidos; el *Tracto* que reemplaza en la Misa al *Alleluia* con su verso, el *Ite Missa est* sustituído por otra fórmula, la oración penitencial que se reza sobre el pueblo al fin de la Misa en los

días de entre semana no ocupados por la fiesta de algún santo, las Vísperas anticipadas antes del mediodía todos los días a excepción del domingo, ritos todos conocidos ya de los lectores. Por lo que se refiere a las ceremonias actualmente conservadas, nos queda solamente anotar las oraciones del fin de las Horas que se dicen de rodillas, y el uso general de que el coro permanezca arrodillado esos mismos días durante el Canon de la Misa.

Las Iglesias de occidente practicaban a su vez en Cuaresma varios ritos que hace ya bastantes siglos cayeron en desuso, aunque algunos se conservan hasta la fecha en algunos lugares. El más imponente de todos consistía en correr una cortina inmensa, generalmente morada, entre el coro y el altar, de modo que ni el clero ni el pueblo veían ya los santos Misterios que se celebraban detrás del velo. Ese velo era símbolo del duelo penitencial a que el pecador debe someterse para merecer contemplar de nuevo la majestad de Dios de quien ha ofendido las divinas miradas por sus maldades [1]. Significaba

---

[1] Sabemos que en conformidad con la antigua disciplina de la Iglesia los penitentes públicos estaban sometidos a un régimen especial de penitencia durante la santa Cuaresma y comenzaba con ella imponiéndoles la ceniza y expulsándoles de la Iglesia, terminado el Jueves Santo por la reconciliación pública. Ahora bien, a medida que el régimen estricto de penitencia se iba amenguando, la idea de penitencia pública iba tomando cuerpo entre la generalidad de los fieles. Vemos efectivamente a clérigos y fieles bien pronto pedir espontánea-

también las humillaciones de Cristo que fueron escándalo del orgullo de la Sinagoga, y que súbitamente desaparecerán, como velo que un instante se corre para dar lugar a los resplandores de la Resurrección [1]. Este uso perdura en varios lugares, señaladamente en la metropolitana de París (y la primada de Toledo).

Había también costumbre en muchas Iglesias de velar la Cruz y las imágenes de los Santos desde el comienzo de la Cuaresma, a fin de inspirar más viva compunción a los fieles que se veían privados del consuelo de fijar sus miradas en esos objetos caros a su piedad. Esta práctica que también se ha conservado en algunos lugares es, sin embargo, menos sólida que la de la Iglesia romana que no cubre las cruces e imágenes sino en tiempo de Pasión, como en su lugar veremos.

---

mente la imposición de la ceniza y reconocerse, en cierto modo, penitentes públicos; lo que equivale a suponer que toda la comunidad de los fieles estaba durante la Cuaresma en pública penitencia.

Mas aunque considerados como públicos penitentes no podían, evidentemente, ser arrojados de la iglesia todos los fieles. ¿Se debía, eso no obstante, renunciar por completo a recordarles algunas verdades capitales que la Liturgia inculcaba a los penitentes públicos? Los pecadores merecían ser echados fuera de la iglesia como Adán fué lanzado del Paraíso por su pecado; sin penitencia les era imposible llegar al reino de Dios y visión de su Majestad. Pero ¿es que la Liturgia no ha ensayado inculcarles estas verdades de un modo gráfico, ocultando a sus miradas el altar, el santuario, la imagen de Dios y de los santos, unidos a Dios en la gloria celestial? (Cfr. Callewaert, *Sacris erudiri*, p. 699.)

[1] Honorio de Autun, Gemma animae, l. III, c. LXVI.

Antiguos ceremoniales de la edad media nos informan que acostumbraban, durante la Cuaresma, hacer muchas procesiones de una a otra iglesia, los miércoles y viernes en especial. En los monasterios se realizaban en los claustros y descalzos[1]. Imitaban las Estaciones de Roma, diarias en Cuaresma y que durante muchos siglos empezaban por una solemne procesión a la iglesia estacional.

La Iglesia, finalmente, ha multiplicado siempre las oraciones en Cuaresma. Hasta estos últimos tiempos señalaba la disciplina que las catedrales y colegiatas, no exentas por costumbre contraria, debían añadir a las Horas Canónicas, el lunes el Oficio de Difuntos; miércoles los Salmos Graduales y los Viernes los Salmos Penitenciales.

En las iglesias de Francia, añadían el Salterio entero cada semana al Oficio ordinario[2].

---

[1] Martène, *De antiquis Ecclesiae ritibus*, t. III, c. XVIII.
[2] *Ibid.*

CAPITULO III

PRACTICA DE LA CUARESMA

Temor saludable. — Después de emplear tres semanas enteras en reconocer las dolencias de nuestra alma y sondear las heridas que el pecado nos ha causado, debemos, al presente, sentirnos preparados a hacer penitencia. Conocemos mejor la justicia y santidad de Dios, los peligros que corre el alma impenitente; y para obrar en la nuestra retorno sincero y duradero, hemos roto con las vanas alegrías y futilidades del mundo. La ceniza se ha derramado en nuestras cabezas y se ha humillado nuestro orgullo ante la sentencia de muerte que ha de cumplirse en nosotros.

En el curso de esta prueba de cuarenta días, tan largo para nuestra flaqueza, no nos abandonará la presencia de Nuestro Salvador. Parecía haberse sustraído a nuestras miradas durante estas semanas pasadas en que no resonaban más que maldiciones lanzadas contra el hombre pecador; pero esa sustracción nos era beneficiosa; era propia para hacernos temblar al ruido de

las venganzas divinas. "El temor del Señor es el principio de la sabiduría"[1]; y por habernos visto sobrecogidos de miedo, se despertó en nosotros el sentimiento de la penitencia.

EJEMPLO SEDUCTOR DE CRISTO. — Abramos, por fin, los ojos y paremos mientes. Emmanuel mismo, llegado a la edad viril, se ostenta de nuevo a nuestros ojos, no ya en apariencia de aquel tierno niño que adoramos en el pesebre, sino semejante al pecador temblando y humillándose ante la soberana majestad por nosotros ofendida, y ante la cual se declara fiador nuestro. A efectos del amor que nos profesa vino a alentarnos con su presencia y sus ejemplos. Vamos a dedicarnos durante cuarenta días al ayuno y abstinencia; El, la inocencia personificada, va a consagrar el mismo tiempo a mortificar su cuerpo. Nos abstraemos durante un período lejos de placeres bullangueros y sociedades mundanales: El se retira de la compañía y vista de los hombres. Queremos nosotros acudir frecuentemente, asiduamente a la casa de Dios, y darnos con mayor ahinco a la oración: El pasará cuarenta días con sus noches conversando con su Padre en actitud suplicante. Nosotros repasaremos nuestros años en la amargura de nuestro corazón gimiendo y lamentando nuestros pecados: El los va a expiar por el sufrimiento y llorarlos en el silen-

[1] *Ps.*, CX.

cio del desierto, como si El mismo los hubiera cometido.

Apenas sale de las aguas del Jordán santificándolas y fecundándolas y el Espíritu Santo le lanza al desierto. Ha llegado, empero, para El la hora de manifestarse al mundo; pero antes quiere darnos un ejemplo magnífico; y sustrayéndose a las miradas del Precursor y de la muchedumbre que vió descender la paloma divina sobre El y oyó la voz del Padre celestial dirige sus pasos al desierto.

A corta distancia del río se levanta una agreste y escarpada montaña que las generaciones cristianas llamará después: Monte de la Cuarentena. De su abrupta cresta se domina la llanura de Jericó, el curso del Jordán y el Mar Muerto que recuerda la cólera de Dios. Allí, al fondo de una gruta natural cavada en la roca va a cobijarse el Hijo del Eterno, sin más compañía que las alimañas que buscaron sus cuevas en sus contornos. Jesús penetra sin alimento alguno para el sostén de sus humanas fuerzas; el agua misma que pudiera refrescarle no se halla en aquel escarpado desierto. Sólo se ve la desnuda piedra donde reposar sus cansados miembros. A los cuarenta días se acercaron los ángeles y le ofrecieron un refrigerio.

A sí, pues, se nos adelanta el Salvador y nos sobrepuja en la santa carrera de la Cuaresma; la ensaya, la lleva a cabo delante de nosotros pa-

ra que con su ejemplo parar en seco todos nuestros pretextos, angustias, repugnancias de nuestra debilidad y orgullo. Aceptemos la lección en toda su amplitud y comprendamos finalmente la ley de la expiación. Bajando de esa austera montaña el Hijo de Dios inicia su predicación por esta sentencia que dirige a todos los hombres: "Haced penitencia porque el reino de Dios se acerca"[1]. Abramos nuestros corazones a esta invitación para que no se vea forzado el Redentor a sacudir nuestra pereza por la amenaza escalofriante que deja oír en otras circunstancias: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis"[2].

La verdadera penitencia. — Ahora bien, la penitencia estriba en la contrición del corazón y mortificación del cuerpo; estos dos elementos le son esenciales. El corazón del hombre ha escogido el mal, y el cuerpo ha prestado ayuda a perpetrarle. Estando, por otra parte, compuesto el hombre de uno y otro, ha de unirlos en el pleito homenaje que a Dios tributa. El cuerpo ha de participar necesariamente de las delicias eternas o de los tormentos del infierno. No hay, por tanto, vida cristiana completa ni tampoco expiación acabada, si el alma en una y otra no toma parte.

---

1 *S. Mat.*, IV, 17.
2 *S. Luc.*, XIII, 3.

Conversión del corazón. — El principio de la verdadera penitencia radica en el corazón; nos lo enseña el Evangelio en los ejemplos del hijo pródigo, del publicano Zaqueo y de S. Pedro. Es necesario que el corazón rompa en absoluto con el pecado, que amargamente le deplore, que conciba horror hacia él, y que evite las ocasiones. Para expresar esta disposición se sirve la Escritura de una expresión que usada en estilo cristiano corriente, refleja admirablemente el estado del alma sinceramente segregada del pecado; la llama: *conversión*. Debe, por tanto, el cristiano, ejercitarse durante la cuaresma en la penitencia del corazón y considerarla como el fundamento esencial de todas las prácticas propias de este santo tiempo. Sería, sin embargo, ilusoria esta penitencia si no se asocia la ofrenda del cuerpo a los sentimientos interiores que la penitencia inspira. No se contenta el Salvador en la montaña con suspirar y llorar nuestros pecados, los expía por el sufrimiento de su cuerpo; y la Iglesia, intérprete infalible suyo nos advierte que no será aceptada la penitencia de nuestro corazón si no la unimos a la práctica exacta de la abstinencia y del ayuno.

Necesidad de la expiación. — ¡Cuán disparatada es, pues, la ilusión de tantos cristianos honrados que piensan ser irreprensibles, sobre todo al olvidar su vida pasada, o compararse con otros

y que satisfechos de sí mismos, jamás piensan en los peligros de una vida muelle que están resueltos a llevar hasta el fin de sus días! No piensan ya en los pecados de otros tiempos. ¿No los han, por ventura, confesado sinceramente? La regularidad con que después se desenvuelve su vida, ¿no es acaso prueba de su virtud sólida? ¿Qué tienen, pues que altercar con la justicia de Dios? En consecuencia, les vemos solicitar regularmente todas las dispensas posibles en Cuaresma. La abstinencia les embaraza, el ayuno es incompatible con la salud, los quehaceres y costumbres del día. No tienen la pretensión de ser mejores que fulano o de tal o de cual que no ayuna ni guarda abstinencia; y, como son incapaces de tener siquiera la idea de suplir por otras prácticas de penitencia a las prescritas por la Iglesia, sucede que sin darse cuenta e insensiblemente, se llega a no ser ya cristianos.

Testigo la Iglesia de esta decadencia espantosa del sentido sobrenatural y temiendo una oposición que precipitaría más las últimas pulsaciones de una vida que se va extinguiendo, ensancha más y más el margen de las dispensas. Esperando conservar siquiera una chispa del cristianismo para un mejor porvenir, prefiere abandonar a la justicia del mismo Dios los hijos que ya no la escuchan cuando les enseña los medios de captarse el favor de esa justicia en este mundo; y esos cristianos se dan grandemente por

seguros sin ninguna preocupación; sin cuidarse de comparar su vida con los ejemplos de Cristo y de sus santos, con las reglas multiseculares de la penitencia cristiana.

DISPENSAS. — Hay, sin duda algunas excepciones a esa molicie peligrosa; pero cuán raras son sobre todo en las ciudades. ¡Cuántos prejuicios, qué de pretextos fútiles, cuántos malhadados ejemplos contribuyen a falsear las almas! ¡Cuántas veces se oye de boca de quienes se precian de católicos, la escusa que no guardan abstinencia, que no ayunan, porque la abstinencia y el ayuno les molestaría, les cansaría! Como si la penitencia y el ayuno tuviera otro fin que el de imponer un yugo trabajoso a *este cuerpo de pecado* [1]. Parece, en verdad, que los tales han perdido la razón; y grande será su extrañeza el día del juicio cuando les confronte el Señor con tantos pobres musulmanes que en el seno de su religión depravada y sensual, tienen cada año la entereza de cumplir las duras privaciones de su Ramadán, durante treinta días.

¿Será, empero, necesario, compararles con otros más que consigo mismos tan incapaces, según piensan, de guardar abstinencias y ayunos tan mitigados de una Cuaresma cuando Dios los ve imponerse tantas fatigas inmensamente más trabajosas en la búsqueda de intereses y goces

[1] *Rom.*, VI, 6.

mundanales? Cuánta salud ajada en placeres frívolos por lo menos, y siempre peligrosos, salud que se hubiera conservado lozana si la ley cristiana y no el afán de agradar al mundo hubiera regido y dominado la vida. Pero a tal extremo llega la relajación que no se experimenta inquietud y remordimiento alguno; se relega la Cuaresma a la edad media, sin parar mientes siquiera que la Iglesia ha dosificado la observancia a nuestra debilidad física y moral. Se ha reconquistado o conservado por la misericordia de Dios la fe de los padres; no se han dado cuenta todavía ni recordado nuestros fieles que la práctica de la Cuaresma es señal esencialísima del catolicismo, y que la reforma protestante del siglo XVI tiene como distintivo suyo muy señalado, estampado en bandera, la abolición de la abstinencia y ayuno.

LEGÍTIMA DISPENSA Y NECESIDAD DE ARREPENTIMIENTO. — Se nos dirá, por ventura, ¿no hay, pues, dispensas legítimas? Seguramente que las hay, y en este tiempo de agotamiento general muchas más que en épocas anteriores; pero hay que tener cuidado con las ilusiones. Si tenéis fuerzas para sobrellevar otras fatigas ¿no las tendréis para cumplir el deber de la abstinencia? Si el miedo o una incomodidad menuda os asusta, habéis por lo mismo olvidado que el pecado no se perdona sin la expiación. El parecer de los cien-

tíficos que auguraron mengua de vuestras fuerzas como consecuencia del ayuno, puede estar basado en razón; se trata ahora de saber si no es cabalmente esa mortificación de la carne lo que la Iglesia os prescribe en interés de vuestras almas. Demos, sin embargo, por legítima la dispensa, y que vuestra salud corre en verdad serio riesgo, que vuestros deberes esenciales sufrirán quiebra si guardáreis a la letra las prescripciones de la Iglesia; en este caso ¿no pensáis en sustituir por otra obra de penitencia, las que vuestras fuerzas no os permiten ejecutar? ¿Sentís vivo pesar, confusión sincera de no poder llevar con los verdaderos fieles el yugo de la disciplina cuaresmal? ¿Pedís a Dios la gracia de poder otro año participar en los méritos de vuestros hermanos, y llevar a cabo con ellos estas santas prácticas que han de ser motivo de la misericordia y del perdón? Si así es, la dispensa no os habrá dañado, y cuando la fiesta de Pascua convide a los hijos de la Iglesia a sus goces inefables, os podréis asociar confiados a los que han ayunado, porque si la debilidad de vuestros cuerpos os estorbó seguir sus pasos, vuestro espíritu, no obstante ello, permaneció fiel al espíritu de la Cuaresma.

PROVECHOSA INSTITUCIÓN DEL AYUNO. — Pensamos, al escribir estas páginas, en los lectores cristianos, que, hasta el presente, nos siguen,

pero ¿qué sucedería si recapacitamos en el resultado de la suspensión de las leyes santas cuaresmales, en la masa de los pueblos, sobre todo en las ciudades? Y ¿cómo los publicistas católicos, que tantas cuestiones han ventilado, no han insistido tenazmente sobre los efectos lamentables que acarrea a la sociedad el cese de una práctica que recordando cada año la necesidad de expiación, sostenía, más que cualquier otra institución, el vivo sentimiento del bien y del mal? No es necesario cabilar mucho para persuadirse de la superioridad de un pueblo que se impone, duramente cuarenta días cada año, una serie de privaciones con el fin de reparar las trasgresiones cometidas en el orden moral, sobre tal otro pueblo que en ningún tiempo sueña con la idea de reparación y enmienda.

Animo y confianza. — Cobren pues, aliento los hijos de la Iglesia y aspiren a esa paz de conciencia que es patrimonio exclusivo del alma penitente de verdad. La inocencia perdida se recobra por la confesión humilde del pecado cuando va acompañada de la absolución del sacerdote; pero ha de esquivar el fiel el prejuicio peligroso, de que nada queda ya por hacer después de el perdón. Recordemos esta grave sentencia del Espíritu Santo en la Escritura: "Del pecado perdonado no quieras nunca estar sin miedo"[1]. La cer-

[1] *Eccle.*, V, 5.

teza del perdón corre parejas con el cambio del corazón; y puede uno dar rienda a la confianza en cuanto constantemente siente el pesar de haber pecado y la solicitud constante asimismo, de expiar en vida los pecados. "Nadie sabe de cierto si es digno de amor o de aversión"[1], dice también la Escritura. Puede esperar ser digno de amor el que siente dentro de sí mismo que no le ha desamparado el espíritu de penitencia.

La oración. — Entremos, pues, resueltos a la vida santa que abre a nuestros ojos la Iglesia y hagamos fecundo nuestro ayuno por los otros dos medios que Dios nos propone en los Libros de la sagrada Escritura: Oración y limosna. A la par que por la palabra ayuno, la Iglesia entiende recomendarnos todas las obras de mortificación cristiana; en la palabra oración, encierra todos los ejercicios piadosos con que el alma se dirige a Dios. Visitas más asiduas a la Iglesia, asistencia diaria a la santa Misa, lecturas piadosas, meditación de las verdades saludables y de los sufrimientos del Redentor, examen de conciencia, rezo de los Salmos, asistencia a sermones y pláticas de este santo tiempo, y sobre todo recepción de los Sacramentos de Penitencia y Eucaristía, son los medios principales con los que pueden los fieles ofrecer a Dios el homenaje de la Oración.

[1] *Eccle.*, IX, 1.

La limosna. — Contiene la limosna todas las obras de misericordia para con el prójimo; por eso los santos doctores de la Iglesia la han recomendado unánimemente como necesario complemento del ayuno y oración durante la Cuaresma. Es ley establecida por Dios y a la que se dignó someterse El mismo, que la caridad practicada con nuestros hermanos con el fin de complacerle, alcanza de su paternal corazón los mismos resultados que si para con El mismo se llevara a cabo. Tal es la fuerza y santidad del lazo con que quiso trabar entre sí a los hombres. Y así como no le place el amor de un corazón cerrado a la misericordia, pregona verdadera y como hecha a Sí, la caridad del cristiano que aliviando a su hermano, testimonia gran estima al sublime lazo con que se unen todos los hombres en una familia de la que Dios es Padre. Merced a este sentimiento, la limosna es algo más que un acto de humanidad, sino que se sublima a ejercicio de religión y se remonta rectamente a Dios y satisface su justicia.

Recordemos la última recomendación del Arcángel Rafael a la familia de Tobías al volverse al cielo: "La oración acompañada del ayuno y la limosna supera a todos los tesoros; la limosna libra de la muerte, borra los pecados y hace hallar misericordia y vida eterna"[1]. Y no es me-

---

[1] *Tobías,* XII, 8-9.

nos explícita la doctrina de los Libros Sapienciales: "Como el agua apaga el fuego ardentísimo, así la limosna destruye el pecado"[1]. "Encierra la limosna en el corazón del pobre y ella rogará por ti para librarte de todo mal"[2]. Estén siempre estas consoladoras promesas en el pensamiento del fiel, mayormente en tiempo de Cuaresma; y que el pobre que ayuna todo el año, note que también hay una temporada en que el rico se impone privaciones. Una vida más frugal, da por lo común lugar a un remate superfluo, con relación a otras temporadas del año; que ese superfluo sea refrigerio de Lázaro. No habría cosa más opuesta al espíritu de Cuaresma que rivalizar el lujo y derroche de comida con las temporadas en que Dios permite vivamos conforme a las posibles que El nos ha otorgado. Espectáculo hermoso es ver que en estos días de misericordia y penitencia, la vida del pobre aparece más suave en proporción que la del rico, participa más de cerca de la frugalidad y abstinencia patrimonio de la mayoría de los hombres. Entonces sí que pobres y ricos se presentarán con sentimiento fraternal seguramente al sublime banquete de la Pascua con que Cristo resucitado nos convidará de aquí a cuarenta días.

---

1 *Eccli.*, III, 33.
2 *Ibid.*, XXIX, 15.

ESPÍRITU DE RECOGIMIENTO. — Hay, finalmente un último medio de asegurar en nosotros los frutos de Cuaresma. Es el espíritu de retiro y separación del mundo. Las costumbres de este santo tiempo deben destacarse en todo de las del resto del año; de otro modo, bien pronto se disiparía la saludable impresión recibida al imponernos la Santa Madre Iglesia la ceniza en nuestras frentes. Debe, pues, el cristiano, dar de mano en estos santos días a vanas diversiones del siglo, a fiestas mundanas, reuniones profanas. Por lo que se refiere a espectáculos malos o enervantes a esas tardes de placeres que son escollo de la virtud, y el triunfo del espíritu profano, si en algún tiempo están vedados de participar de cualquier modo en ellas al discípulo de Cristo, fuera del caso de necesidad o situación oficial, ¿cómo podrán aparecer en ellas estos días de penitencia y recogimiento, sin abjurar en cierto modo su título de cristiano, sin chocar y romper con todos los sentimientos de un alma empapada en el pensamiento de sus pecados, en el temblor de los juicios del Señor? Ya no tiene la sociedad cristiana hoy durante la Cuaresma la tonalidad exterior tan importante de duelo y seriedad que admiramos en los siglos de fe; pero de Dios al hombre y del hombre a Dios nada ha cambiado. Siempre campea la gran sentencia: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis." Pero hay pocos hoy que prestan aten-

ción a esta grave palabra y por eso muchos se condenan. Mas aquellos a quienes toca esta palabra deben acordarse de los avisos que el mismo Salvador nos dirigía el domingo de Sexagésima. Nos decía que una parte de la semilla es pisoteada por los viandantes o devorada por los pájaros del cielo; otra, seca por la aridez de la piedra en que cae; otra, por fin, ahogada entre cardos y espinas. No escatimemos por tanto, cuidado alguno para llegar a ser esa buena tierra en que no sólo es recibida la simiente, sino que fructifica el ciento por uno para la cosecha del Señor que ya se acerca.

Atrayente austeridad de la Cuaresma. — Al leer estas páginas en que hemos procurado reflejar el pensamiento de la Iglesia tal cual se nos muestra no tan sólo en la Liturgia, sino en los cánones conciliares descritos de los santos Padres, más de un lector nuestro se entregue, por ventura, a añorarnos de día en día la dulce y graciosa poesía en que rebosaba el año litúrgico durante los cuarenta días en que celebramos el nacimiento del Emmanuel. Ya se ha encargado el tiempo de Septuagésima de correr un velo sombrío sobre todas aquellas placenteras imágenes; y hénos aquí adentrados en el árido desierto sembrado de espinas, sin agua refrigerante. No nos descorazonemos sin embargo; conoce la Santa Iglesia nuestras verdaderas

necesidades y quiere satisfacerlas. Para llegarnos a Cristo niño nos exigió tan sólo la suave preparación de Adviento, porque los misterios del Hombre-Dios estaban en sus comienzos.

Muchos se llegarán al pesebre con la simplicidad de los pastores de Belén, sin conocer todavía suficientemente la santidad de Dios encarnado, ni el estado peligroso y culpable de sus almas; pero hoy que el Hijo de Dios ha entrado en la vía de la penitencia, cuando, bien pronto le veremos víctima de todas las humillaciones y dolores en el árbol de la Cruz, la Iglesia nos despierta y saca de nuestra equivocada seguridad. Nos dice golpeemos nuestros pechos; afligamos nuestras almas, mortifiquemos el cuerpo porque somos pecadores. La penitencia debiera ser nuestra heredad de toda la vida; las almas fervorosas nunca la interrumpen; es justo y saludable, por lo menos nos decidamos a hacer un ensayo en estos días, en que el Salvador sufre en el desierto, en espera de la muerte en el Calvario. No pasemos por alto la sentencia que dirigió a las mujeres de Jerusalén que lloraban a su paso el día de su Pasión: "Si así tratan al árbol verde, ¿qué harán del seco?"[1] Por la misericordia del Redentor, empero, el leño seco puede recobrar la savia y librarse del fuego.

Tal es la esperanza, tal es el deseo de la Santa Madre Iglesia, y por esto nos impone el

[1] *S. Lucas*, XXIII, 31.

yugo de la Cuaresma. Recorriendo constantes esta vía trabajosa, veremos resplandecer poco a poco la luz a nuestras miradas anhelantes. Si nos halláremos lejos de Dios por el pecado, este santo tiempo será para nosotros la *vía purgativa* de que hablan los doctores místicos; y nuestros ojos se purificarán para que podamos contemplar a Dios vencedor de la muerte. Y si ya caminamos por los senderos de la vía iluminativa, después de haber buceado tan provechosamente en las profundidades de nuestras miserias en tiempo de Septuagésima; hallaremos ahora a Aquel que es nuestra Luz; y si acertamos a verle en los rasgos del Niño de Belén sin dificultad le reconoceremos en el divino Penitente del desierto y pronto, muy pronto en la víctima sangrienta del Calvario.

PROPIO DE TIEMPO

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA

SOLEMNIDAD DE ESTE DÍA. — Este domingo primero de la Santa Cuaresma, es así mismo, uno de los más solemnes del año. Su privilegio aplicado, por las últimas decisiones romanas, a los demás domingos de Cuaresma [1], pero que durante muchísimo tiempo fué exclusivo de Pasión y Ramos, consiste en no ceder el puesto a ninguna fiesta cualquiera, ni la del Patrono, titular de la iglesia o Predicación de la misma. En los antiguos calendarios es llamado el primer domingo de Cuaresma: *Invocabit,* Primera palabra del introito de la Misa. En la Edad Media se le llamaba: "Domingo de los Hachones" del uso de llevar hachones en la Misa del día, por motivos diversos no idénticos ni en tiempo ni en lugar. En algunos lugares, los jóvenes que se habían propasado en diversiones carnavalescas, debían presentarse hoy en la Iglesia, con un blandón

[1] Constitución "*Divino afflatu.*"

en las manos para dar pública satisfacción de sus excesos.

Aparece hoy la Cuaresma con todo su solemne atuendo. Los cuatro días precedentes se añadieron bastante tarde para completar los cuarenta días de ayuno, y, el miércoles de Ceniza no tienen obligación los fieles de oír misa. Viendo la Santa Madre Iglesia reunidos a sus hijos les dirige las palabras del oficio de maitines, sirviéndose del elocuente estilo de San León Magno. "Carísimos hijos, les dice, debiendo anunciaros el ayuno sacrosanto y solemne de Cuaresma, ¿por ventura podré empezar más oportunamente mi plática que usando las palabras del Apóstol a quien Jesucristo habla y repitiendo lo que acaban de leeros: *He aquí el tiempo favorable, he aquí los días de salvación?* Por que, aún cuando no haya tiempo alguno durante el año, que no sea rico en dones celestiales y en que, por la gracia de Dios, no hallemos siempre abiertas las puertas de la misericordia divina, debemos, sin embargo, trabajar en este santo tiempo con mayor celo y excitarnos al progreso espiritual y animarnos de grande confianza. La Cuaresma en efecto, al ponernos a la vista el día sacro en que fuimos redimidos, nos invita a practicar todos los deberes de piedad cristiana a fin de disponernos para la purificación del cuerpo y alma a celebrar los misterios de la Pasión del Señor.

Tiempo favorable. — Tan gran misterio merecería de parte nuestra, respeto y devoción sin tasa y debiéramos estar siempre delante de Dios tales cuales quisiéramos el día de Pascua. Pero esta constancia no es caudal de muchos; la flaqueza de la carne nos fuerza a mitigar la austeridad del ayuno y los varios quehaceres de esta vida dividen y reclaman nuestras preocupaciones. Y sucede en consecuencia que los corazones religiosos están dispuestos a contaminarse en algo con el polvillo de este mundo. Con aventajado provecho nuestro se ha introducido esta divina institución que nos da cuarenta días para recobrar las fuerzas de nuestras almas expiando por la santidad de nuestras obras y el merecimiento de nuestros ayunos los deslices de todo el año.

Consejos apostólicos. — "Al comenzar queridos hijos, estos misteriosos días santamente establecidos para purificar nuestras almas y cuerpos, tengamos a gala obedecer la prescripción del Apóstol, despidiéndonos de todo cuanto pueda enlodar la carne y el espíritu con el fin de refrenando el ayuno la enemiga existente entre las dos partes de nuestro ser recobre el alma la dignidad de su imperio, sometida ella misma a Dios y dejándose guiar por El.

A nadie demos ocasión de querellarse de nosotros; no nos expongamos al justificado vitupe-

rio de los que buscan contrariarnos. Los infieles, pues, tendrían motivo de condenarnos, y azuzaríamos nosotros mismos, por nuestra culpa, sus impías lenguas contra la religión, si la pureza de nuestra vida no corre pareja con la santidad, del ayuno que hemos abrazado. No nos figuremos que la perfección toda de nuestro ayuno estriba en sola la abstinencia de viandas; porque en balde negaríamos al cuerpo parte del alimento si, a la vez no alejásemos del alma la maldad."

EL EJEMPLO DE JESUCRISTO TENTADO POR SATANÁS — Cada domingo de Cuaresma ofrece como objeto principal una lectura de los santos Evangelios, destinada a iniciar a los fieles en los sentimientos que la Iglesia quiere inspirarnos durante el día. *Hoy nos da a meditar la tentación de Cristo en el desierto.* No hay asunto más adecuado para esclarecernos y fortalecernos que ese capital relato.

Somos pecadores, nos reconocemos y deseamos expiar nuestros pecados. Pero ¿cómo caímos en el mal? Nos tentó el Demonio, y no rechazamos la tentación. Pronto cedimos a la sugestión del adversario y se perpetró el mal. Tal es nuestra historia en el pasado y tal sería en el porvenir si no aprovechamos el ejemplo con que nos brinda hoy el Redentor.

Declarándonos el Apóstol la misericordia del consolador divino de los hombres, insiste sobre

las tentaciones que se dignó tolerar nuestro Señor [1]. Esa muestra de abnegación sin límites no se nos ha negado y así contemplamos hoy la paciencia adorable del Santo de los Santos; no tiene recelo ni asco en dejarse se le acerque ese repulsivo enemigo de todo bien, para enseñarnos como debemos triunfar de él.

Satanás ha vislumbrado con sobresalto la santidad incomparable de Jesús. Las maravillas de su nacimiento, los pastores convocados por los Angeles ante el pesebre, los Magos llegados de Oriente, al señuelo de una estrella; la protección que ha sustraído al Niño del furor de Herodes; el testimonio de Juan Bautista dado a favor del nuevo Profeta; todo este conjunto de hechos contrasta y choca de modo tan extraño con la humildad, la oscuridad de los treinta primeros años del Nazareno, que despierta los recelos de la serpiente infernal. El misterio de la Encarnación se llevó a cabo lejos de sus miradas sacrílegas; ignora que María es la Virgen anunciada por Isaías como madre del Emmanuel [2]. Pero se han cumplido los tiempos y la última semana de Daniel ha iniciado su carrera, el mismo mundo pagano aguarda de la Judea un libertador y sabe todo esto el demonio. En su perplejidad osa acercarse a Jesús, esperando poder en el curso de la conversación sacar de él

[1] *Hebr.*, IV, 15.
[2] *Isaías*, VII, 14.

alguna nueva. ¿Es o no es el Hijo de Dios? Ahí está el problema. Acaso, acaso, podrá hacerle caer en alguna flaqueza; el hecho de saber si es un hombre como los demás, le tranquiliza.

PROCEDER DE CRISTO.—El enemigo de Dios o de los hombres había de quedar burlado de sus esperanzas. Se allega al Redentor, pero todos sus astutos esfuerzos se truecan en propia confusión con la sencillez candorosa y la majestad del justo, Jesús rechaza todas las embestidas de Satanás pero nos da a conocer su origen celestial. Aléjase el Angel perverso sin haber sacado en limpio de Jesús, que era un Profeta fiel al Señor. Bien pronto cuando sea testigo de los desprecios, calumnias y persecuciones que lleven sobre la cabeza del Hijo del Hombre, cuando sus esfuerzos para perderle parezcan salirle sorprendentemente bien, se cegará más y más en su orgullo. Cuando Jesús saturado de oprobios y tormentos expire en la Cruz, sentirá, por fin, que su víctima no es mero hombre, sino Dios, y que todos los furores que ha conjurado contra el Justo sólo ha servido para manifestar el último esfuerzo de la misericordia que salva al humano linaje y la justicia que para siempre quebranta y desbarata los poderes del Averno.

Este es el plan de la divina Providencia al permitir que el espíritu del mal empañe con el vaho de su inmunda presencia el retiro del Hombre-Dios, le dirija la palabra y eche en El

sus sacrílegas manos, examinaremos, pues las circunstancias de esta triple tentación soportada por Jesús con el fin de aleccionarnos y esforzarnos.

NUESTROS TRES ENEMIGOS. — *Tenemos tres géneros de enemigos con quienes hemos de pelear y nuestra alma ofrece tres puntos flacos,* porque: "cuanto hay en este mundo es concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida"[1]. Por *concupiscencia de la carne,* hemos de entender el amor de los sentidos, codiciosos de los goces de la carne, arrastra el alma, si no se tiene a raya a deleites ilícitos. La *concupiscencia* de los ojos significa el amor de los bienes de este mundo, de sus riquezas, de la fortuna, que brillan a nuestra vista antes de seducir nuestro corazón. Por fin, *el orgullo de la vida* es la confianza en nosotros mismos; nos hace vanos y presuntuosos, nos hace olvidar que de Dios nos viene la vida y demás dones que se dignó derramar sobre nosotros.

Todos nuestros pecados manan de una de estas tres fuentes, y las tres tentaciones que nos asaltan se proponen hacernos aceptar la concupiscencia de la carne o la concupiscencia de los ojos o el orgullo de la vida. El Salvador modelo nuestro en todas las cosas, había, pues, de sujetarse a tres pruebas.

---

[1] *Joa.,* II, 16.

LAS TRES TENTACIONES. — Tienta Satanás a Cristo primeramente en la carne, sugeriéndole el pensamiento de emplear su poder sobrenatural en remediar el hambre que le acucia. *Di que estas piedras se conviertan en pan:* Este consejo dá el Demonio al Hijo de Dios. Quiere ver si el apresuramiento de Jesús a dar satisfacción a su cuerpo denota por ventura ser un hombre flaco y sujeto a la concupiscencia. Cuando se dirige a nosotros, tristes herederos de la concupiscencia de Adán, lanza más atrevidamente adelante sus sugestiones; aspira a contaminar el alma por el cuerpo, pero la santidad soberana del Verbo no consentía osara Satanás hacer tal ensayo de su poder tentando al hombre en sus sentidos. Es por tanto una lección de templanza la que nos da el Hijo de Dios; y sabemos que para nosotros la templanza es madre de la pureza, y que la intemperancia atiza la rebelión de los sentidos.

La segunda tentación es de orgullo. *Echate abajo; los Angeles te recibirán en sus manos.* Quiere saber el enemigo si los favores del cielo han ocasionado en el alma de Jesús esa hinchazón, esa confianza ingrata que hace que la criatura se atribuya a sí misma los dones de Dios, olvide a su bienhechor para dominar en lugar suyo. Queda burlado otra vez y la humildad del Redentor espanta el orgullo del ángel rebelde.

Ensaya entonces el último esfuerzo. Acaso, se dice, la ambición de la riqueza seduzca al que se muestra tan templado y humilde. *He aquí todos los reinos del mundo en su esplendor y gloria; puedo entregártelos a condición de que me adores.* Jesús rechaza con desdén esa despreciable oferta y lanza de su presencia al seductor maldito, *príncipe del mundo,* enseñándonos con este ejemplo a desdeñar las riquezas de la tierra, cuando para conservarlas o adquirirlas sería necesario quebrantar la ley de Dios y honrar a Satanás.

VICTORIA Y EJEMPLO DE CRISTO. — Ahora bien, ¿cómo el Redentor, nuestro divino adalid, rechaza la tentación? ¿Escucha los razonamientos de su enemigo? ¿Le deja tiempo para descorrer ante sus ojos todas las fantasías diabólicas? Así hemos procedido a menudo nosotros y fuimos derrotados. Conténtase Jesús con oponer al enemigo el escudo de la inflexible ley de Dios. *Escrito está,* le dice: *No de sólo pan vive el hombre. Escrito está: No tentarás al Señor tu Dios. Escrito está: Adorarás al Señor tu Dios y a El sólo servirás.* Sigamos en adelante esta gran lección. Perdióse Eva y con ella el linaje humano, por haber trabado conversación con la sierpe infernal. Quien coquetea con la tentación sucumbirá. En estos días santos está el corazón más atento, las ocasiones alejadas, los hábitos viciosos interrumpi-

dos; y depuradas nuestras almas con los ayunos, la oración y la limosna, resucitarán con Jesucristo; ¿conservarán empero esta nueva vida? Todo depende de nuestra actitud en las tentaciones. Desde el principio de Cuaresma la Iglesia asocia al precepto el ejemplo abriendo nuestros ojos el relato del santo Evangelio. Si vivimos atentos y fieles; fructificará en nosotros la lección; y llegados a la solemnidad pascual, la vigilancia, la desconfianza en nosotros mismos, la oración, con el auxilio divino que jamás falta, asegurarán nuestra perseverancia.

Celebra hoy la Iglesia Griega una de sus más grandes solemnidades. Esta fiesta es la llamada *Ortodoxia,* y tiene por objeto honrar el restablecimiento de las Imágenes sagradas en Constantinopla e imperio de Oriente en 842, cuando la emperatriz Teodora, con la ayuda del santo Patriarca Metodio, puso fin a la persecución de los iconoclastas, e hizo figurar en todas las Iglesias las Imágenes santas, que el furor de los herejes había hecho desaparecer.

MISA

La estación en Roma se celebra en la Basílica de San Juan de Letrán. Puesto en razón parece que un domingo tan solemne se celebre en la Iglesia Madre y Maestra de todas las Iglesias, no ya tan sólo de la ciudad eterna, sino del

mundo entero. En ella eran reconciliados el Jueves Santo los pecadores públicos, allí, en el Bautisterio de Constantino, recibían el Bautismo la noche de Pascua los Catecúmenos; ninguna otra Basílica cuadraba mejor para reunir a los fieles en el día en el que el ayuno cuaresmal fué proclamado tantas veces por la voz de los Papas.

El Introito está sacado del Salmo XC, que da él sólo el texto de todos los cantos de esta Misa. Ya hablamos de cómo ha apropiado la Iglesia este hermoso cántico a la situación del cristiano durante la Cuaresma. Todo él trata de la esperanza que el alma cristiana ha de concebir en el auxilio divino en estos días en que se ha decidido a darse por completo a la oración y a la lucha contra los enemigos de Dios y de sí misma. Prométele el Señor en el Introito que no será vana su confianza.

INTROITO

Me invocará, y yo le oiré: le libraré, y le glorificaré: le saciaré de una larga vida. — *Salmo:* El que habita al abrigo del Altísimo: morará en la protección del Dios del cielo. ℣. Gloria al Padre.

Recomienda la Iglesia a Dios en la Colecta a todos sus hijos y pide que su ayuno no sólo los purifique, si no que les alcance de lo alto la potente ayuda para hacerles fecundos en buenas obras que les salven.

COLECTA

Oh Dios, que purificas tu Iglesia todos los años con la observancia cuaresmal: haz que tu familia manifieste con buenas obras lo que se esfuerza en alcanzar de ti por la abstinencia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los Corintios.

Hermanos: Os exhortamos a que no recibáis en vano la gracia de Dios. Porque dice: En el tiempo propicio te escuché, y te ayudé en el día de la salud. He aquí el tiempo propicio, he aquí el día de la salud. No ofendamos a nadie, para que no sea vituperado nuestro ministerio; antes portémonos en todo como ministros de Dios: en mucha paciencia, en las tribulaciones, en las necesidades, en las angustias, en los azotes, en las cárceles, en las sediciones, en los trabajos, en las vigilias, en los ayunos, en la castidad, en la ciencia, en la longanimidad, en la suavidad, en el Espíritu Santo, en la caridad no fingida, en la palabra de verdad, en la virtud de Dios, con las armas de la justicia en la diestra y en la siniestra, en la gloria y en la ignominia, en la fama y en la infamia; como seductores, pero (siendo) veraces; como ignorados, pero conocidos; como muriendo, pero he aquí que vivimos; como castigados, pero no muertos; como tristes, pero siempre alegres; como necesitados, pero enriqueciendo a muchos; como no teniendo nada, pero poseyéndolo todo.

La vida del hombre es una milicia. — Este paso del Apóstol nos muestra la vida cristiana en otro aspecto muy diverso del que de ordinario se figura nuestra molicie. Para esquivar su alcance, fácilmente juzgaríamos que semejan-

tes consejos apostólicos cuadrarían bien en los primeros tiempos de la Iglesia en que los fieles enfrentados sin cesar con las persecuciones y con la muerte, necesitaban algunos grados más de abnegación y de heroísmo. Ilusión grande sería sin embargo creer que todas las luchas del cristianismo han terminado. Queda siempre en pie la lucha con los demonios, con el mundo, con la carne y sangre, y por eso nos remite la Iglesia al desierto con Jesucristo para que aprendamos a pelear; allí comprenderemos ser la vida del hombre en la tierra una milicia [1] y que si no luchamos siempre y con denuedo, esta vida que quisiéramos pasar en el sosiego acabará con nuestra derrota. Para ahorrarnos precisamente esta catástrofe, nos dice la Iglesia por boca del Apóstol: "He aquí llegado el tiempo aceptable; he aquí los días de salud." Obremos en todo "como servidores de Dios"; y mantengámonos firmes hasta el fin de esta santa temporada. Dios vigila sobre nosotros como vigiló sobre su Hijo en el desierto.

El Gradual nos asegura la protección de los santos Angeles, cuya solicitud no nos pierde de vista ni de día ni de noche. Durante la Cuaresma redoblan sus esfuerzos contra nuestros enemigos y se alegran al ver que el pecador acepta *por fin la penitencia que le ha de acarrear la salvación.*

---

[1] *Job.,* VII, 1.

El Tracto está formado del Salmo XC y del mismo están sacados el Gradual, el Introito, y demás cánticos de esta Misa. Cobre, pues, aliento nuestro corazón; todo nos habla de la bondad de Dios y de su vigilancia paternal sobre hijos ingratos que quiere trocar en amigos fieles y cohorederos de su reino.

GRADUAL

Mandará Dios sus Angeles a ti, para que te custodien en todos tus caminos. ℣. Te llevarán en las manos, para que tu pie no choque con piedra alguna.

TRACTO

℣. El que habita al abrigo del Altísimo, morará en la protección del Dios del cielo. ℣. Dirá al Señor: Esperanza mía y refugio mío eres tú: Dios mío, confiaré en ti. ℣. Porque El me libró del lazo de los cazadores, y de la peste destructora. ℣. Te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas. ℣. Te rodeará con el escudo de su verdad: y no temerás los sobresaltos nocturnos. ℣. Desafiarás las flechas que vuelven de día, las emboscadas de la noche, las incursiones y razias del mediodía. ℣. Caerán mil a tu siniestra, y a tu derecha diez mil: mas a ti no te tocarán. ℣. Porque mandará Dios sus Angeles a ti, para que te custodien en todos tus caminos. ℣. Te llevarán en las manos, para que tu pie no choque con piedra alguna. ℣. Caminarás sobre el áspid y el basilisco, pisarás al león y al dragón. ℣. Puesto que confió en mí, yo le libraré: le protegeré, por haber invocado mi nombre. ℣. Me llamará, y yo le oiré: le acompañaré en la tribulación. ℣. Le libraré, y le glorificaré: le saciaré de larga vida, y le mostraré mi salud.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo Jesús fué llevado por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo. Y, habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre. Y, acercándose el tentador, le dijo: Si eres el Hijo de Dios, di que estas piedras se tornen panes. Y El, respondiendo, dijo: Escrito está: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. Entonces le llevó el diablo a la ciudad santa, y le puso sobre el pináculo del templo, y le dijo: Si eres el Hijo de Dios, échate abajo. Porque escrito está: Mandará sus Angeles a ti, y te tomarán en las manos, para que tu pie no tropiece en piedra alguna. Díjole Jesús: También está escrito: No tentarás al Señor, tu Dios. El diablo le transportó de nuevo a un monte muy elevado: y le mostró todos los reinos del mundo, y su gloria, y le dijo: Te daré todo esto, si, postrándote, me adorares. Entonces le dijo Jesús: Vete, Satanás. Porque escrito está: Adorarás al Señor, tu Dios, y a El solo servirás. Entonces le dejó el diablo: y he aquí que se acercaron los Angeles, y le sirvieron.

COMPASIÓN A JESÚS. — Admiremos la bondad inefable del Hijo de Dios, que no contentándose con expiar por la Cruz todos nuestros pecados, se dignó, para alentarnos a hacer penitencia, imponerse un ayuno de cuarenta días y cuarenta noches. No consintió que la justicia de su Padre pudiera exigir de nosotros un sacrificio sin haberle ofrecido El antes en persona en circunstancias mil veces más austeras que cuantas puedan darse en nosotros. ¿Qué son nuestras obras de penitencia, tan a menudo regateadas a la

justicia de Dios por nuestra supina cobardía, si las careamos con el rigor de este ayuno del Señor en la montaña? ¿Tendríamos cara todavía, para pretender dispensarnos esas leves satisfacciones con que el Señor se dá por satisfecho, y que tan lejos están del castigo que merecen nuestras culpas? En lugar de lamentarnos de una ligera incomodidad, un trabajillo de algunos días, compadezcamos mas bien la cruel hambre que padece nuestro inocente Redentor durante esos interminables días y noches del desierto.

Confianza en la tentación. — La oración, la abnegación en favor nuestro, el pensamiento de las justicias de su Padre sostenían a Jesús en sus desalientos; pero al finalizar la expiación de la cuarentena, la naturaleza humana estaba agotada. Entonces vino la tentación a darle el asalto, pero triunfa con tal sosiego y firmeza que nos deben servir de ejemplo. ¡Qué desvergonzada audacia de Satanás en el atrevimiento aquel de llegarse al Justo por excelencia! Y ¡qué paciencia la de Jesús! Se digna tolerar que el monstruo del abismo eche mano en él y le transporte por los aires de un lugar a otro. El alma cristiana está a menudo expuesta a crueles insultos de su enemigo, y hasta algunas veces estará tentada de quejarse a Dios de la humillación que sufre. Piense entonces en Jesús, el Santo de los Santos, entregado, si es lícito decirlo, a merced

del espíritu del mal. No deja de ser por eso el Hijo de Dios, vencedor del infierno; y Satanás no ha sacado en limpio sino una vergonzosa derrota. De igual modo el alma cristiana, en ruda tentación, si aguanta con enérgico corage, será objeto de las más tiernas complacencias de Dios, para vergüenza y castigo eterno de Satanás. Unámonos a los Angeles leales que tras la retirada del príncipe de las tinieblas, se apresuraron a reparar las agotadas fuerzas del Redentor, ofreciéndole comida. ¡Qué tierna y finamente se conduelen de sus divinos trabajos! ¡Cómo reparan en sus adoraciones el ultraje horrible de que Satanás se hace reo contra el soberano Señor de todo lo creado! ¡Cómo se quedan pasmados de admiración de tamaña caridad de un Dios que en su amor al Hombre parece olvidarse de su augusta dignidad, para no pensar más que en las desgracias y necesidades de los hijos de Adán!

Usurpando la Iglesia de nuevo las palabras de David, nos muestra al Señor amparando con delicada protección al leal rebaño y armándole contra toda embestida con el invencible escudo que nos brinda la fe [1].

OFERTORIO

El Señor te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas: te rodeará con el escudo de su verdad.

---

[1] *Eph.*, VI, 16.

No estriba la Cuaresma solamente en el ayuno, y no será eficaz para lograr la reforma de nuestra alma si no esquivamos las ocasiones peligrosas que en un instante destruirán la obra de la gracia divina. Por eso pide la Iglesia en la Secreta un especial auxilio a nuestro favor.

SECRETA

Te inmolamos, Señor, solemnemente el sacrificio del comienzo cuaresmal, suplicándote hagas que, con la restricción de carnes, nos moderemos también en los placeres malsanos. Por el Señor.

Para más sólidamente afianzar la confianza en nuestras almas, repite la Iglesia en la antífona de la Comunión las palabras de esperanza ya propuestas en el ofertorio. El sacrificio que acaba de ser ofrecido es para nosotros nueva prenda de la bondad divina.

COMUNION

El Señor te cubrirá con sus espaldas, y te cobijará bajo sus alas: te rodeará con el escudo de su verdad.

Enséñanos la Iglesia en la Poscomunión a considerar la Sagrada Eucaristía como medio más eficaz de acrecentar nuestras fuerzas, purificando nuestras lacras. Apresúrese, pues el pecador a sellar la paz con Dios, y no aguarde al festín pascual para probar la eficacia del divino manjar que nos salva de la divina justicia, incorporándonos al autor mismo de la salvación.

POSCOMUNION

Restáurenos, Señor la santa libación de tu Sacramento: y, purificándonos de nuestra vejez, háganos partícipes de tu salvador Misterio. Por el Señor.

LUNES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

Todas las ferias de Cuaresma tienen misa propia, mientras que en las ferias de Adviento se repite sencillamente la misa del Domingo anterior. La riqueza de la Liturgia en la santa Cuaresma nos ayuda poderosamente a adentrarnos en el pensamiento de la Iglesia al multiplicar la expresión de sentimientos que pretende inspirarnos. Extractamos en la misa ferial la colecta que es siempre la oración más solemne la Epístola, el Evangelio y la oración que se canta sobre el pueblo al fin de la Misa. El conjunto constituye solidísima instrucción y desfila a nuestra vista todo lo que las Sagradas Escrituras contienen de más sustancial y acomodado al tiempo en que vivimos.

La Estación en Roma se celebra en San Pedro "*ad vincula*"; construída esta Iglesia en el siglo v, guarda y honra las cadenas del Príncipe de los Apóstoles.

COLECTA

Conviértenos, oh Dios, Salvador nuestro: y, para que nos aproveche el ayuno cuaresmal, instruye nuestras mentes con enseñanzas celestiales. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor: He aquí que yo mismo buscaré mis ovejas, y las visitaré. Como el pastor pasa revista a su rebaño, cuando se halla en medio de sus ovejas recobradas: así visitaré yo mis ovejas, y las libraré de todos los lugares donde fueron dispersadas el día de la nube y de la tempestad. Y las sacaré de los pueblos, y las reuniré de las tierras, y las tornaré a su tierra: y las pastaré en los montes de Israel, en los ríos, y en todos los lugares de la tierra. Las apacentaré en pastos ubérrimos, y sus pastos estarán en los altos montes de Israel: allí descansarán entre las crecidas hierbas, y serán apacentadas en los abundantes pastos de los montes de Israel. Yo pastaré mis ovejas, y las haré sestear, dice el Señor. Lo que había perecido, lo buscaré; y lo que se había extraviado, lo reduciré; y lo que se había quebrado, lo ligaré; y lo que se había debilitado, lo robusteceré; y lo gordo y fuerte, lo guardaré: y las apacentaré con juicio, dice el Señor omnipotente.

EL BUEN PASTOR. — Se nos muestra aquí el Señor como un pastor lleno de ternura para con sus ovejas; y eso es en realidad de verdad para los hombres en estos días de misericordia y perdón. Parte de su rebaño se había extraviado y dispersado en medio de las tinieblas de este mundo, pero Jesús no ha olvidado sus ovejas. Se pone

en camino para ir a buscarlas y reunirlas. No hay desierto por apartado que se halle, ni abrupta montaña, ni matorral por espinoso que sea, que no inspeccione en su busca. A todas hace oír su voz en la de la Santa Iglesia que las convida al redil; y recelando se atolondren en sus extravíos y tiemblen aparecer delante de él se digna inspirarlas confianza. No tienen más que llegarse, que se dejen encontrar y los más regalados pastos las esperan, cabe los regatos, en yerba fresca y frondosa, en montañas enchidas de encantos. Están heridas, pero el Pastor divino vendará sus llagas; estarán maltrechas y endebles pero, El las robustecerá. Las juntará a las ovejas fieles y con ellas se quedará siempre. Decídase por fin el pecador a darse por vencido a vista de tanta bondad, y no tema los esfuerzos que ha de hacer para llegarse al Señor su Dios. Penosa le parece la vuelta, la expiación asusta a su cobardía, pero acuérdese de los días en que vivió en la seguridad del rebaño, en su redil a vista del Pastor más tierno; puede recobrar esos días. La puerta del redil está abierta; muchas ovejas antes descarriadas se apresuran a entrar enchidas de gozo y confianza; sígalas y acuérdese "que hay mayor alegría en el cielo por un solo pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no han menester de ella"[1].

---

[1] *Luc.*, XV, 7.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Hijo del hombre en su majestad, y todos sus Angeles con El, entonces se sentará sobre el trono de su majestad: y serán congregadas ante El todas las gentes, y las separará entre sí, como el pastor separa las ovejas de los cabritos: y pondrá las ovejas a su diestra, y los cabritos a su izquierda. Entonces dirá el Rey a los que estarán a su diestra: Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino preparado para vosotros desde el principio del mundo. Porque tuve hambre, y me distéis de comer; tuve sed, y me distéis de beber; fuí peregrino, y me hospedasteis; estuve desnudo, y me cubristeis; enfermo y me visitasteis; en la cárcel, y venisteis a mí. Entonces le responderán los justos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te alimentamos; sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos peregrino, y te hospedamos; o desnudo, y te cubrimos? O ¿cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y te visitamos? Y, respondiendo el Rey, les dirá: En verdad os digo: Cuando lo hicisteis con uno de estos hermanos míos pequeñitos, conmigo lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estarán a su izquierda: Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno, que está preparado para el diablo, y para sus ángeles. Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fuí peregrino, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me cubristeis; enfermo, y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces le responderán también ellos, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o peregrino, o desnudo, o enfermo, o en la cárcer, y no te servimos? Entonces les responderá, diciendo: En verdad os digo: Cuando no lo hicisteis con uno de estos pequeñuelos, tampoco lo hicisteis conmigo. E irán éstos al suplicio eterno: mas los justos a la vida eterna.

El juicio final. — Hace unos instantes nos invitaba un Profeta del Antiguo Testamento de parte de Dios a responder a la tierna invitación del Pastor de nuestras almas; el Señor agotaba todos los medios de que echaba mano su cariño para despertar en las ovejas descarriadas el deseo de adherirse a él, he aquí que la Iglesia, el mismo día en que nos ofrece a ese dueño soberano con atuendos de pastor en extremo compasivo, nos le muestra a vuelta de hoja como juez inexorable; ¿cómo, pues, el carácter bondadoso de nuestro Salvador y médico abnegado de nuestras almas, se ha tan radicalmente transformado? "¡Retiraos de mí, malditos, al fuego eterno!" Y la Iglesia ha echado mano de este texto en el Evangelio mismo, código de la ley del amor. Con todo, pecador, no te llames a engaño, lee con atención y reconocerás en quien lanza ese anatema al mismo Dios de quien el Profeta nos detalla la misericordia, la paciencia, el celo por el bien de todas sus ovejas. En su tribunal ostenta asimismo los rasgos distintivos del Pastor: Ved, si no, cómo las coloca unas a su diestra y otras a su siniestra; se trata pues de un rebaño. Quiere desempeñar hasta el día postrero el Hijo de Dios el oficio de pastor. Pero se han trocado las condiciones; ya no hay tiempo porque la eternidad abre sus profundos senos misteriosos; comienza el reinado de la justicia: justicia que otorga a los amigos de Dios la recompensa pro-

metida; justicia que precipita al pecador impenitente en el abismo sin suelo. Sería entonces demasiado tarde pensar en hacer penitencia que no tiene lugar sino en el tiempo, y el tiempo ya no existe. Y ¿cómo el cristiano que sabe que nos hemos de hallar reunidos todos al pie de su tribunal terrible, titubea rendirse a las invitaciones de la Iglesia que le insta eficazmente satisfaga por sus pecados? ¿Cómo regatea a Dios la insignificante expiación con que su misericordia tiene a bien darse hoy por satisfecha? Evidentemente es el hombre, para consigo mismo, el enemigo más despiadado, al escuchar sin inmutarse la palabra de su Salvador ahora y su Juez futuro: "Si no hacéis penitencia, todos pereceréis."

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, rompas los vínculos de nuestros pecados y apartes propicio de nosotros lo que por ellos merecemos. Por el Señor.

MARTES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación en Roma se celebra en Santa Anastasia, Iglesia en que antiguamente se celebraba la misa de la Aurora el día de Navidad. Bajo la protección de esa santa Mártir se ofre-

cen hoy al Padre de las misericordias nuestros anhelos.

COLECTA

Contempla, Señor, a tu Familia, y haz que nuestro espíritu, que se mortifica con la maceración de la carne, resplandezca ante ti con tu deseo. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días habló el Profeta Isaías, diciendo: Buscad al Señor, mientras puede ser hallado: invocadle, mientras está cerca. Abandone el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase al Señor, y a nuestro Dios, y se compadecerá de él: porque es muy grande para perdonar. Porque mis pensamientos, no son como vuestros pensamientos, ni vuestros caminos como mis caminos, dice el Señor. Porque, como se elevan los cielos sobre la tierra, así se elevan mis caminos sobre vuestros caminos, y mis pensamientos sobre vuestros pensamientos. Y, como la escarcha y la nieve descienden del cielo, y no tornan más allá, sino que embriagan la tierra, y la penetran, y la fecundan, para que dé simiente al que siembra, y pan al que come: así será mi palabra, la que saldrá de mi boca: no tornará a mí estéril, sino que hará cuanto quise, y prosperará en aquello para lo que la envié: lo dice el Señor omnipotente.

Confianza y vigilancia. — Nos anuncia el Profeta de parte de Dios que, si nuestra conversión es sincera, descenderá sobre nosotros la misericordia. En valde buscará el hombre medir la infinita distancia que separa la santidad sobe-

rana de Dios del estado sórdido en que se halla el alma del pecador; porque nada de eso estorbará la reconciliación de la creatura con su Creador. La omnipotente bondad de Dios creará un *corazón puro* [1] en el hombre arrepentido y "la gracia sobreabundará donde abundó el pecado"[2]. La palabra del perdón bajará del cielo como benéfica lluvia, sobre tierra estéril y árida, y esa tierra dará fruto abundoso. Escuche empero el pecador la profecía por entero: ¿Es acaso dueño el hombre de aceptar o rechazar la palabra que viene de lo alto? Puede hoy descuidarla en la idea de que acaso la acatará más tarde, al fin de su vida? No; porque nos dice Dios por su Profeta: "Buscad al Señor mientras puede ser hallado; llamadle en tanto que está cerca." No podemos, pues, hallar siempre a nuestro antojo al Señor, no siempre está tan cerca de nosotros. ¡Cuidado! tiene sus tiempos; ha sonado la hora de sus misericordias, la de sus justicias sonará después. "De aquí a cuarenta días Nínive será arrasada", decía a voz en grito Jonás en las calles de aquella soberbia ciudad [3]. No dejó Nínive transcurrieran los cuarenta días sin convertirse al Señor sin aplacarle en ayuno, ceniza y cilicio, y Dios perdonó a Nínive. Hagamos nuestros los sentimientos de esa ciudad culpable y arrepentida, no de-

---

[1] *Psl. L.* 12.
[2] *Rom.*, V, 20.
[3] *Jon.*, III, 4.

sañemos a la divina justicia rehuyendo la penitencia o cumpliéndola de modo imperfecto. La Cuaresma que celebramos es acaso la última que la bondad divina nos prepara; si no nos convirtiéramos ¿quién sabe si el Señor volvería piadoso a nosotros? Consideremos despacio estas palabras del Apóstol que se relacionan con las de Isaías: "Porque la tierra que a menudo absorve la lluvia caída sobre ella y produce frutos de bendición para el que la cultiva, recibirá las bendiciones de Dios; pero la que produce espinas y abrojos, es estéril y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego" *(Hebre,* VI, 7, 8.)

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en Jerusalén, se conmovió toda la ciudad, diciendo: ¿Quién es éste? Y los pueblos decían: Jesús, el Profeta de Nazareth de Galilea. Y entró Jesús en el templo de Dios, y expulsó a todos los que vendían y compraban en él y derribó las mesas de los cambistas, y los asientos de los vendedores de palomas: y les dijo: Escrito está: Mi casa se llamará casa de oración; pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y se acercaron a El los ciegos y tullidos que había en el templo; y los sanó. Mas, viendo los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, las maravillas que hacía, y a los niños clamando en el templo, y diciendo: ¡Hosanna al Hijo de David! se indignaron, y dijeron: ¿Oyes lo que dicen éstos? Y Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca leisteis: De la boca de los niños y lactantes sacaste alabanza? Y, dejados ellos, salió fuera de la ciudad, yéndose a Betania: y allí se quedó.

OBEDIENCIA. — La Santa Cuaresma acaba apenas de iniciarse, y, antes de que se acabe, habremos presenciado el suplicio del Justo. Ved aquí ya a sus implacables enemigos enfrentados contra El. En vano presencian sus ojos los estupendos prodigios; la envidia y el orgullo que endurecen su corazón no quisieron comprender ni verlo claro. Esos desleales custodios de la casa de Dios permanecieron mudos cuando vieron a Jesús mostrar su autoridad en el templo; extrañeza terrorífica les ha sobrecogido. Ni siquiera retrucan cuando llama al templo *su casa:* a tal grado se les imponía la virtud, tanto temían su poder sobrehumano. Ahora renace su audacia; la voz de los niños que aclaman a Jesús: *¡Hosanna!,* lastima sus oídos y se indignan. Se atreven a censurar amargamente ese inocente agasajo tributado al hijo de David que pasa haciendo bien. Esos doctores de la Ley, cegados por envidia abominable no aciertan ya a conocer las profecías ni a descubrir su cumplimiento. Se confirma el oráculo de Isaías que acabamos de leer: Por no haber buscado al Señor cuando se hallaba cerca de ellos, no pueden ya reconocerle cuando El mismo les habla. Los niños le adivinan y bendicen; los sabios de Israel no ven en él más que un enemigo de Dios, un blasfemo. Aprovechemos nosotros, al menos, la visita de Jesús para que no nos abandone como abandonó a esos falsos sabios. Se retiró de su lado y saliendo de la ciu-

dad volvió a Betania que estaba cerca de Jerusalén. Allí vivía Lázaro con las dos hermanas Marta y María Magdalena; allí también se había retirado María madre de Jesús, en espera del terrible drama que bien pronto se iba a desarrollar. San Jerónimo en su comentario sobre San Mateo nota que la palabra Betania significa *Casa de obediencia,* lo que nos da a entender que el Salvador se aleja de los corazones rebeldes a su gracia y le place descansar en los corazones obedientes. Aceptemos por entero la lección que nos da Jesús, y en estos días de salud mostremos por nuestra obediencia a la Iglesia y la sumisión al guía de nuestra conciencia, que hemos, por fin, caído en la cuenta de que no hay salvación para nosotros, sino en el abatimiento del orgullo y sencillez de corazón.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Asciendan a ti, Señor, nuestras preces: y aleja de tu Iglesia todo mal. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

El ayuno cuaresmal viene a asociarse hoy el de las Témporas. Con el Viernes y Sábado próximo tendremos, asimismo, doble motivo de ha-

cer penitencia. Es la temporada de primavera, y se trata de consagrarla a Dios ofreciéndole las primicias con el ayuno y la oración; tenemos también en vista la ordenación de Sacerdotes y Ministros sagrados sobre la que es menester recabemos las bendiciones de lo alto. Tengamos, pues, respeto soberano a estos tres días.

Hasta el siglo XI el ayuno de las Témporas primaverales estuvo fijo a la primera semana de Marzo y el de verano a la segunda de Junio. Un decreto de San Gregorio VII las fijó en las fechas que hoy conservamos; las Témporas de primavera en la Primera semana de Cuaresma y las de verano en la semana de Pentecostés.

La Estación se celebra hoy en Santa María la Mayor. Honremos a la Madre de Dios, refugio de pecadores y la supliquemos ofrezca ella misma a nuestro Juez el humilde tributo de nuestras satisfacciones.

COLECTA

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos. — Suplicámoste, Señor, escuches clemente nuestras preces, y extiendas la diestra de tu majestad contra todo lo que nos sea adverso. Por el Señor.

La Iglesia, que en los miércoles de las Témporas, nos presenta siempre dos lecciones de la Sda. Escritura en lugar de la Epístola de la Misa, ha juntado hoy los dos grandes tipos de la Cuaresma en el Antiguo Testamento, Moisés y Elías,

con el propósito de revalorizar ante nuestros ojos la dignidad del ayuno cuaresmal al que Cristo mismo confirió un carácter más sagrado aún, realizando en su propia persona lo que la Ley y los Profetas no habían ejecutado más que en figura.

PRIMERA LECCION

Lección del libro del Exodo.

En aquellos días dijo el Señor a Moisés: Sube a mí en el monte, y estáte allí: y te daré las tablas de piedra, la Ley y los preceptos que he escrito: para que los enseñes a los hijos de Israel. Se levantaron Moisés y su ministro Josué: y, al subir Moisés al monte de Dios, dijo a los ancianos: Esperad aquí hasta que tornemos a vosotros. Tenéis con vosotros a Aarón y a Hur: si hubiere alguna cuestión, recurriréis a ellos. Y, habiendo subido Moisés, una nube cubrió el monte, y la gloria del Señor habitó en el Sinaí, cubriéndolo con la nube durante seis días: mas, al séptimo día, le llamó de en medio de la nube. Y era la figura de la gloria de Dios como un fuego que ardía sobre la cima del monte, a la vista de los hijos de Israel. Y, penetrando Moisés en medio de la nube, subió al monte: y estuvo allí cuarenta días y cuarenta noches.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días vino Elías a Bersabée de Judea, y dejó allí a su siervo, y siguió por el desierto durante un día de camino. Y habiendo llegado, y sentádose bajo un enebro, pidió a su alma que se muriera, y dijo: Ya me basta, Señor, llévate mi alma: porque no soy mejor que mis padres. Y se echó, y se durmió bajo la

sombra del enebro: y he aquí que el Angel del Señor le tocó, y le dijo: Levántate y come. Miró, y he aquí que había junto a su cabeza un pan cocido al rescoldo y un vaso de agua: comió, pues, y bebió, y se durmió de nuevo. Y tornó segunda vez el Angel del Señor, y le tocó, y le dijo: Levántate, come: porque te resta un largo camino. Habiéndose levantado, comió, y bebió, y, fortalecido con aquella comida, caminó cuarenta días y cuarenta noches, hasta que llegó a Horeb, el monte de Dios.

EUCARISTÍA. — Moisés y Elías ayunan cuarenta días y cuarenta noches porque van a acercarse a Dios. Es menester se purifique el hombre, se desprenda del peso del cuerpo, si quiere ponerse al habla con el que es espíritu. Con todo, la visión de Dios con que fueron distinguidos estos dos santos personajes fué muy imperfecta; sintieron que el Señor estaba cabe ellos, pero no vieron su gloria. Manifestóse después el Señor en la carne y el hombre le vió, le oyó y le tocó con las manos [1]. No somos nosotros del número de aquellos felices mortales que conversaron con el Verbo de vida; pero en la divina Eucaristía hace algo más que dejarse ver; entra en nosotros y se hace sustancia nuestra. El más humilde fiel en la Iglesia, posee a Dios más plenamente que Moisés en el Sinaí y que Elías en Horeb. No nos extrañe, pues, si la Iglesia, para prepararnos a tamaño favor en la fiesta de Pascua, quiere pasemos antes la prueba de cuarenta días, prueba

[1] *Joa.*, I, 1.

mucho menos rigurosa que la que exigió de Moisés y Elías la concesión de la gracia que Dios se dignó otorgarlos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo respondieron a Jesús algunos de los escribas y fariseos, diciendo: Maestro, queremos ver un milagro tuyo. El, respondiendo, les dijo: Esta raza mala y adúltera busca un milagro: y no se le dará, sino es el signo del Profeta Jonás. Porque, así como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra. Los habitantes de Nínive surgirán el día del juicio con esta raza, y la condenarán: porque ellos hicieron penitencia, al predicársela Jonás. Y he aquí al que es más que Jonás. La Reina del Mediodía surgirá el día del juicio con esta raza, y la condenará: porque ella vino desde el extremo de la tierra, para oír la sabiduría de Salomón: y aquí está el que es mayor que Salomón. Cuando el espíritu inmundo sale de un hombre, anda por lugares áridos, buscando descanso, y no lo encuentra. Entonces dice: Volveré a mi casa, de donde salí. Y, tornando, la encuentra desocupada, barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí; y la nueva situación de aquel hombre viene a ser peor que la primera. Así sucederá también con esta raza pésima. Estando todavía hablando a las turbas, he aquí que su madre y hermanos esperaban fuera, queriendo hablarle. Y le dijo uno: He aquí que tu madre y tus hermanos están afuera, buscándote. Pero El, respondiendo al que le hablaba, dijo: ¿Quién es mi madre, y quiénes son mis hermanos? Y, extendiendo su mano hacia sus discípulos, dijo: He aquí a mi Madre y a mis hermanos. Porque, el que hiciere la voluntad de

mi Padre, que está en los cielos, ese es mi hermano, y hermana, y madre.

Castigo de la incredulidad. — Denuncia el Salvador a Israel los castigos que le esperan por su voluntaria ceguera y dureza de corazón. Exige Israel prodigios para creer; le rodean por doquier y no los ve; así son los hombres de nuestros días. Para reconocer como divino el cristianismo habrán menester pruebas. Patente está la historia sin embargo, abierta ante sus ojos. Los acontecimientos del día dan su testimonio; pero nada los sacude y saca de su modorra. Se aferran desilusionados a sus propios sistemas y no llegarán a comprender que es la Iglesia católica el fundamento de la sociedad hasta el día en que la sociedad por ellos aislada de la Iglesia se hunda en el abismo abierto por sus manos. "Generación perversa y adúltera", dice el Señor, contra la que se levantarán los pueblos infieles, desconocedores de las instituciones cristianas y que hubieran llegado por ventura a amarlas y guardarlas. Temamos la espantable suerte de los judíos a quienes el sitio de Jerusalén y su misma ruina no logró abrir los ojos y permanecen fieles todavía a las ilusiones de su orgullo, tras una esclavitud de diecinueve siglos.

El buen ejemplo. — En medio de los peligros de la sociedad han de darse cuenta los hijos de la Iglesia de su responsabilidad. Indaguen por

qué los sabios del mundo, los políticos del mundo, dejan de contar con ellos. Por qué todavía hoy esos hombres hallan tan dificultoso dar siquiera en algún sitio con el elemento católico. Es que los católicos han desertado de la Iglesia y de sus prácticas santas. Por días se va notando que el vacío se adueña más y más de nuestras iglesias, no se frecuentan ya los sacramentos, la Cuaresma no es más que mera palabra en el calendario. Volvamos, no ya tan sólo a la fe de nuestros padres, sino a la observancia de las leyes cristianas; entonces sí que el Señor se apiadará de su pueblo infiel en atención a los justos que cobije en su seno. El apostolado del ejemplo producirá sus frutos; con grupito de fieles fué para los pueblos del imperio romano la levadura de que nos habla el Salvador que fermentó toda la masa [1]; en medio de una sociedad que todavía conserva más elementos católicos que ella misma sospecha, nuestro celo por confesar y practicar los deberes de la milicia cristiana no quedará sin resultado feliz.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, ilustres nuestras mentes con la luz de tu claridad: para que podamos ver lo que hay que hacer, y podamos hacer lo que es recto. Por el Señor.

---

[1] Evangelio del VI Domingo después de Epifanía.

JUEVES

DE LA PRIMERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra hoy en la Iglesia de San Lorenzo *in Paneperna,* una de las que la piedad romana erigió en honor del más célebre mártir de la Ciudad Eterna.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, mires benigno la devoción de tu pueblo: para que, los que maceran el cuerpo con la abstinencia, alimenten el espíritu con el fruto de las buenas obras. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

En aquellos días me habló el Señor, diciendo: ¿Por qué entre vosotros, en la tierra de Israel, habéis convertido en proverbio aquel dicho: "Los padres comieron las uvas agraces, y sus hijos sufren la dentera?" Vivo yo, dice el Señor, que nunca más será para vosotros ese dicho un proverbio en Israel. He aquí que todas las almas son mías: como el alma del padre, así el alma del hijo es mía: el alma que pecare, ésa morirá. Y el hombre que fuere justo, e hiciere juicio y justicia, y no comiere en los montes, y no alzare sus ojos a los ídolos de la casa de Israel; y no violare la mujer de su prójimo, y no se acercare a la mujer menstruosa; y no contristare a nadie; y devolviere al deudor su fianza; y no arrebatare nada por fuerza; y diere su pan al hambriento, y vistiere al desnudo; y no fuere usurero, y no recibiere más de lo justo: y apartare su mano de la iniquidad, e hiciere verdadero juicio entre hombre y

hombre; y caminare en mis preceptos, y guardare mis mandamientos, para obrar la verdad: éste es justo, y vivirá, dice el Señor omnipotente.

CONVERSIÓN DE LOS PUEBLOS. — El paso del profeta que acabamos de leer nos hace apreciar la misericordia de Dios para con los gentiles que pronto van a pasar de las tinieblas a la luz, por la gracia del santo bautismo. En vano pretende el proverbio judío afirmar que "los dientes de los hijos sufren dentera porque los padres comieron uvas agraces". Dios ya en el Antiguo Testamento declara que los pecados son personales, y que el hijo del impío, si quiere vivir justamente, hallará misericordia y vida. La predicación del Evangelio por los Apóstoles y varones apostólicos fué un pregón que resonó en toda la gentilidad; presto se vieron los hijos de razas idólatras acudir presurosos cabe la piscina de salvación, abjurar las malas obras de sus padres y atraerse las complacencias del Señor. Idéntica maravilla aconteció en la conversión de los bárbaros de occidente; la misma se perpetúa hoy en el seno de pueblos infieles y numerosos catecúmenos recibirán este mismo año la regeneración espiritual en el día de Pascua.

LA JUSTICIA DE DIOS. — Castiga a menudo Dios en el orden temporal la maldad de los padres en los hijos; esta disposición de su Providencia es útil para aleccionar a los hombres que reciben

por esa vía saludables instrucciones; en el orden moral, empero, cada quien es tratado conforme a sus méritos; y así como no imputa Dios al hijo virtuoso la maldad del padre, tampoco la virtud del padre resarcirá la maldad del hijo. San Luis fué abuelo de Felipe el Hermoso y Luis XVI era nieto de Luis XV; tales contrastes se hallan en muchas familias. "Dios ha dejado al hombre a disposición de su albedrío y el hombre tiene ante sí la vida y la muerte, el bien y el mal; se le dará lo que prefiera"[1]. Pero tal es la misericordia del Señor, Dios nuestro, que tras haber hecho el hombre fatal elección si llega a rechazar el mal que por de pronto escogió y se vuelve hacia el bien, también él *vivirá la vida* y la penitencia le restituirá lo que había perdido.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, saliendo Jesús, se retiró a las regiones de Tiro y Sidón. Y he aquí que una mujer cananea, venida de aquellas tierras, clamó, diciéndole: Ten piedad de mí, Señor, Hijo de David: mi hija es muy atormentada por el demonio. Pero El no le respondió palabra. Y, acercándose sus discípulos, le rogaban, diciendo: Despídela: porque grita detrás de nosotros. Y El, respondiendo, dijo: No he sido enviado más que a las ovejas que perecieron de la casa de Israel. Pero ella se acercó, y le adoró, diciendo: Señor, ayúdame. El, respondiendo, dijo: No es bueno tomar el pan de los hijos, y darlo a los perros. Y ella dijo: Cierto Señor;

---

[1] *Eccli.*, XV, 14-18.

pero también los perritos comen las migas que caen de la mesa de sus amos. Entonces Jesús, respondiendo, le dijo: ¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como lo quieres. Y sanó su hija en aquel instante.

La oración intensa y perseverante. — Jesús admira la fe de esta mujer, la alaba y recomienda la imitemos. Con todo era de raza pagana y acaso hasta entonces había adorado a los ídolos; pero se llegó al Señor; el amor maternal le guía a los pies de Jesús; alcanza la curación de su hija y sin duda también la de su alma. Es la aplicación de la verdad consoladora que hallamos antes en el profeta: los elegidos salen de toda raza, aún de la maldita de Canaán. Trata el Señor a esta mujer con aparente dureza, aunque tiene resuelto favorecerla; quiere se eleve su fe y sea digna de ser atendida, recompensada. Roguemos, pues, instantemente en estos días de misericordia. La hija de la cananea era atormentada por el demonio en su cuerpo; ¡Cuántas almas en la Iglesia entera son presa de ese infernal espíritu por el pecado mortal que en ellos mora! ¿Sienten ellas por ventura su mal? ¿Piensan clamar a su libertador? Y si de intento se hace esperar la gracia del perdón, ¿saben humillarse, como la mujer del evangelio, que con tanta sencillez acepta el menosprecio que el Salvador aparenta tener de ella? Ovejas descarriadas de la casa de Israel, aprovechad el tiempo en que con vosotras está todavía el Pastor.

Antes de cuarenta días le darán muerte y "el pueblo que le habrá negado no será ya su pueblo"[1]. También antes de cuarenta días celebraremos el aniversario de ese gran sacrificio; y todo pecador que no se haya llegado a Jesús con la humildad de la Cananea, habrá merecido ser desechado sin remedio. Apresurémonos, pues, a hacernos dignos de la reconciliación. *La mesa de los hijos* de Dios está ya puesta; y tal y tan grande es la generosidad del padre de familia, que si queremos volver a El desde el fondo de nuestro corazón, nos permitirá recoger, no ya tan sólo las migajas caídas de la mesa, sino que nos dará a Jesús, Pan de vida, en prenda de reconciliación eterna.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, concedas a los pueblos cristianos la gracia de conocer lo que profesan y de amar el celeste don que frecuentan. Por el Señor.

VIERNES

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

La Estación se celebra en la basílica de los Doce Apóstoles, una de las más augustas de Roma, enriquecida con las reliquias de los dos apóstoles San Felipe y Santiago el Menor.

---

1 *Dan.*, IX, 26.

COLECTA

Sé propicio, Señor, con tu pueblo: y, pues le consagras a tu servicio, favorécele benigno con tu auxilio. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor Dios. El alma que pecare, ésa morirá: el hijo no pagará la iniquidad del padre, y el padre no pagará la iniquidad del hijo: la justicia del justo a él se le imputará, y la impiedad del impío sobre éste recaerá. Mas, si el impío hiciere penitencia de todos los pecados que cometió, y guardare todos mis preceptos, e hiciere juicio y justicia, vivirá de veras, y no morirá. Me olvidaré de todas las iniquidades que cometió: vivirá en la justicia que obró. ¿Acaso es mi voluntad la muerte del impío, dice el Señor Dios y no el que se convierta de sus caminos, y viva? Mas, si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, conforme a todas las abominaciones que suele cometer el impío, ¿vivirá por ventura? Todas las justicias, que él realizó, serán olvidadas: morirá en la prevaricación, con que hubiere prevaricado, y en el pecado en que hubiere incurrido. Y dijisteis: No es justo el camino del Señor. Oíd, pues, casa de Israel: ¿Acaso no es justo mi camino o, más bien, no son vuestros caminos los que son depravados? Porque, si el justo se apartare de su justicia, y obrare la iniquidad, morirá en ella: morirá en la injusticia que hubiere cometido. Y, si el impío se convirtiere de la impiedad que cometió, y obrare juicio y justicia, vivificará su alma. Porque si entrare dentro de sí, y se apartare de todas las iniquidades que obró, vivirá de veras, y no morirá, dice el Señor omnipotente.

Reconciliación de los pecadores. — Echemos una mirada a los penitentes públicos que la Igle-

sia se dispone a admitir pronto de nuevo a la participación de los Misterios. Pero han menester ser reconciliados con Dios a quien han ofendido. Su alma está muerta por el pecado; ¿podrá por ventura revivir? Sí, el Señor lo asegura; y la lectura del profeta Ezequiel que ayer empezó para los catecúmenos, la prosigue hoy a favor de los penitentes públicos. "Que el impío, dice el Señor, haga penitencia de todos los pecados que ha cometido; que guarde en adelante mis mandamientos; vivirá seguramente y no morirá." No obstante, eso, sus iniquidades saltan a la vista y vocean contra él, su voz se eleva al cielo y provoca venganza eterna. Así es, en verdad; pero el Señor que todo lo sabe y que nada olvida nos declara que *no se acordará más* de la maldad satisfecha por la penitencia. Y tal es la ternura de su corazón paternal que quiere olvidar la afrenta recibida de un hijo, si ese hijo vuelve sinceramente al sendero de su deber. Así pues, nuestros penitentes serán reconciliados y el día de la Resurrección del Salvador se mezclarán con los justos, porque el Señor no guardará memoria de sus desmanes; serán ellos también hechos justos. Remontándonos con el pensamiento al curso de los siglos nos hallamos de manos a boca con el espléndido espectáculo de la penitencia pública de que la Liturgia, que no cambia, ha conservado hoy los rasgos. En nuestros días no son ya separados los pecadores de los demás fieles,

no se les cierra tampoco la puerta de la iglesia, asisten a menudo cabe los santos altares entreverados con los justos y cuando sobre ellos desciende el perdón no lo nota la asamblea de los fieles por ritos especiales y solemnes. Admiremos la divina misericordia y aprovechemos la indulgencia de nuestra madre la Santa Iglesia. A cualquier hora y sin aparato la oveja descarriada puede volver al redil; aproveche, pues, la condescendencia que es objeto y en adelante no abandone al Pastor que tuvo a bien recogerla de nuevo. Por lo que al justo atañe no se engría en vana complacencia comparándose con la pobre oveja perdida; medite estas palabras: "Si el justo se apartare de la justicia, si obrare la iniquidad, todas las obras de justicia que había realizado serán olvidadas." Temblemos, pues, por nosotros y compadezcamos a los pecadores. La oración de los fieles por los pecadores durante la cuaresma es uno de los grandes medios con que la Iglesia cuenta para lograr su reconciliación.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo era la fiesta de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén. Y está en Jerusalén la piscina probática (de las ovejas), que se llama en hebreo Betsaida, la cual tiene cinco pórticos. En éstos se hacinaba una gran multitud de enfermos, ciegos, cojos y tullidos, que esperaban el movimiento del agua. Porque el Angel del Señor descendía de cuando en cuando a la piscina: y se

movía el agua. Y, el que primero bajaba a la piscina, después del movimiento del agua, sanaba de cualquier enfermedad que tuviera. Y estaba allí un hombre, que hacía treinta y ocho años que se hallaba enfermo. Cuando Jesús vió a este postrado, y supo el tiempo que llevaba enfermo, le dijo: ¿Quieres sanar? Respondió el enfermo: Señor, no tengo quien me meta en la piscina después del movimiento del agua: cuando llego yo, ya ha descendido otro antes de mí. Dícele Jesús: Levántate, toma tu camilla, y anda. Y al punto sanó aquel hombre: y tomó su camilla, y anduvo. Y era sábado aquel día. Por eso decían los judíos al que había sido curado: Es sábado, y no puedes tomar tu camilla. Les respondió él: El que me sanó me dijo: Toma tu camilla, y anda. Le preguntaron entonces: ¿Quién es ese hombre que te dijo: Toma tu camilla, y anda? Pero el que había sido curado ignoraba quién fuese. Porque Jesús se había retirado del tropel agrupado en aquel sitio. Después le encontró Jesús en el templo, y le dijo: Mira, ya estás sano: no vuelvas a pecar, para que no te suceda algo peor. Marchó aquel hombre, y dijo a los judíos que, quien le había sanado, era Jesús.

EL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA. — Volvamos a tratar de los penitentes en la antigüedad; el asunto será fácil a los penitentes de ahora y a nosotros mismos. Acabamos de ver por el profeta la predisposición del Señor a perdonar al pecador arrepentido. Pero ¿cómo será aplicado este perdón? ¿quién pronunciará la sentencia de absolución? El Evangelio de hoy nos lo indica. Ese desventurado paralítico de treinta y ocho años es figura del pecador empedernido; es, no obstante, curado y hele aquí que anda. ¿Qué ha

ocurrido? Por de pronto escuchémosle: "Señor, dice, no tengo hombre que me sumerja en la piscina." El agua de esta piscina le hubiera sanado pero había menester un hombre que le introdujera en ella. El Hijo de Dios será ese hombre, y cabalmente, porque se hizo hombre, somos salvos. Como hombre ha recibido el poder de perdonar los pecados y antes de subir al cielo dice a otros hombres: "A quienes perdonareis los pecados, perdonados les serán." Serán, pues, reconciliados con Dios nuestros penitentes en virtud de ese perdón sobrenatural; y el paralítico que levantó fácilmente su camilla y la llevó a la espalda como trofeo de su curación es figura del pecador a quien la Iglesia de Jesucristo en virtud del poder divino de las llaves ha perdonado sus pecados.

En el siglo III del cristianismo Novaciano hereje osó enseñar que la Iglesia no tenía poder para perdonar los pecados cometidos después del bautismo. Este error fué proscrito por los concilios y santos doctores; y para mostrar a los ojos de los fieles el poder que el Hijo del hombre ha recibido para purificar toda el alma penitente pintaron en los sitios en que se congregaban los cristianos al paralítico de nuestro Evangelio yendo libre y desembarazado con la camilla a cuestas. Se halla con frecuencia esta imagen en las Catacumbas de Roma contemporáneas de la época de los mártires. Vemos clara en estos monu-

mentos la intención que ha tenido la Iglesia con la lectura de este Evangelio, señalado desde hace tantos siglos para el presente día.

EL AGUA DEL BAUTISMO. — El agua de la piscina Probática, es también un símbolo; destinado por el contrario a la instrucción de los catecúmenos: Por el agua habían de ser curados, y por agua divinamente fecundada de lo alto. Este milagro con que Dios favorecía aún a la Sinagoga, curaba entre los judíos solamente el cuerpo y a un solo hombre y a raros intervalos. Pero después que el Angel del gran Consejo bajó del cielo y santificó el agua del Jordán, la piscina se halla por doquier y a cada instante su agua sana las almas desde el niño recién nacido hasta el viejo decrépito. El hombre es el ministro de esta gracia, pero es el Hijo de Dios hecho hijo del hombre quien la opera. Digamos algo también de los enfermos que el Evangelio nos representa juntos en espera de curación. Es imagen de la sociedad cristiana de nuestros días. Hay *lánguidos*, hombres tibios que jamás rompen francamente las amarras del mal; *ciegos* en que el ojo del alma está muerto; *cojos* cuyo andar por la senda de la salvación es vacilante; hay enfermos *cuyos miembros están atrofiados*, impotentes para todo género de bien; aguardan el instante propicio: Jesús se va a acercar a ellos; les va a preguntar como al paralítico: "¿queréis

ser sanos"? ¡Pregunta enchida de caridad divina! Contesten, pues, con amor y confianza y serán curados.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Oyenos, oh Dios misericordioso, y muestra a nuestras mentes la luz de tu divina gracia. Por el Señor.

SABADO

DE LAS TEMPORAS DE CUARESMA

Se celebra la Estación en la Basílica de San Pedro del Vaticano, donde el pueblo se congregaba por la tarde para asistir a la ordenación de los sacerdotes y ministros sagrados. Apellidábase este día *Sábado de las doce lecciones* porque se leían doce pasos de las Sagradas Escrituras como el Sábado Santo [1]. La Misa en que tenía lugar la ordenación se celebraba en la noche, ya empezado el domingo. Posteriormente se anticipó al Sábado esta misa de la ordenación; mas en recuerdo del uso antiguo no se señaló al Domingo otro Evangelio que el que hoy se lee el sábado, de donde resulta la repetición del mismo en ambos días seguidos. Ya hemos observado la misma particularidad el Sábado de las

---

[1] El Papa Gelasio (492-496) organizó la liturgia del sábado de las Témporas y fijó en este día las ordenaciones.

Témporas de Adviento, porque la Misa de la ordenación se adelantó asimismo ese día.

COLECTA

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos.

Suplicámoste, Señor, mires propicio a tu pueblo y apartes clemente de él los castigos de tu ira. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro Deuteronomio.

En aquellos días habló Moisés al pueblo, diciendo: Cuando hubiéres dado el diezmo de todos tus frutos, dirás en presencia del Señor, tu Dios: He tomado de mi casa lo que fué santificado, y lo he dado al levita, y al peregrino, y al huérfano, y a la viuda, como me lo has ordenado: no he despreciado tus mandatos, ni me he olvidado de tu imperio. He obedecido la voz del Señor, mi Dios, y lo he ejecutado todo según me lo mandaste. Mira desde tu santuario, y desde la excelsa morada de los cielos, y bendice a Israel, tu pueblo, y la tierra que nos has dado, como se lo juraste a nuestros padres, la tierra que mana leche y miel. Hoy te ordenó el Señor, tu Dios, que ejecutases estos mandatos y juicios, y que los guardases y cumplieses con todo tu corazón, y con toda tu alma. Hoy elegiste al Señor, para que fuese tu Dios y para seguir sus caminos, y para guardar sus ceremonias y sus mandatos y juicios, y para obedecer su imperio. Y el Señor te eligió hoy, para que fueses su pueblo escogido, como te lo dijo, y para que observases todos sus preceptos y para hacerte más excelso que todas las gentes que creó, para alabanza, y renombre, y gloria suya: para que fueses el pueblo santo del Señor, tu Dios, como El lo dijo.

Obediencia a las leyes de la Iglesia. — Nos enseña el Señor en este paso de Moisés que una nación fiel en guardar todas las proposiciones del servicio divino, será bendita entre todas las demás. Testigo abonado es la historia para confirmar la verdad de este oráculo. De cuantas naciones han perecido no hay una sola que no lo haya merecido por haber olvidado la ley de Dios; y así debe suceder. Aguarda a veces el Señor antes de descargar el golpe, pero es para que el castigo sea más solemne y ejemplar. ¿Queremos darnos cuenta de la firmeza de los destinos de un pueblo? Paremos mientes en su grado de fidelidad a las leyes de la Iglesia. Si su derecho público se asienta en los principios e instituciones del cristianismo, esa nación podrá abrigar algunos gérmenes de enfermedad, pero su temperamento es robusto; la agitarán las revoluciones pero sin disolverla. Si la masa de los ciudadanos es fiel en la observancia de los preceptos exteriores, si guarda por ejemplo el día del Señor, las prescripciones de la Cuaresma, hay en esto un fondo de moralidad que preservará a dicho pueblo de los peligros de la ruina. Tal vez los economistas vean en esto una superstición pueril y tradicional, útil sólo para mantenerla al margen de todo progreso; no importa. Dejad que esa nación hasta la fecha dócil y fiel a los mandatos divinos, tenga la desgracia de dar oídos a esas soberbias y necias teorías; no pasará un si-

glo sin tener que deplorar que, emancipándose de la ley de Cristo, baje el nivel de la moral pública y privada y sus destinos comiencen a bambolearse. Puede el hombre decir, puede escribir lo que quiera; Dios quiere ser servido y honrado por su pueblo y quiere El mismo dar sus normas de servicio y adoración. Todo atentado contra el culto exterior, que es el verdadero nexo social, recaerá con la mole de su peso sobre el edificio de los intereses humanos. Y aunque la palabra del Señor no estuviera en ello empeñada es de extricta justicia que así sea.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo tomó Jesús a Pedro, y a Santiago, y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un elevado monte: y se transfiguró ante ellos. Y resplandeció su cara como el sol: y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Y, respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, es bueno estarnos aquí. Si quieres hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías. Aun hablaba él, cuando una nube lúcida les envolvió. Y he aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi amado Hijo, en el que me he complacido bien: oídle a El. Y, al oírlo los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y temieron mucho. Y se acercó Jesús, y les tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. Y, alzando sus ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. Y, al descender ellos del monte, les ordenó Jesús, diciendo: A nadie diréis esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos.

DIGNIDAD DEL SACERDOCIO. — Esta lectura del Evangelio que mañana oiremos también, va hoy destinada a autorizar la ordenación; los antiguos liturgistas, tras el sabio abad Ruperto, nos dan la clave. Quiere la Iglesia llamarnos la atención sobre la dignidad con que acaban de ser agraciados los sacerdotes que hoy han recibido la unción sagrada. Están representados en los tres apóstoles que Jesús lleva consigo al monte para contemplar su gloria. Pedro, Santiago y Juan solos suben al Tabor. Contarán a los demás discípulos y al mundo, cuando llegue la hora oportuna, el espectáculo de que han sido testigos y cómo el Padre ha proclamado la grandeza y divinidad del Hijo del hombre. "Oímos nosotros esta voz del cielo, dice San Pedro, cuando estábamos con él en la montaña santa. Decía: Este es mi Hijo muy amado en quien he puesto todas mis complacencias, escuchadle"[1]. Del mismo modo estos nuevos sacerdotes que acaban de ser consagrados a vuestra vista y por los cuales habéis ofrecido vuestros ayunos y plegarias entrarán en la nube donde reside el Señor. Sacrificarán la víctima de vuestra salvación en el silencio del Canon de la Misa. Dios bajará por vosotros entre sus manos; y sin dejar de ser mortales y pecadores como vosotros estarán cada día en comunicación con la divinidad. El perdón

---

[1] *II Ped.*, I, 17-18.

que esperáis de Dios en este tiempo de reconciliación pasará por sus manos, su sobrehumano poder irá a buscarle a favor vuestro hasta el cielo. De este modo acarreó Dios el remedio a nuestro orgullo. La serpiente nos dijo al principio de los tiempos: "Comed esta fruta y seréis como dioses." Tuvimos la desdicha de asentir a tan pérfida sugestión y el fruto de nuestra prevaricación fué la muerte. Dios, empero, quería salvarnos; pero para humillar nuestras pretensiones nos hace efectiva la salvación por intermedio de hombres. Su Hijo eterno se hizo hombre y ha dejado tras sí otros hombres a quienes dijo: "Como mi Padre me envió así os envío"[1]. Honremos, pues, a Dios en esos hombres que hoy han sido objeto de tal distinción y entendamos bien que el respeto al sacerdocio es parte integrante de la religión de Jesucristo.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Confirme, oh Dios, a tus fieles la anhelada bendición, la cual haga que nunca discrepen de tu voluntad y siempre se feliciten de tus beneficios. Por el Señor.

SEGUNDO DOMINGO DE CUARESMA

LA TRANSFIGURACIÓN. — Propone hoy la Santa Madre Iglesia a nuestra consideración un asunto

[1] *Joa.*, XX, 21.

de capital importancia para el tiempo en que estamos. La lección que el Salvador dió un día a tres de sus Apóstoles, nos la aplica a nosotros en este segundo Domingo de la Santa Cuaresma. Esforcémonos por estar más atentos que estuvieron los tres discípulos del Evangelio de hoy cuando su maestro se dignó preferirles a los demás para honrarlos con favor tan señalado.

La condescendencia de Jesús. — Preparábase Jesús a pasar de Galilea a Judea para ir a Jerusalén donde debía hallarse en la fiesta de la Pascua. Era esta la última Pascua que iba a comenzar con la inmolación del cordero figurativo y acabarse con el sacrificio del Cordero de Dios que borra los pecados del mundo. Jesús no debía ser ya desconocido a sus discípulos. Sus obras habían dado testimonio de él a los ojos de los mismos extraños; su palabra de tan calificada autoridad, su bondad tan atractiva, su paciencia en sufrir la grosería de los hombres que se había escogido por compañeros; todo debió contribuir a unírseles a él hasta la muerte. Habían oído a Pedro, uno de ellos, declarar por inspiración divina que era Jesús el Cristo, el Hijo de Dios vivo [1]; la prueba, sin embargo, que se les venía encima iba a ser tan espantosa, dada su flaqueza, que Jesús quiso antes de someterles a ella pro-

[1] *Mat.*, XVI, 16.

curarles un último socorro para armarles contra la tentación.

El escándalo de la Cruz. — No sólo para la Sinagoga, desgraciadamente, iba a ser la Cruz motivo de escándalo[1]; Jesús en la última Cena decía delante de sus apóstoles reunidos en torno suyo: "Todos os escandalizaréis esta noche por mi causa"[2]. ¡Qué prueba cruel para hombres carnales como ellos el verle arrastrado y cargado de cadenas por mano de soldados, conducido de un tribunal a otro, sin pensar en defenderse; el ver salir adelante aquella conspiración de pontífices y fariseos tan frecuentemente confundidos por la cordura de Jesús y el brillo de sus milagros; ver al pueblo que poco antes gritaba *Hosanna,* reclamar apasionadamente su muerte; verle finalmente expirar en patíbulo infame entre dos ladrones y servir de trofeo a los odios reconcentrados de sus enemigos!

¿No se desalentarán a la vista de tantas humillaciones y sufrimientos esos hombres que desde hace tres años siguen sus pasos? ¿Se acordarán de cuanto han visto y oído? ¿El pavor y cobardía no paralizarán sus almas el día en que se cumplan las profecías que les hizo sobre su persona? Jesús, no obstante quiere ensayar un último esfuerzo en tres de ellos que le son espe-

[1] *I Cor.,* I, 23.
[2] *Mat.,* XXVI, 31.

cialmente queridos: Pedro, a quien ha hecho fundamento de su futura Iglesia, Santiago, *el hijo del trueno,* que será el primer mártir en el colegio apostólico, y Juan su hermano, que es llamado el discípulo amado. Jesús quiere tomarlos aparte y mostrarles por unos instantes el esplendor de la gloria que oculta a los ojos de los mortales hasta el día de la manifestación.

La Transfiguración. — Deja, pues, a los otros discípulos en la llanura cerca de Nazareth, y se dirige con los tres escogidos hacia una alta montaña llamada Tabor, que se encadena a las estribaciones del Líbano de que el salmista nos dice que debía *exultar al nombre del Señor* [1]. Apenas llega Jesús a la cima de esta montaña, de repente desaparece su mortal aspecto a los ojos maravillados de los tres Apóstoles; su cara resplandece como el sol, sus vestidos brillan con la blancura deslumbrante de la nieve. Dos personajes inesperados están allí ante los Apóstoles y platican con su Maestro sobre los sufrimientos que le esperan en Jerusalén. Son Moisés, el legislador, coronado de rayos y Elías el profeta arrebatado en un carro de fuego, sin pasar por la muerte. Estos dos grandes potentados de la religión mosaica—la Ley y la Profecía—se inclinan humildemente delante de Jesús de Nazareth.

---

[1] *Ps.,* LXXXVIII, 13.

Y no sólo los ojos de los tres apóstoles son iluminados del resplandor que rodea a su Maestro y sale de El, sino que sus corazones se ven sobrecogidos de vivo sentimiento de felicidad que les encadena a la tierra. Pedro no quiere ya bajar de la montaña; con Jesús, con Moisés y Elías quiere sentar allí sus reales. Y para que nada faltara a esta escena en que las grandezas de la humanidad de Jesús se manifiestan a los apóstoles, el testimonio del Padre celestial sale de una nube luminosa que acaba de cubrir la cima del Tabor, y oyen proclamar a Dios que Jesús es su hijo eterno.

Este instante de gloria para el Hijo del hombre duró poco; su misión de sufrimientos y humillaciones le llamaba a Jerusalén. Retiró, pues, dentro de sí ese resplandor sobrenatural; y cuando volvió en sí a los apóstoles a quienes la voz del Padre había dejado como anonadados, ya no vieron más que a su Maestro. La nube luminosa desde la que había resonado la palabra de Dios se había desvanecido. Moisés y Elías habían desaparecido. ¿Recordarán siquiera lo que vieron y oyeron esos hombres honrados con tan insigne favor? ¿Quedará en adelante impresa en su memoria la divinidad de Jesús? Cuando llegue la hora de la prueba, ¿no desconfiarán, por ventura, de su divina misión? ¿No se escandalizarán de su humillación voluntaria? Los relatos evangélicos que siguen nos contestarán.

LA AGONÍA DE GETSEMANÍ. — Poco tiempo después, habiendo celebrado con ellos su última Cena, guía Jesús a sus discípulos a otra montaña, la de los Olivos al este de Jerusalén; deja a la entrada de un jardín a la mayoría de ellos, y tomando consigo a Pedro, Santiago y Juan se adentra en aquel lugar solitario; "triste está mi alma hasta la muerte, les dice, quedaos aquí, velad conmigo un poco"[1]. Y se aleja a cierta distancia para rogar a su Padre. Sabemos qué inmenso dolor oprimía entonces el corazón del Redentor. Cuando vuelve hacia sus tres discípulos la agonía ha pasado por él; un sudor de sangre ha empapado sus vestiduras. En medio de crisis tan atroz ¿velan al menos entonces ardorosos en espera del instante en que han de sacrificarse por él? No; se han dormido; sus ojos se han vuelto abrumados de sueño. Dentro de poco todos huirán, y Pedro el más animoso jurará que no le conoce.

LECCIÓN DE FE. — Más tarde los tres apóstoles testigos de la Resurrección de su Maestro retractaron su conducta con sincero arrepentimiento y reconocieron la previsora bondad con que el Salvador quiso armarles contra la tentación, haciéndose ver de ellos en su gloria tan poco tiempo antes de su Pasión. Por lo que a nosotros cristianos atañe, no aguardemos a abandonarle y traicionarle para reconocer su grande-

[1] *Mat.*, XXVI, 38.

za y divinidad. Estamos en puertas del aniversario de su sacrificio; nosotros también le vamos a ver humillado por sus enemigos y aplastado bajo el brazo de Dios. No desfallezca nuestra fe ante ese espectáculo; el oráculo de David que nos le representa semejante a *un gusano* al que se pisotea [1]; la profecía de Isaías que nos le describe como un *leproso,* como *el último de los hombres, el varón de dolores* [2], todo esto se va a cumplir a la letra. Acordémonos entonces de los resplandores del Tabor, de los homenajes de Moisés y Elías, de la nube luminosa, de la voz del Padre. Cuanto más Jesús va a anonadarse a nuestra vista más debemos ensalzarle con nuestras aclamaciones, diciendo con las milicias angélicas, con los veinte y cuatro ancianos que San Juan, uno de los testigos del Tabor, oyó en el cielo: "Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder y la divinidad, la sabiduría y la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición"[3].

El segundo domingo de Cuaresma se apellida *Reminiscere,* primera palabra del Introito de la Misa, y también se le llama domingo de la Transfiguración con ocasión del Evangelio que acabamos de explanar.

La Estación en Roma se celebra en la Iglesia de Santa María *in Dominica* en el monte Celio.

---

1 *Sal.,* XXI, 7.
2 *Isaías,* LIII, 4.
3 *Apoc.,* V, 12.

Una leyenda nos cuenta que esta basílica es la antigua Diaconía habitada por San Ciriaco donde San Lorenzo distribuía las limosnas de la Iglesia.

MISA

La Iglesia nos espolea en el Introito a la confianza en la misericordia de Dios que nos librará de nuestros enemigos, si le invocamos de corazón. Ansiamos alcanzar dos beneficios de él en la Cuaresma: El perdón de nuestros pecados y su protección para no volver a caer en ellos.

INTROITO

Acuérdate, Señor, de tus piedades y de tu misericordia, que son eternas: para que nunca nos dominen nuestros enemigos: líbranos, oh Dios de Israel, de todas nuestras angustias. — *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío; no sea yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta pedimos por nuestras necesidades interiores y exteriores; Dios nos dará el correspondiente remedio si nuestra plegaria es humilde y sincera; estará al tanto de nuestros menesteres corporales y defenderá nuestras almas contra las sugestiones del enemigo que pretende profanar hasta nuestros pensamientos.

COLECTA

Oh Dios, que nos ves destituídos de toda fuerza: guárdanos interior y exteriormente; para que seamos

protegidos contra toda adversidad en el cuerpo, y seamos purificados de los malos pensamientos en la mente. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Tesalonicenses.

Hermanos: Os rogamos y exhortamos en el Señor Jesús a que, habiendo aprendido de nosotros la manera cómo debéis caminar y agradar a Dios, caminéis de modo que siempre progreséis más y más. Porque ya sabéis qué mandamientos os dimos de parte del Señor Jesús. Porque la voluntad de Dios es vuestra santificación: que os abstengáis de la fornicación: que cada uno de vosotros sepa conservar su vaso con santificación y honor, y no con afecto de concupiscencia, como los gentiles que ignoran a Dios: que ninguno oprima, ni engañe a su hermano porque el Señor es vengador de todo esto, como ya os lo hemos dicho y atestiguado. Porque no nos ha llamado Dios a la inmundicia, sino a la santificación, en Jesucristo, Nuestro Señor.

La santidad del cristiano. — Insiste el Apóstol en este paso sobre la santidad de costumbres que debe brillar en el cristiano; y la Iglesia que nos propone estas palabras exhorta a los fieles a aprovechar el tiempo en que estamos para restaurar en ellos la imagen de Dios en la que fueron renovados por la gracia bautismal. El cristiano es un vaso de honor, preparado y embellecido por la mano de Dios; guárdese, pues, de la ignominia que le degradaría y haría digno de ser quebrado y arrojado al muladar con las inmundicias. Gloria es del cristianismo el haber

hecho partícipe al cuerpo de la santidad del alma; no obstante nos advierte su doctrina celestial, que esta santidad del alma se empaña y pierde por la sordidez del cuerpo. Restauremos, pues, en nosotros al hombre entero con la ayuda de la práctica de esta santa Cuaresma. Purifiquemos nuestras almas por la confesión de los pecados, por la compunción del corazón, el amor al Señor misericordioso, y rehabilitemos nuestro cuerpo haciéndole llevar el yugo de la expiación a fin de que en adelante sea servidor del alma y su dócil instrumento, hasta que, posesionándose esta de la felicidad sin fin y sin medida, vierta sobre aquel la sobreabundancia de delicias en que se verá felizmente anegada.

En el Gradual, el hombre, a la vista de los peligros que le asedian, clama al Señor su sólo amparo, que puede hacerle triunfar del enemigo casero cuyos insultos frecuentemente soporta.

El Tracto es un cántico inspirado por la confianza en la divina misericordia, y al propio tiempo una petición que dirige la Iglesia a su Esposo en favor del pueblo fiel a quien se dignará visitar y salvar con la gran festividad todavía lejana pero a la que nos acercamos, sin embargo, cada día.

GRADUAL

Se han multiplicado las tribulaciones de mi corazón: líbrame, Señor, de mis necesidades. ℣. Mira mi humildad y mi trabajo: y perdona todos mis pecados.

TRACTO

Alabad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna. ℣. ¿Quién expresará las maravillas del Señor, y quién contará sus alabanzas? ℣. Bienaventurados los que guardan la ley, y practican la justicia en todo tiempo. ℣. Acuérdate de nosotros, Señor, según tu benevolencia para con tu pueblo: visítanos con tu salud.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo tomó Jesús a Pedro, y a Santiago, y a Juan, su hermano, y los llevó aparte, a un elevado monte: y se transfiguró ante ellos. Y resplandeció su cara como el sol: y sus vestidos se tornaron blancos como la nieve. Y he aquí que se les aparecieron Moisés y Elías, hablando con El. Y, respondiendo Pedro, dijo a Jesús: Señor, es bueno estarnos aquí: si quieres, hagamos aquí tres tiendas, una para ti, una para Moisés, y una para Elías. Aun hablaba él, cuando una nube lúcida les envolvió. Y he aquí una voz de la nube, diciendo: Este es mi amado Hijo, en el que me he complacido bien: oídle a El. Y, al oírlo los discípulos, cayeron sobre sus rostros, y temieron mucho. Y se acercó Jesús, y les tocó, y les dijo: Levantaos, y no temáis. Y, alzando sus ojos, no vieron a nadie, sino sólo a Jesús. Y, al descender ellos del monte, les ordenó Jesús, diciendo: A nadie diréis esta visión, hasta que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos. — *Credo.*

BONDAD DE JESÚS Y FLAQUEZA DE LOS APÓSTOLES. — De este modo acudía Jesús en ayuda de sus Apóstoles en vísperas de la prueba, y quería estampar profundamente su imagen gloriosa en sus almas, previendo el día en que el ojo carnal

no vería en él más que flaqueza e ignominia. ¡Oh previsión de la gracia divina, que jamás falta al hombre y que justifica siempre la bondad y justicia de Dios! Hemos pecado como los Apóstoles, y como ellos hemos desaprovechado la ayuda que el cielo nos deparaba, hemos cerrado voluntariamente los ojos a la luz y olvidado el resplandor que nos había antes extasiado, y hemos caído de bruces. No hemos, pues, sido atentados por encima de nuestras fuerzas y nuestros pecados nos son en verdad cosa propia. Los tres apóstoles se vieron expuestos a tentación violenta el día en que su Maestro pareció haber perdido toda su grandeza, les era, no obstante, fácil fortalecerse con un recuerdo glorioso y reciente. Olvidados de esto se entregaron al desaliento, y no pensaron en reanimar su fortaleza con la oración; y los testigos afortunados del Tabor se mostraron cobardes y desleales en el Huerto de los Olivos. No les quedó más remedio que echar mano a la clemencia cuando triunfó de sus despreciables enemigos; y lograron el perdón del corazón generoso de su Maestro.

Confianza en la misericordia divina. — Nosotros también acudimos a implorar esa misericordia sin tasa. Hemos abusado de la divina gracia; la hicimos estéril por nuestra deslealtad. La fuente de esa gracia, fruto de la sangre y de la muerte del Redentor, no se ha agotado para nosotros, mientras vivimos en este suelo; estemos

dispuestos cada día a acudir a su refrigerio. Nos solicita a la enmienda de nuestra vida, y desciende abundosa a nuestras almas en el tiempo en que nos hallamos; mana abundantemente de los santos ejercicios de Cuaresma. Subamos al monte con Jesús; en esas alturas no se oye ya la baraunda de la tierra. Fijemos allí nuestra tienda durante cuarenta días en compañía de Moisés y Elías, quienes como nosotros y antes que nosotros santificaron ese número con sus ayunos; y cuando el Hijo del hombre haya resucitado de entre los muertos, publicaremos los favores con que se dignó agraciarnos en el Tabor.

Exhórtanos la Iglesia en el ofertorio a meditar los divinos mandamientos. ¡Ojalá nos sea dado amarlos como los amó el profeta rey cuyas palabras relatamos!

OFERTORIO

Meditaré en tus mandamientos que mucho amo: y elevaré mis manos a tus preceptos, que mucho estimo.

Saquemos de la asistencia a la Misa, al soberano Sacrificio, la entrañable devoción cuya fuente inagotable es, conforme lo pide a favor nuestro la Iglesia en la Secreta. Esta hostia que pronto va a ofrecerse es la prenda y pago de nuestra salvación; merced a ella nuestros corazones fielmente preparados alcanzarán lo que puede aún faltarles para reconciliarse con el Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires aplacado los presentes sacrificios: para que aprovechen a nuestra devoción y salud. Por el Señor.

A la vista de aquel que es su Salvador y su Juez, presente en este inefable misterio, el alma penitente exclama quejumbrosa con ardor y confianza. Eso intentan las palabras del salmista que constituyen la antífona de la Comunión.

COMUNION

Escucha mi clamor: atiende a la voz de mi *oración*, oh Rey mío y Dios mío: porque a ti oraré, Señor.

Recomienda especialmente a Dios la Iglesia en la Poscomunión a sus hijos que acaban de participar de la víctima que se ha inmolado. Jesús les ha sustentado con su propia carne; justo es le honre con la renovación de su vida.

POSCOMUNION

Suplicámoste humildemente, oh Dios omnipotente, hagas que, los que tú alimentas con tus sacramentos, te sirvan también con buenas costumbres. Por el Señor.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de San Clemente Papa. Es el templo que entre todas las

Iglesias de Roma ha conservado mejor la antigua disposición de las primeras basílicas cristianas. Bajo su altar descansa el cuerpo del santo Patrono con los restos de San Ignacio de Antioquía y del cónsul San Flavio Clemente.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tu familia, que, afligiendo su carne, se abstiene de alimentos, siguiendo la justicia, ayune también de pecado. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días oró Daniel al Señor, diciendo: Señor, Dios nuestro, que sacaste a tu pueblo de la tierra de Egipto con mano fuerte, y adquiriste el renombre que ahora tienes: hemos pecado, hemos cometido iniquidad contra toda tu justicia, Señor: apártese, te lo suplico, tu ira, y tu furor, de Jerusalén, tu ciudad, y de tu santo monte. Porque, por nuestros pecados, y por las iniquidades de nuestros padres, Jerusalén y tu pueblo se han convertido en oprobio de todos los que viven en torno nuestro. Ahora, pues, escucha, oh Dios nuestro, la oración de tu siervo, y sus ruegos: y, por ti mismo, muestra tu rostro sobre tu santuario, que está desierto. Inclina, Dios mío tu oído, y oye: abre tus ojos, y mira nuestra desolación, y la ciudad sobre la cual ha sido invocado tu nombre: porque no derramamos nuestros ruegos ante tu acatamiento fiados en nuestras justicias, sino en tus muchas misericordias. Oye, Señor; aplácate, Señor: atiende y haz; no tardes, por amor de ti mismo, Dios mío: porque tu nombre ha sido invocado sobre la ciudad, y sobre tu pueblo, Señor, Dios nuestro.

CASTIGO DEL PUEBLO JUDÍO. — Esta súplica que Daniel dirigía a Dios desde su cautiverio de Babilonia, fué atendida, y después de setenta años de destierro volvió a ver Israel su patria, reconstruyó el templo del Señor y reanudó el curso de sus destinos. Mas he aquí que todavía hoy después de diez y nueve siglos, estas palabras del profeta no son más que una descripción vaga de la nueva desolación que abruma a Israel. El furor de Dios planea sobre Jerusalén; hasta las mismas ruinas del templo han desaparecido, el pueblo sigue viviendo dispersado sobre la haz de la tierra y hecho espectáculo de las naciones. Una maldición pesa sobre él; anda errante como Caín; mas Dios vela para que jamás sea aniquilado. Problema terrible de la ciencia racionalista, pero a los ojos del cristiano castigo visible y continuo del más grande de los crímenes. Tal es la explicación de este fenómeno: "la luz ha brillado en medio de las tinieblas y las tinieblas no la entendieron"[1]. Si las tinieblas la hubieran aceptado, hoy no serían ya tinieblas; pero no fué así; Israel mereció su abandono. Algunos de sus hijos han reconocido al Justo, y han llegado a ser hijos de la luz, y precisamente ellos son el más claro testigo de la luz en el mundo entero. ¿Cuándo abrirá los ojos el resto de Israel? ¿Cuándo consentirá ese pueblo dirigir al Señor la ora-

[1] *Joa.*, I, 5,

ción de Daniel? La posee, la lee a menudo, pero no penetra en su corazón cerrado por el orgullo. Nosotros, los últimos vástagos de la familia roguemos por nuestros hermanos mayores. Algunos de entre ellos se separan cada año de la masa maldita; se llegan a pedir a Jesús les admita en la nueva Jerusalén: ¡Bendita sea su llegada! Y, dígnese el Señor en su bondad hacer que su número se acreciente más y más a fin de que toda criatura humana adore en todo lugar al Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob con su Hijo Jesucristo a quien El envió.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: Yo me voy, y me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado. Donde yo voy, vosotros no podéis ir. Dijeron entonces los judíos: ¿Acaso se suicidará? Porque ha dicho: Donde yo voy, vosotros no podéis ir. Y díjoles: Vosotros sois de abajo, yo soy de arriba. Vosotros sois de este mundo, yo no soy de este mundo. Por eso os he dicho que moriréis en vuestros pecados: porque, si no creyereis lo que yo soy, moriréis en vuestro pecado. Díjeronle ellos: ¿Tú quién eres? Díjoles Jesús: El Principio, y el mismo que os estoy hablando. Muchas cosas tengo que decir y juzgar de vosotros. Pero, el que me envió, es veraz: y yo, lo que oí de El, eso hablo en el mundo. Y no conocieron que llamaba Padre suyo a Dios: Díjoles, pues, Jesús: Cuando levantéis al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy yo, y que nada hago por mí mismo, sino que, lo que me enseñó mi Padre, eso hablo: y,

el que me envió, está conmigo, y no me dejó solo: porque yo hago siempre lo que a El le place.

CRISTO SE ALEJA DE LOS JUDÍOS. — *Me voy;* terrible palabra; Jesús vino a salvar a ese pueblo y no reparó en medios para probarle que le amaba. Días atrás vimos que rechazaba a la Cananea y decía no había venido más que para las ovejas extraviadas de la casa de Israel; y estas ovejas perdidas desconocen su pastor. Advierte a los judíos que pronto se va a retirar y no podrán seguirle adonde va; y esta palabra no les dice nada. Sus obras atestiguan que ha bajado del cielo, pero ellos sólo sueñan en la tierra; cifran todas sus esperanzas en un Mesías terrestre y glorioso como un Conquistador. En valde pasa Jesús por entre ellos obrando el bien[1]; en vano se somete la naturaleza a sus leyes, en vano su sabiduría y doctrina sobrepujan a cuanto los hombres han oído de sublime y bello; Israel está sordo y ciego. Las pasiones más feroces penetran en sus corazones; no se saciarán sino el día en que la Sinagoga pueda lavar sus manos en la sangre del Justo. Pero en ese día se colmará la medida y la cólera divina ejercerá ejemplar venganza, cuyo eco resonará a través de todos los siglos. Tiembla uno de espanto pensando en los horrores del sitio de Jerusalén, en el esterminio de la ciudad y del pueblo que pidió a gritos la muerte de Jesús. El Salvador mismo nos advierte que desde el prin-

[1] *Act.*, X, 38.

cipio del mundo no se ha visto ni el correr de los siglos venideros hará ver tan espeluznante desastre. Paciente es Dios, aguarda longánimo, pero cuando estalla su furor largo tiempo contenido, arrastra todo por delante y los monumentos de sus venganzas son el espanto de las generaciones sucesivas.

...Y DE LOS PECADORES: — Oh pecadores que hasta la fecha no habéis parado mientes en las admoniciones de la Iglesia, que no habéis pensado todavía en convertir vuestro corazón al Señor vuestro Dios, temblad ante esta palabra: *Me voy.* Si esta Cuaresma se desliza como las otras, sin haberos convertido tened por cierto que os atañe esta amenaza: *moriréis en vuestro pecado.* ¿Querréis pedir también vosotros dentro de unos días la muerte del Justo? ¿Gritaréis también: *Sea crucificado?* ¡Cuidado! Aplastó a todo un pueblo, pueblo al que colmara de favores, pueblo al que mil veces había protegido y salvado; no os ilusionéis que os dará a vosotros largas. Es menester que Cristo triunfe, si no por la misericordia triunfará por la justicia.

¡Humillad vuestras cabezas a Dios!

ORACION

Escucha nuestras súplicas, oh Dios omnipotente: y, a los que haces confiar en tu prometida piedad, dales benigno el premio de tu acostumbrada misericordia. Por el Señor.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

Se celebra la Estación en la Iglesia de Santa Balbina.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, completes benigno en nosotros el auxilio de la santa observancia: para que, lo que, con tu gracia, hemos visto que debíamos obrar, lo hagamos con tu ayuda. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días habló el Señor a Elías Tesbita, diciendo: Levántate, y vete a Sarepta, la de los sidonios, y allí permanecerás: porque he mandado allí a una mujer viuda que te alimente. Se levantó, y se fué a Sarepta. Y, cuando llegó a la puerta de la ciudad, se encontró con una mujer viuda, que recogía leña, y la llamó y le dijo: Dame en un vaso un poco de agua, para que beba. Y, cuando ella iba a traérsela, gritó detrás de ella, diciendo: tráeme también, te lo suplico, un bocadillo de pan en tu mano. Ella respondió: Vive el Señor, tu Dios, que no tengo más pan que un puñado de harina en la orza, y un poco de aceite en la alcuza: heme aquí recogiendo dos palos, para entrar y aderezarlo para mí y para mi hijo, para que lo comamos, y nos muramos. A lo cual dijo Elías: No temas, sino vete, y haz como has dicho: pero hazme primero a mí un panecillo, cocido al rescoldo, y tráemelo: y después harás (otro) para ti y para tu hijo. Porque esto dice el Señor, Dios de Israel: La orza de harina no escaseará, ni la alcuza del aceite se disminuirá hasta el día en que el

Señor diere lluvia sobre la faz de la tierra. Ella se fué, e hizo como le dijo Elías: y comió él, y ella, y su casa: y desde aquel día, la orza de harina no escaseó, ni menguó la alcuza del aceite, según la palabra que el Señor había dicho por boca de Elías.

El profeta Elías. — Prosigue la instrucción de los catecúmenos con el relato de los episodios evangélicos que se van desarrollando de día en día; y continúa la Iglesia tomando del Antiguo Testamento los relatos proféticos que se realizarán en la maldición de los judíos y vocación de los gentiles. Hoy nos sale al paso Elías, el misterioso personaje que fielmente nos acompaña en la carrera cuaresmal; él pone en práctica los juicios que Dios ejercerá un día sobre su ingrato pueblo. Una sequía de tres años hizo agonizar el reino de Israel sin que añorara éste convertirse al Señor. El mismo Elías se ve obligado a buscar a alguien que quiera alimentarle. Alimentar al profeta de Dios es gran privilegio, porque Dios está con él. Este varón milagroso ¿se dirigirá por ventura a una casa cualquiera del reino de Israel? ¿Pasará a la tierra de Judá? No; se vuelve hacia la región de los gentiles y va al país de Sidón, a Sarepta, a casa de una pobre viuda y hacia esa humilde mujer desvía la bendición de Israel. El Señor mismo hace notar esta circunstancia en que tan visiblemente se significa la justicia de Dios contra los judíos y su misericordia para con nosotros. "En verdad os digo que

había muchas viudas en Israel en tiempo de Elías y con todo, a ninguna de ellas fué enviado (Elías) sino a la viuda de Sarepta, en tierra de Sidón"[1].

Desolación del mundo pagano. — Esta mujer es tipo de la gentilidad llamada a la fe. Veamos, pues, las lecciones tan notables que nos ofrece esta simbólica historia. Se trata de una viuda sin apoyo, sin protección; es la gentilidad abandonada y sin que nadie la defienda contra el enemigo del linaje humano. Para el sustento de la madre y del niño no hay más que un puñado de harina y un poco de aceite; después tendrán que morir; figura de la espantable carestía de verdades que sufría el mundo pagano, cuya vida estaba a punto de extinguirse cuando fué anunciado el Evangelio. En este supremo apuro, la viuda de Sarepta recibe al Profeta con toda humildad y confianza; no duda de su palabra y ella y su hijo son salvos. Así acogió la gentilidad a los apóstoles, cuando sacudiendo ellos el polvo de sus sandalias, se vieron forzados a volver la espalda a la infiel Jerusalén.

El pan de vida. — Vemos a la viuda con dos palos de leña en las manos; esos dos trozos de leña, según el parecer de San Agustín, San Cesáreo de Arlés y San Isidoro de Sevilla, eco de la tradición primitiva cristiana son figura de la

[1] *Luc.*, IV, 25.

Cruz. Con esa leña cuece la mujer el pan que ha de sustentarla porque de la Cruz les viene a los gentiles el alimento y la vida por Jesucristo que es el pan vivo. Mientras Israel sufre carestía y sequía, la Iglesia de los gentiles no ve agotarse en su seno ni la harina del trigo celestial ni el aceite, símbolo de fuerza y dulzura. ¡Gloria sea dada a Aquel *que nos ha llamado del seno de las tinieblas a la admirable luz de la fe!*[1]. Temblemos, no obstante, a vista de las calamidades que el abuso de las gracias acarreó a todo un pueblo. Si la justicia de Dios no echó pies atrás ante la reprobación de un pueblo ¿se detendrá acaso ante nuestro endurecimiento voluntario?

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo habló Jesús a las turbas, y a sus discípulos, diciendo: Sobre la cátedra de Moisés se sentaron los escribas y fariseos. Observad, pues, y haced todo cuanto ellos os dijeren; pero no hagáis según sus obras: porque dicen, y no hacen. Porque atan cargas pesadas e insoportables, y las ponen sobre las espaldas de los hombres; pero ellos no quieren moverlas con su dedo. Ellos hacen todas sus obras, para ser vistos de los hombres: ensanchan sus filacterias y alargan las orlas (de su vestido). Y gustan los primeros puestos en las cenas, y las primeras cátedras en las sinagogas, y los saludos en la plaza, y el que los hombres les llamen Rabbí. Vosotros, en cambio, no queráis ser llamados Rabbí: porque uno solo es vuestro Maestro, y todos

---

[1] *I Pet.*, II, 9.

vosotros sois hermanos. Y no llaméis a nadie padre vuestro sobre la tierra, porque uno sólo es vuestro Padre: el que está en los cielos. Ni os llaméis maestros; porque uno solo es vuestro Maestro: Cristo. El que sea mayor entre vosotros, será vuestro ministro. Porque, el que se ensalzare será humillado: y, el que se humillare, será ensalzado.

La Iglesia Maestra de verdad. — Los doctores de la ley están todavía sentados en la cátedra de Moisés; Jesús quiere que se escuche su enseñanza. Pero esa cátedra que es cátedra de verdad, a pesar de los que en ella están sentados, no será pronto patrimonio de Israel. Caifás profetizará aún, porque es el pontífice reinante ese año; pero la cátedra que ha vilipendiado, que ha enlodado con sus indignas pasiones, va a ser muy pronto levantada y trasladada al centro de la gentilidad. Jerusalén que negará a su divino libertador perderá sus honores y pronto Roma, centro del poderío pagano, verá levantarse dentro de sus muros esa cátedra, que cifraba la gloria de Israel desde la que se pregonaban las profecías tan visiblemente cumplidas en Jesús. Y esa cátedra no será derrocada, en adelante, a pesar de todas las furias del infierno; será siempre la esperanza segura y fiel de las naciones que de él la recibirán el testimonio indefectible de la verdad. Así, pues, la antorcha de la fe que brillaba en Jacob, ha sido transportada, pero no apagada. Gocemos de su luz y merezcamos por nuestra humildad que sus rayos lleguen siempre a nosotros.

CRISTO VERDAD. — ¿Cuál fué la causa de la perdición de Israel? Su orgullo. Se ufanó de los dones que Dios había acumulado en él; no quiso reconocer un Mesías desprovisto de toda gloria humana, se indignó al oír a Jesús afirmar que los gentiles participarían de la salvación y quiso con el más horrendo crimen ahogar la voz que le echaba en cara la dureza de su corazón. Esos individuos, en vísperas de las divinas venganzas, que por doquier se anuncian próximas, no han perdido un átomo de su arrogancia. Siempre el mismo fausto, siempre el implacable menosprecio de los pecadores. Hízose el Hijo de Dios, hijo del hombre; es nuestro maestro, y sin embargo, nos sirve él mismo; aprendamos con tal ejemplo lo que vale la humildad. Si nos dicen *Maestro*, si nos llaman *Padre*, no olvidemos que nadie es maestro, que nadie es padre sino por el Señor, nuestro Dios. El maestro digno de este nombre es aquel por cuya boca Cristo enseña; y sólo es verdaderamente padre aquel que reconoce que su autoridad paternal le viene de solo Dios; porque, como dice el Apóstol; "del Padre de nuestro Señor Jesucristo dimana toda paternidad en el cielo y en la tierra"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Acepta, Señor, nuestras súplicas, y sana la langui-

---

[1] *Eph.*, III. 14.

dez de nuestras almas: para que, obtenido el perdón, nos alegremos siempre de tu bendición. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la basílica de Santa Cecilia. Este templo fué anteriormente la casa de la ilustre Virgen y Mártir cuyo nombre conserva. El cuerpo de Santa Cecilia descansa debajo del altar mayor con los de los santos mártires Valeriano, Tiburcio, Máximo, Urbano y Lucio.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, mires propicio a tu pueblo: y, a los que mandas abstenerse de alimentos carnales, hazles cesar también en sus perniciosos vicios. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de Ester.

En aquellos días oró Mardoqueo al Señor, diciendo: Señor, Señor, Rey omnipotente, en tu poder están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad, si decretares salvar a Israel. Tú hiciste el cielo y la tierra, y todo cuanto se contiene en el ámbito del cielo. Eres el Señor de todos, y no hay quien resista a tu majestad. Y ahora, Señor, Rey, Dios de Abraham, ten piedad de tu pueblo, porque quieren perdernos nuestros enemigos, y borrar tu heredad. No desprecies tu porción, la que redimiste de Egipto. Escucha mi súplica, y sé propicio con tu suerte y tu herencia, y convierte en gozo nuestro llanto, para que, viviendo,

alabemos, Señor, tu nombre: y no cierres las bocas de los que te cantan, Señor, Dios nuestro.

La Iglesia nueva Ester. — Ese grito lanzado al cielo en favor de un pueblo condenado a perecer, representa las súplicas de los santos del Antiguo Testamento por la salvación del mundo. El género humano estaba a merced de la furia del enemigo infernal figurado en Amán. El rey de los siglos había lanzado la fatal sentencia: *Moriréis de muerte*. ¿Quién podría después revocar la sentencia? Ester se atrevió a intentarlo de Asuero y fué escuchada. María se presentó ante el trono del Altísimo; y ella por su Hijo divino aplasta la cabeza de la serpiente a la que debíamos ser entregados. La sentencia será, pues, anulada y nadie morirá sino los que quieran morir. Hoy la Iglesia, alarmada ante los peligros que corre un tan crecido número de sus hijos, que han vivido tanto tiempo en el pecado, intercede por ellos, echando mano de la oración de Mardoqueo. Suplica a su Esposo se acuerde que, en otro tiempo, los sacó de la tierra de Egipto; que han llegado a ser, por el bautismo, miembros de Jesucristo, herencia del Señor. Le conjura trueque su duelo en los goces pascuales y que no cierre por la muerte esas bocas, con frecuencia culpables, pero que sólo se abren hoy para pedir perdón y que, cuando éste se les otorgue, estallarán en cánticos de agradecimiento al divino libertador.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo, al subir Jesús a Jerusalén, tomó aparte a los doce discípulos, y les dijo: He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles, para que le escarnezcan, y le azoten, y le crucifiquen, y al tercer día resucitará. Entonces se acercó a El la madre de los hijos del Zebedeo, con sus hijos, adorándole y pidiéndole algo. El le dijo: ¿Qué quieres? Díjole: Di que se sienten estos dos hijos míos, uno a tu derecha y otro a tu izquierda en tu reino. Y, respondiendo Jesús, dijo: No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz, que he de beber yo? Dijéronle: Podemos. Díjoles: Mi cáliz sí lo beberéis; pero el sentarse a mi derecha o a mi izquierda no es mío el dároslo, sino que será para aquellos a quienes lo ha destinado mi Padre. Y, oyendo esto los diez, se indignaron contra los dos hermanos. Mas Jesús les llamó a sí, y dijo: Sabéis que los príncipes de las naciones dominan sobre sus súbditos: y, los que son mayores, ejercen sobre ellos su potestad. No ha de ser así entre vosotros: sino que, quien aspirare a ser el mayor entre vosotros, debe ser vuestro servidor. Como tampoco el Hijo del hombre vino a ser servido, sino a servir, y a dar su vida por la redención de muchos.

Anuncio de la pasión. — Ante nosotros se presenta hoy Aquel que se ofrece generoso a apaciguar la cólera del Rey de reyes y a salvar a su pueblo de la muerte. Es el hijo de la verdadera Ester y a la vez Hijo de Dios que viene a quebrantar el orgullo de Amán en el instante

mismo en que ese pérfido cree triunfar y salirse con la suya. Se dirige a Jerusalén, porque allí ha de entablarse el gran combate. Anuncia a sus discípulos todo lo que va a suceder. Será entregado a los príncipes de los sacerdotes que le juzgarán digno de muerte; éstos le pondrán a disposición del gobernador y de los soldados romanos. Será colmado de oprobios, azotado y crucificado, pero al tercer día resucitará glorioso. Oyeron todos los Apóstoles esta profecía que Jesús les manifestó llamándoles aparte; porque el Evangelio nos atestigua que habló a los doce. Judas estaba presente y también Pedro, Santiago y Juan a quienes la Transfiguración de su Maestro en el Tabor había aleccionado mejor que a los otros acerca de la dignidad que campeaba en él. Y, sin embargo, todos le abandonaron. Judas le vendió, Pedro le negó y el terror dispersó todo el rebaño cuando el Pastor se vió a merced de la brutalidad de sus enemigos. Ninguno recordó que había anunciado su resurrección al tercer día, a no ser Judas a quien esa idea calmó cuando su innoble codicia le indujo a perpetrar la traición. Los demás sólo vieron el escándalo de la Cruz y eso bastó para que abandonasen a su Maestro. ¡Qué ejemplo para los cristianos de todos los siglos! ¡Cuán rara es la estima de la Cruz que hace la consideremos para nosotros y para los demás como el sello de la predilección divina!

Nosotros, hombres de poca fe, nos escandalizamos de las pruebas de nuestros hermanos, y nos inclinamos a creer que Dios les ha abandonado porque los aflije; hombres de menguado amor, la tribulación de este mundo nos parece un mal y miramos como rigidez de Dios lo que es para nosotros generosidad de su misericordia. Nos parecemos a la madre de los hijos de Zebedeo: necesitamos un lugar glorioso, llamativo junto al trono del Hijo de Dios y nos olvidamos de que para merecerle tenemos que beber el cáliz que El mismo bebió, el cáliz de la Pasión. Tampoco olvidemos la palabra del Apóstol: "Para gozar de la gloria de Jesús debemos participar antes en sus sufrimientos"[1]. El Justo no logró su descanso por medio de honores y placeres, el pecador no seguirá sus huellas sino por el camino de la expiación.

ORACION

Mira, Señor, propicio estas hostias que te ofrecemos: y, por estos santos comercios, rompe los vínculos de nuestros pecados. Por el Señor.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación tiene lugar hoy en la célebre y antigua basílica de Santa María Trans Tiberim,

[1] *Rom.*, VIII, 17.

la más hermosa de las iglesias marianas de Roma, después de Santa María la Mayor.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos auxilies con tu gracia: para que, entregados de lleno a los ayunos y oraciones, nos libremos de los enemigos del alma y del cuerpo. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías.

Esto dice el Señor Dios: Maldito el hombre que confía en el hombre y se apoya en brazo de carne, y aparta su corazón del Señor. Porque será como el tamarisco en el desierto, y no gozará cuando viniere el bien: sino que habitará en la aridez del desierto, en una tierra salobre e inhóspita. Bendito el varón que confía en el Señor, y cuya confianza es el Señor. Porque será como árbol plantado junto a las aguas, que hunde sus raíces en la humedad: y no temerá cuando llegue el estío. Y su hoja estará siempre verde, y en tiempo de sequía no sufrirá nada, ni nunca dejará de dar fruto. Malo e inescrutable es el corazón de todos: ¿quién lo conocerá? Yo, el Señor, escruto los corazones, y pruebo los riñones: yo soy el que da a cada cual según su camino, y según el fruto de sus inventos: lo dice el Señor omnipotente.

Confianza en el hombre. — Las lecturas de este día tienden a fortalecer en nuestros corazones los principios de la moral cristiana. Apartemos un momento los ojos del triste espectáculo que nos presenta la malicia de los enemigos del Salvador; fijémonos en nosotros mis-

mos a fin de conocer las heridas de nuestras almas y procuremos poner remedio. El profeta Jeremías pone ante nuestra vista el cuadro de dos estados morales del hombre ¿cuál de los dos es el nuestro? Hay hombres que ponen toda su confianza en la carne, que sólo consideran su vida en su estado actual, que lo encuentran todo en las criaturas y que por eso mismo se ven arrastrados a conculcar la ley del Creador. Todos nuestros pecados nacen de esa fuente; hemos perdido de vista nuestro fin eterno y nos ha seducido la triple concupiscencia. Recurramos cuanto antes a Dios Nuestro Señor; de lo contrario debemos de temer la suerte con que el profeta amenaza al pecador: *cuando se acerque el bien no lo gozará*. La Santa Cuaresma sigue su camino; gracias especialísimas se multiplican continuamente; desgraciado el hombre que, distraído por *la vana apariencia de este mundo que pasa* [1], no se da cuenta y transcurre estos días santos, sin provecho para el cielo, como el tamarisco del desierto lo es para la tierra. ¡Qué elevado es el número de estos ciegos voluntarios y qué escalofriante su insensibilidad! Hijos fieles de la Iglesia, rogad por ellos, orad sin cesar; ofreced al Señor por ellos las obras de vuestra penitencia y la generosidad de vuestra caridad. Todos los años, muchos de ellos vuelven al gremio de la Iglesia, cuyas

---

[1] *I Cor.*, VII, 31.

puertas les han franqueado las oraciones de sus hermanos; hagamos violencia a la misericordia divina.

CONFIANZA EN DIOS. — El profeta nos pinta a continuación al hombre que pone toda su confianza en el Señor y que, no teniendo otra esperanza que ese mismo Señor, pone todo su interés en serle fiel. Es árbol frondoso, plantado al borde de las aguas, de follaje siempre verde y siempre cargado de frutos. "Os he destinado, dice el Señor, para que produzcáis frutos y que vuestros frutos permanezcan." Seamos nosotros ese árbol bendito y siempre fructífero. La Iglesia, en este santo tiempo, riega sus raíces con el agua de la compunción; no pongamos obstáculo a esta agua fertilizante. El Señor penetra nuestros corazones; sondea nuestros deseos de conversión y cuando llegue la Pascua "dará a cada uno según sus disposiciones."

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y lino: y comía todos los días espléndidamente. Y había también un mendigo, llamado Lázaro, que yacía a su puerta, lleno de úlceras, deseoso de comer las migas que caían de la mesa del rico, y nadie se las daba: pero venían los perros, y lamían sus úlceras. Y sucedió que murió el mendigo, y fué llevado por los Angeles al seno de Abraham. Y murió también el rico, y fué sepultado en el infierno. Y, alzando sus ojos, cuando estaba en los

tormentos, vió de lejos a Abraham, y a Lázaro en su seno: y, gritando, dijo: Padre Abraham, ten piedad de mí, y envía a Lázaro, para que moje la punta de su dedo en agua, y refrigere mi lengua, porque sufro en esta llama. Y le dijo Abraham: Hijo, acuérdate que recibiste bienes en tu vida, y Lázaro igualmente males: pero ahora, éste es consolado aquí, tú, en cambio, eres atormentado. Y, a todo esto, entre nosotros y vosotros hay un gran vacío: de modo que, los que quieren pasar de aquí a vosotros, no pueden hacerlo, ni los de ahí pueden venir aquí. Y dijo: Ruégote, oh Padre, que le envíes a la casa de mi padre. Porque tengo cinco hermanos, para que les avise, no sea que también ellos vengan a este lugar de tormentos. Y le dijo Abraham: Tienen a Moisés y a los Profetas: óiganlos. Pero él dijo: No, Padre Abraham: pero si un muerto fuere a ellos, harán penitencia. Y díjole: Si no oyen a Moisés, ni a los Profetas, tampoco creerán aunque resucite un muerto.

El infierno castigo del pecado. — Vemos en este relato la sanción de las leyes divinas, el castigo del pecado; ¡cuán temible se nos muestra aquí el Señor! "¡Y qué terrible es caer en las manos de Dios vivo!" Hoy vive un hombre con holgura, entregado a los placeres, despreocupado; le sobreviene la muerte inevitable, y miradle sepultado vivo en el infierno. Jadeante en medio de llamas eternas, pide una gota de agua que le es rehusada. Otros hombres sus semejantes, a quiénes ha visto hace poco con sus propios ojos, se encuentran en otra morada, en la morada de una felicidad eterna y un profundo abismo les separa para siempre de ellos. ¡Destino horroroso! ¡Desesperación sin fin! ¡Y

hay hombres en la tierra que viven y mueren sin haber meditado un solo día sobre este abismo, ni han tenido siquiera un sencillo pensamiento!

TEMOR DEL INFIERNO. — ¡Bienaventurados los que temen! por que este temor les puede ayudar a sobrellevar el peso que les arrastraría al abismo sin fondo! ¡Qué densas tinieblas ha extendido el pecado en el alma del hombre! Personas sabias, prudentes que jamás cometerán una falta en la administración de sus negocios en este mundo, son insensatos y necios cuando se trata de la eternidad. ¡Qué horroroso despertar! ¡y la desgracia no tiene remedio! Para hacernos la lección más eficaz, el Salvador nos ha recordado la reprobación de uno de estos malvados cuyos crímenes horroriza el oírlos y que los mismos mundanos consideran como la presa del infierno. Nos presenta a uno de estos hombres despreocupados, de buen trato sociable, gozando fastuosamente de su posición. No se trata aquí de un hombre criminal o cruel. El Salvador nos dice sencillamente que vestía con lujo y celebraba todos los días un gran banquete. Mas a su puerta había también un pobre; no le maltrataba, si bien en su poder estaba el haberle arrojado; le toleraba sin insultar su miseria. ¿Por qué, pues, este rico será devorado eternamente por los ardores de este fuego que Dios encendió airado?

NECESIDAD DE LA MORTIFICACIÓN. — El hombre que dispone de bienes terrenos, si no reflexiona al pensar en la eternidad, si no comprende que debe "disfrutar de este mundo como si no disfrutase"[1], si huye de la cruz de Jesucristo, está ya vencido por la triple concupiscencia. El orgullo, la avaricia, la lujuria se disputan su corazón, y acaban finalmente por dominarle, tanto más que ni él piensa hacer nada por combatirlos. Este hombre no lucha, pero más tarde se acordará que el pobre es más que él y que debía honrarle y aliviarle. Sus perros fueron más humanos que él; ved ahí la razón del porqué Dios le dejó dormir hasta el borde del abismo en que debía precipitarse. ¿Dirá tal vez que nadie se lo advirtió? Tenían a Moisés y a los Profetas; aún más, tenía a Jesús y a su Iglesia. Actualmente existe el tiempo de la Sagrada Cuaresma que él mismo anunció; más, ¿se toma la molestia de conocer lo que significa este tiempo de gracia y de perdón? Pasará sin haber dudado siquiera; pero a su vez habría dado un paso más hacia su eterna dicha.

ORACIÓN

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Asiste, Señor, a tus siervos: y concede tu perpetua benignidad a los que la piden: para que, en los que se glorían de ti, su Criador y Gobernador, renueves lo adquirido y conserves lo renovado. Por el Señor.

---

[1] *I Cor.*, VII, 31.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra hoy en la iglesia de San Vidal Mártir, consagrada por Inocencio I (401-471).

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, purificados con el santo ayuno, lleguemos a las futuras fiestas con corazones sinceros. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro del Génesis.

En aquellos días dijo José a sus hermanos: Oíd el sueño que yo vi: Parecíame que atábamos gavillas en el campo: y que mi gavilla se levantaba, y se tenía derecha, y vuestras gavillas estaban en torno de ella, como adorándola. Respondieron sus hermanos: ¿Serás acaso nuestro rey? ¿O nos someteremos a tu dominio? Esta cuestión de los sueños y de las conversaciones fomentó entre ellos la envidia y el odio. Vió también otro sueño, que contó a sus hermanos, diciendo: Vi en sueños al sol, y a la luna, y a once estrellas como adorándome. Habiendo referido esto a su padre y a sus hermanos, le reprendió su padre, y dijo: ¿Qué significa ese sueño que has visto? ¿Acaso yo y tu madre y tus hermanos te hemos de adorar sobre la tierra? Le envidiaban, pues, sus hermanos: pero el padre meditaba el asunto en silencio. Y, estando sus hermanos en Siquén, apacentando los ganados de su padre, le dijo Israel: Tus hermanos apacientan las ovejas en Siquén:

ven, te enviaré a ellos. Respondiendo él: Presto estoy, le dijo: Vete, y ve si están bien tus hermanos y los ganados: y dime, lo que hacen. Enviado desde el valle Hebrón, vino a Siquén: y le encontró un hombre vagando por el campo, y le preguntó qué buscaba. Y él respondió: Busco a mis hermanos: dime dónde apacientan el ganado. Y le dijo el hombre: Marcharon de este lugar: pero les oí decir: Vayamos a Dothaín. Continuó, pues, José en busca de sus hermanos, y los encontró en Dothaín. Ellos, cuando le vieron a lo lejos, antes que se acercase a ellos, pensaron matarle, y decían entre sí: allí viene el soñador: venid, matémosle, y arrojémosle en una cisterna vieja, y diremos: Le devoró una fiera salvaje: y entonces se verá de qué le aprovecharon sus sueños. Pero al oír esto Rubén, procuraba librarle de sus manos, y decía: No matéis su alma, ni derraméis su sangre: sino arrojadle en esta cisterna, que hay en el desierto, y conservad limpias vuestras manos: pero esto lo decía, queriendo arrancarlo de sus manos y devolverlo a su padre.

JOSÉ, FIGURA DEL MESÍAS. — La Santa Iglesia nos trae a la memoria el recuerdo de la prevaricación de los Judíos y de sus consecuencias para la vocación de los Gentiles; edifiquemos también nosotros con esta instrucción dirigida a los Catecúmenos. Primero tomemos una figura del Antiguo Testamento, que nos da una idea de la que vamos a ver cumplida en nuestro evangelio. José es el mimado de su padre Jacob, que ve en él al Hijo de Raquel, su esposa predilecta a quien ama por su sencillez. Sueños proféticos han anunciado la futura grandeza de este niño; mas tiene hermanos, y estos hermanos, impul-

sados por la envidia han resuelto perderle. No han ejecutado totalmente su intención, sólo la han cumplido en parte; José ya no verá más la tierra que le vió nacer. Lo han vendido a unos mercaderes extranjeros y pronto su morada será un calabozo. Sale para legislar; mas no en la tierra de Canaán, que le ha expulsado, sino en el corazón del pagano Egipto. Esta región gentil, entregada al hambre más espantosa recobra la abundancia y paz mediante su persona; y para no perecer también ellos mismos en el país de donde le desterraron, los hermanos de José se ven obligados a bajar a Egipto a implorar la misericordia de aquel que un día fué su víctima. ¿Quién no ve en esta maravillosa historia la figura de nuestro Redentor, blanco de la envidia de su propia nación a pesar de las señales proféticas que en él se realizan, incluso las más insignificantes? Su muerte se desarrolló como la de José; también fué vendido como él. Traspasa las sombras de la muerte para reaparecer después lleno de gloria y de poder. No sólo es a Israel con quien tiene estas deferencias de predilección; vino a los gentiles y, en adelante, se queda con ellos. Al final Israel vendrá a buscarle, cuando ansiosos de saciar el hambre que le devora, le reconozca por el verdadero Mesías a este Jesús de Nazaret, su Rey, a quien ellos crucificaron.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos, y a los príncipes de los sacerdotes, esta parábola: Hubo un hombre, padre de familias, que plantó una viña, y la cercó, y cavó en ella un lagar, y edificó una torre, y la arrendó a unos obreros, y se marchó lejos. Mas, cuando se acercó el tiempo de la vendimia, envió sus siervos a los obreros, para recoger los frutos. Y los trabajadores, prendiendo a los siervos, a uno le hirieron, a otro lo mataron, y a otro lo apedrearon. Otra vez envió nuevos siervos, más numerosos que los primeros, e hicieron lo mismo con ellos. Finalmente les envió a su hijo, diciendo: Respetarán a mi hijo. Mas los trabajadores, al ver al hijo, dijeron entre sí: Este es el heredero, venid, matémosle, y tendremos su herencia. Y, habiéndole prendido, lo sacaron fuera de la viña y lo mataron. Cuando venga, pues, el dueño de la viña, ¿qué hará con aquellos trabajadores? Dijéronle: A los malos los hará matar miserablemente: y arrendará su viña a otros obreros, que le paguen la renta a su debido tiempo. Díjoles Jesús: ¿No leísteis nunca en las Escrituras: La piedra, que desecharon los constructores, se convirtió en clave del ángulo? Por el Señor fué hecho esto, y es maravilloso a nuestros ojos. Por eso os digo, que se os quitará a vosotros el reino de Dios, y será dado a la gente que rinda sus frutos. Y, el que cayere sobre esta piedra, se estrellará: y ella hará añicos a aquel sobre quien cayere. Y, cuando oyeron sus parábolas los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, conocieron que lo decía por ellos. Y, queriendo prenderle, temieron a las turbas: porque le tenían por un profeta.

La Sinagoga reprobada. — Ya no son los hombres y figuras de la antigua alianza, que nos

mostraban a nuestro Redentor de lejos y con rasgos indefinidos; estamos frente a la misma realidad. Un poco más de tiempo y la víctima tres veces santa sucumbirá bajo los golpes de sus émulos. ¡Qué terrible y solemne es la palabra de Jesús en estos últimos momentos! Sus enemigos sienten toda la gravedad de su peso; más, obcecados por el orgullo, quieren luchar hasta el fin con aquel que es la sabiduría del Padre, obstinándose en no reconocer en él esta Piedra terrible que hace añicos a aquel que la resiste y aplasta a aquel sobre quien cae. Esta Viña es la Verdad revelada, la norma de fe y costumbres, la esperanza del Mesías Redentor, el compendio de los medios de salvación; es también la familia de los hijos de Dios, su herencia, su Iglesia. Dios había escogido a la Sinagoga para que fuera la depositaria de tal tesoro; quería que su Viña fuese guardada fielmente, que fructificase en las manos de los viñadores, que la reconociesen siempre como su bien, fin de sus complacencias. Mas la Sinagoga de corazón sediento y avaro quiso apropiarse la Viña del Señor. Inútilmente envió en diversas ocasiones a sus Profetas para reivindicar sus derechos: los viñadores infieles los mataron. El mismo Hijo de Dios, el heredero viene en persona. ¿Le recibirán al menos con honor y deferencia? ¿Honrarán siquiera su carácter divino? No; han pensado matarle y después de haberle

arrojado como un extranjero sacrílego, lo matarán.

El nuevo pueblo elegido. — ¡Daos prisa, Gentiles!, venid a cumplir el castigo del Padre; no dejéis piedra sobre piedra en esta ciudad deicida que un día gritó: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos"! Pero no sólo seréis ministros de la justicia celestial sino los predilectos del Señor. La reprobación de este pueblo ingrato os abre las puertas de la salvación. Sed en adelante los custodios de la Viña hasta el fin de los siglos; alimentaos de sus frutos pues son vuestros. Gentes de Oriente al Occidente, del Mediodía al Aquilón venid a la Pascua, para todos hay lugar. Arrójate a la piscina salvífica, pueblo nuevo formado de todos los pueblos que existen bajo el cielo. Sé la alegría de la Iglesia tu Madre, que no cesa de alimentar hasta que se complete el número de los elegidos; su esposo viene como un juez para condenar "a los que no conocieron el ¡tiempo de la visita!"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, des a tu pueblo la salud del alma y del cuerpo: para que, practicando las buenas obras, merezca ser protegido siempre con el amparo de tu poder. Por el Señor.

---

[1] *Luc.*, XIX, 44.

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de los Santos Pedro y Marcelino célebres mártires de Roma, de la persecución de Diocleciano cuyos nombres se hallan inscritos en el Canon de la Misa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, des a nuestros ayunos efecto saludable: para que el castigo de nuestra carne acreciente el vigor vital de nuestras almas. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Génesis.

En aquellos días dijo Rebeca a su hijo Jacob: Oí a tu padre hablando con tu hermano Esaú, y diciéndole: Tráeme de tu caza, y hazme alimentos, para que coma, y te bendiga delante del Señor antes que muera. Ahora bien, hijo mío, acepta mis consejos: y, yendo al rebaño, tráeme los dos mejores cabritos, para que haga con ellos alimentos a tu padre, que gusta mucho de ellos: para que, después que se los presentes y los coma te bendiga antes que muera. A lo cual respondió él: Sabes que mi hermano Esaú es un hombre velludo, y yo soy lampiño: si me palpare mi padre, y lo advirtiere, temo crea que quise burlarle, y acarree sobre mí su maldición en vez de su bendición. A lo que dijo la madre: Caiga sobre mí esa maldición, hijo mío: escucha solamente mi voz; y, yendo, tráeme lo que te he dicho. Fué y lo trajo, y se lo dió a la madre. Ella preparó los alimentos, conforme sabía los quería su padre. Y le vistió con los mejores vestidos de

Esaú que había en casa: y envolvió las manos en las pieles de los cabritos, y cubrió el desnudo del cuello. Y le dió el plato, y le entregó los panes que había cocido. Presentados los cuales, dijo: ¡Padre mío! Y él respondió: ¿Quién eres tú, hijo mío? Y dijo Jacob: Yo soy tu primogénito Esaú: he hecho como me mandaste: levántate, siéntate, y come de mi caza, para que me bendiga tu alma. Y de nuevo Isaac a su hijo: ¿Cómo, dijo, pudiste encontrar tan pronto, hijo mío? El respondió: Ha querido Dios que me saliera pronto al paso lo que buscaba. Y dijo Isaac: Acércate aquí, para que te toque, hijo mío, y pruebe a ver si eres tú mi hijo Esaú, o no. Se acercó él al padre, y, habiéndole palpado, dijo Isaac: La voz, ciertamente, es la voz de Jacob, pero las manos son las manos de Esaú. Y no le conoció, porque las manos vellosas le asemejaban al mayor. Bendiciéndole, pues, dijo: ¿Eres tú mi hijo Esaú? Respondió: yo soy. Y él: Dame, dijo, el alimento de tu caza, hijo mío, para que te bendiga mi alma. Y, habiéndoselo presentado, después que comió de él, le ofreció también vino. Bebido el cual, le dijo: Acércate a mí, y dame un beso, hijo mío. Se acercó, y le besó. Y, tan pronto como sintió la fragancia de sus vestidos, bendiciéndole, dijo: He aquí el olor de mi hijo, olor como el del campo maduro, bendecido por el Señor. Déte Dios el rocío del cielo y la fertilidad de la tierra, abundancia de pan y vino. Y sírvante los pueblos, y adórente las tribus: sé el señor de tus hermanos, y cúrvense ante ti los hijos de tu madre. El que te maldijere, maldito sea: y, el que te bendijere, sea colmado de bendiciones. Apenas había concluído de hablar Isaac y de salir fuera Jacob, vino Esaú, y presentó al padre el plato de la caza cocida, diciendo: Levántate, padre mío, y come de la caza de tu hijo, para que me bendiga tu alma. Y díjole Isaac: Pues, ¿quién eres tú? El respondió: Soy tu hijo primogénito Esaú. Espantóse Isaac con

gran estupor, y maravillado más de lo que se puede creer, dijo: ¿Quién fué, pues, el que me trajo hace poco la caza cogida, y comí de todo, antes que tú vinieses? Y le bendije, y será bendito. Cuando oyó Esaú las palabras del padre, rugió con gran clamor, y dijo consternado: Bendíceme también a mí, padre mío. El cual dijo: Vino tu hermano fraudulentamente, y recibió tu bendición. Y él añadió: Con razón le llamaron Jacob: pues me suplantó ya dos veces: primero me quitó mi primogenitura, y ahora, por vez segunda, me ha arrebatado mi bendición. Y de nuevo al padre: ¿Por ventura, dijo, no has reservado también para mí una bendición? Respondió Isaac: Le he constituído a él señor tuyo, y he sometido bajo su servidumbre a todos sus hermanos: le he proveído de pan y de vino; y, después de esto, ¿qué podré hacer por ti, hijo mío? A lo cual Esaú: ¿No tienes, dijo, más que una sola bendición, padre mío? Suplícote me bendigas también a mí. Y, como llorase con grandes gritos, conmovido Isaac, le dijo: En la fertilidad de la tierra, y en el rocío del cielo estará tu bendición.

Esaú y Jacob. — Los dos hijos de Isaac. Nos manifiestan indistintamente la serie de juicios de Dios sobre Israel y la Gentilidad; y la iniciación de los catecúmenos sigue su curso. Se trata de dos hermanos, el mayor y el más joven. Esaú es figura del pueblo judío: posee el derecho de primogenitura y le aguarda el destino principal; Jacob, nacido después, aunque en un mismo alumbramiento, no tiene derecho a contar con la bendición reservada al mayor; éste representa a la gentilidad. Sin embargo se cambian los papeles; Jacob recibe esta bendición y

su hermano queda defraudado. ¿Qué ha pasado? Nos lo dice el relato de Moisés. Esaú es un hombre carnal; le dominan sus apetitos. El placer que espera de un plato vulgar le hace perder de vista los bienes espirituales que encierra la bendición de su padre. Por saciar su voracidad cede a Jacob por un plato de lentejas los derechos que le confiere su primogenitura. Acabamos de ver cómo el arte de una madre favoreció los deseos de Jacob y como el anciano padre, instrumento de Dios sin querer lo confirmó y bendijo esta sustitución cuya existencia ignoraba.

Figuras de los Judíos y de los Gentiles. — De este modo el pueblo Judío dominado por sus bajas ideas perdió su última primogenitura ante los Gentiles. No quiso seguir un Mesías pobre y perseguido; soñaba con triunfos y grandezas humanas y Jesús sólo prometía un reino espiritual. Israel desechó pues a este Mesías; y los gentiles le recibieron y se han hecho con la primogenitura. Y como el pueblo Judío no quiso reconocer este cambio que sin embargo admitió el día en que gritaba: "No queremos que este reine sobre nosotros"[1]; ahora ve con despecho como todos los favores del Padre celestial son para el pueblo cristiano. Los hijos de Abrahán según la carne han sido des-

[1] *Luc.*, XIX, 14.

heredados a la vista de todas las naciones mientras que los hijos de Abrahán por la fe, son manifiestamente los hijos de la promesa como lo prometió el Señor a este gran Patriarca: "Multiplicaré grandemente tu descendencia como las estrellas del firmamento y como las arenas de las orillas del mar y serán benditas todas las naciones que de ti nacieren"[1].

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos y a los escribas esta parábola: Cierto hombre tuvo dos hijos, y dijo al padre el más joven de ellos: Padre, dame la parte de la herencia que me pertenece. Y les repartió la herencia. Y, pocos días después, habiéndolo reunido todo, el hijo más joven partió lejos, a un país muy distante, y allí disipó su herencia, viviendo lujuriosamente. Y, después de malgastarlo todo, sobrevino una gran hambre en aquella región, y él empezó a verse necesitado. Y fué, y se arrimó a uno de los habitantes de aquella región. Y le envió a su granja, para que pastase los puercos. Y deseaba llenar su vientre de las bellotas que comían los puercos: y nadie se las daba. Y, vuelto en sí, dijo: ¡Cuántos criados en la casa de mi padre tienen pan en abundancia, y yo perezco aquí de hambre! Me levantaré, e iré a mi padre, y le diré: Padre, pequé contra el cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo: hazme como uno de tus criados. Y, levantándose, se fué a su padre. Y, cuando estaba todavía lejos, le vió su padre, y, movido a compasión, le salió al encuentro, se abrazó a su cuello, y le besó. Y díjole el hijo: Padre, pequé contra el

[1] *Gén.*, XXII, 17.

cielo y contra ti: ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus siervos: Traed pronto el primer vestido, y ponédselo, y dadle un anillo para su mano, y calzado para sus pies: y traed un becerro cebado, y matadlo, y comamos y bebamos, porque este hijo mío había muerto, y ha revivido; había perecido, y ha sido encontrado. Y comenzaron a banquetear. Pero el hijo mayor estaba en el campo: y, cuando vino, y se acercó a casa, oyó la sinfonía y el coro: y llamó a uno de los siervos, y le preguntó qué eran aquellas cosas. Y él le dijo: Ha venido tu hermano, y tu padre ha matado un becerro cebado, porque lo ha encontrado sano. Y él se indignó, y no quería entrar. Pero, saliendo su padre, comenzó a rogarle. Mas él, respondiendo, dijo a su padre: Mira, te he servido tantos años, y nunca he quebrantado tus mandatos, y nunca me has dado un cabrito, para comerlo con mis amigos: en cambio, después que este tu hijo, que devoró su hacienda con las meretrices, ha vuelto, has matado un ternero cebado. Y él le dijo: Hijo, tu siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo: pero convenía comer y alegrarse, porque este tu hermano había muerto, y ha revivido; había perecido, y ha sido encontrado.

REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO. — Aquí también se encierra el misterio que hace poco acabamos de ver en el relato del Génesis. Se hallan presentes dos hermanos y el mayor se queja de la gran misericordia que el padre ha tenido con el hijo menor. Este se fué a una región lejana; huyó de la casa paterna, con el fin de entregarse más libremente a sus placeres; mas cuando se vió reducido a la más extrema indulgencia, se acordó de su padre y vino a pedir humilde-

mente el último lugar en esta casa que un día debía haber sido la suya. El padre recibió al pródigo con la más viva ternura; no sólo le perdonó, sino que le restituyó todos sus derechos de hijo: Hizo aún mucho más dió un banquete para celebrar este regreso feliz; y esta buena conducta del padre, suscita la envidia del hijo mayor. También es inútil que Israel se indigne contra la conducta del Señor; ha llegado la hora de convocar a todas las naciones y formar el gremio de la Iglesia. Si es verdad que sus errores y pasiones han alejado a los Gentiles, también es verdad que escucharán la voz de los apóstoles. Griegos y Romanos, Escitas y Bárbaros, todos, arrepentidos de sus extravíos, acudirán a pedir se les admita a participar de los favores de Israel. Y no se les dará sólo las migajas que cayeren de la mesa, como las pedía la Cananea; se les admitirá como hijos legítimos y honrados. No se tendrán en cuenta las quejas envidiosas de Israel. Si rehusa tomar parte en el banquete, no por eso se dejará de celebrar la fiesta. Ahora bien, esta fiesta es la Pascua; estos hijos admitidos pobres y estenuados en la casa paterna, son los Catecúmenos, sobre quienes se apresura el Señor a derramar la gracia adoptiva.

La infinita misericordia del Padre. — Estos hijos pródigos que vienen a ponerse bajo el amparo de su padre ofendido, son también los pe-

nitentes públicos a quienes en estos días preparaba la Iglesia la reconciliación. La Iglesia, que ha mitigado su severa disciplina, propone hoy esta parábola a todos los pecadores que se disponen a reconciliarse con Dios. No conocen aún la infinita misericordia del Señor que han abandonado; que aprendan hoy cómo la misericordia prevalece sobre la justicia en el corazón de Aquel "que ha amado al mundo hasta darle su propio "El hijo único"[1]. Por más distanciado que pueda haber sido su huída, y profunda que haya sido su ingratitud, en la casa paterna, todo está dispuesto para celebrar su retorno. En la puerta les aguarda el padre que han abandonado, dispuesto a adelantarse a su encuentro para abrazarles; les va a devolver su primer vestido, el vestido de la inocencia; el anillo que llevan sólo los hijos de la casa adornará de nuevo la casa purificada. Se les ha preparado la mesa del festín y los Angeles pronto dejarán oír sus celestes melodías. Cantan desde lo más íntimo de su corazón: "Padre, he pecado contra el cielo y contra Ti; no merezco ya me llamen hijo tuyo; trátame como a uno de tus criados." La vuelta sincera de sus extravíos pasados, la confesión sencilla, firme propósito de ser en adelante fieles, son las únicas y fáciles condiciones que exige el Padre de sus pródigos para hacerlos hijos de su predilección.

---

[1] *S. Juan*, III, 16.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, guardes a tu Familia con tu continua piedad: para que, pues que sólo se apoya en la esperanza de la gracia celestial, sea defendida también con tu celeste protección. Por el Señor.

TERCER DOMINGO DE CUARESMA

La Cuaresma tiempo de reflexión. — La Santa Iglesia, que, en el primer domingo de Cuaresma nos ha propuesto la tentación de Jesucristo en el desierto para tema de nuestra meditación, con el fin de instruirnos a cerca de la naturaleza de nuestras propias tentaciones y del modo como debemos vencerlas, nos manda leer hoy un pasaje del evangelio de San Lucas, con cuya doctrina se propone completar nuestra instrucción, sobre el poder y artificios de nuestros enemigos invisibles. En el tiempo de Cuaresma el cristiano debe reparar el pasado y asegurar el porvenir; no podrá dar cuenta de lo primero, ni defender eficazmente lo segundo, si no tiene ideas claras sobre la naturaleza de los peligros en los que ha sucumbido y los que aún le amenazan. Los antiguos liturgistas han visto un rasgo de maternal sabiduría de la Iglesia, en la distinción con que propone hoy a sus

hijos esta lectura, que centraliza las enseñanzas del día.

La existencia del Demonio. — Ciertamente seríamos los más ciegos y desgraciados de los hombres, si, rodeados como estamos de enemigos que trabajan furiosamente por perdernos y muy superiores a nosotros en fuerza y destreza, no hubiéramos pensado a menudo en su existencia, e incluso habérnoslo jamás imaginado. Sin embargo numerosos cristianos de nuestros días viven en este estado. "¡Cómo han disminuído las verdades entre los hijos de los hombres!"[1] Este estado de indiferencia y olvido de un punto que las Sagradas Escrituras nos recuerdan en cada una de sus páginas es tan general que no es raro encontrar personas, para quienes la acción continua del demonio a nuestro rededor no es otra cosa sino una creencia gótica y popular que no tiene que ver nada con los dogmas de la religión. Todo lo que se cuenta en la historia de la Iglesia y vida de los Santos, para ellos es como si no existiera. Para ellos Satanás es una pura abstracción, en la que se ha personificado el mal.

¿Se trata de explicar el pecado en ellos o en los demás? Os hablan de la inclinación que tenemos al mal, del mal uso de nuestra libertad; y no quieren ver que la doctrina de la Iglesia nos

[1] *Ps.*, XI, 2.

revela que en nuestras prevaricaciones interviene un agente malvado, cuyo poder es igual al odio que nos tiene. No obstante eso saben que Satanás condujo a nuestros primeros padres al mal. Creen tuvo la osadía de tentar al Hijo de Dios encarnado, que le llevó por los aires hasta el pináculo del templo y desde allí a una encumbrada montaña. Leen también el Evangelio y creen que uno de los infelices posesos que libró el Señor estaba asediado por una legión entera de espíritus infernales como se vió al cumplir el permiso obtenido de posesionarse de una piara de puercos y la precipitaron al lago de Genesareth. Estos y otros mil hechos constituyen el objeto de su fe; y con todo lo que oyen decir a cerca de su existencia, de sus artificios, su destreza en reducir las almas les parece cuento. ¿Son cristianos o han perdido el juicio? No es fácil responder, sobre todo porque se les ve entregarse hoy día a consultas sacrílegas del demonio, con la ayuda de los medios tomados de los siglos del paganismo, sin recapacitar, ni mucho menos saber que cometen un crimen que Dios, en la antigua ley, castigaba con la muerte y que la legislación de todos los pueblos cristianos durante muchos siglos castigó también con pena de muerte.

La posesión diabólica.—Mas si hay algún tiempo del año en que los fieles deben meditar

lo que la fe y experiencia nos enseñan a cerca de la existencia y artificios de los espíritus infernales, es ciertamente este tiempo en que estamos, durante el cual debemos reflexionar tanto sobre las causas de vuestros pecados, los peligros de nuestra alma, los medios para prevenirnos contra nuevas caídas y nuevos ataques. Escuchemos pues el Santo Evangelio. Primero nos enseña que el demonio se había apoderado de un hombre, y, a consecuencias de esta posesión, había quedado mudo. Jesús libra a este desgraciado y el haber recobrado el uso de la palabra demuestra que el enemigo ha sido arrojado. Así la posesión del demonio no sólo es un monumento de la misteriosa justicia de Dios; mas también puede producir efectos físicos en aquellos que son sus víctimas. La espulsión del espíritu maligno devuelve el uso de la lengua a aquel que gemía bajo sus garras. No insistimos ya más en la malicia de los enemigos del Salvador que quieren atribuir su poder en los demonios a la intervención de cualquier príncipe de la malicia infernal; sólo queremos probar el poder de los espíritus de las tinieblas sobre los cuerpos y combatir con el sagrado texto el racionalismo de algunos cristianos. Que aprendan a conocer el poder de nuestros adversarios y eviten no sean su presa, cegados por el orgullo de la razón.

Desde la promulgación del Evangelio, el poder de Satanás sobre los cuerpos ha sido, limita-

do mediante la virtud de la Cruz, en los países cristianos; pero recobra nueva extensión si la fe y las obras de piedad cristiana disminuyen. De ahí nacen todos esos odios diabólicos, que con diversos nombres más o menos científicos, se cometen primero a ocultas, después pasan en cierta medida a las personas honradas y llegan a trastornar a la sociedad si Dios y la Iglesia no interpusieran un dique. Cristianos de nuestros días, acordaos que habéis renunciado a Satanás y guardaos de que una ignorancia culpable os arrastre a la apostasía. No es a un ser de razón a quien habéis renunciado en las fuentes bautismales sino a un ser real, temible y de quien el mismo Jesucristo nos dice que fué homicida desde el principio [1].

La lucha contra Satanás. — Pero si debemos temer mucho el poder terrible que puede ejercer en nuestros cuerpos y evitar todo contacto con él en las prácticas que preside, y que son el culto a que aspira, también debemos temer su influencia en nuestras almas. Considerad cuánto le ha costado a la gracia divina arrojarle de vuestra alma. En estos días la Iglesia nos ofrece todos los medios para salir vencedores: el ayuno acompañado de la oración y la limosna. Tendréis paz y vuestro corazón, vuestros sentidos purificados, se transformarán en templos

[1] *S. Juan,* VIII, 44.

de Dios: Pero nó vayáis a creer que ya habéis aniquilado a vuestro enemigo. Está irritado, la penitencia le ha expulsado de su dominio y ha jurado tantear todos los medios para apoderarse. Temed, pues, en la recaída en el pecado mortal y para fortificar en vosotros este temor saludable, meditad el contenido de las palabras de nuestro Evangelio.

El Salvador nos enseña que este espíritu inmundo, arrojado de un alma, anda vagando por los lugares áridos y desiertos. Le devora el verse humillado y siente de antemano las torturas de este infierno que lleva con él por todas partes del que quisiera distraerse si pudiera, perdiendo a las almas que Jesucristo rescató. El Antiguo Testamento nos habla de los demonios reunidos y que andan vagando por lugares desiertos. Así el Arcángel San Rafael relegó a los desiertos del alto Egipto al espíritu infernal que había hecho perecer a los siete maridos de Sara [1]. Mas no siempre el enemigo del hombre se resigna a vivir alejado de la presa que ambiciona. Le impulsa el odio como al principio del mundo y se dice: "ya es hora que vuelva a la casa de donde salí". Pero no vendrá solo; quiere salir victorioso y para conseguirlo traerá, si es necesario, con él otros siete demonios peores aun que él. ¡Qué ataque prepara al alma si no está

[1] *Tob.*, VIII, 3.

de sobreaviso y fortificada, si la paz que Dios le ha vuelto no es una paz firme! El enemigo explora la situación del lugar; con su habitual perspicacia examina los cambios que se han obrado en su ausencia.

¿Qué observa en esta alma con quien ha poco tenía amistad y su morada? Nuestro Señor nos lo dice: el demonio la encuentra indefensa, pronto a recibirle de nuevo; nada de resistencia. Parece que el alma ansiaba esta nueva visita. Entonces el enemigo, para asegurar más su conquista va a buscar refuerzos. El asalto está dado nada, se opone; y pronto en lugar de un huesped infernal, el alma recibe un tropel; "y añade el Salvador, el último estado de ese hombre es peor que el primero". Comprendamos el consejo que nos da la Santa Madre Iglesia al darnos a leer este pasaje del Evangelio.

Por todas partes hay conversiones a Dios; muchas conciencias se van a reconciliar y el Señor los va a perdonar sin medida; pero, ¿perseverarán todos? Cuando el año próximo llegue de nuevo la Cuaresma y convoque a los cristianos a la penitencia, todos estos que en estos días se van a sentir arrancados del poder de Satanás mantendrán sus almas limpias y libres de su yugo? Una triste experiencia no permite a la Iglesia esperar tal consuelo. Muchos recaerán poco después de su rescate en los lazos del pecado. ¡Oh, si se apoderase de ellos la justicia de

Dios en este estado! Sin embargo esta será la suerte de muchos, tal vez de un gran número. Temamos, pues las recaídas; y para asegurar nuestra perseverancia, sin la cual de nada nos sirvió el recuperar algunos días la gracia de Dios, vigilemos en adelante, oremos, defendamos la situación de nuestra alma, luchemos; y el enemigo desconcertado por la tenacidad irá a otra parte avergonzado y furioso.

EL DOMINGO DE LOS ESCRUTINIOS. — Al tercer Domingo de Cuaresma se le llama *Oculi* por comenzar con esta palabra el Introito de la Misa. En la primitiva Iglesia se le denominaba *Domingo de los Escrutinios,* porque en este día se comenzaba el examen de los catecúmenos que debían admitirse al bautismo la noche de Pascua. Todos los fieles estaban invitados a presentarse en la Iglesia para informar de la vida y costumbres de estos aspirantes a la milicia cristiana. En Roma estos exámenes, a los que se daba el nombre de *Escrutinios,* se celebraban en siete sesiones a causa del gran número de aspirantes al bautismo; pero el escrutinio principal se celebraba el miércoles de la cuarta semana. Hablaremos de él más tarde.

El Sacramentario romano de S. Gelasio trae la fórmula de la convocación de los fieles a esta asamblea; está redactada en estos términos: "Carísimos hermanos, ya sabéis que se acerca el

día del *Escrutinio* en que nuestros elegidos deben ser instruídos; debéis acudir pronto y con alegría *tal día* de esta semana, a la hora de sexta, con el fin de que estemos dispuestos con la gracia de Dios, a explicar, conforme a verdad, el misterio que franquea la puerta del reino de los cielos y arroja al demonio con todas sus pompas." Esta invitación se repetía si era necesario, en los domingos siguientes. En el que hoy celebramos se procuraba admitir cierto número de candidatos, cuyos nombres se escribían en los Dípticos del altar, junto con los de sus padrinos y madrinas y se les recitaba en el Canon de la Misa.

La Estación tenía lugar y también hoy se celebra, en la basílica de San Lorenzo Extramuros. Con esto se pretendía actualizando el recuerdo del más célebre de los mártires de Roma, recordar a los catecúmenos los sacrificios que la fe que iban a abrazar podría tal vez exigirles.

Este domingo es célebre en la iglesia griega, por la solemne adoración de la cruz que precede a la semana llamada Mesomestime, es decir *centro de los ayunos*.

MISA

El catecúmeno admitido a la gracia del bautismo, el penitente que espera su próxima reconciliación manifiesta en el introito el ardor de sus

deseos. Confiesan su desdicha con humildad, mas confían en Aquel que pronto desataría sus ligaduras.

INTROITO

Mis ojos miran siempre al Señor, porque El arrancará del lazo mis pies: mírame, y ten piedad de mí, porque estoy solo y soy pobre.— *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío, no sea yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

En el momento de presentar una batalla tan terrible al enemigo de los hombres, la Iglesia en la colecta, pide la asistencia del poder de Dios.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, contemples los votos de los humildes, y extiendas la diestra de tu majestad para defensa nuestra. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Efesios.

Hermanos: Sed imitadores de Dios, como hijos carísimos: y caminad en el amor, como también Cristo nos amó, y se entregó a sí mismo a Dios por nosotros, como una oblación y una hostia suave y olorosa. Que no se nombre siquiera entre vosotros la fornificación, ni ninguna inmundicia, ni la avaricia, como conviene a los santos: ni la torpeza, o las palabras estúpidas, o la chocarrería, que no venga al caso: antes reine siempre la acción de gracias. Sabed y comprended que ningún fornicador, o inmundo, o avaro, ni todo lo que sea servicio de los ídolos, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios. Nadie os seduzca con vanas palabras: porque por ellas vino la ira de Dios sobre los hijos de

la incredulidad. No os hagáis, pues, partícipes de su castigo. Porque en otro tiempo erais tinieblas; pero ahora sois luz en el Señor. Caminad como hijos de la luz. El fruto de la luz consiste en una bondad, en una justicia y en una verdad absolutas.

IMITAR A DIOS. — El Apóstol al dirigirse a los fieles de Efeso, les recuerda que no ha mucho fueron tinieblas y ahora son luz del Señor. ¡Qué alegría para nuestros catecúmenos saber que les está reservada la misma suerte! Hasta ahora han vivido como paganos, mas ahora poseen las arras de la santidad mediante su admisión al Bautismo. Sometidos hasta el presente a los falsos dioses cuyo culto consistía en alimentar el vicio, oyen hoy que la Iglesia exhorta a sus hijos a *imitar* la santidad del Dios de los cristianos; y la gracia que les hará capaces de aspirar a reproducir en ellos las perfecciones divinas, está a punto de serles comunicada. Pero tendrán que luchar para mantenerse en este estado; contra dos enemigos tendrán que enfrentarse sobre todo: la impureza y la avaricia. Al primero de estos vicios no quiere el apóstol ni que se le nombre en adelante; y al segundo le desprecia comparándole al culto de los ídolos a quienes van a renunciar los elegidos. Tales son las enseñanzas que la Iglesia prodiga a sus futuros hijos; mas los que hemos sido santificados en los comienzos de nuestra vida, ¿hemos permanecido fieles a nuestro Bautismo? Fuimos luz; ¿por qué hoy so-

mos tinieblas? ¿qué ha sucedido de las notas de la semejanza divina que se nos imprimieron en nuestra alma? Apresurémonos a hacerlas revivir, renunciando a Satanás y a sus ídolos y obremos de tal modo que la penitencia nos restablezca en este estado de luz, cuyo fruto consiste en toda clase de bondad, justicia y verdad.

El Gradual expresa los sentimientos del alma cercada de enemigos e implorando la ayuda del Señor que se apresura a socorrerla.

El Tracto está tomado del Salmo CXXII, canto de confianza y de humildad. La confesión sincera de nuestras culpas atrae siempre sobre nosotros la misericordia de Dios.

GRADUAL

Levántate, Señor, no prevalezca el hombre: sean juzgadas las gentes en tu presencia. ℣. Cuando el Señor ponga en fuga a mi enemigo, desfallecerán y perecerán ante tu vista.

TRACTO

A ti alzo mis ojos; a ti, que habitas en los cielos. ℣. Como los ojos de los siervos miran las manos de sus amos. ℣. Y como los ojos de la esclava miran las manos de su señora: así nuestros ojos miran al Señor, nuestro Dios, hasta que se compadezca de nosotros. ℣. Ten piedad de nosotros. Señor, ten piedad de nosotros.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo estaba Jesús arrojando un demonio, y éste era mudo. Y, habiendo arrojado al demo-

nio, habló el mudo, y se admiraron las turbas. Pero algunos de ellos dijeron: Por arte de Beelzebub, príncipe de los demonios, echa El los demonios. Y otros, tentándole, le pedían un milagro del cielo. Pero El, cuando vió sus pensamientos, les dijo: todo reino, que esté dividido entre sí, será desolado, y una casa caerá sobre otra casa. Pues, si Satanás está también dividido contra sí mismo, ¿cómo subsistirá su reino? Porque vosotros decís que yo arrojo los demonios por virtud de Beelzebub. Mas, si yo arrojo los demonios en virtud de Beelzebub: ¿vuestros hijos por virtud de quién los expulsan? Por lo tanto, ellos mismos serán vuestros jueces. Ahora bien, si yo lanzo los demonios con el dedo de Dios, es que ha llegado ya a vosotros el reino de Dios. Cuando un fuerte armado guarda la puerta de su casa, está seguro todo cuanto posee. Pero, si viniere otro más fuerte que él, y le venciere, le quitará todas sus armas, en quienes confiaba, y repartirá sus despojos. El que no está conmigo, está contra mí: y, el que no recoge conmigo, dispersa. Cuando el espíritu inmundo ha salido de un hombre, anda por lugares sin agua, buscando descanso: y, no encontrándolo, dice: Volveré a mi casa, de donde salí. Y, cuando torna, la encuentra barrida y adornada. Entonces va, y toma consigo otros siete espíritus peores que él, y, entrando, habitan allí. Y el fin de aquel hombre es peor que su principio. Y sucedió que, cuando decía estas cosas, alzando la voz una mujer de la turba, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó, y los pechos que mamaste. Pero El dijo: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios, y la practican.

DEMONIOS MUDOS. — El demonio del que libró Jesús al poseso de nuestro Evangelio dejó mudo a este hombre, y la salida fulminante, del espíritu de las tinieblas desató la lengua del paciente

que maltrataba. Este hecho es imagen del pecador cautivo de su temible vencedor y reducido por él al mutismo. Si habla este pecador para confesar sus culpas, para pedir gracia, se verá libre. ¡Cuántos demonios mudos, diseminados por todas partes, impiden a los hombres hacer esta confesión salutífera que los salvaría! A pesar de eso, la Cuaresma pasa; transcurren los días de gracia; aprovechémonos de este tiempo favorable; si somos amigos de Dios, oremos insistentemente por los pecadores, para que hablen, se acusen de sus faltas y sean perdonados.

PODER DE LOS DEMONIOS. — Escuchemos también lo que nos enseña el Salvador de nuestros enemigos invisibles. ¿Quién podría hacer frente a su poder, a su astucia, a sus medios nocivos, si Dios no nos ayudase, si no hubiese ángeles encargados de velar por nosotros y combatir también con nosotros? Sin embargo, por el pecado nos habíamos entregado al poder de esos espíritus inmundos y odiosos; habíamos preferido su imperio tiránico al yugo suave y ligero de nuestro compasivo Redentor. Ahora somos libres o lo vamos a ser pronto; agradezcámoselo a nuestro libertador; pero vigilemos para no recaer en las garras del poder de esos huéspedes infernales. Volverán y tratarán de violar la morada de nuestra alma santificada por el Cordero Pascual. Si estamos vigilantes y somos fieles, se retirarán

avergonzados; mas si somos tibios y relajados, si perdemos de vista el valor de la gracia y las obligaciones que nos unen con el que nos salvó, nuestra pérdida será cierta y según la terrible palabra de Jesucristo: "la segunda situación será peor que la primera".

Estar con Cristo. — ¿Queremos evitar tan gran mal? Meditemos estas otras palabras del Evangelio: "quien no está conmigo está contra mí". Esta es la situación del que recae en las garras del demonio, que olvida todo lo que debe a su divino libertador, que no acude con sinceridad a Jesucristo cuando se le presentan ocasiones en que el deber exige al cristiano portarse con entereza. Se lisonjea, se disimula, se contemporiza y poco a poco se va debilitando la energía del alma; Dios da ya las gracias medidas, en un principio tan abundantes y acaba en una caída inminente: Caminemos con paso firme y seguro y acordémonos que el soldado de Jesucristo debe sentirse orgulloso de su Caudillo divino.

El Ofertorio celebra la dulzura de los consuelos que el alma rescatada del poder de Satanás gusta siguiendo los caminos del Pastor divino.

OFERTORIO

Las justicias del Señor son rectas, y alegran los corazones, y sus juicios son más dulces que la miel y el panal: por eso tu siervo los practica.

En la Secreta, la Iglesia manifiesta la confianza que le inspira el sacrificio que se va a ofrecer, cuyo poder purificante en el Calvario borró los pecados de los hombres.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta hostia purifique nuestros pecados y, para poder celebrar este Sacrificio, santifique los cuerpos y las almas de tus súbditos. Por el Señor.

La Iglesia, sirviéndose también de las palabras de David, expresa en la antífona de la comunión la felicidad del alma unida a Dios por el sacramento del Amor. De esta suerte serán llamados pronto a participar los Catecúmenos cuya admisión al Bautismo acaba de determinarse; también será la de los penitentes que hayan lavado con lágrimas los borrones de la vida pasada.

COMUNION

El pájaro encontró casa y la tórtola nido, donde colocar sus polluelos: eso son tus altares, Señor de los ejércitos. Rey mío, y Dios mío: dichosos los que habitan en tu casa, pues te alabarán por los siglos de los siglos.

En la Poscomunión la Iglesia pide al Señor, en nombre de los misterios de que han participado, absuelva benignamente a los pecadores y los libre de los peligros eternos en que han tenido la desgracia de caer.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, libres benigno de todos los pecados y peligros a los que nos has hecho partícipes de tan gran Misterio. Por el Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de San Marcos, construída en el siglo IV en honor del evangelista de este nombre, por el Papa San Marcos cuyo cuerpo reposa en ella aun hoy día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, infundas benigno tu gracia en nuestros corazones: para que, así como nos abstenemos de comer carnes, así también retraigamos nuestros sentidos de todo exceso perjudicial. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días, Naamán, caudillo del ejército del rey de Siria, era varón grande delante de su señor, y honrado, pues por él había salvado el Señor a Siria: era varón fuerte y rico, pero leproso. Ahora bien, habían salido de Siria unos ladronzuelos, y habían traído cautiva de la tierra de Israel una muchacha, que servía a la esposa de Naamán, la cual dijo a su ama: Ojalá fuera mi señor al Profeta que hay en Samaria: porque le curaría la lepra que tiene. Entró, pues, Naamán a su rey, y se lo anunció, diciendo: Esto

y esto ha dicho la muchacha de la tierra de Israel. Y díjole el rey de Siria: Vete, y te daré unas letras para el rey de Israel. Habiendo, pues, partido, y llevado consigo diez talentos de plata, y seis mil monedas de oro, y diez mudas de vestidos, presentó las letras al rey de Israel, las cuales decían: Cuando recibas esta carta, sabe que te envío a mi servidor Naamán, para que le cures de su lepra. Y, cuando leyó el rey de Israel las letras, rasgó sus vestidos, y dijo: ¿Soy yo por ventura Dios, para que pueda matar y dar vida, pues éste me ha mandado un hombre, para que le cure de su lepra? Advertid, y ved cómo busca un pretexto contra mí. Cuando supo esto el varón de Dios Eliseo, a saber, que el rey de Israel había rasgado sus vestidos, le envió recado, diciendo: ¿Por qué has rasgado tus vestidos? Venga a mí, y sepa que hay profeta en Israel. Fué, pues, Naamán con caballos, y carros, y paróse junto a la puerta de la casa de Eliseo: y le envió Eliseo un mensaje diciendo: Vete, y lávate siete veces en el Jordán, y recibirá tu carne la salud, y quedarás limpio. Airado Naamán, se retiraba, diciendo: Creía que me saldría al encuentro y, estando delante de mí, invocaría el nombre del Señor, su Dios, y tocaría con su mano el lugar de la lepra, y me curaría. ¿Acaso no son mejores Abana y Farfar, los ríos de Damasco, que todas las aguas de Israel, para que me lave en ellas, y quede limpio? Y, como se volviera, y marchara indignado, se acercaron a él sus esclavos, y le dijeron: Padre, aunque el profeta te hubiera mandado una cosa difícil, debieras hacerla: ¿cuánto más habiéndote dicho: Lávate, y quedarás limpio? Bajó, pues, y se lavó siete veces según la orden del Profeta, y volvióse su carne como la carne de un niño, y quedó limpio. Y, vuelto al varón de Dios con toda su comitiva, fué, y paróse delante de él, y dijo: Sé verdaderamente que no hay en toda la tierra otro Dios que el de Israel.

El bautismo. — Ayer la Santa Iglesia anunciaba cómo ya se acercaba pronto el bautismo para los catecúmenos; hoy les presenta una historia del Antiguo Testamento, que encierra un símbolo de este baño saludable que les ha preparado la misericordia divina. La lepra de Naamán es figura del pecado; esta enfermedad horripilante sólo tiene para el oficial sirio un remedio; tiene que bañarse siete veces en las aguas del Jordán y quedará curado. El gentil, el infiel, el niño que nace con la mancha original pueden hacerse justos y santos por medio del agua acompañada de la invocación de la excelsa Trinidad. Naamán encuentra este remedio demasiado vulgar: duda, desconfía; siguiendo el dictamen de su saber humano, quisiera un remedio más digno de su persona, un prodigio aparatoso que pudiera honrar a él y también al profeta. Cuando predicaban los Apóstoles más de uno pensó lo mismo; mas los que creyeron con sencillez en la virtud del agua santificada por Jesucristo recibieron la regeneración; y de la fuente bautismal nació un nuevo pueblo formado de todos los pueblos que viven bajo el sol. Naamán, figura de la gentilidad, se determinó por fin a creer y su fe se vió recompensada con una curación completa. Sus carnes putrefactas se hicieron semejantes a las de un niño en quien los principios de la vida aun no se han visto alterados. Demos gloria a Dios que ha dotado de esta

virtud a las aguas y que, mediante su gracia, produce en las almas dóciles esta fe a la que está reservada una gran recompensa.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Seguramente me diréis aquel proverbio: Médico, cúrate a ti mismo: haz aquí, en tu patria, cuantas cosas hemos oído decir que has hecho en Cafarnaum. Pero El dijo: En verdad os digo: Ningún profeta es bien recibido en su patria. En verdad os digo, muchas viudas había en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo tres años, y seis meses, reinando gran hambre en toda la tierra: y a ninguna de ellas fué enviado Elías, sino a la viuda de Sarepta, la de Sidonia. Y muchos eran los leprosos que había en Israel en tiempo del Profeta Eliseo: y ninguno de ellos fué limpiado, sino el sirio Naamán, y al oír esto, se llenaron de ira todos los de la sinagoga. Y se levantaron, y le sacaron fuera de la ciudad: y le llevaron hasta la cima del monte en que estaba su ciudad, para precipitarle. Pero El pasando por medio de ellos, se fué.

JESÚS ESCAPA DE LA MUERTE. — Acabamos de oír al Salvador proclamar el misterio de la vocación de los gentiles en lugar de los incrédulos judíos; y Naamán es citado aquí como un ejemplo de esta misericordiosa sustitución. Jesús recuerda también a la viuda de Sarepta, la patrona de Elías cuya historia hemos leído hace pocos días. Esta determinación del Señor de llevar su luz de un pueblo a otro, irrita a los fariseos de Nazareth contra el Mesías. Saben que Jesús que

está en este momento comenzando su predicación, acaba de obrar grandes maravillas en Cafarnaum; desearían diera celebridad a su pequeña ciudad obrando también en ella algunos milagros semejantes; mas Jesús sabe que no se van a convertir. ¿Le conocen solamente? Ha vivido con ellos durante treinta años, "creciendo siempre en edad y sabiduría delante de Dios y de los hombres"[1]. Mas estos potentados del mundo apenas si prestan atención a un pobre obrero, al hijo del carpintero. ¿Saben tal vez que, aunque Jesús habitó por mucho tiempo en Nazareth, sin embargo de eso, no nació en esta ciudad, sino en Belén? Ante ellos, en la Sinagoga de Nazareth [2] acaba de explicar al profeta Isaías con una elocuencia y gracia prodigiosas; anunciaba cómo ha llegado el tiempo del perdón: Su discurso, que llamó la atención y hechizó a los asistentes, a los sabios de la ciudad les ha sorprendido menos que el ruido de los prodigios que obraba en países vecinos. Quieren también ellos verle hacer algún milagro en su presencia, que sea algo espectacular; no lo conseguirán. Que recuerden el discurso que Jesús les ha predicado en la Sinagoga y sobre todo que tiemblen al oír anunciar la vuelta de los gentiles. Mas el divino profeta no es escuchado en su ciudad natal; y si su poder no lo hubiese defendido de la ferocidad de sus

[1] *Luc.*, II, 52.
[2] *Luc.*, IV, 16-22.

indignos compatriotas, la sangre del Justo habría comenzado a correr desde ese día. Está reservada esta triste gloria para la ingrata Jerusalén "ya que ningún profeta debe perecer, si no es dentro de sus muros"[1].

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Ayúdenos, Señor, tu misericordia: para que, con tu protección, merezcamos vernos libres y, con tu ayuda, nos salvemos de los inminentes peligros de nuestros pecados. Por el Señor.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de Santa Pudenciana construída entre los años trescientos ochenta y cuatro y cuatrocientos dos y restaurada por Adriano I y más tarde por San Gregorio VII e Inocencio III. Esta Iglesia está construída en el solar de una casa del siglo II.

COLECTA

Oyenos, oh Dios omnipotente y misericordioso, y concédenos propicio la gracia de una saludable continencia. Por el Señor.

---

[1] *Luc.*, XIII, 38.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días, una mujer clamaba al Profeta Eliseo, diciendo: Tu siervo, mi marido, ha muerto, y tú sabes que tu siervo fué temeroso del Señor: y he aquí que viene el acreedor, para llevar mis dos hijos, y hacerlos esclavos suyos. A lo cual dijo Eliseo: ¿Qué quieres que te haga? Dime, ¿qué tienes en casa? Y ella respondió: Tu sierva no tiene en casa otra cosa que un poco de aceite, para ungirme. A lo cual dijo: Vete, pide prestados a todas tus vecinas muchos vasos vacíos. Y entra, y cierra tu puerta, cuando estuviereis dentro tú y tus hijos: y echa después el aceite en todos esos vasos; y, cuando estuvieren llenos, para. Fuése, pues, la mujer, y cerró la puerta detrás de sí y de sus hijos: éstos le alargaban los vasos, y ella echaba el aceite. Y, cuando estuvieron llenos los vasos, dijo a su hijo: Tráeme todavía otro vaso. Y él respondió: No tengo. Y cesó el aceite. Fué, pues, ella, y se lo indicó al varón de Dios. Y él: Vete, le dijo, vende el aceite, y paga a tu acreedor: tú, y tus hijos, vivid de lo restante.

LAS OBRAS DE MISERICORDIA. — El misterio de esta lectura es fácil de comprender. El acreedor del hombre es Satanás, a quien nuestros pecados le han dado sobre nosotros grandes derechos. El único modo de desempeñarnos es con el óleo, es decir, con la misericordia, de la que el óleo es símbolo por la suavidad: "bienaventurados los misericordiosos, porque ellos mismos alcanzarán misericordia"[1]. En estos días de salud preparemos nuestra reconciliación aliviando a nuestros her-

[1] *Mat.*, V, 7.

manos, añadiendo a la limosna el ayuno y practicando las obras de misericordia. Con estos medios enterneceremos el corazón de Dios y a la vez que nos libra de nuestra deuda arrebatará a Satanás el título que pretendía conservar en desfavor nuestro. Aprovechémonos del ejemplo de esta mujer de quien nos habla hoy la Escritura; ningún hombre la veía en el momento de llenar sus tinajas del aceite misterioso; cerremos también nosotros nuestra puerta cuando hagamos el bien; y, que "nuestra mano izquierda ignore lo que hace la derecha"[1]. Consideremos también este detalle: el aceite cesa de correr cuando ya no hay más vasijas que llenar. Así también nuestra misericordia con el prójimo debe ser proporcionada con nuestros medios de acción. Dios les conoce y no quiere que hagamos menos de lo que podemos hacer. Mostrémonos generosos en este santo tiempo y hagamos, propósitos de serlo siempre. Si nos faltan los recursos materiales, seamos misericordiosos en nuestros deseos, en nuestras súplicas para con los hombres y en nuestras oraciones para con Dios.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si pecare contra ti tu hermano, vete y corrígele entre ti y él solo. Si te oyere, habrás ganado a tu hermano. Pero,

---

[1] *Mat.*, VI, 3.

si no te oyere, toma contigo uno o dos testigos, para que, por boca de uno o dos testigos, conste toda tu corrección. Y, si tampoco les oyere, dilo a la asamblea. Y, si tampoco oyere a la asamblea, sea para ti como un gentil y un publicano. En verdad os digo: Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado también en el cielo: y, todo lo que desatareis sobre la tierra, será desatado también en el cielo. Os digo también que, si dos de vosotros se concertaren sobre la tierra, todo cuanto pidieren, les será otorgado por mi Padre, que está en los cielos. Porque, donde hay dos o tres, congregados en mi nombre, allí estoy yo, en medio de ellos. Entonces, acercándose Pedro a El, dijo: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano, cuando me ofendiere? ¿Hasta siete? Díjole Jesús: No te digo hasta siete, sino hasta setenta veces siete.

El perdón de las injurias. — La misericordia que el Señor quiere ver en nosotros no sólo consiste en poner la limosna corporal y espiritual en el seno del desgraciado, abarca también el perdón y olvido de las injurias. En esto precisamente es donde Dios nos espera para probar la sinceridad de nuestra conversión. "La medida que para otros usaréis, dice, se usará para vosotros"[1]. Si perdonamos de corazón a nuestros enemigos, el Padre celestial nos perdonará a nosotros generosamente. En estos días de reconciliación, procuremos *ganar a nuestros hermanos;* y para conseguirlo perdonémosles, aunque sea necesario hacerlo *setenta veces siete.* Nuestras disputas de un día en el camino de la eternidad

[1] *Luc.*, VI, 38.

no nos deben desanimar en la consecución del fin del viaje. Perdonemos los agravios e injurias e imitemos la conducta que Dios ha seguido con nosotros.

El sacramento de la penitencia. — Consideremos también estas palabras del Evangelio que son el fundamento de la esperanza y que deben oírse hasta en lo más íntimo de nuestros corazones agradecidos: "*todo lo que hubiereis desatado en la tierra será desatado en el cielo*" ¡Muchísimos pecadores podrán dar pruebas por experiencia de esta consoladora promesa! Confesarán sus pecados, ofrecerán a Dios su corazón contrito y humillado y en el momento en que el sacerdote les absuelva en la tierra, la mano de Dios desde el cielo les romperá los lazos que les tenían encadenados para ser precipitados a los suplicios eternos.

Por fin, no olvidemos tampoco esta otra palabra que tiene ilación con la precedente: *si alguno no escucha las enseñanzas de la Iglesia, consideradle como un pagano y un publicano.* ¿Quién esa Iglesia de que aquí se habla? Son los hombres a quienes ha dicho Jesucristo: *Quien a vosotros os escucha a mí me escucha; y quien os desprecia a mí me desprecia;* los hombres por cuya boca llega la verdad, la única que puede salvar, a oídos del cristiano; hombres que son los únicos en la tierra que pueden reconciliar al

pecador con Dios, cerrarle el infierno y abrirle el cielo. ¿Después de conocer todo esto acaso debemos extrañarnos que el Salvador, que los ha querido por intermediarios entre él y los hombres amenace mirar como un pagano, como un hombre sin bautismo a quien no reconozca su autoridad? Fuera de su doctrina, no hay revelada ninguna otra verdad, fuera de los sacramentos que ellos administran, no hay otra salvación, viviendo apartado de las leyes espirituales que ellos imponen, no hay esperanza en Jesucristo.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Defiéndenos, Señor, con tu protección: y guárdanos siempre de toda iniquidad. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación, en Roma, se celebra en la Iglesia de San Sixto, en la Vía Apia. Hoy se la llama San Sixto el antiguo, para distinguirle de otra iglesia consagrada a la memoria del mismo santo Papa y mártir.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, educados con saludables ayunos, y absteniéndonos además de los vicios

perjudiciales, alcancemos más fácilmente tu misericordia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Exodo.

Esto dice el Señor, Dios: Honra a tu padre y a tu madre, para que vivas largos años sobre la tierra, que te dará el Señor, tu Dios. No matarás. No fornicarás. No hurtarás. No levantarás falso testimonio contra tu prójimo. No codiciarás la casa de tu prójimo: ni desearás su mujer, ni su siervo, ni su esclava, ni su buey, ni su asno, ni nada de lo que es suyo. Y todo el pueblo veía las voces, y los relámpagos, y el sonido de la trompeta, y el monte humeante: y, atemorizados, y poseídos de pavor, se quedaron lejos, diciendo a Moisés: Háblanos tú, y te oiremos: que no nos hable el Señor, no sea que muramos. Y dijo Moisés al pueblo: No temáis, pues ha venido Dios para probaros, y para que su temor more en vosotros y no pequéis. Y el pueblo se quedó lejos. Moisés, en cambio, se acercó a la nube en que estaba el Señor. Dijo además el Señor a Moisés: Esto dirás a los hijos de Israel: Habéis visto que os he hablado desde el cielo. No os fabricaréis dioses de oro. Me levantaréis un altar de tierra, y me ofreceréis sobre él vuestros holocaustos y hostias pacíficas, vuestras ovejas y bueyes, en todo lugar donde hubiere memoria de mi nombre.

OBLIGACIONES PARA CON DIOS Y CON EL PRÓJIMO. — Hoy la Iglesia nos recuerda los preceptos del Señor referentes al prójimo, comenzando por el que manda respetar a los padres. En este santo tiempo de reforma y conversión es útil a los fieles recordar que nuestros deberes para con el prójimo descansan en la autoridad de Dios; de donde se sigue que a quien hemos ofendido es al

mismo Dios cuando hemos pecado contra nuestros semejantes. Dios reclama primero sus propios derechos; quiere que se le adore y sirva; prohibe el culto grosero de los ídolos; prescribe se guarden el sábado, los sacrificios, las ceremonias; pero al mismo tiempo quiere que el hombre ame a su prójimo como a sí mismo; se declara vengador de nuestros hermanos cuando les hemos ofendido, si nosotros no reparamos el agravio o injuria. Su voz es la misma en el Sinaí cuando reclama los derechos de nuestro prójimo que cuando enseña al hombre sus obligaciones para con su Creador. Sabiendo el origen de nuestros deberes, comprenderemos mejor el estado de nuestras conciencias y cuán deudores somos a la justicia de Dios. Mas si la ley antigua, grabada en tablas de piedra, se sanciona con tanta autoridad el precepto del amor del prójimo, ¡cuánto más la nueva, sellada con la sangre de Jesucristo muriendo en la Cruz por sus hermanos ingratos, nos revelará el alcance del precepto de la caridad fraterna! Ante nuestros ojos tenemos estas dos leyes; conforme a este doble texto debemos ser juzgados; démonos prisa por conformarnos a sus prescripciones a fin de que se cumpla en nosotros esta palabra del Señor: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis caridad unos para con otros"[1].

[1] *S. Juan*, XIII, 35.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Mateo.

En aquel tiempo se acercaron a Jesús unos escribas y fariseos de Jerusalén, diciendo: ¿Por qué quebrantan tus discípulos la tradición de los ancianos? Pues no lavan sus manos, cuando comen pan. Y El, respondiendo, les dijo: ¿Y por qué quebrantáis vosotros el mandato de Dios por seguir vuestra tradición? Pues Dios ha dicho: Honra a tu padre, y a tu madre. Y: El que maldijere al padre, o a la madre, muera de muerte. Pero vosotros decís: El que dijere al padre, o a la madre: Aprovéchete todo cuanto yo ofrezca, no necesita honrar a su padre, o a su madre. Así habéis invalidado el mandato de Dios por vuestra tradición. Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, diciendo: Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí. Mas en vano me honran, enseñando doctrinas y mandamientos de hombres. Y, llamando así a las turbas, les dijo: Oíd, y entended. No mancha al hombre lo que entra por la boca: lo que sale de la boca, eso es lo que mancha al hombre. Entonces, acercándose sus discípulos, le dijeron: ¿Sabes que los fariseos, al oír esas palabras, se han escandalizado? Pero El, respondiendo, dijo: Toda planta, que no ha plantado mi Padre celestial, será arrancada de raíz. Dejadlos: son ciegos, y guías de ciegos. Pero, si un ciego guía a otro ciego, ambos caerán en el hoyo. Y, respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos esa parábola. Y El dijo: ¿Tampoco vosotros la entendéis aún? No comprendéis que todo lo que entra por la boca, va al vientre, y es echado en el reservado? Mas, lo que procede de la boca, sale del corazón, y esto es lo que mancha al hombre: porque del corazón brotan los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos

testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que manchan al hombre. El comer con las manos sin lavar no mancha al hombre.

Las prácticas externas. — La ley que dió Dios a Moisés prescribía un gran número de prácticas y ceremonias externas; y los fieles judíos las observaban con celo y exactitud. Jesús mismo, aunque era el supremo legislador se sometió humildemente. Pero los fariseos habían añadido tradiciones humanas y supersticiones a las leyes y mandatos divinos y hacían consistir la religión en estas invenciones propias de su orgullo. El Salvador sale en favor de los débiles y humildes a quienes estas falsas enseñanzas podían descarriar y restableció el verdadero sentido de esas prescripciones exteriores. Los fariseos se lavaban las manos gran número de veces al día creyendo que si no se habían lavado las manos, e incluso el cuerpo entero una vez al día, su comida habría sido impura, a consecuencia de las manchas que habían contraído con el trato y contacto de miles de cosas que no estaban señaladas en la ley. Jesús quiere arrancar de raíz este yugo humillante y arbitrario y reprocha a los fariseos el haber pervertido la ley de Moisés.

Lo que mancha el alma.— Pasa a continuación a juzgar el fondo de estas prácticas y enseña que no hay criaturas impuras por sí mismas y que la conciencia de un hombre no se mancha

por el mero hecho de comer. "Lo que hace culpable al hombre, dice el Salvador, son los pensamientos y obras malas que brotan del corazón." Los herejes han pretendido encontrar en estas palabras la reprobación de las prácticas externas que impone la Iglesia y en especial condenan las abstinencias que prescribe; en esto merecen que se les aplique a ellos lo que decía Jesús de los fariseos: "Son ciegos que guían a otros ciegos." En efecto, del hecho de que los pecados que el hombre comete con respecto a las cosas materiales son tales pecados en cuanto interviene la voluntad que es espiritual, no se sigue que esta voluntad pueda usar inocentemente de las cosas materiales cuando Dios o su Iglesia, que legisla en su nombre, lo prohiben. Dios prohibió a nuestros primeros padres, bajo pena de muerte, comer del fruto de cierto árbol; comieron y se hicieron reos de culpa ¿sucedió acaso esto porque el fruto era malo en sí mismo? No; este fruto era una criatura de Dios como los demás frutos del jardín; más el corazón de nuestros primeros padres aceptó el pensamiento de desobediencia y se adhirió a él; en este caso se cometió el pecado con ocasión de un fruto. En la ley que Dios dió en el monte Sinaí prohibió a los hebreos comer carne de ciertas especies de animales. Si las comían se hacían culpables, porque habían desobedecido al Señor y no por que en sí fuesen malditas estas carnes. Los preceptos de

la Iglesia referentes al ayuno y a la abstinencia son de la misma naturaleza que los que acabamos de recordar. A fin de que podamos aplicarnos y exclusivamente para nuestro interés el principio de la penitencia cristiana, la Iglesia nos prescribe la abstinencia con cierta medida; si violamos su ley no serán los platos los que manchen nuestra alma, será el revelarnos contra el poder sagrado que Jesucristo nos recomendaba ayer enérgicamente, quien se atrevió a decir sin miramiento que todo aquel que no escucha a la Iglesia se le debe considerar como un pagano.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que buscamos la gracia de tu protección, libres de todos los males, te sirvamos con tranquilo corazón. Por el Señor.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La mitad de la Cuaresma. — Este día señala la mitad de la santa Cuaresma y por eso se le ha llamado el jueves de la mitad de la Cuaresma. En efecto cumplimos hoy el vigésimo ayuno de los cuarenta que nos impone la Iglesia en este santo tiempo. Entre los griegos se cuenta el día

de ayer como la *Mesonestime* o la *mitad de los ayunos;* por lo demás, dan a este nombre toda la semana que en su liturgia es la cuarta de las siete que forman su cuaresma. Pero el miércoles de esta semana es, entre ellos, objeto de una fiesta solemne, un día de alegría, en que se reanima su entusiasmo para acabar la carrera. Las naciones católicas de occidente, sin considerar el día a que hemos llegado como día de fiesta, han tenido siempre la costumbre de pasarle con cierta alegría. No va en contra del espíritu del cristianismo el festejar el día céntrico de Cuaresma reuniéndose, imitando a nuestros padres, mayor número de convidados y sirviendo a la mesa algo más apetitoso y abundante, guardando siempre el ayuno. ¡Mas hay! la relajación reina en nuestros desgraciados países. ¡Cuántas gentes que se llaman católicas, casi no han hecho otra cosa, después de veinte días sino violar las leyes del ayuno y abstinencia, con la disculpa de dispensas legítimas o arrancadas! ¿Qué sentido pueden sacar ellos a estas alegrías gustadas por los cristianos todavía fieles a las tradiciones santas? Para probar estas alegrías se debe haberlas merecido antes con algunas privaciones, con alguna penitencia corporal; lo cual no saben hacer nuestros católicos de hoy día. Roguemos por ellos con el fin de que Dios les dé a comprender a qué les obliga la fe que profesan.

En Roma, la Estación se celebra en la iglesia de San Cosme y San Damián, en el Foro. La edad media, como lo vemos en Durando, en su *Rationale divinorum officiorum,* buscó la razón del porqué se escogió esta estación, en la profesión de médicos que ejercieron estos dos santos mártires. Se creyó que la Iglesia quería implorar, no sólo para las almas sino también para los cuerpos de sus hijos ya extenuados, la protección de estos poderosos amigos de Dios, que en la tierra consagraron su arte médica para aliviar las enfermedades corporales de sus hermanos. El sabio liturgista Gavantus comenta extensamente esta idea; si no fué de que se escogiera esta iglesia para Estación, es ella muy propia para edificar a los fieles, para inducirles a recurrir a estos dos hermanos médicos y pedir por su intercesión la constancia y las fuerzas merecidas para acabar digna y fielmente la Cuaresma.

COLECTA

Glorifíquete, Señor, la bendita solemnidad de tus Santos Cosme y Damián: en la cual les diste a ellos, con tu inefable Providencia, la gloria eterna, y a nosotros tu protección. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías.

En aquellos días me habló el Señor, diciendo: Estáte en la puerta de la casa del Señor: y predica allí esta palabra, y di: Oíd la palabra del Señor, Judá todo, los que entráis por estas puertas, para adorar al Se-

ñor. Esto dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: Mejorad vuestros caminos, y vuestras obras: y habitaré con vosotros en este lugar. No confiéis en palabras mentirosas, diciendo: Templo del Señor, templo del Señor, templo del Señor es éste. Más, si dirigiereis bien vuestros caminos, y vuestras obras; si hiciereis justicia entre el hombre y su prójimo, y no causareis perjuicio al peregrino, y al huérfano, y a la viuda; ni derramareis en este lugar la sangre, inocente: ni caminaréis detrás de dioses ajenos, para mal vuestro: habitaré con vosotros en este lugar, en la tierra que di a vuestros padres por los siglos de los siglos: lo dice el Señor omnipotente.

El culto interno y externo. — La Santa Iglesia es fiel en cumplir todas sus promesas para con sus hijos. Si les insiste para obtener el cumplimiento de las obligaciones externas de la religión aunque sean penosas para su cobardía, les advierte también que no piensen que las obligaciones corporales por muy bien que se ternas, encomendadas al hombre y al cristiano. cumplan, podrán preferirse a las virtudes in-Dios no acepta la ofrenda del espíritu y del corazón si el hombre, por orgullo y molicie, descuida ofrecer al mismo tiempo el servicio del cuerpo; pero limitar la religión a las obras púramente naturales no es honrar a Dios, que quiere se adore *en espíritu y en verdad* [1]. Los judíos estaban orgullosos de poseer el templo de Jerusalén, donde habitaba la majestad de Dios; mas esta ventaja que les ponía por encima de todas

[1] *Joa.*, IV, 24.

las demás naciones, pronto fué su ruina, porque contentándose con este vano respeto para con esta santa casa, no miraban más allá, ni pensaban admitir un gran bien practicando la ley de Dios. Así harían entre nosotros los cristianos, que llenos de una fidelidad puramente externa al ayuno y a la abstinencia, no trabajaran nada por corregir su vida, introduciendo el espíritu de justicia, caridad y humildad. Merecían que el Señor les afrentase con las palabras que pronunció en otro tiempo contra Israel: "Este pueblo me honra con sus labios; pero su corazón está lejos de mí" [1]. Este fariseísmo cristiano es muy raro en nuestros días. El relajamiento casi universal respecto a las prácticas externas es más bien la plaga de hoy día; y las personas fieles a las observancias de la Iglesia son ordinariamente negligentes en observar las demás virtudes cristianas. Sin embargo, algunas veces se encuentra esta falsa conciencia y produce un escándalo que retarda en nosotros su acercamiento al reino de Dios. Sometámonos a ley sin restricciones. Ofrezcamos a Dios un servicio espiritual que consiste en la obediencia hecha de corazón a todos los preceptos y añadamos como complemento necesario el homenaje de nuestro cuerpo, practicando todo lo que la Iglesia nos prescribe para elevarle a la altura del alma, con quien tiene que participar su destino.

---

1 *Isaías*, XXXIX, 13.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, saliendo Jesús de la sinagoga, entró en la casa de Simón. Y la suegra de Simón estaba con grandes calenturas: y le rogaron por ella. E, inclinándose sobre ella, imperó a la fiebre: y la dejó. Y a continuación, levantándose les sirvió. Y, cuando se puso el sol, todos los que tenían enfermos de varias dolencias, los llevaron a El. Y de muchos salían los demonios, clamando y diciendo: Tú eres el Hijo de Dios. E, increpándoles, no les dejaba hablar, porque sabían que El era el Cristo. Y, hecho ya de día, se fué al desierto, y las turbas le buscaron, y fueron hasta El: y le retenían, para que no se apartase de ellos. A las cuales dijo El: También me conviene evangelizar el reino de Dios a otras ciudades, pues para eso he sido enviado. E iba predicando por las sinagogas de Galilea.

El médico de las almas. — Admiremos la misericordia del Salvador que se digna emplear su poder en curar los cuerpos y sepamos que aun es mucho más solícito en curar las enfermedades del alma. Estamos dominados por la fiebre de las pasiones; él sólo puede calmarla. Imitemos por nuestra parte el celo de los habitantes de Galilea que ponen sus enfermos a los pies de Jesús; pidámosle que nos cure también a nosotros. Vemos qué afablemente recibe a todos estos desgraciados, salgamos a su encuentro. Instémosle que no se aleje y se quede para siempre con nosotros y se dignará quedarse. Oremos por los pecadores; pasan los días de ayuno, ya entramos en la segunda mitad de Cuaresma y la

Pascua de nuestra redención se acerca. Ved estas multitudes que no se conmueven, a estas almas cerradas a la luz que son impenetrables, estos corazones endurecidos, que nada les emociona, tantos cristianos que van a amontonar una desgracia más a su eterna reprobación. Ofrezcamos por ellos nuestras penitencias y pidamos a Jesús, por los méritos de su Pasión, que pronto se realizará, se digne hacer un último esfuerzo de misericordia y arranque al demonio estas almas por quienes va a derramar su sangre.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, que tu celestial propiciación aumente el pueblo a ti sujeto, y le haga siempre obediente a tus mandamientos. Por el Señor.

VIERNES

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de San Lorenzo *in Lucina,* antiguo y célebre santuario donde se conserva la parrilla en la cual el santo Arcediano de la Iglesia romana consumó su martirio.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, prosigas nuestros ayunos con tu benigno favor: para que, así como nos abstene-

mos de alimentos en el cuerpo, así ayunemos también de vicios en el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los números.

En aquellos días se juntaron los hijos de Israel contra Moisés y Aarón: y, amotinándose, dijeron: Dadnos agua, para que bebamos. Y, despidiendo a la multitud, entraron Moisés y Aarón en el tabernáculo de la alianza, se prosternaron en tierra, y clamaron al Señor, y dijeron: Señor, Dios, oye el clamor de este pueblo, y ábreles tu tesoro, una fuente de agua viva, para que, saciados, cese su murmuración. Y apareció la gloria del Señor sobre ellos. Y habló el Señor a Moisés, diciendo: Toma la vara, y congrega al pueblo, tú y tu hermano Aarón, y hablad a la roca delante de ellos, y ella dará aguas. Y, cuando sacares agua de la roca, beba toda la multitud, y sus animales. Tomó, pues, Moisés la vara, que estaba delante del Señor, como se lo había mandado, y, reunida la multitud delante de la roca, les dijo: Oíd, rebeldes e incrédulos: ¿Acaso podremos sacar agua de esta roca para vosotros? Y, habiendo alzado la mano Moisés, golpeando dos veces la piedra con la vara, brotaron copiosísimas aguas, de tal modo que pudieron beber el pueblo y los animales. Y dijo el Señor a Moisés y Aarón: Porque no me habéis creído, para que me santificarais delante de los hijos de Israel, no introduciréis a estos pueblos en la tierra que les daré. Esta es el agua de la contradición, donde los hijos de Israel murmuraron contra el Señor, y fué santificado en ellos.

LA ROCA ESPIRITUAL. — Este es uno de los símbolos más venerables del Antiguo Testamento y figura del bautismo a que aspiran los catecúmenos. En él aparece el agua como el blanco de

los deseos de todo un pueblo que sin ella perecería. San Pablo que nos descubre los misterios de la antigua alianza, nos enseña que la roca, la piedra figura a Jesucristo [1], de quien brota la fuente de agua viva que apaga la sed y purifica las almas. Los Santos Padres han sido los que después nos han hecho notar que de la piedra, no brotó el agua vivificante que encerraba, hasta después de haber sido golpeada con la vara, cuyos golpes dados a la roca significan la Pasión del Redentor. La madera de esta vara, nos dicen los intérpretes antiguos es símbolo de la Cruz, y el doble golpe representa los dos maderos de que está formada.

El nuevo Moisés. — Las pinturas que la Iglesia primitiva ha dejado en las Catacumbas de Roma, nos ofrecen contínuamente esta imagen de Moisés hiriendo la roca de donde corren las aguas; y en un vaso pintado, encontrado en esos subterráneos, cuna de nuestra fe, se nos enseña, por la inscripción que allí se lee todavía, que los primeros cristianos consideraban la persona de Moisés, que sólo se trae como figura, al mismo San Pedro, que, en la nueva alianza, ha abierto al verdadero pueblo de Dios la fuente de toda la gracia con su predicación el día de Pentecostés y más tarde en la que dirigió a los gentiles en la persona del centurión Cornelio. Este símbolo de

[1] *I Cor.*, X, 4.

Moisés hiriendo la roca y la mayoría de los que hemos encontrado y encontraremos aún en las lecturas que la Iglesia destinaba a la instrucción de los catecúmenos, no están consignados únicamente, durante los primeros siglos, en los frescos de las Catacumbas romanas; numerosos monumentos nos dicen que también se les representaba en todas las iglesias de oriente y occidente. Muchos de estos símbolos se han conservado hasta el siglo XIII y hasta más tarde en las vidrieras de nuestras catedrales, conservandose aun la forma hierática que habían recibido al principio. Es triste ver que temas que excitaban vivo entusiasmo en nuestros padres, a nosotros nos sean tan poco familiares. Salgamos de esta indiferencia que no tiene nada de cristiana y volvamos, por la meditación de la sagrada liturgia, a estas tradiciones de las que nuestros antepasados formaron su fe enérgica y su admirable entrega a Dios y a la posteridad.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo fué Jesús a una ciudad de Samaria, que se llama Siquén, junto al campo que dió Jacob a su hijo José. Y estaba allí la fuente de Jacob. Jesús, pues, fatigado del camino, se sentó sobre la fuente. Era casi la hora sexta. Vino una mujer de Samaria a sacar agua. Díjole Jesús: Dame de beber. (Sus discípulos habían ido a la ciudad a comprar víveres.) Díjole, pues, aquella mujer Samaritana: ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy una

mujer Samaritana? Porque los judíos no tratan con los samaritanos. Respondió Jesús, y le dijo: Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: Dame de beber: quizás le pidieras tú a El, y El te diera agua viva. Díjole la mujer: Señor, no tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo: ¿dónde tienes, pues, el agua viva? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dió este pozo, y él mismo bebió de él, y sus hijos, y sus ganados? Respondió Jesús, y le dijo: Todo, el que bebe de esta agua, sentirá sed otra vez: mas, el que bebiere del agua que yo le daré, no sentirá sed eternamente: sino que el agua, que yo le daré, se hará en él una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna. Díjole la mujer: Señor, dame de esa agua, para que no tenga sed, ni vuelva más a sacar de aquí. Díjole Jesús: Vete, llama a tu marido, y vuelve aquí. Respondió la mujer, y dijo: No tengo marido. Díjole Jesús: Bien has dicho que no tienes marido, pues has tenido cinco, y el que tienes ahora no es tuyo: has dicho la verdad. Díjole la mujer: Señor, veo que eres profeta. Nuestros padres adoraron a Dios en este monte, y vosotros decís que es en Jerusalén donde hay que adorarle. Díjole Jesús: Mujer, créeme, ya viene la hora, cuando no adoraréis al Padre ni en este monte, ni en Jerusalén. Vosotros adoráis lo que no sabéis: nosotros adoramos lo que sabemos, porque la salud viene de los judíos. Pero ya ha llegado la hora, y es ésta, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque el Padre desea adoradores de esta clase, para que le adoren. Dios es espíritu: y, los que le adoran, deben adorarle en espíritu y en verdad. Díjole la mujer: Sé que el Mesías (que se llama Cristo) está para venir. Y, cuando él venga, nos anunciará todas las cosas. Díjole Jesús: Yo soy, que hablo contigo. Y en aquel momento llegaron sus discípulos: y se admiraron de que hablara con una mujer. Sin embargo,

nadie le dijo: ¿Qué buscas, o qué hablas con ella? Dejó, pues, su cántaro la mujer, y se fué a la ciudad, y dijo a aquellos hombres: Venid, y ved al hombre que me ha dicho cuanto he hecho: ¿será El el Cristo? Salieron, pues, de la ciudad, y fueron a El. Entretanto, le rogaban los discípulos, diciendo: Rabbí, come. Pero El les dijo: Yo tengo para comer un manjar que vosotros no conocéis. Se decían, pues, los discípulos entre sí: ¿Acaso le ha traído alguien de comer? Díjoles Jesús: Mi comida es hacer la voluntad del que me ha enviado, y cumplir su obra. ¿No decís vosotros que todavía faltan cuatro meses para la siega? Pues yo os digo: Alzad los ojos, y ved los campos: ya están blancos para la siega. Y, el que siega, recibe jornal, y recoge el fruto para la vida eterna: para que se alegren el que siembra y el que siega. Aquí es verdad aquel dicho: Uno es el que siembra, y otro el que siega. Porque yo os he enviado a segar lo que vosotros no trabajásteis: otros lo trabajaron, y vosotros habéis entrado en sus labores. Y muchos de los samaritanos de aquella ciudad creyeron en El, por lo que les había contado la mujer, al decirles: Me ha dicho cuanto he hecho. Viniendo, pues, los samaritanos a El, le rogaron que quedase allí. Y quedó allí dos días. Y muchos otros creyeron en El por su misma palabra. Y decían a la mujer: Ya no creemos por tu dicho: pues nosotros mismos hemos oído, y sabemos que éste es ciertamente el Salvador del mundo.

Jesús en el pozo de Jacob. — El relato evangélico cuenta que el hijo de Dios viene personalmente a continuar el misterio de Moisés, como lo demuestra la revelación que hizo a la Samaritana, representante de la gentilidad, del misterio del agua que da la vida eterna; también hoy encontramos este tema plasmado en las

pinturas murales de las catacumbas y los bajorrelieves de los sarcófagos cristianos de los siglos IV y V. Meditemos pues esta historia, donde todo nos habla de la misericordia del Redentor. Jesús se siente cansado del camino que acaba de recorrer; El, el Hijo de Dios, quien creó el mundo con una sola palabra, se ha fatigado buscando a sus ovejas. Consideradle obligado a sentarse para aliviar sus fatigados miembros; y lo hace junto al brocal de un pozo, próximo a una fuente. Encuentra a una mujer que sólo conoce el agua material. Jesús quiere darla a conocer un agua mucho más preciosa. Comienza por comunicarla la fatiga que le abruma, la sed que le devora. *Dame de beber,* le dice; pocos días después dirá en Cruz; *tengo sed.* Para llegar a comprender bien la gracia del Redentor hay que haberle conocido primero en sus enfermedades y sufrimientos.

El agua viva. — Poco después ya no es Jesús quien pide agua; él mismo la ofrece y un agua que quita sed para siempre, un agua con que apagaremos nuestra sed, incluso en la otra vida. La mujer desea beber esta agua; desconoce todavía quien es el que le habla y ya da crédito a sus palabras. Esta idólatra demuestra más fe que los mismos judíos; no obstante sabe que quien la dirige la palabra pertenece a una nación que la desprecia. La acogida que hace al

Salvador la merece nuevas gracias. Comienza por experimentarlo. *Vete,* le dice, *llama a tu marido y vuelve aquí.* Esta infeliz no tenía un marido legítimo; Jesús quiere que lo diga ella misma. No anda con rodeos; y el haberle revelado su falta vergonzosa es motivo de que le reconozca por un profeta. Su humildad será recompensada y saciará su sed de las fuentes de agua viva. De igual modo se sometió el pueblo gentil a la predicación de los apóstoles que venían a revelar a estos hombres despreciados, la gravedad del mal y la santidad de Dios; y lejos de rechazarlos les encontraban dóciles, dispuestos para todo. La fe de Jesucristo necesitaba mártires; los hubo en masa en las primeras generaciones arrebatadas al paganismo y a todos sus desórdenes. Jesús, viendo esta sencillez en la Samaritana, piensa compadecido que ha llegado el tiempo de revelársele. Notifica a esta pobre pecadora que ha llegado el momento en que los hombres adorarán a Dios en toda la tierra; que ha venido el Mesías y que él mismo es el Mesías. Así es de delicada la divina condescendencia del Salvador con un alma dócil; se le manifiesta totalmente. Entre tanto llegan los Apóstoles; pero tienen muy metido todavía el nacionalismo israelita para comprender la misericordia que ha tenido su Maestro con esta samaritana; no obstante está muy próxima la hora en que ellos mismos dirán con San Pablo: "No hay ya judío o griego, no hay

siervo o libre, no hay varón o mujer porque todos sois uno solo en Cristo Jesús"[1].

APÓSTOL Y MÁRTIR. — Entre tanto la mujer de Samaria impulsada por un fuego celestial se convierte ella misma en apóstol. Deja su cántaro junto al brocal del pozo; a sus ojos el agua material no tiene ningún valor, una vez que el Salvador la ha dado a beber su agua viva; vuelve a la ciudad y ahora es para predicar a Jesucristo, para llevar a sus pies, si pudiera, a todos los habitantes de Samaria. Humildemente, prueba la grandeza de su profeta con la revelación que la acaba de hacer de los desórdenes en que ha vivido hasta hoy. Estos paganos despreciados, que causaban horror a los judíos, corren al pozo en donde se halla Jesús conversando con sus discípulos de la mies próxima; honran en él al Mesías, *al Salvador del mundo;* y Jesús se complace en quedarse dos días en esta ciudad, en que reinaba la idolatría mezclada con algunos restos de las observancias judaicas. La tradición cristiana ha conservado el nombre de esta mujer, que después de los reyes magos es una de las primicias del nuevo pueblo; se llamaba Fotina y dió su sangre por aquel que se le había dado a conocer junto al brocal del pozo de Jacob. La Iglesia honra cada año su memoria en el Martirologio romano el 20 de marzo.

[1] *Gal.,* III, 28.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que confiamos en tu protección, venzamos, con tu ayuda, todas nuestras adversidades. Por el Señor.

SABADO

DE LA TERCERA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la iglesia de Santa Susana, virgen romana y mártir. La razón que motivó el escoger esta iglesia es la lectura que se hace hoy de la historia de la casta Susana, hija de Helcias, que la Iglesia pone para que sirva de imitación a los cristianos.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que, afligiendo su carne, se abstienen de alimento, siguiendo la justicia, ayunen también de pecado. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días había un varón, que habitaba en Babilonia, y se llamaba Joaquín: y tomó por esposa a una mujer, llamada Susana, hija de Helcías, hermosa en extremo, y temerosa de Dios: pues sus padres, que eran justos, educaron a su hija según la Ley de Moisés. Y era Joaquín hombre muy rico, y poseía un jardín cerca de su casa: y se reunían con él

los judíos, porque era el más respetable de todos. Y en aquel año fueron nombrados jueces del pueblo dos ancianos: de los cuales dijo el Señor: Que la iniquidad salió de Babilonia de los ancianos jueces, que parecían regir al pueblo. Estos frecuentaban la casa de Joaquín, y acudían a ellos todos cuantos tenían pleitos. Y, cuando se iba el pueblo, a mediodía, entraba Susana, se paseaba por el jardín de su marido. Y los viejos la veían todos los días entrar y pasearse: y se encendieron en concupiscencia de ella: y perdieron el juicio, y apartaron sus ojos, para no ver el cielo, ni acordarse de los justos juicios. Y aconteció que, espiando la ocasión oportuna, entró ella, como los días anteriores, con dos doncellas suyas, y quiso lavarse en el jardín: porque hacía calor, y no había allí nadie, fuera de los dos viejos escondidos, que la contemplaban. Dijo, pues, a las doncellas: Traedme aceite y ungüentos, y cerrad las puertas del jardín, para que me lave. Y, cuando salieron las doncellas, se levantaron los dos viejos, y corrieron hacia ella, y dijeron: Mira, las puertas del jardín están cerradas, y nadie nos ve, y nosotros te deseamos: por lo tanto, condesciende con nosotros, y cede a nuestros deseos, porque, si no quisieres, testificaremos contra ti, diciendo que estuvo contigo un joven y que, por esa causa, despediste a tus doncellas. Gimió Susana, y dijo: ¡Angustias me cercan por todas partes! Porque, si hiciere esto, será mi muerte; y, si no lo hiciere, no escaparé de vuestras manos. Pero es mejor para mí caer en vuestras manos, sin hacerlo que pecar en presencia del Señor. Y dió Susana un fuerte grito: y gritaron también los viejos contra ella. Y corrió uno a las puertas del jardín, y abrió. Y, cuando los criados oyeron el grito en el jardín, irrumpieron por el postigo, para ver qué era. Mas, cuando hablaron los viejos, se avergonzaron muchísimo los siervos, porque nunca se había dicho cosa semejante de Susana. Y

llegó el día siguiente. Y, habiendo ido el pueblo a Joaquín, su marido, fueron también los dos viejos, llenos de perversa intención contra Susana, para matarla. Y dijeron delante del pueblo: Enviad por Susana, hija de Helcías, mujer de Joaquín. Y al punto enviaron por ella. Y vino con sus padres, e hijos, y todos los parientes. Y lloraban los suyos, y todos los que la conocían. Y, levantándose los dos viejos en medio del pueblo, pusieron sus manos sobre su cabeza. Ella, llorando, miró al cielo: pues su corazón tenía confianza en el Señor. Y dijeron los viejos: Cuando nos paseábamos en el jardín solos entró ésta con dos doncellas: y cerró las puertas del jardín, y despidió a a las doncellas. Y vino a ella un joven, que estaba escondido, y pecó con ella. Y nosotros, que nos hallábamos escondidos en un rincón del jardín, al ver la iniquidad, corrimos a ellos, y les vimos pecando a los dos. Y a él no pudimos prenderle, porque era más fuerte que nosotros, y, abriendo las puertas, escapó. Pero, habiendo prendido a ésta, le preguntamos quién era el mancebo, y no quiso decírnoslo: somos testigos de esto. Creyóles la multitud, como a ancianos, y como a jueces del pueblo, y la condenaron a muerte. Mas Susana exclamó con gran voz, y dijo: Eterno Dios, que conoces las cosas escondidas, que lo sabes todo antes de que suceda, tú sabes que han levantado contra mí falso testimonio: y he aquí que muero, sin haber hecho nada de lo que éstos han inventado maliciosamente contra mí. Y oyó el Señor su voz. Y, cuando era llevada a la muerte, suscitó el Señor el espíritu santo de un joven, llamado Daniel. Y exclamó con gran voz: Limpio estoy yo de la sangre de ésta. Y, vuelto a él todo el pueblo, dijo: ¿Qué significa eso que has dicho? Y él, poniéndose en medio de ellos, dijo: ¿Sois tan fatuos, oh hijos de Israel, que, sin juzgar ni conocer la verdad, habéis condenado a una hija de Israel? Volved a juzgar, porque han le-

vantado contra ella falso testimonio. Volvióse, pues, el pueblo con presteza. Y díjoles Daniel: Separadlos lejos al uno del otro, y yo les juzgaré. Y, cuando estuvieron separados el uno del otro, llamó a uno de ellos, y le dijo: Inveterado de días malos, ahora se descubrirán los pecados que has obrado hasta aquí, pronunciando sentencias injustas, oprimiendo a los inocentes y absolviendo a los culpables, a pesar de decir el Señor: No matarás al inocente y al justo. Ahora, pues, si la viste, di bajo qué árbol les viste hablar entre sí. El dijo: Bajo un lentisco. Y dijo Daniel: Bien has mentido contra tu cabeza. Porque he aquí que el Angel de Dios, por sentencia de El recibida, te rajará por medio. Y, retirado él, mandó venir al otro, y le dijo: Raza de Canaán, y no de Judá, la belleza te engañó, y la concupiscencia pervirtió tu corazón: así hacíais con las hijas de Israel, y ellas os hablaban con temor: pero la hija de Judá no sufrió vuestra iniquidad. Ahora, pues, dime bajo que árbol les sorprendiste hablando entre sí. El dijo: Bajo una encina. Y díjole Daniel: Bien has mentido tú también contra tu cabeza: porque el Angel del Señor permanece con la espada desenvainada, para que te parta por medio, y os mate. Exclamó, pues, toda la muchedumbre con gran voz, y bendijeron a Dios, el cual salva a los que esperan en El. Y se levantaron contra los dos viejos (porque los había convencido Daniel, por su propia boca, de haber dicho falso testimonio), e hicieron con ellos el mal que ellos habían tramado contra el prójimo: y los mataron, y se salvó aquel día la sangre inocente.

La virtud recompensada. — Ayer, participamos de la alegría de los catecúmenos, a quienes la Iglesia reveló claramente esta fuente pura y vivificadora que mana del Salvador y en cuyas

aguas van muy pronto a beber una nueva vida. Hoy la enseñanza es para los Penitentes cuya reconciliación está muy próxima. Pero ¿cómo pueden esperar aun el perdón aquellos que han manchado la vestidura blanca de su bautismo y despreciado la sangre divina que les había rescatado? No importa, obtendrán el perdón y se salvarán. Si queréis comprender este misterio, tenéis que leer y meditar antes las Sagradas Escrituras. En ellas aprenderéis cómo para el hombre hay una salvación que tiene su origen en la justicia y otra en la misericordia. Hoy tenemos ante nuestra presencia ejemplos de ambas clases. Susana acusada injustamente de adulterio, recibe de Dios, que la hace justicia y la libra, la recompensa de su virtud; en cambio otra mujer verdaderamente culpable de este crimen, Jesucristo mismo la libra de la muerte. Los justos esperen con confianza y humildad la recompensa que han merecido; y los pecadores esperen también en la bondad del Redentor que vino al mundo para ellos más bien que para los justos. Por eso la Iglesia reanima a sus penitentes y los llama para que se conviertan, mostrándoles las riquezas del Corazón de Jesús y la misericordia de la nueva ley que este divino Redentor vino a sellar con su sangre.

LA IGLESIA, FIEL A CRISTO. — En esta admirable historia de Susana veían también los pri-

meros cristianos la figura de la Iglesia de su tiempo solicitada al mal por los paganos y permaneciendo fiel a su Divino Esposo hasta poner en peligro su vida. Un Obispo mártir del siglo tercero, S. Hipólito, nos da la clave de este símbolo[1] y las esculturas de los antiguos sarcófagos cristianos así como las pinturas de las catacumbas romanas están de acuerdo en representarnos la fidelidad de Susana a la ley de Dios, a pesar de su inminente muerte, como el modelo de los mártires prefiriendo la muerte a la apostasía, que en el sentir de la Sagrada Escritura es verdadero adulterio del alma con Dios, de quien era esposa mediante el bautismo.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo fué Jesús al Monte de los Olivos y luego, por la mañana, fué al templo, y todo el pueblo acudió a El, y, sentándose, les enseñaba. Y los escribas y fariseos le llevaron una mujer sorprendida en adulterio; y la colocaron en medio, y le dijeron: Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en adulterio. Ahora bien, Moisés nos ordenó en su Ley que apedreáramos a estas tales. Pero tú, ¿qué dices? Y esto lo decían tentándole, para poder acusarle. Mas Jesús, inclinándose hacia abajo, con el dedo escribía en la tierra. Pero como ellos continuasen preguntándole, se incorporó, y les dijo: El que de vosotros esté sin pecado, que lance contra ella la primera piedra. E, inclinándose de nuevo, escribía en la tierra. Al oírlo, salieron uno en pos de otro, comenzando por los más ancianos: y se quedó

[1] In Danielem, p. 27, Edit. Fabricii.

solo Jesús, y la mujer que estaba en medio. Y, levantándose Jesús, le dijo: Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Nadie te ha condenado? Dijo ella: Nadie, Señor. Y dijo Jesús: Tampoco yo te condenaré: vete, y no vuelvas a pecar más.

El pecado perdonado. — Ahora vamos a ver la salvación mediante la misericordia. El crimen de esta mujer es real; la ley la condena a muerte; sus acusadores, al exigir el castigo, están en sus justos derechos; y a pesar de eso la culpable no perecerá. Jesús la pone en libertad, y por este beneficio la impone una sola condición: que no peque más. ¡Cuán agradecida debió ser con su libertador! ¡Qué cuidado debió poner en adelante para seguir los mandatos de Aquel que no la había querido condenar y a quien debía la vida! Ya que también nosotros somos pecadores penetrémonos bien de estos sentimientos, contemplando a nuestro Redentor. ¿Acaso no fué El quien contuvo el brazo de la divina justicia, dispuesto a herirnos? ¿No fué El quien recibió en su mismo cuerpo los golpes? Salvados por su misericordia, unámonos a los Penitentes de la primitiva Iglesia, y durante estos días que todavía nos quedan pongamos fundamentos fuertes a nuestra nueva vida.

Los pecados de la lengua.— Jesús sólo responde una palabra a los Fariseos que han venido a tentarle con el pretexto de esta mujer; pero

esta palabra lacónica nosotros la debemos tener en sumo respeto y veneración, porque manifiesta la conmiseración del divino Salvador con esta pecadora que se halla avergonzada ante su presencia y tiene también una lección práctica para nosotros: *quien entre vosotros esté sin pecado que arroje contra ella la primera piedra*. Durante este tiempo de reparación y penitencia examinémonos de las murmuraciones de que nos hemos hecho reos para con el prójimo, estos pecados de la lengua de que tan poco caso se hace, se olvidan tan pronto, porque manan, por decirlo así, de la fuente. Si se guardara la palabra del Salvador como se debe, en lo íntimo de nuestro corazón; si antes de hablar hubiéramos visto nuestras flaquezas, ¿no es cierto que jamás hubiéramos tenido valor para atacar la conducta del prójimo, revelar sus faltas, juzgar hasta sus pensamientos e intenciones? Pongamos cuidado en adelante: Jesús conocía la vida de los acusadores de esta mujer; la nuestra la conoce hasta en sus más mínimos detalles. Pobres de nosotros si no somos indulgentes con nuestros hermanos. Consideremos finalmente la malicia de los enemigos del Salvador y la deslealtad con que le arman un lazo. Si habla en favor de la vida de esta mujer, le acusarán de que desprecia la ley de Moisés, que manda lapidarla; si responde conforme está mandado en la ley, le entregarán al pueblo como un hombre cruel y sanguinario.

Jesús con su celestial prudencia, sale vencedor de sus ardides; nosotros debemos aprender de aquí qué suerte le está reservada el día en que, viéndose cogido entre sus manos, ya no opondrá a sus calumnias y ultrajes sino que guardará silencio y la paciencia de una víctima condenada a muerte.

ORACION

Oremos: Alarga, Señor, a tus fieles la diestra de tu celestial auxilio; para que te busquen de todo corazón y merezcan alcanzar lo que justamente piden. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

CUARTO DOMINGO DE CUARESMA

EL DOMINGO DE LA ALEGRÍA.—Este domingo, llamado *Laetare,* por comenzar así la primera palabra del Introito de la Misa, es uno de los más célebres del año. Este día, la Iglesia suspende las tristezas de Cuaresma; los cantos de la Misa sólo hablan de la alegría y el consuelo; el órgano, mudo en los tres domingos precedentes, se hace oír hoy; el diácono viste la dalmática, el subdiácono la túnica; y se permite sustituir los ornamentos de color morado por los de rosa. Ya vimos, en el Adviento, practicar estos mismos ritos en el tercer domingo llamado *Gau-*

dete. Esta nota de alegría que la Iglesia pone hoy en su Liturgia tiene por fin felicitar a sus hijos por su celo. Han recorrido ya la mitad de la santa Cuaresma y quiere estimular sus energías para coronar la carrera [1].

La estación. — En Roma, se celebra la estación en la basílica de Santa Cruz de Jerusalén, una de las siete principales de la ciudad eterna. También se la llamó la basílica Sesoriana, porque, en el siglo IV, se trasladó al palacio Sesoriano; Santa Elena la quiso hacer como la Jerusalén de Roma y por eso la enriqueció de preciosas reliquias. Mandó trasportar en vistas a este fin, una gran cantidad de tierra, tomada del monte Calvario y la colocó en este santuario, además, de otros recuerdos de la Pasión del Salvador, como la inscripción colocada sobre la cabeza, cuando agonizaba en la Cruz, y que aún hoy día se venera allí con el nombre de *Título* de la Cruz. El nombre de Jerusalén dado a esta basílica, renueva todas las esperanzas del cristiano, ya que recuerda la patria celestial, la verdadera Jerusalén, de la que aún estamos desterrados; todo esto ha contribuído a que los Soberanos

[1] Como antiguamente la Cuaresma comenzaba no el miércoles de Ceniza, sino el primer domingo de Cuaresma, resultaba que el cuarto domingo fijaba exactamente la mitad del tiempo cuaresmal. Este era el domingo de la Media Cuaresma. Más tarde se adelantó la Cuaresma cuatro dias, la Mitad de la Cuaresma se adelantó del domingo al jueves. De todo esto no tenemos indicios en los textos litúrgicos.

Pontífices, ya desde muy antiguo, la escogiesen para la estación de este día. Hasta los tiempos en que los Papas vivían en Aviñón se inauguraba en este templo la Rosa de oro, ceremonia que hoy día tiene lugar en el palacio en que reside el Papa.

LA ROSA DE ORO. — La bendición de la Rosa de oro es aún hoy día uno de los ritos propios del cuarto domingo de Cuaresma: También se le ha llamado por este motivo domingo de la *Rosa*. Las ideas seductoras que despierta esta flor están muy en armonía con los sentimientos que la Iglesia hoy quiere inspirar a sus hijos a quienes la alegre Pascua va a abrirles pronto una primavera espiritual, de quien la natural no es más que una pálida figura; también esta institución ha tenido suma importancia a través de los siglos.

S. León IX, en el año 1049, la instituyó en la abadía de Santa Cruz de Woffencheum; nos queda un sermón sobre la Rosa de oro, que Inocencio III pronunció en este día en la Basílica de Santa Cruz de Jerusalén [1]. En la Edad Media cuando el Papa residía aun en el palacio de Letrán, después de haber bendecido la Rosa, se dirigía acompañado de todo el Sacro Colegio hacia la Iglesia estacional, llevando en la mano

[1] P. L., t. CCXVIII, c. 393.

esta flor Simbólica. Una vez llegado a la basílica, pronunciaba un discurso sobre los misterios que representa la Rosa por su belleza, su color y su perfume. A continuación se celebraba la Misa. Una vez acabada, el Pontífice volvía a Letrán atravesando la llanura que separaba las dos basílicas, llevando siempre en su mano la Rosa. A la llegada a las puertas del palacio, si había algún príncipe entre los que formaban el cortejo, era deber suyo sostener el estribo y ayudar al Pontífice a bajar del caballo; como recompensa de su cortesía recibía esta Rosa, objeto de tantos honores.

Hoy día, la ceremonia no es tan importante, sin embargo ha conservado todos sus ritos principales. El Papa bendice la Rosa de oro en la *sala de los ornamentos,* la unge con el santo crisma y derrama encima polvos olorosos, conforme al rito usado en otras épocas; y cuando ha llegado el momento solemne de la Misa entra en la capilla del palacio llevando la flor entre sus manos. Durante el santo sacrificio, se la coloca sobre el altar en un rosal de oro preparado; finalmente, cuando ha terminado la Misa, se la lleva al Pontífice, que sale de la capilla llevándola en las manos hasta llegar a la *sala de los ornamentos.* Ordinariamente también hoy el Papa la suele enviar a algún príncipe o princesa a quien quiere honrar; otras veces obtienen esta distinción una ciudad o una iglesia.

Bendición de la Rosa de oro. — Ponemos aquí la traducción de la hermosa oración con que el Sumo Pontífice bendice la Rosa de oro; ayudará a penetrar mejor el misterio de esta ceremonia, que da tanto esplendor al cuarto domingo de Cuaresma. He aquí los términos de que está compuesta esta oración: "Oh Dios, que has creado todo con tu palabra y poder y gobiernas todas las cosas con tu voluntad, Tú que eres la alegría y el consuelo de todos los fieles; rogamos a tu majestad quiera bendecir y santificar esta Rosa tan agradable por su aspecto y su perfume, que nosotros, tenemos que llevar hoy en nuestras manos como señal de alegría espiritual; a fin de que el pueblo que está consagrado arrancado del yugo de la cautividad de Babilonia por la gracia de tu único Hijo que es la gloria y alegría de Israel, represente con un corazón sincero las alegrías de esta Jerusalén superior que es nuestra Madre, y como tu Iglesia salta de gozo, ante su presencia, glorificando tu nombre, Tú, Señor, concédele un consuelo verdadero y perfecto. Acepta la devoción, perdona los pecados, aumenta la fe; cura con tu protección, protege con tu misericordia, destruye los obstáculos, concede todos los bienes, a fin de que esta misma Iglesia te ofrezca el fruto de las buenas obras, siguiendo tras el olor de esta flor que, dimana del tallo de Jesé, recibe el nombre místico de flor de los campos y lirio de los valles y que merece gustar

una alegría intensa en la gloria celestial en la compañía de todos los santos con esta flor divina que vive y reina contigo, en unión del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén."

La multiplicación de los panes. — Ahora vamos a hablar de otro nombre que se ha dado al cuarto domingo de Cuaresma y que tiene relación con la lectura del Evangelio que nos propone hoy la Iglesia. En efecto, a este domingo se le ha designado en muchos documentos antiguos con el nombre de domingo de *los cinco panes*. El milagro que recuerda este título, a la vez que completa el ciclo de las instrucciones cuaresmales, se asocia a las alegrías de este día. Perdemos de vista unos momentos la Pasión inminente del Hijo de Dios, para ocuparnos en el más grande de sus beneficios, pues en la figura de estos dones materiales multiplicados por el poder de Jesús, nuestra fe debe descubrir en este "Pan de vida" bajado del cielo, que da la vida al mundo"[1]. La Pascua está cerca, dice el Evangelio y pocos días más tarde nos dirá el mismo Salvador: "Ardientemente he deseado comer esta Pascua con vosotros"[2]. Antes de salir de este mundo para ir a su Padre, quiere saciar a estas turbas que se le han agregado a su paso, y para eso se dispone a invocar su gran poder. Con ra-

[1] *S. Juan*, VI, 35.
[2] *S. Luc.*, XXII, 15.

zón admiráis este poder creador a quien fué suficiente cinco panes y dos peces para alimentar cinco mil hombres, sobrando restos después del banquete de tal modo que se pudieron llenar doce canastos. Un prodigio tan ruidoso basta sin duda para mostrar la misión de Jesús; sin embargo, esto no es más que una prueba de su poder, una figura de lo que va hacer pronto, y no una o dos veces, sino todos los días, hasta la consumación de los siglos; y no en provecho de cinco mil personas, sino de la multitud innumerable de sus fieles. Contad en la superficie de la tierra cuántos millones de cristianos participarán del banquete Pascual; el mismo a quien vimos nacer en Belén, *Casa de Pan,* se nos va a dar en alimento, y esta comida divina jamás se agotará. Seréis saciados como lo fueron vuestros padres y las generaciones que os sigan serán también llamadas a probar *cuán dulce es el Señor*[1].

Jesús alimentó en el desierto a estos hombres que son figuras de los cristianos, este pueblo ha abandonado el ruido de la ciudad para seguir a Jesús, deseando oír su palabra, no teme ni el hambre, ni la fatiga, y su audacia se ha visto recompensada. Así coronará el Señor nuestros ayunos y abstinencias al final de este período del que ya hemos recorrido la mitad. Alegrémonos pues, y vivamos este día confiando en nuestra próxima llegada al término. Llega el momento

[1] Psal., XXXIII, 9.

en que nuestra alma, sanada de Dios, ya no se queja de las fatigas del cuerpo, porque unidas a la compunción del corazón la han merecido un lugar de distinción en el inmortal festín.

La Eucaristía. — La Iglesia primitiva no dejaba de proponer a los fieles este milagro de la multiplicación de los panes como emblema del inagotable alimento eucarístico; también se le encuentra con frecuencia en las pinturas de las catacumbas y en los bajorrelieves de los antiguos sarcófagos cristianos. Los peces junto con los panes aparecen también en los antiguos monumentos de nuestra fe; los primeros cristianos tenían la costumbre de representar a Jesucristo simbolizado por el Pez, porque la palabra Pez en griego está formada de cinco letras y cada una es la primera de estas palabras: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador. En este día que es el último de la semana *Mesonestima,* los griegos honran a S. Juan Clímaco, el célebre Abad del monasterio del monte Sinaí, del siglo vi.

MISA

Pronto pasarán los setenta años de la cautividad. Todavía un poco de tiempo y los desterrados volverán a Jerusalén; este es el pensamiento que la Iglesia ha puesto en los textos de esta Misa. No se atreve aun a hacer oír el Alleluia; pero sus cantos están llenos de alegría.

Unos días más y la casa del Señor revestirá todo su esplendor.

INTROITO

Alégrate, Jerusalén: y alegraos con ella, todos los que la amáis: gozaos con alegría, los que estuvisteis en la tristeza: para que os regocijéis, y os saciéis de las ubres de vuestra consolación. — *Salmo:* Me alegré de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Gloria al Padre.

En la colecta la Iglesia manifiesta que sus hijos han merecido las penitencias que se imponen; pero pide para ellos la gracia de poder hoy respirar un poco, pensando que pronto gozarán del consuelo que les esperaba.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que nos afligimos por causa de nuestra acción, respiremos con el consuelo de tu gracia. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Gálatas.

Hermanos: Escrito está: Que Abraham tuvo dos hijos: uno de la esclava, y otro de la libre. Pero, el que tuvo de la esclava, nació según la carne: el que tuvo de la libre nació en virtud de la promesa: esto ha sido dicho en alegoría. Porque estas (madres) son los dos Testamentos. El uno, dado en el Monte Sinaí, engendra para la esclavitud: éste es Agar. Porque el Sinaí es un monte de Arabia, que corresponde a la Jerusalén del presente, la cual sirve con sus hijos. Pero la Jerusalén de arriba es libre, y ésta es nuestra madre.

Porque está escrito: Alégrate, estéril, que no pares: prorrumpe, y clama, la que no das a luz: porque los hijos de la abandonada son más numerosos que los de la que tiene marido. Y nosotros, hermanos, somos, como Isaac, hijos de la promesa. Pero, así como entonces el nacido según la carne perseguía al nacido según el espíritu, así es también ahora. Mas, ¿qué dice la Escritura? Arroja a la esclava y a su hijo: porque no será heredero el hijo de la esclava con el hijo de la libre. De modo, hermanos, que no somos hijos de la esclava, sino de la libre: con la libertad con que Cristo nos libertó.

LA VERDADERA LIBERTAD. — Alegrémonos, pues, hijos de Jerusalén y no del Sinaí. La madre que nos ha dado el ser, la Iglesia, no es esclava sino libre y nos dió la vida para que gozásemos de libertad. Israel servía a Dios por temor; su corazón, inclinado siempre a la idolatría, necesitaba se le reprimiese con frecuencia y que el yugo llagase sus espaldas. Nosotros, más felices que él, le servimos por amor, y el "yugo nos es blando y la carga ligera"[1]. No somos ciudadanos de la tierra; sólo estamos de paso; nuestra única patria es la Jerusalén celestial. La de la tierra, se la dejamos al judío, que se goza en las cosas terrenas; con su esperanza interesada desprecia a Cristo y trama su rápida crucifixión. Durante mucho tiempo nos hemos arrastrado como él sobre la tierra; el pecado nos tenía encadenados; cuanto más pesaban sobre nosotros las cadenas de nuestra esclavitud, más creíamos que estába-

[1] *S. Mat.* XI, 30.

mos libres. Ha llegado el tiempo propicio y los días de salvación también están presentes; y, dóciles a la voz de la Iglesia, hemos tenido la felicidad de entrar en los sentimientos y prácticas de la Santa Cuaresma. Hoy, el pecado se nos presenta como el más inaguantable de las sujecciones, la carne como una carga peligrosa, el mundo como un tirano inhumano; comenzamos a respirar y la esperanza de un próximo rescate nos inspira vivos entusiasmos. Agradezcámoselo efusivamente a nuestro libertador, nos saca él de la esclavitud de Agar, nos libra del terror del Sinaí, y, sustituyéndonos al antiguo pueblo, nos abre con su sangre las puertas de la Jerusalén celeste.

El Gradual expresa la alegría de los gentiles convocados para venir a posesionarse de la casa del Señor que en adelante será suya. El Tracto celebra la protección de Dios sobre la Iglesia, la nueva Jerusalén que no será destruída como la primera. Esta ciudad santa comunica a sus hijos la seguridad de que goza; el Señor protege a su pueblo y también a ella.

GRADUAL

Me alegré de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Haya paz en tu antemuro: y abundancia en tus palacios.

TRACTO

Los que confían en el Señor son como el monte Sión: no será nunca quebrantado el que habita en

Jerusalén. ℣. Montes hay en torno de ésta: y el Señor está en torno de su pueblo desde ahora y para siempre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo pasó Jesús al otro lado del mar de Galilea, donde está Tiberiades: y le siguió una gran muchedumbre, porque veían los prodigios que hacía con los que estaban enfermos. Subió, pues, Jesús al monte: y sentóse allí con sus discípulos. Y estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Y, como alzase los ojos Jesús, y viese que había venido a El una gran muchedumbre, dijo a Felipe: ¿Dónde compraremos panes, para que coman éstos? Pero esto lo decía para probarle: porque El ya sabía lo que había de hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno reciba un poco. Dícele uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: Hay aquí un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces: pero, ¿qué es esto para tantos? Dijo entonces Jesús: Haced que se sienten los hombres. Y había mucha hierba en aquel lugar. Sentáronse, pues, los hombres en número de casi cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes, y, habiendo dado gracias, los distribuyó entre los sentados: e hizo lo mismo con los peces, dando a todos cuanto quisieron. Y, cuando se saciaron, dijo a sus discípulos: Recoged los restos que han sobrado, para que no perezcan. Los recogieron, pues, y llenaron doce cestos con las sobras de los cinco panes de cebada, que dejaron los que habían comido. Y aquellos hombres, cuando vieron que Jesús había hecho un milagro, dijeron: Este es el verdadero Profeta, que ha de venir al mundo. Pero, cuando conoció Jesús que iban a venir para arrebatarle y hacerle rey, huyó de nuevo al monte El solo.

REALEZA ESPIRITUAL DE CRISTO. — Estos hombres que el Señor acababa de saciar su hambre con tanta bondad y en virtud de un poder tan milagroso, les domina un solo pensamiento: proclamar a Jesús por Rey. Este poder y bondad que Jesús ha manifestado con ellos le ha hecho digno, a su juicio, de que reine sobre ellos. ¿Qué haremos, pues, nosotros, cristianos, que conocemos mucho mejor este doble atributo del Salvador, que los pobres judíos? Desde hoy mismo debemos llamarle para que reine en nosotros. Acabamos de verlo en la Epístola, nos ha puesto en libertad, librándonos de nuestros enemigos. Esta libertad sólo la podemos conservar guardando su ley. Jesús no es un tirano como lo son el mundo y la carne; su imperio es benigno y pacífico y nosotros somos sus hijos antes que súbditos. En la corte de este gran Rey servir es reinar. Olvidemos pues en su presencia todas nuestras pasadas servidumbres; y si alguna cadena aun nos sujeta, rompámosla pronto, porque la Pascua es la fiesta de la libertad y ya se divisa en el horizonte el crepúsculo de este gran día. Caminemos animosos hacia el término; Jesús nos dará el descanso y nos hará sentar sobre el césped como a este pueblo de quien habla el Evangelio. El Pan que nos tiene preparado hará que pronto olvidemos las fatigas del camino.

En el Ofertorio la Iglesia continúa usando las palabras de David para alabar al Señor pero de

modo particular goza celebrando hoy su bondad y su poder.

OFERTORIO

Alabad al Señor, porque es benigno: salmead a su nombre, porque es suave: todo cuanto quiso lo ha hecho en el cielo y en la tierra.

La Colecta pide que el pueblo fiel aumente en devoción, en virtud de los méritos del Sacrificio, que es el principio de la salvación.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires aplacado estos sacrificios: para que aprovechen a nuestra devoción y a nuestra salud. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión la Iglesia ensalza la gloria de la Jerusalén celeste. Canta la alegría de las tribus del Señor que vienen a alimentarse del Pan eucarístico para tomar fuerzas y subir a esta ciudad dichosa.

COMUNION

Jerusalén, que es edificada como una ciudad, como una ciudad bien unida entre sí: allá subirán las tribus, las tribus del Señor, para alabar tu nombre, Señor.

Hoy al proponernos la Iglesia hagamos un acto de fe y amor en el misterio del Pan, pide para nosotros en la Postcomunión, la gracia de participar siempre con el respeto y la preparación que convienen a un misterio tan venerable.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Oh Dios misericordioso, hagas que tratemos con sinceros obsequios, y recibamos con alma siempre fiel, estas cosas santas, de que incesantemente nos saciamos. Por el Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la antigua Iglesia llamada de los Cuatro Coronados, es decir de los Santos Mártires, Severo, Severiano, Carpóforo y Victorino que murieron en la persecución de Diocleciano. Sus cuerpos descansan en este santuario que se honra también de poseer la cabeza del gran mártir S. Sebastián.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, al celebrar con anual devoción esta sagrada abstinencia, te agrademos con el cuerpo y con el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días fueron dos mujeres rameras al Rey Salomón, y se plantaron delante de él, y dijo una de ellas: ¡Ah, señor mío! Yo y esta mujer habitábamos en una casa, y yo parí junto a ella en la habitación. Y, al tercer día, después que parí yo, parió también ésta: y estábamos juntas, y no había nadie más con nosotras en la casa, excepto nosotras dos. Y murió el hijo de esta mujer una noche, porque, mien-

tras dormía, lo ahogó. Y, levantándose a media noche, quitó mi hijo de mi lado y lo puso en su seno: y su hijo, que estaba muerto, lo puso en mi seno. Y, cuando me levanté por la mañana, para dar el pecho a mi hijo, apareció muerto; pero, examinándolo con más diligencia a la clara luz, reconocí que no era el mío, el que yo engendrara. Y respondió la otra mujer: No es así como dices, sino que tu hijo murió, y el mío vive. Por el contrario, ella decía: Mientes: porque mi hijo vive, y tu hijo murió. Y de este modo altercaban ante el rey. Entonces dijo el rey: Esta dice: Mi hijo vive, y tu hijo murió. Y ésta responde: No, sino que tu hijo murió, y el mío vive. Dijo, pues, el rey: Traedme una espada. Y, cuando presentaron la espada ante el rey: Dividid, dijo, el niño vivo en dos partes, y dad media parte a una, y media parte a otra. Entonces dijo la mujer, cuyo hijo estaba vivo delante del rey (porque se conmovieron sus entrañas por su hijo): ¡Por favor, señor! ¡Dadle a ella el niño vivo, y no lo matéis! Por el contrario, la otra decía: No sea ni para mí, ni para ti; sino que se divida. Respondió el rey, y dijo: Dadle a aquélla el niño vivo, y no se le mate: porque ella es su madre. Oyó, pues, todo Israel el juicio, que había hecho el rey, y temieron al rey, viendo que la sabiduría de Dios estaba en él para hacer justicia.

NUESTRA MADRE LA IGLESIA. — S. Pablo nos explicaba en la Epístola de la Misa de ayer el antagonismo de la Sinagoga y la Iglesia y cómo el hijo de Agar persigue al hijo de Sara, a quien ha preferido el Padre de familia. Hoy, estas dos mujeres que comparecen ante Salomón nos recuerdan esta misma idea. Se disputan un hijo; este hijo representa a la Gentilidad que comien-

za a conocer al verdadero Dios. La Sinagoga figurada por la mujer que dejó morir su hijo, es decir, el pueblo a ella confiado, reclama injustamente a aquel que no pudo llevar en su seno; y como esta reclamación no se le inspiraba su amor de madre sino su orgullo, le es indiferente que se le mate, con tal que le sea arrebatado a su verdadera madre la Iglesia. Salomón, el *Rey Pacífico,* figura de Cristo entrega el hijo, a quien después de concebirle le dió a luz y le alimentó; de este modo quedó avergonzada la madre falsa; amemos, pues, a nuestra santa madre la Iglesia, Esposa de nuestro Salvador. Mediante el bautismo nos ha hecho hijos de Dios, nos ha alimentado con el Pan de Vida, nos ha infundido el Espíritu santo, y, finalmente, cuando hemos tenido la desgracia de recaer en pecado, nos ha devuelto la vida, mediante el poder divino de las llaves. El amor filial para con la Iglesia es la señal de los elegidos, la obediencia a sus mandamientos es la nota de un alma, en que reina Dios en ella.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, estaba cerca la Pascua de los judíos, y subió Jesús a Jerusalén: y encontró en el templo a los que vendían bueyes, y ovejas, y palomas, y a los cambistas sentados. Y, haciendo como un azote de cuerdas, los arrojó a todos del templo, y también las ovejas, y los bueyes, y derramó el dinero de los cambistas, y derribó las mesas. Y, a los que vendían

palomas, les dijo: Quitad esto de aquí, y no hagáis de la casa de mi Padre una casa de negocios. Y recordaron sus discípulos que estaba escrito: El celo de tu casa me comió. Pero respondieron los judíos, y dijeron: ¿Qué pruebas nos das, para poder hacer esto? Respondió Jesús, y dijo: Destruid este templo, y en tres días lo reedificaré. Dijéronle entonces los judíos: En cuarenta y seis años fué edificado este templo: ¿y tú lo reedificarás en tres días? Pero El lo decía del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó de entre los muertos, recordaron sus discípulos esto que había dicho, y creyeron en la Escritura, y en las palabras que dijo Jesús. Y, cuando estuvo en Jerusalén, durante la fiesta de la Pascua, creyeron muchos en su nombre, viendo los prodigios que hacía. Pero Jesús no se fiaba de ellos, porque los conocía a todos, y porque no necesitaba que nadie le diera testimonio de hombre alguno: pues El mismo sabía lo que hay en el hombre.

El alma templo de Dios. — El martes de la primera semana vimos ya cómo el Señor arrojó a los vendedores del templo. La Iglesia insiste sobre este hecho en la Cuaresma, porque nos presenta la severidad que usa Jesucristo con el alma, dominada por las pasiones terrenas. ¿Pues qué son nuestras almas sino el templo de Dios? Las ha creado y santificado para que sean su morada y por tanto quiere que todo sea digno de este sublime destino que se las ha dado. En estos días en que examinamos nuestras almas, ¿cuántos vendedores profanos vemos que habitan en la casa del Señor? Expulsémoles cuanto antes; pidamos al Señor que también El los arroje con el látigo de su justicia. Pronto llega el

día de obtener el perdón; vigilemos para hacernos libre de recibirlo.

CONVERSIÓN PROFUNDA. — ¿Nos hemos fijado en lo que dice el Evangelio de aquellos judíos, que más sinceros que los demás, creyeron en El, a causa de los milagros que le veían obrar? *Y sin embargo Jesús no se fiaba de ellos porque los conocía muy bien a todos*. Hay hombres que hasta llegan a creer, a reconocer a Cristo, sin que esto sea motivo para que su corazón se cambie. ¡Oh corazón duro del hombre! ¡Oh cruel congoja para la conciencia de los ministros de la salvación! Hay pecadores, gente del mundo, que en estos días se acercan al tribunal de la penitencia; creen, confiesan sus pecados; y la Iglesia no se fía de su arrepentimiento. Ya sabe que, poco después de la Comunión Pascual, se convertirán en lo que eran el día que se les impuso la ceniza de penitencia; tiembla al pensar en el peligro que estas almas, divididas entre Dios y el mundo, incurren recibiendo sin preparación, sin conversión sincera al Santo de los santos; por otra parte, se acuerda de que está escrito que no hay que apagar la mecha que aun humea, ni de acabar de romper la caña ya nacida [1]. Roguemos por estas almas cuya suerte es tan inquietante y pidamos para los pastores de la Iglesia algunos rayos de esta luz en que Jesús conocía todo lo que había en el hombre.

[1] *Isaías*, XLII, 3.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, escuches benigno nuestros ruegos: y, a los que les concedes el deseo de pedir, dales el auxilio de tu protección. Por el Señor.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de S. Lorenzo *in Damaso;* se la da este nombre porque se construyó, en el siglo IV, en honor del Arcediano de la Iglesia Romana, por el Papa S. Dámaso (366-384) cuyo cuerpo se conserva aun hoy día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que los ayunos de esta sagrada cuaresma aumenten nuestra piadosa devoción y nos procuren el continuo auxilio de tu propiciación. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro del Exodo.

En aquellos días habló el Señor a Moisés, diciendo: Desciende del monte: ha pecado tu pueblo, el que sacaste de la tierra de Egipto. Se han apartado pronto del camino que les mostraste: y se han fabricado un becerro fundido, y lo han adorado; e, inmolándole víctimas, han dicho: Estos son tus dioses, Israel, los que te sacaron de la tierra de Egipto, Y dijo de nuevo Dios a Moisés: Veo que este pueblo es de dura cer-

viz: déjame, para que se irrite mi furor contra ellos, y les borre, y te haga jefe de un gran pueblo. Pero Moisés oró al Señor, su Dios, diciendo: ¿Por qué, Señor, se irrita tu furor contra tu pueblo, a quien sacaste de la tierra de Egipto con gran fortaleza, y con mano robusta? Que no digan, te ruego, los egipcios: Los sacó astutamente, para matarlos en los montes, y borrarlos de la tierra: cálmese tu ira, y perdona la maldad de tu pueblo. Acuérdate de tus siervos Abraham, Isaac e Israel, a quienes juraste por ti mismo, diciendo: Multiplicaré vuestra semilla como las estrellas del cielo: y toda esta tierra, de que he hablado, la daré a vuestra descendencia, y la poseeréis siempre. Y se aplacó el Señor, y no ejecutó el mal que había pensado contra su pueblo.

La idolatría moderna. — El crimen de la idolatría estaba el más extendido en el mundo, cuando se comenzaba a predicar el Evangelio. Durante muchos siglos todas las generaciones de Catecúmenos que la Iglesia iniciaba, en estos días en la verdadera fe, estaban inficionados en esta herejía. Para infundir a estos elegidos un horror provechoso de su vida pasada, se les leía hoy estas terribles palabras de Dios. Si Moisés no hubiese intercedido, hubiera exterminado como castigo de su recaída en la idolatría, a un pueblo con quien había obrado prodigios inauditos y El mismo en persona había venido a darles su ley. Entre nosotros, hoy día, ya no existe este culto grosero de adorar a los falsos dioses, pero lo practican muchos pueblos aun rebeldes a la predicación del Evangelio. Digámoslo todo;

aun podría renacer, en el corazón de nuestra Europa si la fe de Jesucristo se perdiese. ¿No se vió, cómo a fines del siglo XVIII, se colocó en los altares a la diosa Razón, coronada de flores recibiendo los honores de un incienso sacrílego? Un hombre, o una sociedad entregados a Satanás no son dueños de plantarse donde les plazca. Es cierto que los descendientes de Noé debieron amedrentarse ante el espectáculo del diluvio, cuyas consecuencias sufrió por mucho tiempo la tierra; sin embargo la idolatría hizo de nuevo grandes progresos, cuando Dios se vió como forzado a escoger a Abrahán para preservarle. Agradezcámoslo a la Iglesia. Sus enseñanzas y su moral nos preservan de este bochorno y brutalidad, resistamos a nuestras pasiones porque todas nos conducirán a la idolatría si nos falta la luz de la fe.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, hacia la mitad de la fiesta, subió Jesús al templo, y enseñaba. Y se admiraban los judíos, diciendo: ¿Cómo sabe éste letras, sin haber estudiado? Respondióles Jesús, y dijo: Mi doctrina no es mía, sino del que me ha enviado. Si alguien quisiere hacer su voluntad, conocerá si la doctrina es de Dios o si hablo yo de mí mismo. El que habla de sí mismo busca su propia gloria. Pero, el que busca la gloria del que le ha enviado, es veraz, y no hay en él injusticia. ¿No os dió Moisés la Ley, y, sin embargo, nadie de vosotros observa la Ley? ¿Por qué intentáis matarme? Respondió la turba, y dijo: Tienes el demonio;

¿quién intenta matarte? Respondió Jesús, y díjoles: Sólo una obra he hecho, y todos os admiráis. Cierto, Moisés os dió la circuncisión (no porque sea de Moisés, sino de los padres): y todos circuncidáis al hombre en sábado. Si recibe el hombre la circuncisión en sábado para que no sea quebrantada la Ley de Moisés: ¿os indignáis contra mí, porque he sanado en sábado todo un hombre? No juzguéis según la apariencia, sino juzgad justo juicio. Dijeron entonces algunos de Jerusalén: ¿No es éste el que buscan para matarle? Pues mira cómo habla en público, y no le dicen nada. ¿Acaso han reconocido los príncipes que éste es el Cristo? Pero nosotros sabemos de dónde es éste: mas, cuando venga el Cristo, nadie sabrá de dónde será. Y Jesús clamaba en el templo, enseñando y diciendo: También a mí me conocéis, y sabéis de dónde soy, y no he venido de mí mismo, sino que es verdadero el que me ha enviado, al cual desconocéis vosotros. Yo le conozco, porque vengo de El, y El me ha enviado. Quisieron entonces prenderle, pero nadie puso en El las manos, porque aun no había llegado su hora. Y muchos del pueblo creyeron en El.

Respuesta sobre el Mesías. — La lectura del Santo Evangelio nos hace pensar en el inminente sacrificio del Cordero divino dispuesto a ofrecerse en Jerusalén. Aun no ha llegado la hora, mas no tardará. Se le busca ya para darle la muerte. La pasión de sus enemigos les ciega hasta tal punto que les hace ver en El a un violador del Sábado, porque cura a los enfermos con un solo acto de su voluntad en el día del Señor. Jesús rebate sus prejuicios sin lograr ningún fruto; les recuerda que tampoco ellos

hallan dificultad practicar la circuncisión o en sacar de sus abrevaderos su buey o su asno si hubieren caído en él. Ni quieren escuchar. Les domina una sola cosa: hacer desaparecer a Jesús. Sus prodigios son innegables y todos obrados con un fin misericordioso para con el hombre; únicamente rehusa ofrecer a la vana admiración de sus enemigos los milagros que le piden para saciar su curiosidad o adular su orgullo; y lejos de agradecer el uso que hace de los milagros en favor de los hombres, se atreven a decir, que no sólo los obra mediante el poder de Beelcebú, sino que El mismo está poseído del demonio. Causa horror el oír tan horribles blasfemias y sin embargo el orgullo de estos doctores judíos les lleva hasta cometer estos desatinos e impiedades: y la sed de sangre se enardece cada vez más en su corazón. Mientras algunos del pueblo seducidos por sus jefes, se dejaban arrastrar por un ciego fanatismo, otros más indiferentes recapacitan acerca del Mesías, y no hallan en Jesús, los distintivos de este enviado de Dios. Quieren que, cuando venga a este mundo no se sepa su origen. No obstante esto los Profetas han anunciado que debe nacer de la sangre de David; su genealogía será uno de los principales caracteres; pero todo Israel sabe que Jesús procede de esta familia real. Por otra parte también sabe que el Mesías debe tener un origen misterioso, debe venir de Dios. La buena acogida de las en-

señanzas de Jesús, confirmadas por tantos milagros, les instruyó a la vez sobre su nacimiento temporal y su filiación divina; mas la indiferencia y cierta maldad depositada en lo último del corazón del hombre les impidió recapitular; tal vez aquellos, mismos en el día del deicidio incluso, gritarán como los demás: "Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos".

ORACION

Oremos: Humillad vuestras cabezas a Dios.

Ten piedad, Señor, de tu pueblo: y, al que lucha con tribulaciones constantes, hazle respirar tranquilo. Pro el Señor.

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

El gran escrutinio. — Este día recibe el nombre de *feria del gran escrutinio* porque, en la Iglesia romana, después de las informaciones y exámenes necesarios, se admitía mayor número de Catecúmenos al Bautismo. La Estación se celebraba en la basílica de S. Pablo Extra-Muros, a causa de la amplitud del edificio, y también para honrar al Apóstol de los gentiles, con los nuevos adeptos que la Iglesia disponía hacer del mismo paganismo. El lector leerá con interés y edificación las fórmulas y ceremonias observadas en esta ocasión.

El Catecumenado. — Una vez reunidos en basílica hacia la hora de mediodía los fieles aspirantes al bautismo, primero se tomaba no de los nombres de los últimos; un acólito l colocaba ordenadamente delante del pueblo, c locando a los hombres a la derecha y las muj res a la izquierda. A continuación un sacerdo recitaba sobre cada uno de ellos la Oración q les hacía catecúmenos porque, hasta aquí, l hemos dado este nombre sin pertenecerlos. les hacía primero la señal de la cruz en la fre te y se les imponía la mano sobre la cabeza. Be decían a continuación la sal, símbolo de la s biduría y se lo daban a gustar a todos.

La Ante-Misa. — Después de estas cerem nias preliminares se les mandaba salir del ten plo y permanecían en el pórtico exterior has que se les llamase. Una vez fuera, la asambl de los fieles, que había quedado en la Iglesi comenzaba el Introito, tomado de las palabr del profeta Ezequiel en las que el Señor anunc cómo reunirá a todos sus elegidos de todas l naciones para derramar sobre ellos una agua p rificante y lavar todas sus manchas. El acóli llamaba a todos los catecúmenos por su nomb y el portero los introducía. Se les ordenaba nuevo, haciendo distinción de sexos, y a los p drinos y madrinas se colocaban junto a ello El Pontífice cantaba entonces la Colecta; de pués, a una invitación del diácono, los padrin

y madrinas hacían la señal de la cruz en la frente de los aspirantes, de quienes debían ser fiadores ante la Iglesia. Les seguían los acólitos y pronunciaban los exorcismos sobre cada uno de los elegidos, comenzando por los hombres y continuando por las mujeres. Después el lector leía un trozo del Profeta Ezequiel, que ponemos a continuación. Le seguía un primer Gradual, compuesto de estas palabras de David: "Venid, hijos míos, escuchadme; os enseñaré a temer al Señor. Acercáos a El y seréis iluminados y vuestros rostros no se avergonzarán."

En la Colecta que seguía a esta lectura, se pedía para los fieles los frutos del ayuno cuaresmal, y a esta oración, seguía una lectura del Profeta Isaías, que anuncia el perdón de los pecados, para aquellos que van a recibir el baño misterioso.

Un segundo Gradual igualmente sacado del Salterio se expresaba de este modo: "Dichoso el pueblo que tiene a Dios por su Señor, el pueblo que el Señor ha escogido para su herencia."

Durante la lectura de los dos Profetas y el canto de los Graduales, tenía lugar la ceremonia de la *abertura de los oídos*. Los sacerdotes iban sucesivamente tomando las orejas de los Catecúmenos imitando la acción de Jesucristo con el sordomudo del Evangelio, y diciendo como El esta palabra: *Epheta;* es decir: *abríos.* Este rito tenía por fin preparar a los Catecú-

menos a recibir la revelación de los misterios que hasta entonces sólo se les había explicado con alegorías. La primera iniciación que recibían se refería a los Evangelios.

Después del segundo Gradual, salían del *Secretarium* precedidos de cirios e incensarios cuatro diáconos llevando cada cual uno de los cuatro evangelios. Se dirigían hacia el Santuario y colocaban los libros sagrados en cada uno de los cuatro ángulos del altar. El Pontífice o un simple sacerdote dirigía a los Catecúmenos la alocución siguiente que aun hoy día leemos en el Sacramentario Gelasiano:

"Antes de comenzar a explicaros los Evangelios, es decir el relato de los hechos de Dios, primero, carísimos, hijos, debo, daros a conocer lo que son los Evangelios, su origen, quién es el autor, por qué son cuatro, quien los ha escrito; finalmente quiénes son estos cuatro hombres, que pronosticados antes por el Espíritu Santo, fueron designados por el profeta. Si no os enseñase todos estos detalles dejaría zozobra en vuestras almas, y como precisamente habéis venido hoy para que se os abran vuestros oídos, no debo comenzar por dejar en la impotencia a vuestras inteligencias. *Evangelio* significa propiamente *buena nueva;* porque es el anuncio de Jesucristo nuestro Señor. El Evangelio nos viene de El, con el fin de anunciar y demostrar que quien hablaba por medio de los profetas, vino en carne mortal a este mundo, como estaba escrito: "*Yo que era quien hablaba, heme aquí.*" Como os tengo que explicar brevemente lo que es el Evangelio y quiénes son estos cuatro hombres anunciados de antemano por el Profeta, vamos a designar

sus nombres mediante las figuras que les explican. Dice el Profeta Ezequiel: *Y he aquí sus rasgos: un hombre y un león a su derecha, un toro y un águila a su izquierda.* Nosotros sabemos que estas cuatro figuras representan a los Evangelistas, cuyos nombres son: Mateo, Marcos, Lucas y Juan."

Después de este discurso, un diácono desde lo alto del ambón, dirigiéndose también a los catecúmenos les decía:

Guardad silencio y estad atentos

Después abriendo el Evangelio de S. Mateo, que había tomado del altar, leía el comienzo hasta el versículo 21. Terminada esta lectura, tomaba la palabra un sacerdote:

"Carísimos hijos, no quiero teneros por más tiempo en suspenso; os voy a explicar qué significan cada una de las figuras de los evangelistas. Mateo tiene la figura de un hombre, porque al principio de su libro, cuenta extensamente la genealogía del Salvador. Comienza de este modo: *Libro de la Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abrahán.* Véis cómo hay motivos para representar a Mateo con la figura de hombre, porque comienza con el nacimiento humano del Salvador."

El diácono que se había quedado en el ambón decía de nuevo:

Guardad silencio y estad atentos

Después leía el principio del Evangelio de S. Marcos, hasta el versículo 8.

Después de esta lectura, el sacerdote volvía a tomar la palabra:

"El evangelista Marcos lleva la figura de león, porque comienza por el desierto, con estas palabras: *La voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor;* o también porque el Señor reina invencible. Esta figura del león es frecuente en las Escrituras; he aquí un ejemplo claro de esta palabra: *Judá, hijo mío, tú eres el cachorro del león; tú has nacido de mi raza; se ha acostado y se ha dormido como un león y como el cachorro de la leona. ¿Quién se atreverá a despertarlo?"*

El diácono dando de nuevo su aviso, leía el principio del Evangelio de S. Lucas hasta el versículo 17; y el sacerdote tomando la palabra decía:

"El Evangelista Lucas lleva la figura de Toro, para recordar la inmolación de nuestro Salvador. Este Evangelista comienza por hablar de Zacarías e Isabel, padres de Juan Bautista, nacido en su ancianidad."

El diácono anunciando de nuevo con la misma solemnidad el Evangelio de S. Juan, del que leía los catorce primeros versículos, el sacerdote volvía a hablar en estos términos:

"Juan tiene la figura de Aguila porque se cierne en las alturas. El dice: *Al principio era el Verbo y el Verbo estaba en Dios y el Verbo era Dios, estaba al principio con Dios.* Y David hablando de la persona del Cristo, se expresa de este modo: *Tu juventud se renovará como la del águila;* porque Jesucristo nuestro

Señor, resucitado de entre los muertos subió a los cielos. Por eso, carísimos hermanos, el que os ha concebido y aun os lleva en su seno se felicita pensando en la nueva familia que va a recibir la ley cristiana, cuando, en el día venerando de la Pascua, renazcáis en el agua bautismal y recibáis de Cristo nuestro Señor, como todos los santos, el don de una fiel infancia."

A la explicación de los cuatro Evangelistas seguía la ceremonia que se llamaba entrega del *Símbolo,* en la cual se decía a los Catecúmenos el Símbolo de los Apóstoles y en los siglos siguientes el de Nicea. Un sacerdote dirigía primero esta alocución:

"Admitidos a recibir el Sacramento del Bautismo y antes de ser objeto de una nueva creación en el Espíritu Santo, debéis, carísimos hijos, concebir en vuestro corazón la fe que ha de justificaros; debéis, por vuestros espíritus trasformados en adelante mediante la virtud, acercaros a Dios que es la luz de vuestras almas. Recibid, pues, el Símbolo evangélico inspirado por el Señor, instituído por los Apóstoles. Son pocas palabras, mas los misterios que encierran son grandiosos; porque el Espíritu Santo que dictó esta fórmula a los primeros maestros de la Iglesia, formuló en él la fe que nos salva, con gran precisión de palabras con el fin de que las verdades que debéis creer y considerar continuamente no se la puedan ocultar a la inteligencia, ni fatigar la memoria. Sed pues diligentes en aprender este Símbolo y lo que os entregamos según tradición, como lo hemos recibido, escribidlo no en una materia corruptible sino en las páginas de vuestro corazón. Así, pues, la profesión de fe que habéis recibido comienza del modo siguiente."

Se adelantaba entonces uno de los Catecúmenos y el sacerdote pedía al acólito que le había llevado:

"¿En qué lengua dan testimonio éstos de nuestro Señor Jesucristo?"

El acólito respondía:

"En griego."

En Roma, en tiempo de los emperadores, se usaba el griego tanto como el latín. Entonces el sacerdote decía al acólito:

"Decidles la fe en que creen."

Y el acólito, con la mano extendida sobre la cabeza del Catecúmeno, pronunciaba el Símbolo en griego, recitándole en un tono solemne. A continuación se adelantaba una de las mujeres catecúmenas de la lengua griega; el acólito repetía el Símbolo del mismo modo; el sacerdote decía entonces:

"Carísimos hijos, acabáis de oír el Símbolo en griego; escuchadle ahora en latín."

Se adelantaban sucesivamente dos catecúmenos de lengua latina, un hombre y una mujer, y el acólito recitaba dos veces ante ellos, y en voz alta, de modo que todos los demás lo pudiesen entender, el Símbolo en latín. Una vez que se hacía la *entrega del Símbolo,* el sacerdote pronunciaba esta alocución:

"Este es el compendio de nuestra fe, carísimos hijos, y estas son las palabras del Símbolo, escogidas y ordenadas no como se les ha ocurrido a los hombres sino conforme les ha dictado la razón divina. Todos son capaces de comprenderlas y retenerlas en la memoria. En él se habla del poder uno e igual de Dios Padre; en él se nos enseña cómo el único Hijo de Dios nació según la carne de la Virgen María por virtud del Espíritu Santo; en él se narra la crucifixión, su sepultura y su resurrección al tercer día; en él se afirma su ascensión a los cielos, su toma de asiento a la derecha de la majestad del Padre, su futura venida para juzgar a los vivos y a los muertos. En él se habla del Espíritu Santo que tiene la misma divinidad que el Padre y que Hijo; en él finalmente, se enseña la vocación de la Iglesia, la remisión de los pecados y la resurrección de la carne. Os habéis despojado del hombre viejo, carísimos hijos míos, para reformaros conforme al nuevo; de carnales os trasformaréis en espirituales; de terrestres en celestiales. Creed con fe firme y constante que así como Cristo ha resucitado, así también vosotros resucitaréis y que, este prodigio que se ha obrado en nuestro Jefe, se reproducirá también en todos los miembros de su cuerpo. El Sacramento del Bautismo que pronto vais a recibir nos confirma en esta esperanza. Tiene los efectos de la muerte y de la resurrección; en él se despoja del hombre viejo y se reviste del nuevo. El pecador se sumerje en el agua y sale justificado. Se arroja a quien nos arrastró a la muerte y se recibe en cambio a quien nos dió la vida, a quien, mediante la gracia que os dará, os hará hijos de Dios, no según la carne sino en virtud del Espíritu Santo. Debéis gravar en vuestros corazones esta breve fórmula para que os podáis servir de ella como un socorro, de la Confesión que contiene. El poder de esta arma es invencible contra todas las emboscadas del enemigo; tiene que serles

familiar a los verdaderos soldados de Cristo. Que el diablo, que jamás deja de tentar al hombre, os halle siempre armados de este Símbolo. Salid triunfadores del enemigo que acabáis de renunciar; conservad, con la ayuda del Señor, hasta el fin, incorruptible e inmaculada la gracia que os va a otorgar; finalmente aquel que os va a perdonar los pecados os dé también la gloria de la resurrección. Así pues, carísimos hijos, ahora que conocéis el Símbolo de la fe católica aprendedle con cuidado sin cambiar una sola palabra. La misericordia de Dios es poderosa; que os guíe a la fe del bautismo a que aspiráis; y a nosotros que hoy os descubrimos los misterios nos lleve juntamente con vosotros al reino de los cielos, por intercesión del mismo Jesucristo, nuestro Señor que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."

Después de la Tradición del Símbolo, se entregaba a los catecúmenos la Oración Dominical. El diácono anunciaba primero esta nueva gracia y una vez que había recomendado guardar silencio y atención, un sacerdote dirigía a los candidatos esta nueva alocución:

Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, entre los diversos preceptos provechosos, en el día en que sus discípulos le pidieron cómo debían orar les dió esta fórmula de oración que pronto vais a oír y que os va a revelar el sentido por completo. Escuchad ahora, con caridad, cómo el divino Salvador enseñó a sus discípulos que hay que orar a Dios Padre Omnipotente: *Cuando oreis, dice, encerráos en vuestra habitación y allí orad a vuestro Padre.* Por habitación no se entiende un lugar apartado, sino lo íntimo de vuestro corazón que sólo Dios conoce. Cuando dice que se debe orar a Dios a puerta cerrada, nos advierte que debemos ce-

rrar nuestro corazón a los malos pensamientos con la llave mística, y con los labios cerrados, hablar a Dios con gran pureza de alma. Lo que Dios escucha, es la fe, no el ruido de las palabras. Cerremos pues nuestro corazón con la llave de la fe a las emboscadas del enemigo; que sólo se abra para alabar a Dios de quien sabemos es templo; y morando el Señor de este modo en nuestros corazones oirá benignamente nuestras oraciones. El Verbo, la Sabiduría de Dios, Cristo nuestro Señor, nos ha enseñado la siguiente oración:

Padre nuestro que estás en los cielos

Notad esta palabra llena de libertad y confianza. Vivid de tal modo que podáis ser hijos de Dios y hermanos de Cristo. ¿No sería una temeridad la de aquel que se atreviese a llamar a Dios su Padre y que por otra parte se mostrase como un degenerado, contrariando su voluntad? Carísimos hijos; corresponded dignamente a esta divina adopción; pues está escrito: *Todos los que creyeron en El se les dió poder de hacerse hijos de Dios.*

SANTIFICADO SEA EL *tu nombre*

No es que Dios, santidad suma, necesite que le santifiquemos nosotros; pedimos que su nombre sea santificado en nosotros, de suerte que nosotros que nos hemos hecho santos con su bautismo, perseveremos en el nuevo estado que hemos recibido.

Vénganos el tu reino

Nuestro Dios, cuyo reino es inmortal ¿no reinará siempre? Sin duda alguna; pero cuando decimos: *vénganos el tu reino,* pedimos la venida del reino que Dios nos prometió y que Cristo nos mereció con su sangre y sufrimientos.

Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo

Es decir que se cumpla tu voluntad de tal modo que lo que tú quieres en el cielo, lo cumplamos fielmente los que estamos en la tierra.

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

Aquí se entiende el alimento espiritual, pues Cristo es nuestro Pan; El mismo lo ha dicho: *Yo soy el Pan vivo bajado del cielo.* Decimos de *cada día,* porque constantemente debemos pedir vernos libres del pecado, con el fin de hacernos dignos del alimento espiritual.

Y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores

Estas palabras quieren decir que podemos merecer el perdón de los pecados perdonando primero a los que nos han ofendido. Por eso dice el Señor en el Evangelio: *Si no perdonáis a los hombres las faltas que han cometido contra vosotros, vuestro Padre no os perdonará tampoco vuestros pecados.*

Y no nos dejes caer en la tentación

Es decir, no permitáis que caigamos en la tentación, cuando seamos inducidos por el autor del mal. La Escritura nos dice: *No es Dios quien nos incita al mal.* Es el diablo quien nos tienta, y para vencerle nos aconseja el Señor: *Velad y orad para que no entréis en tentación.*

Mas líbranos del mal

Estas palabras se refieren a lo que dice el Apóstol: *No sabéis lo que os conviene pedir.* Debemos rogar a Dios uno y omnipotente para que los males que no pueda evitar la fragilidad humana, nos veamos libres de

ellos nosotros en virtud de la ayuda que nos dará Jesucristo nuestro Señor, que como Dios, vive y reina en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos.

Concluída la alocución, decía el diácono:

Guardad orden y silencio y estad atentos

El sacerdote volvía a hablar en los siguientes términos:

"Acabáis de oír, carísimos hijos, los misterios de la Oración Dominical; ahora gravadlos en vuestros corazones para que lleguéis a ser perfectos y merezcáis pedir y recibid la misericordia divina. Dios nuestro Señor es poderoso y a los que pronto vais a recibir la fe os conducirá al baño de las aguas regeneradoras. Dígnese llevarnos con vosotros al reino celestial en premio de haberos instruído en los misterios de la fe católica, que vive y reina con Dios Padre en unión con el Espíritu Santo por los siglos de los siglos."

MISA

Después de la lectura del Evangelio en que se narra la curación del ciego de nacimiento, el diácono, según la costumbre, mandaba salir de la Iglesia a todos los Catecúmenos; los mismos padrinos y madrinas eran los que les sacaban fuera y en seguida entraban en la Iglesia para asistir al sacrificio con los demás fieles. Llegado el momento de la Ofrenda venían a presentar en el altar los nombres de sus adoptados espirituales; y el Pontífice recitaba estos nom-

bres juntamente con, los de los padrinos y madrinas, en las oraciones del Canon. Hacia el final de la Misa se mandaba entrar a los Catecúmenos y se les anunciaba el día en que debían presentarse a la Iglesia, para examinarlos acerca del Símbolo y de las demás intrucciones que acababan de recibir.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, a los que nos castigamos con piadosos ayunos, nos alegre también tu santa devoción: para que, mitigados los afectos terrenos, consigamos más fácilmente los celestes. Por el Señor.

LECCION

Lección del Profeta Ezequiel.

Esto dice el Señor, Dios: Santificaré mi gran nombre, profanado entre las gentes, el que profanasteis vosotros en medio de ellas: y sabrán las gentes que yo soy el Señor, cuando fuere santificado en vosotros delante de ellas. Porque os sacaré de entre las gentes, y os congregaré de todas las tierras, y os llevaré a vuestra tierra. Y derramaré sobre vosotros un agua pura, y os lavaréis de todas vuestras inmundicias, y os limpiaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, y pondré un nuevo espíritu en medio de vosotros: y arrancaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Y pondré mi espíritu en medio de vosotros: y haré que caminéis en mis mandatos y guardéis mis preceptos y les pongáis en práctica. Y habitaréis en la tierra que di a vuestros padres y seréis mi pueblo, y seré yo vuestro Dios, dice el Señor Omnipotente.

La imponente ceremonia de la que hemos expuesto algunos rasgos, no tenía lugar hoy sólo; se repetía muchas veces según el número que hubiese de catecúmenos y el más o menos tiempo que se necesitaba para recoger, acerca de la conducta de cada uno, los informes que la Iglesia necesitaba para juzgar de su preparación al Bautismo. En la Iglesia Romana, se tenía, como ya hemos indicado, hasta siete escrutinios; pero el más numeroso y más solemne era el de hoy y todos se concluían con la ceremonia que acabamos de describir.

Los Catecúmenos. — Estas magníficas promesas que un día se cumplirán en el pueblo judío cuando se satisfaga la justicia de Dios, se realiza primero en nuestros catecúmenos. La gracia divina los ha reunido de todos los pueblos gentiles para llevarlos a su verdadera patria, la Iglesia. Unos días más y se derramará en ellos este agua pura que borrará las manchas de la Idolatría; recibirán un nuevo espíritu, un nuevo corazón y serán para siempre el verdadero pueblo del Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor, Dios: Lavaos, estad limpios, apartad de mis ojos el mal de vuestros pensamientos: cesad de obrar perversamente, aprended el bien obrar: buscad lo justo, socorred al oprimido, juzgad al huérfano, defended a la viuda. Y venid, y argüidme, dice

el Señor: si fueren vuestros pecados como la escarlata, quedarán blancos como la nieve: y, si fueren como el vermellón, quedarán blancos como la lana. Si quisiereis, y me oyereis, comeréis los bienes de la tierra: lo dice el Señor omnipotente.

LOS PENITENTES. — Ahora la Iglesia dirige a los penitentes este hermoso trozo de Isaías. Para ellos también se ha preparado un baño: baño penoso, más eficaz para lavar todas las lacras de sus almas si se presentan sinceramente arrepentidos y dispuestos a reparar el mal que han cometido. ¿Hay algo más cierto que la promesa del Señor? Los más oscuros y brillantes colores cambiados en un instante por la blancura de la nieve son imagen del cambio que Dios se dispone a obrar en el alma del pecador contrito. El injusto se convierte en justo; las tinieblas en luz; el esclavo de Satanás se hace hijo de Dios. Alegrémonos con nuestra Santa Madre la Iglesia, redoblando nuestro ardor en la oración y en la penitencia obtendremos que el número de los reconciliados en el gran día de la Pascua, sobrepase aún sus esperanzas.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan. (IX, 1-38.)

En aquel tiempo, al pasar Jesús, vió a un hombre, ciego de nacimiento: y le preguntaron sus discípulos: Rabbí, ¿quién pecó, éste, o sus padres, para que naciese ciego? Respondió Jesús: No pecó éste, ni sus padres: sino que ha sido para que se manifestasen en él

las obras de Dios. A mí me conviene ejecutar las obras de Aquel que me ha enviado, mientras es de día: vendrá la noche, y entonces nadie podrá obrar. Mientras estoy en el mundo, soy la luz del mundo. Y, después de decir esto, escupió en tierra, e hizo lodo con la saliva, y untó sobre sus ojos, y díjole: Vete, lávate en la piscina de Siloé (que quiere decir Enviado). Fué, pues, y se lavó, y volvió viendo. Entonces los vecinos, y los que le vieran antes, porque era un mendigo, decían: ¿No es éste el que se sentaba, y mendigaba? Unos decían: Sí, éste es. Y otros: No, sino que es parecido a él. Pero él decía: Sí, soy yo. Y le preguntaron: ¿Cómo se te han abierto los ojos? Respondió: Aquel hombre, que se llama Jesús, hizo lodo, y untó mis ojos, y me dijo: Vete a la piscina de Siloé, y lávate. Y fuí, y me lavé, y veo. Y dijéronle: ¿Dónde está él? Dijo: No sé. Llevaron, al que fuera ciego, a los fariseos. Porque era sábado, cuando hizo Jesús el lodo, y abrió sus ojos. Preguntáronle, pues, otra vez los fariseos cómo había recobrado la vista. Y él les dijo: Me puso lodo sobre los ojos, y me lavé, y veo. Y decían algunos de los fariseos: Este hombre no es de Dios, porque no guarda el sábado. Pero otros decían: ¿Cómo puede un hombre pecador hacer estos prodigios? Y había división entre ellos. Dijeron, pues, otra vez al ciego. ¿Qué dices tú de aquel que te abrió los ojos? Y él dijo: Que es un profeta. Pero no creyeron los judíos que él hubiese sido ciego, y que hubiera recobrado la vista, hasta que llamaron a sus padres y les preguntaron, diciendo: ¿Es éste vuestro hijo, el que vosotros decís que nació ciego? Pues, ¿cómo ve ahora? Respondieron sus padres, y dijeron: Sabemos que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero el cómo ve ahora, no lo sabemos: preguntádselo a él, ya tiene edad, hable él mismo de sí. Dijeron esto sus padres, porque temían a los judíos, pues ya se habían conjurado los judíos para expulsar de la Sinagoga a todo el que confesara que era El el

Cristo. Por eso, sus padres dijeron: Ya tiene edad, preguntádselo a él mismo. Llamaron, pues, otra vez al hombre que fuera ciego, y dijéronle: Da gloria a Dios. Nosotros sabemos que este hombre es un pecador. Díjoles entonces él: Si es pecador, no lo sé: sólo sé una cosa: que, habiendo estado ciego, ahora veo. Dijéronle: ¿Qué te hizo? ¿Cómo te abrió los ojos? Respondióles: Ya os lo he dicho, y lo habéis oído: ¿por qué queréis oírlo otra vez? ¿Acaso también vosotros queréis haceros discípulos suyos? Maldijéronle entonces, y dijeron: Sé tú discípulo de El, que nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que Dios habló a Moisés: pero no sabemos de dónde es éste. Respondió aquel hombre, y díjoles: Eso es lo maravilloso, que vosotros no sabéis de dónde es El, y El me ha abierto los ojos: pero sabemos que Dios no oye a los pecadores; mas, si hay uno que honra a Dios, y hace su voluntad, a ése Dios le oye. Jamás se ha oído que alguien haya abierto nunca los ojos de un ciego de nacimiento. Si éste no fuera de Dios, no podría hacer eso. Respondieron, y dijéronle: En pecado naciste todo, ¿y nos enseñas? Y le arrojaron fuera. Oyó Jesús que le habían arrojado fuera, y, habiéndole encontrado, le dijo: ¿Tú crees en el Hijo de Dios? Respondió él, y dijo: ¿Quién es, Señor, para que crea en él? Y díjole Jesús: Ya le has visto, y es el mismo que habla contigo. Dijo él entonces: Creo, Señor. Y, postrándose *(aquí se arrodilla)*, le adoró.

El Bautismo. — La Iglesia de los primeros siglos designaba el Bautismo con el nombre de *Iluminación;* este sacramento en efecto confiere al hombre la fe sobrenatural mediante la cual se le infunde la luz divina. Por esta razón se leía hoy el relato de la curación del ciego de nacimiento, imagen del hombre iluminado por Jesu-

cristo. Este tema se ve reproducido con frecuencia en las pinturas murales de las catacumbas y en los bajo relieves de los antiguos sarcófagos cristianos.

Nosotros nacemos todos ciegos; Jesucristo por el misterio de su encarnación, figurada en este barro que representa nuestra carne, nos ha merecido el don de la vista; mas para gozar de él, tenemos que ir a la piscina del divino Enviado y lavarnos en el agua bautismal. Entonces Dios mismo nos iluminará y se disiparán las tinieblas de nuestra razón. La docilidad del ciego de nacimiento que cumplió tan cándidamente las órdenes del Salvador, es imagen de la de los Catecúmenos; escuchan dócilmente las enseñanzas de la Iglesia, porque también ellos quieren recobrar la vista. El ciego de nacimiento, curado, demuestra lo que obra en nosotros la gracia de Jesucristo mediante el Bautismo; mas, a fin de que la instrucción fuese completa, reaparece al fin del relato para darnos un modelo de la curación espiritual, herida por la ceguera del pecado.

La Fe. — El Salvador le pregunta como también a nosotros nos ha preguntado ante la piscina sagrada: ¿Crees en el Hijo de Dios? El ciego deseoso de creer, le responde al punto: ¿Quién es Señor para que yo crea en El? Así es la fe, que une la débil razón del hombre a la suprema sabiduría de Dios y nos otorga su verdad eterna.

Apenas si Jesús ha manifestado su divinidad ante este hombre y ya se postra en tierra para adorarle: Ahora es verdaderamente cristiano. ¡Cuántas enseñanzas se encierran aquí para los Catecúmenos! Al mismo tiempo, este relato les revela y nos recuerda también a nosotros la maldad de los enemigos de Jesús. Pronto darán muerte al justo por excelencia; el derramamiento de su sangre nos merecerá la curación de la ceguera nativa, aumentada aún más por nuestros pecados personales. Alabemos pues, amemos y reconozcamos a nuestro médico divino; su unión con la naturaleza humana ha preparado el colirio que ha de curar nuestros ojos de su enfermedad y hacerlos capaces de contemplar por siempre los esplendores de la misma divinidad.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Abranse, Señor, los oídos de tu misericordia a las preces de los que te suplican: y, para que puedas acceder a los deseos de los que te ruegan, haz que te pidan lo que a ti te agrada. Por el Señor.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en S. Silvestre-S. Martín *de los Montes*. El antiguo "titulus Equitii" que se atribuyó al papa S. Silvestre es de la mi-

tad del siglo tercero. En el siglo VI el papa Símaco (498-511) construyó al lado una basílica en honor de S. Martín de Tours, el primer santo no mártir, celebrado en Occidente; pronto la devoción de los romanos le suplantó por el santo papa Martín I.° (653). Esta Iglesia fué el primer título cardenalicio de S. Carlos Boromeo, y en el siglo XVIII el del Cardenal Beato José María Tommasi sabio liturgista cuyo cuerpo en ella se venera.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, a los que nos castigamos con piadosos ayunos, nos alegre también tu santa devoción: para que, mitigados los afectos terrenos, consigamos más fácilmente los celestes. Por el Señor.

LECCION

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días fué la mujer Sunamita a Eliseo, en el monte Carmelo: y, cuando la vió venir el varón de Dios, dijo a su siervo Giezi: He allí a la Sunamita. Vete a su encuentro, y dile: ¿Te va bien a ti, y a tu marido, y a tu hijo? Y ella respondió: Bien. Y, habiendo llegado al varón de Dios, en el monte, se abrazó a sus pies: y se acercó Giezi, para separarla. Y dijo el varón de Dios: Déjala: porque su alma está en la amargura, y el Señor me lo ha ocultado, y no me lo ha indicado. Y ella le dijo: ¿Acaso pedí yo hijo a mi señor? ¿No te dije que no me burlaras? Y él dijo a Giezi: Ciñe tus lomos, y toma mi báculo en tu mano, y vete. Si te encontrare un hombre, no le saludes; y, si te saludare alguien, no le respondas: y pondrás mi báculo sobre la

cara del niño. Y dijo la madre del niño: Vive el Señor y vive tu alma, que no te dejaré. Levantóse entonces él y la siguió. Y Giezi les había precedido, y había puesto el báculo sobre la cara del niño, el cual no tenía voz ni sentido: y volvió en su busca, y se lo anunció, diciendo: No ha resucitado el niño. Entró entonces Eliseo en la casa, y he aquí que el niño yacía muerto en su lecho: y, entrado que hubo, cerró la puerta detrás de sí, y del niño: y oró al Señor. Y subió, y se acostó sobre el niño: y puso su boca sobre la boca de él, y sus ojos sobre los ojos de él, y sus manos sobre las manos de él, y se tendió sobre él: y se calentó la carne del niño. Y, bajando, se paseó por la casa de una parte a otra, y después subió, y se tendió sobre él: y respiró el niño siete veces, y abrió los ojos. Entonces él llamó a Giezi y díjole: Llama a la Sunamita. Y, habiendo entrado ella, le dijo él: Toma tu hijo. Fué ella, y se arrojó a sus pies, y le veneró, postrada en tierra: y tomó a su hijo, y salió. Y Eliseo se volvió a Gálgala.

La ley antigua. — Todas las maravillas del plan divino para salvar al hombre se hallan reunidas en este relato. El hijo muerto es figura del género humano privado de la vida por el pecado; pero Dios ha determinado devolvérsela. Primero es enviado un criado junto al cadáver; este criado es Moisés. Su misión viene de Dios; mas la ley de que es portador no restituye la vida. Esta ley está representada en el bastón de Giezi con el cual intentaba en vano tener contacto con el cuerpo del hijo. La ley es señal del rigor; establece un régimen de temor, a causa de la dureza del corazón de Israel; ella apenas triunfa; y los justos para ser verdaderamente tales

deben aspirar a algo más perfecto y filial. El Mediador debe suavizar todo haciendo descender del cielo la caridad, está prometido, está figurado; más aún no se ha encarnado ni ha habitado entre nosotros. El muerto no ha resucitado y por tanto se necesita que venga el mismo hijo de Dios.

El Redentor. — Eliseo es figura de este divino Redentor. Mirad como se encoge para adaptarse a la medida del cuerpo del hijo, como se une fuertemente a todos sus miembros en medio del silencio de esta habitación cerrada. Así el Verbo del Padre, ocultando su esplendor en el seno de una Virgen, se unió a nuestra naturaleza, y "tomando la forma de un esclavo se anodadó hasta hacerse semejante al hombre"[1] "con el fin de devolvernos la vida y una más abundante todavía"[2] que aquella que tuvimos al principio. Observad también lo que sucede con el hijo y cuáles son las señales de la resurrección que él se obra. Su pecho se dilata siete veces y aspira; este movimiento indica la entrada del Espíritu con sus siete dones en el alma humana, templo de Dios. Abre sus ojos para considerar el fin de esta ceguera mortal; porque los muertos no gozan ya de la luz, y las tinieblas de la tumba son su herencia. Finalmente considerad a esta mujer, a esta madre; es figura de

[1] *Philip.*, 11, 7.
[2] *S. Juan*, X, 10.

la Iglesia. Implora la resurrección de sus queridos catecúmenos, de todos los infieles que aún viven en las sombras de la muerte [1]. Unámonos a su oración, y esforcémonos por obtener que la luz del Evangelio se derrame más y más y que los obstáculos que opone a su propagación la maldad de Satanás, junto con la malicia de los hombres, desaparezcan para siempre.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, iba Jesús a una ciudad, que se llama Naim: e iban con El sus discípulos, y una turba copiosa. Y, cuando se acercaba a la puerta de la ciudad, he aquí que llevaban a enterrar un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y con ella venía mucha gente de la ciudad. Cuando el Señor la vió, movido de misericordia hacia ella, le dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. (Y los que lo llevaban se pararon.) Y dijo: Joven, a ti te lo digo. levántate. Y se sentó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y se lo entregó a su madre. Y se apoderó de todos el respeto: y alabaron a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo.

El milagro de Naim. — Hoy y mañana aún, la Iglesia nos ofrece contínuamente figuras de la resurrección; son un anuncio de la proximidad de la Pascua y al mismo tiempo un aliento esperanzador para todos los muertos espiritualmente que piden de nuevo la vida. Antes de en-

[1] *Isaías*, IX, 2.

trar en las dos semanas consagradas a los dolores de Cristo, la Iglesia asegura a sus hijos el deseado perdón, ofreciéndoles el espectáculo consolador de la misericordia de aquel cuya sangre nos reconcilió. Libres de todos nuestros temores podremos contemplar mejor el sacrificio de nuestra víctima augusta, para asociarnos a sus dolores. Abramos pues los ojos del alma y consideremos el espectáculo que nos ofrece el Evangelio. Una madre desconsolada preside el duelo del hijo único, y su dolor es inconsolable. Jesús se mueve a compasión; manda parar el cortejo; su mano divina toca el féretro y su voz llama a la vida al joven cuya muerte había sido causa de tantas lágrimas. El escritor sagrado insiste en decirnos que Jesús le entregó a su madre. ¿Quién es esta madre desconsolada sino la Iglesia que preside el duelo de un gran número de sus hijos? Jesús viene para consolarla. Pronto, por ministerio de los sacerdotes va a extender su mano sobre todos los muertos, va a pronunciar sobre ellos la palabra de resurrección; y la Iglesia recibirá en sus brazos maternos llenos de vida y alegría a estos hijos cuya pérdida lloraba.

LAS TRES RESURRECCIONES. — Consideremos el misterio de las tres resurrecciones obradas por Jesús: la de la hija del príncipe de la sinagoga [1];

---

[1] La Iglesia nos cuenta este relato en el Evangelio del Domingo XXIII después de Pentecostés.

la del joven de hoy y la de Lázaro que presenciaremos mañana. Acaba de expirar la joven; más, aún no la han enterrado; es figura del pecador que todavía no ha contraído el hábito y la insensibilidad del mal; el joven representa al pecador que no ha querido hacer ningún esfuerzo para salir de ese estado: en él la voluntad ha perdido su energía. Le conducen al sepulcro; y sin el encuentro del Salvador hubiera ido a colocarse para siempre entre los demás muertos. Lázaro es un símbolo aún más terrible. Este es ya presa de la corrupción. Una piedra rodada sobre la tumba condena al cadáver a una lenta e irremediable disolución. ¿Podrá recobrar de nuevo la vida? La recobrará si Jesús se digna ejercer en él su poder divino. Por eso la Iglesia ora y ayuna en estos días. Oremos y ayunemos con ella con el fin de que estas tres clases de muertos oigan la voz del Hijo de Dios y resuciten. El misterio de la resurrección de Jesucristo va a producir su efecto maravilloso en estos tres grados. Unámonos a los designios de la divina misericordia; insistamos de día y de noche junto al Redentor. Pocos días después, podremos, ante la presencia de tantos muertos resucitados, clamar con los habitantes de Naim: "Tenemos con nosotros un gran profeta y Dios ha visitado a su pueblo."

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Oh Dios, Maestro y Rector de tu pueblo, aleja de él los pecados que le combaten: para que siempre te sea grato y esté seguro de tu amparo. Por el Señor.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

La Estación se celebra en la Iglesia de S. Eusebio, sacerdote romano. Vivió en el siglo IV, y sufrió por la fe en la persecución de los arrianos en tiempo del emperador Constancio.

COLECTA

Oh Dios, que renuevas el mundo con tus inefables Sacramentos: suplicámoste hagas que tu Iglesia progrese en las enseñanzas eternas, y no se vea destituída de temporales auxilios. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro de los Reyes.

En aquellos días enfermó el hijo de una mujer, madre de familia, y era la dolencia fortísima; tanto, que no podía respirar. Dijo entonces ella a Elías: ¿Qué tengo yo contigo, varón de Dios? ¿Has venido a mí para recordarme mis iniquidades, y para que se muriese mi hijo? Y díjole Elías: Dame tu hijo. Y lo tomó de su seno, y lo llevó al cuarto donde él estaba, y lo puso sobre su cama, y clamó al Señor, y dijo: Señor, Dios mío: ¿también a la viuda, en cuya casa estoy hospedado, has afligido, matándole su hijo? Y se tendió, y

se midió tres veces sobre el niño, y clamó al Señor, y dijo: Señor, Dios mío, vuelva, te suplico, el alma de este niño a sus entrañas. Y oyó el Señor la voz de Elías: y tornó el alma del niño a su interior, y revivió. Y tomó Elías el niño, y lo bajó de su habitación a la parte inferior de la casa, y lo entregó a su madre, y díjole: He aquí a tu hijo vivo. Y dijo la mujer a Elías: ahora reconozco en esto que eres un varón de Dios, y la palabra del Señor es verdadera en tu boca.

RESURRECCIÓN ESPIRITUAL. — También hoy es una madre la que viene desecha en llanto, a pedir la resurrección de su hijo. Esta madre es la viuda de Sarepta; ya la vimos anteriormente representada como figura de los gentiles. En su vida pasada fué pecadora; fué idólatra y por, lo tanto, la inquieta el recuerdo del pasado; mas el Señor, que la ha purificado y llamado para que sea su esposa, la anima resucitando a su hijo. La caridad de Elías es imagen de la del Hijo de Dios. Notad cómo este gran profeta se coloca sobre el cuerpo del hijo; cómo procura adaptarse a su medida, como vimos hacerlo también a Eliseo. Reconozcamos también aquí el misterio de la Encarnación. Toca tres veces al cadáver, y tres veces sumergirán a los catecúmenos en la pila bautismal invocando en el acto los nombres de las tres personas de la Adorable Trinidad. En la noche solemne de Pascua dirá también Jesús a la Iglesia su Esposa: "Mira a tus hijos dotados de nueva vida"; y la Iglesia llena de alegría, sen-

tirá más que nunca la veracidad de las promesas de Jesús. Los mismos paganos los comprenden a su modo. Ante los efectos morales de este nuevo pueblo regenerado por las aguas del bautismo, reconocieron que la divinidad podía ser únicamente el principio de tan excelsa virtud en los hombres. En medio del imperio romano entregado a todas las pasiones, apareció una raza pura y celestial y los hijos de esta raza tan santa daban la última batalla a todas las aberraciones paganas. ¿Dónde habían aprendido esta virtud? En la doctrina de Jesús y en los remedios sobrenaturales que aplica a la degradación del hombre. Entonces los fieles corrían en turbas desafiando la prueba del martirio y la Iglesia se dilataba para acoger a todas estas generaciones que decían con cariño: Reconocemos sois de Dios y vuestra palabra es verdadera, venida de Dios.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo había un enfermo, llamado Lázaro, de Betania, la aldea de María y de su hermana Marta. (Y María, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo, era la que había ungido al Señor con ungüento, y enjugado sus pies con sus cabellos.) Enviaron, pues, sus hermanas aviso a El, diciendo: Señor, el que amas está enfermo. Y, al oírlo Jesús les dijo: Esta enfermedad no es de muerte, sino por la gloria de Dios, para que por ella sea glorificado el Hijo de Dios. Y amaba Jesús a Marta, y a su hermana María, y a Lázaro. Cuando oyó, pues, que estaba enfermo, quedóse aún dos días en aquel lugar. Luego, después de esto, dijo a sus dis-

cípulos: Vayamos otra vez a Judea. Dícenle sus discípulos: Rabbí, hace poco te buscaban los judíos, para apedrearte, ¿y ahora vuelves allá? Respondió Jesús: ¿No tiene doce horas el día? El que caminare de día, no tropezará, porque verá la luz de este mundo: pero, el que caminare de noche, tropezará, porque no tendrá luz. Dijo esto: y, después de esto, les dijo a ellos: Lázaro, nuestro amigo, duerme: pero voy a despertarle del sueño. Dijéronle entonces sus discípulos: Señor, si duerme, sanará. Jesús hablaba de su muerte, pero ellos creyeron que hablaba del reposar del sueño. Entonces les dijo Jesús claramente: Lázaro ha muerto: y me alegro, por vosotros, de no haber estado allí, para que creáis: pero vayamos a él. Dijo entonces Tomás, el llamado Dídimo, a sus condiscípulos: Vayamos también nosotros, para que muramos con El. Vino, pues, Jesús, y halló que hacía ya cuatro días que estaba en el sepulcro. (Y estaba Betania como a unos quince estadios (3 km.) de Jerusalén.) Y muchos de los judíos habían venido a Marta y a María, para consolarlas de la muerte de su hermano. Marta, pues, cuando oyó que venía Jesús, le salió al encuentro: María en cambio, quedó sentada en casa. Dijo entonces Marta a Jesús: Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano: pero sé también ahora que, todo lo que pidieres a Dios te lo dará Dios. Díjole Jesús: Resucitará tu hermano. Díjole Marta: Sé que resucitará en la resurrección del último día. Díjole Jesús: Yo soy la resurrección, y la vida: el que cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá: y, todo el que vive, y cree en mí, no morirá eternamente. ¿Crees esto? Díjole: Sí, Señor; yo creo que tú eres el Cristo, el hijo de Dios vivo, que has venido a este mundo. Y, dicho esto, se fué, y llamó en silencio a su hermana María, diciendo: Está aquí el Maestro, y te llama. Ella, cuando lo oyó, se levantó en seguida, y vino a El: aun no había llegado Jesús a la aldea, sino que estaba todavía en aquel lugar donde

le salió al encuentro Marta. Entonces los judíos que estaban con ella en casa, y que la consolaban, cuando vieron a María, que se levantó rápida, y salió, la siguieron, diciendo: Va al sepulcro, para llorar allí. Pero María, cuando llegó adonde estaba Jesús, al verle, cayó a sus pies, y díjole: Señor, si hubieses estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Y Jesús, cuando la vió llorando, y a los judíos, que habían venido con ella, llorando también, se conmovió en espíritu, y se turbó y dijo: ¿Dónde le habéis puesto? Dijéronle: Señor, ven y ve. Y lloró Jesús. Dijeron entonces los judíos: ¡Ved cómo le amaba! Pero algunos de ellos dijeron: ¿No podía éste, que abrió los ojos del ciego de nacimiento, hacer que éste no muriera? Mas Jesús, estremeciéndose otra vez, fué al sepulcro. Era éste una gruta, cerrada con una piedra. Dijo Jesús: Quitad la piedra. Díjole Marta, la hermana del que había muerto: Señor, ya hiede, pues es de cuatro días. Díjole Jesús: ¿No te dije que, si creías verías la gloria de Dios? Quitaron, pues, la piedra: y Jesús, elevados los ojos al cielo, dijo: Padre, te doy gracias porque me has oído. Yo ya sabía que tú me oyes siempre, pero lo digo por el pueblo que me rodea: para que crean que tú me has enviado. Habiendo dicho esto, clamó con gran voz: Lázaro, ven fuera. Y al punto salió, el que había muerto, ligado de pies y manos con las vendas, y envuelta su cara en el sudario. Díjoles Jesús: Soltadle, y dejadle ir. Entonces muchos de los judíos, que habían venido a María y a Marta, y que vieron lo que hizo Jesús, creyeron en El.

LÁZARO, IMAGEN DEL PECADOR. — Leamos confiados este admirable relato que nos cuenta la obra de Jesús en las almas; recordemos el bien que ha hecho a la nuestra y prometámosle finalmente tener compasión de nuestros Penitentes que,

numerosos en toda la tierra, se preparan a recibir el perdón que les devolverá la vida. Hoy no es una madre la que pide la resurrección; son dos hermanas que imploran esta gracia para su querido hermano; la Iglesia con este ejemplo nos induce a orar por nuestros hermanos. Mas sigamos la narración de nuestro Evangelio.

Lázaro estuvo primero enfermo y agonizante; finalmente murió. El pecador comienza dejándose llevar de la pereza a la indiferencia y luego recibe una herida mortal. Jesús no ha querido curar la enfermedad de Lázaro; para hacer a sus enemigos inexcusables, quiere obrar un prodigio portentoso a las mismas puertas de Jerusalén. Quiere probar cómo es dueño de la vida a aquellos que, pocos días después se escandalizarán de su muerte. En el sentido moral Dios permite algunas veces a su Sabiduría, que se abandone a un alma ingrata a pesar de que sabe caerá en el pecado. Más tarde la levantará, y la confusión de su caída, la servirá para mantenerse en la humildad que la habría preservado.

Las dos hermanas, Marta y María, aparecen aquí muy distintas de lo que eran por naturaleza; las dos desconsoladas pero llenas de confianza. Jesús anuncia cómo El mismo es la *Resurrección* y la *Vida;* quien espere en El no morirá eternamente, pues es lo único que hay que temer. Mas cuando ve llorar a María, cuyo amor conocía muy bien, se conmueve y se turba. La

muerte, castigo del pecado del hombre, fuente de tantas lágrimas, conmueve su corazón divino. Llegado al sepulcro que guarda el cuerpo de su amigo Lázaro, llora, santificando de este modo las lágrimas que el amor cristiano nos arranca al borde la tumba de los que amamos. Ha llegado el momento de levantar la piedra, de demostrar en pleno día el triunfo de la muerte. Cuatro días hacía que Lázaro se hallaba en el sepulcro: es imagen del pecador envejecido en su pecado. No importa; Jesús no rechaza este espectáculo. Con voz que estremece a cualquier hombre, y hace temblar al infierno, grita: *Lázaro, sal fuera,* y el cadáver salta del sepulcro. La muerte ha oído su voz, pero sus miembros están aún enfajados y su rostro cubierto, no puede moverse, sus ojos no ven. Jesús manda quitarle las vendas; y a su mandato manos humanas devuelven a los miembros de Lázaro su antigua libertad y a sus ojos la vista del sol. Esta es también la historia del pecador reconciliado. Una sola palabra de Jesús hubiera sido suficiente para convertirle, para conmover su corazón e inducirle a confesar su pecado; mas Jesús deja en manos de sus sacerdotes el desatarle, iluminarle y devolverle el movimiento.

Este prodigio, obrado en los días en que nos hallamos, exacerbó el furor de los judíos. Este último beneficio le convirtió en blanco de su rabia. En adelante ya no se alejará de Jerusalem;

Betania, donde acaba de obrar este milagro, no está muy distante de allí. Nueve días más tarde la ciudad infiel contemplará el triunfo del Mesías; luego volverá a la casa de sus amigos de Betania; pero pronto entrará de nuevo en la ciudad para consumar en ella el sacrificio, cuyos méritos infinitos son el principio de la resurrección del pecador.

Recuerdos históricos. — Esta esperanza consoladora fué causa de que los primeros cristianos multiplicasen en las pinturas de las catacumbas la figura de Lázaro en el momento de su resurrección; y este tipo de la reconciliación del alma pecadora esculpida igualmente en el mármol de los sarcófagos de los siglos IV y V se reprodujo hasta en las vidrieras de nuestras catedrales. Antiguamente Francia honraba este símbolo de la resurrección espiritual en una piadosa costumbre conservada en la célebre abadía de la Trinidad de Vendôme, hasta que fueron aboliéndose nuestras instituciones católicas. Todos los años en este día se llevaba a la iglesia abacial un criminal conducido por la justicia humana. Llevaba una soga al cuello y en la mano sostenía una antorcha que pesaba treinta y tres libras, en recuerdo de los años del divino Libertador. Los monjes hacían una procesión a la que asistía el criminal así como el sermón que la seguía. Se le llevaba entonces a las gradas del altar; allí el abad, después de una exortación, le

imponía como penitencia la peregrinación a S. Martín de Tours. Se le quitaba entonces la cuerda del cuello y quedaba libre. Este uso litúrgico, tan cristiano y tan patético, se remontaba a los tiempos de Luis de Borbón, conde de Vendôme. En 1426, durante su cautividad en Inglaterra, hizo voto, si Dios le devolvía la libertad, de establecer en la iglesia de la Trinidad, en testimonio de reconocimiento este homenaje anual a Cristo que libertó a Lázaro de la tumba. El cielo se compadeció del príncipe y pronto obtuvo la gracia que con tan gran fe pedía.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, puesto que conocemos nuestra debilidad y confiamos en tu poder, nos alegremos siempre de tu bondadosa piedad. Por el Señor.

SABADO

DE LA CUARTA SEMANA DE CUARESMA

Este día recibe desde muy antiguo el hombre de Sábado *Sitientes* por comenzar el Introito de la Misa con esta palabra; la Iglesia con estas palabras de Isaías invita, a los aspirantes al Bautismo a venir a apagar su sed en la fuente de la salvación. En Roma la estación se celebró primero en la Basílica de S. Lorenzo extra-mu-

ros; mas como esta iglesia resultaba incómoda, por estar muy apartada, para que se pudiesen reunir los fieles, se designó con buen acuerdo para reemplazarla la iglesia de S. Nicolás *in carcere* situada en el interior de la ciudad.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, con tu gracia, sea fructífero el sentimiento de nuestra devoción: porque entonces nos aprovecharán nuestros ayunos, cuando fueren gratos a tu piedad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

Esto dice el Señor: Te oí en el tiempo propicio, y te auxilié en el día de la salud: y te conservé, y te di en alianza del pueblo, para que resucitaras la tierra, y poseyeras las heredades devastadas: para que dijeras a los que están presos: Salid; y a los que están en tinieblas: Manifestaos. Serán apacentados en los caminos, y su pasto estará en todas las llanadas. No tendrán hambre, ni sed, y no les molestarán el calor y el sol: porque les regirá el que tiene piedad de ellos, y les abrevará en las fuentes de las aguas. Y tornaré camino todos mis montes, y serán exaltadas mis sendas. He aquí que éstos vendrán de lejos, y aquéllos del Aquilón, y del mar, y los otros de la tierra austral. Alabad, cielos, y alégrate, tierra; montes, entonad jubilosas alabanzas: porque el Señor ha consolado a su pueblo, y tendrá piedad de sus pobres. Y dijo Sión: Me ha abandonado el Señor, y el Señor se ha olvidado de mí. ¿Acaso puede una mujer olvidarse de su niño, y no compadecerse de su hijo? Y, si ella se olvidare, yo no me olvidaré de ti: lo dice el Señor omnipotente.

TERNURA DEL PADRE CELESTIAL. — ¡Qué dulces debían ser estas palabras al corazón de los Catecúmenos! ¿Acaso nunca se ha hablado tan elocuentemente del amor del Padre Celestial como lo ha hecho su profeta con estas palabras? Hace entrega a su Hijo Encarnado de toda la tierra, no para juzgarla ni condenarla como se lo merece, sino para salvarla[1]. Este divino enviado convoca a todos los que gimen en las mazmorras y languidecen en las tinieblas, para darles la libertad y la luz. Su hambre será aplacada y su sed apagada. Los que poco ha se hallaban jadeantes bajo los rayos de un sol ardiente, ahora encontrarán la más deliciosa frescura a la orilla de las aguas a las que el mismo pastor les conduce. Vienen de lejos; de todos los puntos del cielo; esta fuente inagotable es el lugar de cita de todo el género humano. La gentilidad se llamará en adelante Sión y el Señor "Ama las puertas de esta nueva ciudad más que las tiendas de Jacob"[2]. No; no la ha olvidado durante los siglos que ha estado adorando a los ídolos; el amor del Señor es tan grande como el de una madre; y si el corazón de la madre estuviere cerrado para siempre a su hijo, el Señor dice que el suyo permanecerá continuamente abierto para Sión.

---

[1] *S. Juan, III,* 17.
[2] *Ps.,* LXXXVI, 2.

CONFIANZA. — Tened una confianza sin límites vosotros cristianos que habéis sido admitidos en el seno de la Iglesia, mediante el Bautismo, desde vuestro nacimiento y que, después habéis tenido la desgracia de ofender a Dios. Sí; en este momento en que estáis llenos de la gracia divina, fortalecidos con las santas mortificaciones de la Cuaresma y las oraciones de la Iglesia que intercede por vosotros continuamente, preparáis vuestro retorno al Señor, cumplid las palabras de Dios. Ya veis; nos ha dado a su propio Hijo; le ha encomendado vuestra salvación.

¿Estáis amarrados por las cadenas del pecado? Jesús es poderoso para romperlas. ¿Os halláis en medio de las tinieblas del mundo? El es la Luz. ¿Tenéis hambre? El es Pan de vida ¿Tenéis sed? El es la Fuente de aguas vivas. ¿Os consumen y desfiguran los ardores de la codicia? Arrojaos en la fuente purificadora; no ciertamente a esta primera fuente que os dió la vida tan tristemente perdida; sino a esta otra fuente, es decir, al sacramento de la reconciliación, de donde vuestras almas saldrán renovadas.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo habló Jesús a las turbas de los judíos, diciendo: Yo soy la luz del mundo: el que me sigue a mí, no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida. Dijéronle entonces los judíos: Tú das testimonio de ti mismo: tu testimonio no es verdadero.

Respondió Jesús, y díjoles: Aunque doy yo testimonio de mí mismo, mi testimonio es verdadero: porque sé de dónde he venido y a dónde voy. Vosotros juzgáis según la carne: yo no juzgo a nadie: y, si juzgo yo, mi juicio es verdadero, porque no soy yo solo, sino yo y el Padre que me ha enviado. Y en vuestra Ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo: y también da testimonio de mí el Padre que me ha enviado. Dijéronle entonces los judíos: ¿Dónde está tu Padre? Respondió Jesús: No me conocéis ni a mí, ni a mi Padre: si me conocieseis a mí, quizás conocierais también a mi Padre. Estas palabras dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el templo: y nadie le prendió, porque aun no había llegado su hora.

HUIR DEL ORGULLO. — ¡Qué contraste se nota entre el lenguaje de Dios que invita a los hombres a recibir a su Hijo como a un libertador y la dureza de corazón de los judíos en el recibimiento que hicieron a este enviado del cielo! Jesús se llama Hijo de Dios y para probar su origen divino, durante tres años está obrando constantemente los prodigios más portentosos. Muchos judíos creyeron en El, porque pensaron que Dios no podría confirmar el error con milagros y aceptaron la doctrina de Jesús como venida del cielo. Los fariseos odian la cruz y aman las tinieblas; su orgullo no se humilla ante la evidencia de los hechos. Unas veces niegan que los prodigios de Jesús sean verdaderos; y otras quieren explicarlos por medio de una intervención diábolica; mas otras intentarán con sus pregun-

tas capciosas tomar un pretexto para hacer comparecer ante el juez al Justo, como un blasfemo o como un violador de la ley. Hoy se atreve desvergonzadamente a objetar a Jesús, el cual, declarándose el enviado de Dios, ha dado testimonio de sí mismo.

El Salvador que conoce la maldad de su corazón, se digna aún responder a su impío sarcasmo; mas evita darles una explicación completa. Poco a poco la luz se va alejando de Jerusalem para iluminar otras regiones. Terrible abandono del alma; ha abusado de la verdad y la ha rechazado llevado de su instinto de odio. Es el pecado contra el Espíritu Santo que no se perdona ni en este mundo ni en el otro [1].

AMAR LA VERDAD. — Dichoso aquel que ama la verdad aunque contrarie sus inclinaciones y perturbe sus ideas. Por que, de este modo, honra la sabiduría de Dios; y aunque la verdad no le guie completamente en todo, al menos no le ha abandonado. Pero aún es mucho más dichoso aquel que entregándose por completo a la verdad sigue a Jesús como su humilde discípulo. Este nos dice el Salvador "No caminará entre tinieblas, sino que posee la luz de la vida." Apresurémonos, pues, a entrar en esta senda abierta por aquel que es nuestra luz y nuestra vida. Siguiendo sus huellas hemos subido la áspera montaña de la

[1] *S. Mateo,* XII, 31.

Cuaresma, y hemos sido testigos de los rigores de su ayuno; en adelante, en estos días consagrados a la Pasión, nos conviene seguirle en otra montaña, en el Calvario, donde vamos a contemplar sus dolores y su muerte. Seamos fieles a la cita y obtendremos "la luz de la vida".

LA PASION Y LA SEMANA SANTA

CAPITULO I

HISTORIA DEL TIEMPO DE LA PASION Y DE LA SEMANA SANTA

PREPARACIÓN A LA PASCUA. — Después de haber propuesto a la meditación de los fieles durante las cuatro primeras semanas de Cuaresma, el ayuno de Jesús en la montaña, ahora la Iglesia consagra a la consideración de los dolores del Redentor las dos semanas que nos separan aún de la fiesta de Pascua. No quiere que sus hijos se presenten en el día de la Inmolación del divino Cordero sin haber preparado sus almas con la meditación en los dolores que El sufrió en nuestro lugar. Los más antiguos monumentos de la Liturgia, los Sacramentarios y los Antifonarios de todas las iglesias nos advierten por el tono de las oraciones, selección de las lecturas, sentido de todas las fórmulas santas que la Pasión de Cristo es, a partir de hoy el único pensamiento que debe

embargar a los cristianos. Hasta el domingo de Ramos se podrán aún celebrar fiestas de santos durante la semana, mas ninguna solemnidad, de cualquier rito que sea, se podrá celebrar en el domingo de Pasión.

Como datos históricos no tenemos ninguno en la primera semana de esta quincena; sus observancias son las mismas que las de las cuatro semanas precedentes [1]. Remitimos, pues, al lector al capítulo siguiente, donde tratamos de las particularidades místicas del tiempo de Pasión en general. Pero, por el contrario, la segunda semana tiene muchos detalles históricos; pues ninguna época del año Litúrgico ha preocupado tanto a los cristianos, ni les ha proporcionado tan vivas manifestaciones de piedad.

NOMBRES DADOS A LA ÚLTIMA SEMANA. — A esta semana se la tenía gran veneración ya en el siglo III, como se desprende de los testimonios contemporáneos de S. Dionisio de Alejandría [2]. Desde el siglo siguiente, vemos se la llamaba la *Gran Semana,* en una homilía de S. Juan Crisóstomo: "De ningún modo, dice el santo Doctor, porque tenga más días que los demás, ni que los días tengan mayor número de horas, sino por la gran-

[1] No pensamos dar aquí un juicio sobre las discusiones puramente arqueológicas que se han suscitado sobre el nombre *Mediana* con que se designó el domingo de Pasión en los antiguos monumentos de la Liturgia y del Derecho eclesiástico.

[2] Carta a Basilio, c. I.

deza de los misterios que en ella se celebran"[1]. También se la llamaba *Semana Penosa,* a causa de los sufrimientos de Cristo y de los trabajos que exige su celebración; semana del *Perdón,* porque en ella se recibía a los pecadores a la penitencia; finalmente *Semana Santa,* a causa de la santidad de los misterios que se conmemoran en ella. Nosotros la llamamos con este nombre y es tan apropiado a esta Semana que por extensión se llaman también Santos a cada uno de los días que la componen; y así decimos, *Lunes Santo, Martes Santo, etc...*

Rigor del ayuno. — La severidad del ayuno de Cuaresma se aumentaba antiguamente en estos últimos días, que eran como el supremo esfuerzo de la penitencia cristiana. La Liturgia, considerando la debilidad de las generaciones de nuestro tiempo, ha ido suavizando poco a poco estos rigores y, hoy en Occidente, no se distingue en el rigor esta semana de las precedentes. Mas las Iglesias de Oriente, fieles a las tradiciones de la antigüedad, continúan observando la abstinencia rigurosa, que desde el domingo de Quincuagésima, da el nombre de *Xerophagia,* a este largo período que solo permite comer alimentos secos.

En cuanto al ayuno antiguamente se extendía a más allá de lo que permitían sus fuerzas

---

[1] Homilía 30 sobre el Génesis.

humanas. Vemos por S. Epifanio [1] que había cristianos que prolongaban el día de Pascua [2], desde el lunes por la mañana hasta el canto del gallo. Sin duda este esfuerzo sólo le podían hacer un corto grupo de fieles; los demás se contentaban con pasar sin tomar alimento, dos, tres, cuatro días consecutivos; pero el uso común era no comer desde el Jueves Santo por la tarde hasta la mañana del día de Pascua [3]. Los ejemplos de este rigor no son raros aun en nuestros días, entre los cristianos de Oriente y en Rusia; dichoso si estas obras de una penitencia tan intrépida va siempre acompañada de una firme adhesión a la fe y a la unidad de la Iglesia.

PROLONGACIÓN DE LAS VIGILIAS. — El prolongar las vigilias durante la noche en la iglesia fué también una de las características de la Semana Santa en la antigüedad. El Jueves Santo, después de haber celebrado los divinos misterios en recuerdo de la última cena del Señor, el pueblo perseveraba durante largo tiempo en oración. La noche del Viernes al Sábado se pasaba casi toda entera en Vigilia, con el fin de honrar la sepul-

[1] Exposición de la fe, IX: Heres., XXII.

[2] En la mitad del siglo tercero se ayunaba en Alejandría toda la Semana, de una vez o a intervalos. Carta de S. Dionisio a Basilido, P. G. X, C. 1277.

[3] Esta costumbre es muy antigua, pues S. Ireneo (hacia el año 200) habla de ella y también Eusebio en su Historia eclesiástica. CV, 24, P. G. XX, C. 501.

tura de Cristo[1]; pero la más larga de todas las vigilias era la del Sábado, que duraba hasta por la mañana del día de Pascua. Todo el pueblo tomaba parte; asistía a la última preparación de los Catecúmenos, presenciaba la administración del bautismo y la asamblea no se dispersaba hasta después de haber celebrado el Santo Sacrificio que se terminaba al salir el sol.

SUSPENSIÓN DEL TRABAJO. — Durante toda la Semana Santa los fieles interrumpían las obras serviles; la ley civil apoyaba la ley eclesiástica para conseguir que se suspendiese el trabajo y el comercio para expresar de un modo tan imponente el duelo de la cristiandad. La idea del sacrificio y de la muerte de Cristo era el pensamiento de todos; se suspendían las relaciones ordinarias; los oficios divinos y la oración absorbían toda la vida moral, al mismo tiempo que el ayuno y la abstinencia reclamaban todas las fuerzas corporales. Fácilmente se comprende la impresión que debía producir en el restante del año esta solemne interrupción de todo lo que preocupa a los hombres en su vida. Cuando se recuerda el rigor que observaban durante la Cuaresma, durante cinco semanas completas, se adivina la alegría con que esperaban las fiestas de Pascua; comunicaba a la vez la regeneración del alma y el alivio del cuerpo.

---

[1] *S. Juan Crisóst.*, Homilía 30 sobre el Génesis.

SUSPENSIÓN DE LOS TRIBUNALES. — Hemos recordado, en el volumen anterior, las disposiciones del Código de Teodosio que prescribía suspender todos los procesamientos y diligencias cuarenta días antes de Pascua. La ley de Graciano y de Teodosio sobre este asunto dada en el 380, la amplió Teodosio en el 389 y la acomodó a los días que celebramos por medio de un nuevo decreto que prohibía incluso los pleitos durante los siete días que precedían a la fiesta de Pascua y los siete siguientes.

En las Homilías de S. Juan Crisóstomo y en los sermones de S. Agustín se encuentran muchas alusiones referentes a esta nueva ley; declaraba que todos los días de esta quincena gozarían en adelante, en todos los tribunales, del privilegio del Domingo.

EL PERDÓN DE LOS PRÍNCIPES. — Mas los príncipes cristianos no se limitaban a suspender la justicia humana en estos días de misericordia, querían también honrar sensiblemente a la bondad paternal de Dios, que se dignó perdonar al mundo pecador, mediante los méritos de su Hijo inmolado. La Iglesia va a recibir de nuevo a los pecadores, después de haberles roto las cadenas del pecado del que eran esclavos. Los príncipes cristianos se sentían orgullosos de imitar a su Madre; mandaban abrir los calabozos y poner en libertad a los desgraciados que gemían bajo el peso de las sentencias dadas por los tri-

bunales de la tierra. Sólo se exceptuaban los criminales, cuyos delitos se relacionaban gravemente con la familia y la sociedad. El gran nombre de Teodosio es elogiado entusiastamente por eso. Cuenta S. Juan Crisóstomo [1] que este emperador enviaba a las ciudades indultos ordenando que se pusiese en libertad a los prisioneros y perdonando la vida a los condenados a muerte; para que de este modo santificasen los días que precedían a la fiesta de la Pascua. Los emperadores posteriores convirtieron en ley esta disposición; así lo dice S. León en uno de sus Sermones: "Los emperadores romanos observan ya desde hace mucho tiempo esta santa institución, mediante la cual se les veía, en honra de la Pasión y Resurrección del Señor, humillar los emblemas de su poder, suavizar la severidad de sus leyes y perdonar a un gran número de reos; con este perdón querían mostrarse imitadores de la bondad divina en estos días, en que se dignó salvar al mundo. Que el pueblo cristiano imitase a su vez a sus príncipes y que su ejemplo sea un estímulo para que las personas se perdonen mutuamente, pues las leyes familiares no deben ser más rigurosas que las leyes públicas. Por lo cual se deben remitir las injusticias, romper las cadenas, perdonar las ofensas, sofocar los resentimientos, a fin de que por parte de Dios como del hombre, todo contri-

[1] Sexta Homilía al pueblo de Antioquía.

buya a restablecer en nosotros la inocencia de vida que conviene a la solemnidad que esperamos" [1].

Esta amnistía cristiana no sólo se halla decretada en el Código de Teodosio; encontramos también vestigios en los monumentos del derecho público de nuestros padres. En algunas naciones de Europa, Bélgica, Francia, España se han observado estas leyes desde muy antiguo; los reyes y emperadores mandaban abrir las puertas de las cárceles a gran número de prisioneros los días que precedían a la fiesta de la Pascua. En España en la ceremonia de la solemne adoración de la Cruz, el Viernes Santo, el Rey indultaba algunos reos condenados a muerte. Loable costumbre que se conservó hasta los últimos tiempos de la monarquía española.

LA VERDADERA IGUALDAD Y FRATERNIDAD. — Las revoluciones que se han sucedido sin interrupción desde hace más de cien años han tenido el decantado resultado de *secularizar* a las naciones; es decir, que han borrado de nuestras costumbres públicas y de nuestra legislación todo lo que habían adquirido por la influencia del espíritu sobrenatural del Cristianismo. Se ha pregonado a los cuatro vientos que todos los hombres son iguales. Hubiera sido inútil tratar de convencer de esta verdad a los pueblos cris-

[1] *Sermón* 400, sobre la Cuaresma.

tianos en aquellos siglos de fe, en que veían a sus príncipes, al acercarse las grandes solemnidades donde la justicia y la misericordia divinas se representaban tan vivamente, abdicar, por decirlo así, de su cetro, aceptar sumisos el castigo de sus culpas, y acercarse al banquete pascual de la fraternidad cristiana, al lado de los hombres aherrojados por ellos mismos en nombre de la sociedad, unos días antes. El pensamiento de un Dios, a cuyos ojos todos los hombres son pecadores, de un Dios de quien solamente proceden la justicia y el perdón, embargaba, estos días a las naciones; se podría verdaderamente fechar los días de Semana Santa con aquellas palabras que ostentan algunos diplomas de estos tiempos de fe: "Bajo el Reinado de Nuestro Señor Jesucristo"; *Regnante Domino Nostro Jesu Christo.*"

¿Se negarían acaso los súbditos a aceptar el yugo de la sumisión después de haber salido de estos días de santa igualdad cristiana? ¿Pensarían en aprovechar una ocasión para redactar las fórmulas de los Derechos del Hombre? De ninguna manera; el mismo pensamiento que había humillado delante de la Cruz del Salvador a los potentados de la justicia legal, manifestaba al pueblo la obligación de obedecer a los poderes establecidos por Dios, Dios era el móvil que subyugaba a los hombres bajo el poder y el que otorgaba el mismo poder; las dinastías podían sucederse sin que disminuyera el respeto cordial

a la autoridad. Hoy la Liturgia no puede imponerse a la sociedad de este modo; la religión está como refugiada, como en secreto, en el fondo de las almas fieles, las instituciones políticas no son sino la expresión del orgullo humano que quiere mandar y se niega a obedecer.

¡Y sin embargo, la sociedad del siglo IV que producía como fruto espontáneo del espíritu cristiano estas leyes misericordiosas que acabamos de enumerar, era todavía medio pagana! La nuestra está fundada por el cristianismo; porque sólo él pudo civilizar a los bárbaros, ¡y nosotros llamamos *progreso* a este caminar hacia atrás, contra todas las garantías de orden, paz y moralidad que la religión inspiró a los legisladores antiguos! ¡Cuándo renacerá la fe de nuestros padres, la única capaz de restablecer las naciones sobre sus quicios! ¿Cuándo darán por terminadas los sabios del mundo esas utopías humanas que no tienen otro objeto que lisonjear las pasiones funestas que Jesucristo reprueba tan enérgicamente en los misterios que celebramos en estos días?

ABOLICIÓN DE LA ESCLAVITUD. — Si el espíritu de caridad y el deseo de imitar la misericordia divina movían a los emperadores cristianos a dar la libertad a sus prisioneros, no podían menos de interesarse también por la suerte de los esclavos, en estos días en que Jesucristo se dignó resca-

tarnos con su sangre. La esclavitud, hija del pecado e institución fundamental del mundo antiguo, fué herida de muerte por la predicación del Evangelio; pero estaba reservado a los particulares extenderlo poco a poco por medio de la aplicación del principio de la fraternidad cristiana. Del mismo modo que Jesucristo y los apóstoles no exigieron la abolición inmediata de la esclavitud; así los príncipes cristianos limitáronse a favorecer esta abolición en sus legislaciones. Encontramos una prueba de ello en el Código de Justiniano, donde después de prohibir los procesos judiciales durante la Semana Santa y la de Pascua, añade esta disposición; "Sin embargo está permitido conceder la libertad a los esclavos; y cualquiera de los actos necesarios a su liberación no será reputado contrario a la ley"[1]. Por lo demás, Justiniano, por esta disposición caritativa, no hacía más que aplicar a la quincena de Pascua, la ley misericordiosa que había publicado Constantino al día siguiente del triunfo de la Iglesia; ley por la cual se prohibía todo procesamiento en domingo, excepto aquellos que tenían como fin la libertad de los esclavos.

Mucho tiempo antes de la de Constantino la Iglesia había pensado ya en los esclavos en estos días en que se celebra los misterios de la redención del mundo. Sus Patronos cristianos debían

[1] Cod. l. III. tit XII, de feriis, Leg. 8.

dejarles gozar de un reposo completo durante esta sagrada quincena. Tal es la ley canónica formulada en las Constituciones Apostólicas cuya compilación es anterior al siglo IV: "Durante la Santa Semana que precedía al día de Pascua —se dice allí—y durante toda la siguiente, los esclavos deben descansar, porque la primera es la semana de la Pasión del Señor, y la otra, la de la Resurrección, y los siervos tienen necesidad de ser instruídos en estos misterios"[1].

LAS OBRAS DE CARIDAD. — En fin la última manifestación del carácter espiritual de los días en que vamos a entrar es la limosna y las obras de misericordia, en que nos debemos ejercitar más que nunca. S. Juan Crisóstomo nos cuenta que, en tiempo, se obraba así, y hace notar, con elogios que los fieles redoblaban sus larguezas para con los pobres a fin de asemejarse en algo a la munificencia divina que va a extender, sin medida, sus beneficios, sobre el pecador.

[1] Constituciones Apostólicas. I, VIII, C. XXXIII.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO DE PASION Y DE SEMANA SANTA

MISTERIOS Y RITOS. — La Liturgia abunda en misterios en estos días en que la Iglesia celebra los aniversarios de tan maravillosos acontecimientos; pero la mayor parte se encuentra en los ritos y ceremonias propias de cada día, que trataremos a medida que se presente la ocasión. Nuestro objetivo especial en estas páginas, es sólo decir algunas palabras sobre las costumbres de la Iglesia en las dos semanas que han de seguir.

EL AYUNO. — Nada tenemos que añadir a lo expuesto sobre el misterio de la Santa Cuaresma. El período de expiación continúa su curso normal hasta que el ayuno de los penitentes haya igualado la duración del que practicó el Hombre-Dios en el desierto. Los fieles de Cristo continúan combatiendo, con las armas espiri-

tuales, contra los enemigos de la salvación; asistidos por los ángeles de luz, luchan cuerpo a cuerpo contra los espíritus de las tinieblas, con las armas de la compunción de corazón y la mortificación de la carne.

Como ya hemos dicho, durante el tiempo de Cuaresma la Iglesia está preocupada de un modo especial por un triple motivo; la Pasión del Redentor cuya llegada hemos ido presintiendo de semana en semana; la preparación de los catecúmenos al bautismo que se les conferirá en la noche de Pascua; la reconciliación de los penitentes públicos a los cuales la Iglesia les recibirá de nuevo, el Jueves Santo. Cada día que pasase reaviva esta triple preocupación de la Iglesia.

La Pasión. — La resurrección de Lázaro en Betania, a las puertas de Jerusalén, ha colmado la rabia de sus enemigos. El pueblo ha quedado estupefacto al ver reaparecer por las calles de la ciudad al que había muerto hacía cuatro días; y se pregunta ¿acaso el Mesías ha de obrar mayores prodigios?, ¿no ha llegado el tiempo de cantar el Hosanna al Hijo de David? Muy pronto va a ser imposible represar el impetuoso entusiasmo de los hijos de Israel. Los príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo ya no pueden perder ni un momento si es que quieren impedir las manifestaciones populares que van

a proclamar a Jesús, Rey de los Judíos. Vamos asistir en estos días a sus infames conciliábulos. En ellos la Sangre del Justo va a ser puesta en venta y tasada en un precio irrisorio. La divina Víctima, entregada por uno de sus discípulos, será juzgada, condenada, inmolada; y las circunstancias de este drama no se reducirán a una simple lectura; la Liturgia las va a representar al vivo, ante los ojos del pueblo cristiano.

Los catecúmenos. — Ya no les queda a los catecúmenos más que un poco de tiempo para desear el bautismo. Su instrucción se va completando día por día; las figuras del A. Testamento han ido pasando ante su vista; y pronto no les quedará nada que aprender acerca de los misterios de su salvación. Entonces se les dará a conocer el Símbolo de la fe. Iniciados en las exaltaciones y humillaciones del Redentor, esperarán con los fieles el momento de su resurrección; y nosotros les acompañaremos con ansiedad y alegría en aquella hora solemne en que después de sumergidos en la piscina de salvación y purificados de toda mancha por las aguas regeneradoras salgan puros y radiantes para recibir los dones del Espíritu Santo y participar de la carne sacrosanta del Cordero, que ya nunca más morirá.

Los penitentes.— La reconciliación de los penitentes se aproxima a pasos agigantados. Aun

están en su labor expiatoria, vestidos de cilicio y ceniza. Las lecturas consoladoras que ya hemos escuchado continuarán leyéndoseles todavía para así refrescar sus almas más y más. La proximidad de la inmolación del Cordero acrecienta su esperanza; saben que la sangre de este Cordero es de una virtud infinita y que borra todos los pecados. Antes de la resurrección del Libertador, recobrarán la inocencia perdida; el perdón descenderá sobre ellos muy a tiempo, a fin de que ya puedan sentarse, como hijos pródigos ya felices, a la mesa del padre de familia el día en que se diga a los comensales: "He deseado ardientemente comer con vosotros esta Pascua."

Duelo de la Iglesia. — Tales son, en resumen, las grandiosas escenas que nos esperan; pero al mismo tiempo, vamos a ver a la Santa Iglesia abismarse más y más en las tristezas de su duelo. Hace poco lloraba los pecados de sus hijos; ahora llora la muerte de su esposo celestial. Desde hace mucho tiempo el *Alelluya* está desterrado de sus cánticos; hasta suprimirá la alabanza a la Trinidad Santa con que terminan los salmos. Si no honra a ningún santo, cuya fiesta se puede celebrar hasta el sábado de Pasión inclusive, la suprimirá, primero en parte, y, poco después, en absoluto, aun aquellas mismas palabras que repite con tanto gusto: "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo."

La lectura en los oficios de la noche están tomados de Jeremías. Los vestidos litúrgicos son del mismo color que en Cuaresma; pero en Viernes Santo el negro reemplazará al morado como quien llora una muerte, puesto que en esto su Esposo está verdaderamente muerto. Sobre él han recaído los pecados de los hombres y los rigores de la justicia divina, y han entregado su alma al Padre en medio de una horrorosa agonía.

Ritos Litúrgicos. — En espera de esta hora la Iglesia manifiesta sus dolorosos presentimientos, cubriendo la imagen del divino Crucificado. La Cruz misma ha dejado de ser visible a las miradas de los fieles; está tapada por un velo [1]. Las imágenes de los santos no están visibles; es justo que el siervo se oculte cuando la gloria del Señor se eclipsa. Los intérpretes de la Liturgia nos enseñan que esta costumbre austera de velar la cruz en tiempo de Pasión expresa la humillación del Redentor, obligado a ocultarse para no ser apedreado por los Judios, como leeremos en el Evangelio del Domingo de Pasión. La Iglesia

[1] Este uso está relacionado con la idea de la penitencia pública en la antigüedad. Todos sabemos que los Penitentes públicos eran expulsados de la Iglesia, desde el Miércoles de Ceniza hasta el Jueves Santo. Cuando se quitó la penitencia pública, se ideó extender una cortina entre el altar y la nave en todas las iglesias, para hacer comprender a todos los fieles, que, sin penitencia, no pueden llegar a la visión de Dios. Cuando se suprimió la "cortina de Cuaresma", se cubrieron los crucifijos y las imágenes y, más adelante, sólo durante el tiempo de Pasión.

ordena esta prescripción de velar las imágenes, desde el sábado a la hora de Vísperas, con tal rigor que, en los años en que la fiesta de la Anunciación de Nuestra Señora cae en la semana de Pasión, la imagen de María, Madre de Dios, permanece velada aun en el día en que el Angel la saluda *llena de gracia y bendita entre todas las mujeres.*

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DE PASION Y DE SEMANA SANTA

CONTEMPLACIÓN DE CRISTO. — El cielo de la Iglesia se pone cada vez más sombrío; los tonos severos de los que se había revestido en el curso de las cuatro semanas que acaban de pasar, ya no son suficientes para demostrar su duelo. Sabe que los hombres persiguen a Jesús y conspiran su muerte. No pasarán doce días sin que sus enemigos pongan sobre él sus manos sacrílegas. La Iglesia le seguirá a la cumbre del Calvario; recogerá su último suspiro; verá sellar sobre su cuerpo inánime, la piedra del sepulcro. No es extraño, pues, que invite a todos sus hijos, en esta quincena, a contemplar a Aquel que es la causa de todas sus tristezas y afectos.

AMOR. — Pero no es precisamente lágrimas y compasión estériles, lo que pide de nosotros nuestra Madre; quiere que nos aprovechemos de

las enseñanzas que nos van a proporcionar los sucesos de esta Santa Semana. Se acuerda que el Señor al subir al Calvario, dijo a las mujeres de Jerusalén que lloraban su desgracia ante sus mismos verdugos: "No lloréis por mí; más bien llorad por vosotras y por vuestros hijos." No rehusó el tributo de sus lágrimas, se enterneció y su misma ternura le dictó esas palabras:

Quiso sobre todo verlas penetradas de la grandeza del acto del que se compadecían, en una hora en que la justicia de Dios se mantenía tan inexorable ante el pecado.

PENITENCIA. — La Iglesia comenzó la conversión del pecador en las semanas precedentes; ahora quiere consumarla. Lo que ofrece a nuestra consideración, no es ya Cristo ayunando y orando en el monte de la Cuarentena; es la víctima universal que se inmola por la salvación del mundo. La hora va a sonar y el poder de las tinieblas se apresura a aprovechar los pocos momentos que le quedan. Va a consumarse el más afrentoso de los crímenes. Dentro de pocos días el Hijo de Dios va a ser entregado al poder de los pecadores y ellos le matarán. La Iglesia no necesita exhortar a sus hijos a la penitencia; demasiado saben ya que el pecado exige esta expiación. Ahora está penetrada por completo de los sentimientos de anonadamiento que la inspira la presencia de Dios

sobre la tierra; y al expresar estos sentimientos en la Liturgia nos indica aquellos que nosotros debemos concebir de nosotros mismos.

DOLOR. — El carácter más general de las oraciones y de los ritos de esta quincena es de profundo dolor de ver al Justo oprimido por sus enemigos, hasta la muerte y una indignación enérgica contra el pueblo deicida. El fondo de los textos litúrgicos, son de David y de los Profetas. Ya es Cristo mismo quien declara las agonías de su alma; ya son las imprecaciones contra los verdugos. El castigo del pueblo judío es expuesto en todo su horror; y en los tres últimos días veremos a Jeremías lamentarse sobre las ruinas de la ciudad infiel.

CONVERSIÓN. — Preparémonos, pues, a estas fuertes impresiones desconocidas con harta frecuencia por la piedad superficial de nuestros tiempos. Recordemos el amor y benignidad del Hijo de Dios que viene a confiarse a los hombres, viviendo su misma vida. "Pasando por esta tierra haciendo el bien", y veamos cómo acaba esta vida de ternura, condescendencia y humildad con el más infame de los suplicios, con el patíbulo de los exclavos. Por una parte, contemplemos al pueblo perverso de los pecadores, que, falto de crímenes, imputa al Redentor sus beneficios, y consuma la más negra de las ingratitudes, derramando sangre inocente y divina; y por

otra, contemplemos al Justo por excelencia, presa de las amarguras todas, "su alma triste hasta la muerte", cargado con el peso de la maldición, y bebiendo hasta las heces el cáliz que a pesar de su humilde queja debió de beber; el cielo inflexible a sus plegarias como a sus dolores; y al fin escuchemos su grito: "Dios mío, Dios mío, ¿porqué me has abandonado?"[1].

Esto es lo que recuerda la Iglesia con tanta frecuencia en estos días; esto es lo que propone a nuestra consideración; porque sabe que si llegamos todos a comprender lo que esta escena significa, se romperán los lazos que nos atan al pecado, y nos será ya imposible permanecer por más tiempo como cómplices de estos crímenes atroces.

TEMOR. — Pero la Iglesia sabe también lo duro que es el corazón del hombre, y la necesidad que tiene del temor, para determinarse a la enmienda; por esta razón no omite ninguna de las imprecaciones que los Profetas ponen en la boca del Mesías contra sus enemigos. Estos anatemas son otras tantas profecías que se han cumplido al pie de la letra en los judíos endurecidos. Tienen por fin enseñarnos lo que el cristiano debe temer de sí mismo si persiste en "crucificar de nuevo a Jesucristo"[2], según la enérgica expresión de San Pablo. Que se acuerde entonces de estas

[1] *S. Mateo.* XXVII, 4-6.
[2] *Hebr.,* VI, 6.

palabras que el mismo Apóstol dice en la Epístola a los Hebreos: "¿Qué suplicio tendrá el que haya pisoteado al Hijo de Dios, el que haya tenido por vil la sangre de la alianza por la cual fué santificado, el que haya ultrajado al Espíritu de gracia? Porque sabemos que ha dicho: *A mi me pertenece la venganza y sabré ejercitarla;* y en otra parte: *el Señor juzgará a su pueblo.* Será, pues, una cosa horrible caer en las manos de Dios vivo"[1].

HORROR DEL PECADO. — En efecto, nada más afrentoso; ya que en estos días en que estamos "no perdonó a su propio Hijo"[2] dándonos por este incomprensible rigor la medida de lo que debemos esperar de El, si encontrase aún en nosotros el pecado que le ha obligado a mostrarse tan cruel con su amadísimo Hijo "en quien ha puesto todas sus complacencias"[3]. Estas consideraciones sobre la justicia para con la más inocente y la más augusta de todas las víctimas; y sobre el castigo de los judíos impenitentes acabarán de destruir en nosotros el afecto al pecado, desarrollando este temor tan saludable sobre el cual vendrán a apoyarse una esperanza firme y un amor sincero, como sobre base inquebrantable.

---

[1] *Hebr.*, X, 31.
[2] *Rom.*, VIII, 32.
[3] *S. Mat.*, III, 17.

VALOR DE LA SANGRE DIVINA.—En efecto, si por nuestros pecados somos los autores de la muerte del Hijo de Dios, también es cierto que la sangre que brota de sus sagradas llagas tiene la virtud de lavarnos de este crimen. La justicia del Padre celestial no se satisface más que con la efusión de esta sangre divina; y la misericordia del mismo Padre celestial quiere que se emplee en nuestro rescate. El hierro del verdugo ha abierto cinco llagas en el cuerpo del Redentor; y de ellas brotan cinco manantiales de salvación sobre la humanidad para purificarla y restablecer en cada uno de nosotros la imagen de Dios que había sido borrada por el pecado. Acerquémonos, pues, con confianza, y glorifiquemos esta sangre libertadora que abre al pecador la puerta del cielo; y cuyo valor infinito sería suficiente para rescatar millones de mundos más culpables que el nuestro. Nos acercamos al aniversario del día en que fué derramada; han pasado ya muchos siglos desde el día en que enrojeció los miembros desgarrados de nuestro Salvador y que, descendiendo de la Cruz; bañó esta tierra ingrata; pero su poder siempre es el mismo.

RESPETO Y CONFIANZA PARA CON ESTA SANGRE.—Vengamos pues, "a beber a las fuentes del Salvador"[1]; nuestras almas saldrán de allí llenas de vida, purísimas, completamente esplendorosas

[1] *Isaías*, 12-3.

con belleza celestial; ya no quedará en ella la menor señal de sus antiguas manchas; y el Padre nos amará con el mismo amor con que ama a su Hijo. ¿No es para hacernos suyos, a nosotros que estábamos perdidos, por lo que ha entregado a la muerte sin compasión a su Hijo? Habíamos llegado a ser propiedad de Satanás por nuestros pecados; y ahora, de pronto, somos arrancados de sus garras y recobramos la libertad. Y sin embargo de eso, Dios no ha usado de violencia para sacarnos del poder del ladrón, ¿cómo pues, hemos sido libertados? Escuchad al Apóstol; "habéis sido rescatados a gran precio"[1]. Y ¿cuál es este precio? El príncipe de los Apóstoles nos lo explica: "no es, dice, por precio de oro o de plata corruptibles, con que habéis sido rescatados, sino por la preciosa sangre del Cordero sin mancilla"[2]. Esta sangre divina, colocada en la balanza de la justicia celestial, la ha hecho inclinarse en nuestro favor; ¡tanto sobrepasaba al peso de nuestras iniquidades! La fuerza de la sangre ha roto las puertas del infierno, ha quebrantado nuestras cadenas "restablecido la paz entre el cielo y la tierra"[3]. Derramemos sobre nosotros esta sangre preciosa, lavemos en ella todas nuestras llagas, sellemos nuetra frente con su señal inquebrantable y protectora, a fin

[1] *I Cor.*, 6, 20.
[2] *S. Pedro*, 1, 18.
[3] *Colos*. 1, 20.

de que en el día de la cólera, nos perdone la espada vengadora.

ADORACIÓN DE LA CRUZ. — La Iglesia nos recomienda venerar, además de la sangre del Cordero que borra nuestros pecados, la Cruz que es como el altar en que se inmola la Víctima. Dos veces, durante el año, en las fiestas de la Invención y de la Exaltación, será expuesto este sagrado madero, para recibir nuestros homenajes como trofeo de la victoria del Hijo de Dios; en estos momentos no nos habla sino de dolores, y no representa otra cosa que vergüenza e ignominia. El Señor había dicho en la Antigua Alianza; "maldito el que sea colgado en la Cruz"[1]. El Cordero que nos salva se ha dignado arrostrar esta maldición; pero, por eso mismo, ¡cómo hemos de amar este leño, en otro tiempo infame! He aquí convertido en instrumento de nuestra salvación el testimonio del amor de Jesús por nosotros. Por esto, la Iglesia le rinde, en nuestro nombre, los más sinceros honores y nosotros debemos juntar nuestra adoración a la suya. El agradecimiento a esa Sangre que nos ha rescatado, una tierna veneración hacia la Santa Cruz, serán los sentimientos que llenarán particularmente nuestro corazón durante estos quince días.

AMOR A CRISTO. — Pero ¿qué hemos de hacer por el Cordero, por aquel que nos ha entregado

[1] *Deut.*, 21, 23.

su sangre y que se ha abrazado con tanto amor a la Cruz para librarnos? ¿No es justo que nos sigamos sus pasos; que, más fieles que los apóstoles en su Pasión, le sigamos día por día, de hora en hora en la vía dolorosa? Acompañémosle con fidelidad en estos últimos días en que se ve obligado a huir de las miradas de sus enemigos. Imitemos aquellas familias devotas que le recogen en sus casas exponiéndose por esta hospitalidad a la furia de los Judíos; compartamos las inquietudes de la más tierna de las madres; entremos con el pensamiento en el Sanedrín en que se trama el complot contra la vida del Justo. De pronto el horizonte se va a esclarecer por un momento, y vamos a escuchar el grito de Hosanna que resuena por las calles y plazas de Jerusalén. Este homenaje inesperado al Hijo de David, estas palmas, estas voces sencillas de los niños, van a ocultar por un instante nuestros tristes pensamientos. Nuestro amor se unirá a los homenajes tributados al Rey de Israel que visita con tanta dulzura a la hija de Sión, para cumplir el oráculo profético; pero estas alegrías van a durar poco tiempo, y ¡volveremos, muy pronto, a sumergirnos, de nuevo, en la tristeza!

Meditación de la Pasión. — Judas va a tardar muy poco en consumar su odiosa venta; la última Pascua llegará, por fin, y veremos al Cordero figurativo desvanecerse en presencia del verdadero Cordero, cuya carne se nos dará en

alimento y su sangre en bebida. Esto ocurrirá en la Cena del Señor. Revestidos del vestido nupcial tomemos allí asiento entre los discípulos; porque hoy es el día de la reconciliación que reune a una misma mesa al pecador arrepentido y al justo siempre fiel. Pero el tiempo urge: es necesario ir pronto al huerto de Getsemaní; allí es donde podremos apreciar todo el peso de nuestras iniquidades, a la vista de los fallecimientos del Corazón de Jesús, que allí se ve oprimido hasta tener que pedir ayuda. Después, a media noche, los criados y la soldadesca, conducidos por el traidor echarán la mano al Hijo del Eterno y las legiones de los ángeles, que le adoran en todo momento, quedarán como desarmados en presencia de tan horrible iniquidad. Entonces comenzarán esa serie de injusticias, cuyo teatro van a ser los tribunales de Jerusalén: la mentira, la calumnia, la debilidad del gobernador romano, los insultos de los criados y soldados, los gritos tumultuosos del populacho tan ingrato y tan cruel; tales son los incidentes que llenarán las horas veloces que se van a deslizar desde el instante en que el Redentor sea apresado por sus enemigos, hasta que caiga bajo el peso de la Cruz, en la cumbre del Calvario. Pronto veremos todas estas cosas; nuestro amor no nos permitirá alejarnos en esos momentos, en que ante tantos ultrajes, el Redentor corona la gran empresa de nuestra salvación.

En fin, después de las bofetadas y salivas, después de la sangrienta flagelación, después de la cruel afrenta de la coronación de espinas, nos pondremos en marcha para seguir el camino del Hijo del Hombre; por las huellas de su sangre, conoceremos su paso. Tendremos que atravesar un mar borrascoso de iras de un pueblo ávido del suplicio del inocente, escuchar las imprecaciones que vomita contra el Hijo de David. Llegados al lugar del sacrificio veremos con nuestros propios ojos a la augusta Víctima, despojada de sus vestidos, clavada en un madero sobre el cual debe expirar, levantada en el aire entre el cielo y la tierra, como para estar más expuesta todavía a los insultos de los pecadores. Nos acercaremos al árbol de la vida para no perder ni una gota de esta sangre purificadora, ni una sola de las palabras que, a intervalos, hará llegar a nosotros. Compartiremos el dolor de su Madre, cuyo corazón está traspasado con espada de dolor, y nos colocaremos a su lado en el momento en que Jesús moribundo nos confiará a su ternura. En fin, después de tres horas de agonía, le veremos inclinar la cabeza, y, recibiremos su último suspiro.

Fidelidad. — No nos queda, pues, más que un cuerpo inanimado y muerto, unos miembros ensangrentados y yertos por el frío de la muerte. ¡Este es el Mesías que con tanta alegría saluda-

mos cuando vino al mundo! No le bastó a El, Hijo del Eterno "humillarse tomando la forma de esclavo"[1]. ¡Ese nacimiento en la carne, no era más que el principio de su sacrificio; su amor le llevará a la muerte y muerte de Cruz. Vió que nosotros no obtendríamos la nuestra sino mediante el precio de tan generosa inmolación y su corazón no dudó! "Ahora, pues, nos dice San Juan, debemos amar a Dios, puesto que El nos amó primero"[2]. Estas son las miras de la Iglesia en estos solemnes aniversarios. Después de abatir nuestro orgullo y resistencia por el espectáculo de la justicia divina, estimula nuestro corazón a amar al que se entregó, en nuestro lugar, a los golpes de la justicia divina. ¡Desgraciados de nosotros si en esta semana memorable no volvemos nuestras almas hacia Aquel que tenía justas causas para odiarnos, pero que, nos amó más que a sí mismo! Digamos con el Apóstol: "la caridad de Cristo nos apremia y en adelante todos los que viven no deben vivir para ellos, sino para Aquel que se entregó a la muerte por ellos"[3]. Debemos fidelidad al que fué nuestra víctima y que hasta el último momento en vez de maldecirnos, no cesó de pedir misericordia para nosotros. Un día aparecerá sobre las nubes del cielo, "y los hombres dice, el profeta, verán

---

[1] *Filip.*, 2, 7.
[2] *I, S. Juan*, 4, 19.
[3] *2 Cor.*, 14, 19.

al que traspasaron"[1]. ¡Ojalá seamos nosotros de aquellos a quienes la vista de las heridas, les inspira confianza porque habrán reparado con amor el crimen infligido al Cordero divino.

CONFIANZA. — Esperemos de la misericordia de Dios, que los santos días que vamos a comenzar, produzcan en nosotros este cambio maravilloso que nos permita cuando llegue la hora del juicio, permanecer tranquilos a la mirada del que vamos a ver pisoteado por los pecadores. La muerte del Redentor revoluciona a toda la naturaleza: el sol se oscurece al mediodía, tiembla la tierra y las rocas se parten, que nuestros corazones se conmuevan también que pasen de la indiferencia al temor, del temor a la esperanza, de la esperanza al amor; y después de descender con nuestro Salvador hasta el fondo de los abismos de las tristezas, merezcamos remontarnos con El hasta la luz, rodeados de los resplandores de su resurrección y llevando en nosotros la prenda de una vía nueva que no dejaremos apagar ya más.

---

[1] *Zac.*, 12, 10.

DOMINGO DE PASION

"Si oís, hoy, la voz del Señor, no endurezcáis vuestros corazones."

ENSEÑANZA DE LA LITURGIA. — La Iglesia da comienzo hoy en el oficio de la noche por estas graves palabras del Rey profeta. Antiguamente, los fieles consideraban un deber el asistir a los oficios nocturnos al menos los domingos y días festivos; tenían en mucho el no perder las enseñanzas que encierra la Liturgia. Pero los siglos pasaron y la casa de Dios no era frecuentada con la asiduidad que constituía el gozo de nuestros padres. Poco a poco se fueron perdiendo las costumbres y el clero dejó de celebrar públicamente los oficios que no eran concurridos. Fuera de los cabildos y monasterios no se oye ya el conjunto tan armonioso de la alabanza divina, y las maravillas de la Liturgia sólo son conocidas de una manera incompleta.

LLANTO DEL SEÑOR. — Por esta razón nos hemos movido a poner ante la consideración de nuestros lectores ciertos rasgos de algunos ofi-

cios que de otro modo quedarían para ellos como si no existiesen. ¿Qué más propio hoy para movernos que este aviso, tomado de David, que la Iglesia nos dirige y que repetirá en todos los maitines hasta el día de la Cena del Señor? Pecadores, nos dice, este día en que se deja oír la voz lastimera del Redentor, no seáis enemigos de vosotros mismos, dejando vuestros corazones endurecidos. El Hijo de Dios os da la última y la más viva muestra del amor por el cual descendió del cielo; su muerte está cercana; ya se prepara el madero en el que será inmolado el nuevo Isaac; entrad en vosotros mismos y no permitáis, que vuestro corazón conmovido, tal vez, un momento, vuelva a su dureza ordinaria. Habría en ello el mayor de los peligros. Estos aniversarios tienen la virtud de renovar a las almas cuya fidelidad coopera a la gracia que les ha sido ofrecida; mas acrecienta la insensibilidad en aquellos que los pasan sin arrepentirse. "Si, pues, oís hoy la voz del Señor no endurezcáis vuestros corazones."

ULTIMOS DÍAS DE LA VIDA PÚBLICA DE JESÚS. — Durante las semanas precedentes hemos visto crecer cada día la malicia de los enemigos del Salvador. Su presencia, su vista les irrita y se siente que este odio reprimido aguarda el momento propicio para estallar. La bondad, la dulzura de Jesús continúa seduciendo las almas puras y rectas; al mismo tiempo la humildad de

su vida y la inflexible pureza de doctrina humilla más y más al judío soberbio que sueña con un Mesías conquistador, y al fariseo que no tiene escrúpulos en traspasar las leyes para hacer de ellas un instrumento de sus pasiones. Sin embargo, Jesús continúa el curso de sus milagros; sus discursos están llenos de energía desconocida; sus profecías amenazan a la ciudad y al templo famoso de los que no quedarán piedra sobre piedra. Los doctores de la ley deberían, al menos reflexionar, examinar sus obras maravillosas que dan testimonio al Hijo de David, y releer tantos oráculos divinos cumplidos hasta ahora con la más absoluta fidelidad. ¡Ay! estos oráculos se deben cumplir hasta la última tilde. David e Isaías no hicieron sino predecir las humillaciones y los dolores del Mesías, que estos hombres ciegos no durarán en realizar.

OBSTINACIÓN DE LA SINAGOGA Y DEL PECADOR. — En ellos se cumple esta palabra: "al que blasfema contra el Espíritu Santo, no se le perdonará el pecado ni en esta vida ni en la otra"[1]. La Sinagoga corre a la maldición. Obstinada en su error, no quiere escuchar, ni ver nada; ha torcido su juicio a su gusto; ha apagado en sí misma la luz del Espíritu Santo y vamos a verla descender por todos los grados de la aberración hasta el abismo. Triste espectáculo que se en-

[1] *S. Mat.* XII, 32.

cuentra todavía, con mucha frecuencia, en nuestros días, en los pecadores que a fuerza de resistir a la luz de Dios, ¡acaban por encontrar reposo en las tinieblas! Y no nos extrañemos de encontrar en otros hombres la conducta que observamos en los actores del drama que se va a cumplir. La historia de la Pasión del Hijo de Dios nos proporcionará más de una lección sobre los secretos del corazón humano y sus pasiones. No puede ser de otra manera; porque lo que ocurre en Jerusalén se renueva en el corazón del pecador. Este corazón es un Calvario, sobre el que según el Apóstol, Jesucristo es sacrificado con frecuencia. La misma ingratitud, la misma ceguera, el mismo furor; con la diferencia de que el pecador, cuando es iluminado por la fe, conoce a quien crucifica, mientras que los judíos, como dice San Pablo, no conocían como nosotros al Rey de la gloria [1] a quien clavamos en la Cruz. Siguiendo los relatos evangélicos que de día en día, van a ponerse ante nuestros ojos, deben indicarnos que nuestra indignación contra los judíos debe tornarse también contra nosotros y nuestros pecados. Lloremos los dolores de nuestra víctima, a la que nuestros pecados han obligado a soportar, tal sacrificio.

LA OCULTACIÓN DE JESÚS. — En este momento todo convida al duelo. Sobre el altar, ha des-

[1] *Cor.*, 2, 8.

aparecido hasta la Cruz bajo un velo y las imágenes de los santos están cubiertas; la Iglesia está a la expectativa de la más grande desgracia. Sólo nos recuerda en este tiempo la penitencia del Hombre-Dios; y tiembla pensando en los peligros de que está rodeado. Muy pronto leeremos en el Evangelio que el Hijo de Dios ha estado apunto de ser lapidado como un blasfemo; pero su hora no había llegado aún. Tuvo que huir y esconderse. ¡Todo un Dios se esconde para huir de la cólera de los hombres!

¡Qué contraste! ¿Será por debilidad o por miedo a la muerte? Sólo pensarlo sería una blasfemia; no tardaremos en verle presentarse ante sus enemigos. Si ahora evita el furor de los judíos es por no haberse cumplido aún lo que dijeron los profetas sobre El. Por otra parte no debe morir a pedradas sino sobre el madero maldito que, en adelante, se convertirá en el árbol de la vida.

ADÁN Y JESÚS. —Humillémonos, al ver que el Creador del cielo y de la tierra tiene que substraerse a las miradas de los hombres, para huir de su cólera. Pensemos en el día del primer crimen en el que Adán y Eva, pecadores, se escondieron también por que se vieron desnudos. Jesús ha venido para darles la seguridad del perdón: y he aquí que se oculta; no por que esté desnudo, El que es para sus Santos el vestido de santidad y de inmortalidad, sino por que se ha

hecho débil, para darnos fortaleza. Nuestros primeros padres quisieron esconderse de la mirada de Dios; Jesús se oculta ante los hombres; pero no será siempre así. Día vendrá en que los pecadores, ante quienes parece que huye hoy, suplicarán a las rocas y montañas, que caigan sobre ellos y les sustraigan de su vista; pero su petición será estéril. "Verán al Hijo del hombre sentado sobre las nubes del cielo, con poderosa y soberana majestad"[1].

Este Domingo se llama *Domingo de Pasión* porque la Iglesia comienza hoy a ocuparse especialmente de los sufrimientos del Redentor. Se le llama también Domingo *Júdica,* por comenzar con esta palabra el Introito de la Misa; finalmente Domingo de la *Neomenía* es decir de la luna nueva pascual por que siempre cae después de la luna nueva que sirve para fijar la fiesta de la Pascua.

En la iglesia griega, este Domingo, no tiene otro nombre que el Domingo V de los *Santos Ayunos*.

MISA

En Roma la estación se celebra en la basílica de S. Pedro. La importancia de este Domingo. que no cede su puesto a ninguna otra fiesta, por solemne que sea, exigía que la reunión de los

[1] *S. Mateo,* XXIV, 30.

fieles tuviese lugar en uno de los más augustos santuarios de la ciudad eterna.

El Introito está compuesto del Salmo XLII. El Mesías implora el juicio de Dios y protesta contra la sentencia que los hombres van a dictar contra él. Demuestra al mismo tiempo su esperanza en el socorro de su Padre, que después de la prueba le admitirá triunfante en su gloria.

INTROITO

Júzgame tú, oh Dios, y separa mi causa de la de un pueblo no santo: líbrame del hombre inicuo y falaz: porque tú eres mi Dios y mi fortaleza. — *Salmo:* Envía tu luz, y tu verdad: ellas me guiarán, y conducirán hasta tu santo monte, y hasta tus tabernáculos. — Júzgame tú...

En adelante sólo se dice *Gloria Patri* en las Misas de las fiestas; pero se repite el Introito.

En la Colecta, la Iglesia pide para sus fieles la completa reforma que el santo tiempo de Cuaresma está llamado a reproducir, y que debe someter a la vez los sentidos al espíritu y preservar a éste de las ilusiones y seducciones a que ha estado muy sujeto hasta ahora.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, mires propicio a tu Familia: para que, con tu ayuda, sea regida en el cuerpo y, con tu protección sea custodiada en el alma. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Hebreos.

Hermanos: Cristo el es Pontífice de los bienes futuros, el cual penetró una vez en el santuario a través de un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho a mano, es decir, no de creación humana, y no con la sangre de cabritos y toros, sino por medio de su propia sangre, después de haber obrado la Redención eterna. Si, pues, la sangre de cabritos y de toros, y la aspersión de la ceniza de la ternera (sacrificada) santifican con la limpieza de la carne a los manchados: ¿cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios, por medio del Espíritu Santo, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios viviente? Por eso es El el Mediador del Nuevo Testamento: a fin de que, por su muerte, ofrecida en redención de las prevaricaciones cometidas bajo el Viejo Testamento, reciban los llamados la prometida y eterna herencia en Jesucristo. Nuestro Señor.

La salvación en la sangre de un Dios. — El hombre sólo puede ser rescatado, por la sangre. La divina majestad ultrajada sólo se aplacará por el exterminio de la criatura rebelde cuya sangre derramada sobre la tierra con su vida dará testimonio de su arrepentimiento y de su completa sumisión ante aquel contra quien se rebeló. De otro modo la justicia de Dios se compensará por el suplicio eterno del pecador. Todos los pueblos así lo han entendido, desde la sangre de los corderos de Abel hasta la que co-

rría a torrentes en las hecatombes de Grecia, y en las innumerables inmolaciones con que Salomón inauguró la dedicación del templo. Sin embargo, dice Dios: "Escucha, Israel, yo soy tu Dios. No te reprendo por tus sacrificios: pues tengo siempre ante mí tus holocaustos; yo no tomo de tu casa el recental, ni de tus rebaños tus carneros. ¿Acaso no son míos todos estos animales? Si tubiere hambre no acudiría a ti, porque mío es el mundo y todo lo que contiene. ¿Es que tengo que comer carne de tus toros, o tendré que beber sangre de tus cabritos?[1]." Así Dios ordena los sacrificios sangrientos, y declara que no son nada a sus ojos. ¿Hay contradición? No: Dios quiere a la vez que el hombre entienda que no puede ser rescatado más que por la sangre, y que la sangre de los animales es muy grosera para obrar este rescate. ¿Será la sangre del hombre la que aplaque la justicia divina? De ningún modo: la sangre del hombre es impura y está manchada; además es incapaz de compensar el ultraje hecho a Dios. Es necesaria la sangre de un Dios. Y Jesús se ofrece a derramar la suya.

En El va a cumplirse la mayor figura de la ley antigua. Una vez al año, el sumo Sacerdote entraba en el Santa-Santorum, a orar por el pueblo. Se ponía detrás del velo, de cara al Arca Santa; se le otorgaba este favor con la condición de que entrase en este sagrado recinto lle-

[1] *Salmo*, XLIX.

vando en sus manos la sangre de la víctima que acababa de inmolar. Estos días, el Hijo de Dios Sumo Sacerdote por antonomasia, va a hacer su entrada en el cielo, y nosotros iremos en pos de El; mas se necesita para esto que se presente con sangre, y esta sangre no puede ser otra que la suya. Vamos a ver cumplir esta prescripción divina. Abramos pues, nuestros corazones, a fin de que "los purifique de las obras muertas, como nos acaba de decir el Apóstol, y sirvamos en lo sucesivo al Dios vivo."

El Gradual está tomado del Salterio; el Salvador pide verse libre de sus enemigos y apartado de la rabia de un pueblo amotinado contra El; pero al mismo tiempo acepta cumplir la voluntad de su Padre, por quien será vengado.

GRADUAL

Líbrame, Señor, de mis enemigos: enséñame a cumplir tu voluntad. ℣. Tú, Señor, que me has librado de las gentes iracundas, me exaltarás sobre los que se levanten contra mí: me librarás del hombre inicuo.

En el Tracto, sacado del mismo texto, el Mesías, con el nombre de Israel, se queja del furor de los judíos que le han perseguido desde su juventud, y se apresuran a hacerle sufrir cruel flagelación. Anuncia a la vez los castigos que el deicidio atraerá sobre ellos.

TRACTO

Mucho me han angustiado desde mi juventud. ℣. Dígalo ahora Israel: mucho me han angustiado desde mi juventud. ℣. Mas no prevalecieron contra mí: sobre mis espaldas araron los pecadores. ℣. Prolongaron sus iniquidades: pero el Señor cortó las cervices de los pecadores.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio Según S. Juan.

En aquel tiempo, decía Jesús a las turbas de los judíos: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, oye las palabras de Dios. Pero vosotros no las oís, porque no sois de Dios. Respondieron entonces los judíos, y dijéronle: ¿No decimos con razón que eres un samaritano, y que tienes el demonio? Respondió Jesús: Yo no tengo el demonio, sino que glorifico a mi Padre, y vosotros le deshonráis. Pero yo no busco mi gloria: hay quien la busque, y la juzgue. En verdad, en verdad os digo: Si alguien observare mis palabras, no morirá eternamente. Dijéronle entonces los judíos: Ahora conocemos que tienes el demonio. Abraham murió, y también los Profetas: y tú dices: Si alguien observare mis palabras, no morirá eternamente. ¿Acaso eres tú mayor que nuestro padre Abraham, que murió? Y los profetas también murieron. ¿Por quién te tienes a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria no es nada: es mi Padre quien me glorifica, el que vosotros llamáis Dios vuestro, y no le habéis conocido: pero yo le he conocido: y, si dijera que no le he conocido, sería semejante a vosotros, mentiroso. Pero yo le conozco, y observo sus palabras. Abraham, vuestro Padre, anheló ver mi día: viólo, y se alegró. Dijéronle entonces los judíos: ¿Aun no tienes cincuenta años, y viste a Abra-

ham? Díjoles Jesús: En verdad, en verdad os digo: Antes de que Abraham existiera, ya existía yo. Tomaron entonces piedras, para lanzarlas contra El: pero Jesús se escondió, y salió del templo.

ENDURECIMIENTO DE LOS JUDÍOS.—El furor de los judíos ha llegado al colmo, y Jesús se ve obligado a huir ante ellos. Pronto le matarán; mas ¡qué diferente es su suerte de la suya! Por obediencia a los decretos de su Padre celestial, por amor a los hombres, se entregará en sus manos, y le darán muerte, pero saldrá victorioso del sepulcro; subirá a los cielos, e irá a sentarse a la diestra de su Padre. Ellos, por el contrario, después de saciar su furor dormirán sin remordimientos hasta el terrible despertar que les está preparado. Se palpa que la reprobación de estos hombres será eterna. Ved con qué severidad les habla el Salvador: "Vosotros no escucháis la palabra de Dios porque no sois de Dios." No obstante esto hubo un tiempo en que fueron de Dios: porque el Señor da a todos su gracia; pero ellos han hecho estéril esta gracia; se agitan en las tinieblas y ya no verán la luz que han rechazado. "Decís que Dios es vuestro Padre; pero no le conocéis." A fuerza de desconocer al Mesías, la Sinagoga ha llegado a no conocer también al mismo Dios único y soberano, cuyo culto la enorgullece; en efecto, si conociese al Padre, no rechazaría al Hijo. Moisés, los Salmos, los Profetas, son para ella letra muerta, y estos libros

divinos pasarán muy pronto entre las manos de los pueblos, que sabrán leerlos y comprenderlos. "Si yo dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros." Por la dureza del lenguaje de Jesús se adivina ya la cólera del juez que bajará el último día para estrellar contra la tierra la cabeza de los pecadores. "Jerusalén no conoció el tiempo de su visita; el Hijo de Dios salió a su encuentro y tiene ella la desvergüenza de decirle que está poseído del demonio." Echa en cara al Hijo de Dios al Verbo eterno, que prueba su origen por los prodigios más evidentes, que Abrahán y los Profetas son mayores que El. ¡Extraña ceguera que procede del orgullo y de la dureza de corazón! La Pascua está próxima; estos hombres comerán religiosamente el cordero simbólico; saben que este cordero es una figura que debe realizarse. El cordero verdadero será inmolado por sus manos sacrílegas y no lo reconocerán. La sangre derramada por ellos no les salvará. Su desgracia nos lleva a pensar en tantos pecadores endurecidos para los cuales la Pascua de este año será tan estéril de conversión como los años precedentes; redoblemos nuestras oraciones por ellos, y pidamos que la sangre divina que pisan con los pies no clame contra ellos delante del trono del Padre celestial.

En el Ofertorio, el cristiano, lleno de confianza en los méritos de la sangre que le ha rescatado hace suyas las palabras de David para ala-

bar a Dios, y para reconocerle como autor de la vid a nueva cuya fuente inagotable es el sacrificio de Jesucristo.

OFERTORIO

Te alabaré, Señor, con todo mi corazón: retribuye a tu siervo: viva yo, y guarde tus palabras: vivifícame, según tu palabra, Señor.

El sacrificio del Cordero sin mancilla ha producido en el pecador dos efectos; ha roto sus cadenas y le ha hecho objeto de las complacencias del Padre celestial.

La Iglesia pide en la secreta, que el sacrificio que va a ofrecer para reproducir el de la Cruz, obtenga en nosotros los mismos resultados.

SECRETA

Suplicámoste, Señor hagas que estos presentes nos libren de los vínculos de nuestra depravación y nos grangeen los dones de tu misericordia. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén.

La antífona de la comunión está formada de las mismas palabras con que Jesucristo instituyó el sacrificio que se acaba de celebrar en el cual el sacerdote y los fieles participan en memoria de la Pasión cuyo recuerdo y mérito infinito ha renovado.

COMUNION

Este es el Cuerpo que será entregado por vosotros; este Cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre, dice

el Señor: haced esto en memoria mía cuantas veces lo tomareis.

En la poscomunión, la Iglesia pide a Dios conserve en los fieles los frutos de la visita que se ha dignado hacerle, entrando en ellos por la participación en los sagrados misterios.

POSCOMUNION

Asístenos, Señor, Dios nuestro; y, a los que has recreado con tus Misterios, defiéndelos con tu perpetuo patrocinio. Por el Señor.

LUNES

DE LA SEMANA DE PASION

La Estación, en Roma, se celebra en la Iglesia de San Crisógono, el "titulus Chrysogoni", de 499, donde, muy pronto se veneró al mártir homónimo de Aquilea, víctima de la persecución de Diocleciano, en 303. Su nombre está escrito en el Canon de la Misa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, santifiques nuestros ayunos, y nos concedas benigno el perdón de todas nuestras culpas. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jonás.

En aquellos días habló el Señor por vez segunda al Profeta Jonás, diciendo: Levántate, y vete a la gran ciudad de Nínive: y predica en ella lo que yo te diga.

Y se levantó Jonás, y se fué a Nínive, según la orden del Señor. Y Nínive era una ciudad muy grande, como de tres días de camino. Y recorrió Jonás la ciudad durante un día: y clamó, y dijo: Aún quedan cuarenta días, (después) Nínive será destruída. Y creyeron en Dios los ninivitas: y pregonaron ayuno, y se vistieron de saco desde el mayor hasta el menor. Y llegó la nueva al rey de Nínive: y se levantó de su trono, y se despojó de sus ropas, y se vistió de saco, y se sentó en ceniza. Y se clamó, y se gritó en Nínive, por orden del rey y de sus príncipes, diciendo: Los hombres, y los animales, y los bueyes, y las bestias no gusten nada: ni sean apacentadas, ni beban agua. Y cúbranse de saco los hombres, y las bestias, y clamen al Señor con ahinco, y conviértase el hombre de su mal camino, y de la iniquidad que ha obrado con sus manos. ¿Quién sabe si se volverá a Dios, y nos perdonará, y se aplacará su ira, y no pereceremos? Y vió Dios sus obras, y que se habían convertido de su mal camino: y se compadeció de su pueblo el Señor, nuestro Dios.

PENITENCIA DE NÍNIVE.—La Iglesia nos ofrece hoy este relato, a fin de que avivemos nuestro celo por el camino de la penitencia. Una ciudad entregada a la idolatría, una capital orgullosa y sensual ha merecido la cólera del cielo. Dios se apresura a derribarla con los castigos de su venganza: dentro de cuarenta días, Nínive será arrasada con sus habitantes. Pero ¿qué sucedió? La amenaza del Señor no se cumplió y Nínive fué perdonada. Este pueblo infiel se acordó del Dios que había olvidado; clamó al Señor, se humilló, ayunó; y la Iglesia termina el relato del

profeta con estas palabras: "el Señor, Dios nuestro, tuvo compasión de su pueblo." Este pueblo pagano llegó a ser el *pueblo del Señor* porque hizo penitencia a la voz del profeta. El Señor no había hecho pacto más que con una nación, pero no despreciaba los homenajes de las que renunciando a sus ídolos, confesaban su santo nombre y querían servirle también. Vemos aquí la eficacia de la penitencia del cuerpo unida a la del corazón para doblegar la ira divina: ¡cuánto pues debemos estimar las prácticas que la Iglesia nos impone en estos días y reformar las falsas ideas que una mística racionalista y débil nos hubieran podido inspirar!

LECCIÓN DE CONFIANZA. — Esta lectura era al mismo tiempo, motivo de esperanza y de confianza para los catecúmenos cuya iniciación estaba próxima. En ella aprendían a conocer la misericordia del Dios de los cristianos, cuyas amenazas son terribles y que, a pesar de todo, no sabe resistir al arrepentimiento de un corazón que renuncia al pecado. Salidos del paganismo, de esta Nínive profana, aprendían por este relato que el Señor, aun antes de enviar su Hijo al mundo, invitaba a los hombres a formar parte de su pueblo; y pensando en los obstáculos que sus padres tuvieron que vencer para recibir la gracia que les estaba prometida y perse-

verar en ella, bendecían al Dios salvador que por su encarnación, su sacrificio, sus sacramentos y su Iglesia se dignó poner tan cerca de nosotros esta salvación que es la única fuente tanto para el mundo antiguo como para el nuevo. Los penitentes públicos tomaban con esta lectura nuevos ánimos para esperar el perdón. Dios había tenido misericordia de Nínive, la ciudad pecadora y condenada: se dignará, pues, aceptar su penitencia, y revocar en favor suyo el decreto de su justicia.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo los príncipes y los fariseos enviaron unos ministros para que prendiesen a Jesús. Díjoles entonces Jesús: Todavía estaré con vosotros un poco de tiempo: y me iré al que me ha enviado. Me buscaréis, y no me hallaréis: y, adonde yo voy, vosotros no podréis ir. Dijeron entonces los judíos entre sí: ¿Dónde se irá éste, para que no le encontremos? ¿Acaso se irá a los gentiles, dispersos por el mundo, para predicarles? ¿Qué significa eso que ha dicho: Me buscaréis, y no me encontraréis: y, adonde yo voy, vosotros no podréis ir? Y el último día de la fiesta, el más solemne, se presentó a Jesús, y clamaba, diciendo: El que tenga sed, que venga a mí, y beba. Del seno del que crea en mí fluirán, como dice la Escritura, ríos de agua viva. Dijo esto, aludiendo al Espíritu que habían de recibir los creyentes en El.

10. TEMOR DEL ENDURECIMIENTO. — Los enemigos del Salvador no sólo han pensado lanzarle piedras; hoy quieren quitarle la libertad, y envían

esbirros para prenderle. En esta ocasión Jesús no juzga oportuna la huída; ¡pero qué terribles palabras les dirige!: "Voy al que me envió; vosotros me buscaréis pero no me encontraréis." El pecador que durante mucho tiempo ha abusado de la gracia, en castigo a su ingratitud y desprecios, tal vez no pueda encontrar a este Salvador con quien ha querido romper. Antíoco, humillado por la mano de Dios, oró y no fué oído. Después de la muerte y resurrección de Jesús, mientras la Iglesia extendía sus raíces por el mundo, los judíos, que crucificaron al Justo, buscaban al Mesías en cada uno de los impostores que se levantaban entonces en Judea, y causaron tumultos que llevaría la ruina de Jerusalén. Cercado por todas las partes por la espada de los romanos y por las llamas del incendio que devoraba el templo y los palacios, clamaban al cielo, y suplicaban al Dios de sus padres que enviase, según su promesa, al Salvador esperado; ni se les ocurrió que este libertador se había manifestado a sus padres, aun a algunos de ellos, que le habían matado, y que los apóstoles habían ya llevado su nombre hasta los confines de la tierra. Esperaron aún hasta el momento en que la ciudad deicida se derrumbó sobre los que no habían inmolado la espada del vencedor; los supervivientes fueron arrastrados a Roma para adornar el triunfo de Tito. Si se les hubiese preguntado que es lo que esperaban, habrían res-

pondido que al Mesías. Vana esperanza: el tiempo había pasado. Temamos que la amenaza del Salvador se cumpla en muchos de los que dejarán pasar esta Pascua sin volver a la misericordia de Dios; roguemos y pidamos que no caigan en las manos de una justicia, cuyo arrepentimiento demasiado tardío e imperfecto no doblegará.

El agua viva. — Pensamientos más consoladores nos sugiere el relato del Evangelio. Almas fieles, almas penitentes, escuchad; Jesús habla para vosotras: "si alguno tiene sed, venga a Mí y beba". Recordad la oración de la infeliz samaritana: "Señor dame siempre de esta agua." Esta agua es la gracia divina; abrevaos de las aguas de las *fuentes del Salvador* que había anunciado el profeta. Esta agua da la pureza al alma manchada, fortaleza al alma lánguida, amor al que se siente tibio. Mas aun, el Salvador añade: "el que cree en mí, se convertirá él mismo en fuente de aguas vivas"; porque el Espíritu Santo vendrá sobre él y entonces el fiel derramará sobre los demás la gracia que ha recibido en abundancia. ¡Con qué gozo tan santo oía leer el catecúmeno estas palabras que le prometían que su sed sería por fin apagada en la divina fuente! El Salvador ha querido serlo todo para el hombre regenerado: *luz* que disipa sus tinieblas, *pan* que le alimenta, *viña* que le da su uva, en fin *agua* corriente que refresca sus ardores.

ORACION

Concede, Señor, a tu pueblo la salud del alma y del cuerpo: para que, practicando las buenas obras, merezca ser defendido siempre con tu protección. Por el Señor.

MARTES

DE LA SEMANA DE PASION

En Roma, la Estación tenía lugar antiguamente, en la Iglesia del santo mártir Ciriaco y así está señalado en misal romano; pero este antiguo santuario habiéndose arruinado, y el cuerpo del santo diácono trasladado por Alejandro VII (1655-1667) a la Iglesia *in via Lata,* la Estación tiene lugar ahora en ésta última.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, te sean aceptos nuestros ayunos: para que, purificándonos, nos hagan dignos de tu gracia y nos alcancen los remedios eternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días se presentaron los babilonios al rey, y le dijeron: Entréganos a Daniel, que destruyó a Bel y mató al dragón, porque, de lo contrario, te mataremos a ti, y a tu familia. Vió entonces el rey que se lanzarían sobre él con furia: y, obligado por la necesidad, les entregó a Daniel. Ellos le encerraron en una cueva de leones, y estuvo allí seis días. Y en

la cueva había siete leones, a los cuales arrojaban todos los días dos cadáveres y dos ovejas: pero entonces no les dieron nada, para que devoraran a Daniel. Había a la sazón en Judea un profeta, llamado Habacuc, el cual había hecho un guisado y preparado unos panes en una vasija, e iba al campo, para llevarlo a los segadores. Y dijo el Angel del Señor a Habacuc: Lleva esa comida, que tienes ahí, a Babilonia, a Daniel, que está en la cueva de los leones. Y dijo Habacuc: Señor, no he visto nunca a Babilonia, y no sé dónde está la cueva. Y tomóle el Angel del Señor por la coronilla, y llevóle por el cabello de la cabeza, y le colocó, con la velocidad de su espíritu, en Babilonia, sobre la cueva de los leones. Y clamó Habacuc, y dijo: Daniel, siervo de Dios, toma la comida que te ha enviado Dios. Y dijo Daniel: Te has acordado de mí, oh Dios, y no has abandonado a los que te aman. Y, levantándose Daniel, comió. Después el Angel del Señor volvió luego a Habacuc a su lugar. Vino, pues, el rey el día séptimo, para llorar a Daniel: y fué a la cueva, y miró dentro, y he aquí que vió a Daniel sentado en medio de los leones. Y clamó el rey con gran voz, diciendo: Grande eres tú, Señor, Dios de Daniel. Y le sacó de la cueva de los leones. Entonces arrojó en la cueva a aquellos que habían sido la causa de su perdición y fueron devorados al punto en su presencia. Entonces dijo el rey: Teman todos los habitantes de toda la tierra al Dios de Daniel: porque El es el Salvador, El que hace prodigios y maravillas en la tierra: El es el que ha librado a Daniel de la cueva de los leones.

DANIEL MODELO DE CATECÚMENOS. — Esta lectura estaba destinada especialmente a la instrucción de los catecúmenos. Se preparaban para inscribirse en la milicia cristiana; convenía, pues,

se pusiese ante sus ojos los ejemplos que habían de estudiar y realizar durante su vida. Daniel entregado a los leones, por haber despreciado el ídolo de Bel era el tipo del mártir. Había confesado al verdadero Dios en Babilonia, extermimando un dragón imagen de Satán, al cual el pueblo idólatra, después de destrucción de Bel, había traspasado sus homenajes supersticiosos; sólo la muerte del profeta era capaz de aquietar a los paganos. Lleno de confianza en Dios, Daniel se había dejado arrojar en la cueva de los leones, dando así a las edades cristianas el ejemplo del valeroso sacrificio que debía ofrecer por espacio de tres siglos la consagración de sangre para establecimiento de la Iglesia. La imagen de este profeta rodeado de leones se encuentra a cada paso en las catacumbas romanas; la mayor parte las pinturas que le recuerdan se remontan al tiempo de las persecuciones. De este modo los catecúmenos podían contemplar con sus ojos lo que habían oído leer, y todo les hablaba de oprobios y de sacrificios. Es verdad que la historia de Daniel les señalaba el poder de Dios que intervenía para arrancar de los leones la presa inocente que se les había echado. Pero los aspirantes al bautismo sabían de antemano que la liberación con que debían contar, sólo les sería otorgada después de dar testimonio de su sangre. De cuando en cuando se manifestaban en la arena prodigios; se veía algunas veces a

los leopardos lamer los pies de los mártires y contener su voracidad ante los siervos de Dios; pero tales milagros no hacían más que suspender la inmolación de las víctimas y suscitarles imitadores.

LUCHA CONTRA EL MUNDO. — La Iglesia proponía a la tentación de los catecúmenos la valentía de Daniel y no su victoria sobre los leones; lo importante para ellos era que en adelante tuviesen presente estas palabras del Salvador; "no temáis a los que pueden matar al cuerpo; temed más bien al que puede arrojar el alma y el cuerpo en el infierno"[1]. Nosotros somos los descendientes de estas primeras generaciones de la Iglesia, pero no hemos conquistado al mismo precio la ventaja de ser cristianos. No es delante de procónsules ante quienes tenemos que confesar a Jesucristo es delante del mundo, este otro tirano. Los ejemplos de los mártires nos fortifiquen estos días, en la lucha que es preciso sostener contra sus máximas, sus pompas y sus obras. Hay una especie de tregua entre él y nosotros en este tiempo de recogimiento y de penitencia; pero día vendrá en que tengamos que desafiarle y mostrarnos cristianos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo andaba Jesús por Galilea, pues no

[1] *S. Mat.*, X, 28.

quería caminar por la Judea porque los judíos querían matarle. Y estaba próxima una fiesta de los judíos, la Escenopegia (o de los Tabernáculos). Dijéronle entonces sus hermanos: Pasa de aquí, y vete a Judea, para que vean también tus discípulos las obras que haces. Porque nadie, que desea ser conocido, hace sus obras en secreto: si haces esas cosas, manifiéstate al mundo. Ni sus mismos hermanos creían en El. Díjoles entonces Jesús: Mi tiempo no ha llegado aún: en cambio, vuestro tiempo siempre está preparado. El mundo no puede odiaros a vosotros; pero a mí sí me odia: porque yo doy testimonio de que sus obras son malas. Subid vosotros a esa fiesta, porque yo no subo a ella, pues mi tiempo aun no se ha cumplido. Y, habiendo dicho esto, El permaneció en Galilea. Más, cuando subieron sus hermanos, subió también El a la fiesta, pero no públicamente, sino como de incógnito. Y los judíos le buscaban el día de la fiesta, y decían: ¿Dónde está El? Y había gran murmullo en el pueblo acerca de El. Porque unos decían: Es bueno. Pero otros decían: No; sino que seduce a las turbas. Y nadie hablaba de El abiertamente, por miedo a los judíos.

La humildad del Hombre-Dios. —Los hechos referidos en el paso del Evangelio se relacionan con una época anterior a la vida del Salvador, y la Iglesia nos los propone hoy, a causa de la relación que contiene con los que hemos leído hace algunos días. Es evidente que no sólo al acercarse la Pascua, sino desde la fiesta de los Tabernáculos, en el mes de septiembre, el furor de los judíos conspiraba ya su muerte. El Hijo de Dios tenía que viajar a ocultas, y para entrar con seguridad en Jerusalén, le era preciso to-

mar algunas precauciones. Adoremos estas humillaciones del Hombre-Dios, que se ha dignado santificar todos los estados, aun el del justo perseguido y obligado a ocultarse a las miradas de sus enemigos. Le habría sido fácil deslumbrar a sus adversarios con milagros inútiles, como los que deseó Herodes y forzar así su culto y su admiración. Dios no procede así; no obliga; obra a las miradas de los hombres; mas para conocer la acción de Dios, es necesario que el hombre se recoja y se humille, que haga callar sus pasiones. Entonces la luz divina se manifiesta al alma; esta alma ha visto bastante; ahora cree y quiere creer; su dicha y su mérito está en la fe; está en disposición de esperar la manifestación de la eternidad.

La carne y la sangre no lo entienden así; gustan la ostentación y el ruido. El Hijo de Dios en su venida a la tierra no debía someterse aún abatimiento tal sino para que los hombres viesen su poder infinito. Tenía que hacer milagros para apoyar su misión, pero en El, hecho Hijo del Hombre, no debía ser todo milagro. La mayor parte de su existencia estaba reservada a los humildes deberes de la criatura; de otro modo, no nos había enseñado con su ejemplo, lo que tanto necesitábamos saber. Sus hermanos (se sabe que los judíos entendían por *hermanos* a todos los parientes en línea colateral) sus hermanos habrían querido tener su parte en esta

gloria vulgar, que querían para Jesús. Le dan motivo para que les dijese esta palabra que debemos meditar en este santo tiempo, para acordarnos más tarde de ella: "el mundo no os odia a vosotros; pero a mí, sí me odia". Guardémonos pues, en adelante, de complacernos con el mundo; su amistad nos separaría de Jesucristo.

ORACION

Suplicámoste, Señor, nos concedas la gracia de perseverar sumisos a tu santa voluntad: para que en nuestros días crezca, en número y en mérito, el pueblo que te sirve. Por el Señor.

MIERCOLES

DE LA SEMANA DE PASION

En Roma se celebra la Estación en la Iglesia de San Marcelo papa y mártir (308-310).

COLECTA

Santificado este ayuno, ilustra, oh Dios, misericordiosamente los corazones de tus fieles: y escucha benigno las súplicas de aquellos a quienes concedes el sentimiento de la devoción. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del libro Levítico.

En aquellos días habló el Señor a Moisés, diciendo: Habla a toda la asamblea de los hijos de Israel, y les dirás: Yo soy el Señor, vuestro Dios. No hurtaréis. No mentiréis, ni engañará cada cual a su prójimo. No

perjurarás en nombre mío, ni mancharás el nombre de tu Dios. Yo soy el Señor. No calumniarás a tu prójimo, ni le oprimirás con la fuerza. No retendrás el salario del obrero hasta el mañana. No maldecirás al sordo, ni pondrás tropiezo delante del ciego: sino que temerás al Señor, tu Dios, porque yo soy el Señor. No harás lo que es inicuo, ni juzgarás injustamente. No consideres la persona del pobre, ni honres la cara del poderoso. Juzga justamente a tu prójimo. No serás calumniador, ni murmurador en el pueblo. No te pondrás contra la sangre de tu prójimo. Yo soy el Señor. No odies a tu hermano en tu corazón, sino corrígele públicamente, para que no peques contra él. No busques la venganza, ni te acuerdes de la injuria de tus ciudadanos. Amarás a tu amigo como a ti mismo. Yo soy el Señor. Guardad mis leyes. Porque yo soy el Señor, vuestro Dios.

Deber de caridad fraterna. — La Iglesia, al poner hoy ante nuestra vista este relato del Levítico, en que los deberes del hombre para con su prójimo se encuentran expuestos con tanta claridad y abundancia, quiere dar a entender al cristiano en qué debe enmendar su vida, en cosa tan importante. Es Dios quien aquí habla, e intima sus órdenes; ved como repite casi a cada paso: "Yo el Señor"; a fin de hacernos comprender que será vengador del prójimo que hubiéremos ofendido. ¡Cómo este lenguaje debía ser nuevo al oído de los catecúmenos, instruídos en el seno de un mundo pagano, egoista y sin entrañas, que jamás les había dicho que todos los hombres son hermanos, que Dios, Padre común de la inmensa familia de la humanidad, exigía

que se amasen todos con un amor sincero, sin distinción de razas ni de condición! Nosotros los cristianos, estos días de reparación, pensemos en cumplir a la letra la intención del Señor, nuestro Dios. Acordémonos de que estos preceptos fueron intimados al pueblo israelita, hace muchos siglos antes de la publicación de la Ley de misericordia. Pues si el Señor exigía de un judío un amor tan sincero a sus hermanos, cuando la ley divina estaba escrita solamente en láminas de piedra, ¿qué no pedirá de un cristiano que puede leerlas en el corazón del Hombre-Dios, bajado del cielo y hecho nuestro hermano para que nos fuese más fácil, a la par que agradable cumplir el precepto de la caridad? La humanidad unida en su persona a la divinidad es en adelante sagrada; en ella se ha complacido el Padre celestial; por amor fraternal hacia ella se entrega Jesús a la muerte, enseñándonos con su ejemplo a amar tan sinceramente a nuestros hermanos, que si es necesario "estemos decididos hasta dar nuestra vida por ellos"[1]. Es el discípulo amado el que lo aprendió de su maestro, y el que nos lo enseña.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo se celebró en Jerusalén la fiesta de la dedicación: y era invierno. Y Jesús estaba en el

[1] *S. Juan*, III, 16.

templo, en el pórtico de Salomón. Y rodeáronle los judíos, y decían: ¿Hasta cuándo torturarás nuestra alma? Si eres tú el Cristo, dínoslo claramente. Respondióles Jesús: Os hablo, y no creéis. Las obras, que yo hago en nombre de mi Padre, os dan testimonio de mí: pero vosotros no creéis, porque no sois de mis ovejas. Mis ovejas oyen mi voz: y yo las conozco, y me siguen: y yo les doy vida eterna: y no perecerán para siempre: y nadie las arrebatará de mi mano. Mi Padre, que me las ha dado, es mayor que todos: y nadie las puede arrebatar de la mano de mi Padre. Yo y el Padre somos una sola cosa. Tomaron entonces piedras los judíos para lapidarle. Respondióles Jesús: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre: ¿por cuál de ellas queréis apedrearme? Respondiéronle los judíos: No te apedreamos por la buena obra, sino por la blasfemia: porque tú, siendo hombre, te haces Dios a ti mismo. Respondióles Jesús: ¿No está escrito en vuestra Ley: Yo dije: dioses sois? Si llamó dioses a quienes habló Dios, y no puede ser quebrantada la Escritura: ¿a quien el Padre santificó y envió al mundo, decís vosotros: Blasfemas: porque he dicho: Soy el Hijo de Dios? Si no hago obras de mi Padre, no me creáis. Pero, si las hago, y si no queréis creerme a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí, y yo en el Padre.

La fe. — Después de la fiesta de los Tabernáculos, vino la de la Dedicación, y Jesús se quedó en Jerusalén. El odio de sus enemigos aumentaba continuamente y reuniéndose alrededor de él, quieren obligarle a decir que es el Mesías, para enseguida echarle en cara el usurpar una misión que no es suya. Jesús desdeña responderles, y les remite a los milagros que le han visto

obrar y que dan testimonio de él. Por la fe, y solamente por ella, puede el hombre acercarse a Dios en este mundo. Dios se manifiesta por las obras divinas; el hombre que las conoce debe creer la verdad que atestigua tales obras, y así creyendo, tiene el mismo tiempo, la certeza de lo que cree y el mérito de su fe. El judío soberbio se rebela; querría dictar la ley al mismo Dios, y no quiere saber que su pretensión es tan impía como absurda.

UNIDAD DEL PADRE Y DEL HIJO. — Con todo eso, es necesario que la doctrina divina siga su curso, debe excitar el escándalo de estos espíritus perversos. Jesús no habla solamente para ellos: tiene que hacerlo también por los futuros creyentes. Entonces dijo esta gran palabra que nos revela no sólo su categoría de Cristo, sino su divinidad: "Mi Padre y Yo somos uno." Sabía que hablando así excitaría su furor; pero tenía que revelarse a la tierra y confundir de antemano a la herejía. Arrio se levantará un día contra el Hijo de Dios y dirá que solamente es la más perfecta de las criaturas: la Iglesia responderá que *es uno con el Padre que le es consubstancial;* y después de muchas revueltas y crímenes la secta arriana se extinguirá y caerá en olvido. Los judíos son aquí los precursores de Arrio. Han comprendido que Jesús se ha declarado Hijo de Dios, y quieren apedrearle. Por una última condescendencia Jesús quiere prepararles para gus-

tar esta verdad, indicándoles por sus escrituras, que el hombre puede algunas veces recibir en su sentido restringido, el nombre de Dios, por razón de las funciones divinas que ejerce; después les recuerda los prodigios que tan altamente testimonia la asistencia que le ha dado su Padre; y repite con nueva firmeza que "el Padre está en El y El en el Padre. Nada puede convencer a estos corazones obstinados; el castigo del pecado que han cometido contra el Espíritu Santo pesa sobre ellos.

Docilidad. — ¿Que diferente es la suerte de las ovejas del Salvador? "Escuchan su voz, le siguen; les da la vida eterna, y nadie les arrebatará de sus manos." ¡Dichosas ovejas! Creen porque aman; por el corazón se abre paso la verdad, así como por el orgullo del espíritu penetran las tinieblas en alma del incrédulo y se establecen para siempre. El incrédulo ama las tinieblas; las llama luz y blasfema sin sentirlo. El judío llega hasta crucificar al Hijo de Dios para rendir homenaje a Dios.

ORACION

Atiende a nuestras súplicas, oh Dios omnipotente: y, a los que les concedes la gracia de confiar en tu piedad, dales benigno el efecto de tu acostumbrada misericordia. Por el Señor.

JUEVES

DE LA SEMANA DE PASION

En Roma la Estación se celebra en la Iglesia de San Apolinar que fué primer obispo de Ravena y mártir.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que la dignidad de la condición humana, herida por la intemperancia, sea recobrada mediante una saludable moderación. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Daniel.

En aquellos días oró Azarías al Señor, diciendo: Señor, Dios nuestro: por amor de tu nombre te rogamos no nos dejes para siempre, ni destruyas tu alianza: ni apartes tu misericordia de nosotros, por tu amado Abraham, y por tu siervo Isaac, y por tu santo Israel: a los cuales hablaste, prometiéndoles que multiplicarías su descendencia como las estrellas del cielo, y como la arena que hay en la orilla del mar: porque, Señor, hemos disminuído más que todas las gentes, y somos hoy humildes en toda la tierra por nuestros pecados. Y no hay en este tiempo príncipe, ni caudillo, ni profeta, ni holocausto, ni sacrificio, ni oblación, ni incienso, ni lugar de primicias ante ti, para que podamos alcanzar tu misericordia: pero seamos recibidos con ánimo contrito, y espíritu de humildad. Como el holocausto de carneros, y toros, y como millares de gordos corderos, así sea hoy en tu presencia nuestro sacrificio, para que te agrade: poique no hay confusión para los que confían en ti. Y ahora te

seguimos de todo corazón, y te tememos, y buscamos tu cara. No nos confundas: sino obra con nosotros según la muchedumbre de tus misericordias. Y líbranos con tus maravillas, y da gloria a tu nombre, Señor: y sean confundidos todos los que causan males a tus siervos, sean confundidos por tu omnipotencia, y sea quebrantada su fortaleza: y sepan que tú eres el Señor, el Dios único y glorioso sobre el orbe de las tierras, Señor, Dios nuestro.

La idolatría. — De esta manera, Judá cautivo en Babilonia, desahogaba su corazón en el Señor, por boca de Azarías. Sión, privada de su templo y de sus solemnidades la desolación había llegado allí al colmo: sus hijos, desterrados en un país extranjero, debían morir sucesivamente hasta el año 70 del destierro; después Dios se acordaría de ellos y los devolvería a Jerusalén por la mano de Ciro. Entonces tendría lugar la construcción del segundo templo que vería al Mesías. ¿Qué crimen había cometido Judá para ser sometido a tal expiación? Se había entregado a la idolatría, había roto el pacto que le unía al Señor, sin embargo de eso su crimen fué reparado por esta cautividad de un número limitado de años; y Judá, vuelto a la tierra de sus padres no volvió más al culto de los falsos dioses. Cuando el Hijo de Dios vino a habitar con él se encontraba puro de idolatría.

El Deicida. — Aún no habían transcurrido cuarenta años desde la Ascensión de Jesús cuan-

do Judá emprendió de nuevo el camino del destierro. No era llevado de nuevo a Babilonia, sino que se dispersaba en grandes masas por todas las naciones. Y no solamente 70 años, sino 20 siglos llevó "sin jefe, sin profeta, sin holocausto, sin sacrificio y sin templo". ¡El crimen cometido por Judá es más grave que la idolatría, puesto que después de tantas desgracias y humillaciones, la justicia del Padre no se ha apaciguado sino hasta hace unos años! Es que la sangre derramada en el Calvario por el pueblo judío, no es sólo la sangre de un hombre: es la sangre de un Dios.

Castigo y conversión. — Es necesario que toda la tierra lo sepa y lo comprenda con solo ver el castigo de los verdugos. Esta terrible expiación de un crimen infinito debe continuar hasta los últimos días del mundo; entonces el Señor se acordará de Abrahán, Isaac y Jacob; una gracia extraordinaria descenderá sobre Judá y su vuelta consolará a la Iglesia, afligida por la deserción de tantos hijos. El espectáculo de un pueblo entero cargado con la maldición para todas sus generaciones, por haber crucificado al Hijo de Dios, hace reflexionar al cristiano. Esto nos enseña que la justicia de Dios es terrible, y que el Padre pide cuenta hasta de la última gota de la sangre de su Hijo, a aquellos que la han derramado. Apresurémonos a lavar en esta pre-

ciosa sangre la falta de complicidad que tenemos con los judíos, y por una sincera conversión, imitemos de entre estos, a aquellos que de cuando en cuando, se apartan de su pueblo y se vuelven al divino Mesías, cuyos brazos están extendidos en la Cruz para recibir a todos los que quieren venir a El.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo, uno de los fariseos rogó a Jesús que comiera con él. Y, habiendo entrado en la casa del fariseo, se sentó a la mesa. Y he aquí que una mujer pecadora, que había en la ciudad, cuando supo que se había sentado a la mesa en la casa del fariseo, trajo un vaso de alabastro, lleno de ungüento; y, poniéndose detrás, junto a sus pies, comenzó a regar con lágrimas sus pies, y los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los ungía con el ungüento. Y, cuando lo vió el fariseo, que le había invitado, dijo para sí: Si éste fuera profeta, sabría sin duda quién y qué tal es la mujer que le toca: pues es una pecadora. Y, respondiendo Jesús, le dijo: Simón, tengo algo que decirte. Y él dijo: Maestro di. Había dos deudores para un acreedor: uno debía quinientos denarios, y el otro cincuenta. No teniendo ellos con qué pagarlos, perdonó a los dos. ¿Cuál, pues, le amará más? Respondiendo Simón, dijo: Creo que aquel a quien perdonó más. Y El le dijo: Has juzgado rectamente. Y, vuelto hacia la mujer, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Entré en tu casa, y no diste agua a mis pies: ésta, en cambio, regó con lágrimas mis pies, y los enjugó con sus cabellos. No me diste el ósculo: ésta, en cambio, desde que entró, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste con óleo mi cabeza: ésta, en cambio, ha

ungido mis pies con ungüento. Por eso te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque ha amado mucho. En cambio, al que se le perdona menos, menos ama. Díjole entonces a ella: Te son perdonados tus pecados. Y comenzaron, los invitados con El, a decir entre sí: ¿Quién es éste, que hasta los pecados perdona? Y dijo a la mujer: Tu fe te ha salvado: vete en paz.

María Magdalena. — A las sombrías ideas que sugiere el espectáculo de la reprobación del pueblo deicida, la Iglesia se apresura a proponer ante nuestra vista pensamientos consoladores que debe producir en nuestras almas la historia de la pecadora del Evangelio. Este rasgo de la vida del Salvador no se refiere al tiempo de Pasión. Pero los días en que nos hallamos: ¿No son días de misericordia, y no nos conviene glorificar en ellos la mansedumbre y ternura del corazón de nuestro Redentor, que se prepara, a obtener el perdón, a número tan grande de pecadores sobre la tierra? Por otra parte, ¿no es Magdalena la compañera inseparable de su maestro crucificado? Pronto la contemplaremos al pie de la Cruz; estudiemos este modelo de amor, fiel hasta la muerte; y para esto consideremos su punto de partida.

Su arrepentimiento. — Magdalena había llevado una vida pecadora; siete demonios, nos dice en otro lugar el Evangelio, habían fijado en ella su domicilio. Ha bastado a esta mujer, ver y oír al Señor, en seguida se ha apoderado de ella

el horror al pecado, un santo horror inunda su corazón, no ambiciona más que un deseo, el de reparar su vida pasada. Ha pecado en público; necesita una retractación pública de sus extravíos, vivió en el lujo: en adelante sus perfumes serán para su Libertador; con su cabellera, de la que se mostraba tan orgullosa, le enjugará sus pies; en su rostro no aparecerán más las sonrisas libres; sus ojos, seductores de almas, están anegados de lágrimas. Por el movimiento del espíritu divino que la anima, parte para contemplar otra vez a Jesús. Se encuentra este en casa del fariseo, celebrando un festín, va pues ella a ser causa de sonrisas maliciosas y cuchicheos. ¿Qué importa? avanza con su precioso vaso y en breves momentos cae ante los pies del Salvador. Allí se sitúa, allí derrama su corazón y sus lágrimas. ¿Quién será capaz de describir los pensamientos que embargan a aquella alma? El mismo Jesús nos los manifestará a su tiempo con una sola palabra. Con claridad se ve al considerar sus lloros su conmoción, en el empleo de sus perfumes y cabellera su gran agradecimiento, y en su predilección de su Salvador su gran humildad.

El perdón. — El fariseo se escandaliza. Por el movimiento de orgullo judaico que pronto crucificará al Mesías, toma de aquí ocasión para dudar de la misión de Jesús. "Si este fuera el Profeta, decía, conocería ciertamente quién es

la mujer que le toca." Si tuviera el espíritu de Dios sabría por esta condescendencia hacia la creatura arrepentida que éste es el Salvador prometido. Aún con su reputación de virtud, "¡cuán por debajo queda de esta mujer pecadora!" Jesús se toma la molestia, de dárselo a entender, formando el paralelo de Magdalena y de Simón el fariseo, y en este paralelo la victoria se decidió por Magdalena. ¿Cuál es la causa, que ha trasformado así a la pecadora, de tal suerte que le merezca no sólo el perdón sino también los elogios de Jesús? Su amor; "amó a su Redentor; le amó mucho" y perdón que ha recibido, está en relación con este amor. Hace unos instantes su único amor era el mundo y la vida sensual; el arrepentimiento ha creado en ella un nuevo ser: su única búsqueda, su única mirada, su único amor, es Jesús. En lo sucesivo sigue sus pasos, quiere remediar sus necesidades, quiere sobre todo verle y escucharle; y en el momento de la prueba, cuando los apóstoles hayan huído, ella permanecerá, allí, al pie de la Cruz para recibir el último suspiro de aquel a quien su alma debía la vida. "Qué ejemplo de esperanza para el pecador." Lo acaba de decir Jesús: "Al que más ama, más se le perdona." Pecadores pensad en vuestros pecados; mas sobre todo pensad en acrecentar vuestro amor: Que se halle en relación con la gracia del perdón que vais a recibir, y "vuestros pecados os serán perdonados".

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, seas propicio con tu pueblo: para que, repudiando lo que no te agrada, se llenen más de las delicias de tus mandamientos. Por el Señor.

VIERNES DE PASION

En Roma la Estación se celebra en la Iglesia de S. Esteban en el monte Celius. En este día que estaba consagrado a María reina de los Mártires, es curioso recordar que por una especie de presentimiento profético, esta Iglesia dedicada al primer mártir, se hallaba ya designada desde la más remota antigüedad, para la reunión de los fieles.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, infundas benigno en nuestros corazones tu gracia: para que, refrenando nuestros pecados con voluntaria penitencia, prefiramos mortificarnos temporalmente, antes que ser destinados a los suplicios eternos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección del profeta Jeremías.

En aquellos días dijo Jeremías: Señor, todos los que te abandonan serán confundidos: los que se apartan de ti serán escritos en la tierra: porque dejaron al Señor, fuente de las aguas vivas. Sáname, Señor, y quedaré sano: sálvame, y seré salvo: porque tú eres

mi alabanza. He aquí que ellos me dicen: ¿Dónde está la palabra del Señor? ¡Venga! Y yo no me he turbado, siguiéndote a ti, mi pastor; ni he deseado día de hombre, tú lo sabes. Lo que salió de mi boca, fué recto en tu presencia. No seas espanto para mí, tú eres mi esperanza en el día de aflición. Sean confundidos los que me persiguen, y no lo sea yo: teman ellos, y no tema yo. Envía sobre ellos un día de aflición, y quebrántalos con doble quebrantamiento, Señor, Dios nuestro.

JEREMÍAS FIGURA DEL MESÍAS. — Jeremías es una de las principales figuras de Jesucristo en el Antiguo Testamento, donde representa de modo especial al Mesías perseguido por los judíos. Esto ha movido a la Iglesia a elegir sus profecías con tema de las lecturas del Oficio de la noche, en las dos semanas consagradas a la Pasión del Salvador. Acabamos de escuchar uno de los gemidos que este justo dirige a Dios, contra sus enemigos; y habla en nombre de Cristo. Escuchemos estos acentos que descubren a la vez la malicia de los judíos y la de los pecadores que persiguen a Jesucristo en el mismo seno del cristianismo. "Han abandonado, dice el profeta, la fuente de aguas vivas." Judá se ha olvidado de la roca del desierto de la cual brotaron las aguas que saciaron su sed; o si todavía se acuerda de ella, ignora que esta misteriosa roca representaba al Mesías.

JERUSALÉN IMAGEN DE LOS PECADORES. — A pesar de todo Jesús está allí en Jerusalén y clama:

"Todo aquel que tenga sed, venga a mí y se sacie." Su bondad, su doctrina, sus maravillosas obras, las profecías cumplidas en él dicen claramente que hay que creer en su palabra; pero Judá sigue sordo a su invitación imitándole en esto más de un cristiano. Hay algunos que han gustado la "fuente de aguas vivas" y que se han vuelto a los turbios riachuelos del mundo; pero su sed ha ido en aumento. Que estos tales tiemblen ante el castigo de los judíos; pues si no vuelven a su Dios caerán en aquellas llamas devoradoras y eternas en las que se rehusa aún la más mínima gota de agua al que la solicita. El Salvador por boca de Jeremías anuncia que va a llegar para los judíos "un día de maldición"; algo más tarde cuando El vino en persona anunció a los judíos que la tribulación que caería sobre Jerusalén en castigo de su deicidio sería tan espantosa "cual no se ha visto desde el principio del mundo, ni se volverá a ver en el correr de los siglos"[1]. Pero si el Señor ha vengado con tanto rigor la sangre de su Hijo contra una ciudad que fué durante mucho tiempo escabel de sus pies y contra un pueblo preferido a todos los otros ¿perdonará, sin embargo, al pecador que despreciando las invitaciones de la Iglesia se empeña en continuar impenitente? Judá tuvo la desgracia de colmar la medida de sus iniquidades; también todos nosotros tenemos determi-

---

[1] *S. Mateo*, XXIV, 21.

nado un nivel de maldad, que la justicia divina no permitirá sobrepasemos. Apresurémonos pues a pisotear al pecado; pensemos llenar la medida, de las buenas obras, y roguemos por los pecadores que no quieren convertirse. Pidamos para que esta sangre divina que ellos desprecian una vez más no se abata sobre ellos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Juan.

En aquel tiempo, los pontífices y fariseos celebraron consejo contra Jesús, y dijeron: ¿Qué hacemos? Porque este hombre obra muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en El, y vendrán los romanos, y nos quitarán nuestro lugar, y la gente. Entonces uno de ellos, llamado Caifás, que era Pontífice aquel año, les dijo: No sabéis nada, ni pensáis que os conviene que muera un solo hombre por el pueblo, y no que perezca toda la gente. Pero esto no lo dijo por propio impulso, sino que, como era Pontífice aquel año, profetizó que Jesús había de morir por la nación, y no sólo por la nación, sino también para congregar en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos. Desde aquel día, pues, pensaron en matarle. Por eso Jesús ya no andaba públicamente entre los judíos, sino que se fué a una región próxima al desierto, a la ciudad llamada Efrén, y allí moró con sus discípulos.

El consejo del Sanhedrín. — La vida del Salvador está ahora más que nunca en peligro. El consejo de la nación se ha reunido para tratar de deshacerse de El. Escuchad a estos hombres a quienes domina la más vil de las pasiones, la

envidia. No niegan los milagros de Jesús, están pues en condiciones de dar un juicio sobre su misión y este juicio debería ser favorable. Mas no se han reunido con este fin, sino con el de hallar los medios para hacerle perecer. ¿Qué pensarán para sí mismos: ¿Qué sentimientos manifestarán en común para legitimar esta resolución sangrienta? Osarán poner de por medio la política el interés de la nación. Si Jesús continúa manifestándose y obrando estos prodigios pronto se levantará la Judea para proclamarle su rey y los romanos no tardarán en venir a vengar el honor del Capitolio ultrajado por la más débil de las naciones del imperio. ¡Insensatos que no comprenden que si el Mesías fuera rey, al modo de este mundo, todos los poderes de la tierra hubieran sido impotentes contra El! No se acuerdan de la predicción de Daniel que anunció que en el correr de 70 semanas de años a partir del decreto para la reedificación del templo, Cristo había de ser condenado a muerte, y que el pueblo que ha renegado de El no será ya en adelante su pueblo [1] y que después de esta perversidad un pueblo capitaneado por un jefe militar vendrá y arrasará la ciudad y el templo; que la abominación de la desolación penetrará en el santuario; y que la desolación sentará sus reales en Jerusalem para permanecer allí hasta el fin del mundo [2].

[1] *Daniel*, IX, 25.
[2] *Ibid.*, 26, 27.

Dando la muerte al Mesías van a aniquilar con un mismo hecho a su patria.

LA PROFECÍA DEL SUMO SACERDOTE. — Mientras tanto el indigno sacerdote que preside los últimos días de la religión mosaica, se reviste el efod, y profetiza, siendo su profecía verdadera. No nos admiremos. El velo del templo no se ha rasgado todavía; la alianza entre Dios y Judá no se ha roto aún. Caifás es un criminal, un cobarde, un sacrílego, pero es pontífice: Dios habla por su boca. Escuchemos a este nuevo Balaán; "Jesús morirá por la nación y no sólo por la nación, sino también para juntar y reunir a los hijos de Dios que se hallan dispersados." Así la agonizante Sinagoga se ve obligada a profetizar el nacimiento de la Iglesia por el derramamiento de la sangre de Jesús. Por todas las partes de la tierra se encuentran los hijos de Dios, que le sirven en medio de la gentilidad, como el centurión Cornelio; mas no se reúnen en ningún lugar visible. Se acerca la hora en que la grande y única Ciudad de Dios va a aparecer sobre la montaña y "todas las gentes se dirigirán a ella" [1]. Después que la sangre de la Alianza universal se haya derramado, después que el sepulcro haya devuelto al vencedor de la muerte, apenas pasados cincuenta días, Pentecostés convocará, no ya a los judíos en el templo

[1] *Isaías*, II, 2.

de Jerusalén, sino a todas las naciones en la Iglesia de Jesucristo. Caifás no se acuerda ya más del oráculo que él mismo ha proferido; ha restablecido el velo del Santo de los Santos que se había rasgado en dos en el momento de expirar Jesús sobre la cruz; pero este velo no cubre más que un reducido desierto. El Santo de los Santos ya no está allí; "se ofrece, sin embargo, en todo lugar una ofrenda pura"[1] y las águilas de los vengadores del Deicidio no han aparecido todavía sobre el monte de los Olivos, cuando ya los sacrificadores han escuchado que en el fondo del santuario repudiado resuena una voz que dice: "Marchemos de aquí."

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que buscamos la gracia de tu protección, libres de todos los males, te sirvamos con un corazón tranquilo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

LOS SIETE DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN

LA COMPASIÓN DE NUESTRA SEÑORA. — La piedad de los últimos tiempos ha consagrado de una manera especial esta temporada a la memoria de los dolores que María sufrió al pie de la cruz de su divino Hijo. La siguiente semana está consagrada toda entera a la celebración de

[1] *Malaquías*, I, 11.

los misterios de la Pasión del Salvador; y aunque el recuerdo de María compaciente también se halle presente en el corazón del fiel, que sigue piadosamente todos los actos de este drama, los dolores del Redentor, el espectáculo que forman la misericordia y la justicia divinas uniéndose para obrar nuestra redención, preocupan con demasiada viveza el pensamiento, para que sea posible honrar, como se merece, el misterio de la participación de María en los padecimientos de Jesús.

HISTORIA DE LA FIESTA. — Era, pues, conveniente que se eligiera un día del año para cumplir con este deber; y ¿qué día más a propósito que el Viernes de la semana en que nos hallamos, que está ya toda entera dedicada al culto de la Pasión del Hijo de Dios? Ya en siglo XV, en 1423, un arzobispo de Colonia, Tedorico de Meurs, introdujo esta fiesta en su Iglesia por un decreto sinodal [1]. Se fué extendiendo poco a poco con diversos nombres por las provincias de la catolicidad a causa de la tolerancia de la Sede Apostólica, hasta que finalmente el Papa Benedicto XIII, por un decreto del 22 de agosto de 1727, la inscribió solemnemente en el calendario

[1] *Labbe, Concilios*, t. XII, p. 365. El decreto daba la razón por la institución de esta fiesta: "Honrar la angustia que sufrió María, cuando nuestro Redentor se inmoló por nosotros y recomendó esta Madre bendita a San Juan y, sobre todo, para que sea reprimida la perfidia de los herejes Husitas."

de la Iglesia católica con el nombre de *Fiesta de los siete dolores de la Bienaventurada Virgen María.* En este día la Iglesia quiere honrar a María que sufre al pie de la cruz. Hasta la época en que el Papa extendió a toda la cristiandad esta fiesta con el título nombrado más arriba, se la designaba con distintas apelaciones: *Nuestra Señora de la Piedad; la Compasión de nuestra Señora;* en una palabra, esta fiesta había sido ya admitida por la piedad popular antes de haber obtenido la consagración de la Iglesia.

MARÍA CORREDENTORA. — Para comprender mejor el objeto y para dedicar en este día a la Madre de Dios y de los hombres, las alabanzas que la son debidas, debemos acordarnos que Dios ha querido, en los designios de su infinita sabiduría, asociar a María, de todos los modos, a la regeneración del género humano. Este misterio presenta una aplicación de la ley que nos revela toda la grandeza del plan divino; nos muestra una vez más al Salvador hiriendo el orgullo de Satanás por el débil brazo de una mujer. En la obra de nuestra salvación hallamos tres intervenciones de María, tres cincunstancias en que ella es llamada a unir su acción a la del mismo Dios.

La primera en la *Encarnación del Verbo* que no se encarnó en ella, sino después de su consentimiento, por un solemne *Fiat* que salvó al mundo. La segunda en el *Sacrificio de Jesucristo* en

el *Calvario* al que ella asiste para participar en la ofrenda expiatoria; la tercera el día de Pentecostés, en que recibe al Espíritu Santo, como le recibieron los demás Apóstoles, para contribuir así eficazmente al establecimiento de la Iglesia. Ya hemos expuesto en la fiesta de la Anunciación, la parte que tomó la Virgen de Nazaret en el acto más grande que Dios ha querido realizar para su gloria y para el rescate y santificación del género humano. En otro lugar tendremos ocasión de mostrar a la Iglesia naciente, elevándose y desenvolviéndose con la acción de la Madre de Dios; hoy nos toca examinar la parte que corresponde a María en el misterio de la Pasión de Jesús; exponer los dolores que ha sufrido junto a la cruz; los nuevos títulos que ha conquistado para nuestro filial reconocimiento.

La predición de Simeón.—Cuarenta días después del nacimiento de Jesús la Bienaventurada Virgen presentó a su Hijo en el templo. Un anciano aguardaba al Niño y le proclama "la luz de los pueblos y gloria de Israel". Mas volviéndose pronto hacia su madre, la dijo: "Este niño será también piedra de escándalo (signo de contradicción) y una espada traspasará tu alma." Este anuncio de dolores para la madre de Jesús nos hace comprender, que ya han cesado las alegrías del tiempo de Navidad, y que ha llegado

un tiempo de amarguras para el hijo y para la madre. En efecto, desde la huída de Egipto hasta estos días en que la maldad de los judíos prepara el mayor de los crímenes, ¿cuál ha sido la situación del hijo humillado, desconocido, perseguido, cubierto de ingratitudes? ¿Cuál ha sido, por consiguiente, la continua inquietud, la angustia persistente del corazón de la más tierna de las madres? Mas hoy previendo el curso de los acontecimientos pasemos adelante, y coloquémonos en la mañana del Viernes Santo.

María, el Viernes Santo. — María sabe que, esta misma noche, su Hijo ha sido entregado por uno de sus discípulos, por un hombre a quien Jesús había elegido por confidente, a quien ella misma había dado más de una vez señaladas muestras de bondad maternal. Después de cruel agonía ha sido encadenado como malhechor y la soldadesca le ha conducido a casa de Caifás, su principal enemigo. De allí le han llevado a la presencia del gobernador romano, cuya intervención era necesaria a los príncipes de los sacerdotes y doctores de la ley, para que ellos pudiesen, según su deseo, derramar la sangre inocente. María se halla en Jerusalén; Magdalena y los amigos de Jesús la rodean; pero no pueden impedir los gritos del pueblo que llegan a sus oídos. ¿Y quién, por otra parte, sería capaz de alejar los presentimientos del corazón de tal

madre? No tarda en extenderse por la ciudad la noticia de que se ha pedido al gobernador que Jesús de Nazaret sea crucificado. ¿Permanecerá María a un lado, en este momento en que todo un pueblo está en pie para acompañar con sus insultos hasta el Calvario a ese Hijo de Dios que ella llevó en su seno, que alimentó con su pecho? ¡Lejos de ella tal cobardía! Se levanta, se pone en marcha y se coloca en el camino por donde debe pasar Jesús.

El aire está infectado de gritos y blasfemias. Esta multitud que precede y sigue a la víctima está compuesta de gente feroz e insensible: solamente un grupo de mujeres deja escapar lamentaciones dolorosas y por esto merece atraer las miradas de Jesús. ¿Podía María mostrarse menos sensible a la suerte de su Hijo, que lo que manifestaron estas mujeres a quienes no unían con él sino lazos de admiración y de reconocimiento? Insistimos en este hecho para mostrar el horror que profesamos a ese racionalismo hipócrita que, pisoteando todos los sentimientos del corazón y las tradiciones de la piedad católica de Oriente y de Occidente, ha querido poner en duda la verdad de esta Estación de la calle de la Amargura, que señala el lugar del encuentro del hijo con su madre. La secta no se atreve a negar la presencia de María al pie de la cruz; el Evangelio es en este punto demasiado explícito; pero, antes que rendir homenaje al amor maternal más

tierno que ha existido, prefiere dar a entender, que mientras que las Hijas de Jerusalén marchaban sin miedo en pos de Jesús, María se dirige al Calvario por senderos desconocidos.

LA MIRADA DE JESÚS Y DE MARÍA. — Nuestro corazón filial será más justo para con la mujer fuerte por excelencia. ¿Quién podrá decir el dolor y amor que expresaron sus miradas al encontrarse con las de su Hijo, cargado con la cruz? ¿Quién podrá decir asimismo la ternura y resignación con que respondió Jesús al saludo de su Madre? ¿Con qué afecto Magdalena y las otras santas mujeres sostendrían en sus brazos a quien debía subir todavía al Calvario, a recibir el último suspiro de su Hijo? El camino del Vía Crucis es aún largo, desde la cuarta hasta la décima estación, y si es regado con la sangre del Redentor, es bañado también con las lágrimas de su madre.

LA CRUCIFIXIÓN. — Jesús y María han llegado a la cumbre de esta colina que debe servir de altar al más augusto de los sacrificios; mas el decreto divino no permite a la madre acercarse a su hijo. Cuando la víctima esté preparada se acercará aquella que la deba ofrecer. Esperando este solemne momento ¡qué tormentos para Nuestra Señora a cada martillazo que daban en el madero sobre los miembros delicados de su Jesús! Y cuando, por fin, le es permitido acer-

carse con Juan el discípulo amado, con Magdalena y las otras compañeras; ¡qué angustias mortales experimenta el corazón de esta madre, que, elevando sus ojos, contempla con lágrimas el cuerpo destrozado de su hijo, violentamente extendido sobre el patíbulo con el rostro bañado en sangre, y cubierto de esputos, con la cabeza coronada con una diadema de espinas!

¡He aquí, pues, al rey de Israel, cuyas grandezas le había anunciado el ángel, el hijo de su virginidad, al que ella ha amado como a su Dios, y al mismo tiempo como fruto bendito de su vientre! Más que para ella, le ha concebido, le ha criado, le ha alimentado para los hombres; ¡y son esos mismos hombres los que le han puesto en tal estado! Si todavía, por uno de esos prodigios que están en poder de su Padre, pudiera ser devuelto al amor de su madre; ¡si esta justicia con la cual él se ha dignado cumplir todas nuestras obligaciones, se contentase con lo que ya ha sufrido! Mas no; es necesario que muera, que exhale su alma en medio de la más cruel agonía.

El martirio de María. — María se halla al pie de la cruz para recibir el adiós de su Hijo; se va a separar de ella y en breves momentos no poseerá de este hijo tan querido más que un cuerpo inanimado y cubierto de heridas. Mas cedamos la palabra a San Bernardo, cuyos escri-

tos usa hoy la Iglesia en los oficios de Maitines: "Oh madre, exclama, al considerar la violencia del dolor que traspasó tu alma, te proclamamos más que mártir; pues la compasión que has tenido con tu hijo ha sobrepasado todos los padecimientos que puede soportar el cuerpo. ¿No ha sido más penetrante que una espada para tu alma esta frase: Mujer, he ahí a tu hijo? ¡Cambio cruel! ¡En lugar de Jesús recibe a Juan; en lugar del Señor, al servidor; en lugar del Maestro, al discípulo; en lugar del Hijo de Dios, al hijo del Zebedeo; un hombre, en fin, en lugar de un Dios! ¿Cómo no habría de ser traspasada tu tierna alma, si aun nuestros mismos corazones de hierro y de bronce, se sienten desgarrados al solo recuerdo de lo que padeció el tuyo? No os asuste, pues, hermanos míos, el oír decir que María ha sido mártir en su alma. No tiene motivos para escandalizarse, sino aquel que haya olvidado que San Pablo cuenta, como uno de los mayores crímenes de los gentiles, el que no tuvieran afectos. El corazón de María estuvo exento de este defecto; ¡que se halle lejos también del corazón de aquellos que la honran!

En medio de los clamores y de los insultos que ascienden hasta su hijo elevado en la cruz, María siente que se dirigen a ella estas palabras que la muestran que no tendrá en la tierra más que un hijo de adopción. Las alegrías materna-

les de Belén y de Nazaret, alegrías tan puras y tan frecuentemente turbadas por la inquietud, se repliegan en su corazón y se cambian en amarguras. ¡Fué la madre de un Dios y su hijo le es arrebatado por los hombres! Eleva una vez más sus ojos hacia su amadísimo Hijo, le ve como una víctima, agobiado por una ardiente sed, que ella no puede apagar. Contempla su mirada que se extingue; su cabeza que se inclina hacia el pecho; todo está consumado.

La lanzada. — María no se separa del árbol del dolor, a cuya sombra la ha retenido hasta el presente su amor maternal, y con todo ¡qué emociones tan crueles la aguardan todavía! ¡Un soldado traspasa de una lanzada ante sus ojos el pecho de su Hijo muerto! "¡Ah!, sigue diciendo San Bernardo, es tu corazón—oh madre—, el que ha sido traspasado por el hierro de la lanza, más bien que el de tu Hijo, que ya ha exhalado el último suspiro. Su alma no está ya allí; pero está la tuya que no puede separarse" [1]. La imperturbable madre persiste en la guarda de los restos sagrados de su Hijo. Sus ojos le contemplan al bajarle de la cruz; y cuando ya, por fin, los amigos de Jesús, con todo el respeto que deben al hijo y a la madre, se le devuelven, tal como le ha dejado la muerte, le recibe en sus rodillas

[1] Sermón de las doce estrellas.

que fueron en otros tiempos el trono en que recibió los presentes de los príncipes de Oriente. ¿Quién será capaz de contar los suspiros y sollozos de esta madre, al estrechar contra su corazón los despojos inanimados del más querido de los hijos? ¿Quién será capaz al mismo tiempo de contar las heridas de que se halla cubierto el cuerpo de la víctima universal?

La sepultura de Jesús. — El tiempo corre, el sol va acercándose a su ocaso; hay que apresurarse a encerrar en el sepulcro el cuerpo de quien es el autor de la vida. La madre concentra toda la energía de su amor en un último beso y oprimida de un dolor inmenso como el mar, entrega este cuerpo adorable, a aquellos que después de haberlo embalsamado, le deben encerrar bajo la piedra de la tumba. Se cierra el sepulcro y María acompañada de Juan, su hijo adoptivo, y de Magdalena, seguida de los dos discípulos que han asistido a las exequias, y de las santas mujeres, se internan en la ciudad maldita.

La nueva Eva. — ¿No veremos nosotros en todo esto, nada más que el espectáculo de las aflicciones que ha padecido la madre de Jesús junto a la cruz de su hijo? ¿No había sido intención de Dios el haberla hecho asistir en persona a la muerte de su hijo? ¿Por qué no la ha arrancado de este mundo, como a José, antes de

que llegara el día en que la muerte de Jesús debía causar en su corazón una aflicción, que sobrepasara a todas aquellas que han padecido todas las madres después del origen del mundo? Dios no lo ha hecho por que la nueva Eva tenía que desempeñar un papel al pie del árbol de la cruz. Del mismo modo que el Padre celestial requirió su consentimiento antes de enviar al Verbo Eterno a esta tierra, fueron requeridas la obediencia y abnegación de María para la inmolación del Redentor. ¿No era este hijo, que ella había concebido después de haber consentido en el ofrecimiento divino, el bien más querido de esta madre incomparable? El cielo no se lo debía de arrebatar sin que ella misma lo ofreciera.

¡Qué lucha tan terrible se entabló entonces en este corazón tan amante! ¡La injusticia, la crueldad de los hombres le arrancaba a su hijo! ¿Cómo ella, su madre, puede ratificar, con su consentimiento, la muerte de aquel a quien ama con doble amor, como a hijo y como a Dios? De otro lado, si Jesús no es inmolado, el género humano permanecerá presa de Satanás, el pecado no será reparado, y en vano será ella madre de un Dios. Sus honores y sus alegrías serán para ella sola, y nos abandonará por tanto a nuestra triste suerte. ¿Qué hará, pues, la virgen de Nazaret, esa virgen que lleva un corazón tan grande; esa criatura siempre pura, cuyos afectos, jamás se vieron tildades de egoísmo, que tan

frecuentemente se filtra en las almas en que ha reinado el pecado original? María por delicadeza para con los hombres, al unirse, al deseo de su hijo, que no vive sino para su salvación, consigue un triunfo sobre sí misma; pronuncia por segunda vez su FIAT y consiente en la inmolación de su hijo. No se lo exige la justicia de Dios; ella misma es quien lo cede; pero en cambio es elevada a un grado tal de grandeza, que jamás pudo concebir en su humildad. Una unión inefable se establece entre la ofrenda del Verbo encarnado y la de María; la sangre divina y las lágrimas de la madre corren mezcladas y se confunden para operar la redención del género humano.

El valor de María. — Examinad ahora la conducta de esta madre y el valor que la anima. Bien distinto por cierto del de esta otra madre, de quien nos habla la Escritura, la infortunada Agar, que después de haber procurado inútilmente saciar la sed de Ismael, asfixiado por el ardiente sol del desierto, se alejó para no ver morir a su hijo; María habiéndose enterado de que el suyo ha sido condenado a muerte, se pone en pie y corre hasta que lo encuentra y le acompaña hasta el lugar en que debe morir. Y ¿cuál es su actitud al pie de la cruz de su hijo? ¿Se muestra desfallecida y abatida? ¿El dolor inaudito que la oprime le han hecho acaso caer por tierra o en manos de los que la rodean? No; el

Santo Evangelio contesta con una sola palabra a esta cuestión: "María permanecía en pie *(stabat)* junto a la cruz." El sacrificador está de pie ante el altar, para ofrecer su sacrificio. María debía guardar actitud semejante. San Ambrosio, cuya alma tierna, y cuya profunda inteligencia de los misterios nos han transmitido rasgos tan preciosos acerca del carácter de María, lo dice todo en estas breves palabras: "Se mantenía en pie frente a la cruz, contemplando con sus maternales miradas las heridas de su hijo; esperando, no la muerte de su querido hijo, sino más bien la salvación del mundo"[1].

María nuestra madre. — Así esta madre de dolores en circunstancias parecidas, lejos de maldecirnos, nos ama, sacrifica por nuestra salvación hasta los gratos recuerdos de las horas de alegría que había experimentado en su hijo. A pesar de los gritos de su corazón de madre, se le devuelve a su Padre como un tesoro confiado en depósito. La espada penetraba cada vez más profunda en su alma; mas nosotros estamos ya salvados; y, a pesar de que no fué mas que una pura criatura, cooperó con su hijo a nuestra salvación. ¿Tenemos motivos para admirarnos, después de esto, de que Jesús eligiera este mismo momento para proclamarla madre de los hombres, en la persona de Juan que

[1] Comentario de S. Lucas, CXXIII.

nos representaba a todos? Nunca el corazón de María se había sentido tan inclinado a nuestro favor. Que en adelante sea pues esta nueva Eva, la verdadera "Madre de todos los vivientes." La espada que atravesó su inmaculado corazón nos ha franqueado la entrada en él. En el tiempo y en la eternidad, María hará extensivo a nosotros el amor que siente a su Hijo; por que acaba de oírle decir, que nosotros también en adelante lo seremos para ella. Por habernos rescatado, él es nuestro Señor; por haber cooperado tan generosamente a nuestro rescate, ella es nuestra Señora.

ORACION

Con esta confianza, oh Madre afligida, venimos hoy a rendirte con la Santa Iglesia nuestro filial homenaje. Jesús, el fruto de tu vientre, fué concebido por Ti sin dolor; nosotros, hijos tuyos por adopción, hemos penetrado en tu corazón por la espada. ¡Amadnos, pues, oh María, corredentora de los hombres! ¿Y cómo no hemos de reputar nosotros, como seguro, el amor tan generoso de tu corazón, cuando sabemos que para nuestra salvación, te has unido al sacrificio de tu Jesús? ¿Qué pruebas no nos has dado constantemente de tu ternura maternal, tú que eres reina de misericordia, refugio de pecadores, abogada infatigable de todas nuestras miserias? Dígnate, oh madre, vigilar sobre nosotros. Concédenos el poder sentir y gustar la dolorosa pasión de tu Hijo. Se ha realizado en tu presencia; has tenido parte en ella. Haznos penetrar todos los misterios para que nuestras almas rescatadas con la sangre de Jesús y rociados con tus lágrimas, se conviertan al Señor y se mantengan firmes en su servicio.

SABADO DE PASION

Desde hoy comenzamos, con el Santo Evangelio, a contar de un modo preciso, los días que deben pasar antes de la inmolación del Cordero divino. Este Sábado corresponde al sexto día antes de Pascua según el cómputo de San Juan en el c. XII.

La unción de Betania. — Jesús está en Betania; se celebra un festín en su honor. Lázaro resucitado asiste a este banquete, que tiene lugar en casa de Simón el Leproso. Marta se ocupa en los quehaceres de casa; su hermana María Magdalena, a quien el Espíritu Santo hace presentir que la muerte y sepultura de su amadísimo Maestro se acercan, ha preparado un perfume que va a esparcir sobre El. El Santo Evangelio, que guarda siempre una discreción llena de misterios sobre la madre de Jesús, no nos dice nada acerca de su estancia en este tiempo en Betania; pero es imposible dudarlo. Se hallaban también los Apóstoles y tomaban parte en el banquete. Mientras los amigos del Salvador se reunían así en torno de él en esta villa de Betania, situada a dos mil pasos de Jerusalén, el cielo se entristecía cada vez más sobre la ciudad infiel. Con todo, Jesús hará mañana en ella una apa-

rición; pero lo ignoran aún sus discípulos. El corazón de María está triste; a Magdalena la absorben pensamientos de duda; todo anuncia un próximo desenlace..

HISTORIA DE ESTA JORNADA. — La Iglesia ha reservado, con todo, el relato del Evangelio de San Juan, que nos cuenta los hechos de esta jornada, para la Misa del Lunes próximo. La razón de esta particularidad, es que, hasta el siglo XII, no había estación en Roma. El Papa empezaba, por una jornada de descanso, las fatigas de la gran Semana, cuyas solemnes funciones debían comenzar mañana. Pero aunque no presidía la asamblea de los fieles no dejaba por eso de cumplir en este día dos prescripciones tradicionales que tenían su importancia en los usos litúrgicos de la Iglesia Romana.

En el trascurso del año, el Papa tenía la costumbre de enviar cada domingo una porción de la Sagrada Eucaristía, consagrada por él mismo, a cada uno de los sacerdotes que servían los títulos presbiteriales, o iglesias parroquiales de la ciudad. Este envío, o mejor, esta distribución tenía lugar desde hoy durante toda la Semana Santa, quizás a causa de que la función de mañana no permitiría que se ejecutase desahogadamente. Los antiguos monumentos litúrgicos de Roma nos descubren que la repartición del Pan Sagrado se ejecutaba en el Consistorio de

Letrán. El cardenal Tommasi y Benedicto XIV se inclinan a creer que también tomaban parte en ellas los obispos de las iglesias suburvicarias. Existen otras pruebas en la antigüedad, que nos muestran que los obispos se enviaban, en ciertas épocas, mutuamente la Sagrada Eucaristía, en señal de la comunión que los unía. En cuanto a los sacerdotes encargados de los títulos presbiteriales de la ciudad, a quienes se remitía cada semana una parte de la Eucaristía consagrada por el Papa, ellos se servían de ella en el altar, introduciendo una partecita de este Pan sagrado en el cáliz antes de comulgar.

La otra costumbre de este día consistía en una limosna general que presidía el Papa y que estaba sin duda destinada, por su abundancia, a suplantar la que no podía realizarse en Semana Santa, que absorbían los Oficios divinos y las demás ceremonias. Los liturgistas de la Edad Media hacen resaltar la estrecha relación que existe entre el pontífice romano que ejerce en persona las obras de misericordia con los pobres, y María Magdalena que embalsama con sus perfumes este mismo día los pies del Salvador.

Posteriormente, en el siglo XII se establece una Estación; tiene lugar en la iglesia de San Juan ante Portam Latinam. En ella se ha localizado el episodio del martirio del discípulo amado, sumergido en una caldera de aceite hirviendo.

ORACION

Suplicámoste, Señor, hagas que el pueblo, a ti dedicado, avance en el amor de la piadosa devoción: para que, instruído con sagradas acciones, cuanto más grato sea a tu majestad, tanto más enriquecido se vea de celestiales dones. Por Jesucrito, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías (XVIII, 18-23).

En aquellos días dijeron entre sí los judíos impíos: Venid, y maquinemos planes contra el justo: porque no faltará la ley del sacerdote, ni el consejo del sabio, ni la palabra del profeta: venid, e hirámosle con la lengua, y no consideremos todas sus palabras. Atiéndeme, Señor, y oye la voz de mis adversarios. ¿Acaso he devuelto mal por bien para que cavaran un hoyo contra mi vida? Acuérdate de que he estado en tu presencia, para hablar bien por ellos, y para apartar de ellos tu indignación. Por eso, entrega sus hijos al hambre, y hazlos pasar por la espada: queden sin hijos y viudas sus mujeres: y perezcan con muerte sus maridos: sus jóvenes sean cosidos por la espada en la batalla. Oígase el clamor de sus casas: porque lanzarás bruscamente sobre ellos al salteador: porque cavaron un hoyo, para cazarme, y escondieron lazos para mis pies. Pero tú, Señor, conoces todas sus maquinaciones de muerte contra mí: no perdones su iniquidad, y no se borre su pecado de tu cara: caigan derribados en tu presencia, extermínalos en el tiempo de tu furor, Señor Dios nuestro.

ANATEMAS CONTRA LOS PECADORES. — No se leen sin cierto temblor los anatemas que Jeremías, figura de Cristo, dirige a los judíos, sus perseguidores. Esta predicción se cumplió letra a letra

en la primera ruina de Jerusalén por los Asirios. Recibió una confirmación más terrible aún en la segunda visita de la ira de Dios sobre esta maldita ciudad. No fué ya sólo a Jeremías profeta a quien los judíos persiguieron con furor y tratamientos indignos; fué al mismo Hijo de Dios a quien habían rechazado y crucificado. A su mismo Mesías habían devuelto "mal por bien". No es sólo Jeremías quien ha rogado a Dios que los perdonara y retirara de ellos su indignación; el mismo Hombre-Dios ha insistido persistentemente en su favor, y, si finalmente los ha abandonado a la justicia divina, ha sido después de haber agotado todos los medios de misericordia y perdón; mas todo este amor ha sido inútil; y este pueblo ingrato, cada vez más enfurecido contra su bienhechor, gritaba con arrebatos de ira: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" ¡Qué maldición se atrajo Judá sobre sí mismo con este deseo! Dios le escuchó y se acordó de él. El pecador ¡ay! que conoce a Jesucristo y el precio de su sangre y que derrama de nuevo esta preciosa sangre, ¡no se expone a los rigores de esta misma justicia que tan terrible se manifestó con Judá! Temamos y roguemos; imploremos la divina misericordia en favor de tantos ciegos voluntarios, de tantos corazones empedernidos, que corren a su ruina; y por nuestras instancias dirigidas al Corazón misericordioso de nuestro común Redentor obten-

dremos, que el castigo que tienen merecido sea perdonado y se cambie en sentencia de perdón.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XII, 10-36.)

En aquel tiempo los príncipes de los sacerdotes pensaron matar a Lázaro: porque, por su causa, se apartaban muchos judíos, y creían en Jesús. Y al día siguiente, una gran turba, que había venido a la fiesta, cuando oyeron que venía Jesús a Jerusalén, empuñaron ramos de palmeras, y le salieron al encuentro, y clamaban. ¡Hosanna! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor, el rey de Israel! Y encontró Jesús un asnillo, y se sentó sobre él, como está escrito: He aquí a tu Rey, que viene sentado sobre la cría de un asna. Esto no lo entendieron entonces los discípulos: pero, cuando fué glorificado Jesús, se acordaron de que estas cosas estaban escritas de El: y de que le hicieron estas cosas. Y la gente que estaba con El, cuando llamó a Lázaro del sepulcro y le resucitó de entre los muertos, daba testimonio de ello. Por eso le salió al encuentro la turba: porque oyeron que había hecho este milagro. Dijeron entonces los fariseos entre sí: ¿Veis cómo no adelantamos nada? Todo el mundo se va detrás de El. Y había algunos gentiles, de los que habían subido a rezar en el día de la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Fué Felipe, y se lo dijo a Andrés: Andrés y Felipe se lo dijeron después a Jesús. Y Jesús les respondió, diciendo: Ha llegado la hora de que el Hijo del hombre sea glorificado. En verdad, en verdad os digo. Si el grano de trigo no cayere en tierra, y no muriere, quedará él solo: pero, si muriere, dará mucho fruto. El que ama su vida, la perderá; y, el que odia su vida en este mundo, la

guarda para la vida eterna. El que me sirva a mí, que me siga: y, donde yo esté, esté también allí mi servidor. Al que me sirviere a mí, le honrará mi Padre. Ahora mi alma está turbada. Y ¿qué diré? Padre, sálvame de esta hora. Pero he venido por esta hora. Padre, glorifica tu nombre. Y bajó una voz del cielo: Le he glorificado, y le glorificaré otra vez. Y la turba que estaba presente, y que había oído, decía que había sonado un trueno. Otros decían: Le ha hablado un Angel. Respondió Jesús, y dijo: Esta voz no ha sido por mí, sino por vosotros. Ahora es el juicio del mundo: ahora será arrojado fuera el príncipe de este mundo. Y yo, si fuere levantado de la tierra, lo atraeré todo hacia mí. (Decía esto, aludiendo a la muerte con que había de morir.) Respondióle la turba: Nosotros sabemos por la Ley que el Cristo permanece para siempre: y ¿cómo dices tú: Es necesario que el Hijo del hombre sea levantado? ¿Quién es ese Hijo del hombre? Díjoles entonces Jesús: Todavía hay un poco de luz en vosotros. Caminad mientras tenéis luz, para que no os envuelvan las tinieblas: porque, el que anda en tinieblas, no sabe a dónde va. Mientras tenéis luz, creed en la luz, para que seáis hijo de la luz. Esto dijo Jesús: y se fué, y se escondió de ellos.

El odio de los judíos. — Los enemigos del Salvador han llegado a un grado de furor tal, que les ha hecho perder los sentidos. Tienen ante sus ojos a Lázaro resucitado; y en lugar de hallar en él una prueba incontrastable de la misión divina de Jesús y de rendirse a la evidencia de los hechos, tratan de hacer desaparecer, a este testigo irrecusable, como si Aquel que lo ha resucitado ya una vez, no pudiera devolverle de nuevo la vida. La recepción triunfal que el

pueblo tributó al Salvador en Jerusalén vino a exasperar su furor y su ira. "No adelantamos nada, se decían; todo el mundo va tras él." Pero ¡ay! a esta ovación momentánea seguirá muy pronto uno de esos cambios bruscos a los que tan inclinado se halla el pueblo. En efecto, hasta los mismos gentiles se presentan para ver a Jesús. Es el anuncio del próximo cumplimiento de la profecía del Salvador. "El reino de los cielos os será arrebatado para entregarlo a un pueblo que produzca frutos"[1]. Entonces el Hijo del Hombre será glorificado. Todas las naciones protestarán con su sumiso homenaje al crucificado en contra de la ceguera de los judíos. Pero antes es necesario, "que la simiente divina sea arrojada a la tierra y muera en ella"; después vendrá el tiempo de la recolección y el grano rendirá el ciento por uno.

La Redención. — Jesús con todo eso experimenta en su humanidad un instante de turbación, al pensar en su muerte. No ha llegado todavía la agonía del huerto; mas un escalofrío se apodera de El. Escuchemos este grito: "¡Padre, líbrame de esta hora!" Cristianos, vuestro mismo Dios es presa del miedo, previendo lo que muy pronto tendrá que sufrir por nosotros. Pide el verse libre de este destino que ha presvisto y querido. "Pero, añade, para esto he venido yo,

[1] *S. Mateo*, XXI, 43.

Padre, glorifica tu nombre." Su corazón está tranquilo a pesar de todo. Acepta de nuevo las duras condiciones de nuestra salvación. Escuchad también esta palabra de triunfo. En virtud del sacrificio que va a ofrecer, Satanás será destronado, "este príncipe del mundo va a ser arrojado por tierra". Mas la derrota del demonio no es el único fruto de la inmolación de nuestro Salvador; el hombre, este ser terreno y depravado, va a dejar la tierra y se va a elevar hasta el cielo. El Hijo de Dios como un imán celeste lo atraerá en adelante hacia sí. "Cuando sea levantado de la tierra, dijo El, cuando sea crucificado atraeré hacia mí todas las cosas." No piensa más en sus tormentos, en aquella muerte terrible que continuamente le asustaba; no ve sino la ruina de nuestro enemigo, nuestra salvación, nuestra glorificación por su cruz. Tenemos, pues, en estas palabras todo el corazón de nuestro Redentor; si las meditamos, bastan ellas solas para disponer nuestras almas a gustar los misterios de los que está llena la semana que comienza mañana.

ORACION

Suplicámoste, Señor, hagas que tu diestra proteja al pueblo que te suplica; y, ya purificado, le instruya benignamente: para que, con el consuelo presente, crezca en los bienes futuros. Por Jesucristo, nuestro Señor.

DOMINGO SEGUNDO DE PASION O DOMINGO DE RAMOS

SALIDA DE BETANIA. — Jesús, dejando en Betania a su madre María, a Marta y a María Magdalena con su hermano Lázaro, se dirige, este día, muy de mañana, hacia Jerusalén, acompañado de sus discípulos. María se estremece al ver acercarse su hijo a sus enemigos que pretenden derramar su sangre; con todo eso no va hoy Jesús a Jerusalén a buscar la muerte sino el triunfo. Es necesario que el pueblo proclame rey al Mesías antes que éste sea crucificado; que, ante las águilas romanas, en presencia de los Pontífices y Fariseos, mudos de rabia y de estupor, resuenen las voces infantiles, confundidas entre los gritos de los ciudadanos en alabanza del Hijo de David.

CUMPLIMIENTO DEL VATICINIO. — El Profeta Zacarías había predicho esta ovación preparada en la eternidad para el Hijo del hombre en vísperas de su humillación. "Alégrate con grande alegría, hija de Sión. Salta de júbilo, hija de Jerusalén; mira que viene a ti tu Rey, justo y salvador, humilde, montado en un asno, en un pollino hijo de asna"[1]. Viendo Jesús que había llegado la

[1] *Zacarías*, IX, 9.

hora de cumplirse este oráculo manda a dos de sus discípulos que vayan y le traigan una asna y un pollino que encontrarán no lejos de allí. El Salvador se encontraba en Betfagé, situado en el monte de los Olivos. Los discípulos ponen inmediatamente en ejecución el mandato de su Maestro.

Dos pueblos. —Los Santos Padres nos han proporcionado la clave del misterio de estos dos animales. El asna representa el pueblo judío sometido al yugo de la Ley; "el pollino en el que, según el Evangelio, no había montado nadie todavía" [1], representa a la gentilidad a quien nadie había subyugado aún. La suerte de ambos pueblos se decidirá dentro de unos días. El pueblo judío será desechado por no haber recibido al Mesías; en su lugar Dios elegirá al pueblo gentil, indómito hasta entonces, pero que se convertirá en dócil y fiel.

Cortejo triunfal. —Dos discípulos aparejan al pollino con sus vestidos; Jesús entonces, queriendo realizar el vaticinio del profeta, monta sobre el animal [2] y se prepara de este modo a entrar en la ciudad. Mientras tanto en Jerusalén corre el rumor de que Jesús se aproxima. Inspirados por el Espíritu divino la turba de judíos

[1] *Mc.*, XI, 2.
[2] *Ibíd.*, XI, 7.

reunidos en la ciudad de toda Palestina para celebrar en ella la Pascua, sale a recibirle con palmas y gritos clamorosos. El cortejo que iba acompañando a Jesús desde Betania, se confunde con esta multitud ferviente de entusiasmo; unos tienden sus vestidos por el camino, otros enarbolan ramos de palmera a su paso. Resuena el grito de "Hosanna" y recorre la ciudad la noticia de que Jesús, hijo de David entra en ella como Rey.

El Reino Mesiánico. — Así fué cómo Dios, ejerciendo su poder sobre los corazones, preparó, en la ciudad en que pocos días después sería pedida su sangre a gritos, un triunfo para su Hijo. Este día Jesús tuvo un momento de gloria y la Iglesia quiere que renovemos cada año el recuerdo de este triunfo del Hijo del hombre. Cuando nacía el Emmanuel, vimos llegar del lejano oriente a Jerusalén a los Magos en busca del Rey de los judíos, para adorarle y ofrecerle sus presentes; hoy es la misma Jerusalén la que sale a recibirle. Ambos acontecimientos tienen un mismo fin: reconocer a Jesucristo como Rey; el primero por parte de los gentiles, el segundo por parte de los judíos. Era menester que el Hijo de Dios recibiese ambos tributos antes de su Pasión. La inscripción que Pilatos pondrá dentro de poco sobre la cabeza del Redentor: *Jesús Nazareno, Rey de los judíos,* será el carácter indispensable de su mesianismo. Inútiles serán los

esfuerzos de los enemigos de Jesús para cambiar los términos del escrito; no lograrán su fin. "Lo que he escrito, escrito está", respondió el gobernador romano. Su mano confirmó, sin saberlo, las profecías. Israel proclama hoy a Jesús por su Rey; bien pronto será disperso en castigo de su perjurio; pero ese Jesús, a quien ha proclamado, permanecerá siempre Rey. De este modo se cumplió a la letra aquel mensaje del Angel que dijo a María anunciándole la grandeza del hijo que iba a concebir: "El Señor le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente" [1]. Jesús comienza en este día su reinado sobre la tierra; y como el primer Israel va a sustraerse de su cetro, un nuevo Israel, nacido del grupo fiel del antiguo, va a nacer, formado de gentes de todas las partes del mundo, y ofrecerá a Cristo el imperio más extenso que jamás ha ambicionado un conquistador.

Tal es el misterio glorioso de este día en medio del duelo de la Semana de Pasión. La Iglesia quiere que nuestros corazones se desahoguen en un momento de alegría en el que saludamos a Jesús como Rey. Ha organizado la liturgia de este día de tal forma que encierre en sí juntamente alegría y tristeza; la alegría al unirse a las aclamaciones con que resonó la ciudad de David; la tristeza volviendo en seguida al curso de su gemidos por los dolores de su Es-

---

[1] *Lc.*, I, 32.

poso divino. Todo el drama está dividido como en tres actos distintos, cuyos misterios e intenciones vamos a explicar uno tras otro.

LA BENDICION DE LAS PALMAS

La bendición de las palmas o de los ramos, como vulgarmente se dice, es el primer rito que se desarrolla ante nuestra vista; y podemos juzgar de su importancia por la solemnidad que la Iglesia despliega en su celebración.

Durante largos siglos diríase que iba a celebrarse la santa Misa sin otra intención que la de celebrar el aniversario de la entrada de Jesús en Jerusalén: Introito, Colecta, Epístola, Gradual, Evangelio, incluso el Prefacio, se sucedían como se hace para preparar la inmolación del Cordero sin mancha; pero después del triple Sanctus la Iglesia suspendía estas solemnes fórmulas y su ministro procedía a la santificación de los ramos que tenía delante. Ahora, después de la reciente reforma, después del canto de la antífona *Hosanna*, estas ramas de árbol, objeto de la primera parte de la función, reciben con una sola oración, acompañada de la incensación y de la aspersión del agua bendita, una virtud que los eleva al orden sobrenatural y los hace a propósito para ayudar a la santificación de nuestras almas y a la protección de nuestros cuerpos y de nuestras casas. Los fieles deben tener con respeto estos ramos en sus manos

durante la procesión y colocarlos con honor en sus casas, como un signo de su fe y una esperanza en la ayuda divina.

Antigüedad del rito. — No es necesario explicar al lector que las palmas y los ramos de olivo, que reciben en este momento la bendición de la Iglesia, se llevan en memoria de aquellos con que el pueblo de Jerusalén honró la marcha triunfal del Salvador, pero no está mal decir unas palabras sobre la antigüedad de esta costumbre. Comenzó pronto en oriente y probablemente en Jerusalén desde que la Iglesia gozó de paz. En el siglo iv San Cirilo, obispo de esta ciudad, creía que la palmera que había suministrado sus ramos al pueblo que vino al encuentro de Cristo, existía todavía en el valle del Cedrón[1]; nada más natural que tomar ocasión de esto para instituir un aniversario conmemorativo de este suceso. En el siglo siguiente se establece esta ceremonia, no solamente en las Iglesias orientales, sino también en los monasterios de que estaban llenos los desiertos de Egipto y de Siria. Al principio de cuaresma, muchos santos monjes obtenían de su Abad el permiso de internarse en lo más recóndito del desierto para pasar este tiempo en profundo retiro; pero debían volver al monasterio el domingo de Ramos, como se colige de la vida de San Eutimio escrita por su discípulo Cirilo. En occidente tardó bas-

[1] *Catequesis*, X.

tante en establecerse este rito; el primer rastro que encontramos se halla en el Sacramentario Gregoriano que se remonta al final del siglo VI o principios del VII. A medida que la fe penetraba en el norte no era posible solemnizar esta ceremonia en toda su integridad pues la palmera y el olivo no arraigan en nuestro clima. Fué necesario reemplazarlas por ramos de otros árboles; mas la Iglesia no permitió cambiar nada de las oraciones prescritas para la bendición de estos ramos, pues los misterios expuestos en estas hermosas oraciones, tienen su fundamento en el olivo y la palma del relato evangélico, representados por nuestros ramos de boj y de laurel.

LA PROCESION

El segundo rito de este día es la célebre procesión que sigue a la bendición de los ramos. Tiene por objeto representar la marcha del Salvador a Jerusalén y su entrada en esta ciudad; y, para que nada falte en la imitación del relato del Santo Evangelio, los Ramos que acaban de ser bendecidos son llevados por todos los que toman parte en esa procesión. Entre los judíos era una señal de regocijo llevar en la mano ramos de árboles; y la ley divina les autorizaba esta costumbre. Dios había dicho en el Levítico al establecer la festividad de los Tabernáculos: "El primer día tomaréis gajos de

frutales hermosos, ramos de palmera, ramas de árboles frondosos, de sauces de la ribera, y os regocijaréis ante Yavé, vuestro Dios"[1]. Para testimoniar su entusiasmo por la llegada de Jesús ante los muros de la ciudad, los habitantes de Jerusalén, incluso los niños, recurrieron a esta gozosa demostración. Vayamos nosotros también delante de nuestro Rey y cantemos el Hosanna a este vengador de la muerte y liberador de su pueblo.

Durante la Edad Media, en muchas iglesias, se llevaba en esta procesión el libro de los Evangelios que representaba a Jesucristo cuyas palabras contenía. Designado de antemano un lugar y preparado para la estación, la Procesión se detenía: el diácono abría entonces el sagrado libro y cantaba el relato de la entrada de Jesús en Jerusalén. En seguida descubríase la Cruz que había permanecido velada hasta aquel momento; todo el clero se postraba ante ella solemnemente y cada uno depositaba a sus pies un fragmento del ramo que tenía en su mano. Se reanudaba la procesión precedida de la Cruz, descubierta, hasta que el cortejo entra en la iglesia. En Inglaterra y Normandía, desde el siglo XI, se practicaba un rito altamente representativo de la escena que tuvo lugar en este día en Jerusalén. En la procesión se llevaba triunfalmente la Sagrada Eucaristía. La herejía de Berengario que negaba

[1] *Levit.*, XXIII, 40.

la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía acababa de manifestarse en esta época. Y este triunfo de la Sagrada Forma era preludio lejano de la Institución de la festividad y procesión del Santísimo Sacramento. Siempre con la misma intención de renovar la costumbre evangélica, existe en Jerusalén otra costumbre en la procesión de Ramos. Toda la comunidad de Franciscanos que custodia los santos Lugares marchan de mañana a Betfagé. Allí el P. Guardián de Tierra Santa, vestido de pontifical, sube sobre un asno revestido con mantos, acompañado por los religiosos y católicos de Jerusalén, que llevan todos palmas, ingresa en la ciudad y baja hasta la puerta de la iglesia del Sto. Sepulcro donde se celebrará la Misa con toda pompa.

Hemos reunido aquí, como de costumbre, los diferentes hechos con que puede elevarse la mente de los fieles en los variados misterios litúrgicos; estas manifestaciones de fe les ayudarán a comprender por qué la Iglesia quiere que, en la procesión de los Ramos, sea honrado Jesucristo como presente al triunfo que ella le otorga en este día. Busquemos por medio del amor "a este humilde y dulce Salvador que viene a visitar a la hija de Sión", como dice el profeta. Aquí está en medio de nosotros; a él se dirije el tributo de nuestros ramos; unámosle también el de nuestros corazones. Se presenta para ser nuestro Rey; acojámosle y digamos: Hosanna al hijo de David.

La entrada en la iglesia. — Antiguamente, hasta la última reforma, el fin de la procesión iba acompañado de una ceremonia llena de un profundo simbolismo. Al momento de entrar en la iglesia, el cortejo se hallaba con las puertas cerradas. La marcha triunfal se detenía; pero los cantos de alegría no se suspendían. Un himno especial a Cristo Rey resonaba a la puerta de la iglesia, con su alegre estribillo, hasta que el subdiácono golpeando con el asta de la cruz las puertas, conseguía que se abriesen, y el pueblo, precedido del clero, entraba aclamando al único que es la Resurrección y la vida.

El fin de esta escena era rememorar la entrada del Salvador en otra Jerusalén, de la que la de la tierra no era sino figura. Esta Jerusalén es la patria celestial cuya entrada Jesucristo nos ha procurado. El pecado del primer hombre había cerrado sus puertas; pero Jesús, el Rey de la gloria, las abrió por la virtud de su Cruz, ante la cual no pudieron resistir.

Este mismo canto, en honor de Cristo Rey, se ha conservado, pero la parada a la puerta de la iglesia ha quedado suprimida. Prosigamos, pues, tras los pasos del Hijo de David, puesto que él es el Hijo de Dios y nos invita a tomar parte en su reino. Así es como la Iglesia en la procesión de los Ramos que no es otra cosa que la commemoración de los acontecimientos de aquel día, eleva nuestra mente al misterio de la Ascensión por el que se pone fin, en el cielo, a

la misión del Hijo de Dios en la tierra. Pero ¡ay! los días intermedios entre ambos triunfos no son todos días de alegría, y antes que termine la procesión la Iglesia, que se ha levantado unos momentos de su tristeza, vuelve a gemir continuamente.

LA MISA

La tercera parte de la función de hoy es el santo sacrificio. Todas sus melodías están rebosantes de desaliento; la lectura de la Pasión, que va a tener lugar en seguida, señala el punto culminante de la jornada. En el siglo V o VI la Iglesia adoptó para el relato un recitado especial que se convirtió en un verdadero drama. Primeramente el Cronista que relata los hechos de un modo grave y patético; Cristo, en cambio, tiene un acento noble y suave que contrasta vivamente con el tono elevado de los demás interlocutores y con los gritos del pueblo judío. En el momento en que El se deja pisotear por los pecadores, llevado del amor que nos tiene, entonces es cuando nosotros debemos gritar que es nuestro Dios y nuestro Rey soberano. Estos son los ritos generales de este gran día; para la completa inteligencia de las oraciones y lecturas insertamos, como solemos, todos los detalles necesarios.

NOMBRES DADOS A ESTE DÍA. — Este domingo, además de su nombre litúrgico y popular de *Domingo de Ramos* o *de Palmas,* tiene el de *Domingo del Hosanna,* a causa del grito triunfal con que los judíos saludaron la llegada de Jesús. Nuestros padres le llamaron *Domingo de Pascua florida,* porque Pascua que se celebrará dentro de ocho días, está hoy como en flor y los fieles pueden empezar el cumplimiento pascual de la comunión anual desde este momento. Los españoles, al descubrir el Domingo de Ramos de 1513 el vasto territorio vecino de México le dieron el nombre de Florida en recuerdo de esta denominación. También se llama a este domingo *Capitilavium,* es decir *lava-cabezas* porque en los siglos medievales, los padres lavaban la cabeza de sus hijos nacidos en los meses anteriores cuyo bautismo podían retrasar sin peligro hasta el Sábado Santo, con el fin de que este día estuvieran decentes para ser ungidos con el Santo Crisma. En épocas anteriores este domingo recibió, en algunas iglesias, el nombre de Pascua de los Competentes. Se llamaba competentes a los catecúmenos admitidos al bautismo. Se reunían hoy en la Iglesia y se les explicaba detenidamente el símbolo que les habían explicado en el precedente escrutinio. En la Iglesia mozárabe española se les explicaba sólo este día. Por fin, los griegos le designaron con el nombre de Baiphore, es decir Porta-Palma.

MISA

La Estación, en Roma, se celebraba en la Basílica de Letrán, madre y maestra de todas las demás iglesias; con todo, hoy, la función papal se realiza en San Pedro.

Esta derogación no va en perjuicio de los derechos de la Archi-Basílica que antiguamente, recibía el honor de la presencia del Sumo Pontífice, y que ha conservado las indulgencias concedidas a aquellos a quienes la visitan hoy.

INTROITO [1]

Señor, no alejes tu auxilio de mí: atiende a mi defensa: líbrame de la boca del león, y salva mi vida del cuerno de los unicornios. — *Salmo:* Oh Dios, Dios mío, mira hacia mí: ¿por qué me has desamparado? Las voces de mis delitos me alejan de mi salud. — Señor, no alejes...

En la colecta la Iglesia pide para todos la gracia de imitar la paciencia y la humildad del Salvador. Jesucristo sufre y se abaja por el hombre pecador; es justo que el hombre se aproveche de este ejemplo y procure su salvación por los medios que le da a conocer la conducta del Salvador.

---

[1] En la misa solemne el preste se acerca al altar y, omitiendo el salmo *Iúdica me, Deus,* y el *Confíteor,* sube inmediatamente al altar, lo besa en el centro y lo inciensa.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que, para ofrecer al género humano un ejemplo de humildad, hiciste que nuestro Salvador tomase carne y padeciese la cruz: concédenos propicio la gracia de comprender las lecciones de su paciencia y de participar de su resurrección. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Filipenses (II, 5-11).

Hermanos: Sentid de vosotros como Cristo Jesús de sí mismo: el cual, siendo de la misma naturaleza de Dios, no creyó que era una rapiña el ser igual a Dios: y, a pesar de ello, se despojó de sí mismo, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y hallado en lo exterior como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, hasta la muerte de cruz. Por lo cual Dios le exaltó, y le dió un nombre, que es sobre todo nombre: *(aquí se arrodilla)* para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que el Señor, Jesucristo, está en la gloria de Dios Padre.

HUMILLACIÓN Y GLORIA DE JESÚS. — La Iglesia prescribe que doblemos la rodilla en el trozo de esta Epístola en que el Apóstol dice que todo ser creado debe humillarse al pronunciar el nombre de Jesús. Acabamos de cumplir esta prescripción. Comprendamos que si hay alguna época en el año en que el Hijo de Dios tenga derecho a nuestras más profundas adoraciones, es justamente esta en que su Majestad es violada y en

que le vemos pisoteado por los pecadores. Nuestros corazones deben necesariamente enternecerse y compadecerse al contemplar los dolores que sufre por nosotros. Pero no debemos sentir menos los ultrajes y las indignidades de que es colmado aquel que es igual al Padre y Dios como él. Démosle, al menos mientras estamos unidos a él, por medio de nuestras humillaciones, la gloria de que se ha despojado para reparar nuestro orgullo y nuestra rebeldía y unámonos a los santos ángeles que, testigos de todo lo que ha aceptado por amor al hombre, se anonadan profundamente tanto más cuanto ven la ignominia a la que se redujo.

En el Gradual la Iglesia se sirve de las palabras del Real Profeta que predice la grandeza futura de la víctima del Calvario pero que, al mismo tiempo, confiesa cómo había desgarrado su alma la seguridad con que los judíos cometerían el deicidio.

GRADUAL

Tuviste mi mano derecha: y me guiaste según tu voluntad: y me recibiste con gloria. ℣. ¡Qué bueno es el Dios de Israel para los rectos de corazón! Mis pies casi vacilaron, casi se extraviaron mis pasos: porque envidié a los pecadores, al ver la paz de los malvados.

El Tracto lo constituye una parte considerable del Ps. XXI de cuyas primeras palabras Jesucristo se sirvió en la Cruz y que es más una

historia de la Pasión que una profecía; tan claras y evidentes son sus alusiones.

TRACTO

Oh Dios, Dios mío, mira hacia mí: ¿por qué me has desamparado? ℣. Las voces de mis delitos me alejan de mí la salud. ℣. Oh Dios mío, clamaré durante el día, y no me oirás: y durante la noche, y no habrá para mí descanso. ℣. Pero tú habitas en el santuario, eres la alabanza de Israel. ℣. En ti esperaron nuestros padres: esperaron, y los libertaste. ℣. A ti clamaron, y se salvaron: en ti confiaron, y no fueron confundidos. ℣. Pero yo soy un gusano, y no un hombre: el oprobio de los hombres, y la abyección de la plebe. ℣. Todos los que me ven, me desprecian: estiran los labios, y mueven la cabeza (diciendo): ℣. Ha esperado en el Señor, líbrele ahora: sálvele, si es que le quiere. ℣. Ellos me observaron y contemplaron: dividieron entre sí mis vestiduras, echaron a suertes mi túnica. ℣. Líbrame de la boca del león: y salva mi vida del cuerno de los unicornios. ℣. Los que teméis al Señor, alabadle: raza toda de Jacob, engrandécele. ℣. Pertenecerá al Señor la generación venidera: y pregonarán los cielos su justicia. ℣. Al pueblo que nacerá, que hizo el Señor.

Ya es hora de oír el relato de la pasión de nuestro Salvador. La Iglesia lee la narración de los cuatro evangelios en cuatro días diferentes de esta semana. Comienza hoy con la de San Mateo, el primero que escribió la narración de la vida y muerte del Salvador [1].

---

[1] A causa de su extensión no ponemos el texto de los cuatro relatos de la Pasión que todos pueden encontrar en su Misal.

El Ofertorio es una nueva profecía de David. Anuncia el abandono del Mesías en medio de sus congojas y la ferocidad de sus enemigos que para saciar su hambre le darán a beber hiel y vinagre. De este modo fué tratado aquel que nos da su cuerpo para comida y su sangre para bebida.

OFERTORIO

Improperio y miseria sufrió mi corazón: y esperé a que alguien se contristase conmigo, y no le hubo: busqué a uno, que me consolara, y no le hallé: y me dieron de comida hiel, y en mi sed me abrevaron con vinagre.

En la Secreta se pide a Dios el doble fruto de la Pasión para sus siervos: la gracia en esta vida y la gloria en el cielo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que el don ofrecido a los ojos de tu Majestad nos obtenga la gracia de la devoción, y nos adquiera el efecto de la dichosa perennidad. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la antífona de la Comunión, la Iglesia, que acaba de sumir con el cáliz de la salud, la vida de Cristo, hace alusión a aquel otro cáliz que Cristo bebió para hacernos partícipes de la bebida de la inmortalidad.

COMUNION

Padre, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad.

La Iglesia pone fin a las súplicas del sacrificio que acaba de ofrecer implorando el perdón de los pecados para todos sus hijos, y el cumplimiento del deseo que tienen de tomar parte en la gloriosa resurrección del Hombre Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que, por la virtud de este Misterio, sean purificados nuestros pecados y se cumplan nuestros anhelos. Por el Señor.

LÁGRIMAS DE JESÚS. — Pongamos fin a esta jornada del Redentor en la ciudad de Jerusalén recordando algunos otros hechos de importancia. San Lucas nos enseña que durante la marcha triunfal de Jesús hacia la ciudad ocurrió que antes de entrar en ella Cristo comenzó a llorar sobre Jerusalén, y desahogó su dolor en estos términos: "¡Oh si al menos en este día conocieses lo que podría darte la paz! Pero ahora está oculto a tus ojos, porque días vendrán sobre ti, y te rodearán de trincheras tus enemigos, y te cercarán y te estrecharán por todas partes y te echarán por tierra a ti y a los hijos que tienes dentro, y no dejarán piedra sobre piedra por no haber conocido el tiempo de tu visita" [1]. Hace unos días el santo Evangelio nos mostró a Jesús llorando ante la tumba de Lázaro; hoy vuelve a

[1] *Lc.*, XIX, 41-44.

derramar lágrimas al contemplar a Jerusalén. En Betania lloraba al pensar en la muerte del cuerpo, castigo del pecado; pero esta muerte tiene remedio. Jesús es "la resurrección y la vida, y aquel que cree en él no morirá para siempre"[1]. El estado de Jerusalén en cambio, es una figura de la muerte espiritual; y esta muerte no tiene remedio, si el alma no viene a tiempo al autor de la vida. He aquí por qué las lágrimas que Jesús derrama hoy se hacen tan amargas. En medio de las aclamaciones de que es objeto al entrar en la ciudad de David, su corazón está oprimido por la tristeza; porque sabe él mejor que nadie "que no conocieron el tiempo de su visita". Consolemos al corazón del Redentor y hagámonos su ciudad fiel.

VUELTA A BETANIA. — Sabemos por San Mateo que el Salvador finalizó este día en Betania. Su presencia suspende las inquietudes de su madre y tranquiliza a la familia de Lázaro. En Jerusalén no hubo nadie que le hospedase; al menos el Evangelio no hace mención de ello. Todos los que mediten la vida de Nuestro Señor pueden hacerse esta consideración: Jesús honrado por la mañana con magnífico triunfo, por la tarde se ve obligado a buscar hospedaje fuera de la ciudad que le había recibido con tanto fervor. Entre las carmelitas descalzas existe la tradi-

---

[1] *Joa.*, XI, 25.

ción de ofrecer al Salvador una reparación por el abandono que sufrió de parte de los habitantes de Jerusalén. Se prepara en medio del refectorio una mesa, colocando en ella una ración de la comida; después de la refección de la comunidad se ofrece esa ración a Jesús y se distribuye entre sus miembros, los pobres.

LUNES SANTO

La higuera maldita. — Jesús vuelve de nuevo a Jerusalén con sus discípulos muy de mañana. Había partido en ayunas y, según el Evangelio, en medio de su camino sintió hambre [1]. Se acerca el Señor a una higuera: no tiene más que hojas. Queriendo darnos una lección, Jesús maldice a la higuera, que se seca al momento. Entonces anuncia el castigo de aquellos que se contentan con los buenos deseos sin producir frutos de conversión. La alusión a Jerusalén no era menos conminativa. Esta ciudad llena de celo por el culto externo tenía los corazones obcecados y endurecidos; no tardaría mucho en desechar y crucificar al Hijo de Dios, de Abrahán, de Isaac y de Jacob.

---

[1] *Mt.*, XXI, 18.

Pasó gran parte del día en el templo, donde Jesús discutió largamente con los Príncipes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo. Hablaba con una vehemencia inusitada y deshacía sus preguntas insidiosas. Véanse los capítulos XXI, XXII y XXIII en que San Mateo pone de relieve la vehemencia de sus discursos en los que apostrofa con una energía creciente el crimen de su infidelidad y la terrible venganza que llevará consigo.

CASTIGO DE JERUSALÉN. — Finalmente Jesús salió del templo y se dirigió a Betania. Habiendo llegado al monte de los olivos, desde donde se dominaba la ciudad, se sentó un momento. Sus discípulos aprovecharon este descanso para preguntarle en qué tiempo tendrían lugar los castigos que acababa de predecir contra el templo. Entonces Jesús viendo en globo profético los desastres de Jerusalén y las calamidades del fin del mundo, pues la primera de estas desgracias es la figura de la segunda, anunció que sucedería cuando el pecado hubiese llegado a su colmo. En lo tocante a la destrucción de Jerusalén fijó la fecha al decir: "En verdad os digo que no pasará esta generación sin que se hayan cumplido todas estas cosas" [1]. Así fué; apenas habían trascurrido cuarenta años cuando los ejércitos imperiales preparados para exterminar el pueblo dei-

[1] *Mat.*, XXIV, 34.

cida, ponían sus tiendas en lo alto del monte Olivete, en el mismo lugar en que estaba ahora el Salvador y desde allí amenazaban a la Jerusalén ingrata y menospreciadora. Después de haber conversado largamente acerca del juicio final en el que serán juzgados todos los hombres, Jesús entra en Betania y consuela con su presencia el corazón traspasado de dolor de su Santísima Madre.

La Estación en Roma se celebra en la iglesia de Santa Práxedes. Esta iglesia, además de 2.300 cuerpos de mártires extraídos de las catacumbas y depositados en ella en el siglo IX por el Papa San Pascual I, posee la columna en que el Salvador fué flagelado, una importante reliquia de la Vera Cruz, tres espinas de la Corona, donadas por San Luis y las reliquias de San Carlos Borromeo.

MISA

Las palabras del Introito están tomadas del Sal. XXXIV. Cristo invoca, por boca del profeta el auxilio de su Padre contra los enemigos que le acechan por todas partes.

INTROITO

Juzga, Señor, a los que me dañan, vence a los que me combaten: empuña las armas y el escudo, y levántate en mi ayuda, Señor, fortaleza de mi salud. — *Salmo:* Saca la espada, y cierra contra los que me persiguen: di a mi alma: Yo soy tu salud. — Juzga, Señor...

En la colecta la Iglesia nos enseña a recurrir a los méritos de la Pasión del Redentor cuando queramos obtener de Dios socorro en nuestras necesidades.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que desfallecemos, por nuestra flaqueza, en medio de tantas adversidades, respiremos por los méritos de la Pasión de tu unigénito Hijo, que vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías (L, 5-10).

En aquellos días dijo Isaías: El Señor Dios me abrió el oído, y yo no le contradije: no me torné atrás. Di mi cuerpo a los que me herían, y mis mejillas a los que me mesaban el cabello: no aparté mi rostro de los que me injuriaban y escupían. El Señor Dios fué mi auxiliador, por eso no fuí confundido: por eso puse en mi cara como una roca durísima, y sé que no seré confundido. Cerca está el que me justifica: ¿quién me contradirá? Estemos juntos: ¿quién será mi adversario? Acérquese a mí. He aquí que el Señor Dios es mi auxiliador: ¿quién me condenará? He aquí que todos envejecerán como un vestido: los comerá la polilla. ¿Quién hay entre vosotros que tema al Señor, que oiga la voz de su siervo? El que ande en tinieblas, y no tenga luz, confíe en el nombre del Señor y se apoye sobre su Dios.

PRUEBAS DEL MESÍAS. — Isaías, profeta preciso y elocuente en lo que hace relación a las pruebas del Mesías, nos revela hoy los padecimientos de nuestro Redentor y la paciencia con que sufrió los malos tratos de sus enemigos. Jesús ha acep-

tado la misión de víctima universal y no le apartará de su decisión ningún dolor ni humillación. "No escondí mi rostro ante las injurias y los esputos." ¿Qué reparación no hemos de dar a la majestad soberana, que por salvarnos ha soportado tales ultrajes? He ahí a los judíos cobardes pero crueles: no tiemblan ante su víctima. No ha mucho una sola palabra les ha echado por tierra en el huerto de los Olivos; mas, luego, se ha dejado atar y arrastrar hasta el palacio del sumo sacerdote. Se le acusa. Se lanzan gritos contra su persona; nada responde. Jesús Nazareno, el doctor, el gran taumaturgo ha perdido su prestigio; todo está permitido en contra suya. Así sucede al pecador que permanece tranquilo cuando oyó rugir el rayo y no le ocasionó la muerte. Con todo, los ángeles se anonadan ante tan augusta Faz, desfigurada y ultrajada por estos miserables. Prosternémonos con ellos y pidamos perdón porque nuestros pecados fueron la causa del martirio de esta víctima divina.

Pero escuchemos las últimas palabras del Salvador y démosle gracias. El dijo: "Que no pierda ahora la esperanza el que andaba en las tinieblas y sin luz alguna." Era el pueblo gentil sumido en el vicio y en la idolatría. No sabe lo que está sucediendo en Jerusalén; no sabe que la tierra es morada del Hombre-Dios y que este Hombre-Dios está padeciendo la opresión del pueblo que se había escogido y favorecido a ma-

nos llenas; pero pronto la luz del Evangelio derramará sus rayos sobre el pueblo infiel. Creerá y se someterá; amará a su Libertador hasta devolverle vida por vida y sangre por sangre. Entonces tendrá cumplimiento el oráculo de aquel indigno pontífice que, aunque a pesar suyo, profetizó la salvación del pueblo gentil por medio de la muerte de Jesús y anunció al mismo tiempo que esta muerte reuniría en una misma familia a todos los hijos de Dios dispersos por el mundo.

En el Gradual David continúa pidiendo venganza para los verdugos del Mesías, bien merecida por su ingratitud y dureza de corazón.

El Tracto es el mismo del miércoles de Ceniza que la Iglesia repite los lunes, miércoles y viernes para implorar la divina misericordia en la penitencia cuaresmal.

GRADUAL

Levántate, Señor, y atiende a mi juicio: Dios mío y Señor mío, juzga mi causa. ℣. Saca la espada, y cierra contra los que me persiguen.

TRACTO

(Véase Miércoles de Ceniza, pág. 109.)

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan. (XII, 1-9.)

Seis días antes de la Pascua fué Jesús a Betania, donde había muerto Lázaro, a quien resucitó Jesús.

Hiciéronle allí una gran comida: servía Marta, y Lázaro era uno de los sentados a la mesa con El. Entonces María tomó una libra de ungüento de nardo precioso, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y enjugó sus pies con sus cabellos: y la casa se llenó del olor del ungüento. Y dijo uno de sus discípulos, Judas Iscariote, el que le había de entregar: ¿Por qué no se ha vendido este ungüento por trescientos denarios, y se ha dado a los pobres? Pero dijo esto, no porque le importaran los pobres, sino porque era ladrón, y tenía la bolsa, y sacaba lo que se echaba en ella. Dijo entonces Jesús: Dejadla que lo conservó para el día de mi sepultura. Porque a los pobres siempre los tendréis con vosotros, pero a mí no me tendréis siempre. Supo entonces mucha gente judía que se hallaba allí: y vinieron, no por Jesús solamente, sino también para ver a Lázaro, a quien El había resucitado de entre los muertos.

UNCIÓN DE JESÚS EN BETANIA.—Acabamos de oír la lectura del pasaje evangélico a que aludimos ha unos días, el sábado anterior al domingo de Ramos. Ha sido colocado en la misa de hoy porque antiguamente no había estación el Sábado. La Iglesia nos llama la atención con este episodio sobre los postreros días de nuestro Redentor, para hacernos sentir con él todos los acontecimientos que se realizan en este momento en torno suyo. María Magdalena cuya conversión nos había admirado hace unos días, está llamada a tomar parte en la Pasión y Resurrección de su Maestro. Tipo ideal del alma convertida y admitida a gozar de los favores celestes,

debemos seguirla en todas las circunstancias en que la gracia divina la va a hacer tomar parte. La hemos visto siguiendo al Salvador paso a paso y ayudándole en sus necesidades; además el Santo Evangelio nos la muestra preferida a Marta su hermana, pues ha escogido la mejor parte. En estos días es objeto de nuestro interés principalmente por su tierna adhesión a Jesús. Sabe que le buscan para matarle y el Espíritu Santo que la guía interiormente por unos estados que se suceden, cada vez más perfectos, ha querido que hoy dé cumplimiento a una acción profética previendo lo que tanto teme.

Entre los tres presentes de los Magos, uno de ellos significa la muerte del Rey divino a quien estos hombres vinieron a visitar desde el lejano oriente. Era la mirra, perfume funerario empleado tan copiosamente en el entierro del Salvador. Hemos visto que la Magdalena, al convertirse, testimonió su cambio de vida derramando sobre los pies de Jesús un ungüento precioso. Ahora emplea también este medio como muestra de amor. Su Maestro está comiendo en casa de Simón el leproso; María está con él, como también sus discípulos; Marta sirviendo; hay paz en esta casa; pero todos presienten cosas adversas. De repente María Magdalena aparece con un vaso lleno de ungüento de nardo precioso. Se dirije a Jesús y arrojándose a sus pies los unje con este perfume y luego los enjuga con sus cabellos,

Jesús estaba tendido sobre un diván en donde los orientales se recuestan mientras comen; fué, pues, fácil que la Magdalena se pusiese a sus pies. Dos evangelistas, completada su narración por San Juan, nos muestran que ella derramó también sobre la cabeza del Salvador este oloroso ungüento. ¿Comprendía bien la Magdalena en este momento la importancia de la acción que la había inspirado el Espíritu Santo? Nada nos dice el Evangelio; pero Jesús reveló este misterio a sus apóstoles; y nosotros que nos hacemos eco de sus palabras, conocemos por esta acción que ha comenzado, podemos decir, la Pasión de nuestro Redentor, desde el momento en que la Magdalena le embalsama para su futura sepultura. El suave y penetrante olor del perfume se había extendido por toda la morada. Uno de los discípulos, Judas Iscariote, protesta contra lo que él llama gasto inútil. Su bajeza y codicia le habian hecho insensible a todo pudor. Muchos de los discípulos confirmaron su opinión; ¡sus pensamientos eran tan rústicos todavía! Jesús permitió esta protesta por varias razones. Quería anunciar su próxima muerte a los que le rodeaban revelándoles el secreto que contenía esta efusión de perfume sobre su cuerpo. En segundo lugar glorificar a la Magdalena, que le profesaba un amor tan tierno y tan ardiente; y entonces anunció que su fama se extendería por toda la tierra tan lejos cuanto se extendiese el Evange-

lio. En fin, quería consolar de antemano a las almas piadosas, a las que su amor inspiraría obras de liberalidad para su culto y resguardarlas de las críticas mezquinas de que serían objeto.

Recojamos estas enseñanzas divinas. Honremos a Jesús no sólo en su persona sino también en sus pobres. Honremos a la Magdalena y sigámosla hasta que pronto la veamos en el Calvario y en el sepulcro. En fin, dispongámonos a embalsamar a nuestro Salvador reuniendo para su entierro la mirra de los Magos que figura el sacrificio, y el precioso nardo de la Magdalena que representa el amor generoso y compaciente.

En el Ofertorio, el Salmista en nombre del Redentor, después de implorar el auxilio divino pide a Dios que se digne ser fiel en el cumplimiento de sus decretos en favor de la humanidad.

OFERTORIO

Líbrame de mis enemigos, Señor: a ti recurro, enséñame a cumplir tu voluntad: porque tú eres mi Dios.

La Secreta contiene en sí toda la fuerza divina de nuestros augustos misterios. No sólo purifica este sacrificio del alma, sino que además la eleva a la unión perfecta con el que es su autor y principio.

Haz, oh Dios omnipotente, que estos sacrificios nos purifiquen con su poderosa virtud, y logren llevarnos más puros a su principio. Por Jesucristo, nuestro Señor.

SECRETA

En la Comunión resuena una maldición contra los enemigos del Salvador. Así, en el gobierno del mundo, ejecuta Dios a un mismo tiempo su misericordia y su justicia.

COMUNION

Avergüéncense y sean confundidos a una los que se alegran de mis males: vístanse de vergüenza y confusión los que hablan males contra mí.

La Iglesia concluye las súplicas de esta Misa pidiendo que sus hijos conserven el espíritu ferviente que acaban de recibir en su fuente.

POSCOMUNION

Comuníquennos, Señor, tus santos Misterios un fervor divino: con el que podamos gozar de sus delicias y de su fruto. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Humillad vuestras cabezas delante de Dios.

ORACION

Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y haz que celebremos alegres los beneficios con que te has dignado restaurarnos. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MARTES SANTO

La higuera maldita. — Este día vuelve de nuevo Jesús a Jerusalén muy de mañana. Quiere dirigirse al templo y confirmar allí sus últimas enseñanzas. Claramente prevé que el desenlace de su misión va a comenzar. El mismo acaba de decir a sus discípulos: "Dentro de dos días se celebrará la Pascua y el Hijo del hombre será entregado para ser crucificado" [1]. Los discípulos que marchan en compañía de su maestro por el camino de Betania a Jerusalén quedan estupefactos al contemplar la higuera que Jesús había maldito el día anterior. Se había secado como un leño cortado, desde las raíces hasta las hojas. Pedro se acerca a Jesús y le dice: "Maestro, mira la higuera que maldijiste; se ha secado." Jesús aprovecha la ocasión para enseñarnos que la materia está sometida al espíritu cuando éste se mantiene unido a Dios por la fe y dice: "Tened fe en Dios: en verdad os digo que cualquiera que dijere a este monte: levántate y arrójate al mar y no dudare en su corazón, mas creyere que se hará todo cuanto dijere, todo le será hecho. Por tanto os digo que todas las cosas que pidiereis en vuestra oración creed que las recibiréis; y se os darán" [2].

---

[1] *Mt.*, XXVI, 2.
[2] *Mc.*, X, 20-24.

Jesús en el Templo. — Continuando el camino, pronto se entra en la ciudad, y a penas ha llegado Jesús al templo, se le acercan los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los ancianos y le preguntan: "¿Con qué poder haces estas cosas, quién te ha dado tal poder?"[1]. Se puede ver en el Santo Evangelio la respuesta de Jesús, así como las diversas enseñanzas que dió con ocasión de este encuentro. No hacemos más que indicar, de un modo general, el uso que hizo de las últimas horas de su vida mortal nuestro divino Redentor; la meditación del Evangelio suplirá lo que no decimos.

Como los días precedentes, sale de la ciudad por la tarde, y atravesando el monte de los Olivos, se retira a Betania, con su Madre y sus amigos.

La Iglesia lee hoy, en la Misa, el relato de la Pasión según San Marcos. En orden cronológico el Evangelio de San Marcos fué escrito después del de San Mateo: Por esta razón se da el segundo lugar a la Pasión según San Marcos. Es más corta que la de San Mateo y parece un resumen de la misma; pero se encuentran en ella ciertos detalles que son propios de este Evangelista y nos muestran las notas de un testigo ocular. Todos sabemos, en efecto, que San Marcos fué discípulo de San Pedro y que escribió su Evangelio bajo la dirección del Príncipe de los Apóstoles.

---

[1] *S. Marc.*, XI, 27, 28.

En Roma se celebra la Estación en la Iglesia de Santa Prisca.

MISA

Dentro de tres días se alzará la cruz sobre el monte, sosteniendo en sus brazos al autor de nuestra salvación. En el introito de hoy, la Iglesia nos manda saludar por anticipado al trofeo de nuestra victoria y gloriarnos en él.

INTROITO

Mas a nosotros nos conviene gloriarnos de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo: en quien están nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: por el cual hemos sido salvados y libertados. — *Salmo:* Compadézcase Dios de nosotros, y bendíganos: brille sobre nosotros su rostro, y tenga piedad de nosotros. — Mas a nosotros...

En la colecta, la Iglesia pide que el santo aniversario de la Pasión del Salvador sea para nosotros fuente de misericordia, y que no se termine sin que nosotros seamos plenamente reconciliados con la divina justicia.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios: haz que celebremos los Misterios de la Pasión del Señor de tal modo, que merezcamos alcanzar nuestro perdón. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Jeremías (XI, 18-20).

En aquellos días dijo Jeremías: Señor, tú me lo demostrastes y yo lo conocí: entonces me hiciste ver sus obras. Y yo fuí como un cordero manso, que llevan a degollar: y no conocí que maquinaban contra mí designios, diciendo: Destruyamos el árbol con su fruto, y arranquémosle de la tierra de los vivientes, y su nombre no se recuerde ya más. Pero tú, Señor de los Ejércitos, que juzgas justamente, y escrutas los riñones y los corazones, harás que yo vea tu venganza en ellos: porque a ti, Señor, Dios mío, he revelado mi causa.

La inmolación del Mesías. — Una vez más deja oír su voz el profeta Jeremías. Hoy nos presenta las propias palabras de sus enemigos que han conspirado para darle muerte. Todo es misterioso; se siente que el profeta es aquí figura de uno mayor que él. "Pongamos, dicen, astillas en su pan", es decir: Arrojemos un leño venenoso en su alimento para causarle la muerte. Tal es el sentido literal cuando no se refiere más que al profeta; pero, ¡cuánto mejor se cumplen estas palabras en nuestro Redentor! La carne divina, nos dice, es el pan verdadero bajado del cielo; este Pan, este cuerpo del Hombre-Dios está destrozado, ensangrentado; los judíos le clavan sobre un madero de modo que está traspasado de dolor al mismo tiempo que este madero está completamente bañado en su sangre. Sobre este

madero se inmola el Cordero de Dios; y por este sacrificio participamos del Pan celestial, que es al mismo tiempo la carne del Cordero y nuestra verdadera Pascua.

El gradual, tomado del salmo XXXIV, nos muestra el contraste de la vida humilde del Salvador con los aires amenazadores y arrogantes de sus enemigos.

GRADUAL

Pero yo, cuando ellos me molestaban, me vestía de cilicio, y humillaba mi alma con el ayuno: y mi oración se revolvía en mi seno. ℣. Juzga, Señor, a los que me dañan, vence a los que me combaten, empuña las armas, y el escudo, y levántate en mi ayuda.

La Pasión según San Marcos se canta después del Gradual con los mismos ritos que se observaron en la de San Mateo.

En el Ofertorio, el Mesías pide a su Padre socorro contra las asechanzas de sus enemigos que se disponen a hacerle morir.

OFERTORIO

Guárdame, Señor, de la mano del pecador: y líbrame de los hombres inicuos.

En la Secreta, la Iglesia presenta a la divina Majestad el tributo de nuestros ayunos con la hostia santa de la cual toman su mérito y eficacia.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos sacrificios, santificados con saludables ayunos, nos restauren eficazmente. Por el Señor.

Las palabras del salmista, que la Iglesia toma para la Antífona de la Comunión nos muestran la audacia siempre creciente de los enemigos del Salvador y las disposiciones de su alma en los días que precedieron a su sacrificio.

COMUNION

Hablan contra mí los que se sientan en la puerta: y cantan coplas contra mí los que beben vino: pero yo, Señor, dirijo a ti mi oración en el tiempo de tu voluntad, fiado, oh Dios, en la muchedumbre de tus misericordias.

En la Poscomunión la Iglesia pide, por los méritos del Sacrificio que acaba de renovar, el perdón completo de todos nuestros males, cuyo remedio es la sangre del Cordero divino.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios omnipotentente, que con tus santos Misterios se curen nuestros vicios, y alcancemos los remedios sempiternos. Por el Señor.

Humillad vuestras cabezas delante de Dios.

ORACION

Haz, Señor, que tu misericordia nos purifique de todo rastro de vejez, y nos haga capaces de la santa novedad. Por el Señor.

MIERCOLES SANTO

La última reunión del Sanedrín. — Hoy se reunen los príncipes de los sacerdotes y los ancianos en una sala del templo para deliberar por última vez sobre los medios para prender a Jesús. Se han discutido diversos planes. ¿Será prudente prenderle en estos días de Pascua, en los cuales toda la ciudad está llena de extranjeros que sólo conocen a Jesús por la ovación de que fué objeto tres días antes? ¿No hay incluso entre los habitantes de Jerusalén muchos que han aplaudido este triunfo? ¿No sería de temer su ciego entusiasmo por Jesús? No, no se puede pensar, por el momento, en esas medidas violentas; podría levantarse una sedición durante la celebración de la Pascua. Sus promotores fácilmente se habrían comprometido ante Poncio Pilato y habrían tenido que temer la furia del pueblo. Es preferible dejar pasar la fiesta y buscar otro medio de apoderarse sin ruido de la persona de Jesús.

Pero estos criminales se hacían ilusión al querer retardar por su propia voluntad la muerte del justo. Ellos aplazaban el asesinato; pero los planes divinos, que desde la eternidad prepararon un sacrificio para la salvación del género humano, fijaron este sacrificio precisa-

mente para esta fiesta de Pascua, que anunciará mañana la trompeta a toda la ciudad. Durante mucho tiempo se ha ofrecido el cordero misterioso en figura del verdadero: va a comenzar ya la Pascua que verá desaparecer las sombras ante la realidad. La sangre del Redentor, derramada por la mano de los ciegos pontífices se va a mezclar con la de las víctimas, que ya no se digna aceptar el Señor. El sacerdocio judaico no tardará en darse a sí mismo el golpe de gracia, inmolando al que ha de abrogar con su sangre la antigua alianza y sellar para siempre otra nueva.

LA TRAICIÓN. — Pero ¿cómo tomarán posesión los enemigos del Salvador de la víctima que tanto anhelan con deseos sanguinarios, sin alboroto y sin ruido? No han tenido en cuenta la traición. Uno de los discípulos de Jesús pide ser conducido a su presencia; tiene algo que proponerles; "¿Qué me dais, les dice, y yo os lo entregaré?" ¡Qué alegría para aquellos desdichados! Son doctores de la ley, y no se acuerdan del salmo CVIII, en el cual David había predicho con todo detalle esta venta abominable; ni tampoco del oráculo de Jeremías, que llega incluso a valorar el precio del rescate del Justo en treinta dineros de plata. Esta misma suma pide Judas a los enemigos de Jesús; éstos se la conceden al momento. Todo está concertado. Mañana irá Jesús a Jerusalén para celebrar la Pascua. Al caer del sol

se retirará, como de costumbre a un huerto que se halla en la ladera del monte del Olivar. Pero, en la oscuridad de la noche, ¿cómo lo van a conocer los encargados de prenderle? Judas lo ha previsto todo. Los soldados podrán detener con toda confianza a quien él diere un beso.

Tal es la horrible iniquidad, que se lleva a cabo entre los muros del templo de Jerusalén. Para manifestar su execración y para dar una satisfacción al Hijo de Dios, tan indignamente ultrajado por este pacto monstruoso, ya desde los primeros siglos la Iglesia ha consagrado el miércoles a la penitencia. Aun hoy día comienza la Cuaresma por miércoles, y cuando la Iglesia, en cada una de las estaciones, quiere que dediquemos cuatro días al ayuno y a la mortificación de nuestro cuerpo, uno de esos días es el miércoles.

El sexto escrutinio. — Antiguamente, tenía lugar en este día el sexto escrutinio para la admisión de los catecúmenos al bautismo. A este escrutinio asistían aquellos que, siendo dignos del bautismo, aun no habían sido señalados definitivamente para recibirle. En la misa había dos lecturas, sacadas de los profetas, como en el día del gran Escrutinio, el miércoles de la cuarta semana de Cuaresma. Los catecúmenos salían de la Iglesia como de costumbre, después del Evangelio. Pero una vez que se había acabado el santo Sacrificio volvían a entrar; entonces uno de los sacerdotes les decía: "El sábado

próximo, vigilia de Pascua, a tal hora, os reuniréis en la Basílica de Letrán, para el séptimo Escrutinio; después diréis de memoria el Símbolo que debéis haber aprendido de antemano; por fin, con el auxilio de la divina gracia, recibiréis el baño sagrado de vuestra regeneración. Preparaos a él con oraciones y ayunos continuos, con celo y humildad, para que, sepultado con Cristo en el bautismo, merezcáis resucitar con El a la vida eterna." Así sea.

En Roma se celebra la Estación, en Santa María la Mayor. Compartamos los dolores de nuestra Madre, cuyo corazón experimenta las más crueles angustias en espera del sacrificio, que no tardará en realizarse.

MISA

La Iglesia comienza en el Introito por la glorificación del santo Nombre de Jesús, ultrajado hoy por los hombres, que lo pronuncian con tanto odio en la trama que preparan contra aquel a quien le fué impuesto para nuestra salvación. Este Nombre bendito significa *Salvador*: Estos son los días en los que este nombre sagrado recibe su pleno significado.

INTROITO

En el nombre de Jesús dóblese toda rodilla en los cielos, en la tierra y en los infiernos: porque el Señor se hizo obediente hasta la muerte, hasta la muerte de

cruz: por eso el Señor, Jesucristo, está en la gloria de Dios Padre. — *Salmo:* Señor, escucha mi oración: y llegue a ti mi clamor. — En el nombre...

En la primera Colecta, la Iglesia confiesa que sus hijos han pecado; pero presenta a Dios la Pasión, que ha sufrido su Hijo único por ellos, y confía en El.

ORACION

Doblemos las rodillas. ℟. Levantaos. — Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que somos afligidos sin cesar por nuestros excesos, seamos libertados por la Pasión de tu unigénito Hijo. El cual vive y reina contigo...

LECTURA

Lección del Profeta Isaías (LXII, 11; LXIII, 1-7).

Esto dice el Señor Dios: Decid a la hija de Sión: He aquí que viene tu Salvador, y trae consigo su galardón. ¿Quién es ese que viene de Edón y Bosra, con los vestidos teñidos? ¿Ese hermoso en su vestido, que marcha con gran fortaleza? Soy yo, el que hablo justicia, y lucho para salvaros. ¿Por qué es rojo tu vestido, y tus ropas como las de los que pisan el lagar? Yo solo he pisado el lagar, y de los pueblos no hubo nadie conmigo: pisélos con mi furor, y los hollé con mi ira: y su sangre salpicó mis vestiduras, y manché todas mis ropas. Porque el día de la venganza está en mi corazón, y ha llegado el año de mi redención. Miré en torno, y no hubo un auxiliador: busqué, y no encontré quien me ayudara; y mi brazo me salvó, y me auxilió mi indignación. Y hollé a los pueblos con mi furor, y los embriagué de mi ira, y eché por tierra

su fortaleza. Me acordaré de las misericordias del Señor, y le tributaré alabanza por todo lo que nos ha dado el Señor, nuestro Dios.

La victoria del Mesías. — "¡Qué terrible es este libertador, que aplasta a sus enemigos bajo la planta de sus pies, como los racimos en el lagar, hasta el punto de teñirse los vestidos con su sangre! ¿Pero no es hoy el día de exaltar la fuerza de su brazo, hoy que ha sido colmado de humillaciones, que sus enemigos, le han comprado a uno de sus discípulos por el más ignominioso de los tratos? No permanecerá siempre humillado; pronto se levantará, y la tierra conocerá cuál es su poder, ante los castigos de que colmará a los que se atrevieren a pisotearle. Jerusalén se dispone a lapidar a los que van a predicar su nombre; ella sería la más cruel de las madrastras para estos verdaderos israelitas, que, dóciles a las enseñanzas de los Profetas, han reconocido en Jesús todos los signos manifestativos del Mesías. La Sinagoga intentará ahogar a la Iglesia naciente; pero apenas la Iglesia se haya vuelto hacia los gentiles, después de haber sacudido el polvo de sus pies contra Jerusalén, que le ha traicionado y crucificado, la venganza de Cristo caerá sobre esta ciudad. Con todo eso la ruina de Jerusalén no es más que la figura de la otra ruina a la que está destinado el mundo culpable, cuando el divino vengador, al cual vemos contradecir y despreciar todos los días,

aparezca sobre las nubes para restablecer su honor ultrajado. Por ahora permite que le entreguen, le escupan y le maltraten; pero cuando haya llegado el tiempo de rescatar a los suyos, el día de la venganza reclamado por los deseos del justo", bienaventurados los que le hayan conocido, los que hayan compartido con El sus humillaciones y dolores. ¡Desdichados los que no hayan visto en El más que un simple mortal! ¡Desgraciados aquellos que no contentos con sacudir de sus propios hombros el suave yugo de Cristo, han impedido que se extendiese su reino entre los demás! Porque Cristo es Rey; ha venido a este mundo para reinar y los que no hayan querido soportar su clemencia no podrán huir de su justicia.

El Gradual que sigue a esta lectura de Isaías es un grito de angustia que lanza el Mesías por boca de David.

GRADUAL

No apartes tu cara de tu siervo, porque estoy atribulado: óyeme velozmente. ℣. Sálvame, oh Dios, porque las aguas han entrado hasta mi alma: estoy hundido en profundo cieno, y no tengo donde asentar el pie.

En la segunda Colecta la Iglesia recuerda una vez más a Dios Padre el suplicio que su Hijo único quiso soportar para librarnos de la cautividad del enemigo y pide también que nosotros tengamos parte en su gloriosa resurrección.

COLECTA

Oh Dios, que quisiste que tu Hijo sufriese por nosotros el patíbulo de la cruz, para expulsar de nosotros el poder del enemigo: concédenos, a nosotros tus siervos, el que consigamos la gracia de la resurrección. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías (LIII, 1-12).

En aquellos días dijo Isaías: Señor, ¿quién ha creído en nuestro anuncio? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor? Y subía como un renuevo delante de él, y como una raíz de la tierra sedienta: no tenía belleza, ni decoro: y le vimos, y no tenía aspecto, para que le deseáramos. (Le vimos) despreciado, y el último de los hombres, hecho varón de dolores, y sabedor de quebranto: y su rostro como escondido, y despreciado, por eso no le estimamos. Tomó verdaderamente sobre sí nuestras dolencias, y llevó El mismo nuestros dolores: y nosotros le consideramos como un leproso, y un castigado de Dios, y un humillado. Porque El fué herido por nuestras iniquidades, fué triturado por nuestros pecados: el castigo, que nos ganó la paz, cayó sobre El; con sus llagas fuimos nosotros curados. Todos nosotros éramos como ovejas errantes, marchando cada cual por su vereda: y el Señor cargó sobre El solo la iniquidad de todos nosotros. Se ofreció, porque quiso; y no abrió su boca: fué llevado a la muerte como una oveja, y calló como un cordero ante el esquilador, y no abrió su boca. Fué quitado de la angustia y del juicio: ¿quién contará su generación? Porque fué arrancado de la tierra de los vivientes: le herí por el crimen de mi pueblo. Y fué su sepultura con los impíos, y con los ricos su muerte: porque nunca hizo El maldad, y no hubo dolo en su boca. Y el Señor quiso triturarle con el sufrimiento. Si pusiere su vida en expiación del pecado, verá larga descen-

dencia, y la voluntad del Señor estará siempre en su mano. Verá y se saciará del trabajo de su alma: con su ciencia justificará mi justo siervo a muchos, y El mismo llevará sus iniquidades. Por eso, yo le daré parte con los grandes, y repartirá despojos con los fuertes, porque entregó su alma a la muerte, y fué contado entre los malhechores: y El mismo llevó los pecados de muchos, y rogó por los transgresores.

Los padecimientos del Mesías. — Una vez más oímos la voz de Isaías en esta profecía; pero esta vez no es el profeta sublime que cantaba poco ha las venganzas del Emmanuel. Cuenta los padecimientos del Hombre-Dios, "del último de los hombres, del varón de dolores, del entregado al sufrimiento". Por este pasaje con razón se puede llamar con los Santos Padres, al más elocuente de los Profetas, el quinto Evangelista. ¿No resume por anticipado el relato de la Pasión, cuando nos muestra al Hijo de Dios "semejante a un leproso, a un hombre herido por Dios y humillado a sus golpes"? Pero nosotros, a quienes la Iglesia lee estas páginas inspiradas, y que vemos juntamente el Antiguo y el Nuevo Testamento para darnos todas las señales de la Víctima universal, ¿cómo reconoceremos el amor que nos muestra Jesús cuando toma sobre sí todos los castigos que merecíamos nosotros?

"Por sus heridas hemos sido curados nosotros." ¡Oh médico divino, que toma sobre sí las heridas de los que quiere curar! Pero no sólo "ha sido herido por nosotros sino que también ha

sido degollado como cordero en el matadero". Pero por ventura no ha hecho más que someterse a la inflexible justicia del Padre, "que ha cargado sobre El todas nuestras iniquidades". Oíd al Profeta: "Si ha sido inmolado, ha sido porque El lo ha querido." Su amor para con nosotros es igual a la sumisión del Padre. Fijaos cómo calla ante Pilatos que con una sola palabra podía arrebatarle de las manos de sus enemigos. "Está en silencio, sin abrir su boca como el cordero ante el esquilador."

Adoremos este silencio al cual debemos nuestra salvación; recojamos todos los detalles de una entrega que nunca haría un hombre por otro y que no pudo ejecutarla más que el corazón de un Dios. ¡Cómo nos ama a nosotros, que somos su estirpe, los hijos de su sangre, el galardón de su sacrificio! Iglesia Santa, descendiente de Cristo en la cruz, tú le eres querida; te ha comprado a gran precio y por eso se complace en ti. Almas fieles, devolvedle amor por amor; almas pecadoras, sedle fieles, sacad la vida de su sangre y acordaos que, si "todos nosotros hemos estado perdidos como ovejas sin pastor", el Señor "ha tomado sobre sí todas nuestras iniquidades". No hay pecador ni pagano, ni infiel tan culpable, que no tenga parte en esta sangre preciosa, cuya virtud infinita sería suficiente para redimir a miles de millones de mundos más pecadores que el nuestro.

El Tracto que sigue a esta lección está compuesto de algunos versículos del salmo CI: En ellos se nos muestran los padecimientos de la naturaleza humana en Cristo, en medio de sus abatimientos.

TRACTO

Señor, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor. ℣. No apartes tu cara de mí: en cualquier día, que sea atribulado, inclina hacia mí tu oído. ℣. En cualquier día que te invocare, óyeme velozmente. ℣. Porque mis días se han disipado como el humo: y mis huesos están quemados como un tizón. ℣. He sido herido como el heno, y mi corazón se ha secado: porque me he olvidado de comer mi pan. ℣. Pero, cuando te levantes tú, Señor, tendrás piedad de Sión: porque habrá llegado el tiempo de compadecerse de ella.

A continuación se lee la Pasión según San Lucas. Este Evangelista nos proporciona muchos detalles, que habían suprimidos los dos primeros Evangelistas; con su auxilio podemos penetrar más y más en el misterio de los padecimientos del sacrificio del Hombre-Dios.

En el Ofertorio se oye otra vez la voz de Cristo, que implora la ayuda de Dios y pide a su Padre que no aparte su mirada de su propio Hijo, que es víctima de toda clase de dolores, tanto del cuerpo como del alma.

OFERTORIO

Señor, escucha mi oración, y llegue a ti mi clamor: no apartes tu cara de mí.

En la Secreta pide la Iglesia que tengamos un amor sincero al misterio divino en el cual se renueva cada día la Pasión del Salvador.

SECRETA

Acepta, Señor, el don ofrecido, y dígnate hacer que consigamos con piadosos afectos lo que celebramos con el misterio de la Pasión de tu Hijo, nuestro Señor. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

Para la antífona de la Comunión la Iglesia toma otra vez algunos versículos del mismo salmo CI, que ha empleado en el tracto y en el ofertorio.

COMUNION

Mi bebida mezclo con lloro: porque, elevándome, me has estrellado: y me he secado como el heno: mas tú, Señor, permaneces para siempre: levantándote tú, tendrás piedad de Sión, porque ha llegado el tiempo de tener piedad de ella.

La muerte del Hijo de Dios debe ser para nosotros un motivo para que confiemos cada día más en la misericordia de Dios. Esta confianza es el primer eslabón de nuestra salvación. Esta es la confianza, que pide la Iglesia para nosotros en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Concede a nuestros sentidos, oh Dios omnipotente, el que, mediante la muerte temporal de tu Hijo, representada en estos venerandos Misterios, confiemos que nos has dado la vida eterna. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

ORACION

Humillad vuestras cabezas a Dios.

Suplicámoste, Señor, mires a esta tu familia, por la que nuestro Señor Jesucristo no dudó en ser entregado en manos de los verdugos y en sufrir el tormento de la cruz. El, que vive y reina contigo.

OFICIO DE LAS TINIEBLAS

Hasta la última reforma, la Iglesia anticipaba a la víspera el Oficio de la noche del día siguiente, para estos tres últimos días de la Semana Santa, con el fin de dar al pueblo cristiano mayor facilidad para tomar parte en él. Los Maitines y Laudes celebrábanse, por tanto, en las horas de la tarde. Pero habiéndose convertido estas horas para la mayor parte en horas de trabajo, la Iglesia ha creído oportuno volver a establecer que el Oficio se celebre a sus horas normales.

Así, pues, los fieles deben apresurarse a asistir a ellos en tanto en cuanto sus ocupaciones se lo permiten. En cuanto al mérito de esta piadosa asistencia, es indudable que sobrepasa al de cualquier devoción privada. El medio más seguro para llegar al corazón de Dios será siempre emplear como intermediario a la Iglesia: En cuanto a las impresiones santas que pueden ayudarnos a hondar más en los misterios, que se conmemoran en estos tres días, por lo general

son más fuertes y más seguras las que se reciben en el oficio, que las que se buscan en cualquier libro humano. Alimentada por la palabra y los ritos de la Iglesia, el alma cristiana aprovechará doblemente con los ejercicios y lecturas del oficio, aunque también debe ocuparse en particular de ellas. La oración de la Iglesia será, pues, la base sobre la cual se levantará todo el edificio de la piedad cristiana, en este santo aniversario; así imitaremos a nuestros padres que, en los siglos de fe, fueron tan profundamente cristianos porque vivían de la vida de la Iglesia por la Liturgia.

JUEVES SANTO
DE LA CENA DEL SEÑOR

OFICIO DE LA NOCHE

Carácter del oficio. — El oficio de Maitines y Laudes de los tres últimos días de la Semana Santa difiere en muchas cosas del de los demás días del año. La Iglesia suspende las aclamaciones de alegría y esperanza con que suele comenzar la alabanza divina. Ya no se oye resonar en el templo el *Domine labia mea aperies. Señor abre mi boca para que te alabe;* ni *Deus in adiutorium meum intende. Señor, apresúrate a socorrerme;* ni *Gloria Patri* al fin de los salmos, de

los cánticos y de los responsorios. Los oficios no conservan sino lo que les es esencial en la forma y se han suprimido todas estas aspiraciones vivas que se habían añadido al sucederse de los siglos.

El Nombre. — Dase vulgarmente el nombre de Tinieblas a los Maitines y Laudes de estos tres últimos días de la Semana Santa, porque se los celebra muy de mañana, antes de salir el sol.

El candelabro. — Un rito imponente y misterioso, propio únicamente de estos oficios confirma también este nombre. Se coloca en el presbiterio, cerca del altar, un gran candelabro triangular sobre el cual se hallan quince velas. Estas velas, así como las seis del altar, son de cera amarilla como en el oficio de difuntos. Al fin de cada uno de los salmos o cánticos se va apagando una vela del gran candelabro; sólo queda encendida la que se halla en la extremidad del triángulo. Igualmente se apagan mientras el *Benedictus* las velas del altar. Entonces toma un acólito la vela que quedó encendida en el candelabro y la tiene apoyada sobre el altar mientras el coro canta la Antífona que le sigue. Luego esconde la vela (sin apagarla) detrás del altar. La mantiene así, oculta a las miradas, durante la recitación de la oración final que sigue al *Benedictus*. Acabada esta oración, ya no se

hace como antiguamente se hacía al terminar este oficio.

El simbolismo de los ritos. — Expliquemos ahora el sentido de las diversas ceremonias. Nos hallamos en los días, en que la gloria del Hijo de Dios es eclipsada ante las ignominias de la Pasión. "Era la luz del mundo", poderoso en obras y palabras, vitoreado poco ha por las aclamaciones de la muchedumbre, pero vedle hoy despojado de toda grandeza, el hombre de dolores, un leproso, como dice Isaías. "Un gusano de la tierra y no un hombre", dice el Rey Profeta; "causa de escándalo para sus discípulos", dice el mismo Jesús. Todos le abandonan: Pedro incluso llega a negar que le ha conocido. Este abandono, esta defección casi general se halla figurada por la extinción sucesiva de las velas del candelabro triangular y de las del altar.

Sin embargo de eso, la luz desconocida de Cristo no se apaga. Se coloca un momento la candela sobre el altar. Está allí como Cristo en el Calvario donde padece y muere. Para significar la sepultura de Jesús, se coloca la candela detrás del altar; su luz no aparece más. Entonces un ruido confuso se deja oír en el santuario. Este ruido expresa las convulsiones de la naturaleza en el momento en que al expirar Jesucristo en la Cruz, tembló la tierra, se desque-

brajaron las rocas y se abrieron los sepulcros. Pero de repente aparece de nuevo la candela sin haber perdido nada de su luz; el ruido cesa y todos adoran al glorioso vencedor de la muerte.

LAS LAMENTACIONES DE JEREMÍAS SOBRE JERUSALÉN. — Todas las lecciones del primer nocturno de estos tres días están sacadas de las Lamentaciones de Jeremías. En ellas se nos manifiesta el espectáculo desolador, que ofrece la ciudad de Jerusalén, cuando sus habitantes fueron conducidos cautivos a Babilonia, en castigo de su idolatría. La cólera de Dios se manifiesta en estas ruinas, que Jeremías deplora con palabras tan verdaderas y terribles. Con todo eso este desastre no es sino figura de otro más espantoso. Jerusalén tomada y asolada por los Asirios guarda por lo menos el nombre; y el Profeta, que se lamenta ante sus muros anuncia que esta desolación no durará más de setenta años, pero en su segunda ruina, la ciudad infiel pierde hasta su nombre. Reconstruída por sus vencedores, lleva durante más de dos siglos el nombre de *Aelia Capitolina;* y si con la paz de la Iglesia, se la llamó otra vez Jerusalén, esto no era un homenaje a Judá, sino un recuerdo del Dios del Evangelio que Judá había crucificado en esta ciudad. Ni la piedad de Santa Elena y de Constantino, ni los valientes esfuerzos de los cruzados, no han podido conservar en Jerusalén de un modo per-

manente ni la sombra de una ciudad secundaria. Su suerte es la de permanecer esclava y esclava de los infieles hasta el fin del mundo. En estos días precisamente se atrajo sobre sí la maldición: he aquí por qué la Iglesia, para hacernos comprender la grandeza del crimen cometido, hace resonar en nuestros oídos los llantos del Profeta que es el único que pudo igualar con sus lamentaciones a los dolores. Esta emocionante elegía se canta de un modo muy simple que se remonta a una gran antigüedad. Los nombres de las letras del alfabeto hebreo, que dividen cada una de las estrofas, indican la forma acróstica que contiene este poema en el original. Se cantan estas lamentaciones porque los mismos judíos las cantaban.

OFICIO DE LA MAÑANA

La preparación de la Pascua. — Este día es el primero de los ácimos. A la puesta del sol los judíos tienen que comer la Pascua en Jerusalén. Jesús aun está en Betania, pero entrará en la ciudad antes de comenzar la cena pascual; así lo manda la Ley; y Jesús quiere observarla escrupulosamente hasta que la abrogue con la efusión de su sangre. Por lo cual envía a Jerusalén a dos de sus discípulos para que preparen el convite legal, sin darles a conocer de qué modo

concluirá. Nosotros que conocemos ya este misterio cuya institución se remonta a esta última cena, comprendemos bien por qué escogió Jesús con preferencia, en esta ocasión, a Pedro y Juan para que cumpliesen sus intenciones [1]. Pedro que fué el primero en confesar la divinidad de Cristo, representa la fe; y Juan que inclinó su cabeza sobre el pecho de Jesús, representa el amor. El misterio que se va a promulgar en la cena de esta tarde, se revela el amor por la fe; tal es la enseñanza que nos da Jesucristo al escoger a estos dos apóstoles; pero éstos no podían penetrar las intenciones del corazón de su divino Maestro.

El cenáculo. — Jesús que sabía todo, les indica el medio de conocer la casa a la cual va a honrar hoy con su presencia. No tendrán más que seguir a un hombre, que lleva un cántaro de agua sobre la cabeza. La casa en que entra este hombre la habita un judío opulento que reconoce la misión celeste de Jesús. Los dos discípulos propusieron a esta persona las intenciones de su Maestro; y al momento les mostró una gran sala bien aderezada. En efecto, convenía que no fuese un lugar cualquiera el que había de servir para la celebración del más augusto misterio. Esta sala, en la cual había de suceder la realidad a las figuras era muy superior al

---

[1] *S. Lucas*, XXII, 8.

templo de Jerusalén. En su recinto había de levantarse el primer altar. Allí se ofrecería "la oblación pura", que había sido anunciada por el Profeta [1].

En este mismo lugar comenzará el sacerdocio cristiano unas horas más tarde. Allí, en fin, cincuenta días más tarde la Iglesia de Cristo, reunida y visitada por el Espíritu Santo, había de anunciarse al mundo y promulgar la nueva y universal alianza de Dios con los hombres. Este santuario de nuestra fe no ha sido borrado de la tierra; su asiento se encuentra para siempre señalado en el monte Sión.

Jesús ha vuelto a Jerusalén con sus discípulos. Todo lo ha encontrado preparado. El Cordero Pascual, después de haberle presentado en el templo, ha sido conducido al cenáculo; se le prepara para la cena legal; los panes ácimos con las hierbas amargas son presentadas a los comensales. Pronto, alrededor de una misma mesa, de pie, con la cintura ceñida, el bastón en la mano, el Maestro y sus discípulos cumplirán por última vez el solemne rito, que les había prescrito Dios a la salida de Egipto.

Las ceremonias de este día. — Pero esperemos la hora de la Santa Misa para tomar de nuevo esta narración, y recorramos antes en detalle las numerosas ceremonias, que darán carácter

[1] *Malaquías*, I, II.

peculiar a este día. En primer lugar nos encontramos, con la *reconciliación de los Penitentes*. Hoy no es más que un mero recuerdo pero es interesante el describirla para dar de este modo un complemento necesario a la liturgia de Cuaresma. Viene después *la Consagración de los Santos Oleos*. Sólo tiene lugar en las iglesias catedrales, pero interesa a todos los fieles. Después de haber expuesto sumariamente estos ritos, trataremos *de la Misa de hoy*.

LA RECONCILIACION DE LOS PENITENTES

Antiguamente se celebraban hoy tres misas solemnes [1], a la primera de las cuales precedía la absolución de los Penitentes públicos y su reintegración en la Iglesia. La reconciliación tenía lugar de este modo. Se presentaban a la puerta de la Iglesia con vestidos de penitencia, descalzos, y con la barba y los cabellos largos, porque los habían dejado crecer desde el día que se les impuso la penitencia, en Miércoles de ceniza. El obispo recitaba los siete Salmos Penitenciales y a continuación las Letanías de los Santos.

[1] Una por la mañana para la reconciliación de los penitentes; otra para la consagración de los Santos Oleos; y finalmente otra, al atardecer, *in Cena Domini* en memoria de la Cena.

Durante estas oraciones, los penitentes estaban postrados en el pórtico sin traspasar el umbral de la puerta de la Iglesia. Tres veces durante las Letanías, el obispo mandaba a algunos de los clérigos para que les llevasen palabras de esperanza y de consuelo. La primera vez dos diáconos iban a decirles: "Vivo yo, dice el Señor, no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva." La segunda vez otros dos subdiáconos les hacían esta advertencia: "Dice el Señor: Haced penitencia porque el reino de Dios está cerca."

Finalmente el diácono les llevaba el tercer mensaje: "Levantad el rostro, pues se acerca vuestra redención."

Después de estos avisos que anunciaban la inminencia del perdón, el obispo salía del santuario y descendía hasta el centro de la nave principal; en este lugar se le había preparado un asiento vuelto hacia el umbral de la puerta de la Iglesia, donde los penitentes continuaban postrados. Sentado el Pontífice el arcediano le dirigía este discurso:

"Venerable Pontífice: He aquí el tiempo favorable, los días en que Dios se apiada, el hombre se salva, se destruye la muerte y comienza la vida. Este es el tiempo en que nacen nuevas plantas en la viña del Señor de los ejércitos, para reemplazar a las degeneradas. Y aunque no hay día en que Dios no derrame sobre los hombres su bondad y misericordia, con todo eso, hoy la gracia de Cristo es más abundante para la remisión de

los pecados en los que reciben un nuevo nacimiento. El número de los nuestros aumenta por los recién nacidos y por aquellos que, habiéndose apartado vuelven otra vez a nuestra compañía. Si hay un baño purificador hay otro no menos eficaz: El de las lágrimas. Por tanto se presenta un doble motivo de alegría para la Iglesia: El alistamiento de los que han sido llamados y la absolución de los que vuelven por el arrepentimiento. He aquí a tus servidores, que, habiendo olvidado los mandamientos del cielo y la ley de las santas costumbres habían caído en diversos delitos: helos aquí humillados y postrados. Invocan al Señor con el Profeta, diciendo: "Hemos pecado, hemos obrado inicuamente; ten piedad de nosotros, Señor." Han esperado con entera confianza en aquellas palabras del Evangelio: "Bienaventurados los que lloran porque serán consolados." Han comido, como está escrito, el pan del dolor; han bañado el lecho con sus lágrimas; han mortificado su corazón con el dolor y su cuerpo con el ayuno: para recobrar la salud del alma. La penitencia es una; pero está a la disposición de todos los que quieren acudir a ella."

El Obispo se levantaba y se acercaba a los catecúmenos. Les dirigía una exhortación sobre la misericordia divina y les enseñaba cómo debían vivir en adelante. Después les decía: "Venid, hijos míos, escuchadme; yo os enseñaré el temor de Dios." El coro cantaba esta antífona sacada del Salmo XXXIII: "Acercaos al Señor y El os iluminará; y no seréis confundidos." Los penitentes, levantándose de la tierra iban a postrarse a los pies del Pontífice; el arcediano le dirigía esta súplica.

"Devolvedles, Pontífice apostólico, todo lo que han destruído en ellos las sugestiones diabólicas; haced que estos hombres se acerquen a Dios por la eficacia de vuestras oraciones, y por la gracia de la reconciliación divina. Hasta ahora eran culpables; pero de ahora en adelante, después de haber triunfado del autor de su muerte, se regocijarán sirviendo a Dios en la tierra de los vivientes."

El Obispo respondía: "¿Pero sabes si son dignos de ser reconciliados?"

Y después que el Arcediano había respondido: "Yo sé y atestiguo que son dignos" un diácono les mandaba que se levantase. Entonces el obispo tomaba uno de ellos por la mano; éste se la ofrecía al siguiente y sucesivamente todos los demás penitentes unidos del mismo modo se dirigían a la cátedra del Obispo, colocada en el centro de la nave. Durante este tiempo se cantaba esta antífona: "Yo os digo que aun los ángeles del cielo se regocijan por un solo pecador que hace penitencia"; y esta otra: "Alégrate, hijo mío; porque tu hermano había muerto y ha resucitado, se había perdido y ha sido encontrado." El Obispo, tomando la palabra en el tono solemne del Prefacio se dirigía a Dios de este modo:

"Es justo darte gracias, Señor Santo, Dios Omnipotente, Padre Eterno por Jesucristo Nuestro Señor, a quien has concedido en el tiempo un nacimiento inefable para pagar la deuda que habíamos contraído en Adán, destruir nuestra muerte con la suya, recibir en su cuerpo nuestras heridas y lavar nuestras man-

chas con su sangre, de modo que los que habíamos caído por la envidia del antiguo enemigo pudiésemos volver a la vida por la misericordia del Salvador. Por El, Señor, te suplicamos olvides los pecados de otros, ya que nosotros no somos dignos de suplicarte por los nuestros. Acuérdate, Señor misericordiosísimo, de estos hombres separados de Ti por sus pecados. Tú, Señor, no rechazaste la humillación de Acab; pero suspendiste la venganza que merecían sus crímenes para que se arrepintiese dignamente. Tú escuchaste las lágrimas de Pedro y al punto le confiaste las llaves del reino de los cielos. Dígnate, Señor misericordioso, acoger favorablemente a estos tus siervos que son el objeto de nuestras súplicas; condúcelos por el camino de tu Iglesia para que no triunfe más sobre ellos el enemigo; antes bien, que tu Hijo los purifique de sus pecados, que se digne admitirlos al festín de esta santísima Cena, que los alimente con su carne y sangre y que después de esta vida los lleve a la vida eterna."

Después de esta Oración, todos los asistentes, clérigos y laicos, se postraban con los penitentes ante la majestad divina y recitaban los tres Salmos que comienzan por la palabra *Miserere*. El Obispo se levantaba luego y pronunciaba sobre los penitentes, que aun permanecían echados en tierra, así como todos los asistentes, seis oraciones solemnes de las cuales damos aquí los los principales trozos:

"Escucha nuestros ruegos, Señor, y aunque yo esté necesitado más que ningún otro de tu misericordia, con todo eso dígnate escucharme. Tú me has dado, no por mis méritos, sino por el don de tu gracia, tu ministerio en esta obra de reconciliación; dame la confianza necesaria para cumplirla y obra tú mismo en mi ministe-

rio que es tuyo. Tú has devuelto al redil la oveja descarriada; Tú, que escuchaste la oración del publicano, devuelve la vida a estos tus siervos, puesto que no quieres su muerte. Tú, cuya bondad nos sigue cuando nos apartamos de ti, acoge en tu servicio a los ya arrepentidos. Apiádate de sus suspiros y lágrimas; cura sus heridas y alárgales tu mano salvadora. No permitas que tu Iglesia sufra la menor pérdida en ninguno de sus miembros, que tus seguidores sufran detrimento; que el enemigo se alegre de los daños de tu familia; que la segunda muerte devore a los que habían nacido de nuevo en el baño sagrado. Perdona, Señor, a estos hombres que confiesan sus pecados; que no caigan en las penas que dará la sentencia del juicio futuro; que ignoren el horror de las tinieblas y el chisporroteo de las llamas. Sacados del camino del error y entrados en el de la justicia, no reciban en adelante nuevas heridas; sino que, la integridad del alma que habían recibido y que había reparado tu misericordia permanezca en ellos para siempre. Han macerado su cuerpo y se han dado a la penitencia; devuélveles el manto nupcial y permíteles se sienten de nuevo en el festín real, del cual habían sido excluídos."

Después de estas oraciones el Obispo extendiendo la mano sobre los penitentes, los reintegraba con esta fórmula:

"Jesucristo, nuestro Señor, que se ha dignado borrar todos los pecados del mundo, entregándose a la muerte y derramando su sangre purísima por nosotros; y que dijo a sus discípulos: "Todo lo que atareis sobre la tierra, será atado en el cielo, y todo lo que desatareis en la tierra, será desatado en el cielo"; que ha tenido a bien admitirme, aunque indigno, entre los depositarios de su poder, se digne, por la intercesión de María, Madre de Dios, del bienaventurado Arcángel

San Miguel, del Apóstol San Pedro, a quien se dió el poder de atar o desatar, de todos los santos y por mi ministerio absolveros por los méritos de su sangre derramada por la remisión de los pecados, todo lo que habéis faltado en pensamientos, palabras y obras y que después de desatar las cadenas de vuestros pecados os lleve a la vida eterna. Por J. C. N. S. que vive y reina en unión con el Padre y Espíritu Santo por los siglos de los siglos." Amén.

El Obispo se acercaba después a los penitentes que se hallaban postrados; les rociaba con agua bendita y les incensaba.

Finalmente les decía como despedida estas palabras del Apóstol: "Levantaos los que dormís y salid de entre los muertos y Cristo os iluminará." Entonces se levantaban los penitentes y, como señal de la alegría que experimentaban de verse reconciliados con Dios, se apresuraban a deponer su vestido exterior y descuidado y a revestirse de hábitos decentes para acercase a la mesa del Señor con los demás fieles [1].

LA BENDICION DE LOS SANTOS OLEOS

La segunda misa que se celebraba el Jueves Santo en la antigüedad iba acompañada de la consagración de los Santos Oleos, rito anual y

[1] En el siglo XII, la misa de los penitentes había caído, sin duda, en desuso; el *Ordo Romano X* menciona simplemente que el Papa, a mediodía, hacía le leyesen la lista de los que habían sido heridos por la censura, y daba a continuación al pueblo la indulgencia acostumbrada (D. SCHUSTER, *Liber Sacr.)*.

que requiere siempre el ministerio del Obispo como consagrante. Esta importante ceremonia se verifica ahora en la única misa que se celebra hoy por la mañana en las catedrales. No siendo, pues, esta ceremonia común a todas las iglesias, no daremos aquí todos su detalles; con todo eso, no queremos privar a nuestros lectores de la instrucción que pueden sacar del misterio de los Santos Oleos. La fe nos enseña, que si somos regenerados por el agua, somos confirmados y fortificados por el óleo consagrado; en fin, el óleo es uno de los principales elementos que el autor divino de los Sacramentos ha escogido para justificar y a la vez obrar la gracia en nuestras almas.

La Iglesia ha fijado desde muy antiguo este día, cada año, para renovar los Santos Oleos, cuya virtud es tan grande en sus diferentes formas; porque se acerca el momento en que debe hacer uso en los neófitos que ahí hará en la noche pascual. A todos los fieles importa el conocer detalladamente la doctrina sagrada de tan admirable elemento y nosotros la explicaremos aquí brevemente a fin de excitar su reconocimiento hacia el Salvador, que ha llamado a las criaturas visibles a servir en las obras de su gracia y les ha dado, por su sangre, la virtud sacramental, que en adelante residirá en ellas.

OLEO DE LOS ENFERMOS. — El primero de los Santos Oleos que recibe la bendición del Obispo,

es el llamado "Oleo de los enfermos" que es la materia de la Extremaunción. Borra las reliquias del pecado en el cristiano moribundo, le fortifica en su último combate, y, por la virtud sobrenatural que posee, le devuelve a veces la salud del cuerpo. En la antigüedad, la bendición de este óleo no se había fijado en el día del Jueves Santo, sino que podía ser otro día cualquiera, porque su uso, por decirlo así, es continuo [1]. Mas tarde se aplazó esta bendición al día en que se consagraban los otros dos óleos por la igualdad del elemento que les es común. Los fieles deben asistir con recogimiento a la consagración de este óleo que ungirá sus desfallecidos miembros y purificará sus sentidos. Que piensen en su hora postrera y bendigan la inagotable bondad del Salvador, cuya sangre corre tan abundante con este precioso licor" [2].

El Santo Crisma. — El más noble de los Santos Oleos es el Crisma; su consagración reviste mayor solemnidad. Por el Crisma, el Espíritu Santo imprime su sello inefable sobre el cristiano, miembro ya de Cristo por el Bautismo. El

[1] "Los Cánones de Hipólito" (s. III) nos muestran que esta ceremonia tenía lugar en todas las misas pontificales. Al terminar el Canon de la misa, el Obispo bendecía los frutos o las legumbres que se le presentaban, igualmente consagraba el óleo que servía para la unción de los enfermos, en el Sacramento de la Extrema Unción, y para devoción privada, como hoy día se guarda el aceite de que se sirven ciertos santuarios.

[2] Bossuet, *Oraison funèbre d'Henriette d'Angleterre.*

agua nos da la vida; pero el óleo nos confiere la fuerza y hasta que no hayamos recibido la unción no poseemos aún la perfección del carácter de cristiano. Ungido con este óleo, el fiel se convierte en miembro del Hombre-Dios, cuyo nombre, Cristo, significa la *unción* que recibió como Rey y como Pontífice. Esta consagración del cristiano por el Crisma está de tal suerte en el espíritu de nuestros misterios que al salir de la pila bautismal, antes de ser admitido a la Confirmación, el neófito recibe sobre su cabeza la primera unción, aunque no sacramental, de este óleo regio, para indicarle que participa ya de la realeza de Jesucristo.

Para expresar con signo sensible la alta dignidad del santo Crisma, la tradición apostólica manda que el Obispo mezcle en él bálsamo, que representa lo que el Apóstol llama "el buen olor de Cristo" [1], de quien está escrito también; "correremos tras el olor de sus perfumes" [2]. La rareza y el alto precio de los perfumes de Oriente, ha obligado a la Iglesia a emplear el bálsamo sólo en la confección del Santo Crisma; la Iglesia Oriental más favorecida por el clima y los productos de las regiones en que mora, emplea en su composición hasta treinta y tres clases de perfumes, de suerte que condensados con el Santo Oleo forman una especie de ungüento de un olor delicioso.

[1] *II Corint.* II, 15.
[2] *Cantar de los Cant.* I, 3.

El Santo Crisma, además de su uso sacramental en la Confirmación, y del que la Iglesia hace en los nuevos bautizados, es usado para la unción de la cabeza y las manos en la consagración de los Obispos; para la consagración de cálices, altares, bendición de campanas, en fin, en la dedicación de las Iglesias, en las que el Obispo unge las doce cruces que atestiguarán a las edades futuras la gloria de la casa de Dios.

El Oleo de los catecúmenos. — El tercero de los Santos Oleos es el llamado de los Catecúmenos. Aunque no es materia de algún sacramento, con todo eso también es de institución apostólica. Se usa en las ceremonias del Bautismo para las unciones que se hacen al Catecúmeno, en el pecho y en las espaldas, antes de la inmersión o infusión en el agua. Se emplea también en la ordenación de los presbíteros para la unción de las manos y para la consagración de reyes y reinas.

Tales son las nociones que el fiel debe tener para darse una idea de la función que tendrá el Obispo en la misa de la mañana de hoy, en la que, como canta Fortunato en el himno que indicaremos en seguida, salda su deuda obrando esta triple bendición que sólo puede venir de él.

El rito litúrgico. — La Iglesia despliega en esta circunstancia una ceremonia desacostumbrada. Doce Presbíteros revestidos de casulla,

siete diáconos y siete subdiáconos, todos revestidos con los ornamentos propios de sus órdenes, asisten a la función. El Pontifical romano nos enseña que asisten los doce sacerdotes para ser testigos y cooperadores del Santo Crisma. La misa comienza y continúa con los ritos propios para este día; pero antes de comenzar la Oración Dominical, el obispo deja inacabada la oración del Canon que la precede, y baja del altar y se dirige a la silla que se le ha preparado, junto a una mesa sobre la que se halla la ampolla llena del Oleo que servirá para ungir a los moribundos. Preludia esta bendición pronunciando los exorcismos sobre el óleo, para alejar de él toda influencia de espíritus malignos, que guiados por el odio que tienen al hombre, buscan el infectar los elementos naturales; después le bendice con estas palabras:

"Envía, Señor, de lo alto del cielo, tu Espíritu Santo Paráclito a este óleo que te has dignado producir de un árbol fecundo para alivio del alma y del cuerpo; tu bendición sea medicamento celestial que nos proteja y que aleje todos los dolores y todas las enfermedades del alma y del cuerpo; ya que ungiste a los sacerdotes, a los reyes, a los profetas y a los mártires. Sea, Señor, una unción perfecta que tú has bendecido para nosotros y que permanezca en nuestros corazones. En el nombre de nuestro Señor Jesucristo."

Después de esta bendición el subdiácono, que había traído la ampolla, vuelve a llevarla con

respeto y dignidad; y el Pontífice vuelve al altar para consumar el sacrificio. Terminada la distribución de la comunión al clero, vuelve otra vez a la silla preparada junto a la mesa. Los doce sacerdotes, los siete diáconos y los siete subdiáconos vuelven al lugar donde se han depositado las otras dos ampollas. La una, contiene el óleo que será el Crisma de la salud, y la otra el licor que servirá como Oleo de los Catecúmenos. En el mismo momento reaparece el cortejo y avanza hacia el Pontífice. Cada ampolla la lleva un diácono; mientras que un subdiácono lleva el vaso que encierra el bálsamo. El obispo bendice, en primer lugar el bálsamo, al que en la oración llama "lágrima olorosa salida de la corteza de una rama fructífera para convertirse en perfume sacerdotal". Después da comienzo a la bendición del Oleo del Crisma aspirando tres veces sobre él en forma de Cruz. Los doce sacerdotes hacen alternativamente la misma insuflación, cuyo primer ejemplo vemos en el Evangelio. Significa la virtud del Espíritu Santo, figurado por el aliento, a causa de su nombre "*espíritu*" que pronto hará de este Oleo un instrumento de su divino poder. Pero antes el obispo pronuncia sobre él los exorcismos; y después de haber preparado esta sustancia para recibir la acción de la gracia de lo alto, canta la dignidad del Santo Crisma en este magnífico Prefacio que se remonta a los primeros siglos de nuestra fe.

"En verdad es justo y equitativo que en todo tiempo y lugar, te demos gracias, Señor Santo, Padre omnipotente, Dios eterno. En el principio de la creación entre otros dones de tu bondad hiciste producir a la tierra los árboles y entre ellos el olivo, que nos proporciona este precioso licor, que había de servir para el Santo Crisma. David con espíritu profético, previendo los Sacramentos de tu gracia, cantó en sus salmos al óleo que había de devolvernos la alegría, y cuando los crímenes del mundo fueron expiados por el diluvio, la paloma vino a anunciar la paz de vuelta a la tierra, trayendo una rama de olivo, símbolo de la gracia futura. Esta llega a ser realidad hoy, en estos últimos tiempos, en que, después de borrados todos nuestros pecados por el agua del Bautismo, la unción del óleo viene a darnos serena alegría. Por lo mismo ordenaste también a tu siervo Moisés, después de haber purificado a su hermano Aarón con el agua, consagrarle sacerdote con la unción del Oleo. Pero aún mayor honor recibió cuando tu hijo Jesucristo, nuestro Señor, pidió a Juan le bautizara en las aguas del Jordán y enviaste sobre su cabeza el Espíritu Santo en figura de paloma, señalando así a tu Unigénito Hijo, en quien declaraste, por una voz que se dejó oír, tenías puestas todas tus complacencias. De este modo hiciste saber que era quien, según el Profeta David, debía recibir la unción del óleo de alegría entre todos los hombres. Te suplicamos, pues, Señor santo, Dios Eterno, por el mismo Jesucristo tu Hijo y Señor nuestro, te dignes santificar con tu bendición este óleo y colmarlo de la virtud del Espíritu Santo por el Poder de Cristo, tu Hijo, de cuyo santo nombre ha tomado el suyo el Crisma, con el cual consagraste Sacerdotes y Reyes, Profetas y Mártires. Confirma, por tanto, en el sacramento de la salud y vida perfecta, mediante Crisma, a los que han de renacer por el baño espiritual del Bautismo, para que, por la unción santificadora quede ani-

quilada la corrupción del primer nacimiento, el santo templo, que es cada uno, exhale la fragancia de una vida pura, y, conforme a las condiciones por Ti establecidas en este misterio, reciban en él la dignidad de reyes, de sacerdotes y de profetas y sean revestidos de la inmortalidad. Haz, finalmente, que este óleo sea para los que renacieren del agua y del Espíritu Santo, un Crisma de salud que los haga partícipes de la gloria celeste."

El Pontífice, después de estas palabras toma el bálsamo que ha mezclado de antemano en una patena y vertiendo esta mezcla en la ampolla acaba la consagración del Santo Crisma. Inmediatamente, para honrar al Espíritu Santo que debe obrar por este óleo sacramental, saluda a la ampolla que lo contiene diciendo "Santo Crisma, yo te saludo". Los doce sacerdotes siguen el ejemplo del pontífice quienes proceden inmediatamente a la bendición del Oleo de los Catecúmenos.

Después de las insuflaciones y exorcismos que tienen lugar como para el Santo Crisma, el Obispo se dirige a Dios con esta Oración:

"Oh Dios, remunerador de todos los esfuerzos y progresos de las almas, que por la virtud del Espíritu Santo, confirmas los gérmenes que hay en ellas, te rogamos, Señor, envíes tu bendición a este Oleo y a los que vienen al baño de la feliz generación, les des por la unción de esta creatura, la purificación de alma y cuerpo, de modo que si les hubieren impreso algunas manchas los espíritus malos, se disipen al contacto del óleo santificante; que no deje ningún lugar a los espíritus malos, ninguna facultad a su poder, ninguna li-

bertad para sus pérfidas asechanzas; sino que a los siervos que vienen a la fe y que deben ser lavados por obra del Espíritu Santo les sea esta unción útil; que les disponga para la salud, que obtendrán en la natividad de la regeneración celeste en el Sacramento del Bautismo. Por Jesucristo nuestro Señor que vendrá a juzgar a los vivos y los muertos y destruir al mundo por el fuego."

El Obispo saluda a la ampolla que contiene el óleo a quien acaba de conferir tan altas prerrogativas diciendo "Oleo Santo, yo te saludo". Los doce sacerdotes le imitan. Después que dos diáconos han cogido el uno el Santo Crisma y el otro el Oleo de los Catecúmenos, el cortejo se pone en marcha para llevar las dos ampollas a un lugar digno en que deben guardarse. Están, junto con el Oleo de los enfermos, cubiertas con un paño de seda, blanco para el Santo Crisma, verde para el de los Catecúmenos y morado para el de los enfermos.

Aquí están resumidos los detalles de esta importante ceremonia, mas, con todo eso no queremos privar al lector del hermoso himno compuesto por Venancio Fortunato, Obispo de Poitiers, siglo VI, y cuyas majestuosas estrofas, tomadas por la Iglesia romana de la antigua liturgia galicana acompañan la llegada y retorno de las santas ampollas.

HIMNO

Oh Redentor, recibe los cánticos del coro que te alaba.

El coro repite: Oh Redentor...

Juez de los muertos, única esperanza de los mortales, oye las voces de los que se adelantan llevando el jugo del olivo, símbolo de la paz.

Oh Redentor...

Un árbol fértil, bajo un sol fecundo lo produjo, para que fuera consagrado; este cortejo viene humildemente a ofrecerlo al Salvador del mundo.

Oh Redentor...

De pie ante el altar ofreciendo oraciones, el pontífice revestido de sagrados ornamentos, paga su deuda anual consagrando el Crisma.

Oh Redentor...

Dígnate bendecir, oh Rey de la patria eterna, este óleo, símbolo de la vida, instrumento de la victoria contra los demonios.

Oh Redentor...

La unción del Crisma renueva ambos sexos, restablece al hombre en su dignidad violada.

Oh Redentor...

Cuando el alma es lavada en la fuente sagrada huye de ella el pecado; cuando se unge la frente con el óleo santo, descienden sobre ella los dones divinos.

Oh Redentor...

Tú, que salido del seno del Padre, habitaste en el seno de la Virgen, conserva en la luz y preserva de la muerte a quienes por el mismo Cristo han sido ungidos.

Oh Redentor...

Sea para nosotros este día como una fiesta, sea un día santo y glorioso y su recuerdo perdure resistiendo al tiempo.

Oh Redentor...

MISA DEL JUEVES SANTO

La Cena. — Proponiéndose hoy la Santa Iglesia renovar con una solemnidad especial, la acción del Salvador en la última Cena, según el precepto dado a los Apóstoles: "Haced esto en memoria mía", vamos a tomar el relato evangélico que hemos interrumpido en el momento en que Jesús entraba en la sala del festín pascual.

La Pascua judía. — Ha llegado de Betania; todos los Apóstoles están presentes, aun el mismo Judas, que guarda su secreto. Jesús toma asiento en la mesa sobre la que está el cordero preparado; los discípulos se sientan con El; se observan fielmente los ritos que el Señor prescribió a Moisés siguiese su pueblo. Al principio de la cena, Jesús toma la palabra y dice a sus Apóstoles: "Ardientemente he deseado comer con vosotros esta Pascua antes de mi pasión." Hablaba de este modo, no porque esta Pascua llevase ventaja a las de los años anteriores, sino porque tendría ocasión de instituir la Pascua nueva que amorosamente había preparado a los hombres; pues habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, dice San Juan, los amó hasta el fin" [1].

Durante la comida, Jesús, para quien no había nada oculto en los corazones, profirió estas palabras que dejaron mudos de estupor a los dis-

[1] *S. Juan*, XIII, 1.

cípulos: "En verdad os digo que uno de vosotros me traicionará; sí, uno de los que meten, en este momento, la mano en el plato conmigo es mi traidor." ¡Qué amargura encierra esta queja! ¡Cuánta misericordia para el culpable, que conocía la bondad de su Maestro! Jesús le abría la puerta del perdón, pero él no se aprovecha de ella. ¡Tanta era la pasión que le había dominado que él quería satisfacer con su infame venta! Se atreve a decir como los demás: ¿Soy yo, Señor? Jesús le responde en voz baja, para no comprometerle ante sus hermanos: "Sí, tú eres; tú lo has dicho." Judas no se rinde; se queda tranquilo y espera la hora de la traición. Los convidados, según el uso oriental, se colocaban de dos en dos sobre unos lechos de madera, preparados, por la munificencia del discípulo que presta su casa al Salvador, para esta última Cena. Juan, el discípulo amado, está al lado de Jesús, de suerte que puede en su tierna familiaridad, apoyar su cabeza sobre el pecho de su Maestro. Pedro, sentado en el lecho vecino, junto al Señor, que se halla así, entre los dos discípulos que había enviado por la mañana para preparar todas las cosas y que representan, el uno la fe y el otro el amor. La cena fué triste. Los discípulos estaban inquietos por la confidencia que les había hecho Jesús; se comprende que el alma de Juan tuviese necesidad de desahogarse con el Salvador, por las tiernas demostraciones de su amor.

Los Apóstoles no esperaban que una nueva comida sucedería a la primera. Jesús había guardado secreto; pero, teniendo que sufrir, debía cumplir su promesa. Había dicho en la Sinagoga de Cafarnaún: "Yo soy el pan vivo bajado del cielo; si alguno comiere de este pan vivirá eternamente. El pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo. Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en mí y yo en él"[1]. Había llegado el momento, en que el Salvador iba a realizar esta maravilla de su caridad para con nosotros. Esperaba la hora de su inmolación para cumplir su promesa. Mas he aquí que su pasión ha comenzado. Ya ha sido vendido a sus enemigos; su vida en adelante estará en sus manos; puede ofrecerse en sacrificio y distribuir a sus discípulos la propia carne y la propia sangre de la víctima.

LAVATORIO DE LOS PIES. — La cena acababa, cuando Jesús levantándose, ante la extrañeza de los Apóstoles, se despoja de sus vestidos exteriores, toma una toalla, se la ciñe como un siervo, echa agua en el lebrillo y da a entender que se propone lavar los pies a los convidados. El uso oriental era que se lavasen los pies antes de tomar parte en el festín; pero el más alto grado de hospitalidad era, cuando el señor de la

---

[1] *S. Juan*, VI, 41-59.

casa cumplía él mismo este cuidado con sus huéspedes. Jesús, es quien invita en este momento a sus Apóstoles a la divina cena y se digna hacer con ellos como el huésped más diligente; pero como sus acciones encierran siempre un fondo inagotable de enseñanzas, quiere, por lo mismo, darnos un aviso sobre la pureza que se requiere en los que han de sentarse a la mesa: "El que está limpio ya, dice, no necesita lavarse los pies"[1]; como si dijera: tal es la santidad de esta mesa, que para aproximarse a ella no sólo es necesario que el alma esté limpia de sus más graves manchas; sino que debe tratar de borrar las más leves, que por el contacto con el mundo hemos podido contraer y que son como ligero polvo que se pega a los pies. Explicaremos más adelante otros misterios significados en el lavatorio de los pies. Jesús se dirige primeramente hacia Pedro, futuro jefe de su Iglesia. El Apóstol rehusa tal humillación de su Maestro; Jesús insiste y Pedro se ve obligado a ceder. Los otros Apóstoles que, como Pedro, habían quedado sobre los lechos, ven sucesivamente a su Maestro acercarse a ellos para lavarles los pies. No exceptúa al mismo Judas. Había recibido un segundo y misericordioso llamamiento, algunos momentos antes, cuando Jesús hablando a todos dijo: "Vosotros estáis limpios, pero no todos." Este reproche había sido insensible. Jesús,

---

[1] *S. Juan,* XIII, 10.

cuando acabó de lavar los pies de los doce se recostó en el lecho, junto a la mesa, al lado de Juan. A Pedro le ha herido la insistencia de su Maestro. Quiere conocer al traidor, que deshonra el colegio apostólico; mas no atreviéndose a preguntar a Jesús, a cuya derecha está recostado, hace unas señas a Juan que está a la izquierda del Salvador para procurar obtener una aclaración. Juan se recuesta sobre el pecho de Jesús y le dice en voz baja: "Maestro, ¿quién es"? Jesús le responde: "Aquel a quien yo dé un bocado de pan mojado." Jesús toma un poco de pan y habiéndolo mojado se lo ofreció a Judas. Era una nueva invitación, pero inútil a esta alma impasible a toda acción de la gracia; el evangelista añade: "Después que recibió el bocado entró en él Satanás." Jesús aún le dice dos palabras: "Lo que vas a hacer hazlo pronto." Y el desdichado sale de la sala para ejecutar su crimen.

INSTITUCIÓN DE LA EUCARISTÍA. — Entonces, tomando del pan ácimo que había sobrado de la Cena, levanta los ojos al cielo, bendice el pan y lo distribuye a sus discípulos diciéndoles: "Tomad y comed, este es mi cuerpo." Los Apóstoles reciben este pan, hecho cuerpo de su Maestro; se alimentan de él; y Jesús no está sólo con ellos a la mesa, sino que está en ellos.

Como este divino misterio, no es sólo el más augusto de los Sacramentos, sino que es un Sa-

crificio verdadero, que requiere la fusión de sangre, Jesús toma la copa, y transformando el vino en su propia sangre, le da a sus discípulos y dice: "Bebed todos de él; es la Sangre de la Nueva Alianza, que será derramada por vosotros." Los Apóstoles participan uno tras otro de esta divina bebida.

INSTITUCIÓN DEL SACERDOCIO. — Estas son las circunstancias de la Cena del Señor, cuyo aniversario nos reúne hoy; pero no las habríamos relatado todas lo bastante, si no añadiésemos un hecho esencial. Lo que pasa hoy en el Cenáculo, no es un suceso acaecido una vez en la vida al hijo de Dios, y los Apóstoles no son los solos convidados privilegiados a la mesa del Señor. En el Cenáculo, así como ha habido más de una comida, así también ha habido algo más que un Sacrificio, por divina que haya sido la víctima ofrecida por el Soberano Pontífice. Ha habido la institución de un nuevo Sacerdocio. ¿Cómo habría dicho Jesús a los hombres: "Si no coméis mi carne y bebéis mi sangre, no tendréis vida en vosotros", si no se hubiese propuesto establecer en la tierra un ministerio por el cual se renovase, hasta el fin de los tiempos, lo que acaba de hacer en presencia de sus discípulos? Mas dice a los hombres que ha escogido: "Haced esto en memoria mía." Les da por estas palabras el poder de cambiar también ellos el pan

en su cuerpo y el vino en su sangre; y este poder se transmitirá en la Iglesia por la ordenación, hasta el fin de los siglos. Jesús continuará obrando por el ministerio de hombres pecadores la maravilla que ha hecho en el Cenáculo; Y, al mismo tiempo, que dota a su Iglesia del único Sacrificio, nos da a nosotros, según su promesa, por el pan del cielo, el medio de "vivir en El y El en nosotros". Vamos, pues, a celebrar hoy otro aniversario no menos maravilloso que el primero: La institución del Sacerdocio Cristiano.

La Misa del Jueves Santo. — Para expresar de manera sensible a los ojos de los fieles, la majestad y unidad de esta Cena que el Salvador dió a sus discípulos y a todos nosotros en su persona, la Iglesia prohibe hoy a los sacerdotes, la celebración de toda misa privada, fuera del caso de necesidad. Quiere que sólo se ofrezca un sacrificio, al que asisten todos los sacerdotes; a la comunión se acercan al altar, revestidos de estola, insignia de su sacerdocio, para recibir el Cuerpo del Señor de manos del celebrante.

La misa del Jueves Santo es una de las más solemnes del año; y aunque la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento tiene por objeto honrar con el mayor esplendor este misterio, la Iglesia, al instituirlo, no ha querido que el aniversario de la Cena del Señor pierda ninguno de los honores que se le deben. El color de las ves-

tiduras es el blanco como en los días de Navidad y de Pascua; todo duelo ha desaparecido. Muchos ritos anuncian que la Iglesia teme por su Esposo, pero suspende por un momento los dolores que la oprimen. En el altar el sacerdote ha entonado el himno angélico: "Gloria a Dios en las alturas". Las campanas lanzadas a vuelo, acompañan el canto hasta el fin; pero a partir de este momento permanecerán mudas y durante las largas horas de su silencio, darán a la ciudad un tono de soledad y de abandono. La Iglesia quiere hacernos sentir, que este mundo, testigo de los padecimientos y muerte de su Creador, ha dejado toda melodía y se ha quedado triste y desierto. Y añadiendo a esta impresión general, un recuerdo más preciso, nos trae a la memoria que los Apóstoles pregoneros de Cristo figurados por las campanas cuyo sonido llama a los fieles a la casa de Dios, han huído y han dejado a su Maestro en manos de sus enemigos.

Después del canto del Evangelio, suspéndese en cierta manera la Misa, para dar lugar a la ceremonia del Mandato o lavatorio de los pies, que, antiguamente se verificaba después de mediodía, y que el Decreto del 16 de noviembre de 1955 prescribe se haga ahora en este sitio de la Misa, al menos allí donde es posible.

LOS MONUMENTOS. — Aun cuando la Iglesia suspende por algunas horas la celebración del

Sacrificio eterno, no quiere con eso que su divino Esposo pierda ninguno de los honores que le son debidos en el Sacramento del Amor. La piedad católica ha hallado medio para transformar en un triunfo para la Eucaristía los instantes, en los que la Hostia Santa parece como inaccesible a nuestra indignidad. Prepara un monumento en cada templo. Allí traslada el cuerpo del Señor; y aunque esté cubierto de velos los fieles le asediarán con sus aspiraciones y adoraciones. Vendrán a honrar el reposo del Hombre-Dios; "donde estuviere el cuerpo allí se congregarán las águilas" [1]. De todas las partes del mundo se elevarán a Jesús un concierto de vivas y afectuosas oraciones, en compensación de los ultrajes que recibió en estas mismas horas de parte de los judíos. Allí se reunirán las almas fervientes, donde ya mora Jesús, y los pecadores arrepentidos por la gracia y en vías de reconciliación.

LA ESTACIÓN. — En Roma la Estación se celebra en San Juan de Letrán. La grandeza de este día, la Reconciliación de los Penitentes, y la consagración del Crisma, piden unánimemente esta metrópoli de la ciudad y del mundo. Hoy con todo eso tiene lugar la función en el Palacio Vaticano [2].

[1] *San Mateo*, V, 28.

[2] Antiguamente como las dos primeras misas ocupaban gran parte del día, esta tercera misa comenzaba en el Canon. Se advierte que los textos de la Ante-misa, no tienen

En el Introito la Iglesia se sirve de las palabras de San Pablo para glorificar la Cruz de Jesucristo; celebra con entusiasmo al divino Redentor que muriendo por nosotros, ha sido nuestra *salvación;* que por su pan divino es *vida* de nuestras almas y por su *Resurrección,* autor de la nuestra.

INTROITO

Mas a nosotros nos conviene gloriarnos de la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo: en quien están nuestra salud, nuestra vida y nuestra resurrección: por el cual hemos sido salvados y libertados. — *Salmo:* Compadézcase Dios de nosotros, y bendíganos: brille sobre nosotros su rostro, y tenga piedad de nosotros. — Mas a nosotros...

En la Colecta la Iglesia pone ante nuestros ojos la suerte tan diferente de Judas y el buen Ladrón los dos culpables, pero el uno condenado y el otro perdonado. Pide al Señor, que la Pascua de su Hijo en cuyo relato se ven cumplidas esta justicia y esta misericordia, sea para nosotros remisión de los pecados y fuente de gracia.

COLECTA

Oh Dios, de quien recibió Judas el castigo de su pecado, y el ladrón el premio de su confesión, concédenos a nosotros el efecto de tu propiciación: para que, así como Jesucristo, nuestro Señor, en su Pasión dió a los

relación directa con la Cena; el Introito es del Martes precedente; la Colecta pertenece a la liturgia de mañana; la Epístola está tomada del oficio de la noche; el Evangelio se leyó en otro tiempo el Martes Santo.

dos el diverso galardón de sus méritos, así nos dé a nosotros, destruído el error de la vejez, la gracia de su Resurrección. El, que vive y reina contigo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol San Pablo a los Corintios (I. Cap. XI, 20-32).

Hermanos: Cuando os reunís, ya no es para comer la cena del Señor. Porque cada cual pretende comer su propia cena. Y el uno tiene hambre, y el otro está embriagado. ¿No tenéis acaso vuestras casas para comer y beber? ¿O despreciáis la Iglesia de Dios, y confundís a los que no tienen? ¿Qué os diré? ¿Os alabaré? En esto no os alabo. Porque yo recibí del Señor lo que también os he enseñado: Que el Señor Jesús, la noche que fué entregado, tomó el pan, y, dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad, y comed: *Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros:* haced esto en memoria mía. Asimismo tomó también el cáliz, después de haber cenado, diciendo: *Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi Sangre:* haced esto, cuantas veces lo bebiereis, en memoria mía. Porque siempre, que comiereis este pan, y bebiereis este cáliz, anunciaréis la muerte del Señor hasta que El venga. Por tanto, cualquiera que comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre a sí mismo, y coma así de este pan, y beba de este cáliz. Porque, el que come y bebe indignamente, juicio come y bebe para sí, no discerniendo el cuerpo del Señor. Por eso hay muchos enfermos y débiles entre vosotros, y muchos duermen. Si nos examináramos nosotros mismos, no seríamos juzgados ciertamente. Pero, si fuéramos juzgados, seremos castigados por el Señor, para que no nos condenemos con este mundo.

PUREZA NECESARIA PARA COMULGAR. — El gran Apóstol de las Gentes después de haber reprendido a los Cristianos de Corinto, por los abusos a que daban lugar las cenas llamadas Agapes. que el espíritu de fraternidad había instituído y que no tardaron en suprimirse, relata la Cena del Señor. Insiste en el poder, que el Salvador dió a sus discípulos, de renovar la acción que acababa de efectuar. Pero nos enseña de un modo particular que, cada vez que el sacerdote consagra el cuerpo y la sangre de Jesucristo, "anuncia la muerte del Señor", dando a entender por estas palabras, la unidad de sacrificios en la cruz y en el altar. "Examínese pues, cada hombre a sí mismo dice San Pablo y después coma de este pan y beba de este cáliz." En efecto, para participar de un modo íntimo del misterio de la Redención, para contraer una unión estrechísima con la divina víctima, debemos desterrar de nosotros todo lo que sea pecado, o afecto al pecado. "El que come mi carne y bebe mi sangre mora en mí y yo en él", dice el Salvador. ¿Puede haber algo más íntimo? ¡Con qué cuidado debemos purificar nuestra alma, unir nuestra voluntad a la de Jesús, antes de acercarnos a esta mesa que ha preparado para nosotros y a la cual nos invita! Pidámosle que nos prepare El mismo, como preparó a los apóstoles lavándoles los pies. Lo hará, ahora y siempre, si nos entregamos por completo a su amor.

El Gradual está compuesto con las palabras que la Iglesia repite a cada instante durante esos tres días. San Pablo quiere con ellas reavivar en nosotros un reconocimiento profundo hacia el Hijo de Dios que se entregó por nosotros.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Juan (XIII, 1-15).

Antes del día de la Pascua, sabiendo Jesús que había llegado su hora de pasar de este mundo al Padre: habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el final. Y, terminada la cena, cuando el diablo ya había sugerido al corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle, Jesús, sabiendo que el Padre había puesto en sus manos todas las cosas, y que había salido de Dios, y que a Dios iba, levantóse de la mesa, y se quitó su ropa: y, habiendo tomado una toalla, se la ciñó. Después echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de los discípulos, y a limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido. Llegó, pues, a Simón Pedro. Y díjole Pedro: Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y le dijo: Lo que yo hago, no lo entiendes tú ahora, pero lo entenderás después. Díjole Pedro: No me lavarás los pies jamás. Respondióle Jesús: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo. Díjole Simón Pedro: Señor, no sólo mis pies, sino también las manos, y la cabeza. Díjole Jesús: El que ya está lavado no necesita lavarse más que los pies, porque ya está limpio todo. Y vosotros estáis limpios, pero no todos. Porque sabía quién le había de entregar: por eso dijo: No estáis limpios todos. Así que les hubo lavado los pies y tomado de nuevo su ropa, volviendo a sentarse a la mesa, díjoles: ¿Sabéis lo que os he hecho? Vosotros me llamáis Maestro, y Señor: y decís bien: porque lo soy. Pues si yo, el Señor y el

Maestro, he lavado vuestros pies: vosotros también debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que, como yo he hecho, hagáis también vosotros.

NUEVA LECCIÓN DE PUREZA. — La acción del Salvador de lavar los pies a sus discípulos antes de admitirles a participar de su divino misterio encierra para nosotros una lección. Hace unos momentos nos decía el Apóstol: Examínese cada uno a sí mismo; "Jesús dice a sus discípulos: "Vosotros estáis limpios" y añade después: "mas no todos". Del mismo modo nos dice el Apóstol que hay quienes se hacen reos del cuerpo y de la sangre del Señor". Temamos la muerte de éstos y examinémonos a nosotros mismos; examinemos nuestra conciencia antes de acercarnos a la Sagrada Mesa. El pecado mortal y el afecto al pecado, trocarían en veneno el alimento que da la vida al alma. Pero, si debemos tener gran reverencia a la Mesa del Señor, para presentarnos a ella sin las manchas por las cuales pierde el alma toda semejanza con Dios y le entrega a los dardos terribles de Satán, debemos también, por respeto a la santidad divina que va a venir a nosotros, purificar hasta las más leves manchas, con las que pudiéramos herirlos. "El que ya está limpio, no necesita lavarse más que los pies", dice el Señor. Los pies son los lazos terrestres por los cuales estamos expuestos a pecar. Vigilemos sobre nuestros sentidos y sobre los movimientos de nuestra alma. Purifiquémonos de

estas manchas con una confesión sincera con la penitencia, con las penas y mortificaciones, a fin de que recibiendo dignamente este Santo Sacramento, despliegue en nosotros toda la plenitud de su virtud [1].

En la antífona del Ofertorio, el cristiano fiel, apoyado en la palabra de Cristo que le ha prometido el pan de la vida, da rienda suelta a su gozo. Da gracias por este alimento que salva de la muerte a los que se alimentan de él.

OFERTORIO

La diestra del Señor ejerció su poder, la diestra del Señor me ha exaltado: no moriré, sino que viviré, y contaré las obras del Señor.

En la Secreta, la Iglesia, recuerda al Padre celestial que hoy es el día en que se instituyó el Sacrificio ofrecido en este momento.

SECRETA

Suplicámoste, oh Señor, Padre santo, Dios omnipotente y eterno, Dios, que te haga acepto nuestro sacrificio el mismo Jesucristo, tu Hijo, y Señor nuestro, que en este día le instituyó y enseñó a los discípulos a celebrarle en su memoria. Tú que vives...

El sacerdote después de haber comulgado en las dos especies, distribuye la sagrada Eucaristía al clero; y, mientras los fieles a su vez

[1] En adelante éste es el lugar, al menos donde sea factible, para el *Mandato*, cuya explicación y texto damos más adelante, págs. 596-601.

comulgan, el coro canta la antífona de la Comunión a la que pueden añadirse los salmos 22, 71, 103 y 150.

COMUNION

El Señor Jesús, después de cenar con sus discípulos, lavó sus pies, y díjoles: ¿Sabéis lo que os he hecho yo, el Señor, y el Maestro? Os he dado ejemplo, para que también hagáis vosotros así.

En la poscomunión, la Iglesia pide para nosotros, la conservación del don que acabamos de recibir, hasta la eternidad.

POSCOMUNION

Saciados con estos vitales alimentos, suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que, lo que celebramos durante el tiempo de nuestra mortalidad, lo consigamos con la gracia de tu inmortalidad. Por el Señor.

LA PROCESIÓN. — Terminada la Misa, una procesión se dirige hacia el lugar donde será depositado el Santísimo Sacramento. El celebrante lleva el sagrado copón bajo palio, como en la fiesta del Corpus Christi, pero hoy, el Cuerpo sagrado del Redentor contenido en el copón, va cubierto y no rodeado de rayos de esplendor como el día de su triunfo. Adoremos a este divino Sol de justicia y durante la marcha al monumento cantemos el *Pange, lingua,* el himno del Santísimo Sacramento, tan conocido de todos.

Llegado al monumento, el celebrante inciensa el sagrado copón y le encierra en el tabernáculo. Durante unos instantes se ora en silencio y luego el cortejo vuelve al coro en silencio e inmediatamente se procede a la denudación de los altares.

DESPOJO DE LOS ALTARES. El celebrante ayudado de los ministros, quita los manteles que cubren el altar. Este rito anuncia que se suspende el Sacrificio. El altar permanecerá desnudo, hasta que pueda ofrecerse a la Majestad divina la ofrenda sagrada; pero, para esto, es necesario que el Señor, vencedor de la muerte, salga triunfante de la tumba. En este momento, está en manos de los judíos, van a despojarle de sus vestidos, como nosotros despojamos su altar. Va a ser expuesto a los ultrajes de todo el pueblo; por eso la Iglesia manda se acompañe esta ceremonia con la recitación del Salmo XXI, en el que, el Mesías expone de una manera tan sorprendente la acción de los romanos, que, al pie de la Cruz, dividen sus despojos. Terminada la denudación de los altares, en el Coro se recitan las Completas.

EL LAVATORIO DE LOS PIES

LECCIÓN DE CARIDAD FRATERNA. — Después de haber lavado Jesús los pies a los discípulos les

dijo: "¿Sabéis lo que acabo de hacer? Vosotros me llamáis Maestro y bien decís, pues lo soy, si pues, yo os he lavado los pies, yo el Maestro y Señor, cuánto más debéis vosotros lavaros los unos a los otros. Os he dado ejemplo, a fin de que, así como lo he hecho yo, así también lo hagáis vosotros." La Iglesia ha recogido y puesto en práctica estas palabras. En todos los siglos se ha visto a los cristianos, a ejemplo del hombre Dios, cumplir este mandato a la letra, lavándose los pies unos a otros.

ANTIGÜEDAD DEL RITO. — En los comienzos del cristianismo, era frecuente este acto de caridad; San Pablo, enumerando las cualidades de la viuda cristiana recomienda a Timoteo que se fije si se ocupa "en lavar los pies de los santos, es decir, de los fieles" [1].

Esta piadosa práctica la vemos usada por los mártires, y más tarde todavía en los siglos de paz. Las actas de los santos de los seis primeros siglos, las Homilías y los Tratados de los Padres hacen continuas alusiones. Poco a poco, en el andar del tiempo, se fué enfriando la caridad, quedando recluída esta práctica a los monasterios. Con todo eso, de cuando en cuando, han surgido ejemplos admirables, incluso entre los reyes, que para humillar el orgullo del hombre, quisieron imitar al Redentor. La Iglesia, que no puede dejar perder las tradiciones que la reco-

[1] *I. Timoteo*, V, 10.

mendó su Fundador, quiere que, al menos una vez al año, se ponga a los ojos de los fieles el ejemplo de humildad del Salvador. Quiere que en cada Iglesia importante, el prelado o el superior honre esta humillación del Hijo de Dios, observando el rito del lavatorio de los pies. El Padre Santo, en el Palacio del Vaticano, da ejemplo a toda la Iglesia, y en el mundo entero los obispos siguen sus pasos.

El número escogido. — Ordinariamente se escogen doce pobres para hacer las veces de los doce Apóstoles; pero el Soberano Pontífice lava los pies a trece sacerdotes de diferentes nacionalidades; por eso la Santa Iglesia en su ceremonial exige este número en las Iglesias catedrales. Este uso ha sido interpretado de diversos modos. Unos han visto en ellos el número perfecto del colegio apostólico, que era de trece; el traidor Judas reemplazado por Matías y Pablo añadido por una disposición especial de Jesús. Otros mejor informados por Benedicto XIV [1], dicen que la razón de este número hay que buscarla en un hecho de la vida de San Gregorio Magno, cuyo recuerdo Roma ha conservado. Este insigne Pontífice, lavaba cada día los pies a doce pobres, que eran admitidos a su mesa. Un día sucedió, que se halló uno desconocido, mezclado con los otros, sin que le hubiese visto; este personaje era un ángel, que Dios había enviado para

[1] *De las fiestas de N. S. J. C.*, T. VI, p. 57.

dar testimonio, con su presencia, de cuán agradable le era este acto de Gregorio.

La ceremonia del Lavatorio de los pies llámase también *Mandato* por razón de la primera palabra de la antífona que se canta en esta función. Después del Evangelio en que se relata la acción del Señor, el celebrante quítase la casulla, se ciñe con un lienzo y se dirige a aquellos a quienes ha de lavar los pies. Arrodíllase delante de cada uno de ellos y besa su pie después de habérsele lavado. Entretanto el coro canta las antífonas siguientes:

ANTÍFONA. — Un mandamiento nuevo os doy: que os améis mutuamente, como yo os he amado, dice el Señor. ℣. Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. — Un mandamiento nuevo...

Se repite la Antífona *Mandatum* y así las demás después de su versillo.

ANTÍFONA. — Después que se levantó el Señor de la cena, echó agua en un lebrillo, y comenzó a lavar los pies de sus discípulos: este ejemplo les dejó. ℣. Grande es el Señor, y muy digno de alabanza: en la ciudad de nuestro Dios y en su santo monte. — Después que se levantó...

ANTÍFONA. — Jesús, nuestro Señor, después de cenar con sus discípulos, les lavó los pies y les dijo: ¿Comprendéis lo que yo, vuestro Señor y Maestro, he hecho con vosotros? Os he dado ejemplo para que también lo hagáis vosotros. ℣. Has sido benévolo con tu tierra, Señor; has hecho repatriar los cautivos de Jacob. — Jesús, nuestro Señor...

ANTÍFONA. — Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y díjole: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo. ℣. Llegó, pues, a Simón Pedro, y díjole Pedro: Señor, ¿me lavas tú los pies a mí? Respondió Jesús, y díjole: Si no te lavare los pies, no tendrás parte conmigo. ℣. Lo que yo hago, tú no lo entiendes ahora: pero lo entenderás después. — Señor, ¿me lavas tú...?

ANTÍFONA. — Si yo, vuestro Señor y Maestro, os he lavado a vosotros los pies: ¿cuánto más deberéis lavaros los pies unos a otros? — ℣. Oíd esto, gentes todas: escuchad con los oídos, los que habitáis la tierra. — Si yo, vuestro Señor...

ANTÍFONA. — En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si os tuviereis mutuo amor. ℣. Dijo Jesús a sus discípulos. En esto conocerán...

ANTÍFONA. — Permanezcan en vosotros estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad. ℣. Ahora permanecen estas tres cosas: la fe, la esperanza y la caridad; pero la mayor de ellas es la caridad. — Permanezcan en vosostros...

Después de estas antífonas se canta el siguiente cántico, que nunca se ha de omitir, porque es una exhortación a la caridad, de quien es un símbolo el Lavatorio de los pies.

1. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Nos ha congregado juntos el amor de Cristo. ℣. Alegrémonos y gocémonos en él. ℣. Temamos y amemos al Dios vivo. ℣. Y amémonos nosotros con corazón sincero.

2. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Cuando, pues, nos reunamos juntamente. ℣. Evitemos el dividirnos en espíritu. ℣. Cesen las riñas malignas, cesen los pleitos. ℣. Y que, en medio de nosotros, esté Cristo, Dios.

3. Donde hay caridad y amor, allí está Dios. ℣. Veámonos juntamente con los Santos. ℣. Alegremente tu rostro, oh Cristo, Dios. ℣. Y el gozo tuyo, inmenso y puro. ℣. Por los siglos de los siglos infinitos. Amén.

El celebrante revestido de nuevo con el pluvial, termina la función con las siguientes preces:

Padre nuestro.

El resto de la oración dominical se continúa en voz baja hasta las dos últimas peticiones.

℣. Y no nos dejes caer en la tentación.
℟. Más líbranos de mal.
℣. Tú ordenaste, Señor, que tus mandatos.
℟. Se guardasen celosamente.
℣. Tú lavaste los pies de tus discípulos.
℟. No desprecies las obras de tus manos.
℣. Señor, escucha mi oración.
℟. Y llegue a ti mi clamor.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

ORACION

Suplicámoste, Señor, asistas a este obsequio de nuestra servidumbre: y, pues, tú te dignaste lavar los pies a tus discípulos, no desprecies las obras de tus manos, que nos mandaste conservar: para que, así como

aquí nos lavan y nos lavamos las manchas exteriores, así sean lavados por ti los pecados interiores de todos nosotros. Lo cual te dignes conceder tú mismo, oh Dios, que vives y reinas por todos los siglos de los siglos. Amén.

NOCHE

DISPUTA ACERCA DE LA PRIMACÍA. — Judas salido del Cenáculo se dirige, aprovechando la oscuridad de las tinieblas, hacia el lugar donde se hallan los enemigos del Salvador. Jesús dirigiéndose entonces a sus fieles Apóstoles, les dice: "Ahora va a ser glorificado el Hijo del Hombre" [1]. Hablaba de la gloria que había de seguir a su Pasión; mas esta dolorosa Pasión comenzaba ya, y la traición de Judas era el acto primero. No obstante eso los Apóstoles, olvidando pronto la tristeza que les había embargado, al anunciarles Jesús que uno de ellos había de traicionarle, se liaron en una disputa. Discutieron quién de ellos tenía la primacía sobre los demás. Recordaban las palabras que Jesús había dirigido a Pedro al elegirle por fundamento de su Iglesia; observaban, que antes que a los demás, le lavó el Maestro los pies; pero la familiaridad de Juan con Jesús durante la cena les había impresionado y sospecharon si el supremo honor estaría reservado a aquél que parecía ser el más amado.

[1] *S. Juan,* XIII, 31.

Jesús pone fin a estos debates, dando a estos futuros Pastores de las almas una lección de humildad. Había ciertamente entre ellos un Jefe; mas, "el mayor entre vosotros" les dice, "hágase como el menor y el que manda como el que sirve". ¿No estoy yo en medio de vosotros como el que sirve?"[1]. Después, dirigiéndose a Pedro le dice: Simón, Simón: Satanás te reclama para cribarte como el trigo; pero yo rogué por ti para que no desfalleciera tu fe; y tú, convertido ya, conforta a tus hermanos[2].

Con esto dictaba su testamento el Salvador: miró por la suerte de su Iglesia, antes de abandonarla.

Los Apóstoles serán hermanos de Pedro, mas Pedro será su Jefe. Esta cualidad será exteriorizada por la humildad; será el "siervo de los siervos de Dios". El Colegio Apostólico dominará el furor del infierno; pero sólo San Pedro bastará para confirmar a sus hermanos en la fe. La enseñanza será siempre conforme a la verdad divina, siempre infalible. Jesús ha rogado para que sea así. Oración omnipotente por la cual la Iglesia, dócil siempre a la voz de Pedro, guardará la doctrina del Hijo de Dios.

El mandamiento nuevo. — Jesús, después de haber asegurado el porvenir de su Iglesia por las palabras antes proferidas a San Pedro, se dirige

[1] *S. Lucas,* XXII, 26-27.
[2] *Ibíd.,* 31-32.

a todos con incomparable ternura: "Hijitos, les dice, ya poco tiempo voy a estar con vosotros. Amaos los unos a las otros; en eso conocerán todos que sois discípulos míos, si os amáis mutuamente." Dícele San Pedro: "¿Señor, a donde vas?" "Donde voy yo, le respondió Jesús, no puedes ahora seguirme, pero me seguirás más tarde." "¿Y por qué no puedo seguirte ahora? respondió San Pedro." "Mi vida la daré por ti." A lo que respondió Jesús: ¿Tu vida darás por mí? En verdad, en verdad te digo, no cantará el gallo antes de que me hayas negado tres veces[1]. El amor de San Pedro para con Jesús era muy humano; no se fundaba en la humildad. La presunción viene del orgullo; y no sirve más que para preparar nuestras caídas. Para disponer a Pedro a su ministerio de perdón y para darnos también a todos una útil lección, Dios permite qúe quien había de llegar a ser el Príncipe de los Apóstoles, cayese en una falta vergonzosa y grave.

Recojamos todavía algunos rasgos de las penetrantes palabras del Salvador en este momento de despedida.

La paz. — "Yo soy, les dice, el camino, la ver- "dad y la vida. Si me amáis, guardaréis mis man- "damientos, y yo rogaré al Padre, y os dará otro "abogado, para que esté con vosotros de conti- "nuo. No os dejaré huérfanos; vuelvo a vosotros.

[1] *S. Juan,* XIII, 33-38.

"La paz os dejo, mi paz os doy, no como el mundo "la da, yo os la doy. No se contriste vuestro cora- "zón ni se acobarde. Si me amareis, os holgaríais "de que vaya al Padre. Ya no hablaré muchas co- "sas con vosotros, porque viene el príncipe de "este mundo, mas contra mí no puede nada; pe- "ro es menester que conozca el mundo que amo "al Padre, y que, como me lo mandó el Padre, "así lo hago. Levantaos, vamos de aquí"[1].

JESÚS ES LA VERDADERA VIÑA. — El Salvador continúa sus desahogos celestiales y la viña le ofrece la ocasión de hacer una preciosa comparación que nos muestra la relación que la gracia divina establece entre El y nuestras almas. "Yo "soy, dice, la vid verdadera y mi Padre es el vi- "ñador. Todo sarmiento que no da fruto en mí, "lo arrancará; y todo el que da fruto le podará "para que dé fruto más copioso. Permaneced en "mí y yo en vosotros. Como el sarmiento no pue- "de dar fruto de sí mismo si no permanece en "la cepa, así tampoco vosotros sino permanecéis "en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. "Quien permanece en mí y Yo en él, éste da fru- "to abundante, porque fuera de mí nada podéis "hacer. Si alguno no permanece en mí, será "arrancado como el sarmiento y se secará; y a "esos se les recogerá y arrojará al fuego y arde- "rán. No me escogisteis vosotros a mí, antes yo

[1] *San Juan,* XIV.

"os escogí a vosotros y os destiné para que va-
"yáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca"[1].

PROMESA DEL ESPÍRITU SANTO. — Después les anunció las persecuciones que les aguardaban y el odio que el mundo les tendría. Les renovó la promesa que antes les había hecho, de enviarles un Espíritu Consolador, y les dijo cómo su partida les sería ventajosa; y que alcanzarían del Padre todo lo que le pidiesen en su nombre. "El Padre, añadió, os ama, porque vosotros me habéis amado y habéis creído que yo salí de Dios. Salí del Padre y he venido al mundo, otra vez dejo el mundo y me voy al Padre." Dícenle entonces sus discípulos: "Ahora conocemos que lo sabes todo, y no tienes necesidad de que nadie te pregunte: en esto creemos que saliste del Padre." ¿Ahora creéis? "les respondió Jesús". "Mirad que llega la hora y ya ha llegado en que os disperséis cada cual por su lado y a mí me dejéis solo. Todos vosotros padeceréis escándalo por mí esta noche, porque escrito está: Heriré al Pastor y se dispersarán las ovejas del rebaño; mas cuando hubiere resucitado, iré antes que vosotros a Galilea[2].

ORACIÓN SACERDOTAL. — Pedro intentó protestar de su fidelidad, que, según él decía, era mayor que la de los demás. Lo creía así, porque sa-

[1] *S. Juan*, XV.
[2] *Ibíd.*, XVI.

bía que gozaba de una especial predilección por parte del Maestro, mas Jesús le repite la humillante predicción que antes les había hecho; después elevando los ojos al cielo, exclamó: "Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a Ti. He consumado la obra que Tú me encomendaste hacer; he manifestado tu nombre a los hombres, que me diste del mundo. Ahora han conocido que salí de Ti y han creído verdaderamente que Tú me enviaste." "Por "ellos ruego: No ruego por el mundo. Y desde "ahora no estoy en el mundo y éstos quedan "en el mundo y yo voy a Ti. Padre Santo, guar- "da en tu nombre a los que Tú me has dado; "para que sean uno con nosotros. Cuando con "ellos estaba, yo los guardaba en tu nombre; a "los que me diste he guardado y ninguno de ellos "ha perecido, sino el hijo de perdición, para que "se cumpliese la escritura. Yo les he comunicado "tu palabra y el mundo les aborreció, como yo "tampoco soy del mundo. No pido que los saques "del mundo, sino que los preserves del mal. No "ruego por estos sólo, sino también por los que "crean en mí por medio de su palabra: que todos "sean uno, como Tú, Padre, en mí y yo en ti, "a fin de que el mundo crea que Tú me enviaste. "Padre, quiero que, donde estoy yo, también es- "tén conmigo los que me has dado, para que con- "templen la gloria que me has dado, porque me "amaste antes de la creación del mundo. Padre "justo, el mundo no te ha conocido, mas yo te

"conocí: y estos también conocieron que Tú me "has enviado. Y yo les manifesté tu nombre y se "lo manifestaré, para que el amor con que me "amaste sea en ellos, y yo también esté en "ellos"[1].

GETSEMANÍ. — Estos fueron los arranques de amor que salieron del Corazón de Cristo aquella noche en el Cenáculo. Después de esto se levantaron todos y se dirigieron al huerto de los Olivos. Llegado que hubieron a un lugar, conocido con el nombre de Getsemaní, entró Jesús en un huerto a donde solía conducir a sus Apóstoles para descansar con ellos. En ese momento, un sentimiento de dolor se apoderó de su alma; su naturaleza humana experimenta una como suspensión de esa dicha que le procuraba la unión con la divinidad. Con todo eso, interiormente, su naturaleza humana será sostenida hasta la consumación del sacrificio, y El soportará todo lo que pueda. Jesús siente la necesidad de apartarse: quiere huir, en su abatimiento, de las miradas de sus discípulos. Quiere, con todo, que le acompañen los que fueron no ha mucho testigos de su gloriosa transfiguración: Pedro, Santiago y Juan. ¿Serán acaso más firmes que los demás al ver la humillación de su Maestro? Las palabras que les dirige manifiestan elocuentemente la conmoción repentina que se ha realizado en

[1] *S. Juan*, XVII.

su alma. Aquel cuyo lenguaje era siempre tan sereno, sus modales tan dignos, su voz tan afectuosa, ahora dice: "Mi alma está triste hasta la muerte, quedaos aquí y velad conmigo" [1].

La agonía. — Se aparta a la distancia de un tiro de piedra. Allí Jesús postrado sobre la tierra exclama: "Padre mío, todas las cosas te son posibles, aparta de mí este cáliz, mas no se haga lo que yo quiero sino lo que Tú" [2]. Al mismo tiempo corría por sus miembros un sudor de sangre que empapaba la tierra. No era esto abatimiento, ni pasmo: Una agonía verdadera. Entonces envía Dios auxilio a esta naturaleza que expira y un ángel recibe la misión de sostenerla. Jesús es tratado como simple hombre; su humanidad deshecha, debe, sin otra ayuda sensible que la del ángel, reanimarse y aceptar nuevamente el cáliz que le ha sido preparado. ¡Y qué cáliz era éste! Los dolores del alma y del cuerpo, el quebranto del corazón, todos los pecados de la humanidad que había cargado con ellos y gritaban contra El; la ingratitud de los hombres, que hará inútil para no pocos el sacrificio que va a ofrecer. Jesús tiene que aceptar todas estas amarguras en este momento en que parece, sirva la expresión, reducido completamente a la naturaleza humana; pero la virtud de la divinidad, que no le abandona, le sostiene,

[1] *Mateo*, XXV, 38.
[2] *Marcos*, XIV, 36.

sin perdonarle ninguna angustia. Comienza su oración pidiendo no beber el cáliz; mas la termina diciendo a su Padre que no se cumpla otra voluntad que la suya.

La soledad de Jesús. — Se levanta entonces Jesús dejando impresa sobre la tierra las huellas sangrientas del sudor que la violencia de la agonía había hecho correr por sus miembros; son las primeras gotas derramadas de la sangre redentora. Va a sus discípulos y los encuentra dormidos. ¿No habéis podido, les dice, velar una hora conmigo? [1]. Ya comienzan a abandonarle los suyos. Vuelve aún dos veces a la gruta, donde hizo la primera oración, desolado y sumiso. Dos veces se acerca a sus discípulos y las dos encuentra siempre la misma insensibilidad en esos hombres que El había escogido para que velasen junto a El. "Ya por mí, les dice, dormid y descansad. ¡Ea! Ha llegado la hora y el Hijo del Hombre es entregado en manos de pecadores." Después reanimándose, dijo: "Levantaos, vamos; mirad que está aquí el que me entrega" [2].

El prendimiento. — Aun estaba hablando cuando el jardín se vió invadido repentinamente por una chusma de gente armada, llevando teas y conducida por Judas. La traición se lleva a

---

[1] *Mateo,* XXVI, 40.
[2] *Mateo,* XXVI, 46.

cabo por la profanación de la señal de la amistad. "¿Judas: con un beso entregas al Hijo del Hombre?"[1]. Palabras expresivas y llenas de ternura que debieran haber abatido a este desventurado a los pies de su Maestro. Pero era tarde. El cobarde no se atrevió a provocar a la soldadesca que él mismo había conducido, ni los criados del Sumo Sacerdote osaron poner las manos sobre Jesús hasta que éste no les dió permiso para ello. Una palabra de su boca bastó para que cayesen de bruces sobre la tierra. Permíteles Jesús que se levanten y les habla con la majestad de un rey: "Si me buscáis a mí, dejad en paz a éstos. Habéis venido con armas para prenderme. Todos los días me teníais en el templo y no fuisteis tentados de prenderme, pero ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas." Y dirigiéndose a Pedro que había desenvainado la espada, le dijo: ¿Crees que, si quisiese, no podría rogar a mi Padre para que me enviase más de doce legiones de ángeles? Mas, entonces, ¿cómo se cumplirían las escrituras?

JESÚS CONDUCIDO ANTE EL SUMO SACERDOTE. — Después de dichas estas palabras, Jesús se deja maniatar. Entonces los Apóstoles, descorazonados y embargados por el pavor, huyen. Solo Pedro con otro discípulo sigue desde lejos los pasos del Maestro. La chusma que llevaba consigo a Jesús le hace recorrer el mismo camino que el

[1] *Lucas*, XXII, 48.

domingo precedente siguió triunfante, cuando otra turba entusiasmada le aclamaba batiendo palmas y ramos de olivos. Pasaron el torrente Cedrón [1]. Entretanto llegaron a las murallas de Jerusalén. Se abre la puerta ante el prisionero divino; mas la ciudad, cubierta por las sombras de la noche, ignora el atentado que acaba de cometerse. Mañana al amanecer el día, sabrá que Jesús Nazareno, el gran Profeta ha caído en manos de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Fariseos. Avanza la noche; pero aún tardará en aparecer la aurora. Los enemigos de Jesús han determinado entregarlo mañana al Gobernador Poncio Pilatos, como un perturbador del orden público. Mientras, le juzgan y le condenan como culpable en materia religiosa.

Su tribunal tiene el derecho de conocer las causas de esta índole, aunque nunca puede sentenciar a la pena capital. Jesús es conducido, pues, a casa de Anás, suegro del Sumo Sacerdote Caifás, donde, según las disposiciones tomadas de antemano debía verificarse el primer interrogatorio. Estos hombres sanguinarios pasan la noche sin darse ningún descanso. Después que sus guardias marcharon hacia el Huerto de los Olivos, contaron los momentos, inciertos del buen éxito de la conjuración; ya tenían en sus manos su codiciada presa; sus deseos crueles iban a realizarse.

---

[1] *Salmo*, CIX.

Suspendamos este relato doloroso para reanudarlo mañana en que, siguiendo un orden cronológico, tuvieron lugar los augustos misterios, que en él se obraron para nuestra instrucción y salvación.

La jornada pasada está repleta de los beneficios de nuestro Salvador: nos ha dado su carne por alimento, ha instituído el sacerdocio de la Nueva Ley. Su corazón se ha desbordado con las más tiernas expansiones. Le hemos visto luchando con la debilidad humana ante la inminencia del cáliz de la Pasión y su triunfo sobre ella para salvarnos. Le hemos visto traicionado, maniatado y conducido cautivo a la ciudad santa para consumar su sacrificio. Adoremos y amemos al Hijo de Dios, que pudo salvarnos a todos con la menor de sus humillaciones, y lo que hasta ahora ha hecho no es más que el exordio del gran acto del sacrificio que su amor para con nosotros le ha hecho aceptar.

VIERNES SANTO
DE LA PASION Y MUERTE DEL SEÑOR

MAÑANA

Jesús condenado por Caifás. — El sol baña de luz los muros y pináculos del templo de Jerusalén. Los Pontífices y Doctores de la ley no han

hecho caso de su brillo para satisfacer su odio contra Jesús. Anás, que había recibido el primero al divino prisionero, ordena que le conduzcan ante su yerno Caifás. El indigno Pontífice ha osado someter a un interrogatorio al mismo Hijo de Dios. Jesús, desdeñando responder, recibe la bofetada de un criado. Tenían preparados testigos falsos que vinieron a declarar sus mentiras ante el que es la suma Verdad; intento inútil, pues los testimonios proferidos serán contradictorios. Entonces, el Sumo Sacerdote viendo que el sistema adoptado para convencer a Jesús de blasfemo no conducía más que a desenmascarar los cómplices de su fraude, quiso sacar de la boca del mismo Salvador el delito que debía hacerle justiciable por la Sinagoga: "Te conjuro por el Dios vivo, que nos digas si Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios"[1]. Esta es la interpelación que el Pontífice dirige a Cristo. Jesús, queriendo darnos ejemplo de sumisión a la autoridad, rompe su silencio y responde con firmeza: "Tú lo has dicho, yo soy: Y os digo que a partir de ahora veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios y venir sobre las nubes del cielo." A estas palabras el Pontífice se levanta y desgarra sus vestiduras, diciendo: "Ha blasfemado." ¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Acabáis de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Unánimemente respondieron todos: "Reo es de muerte."

---

[1] *S. Marcos*, XIV, 61.

El propio Hijo de Dios ha bajado a la tierra para llamar a la vida al hombre que se había precipitado en la muerte, y lo hace por la más espantosa inversión. El hombre, en pago de tal beneficio, conduce a su tribunal al Verbo divino y le juzga reo de muerte. Jesús guarda silencio y no aniquila en su cólera a estos hombres tan audaces e ingratos. Repitamos en este momento las palabras, con las cuales la Liturgia Griega interrumpe hoy varias veces la lectura de la Pasión: "Gloria a tu Pasión, Señor."

Escena de insultos. — Apenas se ha dejado oír en la plaza el grito: "Reo es de muerte", cuando los criados del Sumo Sacerdote se arrojan sobre Jesús. Le escupen en el rostro, le vendan los ojos y dándole bofetadas le dicen: "Profeta, adivina quién te ha pegado"[1]. Estos son los homenajes de la Sinagoga al Mesías, cuya expectación la ha vuelto tan altiva. La pluma se resiste a transcribir tales ultrajes inferidos al Hijo de Dios, y sin embargo, no son sino el exordio de lo que ha de sufrir el Redentor.

La negación de Pedro. — Al mismo tiempo una escena mucho más dolorosa para el Corazón de Cristo se realiza fuera de la sala, en el palacio del Sumo Sacerdote. Pedro, que ha entrado allí, se ve envuelto en una contienda con los guardias

[1] *Luc.*, XXII, 64.

y los criados, que le reconocen por uno de los galileos que seguían a Jesús. El Apóstol, desconcertado y temiendo por su vida, abandona cobardemente a su Maestro y llega hasta afirmar con juramento que jamás le conoció. ¡Triste ejemplo de castigo reservado a la presunción! ¡Oh misericordia infinita de Jesús! Los criados del Sumo Sacerdote le arrastraron hacia el lugar donde se encontraba el Apóstol; al verle le dirigió una mirada de reproche y de perdón; Pedro se humilla y llora. En este momento sale del palacio maldito; en adelante, arrepentido, no se consolará hasta haber visto a su Maestro resucitado y triunfante. Sea nuestro modelo este discípulo pecador y convertido, en estas horas de compasión en que la Iglesia quiere que seamos testigos de los dolores siempre en aumento de nuestro Salvador. Pedro se retira, pues desconfía de su fragilidad. Quedémonos nosotros hasta el fin; nada tenemos que temer; la dulce y digna mirada de Jesús que ablanda los corazones más empedernidos se dirige hacia nosotros.

Los Príncipes de los Sacerdotes, viendo que el día comenzaba ya a clarear, se disponen a conducir a Jesús ante el Gobernador Romano. Ellos han formulado su causa como se hace con un blasfemo. Mas no pueden aplicarle la ley de Moisés, según la cual debería ser apedreado. Jerusalén ya no es libre ni la rigen sus propias leyes. El derecho de vida y muerte sólo lo ejercen

los vencedores y siempre en nombre del César. ¿Cómo no recuerdan estos Pontífices y Doctores el oráculo de Jacob agonizante que declara que el Mesías vendría, cuando le fuese arrebatado el cetro a Judá? Pero una nube de rencor les ha ofuscado y no se percatan de que los malos tratos que ellos dan al Mesías se encuentran descritos de antemano en las profecías que leen y cuyos custodios son.

La desesperación de Judas. — El rumor extendido por la ciudad de que Jesús ha sido apresado esta noche y que se ultiman los preparativos para llevarle ante el Gobernador, llega a oídos de Judas. El infeliz amaba el dinero; pero no tenía motivo ninguno para maquinar la muerte de su Maestro. Conoció el poder sobrenatural de Jesús y tal vez se ilusionaba con la idea de que las consecuencias de su traición serían vencidas por aquel a quien obedecen los elementos sobrenaturales. Pero, ahora que le ve en poder de sus más crueles enemigos y todo anuncia un fin trágico, los remordimientos se apoderan de su alma. Corre al templo y arroja a los pies de los sacerdotes aquellas monedas, precio de una Sangre inocente. Diríase que se ha convertido y que va a implorar el perdón. Pero, ¡ay!, nada de eso. La desesperación es el último sentimiento que le queda y quiere poner cuanto antes fin a sus días. El recuerdo de las llamadas, de aque-

llos aldabonazos, que dió Jesús a su corazón en la cena del día anterior y en el huerto, no le sirven más que de acicate para perpetrar un segundo crimen. Dudó de la misericordia, para él su pecado no podría borrarse y se precipitó en la eterna condenación en el momento mismo, en que comenzaba a correr la sangre inmaculada.

Jesús ante Pilatos. — Luego, los Príncipes de los Sacerdotes se presentan ante Pilatos, llevando consigo a Jesús encadenado, y piden se les escuche en un asunto criminal. El Gobernador se presenta en público y les dice algo enojado: "¿Qué acusación traéis contra este hombre? Si no fuese malhechor no te lo habríamos entregado." El desprecio y enojo se refleja en las palabras del Gobernador y la impaciencia en la respuesta de los Sacerdotes. Se ve que Pilatos se preocupa poco de ser el ministro de sus venganzas: "Tomadle, les dice, y juzgadle según vuestra ley, mas estos hombres sanguinarios responden que no les es permitido quitar la vida de nadie" [1]. Pilatos, que había salido al pretorio para hablar a los enemigos del Salvador, entra dentro y manda introducir a Jesús. El Hijo de Dios y el representante del mundo pagano se hallan frente a frente. "¿Eres el Rey de los judíos?", interroga Pilatos. "Mi reino no es de este mundo", responde Jesús; no tiene que ver nada con los

[1] *S. Juan*, XVIII, 29-32.

reinos formados por la violencia; su origen viene de lo alto. "Si mi reino fuera de este mundo, mis soldados no me habrían dejado caer en poder de los judíos." Pronto, a mi vez ejerceré el imperio terrestre; pero, en este momento, mi reino no es de aquí abajo. "Luego, ¿Tú eres Rey?", vuelve a interrogar Pilatos. "Sí, yo soy Rey", contesta el Salvador. "Después de haber confesado su dignidad augusta, el Hombre-Dios hace un esfuerzo para elevar al romano por encima de los intereses vulgares; le propone un fin más digno que el buscar los honores de la tierra."

"Yo he venido a este mundo, le dice, para dar testimonio de la Verdad; cualquiera que es de la Verdad escucha mi voz." "Y ¿qué es la Verdad?", interroga Pilatos y sin aguardar la respuesta, para acabar pronto, deja a Jesús y vase en busca de los acusadores. "No encuentro delito alguno en este hombre", les dice. El pagano creyó hallar en Jesús un doctor de alguna secta judía cuyas enseñanzas no valían la pena ser escuchadas y no sólo eso, sino que, al mismo tiempo, vió en él un hombre inofensivo en quien no se podía, sin injusticia, buscar un hombre peligroso.

Ante Herodes. — Apenas ha manifestado su opinión favorable a Jesús, cuando los Príncipes de los Sacerdotes comienzan a acusar al Rey de los Judíos. El silencio de Jesús, en medio de tan-

tas mentiras, hacen enmudecer al Gobernador. "¿No oyes, le dice, cómo te acusan?" Estas palabras de un interés visible, no inmutan a Jesús en su digno silencio; pero provocan en sus enemigos una nueva explosión de furor: "Perturba al pueblo, gritan frenéticos los Príncipes de los Sacerdotes, enseñando por toda la Judea, comenzando desde Galilea hasta aquí"[1].

Al oír el nombre de Galilea creyó ver un rayo de luz. Herodes, Tetrarca de Galilea está en Jerusalén. Es necesario remitirle a Jesús, su súbdito; esta cesión de la causa criminal desembarazaría al Gobernador y al mismo tiempo restablecería la armonía entre Herodes y él.

El Salvador es arrastrado por las calles de la ciudad, del Pretorio al Palacio de Herodes. Sus enemigos le siguen con la misma rabia, mas Jesús guarda silencio. No recibe más que el desprecio de Herodes, el asesino de Juan Bautista; pronto los habitantes de Jerusalén le ven aparecer con la vestidura de un insensato y le llevan de nuevo ante Pilatos.

BARRABÁS. — Esta reaparición inesperada del acusado, contraría mucho a Pilatos; pero cree haber hallado un nuevo medio de desembarazarse de esta causa que le es odiosa. La fiesta de Pascua le facilita la ocasión de indultar a un culpable; quiere hacer caer este favor en Jesús.

[1] *S. Mateo*, XXVII, 13-14.

El pueblo está amotinado a las puertas del Pretorio. Pondrá en paralelo a Jesús, al mismo Jesús, que hace unos días toda la ciudad llevó en triunfo, con Barrabás, el malhechor, persona odiosa en Jerusalén; la elección del pueblo no puede menos de ser favorable a Jesús. "¿A quién queréis que dé la libertad, les dice, a Jesús o a Barrabás?" La respuesta no se hace esperar; voces tumultuosas gritan: "No a Jesús, sino a Barrabás." Y ¿qué haré con Jesús? Y la chusma corta las últimas palabras del Gobernador y grita frenética. ¡Crucifícale, crucifícale! Pero ¿qué mal ha hecho?; le castigaré y le pondré en libertad. "¡No; crucifícale!"

La flagelación. —La prueba no ha tenido éxito y la situación del cobarde Gobernador es más crítica que antes. En vano ha buscado para rebajar al inocente al nivel de un malhechor; la pasión de un pueblo ingrato y agitado no ha tenido cuenta alguna de ello. Pilatos se ve obligado a prometer que castigará a Jesús de modo bárbaro, para apagar un poco la sed de sangre que devora al populacho; pero no sirve más que para provocar un nuevo grito de muerte.

No vayamos más lejos sin ofrecer una reparación al Hijo de Dios por los ultrajes de que acaba de ser objeto. Comparado con un infame, es preferido éste. Si Pilatos quiere por compasión salvarle, es con la condición de hacerle su-

frir esta vergonzosa comparación, que resultaría vana. Las voces que cantaban el Hosanna al Hijo de David hace unos días no profieren sino aullidos feroces; y el Gobernador, temiendo una sedición, se ha comprometido a dar un castigo a aquel cuya inocencia acaba de confesar.

Jesús es entregado a los soldados para que le flagelen; se le despoja violentamente de sus vestidos y se le ata a la columna que servía para estas ejecuciones. Los látigos más crueles cruzan su cuerpo y la sangre, aquella sangre inmaculada, corre por sus divinos miembros. Recojamos esta segunda efusión de sangre, por la cual Jesús expía todas las complacencias y crímenes de la carne de la humanidad entera. Es la mano de los gentiles quien le da este tratamiento; los judíos le entregan y los romanos son los ejecutores, pero todos nosotros tomamos parte en el deicidio.

La coronación de espinas. — Los soldados están cansados de golpearle y los verdugos desatan a su víctima. ¿Se habrán compadecido de El? No. A tanta crueldad va a seguir una burla sacrílega. Jesús se ha llamado Rey de los Judíos y los soldados aprovechan el título para dar una forma nueva a sus ultrajes. Un rey lleva corona y los soldados van a imponérsela al Hijo de David. Tejiendo, de prisa, una diadema con ramas espinosas, la clavan en la cabeza, y por tercera

vez corre la sangre de Jesús. Después, para completar la ignominia, ponen en sus espaldas un manto de púrpura y en su mano una caña, a modo de cetro. Entonces se ponen de rodillas delante de El y dicen: "¡Dios te salve, Rey de los judíos!"

Pero no paró aquí su crueldad: Como acompañamiento a este homenaje insultante le escupen en el rostro y lanzan al aire sonoras carcajadas; de cuando en cuando le arrancan la caña de la mano para darle con ella en la cabeza, y de ese modo clavan más las espinas.

HOMENAJE REPARADOR. — Ante este espectáculo el cristiano se postra en doloroso respeto y dice a su vez: "¡Dios te salve, Rey de los judíos! Sí; Tú eres el Hijo de David, nuestro Mesías y nuestro Redentor. Israel no reconoce tu reinado que proclamaba no ha mucho, y la gentilidad ha hallado medios de ultrajarte; pero tú, reinarás, por la justicia en Jerusalén, que no tardará en sentir los golpes de tu cetro vengador; por la misericordia sobre los gentiles, que pronto los Apóstoles traerán a tus pies. Recibe nuestro homenaje y nuestra sumisión. Reina desde hoy en nuestros corazones y en nuestra vida entera."

ECCE-HOMO. — Jesús es conducido a Pilatos en el estado en que le ha dejado la crueldad de los soldados. El Gobernador no duda que una víc-

tima en estado exámine encontrará gracia ante el pueblo; mandando subir a Jesús a una galería del palacio le muestra a la multitud diciendo: ECCE-HOMO. "He aquí el Hombre." Esta palabra era más significativa de lo que creía Pilatos. No decía: He aquí a Jesús, ni he aquí al Rey de los Judíos; se servía de una expresión general de la que no tenía la clave; y el cristiano posee su conocimiento. El primer hombre en su sublevación contra Dios había trastornado con su pecado la obra entera del Creador; en castigo de su orgullo y su codicia, la carne había avasallado al espíritu, y la tierra misma, en señal de maldición, no producía más que espinas. El nuevo hombre que llevó, no la realidad, sino la apariencia del pecado, aparece. La obra del Creador vuelve a tomar con El su antigua armonía; mas es por medio de la violencia.

Para demostrar que la carne debe estar sometida al espíritu, su carne es azotada con látigos; para demostrar que el orgullo debe ceder su lugar a la humildad, lleva una corona formada por las espinas de la tierra maldita. Triunfo del espíritu sobre los sentidos, abatimiento de la voluntad soberbia bajo el yugo de la sentencia. He ahí al hombre.

JESÚS Y PILATOS. — Israel es como el tigre; la vista de la sangre excita su sed y no está contento hasta que se baña en ella. Apenas ha visto a

su víctima ensangrentada, grita con nuevo furor: "¡Crucifícale, crucifícale!" ¡Está bien!, "dice Pilatos", tomadle y crucificadle vosotros mismos; yo no hallo en El crimen alguno." Y sin embargo, por orden suya, se le ha puesto en un estado que, con él solo, puede causarle la muerte. Su cobardía será desbaratada. Los judíos replican invocando el derecho que los Romanos dejan a los pueblos conquistados. "Tenemos una ley y según esa ley debe morir, porque se proclama Hijo de Dios." A esta reclamación Pilatos se turba; vuelve a la sala con Jesús y le dice: "¿De dónde eres Tú?" Jesús se calla, Pilatos no era digno de oír al Hijo del Hombre darle razón de su origen divino. Pilatos se irrita: ¿A mí no me respondes?, le dice: "¿No sabes que tengo poder para crucificarte y para absolverte?" Jesús se digna hablar para enseñarnos que todo poder de gobierno, aun entre los infieles, viene de Dios y no de lo que se llama pacto social. "No tendrías ese poder, responde, sino te hubiese sido dado de lo alto; por tanto, el pecado de quien me ha entregado a ti, es mayor"[1]. La nobleza y la dignidad de estas palabras, subyugan al Gobernador; quiere aún salvar a Jesús. Pero los gritos del pueblo penetrán de nuevo hasta él: "Si le dejas libre, le dicen, no eres amigo del César; pues todo el que se hace Rey, se levanta contra el César." A estas palabras Pilatos, tratando en una última tentativa

[1] *S. Juan*, XIX, 5.

de mover a piedad a este pueblo furioso, sale de nuevo y sube a un estrado al aire libre; se sienta y manda conducir a Jesús: "He aquí, dice, vuestro Rey; ved si César tiene que temer algo por su parte." Mas los gritos aumentan: "Quítale, quítale. Crucifícale." "Pero ¿voy a crucificar a vuestro Rey?", dice el Gobernador, que aparenta no ver la gravedad del peligro. Los Pontífices responden: "No tenemos otro rey que el César." Palabra indigna que cuando sale del santuario anuncia a los pueblos que la fe está en peligro; al mismo tiempo palabra de reprobación para Jerusalén, porque si no tiene otro rey que el César, el cetro no está ya en Judá y la hora del Mesías ha llegado.

Jesús condenado por Pilatos. — Pilatos viendo que la sedición ha llegado al culmen y que su responsabilidad de Gobernador está amenazada, determina dejar a Jesús en manos de sus enemigos. Muy a pesar suyo dicta la sentencia que ha de producir pronto en su conciencia un remordimiento del que tratará de librarse con el suicidio. El mismo traza sobre una tablilla, con un punzón, la inscripción que ha de ponerse sobre la cabeza de Jesús. Más aún; concede al odio de los enemigos del Salvador, para mayor ignominia, que sean crucificados con El dos ladrones. Este hecho era necesario para dar cumplimiento al oráculo profético: "Será contado entre los

criminales"[1]; y después que acaba de mancillar su alma con el más odioso de los crímenes, se lava públicamente las manos, al mismo tiempo que grita en presencia del pueblo: "Inocente soy de la sangre de este justo; allá os lo veréis vosotros." Y todo el pueblo responde con este anhelo: "Su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos." Este fué el momento en que el parricidio se imprimió en la frente del pueblo, ingrato y sacrílego, como en otro tiempo sobre la de Caín. Diez y nueve siglos de servidumbre, de miseria y de desprecio no lo han borrado aún. Nosotros, hijos de la gentilidad sobre los que esta sangre divina ha descendido como un rocío misericordioso, demos gracias al Padre celestial que "ha amado tanto al mundo que le ha dado a su único Hijo". Demos gracias al amor de este Hijo único de Dios, que viendo que nuestras manchas no podían ser lavadas sino en su sangre, nos la da hoy hasta en la última gota.

VÍA DOLOROSA. — Aquí comienza la Vía dolorosa, y el Pretorio de Pilatos en que fué pronunciada la sentencia de Jesús, es la primera estación. El Redentor es abandonado a los judíos por la autoridad del Gobernador. Los soldados se apoderan de El y le conducen fuera del patio del Pretorio. Le quitan el manto de púrpura y le visten con sus propios vestidos que le habían si-

[1] *S. Mateo*, XXVII, 24-25.

do quitados para flagelarle; por fin le cargan la cruz sobre sus desgarradas espaldas. El lugar en que el nuevo Isaac recibió en sí la leña de su sacrificio es designado como la segunda estación. El escuadrón de soldados, reforzado con los ejecutores, con los príncipes de los Sacerdotes, con los Doctores de la ley y con mucho pueblo, se pone en marcha. Jesús avanza bajo el peso de la cruz; pero en seguida, desfallecido, a causa de la sangre que ha perdido y por los sufrimientos de todo género, no puede sostenerse y cae bajo la carga, señalando así con su caída la tercera estación.

Encuentro de Jesús con su Madre. — Los soldados levantan con brutalidad al divino cautivo que sucumbía, más aún bajo el peso de nuestros pecados, que bajo el del instrumento de su suplicio. Acaba de reanudar su marcha vacilante y al punto se encuentra con su Madre llorosa. La mujer fuerte, cuyo amor maternal es invencible, ha salido al encuentro de su Hijo; quiere verle, seguirle, unirse a El hasta que expire. Su dolor está por encima de toda ponderación humana. Las inquietudes de estos últimos días han agotado sus fuerzas; todos los sufrimientos de su Hijo le han sido manifestados por revelación; se ha asociado a ellos y los soporta todos y cada uno en particular. Sin embargo de eso, no puede permanecer por más tiempo lejos de la vista de

los hombres; el sacrificio avanza en su curso, su consumación se acerca; es necesario estar con su Hijo y nada podrá detenerla en este momento. Magdalena está cerca de ella llorosa; Juan, María, madre de Santiago y Salomé la acompañan también; éstas lloran por su Maestro; mas ella llora por su Hijo. Jesús la ve y no puede consolarla, pues todo esto no es sino el comienzo de los dolores. El sentimiento de agonía que experimenta en este momento el corazón de la más tierna de las madres acaba de oprimir con un nuevo peso el corazón del más amante de los hijos. Los verdugos no concedieron un momento de espera en la marcha, en favor de la madre de un condenado; si quiere, puede seguir el funesto cortejo; sin embargo, el encuentro de Jesús y María en el camino del calvario señalará para siempre la cuarta estación.

El cirineo. — El camino es largo aún, porque, según la ley, los criminales debían sufrir el suplicio fuera de la ciudad. Los judíos temen que la víctima expire antes de llegar al lugar del sacrificio. Un hombre que volvía del campo, llamado Simón de Cirene, encuentra el doloroso cortejo; se le detiene; y por un sentimiento cruelmente humano hacia Jesús, se le obliga a compartir con El el honor y la fatiga de llevar el instrumento de la salvación del mundo. Este encuentro de Jesús con Simón Cirineo da lugar a la quinta estación.

LA SANTA FAZ. — A unos pasos de allí, un incidente inesperado llena de admiración y estupor a los mismos verdugos. Una mujer atraviesa la muchedumbre, aparta a los soldados y va hacia el Salvador. Sostiene entre sus manos el velo que ha desplegado y enjuga con mano temblorosa el rostro de Jesús, desfigurado por la sangre, el sudor y las bofetadas. Sin embargo de eso, lo ha reconocido porque le ama; y no ha temido exponer su vida para ofrecerle este ligero alivio. Su amor será recompensado; el rostro del Redentor se imprime milagrosamente en el lienzo, que será en adelante su más preciado tesoro, y tiene la gloria de señalar con su acto intrépido la sexta estación de la Vía dolorosa.

JESÚS SE COMPADECE DE JERUSALÉN. — Con todo eso, las fuerzas de Jesús se debilitan más y más, a medida que se acerca el término fatal. Un desfallecimiento súbito derriba al suelo—por segunda vez—a la víctima y señala la séptima estación, Jesús es en seguida levantado con violencia por los soldados y camina de nuevo por el sendero que va rociando con su sangre. Tan indignos tratos excitan los gritos y lamentaciones de un grupo de mujeres que, movidas de compasión hacia el Salvador, se habían colocado detrás de los soldados y habían hecho caso omiso de sus insultos. Jesús, emocionado del amor de estas mujeres, que, a pesar de la debilidad de su sexo, mostraban más grandeza de alma que el

pueblo entero de Jerusalén, les dirige una mirada bondadosa, y tomando toda la dignidad del lenguaje de Profeta les anuncia, en presencia de los Príncipes de los Sacerdotes y de los Doctores de la Ley, el castigo que seguirá en seguida al atentado de que son testigos y que lloran con tan copiosas lágrimas. "¡Hijas de Jerusalén!, las dice en el mismo lugar indicado por la octava estación; ¡Hijas de Jerusalén! No lloréis por mí, llorad por vosotras y por vuestros hijos; pues vendrán días en que se dirá: ¡Bienaventuradas las estériles y las entrañas que no engendraron y los senos que no amamantaron! ¡Dirán entonces a las montañas: Caed sobre nosotros; y a las colinas: Cubridnos; y si se trata hoy así al leño verde ¿cómo se tratará entonces al seco?"[1].

Llegada al calvario. — Por fin llegan a la colina del Calvario; Jesús debe aún escalarla antes de llegar al lugar de su sacrificio. Por tercera vez su extrema fatiga le hace caer en tierra y santifica el lugar que los fieles venerarán como la nona estación. La soldadesca bárbara interviene de nuevo para obligar a Jesús a reanudar su penosa marcha y después de unos pocos pasos llega por fin a la cima de este cerro que servirá de altar al más sagrado y poderoso de los holocaustos. Los verdugos se apoderan de la cruz y la extienden sobre la tierra esperando atar en ella a la víctima. Antes, según el uso de los ro-

[1] *S. Luc.*, XXIII, 27-31.

manos, que también lo practicaban los judíos, se ofrece a Jesús una copa que contenía vino mezclado con mirra. Este brebaje que tenía la amargura de la hiel, era un narcótico para adormecer hasta cierto punto los sentidos del paciente y disminuir los dolores de sus tormentos.

Jesús acerca un momento a sus labios esa bebida que le ofrecen más por costumbre que por humanidad; pero rehusa beberla, queriendo padecer sin mitigación alguna, todos los tormentos que se ha dignado aceptar por la salvación de los hombres. Entonces los verdugos le despojan de las vestiduras, pegadas a sus llagas, y se disponen a conducirle al lugar en que le espera la cruz. El lugar del Calvario en que Jesús fué así despojado, y donde le presentaron la bebida amarga, es designado como la décima estación de la Vía dolorosa.

Las nueve primeras pueden verse aún en las calles de Jerusalén, desde el lugar del Pretorio hasta el pie del Calvario; esta última, en cambio, y las cuatro siguientes están en el interior de la iglesia del Santo Sepulcro, que encierra en su vasto recinto el teatro de las últimas escenas de la Pasión del Salvador.

Pero suspendamos nuestro relato; hemos ya incluso adelantado un poco las horas de este gran día, y más tarde volveremos de nuevo al Calvario. Ahora unámonos a la Santa Iglesia en la función con que se dispone a celebrar la muerte del Señor.

SOLEMNE FUNCION LITURGICA POSMERIDIANA DE LA PASION Y MUERTE DEL SEÑOR

El Oficio divino de esta tarde se divide en cuatro partes, cuyos misterios vamos a explicar sucesivamente. Primeramente hay Lecciones; luego siguen Oraciones; se continúa con la adoración de la Cruz y se termina con la Comunión. Estos ritos desacostumbrados anuncian al pueblo fiel la grandeza de este día y al mismo tiempo le hacen sentir la suspensión del Sacrificio diario al que reemplaza. El altar se halla desnudo, sin cruz, ni candeleros, el atril del evangelio sin paño. Recitada la hora de Nona, el celebrante se adelanta con sus ministros; los ornamentos negros expresan el duelo de la Santa Iglesia. Llegados al pie del altar se prosternan sobre las gradas y oran en silencio durante algún tiempo, después de lo cual, dicha una oración, comienzan las lecciones.

I. LAS LECCIONES

La primera parte de este oficio comienza con la lectura de dos trozos de los Profetas y del relato de la Pasión según San Juan. En la primera de esas lecturas tomada del Profeta Oseas (V, 15 y VI, 1-5), el Señor anuncia sus designios misericordiosos para con su nuevo pueblo, el pueblo de la gentilidad, que estaba muerto y que,

después de tres días, debe resucitar con ese Cristo que todavía no conoce; Efraín y Judá serán tratados de modo distinto; sus sacrificios materiales no han aplacado a un Dios, que no ama sino la misericordia y que únicamente rechaza a los duros de corazón.

La segunda lectura está tomada del Exodo y pone ante nuestra vista, el símbolo del Cordero pascual, en el momento en que la figura desaparece ante la realidad. Este Cordero es sin defecto como el Emmanuel; su sangre preserva de la muerte a aquellos cuyas moradas están rociadas con ella. Deberá no sólo ser inmolado sino servir de alimento a aquellos que por El son salvados. El es el manjar del viajero, que le come apresuradamente, sin tiempo para detenerse en la rápida carrera de esta vida. La inmolación tanto del Cordero antiguo, como del nuevo es la señal de la Pascua.

II. LAS ORACIONES

La Iglesia, que acaba de repasar, juntamente con sus hijos, la historia de los últimos instantes del Señor, no hace ahora sino imitar a ese divino Mediador, que, sobre la Cruz, como enseña San Pablo, ha ofrecido por todos los hombres a su Padre, sus oraciones y súplicas, mezcladas con lágrimas y acompañadas de un gran clamor [1]. Desde los primeros siglos viene pre-

[1] *Hebr.*, V, 7.

sentando en este día a la Majestad divina, un conjunto de oraciones, que, abarcando las necesidades de todo el género humano, muestran que es verdaderamente la Madre de los hombres y la Esposa caritativa del Hijo de Dios. Todos, incluso los judíos, participan de esa solemne intercesión que la Iglesia presenta al Padre de los siglos desde el pie de la Cruz de Jesucristo. A cada oración precede un anuncio solemne que explica su objeto. Luego el diácono advierte a toda la asamblea que se ponga de rodillas; puestos en pie un momento después a la señal del diácono, los fieles se unen a la oración del sacerdote [1].

III. LA ADORACION DE LA SANTA CRUZ

Las oraciones generales han concluído con la súplica dirigida a Dios por la conversión de los paganos; la Iglesia ha terminado su recomendación universal y solicitado para todos los habitantes de la tierra la efusión de la sangre divina que brota, en este momento, de las venas del Hombre-Dios. Volviéndose ahora a los cristianos sus hijos, conmovida ante las humillaciones del Señor, los invita a disminuir el peso, dirigiendo sus homenajes hacia esa Cruz hasta ahora infame y en adelante sagrada, bajo la cual camina Jesús hacia el Calvario y de cuyos brazos pen-

[1] En el siglo octavo estas oraciones se decían también el Miércoles Santo.

derá hoy. Para Israel, la cruz es un objeto de escándalo; para los gentiles un monumento de locura [1]; nosotros, cristianos, veneramos en ella el trofeo de la victoria de Cristo y el instrumento augusto de la salvación de los hombres. Ha llegado, pues, el momento en que debe recibir nuestras adoraciones por el honor que el Hijo de Dios se ha dignado hacerla, regándola con su sangre y asociándola así a la obra de nuestra Redención. No hay día ni hora más indicada en el año para rendirla nuestros homenajes.

La adoración de la cruz comenzó en Jerusalén en el siglo IV. La emperatriz Santa Elena había hallado recientemente la verdadera cruz; y el pueblo fiel deseaba contemplar, de cuando en cuando, este árbol de vida cuya milagrosa invención había colmado de gozo a la Iglesia entera. Se determinó que se expusiese a la veneración de los cristianos una vez al año, el Viernes Santo. El deseo de contemplarla llevaba todos los años una multitud inmensa de peregrinos a Jerusalén para la Semana Santa. La fama llevó por todas partes los relatos de este ceremonial, pero todas no podían aspirar a verla ni una vez siquiera en la vida. La piedad católica quiso gozar al menos por imitación, de una ceremonia que muchos no podían gozar en su realidad; y, hacia el siglo VII, se pensó repetir en todas las iglesias, el Viernes Santo, la Ostensión y Ado-

[1] *I. Cor.*, 1, 23.

ración de la Cruz que tenía lugar en Jerusalén. No se poseía, es verdad, sino la figura de la Cruz verdadera; pero, puesto que los honores rendidos a este madero sagrado iban dirigidos al mismo Cristo, los fieles podían ofrecerle honores semejantes, aun cuando no viesen ante sus ojos el madero mismo que el Redentor había regado con su sangre. Tal fué el motivo de la institución de este rito, que ahora va a tener lugar, y en el cual la Iglesia nos invita a participar.

En el altar el celebrante se quita la capa pluvial y permanece en pie junto a su asiento. El diácono con los acólitos va a la sacristía para traer a la iglesia la cruz en procesión. Cuando llegan al presbiterio, el celebrante recibe de manos del diácono la santa Cruz y se pone al lado de la Epístola y allí, de pie, en el plano, vuelto hacia el pueblo, descubre un poco la parte alta de la cruz y canta en un tono de voz moderado: "He aquí el madero de la santa Cruz."

Después prosigue ayudado de sus ministros que cantan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

Entonces, toda la asamblea se pone de rodillas, y adora la cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta primera ostensión representa la primera predicación de la cruz, la que los Apóstoles se hicieron entre sí, cuando, no habiendo recibido todavía al Espíritu Santo, no podían hablar del misterio de la Redención sino con los discípulos de Jesús y temían llamar la atención de los judíos. Por eso el Sacerdote no eleva la Cruz sino un poco. Este primer homenaje es ofrecido en reparación de los ultrajes que el Salvador recibió en casa de Caifás. El sacerdote se dirige luego a la parte delantera de la grada, siempre en el lado de la Epístola, y se coloca de cara al pueblo. Sus ministros le ayudan a descubrir el lado derecho de la Cruz, y después de haber descubierto esta parte del instrumento sagrado, la muestra nuevamente al pueblo, levantándola, esta vez, un poco más que la primera y cantando en un tono superior.

"He aquí el madero de la Cruz."

El diácono y el subdiácono continúan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

La asamblea se pone de rodillas, adora la Cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta segunda manifestación más gloriosa que la primera representa la predicación del misterio de la Cruz a los judíos, cuando los Apóstoles, después de la venida del Espíritu Santo echan

los fundamentos de la Iglesia en el seno mismo de la Sinagoga y conducen las primicias de Israel a los pies del Redentor. La Iglesia lo ofrece en reparación de los ultrajes que recibió en casa de Pilatos.

El Sacerdote se coloca después en medio de la grada, vuelto siempre hacia el pueblo. Ayudado por el diácono y subdiácono descubre todo lo restante del Crucifijo, y elevándole algo más que las veces anteriores canta con triunfo y a plena voz:

"He aquí el madero de la Cruz."

Los ministros continúan con él:

"En el cual ha estado suspendida la salud del mundo."

Los fieles vuelven a arrodillarse y a adorar la Cruz mientras el coro canta:

"Venid: adorémosla."

Esta última manifestación representa la predicación del misterio de la Cruz en el mundo entero, cuando los Apóstoles, rechazados por la masa de la nación judaica, se vuelven hacia los gentiles, y van a anunciar al Dios crucificado hasta más allá de los límites del imperio romano. Este tercer homenaje rendido a la Cruz es una reparación de los ultrajes que el Salvador recibió en el Calvario.

La Iglesia, al presentarnos la Cruz cubierta con el velo, que después desaparece para dejar

llegar nuestras miradas hasta ese divino trofeo de nuestra Redención, quiere también expresarnos la obcecación de los judíos que no ven sino un instrumento de ignominia en ese madero adorable, y la luz resplandeciente de que goza el pueblo cristiano, a quien la fe revela que el Hijo de Dios crucificado, lejos de ser un objeto de escándalo, es, por el contrario, como dice el Apóstol, el monumento eterno "del poder y de la sabiduría de Dios"[1]. En adelante la Cruz que acaba de ser tan solemnemente enarbolada permanecerá descubierta; y aguardará sobre el altar, la hora de la gloriosa Resurrección del Mesías. Todas las demás cruces colocadas en los diversos altares, se descubrirán también, a imitación de esa que ocupará pronto su puesto de honor en el altar mayor.

Pero la Iglesia no se limita a exponer, en este momento, a las miradas de los fieles la Cruz que les ha salvado; les invita a que vengan a poner sus labios respetuosos sobre ese leño sagrado. El Celebrante irá el primero y todos tras él. Despojado de su casulla, quítase también el calzado, y haciendo, a convenientes distancias, tres veces genuflexión sencilla, se acerca a adorar la Cruz, colocada en las gradas delante el altar. Detrás de él vienen los ministros, el clero, y por último los fieles. Los cantos que acompañan a la adoración de la Cruz son de una belleza

[1] *Cor.*, I, 24.

incomparable. Los primeros son *Improperios*, o reproches amargos que el Mesías dirige a los judíos. Las tres primeras estrofas están intercaladas con el canto del Trisagio u oración a Dios tres veces Santo, cuya *Inmortalidad* justo es que glorifiquemos en este momento en que El se digna, como hombre, sufrir la muerte por nosotros. Esta triple glorificación usada en Constantinopla desde el siglo v, pasó a la Iglesia romana que la ha conservado en la lengua primitiva, contentándose con alternar la traducción latina de las palabras. El resto de este hermoso canto tiene grandísimo interés dramático. Cristo recuerda todas las afrentas de que ha sido objeto por parte de los judíos y pone de manifiesto los beneficios de que ha colmado a esta nación ingrata.

LOS IMPROPERIOS

Pueblo mío, ¿qué te he hecho yo? O ¿en qué te he contristado? Respóndeme. ℣. Porque te saqué de la tierra de Egipto: has preparado la Cruz a tu Salvador.

Agios o Théos.
Santo Dios.
Agios íschyros.
Santo Fuerte.
Agios athánatos, eléison imas.
Santo Inmortal, ten piedad de nosotros.

Porque te guié por el desierto cuarenta años, y te alimenté con maná, y te introduje en una tierra muy buena: has preparado la Cruz a tu salvador.

℣. ¿Qué más debí hacer por ti, y no hice? Yo te planté, como mi viña más hermosa, y tú me has salido

muy amarga: pues has saciado mi sed con vinagre: y has taladrado con una lanza el costado de tu Salvador.

Yo, por ti, flagelé a Egipto con sus primogénitos: y tú, después de azotado, me has entregado a la muerte.

Pueblo mío, etc.

Yo te saqué de Egipto, hundiendo a Faraón en el Mar Rojo: y tú me has entregado a los príncipes de los sacerdotes.

Pueblo mío, etc.

Yo abrí ante ti el mar: y tú has abierto con una lanza mi costado.

Pueblo mío, etc.

Yo fuí delante de ti en la columna de nube: y tú me has llevado al pretorio de Pilatos.

Pueblo mío, etc.

Yo te alimenté con maná en el desierto: y tú me has herido con bofetadas y azotes.

Pueblo mío, etc.

Yo te di a beber agua saludable de la roca: y tú me has abrevado con hiel y vinagre.

Pueblo mío, etc.

Yo, por ti, herí a los reyes de los Cananeos: y tú has herido mi cabeza con una caña.

Pueblo mío, etc.

Yo te di un cetro real: y tú has dado a mi cabeza una corona de espinas.

Pueblo mío, etc.

Yo te exalté con gran poder: y tú me has suspendido en el patíbulo de la Cruz.

Pueblo mío, etc.

A los improperios sigue esta solemne antífona, en que el recuerdo de la Cruz se une al de la Resurrección para gloria de nuestro Redentor:

ANTIFONA

Adoramos * tu Cruz. Señor: y alabamos, y glorificamos tu santa Resurrección: porque, por el leño de la Cruz, vino el gozo a todo el mundo.

Si la adoración de la Cruz no ha terminado aún se entona el célebre Himno *Crux Fidelis* que Venancio Fortunato, obispo de Poitiers, compuso en el siglo VI, en honor del árbol sagrado de nuestra Redención. Una de las estrofas dividida en dos sirve de estribillo mientras dura el canto.

Al fin de la adoración, una vez que todos los fieles han rendido su homenaje a la santa Cruz, se la coloca sobre el altar, y se da principio a la cuarta parte de la función litúrgica.

IV. LA COMUNION

De tal manera ocupa hoy, en este aniversario, el pensamiento de la Iglesia, el recuerdo del Sacrificio consumado este mismo día sobre el Calvario, que renuncia a renovar sobre el altar la inmolación de la divina Víctima, limitándose a participar del sagrado misterio mediante la Comunión. Antiguamente todo el clero y los fieles eran admitidos a esta gracia, pero durante largo tiempo esta costumbre había caído en desuso y sólo el celebrante podía comulgar. Ahora en 1956 la Iglesia ha vuelto a tomar la tradición antigua y en adelante todos los fieles podrán comulgar el Cuerpo del Señor, inmolado en este día para

su salvación, a fin de recibir más abundantemente los frutos de la Redención.

El diácono acompañado de dos acólitos, se traslada al monumento, toma el copón del tabernáculo y lo lleva al altar mayor. Mientras se dirige al altar, la escola canta algunas antífonas:

Adorámoste, Cristo, y te bendecimos, pues por tu santa Cruz redimiste al mundo.

El árbol nos sedujo, la santa Cruz nos ha rescatado; el fruto de un árbol nos sedujo, el Hijo de Dios nos ha rescatado.

Sálvanos, Salvador del mundo, Tú que por tu Cruz y por tu sangre nos has libertado, oh Dios nuestro, te lo suplicamos, socórrenos.

Llegado al altar, el diácono deja sobre el corporal el sagrado copón; el preste sube a su vez y recita en voz alta el preámbulo de la oración dominical, después, como el *Paternoster* es una preparación para la Comunión y ya que todos deben comulgar, clero y fieles lo recitan a una con el celebrante, "solemnemente, con gravedad, distintamente y en latín".

Unámonos con confianza y solicitud a las siete peticiones que ella encierra, en esta hora en que nuestro divino Intercesor, extendidos los brazos sobre la Cruz, las presenta por nosotros a su Padre. Este es el momento en que El obtiene del Padre que toda oración dirigida al cielo por su mediación sea escuchada.

Después del *Paternoster* el preste añade en voz alta una oración que en todas las misas se

dice en secreto. En ella pide nos veamos libres de los males, exentos de pecado, establecidos en la paz.

Recita también en voz baja la tercera de las oraciones que preceden a la Comunión en las misas ordinarias; descubre luego el copón y toma una hostia, y profundamente inclinado, se golpea el pecho diciendo tres veces.

"Señor, no soy digno de que entres en mi pobre morada; pero di solamente una palabra y mi alma quedará curada."

Se comulga asimismo con respeto, se recoge algunos instantes y luego da la sagrada Comunión, como de costumbre, al clero y a los fieles asistentes.

Terminada la Comunión el celebrante se purifica los dedos en un vaso, los enjuga con el purificador, encierra el copón en el tabernáculo y, de pie en medio del altar, dice como acción de gracias y en tono ferial, las tres oraciones siguientes:

"Suplicámoste, Señor, que sobre tu pueblo que acaba de celebrar devotamente la Pasión y Muerte de tu Hijo, descienda una copiosa bendición, llegue el perdón, se otorgue el consuelo, aumente la fe y se asegure la redención eterna. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Omnipotente y misericordioso Dios que nos reparaste con la gloriosa Pasión y Muerte de tu Ungido: conserva en nosotros la obra de tu misericordia; para que, por la participación de este misterio vivamos perpetuamente consagrados a ti. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea.

Acuérdate de tus misericordias, oh Señor, y santifica con tu eterna protección a tus siervos, en cuyo favor Jesucristo, tu Hijo, derramando su sangre, instituyó el misterio pascual. Por el mismo Cristo Señor nuestro. Así sea."

El celebrante y los ministros descienden luego del altar y vuelven a la sacristía. En el coro se recitan Completas, apagadas las velas y sin canto. Luego se traslada en privado la sagrada Eucaristía al lugar donde ha de reservarse y ante la cual arderá una lámpara como de costumbre.

PRIMERAS HORAS DE LA TARDE

Conviene que, en estas horas, sigamos con el pensamiento y con el corazón a nuestro misericordioso Redentor. Lo hemos dejado en el Calvario en el momento en que le despojaban de sus vestiduras, después de haberle ofrecido la bebida amarga. Asistamos con recogimiento y compunción a la consumación del sacrificio que por nosotros ofrece a la Justicia divina.

La Crucifixión. — Jesús es conducido por sus verdugos al lugar en que la Cruz, puesta en tierra, indica la undécima estación de la Vía Dolorosa. Se coloca como cordero destinado al holocausto sobre el leño que debe servir de altar. Extienden sus miembros con violencia, y los clavos, que penetran entre los nervios y los huesos, fijan

al patíbulo sus manos y sus pies. La sangre fluye de estas cuatro fuentes vivificadoras a las que vendrán a purificarse nuestras almas.

Es la cuarta vez que mana de las venas del Redentor. María, al oír el ruido siniestro del martillo, siente desgarrarse su corazón de madre. La Magdalena es presa de una desolación tanto más amarga cuanto mayor es su impotencia para aliviar al Maestro amado, que los hombres le han arrebatado.

Sin embargo de eso, Jesús levanta la voz; pronuncia su primera palabra en el Calvario: "Padre, dice, perdónales porque no saben lo que hacen." ¡Oh bondad infinita del Creador! Vino a la tierra, obra de sus manos, y los hombres le han crucificado; hasta en la Cruz ha rogado por ellos, y en su oración parece querer excusarles.

Jesús en la Cruz. — La víctima está fija en el madero en que ha de expirar; pero no debe quedar así tendida en tierra. Isaías ha predicho "que el real vástago de Jesé será enarbolado como un estandarte a la vista de todas las naciones" [1]. Es preciso que el Salvador crucificado purifique los aires infestados con la presencia de espíritus malignos; es preciso que el Mediador de dios y de los hombres, el soberano Intercesor y Sacerdote, sea puesto entre el cielo y la tierra para tratar de la reconciliación de ambos. A

[1] *Isaías*, XI, 10.

poca distancia del lugar en que se halla extendida la Cruz han abierto un agujero en la roca. En él es clavada la Cruz que domina así toda la colina del Calvario. Es el lugar de la duodécima estación. Los soldados consiguen con grandes esfuerzos la plantación del árbol de la salud. La violencia de la repercusión viene a aumentar los dolores de Jesús, cuyo cuerpo está completamente desgarrado y sostenido únicamente por las llagas de sus pies y de sus manos. Ahí está expuesto desnudo a los ojos de todos aquel que ha venido a este mundo para cubrir la desnudez que el pecado había dejado en nosotros. Al pie de la cruz los soldados se reparten los vestidos; pero respetando la túnica. Según una piadosa tradición la había tejido María con sus virginales manos. La sortean sin romperla; y se convierte así en el símbolo de la unidad de la Iglesia que no debe romperse bajo ningún pretexto.

REY DE LOS JUDÍOS. — Encima de la cabeza del Redentor está escrito en hebreo, en griego y en latín: *Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos.* Todo el pueblo lee y repite esta inscripción; y proclama una vez más sin quererlo la realeza del Hijo de David. Los enemigos de Jesús lo han comprendido y se apresuran a pedir a Pilatos que se quite ese rótulo; pero no reciben otra respuesta que ésta: "Lo que he escrito, escrito está"[1]. Una

[1] *S. Juan,* XIX, 22.

circunstancia que la tradición de los Padres nos ha transmitido, anuncia que este rey de los judíos, rechazado por su pueblo, reinará con mucha mayor gloria sobre las naciones de la tierra que ha recibido en herencia de su Padre. Los soldados, al plantar la cruz en el suelo, la han dispuesto de suerte, que el divino crucificado vuelve la espalda a Jerusalén y extiende sus brazos hacia las regiones de Occidente. El sol de la verdad se pone sobre la ciudad deicida y se eleva al mismo tiempo sobre la Jerusalén nueva, sobre Roma, esta orgullosa ciudad, que tiene conciencia de su eternidad, pero que ignora todavía que será eterna precisamente por la cruz.

Los insultos. —Levantemos nuestras miradas hacia este hombre-Dios cuya vida se extingue rápidamente sobre el instrumento de su suplicio. Hele ahí suspendido en los aires a la vista de todo Israel, "como la serpiente de bronce que Moisés había ofrecido a las miradas de su pueblo en el desierto"[1].

Pero este pueblo no tiene para él sino ultrajes. Sus voces insolentes y despiadadas llegan hasta El. "Tú, que destruyes el templo de Dios y le reedificas en tres días, sálvate a ti mismo ahora; si Tú eres el Hijo de Dios, desciende de la cruz, si puedes." Los indignos pontífices del judaísmo van más lejos aún en sus escarnios.

[1] *S. Juan,* III, 14.

"¡A otros ha salvado, y no puede salvarse a sí mismo! ¡Cristo, Rey de Israel, desciende de la cruz y creeremos en ti! ¡Pusiste tu confianza en Dios, líbrete ahora! ¿No has dicho: yo soy el Hijo de Dios?" Y los dos ladrones crucificados con él, se unían en este concierto de ultrajes.

ORACIÓN. — Nunca la tierra había recibido de Dios un beneficio semejante al que se dignaba concederla en esta hora; ni nunca el insulto a la Majestad divina se había proferido con tanta audacia. Cristianos, que adoramos a aquel que los judíos blasfeman, ofrezcámosle en este momento la reparación a que tantos derechos tiene. Esos impíos le reprochan sus divinas palabras y las vuelven contra El. Recordémosle, por nuestra parte, aquella otra, dicha también por El, y que debe llenar nuestros corazones de esperanza: "cuando yo fuere levantado de la tierra, atraeré todas las cosas a mí"[1]. "Ha llegado, oh Jesús, el momento de cumplir tu promesa; atráenos a ti. Estamos aún pegados a la tierra y encadenados por mil intereses y atractivos; estamos cautivos del amor a nosotros mismos, y nuestro vuelo hacia ti se ve impedido sin cesar; sé el imán que nos atraiga y rompa nuestros lazos a fin de llevarnos hasta ti, y que la conquista de nuestras almas venga por fin a consolar tu corazón oprimido."

[1] *S. Juan,* XII, 32.

Las tinieblas. — Hemos llegado a la hora sexta, la hora que nosotros llamamos de mediodía. El sol que brillaba en el cielo, como testigo insensible, se oscurece de repente y una noche densa extiende sus tinieblas sobre la tierra toda. Las estrellas aparecen en el firmamento; la naturaleza entera queda en silencio y el mundo parece volver al caos. Se cuenta que el célebre Dionisio del Areópago de Atenas, que fué más tarde discípulo del Apóstol de las gentes, exclamó en el momento de este eclipse: "O sufre el Dios de la naturaleza o la máquina de este mundo está a punto de estallar." Phlegon, autor pagano, que escribía un siglo después, menciona el espanto que extendieron en el imperio romano estas tinieblas inesperadas, cuya invasión hizo caer por tierra todos los cálculos de los astrónomos.

El buen ladrón. — Un fenómeno tan importante, testimonio bien claro de la cólera divina, hiela de espanto a los más osados blasfemos. El silencio sucede a tantos clamores. Este es el momento en que el ladrón, cuya cruz estaba colocada a la derecha de la de Jesús, siente nacer a la vez en su corazón el remordimiento y la esperanza. Se atreve a reprender al compañero con quien hace un instante insultaba al inocente: "¿Ni siquiera tú temes a Dios, le dice, tú que sufres la misma condena? En cuanto a nosotros justo es lo que recibimos, pues sufrimos lo que

nuestras acciones merecen; pero éste no ha hecho mal alguno." ¡Jesús defendido por un ladrón en este momento, en que los Doctores de la ley judía, aquellos que se sientan sobre la cátedra de Moisés no tienen para El sino ultrajes! Nada demuestra mejor el grado de obcecación a que ha llegado la Sinagoga. Dimas, este ladrón, este deshecho, es figura en este momento de la gentilidad, que sucumbe bajo el peso de sus crímenes, pero que pronto se purificará al confesar la divinidad del Crucificado. Vuelve penosamente su cabeza hacia la cruz de Jesús y dirigiéndose al Salvador: "Señor, exclama, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino." Cree en la realeza de Jesús, en esa realeza de la cual los sacerdotes y los magistrados de su nación se reían.

La calma y la dignidad de la augusta víctima sobre el patíbulo le han revelado toda su grandeza; afirman su fe; implora de ella con confianza un simple recuerdo, cuando la gloria haya sucedido a la humillación. ¡Qué cristiano tan gigante acaba de hacer la gracia en este ladrón! Y esa gracia ¡quién se atrevería a decir que no ha sido pedida y obtenida por la Madre de misericordia en este momento solemne en que ella se ofrece en un mismo sacrificio con su Hijo! Jesús se conmueve al encontrar en un ladrón, ajusticiado por sus crímenes, esa fe que en vano ha buscado en Israel; y responde a su humilde sú-

plica. "En verdad, le dice, hoy estarás conmigo en el paraíso." Es la segunda palabra de Jesús sobre la cruz. El dichoso penitente la recoge con alegría en su corazón; y en adelante guarda silencio y espera, en expiación, la hora que debe librarle.

El grupo de los fieles. — Entre tanto María se ha acercado a la cruz en que está clavado Jesús. Para una madre no hay tinieblas que impidan conocer a su Hijo. El tumulto se ha apaciguado, desde que el sol ocultó su luz, y los soldados no ponen obstáculo a esta aproximación. Jesús mira tiernamente a María, ve su desolación; y el dolor de su corazón que parecía haber llegado a su más alto grado se acrecienta más aún. Va a abandonar esta vida; y su madre no puede subir hasta El, estrecharle entre sus brazos y prodigarle sus últimas caricias. Magdalena está allí también, descorazonada, fuera de sí. Los pies del Salvador, esos pies, que ella tanto amaba, que regaba incluso con sus perfumes hacía algunos días, están heridos, bañados en la sangre que de ellos brota y que comienza a cuajarse en las llagas. Todavía puede bañarlos con sus lágrimas, pero éstas no podían curarle. Ha venido para ver morir a aquel que recompensó su amor con el perdón. Juan, el discípulo amado, el único discípulo que ha seguido a su Maestro hasta el Calvario, está abismado en su dolor. Recuerda la predilección de que fué objeto, por parte de

Jesús, ayer en el banquete misterioso. Sufre por el hijo y sufre también por la madre; pero su corazón no prevé el precio inestimable con que Jesús ha resuelto pagar su amor. María Cleofás ha acompañado a María junto a la cruz; las otras mujeres forman un grupo a poca distancia.

María, nuestra madre. — De repente, en medio de un silencio interrumpido sólo por los sollozos, la voz de Jesús muriente resuena por tercera vez: Dirigiéndose a su Madre: "Mujer, la dice (porque no se atreve a llamarla su madre, a fin de no revolver la espada en la llaga de su corazón), mujer, he ahí a tu hijo." Con esta palabra designaba a Juan. Después volviéndose a éste añade: "Hijo, he ahí a tu madre."

Cambio doloroso para el corazón de María, pero sustitución que asegura para siempre a Juan, y en él a la raza humana, el beneficio de una madre. Hemos descrito esta escena más detalladamente en el Viernes de la Semana de Pasión. Hoy, en este aniversario aceptemos este generoso testamento de nuestro Salvador, que por su Encarnación nos había procurado la adopción de su Padre Celestial y en este momento nos da a su propia Madre.

Los últimos instantes. — Se acerca ya la hora nona (las tres de la tarde) es la hora que los decretos eternos fijaron para la muerte del Hombre-Dios. Jesús experimenta en su voluntad un

nuevo acceso de ese cruel abandono que sintió en Getsemaní, siente todo el peso de la desgracia de Dios en que ha incurrido al salir fiador de los pecadores. La amargura del cáliz de la cólera de Dios, que debe apurar hasta las heces, produce en él un desfallecimiento que se expresa por este grito lastimero: "Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?" Es la cuarta palabra; pero esta palabra no devuelve la serenidad al cielo. Jesús no se atreve a decir: "¡Padre mío!" Se diría que no es sino un hombre pecador, al pie del tribunal inflexible de Dios. Entre tanto una calentura ardiente devora sus entrañas y de su boca jadeante se escapa a duras penas esta palabra, que es la quinta: "Tengo sed." Uno de los soldados presenta entonces a sus labios moribundos una esponja empapada en vinagre. Este es todo el alivio que en su sed ardiente le ofrece esta tierra a la que cada día refresca con su rocío y cuyos ríos y fuentes El ha hecho brotar.

La muerte. — Ha llegado finalmente el momento en que Jesús debe entregar su alma al Padre. Recorre, en rápida ojeada, todos los oráculos divinos que han anunciado hasta las menores circunstancia de su misión y ve que ni uno solo ha dejado de cumplirse, hasta esa sed que experimenta, hasta ese vinagre que le han dado a gustar. Profiriendo entonces la sexta palabra, dice: "Todo está consumado." No queda pues

sino morir, para poner el último sello a las profecías que han anunciado su muerte como medio final de nuestra Redención. Este hombre agotado, agonizante, que poco ha murmuraba con dificultad algunas palabras, da un gran grito que resuena a lo lejos y sobrecoge de espanto y admiración a la vez al centurión romano que mandaba los soldados que estaban al pie de la cruz. "¡Padre!, exclama, en tus manos encomiendo mi espíritu." Después de esta séptima y última palabra, su cabeza se inclina sobre el pecho de donde se escapa su último suspiro.

La derrota de Satanás. — En este momento cesan las tinieblas y el sol aparece de nuevo en el cielo; pero la tierra tiembla; se parten las piedras y la roca misma del Calvario se divide entre la cruz de Jesús y la del buen ladrón. Esta hendidura puede verse aún hoy día. En el templo de Jerusalén un fenómeno viene a atemorizar a los sacerdotes judíos. El velo del templo, que ocultaba el Santo de los Santos se rasga de arriba a bajo, anunciando con esto el final del reino de las figuras. Muchas tumbas en las que reposaban santos personajes, se abren por sí mismas y los muertos que contenían vuelven a la vida. Pero sobre todo se hace sentir la repercusión de esta muerte en el fondo de los infiernos. Satanás comprende por fin el poder y la divinidad de este Justo, contra el cual ha amon-

tonado imprudentemente las pasiones de la sinagoga. Su ceguera es la que ha hecho derramar esa sangre cuya virtud libra al género humano y le abre las puertas del cielo. Sabe ahora a qué atenerse respecto a Jesús de Nazaret, a quien se atrevió a acercarse en el desierto para tentarle. Reconoce con desesperación, que este Jesús es el propio Hijo del Eterno y que la redención negada a los ángeles rebeldes, le ha sido otorgada al hombre de un modo sobrenatural, por los méritos de la sangre, que el mismo Satanás ha hecho derramar en el Calvario.

ORACION

Oh Hijo adorable del Padre. ¡Te adoramos muerto sobre el madero de tu sacrificio! Tu muerte acerbísima nos ha devuelto la vida. Herimos nuestros pechos como esos judíos que habían esperado tu último suspiro y entran en la ciudad movidos a compunción. Confesamos que han sido nuestros pecados los que te han quitado la vida; dígnate aceptar nuestras acciones de gracias por el amor que nos has mostrado hasta el fin. Tú nos has amado en Dios; en adelante a nosotros nos toca servirte, como rescatados por tu sangre; somos posesión tuya y Tú eres nuestro Señor. Mas he aquí que tu Iglesia nos convoca al oficio divino; y debemos descender del Calvario para unirnos a ella y celebrar tus alabanzas. Pronto volveremos junto a tu cuerpo inanimado y asistiremos a tus funerales acompañándolos con nuestras lágrimas y tristezas. María tu Madre, permanece al pie de la cruz; y nada puede separarla de tus restos mortales. Magdalena está atada a tus pies. Juan y las santas muje-

res forman en derredor tuyo un cortejo de desolación. Adoramos una vez más tu cuerpo sagrado, tu sangre preciosa y tu cruz que nos ha salvado.

ULTIMAS HORAS DE LA TARDE

LA LANZADA. — Volvamos al Calvario a terminar este día de duelo universal. Hemos dejado allí a María en compañía de Magdalena, de Juan y de las otras santas mujeres. Apenas ha trascurrido una hora desde que Jesús expiró y he aquí que soldados, conducidos por un centurión vienen a turbar con el ruido de su voz y de sus pasos el silencio que reina en la colina.

Han de cumplir una orden de Pilatos. A ruegos de los príncipes de los sacerdotes el gobernador ha mandado que se les quiebren las piernas, se los desclave de la cruz y que sean enterrados antes de la noche. Los judíos contaban los días a partir de la puesta del sol; pronto va a comenzar, por tanto, el gran Sábado. Los soldados se dirigen hacia las cruces; van primeramente a la de los ladrones, a los que rompen las piernas y luego a la cruz del Redentor. El corazón de María tiembla al verles. ¿Qué nuevo ultraje reservan esos bárbaros hombres para el cuerpo ensangrentado de su Hijo? Observan al divino ajusticiado y comprueban que la vida ha cesado ya en El. Sin embargo, para asegurarse de la muerte, uno de ellos blande su lanza y la

hunde en el costado derecho de la víctima. El hierro penetra hasta el corazón; y cuando el soldado la retira, sangre y agua brotan de esta última llaga. Es la quinta efusión de esa sangre redentora y es también la quinta de las llagas que Jesús recibió sobre la cruz.

Jesús bajado de la cruz. — María ha sentido hasta en el fondo de su alma la punta de esa lanza cruel; los sollozos y las lágrimas se renuevan en torno suyo. ¿Cómo terminará esta triste jornada? ¿Qué manos descenderán de la cruz al Cordero que en ella está suspendido? ¿Quién, finalmente, le devolverá a su Madre? Los soldados se retiran y con ellos Longinos, el que osó darle la lanzada, y que siente ya en sí mismo un movimiento, extraño presagio de la fe de que un día será mártir. Mas he aquí que se acercan dos hombres; son dos judíos, José de Arimatea y Nicodemus que van subiendo la colina, hasta detenerse con emoción al pie de la cruz de Jesús. María fija sobre ellos una mirada de reconocimiento. Han venido para poner en sus brazos el cuerpo de su Hijo, y para rendir luego a su maestro los honores de la sepultura. Estos fieles discípulos vienen provistos de la autorización del gobernador. Pilatos ha otorgado a José el cuerpo de Jesús.

Se apresuran a desclavar los sagrados miembros, porque el tiempo es corto, el sol camina hacia su ocaso y está ya próxima la primera hora

del sábado. Junto al lugar en que se alza la cruz, en la parte baja del montículo, hay un jardín y en éste una cámara sepulcral tallada en la roca. En ella va a descansar Jesús. José y Nicodemus, cargados con la preciosa carga, descienden de la colina y depositan el cuerpo sagrado sobre una roca a poca distancia del sepulcro. La Madre de Jesús recibe de sus manos al Hijo de su ternura; riega con sus lágrimas, recorre con sus besos las innumerables y crueles llagas de que está cubierto su cuerpo. Juan, Magdalena y las otras santas mujeres compadecen a la Madre de los dolores; pero urge el tiempo de embalsamar estos restos inanimados. Sobre esa roca, que aún actualmente se llama *Piedra de Unción,* y que señala la décima tercera estación de la Vía dolorosa, José extiende el lienzo que ha traído; Nicodemus, que había ordenado traer a sus siervos hasta cien libras de mirra y áloe, va disponiendo los perfumes. Lavan la sangre de las heridas; quitan suavemente la corona de espinas de la cabeza del divino rey y llega el momento de envolver el cuerpo con el lienzo. María estrecha entre sus brazos una vez más el cuerpo inerte de su amado, que pronto va a ocultarse a sus miradas, bajo los pliegues del velo y de las vendas.

Jesús en la tumba. — José y Nicodemus se levantan y tomando de nuevo la noble carga, le llevan al sepulcro. Esta es la décima cuarta es-

tación de la Vía dolorosa. En el sepulcro había dos cámaras talladas en la roca, comunicándose la una con la otra; extendiendo el cuerpo del Salvador en un nicho practicado a cincel, en la segunda cámara a mano derecha, salen con presteza; y, reuniendo todas sus fuerzas, ruedan a la entrada del monumento una piedra que deberá servir de puerta, y que pronto, a petición de los enemigos de Jesús, la autoridad pública vendrá a sellar con su sello y a protegerla con un puesto de soldados romanos.

NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES. — El sol está a punto de ponerse y va a comenzar el gran Sábado con sus severas prescripciones. Magdalena y las otras mujeres han observado los lugares y la disposición del cuerpo en el sepulcro. Suspenden sus lamentaciones y descienden apresuradamente hacia Jerusalén. Su intento es comprar perfumes y prepararlos, a fin de que, terminado el sábado, puedan volver a la tumba, el Domingo de madrugada, y completar el embalsamamiento demasiado precipitado del cuerpo de su Maestro. María, después de saludar por última vez la tumba que encierra el objeto de su ternura, sigue al cortejo que camina hacia la ciudad. Juan, su hijo de adopción, está junto a ella. Desde este momento será el custodio de aquella que, sin dejar de ser Madre de Dios, se hace en él madre de los hombres. Pero, ¡a precio de qué

crueles sufrimientos ha obtenido este nuevo título! ¡Qué herida ha recibido su corazón en el momento en que la hemos sido confiados! Acompañémosla nosotros también fielmente durante esas horas crueles, que deberán trascurrir antes que la Resurrección de Jesús venga a consolar su inmenso dolor.

ORACION JUNTO A LA TUMBA DE JESUS

Pero nosotros no abandonaremos tu sepulcro ¡oh Redentor! sin depositar en él el tributo de nuestras oraciones y la satisfacción de nuestro arrepentimiento. ¡Hete ahí cautivo de la muerte! Esta hija del pecado ha extendido su imperio sobre Ti. Te has sometido a la sentencia, dictada contra nosotros, y has querido hacerte semejante a nosotros hasta en la tumba. ¿Qué reparación podría igualar a la humillación que sufres en este estado?, éste nos era a nosotros debido; mas Tú no le has hecho tuyo, ¡oh soberano autor de la vida!, más que a causa de tu amor para con nosotros. Los ángeles hacen la guardia en torno a esa piedra sobre la que reposa tu cuerpo; admiran tu amor para con el hombre, esta débil e ingrata criatura. Has sufrido la muerte no por sus hermanos caídos, sino por nosotros, los últimos de la creación. Pero, ¿qué lazo indisoluble forma en adelante entre Ti y nosotros este sacrificio que acabas de ofrecer? Has muerto por nosotros; ahora deberemos nosotros vivir para Ti. Así te lo prometemos ¡oh Jesús! sobre esta tumba que nuestros pecados habían cabado para Ti. Queremos también morir al pecado y vivir en tu gracia. Seguiremos en adelante tus preceptos y tus ejemplos y nos alejaremos del pecado, que nos ha hecho responsables de tu muerte amarga y dolorosa. Recibimos junto con tu

cruz todas las cruces de que la vida humana está sembrada, tan ligeras, en comparación de la tuya. Aceptamos, en fin, el morir nosotros también, cuando sea llegado el momento de sufrir la sentencia merecida, que la justicia de tu Padre ha pronunciado contra nosotros. Tú has suavizado con tu muerte ese momento tan temible de la naturaleza. Para Ti la muerte es un tránsito a la vida; y así como en este momento nos separamos de tu sepulcro con la esperanza próxima de saludar tu gloriosa resurrección, así también, al abandonar a la tierra los restos mortales, nuestra alma llena de confianza subirá hacia Ti, con la esperanza de unirse un día a este polvo culpable, que la tumba debe devolver, después de haberle purificado.

EL SABADO SANTO

POR LA MAÑANA

Jesús en la tumba. — La noche ha pasado sobre el sepulcro en que descansa el cuerpo del Hombre-Dios. Pero si la muerte triunfa en el fondo de esta gruta silenciosa; si tiene entre sus lazos a Aquel que da la vida a todos los seres, su triunfo será muy corto; en vano velan los soldados a la entrada de la tumba; no podrá retener al divino cautivo cuando emprenda su vuelo. Los santos ángeles adoran con profundo respeto el cuerpo inanimado de aquel cuya sangre va a "purificar al cielo y a la tierra"[1]. Este

[1] *Coloss.*, I, 20.

cuerpo separado del alma durante un corto instante ha permanecido unido al Verbo; el alma que momentáneamente cesó de animarle, no perdió tampoco su unión con la persona del Hijo de Dios. La divinidad permanece unida incluso con la sangre derramada en el Calvario y que debe entrar de nuevo en las venas del Hombre-Dios, en el momento de su próxima resurrección.

EL EXCESO DEL AMOR DIVINO. — Acerquémonos a esa tumba y veneremos nosotros también los restos del Hijo de Dios. Ahora conoceremos los efectos del pecado. "Por el pecado ha entrado la muerte en el mundo, y se ha comunicado a todos los hombres."

Jesucristo, "que no conoció el pecado" [1], permitió sin embargo a la muerte extender sobre El su dominio, con el fin de disminuir en nosotros la repugnancia que hacia ella profesamos y de devolvernos, una vez resucitado, la inmortalidad que el pecado nos había arrebatado. En su Encarnación se había dignado tomar "La forma de esclavo" [2]; en este misterio se ha humillado todavía más. ¡Vedle muerto en una tumba! Si este espectáculo nos revela el afrentoso poder de la muerte, nos muestra aún en mayor grado el inmenso e incomprensible amor que Dios tiene para con el hombre. Este amor no ha retrocedido

[1] *II Cor.*, V, 21.
[2] *Felip.*, II, 7.

ante ningún exceso; y por esto podemos decir que, si el Hijo de Dios se ha bajado fuera de toda medida, nosotros hemos sido tanto más glorificados por sus humillaciones. Que esto nos lleve a amar esa tumba en la cual debemos nosotros nacer a la vida; y después de haberle dado gracias por haber querido morir por nosotros en la cruz, agradezcamos asimismo el haber aceptado por nosotros la humillación del sepulcro.

La Virgen de los dolores. — Bajemos ahora a Jerusalén y visitemos a la Madre de los dolores. La noche ha pasado también por su corazón, y las escenas de la jornada no han cesado de asaltar su memoria. Su Hijo ha sido pisoteado por los hombres, mientras ella veía correr su sangre. ¡Cuántas lágrimas no ha derramado ella durante estas largas horas; y, sin embargo, Jesús no le ha sido aún devuelto! Junto a ella Magdalena, completamente desecha por las sacudidas y empujones recibidos en las calles de Jerusalén y en el Calvario, está muda de dolor. Espera que amanezca el día siguiente para volver al sepulcro y contemplar de nuevo los restos de su querido maestro. Las otras mujeres, menos amadas que la Magdalena, mas, sin embargo, estimadas por Jesús que han desafiado las burlas de los judíos y de los soldados, por asistir a Jesús hasta su muerte, rodean ahora cuidadosas a la Virgen, y piensan aliviar su propio dolor, yendo con

Magdalena, una vez pasado el Sábado, a depositar en el sepulcro el tributo de su amor.

LOS DISCÍPULOS. — Juan, el hijo adoptivo, el amado de Jesús, llora por el Hijo y por la Madre. Los demás Apóstoles, los discípulos José de Arimatea y Nicodemus, van visitando uno a uno esta mansión de dolor. Pedro, con la humildad de su arrepentimiento, no tiene miedo de presentarse en la presencia de la Madre de la misericordia. Se comenta en voz baja de una parte el suplicio de Jesús, y de otra, la ingratitud de Jerusalén. La Santa Iglesia, en el oficio de esta noche, nos sugiere algunas ideas de lo que debieron ser las conversaciones de estos hombres que han sido tan atrozmente conmovidos por tan terrible catástrofe. "Así muere el justo, dicen ellos, y nadie se conmueve; es arrebatado de en medio de la iniquidad; semejante a un cordero no ha abierto su boca; ha muerto rodeado de angustia; mas su memoria se conserva en paz" [1].

LA ESPERA DE LA RESURRECCIÓN. — De este modo conversan estos hombres fieles, mientras que las santas mujeres, víctimas de su dolor, piensan en los cuidados de los funerales. La santidad, la bondad, el poder, los dolores y la muerte de Jesús están presentes en su pensa-

[1] Responsorio VI del Oficio de la Noche.

miento; mas no se acuerdan de su Resurrección que anunció y que sin duda no tardará en suceder. Solamente María vive con esta espera cierta. El Espíritu Santo, dice hablando de la mujer fuerte: "Durante la noche su lámpara no se extingue" [1]; este pensamiento se cumple hoy de modo especial en la Madre de Jesús. Su corazón no sucumbe, porque sabe que la tumba ha de devolver a la vida a su Hijo. La fe en la Resurrección del Salvador, esta fe sin la cual, como dice el Apóstol: "Nuestra religión será vana" [2], está por decirlo así, concentrada en el alma de María. La Madre de la Sabiduría conserva este depósito precioso; y del mismo modo que ella llevó en su seno a aquel que no pueden contener el cielo y la tierra, así en este día, a causa de su firme creencia en las palabras de su Hijo, está concentrada en sí misma toda la Iglesia. ¡Sublime jornada la del Sábado Santo que, en medio de todas sus tristezas, viene a enaltecer todavía a la Madre de Dios! La Santa Iglesia guardará siempre su recuerdo; y por esto, queriendo consagrar a su Reina un día especial en cada semana, le ha dedicado el Sábado.

Ha llegado la hora de dirigirse a la casa de Dios. Las campanas no se oyen todavía; pero los misterios de la Liturgia que se van a desarrollar en esta mañana no llaman menos a los fieles a

[1] *Prov.*, XXXVI, 18.
[2] *I Cor.*, XV, 77.

concurrir a las más tiernas emociones. Conservemos el recuerdo de los que acabamos de sentir en el sepulcro así como a los pies de la Madre de los dolores y dispongamos nuestras almas a las alegrías que la fe nos ha de preparar.

EL OFICIO DE ESTE DIA

RITOS DEL OFICIO. — Desde la antigüedad, tanto el día de hoy, como el de Viernes Santo se pasó sin la ofrenda del divino Sacrificio. Ayer la Iglesia no lo celebraba porque el aniversario de la muerte de Cristo parecía cubrir con sus negras sombras el día entero. La misma razón la conduce a privarse también hoy de la celebración del Sacrificio. La sepultura de Cristo es la continuación de su Pasión; y mientras su cuerpo reposa inanimado en la tumba, no conviene renovar el divino misterio en que aparece glorioso y resucitado. La misma Iglesia griega que durante el curso de la Cuaresma, tiene a gala no ayunar el Sábado, imita a la Iglesia Latina reservando para este día más austeras disciplinas. Este día es, en efecto, un día de profundo duelo, durante el cual la Iglesia se detiene junto al sepulcro del Señor, meditando su Pasión y Muerte, hasta el momento en que, habiendo celebrado la Vigilia solemne, nocturna espera de la Resurrección, recibirá la alegría

pascual cuya plenitud desbordará durante los días siguientes [1].

Pero la Esposa de Cristo no puede menos de permanecer hoy sentada junto a la tumba en que reposa su Señor y sólo romperá el silencio por el canto o por la recitación de las diversas horas del Oficio, como en los dos días anteriores. Antes de salir el sol comienza por el canto de las Tinieblas; Prima, Tercia, Sexta y Nona, se sucederán luego para recordarla lo que Jesús sufrió la víspera a estas mismas horas.

Ya no padece más, descansa y la Iglesia lo sabe; descansa como vencedor cuyo triunfo está cercano. Por eso en el Oficio, después de haber cantado: "Cristo se hizo obediente hasta la muerte y muerte de Cruz", añade en seguida: "y así Dios le ha exaltado y le ha dado un nombre sobre todo nombre". Y concluye con la oración: "Suplicámoste, oh Dios todopoderoso, que los que nos preparamos con devota espectación a la resurrección de tu Hijo, alcancemos la gloria de su misma resurrección. Por el mismo Jesucristo."

Las Vísperas terminan este día. Mas la Iglesia suprime las Completas. No nos impone la celebración de este Oficio, que normalmente precede al reposo, puesto que nos convida a todos a estar en vela en esta noche hasta el dichoso instante en que proclamará llena de alegría la Resurrección del Señor.

[1] Instrucción de la S. C. de Ritos 16 nov. 1955.

PARA LA TARDE

Util nos será meditar algunos instantes todavía sobre el misterio de los tres días, durante los cuales el alma del Redentor permaneció separada de su cuerpo. Esta mañana visitamos el sepulcro y adoramos el sagrado cuerpo, que Magdalena y sus compañeros se preparan para rendirle mañana muy temprano nuevos honores. En este momento conviene ofrecer nuestros homenajes al alma santa de Jesús. No está en el sepulcro; busquémosla en los lugares en que habita esperando que venga a reanimar los miembros de los que la muerte le ha separado por un tiempo.

EL INFIERNO.—Hay cuatro vastas regiones donde ningún viviente entrará jamás; la revelación divina solamente nos ha enseñado su existencia. La primera es el infierno de los condenados, lugar espantoso, donde Satanás y sus ángeles están destinados, con los réprobos de la raza humana, a las llamas vengadoras de la eternidad. Es la corte del príncipe de las tinieblas, donde no cesa de formar contra Dios y su obra, planes perversos y continuamente frustrados.

EL LIMBO DE LOS NIÑOS.—El segundo es el Limbo donde están detenidas las almas de los

niños que salieron de este mundo antes de ser bautizados. Según la doctrina más autorizada de la Iglesia, los huéspedes de esta mansión no sufren ningún daño y aunque no están llamados a ver la Esencia divina, son capaces de una felicidad natural y proporcionada a sus deseos.

El Purgatorio. — La tercera región es el lugar de las expiaciones donde las almas salidas de este mundo con el don de la gracia acaban de purificar sus manchas para ser admitidas y recompensadas eternamente.

El Limbo de los justos. — Por fin el limbo en cuyas sombras está detenida la muchedumbre entera de los santos que murieron desde el justo Abel hasta el momento en el que Cristo expiró en la Cruz. Allí están nuestros primeros padres, Noé, Abrahán, Moisés, David, los profetas antiguos; Job y los demás justos de la gentilidad; los santos personajes cuya vida está próxima a la de Cristo, Joaquín, padre de María y Ana su madre; José, Esposo de la Virgen y padre putativo de Jesús; Juan, su precursor con sus padres Zacarías e Isabel.

Hasta que la puerta del cielo no sea abierta por la sangre redentora, ningún justo puede subir hasta Dios. Al salir de este mundo las almas más santas tienen que bajar al limbo. Mil pasos del Antiguo Testamento señalan los "infiernos" como la morada de los justos que han ser-

vido y honrado a Dios; solamente en el Nuevo se habla del Reino de los cielos. Esta permanencia temporal no lleva consigo otros castigos más que la detención y cautividad. Las almas que moran allí están en gracia, aseguradas con una felicidad eterna; soportan con resignación este destierro, fruto del pecado, pero ven con alegría siempre creciente acercarse el momento de su liberación.

Jesús en los Infiernos. — Habiendo aceptado el Hijo de Dios todas las condiciones de la humanidad, no debía triunfar sino por su Resurrección y no debía abrir las puertas del cielo más que por su Ascensión; su alma separada del cuerpo, tenía que bajar a los "Infiernos" y compartir un momento la mansión de los justos desterrados. "El Hijo del hombre, había dicho, estará tres días en el corazón de la tierra" [1]. Pero en tanto su entrada en estos lugares debía ser saludada por las aclamaciones del pueblo santo, en cuanto debía desplegar su majestad y mostrar el poder y la gloria del Emmanuel. En cuanto Jesús dió su último suspiro en la Cruz, el limbo de los justos se vió de pronto iluminado de resplandores celestiales. El alma del Redentor unida a la divinidad del Verbo, bajó en un instante a estas sombras y de un lugar de destierro hizo un paraíso, es la promesa que al morir hizo

[1] *Mt.*, XII, 40.

Jesús al ladrón arrepentido: "Hoy estarás conmigo en el paraíso."

La felicidad de los justos. — ¿Quién podrá describir la felicidad de los justos en este momento por tanto tiempo deseado? ¿Quién, su admiración y amor al contemplar esta alma divina que viene a la vez a compartir y levantar su destierro? ¡Qué miradas bondadosas dirige el alma de Jesús sobre este inmenso ejército de elegidos que ha reunido en tantos siglos sobre esta parte de su Iglesia que adquirió con su sangre y a quien los méritos de esta sangre fueron aplicados por la misericordia del Padre antes de que fuese derramada! Nosotros que tenemos la esperanza de subir, cuando abandonemos este mundo, hasta Aquel que ha ido a prepararnos un lugar en los cielos [1], unámonos a las alegrías de nuestros padres y adoremos el amor del Emmanuel que se dignó permanecer tres días en estas mansiones subterráneas, para no dejar nada en los destinos de la humanidad, aun pasajeros que no haya aceptado y santificado.

Jesús vencedor de Satanás. — Pero en esta visita a los infiernos el Hijo de Dios viene también a manifestar su poder. Sin bajar sustancialmente a las mazmorras de Satanás, le ha hecho sentir su presencia; es necesario que el prín-

[1] *Juan*, XIV, 2.

cipe soberbio de este mundo doble la rodilla y se humille. En este Jesús, a quien ha crucificado por medio de los judíos reconoce ahora al propio Hijo de Dios. El hombre está libertado, destruída la muerte, borrado el pecado, las almas de los justos ya no bajarán al seno de Abrahán; subirán al cielo con los ángeles para reinar con Cristo, su Jefe divino. El reino de la idolatría va a sucumbir; los altares sobre los cuales Satanás recibía el incienso de la tierra han sido arrasados. La casa del fuerte armado ha sido forzada por su adversario divino; le han sido arrebatados sus despojos[1] ha sido arrancada a la serpiente la cédula de nuestra condenación; y la Cruz que, con tanta alegría había visto levantar para el Justo, ha sido para él, según enérgica expresión de San Antonio, como anzuelo mortífero presentado bajo el cebo al monstruo marino que muere despedazándose después de haberlo tragado.

El alma de Jesús hace sentir también su presencia entre los justos que suspiran en los fuegos de la expiación. Su misericordia aligera sus sufrimientos, y abrevia el tiempo de su prueba. Muchos de ellos ven acabar sus penas en estos tres días y se unen a la muchedumbre de los santos para rodear con sus votos y su amor a Aquel que abre las puertas del cielo. No es contrario a la fe cristiana pensar, con algunos teólogos, que la estancia del Hombre-Dios en la re-

[1] *Mat.*, XII, 29.

gión vecina del limbo de los niños les llevó también consuelo; conocieron entonces que un día volverán a tomar sus cuerpos y verán abrirse una morada menos sombría y más alegre que aquella en la que la divina justicia les tiene cautivos hasta el día del gran juicio.

ORACION

¡Oh alma del Redentor!; te saludamos y adoramos durante estas horas que te dignaste pasar con nuestros padres. Glorificamos tu bondad, admiramos tu ternura con tus elegidos. Te damos gracias por haber humillado a nuestro temible enemigo; dígnate abatirle siempre a nuestros pies, pero: ¡Oh Emmanuel! largo tiempo has estado en el sepulcro y ya es hora de unir tu alma a tu cuerpo; el cielo y la tierra esperan tu Resurrección, y, tu Iglesia, ya está impaciente por volver a ver a su Esposo. ¡Sal del sepulcro, autor de la vida, triunfa de la muerte y reina para siempre!

LA VIGILIA PASCUAL

Desde los primeros siglos vigilaban los fieles en la iglesia toda la noche del sábado al domingo, en recuerdo y en honra del momento en que Cristo, triunfante de la muerte, salió del sepulcro. Pero, entre todas las vigilias sagradas

del año, ninguna era frecuentada con tanta asistencia y entusiasmo como ésta: los fieles que celebraban el tránsito de Cristo de la muerte a la vida gloriosa, tomaban parte al mismo tiempo, como testigos, en la administración solemne del bautismo a los catecúmenos: función en la que se manifestaba el paso de la muerte espiritual a la vida de la gracia.

La Iglesia de Oriente ha conservado hasta nuestros días la antigua tradición de esta gran Vigilia. En Occidente, desde la alta Edad Media, el deseo de aligerar la austeridad del ayuno que duraba desde la tarde del viernes santo hasta la Vigilia pascual, contribuyó a que se anticipase poco a poco la hora de la misa nocturna de la Resurrección, primero a después del mediodía, después a mediodía hacia el siglo XII, y en fin, hasta a la misma mañana del sábado santo. Finalmente, Durando de Mende, que compuso su *Racional de los divinos Oficios,* hacia el fin del siglo XIII, atestigua que en su tiempo apenas algunas iglesias conservaban todavía la costumbre primitiva.

Esta modificación introdujo una especie de contradicción entre el misterio de este día y el Oficio divino que en él se celebra. Cristo permanecía aún en la tumba, y ya se celebraba su Resurrección. De ahí que los ritos venerables de esta Vigilia, tan a propósito para hacer al alma entrar a participar de los misterios de Pascua, habían perdido mucho de su sentido.

Además, en nuestros días, esta ceremonia matutina se desarrollaba durante las horas de trabajo y hacía difícil la asistencia para la mayor parte del pueblo cristiano. Accediendo a las instantes peticiones de pastores y fieles, el Papa Pío XII decretó en 1951 la restitución de la Vigilia a su hora normal y la restauración de sus ritos, invitando al pueblo cristiano a volver de este modo a las tradiciones de la antigua piedad de nuestros padres. Vamos, pues, a trazar primero, el plan de la augusta función que se va a ejecutar; luego expondremos todas sus partes.

La administración del bautismo a los catecúmenos, es el gran objeto de esta larga ceremonia; es el punto central al que todo se dirige. Los fieles deben, por tanto, tenerlo presente de continuo, si quieren seguir con inteligencia y provecho este drama tan sagrado como imponente. Bendícese, en primer lugar, el fuego nuevo; viene a continuación la inauguración del cirio pascual. A ésta siguen las lecciones proféticas que forman un todo con lo que precede y lo que sigue. Terminadas éstas, bendícese el agua. Preparada la materia del bautismo, los catecúmenos reciben el sacramento de la regeneración. Inmediatamente el Obispo [1] les confe-

[1] La presencia del Obispo, necesaria para la administración del Sacramento de la Confirmación, ha sido causa, sin duda, de que en toda esta función de la Vigilia Pascual, Dom Guéranger haya puesto al Obispo como *celebrante*, pudiendo ser éste un simple sacerdote.

ría la Confirmación. Luego los fieles que han sido testigos del nuevo nacimiento de los neófitos, son invitados asimismo a renovar las promesas contraídas en su propio bautismo. Finalmente, comienza el Santo Sacrificio en honor de la Resurrección del Señor y los neófitos son admitidos por primera vez a participar de los sagrados misterios.

La Estación. — En Roma, la Estación se celebra en San Juan de Letrán, la iglesia madre; el sacramento de la regeneración se administra en el Baptisterio de Constantino. Aún flotan sobre estos antiguos santuarios, los grandes recuerdos del siglo IV; cada año va a celebrarse allí el Bautismo de los adultos, y numerosa ordenación viene a unirse a los esplendores de este día.

I. LA BENDICION DEL FUEGO NUEVO

El último escrutinio. — El último Miércoles fueron citados todos los catecúmenos para este día a la hora de tercia (nueve de la mañana). Va a tener lugar el último escrutinio. Presiden los sacerdotes; y se va preguntando el símbolo a aquellos que todavía no le han aprendido. Una vez repetida la Oración Dominical y los atributos bíblicos de los cuatro Evangelistas, uno de los sacerdotes despide a los aspirantes al Bautismo después de haberles recomendado mantenerse en el recogimiento y la oración.

El fuego nuevo. — Hacia la hora de Nona (tres de la tarde), el obispo se dirige con todo su clero a la iglesia. En este momento comienza la Vigilia del Sábado Santo. El primer rito que hay que cumplir es la bendición del fuego nuevo, cuya luz debe alumbrar la ceremonia durante toda la noche. En los primeros siglos existía la costumbre de sacar cada día, el fuego de un pedernal para encender con él las lámparas y velas durante este oficio; y esta luz ardía en la iglesia hasta las Vísperas del día siguiente. La iglesia de Roma practicaba esta costumbre con mucha más solemnidad el Jueves Santo por la mañana; y en este día el fuego nuevo recibía bendición especial. Según un dato encontrado en carta que el Papa Zacarías dirigió al Arzobispo de Maguncia, San Bonifacio (s. VIII), se deduce que con ese fuego encendían tres lámparas que se guardaban luego en lugar secreto, cuidando entre tanto de ellas con sumo esmero. De estas lámparas se tomaba después la luz para la noche del Sábado Santo. Más tarde, en el pontificado del Papa San León IV, en 847, la Iglesia de Roma acabó por extender al Sábado Santo las costumbres de sacar el fuego de dos pedernales como en los demás días del año[1].

Cristo: piedra y luz. — El sentido de este uso simbólico, que en la Iglesia latina no se practica más que en este día, es fácil de com-

[1] Este uso del fuego nuevo parece ser de origen irlandés.

prender. Cristo ha dicho: "Yo soy la luz del mundo"[1]; la luz material es, pues, la figura del Hijo de Dios; la piedra es también una de las figuras bajo la cual el Salvador del mundo aparece en las SS. EE. "Cristo es la Piedra angular nos dicen de común acuerdo San Pedro[2] y San Pablo[3] que no hacen más que aplicarle las palabras de la profecía de Isaías[4]. Mas en este acto, la chispa viva que sale de la piedra, representa un símbolo más completo todavía. Simboliza a Jesucristo lanzándose fuera del sepulcro tallado en la roca, a través de la piedra que cierra su entrada.

Ahora bien, el sepulcro de Cristo se halla situado fuera de las puertas de Jerusalén; las piadosas mujeres y los Apóstoles deberán salir de la ciudad para llegar hasta él y constatar la Resurrección. Por eso el Obispo[5] y su cortejo acaban de salir de la iglesia para dirigirse al atrio donde flamea en la noche el brasero del fuego nuevo. El Pontífice lo bendice con la oración siguiente:

℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.

OREMOS

Oh Dios, que, por medio de tu Hijo, que es la piedra angular, diste a tus fieles el fuego de tu claridad:

---

[1] *S. Juan*, VIII, 12.
[2] *S. Pedro*, II, 6.
[3] *Efes.*, II, 20.
[4] *Isaías*, XXVIII, 16.
[5] O celebrante; y entiéndase así en lo sucesivo; salvo en el párrafo dedicado a la Confirmación, pág. 703.

santifica este nuevo fuego, producido de la piedra, y que ha de servir para nuestros usos: y haz que, por medio de estas fiestas pascuales, nos inflamemos de tal modo en celestiales deseos, que podamos llegar con almas puras a las fiestas de la perpetua claridad. Por el mismo Cristo, Nuestro Señor. ℟. Amén.

Luego asperja el fuego con el agua bendita, y habiendo puesto incienso sobre las brasas tomadas del brasero, inciensa el fuego.

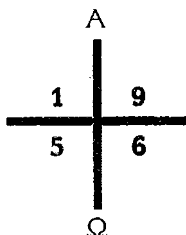
Es por tanto justo que este fuego misterioso, destinado a suministrar la luz al cirio pascual y más tarde al altar mismo, reciba una bendición especial, y sea acogido por el pueblo cristiano con muestras de júbilo.

II. LA BENDICION DEL CIRIO PASCUAL

Preséntase entonces delante del Obispo el cirio que la santa Iglesia tiene preparado para que luzca con esplendor durante la larga Vigilia que ya comienza; un cirio superior en peso y en grosor a todos los otros que se usan en las demás fiestas. Este cirio es único; tiene forma de columna y está llamado a representar a Cristo. Antes de ser encendido, su figura está representada en la columna de nube que cubrió la marcha de los Hebreos a su salida de Egipto; bajo esta primera forma es figura de Cristo en la tumba, inanimado, sin vida. Después de encendido, veremos en él a la columna de fuego que alumbra los pasos de su pueblo elegido; y asimismo la

figura de Cristo, toda brillante por los esplendores de su Resurrección.

El Obispo traza entonces con un punzón una cruz entre los agujeros extremos destinados a recibir los granos de incienso. En la parte de arriba de esta cruz traza en seguida la letra griega Alfa, y en la parte de abajo la letra Omega y en los ángulos de la cruz traza cuatro números que son el milenio del año en curso. Al mismo tiempo pronuncia las palabras siguientes:



1 Jesucristo, ayer y hoy
2 Es el principio y el fin
3 El Alfa
4 y la Omega
5 Suyos son los tiempos
6 y los siglos
7 A El sea dada la gloria
 y el imperio
8 Por todos los siglos. Amén.

Grabados estos signos, el Obispo toma cinco granos de incienso, los asperja e inciensa tres veces, y luego los clava en los agujeros de la

cruz: uno arriba, otro en el centro, otro a los pies y uno en cada brazo, diciendo:

```
  1        1 Por sus sagradas
  |        2 y gloriosas llagas
4—2—5      3 nos proteja
  |        4 y nos guarde
  3        5 Cristo, Señor nuestro. Amén.
```

El número de estos granos de incienso, clavados de ese modo en la masa del Cirio, representa las cinco llagas de Cristo en la cruz, al mismo tiempo que su empleo significa el de los perfumes que Magdalena y sus compañeras habían preparado mientras Cristo reposaba en el sepulcro.

Entonces el diácono enciende en el fuego nuevo una velita o pábilo en el fuego nuevo, lo ofrece al Obispo y éste enciende el cirio pascual diciendo:

La luz de Cristo que resucita glorioso, disipe las tinieblas del corazón y de la mente.

A continuación bendice el cirio recitando la oración siguiente:

OREMOS

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, venga sobre este incienso una larga infusión de tu ben†dición: y enciende, oh invisible Regenerador, este resplandor nocturno; para que, no sólo refluya con la arcana mezcla de tu luz el sacrificio que ha de celebrarse esta noche, sino que, en cualquier lugar a donde fuere llevado algo del misterio de esta santificación, expul-

sada la maldad de las astucia diabólica, reine la virtud de tu claridad. Por Cristo, Nuestro Señor. R. Amén.

Durante este tiempo en la iglesia todas las lámparas han sido apagadas; antiguamente los fieles, antes de ir a la iglesia, apagaban el fuego de sus casas; y no se volvía a encender en toda la ciudad más que por la comunicación del fuego que había sido bendito y que era entregado después a los fieles como un don de la Resurrección divina. No olvidemos de hacer resaltar aquí un nuevo símbolo más expresivo que los otros. La extinción de toda luz en este momento figura la abrogación de la ley antigua, que terminó una vez que el velo del templo se hubo rasgado; y la aparición del fuego nuevo representa la publicación misericordiosa de la ley nueva que, Jesucristo, Luz del mundo, viene a traer, disipando todas las sombras de la primera alianza.

III. LA PROCESION SOLEMNE Y EL PREGON PASCUAL

El diácono se reviste ahora de la estola y dalmática blancas, toma el cirio pascual bendecido y penetra en la iglesia a oscuras, a la cabeza del cortejo. Después de haber dado algunos pasos, la procesión se detiene, todos se vuelven hacia el cirio que el diácono eleva en alto, diciendo:

"Luz de Cristo".

Todos a una voz le responden:

"Demos gracias a Dios."

Esta primera ostensión de la luz proclama la divinidad del Padre que se nos ha manifestado por Jesucristo: "Nadie conoce al Padre, nos dice, sino el Hijo y aquel a quien el Hijo ha tenido a bien revelárselo"[1].

Todos se levantan y el Obispo que ha bendecido el cirio pascual, enciende en él su propia vela, luego la procesión prosigue por la iglesia.

Hacia el medio de la iglesia de nuevo se detiene la procesión y todos nuevamente se arrodillan mientras el diácono canta en un tono más elevado que la primera vez:

"Luz de Cristo".

Y todos le responden:

"Demos gracias a Dios".

Esta segunda ostentación anuncia la divinidad del Hijo que se ha aparecido a los hombres en la Encarnación y les ha mostrado su igualdad de naturaleza con el Padre.

El clero y los demás ministros del altar encienden sus velas en el cirio pascual, y la procesión avanza hasta que el diácono ha llegado cerca del altar. Por tercera vez levanta el cirio y, mientras todos se arrodillan, vuelve a cantar:

"Luz de Cristo".

---

[1] *San Mateo*, XI, 27.

Y la respuesta es la misma:

"Demos gracias a Dios."

Todos entonces se levantan y reciben la luz del cirio pascual. Esta tercera manifestación de la luz proclama la divinidad del Espíritu Santo que nos ha sido manifestado por Jesucristo al dar a los apóstoles el mandato solemne que la Iglesia va a cumplir en esta noche: "Enseñad a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" [1]. Por medio del Hijo, que es "La luz del mundo", los hombres han conocido a la Santísima Trinidad cuya confesión va a pedir el pontífice a los catecúmenos antes de bautizarlos, mientras el cirio de tres brazos debe recordar durante toda la noche este misterio al pueblo presente.

Tal es el primer uso del fuego nuevo; anunciar los esplendores de la Santísima Trinidad. Ahora va a servir para la gloria del Verbo Encarnado, completando el magnífico símbolo que debe atraer nuestras miradas.

El Pontífice subido a su trono y dejada la caña por el diácono, va éste a ponerse de rodillas ante el Pontífice pidiendo su bendición para la solemne ceremonia. El Pontífice les dirige estas palabras: "El Señor esté en tus labios y en tu corazón para que ensalces dignamente la Pascua."

---

[1] *S. Mateo,* XXVIII, 19.

Colocado el cirio pascual sobre un candelero en medio del presbiterio, el diácono inciensa el libro puesto sobre el atril, rodea al cirio incensándolo por todas partes, vuelve al atril y, teniendo todos en sus manos las velas encendidas, entona el "*Exsultet*".

El anuncio de la Pascua resuena en medio de los elogios que el diácono prodiga a este cirio glorioso; y celebrando a la divina antorcha, cuyo emblema es él mismo, cumple su cargo de heraldo de la Resurrección del Hombre-Dios. Solamente él revestido de blanco, mientras el Pontífice mismo lleva todavía los colores propios de la Cuaresma, hace oir su voz en la bendición del cirio con una libertad que de ordinario no le es concedida al diácono delante del sacerdote y menos delante de obispo. Los intérpretes de la Liturgia nos enseñan que el diácono representa aquí a Magdalena y a las otras santas mujeres, a quienes cupo el honor de ser iniciadas las primeras por el mismo Cristo, en el misterio de su Resurrección y fueron por El encargadas de anunciar a los Apóstoles, que habia ya salido de la tumba y que les precedería a Galilea [1].

Mas ya es hora de escuchar los acentos melodiosos de este canto sagrado, que conmueve nuestros corazones y nos dá al mismo tiempo

[1] Se encuentra esta ceremonia en la Galia, Alta-Italia, y en España desde el fin del s. IV. Se encuentra asimismo el cirio pascual en Ravena, en tiempo de San Gregorio, y en Nápoles en el siglo VIII.

una anticipación de las alegrías que nos reserva esta noche maravillosa. El diácono comienza por este exordio lírico:

Alborócese la multitud ingente de los ángeles en el cielo, alborócense, sí, los ministros de Dios[1], resuene la trompeta de la salvación por la victoria del Rey tan excelso. Salte de gozo también la tierra, radiante de tanta luz, y, alumbrada con el esplendor del Rey eterno, advierta desvanecida la oscuridad en toda su redondez. Alégrese igualmente nuestra madre la Iglesia, adornada con tantos rayos de luz, y resuene este ámbito con las aclamaciones de los fieles. Y vosotros, hermanos carísimos, los que presenciáis la admirable claridad de esta luz santa, implorad, os ruego, juntamente conmigo la misericordia de Dios todopoderoso. El, que sin ningún mérito mío se ha dignado agregarme al número de los diáconos, me infunda la claridad de su luz, y así él mismo será quien haga la loa en honor de este cirio. Por Jesucristo, Señor nuestro e Hijo suyo, que, como Dios, vive y reina con él en unidad con el Espíritu Santo.

---

[1] *Exsultent divina mysteria* ha sido un enigma y un tormento para los intérpretes. El cardenal Schuster lo traducía por "regocíjense los divinos misterios"; Dom Guéranger dice: "celébrense con júbilo los divinos misterios". Dom Capelle, abad de Mont César, en Lovaina, propuso corregir *exsultent* por resulten y traducía: "sean proclamados los divinos misterios". Dom Bonifacio Fischer, benedictino de Beuron, y Cristina Mohrmann, profesora en la Universidad de Nimega, sostienen que la recta grafía es en este caso *misteria* con *i* latina; y *misteria*, como *minsteria* es la forma vulgar de *ministeria*. Añade la última que en muchas lenguas, y en latín dan testimonio Tácito y Tertuliano y otros, es muy frecuente emplear un nombre abstracto en sentido concreto, y que eso ocurre aquí: *misteria (ministeria)* está en lugar de *ministri*. Ahora bien, los ministros de Dios, en el lenguaje bíblico y de los SS. Padres, son los ángeles. *(Ephemerides liturgicae,* 66 [1952] 274-281).

℣. Por todos los siglos.
℟. Amén.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.
℣. Arriba los corazones.
℟. Los tenemos ya en el Señor.
℣. Demos gracias al Señor, Dios nuestro.
℟. Eso es cosa digna y justa.

Verdaderamente es cosa digna y justa, cantar con todos los afectos del corazón y del alma, y con la misma palabra, A Dios invisible, Padre omnipotente, y a su unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo; el cual pagó por nosotros al Padre eterno la deuda de Adán y borró la escritura del antiguo pecado con su sangre inocente. Esta es la fiesta de Pascua, en la que es inmolado el verdadero Cordero, cuya sangre hace sagradas las casas de los fieles. Esta es la noche en que por vez primera hiciste pasar a pie enjuto el mar Rojo a nuestros padres, los hijos de Israel, liberados de Egipto. Esta es la noche que disipó las tinieblas del pecado con el resplandor de una columna. Esta es la noche que, separando de los vicios del siglo y de las tinieblas de los pecados a los que por todo el mundo creen en Jesucristo, los restituye hoy a la gracia y los asocia a los santos. Esta es la noche en que, rotos los lazos de la muerte, se levanta Jesucristo triunfante del sepulcro. De nada nos serviría el haber nacido si no nos valiese ser redimidos. ¡Oh dignación admirable de tu misericordia con nosotros! ¡Oh amor inapreciable el de tu caridad: redimir al esclavo entregando a tu Hijo! ¡Oh! Ciertamente fué necesario el pecado de Adán para que lo destruyese Cristo con su muerte. ¡Oh culpa dichosa, la que fué ocasión de tener tal y tan grande Redentor! ¿Oh noche verdaderamente afortunada, que sola mereció saber el tiempo y la hora en que Cristo resucitó de entre los muertos! Esta es la noche de la

que estaba escrito: "La noche alumbrará como el día; la noche será mi luz para mis delicias". La santidad, pues, de esta noche hace huir del pecado, purifica de las culpas, devuelve la inocencia a los caídos y la alegría a los tristes; apaga los odios, dispone a la concordia, y doma los imperios.

¡Oh Padre santo! En atención a esta noche acepta el sacrificio vespertino de la llama encendida, que, con la solemne oblación del cirio elaborado por las abejas, te ofrece tu Iglesia santa. Mas ya conocemos las excelencias de esta columna, encendida en honra de Dios con el fuego rutilante, el cual, aunque se divida en partes comunicando su luz, no sufre mengua, porque se alimenta con la cera derretida que la madre abeja elaboró para sustento de esta preciosa antorcha. ¡Oh noche verdaderamente afortunada, que despojó a los egipcios y enriqueció a los hebreos! Noche en que se abrazan los cielos y la tierra, Dios y los hombres.

Rogámoste, pues, Señor, que este cirio, bendecido en honor de tu nombre para disipar las tinieblas de esta noche, dure sin apagarse, y, aceptado en olor de suavidad, mezcle su luz con las luminarias de arriba. Vea sus llamas el lucero del alba, aquel lucero, digo, que no tiene ocaso; aquel, que, regresando de entre los muertos, amaneció brillante al género humano. También te suplicamos, Señor, que a nosotros tus siervos, a todo el clero y a tu devotísimo pueblo, en unión con nuestro santísimo Padre el Papa *N.*, y nuestro Prelado *N.*, nos concedas tiempos de paz y te dignes en estos regocijos pascuales regirnos, gobernarnos y guardarnos con tu asidua protección. Mira, además, a los que nos gobiernan desde el poder y, con el don inefable de tu bondad y misericordia, dirige sus intentos a la justicia y la paz, para que, tras las fatigas terrenas, lleguen a la patria celeste con todo tu pueblo. Por el mismo Jesucristo, Señor nuestro e Hijo

tuyo, que, como Dios, vive y reina contigo en unidad con el Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos.
℟. Amén.

Habiendo terminado el diácono esta oración, se quita la dalmática blanca, y una vez que se ha vuelto a revestir de la de color violeta, vuelve al lugar donde está el Pontífice. Entonces comienzan las Profecías sacadas de los libros del Antiguo Testamento.

IV. LAS LECCIONES O PROFECIAS

Después de tan solemne preludio, mientras la antorcha de la resurrección iluminando toda la iglesia, alegra santamente el corazón de los fieles, comienza la cuarta parte de la Vigilia pascual. Para completar el curso de la instrucción cuyo desarrollo hemos seguido durante toda la Cuaresma, léense aquí algunos pasajes de la Sagrada Escritura, especialmente adaptados a esta solemne circunstancia.

Como en las demás Vigilias antiguas de la Iglesia Romana, las Lecciones de esta noche eran en número de doce. En tiempo de la dominación bizantina se las leía incluso entonces en griego en favor de los oyentes que ignoraban el latín. Su número se redujo luego a seis, número que todavía se conserva actualmente en uso para el sábado de las Cuatro Témporas, e incluso también a cuatro, como se ve en el Sacramentario Gregoriano y en el primer Ordo romano. Esta

costumbre de no hacer más que cuatro Lecciones se conservó en ciertas iglesias, mientras en otras, entre ellas la de Roma, habían vuelto antes del fin del siglo XII, al número de doce.

Durante el curso de esta Vigilia los sacerdotes cumplían con los catecúmenos los ritos preparatorios para el Bautismo.

En este momento estaban reunidos en el pórtico exterior de la iglesia, mientras los sacerdotes cumplían con ellos los ritos preparatorios al Bautismo, llenos todos ellos de un sentido tan profundo. En primer lugar trazaban sobre la frente de cada uno el signo de la cruz; después, imponiéndoles las manos sobre su cabeza, conminaban a Satanás a salir de esta alma y cuerpo y a ceder el lugar a Cristo. Al ejemplo del Salvador tocaban con su saliva los oídos y narices de los neófitos, diciendo a los oídos: "Abríos"; y a las narices: "Respirad la dulzura de los perfumes"; el neófito recibía en seguida la unción con el Oleo de los Catecúmenos sobre el pecho y sobre las espaldas; mas antes de esta ceremonia que le hacía como un atleta de Dios, el sacerdote le mandaba renunciar a Satanás, a sus pompas y a sus obras.

Estos ritos se hacían en primer lugar sobre los hombres; luego sobre las mujeres; sus hijos, aunque fuesen de menor edad, eran admitidos también a esta ceremonia, según el sexo de cada uno, y, si entre los catecúmenos había algunos que estuviesen enfermos, y con todo querían ser

llevados a la iglesia, para recibir en esta noche la gracia de la regeneración, los sacerdotes pronunciaban sobre ellos una oración en la que se pedía a Dios que se dignase socorrerles y confundir la malicia de Satanás.

Este conjunto de ritos, que se denominaba la *Catequización*, exigía mucho tiempo por razón del gran número de aspirantes al Bautismo. Por esta razón el Obispo se dirigía a la iglesia hacia la hora de Nona y comenzaba tan pronto la Vigilia. Con el fin de tener atenta a la asamblea, durante el tiempo necesario al cumplimiento de este rito, se leían mientras tanto, desde lo alto del ambón, los trozos de la Escritura más adaptados a estas solemnes circunstancias. Este conjunto de lecciones completaba el curso de instrucción cuyo desarrollo hemos ido siguiendo durante toda la Cuaresma.

Los catecúmenos son hoy día menos numerosos que antes, y además con la vuelta de la ceremonia a las horas nocturnas, estos ritos preparatorios han podido hacerse por la tarde; por lo mismo, para aligerar esta parte de la Vigilia, no se leen actualmente más de cuatro lecciones. Estas se cantan delante del cirio pascual bendecido en medio del presbiterio, mientras todos sentados escuchan.

Después de cada lección, el diácono, instructor de la asamblea litúrgica, invita a hacer de rodillas, en silencio, una oración en la que cada uno manifiesta a Dios los sentimientos que la

lectura santa ha producido en cada uno. Luego la ordena levantarse y el Obispo recoge, "colecta" la oración de cada uno en la oración-Colecta, en la que la santa Iglesia misma es la que se expresa. Cánticos tomados del Antiguo Testamento e inspirados por las mismas lecturas, aúnan todas las voces en el modo de los Tractos y a la vez que le instruyen ayudan a mantener más atento al auditorio. Con todo eso, la asamblea de esta función ofrece un aspecto de austera gravedad: la hora anhelada no ha sonado todavía, en que Cristo va a resucitar en sus neófitos.

V. LA PRIMERA PARTE DE LAS LETANIAS DE LOS SANTOS Y LA BENDICION DEL AGUA BAUTISMAL

Terminadas las lecciones, dos cantores, arrodillados en medio del coro, entonan las letanías de los Santos a las que todos, de rodillas, responden hasta llegar a la invocación *Propitius esto*.

En este momento se interrumpe el canto; un recipiente con el agua bautismal que se ha de bendecir, y todo lo requerido para la bendición, está preparado en medio del coro, al lado de la Epístola; entonces el Obispo, o celebrante, de pie cara al pueblo, comienza la bendición en presencia de los fieles.

El Obispo dice: *El Señor sea con vosotros.*
Los fieles le responden: *Y con tu espíritu.*

OREMOS

Omnipotente y sempiterno Dios, mira propicio la devoción de tu pueblo renaciente, que, como un ciervo, se dirige a la fuente de tus aguas: y haz propicio que la sed de su fe santifique, por el sacramento del Bautismo, su cuerpo y su alma. Por el Señor. ℟ Amén.

La bendición del agua para el Bautismo es de institución apostólica[1]; y su antigüedad está atestiguada por el testimonio de los más grandes doctores, tales como San Cipriano, San Ambrosio, San Cirilo de Jerusalén y San Basilio. Es justo, en efecto, que esta agua, destinada a ser el instrumento de las más grandes de las maravillas divinas, esté rodeada de todo aquello que pueda ensalzarla a la faz del cielo y de la tierra, glorificando al mismo tiempo a Dios que se ha dignado asociarla a su designio misericordioso para con la humanidad. Los cristianos han salido ya del agua; son, como decían nuestros padres de los primeros siglos, los felices peces de Cristo; nada, pues, de extraño que salten de gozo en presencia del elemento al que deben la vida, y que le rindan los honores que se refieren de modo especial al Autor de este prodigio de la

[1] Aunque no pueda confirmarse con ningún texto del A. T., la bendición de agua parece remontarse al fin del siglo II. San Basilio la coloca entre las cosas no escritas más trasmitida por "una tradición tácita y secreta".

gracia. La oración que el Pontífice va a usar para la bendición del agua, nos lleva a la cuna de nuestra fe, por la nobleza y energía de su estilo, por la autoridad de su lenguaje, y por los ritos antiguos y primitivos de que está acompañada. Está hecha a imitación de un prefacio solemne y rodeada de un lirismo inspirado. El Pontífice preludia por medio de una simple oración, después de la cual estalla el entusiasmo de la iglesia, que a fin de asegurarse la atención de todos sus hijos, les invita a responder advirtiéndoles cómo deben tener sus corazones en alto: Sursum Corda.

Omnipotente y sempiterno Dios, asiste a estos misterios de tu gran piedad, asiste a esos sacramentos: y, para reengendrar los nuevos pueblos que te va a dar la fuente bautismal, envía el Espíritu de adopción; a fin de que, lo que se va a realizar por ministerio nuestro, se complete con la eficacia de tu poder. Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo...

℣. Por todos los siglos de los siglos.
℟. Amén.
℣. El Señor sea con vosotros.
℟. Y con tu espíritu.
℣. ¡Arriba los corazones!
℟. Los tenemos (elevados) al Señor.
℣. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.
℟. Es digno y justo.

Verdaderamente, es digno y justo, equitativo y saludable el que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre Omnipotente, eterno Dios. Que, con poder invisible, obras maravillosamente el efecto de tus Sacramentos. Y, aunque seamos indignos de realizar tan grandes Misterios, tú, sin embargo,

no abandonando los dones de tu gracia, inclinas también a nuestras preces los oídos de tu piedad. Oh Dios, cuyo Espíritu era llevado sobre las aguas en los orígenes mismos del mundo; para imprimir desde entonces en la naturaleza del agua la virtud de santificar. Oh Dios, que, lavando con las aguas los crímenes del mundo pecador, mostraste en el mismo diluvio un símbolo de la regeneración: para que un mismo elemento fuese misteriosamente fin de los vicios y origen de las virtudes. Mira, Señor, a tu Iglesia, y multiplica en ella tus regeneraciones, tú que, con el torrente de tu gracia, alegras tu ciudad, y abres la fuente del Bautismo a todo el orbe de las tierras, para renovar las gentes; a fin de que, con el imperio de tu Majestad, reciba la gracia de tu unigénito Hijo por el Espíritu Santo.

Aquí el Pontífice se para un momento y metiendo sus manos en el agua las divide en forma de cruz, mostrando con esto que por la virtud de la cruz han adquirido el poder de regenerar a las almas. Hasta la muerte de Cristo en la cruz este poder maravilloso, sólo les estaba prometido; para que fuera conferido se necesitaba la efusión de la sangre divina. Esa sangre, que obra en las almas por medio del agua con la virtud del Espíritu Santo que el Pontífice va a invocar más adelante.

El cual fecunde, con la secreta infusión de su luz, esta agua, preparada para regenerar a los hombres: a fin de que, alcanzada la santificación, salga del seno inmaculado de esta divina fuente una prole celestial, renacida a una nueva creatura; y, a los que el sexo distingue en el cuerpo, o la edad distingue en el tiempo, a todos les alumbre la madre gracia a una misma in-

fancia. Marche, pues, lejos de aquí, mandándolo tú, Señor, todo espíritu inmundo: aléjese toda maldad de diabólica astucia. No haya en este lugar el menor asomo del poder contrario: no vuele en torno, poniendo asechanzas: no se oculte agazapado: no corrompa, inficionando.

Después de estas palabras, por las cuales el Obispo pide a Dios que se digne alejar de estas aguas la influencia de los malos espíritus, que tratan de infectar toda la creación, extiende las manos sobre ellas al mismo tiempo que las toca. El carácter augusto del Pontífice y sacerdote es una fuente de santificación; y el contacto de su mano consagrada obra ya de por sí con propia virtud sobre las criaturas, cuando lo hace en virtud del sacerdocio de Cristo que reside en él.

Sea esta (agua) una criatura santa e inocente, libre de todo asalto del enemigo, y purificada con la huída de toda maldad. Sea una fuente viva, una agua regeneradora, una ola purificante: para que, todos los que van a ser lavados en este saludable baño, alcancen, por obra del Espíritu Santo, la gracia de la purificación perfecta.

Al mismo tiempo que pronuncia las palabras siguientes el Obispo bendice por tres veces las aguas de la fuente haciendo sobre ellas la señal de la cruz.

Por eso, te bendigo, criatura agua, por el Dios † vivo, por el Dios † verdadero, por el Dios † santo: por el Dios que, en el principio, te separó con su palabra de la tierra, y cuyo Espíritu era llevado sobre ti.

Al llegar aquí el Obispo, mostrándonos las aguas llamadas a fecundar al paraíso terrenal al cual rodean los cuatro ríos, los divide ahora con su mano y los extiende hacia las cuatro partes del mundo, que más tarde deben recibir la predicación de este Bautismo. Realiza este rito tan expresivo al mismo tiempo que pronuncia las palabras siguientes:

El cual te hizo manar de la fuente del Paraíso, y, dividida en cuatro ríos, te ordenó regar toda la tierra. El cual, siendo amarga en el desierto, dándote suavidad, te hizo potable, y te sacó de la roca para el pueblo sediento, Ben † dígote también por Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, el cual, con un milagro admirable, te convirtió con su potencia en vino, en Caná de Galilea. El cual anduvo sobre ti con sus pies: y fué bautizado por Juan en el Jordán. El cual te produjo de su costado, junto con sangre: y mandó a sus discípulos que fueran bautizados en ti los creyentes, diciendo: Id, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo, y del Espíritu Santo.

En este momento el Obispo interrumpe el tono de prefacio, en el que hasta ahora había cantado y pronuncia lo siguiente en tono sencillo. Después de haber sellado las aguas con la señal de la cruz invoca sobre ellas la acción fecundante del Espíritu Santo.

A los que observamos estos preceptos, asístenos clemente, oh Dios omnipotente: y aspíranos benigno.

El Espíritu Santo lleva un nombre que significa Soplo; pues El es el soplo divino ese viento

huracanado que se extiende por el Cenáculo. El Pontífice manifiesta este carácter de la tercera Persona Divina, soplando sobre las aguas tres veces en forma de cruz; después continúa sin tomar todavía el tono del Prefacio.

Bendice con tu boca estas aguas simples: para que, además de la natural virtud que tienen para lavar los cuerpos, sean también eficaces para purificar las almas.

Tomando después el Cirio pascual sumerge en el agua su parte inferior. Este rito, que data del siglo XI, es un símbolo del Bautismo de Cristo en el Jordán, el día en que las aguas recibieron las arras de su poder divino. El Hijo de Dios había descendido al río, mientras el Espíritu Santo permanecía sobre su cabeza en forma de paloma. En el día de hoy no solamente se entrega las arras, sino que el agua recibe verdaderamente la virtud prometida, por la acción de las dos divinas personas.

Por esta razón el Obispo, volviendo a tomar el tono del Prefacio, canta lo siguiente al mismo tiempo que sumerge un poco el Cirio pascual en el agua, símbolo de Cristo sobre el cual se cierne la celestial Paloma.

Descienda sobre la plenitud de esta fuente la virtud del Espíritu Santo.

Una vez cantadas estas palabras, el Pontífice retira el Cirio del agua, metiéndole de nuevo un poco más. Y repitiendo en un tono más elevado:

Descienda sobre la plenitud de esta fuente la virtud del Espíritu Santo.

Por tercera vez vuelve a sacar el Cirio metiéndole de nuevo hasta el fondo de la fuente, cantando lo mismo que las dos veces anteriores en un tono todavía más elevado:

Descienda sobre la plenitud de esta fuente, la virtud del Espíritu Santo.

Esta vez antes de sacar el Cirio del agua el Obispo se inclina sobre la fuente para unir en un símbolo visible el poder del Espíritu Santo con la virtud de Cristo, vuelve a soplar sobre las aguas, no en forma de cruz como antes, sino trazando con su aliento esta letra del alfabeto griego: ψ que es la primera de la palabra Espíritu en esta lengua: ψυχή: después continúa la oración con estas palabras:

Y fecunde toda la substancia de esta agua con el poder de regenerar.

Entonces se saca el Cirio por completo del agua y el Obispo continúa:

Bórrense aquí las manchas de todos los pecados: límpiese aquí de todo rastro de vejez la naturaleza creada a imagen tuya, y restaurada en el honor de su principio: para que todo hombre, que reciba este Sacramento de regeneración, renazca a la infancia de la verdadera inocencia.

Luego el Obispo pronuncia lo siguiente en tono llano:

Por Nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. ℟. Amén.

Después que el pueblo ha respondido Amén, uno de los sacerdotes aspergea al pueblo con el agua de la fuente mientras uno de los clérigos llena un recipiente con el agua bendita, la cual está destinada para el servicio de la iglesia y la bendición de las casas de los fieles.

Las oraciones de la bendición del agua han terminado; y, sin embargo, la Iglesia no ha cumplido todavía con ello toda la ceremonia. El Jueves anterior, usando de los poderes que el Espíritu Santo la ha concedido, consagró los Santos Oleos y quiere ahora honrar el agua bautismal extendiendo estos Oleos cuya renovación ha sido acogida con tanta alegría. El pueblo cristiano aprenderá de este modo a venerar siempre la fuente que confiere la salvación a los hombres, y en la cual se hallan incluídos todos los símbolos de la adopción divina. El Obispo, tomando la ampolla que contiene el Oleo de los Catecúmenos, lo derrama en el agua, diciendo juntamente estas palabras:

"Sea esta fuente santificada y se haga fecunda por la infusión del óleo de salvación, para dar vida eterna a los que renazcan de su seno." Amén.

Después tomando el vaso del santo Crisma lo derrama en la fuente, diciendo:

"La infusión del crisma de Nuestro Señor Jesucristo y del Espíritu Consolador óbrese en nombre de la Santa Trinidad." Amén.

Teniendo en su mano derecha el Crisma, y en su izquierda el Oleo de los Catecúmenos, derrama en las aguas los dos frascos, a la vez, y acabando esta libación sagrada que manifiesta la superabundancia de la gracia bautismal, dice:

"La mezcla del Crisma de la santificación y del Oleo de la unción con el agua bautismal, óbrese en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Amén.

El Obispo extiende con la mano los Santos Oleos sobre la superficie del agua para que toda entera participe de este último grado de santificación.

El Bautismo. — Bendecida el agua, puede conferirse el Bautismo; en este caso se hace señal a los catecúmenos para que se acerquen al Obispo en medio del coro.

En los primeros siglos el Bautismo se verificaba no en el coro de la iglesia, sino en el baptisterio, distinto de la iglesia, y la ceremonia se verificaba de este modo: el cortejo se dirigía hacia el lugar en que estaba el agua; era un edificio separado de la iglesia y construido en retonda o en forma octagonal. En el centro hay un gran pozo a donde se sube y baja por escaleras.

Unos canales conducen allí el agua pura, que un ciervo de metal arroja por su boca. Encima de

la fuente se levanta una cúpula; en cuyo centro campea la imagen del Espíritu Santo; extendidas sus alas y como fecundando las aguas. Una balaustrada rodea el pozo a fin de que el recinto permanezca libre para los bautizados y sus padrinos y madrinas, que son los únicos que entran allí, junto con el Obispo y los sacerdotes. A poca distancia se han erigido dos tiendas; la una para los hombres y la otra para las mujeres; allí se retirarán los recién-bautizados para secarse y cambiarse de vestiduras.

He aquí el orden de la marcha hacia el Baptisterio. El cirio pascual representando a la columna luminosa que dirigió Israel a través de las sombras de la noche, hacia el mar Rojo, en cuyas aguas debían encontrar la salvación, marcha ahora a la cabeza de los catecúmenos. A su derecha van con los hombres su padrino, y con las mujeres su madrina; pues han sido admitidos a la regeneración mediante la presentación de un cristiano de cada sexo respectivamente. Dos acólitos llevan el uno el Santo Crisma y el otro el Oleo de los catecúmenos; a contiuación del clero viene el Obispo con sus ministros. Esta procesión está iluminada con el resplandor de las antorchas, mientras en los aires se oyen cánticos melodiosos. Se van repitiendo las estrofas del Salmo en que David compara sus deseos a los del ciervo que suspira por la fuente. El ciervo, cuya imagen ha sido colocada en el Baptisterio, es la figura del fervoroso catecúmeno.

Se acercaban uno a uno, conducidos los hombres por el padrino y las mujeres por la madrina. El Obispo se coloca sobre un estrado desde el cual domine la fuente. El catecúmeno, quitados los vestidos de la parte superior, baja las gradas de la fuente, y entra en el agua, conducido por la mano del Pontífice. Elevando la voz éste le pregunta: "¿Crees en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra?—Creo, responde el Catecúmeno. ¿Crees en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que ha nacido y sufrido?—Creo. ¿Crees en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia Católica, la comunión de los santos, la remisión de los pecados, la resurrección de la carne y la vida eterna?—Creo." Hecha la confesión de la fe, vuelve a preguntarle el Pontífice: "¿Quieres ser bautizado?—Quiero", responde el elegido. El Pontífice, extendiendo la mano sobre la cabeza de catecúmeno, la sumerge tres veces en las aguas de la fuente; diciendo: "Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo."

Tres veces ha desaparecido el neófito bajo las aguas. El Apóstol nos explica esta parte del misterio. Las aguas han sido para el elegido el sepulcro en el cual ha estado oculto con Cristo, y como Cristo, sale con nueva vida. La muerte que acaba de sufrir es la muerte al pecado; la vida que posee desde ahora es la vida de la gracia [1]. El misterio completo de la resurrección del Hom-

[1] *Rom.*, VI, 4.

bre-Dios se reproduce en el cristiano bautizado. Pero antes de salir del agua este neófito, una ceremonia profunda, completa en él la semejanza con el Hijo de Dios. Aún estaba Jesús en las aguas del Jordán, cuando descendió sobre su cabeza la Paloma divina; antes que el neófito salga de la fuente un sacerdote derrama sobre su cabeza el Crisma, don del Espíritu Santo. Esta unción indica en el elegido, al carácter real y sacerdotal del cristiano que por su unión con Jesucristo, su jefe, participa, en cierto grado, de su Realeza y de su Sacerdocio. Colmado de los favores del Verbo Eterno y del Espíritu Santo, adoptado por el Padre que ve en él un miembro de su propio Hijo, el neófito sale de la fuente por las gradas del lado opuesto, semejándose a esas ovejas del divino Cántico, que suben de la piscina donde han purificado su blanco vellón [1]. El padrino le aguarda junto al borde; le da la mano para subir y cubriéndole con su lienzo le seca el agua que se desliza por su cuerpo.

El Obispo continúa su noble función; cuantas veces sumerge un pecador en las aguas, otras tantas renace un justo de la fuente. Pero no puede ejercer durante largo tiempo un ministerio en el cual los sacerdotes pueden suplirle. Solamente él puede administrar a los neófitos el sacramento que debe confirmarles por el don del Espíritu Santo; y si para ejercer este poder divino, esperase el momento en el cual estuvieran

[1] *Cant.*, IV, 2.

regenerados ya, todos los catecúmenos, llegaría el gran día sin haber efectuado todos los misterios de esta santa noche. Se limita, pues, a administrar el Santo Bautismo a algunos catecúmenos, hombres, mujeres y niños, y, deja a los sacerdotes el cuidado de recoger el resto de la mies del Padre de familia. En el Baptisterio hay un lugar especial llamado *Chrismarium*, porque aquí el Pontífice debe administrar el sacramento del Crisma; vuelve a este lugar y sube al trono que le ha sido preparado. Se reviste de nuevo los ornamentos sagrados que había dejado para bajar a la fuente; y en seguida se colocan a sus pies los neófitos que acaba de bautizar, y después los que son regenerados por los sacerdotes. Entrega a cada uno un vestido blanco que llevarán hasta el sábado siguiente y les dice: "Recibid el vestido blanco, santo e inmaculado; y llevadlo al tribunal de nuestro Señor Jesucristo para obtener la vida eterna." Habiendo recibido este elocuente símbolo, los neófitos se retiran a las tiendas que han sido preparadas en el Baptisterio; dejan sus vestidos mojados de agua, tomando otros, y con la ayuda de sus padrinos o de sus madrinas se revisten por encima con la ropa blanca, que han recibido del Obispo. Vuelven al *Chrismarium*, donde el Pontífice les va a administrar solemnemente el sacramento de la Confirmación.

La Confirmación. — El Jueves, en medio de las solemnidades de la consagración del Crisma,

el Pontífice recordaba a Dios, que cuando las aguas hubieron cumplido su ministerio, purificando la tierra, la Paloma apareció en el mundo renovado, llevando en su pico el ramo de olivo que anunciaba la paz y el reino de aquel que ha dado a la Unción el nombre sagrado que lleva para siempre. Nuestros neófitos, purificados también en el agua, esperan ahora, a los pies del Pontífice, los favores de la Paloma divina, la señal de la paz de la cual es símbolo la oliva. El Santo Crisma ha sido ya derramado sobre su cabeza; pero no era más que el signo de la dignidad a la cual han sido elevados. Desde este momento, no significa solamente la gracia, sino que la obra en las almas; pero no está en poder del sacerdote el administrar esta unción que confirma al cristiano; exige la mano del Pontífice, de quien solamente, también procede la consagración del Crisma.

Delante de él están los neófitos, los hombres a un lado, las mujeres a otro, los niños entre los brazos de sus padrinos y madrinas. Los adultos apoyan su pie derecho sobre el pie derecho de los que han servido su padre o madre, significando por esta unión la filiación de la gracia en la Iglesia.

A la vista de esta grey, reunida en derredor suyo, el Pastor se alegra en su corazón y levantándose de su trono, exclama: "Que el Espíritu Santo descienda sobre vosotros y que la virtud del Altísimo os guarde de todo pecado." Luego,

imponiendo las manos sobre ellos, invoca el Espíritu de los siete dones, a quien solamente pertenece asegurar en los neófitos las gracias que han recibido en las aguas de la divina fuente. Conducidos por sus padrinos, se acercan al Pontífice, unos después de otros, ávidos de recibir la plenitud del carácter del Cristiano. El Obispo, habiendo metido su dedo pulgar en el vaso que contiene el Crisma, les marca a cada uno, en la frente con el sello indeleble, diciendo: "Yo os signo con la señal de la Cruz y os confirmo con el Crisma de la salvación, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo." Y dándole una palmada en la mejilla, que era entre los antiguos la señal de la manumisión de un esclavo, les concede la libertad completa de hijos de Dios, diciéndoles: "La paz sea con vosotros"[1]. Los ministros del Pontífice rodean la cabeza de los nuevos confirmados con una cinta destinada a evitar todo contacto profano con la parte de la frente que ha sido ungida con el Santo Crisma.

El neófito debe guardar durante siete días esta cinta, y ha de dejarla juntamente con el ropaje blanco que acaba de revestir.

[1] Antiguamente una vez que se decía: "Pax tecum", el Pontífice daba el beso de paz al nuevo confirmado. Más tarde, por modestia, este beso fué reemplazado por una caricia en la cara, que fué para ciertos simbolistas sinónimo de bofetada, debiendo estar el cristiano preparado para sufrir por Cristo y con Cristo todas las ignominias y sacrificios. Para otros, recordaría el espaldarazo que recibían los que en la Edad Media eran armados caballeros, quedando así el confirmado armado soldado de Cristo.

Entre tanto, en medio de estos misterios, han pasado las horas de la noche y se acerca el momento de celebrar, con un sacrificio de alegría, el instante supremo en que Cristo va a salir del sepulcro. Es hora de que el Pastor conduzca al templo santo su feliz rebaño que ha aumentado tan gloriosamente. Es hora de dar a estas ovejas queridas el alimento divino a que tienen derecho desde este día.

Las puertas del Baptisterio se abren y la procesión se pone en marcha hacia la Basílica. El Cirio pascual, columna de fuego, precede la muchedumbre de los neófitos. El pueblo fiel sigue al Pontífice y al clero, que penetran triunfantes en la Iglesia.

Durante el camino se canta el Cántico de Moisés, después del paso del mar Rojo.

VI. RENOVACION DE LAS PROMESAS DEL BAUTISMO Y SEGUNDA PARTE DE LAS LETANIAS

Terminada la bendición del agua, llévasela a la fuente bautismal. La procesión se dirige allá entonando el cántico "Sicut cervus".

TRACTO

Como el ciervo desea las fuentes de las aguas: así mi alma te desea a ti, oh Dios. ℣. Mi alma siente sed del Dios vivo: ¿cuándo iré, y, apareceré ante la cara de Dios? ℣. Son las lágrimas mi pan de día y de noche,

mientras me dicen todos los días: ¿Dónde está tu Dios?

Puesta el agua en la pila bautismal, el celebrante, juntas las manos dice en tono ferial:

V. El Señor sea con vosotros.
R. Y con tu espíritu.

Omnipontente y sempiterno Dios, mira propicio la devoción de tu pueblo renaciente, que, como un ciervo, se dirige a la fuente de tus aguas: y haz propicio que la sed de su fe santifique, por el sacramento del Bautismo, su cuerpo y su alma. Por el Señor. R. Amén.

A continuación inciensa la pila, que todos debemos mirar y respetar como algo muy sagrado y querido, como el seno materno en el que fuimos reengendrados para la vida eterna, y luego todos vuelven en silencio al coro.

El Obispo toma entonces estola y capa blancas, inciensa el cirio, y vuelto hacia el clero y los fieles, los cuales tienen todos sus velas encendidas, les dirige una alocución invitándoles a renovar las promesas que hicieron en su Bautismo. Todos están de pie y responden:

Esta sacratísima noche, amadísimos hermanos, la santa Madre Iglesia, recordando la muerte y sepultura de Nuestro Señor Jesucristo, se mantiene en vela devolviendo amor por amor, y, celebrando su gloriosa resurrección, llena de gozo se alboroza.

Pero, como, según enseña el Apóstol, fuimos sepultados juntamente con Cristo por el bautismo para morir al pecado, de igual modo que Cristo resucitó de entre los muertos, así conviene que también nosotros ca-

minemos en una vida renovada, sabiendo que nuestro hombre viejo ha quedado juntamente crucificado con Cristo para que no sirvamos más al pecado. Consideremos, pues, que ciertamente estamos nosotros muertos para el pecado, pero que vivimos para Dios en Jesucristo, Señor nuestro.

Por tanto, queridísimos hermanos, terminado el ejercicio de la Cuaresma, renovemos las promesas del santo bautismo, con las que en otro tiempo renunciamos a Satanás y a sus obras, así como al mundo, que es enemigo de Dios, y dimos palabra de servir fielmente a Dios en la Santa Iglesia católica.

Así, pues:

El celebrante: ¿Renunciáis a Satanás?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Y a todas sus obras?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Y a todas sus pompas?

Todos: Renunciamos.

El celebrante: ¿Créis en Dios, Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la tierra?

Todos: Creemos.

El celebrante: ¿Créis en Jesucristo, su único Hijo, Nuestro Señor, que nació y padeció?

Todos: Creemos.

El celebrante: ¿Créis también en el Espíritu Santo, la Santa Iglesia católica, la comunión de los Santos, el perdón de los pecados, la resurrección de la carne y la vida perdurable?

Todos: Creemos.

El celebrante: Pues ahora juntamente a una roguemos a Dios como Nuestro Señor Jesucristo nos enseñó a orar:

Todos: Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea el tu nombre, venga a nos el tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nues-

tros deudores. Y no nos dejes caer en la tentación. Mas líbranos de mal. Amén.

El celebrante: Y Dios Todopoderoso, Padre de nuestro Señor Jesucristo, que nos regeneró por medio del agua y del Espíritu Santo, y que nos concedió el perdón de los pecados, El mismo nos conserve con su gracia en el mismo Jesucristo, Señor Nuestro, para la vida eterna.

Todos: Amén.

Y asperja al pueblo con el agua bendita antes.

En fin, para terminar se concluye el canto de las Letanías de los Santos mientras el Obispo se dirige a la sacristía donde se reviste de los ornamentos sagrados, todo refulgentes del esplendor pascual.

VII. LA MISA SOLEMNE DE LA VIGILIA PASCUAL

La Letanía se acaba; y los cantores han llegado ya a la invocación que la termina: *Kyrie eleison!* El Pontífice avanza de la sacristía hacia el altar con la majestad de los días más solemnes. A su vista los cantores prolongan la melodía de las palabras de invocación, y las repiten tres veces; tres veces dirigen la invocación al Hijo de Dios: *Christe eleison!*, y, en fin, la invocación al Espíritu Santo: *Kyrie eleison!*

Mientras se ejecutan estos cantos, el Obispo o celebrante juntamente con los ministros, revestidos de ornamentos blancos, se acerca al altar, y, hecha la debida reverencia y omitido el salmo y la confesión, sube a él, lo besa en medio

y le inciensa como de costumbre. De este modo se omite la antífona llamada Introito.

La Basílica comienza a iluminarse con las primeras luces de la aurora. La asamblea de los fieles, dividida en varias secciones, los hombres en la nave derecha, las mujeres en la izquierda, ha recibido en sus filas los nuevos soldados. Cerca de las puertas, el lugar de los Catecúmenos está vacío; y en las naves laterales, en los lugares de honor se distingue a los neófitos con su banda y con el Cirio encendido que tienen en sus manos. La incensación del altar ha terminado; de pronto, ¡oh triunfo del Hijo de Dios resucitado! La voz del Pontífice entona el himno Angélico "Gloria a Dios en lo más alto de los cielos, y en la tierra paz a los hombres de buena voluntad."

A estas palabras, las campanas, mudas desde hace tres días, tocan alborozadas en el campanario de la Basílica; y el entusiasmo de nuestra santa fe hace palpitar todos los corazones. El pueblo continúa con entusiasmo el cántico celestial y una vez concluído el Obispo resume en la siguiente oración los votos de toda la Iglesia en favor de sus nuevos hijos.

COLECTA

Oh Dios, que ilustras esta sacratísima noche con la gloria de la Resurrección dominical: conserva en la nueva prole de tu familia el espíritu de adopción, que le has dado; para que, renovados en cuerpo y alma, te presten un servicio puro. Por el mismo Señor.

Después de la Colecta el subdiácono sube al ambón de la Epístola y lee el pasaje que el Apóstol dirige a los neófitos en el momento mismo en que acaban de resucitar con Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Ap. S. Pablo a los colosenses (III, 1-4).

Hermanos: Si habéis resucitado con Cristo, buscad lo que es de arriba, donde está Cristo, sentado a la diestra de Dios: saboread lo que es de arriba, no lo que hay sobre la tierra. Porque estáis muertos, y vuestra vida está escondida, con Cristo, en Dios. Cuando aparezca Cristo, vuestra vida, entonces apareceréis también vosotros con El en la gloria.

Acabada esta lectura tan breve, pero cuyas palabras encierran sentido muy profundo, el subdiácono baja del ambón y se coloca delante del trono del Obispo. Después de saludarle con profunda inclinación, canta con voz jubilosa estas palabras que resuenan por la Basílica y despiertan de nuevo la alegría en todas las almas: "Reverendísimo Padre; os anuncio una gran alegría: es el *Alleluia*."

El Obispo se levanta y canta con alegría el *Alleluia*. El coro repite *Alleluia* y dos veces se cambia este grito celestial entre el coro y el Pontífice. En este momento se desvanecen todas las tristezas pasadas; se siente que las penitencias de la Santa Cuaresma han sido aceptadas por la divina Majestad y que Padre de los siglos, por los méritos de su Hijo resucitado, perdona al mundo,

puesto que le vuelve el derecho de oír el cántico de la eternidad. El coro añade este verso del real Profeta que pregona la misericordia de Dios.

CONFITEMINI

Confesad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna.

Con todo eso falta todavía algo en las alegrías de hoy. Jesús ha salido del sepulcro, pero en esta hora en que estamos, no se ha manifestado aún a todos. Unicamente su Santa Madre, Magdalena y las otras santas mujeres le han visto; esta tarde solamente se mostrará a sus apóstoles. Estamos en la aurora de la resurrección, por eso la Iglesia canta por última vez las alabanzas del Señor en la forma cuaresmal del Tracto.

TRACTO

Alabad al Señor, gentes todas: y alabadle juntos, pueblos todos. ℣. Porque se ha confirmado sobre nosotros su misericordia: y la verdad del Señor permanece para siempre.

Mientras el coro canta este cántico de David, el diácono se dirige hacia el ambón, desde el que hará oír las palabras del Santo Evangelio. No le acompañan los ceroferarios, pero sí el turiferario con el incienso. He aquí una alusión a los sucesos de esta gran mañana. Las mujeres han ido al sepulcro con perfumes, pero la fe de la resurrección no brillaba en sus almas. El incienso

recuerda los perfumes, la ausencia de los ciriales significa que no tenían fe.

EVANGELIO

Continuación del Santo Evangelio según San Mateo (XVIII, 1-7).

Y en la noche del sábado, al amanecer del día primero, fué María Magdalena, y la otra María, a ver el sepulcro. Y he aquí que hubo un gran terremoto: porque el Angel del Señor descendió del cielo: y, acercándose, separó la piedra, y se sentó sobre ella: y su cara era como el relámpago: y sus vestidos, como la nieve. Y por temor a él se aterraron los centinelas, y se quedaron como muertos. Y, hablando el Angel, dijo a las mujeres: No temáis: sé que buscáis a Jesús, que fué crucificado: no está aquí: ha resucitado, según lo dijo. Venid y ved, el lugar donde estuvo sepultado el Señor. Y, yendo luego, decid a sus discípulos que ha resucitado: y he aquí que El os precederá en Galilea: allí le veréis. Ya os lo he predicho.

Después de la lectura del Evangelio el Pontífice no entona el Credo. La Iglesia lo reserva para la Misa solemne que reunirá de nuevo al pueblo fiel. Sigue en cada uno de sus momentos las fases del misterio divino y quiere recordar en este momento el intervalo que sucedió antes de que los Apóstoles, que debían anunciar por todas partes la fe de la resurrección, le hubiesen rendido homenaje.

Después de saludar al pueblo, el Pontífice se prepara para ofrecer a la divina Majestad el pan y el vino que van a servir en el sacrificio; y por una derogación al uso observado en todas las

misas no se canta el Ofertorio. Cada día esta Antífona acompaña el acercamiento de los fieles al altar, cuando presentan el pan y el vino que se les volverá a entregar en la Comunión transformado en el cuerpo y sangre de Jesucristo. Pero la función es muy larga; si el ardor de las almas es siempre el mismo, se siente la fatiga del cuerpo, y los niños que están en ayunas para la comunión dan a entender con sus gritos el sufrimiento que padecen. El pan y el vino, materias del divino sacrificio, serán suministrados hoy por la Iglesia y los neófitos no dejarán por eso de sentarse a la mesa del Señor, aunque no hayan presentado el pan y el vino.

Después de haber hecho la ofrenda e incensado el pan y el vino, preparados y luego el altar, el Pontífice resume los votos de los asistentes en la Secreta, a la que sigue el Prefacio Pascual.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo, con las oblaciones de las hostias: para que, iniciadas éstas con los misterios pascuales, nos sirvan, por obra tuya, de remedio eterno. Por el Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que en todo tiempo, Señor, te prediquemos glorioso, pero sobre todo en esta noche, cuando Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado. Porque El es el verdadero Cordero que quita los pecados del mundo. El cual, muriendo, destruyó nuestra muerte, y, resucitando, reparó la vida. Y, por eso, con los Angeles y los Arcán-

geles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

Comienza el Canon y se obra el misterio divino. Ninguna ceremonia se cambia hasta el momento que precede a la Comunión. Existe una costumbre, que se remonta a los tiempos Apostólicos, de que los fieles, antes de participar del cuerpo y sangre del Señor se den el beso fraternal, pronunciando al mismo tiempo estas palabras: "La paz sea con vosotros." En esta primera Misa Pascual, se omite esta costumbre. La tarde del día de su resurrección, Jesús dirigió estas mismas palabras a sus discípulos reunidos. La Santa Iglesia, llena de respeto por las menores circunstancias de la vida de su celestial Esposo, gusta recordarlas en sus ejercicios. Por este mismo motivo omite hoy el canto del *Agnus Dei* que por lo demás data del siglo séptimo y que dice en su tercera repetición estas palabras: "Danos la paz." Pero ha llegado el momento en que los neófitos por vez primera, van a gustar el pan de vida y beber la bebida celestial que Cristo instituyó en la última Cena. Iniciados por el agua del Espíritu Santo, tienen siempre derecho a sentarse en el banquete sagrado; y la túnica blanca que les cubre muestran claramente que su alma está adornada con el vestido nupcial exigido a los convidados al festín del Cordero. Se acercan al altar alegres y respetuosos. El diácono les da el

cuerpo del Señor y les presenta en seguida el cáliz de la sangre divina. Son también admitidos los niños y el diácono mojando su dedo en la copa sagrada deja caer algunas gotas en su boca. En fin, para significar que en estas primeras horas de su Bautismo todos son "semejantes a niños que acaban de nacer", como dice el Príncipe de los Apóstoles, se da a todos después de la Comunión un poco de leche y miel, símbolos de la infancia, y a la vez de la tierra prometida por el Señor a su pueblo.

Hechas todas las cosas, el Obispo termina las oraciones de Sacrificio pidiendo al Señor el Espíritu de paz entre todos los hermanos a quienes una misma Pascua ha reunido en la participación de los mismos misterios. La misma Iglesia les ha llevado en su seno maternal y la misma fuente les ha engendrado a la vida; son miembros de un mismo Jefe divino; el mismo espíritu les ha marcado con su sello el mismo Padre celestial les ha adoptado. Dada la señal por el diácono, en nombre del Pontífice, la asamblea se separa, y los fieles saliendo de la Iglesia, se retiran a sus casas, esperando que la hora del Santo Sacrificio les reuna de nuevo, para celebrar con más esplendor aún la Fiesta de las fiestas, la Pascua de Resurrección.

LAUDES. — Mientras se mantuvo la costumbre de celebrar la Vigilia Pascual por la noche, la Vigilia Pascual, que terminaba al amanecer del

domingo, no había otro Oficio nocturno o matutino. No fué sino más tarde, al introducirse la costumbre de anticipar la Misa de la Noche de Pascua a la Mañana del Sábado Santo, cuando se pensó en adaptar un Oficio de Vísperas. Estando ya la mañana completamente llena con los grandiosos ritos que ya conocemos, la Iglesia resolvió adoptar para este Oficio una forma brevísima, impregnada además del carácter alegre que convenía después de haber vuelto a escuchar el Aleluya. Dispusiéronse, pues, esas Vísperas de modo que formaran un cuerpo con la Misa.

Restaurada ahora la Vigilia Pascual, ésta reemplaza los Maitines y Laudes de Pascua, y la Iglesia ha conservado tan sólo un resumen de los Laudes, unidos a la Misa, cuya acción de gracias desarrollan, para terminar con la oración de la Poscomunión.

Así, pues, terminada la distribución de la sagrada comunión en el altar, se cantan en el coro la Antífona y Salmo siguientes:

Aleluya, aleluya, aleluya.

Salmo 150

Alabad al Señor en su santuario, * alabadle en el firmamento de su majestad.

Alabadle por sus hazañas, * alabdle según la muchedumbre de su grandeza.

Alabadle al son de las trompetas, * alabadle con el salterio y la cítara.

Alabadle con tímpanos y danzas, * alabadle con las cuerdas y el órgano.

Alabadle con címbalos resonantes, * alabadle con címbalos de júbilo; * todo cuanto respira alabe al Señor.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo, *...

Y se repite la Antífona: *Aleluya, aleluya, aleluya.*

No se cantan más salmos ni capítula ni himno ni versículo, sino el celebrante entona enseguida, para el *Benedictus*, esta Antífona:

Y muy de mañana, * el primer día de la semana. van al sepulcro, nacido ya el sol, aleluya.

CANTICO *(Lc., 1, 68-79)*

Bendito el Señor, Dios de Israel, * porque ha visitado y redimido a su pueblo,

Y ha levantado en favor nuestro un cuerno de salvación * en casa de David, su siervo,

Conforme lo dijo por boca de sus santos profetas * que antaño fueron,

Que nos había de librar de nuestros enemigos, * y del poder de todos los que nos aborrecen,

Para hacer misericordia con nuestros padres, * y acordarse de su alianza santa.

El juramento que juró a Abraham * nuestro padre:

Darnos que sin temor, libres del poder de los enemigos, † y le sirvamos en santidad y justicia, * en su presencia todos nuestros días.

Y tú, niño, serás llamado profeta del Altísimo, * pues irás delante del Señor para preparar sus caminos,

Para dar ciencia de salud a su pueblo, * con la remisión de sus pecados,

Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, * en las cuales nos visitará naciendo de lo alto,

Para iluminar a los que están sentados en tinieblas y sombras de muerte, * para enderezar nuestros pies por el camino de la paz.

Gloria al Padre y al Hijo * y al Espíritu Santo,
Como era en un principio, y ahora y siempre, * y por los siglos de los siglos. Amén.

Durante el cántico del *Benedictus* inciensa el celebrante el altar, y luego, repetida la antífona *Y muy de mañana*, canta en el altar la oración:

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor el Espíritu de tu caridad: para que, a los que has saciado con los Sacramentos pascuales, les unifiques con tu piedad. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu.

Acabada la oración, el diácono al dar a los fieles la señal para retirarse añade a la forma ordinaria dos ALLELUIA y esto mismo se observa al final de todas las misas hasta el Sábado siguiente inclusive.

℣. Retiraos; la Misa ha terminado, Alleluia, Alleluia.
℟. Demos gracias a Dios, Alleluia, Alleluia.

La Misa concluye con la bendición del Obispo o celebrante, omitiéndose la lectura del Evangelio según San Juan.

Tal es la solemne función de esta venerable y sublime Vigilia Pascual, que no ha perdido casi nada tocante a las oraciones y ceremonias, pero que tenía necesidad de acercarse más, como lo hemos hecho notar, a los usos antiguos, para mejor recordar toda su grandiosidad y todo su significado.

PROPIO DE LOS SANTOS

3 DE FEBRERO

SAN BLAS, OBISPO Y MARTIR

LA ENSEÑANZA DE LOS SANTOS. — Pasados cuarenta días después del Nacimiento del Salvador, nos abre la Iglesia la fuente de robustas y serias meditaciones destinadas a prepararnos a la penitencia. Cada fiesta de los Santos debe causarnos la impresión propia para vivir este santo Tiempo. En el período del que acabamos de salir, todos los amigos de Dios que debíamos celebrar, nos parecían radiantes con las alegrías del Nacimiento del Emmanuel; formaban su corte esplendorosa y triunfante. Desde ahora a la Resurrección del Hijo de Dios les consideraremos, sobre todo, en los trabajos de su peregrinación por esta tierra. Lo que nos interesa hoy es ver y estudiar cómo han vencido al mundo y la carne. "Van, dice el Salmista, y arrojan la semilla en el surco regándola con sus lágrimas; pero volverán alegres, cargados con las gavillas que habrán

producido sus sudores"[1]. Esperemos que será así con nosotros al fin de estos días de trabajos, y que Cristo resucitado nos acogerá como a sus miembros vivos y renovados.

En este tiempo que vamos a recorrer, abundan los mártires, y hoy comenzamos por uno de los más célebres.

VIDA. — De las *Actas* de San Blas no se puede saber sino que fué Obispo de Sebaste y mártir al principio del siglo IV. En Oriente, y sobre todo en Armenia, se tiene gran devoción a San Blas, y su culto, introducido muy pronto en Occidente, ha sido siempre muy popular. Por su poder en curar a personas y animales se considera como uno de los Santos Auxiliares. Se le invoca especialmente contra los males de garganta y de muelas. Como se han llamado muchos santos con el nombre de Blas es difícil saber con certeza cuáles son sus reliquias.

¡Oh San Blas! unimos nuestras voces a las alabanzas de todas las Iglesias. En pago de nuestros homenajes dirige tu mirada sobre nosotros, desde el culmen de la gloria en que reinas y miras a los fieles de toda la cristiandad, que se preparan para las santas expiaciones de la penitencia, y desean convertirse al Señor, su Dios, por las lágrimas y el arrepentimiento. Acuérdate de tus propios combates y ayúdanos en la renovación que vamos a emprender. Tú no temiste los tormentos de la muerte, y por ruda que fuese la prueba, la soportaste con valor.

---

[1] *Salmo*, CXXV.

Ayúdanos en una situación no menos peligrosa. Nuestros enemigos no son nada en comparación de los que fuiste vencedor; pero son pérfidos; y si no tenemos cuidado pueden derribarnos. Obtenednos el socorro divino, causa de tus triunfos; somos hijos de mártires; que su sangre no degenere en nosotros. Acuérdate también del país regado con tu sangre. La fe estaba vacilante; al fin parece que brillan días mejores. Por tus oraciones, haz volver a Armenia a la Iglesia Católica, y consuela, por la vuelta de sus hermanos, a los fieles que, en medio de tantos peligros, han permanecido ortodoxos.

4 DE FEBRERO

SAN ANDRES CORSINO, OBISPO Y CONFESOR

GLORIA DE LA HUMILDAD. — Hoy es un Obispo, quien, por su austera vida y su ardiente celo por la salvación de las almas, nos invita a pensar seriamente en nuestra reconciliación con Dios. Menos conocido que otros muchos santos, debe a Clemente XII, miembro de la familia Corsini, el honor de ser celebrado en la Iglesia Universal. Pero el Pontífice no fué más que el instrumento de la divina Providencia. El santo Obispo de la pequeña ciudad de Fiésole, vivió siempre en la oscuridad, y Dios ha querido glorificarle en toda la Iglesia. Por lo demás, Andrés fué pecador an-

tes de ser santo; su ejemplo nos animará para reconciliarnos sinceramente con Dios.

VIDA. — Andrés nació en 1302, en Florencia, de la familia de los Corsini. Su juventud, piadosa al principio, fué algún tiempo desordenada, hasta que en 1318 ingresó en la Orden de los Carmelitas. Siendo doctor en la Universidad de París fué llamado para gobernar su Orden en Toscana. Consagrado Obispo de Fiésole, unió a su solicitud pastoral la misericordia hacia los pobres, la liberalidad, la asiduidad a la oración, y muchas otras virtudes. Enviado a Bolonia, como Legado, para apaciguar una rebeldía, restableció la paz. Agotado por los trabajos y las penitencias murió el 6 de febrero de 1373. Su cuerpo descansa en Florencia en la iglesia de su Orden.

Escucha, Santo Pontífice, la oración de los pecadores; quieren aprender de ti el camino del retorno a Dios; Tú experimentaste su misericordia; a ti te toca obtenerla para nosotros. Sé propicio al pueblo cristiano, en estos días, en que la gracia de la penitencia se ofrece a todos; por tus oraciones, haz bajar sobre nosotros el espíritu de arrepentimiento. Hemos pecado y pedimos perdón; inclina a nuestro favor el corazón de Dios. Cámbianos de lobos en corderos; fortifícanos contra nuestros enemigos; haznos crecer en la virtud de la humildad, que tanto resplandeció en ti y pide al Señor que la perseverancia corone nuestros esfuerzos, como ha coronado los tuyos para que cantemos contigo, como tú, las misericordias de nuestro común Redentor.

5 DE FEBRERO

SANTA AGUEDA, VIRGEN Y MARTIR

La Santa Madre Iglesia propone hoy a nuestra veneración a la virgen siciliana Santa Agueda. Las santas tristezas del ciclo litúrgico en que nos hallamos no han de substraer nada a los homenajes que le son debidos. Cantando sus alabanzas, contemplaremos también sus ejemplos; y ella, desde el cielo, nos mirará sonriente y nos animará a proseguir por el camino único que puede conducirnos a Aquel a quien ella siguió hasta el fin en este mundo y con el que ahora reina eternamente.

VIDA. — Agueda nació en Catania o según piensan otros en Palermo. Sabemos por San Metodio de Constatinopla que era de familia cristiana y que para salvaguardar su virginidad tuvo que sufrir muchos ataques y aún el martirio. Sin embargo, hoy día no poseemos ningún documento contemporáneo ni sobre su vida, ni sobre su martirio del que, incluso la fecha, nos es desconocida. Pronto se extendió su culto por causa de la eficacia milagrosa de su velo contra las erupciones del Etna y de allí se propagó a toda la Iglesia. Su nombre fué incluído por San Gregorio Magno en el Canon de la Misa y en el siglo x se compuso un oficio propio en su honor.

SÚPLICA. — ¡Oh Agueda! ¡Qué bellos son tus laureles! ¡Mas qué largos y crueles fueron los

combates en los cuales los obtuviste! Tú has vencido; has salvado intacta la fe y tu virginidad; pero tu sangre ha enrojecido la arena y tus heridas dan testimonio a los ojos de los mismos ángeles, de tu heroico valor en la guarda de fidelidad al Salvador. La iglesia entera te saluda hoy ¡oh virgen mártir! Sabe ella que la dicha de que hoy gozas entre los bienaventurados no te hace indiferente para con sus necesidades y que tú no la olvidas. Eres nuestra hermana; sé también nuestra madre. Mucho tiempo ha que, dejando las ligaduras de tu cuerpo mortal, después de haberlo santificado con la pureza y el sufrimiento, volaste a la mansión de la eterna paz; pero ¡ay! la guerra entre el espíritu y la carne continúa aquí abajo hasta hoy y continuará siempre. Asiste, pues, a tus hermanos; reanima en sus corazones la llama del fuego sagrado que el mundo y las pasiones tratan de extinguir. En estos días, todo cristiano debe pensar en fortalecerse en las aguas salutíferas de la compunción; aviva en todos el espíritu de temor de Dios, que vele sobre los desvaríos de la naturaleza corrompida; el espíritu de penitencia que repare las culpas que por nuestra flaqueza hayamos cometido, y el amor que endulce el yugo, y asegure la perseverancia. Muchas veces, vuestro velo virginal, expuesto ante los torrentes de lava que descendían del Etna, los detuvo en su curso arrasador a la vista de un pueblo entero;

opón tú, en este tiempo, la poderosa influencia de tus inocentes oraciones a esta marea corruptora, que cunde ya sobre nosotros y amenaza rebajar nuestras costumbres al nivel de las del paganismo. El tiempo apremia, ¡oh Agueda! socorre a las naciones infectadas con el veneno de una literatura infame; aparta esta copa venenosa de los labios de aquellos que aún no la han gustado; arráncala de las manos de los que en ella han encontrado la muerte. Perdónanos el baldón de ver el triunfo del sensualismo, que se apresura a devorar a Europa y frustra los malignos designios que el infierno tiene concebidos sobre la humanidad.

6 DE FEBRERO

SAN TITO, OBISPO Y CONFESOR

UN DISCÍPULO DE SAN PABLO. — Hoy la sagrada liturgia pone ante nuestra consideración un Obispo de la Edad Apostólica, discípulo de S. Pablo; su vida nos es poco conocida; pero el doctor de las gentes le ha hecho inmortal con la epístola que le dirigió. Por donde quiera que la fe de Cristo sea llevada, Tito lo mismo que Timoteo, será conocido de los fieles; y la Iglesia consultará con veneración hasta las consumaciones de los siglos la Epístola dirigida a un simple Obispo de la isla de Creta, pero que fué dictada

por el Espíritu Santo, y por lo mismo destinada a formar parte de la Sagrada Escritura que contiene la palabra de Dios. Los consejos y normas de dirección que encierra esta admirable Epístola fueron la regla del Santo Obispo, a quien Pablo profesaba un amor tan tierno. Tito tuvo la gloria de establecer el cristianismo en esta isla, en que el paganismo tenía uno de sus principales centros. Sobrevivió a su maestro, inmolado en Roma, bajo el filo de la espada en el reinado de Nerón; y como San Juan en Efeso, se durmió apaciblemente en el Señor, en edad muy avanzada, rodeado de veneración por parte de la cristiandad que él mismo había fundado. Su vida ha dejado tras sí pocas huellas; pero las que nos quedan referentes a él dan una idea clara de uno de esos hombres de virtud eminente, que Dios escogió al principio, para hacer de ellos los primeros pilares de la Iglesia [1].

SÚPLICA. — ¡Oh bienaventurado discípulo de San Pablo, la Iglesia ha querido dedicar un día en el año para celebrar tus virtudes e implorar tu intercesión; muéstrate propicio a los fieles que glorifican al Espíritu Santo por los dones que difundió sobre ti! Has cumplido con celo y constancia el cargo pastoral; todos los rasgos que

[1] Una piadosa tradición pretende afirmar que San Tito fué el Apóstol de los Dálmatas y que murió muy entrado en años, en Creta. Pío IX ordenó que su fiesta fuese celebrada en toda la Iglesia.

según tu maestro San Pablo, deben formar el carácter de un Obispo, y que él enumera en la carta que te dirigió, se hallan reunidos en tu persona. Acuérdate de la Iglesia militante cuyos primeros pasos sostuviste. Frecuentemente ha sido combatida, pero ha triunfado de todos los obstáculos, y camina hacia adelante convirtiendo las almas y dirigiéndolas hacia su celestial Esposo, hasta el día en que venga a detener el curso de los tiempos para abrir las puertas de la eternidad. Hasta tanto que esta hora haya sonado, contamos, oh Tito, con tu poderosa intercesión; desde lo alto del cielo salva con tu poderosa intercesión a las almas, como lo hiciste en la tierra con tus trabajos pastorales. Pide a Jesús pastores que sean semejantes a ti. Y que en la isla, que un día conquistaste para la verdadera fe, y sobre la que hoy se extienden las sombras de la infidelidad y los estragos del cisma, tremole el estandarte de la cruz; que, por tus méritos, la cristiandad de Oriente se reanime y que aspire a la unidad, única que puede preservarla de una disolución completa.

EL MISMO DIA

SANTA DOROTEA, VIRGEN Y MARTIR

HEROÍSMO DE LA MUJER CRISTIANA. — El mismo día que la Iglesia venera al insigne discípulo de San Pablo, una de las más amables Esposas de

Cristo nos consuela con su presencia; es Santa Dorotea; la virgen que va sembrando de los más admirables prodigios, el camino que la conduce al martirio. Nuestra sacrosanta religión es la única que nos ofrece estas escenas maravillosas, en que se ve a una mujer desplegar una energía que sobrepasa a veces la de los más valientes mártires. Se ve claramente que Dios se complace en quebrantar la cabeza de su enemigo con la fragilidad de ese pie que Satanás tanto teme. "*La enemistad entre la mujer y la serpiente*", produce en los anales de la Iglesia esas luchas en que el ángel rebelde es vencido, con tanta mayor vergüenza y odio por su parte, cuanto su vencedor le parece menos digno de excitar su alarma. Ahora debe ya saber, después de tan humillante y duras experiencias, cuán temible es la mujer cristiana para él; y nosotros que contamos tantas heroínas entre los antepasados de nuestra gran familia, debemos estar orgullosos de ellas y venerar su memoria. Apoyémonos en su constante protección, pues son poderosas ante el acatamiento de Dios. Entre ellas Dorotea ocupa uno de los más aventajados puestos; glorifiquemos su victoria y merezcamos sus auxilios.

VIDA. — La virgen Santa Dorotea, nacida en Cesárea de Capadocia, fué apresada y martirizada por orden del gobernador Apricio, hacia fines del siglo III. Su *Pasión* nos cuenta que un oficial llamado Teófilo, oyéndola orar a su divino Esposo, la pidió, en son de mofa,

que le enviase flores y frutos del jardín de su Esposo. Poco después, un mancebo de extremada belleza traía tres manzanas y tres rosas a Teófilo, que al punto confesó la divinidad de Jesucristo y llegó a ser un glorioso mártir. Esta *pasión* de carácter legendario ha contribuído a hacer célebre el nombre y el culto de la Santa.

SÚPLICA. — ¡Oh Dorotea! Eres fiel a tus promesas y en la plenitud de tu gloria no olvides a los que estamos en la tierra. Teófilo lo experimentó; sin embargo, no fué el cestillo de flores y frutos, con el que cumplías tu palabra, el don más precioso que le enviaste; mucho más precioso fué el don de la fe y de la perseverancia en la lucha. ¡Oh virgen!; envíanos tus regalos. Tenemos necesidad de valor para romper con el mundo y con nuestras pasiones; necesitamos convertirnos y volver de nuevo a Dios; estamos llamados a participar de la felicidad de que tú gozas; pero únicamente por la penitencia podemos tener acceso a ella. Sostennos, fortifícanos, a fin de que, el día de la Pascua, nuestras almas, lavadas en la sangre del Cordero, sean fragantes como los frutos del cielo y rojas como las rosas que tu mano recogió en favor de un mortal.

7 DE FEBRERO

SAN ROMUALDO, ABAD

UN HÉROE DE LA PENITENCIA. — Festejamos hoy a uno de los héroes de la penitencia: San Ro-

mualdo. Es uno de los hijos del gran Patriarca Benito, Padre, después de él, de una larga posteridad. La filiación benedictina se prosigue, directa, hasta el fin de los siglos; pero del tronco de este robusto árbol salen, en línea colateral, cuatro ramas siempre unidas, a las que el Espíritu Santo ha dado vida y fecundidad durante muchos siglos; tales son: La camáldula fundada por Romualdo, Cluny por Odón, Vallumbrosa por Juan Gualbeto y el Cister por Roberto de Molesmes. Hoy día, Romualdo reclama nuestros homenajes; y si los mártires que encontramos en el camino de la expiación Cuaresmal, nos ofrecen una preciosa enseñanza por su desprecio de la vida, los santos penitentes, como el gran abad de Camaldoli, nos dan una lección más práctica aún. "Los que son de Jesucristo, dice el Apóstol, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias"[1]; ésta es, pues, la condición común de todo cristiano; pero qué gran valor nos infunden estos generosos ascetas, que han santificado los desiertos con las obras de su penitencia, suprimiendo así toda excusa a nuestra tibieza, que se horroriza de las leves satisfacciones que Dios exige, a fin de comunicarnos sus gracias. Aprendamos la lección y ofrezcamos de buena gana al Señor el tributo de nuestro arrepentimiento, con las obras que purifican el alma.

[1] *Gal.*, V, 24.

VIDA. — Romualdo nació en Ravena en 957. A los 20 años, se retiró durante cuarenta días al monasterio de Classis, con el fin de expiar un crimen de su padre. Dos apariciones de San Apolinar le decidieron a hacerse monje. Tres años después, se formó bajo la dirección de un santo anacoreta llamado Marín, en la vida eremítica. En seguida, renovó el fervor religioso agrupando a los ermitaños en monasterios, aunque sin hacerlos cenobitas. Así fué como llegó a hacerse, en Camaldoli, padre de una nueva familia religiosa. Su contemplación, su austeridad, su don de profecías y el de milagros le hicieron célebre en toda la Iglesia. Murió en 1027. Sus discípulos pudieron festejarle cinco años después el Papa Clemente VIII extendió su culto a toda la Iglesia, 1595.

EL PENSAMIENTO DE DIOS. — ¡Oh amigo de Dios, Romualdo, cuán diferente es nuestra vida de lo que fué la tuya! Nosotros amamos el mundo y sus agitaciones; apenas el pensamiento de Dios cruza por nuestra mente durante el día, y menos aún es El el móvil de nuestras acciones. Sin embargo, cada hora que pasa nos acerca más y más a aquel momento en que nos hallaremos en presencia de Dios, cargados de nuestras obras, así buenas como malas, sin que nada pueda modificar ya la sentencia que nosotros mismos nos hemos preparado. ¡Tú no comprendiste así la vida, oh Romualdo! Viste que un solo pensamiento la debía llenar enteramente, que un solo interés debía preocuparla, y tú caminaste constantemente en presencia de Dios. Para no distraerte de este grande y querido objeto, buscaste

el desierto; allí, bajo la regla del Santo Patriarca de los monjes, luchaste contra el demonio y la carne; tus lágrimas lavaron tus pecados, tan leves en comparación de los nuestros; tu corazón regenerado en la penitencia, tomó el vuelo hacia el Salvador de los hombres a quien hubieras deseado ofrecerla hasta tu sangre. Tus méritos son nuestros bienes hoy a causa de esa admirable comunión, que el Señor se ha dignado establecer entre las almas más santas y nosotros pecadores. Ayúdanos, pues, en el período de penitencia que pronto va a comenzar; ¡tenemos tanta necesidad de poner nuestras débiles obras con la plenitud de las tuyas! Desde el fondo de tu soledad, en las sombras de Camaldoli, amabas a los hombres tus hermanos, y jamás se acercaron a ti sin que fuesen cautivados por tu amable y dulce caridad; muéstrales que aún les amas. Acuérdate también de la Orden de los Camaldulenses que fundaste, y haz que sea siempre, para las almas llamadas por Dios a ella, una escalera segura para subir hasta El.

8 DE FEBRERO

SAN JUAN DE MATA, CONFESOR

EL RESCATE DE ESCLAVOS. — No ha mucho celebramos la memoria de S. Pedro Nolasco, llamado por la madre de Dios a fundar una orden desti-

nada a rescatar a los cautivos cristianos del poder de los infieles; hoy, honramos al hombre que fué el primero favorecido con este pensamiento. Con el nombre de la Santísima Trinidad, estableció una sociedad religiosa cuyos miembros no tuvieron otro fin que poner sus fuerzas, sus privaciones, su libertad, su vida al servicio de los pobres esclavos que gemían bajo el yugo de los sarracenos. La Orden de los Trinitarios y la de la Merced, aunque distintas, son hermanas por el fin que se proponen y por la intención que las ha producido sus resultados; en seis siglos de duración han sido la restitución a su familia y a su patria de más de un millón de hombres, a los que al mismo tiempo preservaban del peligro de la apostasía. En Meaux, Francia, fué donde Juan de Mata, ayudado de su fiel cooperador Félix de Valois estableció el centro de su obra. En estos días de preparación para la Cuaresma, en que tenemos necesidad de reavivar en nosotros la llama de la caridad hacia los que sufren, ¿qué mejor admirable ejemplo que Juan de Mata y su Orden? Su existencia no tuvo otra finalidad que el deseo de ir a arrancar de los horrores de la esclavitud a hermanos desconocidos que languidecían en poder de los bárbaros. ¿Hay limosna, por generosa que sea, que no sea eclipsada cuando se la compara con el desprendimiento de estos hombres que se obligan por sus reglas, no sólo a recorrer la cristiandad para recoger los dineros

con el fin de dar la libertad a los esclavos, sino aún a tomar a veces ellos mismos los hierros de algunos de estos infortunados, a fin de aumentar el número de rescatados? ¿No es esto imitar, a la letra, tanto cuanto la fragilidad humana lo permite, el ejemplo del Hijo de Dios que bajó a la tierra para ser nuestro Redentor? Animados por tales modelos, entraremos con mayores ánimos aún en las intenciones de la Iglesia que nos recomienda con tanta insistencia las obras de misericordia, como uno de los elementos esenciales de la penitencia cuaresmal.

VIDA. — Juan de Mata nació en Provenza en 1160. Fué estudiante en París donde se ordenó de sacerdote. Una visión que tuvo celebrando su primera Misa le dió a conocer que estaba destinado a libertar los cautivos de las manos de los infieles. Retirose a la soledad con Félix de Valois durante tres años, y después ambos fueron a pedir al Papa la institución de una nueva Orden para redimir a los cautivos. Inocencio tercero aprobó el nuevo instituto el dos de Febrero de 1198. De vuelta a Francia, los fundadores levantaron su primer monasterio en Cerfroide, diócesis de Meaux, donde S. Félix permaneció como superior. S. Juan levantó dos hospicios y rescató numerosos cautivos. Agobiado por las fatigas e inflamado de un grande amor a Dios y al prójimo murió en Roma, el 8 de Enero de 1213.

CARIDAD. — ¡Oh bienaventurado Juan de Mata!, regocíjate ahora con el fruto de tus sacrificios para con tus hermanos. El Redentor del mundo ve en ti una de sus más fieles imágenes,

y se complace en honrar a los ojos de toda la corte celestial los rasgos de semejanza que tienes con El. A nosotros nos toca seguir en esta tierra tus huellas ya que esperamos llegar un día al mismo término. La caridad fraterna nos conducirá; pues, sabemos que las obras que ella nos inspira, tienen la virtud de arrancar al alma de las garras del pecado [1]. Tú la has comprendido tal como ella radica en el corazón de Dios, que ama nuestras almas más que nuestros cuerpos y que, a pesar de todo, no se desdeña en ayudar a las necesidades de esta. Consternado por los peligros que corrían tantas almas expuestas al peligro de la apostasía, acudiste en su ayuda y las hiciste comprender el precio de una religión que suscita tales abnegaciones. Tuviste compasión de sus cuerpos, y tus manos quebraron las cadenas tan penosas. Enséñanos a imitar tales ejemplos.

Celo. — Que los peligros a los cuales las almas de nuestros hermanos se hallan expuestos no nos hallen insensibles. Haznos comprender aquella palabra del Apóstol: "Aquel que aparte a un pecador de los peligros de su vida, al mismo tiempo que salva el alma de este, cubre las muchedumbres de sus propios pecados"[2]. Concédenos participar también de esa ternura compasiva que nos hará generosos y decididos a aliviar los ma-

---

[1] *Eccli.*, III, 33.
[2] *Santiago*, V, 20.

les que nuestros hermanos sufren en sus cuerpos y que frecuentemente son para ellos causa de blasfemar contra Dios y su Providencia. Fuiste libertador de los hombres, acuérdate en estos días de todos aquellos que por el pecado gimen bajo la cautividad de Satanás, y sobre todo de aquellos que, en la embriaguez de las ilusiones mundanas no sienten el peso de sus cadenas y duermen tranquilamente en su esclavitud. Conviérteles al Señor, su Dios, a fin de que recobren la verdadera libertad. Protege a la Orden que fundastes a fin de que el objeto de su antigua abnegación pueda aún servir a las necesidades de la sociedad cristiana.

9 DE FEBRERO

SAN CIRILO DE ALEJANDRIA, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

LA ENEMISTAD DE LA MUJER Y DE LA SERPIENTE. "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre tu raza y la suya; ella te aplastará la cabeza y tu morderás su calcañar"[1]. Estas palabras, dichas a la serpiente en los días, en que ahora la Iglesia las recuerda a sus hijos, dominan la historia entera del mundo. La mujer, que por el odio de Satanás cayó la primera, es también levantada la pri-

[1] *Gén.*, III, 15.

mera en María. En su Inmaculada Concepción, en su parto virginal, en la ofrenda que hizo a Dios del nuevo Adán sobre la montaña del Calvario, la nueva Eva ha mostrado en su antiguo enemigo el poder de su pie victorioso. Por eso el ángel sublevado, constituído desde antiguo en príncipe del mundo por la culpa del hombre [1], ha dirigido desde entonces todas las fuerzas de su doble imperio con las legiones infernales y los hijos de las tinieblas, contra la mujer que triunfó de él. María, desde el cielo prosigue la lucha que comenzó sobre la tierra. Reina de los espíritus bienaventurados y de los hijos de la luz, conduce al combate, como un solo ejército, las falanges celestes y los batallones de la Iglesia militante. El triunfo de estos ejércitos fieles es el de su soberana: El aplastamiento continuo de la cabeza del padre de la mentira, por la derrota del error y la exaltación de la verdad revelada, del Hijo de María y del Hijo de Dios.

CIRILO Y ATANASIO. — Pero jamás esta exaltación de Verbo Divino apareció más íntimamente ligada al triunfo de su augusta Madre, como en el combate memorable, en el que el Pontífice propuesto en este día a nuestras honras, tuvo una parte tan gloriosa. Cirilo de Alejandría es doctor de la Maternidad divina como su predecesor Atanasio, lo había sido de la consubs-

---

[1] *S. Juan*, XII, 31.

tancialidad del Verbo. La Encarnación reposa sobre los dos misterios que fueron, en un siglo de distancia, el objeto de su confesión y de sus luchas. Como Hijo de Dios, Cristo debía ser consubstancial al Padre; porque la simplicidad infinita de la esencia divina excluye toda idea de división: negar en Jesús, Verbo divino, la unidad de substancia con su principio, era negar su divinidad. Como hijo de hombre al mismo tiempo que *Dios verdadero de Dios verdadero*[1] Jesús debía nacer aquí abajo, de una hija de Adán y sin embargo de eso permanecer en su humanidad una misma persona con el Verbo Consubstancial al Padre: negar en Cristo esta unión personal de las dos naturalezas, era negar de nuevo su divinidad; era proclamar a la vez que la Bienaventurada Virgen, venerada hasta entonces como Madre que había engendrado a Dios en la naturaleza que el había tomado para salvarnos, no era sino la madre de un hombre.

ARRIO. — Tres siglos de persecución habían tratado en vano de arrancar a la Iglesia la negación de la divinidad de Cristo. A penas acababa de presenciar el mundo el triunfo del Hombre-Dios cuando ya el enemigo explotaba la victoria: aprovechándose del nuevo estado del cristianismo y su seguridad por parte de sus verdugos, se esforzaba por obtener, en lo sucesivo,

[1] Símbolo de Nicea.

en el camino de la falsa ciencia, la abjuración de la fe que le había sido rehusada en la arena del martirio. El celo amargo de los herejes para reformar la creencia de la Iglesia, había de servir a la enemistad de la serpiente y concurrir al desenvolvimiento de su raza maldita, lo cual no habían podido hacer los desfallecimientos de los apóstatas. Digno, por su orgullo, de ser, en la edad de la paz, el primero de esos doctores del infierno, Arrio, apareció desde luego llevando la disputa hasta las profundidades de la esencia divina, y rechazando con textos que no comprendía, la consubstancialidad. Al fin de un siglo en que su principal fuerza había sido el apoyo de los poderes de este mundo, el arrianismo caía, no quedando sus raíces, sino en las naciones que, recientemente bautizadas, no habían podido derramar su sangre por la divinidad del Hijo de Dios. En este momento, Satanás suscitó a Nestorio.

NESTORIO. — Poderoso para transformarse en ángel de luz[1] el viejo enemigo, revistió a su apóstol de doble aureola aparente de santidad y de ciencia; el hombre que había de expresar más claramente que ninguno otro el odio de la antigua serpiente contra la mujer y su fruto, llegó a sentarse en la sede episcopal de Constantinopla en medio de los aplausos de todo el Oriente, que

[1] *II Cori.*, XI, 14.

se prometía ver renacer en él la elocuencia y virtud de un nuevo Crisóstomo. Mas la alegría de los buenos fué de corta duración. En el mismo año que había presenciado la exaltación del hipócrita obispo, el día de Navidad de 428, Nestorio aprovechándose del inmenso concurso de fieles reunidos para festejar el parto de la Virgen-Madre, pronunció desde la silla episcopal esta blasfemia: "María no ha dado a luz a Dios; su hijo no era sino un hombre instrumento de la divinidad."

Defensa de la fe. — A estas palabras un estremecimiento de horror conmovió a las multitudes; intérpretes de la indignación general, el escolástico Eusebio, simple laico, se levantó de en medio de la concurrencia y protestó contra la impiedad. En seguida una protesta más explícita fué dirigida en nombre de los miembros de esta Iglesia desolada y extendida por medio de numerosos ejemplares, declarando anatema al que osase decir: "Uno es el Hijo único del Padre y otro distinto el de la Virgen María." Actitud generosa que fué entonces la salvaguarda de Bizancio y le valió el elogio de los Concilios y de los Papas. Cuando el pastor se muda en lobo, toca desde luego al rebaño el defenderse. Por regla, la doctrina desciende de los obispos al pueblo fiel y los súbditos no deben juzgar a sus jefes en su fe. Más hay en el tesoro de la re-

velación ciertos puntos esenciales de los que, todo cristiano, por el hecho mismo de llevar tal título, tiene el conocimiento necesario y la obligación de guardarlos. El principio no cambia, ya se trate de ciencia o de conducta, de moral o de dogma. Traiciones semejantes a la de Nestorio, son raras en la Iglesia; pero puede suceder que los pastores permanezcan en silencio, por tal o tal causa, en ciertas circunstancias en que la religión se vería comprometida. Los verdaderos fieles son aquellos hombres, que, en tales ocasiones, sacan de su solo bautismo, la inspiración de una línea de conducta; no los pusilánimes que bajo pretexto engañoso de sumisión a los poderes establecidos, esperan, para correr contra el enemigo u oponerse a sus proyectos, un programa que no es necesario y que no se les debe dar.

Roma y Alejandría. — Sin embargo, la emoción producida por las blasfemias de Nestorio, agitaba a todo el Oriente y llegó en seguida a Alejandría. La sede fundada por Marcos en nombre de Pedro, y honrada con el honor de segunda sede por voluntad del jefe de las Iglesias, estaba entonces ocupada por Cirilo. La concordia entre Atanasio y los Pontífices romanos había vencido en el siglo anterior al arrianismo, y ahora la unión de Alejandría y Roma debía de nuevo aplastar la herejía. Por eso el enemigo instruído por la experiencia, se había adelantado con una

previsión infernal; el día en que el futuro defensor de la Madre de Dios, subía sobre la silla de San Atanasio, aquella alianza tan temible para el demonio, no existía ya. Teófilo, el último Patriarca, autor principal de la condenación de S. Juan Crisóstomo en el conciliábulo de Chêne, había rehusado hasta el fin, subscribir la rehabilitación de su víctima por la sede Apostólica, y Roma había tenido que romper con su antigua hija. Cirilo era sobrino de Teófilo; no conocía nada de los vergonzosos móviles de su tío en este triste asunto; acostumbrado desde su niñez a venerar en él a su legítimo superior, así como a su bienhechor y maestro en la ciencia sagrada, Cirilo, una vez hecho patriarca no pensó en cambiar un ápice las decisiones de aquel a quien él miraba como a padre. Alejandría permaneció separada de la Iglesia Romana. Verdaderamente de un modo semejante a la serpiente, cuya baba envenena todo cuanto toca, Satanás había puesto a favor suyo, los más nobles sentimientos, para llevarlos él, a su vez, contra Dios. Pero nuestra Señora amante de los corazones rectos, no abandonó a su caballero. Al fin de algunos años durante los cuales aprendió el joven Patriarca a conocer a los hombres, un santo monje, Isidoro de Pelusa abrió plenamente sus ojos a la luz; Cirilo, convencido no dudó de restablecer en los dípticos sagrados, el nombre de S. Juan Crisóstomo. La trama urdida por el infierno se ha-

bía desvanecido: Roma encontraba en los bordes del Nilo un nuevo Atanasio, para las nuevas luchas de la fe que iban a surgir en Oriente.

LA FE DE LOS MONJES. — Conducido Cirilo por un monje a los senderos de la santa unidad profesó a los solitarios un afecto semejante a aquel con que les había rodeado su ilustre predecesor. Los escogió por confidentes de sus angustias al primer rumor de las impiedades nestorianas. En una carta que se ha hecho célebre, trata sobre todo de alumbrar su fe contra los peligros que amenazan a la Iglesia: "Porque, les dice, los que han abrazado por Cristo una vida tan envidiable, como es la vuestra, deben sobre todo brillar por el fulgor de una fe sin equívoco y sin disminución, y unir a esta fe la virtud; hecho esto, deben poner su mayor cuidado en desenvolver en ellos el conocimiento más perfecto del misterio de Cristo, tendiendo con todas sus fuerzas a adquirir el conocimiento más perfecto de El. Así comprendo yo, dice el santo Doctor, la consecución del varón perfecto de que habla el Apóstol[1] la manera de llegar a la medida de Cristo y a su plenitud"[2].

EL LIBERALISMO. — El patriarca de Alejandría no debía contentarse en explayar su alma en aquellos de cuyo asentimiento estaba asegurado

[1] *Eph.*, IV, 13.
[2] 1.ª *Carta a los monjes.*

de antemano. Por cartas en las que la mansedumbre del Obispo no es inferior más que a la energía y a la amplitud de su exposición doctrinal, Cirilo trató de atraer a Nestorio. Pero el sectario se obstinaba; a falta de argumentos se quejaba de la ingerencia del patriarca. Como siempre en semejantes circunstancias, se hallaron hombres buenos que, sin compartir su error, creyeron que, lo mejor hubiera sido en efecto, no responderle, por temor de irritarle, de aumentar el escándalo, de herir en una palabra la caridad. A estos hombres cuya virtud singular tenía la propiedad de asustarse menos de los herejes, que de la confesión de la fe cristiana, a estos partidarios de la paz, respondía Cirilo: "Pues que, Nestorio se atreve a decir en presencia de la asamblea de los fieles: ¡Anatema a quien nombre a María Madre de Dios!, por boca de sus partidarios, nos anatematiza a nosotros, todos los Obispos del universo, y a los antiguos Padres que en todo tiempo han reconocido y honrado unánimemente a la Madre de Dios. Y no va a estar en nuestro derecho volverle la palabra y de decirle: Si alguno niega, que María es Madre de Dios, sea anatema. Con todo eso, esta palabra, por respeto a él, aún no la he pronunciado"[1].

El miedo. — Otros hombres que son también de todos los tiempos, descubrían el verdadero

[1] *Carta*, VIII (o VI).

motivo de sus dudas cuando valorando muy elevadamente las ventajas de la concordia y su antigua amistad con Nestorio, recordaban tímidamente el crédito de éste, y el peligro que podía correrse en contradecir a un adversario tan poderoso. A estos respondió Cirilo: ¡Qué no puedo yo aun perdiendo todos mis bienes, satisfacer al Obispo de Constantinopla calmar la amargura de mi hermano! Pues es de la fe, de la que aquí se trata; el escándalo cunde por todas las iglesias, cada uno se informa con este motivo de la nueva doctrina. Si yo, que he recibido de Dios la misión de enseñar, no llevo el remedio a tan grandes males, ¿habría en el día del juicio llamas suficientes para mí? La calumnia y la injuria no me han faltado; todo eso lo olvido: que sólo la fe quede salva; y no permitiré que nadie me aventaje en el amor a Nestorio. Pero si, por causa de algunos, la fe sufre, que no se dude: no perderé mi alma aunque la muerte se cierna sobre mi cabeza. Si el temor del desprecio puede en mi más que el celo de la gloria de Dios, y me hace callar la verdad, con qué cara podré celebrar en presencia del pueblo cristiano a los santos mártires, cuando su elogio, es únicamente el cumplimiento de esta palabra[1]: *por la verdad, combates hasta la muerte*"[2].

---

[1] *Eccli.*, IV, 23.
[2] *Carta*, IX (o VII).

LUCHA ENÉRGICA. — Cuando al fin la lucha se hizo inevitable, organizó la milicia santa que había de combatir con él, llamando a su lugar a Obispos y monjes, y entonces Cirilo no retiene el entusiasmo sagrado que le anima: "En cuanto a mí, dice a sus clérigos, que residen en la ciudad imperial, sufrir, vivir y morir por la fe de Jesucristo es mi más ardiente deseo. *Como está escrito: No daré sueño a mis ojos, ni a mis párpados descanso, ni a mi cabeza reposo*"[1], hasta que no haya llevado a cabo el combate necesario para la salvación de todos. Por lo cual, bien penetrado de nuestro pensamiento, obrad virilmente; velad sobre el enemigo, informaos de sus menores movimientos. Desde el primer día os enviaré hombres piadosos y prudentes, obispos y monjes escogidos entre todos; ahora preparo mis cartas como se necesita y conviene. He resuelto trabajar sin tregua y soportar toda clase de tormentos, aún los más terribles por la fe de Cristo, hasta que me toque padecer la muerte que será dulce por tal causa[2].

SANTA PULQUERIA. — Informado por el patriarca de Alejandría de la inquietud de las iglesias, S. Celestino, que ocupaba entonces la sede apostólica, condenó la nueva herejía, y encargó a Cirilo deponer al Obispo de Constantinopla en

[1] *Salmo,* CXXXI, 4-5.
[2] *Carta,* X, (o VIII).

nombre del Romano Pontífice. Pero las intrigas de Nestorio iban a prolongar la lucha. En este momento aparece al lado de Cirilo, en el triunfo de la mujer sobre el antiguo enemigo, la figura de una mujer, de una santa que fué durante cuarenta años el terror del infierno, y por dos veces en nombre de la reina del cielo, aplastó la cabeza de la odiosa serpiente. En un siglo de ruinas, Pulqueria, con las riendas del imperio a los 15 años, aplastaba con su prudencia en el consejo y su energía en la ejecución las revueltas interiores, mientras que con la sola fuerza de la salmodia divina, junto con sus hermanas vírgenes como ella, contenía a los bárbaros. Cuando Occidente se agitaba en las convulsiones de la última agonía, Oriente encontraba en el genio de su emperatriz la prosperidad de sus más gloriosos días. Viendo a la hija del gran Teodosio que consagraba sus riquezas privadas en multiplicar las iglesias de la Madre de Dios, Bizancio recibía de ella el culto a María que había de ser su salvaguardia en los días aciagos, y le valió del Señor, Hijo de María, mil años de misericordia y de incomprensible paciencia. Santa Pulqueria, llamada por los concilios generales, la guardiana de la fe y baluarte de la unidad, tuvo, según dice S. León la parte principal en todo lo que contra los adversarios de la fe se hizo en su tiempo [1]. Dos palmas

[1] *Carta,* XXXI (o XXVII).

hay en sus manos, dos coronas en su cabeza, dice este gran Papa; porque la Iglesia le debe la doble victoria sobre la impiedad de Nestorio y de Eutiques, que, dividiéndose el ataque, iban al mismo fin por caminos opuestos, la negación de la Encarnación y del papel desempeñado por la Virgen Madre en la Redención del género humano [1].

VIDA. — S. Cirilo, siendo aún joven fué hecho Obispo de Alejandría en el 412. Inflamado del celo por la salvación de las almas, trabajó por guardar pura de todo error la fe de su redil. Con un ardor y una ciencia admirable defendió contra Nestorio el dogma de la Maternidad divina y siendo legado en el concilio de Efeso, (431) confundió y condenó al hereje. Murió en el 434. León XIII le ha declarado doctor de la Iglesia universal.

MATERNIDAD DIVINA E INMACULADA CONCEPCIÓN. ¡Oh Santo Pontífice!, *los cielos se regocijan y la tierra salta de gozo* [2] al recuerdo del combate con que la reina del cielo triunfó por tu medio de la antigua serpiente. Oriente te honró siempre como a su luz. Occidente honraba en ti desde ha mucho tiempo al defensor de la Madre de Dios; y he aquí que la solemne mención que consagraba su memoria en los fastos de los santos, no es suficiente hoy a su reconocimiento. Una nueva flor, en efecto, ha aparecido en la corona de María nuestra reina; y esta flor ra-

---

[1] *Ibid.*, y *Carta*, LXXIX (o LIX).
[2] *Carta*, XXXIX (o XXXIV).

diante salió del suelo mismo que tú rociaste con tus sudores. Proclamando en nombre de Pedro y de Celestino la Maternidad divina, preparaste a nuestra señora otro triunfo, consecuencia del primero: La Madre de Dios no podía menos de ser Inmaculada. Pío IX, al definirlo no ha hecho sino completar la obra de Celestino y la tuya; por esto las fechas 22 de julio de 431 y 8 de Diciembre de 1854 resplandecen con el mismo fulgor en el cielo así como han derramado sobre la tierra las mismas manifestaciones de alegría y de amor.

DOCTOR DE LA IGLESIA. — La Inmaculada embalsama el mundo con sus perfumes, por eso, después de 14 siglos la Iglesia Católica se vuelve hacia ti, oh Cirilo; y juzgando que tu obra está ya acabada, te proclama doctor, no permitiendo que en adelante falte nada a los honores que la tierra te debe. Así, oh pontífice amado del siglo, el culto que se te da, se completa con el de la Madre de Dios; tu glorificación no es otra cosa que una nueva extensión de la gloria de María. Feliz de ti, ya que ningún título más ilustre podía obtener un acercamiento semejante entre la soberana del mundo y su caballero.

PLEGARIA A LA MADRE DE DIOS. — Comprendiendo, pues, que la mejor manera de honrarte, oh Cirilo, es exaltar a Aquella cuya gloria ha lle-

gado a ser la tuya, recogemos los acentos inflamados, que el Espíritu Santo te inspiró para cantar sus grandezas el día siguiente al triunfo de Efeso: "Te saludamos ¡oh María, Madre de Dios! como la joya resplandeciente del universo, lámpara que no se extingue, corona de la virginidad, cetro de la Ortodoxia, templo indestructible y lugar en que se encierra la inmensidad, Madre y Virgen, por quien nos es presentado el bendito de los Evangelios, que viene en nombre del Señor. Salve, oh Virgen cuyo seno virginal y siempre puro, ha llevado al que es infinito, por quien es glorificada la Trinidad, por quien es honrada y adorada la Cruz preciosa en toda la tierra; alegría del cielo, serenidad de los arcángeles y ángeles, que ahuyentas a los demonios, por Ti el tentador es arrojado del cielo mientras que por Ti la criatura caída se levanta hasta los cielos. La locura de los ídolos dominaba al mundo, y tú abriste sus ojos a la verdad; a Ti deben los creyentes el santo bautismo, a Ti el óleo de la alegría; Tú fundas las iglesias en toda la tierra y conduces a las naciones a la penitencia. ¿Qué más diré? Por ti ha brillado el Hijo de Dios como la luz de los que yacían en las tinieblas y en la sombra de la muerte; por Ti los profetas han vaticinado el futuro, los Apóstoles han anunciado la salvación a las naciones; los muertos resucitan y reinan los reyes por la santa Trinidad. ¿Qué hombre podrá jamás celebrar a

María, digna de toda alabanza, de una manera conforme a su dignidad?"[1].

SÚPLICA A SAN CIRILO. — Si la dignidad de la Madre de Dios sobrepasa en efecto toda alabanza ¡oh Cirilo! obtén de ella por tanto, que suscite entre nosotros, hombres capaces de celebrar como tú, sus grandezas. Que el poder con que ella se dignó revestirte contra sus enemigos, no falte a los que tienen que sostener en nuestros días la lucha entablada desde el origen del mundo entre la Mujer y la Serpiente. El adversario ha crecido en audacia; nuestro siglo ha ido aún más lejos que Nestorio en la negación de Jesús y más aún que el mismo Juliano, emperador apóstata, contra quien tú defendiste también la divinidad del Hijo de la Virgen-Madre.. ¡Oh tú que diste al error golpes tan terribles!, muestra a los doctores de nuestro tiempo la manera de vencer; que sepan ellos apoyarse como tú sobre Pedro; que no se desinteresen por nada de lo que toca a la Iglesia; que miren siempre como a sus propios enemigos y los únicos enemigos, a los que lo son del reino de Dios. En tus sublimes escritos los pastores aprenderán la verdadera ciencia, la de las Sagradas Escrituras, sin la cual su celo sería inútil. Los cristianos comprenderán en tu escuela que no pueden esperar crecer en la virtud, sin aumentar en fe y sin desarrollar en

[1] 4.ª *Homilía.*

sí el conocimiento del misterio del Hombre-Dios. En un siglo en que la vaguedad en las nociones basta a tantas almas, repite a todos que "el amor de la fe es quien conduce a la vida [1].

Al acercarnos a la santa Cuaresma nos acordamos de estas Cartas Pascuales que cada año en estos mismos días, llevaban por todas partes, con el anuncio de la Solemnidad de las Solemnidades, la exhortación a la penitencia; penetra nuestros corazones con la seriedad de la vida cristiana, excítalos a entrar valientemente en el Santo tiempo, en que deben encontrar la paz con Dios, por medio del triunfo sobre la carne y los sentidos.

EL MISMO DIA

SANTA APOLONIA, VIRGEN Y MARTIR

DIOS DUEÑO DE LA VIDA. — La iglesia de Alejandría ofrece hoy a nuestra veneración a la virgen Santa Apolonia. Esta mártir de Cristo, viene a juntarse a sus hermanas Agueda y Dorotea, para reanimar el valor en nuestros corazones. La vida presente no fué nada a sus ojos. Bajo la dirección del Espíritu Santo, se la ve subir sobre la pira sin aguardar a que sus verdugos la condujesen. En nuestros días, no es raro ver a hombres cansados de la vida, lanzarse a la muerte por

[1] *Primera Homilía.*

sustraerse a sus deberes; Apolonia corría a la hoguera testimoniando así su horror hacia el mayor de los crímenes. Algunas veces, el Espíritu Santo durante las persecuciones sugirió la misma conducta a muchas vírgenes que temían por su fe y por su honor. Mas esos ejemplos son raros; pero prueban a su modo que Dios es dueño de nuestra vida y que debemos estar dispuestos a darle cuanto nos pida.

SANTA AUXILIADORA. — Una circunstancia del martirio de Santa Apolonia ha llamado la atención de los fieles. Para castigar la libertad con que confesaba a Jesucristo, el furor de los verdugos llegó hasta el punto de quebrantarla los dientes de su boca inspirada. Una piadosa confianza, recompensada con frecuencia, ha movido a los fieles a invocar a Santa Polonia en los dolores de muelas. El Señor nos ha concedido de este modo la protección no sólo para nuestras necesidades espirituales, sino también para las corporales.

VIDA. — *Con este elogio ha consagrado la Iglesia la memoria de Santa Apolonia en su Liturgia:*

Apolonia, virgen de Alejandría, en el imperio de Decio, siendo ya de bastante edad fué arrastrada ante los ídolos, para obligarla a que los adorase. Pero en vez de adoraciones, no les ofreció sino desprecios; y declaró con toda valentía que no adoraba a nadie más que a Jesucristo, el único Dios verdadero. Le arrancaron todos los dientes después de habérselos quebrado; y los

impíos verdugos encendieron una hoguera, amenazándola quemarla viva, sino renegaba de Cristo y adoraba a los dioses. Apolonia respondió que estaba presta a sufrir la muerte por la fe de Cristo. Se apoderaron de ella para quemarla; pero mientras deliberaban unos momentos sobre lo que iban a hacer, se escapó de sus manos y devorada su alma por el fuego del Espíritu Santo se lanzó espontáneamente a la hoguera preparada para ella. Su cuerpo fué consumido en poco tiempo y su alma purísima voló al cielo, para recibir la eterna corona del martirio [1]. (249.)

Terror del Infierno. — ¡Apolonia!, ¡qué valor el tuyo! Lejos de espantarte el fuego de la hoguera te atrae y corres a ella como a un paraíso de delicias. Ante el pecado te parece dulce la muerte; y no te fijas que la mano cruel de los hombres te precipita en ella. Este valor admira nuestra flaqueza, y con todo, la hoguera que prefieres a la apostasía y que, en pocos instantes, te va a hacer nacer a una bienaventuranza sin fin, es una insignificancia al lado de los fuegos eternos que el pecador desafía a toda hora, porque no los siente todavía se atreve a provocar esas llamas vengativas y exponerse a ellas por una satisfacción pasajera. Estas cosas de los santos escandalizan a los mundanos; las encuentran exajeradas, arrebatadas, fanáticas; porque los santos ven más allá de lo que alcanza su vista.

---

[1] Relato auténtico, sacado de una carta de Dionisio de Alejandría a Fabián de Antioquía y transmitida a nosotros por Eusebio.

Infunde en nosotros el temor del pecado que devora eternamente a los que mueren con él. Si la hoguera nos parece espantosa, que el horror del sufrimiento y de la destrucción nos sirva al menos para alejarnos del mal que conduce a los hombres a aquel abismo cuyo humo—como dice San Juan—subirá por los siglos de los siglos[1].

Ten piedad de nosotros, ruega por los pecadores. Abreles los ojos a los peligros que les amenazan. Enséñanos el temor de Dios para que podamos evitar su justicia. Y haz en fin que comencemos a amarle de una vez.

10 DE FEBRERO

SANTA ESCOLASTICA, VIRGEN

(480-549)

El martirio y la virginidad. —La hermana del Patriarca de los monjes de Occidente viene a alegrarnos hoy con su agradable presencia; la virgen claustrada aparece al lado de la mártir; ambas esposas de Jesús, ambas coronadas, porque ambas han combatido y alcanzado la palma. La una la ha alcanzado en medio de los rudos asaltos del enemigo, en esas horas en que es preciso morir o vencer; la otra ha debido sostener durante toda su vida entera la lucha de cada día, prolongada por decirlo así hasta el último mo-

[1] *Apoc.*, XIV, II.

mento [1]. Apolonia y Escolástica son hermanas; están unidas eternamente en el corazón de su Esposo común.

HERMANA Y DISCÍPULA DE SAN BENITO. — Era necesario que la grande y austera figura de San Benito apareciese suavizada por los rasgos angélicos de esta hermana que la Divina Providencia, con gran sabiduría colocó junto a él, para ser su más fiel cooperadora. La vida de los santos presenta estos contrastes, como si el Señor quisiera darnos a entender que, muy por encima de las regiones de la carne y de la sangre, hay un lugar para las almas que las une, que las hace fecundas, las templa y las perfecciona. Así en la Patria celestial, los ángeles de las diversas jerarquías están unidos por mutuo amor cuyo vínculo es el Señor y gustan eternamente las dulzuras de una tierna fraternidad.

La vida de Santa Escolástica se desliza aquí abajo, sin dejar más huellas de su paso, que el dulce recuerdo de una paloma, que se dirige hacia el cielo vista por San Benito, a quien adelantó algunos días en llegar a la eterna felicidad.

Poco es lo que nos queda de esta esposa del Salvador fuera del relato donde San Gregorio el

---

[1] Según una tradición que remonta a San Bertario, Abad de Montecasino, (884), San Benito y Santa Escolástica eran gemelos. Consagrada a Dios desde su infancia, se cree que siguió a su hermano a Subiaco. Después se estableció al pie de Casino en Plumbariola, donde pronto fué rodeada de por una comunidad de vírgenes.

Grande nos ha contado la piadosa disputa que se suscitó entre el hermano y la hermana tres días antes de ser recibida ésta a las nupcias celestiales. Pero cuantas maravillas nos revela esta escena incomparable. ¿Quién no comprenderá al instante toda el alma de Escolástica, en la tierna ingenuidad de sus deseos en su tierna y firme confianza en Dios, en la amable felicidad con que triunfa de su hermano, pidiendo su ayuda a Dios mismo?

EL PODER DEL AMOR. — Pero ¿de dónde pudo sacar esa fuerza que la hizo capaz de resistir al deseo de su hermano, a quien veneraba como su maestro y su oráculo? ¿Quién la advirtió que su oración no era temeraria? y ¿quién podía en aquel momento imaginar algo mejor que la severa fidelidad de San Benito a la Regla que él había dado y que debía mantener con su ejemplo? San Gregorio nos responderá: "No nos extrañemos—dice—que una hermana que desea ver más tiempo a su hermano, haya podido tener en ese momento más poder que él sobre el corazón de Dios; porque según la palabra de San Juan, *Dios es amor*, y era justo que la que amaba más, fuese más poderosa que la que amó menos."

LA CARIDAD FRATERNA. — Santa Escolástica será, pues, en los días en que estamos el apóstol de la caridad fraterna. Ella nos animará al amor de nuestros semejantes, que Dios quiere ver re-

nacer en nosotros a medida que nos acercamos a él. La solemnidad pascual nos convidará a un mismo banquete; y allí nos alimentaremos de la misma víctima de la caridad. Preparemos de antemano nuestro vestido nupcial porque el que nos invita quiere vernos *habitar juntos en una misma casa* [1].

SENCILLEZ DE PALOMA. — ¡Qué rápido fué tu vuelo, cuando, al abandonar esta tierra de destierro, desplegastes tus alas hacia Dios! La mirada de tu hermano que te persigue unos instantes, pronto te perdió de vista; pero la corte celestial en pleno se regocija con tu entrada. Ya estás ahora en la fuente de aquel amor, que llenaba tu corazón. Calma eternamente tu sed en esta fuente de vida; y que tu apacible blancura se haga cada día más brillante, en la compañía de las demás vírgenes que forman la corte del Cordero.

Pero acuérdate de esta tierra que ha sido para ti como lo es para nosotros, el lugar de prueba donde mereciste tantos honores. Tímida delante de los hombres, sencilla e inocente, ignoraste hasta qué grado "heriste el corazón del Esposo"[1]. Trátate con él con la humildad y la confianza de un alma jamás agitada por un remordimiento, y él se rinde a tus deseos con amorosa condescendencia; y Benito cargado de años y de mé-

[1] *Salmo*, LXV, 2.

ritos, acostumbrado a ver a la naturaleza obedecer a sus órdenes, es vencida por ti en una lucha en que tu sencillez ve mucho más lejos que su profunda sabiduría.

PODER DEL AMOR. — ¿Quién te inspiró ¡oh Escolástica! ese sentir sublime, aquel día, haciéndote parecer más sabia que el gran hombre, elegido por Dios, para ser la regla viva de los perfectos? Fué aquel mismo que había elegido a Benito, como una de las columnas de la religión. Quiso mostrarnos que la caridad pura agrada a sus ojos más que la rigurosa fidelidad a las leyes, que no han sido hechas más que para ayudar a conducir a los hombres al fin que posee ya tu corazón. Benito el amigo de Dios lo comprendió; y en seguida, tomando de nuevo el curso de la conversación celestial se confundieron vuestras almas en la dulzura del amor increado, que acababa de revelarse y glorificarse a sí mismo con tanto esplendor. Pero tú ya estás presta para el cielo; tu amor ya no tiene nada terrestre, te atrae hacia lo alto. Unas horas aún y la voz del Señor te hará oír aquellas palabras del *Cantar*, que el Espíritu Santo parece haber dictado para ti: "Levántate amada mía, hermosa y ven; paloma mía muéstrame tu rostro; que tu voz resuene en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro lleno de atractivos"[1].

[1] *Cantar*, II, 10.

Súplica por todos. — ¡No te olvides de nosotros cuando te marches de la tierra! Nuestras almas son llamadas a seguirte, aunque poseen los mismos hechizos que la tuya a los ojos del Salvador. Menos dichosas que la tuya, necesitan purificarse largo tiempo para ser admitidas en la mansión donde contemplarán tu felicidad. Tu oración obligó a las nubes del cielo a enviar su lluvia sobre la tierra; que obtenga para nosotros las lágrimas de la penitencia. Tus delicias fueron las conversaciones sobre la vida eterna; aleja de nosotros las conversaciones fútiles y dañosas; haznos gustar aquellas en que las almas aspiran unirse a Dios. Encontraste el secreto de esa caridad fraterna, cuya ternura misma es un perfume de virtud que agrada al corazón de Dios. Abre nuestros corazones al amor de nuestros hermanos; aparta de nosotros la frialdad y la indiferencia y haz que nos amemos como Dios quiere que nos amemos.

Por la Orden Monástica. — Acuérdate del árbol bajo cuyas ramas se cobijó tu vida. El claustro benedictino te considera, no sólo como la hermana, sino también como a la hija de su augusto patriarca. De lo alto del cielo contempla los restos de ese árbol, antes tan vigoroso y tan fecundo, a cuya sombra las naciones de Occidente se cobijaron durante tantos siglos. Por todas partes el hacha devastadora de la impie-

dad se lanzó a golpear sus ramas y sus raíces. Sus ruinas se esparcen por doquiera y cubren todo el suelo de Europa. Con todo eso sabemos que debe revivir, que retoñará con nuevas ramas y que el Señor se ha dignado encadenar la suerte de este árbol antiguo a los destinos de la Iglesia. Ruega para que reviva en él la savia primera. Protege con cuidado maternal los débiles retoños que ahora produce, defiéndelos del huracán; bendícelos y hazlos dignos de la confianza que la Iglesia se digna depositar en ellos.

11 de febrero

LA APARICION DE LA INMACULADA VIRGEN MARIA

El mensaje de Lourdes. — *Mi arco iris aparecerá de nuevo por encima de las nubes y me acordaré de mi alianza* [1]. En el oficio del once de febrero del año de 1858 [2], las lecturas litúrgicas recordaban esta promesa a la tierra; y pronto supo el mundo que este mismo día María se había aparecido, más hermosa que aquel signo de esperanza, que en tiempo del diluvio había proyectado su figura gentil.

Era la hora en que se multiplicarían para la Iglesia los indicios precursores de un porvenir

[1] *Gén.*, X, 14, 15.
[2] Jueves de Sexagésima.

que al presente todos conocemos. La humanidad envejecida amenazaba quedar pronto sumergida en diluvio peor que el antiguo.

Soy la Inmaculada Concepción, declaraba la Madre de la divina gracia a la humilde niña elegida para pregonar en estas circunstancias decisivas, su mensaje a los guías del arca de salvación. A las tinieblas que subían del abismo, ella oponía como un faro, el augusto privilegio, que tres años antes, el supremo piloto había proclamado como dogma para gloria suya.

Si, en efecto, como dice San Juan, el discípulo amado, nuestra fe posee aquí abajo la promesa del triunfo [1]; si, por otra parte, la fe se alimenta de la luz; ¿qué dogma ilumina también como este a todos los demás con un resplandor tan suave suponiéndoles y recordándoles a todos a un mismo tiempo? En la frente de la temida del infierno, es verdaderamente real la corona en que se dan cita todos los diversos resplandores de los cielos, como en el arco triunfador de las tempestades.

Pero, por eso precisamente, era necesario abrir los ojos de los ciegos a estas bellezas, dar ánimos a los corazones angustiados por la audacia de las negaciones del infierno, sacar de su impotencia a tantas inteligencias debilitadas por la educación de las escuelas de nuestros días e incapaces de formular un acto de fe. Al con-

[1] *I, S. Juan,* V, 4.

vocar las multitudes en los lugares de su bendita aparición, la Inmaculada socorría enérgica pero suavemente la debilidad de las almas, curando los cuerpos; y mientras sonreía a la muchedumbre atrayendo a todos así, confirmaba con la autoridad del milagro permanente de su propia palabra la definición proclamada por el Vicario de su Hijo.

Del mismo modo que el Salmista cantaba las obras de Dios que pregonan en toda lengua la gloria de su autor [1]; lo mismo que San Pablo tachaba de locura no menos que de impiedad al que no se rendía a su testimonio [2]: se puede decir de los hombres de nuestro tiempo que no tienen escusa si no se convencen ante las obras de la Santísima Virgen. Ojalá multiplique sus beneficios y tenga compasión de enfermedades todavía peores de almas enfermas que, por vergonzoso temor de llegar a conclusiones importunas, rehusan ver; o los que luchando frente a frente contra la verdad, obligan a su pensamiento acusar de extrañas paradojas, entenebrecen su corazón, como dice el Apóstol, y harían temer que el *sentido réprobo* que los paganos llevaban como castigo en la carne [3], haya obcecado su razón.

---

[1] *Salmo*, XVIII, 2, 5.
[2] *Rom.*, I, 18, 22.
[3] *Rom.*, I, 21.

LLAMADA A LA PENITENCIA. — "¡Oh María concebida sin pecado, ruega por nosotros que recurrimos a ti! Esta es la oración que en el año 1830, nos enseñaste Tú misma ante las amenazas del futuro. En 1846, los dos pastorcitos de la Salette nos recordaban tus exhortaciones y tus lágrimas. "Ruega por los pobres pecadores y por el mundo tan agitado", nos vuelve a repetir de tu parte, hoy, la vidente de las grutas de Massabielle: ¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!

¡Virgen bendita queremos obedecerte!, combatir en nosotros y en todo el mundo al único enemigo, el pecado, mal supremo de donde nacen todos los males. ¡Alabanza al Todo Poderoso que se dignó conservarte sin mancilla y rehabilitar en Ti una raza humillada! ¡Alabanza a Ti que, libre de deudas, has saldado las nuestras con la sangre de tu Hijo y con las lágrimas de su Madre, reconciliando a la tierra con el cielo, y aplastando la cabeza de la serpiente[1]!

ORACIÓN-EXPIACIÓN. — ¿No es esta desde hace mucho tiempo, desde los tiempos apostólicos, la más frecuente recomendación de la Iglesia, para estos días más o menos inmediatos a la Cuaresma? Madre nuestra del cielo, bendita seas por haber venido tan oportunamente a juntar tu voz a la de nuestra Madre de la tierra. El mundo ya no quería, ni comprendía tampoco el remedio

[1] *Gén.*, III, 15.

infalible pero indispensable, ofrecido a su miseria por la misericordia y la justicia de Dios. Parecía haber olvidado ya aquel oráculo: *Si no hacéis penitencia, pereceréis todos.*

¡Oh María, tu bondad nos despertó de nuestro letargo! Al conocer nuestra flaqueza, acompañas de mil suavidades la amarga corrección. Para atraer al hombre a implorar tus beneficios espirituales, le prodigas los naturales. No seremos como aquellos niños que reciben a gusto las caricias maternales pero descuidan las instrucciones y no quieren aceptar las correcciones, que la ternura endulza, para que sean bien recibidas. Sino que por el contrario estaremos dispuestos a rezar y a sufrir contigo y con Jesús. Durante la Santa Cuaresma nos convertiremos y haremos penitencia con tu ayuda.

12 DE FEBRERO

LOS SIETE SANTOS FUNDADORES DE LA ORDEN DE LOS SERVITAS DE LA SANTISIMA VIRGEN

LA PASIÓN Y LA COMPASIÓN. — El cielo de la Iglesia se ha ensombrecido, todo nos anuncia ya el día en que el Emmanuel aparecerá en el estado en que le han puesto nuestros crímenes. ¡Belén llama muy pronto al Calvario! Al pie de la Cruz

encontraremos a la Madre de la divina gracia; entonces María dará a luz, en medio de lágrimas, a los hermanos del recién nacido, cuyo nacimiento estuvo lleno de encantos. Del mismo modo que hemos gustado sus alegrías, sabremos llorar y sufrir con ella.

Tomemos como modelo a los santos, que celebramos hoy. Su vida se pasó en la contemplación en los dolores de Nuestra Señora; la orden que fundaron tiene por misión propagar el culto de sus dolores. Era aquel tiempo en que San Francisco de Asís acababa de enarbolar el lábaro del divino Crucificado sobre el mundo indiferente. En esta empresa de salvación Jesús, como el Viernes Santo, no se podía mostrar a la tierra sin María. Los Servitas completaron por su parte la obra del Patriarca de los menores; la humanidad desamparada recobró la confianza al meditar en la Pasión de su Hijo y en la compasión de la Madre.

Dos fiestas consagradas a celebrar los dolores de la Santísima Virgen, nos dirán cuál es el lugar que éstos ocupan en la economía de la Redención. Pero ahora unamos nuestra gratitud a la de la Iglesia para con esta piadosa familia de los Servitas; el mundo les debe el haber avanzado en el conocimiento y el amor de la Madre de Dios, hecha también madre nuestra, a costa de unos sufrimientos como los de ningún alumbramiento por doloroso que haya sido.

VIDA. — Desde 1183 poseía Florencia una cofradía en honor de Nuestra Señora, destinada a combatir el progreso de la herejía de los cátaros. Hacia 1230 esta cofradía admitió siete miembros de la aristocracia. Estando en oración, el 15 de agosto de 1233 tuvieron la misma inspiración de abandonarlo todo para servir mejor a Dios y a nuestra Señora. Se retiraron a la soledad, decididos a no admitir a nadie en su compañía. El milagro de la vid que dió frutos en Cuaresma, les mostró que debían admitir discípulos. Las casas se multiplicaron rápidamente en Italia, Alemania y Francia y Benedicto XI aprobó el instituto en 1304. Dedicados a la contemplación de la Pasión de Cristo y de los sufrimientos de su Madre, los Servitas debían promover el culto de los Dolores de María.

Después de su jubileo sacerdotal, León XIII, canonizó a los siete Fundadores de Servitas, cuya fiesta se fijó el 12 de febrero.

LA VID DE NUESTRA SEÑORA. — Como vosotros habéis hecho de los dolores de María vuestros propios dolores, ella os hace participar de sus alegrías eternas. Con todo eso, aquella vid, cuyos racimos maduraron antes de tiempo, presagiando vuestra fecundidad, exhala todavía sus perfumes en la morada de nuestro destierro. Los fieles notan con gusto los frutos que produce cada día. Os retiráis a la soledad donde la Reina de los Santos pasó su vida mortal; pero en este siglo en que la gloria de María despeja todos los nublados, no puede haber una sombra que sustraiga por más tiempo a los Servitas del fulgor con que resplandece su Augusta Capitana. ¡Que

tus beneficios te manifiesten más y más! No ceséis nunca de caldear el corazón de este mundo envejecido en la hoguera en que el vuestro encuentra la fortaleza y el amor que le hace triunfar del mal e inmolarse por Dios. ¡Corazón de María, cuya espada de dolor ha hecho resplandecer las llamas del amor, sed para nosotros modelo, refugio y consuelo, mientras esperamos la hora que pondrá fin a nuestros sufrimientos y nuetras lágrimas!

14 DE FEBRERO

SAN VALENTIN, SACERDOTE Y MARTIR

La Iglesia honra hoy la memoria de este santo sacerdote de Roma, que padeció el martirio hacia el año 270. Ignoramos la mayoría de las circunstancias de su vida y de sus sufrimientos; apenas si nos quedan algunas noticias. El culto de San Valentín es uno de los más célebres de la Iglesia y debemos mirarle como a uno de nuestros protectores en esta estación litúrgica en que su nombre y sus méritos vienen a unirse a los de tantos otros mártires, para animarnos a buscar a Dios, a costa de todos los sacrificios que nos cueste en ponernos en gracia con él.

Ruega, pues, Santo Mártir, por los fieles que desde hace tantos siglos, conservan todavía tu

recuerdo. En el día del juicio nuestros ojos te encontrarán en medio del resplandor de gloria que tus combates te alcanzaron. Obtén con tus oraciones que seamos colocados a la diestra y asociados a tu triunfo.

15 DE FEBRERO

SAN FAUSTINO Y SANTA JOVITA, MARTIRES

GLORIA DE LOS MÁRTIRES. — Son dos hermanos que sufrieron el martirio al principio del siglo segundo de la era cristiana; su memoria, sin embargo de eso, se conserva todavía con honor. La gloria de los conquistadores y de los hombres de Estado pasa rápidamente y pronto se borran sus nombres de la memoria de los pueblos; se pregunta a los sabios si han existido, en qué época, cuáles han sido sus actos. Brescia, la capital de la Cenomania italiana, apenas se acuerda de los hombres que la gobernaron e ilustraron en el siglo II; pero el recuerdo de estos ciudadanos suyos durará cuanto dure el mundo. Glorifiquémosles en estos días en que sus ejemplos nos hablan con tanta elocuencia de la fidelidad que el cristiano debe a Dios.

VIDA. — Faustino y Jovita nacieron en Brescia. Fueron encarcelados en la persecución de Trajano, y se les condujo por todas las ciudades de Italia, principalmente por Milán y Roma, donde sufrieron los más

grandes tormentos por la fe cristiana. Finalmente fueron decapitados en Brescia al principio del gobierno de Adriano.

Sus *actas* son obras de un escribano que vivió mucho tiempo después de su martirio (al fin del siglo VIII y principios del IX) y cuyo objeto era más bien el de edificar a los fieles con piadosas leyendas que el de hacer una obra histórica.

SÚPLICA. — ¡Mártires de Cristo!, cuando comparamos nuestras pruebas con las vuestras, nuestros combates con los que habéis tenido que sostener vosotros, ¡qué reconocidos debemos estar a Dios que ha mimado tanto nuestra debilidad! Nosotros que estamos tan prestos para violar la ley del Señor, tan tardos para levantarnos de nuestras caídas, tan flacos en la fe y en la caridad, ¿cómo soportaremos los tormentos que os ha sido necesario atravesar para alcanzar el descanso eterno? Pero, con todo eso estamos en camino para el mismo fin a donde vosotros ya habéis llegado. Nos espera también una corona y no pidamos renunciar a ella. Levantad vuestros ánimos ¡santos mártires!; armadnos contra el mundo y contra nuestras malas inclinaciones para que confesemos a Cristo no sólo con nuestra boca, sino también con nuestras obras y nuestros ejemplos y demos testimonio de que somos cristianos.

18 DE FEBRERO

SAN SIMEON, OBISPO Y MARTIR

PARIENTE Y DISCÍPULO DE CRISTO. — Hoy festejamos a un anciano venerable de ciento veinte años, a un obispo y a un mártir; Simeón es el obispo de Jerusalén, sucesor del Apóstol Santiago en aquella sede. Conoció a Cristo y fué su discípulo. Es su pariente según la carne, de la misma familia de David; hijo de Cleofás y de aquella María unida a la madre de Dios con vínculos de sangre tan estrechos que fué llamada su hermana. ¡Cuántos títulos de gloria para este venerable Pontífice, que viene a aumentar el número de los mártires, cuya protección reanima a la Iglesia, en esta parte del año en que nos encontramos! Un discípulo tan contemporáneo a la vida mortal de Cristo, un pastor que ha repetido a los fieles las lecciones recibidas por él de la misma boca del Salvador, no debía unirse con su Maestro, sino con una vida tan noble como la suya. Está abrazado a la Cruz, y con su muerte acaecida el año 106, se acaba el primer período de la Historia cristiana, que se llama "Los tiempos apostólicos". Honremos a este santo que reúne en sí tantos recuerdos y pidámosle que extienda a nosotros esa Paternidad de que se honran los fieles de Jerusalén desde hace tanto tiempo.

Roguémosle que eche sobre nosotros una mirada desde el trono esplendoroso a que le condujo la Cruz, que nos obtenga la gracia de la conversión de que tanta necesidad tienen nuestras almas.

VIDA. — *La santa Liturgia consagra a su memoria esta corta noticia.*

Simeón, hijo de Cleofás, fué ordenado Obispo de Jerusalén, inmediatamente después de Santiago. En el imperio de Trajano fué acusado ante Antíoco, personaje consular, de ser cristiano y pariente de Cristo. En esta época se perseguía a los descendientes de David. Después de haber pasado por numerosos tormentos. Simeón sufrió el mismo suplicio de nuestro Salvador; y todo el mundo se admiró de que un hombre, tan agotado por la edad (tenía ciento veinte años) pudiese soportar con tanto valor y constancia los dolores crueles de la Cruz.

ALABANZA Y SÚPLICA. — Recibe el humilde homenaje de la cristiandad, ya que aventajas en grandeza a todos los títulos de los hombres. Tu sangre es la misma que la de Cristo; tu doctrina la recibiste de su boca; tu caridad para con los fieles la encendiste en su corazón y tu muerte no es más que una renovación de la suya. Nosotros no tenemos el honor de llamarnos hermanos de Cristo; pero haz que seamos consecuentes con esta promesa suya. "El que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos, ese es mi hermano, mi hermana, mi madre [1]..."

[1] *San Mateo,* XII, 50.

No hemos recibido como tú, de boca del Salvador su doctrina vivificadora; pero no la poseemos menos pura por medio de la Santa Tradición, de la que tú eres uno de los primeros eslabones. Obtén que seamos cada vez más dóciles a ella y que se nos perdonen nuestras infracciones. No se nos ha preparado una cruz para clavarnos en ella de pies y manos; pero este mundo está sembrado de pruebas a las que el mismo Señor ha llamado Cruces. Tenemos que arrostrarlas con constancia, si queremos tener parte con Jesús en su gloria. Pide a Dios que le seamos siempre fieles, que nuestro corazón no se rebele nunca contra él, que reparemos las faltas que cometemos tan frecuentemente, cuando no queremos cumplir su voluntad.

EL MISMO DÍA

SANTA BERNARDITA DE SOUBIROUS

En Navidad, una pastora, Genoveva, era admitida con los pastores de Belén junto al pesebre del divino Emmanuel. Poco después la Liturgia nos mostraba al Señor, en los comienzos de su vida, buscando los Apóstoles de su reino, los mensajeros de su doctrina, no entre los poderosos y los ricos, sino entre unos pobres e ignorantes pescadores. "Porque Dios, dice San Pablo,

ha escogido lo que es considerado como más débil en el mundo para confundir a los fuertes." La Santísima Virgen tiene las mismas preferencias.

LAS APARICIONES Y EL MENSAJE DE NUESTRA SEÑORA.—Queriendo ilustrar de manera maravillosa la definición dogmática de Pío IX, que la declaraba Inmaculada en su Concepción, se apareció en un siglo materialista infatuado por su ciencia, a la hija de unos sencillos molineros, pastorcita ignorante de la comarca de Bigorre, que no tenía más conocimientos científicos que los rudimentos del catecismo, y la dijo: "Yo soy la Inmaculada Concepción."

A esta niña, rica solamente "en el candor de su alma exquisita" quiero confiarla un gran mensaje: un mensaje de oración y penitencia para los pecadores.

Desde el día 2 de febrero al 16 de julio de 1858, Bernardita Soubirous, a los catorce años, tuvo la dicha de contemplar dieciocho veces la belleza incomparable de la Reina del cielo. Lo único que María la autorizó comunicarnos de sus éxtasis, oraciones y conversaciones, se reduce a estas dos palabras: ¡Oración! ¡Penitencia!

El Señor vino a la tierra no sólo para multiplicar los milagros a su paso, sino para llamar a los hombres a la penitencia y rescatarles con su sangre. Y ahora nuestra Señora se aparece en

Lourdes, no para hacer brotar bajo las manos de su confidente la fuente que curará a tantos enfermos, sino para hacer al mundo una llamada apremiante a la penitencia y a la oración y si pide que se la levante una capilla y que se venga allí en procesión, es para hacer bajar con abundancia sobre las almas los beneficios de la Redención.

VIDA DE ORACIÓN Y DE PENITENCIA. — Más tarde, en el silencio del claustro, Bernardita continuó proclamando su mensaje no tanto con sus palabras, como con su vida de oración, de sacrificio y de amor tiernísimo para con Nuestra Señora. "Oh Jesús, oh María—decía—haced que todo mi consuelo en este mundo consista en amaros y sufrir por los pecadores. Que yo misma sea un crucifijo viviente, transformada en Jesús... Tengo que ser víctima... Llevaré con valentía y generosidad la cruz oculta en mi oración. Mi ocupación es sufrir..." Humillaciones, incomprensiones, enfermedades fueron acogidas por ella como los medios más eficaces para obtener la conversión de los pecadores. Todas sus fervientes y continuas oraciones y las Ave-Marías incontables que rezaba, todas pedían el mismo favor: "Puesto que no sé nada—decía humildemente—puedo, por lo menos, rezar el rosario y amar a Dios con todo mi corazón" y además: "¡Ha recomendado tanto la Santísima Virgen rogar por los pecadores!"

Durante la última Semana Santa que pasó sobre la tierra, unió sus sufrimientos y su oración a los del Salvador del mundo: "Jesús concédeme, por favor el pan de la paciencia para soportar las penas que sufre mi corazón. ¿Jesús, quieres crucificarme? ¡Fiat!" Las campanas doblaron a gloria de Resurrección..., y el miércoles de Pascua, por la mañana, rezaba su última oración, con los labios sobre el crucifijo: "Dios mío, te amo con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas..." Y unos momentos después del último saludo a María "Santa María, Madre de Dios, ruega por mí, pobre pecadora." Y Santa Bernardita subió al cielo al acabar su Ave-María.

VIDA. — Bernardita nació en Lourdes el 7 de enero de 1844. Desde su infancia fué dotada de las mejores cualidades de sencillez y de piedad. Desde el 11 de febrero al 16 de julio de 1858 fué favorecida con las apariciones de la Sma. Virgen María que la recomendó tres cosas: Rezar el Rosario, orar y hacer penitencia por los pecadores. Los aplausos de las multitudes nunca turbaron su sencillez. En 1866 ingresó en el convento de Nevers de las Hermanas de la Caridad, donde se mostró siempre perfecto modelo de fidelidad religiosa, siempre cuidadosa de ocultarse ante los demás y devotísima de la Eucaristía, de la Pasión y de la Inmaculada Concepción. Sufrió largas y crueles enfermedades y el 16 de abril de 1879, entregó su alma inocente a Dios, a la edad de 35 años. Su cuerpo se conserva incorrupto en Nevers. Santa Bernardita fué beatificada en 1925 y canonizada en 1933 por el Papa Pío XI.

Súplica. — Santa Bernardita, cuando te buscaban los visitantes, mientras vivías se les decía: "Mirad, es la más pequeña." Y ahora ha llegado a ser muy grande y en ti se cumple de modo perfecto aquella palabra del Evangelio. "El que se humilla será ensalzado." El Señor ha hecho contigo lo que en otro tiempo hizo con la Virgen, que se te apareció en Lourdes, ha mirado con complacencia tu humildad y pequeñez y todas las generaciones te proclamarán bienaventurada.

Cuando tuviste el honor de ser canonizada, el 8 de diciembre de 1933, Pío XI invitó a todos los cristianos a seguir tus huellas santísimas, imitar tu vida y tu humildad, tu fe y tu caridad ardiente. Haz que amemos como tú "todo lo pequeño" y busquemos sin cesar el silencio y el olvido, la abnegación y la obediencia que nos ganarán las complacencias del Altísimo.

Respondistes con fidelidad a las inspiraciones del cielo; alcánzanos con tus oraciones y tus méritos, que respondamos con generosidad a la gracia de Dios, que nos llama a un estado más perfecto, más santo. Si no nos es posible rivalizar contigo en la pureza de vida, intentaremos, al menos, tener un celo semejante para hacer penitencia, cada una según su condición.

Finalmente, haz que amemos a la Santísima Virgen como la amaste tú. No sólo nos alegramos cuando te honramos porque eres una gran santa, sino también porque tu tiempo es el tiem-

po de la Inmaculada. "Miré a la Santísima Virgen todo lo que pude", decías tú. Oh si pudiésemos contemplarla con toda nuestra atención y con todo nuestro amor, como tú en Massbielle, y poco tiempo después en su altar de Nevers. No pretendemos ser honrados con una aparición pero cuando leemos el Evangelio, cuando meditamos cada día los misterios del Rosario, cuando guardamos nuestros corazones puros establecemos, desde aquí abajo, tratamos con la Santísima Virgen y ansiamos ir a contemplar su belleza en el cielo.

Como en Lourdes, Nuestra Señora está cerca de nosotros, "atrayente, sonriente, mirándonos como una madre mira a sus hijos." Ruega, oh Santa Bernardita, ruega para que no entristezcamos su mirada bondadosa. "Nos hace una señal para que nos acerquemos..." Su gesto maternal nos atrae, pero, alárganos la mano y llévanos tú misma a la Inmaculada.

22 DE FEBRERO

LA CATEDRA DE SAN PEDRO EN ANTIOQUIA

FIESTA DE LA CÁTEDRA EN ANTIOQUÍA. — Por segunda vez la Iglesia festeja la cátedra de San Pedro; hoy no se celebra su pontificado en Roma, sino su episcopado en Antioquía. La estancia que el Príncipe de los Apóstoles hizo en esta última

ciudad, fué para ella la mayor gloria que tuvo desde su fundación; este período ocupa gran parte de la vida de San Pedro, por eso merere que los cristianos la celebren.

El Cristianismo en Antioquía. — Cornelio había recibido el bautismo en Cesárea de manos de San Pedro; y la entrada de este romano en la Iglesia anunciaba que había llegado el momento en que el cristianismo iba a extenderse fuera del pueblo judío. Algunos discípulos de los que San Lucas nos ha conservado los nombres, intentaron un ensayo de predicación en Antioquía y el éxito que obtuvieron inclinó a los Apóstoles a enviar a Bernabé de Jerusalén a esta ciudad. Al llegar, éste no tardó en unírsele un judío convertido hacía pocos años y conocido aún con el nombre de Saulo, que más tarde cambió por el de Pablo y le hizo tan famoso en toda la Iglesia. La palabra de estos dos hombres apostólicos suscitó en el seno de los gentiles nuevas conversiones y se pudo prever que pronto el centro de la religión no sería Jerusalén sino Antioquía. El Evangelio se propagaba entre los Gentiles e iba avanzando la ciudad ingrata que no había conocido el tiempo de su visita [1].

San Pedro en Antioquía. — Toda la tradición concorde nos transmitió como cierto, que San

[1] *S. Luc.*, XIX, 44.

Pedro tuvo su residencia en esta tercera ciudad del Imperio Romano, cuando la fe de Cristo tomó gran incremento en ella como hemos dicho al principio. Este cambio de lugar, este desplazamiento de la cátedra primada mostraron, que la Iglesia avanzaba en sus destinos y abandonando el estrecho recinto de Sión, se dirigía hacia la humanidad entera.

Sabemos por el Papa Inocencio I que en Antioquía tuvo lugar una reunión de Apóstoles. En adelante sería hacia la gentilidad hacia donde el espíritu Santo dirigiría su soplo divino empujando aquellas nubes simbólicas en las cuales Isaías vió la figura de los Santos Apóstoles [1]. San Inocencio, a cuyo testimonio se une el de Vigila, Obispo de Thapso, nos dice que hay que aplicar al testimonio de la reunión de San Pedro y de los Apóstoles en Antioquía, lo que dice San Lucas en los Hechos: que después de estas conversiones en masa de los gentiles, los discípulos de Cristo comenzaron a llamarse cristianos.

Las tres Cátedras de San Pedro. — Antioquía llegó a ser la sede de San Pedro. Allí residerá en adelante, desde allí irá a evangelizar diversas provincias de Asia; y allí volverá para acabar la fundación de esta noble Iglesia.

Alejandría la segunda ciudad del Imperio, también reclama a su vez el honor de poseer la

[1] *Isaías*, LX, 8.

sede primada, cuando humilló su cerviz al yugo de Cristo; pero Roma, preparada, por Dios, para ser la emperatriz del mundo, tiene más derechos todavía. Pedro se puso en camino, llevando consigo los destinos de la Iglesia; donde se detenga, donde muera, allí dejará su sucesión. En un momento dado se marchó de Antioquía y dejó como Obispo a Evodio. Evodio será el sucesor de San Pedro y a la vez Obispo de Antioquía; pero su Iglesia no heredará la primacía que Pedro lleva consigo. El príncipe de los Apóstoles designa a Marcos, su discípulo, para que tome posesión de Alejandría en su nombre; y esta Iglesia será la segunda del universo, elevada un grado más que la de Antioquía, por la voluntad de Pedro, que, con todo eso, no dará su sede a nadie. Irá a Roma, fijará allí su cátedra, y vivirá, enseñará y regirá perpetuamente a sus sucesores. Tal es el origen de las tres grandes cátedras patriarcales, tan veneradas en la antigüedad; la primera, Roma, investida de la plenitud de los derechos del príncipe de los apóstoles, que les ha transmitido al morir. La segunda, Alejandría, que debe su preeminencia a la distinción que Pedro, se ha dignado hacer de ella adoptándola por la segunda; la tercera, Antioquía, él mismo se sentó en persona, cuando al renunciar a Jerusalén, concedió a la gentilidad la gracia de la adopción. Si pues Antioquía cede en rango a Alejandría, esta última la es inferior, en cuanto que tuvo el honor de

haber poseído la persona a quien Cristo había investido con el cargo del pastor supremo. Era, pues, justo que la Iglesia honrase a Antioquía por la gloria que tuvo de ser temporalmente el centro de la sociedad; y tal es la intención de la fiesta que celebramos hoy [1].

NUESTRAS OBLIGACIONES CON LA CÁTEDRA DE SAN PEDRO. — Las solemnidades dedicadas a San Pedro deben interesar de modo particular a los hijos de la Iglesia; la fiesta del padre es siempre también de la familia; pues de él depende su vida y su existencia. Si no hay más que un rebaño, es porque no hay más que un pastor; honremos pues, las prerrogativas divinas de San Pedro, a las cuales debe el cristianismo su conversión, y amemos y recibamos con interés las obligaciones que tenemos con la sede apostólica. Cuando celebramos la cátedra romana, reconocemos cómo se enseña la fe, se conserva y se propaga por la Iglesia-Madre en la cual residen las promesas hechas a Pedro. *Honremos hoy a la Sede Apostólica, como fuente única del poder legítimo por el que los*

[1] Hemos hecho notar que el 18 de enero, según una antigua tradición, mantenida sin intermitencia hasta el siglo XVI, se celebraba hoy la fiesta de la cátedra romana de San Pedro sin ninguna conmemoración de la de Antioquía. No se pensaba más que en tributar honores a la cátedra del Vaticano, símbolo de la primacía universal de San Pedro y de sus sucesores. Las Iglesias de las Galias, que no admitían fiestas en Cuaresma, trasladaron esta fiesta al 18 de enero. Desde hace tres siglos el amor al Príncipe de los Apóstoles ha procurado extender el homenaje a su palabra hasta en la cátedra de Antioquía.

pueblos son regidos y gobernados para su salvación eterna.

PODERES DE PEDRO. — El Salvador dijo a Pedro: "Te daré las llaves del reino de los cielos [1] es decir, de la Iglesia." También le dijo: "Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas"[2]. Pedro es pues, el príncipe; porque las *llaves*, en la escritura significan primacía; es pues, el pastor, y pastor universal: porque en el rebaño no hay más que ovejas y corderos. Pero, por voluntad de Dios, encontramos otros pastores en todas partes: Son los Obispos, "sobre quienes se ha posado el Espíritu Santo para que gobierne la Iglesia de Dios"[3], gobiernan en nombre del pastor común a la cristiandad y son también Pastores. Pero ¿cómo las llaves, que son patrimonio de Pedro, pueden encontrarse en manos distintas de las suyas? La Iglesia Católica nos explica este misterio en los monumentos de su Tradición. Nos dice por Tertuliano que "que el Señor ha dado las Llave a Pedro, y por él a la Iglesia"[4]; por S. Optato de Mileve que, "por el bien de la unidad, Pedro ha sido preferido a los demás Apóstoles, y ha recibido solo las Llaves del Reino de los cielos, para comunicárselas a los otros"[5]; por S. Gregorio de

---

1 *S. Mat.*, XVI, 19.
2 *S. Juan*, XXI, 15, 17.
3 *Acts.*, XX, 28.
4 *Scorpiace*, c., X.
5 *Contra Parmenio*, l. VII.

Niza, "que Cristo ha dado por Pedro a los Obispos las Llaves de su celeste prerrogativa"[1]; por S. León Magno que, "el Salvador ha dado por Pedro a los demás príncipes de la Iglesia todo lo que le ha parecido conveniente"[2].

PODERES DE LOS OBISPOS. — El Episcopado es siempre sagrado; se remonta a Cristo por Pedro y sus sucesores; por eso la tradición católica nos lo atestigua de una manera sorprendente, al aplaudir el lenguaje de los Pontífices Romanos que no han cesado de declarar, desde los primeros siglos que la dignidad de los Obispos estaba llamada a compartir su propia solicitud, *in partem sollicitudinis vocatos*. Por eso S. Cipriano no duda en decir "que el Señor, queriendo establecer la dignidad episcopal y constituir la Iglesia, dice a Pedro: *Te daré las Llaves del Reino de los cielos;* de aquí nace la institución de los Obispos y la disposición de la Iglesia"[3]. Esto es lo que repite, a coro con el Obispo de Cartago, S. Cesáreo de Arlés en las Gaules, en el siglo v, cuando escribe al santo papa Símaco: "Fíjate que el episcopado tiene su fuente en la persona del bienaventurado Apóstol Pedro, y nace de allí, por una consecuencia necesaria, que toca a su Santidad, señalar a las diversas iglesias las reglas a las

[1] *Opp.*, t. III.
[2] En el año de su elevación al Pontificado, sermón IV P. L. LIV, C. 150.
[3] *Carta*, XXXIII.

cuales deben conformarse"[1]. Esa doctrina fundamental, que S. León Magno ha formulado con tanta autoridad y elocuencia y que es en otros términos la misma que venimos mostrando continuamente por la tradición, se encuentra mandada a las iglesias antes de S. León en las magníficas Cartas de S. Inocencio I, que ha llegado hasta nosotros. Por eso escribe en el Concilio de Cartago que, "el Episcopado y toda su autoridad emanan del Colegio Apostólico"[2]; en el Concilio de Mileve "que los Obispos deben considerar a Pedro como fuente de su nombre y de su dignidad"[3]; a S. Victricio, Obispo de Rouen, que "el Apostolado y el Episcopado tienen su origen en Pedro"[4].

No vamos a componer aquí un tratado polémico; *nuestro objeto,* alegando estos títulos magníficos de la Cátedra de S. Pedro, *no es otro que avivar en el corazón de los fieles la veneración y acatamiento de que deben estar animados hacia ella.* Pero es necesario que conozcan la fuente de la autoridad espiritual que, en sus diversos grados, les rige y les santifica. Todo dimana de Pedro, todo procede del Pontífice Romano en el cual Pedro se continuará hasta el fin de los siglos. Jesucristo es el príncipe del Episcopado, el Espíritu Santo establece los Obispos; pero la misión, la

---

[1] *Carta,* X.
[2] *Ibíd.,* XXIX.
[3] *Ibíd.,* XXX.
[4] *Ibíd.,* II.

institución que señala al Pastor su rebaño y al rebaño su Pastor, la dan Jesucristo y el Espíritu Santo por el ministerio de Pedro y de sus sucesores.

TRASMISIÓN DEL PODER DE LAS LLAVES. — ¡Qué divina y sagrada es la autoridad de las Llaves, pues descendiendo del cielo al Pontífice Romano, se deriva de él por los Prelados de las Iglesias sobre toda la sociedad cristiana que ella debe regir y santificar! *El modo de transmitirse por el Colegio Apostólico ha podido variar según los siglos; pero todo poder emana de la Cátedra de Pedro.* Al principio había tres Cátedras: Roma, Alejandría y Antioquía; las tres, fuentes de la institución canónica para los Obispos de su dependencia; más las tres tenidas como otras tantas Cátedras de Pedro fundadas por él para presidir como dice S. León [1], S. Gelasio [2], y S. Gregorio [3]. Pero entre estas tres Cátedras, el Pontífice que se sentaba en la primera era quien recibía del cielo su institución, mientras que los otros dos Patriarcas ejercían sus derechos después de haber sido reconocidos y confirmados por el que ocupaba en Roma el lugar de Pedro. Más tarde se quiso añadir dos nuevas cátedras a las tres primeras pero Constantinopla y Jerusalén no llegaron a tal honor sino con el asentimiento del Pontífice Ro-

[1] *Carta,* CIV, Anatolio.
[2] *Concilio romano. Labbe,* t. IV.
[3] *Carta a Eulogius.*

mano. Con el fin de que los hombres no confundiesen las distinciones accidentales con las cuales habían sido decoradas estas diversas iglesias, con la prerrogativa de la Iglesia Romana, Dios permitió que las Sedes de Alejandría, de Antioquía, de Constantinopla, de Jerusalén fuesen mancilladas con la herejía; y que llegando a ser cátedras de error, dejasen de trasmitir la misión legítima desde el momento en que alteraron la fe que Roma las había trasmitido con la vida. Nuestros Padres han visto caer sucesivamente estas columnas antiguas que la mano paternal de Pedro había erigido; pero sus ruinas atestiguan más claramente, cuán sólido es el edificio que la mano de Cristo ha levantado sobre Pedro. El misterio de la unidad es revelado con mayor claridad y Roma reservándose para sí los favores que ella había concedido a las iglesias que la habían tenido por madre común, no ha hecho sino darnos con más claridad el principio único del poder pastoral.

Deberes de respeto y de sumisión. — *A nosotros, sacerdotes y fieles, nos toca informarnos de la fuente en que nuestros pastores han tomado su poder, de la mano que les ha trasmitido las Llaves*. Su misión ¿emana de la Sede Apostólica? Si fuere así, vienen de parte de Cristo que les ha confiado por Pedro su autoridad; honrémosles, estémosles sumisos. Si se presentan sin ser en-

viados por el Pontífice Romano no nos juntemos a ellos; porque Cristo no los conoce. Aunque estén revestidos del carácter sagrado que confiere la unción episcopal, no son nada en el orden pastoral; las ovejas fieles deben alejarse de ellos.

Por eso el divino fundador de la Iglesia no se contentó con determinar la visibilidad como carácter esencial, a fin de que ella fuese *la Ciudad edificada sobre la montaña*[1], y que atrae todas las miradas; quiso también que el poder celestial que ejercen los pastores se derivase de una fuente visible; para que cada fiel pudiese comprobar los títulos de los que se presentan a él para reclamar su alma en nombre de Cristo. El Señor no podía hacer menos por nosotros puesto que por otra parte exigirá de nosotros en el último día que seamos miembros de su Iglesia y que hayamos vivido en unión con El por el ministerio de Pastores legítimos. ¡Honor, pues, y sumisión a Cristo en su Vicario!; ¡honor y sumisión al Vicario de Cristo en los pastores que envía!

ALABANZA. — Gloria a ti príncipe de los Apóstoles y a tu Cátedra de Antioquía desde la cual presidiste los destinos de la Iglesia universal. ¡Qué magníficas son las estaciones de tu Apostolado! ¡Jerusalén, Antioquía, Alejandría, por tu discípulo Marcos y Roma en fin, por ti mismo; he aquí las ciudades que honras con tu Sede au-

[1] *Mat.*, 5, 14.

gusta. Después de Roma, ninguna te poseyó tan largo tiempo como Antioquía; es, pues, justo que honremos a esta Iglesia que fué un tiempo para ti la madre de las otras. ¡Ay! hoy ha perdido su hermosura, la fe ha desaparecido de su seno y el yugo del musulmán pesa sobre ella. Sálvala, Pedro, sométela a la Silla Romana, sobre la que te has sentado, no por un número limitado de años sino hasta la consumación de los siglos. Inmutable roca de la Iglesia, las tempestades se han desencadenado contra ti y nuestros ojos han visto más de una vez la Cátedra inmortal trasladada lejos de Roma. Entonces nos hemos acordado de las hermosas palabras de S. Ambrosio: "Donde está Pedro, allí está tu Iglesia", y nuestros corazones no se han turbado, pues sabemos que Pedro ha escogido a Roma por divina inspiración, por el suelo donde repose su Silla para siempre. Ninguna voluntad humana podrá separar lo que Dios ha unido; el Obispo de Roma será siempre el Vicario de Jesucristo, y el Vicario de Cristo aunque le desterrase la violencia sacrílega de los perseguidores, será siempre el Obispo de Roma.

SÚPLICA. — Calma las tempestades, ¡oh Pedro! para que los débiles no vacilen; ruega al Señor que la residencia de tu sucesor no salga de esta ciudad que tú escogiste y elevaste a tantos honores. Si los habitantes de esta ciudad

reina han merecido ser castigados por olvidar sus deberes, perdónalos en consideración al universo católico, que su fe, como en los días en que Pablo tu hermano, les enviaba su Epístola, llegue a ser *célebre en el mundo entero* [1].

23 DE FEBRERO

SAN PEDRO DAMIANO, CARDENAL Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Un reformador. — Hoy celebramos la festividad del austero reformador de las costumbres cristianas en el siglo XI, el precursor de S. Gregorio VII, Pedro Damiano. A él le toca una gran parte de la gloria de este magnífico resurgir que se realiza en estos días en que *debe comenzar el juicio por la casa de Dios* [2]. Preparado para la lucha contra los vicios bajo severa institución monástica, Pedro se opuso como dique al torrente de desórdenes de su tiempo y contribuyó poderosamente a preparar mediante la extirpación de los vicios, dos siglos de fe ardiente que repararon la ignominia del siglo X. La Iglesia ha reconocido tanta ciencia, celo y nobleza en los escritos del Santo Cardenal que, por un juicio solemne, le ha colocado entre los doctores. Apóstol de la pe-

---

[1] *Rom.*, I, 8.
[2] *I. Petr.*, 4, 17.

nitencia, Pedro Damiano, nos llama a la conversión aun en nuestros días: escuchémosle y mostrémonos dóciles a su voz.

Vida. — S. Pedro Damiano nació en Roma en 1007. Después de haber estudiado y enseñado en Ravena y en Parma, entró en 1035 en el desierto de Fuente Avellano. Elegido Prior en el 43, llevó a cabo numerosas fundaciones de las que fué Superior y donde se observó la Regla de S. Benito. Luchó infatigablemente contra la simonía, el libertinaje de los clérigos y la intromisión del poder civil en el campo religioso. En 1057 fué nombrado Cardenal-Obispo de Ostia por el Papa Esteban X. En 1063 le hallamos en el Concilio de Augsburgo, deponiendo al antipapa Honorio II; después en Cluny defendiendo los derechos monásticos contra el Obispo de Macón. En 1065 volvió a su retiro de Fuente Avellano para entregarse a la contemplación y a sus austeridades, pero por poco tiempo, pues tuvo que salir a defender a la Iglesia. Murió el 22 de febrero de 1072. León XIII extendió su culto de la orden monástica a toda la Iglesia y le dió el título de Doctor.

Celo por la Iglesia. — El celo por la casa del Señor devoraba tu alma, oh Pedro. Por eso te colocó Dios en la Iglesia, en este tiempo, en que la maldad de los hombres, la había hecho perder una parte de su hermosura. Lleno del espíritu de Elías te propusiste despertar a los obreros del Padre de familias que durante su sueño habían dejado crecer en el campo la cizaña. Días mejores resurgieron para la Esposa de Cristo. La virtud de las promesas que posee se manifestó,

mas tú, "amigo del Esposo"[1] tienes la gloria de haber contribuído en gran manera a volver a la casa de Dios su antiguo brillo.

Ideas aseglaradas habían penetrado en el santuario; los grandes de la tierra se decían: *Poseámosle como herencia nuestra*[2]. Y la Iglesia que sobre todo debe ser libre, era esclava de los señores del mundo. En esta crisis los vicios a los cuales la debilidad humana está tan entregada habían mancillado el templo. Mas el Señor se acordó de aquella a la que él se ha entregado. Para levantar tantas ruinas se sirvió de brazos mortales y tú, oh Pedro, fuiste escogido entre los primeros para ayudar a Cristo a extirpar a tantos males. Esperando el día en que Gregorio VII tome las Llaves en su mano fuerte y fiel, tu ejemplo y tu trabajo le preparan el camino. Ahora que ya llegaste, al término de tus trabajos, vela por la Iglesia de Dios, con el celo con que el señor te ha distinguido. Desde lo alto del cielo comunica a los Pastores esta energía apostólica sin la cual no se vence el mal. Mantén puras las costumbres sacerdotales que son *la sal de la tierra*[3]. Fortalece en los rebaños el respeto, la fidelidad y la obediencia a los que les conducen al puerto de salvación. Fuiste en medio de un siglo corrompido no solamente un Apóstol, sino también el ejem-

[1] *Juan*, III, 29.
[2] *Ps.*, LXXXII.
[3] *Mat.*, V, 13.

plar de la penitencia cristiana, concédenos reparar con obras satisfactorias, nuestros pecados y los castigos por ellos merecidos. Aviva en nuestras almas el recuerdo de los sufrimientos de nuestro Redentor, a fin de encontrar en su Pasión una fuente inagotable de arrepentimiento y de esperanza. Acrecienta nuestra confianza en María, refugio de pecadores y concédenos participar de la ternura filial de que tú estuviste animado para con Ella, por el celo con que has publicado sus grandezas.

23 ó 24 DE FEBRERO

VIGILIA DE SAN MATIAS

Esta vigilia es de fecha reciente. Instituída en el siglo XVI por S. Pío V con el fin de honrar a S. Matías como a los demás Apóstoles. El nombre de este Apóstol no figura en el Canon de la Misa con el de los demás Apóstoles, con todo en el *Nobis quoque...* se le nombra después de San Esteban. Mereció ocupar el lugar de Judas ya que fué testigo de la vida, de la doctrina, de las obras y de la Resurrección de N. Señor Jesucristo [1].

Estractamos el texto de un prefacio antiguo para bendecir al Señor por la elección del nuevo Apóstol: "Es digno y justo, equitativo y saluda-

[1] *Act.*, I, 22.

ble, darte gracias y alabarte en todo tiempo y en todo lugar, Señor Padre Todopoderoso, Dios eterno; oh Dios que eres bienaventurado en tus Apóstoles de los cuales se reporta una gran gloria. Por ellos unes el cuerpo místico y sagrado de tu Hijo Unico y estableces las bases de tu Iglesia. También pedimos tu clemencia, a fin de que por la intercesión de nuestro bienaventurado Apóstol Matías, cuya pasión celebramos con toda solemnidad, merezcamos vernos libres de las ataduras de nuestros pecados admitidos en la felicidad de la vida eterna y contados en el número de tus santos. Amén."

24 DE FEBRERO

SAN MATIAS APOSTOL

(En los años bisiestos la fiesta se celebra el 25 de febrero)

UN NUEVO APÓSTOL. — S. Matías, Apóstol de Cristo, completa con su presencia el coro de bienaventurados que la Iglesia nos invita honrar en este tiempo litúrgico. Matías se unió pronto al séquito del Salvador y fué testigo de todas sus obras hasta la Ascensión. Era del número de los discípulos, pero Jesucristo no le había colocado en el rango de sus Apóstoles. Sin embargo estaba llamado a esta gloria; pues David se refería a él al profetizar que "otro recibiría el Episcopado" que había quedado vacante por la prevari-

cación de Judas, el traidor [1]. En el intervalo que media entre la Ascensión de Jesús y la venida del Espíritu Santo, el Colegio Apostólico determinó completarse para que el número de doce, fijado por Cristo, quedara completo el día en que la Iglesia, al recibir el Espíritu Santo, se declarase en contra de la Sinagoga. El nuevo Apóstol tuvo parte en toda clase de tribulaciones de sus hermanos en Jerusalén; y el día de la dispersión de los enviados de Cristo se dirigió a las provincias que le habían sido señaladas para evangelizar.

La enseñanza del Apóstol. — Las obras de Matías, sus trabajos y sus pruebas nos son desconocidos. En los escritos de S. Clemente de Alejandría queda algo de su doctrina; encontramos una sentencia, que nos parece obligación citarla aquí, por tener relación con los sentimientos que la Iglesia nos inspira en este santo tiempo. "Es necesario, dice S. Matías, combatir la carne y servirse de ella sin mimarla con satisfacciones culpables. En cuanto al alma debemos desarrollarla por la fe y por la inteligencia"[2]. En efecto, habiéndose roto en el hombre el equilibrio por el pecado, y deseando el hombre exterior todo lo de abajo, no podemos restablecer en nosotros la imagen de Dios sino obligando al cuerpo a so-

---

[1] *Ps.*, CVIII.
[2] *Stromates*, 1, III, c. IV.

meterse sin réplica al yugo del espíritu. Agraviado por el pecado original, el espíritu mismo es arrastrado por una resbaladiza pendiente a las tinieblas. Sola la fe le levanta humillándole y el conocimiento es la recompensa de la fe. Esta es, en resumen, la doctrina que la Iglesia procura hacernos comprender y practicar en estos días. Glorifiquemos al que nos ilumina y nos fortalece. La misma tradición que nos da alguna luz sobre la vida apostólica de S. Matías, nos dice, que sus trabajos fueron coronados con la palma del martirio, pero sin precisar si fué en Etiopía o en Judea.

27 DE FEBRERO

SAN GABRIEL DE LA DOLOROSA, CONFESOR

UN DEVOTO DE MARÍA. — Soy un alma tan pequeñita que no puedo ofrecer a Dios más que cosas pequeñas." Estas palabras de Sta. Teresita del Niño Jesús, las podía haber repetido también este joven religioso pasionista italiano, que la Iglesia propone hoy a nuestra piedad. Ninguna obra exterior, ningún milagro, ningún escrito le han distinguido entre sus contemporáneos. Al igual que Sta. Teresita y S. Luis Gonzaga se ha santificado en el silencio y en la obscuridad de la vida religiosa, y "acabada su vida en poco tiempo, concluyó una larga carrera".

Sus cualidades personales le hubieran esclarecido en el mundo; se le abría un bello porvenir, más una sola mirada le detuvo en el umbral de la adolescencia. No fué, como para el joven rico del Evangelio, la del Señor, fué la de Nuestra Señora. Un día en Espoleto, la Virgen le miró tiernamente y le dijo: "El mundo no es para ti; es necesario que entres en religión." Y él, comprendiendo que Dios y el mundo nunca pudieron unirse, abandonó sin pena este mundo que pasa..., a fin de cumplir la voluntad de Dios y vivir eternamente" [1].

Su gran amor a Ntra. Señora de los Dolores le hizo escoger naturalmente la orden consagrada a conmemorar la Pasión de Nuestro Señor y la espada que traspasó el corazón de su Madre. "Su devoción a la Virgen, escribe su director, fué el objeto principal de su vida, la fuente principal de donde se deriva todo cuanto hay de excepcional y admirable en su vida", y la Iglesia nos dice, "que fué suscitado por Dios para dar, por su ejemplo, un gran desarrollo al culto de la Virgen de los Dolores".

Durante los seis años de vida religiosa procuró ser el último de todos y pasar inadvertido. Los medios de asemejarse a Jesús Hostia y de responder a su amor, fueron la humildad, la pobreza, la obediencia y el sacrificio. Pidió morir tísico "para poder sentirse morir y manifestar a

[1] *I Juan*, II, 17.

Dios, hasta el último momento, su amor". Así, cuando el Señor, "llamó e hizo oír su voz"[1] él respondió con alegría y se durmió en el Señor el 27 de febrero de 1862, "poniendo su esperanza en la misericordia divina y en la intercesión de su querida Madre".

El Papa le ha propuesto como patrono y modelo de la juventud italiana.

VIDA. — S. Gabriel nació en Asís el primero de marzo de 1838. Estudiante en Espoleto, fué seducido durante un tiempo por los placeres del mundo, no se apegó sin embargo a ellos, y conmovido por la mirada de la Virgen el 22 de agosto de 1854, resolvió abandonarlo todo y entrar en el instituto de clérigos de la Pasión de Jesús. Fué admitido el 8 de setiembre de 1856 y vistió el hábito el 21 fiesta de Nuestra Señora de los Dolores y con el nombre Gabriel de la Dolorosa, que le debía recordar sin cesar las alegrías y dolores de la Santísima Virgen; emitió sus primeros votos el 27 de setiembre de 1857 y murió el 27 de febrero de 1862 después de haber practicado en la obscuridad de la vida religiosa y en la más perfecta sencillez, las más altas virtudes, una gran mortificación, el más tierno amor a la Pasión del Señor, al Sacramento de la Eucaristía, y sobre todo a los Dolores de Nuestra Señora. Habiendo Dios manifestado sus méritos con grandes milagros, Benedicto XV le canonizó en 1920 y Pío XI extendió su Oficio y su Misa a toda la Iglesia.

CON NUESTRA SEÑORA DE LOS DOLORES. — Oh S. Gabriel, nos alegramos de celebrarte al comienzo de este gran retiro de Cuaresma. Vienes a unir

[1] *Apoc.*, III, 20.

tu voz con la de la Iglesia para determinarnos a romper de una vez con nuestras malas costumbres. No todos pueden como tú, retirarse a la soledad, más a todos enseñas cómo en medio del mundo, se puede guardar el corazón puro y permanecer fieles a Dios.

Para conseguir esto tú nos indicas el medio: mirar a Jesús y a María en la Pasión. Sabemos por el autor de la Imitación "que el que se ocupa en meditar con atención y piedad la vida y Pasión del Salvador, encontrará allí abundantemente así lo útil como lo necesario". Concédenos grabar en nuestro corazón profundamente y para siempre la Pasión del Señor. Tú a quien Dios enseñó "a meditar los Dolores de su Santísima Madre y que por ella fuiste elevado a la gloria por la gracia de la santidad, haz que, por tu intercesión y ejemplo también nosotros nos compadezcamos de los Dolores de María y que por su maternal protección obtengamos la salvación eterna"[1].

"No hago otra cosa, decías, que bendecir la mano misericordiosa de esa Virgen que me ha retirado del mundo." Tú la hablabas como un niño a su madre, y cuando el demonio quería atemorizarte gritabas: "Querida Mamá, arrójale."

Enséñanos a recurrir a María en los peligros y diríjela para nosotros tu última plegaria.

---

[1] Oración de la Misa.

"Oh María, Madre de gracia, Madre de misericordia, defiéndenos del enemigo y ampáranos ahora y en la hora de nuestra muerte."

EL MISMO DIA

SAN LEANDRO, ARZOBISPO DE SEVILLA

San Leandro fué providencialmente destinado por Dios para ser el Doctor de la España visigoda. Nacido en el seno de una familia rica e influyente se encerró en un monasterio de Sevilla para vivir en él pobre y desconocido; pero su saber, su virtud y su prudencia le delataron y se vió obligado a cargar con el gobierno de la Archidiócesis Sevillana y de toda la Provincia eclesiástica de la Bética.

Sus palabras decidieron la conversión de San Hermenegildo, hijo del Rey Leovigildo a la religión católica. Leovigildo, arriano furibundo, decretó la extinción de la fe de Nicea en España. Leandro fué uno de los primeros desterrados después de haber hecho morir decapitado el fanático Padre a su noble primogénito Hermenegildo. No cayó en tierra estéril la generosa sangre del apuesto Príncipe, quien desde el cielo consiguió del Señor la conversión de su hermano Recadero por el mismo medio y persuasiones del Santo Doctor Leandro.

Sucedió pues, que llegándose a quebrantar la salud del viejo rey Leovigildo, en los ratos de melancolía que a menudo le invadían, ponderaba despacio los atropellos cometidos contra sus mejores y más leales súbditos, y, sobre todos ellos el destierro de los ilustres prelados San Másona de Mérida y Leandro de Sevilla y la muerte cruel de su hijo Hermenegildo; maldecía a cada instante la hora fatal en que pronunció la sentencia de exterminio de los católicos. Vió claro que estos estaban en posesión de la verdad, quiso hacerse católico pero le faltó decisión para romper con los fanáticos arrianos sus amigos hasta entonces.

Se apresuró, sin embargo a llamar del destierro a San Leandro y a los más significados desterrados. Vuelve Leandro a la corte y con mucho encarecimiento encomienda a Leovigildo su hijo menor al Santo Obispo para que haga con él la obra que había realizado antes con Hermenegildo. Se encargó en efecto San Leandro de la educación de Recaredo en 585 y éste se decidió a abjurar públicamente la herejia de Arrio, muerto ya Leovigildo. El acto se celebró el 4 de mayo de 589 en tercer Concilio de Toledo. Fué obra exclusiva de Leandro quien le presidió como Metropolitano más antiguo y calificado y le clausuró con un famoso discurso, canto triunfal de la unidad católica de España. Con justicia podemos llamar a San Leandro *Padre* de la nación española,

que por obra y gracia misericordiosa del Señor y el titánico trabajo de San Leandro nace y se manifiesta ya pujante, aquella radiante primera semana del mes de mayo del año del Señor 589.

¡Gloria por tanto a la Augusta Trinidad que desde aquella fecha preside los destinos de la nación católica por antonomasia, y gloria también al principal orfebre de esa maravilla de arte a lo divino, al inmortal Pontífice Leandro que desde su silla Metropolitana engendró como Padre a la Nación Católica y como Doctor y Padre a la vez, informó al gran Doctor de las Españas y delicia de la Iglesia universal: San Isidoro.

Murió San Leandro el 27 de febrero del año 600, dejándonos algunas obras de su ingenio, sobre todo una regla para monjas, que dedicó a Santa Florentina, su Hermana. Se han perdido dos libros contra los arrianos; de ellos nos habla San Isidoro.

1 DE MARZO

SAN ROSENDO, OBISPO Y CONFESOR

Rosendo fué uno de los varones que Dios suscitó en la época de la reconquista para alentar a los guerreros del norte de la península Ibérica a devolver toda España al imperio de la Cruz. Es San Rosendo "hijo del milagro" como San Juan Bautista y Samuel y otros muchos de que nos

hablan los anales eclesiásticos en el correr de los siglos. Los condes Gutiérrez Méndez, tíos de Don Alfonso IV, e Ilduana tía de Ramiro II, después de algunos años de matrimonio no tenían hijos porque se les morían recién nacidos. Los piadosos esposos redoblaban sus instancias al Señor en espera de sucesión para que administrara sabiamente la copiosas haciendas y posesiones que tenía la virtuosa Ilduana sobre todo; hace extremos para forzar al cielo; ayuna, ruega, se mortifica, sube descalza por empinada y pedregosa cuesta al templo de San Salvador y un día después de haber regado el pavimento con sus lágrimas, se siente sobrecogida de un apacible sueño y oye una dulce voz que le dice "no te desconsueles mujer venturosa, tus ruegos han penetrado en el corazón de Dios; tendrás un hijo que será el gozo de tus días y el encanto de tu existencia; grande será para el mundo, pero más grande aún para el cielo". Ilduana despierta llena de inexplicable gozo y, llegando el tiempo, nace Rosendo como un prodigio de la gracia el 26 de noviembre de 907, reinando Alfonso el Magno.

Después de éste tuvo esta virtuosa matrona otros tres más; criaron los padres a Rosendo con todo el esmero en el santo temor de Dios y salió aventajado en virtudes y desprecio de las cosas terrenas; salido de la infancia le entregaron a la dirección de Sabarico II Obispo egregio de Mondoñedo como el alumno era de buen ingenio y

encantadoras prendas morales, echaron pronto de ver en Rosendo un firme pilar que la Providencia preparaba para realzar y sostener la sociedad cristiana entonces maltratada por las huestes agarenas, a pesar de sus pocos años tenía ya Rosendo la gravedad y cordura de un anciano.

Al registrar los anales de Galicia nos asombramos al ver figurar el nombre de Rosendo cuando aun no contaba más que diez años al lado de los nombres más respetables de aquella época en documentos públicos de sumo interés. Siendo muy joven fué promovido a la sede de Mondoñedo, y por especial inspiración de Dios tomó sobre sí esta tan pesada carga según lo atestiguan los monumentos eclesiásticos del siglo x. De hecho todas las cualidades que pueden ambicionarse en un hombre destinado a regir y a gobernar la Iglesia de Dios se hallan identificadas en Rosendo. Es el ángel de paz que todo lo remedia y prevee. Pronto se le ve reparando los edificios arruinados por el alud devastador de los normandos; levanta de nueva planta el célebre monasterio de Cabeiro junto al Ferrol, donde se retira en ciertas épocas del año para entregarse a la oración y ejercicios espirituales. Emprende la obra colosal del Monasterio de Celanova en cuya fábrica empleó ocho años y sumas considerables; por todas partes va dejando impresas las huellas del genio de su celo y energía y

con el mismo ardor se consagra al cuidado de todas sus ovejas sin acepción de personas.

Por inspiración del cielo pidió y obtuvo la dimisión de su cargo pastoral. Cambia en su amado Celanova la mitra por la cogulla, trae a Celanova muchos y buenos monjes de varios cenobios, nombra por abad a San Franquila que lo era de Ribas del Sil y él se quedó de humilde súbdito. Hacia el año 957, reinando ya en Asturias Sancho I el Craso era modelos de todos por la puntual observancia y fervor, cuando en 969 entraron por las costas de Galicia los normandos talando toda la tierra.

Muerto San Franquila fué elegido Abad de Celanova San Rosendo. Murió también por entonces el Obispo de Iria, se cree en batalla o en ataque de los bárbaros normandos y con igual abnegación con que dejó la silla de Mondoñedo por la soledad del claustro vuelve a empuñar el báculo de la catedral de Santiago que reclamaba con instancias sus cuidados. Enseñar, catequizar, reformar abusos, promover mejoras, fomentar la piedad y renovar la disciplina, estas son las tareas ininterrumpidas de su vida.

El cielo, no obstante, le tenía reservado, no una sino repetidas ocasiones con que Rosendo iba a demostrar las grandeza de su corazón para las grandes empresas, contemplando con dolor los desmanes que cometían los normandos se levanta Rosendo con su gente, e invocando confiado

al Señor de los ejércitos, se lanza tras los piratas, a quienes vence y pone en vergonzosa fuga.

El conde Gonzalo Sánchez movido por Dios secunda la bravura de San Rosendo y juntos acaban por deshacerlos, queman toda la armada pasando a cuchillo a la mayor parte y entre ellos a su rey Gunderado.

En aquella desgraciada época entran también los sarracenos por la parte de Portugal casi al mismo tiempo que los normandos talando todo a sangre y fuego como otro Atila, y, al punto se lanza contra ellos nuestro adalid San Rosendo que no deja de sacosarlos tenazmente hasta hacerles guarecerse bien adentro de sus dominios. Confirma estas hazañas el Papa Celestino III en la Bula del culto de San Rosendo... Libertó las tierras portuguesas con el auxilio de la divina gracia de la irrupción sarracena...

Vuelve Rosendo a Compostela cargado con los laureles de doble victoria que le grangea los aplausos y adhesiones de todos sus compatriotas. El anhela solamente sepultarse en el retiro del claustro, dejando el gobierno de la Iglesia Compostelana que según confesión propia atestiguada en un documento leonés había regido por delegación, y en su querido Celanova entregó su espíritu el uno de marzo de 967.

Defiende esclarecido Prelado a tu doble descendencia patriótica y nacional de las asechanzas de los enemigos, con los mismos bríos que

derrochaste en vida mortal, para asegurarles victoria y libertad de los tenaces adversarios conjurados para perderlos.

3 DE MARZO

SANTOS EMETERIO Y CELEDONIO, MARTIRES

El rey de los poetas cristianos Aurelio Prudencio canta el valor y luchas sufridas por Cristo de estos dos soldados que juntos vivían en el campamento de León, y por la fe valientemente confesada por ellos, fueron llevados presos de León a Calahorra donde residían los Tribunos militares que debían juzgar a los dos atletas. Señalan a Daciano, el cruel, como juez que los condenó a muerte después de atroces e innobles suplicios que las actas no relatan por bochornosos, no para los mártires que los aguantaron, sino para el inhumano juez que prostituía la nobleza humana.

Se cree que murieron en la persecución de Diocleciano hacia 304, pero sospechan muchos y no les faltan razones, que murieron antes porque se desprende de las Actas compuestas del siglo v o principios del vi que eran entonces pocos los cristianos y muchísimos los paganos y Prudencio encarece el ejemplo que dieron al mundo de su valiente fe opuesta a lo que tenían ante los ojos. Por lo visto fueron soldados de alta categoría lla-

mados *diaconianos* (nuestros actuales alféreces) y muy pagados de su dignidad.

Mas a la vista de las abominaciones que prevalecían en la Roma pagana no quisieron autorizarlas con su cíngulo militar, y se adhirieron a la noble religión de Cristo. Dieron, pues, egregio testimonio de su entereza y de su fe. Les enterraron cerca del lugar del suplicio y hablan las historias de traslación de sus restos al monasterio de San Salvador de Leire. Veneran sus cabezas en Santander donde dice la leyenda que arribaron milagrosamente por mar. Los himnos I y VIII del Peristefanon de Prudencio cantan magistralmente las proezas de nuestros mártires.

4 DE MARZO

SAN CASIMIRO, CONFESOR

PUREZA Y MENOSPRECIO DEL MUNDO. — Hoy se nos presenta un ejemplo de virtud heroica en el seno mismo de un corazón mundano. S. Casimiro fué príncipe de sangre real; le rodearon las seducciones de la juventud y del lujo; pero triunfó de las asechanzas del mundo con la misma facilidad con que triunfaría un ángel en la tierra. Aprovechemos con su ejemplo y si hemos sacrificado al ídolo del siglo, en una condición más baja que la Divina Providencia le colocó, destruyamos lo que hemos adorado, y pongámonos al

servicio del Maestro que es quien solamente tiene derecho a nuestro homenaje.

Nos parece muchas veces encontrar la explicación de una gran fuerza de alma en las condiciones más bajas de la sociedad, en la ausencia de las tentaciones, en la necesidad de buscar en el cielo un apoyo contra una mala fortuna; como si en todos los estados no llevase el hombre en sí los instintos que, a no ser combatidos, le precipitarían en la depravación. En S. Casimiro, la virtud cristiana se mostraba con una energía tal que parecía que su manantial estaba en Dios y no en la tierra. Allí tenemos que recurrir en este tiempo de regeneración. Un día prefirió la muerte al pecado. En esta circunstancia, ¿qué otra cosa hizo, sino lo que se exige al cristiano en todas las horas de la vida? Pero es tal el atractivo de este mundo que continuamente vemos a los hombres en el pecado, que es la muerte del alma, y no precisamente para salvar esta vida perecedera, sino por la más mínima satisfacción, y a veces aun contra el interés de este mundo al cual sacrifican todo lo demás. Tal ceguera ha producido en nosotros la degradación original. Se nos ponen ante los ojos los ejemplos de los santos como antorcha que nos ilumina: sirvámonos de esta luz y contemos además, para elevarnos, con los méritos y la intercesión de estos amigos de Dios, que desde lo alto del cielo miran con gran compasión nuestros peligros.

VIDA. — S. Casimiro, hijo del rey de Polonia, nació en 1458. Se distinguió desde su juventud por su piedad y austeridad, por su celo por la propagación de la fe católica, por su caridad, para con los pobres y por la castidad que guardó toda su vida. Le fué predicho el día de su muerte, y se durmió en la paz del Señor en Vilna, a la edad de 25 años. En su sepulcro se obraron gran número de milagros. León X inscribió al joven príncipe en el número de los santos.

ALABANZA Y SÚPLICA. — Tú que despreciaste las dignidades y placeres de la tierra, los cuales no pudieron apartarte del fin de tu corazón, descansa ahora en el seno de las felicidades eternas. Tu vida ha sido corta, pero fecunda en méritos. Acordándote a cada instante de una patria mejor, la de aquí abajo, no atrajo tus miradas; estabas deseoso de volar hacia Dios, que parecía no haber hecho otra cosa que prestaros a la tierra. Tu inocente vida no dispensó del rigor de la penitencia; ¡tan vivo estaba en ti el temor de sucumbir a los atractivos de los sentidos! Haznos comprender el deber que tenemos de expiar los pecados que nos han separado de Dios. Has preferido morir antes que ofender a Dios; apártanos del pecado, el mayor mal del hombre, puesto que es también el mal de Dios. Concédenos los frutos de este santo tiempo que nos es dado para hacer penitencia. Bendice desde la gloria donde reinas a toda la cristiandad que te honra, pero acuérdate sobre todo de tu patria terrestre. Antes, tuvo el honor de ser

un dique seguro para la Iglesia contra el cisma, la herejía y la infidelidad; alivia sus males, libértala del yugo que la oprime y avivando su antiguo celo por la fe, presérvala de las seducciones de que está amenazada.

EL MISMO DIA

SAN LUCIO I, PAPA Y MARTIR

San Lucio formaba parte del clero romano en tiempo de los Papas Fabián y Cornelio. Al morir este último el 14 de septiembre del año 252, fué Lucio elegido para reemplazarle en la Silla de San Pedro el 25 de junio del año 253.

Lucio fué desterrado durante la persecución del emperador Galo, pero pudo volver pronto a Roma, con gran alegría de los cristianos. S. Cipriano le escribió muchas veces para felicitarle por su elección al Pontificado, y por la suerte que había tenido de sufrir por Cristo. Su Pontificado fué muy corto. Murió el 5 de marzo del año 254. Sus restos reposan en la Iglesia de Sta. Cecilia, al otro lado del Tíber. Su destierro valerosamente soportado por Cristo le mereció ser honrado como mártir.

La oración de su Misa es la siguiente:

Mira propicio, Padre Eterno a tu grey, y defiéndela con tu perpetua protección, por el bienaventurado Lu-

cio, tu mártir y Sumo Pontífice, al cual pusiste al frente de toda tu Iglesia como Pastor. Por N. S. Jesucristo. Amén.

6 DE MARZO

SANTAS PERPETUA Y FELICIDAD

GLORIA DE ESTE DÍA. — La fiesta de estas dos ilustres heroínas de la fe cristiana correspondía en las iglesias que las fueron consagradas, al día siguiente del aniversario de su triunfo; pero la festividad de Sto. Tomás de Aquino, el 7 de marzo, eclipsaba la de las dos mártires africanas. La santa Sede al elevar en toda la Iglesia su festividad al grado de rito doble, mandó anticipar un día su solemnidad; por eso la Liturgia propone hoy a la admiración del lector cristiano el espectáculo de que fué testigo la ciudad de Cartago en el año 202 ó 203. Nada hay más propio para hacernos comprender el verdadero espíritu del Evangelio, sobre el cual debemos reformar en estos días nuestros sentimientos y nuestra vida. Estas dos mujeres, estas dos madres, han soportado los mayores sacrificios; Dios les pide sus vidas y algo más que sus vidas; y obedecen con la sencillez y magnanimidad que hizo de Abrahán Padre de los creyentes.

LA FUERZA EN LA DEBILIDAD. — Observa S. Agustín, que los dos nombres son un presagio de la

suerte que el cielo les reserva: una *perpetua felicidad.* El ejemplo que dan del valor cristiano es ya de por sí una victoria que asegura el triunfo de la fe de Cristo sobre la tierra africana. Algunos años más y la voz de S. Cipriano se dejará oír elocuente llamando a los cristianos al Martirio; pero aún más elocuente y penetrante son las páginas escritas por la mano de mujer de 22 años, que nos relata con una sencillez celestial las pruebas porque ha tenido que pasar para llegar a Dios y que el momento de ir al anfiteatro, entrega a otra pluma con la que debería escribir el desenlace de su sangrienta tragedia.

Al leer tales escritos, cuyo encanto y grandeza no han alterado los siglos, se siente uno en presencia de nuestros antepasados en la fe, se admira el poder de la gracia divina que suscita tal valor en el seno mismo de una sociedad idólatra y corrompida; y considerando qué genero de héroes emplea Dios para quebrantar la formidable resistencia del mundo pagano, no se puede por menos de decir con S. Juan Crisóstomo: "Me agrada leer las Actas de los Mártires; pero tengo atracción particular por las que cuentan los combates que han sostenido las mujeres cristianas. Cuanto más débil es el luchador, más gloriosa es la victoria; pues entonces el enemigo ve venir su derrota por la parte que triunfaba hasta entonces; por la mujer nos venció y ahora por ella es vencido. En sus manos fué una arma

vuelta contra nosotros; mas ella viene a ser la espada que le traspasa. Al principio la mujer pecó, y como precio de su pecado se la da la muerte; el mártir muere, pero muere para no pecar ya más. Seducida por una promesa mentirosa la mujer viola el precepto de Dios; el mártir para no infringir su felicidad para con su divino bienhechor. "Qué escusa presentará el hombre ahora para que se le perdone su molicie, cuando débiles mujeres despliegan un valor tan varonil, cuando se las ha visto débiles y delicadas triunfar de la inferioridad de su sexo y fortalecidas por la gracia llevar a cabo victorias tan brillantes"[1].

Las Actas de estas dos mártires, reproducen los principales hechos de sus combates, se quiere ver en ellas un fragmento del propio relato de Sta. Perpetua. Sin duda inspirará a más de un lector el deseo de leer enteramente, en las *Actas de los Mártires*[2], lo demás de este magnífico testamento de nuestra heroína.

El emperador Severo, detuvo en Africa, Cartago, muchos catecúmenos: entre otros a Revocato y Felicidad, los dos de humilde condición; Saturnino y Secundulo; entre ellos se encontraban también Vivia Perpetua, mujer joven de familia distinguida, educada con

---

[1] *Homilía de los diversos lugares del Nuevo Testamento.*
[2] *P. G.*, t. III, c. 13-18 et H. Leclercq: Les Martyrs. t. 1, p. 122-139. — Estas Actas constituyen una de las piezas más acabadas de toda la literatura cristiana y su autenticidad está por encima de toda sospecha.

esmero, casada con un hombre de aristocrática condición, teniendo un niño de pecho. Contaba alrededor de 22 años de edad; y nos ha dejado el relato de su martirio escrito por su propia mano. "Estábamos aún con nuestros perseguidores, dice, cuando mi padre, con el cariño que me tiene, hace nuevos esfuerzos para inducirme a cambiar de resolución. "Padre mío, le digo yo, no me es posible decir otra cosa sino la verdad: soy cristiana."

Al oír estas palabras, lleno de cólera se arroja sobre mí para arrancarme los ojos; pero no hace más que maltratarme y se retira vencido, lo mismo que el demonio y todos sus satélites. Pocos días después nos bautizan. El Espíritu Santo me inspiró entonces no debía pedir otra cosa sino la paciencia en las penas corporales.

Poco después nos encerraron en la prisión. Sufrí primeramente un pasmo. No había estado nunca en tinieblas como las de este calabozo. Después de algunos días, corrió el rumor de que íbamos a ser interrogadas. Mi padre llegó de la ciudad, abrumado de tristeza, y se vino junto a mí para hacerme renunciar a mi intento. Me dijo: "Hija mía, ten compasión de mis canas, ten piedad de tu padre; si es que merezco llamarme tu padre. Mira a tus hermanos, mira a tu madre, mira a tu hijo que no podrá vivir si tú mueres. Deja ese orgullo y no seas la causa de nuestra pérdida." Mi padre me decía todas estas cosas por cariño; después se arrojó a mis pies, bañado en lágrimas, llamándome no su hija sino su señora. Sentía yo la ancianidad de mi padre, pensando sería el único de toda la familia que no se alegraría de mi martirio. Le dije para fortalecerle: "De todo esto no sucederá más que lo que Dios quiera. Sepa que no dependemos de nosotros sino de El." Y se retiró agobiado de tristeza.

Un día, cuando comíamos, nos sacaron para sufrir el interrogatorio. Llegamos al foro, subimos al estrado. Mis compañeros fueron interrogados y confesaron.

Cuando me llegó la vez a mí apareció mi padre con mi hijo; me apartó y me dijo suplicante: "Ten piedad de tu hijo." El procurador Hilario me decía también: "Apiádate de la vejez de tu padre y de la tierna edad de tu hijo; sacrifica a los emperadores." Respondí: "No lo haré, soy cristiana." Entonces el juez pronunció la sentencia por la que se me condenaba a las fieras y entramos gozosas a la prisión. Como alimentaba a mi hijo y le había tenido hasta entonces en la prisión conmigo, envié a pedirle a mi padre; mas no quiso devolvérmele. Dios quiera que el niño no pida ya más de mamar, y que yo no sea incomodada por mi leche." Todo esto está sacado del relato de Santa Perpetua, que le condujo hasta la víspera del combate.

En cuanto a Felicidad, se hallaba encinta de ocho meses cuando fué apresada. Estando cercano el día de los espectáculos, lloraba inconsolable, previendo que su preñez difiriera su martirio. Sus compañeros no estaban menos afligidos que ella al pensar que dejarían sola en el camino de la esperanza celeste a una compañera tan excelente. Hicieron, pues, sus instancias y sus lágrimas ante Dios para obtener su alumbramiento. Faltaban tres días para los espectáculos. Apenas acabaron su oración cuando Felicidad se sintió presa de agudos dolores. Como el parto era difícil, el sufrimiento le arrancaba lamentos, y le dijo un carcelero: "Si lloras ya, ¿qué será cuando seas expuesta a las bestias que has desafíado al no querer sacrificar? Ella respondió: "Ahora soy yo quien sufro, pero entonces habrá otro que sufrirá por mí, porque debo sufrir por El. Dió a luz una niña que fué adoptada por una de nuestras hermanas.

Llegó el día de la victoria. Los mártires salieron de la prisión para el anfiteatro como para el cielo, con el rostro gozoso e inundado de felicidad celestial, conmovidos por el gozo, no por el temor. Perpetua caminaba la última; sus rasgos respiraban tranquilidad

y su porte digno como el de una noble matrona amada por Cristo. Tenía los ojos bajos para sustraer su brillo a los espectadores. Felicidad estaba junto a ella, llena de gozo por haber dado a luz a tiempo para combatir con las bestias.

Una vaca feroz las había preparado el diablo. Se les envolvió en una red para exponerlas a esta bestia. Perpetua fué la primera. La bestia la lanzó al aire y cayó de espaldas. La mártir, vuelta en sí, al darse cuenta que su vestido estaba rasgado de arriba abajo le unió de nuevo, más codiciosa del pudor, que sensible a los sufrimientos. Se la volvió para recibir una nueva embestida; y ella entonces se ató los cabellos que tenía desaliñados; pues no convenía que una mártir, el día de su victoria tuviese los cabellos esparcidos y mostrase duelo en momentos tan gloriosos. Cuando se hubo levantado y viendo a Felicidad, a quien la embestida la había herido, tirada en tierra, fué a ella y dándola la mano la ayudó a levantarse.

Ambas se presentaron para un nuevo ataque; mas el pueblo se compadeció de ellas y se las condujo a la puerta Sana-Vivaria. Entonces Perpetua saliendo como de un sueño, (tan profundo había sido el éxtasis de su espíritu), echando una mirada en torno suyo, dijo con gran sorpresa de todos: ¿Cuándo nos van a exponer a esta vaca furiosa? Cuando se la relató todo lo ocurrido, no lo creyó hasta después de haber visto, en sus vestidos, las huellas de lo que había sufrido. Entonces mandando acercarse a su hermano y a un catecúmeno, llamado Rústico, les dijo: "Permaneced firmes en la fe, amaos unos a otros y no os escandalicéis de nuestros sufrimientos."

En cuanto a Secúndulo, Dios le había retirado de este mundo cuando estaba aún en la prisión. Saturnino y Revocato, después de ser atacados por un leopardo, fueron arrastrados por un oso. Saturo fué expuesto

a un jabalí y después a un oso; pero la bestia no salió de su jaula, de suerte que el mártir libre dos veces, fué retirado. Al final del espectáculo, fué expuesto a un leopardo que de una dentellada le cubrió de sangre. El pueblo, al darse cuenta, haciendo una alusión a este segundo bautismo exclamó: ¡Salvado, lavado! ¡Salvado, lavado! Inmediatamente se trasladó al mártir moribundo al lugar donde debía ser degollado con los otros. El pueblo pidió que no se les volviese a llevar al anfiteatro para saciar sus miradas homicidas viéndoles morir bajo la espada. Los Mártires se levantaron y fueron a donde les pedía el pueblo, después de haberse abrazado para sellar su martirio con el beso de la paz. Recibieron el golpe mortal sin hacer ningún movimiento y sin dejar escapar suspiro alguno; sobre todo Saturo que fué el primero en morir. A Perpetua para que sintiese algún dolor la hirió el gladiador en la espalda y la hizo dar un grito. Ella misma llevó a su garganta la mano aún novicia de este aprendiz. Sin duda fué porque esta mujer sublime no podía morir de otro modo puesto que el espíritu inmundo la temía y no habría osado a tentar contra su vida si ella no hubiese consentido.

Nota sobre la composición de las Actas

"Cuando se lee este célebre trozo de exaltación tan ardiente y pura, una sencillez tan impresionante y graciosa, apenas salpicada aquí y allí por alguna sospecha de retórica, fácilmente se da uno cuenta de su contextura. El capítulo primero es un prólogo del redactor que ha reunido las diversas partes de la narración. En el capítulo segundo este redactor relata brevemente el arresto simultáneo de Vivia Perpetua, una joven de 22 años, docta y de noble familia; de dos jóvenes Saturnino y Secúndulo y finalmente de dos esclavos Revocato y Felicidad, todos ellos catecúmenos.

(Un poco más tarde se entregará espontáneamente cierto Saturo, que fué quien le instruyó en la doctrina cristiana: § IV). A continuación declara que va a dejar la palabra a Perpetua, que escribió ella misma la narración de sus sufrimientos. — Desde el § III la narración es de Sta. Perpetua y llega hasta el § X y concluye observando que se halla en la víspera de su muerte y que por tanto a otro toca si le place, el narrar lo sucedido en el anfiteatro. Al principio del § XI vuelve a tomar la pluma el redactor, pero sólo por un momento: No hace más que atraer la atención sobre la descripción que hace el mismo Saturo de las visiones con que ha sido favorecida durante la prisión. Toda la parte última de las Actas desde el § XIV es del redactor que, atendiendo a los deseos o mejor dicho al *fideicommissum* de Perpetua describe las luchas admirables de los mártires su muerte sangrienta y, en una peroración de espíritu análogo al que respira el prólogo, pone de relieve la lección que se desprende de estos ejemplos.

Es necesario representarse las cosas poco más o menos así: Perpetua y Saturo tuvieron tiempo en la cárcel para relatar en una corta narración los sufrimientos que soportaron y sobre todo los "carismas" que recibieron de Dios. Estas notas caen en manos de un testigo de su suplicio, que saca enseñanzas complementarias de que lo que no pudo ver con sus propios ojos, termina la narración de los mártires y de estos elementos diversos, forma un todo, que encierra en una exhortación moral y religiosa. Por tanto, hay que distinguir dos partes en las Actas: la parte del compilador y la parte compuesta por los mismos mártires.

Creo que el redactor se puede identificar decididamente con Tertuliano. Es su estilo, son sus mismas palabras... El texto debió ser redactado entre el 202, 203, fecha del suplicio de los mártires." *(Pedro de Labriolle, Historia de la literatura latina cristiana.)*

Santa Perpetua. — La cristiandad entera se postra ante ti, oh Perpetua, más aún: todos los días, el sacerdote en el altar pronuncia tu nombre, entre los nombres privilegiados que mereció estar ante la sagrada víctima; así tu memoria está asociada para siempre a la inmolación de Cristo, a quien manifestaste tu gran amor derramando tu sangre. Pero cuán grande beneficio se ha dignado concedernos permitiéndonos penetrar los sentimientos de tu alma generosa en esas bellísimas páginas escritas por tu propia mano y que han llegado a nosotros a través de los siglos. En ellas aprendemos cómo este amor "es más fuerte que la muerte" (*Cat.*, 8, 6), que te hizo triunfar en todos tus combates. Aun el agua bautismal no había regado tu frente y ya estabas alistada entre los mártires. Pronto tuviste que soportar los asaltos de un padre y triunfar de la ternura filial natural para salvaguardar la que debías a este otro Padre que está en los cielos. Tu corazón maternal no tardó en verse sometido a la más terrible de las pruebas, cuando te arrebataron, como nuevo Isaac, el niño que diste de mamar en las oscuras bóvedas de un calabozo y te quedaste sola en la víspera del último combate.

"¿Dónde estabas, diremos con S. Agustín, cuando ni siquiera veías esta bestia feroz a que fuiste expuesta? ¿De qué delicias gozabas, hasta el punto de hacerte insensible a tales dolores? ¿Qué amor te embriagaba? ¿Qué belleza celeste

te cautivaba? ¿Qué bebida te había arrebatado el sentimiento de las cosas de la tierra, a pesar de que estabas aún atada con las cadenas de un cuerpo mortal?"[1]. Pero el Señor te había preparado para el sacrificio. Así se comprende que tu vida llegase a ser celestial y que tu alma, habitando ya, por el amor con que Jesús te había pedido todo y al que diste todo, fueses desde entonces como extranjera a este cuerpo que tan pronto habías de abandonar. Una atadura te retenía aun, y la espada lo había de romper; pero con el fin de que tu inmolación fuese voluntaria hasta el fin se necesitaba, que tú misma llevases esta espada libertadora que abriría el paso a tu alma hacia el Bien soberano. ¡Oh mujer verdaderamente fuerte, enemiga de la serpiente infernal y objeto de su odio, tú la has vencido! Desde hace tantos siglos tu corazón tiene el privilegio de hacer latir a todo corazón cristiano.

Santa Felicidad. — Recibe también tú nuestros homenajes, Felicidad, porque has sido digna de ser compañera de Perpetua. En el siglo, ella brillaba en la categoría de las matronas de Cartago; pero, a pesar de tu condición servil, el bautismo la hizo tu hermana y fuisteis juntas al combate del martirio. Apenas se levantaba de sus caídas violentas corría a ti y tú la tendías la mano; la mujer noble y la sierva se confun-

[1] Para el natalicio de Stos. Perpetua y Felicidad.

dieron en el abrazo del martirio, y los espectadores del teatro podían ya prever que la nueva religión encerraba en sí misma una virtud en cuya fuerza haría desaparecer la exclavitud.

¡Oh Perpetua y Felicidad! Pedid que no desaprovechemos vuestros ejemplos y el pensamiento de vuestros heroicos sacrificios nos sostenga en los pequeños que el Señor exige de nosotros. Rogad también por nuestras nuevas Iglesias que surgen en Africa; se encomiendan a vosotras; bendecidlas y haced que florezcan la fe y las costumbres cristianas por vuestra intercesión.

EL MISMO DIA

SAN JULIAN, ARZOBISPO DE TOLEDO

Es San Julián el escritor más fecundo de la escuela toledana. Escribió su vida y obra literaria Félix, prelado también de Toledo. Nada nos dice de su familia, ni nos da la fecha de su nacimiento. El Pacense le hace oriundo de estirpe judía, lo cual refuta doctamente el P. Flórez.

Fué bautizado en Toledo y educado e instruído en la escuela catedralicia bajo la dirección de San Eugenio III, según nos dice él mismo. Quiso hacerse religioso juntamente con Gudila su amigo de infancia; graves dificultades le hicieron desistir. A fines de 679 fué elegido Obispo de Toledo como sucesor de Quirico y consagrado al pa-

recer el 29 de enero siguiente. Murió el 6 de marzo de 690, aunque la Iglesia toledana celebra su fiesta con solemnidad el 30 del mismo mes.

San Julián de temperamento ardiente, poseía una educación literaria esmerada. Por su ciencia destaca entre la jerarquía de su tiempo como astro de primera magnitud. "Fué, dice Tritemio, varón muy erudito en la Sagrada Escritura, suficientemente instruído en las doctrinas profanas, de estilo claro y escolástico."

Dentro del movimiento intelectual de la iglesia goda, iniciado por San Martín de Braga a fines del siglo IV y se acaba con la invasión de los árabes, es San Julián después de San Isidoro el personaje más destacado, aunque como escritor y en cuestiones doctrinales le supera. El gran Metropolitano de Toledo es filósofo, historiador, poeta, escriturario, sobre todo profundo teólogo que conoce admirablemente la tradición eclesiástica; gran sicólogo y con dotes admirables de gobierno. Va unido su nombre a los concilios de Toledo. Durante su obispado se celebraron cuatro, el XII, XIII, XIV y XV. De los múltiples episodios de la vida episcopal de San Julián se destaca uno que ha tenido resonancia universal. En noviembre de 680 se celebró en Constantinopla bajo la presidencia de los Legados Pontificios un Concilio universal para condenar el Monotelismo. El Papa León II envió sus Actas a los Padres españoles y varias cartas en las que les

exhortaba a que reunidos en Concilio subscribiesen la definición del VI Concilio Ecuménico.

De estas cartas una iba dirigida a Quirico, predecesor de Julián en la sede de Toledo; pero cuando llegó la carta Quirico había muerto, sucediéndole San Julián quien debió considerarla como dirigida a sí pues en ella se habla de la persona del Metropolitano. Llegaron las cartas y documentos pontificios cuando acababa de ser disuelto el Concilio XIII de Toledo y San Julián en vista del crudo invierno, "*nivium inmensitate*", no juzgó oportuno reunir inmediatamente a los Padres. Con el fin de no retardar demasiado la respuesta compuso un Apologético y lo envió a Roma; en él aprobaba y suscribía la doctrina propuesta por el Papa, y también el parecer de la Iglesia española. Recibió el Apologético Benedicto II a quien parecieron ambiguas ciertas expresiones y se lo significó de palabra a los emisarios.

La censura de Roma no cayó bien a los Padres españoles sobre todo a San Julián quien redactó inmediatamente otro Apologético en que defiende las expresiones tildadas de oscuras; le aprobó el Concilio XV de Toledo. Tiene para con la Curia Romana frases molestas y hasta irreverentes. El Apologético se envió a Roma y contra todo lo que podía presumirse, el Primado de Toledo y los Padres españoles merecieron la aprobación del sucesor de San Pedro. Es intere-

santísimo y claro en la exposición de los novísimos y en cuantas materias desarrolla. Es por fin el brillante broche de oro que cierra el glorioso período visigodo.

7 DE MARZO

SANTO TOMAS DE AQUINO, DOCTOR DE LA IGLESIA

GLORIA DE SANTO TOMÁS. — Saludemos hoy a uno de los mayores intérpretes de la verdad divina. La Iglesia le ha dado a luz muchos siglos después del tiempo de los Apóstoles, mucho después que la voz de Ambrosio, de Agustín, de Jerónimo, y Gregorio se hubiese esfumado en el tiempo; pero Santo Tomás ha probado que el seno de la Madre común es siempre fecundo y ésta, rebosando de gozo por haberlo dado a luz, le ha llamado el doctor Angélico. Así, pues, dirijamos nuestros ojos a los coros de los ángeles, que es donde le debemos buscar, porque su noble y pura inteligencia le asocia a los querubines del cielo; así como la ternura de Buenaventura, su émulo y amigo, introduce al discípulo de San Francisco en los coros de los Serafines.

La gloria de Tomás de Aquino es gloria de toda la humanidad, por la mera razón de que es uno de sus más grandes genios; es gloria de la Iglesia, pues sus escritos han expuesto la doctrina

con tal clarividencia y precisión nunca alcanzadas por doctor alguno; es en fin, gloria del mismo Cristo, que le felicitó por haber explicado tan dignamente sus misterios. En estos días que deben llevarnos a Dios, la mayor necesidad de nuestra alma es conocerle, así como nuestra mayor desdicha fué no haberle conocido bastante. Pidamos a Santo Tomás esta "luz clara que convierte las almas, esa doctrina que proporciona la sabiduría a los mismos niños, que hace rebosar de alegría los corazones e ilumina los ojos"[1]. Así podremos ver la vanidad de todo lo que no es Dios, la justicia de sus preceptos, la maldad de nuestros pecados, la bondad infinita que acogerá nuestro arrepentimiento.

VIDA. — Santo Tomás nació hacia el año 1225 de una familia de la más alta nobleza. En 1243 entró en la orden de Predicadores, fué a París a estudiar bajo la dirección de San Alberto Magno y no tardó en llegar a ser él mismo un buen maestro. Su doctrina y su piedad le valieron una reputación inmensa. Urbano IV le rogó fuese a Roma donde compuso el oficio del Santísimo Sacramento. Cuando se dirigía al concilio de Lyon, en 1274, cayó enfermo en la abadía cisterciense de Fosanova, donde murió el 7 de marzo. Fué canonizado por el Papa Juan XXII en 1323. Pío V le declaró doctor de la Iglesia en 1567, y en 1880 León XIII le proclamó patrón de las escuelas católicas.

EL DOCTOR ANGÉLICO. — Gloria a ti lumbrera del mundo; tú has recibido los rayos del sol de

---

[1] *Sal.*, XVIII.

justicia y los has esparcido por toda la tierra. Esos tus ojos límpidos han contemplado la verdad y en ti se ha cumplido la palabra que dice: *Bienaventurados los puros de corazón, porque ellos verán a Dios*[1]. Vencedor en la lucha contra la carne, ha sido digno de obtener las delicias del espíritu; y el Salvador, admirado por los encantos que encerraba tu alma angelical, ha tenido a gala escogerte para celebrar en la Iglesia el Sacramento de su amor; la ciencia no ha podido absorber en ti el manantial de tu humildad; para buscar la verdad usaste siempre, como arma segura, la oración; y después de tanto trabajo, la única recompensa que anhelabas era poseer a Dios, a quien tanto amaba tu corazón.

Tu vida mortal fué interrumpida a medio camino, y así, dejaste sin acabar tu mejor obra de doctrina; pero, no obstante eso, brillas todavía como nadie en la Iglesia de Dios. Asístela en los combates contra el error. Ella se alegra de poder apoyarse en tus enseñanzas, pues está convencida de que nadie conoció los secretos de su Esposo tan íntimamente como tú. Fortalece, ilumina la fe de los creyentes en estos tiempos en que *las verdades se hallan como obscurecidas entre los hijos de los hombres*[2]. Confunde la audacia de esos espíritus vanos que creen saber algo, y que se aprovechan del embotamiento general de las in-

---

1 *Mt.*, V, 8.
2 *Sal.*, XI.

teligencias para usurpar, en la nulidad de su saber, el papel de doctores. Todo es tinieblas en derredor nuestro; en todas partes reina la confusión; haz que volvamos a esa tu doctrina que por su sencillez es la vida del espíritu y la alegría del corazón.

SÚPLICA. — Proteje a la orden de Santo Domingo que se extienda más y más pues es uno de los auxiliares de la Iglesia.

La Cuaresma debe ver a los hijos de la Iglesia disponerse a hacer las paces con el Señor su Dios; haznos ver claramente esa soberana santidad ofendida por nuestros pecados; que comprendamos lo deplorable del estado de un alma que ha roto las relaciones con la justicia eterna. Horrorizados a la vista de las manchas que nos cubren, aspiraremos a purificar nuestros corazones en la sangre del Cordero inmaculado, y a reparar nuestras faltas con obras dignas de penitencia.

8 DE MARZO

SAN JUAN DE DIOS, CONFESOR

LA CARIDAD FRATERNA. — El mismo espíritu que había inspirado a Juan de Mata se apoderó de Juan de Dios y le llevó hasta hacerle el servidor

de sus hermanos más abandonados. Los dos se nos muestran como los apóstoles de la caridad fraterna; los dos nos enseñan con sus ejemplos, que de nada sirve que nos enorgullezcamos de amar a Dios si la caridad fraterna no reina en nuestro corazón, según enseña San Juan: *Aquel a quien han tocado en suerte los bienes de este mundo, dice, y que viendo necesitado a su prójimo, le cierra su corazón, ¿cómo va a habitar en él la caridad de Dios?*[1].

CARIDAD Y FILANTROPÍA. — Pero aunque no se da el amor de Dios sin el amor al prójimo, si éste no se hace por amor al Creador y Redentor nuestro, no pasará de ser sino un engaño. La filantropía, con cuyo nombre se pretende apartarse del Padre común y no socorrer a sus semejantes sino en nombre de la humanidad, es una ilusión del orgullo, sin ningún resultado. No hay posibilidad, ni duración de unión entre los hombres, si están separados de Dios que ha creado a todos y que quiere atraerlos a todos a El. Servir a la humanidad, como tal, es hacer de ella un Dios; y los resultados han demostrado que los enemigos de la caridad no han sabido remediar las miserias del hombre, en esta vida, mejor que los discípulos de Jesucristo, que sólo en él han puesto los motivos y el entusiasmo para consagrarse a asistir a sus hermanos.

[1] *I Juan,* III, 17.

Hacerlo todo por Dios. — El Santo que honramos hoy fué llamado Juan de Dios a causa de que el santo nombre de Dios no se apartaba nunca de sus labios. Su único móvil al ejecutar sus obras no fué otro que complacer a Dios, prodigando en sus hermanos los afectos que Dios había depositado en su pecho para con ellos. Imitemos este ejemplo; Cristo nos asegura que ha de reputar como hechas a El mismo todas las acciones ejecutadas con el último de nuestros semejantes.

San Juan de Dios junto con San Camilo de Lelis fueron declarados por León XIII en 1886 y por Pío XI en 1930 patronos de los hospitales y de todos los que cuidan de los enfermos.

Vida. — Juan de Dios nació en Montemayor, Portugal, en 1495. Después de haber llevado una vida relajada se convirtió, distribuyó los bienes a los pobres, construyó un hospital en Granada y puso de este modo los cimientos del Instituto de los Hermanos Hospitalarios al servicio de los enfermos. Después de dar ejemplo de las más altas virtudes de mortificación, obediencia, pobreza, celo y contemplación, murió el 8 de marzo besando su crucifijo. La fama de los numerosos milagros obrados por su intercesión hizo que Urbano VIII le beatificase, y le canonizase Alejandro VIII en 1690.

Súplica por este mundo enfermo. — ¡Qué bella, oh Juan de Dios, esa tu vida consagrada a aliviar a tus hermanos! ¡Qué grande es en ti el poder de la caridad! Nacido, como Vicente de

Paúl, de la más obscura condición, después de pasados como él, los primeros años con tu empleo de pastor, la caridad que abrasa tu corazón llega hasta hacerte ejecutar obras que traspasan con mucho las influencias y los medios de los poderosos del mundo. Tu recuerdo es agradable a la Iglesia; es agradable también a la humanidad entera puesto que tú la serviste en nombre de Dios, mediante el propio abandono al que no han llegado nunca esos economistas, para quienes el pobre no es una cosa sagrada, puesto que no quieren ver en él, a Dios mismo.

Hombre de caridad, abre los ojos a estos ciegos, y dígnate curar a la sociedad de los males que ellos la han causado. Durante mucho tiempo se ha luchado para borrar en el pobre la semejanza de Cristo; pero no es posible, pues él mismo es su autor. Es necesario que lo reconozca el mundo, so pena de fenecer bajo la venganza del pobre que él ha degradado. Tu celo, Juan de Dios, se ejercitó con predilección particular en los enfermos; protéjelos contra una *laicización* que persigue sus almas hasta en lo asilos preparados para ellos por la caridad cristiana. Ten compasión de las naciones modernas que, bajo pretexto de secularización, han arrojado a Dios, de sus costumbres y de sus instituciones; la sociedad también está enferma y todavía no se da completa cuenta de su mal; asístela, ilumínala y obténla la salud y la vida.

Pero como la sociedad se compone de individuos y como no volverá a Dios sino por medio de la conversión personal de sus miembros, enciende la caridad en los corazones de los cristianos, para que en estos días en que queremos obtener el perdón, nos esforcemos en ser misericordiosos como tú lo fuiste, siguiendo el ejemplo de Aquel que siendo nuestro Dios, fué ofendido por nosotros y sin embargo de eso, se ofreció a sí mismo por nosotros en quienes se ha dignado ver a sus hermanos. Protege también desde lo alto del cielo el Instituto que tú has fundado y al que has dejado en herencia tu espíritu, para que se extienda y pueda difundir por todas partes el buen olor de la caridad.

EL MISMO DÍA

SAN VEREMUNDO, ABAD DE IRACHE

Nació el primer tercio del siglo XII en Navarra. Arellano y Villa-Tuerta se disputan el honor de haber mecido la cuna de S. Veremundo, educándole con esmero en las máximas cristianas sus piadosos padres. En Santa María de Irache donde era Abad un tío suyo llamado Nuño, de reconocida santidad, se recogió en sus años juveniles Veremundo y empezó a recorrer la carrera de la santidad a pasos agigantados hasta llegar a ser dechado de perfección para todos los monjes de

la abadía, con inmensa satisfacción de su tío; al morir éste tuvo la inefable dicha de dejar en el monasterio a su santo sobrino previendo que algún día sería el padre y sostén del monasterio, como ocurrió efectivamente por elección unánime de todos los monjes.

Aumentó su escogida grey y en bienes temporales la abadía; se desprendía de su persona cierto aire de santidad que se dejaba ver en todas sus acciones. Libró maravillosamente de la muerte a una muchedumbre de pobres hambrientos sin más recursos que la oración, sació su hambre sin manjar alguno. Ya de joven, asombró a su tío el Abad Nuño con un prodigio. Como era muy caritativo, un día llevaba unos panecillos debajo del escapulario y el Abad le preguntó: ¿Qué llevas ahí? Unas astillas para calentar a un pobre, aludiendo, para no pasar por mentiroso, a lo que produce el alimento en el menesteroso; se convirtió el pan en astillas efectivamente por un prodigio extraordinario del que fué testigo el mismo Superior a quien dejó admirado y sorprendido. Era parco, pobrísimo para sí pero siempre espléndido para los pobres y para el culto divino. Era gran devoto de Jesucristo y de su Santísima Madre; a él se debe que en Irache se celebrase con gran solemnidad la fiesta de la Inmaculada el 8 de diciembre y de aquí se extendió a toda Navarra. Gobernó la Abadía durante 20 años y debilitado por los trabajos y

mortificaciones más que por la edad murió el 8 de marzo de 1192, y los favores y milagros acabaron por exaltarle en 1583 y 1657 al honor de los altares.

9 DE MARZO

SANTA FRANCISCA, VIUDA ROMANA

LA ESPOSA CRISTIANA.—La Iglesia nos presenta hoy la admirable figura de la esposa cristiana, en la persona de una dama romana: Santa Francisca.

Después de haber dado durante cuarenta años ejemplo de todas las virtudes en el estado matrimonial, fué a buscar en el retiro el reposo de su corazón probado por largas tribulaciones; pero no esperó a este momento para vivir en el Señor. Durante toda su vida, sus obras dignas de la más alta perfección fueron objeto de las complacencias del cielo, mientras que las óptimas cualidades de su corazón le aseguraban la ternura y admiración de su esposo y sus hijos, de los grandes de quienes era modelo y de los pobres a quienes servía con amor. Para recompensar esta vida tan angelical, Dios permitió que el ángel de la guarda se le mostrase casi constantemente visible y la regalase con altas revelaciones.

Pero lo que más debe llamar la atención de un modo particular en esta vida, que tanto recuerda a las dos grandes santas Isabel de Hungría y Juana Francisca de Chantal, es la renuncia propia de la sierva de Dios. La inocencia de su vida no la dispensó de estos santos rigores; y el Señor quiso por este ejemplo dado a los fieles, enseñarles a no murmurar de la obligación que tenemos de hacer penitencia; tal vez no sea en nosotros tan austera como lo fué en Santa Francisca; sin embargo, tiene que ser real si queremos acercarnos con confianza al Dios de justicia, que perdona fácilmente al alma arrepentida, pero que, no obstante eso, exige la satisfacción.

VIDA.—Santa Francisca nació en Roma en 1384. Por obedecer a sus padres se unió en matrimonio, en 1405, con Lorenzo Ponziani, mas siguió conservando en su estado el género de vida austera que se había propuesto. En 1433 fundó la casa de Oblatas de la congregación del Monte Olivete, bajo la regla de San Benito, donde, una vez muerto su marido, pidió su admisión. Deseó vivamente quedar la última, consagrarse al bien de los enfermos, practicando las mayores mortificaciones. Tenía gran devoción a la Pasión y a la Eucaristía. Tuvo el don de lágrimas, de hacer milagros y el de profecía. Finalmente murió en Roma en 1440 y el Papa Paulo V la inscribió en el catálogo de los santos en 1608. Al lado de las Oblatas, cuya vida y condición son las de un edificante instituto, no podemos por menos de mencionar una obra íntimamente relacionada con los oblatos de la orden de San Benito. Las Siervas de los pobres, fundadas en 1872,

en Angers, por Dom Camilo Leduc, monje de Solesmes, reconocen por patrona a Santa Francisca Romana, y por sus cuidados consagrados exclusivamente a los pobres enfermos, hacen revivir de modo admirable la actividad bienhechora de su modelo y protectora.

ALABANZA. — Francisca, modelo de todas las virtudes, tú fuiste la gloria de Roma cristiana y el ornato de tu sexo. Fiel a todos tus deberes, no tomaste sino del cielo el motivo de tus virtudes y semejaste a un ángel a los ojos de los hombres admirados de tu virtud. La energía de tu alma humilde y mortificada te colocó por encima de todas las circunstancias. Llena de ternura para aquellos que Dios unió a ti, de calma y de gozo interior en medio de las pruebas, de expansión y de amor hacia toda criatura, mostraste a las claras que Dios llenaba toda tu alma predestinada. Ya en este mundo, no contento el Señor en asegurarte la presencia y conversación de tu santo ángel, descorría con frecuencia en tu favor el velo que esconde a nuestra vista los secretos de la vida eterna. Incluso la naturaleza quebrantaba sus propias leyes en tu favor; te trataba como si ya estuvieses libre de las condiciones de la vida presente.

SÚPLICA. — Te glorificamos por estos dones de Dios, ¡oh Francisca! pero apiádate de nosotros que tan lejos estamos todavía del camino derecho por el que tú caminaste. Ayúdanos a ser

verdaderos cristianos; reprime en nosotros el amor al mundo y a las vanidades, haz que nos sometamos al yugo de la penitencia; recuérdanos la humildad, fortalécenos en las tentaciones. Tu influencia en el corazón de Dios te otorga el poder de hacer producir racimos en una cepa marchita por las escarchas del invierno; obtén para nosotros que Jesús, *la verdadera viña,* nos refresque pronto con el vino de su amor exprimido bajo la prensa de la Cruz. Ofrécele tus méritos en nuestro favor. Tú también has sufrido voluntariamente por los pecadores. Ruega por la Roma cristiana; haz que florezca y se afirme la fe, la santidad de las costumbres y la fidelidad a la Iglesia. Vela sobre la gran familia de los fieles; que tus oraciones obtengan su acrecentamiento y renueven en la Iglesia el fervor de sus primeros días.

10 DE MARZO

LOS CUARENTA MARTIRES

SOLDADOS DE CRISTO. — Cuarenta nuevos protectores se presentan hoy en este tiempo de penitencia. Sobre el hielo mortífero del estanque que sirvió de campo de sus combates, se acordaban, como nos cuentan sus actas, de los cuarenta días que consagró nuestro Señor al ayuno y se sentían dichosos de que en su número estuviese significado este misterio. Comparemos sus

pruebas a las que nos impone la Iglesia. ¿Seremos nosotros, como ellos, fieles hasta el fin? ¿Mereceremos que la corona de la perseverancia ciña nuestras frentes regeneradas en la solemnidad pascual? Los cuarenta mártires sufrieron, sin volverse atrás, el rigor del frío y las torturas que le siguieron; el temor de ofender a Dios, el sentimiento de la fidelidad que le debían, aseguraron su constancia.

¡Cuántas veces hemos pecado nosotros, sin poder alegar como excusa tentaciones tan rigurosas! Sin embargo, Dios a quien hemos ofendido podría arrebatarnos la vida en el mismo instante en que nos hacemos culpables, como ocurrió con aquel soldado infiel, que después de renunciar a la corona, pidió como premio de su apostasía, la gracia de poder volver a calentar sus miembros helados en un baño de agua tibia. Sólo encontró en él la muerte y la perdición eterna. A nosotros se nos ha dado tiempo y se nos ha perdonado misericordiosamente; recordemos que si la justicia divina no ha ejecutado sus derechos contra nosotros ha sido para confiarlos a nosotros mismos. El ejemplo de los santos nos ayudará a comprender lo que es el mal, con cuánto cuidado hay que evitarlo y cómo nosotros estamos obligados a repararlo.

Vida.—Las actas de los mártires de Sebaste nos cuentan que, en el reinado de Licinio (hacia 320) cuarenta soldados sufrieron por Cristo. Después de arro-

jados en una cárcel y azotados cruelmente, fueron echados desnudos en un estanque helado en una noche de invierno. El guardián que los vigilaba vió bajar a los ángeles para distribuir coronas a los mártires. En esto, uno de ellos desertó; entonces el carcelero se declaró cristiano, se quitó los vestidos y corrió a unirse con los mártires; viendo esto los verdugos, les rompieron las piernas y todos expiaron en este suplicio excepto uno, el más joven, Melitón, que murió pocos momentos después en los brazos de su madre que le animaba a perseverar en su fe a Cristo. Sus cuerpos fueron quemados y sus reliquias fueron arrojadas en un riachuelo. Pero estas reliquias fueron encontradas milagrosamente en un mismo lugar, donde fueron recogidas con honor.

TODO CRISTIANO ES SOLDADO. — Soldados valerosos de Cristo, recibid hoy nuestro homenaje. Toda la Iglesia venera vuestra memoria; pero vuestra gloria es aún mayor en el cielo. Alistados en la milicia terrestre, erais, antes que nada, soldados del Rey de los cielos. Nosotros también somos soldados y marchamos a conquistar un reino que será el premio de nuestro valor. Los enemigos son numerosos y temibles, pero como vosotros, también nosotros podremos vencerlos, si somos fieles en usar las armas que el Señor ha puesto en nuestras manos. La fe en la palabra de Dios, la esperanza en su socorro, la humildad y la prudencia asegurarán nuestra victoria. Guardadnos de todo pacto con el enemigo, porque, si pretendemos servir a dos señores, nuestra derrota será completa.

Durante este tiempo de cuaresma, nos será necesario dar nuevo temple a las armas, curar las heridas, renovar nuestros propósitos; ayudadnos, velad para que no nos apartemos de vuestros ejemplos. También a nosotros nos espera una corona; aunque es más fácil de conseguir que la vuestra, podría escaparse de nuestras manos, si nosotros dejásemos desfallecer el sentimiento de nuestra vocación. Más de una vez, por desgracia, hemos como renunciado a la vida eterna. Hoy queremos hacerlo todo con el fin de asegurárnosla. Sois nuestros hermanos de armas; tanto a vosotros como a nosotros interesa la gloria de nuestro Jefe; apresuraos, santos mártires, venid en nuestra ayuda.

11 DE MARZO

SAN EULOGIO DE CORDOBA, MARTIR

El nombre de San Eulogio representa la reacción del espíritu cristiano y español frente a la penetración cada día más pronunciada de la influencia musulmana en la Iglesia española durante el siglo IX.

Fué el sostén de los mártires, su defensor, el cantor de sus virtudes y de sus triunfos, el restaurador de la cultura cristiana entre los mozárabes, el animador espiritual y director de una generación heroica, frente a los semi-islanizados;

y al fin, dió su sangre con una entereza admirable por la causa que había defendido infatigablemente en la calle, en la iglesia, en la prisión y ante los tribunales.

Estudió en la escuela del Abad Esperaindeo con su amigo, condiscípulo y biógrafo Alvaro de Córdoba. Salió aventajado en letras profanas y sagradas en tal grado que fué escogido por un obispo para sacerdote con el fin de que fuera el mentor de la juventud cristiana cordobesa.

Fué martirizado en 859 el 11 de marzo, cuando acababa de ser nombrado Arzobispo de Toledo. Sus reliquias se conservan en el Arca Santa de la Catedral de Oviedo.

12 DE MARZO

SAN GREGORIO MAGNO, PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

SU NOMBRE.—Entre todos los pastores que Cristo ha dado a la Iglesia Católica para representarle en la tierra, ninguno ha sobrepujado en méritos y renombre al santo Papa que hoy celebramos. Su nombre, Gregorio, significa *vigilancia;* su sobrenombre es *Magno,* que ya poseía cuando Gregorio VII ocupó la sede de Pedro. Estos dos Papas son hermanos y todo el mundo católico los confunde en un mismo amor y una admiración común.

El organizador de la Liturgia. — Este, cuya memoria celebramos, es ya conocido por los fieles que se interesan en seguir a la Iglesia en la Liturgia. Pero sus trabajos sobre el servicio de Dios, en todo el curso del año, no se han limitado a enriquecer nuestros oficios con algunos cánticos, sino que además, todo el conjunto de la liturgia romana le reconoce por su principal organizador. Fué quien recogiendo y poniendo en orden las oraciones y ritos instituídos por sus predecesores les dió la forma que conservan aún hoy día. El canto eclesiástico recibió igualmente de él su último perfeccionamiento; el celo del santo pontífice por recoger las antiguas melodías de la Iglesia, por sujetarlas a reglas y disponerlas según requería el servicio divino, han hecho que su nombre vaya siempre unido a esta obra musical tan grandiosa que proporciona tanta majestad a las funciones sagradas y que contribuye tan poderosamente a preparar el alma del cristiano al respeto de los misterios y al recogimiento y piedad.

El Doctor. — Pero la influencia de Gregorio no se reduce a estos trabajos que bastarían para inmortalizar a otro pontífice. Cuando él fué dado a la cristiandad, la Iglesia latina contaba sólo con tres grandes doctores: Ambrosio, Agustín y Jerónimo; la ciencia de Gregorio le concedió el honor de añadir su nombre al de aquellos. El conoci-

miento de las sagradas Escrituras, la penetración de los divinos misterios, la unción y la autoridad, indicios de la asistencia del Espíritu Santo, dominaban por entero en sus escritos; y la Iglesia se alegra de haber recibido en él un nuevo maestro en la doctrina sagrada. El respeto que se ha tenido a todo lo que salió de la pluma de tan gran doctor, ha preservado de la destrucción su inmensa correspondencia; y en ella se puede ver que no hay tema en el mundo cristiano que su infatigable mirada no haya tratado; no hay cuestión religiosa, lo mismo personal que local, en Oriente como en Occidente, que no hayan alcanzado los esfuerzos de su celo y en la que no haya intervenido como pastor universal. Elocuente lección dada por los actos de un Papa del siglo VI a estos innovadores actuales que han pretendido tan osadamente sostener que la prerrogativa del Pontífice Romano no tenía por base más que documentos fabricados más de dos siglos después de la muerte de S. Gregorio.

El Apóstol. — En la Sede apostólica apareció el heredero de los apóstoles no sólo como depositario de su autoridad, sino también como asociado a su misión de llamar a la fe a todos los pueblos. Ahí está Inglaterra para atestiguar que si conoce a Jesucristo, si ha merecido ser llamada durante tantos siglos la *Isla de los Santos,* lo debe a San Gregorio Magno. Movido a compa-

sión hacia los ingleses de quienes, según decía quería hacer ángeles, envió en 596 a la isla al monje Agustín con cuarenta compañeros, todos hijos de San Benito como él. El Papa vivió el tiempo suficiente para poder recoger en ese campo la cosecha evangélica.

Es de ver el entusiasmo del santo anciano cuando nos muestra el "*Alleluia* y los himnos romanos repetidos en una lengua acostumbrada a los cantos bárbaros, el océano allanado bajo los pies de los santos, las olas de pueblos indómitos calmadas a la voz de los sacerdotes"[1].

El Santo. — Pero ¿quién podrá pintar las virtudes que hicieron de Gregorio un prodigio de santidad? Ese desprecio del mundo que le hizo buscar un asilo en la santidad del claustro, esa humildad que le llevó hasta a huir de los honores del pontificado, de tal modo que se necesitó un prodigio de Dios para revelar el escondrijo donde se hallaba él, cuyas manos eran tanto más dignas de tener las llaves del cielo, cuanto más pesadas fuesen; ese celo por toda su grey considerándose él como su esclavo y no como su jefe, honrándose del título de *servidor de los servidores de Dios;* esa caridad para con los pobres que no tuvo límites; esa solicitud infatigable de la que nadie dejó de beneficiarse y que de todo se ocupó, de las calamidades públicas, de los daños

[1] *Morales sobre Job,* l. XXVII, c. XI.

de la patria y de las desgracias particulares; esa constancia y amable serenidad en medio de los mayores sufrimientos que cayeron sobre su cuerpo durante todo el tiempo de su pontificado, esa firmeza en conservar la fe y en perseguir el error en todas partes; en fin, esa vigilancia por la disciplina que fué renovada y sostenida por él durante varios siglos en toda la Iglesia; tantos servicios, tantos insignes ejemplos han impreso la memoria de Gregorio en todos los cristianos con rasgos que jamás se borrarán.

VIDA. — S. Gregorio nació en Roma hacia 540. Primero se dió a la política; más tarde, en 571 llegó a ser sacerdote en Roma; fundó seis monasterios con su rico patrimonio y se hizo monje. Después de nombrado cardenal-diácono en 577, fué enviado como legado a Constantinopla para representar a la Iglesia Romana cerca de Tiberio. Vuelto a Roma en 584, volvió a entrar en su monasterio donde fué elegido Abad. En 590 tuvo que aceptar el Papado y fué consagrado en San Pedro el 3 de septiembre. Fué ejemplo para todo el episcopado por su celo y sus virtudes; donde la fe católica no estaba muy segura, él la restableció; reprimió a los herejes, envió misioneros a Inglaterra, defendió los derechos de la Iglesia, organizó el culto y el canto litúrgico, fijó las iglesias estacionales, escribió varios comentarios de las Sagradas Escrituras. Obró muchos milagros y murió en 604 el año 13 de su pontificado.

SÚPLICA POR LA JERARQUÍA. — Padre del pueblo cristiano, vicario tanto de la caridad como de la autoridad de Cristo, Pastor *vigilante,* el pueblo cristiano a quien con tanta fidelidad has amado

y servido se dirige a ti con toda confianza. Ya que nunca has olvidado a tu querida grey escucha hoy su oración. Protege y dirige al Sumo Pontífice que hace las veces de Pedro y las tuyas; dale luces en sus consejos y fortifica su voluntad. Bendice a toda la jerarquía que te debe tan buenos preceptos y tan admirables ejemplos. Ayúdales para que mantengan inviolable el depósito de la fe; ayúdales en sus esfuerzos por restablecer la disciplina eclesiástica, sin la que todo es desorden y trastorno. Dios te escogió para ordenar el culto, la sagrada liturgia, en el pueblo cristiano; intercede para que de nuevo se vuelva a esta manera de oración que se ha olvidado casi por completo. Estrecha cada vez más el lazo vital de las Iglesias en la obediencia a la cátedra de Roma, fundamento de toda fe y fuente de toda autoridad espiritual.

SÚPLICA POR LA UNIDAD DE LA IGLESIA. — Viste el comienzo del cisma que desgarró el oriente de la comunidad católica. Poco después, por desgracia, Bizancio consumó la ruptura; como castigo de su crimen quedó reducida a la esclavitud y todavía esta infiel Jerusalén no ha reconocido la causa de sus desventuras. Pontífice santo, te suplicamos que ya que la justicia tuvo su cumplimiento, la misericordia también tenga el suyo; formen el *único aprisco* las ovejas que el cisma alejó de él.

SÚPLICA POR INGLATERRA. — ¡Acuérdate, apóstol de todo un pueblo!, acuérdate de Inglaterra que recibió de ti la fe cristiana. Esta isla tan querida de ti, en la que con tanta abundancia fructificó la semilla que tu arrojaste se ha hecho infiel a la Sede de Roma y ha acogido en su seno toda clase de errores. Hace ya siglos que se apartó de la fe verdadera; pero sin embargo, parece que la misericordia divina se inclina hacia ella en nuestros días. Ayuda, pues, a la nación que tú engendraste para Jesucristo; ayúdala a descorrer el velo que la oculta la verdad. A ti te corresponde reanimar la llama que ella ha dejado extinguirse. Haz que vea de nuevo brillar sobre sí la luz y su pueblo forjará como en otro tiempo, héroes propagadores de la religión y santificadores del cristianismo.

SÚPLICA POR TODOS LOS FIELES. — Ruega también por toda la grey de los fieles que se entrega a las obras de penitencia en estos días de Cuaresma; alcanza para ella la compunción de corazón, el amor a la oración y el sentido de los misterios divinos. Aún leemos las homilías que tú predicaste al pueblo romano en este tiempo de Cuaresma; la justicia y la misericordia de Dios permanecen inmutables; haz que nuestros corazones se conmuevan con el temor y se consuelen por medio de la esperanza. Y puesto que la aspereza de las leyes eclesiásticas que prescriben el

ayuno y la abstinencia nos espantan con frecuencia, danos ánimos y reaviva en nuestros corazones el espíritu de sacrificio; que tu intercesión ante Dios nos alcance la gracia de ser verdaderos penitentes así como nos ilustran tus ejemplos y nos sirven de guía tus enseñanzas; para que oigamos de nuevo, con la alegría de una conciencia limpia, el *Alleluia* que nos enseñaste a cantar en la tierra y que esperamos repetir contigo en la eternidad.

15 DE MARZO

SAN RAIMUNDO DE FITERO, ABAD Y CONFESOR

San Raimundo fué Abad cisterciense del monasterio navarro de Fitero, que (en su tiempo siglo XII) pertenecía al reino de Castilla. Es ilustre su nombre en la historia de España porque supo abandonar su amada soledad para salir en defensa del pueblo cristiano en un momento de peligro, pues los mahometanos avanzaban hacia Castilla con ímpetu salvaje. Toledo estaba a punto de caer en sus manos, pues ya los Caballeros Templarios, que defendían la plaza de Calatrava, habían anunciado su propósito de retirarse. Entonces San Raimundo predicó la Cruzada devolvió el ánimo a los pueblos aterrados y salvó aquella fortaleza que era la llave de Castilla. Después para asegurar aquel éxito momen-

táneo, dió el hábito a muchos de los guerreros y así organizó la Orden Militar de Calatrava bajo la Regla de San Benito y las costumbres del Cister. Su obra prosperó, los reyes y los Papas la favorecieron porque aquellos monjes extraños de túnica blanca y blanco escapulario con la cruz roja en el pecho serían durante siglos el mejor sostén de la Patria y de la Fe.

Murió San Raimundo en 1164. La Orden de Calatrava se difundió por España y Portugal con otras denominaciones pero con el mismo espíritu patriótico y religioso.

17 DE MARZO

SAN PATRICIO, OBISPO Y CONFESOR

EL APÓSTOL DE IRLANDA. — La Iglesia presenta a nuestra consideración al apóstol de todo un pueblo: Patricio, luz de Irlanda, padre de esta raza fiel de mártires que tardará en extinguirse. En él resplandece el don del apostolado: Cristo le plantó en su Iglesia y debe perpetuarse en ella eternamente. Los evangelizadores se dividen en dos grupos: unos recibieron el encargo de roturar una parte pequeña del pueblo gentil y depositar en ella la semilla: germina ésta según sea mayor o menor la perversidad o docilidad de los hombres. Otros desarrollan su misión en rápida conquista que somete al Evangelio a naciones ente-

ras. Entre estos se encuentra Patricio; y en él debemos reverenciar a uno de los monumentos más insignes de la misericordia divina con los hombres.

Admiremos también la solidez de su obra. En el siglo v se encontraba casi toda la Gran Bretaña sumida en las sombras del paganismo; Alemania no tenía noticia de la venida de Cristo a este mundo; todo el norte europeo dormía el letargo de la infidelidad. Antes que otra nación despertara de este sopor Irlanda poseía ya la nueva de la salvación. La palabra divina traída por su apóstol prospera en esta isla más fértil espiritual que materialmente. Abundan los santos que se extienden por toda Europa; los irlandeses devuelven el servicio prestado por el santo iniciador a otras naciones. Y cuando llega la apostasía del siglo xvi, cuando a la herejía de Alemania se añade la deserción de Inglaterra, de Escocia, del Norte entero, sólo Irlanda permanece fiel; ninguna persecución por cruel y encarnizada que fuese pudo arrancar la fe en que la inició San Patricio.

VIDA. — Patricio, llamado apóstol de Irlanda, nació en Gran Bretaña. Libertado del cautiverio en que había sido puesto en su infancia, llegó a ordenarse de sacerdote, viajó por todas partes, abrazó la vida monástica en Lérins y en Tours y, finalmente, partió a evangelizar Irlanda. San Celestino le consagró obispo en 413 para la realización de esta empresa. Sus trabajos y fatigas quedaron recompensados con la conversión de

la isla, llamada posteriormente Isla de los Santos. Austero y piadoso a la vez, estaba en continua oración. Fué adornado con el don de profecía y de milagros. murió hacia el año 461 y fué sepultado en Downe.

La fe. — Tu vida, oh Patricio, transcurrió toda entre los trabajos del Apostolado. ¡Qué hermosa ha sido la recolección del fruto sembrado por tus manos y regado con tus sudores! Pero no hiciste caso de las fatigas porque se trataba de procurar a los hombres el don de la fe; y el pueblo a quien la confiaste la ha custodiado con una fidelidad que te honrará eternamente. Ruega por nosotros para que esta fe sin la cual es imposible agradar a Dios [1] tome posesión de nuestro espíritu y de nuestros corazones. *El justo vive de la fe* [2] nos dice el profeta; y estos días ella nos manifiesta la justicia y la misericordia del Señor para llamarnos a penitencia y a ofrecer a Dios el homenaje del arrepentimiento. La Iglesia nos impone estos deberes que aterran a nuestra debilidad porque la fe se ha debilitado. Porque si la fe estuviese arraigada en nuestros pensamientos seríamos amantes del sacrificio. Tu vida tan pura y tan llena de virtudes no se olvidó de la mortificación; ayúdanos pues a seguir tus pasos.

Súplica. — Ruega por la Isla Santa, oh Patricio, tú que eres su padre y a ella honra con ferviente culto. Santo Pontífice, intercede también

[1] *Heb.*, XI, 6.
[2] *Habacuc*, II, 4.

por aquella que te sirvió de cuna; adelanta con tu mediación el día de su retorno a la unidad católica. Acuérdate, en fin, de toda la Iglesia; tus súplicas son las de un apóstol; por eso serán bien recibidas ante el trono de quien te envió.

18 DE MARZO

SAN CIRILO DE JERUSALEN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Doctor del Santo Bautismo. — Parecía bien que estos días consagrados a la instrucción de los catecúmenos, la Iglesia tributase sus homenajes al Pontífice cuyo nombre evoca mejor que ningún otro, el celo y prudencia que deben desplegar los pastores para preparación al Santo Bautismo. Durante mucho tiempo el pueblo cristiano se limitó a tributar los honores debidos a tan gran doctor con sólo mencionarle anualmente en el martirologio. Mas a la antigua expresión de reconocimiento por los servicios prestados en tiempos pasados, se junta hoy, con relación a San Cirilo, la necesidad de una institución no menos necesaria que en los primeros años del cristianismo. Es cierto que se confiere ahora el bautismo en la infancia; antes de que el hombre pierda la inocencia, la verdad se ha posesionado de él por medio de la fe infusa. Pero con frecuencia, el niño no encuentra a su alrededor la

defensa que le es necesaria por su debilidad; la sociedad moderna ha renegado de Jesucristo y su apostasía, sofoca bajo la hipócrita neutralidad de pretendidas leyes, el germen divino en el bautizado antes de que haya arraigado y fructificado. Ante la sociedad como ante el individuo el bautismo tiene sus derechos y no podemos honrar mejor a San Cirilo que haciéndonos eco, en el día de su fiesta, de estos derechos del primero de los sacramentos respecto de la educación que él exige de los bautizados.

DEBERES DE LOS GOBIERNOS PARA CON LOS BAUTIZADOS. — Durante quince siglos el pueblo occidental, cuyo edificio social tenía por base la fe romana, mantuvo a sus miembros en la ignorancia de la dificultad en que se encuentra un alma al pasar de las regiones del error a la luz pura. Bautizados como nosotros al pasar los umbrales de la vida y establecidos en la verdad, nuestros padres nos llevaban la ventaja de palpar como el poder civil, de acuerdo con la Iglesia, defendía en ellos este gran tesoro de la plenitud de la verdad, al mismo tiempo que aquella salvaguardaba al mundo entero. Es deber del rey o de cualquiera—no importa el título—que vaya al frente de un pueblo, la protección de los particulares; y la gravedad de este deber estriba en la importancia de los intereses que garantiza; pero esta protección ¿no es tanto más gloriosa para el

porvenir cuanto que se endereza a los pobres e imposibilitados de la sociedad? Nunca se ha manifestado mejor la majestad de la ley humana que en las cunas donde guarda al recién nacido, y al niño huérfano sin defensa, su vida, su nombre y su patrimonio.

DIGNIDAD DE LOS BAUTIZADOS. — Así pues, el niño que ha salido de la sagrada pila cuenta con prerrogativas que superan a las que les pudieran dar la riqueza y la fortuna de sus antepasados y la fecundidad de su misma naturaleza. La vida divina reside en él; su nombre de cristiano le hace al igual de los ángeles; su herencia consiste en esta plenitud de verdad de la que hablamos poco ha, que no es otra cosa que Dios mismo poseído en la tierra por la fe, en la espera que se descubra a su amor en la felicidad de la visión eterna.

¡Qué grandeza, pues, en estas cunas donde llora la débil infancia!, pero también ¡qué responsabilidad para el mundo! Si para distribuir estos bienes Dios no espera a que aquellos a quienes deben ser conferidos hayan llegado a una edad suficiente para estimarlos; es sin duda porque este apresuramiento manifiesta la impaciencia de su amor, pero es así mismo porque cuenta con ese mundo para a su debido tiempo hacer la revelación de su dignidad a los hijos del cielo, para formarlos en los deberes que son conse-

cuencia de su nombre, para elevarlos como conviene a la dignidad de hijos de Dios. La educación del hijo de un rey responde a su estirpe; aquellos a quienes se concede el honor de instruir les tienen naturalmente en cuenta su título de príncipe y por tanto los mismos conocimientos comunes a todos le son presentados y armonizados en lo posible con su alto destino. Todo, en efecto, concurre para el mismo fin, que no es otro que disponerle a llevar gloriosamente su corona. ¿La educación de un hijo de Dios merécenos consideraciones? ¿Sería lícito olvidar su destino y origen en la atención que se le prodigan?

DERECHOS DE LA IGLESIA A LA EDUCACIÓN. — Nada más cierto que sólo la Iglesia aquí abajo es capaz de explicar el origen de los hijos de Dios; sólo ella conoce los medios más convenientes de aunar todos los elementos del conocimiento humano con vistas al fin supremo que domina la vida del cristiano. ¿Qué debemos, pues, concluir sino que la Iglesia es por derecho la primera educadora de las naciones? Cuando crea escuelas, es porque todos los grados de las ciencias la interesan igualmente y entonces la misión recibida de ella para enseñar vale más que todos los diplomas y títulos. Por otra parte, cuando tales diplomas no han sido entregados por ella misma, el uso de estos documentos oficiales requiere su primera y principal legitimidad ante los cris-

tianos por el reconocimiento de aquella estando en su pleno derecho al mantenerlos siempre bajo su vigilancia. Porque ella es madre de los bautizados y es derecho de las madres atender a la educación de los hijos cuando no es ella la que de esta educación por sí misma.

DEBERES DE LA IGLESIA. — Al derecho maternal de la Iglesia se añade sus deberes de Esposa del Hijo de Dios y custodia de los Sacramentos. La sangre divina no puede, sin pecado, derramarse inútilmente sobre la tierra; de las siete fuentes por las cuales el Hombre-Dios ha querido que tuviera lugar la fusión de esta sangre en virtud de la palabra de los ministros de la Iglesia, ni una sola se debería abrir si no fuese con la esperanza fundada de un efecto verdaderamente saludable y que responda al fin del Sacramento del que se hace uso. El bautismo sobre todo, que eleva al hombre de las profundidades de su nada a una nobleza sobrenatural, debería estar sometido en su administración a las reglas de una prudencia tanto más exigente cuanto que el título divino que confiere es eterno.

El bautizado que ignora voluntaria o forzosamente sus deberes y sus derechos se asemeja a aquellos hijos de familia que, sin culpa o con ella, serían la afrenta de sus descendientes al desconocer las tradiciones de la raza de donde proceden y arrastran inútilmente por el mundo

una vida degenerada. Por tanto, lo mismo ahora que en tiempo de S. Cirilo de Jerusalén, la Iglesia no puede admitir ni ha admitido nunca a la fuente sagrada sin exigir del candidato al bautismo la garantía de una instrucción suficiente. Si es adulto debe dar por sí mismo la garantía de sus conocimientos; si todavía no tiene edad, y, sin embargo, la Iglesia los admite en la familia cristiana, es, porque debido al cristianismo de los mismos que los presentan y al estado social que los rodea, abriga para él la esperanza de una educación en conformidad con la vida sobrenatural hecha ya suya por el sacramento.

La Iglesia educadora. — Ha sido necesaria la consolidación indiscutible del imperio del Hombre-Dios sobre el mundo, para que la práctica del bautismo de los niños haya llegado a ser general, como lo es hoy, y no debemos extrañarnos si, la Iglesia, a medida que avanzaba la conversión de los pueblos, se haya encontrado envestida ella sola del deber de educar a las nuevas generaciones. Los cursos estériles de gramáticos, filósofos y retóricos a quienes solamente faltaba el único conocimiento necesario, el del fin de la vida, fueran pronto suplidos por las escuelas episcopales y monásticas, donde la ciencia de la salvación, a la vez que tenía el primer lugar, iluminaba a todas las otras con la verdadera luz. Regenerada ya la ciencia por el bautismo dió origen a las uni-

versidades que reunieron en fecunda armonía todo el conjunto de conocimientos humanos hasta entonces sin vínculo común y con frecuencia opuestos los unos a los otros. Desconocidas para el mundo antes del cristianismo, único portador de la solución de gran problema del fin de las ciencias, las universidades, cuyo objeto primero fué esta misma unión, permanecen por esta razón bajo el dominio inalienable de la Iglesia.

VANA PRETENSIÓN DE UN ESTADO NEUTRAL. — En vano el Estado de nuestros días, paganizado de nuevo, pretende negar a la madre de los pueblos y atribuirse a sí mismo el derecho de calificar con este nombre de Universidad sus escuelas superiores. Las naciones descristianizadas se encuentran, lo quieran o no, sin derecho para fundar, sin fuerza para mantener en ellas estas instituciones gloriosas, en el verdadero sentido del nombre que han llevado y realizado en la historia. El Estado sin fe no mantendrá jamás en la ciencia otra unidad que la unidad de Babel. ¿Es que no podemos constatarlo ya con toda evidencia? El monumento de orgullo que quiere levantar frente a Dios y su Iglesia no tendrá otro efecto que renovar la espantosa confusión de que la Iglesia había arrancado a las naciones paganas cuyos errores vuelven a ser su patrimonio. El espoliador y el ladrón podrán revestirse de los títulos de la víctima que ha despojado, mas la impo-

tencia en que se encuentra de hacer gala de las cualidades que estos títulos, suponen no tienen otro resultado que evidenciar el robo cometido a su legítimo propietario.

LA NEUTRALIDAD. — Pero ¿es que negamos al Estado pagano o neutral, como hoy se dice, el derecho de educar a su manera a esos fieles que él ha creado a su imagen? En modo alguno. La protección que la Iglesia invoca como un derecho y un deber sólo se extiende a los bautizados. Y no lo dudemos; si la Iglesia constatase un día, que la sociedad no ofrece ya ninguna garantía al bautizado, volverá a la disciplina de aquella primera edad, en que la gracia del Sacramento que nos hace cristianos, no era concedida a todos indistintamente como sucede hoy sino tan sólo a los adultos que se mostraban dignos de ella o a los hijos de las familias que ofrecían las garantías necesarias a su responsabilidad de Madre y Esposa.

Las naciones entonces se dividirán en dos bandos: de una parte los hijos de Dios que vivirán de su vida y serán herederos de su trono; de otra los hombres invitados como todos los hijos de Adán a formar parte de esta nobleza sobrenatural, habrán preferido permanecer los esclavos de quien los quería por hijos en este mundo convertido por la Encarnación en su palacio. La educación común y neutral se presentará entonces más

irrealizable que nunca; por muy neutral que se la suponga las escuelas de los servidores del palacio no serán apropiadas a los príncipes herederos.

PROTECCIÓN DE LOS SANTOS DOCTORES. — ¿Están ya cerca los tiempos en que los hombres excluídos por su nacimiento del bautismo, deberán conquistar por sí mismos el privilegio de admisión en la familia cristiana? Solamente Dios lo sabe; pero no dejan de existir indicios que nos lo hacen creer. La institución de la fiesta de hoy significa, tal vez, en los designios de la providencia, un vínculo con las exigencias de la nueva situación que se crea a la Iglesia en relación con esto. Apenas hace una semana que presentábamos nuestros homenajes a S. Gregorio Magno, el doctor del *pueblo* cristiano; cinco días antes era el Doctor de las *escuelas,* Sto. Tomás de Aquino, cuya fiesta era solemnizada por la juventud cristiana estudiantil; ¿por qué hoy, después de quince siglos, este nuevo Doctor, doctor de una porción ya desaparecida, los *Catecúmenos,* sino porque la Iglesia ha visto los nuevos servicios que Cirilo de Jerusalén está llamado a prestar con los ejemplos ya las enseñanzas contenidas en las *Catequesis?*[1] Cuántos cristianos cuyo único gran

[1] Las 24 instrucciones atribuidas a S. Cirilo se encuentran en el tomo XXXIII de la Patrología griega. Están divididas: 1.º, una catequesis preliminar que tiene por objeto preparar a los oyentes a seguir con fruto los ejercicios que preceden a

obstáculo en su retorno a Dios, es una ignorancia desesperante, más profunda todavía que aquella de la que el celo de San Cirilo procuraba sacar a paganos y judíos.

VIDA. — San Cirilo nació hacia el año 315. Entregado al estudio de la Sagrada Escritura, llegó a ser un valiente defensor de la fe ortodoxa. Ordenado sacerdote en 345, fué encargado de predicar la palabra de Dios y con esta ocasión compuso sus *Catequesis*, donde sentó sólidamente todos los dogmas contra los enemigos de la fe. Hecho Obispo de Jerusalén, tuvo mucho que sufrir de parte de los arrianos, que le expulsaron en 357. A la muerte del emperador Constancio pudo volver, pero sufrió un nuevo destierro bajo Valente hasta que, por fin, fué restablecido en su silla por Teodosio. Murió en Jerusalén, en 386, después de 35 años de episcopado. León XIII le declaró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA AL DOCTOR. — ¡Oh Cirilo, tú fuiste un verdadero hijo de la luz! La sabiduría de Dios

la recepción del bautismo. 2.°, diezciocho pronunciadas durante Cuaresma, que tratan de los artículos del Símbolo bautismal de Jerusalén. 3.°, un grupo de cinco catequesis designadas con el nombre de "catequesis mistagógicas", que explican las ceremonias observadas en la administración del bautismo, y los Sacramentos de la Confirmación y de la Eucaristía. Fueron pronunciadas ante los neófitos en el curso de semana que siguió a la fiesta de Pascua, para acabar con ellas la formación de los recién bautizados.

Estudios recientes demuestran que, en adelante, será imprudente colocar estos últimos entre las obras de San Cirilo, y que es necesario atribuirlas a su sucesor en el episcopado, Juan de Jerusalén. (*Museon*, t. LV, p. 43, art. de W. J. Swaans, M. O.).

había conquistado desde la infancia tu amor; te levantó como faro que brilla junto al puerto y salva, atrayéndole a la orilla, al desgraciado que se encuentra sumergido en la noche del error. En el lugar mismo donde se habían realizado los misterios de la Redención del mundo, y en aquel siglo IV, tan fecundo en doctores, la Iglesia te confió la misión de preparar al bautismo las almas que la victoria reciente de cristianismo conducía a ella desde todas las condiciones sociales. Alimentada con la Escritura y las enseñanzas de la Madre común, la palabra brotaba de tus labios abundante y pura. La historia nos enseña que, impedido por otros cargos de tu sagrado ministerio de poder consagrar tus atenciones exclusivamente a los catecúmenos, debiste improvisar tus *catequesis*, donde la ciencia de la salvación se desprende con seguridad y llaneza hasta entonces desconocidas y nunca después superadas.

Para ti, Santo Pontífice, la ciencia de la salvación consistía en el conocimiento de Dios y de su Hijo Jesucristo, contenido en el símbolo de la Iglesia; la preparación al bautismo, a la vida de amor, significaba para ti la adquisición de esta ciencia, la única necesaria, a la vez profunda y directora de todo el hombre, no por la impresión de un vano sentimentalismo, sino bajo el imperio de la palabra de Dios, recibida como tiene derecho a serlo, meditada día y noche y que pene-

tra hasta el fondo del alma para establecer en ella la plenitud de la verdad, la rectitud moral y el desprecio del error.

SÚPLICA AL PASTOR. — Confiado en tus oyentes, no temías descubrirles los argumentos y las abominaciones de las sectas enemigas. Hay tiempos y circunstancias cuya apreciación pertenece a los jefes del rebaño, en que deben menospreciar la repugnancia que inspiran tales exposiciones para denunciar el peligro y poner en guardia a sus ovejas contra los escándalos del espíritu o de las costumbres. Con razón, oh Cirilo, tus airadas invectivas perseguían al maniqueísmo hasta el fondo mismo de sus antros impuros. En él adivinabas al agente principal de ese *misterio de iniquidad* [1], que prosigue su marcha tenebrosa a través de los siglos hasta que consiga hacer sucumbir al mundo con su ponzoña y su orgullo.

Manes reina en nuestros días en plena libertad; las sociedades secretas creadas por él, han llegado a ser soberanas. Las sombras de las logias continúan, es cierto, ocultando a los profanos sus símbolos sacrílegos tomados de los persas; mas la habilidad del *príncipe de este mundo* ha concentrado ya, en las manos de este fiel aliado suyo, todas las fuerzas sociales. Hoy el poder le pertenece y el primer y único uso que hace

[1] *II Tesal.*, II, 7.

de él, es para perseguir a la Iglesia por odio a Cristo. La niega el derecho de enseñanza, recibido de su Cabeza; a los mismos hijos engendrados por ella, que la pertenecen por el derecho del bautismo, se pretende arrancárselos a viva fuerza e impedir que presida su educación.

Oh Cirilo, a quien ella acude en demanda de socorro en estos tiempos desafortunados, no defraudes su confianza. Conoces las exigencias del Sacramento que engendra a los cristianos. Protege el bautismo en tantas almas inocentes, en quienes se quiere hacerlo desaparecer. Sostén despierta, si fuere necesario, la fe de los padres cristianos; que comprendan que su deber es proteger a sus hijos con su propia sangre, antes que entregar a las bestias el alma de estos hijos, que es más preciosa todavía.

Muchos, y éste es uno de los grandes consuelos de la Iglesia al mismo tiempo que la esperanza de una sociedad atacada por todas partes, han comprendido el deber que se imponía en estas circunstancias. Siguiendo la ley de su conciencia y amparándose en su derecho de padres de familia, prefirieron sufrir la violencia de la fuerza bruta de nuestros gobiernos, antes que hacer una sola concesión a los caprichos de una legislación del Estado pagano, tan absurda como odiosa. Bendícelos y aumenta su número. Bendice igualmente, sostén e ilumina a los fieles que se entregan a la tarea de instruir y

salvar a esos niños, a quienes venden los poderes públicos. ¿Hay misión más urgente en nuestros días que la del catequista? ¿Hay alguna que pueda y deba llegar más al corazón?

19 DE MARZO

SAN JOSE, ESPOSO DE LA SANTISIMA VIRGEN Y PATRONO DE LA IGLESIA UNIVERSAL

PROTECTOR DE LA VIRGINIDAD DE MARÍA. — Una alegría nos llega dentro de Cuaresma: José, el Esposo de María, el Padre adoptivo del Hijo de Dios, viene a consolarnos con su querida presencia.

El Hijo de Dios, al descender a la tierra para tomar la humanidad, necesitaba una Madre; esta Madre no podía ser otra que la más pura de las vírgenes; la maternidad divina no debía alterar en nada su incomparable virginidad. Hasta tanto que el Hijo de María fuera reconocido por Hijo de Dios, el honor de su Madre requería un protector: un hombre, pues, debía ser llamado a la gloria de ser el Esposo de María. Este fué José el más casto de todos los hombres.

PADRE ADOPTIVO DE JESÚS. — Y no sólo consiste su gloria en haber sido escogido para proteger a la Madre del Verbo encarnado, sino también fué llamado a ejercer una paternidad adoptiva so-

bre el Hijo de Dios. Los Judíos llamaban a Jesús hijo de José. En el templo, en presencia de los doctores a quienes el divino Niño acababa de llenar de admiración por la sabiduría de sus preguntas y respuestas, dirigía así María la palabra a su Hijo: "Tu Padre y yo doloridos te buscábamos"; y el Santo Evangelio añade que Jesús estaba sujeto tanto a José como a María.

GRANDEZA DE SAN JOSÉ. — ¿Quién podrá concebir y expresar dignamente los sentimientos que llenaron el corazón de este hombre, que el Evangelio nos pinta con una sola palabra, llamándole hombre justo? Un afecto conyugal, que tenía por objeto la más santa y la más perfecta de las criaturas de Dios; el anuncio celestial, hecho por el ángel, que le reveló que su esposa lleva en su seno el fruto de salvación, y le asocia, como testigo único en la tierra, a la obra divina de la encarnación; las alegrías de Belén, cuando asistió al nacimiento del Niño, cuando custodió a la Virgen Madre y escucho los cantos angélicos, cuando vió llegar ante el recién nacido a los pastores, y poco después a los Magos; las inquietudes que vienen en seguida a interrumpir tanta dicha, cuando, en medio de la noche, tiene que huir a Egipto con el Niño y la Madre; los rigores de este destierro, la pobreza, desnudez a que fueron expuestos el Dios escondido, cuyo protector era, y la Esposa virginal, cuya dignidad comprendía cada vez mejor; la vuelta a Na-

zaret, la vida humilde y laboriosa que llevó en aquella aldea, donde tantas veces sus tiernos ojos contemplaron al Creador del mundo, llevando con él un trabajo humilde; y, en fin, las delicias de esta existencia sin igual en la casa que embellecía la presencia de la Reina de los ángeles, y santificaba la majestad del Hijo eterno de Dios; ambos a una dieron a José el honor de presidir aquella familia, que agrupaba con lazos más queridos al Verbo encarnado, Sabiduría del Padre y a la Virgen, incomparable obra maestra del poder y santidad de Dios.

El Primer José. — No, nunca hombre alguno, en este mundo podrá penetrar todas las grandezas de José. Para comprenderlas, se necesita abrazar toda la extensión del misterio con el que su misión en la tierra está unido, como un instrumento necesario. No nos extraña, pues, que este Padre nutricio del Hijo de Dios, haya sido figurado en la Antigua Alianza, bajo las facciones de un Patriarca del pueblo escogido. San Bernardo ha expresado magníficamente esta idea: "El primer José, dice, vendido por sus hermanos, y, en esto, figuraba Cristo, fué llevado a Egipto; el segundo, huyendo de la envidia de Herodes, llevó a Cristo a Egipto. El primer José, guardando la fidelidad a su señor, respetó a su ama; el segundo, no menos casto, fué guardián de su Señora, de la Madre de su Señor, y el testigo de su virginidad. Al primero le fué dado el com-

prender los secretos revelados por los sueños; el segundo recibió la confidencia del mismo cielo. El primero conservó las cosechas de trigo, no para él, sino para el pueblo; al segundo se le confirió el cuidado del Pan vivo que descendió del cielo, para él y para el mundo entero."

Muerte de San José. — Una vida tan llena de maravillas, no podía acabar de otro modo que por una muerte digna de ella. El momento llega cuando Jesús debía salir de la oscuridad de Nazaret y manifestarse al mundo. En adelante sus obras darían testimonio de su origen celestial; el ministerio de José estaba, pues, cumplido. Le había llegado la hora de partir de este mundo, par ir a esperar, en el descanso del seno de Abrahán, el día en que la puerta de los cielos se abriese a los justos. Junto a su lecho de muerte velaba el dueño de la vida; su postrer suspiro fué recibido por la más pura de las vírgenes, su Esposa. En medio de los suyos y asistido por ellos, José se durmió en un sueño de paz. Ahora el Esposo de María, el Padre putativo de Jesús, reina en el cielo con una gloria, inferior, sin duda, a la de María, pero adornada de prerrogativas a las cuales nadie puede ser admitido.

Protector de la Iglesia. — Desde allí derrama una protección poderosa sobre los que le invocan. Escuchad la palabra inspirada de la Iglesia en la Liturgia: "Oh, José, honor de los ha-

bitantes del cielo, esperanza de nuestra vida terrena y sostén de este mundo"[1]. ¡Qué poder en un hombre! Mas buscad también un hombre que haya tenido tratos tan íntimos con el Hijo de Dios, como José. Jesús se dignó someterse a él en la tierra; en el cielo tiene la dicha de glorificar a aquel del que quiso depender, a quien confió su infancia junto con el honor de su Madre.

Así, pues, no tiene límites el poder de San José; y la santa Iglesia nos invita hoy a recorrer con absoluta confianza a este Protector omnipotente. En medio de las terribles agitaciones de las que el mundo es víctima, invóquenle los fieles con fe y serán socorridos. En todas las necesidades del alma y del cuerpo, en todas las pruebas y en todas las crisis, tanto en el orden temporal como en el espiritual, que el cristiano puede encontrar en el camino, tiene una ayuda en San José, y su confianza no será defraudada. El rey de Egipto decía a sus pueblos hambrientos: "Id a José"; el Rey del cielo nos hace la misma invitación; y el fiel custodio de María tiene ante El mayores créditos que el hijo de Jacob, intendente de los graneros de Menfis, tuvo ante el Faraón. La revelación de este nuevo refugio, preparado para estos últimos tiempos, fué comunicado hace tiempo según el modo ordinario de proceder de Dios, a las almas privilegiadas a las cuales era confiada como germen pre-

[1] Himno *Cœlitum, Ioseph, decus.*

cioso; como sucedió con la fiesta del Santísimo Sacramento, con la del Sagrado Corazón y con otras varias. En el siglo XVI, Santa Teresa de Jesús, cuyos escritos estaban llamados a extenderse por el mundo entero, recibió en un grado extraordinario las comunicaciones divinas a este respecto y dejó impresos sus sentimientos y sus deseos en su Autobiografía.

SANTA TERESA Y SAN JOSÉ. — He aquí cómo se expresa Santa Teresa: "Tomé por abogado y señor al glorioso San José, y encomendéme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma; que a otros santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad; a este glorioso Santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras muchas personas, a quien yo decía se encomendasen a él, también por experiencia;

y aún hay muchas personas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad"[1].

Fiestas de San José. — Pío IX para responder a los numerosos deseos y a la devoción del pueblo cristiano, el 10 de septiembre de 1847, extendió a toda la Iglesia la fiesta del Patrocinio de San José, que estaba concedida a la Orden del Carmen y a algunas iglesias particulares. Más tarde Pío X la elevó a la categoría de las mayores solemnidades dotándola de una octava. Su Santidad, el Papa Pío XII, deseando dar un patrono especial a todos los obreros del mundo, ha instituído una nueva fiesta, que se celebrará el primero de mayo[2]; y por esto ha suprimido la que estaba fijada para el miércoles de la segunda semana después de Pascua, y ha decretado que la fiesta del 19 de marzo honre a la vez a San José como esposo de la Santísima Virgen y como Patrono de la Iglesia universal.

MISA

José, llamado *justo* por el Espíritu Santo, es, en efecto, por sus virtudes ocultas, el modelo de los que merecen en este mundo tan bello título. Así, pues, la fiesta de este día no impide a la Iglesia tomar una gran parte de la misa del Común de Santos Confesores.

---

[1] *Autobiografía*, c. VI, n. 6. Ed. del P. Silverio de Santa Teresa, p. 60.

[2] Véase el *Suplemento* al t. III.

INTROITO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro del Líbano: plantado en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios. *Salmo:* Es bueno alabar al Señor: y salmear a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Gloria al Padre.

El poder del Santísimo Esposo de la Madre de Dios, es uno de los más firmes apoyos de la Iglesia; uniéndonos a ella, pertrechémonos del valor de su intercesión para con el Hijo y la Madre.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, seamos ayudados por los méritos del Esposo de tu santísima Madre: para que, lo que no alcanza nuestra posibilidad, nos sea dado por su intervención. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Eccli., 45, 1-5).

Fué amado de Dios y de los hombres, y su memoria es bendecida. Le hizo semejante a los Santos en la gloria, y le engrandeció con el temor de los enemigos, y con sus palabras aplacó a los monstruos. Le glorificó ante los reyes, y le mandó delante de su pueblo, y le mostró su gloria. Con su fe y su mansedumbre, le hizo santo, y le eligió de entre toda carne. Le oyó a El, y su voz, y le hizo entrar en la nube. Y le dió claramente sus preceptos, y la ley de la vida y de la ciencia.

DIGNIDAD DE MOISÉS. — Estas líneas están dedicadas, en el libro del Eclesiástico, al elogio de Moisés. Fué escogido para confidente de Dios; en presencia de los reyes trasmitía al pueblo las

órdenes del cielo; su gloria igualó a la de los más ilustres patriarcas y santos personajes de la era de la esperanza. "Si uno de vosotros profetiza, decía el Señor, yo me revelaría a él en visión y le hablaría a él en sueños. No así a mi siervo Moisés, que es en toda mi casa el hombre de confianza. Cara a cara hablo con él y a las claras, no por figuras; y él contempla el semblante de Yavé."

DIGNIDAD DE SAN JOSÉ. — No menos amado de Dios y no menos bendito de su pueblo, José, no es solamente el amigo de Dios; el intermediario del cielo y una nación privilegiada. El Padre soberano le comunica los derechos de su paternidad sobre su Hijo; a este Hijo, cabeza de los elegidos, y no sólo al pueblo de las figuras, es a quien trasmite las órdenes de lo alto. La autoridad que ejerce de este modo, sólo es comparada con su amor; y no es como de pasada o a hurtadillas como mira al Señor; el Hijo de Dios le llama su Padre y se porta con él como un verdadero hijo; reconoce por su obediencia y afecto, los tesoros de abnegación que encuentra en este corazón fiel y manso. ¡Qué gloria en el cielo, qué poder sobre todas las cosas, correspondiendo a su poder y santidad en este mundo, no son ahora el patrimonio de aquel que, mejor que Moisés, penetró los secretos de la nube misteriosa y conoció *todos los bienes!*[1].

[1] *Ex.*, XXXIII, 19.

El Gradual y el Tracto, siguen, como eco de la Epístola, para cantar los privilegios del hombre que, como nadie, ha justificado este verso del salmo: La gloria y las riquezas están en su casa y su justicia permanece por los siglos de los siglos.

GRADUAL

Señor, le previniste con bendiciones de dulzura: pusiste en su cabeza una corona de piedras preciosas. ℣. Te pidió vida, y tú le diste largura de días por siglos de siglos.

TRACTO

Bienaventurado el varón que teme al Señor: en sus mandamientos se deleitará sobremanera. ℣. Poderosa será en la tierra su semilla: la generación de los rectos será bendecida. ℣. Gloria y riquezas habrá en su casa: y su justicia permanecerá por siglos de siglos.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según San Mateo (Mt., 1, 18-21).

Estando desposada con José, María, la Madre de Jesús, antes de que se juntasen, se halló haber concebido del Espíritu Santo. Mas José, su marido, como fuese justo y no quisiera difamarla, pensó abandonarla secretamente. Y, pensando él en esto, he aquí que se le apareció en sueños el Angel del Señor, diciéndole: José, hijo de David, no temas recibir a María, tu mujer, porque, lo que ha nacido en ella, del Espíritu Santo es. Y dará a luz un Hijo, y le llamarás Jesús, pues El ha de salvar a su pueblo de sus pecados.

La prueba de San José. — Dios sometió al Esposo de María a una prueba durísima. José, tal

es la experiencia de las almas más santas había de ser para sus devotos una guía incomparable en la vía espiritual; y esta es la razón por la que él debía conocer también la aflicción, crisol necesario, donde toda santidad se purifica. Mas la Sabiduría no abandona nunca a aquellos que buscan sus veredas. Como lo canta la Iglesia en este mismo día, ella conducía al justo por las vías rectas, sin la cual, él no tiene conocimiento, y le mostraba su divina luz en esta noche donde sus pensamientos buscaban penosamente descubrir el camino de la justicia; le fué dado el conocimiento de los secretos celestiales; en recompensa del sufrimiento del corazón, veía el lugar que le reservaba el inscrustable plan de la Divina Providencia, en este reino de Dios, cuyos resplandores estaban llamados a iluminar por siempre, desde su pobre morada, al mundo entero. Verdaderamente, pues, podía reconocer que la Sabiduría, en efecto, había ennoblecido su trabajo y fecundado sus penas. Siempre del mismo a modo da a los justos el premio de sus trabajos y les conduce por vías admirables.

Cantamos en el Ofertorio esta efusión de grandezas divinas, que elevan al humilde artesano de Nazaret por encima de todos los reyes, sus antepasados.

OFERTORIO

Mi verdad y mi misericordia están con él: y en mi nombre será exaltada su fortaleza.

En la Secreta sepamos con la Iglesia confiar, al bienaventurado custodio del Niño-Dios la protección de los dones de Dios en nuestras almas; él alimentará a Jesús en nosotros y le hará crecer a la estatura de hombre perfecto, como lo hizo hace xx siglos.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, la deuda de nuestra servidumbre, rogándote humildemente protejas en nosotros tus dones, por los sufragios de San José, Esposo de la Madre de tu Hijo, nuestro Señor Jesucristo, en cuya veneranda festividad te inmolamos estas hostias de alabanza. Por el mismo Señor.

La Iglesia reemplaza hoy el Prefacio ordinario de Cuaresma, por una fórmula especial de acción de gracias, donde mezcla a los acentos de su gozo y de su reconocimiento, el recuerdo del santísimo Esposo de la Virgen, Madre de Dios. Este prefacio, que se dice en todas las misas de San José, fué introducido en el Misal romano por el Papa Benedicto XV.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Y el que te alabemos, bendigamos y ensalcemos con las debidas alabanzas en la fiesta de San José. El cual, por ser un varón justo, fué dado por ti como Esposo a la Virgen Madre de Dios: y como un servidor fiel y prudente, fué constituído sobre tu Familia: para que

guardara con paternal cuidado a tu Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien alaban a tu Majestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades; los cielos, y las Virtudes de los Cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales te pedimos admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión: Santo...

La Comunión recuerda el mensaje del ángel, cuando anuncia a José que Dios mismo ha tomado posesión de María, su Esposa. Es el Banquete sagrado ¿no asemeja la feliz suerte de la Iglesia a la de la Virgen Madre?

COMUNION

José, hijo de David, no temas recibir a María, tu esposa porque lo que ha nacido en ella, del Espíritu Santo es.

La Poscomunión vuelve a expresar la idea que insinuó la Secreta: que Dios se digne poner de nuevo sus dones, y el mismo Jesús que acabamos de recibir, bajo la custodia, tan segura, de José.

POSCOMUNION

Asístenos, oh Dios misericordioso, te lo suplicamos: y, por intercesión del santo Confesor José, conserva propicio en nosotros tus dones. Por el Señor.

PLEGARIA DE ALABANZA A SAN JOSÉ. — Padre y protector de los fieles, glorioso San José: bendecimos a nuestra santa madre la Iglesia que, en

el declinar del mundo, nos ha enseñado a esperar en ti. Largos siglos pasaron sin que tus grandezas fuesen manifiestas; pero tú has sido en el cielo uno de los más poderosos intercesores del género humano. Jefe de la sagrada familia, de la cual un Dios era miembro, sigues ejerciendo tu ministerio paternal para con nosotros. Tu acción oculta se hacía sentir en la salvación de los pueblos y de los particulares; mas la tierra experimentaba tu ayuda, sin haber aún instituído, para reconocerla, los homenajes que hoy te ofrece. Un conocimiento mejor entendido de tus grandezas y de tu poder, la proclamación de tu patrocinio, sobre todas nuestras necesidades, estaba reservado a estos desventurados tiempos, cuando el estado del mundo, en situación desesperada, invoca los socorros que no fueron revelados a los tiempos precedentes. Nosotros venimos, pues, a tus plantas, ¡oh José! para rendir homenaje en ti a un poder de intercesión que no conoce límites, a una bondad que abraza todos los hermanos de Jesús en una misma adopción.

Ninguna de nuestras necesidades es ajena a tu conocimiento y a tu poder; los menores hijos de la Iglesia tienen derecho a recurrir a ti de día y de noche, seguros de encontrar en ti la acogida de un padre tierno y complaciente. Nosotros no lo olvidamos, ¡oh José!, te pedimos que nos ayudes en la adquisición de las virtu-

des, de las que Dios quiere que esté adornada nuestra alma, en los combates que tenemos que tener con nuestro enemigo, en los sacrificios que estamos obligados a hacer con frecuencia. Haznos dignos de ser llamados hijos tuyos, ¡oh tú, Padre de los fieles! Mas tu soberano poder no se ejerce solamente en los intereses de la vida futura; la experiencia de todos los días, muestra cuán poderoso es tu socorro para obtener la protección celestial en las cosas temporales, mientras nuestros deseos no son contrarios a los designios de Dios. Osamos, pues, depositar en tus manos nuestros intereses de este mundo, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros temores. Te fué confiado el cuidado de la casa de Nazaret; sé el consejero y ayuda de todos los que abandonan en tus manos sus quehaceres temporales.

Augusto jefe de la sagrada familia: la familia cristiana está bajo tu cuidado especial; vela sobre ella en estos tiempos calamitosos. Responde favorablemente a aquellos y aquellas que se dirigen a ti en esos momentos solemnes, cuando tienen que escoger la ayuda con la que tienen que pasar esta vida y preparar el camino para otra mejor. Mantén entre los esposos la dignidad y el respeto mutuo que son la salvaguardia del honor conyugal; obténles la fecundidad, muestra de celestiales bendiciones. Tus devotos oh José, aborrezcan esos infames cálculos que socaban lo que hay de más santo, atraen la mal-

dición divina sobre las razas y amenazan a la sociedad con una ruina moral y material a la vez. Disipa los prejuicios tan vergonzosos como culpables; haz que vuelva al honor esta santa conciencia, cuya estima deben conservar siempre los esposos cristianos, y a la cual están obligados a rendir homenaje, so pena de ser como paganos, de los que dijo el Apóstol, "que seguían sus apetitos porque no conocían a Dios".

Finalmente una postrera plegaria, ¡oh glorioso San José! Existe en nuestra vida un momento supremo, momento decisivo para toda la eternidad: el momento de la muerte. Sin embargo de eso, al examinarnos, nos sentimos con menos inquietudes, sabiendo que la divina bondad lo ha hecho uno de los principales objetos de tu soberano poder. Has sido investido de misericordioso cuidado para facilitar al cristiano que espera de ti, la ayuda para la eternidad. A ti, oh José, nos debemos dirigir para alcanzar una buena muerte. Esta prerrogativa debía reservársete a ti, cuya muerte feliz, entre los brazos de Jesús y de María, fué la admiración del cielo y uno de los más sublimes espectáculos que ha ofrecido la tierra. Sé, pues, nuestro recurso, oh José, en este solemne y último instante de la vida terrena. Confiamos en María, a la que rogamos cada día, que nos sea propicia en la hora de nuestra partida; mas sabemos que María se alegra de la confianza que nosotros tenemos en ti, y que, donde estás tú, ella también se digna

estar igualmente. Fortalecidos por la esperanza de tu paternal bondad, oh José, esperamos tranquilos la hora decisiva, porque sabemos que, si somos fieles en pedírtela, tu ayuda nos está asegurada.

21 DE MARZO

SAN BENITO, ABAD

Apenas habían transcurrido cuarenta días desde que Santa Escolástica se elevó a los cielos, cuando San Benito, su hermano, se elevó a su vez, por un camino luminoso, hacia la morada que debía reunirlos a los dos para siempre. La partida de uno y de otro para la mansión celestial, acaeció en este período que coincide casi todos los años con el tiempo de Cuaresma. Pero ocurre también que, a veces, la fiesta de la virgen Escolástica ha sido ya celebrada cuando la santa Cuaresma abre su curso, mientras que la solemnidad de San Benito tiene lugar constantemente en los días consagrados a la penitencia cuaresmal. El Señor, que también lo es del tiempo, ha querido que los fieles, durante sus ejercicios de penitencia, tengan cada año ante los ojos un modelo y un protector.

El Santo. — ¡Con qué veneración debemos acercarnos hoy a este hombre, de quien San Gregorio Magno escribió que "estuvo lleno del es-

píritu de todos los justos!" Si consideramos sus virtudes, veremos que igualan a todo lo que los anales de la Iglesia nos dicen de los demás santos. La caridad de Dios y del prójimo, la humildad, el don de oración, el imperio sobre todas las pasiones, hacen de él una obra maestra de la gracia del Espíritu Santo. Obras milagrosas llenan toda su vida: curación de enfermedades humanas, poder sobre las fuerzas de la naturaleza, imperio sobre los demonios y hasta poder de resucitar a los muertos. El espíritu de profecía le descubre el porvenir y hasta los pensamientos más íntimos no escapan a los ojos de su espíritu. Estos rasgos sobrenaturales se encuentran realzados por dulce majestad, por grave severidad y misericordia caridad, que brillan en cada una de las páginas de su biografía, escrita por uno de sus discípulos, el Papa San Gregorio Magno, quien se encargó de transmitir a la posteridad todo lo que Dios se había dignado realizar en su siervo Benito.

Padre de Europa. — La posteridad, en efecto, tenía derecho a conocer la historia y las virtudes de un hombre cuya acción sobre la Iglesia y la sociedad han sido tan saludables a través de los siglos. Para conocer la influencia de Benito, sería necesario recorrer los anales de todos los pueblos de Occidente, desde el siglo VII hasta nuestros días. Benito es el padre de Europa; es quien, por medio de sus hijos, numerosos como

las estrellas del cielo y las arenas del mar, levantó las ruinas de la sociedad romana, aplastada por los bárbaros; quien presidió al establecimiento del derecho público y privado de las naciones que surgieron después de la conquista; quien llevó el Evangelio y la civilización a Inglaterra y a Alemania, a los países del Norte y hasta los pueblos eslavos; quien enseñó la agricultura y destruyó la esclavitud; quien salvó, en fin, el tesoro de las letras y de las artes del naufragio que iba a devorarlos para siempre y dejar a la raza humana sumida en las tinieblas.

Su Regla. — Todas estas maravillas las obró San Benito por su Regla. Este código admirable de perfección cristiana y de discreción, disciplinó las legiones de monjes por medio de las cuales el Santo Patriarca, realizó los prodigios que hemos enumerado. Hasta la promulgación de este libro, el elemento monástico, en Occidente, sólo ayudaba a la santificación de algunas almas; pero nada hacía suponer que este librito sería el instrumento principal de la regeneración cristiana y de la civilización de tantos pueblos. Promulgada esta Regla, todas las demás desaparecieron sucesivamente ante ella, como las estrellas se apagan en el cielo cuando el sol comienza a elevarse. Occidente se cubre de Monasterios, desde donde se extienden por Europa entera todos los socorros que hicieron de ella la porción privilegiada del globo.

SU POSTERIDAD. — Un número inmenso de Santos y Santas que reconocen a Benito por Padre depura y santifica la sociedad todavía medio salvaje. Una larga serie de Sumos Pontífices, formados en el claustro benedictino, preside los destinos de este mundo nuevo y crea para él esas instituciones fundadas únicamente en la ley moral y destinadas a neutralizar la fuerza bruta que sin ella hubiera prevalecido. Innumerables Obispos salidos de la escuela de Benito, aplican a las provincias y a las ciudades estas saludables prescripciones. Los apóstoles de veinte naciones bárbaras hacen frente a esas razas feroces e incultas, llevando en una mano el Evangelio y en la otra la Regla de su padre. Durante largos siglos los sabios, los doctores, los educadores de la infancia pertenecen casi exclusivamente a la familia del gran Patriarca, que por ellos derrama luz clarísima a todas las generaciones. ¡Qué cortejo al rededor de un sólo hombre, formado por este ejército de héroes de todas las virtudes, de Pontífices, de Apóstoles, de Doctores, que se proclaman sus discípulos y que hoy se unen a la Iglesia entera, para glorificar al soberano Señor cuya santidad y poderío se han manifestado con semejante brillo en la vida y en las obras de Benito!

VIDA. — San Benito nació en Nursia hacia el año 480. Joven aún, abandonó el mundo y los estudios y vivió durante algunos años como eremita en Subiaco. La

fama de su santidad llevó junto a él numerosos discípulos para los cuales edificó muchos Monasterios. En el de Montecasino, donde vivió sus últimos años, escribió una Regla, muy pronto universalmente adoptada por los monjes de Occidente. Célebre por sus milagros, por el don de profecía y por una admirable sabiduría se durmió en el Señor en 547. Su vida fué escrita por San Gregorio Magno. Desde 703 su cuerpo reposa en la iglesia de Fleury-sur-Loire, en Orleáns.

ELOGIO. — Te saludamos con amor, ¡oh Benito! ¿Qué mortal ha sido escogido para obrar sobre la tierra tantas maravillas como tú? Cristo te ha coronado *como uno de sus principales colaboradores en la obra de la salvación y de la santificación de los hombres.* ¿Quién podrá contar los millares de almas que te deben la felicidad, bien sea que tu Regla los haya santificado en el claustro o que el celo de tus hijos haya sido para ellas el medio de conocer y servir al Señor que te eligió? A tu alrededor en la morada de la gloria un número inmenso de bienaventurados se reconoce deudor a ti, después de Dios, de la felicidad eterna; sobre la tierra, naciones enteras profesan la verdadera fe por haber sido evangelizadas por tus discípulos.

PLEGARIA POR EUROPA. — *¡Oh Padre de tantos pueblos!*, pon los ojos en tu herencia y bendice una vez más a esta Europa ingrata, que te lo debe todo y casi ha olvidado tu nombre. La luz que tus hijos la llevaron, se ha eclipsado; el calor con

que vivificaron las sociedades fundadas y civilizadas por la Cruz, se ha enfriado; las espinas han cubierto gran parte del suelo en el que sembraron la semilla de la salvación. Ven en socorro de tu obra y por tus preces sostén la vida que amenaza extinguirse. Consolida lo que está vacilante y una nueva Europa católica surja pronto en lugar de la que la herejía y todos los falsos sectarismos nos han creado.

Plegaria por su orden. — *¡Oh Patriarca de los Servidores de Dios!* mira desde lo alto del cielo la viña que tus manos plantaron y cómo ha venido a menos. En otro tiempo tu nombre era hoy bendecido, como el de un padre, en más de treinta mil monasterios, desde las orillas del Báltico hasta las riberas de Siria, desde la verde Erín hasta las estepas de Polonia; ahora tan sólo se deja oír el raro y débil concierto que sube hasta ti desde el seno de esta inmensa heredad que la fe y el reconocimiento te habían consagrado. El viento ardiente de la herejía ha consumido parte de tus casas, la codicia se ha apoderado del resto y la expoliación no ha cesado durante siglos, apoyada muchas veces en la política y recurriendo otras a la violencia abierta. Has sido desposeído, oh Benito, de numerosos santuarios, que fueron durante tanto tiempo para los pueblos el principal foco de vida y de luz, y la raza de tus hijos casi se ha extinguido. Vela, oh Padre,

sobre sus últimos brotes. Según una antigua tradición, el Señor te reveló un día que tu Orden debía perseverar hasta los últimos tiempos, que tus hijos combatirían por la Iglesia y que confirmarían a muchos en las pruebas supremas. Dígnate, con tu brazo poderoso, proteger los últimos restos de esta familia que todavía te invoca como padre. Elévala, multiplícala, santifícala; haz florecer en ella el espíritu depositado en tu santa Regla y muestra con tus obras que eres también ahora el bendecido del Señor [1].

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Sostén, oh Benito, la santa Iglesia con tu poderosa intercesión. Asiste a la Sede Apostólica, con tanta frecuencia ocupada por tus hijos. *Padre de tantos pastores* de pueblos, alcánzanos Obispos semejantes a los que ha formado tu Regla. *Padre de tantos Apóstoles,* demanda para los países infieles heraldos evangélicos que triunfen por la sangre y la palabra como todos los que salieron de tus claustros. *Padre de tantos doctores,* ruega a fin de que la ciencia de las sagradas letras renazca como una ayuda para la Iglesia y como confusión del

[1] Dom Guéranger escribía esto en los difíciles comienzos de la restauración de la Orden en Francia, restauración llevada a cabo por él mismo cuando en su país y en toda Europa las órdenes religiosas habían sido barridas por el vendaval de las revoluciones y el sectarismo de los gobiernos liberales o ateos. Hoy día, afortunadamente, los monjes han visto renovarse los días gloriosos del pasado y con la confianza puesta en Dios miran seguros el porvenir. *N. de los T.*

error. *Padre de tantos ascetas,* activa el celo de la perfección cristiana que languidece en tantos cristianos modernos. *Patriarca de la religión de Occidente,* vivifica a todas las Ordenes religiosas que el Espíritu Santo ha dado a la Iglesia; todas te miran con respeto como a padre venerable; derrama sobre toda ella la influencia de tu caridad paternal.

PLEGARIA POR TODOS LOS FIELES. — En fin, oh Benito, amigo de Dios, ruega por los fieles de Cristo, en estos días consagrados a los sentimientos y obras de penitencia. Reanima su valor con tus ejemplos y enseñanzas para que aprendan a dominar la carne y someterla al espíritu; busquen como tú el retiro para meditar los años eternos; alejen su corazón y sus pensamientos de las alegrías fugitivas de este mundo.

La piedad católica te invoca como uno de los patronos y modelos del cristiano que está para morir; se recuerda del espectáculo que ofreció tu tránsito, cuando de pie ante el altar, sostenido por los brazos de tus discípulos, a penas tocando la tierra con tus pies, entregaste tu alma a su criador en la sumisión y confianza; obténnos, oh Benito, una muerte tranquila como la tuya. Aparta de nosotros en ese momento supremo, todas las embestidas del enemigo; visítanos con tu presencia y no nos abandones hasta que ha-

yamos depositado nuestra alma en el seno del Dios que te ha coronado.

23 DE MARZO

SAN JOSE ORIOL, CONFESOR

Vivió entre 1650 y 1702. Era hijo de humilde familia de Barcelona. Ordenado de sacerdote en 1675 entró de preceptor en una casa poderosa. Se había doctorado con el único fin de agradar a Dios y ser útil al prójimo. Muerta su piadosa madre, fué en peregrinación a Roma. Inocencio XI, conocedor de su sabiduría y virtud heroica, le confirió el beneficio de San Clemente y San Lorenzo, fundado en una iglesia del Pino de Barcelona. Recibido en aquella comunidad de eclesiásticos a su regreso de Roma, fué modelo de piedad y regularidad y era el encanto de sacerdotes y pueblo que le observaba. Era austerísimo consigo mismo y extraordinariamente mortificado. Encendióse en deseos de seguir los pasos de los invictos defensores de la fe y predicadores del evangelio a los infieles. El 2 de abril salió de su patria para implorar la bendición del Sumo Pontífice y ponerse a sus órdenes y predicar el evangelio en Jerusalén, el Japón y en cualquier otra parte. Durante el viaje se dedicaba a aprender el hebreo, que llegó a dominar perfectamente;

viajaba a pie, sin provisión alguna, con su breviaro en la mano.

En Marsella cayó gravemente enfermo y estaba a punto de morir cuando la Virgen Santísima, salud de los enfermos, le curó milagrosamente. Por revelación supo era voluntad de Dios volviese a Barcelona a curar enfermos e instruir a ignorantes. Embarcó, y, en la travesía, se desencadenó una gran tempestad. Ya desesperaban salvarse, cuando acudió a su camarote el capitán rogándole pidiese a Dios por todos. El estaba tranquilo rezando con un libro en la mano. Sube a cubierta y se coloca en lo más alto e impera a los vientos, como lo hizo en otra ocasión Jesucristo, y se siguió una apacible bonanza. Murió el 23 de marzo de 1702.

24 DE MARZO

SAN GABRIEL ARCANGEL

LAS FIESTAS DE LOS ANGELES. — Hasta aquí no hemos encontrado ninguna fiesta consagrada a honrar a los Santos Angeles; más en medio de los resplandores de la noche de Navidad unimos ya nuestras voces a los conciertos de los espíritus celestiales sobre la cuna del Emmanuel. Este recuerdo viene a invadir con dulce alegría nuestro corazón, entristecido por la penitencia y por la aproximación de la muerte del

Redentor. Hoy damos como una especie de tregua a los severos pensamientos de la Cuaresma, para festejar al Arcángel San Gabriel. Mañana le veremos descender a la tierra como celeste embajador de la Santísima Trinidad cerca de la más pura de las Vírgenes; con toda razón los hijos de la Iglesia se recomiendan a él para aprender a celebrar dignamente aquel misterio cuyo mensajero fué.

La dignidad de San Gabriel. — Gabriel pertenece a las más altas jerarquías de los espíritus angélicos; está delante de la faz de Dios como él mismo se lo dijo a Zacarías [1]. A él le están reservadas las misiones que conciernen la salud de los hombres por la Encarnación del Verbo, ya que, en este misterio tan humilde en apariencia, es donde se muestra principalmente la fuerza de Dios; pues el nombre de Gabriel significa: "Fuerza de Dios."

Su papel en el Antiguo Testamento. — Ya en el Antiguo Testamento el Arcángel se manifestó como en un preludio de su misión. Le vimos manifestarse en primer lugar a Daniel, después de la visión que este profeta tuvo sobre los dos imperios de los persas y de los griegos; y tal fué el resplandor con que brillaba, que Daniel tuvo que

[1] *S. Lucas*, I, 19.

caer a sus pies como desmayado [1]. Poco después Gabriel vuelve a aparecerse al mismo profeta para anunciarle el tiempo preciso de la venida del Mesías: dentro de setenta semanas de años, le dice, la tierra verá al Cristo-Rey [2].

En el templo... — Una vez que ha llegado la plenitud de los tiempos, y que el cielo ha resuelto que nazca el último de los profetas, aquel que, después de haber advertido a los hombres la próxima manifestación del divino Enviado, debe anunciarle al pueblo como "El Cordero de Dios que quita los pecados del mundo", Gabriel baja del cielo al templo de Jerusalén y profetiza al sacerdote Zacarías el nacimiento de San Juan Bautista, preludio a su vez, del de Jesús.

En Nazaret... — Después de seis meses el Santo Arcángel volvía a aparecer sobre la tierra, en la villa de Nazaret. Trae del cielo la grande nueva: Su naturaleza celestial se inclina delante de una hija de los hombres; viene a proponer a María de parte de Dios, el honor de ser la madre del Verbo eterno. Recibe el consentimiento de la Virgen y, al abandonar la tierra, la deja en posesión de Aquel a quien ella esperaba como "El rocío del cielo"[3].

---

[1] *Dan.*, VIII, 19.
[2] *Ibid.*, IX, 21.
[3] *Isaías*, XLV, 8.

En Belén... — Ya ha llegado la hora en que la Madre del Emmanuel debe dar a los hombres el fruto bendito de sus entrañas. El nacimiento de Jesús se cumple en medio de un misterio de pobreza; sin embargo de eso, el cielo no permite que el Niño del pesebre carezca de adoradores. Un ángel se aparece a los pastores de las campiñas de Belén y les invita a ir a la cuna del recién nacido. Está acompañado de un inmenso número de espíritus celestiales que cantan: "Gloria a Dios y paz a los hombres." ¿Quién es este ángel que habla a los pastores, y cuya corte parece estar formada por los otros ángeles que le acompañan? Graves doctores católicos nos enseñan que este ángel es Gabriel que así continúa su ministerio de mensajero de la buena nueva.

En Getsemaní... — Finalmente, cuando Jesús en el huerto de Getsemaní, la hora precedente a su pasión, experimenta en su humanidad una angustia terrible, un ángel aparece junto a El, no sólo como testigo de su cruel agonía, sino también para fortificar su valor. ¿Quién es este ángel cuyo nombre no nos ha dejado el Evangelio? Hombres piadosos y sabios han afirmado que aquí también se refiere al ángel Gabriel.

Su nombre. — Tales son los títulos del Arcángel que reclaman los homenajes de los cristianos; tales son los rasgos por los cuales justifica

su hermoso nombre de "Fuerza de Dios." En efecto, Dios le ha asociado a todas las fases de la gran obra en la que El ha manifestado de modo especial su poder; pues Jesucristo hasta en la Cruz, como nos dice el Apóstol, es la *Fuerza de Dios*[1].

GABRIEL Y EL MESÍAS. — Gabriel interviene pues, a cada instante para preparar el camino del Señor. Anuncia en primer lugar la época precisa de su venida; en la plenitud de los tiempos viene a revelar el nacimiento de Juan Bautista; más tarde asiste como testigo celestial en el misterio del Verbo hecho carne; a su voz los pastores de Belén, primicias de la Iglesia, van a adorar al hijo de Dios; y cuando la humanidad de Cristo en su agonía necesita el auxilio de una mano mortal, Gabriel se encuentra en el jardín de los dolores como ya se había aparecido en Nazaret y Belén.

ALABANZA. — El género humano, ¡oh Gabriel te es deudor! Nosotros queremos hoy pagar su deuda de reconocimiento para contigo. De lo alto del cielo considerabas con compasión nuestras desdichas; pues toda carne había corrompido su camino y el olvido de Dios llegaba a ser cada vez más universal en toda la tierra. Entonces recibiste de lo alto la misión de traer a este

[1] *Cor*, I, 24.

mundo, que iba a parecer, la buena nueva. ¡Qué hermosos eran tus pasos, oh príncipe celestial, cuando descendías desde la mansión de la gloria hacia nosotros! ¡Qué tierno y fraternal es tu amor para con el hombre, cuya naturaleza tan inferior a la tuya, va a ser levantada al honor de estar unida con Dios! ¡Con qué respeto te acercaste a la Virgen que sobrepasa en santidad a todas las jerarquías celestiales!

¡Feliz mensajero de nuestra salud! tú a quien el Señor llama cuando quiere desplegar la fuerza de su brazo, dígnate ofrecer el homenaje de nuestra gratitud a Aquel que te envió. Ayúdanos a pagar nuestra deuda inmensa para con el padre "que amó tanto al mundo que hasta le entregó a su Hijo único"[1]; para con el Hijo "que se humilló tomando la forma de un esclavo"[2]; para con el Espíritu Divino "que ha reposado sobre la flor salida del tronco de Jesé"[3].

Eres el que nos has enseñado el saludo que debemos dirigir a "María llena de gracia". Del cielo has traído esta alabanza incomparable, la has pronunciado el primero; los hijos de la Iglesia, que de ti la han aprendido, la repiten por toda la redondez de la tierra durante el día y la noche; obtén de nuestra gran Reina que jamás la dejemos de nuestros labios.

---

1 *S. Juan,* III, 16.
2 *Philipp,* II, 7.
3 *Isaías,* XI, 1-2.

SÚPLICA. — ¡Amigo de los hombres! Continúa ayudándonos con tu ministerio. Estamos rodeados de enemigos terribles que aumentan su audacia al ver nuestra debilidad. Ven en nuestra ayuda y fortifica nuestro valor. Asiste a los cristianos en este tiempo de conversión y de penitencia: Haznos comprender lo que debemos a Dios por el misterio de la Encarnación cuyo primer testigo fuiste. Hemos olvidado nuestros deberes para con el Hombre-Dios y le hemos ofendido. Enséñanos pues a fin de que seamos fieles a sus mandatos y ejemplos. Eleva nuestros pensamientos hacia la morada que habitas. Ayúdanos a merecer en las filas de tu jerarquía las sillas que los ángeles malos dejaron vacías por su pecado y que están prometidas a los elegidos.

Ruega, oh Gabriel, por la Iglesia militante y defiéndela contra el infierno. Los tiempos son malos; los espíritus malignos están desencadenados, no podemos resistir delante de ellos si el socorro del Señor no viene en nuestra ayuda. por medio de sus ángeles concede El la victoria a su Esposa. Rechaza la herejía, contén el cisma, disipa la falsa sabiduría, confunde la política vana, quita la indiferencia: a fin de que el Cristo, que has anunciado, reine sobre la tierra que El rescató y para que podamos cantar contigo y con toda la milicia celestial "¡Gloria a Dios y paz a los Hombres!"

25 DE MARZO

LA ANUNCIACION DE LA VIRGEN MARIA

LA IMPORTANCIA DE ESTE DÍA. — Este día es grande en los anales de la humanidad, aún en los ojos de Dios: pues es el aniversario del acontecimiento más solemne que se haya cumplido en el tiempo. El Verbo divino, por el cual el Padre creó al mundo, se hizo carne en el seno de una virgen y habitó entre nosotros [1]. Adoremos la grandeza del Hijo de Dios que se humilló; demos gracias al Padre "que amó al mundo hasta darle su Hijo único [2] y al Espíritu Santo cuya virtud todopoderosa obró tan profundo misterio." En este tiempo tenemos aquí un preludio de las alegrías de Navidad; dentro de nueve meses el Emmanuel concebido en este día, nacerá en Belén y los conciertos de los ángeles nos convidarán a celebrar este nacimiento.

LA PROMESA DEL REDENTOR. — Durante la semana de Septuagésima contemplamos la caída de nuestros primeros padres y oímos la voz de Dios pronunciando la triple sentencia contra la serpiente, contra la mujer y en último lugar contra el hombre. Sin embargo de eso una esperanza se ha cobijado en nuestra alma; entre los anatemas

---

[1] *Juan*, I, 14.
[2] *Ibíd.*, III, 16.

ha brillado una promesa divina, como aurora de la salvación. El Señor irritado dijo a la serpiente infernal que un día su cabeza orgullosa será aplastada por el pie de una mujer.

Su cumplimiento. — Llegó por fin el momento en que el Señor va a cumplir su antigua promesa. Durante miles de años el mundo estuvo esperando y a pesar de sus crímenes y maldades, esta esperanza no se apagó nunca. En el curso de los siglos la misericordia divina multiplicó los milagros, las profecías y las figuras para recordar el contrato que se dignó hacer con el hombre. La sangre del Mesías pasó de Adán a Noé; de Sem a Abrahán, Isaac y Jacob; de David y Salomón a Joaquín; ahora corre por las venas de María, hija de Joaquín.

María es la mujer por la cual debe ser levantada la maldición que pesa sobre nuestra raza. Al crearla el Señor inmaculada, constituyó con esto una enemistad irreconciliable entre ella y la serpiente y, en este día, esta hija de Eva va a reparar la caída de su madre; a levantar a su sexo de la humillación en que se ha visto hundido, y cooperar directa y eficazmente a la victoria que el Hijo de Dios ha obtenido en persona sobre el enemigo de su gloria y de todo el género humano.

La Anunciación. — La tradición y luego la Iglesia, señaló el 25 de Marzo como el día en

que se va a cumplir el misterio [1]. María, sola, en el recogimiento de la oración, ve aparecer delante de ella al Arcángel bajado del cielo, que viene a recibir su consentimiento, en nombre de la Santísima Trinidad. Asistamos a la entrevista del Angel con María y retrasemos al mismo tiempo nuestro pensamiento a los primeros días del mundo. San Ireneo, obispo mártir del siglo II, fiel eco de la doctrina de los Apóstoles, nos enseñó a comparar esta tan sublime escena con la que tuvo lugar en el paraíso terrenal [2].

En el paraíso terrenal.—En el jardín de las delicias hay una virgen que se encuentra en presencia de un ángel y un coloquio se establece entre ellos. En Nazaret una virgen es igualmente interpelada por un ángel y se entabla entre ellos un diálogo; mas el ángel del paraíso terrenal es un ángel de las tinieblas y el de Nazaret un espíritu celestial. En los dos encuentros es el ángel el que toma la palabra. "¿Por qué, dice el espíritu maldito a la primera mujer, Dios os ha mandado no comáis de todos los árboles de este jardín?" En esta pregunta repentina se siente ya la provocación al mal, el desprecio, el odio contra la débil criatura en la cual Satanás va persiguiendo a Dios.

---

[1] *S. Agustín, La Trinidad,* l. IV, c. V.
[2] *"Contra las herejías"* l. V, c. XIX.

En Nazaret. — Ved al contrario al ángel de la luz. ¡Con qué dulzura, con qué paz se acerca a la nueva Eva! ¡Con qué respeto se inclina ante esta hija de los hombres! "Salve, oh llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres." ¡Quién no reconoce el acento celestial en estas palabras donde todo respira dignidad y paz! Mas continuemos el paralelismo.

Eva. — La mujer del Edén, imprudente, escucha la palabra del seductor y se apresura a responder. La curiosidad la mete en una conversación con aquel que la invita a escudriñar los decretos de Dios. Ella no tiene desconfianza delante de la serpiente que la está hablando; más tarde desconfiará del mismo Dios.

María. — María ha oído la palabra de Gabriel; mas esta virgen, muy prudente, como la llama la Escritura, permanece silenciosa. Se pregunta de donde pueden venir estos elogios hechos a su persona. La más pura, la más humilde de las vírgenes, tiene miedo de la alabanza; y el enviado celestial no obtendrá de ella una palabra hasta que él no haya aclarado su misión. "No temas, oh María, dice el ángel a la nueva Eva, pues has encontrado gracia delante del Señor. He aquí que concebirás y darás a luz un hijo a quien llamarás Jesús. Será grande y será llamado el Hijo del Altísimo y el Señor le dará el trono de David su Padre; reinará sobre la casa

de Jacob para siempre y su reinado no tendrá fin."

¡Qué magníficas promesas bajadas del cielo por parte de Dios! ¡Qué objeto más digno de la ambición de una hija de Judá, que conoce la gloria de que debe estar rodeada la madre del Mesías! Sin embargo, María no es tentada por tanto honor. Consagró su virginidad para siempre a Dios, a fin de estarle más unida con el amor. El destino, que ella no podría alcanzar más que violando este pacto sagrado, no puede conmover su alma. ¿Cómo puede suceder esto, responde ella, ya que he prometido guardar virginidad?

EVA. — La primera mujer no manifiesta por el contrario esa calma, ese desinterés; apenas el ángel perverso la aseguró que puede violar el mandato de su divino bienhechor, sin llegar con todo a morir, y que el premio de su desobediencia será entrar en posesión de la ciencia divina, cuando ella queda subyugada. El amor propio la ha hecho olvidar en un momento el deber y el reconocimiento; se siente feliz de verse libre lo más pronto posible de ese lazo que la tiene aprisionada.

MARÍA. — Tal fué el modo de obrar de la mujer que nos perdió; mas ¡cuán diferente aparece esta otra mujer que debía salvarnos! La primera, cruel para con su posteridad, no se preocupa

más que de sí misma; la segunda, por el contrario, se olvida de sí misma, para no pensar más que en los derechos que Dios tiene sobre ella. El ángel, admirado de tanta fidelidad, termina por revelarla por completo el plan divino. "El espíritu Santo, la dice, descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y por eso el que de ti va a nacer será llamado Hijo de Dios. Isabel tu prima ha concebido ya un hijo a pesar de su vejez; y este es el sexto mes para ella la llamada estéril, pues para Dios no hay nada imposible." El ángel interrumpe aquí su discurso y espera, en el silencio, la resolución de la Virgen de Nazaret.

La desobediencia de Eva. — Volvamos ahora nuestras miradas a la virgen del Edén. Apenas ha dejado de hablar el espíritu infernal, cuando ella ya ha echado una mirada codiciosa sobre el fruto prohibido; aspira a la independencia cuya posesión le va a conceder este fruto tan deleitable. Su mano desobediente se va alargando para atraparlo; lo coge, lo lleva ávidamente a su boca, y, en el mismo momento, la muerte toma posesión de ella; muerte del alma por el pecado, que apaga la luz del alma; muerte del cuerpo que, privado del don de la inmortalidad, se convierte ahora en un objeto de vergüenza y de confusión, mientras espera el momento en que se convertirá en polvo.

La obediencia de María. — Retiremos los ojos de este triste espectáculo y volvamos a Nazaret. María ha recogido las últimas palabras del ángel; la voluntad del cielo es ahora bien clara para ella. Esta le asegura que le está reservada la dicha de sentirse Madre de Dios, mientras su virginidad permanece intacta. Entonces María se somete con obediencia perfecta y dice al enviado celestial: "He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra."

De este modo la obediencia de la segunda Eva repara la desobediencia de la primera, pues tan pronto como la virgen de Nazaret dijo: que se haga en mí, Fiat, el Hijo eterno de Dios, que, según el decreto divino, esperaba esta palabra, se hace presente por obra del Espíritu Santo, en el seno de María y comienza allí una vida humana. Una virgen llega a ser madre y Madre de Dios. El consentimiento de esta virgen a la voluntad soberana la hace fecunda por la virtud del Espíritu Santo. ¡Misterio sublime que establece las relaciones de hijo y de madre entre el Verbo Eterno y una criatura, y proporciona al Todopoderoso un medio digno de asegurarla el triunfo contra el espíritu maligno cuya audacia y perfidia parecían haber prevalecido hasta entonces contra el plan divino!

La derrota de Satanás. — Jamás ha habido derrota tan humillante y completa como la que

sufrió Satanás en este día. El pie de la mujer, de quien se creía una victoria tan fácil, pesa ahora con toda su fuerza sobre su cabeza orgullosa ya aplastada. Eva se levanta en su hija para aplastar a la serpiente. Dios no ha querido escoger al hombre para esta venganza; la humillación de Satanás no hubiera sido tan vergonzosa. Es la primera presa del infierno, su víctima más débil, la más desarmada, la que el Señor dirige contra este enemigo.

Por el precio de un triunfo tan alto la mujer dominará desde ahora no solamente los ángeles rebeldes sino también sobre toda la raza humana; aún más sobre todas las jerarquías de espíritus celestiales, desde lo alto de su trono, María Madre de Dios domina sobre toda la creación. En el fondo de los infiernos Satanás rugirá con eterna desesperación, pensando en la desdicha de haber dirigido sus primeros ataques contra un ser frágil y crédulo a quien Dios vengó tan magníficamente; y en lo alto de los cielos los Serafines y Querubines levantarán sus miradas hacia María, ambicionarán una sonrisa y se sentirán felices de cumplir los menores deseos de la Madre de Dios y de los hombres.

Salvación de la humanidad. — Por esto nosotros, hijos de la raza humana, arrancados de los dientes de la serpiente por la obediencia de María, saludamos hoy la aurora de nuestra libertad.

Tomando las palabras del cántico de Débora, donde ésta, tipo de María victoriosa, canta sus triunfos sobre los enemigos del pueblo santo, nosotros decimos: "La raza de los fuertes había desaparecido de Israel hasta el día en que se levantó Débora, hasta el día en que apareció ella, la madre de Israel. El señor inauguró un nuevo género de combate, fuerza las puertas de sus enemigos"[1]. Prestemos oído y escuchemos también a través de los siglos a Judit, esta otra mujer victoriosa: "Alabad al Señor, nuestro Dios que no abandona a los que esperan en El; antes por la mano de su sierva ha cumplido la misericordia prometida a Israel; por mi mano inmoló esta noche al enemigo de su pueblo. El Señor omnipotente los aniquiló por la mano de una mujer"[2].

MISA

La Santa Iglesia toma la mayor parte de los cantos del santo Sacrificio del Salmo LIV que celebra la unión del Esposo con la Esposa.

En el Introito saluda a María como a reina del género humano, delante de la cual debe inclinarse toda criatura. La virginidad ha preparado en María a la Madre de un Dios; esta virtud será imitada en la Iglesia y todos los siglos ve-

---

[1] *Jueces*, V, 7, 8.
[2] *Judit*, XIII, 17, 18; XVI, 7.

rán a numerosas vírgenes seguir los pasos de la que es su madre y modelo.

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas con alegría y con júbilo. (T. P. Aleluya, aleluya.) — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia se gloría de su fe en la maternidad divina y reclama, por este título, la intercesión todopoderosa de María cerca de Dios. Este dogma es la base de nuestras creencias, el fundamento del misterio de la Encarnación.

COLECTA

Oh Dios, que, al anuncio del Angel, quisiste que tu Verbo tomase carne en el seno de la Bienaventurada Virgen María: concédenos, a los que te suplicamos, la gracia de que, ya que la creemos a ella verdadera Madre de Dios seamos ayudados ante ti por su intercesión. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías.

En aquellos días habló el Señor a Acaz, diciendo: Pide para ti una señal del Señor, tu Dios, ya del profundo del infierno, ya de lo más alto de los cielos. Y respondió Acaz: No la pediré, y no tentaré al Señor. Dijo entonces (Isaías): Oíd, pues, ahora, casa de David: ¿Os parece poco el ser molestos a los hombres, que también queréis serlo a mi Dios? Por eso, el mismo Señor

os dará una señal: He aquí que una virgen concebirá, y parirá un hijo, y será su nombre Emmanuel. Comerá manteca y miel, para que sepa desechar lo malo y escoger lo bueno.

La plenitud de los tiempos ha llegado; una antigua tradición ha dado la vuelta al mundo: que una virgen llegaría a ser madre. En este día en que se cumplió este misterio, reverenciemos el poder del Señor y su fidelidad a sus promesas. El autor de las leyes de la naturaleza las suspende para obrar por sí mismo; la virginidad y la maternidad se unen en una misma criatura. Una virgen no podría dar a luz más que a un Dios: y el hijo de María se llamará Emmanuel, Dios con nosotros.

DIOS CON NOSOTROS. — Adoremos, en su debilidad voluntaria, al creador del mundo visible e invisible; quiere en adelante que toda criatura confiese no solamente su grandeza infinita sino también la verdad de esta naturaleza humana que se dignó tomar para salvarnos. A partir de este momento se le puede llamar con propiedad el Hijo del Hombre; nueve meses permanece en el seno materno como las demás criaturas; como ellas después de su nacimiento tomará leche y miel y santificará todos los estados de la humanidad; pues es el hombre nuevo que se dignó bajar del cielo para suplantar al antiguo. Sin perder nada de su dignidad viene a soportar todas las condiciones de nues-

tra naturaleza enferma y limita con el fin de hacernos a su vez participantes *de la naturaleza divina* [1].

En el gradual la Iglesia canta la hermosura del Emmanuel, su reino y el poder de su brazo; pues viene humilde para levantarse en la gloria: desciende para combatir y triunfar.

GRADUAL

La gracia está pintada en tus labios: por eso te bendijo Dios para siempre. ℣. Reina con verdad, y con mansedumbre, y con justicia: y tu diestra obrará maravillas.

La Iglesia continúa empleando el mismo cántico en el Tracto para cantar las grandezas de María Virgen y Madre. El Espíritu Santo la amó por su belleza incomparable, la cubre con su sombra y ella concibe de un modo divino. ¿Qué gloria es comparable a la de María en quien se complace la Trinidad entera? En el orden de la creación el poder de Dios no producirá nada más elevado que una Madre de Dios. David nos muestra su lejana descendencia recibiendo los homenajes de los grandes de la tierra y rodeada de una corte compuesta por entero de vírgenes, cuyo modelo y reina es ella. Este día es también el triunfo de la virginidad que se ve elevada hasta la maternidad divina; en este día María libra a

---

[1] *S. Pedro*, I, 4.

su sexo de la esclavitud y le abre el camino hacia todas las grandezas.

TRACTO

Oye, hija, y mira, e inclina tu oído: porque el Rey se ha prendado de tu belleza. ℣. Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: las hijas de los reyes serán tu cortejo. ℣. Serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti. ℣. Serán presentadas con alegría y con júbilo: serán llevadas al palacio del Rey.

EVANGELIO

Continuación del santo Evangelio según S. Lucas.

En aquel tiempo el Angel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una Virgen desposada con un varón, llamado José, de la casa de David: y el nombre de la Virgen era María. Y, entrando a ella el Angel, dijo: Salve, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre las mujeres. Mas ella, cuando le oyó, se turbó de sus palabras, y pensaba qué saludo fuese aquél. Entonces le dijo el Angel: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: he aquí que concebirás en tu seno, y darás a luz un Hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará eternamente en la casa de Jacob, y su reinado no tendrá fin. Dijo entonces María al Angel: ¿Cómo sucederá eso? Porque no conozco varón. Y, respondiendo el Angel, le dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra y, por eso, lo Santo, que nacerá de ti, se llamará Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha concebido también en su vejez un hijo, y, la que se llamaba estéril, está ya en el sexto

mes. Porque para Dios no hay nada imposible. Dijo entonces María: He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra.

Acción de gracias. — Con estas últimas palabras, oh María, nuestra suerte está determinada. Tú consentistes al deseo del cielo; y tu consentimiento asegura nuestra salvación. ¡Oh Virgen! ¡Oh Madre! Bendita entre las mujeres, recibe con los homenajes de los ángeles las acciones de gracias del género humano. Has reparado nuestra ruina, has levantado nuestra naturaleza pues eres el trofeo de la victoria del hombre sobre su enemigo.

"Alégrate, padre Adán; y tú, madre Eva, salta de júbilo, porque así como fuisteis padres de todos, así fuisteis de todos homicidas, y, lo que es peor, primero homicidas que padres; consolaos con esta hija, y tal hija; pero alégrese Eva sobre todo, pues de ella primero nació el mal, pasando su oprobio a todas las mujeres. Porque ya se acerca el tiempo en que se quitará el oprobio y no podrá ya quejarse el hombre de la mujer. Aquél pretendiendo excusarse imprudentemente a sí mismo, no dudó acusarla con dureza diciendo: *La mujer que me diste dióme del fruto del árbol y comí.* Por tanto, corre Eva a María; corre a tu Hija. Ella responderá por ti, levantará tu oprobio, satisfará al Padre por su madre; pues ha dispuesto Dios que, ya que el hombre no cayó sino por la mujer, tampoco sea levantado sino

por la mujer. ¿Qué es lo que decías, Adán? *La mujer que me diste dióme del fruto del árbol y comí.* Palabras maliciosas son éstas, que acrecientan tu culpa en vez de borrarla. Mas la Sabiduría ha vencido a la malicia, pues, aunque malograste la ocasión que Dios quería darte para el perdón de tu pecado cuando te preguntó, ha hallado en el tesoro de su inagotable piedad medios para borrar tu culpa. Te da otra mujer por esa mujer, una prudente por esa fatua, una humilde por esa soberbia; la cual, en vez del árbol de la muerte, te dará el alimento de la vida; en vez de aquel venenoso y amargo bocado, te traerá la dulzura del fruto eterno. Por tanto, muda las palabras de la injusta acusación en alabanzas y acción de gracias a Dios y dile: "Señor, la mujer que me diste, dióme del fruto del árbol de la vida y comí; y ha sido más dulce que la miel para mi paladar, porque en él me has dado la vida"[1].

En el Ofertorio saludamos a María con las palabras del angel unidas a las de Isabel cuando esta se inclina delante de la Madre de Dios.

OFERTORIO

Salve, María, llena de gracia: el Señor es contigo: bendita tu entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre.

La Iglesia rinde nuevo homenaje en la Secreta al dogma de la Encarnación, confesando la

[1] San Bernardo, 2.ª Homilía sobre *Missus est.*

realidad de las dos naturalezas, divina y humana, en Jesucristo Hijo de Dios e Hijo de María.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, confirmes en nuestras almas los Sacramentos de la verdadera fe: para que, los que confesamos verdadero Dios y hombre al concebido de la Virgen, por el poder de su salvadora resurrección, merezcamos conseguir la eterna alegría. Por el mismo Señor.

La solemnidad de la fiesta obliga hoy a la Iglesia a suspender el Prefacio de Cuaresma, substituyéndole por el que se emplea en las Misas de la Santísima Virgen.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios. Y que te alabemos, bendigamos y prediquemos en la (Anunciación) de la Bienaventurada siempre Virgen María. La cual concibió a tu Unigénito por virtud del Espíritu Santo: y, permaneciendo (en ella) la gloria de la virginidad, dió al mundo la Luz eterna, a Jesucristo, nuestro Señor. Por quien a tu majestad alaban los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades. Los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines la celebran con igual exultación. Con los cuales, te suplicamos, admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

Santo, Santo, Santo, etc.

La antífona de la Comunión reproduce las palabras del oráculo divino, ya leídas en la Epís-

tola. Una virgen ha concebido y dado a luz al Pan vivo descendido del cielo por el cual Dios está con nosotros y en nosotros.

COMUNION

He aquí que una virgen concebirá y parirá un hijo: y se llamará su nombre Emmanuel.

En la Poscomunión la Iglesia recuerda en acción de gracias todos los misterios que por nuestra salvación son la derivación del gran suceso de este día. Después de la Encarnación, donde tuvo lugar la unión del Hijo de Dios con la naturaleza humana, hemos celebrado la Pasión de este divino Redentor seguida a su vez de su Resurrección, por medio de la cual triunfó de la muerte, nuestra enemiga.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, infundas tu gracia en nuestras almas: para que, los que, por el anuncio del Angel, conocimos la encarnación de tu Hijo, lleguemos, por su pasión y cruz, a la gloria de la resurrección. Por el mismo Señor.

El Angelus. — No podemos terminar esta jornada sin recordar y recomendar la piadosa y saludable institución que la cristiandad solemniza cada día en todo el mundo católico, en honor del misterio de la Encarnación y de la divina Maternidad de María. Tres veces al día, por la mañana, por el mediodía y por la tarde, se oye la campana para que los fieles se unan al

ángel Gabriel que saluda a María, y celebra el momento en que el propio Hijo de Dios se dignó encarnarse en ella.

Desde la Encarnación del Señor, su nombre ha resonado en el mundo entero; es grande desde el Oriente hasta el Occidente; grande es también el de su Madre. De aquí se ha originado la necesidad de formar una oración que sirviera de acción de gracias ordinaria para con el misterio de la Encarnación que ha dado al Hijo de Dios a los hombres. Encontramos las huellas de esta costumbre en el siglo XIV cuando Juan XXII abre el tesoro de las indulgencias en favor de los fieles que reciten el Ave María, por la tarde, al oír el sonido de la campana destinada a dirigir sus pensamientos hacia la Madre de Dios.

En el siglo XV vemos en la SUMA de San Antonino que este toque de campana tenía ya lugar en Toscana. Hay que esperar hasta principio del siglo XVI para encontrar en un documento francés, citado por Mabillón, que el sonido de mediodía venía a unirse al que ya se hacía a la salida y puerta del sol. En esta forma aprobó León X esta devoción en 1513 para la abadía de San Germán de los Prados en París. Desde entonces la cristiandad entera la aceptó con todas sus adiciones; los papas multiplicaron las indulgencias; además de las que dieron Juan XXII y León X, el siglo XVIII vió publicar las de Benedicto XIII; y tan grande pareció la importancia de esta

práctica que Roma determinó que durante el año del jubileo, en el que cesaban todas las indulgencias, excepto aquellas que se ganaban por la peregrinación a Roma, las tres salutaciones recitadas en honor de la Virgen continuasen exortando a los fieles a seguir unidos en la glorificación del Verbo hecho carne. En cuanto a María parece como que el Espíritu Santo había ya indicado de antemano los tres términos de esta práctica invitándonos a celebrarla dulce "como la aurora", al levantarse, resplandeciente "como el sol" por el mediodía, y bella "como la luna" al anochecer.

PLEGARIA AL EMMANUEL. — ¡Oh Emmanuel, *Dios con nosotros* "Te propusiste el rescate del hombre; con este fin descendiste al seno de una virgen para tomar en él nuestra naturaleza." El género humano saluda hoy tu advenimiento. Verbo eterno del Padre, no ha sido bastante para Ti el haber sacado al hombre de la nada por tu poder; tu inagotable bondad viene siguiéndole hasta en el abismo de la degradación donde se sumergió. Por el pecado el hombre había caído por debajo de sí mismo; y con el fin de hacerle remontar a los destinos divinos, para los cuales le habías creado, has venido en persona a revestirte de su substancia y a volver a elevar hasta Ti.

En Ti, hoy y por siempre, Dios se hace hombre y el hombre Dios. Cumpliendo las promesas

del cántico, te uniste a la naturaleza humana, y fué en el seno virginal de la hija de David donde celebraste tus desposorios. ¡Oh abajamiento incomprensible, oh gloria inenarrable!; el *anonadamiento* [1] está reservado para el Hijo de Dios; la gloria para el hijo del hombre. De este modo es como nos amas, oh Verbo Divino, y como tu amor triunfó de nuestra miseria.

Dejaste a los ángeles rebeldes en el abismo abierto por su orgullo; mientras tu piedad se posó sobre nosotros. Mas no es por una de tus miradas como nos has salvado; ha sido viniendo a esta tierra manchada *a tomar la naturaleza de esclavo* [2] y comenzar una vida de humillación y de dolores. Verbo hecho carne, que descendistes del cielo *para salvar y no para juzgar* [3]. Te adoramos, Te damos gracias, Te amamos, haznos dignos de todo aquello que tu amor Te ha hecho emprender por nosotros.

PLEGARIA A MARÍA. — Te saludamos, oh María, llena de gracia en este día en que gozas del honor que te estaba destinado. Por tu incomparable pureza has atraído las miradas del soberano Creador de todas las cosas, y por tu humildad le has atraído a tu seno; su presencia en ti acrecienta más todavía la santidad de tu alma y la pureza de tu cuerpo. ¡Con qué delicias sentiste a

---

[1] *Filipenses*, II, 7.
[2] *Ibid.*
[3] *S. Juan*, XII, 47.

este Hijo de Dios vivir de tu vida, sacar de tu substancia ese nuevo ser que El viene a tomar por nuestro amor! Ya se ha formado entre ti y El ese lazo que tú sola has conocido; El es tu Hijo y tú eres su Madre.

Que toda rodilla se incline delante de ti ¡oh Madre!, pues El es el Dios del cielo y de la tierra; aún más, que toda criatura se posterne delante de ti; pues tú le llevaste en tu seno, tú le amamantaste. Sola tú entre todos los seres puedes decirle como el Padre celestial: "¡Hijo mío!" Oh mujer incomparable, eres el supremo esfuerzo del poder divino; recibe la humilde sumisión de la raza humana. Ella se glorifica aún en presencia de los ángeles: su sangre es la tuya, y tu naturaleza la suya.

¡Nueva Eva, hija de la antigua, más inmaculada! Por tu obediencia para con los decretos divinos, has salvado a tu madre y a toda su raza; has establecido en la inocencia primitiva a nuestro padre y a toda su familia. El Salvador que llevaste nos asegura todos estos bienes; por ti El viene a nosotros; sin El permaneceríamos en la muerte, sin ti El no podía rescatarnos; El saca de ti esa sangre preciosa que será nuestra Redención. Su poder protegió su pureza en el momento de tu Concepción inmaculada y llega a ser la sangre de un Dios por la unión que se lleva a cabo en ti de la naturaleza divina con la humana.

Hoy se cumple, ¡Oh María! el oráculo del Señor que emitió con ocasión de la caída: "Estableceré enemistad entre la mujer y la serpiente." Hasta aquí el género humano temblaba ante el demonio; en su extravío le erigía altares por doquier; pero tu brazo temible viene hoy a derribar a nuestro enemigo. Por la humildad, por la caridad, por la obediencia, le abatiste para siempre; ya no seducirá más a las naciones. Por medio de ti, libertadora de los hombres, fuimos arrancados de su poder; solamente nuestra perversidad y nuestra ingratitud podrían atarnos de nuevo a su yugo. No lo permitas, oh María, ven en nuestra ayuda; y si, en este día de reparación, prosternados a tus pies reconocemos que hemos abusado de la gracia celestial, cuyo canal fuiste, en esta fiesta de tu Anunciación, *oh Madre de los vivientes,* devuélvenos la vida por tu todopoderosa intercesión ante aquel que hoy se hace tu hijo para siempre.

Hija de los hombres, oh hermana nuestra amada, por el saludo de Gabriel, por tu turbación virginal, por tu fidelidad al Señor, por tu prudente humildad, por tu consentimiento salvador te suplicamos que conviertas nuestros corazones, vuélvenos penitentes sinceros, y prepáranos a los grandes misterios que vamos a celebrar. ¡Qué dolorosos serán para ti! ¡Oh María! ¡Qué rápido va a ser el tránsito entre las alegrías de la Anunciación y las tristezas de la Pasión! Mas

tú quieres que nuestra alma se regocije pensando en la dicha que embargó tu corazón en el momento en que el Espíritu divino te cubrió con su sombra y el Hijo de Dios llegó a ser el tuyo; nosotros permanecemos pues todo este día cerca de ti en tu humilde morada de Nazaret. Nueve meses más tarde Belén nos verá postrados con los pastores y los Magos delante del Niño Dios que nacerá para tu alegría y nuestra salud y entonces diremos con los ángeles: "Gloria a Dios en las alturas del cielo y sobre la tierra paz a los hombres de buena voluntad."

26 DE MARZO

SAN BRAULIO, OBISPO Y CONFESOR

Hay en Zaragoza un santuario donde no se puede entrar sin sentir la más profunda emoción: es la cripta de Santa Engracia. Allí había en el siglo VII un monasterio, en el cual se formaron San Eugenio de Toledo y San Braulio de Zaragoza.

Oriundo éste de acomodada estirpe, se formó en la escuela de sus hermanos Juan Obispo de Zaragoza, y de Frunimiano, sacerdote, pero sobre todo al lado del Gran San Isidoro de Sevilla con quien estuvo varios años: Fué el discípulo más querido y más ilustre del gran Doctor de las Españas.

Al morir San Isidoro San Braulio nombrado Obispo de su ciudad natal, es saludado como el más alto prestigio del pueblo Español. Aconseja a los reyes, interviene activamente en los concilios nacionales de Toledo, gobierna su diócesis con sabiduría, escribe la vida de San Millán, enriquece la Liturgia mozárabe con bellas composiciones poéticas y mantiene una correspondencia, según él mismo dice, abrumadora, que es una de las más interesantes que hoy tenemos de aquel siglo. El Papa Honorio había dirigido al episcopado español una carta en la que se lamentaba de la poca diligencia que ponía en la cuestión judía. A pesar de que en la asamblea había cinco metropolitanos, los Padres del concilio comisionan a nuestro santo para que responda a su Santidad y lo hace magistralmente saliendo por la honra del episcopado español. Murió ciego el 26 de marzo de 651 según opinión más segura.

27 DE MARZO

SAN JUAN DAMASCENO, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL CULTO DE LAS SAGRADAS IMÁGENES. — Los griegos celebran el primer Domingo de Cuaresma la fiesta de la Ortodoxia. La nueva Roma, mostrando bien a las claras que no participaba de la indefectibilidad de la antigua, había recorrido todo el ciclo de las herejías concernientes

al dogma del Dios hecho Hombre. Después de haber rechazado la consubstancialidad del Verbo, la unidad de personas en el Hombre-Dios, la integridad de su doble naturaleza, parecía que no se había escapado a la sagacidad de sus emperadores ninguna negación más. Sin embargo faltaba al tesoro doctrinal de Bizancio un complemento de los errores pasados.

Faltaba por proscribir en la tierra las imágenes de Cristo que no podían atacar sobre el trono del cielo.

La herejía iconoclasta. — La herejía de los iconoclastas o *rompedores de imágenes,* al indicar, en el terreno de la fe debida al Hijo de Dios, la última evolución de los errores orientales, era justo que la fiesta destinada a recordar el restablecimiento de estas santas imágenes, se honrase con el nombre de la fiesta de la Ortodoxia; pues celebrando el último de los golpes conferidos al dogmatismo bizantino, recuerda, al mismo tiempo, todos los que recibió en los Concilios que siguieron al primero de Nicea hasta el séptimo ecuménico, último del mismo nombre. Una particularidad de esta solemnidad consistía en que, el emperador de pie en su trono y en presencia de la cruz y de algunas imágenes, se renovasen en Santa Sofía todos los anatemas formulados en diversos tiempos contra los adversarios de la verdad revelada.

La persecución. — Por lo demás Satanás, el enemigo del Verbo, había demostrado que, a pesar de todas sus anteriores derrotas, consideraba a la doctrina iconoclasta como su último refugio. No hay otra herejía que tanto haya multiplicado en Oriente los mártires y las ruinas. Para defenderla pareció que Nerón y Diocleciano habían vuelto a nacer en los emperadores bautizados León el Isáurico, Constantino Coprónimo, León el Armenio, Miguel Tartamudo y su hijo Teófilo. Los edictos de persecución publicados anteriormente para proteger a los ídolos reaparecieron para acabar con la idolatría de la que, según ellos, estaba manchada la Iglesia.

En vano San Germán de Constantinopla recordó que los cristianos no adoraban a las imágenes sino que las honraban con culto relativo refiriéndole a las personas de los santos que representaban. La respuesta del César Pontífice fué el destierro del Patriarca. Los soldados encargados de cumplir la voluntad del príncipe se dieron al pillaje de las iglesias y casas particulares; por todas partes cayeron estatuas venerables, bajo el martillo de los demoledores. Se recubrió con cal los frescos murales, se hicieron trizas las vestiduras sagradas, los brocados con imágenes, los vasos del altar para hacer desaparecer los esmaltes con escenas históricas.

El martirio. — Mientras que las hogueras de las plazas públicas consumían las obras maes-

tras en cuya contemplación se había alimentado la piedad de los pueblos, el artista que osaba continuar reproduciendo los rasgos del Señor, de María y de los Santos, pasaba él mismo por el fuego y otras torturas en compañía de aquellos fieles cuyos crímenes consistían en no poder contener la expresión de su sentimiento a la vista de tales destrucciones. Mas pronto ¡ay! reinó el terror en el rebaño desolado; inclinando la cabeza bajo el huracán, los jefes se accedieron a lamentables compromisos.

Entonces se vió a la noble descendencia de San Basilio, monjes y vírgenes consagradas, levantarse a una y hacer frente a los tiranos. Ella fué la que salvó la tradición del arte antiguo y la fe de sus abuelos con el precio del destierro, con el horror de los calabozos, de las muertes por hambre, bajo el golpe del látigo, bajo las olas, con el exterminio por la espada. En esta hora de la historia se manifestó realmente personificada esa fe en Lázaro pintor y monje santo, que tentado primero con adulaciones y amenazas, después torturado, encadenado, y por fin reincidente heroico, quemadas sus manos con láminas al rojo, continuó con todo eso, por amor de los santos, de sus hermanos y por Dios, ejerciendo su arte y llegando a morir después de sus perseguidores.

La independencia temporal de los Romanos Pontífices se afirmó definitivamente, cuando ha-

biendo amenazado León el Isáurico ir hasta Roma para hacer también pedazos la estatua de San Pedro, Italia entera se armó para defender los tesoros de su basílica y sustraer al Vicario del Hombre-Dios a la soberanía que todavía se atribuía Bizancio.

Glorioso período de ciento veinte años que abarca la línea de los grandes papas comprendidos entre S. Gregorio I y Pascual I, y, cuyos límites extremos, están ilustrados en Oriente por los nombres de Teodoro Estilita, que preparó con indomable firmeza el triunfo final y después Juan Damasceno que en sus principios señaló con el dedo la futura tormenta. Es de lamentar que, hasta nuestros días, una época cuyos recuerdos llenan los fastos litúrgicos de los griegos, no estuviese representada por alguna festividad en el calendario de las Iglesias latinas. En el reinado de León XIII esta laguna ha desaparecido; desde el año 1890 Juan Damasceno, el protegido de María, el monje a quien su doctrina eminente valió el sobrenombre de *torrente de oro,* recuerda a Occidente la heroica lucha en la que Oriente se hizo acreedor a la estima de la Iglesia y del mundo.

La enseñanza de la Iglesia. — Concluyamos señalando aquí los puntos principales de las definiciones por las cuales la Iglesia vindicó en el siglo octavo y más tarde en el dieciséis a las sa-

gradas imágenes de la proscripción a la que el infierno la había condenado. "Es absolutamente legítimo, declara el segundo concilio de Nicea, que se coloque en las iglesias, tanto en frescos, en tablas y sobre ornamentos y vasos sagrados, como en las casas y en las calles, cualesquiera imágenes, sea de color, en mosaico o en cualquier otra materia conveniente que representen a Nuestro Señor y Salvador Jesucristo, nuestra purísima Señora la Santa Madre de Dios, los ángeles y todos los santos, de tal suerte que sea permitido hacer que el incienso se eleve ante ellas y que los cirios encendidos las rodeen [1]. Esto no significa, contestan a los protestantes los Padres del Tridentino, que se deba creer que estas imágenes contienen una divinidad o una virtud propia y que se deba poner la confianza en la imagen misma como en otro tiempo hacían los paganos con sus ídolos. Por el contrario, *el honor que se les tributa termina en el prototipo* [2], en Cristo, a quien van por ellos dirigidas nuestras oraciones, a los Santos a quienes veneramos en los rasgos peculiares que nos presentan" [3].

VIDA. — San Juan nació el año 676 de rica familia de Damasco. Ejerció como su padre, un cargo importante en la corte del califa hasta que abandonó

[1] *Conc. de Nicea,* II, ses. VII.

[2] Esta fórmula donde se encuentra expresada la verdadera base teológica del culto de las imágenes fué tomada por el Conc. de Trento del segundo de Nicea quien a su vez la recoge de San Juan Damasceno; *De fide orthodoxa,* IV, XVI.

[3] *Conc. de Trento, Sess.,* XXV.

el mundo y se retiró a la soledad de S. Sabas. En una de sus célebres cartas dogmáticas se hizo defensor intrépido del culto de las imágenes contra el emperador iconoclasta León Isáurico. Enseñar, predicar, escribir fueron sus principales ocupaciones, las virtudes de obediencia y humildad brillaron en él con vivo resplandor; su afecto hacia la Madre de Dios era particularmente filial y ardiente su celo por la salvación de las almas; amigo intransigente de la verdad, no lo era menos de concordia fraterna. En 749 moría y era enterrado en S. Sabas. Su culto tuvo muy pronto comienzo; el séptimo concilio ecuménico le presentó como el defensor incansable de la tradición católica y de la unidad de la Iglesia. León XIII, por decreto del 19 de agosto de 1890 le proclamó Doctor de la Iglesia y fijó su fiesta el 27 de marzo.

EL ARTE Y LA ORACIÓN. — Vindicador de las sagradas imágenes, obténnos como lo demanda la Iglesia, imitar las virtudes y experimentar el apoyo de aquellos a quienes representan. La imagen atrae nuestra veneración y hace brotar la plegaria a Cristo Rey y a los Santos. Son el libro de los que no saben leer y con frecuencia los mismos letrados sacan más provecho con la vista de una representación elocuente que con la lectura prolongada de numerosos volúmenes. El artista cristiano hace al mismo tiempo con sus trabajos un acto de religión y de apostolado y por lo mismo no tenemos porqué extrañarnos si en todas las épocas agitadas el odio del infierno ha suscitado tantas maquinaciones para destruir sus obras.

Así pues, diremos contigo: "Atrás Satanás con tu envidia, tú que no puedes soportar que miremos la imagen del Nuestro Señor y a su vista nos santifiquemos; no quieres que contemplemos sus sufrimientos, que admiremos su benignidad, que nos detengamos en el espectáculo de sus milagros para conocerle y alabar el poder de su divinidad. Envidioso de los Santos y de los honores que Dios les depara, no quisieras que tuviésemos ante los ojos su gloria para que esta vista no nos excite a imitar su valor y su fe; no puedes sufrir que ofrezcan su ayuda a nuestros cuerpos y a nuestras almas por la confianza que ponemos en ellos"[1].

ELOGIO. — Sé nuestro guía tú, a quien la ciencia sagrada saluda como a uno de sus primeros escritores. *Conocer,* decías, *es el más precioso de todos los bienes*[2], y por eso ambicionabas llevar a las inteligencias al único maestro exento de error, a Cristo, fuerza y sabiduría de Dios.

Cierta vez la misma Virgen María predijo el éxito de tu doctrina y de tus obras. Apareciéndose al que fué guía de tus primeros pasos en la vida monástica, le dijo: "Deja que brote de la fuente el agua clara y suave. Su abundancia hará que atraviese el universo para saciar a los espíritus ávidos de ciencia y de pureza; su em-

---

[1] *De las imágenes,* III, 3.
[2] *Dialéctica,* I.

puje detendrá las olas de la herejía y las transformará dándoles maravillosa suavidad": Y la Señora añadía que habías recibido la cítara profética y el salterio para entonar nuevos cánticos al Señor nuestro Dios, cánticos que emulen a los himnos de los Querubines[1].

De las fiestas del destierro, de la Pascua del tiempo, condúcenos a través del mar Rojo y del desierto a la fiesta eterna donde las imágenes de aquí abajo desaparecen ante las realidades del cielo, donde toda ciencia se desvanezca ante la clara visión, donde reina María tu inspiradora, tu reina y la nuestra.

28 DE MARZO

SAN JUAN DE CAPISTRANO, CONFESOR

El honor debido a los Santos. — Cuanto más la Iglesia parece acercarse a su término tanto más desea enriquecerse con nuevas fiestas que la traigan a la memoria su glorioso pasado. *Tened en la mente los días antiguos, recordad la historia de las generaciones preteritas,* decía ya Dios en la alianza del Sinaí[2], y en Israel los padres consideraban como una ley el dar a conocer a sus descendientes los relatos del pasado[3]. Tam-

[1] *Jean de Jésus, Vie de qs. Damascène,* XXXI.
[2] *Deut.,* XXXII, 7.
[3] *Ps.,* LXXVII, 5.

bién la Iglesia tiene sus anales llenos de recuerdos de las manifestaciones obradas por el poder del Esposo; mejor que los descendientes de Judá los hijos de la nueva Sión pueden exclamar mientras contemplan la serie de los siglos pasados: *Tú eres mi Rey, Tú eres mi Dios. Tú que siempre has salvado a Jacob*[1].

El peligro musulmán. — Mientras que en Oriente tenía lugar la caída definitiva de los iconoclastas, en Occidente comenzaba una guerra más terrible en la que éste debía luchar por la misma civilización cristiana. Como un torrente, el Islán había arrojado desde Asia hasta el centro de las Galias sus huestes feroces; durante más de mil años iba a disputar palmo a palmo el suelo ocupado por las razas latinas a Cristo y su Iglesia. Las expediciones enviadas en los siglos XII y XIII para atacarla en el centro mismo de su poder sólo consiguieron inmovilizarle por algún tiempo. Con excepción de España donde el combate debía acabar con el triunfo absoluto de la Cruz, viose a los príncipes, olvidados de las tradiciones de Carlomagno y de San Luis, abandonar, en provecho de sus ambiciones privadas, la guerra santa hasta que la media luna, desafiando de nuevo a la cristiandad, concibió una vez más el proyecto de conquista universal.

[1] *Ps.*, XLIII, 5.

En 1453, Bizancio, la capital del imperio de Oriente, caía en un asalto de los jenízaros turcos; tres años más tarde Mahomet II, su vencedor, ponía sitio a Belgrado, baluarte del imperio de Occidente. Parecía que Europa entera no dejaría de acudir en socorro de la plaza sitiada ya que la destrucción de este último dique significaría la devastación inmediata de Hungría, Austria e Italia; para todos los países del Oeste sobrevendría en breve una servidumbre mortal y una irremediable esterilidad del suelo y de las inteligencias.

Llamamiento del papado. — La inminencia del peligro no había tenido otro resultado que acentuar la lamentable división que hacía del mundo cristiano juguete de algunos millares de infieles. Se diría que la derrota de uno hubiera sido para muchos la compensasión de la suya propia, tanto más cuanto que de esta derrota más de uno esperaría obtener alguna indemnización como precio de la deserción de su puesto en el combate. Sólo contra todos estos egoísmos, en medio de las perfidias que se tramaban a la sombra o que se hacían públicas, el papado se mantuvo firme. Verdaderamente *católico* en su pensamiento y en su acción, en sus horas tristes o en sus momentos de alegría y de triunfo, tomó bajo su protección la causa común traicionada por los reyes. Desoído su llamamiento a los

poderosos, se volvió a los humildes y más confiada en sus plegarias al Dios de los ejércitos que en la destreza bélica, reclutó entre ellos los soldados que habían de llevar a cabo la liberación.

UN CRUZADO. — Entonces el héroe de este día, S. Juan Capistrano, temible ya desde hacía tiempo para el infierno, consumó a la vez su gloria y su santidad. A la cabeza de otros pobres y desvalidos como él, pero de buena voluntad, paisanos y gente humilde reunida por él y sus hermanos de la Observancia, el pobre de Cristo no desesperó de triunfar del ejército más fuerte y mejor dirigido, que se había visto en la tierra desde hacía mucho tiempo. En una primera tentativa, el 14 de julio de 1456, rompiendo las líneas otomanas en compañía de Juan Hunyade, el único noble húngaro que quiso compartir su suerte, se lanzó a Belgrado con el fin de poder avituallarla. Ocho días más tarde, el 22 de julio, no satisfecho con mantenerse en actitud defensiva, ante los ojos Hunyade estupefacto de esta nueva estrategia, arrojaba entre las trincheras enemigas su tropa armada de palos y horcas con la consigna de gritar el nombre de Jesús a los cuatro vientos. Era la palabra de victoria que Juan de Capistrano había heredado de su maestro Bernardino de Sena. "*Que el adversario ponga la confianza en sus caballos y en sus carros de combate; por nuestra parte invocaremos el*

nombre del Señor"[1]. Y en efecto, el nombre perennemente santo y terrible[2] salvaba una vez más a su pueblo. En la tarde de esta memorable jornada veinticuatro mil turcos cubrían el suelo con sus cadáveres; trescientos cañones, todas las armas y riquezas de los infieles estaban en manos de los cristianos; Mahomet II herido huía precipitadamente tratando de ocultar su vergüenza y poner a salvo los restos de su ejército.

El 6 de agosto llegaba a Roma la noticia de una victoria que necesariamente traía a la memoria la de Gedeón sobre los madianitas[3]. El Soberano Pontífice Calisto III ordenó entonces que todos los años la Iglesia festejaría la Transfiguración del Señor. "*Porque no era ni su espada la que había libertado la tierra ni su brazo el que los había salvado sino tu diestra y poder de tu brazo,* oh Dios, *y el resplandor de tu rostro porque te complaciste en ellos*[4] como en el Tabor en vuestro muy amado[5].

VIDA. — Juan nació en Capistrano, en los Abruzos, en 1386. Después de haber gobernado muchas ciudades abrazó la Regla de San Francisco de Asís y se esforzó en continuar la obra de San Bernardino propagando el culto de los santos nombres de Jesús y de María. Inquisidor y después Nuncio en Alemania, convirtió a

[1] *Pc.,* XIX, 9.
[2] *Ib.,* CX, 9.
[3] *Jueces,* III.
[4] *Ps.,* XLIII, 4.
[5] *Mt.,* XVII, 5.

muchos sarracenos y herejes. Promotor de la cruzada, se le debe la victoria de Belgrado en 1456. Murió poco después en Illok y Alejandro VIII le colocó en el catálogo de los santos en 1620.

PLEGARIA. — *¡El Señor está contigo, oh el más fuerte de los hombres! Ve con esa tu fuerza, que es tu fuerza, y libra a Israel y triunfa de Madián; sabe que soy yo quien te ha enviado*[1]. Así saludaba el ángel del Señor a Gedeón a quien escogía entre los *menores* de su pueblo para altos *destinos*[2]. Así podemos saludarte también nosotros, hijo de Francisco de Asís, mientras te pedimos que continúes protegiéndonos siempre. El enemigo que venciste en los campos de batalla no es ya temible para nuestro Occidente; el peligro está más bien donde Moisés lo señalaba a su pueblo: *Guardaos bien de olvidar al Señor vuestro Dios... no vaya a ser que después de haberos satisfecho, después de haber levantado hermosas casas, multiplicado vuestros rebaños, vuestro dinero y vuestro oro; después de haber gustado, la abundancia de todas las cosas, vuestro corazón no se eleve y no vuelva a acordarse de quien os ha libertado de la servidumbre*[3]. Si el turco hubiera triunfado en la lucha cuyo héroe fuiste, ¿dónde estaría esta civilización de la que estamos tan orgullosos? Después de ti, la Iglesia,

---

1 *Jueces*, VI.
2 *Ib.*, 15.
3 *Deuteronomio*, VIII, 11-14.

debió tomar sobre sí la obra de la defensa social que los jefes de las naciones no quisieron asumir. ¡Que el reconocimiento que la es debida preserve a los hijos de la Madre común de este mal del olvido que es el azote de la generación presente! Así mismo agradecemos al cielo el gran recuerdo que por ti hoy nos trae al calendario litúrgico, memorial de las bondades del Señor y de los hechos heroicos de los Santos. Haz que en la lucha, cuyo campo de batalla somos nosotros mismos, el nombre de Jesús ponga siempre en retirada al demonio, al mundo y a la carne; que su Cruz sea nuestro estandarte y que por ella y la muerte a nosotros mismos logremos llegar al triunfo de la resurrección.

2 DE ABRIL

SAN FRANCISCO DE PAULA, CONFESOR

UN GRAN PENITENTE. — Fundador de una milicia de humildad y penitencia, San Francisco de Paula nos ofrece hoy su ejemplo y su patrocinio. Su vida fué siempre inocente y sin embargo vémosle abrazar, ya desde su primera juventud, una penitencia tan austera que parecería severo en extremo exigirla de los más grandes pecadores de hoy. Mas los derechos de la justicia divina no han perdido nada de su rigor, porque Dios no se muda y la ofensa que le han inferido nues-

tros pecados no nos será condonada sino es reparada. Los Santos han expiado toda su vida, y con la más grande austeridad, las faltas más ligeras; y sin embargo de eso ¡cuesta tanto a la Iglesia arrancar a nuestra molicie en estos días algunas de esas obras de penitencia ya mitigadas hasta el exceso!

¿Ha desaparecido la fe de nuestras almas? ¿Languidece la caridad en nuestros corazones? Sin duda, lo uno y lo otro, y la causa de ello no es otra que el amor desordenado de la vida presente, que insensiblemente nos hace perder el único mira que deberíamos tener en cuenta: el de la eternidad. ¡Cuántos cristianos de nuestros días se podrían comparar a aquel rey de Francia, que después de haber obtenido del Romano Pontífice, que S. Francisco de Paula fuese a habitar junto a él, se arrojó a los pies del servidor de Dios, para suplicarle que le prolongase la vida! Este afecto desordenado a la existencia terrena le llevamos hasta un extremo verdaderamente lastimoso. Se desprecia el ayuno y la abstinencia no porque la obediencia a la ley de la Iglesia pondría en peligro nuestra vida ni comprometería nuestra salud, pues se sabe demasiado bien que las prescripciones de Cuaresma ceden ante estos motivos, sino porque la molicie en la que se vive hace insoportable hasta la idea de una ligera privación, de una alteración en las costumbres ya introducidas. Se encuentran fuer-

zas más que suficientes para los negocios, para todos los caprichos y para los mismos placeres, y cuando se trata de dar cumplimiento a las leyes impuestas por la Iglesia en interés de las almas y de los cuerpos, todo parece imposible. Poco a poco la conciencia se va acostumbrando a estas prevaricaciones anuales que terminan por apagar en el alma del pecador hasta la idea de la necesidad en que se encuentra de hacer penitencia para salvarse.

VIDA.—Francisco nació en Paula, (Calabria), en 1437. Después de haber llevado vida eremítica durante seis años, puso los primeros fundamentos de su Orden dando a sus discípulos el nombre de Mínimos. Célebre por su austeridad, por sus virtudes y por sus milagros, fué a Francia en 1482 para preparar al rey Luis XI a morir piadosamente. El moría en Tours en 1507. León X le puso en el catálogo de los Santos en 1519.

EL ESPÍRITU DE PENITENCIA.—Apóstol de la penitencia, Francisco de Paula, tu vida fué siempre santa, mientras nosotros somos pecadores. Pero osamos recurrir en estos días a tu patrocinio para obtener de Dios que este santo tiempo no se termine sin haber producido en nosotros un verdadero espíritu de penitencia que sirva de apoyo a la esperanza que hemos concebido de nuestro perdón. Admiramos las maravillas de que estuvo llena tu vida, y ahora que estás en la gloria acuérdate de nosotros y bendice al pueblo fiel que implora tu intercesión. Por tus súpli-

cas haz descender sobre nosotros la gracia de la compunción que animará nuestras obras de penitencia. Bendice y conserva la Orden que has fundado.

4 DE ABRIL

SAN ISIDORO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

La Iglesia nos presenta hoy la apacible e imponente figura de uno de sus más santos Pontífices, Isidoro, el gran Obispo de Sevilla, el hombre más sabio de su siglo, pero más admirable todavía por las maravillas de su celo en su patria, viene hoy a animarnos con ejemplo y su intercesión.

LA "CATÓLICA" ESPAÑA. — Entre todas las provincias del cristianismo hay una que ha merecido por excelencia el nombre de "Católica": es España. Desde el comienzo del siglo VIII la Divina Providencia la sometió a una prueba terrible al permitir que los mahometanos se apoderasen de la mayor parte de ella, hecho que costó a sus hijos ocho siglos de lucha para recobrar finalmente su patria. Las vastas comarcas de Asia y Africa, que hacia la misma época sufrieron la invasión musulmana, han permanecido bajo el yugo del Islamismo. ¿A qué debe España el triunfo sobre sus opresores? ¿Por qué el sen-

timiento de la dignidad humana no se ha extinguido jamás en su pueblo? La respuesta es fácil: España, en el momento de la invasión, era católica, mientras que los pueblos que sucumbieron a la cimitarra del musulmán habían roto ya con el cristianismo por la herejía o por el cisma. Dios los dejó abandonados porque ellos habían rehusado la verdad de la Fe y la unidad de la Iglesia; por ello se dejaron avasallar sin ofrecer apenas resistencia a sus feroces conquistadores.

UNA FAMILIA DE SANTOS. — Sin embargo de eso, España había corrido grave peligro. La raza goda, al someterla, había depositado en su seno la herejía. El arrianismo elevó también sus altares sacrílegos en la Península Ibérica, pero Dios no permitió, que esta tierra privilegiada, permaneciese mucho tiempo bajo el yugo del error. Antes de la llegada de los sarracenos, España se había reconciliado ya con la Iglesia; una familia tan ilustre como santa tuvo la gloria de consumar esta gran obra. El viajero que recorre en nuestros días Andalucía observa con extrañeza que, en cada uno de los cuatro ángulos de las plazas públicas, se levantan cuatro estatuas que representan a tres hermanos y una hermana: San Leandro, Obispo de Sevilla; San Isidoro, a quien festejamos hoy; San Fulgencio, Obispo de Cartagena y su hermana Santa Flo-

rentina, virgen consagrada a Dios. Por los esfuerzos del celo y de la elocuencia de S. Leandro, el rey Recaredo y todo el pueblo godo abrazaban la fe católica en el Concilio de Toledo de 589; la ciencia y el gran carácter de Isidoro consolidaron esta feliz revolución; Fulgencio la sostuvo por sus virtudes y su doctrina, mientras Florentina cooperaba a esta gran obra con el tributo de sus sacrificios y de sus oraciones.

VIDA. — San Isidoro nació en Cartagena en 560. Ya desde su juventud su vastísima ciencia le permitió combatir la herejía arriana. En 600 fué elevado a la sede de Sevilla y S. Gregorio Magno le nombró su Nuncio en toda España. Favoreció la vida monástica, levantó escuelas, reunió Concilios, escribió los libros de las Etimologías, de los Oficios Eclesiásticos y otras importantísimas obras para la disciplina cristiana, y sobre todo dió ejemplo de las más altas virtudes. Después de haber extirpado de España la herejía murió en Sevilla en 636.

ELOGIO Y PLEGARIA. — Pastor fiel, el pueblo cristiano honra tus virtudes y tus servicios y se regocija de la recompensa con que el Señor ha coronado tus méritos; séle propicio en estos días de salud. En la tierra tu vigilancia no abandonó nunca el rebaño que te fué confiado; míranos a nosotros como a tus ovejas; defiéndenos de los lobos que sin cesar nos amenazan. Que tus oraciones nos obtengan la plenitud de las gracias necesarias para acabar esta Cuaresma. Sostén nuestro valor, anima nuestro ardor; prepáranos a la celebración de los grandes misterios. Nos-

otros hemos lamentado nuestras ofensas y expiado, aunque imperfectamente, nuestros delitos; la obra de nuestra conversión ha dado un paso; ahora es necesario que se consume por la contemplación de los sufrimientos y de la muerte de nuestro Redentor.

Asístenos, oh Pontífice de Cristo; tú, cuya vida fué siempre tan íntegra, no abandones a los pecadores y escucha la oración de la Iglesia. Desde el seno de tus alegrías eternas, acuérdate también de tu patria terrena y bendice a España. Devuélvela el ardor primitivo de su fe, renueva su apego a la integridad de las costumbres cristianas. La Iglesia entera honra a este país por su fidelidad en guardar el depósito de las doctrinas de la salvación; haz que nunca decaiga y aparta de ella los males que la afligen; que sea siempre fiel y digna del nombre que tú la has ayudado a conquistar.

5 DE ABRIL

SAN VICENTE FERRER, CONFESOR

EL APÓSTOL DEL JUICIO FINAL. — También hoy es España la que ofrece a la Iglesia uno de sus hijos para ser propuesto a la admiración del pueblo cristiano. Vicente Ferrer, el *Angel del juicio,* anuncia la próxima llegada del Juez soberano de vivos y muertos. Cuando, en sus días,

atravesó Europa entera en sus correrías evangélicas, los pueblos conmovidos por su elocuencia, se golpeaban el pecho, imploraban la misericordia del Señor y se convertían. Hoy el pensamiento del juicio que Jesucristo vendrá a ejercer sobre las nubes del cielo, no conmueve hasta este grado a los cristianos. Se cree en el juicio final porque es un artículo de fe, pero la espera de este día no nos infunde mucho miedo. Durante largos años continuamos nuestra vida de pecado, y, quizás alguno se convierte un día por una gracia especial de la bondad divina, pero la mayor parte de los bautizados llevan una existencia muelle sin pensar apenas en el infierno y en la reprobación y menos aún en el juicio por el cual Dios debe poner fin a este mundo.

VERDADERA Y FALSA SEGURIDAD. — No era así en los primeros siglos cristianos, como tampoco lo es en las almas verdaderamente convertidas. En ellas el amor supera al temor, pero de tal manera, que la espera del juicio de Dios está viva en el fondo de su pensamiento, y esta disposición las hace firmes en el bien que han recobrado. De seguro que estos cristianos, que todavía tienen tanto que expiar, se preocupan muy poco de cuál será su estado el día en que brille en los cielos la señal del Hijo del Hombre cuando Jesús, no ya como Redentor, sino como Juez separe las ovejas de los cabritos. Para ellos la Cuaresma es

cada año la ocasión en que dan muestras de su negligencia e indiferencia. Al ver su tranquilidad se diría que tienen el convencimiento de que aquel momento terrible no reserva para ellos ni una inquietud ni una decepción.

PRUDENTE PREPARACIÓN. — Seamos más prudentes, precavámonos contra las ilusiones del orgullo y del descuido; aseguremos con una penitencia sincera el derecho de mirar con confianza esta hora terrible, que hace temblar hasta los santos. ¡Qué alegría entonces oír esta palabra que sale de la boca de nuestro Juez: "Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino que os ha sido preparado desde el origen del mundo"![1].

Vicente de Ferrer abandona el reposo de la celda para recorrer naciones enteras que dormían en el olvido del gran día de las justicias. Nosotros no hemos oído su voz, es cierto, pero acaso ¿no tenemos el Santo Evangelio? ¿No tenemos la Iglesia que, desde el comienzo de Cuaresma, nos ha hecho leer los oráculos que Vicente de Ferrer pronunció ante los cristianos de su tiempo? Preparémonos, pues, a comparecer ante Aquel que vendrá a pedirnos cuenta de las gracias que nos ha prodigado. Si aprovechamos todos los recursos que la Santa Cuaresma nos ofrece podremos prepararnos un juicio favorable.

[1] *Lc.*, XI, 50.

VIDA. — Vicente nació en Valencia y a los 18 años entró en la Orden de los Hermanos Predicadores. Por su predicación y su celo convirtió a muchos herejes y musulmanes, consolidó la fe en muchas provincias y trabajó con éxito para poner fin al gran cisma de Occidente. Además de una austeridad extraordinaria dió ejemplo de todas las virtudes y obró numerosos milagros. Consumido por los trabajos y la vejez murió en Vannes en 1419, y fué canonizado por el Papa Calisto III.

EL TEMOR DEL JUICIO FINAL. — Tu voz Vicente fué verdaderamente elocuente cuando logró despertar a los hombres de su apatía y comenzaron a experimentar el saludable temor del juicio final. Nuestros padres oyeron esta voz; se convirtieron a Dios y Dios les perdonó. También nosotros estábamos dormidos cuando la Iglesia, al abrir la Cuaresma turbó nuestro sueño marcando con la ceniza nuestras frentes pecadoras y nos recordó la irrevocable sentencia de muerte que Dios pronunció sobre nosotros. A continuación de esta, el juicio particular decidirá nuestra suerte para toda la eternidad. Después, en el momento señalado en los decretos divinos, resucitaremos para asistir al más solemne de los juicios. Ante la totalidad del género humano, nuestras conciencias serán descubiertas y nuestras buenas y malas acciones manifestadas en público para tener lugar inmediatamente la nueva promulgación de la sentencia que hayamos merecido: Pecadores, ¿cómo soportaremos

entonces la mirada del Redentor, Juez incorruptible? ¿Cómo podremos sufrir la vista de nuestros semejantes, cuyos ojos penetrarán en todas las indignidades de nuestra vida? Y sobre todo, ¿cuál de las dos sentencias que los hombres oirán pronunciar sobre ellos habremos merecido? Si el que entonces ha de ser nuestro juez la pronunciase ahora mismo, ¿nos colocaría entre los *benditos de su Padre,* a la derecha, o entre los *malditos,* a la izquierda?

PLEGARIA. — Nuestros padres, oh Vicente, se sobrecogían de temor cuando oían dirigírseles estas preguntas. Hicieron sincera penitencia de sus pecados y después de haber recibido el perdón del Señor desaparecieron sus inquietudes para dar lugar a la confianza. ¡Angel del juicio de Dios!, ruega a fin de que este saludable temor se apodere también de nosotros. Dentro de pocos días nuestros ojos verán al Redentor subir al Calvario encorvado bajo el peso de la Cruz y le oiremos decir a las hijas de Jerusalén: "No lloréis sobre mí sino sobre vuestros hijos, porque si a la leña verde se la da este trato ¿qué se hará con la seca"? Ayúdanos a aprocharnos de esta advertencia. Nuestros pecados nos han reducido a la condición de este leño muerto que sólo es ya apto para el fuego de las venganzas divinas; por tu intercesión une de nuevo al tronco estas ramas desgarradas para que vuel-

van a la vida y la savia circule una vez más por ellas. Amigo de las almas, ponemos en tus manos la obra de nuestra reconciliación con Dios. Ruega también por España que te dió la vida y la fe, la profesión religiosa y el sacerdocio; mas acuérdate también de Francia, tu segunda patria, evangelizada con tantas fatigas, pero también con tanto éxito, y de Bretaña, que guarda religiosamente tus restos sagrados. Fuiste nuestro apóstol en tiempos de desgracia, pero los días que atravesamos son más tempestuosos todavía; dignaos desde lo alto del cielo mostrarte siempre nuestro fiel protector.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

La Santa Cuaresma, don de Dios. — INTRODUCCIÓN: *Tiempo propicio para buscar a Dios:* Liturgia griega (1); Liturgia mozárabe (2).

Misterio de los dos Adanes. — *La tentación y el pecado original:* Liturgia romana (3); Liturgia griega (4). *María, nueva Eva:* Liturgia griega (5). *El combate victorioso de Cristo:* Liturgia griega (6); Liturgia mozárabe (7).

Itinerario del pueblo de Dios, la Iglesia. — *Los tiempos y las edades del mundo, Dios escoge un pueblo:* Homilía de S. Ambrosio (8). La cautividad *de los setenta años, Jerusalén y Babilonia, el retorno:* Liturgia galicana (9); Liturgia mozárabe (10); Sermón de Ivo de Chartres (11). *Llamamiento del profeta al arrepentimiento y a la penitencia:* Liturgia romana (12); Liturgia ambrosiana (13); Cántico de Moisés (14). *Intercesión por el pueblo de Dios:* Liturgia romana (15).

La carrera de la milicia cristiana. EL COMBATE CONTRA EL ENEMIGO. — *Los ataques del demonio, Exorcismos:* Liturgia mozárabe (16); Liturgia griega (17); Liturgia romana (18). *Los cuarenta días:* Litur-

gia romana (19); Liturgia mozárabe (20). *El socorro de los ángeles de Dios:* Liturgia romana (21).

Las armas de la penitencia. —Liturgia romana (22); Liturgia ambrosiana (23); Liturgia griega (24); Sermón de S. León (25). *La alegría de la penitencia:* Liturgia griega (26); Liturgia romana (27). *El temor de Dios y las lágrimas de la compunción:* Liturgia griega (28); Liturgia mozárabe (29). *El ayuno y la pureza de corazón:* Liturgia romana (30); Liturgia griega (31); Liturgia mozárabe (32). *La limosna:* Liturgia romana (33). *La palabra divina:* Liturgia romana (34); Liturgia ambrosiana (35). *La vela, la meditación, la oración del penitente:* Liturgia romana (36); Liturgia ambrosiana (37); Liturgia griega (38); Oración de Manasés (39).

Las primicias de la victoria. —*La paciencia, la esperanza, la victoria ya alcanzada:* Liturgia romana (40); Liturgia mozárabe (41); Liturgia griega (42). *Hacia la iluminación pascual: El don de la fe y el bautismo:* Homilía de S. Agustín (43); Liturgia ambrosiana (44); Liturgia mozárabe (45).

Conclusión. —*Homilía de S. Gregorio* (46).

El presente florilegio comprende los textos referentes al ciclo del tiempo, desde Septuagésima hasta el Sábado Santo, siguiendo el orden mismo del volumen. Los que en el tiempo de Pasión y Semana Santa se refieren al misterio pascual propiamente dicho, se han dejado para el volumen siguiente.

LA SANTA CUARESMA, DON DE DIOS

INTRODUCCIÓN

TIEMPO PROPICIO PARA BUSCAR A DIOS

He aquí el tiempo favorable, he aquí los días de salud. *(II Cor.*, 6, 2.)

Liturgia griega 1

Las puertas de la sagrada penitencia están abiertas; entremos con diligencia; purifiquemos nuestros cuerpos absteniéndonos del alimento y refrenando nuestras pasiones. Cristo ha llamado al mundo al reino celestial: nosotros, sus súbditos, presentemos al Rey de todas las cosas, el tributo anual para que, con amor intenso, podamos contemplar también su resurrección. *(Lunes de la Tyrophagia, Orthros, 2.ª sticología,* ed. rom., Triode, p. 45.)

Liturgia mozárabe 2

He aquí que ya están cerca estos días de salvación que una vez más nos trae el curso del año y durante los cuales nos esforzamos en buscar remedio a nuestras malas obras por el trabajo de una saludable abstinencia. Como dice el Apóstol: He aquí el tiempo favorable, he aquí el día de la salud. En estos días ofrecemos al alma ávida el remedio espiritual y el

mal, que por engañosa delectación produce la úlcera del pecado, es desarraigado del alma. La misericordia divina se dispone a levantarnos a nosotros, que por una funesta costumbre estábamos inclinados a caer sin cesar; por lo mismo será necesario que dirijamos nuestros esfuerzos hacia lo alto. Veamos, pues, con alegría llegar esos días y ello nos merecerá ser libertados de nuestros pecados y tener parte en la felicidad de los elegidos. *(Domingo ante carnes tolendas, illatio. P. L.* 85, 285.)

Los días de la sagrada Cuaresma están ya cerca; oremos a Dios, amados hermanos, prosternados con el cuerpo y con el espíritu. Ciertamente todo tiempo de nuestra vida debe el alma entregarse a las obras de Aquel cuya imagen hemos recibido y, por lo tanto, el ejemplo de los Padres nos demuestra la necesidad de una observancia particular durante estos días y ellos mismos nos han propuesto sus palabras y sus acciones para que las imitemos. El primero es Moisés, el legislador, quien en cuarenta días subió la elevada montaña. Su único alimento era la palabra de Dios que salía de su boca. El segundo es Elías, el profeta, que sostenido por un solo bocado, purificó durante cuarenta días las altas montañas donde mereció oír de la sagrada boca el anuncio de la salvación de Israel; el tercero es Nuestro Señor Jesucristo que sepultándose durante cuarenta días en el silencio del desierto, echó por tierra las artimañas del demonio. Instruídos por su ejemplo pongamos manos a la obra; arrojemos lejos de nosotros, durante estos cuarenta días, la levadura de la maldad, para merecer ser encontrados ázimos de pureza y de verdad. *(Misa de initio quadragesimae.* D. FEROTIN, *Le Liber mozarabicus sacramentorum,* París, 1912, 151, 318.)

EL MISTERIO DE LOS DOS ADANES

Como por el pecado de un solo hombre la condenación se ha extendido a todos los otros, así por la justicia de uno solo llegó a todos los hombres la justificación que engendra a la vida. *(Rom.*, 5, 1.)

LA TENTACIÓN Y EL PECADO ORIGINAL

Liturgia romana 3

En el principio Dios creó el cielo y la tierra y sobre esta formó al hombre a su imagen y semejanza. Dios hizo al hombre del barro de la tierra e inspiró sobre ella un soplo de vida; a su imagen y semejanza. *(Brev. rom., domingo de Septuagésima, maitines, primer responsorio.)*

El Señor Dios dijo: No es bueno al hombre que esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él. Pero Adán no encontraba una ayuda semejante a sí; dijo Dios entonces: Hagámosle una ayuda semejante a él. *(Ibíd., responsorio quinto)*.

Había plantado el Señor Dios al principio un jardín de delicias en el que puso al hombre que había creado. Y el Señor Dios hizo brotar al suelo toda clase de árboles hermosos a la vista y agradables al paladar; en medio del paraíso estaba también el árbol de la vida; donde puso al hombre que había creado. *(Ibíd., responsorio séptimo)*.

El Señor Dios dijo a Adán: No comas del árbol que está en medio del paraíso; si comes morirás. Dios le dió esta orden: Come de todos los árboles del paraíso, pero no comas del árbol de la ciencia del bien y del mal; si un día comes morirás. *(Ibíd., monástico responsorio octavo).*

Comerás el pan con el sudor de tu frente, dijo el Señor a Adán; cuando trabajes la tierra no te dará sus frutos sino espinas y zarzas. Porque has escuchado la voz de tu esposa y comido del árbol del que te había mandado abstenerte, la tierra será ingrata a tu trabajo y sólo te dará espinas y zarzas. *(Ibíd., responsorio 12.)*

4

Liturgia griega

Por haber traspasado el precepto del Señor y gustado en su intemperancia un manjar amargo, Adán fué expulsado del jardín de delicias, condenado a cultivar la tierra de la que había sido formado y a comer el pan con el sudor de su frente. Así, pues, nosotros aspiremos a la templanza, por el temor de vernos reducidos como él a llorar y lamentarnos, expulsados del paraíso y merecemos ser admitidos en su seno. *(Domingo de la Tyrophagia, Orthros, Oda tercera,* ed., rom., Tr. p. 163.)

Dios, cuya mano me ha formado, me ha condenado a volver a la tierra; ¿quién no llorará mi suerte? arrojado lejos de Dios, en lugar del Edén, he recibido el Hades. *(Id., Oda quinta, Ibíd.,* p. 104.)

El enemigo de los hombres ha envidiado la felicidad de mi morada en el paraíso y en la forma de serpiente me ha hecho caer, arrebatándome la gloria eterna. *(Ibíd.)*

La serpiente mentirosa, envidiando mi gloria, ha dejado caer en los oídos de Eva su perfidia; heme aquí,

ay, desterrado de la morada de la vida. *(Id., Oda tercera, ibíd.,* p. 102).

En lugar de la gloria que me cubría sólo tengo ahora un ropaje de ignominia. Lloro mi caída, oh Salvador, y con fe alzo mi voz hacia Ti; Dios de bondad, no me desdeñes, recíbeme. *(Id., Oda séptima, ibíd.,* página 105).

He imitado la prevaricación del primer hombre, Adán, me he encontrado desnudo, despojado de Dios a causa de mis pecados, privado del reino eterno y de sus alegrías. *(Jueves de la 5.ª de Cuar., canon de Andrés de Creta, Oda primera, ibíd.,* p. 463.)

¡Ay de ti, alma miserable, que te has hecho semejante a la primera Eva! Tus ojos vieron mal y has sido herida cruelmente; pusiste la mano en el árbol y fuiste arrastrada a gustar el fruto peligroso. *(Ibíd.)*

Llora tus delitos, alma infortunada, acuérdate hoy de la desnudez que, en el Edén, te privó de las delicias de los goces eternos *(Dom. de la Tyroph., Orthros, Oda primera, ibíd.,* p. 102.)

Lloradme, coros angélicos y vosotros también árboles del Paraíso que sois su hermosura y su gloria, porque, miserable de mí, ando errante lejos de Dios. *(Id., Oda cuarta., ibíd.,* p. 103.)

Dios del universo, Señor misericordioso, dirige una mirada benévola a mi humillación, no me rechaces lejos del divino Edén. Séame permitido, en consideración a las bellezas que he perdido, percibir nuevamente un día, por mis lágrimas, los beneficios de que he sido privado. *(Id., Oda nona, ibíd.,* p. 106.)

Paraíso bendito, belleza incomparable, tabernáculo erigido por la mano del Altísimo, gozos y delicias sin fin, gloria de los justos, regocijo de los profetas, habitación de los santos, suplica con el ruido de tus hojas al Creador del universo que me abra las puertas que yo cerré con mi trasgresión; que me haga digno

de participar del árbol de la vida y del gozo que yo experimenté en ti en otro tiempo. *(Id., Visp. del Sábado, 3 er., stich., ibíd.,* p. 100.)

A mí desgraciado me ha sido quitado el vestido tejido por manos divinas, a mí que, por el engaño del enemigo, he violado tu mandato, Señor; y ahora héme aquí cubierto con hojas de higuera y con túnicas de pieles. He sido condenado a comer a costa de mis sudores pan de miseria; la tierra no produce ya sino abrojos y espinas. Pero Tú que, en los últimos tiempos te has encarnado en una Virgen, llévame al Paraíso. *(Id., 2 e. Stich., ibíd.)*

MARÍA, NUEVA EVA

5 *Liturgia griega*

Virgen, Madre de Dios, hija de Adán por la sangre, pero Madre de Dios por la gracia, llámame ahora al Edén de donde he sido alejado. *(Dom. de la Tyroph., Orthros, Oda primera, theotokion,* edic. rom., Tr. p. 102.)

Te cantamos oh María, tabernáculo luminoso del Dios encarnado, llena de la gracia de Dios. Soy presa de las tinieblas espantosas de mis pasiones; ilumíname, luz de misericordia, esperanza de los desesperados. *(Id. Oda octava, ibíd.,* p. 106.)

Te cantamos nosotros tus fieles, oh Madre de Dios inmaculada, morada mística de gloria; dígnate hacerme partícipe de las alegrías del Paraíso a mí que tuve parte en la caída. *(Id. Oda quinta, ibíd.,* p. 104.)

Virgen venerable mi esperanza y protección, sola tú, por tu alumbramiento, vestiste la desnudez del Adán caído; oh purísima, revísteme de un vestido de incorruptibilidad. *(Id., Oda tercera, ibíd.,* p. 103.)

Puerta de la vida, Virgen inaccesible y espiritual, Madre de Dios que no conoció varón, ábreme por tus oraciones las puertas antes cerradas de este paraíso y

te glorificaré a ti, que, después de Dios has sido mi socorro y me has asegurado un refugio. *(Id., Oda nona, ibíd.,* p. 107.)

EL COMBATE VICTORIOSO DE CRISTO

Liturgia griega 6

Por tus sufrimientos nos concedes la impasibilidad, oh amigo de los hombres, y por tu cruz dominas las pasiones de la carne; danos contemplar tu santa resurección, oh Señor, a nosotros, que, por el ayuno, damos gracias a tu gloria a fin de recibir tu gran misericordia. *(Viernes de la primera semana de cuaresma, Orthros, kathisme,* edic. rom., Tro., p. 196.)

Me abandono a tu gran misericordia, oh Cristo Salvador, y me refugio en la sangre de tu divino costado. por tu sangre santificaste la naturaleza humana y abriste de nuevo, oh Dios, bondadosísimo, a aquellos que te sirven, las puertas del Paraíso en otro tiempo cerradas a Adán. *(Domingo de Tyroph., Orthros, Oda nona, ibíd.,* p. 107.)

Liturgia mozárabe 7

Digno y justo es que te demos gracias, Dios omnipotente y eterno, por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor. Por el ayuno obtuvo del diablo un triunfo glorioso y con su ejemplo enseñó a sus soldados el arte de combatir. El, el Dios y Señor de todos, ayunó durante cuarenta días y cuarenta noches, a fin de mostrar que, verdadero Dios, había tomado la verdadera naturaleza del hombre perdido por la gula.

Viene el diablo a atacar al Hijo de la Virgen, pero ignora que tiene que habérselas con el Hijo único de Dios. En su astucia consumada, espera reducir al segundo Adán sirviéndose de los mismos artificios que usó para derribar al primero; pero su plan sale frus-

trado; ninguna de sus tentaciones llega a engañar a tan terrible adversario. Jesús ayunó cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre, El que, durante cuarenta años había alimentado con pan celestial a una multitud innumerable. El fué quien por su propio poder combatió al diablo, príncipe de las tinieblas y, habiéndole derribado, llevó con honor hasta los cielos el trofeo de su victoria. *(Misal, quinta semana de cuaresma, viernes, illatio,* FEROTIN, 207, 477.)

Digno y justo es darte gracias Padre omnipotente, por Jesucristo tu Hijo nuestro Señor, en quien el príncipe de la muerte nada encontró que fuese suyo y a quien siempre vió ayunar, con ayuno saludable, para hacerse prototipo de justicia de quienes quieren vivir en continencia y sobriedad. El nos enseñó a rechazar a los espíritus malignos por el ejercicio del ayuno y de las oraciones espirituales. Por eso tembló la tierra cuando fué crucificado; no vió la corrupción cuando murió; por eso el mundo creyó en El, en su resurrección; el ejército celestial le adoró en su ascensión y la voz de los ángeles anunció su venida. *(Id., primera semana de cuaresma, illatio del miércoles,* FEROTIN, 160, 340.)

Señor, sin ti no podemos ni vencer ni salvarnos; trabaja por nosotros y en nosotros a fin de que imitemos no al Adán que sucumbió en el Paraíso sino al que venció en el desierto, que es el mejor. Pues considerando más bien el beneficio que el tiempo, fué el segundo quien por el sacrificio se hizo el primero. *(Id., viernes, Missa, ibid.,* 162, 345.)

Es verdaderamente santo y glorioso nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, restaurador de la vida eterna, redención de la fragilidad humana. Con el rigor de la abstinencia ha conducido a la salud de la vida eterna a nuestra carne mortal que por la gula del primer hombre había sido herida de muerte. *(Id., segunda semana de cuaresma, lunes, post sanctus, ibid.,* 172, 368.)

Glorificado seas, Señor, por el deseo de tu Unigénito, pues su naturaleza humana ha salvado con la humildad y la obediencia lo que Adán había perdido con su orgullo. Practiquemos, pues, la penitencia para poder celebrar la solemnidad de tus fiestas. *(Breviario, tercera semana de cuaresma, miércoles, sexta;* or. I. P. L. 86, 411.)

EL ITINERARIO DEL PUEBLO DE DIOS, LA IGLESIA

La porción del Señor es su pueblo; Jacob el lote de su heredad. Le halló en la tierra desierta, en un lugar de horror y de inmensa soledad. Le rodeó y enseñó, le guardó como la niña de sus ojos. *(Deut.,* 32, 10.)

LOS TIEMPOS Y LAS EDADES DEL MUNDO, DIOS SE ESCOGIÓ UN PUEBLO

8 *Homilía de San Ambrosio.*

Dios dijo a Abrahán: Sal de tu tierra y de tu parentela y de la casa de tu padre. Abrahán fué un hombre tan grande y tan ilustre por el brillo de sus numerosas virtudes que ni aún en deseos ha podido jamás igualarle la filosofía. Lo que ésta inventa está muy por debajo de lo que él hizo y la fe sencilla y verdadera aventaja a la hinchada ficción de la elocuencia. Consideremos, pues, lo que fué la devoción en este hombre; esta virtud ocupa el primer puesto en cuanto que es fundamento de las otras y con razón se la exigió Dios la primera diciendo: *Sal de tu tierra, de tu parentela y de la casa de tu padre* [1]. Hubiera bastado con decir: Sal de tu país; era en efecto salir de su parentela y de su casa paterna; pero Dios añade esos detalles para

[1] *Gén.,* 12, 1.

probar el afecto de Abrahán para que no pareciese haberse obligado imprudentemente, ni pidiera sustraerse a las órdenes del cielo. Así como convenía acumular preceptos para que nada quedase oculto, así también convenía mostrarle los premios para que no desesperase.

Fué tentado como fuerte, invitado como fiel, llamado como justo. Y con razón salió como Dios le había dicho. Y Lot partió con él. Las sentencias de los siete sabios hacen un gran elogio de lo que cumplió Abrahán: Ἕπου Θεῷ, es decir: sigue a Dios. Con sus hechos se anticipa a los dichos de los sabios y siguiendo a Dios salió de su país. Pero antes había tenido otra tierra, la región de los Caldeos, de donde había salido Thare, su padre, para emigrar a Harán. Por otra parte, llevó consigo a su sobrino siendo así que le había dicho: sal de tu parentela. Veamos, si salir de su país, de esta tierra, no significa más bien salir de la tierra de nuestro cuerpo de esta residencia de la que salió S. Pablo que dijo: *Nuestra ciudadanía está en los cielos* [1]: salir de las concupiscencias y de los placeres de nuestro cuerpo que son para nuestra alma como su parentela, ya que se ve obligada a compartir con el cuerpo todo el tiempo que permanece unida a él. Debemos pues, salir de nuestro estado terrestre, de los placeres mundanos y también de los actos y costumbres de la vida pasada; de suerte que no cambiemos solamente de lugar sino que nos mudemos a nosotros mismos. Si queremos adherirnos a Cristo, huyamos de las cosas perecederas. Ahora bien, lo perecedero en nosotros es el cuerpo, el placer, la voz tentadora de la carne: esas voces son las mismas pasiones. Nuestra alma es en efecto διμερής, es decir: compuesta de dos partes, racional la una e irracional la otra, porque está dividida por la carne, el atractivo de los placeres y todas las demás pasiones de

[1] *Philipp.*, III, 20.

nuestro cuerpo. Por eso el hombre justo debe separar la parte racional de su alma y ponerla aparte.

He aquí lo que significa partir de Harán; es salir de una caverna, de un subterráneo, de una madriguera. Lo propio de una conciencia culpable es buscar donde ocultarse. Nosotros, pues, siguiendo a Abrahán salgamos de nuestros escondrijos. Si somos hijos de Abrahán, hagamos las obras de Abrahán, a fin de que nuestras acciones brillen delante de Dios y de los hombres. El justo manifiesta sus obras al rey, el pecador se oculta como Adán deseaba ocultarse sin conseguirlo. Así obedeció Abrahán la orden sin que interpusiera tardanza alguna. *(S. Ambrosio primer libro sobre Abrahán,* c. 2, 3, P. L. 14, 442 s.; *cf. también Brev. rom., domingo de Quincuagésima, segundo nocturno de Maitines.)*

Oh alma mía, sal de Harán, la tierra del pecado y entra en la tierra que heredó Abrahán donde fluye una eterna incorruptibilidad. *(Lit. griega, jueves de la quinta semana de Cuaresma, Orthros, Oda tercera,* ed. rom., Tr., p. 469.)

LA CAUTIVIDAD DE LOS SETENTA AÑOS, JERUSALÉN Y BABILONIA, EL RETORNO

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos acordándonos de Sión. *(Ps.,* 136, 1.)

¿Quién procurará de Sión la salvación de Israel? Cuando el Señor mudare la suerte de su pueblo, Jacob se alegrará y se regocijará Israel. *(Ps.,* 13, 7.)

9 *Liturgia galicana*

Después de haber sufrido el yugo de Faraón, después de haber arrastrado las cadenas de la cruel Ba-

bilonia, que el hombre libertado busque la Jerusalén celeste, su patria. Huyamos de este destierro y busquemos un asilo junto al Hijo de Dios; la mayor gloria para un siervo es llegar a ser coheredero de su amo. Señor, sé nuestro guía en esta vida; acuérdate que somos tus ovejas por las cuales, Tú, su pastor, diste la vida y afrontaste la muerte. *(Himno, Dies absoluti praetereant,* str. 3, 5; DANIEL, *Thesaurus hymnologicus,* 1841, I, 235, IV, 179.)

Liturgia mozárabe 10

Si te olvido, Jerusalén, que mi diestra se olvide de mí. Que mi lengua quede pegada a mi paladar, si no me acuerdo de ti, si no hago de Jerusalén la causa de mi alegría. Oh Señor que aseguraste la paz a Jerusalén, da al pueblo creyente la plenitud de tu paz. Ella nos conduzca a la inmortalidad y nos posea en la vida eterna. Señor, Tú quieres saciarnos con la flor de trigo; permítenos pues, gozarte en la plena luz de la verdad a Ti a quien ahora no vemos sino obscuramente. *(Brev., tercera semana de cuaresma, sexta, tercera aña.,* y or., P. L. 86, 437 s.)

Señor Redentor nuestro, pon fin a la cautividad a que nos ha reducido el enemigo contra nuestra voluntad. Líbranos a los que estamos sentados junto a los ríos de nuestra vergüenza llorando humildemente, y nos levantaremos de nuevo; que los deleites pasajeros no nos arrastren al abismo sino que la humildad de nuestras lágrimas nos conduzca a los cielos. *(Id., tercia, segunda* or., P. L. 86, 436.)

Sermón de Ivo de Chartres sobre la Septuagésima 11

Sepamos, carísimos, que mientras estamos en este mundo viajamos por tierra extraña lejos del Señor. *(II Cor.,* 5), y cada día debemos llorar los males de este destierro y suspirar con todo ardor por la patria eterna. Pero como la Iglesia, dada la abundancia de sus

misterios, no puede celebrar cotidianamente este de nuestro destierro, ha instituído especialmente estos setenta días como tipo del tiempo universal, para que reparemos en nuestro espíritu, por medio de cánticos y santas lecturas, el triste destino de la raza humana. Y así atraerá nuestra atención la tristeza de nuestro estado mortal y lo lloraremos todos los días. En el Introito de hoy la Iglesia deplora la muerte debida a la trasgresión de nuestro primer padre, y se lamenta en medio de los dolores de nuestra vida caída: *me rodearon gemidos de muerte, me pusieron cerco los dolores del abismo*. Para expresar esta misma idea, desde hoy hasta Pascua suprimimos la exclamación tan frecuente del *Alleluia* sustituyendo esa palabra hebrea por otra latina: Alabanza a Ti, Señor, Rey de la eterna gloria. Así como la Jerusalén terrestre es imagen de la patria celestial, así el *Alleluia* de la antigua ciudad santa representa el canto de los elegidos en la Jerusalén celeste, nuestra Madre: *Bienaventurados, Señor,* —dice el salmo—, *los que moran en tu casa; por los siglos de los siglos te alabarán*. La fórmula latina representa para nosotros el viaje de nuestro destino, puesto que con ella alabamos a Dios en nuestra peregrinación hacia la ciudad celeste.

Con este símbolo de los setenta días concuerda el de los setenta años durante los cuales los habitantes de la Jerusalén terrestre estuvieron cautivos del rey de los Asirios y guardados en la esclavitud.

No pudiendo celebrar las alabanzas de Dios según los usos de su patria, lloraban las desgracias del destierro. Es lo que había ya previsto el salmista cuando cantaba como de un suceso pasado: *Junto a los ríos de Babilonia nos sentábamos y llorábamos, acordándonos de Sión. De los sauces de sus orillas colgábamos nuestras cítaras*[1].

---

[1] *Ps.*, 136, 1.

Asiria significa "orgullo"; Babilonia "confusión"; Jerusalén "visión de paz". Por consiguiente el rey de los Asirios (es decir de los orgullosos), rey al mismo tiempo de los babilonios (es decir de aquellos que viven en el desorden) es el diablo. Oprime bajo el yugo tiránico de su esclavitud a los hijos de la paz, al pueblo que aspira a la visión de lo alto; y cuanto prevalece sobre ellos retarda su vuelta y entrada en la ciudad. De esta servidumbre dice la Escritura: *Un yugo pesado oprime a los hijos de Adán desde el día en que salen del seno de su madre hasta el día en que vuelvan al seno de la madre común* [1]. Detenidos, pues, por los lazos de esta esclavitud, y sentados junto a los ríos de Babilonia, si no nos dejamos sumergir por la concupiscencia pasajera de este mundo, lloremos al menos porque somos desgraciados y suspiramos sin cesar por la eterna visión de lo alto. Por eso dice el Apóstol: *Hasta ahora la creación entera gime y siente dolores de parto* [2]. Y nosotros mismos que tenemos las primicias del Espíritu, gemimos, esperando la adopción de hijos y la redención de nuestro cuerpo. Y esa creatura que gime es nuestra alma que, de la corrupción del pecado, ha sido nuevamente creada a imagen de Dios. Gime dentro de sí misma por la vanidad que la domina y, como la mujer que da a luz, se siente atormentada por la gran inquietud de permanecer por tanto tiempo alejada de la patria. Estos mismos dolores experimentaba el salmista cuando decía: *Ay de mí que se ha prolongado mi destierro* [3]. Y el mismo Apóstol que entre los miembros de la Iglesia fué uno de los primeros en recibir al Espíritu Santo, deseando poseer en la realidad lo que ya tenía por la esperanza, sentía también dolores de parto cuan-

---

[1] *Eccli.*, 40, 1.
[2] *Rom.*, 8, 22.
[3] *Ps.*, 119, 5.

do exclamaba: *Tengo prisa por abandonar este cuerpo y estar con Cristo*[1].

Así pues, cansados de los males de Babilonia y animados del deseo de la ciudad de arriba colguemos nuestras cítaras en los sauces. Y lo haremos absteniéndonos de predicar las alegrías del reino a aquellos que nos oprimen porque se hallan radicados en las pasiones del mundo, o a aquellos, sobre todo, que desprecian la gracia divina, para que no parezca que damos las perlas a los puercos y a los perros las cosas santas. Los cautivos responden pues a sus opresores: *¿Cómo cantaremos el cántico del Señor en tierra extranjera?*[2]. La tierra extranjera es esa multitud de réprobos que no caminan hacia la ciudad celeste y que, como los puercos pisotean descuidadamente las perlas, es decir, la luminosa palabra divina, o que, como los perros, enemigos de las cosas santas, las discuten con mala fe.

Después de haber dicho algunas palabras acerca de nuestra cautividad y de los dos sentidos que es preciso atribuirla, veamos ahora brevemente, por qué el número de setenta ha sido escogido como figura del tiempo universal. Toda nuestra vida presente se desarrolla según ese ciclo de siete días que nos liga por los diez preceptos del decálogo. Y cuando durante toda nuestra vida observamos los diez mandamientos de la ley, es como si multiplicásemos diez por siete y como si cumpliésemos el número total de setenta. Apliquémonos pues, durante estos días, más especialmente y con mayor instancia, a lo que debemos hacer en todo tiempo; reanudar nuestros gemidos y lágrimas para volver por la compunción de nuestro corazón y por nuestras lágrimas a la patria de donde descendimos por una delectación mortal. Encontraremos entonces nuestro *Alle-*

---

[1] *Phil.*, I, 23.
[2] *Ps.*, 136, 5.

luia interrumpido, y alabaremos a Dios eternamente con los ciudadadanos del cielo. Es lo que significan para todos, los cincuenta días de la resurrección del Señor que celebramos en cada canto con el *Alleluia* repetido sin cesar. Lloremos mientras vamos caminando para alegrarnos en la patria. Que la dulzura de las cosas de Dios y la hermosura de su casa nos haga amargos los bienes de este mundo. Cuanto más amemos la patria celestial tanto más perteneceremos a ella. Echemos una mirada retrospectiva sobre el estado de nuestra vida para conquistar el premio de nuestra vocación celeste. Soportemos sin desfallecer el peso del día y del calor, cualquiera que sea la hora en que fuimos conducidos a la viña del Señor, a fin de que a la tarde no nos veamos privados del denario del día. Porque el Señor tiene dicho: *Quien persevere hasta el fin se salvará* [1]. No seamos viajeros insensatos que olvidando su patria, prefiriendo el destierro nos detengamos en el camino. No seamos de esos insensatos que, en medio de sus dolores y de su mortal fragilidad, ignoran su dolor y no buscan tampoco un remedio. Se desesperan generalmente de aquellos enfermos que no sienten ya su enfermedad. Corramos pues al médico de la salud eterna. Mostrémosle nuestras heridas por una humilde confesión y clamemos en nuestro corazón: *Ten misericordia de mí, Señor, porque estoy enfermo. Sáname porque tiemblan todos mis huesos* [2]. Y así nuestro médico perdonará nuestras iniquidades, sanará nuestra enfermedad y colmará nuestros deseos. *(Sermón 12 de Septuag.* P. L. 162, 577 s.)

[1] *Mat.*, 24, 13.
[2] *Ps.*, 6, 3.

LLAMAMIENTO DEL PROFETA AL ARREPENTIMIENTO Y A LA PENITENCIA

12 *Liturgia romana*

Os he guiado a través del desierto durante cuarenta años, Yo, el Señor, y vuestros vestidos no se han gastado; hice llover sobre vosotros el maná del cielo, y vosotros me habéis olvidado, dice el Señor. Os saqué de la tierra de Egipto y os libré de la casa de servidumbre; hice llover sobre vosotros el maná del cielo y vosotros me habéis olvidado. *(Brev. monast., cuarto domingo de cuaresma,* responsorio 12 de maitines.)

13 *Liturgia ambrosiana*

Venid, convertíos a mí, dice el Señor. Venid, derramemos lágrimas delante de Dios porque hemos descuidado nuestras almas y por causa nuestra la tierra está en la iniquidad y se han conmovido sus bases. Anticipémonos a la cólera de Dios. Lloremos y digamos: Tú que quitas los pecados del mundo ten piedad de nosotros. *(Misa, Quinquag. Transitorium, ed,* típica, 1902.)

El Señor Dios dice: Habla a todo el pueblo de la tierra y a los sacerdotes diciendo: cuando hace setenta años ayunasteis el quinto y el séptimo mes, ¿ayunasteis por mí? Y cuando coméis y bebéis ¿no sois vosotros los que coméis y bebéis? ¿No son éstas las palabras que proclamó el Señor por mano de los profetas antiguos cuando Jerusalén estaba habitada y tranquila y habitadas las ciudades de su alrededor, el mediodía y el llano?

La palabra del Señor fué dirigida a Zacarías en estos términos: Así habla el Señor de los ejércitos; guardad justicia conforme a la verdad, practicad la misericordia y la beneficencia cada uno hacia su prójimo. No oprimáis a la viuda y al huérfano, al extranjero y

al pobre, y no meditéis el mal unos contra otros en vuestros corazones.

Mas ellos no quisieron escucharme, se hicieron hombres rebeldes y endurecieron sus oídos. Hicieron su corazón duro como el diamante para no escuchar la ley y las palabras que el Señor de los ejércitos les dirigía por medio de sus antiguos profetas, y estalló la gran indignación del Señor de los ejércitos. Así como El los llamaba y no quisieron escucharle, así llamaron luego ellos y El no les escuchó, dice el Señor de los ejércitos.

Yo les disperso entre todas las gentes que ellos no conocen y tras ellos la tierra ha quedado devastada. Ya no hay quien vaya y quien venga; y ha tornado en desierto una tierra de delicias. La palabra del Señor de los ejércitos fué dirigida a Zacarías diciendo: así habla el Señor de los ejércitos: siento por Sión un amor inmenso, un extremado celo. Así habla el Señor de los ejércitos: me he vuelto hacia Sión y habitaré en Jerusalén. Y Jerusalén será llamada la ciudad fiel y el monte del Señor de los ejércitos, monte santo dice el Señor omnipotente. (*Zach.*, 7, 4-8; id., lectura.)

Cántico de Moisés[1] 14

Alabanza y grandeza de Dios

Escuchad, cielos, y hablaré,
y oiga la tierra las palabras de mi boca.
Caiga a gotas como la lluvia mi doctrina.

[1] El uso litúrgico del cántico del Deuteronomio (*Deut*, 32, 1-43) ha sido reservado tanto en Oriente como en Occidente, para los tiempos de penitencia. En la Iglesia griega forma parte del Canon del Orthros constituyendo su segunda Oda: esta última se suprime en el trascurso del año y no se encuentra sino en Cuaresma. En la Iglesia latina era el cántico de los laudes del sábado; actualmente solo se dice en los sábados de Cuatro Témporas, en las vigilias y desde Septuagésima hasta el fin de Cuaresma. Los subtítulos que hemos puesto subrayan los elementos esenciales de la ascética cuaresmal. En la traducción hemos seguido la versión *Nácar-Colunga*, TT.).

Destile como el rocío mi discurso,
como la llovizna sobre la hierba,
como las gotas de la lluvia sobre el césped,
porque voy a celebrar el nombre de Yavé:
Dad gloria a nuestro Dios.
El es la roca. Sus obras son perfectas,
todos sus caminos son justísimos;

Anuncio de los pecados de los hombres

Es fidelísimo y no hay en El iniquidad;
es justo, es recto.
Indignamente se portaron con El sus hijos,
generación malvada y perversa.
¿Así pagas a Yavé,
pueblo loco y necio?
¿No es El el Padre que te crió,
El que por sí mismo te hizo y te formó?
Trae a la memoria los tiempos pasados,
atiende a los años de todas las generaciones;
pregunta a tu padre y te enseñará;
a tus ancianos, y te dirán:

Llamamiento de los beneficios de Dios

Cuando distribuyó el Altísimo su heredad entre las gen-
cuando dividió a los hijos de los hombres, [tes,
estableció los términos de los pueblos,
según el número de los hijos de Dios,
pues la porción propia de Yavé es su pueblo,
su lote hereditario es Jacob.
Le halló en tierra desierta,
en región inculta, entre aullidos de soledad;
le rodeó y le enseñó,
le guardó como a la niña de sus ojos.
Como el águila, que incita a su nidada,
revolotea sobre sus polluelos,
así El extendió sus alas y los cogió.
Y los llevó sobre sus plumas.

Solo Yavé le guiaba;
no estaba con El ningún dios ajeno.
Le subió a las alturas de la tierra;
le nutrió de los frutos de los campos,
le dió a chupar la miel de las rocas
y aceite de durísimo sílice.
La nata de las vacas y la leche de las ovejas
con la grosura de los corderos y de los carneros,
de los toros de Basán y de los machos cabríos,
con la flor de trigo;
bebiste la sangre de la uva, la espumosa bebida.

Infidelidad e ingratitud del pueblo

Comió Jacob y se hartó,
y engordó Jesurún, y tiró coces,
engordaste, te cebaste, te hinchaste.
Y volvió las espaldas a Dios, su Hacedor,
y despreció al Dios de su salvación.
Provocáronle con dioses ajenos,
irritáronle con abominaciones;
inmolaron a demonios, a no-dioses,
a dioses que no habían conocido,
nuevos, de ha poco advenedizos,
a los que no sirvieron sus padres.
De la Roca que te crió, te olvidaste,
diste al olvido a Dios, tu hacedor.

Anuncio del castigo

Y viólo Yavé y se irritó.
Hastiado por sus hijos y sus hijas.
Y dijo: "Esconderé de ellos mi rostro,
veré cual será su fin,
porque es una generación perversa,
hijos sin fidelidad alguna.
Ellos me han provocado con dioses,
me han irritado con vanidades;
yo los provocaré a ellos con no-pueblo

y los irritaré con gente insensata.
Ya se ha encendido el fuego de mi ira,
y arderá hasta lo profundo del infierno,
y devorará la tierra con sus frutos,
y abrasará los fundamentos de los montes.
Amontonaré sobre ellos males y más males,
lanzaré contra ellos todas mis saetas,
los consumirá el hambre, y los devorará la fiebre,
y la nauseabunda pestilencia.
Mandaré contra ellos los dientes de las fieras,
y el veneno de los reptiles que se arrastran por el polvo.
A los que fuera estén los matará la espada,
a los que dentro, el espanto,
lo mismo a mancebos que a doncellas,
lo mismo al que mama que al encanecido.
Ya hubiera yo dicho: voy a exterminarlos del todo,
voy a borrar de entre los hombres su memoria,

Paciencia del Altísimo

sino hubiera sido por la arrogancia de los enemigos,
porque se envanecerían sus perseguidores,
y dirán: ha vencido nuestra mano,
no es Yavé quien ha hecho todo esto.
Es gente sin consejo,
no tienen conocimiento;
si fueran sabios comprenderían esto.
Y atenderían a lo que les espera.
¿Cómo puede uno perseguir a mil,
y dos poner en fuga a diez mil,
sino porque su Roca los venció,
y Yavé los ha entregado?
Porque no es como nuestra Roca la Roca suya,
son jueces nuestros mismos enemigos.
De cierto su vid es la vid de Sodoma,
de los campos de Gomorra sus sarmientos,
sus uvas son ponzoñosas,
sus racimos son racimos amarguísimos,

veneno de dragones es su vino,
veneno mortal de áspides.
¿Acaso no tengo yo esto guardado,
encerrado en mis archivos,

Juicio de los enemigos del pueblo de Dios

para el día de la venganza y de la retribución,
para el tiempo en que resbalarán sus pies?
Pues cerca está el día de su perdición,
y ya lo que les espera se aproxima."
De cierto hará Yavé justicia a su pueblo,
y tendrá misericordia de sus siervos,
cuando vea que desapareció ya toda fuerza,
y que no hay ya ni esclavo ni libre.
Y dirá entonces: "¿Dónde están ahora sus dioses,
la Roca a que ellos se acogían?
¿Los que comían la grasa de sus víctimas,
y bebían el vino de sus libaciones?
Que se levanten ahora y os socorran,
y sean vuestros protectores.

Llamada al arrepentimiento

Ved, pues, que soy yo, yo solo,
y que no hay Dios alguno más que yo.
Yo doy la vida, yo doy la muerte,
yo hiero, y yo sano.
No hay nadie que se libre de mi mano.
Ciertamente yo alzo al cielo mi mano,
y juro por mi eterna vida:
Cuando yo afile el rayo de mi espada,
y tome en mis manos el juicio,
yo retribuiré con mi venganza a mis enemigos,
y daré su merecido a los que me aborrecen.
Emborracharé de sangre mis saetas,
y mi espada se hartará de carne,
de la sangre de los muertos y de los cautivos,
de las cabezas de los jefes enemigos.

Regocijaos, gentes, por su pueblo,
porque ha sido vengada la sangre de sus siervos,
le ha vengado de sus enemigos,
y hará la expiación de la tierra y de su pueblo."

INTERCESIÓN POR EL PUEBLO DE DIOS

15 *Liturgia romana*

Oró Moisés delante del Señor, su Dios, y dijo: ¿Por qué te enfadas, Señor, con tu pueblo? Mitiga la ira de tu alma, acuérdate de Abrahán, de Isaac y de Jacob, a quienes juraste dar una tierra que mana leche y miel. Y se aplacó el Señor, y se arrepintió del mal que dijo iba a hacer a su pueblo. *(Exod.* 32, 15, 53, 54; *Misal, ofertorio del jueves de la segunda semana de cuaresma.)*

Perdona, Señor, perdona a tu pueblo; para que castigado con dignas flagelaciones, respire por tu misericordia. *(Id. jueves después de ceniza,* or. Super populum.)

Mira, Señor, tu testamento: y no te olvides para siempre de las almas de tus pobres. Levántate, Señor, juzga tu causa; acuérdate del oprobio de tus siervos. *(Salmo* 73, 20 16, 25; *Gradual del jueves de la cuarta semana de cuaresma.)*

Oh Dios que te ofendes con la culpa y te aplacas con la penitencia: escucha propicio las preces de tu pueblo suplicante, y aleja de nosotros los castigos de tu ira, que merecemos por nuestros pecados. *(Id., oración del jueves después de ceniza.)*

Asciendan a ti, Señor, nuestras preces; y aleja de tu Iglesia todo mal. *(Or., Super populum del martes de la primera semana de cuaresma.)*

Alarga Señor, a tus fieles la diestra de tu celestial auxilio; para que te busquen de todo corazón, y merezcan alcanzar lo que justamente piden. *(Or., Super populum, sábad. de la tercera semana de cuaresma.)*

LA CARRERA DE LA MILICIA CRISTIANA

EL COMBATE CONTRA EL ENEMIGO

Caminarás sobre el áspid y el basilisco,
hollarás al león y al dragón. *(Ps., 90, 19.)*

LOS ATAQUES DEL DEMONIO. EXORCISMOS

Liturgia mozárabe 16

Danos, Señor, el escudo de tu salud y fortifícanos con tu diestra que continuamente nos lleva hacia las cimas, a fin de que revestidos de fuerza para el combate, derribemos con el insigne trofeo de tu Cruz a nuestro adversario, el enemigo del género humano. *(Brev. cuarta semana de cuaresma, maitines del miércoles,* or., segunda, P. L. 86, 467.)

Sé el socorro y la ayuda de tu Iglesia, a la que nuestro adversario quiere devorar, como león presto a lanzarse sobre su presa. Levántate, Señor, y anticípate a nuestros enemigos, derrotándoles por la gloria de tu Pasión y el poder de tu Resurrección. Vencidos ellos, tu Pasión nos preparará a todos un título a tu victoria y tu Resurrección nos conferirá una recompensa eterna. *(Id. tercia del martes,* segunda or., P. L. 86, 463.)

Dios glorioso, potente y misericordioso, líbranos de las emboscadas del enemigo, y nuestra alma no sea devorada por el león rugiente y rapaz; envíanos como

sostén la protección de tu diestra. El enemigo cruel nos matará si no hay nadie que nos libre y nos derrotará si no hay nadie que nos salve. Mas Tú, el León de la tribu de Judá, levántate con tu cólera y el rigor de tu jucio, haz que sucumba el pérfido ejército del enemigo y permítenos creer y perseverar en el mandamiento que nos diste. *(Id. lunes, capítula de vísperas,* P. L. 86, 458.)

Pongamos todo nuestro cuidado, hermanos carísimos, en observar con devoción el ayuno, porque durante el día debemos sostener el ataque cotidiano de los enemigos, y por la noche la lucha con el demonio. A aquel a quien no pudo reducir en la acción le turba con malos pensamientos, y a quien no pudo tentar porque estaba velando, dormido le solicita con falsas ilusiones. Nadie viole, pues, el ayuno. Nadie le desprecie, para que Nuestro Señor Jesucristo a su llegada recompense a los que encontrare velando. *(Misal, viernes de la cuarta semana de Cuaresma,* FEROTIN, 205, 473.)

17 *Liturgia griega*

Como Josué, resiste y combate a Amalec—las pasiones de la carne—y a los gabaonitas—los pensamientos falaces; —y así saldrás siempre vencedor. *(Jueves de la cuarta semana de cuaresma, Orthros, Oda sexta,* ed. rom., Tr. P. 478.)

Cristo se hizo hombre, llamó a ladrones y libertinos a la penitencia; conviértete alma mía; ya la puerta del reino está abierta; fariseos, publicanos, adúlteros, se la disputan contigo. *(Id. Oda nona, ibíd.,* p. 483.)

El Señor ayunó cuarenta días en el desierto y tuvo hambre, mostrando así que era hombre. No te desanimes, alma mía; cuantas veces te ataque el enemigo, recházale lejos de ti con la oración y el ayuno. *(Id., ibíd.)*

Oh diablo, te increpa el Señor, que vino al mundo y habitó entre los hombres para quebrantar tu tiranía

y librarles; que triunfó sobre el madero de los poderes adversos cuando se oscureció el sol y tembló la tierra; cuando las tumbas se abrieron y se levantaron los cuerpos de los santos; que por su muerte destruyó la muerte y despojó a aquel que retenía el Imperio de la muerte, es decir, a Ti mismo, oh diablo. Exorcízote por el Dios que mostró el árbol de la vida y puso para guardarle a los Querubines y la espada de fuego fulgurante. Recibe tu castigo.

Exorcízote por aquel que caminó sobre la superficie del mar como por tierra firme e increpó a los vientos desencadenados; por aquel cuya mirada solidifica los abismos y cuya amenaza hace derretirse a las montañas. El es el que aun ahora te implora por nosotros. Teme, pues, sal y aléjate de esta creatura y no te atrevas ya a volver ni a ocultarte en ella, a ir en busca o a influir en ella durante el día o durante la noche, o mediodía o en cualquier otra hora; vete a tu lugar de tormentos hasta el día fijado para el juicio.

Teme al Dios que se sienta sobre los Querubines y contempla los abismos: delante de El tiemblan los ángeles, los arcángeles, los tronos, las dominaciones, los principados, las virtudes, las potestades, los querubines de múltiples ojos, y los serafines de seis alas. Delante de El tiemblan el cielo y la tierra y todo cuanto hay en ellos. Sal, aléjate de este soldado de Cristo nuestro Dios nuevamente escogido y marcado con su sello. Porque te exorcizo en nombre del que camina sobre las alas de los vientos y hace de los ángeles un fuego consumidor. Sal y aléjate de esta creatura con tus poderes infernales y todos tus ángeles; porque el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo es glorificado ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. (*Euchol. or., para hacer un catecúmeno, exorcismo quinto, ed. rom.,* 1872, p. 62.)

Dios santo, terrible y glorioso que en todas sus obras y en su poder es incomprensible e inaccesible, Dios, que destinó para ti, oh diablo, la venganza del eterno castigo, te manda por nosotros sus siervos inútiles, que te retires junto con todos tus cómplices de este que ha sido nuevamente marcado con el sello de Nuestro Señor Jesucristo, nuestro verdadero Dios. Exorcízote, espíritu maligno, impuro, inmundo, repugnante y nocivo, por el poder de Jesucristo que posee todo poder en el cielo y en la tierra y que dijo al demonio sordo y mudo: Sal de ese hombre y no entres más en él. Aléjate y reconoce que tu poder es nulo, no imperando ni siquiera sobre los puercos; acuérdate que, a petición tuya, te dió la orden de entrar en la piara de puercos. Teme al Dios por cuyo mandato la tierra se estableció sobre las aguas; El creó los cielos, fijó los montes a cordel y los valles al fiel de la balanza. Puso la arena como los límites de los males, y abrió un camino seguro a través del agua impetuosa; toca las montañas y humean; se reviste de luz como de un manto; extiende los cielos como una tienda, y cubre las alturas bajo las aguas; fundó la tierra sobre su base y nunca jamás vacilará; hace volver a sí las aguas para derramarlas de nuevo sobre la faz de la tierra.

Sal y aléjate de aquel que se prepara en vista de la santa iluminación. Exorcízote por la Pasión saludable de Nuestro Señor Jesucristo, por su cuerpo precioso, por su sangre y por su venida terrible, porque vendrá sin tardanza para juzgar a la tierra y te castigará a ti y a todos tus cómplices, en la gehenna del fuego, lanzándote a las tinieblas exteriores donde el gusano no se duerme y el fuego no se apaga, porque el poder de Cristo nuestro Dios es el del Padre, el del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Id., segundo exorcismo, ibíd.,* p. 63.)

Liturgia romana 18

Escucha, maldito Satanás, yo te conjuro en nombre del Dios eterno y de Nuestro Salvador Jesucristo, su Hijo; aléjate tembloroso y gimiendo vencido en tu envidia. Nada haya común entre ti y el siervo de Dios N., que en adelante buscará las cosas del cielo y renunciará a ti y al mundo, que te pertenece, para ganar la victoria de la eternidad bienaventurada.

Por eso rinde homenaje a la venida del Espíritu Santo que desciende de lo alto de la ciudadela del cielo, y huyendo de tus asechanzas, acabará de purificar su cuerpo, en la fuente divina, santificándole como templo y residencia de Dios; para que enteramente libre de todos sus crímenes pasados, este siervo de Dios, le dé perpetuas acciones de gracia y bendiga su santo nombre por los siglos de los siglos. Amén. *(Ritual del bautismo de los adultos, tercer exorcismo.)*

Exorcízote, espíritu inmundo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para que salgas y te alejes de este siervo de Dios N... Te lo manda, maldito condenado, aquel que caminó sobre las aguas y tendió la mano a Pedro que se sumergía. Por eso, diablo maldito, reconoce tu condenación, y rinde homenaje al Dios vivo y verdadero; rinde homenaje a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo que se ha dignado llamarte a sí, a su santa gracia y a la fuente del bautismo. Y no te atrevas a violar jamás el signo de la santa Cruz que trazamos sobre su frente. Por el mismo Cristo Señor nuestro, que debe venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. *(Id., cuarto exorcismo.)*

No olvides, Satanás, que se acerca tu castigo y los tormentos, el día de tu juicio y del eterno suplicio, el día que debe venir como horno ardiente en el que encontraréis ruina eterna tú y tus ángeles. En consecuencia tú condenado, que permanecerás condenado,

rinde homenaje al Dios vivo y verdadero, a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo Paráclito; en su nombre y por su poder te mando, cualquiera que seas, espíritu inmundo que te alejes de este siervo de Dios N., a quien hoy el mismo Dios y Señor nuestro Jesucristo, se ha dignado llamar a su santa gracia y bendición y a la fuente del bautismo para que se haga templo suyo por el agua de la regeneración en remisión de todos los pecados. En el nombre de este mismo Jesucristo nuestro Señor, que debe venir a juzgar a los vivos y a los muertos, y al mundo por el fuego. Amén. *(Id., sexto exorcismo.)*

LOS CUARENTA DIAS [1]

19 *Liturgia romana*

Jesús fué conducido al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo; y después de haber ayunado cuarenta días y cuarenta noches, tuvo hambre. (Mat., 4, 1-2, *Brev. rom., aña. del Benedictus del primer domingo de cuaresma.)*

Los cielos estuvieron abiertos durante cuarenta días y cuarenta noches y toda carne que tenía un hálito de vida entró en el arca y el Señor cerró desde fuera. Aquel mismo día entraron en el arca Noé y sus hijos, su esposa y las esposas de sus hijos, y tras él cerró el

[1] La cuarentena compuesta de cuatro décadas aparece en muchos lugares como tipo de la penitencia. El mismo Señor cuya primera predicción fué: Haced penitencia, el reino de los cielos está cerca. *(Mat.,* 4, 7) ayunó cuarenta días. Así como Moisés había inaugurado con un ayuno de cuarenta días la Ley y Elías la profecía, así también N. Señor inaugura la predicación de su Evangelio. (Tomado de una carta de Alcuino a Carlomagno, P. L. 100, 261.) El número cuarenta indica la tribulación. (Alcuino, preg. y resp. sobre el Génesis número 127. P. L. 100, 531.)

Señor la puerta. *(Id., tercer responsor. de los maitines del domingo de Sexagésima.)*

Moisés, el siervo de Dios, ayunó cuarenta días y cuarenta noches para hacerse digno de recibir la ley del Señor. Moisés habiendo subido al monte Sinaí al encuentro del Señor, permaneció allí durante cuarenta días y cuarenta noches para hacerse digno de recibir la ley del Señor. *(Id., responsor. sexto de los maitines del cuarto domingo de cuaresma.)*

Liturgia mozárabe 20

Oh Dios, a quien Elías consagró un ayuno de cuarenta días antes de que fuese trasportado al cielo, y por quien ayunó en espíritu hasta merecer ir allí; concede, te suplicamos, al pueblo cristiano, la gracia que otorgaste al profeta; porque así es como triunfamos de las delectaciones de la carne y de la sangre. Danos la continencia siempre y en todas las cosas. Haznos pacíficos y danos observar los preceptos celestiales; muéstrate también, en este sacrificio lleno de bondad para con nosotros y ven benévolo a nosotros que humildemente te invocamos. *(Misal mozárabe, Missa de initio quadrag., ad pacem,* FEROTIN, 153, 321.)

EL SOCORRO DE LOS ÁNGELES DE DIOS

Liturgia romana 21

Dios ha mandado a sus ángeles que te guarden en todos tus caminos y ellos te llevarán en sus manos para que no tropieces en las piedras. (Ps. 90, 11, 12; *Brev., rom., verso del Benedictus y del Magnificat.)*

El ángel del Señor rodeará a aquellos que le temen y los librará del peligro; gustad y ved cuán suave es el Señor. *(Ps.* 33, 8-9; *Misal, ofert. del jueves de la primera semana de cuaresma.)*

Mientras dormía Jacob vió una escala que apoyada en la tierra tocaba el cielo con el otro extremo y los ángeles subían y bajaban. Despertándose de su sueño dijo: Verdaderamente el Señor está en este lugar y no lo sabía. Jacob tomando una piedra la puso por cabecera y se durmió, viendo en sueños una escala levantada. Despertando de su sueño dijo: Verdaderamente está en este lugar. *(Brev. rom., octavo responsor. de los maitines del segundo domingo de cuaresma.)*

El ángel dijo a Jacob: Déjame ir, que ya sale la aurora. El le respondió: No te dejaré ir si no me bendices. Levantóse Jacob y he aquí que un hombre luchó con él hasta la mañana y como no pudiese vencerle le dijo: Déjame ir, que ya sale la aurora. El le respondió: No te dejaré ir si no me bendices. Y le bendijo allí. *(Brev. rom., ibid., responsor. sexto.)*

He aquí que envío a mi ángel para que te preceda y te guarde siempre; guarda y escucha mi palabra y seré el enemigo de tus enemigos y heriré a los que te hieren; y mi ángel te precederá. *(Id., responsor. décimo de los maitines del cuarto domingo de cuaresma.)*

Oh Dios de Abrahán, Dios de Isaac, Dios de Jacob, Dios que te mostraste a tu siervo Moisés sobre el monte Sinaí y sacaste a los hijos de Israel de Egipto y les enviaste a tu ángel bueno para que los guardase noche y día; te rogamos, Señor, te dignes enviar del cielo a tu Santo Angel que guarde del mismo modo a tu siervo N. y le conduzca a la gracia de tu bautismo. *(Ritual, bautismo de los adultos, oración antes del segundo exorcismo.)*

LAS ARMAS SANTAS DE LA PENITENCIA

Revestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo. (Eph., 6, 11.)

Las armas de nuestra milicia no son carnales, sino poderosas por Dios para derribar fortalezas. (II Cor., 10, 4.)

Liturgia romana 22

Instruídos por una misteriosa tradición, observamos este ayuno que recorre un ciclo de cuarenta días.

La ley y los profetas la inauguraron en otro tiempo; Cristo, autor y rey de todos los tiempos la consagró con su ejemplo.

Mostrémonos, pues, más parcos en nuestras palabras, en la comida, en la bebida, en el sueño y en las diversiones y estemos más vigilantes sobre nosotros mismos.

Evitemos estos peligros en que sucumben las almas inconstantes; guardémonos de dejar entrada al pérfido tirano.

Aplaquemos la cólera vengadora; lloremos a los pies de nuestro juez; lancemos gritos suplicantes y prosternados ante El digamos: Con nuestros pecados, oh Dios, hemos ofendido tu clemencia; dígnate extender sobre nosotros tu perdón. Acuérdate que, no obs-

tante nuestra fragilidad somos obra de tus manos; no cedas a otro, te rogamos, el honor de tu nombre.

Perdona el mal que hemos hecho. Danos copiosa la gracia que imploramos; y podremos finalmente agradarte aquí abajo y en la eternidad.

Oh Trinidad bienaventurada y Unidad perfecta, haz provechoso para tus fieles el beneficio del ayuno. Así sea. *(Brev., himno de maitines del tiempo de cuaresma "Ex more docti mystico.")*

En el Señor está la misericordia y en Dios la Redención; El ayuda también a los hombres caídos, no sólo por la gracia del Bautismo y de la Confirmación, sino también por el remedio de la penitencia, a fin de que el alma humana sea restablecida en la vida eterna. *(Pontifical, miérc. de Ceniza. Expulsión de los penitentes.)*

Te rogamos, Señor, nos concedas el socorro de tu gracia para que dados como conviene al ayuno y a la oración, nos veamos libres de los enemigos del alma y del cuerpo. *(Brev. or., del jueves de la segunda semana de cuaresma.)*

23 *Liturgia ambrosiana*

Concédenos, Señor omnipotente, la gracia de comenzar con santos ayunos la carrera de la milicia cristiana, para que al luchar contra los espíritus malignos seamos protegidos con los auxilios de la continencia. *(Misal, domingo de Sexagésima, or. Sup. sindonem; cf. Misal rom., última or. de la bendición de la ceniza.)*

24 *Liturgia griega*

Recibamos hoy, oh pueblos, la gracia del ayuno, la ocasión que Dios nos da de practicar la penitencia y de suplicar al Salvador. *(Lunes de la primera semana de cuaresma, Orthros, segunda trioda, Oda primera,* ed., Tr. p. 115.)

La puerta de la penitencia está abierta; venid, amigos de Dios, apresurémonos a entrar antes que Cristo nos la cierre como a indignos. (*Lunes de la Tyroph., Orthros, 2.ª Tr. Oda primera, ibíd.*, 146.)

Hermanos, revistámonos de la abstinencia, de la modestia, de la fuerza de la prudencia, de la oración y de las lágrimas. Estas son las virtudes que nos abrirán el camino de la justicia. (*Id., ibíd.*)

Comencemos, oh pueblos, este ayuno irreprochable, que es la salud de las almas; sirvamos al Señor con temor; unjamos nuestras cabezas con el óleo de la continencia y lavemos nuestros rostros con el agua de la pureza. No seamos prolijos en nuestras oraciones, sino digamos como El nos enseñó: Padre nuestro que estás en los cielos, perdona benévolo nuestras trasgresiones. (*Martes de la primera semana de cuaresma, idiomele, ibíd.*, p. 151.)

El verdadero ayuno es la huída del pecado, la ruptura con las pasiones, el amor para con Dios, el celo de la oración, el llanto de la compunción y el cuidado de los pobres como Cristo nos enseña en las Escrituras. (*Lunes de la primera semana de cuaresma, Orthros, Oda primera, ibíd.*, p. 249.)

Observemos el ayuno, no sólo absteniéndonos de alimento sino también apartándonos de todas las pasiones carnales, a fin de que esclavizando la carne que nos tiraniza, nos hagamos dignos de participar de la inmolación voluntaria del Cordero, del Hijo de Dios; festejemos espiritualmente la Resurrección del Salvador de entre los muertos y crezcamos por el resplandor de nuestras virtudes, alegrando a Dios con el encanto de nuestras buenas obras. (*Martes de la primera semana de cuaresma, ibíd.*, p. 155.)

Venid, hagamos frutos de penitencia, trabajemos y no nos demos a la comida y a la bebida; hagamos obras virtuosas con la oración y el ayuno; esto agradará al Señor y por precio de nuestro trabajo, nos

dará el rédito que exime a las almas de la deuda del pecado, El, el único Dios; grande es su misericordia. *(Cuarto domingo de cuaresma, Orthros, Idiomele, ibíd.,* 431.)

Moisés, en otro tiempo resplandeciente con el brillo del ayuno, vió la gloria de Dios. Imítale con diligencia, alma mía, miserable; sirve en obras de continencia y oración a aquel que llevado de su bondad para contigo extendió los brazos sobre la Cruz para que tú pudieses llegar a la divina iluminación. *(Jueves de la quinta semana de cuaresma, Vísperas, lucernario, Ibíd.,* p. 494.)

El Precursor de la gracia habitaba en el desierto; y de toda Judea y Samaria acudían a oírle; confesaban sus pecados y pedían con ardor el bautismo; mas tú no les has imitado, oh alma mía. *(Id., Oda nona,* página 498.)

Recibamos con ardor, oh fieles, al mensajero divinamente inspirado que viene a anunciarnos el ayuno, como hicieron en otro tiempo los Ninivitas, como los pecadores y los publicanos acogieron a Juan que les predicaba la penitencia. Mediante la abstinencia preparémonos a participar del Sacrificio del Señor ofrecido en Sión. El debe obrar en nosotros una purificación divina; lavemos primero con lágrimas nuestras almas. Pidamos la gracia de contemplar entonces la consumación de la Pascua figurativa y la manifestación de la Pascua verdadera. Dispongámonos a adorar la Cruz y la Resurrección de Cristo Dios y pidamos a este Amigo de los hombres que no se vea frustrada nuestra esperanza. *(Martes de la Tyroph., Vísperas, Apostiche, ibíd.,* p. 53.)

25 *Sermón de San León sobre la Cuaresma*

Teniendo que hablar, amadísimos, del sagrado y gran ayuno, ¿por dónde podría comenzar mi discurso sino por las palabras del Apóstol por quien hablaba el mismo Cristo? Os repetiré lo que acabamos de leer en

su Epístola: "He aquí el tiempo aceptable, he aquí el día de la salvación"[1]. Aunque en todo tiempo nos veamos colmados de los beneficios de Dios y tengamos siempre por su gracia fácil acceso a su misericordia, debemos, sin embargo, acercarnos con mayor confianza y trabajar con más ardor en nuestro aprovechamiento espiritual en estos días en que somos estimulados a la práctica de todas las buenas obras por la proximidad de aquel en que celebramos el aniversario de nuestra Redención, y disponernos a honrar con mayor pureza de alma y cuerpo la memoria de la pasión de nuestro divino Salvador. Los grandes misterios que en este tiempo se realizan deberían ser de tal suerte el objeto de nuestras meditaciones y excitar nuestra devoción, que conservando siempre la presencia de Dios, estuviésemos constantemente tan bien preparados como debemos estarlo para solemnizar dignamente la Pascua. Pero como esta fortaleza es de pocos, como la flaqueza de la carne nos lleva fácilmente a aflojar en la práctica de tales austeridades, y como las múltiples ocupaciones de la vida ocasionan grandes distracciones, sucede que incluso las almas más virtuosas se manchan con el polvo del siglo. La sabiduría divina ha establecido los cuarenta días de ayuno que observamos para purificar nuestros corazones a fin de que las buenas obras practicadas en este tiempo expíen las faltas que hemos cometido en el curso del año.

Al entrar, pues, amadísimos, en estos días místicos santamente instituídos para bien de nuestras almas y de nuestros cuerpos, procuremos obedecer los preceptos del Apóstol, limpiándonos de toda mancha en el alma y en el cuerpo[2]; a fin de que, refrenando las luchas existentes entre ambos elementos, el alma, que está bajo las órdenes de Dios, conserve la dignidad de

---

[1] *II Cor.*, 6, 2.
[2] *III Cor.*, 7, 1.

su imperio. De suerte que no dando a nadie motivos de ofensa, nos veamos libres de las críticas de los calumniadores. Nos reprenderían justamente los infieles y por nuestra culpa las lenguas impías se levantarían contra nuestra santa religión, si la conducta de los discípulos de Cristo estuviese en contradicción con la pureza de una perfecta continencia. El ayuno de los cristianos no consiste principalmente en la privación de algún manjar; y en vano se privaría el cuerpo de una parte de su alimento, si el alma no renuncia a toda iniquidad, si no sabemos poner un freno a nuestra lengua impidiendo que sea herida la caridad.

Del mismo modo que ponemos freno al apetito de la comida y de la bebida, hemos de reprimir las demás pasiones. Ahora es el tiempo a propósito para ejercitarnos en la mansedumbre y en la paciencia que nos procura la paz y la tranquilidad y en el que excluyendo todo contagio con los vicios adquiramos la perennidad de todas las virtudes. Acostúmbrese ahora la fortaleza de las almas piadosas a perdonar las culpas, despreciar las ofensas y olvidar las injurias. Ejercítese ahora el alma fiel en combatir a diestra y siniestra con las armas de la justicia en la gloria y en la deshonra, en la infamia o en la buena fama [1]; ni las alabanzas ensoberbezcan ni los oprobios depriman su conciencia tranquila y su honradez constante. La aptitud de las personas piadosas sea no triste sino santa y jamás una queja salga de su boca pues la fuente de los goces espirituales que en ellos gustan es inagotable.

No teman que su patrimonio disminuya por el ejercicio de las obras de misericordia, la pobreza cristiana es siempre rica y el bien de que ella goza vale más que todas las cosas de que carece. Quien tiene la dicha de poseer en sí mismo al Señor del cielo y de la tierra ¿puede temer la indegencia?

---

[1] *II Cor.*, 6, 7, 8.

Los que hacen buenas obras no deben temer la falta de medios para ejecutarlos. Una pobre viuda es alabada en el evangelio por haber depositado en el cepillo dos óbolos, y Dios no ha de dejar sin recompensa ni un vaso de agua dado en su nombre. El mérito de una acción buena se mide por la intención, y cuando existe la buena voluntad de aliviar al prójimo siempre hay ocasión de hacerla con feliz éxito. La viuda de Sarepta hizo la experiencia, cuando, durante el hambre que reinaba en su tiempo, se privó, en favor del bienaventurado Elías, del alimento de un día, que era el único que le quedaba. Prefiriendo la satisfacción de aplacar el hambre del Profeta a su propia necesidad, le sirvió sin pérdida de tiempo el poco aceite y harina que aún poseía. Pero aquello que ella dió con tan buena voluntad, fué pronto devuelto con creces; una fuente de abundancia surgió de los vasos que su caridad había vaciado, y de este modo aquella, que no había temido la escasez para sí misma al hacer un uso tan piadoso de las cosas necesarias para su propia susistencia, fué provista abundantemente.

Estamos convencidos, hermanos míos, de que estáis dispuestos a estos santos ejercicios; y no dudamos que el demonio, enemigo de todas las virtudes, envidioso de vuestra felicidad, empleará todo el veneno de su maldad para hacer de vuestras obras de piedad ocasiones de caída, a fin de hacer sucumbir bajo la vana gloria a los que no haya podido abatir por el desaliento. La vanidad sigue de cerca a las acciones laudables que hacemos; y el orgullo, veneno de la virtud, busca siempre el modo de corromperla. Es difícil que el hombre que vive regularmente se deje deslumbrar por las alabanzas que se le tributan, a menos que se glorie en el Señor[1], como nos lo recomienda el gran Apóstol. ¿Hay acaso alguno, a quien el enemigo de nuestra salvación

[1] *II Cor.*, X, 17.

procure separar de las buenas resoluciones y a quien no trate de hacerle perder el fruto de su ayuno? ¿A quién temerá atacar, cuando ha tenido la insolencia, según vemos en el Evangelio, de tentar al mismo Salvador? Intrigado por el ayuno de cuarenta días y cuarenta noches que había visto hacer al Señor, quiso probar astutamente, si una abstinencia tan prolongada era efecto de su propia virtud o de la virtud de arriba. Se creía seguro del feliz éxito de sus artificios, si Cristo, a quien reconocía como verdadero hombre, no estuviese por encima de los hombres ordinarios. Primero ensayó su astucia para saber si era el Creador de todas las cosas corpóreas, pues de este modo le sería fácil cambiar su sustancia. Enseguida para asegurarse si la divinidad estaba oculta bajo el velo de la humanidad, le propuso arrojarse de lo alto, ya que él podía sostenerse fácilmente en el aire. Mas el Señor, habiendo combatido mejor al demonio con las armas de la justicia del hombre, que con el poder de su divinidad, hizo que éste cambiase de táctica por tercera vez, y no viendo en él señales de divinidad le tentó con la ambición y el deseo de reinar, prometiéndole el dominio de todos los reinos del universo si le adoraba. Entonces la sabiduría de Dios convenció de locura la prudencia del demonio, a fin de que este enemigo orgulloso, deteniéndose ante la persona del hombre que quería vencer, y en otro tiempo había vencido ya, fuese vencido a su vez y no temiese perseguir a aquel que debía morir por la salvación del género humano. Ahora que estáis ya instruídos, entrad con fervor en el camino del ayuno cuadragesimal que vamos a comenzar y disponeos con obras de misericordia para atraer sobre vosotros los efectos de la misericordia del Señor. Reprimid todos los movimientos de cólera; apagad todos los movimientos de odio que pudieran suscitarse en vuestros corazones; amad la paz y la unión; preveníos mutuamente los unos a los otros con buenos servicios

por motivos de una humildad sincera; mandad a vuestros siervos [1] con dulzura y a todos los que os están sometidos; no los retengáis entre cadenas; que no se oiga hablar entre vosotros de venganzas; perdonad las injurias; que en lugar de la severidad reine la bondad; reemplazad la cólera con la mansedumbre y que el espíritu de la paz calme todas las discordias. Mostrémonos bienhechores, modestos, pacíficos, si queremos que nuestros ayunos nos hagan agradables a Dios. Cuando evitamos el pecado, le ofrecemos el sacrificio de una abstinencia verdadera y de una sincera piedad. No tengamos relación alguna con los enemigos de la Cruz de Cristo, por temor a que el tacto con los impíos destruya la pureza de los verdaderos fieles. ¿Qué alianza puede haber entre la luz y las tinieblas? Los hijos de la verdad deben huir de los hijos del demonio, porque nada manchado puede entrar en el templo de Dios que es la Iglesia de Jesucristo. Los profanos deben ser excluídos, a fin de que estando nuestros corazones purificados de toda impureza, nuestro ayuno sea santificado. Así podremos llegar a ser morada del Espíritu Santo. El habitará en nosotros, tomará posesión de nuestras almas, nos conducirá por todos los caminos que él halle puros y exentos de pecado. Nosotros llegaremos allí con el auxilio de la gracia de Dios, que con el Hijo y el Espíritu Santo es un sólo y único Dios, que vive y reina por los siglos de los siglos, amén. *(Sermón 42, cuarto sobre la Cuaresma;* P. L., 54, 274-281, *cf. también Brev. Romano, primer domingo de Cuaresma, Maitines; segundo Nocturno.)*

---

[1] La esclavitud que hoy está casi completamente abolida, gracias al cristianismo, estaba en tiempo de S. León en todo su vigor. Las lecciones que da aquí a los amos cristianos muestran hasta dónde había llevado el paganismo el abuso de la fuerza. El señor de esclavos tenía derecho de vida y muerte sobre ellos, pero la doctrina de Jesucristo, suavizando las costumbres, mejoró la suerte de estos infortunados, esperando destruir la bárbara institución de la esclavitud.

LA ALEGRÍA DE LA PENITENCIA

26 *Liturgia griega*

Recibamos con gran alegría el anuncio del ayuno. Si nuestro primer padre lo hubiese guardado, no tendríamos que soportar el destierro del Edén. Delicia para los ojos y alimento agradable, así era el fruto que me ha matado. No seamos esclavos de nuestros ojos, no halaguemos nuestro paladar con alimentos suculentos que hemos de despreciar después de haberlos gustado. Huyamos la intemperancia para no ser presa de las pasiones que la saciedad excita. Seamos señalados con la sangre de aquel que ha sido vílmente conducido a la muerte por nosotros; que el ángel exterminador no nos incluya en ese número, y así podamos comer la Santa Pascua de Cristo para la salvación de nuestras almas. *(1.ª semana de Cuaresma, viernes, Vísperas, idiomela,* ed. rom., Tr., p. 200.)

27 *Liturgia romana*

Alégrense los corazones de los que buscan al Señor; buscad al Señor y seréis confirmados; buscad siempre su faz. *(Salmo 104, 3-4. Misal, 4.ª Sem. de Cuaresma, Jueves, introito.)*

EL TEMOR DE DIOS Y LAS LÁGRIMAS DE COMPUNCIÓN

28 *Liturgia griega*

Sé sobria, alma mía, vela, suspira y llora; mediante el ayuno desecha de ti el peso del pecado. Huye de la hoguera por una compunción ardiente; llorando sobre tus pasiones desgarra el hábito de duelo y toma el vestido divino. *(1.ª Sem. de Cuaresma, Orthros, 2.ª Oda,* ed. rom., Tr., p. 148.)

Como el publicano presentemos nuestros gemidos al Señor, y nosotros pecadores arrojémonos a sus pies como a los de nuestro Maestro, porque él quiere la salvación de los hombres, da la remisión a todos los que hacen penitencia ya que él, Dios coeterno al Padre, se ha encarnado por nosotros. *(Dom. del publicano, Orthros, 2.ª Kondak, ibíd.,* p. 6.)

No oremos como el fariseo, carísimos, porque todo el que se ensalza será humillado; humillémonos ante el Señor y al ayunar exclamemos como el publicano: Señor ten piedad de mí pecador. *(Id., Vísper. del Sábado, idiom., id.,* p. 1.)

Huyamos del orgullo farisaico y hablemos con humildad para ser ensalzados; hagamos penitencia y exclamemos: Salvador del mundo apiádate de tus siervos. *(Id., 1.ª Kondak, ib.,* p. 5.)

Como un insensato he despreciado tu bienaventuranza, Padre mío; he derrochado tus dones; ahora pues te pido perdón como el hijo pródigo: Pequé contra ti, Padre misericordioso; recíbeme arrepentido; trátame como a uno de tus esclavos. *(Dom. del Hijo Pródigo. Ib.,* página 24.)

Liturgia mozárabe 29

Fuerza y sostén de nuestra esperanza, Jesucristo, Hijo de Dios vivo. Tú que resucitaste, que te acongojaste, que derramaste lágrimas y te turbaste, derrama sobre nosotros la dulzura de tu espíritu para superar con su ayuda las emboscadas de la tentación. Lloremos interiormente y obtendremos de ti el turbarnos en ti y por ti, y así unidos en la compunción y en la paz, por tu paz podamos verte en la gloria y llegar a poseer la recompensa prometida y a alabarte con Lázaro. Amén. *(4.ª Sem de Cuaresma, Ad Pacem,* FEROTIN, 210, 485.)

AYUNO Y PUREZA DEL CORAZÓN

30 *Liturgia romana*

Suplicámoste, Señor, hagas, que el sacrificio de la observancia cuaresmal, que te ofrecemos, torne aceptar a ti nuestras almas, y nos dé la gracia de una más diligente continencia. *(Viernes después de Ceniza, Secreta.)*

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que purificados con el santo ayuno, lleguemos a las futuras fiestas con corazones sinceros. *(Id., Or., 2.ª Sem., de Cuaresma, Viernes.)*

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tu familia que, afligiendo su carne se abstiene de alimentos, siguiendo la justicia ayune también de pecado. *(Id., 2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Oración.)*

31 *Liturgia griega*

Ayunemos espiritualmente, rompamos todas las ligaduras del demonio; huyamos del mal ejemplo; perdonemos a nuestro prójimo el mal que nos ha hecho para que seamos perdonados; entonces podremos decir: Señor, elévese a ti nuestra oración como el incienso. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Vísp., idiom.,* ed. rom., Tr., p. 256.)

¡Oh fuente de pureza!, que nuestro ayuno alcance de ti, la preservación de toda mancha; vénos postrados a tus pies; venos elevadas hacia ti nuestras manos; Tú que extendiste ¡oh Señor de los ángeles, las tuyas a los mortales al ser crucificado! *(1.ª Sem. de Cuaresma, Viernes, Orthros, Kathisme, Ib.,* p. 196.)

¡Oh Cristo Salvador, que clavado en una cruz semejas una viña! Tú bañaste toda la tierra con el vino de la inmortalidad. Yo exclamo: Tú derramaste sobre mí, embriagado por el pecado, el nectar de la compunción;

ahora dame fuerza para abstenerme de los placeres voluntarios, Salvador bueno y misericordioso. *(Ib., Jueves, Vísperas, Lucernaria, ib.,* p. 185.)

El ayuno acompañado de la oración es un arma admirable; hizo de Moisés un legislador, y consumó el sacrificio de Elías. Fieles, observémosle con fidelidad; digamos al Señor: Contra ti sólo hemos pecado, ten piedad de nosotros. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Orthros, Idiom., ib.,* p. 252.)

Un carro de fuego arrebató a Elías, el hombre admirable que se había armado con el ayuno. Este mismo ayuno hizo que Moisés viese cosas admirables; a nosotros que lo practicamos nos hará ver a Cristo. *(2.ª Sem. de Cuaresma, Lunes, Orthros, 2 Tr., 1.ª Oda, ibíd.,* página 117.)

Liturgia mozárabe 32

La observancia del ayuno, aumenta la grandeza de Elías, este sacerdote venerable, huésped del árido desierto; huyó del ruido de la ciudad y de la vista de tantos crímenes y se acogió al silencio tranquilo de la soledad.

Moisés, fiel intérprete del excelso trono, no pudo contemplar al Rey del cielo en las siete esferas, sino después de haberse privado cuarenta veces de la comida.

Rogaba; sus lágrimas eran su único alimento. Velaba, inclinada la frente sobre la tierra, regada con sus llantos, hasta que, advertido por la voz de Dios, dirigió su mirada temblorosa hacia este fuego, cuyo resplandor no podía soportar.

No fué menos riguroso en el ayuno, Juan, precursor del Hijo de Dios, que allanó los senderos escabrosos y enderezó los caminos torcidos, enseñando a los hombres el camino derecho que hay que seguir.

Este mensajero, disponía a la observancia del ayuno, abriendo el camino a Dios que iba a venir, ense-

ñando que las montañas debían allanarse, los caminos pedregosos debían suavizarse, para que al bajar la Verdad a la tierra, no encontrase ningún sendero difícil.

Se retiró a un vasto desierto, se vistió de pieles ásperas e hirsutas de lana grosera, huyendo con horror de las costumbres impuras de las ciudades.

Allá mientras se entregaba a la disciplina de la abstinencia, este hombre de costumbres severas, difería su comida y bebida hasta la tarde, no concediendo a su cuerpo más alimento que langostas y miel silvestre.

En primer lugar, predicó y enseñó la nueva salvación; en el río sagrado purificó las manchas que hacía tiempo empañaban las conciencias. Si lavó así los miembros de los pecadores, fué porque el espíritu muy pronto debía repartir sus dones desde lo alto de los cielos. *(Brev., himno de Prudencio: "O Nazarene, Lux Bethlehem"* str., 6, 8-11, 13, 15. P. L., 86, 270-271.)

LA LIMOSNA

33 *Liturgia romana*

Parte el pan con el hambriento; recoge en tu casa a los pobres y vagabundos; entonces tu luz brillará como la aurora y tu justicia irá ante ti. Cuando vieres un desnudo cúbrele, y no harás ignominia a tu propio cuerpo: entonces tu luz brillará como la aurora y tu justicia irá ante ti. *(Isaías, 58, 7-8, Brev., Miércoles de las Cuatro Témporas de Cuaresma,* t. 2 responso.)

Esconde tu limosna en el seno del pobre y ella rogará por ti ante el Señor; porque así como el agua apaga el fuego, así también la limosna borra el pecado. Da limosna y quedarás limpio, pues, así como el agua extingue el fuego de la misma manera la limosna borra el pecado. *(Id., 3 respons., cf. Ecli., 29, 15.)*

Te pedimos, Señor, te muestres propicio con la devoción de tu pueblo, para que los que extenúan sus cuerpos por la abstinencia, sean alimentados en su alma por el fruto de buenas obras. *(Misal, 1.ª Sem., Cuaresma, Jueves, Oración.)*

LA BÚSQUEDA DE LA PALABRA DIVINA

Liturgia romana 34

El hombre no vive solamente de pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios. *(Deut., 8, 3. Mt., 4, 4. Brev. Rom., 1.ª Dom. Cuaresm., Antíf. de Sexta.)*

Yo soy la salud del pueblo dice el Señor; si gritan a mí cualquiera que sea su tribulación, yo los escucharé y seré siempre su Señor. Escucha mi ley, pueblo mío, presta atención a las palabras de mi boca. *(Sal., 77, 1. Misal, 3.ª Sem. Cuaresm., Jueves, Introit.)*

Liturgia ambrosiana 35

Es digno y justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y en todo lugar, Señor Santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, que ayunando cuarenta días y cuarenta noches, ha consagrado el ayuno. Tuvo pronto hambre pero no de alimento humano, sino de nuestra salvación; no deseó el alimento de los banquetes terrenos, sino la santidad de las almas. Porque su alimento es la redención de las naciones y el cumplimiento de toda santidad. Nos ha enseñado a ganar no el alimento de los banquetes terrenos, sino el que nos proporcionan las santas Escrituras. *(Misal, 1.ª Sem. Cuaresm., Martes, Prec.)*

Es justo y digno, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor, el

cual, en este santo tiempo de ayuno, alimenta la fe de los fieles, alienta su esperanza y fortifica su caridad. El, que es el pan verdadero y vivo, alimento de la eternidad y nutrición de las virtudes. Tú Verbo, Señor, por el cual se han hecho todas las cosas, es no sólo alimento de las almas humanas, sino pan de los mismos Angeles. Fortificado por este pan Moisés, tu siervo, cuando recibió la ley, ayunó cuarenta días y cuarenta noches; se abstuvo de alimento carnal, con el fin de estar mejor preparado para saborear tu dulzura. No sentía hambre en su cuerpo y olvidaba los alimentos terrenos, porque le iluminaba la vista de tu gloria y le fortalecía la palabra de Dios, por el soplo del Espíritu Santo. Señor, no ceses, pues, de darnos también a nosotros este pan, por el cual tú engañas nuestra hambre continua. *(Misal. 1 Dom. Cuaresma, Pref., cf. Misal Mozarab., 2.ª Sem. Cuaresm, Viernes, Illatio,* FEROTIN, 176.)

LA VELA, MEDITACIÓN Y ORACIÓN DEL PENITENTE

36 *Liturgia romana*

No sea para nosotros cosa superflua levantarse antes de la alborada, porque el Señor ha prometido la corona a los que velan. *(Brev. Rom., Invitat. de Cuaresma.)*

Busquemos el rostro del Señor y aclamémosle con salmos. *(Sal., 94, 2, id., Invitat. de Septuag.)*

Señor es bueno alabarte, y celebrar tu nombre, Altísimo, para anunciar día y noche tu misericordia y tu fidelidad. *(Misal. Rom., 2.ª Sem. Cuaresma, Sábado, Gradual.)*

Como los ojos de los siervos están fijos en las manos de sus amos, así nuestros ojos están fijos en el Señor, nuestro Dios, hasta que se apiade de nosotros; ten

piedad de nosotros, Señor, ten piedad de nosotros. Hacia ti levanto mis ojos, hacia ti que habitas en los cielos. *(Sal., 122, 2, 1. Id., 1.ª Seman. de Cuaresma, Lunes, Introit.)*

Oh Dios, protector nuestro, míranos; derrama tu mirada sobre tus siervos, Señor, Dios de los Ejércitos, escucha las oraciones de tus siervos. *(Sal., 83, 10 y 9, Id., Gradual.)*

El tiempo de ayuno nos ha abierto las puertas del Paraíso; unámosle a nuestras oraciones y a nuestras plegarias, para que en el día de la resurrección seamos glorificados con el Señor; mostrémonos en todo siervos de Dios con mucha paciencia, para que en el día de la resurrección seamos glorificados con el Señor. *(Brev. Rom., 1 Dom. Cuaresm., Mait. 6 responsorio.)*

Liturgia ambrosiana 37

El que medita la Ley del Señor, día y noche, dará fruto a su tiempo. *(Salm., 1. Misal, Sexages., confract.)*

Convertíos a Dios de todo corazón, con la oración, el ayuno y la vigilia. Unid las lágrimas a la oración para borrar vuestros pecados, antes de que os sobrevenga la muerte súbita, antes de que os trague el abismo de la muerte. Que el creador a su venida os encuentre prevenidos. *(Id., Sept., transitor.)*

La vida presente es alegre, pero pasa; tu juicio, Cristo, es terrible y permanece. Por esto dejamos todo amor incierto y meditamos en la eternidad y exclamamos: Cristo, ten piedad de nosotros. *(Id., Quincuagésima, Igressa.)*

Roguemos a Dios con un corazón puro y con un alma llena de deseos, hasta que él restablezca la paz, escuche nuestras oraciones, nos perdone y no nos deje en el tiempo de la tribulación. *(Sexag., Ant. después del Evang. sacada de II Macab., 1, 2-5.)*

38 *Liturgia griega*

Dame, oh Cristo, el pasar el tiempo del ayuno en completa calma; apacigua las olas de mi conciencia y guíame al puerto de la resurrección. *(2.ª. Sem. Cuaresm., Viernes, Orthros, 5.ª Oda,* ed rom., Tr., p. 282.)

Cristo fué tentado; el diablo le tentaba. Le señaló unas piedras para que las convirtiese en pan; le condujo a una montaña para que desde ella viese todos los reinos del mundo. Alma mía, teme la tormenta, está en vela, ruega a Dios sin cesar. *(5.ª Sem. Cuaresm., Jueves, Orthros, Oda 9.ª, ib.,* p. 489.)

Libra, Señor, mi alma de las tiranías de las pasiones para que, libre, cumpla tu soberana voluntad y ensalce tu poder por los siglos. *(2.ª Sem. Cuaresm., Lunes, Orthros, Oda 8.ª, ib.,* p. 250.)

Cordero de Dios, lleno de bondad, fuente de misericordia, que por tu divino poder borras los pecados del mundo, estoy agitado por las tempestades del pecado; sálvame, y condúceme al puerto de la penitencia. *(Id., 1.ª Oda,* p. 349.)

39 *Oración de Manasés*

Señor Todopoderoso, Dios de nuestros padres Abrahán, Isaac y Jacob y de su santa posteridad; tú que hiciste el cielo y la tierra con todo su ornato; Tú que encadenaste el mar con la palabra de tu mandato; Tú que cerraste el abismo y le sellaste con tu nombre terrible y glorioso; ante cuyo poder todas las cosas temen y tiemblan, porque la magnificencia de tu gloria es insoportable e insufrible la ira de tus amenazas contra los pecadores; inconmensurable e insondable es la misericordia de tus promesas, porque Tú eres Señor Altísimo, benigno, lleno de largueza y misericordioso y te apena la maldad de los hombres. Tú, Señor, que según la grandeza de tu ternura has prometido la penitencia y remisión para los que han pecado contra

ti y que en la abundancia de tu compasión has atraído a los pecadores a la penitencia para que se salven, Tú, Señor Dios todopoderoso, Tú no mandaste la penitencia para los justos, para Abrahán, Isaac y Jacob que no pecaron contra ti, sino para mí, pecador, porque mis pecados son más numerosos que las arenas del mar. Señor, mis iniquidades no tienen número, no me atrevo a levantar mis ojos al cielo a causa de mis pecados; encorbado estoy bajo el peso de las cadenas de modo que no puedo levantar la cabeza; no me queda ningún socorro por haber excitado tu ira y por haber hecho el mal ante ti; no hice tu santa voluntad y no guardé tus mandamientos; cometí abominaciones y multipliqué mis delitos. Ahora inclino mi corazón e imploro tu bondad. Pequé Señor, pequé, reconozco mis maldades. Perdóname, Señor, perdóname y nō me hagas perecer por mis pecados; no me reserves males eternos, no castigues en los últimos lugares de la tierra porque eres el Señor Dios de los arrepentidos, y en mí has de mostrar toda tu bondad, que aunque indigno me salvaste según tu misericordia en manera grande. Yo te alabaré todos los días de mi vida, porque te alaba toda virtud celeste y tuya es la gloria de los siglos. Amén. (*Horologio,* ed. Rom., 1937, p. 261.)

LAS PRIMICIAS DE LA VICTORIA

LA PACIENCIA, LA ESPERANZA, LA VICTORIA ADQUIRIDA

40 *Liturgia romana*

Señor, Dios mío, espero en ti; líbrame de los que me persiguen y sálvame. *(Sal., 7, 2; Misal, Sábado de las Cuatro Témporas de Cuaresma, Com.)*

Fortificados por el don de la vida celeste, te suplicamos, Señor, que, lo que es para nosotros en esta vida un misterio, sea una prenda de eternidad para la vida futura. *(Id., Sábado después del Miércoles de Ceniza, Poscom.)*

Compareceré en mi inocencia, ante ti, oh Señor; seré saciado cuando manifieste tu gloria; escucha mi justicia, y atiende mi oración. *(Sal., 16, 15 y 1; id., Viernes de la 2.ª Sem. Cuaresm., Introit.)*

Alma mía, bendice al Señor, y no olvides sus beneficios y tu juventud será renovada como la del águila. *(Salm., 102, 2 y 5; id., Viernes de las Cuatro Témporas de Cuaresm., Ofertor.)*

La diestra del Señor ha manifestado su poder, la diestra del Señor me ha exaltado; no moriré sino que viviré y publicaré las maravillas del Señor. *(Salm., 119, 16-17; id., Martes de la 3.ª Sem. Cuaresm., Ofer.)*

Liturgia mozárabe 41

Tened valor, hermanos míos, y esperad con paciencia la pasión y resurrección del Hijo de Dios y su gloriosa manifestación; no os asustéis por los laboriosos esfuerzos, vosotros que deseáis con ardor la Pascua del Señor. En medio de esta santa Cuaresma, tened ánimo y no desfallezcáis por las fatigas futuras, puesto que ya habéis soportado las penas del ayuno pasado. Jesús que se ha dignado hacerse débil por nosotros dará valor y ánimo a los vacilantes. El, que nos dió fuerzas para comenzar la carrera, nos la dará también para llevarla a término feliz. El nos ayudará puesto que desea que vivamos en espera de la gloria de su Pasión. Amén. *(Misal, 4.º Dom., de Cuaresm.,* FEROTIN 190, 426.)

Señor, toda la Iglesia se regocija al sentir ya cerca las alegrías pascuales. Te suplicamos humildemente que mires con benignidad nuestros ruegos y nuestros ayunos y que bendigas esta ofrenda; santifícanos por su recepción y dígnate hacernos llegar con el corazón puro a la gloria de tu Pasión. *(Id., Martes Santo, Post pridie, ib., 230, 561.)*

Liturgia griega 42

El Señor que ha plantado la viña y llamado a sus obreros, se acerca; venid, campeones del ayuno, a recibir la recompensa, porque nuestro dispensador es rico y lleno de bondad. Hemos trabajado poco, pero, con todo eso, nuestra alma recibirá recompensa abundante. *(Dom. de Cuaresma., Vísper., idiom.,* ed. rom., Tr., página 434.)

HACIA LA ILUMINACIÓN PASCUAL. EL DON DE LA FE Y DEL BAUTISMO

Cuando me hubiere santificado entre vosotros, os reuniré de toda la tierra y derramaré sobre vosotros el

agua limpia, y seréis purificados de todas vuestras manchas y os daré un corazón nuevo. (Ezeq., 36, 22-26; Misal rom., 4.° Sem. Cuaresma., Miércoles del gran Escrutinio, Introit.)

43 HOMILÍA DE SAN AGUSTÍN SOBRE LA CURACIÓN DEL CIEGO DE NACIMIENTO

Los hechos sorprendentes y maravillosos de la vida de nuestro Señor Jesucristo son aún mismo tiempo obras y palabras; obras porque han sido hechas; palabras porque son señales. Si reflexionamos sobre lo que significa este milagro veremos que este ciego es el género humano, pues esta ceguera fué la porción del primer hombre, como consecuencia del pecado que fué para todos nosotros causa, no sólo de la muerte, sino también de la iniquidad; porque si la ceguera es la infidelidad, y la fe es la luz, ¿a quién encontró fiel Cristo en su venida, puesto que el Apóstol mismo, nacido de una nación de Profetas, dice: Nosotros fuímos en un tiempo hijos por naturaleza de ira, como todos los demás? *(Eph.*, 2, 3). Si nosotros éramos hijos de ira, lo éramos también de vengaza y de castigo, y por tanto, del infierno.

¿Cómo lo éramos por naturaleza, sino porque, por el pecado del primer hombre, el vicio se había arraigado en la naturaleza? Si el vicio se ha arraigado en la naturaleza, todo hombre es ciego en cuanto al alma. El Señor viene; y ¿qué es lo que hace? Nos confía un gran misterio. Arroja saliva al suelo y hace lodo, porque el Verbo se hizo carne, y con ese barro unge los ojos del ciego. Con esta unción el ciego no ve todavía; le envía a la Piscina de Siloé. Se le ocurrió al Evangelista llamar nuestra atención sobre el nombre de la Piscina, y por eso añade: que significa "enviado". Quién es el Enviado, ya lo sabéis, pues si El no hubiese sido enviado nadie de nosotros habría sido libertado de la iniqui-

dad. Se lavó los ojos en esta piscina cuyo nombre significa enviado, y fué así bautizado en Cristo. Si el Señor, pues, le bautizó en cierto modo al darle vista, es porque con la unción de los ojos le hizo, probablemente catecúmeno. Acabáis de oír un gran misterio. Si preguntáis a un hombre: "¿Eres cristiano?" Os responderá: "No lo soy." "¿Eres pagano o judío?" Si os respondiere "no lo soy" le preguntaréis aún más: "¿Eres catecúmeno o fiel?" Si él os contestare que es catecúmeno, sabed que ha sido ungido pero no lavado todavía. ¿Pero de dónde le viene esta unción? Preguntádselo y os responderá. Preguntadle en quién cree. Por el hecho de ser catecúmeno os responderá: "En Cristo." Pero ahora me dirijo a catecúmenos y fieles: ¿Qué es lo que he dicho de la saliva y del lodo? Los catecúmenos saben que, "el Verbo se hizo carne"; pero no les basta saber la razón de su unción. Que se apresuren pronto a ir a lavarse si es que buscan la luz. *(Trat., 44 sobre S. Juan, 1-2;* P. L. 35, 17, 13 ss., *cf. Brev. Rom., Miércoles de la 4.ª Sem. de Cuaresm., día del Gran Escrutinio.)*

Liturgia ambrosiana 44

Es justo, digno, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por Jesucristo nuestro Señor que para hacernos conocer el misterio de nuestra humillación se sentó fatigado en el brocal del pozo y pidió de beber a la Samaritana. Había creado en ella el don de la fe y se dignó tener sed de su fe, con el fin de encender en ella el fuego del amor divino, cuando la pidió agua. Nosotros imploramos tu infinita clemencia, para que despreciando las profundidades tenebrosas de los vicios y alejándonos del lodo de los deseos pecaminosos, tengamos siempre sed de ti, fuente de Vida y de Bondad y te seamos agradables por medio de la observancia de los ayunos. *(Misal, 2.ª Dom. Cuaresm., Pref.)*

Es digno, justo, equitativo y saludable darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, por medio de nuestro Señor Jesucristo que por la iluminación de su fe ha arrojado las tinieblas del mundo y por el misterio de su encarnación ha iluminado al género humano, nacido ciego del seno de su primera madre. El es, quien, a aquellos que estaban encadenados con cadenas de una justa condenación, ha hecho hijos de adopción. Te rogamos que por sus méritos nos hagamos dignos de ser hallados, en el juicio de tu justicia, tal cual hemos sido santificados en el baño saludable de la regeneración: que con el remedio de su Encarnación, lavados por una ablución santa, adornados con la piedad y el ayuno, lleguemos a los goces celestiales. *(Id., 5.ª Sem., Sábado, in traditione symboli, Or., super populum.)*

45 *Liturgia mozárabe*

Digno y justo es que te demos gracias, Señor santo, Padre eterno, Dios omnipotente, por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, que por la iluminación de la fe disipó las tinieblas de este mundo e hizo hijos de gracia a aquellos que estaban cautivos por la justa condenación de la ley. El vino a este mundo para juzgar, a fin de que vean los que no veían, y los que veían queden ciegos; de tal manera, que aquellos que confiesen las tinieblas de sus errores, reciban la luz eterna que disipe la obscuridad de sus pecados. En cuanto a aquellos que, orgullosos de sus méritos, piensan que se hallan en la posesión de la luz de justicia deben por una justa razón abismarse en sus propias tinieblas. Llenos de orgullo y confiando en su propia justicia, no fueron en busca del médico que los podía salvar. Libres eran para entrar por Jesús el cual decía: "Soy la puerta para ir al Padre." Pero puesto que, en su malicia, se hallaban engreídos de sus méritos quedaron abandonados a su ceguera. Nosotros, Padre san-

to, venimos humildemente y sin presumir de nuestros méritos, descubrimos nuestras llagas ante tu altar, y confesamos las tinieblas de nuestros errores y revelamos lo secreto de nuestras conciencias. Haz que hallemos el remedio a nuestras heridas, la luz eterna que disipe nuestras tinieblas, la inocencia que purifique nuestras conciencias. Con todas nuestras fuerzas deseamos contemplar tu cara, mas nuestras tinieblas habituales nos retienen ciegos. Queremos ver el cielo y no podemos, pues tenemos los ojos obscurecidos por nuestros pecados; en nada hemos imitado la vida santa de aquellos que a causa de sus virtudes han sido llamados a los cielos. Ven, pues, Jesús, a nosotros que oramos en tu templo y cúranos hoy a todos, Tú que no has querido sujetar al sábado a aquellos que obran tus maravillas. Descubrimos nuestras heridas ante la gloria de tu Nombre; aplica el remedio a nuestras enfermedades. Tú, que nos creaste de la nada, socórrenos como lo prometiste a quienes te lo suplicasen. Haz ungüento y toca con él los ojos de nuestro corazón y de nuestro cuerpo, no sea que nuestra ceguera nos haga recaer en las tinieblas de nuestros errores. Con nuestras lágrimas regamos tus plantas; no rechaces nuestra humillación. ¡Oh buen Jesús! que no abandonemos tus huellas, pues Tú has venido a la tierra en la humildad. Escucha nuestra oración y, disipando la obscuridad de nuestros pecados, haz que veamos la gloria de tu faz, en la bienaventuranza del descanso eterno. (*Misal, 2.° Dom. Cuaresma, Illatio,* FEROTIN, 180, 394.)

Justo y digno es darte gracias, Señor santo, Padre eterno, Dios todopoderoso por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor. El es quien en medio de la fiesta sube al templo para enseñar. La multitud se admiraba de su doctrina ignorando el poder de su divinidad escondida. Admirábase al oír hablar a uno que no había estudiado las Escrituras, pues veía en El al hombre e ignoraba a

Dios. He aquí que todos estaban asombrados; con todo no se convirtieron. Admiraban todos las palabras del Señor, pero nadie creyó en sus obras enteramente. Así, puesto que no le reconocieron no fueron reconocidos ellos tampoco; y puesto que, cegados por su malicia, *no* reconocieron a Dios en la carne, permanecieron en sus tinieblas.

Nosotros, ciertamente, no vemos con nuestros ojos corporales al mismo Señor Jesucristo, vuestro Hijo según la carne; pero sabemos ciertamente y confesamos que es contigo y con el Espíritu Santo, Dios en la Trinidad, y que ha llevado consigo a los cielos, como prenda de nuestra salvación futura, nuestra carne mortal que había revestido.

Te suplicamos, pues, Dios santo y misericordiosísimo, que nuestra confesión nos conduzca a la gloria; que nuestra fe nos libre de la segunda muerte; que la esperanza nos sirva de consuelo en nuestras angustias y lágrimas, y que nos consiga para siempre las alegrías eternas. De este modo, cuando lleguemos después de esta vida a la recompensa del llamamiento de lo alto y veamos las primicias de nuestra carne en Jesús glorificado, nuestros cuerpos vistos en la gloria de su divinidad, serán glorificados por nuestro Jefe. Por eso nosotros, que somos los miembros de este Jefe, cantamos a Jesucristo nuestro Señor por los beneficios de su gracia, el himno de nuestra redención, aclamando y diciendo: Santo, Santo, Santo. *(Id., 4.º Dom. Cuar., Viernes, Missa, ib., 205, 473.)*

Oh Jesús, Redentor y Señor nuestro, que por salvar al género humano veniste en la sexta edad del mundo al abismo de nuestra bajeza, conserva y santifica tu Iglesia en la unidad de la santa fe. Tú le hiciste salir en otro tiempo de la profundidad tenebrosa del abismo y quisiste unirle a Ti por la gracia. Haz que todos los que en ella viven, gocen de un socorro eterno puesto que han ido a Ti por la fe; que por Ti sea-

mos introducidos en el reino de la vida eterna, pues por Ti hemos recibido la luz de la fe. Danos a nosotros que estamos sedientos una bebida de vida eterna para que nunca volvamos a tener sed. Arroja de nuestro corazón las profundas tinieblas del error, no sea que la fosa cierre su boca sobre nosotros. *(Sal., 68.)*

Que nosotros que habíamos caído por nuestra falta en el abismo, nos hallemos junto a Ti, para que nos levantes; que siempre que nuestra ceguera nos haga caer en pecado, nos reanime tu bondad. Aleja de nuestros corazones la malicia inveterada del pasado, Tú que por el nuevo don del Espíritu aumentaste la fe en la Samaritana.

Te suplicamos, oh buen Jesús, nos concedas pasar estos días de fervor en la plenitud de un santo deseo, como esta mujer que mereció por el don de la santa fe, conocerte verdaderamente. Que con tu ayuda, durante la celebración de estos días, no nos mancillemos por nuestra malvada inclinación, ni participemos de malicia alguna para que no seamos más separados por nuestros escándalos.

Que juntándonos en la unidad de la santa fe, protegidos e iluminados por la asistencia del Espíritu Santo, seamos purificados de nuestros pecados, para llegar al santo día de Pascua, y recibir con fervor el misterio de nuestra redención y para que podamos gozarnos de estar verdaderamente regenerados en luz eterna. Amén. *(Id., 1 Dom. de Cuaresm., Alia, ibid., 165, 355.)*

Jesús, nuestro Maestro, sal al camino a nuestro encuentro; deseamos llegar a la patria para que siguiendo tu resplandor vayamos por el camino recto y no nos perdamos en las espantosas tinieblas de esta noche, brilla en nosotros Tú que eres el Camino, la Verdad y la Vida.

Como aquel ciego obtuvo por la confesión de su fe el beneficio de la salud, haz que consigamos lo que nos has mandado pedir, cuando desde esta tierra clamamos

como nos enseñaste: Padre nuestro. *(Id., 2.ª Sem. Cuaresm., ad or., dom., ib., 182, 397.)*

Tú, pueblo santo de Dios has sido llamado a la vida; el Creador te invita; ama la obra de sus manos. El Redentor atrae bondadosamente a los hombres y les dice: "Venid. Yo soy vuestro Dios único. Habíais abandonado el resplandor de la luz; un grandísimo caos os rodeaba; ya no reinaba la felicidad, pues una muerte cruel se había introducido en la tierra. Lleno de dulzura me he acercado a Ti, Dios Creador y vivificador; vengo a participar de vuestra debilidad; yo os llevaré sin trabajo con mi poder; el aprisco de la alegría está presto a recibiros."

La frente será sellada con el sello de la Cruz; los oídos y la boca consagrados con la unción; aplicad el oído del corazón a las enseñanzas; cantad con entusiasmo el cántico vivificador de la alabanza. Regocijáos con vuestro nombre nuevo; estáis llamados a conquistar una nueva herencia; nadie de vosotros se verá en lo sucesivo sometido a su enemigo como esclavo; seréis reino permanente de solo Dios. *(Id., Dom. de Ramos, Himno,* str. i, 3-6, P. L., 86, 564.)

Que el Unigénito de Dios Padre os haga hoy hostia viva y afiance mañana en su amor vuestros corazones. Amén.

Santificaos hoy y os haga perfectos para que mañana permita que os acerquéis dignamente a su festín. Que por su misericordia os perdone vuestros pecados para que mañana os revele los ocultos misterios de su Pasión. Amén. *(Misal, Miércol. santo, bendición,* FEROTIN, 234, 572.)

CONCLUSION

HOMILÍA AL PUEBLO DE ROMA DE SAN GREGORIO MAGNO, 46

en la basílica de San Lorenzo, mártir, el Domingo de Septuagésima, sobre el Evangelio del mismo día; los obreros llamados a la viña del Padre de familias, en las diferentes horas del día.

1. *Las edades del mundo*

La explicación de esta lectura del Evangelio exigiría largos desarrollos. Quisiera resumíroslos, para no fatigaros con prolijos discursos, puesto que aún queda para después una larga procesión.

El reino de Dios es semejante a un padre de familias que contrata obreros para cultivar su viña. ¿Quién, mejor que nuestro creador, que gobierna a los que ha criado, que posee a sus elegidos en este mundo, como un señor sus servidores en su casa, puede más justamente ser representado por el padre de familias? El posee una viña, la Iglesia universal, que ha producido tantos sarmientos como santos tiene, desde el justo Abel hasta el último elegido que nazca al fin del mundo. Así este padre de familias ha contratado obreros para cultivar su viña al despuntar el día, a tercia, a sexta, a nona, en la hora undécima del día, porque

desde el comienzo del mundo hasta el fin del mismo, no ha cesado de enviar predicadores para la instrucción de su pueblo fiel. El despuntar del alba fué desde Adán hasta Noé; la hora de tercia, de Noé a Abrahán; la de sexta, desde Abrahán a Moisés; la de nona, desde Moisés hasta la venida del Señor; y la undécima desde la venida del Señor hasta el fin del mundo. Los Apóstoles han sido enviados a predicar en esta última hora y, sin embargo, han recibido el salario entero.

El Señor no cesa en ninguna ocasión de enviar obreros para cultivar su viña; esto es, para instruir a su pueblo. Primeramente los Patriarcas, después los Profetas y doctores de la ley y, finalmente, los Apóstoles; ha consagrado todos sus cuidados para santificar a su pueblo; ha trabajado, por decirlo así en cultivar su viña, por medio de los obreros que acabamos de señalar; pero esto no impide considerar como obreros de la viña del Señor, a cada cual en su grado y medida, a todos aquellos que, con fe ortodoxa se han esforzado en hacer el bien. Los de la primera hora, los de la tercera, sexta y nona, designan al pueblo hebreo que desde el principio del mundo, se esforzó en la persona de sus santos, en servir a Dios con fe recta y no cesó por decirlo así, de cultivar la viña. Pero a la hora undécima, son llamados los Gentiles, a los cuales se dirije esta palabra: ¿Por qué os estáis aquí todo el día mano sobre mano? El mundo, en efecto, había pasado ya un inmenso lapso de tiempo y estos aún no se habían preocupado de hacer nada por su propia vida; permanecieron durante todo el día ociosos. Pero fijaos, hermanos, en lo que responden ellos. Porque nadie, dicen, nos ha ajustado. Nadie ha venido a ellos, ningún Patriarca, ningún Profeta. Pues ¿qué quiere decir: nadie nos ha ajustado, sino que: nadie nos ha predicado los caminos de la vida?

Pero nosotros, hermanos, ¿qué excusa podemos alegar si nos hallamos vacíos de buenas obras, cuando,

apenas nacidos, hemos recibido la fe y, desde la cuna, hemos oído las palabras de vida, y hemos bebido de los pechos de la Iglesia la doctrina celestial juntamente con la leche materna?

2. *Las edades de la vida*

Podemos encontrar las diversas horas del día en las edades de la vida de cada hombre. El amanecer, en efecto, es la infancia de nuestra razón. La tercera hora, puede entenderse la adolescencia, porque así como el sol sube en el horizonte, así crece el calor de la edad: La sexta es la edad madura, cuando se concentra toda la plenitud de la fuerza, como cuando el sol se halla en su cenit. La hora nona se entiende la vejez, porque en esta edad disminuye el calor de la virilidad, como el sol desciende en su carrera. Por fin la hora undécima es la edad que llamamos la decrepitud y la ancianidad. (Por eso los griegos no llaman γέροντας a los de edad muy avanzada, sino πρεσβυτέρους, para indicar que no son más que viejos aquellos que llaman "personas de una edad muy avanzada.") Algunos son llamados a una vida santa en la infancia, otros en la adolescencia, otros en la edad madura, otros en la vejez y otros en fin cuando han llegado ya a la decrepitud; así como los obreros fueron llamados a la viña a horas diferentes.

Examinad, pues, vuestra vida, hermanos carísimos, y ved si sois ya obreros de Dios. Que cada uno reflexione sobre sus actos y vea si trabaja en la viña del Señor. El que busca los bienes de esta vida no ha ido aún. Porque trabajan para el Señor los que procuran el bien de su amo, no el suyo propio, los que se aplican con celo a la caridad y a la piedad, los que procuraron ganar almas, y son solícitos en conducirles a la vida eterna juntamente con ellos mismos. En verdad, todo el que vive para sí mismo, y se da a los placeres de

la carne con justicia se le puede considerar como ocioso, porque no se preocupa del fruto de la obra de Dios.

3. Recompensa de los primeros y de los últimos

Todo el que no ha procurado vivir para Dios hasta la vejez es como el que estuvo ocioso hasta la hora undécima y con razón se dice a los que esperan hasta la hora undécima. ¿Por qué estáis todo el día ociosos? Como si claramente dijese: Si no habéis querido vivir para Dios durante vuestra juventud y edad madura, arrepentíos, al menos en este último período, aunque sea tarde y aun cuando no tengáis en adelante que trabajar mucho, venid a los caminos de la viña. También a aquellos les llama el padre de familias y ordinariamente reciben más pronto la recompensa porque dejan sus cuerpos para ir al reino de los cielos, antes que aquellos que a primera vista, habían sido llamados desde su infancia.

¿No es a la undécima hora cuando vino el ladrón (venía tarde no a causa de su edad, sino por la muerte que sufrió) él, que confesó a su Dios sobre la Cruz y exhaló su espíritu inmediatamente después de la sentencia del juez? El Padre en la distribución del salario comenzó por el último, puesto que el ladrón precedió a Pedro en el descanso eterno. ¿Cuántos patriarcas antes de la Ley, cuántos otros bajo la Ley debieron esperar? En cambio, los que fueron llamados al reino de los cielos en el momento de la venida del Señor, llegaron sin dilación. De suerte, que los que fueron a trabajar a la hora undécima recibieron el mismo salario que habían esperado anhelantes, los que habían trabajado desde la hora primera. Tiene, pues, un salario idéntico, la vida eterna, tanto los que fueron llamados desde el origen del mundo, como los que lo fueron al fin. Por eso los que les precedieron en el trabajo murmuraban: Estos últimos no han trabajado más que una hora y tú le tratas igual que a nosotros

que hemos soportado el peso del calor del día. Soportaron el peso y el calor aquellos que molestados de vivir largo tiempo debieron sufrir más largamente los tormentos de la carne. De cada uno es el sobrellevar el peso del calor del día, más que el ser hostigado en el curso de una larga vida por los ardores de la concupiscencia.

4. *Los murmuradores*

Pero se podría preguntar, cómo se pudo murmurar de los que, aunque tarde, fueron lo mismo llamados al Reino de los cielos. ¿Cómo el murmurador puede entrar en el cielo y cómo el que entra puede murmurar? Pero los antiguos Padres hasta la venida del Señor, por recta que fuese su vida, no entraron en el reino. No había descendido el que por su muerte abriría las puertas del paraíso. Así los padres "murmuraron" porque habiendo obrado el bien para recibir este reino le vieron largamente diferido. Después de vivir en la justicia, fueron recibidos en los infiernos, y aunque hubiesen estàdo en paz, se puede decir, que después de trabajar en la vida "murmuraron". De suerte que después de su murmuración recibieron el denario aquellos, que después de una larga morada en los infiernos llegaron al reino de los cielos. Pero nosotros llegados a la hora undécima, después del trabajo no hemos murmurado y hemos recibido nuestro denario. Pues viniendo a este mundo después de la venida del Mediador hemos tenido acceso al reino inmediatamente después de haber dejado nuestro cuerpo y recibimos sin demora lo que los antiguos Padres merecieron mediante una larga espera. La cual hace decir al Padre de familias: quiero dar a este un denario lo mismo que a ti. Como el don de su reino depende de su libre voluntad, es justo que añada: ¿No me es permitido hacer lo que quiera? ¡Cuán necio es el hombre al quejarse de la misericordia de Dios! Si no diese lo justo,

pudiera lamentarse, pero no cuando da lo debido; es justo que añada: ¿Tu ojo es malo porque yo soy bueno?

Y para que nadie se ensoberbezca ni de sus obras ni de su hora, la Verdad añade esta sentencia: "Así los últimos serán los primeros y los primeros los últimos", pues cuanto más conociéremos la naturaleza y el número de nuestras buenas obras, no ignoraremos con qué rigor nos examinará de ellas el juez divino. Y ciertamente, no hay nadie que no deba alegrarse hasta el más alto punto de hallarse en el reino de Dios, aunque sea el último.

5. *Pequeño número de elegidos*

Pero lo que sigue a estas palabras es verdaderamente terrible: Hay, en efecto, muchos llamados pero pocos elegidos; muchos vienen a la Fe, pero pocos son introducidos al reino celestial. Ved cuántos hemos venido a celebrar hoy esta fiesta; la Iglesia está llena y con todo, ¡quién sabe cuántos de nosotros seremos contados en el número de los que integrarán el rebaño de los elegidos! Porque de boca todos aclaman a Cristo, pero no todos le aclaman con su vida. Gran número de los que le siguen con sus palabras, le abandonan con sus costumbres. De estos dice San Pablo: Hay algunos que hacen profesión de conocer a Dios, pero reniegan de él con sus actos [1]. Por esto, dice también Santiago: la fe sin obras está muerta [2]. Y el Señor, por boca del salmista: "Yo he anunciado y he hablado y ellos se han multiplicado sobre todo número."[3] Cuando Dios llama a sus fieles, se multiplican sobre todo número, porque muchos de los que vienen a la fe no pertenecen al número de los elegidos; se mezclan con los fieles en

---

[1] *Tito*, I, 16.
[2] *Santiago*, II, 20-26.
[3] *Salm.*, 3, 6.

una misma confesión, pero, por su vida reprochable, no merecen ser contados entre los elegidos. Este aprisco que es la Santa Iglesia recibe corderos y cabritos; pero, como dice el Evangelio, cuando venga nuestro Juez, separará los buenos de los malos, como el pastor separa los cabritos de los corderos[1]. Es cierto que los que ahora son esclavos de sus placeres carnales no podrán más tarde ser contados en el rebaño de los corderos. El Juez separará entonces los humildes de los que aquí abajo levantaron sus frentes con orgullo y no podrán recibir el reino de los cielos; los que, participando de la fe celestial, no ponen su deseo sino en buscar lo terreno.

6. *Presunción y juicio temerario*

En la Iglesia, queridos hermanos míos, véis a muchos de estos, pero no les debéis imitar, ni desesperar de su salvación. Nosotros vemos lo que ocurre hoy, pero nadie sabe lo que mañana puede ocurrir. Acontece con frecuencia, que el que parecía estar muy por debajo de nosotros nos aventaja, gracias a su celo por el bien; y, quizás mañana, apenas podamos seguir a aquel que hoy nos parecía que aventajábamos. Cuando Esteban murió por la fe, Saulo guardaba los vestidos de los que le apedreaban, y así en cierto modo, él le apedreaba por las manos de todos, puesto que con esto, les permitía a todos apedrearle más a su gusto. Y con todo, en sus trabajos por la Iglesia, llegó a aventajar a aquel a quien había perseguido y hecho mártir.

Hay, pues, dos cosas a las que debemos aplicar sin cesar nuestra atención: la primera es que, puesto que hay más llamados que elegidos, nadie puede presumir de sí mismo. Hemos sido llamados a la fe, es cierto, pero ignoramos si seremos dignos del reino de los cie-

[1] *Mt.*, 25, 32.

los. La segunda es que nadie se permita desesperar de su prójimo, aunque le vea encenagado en el vicio, porque nadie conoce los tesoros de la misericordia divina.

7. *Arrepentimiento y misericordia de Dios*

Os voy a contar, hermanos míos, una historia que está relacionada con lo que os acabo de decir, para que, de todo corazón os reconozcáis pecadores y cobréis más amor hacia la misericordia de Dios. En un monasterio, sito cerca de la iglesia de los santos mártires Pedro y Pablo, había un hermano que llegó a él con el fin de convertirse. Fué recibido piadosamente y vivió en él santamente. Su hermano le siguió al monasterio, pero su corazón andaba muy lejos de allí. Tenía aversión a la vida y al hábito religioso, y vivía en el monasterio como huésped. Su modo de vivir le alejaba de los monjes, pero, sin embargo, no podía dejar de habitar con ellos, pues no tenía ni dónde ir, ni de qué vivir. A todos repugnaban sus perversas costumbres, pero lo soportaban con paciencia por amor para con su hermano. Este orgulloso, este deprabado, que no sabía ni siquiera si después de esta vida hay otra, se reía del que quería hablarle de esto. Así, pues, vivía en el monasterio en hábito de seglar, era inconsiderado en sus palabras, desordenado en sus modales, de espíritu presuntuoso, aseglarado en su vestido, desarreglado en su conducta. Siempre así, hasta que en el mes de julio fué atacado por la terrible peste que sabéis. Llegado a su término estuvo a punto de entregar su alma. Parecía que la vida se había apagado en su cuerpo, y solamente su pecho y lengua conservaban alguna vitalidad. Rodeado de sus hermanos, le sostenían con sus oraciones, tanto como les permitía la ayuda de Dios. De pronto, vió venir hacia él un dragón que quería devorarle y se puso a gritar con todas sus fuerzas: "Véome entregado al dragón, a quien vuestra presen-

cia impide devorarme; ¿por qué hacerme aguardar? Dejazle que me devore." Y como los hermanos le aconsejasen hiciera la señal de la cruz, respondió tanto como sus fuerzas le permitían: "Quiero signarme, pero el dragón me lo impide. La espuma de su boca se esparce por mi rostro, su aliento me sofoca la garganta. Véome que me aprieta entre los brazos y que ha engullecido mi cabeza con sus fauces." Al decir esto, pálido, tembloroso, a punto de morir, los hermanos comenzaron a rezar con tanta insistencia, que su intercesión comenzó a aliviar al que tenía sujeto este dragón. De pronto, se halló libre y exclamó en alta voz: "Bendito sea Dios; se marcha; vuestras oraciones han hecho huir al dragón que me tenía preso." Inmediatamente hizo voto de servir a Dios y hacerse monje. Desde entonces las fiebres continúan molestándole y sufre mucho. Ha sido librado varias veces de la muerte, pero no está aún completamente restablecido. El que vivió tanto tiempo en pecado, ha sido herido por una enfermedad larga, y este corazón endurecido es purificado por una prueba más dura aún. Así, la divina Providencia cauteriza con larga enfermedad los vicios que han durado tanto tiempo.

¿Quién creyó que Dios concedería la vida a este pecador hasta su conversión? ¿Quién podrá admirar suficientemente la misericordia de Dios? He aquí un hombre depravado que, al morir, ve al dragón a quien sirvió durante tantos años, y esta visión lejos de hacerle perder la vida le revela de quién era esclavo, y conociendo a este opresor, le resiste y le vence. El que había sido esclavo de un enemigo invisible, le ve al fin para librarse de él. ¿Qué lengua podrá publicar la misericordia de Dios? ¿Quién no se admirará ante tanta bondad? De ella habla el Salmista cuando dice: Tú, mi socorro; te cantaré porque, ¡oh Dios

mío! eres mi socorro, mi misericordia [1], considerando de cuántas pruebas está tejida la vida, el Salmista llama a Dios su socorro; y como al salir de la presente tribulación nos recoge en el descanso eterno, le llama su refugio. En fin, al considerar que ve nuestras faltas, que las soporta, que no pierde la paciencia, no le llama "misericordioso", sino, la misericordia misma, cuando dice: mi Dios y mi misericordia.

Consideremos el mal que hemos cometido; y con qué paciencia nos espera Dios; reflexionemos cuán grande es la bondad de su corazón, hasta tal punto que no solamente es indulgente con nuestras faltas, sino que promete el reino de los cielos a los penitentes. Desde lo más hondo de nuestro corazón, repitamos todos: Dios mío, mi misericordia, tres en la unidad y uno en la Trinidad, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén. (P. L., 76, 1153-1159. *Cf. Brev. Rom., dom., de Septuagésima, lecciones del tercer nocturno.)*

---

[1] *Salm.*, 58, 18.

INDICE

Págs.

TIEMPO DE SEPTUAGESIMA

PROPIO DEL TIEMPO

TIEMPO DE CUARESMA

Págs.

PASION Y SEMANA SANTA

Págs.

Págs.

FLORILEGIO

DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE SANTO DOMINGO DE SILOS

III

EL TIEMPO PASCUAL

CON UN SUPLEMENTO PARA LAS FIESTAS NOVISIMAS

1956

EDICIONES ALDECOA

DIEGO DE SILOE, 18

BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ, O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos, die 21 Martii 1956

1145

Nihil obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Can. - Secr.

PRINTED IN SPAIN

Ediciones Aldecoa - Burgos 17391

EL TIEMPO PASCUAL

CAPITULO PRIMERO

HISTORIA DEL TIEMPO PASCUAL

DEFINICIÓN DEL TIEMPO PASCUAL. — Se da el nombre de *Tiempo pascual* al período de semanas que transcurre desde el domingo de Pascua al sábado después de Pentecostés. Esta parte del *Año litúrgico* es la más sagrada, aquella hacia la cual converge el Ciclo completo. Se comprenderá esto fácilmente, si se considera la grandeza de la fiesta de Pascua, que la antigüedad cristiana embelleció con el nombre de *Fiesta de las fiestas, Solemnidad de las solemnidades,* a la manera, nos dice San Gregorio Papa en su Homilía sobre este gran día, que lo más augusto en el Santuario era llamado el *Santo de los Santos,* y se da el nombre de *Cantar de los cantares* al sublime epitalamio del Hijo de Dios que se une con la Santa Iglesia. Ciertamente, en el día de Pascua es cuando la misión del Verbo encarnado obtiene el fin que estuvo anhelando hasta entonces; en el día de Pascua el género

humano es levantado de su caída y entra en posesión de todo lo que había perdido por el pecado de Adán.

CRISTO VENCEDOR. — Navidad nos había dado un Hombre-Dios; hace tres días recogimos su sangre de un precio infinito para nuestro rescate. Mas en el día de la Pascua, no es ya una víctima inmolada y vencida por la muerte, la que contemplamos; es un vencedor que aniquila a la muerte, hija del pecado, y proclama la vida, la vida inmortal que nos ha conquistado. No es ya la humildad de los pañales, ni los dolores de la agonía y de la cruz; es la gloria, primero para él, después para nosotros. En el día de Pascua, Dios recupera, en el Hombre-Dios resucitado, su obra primera: el tránsito por la muerte no ha dejado en él huella ninguna, como tampoco la dejó el pecado, cuya semejanza se había dignado asumir el Cordero divino; y no es solamente él quien vuelve a la vida inmortal; es todo el género humano. "Así como por un hombre vino la muerte al mundo, nos dice el Apóstol, por un hombre debe venir también la resurrección de los muertos. Y así como en Adán mueren todos, así en Cristo todos serán vivificados" [1].

LA PREPARACIÓN DE LA PASCUA. — Así, pues, el aniversario de este acontecimiento constituye cada año el gran día, el día de la alegría, el día

[1] *I Cor.*, XV, 21, 22.

por excelencia; a él converge todo el Año litúrgico y sobre él está fundado. Mas, como este día es santo entre todos, ya que nos abre las puertas de la vida celestial, donde entraremos resucitados como Cristo, la Iglesia no ha querido luciera sobre nosotros antes de que hubiésemos purificado nuestros cuerpos por el ayuno y corregido nuestras almas por la compunción. Con este fin instituyó la penitencia cuaresmal, y también nos advirtió desde Septuagésima que había llegado el tiempo de aspirar a las alegrías serenas de la Pascua y de disponernos a los sentimientos que su venida debe despertar. Ya hemos terminado esta preparación y el Sol de la Resurrección se eleva sobre nosotros.

Santidad del domingo. — Mas no basta festejar el día solemne que contempló a Cristo-Luz huyendo de las sombras del sepulcro; a otro aniversario debemos tributar el culto de nuestra gratitud. El Verbo encarnado resucitó el primer día de la semana, el día en que el Verbo increado del Padre había comenzado la obra de la creación, al sacar la luz del seno del caos y separarla de las tinieblas, inaugurando así el primero de los días. Por tanto, en la Pascua nuestro divino resucitado santifica por segunda vez el domingo y desde entonces el sábado deja de ser el día sagrado. Nuestra resurrección en Jesucristo, realizada en domingo, colma la gloria de este primero de los días; el precepto divino del sábado

es abolido con toda la ley mosaica; y los Apóstoles mandarán en lo sucesivo a todo fiel celebrar como día sagrado el primer día de la semana, en el que la gloria de la primera creación se une a la de la divina regeneración.

Fecha de la fiesta de Pascua. — La resurrección del Hombre-Dios realizada en domingo, pedía no se la solemnizase anualmente en otro día de la semana. De aquí la necesidad de separar la Pascua de los cristianos de la de los judíos que, fijada de modo irrevocable en el catorce de la luna de marzo, aniversario de la salida de Egipto, caía sucesivamente en cada uno de los días de la semana. Esta Pascua no era más que una figura; la nuestra es la realidad ante la cual la sombra desaparece. Era necesario, pues, que la Iglesia rompiese este último lazo con la sinagoga, y proclamase su emancipación celebrando la más solemne de las fiestas un día que no coincidiese nunca con aquel en que los judíos celebrasen su Pascua, en lo sucesivo estéril de esperanzas. Los Apóstoles determinaron que desde entonces la Pascua para los cristianos no sería ya el catorce de la luna de marzo, aun cuando ese día cayese en domingo, sino que se celebraría en todo el universo el domingo siguiente al día en que el calendario caducado de la sinagoga continuaba colocándola.

Con todo, en consideración al gran número de judíos que habían recibido el bautismo y que

formaban entonces el núcleo de la Iglesia cristiana, para no herir su sensibilidad, se determinó que se aplicase con prudencia y paulatinamente la ley relativa al día de la nueva Pascua. Además, Jerusalén no tardaría en sucumbir debajo de las águilas romanas, según el vaticinio del Salvador; y la nueva ciudad que se levantaría sobre sus ruinas y que albergaría a la colonia cristiana, tendría también su Iglesia, pero una Iglesia completamente disgregada del elemento judaico, que la justicia divina había visiblemente reprobado en aquellos mismos lugares. La mayor parte de los Apóstoles no tuvieron que luchar contra las costumbres judías en sus predicaciones en tierras lejanas, ni en la fundación de las Iglesias que establecieron en tantas regiones, aun fuera de los límites del imperio romano; sus principales conquistas las hacían entre los gentiles. La Iglesia de Roma, que llegaría a ser Madre y Maestra de todas las demás, jamás conoció otra Pascua que aquella que hermana al domingo el recuerdo del primer día del mundo y la memoria de la gloriosa resurrección del Hijo de Dios y de todos nosotros, que somos sus miembros.

La costumbre de Asia Menor. — Una sola provincia de la Iglesia, el Asia Menor, rehusó largo tiempo asociarse a este acuerdo. San Juan, que pasó muchos años en Efeso y terminó allí

su vida, creyó no debía exigir, de los numerosos cristianos que de las sinagogas habían pasado a la Iglesia en aquellas regiones, el renunciamiento a la costumbre judía en la celebración de la Pascua; y los fieles salidos de la gentilidad que fueron a acrecentar la población de aquellas florecientes cristiandades, llegaron a apasionarse con exceso en la defensa de una costumbre que se remontaba a los orígenes de la Iglesia del Asia Menor. Como consecuencia, al correr de los años, esta anomalía degeneraba en escándalo; allí se aspiraban efluvios judaizantes y la unidad del culto cristiano sufría una divergencia que impedía a los fieles vivir unidos en las alegrías de la Pascua y en las santas tristezas que la preceden.

El Papa San Víctor, que gobernó la Iglesia desde el año 185, puso toda su solicitud sobre este abuso y creyó que había llegado el momento de hacer triunfar la unidad exterior sobre un punto tan esencial y tan central en el culto cristiano. Anteriormente, con el Papa San Aniceto, hacia el año 150, la Sede Apostólica había intentado, por medio de negociaciones amistosas, atraer las Iglesias de Asia Menor a la práctica universal; no fué posible triunfar sobre un prejuicio fundado en una tradición conceptuada como inviolable en aquellas regiones. San Víctor creyó tendría más éxito que sus predecesores; y a fin de influir en las asiáticos por el

testimonio unánime de todas las Iglesias, ordenó se reuniesen concilios en los diversos países en que el Evangelio había penetrado, y se examinase en ellos la cuestión de la Pascua. La unanimidad fué perfecta en todas partes; y el historiador Eusebio, que escribía siglo y medio después, atestigua que todavía en su tiempo se guardaba el recuerdo de las decisiones que habían tomado en esta encuesta, además del concilio de Roma, los de las Galias, de Acaya, del Ponto, de Palestina y de Osrhoena en Mesopotamia. El concilio de Efeso, presidido por Polícrato, obispo de aquella ciudad, resistió solo a las insinuaciones del Pontífice y al ejemplo de la Iglesia Universal.

San Víctor, juzgando que esta oposición no podía tolerarse por más tiempo, publicó una sentencia por la que separaba de la comunión de la Santa Sede las Iglesias refractarias del Asia Menor. Esta pena severa, que no se imponía por parte de Roma sino después de prolongadas instancias encaminadas a extirpar los prejuicios asiáticos, excitó la conmiseración de muchos obispos. San Ireneo, que ocupaba entonces la silla de Lyon, intercedió ante el Papa, en favor de dichas Iglesias, que no habían pecado, según él, sino por falta de luces; y obtuvo la revocación de una medida cuyo rigor parecía desproporcionado con la falta. Esta indulgencia produjo su efecto: al siglo siguiente, San Anatolio, obispo

de Laodicea, atestigua en su libro sobre la Pascua, escrito en 276, que las Iglesias del Asia Menor se habían adaptado finalmente, desde hacía algún tiempo, a la práctica romana.

LA OBRA DEL CONCILIO DE NICEA. — Por una coincidencia extraña, hacia la misma época, las Iglesias de Siria, de Cilicia, y de Mesopotamia dieron el escándalo de una nueva desavenencia en la celebración de la Pascua. Dejaron la costumbre cristiana y apostólica, para adoptar el rito judío del catorce de la luna de marzo. Este cisma en la liturgia, afligió a la Iglesia; y uno de los primeros cuidados del concilio de Nicea fué promulgar la obligación universal de celebrar la Pascua en domingo. El decreto restableció la unanimidad; y los Padres del concilio ordenaron "que sin controversia, los hermanos de Oriente solemnizasen la Pascua en el mismo día que los romanos, los alejandrinos y todos los demás fieles"[1]. La cuestión parecía tan grave por su conexión con la esencia misma de la liturgia cristiana, que San Atanasio, resumiendo las razones que habían impulsado la convocatoria del concilio de Nicea, asigna como motivos de su reunión la condenación de la herejía arriana y el restablecimiento de la unión en la solemnidad de la Pascua[2].

---

[1] *Spicilegium Solesmense,* t. IV, p. 541.
[2] Carta a los Obispos de Africa.

El concilio de Nicea reglamentó también que el obispo de Alejandría fuese el encargado de mandar hacer los cálculos astronómicos que ayudasen cada año a determinar el día preciso de la Pascua, y que enviase al Papa el resultado de los descubrimientos realizados por los sabios de aquella ciudad, tenidos por los más certeros en sus cómputos. El Pontífice romano dirigiría después a todas las Iglesias cartas en que intimase la celebración uniforme de la magna fiesta del cristianismo. De este modo, la unidad de la Iglesia se trasparentaba por la unidad de la liturgia; y la Silla apostólica, fundamento de la primera, era al mismo tiempo el medio para la segunda. Además, ya antes del concilio de Nicea, el Pontífice romano tenía como costumbre dirigir cada año a todas las Iglesias una encíclica pascual en que señalaba el día en que debía celebrarse la solemnidad de la Resurrección. Así nos lo muestra la carta sinodal de los Padres del concilio de Arlés, en 314, dirigida al papa San Silvestre. "En primer lugar, dicen los Padres, pedimos que la observación de la Pascua del Señor sea uniforme en cuanto al tiempo y en cuanto al día, *en todo el mundo,* y que dirijáis a todos cartas para este fin, *según la costumbre*" [1].

Con todo, este uso no perseveró por mucho tiempo después del concilio de Nicea. La caren-

[1] *Concil. Galliae,* t. I.

cia de medios astronómicos acarreaba perturbaciones en la manera de computar el día de la Pascua. Es verdad que dicha fiesta quedó definitivamente fijada en domingo; ninguna Iglesia se permitió en adelante celebrarla en el mismo día que los judíos; mas, por desconocer la fecha precisa del equinoccio de primavera, sucedía que el día propio de la solemnidad variaba algunos años según los lugares. Paulatinamente fué descartándose la regla que había dado el concilio de Nicea de considerar el 21 de marzo como el día del equinoccio. El calendario exigía una reforma que nadie estaba preparado para realizar; se multiplicaban los calendarios en contradicción los unos con los otros, de manera que Roma y Alejandría no siempre llegaban a entenderse. Por este motivo, de tiempo en tiempo, la Pascua se celebró sin la unanimidad absoluta que el concilio de Nicea había procurado; pero se procedía de buena fe por ambas partes.

La reforma del calendario. — Occidente se agrupó en torno de Roma, que terminó por triunfar de algunas oposiciones en Escocia y en Irlanda, cuyas Iglesias se habían dejado extraviar por ciclos erróneos. Finalmente la ciencia hizo adelantos considerables en el siglo xvi, y permitió a Gregorio XIII emprender y terminar la reforma del calendario. Se trataba de restablecer el equinoccio en el 21 de marzo, conforme a la disposición del concilio de Nicea. Por una bula del

24 de febrero de 1581, el Pontífice tomó esta medida suprimiendo diez días del año siguiente, del 4 al 15 de octubre; de este modo restablecía la obra de Julio César, que en su tiempo también había tomado medidas acertadas sobre las computaciones astronómicas. Pero la Pascua era la idea fundamental y el fin de la reforma implantada por Gregorio XIII. Los recuerdos del concilio de Nicea y sus normas dominaban siempre sobre esta cuestión capital del año litúrgico; y así, una vez más, el Romano Pontífice señalaba la celebración de la Pascua al universo, no sólo por un año, sino por largos siglos.

Las naciones herejes experimentaron, a su pesar, la autoridad divina de la Iglesia en esta promulgación solemne que influía al mismo tiempo en la vida religiosa y en la civil; y protestaron contra el calendario como habían protestado contra la regla de la fe. Inglaterra y los Estados luteranos de Alemania prefirieron conservar aún mucho tiempo el calendario erróneo que la ciencia rechazaba, antes que aceptar de manos de un papa una reforma reconocida por el mundo como indispensable. Hoy es Rusia la única nación europea que, por odio a la Roma de San Pedro, persiste en tener su calendario retrasado diez o doce días respecto del que se usa en el mundo civilizado.

Hechos milagrosos. — Todos estos pormenores, que damos en síntesis, muestran la gran

importancia que tiene la fecha de la festividad de la Pascua; y el cielo ha manifestado más de una vez con prodigios que no le era indiferente esta sagrada fecha. En la época en que la confusión de ciclos y la imperfección de medios astronómicos ponían tanta incertidumbre sobre la fecha exacta del equinoccio de primavera, en ciertas ocasiones los hechos milagrosos suplieron las indicaciones que ni la ciencia ni la autoridad podían suministrar con certeza. Pascasino, obispo de Lilibea en Sicilia, atestigua en carta dirigida a San León Magno en 444, que, en el pontificado de San Zósimo, siendo cónsul Honorio por undécima vez y Constancio por la segunda, una intervención celestial vino a revelar el auténtico día de la Pascua en una población humilde y religiosa. En un paraje olvidado de Sicilia se escondía entre montañas inaccesibles y espesos bosques una aldea llamada Meltina. Su iglesia era de las más pobres, pero Dios se abajó hasta ella en su bondad; porque cada año, durante la noche pascual, en el momento en que el sacerdote se dirigía hacia el baptisterio para bendecir el agua, la fuente sagrada se encontraba milagrosamente llena, sin que hubiese ningún canal, ni otra fuente próxima que la alimentase. Terminada la administración del bautismo, el agua desaparecía por sí misma y la pila quedaba seca. Ahora bien, en el año referido sucedió que, habiéndose reunido el pueblo durante la noche que, engañado por un falso cómputo, se figuraba era

la de Pascua, cuando, acabada la lectura de las profecías, el sacerdote fué con sus fieles al baptisterio, se vió la pila seca sin agua. Los catecúmenos esperaron en vano la presencia del líquido por el cual se les debía conferir la regeneración, y se retiraron al amanecer del día. El 22 de abril siguiente, el diez antes de las calendas de mayo, la fuente apareció llena hasta los bordes, atestiguando que este día era la verdadera Pascua para aquel año.

Casiodoro, escribiendo en nombre del rey Atalarico, a un personaje llamado Severo, refiere otro prodigio que se efectuaba anualmente con fin idéntico, la noche de Pascua, en Lucania, cerca de la pequeña isla de Leucotea, en un lugar llamado Marcilianum. Había allí una gran fuente que se había escogido para la administración del bautismo en la noche de Pascua. Apenas el sacerdote había comenzado las solemnes preces de la bendición debajo de la bóveda natural que cubría dicha fuente, cuando el agua, como queriendo tener parte en los transportes de la alegría pascual, creció en el estanque; de manera que si antes se elevaba hasta la quinta grada, ahora se la veía subir hasta la séptima, como anticipándose a las maravillas de la gracia, de que ella iba a ser instrumento; mostrando Dios de este modo que la misma naturaleza insensible puede asociarse, cuando él lo permite, a las santas alegrías del más grande de los días del año [1].

[1] Casiodoro: *Variarum*, l. VII, carta XXXIII.

San Gregorio de Tours habla de una fuente que existía en su tiempo en cierta iglesia de Andalucía, en un lugar llamado Osen, en la que ocurría un hecho milagroso que servía también para comprobar el verdadero día de Pascua. Todos los años el obispo se dirigía con su pueblo a esta iglesia el Jueves santo. El seno de la fuente tenía forma de cruz y estaba adornado de mosaicos. Se comprobaba si estaba enteramente seca; y después de algunas preces todos salían de la iglesia, y el obispo cancelaba la puerta con su sello. El Sábado santo el obispo volvía rodeado de su pueblo; se abrían las puertas después de haber verificado la integridad del sello, y, al entrar en el recinto sagrado, contemplaban la fuente colmada de agua hasta por encima de la superficie del suelo, sin que jamás se desbordase. El obispo pronunciaba los exorcismos sobre aquella agua milagrosa y derramaba sobre ella el crisma. Luego se bautizaba a los catecúmenos; y, cuando el sacramento había sido conferido a todos, el agua desaparecía inmediatamente, sin que se supiese adonde se iba [1]. Los cristianos de Oriente también fueron testigos de prodigios semejantes. Juan Mosch habla, en el siglo VII, de una fuente bautismal de Licia que se llenaba de agua cada año, la vigilia de la fiesta de Pascua; mas permanecía los cincuenta días completos, y

[1] *La gloria de los mártires*, l. I, c. XXIV.

se agotaba de repente después de la fiesta de Pentecostés[1].

En la Historia del Tiempo de Pasión hemos recordado las leyes de los emperadores cristianos que prohibían los procesos civiles y criminales durante todo el curso de la quincena de Pascua, es decir, después del domingo de Ramos hasta la octava de la Resurrección. San Agustín, en un sermón pronunciado en esta octava, exhorta a los fieles a extender a todo el resto del año la suspensión de los procesos, querellas y enemistades, que la ley civil quería suspender al menos durante estos quince días.

El deber de la comunión. — La Iglesia impone a todos sus hijos la obligación de recibir la Sagrada Eucaristía en tiempo de Pascua; y este deber se funda en la intención del Salvador, que, aunque no fijó por sí mismo la época del año en que los cristianos debían acercarse a este augusto sacramento, dejó a su Iglesia el cuidado y la obligación de determinarla. En los primeros siglos la comunión era frecuente, y aun diaria según los lugares. Más tarde los fieles se resfriaron con respecto a este divino misterio; y vemos, según el canon 18 del concilio de Agda, en 506, que en las Galias muchos cristianos habían decaído de su primitivo fervor. Se declaró entonces que los seglares que no comulgasen en Navidad, Pascua y Pentecostés, no serían consi-

[1] *El prado espiritual*, c. CCXV.

derados como católicos. Esta disposición del concilio de Agda se adoptó como ley casi general en la Iglesia de Occidente. La encontramos entre otros lugares en los reglamentos de Egberto, arzobispo de York, y en el tercer concilio de Tours. Con todo, en diversos lugares, vemos prescrita la comunión para los domingos de Cuaresma, para los tres últimos días de la Semana Santa, y para la fiesta de Pascua.

A principios del siglo XIII, en el IV concilio general de Letrán, en 1215, la Iglesia, considerando la tibieza que invadía constantemente a la sociedad, determinó muy a pesar suyo que los cristianos no estarían estrictamente obligados a hacer más que una sola comunión al año, y que esta comunión se haría en la Pascua. A fin de hacer comprender a los fieles que esta condescendencia es el límite máximo que puede concederse a su negligencia, el santo concilio declara que a aquel que osare infringir esta ley, se le podrá prohibir la entrada en la iglesia durante toda su vida, y privarle de la sepultura eclesiástica después de su muerte, como si él mismo hubiese renunciado al lazo exterior de la unidad católica [1]. Estas disposiciones de un concilio ecuménico muestran la gran importancia del deber que con ellas se sancionaba; al mismo tiempo nos

---

[1] Más tarde, el papa Eugenio IV, en la constitución *Fide digna*, dada en el año 1440, declaró que esta comunión anual podía hacerse desde el domingo de Ramos hasta el domingo de *Quasimodo* inclusive.

hacen apreciar con dolor el lamentable estado de una nación católica donde millones de cristianos desafían cada año las amenazas de la Iglesia su Madre, al rehusar someterse a un deber cuyo cumplimiento constituye la vida de sus almas, al mismo tiempo que es la profesión esencial de su fe. Y cuando es necesario también excluir del número de los que no se muestran sordos a la voz de la Iglesia y vienen a sentarse al festín pascual, a aquellos para los cuales la penitencia cuaresmal es como si no existiese, hay que temer e inquietarse por la suerte de ese pueblo si algunos indicios no vienen de tiempo en tiempo a levantar las esperanzas, y a prometer un futuro de generaciones más cristianas que la nuestra.

Ritos litúrgicos. — El período de cincuenta días que separa la fiesta de Pascua de la de Pentecostés ha sido constantemente objeto de respeto particular en la Iglesia. La primera semana, consagrada principalmente a los misterios de la Resurrección, debía ser celebrada con esplendor especial; pero el resto de los cincuenta días no dejó de tener también sus honores. Además de la alegría que distingue a toda esta parte del año, y cuya expresión es el *Aleluya*, la tradición cristiana asigna dos usos al tiempo pascual que le diferencian del resto del año. El primero es la abolición del ayuno durante los cuarenta días: es la extensión del precepto antiguo que prohibe

el ayuno el domingo; todo este gozoso período debía ser considerado como un solo y único domingo. Las Reglas religiosas, aun las más austeras, de Oriente y de Occidente aceptaron esta práctica.

La otra práctica especial, que se ha conservado literalmente en la Iglesia de Oriente, consiste en no doblar las rodillas en los oficios de Pascua a Pentecostés. Nuestros usos occidentales han modificado esta costumbre, que se observó entre nosotros durante muchos siglos. La Iglesia latina admitió después de mucho tiempo la genuflexión en la misa durante el tiempo pascual; y los únicos vestigios que ella ha conservado de la antigua disciplina en esto, se han hecho casi imperceptibles a los fieles que no están familiarizados con las rúbricas del servicio divino.

Así, pues, el tiempo pascual es todo él como una fiesta continuada; ya lo proclamaba Tertuliano en el siglo III, cuando, al reprochar a ciertos cristianos sensuales el sentimiento que experimentaban de haber renunciado por su bautismo a tantas fiestas como ilustraban el año pagano, les decía: "Si amáis las fiestas, también las encontráis entre nosotros: no fiestas de un solo día, sino de muchos. Entre los paganos la fiesta se celebra una sola vez al año; para vosotros ahora cada ocho días es fiesta. Reunid todas las solemnidades de los gentiles, no llegaréis a la cincuentena de nuestro Pentecostés" [1]. San Am-

[1] De Idolatria c. XIV.

brosio, escribiendo a los fieles sobre este mismo tema hace la siguiente observación: "Si los judíos, no contentos con su sábado semanal, celebran otro sábado que se prolonga durante todo un año, ¡cuánto más debemos nosotros hacer para honrar la Resurrección del Señor! Por esto nos han enseñado a celebrar los cincuenta días de Pentecostés como parte integral de la Pascua. Son siete semanas completas, y la fiesta de Pentecostés da comienzo a la semana octava. Durante estos cincuenta días la Iglesia suspende el ayuno, como en el domingo, en que el Señor resucitó; y todos estos días son como un solo y mismo domingo"[1].

[1] Comentario sobre San Lucas, l. VIII, c. XXV.

CAPITULO II

MISTICA DEL TIEMPO PASCUAL

Coronación del año litúrgico. — De todas las estaciones del Año litúrgico, el Tiempo pascual, es ciertamente el más fecundo en misterios; más aún: puede decirse que este tiempo es el culmen de toda la mística de la liturgia en el período anual. Quien tenga la dicha de entrar con plenitud de espíritu y de corazón en el amor y en la inteligencia del misterio pascual, ha llegado a la medula misma de la vida sobrenatural; y por esta razón, nuestra Madre la Santa Iglesia, acomodándose a nuestra flaqueza, nos propone de nuevo cada año esta iniciación. Todo lo que ha precedido no es más que la preparación; la espera del Adviento, las alegrías del tiempo de Navidad, los graves y severos pensamientos de Septuagésima, la compunción y la penitencia de Cuaresma, el espectáculo desgarrador de la Pasión, toda esta gama de sentimientos y maravillas, no han servido sino para llegar al término a que hemos llegado. Y a fin de hacernos comprender que en la solemnidad pascual se trata del mayor interés del hombre terrestre, Dios ha querido que

estos dos grandes misterios, Pascua y Pentecostés, que tienen un mismo fin, se ofreciesen a la Iglesia naciente con un pasado que contaba ya quince siglos: período incalculable que a la divina Sabiduría no pareció demasiado prolongado, para preparar, por medio de figuras, las grandes realidades que nosotros poseemos ahora.

En estos días se juntan las dos grandes manifestaciones de la bondad de Dios para con los hombres: la Pascua de Israel y la Pascua cristiana; el Pentecostés del Sinaí y el Pentecostés de la Iglesia; los símbolos concedidos a un solo pueblo, y las verdades mostradas sin sombras a la plenitud de las naciones. Mostraremos particularmente la realización de las figuras antiguas en las realidades de la nueva Pascua y Pentecostés, el crepúsculo de la ley mosaica iluminado por el día perfecto del Evangelio; mas ¿no nos sentimos desde ahora impresionados de santo respeto, al pensar que las solemnidades que celebramos cuentan ya más de tres mil años de existencia, y que deben renovarse cada año hasta que resuene la voz del ángel que clamará: "Ya no habrá más tiempo" (*Apoc.*, X, 6) y se abran las puertas de la eternidad?

La Pascua de la eternidad. — La eternidad bienaventurada es la verdadera Pascua; y por esta razón la Pascua terrena es la fiesta de las fiestas, la Solemnidad de las solemnidades. El género humano había muerto, estaba abatido

con la sentencia que le retenía en el polvo del sepulcro; las puertas de la vida se le habían cerrado. Mas he aquí, que el Hijo de Dios se levanta del sepulcro y entra en posesión de la vida eterna; y no es él solamente el que ya no morirá; su Apóstol nos enseña que "es el primogénito entre los muertos" *(Col.,* I, 18). La Santa Iglesia quiere, pues, que nos consideremos ya como resucitados con él y como en posesión de la vida eterna. Estos cincuenta días del tiempo pascual, nos enseñan los Padres, son imagen de la bienaventurada eternidad. Están consagrados plenamente a la alegría; está desterrada toda tristeza; y la Iglesia no sabe decir nada a su Esposo sin mezclar el *Aleluya,* ese grito del cielo que resuena sin fin en las calles y plazas de la Jerusalén celestial, como nos lo dice la liturgia [1].

Durante nueve semanas nos hemos visto privados de este cántico de admiración y de gozo; sólo nos restaba morir con Cristo nuestra víctima; mas ahora que hemos salido del sepulcro con él, y que no queremos morir en lo sucesivo con la muerte que mata al alma y que hizo expirar sobre la cruz a nuestro Redentor, el *Aleluya,* vuelve a ser nuestro.

LA PASCUA DE LA NATURALEZA. —La sabiduría providencial de Dios, que ha ordenado en plena armonía la obra visible de este mundo y la obra sobrenatural de la gracia, quiso colocar la resu-

---

[1] *Pontificial romano,* para la Dedicación de las Iglesias.

rrección de nuestro divino Jefe en estos días que la misma naturaleza parece también resucitar del sepulcro. Los campos se visten de verdor, la arboleda del bosque recobra su follaje, el acento de las aves pone notas armoniosas en las auras, y el sol, símbolo radiante de Jesucristo triunfador, lanza torrentes de luz sobre la tierra regenerada. En tiempo de Navidad, este astro, abriéndose paso con premura entre las sombras que amenazaban extinguirle para siempre, se muestra en armonía con el nacimiento del Emmanuel, en el misterio de una noche profunda, envuelto en pañales de humildad; hoy, apropiándonos las palabras del salmista, "es un gigante que se lanza a la carrera; y no hay criatura que no se sienta reanimada por su vivificante calor". *(Sal.,* XVIII, 7.) Escuchad su voz en el *Cantar de los cantares* (II, 10-13), donde convida al alma fiel a incorporarse a la vida nueva que él comunica a todo lo que alienta: "Levántate, paloma mía, la dice, y ven. El invierno ha pasado, las lluvias han cesado; las flores despuntan en nuestra tierra; se han oído los arrullos de la tortolilla, la higuera arroja sus brevas y la viña en flor esparce su aroma."

NOBLEZA DEL DOMINGO. — Hemos explicado en el capítulo anterior por qué el Hijo de Dios quiso escoger el domingo con preferencia a los demás días, para triunfar de la muerte y proclamar la vida. No podía mostrar más enérgicamente que

toda la creación se renueva en la Pascua, sino abriendo en su persona la inmortalidad al hombre el día mismo en que había sacado la luz de la nada. No solamente el aniversario de su resurrección será en adelante el más grande de los días; sino, cada semana, el domingo será también una Pascua, un día sagrado. Israel festejaba por orden de Dios el sábado, para honrar el reposo del Señor después de los seis días de su obra; la Santa Iglesia, que es la Esposa, se asocia también a la obra del Esposo. Ella deja pasar el sábado, el día que su Esposo estuvo en el reposo del sepulcro; pero, iluminada de los esplendores de la Resurrección, consagra desde entonces a la contemplación de la obra divina el primer día de la semana, que vió sucesivamente salir de las sombras la luz material, primera manifestación de la vida sobre el caos, y también a aquel que, siendo el esplendor eterno del Padre, se dignó decirnos: "Yo soy la luz del mundo." *(San Juan,* VIII, 12.)

Transcurra, pues, la semana toda completa con su sábado; a nosotros cristianos nos basta el octavo día, aquel que rebasa la medida del tiempo; nos basta el día de la eternidad, el día en que la luz ya no tendrá eclipses, ni se dará con medida, sino que iluminará sin fin y sin límites. Así hablan los santos doctores de nuestra fe, cuando nos revelan las grandezas del domingo y la razón de la abrogación del sábado. Sin duda convenía al hombre tomar como día de

su reposo religioso y semanal aquel mismo día en que el autor de este mundo visible descansó; pero con todo no existía entonces más que el recuerdo de la creación material. El Verbo divino se muestra en este mundo, que él había creado en el principio; esta vez oculta los fulgores de su divinidad con el velo de nuestra carne; viene para dar cumplimiento a las figuras. Antes de abrogar el sábado, quiere realizarle en su persona, como todo lo demás de la ley, pasándole por completo como un día de reposo, después de los trabajos de la Pasión, en el nicho fúnebre del sepulcro; pero apenas da comienzo el día octavo, cuando el divino cautivo se lanza a la vida e inaugura el reino de la gloria. "Dejemos, pues, dice Ruperto, dejemos al judío, esclavo del amor de los bienes de este mundo, entregarse a las alegrías pretéritas de su sábado, que no recuerdan más que el aniversario de una creación material. Absorto en las cosas terrenales, no supo reconocer al Señor que creó al mundo; no quiso ver en él al Rey de los judíos, porque proclamaba: *Bienaventurados los pobres*. Para nosotros nuestro Sábado es el octavo día, que al mismo tiempo es el primero; y el gozo que en él saboreamos no procede del recuerdo de la creación, sino más bien de que el mundo fué en él redimido" [1].

El misterio del septenario seguido de un día octavo, que es el día sagrado, recibe una apli-

[1] *De los Oficios divinos*, l. VII, c. XIX.

cación nueva y aún más amplia en la misma disposición del Tiempo Pascual. Este tiempo se compone de siete semanas, que forman una semana de semanas cuyo día siguiente, el día de Pentecostés, también es un domingo. Estos números misteriosos, que Dios señaló el primero instituyendo en el desierto de Sinaí el primer Pentecostés, cincuenta días después de la primera Pascua, fueron recogidos por los Apóstoles para aplicarlos al período pascual de los cristianos. Esto mismo nos lo enseña San Hilario de Poitiers, cuya doctrina repiten San Isidoro, Amalario, Rabano Mauro, y generalmente todos los antiguos expositores de los misterios de la liturgia. "Si multiplicamos el septenario por siete, dice, vemos que este santo tiempo es en verdad el Sábado de los sábados; pero lo que le corona y le eleva a la plenitud del Evangelio, es el octavo día que sigue, día que es a la vez el primero y el octavo. Los Apóstoles dieron a estas siete semanas un carácter tan sagrado que durante su duración nadie debe doblar la rodilla para adorar, ni turbar con el ayuno las alegrías espirituales de esta fiesta prolongada. El mismo carácter se extiende a cada domingo, ya que este día, el siguiente al sábado, ha llegado a ser, por la aplicación del progreso evangélico, la perfección del sábado, y el día que transcurrimos en fiesta y en alegría"[1].

[1] Prólogo a los Salmos.

Así, pues, encontramos en la estructura del Tiempo pascual ampliamente el misterio que nos recuerda cada domingo; en adelante todo data para nosotros del primer día de la semana, ya que la resurrección de Cristo le ha iluminado para siempre con su gloria, de la que no era más que una sombra la creación de la luz material. Acabamos de ver que esta institución estaba ya esbozada en la antigua ley, aunque el pueblo de Israel no poseía el secreto. El Pentecostés judío caía el quincuagésimo día después de Pascua, y este día era el que seguía a las siete semanas. Otra figura de nuestro Tiempo pascual se encontraba también en una de las instituciones que Dios dió a Moisés para su pueblo en el Año jubilar. Cada cincuenta años volvían a sus primeros poseedores las casas y los campos que habían sido vendidos durante los cuarenta y nueve años precedentes, y los israelitas que por pobreza se habían visto obligados a esclavizarse, recobraban la libertad. Este año, llamado propiamente el año sabático, seguía a las siete semanas de años que habían precedido, y significaban también nuestro octavo día, en que el Hijo resucitado de María, nos libraría de la esclavitud del sepulcro y nos pondría en posesión de la herencia de nuestra inmortalidad.

Usos litúrgicos. — Los usos litúrgicos que distinguen el Tiempo pascual en la disciplina de ahora, se reducen a dos principales: la repeti-

ción continua del *Aleluya,* de que poco ha hemos hablado, y el empleo de los colores blanco y rojo, según lo piden las dos solemnidades, de las cuales la una abre este período y la otra le termina. El color blanco le exige el misterio de la Resurrección, que es el misterio de la luz eterna, luz sin sombras ni manchas, y que produce en aquellos que le contemplan el sentimiento de una inefable pureza y de una beatitud cada vez mayor. Pentecostés, que ya en esta vida nos da al Espíritu Santo con su fuego que abrasa, con su amor que consume, exige la expresión de un color distinto. La Santa Iglesia ha escogido el rojo para expresar el misterio del divino Paráclito manifestado en las lenguas de fuego que descendieron sobre todos los que estaban encerrados en el Cenáculo. Ya antes dijimos que apenas queda en la liturgia latina alguna huella de la antigua costumbre de no doblar la rodilla en el Tiempo pascual.

Las fiestas de los santos, que fueron suspendidas en el transcurso de la Semána Santa, lo serán también durante los ocho primeros días del Tiempo pascual; pero después vuelven a reaparecer en el Ciclo, alegres y copiosas, en torno al Sol divino. Ellas le harán cortejo en su gloriosa Ascensión; mas es tal la grandeza del misterio de Pentecostés, que, desde la vigilia de este día, de nuevo quedan suspendidas hasta la terminación completa del Tiempo pascual.

Los ritos de la Iglesia primitiva con respecto a los neófitos que fueron regenerados en la noche de Pascua, ofrecen también numerosas pinceladas del más conmovedor interés. No es éste el momento de tratar de ellos, ya que solamente se refieren a las dos octavas, la de Pascua y la de Pentecostés. Daremos su explicación a medida que se nos vayan presentando a través de la Liturgia.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO PASCUAL

LA ALEGRÍA ESPIRITUAL. — La práctica de este santo tiempo se resume en la alegría espiritual que debe producir en las almas resucitadas con Jesucristo, alegría que es un anticipo de la bienaventuranza eterna, y que el cristiano debe ya desde ahora mantener en sí, buscando cada vez con más ardor la Vida que alienta a nuestro divino Jefe, y huyendo constantemente de la muerte, hija del pecado. Durante el período que ha precedido, debimos afligirnos, llorar nuestras faltas, entregarnos a la expiación, seguir a Jesucristo hasta el Calvario. La Iglesia nos incita ahora a la alegría. Ella misma ha desechado todas sus tristezas; ya no gime como la paloma; canta como la Esposa que ha hallado de nuevo al Esposo.

A fin de hacer este sentimiento de alegría pascual más universal, ella se acomoda a la flaqueza de sus hijos. Después de haberles recordado la necesidad de la expiación, concentró toda la rigidez de la penitencia cristiana en los cuarenta

días que acaban de transcurrir; y después, dando libertad a nuestros cuerpos al mismo tiempo que a los sentimientos de nuestras almas, nos ha hecho llegar a una región donde todo es alegría, luz y vida, donde todo es gozo, calma, dulzura y esperanza de la inmortalidad. De este modo ha producido en las almas, aun las menos elevadas, un sentimiento análogo al que experimentan las más perfectas; de suerte, que en el concierto de las alabanzas que suben de la tierra a nuestro adorable triunfador, no hay disonancias, y, todos, fervorosos y tibios, unen sus voces con júbilo universal.

Ruperto, Abad de Deutz, el más profundo liturgista del siglo XII, expresa así esta feliz estratagema de la Santa Iglesia: "Hay, dice, hombres carnales que no saben abrir sus ojos para contemplar los bienes espirituales, a no ser a impulso de ciertos incentivos corporales que los estimulan. La Iglesia supo encontrar un medio proporcionado a su flaqueza para moverlos. Con este fin estableció el ayuno cuaresmal, que es el diezmo del año ofrendado a Dios; este espacio de tiempo no termina sino con la solemnidad de la Pascua, a la que luego siguen cincuenta días consecutivos sin un solo ayuno. Así los hombres mortifican sus cuerpos, sostenidos por la esperanza de que la fiesta de Pascua vendrá a librarlos de este yugo de penitencia; por sus anhelos se anticipan a la solemnidad; cada uno de los días de Cuaresma es para ellos como la

parada del caminante; los enumeran con cuidado, convencidos de que el número decrece progresivamente, y por eso esta fiesta, deseada de todos, es amada por todos, como lo es la luz para los que caminan en las tinieblas, la fuente copiosa para los que tienen sed y la tienda levantada por el Señor mismo para el viajero fatigado" [1].

¡Dichosos tiempos en que todo el ejército de los cristianos, como expone San Bernardo, nadie claudicaba en el deber, en que justos y pecadores caminaban unidos en la práctica de las observancias cristianas! Ahora la Pascua no produce la misma sensación en nuestra sociedad. Ciertamente la causa radica en la molicie y en la falsa conciencia, que arrastra a tantos hombres a preterir la ley de la Cuaresma, como si no existiese para ellos. De aquí proviene que tantos fieles vean llegar la Pascua como una gran fiesta, es verdad, pero apenas, se dejan impresionar por el anhelo de alegría intensa que lleva impresa la Iglesia durante estos días en toda su actitud. Pero todavía están mucho menos dispuestos para conservar y fomentar, durante un período de cincuenta días, la alegría de que participaron en corta medida, el día tan deseado por los verdaderos cristianos. No ayunaron, no guardaron la abstinencia durante la santa Cuaresma; ni siquiera la misma condescendencia de la Iglesia para con su flaqueza fué suficiente;

[1] *De los Oficios divinos,* l. IV, c. XXVII.

pidieron otras dispensas; y demos gracias si no se eximieron por sí mismos y sin remordimientos de estos últimos restos del deber cristiano. ¿Qué sensación puede producir en ellos el retorno del *Aleluya?* No fueron purificadas sus almas por la penitencia; ¡cómo van a tener sus almas ágiles para seguir a Cristo resucitado, cuya vida es ya más del cielo que de la tierra!

Pero no desarmonicemos las intenciones de la Iglesia, entristeciéndonos con pensamientos descorazonadores; pidamos más bien al divino Resucitado que con su bondad omnipotente ilumine esas almas con los fulgores de su victoria sobre el mundo y la carne y que las levante hasta sí. Nada debe distraernos de nuestra felicidad en estos días. El mismo Rey de la gloria nos dice: "¿Acaso los hijos del Esposo pueden entristecerse mientras el Esposo está con ellos?" *(S. Matth.* IX, 15.) Jesús permanece aún durante cuarenta días con nosotros; ya no padecerá más, ya no morirá: estén, pues, nuestros sentimientos en armonía con su estado de gloria y de felicidad que debe perdurar siempre. Es cierto que nos dejará para ascender a la diestra de su Padre; pero desde allí nos enviará el divino Consolador que permanecerá en nosotros, para que no quedemos huérfanos. *(San Juan,* XIV). Sean, pues, estas palabras nuestra comida y nuestra bebida durante estos días: "Los hijos del Esposo no deben entristecerse mientras el Esposo esté con ellos." Son la clave de toda la liturgia en esta

estación; no las olvidemos ni un solo instante, y experimentaremos que, si la compunción y la penitencia de la Cuaresma nos fueron saludables, la alegría pascual no lo será menos. Jesús en cruz y Jesús resucitado es siempre el mismo Jesús; pero en este momento nos quiere en torno suyo, con su Santa Madre, con sus discípulos, con Magdalena, todos deslumbrados y extasiados por su gloria, olvidando en esas horas demasiado fugaces, las angustias de la Pasión.

El deseo de la Pascua eterna. — Pero este tiempo lleno de delicias tendrá fin; sólo nos quedará el recuerdo de la gloria y de la familiaridad con nuestro Redentor. ¿Qué haremos después nosotros en este mundo cuando el que era su vida y su luz no sea ya visible? Cristiano, aspirarás a una nueva Pascua. Cada año te traerá esta dicha que supiste comprender; y de una Pascua a otra Pascua llegarás a la Pascua eterna que durará mientras Dios sea Dios, y cuyos fulgores llegarán hasta ti como un preludio de los goces que ella te reserva. Pero esto no es todo; escucha a la Santa Iglesia; ha previsto la desilusión con que puedes ser tentado y en la que puedes caer; escucha lo que ella pide para ti al Señor: "Haz que tus siervos expresen en su vida el misterio que han recibido por la fe"[1]. El misterio de la Pascua no debe dejar de ser vi-

[1] Colecta del Martes de Pascua.

sible sobre la tierra; Jesús resucitado sube al cielo; pero deja en nosotros la impronta de su resurrección; y la debemos conservar hasta que retorne.

VIDA NUEVA EN CRISTO. — Y en efecto, ¿por qué esta divina impronta no ha de permanecer en nosotros, sabiendo, como sabemos, que todos los misterios de nuestro Jefe nos son comunes con él? Después de su venida en carne mortal, no dió ni un solo paso sin nosotros. Si nació en Belén, nosotros nacimos con él; si fué crucificado en Jerusalén, nuestro viejo hombre, según la doctrina de San Pablo, estuvo unido a la cruz con él; si fué sepultado, nosotros lo fuimos con él: de aquí se sigue que, si resucita de entre los muertos, nosotros también debemos caminar en una nueva vida. *(Rom.*, VI, 6-8).

Así, pues, "Jesucristo, resucitado de entre los muertos, añade el mismo Apóstol, no muere ya otra vez; la muerte no tiene ya dominio sobre él; porque muriendo, murió al pecado una vez para siempre; pero viviendo, vive para Dios". *(Ibíd.*, 9-10.) Nosotros somos sus propios miembros: su suerte debe ser la nuestra. Morir de nuevo por el pecado será renunciar a él, separarnos de él, hacer para nosotros inútil esta muerte y esta resurrección que compartimos con él. Velemos, pues, para mantenernos en esta vida que no es nuestra, pero que nos pertenece como propia; porque quien la conquistó a la muerte, nos la

dió con todo lo que es suyo. Pecadores que habéis recuperado la vida de la gracia en la solemnidad pascual, no volváis a morir; haced obras de vida resucitada. Vosotros, justos, a quienes ha reanimado el misterio pascual, dad muestras de una vida más abundante en vuestros sentimientos y en vuestras obras. De este modo todos caminaréis en la *vida nueva* que nos recomienda el Apóstol.

No explicaremos aquí las maravillas del misterio de la Resurrección de Jesucristo; irán aflorando por sí mismas en nuestro sencillo comentario, y pondrán en mayor evidencia el deber de imitación impuesto al fiel con respecto a su divino Jefe, al mismo tiempo que nos ayudarán a comprender la magnificencia y la amplitud de la obra capital del Hombre-Dios. Es ahora en el Tiempo pascual, con sus tres magnas manifestaciones del amor y del poder divinos, Resurrección, Ascensión, venida del Espíritu Santo; es ahora cuando la Redención llega a su punto culminante. En el orden de los tiempos, todo ha servido para preparar este final, desde la promesa que el Señor irritado y misericordioso hizo a nuestros primeros padres después que pecaron; y en el orden de la liturgia, desde las semanas de espera del Adviento; he aquí que hemos llegado al término, y Dios se nos muestra con un poder y una sabiduría que sobrepasa infinitamente todo lo que nosotros podemos vislumbrar. Los mismos espíritus celestes se sobrecogen de

admiración y de pavor; lo canta la Iglesia en uno de los himnos del Tiempo pascual: "Los Angeles, dice, están enmudecidos de terror al ver el cambio que se opera en el estado de la naturaleza humana. La carne pecó, y la carne es quien la purifica; un Dios viene para reinar, y la carne se une en él a la divinidad"[1].

Además el Tiempo pascual pertenece a la *Vida iluminativa;* forma él su parte más elevada; porque no manifiesta solamente, como los tiempos que le han precedido, los abatimientos y padecimientos del Hombre-Dios. Nos le muestra en toda su gloria; nos le hace ver expresando en su humanidad el último grado de la transformación de la criatura en Dios. La venida del Espíritu Santo asocia también sus esplendores a esta iluminación; ella revela al alma las relaciones que deben unirla con la tercera de las divinas Personas. Así se manifiesta el camino y el progreso del alma fiel, que, habiendo llegado a ser objeto de la adopción del Padre celestial, es iniciada en esta feliz vocación por las lecciones y los ejemplos del Verbo encarnado, y consumada por la visita y la inhabitación del Espíritu Santo. Este es el origen de todo el conjunto de ejercicios que la conducen a la imitación de su divino modelo, y la preparan a la *unión* a que es

[1] Himno de los Maitines de la Ascensión.

invitada por aquel que "ha dado a todos los que le recibieron, el poder de llegar a ser hijos de Dios, por un nacimiento que no es de la carne, ni de la sangre, sino de Dios mismo." *(San Juan,* 1, 12, 13).

EL SANTO DIA DE PASCUA

MAITINES

La resurrección de Cristo. — La noche del Sábado al Domingo ve por fin agonizar sus largas horas; se aproxima el alborear del día. María, con el corazón angustiado, pero animosa y paciente, espera el instante en que volverá a ver a su Hijo. Magdalena y sus compañeras han velado toda la noche, y no tardarán en ponerse en camino hacia el santo sepulcro.

En el seno del limbo, el alma del divino Redentor se dispone a dar la señal de partida a aquellas miríadas de almas justas tanto tiempo cautivas, que le circundan respetuosas y amorosas. La muerte se cierne sobre el sepulcro donde retiene a su víctima. Desde el día en que devoró a Abel, ha absorbido a innumerables generaciones; pero jamás había estrechado entre sus lazos una presa tan noble. Jamás la sentencia del paraíso terrenal había tenido cumplimiento tan prodigioso; pero nunca tampoco vió la tumba sus esperanzas burladas con un mentís tan cruel. Más de una vez el poder divino la había arrancado sus víctimas: el Hijo de la viuda de

Naín, la hija del jefe de la sinagoga, el hermano de Marta y de Magdalena le habían sido arrebatados; pero ella los aguardaba en la segunda muerte. En cambio, de otro se había escrito: "Oh muerte, yo seré tu muerte; sepulcro, yo seré tu ruina." *(Oseas,* XIII, 14.) Unos instantes, y trabarán batalla los dos adversarios.

Así como el honor de la divina Majestad no podía permitir que el cuerpo unido a un Dios aguardase en el polvo, como el de los pecadores, el momento en que la trompeta del ángel nos llamará a todos al juicio supremo; del mismo modo convenía que las horas durante las cuales la muerte debía prevalecer fuesen abreviadas. "Esta generación perversa, había dicho Jesús, pide un prodigio; y sólo le será dado el del profeta Jonás." *(S. Mateo,* XII, 39.) Tres días de sepultura: el fin de la jornada del viernes, la noche siguiente, el sábado todo él completo con su noche, y las primeras horas del domingo. Era suficiente: suficiente para la justicia divina ya satisfecha; bastante para certificar la muerte de la augusta víctima, y para asegurar el más brillante de los triunfos; bastante para el corazón desolado de la más amante de las madres.

"Nadie me arranca la vida, sino que yo la doy de mi propia voluntad; y soy dueño de darla y dueño de recobrarla." *(San Juan,* X, 18.) Así hablaba a los judíos el Señor antes de su pasión; la muerte sentirá al punto la fuerza de esta pa-

labra del maestro. El domingo, día de la luz, comienza a alborear; los primeros fulgores de la aurora pugnan ya con las tinieblas. Inmediatamente el alma divina del Redentor sale de la prisión del limbo, seguida de la multitud de almas santas que la rodeaban. Atraviesa en un parpadear de ojos el espacio y, penetrando en el sepulcro, se reintegra al cuerpo del que se había separado tres días antes en medio de los estertores de la agonía. El cuerpo sagrado se reanima, se levanta y se desprende de los lienzos, de los aromas y de las fajas con que estaba ceñido. Las cicatrices han desaparecido; la sangre ha vuelto a las venas; y de aquellos miembros lacerados por los azotes, de aquella cabeza desgarrada por las espinas, de aquellos pies y de aquellas manos atravesadas por los clavos, irradia una luz fulgurante que llena la caverna. Los santos ángeles que adoraron con ternura al niño de Belén, adoran con temblor al vencedor del sepulcro. Pliegan con respeto y dejan sobre la tierra, en que el cuerpo inmóvil reposaba poco ha, los lienzos con que la piedad de dos discípulos y de santas mujeres le habían envuelto.

Pero el rey de los siglos no debe continuar ya en aquel sarcófago fúnebre; con más rapidez que la luz que penetra por el cristal, franquea el obstáculo que le opone la piedra de entrada a la caverna, que la potestad pública había sellado y rodeado de soldados armados. Todo

permanece intacto; y está libre el triunfador de la muerte; del mismo modo, nos dicen unánimemente los santos Doctores, apareció a los ojos de María en el establo sin haber hecho sentir ninguna violencia en el seno materno. Estos dos misterios de nuestra fe se aunan y proclaman el inicial y el último término de la misión del Hijo de Dios: al principio, una Virgen-Madre; al fin, un sepulcro sellado que devuelve a quien retenía cautivo.

La derrota de la muerte. — El más profundo silencio reina todavía, en este momento en que el Hombre-Dios acaba de romper el cetro de la muerte. Su liberación y la nuestra no le han costado ningún esfuerzo. ¡Oh muerte! ¿qué te queda ya de tu imperio? El pecado nos había entregado a ti; tú gozabas de tu conquista; y he aquí que has caído hasta el abismo. Jesús, de quien tú te sentías tan orgullosa por tenerle debajo de tu ley, se te ha escapado; y todos nosotros, después de habernos poseído tú, también nos escaparemos de tu dominio. El sepulcro que nos preparas, se convertirá en nuestra cuna para una vida nueva; por que tu vencedor es el *primogénito entre los muertos (Apoc.,* I, 5); y hoy es la Pascua, el tránsito, la liberación, para Jesús y para todos sus hermanos. La ruta que él ha abierto, todos nosotros la seguiremos; y día vendrá en que tú, que lo destruyes todo, *tú nuestra enemi-*

ga, serás anonadada a tu vez por el reino de la inmortalidad. *(I Cor.,* XV, 26.) Pero desde ahora nosotros contemplamos tu caída, y repetimos para tu vergüenza, este grito del gran Apóstol: "Oh muerte, ¿dónde está tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón? Por un momento triunfaste, y he aquí que has sido devorada en tu triunfo." *(Ibíd.,* 55).

APERTURA DEL SEPULCRO. — Pero el sepulcro no va a permanecer siempre sellado; es necesario que se abra, y que testimonie con claridad meridiana que aquel cuyo cuerpo inanimado le habitó por algunas horas, le ha dejado para siempre. De pronto la tierra tiembla, como en el momento en que Jesús expiró sobre la cruz; mas este estremecimiento del globo no significa ya terror; simboliza alegría. El Angel del Señor desciende del cielo; hace rodar la piedra de la entrada, y se sienta sobre ella con majestad; tiene por vestido una túnica de brillante blancura y su mirada irradia resplandores. Ante su presencia los guardianes del sepulcro caen por tierra despavoridos; quedan como muertos hasta que la bondad divina calma su terror; se levantan y, dejando aquel lugar, entran en la ciudad a dar cuenta de lo que han visto.

LA APARICIÓN A NUESTRA SEÑORA. — Mientras tanto Jesús resucitado, cuya gloria aún no ha contemplado ninguna criatura mortal, ha fran-

queado el espacio y en un instante se ha reunido con su Santísima Madre. Es el Hijo de Dios, es el vencedor de la muerte; pero es también el hijo de María. María estuvo junto a él hasta que expiró; ella unió el sacrificio de su corazón de madre al que ofrecía él mismo sobre la cruz; es justo, pues, que las primeras alegrías de la Resurrección sean para ella. El santo Evangelio no refiere la aparición del Salvador a su Madre, mientras que se extiende sobre todas las demás: la razón es obvia. Las otras apariciones tenían como fin promulgar el hecho de la Resurrección; ésta la exigía el corazón de un hijo, y de un hijo como Jesús. La naturaleza y la gracia reclamaban esta entrevista primera, cuyo conmovedor misterio hace las delicias de las almas cristianas. No era necesario se consignase en los libros sagrados; la tradición de los Padres, comenzando por San Ambrosio bastaba para trasmitírnosla, dado caso que nuestros corazones no la hubieren presentido; y cuando nos preguntamos, por qué el Salvador, que debía salir del sepulcro el domingo, quiso hacerla en las primeras horas de este día, aun antes de que el sol hubiese iluminado al universo, asentimos fácilmente a la opinión de los autores que han atribuído esta prisa del Hijo de Dios, a la inquietud que experimentaba su corazón por poner término a la dolorosa espera de la más tierna y más afligida de las madres.

¿Qué lengua humana osará traducir las expansiones del Hijo y de la Madre, en esta hora tan deseada? Los ojos de María, yertos por el llanto y el insomnio, se abren de pronto a la suave y dulce luz que le anuncia la llegada de su querido Hijo; la voz de Jesús que resuena en sus oídos, no ya con el acento doloroso que en días pasados descendía de la cruz y traspasaba como una espada su corazón maternal, sino jovial y amorosa, propia de un hijo que viene a contar sus triunfos a aquella que le dió a luz; el aspecto de aquel cuerpo que ella recibió en sus brazos, hacía tres días, ensangrentado e inanimado, ahora es fúlgido y pletórico de vida, radiante con los reflejos de la divinidad, a que estaba unido; las ternezas de un tal hijo, sus palabras cariñosas, sus abrazos, que son los de un Dios; para evocar la sublimidad de esta escena, no conocemos más que la frase de Ruperto, que nos pinta la efusión gozosa que llenó entonces el corazón de María, como un torrente de dicha que la embriagaba y la quitaba el sentimiento de los dolores tan punzantes que había sufrido [1].

Mas este torrente de delicias, que el Hijo de Dios había preparado a su Madre, no fué tan súbito como este autor del siglo XII da a entender. Nuestro Señor mismo quiso describir esta escena en una revelación que hizo a Santa Te-

---

[1] *De los Oficios divinos*, l. VII, c. XXV.

resa. Se dignó confiarla, que la postración de su divina Madre era tan profunda, que no habría tardado en sucumbir a tal martirio; y que, cuando se apareció a ella en el instante en que acababa de salir del sepulcro, necesitó cierto tiempo para volver en sí, antes de encontrarse en estado de poder gustar aquella alegría; y el Señor añade que permaneció mucho tiempo a su lado, ya que esta presencia prolongada la era necesaria [1].

Nosotros, cristianos, que amamos a nuestra Madre, que la vimos sacrificar a su propio Hijo por nosotros en el Calvario, participemos con afecto filial de la felicidad con que Jesús se dignó colmarla en este instante, y aprendamos también a compadecer los dolores de su corazón maternal. Es la primera manifestación de Jesús crucificado: recompensa de la fe que veló siempre en el corazón de María, aun durante el lóbrego eclipse que se prolongó durante tres días. Pero es tiempo que Cristo se muestre a otros, y que la gloria de su resurrección comience a brillar sobre el mundo. Primero se hizo visible a aquella que entre todas las criaturas, era la más querida y la única digna de tal honor; ahora en su bondad, va a recompensar con su visita llena de consuelos, a las almas abnegadas que han permanecido fieles a su amor, en un duelo

[1] *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma,* en las Adiciones.

quizás demasiado humano, impulsadas por un reconocimiento que ni la muerte ni la tumba pudieron enervar.

Las santas mujeres en el sepulcro. — Ayer, cuando la caída del sol comenzaba a anunciar que, según el uso judaico, al gran sábado sucedía el domingo, Magdalena y sus compañeras fueron por la ciudad a comprar perfumes para embalsamar de nuevo el cuerpo de su querido Maestro, tan pronto como la luz del día las permitiese ir a cumplir este piadoso deber. Han pasado la noche en vela, y cuando las sombras no se han disipado por completo, Magdalena con María, madre de Santiago, y Salomé están de camino hacia el Calvario, cerca del cual se encuentra el sepulcro en que reposa Jesús. En su aflicción, ni siquiera se han preguntado con qué ayuda podrán remover la piedra que cierra la entrada de la gruta; menos aún han pensado en el sello del poder público que será necesario romper previamente. Llegan al alborear del día; y lo primero que impresiona sus miradas, es la piedra que cerraba la entrada porque quitada de su lugar, quedaba libre la entrada en la cámara del sepulcro. El ángel del Señor que había recibido el encargo de remover la piedra y que se había sentado en ella como en un trono, no quiso dejarlas por más tiempo en el estupor de que eran presa, y así las dijo: "No tengáis miedo, sé bien que buscáis a Jesús el crucificado,



pero ya no está aquí; ha resucitado, como lo había predicho; venid y ved el sitio donde estuvo sepultado el Señor."

Era demasiado para estas almas cuyo amor hacia el maestro las enajenaba, pero que no le conocían aún por el espíritu. Quedaron "consternadas", nos dice el santo Evangelista. Es un difunto a quien buscan, un difunto querido; las dicen que ha resucitado; y esta noticia no despierta en ellas ningún recuerdo. Dos ángeles se las aparecen en la gruta completamente iluminada por el resplandor que despiden. Deslumbradas por esta luz inesperada, Magdalena y sus compañeras, nos dice San Lucas, fijaron en tierra sus ojos tristes y asombrados. "¿Por qué buscáis entre los muertos, las dicen los ángeles, aquel que vive? Recordad, pues, lo que os dijo en Galilea: que sería crucificado y que al tercer día resucitaría." Estas palabras causan cierta impresión sobre las santas mujeres, y en medio de su conmoción, un tenue recuerdo del pasado parece aflorar en su memoria. "Id, pues, continúan los ángeles; decid a los discípulos y a Pedro que ha resucitado, y que los precederá a Galilea."

Salen apresuradas del sepulcro y vuelven a la ciudad, llevando, en medio de su terror, un sentimiento de íntimo gozo, que las penetra a su pesar. Con todo, no han visto más que a los ángeles y un sepulcro abierto y vacío. Ante su relato, los apóstoles, lejos de dejarse ganar la confianza, atribu-

yen, nos dice también San Lucas, a la exaltación de un sexo frágil todo lo maravilloso que refieren acordes. La resurrección predicha tan claramente y en muchas ocasiones por su maestro, tampoco les viene a la memoria. Magdalena se dirige en particular a Pedro y a Juan; pero ¡su fe es todavía débil! Había ido a embalsamar el cuerpo de su querido maestro, y no le halló. Su decepción dolorosa se expansiona también delante de los dos Apóstoles diciendo: "Se han llevado del sepulcro al Señor y no sé dónde le han puesto."

PEDRO Y JUAN EN EL SEPULCRO. — Pedro y Juan se determinan a ir al lugar. Entran en la gruta; ven los lienzos puestos en orden sobre la losa de piedra en que había estado el cuerpo de su Maestro; pero los espíritus celestes que montan guardia, no se les muestran. Con todo eso, Juan recibe entonces la fe, y de ello nos da testimonio; en adelante creerá en la resurrección de Jesús. No hacemos más que pasar rápidamente sobre los relatos que tendremos ocasión de meditar más adelante, cuando la liturgia vuelva a ponerlos a nuestra vista. Ahora sólo nos proponemos seguir en su conjunto los acontecimientos de este día, el más grande de los días.

Hasta ahora Jesús sólo se ha aparecido a su Madre: las mujeres sólo han visto a Angeles que las han hablado. Estos bienaventurados Es-

píritus las han mandado ir a anunciar la resurrección de su maestro a los discípulos y a Pedro. No reciben esta comisión para María; es fácil comprender la razón: el hijo se había reunido ya con su madre, y la misteriosa y conmovedora entrevista se prolongó aún durante estos preludios. Pero ya el sol brilla con toda su fuerza, y las horas de la mañana avanzan; es el Hombre-Dios quien va a proclamar por sí mismo el triunfo que el género humano acaba de conseguir en él sobre la muerte. Sigamos con santo respeto el orden de estas manifestaciones, y esforcémonos respetuosamente por descubrir sus misterios.

APARICIÓN A MARÍA-MAGDALENA. — Magdalena, después de la vuelta de los Apóstoles, no pudo resistir el deseo de visitar de nuevo la tumba de su maestro. El pensamiento del cuerpo desaparecido, que tal vez sea objeto de mofa para los enemigos de Jesús y yazga sin honor ni sepultura, atormenta su alma ardiente y desconcertada. Vuelve y al poco tiempo llega a la entrada del sepulcro. Allí, en su inconsolable dolor, se entrega a sus sollozos; después, al asomarse al interior de la gruta, ve a dos ángeles sentados, cada uno en un extremo de la losa, sobre la que había visto extendido el cuerpo de Jesús. No les interroga; ellos son los que la hablan: "Mujer, la dicen, ¿por qué lloras?" "Porque han tomado a mi Señor y no sé dónde le han puesto." Y

después de estas palabras, se vuelve sin esperar la respuesta de los ángeles. De pronto se da de cara con un hombre y este hombre es Jesús. Magdalena no le reconoce; está buscando el cuerpo muerto de su maestro, quiere sepultarle de nuevo. El amor la transporta, pero la fe no ilumina su amor: no siente que aquel cuyos inanimados despojos busca está vivo allí, cerca de ella.

Jesús, en su inefable condescendencia, se digna hacerla oír su voz: "Mujer, la dice, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Magdalena no reconoció esta voz; su corazón está como embotado por una excesiva y cegadora sensibilidad; no reconoce todavía a Jesús por el espíritu. Con todo, sus ojos se han detenido sobre él; pero su imaginación, que la encadena, la hace ver en este hombre al guarda del jardín que rodea al sepulcro. Tal vez sea él, se dice, el que ha robado el tesoro que yo busco; y sin reflexionar por más tiempo, así impresionada, se dirige a él mismo y humildemente le dice: "Señor, si le has llevado tú, dime dónde le has puesto y yo le tomaré." Era demasiado para el corazón del Redentor de los hombres, para aquel que se dignó alabar altamente en casa del fariseo el amor de la pobre pecadora; y ya no podía retardar el recompensar esta terneza; va a declararse. Entonces con un acento que trae a la memoria de Magdalena tantos recuerdos de divina familiaridad, habla; pero no dice más que esta pa-

labra: "¡María!"; "¡Maestro!", responde ella con efusión, iluminada súbitamente por los esplendores del misterio.

Se lanza hacia él y posa sus labios en aquellos sagrados pies con cuyo abrazo había recibido antes el perdón. Jesús la detiene; no ha llegado el momento de entregarse a largos desahogos. Es necesario que Magdalena, primer testigo de la resurrección del Hombre-Dios sea elevada en recompensa de su amor, al más alto grado de honra. No conviene que María revele a otros los secretos de su corazón maternal; es la Magdalena quien ha de dar testimonio de lo que ha visto y oído en el jardín. Ella será, como dicen los santos Doctores, el Apóstol de los mismos Apóstoles. Jesús la dice: "Vete a mis hermanos y diles que subo a mi Padre y el suyo, a mi Dios y a su Dios."

Tal es la segunda aparición de Jesús resucitado, la aparición a María Magdalena, la primera en el orden del testimonio. La meditaremos de nuevo el jueves. Pero adoremos desde ahora la bondad del Señor, que antes de procurar establecer la fe de su resurrección en sus Apóstoles, se digna primeramente recompensar el amor de esta mujer, que le siguió hasta la cruz y aun más allá del sepulcro, y que siendo deudora en mayor grado que los otros, supo también amar más que los otros. Al mostrarse primero a Magdalena, Jesús quiso satisfacer ante todo

el amor de su corazón divino hacia la criatura, y mostrarnos que el cuidado de su gloria viene después.

Magdalena solícita de cumplir la orden de su Maestro, vuelve a la ciudad y no tarda en hallarse entre los discípulos; "He visto al Señor, les dice, y me ha dicho esto." Pero la fe no ha penetrado todavía en sus almas; Juan sólo ha recibido este don en el sepulcro, aunque sus ojos no han visto más que el sepulcro vacío. Recordemos que, después de haber huído como los otros, volvió al Calvario para recoger el último suspiro de Jesús, y que allí fué hecho hijo adoptivo de María.

APARICIÓN DE LAS SANTAS MUJERES. — Entretanto, María, madre de Santiago, y Salomé, que habían acompañado a Magdalena en su visita al sepulcro, vuelven solas a Jerusalén. De pronto Jesús se las aparece y las detiene. "Os saludo", las dice. Con estas palabras, el corazón se las llena de ternura y de admiración. Se precipitan a sus pies sagrados con fervor, se los besan y le rinden sus adoraciones. Es la tercera aparición del Salvador resucitado, menos íntima pero más familiar que aquella con que Magdalena fué favorecida. Jesús no terminará la jornada sin manifestarse a aquellos que están llamados a ser los heraldos de su gloria; pero, más que nada, quiere honrar a los ojos de todos los siglos ve-

nideros a estas mujeres, que, desafiando el peligro y triunfando de la debilidad de su sexo, le consolaron en la cruz con una fidelidad que no encontró en aquellos que había escogido y colmado de sus favores. Alrededor de la cuna donde se mostraba por vez primera a los hombres, convocó a pobres pastores, sirviéndose del ministerio de los ángeles, antes de llamar a los reyes por medio de una estrella; hoy que ha llegado al culmen de su gloria y ha puesto con su resurrección el sello a todas sus acciones y certificado su origen divino afianzando nuestra fe con el más irrefragable de todos los prodigios, espera, antes de instruir y de esclarecer a sus Apóstoles, a que unas pobres mujeres sean por él mismo instruídas, consoladas, colmadas, en fin, con pruebas de su amor. ¡Qué nobleza la de esta conducta tan *suave* y tan fuerte del Señor, nuestro Dios, y con cuánta razón nos dijo por el Profeta: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos!" *(Isaías,* LV, 8).

Si hubiese estado en nuestra mano ordenar las circunstancias de su venida a este mundo, ¿qué ruido habríamos hecho para llevar a todos los hombres, reyes y pueblos, junto a su cuna?

¿Con qué estrépito habríamos publicado en todas las naciones el milagro de los milagros, la Resurrección del crucificado, la muerte vencida y la inmortalidad reconquistada? El Hijo de Dios, que es "el *poder* y la *sabiduría* del Padre".

(Cor., I, 24), obró de otra manera. En el instante de su nacimiento, no quiso por primeros adoradores sino hombres sencillos, cuyos relatos no debían transcender más allá de Belén; y he aquí que actualmente la fecha de este nacimiento es la era de todos los pueblos civilizados. Como primeros testigos de su resurrección, no quiso sino débiles mujeres; y he aquí que este mismo día, en el preciso momento en que nos encontramos, todo el universo celebra el aniversario de esta Resurrección; todo se renueva, un fervor desconocido en el resto del año se deja sentir en los más indiferentes; el incrédulo que codea al creyente, sabe, por lo menos, que hoy es Pascua; y del seno mismo de las naciones infieles, innumerables voces cristianas se unen a las nuestras para elevar de todos los puntos del globo, hacia Jesús resucitado, la aclamación que nos aúna a todos en un solo pueblo, el gozoso *Aleluya.* "Oh Señor", podemos exclamar, como exclamó Moisés cuando el pueblo elegido celebró la primera Pascua y atravesó a pie enjuto el mar Rojo, "oh Señor, ¿quién entre los fuertes es semejante a ti?" *(Exodo,* XV, II).

MISA

La hora de Tercia reúne en la Basílica a todo el pueblo de la ciudad. El sol, cuya salida ha sido alegre, parece derramar luz más intensa; el

pavimento de la iglesia está alfombrado de flores. Debajo de los mosaicos del ábside, cuyos esmaltes brillan con claridad nueva, los muros se ven cubiertos con tapices preciosos; guirnaldas de flores que penden en festones del arco triunfal, corren a lo largo de las columnas de la nave mayor, y de allí se prolongan a las naves laterales. Numerosas lámparas, alimentadas con el aceite de oliva más refinado, refulgen en torno al altar, suspendidas del baldaquino. Surgiendo de su esbelta columna, el Cirio pascual, que no se ha apagado desde las primeras horas de la vigilia de ayer, eleva su llama siempre vivaz, y embalsama el lugar santo con el aroma de los perfumes que impregnan su mecha. Símbolo misterioso de Cristo-Luz, alegra las miradas de los fieles y parece decir a todos: "¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado!"

Pero lo que más concentra la atención es el grupo numeroso de neófitos, revestidos de blanco como los ángeles que aparecieron junto al sepulcro; en estos tiernos y nobles retoños se refleja más vivamente el misterio de Cristo resucitado del sepulcro. Ayer todavía estaban muertos por el pecado; ahora están llenos de vida nueva, fruto de la victoria del Redentor sobre la muerte. Feliz pensamiento de la Santa Iglesia, haber escogido para el día de su regeneración, aquel mismo en que el Hombre-Dios conquistó para nosotros la inmortalidad.

La Estación.—En Roma la Estación se celebraba antiguamente en la Basílica de Santa María la Mayor. Por una admirable delicadeza, esta reina de las numerosas iglesias dedicadas a la Madre de Dios, fué designada para la función de este día. Roma tributaba el homenaje de la solemnidad pascual a aquella que, más que ninguna criatura, tuvo derecho a experimentar las alegrías, por las angustias que había sufrido su corazón maternal, y por su fidelidad en conservar la fe de la resurrección durante las horas que su divino Hijo debió pasar en el Sepulcro.

Más tarde, la solemnidad de la Misa papal fué trasladada a la Basílica de San Pedro, más espaciosa y más apropiada para la multitud de fieles, que todo mundo cristiano envía en representación a las solemnidades pascuales de Roma. Con todo, el Misal romano continúa indicando a Santa María la Mayor, como la Iglesia de la estación actual; y las indulgencias son las mismas para aquellos que toman parte en las funciones que allí se celebran.

Todos los preludios al Sacrificio han terminado; los chantres ejecutan el solemne Introito, durante el cual el Pontífice, rodeado de Presbíteros, de Diáconos y de ministros inferiores, se dirige al altar. Este cántico de entrada es la exclamación del Hombre-Dios al salir del sepulcro, y dirigir a su Padre celestial el homenaje de su reconocimiento.

INTROITO

He resucitado, y aún estoy contigo, aleluya; pusiste sobre mí tu mano, aleluya: maravillosa se mostró tu ciencia, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Señor, me probaste, y me has conocido: has conocido mi abatimiento y mi resurrección. ℣. Gloria al Padre.

En la colecta, la Santa Iglesia celebra el beneficio de la inmortalidad, hecho al hombre por la victoria del Redentor sobre la muerte; y en ella pide que los votos de sus hijos se eleven siempre a lo alto hacia este sublime destino.

COLECTA

Oh Dios, que, vencida la muerte por tu Hijo unigénito, nos has abierto hoy la puerta de la eternidad: nuestros votos que tú previenes con tu inspiración, prosíguelos también con tu ayuda. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* 1.ª del Apóstol San Pablo a los Corintios (V, 7-8).

Hermanos, arrojad el viejo fermento, para que seáis nueva masa, ya que sois ázimos. Porque Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado. Comamos, pues, no con vieja levadura, ni con levadura de malicia y de perversidad, sino con ázimos de sinceridad y de verdad.

Dios ordenó a los Israelitas comer el Cordero Pascual con pan ázimo, es decir, sin levadura; enseñándoles con este símbolo, que debían renunciar, antes de tomar esta vianda misteriosa,

a la vida pasada, cuyas imperfecciones estaban figuradas por la levadura. Nosotros cristianos, que hemos sido elevados por Cristo a esta vida nueva, hacia la cual nos orientó resucitando él primero, debemos en adelante no tender sino a obras puras, a acciones santas, ázimo destinado a acompañar al Cordero pascual, que hoy se hace nuestro alimento.

El Gradual está formado con palabras del Salmo CXVII, repetidas en todas las Horas de este día. En él la alegría es un deber para todo cristiano; todo nos incita a ella; el triunfo de nuestro amado Redentor y los grandes bienes que nos ha conquistado. La tristeza en este día sería una protesta indigna contra los beneficios de que Dios se ha dignado colmarnos en su Hijo.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Alabad al Señor, porque es bueno; porque su misericordia es eterna.

El verso aleluyático nos da uno de los motivos por que debemos alegrarnos. Un festín ha sido preparado para nosotros; el Cordero está dispuesto; este Cordero es Jesús inmolado, en adelante siempre vivo: inmolado, para que seamos rescatados con su sangre; siempre vivo, para comunicarnos la inmortalidad.

Aleluya, aleluya. ℣. Cristo, nuestra Pascua, fué inmolado.

Para acrecentar la alegría de los fieles, la Santa Iglesia añade a sus cánticos ordinarios una obra lírica, en la que alienta el más vivo júbilo por el Redentor, que sale del sepulcro. Esta composición ha recibido el nombre de Secuencia, porque es como una secuela y una prolongación del canto del Aleluya. Se atribuye a Wippon († 1050), capellán de los emperadores Conrado II y Enrique III.

SECUENCIA

A la víctima pascual alabanzas inmolen los cristianos.
El Cordero redimió a las ovejas: Cristo, inocente, reconcilió con el Padre a los pecadores.
La muerte y la vida lucharon en duelo sublime; muerto el Rey de la vida, reina vivo.
Dinos, tú, María: ¿qué viste en el camino?
El sepulcro de Cristo viviente: y la gloria vi del resurgente.
Los testigos angélicos, el sudario y los vestidos.
Resucitó Cristo, mi esperanza; precederá a los suyos en Galilea.
Sabemos que Cristo ha resucitado realmente de entre los muertos; tú, victorioso Rey, ten piedad de nosotros. Amén. Aleluya.

La Santa Iglesia toma hoy de San Marcos, con preferencia a los otros Evangelistas, el relato de la Resurrección. San Marcos fué discípulo de San Pedro; escribió su Evangelio en Roma, dirigido por el Príncipe de los Apóstoles. Conviene que en semejante solemnidad se oiga en cierta manera la voz de aquel a quien el divino

resucitado proclamó piedra fundamental de su Iglesia y Pastor supremo de las ovejas y de los corderos.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según San Marcos (XVI, 1-7).

En aquel tiempo María Magdalena y María, madre de Santiago, y Salomé compraron aromas para ir a ungir a Jesús. Y muy de mañana, al día siguiente del sábado, fueron al monumento salido ya el sol. Y decían entre sí: ¿Quién nos separará la piedra de la puerta del sepulcro? Y, mirando, vieron separada la piedra, que era muy grande. Y, entrando en el sepulcro, vieron a un joven sentado a la derecha, vestido con traje blanco, y se asustaron. Pero él las dijo: No os asustéis: buscáis a Jesús Nazareno, el crucificado; ha resucitado, no está aquí, he ahí el sitio donde le pusieron. Pero id, decid a sus discípulos y a Pedro, que os precederá en Galilea; allí le veréis, como os lo dijo.

EL VENCEDOR DE LA MUERTE. — "Resucitó, ya no está aquí": un muerto que manos piadosas habían colocado allí, sobre aquella losa, en aquella gruta; se ha levantado, y aun sin quitar la piedra que cerraba la entrada, ha resucitado a una vida que ya nunca tendrá fin. Nadie le prestó ayuda; ningún profeta, ningún enviado de Dios se inclinó sobre su cadáver para volverle a la vida. El mismo fué quien, por su propia virtud, se resucitó. Para él la muerte no fué una necesidad; la padeció porque quiso; la aniquiló cuando quiso. ¡Oh Jesús, tú juegas con la muerte, tú, que eres el Señor, Nuestro Dios! Nos pos-

tramos de rodillas ante ese sepulcro vacío, que, por haber tú morado en él algunas horas has hecho sagrado para siempre. "He ahí el lugar en que te colocaron". ¡He ahí los lienzos, las vendas, que no te pudieron retener y dan fe de tu paso voluntario por el yugo de la muerte!

El ángel dice a las mujeres: "Buscáis a Jesús de Nazaret, el crucificado". ¡Recuerdo cargado de lágrimas! El día anterior fueron trasladados a él sus despojos maltratados, desgarrados, sangrantes. Aquella gruta, cuya piedra fué violentamente removida por la mano del Angel y que ahora está iluminada con claridad deslumbrante por este espíritu celestial, cobijó con su sombra a la más desolada de las madres; hizo eco a los sollozos de Juan y de los dos discípulos, y a los lamentos de la Magdalena y de sus compañeras; el sol se ocultaba en el horizonte e iba a comenzar el primer día de la sepultura de Jesús. Mas el profeta había predicho: "En la tarde reinarán las lágrimas; pero por la mañana brillará la alegría." (*Sal.*, XXIX, 6.)

Nos encontramos en este feliz amanecer; y nuestra alegría es grande, oh Redentor, al contemplar que este mismo sepulcro adonde te acompañamos con dolor sincero, no es sino el trofeo de tu victoria. Están curadas las llagas que besábamos con amor, reprochándonos el haberlas causado. Vives más glorioso que nunca, inmortal; y porque nosotros quisimos morir a nuestros pecados, mientras tú morías por ex-

piarlos, quieres que vivamos contigo eternamente, que tu victoria sea la nuestra, que la muerte, para ti y para nosotros, no sea más que un tránsito y que ella nos restituya un día intacto y radiante este cuerpo, que la tumba no recibirá ya en adelante sino como en depósito. ¡Gloria sea, pues, honor y amor a ti, que te has dignado no solamente morir, sino también resucitar para nosotros!

El Ofertorio reproduce las palabras con que el Salmista anunciaba el terremoto que sucedió en el instante de la Resurrección. Nuestro globo fué testigo de la más sublime de las manifestaciones del poder y de la bondad de Dios y el Supremo Señor quiso más de una vez que se asociase por movimientos inusitados a sus leyes comunes, a las escenas divinas de las que era teatro.

OFERTORIO

La tierra tembló y descansó, al levantarse a juicio Dios. Aleluya.

El pueblo santo va a sentarse en el banquete pascual; el Cordero divino invita a todos los fieles a alimentarse de su carne; la Iglesia, en la secreta, implora para estos felices convidados las gracias que les asegurarán la inmortalidad bienaventurada de la que ellos van a recibir la promesa.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo con la ofrenda de estas hostias; para que lo inaugurado con los misterios pascuales, nos sirva, por obra tuya, de remedio eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

RITOS ANTIGUOS. — Durante la Edad Media en la Misa papal, mientras el Pontífice recitaba esta oración secreta, los dos Cardenales Diáconos más jóvenes se separaban de sus colegas, y, cubiertos con sus dalmáticas blancas, iban a colocarse cada uno en una de las extremidades del altar, mirando hacia el pueblo. Representaban a los dos ángeles que guardaban la tumba del Salvador, y que se aparecieron a las santas mujeres y las anunciaron la resurrección de su Maestro. Los dos diáconos permanecían en sus puestos en silencio, hasta el momento en que el Pontífice dejaba el altar al *Agnus Dei,* para subir al trono, en el que debía comulgar.

También se observaba otra costumbre en Santa María la Mayor. Cuando el Papa, después de la fracción de la Hostia, dirigía a los asistentes el saludo de la paz con las palabras acostumbradas: *Pax Domini sit semper vobiscum,* el coro no respondía como en los días ordinarios: *Et cum spiritu tuo.* La tradición refiere que en esta misma solemnidad y en esta misma Basílica, celebrando cierto día San Gregorio Magno el divino sacrificio, y habiendo pronunciado es-

tas mismas palabras, un coro de ángeles respondió con una melodía tan suave, que las voces de la tierra enmudecieron, no osando unirse al concierto celestial. Al año siguiente se esperó, sin atreverse a contestar al Pontífice, a que las voces angélicas se oyesen de nuevo; esta espera duró varios siglos; pero el prodigio que Dios había hecho una vez a su siervo Gregorio no se repitió más.

Finalmente llega el momento en que la multitud de los fieles va a comulgar. La antigua Iglesia de las Galias hacía oír entonces un llamamiento, que dirigía a toda la multitud deseosa del pan de vida. Esta antífona se conservó en nuestras catedrales, aun después de la introducción de la liturgia romana por Pipino y Carlomagno; y no desapareció totalmente sino a consecuencia de las innovaciones del siglo XVIII. El canto que la acompañaba, manifiesta la majestad de los misterios: ponemos aquí el texto, para ayudar a los fieles a acercarse con más respeto a este banquete, en que el Cordero Pascual va a darse a ellos.

INVITACION DEL PUEBLO A LA COMUNION

Venid, oh pueblos; acercaos al inmortal misterio: venid a gustar la libación sagrada.

Acerquémonos con temor, con fe, las manos puras; vayamos a unirnos con aquel que es el premio de nuestra penitencia: El Cordero ofrecido en sacrificio a Dios su Padre.

Adorémosle, glorifiquémosle: y con los ángeles cantemos. Aleluya.

Mientras los ministros distribuyen el alimento sagrado, la Iglesia celebra en la Antífona de la comunión, al verdadero Cordero Pascual, que misticamente inmolado, pide a los que se alimentan de él, pureza de corazón; ésta se halla figurada en las especies de pan ázimo con que se oculta a nuestras miradas.

COMUNION

Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado, aleluya; comamos, pues, con ázimos de sinceridad y de verdad. Aleluya, aleluya, aleluya.

La última oración de la Iglesia en favor de su pueblo, implora para todos el espíritu de caridad fraterna, que es el espíritu de la Pascua. Al tomar nuestra naturaleza por la encarnación, el Hijo de Dios nos hizo sus hermanos; al derramar su sangre por nosotros en la cruz, nos unió a todos por el vínculo de la redención; al resucitar hoy, nos une también en la inmortalidad.

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad; para que a los que has saciado con los sacramentos pascuales, los unifiques en tu piedad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Después de la bendición del Pontífice, el pueblo se ausenta alabando a Dios y esperando el oficio de Vísperas, que con su pompa inusitada, pondrá fin a todas las magnificencias de esta jornada solemne.

USOS ROMANOS. — En Roma, el Papa desciende las gradas de su trono; ceñida la frente de la triple corona, se sienta sobre la *silla gestatoria*, y, llevado por los servidores palatinos, avanza por la nave mayor. En un lugar señalado, desciende y se arrodilla humildemente. Entonces, de lo alto de las tribunas de la cúpula, sacerdotes revestidos de estola muestran al pontífice y al pueblo el leño sagrado de la cruz y el velo llamado la *Verónica*, sobre el cual están pintados los rasgos deformados del Salvador caminando hacia el Calvario. Este recuerdo de los dolores y de las humillaciones del Hombre-Dios, evocado en el momento mismo en que su triunfo sobre la muerte acaba de ser proclamado con tanto esplendor, revela también la gloria y el poder del divino resucitado, y recuerda a todos con qué amor y con qué fidelidad se dignó cumplir la misión que había aceptado para nuestra salvación. ¿No ha dicho él mismo hoy a los discípulos de Emaús: "Convenía que Cristo sufriese, y que entrase en su gloria por el camino de los padecimientos"? (*S. Luc.*, XXIV, 46.) La Cristiandad, en la persona de su Jefe, tributa homenaje

en este momento a estos padecimientos y a esta gloria. Después de humilde adoración, el Pontífice recibe de nuevo la tiara, sube a la *silla* y es llevado hacia la galería desde la cual dará al inmenso gentío que cubre la plaza de San Pedro la bendición apostólica.

. . . . . .

BENDICIÓN DEL CORDERO. — La costumbre de bendecir y de comer la carne de un cordero el día de Pascua, se ha conservado. Ponemos aquí, como complemento de los ritos de la pascua cristiana, la oración que la Iglesia emplea para esta bendición. El fiel recorrerá con placer esta fórmula antigua que transporta a otras costumbres y pedirá a Dios el retorno de esta sencillez y de esta fe práctica, que daba un sentido tan profundo y una grandeza tan sólida a las más insignificantes circunstancias de la vida de nuestros antepasados.

Oh Dios, que por medio de tu siervo Moisés, mandaste que, en la liberación del pueblo de Israel de Egipto, fuese matado un cordero, como símbolo de Nuestro Señor Jesucristo, y fuesen untadas con su sangre las puertas de las casas; dígnate bendecir y santificar también esta criatura de carne, que nosotros, tus siervos, deseamos tomar para alabanza tuya, en la fiesta de la resurrección del mismo Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

BENDICIÓN DE LOS HUEVOS. — La carne de animales no era el único plato que les estaba prohibido a los cristianos por la ley cuaresmal; esta ley prohibía también los huevos, en su calidad de comida animal. Tal prescripción no está ya en vigor en nuestros días; pero, antes que la Iglesia hubiese hecho esta nueva concesión a nuestra flaqueza, era necesario que cada año una dispensa más o menos extensa viniese a legitimar el uso de un alimento universalmente prohibido durante la santa Cuaresma. Las Iglesias de Oriente han sido más fieles a esta disciplina y no conocen esta dispensa. En su alegría de recobrar un alimento, cuya abstención les había sido penosa, los fieles pidieron a la Iglesia bendijese los primeros huevos que aparecían en la mesa pascual; y he aquí la oración que la Iglesia empleaba para responder a su deseo:

Suplicámoste, Señor, hagas que descienda sobre estos huevos la gracia de tu bendición, para que se conviertan en saludable alimento de tus fieles, que van a tomarlos en acción de gracias por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, el cual vive y reina contigo por los siglos de los siglos. Amén.

¡Cuán gozoso es el festín pascual, bendecido por la Iglesia nuestra Madre, y cómo acrecienta, por su santa libertad, la alegría de este gran día! Las fiestas de la religión deben ser fiestas de familia entre los cristianos; pero en todo el ciclo

no hay ninguna que sea comparable a ésta, que hemos esperado por tanto tiempo y que nos ha reportado juntamente las misericordias del Señor que perdona y las esperanzas de la inmortalidad.

POR LA TARDE

La tristeza de los Apóstoles. — El día avanza en su curso y Jesús aún no se ha mostrado a sus discípulos. Las santas mujeres se entregan a la alegría y al reconocimiento a que las incita el favor de que han sido objeto. Comunicaron su testimonio a los Apóstoles: no son solamente ángeles los que se las han aparecido; el mismo Jesús se las mostró; se dignó hablarlas; besaron sus sagrados pies; se muestran inconmovibles en sus afirmaciones; con todo, no consiguen vencer la postración de esos hombres, a quienes las escenas de la Pasión de su Maestro han abatido tan profundamente. Ante cualquier relato que oyen, se muestran tristes, como seres que han experimentado una cruel decepción. Con todo, son los mismos a quienes veremos dentro de poco afrontar los suplicios y la muerte, en testimonio de la Resurrección del Maestro cuyo recuerdo constituye para ellos en estos momentos como una humillación.

Podemos figurarnos las impresiones que los dominan, al escuchar la conversación de los dos

hombres que pasaron con ellos parte de la jornada y que también tuvieron relaciones con Jesús. Pronto, en el camino de Emaús, exteriorizaron de este modo el estado de su alma decepcionada: "Habíamos esperado en él, como en aquel que había de rescatar a Israel; y he aquí que ya hace tres días que la catástrofe ocurrió. Es cierto que algunas mujeres, que habían ido al sepulcro al amanecer, nos han inquietado con sus relatos. No habiendo encontrado su cuerpo, han regresado diciendo que han visto a Angeles que les han referido que él ahora está vivo. Algunos de entre los nuestros han ido al sepulcro y han comprobado lo que dicen las mujeres, pero a él no le han encontrado."

¡Cosa admirable! El anuncio de su resurrección, que tantas veces Jesús había hecho ante ellos, aun en presencia de los judíos, no les viene a la memoria. ¡Así el espectáculo y el recuerdo de la muerte ahogan en los hombres carnales el sentimiento del nuevo nacimiento que nuestro cuerpo ha de adquirir en la tumba!

La aparición a San Pedro. — Mas es necesario que Jesús se muestre resucitado a aquellos que deben dar hasta en los confines del mundo testimonio de su divinidad. Hasta ahora sólo se ha aparecido para satisfacer su ternura filial por su madre, y su infinita bondad para con las almas que habían respondido, según sus fuerzas, a sus

beneficios. Parece llegado el momento de pensar en su propia gloria: así, al menos, así nos lo figuramos nosotros. Pero aguardemos todavía. Jesús quiso en primer lugar recompensar el amor; pero, antes de proclamar su triunfo, siente la necesidad de realzar su generosidad. El colegio apostólico, cuyos miembros huyeron todos a la hora del peligro, contempló a su jefe renegando del Maestro que le había colmado de honores, ante la interpelación de una sirvienta; pero después de la mirada de reproche y de perdón que le dirigió Jesús en casa del Sumo Sacerdote, Pedro no cesó de deplorar su cobardía con las más amargas lágrimas. Jesús quiere ante todo consolar al humilde penitente, asegurarle de viva voz que le perdona y confirmar de nuevo, por esta señal de predilección divina, las prerrogativas que le confirió poco antes delante de los demás. Pedro duda todavía de la resurrección; no se rindió al testimonio de la Magdalena; pero no tardará en reconocer al divino Resucitado en la persona del Maestro ofendido, que se dispone a mostrársele como amigo que perdona.

Esta mañana el Angel dijo a las mujeres: "Id y decid a sus discípulos y a Pedro que él os precederá en Galilea." ¿Por qué Pedro es nombrado aquí con su propio nombre, sino para que sepa que, aunque tuvo la desgracia de renegar de Jesús, Jesús no renegó de él? ¿Por qué no es nombrado en esta ocasión, antes que los demás, sino para evitarle la humillación que le causaría

el contraste de su alta dignidad con la flaqueza indigna en que incurrió? Mas esta mención especial indica también que no cesó de estar presente en el corazón de su maestro y que pronto tendrá ocasión de expiar por su arrepentimiento, por su enmienda honrosa a los pies de aquel Maestro tan glorioso y tan lleno de bondad, la desgracia que tuvo de serle infiel. Pedro es lento en creer, pero su arrepentimiento es sincero y merece recompensa.

De pronto en una de las horas de este mediodía, el Apóstol ve aparecer ante sí aquel mismo Jesús a quien vió, hace tres días, atado y arrastrado por los esbirros de Caifás y cuya suerte había temido compartir. Pero este Jesús, entonces tan humillado, fulgura ahora en todos los esplendores de su resurrección; es un vencedor, un Mesías glorioso; pero lo que más deslumbra los ojos del apóstol es la inefable bondad de este divino Rey, que conforta al pecador mucho más que le deslumbra su resplandor. ¿Quién podrá evocar y penetrar el coloquio entre el culpable y el ofendido; los lamentos del apóstol, al que tanta generosidad llena de vergüenza; la seguridad de perdón proferida por unos labios sagrados y llenando de alegría un corazón tan abatido? Te bendecimos, oh Jesús, porque has levantado de su abatimiento a aquel que nos dejarás como Jefe y Padre, cuando asciendas al cielo.

Fe y primacía de Pedro. — Después de haber rendido homenaje a esta infinita misericordia del Corazón de nuestro Salvador resucitado, con no menos poder y expansión que la manifestó en los días de su vida mortal, admiremos la sabiduría con que continúa realizando en San Pedro el misterio de la unidad de la Iglesia, misterio que debe residir en este Apóstol y en sus sucesores. Jesús lo dijo en presencia de los demás en la última Cena: "Ruego por ti, Pedro, para que tu fe no desfallezca; cuando estuvieres convertido, confirmarás a tus hermanos." Ha llegado el momento de fortalecer en Pedro esta fe, que ya no debe faltarle jamás: Jesús se la comunica en este mismo instante.

A él le instruye el primero por sí mismo, para poner la base. Luego va a mostrarse a los otros apóstoles; pero Pedro estará presente con sus hermanos; de manera, que si este apóstol obtiene favores de los que los demás no participan, éstos no los reciben nunca sin que él participe en todos ellos. A ellos les toca creer en la palabra de Pedro, como así sucedió; por el testimonio de Pedro reciben la fe en la resurrección y la proclaman, como lo veremos pronto. Después Jesús se aparecerá a ellos mismos; porque los ama, y los llama sus hermanos, y los destina a predicar su gloria por toda la tierra; pero encontrará ya afianzada en ellos la fe de su resurrección, pues creyeron en el testimonio de Pedro; y el testimonio de Pedro obró en ellos el

misterio de la unidad que él obrará en la Iglesia hasta el fin de los siglos.

La aparición de Jesús al Príncipe de los Apóstoles está apoyada en el Evangelio de San Lucas y en la primera epístola de San Pablo a los Corintios, y es la cuarta de las apariciones del día de la resurrección.

LA NOCHE

LA APARICIÓN A LOS DISCÍPULOS DE EMAÚS. — Cuatro veces ha dado Jesús señales de su resurrección en el curso de esta jornada. Ahora le queda manifestarse a los Apóstoles reunidos, y darles de este modo ocasión de unir su experiencia personal al testimonio que recibieron de labios de Pedro. Pero es tal la condescendencia del divino Resucitado para con sus discípulos, que, dejando todavía por algunos momentos a aquellos que llama sus hermanos, los cuales no dudan ya de su triunfo, se preocupa de consolar a dos corazones cuya aflicción no tiene otra causa que su poca fe.

Por el camino de Jerusalén a Emaús caminan tristes dos viajeros. Su exterior abatido denuncia claramente que una cruel decepción les atenaza; ¿no se alejarán de la ciudad por un sentimiento de inquietud? Eran discípulos de Jesús cuando éste vivía; pero la muerte vergonzosa del maestro en quien ellos habían creído, causó en ellos

una tristeza tan amarga como profunda. Humillados por haber comprometido su honor siguiendo a un hombre que no era lo que ellos habían pensado, permanecieron ocultos durante las primeras horas que siguieron a su suplicio; pero de la noche a la mañana se ha hablado de un sepulcro abierto y forzado, de la desaparición de un cuerpo enterrado. Los enemigos de Jesús son poderosos, y sin duda en estos momentos dan informes contra los violadores de una tumba, cuya piedra estaba sellada con el sello de la autoridad pública. Es de creer que la prueba judicial haga comparecer ante su tribunal a los que siguieron a un Mesías crucificado por la Sinagoga entre dos ladrones. Este era, sin duda, el tema del diálogo de nuestros dos caminantes.

Pero he aquí, que son alcanzados por otro tercero y este tercer caminante es el mismo Jesús. La fijeza de sus pensamientos en el tema triste que les ocupa, les ha privado de la libertad de reconocer sus rasgos; así también sucede cuando nos dejamos llevar de un dolor demasiado humano, que perdemos de vista al compañero divino puesto junto a nosotros, para caminar con nosotros y reanimar nuestra esperanza. Jesús pregunta a estos dos hombres por qué están tristes; ellos se lo confiesan con sencillez; y este Rey de gloria, este vencedor de la muerte, en este mismo día, se digna dialogar con ellos y explicarles en el camino toda la serie de oráculos que anunciaban las humillaciones, la muerte

y el triunfo final del Redentor de Israel. Los dos viajeros están conmovidos, sienten, como lo confesaron más tarde, que el corazón se les enciende con un fuego desconocido, a medida que esta voz hace llegar hasta sus oídos estas verdades hasta entonces desconocidas. Jesús disimula querer dejarlos; ellos le retienen: "¡Oh! Quédate con nosotros, le dicen; el día declina y debes aceptar nuestra hospitalidad."

Introducen a su compañero desconocido en la casa de Emaús; le hacen sentarse a la mesa con ellos; y ¡cosa extraña! no han adivinado todavía quién es este celestial doctor que acaba de resolver sus dudas con tanta sabiduría y elocuencia. Así somos también nosotros cuando nos dejamos dominar por pensamientos humanos; Jesús está a nuestro lado, nos habla, nos instruye, nos consuela; y con frecuencia necesitamos mucho tiempo para reconocer que es Jesús.

Finalmente ha llegado el momento en que el maestro de la luz va a revelarse a estos dos discípulos tan tardos en creer. Le han invitado a que presida su mesa; a él le corresponde partir el pan. Le toma entre sus sagradas manos; y en el instante en que efectúa la fracción para dar a cada uno su parte, se les abren de súbito los ojos y reconocen al propio Jesús, a Jesús resucitado. Van a caer a sus pies; pero, apenas se descubre a sus miradas, desaparece, dejándolos sorprendidos y al mismo tiempo inundados de

una alegría que sobrepasa a cuantas han gustado jamás en toda su vida. He aquí la quinta aparición del Salvador en la jornada de Pascua.

RETORNO A JERUSALÉN. — Los dos discípulos no podían permanecer por más tiempo en Emaús; a pesar de la hora avanzada, sólo ansían regresar lo antes posible a Jerusalén. Los urge anunciar a los apóstoles, cuyo abatimiento han compartido esta mañana, que su maestro vive, que le han hablado, que le han visto. Recorren con rapidez la distancia que separa el pueblecito en que ellos esperaban pasar la noche, de la gran ciudad de cuyos peligros huían. Pronto se encuentran en medio de los apóstoles, a los que se apresuran a contar su dicha; pero se les han anticipado; la fe de la Resurrección está viva en el colegio apostólico. Antes que ellos comiencen a hablar, dicen todos a una: "El Señor ha resucitado verdaderamente y se ha aparecido a Pedro."

Los dos discípulos refieren también a los Apóstoles que también ellos han sido favorecidos con la conversación y con la vista de su Maestro.

APARICIÓN A LOS APÓSTOLES. — La conversación continuaba entre estos hombres sencillos y rectos, oscuros entonces, pero cuyos nombres inmortales había de conocer más tarde el mundo

entero. Entre tanto las puertas de la casa estaban cerradas, porque el reducido grupo temía una sorpresa. Los guardias del sepulcro habían referido todo a los príncipes de los sacerdotes por la mañana; éstos habían procurado sobornarlos y también les habían dado dinero para obligarles a decir que, mientras dormían, los discípulos de Jesús habían venido a robar el cuerpo. Esta actitud desleal de las autoridades judías podía traer cierta reacción popular contra los Apóstoles, y se creyeron obligados a tomar precauciones.

Mientras los apóstoles repasan entre sí las impresiones de esta memorable jornada, he aquí que Jesús se presenta ante ellos sin que las puertas se hubiesen abierto para darle paso. Es él, sus facciones; es su voz llena de bondad. "¡La paz sea con vosotros!" les dice con ternura. Pero ellos permanecen sobrecogidos; aquella entrada misteriosa e inesperada los ha dejado desconcertados. Ignoran aún las prerrogativas de un cuerpo glorioso; y sin dudar de la resurrección de su maestro, no saben si se encuentran en presencia de un fantasma. Jesús, que en toda esta jornada parece haberse preocupado más de testimoniar su amor hacia los suyos que de proclamar su gloria, se digna darles a tocar sus miembros divinos; hace más aún, y para probar la realidad de su cuerpo, les pide de comer y come con ellos. ¿Quién podrá expresar la alegría que inundó sus corazones ante esta inefable fami-

liaridad y las lágrimas de ternura que corren por sus ojos? Con qué alegría dicen a Tomás cuando este apóstol vuelve a ellos. "¡Hemos visto al Señor!" Esta fué la sexta aparición de Jesús resucitado.

Oración. — Sé, pues, bendito y glorificado, vencedor de la muerte, que en este solo día te has dignado mostrarte a los hombres hasta seis veces, para satisfacer tu amor y corroborar nuestra fe en tu divina Resurrección. Sé bendito y glorificado por haber consolado con tu presencia y tu cariño el corazón angustiado de tu Madre, que también es madre nuestra. Sé bendito y glorificado por haber calmado la desolación de la Magdalena con una palabra de amor. Sé bendito y glorificado por haber enjugado las lágrimas de las santas mujeres con tu presencia y por haberlas dado a besar tus sagrados pies. Sé bendito y glorificado por haber dado a Pedro con tus propios labios la seguridad de su perdón y por haber confirmado en él los dones de la Primacía, revelándole a él, antes que a los demás, el dogma fundamental de nuestra fe. Sé bendito y glorificado por haber reanimado con tanta dulzura el corazón vacilante de los dos discípulos en el camino de Emaús y haber completado este favor descubriéndote a ellos. Sé bendito y glorificado por no haber terminado esta jornada sin visitar a tus Apóstoles y sin haberles dado pruebas de tu adorable condescendencia con su debilidad.

Sé, en fin, bendito y glorificado, oh Jesús, por haberte dignado hoy, por medio de tu Santa Iglesia, hacernos participar, después de tantos siglos, de los goces que gustaron en tal día María, tu Madre, Magdalena con sus compañeras, Pedro, los discípulos de Emaús y los Apóstoles reunidos. Aquí no falta nada; todo está vivo, todo renovado; tú eres el mismo, y nuestra Pascua de hoy es también la misma que aquella que te vió salir del sepulcro. Todos los tiempos son tuyos; y el mundo de las almas vive por tus misterios, como el mundo material se sostiene por tu poder, desde el instante en que te plugo comenzar tu obra creando la luz visible, hasta que palidezca y se eclipse ante la eterna claridad que tú nos has conquistado en este día.

LUNES DE PASCUA

El misterio de la Pascua es tan vasto, y tan profundo, que no serán demasiado siete días para meditarle y profundizarle. En la jornada de ayer no hicimos sino contemplar a nuestro Redentor saliendo del sepulcro, y manifestándose a los suyos hasta seis veces, en su bondad y en su poder. Continuaremos tributándole los homenajes de adoración, de reconocimiento y de amor a los cuales tiene derecho por este triunfo, que es nuestro al mismo tiempo que suyo; pero debemos

también penetrar respetuosamente el conjunto maravilloso de doctrina y de acontecimientos cuyo centro es la Resurrección de nuestro divino libertador, para que la luz celestial nos ilumine más y más y nuestra alegría crezca constantemente.

EL MISTERIO DEL CORDERO. — ¿Qué significa, pues, el misterio de la Pascua? La Biblia nos responde que la Pascua es la inmolación del Cordero. Para comprender la Pascua, es necesario comprender antes el misterio del Cordero. Desde los primeros siglos del cristianismo se representaba el emblema del cordero en los mosaicos y en las pinturas murales de las Basílicas, como el símbolo que expresaba la idea del sacrificio de Cristo y de su victoria.

Por su actitud, rebosante de dulzura, el Cordero expresaba la abnegación que le había impulsado a dar su sangre por el hombre; pero se le presentaba de pie sobre una verde colina, y los cuatro ríos del paraíso fluían a su mandato debajo de sus pies, figurando los cuatro Evangelios que han llevado su gloria a los cuatro puntos del mundo. Más tarde se le representó empuñando una cruz de la que pendía una banderola triunfal: ésta es la forma simbólica con la cual le veneramos en nuestros días.

EL CORDERO EN EL ANTIGUO TESTAMENTO. — Después del pecado, el hombre no podía ya pres-

cindir del Cordero; sin el Cordero se veía desheredado para siempre del cielo y expuesto para siempre a la cólera divina. En los albores del mundo el justo Abel solicitaba la clemencia del Creador irritado, inmolando sobre un altar de césped el más lucido cordero de su rebaño, hasta que, cordero él mismo, cayó a los golpes de un fratricida, convirtiéndose de este modo en el modelo vivo del nuevo Cordero, a quien también sus propios hermanos condenaron a muerte. Más tarde, Abraham, sobre la montaña consumaba el sacrificio comenzado por su heroica obediencia, inmolando el carnero cuya cabeza estaba rodeada de zarzas y cuya sangre tiñó el altar levantado para Isaac. Más tarde, Dios habló a Moisés; le reveló la Pascua; esta Pascua consistía entonces en un cordero inmolado y en el festín de la carne de este cordero. La Santa Iglesia nos ha hecho leer estos días en el libro del Exodo lo que a este respecto había mandado el Señor. El cordero pascual no debía tener ninguna mancha; se debía derramar su sangre y comer su carne; tal era la primera Pascua. Está llena de figuras, aunque vacía de realidades; con todo había de bastar al pueblo de Dios durante quince siglos; pero el Judío espiritual sabía vislumbrar allí las huellas misteriosas de otro Cordero.

EL VERDADERO CORDERO. — Después que llegada la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo a la tierra, caminaba una vez este Verbo

poseyeron en otro tiempo, han recobrado, por inagotable poder de la sangre divina, su integridad primera. Toda la asamblea de los fieles se ha revestido de la veste nupcial; y este vestido es de un brillo deslumbrante, porque "ha sido blanqueado en la sangre del mismo Cordero." (*Apoc.*, VII, 14.)

El festín pascual. — Pero esta vestidura se nos ha dado para un festín, y en este festín encontramos otra vez a nuestro Cordero. Es él mismo el que se da en comida a sus felices convidados; y el festín es la Pascua. Las *actas* del Apóstol San Andrés se expresan de este modo: "La carne del Cordero sin mancha sirve de comida al pueblo que tiene fe en Cristo; su sangre le sirve de bebida; y aunque inmolado, este Cordero permanece siempre íntegro y vivo." Este festín se celebró ayer en toda la tierra; se prolonga también en estos días en los que contraemos una estrecha unión con el Cordero que se incorpora a nosotros por este divino manjar.

Reinado del Cordero. — Pero no está dicho todo cuanto se puede decir del Cordero. No viene solamente para ser inmolado, para alimentarnos con su sagrada carne. ¿Vendrá a mandar y a ser Rey? Sí, así es, y en eso consiste también nuestra Pascua. Pascua es la proclamación del reinado del Cordero. Es el grito de los elegidos en el cielo: "Ha vencido el León de la tribu de Ju-

dá, el descendiente de David." (*Apoc.*, V, 5.) Pero, si es León, ¿cómo es Cordero? Entendamos el misterio. En su amor hacia los hombres, que necesitaban ser redimidos, ser fortificados con un alimento celestial, se dignó mostrarse como Cordero; mas convenía también que triunfase de sus enemigos y de los nuestros; convenía que reinase, "porque todo poder le ha sido dado en el cielo y sobre la tierra." (*San Mat.* XXVIII, 18.) En su triunfo, en su poder invencible, es un León al que nada se le resiste, cuyos rugidos de victoria conmueven hoy al universo. Escuchad a San Efrén: "A la hora duodécima se le desclava de la cruz como al león dormido"[1]. Estaba muerto nuestro León; "su reposo fué tan breve, dice San León Magno, que, se diría sueño más bien que muerte"[2]. No era sino el cumplimiento del oráculo de Jacob, el cual estando para morir anunció con dos mil años de anticipación las grandezas de su ínclito descendiente, diciendo lleno de alborozo: "Cachorro de León eres, Judá. Para descansar te has echado como león y a manera de leona. ¿Quién osará despertarle?" (*Genes.*, XLIX, 9.) Por sí mismo se ha despertado hoy; se yergue sobre sus propios pies. Cordero para nosotros y León para sus enemigos, juntará en lo sucesivo la dulzura con la fuerza. Es el misterio completo de la Pascua: un Cordero triunfante, obediente, adorado.

---

[1] *In Sanctam Parasceven, et in Crucem et Latronem.*
[2] Primer Sermón sobre la Resurrección.

Tributémosle nuestros homenajes; y en tanto que podamos unir nuestras voces en el cielo a aquellas de los millones de ángeles y de los veinticuatro ancianos, repitamos con ellos desde ahora sobre la tierra. "Digno es el Cordero, que ha sido inmolado, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición." (*Apoc.*, V, 12.)

La sublimidad de esta semana. — La antigua Iglesia guardaba todos los días de esta semana como una fiesta continua; y los trabajos serviles se interrumpían durante ella. El edicto de Teodosio, en 389, que suspendía la actuación de los tribunales durante dicho intervalo, venía a confirmar esta prescripción litúrgica, que encontramos atestiguada en los Sermones de San Agustín y en las Homilías de San Juan Crisóstomo. Este último, hablando a los neófitos, se expresaba de este modo: "Durante estos siete días, gozáis de la enseñanza de la divina doctrina, la asamblea de los fieles se reune para vosotros, os admitimos a la mesa espiritual; de este modo os armamos y os ejercitamos en los combates contra el demonio. Porque ahora es cuando se prepara a atacaros con más furor; cuanto mayor es vuestra dignidad, más pertinaz será su ataque. Aprovechaos, pues, de nuestras enseñanzas durante este intervalo y aprended a luchar valientemente. Recordad también en estos siete días el ceremonial de las bodas espirituales

encarnado, que aún no se había manifestado a los hombres, a orillas del Jordán, y entonces San Juan mostrándole a sus discípulos, dijo: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo." El Santo Precursor en aquel momento anunciaba la Pascua; ya que advertía a los hombres que por fin la tierra poseía al Cordero verdadero, al Cordero de Dios tanto tiempo deseado. Había llegado el Cordero más puro que aquel de Abel, más misterioso que aquel de Abraham, más inmaculado que aquel que ofrecieron en Egipto los israelitas. Es verdaderamente el Cordero implorado con tanta insistencia por Isaías, Cordero enviado por el mismo Dios, en una palabra, el Cordero de Dios. Un poco de tiempo, y será inmolado. Hace tres días asistimos a su sacrificio; vimos su paciencia, su mansedumbre bajo del cuchillo que le degollaba, y fuimos teñidos de su sangre divina, que lavó todos nuestros pecados.

VIRTUD DE LA SANGRE DEL CORDERO. — El derramamiento de esta sangre redentora era necesaria para nuestra Pascua; era necesario que fuésemos marcados con ella para librarnos de la espada del Angel; al mismo tiempo, esta sangre nos comunicaba la pureza de aquel que nos la daba tan liberalmente. Nuestros neófitos salían de la fuente en la que él infundió su virtud, más blancos que la nieve; aun los pecadores, que habían tenido la desdicha de perder la gracia que

que habéis tenido la gloria de contraer. La solemnidad de las bodas dura siete días; hemos querido, durante todo este tiempo, reteneros en la cámara nupcial"[1].

Tal era entonces el celo de los fieles, su aprecio por las solemnidades de la Liturgia, la solicitud con que ellos rodeaban a los neófitos de la Iglesia en estos días, prestándose con diligencia a todos los actos exigidos de ellos durante esta semana. El júbilo de la resurrección llenaba todos los corazones y ocupaba todos los instantes. Los concilios promulgaron cánones que erigían en ley esta costumbre. El de Mâcon, en 585, formulaba así su decreto: "Debemos todos celebrar y festejar con celo nuestra Pascua, en la cual el Sumo Sacerdote y Pontífice ha sido inmolado por nuestros pecados, y honrarla guardando con exactitud las prescripciones que nos impone. Nadie se permitirá, pues, durante estos seis días, los que seguían al domingo, obra alguna servil; y todos se reunirán para cantar los himnos de la Pascua, asistiendo con asiduidad a los sacrificios cotidianos y juntándose para alabar a nuestro creador y regenerador por la tarde, por la mañana y al mediodía"[2]. Los concilios de Maguncia (813) y de Meaux (845) establecen esas mismas prescripciones. Las encontramos también en España, en el siglo VII, en los edictos de los reyes Recesvinto y Wamba. La Igle-

[1] 5.ª Homilía sobre la Resurrección.
[2] Canon II. Labbe, t. V.

sia griega las renovó en su concilio *in Trullo;* Carlomagno, Luis el Piadoso, Carlos el Calvo, las sancionaron en sus capitulares; los canonistas del siglo XI y XII, Burkard, San Yvo de Chartres, Graciano, nos las presentan en uso en su tiempo: finalmente Gregorio IX procuraba aún darlas fuerza de ley en una de sus Decretales, en el siglo XIII. Pero ya en muchos lugares esta observancia había aflojado. El concilio celebrado en Constanza en 1094 reducía la solemnidad de la Pascua al lunes y al martes. Los liturgistas Juan Beleth, siglo XII, y Durando, siglo XIII, atestiguan que desde su tiempo esta reducción estaba ya en uso entre los franceses. No tardó en extenderse en todo el Occidente y formó el derecho común para la celebración de la Pascua, hasta que el relajamiento creciente por doquier, obtuvo sucesivamente de la Sede Apostólica la dispensa de la obligación de guardar el Martes, y aun el Lunes; dispensa que ha convertido en ley general para toda la Iglesia el Código de Derecho Canónico.

Para comprender plenamente la Liturgia hasta el domingo *in albis,* es, por tanto necesario recordar constantemente a los neófitos, siempre presentes con sus vestiduras blancas a la Misa y a los oficios divinos. Las alusiones a su reciente regeneración son continuas y aparecen sin cesar en los cantos y en las lecturas durante el curso de esta solemne octava.

La Estación. — En Roma la estación de hoy es en la Basílica de San Pedro. Iniciados el último sábado en los divinos misterios en la Basílica del Salvador, en Letrán, los neófitos hoy celebran la resurrección del Hijo en el espléndido santuario de la Madre; es justo que en este tercer día vengan a tributar sus homenajes a Pedro, sobre el cual descansa todo el edificio de la Santa Iglesia. Jesús Salvador, María, Madre de Dios y de los hombres, Pedro, Jefe visible del cuerpo místico de Cristo: estas son las tres manifestaciones por las cuales hemos entrado y nos hemos mantenido en la Iglesia cristiana.

MISA

El Introito, sacado del Exodo, se refiere a los neófitos de la Iglesia. Les recuerda la leche y la miel misteriosa que les fueron dadas en la noche del Sábado, después de haber comulgado. Ellos son el verdadero Israel, introducido en la verdadera Tierra prometida. Alaben, pues, al Señor, que los ha escogido para hacer de ellos su pueblo de predilección.

INTROITO

Os introdujo el Señor en una tierra que mana leche y miel, aleluya: para que la ley del Señor esté siempre en vuestra boca, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Confesad al Señor, e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

Al contemplar a Cristo librado de los lazos de la muerte, la Santa Iglesia pide a Dios que nosotros, los miembros de este divino Jefe, consigamos la liberación de la que Jesús nos ofrece el modelo. Sojuzgados tanto tiempo por el pecado, debemos comprender ahora el precio de esta libertad de hijos de Dios que nos fué restituída por la Pascua.

COLECTA

Oh Dios, que con la solemnidad pascual diste remedios al mundo: suplicámoste sigas favoreciendo a tu pueblo con tus celestiales dones; para que merezca conseguir la perfecta libertad, y avance hacia la vida eterna. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles (X, 37-43).

En aquellos días, estando Pedro de pie en medio de la plebe, dijo: Varones hermanos, vosotros sabéis lo que fué divulgado por toda la Judea, comenzando desde Galilea, después del bautismo que predicó Juan, tocante a Jesús de Nazaret: cómo le ungió Dios con el Espíritu Santo y con poder; el cual pasó haciendo bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él. Y nosotros somos testigos de todo lo que hizo en la región de los judíos, y en Jerusalén, al cual mataron colgándole de un madero. A éste resucitó Dios al tercer día, y le hizo manifestarse no a todo el pueblo, sino a los testigos predestinados por Dios; a nosotros, que comimos y bebimos con él, después que resucitó de entre los muertos. Y nos mandó predicar al pueblo, y atestiguar que él es el que ha sido constituído por Dios juez de vivos y muertos. De él atestiguan todos los Profetas que, todos los que crean en él, recibirán por su nombre el perdón de los pecados.

Misión de Cristo y de los Apóstoles. — San Pedro dirigió este discurso al centurión Cornelio, y a los parientes y amigos de este gentil, que los había reunido en torno a sí para recibir al Apóstol que Dios le enviaba. Tratábase de disponer todo este auditorio para recibir el bautismo y para que llegase a ser las primicias de la gentilidad; porque hasta entonces el Evangelio no había sido anunciado más que a los judíos. Consideremos que San Pedro, y no otro Apóstol, es quien nos abre hoy, a nosotros gentiles, las puertas de la Iglesia, que el Hijo de Dios estableció sobre él como sobre roca inquebrantable. Por eso, este pasaje del libro de los Actos de los Apóstoles se lee hoy en la Basílica de San Pedro, cerca de su Confesión, y en presencia de los neófitos, que son otras tantas conquistas de la fe sobre los últimos seguidores de la idolatría pagana. Observemos asimismo el método que emplea el Apóstol para inculcar a Cornelio y a los de su casa la verdad del cristianismo. Comienza por hablarles de Jesucristo; recuerda los prodigios que han acompañado su misión; después, habiendo referido su muerte ignominiosa sobre la cruz, propone el hecho de la Resurrección del Hombre-Dios como la más alta garantía de la verdad de su carácter divino. A continuación viene la misión de los Apóstoles que es necesario aceptar, así como su testimonio tan solemne y desinteresado, ya que no les ha ocasionado más que persecuciones. Aquel, pues, que confiese al

Hijo de Dios revestido de la carne, pasando por este mundo haciendo el bien, obrando toda suerte de prodigios, muriendo sobre la cruz, resucitado del sepulcro, y confiando a los hombres que él escogió la misión de continuar sobre la tierra el ministerio que él había comenzado; aquel que confiesa toda esta doctrina, está dispuesto a recibir en el bautismo la remisión de sus pecados; ésta fué la suerte feliz de Cornelio y de sus compañeros; tal ha sido la de nuestros neófitos.

Se canta a continuación el Gradual, que presenta la expresión ordinaria de la alegría pascual, sólo el Versículo es diferente del de ayer y varía cada día hasta el viernes. El versículo del Aleluya nos vuelve a evocar al Angel que desciende del cielo para abrir el sepulcro vacío y manifestar la salida victoriosa del Redentor.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Diga ahora Israel que es bueno: que su misericordia es eterna.

Aleluya, aleluya. ℣. El ángel del Señor bajó del cielo; y acercándose, separó la piedra y se sentó sobre ella.

La Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (24, 13-35).

En aquel tiempo iban dos discípulos el mismo día a una aldea, que estaba a sesenta estadios (8 km.) de

Jerusalén, llamada Emaús. Y hablaban entre sí de todo lo que había sucedido. Y acaeció que, mientras conversaban y se preguntaban mutuamente, acercándose a ellos Jesús en persona, caminó con ellos: pero sus ojos estaban velados, para que no le conocieran. Y díjoles: ¿Qué habláis entre vosotros mientras camináis, y por qué estáis tristes? Y respondiendo uno, llamado Cleofás, le dijo: ¿Tú sólo eres el peregrino en Jerusalén que no ha sabido lo ocurrido en ella estos días? Entonces él les dijo: ¿Qué? Y dijeron ellos: Lo de Jesús Nazareno, que fué un varón profeta, poderoso en obras y en palabras delante de Dios y de todo el pueblo: y cómo le condenaron a muerte los sumos pontífices y nuestros príncipes, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que él había de redimir a Israel: y ahora, sobre todo esto, hoy es el tercer día que ha sucedido esto. Aunque también unas mujeres de las nuestras nos han asustado, porque fueron al sepulcro antes del día, y sin encontrar su cuerpo, volvieron diciendo que habían visto una aparición de Angeles, los cuales dicen que él vive. Y fueron al sepulcro algunos de los nuestros: y hallaron como habían dicho las mujeres, pero a él no le encontraron. Entonces él les dijo: ¡Oh estultos y tardos de corazón para creer todo lo que dijeron los Profetas! ¿No fué necesario que Cristo padeciera eso y entrara así en su gloria? Y, comenzando por Moisés y por todos los Profetas, les interpretó todas las Escrituras que hablaban de él. Y se acercaron a la aldea donde iban: y él fingió ir más lejos. Y le obligaron, diciendo: Quédate con nosotros, porque anochece y ya se acaba el día. Y entró con ellos. Y sucedió que, mientras estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan y lo bendijo, y lo partió, y se lo alargó. Y se abrieron sus ojos, y le conocieron, y él se desvaneció ante sus ojos. Y se dijeron mutuamente: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, cuando nos hablaba en el camino, y nos declaraba las Escritu-

ras? Y, levantándose luego, volvieron a Jerusalén: y encontraron reunidos a los doce y a los que estaban con ellos, diciendo: El Señor ha resucitado verdaderamente, y se ha aparecido a Simón. Y ellos contaron también lo que les había pasado en el camino: y cómo le conocieron en la fracción del pan.

El sentido de la prueba. — Contemplemos a estos tres peregrinos que conversan en el camino de Emaús y unámonos a ellos con el corazón y el pensamiento. Dos de ellos son hombres frágiles como nosotros, que tiemblan ante la tribulación, que se sienten desconcertados por la cruz y que necesitan la gloria y la prosperidad para continuar creyendo. "¡Oh insensatos y tardos de corazón!", les dice el tercer viajero. ¿No era necesario que el Mesías padeciese todos esos trabajos para entrar en su gloria?" Hasta aquí nuestro retrato ha sido muy semejante al de estos dos hombres; más parecemos judíos que cristianos; y por esto el amor de las cosas terrestres nos ha hecho insensibles a la atracción celestial y por lo mismo nos ha expuesto al pecado. En adelante no podemos ya pensar así. Los esplendores de la Resurrección de nuestro Maestro nos muestran con suficiente viveza cuál es el fin de la tribulación, cuando Dios nos la envía. Sean las que fueren nuestras pruebas, no podrán compararse con ser clavados a un patíbulo, ni crucificados entre dos malhechores. El Hijo de Dios sufrió esta suerte; y considerad hoy si los suplicios del viernes han detenido la ascen-

sión que había de emprender el domingo hacia su reinado inmortal. ¿Su gloria no ha sido tanto más deslumbrante cuanto más profunda fué su humillación?

No temblemos, pues, en adelante ante el sacrificio; pensemos en la felicidad eterna que le recompensará. Jesús, a quien los dos discípulos no reconocieron, no tuvo sino hacerles oír su voz y describirles los planes de la sabiduría y de la bondad divinas, y hubo claridad meridiana en sus espíritus. ¿Qué digo? Su corazón se encendía y ardía en su pecho, oyéndole tratar de cómo la cruz conduce a la Gloria; y si ellos no le descubrieron en seguida, fué porque él velaba sus ojos para que no le conociesen.

Eso pasará en nosotros si dejamos, como ellos, hablar a Jesús. Entonces comprenderemos que "el discípulo no está sobre el maestro". *(S. Mat.*, X, 24); y contemplando el resplandor que hoy ilumina a este Maestro, nos sentiremos inclinados a exclamar: "No, los padecimientos de este mundo transitorio no guardan proporción con la gloria que se manifestará más tarde en nosotros." *(Rom.*, VIII, 18.)

El efecto de la Eucaristía. — En estos días en que los esfuerzos del cristiano por su regeneración son pagados con el honor de sentarse, con vestidura nupcial, a la mesa del festín de Cristo, no podemos menos de hacer resaltar que

fué en el momento de la fracción del pan, cuando los ojos de los discípulos se abrieron y reconocieron a su maestro. El alimento celestial, cuya virtud procede toda de la palabra de Cristo, da la luz a las almas; y ellas ven entonces lo que no habían visto antes. Así ocurrirá en nosotros por efecto del sacramento de la Pascua; pero consideremos lo que nos dice a este respecto el autor de la *Imitación:* "Conocen verdaderamente a su Señor en el partir del pan, aquellos cuyo corazón arde vivamente porque Jesús anda en su compañía." (L., IV, c. XIV.) Entreguémonos, pues, a nuestro divino resucitado; en adelante le pertenecemos más que nunca, no solamente en virtud de su muerte, que padeció por nosotros, sino a causa de su resurrección, que también realizó por nosotros. A semejanza de los discípulos de Emaús, fieles y gozosos, como ellos, solícitos a ejemplo suyo, mostremos en nuestras obras la *renovación de vida,* que nos recomienda el Apóstol, y que sólo conviene a aquellos a quienes Cristo ha amado hasta no querer resucitar sino con ellos.

La Iglesia escogió este pasaje del Evangelio con preferencia a otro, por razón de la Estación que se celebra en San Pedro. En efecto, San Lucas nos refiere en él que los dos discípulos encontraron a los Apóstoles informados ya de la resurrección de su Maestro; "porque, decían, se ha aparecido a Simón". Hablamos ayer de este favor hecho al príncipe de los Apóstoles.

El Ofertorio está compuesto de un pasaje del santo Evangelio referente a las circunstancias de la Resurrección de Cristo.

OFERTORIO

El Angel del Señor bajó del cielo y dijo a las mujeres: El que buscáis, ha resucitado, según lo dijo. Aleluya.

En la Secreta la Iglesia pide en favor de sus hijos que el manjar pascual sea para ellos un alimento de inmortalidad, que una los miembros a su Jefe, no solamente en el tiempo, sino hasta en la vida eterna.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, recibas las preces de tu pueblo con la ofrenda de estas hostias: para que lo inaugurado con los misterios pascuales, nos sirva, por obra tuya, de remedio eterno. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Durante la Comunión la Iglesia evoca a los fieles el recuerdo de Pedro, que fué favorecido con la visita del Salvador resucitado. La fe de la Resurrección es la fe de Pedro, y la fe de Pedro es el fundamento de la Iglesia y el lazo de la unidad católica.

COMUNION

Resucitó el Señor y se apareció a Pedro. Aleluya.

En la Poscomunión la Iglesia continúa pidiendo para todos sus hijos, comensales del mismo festín del Cordero, el espíritu de concordia que debe unirlos como miembros de una misma familia, cuya inolvidable fraternidad la nueva Pascua ha venido a sellar.

POSCOMUNION

Infúndenos, Señor, el espíritu de tu caridad: para que, a los que has saciado con los sacramentos pascuales, los unifiques con tu piedad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

MARTES DE PASCUA

EL TRÁNSITO DEL SEÑOR. — El Cordero es nuestra Pascua; ayer lo reconocimos; pero el misterio de la Pascua dista mucho de estar agotado. He aquí otras maravillas que reclaman nuestra atención. El libro sagrado nos dice: "La Pascua es el *tránsito* del Señor." *(Exodo,* XII, 12); y el Señor, hablando él mismo, añade: "yo pasaré esta misma noche por la tierra de Egipto; heriré a todos los primogénitos en Egipto, desde el hombre hasta la bestia; y ejerceré mi juicio sobre todos los dioses de Egipto, yo el Señor". La Pascua es, pues, un día de justicia, un día terrible para los enemigos del Señor; pero es al mismo tiempo y por lo mismo el día de la

liberación para Israel. El Cordero acaba de ser inmolado, y su inmolación es el preludio de la manumisión del pueblo santo.

La cautividad de los Hebreos. — Israel está sumido en la más afrentosa cautividad bajo de los Faraones. Una odiosa esclavitud pesa sobre él; los niños varones son entregados a la muerte; es el fin de la raza de Abraham, sobre la que descansan las promesas de la salvación universal; ya es tiempo de que el Señor intervenga y que se muestre el León de la tribu de Judá, al cual nadie podrá resistir.

La cautividad del género humano. — Pero Israel representa aquí a un pueblo más numeroso que él. Es todo el género humano el que gime cautivo debajo de la tiranía de Satanás, el más cruel de los Faraones. Su servidumbre ha llegado al colmo; dominado por las más abominables supersticiones, prodiga a la materia sus ignominiosas adoraciones. Dios está ausente de la tierra, donde todo se ha divinizado, excepto Dios. La sima abierta del infierno sepulta a todas las generaciones casi en su totalidad. ¿Habrá trabajado Dios contra sí mismo, al crear al género humano? No; mas es tiempo de que el Señor pase y haga sentir la fuerza de su brazo.

La cautividad de Cristo. — El auténtico Israel, el Hombre verdadero descendido del cielo,

también está cautivo. Sus enemigos prevalecieron contra él; y sus despojos sangrantes e inanimados fueron encerrados en la tumba. Los asesinos del Justo llegaron hasta sellar la piedra de su sepulcro; montaron guardia en él. ¿No es tiempo de que el Señor *pase* y confunda a sus enemigos con la rapidez victoriosa de su *paso?*

LA LIBERACIÓN DE LOS HEBREOS. — Y en primer lugar, en el corazón de Egipto, después que cada familia israelita había inmolado y comido el cordero pascual, cuando hubo llegado el filo de la media noche, el Señor, según su promesa, *pasó* como un vengador terrible a través de aquella nación de corazón endurecido. El ángel exterminador le seguía e hirió con su espada a todos los primogénitos de aquel vasto imperio, "desde el primogénito del Faraón que se sentaba en el trono, hasta el primogénito de la cautiva que gemía en prisión, y hasta el primogénito de todos los animales". Un grito de dolor repercutió por doquier; pero el Señor es justo y su pueblo fué librado.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO. — La misma victoria se renovó en estos días, cuando el Señor, a la hora en que las tinieblas luchaban todavía con los primeros rayos del sol, *pasó* a través de la piedra sellada del sepulcro, a través de sus guardias, hiriendo de muerte al pueblo primogénito, que no había querido "reconocer el tiem-

po de su visita." (*San Lucas,* XIX, 44.) La sinagoga había heredado la dureza del corazón de Faraón; quería retener cautivo a aquel de quien el profeta había dicho que sería "libre entre los muertos". (*Sal.,* LXXXVII, 6.) Entonces se dejan oír los gritos de una rabia impotente en los consejos de Jerusalén; pero el Señor es justo y Jesús se ha libertado a sí mismo.

La liberación del género humano. — Y el género humano, que Satanás hollaba debajo de sus pies, ¡cuán dichoso se ha sentido por el *paso* del Señor! Este generoso triunfador no quiso salir solo de su prisión; nos había adoptado a todos como hermanos y nos condujo a todos a la luz con él. Todos los primogénitos de Satanás son abatidos; toda la fuerza del infierno es quebrantada. Todavía un poco de tiempo y los altares de los falsos dioses serán derribados por doquier; un poco de tiempo más y el hombre, regenerado por la predicación evangélica, reconocerá a su creador y abjurará de los ídolos. Porque "hoy es la Pascua, es decir, el Paso del Señor".

La sangre del Cordero. — Pero considerad la alianza que une en una misma Pascua el misterio del Cordero con el misterio del Tránsito. El Señor pasa y manda al Angel exterminador que hiera al primogénito de todas las casas cuyo umbral no lleve la marca de la sangre del Cordero. Esta sangre protectora es la que desvía la

espada; y a causa de ella la divina justicia pasa a nuestro lado sin herirnos. Faraón y su pueblo no están protegidos por la sangre del Cordero; con todo, vieron raras maravillas y experimentaron castigos inusitados; pudieron comprobar que el Dios de Israel no es impotente como sus dioses; pero su corazón está más duro que la roca y ni las obras ni las palabras de Moisés pudieron ablandarle. El Señor los hiere, pues, y libra a su pueblo.

A su vez el ingrato Israel se obstina y, apasionado por sus sombras groseras, no reconoce otro Cordero que el cordero material. En vano sus Profetas le anunciaron que "un Cordero rey del mundo vendrá del desierto a la montaña de Sión". *(Isaías,* XVI, I.) Israel no quiere ver su Mesías en este Cordero; le mata con saña y furor; y continúa poniendo toda su confianza en la sangre de una víctima impotente para protegerle en lo sucesivo. ¡Será terrible el *paso* del Señor por Jerusalén, cuando la espada romana le siga, exterminando a derecha e izquierda a todo un pueblo!

Y los espíritus malignos que se habían burlado del Cordero, que le habían despreciado a causa de su mansedumbre y de su humildad, que llenos de frenesí, de alegría infernal, al verle arrojar hasta la última gota toda la sangre de sus venas sobre el árbol de la cruz, ¡qué decepción para su orgullo ver a este Cordero descen-

der en toda su majestad de León hasta los infiernos, para arrancar a los justos cautivos; después, sobre la tierra, llamar a toda criatura viviente "a la libertad de hijos de Dios!" *(Rom., VIII, 21.)*

Tu paso, oh Cristo, es duro para tus enemigos, pero ¡cuán saludable para tus fieles! El primer Israel no le temió, porque estaba protegido por el signo de la sangre figurativa que señalaba la puerta de sus moradas. Nosotros somos más afortunados; nuestro Cordero es el Cordero de Dios mismo; y no son nuestras puertas las que son marcadas con su sangre; son nuestras almas las que son teñidas con ella. Tu Profeta, explicando más claramente el misterio, anunció seguidamente que serían perdonados, el día de tu justa venganza sobre Jerusalén, aquellos que llevasen en su frente la señal de la *Tau*. *(Ezeq., IX, 6.)* Israel no lo quiso comprender. El signo de la *Tau* es el signo de tu Cruz; él nos ampara, nos protege y nos transporta de alegría, en esta Pascua de tu tránsito, en que todos tus castigos son para nuestros enemigos y todas tus bendiciones para nosotros.

LA ESTACIÓN. — En Roma la Estación es hoy en la Basílica de San Pablo. La Iglesia se apresura a conducir a los pies del Doctor de los Gentiles su reducido ejército de neófitos. Compañero de trabajos de Pedro en Roma y asociado a su martirio, Pablo no es el fundamento de la Igle-

sia; pero es el predicador del Evangelio a las naciones. Sintió los dolores y las alegrías del alumbramiento y sus hijos han sido innumerables. Desde el fondo de su tumba, sus huesos se estremecen de alegría a la llegada de sus nuevos hijos, ávidos de oír su palabra en las inmortales Epístolas en que todavía habla y hablará hasta la consumación de los siglos.

MISA

El Introito, sacado del libro del Eclesiástico, celebra la divina sabiduría de Pablo, que es como fuente siempre pura donde los cristianos van a beber, y cuya agua saludable les da la salud del alma y los prepara para la inmortalidad.

INTROITO

Les dió a beber el agua de la sabiduría, aleluya: ésta se fijará en ellos, y no se apartará, aleluya: y los ensalzará para siempre, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Alabad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia glorifica a Dios en la Colecta, porque se digna hacerla fecunda cada año y darla los goces maternales en medio de las alegrías de la Pascua; a continuación implora para sus nuevos hijos la gracia de permanecer siempre conformes a su Maestro resucitado.

COLECTA

Oh Dios, que multiplicas tu Iglesia con una prole siempre nueva: haz que tus siervos conserven en su vida el sacramento que han recibido con fe. Por Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (XIII, 16, 26-33).

En aquellos días, levantándose Pablo, e imponiendo silencio con la mano, dijo: Varones hermanos, hijos de la raza de Abraham, y los que temen a Dios entre vosotros, a vosotros se os envía este mensaje de salud. Porque los que habitaban en Jerusalén, y sus príncipes, desconociendo a Jesús, y las voces de los Profetas, que se leen todos los sábados, juzgándole, las cumplieron y, no encontrando en él ninguna causa de muerte, pidieron a Pilatos autorización para matarle. Y, habiendo cumplido todo lo escrito acerca de él, bajándole del madero, le pusieron en un sepulcro. Pero Dios le resucitó de entre los muertos al tercer día: y fué visto durante muchos días, por los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén, los cuales son hasta hoy día sus testigos ante el pueblo. También nosotros os anunciamos la promesa hecha a nuestros padres: porque Dios la cumplió en nuestros hijos, resucitando a Nuestro Señor Jesucristo.

La fe en la Resurrección. — Este discurso que el gran Apóstol pronunció en Antioquía de Pisidia, en la Sinagoga de los judíos, nos muestra que el Doctor de los Gentiles seguía en sus enseñanzas el mismo método que el Príncipe de los Apóstoles. El punto capital de su predicación

era la Resurrección de Jesucristo: verdad fundamental, hecho supremo, que garantiza toda la misión del Hijo de Dios sobre la tierra. No basta creer en Jesucristo crucificado, si no se cree en Jesucristo resucitado; en este último dogma es donde está contenida toda la fuerza del cristianismo, así como sobre este hecho, el más incontestable de todos, descansa la certeza completa de nuestra fe. Así pues, ningún acontecimiento realizado aquí abajo puede compararse con aquel cuanto a la impresión que ha producido. Ved al mundo entero conmovido en estos días, al congregar la Pascua a tantos millones de hombres de toda raza y de todos los climas. Hace diez y nueve siglos que Pablo descansa en la Vía Ostiense; ¡cuántas cosas han desaparecido de la memoria de los hombres a pesar del mucho ruido que hicieron en su tiempo, desde que esta tumba recibió por vez primera los despojos del Apóstol! La ola de persecuciones anegó a la Roma cristiana durante más de doscientos años; hasta fué necesario, en el siglo III, desplazar por un tiempo estos huesos y ocultarlos en las Catacumbas. Viene después Constantino que elevó esta basílica y erigió este arco triunfal cerca del altar bajo del cual reposa el cuerpo del Apóstol. Desde entonces, ¡cuántos cambios, cuántos trastornos de dinastías, de formas de gobierno se han sucedido en nuestro mundo civilizado y fuera de él! Nada permanece inmutable sino la Iglesia eterna. Todos los años, desde hace más de 1.500, se dirige

a leer en la Basílica de San Pablo, cabe su tumba, este mismo discurso en que el Apóstol anuncia a los judíos la Resurrección de Cristo. Ante esta perpetuidad, ante esta inmutabilidad hasta en los detalles más secundarios, digamos también nosotros: Cristo ha resucitado verdaderamente; él es el Hijo de Dios, porque jamás ningún otro hombre señaló tan profundamente su mano en las cosas de este mundo visible.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Díganlo ahora los que han sido redimidos por el Señor: aquellos a quienes redimió del poder del enemigo y congregó de todas las regiones.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó del sepulcro el Señor, que pendió por nosotros en el madero.

A continuación se canta la Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (XXIV, 36-47).

En aquel tiempo se presentó Jesús en medio de sus discípulos, y díjoles: Paz a vosotros: yo soy, no temáis. Pero ellos, turbados y asustados, creían ver un fantasma. Y díjoles: ¿Por qué os turbáis, y suben estos pensamientos de vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, porque soy yo mismo: palpad y ved: porque el espíritu no tiene carne y huesos, como véis que tengo yo. Y, habiendo dicho esto, les mostró las manos y los pies. Pero, dudando todavía ellos, y admirándose de gozo, les dijo: ¿Tenéis aquí algo que comer? Y ellos le

ofrecieron parte de un pez asado, y un panal de miel. Y, habiendo comido delante de ellos, tomando las sobras, se las dió a ellos. Y díjoles: Estas eran las palabras que os decía, cuando todavía estaba con vosotros, porque era necesario que se cumplieran todas las cosas escritas acerca de mí en la Ley de Moisés, y en los Profetas, y en los Salmos. Entonces les abrió el sentido, para que entendieran las Escrituras. Y díjoles: Porque así estaba escrito, y así convenía que Cristo padeciese, y resucitase al tercer día de entre los muertos, y se predicase en su nombre la penitencia y el perdón de los pecados a todas las gentes.

La paz. — Jesús se muestra a sus discípulos reunidos, la tarde misma de la Resurrección y se acerca a ellos deseándoles la paz. Es el deseo que nos dirige a nosotros mismos en la Pascua. En estos días él restablece por doquier la paz; la paz del hombre con Dios, la paz en la conciencia del pecador reconciliado, la paz fraterna de los hombres entre sí por el perdón y el olvido de las injurias. Recibamos este deseo de nuestro divino Resucitado y guardemos cristianamente esta paz que se digna traernos él mismo. En el instante de su nacimiento en Belén, los ángeles anunciaron esta paz a los hombres de buena voluntad; hoy Jesús mismo, habiendo realizado su obra de pacificación, viene en persona a traernos el fruto. La Paz: es su primera palabra a estos hombres que nos representaban a todos. Aceptemos con amor esta dichosa palabra, y mostremos desde ahora en todos los acontecimientos que somos los hijos de la paz.

Imperfección de la fe. — La actitud de los Apóstoles en esta escena impresionante debe también fijar nuestra atención. Ellos conocen la Resurrección de su Maestro; se apresuraron a proclamarla a la llegada de los dos discípulos de Emaús; con todo, ¡cuán débil es su fe! La presencia inesperada de Jesús los turba; si se digna darles a palpar sus miembros para convencerlos, esta experiencia los asombra, los colma de alegría; pero aún permanece en ellos no sé qué fondo de incredulidad. Es necesario que el Salvador lleve su bondad hasta comer delante de ellos, para convencerlos plenamente de que es él mismo y no un fantasma. Con todo, estos hombres antes de la visita de Jesús creían ya y confesaban su Resurrección. ¡Qué lección nos da este hecho del Evangelio! Ellos creen pero con una fe tan débil que el menor choque los hace vacilar; piensan tener la fe y apenas si ha aflorado en su alma. Con todo, sin la fe, sin una fe viva y enérgica, ¿qué podemos hacer en medio de la lucha que debemos sostener constantemente contra los demonios, contra el mundo y contra nosotros mismos? Para luchar, la primera condición es estabilizarse sobre una base resistente; el atleta cuyos pies descansan sobre la arena movediza no tardará en ser derribado. Es muy común hoy día esta fe vacilante, que cree hasta que se presenta la prueba de esta misma fe, continuamente socavada por un naturalismo sutil, que es difícil dejar de respirar en mayor o

menor grado, en esta atmósfera pestilencial que nos rodea. Pidamos sin cesar la fe, una fe invencible, sobrenatural, que sea el móvil de nuestra vida entera, que no retroceda nunca, que triunfe siempre dentro y fuera de nosotros; para que podamos aplicarnos con verdad el dicho del Apóstol San Juan: "Nuestra fe es la victoria que pone al mundo entero debajo de nuestros pies." *(I San Juan,* V, 4.)

En el Ofertorio, la Iglesia, haciendo suyas las palabras de David, nos muestra las fuentes brotando de la tierra a la voz tonante del Señor. Esta voz majestuosa es la predicación de los Apóstoles y particularmente la de San Pablo; estas fuentes son las del Bautismo, en las que se sumergieron los neófitos para poder participar de la vida eterna.

OFERTORIO

El Señor tronó desde el cielo; el Altísimo emitió su voz, y brotaron fuentes de agua. Aleluya.

La Iglesia pide en la Secreta que el santo sacrificio nos ayude a caminar hacia la gloria infinita, cuyo camino es el Bautismo.

SECRETA

Recibe, Señor, las oraciones de los fieles con las hostias que te ofrecemos: a fin de que, por los deberes de nuestra piedad, alcancemos llegar a la gloria celestial. Por Jesucristo, nuestro Señor.

En la Antífona de la Comunión oímos a San Pablo dirigiéndose a los neófitos; les indica el camino seguro para llegar a ser imágenes fieles del Salvador resucitado.

COMUNION

Si resucitasteis con Cristo, buscad las cosas celestiales, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios, aleluya: gustad lo de arriba. Aleluya.

Unida a los deseos del Apóstol, pide la Iglesia para sus nuevos hijos, que acaban de participar del Misterio Pascual, la perseverancia en la vida nueva, de la que es principio y medio este divino sacramento.

POSCOMUNION

Oh Dios omnipotente, haz que la virtud del Misterio Pascual del que participamos, permanezca siempre en nosotros. Por Jesucristo, nuestro Señor.

MIERCOLES DE PASCUA

LIBERACIÓN DE EGIPTO Y DEL PECADO. — El nombre de Pascua significa en hebreo *paso, tránsito,* y ya expusimos ayer cómo ese gran día desde entonces se convirtió en sagrado, a causa del Tránsito del Señor; pero la palabra hebraica no expresa su significado total. Los antiguos Padres, acordes con los doctores judíos, nos enseñan que la Pascua es también para el pueblo

de Dios el Paso de Egipto a la tierra prometida. En efecto, estos tres hechos se conmemoran juntos en una misma noche: el festín religioso del cordero, la exterminación de los primogénitos de los Egipcios y la salida de Egipto. Hoy reconocemos una nueva figura de nuestra Pascua en este tercer hecho que continúa el desarrollo del misterio.

El momento en que Israel sale de Egipto para marchar hacia la tierra que es para él la patria predestinada, es el más solemne de su historia; pero esta salida y todas las circunstancias que la acompañan, forman un conjunto de figuras que no se descubren ni se esclarecen más que en la Pascua cristiana. El pueblo elegido se retira de en medio del pueblo idólatra y opresor del débil; en nuestra Pascua hemos visto a los neófitos salir valientemente del imperio de Satanás, que los tenía cautivos, y renunciar solemnemente a este orgulloso Faraón, a sus pompas y a sus obras.

El Mar Rojo y el bautismo. — En el camino que conduce a la tierra prometida, Israel encontró agua; y necesitó atravesar este elemento, tanto para sustraerse a la persecución del ejército del Faraón, como para penetrar en la patria feliz que destila leche y miel. Nuestros neófitos, después de haber renunciado al Faraón que los tenía esclavizados, también se han encontrado frente a las aguas; y, como ellos, no podían

tampoco huir del furor de sus enemigos, sino atravesando este elemento protector, ni penetrar en la región de sus esperanzas sino después de haber dejado tras de sí las aguas como baluarte inexpugnable.

Por la divina bondad, el agua que impide siempre al hombre correr, se convirtió para Israel en aliado compasivo y recibió orden de suspender sus leyes y de servir de libertadora del pueblo de Israel. Del mismo modo, también la fuente sagrada, convertida en auxiliar de la gracia divina, como nos lo enseñó la Iglesia en la solemnidad de Epifanía, ha sido el refugio, el auxilio seguro de aquellos que en sus ondas no han tenido que temer el poder que Satanás reivindicaba sobre ellos.

En pie y tranquilo en la otra orilla, Israel contempla los cadáveres flotantes de Faraón y de sus guerreros, los carros de combate y los escudos, juguete de las olas. Al salir de la fuente bautismal, nuestros neófitos sumergieron su mirada en esta agua purificadora y vieron hundidos para siempre sus pecados, enemigos más formidables que Faraón y su pueblo.

CAMINO HACIA LA TIERRA PROMETIDA. — Después Israel se dirigió gozoso a la tierra bendita que Dios determinó darle en herencia. En el camino oirá la voz del Señor que le dará él mismo su ley; calmará su sed con las aguas puras y refrigerantes que brotarán de las rocas a través de

los arenales del desierto y recogerá para alimentarse el maná que le enviará el cielo cada día. Del mismo modo, nuestros neófitos comienzan a caminar sin obstáculos hacia la patria celestial que es su tierra prometida. El desierto de este mundo, que tienen que atravesar, no tendrá para ellos peligros ni molestias, porque el Divino Legislador los instruirá por sí mismo en su ley, no entre relámpagos y truenos como lo hizo para Israel, sino de corazón a corazón, y con voz dulce y compasiva como la que maravilló a los discípulos en el camino de Emaús. Ya no les faltarán las aguas bulliciosas; hace algunas semanas oíamos al Maestro hablando con la Samaritana, prometer que haría brotar una fuente viva para aquellos que le adorasen en espíritu y en verdad. En fin, un maná celestial, muy superior al de Israel, porque asegura la inmortalidad a los que de él se nutren, será su alimento deleitoso y fortificante.

También nuestra Pascua es el Tránsito hacia la tierra prometida; pero con una realidad y una verdad que el antiguo Israel no conoció en las grandes cosas que la figuraban. Festejemos, pues, nuestro tránsito de la muerte original a la vida de la gracia por el santo Bautismo; y aunque el aniversario de nuestra regeneración no sea el día de hoy, no dejemos por esto de celebrar la feliz emigración que hicimos del Egipto del mundo a la Iglesia de Cristo; ratifiquemos con alegría y reconocimiento nuestra renuncia

solemne a Satanás, a sus pompas y a sus obras, a cambio de la cual la bondad de Dios nos ha otorgado tales beneficios.

IDENTIFICACIÓN EN CRISTO POR EL BAUTISMO. — El Apóstol de los Gentiles nos revela otro misterio del agua bautismal que completa éste y se aúna paralelamente con el misterio de la Pascua. Nos enseña que desaparecimos en esta agua, como Cristo en su sepulcro, y que morimos y fuimos sepultados con él *(Rom.,* VI, 4.) Acababa entonces para nosotros nuestra vida de pecadores, pues para vivir en Cristo, era preciso morir al pecado. Contemplando las fuentes sagradas en las cuales fuimos regenerados pensemos que son la tumba donde enterramos al hombre viejo, que no ha de volver a levantarse más. El bautismo por inmersión, usado antes por largo tiempo y que todavía hoy es el que se administra en muchas partes, era una imagen sensible de ese sepultarse; el neófito desaparecía por completo debajo del agua; parecía muerto a su vida anterior, como Cristo a su vida mortal. Pero, así como el Redentor no permaneció en la tumba, sino que resucitó a una vida nueva, del mismo modo también, según la doctrina del Apóstol *(Col.,* II, 12), los bautizados resucitan con él en el instante en que salen del agua, y reciben las arras de la inmortalidad y de la gloria, por ser miembros vivos y auténticos de este Jefe, que no tiene nada de común con la muerte. Y tam-

bién en esto consiste la Pascua, es decir en el paso de la muerte a la vida.

En Roma la Estación se celebra en la Basílica de San Lorenzo Extramuros. Es el principal de los numerosos santuarios que la Ciudad Santa ha consagrado a la memoria de su más ilustre mártir, cuyo cuerpo descansa debajo del altar mayor. Los neófitos eran llevados en este día junto a la tumba de este generoso atleta de Cristo, para que allí bebiesen la verdadera fortaleza en la confesión de la fe e invencible fidelidad a su bautismo. Durante muchos siglos el recibir el bautismo fué una aceptación del martirio; en todo tiempo es un alistamiento en la milicia de Cristo, de la que nadie puede desertar sin incurrir en la pena de los traidores.

MISA

El Introito está formado con las palabras que el Hijo de Dios dirigirá a sus elegidos en el último día del mundo al abrirles su reino. La Iglesia las aplica a sus neófitos, elevando de este modo sus pensamientos hacia la felicidad eterna, cuya esperanza ha sostenido a los mártires en sus combates.

INTROITO

Venid, benditos de mi Padre, poseed el reino, aleluya, que os ha sido preparado desde el principio del

mundo. Aleluya, aleluya, aleluya.— *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: cantad al Señor, tierra toda. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia recuerda a sus hijos que las fiestas de la Liturgia son un medio para arribar a las festividades de la eternidad. Este es el pensamiento y la esperanza que domina en todo el *Año litúrgico*. Debemos, pues, celebrar la Pascua temporal de manera que merezcamos ser admitidos a los goces de la Pascua eterna.

COLECTA

Oh Dios, que nos alegras con la anual solemnidad de la Resurrección del Señor: haz propicio que, por medio de estas fiestas temporales que celebramos, merezcamos llegar a los gozos eternos. Por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Actos de los Apóstoles (III, 12-15, 17-19).

En aquellos días, abriendo Pedro su boca, dijo: Varones israelitas, y los que teméis a Dios, oíd. El Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob, el Dios de nuestros padres, ha glorificado a Jesús, a quien vosotros entregasteis y negasteis delante de Pilatos, cuando éste juzgaba que debía ser absuelto. Vosotros negasteis al Santo y al Justo, y pedisteis que se os diera el hombre homicida; en cambio, matasteis al Autor de la vida, al que Dios resucitó de entre los muertos, de lo que somos testigos nosotros. Y ahora, hermanos, sé que lo hicisteis por ignorancia, como también vuestros príncipes. Pero Dios, que había predicho por boca de los

Profetas que Cristo había de padecer, lo cumplió así. Arrepentíos, pues, y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados.

También hoy llega a nosotros la voz del Príncipe de los Apóstoles que proclama la Resurrección del Hombre-Dios. Cuando pronunció este discurso estaba acompañado de San Juan y acababa de obrar en una de las puertas del templo de Jerusalén su primer milagro, la curación de un cojo. El pueblo se había agrupado alrededor de los dos discípulos y por segunda vez Pedro tomaba la palabra en público. El primer discurso había conducido a tres mil al bautismo; éste conquistó cinco mil. El Apóstol ejerció verdaderamente en esas dos ocasiones el oficio de pescador de hombres, que el Salvador le asignó en otra ocasión, cuando le vió por primera vez.

Admiremos con qué caridad San Pedro invita a los judíos a reconocer en Jesús al Mesías que esperaban. Les da seguridad del perdón, a aquellos mismos que habían renegado de Cristo, y los disculpa atribuyendo a ignorancia una parte de su crimen. Ya que ellos han pedido la muerte de Jesús débil y humillado, consientan al menos hoy que está glorificado, en reconocerle por lo que es, y su pecado les será perdonado. En una palabra, humíllense y serán salvos. Dios llamaba de este modo a sí a los hombres rectos y de buena voluntad; y continúa haciéndolo en nuestros días. Jerusalén dió algunos; pero la mayor

parte rechazó la invitación. Lo mismo ocurre en nuestros días; roguemos y pidamos sin cesar para que la pesca sea cada vez más abundante y el festín de la Pascua más concurrido.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. La diestra del Señor ejerció su poder, la diestra del Señor me ha exaltado.

Aleluya, aleluya. ℣. El Señor resucitó verdaderamente y se apareció a Pedro.

A continuación se canta la secuencia de la Misa del día de Pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XXI, 1-14).

En aquel tiempo se manifestó otra vez Jesús a sus discípulos junto al mar de Tiberiades. Y se manifestó así: Estaban juntos Simón Pedro y Tomás, el llamado Dídimo, y Natanael, que era de Caná de Galilea, y los hijos del Zebedeo, y otros dos discípulos suyos. Díjoles Simón Pedro: Voy a pescar. Dijéronle ellos: Vamos también nosotros contigo. Y salieron y subieron a la barca: y aquella noche no pescaron nada. Y, llegada la mañana, se presentó Jesús en la orilla: pero los discípulos no conocieron que era Jesús. Díjoles, pues, Jesús: Muchachos: ¿tenéis algo que comer? Respondiéronle: No. Díjoles: Lanzad la red a la derecha de la barca y encontraréis. Y la lanzaron: y ya no podían sacarla fuera, por la multitud de los peces. Dijo entonces a Pedro aquel discípulo a quien amaba Jesús: ¡Es el Señor! Cuando oyó Simón Pedro que era el Señor,

se ciñó la túnica (pues estaba desnudo), y se echó al mar. Y los otros discípulos vinieron con la barca (porque no estaban lejos de la orilla, sino sólo a unos doscientos codos), trayendo la red con los peces. Y, cuando bajaron a tierra, vieron unas brasas preparadas, y un pez sobre ellas, y un pan. Díjoles Jesús: Traed los peces que habéis pescado ahora. Subió Simón Pedro, y trajo a tierra la red, llena de ciento cincuenta y tres peces grandes. Y, a pesar de ser tantos, la red no se rompió. Díjoles Jesús: Venid, comed. Y nadie de los que comían se atrevió a preguntarle: ¿Quién eres tú?, sabiendo que era el Señor. Y fué Jesús, y tomó el pan, y se lo dió. Y lo mismo el pez. Esta fué la tercera vez que se apareció Jesús a sus discípulos después de resucitar de entre los muertos.

EL MISTERIO DE LA PESCA MILAGROSA. — Jesús se apareció a sus discípulos reunidos en la tarde del día de Pascua; y de nuevo se mostró a ellos ocho días después, como diremos luego. El Evangelio de hoy nos refiere una tercera aparición, que fué sólo para siete discípulos, a orillas del lago de Genesareth, llamado también por su vasta extensión el mar de Tiberiades. Nada más conmovedor que esta alegría respetuosa de los Apóstoles ante la aparición de su Maestro, que se digna servirles una comida. Juan, antes que ningún otro, ha notado la presencia de Jesús; no nos asombremos; su gran pureza esclareció la mirada de su alma; está escrito: "Bienaventurados los que tienen el corazón puro, porque ellos verán a Dios." *(San Mat.,* V, 8.) Pedro se arroja a las olas para llegar antes a la presencia

de su Maestro; se exteriorizaba como el Apóstol impetuoso, pero que ama más que los otros. ¡Cuántos misterios en esta admirable escena!

El fiel. — Existe ciertamente una pesca; es el ejercicio del apostolado para la Santa Iglesia. Pedro es el gran pescador; a él le toca determinar cuándo y cómo es preciso arrojar la red. Los otros Apóstoles se unen a él, y Jesús está con todos. Está atento a la pesca, él la dirige; porque el resultado es para él. Los peces son los fieles; pues, como lo hemos señalado en otra parte, el cristiano, en el lenguaje de los primeros siglos, es un pez. Sale del agua; y en el agua recibe la vida. Ya hemos visto antes cómo fué propicia a los israelitas el agua del Mar Rojo. En nuestro Evangelio encontramos también el Tránsito: el paso del agua del lago de Genesareth a la mesa del Rey del cielo. La pesca fué abundante, en lo cual se encierra un misterio que no nos es dado penetrar. Solamente al fin del mundo, cuando la pesca sea completa, entonces comprenderemos quiénes son estos ciento cincuenta y tres peces grandes. Este número misterioso significa, sin duda, otras tantas fracciones de la familia humana, conducidas sucesivamente al Evangelio por el apostolado; pero no habiéndose cumplido aún el tiempo, el libro permanece sellado.

Cristo. — De vuelta a la ribera, los Apóstoles se reunieron con su Maestro; pero he aquí que

encuentran la comida preparada para ellos: un pan, con un pez asado sobre carbones. ¿Qué simboliza este pez, que ellos no pescaron, que fué sometido al ardor del fuego y que va a servirles de alimento al salir del agua? La antigüedad cristiana nos explica este nuevo misterio: el pez es Cristo, que fué probado por los ardientes dolores de su Pasión, en los que el amor le devoró como fuego; se convirtió en alimento divino de aquellos que se purificaron atravesando las aguas. Ya hemos explicado en otro lugar cómo los primeros cristianos habían hecho una contraseña de la palabra *Pez* en lengua griega, porque las letras de esta palabra reproducen en dicha lengua las iniciales de los nombres del Redentor.

Pero Jesús quiere juntar en un mismo banquete consigo mismo, Pez divino, a esos otros peces de los hombres que la red de San Pedro sacó de las aguas. El festín de la Pascua tiene la virtud de fundir en una misma sustancia por el amor, al manjar y a los comensales, al Cordero de Dios y a los corderos hermanos suyos, al Pez divino y a estos otros peces a los cuales está unido por una indisoluble fraternidad. Inmolados con él, le siguen por doquier, en la pasión y en la gloria; testigo, el gran diácono Lorenzo, que ve hoy al rededor de su tumba a la feliz asamblea de los fieles. Imitador de su Maestro hasta sobre los carbones de la parrilla al rojo, comparte ahora, en una Pascua eter-

na, los esplendores de su victoria y los goces infinitos de su felicidad.

El Ofertorio, formado por las palabras del Salmo, celebra al maná que el cielo envió a los Israelitas después de cruzado el Mar Rojo; pero el nuevo maná es tan superior al primero que sólo alimentó el cuerpo, como la fuente bautismal, que lava los pecados, supera a las olas vengadoras que sumergieron a Faraón y a su ejército.

OFERTORIO

El Señor abrió las puertas del cielo: y les llovió maná para que comieran: les dió pan del cielo: pan de Angeles comió el hombre. Aleluya.

En la Secreta habla la Iglesia con efusión del Pan celestial que la alimenta y que es al mismo tiempo la Víctima del Sacrificio pascual.

SECRETA

Inmolamos, Señor, con pascuales gozos estos sacrificios, con los que se alimenta y nutre maravillosamente tu santa Iglesia. Por Jesucristo, nuestro Señor.

"Aquel que hubiere comido de este Pan, dice el Señor, no morirá." El Apóstol nos dice en la Antífona de la Comunión: "Cristo resucitado ya no muere." Estos dos textos se unen para explicar el efecto de la Eucaristía en las almas. Al comer una carne inmortal es justo que ella nos comunique la vida que en ella reside.

COMUNION

Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no morirá, aleluya: la muerte no le dominará más. Aleluya, aleluya.

En la Poscomunión la Santa Iglesia pide que recibamos el fruto del alimento sagrado que acabamos de participar, el cual nos purifique y sustituya en nosotros al hombre viejo por el nuevo, que reside en Jesucristo resucitado.

POSCOMUNION

Dígnate, Señor, librarnos de las reliquias del hombre viejo; y haz que la participación de tu augusto sacramento nos confiera un nuevo ser. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

La bendición de los "Agnus Dei". — El Miércoles de Pascua es solemnizado en Roma con la bendición de los "Agnus Dei"; esta ceremonia la realiza el Papa el primer año de su pontificado, y después de siete en siete años. Los *Agnus Dei* son discos de cera sobre los cuales va impresa por un lado la imagen del Cordero de Dios y por el otro la de un santo. La costumbre de bendecirlos en la Pascua es muy antigua; se ha creído encontrar indicios en los monumentos de la liturgia desde el siglo v; pero los primeros documentos auténticos remontan solamente al siglo IX. El ceremonial actual es del siglo XVI.

Sería, pues, irracional decir que esta práctica fué instituída en memoria del bautismo de los neófitos, en la época en que se dejó de administrar este sacramento en las festividades pascuales. También parece demostrado que los neobautizados recibían cada uno de manos del Papa un *Agnus Dei* el Sábado de Pascua; de donde se debe concluir que la administración solemne del bautismo y la bendición de los *Agnus Dei* son dos ritos que han coexistido durante cierto tiempo.

La cera que se emplea en la confección de los *Agnus Dei* es la del cirio pascual del año anterior a la que se añade cera ordinaria: antiguamente se mezclaba también con santo Crisma. En la Edad Media, el cuidado de amasar esta cera y de grabar la marcas sagradas, pertenecía a los subdiáconos y a los acólitos del palacio; hoy se les ha asignado a los religiosos de la Orden del Cister que habitan en Roma en el monasterio de San Bernardo.

La ceremonia se celebra en el palacio pontifical, en una sala en la que se prepara un gran recipiente de agua bendita. El Papa se acerca al recipiente y recita esta oración:

"Señor Dios, Padre omnipotente, creador de los elementos, conservador del género humano, autor de la gracia y de la salud eterna; Tú, que has ordenado a las aguas que salían del paraíso regar toda la tierra; Tú, cuyo Hijo unigénito caminó a pie enjuto sobre las aguas y recibió el bautismo en su seno; que derramó el agua mezclada con la sangre de su sagrado costado,

y ordenó a sus discípulos bautizar a todas las naciones; sénos propicio y difunde tu bendición sobre nosotros, que celebramos todas esas maravillas, a fin de que sean bendecidos y santificados estos objetos que vamos a sumergir en estas aguas, y que el honor y la veneración que se les concede, nos merezca a nosotros, tus servidores, la remisión de los pecados, el perdón y la gracia, y finalmente la vida eterna con tus santos y tus elegidos.

El Pontífice, después de estas palabras, derrama el bálsamo y el santo crisma sobre el agua del recipiente, pidiendo a Dios la consagre para el uso al cual debe servir. Se vuelve después hacia las canastillas en las que están los sellos de cera, y pronuncia esta oración:

"Oh Dios, autor de toda santificación y cuya bondad nos acompaña siempre; Tú, que cuando Abraham, el padre de nuestra fe, se disponía a inmolar a su hijo Isaac por obedecer tu mandato, quisiste que consumase su sacrificio con la ofrenda de un carnero que estaba aprisionado entre las zarzas; Tú, que ordenaste por Moisés, tu siervo, el sacrificio anual de los corderos sin mancha; dígnate por nuestra oración, bendecir estas figuras de cera que llevan la imagen del inocentísimo Cordero y santificarlas por la invocación de tu santo nombre, a fin de que, por su contacto y por su contemplación, se sientan invitados los fieles a la oración, alejadas las tormentas y las tempestades y ahuyentados los espíritus del mal por la virtud de la santa Cruz que aparece impresa en ellas, ante la cual toda rodilla debe doblarse y toda lengua confesar que Jesucristo, habiendo vencido a la muerte por el patíbulo de la Cruz, vive y reina en la gloria de Dios Padre. El es el que, habiendo sido conducido a la muerte

como la oveja al matadero, te ofreció, Padre suyo, el sacrificio de su cuerpo, a fin de restituir la oveja perdida, que había sido seducida por el fraude del demonio, y transportarla sobre sus espaldas para reunirla con el rebaño de la patria celestial.

Oh Dios omnipotente y eterno, autor de las ceremonias y de los sacrificios de la Ley, que consentiste aplacar tu cólera, en la que había incurrido el hombre prevaricador, cuando te ofrecía hostias de expiación; Tú, que aceptaste los sacrificios de Abel, de Melquisedec, de Abraham, de Moisés y de Aarón; sacrificios que no eran más que figuras, pero que por tu bendición fueron santificados y saludables a aquellos que te los ofrecieron humildemente; dígnate hacer que, del mismo modo que el inocente Cordero, Jesucristo tu Hijo, inmolado por tu voluntad sobre el altar de la cruz, libró a nuestro primer padre del poder del demonio; así estos corderos sin mancha que presentamos a la bendición de tu majestad divina reciban una virtud bienhechora. Dígnate bendecirlos, santificarlos, consagrarlos, darles la virtud de proteger a los que los lleven devotamente, contra las malicias de los demonios, contra las tempestades, la corrupción del aire, las enfermedades, las quemaduras y los combates del enemigo, y hacer que sean eficaces para proteger a la madre y a la prole en los peligros del parto; por Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor."

Después de estas oraciones, el Papa, ceñido con un lienzo, se sienta cerca de la vasija; sus ministros le traen los "Agnus Dei"; él los sumerge en el agua, figurando de este modo el bautismo de nuestros neófitos. En seguida unos prelados los sacan del agua y los colocan sobre mesas cubiertas de lienzos blancos. Luego el Pontífice se levanta y dice esta oración:

"Oh Espíritu divino, que fecundas las aguas y las haces servir para tus más grandes misterios; tú, que las has quitado su amargor volviéndolas dulces, y que santificándolas con tu hálito te sirves de ellas para borrar todos los pecados por la invocación de la Santa Trinidad; dígnate bendecir, santificar y consagrar estos corderos que han sido sumergidos en el agua santa y ungidos con el óleo y el santo crisma; reciban de ti virtud contra los esfuerzos de la malicia del demonio; todos los que les lleven permanezcan en seguridad; no tengan que temer ningún peligro; la perversidad de los hombres no les sea nociva; y dígnate servirles de fortaleza y de consuelo.

Señor Jesucristo, Hijo de Dios vivo, Cordero inocente, sacerdote y víctima; Tú, a quien los profetas llamaron la Viña y la Piedra angular; Tú, que nos has rescatado con tu sangre y que has señalado con esa sangre nuestros corazones y nuestras frentes, a fin de que el enemigo al pasar cerca de nuestras casas no nos hiera en su furor; tú, eres el Cordero sin mancilla cuya inmolación es perpetua, el Cordero pascual, hecho debajo de las especies sacramentales, remedio y salud de nuestras almas; tú nos conduces a través del mar del siglo presente a la resurrección y a la gloria de la eternidad. Dígnate bendecir, santificar y consagrar estos corderos sin mancha, que en tu honor hemos hecho de cera virgen y rociado de agua santa, del óleo y del Crisma sagrados, honrando en ellos tu divina concepción que fué efecto de la virtud divina. A quienes los lleven sobre sí, presérvalos del fuego, del rayo, de la tempestad, de toda adversidad; protege por ellos a las madres que se encuentran en los dolores del alumbramiento, como asististe a la tuya cuando te dió a luz; y del mismo modo que salvaste a Susana de la falsa acusación, a la bienaventurada virgen y mártir Tecla de la hoguera, y a Pedro de los lazos de la cau-

tividad; así dígnate librarnos de los peligros de este mundo y haz que merezcamos vivir contigo eternamente.

Inmediatamente los "Agnus Dei" son recogidos con respeto y reservados para la distribución solemne que debe hacerse el Sábado siguiente. Es fácil notar la relación que guarda esta ceremonia con la Pascua: el Cordero pascual es recordado de continuo; también la inmersión de los corderos de cera presenta una alusión evidente a la administración del bautismo, que fué durante tantos siglos la gran solicitud de la Iglesia y los fieles en esta solemne octava.

Las oraciones que hemos citado, en síntesis, no remontan a la más alta antigüedad; pero el rito que las acompaña muestra suficientemente la alusión al bautismo, aunque no se encuentre una expresión directa.

Los "Agnus Dei", por su significación, por la bendición del Soberano Pontífice y la naturaleza de los ritos empleados en su consagración, son uno de los objetos más venerados de la piedad católica. Desde Roma se difunden por todo el mundo; y con mucha frecuencia la fe de aquellos que los conservan con respeto, ha sido recompensada con prodigios. En el pontificado de San Pío V, el Tíber se desbordó de una manera pavorosa, y amenazaba inundar numerosos barrios de la ciudad; un "Agnus Dei" arrojado a las aguas las hizo inmediatamente retroceder.

Toda la ciudad fué testigo de este milagro, que más tarde se examinó en el proceso de beatificación de este gran Papa.

JUEVES DE PASCUA

Después de haber glorificado al Cordero de Dios y saludado el paso del Señor a través de Egipto donde acaba de exterminar a nuestros enemigos; después de haber celebrado las maravillas de esta agua que nos liberta y nos introduce en la Tierra de promisión; si ahora dirigimos nuestras miradas al divino Jefe, cuya victoria anunciaban y preparaban todos estos prodigios, nos sentimos deslumbrados de tanta gloria. Como el profeta de Patmos, nos prosternamos a los pies de este Hombre-Dios, hasta que él nos diga también a nosotros: "No temas; yo soy el primero y el último; el que vivo y el que he sido muerto; y he aquí que vivo por los siglos de los siglos y tengo las llaves del infierno y de la muerte." *(Apoc.,* I, 17.)

El vencedor de la muerte. — En efecto, él tendrá en adelante dominio sobre aquella que le había tenido cautivo; él guarda las llaves del sepulcro, lo que quiere decir en el lenguaje de la Escritura, que manda en la muerte y que esta

le ha quedado sujeta de una manera definitiva. Ahora bien, el primer uso que hace de su victoria, es extenderla a todo el género humano. Adoremos esta infinita bondad; fieles al deseo de la Santa Iglesia, meditemos hoy la Pascua en sus relaciones con cada uno de nosotros. El Hijo de Dios dijo al Discípulo amado: "Estoy vivo y fuí muerto"; por la virtud de la Pascua llegará el día en que también nosotros podamos decir: "Estamos vivos habiendo estado muertos."

La muerte, estipendio del pecado. — La muerte nos aguarda; está dispuesta a arrebatarnos; no escaparemos a su mortal guadaña. "La muerte es el salario del pecado" dice el libro sagrado *(Rom.,* VI, 23); con esta explicación queda todo plenamente comprendido: la necesidad de la muerte y su universalidad. La ley no es menos dura; y no podemos dejar de ver un desorden en la ruptura violenta del lazo que aunaba en vida común al cuerpo y al alma que Dios mismo había unido. Si queremos comprender la muerte tal como es en sí, recordemos que Dios creó al hombre inmortal; entonces comprenderemos el horror invencible que la destrucción infunde en el hombre, horror que no puede ser superado más que por un sentimiento superior a todo egoísmo, y por el sentimiento del sacrificio. Hay en la muerte de cada hombre un monumento vergonzoso del pecado, un trofeo para el ene-

migo del género humano; y para el mismo Dios habría humillación si no brillase su justicia y no restableciese de este modo el equilibrio.

Nuestra esperanza. — ¿Cuál será pues el deseo del hombre en la dura necesidad que le oprime? ¿Aspirar a no morir? Eso sería una locura. La sentencia es formal y nadie la burlará. ¿Podemos alegrarnos con la esperanza de que un día este cuerpo, que pronto se convertirá en cadáver y luego se disolverá sin dejar rastro visible de sí, podrá volver a la vida y sentirse de nuevo unido al alma para la cual había sido creado? Pero ¿quién obrará esta reunión imposible de una substancia inmortal con otra substancia a quien estuvo un día unida y que después se diría ha vuelto a los elementos de donde había sido tomada? ¡Oh hombre! Ciertamente así es. Tú resucitarás; este cuerpo olvidado, disuelto, aparentemente aniquilado, revivirá y se te devolverá. ¿Qué digo? Hoy mismo sale de la tumba, en la persona del Hombre-Dios; nuestra resurrección futura se cumple desde hoy en la suya; hoy se hace tan cierta nuestra resurrección como lo es nuestra muerte; y también este misterio le encierra la Pascua.

Dios, en su furor salvador, veló en un principio al hombre esta maravilla de su poder y de su bondad. Su palabra fué dura para Adán: "Comerás tu pan con el sudor de tu frente, hasta que

vuelvas a la tierra de la cual fuiste sacado; pues eres polvo y en polvo te convertirás." *(Gen.,* III, 19.) Ni una palabra, ni una sola alusión que dé al culpable la más leve esperanza respecto a esta porción de sí mismo destinada a la destrucción, a la vergüenza del sepulcro. Era preciso humillar al ingrato orgullo que había querido levantarse hasta Dios. Más tarde, el gran misterio quedó aclarado, aunque parcialmente; y muchos siglos antes, un hombre cuyo cuerpo, devorado por horrorosas úlceras, se caía a jirones, pudo ya decir: "Sé que mi redentor vive y que en el último día resucitaré de la tierra; que mis miembros serán de nuevo cubiertos de mi piel y que veré a Dios en mi carne. Esta esperanza reposa en mi corazón." *(Job,* XIX, 25-27.)

Mas, para realizarse el anhelo de Job, era necesario que el Redentor esperado se dejase ver en la tierra, que viniese a enfrentarse con la muerte, a luchar cuerpo a cuerpo con ella, y finalmente a vencerla. Vino en el tiempo señalado, no para impedir que muriéramos: la sentencia era demasiado formal; sino para morir él mismo y quitar de este modo a la muerte todo lo que tenía de duro y humillante. Semejante a esos médicos bienhechores que ellos mismos se inoculan el virus del contagio, comenzó, según la enérgica expresión de San Pedro, por "absorber la muerte". *(San Pedro,* I, 3, 22.) Pero la alegría de este enemigo del hombre fué breve; porque resucitó

para no morir y adquirió en ese día el mismo derecho para todos nosotros.

Desde este instante debemos considerar el sepulcro a nueva luz. La tierra nos recibirá, más para devolvernos, como devuelve a la espiga después de haber recibido el grano de trigo. En el día señalado, los elementos se verán obligados, por el poder que los sacó de la nada, a restituir los átomos que ellos no habían recibido más que en depósito, y al sonido de la trompeta del Arcángel, todo el género humano resucitará y proclamará la última victoria sobre la muerte. Para los justos esa será la Pascua; pero una Pascua que no será sino la continuación de la de hoy.

La gloria del cielo. — ¡Con qué inefable alegría nos volveremos a encontrar con este antiguo compañero de nuestra alma, esta parte esencial de nuestro ser humano, de quien habremos estado separados por tanto tiempo! Desde hace siglos, tal vez, nuestras almas estaban arrobadas en la visión de Dios; pero nuestra naturaleza de hombres no estaba representada por completo en suprema beatitud; nuestra felicidad, que debe ser también la felicidad del cuerpo no tenía su complemento; y en medio de aquella gloria, de aquella dicha, quedaba, sin borrar una mancha del castigo que afligió al género humano desde las primeras horas de su morada en la tierra. Para

recompensar a los justos por su visión beatífica, Dios se ha dignado, no sólo esperar al instante en que sus cuerpos gloriosos sean reunidos con las almas que los animaron y los santificaron; sino que todo el cielo aspira a esta última fase del misterio de la Redención del hombre. Nuestro Rey, nuestro Jefe divino, que desde lo alto de su trono pronuncia con majestad estas palabras: "Estoy vivo y estuve muerto", quiere que las repitamos nosotros en la eternidad. María, que tres días después de su muerte volvió a tomar su carne inmaculada, desea ver a su alrededor, en su carne purificada por la prueba del sepulcro, a los innumerables hijos que la llaman Madre.

La alegría de los Angeles. — Los santos Angeles, cuyas filas deben reforzarse con los elegidos de la tierra, se alegran con la esperanza del magnífico espectáculo que ofrecerá la corte celestial cuando los cuerpos de los hombres glorificados esmalten con su brillo, como las flores del mundo natural, la región de los espíritus. Una de sus alegrías es la de contemplar, por adelantado, el cuerpo resplandeciente del divino Mediador, que en su humanidad es tanto Jefe suyo como nuestro; la de centrar sus miradas centelleantes sobre la incomparable belleza que irradian las facciones de María, que también es su Reina. ¡Qué festividad tan plena será para ellos el ins-

tante en que sus hermanos de la tierra, cuyas almas bienaventuradas gozan ya con ellos de la felicidad, se revistan con el manto de esta carne santificada que no impedirá las irradiaciones del espíritu, y pondrá a los habitantes del cielo en posesión de todas las grandezas y de todas las bellezas de la creación! En el momento en que Jesucristo, en el sepulcro, desatando todas las ligaduras que le retenían, se levantó resucitado con toda su fuerza y su esplendor, los Angeles que le asistían fueron presa de una muda admiración a la vista de aquel cuerpo que les era inferior por naturaleza, pero que con los esplendores de la gloria resplandecía más que los más radiantes espíritus celestes; ¡con qué aclamaciones fraternales acogerán a los miembros de este Jefe victorioso, cuando se revistan de nuevo de una librea para siempre gloriosa, ya que es la de un Dios!

Respeto al cuerpo. — El hombre sensual se siente indiferente a la gloria y a la felicidad del cuerpo en la eternidad; el dogma de la resurrección de la carne no le conmueve. Se obstina en no ver más que lo presente; y, en esta preocupación grosera, su cuerpo no es para él más que un juguete del que debe aprovecharse lo más posible, porque dura poco. El amor hacia esta pobre carne es irrespetuoso; he aquí por qué no teme enlodarla, esperando que llegue a su con-

sumación, sin haber recibido otro homenaje que una predilección egoísta e innoble.

Los honores que la Iglesia tributa a nuestro cuerpo. — Por esto el hombre sensual reprocha a la Iglesia ser enemiga del cuerpo, a pesar de que esta no cesa de proclamar su dignidad y sus altos destinos. Es una insolente audacia e injuria. El cristianismo nos precave de los peligros que acechan al alma por parte del cuerpo; nos revela la peligrosa enfermedad que la carne contrajo con la mancha original, los medios que debemos emplear para "hacer servir a la justicia nuestros miembros, que podían entregarse a la iniquidad". *(Rom.*, IV, 19); pero lejos de hacer que nos desprendamos del amor a nuestro cuerpo, nos le presenta como destinado a una gloria y a una felicidad eterna. Sobre nuestro lecho fúnebre la Iglesia le honra con el Sacramento de la Santa Unción, con el cual sella todos sus sentidos para la inmortalidad; preside la despedida que el alma dirige a este compañero de sus combates, hasta la futura y eterna reunión; quema respetuosamente el incienso junto a este despojo mortal consagrado el día en que el agua del bautismo fué derramada sobre él; y a los que sobreviven, les dirige con dulce autoridad estas palabras: "No estéis tristes como los que no tienen esperanza." *(I Tes.*, IV, 12.) Así, pues, nuestra esperanza no debe ser

otra que aquella que consolaba a Job: "Veré a Dios en mi propia carne."

FE EN LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE. — Así nuestra santa fe nos revela el futuro de nuestro cuerpo, y estimula, elevándolo, el amor instintivo que el alma tiene para con esta porción esencial de nuestro ser. Ella conexiona indisolublemente el dogma de la Pascua con el de la resurrección de la carne; el Apóstol no encuentra dificultad en decirnos que, si Cristo no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana; del mismo modo que, si no existiese la resurrección de la carne, la de Cristo habría sido inútil" *(I Cor.,* XV); tan íntima es la unión entre estas dos verdades, que no forman por decirlo así más que una sola.

Por eso debemos ver un triste signo de decaimiento del verdadero sentimiento de la fe, en la especie de olvido en que parece haber caído, entre gran número de fieles, el dogma capital de la resurrección de la carne. Seguramente le creen, ya que el Símbolo se lo impone; sobre este punto no tiene ni sombra de duda, pero la esperanza de Job rara vez es el tema de sus pensamientos y de sus aspiraciones. Lo que les importa para sí mismos y para los demás es la suerte del alma después de esta vida; y ciertamente tienen mucha razón; pero el filósofo también predica la inmortalidad del alma y las recompensas para el

justo en un mundo mejor. Dejadle, pues, repetir la lección que ha aprendido de vosotros y mostrad que sois cristianos; confesad valientemente la resurrección de la carne, como hizo Pablo en el Areópago. Se os dirá tal vez lo que se le dijo a él: "Te oiremos en otra oportunidad sobre ese tema" (*Act.*, XVII, 32); pero ¿qué os importa? Habréis rendido homenaje a aquel que venció a la muerte, no solamente en sí misma, sino en vosotros; y vosotros sólo estáis en este mundo para dar testimonio de la verdad revelada por vuestras palabras y por vuestras obras.

El ejemplo de la cristiandad primitiva. — Al recorrer las pinturas murales de las Catacumbas de Roma, nos admiramos de encontrar allí por doquier símbolos de la resurrección de los cuerpos; el Buen Pastor es el tema que se encuentra con más frecuencia en aquellos frescos de la Iglesia primitiva; ¡tanto preocupaba este dogma fundamental del cristianismo a los espíritus, en la época en que no podían presentarse al bautismo sin haber roto violentamente con el sensualismo! El martirio era la suerte, al menos probable, de todos los neófitos; y cuando llegaba la hora de confesar su fe, mientras que sus miembros eran triturados o dislocados en los tormentos, se les oía proclamar el dogma de la resurrección de la carne como la esperan-

za que sostenía su valor; dan fe de ello sus Actas. Muchos de entre nosotros necesitan aleccionarse con este ejemplo, para que sea íntegra su fe y se aleje cada vez más de la filosofía que pretende prescindir de Jesucristo, aunque plagie aquí y allá algunos fragmentos de sus divinas enseñanzas.

El sensualismo lleva al naturalismo. — El alma vale más que el cuerpo; pero en el hombre, el cuerpo no es ni extraño ni una cosa redundante o superflua. Por los altos destinos que tiene, hemos de tratarle y cuidarle con sumo respeto; y, si en el estado presente nos vemos precisados a castigarle para que no se pierda, ni el alma con él, no será por desprecio, sino por amor. Los mártires y los santos penitentes amaron su cuerpo más que le aman quienes se entregan a los placeres; mortificándole para preservarle del mal, le salvaron; los otros, halagándole, le expusieron a la más triste suerte. Fijémonos bien: la trabazón del sensualismo con el naturalismo es manifiesta. El sensualismo falsea el fin del hombre para mejor pervertirle sin que sienta remordimiento; el naturalismo teme las luces de la fe; y precisamente sólo la fe es lo que hace al hombre comprender su destino y su fin. Esté alerta el cristiano, y si, en estos días no late su corazón de amor y esperanza con el pensamiento de lo que el Hijo de Dios ha hecho

por nuestros cuerpos resucitando gloriosamente, persuádase de que es muy débil su fe. Si no quiere perderse, crea dócilmente en la palabra de Dios, pues solamente ella le hará conocer lo que es ahora y lo que está destinado a ser más tarde.

En Roma, la Estación es en la Basílica de los doce Apóstoles. Se convocaba a los neófitos el día de hoy en este santuario dedicado a los Testigos de la resurrección, y donde descansan dos de entre ellos, San Felipe y Santiago. La Misa está esmaltada de alusiones al papel sublime de estos esforzados heraldos del divino resucitado, que han dejado oír su voz hasta los confines de la tierra y cuyos ecos resuenan, sin debilitarse, a través de los siglos.

MISA

El cántico de entrada está sacado del libro de la Sabiduría, y celebra la elocuencia de los Apóstoles, mudos antes por el miedo y tímidos como niños. La Sabiduría eterna los ha transformado en hombres nuevos y toda la tierra ha conocido por ellos la victoria del Hombre-Dios.

INTROITO

Tu mano vencedora alabaron, Señor, todos a una, aleluya: porque la Sabiduría abrió la boca de los mu-

dos, e hizo elocuentes las lenguas de los niños. Aleluya, aleluya. *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta nos presenta a todas las naciones reunidas en una sola por la predicación apostólica. Los neófitos han sido admitidos en esta unidad por su bautismo; la Santa Iglesia pide a Dios que los mantenga en ella por su gracia.

COLECTA

Oh Dios, que uniste la diversidad de las gentes en la confesión de tu nombre: da, a los renacidos en la fuente del Bautismo, una misma fe en las almas y una misma piedad en las obras. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles (VIII, 26-40).

En aquellos días el Angel del Señor habló a Felipe diciendo: Levántate y vete hacia el mediodía, al camino que baja de Jerusalén a Gaza, el cual está desierto. Y, levantándose, se fué. Y he aquí que un eunuco etíope, ministro de Candace, reina de los Etíopes, y superintendente de todas sus riquezas, había ido a Jerusalén a adorar a Dios: y ahora volvía a su tierra, sentado en su carro, y leyendo al Profeta Isaías. Y dijo el Espíritu a Felipe: Acércate y arrímate a ese carro. Y, acercándose Felipe, le oyó leer al Profeta Isaías, y le dijo: ¿Entiendes, por ventura, lo que lees? El dijo: ¿Y cómo podré entenderlo, si alguien no me lo explicare? Y rogó a Felipe que subiera y se sentara con él. Y el lugar de la Escritura que leía, era éste: Fué llevado

a la muerte como una oveja: y, como un cordero, mudo ante el que le trasquila, no abrió su boca. Después de su humillación ha sido libertado de la muerte, a que fué condenado. Su generación ¿quién podrá explicarla, puesto que su vida será quitada de la tierra? Y, preguntando el eunuco a Felipe, dijo: Ruégote: ¿de quién dice esto el profeta? ¿De sí, o de algún otro? Entonces Felipe, abriendo su boca, y comenzando desde esta Escritura, le evangelizó a Jesús. Y, yendo por el camino, llegaron a donde había agua: y dijo el eunuco: Aquí hay agua: ¿qué impide que yo sea bautizado? Y dijo Felipe: Si crees de todo corazón, se puede. Y, respondiendo él, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios. Y mandó parar el carro: y bajaron los dos, Felipe y el eunuco, al agua, y le bautizó. Y, habiendo subido del agua, el Espíritu arrebató a Felipe, y no le vió más el eunuco. Y siguió su camino gozoso. Felipe, en cambio, se encontró en Azoto, y, al pasar, anunció el nombre del Señor Jesucristo en todas las ciudades, hasta que llegó a Cesárea.

Docilidad del alma a la gracia. — Este pasaje de los Actos de los Apóstoles estaba destinado a recordar a los neófitos la sublimidad de la gracia que habían recibido en el bautismo y el estado en que habían sido regenerados. Dios los puso en el camino de la salvación, así como envió a Felipe al camino por donde el eunuco había de pasar. Les dió deseo de conocer la verdad, como había puesto en el corazón del oficial de la reina de Etiopía la feliz curiosidad que le condujo a oír hablar de Jesucristo. Pero todavía no se había realizado todo. Este pagano habría podido escuchar con desconfianza y sequedad de alma

las explicaciones del enviado de Dios, y cerrar la puerta a la gracia que salía a su encuentro; al contrario, abría su corazón y la fe le llenaba. De igual modo, nuestros neófitos fueron dóciles, y la palabra de Dios los iluminó; subieron de claridad en claridad hasta que la Iglesia reconoció en ellos a verdaderos discípulos de la fe. Entonces llegaron los días de la Pascua y esta madre de las almas se dijo a sí misma: "He aquí el agua, el agua que purifica, el agua que sale del costado del Esposo, abierto por la lanza en la cruz; ¿quién me impide bautizarlos?" Y cuando ellos confesaron que Jesucristo es el Hijo de Dios, fueron sumergidos, como el Etíope, en la fuente de la salvación; ahora, a ejemplo suyo, van a continuar caminando, llenos de gozo, por el camino de la vida; porque han resucitado con Cristo, que se dignó asociar a las alegrías de su propio triunfo, las del nuevo nacimiento de ellos.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. La piedra que reprobaron los constructores, se convirtió en cabeza angular: esto fué hecho por el Señor, y es maravilloso a nuestros ojos.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó Cristo, que creó todas las cosas, y se compadeció del género humano.

A continuación se canta la Secuencia *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 11-18).

En aquel tiempo María estaba fuera, junto al sepulcro, llorando. Y, mientras lloraba, se inclinó, y miró el sepulcro: y vió dos Angeles, vestidos de blanco, sentados, uno a la derecha y otro a los pies del lugar donde había sido puesto el cuerpo de Jesús. Y dijéronla: Mujer, ¿por qué lloras? Díjoles: Porque han llevado a mi Señor: y no sé dónde le han puesto. Y, después de decir esto, se volvió hacia atrás, y vió a Jesús, que estaba allí: y no sabía que era Jesús. Díjole Jesús: Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas? Ella, creyendo que era el hortelano, díjole: Señor, si le has quitado tú, dime dónde le has puesto: y yo le llevaré. Díjole Jesús: ¡María! Vuelta ella, díjole: ¡Rabbóni! (que significa Maestro). Díjola Jesús: No me toques, porque aún no he subido a mi Padre: pero vete a mis hermanos, y diles: Subo a mi Padre, y a vuestro Padre, a mi Dios, y a vuestro Dios. Fué María Magdalena anunciando a los discípulos: He visto al Señor, y me ha dicho esto.

El apóstol de los Apóstoles. — Nos encontramos en la Basílica de los Apóstoles; y la Santa Iglesia, en lugar de hacernos oír hoy el relato de una de las apariciones del Salvador resucitado a sus Apóstoles, nos lee aquel en que se refiere el favor que Jesús hizo a María Magdalena. ¿Por qué esta aparente omisión del carácter y de la misión conferida a los embajadores de la nueva ley? La razón es fácil de comprender.

Al honrar hoy en este Santuario la memoria de aquella que Jesucristo escogió para ser el apóstol de sus Apóstoles, la Iglesia acababa de mostrar en toda su verdad las circunstancias del día de la resurrección. Por la Magdalena y sus compañeras comenzó el apostolado del mayor de los misterios del Redentor; ellas, pues, tienen auténtico derecho de ser honradas hoy en esta Basílica dedicada a los santos Apóstoles.

EL SEÑOR Y LAS SANTAS MUJERES. — Dios, por ser omnipotente, se complace en manifestarse en lo más débil, del mismo modo que en su bondad se gloría de reconocer el amor de que es objeto; he aquí por qué el Redentor prodigó primero todas las pruebas de su resurrección y todos los tesoros de su ternura a la Magdalena y a sus compañeras. Se sintieron más débiles que los pastores de Belén: tuvieron, pues, la preferencia; los mismos apóstoles se sintieron más débiles que el menor de los poderes del mundo, que a ellos se había de someter; he aquí por qué fueron ellos instruídos a su tiempo. Pero Magdalena y sus compañeras amaron a su Maestro hasta la cruz y hasta el sepulcro, mientras que los apóstoles le abandonaron: a las primeras y no a los segundos Jesús debía los primeros favores de su bondad.

¡Sublime espectáculo el de la Iglesia, en este instante en que surge sobre la fe de la Resurrec-

ción que es su base! Después de María, la Madre de Dios, en quien la luz no tuvo nunca parpadeos, y a quien era debido como a Madre y por ser santísima, la primera manifestación, ¿a quiénes vemos iluminadas con la fe por la que vive y alienta la Iglesia? A Magdalena y sus compañeras. Durante muchas horas, Jesús se cumplugo en la contemplación de su obra, tan débil a la consideración humana, pero en realidad tan grande. Unos instantes más y este rebañito de almas escogidas va a asimilarse a los mismos Apóstoles; ¿qué digo? El mundo entero vendrá a ellas. Durante estos días la Iglesia canta en todo el mundo estas palabras: "¿Qué has visto en el sepulcro, María?, dínoslo." Y María Magdalena responde a la Santa Iglesia: "Vi la tumba de Cristo, que vivía; vi la gloria de Cristo resucitado."

La mujer que ha pecado la primera es rehabilitada primero. — Y no nos admiremos de que solas las mujeres formasen este primer grupo de creyentes alrededor del Hijo de Dios, verdadera Iglesia primitiva que brilla con los primeros destellos de la resurrección; porque aquí tenemos la continuación de la obra divina según el plan irrevocable cuyo principio ya hemos reconocido. Por la prevaricación de la mujer, la obra de Dios se desequilibró en sus comienzos; y en la mujer es donde primero será de nuevo restaurada. El

día de la Anunciación nos inclinamos ante la nueva Eva, que reparaba con su obediencia la desobediencia de la primera; mas por temor de que Satanás se equivocase allí y no quisiese ver en María sino la exaltación de la persona y no la rehabilitación del sexo, Dios quiere que hoy los hechos declaren su voluntad suprema: "La mujer, nos dice San Ambrosio, había gustado la primera el brebaje de la muerte; ella será, pues, la que contemple la primera la resurrección. Al proclamar este misterio, ella reparará su falta [1]; y con razón es enviada para anunciar a los hombres la nueva de salvación, para manifestar la gracia que viene del Señor, aquella que en otro tiempo había anunciado el pecado al hombre" [2].

Los demás Padres revelan con no menos elocuencia este plan divino que da a la mujer la primacía en la distribución de los dones de la gracia, y en esto nos hacen reconocer no solamente un acto del poder del Supremo Señor, sino también la legítima recompensa al amor que Jesús encontró en el corazón de estas humildes criaturas, y que no había encontrado en el de sus Apóstoles, a los que durante tres años había prodigado los más tiernos cuidados, y de los que tenía el derecho a esperar una valentía más varonil.

---

[1] Comentario sobre San Lucas, c. XXIV.
[2] *Del Espíritu Santo*, c. XII.

La aparición a la Magdalena. — En medio de sus compañeras, la Magdalena se levanta como una reina, cuya corte la forman las demás. Es la preferida de Jesús, aquella que más ama, aquella cuyo corazón fué más quebrantado por la dolorosa Pasión, aquella que insiste con más fuerza para recibir y embalsamar con sus lágrimas y sus perfumes el cuerpo de su maestro. ¡Qué delirio en sus palabras mientras le busca! ¡Qué exaltación de ternura, cuando le reconoció vivo y siempre amoroso para con ella! Con todo, Jesús se abstiene de manifestar una alegría demasiado terrena: "No me toques, la dice; pues no he subido todavía a mi Padre."

Jesús no tiene ya las condiciones de la vida mortal; en él la humanidad permanecerá siempre unida a la divinidad; pero su resurrección advierte al alma fiel que las relaciones que tendrá en adelante con él no son ya las mismas. En el primer período se acercaba a él como si se acercase a un hombre; su divinidad apenas si se traslucía; pero ahora es el Hijo de Dios, cuyo resplandor eterno se percibe, porque irradia aun a través de su humanidad. Es, pues, el corazón el que debe buscarle ahora más bien que los ojos; el afecto respetuoso más que la ternura sensible. Se dejó tocar de la Magdalena cuando ella era débil y él mismo mortal; es necesario que ahora ella aspire al mayor bien espiritual que es la vida del alma, a Jesús en el seno del Padre. Magdalena, en su primer estado hizo lo su-

ficiente para servir de modelo al alma que comienza a buscar a Jesús, pero ¿quién no ve que su amor necesita transformarse? Su ardor la ciega; se obstina en "buscar entre los muertos al que está vivo". Ha llegado el momento en que debe elevarse a una vida superior, y buscar finalmente en espíritu aquello que es espíritu.

"No he subido todavía a mi Padre" dice el Salvador; como si dijese: "Prívate por el momento de estas muestras de cariño demasiado sensibles que te atarían a mi humanidad. Déjame antes subir a mi gloria; un día tú también serás admitida allí cerca de mí; entonces te será dado prodigarme todas las muestras de tu amor, porque entonces no será ya posible que mi humanidad te robe la vista de mi naturaleza divina." Magdalena comprendió la lección de su Maestro tan amado; una transformación se opera en ella; y en seguida, sola con sus recuerdos, que se extienden de la primera palabra de Jesús que deshizo en llanto su corazón y la arrancó de los amores terrenos, hasta el favor con que la honra hoy al preferirla a los Apóstoles, suspirará cada día por el sumo bien, hasta que purificada por la espera, hecha émula de los ángeles que la visitan y consuelan en su destierro, suba finalmente para siempre a donde está Jesús y estreche con un abrazo eterno aquellos sagrados pies, en los que reconocerá las señales imborrables de sus primeros ósculos.

El Ofertorio recuerda la leche y la miel de la Tierra de Promisión, en que la predicación de los Apóstoles ha introducido a los neófitos. Pero el altar sobre el cual se prepara el festín del Salvador, les reserva una comida más dulce.

OFERTORIO

El día de vuestra solemnidad, dice el Señor, os introduciré en una tierra que mana leche y miel. Aleluya.

La Iglesia encomienda a Dios en la Secreta la ofrenda de sus nuevos hijos; este pan transformado por las palabras divinas llegará a ser para ellos el alimento fortificante que conduce al viajero hasta el puerto de la eternidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes propicio los dones de tus pueblos: para que, renovados con la confesión de tu nombre y con el Bautismo, consigan la sempiterna felicidad. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

En la Antífona de la Comunión se deja oír la voz del Colegio apostólico por medio de Pedro. Felicita con efusión paternal a este pueblo renacido por los favores de que ha sido objeto por parte del soberano autor de la luz, que se dignó hacer fecundas las tinieblas.

COMUNION

Pueblo de conquista, pregonad las maravillas, aleluya: de aquel que os ha llamado de las tinieblas a su admirable luz. Aleluya.

En la Poscomunión se expresan los efectos de la Eucaristía. Este misterio sagrado confiere al hombre todo bien, le sostiene en el viaje de esta vida y le pone ya desde ahora en posesión de su fin eterno.

POSCOMUNION

Escucha, Señor, nuestras preces: para que los sacrosantos Misterios de nuestra redención nos presten tu auxilio en la vida presente, y nos granjeen los gozos sempiternos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

VIERNES DE PASCUA

Hace ocho días estábamos alrededor de la cruz sobre la cual "el varón de dolores" *(Isaías*, LIII, 3) expiraba abandonado de su Padre, y rechazado como un falso Mesías por el juicio solemne de la Sinagoga; y he aquí que el sol sale hoy por séptima vez, después que se dejó oír el clamor del Angel proclamando la Resurrección de la adorable víctima. La Esposa, que poco ha

temblaba, con la frente en el polvo, ante esta justicia de un Dios, enemigo del pecado, hasta "no perdonar ni a su propio Hijo" *(Rom.*, VIII, 32), porque este Hijo divino llevaba en sí la semejanza del pecador, ha levantado de pronto la cabeza para contemplar el triunfo súbito y fulgurante de su Esposo, que la invita él mismo a la alegría. Mas si hay un día en esta octava en que deba exaltar el triunfo de tal vencedor, es ciertamente el Viernes, en que ella vió expirar, "colmado de oprobios" *(Thren.*, III, 30) a aquel mismo cuya victoria renueva ahora al mundo entero.

LA RESURRECCIÓN, FUNDAMENTO DE NUESTRA FE. Detengámonos, pues, hoy a considerar la Resurrección de nuestro Salvador como el cenit de su gloria personal, como el argumento principal sobre el que descansa nuestra fe en su divinidad. "Si Cristo no ha resucitado, nos dice el Apóstol, nuestra fe es vana" *(Cor.*, I, XV, 17); pero, puesto que ha resucitado, nuestra fe está asegurada. Jesús debía, pues, elevar sobre este punto nuestra certeza al más alto grado; ved si ha dejado de hacerlo; ved si, al contrario, no ha llevado en nosotros la convicción de esta verdad capital hasta la mayor evidencia del hecho. Para esto dos cosas eran necesarias: que su muerte fuese la más real, la mejor comprobada, y que el testimonio de que ha resucitado, fuese el más irrefragable para nuestra razón. El Hijo de Dios

no ha dejado de cumplir ninguna de estas condiciones; las cumplió con un escrúpulo divino: de este modo el recuerdo de su triunfo sobre la muerte no se borraría del pensamiento de los hombres; por eso experimentamos hoy día, después de diecinueve siglos, algo de la impresión de terror y de admiración que sintieron los testigos que fueron a comprobar este tránsito repentino de la muerte a la vida.

Realidad de la muerte de Cristo. — Ciertamente. Aquel a quien José de Arimatea y Nicodemus bajaron de la cruz y cuyos miembros descoyuntados y sangrantes depositaron entre los brazos de la más desolada de las madres, fué presa de la muerte. La horrible agonía de la víspera, cuando luchaba con las repugnancias de su humanidad, a la vista del cáliz que tenía que beber; el quebrantamiento que había experimentado su corazón después de la traición de uno de los suyos y del abandono de los otros; los ultrajes y las violencias con que fué acometido durante largas horas; la espantosa flagelación que le hizo padecer Pilatos, con el intento de apiadar a un pueblo sediento de sangre; la cruz, con sus clavos que habían abierto cuatro fuentes por donde la sangre fluía; las angustias de corazón del agonizante, al ver a su madre llorando a sus pies; una sed ardiente que consumía rápidamente las últimas reservas de la vida; finalmente, la lanzada atravesándole el pecho y

llegando hasta el corazón y haciendo brotar de su envoltura las últimas gotas de sangre y de agua: tales fueron los títulos de la muerte para reivindicar tan noble víctima. Y para glorificarte, oh Cristo, los recordamos hoy; haz que aquellos por los que te dignaste morir, no olviden ninguna de las circunstancias de una muerte tan cara. ¿No constituyen hoy los más firmes sillares del monumento de tu resurrección?

Verdaderamente, pues, conquistó la muerte a este vencedor de nuevo cuño que había perecido en la tierra. Un hecho sobre todo permanecía incorporado a su historia: que su carrera, pasada toda ella en un oscuro lugar, había finalizado por una muerte violenta, en medio de las vociferaciones de sus indignos conciudadanos. Pilatos envió a Tiberio las actas del juicio y del suplicio del pretendido Rey de los Judíos; y desde entonces la injuria estuvo a la orden del día para todos los seguidores de Jesús. Los filósofos, los espíritus selectos, los esclavos de la carne y del mundo, los señalaron con el dedo, diciendo: "Mirad a esas gentes extrañas que adoran a un Dios muerto en una cruz." Pero, si este Dios muerto resucitó, su muerte ¿qué viene a constituir sino la base inquebrantable sobre que se apoya la evidencia de su divinidad? Murió y resucitó; anunció que moriría y que resucitaría; ¿quién sino un Dios puede tener en sus manos "las llaves de la muerte y del sepulcro"? (*Apoc.*, I, 17.)

Realidad de la Resurrección de Cristo. — Así es. Jesús muerto sale vivo del sepulcro. ¿Cómo lo sabemos? — Por el testimonio de sus Apóstoles, que le vieron vivo después de su muerte, de los cuales se dejó tocar, con los que conversó durante cuarenta días. Pero ¿debemos creer a los Apóstoles? — Y ¿quién podrá dudar del testimonio más sincero que el mundo oyó jamás? Porque ¿qué interés iban a tener estos hombres en publicar la gloria del maestro al que ellos se habían entregado y que les había prometido que resucitaría después de su muerte, si sabían que después de haber perecido en un suplicio tan ignominioso para ellos como para él, no había cumplido su promesa? Si los príncipes de los judíos, con el intento de desacreditar el testimonio de estos hombres, sobornaron a los guardias del sepulcro, haciéndolos decir que durante su sueño, estos discípulos, que el miedo había dispersado, vinieron durante la noche a robar el cuerpo; tenemos derecho a responder con la elocuente ironía de San Agustín: "¡Luego ¿ponéis por testigos a gente dormida? Los que verdaderamente dormíais erais vosotros, que habéis fracasado en vuestras maquinaciones!"[1]. Mas ¿dónde iban a hallar los Apóstoles motivo para predicar la resurrección de Jesús, si hubiesen sabido que no había resucitado? "A sus ojos, observa San Juan Crisóstomo, su maestro había sido un falso

[1] *Enarr. sobre el Ps. LXIII.*

profeta y un impostor; ¡e iban ellos a vindicarle contra una nación entera! ¿Se entregarían a padecer los mayores tormentos por un hombre que los había engañado? ¿Acaso por las promesas que les había hecho? Pero, sabiendo que no ha cumplido su promesa de resucitar, ¿cómo pueden esperar el cumplimiento de las demás?" [1]. O se niega la naturaleza humana o es preciso reconocer que el testimonio de los Apóstoles es sincero.

SINCERIDAD DEL TESTIMONIO APOSTÓLICO. — Añadamos ahora que este testimonio fué el más independiente de todos, porque no procuraba a los testigos otras ventajas que los suplicios y la muerte; porque revelaba en los que le emitían una asistencia divina; porque hacían ver en ellos, tan tímidos la víspera, una firmeza que nada podía quebrantar, y una seguridad inexplicable en hombres de pueblo, seguridad que les acompañó aún en las ciudades más civilizadas, en las que hicieron numerosas conquistas. Añadamos también que los milagros más estupendos confirmaban su testimonio y congregaban en su derredor a multitudes de toda lengua y nación, que creían en la resurrección de su Maestro. Finalmente, cuando desaparecieron del mundo, después de haber sellado con su sangre la fe de que eran depositarios, la habían extendido

[1] *Coment. sobre S. Mat. Homilía LXXXIX.*

más allá de las fronteras del Imperio romano, y la semilla de la fe germinó pronto y produjo una cosecha que cubrió toda la tierra. ¿No engendra todo esto la certidumbre del hecho maravilloso que atestiguaban estos hombres? Rehusarles la fe, ¿no sería oponerse a las leyes de la razón? Oh Cristo, tu resurrección es tan cierta como tu muerte; sola la verdad pudo hablar a tus Apóstoles y sola ella puede explicar el éxito de su predicación.

CONTINUIDAD DE ESTE TESTIMONIO. — Pero ha cesado el testimonio de los Apóstoles; otro testimonio no menos imponente, el de la Iglesia, le ha sucedido, el cual proclama con no menor autoridad, que Jesús no está entre los muertos. Al atestiguar la Iglesia la resurrección de Jesucristo, la atestiguan centenas de millones de hombres, que todos los años, desde hace veinte siglos, vienen celebrando la Pascua. Ante estos millones de testimonios de fe, ¿se puede dudar ya? ¿Quién no se siente abrumado por el peso de esta aclamación que no ha cesado un solo año desde que los Apóstoles la comenzaron? Y en esta aclamación justo es distinguir la voz de tantos millones de hombres doctos y pensadores que se han ocupado complacidos en estudiar esta verdad y no la abrazaron sino después de haber sopesado las razones; de tantos otros millones que se han sometido al yugo de una verdad tan poco halagadora a las pasiones hu-

manas, sólo porque han visto claramente que no era posible después de esta vida seguridad alguna sin los deberes que ella impone; en fin, de tantos millones de otros que han sostenido y defendido a la sociedad humana con sus virtudes, y que han sido la gloria de nuestra raza, sólo por haber hecho profesión de fe en Dios, muerto y resucitado para bien del género humano.

Así se eslabona el testimonio de la Iglesia, es decir, la parte más escogida, más ilustrada, y más sana del género humano, al de los primeros testigos que Jesucristo se dignó escoger, de modo que de ambos resulta un solo testimonio. Atestiguan los Apóstoles lo que ellos vieron; nosotros atestiguamos y atestiguaremos hasta la última generación lo que ellos predicaron. Ellos se aseguraron por sí mismos del hecho que iban a anunciar, y nosotros estamos seguros de la veracidad de su palabra. Por haberlo experimentado ellos, creyeron; y, tras la experiencia, creemos también nosotros. Fueron dichosos de haber visto, ya en este mundo, al Verbo de la vida, y de haber oído su voz, de haberle tocado con sus manos *(I Juan,* 1); nosotros vemos y oímos a la Iglesia que ellos fundaron, pero que apenas salía de la cuna cuando ya desaparecieron ellos del mundo. La Iglesia es el complemento de Cristo, que la había anunciado a los Apóstoles como destinada a llenar el mundo, aunque procediese del diminuto grano de mostaza. Escribe

a este propósito San Agustín, en un sermón sobre la fiesta de Pascua, estas admirables palabras: "Todavía no vemos a Cristo, pero vemos a su Iglesia; por tanto creamos en Jesucristo. Los Apóstoles, por el contrario, vieron a Cristo, pero no vieron a la Iglesia sino por la fe. Se les mostró sólo una de las dos cosas y la otra era objeto de su fe; cosa parecida sucede con nosotros: creemos en Jesucristo sin verle; pero, estando unidos a la Iglesia, a quien vemos, llegaremos a verle a él, pues su contemplación solamente nos ha sido diferida" [1].

Poseyendo, pues, oh Cristo, con un testimonio tan magnífico, la certeza de tu resurrección gloriosa, como tenemos la de tu muerte sobre el árbol de la cruz, confesamos que eres Dios, autor y supremo Señor de todas las cosas. Tu muerte te había humillado y tu resurrección te ha ensalzado: tú mismo has sido el autor de tu abatimiento y de tu elevación. Habías dicho ante tus enemigos: "Nadie me quita la vida; soy yo el que la dejo; yo tengo poder para dejarla y para tomarla." *(San Juan,* X, 18.) Sólo un Dios podía hacer realidad esta palabra; tú la has cumplido en el verdadero sentido, y cuando hacemos un acto de fe en tu resurrección, confesamos por el mismo hecho tu divinidad. Haz digno de ti el humilde y feliz homenaje de nuestra fe.

[1] Sermón CCXXXVII.

La Estación se celebra, en Roma, en la Iglesia de Santa María *ad Martyres*. Es el antiguo Panteón de Agripa, dedicado en otro tiempo a todos los falsos dioses; le entregó el emperador Focas al Papa San Bonifacio IV, quien le consagró a la Virgen y a todos los Mártires. Ignoramos en qué templo se reunían los fieles de Roma en la antigüedad cristiana. Cuando se asignó esta iglesia, en el siglo VII, los neófitos, reunidos por segunda vez en esta octava, en un templo consagrado a María Santísima, tenían que comprender bien que la Iglesia quería fomentar en sus almas la confianza filial en ella, que se había convertido en su Madre y que era la encargada de llevar a su Hijo a cuantos él llama por su gracia a ser sus hermanos.

MISA

El Introito, sacado de los Salmos, recuerda a los neófitos el paso del mar Rojo y el poder de sus aguas para la liberación de Israel.

INTROITO

Los sacó el Señor con esperanza, aleluya: y a sus enemigos los ahogó en el mar. Aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Atiende, pueblo mío, a mi ley: inclina tu oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

La Pascua es la reconciliación del hombre con Dios, pues el Padre no puede rehusar nada a

un vencedor como su Hijo resucitado. La Iglesia pide en la Colecta que permanezcamos siempre dignos de tan bella alianza, conservando fielmente en nosotros el sello de la regeneración pascual.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que nos has dado el misterio pascual como pacto de la reconciliación humana: concede a nuestras almas la gracia de imitar con obras lo que celebramos con fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro (I Pet., III. 18-22).

Carísimos: Cristo murió una vez por nuestros pecados, el Justo por los injustos, para ofrecernos a Dios; murió, ciertamente, según la carne, pero fué vivificado en el Espíritu. En el cual fué también y predicó a los espíritus que estaban encarcelados: los cuales fueron incrédulos en otro tiempo cuando los esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se fabricaba el arca en la que se salvaron del agua unos pocos, es decir, ocho personas. De un modo parecido os ha salvado también ahora a vosotros el Bautismo, no quitando las manchas del cuerpo, sino purificando la conciencia delante de Dios, por la resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, que está a la diestra de Dios.

EL DILUVIO Y EL BAUTISMO. — El Apóstol San Pedro es a quien también escuchamos hoy en la Epístola; y sus enseñanzas son de suma im-

portancia para nuestros neófitos. El Apóstol les recuerda en primer lugar la visita que hizo poco ha el alma del Redentor a aquellos que estaban cautivos en las regiones inferiores de la tierra; entre ellos encontró a muchos de los que antiguamente fueron víctimas de las aguas del diluvio y que hallaron su salvación en aquellas olas vengadoras; porque aquellos hombres, incrédulos al principio a las amenazas de Noé, pero después abatidos por la inminencia del castigo, se arrepintieron de su falta e imploraron sinceramente el perdón. De ahí, el Apóstol eleva el pensamiento de los oyentes hacia los afortunados moradores del arca, que representaban nuestros neófitos, a los que hemos visto atravesar las aguas, no para perecer en este elemento, sino para llegar a ser, como los hijos de Noé, padres de una nueva generación de hijos de Dios. El bautismo no es, pues, añade el Apóstol, un baño vulgar; es la purificación de las almas, con la condición de que estas almas sean sinceras en el compromiso solemne contraído en la fuente sagrada, de ser fieles a Cristo, que las salva, y de renunciar a Satanás y a todo lo que a él se refiere. El Apóstol termina mostrándonos el misterio de la Resurrección de Jesucristo como la fuente de la gracia del Bautismo, al que la Iglesia ha unido por esta razón la administración solemne en la celebración misma de la Pascua.

GRADUAL

Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él. ℣. Bendito el que viene en nombre del Señor: el Señor es Dios, y nos ha iluminado.

Aleluya, aleluya. ℣. Decid a las gentes: que el Señor ha reinado desde el madero.

Se canta después la Secuencia de la Misa del día de pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (XXVIII, 16-20).

En aquel tiempo los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que les había señalado Jesús. Y, al verle, le adoraron: pero algunos dudaron. Y, acercándose Jesús, les dijo: Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, pues, y enseñad a todas las gentes: bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a guardar todo cuanto os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros todos los días, hasta la consumación del mundo.

JESÚS VIVE EN LA IGLESIA. — En este pasaje del Evangelio, San Mateo, el evangelista que más brevemente cuenta la Resurrección del Salvador, resume en pocas palabras las relaciones de Jesús resucitado con sus discípulos en Galilea. Fué allí donde apareció visible no solamente a los Apóstoles sino también a otras muchas personas. El evangelista nos muestra al Salvador dando a sus Apóstoles la misión de ir a predicar su doctrina por el mundo entero; y como él no volverá

a morir, se compromete a permanecer con ellos hasta el fin de los siglos. Pero los Apóstoles no vivirán hasta el último día del mundo; ¿como, pues, se cumplirá la promesa? Es que los Apóstoles, como hemos dicho, se perpetúan en la Iglesia; su testimonio y el de la Iglesia se entrelazan de modo indisoluble; y Jesucristo vela para que este testimonio único sea tan fiel como ininterrumpido. Hoy mismo tenemos a la vista un monumento de su valor incontrastable. Pedro y Pablo predicaron en Roma la Resurrección de su Maestro y pusieron allí los fundamentos del cristianismo; cinco siglos más tarde, la Iglesia, que no había dejado de ampliar sus conquistas, recibía como en parias de manos de un emperador el templo vacío y despojado de todas las falsas deidades y el sucesor de Pedro le dedicaba a María, la Madre de Dios, y a toda la legión de testigos de la Resurrección que se llaman los Mártires. La rotonda de este vasto templo reune hoy a la asamblea de los fieles. En este edificio, que vió extinguirse el fuego de los sacrificios paganos por falta de combustible, y que después de tres siglos de abandono, como para expiar su pasado impío, purificado ahora por la Iglesia, recibe dentro de sus muros al pueblo cristiano, los neófitos no pueden menos de exclamar: "Verdaderamente resucitó Cristo, pues, después de haber muerto en una cruz, triunfa de esta manera de los Césares y de los dioses del Olimpo."

El Ofertorio está formado por textos del Exodo, en los cuales el Señor da a su pueblo el mandató de celebrar cada año el día aniversario de su Tránsito. Si prescribió tal mandato para un acontecimiento que no tenía más que un significado terreno y figurativo, con qué fidelidad y con qué alegría deberán celebrar los cristianos el aniversario de este otro Tránsito del Señor, cuyas consecuencias se extienden hasta la eternidad y cuya realidad eclipsó todas las figuras.

OFERTORIO

Este día será memorable para vosotros, aleluya: y lo celebraréis en vuestras generaciones como una fiesta solemne dedicada al Señor: será una institución perpetua. Aleluya, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia ofrece a Dios en la Secreta el Sacrificio que está preparado en favor de sus nuevos hijos; pide que les sirva para remisión de sus pecados. Pero ¿tienen todavía pecados? Es cierto que han sido lavados en la fuente de la salud; mas la ciencia divina preveía esta ofrenda de hoy, y en consideración a ella les ha sido otorgada la misericordia, aun antes que se cumpliese la condición en el tiempo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes aplacado estas hostias, que te ofrecemos en expiación de los pecados de los

renacidos y para acelerar el celestial socorro. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

La Antífona de la Comunión proclama triunfalmente el mandato del Señor a sus Apóstoles y a su Iglesia de enseñar a todas las naciones y de bautizar a todos los pueblos; he aquí el título de su misión; pero la aplicación que los apóstoles hicieron y que la Iglesia continúa haciendo, después de dieciocho siglos, muestra lo suficiente que aquel que habló de esta manera vive y ya no morirá.

COMUNION

Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra, aleluya: Id y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Aleluya, aleluya.

La Iglesia, después de haber alimentado a sus hijos con el pan de la eternidad, continúa en la Poscomunión pidiendo para ellos la remisión de las faltas que el hombre comete en el tiempo, y que le perderían para siempre, si los méritos de la muerte y de la Resurrección del Señor no estuviesen presentes de continuo a los ojos de la divina justicia.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, mires a tu pueblo: y, al que te has dignado renovar con misterios eternos, absuélvele benigno de las culpas temporales. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

SABADO DE PASCUA

El descanso del Señor. — Ha llegado el día séptimo de la más alegre de las semanas trayéndonos el recuerdo del descanso del Señor, después de sus seis días de trabajo. Nos recuerda al mismo tiempo el segundo descanso que el mismo Señor quiso tomar, como soldado seguro de la victoria, antes de dar el combate decisivo a su adversario. Descanso en un sepulcro, sueño de un Dios que no se había dejado vencer de la muerte sino para que su despertar fuera más funesto a este cruel enemigo. Hoy que este sepulcro no tiene más que devolver, que ha visto salir al vencedor a quien no podía retener, convenía que nos detuviésemos a contemplarle, a rendirle nuestros homenajes; pues este sepulcro es santo y su vista no puede más que acrecentar nuestro amor hacia aquel que se dignó dormir algunas horas a su sombra. Isaías había dicho: "El retoño de Jesé será como el estandarte a cuyo alrededor se congregarán los pueblos; las naciones le colmarán de honores; y su sepulcro será glorioso." *(Isaías,* XI, 10.) El oráculo se ha cumplido; ya no hay nación sobre la tierra que no posea adoradores de Jesús; y mientras las tumbas de los otros hombres, cuando el tiempo no

las ha destruído o arrasado, son como trofeo de la muerte, el sepulcro de Jesús subsiste todavía y proclama la vida.

José de Arimatea. — ¡Qué tumba aquella que despierta pensamientos de gloria y cuyas grandezas habían sido predichas tantos siglos antes! Cuando los tiempos se cumplían, Dios suscitó en Jerusalén un hombre piadoso, José de Arimatea, que secretamente, pero con sincero corazón, se hace discípulo de Jesús. Este magistrado piensa hacerse cavar una tumba; y en las sombras de la muralla de la villa, sobre la vertiente de la colina del Calvario, en viva roca, labra dos cámaras sepulcrales, una de las cuales sirve de vestíbulo a la otra. José pensaba cavarla para sí mismo; mas preparaba para los despojos de un Dios este asilo; creía en el fin común de toda criatura humana después del pecado; mas los decretos divinos habían determinado que José no descansaría en aquella tumba y que ella llegaría a ser para los hombres prenda de la inmortalidad.

Jesús expira en la cruz en medio de los insultos de su pueblo; toda la ciudad, que le había acogido pocos días antes al grito del Hosanna, está sublevada contra el Hijo de David; y en el mismo momento, desafiando las iras de la ciudad deicida, José se dirige a casa del gobernador romano para reclamar el honor de en-

terrar el cuerpo del ajusticiado. No tarda en llegar al Calvario con Nicodemus; y cuando ha desclavado de la cruz los miembros de la divina víctima, tiene la gloria de colocar aquel cuerpo sagrado sobre la mesa de piedra que había hecho preparar para sí mismo: dichoso de rendir homenaje al maestro por el que acababa de confesar su adhesión hasta en el Pretorio de Poncio Pilatos. ¡Oh hombre verdaderamente digno del respeto de todos los hombres, cuya representación llevas en estos augustos funerales, no dudamos que una mirada de reconocimiento de la Madre dolorosa te ha recompensado el sacrificio que hiciste tan voluntariamente por su Hijo!

El santo sepulcro. — Los evangelistas insisten con marcada intención sobre las condiciones del sepulcro. San Mateo, San Lucas, San Juan, nos dicen que era nuevo y que no había aún acogido a ningún cadáver. Los Santos Padres nos han explicado posteriormente el misterio para gloria del Santo Sepulcro. Nos han enseñado la relación de este sepulcro con el seno virginal; y han sacado esta consecuencia, que Dios, nuestro Señor, cuando escoge un asilo en su criatura, quiere encontrarle libre y digno de su infinita santidad. Honor, pues, al sepulcro de nuestro Redentor, por haber presentado en su ser material, una misteriosa relación con la incomparable y

viva pureza de la madre de Jesús. Durante las horas que conservó su precioso depósito, ¿qué gloria igualaba entonces la suya sobre la tierra? ¡Qué tesoro fué confiado a su custodia! Debajo de su bóveda silenciosa reposaba en los lienzos, mojados con las lágrimas de María, el cuerpo que había sido el rescate del mundo. En su estrecho recinto los ángeles se apiñaban, haciendo guardia a los despojos de su cadáver, adorando su divino descanso, y esperando la hora en que el cordero degollado se levantase como león temible. Pero qué inaudito prodigio resplandeció bajo de la bóveda de la humilde caverna cuando habiendo llegado el instante decretado desde toda la eternidad, Jesús perforó, lleno de vida, más rápido que el rayo, las venas de la roca y se lanzó al espacio. Al instante la mano del ángel viene a separar la piedra de la entrada para manifestar la salida del celestial prisionero; luego los otros ángeles esperan a Magdalena y a sus compañeras. Llegan ellas, y hacen resonar aquella bóveda con sus sollozos; Pedro y Juan penetran a su vez. Verdaderamente, este lugar es santo entre todos. El Hijo de Dios se ha dignado habitarle; su Madre ha llorado allí; ha sido el lugar de cita de los espíritus celestiales; las almas más santas de la tierra lo han consagrado con sus fervorosas visitas, le han ofrecido el homenaje de sus más devotos sentimientos. ¡Oh sepulcro del Hijo de Jesé, eres verdaderamente glorioso!

LA DESOLACIÓN DEL LUGAR SANTO. — El infierno ve esta gloria y quisiera borrarla de la tierra. Este sepulcro humilla su orgullo; pues recuerda de una manera demasiado ruidosa la derrota que experimentó la muerte, hija del pecado. Satanás cree haber cumplido su odioso designio cuando, habiendo sucumbido Jerusalén a los golpes de los romanos, una nueva ciudad, completamente pagana, se levanta sobre sus ruinas con el nombre de Elia. Pero el nombre de Jerusalén no perecerá, como tampoco la gloria del santo sepulcro. En vano órdenes impías prescriben amontonar la tierra alrededor del monumento, y erigir sobre este montículo un templo a Júpiter, al mismo tiempo que sobre el mismo Calvario un santuario a la impúdica Venus, y sobre la gruta de la Natividad un altar a Adonis; estas contrucciones sacrílegas no harán más que señalar de modo más preciso los lugares sagrados a la curiosidad de los cristianos.

Se quiso tender un lazo y volver en provecho de los falsos dioses los homenajes con que los discípulos de Cristo tenían costumbre de rodear estos lugares: ¡vana esperanza! Los cristianos no los visitarán en tanto que estén manchados con la presencia de los ídolos; pero tendrán la vista fija sobre esas huellas de un Dios, huellas indelebles para ellos: y esperarán, pacientes, que el Padre se complazca en glorificar todavía a su Hijo.

La restauración. — Cuando sonó la hora, Dios envía a Jerusalén una emperatriz cristiana, madre de un emperador cristiano, para hacer visibles de nuevo las huellas del paso de nuestro Redentor. Emula de Magdalena y de sus compañeras, Elena avanza hacia el lugar en que estuvo el sepulcro. Era necesaria una mujer para continuar las escenas de la mañana de la Resurrección. Magdalena y sus compañeras buscaban a Jesús; Elena, que le adora resucitado, no busca más que su tumba; pero un mismo amor las anima. Por orden de la emperatriz, es derribado el santuario de Júpiter; se retira la tierra amontonada; y pronto el sol ilumina de nuevo el trofeo de la victoria de Jesús. La derrota de la muerte era proclamada segunda vez por esta reaparición del sepulcro glorioso. Pronto, a expensas del tesoro imperial, se levanta un templo que lleva el nombre de Basílica de la Resurrección. El mundo entero se conmueve con la noticia de tal triunfo; el paganismo, resquebrajado ya, se estremece incontenible; y las piadosas peregrinaciones de los cristianos hacia el sepulcro glorificado comienzan para no detenerse hasta el último día del mundo.

La invasión islámica. — Durante tres siglos Jerusalén fué la ciudad santa y libre, iluminada por los esplendores del santo sepulcro; pero los decretos de la justicia divina habían acordado que el Oriente, hoguera inextinguible de todas

las herejías, fuese castigado y sometido a esclavitud. El sarraceno invadió con sus hordas la tierra de los prodigios; y las aguas de este diluvio degradante no han retrocedido un momento sino para derramarse con nuevo ímpetu sobre esta tierra. Pero no temamos por el sagrado sepulcro; permanecerá siempre en pie. El sarraceno también lo reverencia; pues, a sus ojos, es el sepulcro de un gran profeta. Para acercarse a él, el cristiano tendrá que pagar un tributo; pero está en seguro; aun se verá a un califa ofrecer como homenaje a nuestro Carlomagno las llaves de este augusto santuario, demostrando con este acto de cortesía la veneración que a él mismo le infunde la gruta sagrada, así como el respeto de que estaba penetrado hacia el más grande de los príncipes cristianos. Así el sepulcro continuaba pareciendo glorioso, aun a través de las tribulaciones que, humanamente pensando, debían haberle hecho desaparecer de la tierra.

Las Cruzadas. — La gloria del santo sepulcro brilló con más fulgor aún, a la voz del Padre común de los fieles, el Occidente se levantó de repente en armas y marchó, a la sombra del estandarte de la Cruz, a librar a Jerusalén. El amor al santo sepulcro bullía en todos los corazones y su nombre le pronunciaban todos los labios. El sarraceno tuvo que retroceder y entregar la plaza a los Cruzados. Entonces contem-

plóse en la basílica de Santa Elena un espectáculo sublime: consagrado con el óleo santo, Godofredo de Bouillon, rey de Jerusalén, junto al sepulcro de Cristo, empezaron a celebrarse los divinos misterios debajo de aquellas bóvedas orientales de la basílica constantiniana, en la lengua y los ritos de Roma. Este reinado fué efímero: por un lado la política miope de nuestros príncipes occidentales no supo justipreciar tal conquista; por otro, la perfidia del imperio griego no cejó hasta que, por sus traiciones, volvió el sarraceno a cercar los muros indefensos de la ciudad santa. Este período fué, con todo, una de las glorias profetizadas por Isaías sobre el santo sepulcro y no será la postrera.

El Santo Sepulcro actualmente. — Hoy, profanado con los sacrificios ofrecidos en su recinto por las manos sacrílegas de los cismáticos y de los herejes, confiado breves y contadas horas para el culto legítimo de la única Esposa del que se dignó descansar en él, el santo sepulcro aguarda el día en que se vengue una vez más su honor ultrajado. ¿Será el Occidente, dócil ya a la fe, el que vaya a renovar en aquella tierra los grandes recuerdos que dejaron en ella sus caballeros? ¿Será el Oriente mismo el que, renunciando a una separación que sólo le ha valido la esclavitud, tienda la mano a la Madre y Señora de todas las Iglesias y selle en la roca

inmortal de la Resurrección una reconciliación para ruina del islamismo? Sólo Dios lo sabe; pero sabemos nosotros por su boca divina e infalible, que antes de la consumación del mundo, Israel volverá a Dios, a quien despreció y crucificó, y que Jerusalén será levantada por el poder de los judíos convertidos a la fe cristiana. Entonces el glorioso sepulcro del Hijo de Jesé brillará por encima de todo; y el Hijo de Jesé no tardará en aparecer; será la hora en que la tierra devuelva los cuerpos a la Resurrección general; y cuando la Pascua se celebre por última vez, entonces se tributará al santo sepulcro el honor supremo y último. Al despertarnos de nuestras tumbas, y al echarle la última mirada, nos será dulce contemplar nuestros sepulcros como el punto de partida y comienzo de la inmortalidad de la que ya disfrutaremos. Mientras esta hora llega y hasta que entremos en la morada transitoria, custodia de nuestros cuerpos, vivamos amando el sepulcro de Cristo. Sea su honor el nuestro, pues somos herederos de aquella fe sincera y ferviente que animó a nuestros padres y los armó para vengar su injuria. Cumplamos nuestro deber de Pascua, que consiste en comprender y gustar las magnificencias del sepulcro glorioso.

EL SÁBADO "IN ALBIS". — Este día lleva en la Liturgia el nombre de Sábado *in albis,* o mejor

in albis deponendis, porque hoy los neófitos deponían las vestiduras blancas que habían llevado durante toda la octava. La octava, en efecto, había comenzado para ellos más pronto que para el resto de los fieles, pues en la noche del Sábado Santo habían sido regenerados y se los había cubierto en seguida con este vestido, símbolo de la pureza de sus almas. En la tarde del Sábado siguiente, después del oficio de Vísperas se le quitaban, como luego diremos.

Hoy la Estación, en Roma, es en la Basílica de Letrán, Iglesia Madre y Maestra, contigua al Bautisterio constantiniano, donde los neófitos hace ocho días recibieron la gracia de la regeneración. El templo que los reúne hoy, es la misma iglesia de la que salieron en la penumbra de la noche, camino de la fuente de la salud, precedidos del misterioso cirio que alumbraba sus pasos; es el mismo en que, envueltos en sus hábitos blancos, asistieron por vez primera a toda la celebración del Sacrificio cristiano, en el que recibieron el Cuerpo y la Sangre del Redentor. Ningún otro lugar más apto que éste para la reunión litúrgica del presente día, cuyas impresiones conservarían indelebles en el corazón los neófitos que estaban a punto de entrar en la vida ordinaria de los fieles.

La santa Iglesia, en estas horas postreras, en que los recién nacidos se agrupan en derredor de una Madre, los considera complacida, posa con amor su mirada en estos frutos preciosos de

su fecundidad que los días pasados la sugerían cantos melodiosos y conmovedores.

Unas veces se los presentaba levantándose del Banquete divino, vivificados por la carne de aquel que es sabiduría y dulzura a la vez, y entonces cantaba este responso:

℟. La boca del sabio destila miel, aleluya; ¡cuán dulce es la miel en su lengua! aleluya; * Un panal de miel destilan sus labios. Aleluya.

℣. La sabiduría descansa en su corazón; y hay prudencia en las palabras de su boca. * Un panal de miel brota de sus labios. Aleluya.

Otras veces se enternecía al contemplar transformados en tiernos corderitos a esos hombres que hasta entonces habían llevado la vida del siglo, pero que volvían a empezar su carrera con la inocencia de los niños; y la Iglesia los hablaba en este lenguaje paternal:

℟. He aquí los corderitos que nos han anunciado el Aleluya; acaban de salir de la fuente; * Están bañados de luz. Aleluya.

℣. Compañeros del Cordero, visten de blanco y llevan palmas en sus manos. * Están bañados de luz. Aleluya, aleluya.

Se ponía otras veces a mirar con santo orgullo el resplandor de las virtudes que el santo Bautismo había infundido en sus almas, la pureza sin mancilla que los hacía brillar como la

luz, y su voz, llena de gozo, cantaba así su belleza:

℟. ¡Cuán blancos son los nazarenos de mi Cristo! aleluya; su resplandor da gloria a Dios; aleluya; * Su blancura es como la leche más pura. Aleluya, aleluya.

℣. Más blancos que la nieve, más puros que la leche, más rubios que el marfil antiguo, más hermosos que el zafiro; * Su blancura es como la leche más pura. Aleluya, aleluya.

Estos dos responsorios todavía forman parte de los Oficios del Tiempo Pascual.

MISA

El Introito está compuesto con palabras del Salmo CIV; en él glorifica Israel al Señor por haber hecho volver a su pueblo del destierro. Este pueblo son para nosotros nuestros neófitos, que estaban desterrados del cielo a causa del pecado original y de sus pecados personales; el Bautismo les ha devuelto todos sus derechos a esta dichosa patria acogiéndoles en la Iglesia.

INTROITO

Sacó el Señor a su pueblo con regocijo, aleluya: y a sus elegidos con alegría, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Confesad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. ℣. Gloria al Padre.

En el momento de acabar la semana pascual, la Iglesia pide al Señor, en la Colecta, que las alegrías que sus hijos han gustado en estos días les abran el camino a las alegrías todavía mayores de la Pascua eterna.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos celebrado con veneración las fiestas pascuales, merezcamos alcanzar por ellas los gozos eternos. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro (I Pet., II 1-10).

Carísimos: Dejando, pues, toda malicia y todo dolo, y los fingimientos y las envidias y toda detracción. como niños recién nacidos, ansiad la leche espiritual, sin engaño, para que con ella crezcáis en salud si es que gustáis cuán dulce es el Señor. Acercaos a él, piedra viva, reprobada por los hombres, pero elegida y honrada por Dios, y edificaos también vosotros sobre ella, cual piedras vivas, como una casa espiritual, como un sacerdocio santo, para ofrecer por Jesucristo hostias espirituales, gratas a Dios. Por eso dice la Escritura: He aquí que pongo en Sión una piedra principal, angular, escogida, preciosa: y, el que creyere en ella, no será confundido. Para vosotros, los que creéis, es honor; mas, para los que no creen, la piedra que reprobaron los constructores, se ha hecho cabeza angular, y piedra de tropiezo, y piedra de escándalo para los que tropiezan en la palabra y no creen en aquello para lo que han sido destinados. Mas vosotros sois

una raza escogida, un sacerdocio real, una gente santa, un pueblo de conquista: para que anunciéis las maravillas del que os llamó de las tinieblas a su admirable luz. Los que antes no erais pueblo, ahora sois el pueblo de Dios: los que no habíais conseguido misericordia, ahora la habéis conseguido.

Consejos de San Pedro a los neófitos. — Los neófitos no podían escuchar, en este día, una exhortación mejor apropiada a su situación que la del príncipe de los Apóstoles, en este pasaje de su primera Epístola. San Pedro dirigió esta carta a nuevos bautizados; por eso ¡con qué dulce paternidad explayaba también los sentimientos de su corazón sobre estos "hijos recién nacidos"! La virtud que él les recomienda, es la sencillez, que tan bien cuadra en esta primera edad; la doctrina con la que han sido instruídos, es leche que los alimentará y los hará crecer; al Señor es a quien hay que saborear; y el Señor está lleno de dulzura.

El Apóstol insiste en seguida sobre uno de los principales caracteres de Cristo: es la piedra fundamental y angular del edificio de Dios. Sobre él solo deben establecerse los fieles, que son las piedras vivas del templo eterno. El solo les da la solidez y la resistencia; y por eso, antes de volver a su Padre, ha recogido y establecido sobre la tierra otra Piedra, una Piedra siempre visible que está unida a él mismo y a la cual ha comunicado su propia solidez. La modes-

tia del Apóstol le impide insistir sobre lo que el santo Evangelio encierra de glorioso para él a este propósito; pero quién conoce las palabras de Cristo a Pedro, comprende toda la doctrina.

Si el Apóstol no se glorifica a sí mismo, ¡qué títulos magníficos nos da en cambio a nosotros los bautizados! Nosotros somos "la raza escogida y santa, el pueblo que Dios ha conquistado, un pueblo de Reyes y de sacerdotes". En efecto, ¡qué diferencia del bautizado con el que no lo está! El cielo, abierto para uno, está cerrado para el otro; uno es esclavo del demonio, y el otro, rey en Jesucristo Rey, de quien ha llegado a ser hermano; el uno, tristemente aislado de Dios, y el otro, ofreciéndole el sacrificio supremo por las manos de Jesucristo Sacerdote. Y todos esos dones nos han sido conferidos por una misericordia enteramente gratuita; no han sido en modo alguno merecidos por nosotros. Ofrezcamos, pues, a nuestro Padre adoptivo humildes acciones de gracias; trasladándonos al día en que también nosotros fuimos neófitos, renovemos las promesas hechas en nuestro nombre, como la condición absoluta con la cual nos eran concedidos tan grandes bienes.

A partir de este día, la Iglesia deja de emplear hasta el fin del Tiempo Pascual, entre la Epístola y el Evangelio, el Responso llamado Gradual. Le sustituye por el canto repetido del "Alleluia", que presenta menos gravedad pero expresa

un sentimiento más vivo de alegría. En los seis primeros días de la solemnidad pascual, no ha querido aminorar la majestad de sus cantos; ahora se entrega más de lleno a la santa libertad que la transporta.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Este es el día que hizo el Señor: gocémonos y alegrémonos en él.

Aleluya. ℣. Alabad, niños, al Señor, alabad el nombre del Señor.

Se canta en seguida la Secuencia de la Misa del día de Pascua, *Victimae paschali*, página 64.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 1-9).

En aquel tiempo, pasado el Sábado, María Magdalena fué al sepulcro por la mañana, cuando todavía reinaban las tinieblas: y vió la piedra quitada del sepulcro. Corrió entonces, y fué a Simón Pedro y al otro discípulo a quien amaba Jesús, y díjoles: Han llevado al Señor del sepulcro, y no sabemos dónde le han puesto. Salió entonces Simón, y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Y corrían los dos juntos, y el otro discípulo corrió más que Pedro y llegó antes al sepulcro. Y, habiéndose inclinado, vió los lienzos puestos, pero no entró. Llegó entonces Simón Pedro siguiéndole, y entró en el sepulcro, y vió los lienzos puestos, y el sudario que había cubierto su cabeza no estaba puesto con los lienzos, sino doblado en otro sitio. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al

sepulcro: y vió y creyó: porque aún no habían entendido la Escritura, según la cual era necesario que él resucitara de entre los muertos.

El respeto debido a Pedro. — Este episodio de la mañana del día de Pascua le ha reservado para hoy la Santa Iglesia, porque en él figura San Pedro, cuya voz se ha dejado oír ya en la Epístola. Este es el último día en que asisten los neófitos al Sacrificio revestidos de blanco; mañana su exterior no les distinguirá en nada de los otros fieles. Importa, pues, insistir con ellos sobre el fundamento de la Iglesia, fundamento sin el que la Iglesia no podría subsistir y sobre el que deben ellos establecerse, si quieren conservar la fe en la que han sido bautizados y que han de guardar pura hasta el fin para obtener la salud eterna. Ahora bien, esta fe se mantiene firme en todos aquellos que son dóciles a las enseñanzas de Pedro y veneran la dignidad de este Apóstol. Aprendamos de otro Apóstol, en este pasaje del santo Evangelio, el respeto y la deferencia que son debidas al que Jesús encargó de apacentar todo el rebaño, corderos y ovejas. Pedro y Juan corren juntos a la tumba de su maestro; Juan, más joven, llega el primero. Contempla el sepulcro: pero no entra. ¿Por qué esta humilde reserva en el que es el discípulo amado del Maestro? ¿Qué espera? Espera al que Jesús ha antepuesto a todos ellos, al que es su Jefe, y a quien pertenece obrar como

jefe. Pedro llega; entra en el sepulcro; comprueba todo y en seguida Juan penetra, a su vez, en la gruta. Admirable enseñanza que Juan mismo quiso darnos, escribiendo con su propia mano este relato misterioso. Toca a Pedro el preceder, el juzgar, el obrar como maestro; y toca al cristiano seguirle, escucharle, rendirle honor y obediencia. Y ¿cómo no iba a ser así cuando vemos incluso a un Apóstol y tal Apóstol, obrar de este modo con Pedro, y cuando éste no había aún recibido más que la promesa de las llaves del Reino de los Cielos, que no le fueron dadas de hecho, sino en los días siguientes?

Las palabras del Ofertorio están sacadas del Salmo CXVII, que es por excelencia el Salmo de la Resurrección. Saludan al divino triunfador que se eleva como un astro luminoso, y viene a derramar sobre nosotros sus bendiciones.

OFERTORIO

Bendito el que viene en nombre del Señor: os bendecimos desde la casa del Señor: el Señor es Dios y nos ha iluminado. Aleluya, aleluya.

En la Secreta la Iglesia nos enseña que la acción de los divinos misterios celebrados en el curso del año, es continua sobre los fieles. Llevan consigo ora una nueva vida, ora una nueva alegría, y por su sucesión anual en la santa Liturgia

la Iglesia mantiene en sí la vitalidad que ellos la confieren cumpliéndose a su tiempo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos felicitemos siempre de estos misterios pascuales: para que, la continua obra de nuestra reparación, sea para nosotros causa de perpetua alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Los neófitos deben, en este mismo día, deponer sus hábitos blancos; ¿cuál será, pues, en adelante su vestido? El mismo Cristo, que se ha incorporado a ellos por el Bautismo. El Doctor de los gentiles les da esta esperanza en la Antífona de la Comunión.

COMUNION

Todos los que habéis sido bautizados en Cristo, os habéis vestido de Cristo. Aleluya.

En la Poscomunión, la Iglesia insiste aún sobre el don de la fe. Sin la fe, el cristianismo deja de existir; pero la Eucaristía, que es el misterio de la fe, tiene la virtud de alimentarla y desarrollarla en las almas.

POSCOMUNION

Sustentados con el don de nuestra redención, suplicámoste, Señor, hagas que, con este auxilio de la perpetua salud, crezca siempre la verdadera fe. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

DEPOSICION DE LOS HABITOS BLANCOS

Cada uno de los días de esta semana, el Oficio de Vísperas se tenía con la misma solemnidad de que hemos sido testigos el Domingo. El pueblo fiel llenaba la Basílica, y acompañaba con sus miradas y con su interés fraternal al grupo blanco de neófitos que avanzaba, cada tarde, en pos del Pontífice, para volver a ver la fuente que da nueva vida a los que son sumergidos en ella. Hoy la concurrencia es mayor aún; pues se va a cumplir un nuevo rito. Los neófitos, quitándose el hábito que recuerda al exterior la pureza de sus almas, van a aceptar el compromiso, de conservar interiormente esta inocencia cuyo símbolo no les es ya necesario. Por este cambio que se opera a los ojos de los fieles, se da a entender que la Iglesia devuelve estos nuevos hijos a sus familias, a la solicitud y deberes de la vida ordinaria, a ellos les toca ahora mostrar en adelante lo que son para siempre: cristianos, discípulos de Cristo.

Al regreso del Baptisterio, y después de haber terminado el Oficio de Vísperas por la estación ante la Cruz del arco triunfal, los neófitos son conducidos a una de las salas contiguas de la Basílica; allí se ha preparado un amplio recipiente lleno de agua.

El Obispo, sentado en silla de honor y viendo a su alrededor a esos corderos de Cristo, les

dirige un discurso en el que expresa la alegría del Pastor, al ver el feliz aumento del rebaño que le está confiado. Los felicita por su dicha y, viniendo en seguida al objeto de su reunión en este lugar, es decir a la deposición de las vestiduras que recibieron de sus manos al salir de la fuente de la salud, les advierte paternalmente la obligación de velar sobre sí mismos y de no manchar nunca la blancura del alma de que la de los vestidos no ha sido más que una débil imagen.

Los vestidos blancos de los neófitos fueron suministrados por la Iglesia, como lo vimos en el Sábado santo: Por esta razón deben ponerse en manos de la Iglesia. El agua de la pila está destinada a lavarlos. Después de la alocución, el Pontífice bendice el agua, recitando sobre ella una Oración en la cual recuerda la virtud que el Espíritu Santo ha dado a este elemento para purificar las manchas mismas del alma. Volviéndose luego hacia los neófitos, después de haber expresado a Dios sus acciones de gracias recitando el Salmo CXVI, pronuncia esta bella plegaria:

"Visita, Señor, con tus propósitos salvadores, a tu pueblo, resplandeciente en medio de la alegrías pascuales; pero dígnate conservar en vuestros neófitos, para que sean salvados, lo que tú mismo has obrado en ellos. Haz que, al deponer sus vestidos blancos, el cambio en ellos no sea sino exterior; que esté siempre adherida a sus almas la blancura invisible de Cristo; que no la pierdan nunca; y que tu gracia los ayude a alcanzar

mediante el ejercicio de las buenas obras, la vida inmortal a la que nos invita el misterio de Pascua."

Después de esta oración, los neófitos ayudados, los hombres por sus padrinos, y las mujeres por sus madrinas, se despojaban de las vestiduras blancas y las entregaban a los servidores de la Iglesia encargados de lavarlas y de conservarlas.

Se revestían en seguida con sus hábitos ordinarios, ayudados siempre por sus padrinos y madrinas; y por fin, vueltos a los pies del Pontífice, recibían de su mano el símbolo pascual, la imagen de cera del Cordero divino.

El último vestigio de esta función conmovedora es la distribución de los "Agnus Dei" que el Papa hace en este día, en Roma, el primero y cada siete años de su pontificado. Vimos cómo fueron bendecidos por el Pontífice el miércoles precedente, y cómo los ritos que el Papa emplea en esta ocasión, recuerdan el Bautismo por inmersión de los neófitos. El Sábado siguiente, en los años de que acabamos de hablar, hay Capilla papal en el palacio. Después de la Misa solemne, estando el Sumo Pontífice en el trono, se traen en cestillas los "Agnus Dei" en gran número. El Prelado que los presenta canta estas palabras tomadas de uno de los Responsos que hemos citado: "Padre Santo, he aquí estos nuevos corderos que nos han anunciado el Aleluya; salen al instante de la fuente; están todos brillantes de luz." El Papa responde: "Deo gratias." El pensa-

miento se traslada entonces a los tiempos en que, en ese mismo día, los nuevos bautizados eran conducidos a los pies del Pontífice como tiernos corderos de blanco vellón, objeto de las complacencias del pastor. El Papa hace él mismo, desde su trono, la distribución de los "Agnus Dei" a los Cardenales, a los Prelados y a los otros asistentes; y así termina esta ceremonia tan interesante por los recuerdos que suscita y por su objeto actual.

La Pascua "annotina". — No acabaremos los relatos que se relacionan con este último día de la Octava de los nuevos bautizados, sin decir una palabra de la Pascua "annotina". Se llamaba así al día del aniversario de la Pascua del año precedente; y ese día era como la fiesta de los que contaban un año completo después de su bautismo. La Iglesia celebraba solemnemente el Sacrificio en favor de esos nuevos cristianos, a los cuales recordaba el inmenso beneficio con que Dios les había favorecido ese día; y era ocasión de festines y regocijos en las familias cuyos miembros habían sido, el año precedente, del número de los neófitos. Si por la irregularidad de la Pascua, este aniversario caía, el año siguiente, en alguna de las semanas de Cuaresma, debía abstenerse este año de celebrar la Pascua "annotina", o trasladarla después del día de la Resurrección. Parece que, en ciertas Iglesias, para evitar esas continuas variaciones, se había fijado el aniver-

sario del Bautismo en el Sábado de Pascua. La interrupción de la costumbre de administrar el Bautismo en la fiesta de la Resurrección trajo poco a poco la supresión de la Pascua "annotina"; con todo, se encuentran huellas en algunos lugares hasta el siglo XIII, o quizás más allá. Esta costumbre de festejar el aniversario del Bautismo, fundada en la grandeza del beneficio que cada uno de nosotros recibimos ese día, no debió desaparecer nunca de las costumbres cristianas; y en nuestros tiempos, como en la antigüedad, todos los que han sido regenerados en Jesucristo, deben tener al día en que recibieron la vida sobrenatural, siquiera el respeto que los paganos tenían a aquel que los había puesto en posesión de la vida natural. San Luis solía firmar "Louis de Poissy", porque fué en las fuentes de la humilde iglesia de Poissy donde recibió el bautismo; nosotros podemos aprender de tan gran cristiano a recordar el día y el lugar en que fuimos hechos hijos de Dios y de su Iglesia.

EL DOMINGO DE QUASIMODO

OCTAVA DE PASCUA

Cada Domingo es una Pascua. — Vimos ayer a los neófitos clausurar su Octava de la Resurrección. Antes que nosotros habían participado

del admirable misterio del Dios resucitado, y antes que nosotros debían acabar su solemnidad. Este día es, pues, el octavo para nosotros, que celebramos la Pascua el Domingo y no la anticipamos a la tarde del Sábado. Nos recuerda las alegrías y grandezas del único y solemne Domingo que reunió a toda la cristiandad en un mismo sentimiento de triunfo. Es el día de la luz que oscurece al antiguo Sábado; en adelante el primer día de la semana es el día sagrado; le señaló dos veces con el sello de su poder el Hijo de Dios. La Pascua está, pues, para siempre fijada en Domingo y como dejamos dicho en la "mística del Tiempo Pascual", todo domingo en adelante será una Pascua.

Nuestro divino resucitado ha querido que su Iglesia comprendiese así el misterio; pues, teniendo la intención de mostrarse por segunda vez a sus discípulos reunidos, esperó, para hacerlo, la vuelta del Domingo. Durante todos los días precedentes dejó a Tomás presa de sus dudas; no quiso hasta hoy venir en su socorro, manifestándose a este Apóstol, en presencia de los otros, y obligándole a renunciar a su incredulidad ante la evidencia más palpable. Hoy, pues, el Domingo recibe de parte de Cristo su último título de gloria, esperando que el Espíritu Santo descienda del cielo para venir a iluminarle con sus luces y hacer de este día, ya tan favorecido, la era de la fundación de la Iglesia cristiana.

La aparición a Santo Tomás. — La aparición del Salvador al pequeño grupo de los once, y la victoria que logró sobre la infidelidad de un discípulo, es hoy el objeto especial del culto de la Santa Iglesia. Esta aparición que se une a la precedente, es la séptima; por ella Jesús entra en posesión completa de la fe de sus discípulos. Su dignidad, su prudencia, su caridad, en esta escena, son verdaderamente de un Dios.

Aquí también, nuestros pensamientos humanos quedan confundidos a la vista de esa tregua que Jesús otorga al incrédulo, a quien parecía debía haberle curado sin tardanza de su infeliz ceguera o castigarle por su insolencia temeraria. Pero Jesús es la bondad y sabiduría infinita; en su sabiduría, proporciona, por esta lenta comprobación del hecho de su Resurrección, un nuevo argumento en favor de la realidad de este hecho; en su bondad, procura al corazón del discípulo incrédulo la ocasión de retractarse por sí mismo de su duda con una protesta sublime de dolor, de humildad y de amor. No describiremos aquí esta escena tan admirablemente relatada en el trozo del Evangelio que la Santa Iglesia va en seguida a presentarnos. Limitaremos nuestra instrucción de este día a hacer comprender al lector la lección que Jesús da hoy a todos en la persona de santo Tomás. Es la gran enseñanza del Domingo de la Octava de Pascua; importa no olvidarla, por que nos

revela, más que ninguna otra, el verdadero sentido del cristianismo; nos ilustra sobre la causa de nuestras impotencias, sobre el remedio de nuestras debilidades.

La lección del Señor. — Jesús dice a Tomás: "Has creído porque has visto; dichosos los que no vieron pero creyeron". Palabras llenas de divina autoridad, consejo saludable dado no solamente a Tomás, sino a todos los hombres que quieren entrar en relaciones con Dios y salvar sus almas. ¿Qué quería, pues, Jesús de su discípulo? ¿No acababa de oírle confesar la fe de la cual estaba ya penetrado? Tomás, por otra parte, ¿era tan culpable por haber deseado la experiencia personal, antes de dar su adhesión al más asombroso de los prodigios? ¿Estaba obligado a creer las afirmaciones de Pedro y de los otros, hasta el punto de tener que, por no darlas asentimiento, faltaba a su Maestro? ¿No daba prueba de prudencia absteniéndose de asentir hasta que otros argumentos le hubiesen revelado a él mismo la realidad del hecho? Sí, Tomás era hombre prudente, que no se fiaba demasiado; podía servir de modelo a muchos cristianos que juzgan y razonan como él en las cosas de la fe. Y con todo eso, ¡cuán abrumadora, aunque llena de dulzura, es la reprensión de Jesús! Se dignó prestarse, con condescendencia inexplicable, a que se verificase lo que Tomás

había osado pedir: ahora que el discípulo se encuentra ante el maestro resucitado, y que grita con la emoción más sincera: "¡Oh, tú eres mi Señor y mi Dios!" Jesús no le perdona la lección que había merecido. Era preciso castigar aquella osadía, aquella incredulidad; y el castigo consistirá en decirle: "Creíste, Tomás, porque viste."

La humildad y la fe. — Pero ¿estaba obligado Tomás a creer antes de haber visto? Y ¿quién puede dudarlo? No solamente Tomás, sino todos los Apóstoles estaban obligados a creer en la resurrección de su maestro, aun antes de que se hubiera mostrado a ellos. ¿No habían vivido ellos tres años en su compañía? ¿No le habían visto confirmar con numerosos prodigios su título de Mesías y de Hijo de Dios? ¿No les había anunciado su resurrección para el tercer día después de su muerte? Y en cuanto a las humillaciones y a los dolores de su Pasión, ¿no les había dicho, poco tiempo antes, en el camino de Jerusalén, que iba a ser prendido por los judíos, que le entregarían a los gentiles; que sería flagelado, cubierto de salivas y matado? *(San Luc.,* XVIII, 32, 33.)

Los corazones rectos y dispuestos a la fe no hubieran tenido ninguna duda en rendirse, desde el primer rumor de la desaparición del cuerpo. Juan, nada más entrar en el sepulcro y ver los

lienzos, lo comprendió todo y comenzó a creer. Pero el hombre pocas veces es sincero; se detiene en el camino como si quisiera obligar a Dios a dar nuevos pasos hacia adelante. Jesús se dignó darlos. Se mostró a la Magdalena y a sus compañeras que no eran incrédulas, sino distraídas por la exaltación de un amor demasiado natural. Según el modo de pensar de los Apóstoles, su testimonio no era más que el lenguaje de mujeres con imaginación calenturienta. Fué preciso que Jesús viniese en persona a mostrarse a estos hombres rebeldes, a quienes su orgullo hacía perder la memoria de todo un pasado que hubiese bastado por sí solo para iluminarles el presente. Decimos su orgullo; pues la fe no tiene otro obstáculo que ese vicio. Si el hombre fuese humilde, se elevaría hasta la fe que transporta las montañas.

Ahora bien, Tomás ha oído a la Magdalena y ha despreciado su testimonio; ha oído a Pedro y no ha hecho caso de su autoridad; ha oído a sus otros hermanos y a los discípulos de Emaús y nada de todo eso le ha apartado de su parecer personal. La palabra de otro, grave y desinteresada, produce la certeza en un espíritu sensato, mas no tiene esta eficacia ante muchos, desde que tiene por objeto atestiguar lo sobrenatural. Es una profunda llaga de nuestra naturaleza herida por el pecado. Muy frecuentemente quisiéramos, como Tomás, tener la experiencia nosotros mismos; y eso basta para privarnos de la

plenitud de la luz. Nos consolamos como Tomás porque somos siempre del número de los discípulos; pues este Apóstol no había roto con sus hermanos; sólo que no gozaba de la misma felicidad que ellos. Esta felicidad, de la que era testigo, no despertaba en él más que la idea de debilidad; y gustaba en cierto grado de no compartirla.

LA FE TIBIA.—Tal es aún en nuestros días el cristiano infectado de racionalismo. Cree, porque su razón le pone como en la necesidad de creer; con la inteligencia y no con el corazón es como cree. Su fe es una conclusión científica y no una aspiración hacia Dios y hacia la verdad sobrenatural. Por eso esta fe, ¡cuán fría e impotente es! ¡cuán limitada e inquieta!, ¡cómo teme avanzar creyendo demasiado! Al verla contentarse tan fácilmente con verdades *disminuídas (Ps.*, XI) pesadas en la balanza de la razón, en vez de navegar a velas desplegadas como la fe de los santos, se diría que se avergüenza de sí misma. Habla bajo, teme comprometerse; cuando se muestra, lo hace cubierta de ideas humanas que la sirven de etiqueta. No se expondrá a una afrenta por los milagros que juzga inútiles, y que jamás habría aconsejado a Dios que obrase. En el pasado como en el presente, lo maravilloso la espanta; ¿no ha tenido que hacer ya bastante esfuerzo para admitir a aquel cuya aceptación la es estrictamente necesaria? La vida de

los santos, sus virtudes heroicas, sus sacrificios sublimes, todo eso la inquieta. La acción del cristianismo en la sociedad, en la legislación, la parece herir los derechos de los que no creen; piensa que debe respetarse la libertad del error y la libertad del mal; y aun no se da cuenta de que la marcha del mundo está entorpecida desde que Jesucristo no es Rey sobre la tierra.

VIDA DE FE. — Para aquellos cuya fe es tan débil y tan cercana al racionalismo, Jesús añade a las palabras severas que dirigió a Tomás, esta sentencia, que no sólo se dirigía a él sino a todos los hombres de todos los siglos: "Dichosos los que no vieron y creyeron." Tomás pecó por no haber tenido la disposición de creer. Nosotros nos exponemos a pecar como él si no alimentamos en nuestra fe esa expansión que la impulsa a mezclarse en todo, y a hacer el progreso, que Dios recompensa con rayos de luz y de alegría en el corazón. Una vez entrados en la Iglesia nuestro deber es considerar en adelante todas las cosas a las luces de lo sobrenatural; y no temamos que esta situación regulada por las enseñanzas de la autoridad sagrada, nos lleve demasiado lejos. "El justo vive de la fe" *(Rom.*, I, 17); es su alimento continuo. La vida natural se transforma en él para siempre, si permanece fiel a su bautismo. ¿Acaso creemos que la Iglesia tomó tantos cuidados en la instrucción de sus neófitos, que les inició con tantos ritos que no res-

piran sino ideas y sentimientos de la vida sobrenatural, para dejarlos sin ningún pesar al día siguiente a la acción de ese peligroso sistema que coloca la fe en un rincón de la inteligencia, del corazón y de la conducta, a fin de dejar obrar más libremente al hombre natural? No, no es así. Reconozcamos, pues, nuestro error con Tomás; confesemos con él que hasta ahora no hemos creído aún con fe bastante perfecta. Como él digamos a Jesús: "Tú eres mi Señor y mi Dios; y he pensado y obrado frecuentemente como si no fueses en todo mi Señor y mi Dios. En adelante creeré sin haber visto; pues quiero ser del número de los que tú has llamado dichosos."

* * *

Este Domingo, llamado ordinariamente Domingo de "Quasimodo", lleva en la Liturgia el nombre de Domingo "in albis", y más explícitamente "in albis depositis", porque en este día los neófitos se presentaban en la Iglesia con los hábitos ordinarios.

En la Edad Media, se le llamaba "Pascua acabada"; para expresar, sin duda, que en este día terminaba la Octava de Pascua. La solemnidad de este Domingo es tan grande en la Iglesia, que no solamente es de rito "Doble mayor", sino que no cede nunca su puesto a ninguna fiesta, de cualquier grado elevado que sea.

En Roma, la Estación es en la Basílica de San Pancracio, en la Vía Aurelia. Los antiguos no nos dicen nada sobre los motivos que han hecho designar esta iglesia para la reunión de los fieles en este día. Puede ser que la edad del joven mártir de catorce años al cual está dedicada, haya sido causa de escogerla con preferencia por una especie de relación con la juventud de los neófitos que son aún hoy el objeto de la preocupación maternal de la Iglesia.

MISA

El Introito recuerda las cariñosas palabras que San Pedro dirigía en la Epístola de ayer a los nuevos bautizados. Son tiernos niños llenos de sencillez, y anhelan de los pechos de la Santa Iglesia la leche espiritual de la fe, que los hará fuertes y sinceros.

INTROITO

Como niños recién nacidos, aleluya: ansiad la leche espiritual, sin engaño. Aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Aclamad a Dios, nuestro ayudador: cantad al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En este último día de una Octava tan grande, la Iglesia da, en la Colecta, su adiós a las solemnidades que acaban de desarrollarse, y pide a Dios que su divino objeto quede impreso en la vida y en la conducta de sus hijos.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que hemos celebrado las fiestas pascuales, las conservemos, con tu gracia, en nuestra vida y costumbres. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol San Juan (I Jn., V, 4-10).

Carísimos: Todo lo que ha nacido de Dios, vence al mundo: y ésta es la victoria, que vence al mundo, nuestra fe. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesucristo es el Hijo de Dios? Este, Jesucristo, es el que vino por el agua y la sangre: no sólo por el agua, sino por el agua y por la sangre. Y el Espíritu es el que atestigua que Cristo es la verdad. Porque tres son los que dan testimonio de ello en el cielo: el Padre, el Verbo, y el Espíritu Santo: y estos tres son una sola cosa. Y tres son los que dan testimonio de ello en la tierra: el Espíritu, y el agua, y la sangre: y estos tres son una sola cosa. Si aceptamos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor. Ahora bien, este testimonio de Dios, que es mayor, es el que dió de su Hijo. El que cree en el Hijo de Dios, tiene en sí mismo el testimonio de Dios.

MÉRITO DE LA FE. —El Apóstol San Juan celebra en este pasaje el mérito y las ventajas de la fe; nos la muestra como una victoria que pone a nuestros pies al mundo, al mundo que nos rodea, y al mundo que está dentro de nosotros. La razón que ha movido a la Iglesia a elegir para hoy este texto de San Juan, se echa de ver fácilmente, cuando se ve al mismo Cristo recomendar la fe en el Evangelio de este Domingo. "Creer en Je-

sucristo, nos dice el Apóstol, es vencer al mundo"; no tiene verdadera fe, aquel que somete su fe al yugo del mundo. Creamos con corazón sincero, dichosos de sentirnos hijos en presencia de la verdad divina, siempre dispuestos a dar pronta acogida al testimonio de Dios. Este divino testimonio resonará en nosotros, en la medida que nos encuentre deseosos de escucharlo siempre en adelante. Juan, a la vista de los lienzos que habían envuelto el cuerpo de su maestro, pensó y creyó; Tomás tenía más que Juan el testimonio de los Apóstoles que habían visto a Jesús resucitado, y no creyó. No había sometido el mundo a su razón, porque no tenía fe.

Los dos versículos aleluyáticos estan formados por trozos del santo Evangelio que se relacionan con la Resurrección. El segundo describe la escena que tuvo lugar tal día como hoy en el Cenáculo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El día de mi resurrección, dice el Señor, os precederé en Galilea.

Aleluya. ℣. Después de ocho días, cerradas las puertas, se presentó Jesús en medio de sus discípulos, y dijo: ¡Paz a vosotros! Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (XX, 19-31).

En aquel tiempo, siendo ya tarde aquel día, el primero de la semana, y estando cerradas las puertas de

donde estaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, llegó Jesús y se presentó en medio, y díjoles: ¡Paz a vosotros! Y, habiendo dicho esto, les mostró las manos y el costado. Y los discípulos se alegraron al ver al Señor. Entonces les dijo otra vez: ¡Paz a vosotros! Como me envió a mí el Padre, así os envío yo a vosotros. Y, habiendo dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid del Espíritu Santo: a quienes les perdonareis los pecados, perdonados les serán: y, a los que se los retuviereis, retenidos les serán. Pero Tomás, uno de los doce, llamado Dídimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle, pues, los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Pero él les dijo: Si no viere en sus manos el agujero de los clavos y metiere mi dedo en el sitio de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré. Y, después de ocho días, estaban otra vez dentro sus discípulos: y Tomás con ellos. Vino Jesús, las puertas cerradas, y se presentó en medio, y dijo: ¡Paz a vosotros! Después dijo a Tomás: Mete tu dedo aquí, y ve mis manos, y trae tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel. Respondió Tomás y díjole: ¡Señor mío, y Dios mío! Díjole Jesús: Porque me has visto, Tomás, has creído: bienaventurados los que no han visto, y han creído. E hizo Jesús, ante sus discípulos, otros muchos milagros más, que no se han escrito en este libro. Mas esto ha sido escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios; y para que, creyéndolo, tengáis vida en su nombre.

El testimonio de Santo Tomás. — Hemos insistido lo suficiente sobre la incredulidad de santo Tomás; y es hora ya de glorificar la fe de este Apóstol. Su infidelidad nos ha ayudado a sondear nuestra poca fe; su retorno ilumínenos so-

bre lo que tenemos que hacer para llegar a ser verdaderos creyentes. Tomás ha obligado al Salvador, que cuenta con él para hacerle una de las columnas de su Iglesia, a bajarse a él hasta la familiaridad; pero apenas está en presencia de su maestro, cuando de repente se siente subyugado. Siente la necesidad de retractar, con un acto solemne de fe, la imprudencia que ha cometido creyéndose sabio y prudente, y lanza un grito, grito que es la protesta de fe más ardiente que un hombre puede pronunciar: ¡"Señor mío y Dios mío"! Considerad que no dice sólo que Jesús es su Señor, su Maestro; que es el mismo Jesús de quien ha sido discípulo; en eso no consistiría aún la fe. No hay fe ya cuando se palpa el objeto. Tomás habría creído en la Resurrección, si hubiese creído en el testimonio de sus hermanos; ahora, no cree, sencillamente ve, tiene la experiencia. ¿Cuál es, pues, el testimonio de su fe? La afirmación categórica de que su Maestro es Dios. Sólo ve la humanidad de Jesús, pero proclama la divinidad del Maestro. De un salto, su alma leal y arrepentida, se ha lanzado hasta el conocimiento de las grandezas de Jesús: ¡"Eres mi Dios"!, le dice.

PLEGARIA. — Oh Tomás, primero incrédulo, la santa Iglesia reverencia tu fe y la propone por modelo a sus hijos en el día de tu fiesta. La confesión que has hecho hoy, se parece a la que hizo Pedro cuando dijo a Jesús: "¡Tú eres el

Cristo, Hijo de Dios vivo!" Por esta profesión que ni la carne ni la sangre habían inspirado, Pedro mereció ser escogido para fundamento de la Iglesia; la tuya ha hecho más que reparar tu falta: te hizo, por un momento, superior a tus hermanos, gozosos de ver a su Maestro, pero sobre los que la gloria visible de su humanidad había hecho hasta entonces más impresión que el carácter invisible de su divinidad.

El Ofertorio está formado por un trozo histórico del Evangelio sobre la resurrección del Salvador.

OFERTORIO

El Angel del Señor bajó del cielo, y dijo a las mujeres: El que buscáis ha resucitado, según lo dijo. Aleluya.

En la Secreta, la santa Iglesia expresa el júbilo que la produce el misterio de la Pascua; y pide que esta alegría se transforme en la de la Pascua eterna.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes los dones de la Iglesia que se alegra: y, ya que la has dado motivo para tanto gozo, concédela el fruto de la perpetua alegría. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

Al distribuir a los neófitos y al resto del pueblo fiel el alimento divino, la Iglesia recuerda, en

la Antífona de la Comunión, las palabras del Señor a Tomás. Jesús, en la santa Eucaristía, se revela a nosotros de una manera más íntima aún que a su apóstol; mas para aprovecharnos de la condescendencia de un maestro tan bueno, necesitamos tener la fe viva y valerosa que él recomendó.

COMUNION

Mete tu mano, y reconoce el lugar de los clavos, aleluya; y no seas más incrédulo, sino fiel. Aleluya, aleluya.

La Iglesia concluye las plegarias del Sacrificio pidiendo que el divino misterio, instituído para sostener nuestra debilidad sea, en el presente y en el futuro, el medio eficaz de nuestra perseverancia.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que estos sacrosantos Misterios, que nos has dado para alcanzar nuestra reparación, sean nuestro remedio en el presente y en el futuro. Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén.

LUNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

MIRAR Y ESCUCHAR. — La primera semana ha sido dedicada toda entera a las alegrías del regreso del Emmanuel. Se nos ha aparecido, por

decirlo así, a cada hora, a fin de asegurarnos de su resurrección. "Ved, tocad; soy yo mismo". (*San Luc.*, XXIV, 39) nos ha dicho; pero sabemos que no debe él prolongar más allá de cuarenta días su presencia visible en medio de nosotros. Este período avanza poco a poco, las horas corren, y pronto habrá desaparecido a nuestras miradas, aquel por el que la tierra tanto ha suspirado. "Oh tú, esperanza de Israel y su Salvador, exclama el Profeta, ¿por qué te muestras aquí abajo como viajero que rehusa establecer su morada? ¿por qué tu carrera se asemeja a la del hombre que nunca hace alto?" (*Jeremías*, XIV, 8). Pero los momentos son preciosos. Rodeémosle durante estas horas fugaces; sigámosle con la mirada, al dejar de oír su voz; recojamos sobre todo sus palabras, al llegar a nuestros oídos; son el testamento de nuestro Jefe.

La organización de la Iglesia. — Durante estos cuarenta días no cesa de aparecerse a sus discípulos, no ya con el fin de hacer cierta a sus ojos su resurrección, de la cual no pueden dudar; sino, como nos lo enseña San Lucas, para "hablarles del Reino de Dios". (*Act.*, 1, 3). Por su sangre y por su victoria los hombres están ya rescatados, el cielo y la tierra se han pacificado; lo que queda por terminar ahora, es la organización de la Iglesia. La Iglesia es el reino de Dios; pues en ella y por ella Dios reinará sobre la tie-

rra. Es la Esposa del divino resucitado a quien ha levantado del polvo; es hora de que la dote, de que la adorne para el día en que el Espíritu Santo, descendiendo sobre ella, la proclame ante todas las naciones Esposa del Verbo encarnado y Madre de los elegidos.

Tres cosas son necesarias a la Iglesia para el ejercicio de su misión: 1.º una constitución establecida por la mano del mismo Hijo de Dios y por la cual va a llegar a ser una sociedad visible y permanente: 2.º el depósito colocado en sus manos de todas las verdades que su Esposo celestial ha venido a revelar o confirmar aquí abajo, lo cual incluye el derecho de enseñar y de enseñar con infalibilidad; 3.º en fin, los medios eficaces por los cuales los fieles de Cristo serán llamados a participar de las gracias de salud y de santificación que son el fruto del sacrificio ofrecido sobre la cruz. Jerarquía, doctrina, sacramentos: tales son los graves asuntos sobre los que Jesús da a sus discípulos, durante cuarenta días, sus últimas y solemnes instrucciones.

Antes de seguirle en este sublime trabajo por el que dispone y perfecciona su obra, considerémosle aún, toda esta semana, en el estado de Hijo de Dios resucitado, habitando entre los hombres y presentando a su admiración y a su amor tantos rasgos que nos importa recoger. Lo hemos contemplado ya en pañales y en la cruz; considerémosle ahora en su gloria.

La humanidad del Señor resucitado. — Ante nosotros es "el más bello de los hijos de los hombres" *(Ps.,* XLIV). Pero, si merecía ser llamado así desde el momento en que cubria el esplendor de sus rasgos con la debilidad de una carne mortal, ¡cuál será el esplendor de su belleza hoy que ha vencido a la muerte y que no oculta más como en otro tiempo los rayos de su gloria! Helo fijo ya por toda la eternidad en la edad de su victoria, en la edad en que el hombre ha logrado su desarrollo completo en fuerza y belleza, donde nada anuncia en él la futura decadencia. A esta edad los justos tomarán sus cuerpos en la resurrección general y entrarán para siempre en la gloria, fijos ya como dice el Apóstol, "en la medida de la edad completa de Cristo". *(Eph.,* IV).

Pero no sólo por la armonía de sus facciones el cuerpo del Señor resucitado enajena las miradas de los mortales de que se deja contemplar; las perfecciones que los ojos de los tres Apóstoles habían entrevisto un instante en el Tabor, parecían en él acrecentadas con toda la magnificencia de su triunfo.

En la Transfiguración, la humanidad unida al Verbo divino resplandecía como el sol; ahora, todo el esplendor de la victoria y de la majestad real viene a unirse al que irradiaba sobre el cuerpo no glorificado aún del Redentor la persona divina a la cual le había unido la Encarnación. Hoy, los astros del firmamento no son ya dignos de

ponerse en comparación con el esplendor de este divino sol, del que San Juan nos dice que él solo alumbra la Jerusalén celestial. *(Apoc.*, XXI, 23).

A este don, que el Apóstol de las gentes designa con el nombre de "claridad", se une el de la "impasibilidad", por la cual su cuerpo cesa de ser accesible al dolor y a la muerte. En él reina la vida; la inmortalidad brilla con todos sus rayos; entra en las condiciones de la eternidad. El cuerpo sigue siendo materia, pero ninguna disminución, ningún debilitamiento podrá dañarle; siente que goza de la posesión de la vida y para siempre. La tercera cualidad del cuerpo glorioso de nuestro Redentor es la "agilidad", con la cual se traslada de un lugar a otro sin esfuerzo y en un instante. La carne ha perdido el peso que, en nuestro estado actual, impide al cuerpo seguir los movimientos y quereres del alma. Desde Jerusalén hasta Galilea franquea el espacio con la rapidez del relámpago, y la Esposa exclama dichosa: "Ya oigo la voz de mi amado; viene traspasando las montañas, dejando trás de sí las colinas." *(Cant.*, II). En fin, por una cuarta maravilla, el cuerpo del Emmanuel se ha vestido de la cualidad que el Apóstol llama "espiritualidad", es decir que, sin cambiar de naturaleza, su sutileza se ha hecho tal, que penetra todos los obstáculos con más fuerza que la luz al atravesar el cristal. Le hemos visto, en el momento en que el alma se unía a él, franquear la piedra

sellada del sepulcro; ahora entra en el Cenáculo, cuyas puertas están cerradas, y se aparece de repente a las miradas de los discípulos deslumbrados.

Tal es nuestro libertador, libre de las condiciones de la mortalidad. No nos asombremos de que la Iglesia, esta pequeña familia que le rodea y de la cual somos los descendientes, esté maravillada ante su vista, que le diga sobrecogida de admiración y amor: "¡Hermoso eres, mi amado"! *(Cant.*, II). Repitámoslo a nuestra vez: ¡Sí, eres bello por encima de todo, Jesús! Nuestros ojos tan afligidos por el espectáculo de tus dolores cuando no ha mucho te veían cubierto de llagas, semejante a un leproso, no pueden cansarse hoy de contemplar el resplandor con el que brillas, y deleitarse en tus encantos divinos.

¡Gloria a ti en tu triunfo! pero también gloria a ti en tu magnificencia hacia tus rescatados, pues has decretado que un día nuestros cuerpos, purificados por la humillación del sepulcro, compartan con el tuyo las prerrogativas que celebramos en él.

MARTES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LAS LLAGAS DE JESÚS. — ¿Cuáles son las llagas, oh Mesías, que vemos en tus manos? *(Zach.*,

XIII, 6), exclamaba el profeta Zacarías cinco siglos antes de la Encarnación. El mismo grito respetuoso se escapa de nuestros corazones, cuando, contemplando la gloria de Jesús resucitado, nuestras miradas se concentran en las llagas de que está cubierto su cuerpo radiante. Sus manos y sus pies llevan la marca de los clavos, su costado la de la lanza; llagas profundas como lo eran cuando fué bajado de la cruz. "Mete aquí tu dedo", dijo a Tomás, presentándole sus manos: "mete tu mano en la abertura de mi costado".

Acabamos de presenciar esta escena imponente en que la verdad de la resurrección fué hecha más sensible aún por la incredulidad del discípulo; pero este hecho nos enseña al mismo tiempo que Jesús, al salir del sepulcro ocho días antes, había conservado sobre su carne glorificada los estigmas de su pasión. Desde entonces las guardará eternamente, ya que ningún cambio puede haber en su persona; lo que es, eso será por toda la eternidad. No creamos que esos estigmas, que traen a nuestra memoria el Calvario, atenúan en algo su gloria. Si los conserva, es porque lo quiere así, porque las cicatrices, lejos de atestiguar su derrota y su enfermedad, proclaman al contrario su fuerza invencible y su triunfo. Venció a la muerte, y las llagas que adquirió en la lucha son el recuerdo de su victoria. Es preciso, pues, que entre en el cielo el

día de su Ascensión, asombrando las miradas de los Angeles por los rayos que emanan de sus miembros traspasados. A su ejemplo, sus mártires, vencedores también de la muerte, resplandecerán con brillo especial en las partes de sus cuerpos que las torturas taladraren: tal es la doctrina de los santos Padres. *(San Agustín: "La ciudad Dios"*, l. XXII, c. XXIX; *San Ambrosio,* l. X, sobre *"San Lucas"*.)

¿No debe Jesús ejercer desde lo alto de su trono la mediación por la que se revistió de nuestra carne, desarmando sin cesar la justísima cólera de su Padre, intercediendo por nosotros, y haciendo descender sobre la tierra las gracias salvíficas de los hombres? La justicia eterna reclama sus derechos, todo es de temer para los pecadores; pero el Hombre-Dios, interponiendo sus miembros marcados con el sello de su pasión, detiene el rayo presto a estallar, y la misericordia triunfa una vez más sobre la justicia.

¡Oh llagas sagradas, obra de nuestros pecados, y convertidas en seguida en nuestro escudo!, después de haberos venerado sangrantes en la compunción de nuestros corazones, os adoramos en el cielo como hermoso adorno del Emmanuel; en todas partes sois nuestra esperanza y nuestra salvaguardia.

Vendrá un día en que esos augustos estigmas, sin perder nada de su esplendor a los ojos de

los Angeles, se revelarán a los hombres y serán para muchos objeto de confusión y de espanto. "Verán en ese día al que taladraron." *(Zach.,* XII, 10), nos dice el Profeta. Los dolores de la pasión, las alegrías de la resurrección, desdeñadas, desconocidas, pisoteadas, prepararán la más terrible venganza, la venganza de un Dios que no puede haber sido crucificado en vano, y que no puede resucitar en vano. Se comprenderá entonces este grito de espanto: "¡Montañas, caed sobre nosotros! Rocas, sepultadnos, sustraednos a la vista de esas llagas, que no envían ya sobre nosotros rayos de la misericordia, sino que nos lanzan hoy rayos de una implacable cólera."

¡Oh llagas sagradas de nuestro Señor resucitado!, sed propicias en aquel día temible, a todos los que la Pascua ha vuelto a la vida. ¡Dichosos aquellos que durante estos cuarenta días tuvieron la dicha de contemplaros! ¡Dichosos seremos nosotros mismos, si vivimos amándoos y venerándoos! Apropiémonos los sentimientos de San Bernardo y digamos con él: "¿Dónde podrá nuestra flaqueza hallar un remanso firme y seguro sino en las llagas del Salvador? Yo permanezco allí con tanta mayor confianza cuanto que él es poderosísimo para salvarme. El mundo brama, el cuerpo me oprime, el diablo me tiende lazos; pero no caigo, por estar colocado sobre la piedra firme. Si cometiere alguna gran culpa, mi

conciencia me remorderá sin duda, mas no desesperaré por ello, recordando las llagas de mi Señor, pues ha sido cubierto de heridas por nuestros pecados. Lo que no hallo en mí mismo, búscolo confiado en las entrañas del Salvador, rebosantes de bondad y misericordia. Hay aberturas por las cuales llega hasta mí esa misericordia. Taladrando sus manos y sus pies y abriéndole el costado, me hicieron fácil gustar lo dulce que es el Señor.

Quería el Señor hacer las paces conmigo y yo no lo advertía; porque ¿quién conoce el sentir del Señor? Mas estos clavos con que fué traspasado, se han convertido para mí en preciosas llaves que me han abierto el tesoro de sus secretos, a fin de que vea yo la voluntad del Señor. Y ¿quién podrá impedirme ahora el que claramente vea esos secretos y esa voluntad a través de sus llagas? Esos clavos y esas heridas gritan altamente que Dios está verdaderamente en Cristo, y que en él reconcilia al mundo consigo. El hierro cruel atravesó su alma e hirió su corazón, a fin de que supiese compadecerse de mis flaquezas. El secreto de su corazón se está viendo por las aberturas de su cuerpo; podemos ya contemplar ese sublime misterio de la bondad infinita de nuestro Dios. Porque nada hay, Señor, que haga ver que eres suave, manso y de mucha misericordia, como estas heridas"[1].

[1] *San Bernardo,* Sermón LXI, sobre los *Cantares.*

MIERCOLES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La bondad de Jesús. — Si la santa humanidad de Jesús rescatado resplandeció con infinidad de rayos, no vayamos a creer que rodeado de un resplandor tan vivo llegue a ser inaccesible a los mortales. Su bondad, su condescendencia, son las mismas, y se diría más bien que su divina familiaridad con los hijos de los hombres es más solícita y más tierna. ¡Cuántos rasgos inefables hemos visto sucederse en la Octava de la Pascua! Recordemos su delicada atención con las santas mujeres, cuando se encuentra y las saluda, camino del sepulcro; la prueba amable que hace sufrir a Magdalena apareciéndosele con la apariencia de un jardinero; el interés con que se acerca a los dos discípulos en el camino de Emaús, traba conversación con ellos, y los dispone suavemente a reconocerle; su aparición a los diez, el domingo por la tarde, en que les da el saludo de paz, les deja palpar sus miembros divinos, y condesciende a comer ante sus ojos; la facilidad con que, ocho días después, invita a Tomás a verificar los estigmas de la Pasión; el encuentro a orillas del lago de Genesareth, donde se digna aún favorecer la pesca de sus discípulos y les ofrece comida en la ribera: todos estos porme-

nores nos revelan bien cuán íntimas y llenas de gozo fueron las relaciones de Jesús durante esos cuarenta días.

JESÚS Y SUS DISCÍPULOS. — Volveremos más tarde a sus relaciones con su santa Madre; considerémosle hoy en medio de sus discípulos, a los cuales se muestra con tanta frecuencia, que San Lucas ha podido decirnos "que se les apareció durante cuarenta días". *(Act.,* 1, 3). El colegio apostólico se ha reducido a once miembros; pues el puesto del traidor Judas no debe ser ocupado sino después de la partida del Señor, en la víspera del día de la venida del Espíritu Santo.

¡Cuán hermoso es contemplar la sencillez de esos futuros mensajeros de la paz en medio de las naciones! *(Isaías,* LII, 7). Hasta poco ha débiles en la fe, vacilantes, olvidados de todo lo que habían visto y oído, se habían alejado de su Maestro en el momento del peligro; como se lo había predicho, sus humillaciones y su muerte los habían escandalizado; la noticia de su resurrección los encontró indiferentes y aun incrédulos; pero él se mostró tan comprensivo, sus reproches eran tan suaves, que pronto recobraron la confianza que tenían con él durante su vida mortal.

Pedro, que se mostró el más infiel, volvió a sus relaciones familiares con su Maestro; una prueba particular le espera de aquí a pocos días;

pero toda la atención de los Apóstoles está concentrada en su Maestro, cuyo esplendor tiene arrebatados sus ojos; cuya palabra les produce un placer nuevo; cuyo lenguaje comprenden mejor. Iluminada por los misterios de la Pasión y de la Resurrección, su vista es más aguda y más levantada. En el momento de dejarlos, el Salvador multiplica sus enseñanzas; escuchan con avidez el complemento de las instrucciones que les dió en otro tiempo. Saben que se aproxima el momento tras el cual no volverán a oirle; se trata ahora de recoger su última voluntad, y de hacerse aptos para cumplir para su gloria la misión que va a abrirse para ellos. No penetran aún todos los misterios cuyo anuncio estarán encargados de llevar a todas las naciones; su memoria sentirá trabajo en retener tan altas y vastas enseñanzas; pero Jesús les anuncia la próxima llegada del Espíritu divino que debe no solamente fortificar su valor, sino desarrollar también su inteligencia, y hacerlos recordar todo lo que su Maestro los enseñó.

Jesús y las santas mujeres. — Otro grupo roba también nuestras miradas: es el de las santas mujeres. Esas fieles compañeras del Redentor que le siguieron al Calvario y que en premio gustaron las primeras de las alegrías de la resurrección, ¡con qué bondad su Maestro las felicita y anima!, ¡con qué esmero desea reconocer sus antiguos y nuevos cuidados! En otro

tiempo miraron ellas por su subsistencia; ahora que no necesita de alimentos terrenales, las alimenta él con su amable presencia; ellas le ven, le oyen, y el pensamiento de que pronto les será quitado, redobla aún las delicias de estas últimas horas. Gloriosas madres del pueblo cristiano, antecesoras ilustres de nuestra fe, las encontraremos en el Cenáculo, el día en que el Espíritu Santo descienda sobre ellas en lenguas de fuego como sobre los Apóstoles. Su sexo debía tener representación en este momento en que la Iglesia iba a ser manifestada a la paz de todas las naciones, y las mujeres del Calvario y del sepulcro tenían derecho por encima de todos a tomar parte en los esplendores de Pentecostés.

JUEVES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUES DE PASCUA

JESÚS Y LOS SANTOS DEL ANTIGUO TESTAMENTO. —Los Apóstoles y las santas mujeres no son las únicas en gozar de la presencia de Jesús resucitado; un pueblo innumerable de justos, cuyo Rey es, le solicita también el favor de verle y de tratarle en su santa humanidad.

Embebidos por las magnificencias de la Resurrección, hemos olvidado a esos cautivos que el alma bienaventurada del Redentor fué a visitar, durante las horas de la muerte, en las prisiones

en que tantos amigos de Dios agrupados alrededor de Abrahán esperaban la aurora de la luz eterna. Desde la hora de Nona del Viernes Santo hasta el comienzo del día del Domingo, el alma divina del Emmanuel quedó con esos felices prisioneros, que puso con su presencia en posesión de la suprema bienaventuranza. Pero habiendo llegado la hora en que el vencedor de la muerte iba a entrar en su triunfo, no podía dejar tras de sí cautivas a esas almas, libres ya por su muerte y su resurrección. En el momento indicado, el alma de Jesús se lanza hasta el seno del sepulcro, donde vuelve a animar a su cuerpo glorioso; y la multitud de almas santas, volviendo de los limbos en pos de él, le sirven de cortejo, saltando de gozo.

Estas almas, el día de la Ascensión, formarán su corte, y se levantarán con él; pero la puerta del cielo está aún cerrada; deben esperar el término de los cuarenta días que el Redentor va a consagrar en la edificación de su Iglesia. Invisibles ellas a las miradas de los mortales, vuelan por encima de esta morada que fué la suya, y donde conquistaron la recompensa eterna. Nuestro primer padre vuelve a ver esta tierra que él cultivó con el sudor de su frente; Abel admira el poder de la sangre divina que dió voces impetrando la misericordia, mientras que la suya no imploró sino sólo la justicia. *(Hebr.,* XII, 24); Noé recorre con la mirada esta multi-

tud de hombres que cubre el globo, nacido todo entero de sus tres hijos; Abrahán, el padre de los creyentes, Isaac y Jacob, saludan el momento en que se va a cumplir en el mundo la promesa que les fué hecha, de que todas las generaciones serían bendecidas en Aquel que saldría de su raza; Moisés vuelve a encontrar a su pueblo, en cuyo seno el enviado "mayor que él", a quien había anunciado, encontró tan pocos discípulos y tantos enemigos; Job, que representa a los elegidos de la gentilidad está gozoso de ver a "este Redentor vivo" *(Job,* XIX, 25) en quien esperaba en su infortunio; David, dominado de grande entusiasmo, prepara para la eternidad cánticos más bellos aún, en alabanza del divino Esposo de la naturaleza humana; Isaías y los otros Profetas ven el cumplimiento literal de todo lo que ellos predijeron; en fin, el ejército entero de los justos, cuyas filas están formadas por los elegidos de todos los siglos y naciones, contempla con tristeza las huellas vergonzosas del politeísmo y de la idolatría que han invadido una parte tan grande de la tierra y ansía con todo el ardor de sus deseos el momento en que la palabra evangélica suene para despertar de su sueño a tantos pueblos sentados en las sombras de la muerte.

Pero del mismo modo que en el día en que los elegidos salgan de sus tumbas y se lancen a los aires delante de Cristo, semejantes, nos dice el

Salvador "a las águilas que una misma presa ha reunido." *(S. Mateo,* XXIV, 28); así, las almas bienaventuradas desearán agruparse alrededor de su libertador. Es su imán; su vista les alimenta, y las comunicaciones con él les causan inefables delicias. Jesús condesciende a los deseos de esos "benditos de su padre" que están en vísperas de "poseer el reino que les está preparado desde la creación del mundo" *(Ibid.,* XXV, 34) y se deja seguir y acompañar por ellos.

¡Con qué ternura San José, a la sombra de su hijo adoptivo, contempla a su esposa, convertida al pie de la Cruz en Madre de los hombres! ¿Quién podría describir la dicha de Ana y de Joaquín, a la vista de su hija que ya "todas las generaciones llamarán Bienaventurada?" *(S. Luc.,* 1, 48.) S. Juan el Precursor, santificado desde el seno de su madre al oír la voz de María, ¡qué felicidad la suya al ver a la que dió al mundo el Cordero que quita todos los pecados! ¡Con qué amorosas miradas consideran las almas bienaventuradas a los Apóstoles, esos futuros conquistadores de la tierra que su Maestro arma en este momento para los combates! Por ellos la tierra, llevada pronto al conocimiento del verdadero Dios, enviará al cielo numerosos elegidos que subirán sin interrupción hasta el fin de los tiempos.

Honremos hoy a los invisibles testigos de los preparativos de la divina misericordia para la

salvación del mundo. Pronto, nuestras miradas seguirán su vuelo hacia la patria celestial, de la cual irán a tomar posesión en nombre de la humanidad rescatada. Desde el limbo hasta el empíreo, la distancia es larga; recordemos su morada de cuarenta días en la primera patria, teatro de sus pruebas y de sus virtudes. Al volver a ver la tierra, la han santificado y la ruta que van pronto a seguir tras los pasos del Redentor, quedará abierta para nosotros.

VIERNES

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

La mala fe de Jerusalén. — Volvamos hoy nuestras miradas a Jerusalén, la ciudad deicida que atronaba los oídos hace quince días, con el horrible grito de: "¡Mátale, mátale, crucifícale!" ¿Está conmovida por los grandes acontecimientos que han tenido lugar en su seno? ¿sigue todavía el rumor que se difundió acerca del sepulcro vacío? ¿Los enemigos del Salvador han llegado a adormecer al público con sus estratagemas? Han hecho venir a los guardias del sepulcro y les han dado dinero para decir a quien quiera oírles, que han guardado ellos mal la consigna que se les había dado, que se han dejado llevar del sueño, y que, durante este tiempo, los discípulos vinieron a escondidas y arrebataron el

cuerpo de su Maestro. Por temor a que esos soldados no se inquieten de las consecuencias que puede tener para ellos tal infracción de la disciplina, se les prometió comprar la impunidad ante sus jefes. *(S. Mat.*, XXVIII, 12.)

He aquí pues el último esfuerzo de la sinagoga para aniquilar hasta la memoria de Jesús de Nazaret. Pretende hacer de él un vulgar impostor que acabó en un suplicio vergonzoso y a quien una superchería más vergonzosa acabó de comprometer después de su muerte. Algunos años más tarde con todo eso, el nombre de Jesús, saliendo del estrecho recinto de Jerusalén y de Judea, resonará hasta las extremidades de la tierra. Un siglo después sus adoradores cubrirán el mundo. Tres siglos más, y la corrupción pagana se declarará vencida y los ídolos caerán por tierra, y la majestad de los Césares se inclinará ante la cruz.

Dí pues, ahora, oh Judío ciego y obstinado, que no ha resucitado aquél a quien tú no supiste sino maldecir y crucificar, cuando ahora es el rey del mundo, el monarca bendito de un imperio sin límites.

Vuelve a leer pues aún una vez más tus propios oráculos, esos oráculos que nosotros hemos recibido de tu mano. ¿No dicen que el Mesías será desconocido, que será puesto al nivel de los criminales y tratado por ti como uno de ellos?

(Isaías, LIII, 12.) Pero ¿no dicen ellos también que "su sepulcro será glorioso"? *(Ibíd.,* X, 10.) Para todo hombre la tumba es el escudo contra el cual viene a estrellarse su gloria; para Jesús ha sido de otro modo: el trofeo de su victoria es un sepulcro; y porque ahogó a la muerte en sus brazos victoriosos, nosotros le proclamamos el Mesías, el Rey de los siglos, el Hijo de Dios.

Pero Jerusalén es carnal, y el humilde Nazareno no ha lisongeado su orgullo. Sus prodigios eran brillantes, la sabiduría y la autoridad de sus discursos sin igual en el presente ni en el pasado, su bondad y su misericordia superiores aún a las miserias del hombre: Israel no ha visto nada, no ha oído nada, no ha comprendido nada; no se ha acordado de nada. Su destino está, ¡ay! fijado en este momento y él mismo es su autor. Daniel lo declaró hace cinco siglos: "El pueblo que le renegare no será más su pueblo." *(Dan.,* IX, 26.) Que se apresuren pues, a recurrir a El, los que no quieran ser sepultados en las más afrentosa ruina que jamás aterró al mundo.

El castigo de Jerusalén. — Una pesada atmósfera oprime la capital deicida. Gritaron: "¡Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!" Esta sangre está sobre Jerusalén como una nube vengadora. Pasados cuarenta años brillarán los rayos que ella oculta. Habrá carnicería, incendio, destrucción, y "una

desolación que durará hasta el fin". *(Dan.)* En su ceguera, Jerusalén, que sabe que los tiempos se han cumplido, va a convertirse en un foco de sediciones. Aventureros proclamándose sucesivamente el Mesías, agitarán la nación judía, hasta que por fin Roma se mueva, y envíe sus legiones para extinguir con ríos de sangre la hoguera de la revolución; e Israel, expulsado de su patria irá errante, como Caín, por toda la tierra.

¡Oh! ¡lástima que no reconozcan a quien ellos negaron y que les aguarda aún! ¿por qué pasan sin remordimientos cerca de esta tumba vacía que protesta contra ellos? ¿no pidieron que fuera vertida la sangre inocente? Este primer crimen, fruto de su orgullo, pide retractación y entonces el perdón descenderá sobre ellos. Mas si persisten en sostenerlo, todo está perdido; la ceguera será en adelante su castigo. Se agitarán en las tinieblas y rodarán hasta el fondo del abismo. Los ecos del Bethphagé y del monte de los Olivos no han tenido tiempo de olvidar el grito de triunfo que repetían hace pocos días: "¡Hosanna al hijo de David!" Trata, oh Israel pues aún es tiempo, de hacer oír de nuevo esta legítima aclamación.

Las horas corren; la solemnidad de Pentecostés se abrirá pronto. La ley del hijo de David debe ser promulgada en este día en que la abrogación de la ley de Moisés ya estéril debe publicarse. En este día, sentirás dos pueblos en tu seno: el uno

corto en número, mas llamado a conquistar a todas las naciones al verdadero Dios, se inclinará con amor y arrepentimiento ante el hijo de David crucificado y resucitado; el otro, soberbio y desdeñoso, no proferirá más que blasfemias contra el Mesías, y merecerá por su ingratitud servir para siempre de ejemplo a cualquiera que endurezca voluntariamente su corazón. Niega aún hoy la resurrección de su víctima; pero el castigo que pesa sobre él hasta el fin de los siglos muestra bastante que el brazo vengador que se siente allí es un brazo divino, el brazo del Dios veraz cuyos anatemas son infalibles.

SABADO

DE LA SEGUNDA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Jesús y su Madre. — En este día del Sábado volvámonos hacia María, y contemplémosla de nuevo en medio de las alegrías de la Resurrección de su Hijo. Había atravesado con El un mar de dolores; ningún sufrimiento de Jesús dejó de sentir en sí misma en la medida posible a una criatura; ninguna tampoco de las grandezas de la Resurrección del Redentor dejó de comunicársela en la misma medida. Era justo que aquella a quien Dios había concedido la gracia y el mérito de participar en la obra de la redención,

tuviese también su parte en las prerrogativas de su Hijo resucitado. Su alma se elevó a nuevas alturas; la gracia la inundó de favores que no había recibido hasta entonces y tanto sus obras como sus sentimientos adquirieron un nuevo grado de perfección celestial.

MARÍA RESUCITADA CON JESÚS. — Al hacerla confidente de su primera aparición momentos después de su Resurrección la comunicó esta nueva vida que ha comenzado; y nosotros no debemos extrañarnos, puesto que ya sabemos que el simple cristiano, purificado por la compasión de los dolores de Jesús, que se une después con la Iglesia al misterio de la Pascua, se hace también participante de la vida del Salvador resucitado. Esta trasformación débil en nosotros, y con frecuencia demasiado fugaz, se operó en María en toda la plenitud que exigían a la vez su alta vocación y su incomparable fidelidad; y se podía decir de ella de muy distinto modo que de nosotros, que resucitó verdaderamente con su Hijo.

Al pensar en estos cuarenta días durante los cuales María ha de poseer aún a su divino Hijo sobre la tierra, nuestro pensamiento se traslada a los otros cuarenta días en que la vimos inclinada sobre la cuna de Jesús recién nacido. Entonces formábamos una corona de pleitesía al rededor de esta dichosa Madre que amamantaba a su Hijo, se oían los conciertos de los ángeles,

se veía llegar a los pastores y poco después a los Magos; todo era dulzura y encanto. Pero el Emmanuel que nuestros ojos contemplaban entonces nos conmovía sobre todo por su humildad; en él reconocíamos al Cordero venido para borrar los pecados del mundo: nada presagiaba aún al Dios fuerte. ¡Qué cambio se obró desde esta época! Antes de llegar a las alegrías que la rodean en este momento ¡qué de dolores han oprimido el corazón de María! La espada predicha por Simeón ha sido rota para siempre; pero cuán aguda fué su punta y cruel su filo. Hoy María puede decir con el Profeta: "En el grado que las angustias de mi corazón fueron vivas y punzantes, en ese mismo grado la dicha le alegra hoy"[1]. El Cordero se ha convertido en el león de la tribu de Judá y María, Madre del niño de Belén, es también Madre del poderoso triunfador.

Las apariciones a María. — ¡Con qué complacencia este vencedor de la muerte presenta ante los ojos de María los esplendores de su gloria! Helo aquí tal como debía parecer después del cumplimiento de su misión, ese Rey de los siglos a quien ella llevó nueve meses en su seno, a quien alimentó con su leche, el que, a pesar de ser todo un Dios, la honrará eternamente como a su Madre. Durante los cuarenta días de la Resurrec-

[1] Salmo 93, 19.

ción la rodea con todas las exquisiteces de su ternura, procura colmar sus anhelos maternales apareciéndosele frecuentemente. ¡Qué emocionantes e íntimas son las entrevistas de Hijo y Madre! ¡Qué sentida es la mirada de María al contemplar a su Jesús tan diferente de lo que parecía poco ha y sin embargo de eso siempre el mismo! Sus rasgos tan familiares a María se han tornado en brillo desconocido en la tierra; las llagas impresas aun en sus miembros le embellecen con los rayos de una luz inefable que desvanece todo recuerdo de dolor. ¿Qué decir de la mirada de Jesús al contemplar a María su Madre, su asociada en la obra de la salvación de los hombres, la criatura perfecta, digna de más amor que todos los seres juntos? ¡Qué coloquios aquellos de un tal Hijo con una Madre tal, en la víspera de la Ascensión, de esa partida que ha de separar todavía por algún tiempo al uno del otro! Ningún mortal osaría dar a conocer las expansiones a que se entregaron en estos instantes demasiado breves: la eternidad nos las revelará; pero nuestro corazón, si ama al Hijo y a la Madre, adivinará algo. Jesús quiere resarcir a María de las largas que el ministerio de Madre de los hombres le impone aquí abajo: María, más dichosa que en otro tiempo la hermana de Marta, escucha su palabra, y se alimenta en el éxtasis de amor. Oh María, por esas horas de felicidad que compensaron las horas tan largas y

tan amargas de la Pasión de tu Hijo, pide para nosotros que se digne hacerse sentir y gustar en nuestros corazones en este valle de lágrimas donde "estamos de viaje lejos de El"[1] esperando el momento en que nos reunamos a El para no separarnos jamás.

SEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

DOMINGO DEL BUEN PASTOR. — Este Domingo se designa con el nombre popular de *Domingo del buen Pastor* por leerse en la Misa el trozo del evangelio de S. Juan, en que Nuestro Señor se da a sí mismo este título. Un lazo misterioso une este texto evangélico al tiempo en que estamos; pues fué en estos días cuando el Salvador de los hombres estableció y consolidó su Iglesia y comenzó por darle el pastor que debía gobernarla hasta la consumación de los siglos.

El Hombre Dios, según el decreto eterno, después de pasados algunos días, dejará de ser visible aquí abajo. La tierra no le verá más hasta el fin de los tiempos, cuando venga a juzgar a los vivos y a los muertos. Sin embargo, no abandonará esta raza humana por la que se ofreció en sacrificio en la Cruz y libró de la muerte y del infierno al salir victorioso del sepulcro. Será su

[1] *II Cor.*, 5-6.

jefe en los cielos; ¿qué tendremos para suplir su presencia en la tierra? la Iglesia. A la Iglesia dejará toda su autoridad sobre nosotros; en manos de la Iglesia pondrá el depósito de todas las verdades que ha enseñado; ella será la dispensadora de todos los medios de salvación que ha destinado para los hombres.

LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA. — Esta Iglesia es una vasta sociedad en la que todos los hombres están llamados a entrar; sociedad compuesta por dos clases de miembros: los gobernantes y los gobernados, los maestros y los discípulos, los santificadores y los santificados. Esta sociedad inmortal es la Esposa del Hijo de Dios: para ella crea sus elegidos. Ella es su madre única: fuera de su seno no hay salvación para nadie.

PEDRO CONSTITUÍDO PASTOR. — ¿Pero cómo podrá subsistir esta sociedad? ¿Cómo atravesará los siglos y llegará así hasta el último día del mundo? ¿Quién la dará la unidad y la cohesión? ¿Cuál será el lazo visible entre sus miembros, el signo palpable que la designará como la verdadera Esposa de Cristo, dado el caso que otras sociedades pretendieran fraudulentamente arrebatarla sus legítimos honores? Si Jesús se hubiera quedado con nosotros no habríamos corrido ningún riesgo; donde está El, allí también está la verdad y la vida; pero El "se va", nos dice, y nosotros no podemos seguirle aún. Escuchad,

pues, y aprended sobre qué base ha establecido El la legitimidad de su única Esposa.

Estando un día durante su vida mortal en el territorio de Cesárea de Filipo rodeado de sus discípulos les interrogó acerca de la idea que se habían formado de su persona. Uno de ellos, Simón hijo de Juan o Jonás, y hermano de Andrés, tomó la palabra y dijo: "Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo". Jesús recibió con bondad este testimonio que ningún sentimiento humano podía sugerir a Simón, sino que salía de su conocimiento divinamente inspirado en este momento; y declaró a este dichoso Apóstol que ya en adelante no sería Simón sino Pedro. Cristo había sido designado por los Profetas con el carácter simbólico de piedra [1]; al atribuir tan solemnemente a su discípulo este título distintivo del Mesías, Jesús daba a entender que Simón tendría con El relaciones que no tendrían los otros Apóstoles. Pero Jesús continuó su discurso. Había dicho a Simón: "Tú eres Pedro (Piedra)"; y añadió; "y sobre esta Piedra edificaré mi Iglesia".

Ponderemos estas palabras del Hijo de Dios: "Edificaré mi Iglesia". Ha concebido, pues un proyecto: el de edificar una Iglesia. No es él quien edificará ahora esa Iglesia; esta obra se diferirá todavía por algún tiempo, lo único que sabemos con certeza es que se edificará sobre Pedro. Pedro será el fundamento, y quien no des-

[1] *Isaías*, 28, 16.

canse en Pedro no formará parte de la Iglesia. Escuchemos aún: "Y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia". En el estilo de los judíos las "*puertas*" significan los "*poderes*"; de modo que la Iglesia de Jesús será indestructible, a pesar de todos los esfuerzos del infierno. ¿Por qué? porque Jesús le dará un fundamento firme. El Hijo de Dios continúa: "Y yo te daré las llaves del Reino de los cielos." En el lenguaje de los Judíos, las "*llaves*" significan el poder del Gobierno, y en las parábolas del Evangelio el "Reino de Dios" significa la Iglesia que debe ser edificada por Cristo. Al decir a Pedro, que en adelante no se llamará más Simón: "Yo te daré las llaves del Reino de los cielos", Jesús se expresaba como si le hubiese dicho: "Yo te haré el Rey de esta Iglesia, cuyo fundamento serás al mismo tiempo." Esto es evidente; pero no echemos en olvido que todas estas magníficas promesas miran al porvenir: (*S. Matth,* XVI.)

Ahora bien, este porvenir, se ha hecho presente. Hemos llegado a las últimas horas de la estancia de Jesús aquí abajo. Ha llegado el momento en que se va a cumplir su promesa y fundar este Reino de Dios, esta Iglesia que debía edificar en la tierra. Los Apóstoles, fieles a las órdenes que les habían transmitido los Angeles, han vuelto a Galilea.

El Señor se manifiesta a ellos a orillas del la-

go de Tiberíades y después de una comida preparada por él mismo, mientras están ellos pendientes de sus labios, interpela de repente a su discípulo: "Simón, hijo de Juan", le dice, "¿me amas?". Advirtamos que no le da en este momento el nombre de Pedro; se coloca en el día en que le dijo otra vez: "Simón, hijo de Jonás, tu eres Pedro"; quiere que los discípulos sientan el lazo que une la promesa y el cumplimiento. Pedro, con su aceleramiento acustumbrado, responde a la pregunta de su Maestro: "Sí, Señor; tú sabes que te amo." Jesús vuelve a tomar la palabra con autoridad: "Apacienta mis corderos", dice al discípulo. Después, reiterando la pregunta, dice aún: "Simón, hijo de Juan, ¿me amas?" Pedro se asombra de la insistencia con la cual su Maestro parece perseguirle; sin embargo él responde con la misma sencillez: "Si Señor; tú sabes que te amo." Después de esta respuesta, Jesús repite las mismas palabras de investidura: "Apacienta mis corderos."

Los discípulos escuchaban este diálogo con respeto; comprendían que Pedro era distinguido una vez más, que recibía en ese instante algo que ellos no recibirían. Los recuerdos de Cesárea de Filipo se agolpaban a su espíritu, acordándose además de las consideraciones particulares que su Maestro había tenido siempre para Pedro desde este día. Sin embargo de eso, no estaba todo terminado aún. Una tercera vez Jesús in-

terpela a Pedro: "Simón, hijo de Juan, me amas? Ante esta insistencia el Apóstol no puede más. Las tres llamadas de Jesús a su amor le han despertado el triste recuerdo de sus tres negaciones ante la criada de Caifás. Siente la alusión a su infidelidad tan reciente aún, pidiendo perdón responde esta vez con más compunción aún que seguridad: "Señor, dice, lo sabes todo; tú sabes que te amo." Entonces el Señor, poniendo el último sello en la autoridad de Pedro, pronuncia estas palabras: "Apacienta mis ovejas." *(S. Juan,* XXI.)

He aquí a Pedro nombrado Pastor por aquel mismo que nos dijo: "Yo soy el buen Pastor." Desde luego el Señor ha dado a su discípulo y por dos veces el cuidado de los "corderos"; pero no le había nombrado aún pastor; mas cuando le encarga el apacentar también las "ovejas", el rebaño entero se confía a su autoridad. Que la Iglesia venga, pues, ahora, que se eleve, que se extienda; Simón el hijo de Juan es proclamado Jefe visible. ¿Esta Iglesia es un edificio?, pues él es su piedra fundamental. ¿Es un Reino? pues él tiene las llaves, es decir, el cetro, ¿Es un rebaño?, pues él es el Pastor.

Sí, esta Iglesia que Jesús organiza en este momento, y que se revelará el día de Pentecostés será un rebaño. El Verbo de Dios descendió del cielo "para reunir en uno a los hijos de Dios que antes estaban dispersos" *(S. Juan,* XI, 52) y

se acerca el momento en que no habrá más que un solo redil y un solo Pastor" *(Ibid.,* X, 16.) ¡Te bendecimos, te damos gracias, oh divino Pastor nuestro! Por nosotros subsiste ella y atraviesa los siglos, recogiendo y salvando a todas las almas que se confían a ella, esta Iglesia que tú fundas en estos días. Su legitimidad, su fuerza, su unidad, le vienen de ti, su Pastor omnipotente y misericordioso. Te bendecimos también y te damos gracias, oh Jesús, por la previsión con que has provisto al mantenimiento de esta legitimidad, de esta fuerza, de esta unidad, dándonos a Pedro tu vicario, a Pedro nuestro Pastor en Ti y por Ti, a Pedro a quien ovejas y corderos deben obediencia, a Pedro en quien te haces visible hasta la consumación de los siglos.

En la Iglesia griega, el segundo Domingo después de Pascua que nosotros llamamos del "Buen Pastor", se designa con el nombre de "Domingo de los santos myroforos", o "porta-perfumes". Se celebra particularmente la piedad de las santas mujeres que llevaron los perfumes al Sepulcro para embalsamar el cuerpo del Salvador. José de Arimatea tiene también una parte de los cánticos de que se compone el Oficio de la Iglesia griega durante esta semana.

MISA

El Introito, haciendo suyas las palabras de David, celebra la misericordia del Señor que se

extiende a la tierra entera, por la fundación de la Iglesia. Los "cielos", que significan los Apóstoles en el lenguaje misterioso de la Escritura, fueron fortalecidos por el Verbo de Dios, el día en que les dió a Pedro por Pastor y por fundamento.

INTROITO

La tierra está llena de la misericordia del Señor, aleluya: por la palabra del Señor fueron hechos los cielos, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

La Santa Iglesia en la Colecta, pide para sus hijos la gracia de una santa alegría; pues tal es el sentimiento que conviene al Tiempo pascual. Debemos regocijarnos por haber sido librados de la muerte por el triunfo de nuestro Salvador, y prepararnos por las alegrías pascuales a las de la eternidad.

COLECTA

Oh Dios, que, con la humillación de tu Hijo, levantaste al mundo caído: concede a tus fieles la perpetua alegría: para que, a los que has librado de los peligros de la muerte eterna, les hagas disfrutar de los gozos sempiternos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Cristo sufrió por nosotros, dándoos ejemplo, para que sigáis sus pasos. El no cometió pecado, ni se encontró dolo en su boca: cuando era maldecido,

no maldijo: cuando padecía, no amenazó; antes se entregó al que le juzgó injustamente: El mismo llevó a la cruz, en su cuerpo, nuestros pecados: para que, muertos a los pecados, vivamos para la justicia: con sus heridas fuisteis sanados. Porque erais como ovejas errantes, pero os habéis vuelto ahora al pastor y obispo de vuestras almas.

El ejemplo de Cristo. — El Príncipe de los Apóstoles, el Pastor visible de la Iglesia universal, acaba de hacernos oír su palabra. Ved cómo termina este pasaje llevando nuestros pensamientos al Pastor invisible del cual es el Vicario, y cómo evita con modestia toda alusión a él mismo. Es en efecto, el Pedro de siempre que, dirigiendo a su discípulo Marcos en la redacción de su Evangelio, no quiso que contase en él la investidura que Cristo le dió sobre todo el rebaño, pero que exigió que no omitiese nada en su relato de la triple negación en casa de Caifás. ¡Con qué ternura nos habla aquí al Apóstol de su Maestro, de los sufrimientos que soportó, de su paciencia, de su entrega hasta la muerte a esas pobres ovejas errantes con las que debía él formar su redil! Estas palabras tendrán un día aplicación en el mismo Pedro. Día vendrá en que será amarrado a un madero, donde se mostrará paciente como su Maestro en medio de los ultrajes y de los malos tratos. Jesús se lo había predicho; pues, después de haberle confiado ove-

jas y corderos, añadió que llegaría el tiempo en que Pedro "llegado a viejo, extendería sus manos" sobre la cruz, y que la violencia de los verdugos se ensañaría sobre su debilidad. *(S. Juan,* XXI.) Esto acontecerá, no solamente a la persona de Pedro, sino a un número considerable de sus sucesores que forman un todo con él y que se les verá, al correr de los siglos, tan a menudo perseguidos, exilados, aprisionados, matados. Sigamos nosotros también las huellas de Jesús, sufriendo de buen grado por la justicia; a El le debemos que, siendo desde toda la eternidad igual a Dios Padre en la gloria, se haya dignado descender a la tierra para ser "el Pastor y el Obispo de nuestras almas".

El primer versillo aleluyático recuerda la cena de Emaús; en pocos instantes conoceremos nosotros también a Jesús en la fracción del pan de vida.

El segundo proclama por las propias palabras del Salvador la dignidad y las cualidades del Pastor, el amor a sus ovejas, y la prontitud de estas para reconocerle por su jefe.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Conocieron los discípulos al Señor Jesús en la fracción del pan.

Aleluya. ℣. Yo soy el buen pastor: y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: Yo soy el buen pastor. El buen pastor da su vida por sus ovejas. Pero el mercenario, y el que no es pastor, el que no tiene ovejas propias, ve venir al lobo y deja las ovejas y huye: y el lobo arrebata, y dispersa las ovejas; pero el mercenario huye porque es mercenario, y no le interesan las ovejas. Yo soy el buen pastor: y conozco a las mías, y las mías me conocen a mí. Como me conoce el Padre, así yo conozco al Padre: y pongo mi vida por mis ovejas. Y tengo otras ovejas, que no son de este redil: y debo atraerlas también, y oirán mi voz, y habrá un solo rebaño, y un solo pastor.

SUMISIÓN AL ÚNICO PASTOR. — Divino Pastor de nuestras almas, ¡cuán grande es tu amor por tus ovejas! Vas a dar hasta tu misma vida por salvarlas. El furor de los lobos no te hace huir. Te haces presa, a fin de apartar de ellas el diente mortífero que quería devorarlas. Has muerto en nuestro lugar, porque eras nuestro Pastor. No nos extrañamos que hayas exigido de Pedro más amor que el que esperabas de sus hermanos: pensabas establecerle su Pastor y nuestro. Pedro pudo responder con seguridad que te amaba y tú le conferiste tu propio título con la realidad de tus funciones a fin de que te supliera cuando hubieras desaparecido a nuestras miradas. Sé bendito, divino Pastor; porque tuviste presente las necesidades de tu rebaño que no podía conservarse Uno, si hubiera tenido varios Pas-

tores sin un Pastor supremo. Para conformarnos con tus órdenes, nos inclinamos con amor y sumisión ante Pedro, besamos con respeto sus sagrados pies; pues por él nosotros dependemos de Ti, por él nosotros somos tus ovejas. Consérvanos, oh Jesús, en el redil de Pedro que es el tuyo. Aleja de nosotros al mercenario que quisiera usurpar el lugar y los derechos del Pastor. Intruso en el aprisco por violencia profana, se da aires de amo; pero no conoce a las ovejas y las ovejas no le conocen a él. Atraído, no por el celo, sino por el deseo y la ambición, huye al aproximarse el peligro. Cuando se obra sólo por intereses terrestres, no se sacrifica la vida por otro; el pastor cismático se ama a sí mismo; no ama tus ovejas; ¿cómo daría su vida por ellas? guárdanos de este mercenario, ¡oh Jesús! Nos apartaría de ti, separándonos de Pedro a quien has constituído tu Vicario. No reconoceremos otro. ¡Anatema a quien quisiera mandarnos en tu nombre, y no fuese enviado de Pedro! Pastor falso, no descansaría sobre la piedra del fundamento, no tendría las llaves del Reino de los cielos; no haría sino perdernos. Prométenos, oh buen Pastor, permanecer siempre con nosotros y con Pedro de quien eres el fundamento, como él es el nuestro, y podremos desafiar todas las tempestades. Tú lo has dicho, Señor: "El hombre sabio edifica su casa sobre la roca; las lluvias cayeron sobre ella, los ríos se des-

bordaron, los vientos soplaron, todas esas fuerzas se lanzaron sobre la casa y no cayó porque estaba fundada sobre la piedra firme. *(San Mateo,* VIII, 24, 25.)

El Ofertorio es una aspiración hacia Dios tomada del Rey-Profeta.

OFERTORIO

Dios, Dios mío, a ti velo de día: y en tu nombre alzaré mis manos, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide que la santa energía del Misterio que va a consumarse sobre el altar produzca en nosotros los efectos a los que aspiran nuestras almas: morir al pecado y resucitar a la gracia.

SECRETA

Concédanos siempre, Señor, una bendición saludable esta sagrada ofrenda: para que, lo que obra con misterio, lo confirme con poder. Por el Señor.

Las palabras de la Antífona de la Comunión recuerdan también al buen Pastor. Es el misterio que domina toda esta jornada. Rindamos un último homenaje al Hijo de Dios que se digna mostrársenos bajo apariencias tan conmovedoras, y seamos siempre sus fieles ovejas.

COMUNION

Yo soy el buen pastor, aleluya: y conozco a mis ovejas, y las mías me conocen a mí, aleluya, aleluya.

En el divino banquete, Jesús buen Pastor acaba de ser dado en alimento a sus ovejas; la Santa Iglesia, en la Poscomunión, pide que seamos cada día más penetrados de amor por este augusto sacramento, en el cual debemos poner nuestra gloria; pues es para nosotros el alimento de inmortalidad.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, consiguiendo la gracia de tu vivificación, nos gloriemos siempre de tu regalo. Por el Señor.

LUNES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

Las notas de la Iglesia. — La primera piedra de la Iglesia está ya colocada; Jesús va ahora a edificar sobre este fundamento. El Pastor de las ovejas y de los corderos ha sido proclamado: es hora de formar el aprisco; las llaves del reino han sido dadas a Pedro: ha llegado el momento de inaugurar el Reino. Así, esta Iglesia, este aprisco, este reino, designan una sociedad que recibirá del nombre de su fundador el de *Cristiana*. Esta sociedad que forman los discípulos de Cristo está destinada a recibir en su seno a todos los miembros de la humanidad; ninguno será excluído, aunque de hecho no entren todos.

Deberá durar hasta el fin de los siglos, pues no habrá elegidos más que en su recinto. Será "Una", pues Cristo no dice: "Edificaré mis Iglesias"; no habla más que de una sola. Será "Santa", porque todos los medios de santificación del hombre le serán confiados. Será "Católica", es decir, universal, para que siendo conocida en todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres puedan oírla hablar y entrar en ella. Será "Apostólica", es decir que, cualquiera que sea la duración de este mundo, pasará por una sucesión legítima a esos hombres con los cuales Jesús trata en estos días para su fundación.

La perpetuidad de la Iglesia. — Tal será la Iglesia, fuera de la cual no puede haber salvación para cualquiera que, habiéndola conocido, descuidarse asociarse a ella. Aguardemos unos días, y el mundo oirá hablar de ella. La chispa en este momento se encuentra en solo la Judea; pero pronto será un incendio que se extenderá al mundo entero. Antes de fin de siglo, no solamente el imperio romano, tan vasto ya, tendrá miembros de la Iglesia en todas las provincias, sino que la Iglesia contará hasta en los pueblos en cuyo seno los cuales Roma no ha paseado sus águilas victoriosas. Más aún; esta propagación milagrosa no se detendrá jamás; en todos los siglos partirán nuevos apóstoles para realizar

nuevas conquistas. Nada dura bajo el sol; pero la Iglesia maravillará por su duración incesante las miradas soberbias e irritadas del incrédulo. Las persecuciones, las herejías, los cismas, los desfallecimientos de la debilidad humana y sus depravaciones, no harán mella en ella; la Iglesia sobrevivirá a todo. Los nietos de sus adversarios la llamarán su madre; verá rodar a sus pies el torrente de los siglos llevando mezclados tronos, dinastías, nacionalidades y hasta razas; y estará siempre allá, abriendo sus brazos a todos los hombres, enseñando siempre las mismas verdades, repitiendo hasta el último día del mundo el mismo símbolo, y siempre fiel a las instrucciones que Jesús resucitado la confió.

¡Qué acciones de gracias debemos darte, Señor Dios nuestro, por habernos hecho nacer en el seno de esta sociedad inmortal, la única que tiene tus enseñanzas celestiales y los socorros por los que se obra la salvación! No tenemos que buscar donde se halla tu Iglesia; en ella y por ella vivimos de esta vida superior que está por encima de la carne y de la sangre, y cuya plenitud, si somos fieles, nos está reservada en la eternidad. Dirige, Señor, una mirada misericordiosa sobre tantas almas que no han tenido la misma dicha, y que no entrarán en tu única Iglesia, sino con el precio de más de un sacrificio penoso a la naturaleza. Dales una luz más viva, sostenles, a fin de que no desfallezcan. Quebran-

ta la indiferencia de los unos, secunda los esfuerzos de los otros, a fin de que tu aprisco, oh buen Pastor, se acreciente siempre más y más, y que la Iglesia, que es tu Esposa, se regocije aún con la fecundidad que Tú le has prometido por todos los siglos.

MARTES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El poder de jurisdicción. — La Iglesia que Jesús resucitado organiza en estos días, y que debe extenderse por el mundo entero, es una sociedad verdadera y completa. Debe tener en sí misma un poder que la rija y que, por la obediencia de los súbditos, mantenga el orden y la paz. Hemos visto que el Salvador había previsto esta necesidad estableciendo un Pastor de las ovejas y los corderos, un vicario de su autoridad divina; pero Pedro no es más que un hombre; por muy grande que sea su poder, no puede ejercerlo directamente sobre todos los miembros del rebaño. La nueva sociedad tiene, pues, necesidad de magistrados de un rango inferior que sean, según la bella expresión de Bossuet, "ovejas para Pedro, y Pastores para los pueblos". (Sermón sobre la unidad de la Iglesia.)

El Episcopado. — Jesús tiene todo previsto, ha elegido doce hombres a quienes ha llamado sus Apóstoles y a ellos confiará la magistratura de su Iglesia. Al separar a Pedro para hacerle Jefe y como su representante, no ha renunciado a hacerles servir para sus designios. Lejos de eso, están destinados a ser las columnas del edificio cuyo fundamento será Pedro. Son doce, como en otro tiempo los doce hijos de Jacob; pues el antiguo pueblo fué en todo la figura del nuevo. Antes de subir al cielo, Jesús les da el poder de enseñar por toda la tierra y les establece Pastores de los fieles en todos los lugares por donde vayan. Ninguno de ellos es jefe de los demás, sino Pedro, cuya autoridad parece tanto mayor cuanto más se eleva por encima de esos poderosos depositarios del poder de Cristo.

Una delegación tan extensa de los derechos pastorales en la generalidad de los Apóstoles tenía por objeto asegurar la solemne promulgación del Evangelio; pero no debía sobrevivir, en esta vasta medida, en sus depositarios. El sucesor de Pedro debía solo conservar el poder apostólico en toda su extensión, y en adelante, ningún pastor legítimo ha podido ejercer una autoridad territorial ilimitada. El Redentor al crear el Colegio apostólico fundó también esta magistratura que nosotros veneramos con el nombre de Episcopado. Si los Obispos no han heredado

la jurisdicción universal de los Apóstoles, si no han recibido como ellos la infalibilidad personal en la enseñanza, no por eso dejan de ocupar en la Iglesia el lugar de los Apóstoles. A ellos confiere Jesucristo las llaves mediante el sucesor de Pedro; y estas llaves, símbolo del gobierno, las usan ellos para abrir y para cerrar en toda la extensión del territorio asignado a su jurisdicción.

¡Qué magnífica, qué imponente es esta magistratura del Episcopado sobre el pueblo cristiano! Contemplad en el mundo entero esos tronos sobre los que se sientan los pontífices presidiendo las diversas partes del rebaño, apoyados en el báculo pastoral, símbolo de su poder. Recorred la tierra habitada, franquead los límites que separan las naciones, pasad los mares; por todas partes os encontraréis con la Iglesia, y por todas partes encontraréis al Obispo ocupado en regir la porción del rebaño confiado a su custodia; y viendo que todos esos pastores son hermanos, que todos gobiernan sus ovejas en nombre del mismo Cristo, y que todos se unen en la obediencia a un mismo Jefe, comprenderéis entonces cómo es esta Iglesia una sociedad completa en cuyo seno la autoridad reina con tanto imperio.

EL SACERDOCIO. — Por debajo de los Obispos, encontramos aún en la Iglesia otros magistra-

dos de un rango inferior; la razón de su establecimiento se explica por sí misma. Designado para gobernar un territorio más o menos vasto, el Obispo necesita cooperadores que representen su autoridad, y la ejerzan en su nombre y bajo sus órdenes, allá donde ésta no pudiera ejercerse inmediatamente. Estos son los sacerdotes con cura de almas, cuyo lugar fijó el Salvador en la Iglesia, por la elección de los setenta y dos discípulos, que añadió a sus Apóstoles, a los cuales debían estar sometidos los discípulos. Complemento admirable del gobierno en la Iglesia, donde todo funciona en la más perfecta armonía, por medio de esta jerarquía desde cuya cima desciende la autoridad, y va a extenderse hasta los Obispos que la delegan enseguida al clero inferior.

La misión de los Apóstoles. — Estamos en los días en que esta jurisdicción que Jesús había anunciado, emana por su divino poder. Ved con qué solemnidad la confiere: "Todo poder, dice, me ha sido dado en el cielo y en la tierra: id, pues, enseñad a todas las naciones." *(S. Matth., XXVIII, 18.)* Así, este poder que los pastores van a ejercer, es de su propia autoridad de donde lo saca; es una emanación de su propia autoridad en el cielo y sobre la tierra; y a fin de que comprendiésemos más claramente cual es la

fuente, dice también esos mismos días: "Como mi Padre me ha enviado, así os envío yo." (*S. Juan,* XX, 21.)

Así, el Padre ha enviado al Hijo y el Hijo envía a los Pastores, y esta "misión" no será nunca interrumpida hasta la consumación de los siglos. Siempre instituirá Pedro los Obispos, siempre los Obispos conferirán una parte de su autoridad a los sacerdotes destinados al ministerio de las almas; y ningún poder humano sobre la tierra podrá interceptar esta transmisión, ni hacer que los que no han tenido parte en ella tengan el derecho de considerarse por pastores. El César gobernará el Estado; pero será incapaz para crear un solo pastor; pues el César no tiene ninguna parte en esta jerarquía divina, fuera de la cual la Iglesia no reconoce más que súbditos. A él toca el mandar como soberano en las cosas temporales: a él toca también obedecer, como el último de los fieles, al Pastor encargado del cuidado de su alma. Más de una vez se mostrará celoso de este poder sobrehumano; buscará el interceptarlo; pero este poder no se puede usurpar; su naturaleza es puramente espiritual. Otras veces el César maltratará a los depositarios; se le ocurrirá incluso, en su locura el tentar ejercerlo él mismo; ¡vanos esfuerzos!, este poder que remonta hasta Cristo no se confisca, no se embarga; es la salvación del mundo,

y la Iglesia en el último día debe remitirlo intacto al que se dignó confiarlo antes de subir donde está su Padre.

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

SOLEMNIDAD DE SAN JOSE

Hoy se suspende la serie de misterios del Tiempo pascual; otro objeto atrae por un momento nuestra atención. La Santa Iglesia nos incita a consagrar la jornada al culto del Esposo de María, del Padre nutricio del Hijo de Dios, Patrón de la Iglesia universal. El 19 de marzo le hemos rendido nuestro homenaje anual; pero se trata de erigir para la piedad del pueblo cristiano un monumento de reconocimiento a San José, socorro y apoyo de todos los que le invocan con confianza.

HISTORIA DEL CULTO HACIA S. JOSÉ. — La devoción a S. José estaba reservada para estos últimos tiempos. Su culto, fundado en el Evangelio mismo, no debía desarrollarse en los primeros siglos de la Iglesia; no porque los fieles, considerando el papel de San José en la economía del misterio de la Encarnación, estuviesen coartados de algún modo en los honores que hubieran

querido rendirle; sino que la divina Providencia tenía sus razones misteriosas para retardar el momento en que la Liturgia debía prescribir cada año los homenajes públicos debidos al Esposo de María. El Oriente precedió al Occidente, así como ocurrió otras veces, en el culto especial de San José; pero en el siglo xv, la Iglesia latina le había adoptado todo entero, y desde entonces no ha cesado de progresar en las almas católicas. Las grandezas de S. José han sido expuestas el 19 de Marzo; el fin de la presente fiesta no es el volver sobre este inagotable asunto. Tiene su motivo especial de institución que es necesario dar a conocer.

La bondad de Dios y la fidelidad de nuestro Redentor a sus promesas se unen siempre más estrechamente de siglo en siglo, para proteger en este mundo la chispa de vida sobrenatural que debe conservar él hasta el último día. En este fin misericordioso, una sucesión ininterrumpida de auxilios viene a caldear, por decirlo así, cada generación, y a traerle un nuevo motivo de confianza en la divina Redención. A partir del siglo xiii, en que comenzó a hacerse sentir el enfriamiento del mundo, como nos lo atestigua la misma Iglesia, ("Frigescente mundo"—Oración de la fiesta de los Estigmas de S. Francisco), cada época ha visto abrirse una nueva fuente de gracias.

Apareció primero la fiesta del Santísimo Sacramento, cuyo desarrollo ha producido sucesivamente la Procesión solemne, las Exposiciones, las Bendiciones, las Cuarenta Horas. A ella siguió la devoción al santo Nombre de Jesús, cuyo apóstol principal fué S. Bernardino de Sena y la del "Vía Crucis" o "Calvario", que produjo tantos frutos de compunción en las almas. El siglo XVI vió renacer la comunión frecuente, por la influencia principal de S. Ignacio de Loyola y de su Compañía. En el XVII fué promulgado el culto del Sagrado Corazón de Jesús, que se estableció en el siglo siguiente. En el XIX, la devoción a la Santísima Virgen tomó un incremento y una importancia que son las características sobrenaturales de nuestro tiempo. Ha sido restablecida la devoción al santo Rosario, y al Santo Escapulario, que nos legaron las edades precedentes; las peregrinaciones a los santuarios de la Madre de Dios, suspendidas por los prejuicios jansenistas y racionalistas, han vuelto a resurgir; la Archicofradía del Sagrado Corazón de María ha extendido sus afiliaciones por el mundo entero; numerosos prodigios han venido a recompensar la fe rejuvenecida; en fin, para terminar: el triunfo de la Inmaculada Concepción, preparado y esperado en los siglos menos favorables.

Pero la devoción a María no podía desarrollarse sin el culto ferviente de San José. María

y José se hallan tan íntimamente unidos en el misterio de la Encarnación, la una como Madre del Hijo de Dios, el otro como guardián del honor de la Virgen y Padre nutricio del Niño-Dios, que no se les puede aislar el uno del otro. Una veneración particular a S. José ha sido pues la consecuencia del desarrollo de la piedad hacia la Virgen Santísima.

TÍTULOS DE S. JOSÉ A NUESTRA DEVOCIÓN. — Pero la devoción al Esposo de María no es solamente un justo tributo que rendimos a sus prerrogativas; es también para nosotros la fuente de un nuevo socorro tan extenso como poderoso, habiendo sido puesto entre las manos de San José por el mismo Hijo de Dios. Escuchad el lenguaje inspirado de la Iglesia en la Liturgia: ¡"Oh José, honra de los habitantes del cielo, esperanza de nuestra vida aquí abajo, el "sostén de este mundo"! (Himno de Laudes de la Solemnidad de S. José. "Caelitum, Joseph, decus atque nostrae"... etc.)

¡Qué poder en un hombre! Pero buscad también un hombre que haya tenido con el Hijo de Dios sobre la tierra relaciones tan íntimas como José. Jesús se dignó estarle sumiso aquí abajo; en el cielo, tiene empeño en glorificar a aquel de quien quiso depender, y a quien confió su niñez y el honor de su Madre. El poder de S. José es pues ilimitado; y la Santa Iglesia nos invita hoy a

recurrir con una confianza absoluta a este Protector omnipotente. En medio de las terribles agitaciones de las cuales es el mundo víctima, invóquenlo los fieles con fe y serán protegidos. En todas las necesidades de alma y cuerpo, en todas las pruebas y crisis que el cristiano deba atravesar, así en el orden temporal como en el orden espiritual, que recurra a S. José y su confianza no se verá defraudada. El Rey de Egipto decía a sus pueblos hambrientos: "Id a José." (*Gén.*, XLI, 55); el Rey del cielo nos hace la misma invitación; y el fiel custodio de María tiene más crédito ante él que el hijo de Jacob, intendente de los graneros de Menfis, lo tuvo ante el Faraón.

La revelación de este nuevo refugio preparado para los últimos tiempos ha sido, desde luego, comunicada, según la costumbre que Dios guarda de ordinario, a las almas privilegiadas a las cuales estaba ella confiada como un germen precioso: así fué para la institución de la fiesta del Santísimo Sacramento, para la del Sagrado Corazón de Jesús, y para otras más. En el siglo XVI, Santa Teresa cuyos escritos estaban llamados a extenderse por el mundo entero, recibió en un grado superior comunicaciones divinas a este propósito, y consignó sus sentimientos y sus deseos en su vida escrita por ella misma.

SANTA TERESA Y S. JOSÉ.—He aquí como se expresa Santa Teresa: "Tomé por abogado y se-

ñor al glorioso San José y encomendeme mucho a él. Vi claro que así de esta necesidad, como de otras mayores de honra y pérdida de alma, este padre y señor mío me sacó con más bien que yo le sabía pedir. No me acuerdo, hasta ahora, haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo como de alma: que a otros santos parece les dió el señor gracias para socorrer una necesidad; a este glorioso santo tengo experiencia que socorre en todas, y que quiere el Señor darnos a entender que así como le fué sujeto en la tierra, que como tenía nombre de padre siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto otras algunas personas, a quien yo decía se encomendase a él, también por experiencia; y aun hay muchas que le son devotas de nuevo experimentando esta verdad." *(Vida.* cap. VI.)

Para responder a numerosos deseos y a la devoción del pueblo cristiano, el 10 de Septiembre de 1847, Pío IX extendió a la Iglesia universal la fiesta del Patrocinio de S. José que había sido concedido a la Orden de los Carmelitas y a algunas Iglesias particulares. Más tarde, Pío X debía elevar esta fiesta al rango de las mayores solemnidades dotándola de una Octava.

Pongamos pues nuestra confianza en el poder del augusto Padre del pueblo cristiano, José, sobre quien han sido acumuladas tantas grandezas para que las repartiese entre nosotros, en una medida más abundante que los otros santos, las influencias del misterio de la Encarnación del mal ha sido, después de María, el principal ministro sobre la tierra.

MISA

En esta fiesta dedicada a S. José como protector de los fieles, la Santa Iglesia, por el Introito, nos hace cantar las palabras en las cuales David expresa la confianza que ha puesto en la Protección del Señor. San José es el ministro de esta protección divina, y Dios nos la promete, si nos dirigimos a su incomparable servidor.

INTROITO

El Señor es nuestro ayudador y nuestro protector: en El se alegrará nuestro corazón, y confiaremos en su santo nombre, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Tú, que riges a Israel, atiende: tú, que guías a José como a una oveja. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia revela la elección que Dios quiso hacer de S. José para Esposo de María, y nos enseña que esta elección tuvo por efecto asegurarnos en él a un Protector, que responderá siempre a nuestros homenajes por su intercesión todopoderosa.

COLECTA

Oh Dios, que, con inefable providencia, te dignaste elegir a San José para Esposo de tu Santísima Madre: haz, te suplicamos, que al que veneramos en la tierra como Protector, merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro del Génesis.

José es un retoño pujante, un retoño que crece al pie de las aguas, cuyas ramas se extienden por el muro. Y se irritaron contra él, y le injuriaron y le asaetearon los arqueros. Pero su arco permaneció firme, y los lazos de sus manos y pies fueron desatados por el poder del fuerte Jacob: de allí salió el pastor, la piedra de Israel. El Dios de tu padre será tu ayudador, y el Omnipotente te bendecirá con bendiciones del cielo de arriba, con bendiciones del abismo de abajo, con bendiciones de los pechos y del vientre de la madre. Las bendiciones de tu padre serán aumentadas con las bendiciones de sus padres: hasta que venga el Deseado de las colinas eternas, estarán sobre la cabeza de José y sobre la frente del Nazareno entre sus hermanos.

Los dos Josés. —Esta magnífica profecía de Jacob moribundo, y que revela a su hijo José la suerte gloriosa que le espera a él y a sus hijos, viene a propósito en este día para recordarnos las relaciones que S. Bernardo ha notado tan elocuentemente entre los dos Josés. Las señalamos el 19 de marzo, y el lector pudo convencerse de que el primer José fué el tipo del segundo.

El viejo Patriarca, después de haber profetizado el destino de sus diez primeros hijos, se

detiene con complacencia en el hijo de Raquel. Después de haber alabado su belleza, recuerda las persecuciones a que estuvo expuesto por parte de sus hermanos, y las vías maravillosas por las cuales le libró Dios de sus manos, y le condujo al poder. Después Jacob muestra a ese hijo de su ternura glorificado y convertido en el tipo del segundo José.

¿Quién ha merecido más que el Esposo de María, el Protector de los fieles, ser llamado "Pastor de un pueblo y fuerza de Israel"? Todos nosotros somos su familia: él vela por nosotros con amor; y en nuestras tribulaciones, podemos apoyar en él nuestra confianza como sobre una roca inexpugnable. La herencia de S. José es la Iglesia, que las aguas del Bautismo riegan sin cesar y la hacen fecunda; allí ejerce su poder bienhechor sobre los que confían en él. Jacob promete al primer José inmensas bendiciones, cuyo efecto durará hasta el día en que el Salvador prometido "descienda de las colinas de la eternidad". Entonces comenzará el ministerio del segundo José, ministerio de socorro y de protección, que durará hasta el segundo advenimiento del Hijo de Dios. En fin, si el primer José es presentado en la profecía como Nazareno, es decir, consagrado a Dios y santo en medio de sus hermanos, el segundo cumplirá el oráculo más literalmente aún; pues no solamente su santidad aventajará a la del hijo de Jacob, sino que su

morada será Nazaret. Allí habitará con María, allí vendrá a la vuelta de Egipto, allí acabará su santa carrera; en fin por haber habitado allí con él, su hijo adoptivo, Jesús, Verbo eterno, "será llamado Nazareno". *(S. Matth.,* II, 23.)

En el primer Verso aleluyático se oye la voz de S. José. Invita a los fieles a recurrir a él, y les promete una ayuda pronta. En el segundo, la Iglesia pide para sus hijos que se apresuren a imitar la pureza del Esposo de María, al mismo tiempo que implora para ellos su Patrocinio.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. En cualquier tribulación, en que clamaren a mí, les oiré, y seré siempre su protector. Aleluya. ℣. Haznos correr, oh José, una vida inofensiva: y esté siempre defendida por tu patrocinio. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas.

En aquel tiempo sucedió que, cuando se bautizaba todo el pueblo, se bautizó también Jesús: y, orando El, se abrió el cielo: y descendió sobre El el Espíritu Santo en forma de paloma: y dijo una voz del cielo: Tú eres mi Hijo amado, en ti me he complacido yo. Y el mismo Jesús comenzaba a tener como unos treinta años, y se le creía hijo de José.

JESÚS, "HIJO DE JOSÉ. — "¡Jesús considerado como hijo de José"! Así, el amor filial de Jesús para con su Madre y las consideraciones debidas al honor de la más pura de las vírgenes, llevaron al Hijo de Dios, hasta aceptar durante treinta

años, el nombre y la apariencia de hijo de José. José se ha oído llamar padre por el Verbo increado cuyo Padre es eterno; recibió de un hombre mortal los cuidados de la infancia y los alimentos en sus primeros años. José fué el jefe de la sagrada familia de Nazaret, y Jesús reconoció su autoridad. La economía misteriosa de la Encarnación exigía esas asombrosas relaciones entre el creador y la creatura. Pero si el Hijo de Dios sentado a la diestra de su Padre ha retenido a la naturaleza humana indisolublemente unida a su persona divina, no por eso se ha despojado de los sentimientos que profesó aquí abajo hacia los otros dos miembros de la familia de Nazaret. Hacia María su Madre en el orden de la humanidad, su ternura filial y sus atenciones no han hecho más que aumentar; pero no podemos dudar que el afecto y la deferencia que tuvo para con su padre adoptivo estén también presentes eternamente en el corazón del Hombre-Dios. Ningún mortal tuvo con Jesús relaciones tan íntimas y tan familiares. José, por sus cuidados paternales para con el hijo de María, ha hecho sentir reconocimiento al Hijo del Eterno; es justo pensar que honores particulares y un crédito superior en el cielo han pagado este reconocimiento. Tal es la creencia de la Iglesia, tal es la confianza de las almas piadosas, tal es el motivo de la institución de la solemnidad hoy.

En el Ofertorio, formado con palabras del salmo CXLVII, Jerusalén, es decir, la Iglesia, es felicitada por el cuidado que Dios ha tomado de ella, defendiéndola contra sus enemigos con fuertes murallas. La protección de S. José es una de las más invencibles.

OFERTORIO

Alaba, Jerusalén, al Señor: porque afirmó los quicios de tus puertas, bendijo a tus hijos en ti, aleluya, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia implora para sus hijos la gracia de imitar el desprendimiento del carpintero de Nazaret.

SECRETA

Ayudados por el patrocinio del Esposo de tu Santísima Madre, imploramos, Señor, tu clemencia: para que hagas que nuestros corazones desprecien todo lo terreno y te amen a ti, verdadero Dios, con perfecta caridad. Tú, que vives y reinas...

La Iglesia suspende hoy el Prefacio del Tiempo pascual y lo reemplaza por la fórmula de acción de gracias que emplea en las misas de San José.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Y el que te alabemos, bendigamos y ensalcemos con las debidas alabanzas en la fiesta de San José. El cual, por

ser un varón justo, fué dado por ti como Esposo a la Virgen Madre de Dios: y, como un servidor fiel y prudente, fué constituído sobre tu Familia: para que guardara con paternal cuidado a tu Unigénito, nuestro Señor Jesucristo, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien alaban a tu Majestad los Angeles, la adoran las Dominaciones, la temen las Potestades; los cielos, y las Virtudes de los cielos, y los santos Serafines, la celebran con igual exultación. Con los cuales te pedimos admitas también nuestras voces, diciendo con humilde confesión:

¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

La Antífona de la Comunión es el paso de S. Mateo en el cual el Evangelista inscribe el título glorioso de nuestro gran Protector: "José, esposo de María", y el título más glorioso aún de María, "de la cual nació Jesús".

COMUNION

Y Jacob engendró a José, marido de María, de la cual nació Jesús, que se llama el Cristo, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia pide en la Poscomunión que S. José, nuestro protector durante la vida presente intervenga también en el interés de nuestra dicha eterna.

POSCOMUNION

Alimentados en la fuente del divino don, suplicamoste, Señor, Dios nuestro, que, así como nos haces alegrarnos de la protección de San José, así también, por sus méritos e intercesión, nos hagas partícipes de su celeste gloria. Por el Señor.

PLEGARIA. — Padre y protector de los fieles, glorioso José, bendecimos a nuestra madre la Santa Iglesia que, en este declinar del mundo, nos ha enseñado a esperar en ti. Largos siglos han corrido sin que fuesen manifestadas tus grandezas; pero no dejabas por eso de ser en el cielo uno de los intercesores más poderosos del género humano. Jefe de la sagrada familia de quien todo un Dios es miembro, prosigue tu ministerio paternal para con nosotros. Tu acción escondida se notaba en la salvación de los pueblos y de los particulares; pero la tierra experimentaba tus beneficios, sin haber instituído aún, para agradecerlos, las honras que hoy te ofrece. El conocimiento más claro de tus grandezas y de tu poder, la proclamación de tu Patrocinio y de tu Protección en todas nuestras necesidades, estaban reservadas a estos tiempos calamitosos en que el estado de un mundo desesperado pide los socorros que no fueron revelados a las edades precedentes. Venimos, pues, a tus pies, ¡oh José! a fin de rendir homenaje a tu poderosa intercesión que no conoce límites, y a tu bondad que abraza a todos los hermanos de Jesús en una misma adopción.

Sabemos, oh María, que te es agradable ver honrar al Esposo a quien amaste con ternura incomparable. Acoges con un favor particular

nuestras demandas, cuando te son presentadas por sus manos. Los lazos formados por el cielo en Nazaret subsistirán eternamente entre ti y José; y el amor sin límites que tienes a tu Hijo divino estrecha aún el afecto que tu corazón tan amante conserva siempre para aquel que fué al mismo tiempo el nutricio de Jesús y el custodio de tu virginidad. Oh José, también nosotros somos los hijos de tu esposa María; toma en tu brazos a todos estos nuevos hijos, sonríe a esta numerosa familia y dígnate aceptar nuestras instancias, que alienta la Santa Iglesia, y que suben hacia ti más apremiantes que nunca.

Tú eres "el sostén del mundo, *columen mundi*", uno de los apoyos sobre los que reposa; pues el Señor, en vista de tus méritos y por deferencia a tu oración, le sufre y le conserva a pesar de las iniquidades que le manchan. Tu ayuda es grande, oh José, en estos tiempos "en que los santos faltan, en que las verdades han venido a menos" *(Ps.,* XI, 1.) es preciso poseer el peso de tus méritos, para que el platillo de la divina balanza no se incline del lado de la justicia. Dígnate oh Protector universal, no abandonar esta empresa; la Iglesia te lo suplica hoy. El suelo minado por la libertad desenfrenada del error y del mal, está, en cada instante, a punto de abrirse bajo sus pies; no descanses un instante, y apresúrate a prepararle con tu intervención paternal, una situación más tranquila.

Ninguna de nuestras necesidades es extraña a tu conocimiento ni a tu poder; los mínimos entre los hijos de la Iglesia tienen derecho a recurrir a ti día y noche, seguros de encontrar en ti la acogida de un padre tierno y compasivo. ¡No lo olvidaremos, oh José! En todas las necesidades de nuestras almas, nos dirigiremos a ti. Te pediremos nos ayudes en la adquisición de las virtudes de que Dios quiere que nuestra alma esté adornada, en los combates que hemos de sostener contra nuestro enemigo, en los sacrificios a que estamos tan frecuentemente llamados a hacer. Haznos dignos de ser llamados hijos tuyos, ¡oh Padre de los fieles! Pero tu poder soberano no sólo se ejerce en interés de la vida futura, la experiencia de cada día nos muestra cuán poderoso es tu crédito para obtenernos la protección celestial aun en las cosas temporales, cuando nuestros deseos no son contrarios a los designios de Dios. Nos atrevemos, pues, a poner en tus manos todos nuestros intereses de este mundo, nuestras esperanzas, nuestros deseos y nuestros temores. Te fué confiado el cuidado de la casa de Nazaret; dígnate ser el consejo y el socorro de todos los que ponen en tus manos sus negocios temporales.

Augusto jefe de la sagrada Familia, la familia cristiana está puesta bajo tu especial protección; vela por ella en nuestros desgraciados

tiempos. Responde favorablemente a aquellos y a aquellas que se dirigen a ti, en los momentos solemnes para ellos, en que se trata de escoger una ayuda con la que atraviesen esta vida y preparen el viaje para otra mejor. Mantén entre los esposos la dignidad y el respeto mutuo que son la salvaguardia del honor conyugal; obténles la fecundidad, prenda de las bendiciones celestiales. Que tus clientes, oh José, tengan horror a esos cálculos infames que manchan lo que tiene de más santo, atraen la maldición divina sobre las razas y amenazan a la sociedad con una ruina moral y material a la vez. Disipa esos prejuicios tan vergonzosos como culpables, haz que sea de nuevo honrada la santa continencia de la cual las esposas cristianas deben siempre conservar la estima, y a la cual están obligados a rendir homenaje frecuente, so pena de semejar a esos paganos de que habla el Apóstol, "que no siguen más que sus apetitos, porque ignoran a Dios". *(I Thess,.* IV, 5.)

Otra plegaria todavía, ¡oh glorioso José! Hay en nuestra vida un momento supremo, momento que decide todo para la eternidad: es el de nuestra muerte. Nos sentimos, sin embargo, inclinados a mirarle con menos inquietud cuando nos acordamos que la bondad divina le ha hecho uno de los principales objetos de tu soberano poder. Has sido investido del oficio misericordioso de facilitar al cristiano que recurre a ti

el paso del tiempo a la eternidad. A ti, oh José, debemos dirigirnos para conseguir una buena muerte.

Esta prerogativa te era debida, a ti cuya dichosa muerte, entre los brazos de Jesús y María, causó la admiración del cielo y fué uno de los más sublimes espectáculos que ha ofrecido la tierra. Sé, pues, nuestra ayuda, oh José, en este solemne y último instante de nuestra vida terrestre. Confiamos en María, a quien suplicamos cada día nos sea propicia en la hora de nuestra muerte; pero sabemos que María se complace de la confianza que ponemos en ti, y que donde tú estás, ella se digna estar también.

Fortificados con la esperanza en tu paternal bondad, oh José, esperaremos con tranquilidad esta hora decisiva; pues sabemos que si somos fieles en recomendártela, tu ayuda nos está asegurada.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Iglesia, sociedad visible. — La Iglesia que ha edificado el Salvador y que conserva con su mano divina ¿es solamente la sociedad de los espíritus que poseen y de los corazones que aman la verdad descendida del cielo? ¿Se la ha definido con acierto, cuando se la ha llamado so-

ciedad espiritual? No ciertamente; pues sabemos que deberá extenderse y que se ha extendido de hecho en el mundo entero. Pues ¿cómo hubieran podido tener lugar esos progresos, cómo hubieran podido extenderse esas conquistas, si la sociedad fundada por el Redentor no hubiese sido exterior y visible, al mismo tiempo que espiritual? Las almas no se comunican sino por medio de los cuerpos.

"La fe entra por el oído, dice el Apóstol; ¿pues, cómo oirán si no se les predica? *(Rom.,* X, 17, 14). Cuando Jesús resucitado dice a sus Apóstoles: "Id, enseñad a todas las naciones" *(S. Matth.,* XXVIII, 19), indica con claridad que la palabra deberá sonar al oído y que hará en el mundo un ruido tal que será oído tanto por los que se entreguen a esta palabra, como por los que la desdeñen. ¿Tiene esta palabra el derecho de circular tan libremente, sin pedir permiso a los poderes de la tierra? ¿Quién osará negar que tiene ese derecho? El Hijo de Dios dijo: "Id, y enseñad a todas las naciones"; debe ser obedecido; y la palabra de Dios confiada a sus enviados no podría permanecer encadenada." *(II Tim.,* II, 9.)

LOS DERECHOS DE LA IGLESIA. — Héla aquí pues declarada libre, esta palabra exterior, y en su libertad engendra numerosos discípulos. Esos discípulos, permanecerán separados los unos de

los otros? ¿No se agruparán alrededor de su apóstol para escucharle? ¿No se sentirán hermanos y miembros de una misma familia? Entonces, es preciso que se reúnan; y de repente aparece el pueblo nuevo, visible a todas las miradas.

Así debía ser; pues si este pueblo que debe absorver a los demás no atrajese las miradas, sus destinos no se cumplirían. Pero es preciso que este pueblo adquiera edificios, templos, etc... Va pues a levantar casas de predicación y de oración. El extranjero, a la vista de estos nuevos santuarios, se pregunta. ¿Qué es esto? ¿De dónde vienen esos hombres, que no rezan ya con sus conciudadanos? ¿No se la considerará nación dentro de nación? El extranjero tiene razón; es una nación dentro de la nación, hasta que la nación misma haya pasado toda entera a las filas de ese pueblo nuevo.

Las necesidades de toda sociedad exigen que tenga sus leyes, como tiene su jerarquía; la Iglesia mostrará pues a los ojos de todo el mundo los signos de un gobierno interior cuyos efectos se manifiesten al exterior. Son las fiestas, las solemnidades cuya pompa revela a un gran pueblo, con sus reglamentos rituales que forman entre los miembros de la sociedad un lazo visible tanto dentro como fuera del templo; mandamientos, órdenes emanadas de los diversos grados de la jerarquía, que las promulgan y han de reclamar su obediencia; instituciones, cor-

poraciones que se mueven en el seno de la sociedad y que la ayudan y dan esplendor; todo, en fin, hasta las leyes penales contra los delincuentes y los refractarios.

Mas no basta a la Iglesia tener lugares de reunión para las asambleas de sus fieles; es preciso que se provea al mantenimiento de sus ministros, a los gastos del culto que da a Dios y a las necesidades de sus miembros indigentes. Por eso, la vemos que, secundada por la generosidad de sus hijos, toma posesión de ciertas partes del suelo, que por el mero hecho quedan consagradas por razón de su destino, y a causa de la dignidad sobrehumana de la que las posee. Más aún, cuando los príncipes, cansados de oponerse vanamente al progreso de la Iglesia, pidan ellos mismos formar parte de ella, será necesario que el Pastor supremo no esté sujeto a ningún rey temporal, y que él mismo sea rey. La sociedad cristiana acoge con aplauso este coronamiento de la obra de Cristo, a quien "todo poder fué dado en el cielo y en la tierra" y que debe un día reinar temporalmente en su Vicario.

Tal es, pues, la Iglesia: sociedad espiritual, pero exterior y visible, lo mismo que el hombre, espiritual en cuanto a su alma, pertenece a la naturaleza física por su cuerpo que forma parte esencial de sí mismo. El cristiano amará, pues, a la Santa Iglesia tal como Dios la ha querido, y tendrá horror a ese falso e hipócrita espiritua-

lismo que para derribar la obra de Cristo, pretende arrinconar a la religión en el puro dominio del espíritu. No podemos aceptar este destino. El Verbo divino se revistió de nuestra carne; se dejó "ver, oír y tocar" *(I S. Juan,* 11); y dirigiéndose a los hombres, les organizó en una Iglesia visible, que habla y es palpable. Somos un vasto estado; tenemos nuestro monarca, nuestros magistrados, nuestros conciudadanos, y debemos estar prestos a dar nuestra vida por esta patria sobrenatural, cuya dignidad se eleva tan por encima de la patria terrenal como el cielo lo está por encima de la tierra.

LAS PERSECUCIONES DE LA IGLESIA. — Satanás, envidioso de esta patria que debe conducirnos a aquella de la cual está él excluído, en el curso de los siglos no ha desperdiciado ocasión para derribarla. Por de pronto, ha atacado la libertad de la palabra sagrada qúe engendra a los miembros de la Iglesia: "Os prohibimos—decían sus primeros representantes—hablar en adelante de ese Jesús." *(Act.,* IV, 18.) La estratagema es hábil; y si no ha tenido éxito, si la predicación cristiana se ha abierto paso, a pesar de todo, no ha sido porque el enemigo no la haya aplicado hasta nuestros tiempos en la medida que le ha sido posible. Las asambleas de los cristianos despertaron muy pronto las persecuciones del poder mundano. La violencia intentó dispersarlas;

a menudo hemos quedado reducidos a buscar los antros y los bosques, a escoger las horas de la noche para celebrar los Misterios luminosos, para cantar los esplendores del divino Sol de justicia. ¡Cuántas veces, nuestros templos más amados, monumentos piadosos, consagrados por los más caros recuerdos, han cubierto la tierra con sus ruinas! Satanás quiso borrar hasta las huellas del dominio de su vencedor.

¡A qué tiránicas envidias han dado lugar, las leyes que la Iglesia promulga para sus fieles, y las relaciones de sus Pastores entre sí y con su Jefe! Se ha querido despojar a la sociedad de los cristianos hasta el derecho de gobernarse a sí misma; hombres serviles han ayudado a las gentes del César a encadenar a la Esposa del Hijo de Dios. Sus bienes temporales tentaron también la avaricia de los poderes del mundo; la procuraban la independencia; y luego se los arrebataban, a fin de que quedase en situación precaria: atentado que nuestras sociedades políticas expían cruelmente cada día.

Sin embargo, circulan los más odiosos errores: la idea de una Iglesia completamente espiritual, de una Iglesia que no debe ser visible, o a menos, que no consienta en llegar a ser uno de los resortes del gobierno nacional, esta idea impía y absurda, encuentra numerosos partidarios. En cuanto a nosotros, no olvidaremos los innumerables mártires que dieron su sangre pa-

ra mantener y asegurar a la Iglesia de Jesucristo su calidad de sociedad pública, exterior, independiente de todo yugo humano, en una palabra, completa en sí misma. Puede ser que nosotros seamos los últimos herederos de la promesa; mayor razón para proclamar hasta el fin, los derechos de la que Jesús se ha tomado por Esposa, a la cual ha conferido el imperio de este mundo que ha sido conservado sólo por ella, y que se derrumbará el día en que desaparezca.

VIERNES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

AGRADECIMIENTO PARA CON LA IGLESIA. — Iglesia de Jesús, prometida por él a la tierra en los días de su vida mortal, salida de su costado abierto por la lanza sobre la cruz, ordenada y perfeccionada por él en las últimas horas de su estancia en la tierra, te saludamos con amor como a nuestra Madre común. Eres la Esposa de nuestro Redentor, y tú nos has engendrado en él. Eres la que nos has dado la vida en el Bautismo; eres la que nos iluminas con la Palabra que produce en nosotros la luz; eres la que nos administras los socorros, por medio de los cuales nuestra peregrinación terrestre debe conducirnos al cielo; tú, en fin, la que nos gobiernas en orden a la salvación con tus santos mandamientos.

En tu seno maternal, oh Iglesia, estamos seguros, no tenemos nada que temer. ¿Qué puede contra nosotros el error? "Eres la columna y el apoyo de la verdad sobre la tierra." *(I Tim., III, 13.)* ¿Qué nos pueden hacer las persecuciones de la patria terrena? Sabemos que aunque todo falte, tú no puedes faltar. En estos mismos días, Jesús dijo a sus Apóstoles y en ellos a sus sucesores: "He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." *(S. Matth., XXVIII, 20.)* ¡Qué prenda de duración, oh Iglesia! La historia entera de la humanidad es testigo de si te ha fallado alguna vez en diez y nueve siglos. Mil veces han rugido las puertas del infierno; pero no han prevalecido contra ti una sola hora.

Oh Iglesia, estando fundada en Cristo tu Esposo, nos haces participar de la divina inmutabilidad que has recibido. Estando apoyados en ti, no existe para nosotros verdad alguna que nuestro ojo, purificado por la fe, no pueda penetrar, ni bien alguno que, a pesar de nuestra debilidad, no podamos realizar, ni esperanza por infinita que sea, cuyo objeto no seamos capaces de poseer.

Nos tienes en tus brazos, y desde la altura a que nos elevas, descubrimos los misterios del tiempo y los secretos de la eternidad. Nuestra mirada te sigue con admiración, ya te considere militante sobre la tierra, ya te encuentre pacien-

te en tus miembros queridos, en la morada temporal de la expiación, ya, en fin, te descubra triunfante en los cielos: contemporánea nuestra en el tiempo, eres, por una parte de ti misma, heredera de la eternidad. ¡Madre nuestra, guárdanos contigo, guárdanos siempre en ti, que eres la amada del Esposo! ¿A quién iríamos sino sólo a ti, a quien ha confiado él las palabras de vida eterna?

INGRATITUD PARA CON LA IGLESIA. — ¡Qué dignos de lástima son, los que no te conocen, oh Iglesia! Sabemos sin embargo, que si buscan a Dios en el fondo de su corazón, te conocerán un día. ¡Qué dignos de lástima son los que te han conocido y que te niegan por su orgullo y por su ingratitud! Pero no acontece a nadie esa desgracia si no ha extinguido voluntariamente en sí la luz. ¡Qué dignos de lástima son los que te conocen y viven de tu sustancia maternal, y con todo eso se unen a tus enemigos para insultarte y traicionarte! Ligeros de cabeza, confiados en sí mismos, arrastrados por la audacia de su siglo, se diría que te consideran ya como una institución humana, y osan juzgarte, para absolverte o condenarte, según parezca conveniente a su sabiduría.

En lugar de reverenciar, oh Iglesia, todo lo que has enseñado sobre ti misma y sobre tus derechos, todo lo que has ordenado, regulado, prac-

ticado, ocurre que, sin querer romper el lazo que les une contigo, se atreven a confrontar tu palabra y tus actos con las ideas de un supuesto progreso. En este mundo que te ha sido dado en herencia, estos hijos insolentes se permiten señalarte tu parte.

En adelante, estarás bajo su tutela, Madre del género humano regenerado. De ellos aprenderás en adelante lo que conviene a tu ministerio aquí abajo. Hombres sin Dios y adoradores de lo que ellos llamaban los derechos del hombre, osaran hace ya más de un siglo, expulsarte de la sociedad política, que tú habías mantenido hasta entonces en relaciones con su divino autor. Para satisfacer hoy a sus imprudentes discípulos, te es preciso negar todos los monumentos de tus derechos públicos, y resignarte al papel de extranjera. Hasta aquí ejercías los derechos que has recibido del Hijo de Dios sobre las almas y sobre los cuerpos; ahora te es preciso aceptar, en lugar de tu realeza, la libertad común que una ley de progreso asegura lo mismo al error como a la verdad.

La adhesión a la Iglesia. — ¡Oh Iglesia!, no tratamos de disfrazarte, sino de confesarte. Tú eres uno de los artículos de nuestro Símbolo: "Creo en la Santa Iglesia católica." Hace veinte siglos que los cristianos te conocen; saben que no marchas al capricho de los hombres. A ellos

toca aceptarte tal como Jesús te hizo: signo de contradicción como a ellos el instruirse por tus reclamaciones, tus protestas, y no el reformarte sobre un nuevo tipo. Sólo una mano divina puede obrar este prodigio.

¡Qué bueno es, oh Iglesia, compartir tu suerte! En un siglo que ha dejado de ser cristiano, te has hecho impopular. Ya lo fuiste largo tiempo en los siglos pasados; y tus hijos no eran dignos de pertenecerte sino con la condición de temer comprometerse por ti. Han llegado de nuevo estos tiempos. No queremos separar nuestra causa de la tuya; te confesaremos siempre como nuestra Madre inmutable, superior a todo lo que pasa, y prosiguiendo tus destinos a través de siglos de gloria y de persecución, hasta que haya sonado la hora en que esta tierra que fué creada para ser tu dominio, te vea subir a los cielos, y huir de un mundo condenado a perecer sin remedio por haberte desconocido y puesto fuera de la ley.

SABADO

DE LA TERCERA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

El Sábado nos recuerda a María; pero venerando las grandezas de la Madre de Dios, no perdemos de vista por eso, a la Santa Iglesia que fué, esta semana, objeto de nuestras contempla-

ciones. Consideremos hoy las relaciones de María con la Iglesia de su Hijo; esta mirada nos descubrirá nuevos aspectos sobre las dos Madres del género humano.

JESÚS Y SU MADRE. — Antes de que el Hombre-Dios entrase en posesión de la Iglesia que debía ser inaugurada ante todas las naciones en el día de Pentecostés; había preludiado esta posesión real uniéndose a aquella que merece, por encima de todo, ser llamada la Madre y la representante del género humano. Formada de la sangre más noble de nuestra raza, de la sangre de David, de Abrahán y de Sem, pura en su origen como lo fueron nuestros primeros padres al salir de las manos de su creador, destinada a la suerte más sublime que puede Dios elevar a una simple creatura, María fué sobre la tierra la cooperadora del Verbo encarnado, la Madre de los vivientes. En su persona, fué lo que la Iglesia ha sido después colectivamente. Su papel de Madre de Dios sobrepasa, sin duda, en dignidad a todas sus grandezas; pero no debemos por eso cerrar los ojos a las otras maravillas que brillan en ella.

María fué la primera creatura que respondió plenamente a la voluntad del Hijo de Dios descendido del cielo. En ella encontró la más viva fe, la más firme esperanza, el amor más ardiente. Jamás la naturaleza humana completada por

la gracia había ofrecido a Dios un objeto de posesión tan digno de él.

Mientras esperaba celebrar su unión con el género humano en calidad de Pastor, fué Pastor de esta única oveja, cuyos méritos y dignidad sobrepasan, con mucho, a los de la humanidad entera, aunque se hubiese mostrado en todo y siempre fiel a Dios.

María ocupó pues el lugar de la Iglesia cristiana, antes de que naciese ésta. En ella el Hijo de Dios, encontró, no solamente una Madre, sino la adoradora de su divinidad desde el primer instante de la Encarnación. Hemos visto, el Sábado santo, cómo la fe de María sobrevivió a la prueba del Calvario y del Sepulcro, cómo esta fe que no vaciló un instante conservó sobre la tierra la luz que no debía extinguirse y que pronto iba a ser confiada a la Iglesia colectiva encargada de conquistar todas las naciones para el divino Pastor.

No entraba en los planes del Hijo de Dios el que su santa Madre ejerciese el apostolado exterior, al menos más allá de un cierto límite; por otra parte no debía dejarla aquí abajo hasta el fin de los tiempos; pues así como, después de su Ascensión, asoció su Iglesia a todo lo que obra por sus elegidos, así quiso él, durante su vida mortal, que María tomase parte con él en todas las obras que ejecutaba para la salvación del género humano. Aquella cuyo consentimiento

formal había sido requerido antes de que el Verbo eterno se hiciese hombre en ella, se encontró, como hemos visto, al pie de la cruz, con el fin de ofrecer como creatura al que se ofrecía como Dios Redentor.

El sacrificio de la Madre se confundió con el sacrificio del hijo, que lo elevó a un grado de mérito que nuestro pensamiento mortal no podía comprender. Así, aunque en una medida inferior, la Iglesia se une a ella en una misma oblación con su Esposo divino en el sacrificio del altar. Hasta que la maternidad de la Iglesia que iba a nacer fuese proclamada, María recibió de lo alto de la cruz la investidura de Madre de los hombres; y cuando la lanza vino a abrir el costado de Jesús, para dar paso a la Iglesia que procede del agua y de la sangre de la redención, María estaba de pie para acoger en sus brazos a esta futura madre que ella había representado con tanta plenitud hasta entonces.

MARÍA Y LA IGLESIA.—Dentro de pocos días contemplaremos a María en el Cenáculo, completamente abrasada del fuego del Espíritu Santo, y tendremos que exponer su misión en la Iglesia primitiva.

Detengámonos aquí hoy; pero al acabar echemos una última mirada sobre nuestras dos Madres, cuyas relaciones son tan íntimas, por desigual que sea la dignidad de la una y de la otra.

Nuestra Madre de los cielos, que es al mismo tiempo la Madre del Hijo de Dios, se considera estrechamente unida a nuestra Madre de la tierra, y no cesa de difundir sobre ella sus celestiales influencias. Si en su esfera militante triunfa ésta, es el brazo de María quien le asegura la victoria; si la tribulación la oprime, es con el socorro de María con que sostiene la prueba. Los hijos de la una son los hijos de la otra, y las dos los engendran: una, que es "Madre de la divina gracia", por su oración todo-poderosa; la otra por la palabra y por el Santo Bautismo. Al salir de este mundo, si nuestras faltas mereciesen que la visión de Dios fuera retardada para nosotros, y que nos sea preciso descender al lugar donde las almas se purifican, los sufragios de nuestra Madre de la tierra nos acompañan y vienen a suavizar nuestros dolores; pero la sonrisa de nuestra Madre del cielo tiene más virtud aún para consolar y abreviar la rigurosa expiación que hemos merecido. En el cielo, el brillo con que resplandece la Iglesia glorificada hace saltar de admiración y de dicha a los elegidos, que la han dejado luchando aún sobre la tierra en que les engendró; pero sus ojos deslumbrados se fijan aún con más éxtasis y ternura sobre esta primera Madre que fué su estrella en las tempestades que, desde lo alto de su trono, no dejó de siguirles con su mirada previsora, les proporcionó con solicitud, los socorros que les han con-

ducido a la salvación, y les abre para siempre esos brazos maternales sobre los cuales llevó en otro tiempo a "ese Primogénito". *(S. Luc.,* II, 7) cuyos hermanos y coherederos somos.

TERCER DOMINGO DESPUES DE PASCUA

La dignidad del pueblo cristiano. — Nada más grande ni más elevado sobre la tierra que los Príncipes de la Santa Iglesia, que los Pastores establecidos por el Hijo de Dios, y cuya sucesión durará tanto como el mundo; pero no creamos que los súbditos de este vasto imperio que se llama Iglesia no tengan también su dignidad y su grandeza. El pueblo cristiano, en el seno del cual se confunden, en una igualdad completa, el príncipe y el simple particular, sobrepuja en esplendor y en valor moral a todo el resto de la humanidad.

Penetra por doquiera que se extienda la verdadera civilización; pues lleva por todas partes la verdadera noción de Dios y del fin sobrenatural del hombre. Ante él la barbarie retrocede, las instituciones paganas, por antiguas que sean, se borran; y hasta vió un día a la civilización griega y romana rendirle armas, y al derecho cristiano emanado del Evangelio sobreponerse

por sí mismo al derecho de los pueblos gentiles. Numerosos hechos han mostrado la superioridad que el bautismo imprime a las razas cristianas; porque sería irracional el pretender encontrar la causa primera de esta superioridad en nuestra civilización, puesto que esta misma civilización no ha sido más que el producto del bautismo.

La unidad de fe. — Pero si la grandeza del pueblo cristiano es tal que ejerce su prestigio exterior hasta sobre los mismos infieles ¿qué diremos de la que la fe nos revela en él? El Apóstol San Pedro, el Pastor universal en cuyas manos acabamos de ver al divino Pastor depositar las llaves, definió así al rebaño a quien está encargado apacentar: "Vosotros sois, les dijo, la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo escogido, encargado de publicar las grandezas de Aquel que os ha llamado del seno de las tinieblas a su admirable luz." *(I S. Pedro,* 11, 9.)

En efecto, en el seno de ese pueblo se conserva la verdad divina, que no podía extinguirse en él. Cuando la autoridad docente debe proclamar, en su infalibilidad, una decisión solemne en materia de doctrina, hace primero una llamada a la fe del pueblo cristiano y la sentencia declara inviolable lo que ha sido creído "en todos los lugares, en todos los tiempos y por todos". *(S. Vicente de Lerius, "commonitorium".)* En el pueblo

cristiano reside este principio admirable de fraternidad de las inteligencias, en cuya virtud encontráis la misma creencia en las razas más diversas, por más hostiles que sean las unas para con las otras; en lo referente a la fe y a la sumisión a los Pastores, no hay más que un solo pueblo. En el seno de este pueblo florecen las más perfectas las virtudes y a veces las más heroicas; pues es el depositario, en gran parte, del elemento de santidad que Jesús ha derramado con su gracia en la naturaleza humana.

El testimonio del amor. — Ved también con qué amor le protegen y le honran los Pastores. En todos los grados de la jerarquía va unido el deber de dar su vida por el rebaño. Este sacrificio del Pastor por sus ovejas no es verdadero heroísmo; es deber estricto. ¡Vergüenza y maldición aquel que retrocede!, el Redentor le señala con el nombre de mercenario. Pero también, ¡qué bello y qué innumerable este ejército de Pastores que, desde hace diez y nueve siglos, han dado su vida por el rebaño! No hay una página de los anales de la Iglesia en que no resplandezcan sus nombres, desde el de Pedro, crucificado como su Maestro, hasta los de esos Obispos de Cochinchina, de Tonkín, de Rusia y de España cuyos recientes martirios han venido a advertirnos que el Pastor no ha cesado de considerarse como víctima por el rebaño. Veamos también cómo antes de

confiar sus corderos y sus ovejas a Pedro, Jesús quiere ante todo asegurarse si le ama más que los otros. Si Pedro ama a su Maestro, amará a las ovejas de su Maestro, y sabrá amarlas hasta dar su vida por ellas. Es la advertencia que le da el Salvador que, después de haberle confiado el rebaño entero, termina prediciéndole el martirio. ¡Dichoso pueblo aquel cuyos jefes no ejercen el poder más que a condición de estar prestos a derramar por él toda su sangre!

LAS SEÑALES DE RESPETO. — ¡Con qué respeto y qué consideración tratan los Pastores a estos rebaños de su Maestro! Si una de ellas llega a señalar en su vida los caracteres que denotan la santidad, hasta el punto de merecer ser propuesta a la sociedad cristiana como modelo y como intercesor, veréis entonces, no solamente al Sacerdote cuya palabra trae al Hijo de Dios al altar, no solamente al Obispo cuyas manos sagradas tienen el báculo pastoral, sino al Vicario mismo de Cristo, humildemente arrodillados ante el sepulcro en que la imagen del servidor o de la sierva de Dios por humilde que haya sido su rango, por débil que haya sido su sexo sobre la tierra. El sacerdocio jerárquico testificará este respeto por las ovejas de Cristo, aún con niño bautizado cuya lengua no se ha desatado aún, que no es contado en el Estado entre los ciudadanos, que tal vez antes de acabar el día sería ajado como la

flor de los campos. El Pastor reconoce en él a un miembro digno del honor de pertenecer a ese cuerpo de Jesucristo que es la Iglesia, un ser colmado de dones sublimes que hacen de él el objeto de las complacencias del cielo y la bendición de todos los que le rodean. Cuando el templo santo ha reunido la asamblea de fieles y el incienso se ha quemado sobre la oblata y alrededor del altar, el celebrante que ofrece el Sacrificio recibe el homenaje de este perfume misterioso que honra en él al representante de Cristo; el colegio sacerdotal ve avanzar enseguida hacia sí al turiferario, que viene a rendir honor a los que están señalados por el carácter sagrado; pero el incienso no se detiene en el santuario.

He aquí que el turiferario viene a colocarse en frente del pueblo fiel, y le concede en nombre de la Iglesia este mismo homenaje que hemos visto tributar al Pontífice y a los sacerdotes; pues el pueblo fiel está también en Cristo. Más aún, cuando el despojo mortal del cristiano, aunque haya sido el más pobre entre sus hermanos, es traído a la casa de Dios para recibir las honras fúnebres, esas mismas honras fúnebres son un homenaje. El incensario recorre aún sus miembros inanimados; hasta tal punto la Iglesia trata de reconocer y de honrar hasta el último momento el carácter divino que la fe le hace ver hasta en el más humilde de sus hijos. ¡Oh pueblo cristiano! ¡qué justo es decir de ti, y con mu-

cha más razón, lo que Moisés decía de su Israel: "No, no hay nación tan grande y tan colmada de honor!" *(Deut.,* IV, 7.)

El Tercer Domingo después de Pascua lleva, en la Iglesia griega, el nombre de "Domingo del Paralítico", porque se celebra de un modo particular la conmemoración del milagro que nuestro Señor obró en la Piscina Probática.

MISA

El Introito es un himno triunfal que invita a toda la Creación a la alegría y a la acción de gracias.

INTROITO

Canta jubilosa a Dios, tierra toda, aleluya: decid un salmo a su nombre, aleluya: glorificad su alabanza, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Decid a Dios: ¡Cuán terribles son tus obras, Señor! En la grandeza de tu poder se engañarán tus enemigos. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta recuerda la alta dignidad de la vocación cristiana. La Eucaristía sacrificio-sacramento nos obtendrá la gracia de ser fieles rechazando todo lo que es contrario a nuestro bautismo y practicando lo que le es conforme.

COLECTA

Oh Dios, que muestras, a los que yerran, la luz de tu verdad, para que puedan tornar al camino de la jus-

ticia: da, a todos los que hacen profesión de cristianos, la gracia de rechazar lo que se opone a ese nombre, y de seguir lo que concuerda con él. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Os ruego que, como extranjeros y peregrinos, os abstengáis de los deseos carnales, que militan contra el alma, viviendo honradamente entre las gentes: para que, ya que os consideran como malhechores, al ver vuestras buenas obras, glorifiquen a Dios el día de la visitación. Estad, pues, sumisos a toda criatura humana por Dios: ya al rey, como jefe: ya a los caudillos, como enviados por él para castigo de los malhechores y alabanza de los buenos: porque es voluntad de Dios que, obrando el bien, hagáis callar la ignorancia de los hombres imprudentes: (obrad) como libres, y no como teniendo la libertad por velo de la malicia, sino como siervos de Dios. Honrad a todos: amad la fraternidad: temed a Dios: Honrad al rey. Siervos, someteos con todo temor a los amos, no sólo a los buenos y modestos, sino también a los díscolos. Porque esto es lo grato (a Dios), en nuestro Señor Jesucristo.

Los deberes del cristiano. — "El deber de santificarse se resuelve en las obligaciones concretas y adaptadas a la situación social actual de cada uno. La razón de insistir es la formulada por S. Pedro: el cristiano es como extraño y peregrino en el mundo no conquistado para el Evangelio. Es preciso luchar contra las fuerzas del pecado que se insinúan hasta en nosotros mismos, y guardar, en medio de los gentiles que

se abandonan, a él, una conducta ejemplar digna de respeto y estima.

"Este apostolado del buen ejemplo dicta, desde luego, a los cristianos su actitud "frente" a las instituciones humanas... su deber social se resume en cuatro frases cortas que son otras tantas normas directrices de la vida: 1.° tratar a todos los hombres con el respeto debido a su dignidad de hombres: 2.° amar a los que son nuestros hermanos en la fe: 3.° temer a Dios con ese temor que es el principio de la verdadera sabiduría y el contra-peso de la orgullosa confianza en sí: 4.° reverenciar la autoridad real dando al César lo que es del César.

"En fin, el pensamiento de la fe hará que los sirvientes respeten y obedezcan a sus señores, y esta obediencia cristiana les hará merecedores del favor divino." *(A. Charue, "Las Epístolas Católicas"*, p. 455.)

Realizaremos este ideal del cristiano gracias a la Redención siempre presente en el altar. Cada día nos recordará ella que el cristiano, siendo otro Cristo, debe sufrir como El para entrar en la gloria, y ella nos dará fuerzas para semejarnos a El.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El Señor envió la redención a su pueblo.

Aleluya. ℣. Convenía que Cristo sufriera, y resucitara de entre los muertos: y entrara así en su gloría. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Un poco, y ya no me veréis: y otro poco, y me veréis: porque voy al Padre. Dijéronse entonces los discípulos entre sí: ¿Qué es eso que nos dice: Un poco, y no me veréis: y otro poco, y me veréis, y: Porque voy al Padre? Dijeron, pues: ¿Qué es eso que nos dice: Un poco? No sabemos lo que habla. Y conoció Jesús que querían preguntarle, y díjoles: ¿Preguntáis entre vosotros qué es lo que dije: Un poco, y no me veréis y otro poco, y me veréis? En verdad, en verdad os digo: Que lloraréis y gemiréis vosotros, pero el mundo se gozará; y vosotros os contristaréis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La mujer, cuando pare, tiene tristeza, porque llega su hora; pero, cuando ha parido al niño, ya no se acuerda del apuro, por el gozo de haber nacido un hombre en el mundo. También vosotros tenéis ciertamente tristeza ahora, pero os veré otra vez, y se gozará vuestro corazón: y nadie os quitará vuestro gozo.

CONFIANZA EN LA PRUEBA.—"El Señor debía alejarse; pero sus palabras parecían contradictorias a los Apóstoles. ¿Cómo iba a estar al mismo tiempo con su Padre y con ellos? Jesús, que leía los pensamientos (en las almas), comprendió la ansiedad de los suyos. Sin duda, al hablar así, pensaba en el alejamiento momentáneo de la pasión y en la alegría de la Resurrección. Pero esta desaparición y esta vuelta eran, a a sus ojos, el símbolo de otra vuelta; la partida hacia su Padre, en la Ascensión, y la reunión con sus discípulos, en la eternidad. Mientras

tanto, los discípulos tendrán que trabajar y sembrar en las lágrimas, en ausencia de su Maestro. ¿Qué importa la tribulación de los tiempos? No pensaremos en ella cuando el hombre nuevo se haya entregado a Dios, cuando la Iglesia alabe a Dios, cuando el nuevo Adán aparezca delante del Padre con la posteridad que habrá germinado de su sangre. No hay cosa mejor para darse de lleno, que seguir las perspectivas que nos abre el Salvador. Ahora momentos de angustia, después la alegría sin fin, cuya plenitud colmará nuestros deseos y nuestra inteligencia. Ningún poder creado es capaz de arrebatárnosla *(D. Delatte,* Evangile de N. S. J. C. t. II, p. 277).

El Ofertorio es un grito de alabanza y de alegría, de la alegría encontrada en el sacrificio.

OFERTORIO

Alaba, alma mía, al Señor: alabaré al Señor en mi vida: salmearé a mi Dios mientras viva, aleluya.

La Secreta nos recuerda que el fruto de la Eucaristía será desprendernos de la tierra y elevarnos hacia el cielo.

SECRETA

Haz, Señor, que nos sea dado en estos Misterios aquello con que, mitigando los deseos terrenos, aprendamos a amar los celestes. Por el Señor.

La Comunión nos hace oír el anuncio de la partida y de la vuelta de Cristo. Los santos mis-

terios nos preparan para recibir al Señor cuando viniere.

COMUNION

Un poco, y no me veréis, aleluya: otro poco, y me veréis, porque voy al Padre, aleluya, aleluya.

Entretanto, la Eucaristía es el reconfortamiento y la salvaguardia de los peregrinos en camino hacia el cielo.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, los Sacramentos que hemos recibido, nos restauren con alimentos espirituales, y nos protejan con corporales auxilios. Por el Señor.

LUNES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

La Revelación. — Jesús resucitado no se limita a constituir su Iglesia, a establecer la jerarquía que debe regirla en su nombre hasta la consumación de los siglos; confía al mismo tiempo a sus discípulos su divina palabra, las verdades que vino a revelar a la tierra, y cuyo conocimiento ha esbozado ante ellos durante los tres años que precedieron a su pasión. La palabra de Dios, que también llamamos Revelación, es, con la gracia el más precioso don que el cielo haya podido hacernos. Por la Palabra

de Dios conocemos los misterios de su divina esencia, el plan según el cual ha ordenado la creación, el fin sobrenatural que ha preparado para los seres inteligentes y libres, las consecuencias de la caída original, la obra de la reparación por la Encarnación del Verbo, en fin, los medios por los cuales debemos honrarle y servirle y lograr nuestro fin.

Dios, en el principio, hizo oír su palabra al hombre; más tarde habló por los Profetas; pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, su propio Hijo descendió sobre la tierra para completar la primera revelación. Jesús no cesó de enseñar a los hombres durante tres años, y para hacer penetrar su doctrina en sus espíritus, se puso, por decirlo así, a su nivel. Nada más elevado, más divino, y al mismo tiempo, nada más familiar que su enseñanza; para facilitar su inteligencia, hizo uso frecuentemente de ingeniosas y sencillas parábolas en las cuales la imaginación ayudaba a comprenderlas a sus oyentes. Sus apóstoles y sus discípulos, destinados a recibir la herencia de su doctrina, fueron el objeto de una instrucción especial; pero hasta el cumplimiento de los misterios de la muerte y de la resurrección de su Maestro, no pudieron comprender gran cosa de lo que les decía.

Después de su resurrección, tomó de nuevo el trabajo de su iniciación. Su espíritu captaba mejor su enseñanza; en esos días en que se la da

con todo el ascendiente de su victoria sobre la muerte, en que su inteligencia se ha desarrollado a la luz de los acontecimientos sobrehumanos que ellos vieron cumplirse. Si cuando la última cena podía decirles: "Ya no os llamaré más mis siervos, sino mis amigos; pues todo lo que he aprendido de mi Padre, os lo he manifestado." *(S. Juan,* XV, 15.) ¿Cómo debe tratarlos hoy en que ha resumido ante sus ojos toda la suma de sus enseñanzas, que están en plena posesión de su palabra, y no esperan más que la venida del Espíritu Santo para confirmarla en su inteligencia y darles fuerza para proclamarla ante el mundo entero?

LA FE. — Palabra divina, revelación sagrada, que nos inicias en los secretos de Dios, que la razón no conoció nunca, nos inclinamos ante ti con reconocimiento y sumisión. Das principio a una virtud "sin la cual el hombre no podrá ser agradable a Dios" *(Heb.,* XI, 6), a una virtud por la cual comienza la obra de la salvación del hombre, y sin la que esta obra no podría ni continuarse ni concluirse. La fe es esta virtud, la fe que somete a la razón ante la divina Palabra; la fe que difunde más luz, desde el fondo de sus gloriosas tinieblas, que todas las especulaciones de la razón rodeadas de toda su evidencia. Esta virtud será el lazo íntimo de la nueva sociedad; para hacerse miembro, será preciso co-

menzar por creer; para continuar siendo miembro, será preciso no cesar un solo instante de creer. "El que crea", nos dirá luego Jesús en el momento de subir al cielo, "el que crea y sea bautizado, se salvará; el que no crea será condenado." (*S. Marc.*, XVI, 16.) A fin de expresar esta necesidad de la fe, los miembros de la nueva sociedad llevarán el bello nombre de "fieles" y se llamará "infieles" a los que no tienen la dicha de creer.

Siendo la fe el primer lazo que une sobrenaturalmente al hombre con Dios, lazo cuya ruptura entraña una separación completa, el que, después de haber disfrutado de este lazo, tenga la desgracia de romperlo rechazando la palabra divina para sustituirla por una doctrina contraria, habrá cometido el mayor de los crímenes. Se le llamará "hereje", es decir, "el que se separa"; y los fieles verán su ruina con terror. Aún cuando su ruptura con la palabra revelada no tuviera lugar más que sobre un solo artículo, cometería la más enorme blasfemia; porque o se separa de Dios como de un ser impostor, o declara que su razón engañosa tan débil y tan limitada, está por encima de la Verdad eterna e infinita.

El Racionalismo. — La herejía se mostrará durante muchos siglos, atacando y buscando alterar un dogma después de otro, pero en vano.

La revelación saldrá siempre más pura y más luminosa de estos redoblados asaltos. Pero llegará un tiempo, y este tiempo es el nuestro, en que la herejía no se ejercerá más sobre tal o cual artículo de fe, conservando los otros. Aparecerán hombres que proclamarán la independencia absoluta de la razón frente a toda revelación divina, declarada imposible; y este sistema impío se intitulará con el nombre soberbio de Racionalismo. Al decir de esos infieles, Jesucristo no existió, su Iglesia es una escuela de rebajamiento de la dignidad humana, y una ilusión diez y nueve siglos de civilización cristiana. Esos hombres que se dicen Filósofos quieren dominar en la sociedad humana. Sus libelos la habrían aniquilado si Dios no la hubiese ayudado, cumpliendo su promesa de no dejar perecer en el seno de la humanidad la Palabra revelada de la que la dotó, ni la Iglesia depositaria de esta divina Palabra hasta el último día.

El Naturalismo. — Otros, menos audaces, y no pudiendo cerrar los ojos a los hechos tan evidentes de la historia de la humanidad que atestiguan progreso tan visible, cuya fuente ha sido el cristianismo en el mundo, rechazando por otra parte el someter su razón a misterios intimados de lo alto, procuran de modo distinto borrar de este mundo el elemento de la fe. Persiguiendo toda creencia revelada, todo pro-

digio destinado a certificar la intervención divina, pretenden explicar por la marcha natural de los acontecimientos, todos los hechos que dan testimonio de la presencia de Dios aquí abajo. No insultan, desdeñan; según ellos, lo sobrenatural es inútil; se toman, dicen, las apariencias por realidades; poco les importan la historia y las leyes del sentido común. En nombre de su sistema que llaman Naturalismo, niegan lo que no pueden explicar, declaran que diez y nueve siglos se han engañado, y proclaman que el Creador no pudo violar las leyes de la naturaleza, lo mismo que los racionalistas sostienen que no existe nada que esté por encima de la razón.

¡Razón y Naturaleza!, débiles obstáculos para detener el amor del Hijo de Dios que viene en ayuda del hombre. A la razón la endereza y perfecciona por la fe; infringe las leyes de la Naturaleza, con su poder soberano, a fin de que abramos los ojos, y que nuestra fe no sea temeraria, sino apoyada en el testimonio divino que dan los milagros. Jesús resucitó verdaderamente; exulten la razón y la naturaleza, pues viene a elevar y santificar a ambas.

MARTES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Milagro. — La Palabra divina impone la fe a la creatura que le escucha; pero esta pala-

bra no se revela sin ir acompañada de todos los signos que demuestran su procedencia divina. Jesús no se llamó Hijo de Dios, sin probar que lo era verdaderamente; no exigió fe en su palabra sin garantizar esta palabra con un argumento irrefragable. Este argumento es el milagro: el milagro por el cual Dios se atestigua a sí mismo. Cuando el milagro tiene lugar, el hombre presta atención; pues sabe que sola la voluntad del Creador puede derrogar las leyes sobre las cuales se fundó la naturaleza. Si Dios declara su voluntad después del milagro, tiene derecho a la obediencia del hombre. Israel sintió que Dios le conducía, cuando la mar se abrió para darle paso, al extender Moisés su mano sobre las aguas.

Así, pues, Jesús "autor y consumador de nuestra fe", no exigió nuestra creencia en las verdades que venía a traernos sino después de testificar con milagros su misión divina. "Las obras que hago, decía, dan testimonio de mí; si no queréis creer en mí, creed en mis obras." (*San Juan*, V. 36-X. 38.)

¿Se quiere saber cuáles son las obras cuya sanción invoca de esta manera? Juan le envía a decir: "¿Sois vos el que debe venir, o debemos esperar a otro?" Como respuesta, Jesús dice a los enviados: "Id y decid a Juan lo que habéis visto y oído; los ciegos ven; los cojos andan; los leprosos son curados; los sordos oyen; los muer-

tos resucitan; los pobres son evangelizados." *(S. Luc.,* VII, 22.)

Tal es el motivo de nuestra fe. Jesús ha obrado como señor de la naturaleza, y después de mostrarse Hijo de Dios en sus obras, exigió que le reconociéramos por tal en sus palabras. ¡Oh, cuán "creíble es su testimonio"! *(Ps.* XCII). ¿En quién creeremos, si no creemos en El? ¡Y qué responsabilidad para los que se negaran a creer! Escuchémosle cuando habla a esos espíritus soberbios que a la vista de sus milagros no se han vuelto dóciles a sus enseñanzas: "Si no hubiese hecho yo—dice—en medio de ellos las obras que nunca hizo nadie, estarían sin pecado." *(S. Juan,* XV, 24.) Su incredulidad les perdió; pero esta incredulidad se hizo patente cuando, siendo testigos de los milagros obrados ante sus ojos, por ejemplo, la resurrección de Lázaro, renegaron al reconocer la divinidad del personaje que daba testimonio con tales obras.

El testimonio de la Historia. — Pero Jesús resucitado va a subir al cielo dentro de unos días; los milagros que obraba van a cesar en la tierra; su Palabra, objeto de nuestra fe, ¿quedará, pues ya sin su testimonio? No hay que pensarlo. ¿No sabemos que los monumentos de la historia cuando son ciertos y comprobados, aportan tanta luz a nuestro espíritu sobre los hechos que han acontecido lejos de nuestro tiempo,

como si esos hechos hubieran tenido lugar a nuestros ojos? ¿No es una de las leyes de nuestra inteligencia, uno de los fundamentos de nuestra certeza racional, asentir al testimonio de nuestros semejantes, cuando reconocemos con evidencia que no han sido ni engañadores ni engañados? Los prodigios realizados por Jesús, en confirmación de la doctrina que vino a imponer a nuestra creencia, llegarán hasta la última generación humana rodeados de una certeza superior a la que garantiza los hechos más incontestables de la historia, esos hechos sobre los cuales nadie se atrevería a dudar sin pasar por insensato. No habremos sido testigos de esas maravillas; pero ellas estarán de tal forma aseguradas, que la adhesión de nuestra fe seguirá con la misma certeza, con la misma docilidad, que si hubiésemos asistido a las escenas del Evangelio.

La perpetuidad del milagro. — No obstante, Jesús que nada estima tanto como la certeza de sus milagros, quiere hacer más aún en favor de nuestra fe de la que el milagro es la base. Va a perpetuar el milagro sobre la tierra por medio de sus discípulos, para que nuestra fe se fortalezca sin cesar en su divina fuente. En estos días que conmemoramos, rodeado de sus Apóstoles, les indica en estos términos su misión: "Id, les dice, por todo el mundo: predicad

el Evangelio a toda creatura. El que creyere y se bautizare se salvará; el que no creyere se condenará." *(S. Marc.,* XVI, 15.) ¿Pero esta fe, sobre qué se apoya? Ya lo hemos dicho; pero eso no es todo; escuchadlo enseguida: "Pues, he aquí, continúa Jesús, los prodigios que acompañarán a los que creyeren: En mi nombre arrojarán los demonios, hablarán nuevas lenguas; domarán las serpientes; si bebieren algún veneno, no sentirán sus efectos; impondrán las manos a los enfermos y los enfermos sanarán." *(San Marc.,* XVI, 17.) He aquí, pues, el poder de los milagros confiado a los discípulos de Jesús. Puestos para exigir la fe divina de los que les escucharen, están ya dotados de un poder sobre la naturaleza que les mostrará a los hombres como enviados del Todopoderoso. Su palabra no será ya desde ahora su palabra, sino la de Dios; serán los intermediarios entre el Verbo encarnado y los hombres; pero nuestra fe no se detendrá en ellos; se elevará hasta el que les envió y que les acredita ante nosotros por el medio del que se sirvió para acreditarse él mismo.

Eso no es aún todo. Pesad las palabras del Salvador y observad que el don de milagros que les otorga no se detiene en ellos. Sin duda, la historia está para asegurarnos que Jesús fué fiel a su compromiso, y que los Apóstoles, al reclamar la fe de los pueblos por los dogmas que les proponían, justificaron su misión con toda

suerte de prodigios; pero el divino resucitado prometió más. No dijo: "He aquí los prodigios que acompañarán a mis Apóstoles"; sino: "He aquí los prodigios que acompañarán a los que creyeren." Aseguraba a su Iglesia por estas palabras el don de los milagros hasta el fin; hacía de ese don uno de los principales caracteres, una de las bases de nuestra fe. Antes de su pasión, llegó hasta a decir: "El que creyere en mí, hará él mismo las obras que yo hago y mayores aún." *(San Juan,* XIV, 12.)

En estos días, pone a su Iglesia en posesión de esta noble prerrogativa; y desde entonces no deberíamos sorprendernos de ver a sus santos obrar alguna vez maravillas más asombrosas que las que obró él mismo. Se compromete a ello y empeñó su palabra. ¡Tanto estima, se mantenga, se nutra y fructifique en su Iglesia, la fe que procede del milagro! Lejos, pues, de todo hijo de la Iglesia el temor, el embarazo, o la indiferencia que muestran algunos, cuando encuentran un hecho milagroso. Una sola cosa ha de preocuparnos: el valor de los testigos. Si son sinceros y esclarecidos, el verdadero católico se inclina con alegría y reconocimiento; da gracias a Jesús que se dignó de acordarse de su promesa, y que vela desde lo alto del cielo por la conservación de la fe.

MIERCOLES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LA HUMILDAD Y LA FE ANTE LA PREDICACIÓN APOSTÓLICA. — Acabamos de oirlo: el Hijo de Dios al disponerse a ir a su Padre, dijo a sus Apóstoles: "Id, enseñad a todas las naciones; predicad el Evangelio a toda creatura." Así, las naciones no oirán la palabra inmediata del Hombre-Dios; nos hablará por medio de intérpretes. La gloria y la dicha de oírle a él mismo directamente fueron reservadas a Israel; y aún la predicación de Jesús no duró más que tres años. El impío ha dicho en su orgullo: "¿Porqué hombres entre Dios y yo?" Dios podría responderle: "¿Con qué derecho querías tú obligarme a que te hablase yo mismo, cuando tú puedes estar tan seguro de mi palabra como si la hubieses oído?" ¿Debía, pues, el Hijo de Dios permanecer en la tierra hasta el fin de los siglos, para conquistar la obediencia de nuestra razón a sus enseñanzas? El que mida la distancia que separa al Creador de la creatura se horrorizará de semejante blasfemia. "Si recibimos testimonio de los hombres, el testimonio de Dios ¿no es más digno aún de nuestro respeto?" *(S. Juan,* V, 9.) ¿Hay un testimonio humano como el de los Apóstoles que se presentan a los hombres y les ofrecen como ga-

rantía de su veracidad el poder que su Maestro les dejó sobre la naturaleza que no obedece sino a Dios? Pero el orgullo de la razón puede rebelarse, puede discutir y rechazar el creer a los hombres que hablan en nombre de Dios. ¿Quién duda de ello? ¿El Hijo de Dios vivo no encontró más incrédulos que creyentes? ¿Por qué? Porque se decía Dios y no mostraba más que apariencias humanas. Había, pues, que hacer un acto de fe en él, cuando el mismo Jesús hablaba; el orgullo podía pues rebelarse y decir: "No creeré", lo mismo que lo dirá cuando los Apóstoles hablen en nombre de su Maestro. La explicación es la misma. Dios en esta vida exige de nosotros la fe; pero la fe no es posible más que con la humildad. Dios apoya su palabra con el milagro; pero siempre le es posible al hombre resistir; y he aquí por qué la fe es virtud.

Si alguno preguntare por qué Dios, al sustraer a su Hijo de la tierra, no encargó a los Angeles ejercer aquí abajo la función de doctores en su nombre, en lugar de confiar a hombres frágiles y mortales tan alta misión respecto a sus semejantes, se le podría responder que no pudiendo el hombre ser levantado de la caída a que su orgullo le había conducido, mas que por la sumisión y la humildad, era justo que el ministerio de la enseñanza divina nos fuese dispensado por órganos cuya naturaleza superior no estuviese en condiciones de estado de adular

nuestra vanidad. Fiándonos de la palabra de la serpiente, habíamos tenido el orgullo de creer que nos era posible llegar a ser tanto como dioses: el Creador, para salvarnos, nos dió la ley de someternos en adelante a los hombres que hablan en su nombre.

Esos hombres "predicarán pues el Evangelio a toda creatura"; y "el que no crea se condenará". ¡Oh Palabra divina, semilla maravillosa confiada al campo de la Iglesia, que fecunda eres! Dentro de poco tiempo la cosecha blanqueará en el campo. La fe estará por doquiera, en todas partes se encontrarán fieles. ¿Y cómo han captado la fe? "Por el oído", nos responde el gran Apóstol de las gentes. *(Rom.*, X, 17.) Escucharon la palabra y creyeron. ¡Oh dignidad y superioridad del oído durante nuestra vida mortal! Escuchad a este respecto el lenguaje admirable de S. Bernardo; nadie ha expuesto, en este mundo, mejor que él el destino de ese nuestro sentido privilegiado.

"A primera vista parecería sería más digno que la verdad entrase en nuestra alma por la vista que es el sentido más noble; pero Dios nos ha reservado esto para la otra vida cuando le veamos cara a cara, disponiendo sabiamente que ahora entre el remedio por donde entró el mal y que llegue a nosotros la vida por los pasos de la misma muerte; que la luz nos venga por las tinieblas, y el antídoto de la verdad por el ca-

mino que siguió el veneno de la serpiente. Así, el ojo enfermo será curado. El oído fué la primera puerta por donde entró la muerte y debe ser abierto el primero para dar paso a la vida. Corresponde, a su vez, al oído disponer a la vista; porque si no empezamos por creer, no podremos comprender. Porque si no creemos los misterios no los comprenderemos después. Por donde se ve es el oído medio indispensable para alcanzar el mérito y la visión será la recompensa... y para que sepas que el Espíritu Santo observa también este orden en el aprovechamiento del alma y que la forma el oído antes de alegrarla con la visión: "Oye—dice—hija y mira"[1]. Cual si dijera. ¿Por qué te preocupas de los ojos? Más te valdría preparar tus oídos. ¿Deseas ver a Cristo? pues debes primero escuchar lo que él dice, escuchar lo que se dice de El, a fin de que, cuando le veas, puedas decir: "Como lo oimos así lo hemos visto"[2]. Su claridad deslumbra; tu vista es débil, y no podrás soportarla. Podéis, sí, hablar de ella, más verla no... Que sea piadosa, fiel y vigilante; la fe purificará las manchas de la impiedad y la obediencia abrirá la puerta que cerró la desobediencia"[3].

---

1 *Ps.* XLIV, 2.
2 *Ps.* XLVII, 9.
3 *Serm.* XXVIII, sobre el *Cantar de los Cantares*.

JUEVES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

PRESENCIA DE JESÚS EN SU IGLESIA. — Los Apóstoles han recibido su misión, el soberano Maestro les dió la orden de repartirse las provincias de la tierra, y de predicar por todo el mundo el "Evangelio", es decir, la "buena-nueva", la nueva de salvación para los hombres adquirida por el Hijo de Dios encarnado, crucificado y resucitado de entre los muertos. ¿Pero cuál será el punto de apoyo de esos humildes judíos transformados de repente en conquistadores a cuya vista se presenta el mundo entero? Ese punto de apoyo es la promesa solemne que les hace en estos días, cuando después de haberles dicho: "Id, enseñad a todas las naciones", añade: "He aquí que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos." *(S. Matth.*, XXVIII, 20.) Así, se compromete a no dejarles nunca, a presidirles y a conducirles siempre. No le verán más en esta vida; pero saben que continuará en medio de ellos.

Pero los Apóstoles con los que Cristo se ha comprometido a residir, a quienes él preservará de toda caída y de todo error en la enseñanza de su doctrina, los Apóstoles no son inmortales. Se les verá sucesivamente dar testimonio de su Maestro con su sangre, y desapare-

cer de este mundo. ¿Estamos, pues, condenados a la incertidumbre, a las tinieblas, que son patrimonio de aquellos sobre los que cesó de derramar sus rayos la luz?

Tranquilicémonos con la palabra de Jesús. No ha dicho a sus Apóstoles: "He aquí que yo estoy con vosotros hasta el fin de vuestra vida"; ha dicho: "hasta la consumación de los siglos". Aquellos a quienes hablaba en este momento debían, pues vivir tanto como el mundo. Que es como decir que los Apóstoles debían tener sucesores, en los cuales se perpetuarían sus derechos, sucesores a los que Jesús no cesaría de asistir con su presencia y de sostener con su poder. Debería de ser imperecedera la obra que Dios, en su amor a los hombres, había erigido con el precio de su sangre. Jesús, con su presencia entre sus Apóstoles, preservaba su enseñanza de todo error; con su presencia dirigirá también hasta el fin la enseñanza de sus sucesores.

La infalibilidad. — ¡Oh don precioso e imperecedero el de la infalibilidad en la Iglesia! Don sin el cual no habría surtido efecto la misión del Hijo de Dios. Don por el que la fe, este elemento esencial de la salvación humana se conserva sobre la tierra. Si, ya tenemos la promesa; y los efectos de esta promesa son visibles, aún a los ojos de los que no tienen la dicha de creer. ¿Quién de buena fe, no podrá reconocer la mano divina

en la perpetuidad del símbolo católico en este mundo en que todo cambia, en que nada ha podido permanecer estable? ¿Es natural que una sociedad que tiene por lazo de unión la unidad en los pensamientos atraviese los siglos, sin perder nada y sin tomar nada de lo que la rodea? ¿Que haya estado sucesivamente expuesta a mil sectas nacidas de su seno, y que haya triunfado de todas, sobrevivido a todas, gloriándose de proclamar el último día de mundo los mismos dogmas que profesaba el día que salió de las manos de su divino iniciador? ¿No es un prodigio inaudito el que centenares de millones de hombres, diferentes en origen, costumbres, e instituciones, frecuentemente hostiles los unos a los otros, se uniesen en igual sumisión a una misma autoridad, que con sola su palabra gobierna su razón en las cosas de fe?

¡Qué grande es la fidelidad a tus promesas oh Jesús! ¿Quién no sentirá tu presencia en medio de la Iglesia, dominando los elementos contrarios, y haciéndose sentir por este imperio irresistible y dulce que contiene al orgullo y a la movilidad de nuestro espíritu bajo tu amado yugo? ¡Y son hombres, hombres como nosotros, que regulan y gobiernan nuestra fe! Ved al sucesor de Pedro, infalible en lo tocante a la fe, y cuya palabra soberana recorre el mundo entero, unificando los pensamientos y sentimientos, disipando las dudas y apaciguando

las controversias. Ved el cuerpo venerado del Episcopado unido a su Jefe, y recibiendo de esta unión una fuerza invencible en la proclamación de una misma verdad en todas las regiones del mundo. Sí, así es: los hombres se han hecho infalibles, porque Jesús está con ellos y en ellos. En cuanto a lo demás, serán hombres semejantes a los otros, pero la cátedra sobre la que se sientan está sostenida por el brazo mismo de Dios y es la cátedra de la verdad sobre la tierra.

¡Oh triunfo de nuestra fe, nacida en el milagro que impera sobre la naturaleza, y dirigida, iluminada, conservada por este otro milagro que desafía todas las experiencias de la sabiduría humana! ¡Qué de maravillas obró nuestro Maestro resucitado en el curso de aquellos cuarenta días que se digna darnos ahora! Hasta entonces lo había preparado; ahora lo consuma. ¡Alabanza, acción de gracias a su divina solicitud por sus ovejas! Si exigió de ellas la fe, como primer homenaje a su sumisión, podemos decir que hizo el sacrificio tan atrayente a la rectitud de su corazón como meritorio a su humilde razón.

VIERNES

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La fe. — Bendito sea nuestro Salvador resucitado que nos ha dicho estos días: "El que crea y sea bautizado, se salvará." Gracias a su mise-

ricordia, nosotros creemos y hemos sido regenerados en el santo Bautismo; estamos, pues, en el camino de la salvación. Es verdad que la fe no nos salvará sin las obras; pero las obras también sin la fe serán incapaces de merecernos la salvación. ¡Con qué alegría no debemos dar gracias a Dios que ha producido en nosotros por su gracia, ese don inenarrable, primera prenda de nuestra bienaventuranza eterna! ¡con qué cuidado no debemos velar para conservarlo intacto, para acrecentarlo con nuestra fidelidad!

La fe tiene sus grados, como las demás virtudes; nuestra oración debe pues ser frecuentemente la de los Apóstoles de Jesús: "Señor, aumentad en nosotros la fe." *(S Luc.,* XVII, 5.)

Estamos llamados a vivir en un siglo en que la fe ha disminuído en la mayor parte de los que creen; y es uno de los mayores peligros que pueden asaltar al cristiano en este mundo.

Cuando la fe es lánguida, la caridad no puede menos de entibiarse. Jesús pregunta a sus discípulos si piensan que, en su último advenimiento, encontrará fe sobre la tierra. *(S. Luc.,* XVII, 8.) ¿No es de temer que seamos vecinos a esta época en que los corazones estarán como paralizados por la falta de fe?

La fe procede de la voluntad movida por el Espíritu Santo. Se cree, porque se quiere creer; y he aquí la razón de por qué la felicidad está en la fe. El ciego a quien Jesús da la vista, exhor-

tado por él a creer en el Hijo de Dios, responde: "¿Quién es él, para que crea en él?" *(S. Juan,* IX, 36.) Así, debemos estar dispuestos ante el objeto de nuestra fe. Creer, a fin de conocer lo que no conoceríamos sin la fe; entonces Dios se manifiesta a nuestro pensamiento y a nuestro corazón.

La fe y la razón. — Pero encontraréis cristianos que se escandalizan de las santas audacias de la fe. Nos hablan sin cesar de los derechos de la razón; reprochan a los fieles el desconocer su dignidad, su extensión, su origen divino. Apresúrense, pues, los fieles a responderles: "Estamos lejos de negar la razón: la Iglesia nos obliga a reconocer en nosotros la existencia de una luz natural; pero al mismo tiempo nos enseña que esta luz, obscurecida por efecto de la caída original, es incapaz, aunque hubiese quedado en su integridad, de descubrir por solas sus fuerzas el fin al que está llamado el hombre, y los medios para llegar a él. Solamente la fe puede establecer al hombre en condiciones para el destino al que le llamó la bondad divina."

Otros creen que el cristiano llegado a la edad del desarrollo de la razón, tiene cierta libertad de suspender el ejercicio de la fe, para examinar si es razonable continuar creyendo. ¡Cuántos naufragan en el escollo que les presenta este

prejuicio culpable! La Santa Iglesia sin embargo ha enseñado desde los Apóstoles hasta nuestros días, y continuará enseñando hasta el fin de los siglos, que el niño que, al mismo tiempo que el Bautismo recibió la fe infusa en su alma, es para siempre miembro de Jesucristo, hijo de su Iglesia; y que si, al tener uso de razón, se entabla en él un combate entre la fe y la duda, recibe la gracia para disipar la duda por medio de la fe y arriesgaría su salvación con la pérdida de su creencia. Seguramente que la Iglesia no le prohibe confirmar su fe por la ciencia; lejos de eso; pues entonces no cesa de creer. Es "la fe quien busca la inteligencia", según S. Anselmo, y la encuentra como recompensa.

Hay otros que admiten que en el seno mismo de la sociedad cristiana pueden existir filósofos, es decir, hombres extraños a la fe, que profesan sobre Dios y sobre su creatura una enseñanza en que la palabra revelada no sirve para nada, una moral desprovista del elemento sobrenatural. Hay cristianos que aceptan a estos filósofos, les alaban y les honran, les reconocen más o menos implícitamente el derecho de tal personalidad. ¡Ciegos, que no ven que están en presencia del apóstata! ¡que no sienten el escalofrío que experimentaron todos los hijos de la Iglesia, cuando Juliano, queriendo en vano lavarse de la huella imborrable del bautismo, se declaró filósofo a los ojos de una generación nacida de los Mártires!

PELIGROS PARA LA FE. — ¿Hemos de hablar de los tristes efectos que produce en la fe el trato con los herejes, las complacencias peligrosas que entraña, los gérmenes deplorables que hace surgir en gran número de espíritus? El esquema trazado por S. Juan, en su segunda Epístola *(II. S. Juan,* X, II), se les está olvidando; y recordarle solamente sería ya para muchos motivo de escándalo. ¿No está demasiado claro en la facilidad con que se contraen esos matrimonios mixtos que comienzan por profanar el sacramento, y conducen suavemente al indeferentismo a la parte católica, a quien la seducción o los cálculos humanos condujeron por caminos tan poco seguros?

¿Cómo excitaríamos los ánimos si, en nuestro país, hablásemos como habló en Londres un ilustre apóstol de la piedad católica?

Tomémonos al menos la libertad de repetirlo valiéndonos de sus palabras. "El antiguo odio a la herejía va haciéndose raro; se pierde la costumbre de mirar a Dios como la única fuente de verdad, de manera que la existencia de las herejías no es ya asunto de espanto. Se tiene ya por cierto que Dios no debe hacer nada que nos sea penoso, y que su Autoridad no debe tomar ninguna forma desagradable u ofensiva para la libertad de sus criaturas. Como el mundo ha rechazado las ideas exclusivas, es necesario que Dios siga el progreso, y deje a un lado los prin-

cipios observados hasta ahora en su gobierno para con nosotros.

"Así es como la discordia y el error en religión, han concluído por llegar a ser menos odiosas y alarmantes, simplemente porque nos hemos acostumbrado a ellas. Es necesaria cierta osadía de corazón y de inteligencia, para creer que toda una gran nación obre mal, o que todo un siglo pueda marchar ladeado. Pero la teología, en su sencillez, proclama altamente al mundo entero como pecador, y no encuentra dificultad en no asignar a la verdadera Iglesia más que una porción moderada de población del globo. La creencia de la facilidad de salvación fuera de la Iglesia es muy dulce si tenemos parientes o amigos en los lugares donde domina la herejía; además, si queremos admitir esa máxima, el mundo nos perdonará una multitud de errores y de supersticiones, y nos hará el honor de cumplimentarnos por nuestra religión, como un producto literario o filosófico de nuestra era más bien que como un don de Dios. ¿Es esa una ventaja tan grande para que tantas gentes se hallen prendadas de ella y la paguen tan cara y sin pensar? Es evidente que esa creencia disminuye nuestra estimación a la Iglesia, y debilita nuestro anhelo de convertir a los demás. Los que hacen menos uso del sistema de la Iglesia, son naturalmente los que la conocen y estiman menos, y no se encuentran por tanto en estado de juz-

garla; y esos son precisamente los primeros que hacen generosamente el sacrificio de las prerrogativas de la Iglesia a las exigencias de la molicie y del indiferentismo moderno (William Faber-conferencias Espirituales-*El cielo y el infierno.)*

LA FE Y LAS PRÁCTICAS RELIGIOSAS. — Señalemos aún como una de las muestras de decadencia del espíritu de fe en un gran número de los que cumplen por otra parte con los deberes del cristiano, el olvido, la ignorancia misma de las prácticas más recomendadas por la Iglesia. ¡Cuántas casas habitadas exclusivamente por católicos en las que en vano se encontrará una gota de agua bendita, el cirio de la Candelaria, el ramo consagrado el Domingo de Ramos: objetos sagrados y protectores que los hugonotes del siglo XVI perseguían con tanto furor, y que nuestros padres defendieron con el precio de su sangre!

¡Qué desconfianza en muchos de nosotros, si se nos habla de milagros que no están consignados en la Biblia! ¡Qué soberbia incredulidad, si se oye decir algo de los fenómenos de la vida mística, de los éxtasis, de los raptos, de las revelaciones privadas! ¡Qué revuelos levantan los relatos heroicos de la penitencia de los santos o las prácticas más sencillas de mortificación corporal! ¡Qué protestas contra los nobles sacrifi-

cios que la gracia inspira a tantas almas elegidas que impulsa en un momento a romper los lazos más queridos y más dulces, para ir a sepultarse, víctimas voluntarias, detrás de las rejas de un monasterio! El espíritu de fe revela al verdadero católico toda la belleza, toda la conveniencia, toda la grandeza de esas prácticas y de esos actos; pero la ausencia de este espíritu es causa de que muchos no vean más que exageración, inutilidad y manía.

La fe se nutre del creer; pues creer es su vida. No se limita pues a adherirse al símbolo extricto promulgado por la Iglesia. Sabe que esta Esposa de Jesús posee en su seno todas las verdades, aunque no las declare siempre solemnemente y bajo pena de anatema.

La fe presiente el misterio no declarado aún; antes de creer por deber, cree piadosamente. Un imán vehemente le atrae hacia está verdad que parece dormitar aún; y cuando llega, aparece en todo su esplendor el dogma por decisión suprema, se asocia con tanta más alegría al triunfo de la palabra revelada desde el principio, cuanta que le tributó el más fiel homenaje en el tiempo en que aún la obscuridad la tenía velada a las miradas no tan puras y penetrantes como las suyas.

SABADO

DE LA CUARTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

LA TEOLOGÍA MARIANA. — El Sábado evoca el grato y querido recuerdo de María. El sábado último al finalizar la semana consagrada a meditar sobre el establecimiento de la Iglesia por el Salvador resucitado, hemos contemplado las relaciones que unen los destinos de la Esposa de Cristo y los de María. Durante la semana que termina hoy, hemos considerado a Nuestro Señor Jesucristo confiando a sus apóstoles el depósito de su doctrina, objeto de nuestra fe; rindamos homenaje particular a los dogmas que los revela sobre las grandezas y el ministerio de aquella que escogió para ser su Madre y la Madre del género humano.

La Santa Iglesia enseña a sus hijos muchas verdades referentes a María; y estas verdades son objeto de nuestra fe, por el mismo título que las otras que se contienen en el Símbolo. Por tanto, no pueden ser objeto de fe sino por cuanto fueron reveladas por boca misma de Cristo. La Iglesia de nuestros días las ha recibido de la Iglesia de los primeros siglos, y aquella de los Apóstoles a quienes se las confió su Maestro. No ha habido revelación nueva después de la Ascensión del Redentor; la manifestación de todos los dogmas trasmitidos a la Iglesia y promulgados

por ella se remonta, pues, a las enseñanzas de Jesús, a sus Apóstoles; y por esta razón nosotros les tributamos la adhesión de nuestra fe teologal adhesión reservada a las verdades directamente reveladas por Dios en la tierra.

¡Es emocionante el afecto del Hijo de Dios para con su Madre, cuando su palabra, después de haber manifestado a los Apóstoles los secretos de la esencia divina, la Trinidad en la unidad, la generación eterna del Verbo en el seno del Padre, la eterna procesión del Espíritu Santo producido por el Padre y el Hijo, la unión de dos naturalezas en una sola persona en el Verbo encarnado, la redención del mundo por la sangre divina, la gracia que repara al hombre caído y le eleva al estado sobrenatural; cuando esta palabra reveladora—decimos—se emplea para hacer resaltar las prerrogativas de una simple creatura, cuyas grandezas deben ser aceptadas por nuestra razón sumisa, por el mismo título que los dogmas que nos revelan la naturaleza misma de Dios! Jesús sabiduría dél Padre, vencedor de la muerte, nos ha revelado la dignidad de María por la misma boca que nos manifestaba quién era él mismo; nosotros creemos lo uno y lo otro con una misma fe, porque El lo ha dicho.

Así Jesús dice a sus Apóstoles, quienes lo han confiado a la Iglesia, bajo la custodia del Espíritu Santo: "María, mi Madre, desciende de Adán y de Eva, según la carne; pero la mancha ori-

ginal no la ha mancillado. El decreto, en virtud del cual toda criatura humana es concebida en el pecado, ha sufrido por ella una excepción. Desde el primer instante de su concepción fué llena de gracia. Jeremías y Juan Bautista fueron santificados en el seno de sus madres; María ha sido inmaculada desde el primer momento de su existencia."

Jesús ha dicho también a sus Apóstoles, con orden de repetirlo a su Iglesia: "María es verdaderamente Madre de Dios, y debe ser honrada con esta prerrogativa por toda criatura; porque ella me ha concebido verdaderamente y dado a luz en mi naturaleza humana, que no forma más que una sola persona con mi naturaleza divina."

Jesús ha dicho también a sus Apóstoles, con orden de trasmitirlo a su Iglesia: "María, mi Madre, me ha concebido sin dejar de ser virgen, y me ha dado a luz sin que su virginidad haya sufrido ningún detrimento."

De este modo, la Concepción inmaculada de María que es la preparación de su destino sublime, su divina Maternidad que constituye en ella el fin divino, su perpetua virginidad, que la comunica un inefable esplendor: estos tres dogmas inseparables, objeto de nuestra fe, fueron directamente manifestados por Jesucristo a sus Apóstoles; y la Santa Iglesia no ha hecho sino repetirlos después de ellos, que los repitieron después de su divino Maestro.

Pero el Salvador ¿no ha manifestado también otras prerrogativas de su augusta Madre, prerrogativas que son la consecuencia de los tres dones magníficos que acabamos de enumerar? Pidamos a la Iglesia lo que ella cree a este respecto, lo que ella enseña por su doctrina y por su práctica, tan infalible como su doctrina. Todo lo que se desenvuelve en ella bajo la acción del Espíritu Santo tiene por germen la palabra divina pronunciada en los principios. Por tanto, no debemos dudar que el Redentor haya revelado a los Apóstoles su deseo de elevar a los honores de Reina de toda la creación, de Mediadora de los hombres, de dispensadora de la gracia, de cooperadora de la salvación, a aquella a quien los tres dones incomunicables la subliman tanto sobre todo lo que la potencia divina ha creado. Sin duda ninguna todas estas magnificencias fueron conocidas por los Apóstoles; ellas fueron objeto de su admiración y de su amor; y nosotros puestos en posesión de estos mismos tesoros de verdad y de consolación por la Santa Iglesia, nos deleitamos después de ellos. El hijo de María no debía subir a la diestra de su Padre antes de haber proclamado al mundo las grandezas de aquella que había escogido por Madre y que amaba como hijo y como Dios.

¡Cuáles serían, oh María, los sentimientos de tu incomparable humildad, cuando Jesús manifestó tus excelencias a estos hombres mortales

cuya veneración te rodeaba, pero que sólo un Dios podía iniciar en las maravillas de tu persona y de tu misión! "¡Oh Ciudad de Dios, qué cosas tan admirables fueron referidas de ti!"[1] Si en otro tiempo, cuando un Angel te saludó "llena de gracia y bendita entre todas las mujeres", tu modestia se inmutó con tales elogios; ¿con qué turbación no recibirás hoy los homenajes de los Apóstoles inclinándose ante tu dignidad de Madre de Dios, siempre Virgen, inmaculada en tu Concepción? Pero sería en vano, oh María que quisieses rehusar los honores que te son debidos, y que tú rechazas en lo más profundo de tu humildad. Debe cumplirse el oráculo que tus labios inspirados pronunciaron en otro tiempo en la casa de Zacarías. Si el Señor ha contemplado en ti "la bajeza de su sierva", es también necesario que "todas las generaciones te proclamen bienaventurada". Ha llegado el momento; dentro de algún tiempo la predicación evangélica comenzará su curso. Tu nombre, tu misterio y tus grandezas forman parte esencial del Símbolo que debe ser llevado por todo el mundo. Durante mucho tiempo tu gloria ha permanecido oculta por el misterio; Jesús quiere que esta nube se disipe, y que aparezcas a los ojos de los pueblos como la Madre de Dios, que queriendo salvar la obra de sus manos, no ha desdeñado venir a tomar ser humano en tu seno. Déjanos,

[1] *Salm.* LXXXVI, 5.

oh dulce Madre nuestra, augusta Reina nuestra, unirnos cordialmente a los primeros homenajes que te rinde el colegio apostólico, cuando Jesús le reveló tus grandezas.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

La institución de los Sacramentos. — Hemos visto a Jesús constituir su Iglesia y poner en manos de los apóstoles el depósito de verdades que serán objeto de nuestra fe. Hay otra obra no menos importante para el mundo, en la que pone sus cuidados durante este último período de su permanencia sobre la tierra: es la institución definitiva de los Sacramentos. No basta creer; es necesario también que nos santifiquemos es decir nos hagamos conformes a la santidad de Dios; es necesario que la gracia, fruto de la redención, descienda a nosotros, se incorpore a nosotros, para que llegando a ser los miembros vivos de nuestro divino Jefe, podamos ser coherederos de su reino. Así pues, por medio de los sacramentos Jesús obrará en nosotros esta maravilla de la justificación, aplicándonos los méritos de su Encarnación y de su Sacrificio por los medios que El ha decretado en su poder y en su sabiduría.

FUENTES Y CANALES DE LA GRACIA. — Como soberano señor de la gracia es libre de determinar las fuentes por las que la hará descender sobre nosotros; a nosotros nos toca conformarnos a su voluntad. Cada uno de los Sacramentos será, pues, una ley de su religión, de manera que el hombre no podrá pretender recibir los efectos que el Sacramento está destinado a producir si desdeña o retarda cumplir las condiciones según las cuales opera. Admirable economía que concilia en un mismo acto, la humilde sumisión del hombre con la más pródiga largueza de la munificencia divina.

Hemos mostrado hace algunos días, cómo la Iglesia, sociedad espiritual era al mismo tiempo una sociedad visible y exterior, ya que el hombre a la que está destinada está compuesto de cuerpo y alma. Jesús, al instituir sus Sacramentos, asigna a cada uno su rito esencial; y este rito es exterior y sensible. El Verbo, al tomar carne, ha hecho de ella, en su Pasión sobre la cruz, el instrumento de nuestra salvación: por la sangre de sus venas nos ha rescatado; prosiguiendo este plan toma los elementos de la naturaleza física como auxiliares en la obra de nuestra justificación. Los eleva al estado sobrenatural y les hace conductores fieles y omnipotentes de su gracia hasta lo más íntimo de nuestras almas. De este modo se aplicará hasta sus últimas consecuencias el misterio de la Encar-

nación, que ha tenido como fin elevarnos, por las cosas visibles, al conocimiento y a la posesión de las invisibles. De este modo es quebrantado el orgullo de Satanás, que despreciaba la criatura humana, porque el elemento material se unía en ella a la grandeza espiritual, y que rehusó para su eterna desdicha, doblar la rodilla ante el Verbo hecho carne.

Al mismo tiempo, los sacramentos, siendo signos sensibles, formaron un nuevo lazo entre los miembros de la Iglesia ya unidos entre sí por la sumisión a Pedro y a los Pastores que él envía, y por la confesión de una misma fe. El Espíritu Santo nos dice en las Santas Escrituras que "el lazo triple difícilmente se rompe"[1]; por tanto así es este que nos liga a la gloriosa unidad de la Iglesia: Jerarquía, Dogma y Sacramentos, todo contribuye a hacer de nosotros un solo cuerpo. Del septentrión al mediodía, de oriente a occidente, los Sacramentos proclaman la fraternidad de los cristianos; son en todos los lugares su señal de reconocimiento y el distintivo que les designa a los ojos de los infieles. Por este fin estos Sacramentos son idénticos para todas las razas bautizadas, cualquiera que sea la variedad de fórmulas litúrgicas que acompañan su administración; por doquier el fondo es el mismo y se produce la misma gracia bajo los mismos signos esenciales.

[1] *Eccles.*, IV, 12.

EL SEPTENARIO SAGRADO. — Jesús resucitado escoge siete para el número de sus sacramentos. Sabiduría eterna del Padre, nos revela en el Antiguo Testamento, que se construirá una casa, que es la Santa Iglesia, y añade que la cimentará sobre siete columnas [1]. Esta Iglesia la simboliza ya en el tabernáculo de Moisés y ordena que un candelabro de siete brazos cargados de flores y de frutos, ilumine día y noche el Santuario [2]. Si arrebata al cielo en éxtasis a su discípulo amado es para mostrarse a él rodeado de siete candelabros y teniendo siete estrellas en su mano [3]. Si se manifiesta con las apariencias de Cordero vencedor, este Cordero tiene siete cuernos, símbolo de su fuerza, y siete ojos que indican la amplitud infinita de su ciencia [4]. Cerca de él está el libro que contiene los destinos del género humano, y este libro está sellado con siete sellos que el Cordero sólo puede levantar [5]. Ante el trono de la Majestad divina el discípulo ve siete Espíritus bienaventurados resplandecientes como siete lámparas [6], atentos a las menores órdenes de Dios, y prestos a llevar su palabra hasta los últimos límites de la creación.

---

1 *Prov.*, IX, 1.
2 *Exod.*, XXV, 3.
3 *Apoc.*, I, 12, 16.
4 *Ibid.*, V, 6.
5 *Ibid.*, 5.
6 *Apoc.*, IV, 5.

LOS SIETE PECADOS CAPITALES. — Si ahora nos volvemos hacia el reino de las tinieblas vemos al espíritu del mal ocupado en remedar la obra divina y usurpando el número siete para mancillarle consagrándole al mal. Siete pecados capitales son el instrumento de su victoria sobre el hombre; y el Señor nos ha advertido que cuando Satanás en su furor se lance sobre un alma, toma con él siete espíritus de los más perversos del abismo. Sabemos que Magdalena, afortunada pecadora, no recobró la vida del alma sino después que el Salvador hubo expulsado de ella siete demonios. Esta provocación del espíritu del orgullo forzará a la cólera divina, cuando caiga sobre el mundo pecador, a imprimir el número siete hasta sus justicias. San Juan nos enseña que siete trompetas, tocadas por siete Angeles, anunciarán las convulsiones sucesivas de la raza humana [1], y que otros siete Angeles verterán sucesivamente sobre la tierra pecadora siete copas colmadas de la cólera de Dios [2].

Nosotros, pues, que queremos ser salvos y gozar de la gracia en este mundo y en la otra de la visión de nuestro Maestro resucitado, acojamos con respeto y reconocimiento el Septenario misericordioso de sus Sacramentos. En este número sagrado ha sabido encerrar todas las formas de su gracia. Sea que él vele en su bondad para

[1] *Ibid.*, VIII, 2.
[2] *Ibid.*, XV, 1.

hacernos pasar de la muerte a la vida, por el bautismo y la penitencia; sea que se aplique a sostener en nosotros la vida sobrenatural y a consolarnos en nuestras pruebas, por la Confirmación, la Eucaristía y la Extrema-Unción; sea en fin que provea al ministerio de su Iglesia y a su propagación por el Orden y el Matrimonio: no se encontrará una necesidad del alma, una indigencia de la sociedad cristiana, que no haya llenado por medio de las siete fuentes de la regeneración y de la vida que tiene abiertas para nosotros y que no cesa de hacer correr sobre nuestras almas.

Los siete sacramentos bastan para todo; uno solo que faltase, la armonía se destruiría. Las Iglesias de Oriente, separadas de la unidad católica después de tantos siglos, confiesan con nosotros el septenario sacramental; y el protestantismo, al poner sobre este número su mano pecadora, ha demostrado con esto, como en todas sus otras reformas pretendidas, que le falta el sentido cristiano. No nos admiremos; la teoría de los sacramentos se impone en toda su totalidad a la fe; primeramente, la humilde sumisión del fiel debe acogerla como dimanando del soberano Maestro; cuando ella se aplica al alma, su magnificencia y su eficacidad divina se revelan, entonces nosotros comprendemos, porque hemos creído. *Credite et intelligetis.*

El bautismo. — Hoy, consagramos nuestra admiración y nuestro reconocimiento al primero de los Sacramentos, al bautismo. El tiempo pascual nos le presenta en toda su gloria. Le hemos visto en el Sábado Santo, colmando los votos del feliz catecúmeno y alumbrando para la patria celestial a pueblos enteros. Pero este misterio había tenido su preparación. En la fiesta de Epifanía adoramos a Emmanuel descendiendo sobre las aguas del Jordán y comunicando al elemento por el contacto de su carne, la virtud de purificar todas las máculas del alma. El Espíritu Santo viene a descansar sobre la cabeza del Hombre-Dios y a fecundar con su influjo divino el elemento regenerador, mientras que la voz del Padre celestial resonaba en la nube, anunciando la adopción que él se dignaría hacer de los bautizados, en su Hijo Jesús, objeto de su eterna complacencia.

Durante su vida mortal, el Redentor se explica ya delante de un doctor de la ley sobre sus misteriosas intenciones: "Aquel—dice—que no fuere regenerado en el agua y en el Espíritu Santo no podrá entrar en el reino de Dios"[1]. Según su costumbre casi constante, anuncia lo que debe hacer en el futuro, pero todavía no lo cumple; nosotros solamente sabemos que no habiendo sido puro nuestro primer nacimiento, El nos

[1] *S. Juan*, III, 5.

prepara uno segundo que será santo y del que el agua será el instrumento.

Pero en estos días ha llegado el momento en el que va a declarar el poder que ha dado a las aguas de producir la adopción proyectada por el Padre. Dirigiéndose a sus Apóstoles les dice con la majestad de un rey que promulga la ley fundamental de su imperio: "Id, enseñad a todas las naciones; bautizadlas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo"[1]. La salvación por las aguas, con la invocación de la Santísima Trinidad, tal es el beneficio capital que anuncia al mundo; porque dice también: "El que creyere y fuere bautizado se salvará"[2]. Revelación llena de misericordia para con la raza humana; inauguración de los sacramentos por la declaración del primero, de aquel que según la expresión de los Padres, es la puerta de todos los demás.

Saludemos con amor, este augusto misterio nosotros que le debemos la vida de nuestras almas, con el sello eterno y misterioso que hace de nosotros los miembros de Jesús. San Luis, bautizado en la desconocida pila de Poissy, se complacía en firmar Luis de Poissy, considerando la fuente bautismal como una madre que la había engendrado a la vida celestial, y olvidando su origen real para no acordarse más que

[1] S. *Mateo,* XXVIII, 19.
[2] S. *Marcos,* XVI, 16.

de el de hijo de Dios. Nuestros sentimientos deben ser los mismos que los de este santo rey.

Pero admiremos la condescendencia de Jesús resucitado, cuando instituyó el más indispensable de los sacramentos. La materia que escogió es la más común; la más fácil de encontrar. El pan, el vino, el aceite de oliva, no se encuentran siempre en todas las partes de la tierra; el agua corre por doquier; la providencia de Dios la ha multiplicado bajo todas las formas, para que el día señalado, la fuente de regeneración estuviese al alcance en todas partes para el hombre pecador.

Sus demás Sacramentos el Salvador se los ha confiado al sacerdocio, el cual sólo tiene poder para administrarlos; no ocurre lo mismo con el bautismo. Todo fiel puede ser el ministro sin distinción de sexo ni de condición. Más aún, todo hombre, aunque no sea miembro de la Iglesia cristiana, puede conferir a su semejante, por medio del agua y la invocación de la Santa Trinidad, la gracia bautismal que no posee él con la única condición, de querer cumplir seriamente en este acto lo que hace la Iglesia, cuando ella administra el sacramento del Bautismo.

Y más aún. Puede faltar este ministro del sacramento al hombre que va a morir; la eternidad se va a abrir para él sin que la mano de otro se levante para derramar sobre su cabeza el agua purificadora; el autor divino de la rege-

neración de las almas no le abandona en este momento supremo. Que rinda homenaje al santo Bautismo, que le desee con todo el ardor de su alma, que entre en los sentimientos de una compunción sincera y de un verdadero amor; después si muere: la puerta del cielo se le ha abierto por el bautismo de deseo.

Pero el niño que aún no tiene uso de razón y que la muerte va a segar en algunas horas ¿ha quedado olvidado en esta munificencia general? Jesús ha dicho: "Aquel que creyere y fuere bautizado se salvará, entonces ¿cómo obtendrá la salvación este ser débil que va a extinguirse, cargado con la falta original e incapaz de la fe? Tranquilizaos. El poder del bautismo se extiende hasta él. La fe de la Iglesia—que le quiere por hijo—le va a ser imputada; que se derrame el agua sobre su cabeza en nombre de las tres divinas personas, y será cristiano para siempre. Bautizado en la fe de la Iglesia, esta fe es ahora personal en él, con la esperanza y la caridad; el agua sacramental ha producido esta maravilla. Que expire ahora: el reino de los cielos es para él.

Tales son, oh Redentor los prodigios que operas en el primero de tus sacramentos, por el efecto de esta voluntad sincera que tienes de la salvación de todos; de manera que aquellos en quienes esta voluntad no se realiza, no se excluyen de la gracia de la regeneración sino de

resultas del pecado cometido anteriormente, pecado que tu eterna justicia no te permite prevenir siempre en sí mismo, o reparar en sus consecuencias. Pero tu misericordia viene en su ayuda; ella tiende sus redes e innumerables justos caen en ellas. El agua santa corre hasta sobre la frente del niño que agoniza entre los brazos de una madre pagana y los ángeles abren sus coros para recibirle. Ante tantas maravillas, sólo nos queda exclamar con el Salmista: "Nosotros que poseemos la vida bendigamos al Señor."

El cuarto domingo después de Pascua se llama en la Iglesia griega el *Domingo de la Samaritana,* porque se lee el pasaje del Evangelio en que se refiere la conversión de esta mujer.

La Iglesia Romana comienza hoy en el Oficio de la noche la lectura de las Epístolas Canónicas, que se continúan hasta la fiesta de Pentecostés.

MISA

La Iglesia adoptando en el Introito uno de los más bellos cánticos del Salmista celebra con entusiasmo los beneficios que el Señor ha derramado sobre ella, convocando a todas las naciones a reconocer sus grandezas, a recibir la efusión de la santidad de quien es la fuente, la salud de aquél que ha llamado a todos los hombres.

INTROITO

Cantad al Señor un cántico nuevo, aleluya: porque el Señor ha hecho maravillas, aleluya: reveló su justicia ante la faz de las gentes, aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Le salvó su diestra: y su santo brazo. ℣. Gloria al Padre.

Colmados de los beneficios de Dios que les une en un solo pueblo por sus Sacramentos los fieles deben elevarse al amor de los preceptos del Señor y aspirar a las alegrías eternas que les promete: la Iglesia implora para ellos esta gracia en la Colecta.

COLECTA

Oh Dios, que unes las almas de los fieles en una sola voluntad: da a tus pueblos el amar lo que mandas, el desear lo que prometes: para que, entre las mundanas variedades, nuestros corazones estén fijos allí donde están los verdaderos gozos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Carísimos: Toda óptima dádiva, y todo don perfecto, procede de arriba, desciende del Padre de las luces, en el cual no hay cambio, ni sombra de mudanza. Pues El nos engendró voluntariamente con la palabra de la verdad, para que fuésemos el comienzo de su creación. Ya lo sabéis, carísimos hermanos míos. Sea, pues, todo hombre veloz para oír; pero tardo para hablar, y tardo para la ira. Porque la ira del hombre no obra la justicia de Dios. Por lo cual, rechazando toda inmundicia y todo exceso de malicia, recibid con mansedumbre la palabra inspirada, la cual puede salvar vuestras almas.

IMITAR AL PADRE. — Los favores derramados sobre el pueblo cristiano proceden de la sublime y serena bondad del Padre celestial. El es el principio de todo en el orden de la naturaleza; y si en el orden de la gracia hemos llegado a ser sus hijos, es porque él mismo nos ha enviado su Verbo consustancial, que es la Palabra de verdad, por la que hemos llegado a ser, mediante el bautismo, hijos de Dios. De aquí se deduce que debemos imitar, en cuanto es posible a nuestra flaqueza, la serenidad de nuestro Padre que está en los cielos y librarnos de esta agitación pasional que es el carácter de una vida toda terrestre, mientras que la nuestra debe ser del cielo donde Dios nos arrastra. El santo Apóstol nos exhorta a recibir con mansedumbre esta Palabra que nos convierte en lo que somos. Ella es según su doctrina un injerto de salvación hecho en nuestras almas. Si ella actúa allí, si su crecimiento no es obstaculizado por nosotros, seremos salvos.

En el primer versículo aleluyático, Cristo resucitado celebra por la voz del Salmista el poder del Padre que le ha dado la victoria en su resurrección.

El segundo, tomado de San Pablo, proclama su vida inmortal.

ANTIFONA

Aleluya, aleluya. ℣. La diestra del Señor ejerció su poder: la diestra del Señor me ha exaltado.

Aleluya. ℣. Cristo, resucitado de entre los muertos, ya no morirá: la muerte no le dominará más. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Voy a Aquel que me envió: y nadie de vosotros me pregunta: ¿Dónde vas? Sino que, porque os he dicho esto, la tristeza ha llenado vuestro corazón. Pero yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya: porque, si no me fuere, el Paráclito no vendrá a vosotros: más, si me fuere, os lo enviaré a vosotros. Y, cuando venga El, convencerá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio. De pecado ciertamente, porque no han creído en mí: y de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis: y de juicio, porque el príncipe de este mundo ya ha sido juzgado. Todavía tengo mucho que deciros: pero ahora no podéis entenderlo. Mas, cuando venga el Espíritu de verdad, os enseñará toda la verdad. Porque no hablará por sí mismo, sino que dirá todo lo que ha oído, y os anunciará lo que ha de venir. El me glorificará: porque lo recibirá de mí, y os lo anunciará a vosotros.

El anuncio del Espíritu Santo. — Los apóstoles se entristecieron cuando Jesús les dijo: "Yo me voy." ¿No lo estamos también nosotros que después de su nacimiento en Belén, le hemos seguido constantemente, gracias a la Liturgia que nos ha hecho seguir sus pasos? Todavía algunos días más, y se elevará al cielo y el año perderá ese encanto que recibía día tras día con sus acciones y con sus discursos. Con todo, no quiere que nos dejemos invadir por una excesiva tristeza. Nos anuncia que en su lugar va a descender

sobre la tierra el Consolador, el Paráclito y que permanecerá con nosotros para iluminarnos y fortificarnos hasta el fin de los tiempos. Aprovechemos con Jesús estas últimas horas; pronto será tiempo de prepararnos a recibir al huésped celestial que vendrá a reemplazarle.

Jesús, que pronunciaba estas palabras la víspera de la Pasión, no se limita a mostrarnos la venida del Espíritu Santo como la consolación de sus fieles; al mismo tiempo nos la presenta como temible para aquellos que desconocen a su Salvador. Las palabras de Jesús son tan misteriosas como terribles; tomemos la explicación de San Agustín, el Doctor de los doctores. "Cuando viniere el Espíritu Santo—dice el Salvador—convencerá al mundo en lo que se refiere al pecado." ¿Por qué? "Porque los hombres no han creído en Jesús." ¡Cuánta no será, en efecto, la responsabilidad de aquellos que habiendo sido testigos de las maravillas obradas por el Redentor no dieron fe a su palabra! Jerusalén oirá decir que el Espíritu Santo ha descendido sobre los discípulos de Jesús, y permanecerá tan indiferente como estuvo a los prodigios que le designaban su Mesías. La venida del Espíritu Santo será como el preludio de la ruina de esta ciudad deicida. Jesús añade que "el Paráclito convencerá al mundo con respecto a la justicia, porque—dice—yo voy al Padre y vosotros no me veréis más." Los Apóstoles y aquellos que cre-

yeron en su palabra serán santos y justos por la fe. Ellos creyeron en aquel que había ido al Padre, en aquel que no vieron ya en este mundo. Jerusalén, al contrario, no guardará recuerdo de El sino para blasfemarle; la justicia, la santidad, la fe de aquellos que creyeron será su condenación y el Espíritu Santo les abandonará a su suerte. Jesús dice también: "El Paráclito convencerá al mundo en lo que se refiere al juicio." Y ¿por qué?; "porque el príncipe de este mundo ya está juzgado". Aquellos que no siguen a Jesucristo tienen sin embargo un Jefe al que siguen. Este Jefe es Satanás. Así, pues, el juicio de Satanás está ya pronunciado. El Espíritu Santo advierte, pues, a los discípulos del mundo que su príncipe está para siempre sepultado en la reprobación. Que ellos reflexionen; porque añade San Agustín "el orgullo del hombre se engañaría al esperar en el perdón; que medite con frecuencia los castigos que sufren los ángeles soberbios".

En el Ofertorio el cristiano emplea las palabras de David para celebrar los beneficios de Dios para con su alma. Asocia toda la tierra a su reconocimiento y con razón; por que los favores de que es colmado el cristiano son el bien común de todo el género humano que Jesús resucitado ha llamado a tomar parte, por los Sacramentos, en las gracias de la redención.

OFERTORIO

Canta jubilosa a Dios, tierra toda, decid un salmo a su nombre: venid, y oíd, y os contaré, a todos los que teméis a Dios, cuánto ha hecho el Señor a mi alma, aleluya.

La Santa Iglesia que tiene sus delicias en la contemplación de la verdad, cuyos tesoros la prodiga Jesús resucitado, pide para sus hijos en la Secreta, la gracia de llevar una vida pura, para que puedan merecer ser admitidos a contemplar eternamente esta augusta verdad en su fuente.

SECRETA

Oh Dios, que por el sacrosanto comercio de este Sacrificio, nos has hecho partícipes de la única y suprema Divinidad: suplicámoste hagas que, así como conocemos tu verdad, así la practiquemos con costumbres dignas. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión reproduce las palabras del Evangelio que acabamos de interpretar y en las que nos es mostrada la venida del divino Espíritu como portador al mismo tiempo de recompensa para los creyentes y de castigo para los incrédulos.

COMUNION

Cuando venga el Paráclito, el Espíritu de verdad, convencerá al mundo de pecado, y de justicia, y de juicio, aleluya, aleluya.

Al ofrecer sus acciones de gracias por el divino Misterio en el que acaban de participar,

la Santa Iglesia enseña a sus hijos en la Poscomunión, que la Eucaristía tiene al mismo tiempo la virtud de purificarnos de nuestros pecados y de preservarnos de los peligros a los que vivimos expuestos.

POSCOMUNION

Asístenos, Señor, Dios nuestro: para que, por estas cosas, que hemos recibido fielmente, seamos purificados de los pecados y libertados de todos los peligros. Por el Señor.

LUNES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El don del Espíritu Santo. — Jesús resucitado concede un don inestimable a sus Apóstoles y de este don dimanarán dos Sacramentos. En la tarde de la Pascua se presenta de improviso en medio de sus Apóstoles: "La paz sea con vosotros—les dice—. Como mi Padre me ha enviado así yo os envío"[1]. Después alentó sobre ellos y les dijo: "Recibid el Espíritu Santo." ¿Qué significa este soplo que no se dirije a todo hombre sino que está reservado para algunos? Jesús lo explica inmediatamente: este soplo comunica el Espíritu Santo. El Espíritu Santo se da a los Apóstoles porque son los enviados de Jesús, del mismo modo que Jesús es el enviado del Padre.

[1] *S. Juan*, XX, 22.

Los Apóstoles reciben, pues, este Espíritu divino para comunicarle a los hombres del mismo modo que Jesús le ha comunicado a ellos. La tradición de la Iglesia completa el relato sucinto del Evangelio. Dos Sacramentos—como hemos dicho—tienen su origen en este acto de Jesús resucitado; su palabra ha determinado después las condiciones rituales bajo las cuales el doble misterio deberá realizarse.

La Confirmación. — El primero de estos dos Sacramentos es la Confirmación, por cuya institución nosotros damos hoy gracias; el segundo es el Orden, cuya dignidad consideraremos dentro de algunos días; uno y otro patrimonio glorioso del carácter episcopal que encierra para nosotros la fuente de dones que fueron conferidos a los Apóstoles para la santificación del hombre.

Es tal la importancia del Sacramento de la Confirmación para los fieles, que aquel que no ha sido señalado con él no puede ser considerado como cristiano perfecto. Ciertamente goza en virtud de su bautismo de las prerrogativas de hijo de Dios, de miembro de Jesucristo, de hijo de la Iglesia; pero el cristiano es un hombre de lucha; debe confesar su fe, ya delante de los tiranos hasta dar su sangre, ya en presencia del mundo, cuyas máximas seductoras o imperiosas buscarán llevarle a la defección, ya contra los

demonios cuya hostilidad es temible para los servidores de Cristo. El sello del Espíritu Santo impreso sobre su alma le confiere un cierto grado de fortaleza que no le da el bautismo; de ciudadano de la Iglesia que es, la Confirmación le hace Caballero de Dios y de su Cristo. Podemos ciertamente combatir y vencer con sola la armadura del Bautismo; Dios nos ha asegurado el poder, porque El sabe que el Sacramento que perfecciona al cristiano no está siempre a su alcance; pero desgraciado el imprudente que descuida la ocasión de obtener el complemento de su Bautismo. En el Sábado Santo hemos visto con qué solicitud el Obispo, cuando administraba en ese día el sacramento de la regeneración, completaba su obra dando el Espíritu Santo a todos aquellos que acababa de regenerar en el Hijo y de recibir la adopción del Padre.

Al Pontífice, en efecto, es a quien pertenece decir a todos nuestros neófitos: "Recibid el Espíritu Santo." La dignidad de este divino Espíritu no exige menos; y si a veces a causa de la necesidad, un sacerdote es llamado por el Vicario de Cristo para administrar este Sacramento, no puede realizarle de una manera válida sino con tal de emplear el crisma consagrado por el Obispo; de manera que el poder del Pontífice debe destacarse siempre en primer lugar.

¡Cuán sublime es el instante en que el Espíritu de fortaleza que confirmó a los mismos

Apóstoles, desciende sobre los neófitos arrodillados en torno al Obispo! Los brazos del Pontífice se extienden sobre ellos; derrama sobre sus almas este Espíritu que él ha recibido para comunicarle, y para que nada falte a la solemnidad del don que les va hacer, recuerda la profecía de Isaías que anuncia la bajada del Espíritu sobre el retoño de Jessé que eleva su tallo del seno de las ondas del Jordán. "¡Oh Dios!—dice— que has regenerado a tus siervos en el agua del Espíritu Santo, envía ahora del cielo sobre ellos este Espíritu con sus siete dones: Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de fortaleza, Espíritu de ciencia y de piedad, Espíritu de temor de Dios; señálales ahora con el sello de la cruz de Cristo"[1]. Entonces aparecerá el Santo Crisma, cuyas grandezas hemos celebrado el Jueves Santo. Tal es el Sacramento del Crisma—para hablar el lenguaje de la antigüedad—del Crisma en el que reside la virtud del Espíritu Santo. El Pontífice señala con él la frente de cada neófito y el Espíritu Santo imprime al mismo tiempo sobre sus almas el sello de la perfección del cristiano. Vedlos confirmados para siempre. Si escuchan, pues, la voz del Sacramento que está incorporado a ellos ninguna prueba, ningún peligro superará su valentía. El óleo con que ha sido trazada la cruz sobre su frente le ha comunicado esta fortaleza

[1] Pontifical romano, *De confirmandis*. *Isaías*, XI.

diamantina que recibió la frente del Profeta y que desafiaba todos los dardos de sus adversarios [1].

Ciertamente para el cristiano la fortaleza es la salvación; porque la vida del hombre es un combate [2]. Sean, pues, dadas alabanzas a Jesús resucitado que previendo los asaltos que nos veríamos obligados a sostener, no ha querido que permaneciésemos desiguales en la lucha, y nos ha dado en el Sacramento de la Confirmación este Espíritu que procede de él y del Padre, para que fuese nuestra fortaleza invencible. Agradezcámosle hoy el haber completado en nosotros de este modo la gracia bautismal. El Padre que se dignó adoptarnos, entregó a su propio Hijo por nosotros; el Hijo nos da el Espíritu para habitar entre nosotros: ¿qué creatura sino el hombre ha sido de este modo objeto de las complacencias de la Trinidad? Pero por desgracia el hombre es pecador, infiel; con frecuencia tantos maravillosos socorros son dispensados sobre él en vano. Tributemos homenaje a la divina bondad, manteniéndonos unidos a la Santa Iglesia; celebremos con ella con toda la efusión de nuestros corazones los misterios de misericordia que el Año litúrgico va poniendo sucesivamente ante nuestras miradas.

---

[1] *Ezequ.*, III, 9.
[2] *Job*, VII, 1.

MARTES
DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Sagrada Eucaristía. — El tercer Sacramento—el de la Eucaristía—tiene una relación muy íntima con la Pasión del Salvador, ya que su institución estuvo retardada hasta después de la resurrección. Hemos honrado en el Jueves Santo, el acto por el cual Jesús preludió el Sacrificio sangriento del día siguiente, al inaugurar el misterio de su Cuerpo y de su Sangre, verdaderamente inmolados en la Cena Eucarística. No solamente hemos visto a los Apóstoles admitidos a participar, en nombre de todas las generaciones que seguirán hasta el fin de los siglos, del alimento celestial "que da la vida al mundo"[1], sino que también hemos oído al Sacerdote eterno conferirles el poder de hacer en adelante lo que acababa de hacer El mismo. El misterio está establecido para siempre, el sacerdocio nuevo instituído; y Jesús resucitado no hace sino instruir a sus Apóstoles sobre la naturaleza y la importancia del don que se dignó hacer a los hombres en esta circunstancia, y sobre la manera de ejercer el poder que les ha conferido, cuando el Espíritu Santo bajado del cielo dé a la Iglesia el signo de usar de todas sus prerrogativas.

En la última Cena, los Apóstoles todavía groseros, preocupados del acontecimiento que se

[1] *S. Juan*, VI, 33.

iba a revelar, inquietos por las palabras de su Maestro que les había advertido que esta Pascua sería la última que celebraría con ellos, no podían comprender todo lo que Jesús había hecho por ellos, cuando les dijo: "Tomad y comed; esto es mi cuerpo; bebedlo todos; esto es mi sangre." Menos aún habían podido darse cuenta de la amplitud del poder que habían recibido de renovar el misterio que acaba de operarse ante sus ojos. Era a Jesús resucitado a quien pertenecía revelar estas maravillas y lo hace en los días en que nos encontramos. El Sacramento de la Eucaristía no es ahora instituído, pero es declarado, expuesto, glorificado por la misma boca de su divino Institutor; y ésta circunstancia contribuye a hacer más sagrado todavía el período que transcurrimos en este momento.

Entre todos los Sacramentos no hay ninguno que se le pueda comparar en dignidad; los otros nos transmiten la gracia, pero este contiene al autor mismo de la gracia; los otros son solamente Sacramentos, y este es a la vez un Sacramento y un Sacrificio. Procuraremos desenvolver todas las magnificencias en la fiesta del Santísimo Sacramento. Hoy solamente debemos rendir el homenaje de nuestras adoraciones y de nuestro amor a Jesús, "el pan vivo que da la vida al mundo"[1] y proclamar su solicitud por sus ovejas, que El parece abandonar para volver a

[1] *S. Juan,* VI, 33, 41.

su Padre, y en medio de las cuales le retiene su amor bajo este misterio, en el que su presencia, aunque invisible, no es menos real.

Te bendecimos, pues, Hijo eterno del Padre que en los divinos oráculos de la antigua alianza, no has ya revelado que "tus delicias es estar con los hijos de los hombres"[1]. Nos lo mostráis hoy por este Sacramento que concilia vuestra ausencia anunciada y vuestra permanencia constante en medio de nosotros.

Te bendecimos por haber querido alimentar nuestras almas como alimentas nuestros cuerpos. En tiempo de Navidad te hemos visto nacer en Belén, que significa la *casa de Pan*. Eras un Salvador que nacía entonces por nosotros y era al mismo tiempo un alimento que descendía del cielo para nuestras almas.

Te bendecimos a ti que no contento de haber obrado en la última Cena el más admirable de los prodigios, convirtiendo el pan en tu cuerpo y el vino en tu sangre, quieres también que esta maravilla se renueve en todos los lugares y hasta el fin de los tiempos, para sostener y consolar nuestras almas. Te bendecimos por no haber puesto ningún límite a nuestro deseo para recurrir a este Pan de vida; sino al contrario, de habernos animado para hacer de El nuestro sustento habitual, para que no llegásemos a desfallecer en el camino de esta vida.

[1] *Prov.*, VIII, 31.

Te bendecimos por la generosidad con la que has expuesto hasta tu honor para comunicarnos a nuestras almas, resignándote a las blasfemias de los herejes, a las profanaciones de los malos cristianos, a la indiferencia de los tibios.

Te bendecimos, Cordero divino, que sellas la nueva Pascua por la efusión de tu sangre y convocas al nuevo Israel a sentarse en la mesa en que se ofrece tu cuerpo sagrado para alimento de tus fieles, que vienen a beber la vida en su misma fuente, y tomar su parte de alegrías inefables de tu Resurrección.

Te bendecimos, oh Jesús, por haber instituído, en la Eucaristía, no solamente el más noble de los Sacramentos, sino también el más augusto de todos los Sacrificios, aquel por el que podemos ofrecer a la eterna majestad el único homenaje digno de ella, presentarla una acción de gracias proporcionada a sus beneficios, dar una reparación sobreabundante por nuestros pecados, finalmente, pedir y obtener todas las gracias de que tenemos necesidad en nuestra vida.

Te bendecimos, oh Emmanuel, que en los días de tu vida mortal, has prometido darnos este pan y esta bebida; que, la víspera en que debías sufrir, te has dignado dejar este divino Sacramento como el Testameto de tu amor, y que en las últimas horas de tu estancia visible aquí abajo, has manifestado sus excelencias a tus

Apóstoles para que nuestra fe se elevase a la altura del don que nos hacíais.

Te ofrecemos este homenaje de la fe a tu palabra, ¡oh divino Resucitado! Te confesamos que en este misterio el pan se cambia en tu Cuerpo y el vino en tu Sangre; y nosotros lo creemos así porque lo has dicho y porque nadie es superior a tu poder.

MIERCOLES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Sacramento de la Penitencia. — La misericordia del Redentor ha dado origen al cuarto de los Sacramentos, cuyas maravillas vamos a contemplar hoy. Jesús conocía la debilidad del hombre: sabía que en la mayor parte, la gracia recibida en el Bautismo no se conservaría y que el pecado vendría con mucha frecuencia a tronchar esta planta que el rocío del cielo había alimentado, y que después de su crecimiento y de su floración, debía ser trasplantada a los jardines de la eternidad. ¿No habría ya esperanzas de que reviviese esta flor antes tan delicada, ahora marchita como la hierba del campo que ha caído bajo la guadaña? Solamente aquel que la produjo puede tornarla a la vida. ¡Oh prodigio de bondad!, así se ha dignado hacerlo. Más celoso de la salvación del pecador que de la propia

gloria ha preparado—como dicen los Padres—una segunda tabla para el segundo naufragio. El Bautismo había sido la primera después del primer naufragio; pero el pecado mortal sumergió de nuevo al alma en el abismo. En adelante, vuelta a caer en poder de su enemigo, gime bajo las ligaduras que se siente incapaz de romper y estas ligaduras la encadenan para la eternidad.

En los días de su vida mortal, Jesús, que había venido "no para juzgar al mundo sino para salvarle"[1], anunció en su compasión por las almas que venía a rescatar, que estos lazos trenzados por la ingratitud del pecador, cederían ante un poder que El se dignaría establecer un día. Hablando a sus Apóstoles les declaró "que todo lo que ellos hubieren desligado sobre la tierra sería al mismo tiempo desligado en el cielo"[2]. Después de estas palabras tan solemnes, Jesús ofreció su sacrificio sobre la cruz; su sangre de valor infinito corrió para la expiación sobreabundante de los pecados del mundo. Redentor como este no puede olvidar la promesa que hizo. Al contrario, nada le llega tan al corazón como su cumplimiento; porque El conocía los peligros que corría nuestra salvación. La misma tarde de su Resurrección, se aparecía a sus Apóstoles y en las primeras palabras que les dirige se apresura a manifestar la promesa que hizo

[1] S. *Juan*, XII, 47.
[2] S. *Mat.*, XVIII, 18.

antes. Se siente en El como una misericordiosa impaciencia por no dejar al hombre por más tiempo en estos lazos humillantes en que se vió atado. A penas ha derramado en sus almas el Espíritu Santo alentando sobre ellos, cuando inmediatamente añade: "Aquellos a quienes perdonéis los pecados, les son perdonados"[1]. Y observad aquí con toda la Iglesia, la energía de estas palabras: "les *son* perdonados". Jesús no dice: "les *serán* perdonados". No es ya la promesa, es el don mismo. Los Apóstoles no han hecho todavía uso del poder que Jesús les confiere, y ya todas las sentencias de absolución que ellos y sus sucesores en este noble ministerio den hasta el fin de los siglos, son confirmadas en el cielo.

¡Glorifiquemos, pues, a Jesús Resucitado que se ha dignado abajar todas las barreras de su justicia, para dejar paso libre a su misericordia! Que toda criatura humana cante en su honor este bello cántico en que David entreviendo las maravillas que debían aparecer en la plenitud de los tiempos celebraba esta *Remisión de los pecados,* de la que los Apóstoles debían hacer uno de los artículos de su Símbolo: "Alma mía bendice al Señor; y todo lo que hay en mí bendiga su santo nombre; porque El es quien perdona todos tus pecados; quien cura todas tus dolencias y quien te rescata de la muerte."

---

[1] *S. Juan,* XX, 23.

"Como el águila recobrarás tu primera juventud; porque el Señor es misericordioso hasta el summum y su ira no es eterna contra nosotros. No quiso tratarnos conforme a nuestros pecados, y ahora nuestras iniquidades están lejos de nosotros como el oriente del ocaso."

"Como un padre se compadece de sus hijos, así el Señor tiene piedad de aquellos que le temen; porque conoce la arcilla de que fuimos formados. Sabe que no somos más que polvo, que la vida del hombre tiene la duración de la hierba del campo. Sabe que el hálito que nos anima pasa en un momento y poco tiempo después, ya no se encuentra vestigio del hombre aquí abajo. Mas la misericordia del Señor está en relación con su eternidad; y hasta el fin se digna ofrecerla a aquellos que le temen. Bendice, pues, al Señor, oh alma mía!"[1].

Pero nosotros, hijos de las promesas, conocemos aún mejor que David la extensión de las misericordias del Señor. Jesús no se contentó con decirnos que el pecador que recurre con humilde arrepentimiento a la divina Majestad en lo más alto de los cielos podrá obtener su perdón; ya que no siendo posible la respuesta de misericordia, con mucha frecuencia una ansiedad terrible vendría a dificultar nuestra esperanza, encargó a los hombres tratar con nosotros en su nombre. "Para que toda criatura

---

[1] *Salm.* CII.

sepa que el Hijo del hombre tiene el poder de perdonar los pecados sobre la tierra"[1] dió poder a sus delegados de pronunciar sobre nosotros una sentencia de absolución que nuestros mismos oídos podrían oír y que llevaría hasta el fondo de nuestras almas arrepentidas la dulce confianza del perdón.

¡Oh Sacramento inefable por la virtud del cual el cielo—que sin él hubiera quedado casi desierto—es poblado de innumerables elegidos, "que cantarán eternamente las misericordias del Señor"![2]. ¡Oh poder irresistible de las palabras de la absolución que toman su fuerza infinita de la sangre de la Redención, y arrastran en pos de ella todas las iniquidades que van a perderse en el abismo de las divinas misericordias! La eternidad de dolores hubiera arrojado sobre estas iniquidades todas sus olas de fuego, sin otorgarnos la expiación; y bastó la palabra sacerdotal: *Yo te absolvo*, para disiparlas para siempre.

Tal es el Sacramento de la Penitencia, en el que el hombre, en retorno de la humilde confesión de sus pecados y del pesar sincero de haberlos cometido, encuentra el perdón, y no una sola vez en su vida, sino siempre; no para cierto género de pecados, sino para todos. Satanás, envidioso contra el género humano rescatado

---

1 *S. Luc.* V, 24.
2 *Sal.*, LXXXVIII.

por un Dios, ha querido arrebatar este don al hombre, quitándole la fe en este inefable beneficio de Jesús resucitado. ¿Cuánto no ha dicho la herejía contra este Sacramento? Primeramente pretendió que oscureciera la gloria del Bautismo, mientras que al contrario, él la honra al renovarla sobre las ruinas del pecado. Más tarde exigió como absolutamente necesario para el Sacramento disposiciones de tal modo perfectas, que la absolución encontrase al alma reconciliada con Dios: emboscada peligrosa en que el jansenismo hizo caer a gran número de cristianos, perdiendo a los unos por el orgullo y a los otros por la desconfianza. Finalmente, ha producido este dicho hugonote, con mucha frecuencia repetido en nuestra sociedad incrédula: "Yo confieso mis pecados a Dios"; como si Dios ofendido no fuese dueño de fijar las condiciones a las que quiere someter la ofensa.

Los Sacramentos no pueden ser aceptados sino por la fe; y debe ser así porque son divinos; pero este de la Penitencia es tanto más apreciado para el creyente porque humilla más profundamente su orgullo, al obligarle a pedir al hombre lo que Dios hubiera podido darle directamente. "Id y presentaos a los sacerdotes"[1], dice Jesús a los leprosos curados; debemos encontrar muy lógico que proceda de la misma manera al tratarse de la lepra de las almas.

---

[1] *S. Luc.*, XVII, 14.

JUEVES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

La Extrema-Unción. — Jesús ha provisto en los cuatro primeros Sacramentos a las diversas necesidades espirituales del hombre durante su vida. El Bautismo es el nacimiento del fiel, la Confirmación le arma para el combate, la Eucaristía es su alimento, la Penitencia su remedio; pero el último momento de la vida, el más grave y el más transcendental de todos, aquel que decide la eternidad para cada uno de nosotros ¿no se diría que exige un socorro sacramental de un género nuevo? El paso de esta existencia a aquella que la va a seguir, esta hora de angustias y de esperanzas, ¿nos motivará a lamentar que el Redentor no pensó en asistirles con su protección por la institución de un rito destinado a producir el socorro especial que necesita el moribundo en este momento de necesidad extrema? Jesús todo lo ha provisto, y la gracia de la Redención revistió una nueva forma para visitarnos y fortificarnos en esta última crisis.

Antes de su Pasión mostró un índice de lo que meditaba para el futuro.

Al enviar a sus discípulos delante de El para preparar a los pueblos a su predicación, les recomendó ungiesen a los enfermos con óleo; y los discípulos, fieles a la orden de su Maestro, man-

daban a los enfermos después de emplear este remedio misterioso, levantarse de sus lechos, curados y consolados [1]. Pero cuando, después de su Resurrección, nuestro divino Redentor se ocupa de dotar a su Iglesia, entonces, para aligerar, los dolores futuros de esta madre común, asegura a sus hijos moribundos la dulce consolación del Sacramento establecido únicamente para ellos.

El aceite es el símbolo de la fuerza; el atleta que quería luchar en la arena se daba masajes en sus miembros para hacerles más ágiles y flexibles. Por esta razón Jesús lo escogió como elemento sacramental, cuando quiere asegurar a nuestra alma regenerada por el bautismo el vigor que necesita en la lucha por la salud. La hora de la muerte es también un combate y este combate es el más temible de todos. En este momento Satanás, al vérsele escapar la presa codiciada durante toda una vida, redobla los esfuerzos para arrebatarla. El hombre al borde de los abismos de la eternidad, está rodeado de continuo por los ataques de una confianza presuntuosa y de un desaliento contra la esperanza. Dentro de algunos instantes se va a encontrar a los pies del juez cuya sentencia es inapelable, y las secuelas del pecado retienen todavía los movimientos de su alma. ¿Cuál será su fuerza en esta última lucha que va a decidir del éxito final de todas las que la han precedido en la vida?

[1] *S. Marc.*, VI, 13.

¿No es tiempo de que Jesús venga en su socorro con un Sacramento que pueda comunicar a su atleta fuerzas iguales al trance? El viene, y su mano ha preparado el óleo de la última Unción, no menos poderosa que el de la primera; aplicación suprema de la sangre redentora "que corre tan abundantemente con este precioso líquido"[1].

EFECTOS DEL SACRAMENTO. — Y ved los efectos de esta unción que el Apóstol Santiago, instruído por el mismo Salvador, nos describe en su Epístola. Es "la remisión misma de los pecados"[2]; de esos pecados que la conciencia, aún la delicada, no había considerado y que con todo pesan sobre el alma; de esas secuelas del pecado perdonado en cuanto a la culpa, pero cuyas cicatrices no están enteramente cerradas y ejercían aún una influencia maligna. El óleo santo va recorriendo misericordiosamente cada uno de los sentidos, que a su vez se proclaman pecadores y reciben a sí sucesivamente para purificación que les conviene. Estas puertas abiertas tan peligrosamente por el lado del mundo se cierran una tras otra, y el alma se vuelve con plena atención hacia la eternidad. Ahora viene el enemigo; sus ataques no arrebatarán la presa. Contaba con un adversario plenamente terrestre, herido

[1] Bossuet, *Oraison fuêbre d'Henriette d'Angleterre.*
[2] *Santiaga,* V, 15.

ya en cien combates, y se encuentra con un atleta del Señor lleno de vigor y preparado para la defensa. El divino Sacramento ha obrado esta transformación.

Pero es tal la amplitud de los efectos de esta unción sacramental, que habiendo sido instituída principalmente para la renovación de las fuerzas del alma, ha recibido también la virtud de restablecer las fuerzas del cuerpo y de devolver la salud a los enfermos. Esto es lo que nos enseña el mismo Apóstol Santiago. "El Señor —nos dice— dará el alivio al enfermo, que encontrará su curación en la eficacia de la oración de la fe." La fórmula que acompaña cada unción en este Sacramento tiene, pues, la virtud de restaurar las fuerzas físicas del hombre, al mismo tiempo que destruye los restos del pecado, principal causa de las miserias del hombre tanto en su cuerpo como en su alma. Tal es el sentido de las palabras de Santiago interpretadas por la Iglesia; y la experiencia nos demuestra también con bastante frecuencia que el divino Autor de este Sacramento no ha olvidado la doble promesa con que se ha dignado enriquecer este rito. Por eso en esta confianza, el sacerdote, después de haber hecho las unciones sobre los miembros del enfermo, se dirige después a Dios, para pedir le devuelva las fuerzas corporales a aquel cuya alma acaba de experimentar el poder del celestial remedio; y la Santa

Iglesia considera de tal modo fundado sobre la palabra de Cristo el efecto sacramental de la Extrema-Unción, en cuanto al alivio del cuerpo, que no cuenta entre los milagros propiamente dichos las curaciones obradas por este Sacramento.

Ofrezcamos, pues, al vencedor de la muerte el homenaje de nuestro reconocimiento ante este nuevo beneficio de su compasión para sus hermanos. El se ha dignado pasar por todas nuestras miserias; ni de la misma muerte—como hemos visto—se ha exceptuado, y las angustias de la agonía no se las ha perdonado. Cuando sobre el árbol de la cruz era presa de todas las angustias del pecador moribundo—aunque fuese la misma santidad—se dignó pensar en el último combate, y en su bondad dirigió sobre los cristianos agonizantes su sangre preciosa. Este es el origen del Sacramento de la Extrema-Unción que promulga en estos días y por el cual le presentamos hoy nuestras humildes acciones de gracias.

VIERNES

DE LA QUINTA SEMANA DESPUÉS DE PASCUA

EL SACRAMENTO DEL ORDEN. — Hemos contemplado al Redentor instituyendo las ayudas sacramentales por las cuales el hombre es elevado y mantenido en el estado de la gracia santificante desde el momento de su entrada en este

mundo hasta aquel de su paso a la visión eterna de Dios. Nos falta ahora considerar el sublime Sacramento que Jesús ha establecido para ser la fuente de la que emana sobre los hombres esta gracia divina que toma todas las formas y se adapta a todas nuestras necesidades.

El Orden es este Sacramento, y es así llamado porque es comunicado por etapas diferentes a los miembros de la Iglesia que son honrados con él. Del mismo modo que en el cielo los santos ángeles están escalonados según diversos rangos distintos en luz y en poder, de manera que los rangos superiores influyen sobre aquellos que les son inferiores, del mismo modo en el Sacramento del Orden, todo está *ordenado* conforme a una armonía semejante, de manera que el grado superior influye sobre aquel que está bajo este poder y esta luz que es la propiedad de la Jerarquía eclesiástica.

Jerarquía significa Principado sagrado. Este principado aparece en el Sacramento del Orden por tres grados: Episcopado, Presbiterado y Diaconado, en el que debemos comprender las Ordenes inferiores que han sido separadas. Se llama a este conjunto Jerarquía de Orden, para distinguirla de Jerarquía de jurisdicción. Esta última, destinada al gobierno de la sociedad cristiana, se compone del Papa, los Obispos y de los miembros del clero inferior, en los cuales ellos delegan una parte de su poder de gobierno. He-

mos visto cómo esta Jerarquía toma su origen en el acto por el que Jesús, Pastor de los hombres, dió a Pedro las llaves del Reino de Dios. La Jerarquía del Orden, ligada íntimamente a la primera, tiene por objeto la santificación de los hombres por los dones de la gracia que es depositaria aquí abajo.

En la tarde de la Pascua—como lo hemos recordado muchas veces—Jesús se presenta a sus Apóstoles y les dice: "Como mi Padre me envió, así yo os envío a vosotros." Así pues, el Padre ha enviado a su hijo para que fuese el Pastor de los hombres, y hemos oído a Jesús decir a Pedro que apacentase los corderos y las ovejas. El Padre envió a su Hijo para que fuese el doctor de los hombres y hemos visto a Jesús confiar a sus Apóstoles el depósito de verdades que serán objeto de nuestra fe. Pero el Padre ha enviado a su Hijo para ser también el Pontífice de los hombres; es necesario, pues, que Jesús deje sobre la tierra—para que sea ejercido hasta el fin de los tiempos—este cargo de Pontífice que ha ejercido él mismo en toda su plenitud. Así pues. ¿Quién es el Pontífice? Es el intermediario entre el cielo y la tierra; él es el que une al hombre con Dios, el que ofrece el sacrificio para que la majestad divina sea honrada y el pecado del hombre reparado; él es quien purifica la conciencia del pecador y le hace justo; él, en fin, quien le une a Dios por los misterios de que es dispensador.

Jesús, nuestro Pontífice, ha realizado todas estas cosas por orden del Padre; pero el Padre quiere que se perpetúen en la tierra, cuando su Hijo ascienda a los cielos. Es necesario, pues, que Jesús comunique a algunos hombres su cualidad de pontífice por un Sacramento especial, lo mismo que ha conferido a todos los fieles el honor de ser sus miembros en el bautismo. El Espíritu Santo obrará en este nuevo misterio, en cada uno de los grados del Sacramento. Esta intervención totalmente divina produjo la presencia del Verbo encarnado en el seno de la Virgen y será la que imprimirá sobre el alma de aquellos fueren presentados el carácter augusto de Jesús, el Sacerdote eterno. Así hemos visto a nuestro divino Redentor—después de las palabras que acabamos de recordar—enviar su hálito sobre los Apóstoles y decirles: "Recibid el Espíritu Santo", mostrando de este modo que por una infusión especial del Espíritu del Padre y del Hijo estos hombres son puestos en estado "de ser enviados por el Hijo, como el Hijo mismo fué enviado por el Padre."

Pero no será por la insuflación—que está reservada al Verbo—, principio de vida por la que los apóstoles y sus sucesores conferirán este nuevo sacramento. Ellos impondrán las manos sobre aquellos que fueren elegidos para este cargo y este honor. En este momento el Espíritu divino cubrirá con su sombra estos que fuesen se-

leccionados y destinados a esta iniciación suprema. La trasmisión del don celestial se trasmitirá de este modo de generación en generación, según los grados respectivos conforme a la voluntad de la Jerarquía por la cual y con la cual el Espíritu Santo obra; y cuando Jesús descienda para juzgar al mundo, encontrará trasmitido e intacto sobre la tierra este carácter que él mismo imprimió en sus Apóstoles cuando les confirió su Espíritu.

La Jerarquía. — Contemplemos con amor esta escala luminosa de la Santa Jerarquía que Jesús erigió para conducirnos hasta el cielo. En la cumbre y dominando los otros tramos, resplandece el Episcopado que contiene en sí mismo la plenitud del Orden, con la fecundidad para producir nuevos Pontífices, nuevos Sacerdotes y nuevos Diáconos. El poder de ofrecer el Sacrificio reside en él, descansan en sus manos las llaves para abrir y cerrar el cielo; tiene poder sobre todos los Sacramentos, le pertenecen la consagración del crisma y del óleo Santo, y no solamente bendice sino que consagra.

Debajo de él aparece el Sacerdote que es su hijo, que ha engendrado por la imposición de sus manos; el sacerdote, cuyo carácter es tan augusto, pero que con todo no posee la plenitud del Hombre-Dios. Sus manos—por santas que sean—no han recibido la fecundidad para producir

otros sacerdotes; bendice pero no consagra; recibe del Obispo el Crisma sagrado que es impotente de confeccionar. Con todo, su dignidad es grande, porque reside en él el poder de ofrecer el Sacrificio, y su hostia divina es la misma que la del Pontífice. Perdona los pecados a los fieles que el Pontífice ha colocado bajo sus cuidados. Le está confiada la administración solemne del bautismo, cuando el Obispo no la ejerce por sí mismo, y la Extrema-Unción le compete como propia.

El grado inferior es el del Diácono, que es el ayudante del sacerdote conforme a la significación de su nombre. Falto del sacerdocio, no puede ofrecer el sacrificio, no puede perdonar los pecados, no puede dar la Unción a los moribundos; pero asiste y sirve al sacerdote en el altar y penetra hasta en la nube misteriosa donde se realiza el augusto misterio. Los fieles le oyen leer con solemnidad el Santo Evangelio desde la prominencia del ambón. Está confiada a su guarda la Santa Eucaristía y podría, a falta de Sacerdote, distribuirla al pueblo. En el mismo caso, podría administrar el Bautismo solemnemente, ha recibido el poder de anunciar al pueblo la divina palabra.

Estos son los tres grados de la Jerarquía del Orden, correspondiendo, según la doctrina de Dionisio Areopagita, a los tres grados por los que el hombre llega a unirse con Dios: la purificación, la iluminación, y la perfección. Al Diácono toca

preparar al catecúmeno y al pecador, instruyéndoles en la palabra divina que les librará de los errores del espíritu, y le hará concebir el arrepentimiento de sus faltas con el deseo de verse libre de ellas; al sacerdote iluminar estas almas, hacerlas luminosas para el Bautismo, la remisión de los pecados, la participación en la hostia sagrada; al Obispo derramar en ellas los dones del Espíritu Santo, y elevarlas por la contemplación de lo que es en sí mismo, hasta la unión con Jesucristo, de quien él posee el completo carácter de Pontífice. Este es el Sacramento del Orden, medio esencial de salvación para los hombres, canal esencial de las gracias de la Encarnación, y que perpetúa sobre la tierra la presencia y la acción del Redentor.

Demos gracias a Jesús por este beneficio, y honremos como al tesoro de la tierra este Sacerdocio nuevo que inauguró en sí mismo, y que después confía a los hombres encargados de continuar en su plenitud la misión que el Padre le había dado. La acción sacramental es el gran móvil del mundo; está entre las manos del Sacerdote. Pidamos por estos que son establecidos en estos rangos temibles; porque estos grados son plenamente divinos y aquellos que les ocupan no son más que hombres. No forman una tribu, un linaje, como el sacerdocio de la antigua Alianza; la imposición de las manos les en-

gendra de toda raza; de cualquier familia, e inferiores por naturaleza a los Angeles, son superiores a ellos por sus funciones.

SABADO

DE LA QUINTA SEMANA DESPUES DE PASCUA

El Matrimonio.—En este día consagrado a María, abriremos el Santo Evangelio y leeremos estas palabras: "Se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y la Madre de Jesús estaba allí"[1]. El relato añade que Jesús y sus discípulos fueron también invitados a estas bodas: pero no sin razón profunda el Espíritu Santo que guiaba la mano del Evangelista, ha querido que antes mencionase a María. Quería enseñarnos que esta Madre de los hombres extiende su protección sobre la alianza conyugal, cuando esta alianza es contraída bajo la mirada y con la bendición de su hijo.

El matrimonio es grande a los ojos del mismo Dios. El lo estableció en el Paraíso terrenal en favor de nuestros primeros padres aún inocentes y determinó en aquel día las condiciones, declarando que la unidad sería su base, que la mujer no perteneciese más que a un solo hombre y el hombre a una sola mujer; pero no manifestó entonces el modelo glorioso que esta noble uni-

[1] *S. Juan*, II, 1.

dad debía reproducir. Habiendo resuelto hacer salir de un mismo tronco, por generación sucesiva, todos los miembros de la familia humana, a diferencia de los ángeles que no han procedido los unos de los otros, sino que han sido creados simultáneamente, el Creador ha contado con el matrimonio para la realización de sus designios. Los elegidos de los que quiere formar su corte en los cielos, que deben reforzar los coros de los Espíritus bienaventurados diezmados por la defección de los ángeles caídos, los obtendría por medio del matrimonio. Por eso le bendice en los primeros días del mundo, con una bendición permanente, que como nos lo enseña la Iglesia en la Liturgia, "no ha sido abolida, ni por la sentencia que el Señor pronunció en un principio contra el hombre pecador, ni por las aguas *vengadoras* del diluvio"[1].

DECADENCIA DEL MATRIMONIO. — Pero aún antes que este segundo castigo cayese sobre nuestra raza pecadora, a lo largo de este primer período en que "toda carne había corrompido su camino"[2], el matrimonio cayó de la elevación en que el Creador le había colocado. Desviado de su noble fin, abajado al nivel de una vulgar satisfacción de los sentidos, pierde la unidad sagrada que constituía su gloria. La poligamia por una

[1] Misal romano.
[2] *Gén.*, VI, 12.

parte, el divorcio por otra, vienen a quitarle su carácter primitivo; de aquí la destrucción de la familia vergonzosamente sacrificada al placer, de aquí también la degradación de la finalidad de la mujer, reducida a no ser más que un objeto de codicia. La lección del diluvio no estacionó esta decadencia entre los descendientes de Noé; no tardó en volver a sus caminos de degradación, y la ley de Moisés no tuvo en sí misma la energía necesaria para hacer remontar el Matrimonio a la dignidad de su Institución primera.

Rehabilitación del Matrimonio. — Se necesitaba para esto que el autor divino de la alianza conyugal descendiese a la tierra. Cuando las miserias de la humanidad colmaron la medida, apareció en medio de los hombres, habiendo tomado en sí mismo nuestra naturaleza, y declaró que era el Esposo [1], aquel que los Profetas y el Cantar de los Cantares habían anunciado que vendría un día a tomar Esposa entre los mortales. Esta esposa que él ha escogido es la Iglesia, es decir la humanidad purificada por el bautismo y adornada de los dones sobrenaturales. El ha dotado de su sangre y de sus méritos y está unido a ella hasta la eternidad. Esta esposa es única en su amor, la llama con este nombre: "mi

[1] *S. Mat.*, IX, 15.

única"[1]. Y ella jamás reconocerá otro esposo que no sea él. De este modo se revela el modelo divino de la alianza conyugal que, —como nos enseña el apóstol—toma su grandeza en la unión de Cristo con su Iglesia[2]. El fin de estas dos alianzas es común y se concatenan la una con la otra. Jesús ama a su Iglesia con amor de Esposo, pero su Iglesia procede del matrimonio humano que le da sus hijos, y la renueva sin cesar sobre la tierra. Jesús debía, pues, elevar el matrimonio, devolverle a sus condiciones primeras, honrarle como el potente auxiliar de sus designios.

En primer lugar—como hemos visto en el segundo Domingo después de Epifanía—cuando quiere inaugurar su ministerio por el primero de sus milagros, escoge la sala nupcial de Caná. Al aceptar la invitación de asistir a las bodas a las que su Madre ya había sido invitada, demuestra que quiere elevar por su presencia la dignidad del contrato sagrado que debe unir a los dos esposos, y que la bendición del Paraíso terrenal se renueve en su favor. Ahora que El ha comenzado a manifestarse como el Hijo de Dios a quien la naturaleza obedece, va a inaugurar su predicación. Sus enseñanzas—que tienen como término conducir al hombre a los fines de su creación, se aplicarán con frecuencia y expresamente a la rehabilitación del Matrimonio. Proclamará el

[1] *Cat.*, VI, 8.
[2] *Efes.*, V, 32.

principio de la unidad, haciendo referencia a la institución divina. Repetirá con autoridad las palabras de un principio: "Que sean dos en una misma carne"; dos y no tres, y no diez. Al proclamar la indisolubilidad del vínculo sagrado, declarará que la infidelidad de uno de los esposos ultraja este vínculo, pero no le rompe; porque —dice—"el hombre no puede separar lo que el mismo Dios ha unido"[1]. De este modo se establece la familia en sus verdaderas condiciones; de este modo se abroga la libertad degradante de la poligamia y del divorcio, monumentos de la dureza del corazón del hombre que no había conocido aún la visita de su Redentor. Así florecerá la alianza del hombre y de la mujer, alianza en la que todo atrae, en la que nada repudia la gracia de lo alto, alianza fecunda a la vez para la Iglesia de la tierra y para la del cielo.

El Sacramento del Matrimonio. — Con todo, la munificencia del Señor resucitado con respecto al Matrimonio, no se contenta con renovar la esencia alterada por la flaqueza de los hombres. Hace aún más. Este contrato solemne e irrevocable por el que el hombre toma a la mujer por esposa, y la mujer toma al hombre por esposo, le eleva para siempre a la dignidad de Sacramento. En el momento en que dos cristianos contratan esta alianza que les liga para siempre,

[1] *S. Mat.*, XIX, 6.

una gracia sacramental desciende sobre ellos, y viene a cerrar el nudo de su unión que inmediatamente pasa al rango de las cosas sagradas. Ante esta maravilla el apóstol exclama: ¡"Cuán grande es este misterio en el que aparece la unión misma de Cristo con su Iglesia"[1]! En efecto, las dos alianzas se reúnen, Cristo y su Iglesia, el hombre y la mujer tienen un mismo fin: la producción de elegidos; por eso el Espíritu divino sella una y otra.

EFECTOS DEL SACRAMENTO. — Pero la gracia del séptimo Sacramento no viene solamente a cerrar el vínculo que une a los esposos; les comunica al mismo tiempo todos los auxilios que necesitan para cumplir su misión. Derrama, en primer lugar, en sus corazones, un amor mutuo "fuerte como la muerte, y que el torrente de las aguas glaciales del egoísmo no extinguirá jamás"[2] si perseveran en los sentimientos del cristianismo; un amor mezclado de respeto y de pureza, capaz de mandar—si es necesario—a los incentivos de los sentidos; un amor que los años no debilita, sino purifican e intensifican, un amor sosegado como el del cielo, y que en viril tranquilidad se alimenta con frecuencia y como sin esfuerzo de los más generosos sacrificios. La gracia sacramental adapta al mismo tiempo a los esposos al

[1] *Efes.*, V, 32.
[2] *Cant.*, VIII, 6, 7.

ministerio de la educación de los hijos que el cielo les envía. Les infunde una entrega sin límites a estos frutos benditos de su unión, una paciencia ungida de ternuras para atender y facilitar su crecimiento en el bien, un discernimiento que sólo inspira la fe para apreciar lo que conviene a su edad y a las tendencias que se revelan en ellos; el sentimiento constante del destino inmortal de estos seres a los que Dios quiere hacer sus elegidos; finalmente la convicción íntima que le pertenecen antes de pertenecer a los padres de los que él se sirve para darles la vida.

Tal es la transformación obrada por la gracia del Sacramento del Matrimonio en el estado conyugal; tal es la revolución que la ley cristiana hizo brillar en el seno del mundo pagano, en el que un brutal egoísmo había sofocado el sentimiento de la dignidad humana. El cristianismo venía a revelar después de tantos siglos de degradación, la verdadera noción del matrimonio: el amor en el sacrificio y el sacrificio en el amor. Solamente un sacramento podía llevar y mantener al hombre en esta altura. Aún no habían transcurrido dos siglos después de la promulgación del Evangelio, el derecho pagano estaba todavía en pie más imperioso que nunca y ya un cristiano trazaba de este modo el cuadro de la regeneración del matrimonio, en el seno de esta sociedad nueva que los edictos imperiales proscribían como si fuese la plaga de la hu-

manidad. "¿Dónde encontrar—dice—palabras para describir la felicidad de un matrimonio cuyo vínculo forma la Iglesia, que confirma la oblación divina, al que la bendición pone el sello, que los ángeles proclaman y el Padre celestial ratifica?

¡Qué yugo aquel bajo el que se inclinan dos fieles unidos en una misma esperanza, bajo la misma ley, y bajo la misma dependencia! Los dos son hermanos, los dos sirven al mismo señor; los dos no son sino uno solo en una misma carne, uno solo en un mismo espíritu. Unidos oran, unidos se postran, unidos ayunan; se instruyen mutuamente, se exortan, se sostienen. Se les ve juntos en la Iglesia, en el banquete divino sobrellevan mutuamente las pruebas, las persecuciones, las alegrías. No se ocultan ningún secreto, jamás se ocultan el uno del otro, jamás se disgustan. Van juntos a visitar a los enfermos, asistir a los necesitados; no ponen discusiones sobre sus limosnas, ni estridencias en sus sacrificios, ni trabas en sus prácticas piadosas. Entre ellos no hay signos de la cruz furtivos; no hay timidez en sus exaltaciones piadosas, ni acciones de gracias silenciosas. Se estimulan a cantar los salmos y los Cánticos, y si hay rivalidad en algo, es en quién cantará mejor las alabanzas de su Dios. He aquí las alabanzas que alegran los ojos y los oídos de Cristo, aquellas por las cuales les envía su paz. El ha dicho que se

encontrará donde estuvieren dos reunidos; allí está pues El, y el enemigo del hombre está ausente"[1].

Ataques contra este Sacramento. — ¡Qué lenguaje!... ¡Qué cuadro! ¡Cómo se siente que el divino Sacramento ha influenciado sobre las relaciones del hombre y de la mujer, por haberlas armonizado de manera tan sublime! He aquí el secreto de la regeneración del mundo: la familia cristiana descendió del cielo y se implantó sobre la tierra. Largos siglos transcurrieron durante los cuales, a pesar de la flaqueza humana, este tipo fué el ideal admitido universalmente y en la conciencia y en las instituciones legales. Después, el elemento pagano, que se le puede subyugar, pero que no muere jamás, ha hecho esfuerzos por conquistar el terreno que había perdido, y se falsificó de nuevo en la mayor parte de las naciones cristianas, la teoría del matrimonio. La fe nos enseña que este contrato, convertido en Sacramento, es del dominio de la Iglesia en cuanto al lazo que le constituye; la Iglesia se ha visto despojada de él en nombre del estado, a cuyos ojos la ley de la Iglesia no es más que un yugo derrocado del que la libertad moderna ha librado a la humanidad. Es cierto que muy pronto la legitimidad del divorcio se introdujo en los códigos, y que la familia des-

[1] Tertuliano, *Ad uxorem,* 1, II, c. IX.

cendió al nivel pagano. Con todo la lección no ha sido comprendida. El sentido moral, preservado todavía en gran número por la influencia secular del matrimonio cristiano, ha podido reducir en algo este terreno peligroso; pero la inflexible lógica no podría abdicar de las consecuencias que se deducía de los principios fijados; hoy día entre nosotros este matrimonio es un vínculo eterno y sacramental ante la presencia de la Iglesia; este matrimonio a los ojos del Estado ni siquiera existe; es otro el que tiene valor ante la ley civil, y la Iglesia le declara nulo ante la conciencia del cristiano. La ruptura, pues, está consumada.

Pero lo que Cristo estableció en su omnipotencia no podía perecer: sus instituciones son inmortales. Por tanto que los cristianos no se impacienten, que perseveren en recibir de la Iglesia su madre, la doctrina de los Sacramentos, y que continúe manteniéndose el matrimonio entre ellos, con las tradiciones de la familia establecida por Dios, el sentimiento de la dignidad del hombre, miembro de Cristo y ciudadano del cielo. Así, quizá, ellos salvarán la sociedad, pero con plena seguridad salvarán sus almas, y preparan la salvación de sus hijos.

La Santísima Virgen y el matrimonio. — Al terminar esta semana y meditar en las grandezas del Sacramento del Matrimonio, hemos evo-

cado tu recuerdo, ¡oh María! El festín nupcial de Caná, en que tu presencia santificó la unión de los dos esposos, es uno de los grandes acontecimientos del Santo Evangelio. ¿Por qué, pues tú que eres el tipo inmutable de la virginidad, que hubieras renunciado a los honores de Madre de Dios antes que sacrificar esta noble aureola, apareces en esta circunstancia, si no es para que los esposos cristianos tengan siempre presente la superioridad de la continencia perfecta sobre el matrimonio, y que el homenaje que ellos se complacen en tributarla asegura para siempre en sus pensamientos y en sus deseos esa reserva que constituye la dignidad y mantiene la verdadera felicidad del matrimonio? A ti, pues, oh Virgen sin mancilla, pertenece bendecir y honrar esta alianza tan pura y tan elevada en sus fines. Dígnate protegerla más que nunca, en estos días en que las leyes humanas la alteran y la desnaturalizan de modo alarmante, al mismo tiempo que el desbordamiento del sensualismo amenaza extinguir en gran número de cristianos hasta el sentimiento del bien y del mal. Sé propicia, oh María, para aquellos que no quieren unirse sino bajo tus miradas maternales. Son la herencia de tu Hijo, la sal de la tierra que impedirá su corrupción, la esperanza de un futuro mejor. ¡Oh Virgen!, ellos te pertenecen; míralos y aumenta su número, para que el mundo no perezca para siempre.

LOS ULTIMOS DIAS ANTES DE LA ASCENSION

Cuatro días más y Cristo resucitado, cuya compañía nos ha sido tan cara y tan provechosa, desaparecerá de la tierra. Parece prepararnos a la separación este anuncio de la quinta semana después de la gozosa Pascua. El domingo siguiente abrirá la larga serie de aquellos que deben sucederse desde ahora hasta que venga a juzgar al mundo. Ante este pensamiento, el corazón del cristiano se encoge, porque sabe que no verá a su Redentor hasta después de esta vida, y se une a la tristeza que experimentaban los apóstoles en la última Cena cuando les dice estas palabras: "Un poco tiempo todavía y ya no me veréis"[1].

Sentimientos de los Apóstoles. — Pero después de la resurrección de su Maestro, qué angustia debió martirizar a estos hombres privilegiados, que se daban al fin cuenta de lo que era una realidad, cuando comprendieron como nosotros que la cuarta semana, transcurrida tan rápidamente, tocaba pronto a su fin. Vivo, por decirlo así, con Jesús glorificado, experimentar los efectos de su divina condescendencia, de su

[1] *S. Juan*, XVI, 16.

inefable familiaridad, recibieron de su boca todas las enseñanzas que debían prepararles para cumplir sus mandatos, al fundar sobre la tierra esta Iglesia que vino a escoger por Esposa; y encontrarse de repente entregados a sí mismos, privados de su presencia visible; no viendo su semblante, ni oyendo su voz, y llevando hasta el fin esta nostalgia con tales recuerdos; esta era la suerte que aguardaba a los Apóstoles y que debían aceptar.

Nosotros experimentaremos algo de lo que ellos debieron sentir, si nos hemos mantenido unidos a nuestra Madre la Iglesia. Desde el día en que ella nos favoreció con la serie de emociones que la transportan cada año, cuando repasa sucesivamente tan santos aniversarios, desde el nacimiento del Emmanuel hasta el de su triunfante Ascensión al cielo; ¿no es verdad que también nosotros hemos vivido en unión con su Esposo y que el momento de verle desaparecer a las miradas de nuestra fe, atenta hasta esta hora a seguirle en todos sus estados, la emoción que experimentaron los Apóstoles nos gana a nosotros?

SENTIMIENTO DE MARÍA. — Pero vive sobre la tierra en la víspera del día en que Jesús debe abandonarla para el cielo, una criatura cuyos sentimientos jamás podremos sondear ni describir; es María que había vuelto a encontrar a su

hijo, y que ve acercarse el momento en que va a alejarse de nuevo. Jamás hubo corazón que estuviese más sumiso a las voluntades de su Maestro soberano; pero también jamás se exigió un sacrificio semejante a una criatura. Jesús quiere que el amor de María se acreciente más, y por esto la somete a la prueba de la ausencia. Quiere sobre todo que ella coopere a la formación de la Iglesia, que oriente esta gran obra que no debía erigirse sino con su ayuda. En esto se muestra también el amor de Jesús para con su Madre; desea para ella el mayor mérito, para depositar sobre su cabeza la diadema, la más gloriosa, el día en que suba a su vez al cielo para ocupar allí el trono que ha sido preperado para ella por encima de toda la creación glorificada.

Esto no es, ciertamente, una espada de dolor que traspasa el corazón de María; es el fuego de un amor que ningún lenguaje podrá describir; que consumirá este corazón en angustia agridulce, bajo cuyo peso caerá un día, como el fruto maduro que la rama del árbol no sostiene por más tiempo, por que no tiene ya vida que comunicarle. Pero en estos instantes supremos en que nos encontramos, en los últimos esparcimientos de este hijo que la va a dejar en destierro, ¡qué angustias para el corazón de una madre como esta que no ha gozado más que durante cuarenta días de la dicha de verle glorioso y triunfante, y de recibir sus divinas y filiales

ternezas! Es la última prueba de María; pero antes esta prueba no conoce más que la misma respuesta: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra." Toda su vida está bajo el beneplácito de Dios, y de este modo ella llega a ser la más grande, la más cercana a Dios. Un alma santa del siglo XVII, favorecida con las más sublimes revelaciones, nos trasmitió que a María le fué permitido escoger o entrar en el reposo de la gloria con su hijo, o permanecer aún sobre la tierra en los trabajos del alumbramiento de la Santa Iglesia; pero que ella prefirió retardar los goces maternales que la reservaba la eternidad, y servir, hasta que le pluguiese a la divina Majestad, en la gran obra que importaba tanto al honor de su hijo y al bien del género humano, de quien también había llegado a ser madre.

Si tal entrega elevó a la cooperadora de nuestra salvación al más alto grado de santidad haciéndola conseguir el culmen de su misión, tenemos el derecho de concluir que el amor de Jesús para con su madre se acrecentó aún más cuando recibió de ella una prueba tan sensible de la unión que ella llevaba en los más íntimos anhelos de su corazón sagrado. Fueron testimonios nuevos de su ternura para María la recompensa de este olvido de ella misma y de esta conformidad a los deseos que la llamaban a ser verdaderamente desde aquí abajo la *Reina de los*

Apóstoles, como la llama la Iglesia y la coadyuvadora de sus trabajos.

El Señor, durante estas últimas horas, iba a multiplicar los testimonios de su bondad para con todos aquellos que se había dignado admitir en su familiaridad. Para muchos de entre ellos, la separación iba a ser larga. Juan, el predilecto, tendría que esperar más de cincuenta años hasta reunirse con su Maestro. Hasta después de treinta años Pedro, a su vez, no subiría al árbol de la cruz, para reunirse con aquel que le había confiado las llaves del reino de los cielos. El mismo intervalo de tiempo debía ser colmado por los suspiros inflamados de la Magdalena; pero nadie de ellos murmuraba; porque todos comprendían que era justo que el divino Redentor del mundo, habiendo estabilizado suficientemente la fe de su resurrección, "entrase al fin en su gloria"[1].

La aparición sobre la Montaña. — Jesús, por medio de los ángeles, había dado orden a sus discípulos, el mismo día de su resurrección, de reunirse en Galilea, para allí gozar de su presencia. Hemos visto cómo obedecieron esta orden y de qué manera el Señor se manifestó a siete de entre ellos a orillas del lago de Genesareth; esta fué la octava de las manifestaciones que los Evangelistas han registrado. La nona tuvo lugar del

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

mismo modo en Galilea. Jesús amaba esta región, de la que había escogido la mayor parte de sus discípulos, en donde María y José habían vivido y donde él mismo había pasado tantos años en el trabajo y la oscuridad. Sobre todo le atraía la población más sencilla y más moral. San Mateo nos revela que la más solemne de las manifestaciones de Jesús resucitado, aquella que nosotros contamos como la décima y por la nona de las que refieren los Evangelistas, tuvo lugar sobre una montaña de esta región [1].

Según opinión de San Buenaventura y de Dionisio el Cartujano, esta montaña fué el Tabor, cuya cumbre había sido honrada por el misterio de la Transfiguración. Allí se encontraron reunidos—como nos los enseña San Pablo—, más de quinientos discípulos de Jesús [2], asamblea formada en gran parte por habitantes de la Galilea que habían creído en Jesús en el curso de su predicación y que habían merecido ser testigos de este nuevo triunfo del Nazareno. Jesús se mostró a sus miradas y les dió tal certidumbre de su resurrección que el Apóstol de los Gentiles, escribiendo a los cristianos de Corintio, invoca su testimonio en apoyo de este misterio fundamental de nuestra fe.

De ahora en adelante no tendremos noticias positivas sobre lo que aún sucederá en Galilea,

---

[1] *S. Mateo,* XXVIII, 16.
[2] *I Cor.,* XV, 6.

en lo que se refiere a manifestaciones del Salvador resucitado; pero sabemos que intimó a sus discípulos la orden de volver a Jerusalén, en donde pronto volvería a aparecer a sus ojos por última vez, antes de subir a los cielos. Sigamos en estos días el caminar de los discípulos hacia la ciudad deicida. ¡Cuántas veces en esta misma ciudad, Jesús había querido reunir a sus hijos como la gallina cobija a sus pollos bajo sus alas, y no había querido![1] Va a volver a sus muros, pero ella no lo sabrá. No se manifestará a ella, no se revelará más que a sus amigos, y partirá en silencio, para no volver hasta el día en que vuelva a juzgar a aquellos que no han conocido el tiempo de su visita.

QUINTO DOMINGO DESPUES DE PASCUA

El quinto domingo después de Pascua, es llamado en la Iglesia griega, el domingo del *Ciego de nacimiento,* porque en él se lee el relato del Evangelio en que se refiere la curación de este ciego. Se llama también el domingo del Episozomeno, que es uno de los nombres con el que los griegos designan el misterio de la Ascensión, cuya solemnidad, entre ellos como entre nosotros, interrumpe el curso de esta semana litúrgica.

[1] S. *Mat.,* XXIII, 37.

MISA

Isaías presenta la materia del Introito. Su voz convida a todas las naciones de la tierra a celebrar la victoria que Cristo resucitado ha traído y cuyo precio ha sido nuestra liberación.

INTROITO

Anunciadlo con voz jocunda, y sea oído, aleluya: anunciadlo hasta el fin de la tierra: el Señor ha libertado a su pueblo, aleluya, aleluya.—*Salmo:* Canta jubilosa a Dios, tierra toda, decid un salmo a su nombre: glorificad su alabanza. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Santa Iglesia nos enseña que nuestros pensamientos y nuestras acciones, para ser meritorias para la vida eterna, necesitan de la gracia que inspire las unas y ayude nuestra voluntad para cumplir las otras.

COLECTA

Oh Dios, de quien proceden todos los bienes: danos, a los que te suplicamos, la gracia de que, con tu inspiración, pensemos lo que es recto, y de que, con tu dirección, lo hagamos. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Carísimos: Sed obradores de la palabra, y no sólo oidores, engañándoos a vosotros mismos. Porque, si alguien es oidor de la palabra, y no obrador, este tal será comparado a un hombre que contempla en un

espejo su rostro natural: se mira, y se va, y al punto se olvida de cómo es. Mas, el que contemplare la ley perfecta de la libertad, y perseverare en ella, no siendo oidor olvidadizo, sino hacedor de obra, este tal será bienaventurado en su acción. Y, si alguien cree que es religioso, no refrenando su lengua, sino engañando a su corazón, la religión de ese tal es vana. La religión pura e inmaculada ante Dios y el Padre es ésta: Visitar a los huérfanos, y a las viudas, en su tribulación, y conservarse inmaculado de este mundo.

LAS OBLIGACIONES DE NUESTRA VIDA NUEVA. — El Santo Apóstol, cuyos consejos acabamos de escuchar, había recibido las enseñanzas del Salvador resucitado; no debemos, pues, admirarnos del tono autoritario con que nos habla. También Jesús se había dignado concederle una de sus manifestaciones particulares: esto nos demuestra el afecto con que distinguía a este apóstol, al que le unían los lazos de la sangre por su madre, llamada también María. Hemos visto a esta santa mujer dirigirse al sepulcro, con Salomé su hermana, en compañía de Magdalena. Santiago el Menor es verdaderamente el Apóstol del Tiempo Pascual, en que todo nos habla de la vida nueva que debemos llevar con Cristo resucitado. Es el Apóstol de las obras y quien nos ha trasmitido esta máxima fundamental del cristianismo, que si la fe es necesaria ante todo para el cristiano, esta virtud, sin las obras, es una fe muerta que no puede salvarle.

Insiste hoy sobre la obligación que tenemos de cultivar en nosotros mismos la atención a las verdades que primeramente hemos comprendido y de mantenernos en guardia contra este olvido culpable que causa tantos estragos en las almas inconsideradas. Entre estos en quienes se ha realizado el misterio de la Pascua, algunos no perseverarán en él; y les sucederá esta desdicha porque se entregaron al mundo, en lugar de usar del mundo como si no usasen [1]. Recordemos siempre que debemos caminar en una vida nueva, a imitación de aquella de Jesús resucitado que no puede ya morir.

Los dos versículos del Aleluya celebran el esplendor de su resurrección; pero en ellos ya se anuncia su Ascensión próxima. Salido del Padre eternamente, bajado en el tiempo hasta nuestra terrestre morada, nos advierte que dentro de pocos días va a remontarse a su Padre.

Aleluya, aleluya. ℣. Resucitó Cristo, y nos iluminó a los que redimió con su sangre.

Aleluya. ℣. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: En verdad, en verdad os digo: Si pidiereis algo al Padre en mi nombre, os lo dará. Hasta ahora no le habéis pedido nada: Pedid, y recibiréis, para que vuestro gozo

[1] *I Cor.*, VII, 31.

sea pleno. Os he dicho estas cosas en proverbios. Ya llega la hora en que no os hablaré en proverbios, sino que os hablaré claramente del Padre. En aquel día pediréis en nombre mío: y no os digo que yo rogaré al Padre por vosotros: porque el mismo Padre os ama, porque vosotros me habéis amado, y habéis creído que yo salí del Padre. Salí del Padre, y vine al mundo: otra vez dejo el mundo, y voy al Padre. Dijéronle sus discípulos: He aquí que ahora hablas claramente, y no dices ningún proverbio. Ahora sabemos que lo sabes todo, y no es preciso que nadie te pregunte: en esto creemos que has salido de Dios.

El adiós de Cristo. — Cuando el Salvador, en la última Cena, anunció de este modo a sus apóstoles su próxima partida, estos estaban aún lejos de comprender lo que significaba. Con todo; ya creían "que había salido de Dios". Pero esta creencia era vacilante, ya que no debía tener una realización inmediata. En los días en que nos encontramos, rodeando a su Maestro resucitado, iluminados por sus palabras, lo llegan a comprender mejor. Ha llegado el momento "en que no les habla ya en parábolas"; hemos visto qué enseñanzas les da, cómo, les prepara para ser los doctores del mundo. Ahora pueden decirle: "Oh Maestro, verdaderamente has salido de Dios." Pero por esto mismo comprenden ya la pérdida de que son amenazados; tiene la idea del vacío inmenso que su ausencia les hará sentir.

Jesús comienza a recoger el fruto que su divina bondad sembró en ellos y que esperó con

una paciencia tan inefable. Si en el Cenáculo el Jueves Santo les felicitaba ya por su fe; ahora que le han visto resucitado, que le han oído, merecen sus elogios pero de un modo muy distinto, porque se han hecho más firmes y más fieles. "El Padre os ama—les decía entonces—porque vosotros me amáis"; ¿cuánto más debe amarlos el Padre ahora que su amor se ha acrecentado? Estas palabras deben infundirnos también a nosotros esperanza. Antes de la Pascua nosotros amábamos flojamente al Salvador, estábamos vacilantes en su servicio; ahora que hemos sido instruídos por El, fortalecidos por sus misterios, podemos esperar que el Padre nos amará, porque nosotros amamos más, amamos mejor a su Hijo. Este divino Redentor nos invita a pedir al Padre en su nombre todas nuestras necesidades. La primera de todas es nuestra perseverancia en el espíritu de la Pascua; insistamos para obtenerla y ofrecazmos a esta intención la Santa Víctima que dentro de pocos instantes será presentada sobre el altar.

El Ofertorio, tomado de los Salmos, es canto de acción de gracias. El fiel, unido a Jesús resucitado, le ofrece a Dios que se ha dignado estabilizarle en la vida nueva, haciéndole partícipe de sus misericordias las más escogidas.

OFERTORIO

Bendecid, gentes, al Señor nuestro Dios, y haced oír la voz de su alabanza: El dió vida a mi alma, y no

permitió que resbalaran mis pies: bendito sea el Señor, que no desoyó mi oración, ni alejó su misericordia de mí, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide para nosotros la entrada en la gloria celestial cuyo atrio es la Pascua terrestre. Todos los misterios obrados aquí abajo tienen por fin santificarnos, para prepararnos a la visión y la posesión eterna de Dios.

SECRETA

Recibe, Señor, las preces de los fieles con las oblaciones de las hostias: para que, por estos actos de nuestra piadosa devoción, pasemos a la celeste gloria. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión es un cántico de júbilo que expresa la alegría continua de la Pascua.

COMUNION

Cantad al Señor, aleluya: cantad al Señor, y bendecid su nombre: anunciad bien de día en día su salud, aleluya, aleluya.

La Santa Iglesia nos sugiere en la Poscomunión la fórmula de nuestras súplicas a Dios. Es necesario desear el bien; pidamos este deseo y continuemos nuestra oración hasta que el bien mismo nos llegue. La gracia descenderá entonces y ella hará en nosotros que no la despreciemos.

POSCOMUNION

Danos, Señor, a los saciados con la virtud de la mesa celestial, el desear lo que es recto, y el conseguir lo deseado. Por el Señor.

EL LUNES DE LAS ROGATIVAS

Las Rogativas y el tiempo pascual. — Hoy da comienzo un triduo dedicado a la penitencia. Este acontecimiento inesperado parece a primera vista una especie de anomalía en el tiempo pascual; y, sin embargo, cuando se reflexiona sobre su sentido se comprende que esta institución tiene una relación íntima con los días en que nos encontramos. Es cierto que el Salvador decía antes de su Pasión que "durante la estancia del Esposo entre nosotros, no es tiempo de ayunar"[1] ¿pero estas últimas horas que preceden a su partida para el cielo no tiene algo de melancólico? ¿Y no nos sentimos naturalmente llevados ayer a pensar en la tristeza resignada y contenida que oprime el corazón de la divina Madre, y el de los discípulos, en vísperas de perder a aquel cuya presencia era para ellos anticipo de goces celestiales?

[1] *S. Luc.*, V, 34.

Origen de las Rogativas. — Ahora debemos referir cómo y con qué ocasión el Ciclo litúrgico fué completado, en este tiempo, por la introducción de estos tres días durante los cuales la Santa Iglesia, tan radiante como estaba por los esplendores de la Resurrección, parece querer volver de repente al duelo cuaresmal. El Espíritu Santo que la dirige en todos los acontecimientos ha querido que una humilde Iglesia de las Galias, poco después de la mitad del siglo v, diese comienzo a este rito, que se extiende rápidamente a toda la catolicidad, donde fué recibido como un complemento de la liturgia pascual.

La Iglesia de Vienne, una de las más ilustres y más antiguas de la Galia meridional, tenía por Obispo, hacia el año 470, a San Mamerto. Múltiples calamidades habían desolado esta provincia recientemente conquistada por los Borgoñones. Terremotos, incendios, fenómenos formidables agitaban las ciudades cual signos de la cólera divina. El santo Obispo, deseando elevar la moral de su pueblo, impulsándole a dirigirse a Dios cuya justicia debía ser aplacada, prescribió tres días de expiación, durante los cuales los fieles se entregarían a las obras de penitencia, e irían en procesión cantando salmos. Fueron escogidos para el cumplimiento de esta piadosa resolución los tres días que preceden a la Ascensión. Sin ninguna duda, el Santo Obispo de Vienne echa-

ba de este modo los fundamentos de una institución que la Iglesia entera iba a adoptar [1].

Como era justo las Galias comenzaron. San Alcimo Avito, que sucedió casi inmediatamente a San Mamerto en la silla de Vienne atestigua que la práctica de las Rogativas estaba ya consolidada en esta Iglesia [2]. San Cesáreo de Arlés, en los comienzos del siglo VI, habla de ellas como de una costumbre ya muy extendida, designando al menos por estas palabras todo el territorio de las Galias que se encontraba entonces bajo el yugo de los Visigodos [3]. Se ve claramente que toda la Galia no tardó en adoptarla, si se leen los cánones promulgados a este objeto en el primer Concilio de Orleáns celebrado en 511, y reunido de todas las provincias que reconocían la autoridad de Clodoveo. Los reglamentos del concilio referentes a las Rogativas dan una alta idea de la importancia que ya entonces se daba a esta práctica. No solamente se prescribe la abstinencia de carne durante los tres días, sino que el ayuno es de precepto. Ordena también se dis-

---

1 Con todo, es necesario admitir que Mamerto no fué el creador de esta solemnidad, él no hizo más que precisar el modo litúrgico y fijar la fecha. En efecto, sabemos que en Milán estas procesiones tenían lugar, no los tres días que preceden a la Ascensión, sino la semana siguiente, y en España, el Concilio de Gerona, celebrado en 517, ordena procesiones los jueves, viernes y sábados después de Pentecostés. Además, Sidonio Apolinar, contemporáneo de San Mamerto, dice que estas procesiones existían antes de San Mamerto, pero que este realzó su solemnidad. *(Rev. Bén.,* t. XXXIV, p. 17.)

2 Homilía sobre las Rogativas.

3 Sermón CLXXII, entre los sermones de San Agustín.

pense del trabajo a los criados, para que puedan tomar parte en las largas funciones de estos tres días[1]. En 567, el Concilio de Tours sancionaba del mismo modo la obligación de ayunar en las Rogativas[2]; y en cuanto a la obligación de guardar fiesta durante estos tres días la encontramos también reconocida en las Capitulares de Carlomagno y de Carlos el Calvo.

La Procesión de las Rogativas. — El principal rito de las Iglesias de las Galias durante estos tres días consistía desde sus orígenes en estas marchas solemnes acompañadas de cánticos suplicatorios y que se han llamado procesiones por que se hacen de un lugar a otro. San Cesáreo de Arlés nos enseña que aquellas que tenían lugar en las Rogativas duraban seis horas completas; de suerte que el clero, al sentirse fatigado por lo prolongado de los cantos, las mujeres cantaban a coro a su vez, para dejar a los ministros de la Iglesia tiempo de respirar[3]. Este detalle, tomado de las costumbres de las Galias en esta época primitiva, puede hacernos comprender la indiscreción de aquellos que en nuestros tiempos modernos, han propuesto la abolición de ciertas procesiones que ocupaban una parte notable del día, y esto, fundados en la

[1] Canón XXVII.
[2] Canón XVII.
[3] Sermón CLXXIV. Herbertus Turritanus, *Miracul,* 1. I, c. XXI.

idea de que esta prolongación debía ser considerada en sí misma como un abuso.

La salida de la Procesión de las Rogativas era precedida de la imposición de la ceniza sobre la cabeza de aquellos que tomaban en ella parte, que era todo el pueblo. Inmediatamente tenía lugar la aspersión del agua bendita; después el cortejo se ponía en marcha. La procesión estaba formada del clero y del pueblo de muchas iglesias de categoría secundaria que caminaba con la cruz de una Iglesia principal, cuyo clero presidía la función. Todos, clérigos y laicos, caminaban con los pies desnudos. Se cantaban las Letanías, Salmos, Antífonas, y se iba a cualquiera de las basílicas destinadas para la estación, en donde se celebraba el Santo Sacrificio. Se visitaban las Iglesias que se encontraban en la ruta y allí se cantaba una antífona en alabanza del misterio o del santo bajo cuyo título habían sido consagradas.

Grandes ejemplos. — Así fueron en sus orígenes y así han sido por mucho tiempo los ritos observados en las Rogativas. El monje de San Galo, que nos ha dejado tan preciosas memorias sobre Carlomagno, nos dice que en estos días el gran Emperador dejaba su calzado como los más humildes fieles y caminaba con los pies desnudos detrás de la cruz desde su palacio hasta la

Iglesia de la Estación [1]. En el siglo XIII Santa Isabel de Hungría daba también el mismo ejemplo; se complacía en confundirse durante las Rogativas con las mujeres más pobres del pueblo, caminando también con los pies descalzos, y cubierta de un burdo vestido de lana. San Carlos Borromeo, que renovó en su Iglesia de Milán tantos usos antiguos tampoco olvidó las rogativas. Con sus cuidados y sus ejemplos, reavivó en su pueblo el antiguo celo por una práctica tan santa. Exigió de sus diocesanos el ayuno durante estos tres días y lo cumplía él mismo a pan y agua. La Procesión a la que todo el clero de la ciudad estaba obligado a asistir y que comenzaba por la imposición de la ceniza, partía de la Catedral al rayar el día y no volvía sino tres o cuatro horas después del mediodía, habiendo visitado el lunes trece iglesias, nueve el martes y once el miércoles. El Santo Arzobispo celebraba el Santo Sacrificio en una de estas iglesias y dirigía la palabra a su pueblo [2].

Si se compara el celo de nuestros padres por la santificación de estas tres jornadas con la indolencia que acompaña hoy sobre todo en las ciudades la celebración de las Rogativas, no podemos menos de reconocer también en esto una de las señales del debilitamiento del sentido cristiano en la sociedad actual. Y con todo son im-

[1] *De rebus bellicis Caroli Magni*, c. XVI.
[2] *Guissano*, Vida de San Carlos Borromeo.

portantísimos los fines que se propone la Santa Iglesia en estas Procesiones en las que deberían tomar parte tantos fieles que disponen de tiempo y que en lugar de consagrarle a servir a Dios con las obras de la verdadera piedad católica, le emplean en ejercicios privados que no atraen sobre ellos las mismas gracias y aportan a la comunidad cristiana los mismos auxilios de edificación.

LAS ROGATIVAS EN LA IGLESIA DE OCCIDENTE. — Las Rogativas se extendieron rápidamente de las Galias a toda la Iglesia de Occidente. Estaban ya establecidas en España en el siglo VII y no tardaron en introducirse en Inglaterra y más tarde en las nuevas iglesias de Germania, a medida que se iban fundando. La misma Roma las adoptó en 801, en el pontificado de San León III. Poco tiempo después, cuando las Iglesias de las Galias, habiendo renunciado a la liturgia galicana para adoptar la de Roma, admitieron en sus usos la Procesión de San Marcos. Pero existía esta diferencia, que en Roma se conservó en la Procesión del 25 de abril el nombre de *Letanías mayores*, reservando el de Menores para las letanías de *Rogativas;* en cambio en Francia se llamó a éstas últimas *Letanías Mayores,* y a las Letanías de S. Marcos se las conoció con el nombre de *menores.*

Pero la Iglesia romana, sin despreciar la devoción de las Iglesias de las Galias que se creyeron en el deber de introducir en el Tiempo pascual tres días de observancia cuaresmal, no adoptó este rigor. La repugnaba entristecer con el ayuno la alegría de cuarenta días que Jesús resucitado concede todavía a sus discípulos. Se limitó pues, a prescribir la abstinencia de carne durante estos tres días, y tal fué su práctica a través de los siglos, hasta que en nuestra época el relajamiento de las costumbres cristianas la obligó a modificar su antigua disciplina en este punto. La iglesia de Milán, que como hemos visto, guarda tan severamente la Institución de las Rogativas, la ha colocado en el lunes, martes y miércoles que siguen al domingo en la Octava de la Ascensión, es decir, después de los cuarenta días consagrados a celebrar la Resurrección.

Así pues, es necesario, para conservarnos en esa auténtica norma de donde la Iglesia romana nunca se sale, considerar las Rogativas como una institución santa que viene a moderar nuestras alegrías pascuales pero no a anularlas. El color morado que se emplea en la Procesión y en la Misa de la Estación, no tienen como fin indicarnos todavía la partida del Esposo [1]; sino advertirnos que esta partida está próxima; y la abstinencia impuesta antiguamente en estos tres

[1] *Cant.*, VIII.

días, aunque no iba acompañada del ayuno, era ya como una señal anticipada de la tristeza de la Iglesia, por esta presencia del Redentor, que le iba a ser arrebatada tan pronto.

Hoy el derecho eclesiástico no menciona ya el lunes, martes y miércoles de Rogativas entre los días que obliga la ley de la abstinencia a los fieles [1]. Se vislumbra cierto decaimiento del sentido cristiano en las generaciones de nuestro tiempo, las súplicas de dispensa, hoy más numerosas, han impuesto este abandono de la antigua disciplina. Es una expiación menos, una intercesión menos, un socorro menos, en un siglo ya tan empobrecido de los medios por los que la vida cristiana se conserva, se doblega el cielo, se obtienen gracias de salvación. Los fieles debían sacar en conclusión que la asistencia a las procesiones de la amistad de estos tres días ha llegado a ser más oportuna que nunca, y que urge compensar —uniéndose a la oración litúrgica—la abolición de una ley salvadora, que data de tan antiguo, y que en sus exigencias, pesaba tan suavemente sobre nuestra molicie. Una institución tan venerable, sancionada por las ordenanzas de la Iglesia y la práctica de tantos siglos, debe permanecer siempre en honor en esta Francia que, por su ejemplo, ha impuesto a toda la cristiandad la solemnidad de las Rogativas.

[1] Derech. Canon., can. 1252.

Según la disciplina actual de la Iglesia, las procesiones de las Rogativas, cuya intención es implorar la misericordia de Dios ofendida por los pecados de los hombres, y obtener la protección celestial sobre los bienes de la tierra, van acompañadas del canto de las Letanías de los santos y completadas por una Misa especial que se celebra, sea en la Iglesia de la Estación, sea en la Iglesia misma de donde ha partido la Procesión, a no ser que deba detenerse en cualquier otro santuario.

LAS LETANÍAS DE LOS SANTOS. — Nunca se llegarán a tener en una estima excesiva las Letanías de los Santos a causa de su poder y de su eficacia. La Iglesia recurre a ellas en todas las grandes ocasiones, como un medio de tornarnos propicio a Dios, haciendo un llamamiento a toda la corte celestial. Si no se puede tomar parte en las Procesiones de las Rogativas, se reciten al menos estas Letanías en unión con la Iglesia: de este modo se participará de los beneficios de una tan santa institución y se contribuirá a obtener las gracias que la cristiandad solicita por doquier en estos tres días; finalmente se realizará un acto de católico.

Ponemos aquí la Misa de las Rogativas, que es la misma para los tres días. En ella todo habla de la necesidad y del poder de la oración. La Iglesia se viste de los colores cuaresmales pa-

ra expresar sus intenciones expiatorias; pero todo en ella respira la confianza y la esperanza de ser oída; experimentamos que ella se apoya sobre el amor de su Esposo resucitado.

MISA DE LAS ROGATIVAS

El Introito, sacado de los Salmos, anuncia de antemano la misericordia del Señor, que ha oído la súplica de su pueblo, al elevarse hacia él.

INTROITO

Oyó desde su santo templo mi voz, aleluya: y mi clamor penetró en su presencia, en sus oídos, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Yo te amaré, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia expone a Dios las necesidades de sus hijos, al pedirle reconozca la confianza con la que ellos recurren a él, e implorando para ellos su protección en sus necesidades.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que, los que, en nuestra aflicción, confiamos en tu piedad, seamos siempre defendidos con tu protección contra toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. Santiago.

Confesad unos a otros vuestros pecados, y orad los unos por los otros, para que os salvéis: porque la súpli-

ca asidua del justo vale mucho. Elías era un hombre semejante a nosotros, pasible: y oró con ahinco para que no lloviera sobre la tierra, y no llovió durante tres años y seis meses. Y oró otra vez: y el cielo dió lluvia, y la tierra dió su fruto. Hermanos míos, si alguien de vosotros se apartare de la verdad, y le convirtiere alguno: debe saber que, el que hiciere a un pecador convertirse de su camino errado, salvará su alma de la muerte, y cubrirá la multitud de sus pecados.

El fin de las Rogativas. — La Santa Iglesia toma también del Apóstol Santiago el Menor la Epístola de hoy; y no nos cause excesiva admiración lo que exponen las palabras del escritor inspirado. Uno de los fines de la institución de las Rogativas es obtener de la bondad de Dios el clima conveniente para los frutos de la tierra, y Santiago nos muestra, por el ejemplo de Elías, que la oración puede volver el cielo sereno, o hacer descender una lluvia fecundante. Imitemos la fe del profeta, y encomendemos al Señor los sembrados, que todavía tienen tanta necesidad de su bondad para llegar a sazón y para librarse de las calamidades que pueden caer sobre ellos. Otro fin de las Rogativas es obtener la remisión de los pecados. Si pedimos con fervor por nuestros hermanos extraviados, obtendremos en su favor misericordias particulares. Quizás no conoceremos, en este mundo a aquellos que nuestra oración, unida a la de la Santa Iglesia habrá apartado de la vía del pecado; pero el Apóstol nos enseña que nuestra caridad recibirá

la más preciosa recompensa, la efusión de la misericordia de Dios sobre nosotros mismos.

Para exteriorizar el duelo y la compunción en esta Misa de las Rogativas, la Iglesia, que se ha revestido del color violáceo, suspende la jubilación de sus cánticos; no se permite más que un solo verso aleluyático, que además continúa expresando sus esperanzas en la bondad del Señor.

ALELUYA

Aleluya. ℣. Alabad al Señor, porque es bueno: porque su misericordia es eterna.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: ¿Quién de vosotros tendrá un amigo, e irá a él a media noche, y le dirá: Amigo, préstame tres panes, porque un amigo ha llegado de viaje a mí, y no tengo qué poner ante él, y él, respondiendo desde adentro, diga: No me molestes, ya está cerrada la puerta, y mis hijos están conmigo en cama, no puedo levantarme y dártelos? Y, si él perseverare llamando, yo os digo que, aunque no se levante y le dé por ser amigo suyo, se levantará, no obstante, y le dará cuanto necesita para que le deje en paz. También yo os digo: Pedid, y se os dará; buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá. Porque, todo el que pide, recibe; y, el que busca, encuentra; y, al que llama, se le abrirá. Si alguien de vosotros pide pan a su padre: ¿le dará acaso una piedra? O, si le pide un pez, ¿le dará acaso una serpiente por el pez? O, si le pidiere un huevo, ¿le dará acaso un escorpión? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos: ¿cuánto más vuestro Padre desde el cielo dará el buen espíritu a los que se lo pidan?

El poder de la oración. — ¿Hay algo en los Evangelios que sea más expresivo sobre la omnipotencia de la oración que estas palabras de nuestro Señor? Hoy la Santa Iglesia al hacérnoslas leer ciertamente nos muestra lo bastante la importancia de las Rogativas, ya que en estos días nos revela la virtud de la intercesión, que triunfa aun de las repulsas de Dios. El fin de las lecturas de la Santa Escritura en la Liturgia es una enseñanza permanente y siempre oportuna: así hemos debido reconocerlo hasta ahora. En estos tres días, en que se pretende doblegar el cielo irritado, es de absoluta necesidad hacer comprender a los cristianos el poder que ejerce sobre el mismo Dios la insistencia en la oración.

Las Letanías que han sido cantadas en el curso de la Procesión nos ofrecen un modelo de esta santa obstinación en la oración. No hemos cesado de repetir: "¡Señor!, ten piedad; líbranos, ¡Señor! Te lo pedimos, ¡óyenos!" En este momento la mediación del Cordero pascual, ofrecido sobre el altar se prepara y dentro de pocos instantes él unirá a nuestros humildes votos su intercesión siempre eficaz. Defendidos por tanto peso de intercesión nos retiramos, seguros de no haber orado en vano. Tomemos, pues, también la resolución de no mantenernos alejados de la Iglesia en sus prácticas y de preferir siempre la oración hecha con ella a toda otra que nosotros ofrezcamos a Dios en particular, en los días en

que ella se presta a invitarnos a tomar parte en los deberes de súplica, que para nuestro provecho ella dirige a su celestial Esposo.

En el Ofertorio, alaba al Señor, que a pesar de la indignidad del hombre pecador, se dejó vencer por sus instancias, y vino para defenderle y proveer a sus necesidades.

OFERTORIO

Alabaré sobremanera al Señor con mi boca: y le alabaré en medio de muchos, porque se puso a la diestra del pobre: para salvar mi vida de los que me perseguían, aleluya.

Las ligaduras de nuestros pecados nos tienen encadenados y no podemos por nosotros mismos volver a Dios; la víctima pascual nos ha devuelto la libertad y cada vez que su Sacrificio se renueva sobre el altar, se opera de nuevo nuestro rescate. La Santa Iglesia representa en la Secreta a Dios todopoderoso los motivos sobre los que se apoya nuestra confianza en la Hostia de la que nos hace el don.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos presentes rompan los vínculos de nuestra maldad, y nos alcancen los dones de tu misericordia. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión repite las palabras del Salvador que hemos escuchado en nuestro Evangelio. Es él mismo quien nos autoriza a

atrevernos a todo en la oración. Nadie de nosotros osará decir: "Cualquiera que pida a Dios recibirá el efecto de su súplica"; pero ahora que el Hijo de Dios ha descendido del cielo a la tierra para enseñárnoslo, nuestro consuelo debe ser repetirlo sin cesar.

COMUNION

Pedid, y recibiréis: buscad, y encontraréis; llamad, y se os abrirá: porque, todo el que pide, recibe: y, el que busca, encuentra: y, al que llama se le abrirá, aleluya.

El Sacrificio de paz está consumado y la confianza de la Iglesia se esplaya en las palabras de acción de gracias que llena la Poscomunión. El don sagrado ha traído el consuelo; la Santa Iglesia espera que sus hijos se aprovecharán para hacer nuevos progresos en el amor.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, acojas con pío favor nuestros votos: para que, mientras recibimos tus dones en la tribulación, con nuestro consuelo crezcamos en tu amor. Por el Señor.

EL MARTES DE ROGATIVAS

ORACIÓN POR LOS PECADORES. — Todavía continúan hoy las súplicas de la Iglesia y el ejército del Señor recorre por segunda vez las calles de

las ciudades y los caminos de la campiña. Unámonos a él y hagamos oír este grito que penetra el cielo, *¡Kyrie eleison! ¡Señor, tened piedad!* Pensemos en el número inmenso de pecados que cada día y cada noche se cometen e imploramos misericordia. En los días del diluvio "toda carne había corrompido su camino"[1]; pero los hombres no pensaron en pedir gracia al cielo. "El diluvio vino y les perdió a todos", dice el Señor[2]. Si hubiesen orado, si hubiesen hecho penitencia aceptable a la divina justicia, la mano de Dios se hubiera detenido; no hubiera desencadenado sobre la tierra las cataratas del gran abismo[3]. También vendrá un día en que no las aguas, pero un fuego atizado por la cólera celestial abrasará esta tierra que hollamos. Abrasará hasta las raíces de los montes[4], y devorará a los pecadores sorprendidos en su falsa seguridad, como sucedió en los días de Noé.

Pero antes la Santa Iglesia, oprimida por sus enemigos, diezmada por el martirio de sus hijos, agotada por las defecciones, privada de todo apoyo terreno, sentirá que se acerca el día, porque la oración como la fe se enrarecerá. Velemos, pues y oremos, para que estos días de la consumación sean retrasados, para que la vida cristiana tan agotada, tome un poco de vigor y que

[1] *Gén.*, VI, 12.
[2] *S. Luc.*, XVII, 27.
[3] *Gén.*, VIII, 2.
[4] *Deut.*, XXXII, 22.

este mundo envejecido no desaparezca en nuestros tiempos. Todavía lo llenamos todo, pero el número de los nuestros ha disminuído visiblemente.

La herejía ocupa extensas regiones en que antes florecía la catolicidad; en los países perdonados por la herejía, la incredulidad y la indiferencia han arrastrado a la mayor parte de los hombres a no ser cristianos más que de nombre y a quebrantar sin remordimientos los deberes religiosos los más esenciales; entre un gran número de aquellos que cumplen todavía las obligaciones de católicos, las verdades son *enrarecidas* [1], la energía de la fe ha sido suplantada por la molicie en las convicciones, se han intentado y seguido conciliaciones imposibles, los sentimientos y las acciones de los santos que animaba el espíritu de Dios, los actos y las enseñanzas de la Iglesia son tachadas de exageración y de incompatibilidad con un pseudo progreso; la búsqueda de placeres ha llegado a constituir un estudio serio, el anhelo de bienes terrenales una noble pasión, la independencia un ídolo al que se sacrifica todo, la sumisión una humillación que es necesario huir o disimular; finalmente el sensualismo, impregna por doquier, como atmósfera nauseabunda, una sociedad que se diría ha resuelto abolir hasta el recuerdo de la Cruz.

[1] *Salmo*, XI, 2.

De aquí provienen tantos peligros para esta sociedad que anhela otras condiciones distintas de aquellas que Dios la impuso. Si el Evangelio es divino, ¿cómo podrán los hombres anularle sin provocar al cielo a lanzar sobre ellos sus iras que aniquilan cuando no salvan? Seamos justos y sepamos reconocer nuestras miserias ante la soberana santidad: los pecados de la tierra se multiplican en número y en intensidad de una manera alarmante; y sin embargo en el cuadro que acabamos de trazar, no hemos hablado ni de la impiedad desenfrenada, ni de las enseñanzas perversas cuyo virus circula por doquier, ni de los pactos con Satanás que amenaza hacer descender a nuestro siglo al nivel de los siglos paganos, ni de la conspiración tenebrosa organizada contra todo orden, toda justicia, toda verdad. Una vez más, unámonos a la Santa Iglesia, y exclamemos con ella en estos días: "De vuestra cólera, ¡líbranos, Señor!"

ORACIÓN POR LOS BIENES DE LA TIERRA. — Otro de los fines de las Rogativas es atraer la bendición de Dios sobre las mieses y los frutos de la tierra; es la petición del *pan cuotidiano,* la que trata de presentar solemnemente a la majestad divina. "Todos los seres—dice el Salmista—elevan con esperanza sus ojos hacia ti, Señor y tú les das el sustento en la estación conveniente;

tú abres la mano y extiendes tu bendición sobre todo lo que alienta"[1].

Apoyada en estas palabras, la Santa Iglesia suplica al Señor, dé también este año a los habitantes de la tierra el sustento que necesitan. Confiesa que son indignos por sus ofensas; reconozcamos con ella los derechos de la divina justicia sobre nosotros y conjurémosla se deje vencer por la misericordia. Las calamidades que podrían malograr las esperanzas orgullosas del hombre están en la mano de Dios; no supondría para él ningún esfuerzo pulverizar tan halagüeñas esperanzas; una perturbación en la atmósfera bastaría para desolar a los pueblos. Pretenda lo que quiera la ciencia económica: de bueno o mal grado necesita contar con Dios.

Ella habla de él pocas veces; parece consentir en olvidarse; pero "no duerme aquel que guarda a Israel"[2]. Si él retiene su mano bienhechora, nuestros trabajos agrícolas—en los que estamos tan confiados—nuestros cultivos—con cuya ayuda nosotros nos vanagloriamos de hacer imposible la carestía—inmediatamente se esterilizan. Vendrá de repente una peste cuyo origen permanece desconocido—así lo hemos visto—sobre los frutos de la tierra, y esto será lo bastante para hambrear los pueblos, para acarrear las más terribles perturbaciones en un orden social

[1] *Salmo*, CXLIV, 15-16.
[2] *Salmo*, CXX, 4.

que se ha manumitido de la ley cristiana y no tiene otra razón para subsistir que la compasión divina.

Y con todo, si el Señor se digna también este año dar fecundidad y protección a las mieses que nuestras manos han sembrado, entonces se podrá decir que habrá dado el sustento a aquellos que le olvidan, a aquellos que le blasfeman, como a aquellos que piensan en él y le honran.

Los ciegos y los perversos, abusando de esta longanimidad, se aprovechan para proclamar cada vez más alto la inviolabilidad de las fuerzas de la naturaleza; Dios continuará callando y les alimentará. ¿Por qué contiene su indignación? Es porque su Iglesia ha orado, es que ha reconocido sobre la tierra los diez justos [1], es decir, el contingente tan débil con el que se contenta en su adorable bondad. El dejará pues hablar y escribir a estos sabios economistas a quienes les sería tan fácil confundir. Por esta paciencia sucede que muchos se dejan llevar por los caminos del absurdo; una circunstancia inesperada les abrirá los ojos y algún día creerán y orarán con nosotros. Otros se hundirán cada vez más en sus tinieblas: desafiarán a la justicia divina hasta el fin y merecerán que se cumpla sobre ellos este terrible oráculo: "El Señor ha

[1] *Gén.*, XVIII, 32.

hecho todas las cosas para él y el impío para el día aciago"[1].

Para nosotros que nos gloriamos de la simplicidad de nuestra fe, que esperamos todo de Dios y nada de nosotros mismos, que nos reconocemos pecadores e indignos de sus dones, pediremos durante estos tres días, el pan de su piedad y diremos con la Santa Iglesia: "Dígnate dar y conservar los frutos de la tierra: Señor, te lo suplicamos, óyenos." ¡Que se digne oír una vez más el clamor de nuestra angustia! En este mismo año volveremos a dirigirle la misma súplica. Caminando bajo el estandarte de la cruz, correremos también los mismos senderos haciendo resonar en los aires las mismas Letanías, y nuestra confianza se fortalecerá más y más, con el pensamiento de que por toda la cristiandad, la Iglesia conduce sus hijos en esta marcha suplicante. Después de quince siglos, el Señor está acostumbrado a recibir los votos de sus fieles en esta época del año; no querramos nosotros en adelante disminuir los homenajes que le son debidos, y esforcémonos por suplir, por el fervor de nuestras oraciones, la indiferencia y la pereza que se unen con frecuencia, para hacer desaparecer de nuestras costumbres tantos signos de catolicidad que fueron apreciados por nuestros padres.

---

[1] *Prov.*, XVI, 4.

LA VIGILIA DE LA ASCENSION

Ha transcurrido la tercera mañana de las Rogativas, se acerca la hora del mediodía; con ella comienza la última jornada que el Hijo de Dios debe pasar sobre la tierra con los hombres. Se diría que hemos perdido de vista—durante estos tres días—el momento tan cercano de la separación; con todo, el sentimiento de la pérdida que nos amenaza alentaba en el fondo de nuestros corazones, y las súplicas que presentábamos al cielo, en unión con la Santa Iglesia, nos preparaban a celebrar el último de los misterios del Emmanuel.

Los discípulos en el Cenáculo. — En este momento se han reunido todos los discípulos en Jerusalén. Agrupados en el Cenáculo, en torno a María, esperan la hora en la que su Maestro debe manifestarse a ellos por última vez. Recogidos y silenciosos, repasan en sus corazones las muestras de bondad y de condescendencia que él les ha prodigado durante estos cuarenta días y las enseñanzas que han recibido de sus labios. Ahora le conocen, saben que ha salido de Dios; han aprendido de él la misión a la que les ha destinado: enseñar, ellos ignorantes, a los pue-

blos de la tierra; pero él se apresura a abandonarlos; "todavía un poco de tiempo y no le verán más"[1].

ORACIÓN. — Oh Jesús, nuestro creador y nuestro hermano, te hemos seguido con los ojos y con el corazón desde tu nacimiento; hemos celebrado en la liturgia uno a uno tus *pasos de gigante*[2] con una solemnidad especial; pero al veros ascender de este modo siempre, debíamos haber previsto el momento en que vos irías a tomar posesión del único lugar que te conviene, del trono sublime en que te sentarás eternamente a la derecha del Padre.

El resplandor que te circunda desde tu resurrección no es de este mundo; no puedes permanecer por más tiempo entre nosotros; sólo has permanecido durante estos cuarenta días para la consolidación de tu obra, y mañana, la tierra que te poseía desde hace treinta y tres años, se verá privada de ti. Con María tu madre, con tus dóciles discípulos, con María Magdalena y sus compañeras, nos alegramos del triunfo que te espera; pero en la víspera de perderte permitid a nuestros corazones que también se dejen conmover por la tristeza; porque tu eres el Emmanuel, *Dios con nosotros,* y marchas para ser en adelante el astro divino que se cernerá

---

[1] *S. Juan,* XVI, 16.
[2] *Salmo,* XVIII, 6.

sobre nosotros; y ya no podremos "veros, ni oiros, ni tocaros con nuestras manos, oh Verbo de vida!"[1].

También nosotros exclamamos: ¡Gloria y amor sea a Ti!, porque nos has tratado con misericordia infinita. Tu no nos debías nada, éramos indignos de atraer tus miradas, y has descendido a esta tierra mancillada por el pecado; has habitado entre nosotros, has pagado nuestro rescate con tu sangre, has restablecido la paz entre Dios y los hombres. Sí, es justo que ahora "vuelvas a aquel que te envió"[2]. Oímos la voz de tu Iglesia que acepta su destierro y que no piensa más que en tu gloria: "Huye, pues, amado mío, Te dice; huye con la rapidez del gamo y del cervatillo, hasta esas montañas en que las flores del cielo exhalan sus perfumes"[3] ¿podremos nosotros, pecadores como somos, imitar la resignación de aquella que es a la vez tu Esposa y nuestra madre?

LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR

La inefable sucesión de los misterios del Hombre-Dios está a punto de recibir su último complemento. Pero el gozo de la tierra ha subido

[1] *Epist. I. S. Juan,* I, 1.
[2] *S. Juan,* XVI, 5.
[3] *Cant.* VIII, 14.

hasta los cielos; las jerarquías angélicas se disponen a recibir al jefe que les fué prometido, y sus príncipes están esperando a las puertas, prestos a levantarlas cuando resuene la señal de la llegada del triunfador. Las almas santas, libertadas del limbo hace cuarenta días, aguardan el dichoso momento en que el camino del cielo, cerrado por el pecado, se abra para que puedan entrar ellas en pos de su Redentor. La hora apremia, es tiempo que el divino Resucitado se muestre y reciba los adioses de los que le esperan hora por hora y a quienes El dejará aún en este valle de lágrimas.

En el Cenáculo. — Súbitamente aparece en medio del Cenáculo. El corazón de María ha saltado de gozo, los discípulos y las santas mujeres adoran con ternura al que se muestra aquí abajo por última vez. Jesús se digna tomar asiento en la mesa con ellos; condesciende hasta tomar parte aún en una cena, pero ya no con el fin de asegurarles su resurrección, pues sabe que no dudan; sino que en el momento de ir a sentarse a la diestra del Padre, quiere darles esta prueba tan querida de su divina familiaridad. ¡Oh cena inefable, en que María goza por última vez en este mundo del encanto de sentarse al lado de su Hijo, en que la Iglesia representada por los discípulos y por las santas mujeres está aún presidida visiblemente por su Jefe y su Esposo!

¿Quién podría expresar el respeto, el recogimiento, la atención de los comensales y describir sus miradas fijas con tanto amor sobre el Maestro tan amado? Anhelan oír una vez más su palabra; ¡les será tan grata en estos momentos de despedida!... Por fin Jesús comienza a hablar; pero su acento es más grave que tierno. Comienza echándoles en cara la incredulidad con que acogieron la noticia de su resurrección [1]. En el momento de confiarles la más imponente misión que haya sido transmitida a los hombres, quiere invitarles a la humildad. Dentro de pocos días serán los oráculos del mundo, el mundo creerá sus palabras y creerá lo que él no ha visto, lo que sólo ellos han visto.

La fe pone a los hombres en relación con Dios; y esta fe no la han tenido, desde el principio, ellos mismos: Jesús quiere recibir de ellos la última reparación por su incredulidad pasada, a fin de establecer su apostolado sobre la humildad.

LA EVANGELIZACIÓN DEL MUNDO. — Tomando enseguida el tono de autoridad que a él sólo conviene, les dice: "Id al mundo entero, predicad el Evangelio a toda creatura. El que crea y se bautice, se salvará; el que no crea, se condenará"[2]. Y esta misión de predicar el Evangelio en el

---

[1] S. *Marc.* XVI, 14.
[2] S. *Marc.* XVI, 15-16.

mundo entero; ¿cómo la cumplirán? ¿Por qué medio tratarán de acreditar su palabra? Jesús se lo indica: "He aquí los milagros que acompañarán a los que creyeren: arrojarán los demonios en mi nombre; hablarán nuevas lenguas; tomarán las serpientes con la mano; si bebieren algún veneno, no les dañará; impondrán sus manos sobre los enfermos, y los enfermos sanarán"[1].

Quiere que el milagro sea el fundamento de su Iglesia como El mismo lo escogió para que fuese el argumento de su misión divina. La suspensión de las leyes de la naturaleza anuncia a los hombres que el autor de la naturaleza va a hablar; a ellos sólo les toca entonces escuchar y someterse humildemente.

He aquí pues a estos hombres desconocidos del mundo, desprovistos de todo medio humano, investidos de la misión de conquistar la tierra y de hacer reinar en ella a Jesucristo. El mundo ignora hasta su existencia; sobre su trono, Tiberio, que vive entre el pavor de las conjuraciones no sospecha en absoluto esta expedición de un nuevo género que va a abrirse y llegará a conquistar al imperio romano. Pero a estos guerreros les hace falta una armadura, y una armadura de temple celestial. Jesús les anuncia que están para recibirla. "Quedaos en la ciudad, les

[1] *Ib.* 17-18.

dice, hasta que hayáis sido revestidos de el poder de lo alto"[1]. ¿Cuál es, pues, esta armadura? Jesús se lo va a explicar. Les recuerda la promesa del Padre, "esta promesa, dice, que habéis oído de mi boca. Juan ha bautizado en agua; pero vosotros, dentro de pocos días, seréis bautizados en el Espíritu Santo"[2].

Hacia el Monte de los Olivos. — Pero la hora de la separación ha llegado. Jesús se levanta y todos los asistentes se disponen a seguir sus pasos. Ciento veinte personas se encontraban reunidas allí con la madre del triunfador que el cielo reclamaba. El Cenáculo estaba situado sobre el monte Sión, una de las colinas que cerraba el cerco de Jerusalén. El cortejo atraviesa una parte de la ciudad, dirigiéndose hacia la puerta oriental que se abre sobre el valle de Josafat. Es la última vez que Jesús recorre las calles de la ciudad réproba. Invisible en adelante a los ojos de este pueblo que ha renegado de El, avanza al frente de los suyos, como en otro tiempo la columna luminosa que dirigió los pasos del pueblo israelita.

¡Qué bella e imponente es esta marcha de María, de los discípulos y de las santas mujeres, en pos de Jesús que no debe detenerse más que en el cielo, a la diestra del Padre! La piedad de

---

1 *S. Luc.*, XXIV, 49.
2 *Actas*, 1.

la edad media la celebraba en otro tiempo por una solemne procesión que precedía a la Misa de este gran día. Dichosos siglos, en que los cristianos deseaban seguir cada uno de los pasos del Redentor y no sabían contentarse, como nosotros, de algunas vagas nociones que no pueden engendrar más que una piedad vaga como ellas.

LA ALEGRÍA DE MARÍA. — Se pensaba también entonces en los sentimientos que debieron ocupar el corazón de María durante los últimos instantes que gozó de la presencia de su hijo. Se preguntaba qué era lo que más pesaba en su corazón maternal, si la tristeza de no ver más a Jesús, o la dicha de sentir que iba por fin a entrar en la gloria que le era debida. La respuesta venía al punto al pensamiento de esos verdaderos cristianos, y nosotros también, nos la damos a nosotros mismos. ¿No había dicho Jesús a sus discípulos: "¿Si me amaseis, os alegraríais de que fuese a mi Padre?"[1]. Ahora bien, ¿quién amó más a Jesús que María?

El corazón de la madre estaba pues alegre en el momento de este inefable adiós. María no podía pensar en sí misma, cuando se trataba del triunfo debido a su hijo y a su Dios.

Después de las escenas del Calvario, podía ella aspirar a otra cosa que a ver al fin glorificado al que ella conocía por el soberano Señor

[1] *S. Juan,* XIV, 28

de todas las cosas, al que ella había visto tan pocos días antes, negado, blasfemado, expirando en medio de los dolores más atroces.

El cortejo ha atravesado el valle de Josafat y ha pasado el torrente del Cedrón; se dirige por la pendiente del monte de los Olivos. ¡Qué recuerdos vienen a la memoria! Este torrente, del que el Mesías había bebido el agua fangosa en sus humillaciones, se ha convertido hoy para El en el camino de la gloria. Así lo había anunciado David [1]. Se deja a la izquierda el huerto que fué testigo de la Agonía, la gruta en que fué presentado a Jesús y aceptado por El el cáliz de todas las expiaciones del mundo. Después de haber franqueado un espacio que San Lucas calcula como el que les era permitido recorrer a los judíos en día de Sábado, se llega al terreno de Betania a esta aldea en que Jesús buscaba la hospitalidad de Lázaro y de sus hermanas. Desde este rincón del monte de los Olivos se dominaba Jerusalén que aparecía majestuosa con su templo y sus palacios.

Esta vista emocionó a los discípulos. La patria terrestre hace aún palpitar el corazón de estos hombres; por un momento olvidan la maldición pronunciada sobre la ingrata ciudad de David, y parecen no acordarse ya de que Jesús acaba de hacerles ciudadanos y conquistadores del mun-

---

[1] *Ps.*, CIX, 7.

do entero. El delirio de la grandeza mundana de Jerusalén les ha seducido de repente y osan preguntar a Jesús su Maestro: "Señor, ¿es este el momento en que establecerás el reino de Israel?"

Jesús responde a esta pregunta indiscreta: "No os pertenece saber los tiempos y los momentos que el Padre ha reservado a su poder." Estas palabras no quitaban la esperanza de que Jerusalén fuese un día reedificada por Israel convertido al cristianismo; pues este restablecimiento de la ciudad de David no debía tener lugar más que al fin de los tiempos, y no era conveniente que el Salvador diese a conocer el secreto divino. La conversión del mundo pagano, la fundación de la Iglesia, era lo que debía preocupar a los discípulos. Jesús les lleva inmediatamente a la misión que les dió momentos antes: "Vais a recibir, les dice, el poder del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda la Judea y Samaria y hasta los confines de la tierra"[1].

La Ascensión al cielo. — Según una tradición que remonta a los primeros siglos del cristianismo [2], era el medio día la hora en que Jesús fué elevado sobre la cruz cuando, dirigiendo sobre la concurrencia una mirada de ternura que debió detenerse con complacencia filial sobre

[1] *Actas*, 1. 6-8.
[2] *Const. apost.* 1, V, c. XIX.

María, elevó las manos y les bendijo a todos. En este momento sus pies se desprendieron de la tierra y se elevó al cielo [1]. Los asistentes le seguían con la mirada; pero pronto entró en una nube que le ocultó a sus ojos [2].

Los discípulos tenían aún los ojos fijos en el cielo, cuando, de repente, dos Angeles vestidos de blanco se presentaron ante ellos y les dijeron: "Varones de Galilea, ¿porqué estáis mirando al cielo? Ese Jesús que os ha dejado para elevarse al cielo vendrá un día de la misma manera que le habéis visto subir"[3]. Del mismo modo que el Salvador ha subido, debe el Juez descender un día: todo el futuro de la Iglesia está comprendido en estos dos términos. Nosotros vivimos ahora bajo el régimen del Salvador; pues nos ha dicho que "el hijo del hombre no ha venido para juzgar al mundo, sino para que el mundo sea por El salvado"[4]. Y con este fin misericordioso los discípulos acaban de recibir la misión de ir por toda la tierra y de convidar a los hombres a la salvación, mientras tienen tiempo.

¡Qué inmensa es la tarea que Jesús les ha confiado, y en el momento en que van a dar comienzo a ella Jesús les abandona! Les es preciso descender solos del monte de los Olivos de donde ha partido El para el cielo. Su corazón,

1 *S. Lucas*, XXIV, 51.
2 *Act.*, I, 9.
3 *Actas*, 1, 10-11.
4 *S. Juan*, III, 17.

sin embargo, no está triste; tienen con ellos a María, y la generosidad de esta madre incomparable se comunica a sus almas. Aman a su Maestro; su dicha en adelante consistirá en pensar que ha entrado en su descanso.

Los discípulos entraron de nuevo en Jerusalén "llenos de una viva alegría", nos dice S. Lucas [1], expresando por esta sola palabra uno de los caracteres de esta fiesta de la Ascensión, impregnada de una tan dulce melancolía, pero que respira al mismo tiempo más que cualquier otra alegría y el triunfo. Durante su Octava, intentaremos penetrar los misterios y presentarla en toda su magnificencia; hoy nos limitaremos a decir que esta solemnidad es el cumplimiento de todos los misterios del Redentor y que ha consagrado para siempre el jueves de todas las semanas, día tan augusto por la institución de la santa Eucaristía.

Ritos antiguos. — Hemos hablado de la procesión solemne por la cual se celebraba, en la edad media, la partida de Jesús y de sus discípulos al monte de los Olivos; debemos recordar también que en este día se bendecía solemnemente el pan y los frutos nuevos, en memoria de la última comida que el Salvador tomó en el Cenáculo. Imitemos la piedad de estos tiempos

[1] *S. Luc.*, XXIV, 52.

en que los cristianos tenían a pecho el recoger los menores rasgos de la vida del Hombre-Dios y de apropiárselos, por decirlo así, reproduciendo en su modo de vivir todas las circunstancias que el santo Evangelio les revelaba. Jesucristo era verdaderamente amado y adorado en esos tiempos en que los hombres se acordaban sin cesar que es el soberano Señor. Actualmente, es el hombre quien reina con sus peligros y riesgos. Jesucristo es rechazado en lo íntimo de la vida privada. Y por tanto, tiene derecho a ser nuestra preocupación de todos los días y de todas las horas.

Los Angeles dijeron a los Apóstoles: "Del mismo modo que le habéis visto subir, así bajará un día." ¡Ojalá le hubiésemos amado y servido durante su ausencia con suficiente diligencia, para que pudiésemos soportar sus miradas cuando aparezca!

MISA

La Iglesia romana señala hoy para la Estación la basílica de San Pedro. Es un bello pensamiento el de reunir en tal día la asamblea de fieles alrededor de la tumba de uno de los principales testigos de la Ascensión de su Maestro.

En esta basílica, como en las Iglesias más humildes de la cristiandad, el símbolo litúrgico de la fiesta es el Cirio pascual, que vimos brillar en la

noche de la Resurrección, y que estaba destinado a figurar, por su luz de cuarenta días, la duración de la estancia del Señor Resucitado en medio de los que él se dignó llamar sus hermanos. Las miradas de los fieles reunidos se fijan con complacencia sobre su llama que parece brillar con una luz más viva, á medida que se aproxima el instante en que será apagada. Bendigamos a nuestra madre la Iglesia a quien el Espíritu Santo ha inspirado el arte de instruirnos por medio de tantos símbolos, y glorifiquemos al Hijo de Dios que nos ha dicho: "Yo soy la luz del mundo"[1].

El Introito anuncia la gran solemnidad por la cual nos congregamos. Está compuesto por las palabras dichas por los Angeles a los Apóstoles sobre el monte de los Olivos. Jesús ha subido a los cielos, pero, descenderá un día.

INTROITO

Varones de Galilea, ¿por qué os admiráis mirando el cielo? aleluya: como le habéis visto ascendiendo al cielo, así vendrá, aleluya, aleluya, aleluya. *Salmo:* Todos los pueblos aplaudid con las manos: cantad a Dios con voces de júbilo.

℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, recogiendo las súplicas de sus hijos en la Colecta, pide para ellos a Dios la gra-

---

[1] *San Juan,* VIII, 12.

cia de tener sus corazones unidos al divino Redentor, a quien deben, buscar en adelante, en el cielo, donde ha subido el primero.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que creemos que tu Unigénito, nuestro Redentor, ascendió hoy a los cielos, habitemos también con nuestra mente en los cielos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

El primer tratado que he hecho, oh Teófilo, habla de todo lo que comenzó a obrar y enseñar Jesús, hasta el día en que instruyendo por el Espíritu Santo a los Apóstoles que escogió, fué arrebatado: a los cuales se presentó El mismo vivo después de su pasión con muchas pruebas, apareciéndose a ellos durante cuarenta días y hablándoles del reino de Dios. Y, comiendo con ellos, les ordenó que no se marcharan de Jerusalén, sino que esperaran la promesa del Padre, la que habéis oído (dijo) de mi boca: Porque Juan bautizó ciertamente con agua, pero vosotros seréis bautizados con el Espíritu Santo no muchos días después de estos. Entonces los que se habían reunido, le preguntaron, diciendo: Señor, ¿restaurarás el reino de Dios en este tiempo? Y les dijo: No toca a vosotros saber los tiempos o el momento que el Padre ha puesto en su potestad: pero recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén y en toda Judea, y en Samaria y hasta el fin de la tierra, y habiéndo dicho esto, viéndole ellos, se elevó, y una nuve lo arrebató de sus ojos. Y, estando mirando cómo El se iba al cielo, he aquí que dos varones se pusieron a su lado, con vestidos blancos y les dijeron:

Varones Galileos, ¿por qué estáis mirando al cielo? Ese Jesús, que se ha elevado de vosotros al cielo, así vendrá, como le habéis visto ir al cielo.

JESÚS SUBE AL CIELO. — Acabamos de asistir, siguiendo este relato, a la partida del Emmanuel a los cielos. ¿Hay algo más tierno que la mirada de los discípulos fija sobre su Maestro que se eleva al cielo bendiciéndoles? Pero una nube viene a interponerse entre Jesús y ellos, y sus ojos impregnados de lágrimas han perdido la huella de su paso. Están solos ya en el monte; Jesús les ha ocultado su presencia visible. ¡Cuán pesada les sería la estancia en este mundo, si su gracia no les sostuviese, si el Espíritu divino no estuviese a punto de bajar sobre ellos y de crear en ellos un nuevo ser! Solo en el cielo volverán a ver a quien, siendo Dios, se dignó ser su Maestro durante tres años y que, en la última Cena, quiso llamarles sus amigos.

Pero no sólo ellos lo lamentan. Esta tierra que recibía temblando de gozo la huella de los pasos del Hijo de Dios, no será ya pisada por sus sagrados pies. Ha perdido esta gloria que esperó tanto tiempo, la gloria de servir de habitación a su autor. Las naciones esperan un Libertador; pero, fuera de Judea y Galilea, los hombres ignoran que ha venido el libertador y ha subido a los cielos. La obra de Jesús, no se ceñirá a estas regiones. El género humano conocerá que ha venido; y, en cuanto a su Ascensión al cielo

en ese día, escuchad la voz de la Iglesia que resuena en las cinco partes del mundo y proclama el triunfo del Emmanuel. Diez y nueve siglos han transcurrido desde su partida, y nuestra despedida llena de respeto y de amor se une a la que le dirigieron sus discípulos, cuando subía al cielo. También nosotros lloramos su ausencia; pero nos regocijamos de verle glorificado, coronado y sentado a la diestra de su Padre. Has entrado en tu reposo, Señor; nosotros, a quienes redimiste y conquistaste te adoramos en tu trono. Bendícenos, llévanos a ti, y dígnate hacer que tu última venida sea nuestra esperanza y no nuestro temor.

Los últimos versillos del Aleluya repiten los acentos de David cuando ensalzaba de ante mano a Cristo que sube en su gloria, las aclamaciones de los Angeles, los ruidosos sonidos de las trompetas celestiales, el magnífico trofeo que el vencedor arrastra tras de sí en esos dichosos cánticos que ha extraído del limbo.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Ascendió Dios con júbilo, y el Señor con clamor de trompeta.

Aleluya. ℣. El Señor, como en el Sinaí, así está en el santuario: subiendo a lo alto, llevó cautiva a la cautividad. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Marcos.

En aquel tiempo, estando los once discípulos sentados a la mesa, se apareció a ellos Jesús: y les repro-

chó su incredulidad y su dureza de corazón: porque no creyeron a los que le habían visto resucitado. Y díjoles: Yendo por todo el mundo, predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyere y fuere bautizado se salvará: pero el que no creyere se condenará. Y, a los que creyeren les seguirán estas señales: en mi nombre lanzarán los demonios: hablarán lenguas nuevas: quitarán las serpientes: y si bebieren algo mortífero, no les hará daño: pondrán las manos sobre los enfermos, y sanará. Y el Señor Jesús, después que les habló, fué arrebatado al cielo, y está sentado a la diestra de Dios. Y ellos, partiendo, predicaron por doquier, cooperando con ellos el Señor, y confirmando la palabra con las señales que se sigan.

Desear a Cristo. — Después de haber acabado el diácono estas palabras, un acólito sube al ambón, y apaga el Cirio que nos recordaba la presencia de Jesús resucitado. Este rito expresivo anuncia el comienzo de la viudez de la Iglesia y advierte a nuestras almas que para contemplar en lo sucesivo a nuestro Salvador, nos es preciso mirar al cielo donde él reside. ¡Qué rápido ha sido su paso por aquí abajo! ¡qué de generaciones se han sucedido! ¡qué de generaciones se sucederán aún hasta que se muestre de nuevo!

Lejos de él, la Santa Iglesia siente las tristezas del destierro; sigue sin embargo habitando este valle de lágrimas; porque de la tierra ha de elevar al cielo a los hijos que la ha dado su Esposo divino por medio de su Espíritu; pero le falta la vista de Jesús y si somos cristianos, tam-

bién a nosotros nos debe faltar. "¡Oh, cuándo llegará el día en que revestidos de nuevo con nuestra carne, nos lancemos al cielo al encuentro del Señor, para morar con El eternamente"![1]. Entonces, y solamente entonces, alcanzaremos el fin para el que fuimos creados.

Todos los misterios del Verbo encarnado que hemos celebrado hasta aquí debían desembocar en la Ascensión; las gracias que recibimos día por día deben terminarse con la nuestra. "Este mundo no es más que una sombra que pasa"[2]. Y estamos en camino para irnos a juntarnos con nuestro Jefe. En El está nuestra vida, nuestra felicidad; en vano trataremos de buscarla en otra parte. Todo lo que nos acerca a Jesús es bueno para nosotros; todo lo que nos aleja de El es malo y funesto. El misterio de la Ascensión es el último destello que Dios hace brillar ante nuestros ojos para mostrarnos el camino. Si nuestro corazón aspira a encontrar a Jesús, es que vive la verdadera vida; si está apegado a las criaturas y no siente atracción de Jesús, imán celestial, es que está muerto.

Levantemos, pues, los ojos como los discípulos y sigamos con el deseo a aquel que sube hoy para prepararnos un lugar. ¡Arriba los corazones! "¡Sursum corda!" Tal es el grito de despedida que nos envían nuestros hermanos que su-

---

[1] *I. Therss.*, IV, 16.
[2] *I Cor.*, VII, 31.

ben en pos del divino Triunfador: es el grito de los santos Angeles congregados ante el Emmanuel, y que nos invitan a formar parte de sus filas.

Para Antífona del Ofertorio, la Iglesia emplea las mismas palabras que para el primer aleluya. Sólo expresa un pensamiento: el triunfo de su Esposo, la alegría del cielo en la cual quiere que tomen parta también los habitantes de la tierra.

OFERTORIO

Ascendió Dios en el júbilo, y el señor al son de trompeta, aleluya.

Entrar en pos de Jesús en la vida eterna, evitar los obstáculos que pueden encontrarse en el camino, tales deben ser nuestros deseos en este día, tal es también la petición que la Iglesia formula en la oración Secreta.

SECRETA

Recibe, Señor, los dones que te ofrecemos, por la gloriosa Ascensión de tu Hijo: y concede propicio, que seamos libres de los peligros presentes, y lleguemos a la vida eterna. Por Jesucristo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti. Señor santo. Padre omnipotente, eterno Dios: por Cristo, nuestro Señor. El cual, después de su resurrección, se apareció claramente a todos sus discípulos, y, viéndole ellos, se elevó al cielo, para hacernos a nos-

otros partícipes de su divinidad. Y, por tanto, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Un nuevo versículo de David forma parte de la Antífona de la Comunión. El rey-profeta anuncia en él, mil años antes que él Emmanuel se elevara a los cielos por el Oriente. En efecto, del monte de los Olivos situado al Este de Jerusalén hemos visto hoy partir a Jesús para el reino de su Padre.

COMUNION

Cantad salmos al Señor, que asciende a lo más alto de los cielos, hacia el Oriente, aleluya.

El pueblo fiel acaba de sellar su alianza con su divino Jefe participando del augusto Sacramento; la Iglesia pide a Dios que este misterio, que contiene a Jesús invisible en adelante, obre en nosotros lo que expresa al exterior.

POSCOMUNION

Concédenos te rogamos, oh Dios omnipotente y misericordioso, sentir el efecto invisible de los Misterios visibles que acabamos de recibir. Por N. S. Jesucristo.

MEDIO DIA

Una tradición de los primeros siglos y confirmada por las revelaciones de los santos, nos

dice que la hora de la Ascensión del Salvador fué la del mediodía. Los Carmelitas reformados por Santa Teresa honran con un culto particular este piadoso recuerdo. A la hora expresada. Se reúnen en el coro para vacar en la contemplación del último de los misterios de Jesús y seguir con el pensamiento y con el corazón al Emmanuel a la altura que le lleva su vuelo divino.

Sigámosle también nosotros; pero antes de fijar nuestras miradas en el radiante medio día que ilumina su triunfo, volvamos un momento con el pensamiento al punto de partida. A media noche apareció en medio de tinieblas, en el establo de Belén. Esta hora nocturna y silenciosa convenía al comienzo de su misión. Su obra entera estaba ante El, y debían transcurrir treinta y tres para cumplirla. Esta misión se desarrolló año tras año; día tras día, y estaba cercana a su fin, cuando los hombres, en su malicia, se apoderaron de El y le clavaron en una cruz. A medio día apareció elevado en los aires; pero su Padre no quiso que el sol iluminara lo que era una humillación y no un triunfo. Densas tinieblas cubrieron la tierra, este día no tuvo mediodía. Cuando el sol reapareció, era ya la hora de Nona. Tres días después, salía de la tumba al alborear de la aurora.

Hoy su obra está consumada. Jesús ha pagado con su sangre el rescate de nuestros pecados, ha vencido la muerte resucitando glorioso; ¿no

tiene derecho de escoger para su partida la hora en que el sol, su imagen, vierte todo su fuego e inunda con su luz la tierra cuyo Redentor va a cambiar por el cielo? ¡Salve, pues, hora del medio día, dos veces sagrada, porque tú nos recuerdas todos los días la misericordia y la victoria de nuestro Emmanuel! ¡Gloria a ti por la doble aureola que llevas: la salvación del hombre por medio de la cruz, y la entrada del hombre en el reino de los cielos!

Pero ¿no eres Tú mismo el Medio día de nuestras almas, ¡oh Jesús, Sol de justicia!? ¿Dónde encontraremos esta plenitud de luz a la cual aspiramos, este ardor de amor eterno que únicamente él puede hacernos dichosos, sino en ti que has venido aquí abajo a iluminar nuestras tinieblas y derretir nuestros hielos? Con esta esperanza, escuchamos las melodiosas palabras de Gertrudis tu fiel esposa y pedimos la gracia de poder un día repetirlas con ella: "¡Oh amor, de medio día cuyo ardor es tan dulce, eres la hora del reposo sagrado, la paz entera que se gusta en ti constituye nuestras delicias! ¡Oh Amado, escogido sobre toda creatura, hazme saber, muéstrame el lugar en que apacientas tu rebaño, y descansas a la hora del medio día! Mi corazón se inflama pensando en tus dulces ocios en este momento. ¡Oh si me fuese dado acercarme a ti de modo que no sólo estuviese cerca de ti, sino en ti! Por tu influencia, oh Sol de Justicia, todas

las flores de las virtudes florecerían en mí que no soy más que polvo y ceniza. Fecundada por tus rayos, oh Maestro y Esposo, mi alma produciría los nobles frutos de la perfección. Arrebatada de este valle de miseria y admitida a contemplar tu faz tan deseada, mi dicha eterna será pensar que no te has desdeñado, oh espejo sin mancha, unirte a una pecadora como yo"[1].

TARDE

PLEGARIA. — ¡Oh nuestro Emmanuel! finalmente has llegado al término de tu obra y hoy mismo te vemos entrar en tu reposo. Al comienzo del mundo, empleaste seis días para disponer todas las partes del Universo creado por tu poder; después de lo cual entraste en tu descanso. Más tarde, cuando resolviste levantar tu obra caída por la malicia del ángel rebelde, tu amor te hizo pasar, durante treinta y tres años, por una sucesión sublime de actos por medio de los cuales se obraron nuestra redención y nuestro restablecimiento en el grado de santidad y de gloria del que habíamos caído.

No olvidaste nada, oh Jesús, de lo que había sido propuesto en los consejos de la Trinidad, ni de lo que los Profetas habían anunciado de ti. Tu Ascensión concluye la misión que has cum-

[1] Ejercicios de Sta Gertrudis, V.º día.

plido en tu misericordia. Por segunda vez entras en tu descanso; pero entras con toda la naturaleza humana, llamada en adelante, a tomar parte en honores divinos.

Ya forman parte en las filas de los coros angélicos los justos de nuestra raza que has sacado del limbo, pues, al marcharte nos dijiste: "Voy a prepararos un lugar"[1].

Confiados en tu palabra, resueltos a seguirte en todos tus misterios que has cumplido sólo por nosotros, a acompañarte en la humildad de Belén, en la participación de los dolores del Calvario, en la resurrección de Pascua y aspiramos a imitarte también, cuando llegue la hora, en tu triunfante Ascensión. Entretanto, nos unimos a los coros de los Apóstoles que saludan tu llegada, a nuestros Padres cuya multitud te acompaña y te sigue.

Fija tu mirada en nosotros, ¡oh divino Pastor! no ha llegado aún el momento de juntarnos.

Guarda a tus ovejas y ten cuidado que no se extravíe ninguna ni sea ingrata a tus cuidados. Conociendo nuestro fin y firmes en el amor y la meditación de los misterios que nos han conducido al de hoy, tomamos a éste como objeto de nuestra espera y el término de nuestros deseos. Constituye el fin de tu venida a este mundo, por medio de la cual descendiendo tú hasta nuestra bajeza, nos ensalzaste hasta hacernos partícipes

[1] *San Juan*, XIV, 2.

de tu grandeza, y haciéndote hombre nos hiciste dioses a nosotros.

¿Pero qué haríamos aquí abajo hasta que nos juntásemos contigo, si la Virtud del Altísimo que nos habéis prometido no descendiese pronto sobre nosotros, si no nos diese paciencia en el destierro, fidelidad en la ausencia y el amor suficiente para sostener un corazón que suspira por poseerte? ¡Ven, pues, oh Espíritu divino! No nos dejes languidecer, a fin de que nuestra mirada permanezca fija en el cielo donde Jesús reina y nos espera, y no permitas que el mortal sea tentado, en su cansancio, a arrastrarse por un mundo terrestre en el cual Jesús no se dejará ver en adelante.

VIERNES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

LA VOCACION DE LOS ÁNGELES Y DE LOS HOMBRES

He aquí que hemos llegado, por decirlo así, al punto culminante de la obra divina que sólo hoy aparece verdaderamente completa. Todos los días, en el santo Sacrificio, después de las palabras de la consagración, dirigiéndose la Iglesia a la majestad del Padre, expresa así el motivo de su confianza: "Teniendo pues presentes en el pensamiento, nosotros tus siervos y tu pueblo santo, la bienaventurada Pasión del mismo Cris-

to, tu Hijo y Señor nuestro, su Resurrección y también su gloriosa Ascensión a los cielos, te ofrecemos esta hostia pura, santa e inmaculada." No basta, pues, que el hombre se apoye en los méritos de la Pasión del Redentor que ha borrado nuestras iniquidades con su sangre; no le basta unirse al recuerdo de la Resurrección que ha dado a este divino Libertador la victoria sobre la muerte; el hombre no es salvado, ni restablecido, sino por la unión de estos dos misterios con un tercero, con el misterio de la triunfante Ascensión del que ha muerto y resucitado. Jesús, durante los cuarenta días de su vida gloriosa sobre la tierra, sigue siendo un desterrado. Y nosotros también permanecemos desterrados como él, hasta que la puerta del cielo, cerrada por el pecado de Adán, se vuelva a abrir para él y para nosotros.

En su inefable bondad, Dios no había llamado al hombre solamente a reinar sobre todos los seres que cubren la tierra; no le había destinado sólo a conocer la verdad en proporción a las necesidades de su naturaleza, a realizar el bien según las fuerzas de su vida moral, a rendir un lejano homenaje a su creador. Por un designio de su omnipotencia unida a su amor, Dios le había asignado un fin sobre su propia naturaleza. Inferior al Angel y realizando en su ser la unión del espíritu y de la materia, el hombre estaba llamado al mismo fin que el Angel. El

cielo debía recibir al uno y al otro; uno y otro estaban llamados a encontrar eternamente su felicidad en la visión de Dios cara a cara, en la posesión íntima del soberano bien.

La gracia, socorro divino y misterioso, debía hacerles aptos para el fin sublime que los había preparado gratuitamente la bondad de su creador. Tal era el pensamiento en el cual se había complacido Dios desde la eternidad: elevar hasta sí a estos hijos de la nada y verter sobre ellos, según la medida de su ser engrandecido, los torrentes de su amor y de su luz.

Ya sabemos qué catástrofe apartó a algunos de los Angeles en el camino de la bienaventuranza suprema. En el momento de la prueba que debía decidir la admisión de cada uno de ellos a la dicha sin fin se oyó un grito de rebelión. En todos los coros angélicos hubo rebeldes, espíritus que se negaron a rebajarse ante el mandato divino; pero su caída sólo les dañó a ellos mismos, y los espíritus fieles admitidos en recompensa a la visión y a la posesión del soberano bien, comenzaron su eterna felicidad. Dios se dignó admitir seres creados a gozar de su propia felicidad y los nuevos coros glorificados se dilataron bajo su eterna mirada.

Creado más tarde, el hombre cayó también y su pecado rompió el lazo que le unía a Dios. La raza humana estaba representada entonces por un solo hombre y una sola mujer: todo se

había, pues, hundido a la vez. Después de la falta, el cielo quedaba cerrado para siempre a nuestra raza; pues en su caída, Adán y Eva habían arrastrado a su posteridad, a la cual no podían transmitir un derecho que habían perdido. En lugar de este paso agradable por la tierra, al cual debía poner fin una dichosa ascensión hacia la morada eterna de la gloria, no nos quedaba más que una corta vida llena de dolores y, como perspectiva, la tumba donde nuestra carne salida del polvo, se vería reducida a polvo. En cuanto a nuestra alma, creada para la dicha sobrenatural a la cual no podía aspirar hubiera sido como para verse frustrada eternamente. El hombre había preferido la tierra; la habitaría durante algunos años, después de los cuales la dejaría a otros que desaparecerían igualmente hasta que Dios quisiese acabar con esta obra.

La Redención. — Así habíamos nosotros merecido ser tratados; pero no fué tal, sin embargo, el fin de nuestra creación. A pesar del odio que Dios tiene al pecado, había destinado al hombre a gozar de los tesoros de su gloria, y no quiso derogar los designios de su sabiduría y de su bondad. No, la tierra no será un lugar en que el hombre nacerá para extinguirse al punto. Cuando haya llegado la plenitud de los tiempos, un hombre aparecerá aquí abajo, mas no el primero de una nueva creación, sino un hombre

como nosotros, de nuestra raza, "nacido de mujer", como dice el Apóstol[1]. Así, este hombre celeste y terrestre a la vez se asociará a nuestra desgracia; como nosotros, pasará por la muerte, y la tierra le guardará tres días en su seno. Pero se verá forzada a entregarle y, vivo, aparecerá ante los ojos deslumbrados de los otros hombres. Nosotros lo hemos visto y al sentir en nosotros mismos una "sentencia de muerte"[2], nos alegramos de ver la carne de nuestra carne, la sangre de nuestra sangre obtener una tan hermosa victoria.

Así, pues, las intenciones divinas no serán del todo frustradas. He aquí que la tierra presenta al Creador un segundo Adán que, habiendo vencido la muerte, no puede detenerse más aquí abajo. Es preciso que suba; y si la puerta del cielo está cerrada, es preciso que se abra para él. "Príncipes, levantad vuestras puertas; puertas eternas, levantaos, y el Rey de la gloria entrará"[3]. ¡Oh, si se dignase llevarnos tras El! pues es nuestro hermano, y sabemos que sus "delicias fueron estar con los hijos de los hombres"[4]. Pero que suba, que su Ascensión sea desde hoy. Es la más pura sangre de nuestra raza, el hijo de una madre sin mancha que va a representarnos a todos en esta dichosa mansión

[1] *Gal.*, IV, 4.
[2] *II Cor.*, 1, 9.
[3] *Ps.*, XXXIII, 7.
[4] *Prov.*, VIII, 31.

que debemos habitar, la tierra le envia no es ya estéril desde el momento que le produjo; pues ha fructificado al fin para el cielo. ¿No parece que un rayo de luz ha descendido hasta el fondo de este valle de lágrimas, cuando las puertas del cielo se han levantado para abrirle paso? "Elévate, pues, oh Señor de los hombres, ¡levántate en tu poder, y nosotros sobre la tierra, cantaremos las grandezas de tu triunfo!"[1]. Padre de los siglos, recibid a este dichoso hermano que vuestros desgraciados hijos os envían.

A pesar de lo maldita que parecía ser, "la tierra ha dado su fruto"[2]. Oh, si nos fuese permitido ver en él las primicias de una cosecha más abundante digna de tu majestad, entonces nos atreveríamos a pensar que ese día es aquel en que entras en posesión de tu obra primitiva.

SABADO

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL MISTERIO DE NUESTRA ASCENSION

Ha subido al cielo el hombre que poseía la tierra y que reunía en sí toda santidad. No es, pues estéril para el cielo, esta tierra a pesar de

[1] *Ps.*, XX, 14.
[2] *Ps.*, LVI, 7.

ser maldita; la puerta de los cielos cerrada a nuestra raza, ha podido abrirse para dejar pasar a un hijo de Adán. Tal es el misterio de la Ascensión; pero no es más que una parte, es preciso conocerle entero. Escuchemos lo que nos dice el Apóstol de las naciones: "Dios, que es rico en misericordia, movido por la excesiva caridad con la cual amó a los que estábamos muertos por nuestros pecados, nos ha vuelto a la vida con Jesu-Cristo; nos ha resucitado con él, y nos ha hecho sentar en los cielos en la persona de Jesucristo"[1]. De este modo, lo mismo que celebramos la resurrección de nuestro Salvador como nuestra propia resurrección, el Apóstol nos convida a celebrar la Ascensión de este divino Redentor como si fuese la nuestra también. Midamos la fuerza de la expresión: "Dios nos ha hecho sentarnos en los cielos en Jesu-Cristo"; en esta Ascensión, no es El solo quien sube a los cielos, nosotros subimos con El; no es solamente El quien está entronizado en la gloria, nosotros lo estamos con El.

Y, en efecto, el Hijo de Dios, no vino a revestirse de nuestra naturaleza para que la carne recibida de María fuese únicamente ella coronada en la gloria eterna; vino para ser nuestro Jefe, mas un Jefe que reclama sus miembros en la adhesión de los cuales consiste la integridad

---

[1] *Eph.*, II, 4-6.

de su cuerpo. "¡Oh Padre! dijo en la última Cena, aquellos que me has dado quiero que estén allí donde yo estoy, para que vean la gloria de que me has hecho partícipe"[1]. ¿Y qué gloria ha dado el Padre a su Hijo? Escuchemos a David que ha cantado el día de la Ascensión: "El Señor ha dicho a mi Señor: *Siéntate a mi diestra*"[2]. Sobre el trono mismo del Padre a su diestra veremos eternamente al que el Apóstol llama "nuestro precursor"[3], y nos adherimos a El como los miembros de su cuerpo, de suerte que su gloria sea la nuestra y que nosotros seremos reyes con El, por toda la eternidad; ha compartido todo con nosotros, pues quiso que fuésemos "sus coherederos"[4].

Los elegidos en el cielo. — De ahí se sigue que el augusto misterio de la Ascensión abierto hoy, se continúa en cada instante, hasta que después de haber subido a los cielos el último de los elegidos, el cuerpo místico del Emmanuel haya alcanzado su entero complemento. Considerad esta turba innumerable de almas santas que se apresura a seguirle en este día: nuestros primeros padres a la cabeza, los patriarcas, los profetas, los justos de todas las razas, que desde

---

1 S. *Juan*, XVII, 24.
2 *Ps.*, CIX, 1.
3 *Hebr.*, VI, 20.
4 *Rom.*, VIII, 17.

muchos siglos antes se estaban preparando para este triunfo. Cautivos no ha mucho en los limbos, brillantes ahora de esplendor, siguen con la rapidez del águila a quien sirven de corona en el triunfo. Son sus trofeos, al mismo tiempo que forman su corte en el trayecto de la tierra al cielo. Siguiéndoles con la vista exclamemos pues con el Salmista: "¡Reinos de la tierra, cantad al Señor, cantad a Dios que se eleva sobre los cielos de los cielos, hacia el Oriente!"[1].

Por su parte las milicias angélicas se agrupan delante de Cristo y entonces comienza el diálogo que oyó David, y que nos lo transmitió por adelantado. La legión innumerable que sigue y acompaña al Emmanuel exclama a los guardianes de la Jerusalén celeste: "¡Príncipes, levantad vuestras puertas!, puertas eternas, levantaos; el Rey de la gloria va a entrar." Y los Angeles responden: "¿Y quién es este Rey de la gloria?"... "Es el Señor", responden los elegidos de la tierra, "el Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en los combates"; como lo atestiguan las victorias que ha conseguido sobre Satanás, sobre la muerte y el infierno, las victorias de las cuales nosotros somos el dichoso trofeo[2]. Después de otra interpelación que da lugar a exaltar por segunda vez sus grandezas, las

---

[1] *Ps.*, LXVII, 33-34.
[2] *Ps.*, XXIII, 7-10.

puertas eternas se elevan, y el Cristo vencedor penetra en los cielos con su glorioso cortejo.

No volverán ya más a cerrarnos el paso esas puertas eternas que han dado entrada a nuestro libertador: en lo cual se nos muestra la incomunicable grandeza del misterio de la Ascensión. Este misterio se abre hoy, Jesús lo ha inaugurado subiendo de la tierra al cielo, pero no lo ha clausurado; ha querido que fuese permanente, que se cumpliese en todos sus elegidos sucesivamente, ya suban del lugar de las expiaciones, ya se eleven de la tierra. Salve, pues, ¡oh glorioso misterio al cual has preparado tantos otros misterios término y cumplimiento del designio eterno de Dios! misterio que fué suspendido durante siglos por nuestra caída, pero que tomas hoy tu curso en el Emmanuel, para no interrumpirlo más que en el momento solemne en que la voz del Angel exclame: "Se acabó el tiempo"[1]. Hasta entonces permaneces abierto para nosotros, y la esperanza de que tú concluirás en nosotros vive en nuestro corazón.

PLEGARIA. — Dígnate permitirnos, oh Jesús, tomar para nosotros esta palabra que has dicho: "Voy a prepararos un lugar"[2]. Todo lo has dispuesto con este fin; y viniste al mundo para

---

[1] *Apoc.*, X, 6.
[2] *S. Juan*, XIV, 2.

abrirnos el camino que tú mismo has franqueado hoy. La Iglesia, tu Esposa, nos manda que levantemos nuestras miradas; nos muestra el cielo abierto y el surco luminoso que trazan hasta nosotros las almas que suben a cada instante para unirse a ti. Nuestros pies se posan aún sobre la tierra; pero el ojo de nuestra fe te descubre en el término de esta senda, "al Hijo del hombre, sentado a la diestra del Padre eterno"[1]. ¿Pero cómo franquear el espacio que nos separa de ti? Nosotros no podemos, como tú, elevarnos por nuestra propia fuerza; es preciso que nos atraigas hacia ti. Tú lo has prometido[2] y nosotros esperamos ese momento.

María, tu madre, que quiere permanecer aún con nosotros la espera también con sumisión y amor: la esperó en la fidelidad y en el trabajo, viviendo contigo sin verte aún. Danos, Señor, algo de esta fe y de este amor de nuestra madre común, para que podamos aplicarnos este dicho del Apóstol: "Ya somos salvos por la esperanza"[3]. Así sucederá, si te dignas, según tu promesa, enviarnos tu Espíritu que esperamos con ardor; pues vendrá a confirmar en nosotros todo lo que la sucesión de tus misterios ha preparado ya, y a ser la prenda segura de nuestra ascensión gloriosa.

---

1 *Dan.*, VII, 13.
2 *S. Juan*, XII, 32.
3 *Rom.*, VIII, 24.

DOMINGO DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

GLORIFICACION DE LA HUMANIDAD DE CRISTO

Jesús subió al cielo. Su divinidad nunca estuvo ausente de él, mas hoy su humanidad es entronizada y coronada allí con brillante diadema; he ahí un nuevo aspecto del misterio de la Ascensión. El triunfo no bastaba a esta santa humanidad; el descanso le estaba preparado sobre el trono mismo del Verbo eterno al que está unida por una misma personalidad y allí debe recibir las adoraciones de toda criatura. Ante el nombre de Jesús, Hijo del hombre e Hijo de Dios, de Jesús sentado a la derecha del Padre Todopoderoso, "toda rodilla debe doblarse en el cielo, la tierra y los infiernos"[1].

¡Habitantes de la tierra!, allí está aquella naturaleza humana que se apareció antes en la humildad de los pañales, que recorrió Judea y Galilea, no teniendo donde reclinar su cabeza, que fué encadenada por manos sacrílegas, flagelada, coronada de espinas y clavada en una Cruz; pero mientras los hombres ignorantes la pisoteaban como un gusano de la tierra, ella aceptaba el cáliz de dolores con entera sumisión y se unía a la voluntad del Padre; aceptaba, transforma-

[1] *Phil.*, II, 10.

da en víctima, desagraviar a la gloria divina dando toda su sangre como rescate de los pecadores. Esta naturaleza humana, nacida de Adán por María Inmaculada, es la obra maestra del poder de Dios. Jesús "el más hermoso de los hijos de los hombres"[1] es objeto de admiración para los ángeles; en él descansan las complacencias de la Santísima Trinidad; los dones de gracia depositados en él sobrepasan a los que han sido concedidos a los hombres y a todos los espíritus celestes juntos; pero Dios le había destinado al camino del dolor, y Jesús que hubiera podido rescatar al hombre con menor costa suya, se entregó voluntariamente a un mar de humillaciones y dolores con el fin de satisfacer con creces la deuda de sus hermanos. ¿Cuál será la recompensa? El Apóstol nos lo dice: "Hízose obediente hasta la muerte y muerte de Cruz; por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre que está por encima de todo nombre"[2].

¡Oh vosotros que tomáis parte en este mundo en los dolores con que nos rescató, que gustáis seguirle en las estaciones de su peregrinación hasta el Calvario, levantad hoy la cabeza y mirad a lo alto de los cielos! "Porque sufrió la muerte, hele aquí coronado de gloria y honor"[3]. "Cuanto más se humilló al igual de un esclavo,

---

[1] *Ps.*, XLIII, 3.
[2] *Phil.*, II.
[3] *Hebr.*, II, 9.

El que podía en su otra naturaleza llamarse sin injusticia igual a Dios"[1], mas el Padre se complace en elevarle en gloria y poder. La corona de espinas que llevó en la tierra es reemplazada por la diadema de honor[2]. La cruz que dejó imponer sobre sus hombros es en adelante el signo de su principado[3]. Las llagas, que los clavos y la lanza estamparon en su cuerpo, resplandecen como soles. ¡Sea, pues, dada gloria a la justicia del Padre hacia Jesús su Hijo! pero regocijémonos también de ver en este día "el Hombre de dolores"[4] transformado en Rey de la gloria y repitamos con entusiasmo el Hosanna que la corte celestial hace resonar a su llegada.

JUEZ UNIVERSAL. — Con todo eso no creamos que el Hijo del hombre sentado sobre el trono de la divinidad queda inactivo en su descanso glorioso. El Padre le ha dotado de una soberanía pero soberanía activa. Le ha nombrado "juez de vivos y de muertos[5] y todos nosotros debemos comparecer ante su tribunal"[6]. Apenas nuestra alma deje su cuerpo será transportada al pie de este tribunal donde se ha sentado hoy el Hijo del Hombre y oirá salir de su boca la sentencia me-

---

1 *Phil.*, VI, 7.
2 *Ps.*, XX, 4.
3 *Isaías*, IX, 6.
4 *Ibid.*, LIII, 3.
5 *Act.*, X, 42.
6 *Rom.*, XIV, 10.

recida. ¡Oh Salvador coronado en este día! sénos misericordioso en esta hora decisiva para nuestra eternidad.

Mas la judicatura ejercida por el Señor no se limitará al ejercicio callado de este soberano poder. Los ángeles nos lo han dicho hoy: debe presentarse de nuevo en la tierra, volver a descender a través de los aires, como ha subido, y entonces tendrán lugar los solemnes juicios, donde todo el género humano comparecerá. Sentado en las nubes del cielo, rodeado de milicias angélicas, el Hijo del hombre aparecerá en la tierra con toda majestad. Los hombres verán "aquél que taladraron"[1] y las huellas de sus heridas, que aumentarán su hermosura, serán para unos objeto de terror y para otros de inefables consuelos. Como pastor, separará sus ovejas de los cabritos y su voz soberana, que la tierra no escuchó desde hacía tantos siglos, resonará para mandar a los pecadores impenitentes descender a los infiernos e invitar a los justos a ocupar, en cuerpo y alma, la mansión de las delicias eternas.

REY DE LAS NACIONES. — En espera de este desenlace final de los destinos de la raza humana, Jesús recibe también del Padre, en este día, la investidura visible del poder real sobre las naciones de la tierra. Habiéndonos rescatado con

[1] *Zac.*, XII, 10.

el precio de su sangre, le pertenecemos; sea, pues, en adelante nuestro Señor. Es, en efecto, y se llama Rey de reyes y Señor de señores[1]. Los reyes de la tierra no reinan legítimamente sino por El y no por la fuerza o en virtud de un pretendido pacto social cuya sanción no pasa de aquí abajo. Los pueblos no se pertenecen a sí mismos, dependen de El. Su ley no se discute; debe estar por encima de todas las leyes humanas como su regla y señora: "Las naciones temblarán bajo su cetro, dice el Rey-profeta; los pueblos, para salir de su dominio, forjarán vanos proyectos; los príncipes de la tierra se concertarán contra El; dirán: rompamos su yugo y arrojémosle lejos de nosotros"[2]. ¡Inútiles esfuerzos!, porque, dice el Apóstol, "es necesario que reine, hasta que tenga puestos todos sus enemigos bajo sus pies"[3] hasta que aparezca por segunda vez para derribar el poder de Satanás y el orgullo de los hombres.

Así, pues, el Hijo del hombre, coronado en su Ascensión, debe reinar sobre todo el mundo hasta su vuelta. Mas, diréis, ¿reina donde los príncipes creen tener su autoridad del mandato de los pueblos, donde los pueblos seducidos por este ídolo que llaman libertad, ha perdido hasta el sentido mismo de la autoridad? Sí, reina, pero con la justicia, puesto que los hombres desdeña-

[1] *Apoc.*, XIX, 16.
[2] *Ps.*, II, 1, 3.
[3] *I Cor.*, XV, 25.

ron ser conducidos por su bondad. Borraron su ley de sus códigos, concedieron el derecho de ciudadanía al error y a la blasfemia; y entonces les ha abandonado a su juicio absurdo y engañoso. La unción bendita no hace ya sagrado en ellos el poder efímero, que se escapa a todas horas de las manos que se esfuerzan por retenerle, y, cuando los pueblos, después de haber rodado por los abismos de la anarquía procuran constituirle de nuevo, es inútil, porque se le ve desplomarse otra vez, porque los príncipes y los pueblos quieren estar fuera del dominio del Hijo del Hombre. Y así será, hasta que los príncipes y pueblos, cansados de su impotencia, le llamen a reinar sobre ellos, hasta que vuelvan a tomar la divisa de nuestros padres: "¡Cristo vence! ¡Cristo reina! ¡Cristo impera! ¡Dígnese Cristo reservar—a su pueblo—de todo mal!".

En este día de tu coronación, recibe los homenajes de tus fieles, ¡Oh Rey, Señor y Juez nuestro! Fuimos por nuestros pecados los autores de tus humillaciones y sufrimientos en el curso de tu vida mortal, mas nos unimos hoy a las aclamaciones que dejaron oír los Espíritus celestes en el momento en que la diadema real fué colocada sobre tu divina cabeza. Sólo percibimos ahora un reflejo de tus grandezas; mas el Espíritu Santo que nos has prometido acabará de revelarnos todo lo que podemos conocer aquí

acerca de tu poder soberano cuyos fieles y humildes súbditos queremos ser siempre.

El Domingo de la octava de la Ascensión, llamado en Roma durante la Edad Media, Domingo de las Rosas porque en este día era costumbre cubrir de rosas el pavimento de las basílicas, como homenaje a Cristo que se elevaba al cielo en la estación de las flores. La fiesta de la Ascensión tan radiante y llena de júbilo, cuando se considera en su aspecto principal, que es el triunfo del Redentor, embellecía los esplendorosos días de primavera. Se olvidaba un momento la tristeza de la tierra para acordarse sólo de la palabra de Jesús a sus Apóstoles, a fin de que nos fuere repetida: "Si me amárais os alegraríais de que fuera a mi Padre"[1]. Imitemos este ejemplo, ofrezcamos a nuestra vez la rosa, a aquél que la hizo para adorno de nuestra morada y sepamos servirnos de su belleza y perfume para elevarnos hasta aquel que dice en el divino Cántico: "Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles"[2]. Quiso llamarse nazareno para que este nombre misterioso despertase en nosotros el recuerdo que expresa, el recuerdo de las flores de quien no se ha desdeñado tomar el símbolo, para expresar el encanto y suavidad que aquellos que le aman encuentran en él.

---

[1] *S. Juan,* XIV, 28.
[2] *Cant.,* IV, 1.

MISA

El Introito, sacado del Salterio, manifiesta el deseo que siente la Santa Madre Iglesia de volver a ver a su Esposo que ha partido lejos de ella. El alma fiel comparte este sentimiento y se une a la madre común para decir como ella al Emmanuel: "Mi corazón te lo dirá, quiero volver a ver tus facciones divinas, muéstramelas pronto."

INTROITO

Oye, Señor, mi voz, con la que clamé a ti, aleluya: a ti dijo mi corazón: Busqué tu cara: tu cara, Señor, buscaré: no apartes tu cara de mí, aleluya, aleluya. — *Salmo:* El Señor es mi luz, y mi salud: ¿a quién temeré? ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta la Iglesia nos enseña a pedir a Dios la buena voluntad que nos hará dignos de volver a ver a Jesús, por el celo en servir a la divina majestad.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, haz que siempre tengamos para ti una voluntad devota, y que sirvamos a tu majestad con sincero corazón. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro.

Carísimos: Sed prudentes, y velad en oraciones. Pero, ante todo, tened mutua caridad: porque la caridad cubre la multitud de los pecados. Sed mutuamente hos-

pitalarios sin murmuración: dé cada cual la gracia a otro según la recibió, como buenos dispensadores de la multiforme gracia de Dios. Si alguien habla, que hable según las palabras de Dios: si alguien administra, administre según la virtud que Dios suministra: para que en todo sea honrado Dios por Jesucristo, nuestro Señor.

CARIDAD Y PRUDENCIA. — Mientras los discípulos están reunidos en el Cenáculo formando un corazón y una sola alma, y esperando la venida del Espíritu Santo, el príncipe de los Apóstoles que preside esta asamblea se vuelve hacia nosotros que esperamos el mismo favor, y nos recomienda la caridad fraterna. Nos promete que esta virtud borrará la multitud de nuestros pecados; ¡feliz preparación para recibir el don del cielo! El Espíritu Santo viene con el fin de unir a los hombres en una sola familia; dejemos las discusiones y preparémonos a la fraternidad universal que debe establecerse en el mundo con la predicación del Evangelio. Mientras esperamos la venida del Consolador prometido, el Apóstol nos dice que debemos ser prudentes y sobrios para vacar a la oración. Seamos dóciles: la prudencia consistirá en quitar de nuestros corazones todo obstáculo que aparte al Espíritu Divino; en cuanto a la oración, ella será la que les abrirá, para que El les reconozca y se establezca en ellos.

De los dos versículos del Aleluya, uno está tomado de David y hace alusión a la majestad de Cristo sobre el trono real, el otro está com-

puesto con palabras del mismo Salvador que nos promete su venida al fin de los siglos, cuando venga a reclamar a sus elegidos.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Reinó el Señor sobre todas las gentes: Dios está sentado sobre su santo trono.

Aleluya. ℣. No os dejaré huérfanos: voy, y volveré a vosotros, y se alegrará vuestro corazón. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando venga el Paráclito, el que yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí: y vosotros daréis testimonio, porque desde el principio estáis conmigo. Os he dicho esto, para que no os escandalicéis. Os echarán de las sinagogas, y vendrá la hora en que, todo el que os matare, pensará hacer un servicio a Dios. Y harán esto con vosotros, porque no han conocido al Padre, ni a mí. Pero hos he dicho esto para que, cuando llegue dicha ora os acordéis de que yo os lo dije.

ESPÍRITU DE FORTALEZA. — La víspera de enviarnos el Espíritu Santo, Jesús, nos anuncia los efectos que este consolador producirá en nuestras almas. Dirigiéndose en la última cena a los apóstoles les dice que el Espíritu dará testimonio de él, es decir, que les instruirá sobre la divinidad de Jesucristo y la fidelidad que le deben hasta morir por él.

He ahí lo que producirá en ellos este divino huésped que Jesús, antes de subir al cielo, llama

Virtud de lo alto. Duras pruebas les esperan; será menester resistir hasta derramar sangre. ¿Quién sostendrá a estos hombres débiles? El Espíritu que ha de venir sobre ellos. Por él vencerán y el Evangelio dará la vuelta al mundo. Ahora bien, ha de venir de nuevo este Espíritu del Padre y del Hijo, y ¿cuál será el fin de su venida si no armarnos para el combate y hacernos fuertes para la lucha? Al salir del tiempo pascual, donde los más augustos misterios nos iluminan y protegen, nos volveremos a encontrar ante el demonio irritado, el mundo que nos esperaba, y nuestras pasiones calmadas un momento que querrán revivir. Si estamos "revestidos de la virtud de lo alto" no temeremos a nadie; esperemos la venida del Consolador, preparémosle un recibimiento digno de su majestad; cuando le hayamos recibido guardémosle cuidadosamente; él nos alcanzará la victoria como la alcanzó a los Apóstoles.

El Ofertorio recuerda el poder de Jesús subiendo al cielo; la iglesia quiere que pensemos constantemente en este triunfo, y que nuestros corazones estén fijos en la mansión donde el triunfador nos espera.

OFERTORIO

Ascendió Dios con júbilo, y el Señor con clamor de trompeta, aleluya.

Una vez ofrecido a Dios el pan y vino que pronto van a ser transformados en cuerpo y san-

gre de Cristo, la iglesia pide en la Secreta no sólo que el contacto con estos divinos misterios, nos deje limpios, sino que nos dé esa energía sin la cual la vida Cristiana no puede existir.

SECRETA

Haz, Señor, que estos Sacrificios inmaculados nos purifiquen y den a nuestras almas el vigor de la gracia celestial. Por el Señor.

La antífona de la Comunión está formada de las palabras de la oración de Jesús a su Padre. Las pronunció después de haber dado a comer su sagrado cuerpo a sus discípulos. Muestran sus deseos para con nosotros.

COMUNION

Padre, cuando estaba con ellos, yo guardaba a los que me diste, aleluya; pero ahora voy a ti: no ruego que los quites del mundo, sino que los preserves del mal, aleluya, aleluya.

La acción de gracias es el primer deber de todo cristiano después de la comunión del cuerpo y sangre de Jesucristo; la iglesia que conoce mejor que nosotros los beneficios que hemos recibido, pide en la Poscomunión que esta acción de gracias permanezca siempre en nosotros.

POSCOMUNION

Saciados, Señor, con estos dones sagrados, suplicámoste hagas que permanezcamos siempre en acción de gracias. Por el Señor.

LUNES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL REY DE LOS ANGELES

La realeza sobre los hombres no es la única diadema que recibe nuestro triunfador en su Ascensión. El apóstol enseña que Jesús es también "Jefe de todos Principados y Potestades"[1]. Por encima del género humano se elevan los grados de la jerarquía angélica, la obra más maravillosa de la creación. Después de la prueba suprema, estas nobles y santas milicias diezmadas por la caída y la reprobación de los rebeldes, entran en el goce sobrenatural del bien soberano y comienza el canto sin fin que resuena alrededor del trono de Dios y en el que expresan su adoración, amor y acción de gracias.

Pero una condición ha faltado hasta el presente en su completa felicidad. Estos innumerables Espíritus tan bellos y luminosos, colmados de los dones divinos, esperan un complemento de gloria y de felicidad. Se cree que después de su creación, Dios les reveló, que debía crear aún otros seres, de naturaleza inferior a la suya, y que de entre estos dos seres compuestos de alma y cuerpo, debía nacer uno que el Verbo eterno uniría a su naturaleza divina en una sola perso-

[1] *Col.*, I, 16, 20.

na. Se les manifestó que esta naturaleza humana, cuya gloria a la vez que la del mismo Dios, fué el fin de la creación, sería llamada "primogénito de toda criatura" y que todo ángel, como todo hombre, debería doblar la rodilla ante ella, la cual, después de haber sido humillada en la tierra sería glorificada en el cielo; que por fin llegaría el momento en que todas las jerarquías celestiales, Principados, Potestades, Querubines y Serafines le tendrían por Jefe.

Jesucristo mediador de los Angeles. — Jesucristo fué pues, esperado por los Angeles, como lo fué por los hombres. Fué esperado por los Angeles como perfeccionamiento supremo de sus jerarquías, cuya multiplicidad llegaría por El a la unidad y los cuales estarían más estrechamente unidos a Dios por medio de este intermediario que reuniese en su persona una naturaleza divina y una naturaleza creada; fué esperado por los hombres como reparador hecho necesario por el pecado que nos había cerrado el cielo, y también como el medianero predestinado desde la eternidad para tomar a la raza humana en los límites de la nada, y reunirla a Dios que resolvió comunicarla su gloria. Así, mientras en la tierra los justos que vivieron antes de la Encarnación, se hacían agradables a Dios uniéndose a este reparador, a este mediador venidero; del mismo modo, en el cielo, los homenajes de

los Angeles a la majestad divina ascienden hasta ella por la ofrenda anticipada que le presentaban estos espíritus bienaventurados, uniéndose a este Jefe cuya misión no realizada aún estaba presente en los decretos eternos del Antiguo de días.

Por fin, habiendo llegado la plenitud de los tiempos [1], como dice el Apóstol, "Dios introdujo en la tierra a su primogénito" [2] arquetipo de la creación, y en esta hora sagrada no son los hombres los que adoran los primeros al Jefe de su raza; el mismo Apóstol nos recuerda que los Angeles son los primeros que le rinden su homenaje [3]. El Salmista lo había predicho en su cántico sobre la venida del Emmanuel [4]; y era justo que así fuese; porque la espera de los Angeles había durado más tiempo y además no venía como reparador suyo, sino únicamente como mediador esperado con ansiedad, que debía unirles más estrechamente a la infinita bondad, objeto de sus delicias eternas y llenar por decirlo así el intervalo que no había sido llenado hasta entonces sino con los deseos de verle por fin ocupar el lugar que le estaba destinado.

Entonces se cumplió este acto de adoración hacia el Dios-Hombre, este acto exigido de los espíritus celestiales al principio de todas las co-

---

[1] *Gal.*, IV, 4.
[2] *Hebr.*, I, 6.
[3] *Ibid.*
[4] *Ps.*, XCVI, 7.

sas como la prueba suprema, que debía decidir su suerte eterna. Con qué amor y sumisión no hemos visto cumplido este acto de adoración en Bethléhem, por los Angeles fieles, cuando vieron a su Jefe y el nuestro, el Verbo hecho carne, reclinado en los brazos de su casta madre y fueron a anunciar a los hombres representados por los pastores, la feliz nueva de la llegada del común mediador.

Mas hoy, no es en la tierra donde los Espíritus celestes contemplan al hijo de María; no es en el camino de las humillaciones y sufrimientos por los que le fué menester pasar para quitar primeramente el obstáculo del pecado que nos privaba del honor de llegar a ser sus miembros dichosos: es en el trono preparado a la derecha del Padre donde le han visto elevarse, allí le contemplan en adelante, allí se unen a él más estrechamente proclamándole su Jefe y Príncipe. En este instante sublime de la Ascensión, un estremecimiento de dicha desconocido recorre toda la sucesión de jerarquías celestiales, descendiendo y subiendo de los Serafines a los Angeles que están más cerca de la naturaleza humana. Una felicidad nueva que consiste en el goce real de un bien cuya esperanza está ya colmada de delicias para el corazón de una criatura, obra una renovación de felicidad en estos seres privilegiados, que pudiérase imaginar llegados al apogeo de las alegrías eternas. Sus miradas se

fijan en la belleza incomparable de Jesús y los Espíritus inmateriales se admiran de ver la carne revestida de un esplendor que traspasa su brillo, por la plenitud de la gracia que reside en esta naturaleza humana. Su vista para profundizar más hondo en la luz increada, atraviesa esta naturaleza inferior a la suya, pero divinizada por su unión con el Verbo divino; penetra en las profundidades que aún no había sondeado. Sus deseos son más ardientes, su vuelo más rápido, sus conciertos más melodiosos; porque, así como lo canta la santa Madre Iglesia, los Angeles y Arcángeles, Potestades y Dominaciones, Querubines y Serafines alaban en adelante la majestad del Padre celestial por Jesucristo su Hijo: *por quien alaban tu majestad los Angeles.*

Mas ¿quién podrá describir los transportes de los Espíritus celestiales a la llegada de esta multitud de habitantes de la tierra, miembros como ellos del mismo Jefe, apresurándose y colocándose según las diversas jerarquías, allí donde la caída de los ángeles malos dejó lugares vacíos? La resurrección general no ha restituído aún a estas almas los cuerpos a los que estuvieron unidos; pero, ¿entre tanto no es ya glorificada su carne en la de Jesús? Más tarde, a la hora señalada, estas almas bienaventuradas recobrarán su vestidura terrestre, desde ahora destinada a la inmortalidad. Entonces, los santos ángeles reconocerán con entusiasmo fraternal en los rasgos

de Adán, los de su Hijo Jesús y en los rasgos de Eva los de su hija María; mas esta semejanza será más perfecta en el cielo que en el Paraíso terrenal. Venga, pues, este glorioso día donde el magnífico misterio de la Ascensión será realizado en sus últimas consecuencias; donde las dos creaciones, angélica y humana, se abrazarán por la eternidad en la unidad de un mismo Jefe.

MARTES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

SACERDOCIO ETERNO DE CRISTO

El Rey-Pontífice. — El Señor de la gloria subió a los cielos y según el Apóstol, entró como "nuestro precursor"[1]; mas ¿cómo podrá el hombre seguirle hasta la mansión de toda santidad, él, cuyo camino está sin cesar entorpecido por el pecado, él, que tiene más necesidad de perdón que de gloria? Son estas las consecuencias del misterio de la Ascensión cuyas riquezas no podemos agotar por completo. Jesús no sube al cielo sólo para reinar allí; debe residir allí además para ser nuestro intercesor, nuestro Pontífice, encargado de obtener el perdón de nuestros pecados, y las gracias que nos abrirán el camino para llegar hasta él. Se ofreció sobre

[1] *Hebr.*, VI, 20.

la cruz por víctima de nuestros pecados; la sangre divina, vertida de sus miembros, formó desde entonces nuestro rescate superabundante; pero el cielo permaneció cerrado a los redimidos hasta que él franqueó las puertas y penetró en el interior del santuario donde debe ejercer por siempre el cargo de Pontífice según el orden de Melquisidec [1]. Hoy el Sacerdocio del Calvario se transforma en sacerdocio de gloria. Jesús entró "más allá del velo, de este velo que era aún su carne pasible y mortal"[2]; penetró en lo más íntimo de la presencia de su Padre y allí es nuestro Pontífice para siempre.

Es El Cristo, consagrado con doble unción, en el momento en que su persona divina se unió a la naturaleza humana; es Rey y Pontífice. Hemos aclamado su Realeza los días precedentes; hoy hemos de reconocer su sacerdocio. Durante su paso por este mundo hemos vislumbrado algunos rasgos de uno y otro, pero esta realeza y pontificado no deben resplandecer con todo su esplendor más que el día de la Ascensión. Sigamos, pues, al Emmanuel con mirada respetuosa y consideremos lo que acaba de obrar en el cielo.

El Apóstol primeramente nos da la noción de Pontífice en su epístola a los hebreos. El Pontífice, dice, es escogido por Dios mismo con el fin

---

[1] *Ps.*, CIX, 1.
[2] *Hebr.*, VI, 12; X, 20.

de ofrecer dones y sacrificios por los pecados; está cerca de Dios para favorecer a los hombres, de quienes es embajador e intercesor [1]. Tal es el ministerio de Jesús en el cielo desde hoy. Pero si queremos penetrar mucho más en tan grande y profundo misterio, es necesario servirnos de los símbolos que San Pablo ha tomado de los libros sagrados, para hacernos comprender el papel de nuestro Pontífice.

El templo de Jerusalén. — Traslademonos con el pensamiento al templo de Jerusalén. Atravesemos un vasto recinto al descubierto rodeado de pórticos y en cuyo centro se levanta el altar sobre el cual la sangre de las víctimas inmoladas corre por numerosos canales, y que son consumidas según el rito de los diversos sacrificios. Dirijámonos a continuación hacia un lugar más augusto, un edificio cubierto que se eleva más allá del altar de los holocaustos, que resplandece con toda clase de riquezas de Oriente. Entremos con respeto; porque este lugar es santo y Dios mismo dió el plano a Moisés de las obras maravillosas que le adornan y que sirven todos para su gloria; el altar de los perfumes de donde exhala mañana y tarde el humo del incienso; el candelero de siete brazos que ostenta con complacencia azucenas y granadas; la mesa sobre la que están colocados los panes de proposición,

[1] *Hebr.*, V, 1.

ofrenda de nuestra raza al que hace madurar las mieses en la tierra. Pero no está aún puesta bajo estos artesonados resplandecientes con el oro de Ofir la inefable majestad del Señor.

Contemplad al fondo del edificio ese velo de tejido precioso bordado ricamente de imágenes de Querubines, que desciende hasta la tierra. Allá tras del velo, el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob, hace notar su presencia; ahí reposa el arca de alianza sobre la que dos Querubines de oro extienden misteriosamente sus alas. Este recinto sagrado e inaccesible se llama el Santo de los Santos; ningún hombre podía, sin morir, levantar este velo, dirigir una mirada temeraria a este asilo terrible y entrar allí donde el Dios de los ejércitos se digna habitar.

El hombre es, pues, desterrado de la mansión donde habita Dios. La santidad divina le excluye de su presencia como indigno. Creado para ver a Dios, para ser eternamente feliz con la vista de Dios, el hombre, a causa de su pecado, es condenado a no verle. Un velo le quita la vista de Aquel que es su fin y el obstáculo de este velo es para él infranqueable. Esta es la severa lección que nos da el símbolo del antiguo templo.

No obstante media una promesa consoladora. Este velo se levantará un día y dejará paso al hombre; mas con una condición que vamos a conocer continuando los símbolos del antiguo templo. Entre todos los mortales excluídos del Santo

de los Santos, hay uno a quien le está concedido entrar más allá del velo una vez al año. Es el Pontífice. Pero si entrase este día en el temible recinto sin llevar entre sus manos el vaso lleno de sangre de dos víctimas que ha inmolado antes por los propios pecados y por los de su pueblo, será exterminado; si, al contrario, cumple fielmente la orden del Señor será protegido por la sangre que lleva y será admitido en este único día para interceder por sí mismo y por todo Israel.

¡Qué bellas y enérgicas son estas figuras de la antigua alianza!, ¡pero cuánto más bella y vigorosa es su realización en el misterio de la Ascensión de nuestro Libertador! Estaba aún en el período de las humillaciones voluntarias y su potestad se hacía sentir ya hasta en este retiro sagrado del templo. Su último suspiro en la cruz había desgarrado de arriba a abajo el velo del Santo de los Santos, para anunciar que pronto el acceso a Dios iba a ser abierto a los hombres como antes del pecado. Pero quedaba por conseguir la victoria sobre la muerte por la resurrección; quedaba aún el período de cuarenta días que nuestro Pontífice debe emplear en organizar el verdadero sacerdocio que se ejercerá en la tierra hasta la consumación de los siglos, en unión con el que va a desempeñar en el cielo.

El santuario celeste. — Hoy, todos los plazos se han cumplido, los testigos de la resu-

rrección lo han comprobado, los dogmas de la fe están revelados en su conjunto, la Iglesia está constituída, los Sacramentos declarados; es tiempo de que nuestro Pontífice penetre en el Santo de los Santos y lleve consigo a sus elegidos. Sigámosle con los ojos de nuestra fe. A su acceso, el velo bajado desde tantos siglos se levanta y le deja paso. Jesús ¿no ha ofrecido como Pontífice de la antigua ley, el sacrificio previo, el sacrificio no ya figurativo sino real por la efusión de su propia sangre? Llegado a la presencia de la Majestad divina para ejercer allí su poderosa intercesión, ¿qué otra cosa ha de hacer que presentar a su Padre, en nuestro favor, esas llagas que recibió pocos días ha y por las que se derramó la sangre que satisfacía completamente las exigencias de la Suprema Justicia? ¿Y por qué ha tenido empeño en conservar los estigmas de su pasión, sino para servirse de ellas como Pontífice nuestro, para desarmar el enojo celeste provocado sin cesar por los pecados del mundo? Escuchemos al Apóstol San Juan: "Hijitos míos, os escribo esto para que no pequéis; mas si alguno pecase, tenemos por intercesor a Jesucristo que es justo"[1]. Así, pues, tras del velo donde entra hoy, Jesús trata con su Padre de nuestros intereses, da el último toque a los méritos de su sacrificio, es un Pontífice eterno, a cuya intercesión nada resiste.

[1] *S. Juan*, II, 1.

San Juan, que vió el cielo abierto, nos descubre de un modo expresivo la doble cualidad de nuestro divino Jefe, víctima y rey al mismo tiempo, sacrificado y con todo eso inmortal. Nos muestra el trono de la eterna Majestad rodeado de los 24 ancianos sentados y de los cuatro animales simbólicos, en frente los siete espíritus radiantes de fortaleza y belleza; pero el profeta no se detiene allí. Lleva nuestras miradas, hasta el trono mismo de Dios, y advertimos de pie en medio de este trono un cordero, pero un cordero "como inmolado", y no obstante eso, revestido de los atributos de fortaleza y potestad"[1]. ¿Quién se atrevería a explicar estas imágenes si el misterio de hoy no nos diese la clave? ¡Mas con su luz, con qué facilidad se aclara todo! En las descripciones que nos revela el Apóstol reconocemos a Jesús, Verbo eterno y como Verbo eterno sentado en el trono de su Padre consubstancial a él. Pero al mismo tiempo es el Cordero; porque tomó nuestra carne, para ser inmolado por nosotros como víctima; y este carácter de víctima permanece en él por siempre. Hele aquí en su majestad de Hijo de Dios: pero al mismo tiempo aparece como inmolado. Las cicatrices de sus llagas permanecen para siempre visibles; es el mismo cordero del Calvario que consuma eternamente en la gloria la inmolación que realizó dolorosamente en la cruz.

[1] *Apoc.*, IV, 5.

Tales son las maravillas que los ojos de los Angeles contemplan "en el interior del velo"[1] y que nuestros ojos verán también cuando hayamos franqueado el velo. No estamos destinados a quedar fuera, como el pueblo judío que veía desaparecer una vez al año a su Pontífice tras la cortina que cerraba el acceso al Santo de los Santos. He aquí lo que el Apóstol dice "Jesús nuestro precursor, Pontífice para siempre, entró por nosotros en el santuario"[2]; *¡entró por nosotros!* ¿Qué otra cosa dice, sino que nos precede allí y que le seguiremos después? Es justo que entre el primero, pero entra como precursor. Desde hoy no está ya sólo en el interior del velo; la multitud de elegidos que sube tras él, entró a continuación y apartir de este momento el número de estos se acrecienta (de hora en hora) por momentos. No somos más que pobres pecadores, y el Apóstol dice que "estamos salvos por la esperanza"[3]; y nuestra esperanza se cifra en el deseo de penetrar un día en el Santo de los Santos. Entonces repetiremos con los ángeles, los veinticuatro ancianos y millones de seres glorificados esta aclamación: "¡Al cordero que fué inmolado, potestad y divinidad, sabiduría y fortaleza, honor, gloria y bendición, por los siglos de los siglos! Amén"[4].

---

[1] *Hebr.*, VI, 19.
[2] *Ibid.*, 20.
[3] *Rom.*, VIII, 24.
[4] *Apoc.*, V, 12.

MIERCOLES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

EL REINO DE LA FE

TRIUNFO DE CRISTO.—Bajemos a la tierra nuestras miradas, que han estado fijas en el cielo para seguir a aquel que nos ha dejado. Busquemos los efectos del misterio de la Ascensión hasta en nuestra humilde y pobre morada donde el Hijo de Dios ha dejado de vivir visiblemente. ¡Qué espectáculo tan asombroso atrae nuestra atención aquí abajo! El mismo Jesús que subió al cielo este día, sin que la ciudad de Jerusalén se conmoviese, sin que se diese cuenta de ello, sin que el género humano sintiese la nueva partida de su divino huésped; ese mismo Jesús, en el simple aniversario de hoy, diecinueve siglos después del suceso, conmueve aún toda la tierra con el esplendor de su Ascensión. En estos días aciagos la fe languidece; ¿En qué región del globo, sin embargo, no hay cristianos, ya sea colectiva o individualmente?; esto es suficiente para que todo el universo oiga decir que Jesús subió al cielo y que este día está consagrado a celebrar su gloriosa Ascensión.

Durante treinta y tres años vivió nuestra vida en la tierra. La estancia del Hijo eterno de Dios entre nosotros fué ignorada de todas las naciones, salvo una. Esta nación le crucificó;

los gentiles ni siquiera le hubieran mirado; porque "aunque la luz brille en las tinieblas, las tinieblas no la acogerán"[1] y Dios pudo "venir a su obra misma y no ser acogido por los suyos"[2]. Para el corazón del pueblo preparado para su visita, su palabra fué esta simiente que cae en terreno pedregoso y no germina, que cae entre espinas y es sofocada y que encuentra apenas un rincón de tierra buena donde pueda fructificar[3]. Si a fuerza de paciencia y de bondad mantiene a su lado algunos discípulos, su confianza en él permaneció débil, vacilante, siempre dispuesta a extinguirse.

Sin embargo, después de la predicación de los Apóstoles, el nombre y gloria de Jesús son conocidos en todas partes; en todas lenguas, en todas razas, es proclamado el Hijo de Dios encarnado; tanto los pueblos civilizados como los bárbaros han venido a él; se celebra su nacimiento en el establo de Bethléhem, su muerte dolorosa en la cruz donde pagó el rescate del mundo, su resurrección que confirmó la misión divina que vino a cumplir; en fin, su Ascensión por la que se sentó el Hombre-Dios a la derecha de su Padre. En todo el universo la voz de la Iglesia hizo resonar el misterio de la gloriosa Trinidad, que vino a revelar al mundo. La Iglesia que fundó, enseña en todas las naciones la

[1] *San Juan*, I, 5.
[2] *Ibid.*, II.
[3] *S. Matth.*, XIII.

verdad revelada, y en todas encuentra almas dóciles que repiten su símbolo.

La fe. — ¿Cómo se cumplió esta maravilla?, ¿cómo perseveró y persevera después de XX siglos? Jesús, que sube al cielo, nos lo explica con una palabra: "Me voy, dice, y os es ventajoso que me vaya"[1]. ¿Qué quiere decir, sino que en nuestro estado actual hay para nosotros algo más ventajoso que su presencia? Esta vida no es el momento de verle y contemplarle; para conocerle y gustarle aun en su naturaleza humana es necesario otro elemento: es la fe. Ahora bien, la fe en los misterios del Verbo Encarnado no comienza a reinar en la tierra, sino en el momento de dejar de ser visible aquí abajo.

¿Quién podrá explicar la fuerza triunfante de la fe? San Juan la da un nombre glorioso. "La fe, dice, es la victoria que humilla al mundo a nuestros pies"[2]. Ella es quien humilló ante los pies de nuestro divino Jefe, ausente de este mundo, la potestad, el orgullo y las supersticiones de la antigua sociedad; y el homenaje ha subido hasta el trono donde tomó asiento hoy Jesús, Hijo de Dios y de María.

Enseñanzas de San León. — San León Magno, intérprete del misterio de la Encarnación, comprendió esta doctrina con su penetración habi-

[1] *S. Juan*, XVI, 7.
[2] *S. Juan*, V, 4.

tual y la expresó con la elocuencia que le es familiar. "Después de haber cumplido la predicación del Evangelio y misterios de la Nueva Alianza, dice, Jesucristo nuestro Señor, subiendo al cielo ante las miradas de sus discípulos, puso término a su presencia corporal y debe permanecer a la derecha de su Padre hasta que se cumpla el tiempo destinado a la multiplicación de los hijos de la Iglesia; después vendrá como juez de vivos y muertos, con la misma carne con que subió. Así, todo lo que era visible aquí de nuestro Redentor pasó al orden de los misterios; y para hacer la fe más excelente y más firme, la vista fué reemplazada por una enseñanza, cuya autoridad, rodeada de una irradiación celestial, arrastra los corazones de los creyentes.

"Por la virtud de esta fe, cuya energía aumentó la Ascensión del Señor y que el Espíritu Santo vino a fortificar, ni las cadenas, ni los calabozos, ni el destierro, ni el hambre, ni las hogueras, ni los dientes de las fieras feroces, ni los suplicios inventados por la crueldad de los perseguidores pudieron asustar a los cristianos. Por la fidelidad en esta fe, todo el mundo, no solamente los hombres, sino también las mujeres, no sólo los niños y adolescentes, sino jóvenes delicados, combatieron hasta el derramamiento de su sangre. Esta es la fe que arrojó a los demonios, hizo desaparecer las enfermedades y resucitó a los muertos. Después vimos a los

Apóstoles, que, después de haber sido confirmados por tantos milagros, instruídos con tantos discursos del Señor, se horrorizaron por la indignidad de su Pasión y no aceptaron la verdad de su Resurrección hasta después de titubear, les vimos cambiados inmediatamente después de su Ascensión, de tal modo, que las cosas que hasta entonces no les inspiraban más que terror, de repente son causa de alegría. Toda la fortaleza de la mirada de su alma se dirigió a la divinidad del que está sentado a la derecha del Padre; la vista de su cuerpo no quitaba la viveza de su ojo desde que comprendieron el Misterio y llegaron a entender que al descender de los cielos no se separó de su Padre y que al subir no dejaba solos a sus discípulos.

"El momento en que el Hijo del Hombre, e Hijo de Dios, se manifestó de una manera más excelente y más augusta es aquel en que se retiró a la gloria y majestad de su Padre; porque entonces es cuando, por un proceso inefable, se hizo más presente por su divinidad a medida que su humanidad se alejaba más de nosotros. Entonces la fe, más iluminada que el ojo terrestre, se ha acercado con paso firme a aquel que es el Hijo igual al Padre, ella, que no ha tenido necesidad de palpar en Cristo esta naturaleza humana por la que es inferior a él. La sustancia de este cuerpo glorificado ha permanecido la misma; pero la fe de los creyentes tenía en adelante su cita allí donde, no una ma-

no de carne, sino una inteligencia espiritual es admitida a tocar al Hijo igual al Padre. De ahí que el Señor resucitado, cuando María Magdalena, que representaba a la Iglesia, se lanzó para asir sus pies, la detuvo con estas palabras: "No me toques, porque no he subido todavía a mi Padre"; como si dijese: "No quiero que llegues a Mí por un camino sensible, ni que me reconozcas por contacto humano; te he reservado a una experiencia más sublime; he preparado para ti una suerte digna de envidia. Cuando haya subido a mi Padre, entonces me comprenderás, pero de una manera más perfecta y verdadera, porque, siendo los sentidos sobrepasados, la fe te revelará lo que los ojos no verán aún" [1].

Beneficios de la fe. — Con la partida del Señor se inauguró este reino de la fe que debe prepararnos para ver eternamente el supremo bien; y esta fe dichosa que es nuestro elemento, nos da, al mismo tiempo, toda la luz compatible con nuestra débil condición para entender y adorar al Verbo consustancial al Padre y para tener conocimiento de los misterios que el Verbo Encarnado obró aquí en su humanidad. Muchos siglos nos separan del momento en que se hizo visible en la tierra y le conocemos mejor que le conocieron y le gustaron sus propios dis-

[1] 2.ª semana sobre la Ascensión.

cípulos antes de la Ascensión en el Monte de los Olivos. Nos convenía, ciertamente, que se alejase; su presencia hubiera impedido el desarrollo de nuestra fe, y nuestra fe sola podía llenar el intervalo que le separa de nosotros, hasta que entremos "en el interior del velo".

¡Cuán profunda es la ceguera de esos hombres que no sienten el poder sobrehumano de este elemento de la fe, por el que el mundo fué no solamente vencido, sino transformado! Pretenden haber descubierto la composición de los evangelios y no ven este Evangelio viviente salido de diez y nueve siglos de fe unánime, salido de la confesión generosa de tantos millones de mártires, de la santidad de tantos justos, de la conversión sucesiva de tantas naciones, comenzando por las más civilizadas y acabando por las más bárbaras. Aquel que, después de haber visitado un rincón de esta tierra durante algunos años, bastó que desapareciera para atraer a sí la fe de los más grandes genios como la de los corazones más sencillos y rectos, seguramente que es lo que nos ha dicho que era: el Hijo eterno de Dios. ¡Gloria y acción de gracias te sean dadas, Señor, que para consolarnos de tu partida nos has dado la fe por la cual el ojo de nuestra alma se purifica, la esperanza de nuestro corazón se inflama y las realidades divinas que poseemos las sentimos en todo su poder! Conserva en nosotros este don precioso de tu bondad completamente gratuita,

acreciéntale sin cesar; haz que se abra en toda su madurez, en el momento solemne que ha de preceder a aquel en que te reveles a nosotros cara a cara.

JUEVES

DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

LA VICTORIA DEL AMOR

Hemos visto que la Ascensión del Emmanuel le ha procurado aquí abajo por medio de la fe un triunfo que le da la soberanía de las inteligencias. Pero aún resulta otra victoria del mismo misterio: la victoria del amor que hace reinar a Jesús en los corazones. ¿En quién han creído los hombres, durante diecinueve siglos, firme y universalmente, sino en él? ¿Qué punto de reunión han tenido las inteligencias fuera de los dogmas de la fe? ¿Qué tinieblas no ha disipado esta llama divina? ¿Qué claridades no ha proyectado sobre los pueblos que han acogido su luz? ¿En qué sombras no ha dejado a los que, después de haberla recibido, han cerrado los ojos a sus rayos?

Podemos decir igualmente que desde la Ascensión del Redentor nadie ha sido tan amado por los hombres de todos los lugares y de todas las razas, como él lo ha sido, lo es todavía y lo será hasta el fin. Era necesario, por tanto, que

se retirase para que fuese amado de este modo, y también para que creyésemos en El. "Os conviene que me vaya"; estas palabras nos servirán todavía para ahondar mejor en el misterio.

AMOR DE LOS APÓSTOLES Y DISCÍPULOS. — Antes de la Ascensión, los discípulos estaban tan vacilantes en su amor como en su fe; Jesús no podía contar con ellos; pero, en cuanto desaparece a sus miradas, se apodera de sus corazones un entusiasmo desconocido. En vez de llorar su abandono, vuelven a Jerusalén, llenos de júbilo. Dichosos con el triunfo del maestro, se olvidan de sí mismos y se determinan a obedecerle volviendo al Cenáculo, donde ha de venir a visitarles la Virtud de lo alto. Observad a estos hombres durante los años que van a seguir, recorred su camino hasta la muerte; contad, si podéis, los actos de abnegación en la inmensa labor de la predicación del Evangelio, y decid si tienen otro móvil que el amor de su Maestro que les haya sostenido y hecho capaces de todo lo que han hecho. ¡Con qué decisión han bebido su cáliz! [1] ¡Con qué entusiasmo han saludado a su Cruz, al verla erguida esperándoles!

... DE LOS MÁRTIRES. — Pero no nos ciñamos tan sólo a estos primeros testigos; ellos habían visto a Cristo, le habían escuchado, le ha-

[1] *S. Mat.*, XX, 23.

bían tocado con sus manos [1]. Volvamos nuestra mirada a las generaciones que no le han conocido más que por la fe, y veamos si este amor que triunfa en los Apóstoles ha faltado un solo día, en diez y nueve siglos, entre los cristianos. Entonces comienza la lucha del martirio, que, desde la promulgación del Evangelio, nunca ha cesado del todo, y cuyo exordio ocupa trescientos años. ¿Por qué motivo, sino por probar a Cristo su amor, tantos héroes y heroínas han corrido ante las torturas más afrentosas, han despreciado sonrientes las llamas de las piras y los dientes de las bestias feroces? Recordemos las pruebas horribles que aceptaban con tanto ardor no sólo hombres aguerridos en el sufrimiento, sino también mujeres delicadas, jóvenes doncellas y hasta los niños. Rememoremos aquellas sublimes palabras, aquel noble entusiasmo que aspira devolver a Cristo muerte por muerte, y no olvidemos que los mártires de nuestros días, en China, Tonkín, Cochinchina, Corea han reproducido textualmente, sin la menor duda, ante sus jueces y sus verdugos, el lenguaje que usaban sus predecesores ante los procónsules de los siglos III y IV.

... DE LOS RELIGIOSOS. — Sí, ciertamente, nuestro divino Rey que ha subido a los cielos ha sido amado como nadie lo será nunca, ni lo po-

---

[1] S. *Juan*, I, 1.

dría ser; porque no se podrían contar los millones de almas que, desde su partida, sólo por unirse a él, han pisoteado las seducciones del amor terreno, sin querer conocer otro amor que el suyo. Todos los siglos, incluso el nuestro en medio de su tibieza, han visto estos ejemplos, y sólo Dios conoce su número.

Ha sido amado en esta tierra y lo será hasta el último día del mundo, en fe de lo cual está en todo el correr de los tiempos, el generoso abandono de los bienes terrenos, con el fin de alcanzar la semejanza con el niño de Belén. ¡Abandono practicado con frecuencia por las personas más opulentas del siglo! ¿Será necesario señalar tantos sacrificios de la voluntad propia obtenidos del orgullo humano, con fin de realizar en la humanidad el misterio de la obediencia del Hombre-Dios en esta tierra y los incontables rasgos de heroísmo ofrecidos por la penitencia cristiana, que continúa y completa aquí abajo con tanta generosidad las satisfacciones que al amor del Redentor le plugo aceptar por los hombres en su dolorosa Pasión?

... DE LOS MISIONEROS. — Pero este ardor inextinguible para con Jesús, subido al cielo, no ha quedado satisfecho todavía con tanta abnegación. Había dicho Jesús: "Todo lo que hiciereis al más pequeñuelo de vuestros hermanos, a mí me lo hacéis"; el amor de Cristo se ha apoderado de esta palabra, y desde el principio hasta hoy

está empeñado en otra clase de búsqueda para llegar a través del pobre, a Jesús, que habita en él. Y como la primera de todas las miserias humanas es la ignorancia de las verdades divinas, sin las cuales nadie se puede salvar, todas las épocas han proporcionado una sucesión de apóstoles que, renunciando a los dulces lazos de la patria y de la familia, se lanzan a socorrer a los pueblos que descansan en las sombras de la muerte. ¿Quién podrá decir las fatigas que se imponen en ese trabajo, los tormentos que soportan, para que el nombre de Jesús sea anunciado, para que sea amado por un salvaje o glorificado por un chino, o por un indio?

... DE LOS HOSPITALARIOS. — ¿Se trata de consolar los dolores de Cristo o de curar las llagas en los más desgraciados de sus hermanos? No vayáis a creer que falte nunca el amor que reside en los fieles de su Iglesia. Contad más bien los miembros de esas asociaciones caritativas que se han consagrado al alivio de los pobres y los enfermos, desde que fué posible a los cristianos desarrollar, en pleno día, sus planes para ejercer la caridad. Ved al sexo débil pagar su tributo con una heroica solicitud a la cabecera de los enfermos y moribundos. Hasta el mundo queda mudo ante eso, los economistas se admiran al verse obligados a contar con un elemento tan indispensable a la sociedad, y que escapa a todas sus especulaciones. ¡Felices de ellos si llegan

a conocer a Aquel cuyo solo amor obra tales maravillas!

... DE LOS SIMPLES FIELES. — Mas no es nada lo que puede ver el ojo del hombre: no capta sino lo que aparece al exterior. Nadie, pues, podrá apreciar hasta dónde es amado Jesús todavía en la tierra. Que se cuenten los millones de cristianos que han pasado por la tierra desde el origen de la Iglesia. Entre ellos, sin duda, hay muchos que han tenido la desgracia de abandonar su fin; pero ¡qué multitud incontable ha amado de todo corazón, con toda su alma y con todas sus fuerzas a N. S. Jesucristo! Unos le han amado constantemente, otros han tenido necesidad de ser llamados por su misericordia, pero han dormido en su paz. ¡Contad, si podéis, los actos virtuosos, los sacrificios hechos por este inmenso pueblo cristiano en diez y nueve siglos! Sólo la memoria de Dios es capaz de abarcar todo este recuerdo. Ahora bien, todo este conjunto de obras y de sentimientos, desde el ardor seráfico del alma ya divinizada hasta el vaso de agua dado en nombre del Redentor, ¿qué es sino un incesante concierto de amor que sube día y noche hacia Cristo, ese divino ausente que la tierra no puede olvidar? ¿Dónde hay un hombre que, por grata que haya sido la memoria que de sí haya dejado, se sacrifiquen por él, se muera por él, se renuncien a sí mismos por su amor, durante uno, diez, veinte siglos

después de su muerte? ¿Dónde se encontrará un muerto cuyo nombre haga latir los corazones de tantos millones de hombres de todas las generaciones, las razas y los siglos, fuera de Jesús, que, depués de muerto, resucitó y subió a los cielos?

PLEGARIA. —Pero reconocemos humildemente, divino Emmanuel, que era necesario nos abandonases, para que la fe, tomando un impulso, te fuese a buscar hasta los cielos, siguiendo tus pisadas, y que nuestros corazones, esclarecidos de este modo, se hicieran capaces de amarte. ¡Alégrate de tu ascensión, capitán divino de los ángeles y de los hombres! En nuestro destierro, saborearemos los frutos de este misterio, hasta que se cumpla en nosotros. Ilumina a estos pobres ciegos a quienes el orgullo impide reconocerte en estos rasgos tan palpables. Te discuten, te razonan, sin darse cuenta del testimonio de fe y de amor de tantas generaciones. El homenaje que te ofrece la humanidad, representada por las primeras naciones de la tierra, por los corazones más virtuosos y por tantos hombres inteligentes es para ellos como si no existiese. Pero ¿qué son ellos para oponerse a un concierto tal? Sácales, Señor, de su orgullo vacío y peligroso, y vendrán, y dirán con nosotros: "¡Verdaderamente era mejor para este mundo que perdiese, oh Emmanuel, tu presencia sensible!, porque si se han mostrado y han sido reconocidas tu

grandeza, tu potestad y tu divinidad, ha sido desde que has dejado de estar visible entre nosotros. Gloria, pues, al misterio de la Ascensión, por el cual—como dice el Salmista—al subir a los cielos recibes los dones más elevados para repartirles con largueza entre los hombres"[1].

VIERNES

DESPUES DE LA OCTAVA DE LA ASCENSION

PRESENCIA INVISIBLE DEL SEÑOR

Ha acabado la octava; ya se ha acabado el misterio de la Ascensión; Jesús ya no se mostrará más a nuestras miradas hasta que venga a juzgar a los vivos y a los muertos. En adelante sólo la fe nos le revelará y sólo le podremos poseer por el amor: tal es la condición de nuestra prueba, hasta que, como recompensa de esta fe y de este amor, seamos admitidos al interior del santuario.

Sin embargo, no murmuremos. Esperemos, más bien, con esa esperanza que nunca engaña, como dice el Apóstol[2]. ¿Y cómo no hemos de vivir enteramente en esta esperanza, cuando Jesús nos ha prometido estar con nosotros hasta la consumación de los siglos?[3]. Nunca ya se hará visible, pero siempre estará allá. ¿Podrá,

1 *Salmo*, LXVII, 9.
2 *Rom.*, V, 5.
3 *Mat.*, XXVIII, 20.

quizás, abandonar a la Iglesia, su esposa? ¿Y no somos nosotros los miembros de esta esposa amadísima?

La promesa del Espíritu Santo. — Pero Jesús hace más todavía por nosotros. Si se retira, no lo hace sin decirnos con una ternura infinita: "No os dejaré huérfanos"[1]. Cuando nos dice: "Es necesario que me vaya", añade: "Si no me marchase no vendría a vosotros el Consolador"[2]. Este Consolador es el Espíritu Santo, el Espíritu del Padre y del Hijo que descenderá incesantemente a nosotros, y que debe permanecer entre nosotros visible en sus obras, hasta que Jesús vuelva a aparecer para sacar a sus elegidos de un mundo que merecerá ser abandonado a las llamas. Pero el Espíritu no debe descender a nosotros mientras no sea enviado, y, como nos enseña el Evangelista: "No debe ser enviado hasta que Jesús no sea glorificado"[3]. Viene a continuar la obra. Pero esta obra debía ser primero llevada a cabo por el Hijo de Dios hasta el término señalado por los decretos eternos.

Después de sus trabajos, Jesús entró en su reposo, llevando consigo la humanidad elevada en él a honores divinos. El Espíritu Santo no revestirá esta naturaleza; pero viene a consolarnos de la ausencia de Jesús y a acabar lo que falta cumplir en la obra de nuestra santifica-

---

[1] *Juan*, XIV, 18.
[2] *Ibid.*, XVI, 7.
[3] *Juan*, VII, 39.

ción. Es aquel a quien ya hemos visto trabajando estos dos días precedentes, cuando contemplamos los prodigios de fe y de amor, después de la partida de aquel que es el objeto de la una y del otro. El Espíritu Santo es quien produce la fe en las almas y al mismo tiempo "derrama la caridad en los corazones"[1].

Hemos llegado por fin al momento de ver inaugurarse una nueva serie de maravillas del amor de Dios a su creatura. Dentro de unas horas el reino del Espíritu Santo va a comenzar; pero en este último día que nos queda, puesto que mañana va a inaugurarse ya la solemnidad de Pentecostés, dejémonos arrastrar de esa legítima necesidad de venerar todavía las huellas de nuestro Redentor sobre la tierra. La Liturgia nos lo había ido presentando poco a poco, desde el Adviento en que rodeamos a la Madre divina, esperando con respeto el momento feliz en que nos diese su fruto bendito; y ahora, para encontrarle, nos es preciso levantar nuestra mirada hacia el cielo, salir de este mundo, donde ya no se deja ver. ¡Recuerdos gratos del trato íntimo que tuvimos tanto tiempo con el Emmanuel, desde que nos admitió a seguirle en todos sus caminos, ya no podemos relegaros al olvido! Más aún, contamos con el Espíritu divino para grabaros más profundamente en nuestras almas. ¿No ha anunciado Jesús que al venir a nosotros este inefable Consolador nos haría

[1] *Rom.*, V. 5.

recordar todo lo que habíamos oído, gustado y experimentado en la compañía de aquel que, siendo Dios, se dignó vivir con nosotros nuestra vida, para prepararnos a vivir la suya eternamente? [1].

LA PEREGRINACIÓN DEL CABALLERO. — San Bernardino de Sena trae en su primer sermón de la fiesta de la Ascensión una historia emocionante que puede servirnos de instrucción útil, este día en que damos el último adiós a la presencia visible de nuestro Redentor. Cuenta que un caballero emprendió un viaje con el deseo de visitar los lugares que habían sido testigos de los misterios de nuestra salvación. Quiso empezar su peregrinación por Nazaret, y en el lugar mismo en que el Verbo se hizo carne, rindió sus homenajes al amor infinito que le había traído a la tierra desde el cielo, para sacarnos de nuestra perdición. Belén vió a continuación a nuestro peregrino llegar a sus muros, buscando el lugar del bienaventurado nacimiento que nos dió un Salvador. Sus lágrimas se deslizaron abundantes sobre el lugar en que María había adorado a su recién nacido, y como cuenta San Francisco de Sales, que también ha querido narrar esta deliciosa historia, "lamió el polvo sobre el cual había comenzado la primera infancia del divino bebé" [2].

[1] *Juan*, XIV, 26.
[2] *Tratado del Amor de Dios*, l. VII, c. XII.

El viajero, que no temía recorrer Palestina en todos los sentidos, marchó desde Belén a las riberas del Jordán, y se detuvo en Bethabara, en el lugar llamado Betania, donde el Precursor había bautizado al Redentor. Y para honrar más enteramente este misterio, quiso a su vez penetrar en el cauce del río, y se bañó en aquellas aguas que le recordaban, las que Jesús se había dignado santificar por el contacto de sus miembros sagrados. Desde allí, siguiendo las huellas del Hijo de Dios, penetró en el desierto, para ver con sus propios ojos el teatro de la penitencia, de los combates y de la victoria de nuestro Maestro. A continuación dirigió su marcha hacia el Tabor; allí veneró el misterio de la Transfiguración de Jesús, cuando dejó brillar ante la vista de tres de sus discípulos algunos rayos de su gloria.

Por fin, el piadoso caballero entró en Jerusalén. El Cenáculo le vió recoger con el amor más tierno los recuerdos del lavatorio de los pies a los discípulos y la institución del gran misterio de la Eucaristía. Aguijoneado por el deseo de no dejar una estación sin haber orado en ella con lágrimas, pasó el torrente de Cedrón y se dirigió al huerto de Getsemaní, donde el pensamiento de su Salvador, cubierto de sangre, infundió en su corazón una simpatía inefable hacia la víctima de nuestros pecados. En seguida le vino a la imaginación la figura de este Salvador cargado de cadenas y arrastrado por Jerusalén. "Enton-

ces camina—nos dice el Santo Obispo de Ginebra, a quien conviene dejar la palabra sobre este asunto—, camina siguiendo por todas partes las huellas de su amado, y le ve en su imaginación arrastrado de aquí para allá, en casa de Anás, en casa de Caifás, en casa de Pilatos, en casa de Herodes, azotado, mofado, escupido, coronado de espinas, presentado al pueblo, condenado a muerte, cargado con su cruz, y mientras la lleva tiene el encuentro doloroso de su madre, traspasada de dolor, y de las mujeres de Jerusalén, que lloran por él.

"Por fin este devoto peregrino sube al monte Calvario y ve en espíritu la cruz extendida sobre la tierra y a Nuestro Señor, a quien se tiende y se clava cruelmente en ella de pies y manos. Luego contempla cómo levantan la cruz y el crucificado queda en el aire y su sangre surca por todas las partes de su divino cuerpo. Mira a la pobre Virgen Santísima traspasada completamente por una espada de dolor; luego vuelve los ojos al Salvador crucificado, a quien escucha las siete palabras con un amor sin igual; y, en fin, le ve moribundo, luego muerto, y después recibiendo la lanzada y mostrando por la abertura de la herida su divino Corazón; luego quitado de la cruz y llevado a un sepulcro, a donde le sigue derramando un mar de lágrimas en los lugares regados con la sangre de su Redentor; a continuación entra en el sepulcro y amortaja su corazón al lado del cuerpo de su Maestro.

"Más tarde, resucitando con él, va a Emaús, y ve todo lo que ocurre entre el Señor y los dos discípulos; y, por fin, volviendo al monte Olivete, donde ocurre el misterio de la Ascensión, y viendo allí las últimas huellas y vestigios de los pies del divino Salvador, prosternado sobre ellos y besándolos mil y mil veces con suspiros de un amor infinito, comenzó a concentrar en sí toda la intensidad de sus afectos, como un arquero estira su cuerda cuando quiere disparar su flecha; luego, levantando sus ojos y sus manos al cielo: "Oh Jesús—dijo—, mi dulce Jesús, ya no sé dónde buscarte y seguirte más en la tierra. ¡Ay! Jesús, Jesús, amor mío, concede, pues, a mi corazón te siga y marche contigo a lo alto. Y con estas ardientes palabras lanzó su alma al cielo, como una saeta sagrada que, como divino arquero, tiró al blanco de su objeto feliz" [1].

San Bernardino de Sena cuenta que los compañeros y servidores del piadoso caballero, viéndole sucumbir al esfuerzo de su amor, corrieron a buscar un médico, pensando que sería posible todavía volverle a la vida. Pero esta alma bienaventurada había volado siguiendo al Redentor y dejándonos un monumento inmortal del amor que pudo nacer en el corazón de un hombre con la sola contemplación de estos misterios divinos que nosotros hemos seguido a nuestro gusto, conducidos por la Iglesia, en la

[1] *Tratado del amor de Dios*, l. VII, c. XII.

sucesión de las escenas de la Sagrada Liturgia. ¡Ojalá pudiésemos poseer ahora en nosotros a Cristo, a quien tantas facilidades hemos tenido de conocer! ¡Dígnese el Espíritu Santo, en su próxima visita, conservar en nuestras almas los rasgos de este jefe divino, con el cual va a unirnos más estrechamente todavía!

SABADO. VIGILIA DE PENTECOSTES

ESPERA DEL ESPIRITU SANTO

La luz deslumbradora de la solemnidad de mañana ilumina ya este día. Los fieles se disponen con el ayuno a celebrar dignamente el misterio; pero, como en la Vigilia Pascual, la misa de los neófitos, que entonces se celebraba por la noche, ahora se ha anticipado; por eso desde antes de mediodía la alabanza del Espíritu Santo, cuya efusión está tan cercana, ha resonado en toda Iglesia que tenga pila bautismal. Por la tarde, el oficio de Vísperas da comienzo a la augusta solemnidad. El Reino del Espíritu divino está, pues, proclamado desde hoy por la Liturgia. Unámonos a los pensamientos y sentimientos de los habitantes del Cenáculo, donde está a punto de ser cumplida nuestra esperanza.

La Creación — En toda esta serie de misterios que hemos visto deslizarse hasta aquí en el

curso del Año litúrgico, hemos presentido con frecuencia la acción de la tercera persona de la Santísima Trinidad. Las lecturas de los libros Sagrados, tanto del Antiguo como del Nuevo testamento, han llamado más de una vez nuestra atención respetuosa hacia este Espíritu divino que parecía rodearse de misterio, como si aún no hubiese llegado el tiempo de su manifestación. Las operaciones de Dios en las creaturas son sucesivas; pero llegan infaliblemente a su tiempo. El historiador sagrado, en la relación de la creación, nos muestra al Espíritu Santo flotando sobre las aguas y fecundándolas silenciosamente, esperando su separación de la tierra que inundaban.

PREPARACIÓN DE LA ENCARNACIÓN. — Aunque el Reino patente del Espíritu Santo sobre el mundo se ha diferido hasta el establecimiento del Hijo de Dios sobre su eterno trono, no vayamos a creer por eso que el Espíritu divino ha permanecido inactivo hasta ahora. Todas las Sagradas Escrituras, de las que hemos hallado tantos fragmentos en la liturgia, ¿qué son sino la obra oculta de aquel que, como nos dice el Símbolo, "ha hablado por los Profetas"? [1]. Era quien nos daba el Verbo, Sabiduría de Dios, por medio de la Escritura, como más tarde debía dárnoslo en la carne de la humanidad.

[1] *Qui locutus est per Prophetas.* Símbolo de Nicea. — Constantinopla.

No ha estado ocioso ni un solo momento en la duración de los siglos. Preparaba el mundo para el reino del Verbo encarnado, juntando y mezclando las razas, produciendo esta expectativa universal que se extendió desde los pueblos más bárbaros hasta las naciones más avanzadas en la civilización. No se había dado a conocer aún a la tierra, pero se cernía con amor sobre la humanidad, como se había cernido al principio sobre las aguas mudas e insensibles.

La Encarnación. — Esperando su venida, los profetas le anunciaban en los mismos oráculos, donde predecían la llegada del Hijo de Dios. El Señor decía por boca de Joél: "Yo esparciré mi Espíritu sobre toda carne" [1]. En otra ocasión se anunciaba así por la voz de Ezequiel: "Yo derramaré sobre vosotros un agua pura, y seréis purificados de todas vuestras manchas, y os purificaré de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo, y colocaré en medio de vosotros un nuevo espíritu; y os arrancaré el corazón de piedra que está en vuestra carne, y os daré un corazón de carne, y colocaré en medio de vosotros un Espíritu que es el mío" [2].

Pero antes de su propia manifestación, el Espíritu Santo había de obrar directamente para la del Verbo divino. Cuando el poder creador hizo salir de la nada el cuerpo y el alma de la

[1] *Joél,* II, 29.
[2] *Ezequiel,* XXXVI, 25-27.

futura madre de un Dios, preparó la morada de la soberana majestad, santificando a María desde el primer instante de su Concepción y tomando posesión de ella como de un templo donde el Hijo de Dios se dignaría descender. En el momento de la Anunciación, el Arcángel declaró a la Virgen que el Espíritu Santo iba a venir sobre ella y que la virtud del Altísimo iba a cubrirla con su sombra. Apenas la Virgen pronunció su consentimiento, cuando la operación del Espíritu Santo produjo en ella el más inefable de sus misterios: el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros. Sobre esta flor nacida en la rama que retoñó del tronco de Jessé, sobre esta humanidad producida divinamente en María, el Espíritu del Padre y del Hijo, reposa con amor, la colma de sus dones y la adapta a su fin glorioso y eterno [1]. El que había dotado a la Madre de tantos tesoros de gracia, sobrepasa en su Hijo de una manera inconmensurable la medida que parecía ya próxima de lo infinito. Y todas estas maravillas las obra en silencio como siempre; porque la hora en que debe brillar su venida no ha llegado todavía. La tierra no hará sino entreverlo, el día en que sobre el cauce del Jordán, a cuyas aguas descendió Jesús, extenderá sus alas y vendrá a posarse sobre la cabeza de este Hijo muy amado del Padre. Juan advierte el misterio del mismo modo que, antes de nacer, había sentido en el seno de María

[1] *Isaías*, X, 1-3.

el fruto bendito que habitaba en ella; pero los hombres no vieron más que una paloma, y la paloma no reveló los secretos de la eternidad.

El Reino del Hijo de Dios se asienta sobre sus fundamentos predestinados. Tenemos en él a nuestro hermano, porque ha tomado nuestra carne con sus enfermedades; tenemos en él nuestro doctor, porque es la sabiduría del Padre y porque con sus lecciones nos inicia en toda verdad; en él tenemos nuestro médico, porque nos cura todas nuestras flaquezas y enfermedades; en él tenemos nuestro mediador, porque hace volver en su santa humanidad a toda la creación a su autor; tenemos en él nuestro reparador y en su sangre nuestro rescate: porque el pecado del hombre había roto el lazo entre Dios y nosotros y nos hacía falta un redentor divino; tenemos en él un jefe que no se sonroja de sus miembros por humildes que sean, un rey que acabamos de ver coronar para siempre y un Señor a quien el Señor hace sentar a su diestra [1].

La Iglesia. — Pero si para siempre nos gobierna, ahora lo hace desde lo alto de los cielos, hasta el momento en que aparezca de nuevo para quebrantar contra la tierra la cabeza de los pecadores, cuando clame la voz del Angel: "Ya no hay más tiempo" [2]. Pero esperando esta venida se deben pasar muchos siglos, y estos siglos han

[1] *Ps.*, c. IX, 1.
[2] *Apoc.*, X, 6.

sido destinados al imperio del Espíritu Santo: "Pero no se podía dar el Espíritu Santo—dice San Juan—mientras Jesús no hubiese sido glorificado"[1]. El misterio de la Ascensión forma, pues, el límite entre los dos reinados divinos aquí abajo: el reino visible del Hijo de Dios y el reino visible del Espíritu Santo. Con el fin de unirlos y preparar su sucesión no sólo son profetas mortales los que hablan, sino también el mismo Emmanuel, durante su vida mortal, se hizo el heraldo del reino próximo del Espíritu.

¿No le oímos decir: "Os es más provechoso que yo me vaya; porque si no me marchase, no vendría a vosotros el Paráclito"?[2] El mundo tiene, pues, gran necesidad de este huésped divino, del que se hace precursor el mismo Hijo de Dios. Y a fin de que conociésemos cuál es la majestad de este nuevo dueño que va a reinar sobre nosotros, nos declara Jesús la gravedad de los castigos que caerán sobre quienes le ofendan. "Quienquiera que haya proferido alguna palabra contra el Hijo—dice—será perdonado; pero el que haya pronunciado esta palabra contra el Espíritu Santo, no obtendrá perdón, ni en este mundo ni en el otro"[3]. Sin embargo, este Espíritu no tomará la naturaleza humana como el Hijo; no trabajará por rescatar el mundo, como lo rescató el Hijo, sino que vendrá con un

---

[1] *S. Juan*, VII, 39.
[2] *S. Juan*, XVI, 7.
[3] *S. Mat.*, XII, 32.

amor tan grande que no se podrá despreciarle impunemente. A él confiará Jesús la Iglesia su Esposa durante los largos siglos que ha de durar su viudez, a él confiará su obra para que la mantenga y la dirija en todo.

DISPOSICIONES PARA RECIBIR EL ESPÍRITU SANTO. — Nosotros, pues, los llamados a recibir dentro de pocas horas la efusión del Espíritu de amor que viene a "renovar la faz de la tierra"[1], estemos atentos como lo estuvimos en Belén en los momentos que precedieron al nacimiento del Emmanuel. El Verbo y el Espíritu Santo son iguales en gloria y en poder y su venida a la tierra procede del mismo decreto eterno y pacífico de la Santísima Trinidad, que determinó, por esta doble visita, "hacernos participantes de la naturaleza divina"[2]. Nosotros, hijos de la nada, somos llamados a llegar a ser, por la operación del Verbo y del Espíritu, hijos del Padre celestial. Ahora, si deseamos saber cómo debe prepararse el alma fiel a la venida del Paráclito divino, volvamos mentalmente al Cenáculo, donde dejamos juntos a los discípulos, perseverando en la oración, según la orden del Maestro, y esperando que la Virtud de lo alto descienda sobre ellos y les cubra como una armadura para los combates que han de sostener.

---

1 *Ps.*, CIII, 30.
2 *II San Pedro*, I, 4.

NUESTRA SEÑORA EN EL CENÁCULO. — En este asilo de recogimiento y de paz, nuestros ojos buscan respetuosamente en seguida a María, madre de Jesús, obra maestra del Espíritu Santo, Iglesia del Dios vivo, de la que mañana saldrá, como del seno de una madre, por la acción del mismo Espíritu, la Iglesia militante que esta nueva Eva representa y contiene aún en sí. ¿No tiene derecho en estos momentos a recibir todos nuestros homenajes esta creatura incomparable, a quien hemos visto asociada a todos los misterios del Hijo de Dios y que muy pronto va a ser el objeto más digno de la visita del Espíritu Santo? Te saludamos, María llena de gracia, nosotros, los que estamos todavía encerrados en ti y gustamos la alegría en tu seno materno. ¿No ha hablado para nosotros la Iglesia en la Liturgia al comentar a gloria tuya el cántico de tu ascendiente David? [1]. En vano tu humildad pretende sustraerse a los honores que mañana te esperan. Creatura inmaculada, templo del Espíritu Santo, es necesario que este Espíritu se te comunique de un modo nuevo; porque una nueva obra te espera, y la tierra debe poseerte todavía.

LOS APÓSTOLES. — Al rededor de María se ha unido el colegio apostólico, contemplando con arrobamiento a aquella cuyos rasgos augustos

[1] *Sicut laetantium omnium nostrum habitatio est in te, Sancta Dei genitrix* (*Ps.*, LXXXVI, 7).

le recuerdan al Señor ausente. Los días precedentes ha tenido lugar un grave acontecimiento a los ojos de María y de los hombres en el Cenáculo. Lo mismo que para establecer el pueblo de Israel, Dios había escogido doce hijos de Jacob como fundamentos de esta raza privilegiada, Jesús se había escogido doce hombres de este mismo pueblo para que fuesen las bases del edificio de la Iglesia cristiana, cuya piedra angular es él y Pedro con él y en él. La caída de Judas había reducido a once los escogidos por la elección divina; ya no existía el número sagrado y el Espíritu Santo estaba para descender de un momento a otro sobre el colegio apostólico. Antes de subir al cielo, no había juzgado Jesús a propósito hacer él mismo la elección de sucesor del discípulo caído. Pero era preciso se completase el número sagrado antes de la efusión de la Virtud de lo alto. La Iglesia no debía envidiar en nada a la Sinagoga. ¿Quién cumpliría el oficio del Hijo de Dios en la designación de un Apóstol? Tal derecho no podía pertenecer sino a Pedro, nos dice San Juan Crisóstomo; pero en su modestia declinó el honor, no queriendo acordarse más que de la humildad [1]. Una elección siguió al discurso de Pedro y Matías, juntado a los otros Apóstoles, completó el número misterioso, y esperó con ellos la venida prometida del Consolador.

[1] 3.ª Homilía sobre los Hechos de los Apóstoles.

LOS DISCÍPULOS. — En el Cenáculo, a los ojos de María, se reunieron también los discípulos que, sin haber tenido el honor de haber sido elegidos Apóstoles, fueron, sin embargo, testigos de las obras y los misterios del Hombre-Dios; fueron puestos aparte y reservados para la predicación de la buena nueva. Magdalena y las otras santas mujeres esperan con el recogimiento que les prescribió el Maestro, esta visita de lo alto, cuyo poder van a experimentar muy pronto. Rindamos nuestros homenajes a esta santa asamblea, a esos ciento veinte discípulos que se nos dieron por modelos en esta importante circunstancia; porque el Espíritu Santo ha de venir en seguida a ellos; son sus primicias. Más tarde descenderá también sobre nosotros, y con el fin de prepararnos a su venida, la Iglesia nos impone hoy el ayuno.

LA LITURGIA DE ESTE DÍA. — En la antigüedad este día se parecía a la Vigilia Pascual. Al atardecer los fieles se recogían en la iglesia para tomar parte en la solemnidad de la administración del bautismo. La noche siguiente se confería a los catecúmenos el sacramento de la regeneración, a quienes la ausencia o la enfermedad habían impedido juntarse a los otros la noche de Pascua. También contribuían a formar del grupo de los aspirantes al nuevo nacimiento que se toma en la fuente sagrada aquellos a quienes no se consideró suficientemente proba-

dos todavía, o cuya instrucción no pareció bastante completa, pero ahora se juzgaba que estaban en disposición de dar satisfacción a las justas exigencias de la Iglesia. En lugar de las doce profecías que se leían en la noche de Pascua, mientras los sacerdotes cumplían con los catecúmenos los ritos preparatorios al Bautismo, no se leen ordinariamente más que seis; lo que nos lleva a pensar que el número de los bautizados la noche de Pentecostés era menos considerable.

El cirio pascual volvía a aparecer esta noche de gracia, con el fin de inculcar a los nuevos reclutas de la Iglesia el respeto y amor para con el Hijo de Dios, que se hizo hombre para ser "la luz del mundo"[1]. Todos los ritos que hemos detallado y explicado el Sábado Santo se celebraban en esta nueva ocasión, en que aparecía la fecundidad de la Iglesia; el Santo sacrificio, del cual tomaban parte los neófitos, comenzaba antes de rayar el alba.

En el rodar de los tiempos, la costumbre de conferir el bautismo a los niños poco después de su nacimiento, al tomar fuerza de ley, ha anticipado la Misa bautismal a la mañana del Sábado de la Vigilia de Pentecostés, como sucede con la Vigilia de Pascua. Antes de la celebración del Sacrificio se leen seis profecías de las que hemos hablado hace poco; después tiene lugar

[1] *S. Juan*, VIII, 12.

la solemne bendición de las aguas bautismales. El cirio pascual vuelve a aparecer en esta función, a la que falta con frecuencia la asistencia de los fieles.

SANTO DIA DE PENTECOSTES

LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

El gran día que consuma la obra divina en el género humano ha brillado por fin sobre el mundo. "El día de Pentecostés—como dice San Lucas—se ha cumplido" [1]. Desde Pascua hemos visto deslizarse siete semanas; he aquí el día que le sigue y hace el número misterioso de cincuenta. Este día es Domingo, consagrado al recuerdo de la creación de la luz y la Resurrección de Cristo; le va a ser impuesto su último carácter, y por él vamos a recibir "la plenitud de Dios" [2].

PENTECOSTÉS JUDÍA. — En el reino de las figuras, el Señor marcó ya la gloria del quincuagésimo día. Israel había tenido, bajo los auspicios del Cordero Pascual, su paso a través de las aguas del mar Rojo. Siete semanas se pasaron en ese desierto que debía conducir a la tierra

[1] *Act.*, II, 1.
[2] Véase *Mística del tiempo Pascual*, p. 24.

de Promisión, y el día que sigue a las siete semanas fué aquel en que quedó sellada la alianza entre Dios y su pueblo. Pentecostés (día cincuenta) fué marcado por la promulgación de los diez mandamientos de la ley divina, y este gran recuerdo quedó en Israel con la conmemoración anual de tal acontecimiento. Pero así como la Pascua, también Pentecostés era profético: debía haber un segundo pentecostés para todos los pueblos, como hubo una segunda Pascua para el rescate del género humano. Para el Hijo de Dios, vencedor de la muerte, la Pascua con todos sus triunfos; y para el Espíritu Santo, Pentecostés, que le vió entrar como legislador en el mundo puesto en adelante bajo la ley.

PENTECOSTÉS CRISTIANA. — Pero ¡qué diferencia entre las dos fiestas de Pentecostés! La primera, sobre los riscos salvajes de Arabia, entre truenos y relámpagos, intimando una ley grabada en dos tablas de piedra; la segunda en Jerusalén, sobre la cual no ha caído aún la maldición, porque hasta ahora contiene las primicias del pueblo nuevo sobre el que debe ejercer su imperio el Espíritu de amor. En este segundo Pentecostés, el cielo no se ensombrece, no se oyen los estampidos de los rayos; los corazones de los hombres no están petrificados de espanto como a la falda del Sinaí; sino que laten bajo la impresión del arrepentimiento y acción de gracias. Se ha apoderado de ellos un fuego divino

y este fuego abrasará la tierra entera. Jesús había dicho: "He venido a traer fuego a la tierra y ¡qué quiero sino que se encienda!" Ha llegado la hora, y el que en Dios es Amor, la llama eterna e increada, desciende del cielo para cumplir la intención misericordiosa del Emmanuel.

En este momento en que el recogimiento reina en el Cenáculo, Jerusalén está llena de peregrinos, llegados de todas las regiones de la gentilidad, y algo extraño agita a estos hombres hasta el fondo de su corazón. Son judíos venidos para la fiesta de Pascua y de Pentecostés, de todos los lugares donde Israel ha ido a establecer sus sinagogas. Asia, Africa, Roma incluso, suministran todo este contingente. Mezclados con los judíos de pura raza, se ve a paganos a quienes cierto movimiento de piedad ha llevado a abrazar la ley de Moisés y sus prácticas; se les llama Prosélitos. Este pueblo móvil que ha de dispensarse dentro de pocos días, y a quienes ha traído a Jerusalén sólo el deseo de cumplir la ley, representa, por la diversidad de idiomas, la confusión de Babel; pero los que le componen están menos influenciados de orgullo y de prejuicios que los habitantes de Judea. Advenedizos de ayer, no han conocido ni rechazado como estos últimos al Mesías, ni han blasfemado de sus obras, que daban testimonio de él. Si han gritado ante Pilatos con los otros judíos para pedir que el Justo sea crucificado, fuè por-

que fueron arrastrados por el ascendiente de los sacerdotes y magistrados de esta Jerusalén, hacia la cual les había conducido su piedad y docilidad a la ley.

El soplo del Espíritu Santo. — Pero ha llegado la hora, la hora de Tercia, la hora predestinada por toda la eternidad, y el designio de las tres divinas personas, concebido y determinado antes de todos los tiempos, se declara y se cumple. Del mismo modo que el Padre envió a este mundo, a la hora de medianoche, para encarnarse en el seno de María a su propio Hijo, a quien engendra eternamente: así el Padre y el Hijo envían a esta hora de Tercia sobre la Tierra el Espíritu Santo que procede de los dos, para cumplir en ella, hasta el fin de los tiempos, la misión de formar a la Iglesia esposa y dominio de Cristo, de asistirla y mantenerla y de salvar y santificar las almas.

De repente se oye un viento violento que venía del cielo; rugió fuera y llenó el Cenáculo con su soplo poderoso. Fuera congrega al rededor del edificio que está puesto en la montaña de Sión una turba de habitantes de Jerusalén y extranjeros; dentro, lo conmueve todo, agita a los ciento veinte discípulos del Salvador y muestra que nada le puede resistir. Jesús había dicho de él: "Es un viento que sopla donde quiere y vosotros escucháis resonar su voz" [1];

[1] *S. Juan,* III, 8.

poder invisible que conmueve hasta los abismos, en las profundidades del mar, y lanza las olas hasta las nubes. En adelante este viento recorrerá la tierra en todos los sentidos, y nada puede sustraerse a su dominio.

LAS LENGUAS DE FUEGO. — Sin embargo, la santa asamblea que estaba completamente absorta en el éxtasis de la espera, conservó la misma actitud. Pasiva al esfuerzo del divino enviado, se abandona a él. Pero el soplo no ha sido más que una preparación para los que están dentro del Cenáculo, y a la vez una llamada para los de fuera. De pronto una lluvia silenciosa se extiende por el interior del edificio, lluvia de fuego, dice la Santa Iglesia, "que arde sin quemar, que luce sin consumir" [1]; unas llamas en forma de lenguas de fuego se colocan sobre la cabeza de cada uno de los ciento veinte discípulos. Es el Espíritu divino que toma posesión de la asamblea en cada uno de sus miembros. La Iglesia ya no está sólo en María; está también en los ciento veinte discípulos. Todos ahora son del Espíritu Santo que ha descendido sobre ellos; se ha comenzado su reino, se ha proclamado y se preparan nuevas conquistas.

Pero admiremos el símbolo con que se obra esta revolución. El que no ha mucho se mostró en el Jordán en la hermosa forma de una pa-

[1] Responso del Jueves de Pentecostés.

loma aparece ahora en la de fuego. En la esencia divina él es amor; pero el amor no consiste sólo en la dulzura y la ternura, sino que es ardiente como el fuego. Ahora, pues, que el mundo está entregado al Espíritu Santo es necesario que arda, y este incendio no se apagará nunca. ¿Y por qué la forma de lenguas, sino porque la palabra será el medio de propaganda de este incendio divino? Estos ciento veinte discípulos hablarán del Hijo de Dios, hecho hombre y Redentor de todos, del Espíritu Santo que remueve las almas y del Padre celestial que las ama y las adopta; y su palabra será acogida por un gran número. Todos los que la reciban estarán unidos en una misma fe, y la reunión que formen se llamará Iglesia católica, universal, difundida por todos los tiempos y por todos los lugares. Jesús había dicho: "Id, enseñad a todas las naciones." El Espíritu trae del cielo a la tierra la lengua que hará resonar esta palabra y el amor de Dios y de los hombres que la ha de inspirar. Esta lengua y este amor se han difundido en los hombres, y con la ayuda del Espíritu, estos mismos hombres la transmitirán a otros hasta el fin de los siglos.

DON DE LENGUAS. — Sin embargo de eso, parece que un obstáculo sale al paso a esta misión. Desde Babel el lenguaje humano se ha dividido y la palabra de un pueblo no se entiende en el otro. ¿Cómo, pues, la palabra puede

ser instrumento de conquista de tantas naciones y cómo puede reunir en una familia tantas razas que se desconocen? No temáis: el Espíritu omnipotente ya lo ha previsto. En esa embriaguez sagrada que inspira a los ciento veinte discípulos les ha conferido el don de entender toda lengua y de hacerse entender ellos mismos. En este mismo instante, en un transporte sublime, tratan de hablar todos los idiomas de la tierra, y la lengua, como su oído, no sólo se prestan sin esfuerzo, sino con deleite a esta plenitud de la palabra que va a establecer de nuevo la comunión de los hombres entre sí. El Espíritu de amor hizo cesar en un momento la separación de Babel, y la fraternidad primitiva reaparece con la unidad de idioma.

¡Cuán hermosa apareces, Iglesia de Dios, al hacerte sensible por la acción divina del Espíritu Santo que obra en ti ilimitadamente! Tú nos recuerdas el magnífico espectáculo que ofrecía la tierra cuando el linaje humano no hablaba más que una sola lengua. Pero esta maravilla no se limitará al día de Pentecostés, ni se reducirá a la vida de aquellos en quienes aparece en este momento. Después de la predicación de los Apóstoles se irá extinguiendo, por no ser necesaria, la forma primera del prodigio; pero tú no cesarás de hablar todas las lenguas hasta el fin de los siglos, porque no te verás limitada a los confines de una sola nación, sino que habitarás todo el mundo. En todas partes

se oirá confesar una misma fe en las diversas lenguas de cada nación, y de este modo el milagro de Pentecostés, renovado y transformado, te acompañará hasta el fin de los siglos y será una de tus características principales. Por esto, San Agustín, hablando a los fieles, dice estas admirables palabras: "La Iglesia, extendida por todos los pueblos, habla todas las lenguas. ¿Qué es la Iglesia sino el cuerpo de Jesucristo? En este cuerpo cada uno de vosotros es un miembro. Si, pues, formáis parte de un miembro que habla todas las lenguas, vosotros también podéis consideraros como participantes en este don"[1]. Durante los siglos de fe, la Iglesia, única fuente del verdadero progreso de la humanidad, hizo aún más: llegó a reunir en una sola lengua los pueblos que había conquistado. La lengua latina fué durante largo tiempo el lazo de unión del mundo civilizado. A pesar de las distancias, se la podían confiar todas las relaciones existentes entre los diversos pueblos, las comunicaciones de la ciencia y aun los negocios de los particulares; nadie de los que hablaban esta lengua se consideraba extranjero en todo el Occidente. La herejía del siglo XVI emancipó a las naciones de este bien como de tantos otros. Europa, dividida durante largo tiempo, busca, sin encontrarlo, este centro común que únicamente la Iglesia y su lengua podían ofrecerle. Pero volvamos al Cenáculo, cuyas puertas aún no se han

[1] *Tract.*, 22, sup. S. Juan.

abierto, y contemplemos de nuevo las maravillas que en él hace el Espíritu de Dios.

MARÍA EN EL CENÁCULO. — Nuestra mirada se dirige instintivamente hacia María, ahora más que nunca, "la llena de gracia". Podría parecer que después de los dones inmensos prodigados en su concepción inmaculada, después de los tesoros de santidad que derramó en ella la presencia del Verbo encarnado durante los nueve meses que le llevó en su seno, después de los socorros especiales que recibió para obrar y sufrir unida a su Hijo en la obra de la Redención, después de los favores con que Jesús la enriqueció, después de la gloria de la Resurrección, el cielo había agotado la medida de los dones con que podía enriquecer a una simple creatura, por elevada que estuviese en los planes eternos de Dios.

Todo lo contrario. Una nueva misión comienza ahora para María: en este momento nace de ella la Iglesia; María acaba de dar a luz a la Esposa de su Hijo y nuevas obligaciones la reclaman. Jesús solo ha partido para el cielo; la ha dejado sobre la tierra para que inunde con sus cuidados maternales este su tierno fruto. ¡Qué emocionante y qué gloriosa es la infancia de nuestra amada Iglesia, recibida en los brazos de María, alimentada por ella, sostenida por ella desde los primeros pasos de su carrera en este mundo! Necesita, pues, la nueva Eva la verda-

dera "Madre de los vivientes", un nuevo aumento de gracias para responder a esta misión; por eso es el objeto primario de los favores del Espíritu Santo.

El fué quien la fecundó en otro tiempo para que fuese la madre del Hijo de Dios; en este momento la hace Madre de los cristianos. "El río de la gracia, como dice David, inunda con sus aguas a esta Ciudad de Dios que la recibe con regocijo" [1]; el Espíritu de amor cumple hoy el Oráculo de Cristo al morir sobre la Cruz. Había dicho señalando al hombre: "Mujer, he ahí a tu Hijo"; ha llegado el tiempo y María ha recibido con una plenitud maravillosa esta gracia maternal que comienza a ejercer desde hoy y que la acompañará aún sobre su trono de reina hasta que la Iglesia se haya desarrollado suficientemente y ella pueda abandonar esta tierra, subir al cielo y ceñir la diadema esperada.

Contemplemos la nueva belleza que aparece en el rostro de quien el Señor ha dotado de una segunda maternidad: esta belleza es la obra maestra que realiza en este día el Espíritu Santo. Un fuego celeste abrasa a María y un nuevo amor se enciende en su corazón: se halla por entero ocupada en la misión para la cual ha quedado sobre la tierra. La gracia apostólica ha descendido sobre ella. La lengua de fuego que ha recibido no hablará en predicaciones públi-

---

[1] *Ps.*, XLV.

cas; pero hablará a los apóstoles, les guiará y les consolará en sus fatigas. Se expresará con tanta dulzura como fuerza al oído de los fieles que sentirán una atracción irresistible hacia aquella a quien el Señor ha colmado de sus gracias. Como una leche generosa, dará a los primeros fieles de la Iglesia la fortaleza que les hará triunfar en los asaltos del enemigo, y arrancándose de su lado, irá Esteban a abrir la noble carrera de los mártires.

Los Apóstoles. — Consideremos ahora al colegio apostólico. ¿Qué ha sucedido después de la venida del Espíritu Santo a estos hombres a quienes encontrábamos ya tan diferentes de sí mismos después de las relaciones tenidas durante cuarenta días con su Maestro? ¿No sentís que han sido transformados, que un ardor divino les arrebata y que dentro de breves instantes se lanzarán a la conquista del mundo? Ya se ha cumplido en ellos todo lo que les había anunciado su Maestro; realmente, ha descendido sobre ellos el poder del Altísimo a armarlos para el combate. ¿Dónde están los que temblaban ante los enemigos de Jesús, los que dudaban en su resurrección? La verdad que les ha predicado su maestro aparece clara a su inteligencia; ven todo, comprenden todo. El Espíritu Santo les ha infundido la fe en el grado más sublime y arden en deseos de derramar esta fe por el mundo entero. Lejos de temer, en adelan-

te están dispuestos a afrontar todos los peligros predicando a todas las naciones el nombre y la gloria de Cristo, como él se lo había mandado.

Los DISCÍPULOS.—En segundo plano aparecen los discípulos, menos favorecidos en esta visita que los doce príncipes del colegio apostólico, pero inflamados como ellos del mismo fuego: también ellos se lanzarán a conquistar el mundo y fundarán numerosas cristiandades. El grupo de las santas mujeres también ha sentido la venida de Dios manifestada bajo la forma de fuego. El amor que las detuvo al pie de la cruz de Jesús y que las condujo las primeras al sepulcro la mañana de Pascua, ha aumentado con nuevo fervor. La lengua de fuego que se ha posado sobre ellas las hará elocuentes para hablar de su Maestro a los judíos y gentiles.

Los JUDÍOS.—La turba de los judíos que oyó el ruido que anunciaba la venida del Espíritu Santo se reunió ante el Cenáculo. El mismo Espíritu que obra en lo íntimo de la conciencia tan maravillosamente les obliga a rodear esta casa que contiene en sus muros a la Iglesia que acaba de nacer. Resuenan sus clamores y pronto el celo de los apóstoles no puede contenerse en tan estrechos límites. En un momento el colegio apostólico se lanza a la puerta del Cenáculo para poderse comunicar con una multitud ansiosa por conocer el nuevo prodigio que acaba de hacer el Dios de Israel.

Pero he aquí que esa multitud compuesta de gente de todas las nacionalidades que espera oír hablar a galileos se queda estupefacta. No han hecho más que expresarse en palabras inarticuladas y confusas y cada uno les oye hablar en su propio idioma. El símbolo de la unidad aparece ahora en toda su magnificencia. La Iglesia cristiana se ha manifestado a todas las naciones represento das en esta multitud. Esta Iglesia será una; porque Dios ha roto las barreras que en otro tiempo puso, en su justicia, para separar a las naciones. He aquí los mensajeros de Cristo; están dispuestos para ir a predicar el evangelio por todo el mundo.

Entre los de la turba hay algunos que, insensibles al prodigio, se escandalizan de la embriaguez divina que ven en los Apóstoles: "Estos hombres, dicen, se han saturado de vino." Tal es el lenguaje del racionalismo que todo lo quiere explicar a las luces de la razón humana. Con todo eso los pretendidos embriagados de hoy verán postrados a sus pies a todos los pueblos del mundo, y con su embriaguez comunicarán a todas las razas del linaje humano el Espíritu que ellos poseen. Los Apóstoles creen llegado el momento; hay que proclamar el nuevo Pentecostés en el día aniversario del primero. ¿Pero quién será el Moisés que proclame la ley de la misericordia y del amor que reemplaza la ley de la justicia y del temor? El divino Emmanuel ya antes de subir al cielo le había desig-

nado: será Pedro, el fundamento de la Iglesia. Ya es hora de que toda esa multitud le vea y le escuche; va a formarse el rebaño, pero es necesario que se muestre el pastor. Escuchemos al Espíritu Santo, que va a expresarse por su principal instrumento, en presencia de esta multitud asombrada y silenciosa; todas las palabras que profiere el Apóstol, aunque habla solamente una lengua, la escuchan sus oyentes de cualquier idioma o país que sean. Solamente este discurso es una prueba inequívoca de la verdad y divinidad de la nueva ley.

El discurso de Pedro. —"Varones judíos, exclamó, y habitantes todos de Jerusalén, oíd y prestad atención a mis palabras. No están éstos borrachos, como vosotros suponéis, pues es la hora de Tercia, y esto es lo que predijo el profeta Joél: "Y sucederá en los últimos días, dice, el Señor, que derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas, y vuestros jóvenes verán visiones, y vuestros ancianos soñarán sueños; y sobre mis siervos y sobre mis siervas derramaré mi Espíritu y profetizarán." Varones israelitas, escuchad estas palabras: Jesús de Nazaret, varón probado por Dios entre vosotros con milagros, prodigios y señales que Dios hizo por El en medio de vosotros, como vosotros mismos sabéis, a éste, entregado según los designios de la presciencia de Dios, le alzasteis en la cruz y le dis-

teis muerte por mano de infieles. Pero Dios, rotas las ataduras de la muerte, le resucitó, por cuanto no era posible que fuese dominado por ella, pues David dice de El: "Mi carne reposará en la esperanza, porque no permitirás que tu Santo experimente la corrupción del sepulcro." David no hablaba de sí propio, puesto que murió y su sepulcro permanece aún entre nosotros; anunciaba la resurrección de Cristo, el cual no ha quedado en el sepulcro ni su carne ha conocido la corrupción. A este Jesús le resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Exaltado a la diestra de Dios y recibida del Padre la promesa del Espíritu Santo, lo derramó sobre toda la tierra, como vosotros mismos veis y oís. Tened, pues, por cierto hijos de Israel que Dios le ha hecho Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado"[1].

Así concluyó la promulgación de la nueva ley por boca del nuevo Moisés. ¿No habrían de recibir las gentes el don inestimable de este segundo Pentecostés, que disipaba las sombras del antiguo y que realizaba en este gran día las divinas realidades? Dios se revelaba y, como siempre, lo hacía con un milagro. Pedro recuerda los prodigios con que Jesús daba testimonio de sí mismo, de los cuales no hizo caso la Sinagoga. Anuncia la venida del Espíritu Santo, y como prueba alega el prodigio inaudito que sus oyen-

[1] *Act.*, II, 14-36.

tes tienen ante sus ojos, en el don de lenguas concedido a todos los habitantes del Cenáculo.

LAS PRIMERAS CONVERSIONES. — El Espíritu Santo que se cernía sobre la multitud continúa su obra, fecundando con su acción divina el corazón de aquellos predestinados. La fe nace y se desarrolla en un momento en estos discípulos del Sinaí que se habían reunido de todos los rincones del mundo para una Pascua y un Pentecostés que en adelante serán estériles. Llenos de miedo y de dolor por haber pedido la muerte del Justo, cuya resurrección y ascensión acaban de confesar, estos judíos de todo el mundo exclaman ante Pedro y sus compañeros: "Hermanos, ¿qué debemos hacer?" ¡Admirable disposición para recibir la fe!: el deseo de creer y la resolución firme de conformar sus obras con lo que crean. Pedro continúa su discurso: "Haced penitencia, les dice, y bautizaos todos en el nombre de Jesucristo, y también vosotros participaréis de los dones del Espíritu Santo. A vosotros se os hizo la promesa y también a los gentiles; en una palabra: a todos aquellos a quienes llama el Señor."

Con cada una de las palabras del nuevo Moisés se va borrando el antiguo Pentecostés, y el Pentecostés cristiano brilla cada vez con una luz más espléndida. El reino del Espíritu Santo se ha inaugurado en Jerusalén ante el templo que está condenado a derrumbarse sobre sí mismo.

Pedro habló más; pero el libro de los Hechos no recoge más que estas palabras que resonaron como el último llamamiento a la salvación: "Salvaos, hijos de Israel, salvaos de esta generación perversa."

En efecto, tenían que romper con los suyos, merecer por el sacrificio la gracia del nuevo Pentecostés, pasar de la Sinagoga a la Iglesia. Más de una lucha tuvieron que soportar en sus corazones; pero el triunfo del Espíritu Santo fué completo en este primer día. Tres mil personas se declararon discípulos de Jesús y fueron marcados con el sello de la divina adopción. ¡Oh Iglesia del Dios vivo, qué hermosos son tus progresos con el soplo del Espíritu divino! En primer lugar has residido en la inmaculada Virgen María, la llena de gracia y Madre de Dios; tu segundo paso te dota de ciento veinte discípulos, y he aquí que en el tercero son tres mil los elegidos, nuestros padres en la fe, abandonarán pronto Jerusalén, que, cuando vayan a sus países, serán las primicias del nuevo pueblo Mañana hablará Pedro en el mismo templo y a su voz se proclamarán discípulos de Jesús más de cinco mil personas. Salve, oh Iglesia de Cristo, la noble última y creación del Espíritu Santo, que militas aquí en la tierra, al mismo tiempo que triunfas en el cielo.

¡Oh Pentecostés, día sagrado de nuestro nacimiento, tú abres con gloria la serie de siglos que recorrerá la Esposa de Cristo! Tú nos co-

municas el Espíritu de Dios que viene a escribir la ley que regirá a los discípulos de Jesús, no sobre la piedra, sino sobre los corazones. ¡Oh Pentecostés promulgado en Jerusalén!, pero qué pronto extenderás tus beneficios a los pueblos de la gentilidad, tú vienes a cumplir las esperanzas que despertó en nosotros el misterio de Epifanía. Los magos venían de Oriente y nosotros les seguimos a la cuna del Niño Jesús, pero sabíamos que también llegaría nuestro día. Tu gracia, Espíritu Santo, los había empujado hacia Belén; pero en este Pentecostés que proclama tu imperio con tanta energía, tú nos llamas a todos; la estrella se ha transformado en lenguas de fuego y la faz de la tierra se renovará. Haz que nuestro corazón conserve los dones que nos has traído, estos dones que nos han destinado el Padre y el Hijo que te enviaron.

El misterio de Pentecostés. — No es extraño que la Iglesia haya dado tanta importancia al misterio de Pentecostés como al de Pascua, dada la importancia de que goza en la economía del cristianismo. La Pascua es el rescate del hombre por la victoria de Cristo; en Pentecostés el Espíritu Santo toma posesión del hombre rescatado; la Ascensión es el misterio intermediario. Por una parte, consuma ésta el misterio de Pascua, constituyendo al Hombre-Dios vencedor de la muerte y cabeza de sus fieles, a la diestra de

Dios Padre; por otra, determina el envío del Espíritu Santo sobre la tierra.

Este envío no podía realizarse antes de la glorificación de Jesucristo, como nos dice San Juan [1], y numerosas razones alegadas por los Santos Padres nos ayudan a comprenderlo. El Hijo de quien, en unión con el Padre, procede el Espíritu Santo en la esencia divina, debía enviar personalmente también a este mismo Espíritu sobre la tierra. La misión exterior de una de las divinas personas no es más que la consecuencia y manifestación de la producción misteriosa y eterna que se efectúa en el seno de la divinidad. Así, pues, al Padre no le envían ni el Hijo ni el Espíritu Santo, porque no procede de ellos. Al Hijo le envía el Padre, porque éste le engendra desde la eternidad. El Padre y el Hijo envían al Espíritu Santo, porque éste procede de ambos. Pero, para que la misión del Espíritu Santo sirviese para dar mayor gloria al Hijo, no podía realizarse antes de la entronización del Verbo encarnado en la diestra de Dios; además era en extremo glorioso para la naturaleza humana que, en el momento de ejecutarse esta misión, estuviese indisolublemente unido a la naturaleza divina en la persona del Hijo de Dios, de modo que se pudiese decir con verdad que el Hombre-Dios envió al Espíritu Santo sobre la tierra.

[1] S. *Juan*, VII, 39.

No se debía dar esta augusta misión al Espíritu Santo hasta que no se hubiese ocultado a los ojos de los hombres la humanidad de Jesús. Como hemos dicho, era necesario que los ojos y el corazón de los fieles siguiesen al divino ausente con un amor más puro y totalmente espiritual. Ahora bien, ¿a quién sino al Espíritu Santo correspondía traer a los hombres este amor nuevo, puesto que es el lazo que une en un amor eterno al Padre y al Hijo? Este Espíritu que abraza y une se llama en las Sagradas Escrituras "el don de Dios"; éste es quien nos envían hoy el Padre y el Hijo. Recordemos lo que dijo Jesús a la Samaritana junto al pozo de Sicar: "Si conocieses el don Dios"[1]. Aún no había bajado, hasta entonces no se había manifestado más que por algunos dones parciales. A partir de este momento una inundación de fuego cubre toda la tierra: el Espíritu Santo anima todo, obra en todos los lugares. Nosotros conocemos el don de Dios; no tenemos más que aceptarle y abrirle las puertas de nuestro corazón para que penetre como en el corazón de los tres mil que se han convertido por el sermón de San Pedro.

Considerad en qué época del año viene el Espíritu Santo a tomar posesión de su reino. Hemos visto cómo el Sol de justicia se levantaba tímidamente de entre las tinieblas del solsticio

[1] *S. Juan*, IV, 10.

de invierno para llegar lentamente a su cenit. En un sublime contraste, el Espíritu del Padre y del Hijo busca otras armonías. Es fuego y fuego que consume; por eso aparece en el mundo cuando el sol brilla con todo su esplendor, cuando este astro contempla cubierta de flores y de frutos a la tierra que acaricia con sus rayos.

Acojamos el calor vivificante del Espíritu de Dios y pidámosle que su calor no se extinga en nosotros. En este momento del Año Litúrgico estamos en plena posesión de la verdad por el Verbo encarnado; procuremos conservar fielmente el amor que nos trae el Espíritu Santo.

LITURGIA DE PENTECOSTÉS. — Fundado sobre un pasado de cuatro mil años de figuras, el Pentecostés cristiano, el verdadero Pentecostés, es una de las fiestas que fundaron los mismos Apóstoles. Hemos visto cómo en la antigüedad, al igual de la Pascua, tenía el honor de conducir los catecúmenos a las fuentes bautismales. Su octava, como la de Pascua, no pasa del sábado por la misma razón. El bautismo se administraba en la noche del sábado al domingo, y para los neófitos comenzaba esta fiesta con la ceremonia del bautismo. Como los que eran bautizados en Pascua vestían túnicas blancas y las deponían el sábado siguiente, que se consideraba como el día octavo.

En la Edad Media se dió a la fiesta de Pentecostés el nombre de *Pascua de las rosas;* ya he-

mos visto cómo se puso el nombre de *Domingo de las rosas* a la dominica infraoctava de la Ascensión.

El color rojo de la rosa y su perfume recordaban a nuestros padres las lenguas de fuego que descendieron en el Cenáculo sobre los ciento veinte discípulos, como los pétalos deshojados de la rosa divina que derramaba el amor y la plenitud de la gracia sobre la Iglesia naciente.

Esto es lo que nos recuerda la Liturgia al escoger el color rojo durante toda su octava. Durando de Mende, en su *Racional* tan precioso para conocer los usos litúrgicos de aquel tiempo, nos dice que durante el siglo XIII en nuestras iglesias se soltaban algunas palomas durante la misa, las cuales revoloteaban sobre los fieles en recuerdo de la primera manifestación del Espíritu Santo en el Jordán, y además se arrojaban desde la bóveda estopa encendida y rosas en recuerdo de su segunda manifestación en el Cenáculo.

En Roma, la estación tenía lugar en la Basílica de San Pedro. Justo era que la Iglesia honrase al príncipe de los apóstoles, cuya elocuencia trajo a la Iglesia tres mil discípulos.

TERCIA

La Iglesia celebra hoy Tercia con solemnidad especial, con el fin de ponernos en comuni-

cación más íntima con los dichosos habitantes del Cenáculo. Incluso escogió esta hora para celebrar durante ella el santo sacrificio, al cual preside el Espíritu Santo con todo el poder de su operación. Esta hora, que corresponde a las nueve de la mañana según nuestro modo de contar, se caracteriza, además, por una invocación al Espíritu Santo formulada en el Himno de San Ambrosio; pero hoy no es el Himno ordinario el que dirige la Iglesia al Paráclito. Es el cántico *Veni Creator* que nos ha legado el siglo IX y que compuso, según la tradicción, el mismo Carlomagno.

El pensamiento de enriquecer el oficio de Tercia en el día de Pentecostés pertenece a San Hugo, abad de Cluny, que vivió en el siglo XI; práctica que incluso la Iglesia romana la ha aceptado en su Liturgia. De aquí viene que, aun en las iglesias en las cuales no se celebra el oficio canónico, se canta al menos el *Veni Creator* antes de la misa de Pentecostés.

En esta hora tan solemne se recoge el pueblo fiel entre los acordes inspirados de este himno tan tierno al mismo tiempo que impresionante; adora y llama al Espíritu de Dios. En este momento, se cierne sobre todos los templos cristianos y desciende sobre el corazón de aquellos que le esperan con fervor. Digámosle que necesitamos de su presencia, y pidámosle que permanezca en nuestro corazón para no alejarse jamás de él. Mostrémosle nuestra alma sellada

con su carácter indeleble en el Bautismo y Confirmación; roguémosle que cuide de su obra. Somos suyos. Dígnese El hacer en nosotros lo que le pedimos, pero que nuestros labios lo digan con sinceridad, y acordémonos que para recibir y conservar el Espíritu de Dios hay que renunciar al mundo, porque Jesús ha dicho: "No podéis servir a dos señores"[1].

MISA

Ha llegado el momento de celebrar el santo Sacrificio. La Iglesia, llena del Espíritu Santo, va a pagar el tributo de su agradecimiento, ofreciendo la víctima que nos ha merecido tal don por su inmolación. El introito resuena con un esplendor y una melodía sin par. Raras veces se eleva el canto gregoriano a tal entusiasmo. Las palabras contienen un oráculo del libro de la Sabiduría que se cumple hoy en nosotros. Es el Espíritu que se derrama sobre la tierra y que da a los Apóstoles el don de lenguas como prenda inequívoca de su presencia.

INTROITO

El Espíritu del Señor llenó el orbe de las tierras, aleluya: y, el que lo contiene todo, tiene la ciencia de la voz, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Levántese Dios, y sean disipados sus enemigos: y huyan, los que le odiaron, de su presencia. ℣. Gloria al Padre.

[1] *S. Math.*, VI, 24.

La colecta expresa nuestros deseos en tan gran día. Nos advierte, además, que dos son los dones principales que nos trae el Espíritu Santo: el gusto por las cosas de Dios y el consuelo del corazón; pidamos que ambos permanezcan en nuestro corazón para que seamos perfectos cristianos.

COLECTA

Oh Dios, que en este día intruiste los corazones de los fieles con la ilustración del Espíritu Santo: haz que saboreemos en el mismo Espíritu las cosas rectas, y que nos alegremos siempre de su consuelo. Por el Señor.. en la unidad del mismo Espíritu Santo.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

Al cumplirse los días de Pentecostés, estaban todos los discípulos juntos en el mismo lugar: y vino de pronto un ruido del cielo, como de viento impetuoso: y llenó toda la casa donde estaban sentados. Y se les aparecieron lenguas repartidas, como de fuego, y se sentó sobre cada uno de ellos: y fueron todos llenados del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en varias lenguas, como el Espíritu les hacía hablar. Y había entonces en Jerusalén judíos, varones religiosos, de todas las naciones que hay bajo el cielo. Y, corrida la nueva, se juntó la multitud, y se quedó confusa, porque cada cual les oía hablar en su lengua. Y se pasmaban todos, y se admiraban, diciendo: ¿No son acaso galileos todos estos que hablan? ¿Y cómo es que cada uno de nosotros les oímos en la lengua en que hemos nacido? Partos, y Medos, y Elamitas, y los que habitan en Mesopotamia, en Judea y en Capadocia, en el Ponto y en Asia, en Frigia, y en Panfilia, en Egipto y en las regio-

nes de la Libia, que está junto a Cirene, y los extranjeros Romanos, y también los Judíos, y los Prosélitos, los Cretenses, y los Arabes: todos les hemos oído hablar en nuestras lenguas las maravillas de Dios.

LOS GRANDES SUCESOS DE LA HISTORIA. — Cuatro grandes sucesos señalan la existencia del linaje humano sobre la tierra, y los cuatro dan testimonio de la bondad de Dios para con nosotros. *El primero es la creación del hombre y su elevación al estado sobrenatural*, que le asigna por fin último la clara visión de Dios y su posesión eterna. *El segundo es la encarnación del Verbo*, que, al unir la naturaleza humana a la divina en la persona de Cristo, la eleva a la participación de la naturaleza divina, y nos proporciona, además, la víctima necesaria para rescatar a Adán y su descendencia de su prevaricación. *El tercer suceso es la venida del Espíritu Santo*, cuyo aniversario celebramos hoy. Finalmente, *el cuarto es la segunda venida del Hijo de Dios*, que vendrá a librar a la Iglesia su Esposa y la conducirá con El al cielo para celebrar las nupcias sin fin. Estas cuatro operaciones de Dios, de las cuales la última aún no se ha cumplido, son la clave de la historia humana; nada hay fuera de ellas; pero el hombre animal no las ve ni piensa en ellas. "La luz brilló en medio de las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron" [1].

[1] *S. Juan*, I, 5.

Bendito sea, pues, el Dios de misericordia que se dignó "llamarnos de las tinieblas a la admirable luz de la fe" [1]. Nos ha hecho hijos de esta generación "que no es de la carne y de la sangre ni de la voluntad del hombre, sino de la voluntad de Dios" [2]. Por esta gracia, he aquí que hoy estamos atentos a la tercera de las operaciones de Dios sobre el mundo, la venida del Espíritu Santo, y hemos oído el emocionante relato de su venida. Esta tempestad misteriosa, estas lenguas, este fuego, esta sagrada embriaguez nos transporta a los designios celestiales y exclamamos: "¿Tanto ha amado Dios al mundo?" Nos lo dijo Jesús mientras estaba sobre la tierra: "Sí, ciertamente, tanto amó Dios al mundo que le dió su unigénito Hijo." Hoy tenemos que completar y decir: "Tanto han amado el Padre y el Hijo al mundo, que le han dado su Espíritu divino." Aceptemos este don y consideremos qué es el hombre. El racionalismo y el naturalismo quieren engrandecerle esforzándose en colocarle bajo el yugo del orgullo y de la sensualidad; la fe cristiana nos exige la humildad y la renuncia; pero en pago de ello Dios se da a nosotros.

El primer verso aleluyático está compuesto por las palabras de David, en las cuales se manifiesta el Espíritu Santo como autor de una creación nueva, como el renovador de la tierra.

[1] *I S. Petr.*, II, 9.
[2] *S. Juan*, I, 13.

El segundo es una oración por la cual la Iglesia pide que el Espíritu Santo descienda sobre sus hijos. Se reza siempre de rodillas.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Envía tu Espíritu, y serán creados, y renovarás la faz de la tierra.

Aleluya. (Aquí se arrodilla.) ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Sigue la secuencia, una pieza llena de entusiasmo a la vez que de ternura para el que viene eternamente con el Padre y con el Hijo y que establecerá su reino en nuestros corazones. Es de finales del siglo XIII y se atribuye con bastante probabilidad a Inocencio III.

SECUENCIA

1. Ven, Espíritu Santo,
Y envía desde el cielo
Un rayo de tu luz.
2. Ven, Padre de los pobres,
Ven, dador de los dones,
Ven, luz de los corazones.
3. Optimo Consolador,
Dulce huésped del alma,
Dulce refrigerio nuestro.
4. Descanso en el trabajo,
Frescura en el estío,
En el llanto solaz.
5. ¡Oh felicísima Luz!
Llena lo más escondido.
Del corazón de tus fieles.

6. Sin tu santa inspiración,
Nada hay dentro del hombre,
Nada hay que sea puro.
7. Lava lo que está sucio,
Riega lo que está seco,
Sana lo que está herido.
8. Doma lo que es rígido,
Templa lo que está frío,
Rige lo que se ha extraviado.
9. Concede a todos tus fieles,
Que sólo en ti confían,
Tu sagrado Septenario.
10. Da de la virtud el mérito,
Da un término dichoso,
Y da el perenne gozo.
Amén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si alguien me ama, observará mis palabras, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos nuestra morada cerca de él: el que no me ama, no observa mis palabras. Y, las palabras que habéis oído, no son mías, sino de Aquel que me envió, del Padre. Os he dicho esto, permaneciendo a vuestro lado. Mas el Espíritu Santo Paráclito, que enviará el Padre en nombre mío, os enseñará todo, y os sugerirá todo lo que yo os he dicho. La paz os dejo, mi paz os doy: no os la doy como la da el mundo. No se turbe vuestro corazón, ni se asuste. Ya me habéis oído deciros: Voy, y vuelvo a vosotros. Si me amarais, os alegraríais ciertamente porque voy al Padre: porque el Padre es mayor que yo. Y os lo he dicho ahora, antes de que suceda: para que, cuando hubiere sucedido, creáis. Ya no hablaré mucho con vosotros.

Porque viene el príncipe de este mundo, y no tiene nada en mí. Mas es para que conozca el mundo que amo al Padre, y, como me lo mandó el Padre, así obro.

LA HABITACIÓN DE LA TRINIDAD EN NUESTRA ALMA. — La venida del Espíritu Santo no interesa solamente al género humano como tal, sino que *todos y cada uno de sus individuos está llamado a recibir esta visita,* que en el día de hoy "renueva la faz de la tierra" [1].

El designio misericordioso de Dios es hacer una alianza individual con todos nosotros. Jesús sólo pide de nosotros una cosa: quiere que le amemos y que guardemos su palabra. Con tal condición, El nos promete que su Padre nos amará y vendrá con El a habitar en nosotros. Pero no es esto todo. Nos anuncia, además, la venida del Espíritu Santo, el cual, por su presencia, completará la habitación de Dios en nosotros. La augusta Trinidad hará como otro cielo de esta pobre morada, esperando que seamos transportados después de esta vida a la mansión, en la cual podamos contemplar a nuestro huésped divino, Padre, Hijo y Espíritu Santo, que tanto han amado a esta creatura humana.

EL ESPÍRITU SANTO, DON DEL PADRE Y DEL HIJO. Jesús nos enseña más en este pasaje, sacado del discurso que pronunció a sus discípulos después de la Cena, que el Espíritu Santo que des-

[1] *Ps.*, CIII, 30.

ciende hoy sobre nosotros es un don del Padre, pero del Padre "en nombre del Hijo"; del mismo modo que en otro lugar dice Jesucristo que "El es quien enviará al Espíritu Santo" [1]. Estos modos diferentes de expresión muestran la relación que hay entre las dos primeras personas de la Santísima Trinidad y el Espíritu Santo. Este Espíritu divino es del Padre, pero también del Hijo. El Padre le envía, pero también el Hijo le envía, porque procede de ambos como de un solo principio.

En este día de Pentecostés, nuestro agradecimiento lo mismo se ha de dirigir al Padre que al Hijo; porque el don que nos viene del cielo nos viene de ambos. Desde la eternidad engendró el Padre al Hijo, y cuando llegó la plenitud de los siglos le envió al mundo como su mediador y salvador. Desde la eternidad el Padre y el Hijo produjeron al Espíritu Santo y en la hora señalada le enviaron a la tierra para ser entre los hombres el principio de amor como lo es entre el Padre y el Hijo. Jesús nos dice que la misión del Espíritu es posterior a la del Hijo, porque convenía que los hombres fuesen iniciados en la verdad por El, que es la Sabiduría. En efecto, no habrían podido amar a quien no conocían. Pero cuando Jesús, consumada su obra y su humanidad se sentó a la diestra de Dios Padre, en unión con el Padre envía al Espíritu

[1] *S. Juan*, XV, 26.

divino para conservar en nosotros esta palabra que es "espíritu y vida" [1] y preparación del amor.

El ofertorio está tomado del salmo LXII, en el cual David profetiza la venida del Espíritu Santo para confirmar la obra de Jesús. El Cenáculo extingue todos los resplandores del templo de Jerusalén: en adelante no habrá más que Iglesia católica que no tardará en recibir en su seno a los reyes y a los pueblos.

OFERTORIO

Confirma, oh Dios, esto que has obrado en nosotros: en tu templo, que está en Jerusalén, te ofrecerán dones los reyes, aleluya.

En presencia de los dones que va a ofrecer y que descansan sobre el altar, la Iglesia pide en la Secreta que la venida del Espíritu Santo sea para los fieles un fuego que limpie sus manchas y una luz que ilumine su espíritu con entendimiento más perfecto de las enseñanzas del Hijo de Dios.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, santifiques los dones ofrecidos: y purifica nuestros corazones con la iluminación del Espíritu Santo. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias

[1] *S. Juan*, VI, 64.

a ti. Señor santo. Padre omnipotente, eterno Dios: por Cristo, nuestro Señor. El cual, ascendiendo sobre todos los cielos, y sentándose a tu derecha, derramó *(este día)* sobre los hijos de adopción el Espíritu Santo prometido. Por lo cual, todo el mundo, esparcido por el orbe de las tierras, se alegra con profuso gozo. Y también las celestiales Virtudes, y las angélicas Potestades, cantan el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: ¡Santo! ¡Santo! ¡Santo!

La antífona de la comunión celebra el momento de la venida del Espíritu Santo. Jesús se ha dado a sus fieles como alimento en la Eucaristía, pero el Espíritu les ha preparado tal favor, y ha cambiado el pan y el vino en el cuerpo y la sangre de la sagrada víctima. El también les ayudará a conservar en ellos el alimento que guarda las almas para la vida eterna.

COMUNION

Vino de pronto un ruido del cielo, como de viento impetuoso, donde estaban sentados, aleluya: y fueron todos llenados del Espíritu Santo, hablando las maravillas de Dios, aleluya, aleluya.

Ahora que la Iglesia posee a su divino Esposo, le pide en la poscomunión que el Espíritu Santo permanezca en el alma de sus fieles, y al mismo tiempo nos revela una de las prerrogativas del Espíritu Santo, quien, encontrando áridas e incapaces de fructificar a nuestras almas, se transforma en rocío para fecundarlas.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que la infusión del Espíritu Santo purifique nuestros corazones y los fecunde con la íntima aspersión de su rocío. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

POR LA TARDE

INAUGURACION DE LOS SACRAMENTOS

El gran día avanza en su carrera, y llenos del Espíritu Santo, como lo hemos sido en la hora de Tercia, no podemos hacernos extraños a los sucesos de Jerusalén. El fuego que inundaba el corazón de los Apóstoles se ha comunicado a la muchedumbre.

El pesar de haber crucificado al "Señor de la gloria"[1] ha domado el orgullo de estos judíos que acompañaron a Jesús en el camino del dolor, insultándole y maldiciéndole. ¿Qué les falta para ser cristianos? Conocer y creer, después ser bautizados. De en medio del torbellino del Espíritu Santo que les rodea, resuena la voz de Pedro y de sus hermanos: "El que fué crucificado y que resucitó de entre los muertos es el propio Hijo de Dios engendrado eternamente del Padre; el Espíritu que se manifiesta en este momento es la tercera persona de la única y divina esencia." El misterio de la Trinidad, de

[1] *I Cor.*, II, 8.

la Encarnación, de la Resurrección, resplandece ante los ojos de estos discípulos de Moisés; las sombras desaparecen para dar lugar al día clarísimo de la nueva alianza.

Ya ha llegado el día en que se cumpla la predicción de San Juan Bautista pronunciada a las orillas del Jordán y de la cual muchos se acuerdan: "Entre vosotros hay uno a quien vosotros no conocéis, de quien no soy digno de desatar la correa de su sandalia. Yo os bautizo en agua, El os bautizará en el Espíritu Santo y en el fuego" [1].

Con todo eso, este bautismo de fuego debe administrarse por el agua. El Espíritu, que es fuego, obra por el agua, pues él mismo se ha llamado "fuente de agua viva". El profeta Ezequiel había saludado de lejos este momento solemne cuando expresaba de este modo el oráculo divino: "He aquí que derramaré sobre vosotros agua pura y os limpiaré todas vuestras manchas y seréis purificados de todos vuestros ídolos. Y os daré un corazón nuevo y pondré en medio de vosotros un nuevo espíritu. Y quitaré de vuestro pecho ese corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Colocaré mi espíritu en medio de vosotros, y os haré ir por la senda de mis mandamientos, y vosotros guardaréis mi ley; y seréis mi pueblo y yo seré vuestro Dios" [2].

---

[1] *S. Juan,* I, 26.
[2] *Ezequiel,* XXXVI, 25-28.

El Bautismo.—La profecía era manifiesta y la hora en la cual venía el Espíritu era la misma en la que el agua iba a manar. Hemos visto en Epifanía cómo este elemento sobre el cual se cernía el Espíritu divino al principio del mundo recibe contacto con la carne del Hijo de Dios y cómo la paloma une su acción santificante a la del Hijo de Dios. Después hemos visto cómo la mano del Pontífice introducía en la fuente bautismal el sábado santo un cirio encendido, figura de Cristo, y oímos esta oración: "Descienda sobre esta fuente el poder y la gracia del Espíritu Santo." Hoy la fuente purificadora extiende sus aguas sobre Jerusalén; la mano de Pedro y sus hermanos sumergen en este elemento sagrado a los hijos de Israel y tres mil son regenerados en estas aguas y hechos cristianos. ¡Qué hermosos son estos nuestros padres en la fe, en quienes veneramos las primicias del cristianismo! Más hermosos que los tres Magos que vimos bajar gozosos de sus camellos y penetrar en el establo para depositar a los pies del Rey de los judíos las místicas ofrendas de Oriente. Ahora se cumplen todos los misterios; nosotros hemos sido redimidos, Jesús está sentado a la diestra del Padre, el Espíritu Santo enviado por El acaba de llegar para quedarse con nosotros hasta el fin de los siglos. He aquí porqué se abren las fuentes de los Sacramentos. En este momento el Espíritu del Padre y del Hijo ha levantado el primero de los sellos y el

agua bautismal corre abundante para no cesar hasta que haya regenerado al último de los cristianos que pase por la tierra.

La Confirmación. — El Espíritu divino es el "don del Altísimo"; los Apóstoles poseen este don; pero no lo deben retener sólo para ellos. Se abre otro sello y la Confirmación comunica a los neófitos el Espíritu Santo que ha bajado al Cenáculo. Por el poder que les ha sido dado, Pedro y sus hermanos, pontífices de la nueva alianza, comunican a estos hombres, por medio del Espíritu Santo, la fortaleza que necesitarán para confesar a Jesús, cuyos miembros serán para siempre.

La Misa y la Eucaristía. — Pero los recién nacidos a la gracia no están divinizados bastante, aunque están ya marcados con un doble carácter; les falta recibir a Cristo, que instituyó los sacramentos, mediador y redentor que ha unido Dios a los hombres. Tiene que levantarse un tercer sello, para que, actuando el nuevo sacerdocio por vez primera por los Apóstoles, produzca a Jesús, Pan de vida, para que esta multitud hambrienta guste de este maná, que alimenta no sólo el cuerpo como el del desierto, "sino que da la vida al mundo"[1]. El Cenáculo, perfumado aún con el recuerdo de

[1] *S. Juan*, VI. 33.

lo que hizo Cristo la víspera de su Pasión, vuelve a presenciar el prodigio de que fué testigo. Rodeado de sus hermanos, Pedro pronuncia las palabras divinas que aún no habían pronunciado sus labios, y el Espíritu de amor produce entre sus manos el cuerpo y la sangre de Cristo. Se ha inaugurado el nuevo Sacrificio, que no cesará de ofrecerse todos los días hasta el fin del mundo. Los neófitos se acercan para recibir de manos de los Apóstoles el sagrado alimento que consuma su unión con Dios, por medio de Jesús pontífice eterno según el orden de Melquisedec.

MARÍA EN EL CENÁCULO. — Pero no olvidemos que, en este primer sacrificio ofrecido por Pedro asistido por sus compañeros en el apostolado, también participa María de esta carne sagrada que ha tomado el ser en su seno virginal. Abrasada por el fuego del Espíritu Santo que había venido a confirmar en ella la maternidad para con los hombres que Jesús la había confiado en la cruz, se une en el misterio de amor a su Hijo amado que se ha ido al cielo y la ha encargado el cuidado de la Iglesia naciente. En adelante le recibirá todos los días hasta que también ella vaya al cielo para gozar eternamente de su vista, prodigarle sus caricias y recibir las suyas.

Qué dicha la de los neófitos que merecieron acercarse a tal reina, la Virgen Madre, a quien había sido dado el llevar en su seno castísimo al que era la esperanza de Israel. Contemplaron el

rostro de la nueva Eva, oyeron su voz y experimentaron la confianza filial que inspira a los discípulos de Jesús. En otra época nos hablará la Iglesia de estos afortunados neófitos; no hacemos aquí más que recordar su dicha para demostrar cuán grande fué este día que vió el comienzo de la Iglesia. La jerarquía eclesiástica queda constituída en Pedro, Vicario de Cristo, en los Apóstoles y demás discípulos escogidos por Jesús. La semilla de la palabra divina fué echada en buena tierra, el agua bautismal regeneró lo más escogido de Israel, el Espíritu se les comunicó con su fortaleza, el Verbo les alimentó con su carne, que es verdadera comida, y con su sangre, que es verdadera bebida [1], y María les recibió en sus brazos maternales cuando acababan de nacer.

LOS DONES DEL ESPIRITU SANTO

Debemos exponer durante toda esta semana las diversas operaciones del Espíritu Santo en la Iglesia y en el alma fiel; pero es preciso anticipar desde hoy las enseñanzas que hemos de presentar. Siete días se nos han dado para estudiar y conocer el Don Supremo que el Padre y el Hijo han querido enviarnos, y el Espíritu que procede de ambos se manifiesta de

[1] *S. Juan,* VI, 56.

siete formas a las almas. Es, pues, justo que cada uno de los días de esta semana esté consagrado a honrar y recoger este septenario de beneficios, por el que deben realizarse nuestra salvación y nuestra santificación.

Los siete dones del Espíritu Santo son siete energías que se digna depositar en nuestras almas, cuando se introduce en ellas por la gracia santificante. Las gracias actuales ponen en movimiento simultánea o separadamente estos poderes divinamente infundidos en nosotros, y el bien sobrenatural y meritorio de la vida eterna es producido con el consentimiento de nuestra voluntad.

El profeta Isaías, guiado por inspiración divina, nos ha dado a conocer estos siete Dones en aquel pasaje en que, al describir la acción del Espíritu Santo sobre el alma del Hijo de Dios hecho hombre, al cual nos lo representa como la flor salida del tallo virginal que nace del tronco de Jessé, nos dice: "Sobre él descansará el Espíritu del Señor, el Espíritu de Sabiduría y de Entendimiento, el de Consejo y el de Fortaleza, el Espíritu de Ciencia y de Piedad; le llenará el Espíritu de Temor de Dios"[1]. Nada más misterioso que estas palabras; pero se prevé que lo que estas palabras expresan no es una simple enumeración de los caracteres del Espíritu divino, sino más bien la descripción de los efectos

[1] *Isaías*, XI, 2-3.

que realiza en el alma humana. Así lo ha entendido la tradición cristiana expuesta en los escritos de los antiguos Padres y formulada por la Teología.

La sagrada humanidad del Hijo de Dios encarnado es el tipo sobrenatural de la nuestra, y lo que el Espíritu Santo obró en ella para santificarla debe en proporción tener lugar en nosotros. Puso en el Hijo de María las siete energías que describe el Profeta; los mismos dones están reservados al hombre regenerado. Se debe notar la progresión que se manifiesta en su serie. Isaías puso primero el Espíritu de Sabiduría, y concluye con el Temor de Dios. La Sabiduría es, en efecto, como veremos, la más alta de las prerrogativas a que puede estar elevada el alma humana, mientras que el Temor de Dios, según la profunda expresión del Salmista, no es más que el principio y el bosquejo de esta divina cualidad. Se entiende fácilmente que el alma de Jesús destinada a contraer la unión personal con el Verbo haya sido tratada con dignidad particular, de suerte que el don de Sabiduría tuvo que ser infundido en ella de una manera primordial, y que el Don de Temor de Dios, cualidad necesaria a una naturaleza creada, fué puesto en ella como un complemento. Para nosotros, al contrario, frágiles e inconstantes, el Temor de Dios es la base de todo el edificio, y por él nos elevamos de grado en grado hasta esta Sabiduría que une con Dios. En

orden inverso al que Isaías puso para el Hijo de Dios encarnado, el hombre sube a la perfección mediante los Dones del Espíritu Santo que le fueron dados en el Bautismo, y restituídos en el sacramento de la reconciliación, si tuvo la desgracia de perder la gracia santificante por el pecado mortal.

Admiremos con profundo respeto el augusto septenario que se halla impreso en toda la obra de nuestra salvación y de nuestra santificación. Siete virtudes hacen al alma agradable a Dios; por los siete Dones, el Espíritu Santo la encamina a su fin; siete Sacramentos la comunican los frutos de la encarnación y de la redención de Jesucristo; finalmente, después de las siete semanas de Pascua, el Espíritu es enviado a la tierra para establecer y consolidar en ella el reino de Dios. No nos admiremos de que Satanás haya tratado de parodiar sacrílegamente la obra divina, oponiendo el horroroso septenario de los pecados capitales, por los cuales procura perder al hombre que Dios quiere salvar.

EL DON DE TEMOR

En nosotros, el obstáculo para el bien es el orgullo. Este nos lleva a resistir a Dios, a poner el fin en nosotros mismos; en una palabra, a perdernos. Solamente la humildad puede librarnos de peligro tan grande. ¿Quién nos dará la

humildad?: el Espíritu Santo, al derramar en nosotros el Don de Temor de Dios.

Este sentimiento se asienta en la idea que la fe nos sugiere sobre la majestad de Dios, en cuya presencia somos nada, sobre su santidad infinita ante la cual somos indignidad y miseria, sobre el juicio soberanamente equitativo que debe ejercer sobre nosotros al salir de esta vida y el riesgo de una caída siempre posible, si faltamos a la gracia que nunca nos falta, pero a la cual podemos resistir.

La salvación del hombre se obra, pues, "en el temor y en el miedo", como enseña el Apóstol [1], pero este temor, que es un don del Espíritu Santo, no es un sentimiento vil que se limitaría a arrojarnos en el espantoso pensamiento de los castigos eternos. Nos mantiene en la compunción del corazón, aun cuando nuestros pecados fuesen perdonados hace mucho; nos impide olvidar que somos pecadores, que todo lo debemos a la misericordia divina y que sólo somos salvos en esperanza [2].

Este temor de Dios no es un temor servil; es, por el contrario, la fuente de los más delicados sentimientos. Puede unirse con el amor, porque es un sentimiento filial que detesta el pecado a causa del ultraje hecho a Dios. Inspirado por el respeto a la majestad divina, por el sen-

[1] *Philip.*, II, 12.
[2] *Rom.*, VIII, 24.

timiento de su santidad infinita pone a la criatura en su verdadero lugar, y San Pablo nos enseña que, purificado de este modo, contribuye "a completar la santificación"[1]. Así oímos a este gran Apóstol, que había sido arrebatado hasta el tercer cielo, confesar que es riguroso consigo mismo "para no ser condenado"[2].

El espíritu de independencia y de falsa libertad que reina actualmente hace poco común el temor de Dios, y esa es la plaga de nuestros tiempos. La familiaridad con Dios reemplaza a menudo a esta disposición fundamental de la vida cristiana, y desde entonces todo progreso se detiene, la ilusión se introduce en el alma y los Sacramentos, que en el momento del retorno hacia Dios habían obrado con tanto poder, se hacen estériles. Es que el Don de Temor de Dios se ha sofocado con la vana complacencia del alma en sí misma. La humildad se ha extinguido; un orgullo secreto y universal ha paralizado los movimientos de esta alma. Llega, sin saberlo, a no conocer a Dios, por el hecho mismo de que no tiembla en su presencia.

Conserva en nosotros, Espíritu divino, el Don de Temor de Dios que nos otorgaste en el bautismo. Este temor asegurará nuestra perseverancia en el fin, deteniendo los progresos del

[1] *II Cor.*, VII, 1.
[2] *I Cor.*, IX, 27.

espíritu del orgullo. Sea como un dardo que atraviese nuestra alma de parte a parte, y quede siempre fijo en ella como nuestra salvaguardia. Abata nuestra soberbia y nos preserve de la molicie, revelándonos sin cesar la grandeza y la santidad del que nos ha creado y nos tiene que juzgar.

Sabemos, Espíritu divino, que este feliz temor no ahoga el amor; antes retira los obstáculos que impedirían su desarrollo. Las Virtudes celestiales ven y aman al soberano Bien con ardor, están embriagadas de él por toda la eternidad; con todo eso, tiemblan ante su tremenda majestad, *tremunt Potestates*. ¡Y nosotros, cubiertos de las cicatrices del pecado, llenos de imperfección, expuestos a mil ardides, obligados a luchar con tantos enemigos, no hemos de sentir que es necesario estimular por un temor fuerte y filial al mismo tiempo, nuestra voluntad que se duerme tan fácilmente, nuestro espíritu al que rodean tantas tinieblas!, preserva en nosotros tu obra, divino Espíritu, el precioso don que te has dignado hacernos; enséñanos a conciliar la paz y la alegría del corazón con el temor de Dios, según la advertencia del Salmista: "Servid al Señor con temor, y os estremeceréis de gozo temblando delante de él"[1].

[1] *Ps.*, II, 11.

LUNES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA CONVERSION DEL MUNDO

El Espíritu Santo tomó ayer posesión del mundo, y sus comienzos en la misión que había recibido del Padre y del Hijo anunciaron su poder, y preludiaron con ostentación sus futuras conquistas. Vamos a seguir su camino y sus acciones sobre la tierra que le fué confiada; la sucesión de los días de Octava tan solemne nos permitirá señalar una tras otra sus obras en la Iglesia y en las almas.

Israel y la Gentilidad.— Jesús es el Rey del mundo; recibió de su Padre las naciones en herencia. El mismo nos declaró que "le ha sido otorgado todo [1] poder en el cielo y en la tierra" [2]. Pero subió al cielo antes de establecerse su imperio en este mundo. El pueblo de Israel a quien hizo escuchar su palabra, a cuyos ojos realizó los prodigios que atestiguaban su misión, le despreció y dejó de ser su pueblo [3]. Sólo algunos de sus miembros le recibieron y le recibirán todavía; pero la masa de Israel suscribe la exclamación sacrílega de sus pontífices: "No queremos que reine sobre nosotros" [4].

[1] *Ps.*, II, 8.
[2] *S. Mat.*, XXVIII, 18.
[3] *Dan.*, IX, 26.
[4] *S. Lucas*, XIX, 14.

La gentilidad está también tan alejada de recibir al hijo de María por su señor. Desconoce su persona, su doctrina y su misión. Las antiguas tradiciones de la religión primitiva se han borrado gradualmente. El culto de la materia ha invadido tanto al mundo civilizado como al mundo bárbaro, y se ha prodigado adoración a toda criatura. La moral está alterada hasta en sus fuentes más sagradas y más inviolables. La razón se ha oscurecido en esta minoría imperceptible que se gloría del nombre de filósofos; "se desvanecieron sus pensamientos y se oscureció su insensato corazón"[1]. Las razas humanas emigradas se han mezclado sucesivamente por la conquista. Tantos transtornos sólo dejaron en los pueblos la idea de la fuerza, y el colosal imperio romano del César cae con todo su peso sobre la tierra. Es el momento que el Padre celestial escogió para enviar a su Hijo a este mundo. No hay lugar para un rey de las inteligencias y de los corazones; con todo eso, es necesario que Jesús reine sobre los hombres y que su reino sea recibido.

El Príncipe de este mundo. — Entretanto, se ha presentado otro señor y los pueblos le acogieron. Es Satanás, y su imperio se ha establecido con tanto poder, que Jesús mismo le llama el *Príncipe de este mundo*. Es menester "echar-

---

[1] *Rom.*, I, 21.

le fuera"[1]; se trata de arrojarle de sus templos, de expulsarle de las costumbres, del pensamiento, de la literatura, de las artes, de la política; porque todo lo posee. No es sólo la humanidad depravada quien resiste; es el *fuerte armado*[2] quien la guarda como su dominio y que no cederá ante una fuerza creada.

Todo está, pues, contra el reino de Cristo, y nada a su favor. ¿Qué sirve a la impiedad moderna decir, contra la evidencia de los hechos, que el mundo estaba preparado a una tan completa revolución? ¡Como si todos los vicios y todos los errores fuesen una preparación a todas las virtudes y a todas las verdades!; ¡como si bastase al hombre vicioso sentir la miseria, para comprender que su desgracia viene de que está en el mal y resolverse a ser de repente, y a costa de todos los sacrificios, un héroe de virtud!

No, para que Jesús reinase sobre este mundo perverso era necesario un milagro y el mayor de todos, un prodigio que, como dijo Bossuet, no tiene término de comparación más que con el acto creador que hizo salir los seres de la nada. Además, este prodigio, ¿quién lo ha hecho sino el Espíritu Santo? Fué él quien quiso que nosotros, que no vimos a Nuestro Señor Jesucristo, estuviésemos tan seguros de su naturaleza divina y de su misión de Salvador, como si hubiése-

[1] S. *Juan*, XII, 31.
[2] S. *Lucas*, XI, 21.

mos sido testigos de sus milagros y oyentes de sus enseñanzas. Con este fin ha obrado este prodigio de los prodigios, esta conversión del mundo, en la que "Dios escogió lo que era más débil en el mundo para hacerlo fuerte, lo que no es nada para destruir lo que es"[1]. En este hecho inmenso y más luminoso que el sol, el Espíritu Santo ha hecho visible su presencia y se ha dado testimonio de sí mismo.

ACCIÓN DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES. — Veamos de qué medio se ha servido para asegurar el reino de Jesús sobre el mundo. Volvamos de nuevo al Cenáculo. Considera a estos hombres revestidos ahora de la virtud de lo alto. ¿Qué eran ha poco? Gente sin influencia, de condición baja, sin letras, de una debilidad conocida. ¿No es verdad que el Espíritu Santo hizo de ellos en seguida hombres elocuentes y del más alto valor, hombres a los que el mundo conocerá pronto y que obtendrán sobre él una victoria ante la cual palidecerán de los más gloriosos conquistadores? También es menester que la incredulidad lo confiese, el hecho es demasiado evidente: el mundo se ha transformado, y esta transformación es la obra de estos pobres judíos del Cenáculo. Recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés y este Espíritu Santo cumplió en ellos lo que tenia que hacer.

---

[1] *I Cor.*, I, 27.

Les ha dado tres cosas ese día: *la palabra figurada por las lenguas, el ardor del amor representado por el fuego y el don de los milagros* que ejercen al punto. La palabra es la espada de que están armados, el amor es el alimento del valor que les hará desafiarlo todo y por el milagro atraerán la atención de los hombres. Tales son los medios ante los cuales el Príncipe del mundo será obligado a capitular, por los que el reino del Emmanuel se establecerá en su dominio, y todos estos medios proceden del Espíritu Santo.

... SOBRE TODOS LOS HOMBRES. —Pero no limita allí su acción. No basta que los hombres oigan resonar la palabra, que admiren el valor, que vean los prodigios. No basta que vean el esplendor de la verdad, que sientan la belleza de la virtud y reconozcan la vergüenza y el crimen de su situación. Para llegar a la conversión del corazón, para reconocer un Dios en este Jesús, que se les va a predicar, para amarle y ofrecerse a él en el bautismo y hasta el mismo martirio, es necesario que el Espíritu Santo intervenga. El solo, como dice el Profeta, puede quitar de su pecho el corazón de piedra y sustituirle por un corazón de carne capaz de experimentar el sentimiento sobrenatural de la fe y del amor. El Espíritu divino acompañará siempre a sus enviados; para ellos la acción visible, para él la acción invisible, y la salvación del hombre re-

sultará de esta colaboración. Será necesario que ambas acciones se ejerzan sobre cada individuo, que la libertad de cada uno acepte y se entregue a la predicación exterior del apóstol y a la moción interior del Espíritu. Ciertamente es una gran obra llevar a la raza humana a confesar a Jesús por su rey y señor; la voluntad perversa se resistirá mucho tiempo; pero, pasados tres siglos, el mundo civilizado se pondrá bajo la cruz del Redentor.

La conversión de los judíos. — Era justo que el Espíritu Santo y sus enviados se dirigiesen primero al pueblo de Dios. Este pueblo "había recibido en depósito los oráculos divinos"[1]. Había suministrado la sangre de la redención. Jesús había declarado que era enviado "a las ovejas perdidas de la casa de Israel"[2]. Pedro, su vicario, debía heredar la gloria de ser el Apóstol del pueblo circuncidado, aunque la gentilidad, en la persona de Cornelio el Centurión, debía ser por él introducida en la Iglesia, y la emancipación de los gentiles bautizados proclamada por él en la asamblea de Jerusalén. Pero el honor se debía en primer lugar a la familia de Abraham, de Isaac y de Jacob; por eso, el primer Pentecostés es judío, porque nuestros primeros antepasados en este día son judíos. El Espí-

[1] *Rom.*, III, 2.
[2] *S. Mat.*, XV, 24.

ritu Santo reparte primero sus dones a la raza de Israel.

Ved partir ahora de Jerusalén a estos judíos que han recibido la palabra, y cuyo bautismo ha hecho verdaderos hijos de Abraham. Terminada la solemnidad, vuelven a las provincias de la gentilidad que habitan, llevando en sus corazones a Jesús, a quien han reconocido por el Mesías rey y salvador. Saludemos estas primicias de la Iglesia, a estos trofeos del Espíritu, a estos portadores de la buena nueva. No tardarán en ver llegar a los hombres del Cenáculo que se volverán hacia los gentiles, después de la inútil intimación hecha a la orgullosa e ingrata Jerusalén.

Una débil minoría de la nación judía ha consentido, pues, en reconocer al hijo de David por el heredero del Padre de familia; la masa ha permanecido rebelde y corre obstinadamente a su pérdida. ¿Cómo calificar su crimen? Esteban, el Protomártir, nos lo enseña. Dirigiéndose a estos indignos hijos de Abraham: "Hombres de dura cabeza, les dijo, corazones y oídos incircuncisos, resistís continuamente al Espíritu Santo"[1]. Tan culpable negativa de obedecer en la nación privilegiada da la señal de la emigración de los Apóstoles hacia la gentilidad. El Espíritu Santo no les abandona ya, y en adelante, sobre los pueblos sentados en las sombras

---

[1] *Act.*, VII, 51.

de la muerte, esparcirá los torrentes de la gracia que Jesús mereció a los hombres por su Sacrificio sobre la cruz.

La conversión de los paganos. — Estos portadores de la palabra de vida se llegan a las regiones paganas. Todo se auna contra ellos, pero triunfan de todo. El Espíritu que les anima fecundiza en ellos sus dones. Obra al mismo tiempo sobre las almas de sus oyentes, la fe en Jesús se extiende con rapidez y pronto Antioquía, luego Roma y Alejandría, ven levantarse en su seno una población cristiana. La lengua de fuego recorre el mundo; no se detiene ni en los límites del imperio romano, predestinado, según los Profetas, a servir de base al imperio de Cristo. La India, China, Etiopía y cien pueblos lejanos oyen la voz de los Evangelistas de la paz.

Pero no les basta dar testimonio por la palabra a la dignidad real de un Señor, también le deben el testimonio de la sangre. No serán tardos. El fuego que les abrasó en el Cenáculo les consume en el holocausto del martirio.

Admiremos aquí el poder y la fecundidad del Espíritu divino. A estos primeros enviados sucede una generación nueva. Los nombres están cambiados, pero la acción continúa y continuará hasta el fin de los tiempos, porque es menester que Jesús sea reconocido por salvador y señor de la humanidad, y que el Espíritu Santo

ha sido enviado para operar este reconocimiento sobre la tierra.

La derrota de Satanás. — El Príncipe de este mundo, "la vieja serpiente"[1], se agita con violencia para impedir las conquistas de los enviados del Espíritu. Crucificó a Pedro, cortó la cabeza a Pablo e inmoló a sus compañeros; mas cuando los jefes desaparecieron, su orgullo fué sometido a una prueba más dura todavía.

El misterio de Pentecostés produjo un pueblo entero; la semilla apostólica germinó en proporciones gigantescas. La persecución de Nerón pudo derribar los jefes judíos del Nuevo Testamento; pero ved ahí a la gentilidad establecida en la Iglesia. Como cantábamos ayer "el Espíritu del Señor llenó toda la tierra"[2]. Vemos, desde fines del primer siglo, la espada de Domiciano cebarse aun en los miembros de la familia imperial. Pronto los Trajanos, los Adrianos, los Antoninos, los Marco Aurelios, espantados del competidor Jesús Nazareno, se lanzan sobre su rebaño; pero en vano. El Príncipe del mundo les había armado con la política y con la filosofía; el Espíritu Santo deshace estos falsos prestigios, y la verdad se extiende sobre la faz del mundo. A estos sabios suceden tiranos furiosos, un Severo, un Decio, un Gallo, un Vale-

---

[1] *Apoc.*, XII, 9.
[2] Introito de la fiesta de Pentecostés tomado del libro de la Sabiduría.

riano, un Aureliano, un Maximiano; la carnicería se extiende por todo el imperio, porque hay cristianos por todas partes. En fin, el esfuerzo supremo del Príncipe del mundo está en la horrorosa persecución decretada por Diocleciano y los feroces Césares que comparten con él el poder. Habían decretado el exterminio del cristianismo, y ellos son los que, después de derramar torrentes de sangre, se hunden en la desesperación y en la ignominia.

¡Qué magníficos son tus triunfos, divino Espíritu! ¡Qué sobrehumano es el imperio del Hijo de Dios, cuando lo estableces así contra todas las resistencias de la debilidad y de la malignidad humanas, ante Satanás, cuyo reino parecía consolidado para siempre en la tierra! Pero amas el futuro rebaño del Redentor y extiendes en millones de almas el atractivo por una verdad que exige tan tremendos sacrificios. Derribaste los pretextos de una vana razón con prodigios innumerables, y caldeando luego por el amor estos corazones arrancados de la concupiscencia y del orgullo, les envías llenos de un entusiasmo tranquilo a la muerte y a las torturas.

LA VICTORIA DE LOS MÁRTIRES. — La promesa de Jesús se cumplió cuando sus fieles comparecían ante los ministros del Príncipe del mundo. Había dicho: "No os preocupéis por lo que habéis de hablar o decir. Entonces se os dará lo

que tengáis que decir; porque no hablaréis vosotros, sino el Espíritu de vuestro Padre será quien hable por vosotros"[1]. Podemos juzgar aún de ello leyendo las Actas de nuestros mártires, siguiendo estos interrogatorios y estas respuestas sencillas y sublimes que se escapan de en medio de los tormentos. La voz del Espíritu es quien lucha y quien triunfa. Los asistentes decían: "¡Grande es el Dios de los cristianos!", y más de una vez se vió que los verdugos seducidos por una elocuencia tan elevada, se declaraban discípulos de Dios tan poderoso, y se colocaban de súbito entre las víctimas que desgarraban poco ha. Sabemos, por los monumentos contemporáneos, que la arena del martirio fué la tribuna de la fe, y que la sangre de los mártires, unida a la belleza de su palabra, fué la semilla de los cristianos.

Tres siglos después de estas maravillas del divino Espíritu, la victoria fué completa, Jesús era declarado Rey y Salvador del mundo, doctor y redentor de los hombres. Satanás era expulsado del dominio que había usurpado, el politeísmo, cuyo autor fué, era reemplazado por la fe en un solo Dios, y el culto bajo de la materia era objeto de vergüenza y de desprecio. Así, tal victoria, que tuvo por primer teatro el imperio romano, y que no ha dejado de extenderse de siglo en siglo a tantas naciones infie-

[1] *S. Mat.*, X, 20.

les, es la obra del Espíritu Santo. La manera milagrosa con que se cumplió contra todas las previsiones humanas es uno de los principales argumentos sobre los que descansa la fe. No hemos visto, no hemos oído al Señor Jesús; pero le confesamos por Dios nuestro, a causa del testimonio que de él ha dado tan visiblemente el Espíritu Santo que nos ha enviado. ¡Gloria sea por siempre a este divino Espíritu, reconocimiento y amor de toda criatura!, porque nos ha puesto en posesión de la salvación que el Emmanuel nos había traído.

MISA

Hoy la estación es en la Basílica de San Pedro *ad vincula*. Esta iglesia, llamada también la Basílica de Eudoxia, del nombre de la emperatriz que la erigió, guarda precisamente las cadenas con que San Pedro fué atado en Jerusalén por orden de Herodes, y en Roma por orden de Nerón. La reunión del pueblo en su recinto recuerda la fuerza con el que el Espíritu Santo revistió a los Apóstoles el día de Pentecostés. Pedro se ha dejado atar para servir a su maestro Jesús, y se ha gloriado de sus ligaduras. Este apóstol, que había temblado a la voz de una criada, después de recibir el don del Espíritu Santo, marchó ante las cadenas. El Príncipe del mundo creyó que podría encadenar la palabra

divina; pero esta palabra estaba libre hasta en los hierros.

El Introito hace alusión a los neófitos que acaban de ser bautizados y están allí presentes con sus vestiduras blancas. Al salir de la fuente han sido alimentados con el pan de vida que es la flor fina del manjar celestial. Se les ha dado a gustar la dulzura de la miel que sale de la piedra. La Piedra es Cristo, nos dice el Apóstol[1], y Cristo ha admitido a Simón, hijo de Jonás, en la participación de este noble símbolo. Le dijo: "Tú eres Piedra", y las sagradas cadenas que hay allí muestran bien con qué fidelidad Simón comprendió el unirse al seguimiento de su Maestro. El mismo Espíritu que le fortificó en la lucha descansa ahora sobre los neófitos de Pentecostés.

INTROITO

Les alimentó con grosura de trigo, aleluya: y les saturó de miel de roca, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Ensalzad a Dios, nuestro ayudador: cantad jubilosos al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia recuerda el descendimiento del Espíritu Santo sobre los Apóstoles, y dando gracias a Dios que se ha dignado infundir el don de la fe en los nuevos cristianos, pide para ellos el de la paz que Jesús resucitado aportó a sus discípulos.

---

[1] *I Cor.*, X, 4.

COLECTA

Oh Dios, que diste a tus Apóstoles el Espíritu Santo: concede a tu pueblo el efecto de su piadosa petición; para que, a los que has dado la fe, les des también la paz. Por el Señor... en la unidad del mismo Espíritu Santo.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días, abriendo Pedro su boca, dijo: Varones hermanos, a nosotros nos ordenó el Señor predicar al pueblo, y atestiguar que es El mismo el que ha sido constituído por Dios juez de vivos y muertos. De El dan testimonio todos los profetas, diciendo que, todos los que creen, reciben por su nombre el perdón de los pecados. Aun estaba Pedro diciendo estas palabras, cuando bajó el Espíritu Santo sobre todos los que escuchaban la palabra. Y se pasmaron los fieles de la circuncisión, que habían venido con Pedro: porque la gracia del Espíritu Santo se derramaba también en las naciones. Pues les oían hablar en lenguas, y glorificar a Dios. Entonces respondió Pedro: ¿Acaso puede alguien negar el agua, para que no se bauticen éstos, que han recibido el Espíritu Santo como nosotros? Y mandó que fueran bautizados en el nombre del Señor Jesucristo.

EL BAUTISMO DE LOS PRIMEROS CRISTIANOS. — Este pasaje del libro de los Actos de los Apóstoles tiene una subida elocuencia en tal día y en tal lugar. Pedro, el vicario de Cristo, está en presencia de los cristianos salidos de la Sinagoga; a sus ojos se reunen muchos gentiles que la gracia condujo por la predicación de Pedro a reconocer a Jesús por el Hijo de Dios. El Após-

tol llegó al momento solemne en que debe abrir la puerta de la Iglesia a los gentiles. Para tener miramientos con la susceptibilidad de los antiguos judíos apela a sus profetas. ¿Qué han dicho estos profetas? Han anunciado que todos los que, sin excepción, creyeren en Jesús recibirían la remisión de sus pecados por su Nombre. De repente, el Espíritu Santo interrumpe al Apóstol, decide al cuestión infundiéndose como el día de Pentecostés, sobre estos gentiles humildes y creyentes. Las señales de su presencia arranca un grito de admiración a los cristianos circuncisos: "¡Cómo! —exclaman—. ¡La gracia del Espíritu Santo es también para los gentiles!" Entonces Pedro, con toda la autoridad del Jefe de la Iglesia, decide la cuestión. "¿Osaríamos rehusar el bautismo a hombres que han recibido el Espíritu Santo como nosotros lo hemos recibido?" Y sin esperar respuesta, ordena conferir inmediatamente el bautismo a estos felices catecúmenos.

Tal lectura, en el seno de Roma, centro de la gentilidad, en una basílica dedicada a San Pedro, en presencia de los neófitos, tan recientemente iniciados en los dones del Espíritu Santo por el Bautismo, ofrecía una oportunidad que nos es fácil percibir. Saquemos al mismo tiempo un profundo sentimiento de acción de gracias hacia el Señor nuestro Dios que se ha dignado llamar a nuestros padres del seno de la infidelidad y asociarnos a los favores de su divino Espíritu.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. Hablaban los Apóstoles en varias lenguas las maravillas de Dios.

Aleluya. (Aquí se arrolilla.) ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

La Secuencia *Veni, Sancte Spiritus,* arriba, página 539.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a Nicodemo: Tanto amó Dios al mundo, que dió a su Hijo unigénito: para que, todo el que crea en El, no perezca, sino que tenga vida eterna. Porque no envió Dios a su Hijo al mundo para que juzgue al mundo, sino para que el mundo se salve por El. El que cree en El, no es juzgado; pero, el que no cree, ya está juzgado: porque no cree en el nombre del Hijo unigénito de Dios. Y este es el juicio: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz: porque eran malas sus obras. Pues, todo el que obra mal, odia la luz, y no va a la luz, para que no sean reprochadas sus obras: mas el que obra la verdad, va a la luz, para que se manifiesten sus obras, porque han sido hechas en Dios.

La virtud de la fe. — El Espíritu Santo crea la fe en nuestras almas, y por la fe conseguimos la vida eterna; porque la fe no es la adhesión a una tesis razonalmente demostrada, sino una virtud que procede de la voluntad fecundada por la gracia. En el tiempo en que vivimos, la fe

es rara. El orgullo del espíritu ha llegado al colmo, y la docilidad de la razón a las enseñanzas de la Iglesia falta en un gran número. Se cree cristiano y católico, y a la vez no está dispuesto a renunciar a sus ideas con toda sencillez, si fuesen desaprobadas por la autoridad, que sólo tiene el derecho de dirigirnos en la creencia.

Se permiten lecturas imprudentes, a veces malas, sin intranquilizarse si se contraviene a sagradas prohibiciones. Se hace poco por trabajar en una instrucción seria y completa en cosas de religión, de suerte que se conserva en su espíritu, como un veneno oculto, muchas ideas eterodoxas, que tienen curso en la atmósfera que se respira. Con frecuencia ocurre que un hombre se cuenta entre los católicos, y cumple los deberes exteriores de la fe por principio de educación, por tradición de familia, por cierta disposición natural del corazón o de la imaginación. Es triste decirlo, muchos juzgan tener fe, pero está extinguida en ellos.

Con todo, la fe es el primer lazo con Dios; por la fe, nos dice el Apóstol, se acerca uno a Dios [1] y se queda unido a El. Tal es la importancia de la fe, que el Señor nos dice que "el que cree no es juzgado". En efecto, el que cree en el sentido de nuestro Evangelio, no sólo se adhiere a una doctrina; cree, porque se somete de

---

[1] *Hebr.*, XI, 6.

corazón y de espíritu, porque quiere amar lo que cree. La fe obra por la caridad que la completa, pero es un gusto anticipado de la caridad. Y por eso el Señor promete ya la salvación al que cree. Esta fe sufre obstáculos de parte de nuestra naturaleza caída. Acabamos de oírlo: "La luz ha venido al mundo, pero los hombres han preferido las tinieblas a la luz"[1]. En nuestro siglo, las tinieblas reinan y se hacen más densas; también se ve levantarse falsas luces; espejismos falsos extravían a los viajeros, y lo repetimos, la fe se ha hecho más rara, esta fe que une con Dios y salva de sus juicios. Espíritu divino, líbranos de las tinieblas, corrige el orgullo de nuestro espíritu, rescátanos de esta vana libertad que se la propone como el único fin de todo, y que es tan estéril para el bien de las almas. Amamos la luz, deseamos poseerla, conservarla y merecer por la docilidad y la sencillez de niños la dicha de verla abierta en el día eterno.

El Ofertorio está sacado de uno de los mejores cánticos de David. En él se anuncia el ruido de la tempestad que anuncia la llegada del Espíritu. Pronto las fuentes de agua viva se derraman y fertilizan la tierra; es el viento impetuoso de Pentecostés y el bautismo que sucede a la emisión de los fuegos.

[1] *Hebr.*, XI, 6.

OFERTORIO

Tronó desde el cielo el Señor, y el Altísimo dió su voz: y aparecieron las fuentes de las aguas, aleluya.

En la Secreta, la Iglesia pide que no haya más que una ofrenda sobre el altar, y que por obra del Espíritu Santo esté formada a la vez de los elementos sagrados y de los corazones de los fieles.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, santifiques propicio estos dones: y, aceptada la oblación de esta hostia espiritual, haz que nosotros mismos seamos para ti un don eterno. Por el Señor.

La Antífona de la Comunión está formada de las palabras de Cristo al anunciar a sus discípulos el ministerio que va a realizar el Espíritu Santo sobre la tierra. Presidirá las enseñanzas de las verdades que Jesús mismo ha revelado.

COMUNION

El Espíritu Santo os enseñará, aleluya: cuanto yo os he dicho, aleluya, aleluya.

En la Poscomunión, la Santa Iglesia se preocupa de la suerte de sus neófitos. Acaban de participar del Misterio celestial, pero además de graves pruebas les aguardan: Satanás, el mundo, los perseguidores. La Madre común inter-

viene cerca de Dios, para obtener que sus nuevos hijos sean tratados con los miramientos proporcionados a su edad aún tierna.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, asistas a tu pueblo: y, al que has imbuído de tus celestiales Misterios, defiéndele del furor de los enemigos. Por el Señor.

EL DON DE PIEDAD

El don de Temor de Dios está destinado a sanar en nosotros la plaga del orgullo; el don de piedad es derramado en nuestras almas por el Espíritu Santo para combatir el egoísmo, que es una de las malas pasiones del hombre caído, y el segundo obstáculo a su unión con Dios. El corazón del cristiano no debe ser ni frío ni indiferente; es preciso que sea tierno y dócil; de otro modo no podría elevarse en el camino al que Dios, que es amor, se ha dignado llamarle.

El Espíritu Santo produce, pues, en el hombre el don de Piedad, inspirándole un retorno filial hacia su Creador. "Habéis recibido el Espíritu de adopción, nos dice el Apóstol, y por este Espíritu llamamos a Dios: ¡Padre! ¡Padre!"[1]. Esta disposición hace al alma sensible a todo lo que atañe al honor de Dios. Hace que el hombre nutra en sí mismo la compunción de sus

[1] *Rom.*, VIII, 15.

pecados, a la vista de la infinita bondad que se ha dignado soportarle y perdonarle, con el pensamiento de los sufrimientos y de la muerte del Redentor. El alma iniciada en el don de Piedad desea constantemente la gloria de Dios; querría llevar a todos los hombres a sus pies, y los ultrajes que recibe le son particularmente sensibles. Goza viendo los progresos de las almas en el amor y los sacrificios que este amor les inspira para el que es el soberano bien. Llena de una sumisión filial para con este Padre universal que está en los cielos, está presta a cumplir todas sus voluntades. Se resigna de corazón a todas las disposiciones de la Providencia.

Su fe es sencilla y viva. Se mantiene amorosamente sometida a la Iglesia, siempre pronta a renunciar a sus ideas más queridas, si se apartan de su enseñanza o de su práctica, teniendo horror instintivo a la novedad y a la independencia.

Esta ofrenda a Dios que inspira el don de Piedad al unir el alma a su Creador por el afecto filial, le une con un afecto fraterno a todas las criaturas, porque son la obra del poder de Dios y porque le pertenecen.

En primer lugar, en los afectos del cristiano animado del don de Piedad se colocan las criaturas glorificadas, en los que Dios se regocija eternamente, y que ellas se regocijan de él para siempre. Ama con ternura a María, y está celoso de su honor; venera con amor a los santos;

admira con efusión a los mártires, y los actos heroicos de virtud cumplidos por los amigos de Dios; ama sus milagros, honra religiosamente las reliquias sagradas.

Pero su afecto no es sólo para las criaturas coronadas en el cielo; las que están aún aquí tienen gran acogida en su corazón. El don de Piedad le hace encontrar en ellas a Jesús en persona. Su benevolencia para con sus hermanos es universal. Su corazón está dispuesto al perdón de las injurias, a soportar las imperfecciones de otro, excusando las faltas del prójimo. Es compasivo con el pobre, solícito con el enfermo. Una dulzura afectuosa revela el fondo de su corazón; y en sus relaciones con los hermanos de la tierra se le ve siempre dispuesto a llorar con los que lloran, a regocijarse con los que se regocijan.

Tal es, Espíritu divino, la disposición de los que cultivan el don de Piedad que has derramado en sus almas. Por este beneficio inefable neutralizas el triste egoísmo que marchita su corazón, le libras de esta aridez odiosa que hace al hombre indiferente con sus hermanos, y cierras su alma a la envidia y al rencor. Por eso ha tenido necesidad de esta piedad filial para su Creador. Ha enternecido su corazón, y este corazón se ha fundido en un vivo afecto por todo lo que sale de las manos de Dios. Haz que fructifique en nosotros tan precioso don; no permitas que sea sofocado por el amor a nosotros

mismos. Jesús nos ha animado diciendo que su Padre celestial "hace salir su sol sobre los buenos y los malos"[1]; no consientas, Paráclito divino, que indulgencia tan paternal sea ejemplo perdido, y dígnate desarrollar en nuestras almas este germen de sacrificio, de benevolencia y de compasión que has colocado allí cuando tomabas posesión de ella por el Bautismo.

MARTES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA FORMACION DE LA IGLESIA

Hemos visto la obra del Espíritu Santo que realizaba en el mundo por los Apóstoles y por los que les sucedieron, la conquista del género humano al nombre de Jesús, a quien "todo poder ha sido dado en el cielo y en la tierra"[2]. La lengua de fuego ha vencido, y el Príncipe del mundo, a pesar de sus furores, ha visto desplomarse sus altares y caer su poder. Veamos la consecuencia de las obras de este divino Espíritu por la glorificación del Hijo de Dios que le ha enviado a los hombres.

Emmanuel descendió aquí abajo buscando en su amor a la Esposa que había deseado desde toda la eternidad. La abrazó tomando la natu-

[1] *S. Mat.*, V, 45.
[2] *S. Mat.*, XXVIII, 18.

raleza humana y uniéndola indisolublemente a la persona divina; pero esta unión individual no era suficiente para su amor. Se dignó aspirar a poseer la raza humana entera; le era necesaria su Iglesia, "su única", como la llama en el Cantar de las Cantares[1], su Iglesia formada de la flor y nata de todos los pueblos, "llena de gloria sin tacha ni arruga, pero santa e inmaculada"[2]. Encontró a la raza humana manchada por el pecado, indigna de celebrar con él las nuncias augustas a que la convidaba. Su amor no titubeó. Declaró que era el Esposo anunciado; lavó con su propia sangre las manchas de su desposada y la dió en dote los méritos infinitos que había conquistado.

Habiéndola preparado para sí mismo, quiso que su unión con El fuese lo más íntima posible. Jesús y su Iglesia son un solo cuerpo; El es la cabeza, ella es el conjunto de los miembros reunidos en la unidad bajo este único jefe. Esta es la doctrina del Apóstol: "Cristo es la cabeza de la Iglesia; nosotros somos los miembros de su cuerpo, somos de su carne y de sus huesos"[3]. Este cuerpo se formará por la agregación sucesiva de los hijos de la raza humana que, prevenidos con el socorro sobrenatural de la gracia, quisieren tomar parte a ella; y este mundo que habitamos será conservado hasta que el último

---

[1] *Cant.*, VI, 8.
[2] *Eph.*, V, 27.
[3] *Eph.*, V, 23-30.

elegido que falte aún a la integralidad del cuerpo místico del Hijo de Dios se haya unido a ella por toda la eternidad. Entonces todo estará consumado y la última de las consecuencias de la Encarnación se cumplirá.

Ahora bien, de la misma manera que en el Verbo encarnado la humanidad está compuesta de un alma invisible y de un cuerpo visible, así la Iglesia será a la vez un alma y un cuerpo; un alma cuya belleza sólo podrá contemplar acá abajo el ojo de Dios; un cuerpo que atraerá las miradas de los hombres y será testimonio admirable del poder de Dios y del amor que tiene a la raza humana. Hasta los días en que estamos, los justos llamados a reunirse bajo el divino Jefe habían pertenecido sólo al alma de la Iglesia; porque el cuerpo no existía aún. El Padre celestial los había adoptado por hijos suyos, el Hijo de Dios los había aceptado por miembros suyos y el Espíritu Santo, cuya acción veremos más adelante, había realizado íntimamente su elección y su consumación. El punto de partida del nuevo orden de cosas está en María. En ella residió primero la Iglesia completa, alma y cuerpo. La que debía ser también tan realmente la Madre del Hijo de Dios según la humanidad, como el Padre celestial es su Padre según la divinidad, debía ser en el orden de los tiempos como en la medida de las gracias, superior a todo lo que había precedido y a todo lo que debía seguir.

El Emmanuel quiso también colocar por sí, fuera de su madre muy querida, los fundamentos de su Iglesia. Puso con sus benditas manos la Piedra fundamental, levantó sus columnas y hemos visto cómo empleó los cuarenta días que precedieron a la Ascensión en la organización de esta Iglesia aún tan limitada, pero que un día debía cubrir todo el mundo. Anunció que estaría con los suyos "hasta la consumación de los siglos [1]; era prometer que, cuando subiese al cielo, la raza de sus discípulos se perpetraría hasta el fin de los tiempos.

Para el cumplimiento de su obra que sólo había bosquejado, contaba con el Espíritu divino. Era también menester que este Espíritu Santo descendiese para perfeccionar y confirmar a los elegidos. Debía ser su Paráclito, su Consolador, después de la partida de su Maestro; era la Virtud de lo alto que debía protegerles como una armadura en sus combates; debía ponerles en la memoria las enseñanzas de su Maestro; debía fecundizar con su acción los Sacramentos que Jesús había instituído y cuyo poder estaba en ellos por el carácter que había impreso en sus almas. He ahí porqué les dijo: "Os conviene que me vaya; porque si yo no me voy, el Paráclito no vendrá a vosotros" [2]. El día de Pentecostés vimos al Espíritu Santo obrar sobre la persona de los Apóstoles y de los discípulos; ahora nos

[1] *S. Mat.*, XXVII, 20.
[2] *S. Juan*, XVI, 7.

hace falta verle poner manos en la obra de la creación, del mantenimiento y perfeccionamiento de esta Iglesia, a quien Jesús ha prometido asistir con su presencia misteriosa "hasta la consumación de los siglos"[1].

COMIENZOS DE LA IGLESIA. —La primera operación del Espíritu Santo en la Iglesia es la elección de los miembros que deben componerla. Este derecho de elección le es de tal modo personal, que, según las palabras del texto sagrado, los discípulos mismos que Jesús escogió para ser las bases de su Iglesia, los eligió "con el concurso del Espíritu Santo"[2].

Le vimos el día de Pentecostés principiar su obra por la elección de tres mil personas. Pocos días después son conquistadas otras cinco mil mediante la predicación de Pedro y Juan bajo los pórticos del templo. Después de los judíos llega su vez a los gentiles; el Espíritu Santo conduce a Pedro a casa del centurión Cornelio, y penetra en este Romano y en sus familiares, eligiéndoles así para la naciente Iglesia y llamándolos al bautismo. La Liturgia nos hizo revivir este pasaje en la Misa de ayer.

¿Quién podrá seguir en adelante la marcha de este Espíritu Santo, que nadie ni nada será capaz de impedir? "La voz de sus elegidos recorre toda la tierra y su palabra de fuego resuena

[1] *S. Mat.*, XXVIII, 20.
[2] *Act.*, I, 2.

hasta en los últimos confines del mundo"[1]. El Espíritu Santo les precede y les acompaña siempre y es quien hace la conquista, cuando ellos hablan. En los principios del siglo III, un escritor cristiano pudo decir a los magistrados del imperio romano: "Somos de ayer y todo lo llenamos, vuestras villas, vuestras ciudades, vuestros campos, los palacios, el senado, el foro"[2]. Nada resiste el empuje arrollador del Espíritu Santo; no pasaron todavía tres siglos desde la manifestación del día de Pentecostés y elige para miembros de su Iglesia a los mismos Césares.

Así se va formando poco a poco la Esposa que Jesús aguarda y cuyo crecimiento y desarrollo contempla con amor desde el cielo. En los primeros años del siglo IV, esta misma Iglesia, obra del Espíritu Santo, traspasa los límites del imperio romano; y si en este mismo imperio se encuentran esparcidos grupos aún aferrados al paganismo, han oído por lo menos hablar de ella, y la misma rabia que la profesan es un testimonio fehaciente del potente desarrollo que alcanza ante sus ojos.

DESARROLLO DE LA IGLESIA. — Mas no vayamos a creer que el papel del Espíritu Santo se limita a asegurar el establecimiento de la Iglesia sobre las ruinas del imperio pagano. Jesús quiere una Esposa inmortal, que sea cada vez más co-

---

1 *Ps.*, XVIII.
2 TERTULIANO, *Apologtus*, c. XXXVII.

nocida, por su presencia, en todos los lugares y en todos los tiempos, superior a toda otra división de la raza humana por la expansión de su imperio y el número de sus miembros.

El Espíritu Santo no debe detenerse en el cumplimiento de su misión. Si Dios se ha propuesto sumergir al imperio culpable en la inundación de los bárbaros, es éste un nuevo triunfo para el Espíritu. Dejadle que penetre y agite suavemente esta formidable masa. Tiene allí sus elegidos, y los tiene por millones. Ha renovado la faz de la tierra pagana y renovará la del mundo bárbaro. Los cooperadores que se prepara no le traicionarán. Crea sin cesar nuevos apóstoles, y siendo como es tan poderoso, de todos hace material apto para su obra. Las Clotildes, las Bertas, las Teodelindas, las Heduvigis y tantas otras engrosan sus filas: adornada por sus manos reales, la Esposa de Jesús crece sin cesar, cada vez más joven y más bella.

Faltan todavía por asociar a este movimiento los vastos continentes de Europa, porque es necesario consolidar la obra en las regiones, en que las cristiandades de la primera época habían sido sumergidas, bajo las olas torrenciales de la invasión. A partir de fines del siglo VI, el Espíritu Santo envía, poco a poco, uno después de otro, a islas de Bretaña, a Alemania, a las razas escandinavas, a los países eslavos, los Agustinos, Bonifacios, Anscarios, Adalbertos, Cirilos, Metodios y Otones. Por mediación de estos instru-

mentos fieles del Espíritu Santo, la Esposa repara las pérdidas que ha sufrido en Oriente, donde el cisma y la herejía sucesivamente han ido cercenando su heredad primitiva. Este, que siendo Dios como el Padre y el Hijo, ha recibido como misión mantenerla en sus honores, vigila fiel y escrupulosamente por su guarda.

Y, en efecto, cuando una defección más desastrosa aún está a punto de estallar en Europa, bajo la pretendida reforma, el Espíritu Santo ha tomado ya sus medidas de antemano. Las Indias Orientales han sido conquistadas por la nación *fidelísima;* un nuevo mundo occidental ha nacido de las aguas y forma un nuevo florón para el reino *católico.*

Entonces el Espíritu Santo, siempre preocupado de conservar en su dignidad y en su pureza el sagrado depósito que le ha confiado el Verbo encarnado, suscita nuevos enviados para llevar a estas inmensas regiones el nombre de aquel que es el Esposo, y que desde lo alto del cielo contempla con satisfacción el desarrollo que adquiere la Esposa. Francisco Javier es un don precioso para las Indias Orientales; sus hermanos, en cooperación con los hijos de Domingo y Francisco, preparan con una perseverancia tenaz la heredad que las Indias Occidentales ofrecen a la Iglesia.

TRIUNFO FINAL DE LA IGLESIA. — Mas si algo más tarde la vieja Europa, demasiado crédula a

los doctores de la mentira, parece rechazar este noble reino que constituye las complacencias del Hijo eterno de Dios, si, traicionada y maltratada, ultrajada y privada de sus derechos, esta noble Iglesia debe sostener lucha con aquellos que durante mucho tiempo fueron sus hijos, tened por cierto que el Espíritu Santo no permitirá que falle en sus destinos. Examinad la obra que realiza actualmente. ¿De dónde nacen, si no es de su hálito, sus vocaciones al apostolado, cada vez más numerosas? Mientras que por una parte los retornos de los herejes a su antigua fe son ahora más frecuentes que nunca, todas las regiones infieles son, asimismo, visitadas por los heraldos inflamados del Evangelio. El siglo XIX y XX ha vuelto a ver a los mártires, ha escuchado los interrogatorios de los procónsules chinos y anamitas y ha recogido, envueltos en la aureola de la admiración, las respuestas de los confesores sugeridas por el Espíritu Santo, según la promesa de su divino Maestro. El Extremo Oriente da sus elegidos, los negros de Africa son evangelizados; y aunque una quinta parte de la tierra permanece rebelde, posee ya numerosos fieles bajo una jerarquía de pastores legítimos.

¡Sed, pues, bendecido, Espíritu divino, que con tanta solicitud velas sobre la Esposa de Jesús! Ella no ha desfallecido ni un solo día gracias a tu acción constante e incansable. No has dejado pasar un solo siglo sin suscitar após-

toles que la enriquecieran con sus conquistas, has solicitado constantemente con tu divina gracia espíritus y corazones que se consagren a ella; en todos los pueblos, en todos los siglos, tú mismo has elegido los innumerables fieles que la integran. Como es nuestra madre y nosotros somos sus hijos y es la Esposa de nuestro Capitán, con el que esperamos reunirnos mediante ella, trabajando por la gloria del Hijo de Dios que te ha enviado a la tierra, has trabajado también por nosotros, pobres y humildes pecadores. Te ofrecemos por todo humildes acciones de gracias.

El Emmanuel nos ha revelado que permanecerá así con nosotros hasta el fin de los tiempos y reconocemos la necesidad de tu presencia, ¡oh divino Espíritu! Dirige la formación de la Iglesia, consérvala y haz que salga victoriosa de todos los ataques, transportarla de una región a otra, cuando el suelo que pisa no es digno de llevarla; tú eres el vengador de todos aquellos que la ultrajan y lo seguirás siendo hasta el último día.

Pero esta Esposa de Dios no debe permanecer así, siempre desterrada, lejos de su Esposo. Lo mismo que María, que permaneció algunos años en la tierra trabajando en la glorificación de su Hijo, y finalmente ascendió a los cielos para reinar con El, la Iglesia permanecerá militante aquí abajo durante los siglos necesarios para completar el número de los elegidos. Pero

estamos seguros que ha de llegar un tiempo del que se ha escrito: "Han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está dispuesta. Fuéle otorgado un vestido de lino de una brillantez deslumbrante y el tisú son las obras justas de los santos que ella ha formado"[1]. En estos últimos tiempos la Esposa, siempre bella y digna de tal Esposo, no crecerá más; disminuirá aquí abajo en proporción directa con su crecimiento allá en el cielo. En su alrededor, sobre la tierra se dejará sentir la defección predicha por San Pablo[2]. Los hombres la abandonarán y correrán hacia el Príncipe del mundo, que será desatado "por poco tiempo"[3], y hacia la bestia, a la que "será otorgado hacer la guerra a los santos y aun vencerlos"[4].

Las últimas horas de la Esposa aquí abajo serán dignas de ella; sostendrás a nuestra madre hasta que llegue el Esposo. Mas después del nacimiento del último elegido, el *Espíritu* y la *Esposa* se unirán en un mismo grito. "Ven"[5], dirán. Entonces el Emmanuel aparecerá en las nubes del cielo, la misión del Espíritu Santo habrá terminado y la Esposa, "recostada sobre su amado"[6] se elevará de esta tierra ingrata y estéril al cielo, donde le aguardan las bodas de la eternidad.

---

1 *Apoc.*, XIX, 7.
2 *II Thess.*, II, 3.
3 *Apoc.*, XX, 3.
4 *Ibid.*, XIII, 7.
5 *Ibid.*, XXII, 17.
6 *Cant.*, VIII, 5.

MISA

La Estación se celebra hoy en la iglesia de Santa Anastasia, basílica en la que asistimos a la Misa de la Aurora el día de Navidad. La volvemos a ver hoy, cuando la serie de misterios de nuestra salvación se halla en su término. Bendigamos a Dios, que se ha dignado dar cima con tanto vigor a lo que había comenzado tan suavemente. Los neófitos asisten aún a esta Misa con sus vestidos blancos y su presencia es un testimonio a la vez del amor del Hijo de Dios, que los ha purificado en su sangre, y del poder del Espíritu Santo, que los ha arrebatado al imperio tiránico del príncipe de este mundo.

El Introito se dirige a los neófitos y les anima a alegrarse. En adelante están llamados para reino celestial; que ofrezcan, pues, una perenne acción de gracias a aquel que se ha dignado escogerlos. Las palabras de esta pieza, que datan de la más remota antigüedad, están tomadas del libro IV de Esdras, que los primeros cristianos solían leer con frecuencia, a causa de la belleza y gravedad de sus enseñanzas, aunque no sea reconocido por la Iglesia como un libro inspirado.

INTROITO

Recibid el gozo de vuestra gloria, aleluya: dando gracias a Dios, aleluya: que os llamó a los celestes reinos, aleluya, aleluya. —*Salmo:* Atiende, pueblo mío, a

mi Ley: inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia nos enseña que la acción del Espíritu Santo está llena de dulzura para nuestras almas. Esta acción divina los purifica de todas sus imperfecciones y los preserva al mismo tiempo de los ataques del espíritu pérfido y envidioso que les está acechando sin cesar.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos asista la virtud del Espíritu Santo: la cual purifique clemente nuestros corazones, y nos proteja de toda adversidad. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles.

En aquellos días, habiendo oído los Apóstoles, que estaban en Jerusalén, que Samaria había recibido la palabra de Dios, enviaron a ellos a Pedro y a Juan. Los cuales, habiendo ido, oraron por ellos, para que recibieran el Espíritu Santo: pues aun no había venido sobre ninguno de ellos, sino que sólo se habían bautizado en el nombre del Señor Jesús. Entonces impusieron sobre ellos las manos, y recibieron el Espíritu Santo.

MISIÓN EN SAMARIA. — Los habitantes de Samaria aceptaron la predicación evangélica llevada allí por el diácono Felipe. Recibieron de su mano el bautismo, que los hizo cristianos. Se recuerda el diálogo de Jesús con una mujer de esta ciudad al borde del pozo de Jacob y los tres

días que pasó en compañía de sus moradores. Su fe ha sido recompensada; el bautismo los ha hecho hijos de Dios y miembros vivos de su Redentor. Pero es necesario aún que reciban el Espíritu Santo en el sacramento, que da la fuerza. El diácono Felipe no pudo otorgarles este don; dos apóstoles, Pedro y Juan, revestidos del carácter pontifical, se lo confieren, haciéndolos perfectos cristianos. Este relato nos viene a recordar la gracia que el Espíritu Santo se ha dignado hacernos, imprimiendo en nuestras almas el sello de la Confirmación; estémosle reconocidos por este bien que nos ha unido a él con lazos más estrechos, haciéndonos al mismo tiempo capaces de confesar valientemente nuestra fe en presencia de todos los que quieran ser nuestros jefes.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. El Espíritu Santo os enseñará cuanto yo os he dicho.

Aleluya. *(Aquí se arrodilla.)* ℣. Ven, Espíritu Santo, llena los corazones de tus fieles: y enciende en ellos el fuego de tu amor.

Se canta a continuación la Secuencia *Veni, Sancte Spiritus,* pág. 539.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan.

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos: En verdad, en verdad os digo: El que no entra por la puerta en el redil de las ovejas, ése es ladrón y robador. Mas,

el que entra por la puerta, es pastor de las ovejas. A este tal abre el portero, y las ovejas oyen su voz, y llama nominalmente a las propias ovejas, y las saca. Y, cuando ha sacado las ovejas, marcha delante de ellas: y las ovejas le siguen, porque conocen su voz. Pero al extraño no le siguen, sino que huyen de él: porque no conocen la voz de los extraños. Este proverbio les dijo Jesús. Pero ellos no entendieron lo que El les dijo. Entonces Jesús les dijo de nuevo: En verdad, en verdad os digo: que yo soy la puerta de las ovejas. Todos, los que han venido, han sido ladrones y robadores, y no les escucharon las ovejas. Yo soy la puerta. Si alguien entrare por mí, se salvará: y entrará, y saldrá, y encontrará pasto. El ladrón no viene más que a robar, y matar, y perder. Yo he venido para que tengan vida, y la tengan en abundancia.

FIDELIDAD AL VERDADERO PASTOR. — Proponiendo este pasaje evangélico a los neófitos de Pentecostés, quiere la Iglesia ponerlos en guardia contra un peligro con que pueden chocar en el curso de la vida.

En el momento presente, son el rebaño de Jesús, el buen Pastor, y este divino Pastor se halla representado ante ellos por los hombres que El mismo ha confiado el encargo de apacentar sus corderos. Estos hombres han recibido su misión de Pedro, y todo el que se halla con Pedro se halla también con Jesús. Pero sucede muchas veces que se introducen falsos pastores en el aprisco y el Salvador los califica de salteadores y ladrones, porque, en lugar de entrar por la puerta, penetran por las tapias en el redil. Nos dice que El mismo es la Puerta por la que

deben pasar todos los que tienen derecho a apacentar su rebaño. Todo pastor, para no pasar por ladrón, debe recibir la misión de Jesús, y esta misión no puede venir sino por medio de aquel que ha establecido para que ocupe su puesto hasta que venga El mismo en persona.

El Espíritu Santo ha derramado sus dones en las almas de estos nuevos cristianos; pero las virtudes que brillan en ellos no se pueden ejercer de suerte que les sirvan para alcanzar la vida eterna, sino en el seno de la Iglesia verdadera. Si en lugar de seguir al legítimo pastor tienen la desgracia de entregrarse a falsos pastores, todas estas virtudes resultan estériles. Deben, pues, huir como de un mercenario de aquel que no ha recibido su misión del Maestro, que únicamente puede conducirles a los pastos de vida. Frecuentemente, en el correr de los siglos se han encontrado pastores cismáticos; es deber de los fieles el huir de ellos y todos los hijos de la Iglesia deben prestar atención a la prevención que nuestro Señor les dirige aquí. La Iglesia que El ha fundado y que gobierna por medio de su Espíritu Santo tiene como carácter y distintivo el ser Apostólica. La legitimidad de la misión de los pastores se manifiesta por la sucesión; y como Pedro vive en sus sucesores, el sucesor de Pedro es la fuente del poder pastoral. Quien está con Pedro, está con Jesucristo.

En el Ofertorio, la Iglesia, preludiando al Sacrificio, exalta, por las palabras del salmista, el

alimento sagrado que van a comulgar los fieles; es un maná bajado del cielo, el pan de los mismos Angeles.

OFERTORIO

El Señor abrió las puertas del cielo: y llovió para ellos maná, para que comieran: les dió pan del cielo, pan de Angeles comió el hombre. Aleluya.

La víctima que va a ser ofrecida tiene la virtud de purificar por su inmolación a aquellos que son llamados a alimentarse de ella; la Santa Iglesia, en la Secreta, pide esto mismo para los fieles que integran la asamblea.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, nos purifique la oblación del presente don y nos haga dignos de la sagrada participación. Por el Señor.

En la antífona de la Comunión, la Iglesia recuerda las palabras por las cuales Jesús anunció que el Espíritu Santo le glorificaría. Nosotros, que acabamos de contemplar a este Espíritu obrando en todo el mundo, sabemos que ha cumplido el oráculo en toda su extensión.

COMUNION

El Espíritu, que procede del Padre, aleluya: El me glorificará, aleluya, aleluya.

El pueblo fiel ha participado en el Misterio de Jesús; la Iglesia nos enseña en la poscomu-

nión que la virtud del Espíritu Santo ha intervenido en este momento con su acción divina. El es quien ha obrado el cambio de los dones sagrados en el cuerpo y sangre del Redentor, y quien ha preparado las almas para que se unan al Hijo de Dios, purificándolas de todo pecado.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que el Espíritu Santo repare nuestras almas con estos divinos Sacramentos: porque El es la remisión de todos los pecados. Por el Señor.

EL DON DE CIENCIA

Habiendo sido el alma desarraigada del mal por el don de Temor de Dios, y abierta a los afectos nobles por el don de Piedad, experimenta la necesidad de saber el medio de evitar todo aquello que es objeto de su temor y encontrar lo que debe amar. El Espíritu Santo viene en su ayuda, reportándole lo que ella desea, infundiéndola el don de Ciencia. Por este don precioso se la aparece la verdad, conoce lo que Dios pide y lo que reprueba, todo lo que debe buscar y lo que debe huir. Sin la ciencia divina, nuestra vista corre peligro de extraviarse, a causa de las densas tinieblas que tan frecuentemente obscurecen del todo o en parte la inteligencia del hombre. Estas tinieblas provienen, desde luego, de nuestra propia naturaleza, que

lleva impresas señales reales de decadencia. Tienen también como causa los prejuicios y máximas del mundo que adulteran con frecuencia a los espíritus tenidos como los más firmes. Finalmente, la acción de Satanás, príncipe de las tinieblas, va dirigida en gran parte hacia el fin de rodear nuestra alma de obscuridades o de extraviarla sumiéndola en falsos resplandores.

La fe que se nos infundió en el bautismo es la luz de nuestra alma. Por el don de Ciencia, el Espíritu Santo hace producir a esta virtud rayos muy vivos que disipen nuestras tinieblas. Entonces, las dudas se aclaran, el error se esfuma y aparece la verdad en todo su radiante esplendor. Cada cosa se ve en su verdadera claridad, que es la claridad de la fe. Se descubren los deplorables errores que circulan por el mundo, que seducen a un número tan grande de almas y cuya víctima ha sido quizá frecuentemente uno mismo.

El don de Ciencia nos revela el fin que Dios se ha propuesto en la creación, este fin sin el cual los seres no encuentran ni el bien ni el reposo. Nos muestra el uso que debemos hacer de las criaturas que se nos han dado no precisamente como un estorbo, sino como una ayuda eficaz en nuestra marcha hacia Dios. Una vez descubierto el secreto de la vida, nuestro caminar se hace seguro, no vacilamos ya más y nos sentimos dispuestos a abandonar todo camino que no nos conduciría a nuestro fin.

Esta es la Ciencia, don del Espíritu Santo, que el Apóstol tiene en vista, cuando, hablando a los cristianos, les dice: "Fuisteis algún tiempo tinieblas, pero ahora sois luz en el Señor; caminad, pues, como hijos de la luz" [1]. De ahí proviene esta firmeza, este tesón de la conducta cristiana. La experiencia puede tener sus fallos algunas veces y el mundo se alarma al pensar en los malos pasos, que hay que temer mucho; es que el mundo ha obrado sin el don de Ciencia. "El Señor conduce al justo por caminos rectos, y para asegurar sus pasos le ha dado la ciencia de los Santos" [2]. Cada día se da esta lección. El cristiano, en medio de la luz sobrenatural, escapa a todos los daños, y si no tiene la experiencia propia, posee la experiencia de Dios.

Sé bendito, Espíritu Santo, por esta luz que derramas sobre nosotros y que mantienes con tan amable constancia. No permitas que jamás vayamos en busca de otra. Ella sola nos es suficiente; sin ella todo son densas tinieblas. Líbranos de las tristes inconsecuencias de las cuales muchos se dejan seducir imprudentemente. Aceptan un día tu dirección, y al siguiente se abandonan a los prejuicios del mundo, llevando una doble vida que no satisface ni al mundo ni a ti. Nos es necesario, pues, el amor a esta Ciencia que tú nos has otorgado, si

1 *Eph.*, V, 8.
2 *Sag.*, X, 10.

queremos salvarnos; el enemigo de nuestras almas envidia en nosotros esta ciencia salvadora; quisiera suplantarla con sus tinieblas. No permitas, Espíritu Santo, que realice sus pérfidos designios y ayúdanos siempre a discernir lo falso de lo verdadero, lo justo de lo injusto. Que, según la palabra de Jesús, nuestro ojo sea sencillo, a fin de que todo nuestro cuerpo, es decir, el conjunto de nuestros actos, de nuestros deseos y de nuestros pensamientos se realicen en la luz; líbranos de ese ojo que Jesús llama malo y que envuelve en tinieblas todo el cuerpo.

MIERCOLES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO EN LA IGLESIA

Vimos ayer con cuánta fidelidad ha sabido cumplir el Espíritu Santo la misión de formar, proteger y conservar a la Esposa del Emmanuel. Esta recomendación de un Dios ha sido cumplida con todo el poder de un Dios; y es el espectáculo más bello, más deslumbrador que presentan los anales de la humanidad desde hace diez y nueve siglos.

La conservación de esta sociedad moral, siempre la misma en todos los tiempos y en todos los lugares, que ha promulgado un símbolo preciso y obligatorio para todos sus miembros y ha mantenido por sus decretos la más estrecha y

compacta unidad de creencia entre todos sus fieles es, juntamente con la maravillosa propagación del cristianismo, el hecho cumbre de la historia. Estos dos hechos son, pues, no el efecto de una providencia ordinaria, como lo han pretendido ciertos filósofos modernos, sino milagros de primer orden obrados directamente por el Espíritu Santo y destinados a servir de base a nuestra fe en la verdad del cristianismo. El Espíritu Santo, que no debía revestir forma sensible en el ejercicio de su misión, ha hecho visible su presencia a nuestra inteligencia, y por este medio ha hecho lo bastante para demostrar su acción personal en la obra de la salvación de los hombres.

HACE A LA IGLESIA VISIBLE EN TODAS PARTES. — Sigamos esta acción divina en las relaciones de la Iglesia con la raza humana. El Emmanuel quiso que sea la Madre de los hombres y que todos aquellos que él distingue con el honor de ser sus propios miembros reconozcan que es ella quien los engendra para este glorioso destino. El Espíritu Santo debía, pues, formar la Esposa de Jesús con el brillo necesario para que fuera distinguida y conocida sobre la tierra, dejando plena libertad a los hombres para ignorarla y rechazarla.

Convenía que esta Iglesia abrazase en su duración a todos los siglos, que recorriese la tierra de un modo patente, de manera que su nombre

y su noble misión pudieran ser conocidos por todos los pueblos; en una palabra, debía ser Católica, es decir, universal, posesora, a la vez, de la catolicidad de los tiempos y de los lugares. Tal es, en efecto, la existencia que el Espíritu Santo la ha creado en la tierra. La promulgó en Jerusalén el día de Pentecostés ante los ojos de los judíos venidos de regiones tan diversas y que pronto partieron para llevar la *nueva* a los países que habitaban. Lanza luego sus Apóstoles y discípulos al mundo, y sabemos por autores contemporáneos que, apenas había pasado un siglo, cuando ya la tierra entera estaba sembrada de cristianos. Desde entonces, cada año ha contribuído al desarrollo visible de la Santa Iglesia.

Si el Espíritu Santo, en los designios de su justicia, ha creído conveniente dejarla enfriarse en el seno de una nación indigna de ella, la ha transferido a otra donde encontraría hijos más sumisos. Si algunas veces se han cerrado a su paso regiones enteras ha sido porque en época anterior se presentó y fué rechazada, o porque todavía no había llegado el momento oportuno para su establecimiento. La historia de la propagación de la Iglesia ofrece a nuestra vista este conjunto maravilloso de vida perpetua y de emigración. Los tiempos y los lugares le pertenecen; donde no reina, se halla presente por sus miembros, y esta prerrogativa de la catolicidad que le ha valido su nombre es una de las obras maestras del Espíritu Santo.

La dirige interiormente. — Pero su acción no se limita a sólo eso para cumplir la misión que le ha confiado el Emmanuel respecto a su Esposa y debemos penetrar aquí la profundidad del misterio del Espíritu Santo dentro de la Iglesia. Después de haber hecho constar su influencia exterior para su conservación y extensión, nos falta apreciar la dirección interior que recibe de él, y que produce su unidad, su infalibilidad y su santidad, cualidades que, juntamente con su catolicidad, forman las señales peculiares de la Esposa de Cristo.

Es el alma de la Iglesia. — La unión del Espíritu Santo con la humanidad de Jesús es una de las bases fundamentales del misterio de la Encarnación. Nuestro divino Mediador es llamado Cristo, porque ha recibido la unción [1], y esta unción es el efecto de la unión de su humanidad con el Espíritu Santo [2]. Esta unión es indisoluble; el Verbo permanecerá eternamente unido a su humanidad y eternamente también el Espíritu Santo imprimirá sobre esta humanidad el sello de la unción que hace Cristo. Se sigue de aquí que, siendo la Iglesia el cuerpo de Jesucristo, debe tomar parte en la unión que existe entre su divino Jefe y el Espíritu Santo. El cristiano recibe en el bautismo la unción divina del Espíritu Santo que habita en adelante

[1] *Ps.*, XLIV, 8.
[2] *Act.*, X, 38.

en él, como prenda de eterna herencia[1]. Pero existe la diferencia de que él puede perder por el pecado esta unión, que es para él el principio de la vida sobrenatural, mientras que ella no puede faltar nunca al cuerpo de la Iglesia. El Espíritu Santo se incorpora a la Iglesia para siempre; es el principio que la da vida, su eje y motor y el principio que la ayuda a resistir a todas las crisis a que por permisión divina se ve expuesta durante el trayecto de esta vida militante.

San Agustín expone maravillosamente esta doctrina con su sermón 257 para la fiesta de Pentecostés. "El soplo que da la vida al hombre, nos dice, se llama alma, y podéis observar el papel de esta alma con relación al cuerpo. Ella da la vida a los miembros: ve por el ojo, oye por el oído, siente por el olfato, habla con la lengua, obra por la mano, anda con los pies. Presente en cada miembro, da vida a todos y la función particular a cada uno. No es el ojo quien oye, ni ve el oído, ni la lengua, del mismo modo que no son ni el ojo ni el oído los que hablan; con todo, el oído vive, y vive la lengua; las funciones de los sentidos son, pues, varias, pero todos participan de una misma vida común. Así sucede en la Iglesia de Dios. En tal santo obra milagros, en otro enseña la verdad, en éste practica la virginidad, en aquél guarda la castidad

[1] *Eph.*, I, 13.

conyugal; en una palabra, los diversos miembros de la Iglesia tienen asignados funciones varias, pero todos beben la vida de una misma fuente. Así, pues, lo que es el alma para el cuerpo humano, es el Espíritu Santo para el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia. El Espíritu Santo obra en la Iglesia lo que el alma obra en los miembros de un mismo cuerpo."

He aquí, pues, explicada esta noción, con cuya ayuda nos daremos cuenta de la existencia y operaciones de la Iglesia. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y en ella el Espíritu Santo es principio de vida. El la mima, la conserva, obra en ella y por ella. Es su alma, no sólo en el sentido estricto, en el que hemos hablado más arriba, del alma de la Iglesia, es decir, de su ser interior, que es, por lo demás, en ella producto de la acción del Espíritu Santo, sino que es su alma, de suerte que toda su vida interior y exterior y todas sus operaciones proceden de él. La Iglesia es imperecedera, porque el amor que ha movido al Espíritu Santo a elegirla por morada durará para siempre; tal es la razón de esta perpetuidad, que es el fenómeno más sorprendente de este mundo.

Conserva su unidad. — Nos falta considerar esta maravilla, que consiste en la conservación de la unidad en el seno de esta sociedad. El Esposo, en los Cantares, llama a la Iglesia "su única". No desea otras esposas; el Espíritu Santo

ha vigilado solícitamente por el cumplimiento del deseo del Emmanuel. Sigamos el ejemplo de su solicitud para obtener resultados semejantes. ¿Es posible que una sociedad pueda humanamente pasar diez y nueve siglos sin cambiar, sin modificarse mil veces, aun suponiendo que bajo un nombre u otro haya podido resistir una etapa tan larga? Pensad que esta sociedad, durante un espacio de tiempo tan largo, no ha podido dejar de ver agitarse en su seno, bajo mil formas distintas, las pasiones humanas que muchas veces lo arrollan todo; que ha estado siempre compuesta de razas distintas, en su complexión, lenguaje y costumbres, ya alejadas unas de otras hasta el punto de no conocerse apenas, ya vecinas, pero divididas por intereses y antipatías nacionales; que revoluciones políticas sin número han modificado, trastornado incluso, la existencia de los pueblos; y con todo eso, en todas las partes donde han existido y existirán católicos, la unidad quedará como distintivo de este cuerpo inmenso y de los miembros que lo componen.

Una misma fe, un mismo símbolo, una misma sumisión al mismo jefe visible, un mismo culto en cuanto a los puntos esenciales, una misma manera de zanjar las cuestiones por la tradición y la autoridad. En todos los siglos han surgido nuevas sectas al grito de: "soy la verdadera Iglesia", y ni una sola ha podido subsistir fuera de las circunstancias que la había

producido. Los arrianos con su poder político, los nestorianos, eutiquianos, monotelitas con sus interminables sutilezas, ¿dónde están? ¿Hay algo más impotente y estéril que el cisma griego que avasalló ya al sultán, ya al moscovita? ¿Qué es lo que queda del jansenismo, agotado por sus vanos esfuerzos por mantenerse en la Iglesia, a pesar de la Iglesia? Y en cuanto al protestantismo, que parte de un principio de negación, ¿no se le ha visto desde el principio de su nacimiento dividido en varias sectas, sin que haya podido formar nunca una misma sociedad religiosa? ¿Y no le vemos en el día de hoy en una situación desesperada, incapaz de mantener los dogmas que había aceptado en sus principios como fundamentales: la inspiración de las Sagradas Escrituras y la divinidad de Jesucristo?

Ante tantas ruinas amontonadas, ¡qué bella y radiante aparece nuestra Madre la Santa Iglesia Católica, aureolada con los rayos de su unidad, la Esposa única del Emmanuel! Los millones de hombres que la han compuesto y la componen todavía hoy, ¿pertenecerán a otra naturaleza distinta de la de aquellos que ingresaron en las diversas sectas que ella vió nacer y morir? Ortodoxos o heterodoxos, ¿no somos todos miembros de la misma familia humana, esclavos de las mismas pasiones y sujetos a los mismos errores? ¿De dónde viene a los hijos de la Iglesia Católica esta solidez que triunfa del tiempo,

en la que no influye la distinción de razas, que sobrevive a esas crisis y cambios que no pueden evitar ni la fuerte constitución de los estados ni la resistencia secular de las nacionalidades? Es necesario convenir que hay en ella un elemento divino que la hace resistente y mantiene firme. El Espíritu Santo, alma de la Iglesia, influye en todos sus miembros y, como es único, produce la unidad en todo el conjunto que anima. No pudiendo ser contrario a sí mismo, nada existe por él sino mediante una entera conformidad con lo que él es. He ahí la clave del secreto.

Unidad en la obediencia. — Mañana hablaremos de lo que hace el Espíritu Santo para el mantenimiento de la fe una e invariable en todo el cuerpo de la Iglesia; ciñámonos hoy a considerarlo como principio de unión exterior por la subordinación voluntaria a un mismo centro de unidad. Dijo Jesús: "Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"; Pedro debía morir. La promesa no se refería sólo a su persona, sino a todo la legión de sucesores que habían de sucederle hasta el fin de los tiempos. ¡Qué maravillosa y enérgica es la acción del Espíritu Santo, que va produciendo, año tras año, esta dinastía de príncipes espirituales, en la que S. S. Pío XII ocupa el número 263, y que continuará hasta el último día del mundo! Ninguna violencia se hará a la libertad del hombre;

el Espíritu Santo permitirá que intente aquel lo que quiera; pero El continuará ejerciendo su misión. Aunque un Decio cause con sus violencias una vacante de cuatro años en la silla de Roma, aunque se levanten antipapas, sostenidos unos por el pueblo y otros por la política del Príncipe, aunque un prolongado cisma haga dudosa la legitimidad de los Pontífices, el Espíritu Santo permitirá que transcurra la prueba, fortificará mientras ésta dure la fe de sus fieles; mas, por fin, llegado el momento, dará a conocer a su elegido y toda la Iglesia le recibirá con aclamaciones de alegría.

Para comprender lo admirable de esta acción sobrenatural, no basta con reconocer los resultados exteriores que produce en la historia; hay que proseguir su estudio en lo que tiene de más íntimo y misterioso. La unidad de la Iglesia no es semejante a la unidad impuesta por los conquistadores en los países sometidos a su yugo, donde se pagan los tributos a la fuerza. Los miembros de la Iglesia guardan la unidad en la fe y en la sumisión, porque aceptan con amor el yugo impuesto a su libertad y a su razón. ¿Pero quién cautiva así al orgullo humano bajo una tal obediencia? ¿Quién logra hacer encontrar la alegría y contento hollando toda pretensión personal? ¿Quién predispone al hombre a poner toda su seguridad y felicidad en dejar de existir como individuo en esta unidad absoluta y esto en cuestiones en que el capricho

humano ha gustado tener rienda suelta en todos los tiempos? ¿No es el Espíritu divino quien obra este milagro múltiple y constante, quien anima y armoniza este vasto conjunto y quien, sin violencia, guarda unidos en un mismo concierto los millones de corazones y de espíritus que forman la Esposa "única" del Hijo de Dios?

En los días de su vida mortal, Jesús pide para nosotros la unidad al Padre celestial. "Que sean uno como lo somos nosotros"[1], dijo. El la prepara, llamándonos a ser sus miembros; mas para obrar esta unión, envía a los hombres su Espíritu, este Espíritu que es el lazo eterno de unión entre el Padre y el Hijo y que se digna descender hasta nosotros, para realizar esta unión inefable que tiene su ejemplar en el mismo Dios.

Gracias, pues, te sean dadas, Espíritu divino, que, habitando en la Iglesia de Jesús, nos inclinas misericordiosamente hacia la unidad, que nos la haces amar y nos dispones a sufrirlo todo antes que romperla. Fortifícala en nosotros y no permitas que ni el más ligero asomo de insumisión la altere jamás. Eres el alma de la Iglesia, gobiérnanos como miembros siempre dóciles a tus inspiraciones; pues estamos seguros de que no podremos llegar a Jesús, que te ha enviado, sino pertenecemos a la Iglesia, su Esposa y nuestra Madre, a esta Iglesia que El

[1] *Juan*, XVII, 11.

rescató con su sangre y que se te confió para formarla y regirla.

El sábado próximo tendrá lugar en toda la Iglesia la ordenación de sacerdotes y ministros sagrados; el Espíritu Santo, que ejerce una de sus más principales obras por el sacramento del Orden, descenderá a las almas presentadas e imprimirá en ellas, por mano del Pontífice, el sello del Sacerdocio, o Diaconado. Ante acto tan transcendental, la Santa Iglesia prescribe desde hoy a sus fieles el ayuno y la abstinencia, para obtener de la misericordia divina que la efusión de gracia tan grande sea beneficiosa para los que la reciben y ventajosa para la sociedad cristiana.

La Estación se celebra en Roma en la basílica de Santa María la Mayor. Convenía que uno de los días de esta octava viera reunidos a los fieles bajo los auspicios de la Madre de Dios, cuya participación en el misterio de Pentecostés ha sido tan gloriosa y favorable para la Iglesia naciente.

DON DE FORTALEZA

Por el don de ciencia hemos aprendido lo que debemos hacer y lo que debemos evitar para vivir conforme al deseo de Jesucristo, nuestro divino Jefe. Necesitamos, ahora, que el Espíritu Santo ponga en nosotros un principio, del que

podamos sacar la energía que debe ser nuestro sostén durante el camino que acaba de señalarnos. Debemos, en efecto, contar con obstáculos, y el gran número de los que sucumben es muestra palpable de la necesidad que tenemos de ayuda. El socorro que nos envía el Espíritu Santo es el Don de fortaleza, con cuyo perseverante ejercicio nos será posible y aun fácil el triunfar de todo aquello que podría torcer nuestra marcha.

En las dificultades y pruebas de la vida, el hombre se deja llevar por la debilidad y el abatimiento, o por un ardor natural que tiene su fuente, o en el temperamento, o en la vanidad. Esta doble disposición contribuye poco a la victoria en los combates que el alma debe sostener para su salvación. El Espíritu Santo aporta un elemento nuevo, esta fuerza sobrenatural, que le es tan propia, que al instituir el Salvador sus Sacramentos estableció uno, dándole como fin especial el otorgarnos este divino Espíritu, como principio de energía. No cabe duda, pues, que teniendo que luchar en esta vida contra el demonio, el mundo y la carne, necesitemos algo más para resistir que la pusilanimidad y la audacia. Necesitamos un don especial que ponga límite a nuestra timidez y temple al mismo tiempo nuestra excesiva confianza en nuestras propias fuerzas. El hombre fortificado así por la obra del Espíritu Santo saldrá victorioso seguramente, porque la gracia suplirá en él a la debilidad

de la naturaleza, al mismo tiempo que templará su ardor.

Dos necesidades encuentra el cristiano en su vida; necesitará poder resistir y poder soportar. ¿Qué podrá él contra las tentaciones de Satanás si la fortaleza del Espíritu Santo no viene a rodearle de una armadura celestial y a fortificar su brazo? No es el mundo un adversario menos temible si se considera el número de víctimas que hace cada día por la tiranía de sus máximas y de sus pretensiones. ¡Cuán grande debe ser la asistencia del Espíritu divino cuando procura hacer invulnerable al cristiano a los flechazos mortíferos, que causan tantas heridas a su alrededor!

Las pasiones del corazón humano no son menor obstáculo a su obra de salvación y de santificación; obstáculo tanto más temible cuanto es más íntimo. Es necesario que el Espíritu Santo transforme el corazón, que le enseñe a renunciarse a sí mismo cuando la luz celestial nos señala otro camino distinto del que seguimos guiados por el amor y búsqueda de nosotros mismos. ¿Qué fortaleza divina no se necesita para "odiar hasta la propia vida" cuando lo exige Jesucristo [1], cuando se trata de elegir entre dos señores, cuyo servicio común es incompatible? [2]. El Espíritu Santo obra diariamente estos prodigios, por medio del don que

[1] *Juan*, XII, 25.
[2] *Mateo*, VI, 24.

nos ha otorgado, si no despreciamos ese don, si no lo anulamos con nuestra cobardía o con nuestra imprudencia. Enseña al cristiano a dominar sus pasiones, a no dejarse conducir por estos guías ciegos, a no ceder a sus instintos sino cuando van unidos al orden que ha establecido.

A veces no se contenta sólo con que el cristiano resista interiormente a los enemigos de su alma; exige una protesta abierta contra el error y el mal, si así lo pide el deber del estado, o la posición en que se halla. Entonces no hay que hacer caso de esta especie de desprecio que va anejo al nombre de cristiano y que no debe de extrañarle si se acuerda de las palabras del Apóstol[1]: "si buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Cristo". El Espíritu Santo no puede faltar nunca, y cuando se encuentra con un alma resuelta a valerse del don de Fortaleza, cuya fuente es El, no sólo le asegura el triunfo, sino que diariamente la pone en estado de paz, de plena seguridad y de valor con que logra la victoria sobre las pasiones.

Tal es la aplicación que el Espíritu Santo hace del don de Fortaleza en el cristiano que debe ejercitarse en la paciencia. Hemos dicho que este don precioso lleva consigo, al mismo tiempo, la energía necesaria para soportar las pruebas, con cuyo precio adquirimos nuestra salvación. Hay escenas de espanto que aminoran

---

[1] *Gal.*, I, 10.

nuestro empuje y que pueden conducir al hombre a una ruina total. El don de Fortaleza las desvanece y reemplaza por una calma y seguridad que desconciertan a la naturaleza. Contemplad a los mártires, y no sólo a un San Mauricio, jefe de la legión Tebea, curtido ya en la lucha del campo de batalla, sino a Felicidad, madre de los siete hermanos Macabeos; a Perpetua, noble matrona cartaginesa, para la que el mundo era todo halagos; a Inés, niña de trece años, y a tantos otros millares, y decid si el don de Fortaleza es estéril en sacrificios. ¿Qué ha sido del miedo a la muerte, de esta muerte cuyo solo pensamiento nos estremece muchas veces? ¡Y estas generosas ofrendas de una vida inmolada en el renunciamiento y privaciones, con el fin de encontrar a Jesús enteramente y seguir sus huellas lo más cerca posible! ¡Y tantas existencias ocultas a las miradas distraídas y superficiales de los hombres, existencias que tienen como fundamento el sacrificio, cuya serenidad no quebrantaron nunca las más duras pruebas y que diariamente aceptan pacientes su nueva cruz! ¡Qué trofeos para el espíritu de Fortaleza! ¡Qué sacrificios ante el deber sabe producir! Y si el hombre por sí mismo no es casi nada, ¡cómo se agranda con la acción del Espíritu Santo!

Ayuda también él al cristiano a vencer la triste tentación del respeto humano, elevándole por encima de las consideraciones del mundo,

que dictan otra conducta; el que incita al hombre a preferir al vano honor del mundo, la gloria de no haber violado los mandamientos de su Dios. Este espíritu de Fortaleza nos hace aceptar los reveses de fortuna como otros tantos designios misericordiosos del cielo, el que mantiene firme el valor del cristiano en las pérdidas tan dolorosas de seres queridos, en los sufrimientos físicos que harían de la vida una carga insoportable, si no supiera que son visitas del Señor. Es, en fin, como leemos en las vidas de los Santos, quien se sirve de las mismas repugnancias de la naturaleza para producir esos actos heroicos en que la creatura humana parece sobrepasar los límites de su ser, para elevarse al grado de espíritus impasibles y glorificados.

¡Espíritu de fortaleza, que moras cada día más y más en nosotros, presérvanos de la seducción de este siglo! En ninguna época ha sido tan débil la energía de las almas, ni tan poderoso el espíritu del mundo, ni tan insolente el sensualismo, ni tan pronunciados el orgullo y la independencia. Ser fuerte consigo mismo es hoy algo tan singular, que despierta la admiración de los que son testigos: ¡tanto terreno van perdiendo las máximas evangélicas! ¡Detennos en esta pendiente, que nos arrastrará, como a tantos otros, oh Espíritu divino! Permite que te dirijamos, en demanda suplicante, los votos que hacía Pablo por los cristianos de Efeso y que

podamos reclamar de tu magnanimidad "esta armadura divina para que podamos resistir en el día malo y permanecer perfectos en todas las cosas. Ciñe nuestros lomos con la verdad, revístenos de la coraza de justicia y pon a nuestros pies el Evangelio de la paz con un calzado indestructible; ármanos en todo momento del escudo de la fe con que podamos apagar los encendidos dardos del maligno enemigo. Cubre nuestra cabeza con el yelmo de salud y en nuestra mano pon la espada del espíritu, que es la palabra de Dios" [1], con cuya ayuda, como el Señor en el desierto, podremos derrotar a todos los enemigos. Espíritu de Fortaleza, que así sea.

JUEVES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA PREDICACION DE LA VERDAD

El Espíritu divino, que es lazo de unión de todos los miembros de la Iglesia, porque él mismo es uno, no sólo ha sido enviado para asegurar la unidad inviolable de la Esposa de Cristo. Esta Esposa de un Dios, que se ha llamado a sí mismo la Verdad [2], tiene necesidad de permanecer en la Verdad y no puede ser contaminada por el error. Jesús la confió su doctrina, la instruyó en la persona de los Apóstoles. "Todo

[1] *Efes.*, VI, 11-17.
[2] *Juan*, XIV, 6.

lo que vi de mi Padre, dijo, os lo he manifestado"[1]. Pero esta Iglesia, abandonada a la flaqueza humana, ¿cómo podía conservar sin mezcla y sin alteración, durante el correr de los siglos, esta palabra que Jesús no escribió, esta verdad que El vino del cielo a traer a la tierra? La experiencia nos enseña que todo lo terreno está sometido a las más diversas variaciones, que los textos escritos se prestan a falsas interpretaciones y que las tradiciones no escritas se adulteran con el tiempo.

Haremos resaltar aquí también la previsión del Emmanuel al subir al cielo. Lo mismo que, para cumplir su deseo de "que seamos uno como lo es El con su Padre", nos ha enviado su único Espíritu; así para mantenernos en la verdad nos ha enviado a ese mismo Espíritu que llama Espíritu de verdad. "Cuando venga, dice, este Espíritu de verdad os enseñará todo"[2], ¿y qué verdad enseñará este Espíritu? "Os enseñará todas las cosas y os recordará todo lo que os he dicho"[3].

Nada, pues, de lo que el Verbo de Dios predicó a los hombres quedará escondido. La belleza de su Esposa tendrá como fundamento la verdad; porque la belleza es el resplandor de lo verdadero. Su fidelidad al Esposo será perfecta; porque si El es la Verdad, la Verdad está

---

[1] *Juan*, XV, 15.
[2] *Juan*, XVI, 13.
[3] *Juan*, XIV, 16.

asegurada en sí misma para siempre. Jesús lo declara así: "el nuevo Concolador que procede del Padre permanecerá con vosotros eternamente y estará en vosotros"[1]. Por el Espíritu Santo, la Iglesia poseerá, pues, la verdad como cosa propia, y esta posesión nunca la será arrebatada; porque este Espíritu, enviado por el Padre y por el Hijo, asistirá a la Iglesia y nunca la abandonará.

CONSERVA LAS ENSEÑANZAS DEL VERBO. — Es la ocasión de recordar aquí la magnífica teoría de San Agustín. Según su doctrina, que no es sino la explicación de los pasajes evangélicos que acabamos de leer, el Espíritu Santo es en la Iglesia el principio de la vida; pues, siendo Espíritu de verdad, conserva en ella la verdad y la dirige en la verdad, de tal modo que, en su enseñanza y gobierno, no puede ella expresar otra cosa que la verdad. El toma sobre sí la responsabilidad de sus palabras, como nuestro espíritu responde de lo que nuestra lengua pronuncia; y he aquí porqué la Santa Iglesia se identifica de tal modo con la verdad por su unión con el Espíritu divino, que el Apóstol no tiene reparo en decirnos que es su "pilar y sostén"[2]. Nadie se extrañe, pues, si el cristiano descansa sobre la Iglesia en su creencia. ¿No sabe que esta Iglesia no permanece nunca sola, que

[1] *Juan*, XVI, 17.
[2] *Timot.*, III, 15.

está siempre con el Espíritu de Dios que vive en ella, que su palabra no es suya, sino la palabra del Espíritu, que no es otra que la palabra de Jesús?

La Sagrada Escritura. — Esta palabra de Jesús la conserva el Espíritu para la Iglesia en un doble depósito. Vela sobre ella en los Santos Evangelios que inspiró a sus autores. Estos libros sagrados se hallan defendidos por sus cuidados contra toda alteración, y van atravesando los siglos sin que la mano del hombre los haya modificado. Lo mismo ocurre con otros libros del Nuevo Testamento compuestos bajo el soplo del mismo Espíritu. Los que pertenecen al Antiguo Testamento son, igualmente, fruto de su inspiración. Aunque no relatan los discursos de Jesús durante su vida mortal, hablan de El y le anuncian, al mismo tiempo que contienen la primera iniciación en las cosas divinas. Este conjunto de libros sagrados está lleno de misterios, cuya llave guarda el Espíritu para comunicarla a la Iglesia.

La tradición. — La otra fuente de la palabra de Jesús es la tradición. No debía quedar todo escrito, y la Iglesia existía aun antes de que los Evangelios fuesen redactados. ¿Cómo habría sobrevivido sin alterarse esta tradición, elemento divino como la misma Escritura, si el Espíritu de verdad no velase por su conservación? La

guarda en la memoria de la Iglesia y la preserva de toda alteración; esta es su misión, y por su fidelidad en cumplirla, la Esposa queda en posesión de todos los secretos del Esposo.

PROLONGA LA ENSEÑANZA DEL VERBO. — Mas no basta que la Iglesia posea la verdad escrita y tradicional como en depósito sellado. Es necesario, además, que la sepa discernir para poderla interpretar a aquellos a quienes debe comunicar las enseñanzas de Jesús. No ha descendido del cielo la verdad para permanecer oculta a los hombres; pues es su luz, y sin ella perecerían en las tinieblas sin saber de dónde vienen, y a dónde van [1]. El Espíritu de verdad no se limitará tan sólo a conservar la palabra de Jesús en la Iglesia como tesoro escondido, sino que la derramará sobre los hombres para que saquen de ella la vida de sus almas. La Iglesia, por tanto, será infalible en su doctrina, pues no podrá engañarse a sí misma ni a los hombres, puesto que el Espíritu de verdad la guía en todo y habla por medio de su órgano. Es su alma, y hemos admitido con San Agustín que cuando la lengua se expresa, al alma es a la que se escucha.

HACE A LA IGLESIA INFALIBLE. — ¡He ahí esta infalibilidad de nuestra santa Madre la Iglesia, resultado directo e inmediato de la incorpora-

[1] *Juan*, XII, 35.

ción a ella del Espíritu de Verdad! Esta es la promesa del Hijo de Dios, el efecto indispensable de la presencia del Espíritu Santo. Todo aquel que no reconoce a la Iglesia como infalible, debe admitir, si es consecuente consigo mismo, que el Hijo de Dios ha sido impotente para cumplir su promesa y que el Espíritu de verdad no es sino espíritu de error. Mas quien de este modo razonase, ha perdido el sentido, de la vida. Cree negar solamente a la Iglesia, y, sin reparar en ello, de Dios mismo es de quien reniega. Tal es el pecado y la desgracia de la herejía. La falta de seria reflexión puede encubrir esta terrible consecuencia, que rigurosamente se deduce. El hereje, al separarse del pensar de la Iglesia, ha roto con el Espíritu Santo; podrá revivir si vuelve humildemente a la Esposa de Cristo, pero, al presente, se halla en la muerte, porque el alma no lo anima. Escuchemos ahora al gran doctor: "Sucede muy a menudo, dice, que un miembro del cuerpo humano, una mano, un dedo, un pie, es cortado; ¿acompaña el alma a este miembro separado del cuerpo? No; este miembro, cuando estaba unido al cuerpo, gozaba de vida; una vez separado, es la misma vida la que ha perdido. Del mismo modo, el cristiano permanece católico mientras está unido al cuerpo de la Iglesia; separado de él, es hereje; el Espíritu no va con el miembro desprendido" [1].

---

[1] Sermón 257, para el día de Pentecostés.

OBEDIENCIA A LA IGLESIA. — Honor sea dado al Espíritu divino por el esplendor de la verdad que comunica a la Esposa. Mas ¿podemos, sin peligro, poner límites a nuestra docilidad, a las enseñanzas que nos vienen a la vez del Espíritu y de la Esposa que tan indisolublemente sabemos que están unidos? [1]. Ya sea que la Iglesia nos intime a aquello que debemos creer mostrándonos su práctica, o por la simple expresión de sus sentimientos, ya que proclame solemnemente la definición esperada, debemos mirar y escuchar con el corazón sumiso; pues la práctica de la Iglesia está mantenida en la verdad por el Espíritu que la vivifica; la expresión de sus sentimientos es siempre la continua aspiración de este Espíritu que vive en ella; y en cuanto a las sentencias que da, no es ella sola la que las pronuncia, es el Espíritu quien las pronuncia en ella y por medio de ella. Si su jefe visible declara la doctrina, sabemos que Jesús rogó para que la fe de Pedro no decayera, que lo consiguió de su Padre, y que confió al Espíritu el cuidado de conservar a Pedro en posesión de don tan precioso para nosotros. Si el Sumo Pontífice, a la cabeza del colegio episcopal, reunido en concilio, declara la fe de completo acuerdo con sus miembros, es el Espíritu quien, en ese juicio colectivo, da la definición con soberana majestad, para exaltación de la

[1] *Apoc.*, XXII, 37.

verdad y confusión del error. El Espíritu es quien ha sometido todas las herejías a los pies de la Esposa victoriosa; El es quien, en el transcurso de los siglos, ha suscitado los doctores que han echado por tierra el error en el momento de su aparición.

CONFIERE LA SANTIDAD A LA IGLESIA. — Nuestra Iglesia muy amada tiene como herencia el don de infalibilidad; por tanto, la Esposa de Jesús es veraz en todo y siempre, y es deudora de esta herencia dichosa a aquel que desde la eternidad procede del Padre y del Hijo. Mas hay una gloria que también le debe. La Esposa de Dios santo debe ser santa. Ciertamente lo es, y esta santidad la recibe del Espíritu de santidad. La verdad y la santidad se hallan unidas en Dios indisolublemente; y por esto Jesús, queriendo "que fuésemos perfectos como nuestro Padre celestial es perfecto" [1], y que aun siendo simples criaturas buscásemos nuestro tipo en el soberano, bien ruega "para que seamos santificados en la verdad" [2].

Jesús ha confiado a su Esposa a la dirección del Espíritu Santo para hacerla santa. Pues la santidad está tan inseparablemente unida a este Espíritu divino, que ésta es la cualidad más principal con que se le designa. Jesús mismo le llama Espíritu Santo, de manera que este

[1] *Mateo*, V, 48.
[2] *Juan*, XVII, 19.

hermoso nombre se lo damos por el testimonio del Hijo de Dios. El Padre es el poder, el Hijo la verdad y el Espíritu la santidad. Por eso el Espíritu desempeña en la tierra el ministerio de santificador, aunque también el Padre y el Hijo sean santos, lo mismo que está la verdad en el Padre y el Espíritu, y que el Espíritu lo mismo que el Hijo sean también poder. Las tres divinas personas tienen sus propiedades particulares, mas están unidas en una sola y misma esencia. Ahora bien, la propiedad particular del Espíritu Santo es ser amor, y el amor produce la santidad; porque une e identifica al soberano bien con el que ama, y esta unión o identificación es la santidad, la cual es el esplendor del bien, así como la belleza es el esplendor de lo verdadero.

La conserva fiel a Cristo. — Para ser digna de su Esposo Emmanuel, la Iglesia debía ser santa. El la dió la verdad, que el Espíritu ha mantenido en ella; el Espíritu a su vez le dará la santidad, y el Padre celestial, viéndola santa y veraz, la adoptará por hija: he aquí su glorioso destino. Veamos ahora las características de esa santidad. La primera es la fidelidad al esposo. Ahora bien, la historia de toda la Iglesia es una muestra de esta fidelidad. Se la han tendido toda clase de lazos y contra ella se ha cometido toda clase de violencias, con el fin de engañarla y arrebatarla al Esposo; mas todo lo

ha hecho fracasar y lo ha desafiado todo. Ha sacrificado su sangre, su descanso, y hasta el territorio donde reinaba, antes que permitir alterar en sus manos el depósito que el Esposo la había confiado.

Contad, si podéis, los mártires habidos desde los tiempos de los Apóstoles hasta el día de hoy. Recordad las ofertas hechas por los Príncipes con el fin de que guardase silencio sobre la verdad divina, las amenazas y crueles tratamientos que ha recibido antes de dejar mutilar su símbolo. ¿Podrán olvidarse las luchas formidables que sostuvo contra los emperadores de Alemania por salvarguardar su libertad; el noble desprendimiento que demostró, prefiriendo ver a Inglaterra separada de sí antes que aprobar, por una ilícita dispensa, el adulterio de un rey; la generosidad que manifestó en la persona de Pío IX haciendo frente a los desdenes de la política mundana y a los cobardes asombros de falsos católicos antes que abandonar a un niño judío, a quien se había administrado el bautismo en peligro de muerte, expuesto a renegar de su carácter de cristiano y a blasfemar de Cristo, de quien se había convertido en miembro?

SANTIFICA LOS MIEMBROS DE LA IGLESIA. — La Iglesia obra y obrará de esta manera hasta el fin, puesto que es santa en su fidelidad; y el Espíritu alimenta en ella continuamente un

amor tal, que no se detiene en consideraciones ante el deber. Puede ella mostrar el código de sus leyes tanto en presencia de sus enemigos como de sus fieles hijos y preguntarles si podrían señalar una sola, cuyo objeto no sea procurar la gloria de su Esposo y el bien de los hombres, por medio de la práctica de la virtud. Por eso vemos salir de su seno millones de seres virtuosos que van a Dios después de esta vida. Son los santos que la santa Iglesia produce con el influjo del Espíritu Santo. En todas estas miriadas de elegidos no hay uno que la Iglesia no reclame como fruto de su seno maternal. Aun a aquellos que, por permisión divina, han nacido en sociedades separadas, si han vivido en disposición de abrazar la verdadera Iglesia al conocerla, y si han practicado todas las virtudes con entera fidelidad a la gracia que es el fruto de la redención universal, la santa Iglesia los reclama como hijos suyos.

En ella se ven toda clase de desvelos y heroísmos. En ella son corrientes las virtudes ocultas al mundo antes de ser fundada. En ella hay santidades asombrosas que corona con los honores de la canonización; hay humildades y virtudes ocultas que no saldrán a relucir hasta el día de la eternidad. Los preceptos de Jesús son observados por sus discípulos, en los que reina como amado Maestro. Mas este Maestro ha dado también consejos que no están al alcance de todos, y que son origen de un nuevo acrecenta-

miento de la santidad inagotable de la Esposa. No sólo hay almas generosas que aceptan con amor estos divinos consejos, sino que además la Iglesia fecundada por el Espíritu divino no cesa de engendrar y sostener inmensas familias religiosas, cuya vida es la perfección y cuya ley suprema es la práctica de los consejos evangélicos, unida por voto a la de los preceptos.

No nos admiremos, por tanto, de que la Esposa resplandezca con el don de milagros, que atestigua visiblemente la santidad. Jesús la ha prometido que su frente estaría siempre rodeada de esta aureola sobrenatural[1]; ahora bien, el Apóstol nos enseña que los prodigios obrados en la Iglesia son obra directa del Espíritu Santo[2].

Y si alguno objeta que no todos los miembros de la Iglesia son santos, le responderemos que basta que esta Esposa de Cristo ofrezca a todos el medio de llegar a serlo; pues, habiendo sido concedida la libertad para que fuese instrumento del mérito, sería contradictorio que aquellos que están dotados de ella estuviesen, a la vez, obligados al bien. Añadiremos que un crecido número de aquellos que se hallan en pecado, si permanecen miembros de la Iglesia por la fe y la respetuosa sumisión a sus pastores legítimos y principalmente al Pontífice Romano, se pondrán, pronto o tarde, en gracia

[1] *Juan*, XIV, 12.
[2] *I Cor.*, XII, 11.

de Dios y acabarán su vida santamente. La misericordia del Espíritu Santo obra esta maravilla por medio de la Iglesia, que, a ejemplo de su Esposo, "no apaga la mecha humeante ni rompe la caña hendida"[1].

OBRA POR LOS SACRAMENTOS. — ¿Cómo no podrá ser santa la que, para comunicarlo a los hombres, ha recibido el divino septenario de los Sacramentos, cuya riqueza hemos expuesto en el curso de una de las semanas precedentes? ¿Qué cosa más santa que este conjunto de ritos de los cuales unos dan la vida a los pecadores, los otros aumento de gracia a los justos? Establecidos por el mismo Jesús estos Sacramentos, que son la herencia de la santa Iglesia, están todos relacionados con el Espíritu Santo. En el Bautismo, Confirmación y Orden El mismo es quien obra directamente; en el Sacrificio Eucarístico, el Hombre-Dios vive y es inmolado sobre el altar por su acción; hace renacer en la Penitencia la gracia bautismal; el Espíritu de Fortaleza es el que conforta al moribundo en la Extremaunción y el que une con lazo indisoluble a los esposos en el Matrimonio. El Emmanuel, al subir a los cielos, nos dejó como prenda de su amor este septenario sacramental; pero el tesoro permaneció sellado hasta que descendió el Espíritu divino. Debía El mismo hacer a

[1] *Isaías*, XLII, 3.

la Esposa dueña de depósito tan precioso, después de haberla preparado, santificándola, a recibirlo en sus regias manos y a administrarlo fielmente a sus miembros.

INSPIRA LA ORACIÓN. — La Iglesia, en fin, es santa por su continua oración. Aquel que es "Espíritu de gracia y oración"[1] produce continuamente en los fieles de la Iglesia los diversos actos que forman el sublime concierto de la oración: adoración, acción de gracias, petición, impulsos de arrepentimiento, efusiones de amor. Concede a muchos los dones de la contemplación por los cuales la criatura unas veces es arrebatada hasta Dios, otras ve descender a Dios hasta ella con favores más bien propios de la vida futura que de la presente. ¿Quién podrá contar los anhelos de la santa Iglesia hacia el Esposo en los millones de oraciones que, a cada minuto, suben de la tierra al cielo, tanto que parecen unirlos a ambos en el más estrecho abrazo? ¿Cómo no ha de ser santa la que, según la enérgica expresión del Apóstol, "tiene su conversación en el cielo?"[2].

Y si la oración de los miembros es tan maravillosa en la manera de multiplicarse y en su ardor, ¿cuán imponente y cuánto más hermosa es la oración general de la Iglesia en la santa liturgia, donde el Espíritu Santo obra de modo

[1] *Zac.*, XII, 10.
[2] *Filip.*, III, 20.

absoluto, inspirando a la Esposa y sugiriéndola esas expresiones que hemos expuesto a través de esta obra? Que digan los que nos han seguido hasta aquí si la oración litúrgica no es la primera de todas, si no es, asimismo, la luz y la vida de su oración personal. Que alaben a la santidad de la Esposa que les da de su plenitud y que glorifiquen al "Espíritu de gracias y oración" por lo que se digna hacer para ella y para ellos.

Oh Iglesia, has sido "santificada en la verdad"; y por ti participamos de toda la doctrina de Jesús, tu Esposo; por ti somos colocados en el camino de esta santidad, que es tu elemento. ¿Qué podemos desear, después de tener la Verdad y el Bien? Fuera de ti, en vano lo buscamos, y nuestro bien consiste en que no tengamos nada que buscar; tu corazón maternal no desea sino derramar sobre nosotros todos los dones y luces que has recibido. ¡Bendita seas en esta solemnidad de Pentecostés en la que tantas gracias has recibido para nosotros! Estamos deslumbrados por el resplandor de las prerrogativas que la munificencia de tu Esposo te ha alcanzado y de las cuales, a su vez, el Espíritu Santo te colma; y ahora que te conocemos mejor, prometemos serte más fieles que nunca.

La Estación del jueves de Pentecostés es en la basílica de San Lorenzo Extramuros. Este venerable santuario donde descansan los despojos mortales del valiente arcediano de la

Iglesia romana, es uno de los trofeos más gloriosos de la victoria del Espíritu divino sobre el Príncipe del mundo. Y la reunión anual de fieles después de tantos siglos en dicho lugar, atestigua lo completa que fué la victoria que dió a Cristo Roma y su poder.

EL DON DEL CONSEJO

El don de Fortaleza, cuya necesidad en la obra de la santificación del cristiano hemos reconocido, no bastaría para darnos la seguridad de este resultado si el Espíritu divino no hubiese procurado unirlo a otro don que va a continuación y que preserva de todo peligro. Este nuevo beneficio consiste en el don de Consejo. A la fortaleza no se la puede dejar a sí misma; necesita un elemento que la dirija. El don de ciencia no puede ser este elemento, pues si bien ilumina al alma acerca de su fin y sobre las reglas generales de conducta que debe observar, con todo eso no comunica luz suficiente sobre las aplicaciones especiales de la ley de Dios y sobre el gobierno de la vida. En las diversas situaciones en que podamos hallarnos, en las resoluciones que podamos tomar, es necesario que escuchemos la voz del Espíritu Santo, y esta voz divina llega a nosotros por el don de Consejo. Si queremos escucharla, nos dice lo que debemos hacer y lo que debemos evitar, lo que debemos

decir y lo que debemos callar, lo que podemos conservar y lo que debemos renunciar. Por el don de Consejo, el Espíritu Santo obra en nuestra inteligencia, así como por el don de Fortaleza obra en la voluntad.

Este precioso don tiene su aplicación en toda la vida; pues es necesario que, sin cesar, nos determinemos por un partido o por otro; y debemos estar agradecidos al Espíritu divino al pensar que no nos deja nunca solos si estamos dispuestos a seguir la dirección que El nos señala. ¡Cuántos lazos puede hacernos evitar! ¡Las ilusiones que puede desvanecer en nosotros y las realidades que puede hacer que descubramos! Mas para no desperdiciar sus inspiraciones debemos librarnos de los impulsos naturales que quizás nos determinan muy a menudo; de la temeridad que nos lleva a capricho de la pasión; de la precipitación que pretende que demos nuestro juicio y obremos cuando aún no hemos visto más que un lado de las cosas; en fin, de la indiferencia que hace que nos decidamos al azar, por temor a la fatiga de buscar lo que sería mejor.

El Espíritu Santo, por el don de Consejo, preserva al hombre de todos estos inconvenientes. Modera la naturaleza, a menudo tan exagerada, cuando no apática. Mantiene el alma atenta a lo verdadero, a lo bueno, a lo que, sin duda, le es más ventajoso. La insinúa esta virtud, que es el complemento y como la salsa de

todas las otras; nos referimos a la discreción cuyo secreto tiene El, y por la cual las virtudes se conservan, se armonizan y no degeneran en defectos. Con la dirección del don de Consejo, el cristiano no tiene por qué temer; el Espíritu Santo asume la responsabilidad de todo. ¿Qué importa, pues, que el mundo critique o censure, que se admire o se escandalice? El mundo se cree prudente; mas le falta el don de consejo. De ahí que a menudo las resoluciones tomadas bajo su inspiración tengan un fin distinto del que se había propuesto. Y así tenía que ser; pues, refiriéndose a él, dijo el Señor: "Mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni mis caminos vuestros caminos"[1].

Pidamos con toda el ansia de nuestros deseos el don divino, que nos preserva del peligro de gobernarnos a nosotros mismos; mas sepamos que este don no habita sino en aquellos que lo tienen en suficiente estima para renunciarse ante él. Si el Espíritu Santo nos halla libres de ideas mundanas, y convencidos de nuestra fragilidad, se dignará entonces ser nuestro Consejo; del mismo modo que si nos tenemos por prudentes a nuestros propios ojos, apartará su luz y nos dejará solos.

¡Oh Espíritu divino!, ¡que nos suceda esto! De sobra sabemos por experiencia que nos es menos ventajoso seguir los azares de la pruden-

---

[1] *Isaías*, LV, 8.

cia humana y renunciamos ante ti las pretensiones de nuestro espíritu, tan dispuesto a quedar deslumbrado y hacerse ilusiones. Dígnate conservar y desarrollar en nosotros con toda libertad este don inefable que nos has otorgado en el bautismo: sé siempre nuestro Consejo. "Haz que conozcamos tus caminos, y enséñanos tus senderos. Guíanos en la verdad e instrúyenos; pues de ti nos vendrá la salvación y por esto nos sometemos a tu ley"[1]. Sabemos que seremos juzgados de todas nuestras obras y pensamientos; mas sabemos también que no tenemos por qué temer mientras seamos fieles a tus mandamientos. Prestaremos atención "para escuchar lo que nos dice el Señor nuestro Dios"[2], al Espíritu de Consejo, ya nos hable directamente, ya nos remita al órgano que nos ha preparado. ¡Bendito sea Jesús, que nos ha enviado su Espíritu para ser nuestro guía; y bendito sea este divino Espíritu, que se digna asistirnos siempre y al que nuestras pasadas resistencias no han alejado de nosotros!

VIERNES DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO EN EL CORAZON DEL CRISTIANO

Hasta aquí hemos considerado la acción del Espíritu Santo en la Iglesia; ahora la conside-

1 Salmo 118.
2 Salmos 83, 9.

raremos en una extensión más reducida; necesitamos estudiarla en el corazón del cristiano. Expresaremos nuestros sentimientos de admiración y reconocimiento para con este Espíritu, que se digna atender a todas nuestras necesidades y conducirnos al fin dichoso para el que hemos sido criados.

Así como el Espíritu Santo, enviado "para permanecer en nosotros", se ocupa en sostener y dirigir la Iglesia, para que sea siempre la Esposa fiel de Jesús, del mismo modo se interesa por nosotros para hacernos miembros dignos de este Jefe santo y glorioso. Su misión es unirnos a Jesús tan estrechamente, de modo que seamos incorporados a El. A El pertenece el crearnos en el orden sobrenatural, darnos y conservarnos la vida de la gracia, aplicándonos los méritos que Jesús, nuestro mediador y salvador, nos ha adquirido.

La acción del Espíritu fuera de la esencia divina. — Esta misión del Espíritu Santo que le ha sido confiada por el Padre y el Hijo, y que El ejerce en el género humano, es sublime. En el seno de la divinidad el Espíritu Santo es producido y no produce. El Padre engendra al Hijo, el Padre y el Hijo producen al Espíritu Santo; esta diferencia se funda en la misma naturaleza divina que no está ni puede estar sino en tres personas. De ahí resulta, como enseñan los Padres, que el Espíritu Santo ha re-

cibido para comunicarla fuera de sí la fecundidad que no ejerce en la esencia divina. Cuando se trata de producir la Humanidad del Hijo de Dios en el seno de María, El es quien obra; y si se trata de crear al cristiano del fondo de la corrupción original y de llamarle a la vida de la gracia, también El es quien ejerce su acción: de suerte que, según la enérgica expresión de San Agustín, "la misma gracia que en sus comienzos produjo a Cristo, produce al cristiano cuando comienza a creer; el mismo Espíritu, por el que Cristo fué concebido, es el principio del nuevo nacimiento del fiel"[1].

DA LA VIDA SOBRENATURAL. — Hemos tratado por extenso de la acción del Espíritu Santo en la formación y gobierno de la Iglesia; porque su obra principal es la de formar en la tierra a la Esposa del Hijo de Dios, de quien nos vienen todos los bienes. Es la depositaria de una parte de las gracias de este augusto Paráclito que se ha dignado ponerse a su disposición para salvarnos y santificarnos. Por nosotros también la ha hecho católica y visible a las miradas de todos, para que podamos hallarla más fácilmente; por nosotros mantiene en ella la verdad y la santidad para que nos empapemos en estas dos fuentes. Ahora consideremos lo que obra en las almas y en seguida nos hallaremos frente a

[1] San Agustín, de la predestinación de los santos, cap. 15.

su poder creador. ¿No es, acaso, verdadera creación el sacar un alma de la ruina original en que se hallaba sumergida o, lo que es aún más admirable, hacer que un alma, desfigurada por el pecado voluntario y personal, llegue a hacerse en un momento hija adoptiva del Padre celestial y miembro del Hijo de Dios? El Padre y el Hijo se complacen al ver cómo realiza esta obra el Espíritu Santo, que es su amor mutuo. Le han enviado para que obre y proceda como Señor en su misión y donde quiera que reine, reinen también ellos.

El alma elegida ha sido presentada desde la eternidad a la Santísima Trinidad; pero, llegado el momento, el Espíritu desciende. Se apodera de esta alma como de objeto destinado a su amor. El vuelo de la misericordiosa paloma es más rápido que el del águila que cae sobre su presa. Si la voluntad humana no pone resistencia a su acción, ocurrirá a esta alma lo que ocurrió a la misma Iglesia, es decir: que "lo que no era triunfará de lo que era"[1]. Entonces se ven admirables prodigios: "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia"[2].

Hemos visto al Emmanuel conferir a las aguas la virtud de purificar las almas; mas recordemos que, cuando descendió a las ondas del Jordán, vino la paloma a posarse en su cabeza y tomó posesión del elemento regenerador. La

[1] *I Cor.*, I, 28.
[2] *Rom.*, V, 20.

fuente bautismal queda en su poder. "Allí es, nos dice el gran San León, donde preside al nuevo nacimiento del hombre, haciendo fecunda la fuente sagrada como en otra ocasión fecundó el seno de la Virgen, con la diferencia de que el pecado estuvo ausente de la concepción del Hijo de Dios, mientras que el misterioso lavatorio lo destruye en nosotros" [1].

¡Con qué ternura contempla el Espíritu divino esta nueva criatura que sale de las aguas! ¡Con qué amor tan impetuoso entra en ella! Es el don del Dios Altísimo enviado para morar en nosotros. Tiene su habitación en esta alma completamente nueva, ya sea del niño de un día, ya la del adulto cargado de años. Se complace en esta estancia que ambicionó desde la eternidad; la inunda con su fuego y con su luz; y como por naturaleza es inseparable de las otras personas divinas, su presencia es causa de que el Padre y el Hijo vengan a hacer su morada en esta alma [2].

Mas el Espíritu Santo ejerce su propia acción y su misión santificadora, y para comprender la naturaleza de su presencia en el cristiano hay que saber que no se limita tan sólo al alma. El cuerpo forma también parte del hombre y también él participa de la regeneración; por esto el Apóstol, a la vez que nos revela la "mo-

---

[1] Sermón 26, sobre el Nacimiento del Señor, 4.
[2] *Juan*, XIV, 23.

rada" del Espíritu en nosotros [1], nos enseña que nuestros mismos miembros materiales son su templo [2]. Quiere El que sirvan a la justicia y santidad [3]; deposita en ellos un germen de inmoralidad que les preservará de la podredumbre del sepulcro, de suerte que, el día de la resurrección, volverán a aparecer más espiritualizados [4], conservando la señal del espíritu que los ocupó en esta vida mortal.

ADORNA EL ALMA CON LAS VIRTUDES Y DONES. — Siendo, pues, el cristiano morada del Espíritu Santo, no debemos extrañarnos de que este divino Espíritu trate de adornar dignamente la habitación que ha elegido. ¿Qué aderezo más noble que el de las virtudes teologales: la *Fe,* que nos pone en posesión segura y substancial de las verdades divinas que nuestra inteligencia no puede alcanzar; la *Esperanza,* que pone a nuestro alcance el socorro divino que necesitamos y la felicidad eterna que esperamos; la *Caridad,* que nos une a Dios con el lazo más fuerte y dulce? Ahora bien, estas tres virtudes, estos tres medios por los que el hombre regenerado está relacionado con su fin, los debe el cristiano a la presencia del Espíritu Santo, el cual se ha dignado dejar como señal de su ve-

[1] *Rom.,* VIII, 11.
[2] *I Cor.,* VI, 19.
[3] *Rom.,* VI, 19.
[4] *I Cor.,* XV, 44.

nida este triple beneficio, que excede a todos nuestros méritos pasados, presentes y futuros.

Debajo de las tres virtudes teologales pone otras cuatro, que son como los cimientos de la vida moral del hombre: la *Prudencia,* la *Justicia,* la *Fortaleza* y la *Templanza,* cualidades naturales que transforma, adaptándolas al fin sobrenatural del cristiano. Como último adorno que añade a su morada, deposita, finalmente, en ella el sagrado septenario de sus dones, para introducir el movimiento y la vida en las siete virtudes.

COMUNICA LA GRACIA SANTIFICANTE. — Mas estas virtudes y dones que tienden a Dios exigen el elemento superior, que es el medio esencial de la unión con El: elemento indispensable y al que nada puede sustituir, alma del alma, principio vivificante, sin el cual ella no podría ver ni poseer a Dios: es la gracia santificante. ¡Con qué satisfacción la infunde el Espíritu divino en aquella alma en que entra y a la que hace objeto de las divinas complacencias! Entre esta gracia y la presencia del Espíritu Santo existe una estrecha alianza; tanto, que si el alma diese entrada al pecado mortal, el Espíritu dejaría de habitar en esta alma en el mismo momento en que desapareciese la gracia santificante.

... Y LAS GRACIAS ACTUALES. — Vela, también, sobre su herencia y no está nunca ocioso. Las virtudes que ha infundido en esta alma no de-

ben permanecer inertes; es necesario que den fruto de actos virtuosos y que el mérito que adquieran acreciente el poder del elemento fundamental, que fortifique y desarrolle esta gracia santificante que tan estrechamente une al cristiano con Dios. El Espíritu Santo no deja de impulsar al alma para que obre, ya interior, ya exteriormente, por medio de estos toques divinos que la teología llama gracias actuales. Consigue así que su criatura se eleve en el bien y que se enriquezca y se afiance cada día más para que pueda dar gloria a su autor, el cual quiere que sea fecunda y activa.

INSPIRA LA ORACIÓN. — Con esta intención, el Espíritu, que se ha entregado a ella, que habita en ella con ternura tan viva, la empuja a la oración, mediante la cual podrá alcanzarlo todo: luz, fortaleza y éxitos. Pero dice el Apóstol: "¿Sabemos cómo hay que orar?" El mismo responde a esta pregunta valiéndose de su experiencia: "El Espíritu aboga por nosotros con gemidos inefables"[1]. Además, el Espíritu divino se asocia a todas nuestras necesidades, es Dios, y gime como la paloma, para unir sus peticiones a las nuestras. "Grita a Dios en nuestros corazones", dice el mismo Apóstol[2], asegurándonos con su presencia y sus operaciones en

[1] *Rom.*, VIII, 26.
[2] *Galat.*, IV, 6.

nosotros que somos hijos de Dios[1]. ¿Puede haber algo más íntimo y debemos extrañarnos de que Jesús nos haya dicho que para recibir[2] no hay más que pedir, cuando su mismo Espíritu es quien pide en nosotros?

AYUDA A LA ACCIÓN.—Siendo autor de la oración, coopera a la acción poderosamente. Su intimidad con el alma hace que no deje a esta más que la libertad necesaria para el mérito; por lo demás, El la mueve, la sostiene y la dirige, de tal suerte, que ella, a su vez, no tiene más que cooperar a lo que El hace en ella y por ella. En esta acción común del Espíritu y del cristiano, el Padre celestial reconoce a aquellos que le pertenecen, y por esto nos dice el Apóstol: "Aquellos que son guiados por el Espíritu de Dios son hijos de Dios"[3]. ¡Dichosa compañía que lleva al cristiano a la vida eterna y que hace triunfar en él a Jesús, cuyas huellas imprime el Espíritu Santo en su criatura para que sea miembro digno de ser incorporado a su Jefe!

ES ARROJADO POR EL DEMONIO. — Mas, ¡ay!, esta sociedad puede disolverse. Nuestra libertad, que se perfecciona en el cielo, puede ocasionar, y muchas veces ocasiona, la ruptura entre el

1 *Rom.*, VIII, 16.
2 *Luc.*, XI, 9.
3 *Rom.*, VIII, 14.

Espíritu santificador y el hombre santificado. El malvado deseo de independencia y las pasiones que el hombre podría dominar si fuese dócil al Espíritu, hace que el corazón imprudente codicie las cosas que son inferiores a él. Satanás, envidioso del reino del Espíritu, intenta hacer brillar a los ojos de los hombres la engañosa imagen de un bien o de una satisfacción fuera de Dios. El mundo, que es también un espíritu malo, quiere rivalizar con el Espíritu del Padre y del Hijo. Sutil, audaz, activo, llama la atención por su modo de seducir, y nadie podrá contar los naufragios que ha causado. Los cristianos fuimos amonestados por Jesús, que nos declaró que no rogaría por él[1]; y también por el Apóstol, que nos advierte que "no es el espíritu del mundo lo que nosotros hemos recibido, sino el Espíritu de Dios"[2].

Con todo eso, con frecuencia tiene lugar el divorcio entre el hombre y su huésped divino, precedido de ordinario de un enfriamiento de la criatura para con su bienhechor. Una falta de atención, una ligera desobediencia, he ahí los preludios de la ruptura. Entonces tiene lugar en el Espíritu Santo ese disgusto que tan claramente muestra el amor que tiene al alma, y que el Apóstol nos revela tan expresivamente al recomendarnos que no contristemos al espíritu que puso en nosotros la señal de su sello

[1] *Juan*, XVII, 9.
[2] *I Cor.*, II, 12.

el día que nos trajo la redención [1]. Palabra llena de profundo sentimiento y que nos revela la responsabilidad que lleva consigo el pecado venial. La morada del Espíritu Santo en el alma llega a serle causa de amargura, y es de temer una separación; y si, como enseña San Agustín, "El no abandona si no es abandonado", y si la gracia santificante sigue aún, las gracias actuales vienen a ser más escasas y menos eficaces. Mas el colmo de la desgracia tiene lugar con la ruptura del pacto sagrado que unía en alianza tan íntima al alma con el Espíritu divino. El pecado mortal es un acto de grandísima audacia y de cruel ingratitud. Este Espíritu tan lleno de dulzura se ve expulsado del asilo que se había escogido y que tan ricamente había embellecido. Es el colmo del ultraje y no debemos admirarnos de la indignación del Apóstol cuando exclama: "¿Qué suplicio no merece aquel que ha pisoteado al Hijo de Dios, que ha despreciado la sangre de la alianza y hace tal injuria al Espíritu de gracia?" [2].

PREPARA EL ALMA PARA LA CONTRICIÓN. — Con todo eso, esta desoladora situación del cristiano infiel con el Espíritu Santo puede excitar la compasión del que, siendo Dios, nos ha sido enviado para ser nuestro huésped lleno de mansedumbre. ¡Es tan triste el estado del que al

---

[1] *Efes.*, IV, 30.
[2] *Hebr.*, X, 29.

arrojar al Espíritu divino ha perdido el alma de su alma, que ha visto extinguirse en el mismo instante la llama de la gracia santificante y perderse todos los méritos que había conseguido! ¡Cosa admirable y digna de terno reconocimiento! El Espíritu Santo, arrojado del corazón del hombre, intenta volver a entrar en él. Tal es la extensión de misión que ha recibido del Padre y del Hijo. Aquel que es amor y que por amor no quiere que se pierda el despreciable e ingrato gusano que había querido elevar hasta la participación de la naturaleza divina [1].

Se le verá, pues, con una abnegación, cuyo secreto sólo posee el amor, hacer como el asedio de esta alma, hasta que de nuevo se haya apoderado de ella. La atormentará con el terror de la justicia de Dios, la hará sentir la vergüenza y la desgracia donde se precipita quien ha perdido la vida de su alma. La aparta de este modo del mal con estos primeros golpes, que el Santo Concilio de Trento llama "impulsos del Espíritu Santo que mueve al alma desde afuera, sin habitar todavía en ella" [2]. El alma inquieta y descontenta de sí misma acaba por tratar de reconciliarse; rompe los lazos de su esclavitud, y luego el sacramento de la Penitencia infundirá en ella el amor que reanima la vida, completando con esto la justificación. ¿Quién podrá expresar la alegría y el triunfo del Espíritu

[1] *II Pedro*, I, 4.
[2] *Ses.*, 14, cap. IV.

Santo a la nueva entrada en su casa? El Padre y el Hijo vuelven a esta morada manchada poco ha y quizás desde hace tiempo. Todo vuelve a revivir en el alma renovada; la gracia santificante renace en ella como al salir de la pila bautismal. Los méritos adquiridos habían desarrollado su poder, pero les hemos visto naufragar en la tempestad; pero son restituídos por completo, y el Espíritu de vida se alegra al ver que su poder es igual a su amor.

Este cambio tan maravilloso no tiene lugar una sola vez en un siglo; se realiza cada día y cada hora. Tal es la misión del Espíritu Santo. Vino a santificar al hombre y es necesario que lo haga. Vino el Hijo de Dios y se entregó a nosotros. Viendo que éramos presa de Satanás, nos rescató con el precio de su sangre; hizo lo posible para llevarnos a El y a su Padre; y al subir a los cielos para preparar nuestro lugar, en seguida nos envió su mismo Espíritu, para que fuese nuestro segundo Consolador hasta su vuelta. Y he aquí que este auxiliar celestial ha puesto manos a la obra. Deslumbrados por la magnificencia de sus actos, celebremos con efusión el amor con que nos ha tratado, el poder y sabiduría que ha desarrollado en el cumplimiento de su misión. ¡Sea El bendito, glorificado, conocido en este mundo que le debe todo, en la Iglesia, de la que es el alma, y en los millones de corazones que desea habitar para salvarlos y hacerlos eternamente felices!

Este día está consagrado al ayuno como el miércoles anterior. Mañana tendrá lugar la ordenación de sacerdotes y ministros sagrados. Es necesario instar más vivamente a Dios para alcanzar de El que la efusión de la gracia sea tan abundante como augusto y permanente será el carácter que el Espíritu imprimirá en los que le sean presentados.

En Roma, la Estación tiene lugar hoy en la basílica de los doce Apóstoles, donde están las reliquias de San Felipe y de Santiago el Menor. Nunca será más a propósito recordar a los moradores del Cenáculo que en estos días que toda la Iglesia los saluda como a los primeros huéspedes del Espíritu Santo.

EL DON DE ENTENDIMIENTO

Este sexto don del Espíritu Santo hace que el alma entre en camino superior a aquel por el que hasta ahora marchaba. Los cinco primeros dones tienen como objeto la acción. El Temor de Dios coloca al hombre en su grada, humillándole; la Piedad abre su corazón a los afectos divinos; la Ciencia hace que distinga el camino de la salvación del camino de la perdición; la Fortaleza la prepara para el combate; el Consejo le dirije en sus pensamientos y en sus obras; con esto puede obrar ya y proseguir su camino con la esperanza de llegar al término.

Mas la bondad del Espíritu divino la guarda otros favores aún. Ha determinado hacerla disfrutar en esta vida de un goce anticipado de la felicidad que la reserva en la otra. De esta manera afianzará su marcha, animará su valor y recompensará sus esfuerzos. La vía de la contemplación estará para ella abierta de par en par y el Espíritu divino la introducirá en ella por medio del Entendimiento.

Al oír la palabra contemplación, muchos, quizá, se inquieten, falsamente persuadidos de que lo que esa palabra significa no puede hallarse sino en las especiales condiciones de una vida pasada en el retiro y lejos del trato de los hombres. He aquí un grave y peligroso error, que a menudo retiene el vuelo de las almas. La contemplación es el estado a que, en cierta medida, está llamada toda alma que busca a Dios. No consiste ella en los fenómenos que el Espíritu Santo quiere manifestar en algunas personas privilegiadas, que destina a gustar la realidad de la vida sobrenatural. Sencillamente, consiste en las relaciones más íntimas que hay entre Dios y el alma que le es fiel en la acción; si no pone obstáculo, a esa alma la están reservados dos favores, el primero de los cuales es el don de Entendimiento, que consiste en la iluminación del Espíritu alumbrado en adelante con una luz superior.

Esta luz no quita la fe, sino que esclarece los ojos del alma fortificándola y la da una vista

más profunda de las cosas divinas. Se disipan muchas nubes que provenían de la flaqueza y tosquedad del alma no iniciada aún. La belleza encantadora de los misterios que no se sentía sino de un modo vago se revela y aparecen inefables e insospechadas armonías. No se trata de la visión cara a cara reservada para la eternidad, pero tampoco el débil resplandor que dirigía los pasos. Un conjunto de analogías, de conveniencias que sucesivamente aparecen a los ojos del espíritu producen una certeza muy suave. El alma se dilata en los destellos luminosos que son enriquecidos por la fe, acrecentados por la esperanza y desarrollados por el amor. Todo la parece nuevo; y al mirar hacia atrás, hace comparaciones y ve claramente que la verdad, siempre la misma, es comprendida por ella entonces de manera incomparablemente más completa.

El relato de los Evangelios la impresiona más; encuentra en las palabras del Salvador un sabor que hasta entonces no había gustado. Comprende con más claridad el fin que se ha propuesto en la institución de los Sacramentos. La Sagrada Liturgia la mueve con sus augustas fórmulas y sus ritos tan profundos. La lectura de las vidas de los santos la atraen; y nada la extraña de sus sentimientos y acciones; saborea sus escritos más que todos los otros, y siente aumento de bienestar espiritual tratan-

do con estos amigos de Dios. Abrumada con toda clase de ocupaciones, la antorcha divina la guía para cumplir con cada uno. Las virtudes tan varias que debe practicar se hermanan en su conducta; ninguna de ellas es sacrificada a la otra, puesto que ve la armonía que debe reinar entre ellas. Está tan lejos del escrúpulo como de la relajación y atenta siempre a reparar en seguida las pérdidas que ha podido tener. Algunas veces el mismo Espíritu divino la instruye con una palabra interior que su alma escucha e ilumina su situación con nuevos horizontes.

Desde entonces el mundo y sus falsos errores son tenidos por lo que son y el alma se purifica por lo demás del apego y satisfacción que podía tener aún por ellos. Donde no hay más que grandezas y hermosuras naturales aparece mezquino y miserable a la mirada de aquel a quien el Espíritu Santo dirige a las grandezas y hermosuras divinas y eternas. Un solo aspecto salva de su condenación a este mundo exterior que deslumbra al hombre carnal: la criatura visible que manifiesta la hermosura divina y es susceptible de servir a la gloria de su autor. El alma aprende a usar de ella con hacimiento de gracias, sobrenaturalizándola y glorificando con el Rey Profeta, al que imprimió los rasgos de su hermosura en la multitud de seres que con frecuencia son causa de la perdición del hom-

bre, aunque fueron determinados a ser escalas que le conducirían a Dios.

Además, el don de Entendimiento da a conocer al alma el conocimiento de su propio camino. La hace comprender la sabiduría y misericordia de los planes de lo alto que frecuentemente la humillaron y condujeron por donde ella no pensaba caminar. Ve que, si hubiese sido dueña de su misma existencia, habría errado su fin, y que Dios se le ha hecho alcanzar, ocultándole desde un principio los designios de su Paternal Sabiduría. Ahora es feliz, porque goza de paz, y su corazón es pequeño para dar gracias a Dios que la conduce al término sin consultarla. Si por casualidad tuviere que aconsejar o dirigir, bien por deber o por caridad, se puede confiar en ella; el don de Entendimiento lo explota por igual para sí misma como para los demás. No da lecciones, con todo eso, a quien no se las pide; pero si alguno la pregunta, responde, y sus respuestas son tan luminosas como la llama que las alienta.

Así es el don de Entendimiento, luz del alma cristiana, y cuya acción se deja sentir en ella en proporción a su fidelidad en el uso de los demás dones. Se conserva por medio de la humildad, de la continencia y el recogimiento interior. La disipación, en cambio, detiene su desarrollo y hasta podría ahogarle. En la vida ocupada y cargada de deberes, aun en medio de forzosas distracciones a las que el alma se entrega

sin dejarse avasallar por ellas, el alma fiel puede conservarse recogida. Sea siempre sencilla, sea pequeña a sus propios ojos y lo que Dios oculta a los soberbios y manifiesta a los humildes [1] la será revelado y permanecerá en ella.

Nadie pone en duda que semejante don es una ayuda inmensa para la salvación y santificación del alma. Debemos pedírselo al Espíritu Santo de todo corazón, estando plenamente convencidos de que le obtendremos más bien que por el esfuerzo de nuestro espíritu, por el ardor de nuestro corazón. Es cierto que la luz divina, objeto de este don, se asienta en el entendimiento, pero su efusión proviene más bien de la voluntad inflamada por el fuego de la caridad, según dijo Isaías: "Creed, y tendréis entendimiento" [2]. Dirijámonos al Espíritu Santo y, sirviéndonos de las palabras de David, digámosle: "Abre mis ojos y contemplaré las maravillas de tus preceptos; dame inteligencia y tendré vida" [3]. Instruídos por el Apóstol, expresemos nuestra súplica de manera más apremiante apropiándonos la oración que él dirige a su Padre Celestial en favor de los fieles de Efeso, cuando implora para los mismos: el Espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de El, iluminando los ojos de vuestro corazón.

[1] *Lucas*, X, 21.
[2] *Isaías*, VI, 9, citado también por los Padres griegos y latinos.
[3] *Ps.*, CXVIII.

Con esto entenderéis cuál es la esperanza a que os ha llamado, cuáles las riquezas y la gloria de la herencia otorgada a los santos [1].

SABADO DE PENTECOSTES

EL ESPIRITU SANTO Y LA SANTIDAD

Hemos contemplado admirados la adhesión inefable y la constancia divina con que el Espíritu Santo ejerce su misión en las almas; nos quedan por añadir todavía algunos rasgos para completar la idea de las maravillas de poder y de amor que ejecuta este divino huésped en el hombre que no cierra las puertas de su corazón a su influencia. Pero antes de ir más lejos, experimentamos la necesidad de tranquilizar a aquellos que, al oír los prodigios de bondad que realiza en nuestro favor y el misterio de su presencia continua en medio de nosotros, temiesen que el que ha descendido para consolarnos de la ausencia de nuestro Redentor, suplante nuestro amor a expensas de aquel que, "siendo de la sustancia de Dios, no reputó codiciable tesoro mantenerse igual a Dios, antes se anonadó tomando la forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres" [2].

La falta de instrucción cristiana en muchos de los fieles de la actualidad es causa de que el

[1] *Eph.*, I, 17-18.
[2] *Filip.*, II, 6-7.

dogma del Espíritu Santo sea conocido de una manera vaga, y ún podríamos decir que se desconozca su acción especial en la Iglesia y en las almas. Por otra parte, estos fieles conocen y honran con laudable devoción los Misterios de la Encarnación y Redención de Nuestro Señor Jesucristo, pero se diría que aguardan la eternidad para aprender en qué son deudores al Espíritu Santo.

Así, pues, les diremos que la misión del Espíritu Santo está tan lejos de hacernos olvidar lo que debemos a nuestro Salvador, que su presencia entre nosotros y con nosotros es el don supremo de la ternura del que se dignó ser clavado en la cruz. El recuerdo que conservamos de estos misterios, ¿quién lo produce y conserva en nuestros corazones sino el Espíritu Santo? Y el fin de sus solicitudes en nuestra alma, ¿no es formar en nosotros a Cristo, el hombre nuevo para poder ser incorporados con él eternamente como miembros suyos? El amor que tenemos a Jesús es inseparable del que debemos al Espíritu Santo, así como el culto ferviente de este Espíritu nos une estrechamente al Hijo de Dios del que procede y quien nos lo donó. Nos conmueve y enternece el pensamiento de los dolores de Jesús, y es natural; pero sería indigno permanecer insensibles a las resistencias, a los desprecios y a las traiciones continuas de que es objeto el Espíritu Santo en las almas. Somos todos hijos del Padre Ce-

lestial: pero ¡ojalá comprendiéramos desde este mundo que somos deudores de ello a la abnegación de las dos divinas personas que han hecho que lo fuésemos a costa de su gloria!

FORMA EN NOSOTROS A CRISTO. — Después de esta digresión, que nos ha parecido oportuna, continuemos describiendo las operaciones del Espíritu Santo en el alma del hombre. Como acabamos de decir, su fin es formar en nosotros a Jesucristo por medio de la imitación de sus sentimientos y de sus actos. ¿Quién conoce mejor que este divino Espíritu las disposiciones de Jesús, cuya humanidad santísima produjo en las entrañas de María, de Jesús, de quien se posesionó y con quien habitó plenamente, a quien asistió y dirigió en todo por medio de una gracia proporcionada a la dignidad de esta naturaleza humana unida personalmente a la divinidad? Su deseo es reproducir una copia fiel de él, en cuanto que la debilidad y exigüidad de nuestra humilde personalidad, herida por el pecado original, se lo permitiere.

PURIFICA LA NATURALEZA. — Sin embargo, de eso el Espíritu Santo obtiene en esta obra digna de Dios nobles y felices resultados. Le hemos visto disputando con el pecado y con Satanás la herencia rescatada por el Hijo de Dios; considerémosle trabajando con éxito en la "consumación de los santos", según expresión del

Apóstol [1]. Se posesiona de ellos en un estado de degradación general, les aplica en seguida los medios ordinarios de santificación; pero resuelto a hacerles alcanzar el límite posible a sus fuerzas del bien y de la virtud, desarrolla su obra con ardor divino. La naturaleza está en su presencia: naturaleza caída, infestada con el virus de la muerte; pero naturaleza que conserva todavía cierta semejanza con su Criador, del que conserva señales en su ruina. El Espíritu viene, pues, a destruir la naturaleza impura y enferma y al mismo tiempo a elevar, purificando, a la que el veneno no contaminó mortalmente. Es necesario, en obra tan delicada y trabajosa, emplear hierro y fuego como hábil médico, y ¡cosa admirable!, saca el socorro del enfermo mismo para aplicarle el remedio que sólo puede curarle. Así como no salva al pecador sin él, así no santifica al santo sin ser ayudado con su cooperación. Pero anima y sostiene su valor por medio de mil cuidados de su gracia y la naturaleza corrompida va insensiblemente perdiendo terreno en esta alma, lo que permanecía intacto va transformándose en Cristo y la gracia logra reinar en el hombre entero.

Desarrolla las virtudes.—Las virtudes no están ya inertas o débilmente desarrolladas en este cristiano; se las ve adquirir nuevo vigor de

1 *Efesios*, IV, 12.

día en día. El Espíritu no consiente que una sola quede rezagada; muestra constantemente a su discípulo a Jesús, tipo ideal, que posee la virtud plena y perfecta. Algunas veces hace sentir al alma su impotencia para que ésta se humille; la deja expuesta a las repugnancias y a la tentación; pero entonces es cuando la asiste con más esmero. Es necesario que luche, como es necesario que sufra; sin embargo de eso, el Espíritu la ama con ternura y tiene consideración con sus fuerzas aún cuando la prueba. ¡Qué cosa tan magnífica ver que un ser limitado y caído reproduzca el sumo de la santidad! Con frecuencia desfallece el ánimo en tal obra y puede darse un traspiés; pero el pecado o la imperfección no pueden resistir al amor que el Espíritu divino alimenta con particular cuidado en este corazón, que consumirá pronto estas escorias y cuya llama no apagándose nunca.

COMUNICA LA VIDA DIVINA. — La vida humana desaparece; mas Cristo vive en este hombre nuevo como este hombre vive en Cristo[1]. La oración llega a ser su elemento, porque en ella siente el lazo que le estrecha con Jesús y que este lazo se estrecha cada vez más. El Espíritu muestra al alma nuevas sendas para que encuentre a su bien soberano en la oración. Para ello, prepara los grados como en una escala que comienza en la tierra y cuya cima se oculta en

[1] *Psal.*, II, 20.

lo alto de los cielos. ¿Quién podrá contar los favores divinos hacia aquel que, habiéndose librado de la estima y del amor de sí mismo no aspira a otra cosa, en la unidad y sencillez de su vida, que contemplar y gozar de Dios, que engolfarse en él eternamente? Toda la Santísima Trinidad toma parte en la obra del Espíritu Santo. El Padre deja sentir en esta alma los abrazos de su ternura paternal; el Hijo no puede contener el ímpetu de su amor hacia ella, y el Espíritu Santo la inunda cada vez más de luces y consuelos.

Es el introductor en la familia del cielo. — La corte celestial que contempla todo lo que se relaciona con el hombre, que exulta de alegría por un solo pecador que hace penitencia [1], ha visto este hermoso espectáculo, le sigue con indecible amor y alaba al Espíritu que sabe obrar tales prodigios en una naturaleza corruptible. María, en su alegría maternal, hace acto de presencia algunas veces en el nuevo hijo que la ha nacido; los ángeles se muestran a las miradas de este hermano, digno ahora de su sociedad, y los santos que estuvieron sujetos al cuerpo, traban estrecha amistad con aquel a quien esperan que llegará dentro de poco a la mansión de la gloria. ¿Qué de extraño tiene que este hijo del Espíritu divino no haga más que extender la mano para suspender con frecuen-

[1] *S. Lucas*, XV, 7.

cia las leyes de la naturaleza y consolar a sus hermanos del mundo en sus sufrimientos o necesidades? ¿Acaso no les ama con amor que procede de la fuente infinita del amor, con amor que no está sujeto al egoísmo y a las tristes recaídas a las que está sujeto aquel en quien Dios no reina?

COMPLETA LA SANTIDAD. — Pero no perdamos de vista el punto culminante de esta vida maravillosa, más frecuente de lo que piensan los hombres mundanos y disipados. Aquí aparece el valor de los méritos de Jesús y el amor hacia la criatura a la vez que la energía divina del Espíritu Santo. Esta alma está llamada a las nupcias y estas nupcias no se reservarán para la eternidad. En esta vida, bajo el horizonte estrecho del mundo pasajero deben realizarse. Jesús desea unirse a la Esposa que conquistó con su sangre y su Esposa no es solamente su amada Iglesia, sino también esta alma que hace algunos años no existía, esta alma que permanece oculta a los ojos de los hombres, pero cuya "hermosura codició él"[1]. Es autor de esta belleza que, al mismo tiempo, es obra del Espíritu Santo; no reposará hasta que no se haya unido con ella. Entonces se realizará en un alma lo que hemos visto obrar en la misma Iglesia. El la prepara, la asienta en la unidad, la consolida

[1] *Psal.*, XLIV.

en la verdad, consuma en la santidad; entonces el "Espíritu y la Esposa dicen: Ven"[1].

Se necesitaría todo un volumen para describir la acción del Espíritu divino en los santos y nosotros no hemos podido trazar más que un corto y tosco esbozo. Sin embargo de eso, este ensayo tan incompleto, además de ser necesario para terminar de describir, aunque sea brevemente el carácter completo de la misión del Espíritu Santo sobre la tierra conforme a las enseñanzas de las Escrituras y a la doctrina de la Teología dogmática y mística, podrá servir para dirigir al lector en el estudio e inteligencia de la vida de los Santos. En el curso de este "año Litúrgico", en el que los nombres y las obras de los amigos de Dios son evocados y celebrados tan frecuentemente por la misma Iglesia, no se podía dejar de proclamar la gloria de este Espíritu santificador.

El Espíritu Santo en María. — No daremos fin a este último día del tiempo pascual, a la vez que punto final de la octava de Pentecostés, si no ofreciésemos a la reina de los ángeles el homenaje debido y si no glorificásemos al Espíritu Santo por todas las grandes obras que realizó en ella. Adornada por él, después de la humanidad de nuestro Redentor, de todos los dones que podían acercarla, cuanto era posible a una criatura, a la naturaleza divina a la que la

[1] *Apocal.*, XXII, 17.

Encarnación la había unido, el alma, la persona toda de María fué favorecida en el orden de la gracia más que todas las creaturas juntas. No podía ser de otro modo, y se concebirá por poco que se pretenda sondear por medio del pensamiento el abismo de grandezas y de santidad que representa la Madre de Dios. María forma ella sola un mundo aparte en el orden de la gracia. Hubo un tiempo en que ella sola fué la Iglesia de Jesús. Primeramente fué enviado el Espíritu para ella sola, y la llenó de gracia en el mismo instante de su inmaculada concepción. Esta gracia se desarrolló en ella por la acción continua del Espíritu hasta hacerla digna, en cuanto era posible, a una criatura, de concebir y dar a luz al mismo Hijo de Dios que se hizo también suyo. En estos días de Pentecostés hemos visto al Espíritu Santo enriquecerla con nuevos dones, prepararla para una nueva misión; al ver tantas maravillas, nuestro corazón no puede contener el ardor de su admiración ni el de su reconocimiento hacia el Paráclito que se dignó portarse con tanta magnificencia con la Madre de los hombres.

Pero tampoco podemos menos de celebrar, con verdadero entusiasmo, la fidelidad absoluta de la amada del Espíritu a todas las gracias que derramó sobre ella. Ni una sola se ha perdido, ni una sola ha sido devuelta sin producir su obra, como sucede algunas veces en las almas más santas. Desde un principio fué "como la

aurora naciente" [1]. y el astro de su santidad no cesó de elevarse hacia un mediodía, que en ella no tendría ocaso. Aún no había venido el arcángel a anunciarla que concebiría al Hijo del Altísimo, y, como nos enseñan los Santos Padres, había ya concebido en su alma al Verbo eterno. El la poseía como su Esposa antes de haberla llamado a ser su Madre. Si pudo Jesús decir, hablando de un alma que había tenido necesidad de la regeneración: "quien me buscare me encontrará en corazón de Gertrudis", ¡cuál sería la identificación de los sentimientos de María con los del Hijo de Dios y qué estrecha su unión con El! Crueles pruebas la aguardaban en este mundo, pero fué más fuerte que la tribulación, y cuando llegó el momento en que debía sacrificarse en un mismo holocausto con su Hijo, se encontró dispuesta. Después de la Ascensión de Jesús, el Consolador descendió sobre ella; descubrió a sus ojos una nueva senda; para recorrerla era necesario que María aceptase el largo destierro lejos de la patria donde reinaba ya su Hijo; no dudó, se mostró siempre la esclava del Señor, y no deseó otra cosa que cumplir en todo su voluntad.

El triunfo, pues, del Espíritu Santo en María fué completo; por magníficos que hayan sido sus adelantos, siempre ha respondido a ellos. El título sublime de Madre de Dios a que fué des-

[1] *Cant.*, VI, 9.

tinada exigían para ella gracias incomparables: las recibió y las hizo fructificar. En la obra de la "consumación de los santos y para la edificación del cuerpo de Cristo" [1] el Espíritu divino preparó para María, en premio de su fidelidad, y a causa de su dignidad incomparable, el lugar que la convenía. Sabemos que su Hijo es la cabeza del cuerpo de innumerables elegidos, que se agrupan armoniosamente en torno suyo. En este grupo de predestinados, nuestra augusta reina, según la Teología Mariana, representa el cuello que está íntimamente unida a la cabeza y por el que la cabeza comunica al resto del cuerpo el movimiento y la vida. No es ella el principal agente, pero por ella influye ese agente en cada uno de los miembros. Su unión, como es natural, es inmediata a la cabeza, pues ninguna creatura más que ella ha tenido ni tendrá más íntima relación con el Verbo Encarnado; pero todas las gracias y favores que descienden sobre nosotros, todo lo que nos vivifica e ilumina, procede de su Hijo mediante ella.

De aquí proviene la acción general de María en la Iglesia y su acción particular en cada fiel. Ella nos une a todos a su Hijo, el cual nos une a la divinidad. El Padre nos envió a su Hijo, éste escogió Madre entre nosotros y el Espíritu Santo, haciendo fecunda la virginidad de esta Madre, consumó la reunión del hombre

---

[1] *Ef.*, IV, 12.

y de todas las creaturas con Dios. Esta reunión es el fin que Dios se propuso al crear los seres, y ahora que el Hijo ha sido glorificado y ha descendido el Espíritu, conocemos el pensamiento divino. Más favorecidos que las generaciones anteriores al día de Pentecostés, poseemos, no en promesa, sino en realidad, un Hermano que está coronado con la diadema de la divinidad, un Consolador que permanece con nosotros hasta la consumación de los siglos para alumbrar el camino y mantenernos en él, una Madre, intercesora omnipotente, una Iglesia, también madre, por la que participamos de todos estos bienes.

La Estación, en Roma, es en la basílica de San Pedro. En este santuario aparecían por última vez hoy los neófitos de Pentecostés revestidos con sus túnicas blancas y se presentaban al Pontífice como los últimos corderos de la Pascua, que termina en este día.

Ahora es célebre este día por la solemnidad de las órdenes. El ayuno y la oración que la Iglesia ha impuesto a sus hijos durante tres días tiene por objeto volver al cielo propicio, y debemos esperar que el Espíritu Santo, que ungirá a los nuevos sacerdotes y a los nuevos ministros con el sello inmortal del Sacramento, obrará con toda la plenitud de su bondad y de su poder; pues no solamente inicia en este día

a los que van a recibir tan sublime carácter, sino también obra la salvación de tantas almas como serán confiadas a sus cuidados.

EL DON DE SABIDURIA

El segundo favor que tiene destinado el Espíritu divino para el alma que le es fiel en su acción es el don de Sabiduría superior aún al de Entendimiento. Con todo eso, está unido a este último en cierto sentido, pues el objeto mostrado al entendimiento es gustado y poseído por el don de Sabiduría. El salmista, al invitar al hombre a acercarse a Dios, le recomienda guste del soberano bien: "Gustad, dice, y experimentaréis que el Señor es suave"[1]. La Iglesia, el mismo día de Pentecostés, pide a Dios que gustemos el bien, *recta sapere,* pues la unión del alma con Dios es más bien sensación de gusto que contemplación, incompatible ésta en nuestro estado actual. La luz que derrama el don de Entendimiento no es inmediata, alegra vivamente al alma y dirige su sentido a la verdad; pero tiende a completarse por el don de Sabiduría, que viene a ser su fin.

El Entendimiento es, pues, iluminación; la Sabiduría es unión. Ahora bien, la unión con el Bien supremo se realiza por medio de la voluntad, es decir, por el amor que se asienta en la voluntad. Notamos esta progresión en las jerar-

[1] *Ps.,* XXXIII, 9.

quías angélicas. El Querubín brilla por su inteligencia, pero sobre él está el Serafín, hoguera de amor. El amor es ardiente en el Querubín como el entendimiento ilumina con su clara luz al Serafín; pero se diferencia el uno del otro por su cualidad dominante, y es mayor el que está unido más íntimamente a la divinidad por el amor, aquel que gusta el soberano bien.

El séptimo don está adornado con el hermoso nombre de don de Sabiduría, y este nombre le viene de la Sabiduría eterna a la que aquel tiende a asemejarse por el ardor del afecto. Esta Sabiduría increada que permite al hombre gustar de ella en este valle de lágrimas es el Verbo divino, aquel mismo a quien llama el Apóstol "el esplendor de la gloria del Padre y figura de su sustancia"[1]; aquel que nos envió el Espíritu para santificarnos y conducirnos a él, de suerte que la obra más grande de este divino Espíritu es procurar nuestra unión con aquel que, siendo Dios, se hizo carne y se hizo obediente hasta la muerte y muerte de cruz[2]. Jesús, por medio de los misterios realizados en su humanidad, ha hecho que tomemos parte en su divinidad; por la fe esclarecida por la Inteligencia sobrenatural "vemos su gloria, que es la del hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad"[3], y así como él participó de nuestra

[1] *Hebr.*, I, 3.
[2] *Philip.*, II, 8.
[3] *S. Juan*, I, 14.

humilde naturaleza humana, así también él, Sabiduría increada, da a gustar desde este mundo esta Sabiduría creada que el Espíritu Santo derrama en nosotros como su más excelente don.

¡Dichoso aquel que goza de esta preciosa Sabiduría, que revela al alma la dulzura de Dios y de lo que pertenece a Dios! "El hombre animal no percibe las cosas del Espíritu de Dios", nos dice el Apóstol [1]; para gozar de este don es preciso hacerse espiritual, entregarse dócilmente al deseo del Espíritu, y le sucederá como a otros que, después de haber sido como él, esclavos de la carne, fueron libertados de ella por la docilidad al Espíritu divino, que los buscó y encontró.

El hombre, algo elevado, pero de espíritu mundano, no puede comprender ni el objeto del don de Sabiduría ni lo que entraña el don de Entendimiento. Juzga y critica a los que han recibido estos dones; dichosos ellos si no se les opone, si no les persigue. Jesús lo dijo expresamente: "El mundo no puede recibir al Espíritu de verdad, pues no le ve ni le conoce" [2]. Bien saben los que tienen la dicha de tender al bien supremo que es necesario conservarse libres totalmente del Espíritu profano, enemigo personal del Espíritu de Dios. Desligados de esta cadena, podrán elevarse hasta la Sabiduría.

---

[1] *I Cor.*, II, 14.
[2] *S. Juan*, XIV, 17.

Este don tiene por objeto primero procurar gran vigor al alma y fortificar sus potencias. La vida entera está tonificada por él, como sucede a los que comen lo que les conviene. No hay contradicción ninguna entre Dios y el alma, y he aquí porqué la unión de ambos es fácil. "Donde está el Espíritu de Dios allí se encuentra la libertad", dice el Apóstol [1]. Todo es fácil para el alma, bajo la acción del Espíritu de Sabiduría. Las cosas contrarias a la naturaleza, lejos de amilanarla, se le hacen suaves y al corazón no lo aterra ya tanto el sufrimiento. No solamente no se puede decir que Dios se halla lejos del alma a quien el Espíritu Santo ha colocado en tal disposición, sino que es evidente la unión de ambos. Ha de cuidar, sin embargo, de tener humildad; pues el orgullo puede apoderarse de ella y su caída será tanto mayor, cuanto mayor hubiese sido su elevación.

Roguemos al Espíritu divino y pidámosle que no nos rehuse este precioso don de Sabiduría que nos llevará a Jesús, Sabiduría infinita. Un sabio de la antigua ley aspiraba a este favor al escribir estas palabras, cuyo sentido perfecto sólo percibe el cristiano: "Oré y se me dió la prudencia; invoqué al Señor y vino sobre mí el espíritu de Sabiduría [2]. Es necesario pedirlo con instancia. En el Nuevo Testamento, el apóstol Santiago nos invita a ello con apre-

---

[1] *II Cor.*, III, 17.
[2] *Sap.*, VII, 7.

miantes exhortaciones: "Si alguno de vosotros, dice, necesita Sabiduría, pídasela a Dios, que a todos da con largueza y sin arrepentirse de sus dones; pídala con fe y sin vacilar"[1]. Aprovechándonos de esta invitación del Apóstol, oh Espíritu divino, nos atrevemos a decirte: "Tú, que procedes del Padre y de la Sabiduría, danos la Sabiduría. El que es la Sabiduría te envió a nosotros para que nos congregaras con él. Elévanos y únenos a aquel que asumió nuestra débil naturaleza. Sé el lazo que nos estreche por siempre con Jesús, medio sagrado de la unidad, y aquel que es Poder, el Padre, nos adoptará por herederos supos y coherederos de su Hijo[2].

CONCLUSION

La serie sucesiva de Misterios ha terminado ya, y el calendario movible de la Liturgia tocó su fin. Recorrimos el tiempo de Adviento, cuatro semanas que representan los millares empleados por el género humano en implorar del Padre el advenimiento de su Hijo. Por fin, Emmanuel desciende; todos nos asociamos a las alegrías de su nacimiento, a los dolores de su pasión, a la gloria de su Resurrección y al triunfo de su Ascensión. Por fin bajó sobre nosotros el Espí-

---

1 *S. Jacob,* I, 5.
2 *Rom.,* VIII, 17.

ritu divino y sabemos que permanecerá con nosotros hasta el fin de los siglos. La Iglesia nos ha acompañado en todo el curso de este drama inmenso de nuestra salvación. Cada día nos lo aclaraban sus cánticos y ceremonias y de este modo pudimos seguir y comprender todo. ¡Bendita esta Madre por cuyos cuidados fuimos iniciados en tantas maravillas que despertaron nuestra inteligencia y caldearon nuestros corazones! Bendita la Sagrada Liturgia, fuente de tantos consuelos y de tantos esfuerzos. Ahora nos falta terminar el calendario en su parte movible. Preparémonos, pues, a marchar de nuevo contando con que el Espíritu Santo dirigirá nuestros pasos y continuará abriéndonos, por medio de la Liturgia, cuyo inspirador es, los tesoros de la doctrina y el ejemplo.

PROPIO DE LOS SANTOS

9 DE ABRIL

SANTA CASILDA, VIRGEN

Muchas iglesias de España celebran en este día la fiesta de Santa Casilda, princesa mora, hija del rey Almamún de Toledo. Habiéndose convertido a la fe cristiana, se retiró a hacer vida penitente y solitaria a un país montañoso del este de Burgos, en la región de la Bureba. Allí se levanta en su honor un hermoso santuario en el cual se venera su cuerpo incorrupto. Murió alrededor del año 1100.

Se la representa con un montón de rosas en la falda para recordar el milagro de los panes que solía llevar a los prisioneros cristianos y que un día, ante la severa vigilancia de su padre se convirtieron en rosas. Acuden muchos peregrinos a su santuario en demanda de gracias, sobre todo el día de su fiesta, atraídos por la fama de la laguna de San Vicente situada al pie del santuario. La devota Casilda acudió precisa-

mente a aquel lugar para buscar, en el baño de la laguna, la salud que tenía quebrantada, y habiendo logrado su deseo quedóse allí para servir al Señor, honrar a San Vicente y asegurar su virtud contra las insidias de sus compatriotas los mahometanos.

11 DE ABRIL

SAN LEON PAPA Y DOCTOR DE LA IGLESIA

El defensor del dogma de la Encarnación. — El calendario litúrgico nos muestra hoy uno de los nombres más ilustres de la Iglesia: San León el Grande. Merecieron este título sus nobles desvelos en pro de la ilustración de la fe de los pueblos en el misterio de la Encarnación del Hijo de Dios. La Iglesia había alcanzado victoria de las herejías que habían atacado el dogma de la Santísima Trinidad; entonces el infierno entero se conjuró contra el dogma de Dios hecho Hombre. Un Obispo de Constantinopla, Nestorio, negó la unidad de persona en Cristo al separar en El al Dios del Hombre. El concilio de Efeso condenó esta herejía que hacía nula la Redención.

Otra nueva herejía opuesta a la primera, y no menos destructora del Cristianismo tardó poco en aparecer. El monje Eutiques sostuvo que, en la Encarnación, la naturaleza divina había absorbido a la naturaleza humana; y este error se propagó con pasmosa rapidez. La Iglesia necesi-

taba un doctor que resumiese con precisión y autoridad el dogma fundamental de nuestras esperanzas. Vino entonces León y desde la cátedra apostólica, donde le había colocado el Espíritu Santo, proclamó con elocuencia y claridad nunca igualadas la fórmula de la fe antigua, siempre la misma, pero resplandeciente ahora con nuevo fulgor. El Concilio de Calcedonia, reunido para condenar el sistema impío de Eutiques, admirado exclamó: "Pedro ha hablado por boca de León", y quince siglos no han podido borrar en la Iglesia oriental el fervor que despertaron las doctrinas dadas por San León a toda la Iglesia.

El defensor de Roma. — El Occidente, víctima de todas las calamidades por la invasión de los bárbaros, veía desplomarse los últimos restos del imperio, y Atila, el azote de Dios, se apostaba a las puertas de Roma. Ante la majestad de San León el bárbaro retrocedió, como la herejía ante la autoridad de su palabra. El caudillo de los hunos, que había hecho ceder a su paso los más temibles baluartes, conferenció con el Pontífice a orillas del Mincio y se comprometió a no entrar en Roma. La calma y la majestad de León, que afrontaba sin miedo al más irreductible azote del imperio y exponía su vida por sus ovejas, atemorizaron al bárbaro. Vió al mismo tiempo en el aire al Apóstol Pedro que, en forma de ilustre personaje, protegía al intercesor de Roma. Hubo

en Atila terror y admiración a la vez. ¡Momento sublime en el que aparece un mundo nuevo! El Pontífice, sin armas, afronta las violencias del bárbaro; el bárbaro se conmueve al ver una abnegación incomprensible para él; el cielo interviene para que esta naturaleza feroz se abata ante la fuerza moral. El acto de abnegación que León ejecutó expresa en resumen lo que en varios siglos después se vió obrar en toda Europa; pero con ello la aureola del Pontífice no pierde nada de su fulgor.

El orador. — Para que no faltase a León ningún género de gloria, el Espíritu Santo le dotó de una elocuencia que podíamos llamar papal; tan impregnada estaba de majestad y grandeza. El latín decadente encuentra en él acentos y giros que evocan muchas veces el período de su apogeo; y el dogma cristiano formulado en estilo noble y nutrido con la más pura savia apostólica, resplandece en él con maravilloso fulgor. León celebró, en sus memorables discursos, a Cristo resucitado, invitando a sus fieles a resucitar con él. Hizo resaltar, entre otros períodos del año litúrgico, el que actualmente recorremos, al decir: "Los días que pasan entre la Resurrección del Señor y su Ascensión, no fueron días ociosos, pues en ellos se confirmaron los Sacramentos y fueron revelados los grandes misterios"[1].

[1] Sermón 73.

VIDA. — San León nació en Roma entre 390 y 400. Primeramente diácono en el Pontificado del Papa Celestino, pronto llegó a ser arcediano de Roma, y fué elegido papa al morir Sixto III. Su consagración tuvo lugar el 27 de septiembre de 440. Durante su pontificado se consagró con ardor a la instrucción del pueblo por medio de sermones muy sencillos y muy dogmáticos, por su celo en preservarle de los errores maniqueos y pelagianos, y condenando en el Concilio de Calcedonia en 451, a Eutiques y el Monofisitismo. En 452 salió al encuentro de Atila, que amenazaba a Roma, y le movió a salir de Italia. No pudo impedir que, en 455, Genserico y sus Vándalos tomasen y devastasen Roma: pero, gracias a sus ruegos, los bárbaros perdonaron la vida de los habitantes y respetaron los principales monumentos de la ciudad. San León murió en 461 y fué sepultado en S. Pedro del Vaticano. En 1751, Benedicto XIV le proclamó doctor de la Iglesia.

ORACIÓN A CRISTO. — Gloria a ti, Cristo, León de la tribu de Judá, que suscitaste en tu Iglesia un León para defenderla en los días que la fe corría riesgo inminente de perderse. Encargaste a Pedro confirmar en ella a sus hermanos; y nosotros hemos visto a León, en quien vivía Pedro, cumplir este oficio con autoridad soberana. Hemos oído resonar la voz del Concilio que, acatando la doctrina de León, proclamaba el beneficio señalado que has conferido en estos días a tu rebaño, cuando encargabas a Pedro apacentar tanto las ovejas como los corderos.

PLEGARIA A SAN LEÓN. — ¡Oh León! Has representado con dignidad a Pedro en su cátedra.

Tu palabra apostólica no cesó de esparcirse desde ella, siempre verdadera, siempre elocuente y majestuosa. La Iglesia de tu tiempo te honró como maestro de la doctrina, y la Iglesia de siglos posteriores te reconocerá como uno de los más sabios doctores que han enseñado la palabra divina. Desde lo alto del cielo, donde ahora resides, derrama sobre nosotros la inteligencia del misterio que tuviste la misión de enseñar. A los fulgores de tu pluma inspirada, este misterio se esclarece, se revela su armonía; y la fe se goza al percibir tan claramente el objeto al que se adhiere. Fortifica en nosotros esta fe. También en nuestros tiempos se niega la Encarnación del Verbo; vindica su gloria, envíanos nuevos doctores.

Tú triunfaste de la barbarie, noble Pontífice. Atila depuso ante ti las armas. En nuestra época han resucitado nuevos bárbaros, los bárbaros civilizados que proclaman como ideal de las sociedades aquella que no es cristiana, aquella que, en sus leyes e instituciones, no confiesa a Cristo, Rey de los hombres, a quien fué dado todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Socórrenos!; pues el mal ha llegado al colmo. Muchos, seducidos, se han pasado a la apostasía sin pensarlo. Alcánzanos que no se extinga por completo en nosotros la luz, que se acabe el escándalo. Atila era pagano; los modernos utopistas son cristianos, o al menos muchos de ellos quisieran serlo;

apiádate de ellos, y no permitas que sean por más tiempo víctimas de sus ilusiones.

En estos días de Pascua, que te evocan tus trabajos pastorales, cuando rodeado de neófitos los instruías con tus discursos inmortales, ruega por los fieles que en esta misma solemnidad han resucitado con Cristo. Necesitan conocer más y más a este Salvador de sus almas para unirse con él y no separarse jamás. Revélales todo lo que él es en su naturaleza divina y humana: como Dios, su fin último, su juez después de su vida; como hombre su hermano, su Redentor y su modelo. ¡Oh León!, bendice y sostén a tu sucesor en la cátedra de Pedro y sé en estos días el sostén de Roma, cuyos santos y eternos destinos celebraste con tanta elocuencia.

13 DE ABRIL

SAN HERMENEGILDO, MARTIR

MÁRTIR DE LA ORTODOXIA. — Hoy a través de la palma de un mártir se nos muestran los misterios de Pascua. Hermenegildo, príncipe visigodo inmolado por un padre obcecado por la herejía. La causa de su muerte fué la constancia con que rechazó la comunión pascual que un obispo arriano quería obligarle a recibir de sus manos. El mártir sabía que la sagrada Eucaristía es señal de la unión católica y que está prohibido

participar de la carne del cordero pascual con aquellos que no pertenecen a la verdadera Iglesia. Una consagración sacrílega puede poner en manos de los herejes los Misterios Eucarísticos, si existe el carácter sacerdotal en quien ha tenido la osadía de traspasar la barrera del altar del Dios de quien blasfema; pero el católico consciente de que no está permitido orar con los herejes, se horroriza al ver el misterio profanado y permanece apartado de él para no ultrajar al Redentor en el misterio mismo que estableció para unirse con sus fieles. La sangre del mártir fué fecunda. España, cautiva por el error, rompió sus cadenas; un Concilio de Toledo consumó la reconciliación a la que había dado principio tan santa víctima. Espectáculo sublime y raro en la historia del mundo el ver a toda una nación abjurar de la herejía; pero esta nación fué bendita por el cielo. Sometida a la dura prueba de la invasión sarracena triunfó de ella por las armas, y su fe, después siempre pura, la mereció el más noble de los títulos de un pueblo: el de Católica.

VIDA. — Hermenegildo fué hijo de Leovigildo, rey de los visigodos de España, y de Teodosia. Asociado al reino, como su hermano Recaredo, en 573, fijó su residencia en Sevilla. Allí, su esposa Ingonda y el obispo San Leandro, le determinaron a abandonar la herejía arriana y a abrazar el catolicismo. Al perseguirle su padre, que permanecía siendo arriano, Hermenegildo llamó en su ayuda a los bizantinos: pero creyó conve-

niente acceder a una entrevista que le propuso su padre, y éste, habiéndole hecho encarcelar, probó todos los medios de hacerle volver a la herejía. El día de Pascua del año 586 el rey le envió un obispo arriano para que le llevase la comunión. El joven la rechazó: Entonces su padre mandó decapitarle. San Hermenegildo es patrón de la ciudad de Sevilla. Urbano VIII extendió su culto a toda la Iglesia.

PLEGARIA. — ¡Oh Hermenegildo! impertérrito defensor de la verdad del símbolo de la fe, hoy te ofrecemos nuestros homenajes y acciones de gracias. Tu valerosa muerte mostró el amor que tenías a Cristo y tu desprecio de los bienes terrenos nos enseña a menospreciarlos. Nacido para el trono, un calabozo te sirve aquí de mansión y de él partes para el cielo, ceñida la frente con la palma del martirio, corona mil veces más preciosa que la que se te ofrecía como precio de una vergonzosa apostasía. Ruega ahora por nosotros; al escribir la Iglesia tu nombre en su ciclo sagrado te convida a ello en estos días. Pascua fué tu día triunfante; haz que sea para nosotros verdadera Pascua, una completa Resurrección que nos conduzca siguiendo tus huellas a la mansión feliz donde tus ojos contemplan a Jesús resucitado. Haznos firmes en nuestras creencias, dóciles a las enseñanzas de la Iglesia, enemigos de todo error y de toda novedad. Vela por España tu patria, a cuya sangre derramada en testimonio de la fe verdadera debe tantos siglos de ortodoxia pura; presérvala

de toda claudicación para que nunca deje de merecer el noble título que la honra.

14 DE ABRIL

SAN JUSTINO, MARTIR

En el siglo II, las disputas públicas de San Justino con los adversarios de la fe cristiana llenaban a Roma de aplausos, suscitados por sus refutaciones victoriosas. Sus escritos, que él hacía llegar con valentía hasta el trono imperial, derramaban la luz allí donde no podía llegar su palabra. Mas pronto el hacha del lictor que tronchó la cabeza del apologista, dió a sus demostraciones mucha más fuerza que su aplastante lógica; pues una vez hizo cesar la persecución y doblegó al mismo infierno.

MARCO AURELIO Y SAN JUSTINO. — En efecto, el mundo, solicitado en sentido contrario por mil escuelas famosas que parecen tomar a su cargo, el hacer imposible, con sus contradicciones, el descubrimiento de la verdad, el mundo se encuentra ahora, al menos, en forma de saber dónde está la sinceridad. Marco Aurelio acaba de suceder a Antonino Pío, y tiene la pretensión de fundamentar la filosofía con él en el trono. Partiendo del ideal de que toda perfección consiste en la satisfacción de sí mismo y en desde-

ñar a los demás, Marco Aurelio cae en el escepticismo dogmático, estableciendo esta ley moral, y hace entrega de sus *pensamientos* para que los admiren algunos de sus cortesanos, sin preocuparse de las costumbres mismas de quienes le rodean.

Desde muy joven buscó Justino la verdad, y la encontró en la justicia, sin desalentarse en sus primeros inútiles esfuerzos; nunca tomó como pretexto para negar la luz el que ésta tardase en aparecer. Cuando declina su vida, a la hora fijada por Dios, Justino consagra su vida a la sabiduría; la encuentra al fin, y ardiendo en deseos de comunicársela a todo el mundo, a los pequeños y a los grandes, menosprecia los trabajos y los mismos tormentos, que le permitirán dar testimonio de la verdad ante el mundo entero. ¿Qué hombre de buena fe vacilará entre el héroe cristiano y el filósofo coronado que le dió la muerte? ¿Quién no preferiría los desprecios a las pretensiones de los falsos filósofos convertidos en señores del mundo, y que no dan otra prueba de su amor a la ciencia que su deliberado afán de ahogar la voz de los que la predican?

La filosofía cristiana. — La filosofía bautizada en la sangre del convertido de Naplusa, será para siempre cristiana. Su desoladora esterilidad finaliza hoy. El testimonio del martirio, que como sierva fiel, da a la verdad, endereza de repente los monstruosos desvíos de los primeros

tiempos. Sin confundirse con la fe será en lo sucesivo su noble auxiliadora. La razón humana verá sus fuerzas duplicadas por esta alianza, y producirá seguros frutos. ¡Desgraciada de ella si alguna vez, olvidando la consagración sublime que la dedica a Cristo, llegare a no hacer caso de la Encarnación divina y pretendiere que son suficientes las enseñanzas solamente naturales acerca del origen del hombre, el fin de todas las cosas y la regla de las costumbres! Esta luz natural que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, es también sin duda, un resplandor del Verbo[1]; y en ello estriba su grandeza. Pero desde que el Verbo divino, al querer aumentar el honor hecho a la razón, otorgó a la humanidad una manifestación de sí mismo más directa y más elevada, no es su deseo que el hombre divida en dos partes sus dones, que deje a un lado la fe cuyo fin es la visión, y que se contente de las pálidas luces que habrían bastado a la naturaleza pura. El Verbo es uno, como el hombre, al cual se manifiesta a la vez por la razón y la fe, aunque de modo diverso; así cuando la humanidad quiera desechar las luces sobrenaturales, tendrá su castigo merecido al ver al Verbo retirarle gradualmente esta luz de la razón natural, que juzgaba poseer como propia y abandonar al mundo por el camino de la sinrazón.

---

[1] *San Juan,* I, 9.

VIDA. — San Justino nació en Naplusa, Palestina, a finales del siglo II. Deseoso de aprender, se dió al estudio y frecuentó las escuelas estoica, peripatética, pitagórica y platónica, que no le satisficieron. Al fin, la conversación que trabó con un anciano misterioso y la contemplación de la vida cristiana, le condujeron a la verdad. Se convirtió a la edad de 30 años. Llegado a Roma, deseó vivamente hacer partícipes de su fe a los demás. Abrió una escuela y escribió varias obras: en el año 135, su *Diálogo* con el judío *Trifón;* después sus dos *Apologías*, compuestas durante el imperio de Antonino (138-161) y Marco Aurelio (161-180). Denunciado probablemente por el filósofo pagano Crescencio, murió mártir. León XIII extendió su culto a la Iglesia Universal.

LA SABIDURÍA. — Oh Justino, en ti celebramos una de las más nobles conquistas de nuestro divino Resucitado sobre el imperio de la muerte. Nacido en la región de las tinieblas, pronto comenzaste a romper las ataduras del error, que te tuvieron cautivo como a tantos otros. La Sabiduría, a quien amabas aun antes de conocerla, te escogió para sí entre tantos otros[1]. Pero ella no habita en un alma fingida, ni en un cuerpo sujeto al pecado[2]. Al contrario de los demás hombres, en quienes la filosofía no sirve más que para disimular su amor propio y la pretensión de justificar todos los vicios, tú buscaste la sabiduría con un corazón deseoso de conocer la verdad, sólo para amarla y ponerla en práctica. Esta rectitud de inteligencia y de corazón te

[1] *Eccli.*, IV, 18.
[2] *Sap.*, I, 14.

acercaba a Dios; te hizo digno de hallar la Sabiduría viva, que se entrega a ti para siempre en todo su esplendor [1]. La Iglesia, oh Justino, te condecoró con toda justicia con el nombre de *filósofo admirable;* porque fuiste el primero en comprender que la *filosofía* digna de tal nombre, el verdadero *amor de la sabiduría,* no puede limitar su actividad al dominio abstracto de la razón, ya que la razón no es sino un guía para las regiones superiores, donde la Sabiduría se manifiesta en persona al amor que la busca sin engaño.

LA DEPENDENCIA DE LA RAZÓN. — Se ha escrito de aquellos que se te asemejan: *"Los muchos sabios son la salud del mundo"* [2]. Pero qué raros son hoy los verdaderos filósofos, aquellos que, como tú, comprenden que el propósito del sabio ha de ser llegar al conocimiento de Dios [3] por el camino de la obediencia a ese Dios santísimo [4]. La independencia de la razón es el único dogma en que coinciden los sofistas del día; la manera de proceder de su secta es un falso *eclecticismo,* que conciben como la facultad que tiene todo el mundo para fabricarse su sistema; cada uno es libre de *escoger* aquello que en las afirmaciones de las distintas escuelas y hasta de las religiones, le sea más agradable. Por lo mismo

[1] *Sap.,* VI, 17-21.
[2] *Sap.,* VI, 26.
[3] *Eccli.,* VI, 23; Diálogo con Trifón, 3.
[4] *Eccli.,* IV, 15.

pretenden que la razón que llaman soberana, no ha producido cosa cierta, hasta que ellos no han venido; y, la duda universal, el escepticismo, como lo proclaman sus jefes, es para sí mismos la última palabra de la ciencia. ¡Verdaderamente después de todo esto, mal pueden reprochar a la Iglesia el rebajar la razón, cuando no ha mucho que en el Concilio Vaticano, exaltaba la mutua ayuda que se prestan la razón y la fe para conducir al hombre a Dios, su común Hacedor! ¡a ella, que arroja de su seno a los que niegan a la razón humana el poder dar por sí misma certeza de la existencia de Dios Creador y Señor![1]. Y para definir en nuestros días el valor respectivo de la razón y la fe, sin separarlas y menos aún confundirlas, la Iglesia no ha hecho más que acudir al testimonio de todos los siglos cristianos, remontando hasta ti, cuyas obras, completadas unas con otras, no enseñan otra doctrina.

Has sido un testigo tan fiel como valiente, intrépido mártir. En días en que las necesidades de la lucha contra la herejía no habían aún sugerido a la Iglesia los nuevos términos cuya precisión había de ser indispensable, tus escritos nos muestran la misma doctrina, aunque expuesta en lenguaje menos preciso. ¡Bendito seas por todos los hijos de la Iglesia, oh Justino, por esta demostración preciosa de la identidad de nuestras creencias con la fe del siglo II! ¡Ben-

[1] Sess. II, c. IV; c. 10.

dito seas, por haber distinguido con este fin lo que era entonces el dogma, de las opiniones privadas, a las cuales la Iglesia, como siempre lo ha hecho, dejaba libertad en puntos de menor importancia!

La Apologética. — No defraudes las esperanzas que en ti ha puesto la Madre común. A pesar de estar ya tan alejados los tiempos en que viviste, quiere que sus hijos te honren con mayor culto que en los siglos pasados. En efecto, después de haber sido reconocida como reina de las naciones, ha vuelto a encontrarse en situación parecida a aquella en que la defendías contra los ataques de un poder hostil. Suscita en ella nuevos apologistas. Enséñalos cómo a fuerza de celo, de firmeza y de elocuencia, se consigue hacer retroceder el infierno. Pero sobre todo procura que no se equivoquen sobre la naturaleza de la lucha que la Iglesia les ha confiado. Tienen que defender a una reina; la Esposa del hijo de Dios no puede mendigar para ella la protección que se da a una esclava. La verdad tiene sus derechos propios; o mejor, sólo ella merece la libertad. Como tú, oh Justino, trabajarán porque el poder civil se avergüence de reconocer a la Iglesia las prerrogativas que concede a cualquier secta: pero la argumentación de un cristiano no puede contentarse con reclamar una tolerancia común para Cristo y para Satanás; como tú, y aun con la amenaza

de mayores violencias deberán decir: "Nuestra causa es justa, *porque nosotros y sólo nosotros, decimos la verdad"* [1].

EL MISMO DIA

SANTOS TIBURCIO, VALERIANO Y MAXIMO, MARTIRES

La Iglesia después de haber honrado a San Justino, hace memoria de un grupo de tres mártires, cuyos cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Pretextato, en la vía Apia. El autor de las *Acta Sanctae Caeciliae* los hace compañeros de Santa Cecilia, pero esta leyenda debe abandonarse y aunque su personalidad sea absolutamente cierta, actualmente nada podemos afirmar con certeza sobre su historia y la fecha de su martirio.

La Epístola de la Misa tomada del capítulo V, (v. 1, 5.) del Libro de la Sabiduría, nos manifiesta la intrepidez de los justos ante sus perseguidores, cuyas amenazas no les infunde temor alguno. El temor de Dios que es "santo" y la seguridad de la recompensa, los conforta en medio de los tormentos. Saben que el último día se invertirán los papeles, y que ellos, junto con Cristo vencedor, juzgarán a aquellos que hoy los persiguen.

---

[1] Apología primera, 23.

Ojalá nos aprovechemos de su ejemplo e imitemos su virtud: esto es lo que se pide en la Colecta en los términos siguientes: "Señor, mientras que nosotros celebramos la fiesta de tus mártires Tiburcio, Valeriano y Máximo, haz que imitemos el magnífico ejemplo de su intrépida constancia, por Xto. Nuestro Señor. Amén."

16 DE ABRIL

SANTO TORIBIO DE ASTORGA, OBISPO Y CONFESOR

Fué antiguo monje del monasterio de Liébana (Asturias). Más tarde ocupó la silla episcopal de Astorga, donde trabajó incansablemente para arrancar las raíces de la herejía priscilianista. Fué ayudado en esta labor por el Papa San León Magno, a quien había consultado y quien le escribió una hermosa carta que es uno de los monumentos más curiosos de la época. Murió en su sede episcopal en la segunda mitad del siglo v. Su cuerpo fué trasladado al monasterio de Liébana, donde se le tributó culto durante varios siglos. El santo monje obispo hizo una devota peregrinación a Tierra Santa. En premio a su celo por preservar de la lepra herética a su tierra y por su devoción a la pasión de Cristo, le envió San León Magno una insigne reliquia de la Santa Cruz, la mayor que se cono-

ce en el mundo, la cual, guarnecida de joyas de gran valor, se conserva, *como por milagro* en la iglesia monasterial de Liébana, siendo objeto de la fervorosa devoción de los asturianos. Estuvo Liébana afiliado al gran cenobio de Oña en la Bureba.

17 DE ABRIL

SAN ANICETO, PAPA Y MARTIR

Los mártires se han dado cita junto a Jesús resucitado. Son aquellas águilas de que nos habla el Evangelio que vuelan a una hacia el objeto de sus deseos [1]. No es San Aniceto el único Papa mártir que habremos de celebrar estos días; también otros reclaman nuestros homenajes. Respecto de San Aniceto, sus obras son poco conocidas. En la cadena de Pontífices, es el undécimo eslabón después de San Pedro; pero su santidad y valor han hecho inmortal su memoria. Sabemos por San Ireneo que San Policarpo vino de Esmirna a Roma, hacia el año 155, para visitar a San Aniceto y consultarle. También quedan algunos recuerdos de su celo en defensa de su rebaño contra los ataques de los dos herejes Valentín y Marción.

VIDA. — San Aniceto debió de nacer en Emesa (Siria). Sucedió a San Pío I, en la silla de San Pedro,

[1] *S. Mat.* XXIV, 28.

y se coloca su pontificado entre los años 155-166. Las pocas noticias que de San Aniceto tenemos, nos las suministra la Historia Eclesiástica de Eusebio (L. IV, c. XI, XIV, XIX; L. V. c. VI y XXIV). Por ella sabemos que San Policarpo le visitó y trató con él sobre la fecha de la celebración de la Pascua y también que tuvo la satisfacción de convertir un gran número de herejes gnósticos. Ignoramos cuándo y cómo murió; únicamente uno de los últimos redactores del *Liber Pontificalis,* nos dice que fué mártir. No es conocido con seguridad el lugar de su sepultura; se dice que una reliquia suya se conserva en San Vulfrano de Abbeville.

Santo Pontífice, recibido desde hace tantos años en la gloria de Cristo, cuyo mártir y Pontífice fuiste, con corazón filial celebramos hoy tu bendito recuerdo. En ti veneramos uno de los gloriosos fundamentos de la casa de Dios; y aunque tu nombre nos ha llegado sin acompañamiento del relato de las obras que te merecieron la palma, sabemos al menos que fuiste muy querido de los fieles de tu tiempo. En el cielo conservas el celo pastoral que te animó en la tierra por la gloria de tu maestro: sé desde allí, oh Aniceto, propicio a la Iglesia de nuestro tiempo. Más de 200 Pontífices se han sucedido después de ti en la Sede de San Pedro, y el Juez del último día no ha descendido. Asiste a tu sucesor que es nuestro Padre, y socorre su rebaño en medio de los peligros inauditos que le rodean. Tú gobernaste la Iglesia durante la tempestad; ruega a Jesús resucitado que se levante y mande calmarse la borrasca; y pide para nosotros la

perseverancia. Eleva nuestros pensamientos a la patria celestial, para que, a ejemplo suyo, siempre estemos dispuestos a obedecer las inspiraciones divinas. Somos hijos de mártires, su fe es la nuestra, nuestra esperanza debe ser común.

21 DE ABRIL

SAN ANSELMO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Monje, obispo y doctor, Anselmo reunió en su persona estas tres cualidades de cristiano privilegiado; y aunque la aureola del martirio no vino a dar el último lustre a este noble haz de tantas glorias, se puede decir que la palma le faltó a Anselmo, pero que Anselmo no faltó a la palma. Su nombre recuerda la mansedumbre del hombre del claustro, unida a la firmeza episcopal, la ciencia unida a la piedad; ningún recuerdo fué a la vez tan caro y tan brillante.

EL MONJE. — Piamonte le dió a Francia y a la orden de San Benito. Anselmo realizó plenamente en la abadía de Bec el tipo del Abad, tal como le trazó el Patriarca de los monjes de Occidente: "Antes servir que mandar." Se ganó de un modo particular el afecto de sus hermanos, la expresión de cuyos sentimientos ha llegado hasta nosotros. Su vida les pertenecía por entero,

ya se tratase de conducirlos a Dios, ya de iniciarlos en las sublimes especulaciones de su inteligencia. Un día les fué arrebatado a pesar de todos sus esfuerzos y forzado a sentarse en la silla arzobispal de Cantorbery. Sucesor, en esta silla, de Agustín, Dustano, Elfegio y Lanfranco, fué digno de llevar el *palio* que ellos llevaron, y por sus nobles ejemplos abrió el camino al ilustre mártir Tomás que le sucedió tan de cerca.

El heraldo de la majestad real de la Iglesia.—Su vida pastoral la consagró toda a luchar por la libertad de la Iglesia. En él el cordero revistió el valor del león: "Cristo, decía, no quiere una esclava por esposa; no hay en este mundo cosa más querida para él que la libertad de su Iglesia." Ya pasó el tiempo en que el Hijo de Dios se dejó encadenar para librarnos de nuestros pecados; resucitó glorioso y quiere que su Iglesia sea libre como él. En todo tiempo tiene que luchar por esta sagrada libertad, sin la cual no podría cumplir con el ministerio de salvación que su divino Esposo la confió. Celosos de su influencia, los príncipes de la tierra, que no ignoran que es reina, se han esforzado por crearla mil obstáculos. En nuestros días, un gran número de sus hijos han perdido hasta la noción de los derechos que se la deben; sin ninguna consideración para con su dignidad real, no la dejan otra libertad que la de las sectas que ella condena; no pueden comprender, que en tales

condiciones la Iglesia, que Cristo fundó para reinar, queda en esclavitud.

No lo entendió así San Anselmo; y cualquiera que se diga hijo de la Iglesia, debe tener horror a tales utopías. Las palabras grandilocuentes de progreso y sociedad moderna no le seducen, sabe que la Iglesia no tiene igual en la tierra; y si ve el mundo preso de las más terribles convulsiones, incapaz de apoyarse sobre una base firme, todo tiene para él la explicación de que la Iglesia ya no es reina. El derecho de nuestra Madre no consiste sólo en ser reconocida por lo que es en el secreto del pensamiento de cada uno de sus fieles; necesita además el apoyo externo. Jesús la prometió en herencia las naciones, y las poseyó conforme a esta promesa; pero hoy, si sucede que algún pueblo la pone fuera de ley, ofreciéndola la misma protección que a todas las sectas que ella expulsó de su seno, se levantan mil aclamaciones alabando este pretendido progreso, y voces conocidas y amigas se mezclan a estos clamores.

Estas pruebas no las conoció Anselmo. Era menos de temer la brutalidad de los reyes normandos, que estos sistemas pérfidos que socavan por la base la idea misma de la Iglesia, y hacen echar de menos la persecución declarada. El torrente todo lo transtorna a su paso; pero todo renace cuando se seca su fuente. Otra cosa sucede cuando las aguas desbordadas inundan la tierra y la arrastran consigo. Tengámoslo por seguro;

el día en que la Iglesia, la celestial paloma, no encuentre aquí abajo donde posar su pie con honor, el cielo se abrirá y emprenderá el vuelo a su patria celestial, abandonando el mundo, la víspera de la venida del Juez en el último día.

El Doctor. — San Anselmo no es menos admirable como Doctor que como Pontífice. Su inteligencia profunda y serena penetró en la contemplación de las verdades divinas; buscó sus mutuas relaciones y su armonía y el fruto de estos nobles trabajos ocupa un lugar preeminente en el depósito que conserva las riquezas de la teología católica. Dios le concedió el genio. Ni sus luchas ni su vida agitada, pudieron distraerle de sus santos y queridos estudios, y camino de sus destierros iba meditando en Dios y en sus misterios, extendiendo para sí y para la posteridad el campo ya vasto de las investigaciones respetuosas de la razón en los dominios de la fe.

Vida. — Anselmo nació en Aosta del Piamonte hacia el año 1033. A los 26 años, entró en la abadía de Bec, en Normandía, donde se entregó a la práctica de las virtudes monásticas, y al estudio de la filosofía y de las Sagradas Escrituras. A los 30 años fué nombrado prior y maestrescuela, y en 1078 abad. Gobernó su Abadía con una bondad incomparable, que le permitió triunfar de todas las dificultades. Le tuvieron en gran estima los Papas Gregorio II y Urbano II, y habiendo sido llamado a Inglaterra, en 1092, no pudo entrar en

Francia y fué nombrado arzobispo de Cantorbery al año siguiente. Tuvo mucho que padecer de parte de Guillermo el Rojo, a causa de la defensa de los derechos y libertad de la Iglesia. Desterrado, se refugió en Roma, donde el Papa le colmó de honores, y le dió ocasión, en el concilio de Bari, de convencer de sus errores a los griegos que negaban que el Espíritu Santo procede igualmente del Hijo que del Padre. Llamado a Inglaterra, después de la muerte de Guillermo murió el 21 de abril de 1109. Fué enterrado en Cantorbery. En 1492, Alejandro VI, autorizó su culto, y Clemente XI le declaró Doctor de la Iglesia en 1720.

PLEGARIA AL DEFENSOR DE LA LIBERTAD. — Oh Anselmo, Pontífice amado de Dios y de los hombres, la Santa Iglesia, a quien con tanto celo serviste aquí en la tierra, te tributa hoy sus homenajes como a uno de sus prelados más venerados. Imitador de la bondad del divino Pastor, nadie te sobrepasó en condescendencia y caridad. Conocías a todas tus ovejas y ellas te conocían a ti; velando día y noche en su custodia, jamás fuiste sorprendido por el asalto del lobo. Lejos de huir al acercarse, saliste a su encuentro, y ninguna violencia te pudo hacer retroceder. Heroico campeón de la libertad de la Iglesia, protégela en nuestros tiempos en que por todas partes se la pisotea y se la aniquila. Suscita por doquier Pastores émulos de tu santa independencia a fin de que el valor se reanime en el corazón de las ovejas y que todos los cristianos tengan a honra confesar que ante todo son miembros de la Iglesia, que los intereses de esta Madre de las almas,

son superiores, a sus ojos, a los de cualquier sociedad terrestre.

Plegaria al Doctor. — El Verbo divino te dotó, oh Anselmo, de esa filosofía completamente cristiana, que se humilla ante las verdades de la fe, y así purificada por la humildad, se eleva a las visiones más sublimes. Alumbrada con tus luces tan puras, la Iglesia, en recompensa, te ha otorgado el título de Doctor, tanto tiempo reservado a aquellos sabios que vivieron en las primeras edades del cristianismo y conservan en sus escritos como un reflejo de la predicación de los Apóstoles. Tu doctrina ha sido juzgada digna de compararse a la de los antiguos Padres, porque procede del mismo Espíritu; es más hija de la oración que del pensamiento. Obténnos, oh santo Doctor, que siguiendo tus huellas, nuestra fe, también *busque la inteligencia*. Muchos el día de hoy blasfeman lo que ignoran, y muchos ignoran lo que creen. De ahí una confusión desoladora, compromisos peligrosos entre la verdad y el error, la única doctrina verdadera desconocida, abandonada y sin defensa. Pide para nosotros, oh Anselmo, doctores que sepan alumbrar los caminos de la verdad y disipar las nubes del error, para que los hijos de la Iglesia no queden expuestos a la seducción.

Plegaria al monje. — Dirige una mirada sobre la familia religiosa que te acogió en sus filas al salir de las vanidades del siglo, y dígnate ex-

tender sobre ella tu protección. De ella sacaste tú la vida del alma y la luz de tu inteligencia. Hijo de San Benito, acuérdate de tus hermanos. Bendícelos en Francia, donde abrazaste la vida monástica; bendícelos en Inglaterra, donde fuiste Primado entre los Pontífices, sin dejar de ser monje. Ruega, oh Anselmo, por las dos naciones que te han adoptado una después de otra. En la una, la fe está tristemente muy disminuída; la otra dominada por la herejía. Alcanza para las dos la misericordia del Señor. Es poderoso y no cierra sus oídos a la súplica de sus santos. Si ha determinado en su justicia no devolver a estas dos naciones su antigua constitución cristiana, obtén al menos que se salven muchas almas, que muchas conversiones consuelen a la Madre común, que los últimos obreros de la viña rivalicen con los primeros, en espera del día en que el Maestro descienda para recompensar a cada uno según sus obras.

22 DE ABRIL

SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MARTIRES

La Iglesia honra hoy a dos Papas.

SAN SOTERO. — Sucedió inmediatamente a San Aniceto en 166. El tiempo nos ha robado el co-

nocimiento de sus obras. Sólo un rasgo ha llegado hasta nosotros. Es un fragmento de una carta que el obispo de Corinto, Dionisio, escribió a los Romanos, en la que consigna que el Pontífice ha hecho grandes limosnas a las iglesias de diversas ciudades que padecían hambre. Hermoso testimonio de la solicitud universal del Pontífice de Roma, cuya caritativa influencia se extendía a las más alejadas iglesias. Una carta apostólica acompañaba a las limosnas, y afirma Dionisio que se leía en las reuniones de los fieles, junto con la que San Clemente dirigió a los Corintios el siglo anterior. Como se ve, la caridad de los Pontífices de Roma ha estado siempre unida al celo por la conservación del depósito de la fe. San Sotero luchó con energía contra la herejía montanista que comenzaba a aparecer. Se cree que fué víctima de la persecución de Marco Aurelio, a pesar de que la primera redacción del *Liber Pontificalis* no hace mención de su martirio, y solamente consigna que fué sepultado "junto al cuerpo del bienaventurado Pedro."

San Cayo. —Sucedió al Papa Eutiquio, a fines del 283. Las lecciones del Breviario refieren que una de sus decisiones fué recordar la distinción de los grados que conducen al episcopado, a partir del orden de Portero. El *Liber Pontificalis* da a San Cayo el título de Confesor, y dice que hubo

de ocultarse para escapar de la persecución de Diocleciano. Murió antes del 296, y su sepulcro da testimonio de la devoción que le profesaron los fieles.

PLEGARIA. — Santos Pontífices, vosotros sois de los que sufrieron la gran tribulación y de los que pasaron por el agua y por el fuego para llegar a las playas de la eternidad. El pensamiento de Jesús triunfador de la muerte, sostenía vuestro ánimo; sabíais que a las angustias de la Pasión sucedieron las glorias de la Resurrección. Con el ejemplo nos habéis enseñado que la vida y los intereses de este mundo no deben ser tenidos en nada, cuando se trata de confesar la fe; concedednos este valor. Por el bautismo fuimos alistados en la milicia de Cristo; la confirmación nos comunicó el Espíritu de fortaleza; debemos, por tanto, estar dispuestos a la lucha. Santos Pontífices, ignoramos si en nuestros días veremos expuesta la Iglesia a persecución sangrienta; pero aunque así no sea, tenemos que luchar contra nosotros mismos, contra el espíritu del mundo, contra el demonio; sostenednos con vuestra intercesión. Habéis sido los padres de la cristiandad; la caridad pastoral que os animó en esta vida vive constantemente en vuestros corazones. Protegednos y haced que seamos fieles a los deberes que nos unen al divino Maestro, cuya causa defendisteis.

23 DE ABRIL

SAN JORGE, MARTIR

El mártir. — Se nos propone hoy a San Jorge como el valeroso campeón de Cristo resucitado. La Iglesia oriental, que le llama el *gran Mártir,* introdujo pronto su culto en Occidente y la caballería cristiana le ha amado y honrado como uno de sus más queridos patronos.

La Iglesia no lee en el oficio de Maitines la *leyenda* de San Jorge, sino simplemente un pasaje de San Cipriano sobre los combates de los mártires. En efecto, el decreto sobre los libros apócrifos atribuído al Papa San Gelasio, menciona entre los libros no recibidos las *Actas* de San Jorge, redactadas por un autor herético. Más modernamente se han encontrado unas *Actas* escritas en griego, a las que al principio se creyó debía darse mayor crédito, pero que al fin han resultado también desprovistas de autoridad.

Sin embargo de eso, se puede afirmar que San Jorge padeció por la fe antes de Constantino en Lidda, ciudad de Palestina, hacia el año 303. Su martirio es confirmado por el culto que se le ha tributado por lo menos desde el siglo v.

Su culto. — Comenzó en Oriente. La ciudad en que padeció el martirio se llamó ciudad de

San Jorge, y en ella se levantó una basílica en su honor. Musulmanes y cristianos creen que sus reliquias descansan en la cripta colocada debajo del altar. En Egipto tuvo dedicadas 40 iglesias y tres monasterios. En las Galias el rey Clodoveo, muerto en 512, construyó un monasterio y le dió el nombre de San Jorge, y San Germán de París († 576) propagó mucho su culto. Santa Clotilde le tuvo una devoción particular y le dedicó la iglesia de su querida abadía de Chelles. Pero este culto alcanzó su mayor esplendor en la época de las Cruzadas, cuando nuestros caballeros fueron testigos de la veneración que los pueblos de Oriente tenían a San Jorge, y oyeron narrar las maravillas de su auxilio en los combates. Los historiadores bizantinos cuentan muchos casos notables, y los mismos cruzados no tardaron en experimentar los efectos de la confianza que habían puesto en el auxilio de este poderoso conductor de los ejércitos cristianos. La república de Génova le nombró su patrono y la de Venecia le honró, después de San Marcos, como su protector especial. Pero no ha habido nación del mundo católico que haya sobrepasado a Inglaterra en la devoción tributada a San Jorge. No solamente un Concilio nacional tenido en Oxford en 1222, ordenó que la fiesta del gran mártir se celebrase como de precepto en toda Inglaterra; no solamente el culto del valeroso soldado de Cristo fué profesado en la gran Bretaña por los primeros reyes normandos, sino que hay razones para

sostener, como lo atestiguan los monumentos anteriores a las invasiones de Guillermo el Conquistador, que la devoción particular de la nación inglesa hacia San Jorge, le era tributada desde los siglos IX y X como a un protector particular. Eduardo III no hizo sino manifestar el sentimiento piadoso de su nación para con el celestial guerrero, cuando colocó debajo de su patrocinio la insigne orden de la Jarretera, que fundó en 1330. También debemos hacer mención de la orden militar de San Jorge que estableció Federico III en Alemania en 1468.

ICONOGRAFÍA. — A San Jorge se le representa montado en un dragón, y librando con este acto de valor a una princesa a la que el monstruo iba a devorar. Esta escena de la que el arte ha sabido sacar un gran partido, es puramente simbólica y tiene su origen en los monumentos iconográficos bizantinos. Significa el triunfo que San Jorge obtuvo sobre el demonio por su generosa confesión. La princesa representa a Alejandra, a quien la constancia del mártir conquistó a la fe. Ni en las Actas de San Jorge, ni en los himnos de la liturgia griega, se hace mención del dragón con que luchó el mártir, ni tampoco de la princesa a quien libró de un peligro temporal. Esta fábula sólo circuló en Occidente a partir del siglo XIV, y su origen viene de la interpretación demasiado naturalista de las efigies

consagradas a San Jorge por los griegos, y que se introdujeron en nuestras iglesias al final de las Cruzadas.

PLEGARIA POR LA MILICIA TEMPORAL. — ¡Oh San Jorge, eres la honra de la milicia cristiana! El servicio del príncipe temporal no te hizo olvidar tus obligaciones para con el rey del cielo. Derramaste tu sangre por la fe de Cristo, y en recompensa él te ha constituído jefe y guía de los ejércitos cristianos. Sé su sostén ante las filas enemigas, y concede la victoria a los defensores de la causa justa. Protégelos debajo de tu estandarte, cúbrelos con tu escudo y esparce el miedo delante de ellos. El Señor es el Dios de los ejércitos, y la guerra entra a veces en los planes de su Providencia, ya en vista de su justicia, ya en la de su misericordia. Jefes y soldados tienen necesidad del auxilio celestial. Al hacer la guerra, parecerá a veces que hacen la obra del hombre, mientras que en realidad hacen la de Dios. Por esta razón son más accesibles que los demás hombres a los sentimientos generosos, y por eso mismo su corazón es más religioso. El sacrificio, el peligro, los eleva sobre ellos mismos; también los soldados tienen su lugar distinguido entre los fastos de los mártires. Vela por el ejército de nuestra patria. Hazle tan cristiano como valeroso; sabemos que no han puesto en vano en ti sus esperanzas los hombres de guerra.

Plegaria por la milicia espiritual. — En la tierra no sólo existe milicia temporal; hay otra en la que están alistados todos los fieles de Cristo. San Pablo, hablando de todos nosotros, ha dicho: "que no serán coronados sino los que lucharen legítimamente"[1]. Hemos de contar con la lucha en este mundo, si escuchamos las exhortaciones del mismo Apóstol: "Cubríos con la armadura de Dios, nos dice, para que podáis resistir los ataques del diablo. Tomad por cinturón la verdad, por coraza la justicia, por calzado la resolución de andar por el camino del Evangelio, por escudo la fe, por casco la esperanza de la salvación y por espada la palabra de Dios"[2].

¡Somos, pues, guerreros como tú! Nuestro Jefe divino resucitado, antes de subir al cielo quiere pasar revista a su ejército; preséntanos a El. Nos ha admitido en las filas de su guardia, a pesar de nuestras infidelidades pasadas; a nosotros por tanto corresponde hacernos dignos de tal honor. La prenda de la victoria la tenemos en la Eucaristía, ¿cómo nos hemos de dejar vencer? Vela por nosotros, ¡valiente guerrero! Que tus oraciones nos ayuden mientras tus ejemplos nos animan a luchar como tú contra Satanás. Cada pieza de nuestra armadura le es temible; el mismo Jesús la ha preparado para nosotros y la ha templado en su sangre; da fuerzas a nues-

[1] *II Tim.*, II, 5.
[2] *Eph.*, VI, 13-17.

tro valor, para que podamos como tú, presentársela entera, el día en que nos invite a su descanso eterno.

PLEGARIA POR TODA LA CRISTIANDAD. — La cristiandad entera tiene necesidad de que te acuerdes de los homenajes que te prodigó en otros tiempos. Por desgracia la antigua piedad hacia ti se ha enfriado, y para muchos cristianos tu fiesta pasa inadvertida. No te ofendas por ello, ¡oh santo mártir!, imita a tu Maestro que hace salir su sol sobre los buenos y malos. Tén piedad de este mundo en medio del cual ha sido sembrado el error, y que en este momento se agita en convulsiones terribles. Mira con compasión a Inglaterra, que ha sido seducida por el dragón infernal. Los antepasados te lo piden desde el cielo, ¡oh poderoso guerrero!; sus hijos te suplican desde la tierra. En nombre de Jesús resucitado te conjuramos ayudes a la resurrección de un pueblo que fué tuyo.

24 DE ABRIL

SAN FIDEL DE SIGMARINGA, MARTIR

UN MÁRTIR DE LOS TIEMPOS MODERNOS. — Jesús resucitado rodeó su persona de una guardia de honor de mártires. Todos los siglos contribuyen a formarla. Este día ha visto entrar en las filas de la falange celeste a un combatiente generoso,

que mereció su palma no luchando contra el paganismo, como los que hasta ahora hemos saludado, sino defendiendo a la Iglesia contra los hijos rebeldes. La mano de los herejes sacrificó esta víctima triunfal, y el siglo XVII fué el teatro de su lucha.

Fidel llenó todo el significado de su nombre. Nunca retrocedió ante el peligro. Toda su vida no tuvo otro objeto que la gloria y servicio de su divino Maestro, y llegado el momento de salir al encuentro del peligro, avanzó hacia él sin arrogancia, pero también sin titubeos como convenía a un imitador de Cristo que sale al encuentro de sus enemigos. ¡Gloria al valeroso hijo de San Francisco, digno en todo de su seráfico Patriarca, que desafió al sarraceno y fué mártir de deseo!

El protestantismo y la libertad. — El protestantismo se estableció y se mantuvo por la sangre, y osó lamentarse de haber sido el blanco de la resistencia armada de los hijos de la Iglesia. Durante siglos se bañó en la sangre de nuestros hermanos, cuyo único crimen consistía en querer permanecer fieles a la fe que había civilizado a los antecesores de sus verdugos. Proclamaba la libertad en materia religiosa y sacrificaba a los cristianos que en su sencillez pensaban que en virtud de esa libertad tan proclamada, les estaría permitido creer y orar como se creía y oraba antes de Lutero y Calvino. Pero el católico se equivoca al contar con la tolerancia

de los herejes. Un instinto fatal arrastra continuamente a estos a la violencia contra la Iglesia cuya persistencia es para ellos un continuo reproche por haberla abandonado. En primer lugar tratan de aniquilarla en sus miembros, y si el cansancio de una lucha ininterrumpida trae al fin alguna calma, su mismo odio tratará de avasallar a quienes no se atreve a inmolar, insultando y calumniando a los que no ha podido exterminar. La historia de Europa protestante en sus cuatro siglos, justifica lo que acabamos de decir; pero nosotros debemos tener por dichosos a aquellos de nuestros hermanos, que en tan gran número han derramado su sangre en defensa de la fe romana.

VIDA. — Marco Rey nació en Sigmaringa, ciudad de Suabia, en 1577. Estudió Filosofía en Friburgo, y Derecho en Bilinga, y ejerció la abogacía en Colmar. Convencido de que esta profesión le exponía a cometer muchas injusticias, entró en la orden de los Capuchinos, que le parecieron unir los méritos de la vida activa y contemplativa, y recibió el nombre de Fidel. Fué ordenado de sacerdote el 4 de octubre en 1612, y dió ejemplo de las más altas virtudes, de gran devoción a la Sma. Virgen y de muy grande austeridad. La Congregación de la Propaganda Fide le mandó a predicar a Suiza, en especial a los grisones, entre los cuales la herejía protestante había hecho grandes destrozos. Convirtió a muchos, pero se atrajo el odio de los herejes. El 24 de Abril de 1622, se apoderaron de él, y no consiguiendo hacerle renegar, le partieron el cráneo y le atravesaron con sus espadas. Su cuerpo fué llevado a la catedral de Coira. En 1729 fué beatificado y en 1743 canonizado.

Adhesión a la fe. — Terminaste tu carrera con gloria, ¡oh Fidel!, y tu fin ha sido más hermoso que su principio. ¡Con qué serenidad fuiste a la muerte! ¡Con qué alegría sucumbiste a los golpes de tus enemigos que eran los mismos de la Iglesia! Como San Esteban oraste por ellos; porque el católico que debe detestar la herejía, debe también perdonar a los herejes que le sacrifican. Ruega, oh santo mártir, por los hijos de la Iglesia, alcanza que conozcan mejor el valor de la fe, y la gran gracia que Dios les ha hecho en nacer de la única verdadera Iglesia. Que se guarden de las doctrinas perversas que de todas partes llegan a sus oídos, que no se escandalicen de las tristes defecciones que con tanta frecuencia se producen en este siglo de molicie y de orgullo. La fe nos conducirá a Jesús resucitado; nos la recomienda El mismo cuando dice a Tomás: ¡"Bienaventurados los que no vieron y creyeron"!

También nosotros creemos, y por eso nos unimos a la Iglesia que es la maestra exclusiva de la fe. A ella damos fe y no a la razón humana que no lograría entender la palabra de Dios y menos aun juzgarla. Jesús quiso que esta fe nos llegara confirmada por el testimonio de los mártires, y cada siglo ha producido los suyos. ¡Gloria a ti, oh Fidel, que conseguiste la palma combatiendo los errores de la pretendida reforma! Véngate a la manera de los mártires y pide a Je-

sús sin cesar que vuelvan a la fe y unidad de la Iglesia los secuaces del error. Son hermanos nuestros por el bautismo; pide que entren en el redil y que todos juntos podamos celebrar la verdadera cena pascual, en la cual el Cordero de Dios se da en alimento, no de una manera figurada, como en la Antigua Ley, sino realmente como conviene a la Nueva.

25 DE ABRIL

SAN MARCOS EVANGELISTA

El León evangélico que asiste ante el trono de Dios, con el hombre, el toro y el águila, es honrado hoy por la Iglesia. Este día vió a Marcos subir de la tierra al cielo, ceñida su frente de la doble corona de Evangelista y mártir.

El Evangelista. — Al modo como los cuatro profetas mayores Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, resumen en sí la predicación de Israel, así también Dios quiso que la Nueva Alianza descansase sobre cuatro textos augustos, destinados a revelar al mundo la vida y doctrina de su Hijo encarnado. Marcos es discípulo de Pedro. Escribió su Evangelio en Roma bajo la inspiración del príncipe de los Apóstoles. Ya estaba en uso en la Iglesia la narración de Mateo, pero los fieles de Roma deseaban juntar con ella la narración personal de su Apóstol. Pedro no escribe perso-

nalmente sino que encarga a su discípulo tomar la pluma y el Espíritu Santo guía la mano del nuevo Evangelista. Marcos sigue la narración de San Mateo; la abrevia pero a la vez la completa. Una palabra, un detalle, manifiestan que Pedro, testigo de todo, ha inspirado el trabajo de su discípulo. Pero el nuevo Evangelista ¿pasará por alto, o tratará de atenuar la falta de su maestro? Al contrario; el Evangelio de Marcos será más duro que el de Mateo en la narración de la negación de Pedro. Da la impresión de que las amargas lágrimas provocadas por la mirada de Jesús en casa de Caifás no cesaron de correr. Cuando Marcos terminó su trabajo Pedro le reconoció y le aprobó; las iglesias acogieron con alegría esta segunda exposición de los misterios de la salvación del mundo, y el nombre de Marcos se hizo célebre por toda la tierra [1].

Mateo que comienza su Evangelio con la genealogía humana del Hijo de Dios realizó la figura del Hombre; Marcos la del León, porque comienza su narración por la predicación de San Juan Bautista, recordando que la misión del Precursor del Mesías había sido anunciada por Isaías al hablar de la Voz del que clama en el

---

[1] San Marcos refiere en su Evangelio los recuerdos de San Pedro. Según S. Papíos y S. Ireneo, le escribiría después de la muerte del Apóstol. En nuestros días el P. Lagrange admite la posibilidad de dos datas en la composición del Evangelio: o en 42 ó 43 o bien entre el martirio de los Apóstoles S. Pedro y S. Pablo y el año 70. Escrito ya su Evangelio San Marcos se trasladaría a Alejandría para predicar allí la fe.

desierto; voz del león cuyos rugidos resuenan en las soledades.

El misionero. — Comenzó Marcos su apostolado cuando escribió su Evangelio. Llegó el momento, para Egipto, cuna de todos los errores, de recibir la verdad. La soberbia Alejandría vería levantarse dentro de sus muros la segunda Iglesia de la cristiandad, la segunda sede de Pedro. Marcos fué escogido por su Maestro para esta gran obra. Por su predicación, la doctrina salvadora germinó, floreció y fructificó en esta tierra infiel. Desde un principio se manifestó la autoridad de Pedro, aunque en distinto grado, en las tres grandes ciudades del imperio: Roma, Alejandría y Antioquía.

El mártir. — La gloria de Marcos hubiera quedado incompleta sin la aureola del martirio [1]. El gran éxito de la predicación del Santo Evangelista, le acarreó el furor de la antigua superstición egipcia. En una fiesta de Serapis, fué maltratado por los idólatras y arrojado a un calabozo. Por la noche se le apareció el Señor resucitado, cuya vida y obras había narrado, y le dijo estas célebres palabras que son la divisa de la república de Venecia: "¡Paz sea contigo, Marcos, mi

[1] Ningún Padre dice que San Marcos fué mártir; pero la tradición de las iglesias es tal que no puede seriamente ponerse en duda que el Evangelista acabó su vida con el martirio, aún cuando las Actas que nos proporcionan algunos detalles no fuesen absolutamente auténticas.

Evangelista"! A lo que el discípulo emocionado contestó: ¡"Señor"! Su amor y su alegría no hallaron otras palabras. Del mismo modo Magdalena la mañana de Pascua enmudeció después de aquel grito salido de su corazón: "¡Maestro!" Al día siguiente, Marcos fué martirizado por los paganos. Pero había cumplido su misión en la tierra y se le abría el cielo para ir a ocupar, junto al trono del "Anciano de muchos días" la silla de honor en que le contempló en sublime visión el profeta de Patmos [1].

En el siglo IX la Iglesia de Occidente fué enriquecida con los despojos mortales de San Marcos. Sus sagrados restos venerados hasta entonces en Alejandría, fueron trasladados a Venecia y bajo sus auspicios comenzaron los gloriosos destinos de esta ciudad, que habían de durar mil años. La fe en un tan gran patrón, obró maravillas en aquellos islotes y lagunas, de los que pronto surgió una ciudad tan poderosa como magnífica. El arte bizantino construyó la imponente y suntuosa iglesia que fué defensa de la reina de los mares y la nueva república acuñó sus monedas con la efigie del León de San Marcos. ¡Dichosa de ella si hubiera sido más sumisa a Roma y más severa en sus costumbres; nunca habría degenerado de su grandeza ni de la fe de sus mejores tiempos!

---

[1] *Apoc.*, IV, 6-11.

PLEGARIA. — Eres, oh Marcos, el misterioso León, uncido con el hombre, el toro y el águila al carro sobre el que el Rey de la gloria va a la conquista del mundo. Ya en la Antigua Ley te contempló Ezequiel en el cielo, y Juan, el profeta de la Nueva Ley, te reconoció junto al trono de Dios. ¡Qué grande es tu gloria!, historiador del Verbo hecho carne, manifiestas a todas las generaciones los títulos por los que le corresponden el amor y la adoración de los hombres. La Iglesia se inclina ante tus escritos y los proclama inspirados por el Espíritu Santo. Te hemos oído narrar el mismo día de Pascua la Resurrección de Nuestro Señor; haz, oh Santo Evangelista, que este misterio produzca en nosotros todos sus frutos; que nuestro corazón como el tuyo se una a Jesús resucitado, para que le sigamos por doquier en esta nueva vida que nos ha abierto resucitando El primero. Pídele se digne darnos su paz como se la dió a sus Apóstoles cuando se les apareció en el Cenáculo, como te la dió a ti mismo en la prisión.

Fuiste discípulo de Pedro; Roma se gloría de haberte tenido dentro de sus muros. Ruega por el sucesor de Pedro, tu maestro, y por la Iglesia de Roma combatida por la tempestad. León evangélico ruega al León de la Tribu de Judá en favor de su pueblo, despiértale de su sueño, que se levante con su poder y con su sola presencia ahuyentará a sus enemigos.

Apóstol de Egipto, ¿qué ha sido de tu Iglesia de Alejandría, segunda sede de Pedro, enrojecida con tu sangre? Hasta sus ruinas han desaparecido. El viento abrasador de la herejía desoló a Egipto y Dios airado desencadenó contra él, trece siglos ha, el torrente del Islam. ¿Deben aquéllas regiones renunciar para siempre a ver brillar la antorcha de la fe, hasta la venida del Juez de vivos y muertos? No lo sabemos, pero en medio de los acontecimientos que se suceden, osamos pedirte, oh Marcos, que intercedas por estas regiones que evangelizaste y en las cuales las almas están tan devastadas como su suelo.

Acuérdate también de Venecia. Su corona cayó, acaso para siempre; pero todavía vive allí un pueblo cuyos antepasados se consagraron a ti. Conserva la fe en su seno; haz que prospere, que se levante de sus desdichas y que dé gloria a Dios que ha descargado sobre ella su justicia.

LA PROCESION DE SAN MARCOS

Historia. — Es de notar este día en los fastos litúrgicos por la célebre procesión llamada de San Marcos. Sin embargo de eso, este nombre no es exacto, ya que la procesión estaba ya fijada el 25 de abril, antes de la institución de la fiesta del Santo Evangelista, que aún no tenía día fijo en la Iglesia romana en el siglo vi. El

verdadero nombre de esta procesión es el de "Letanías Mayores." El nombre de Letanía, significa Súplica, y se dice de una procesión religiosa durante la cual se ejecutan cánticos cuyo fin es alcanzar algo del cielo. Esta palabra significa también la exclamación que se profiere al decir: "¡Señor, tén piedad de nosotros!" Este es el sentido de las palabras griegas: "Kyrie eleison." Más tarde se ha dado el nombre de Letanías a todo el conjunto de invocaciones que se añadieron a las palabras griegas, de forma que llegaron a constituir una oración litúrgica, que en circunstancias importantes emplea la Iglesia.

A las Letanías Mayores, se le da este nombre para distinguirlas de las Letanías Menores o procesiones de Rogativas, instituídas en las Galias en el siglo v. Sabemos por un pasaje de San Gregorio Magno que era costumbre de la Iglesia de Roma, celebrar cada año una Letanía Mayor, en la que tomaban parte el clero y el pueblo y que esta costumbre era ya antigua. El Santo Pontífice no hizo sino fijar al 25 de abril esta Procesión, y señalar para estación la Iglesia de San Pedro. Muchos liturgistas han confundido con esta institución las procesiones que San Gregorio prescribió muchas veces en calamidades públicas y que son distintas de la de hoy. Esta era anterior, aunque no se conoce la fecha de su origen. Va fija a este día y no a la fiesta de San Marcos que es posterior. Si sucede que el 25

de abril cae en la semana de Pascua, la Procesión tiene lugar el mismo día, a no ser que en él caiga la Pascua. En cuanto a la fiesta del Evangelista se la traslada después de la octava.

Acaso se pregunte por qué se ha escogido el 25 de abril para fijar en él una Procesión y una Estación en que todo respira compunción y penitencia, en una estación del año en que la Iglesia se entrega a las alegrías de la Resurrección del Señor.

Entre los antiguos romanos el 25 de abril se celebraba la fiesta de las Robigales. Consistía en una procesión muy popular que iba de la vía Flaminia al templo del Robigo. En él se ofrecían sacrificios y oraciones a dicha divinidad para que preservarse los sembrados de la roya. En efecto, estamos en la época de las heladas tardías de la luna roja. Una vez más la Iglesia sustituyó una creencia pagana por otra cristiana.

No se puede dejar de consignar el contraste tan fuerte que existe entre las algrías del momento presente y los sentimientos de penitencia que deben acompañar a la Procesión y Estación de las Letanías Mayores, instituídas ambas con el fin de alcanzar la misericordia divina. Colmados de toda clase de favores en este santo tiempo, inundados por las alegrías pascuales no nos entristezcamos porque la Iglesia ponga por unas horas sentimientos de compunción que tanto convienen a los pecadores como nosotros.

Se trata de desviar los azotes que merecen las iniquidades de la tierra, de obtener por la humildad, y con la invocación de la Madre de Dios y de los Santos, el término de las enfermedades y la conservación de las mieses: de ofrecer a la justicia divina una compensación por el orgullo y malicia del hombre. Entremos en estos sentimientos y reconozcamos humildemente la parte que corresponde a nuestros pecados en los motivos que han excitado la cólera divina; y nuestras pobres súplicas, unidas a las de la Iglesia, obtendrán gracia para los culpables y para nosotros mismos que formamos parte de ellos.

Este día consagrado a la reparación de la gloria divina no podía pasar sin las expiaciones con que el cristiano debe acompañar la ofrenda de su corazón arrepentido. Hasta la reciente reforma del Derecho eclesiástico, en este día, se exigía en Roma la abstinencia de carne, y cuando fué implantada en Francia la Liturgia romana por Pipino y Carlo Magno, como la gran Letanía del 25 de abril ya estaba en uso, se promulgó el precepto de abstinencia. El Concilio de Aquisgrán de 836 añadió la obligación de suspender los trabajos serviles y esta disposición se halla en los capitulares de Carlos el Calvo. En cuanto al ayuno propiamente tal, como el tiempo pascual no lo permite, parece no haberse observado por lo menos de un modo general. En el siglo IX afirma Amalario que no se observaba en Roma.

Mientras la procesión se cantan las Letanías de los Santos seguidas de numerosos versículos y oraciones que las completan. La Misa de la Estación se celebra según el rito de la Cuaresma, sin *gloria* y con color morado. Los fieles encontrarán la Misa y las Letanías en sus devocionarios. Nos falta espacio para reproducirlas aquí.

Permítasenos protestar contra la negligencia de muchos cristianos, de personas más o menos dadas a la piedad, a las cuales jamás se las ve asistir ni a la Procesión de San Marcos, ni a la de las Rogativas. La relajación en este punto ha llegado al colmo, sobre todo en las ciudades. Estos mismos fieles han recibido con satisfacción la dispensa de la abstinencia, que limitada al principio a algunas diócesis, en nuestros días ha sido extendida a todos los fieles. Al parecer, esta indulgencia debiera hacerles tomar mayor parte en la oración, ya que la dispensa ha aliviado la parte correspondiente a la penitencia. La Procesión de los fieles en las Letanías, forma parte esencial de este rito reconciliador, y Dios no está obligado a tener en cuenta unas oraciones en las que no toman parte aquellos que están llamados a ofrecérselas. Este es uno de los muchos puntos en que una pretendida devoción privada tiene engañadas a muchas personas. Cuando San Carlos Borromeo entró en la ciudad de Milán, también halló que su pueblo dejaba solos a los clérigos en la Procesión del 25 de abril. Se

impuso a sí mismo la obligación de asistir e iba con los pies descalzos. No tardó el pueblo en seguir los pasos de su pastor.

26 DE ABRIL

SANTOS CLETO Y MARCELINO, PAPAS Y MARTIRES

Dos Pontífices se levantan hoy a la gloria de Jesús vencedor de la muerte. Cleto, discípulo de Pedro y sucesor suyo casi inmediato en la cátedra romana, nos lleva a los orígenes de la Iglesia. Marcelino vió los días de la gran persecución de Diocleciano en vísperas del triunfo de la Cruz. Inclinémonos ante estos dos padres de la cristiandad, que la han alimentado con su sangre y presentemos sus méritos a Cristo que les sostuvo con su gracia y les dió la confianza de tomar un día parte en su Resurrección.

VIDA. — San Cleto fué el segundo sucesor de S. Pedro. Después de haber reinado como doce años, murió mártir, bajo Domiciano, hacia el año 90, y fué sepultado junto a S. Pedro. Según una tradición antigua fué ordenado por el propio S. Pedro, y se le ha atribuído la construcción del primer monumento, sin duda muy modesto, que se levantó sobre la tumba del Apóstol.

San Marcelino, que nació en Roma, sucedió al Papa S. Cayo el 30 de junio de 296, y gobernó la Iglesia durante 8 años. Fué víctima de la persecución de Diocleciano. No se sabe si sucumbió a los golpes de sus verdugos, o a consecuencia de sus heridas. Su sepulcro, en

el cementerio de Priscila, da testimonio de la veneración en que se le tuvo, por las muchas visitas de los fieles. En el siglo V, pretendieron los donatistas, que primero ofreció incienso a los dioses, y después, arrepentido de su falta, la reparó por una valiente confesión de la fe, que le valió la corona del martirio. San Agustín, tiene esta apostasía momentánea por una pura leyenda, y esta es también la opinión de los historiadores modernos.

PLEGARIA CONTRA EL PAGANISMO MODERNO. — Rogad por nosotros, santos Pontífices, y dirigid una mirada paternal sobre la Iglesia de la tierra que tan agitada fué en vuestro tiempo, y que tan lejos está de gozar de calma al presente. El culto de los ídolos ha reaparecido y aunque hoy no son de piedra ni de metal, la violencia de los que los adoran no es menor que la que animaba a los paganos de los primeros siglos. Los dioses y diosas ante los que se postra el mundo entero, se llaman Libertad, Progreso, Civilización Moderna. Para implantar el culto de estas nuevas divinidades se decreta la persecución contra todos los que rehusan adorarlas, se trastorna la constitución cristiana de los estados, se cambian los principios de educación de la niñez, se rompe el equilibrio de los elementos sociales y gran número de fieles son arrastrados por el atractivo de estas novedades funestas.

Libradnos de esta seducción, ¡oh mártires bienaventurados! No en vano Jesús sufrió aquí abajo y resucitó de entre los muertos. Este era

el precio de su realeza, pero nadie se escapa de su cetro soberano. Para obedecerle no queremos más LIBERTAD, que la que El estableció en su Evangelio; más PROGRESO que el que se halla en la senda que El nos trazó; ni más CIVILIZACIÓN que la que resulta de la observancia de los deberes que ha establecido entre los hombres. Creó la humanidad y la impuso sus leyes; la ha rescatado y restablecido en sus bases. Sólo ante El doblaremos la rodilla. No permitáis, gloriosos mártires, que tengamos la desgracia de inclinarnos ante los sueños del orgullo humano, aun cuando aquellos que los explotan tuvieran de su parte la fuerza material.

27 DE ABRIL

NUESTRA SEÑORA DE MONTSERRAT

En muchas iglesias de España se celebra hoy la fiesta de Nuestra Señora de Montserrat, patrona de Cataluña. No sólo en España, sino en muchas otras partes del orbe católico, también la "Moreneta" tiene grandiosos y hasta espléndidos santuarios dedicados a su nombre, tal ha sido desde muchos siglos el encanto ejercido por la dulce Reina de Montserrat en el ánimo de los cristianos, y ella desde el majestuoso trono que se escogió en las encumbradas montañas de Cataluña que le dan su nombre, ejerce su dulce

imperio de amor y misericordia y atracción sobre todos los devotos y menesterosos.

El culto de la Virgen de Montserrat es antiquísimo, pues se remonta hasta más allá de la invasión de España por los árabes. Al acercarse los ejércitos agarenos, la Sagrada Imagen fué ocultada, no llegando a descubrirse de nuevo hasta el siglo IX. Para darle culto se edificó entonces una capillita, a la cual el conde Wifrido el Velloso, agregó más tarde un monasterio de monjes benedictinos, procedentes de San Pedro de las Puellas. Este monasterio más tarde se convirtió en el actual de monjes benedictinos, uno de los más famosos con que cuenta la Orden Benedictina. El alma y la vida del monasterio ha sido siempre la Virgen Morena en quien toda Cataluña tiene puestos todos sus amores y entusiasmos. Durante la Edad Media los reyes y magnates se disputaron la preferencia de dotar el monasterio y el santuario de la Virgen con toda clase de privilegios y donaciones. Esta prodigalidad no ha cesado todavía, siendo Montserrat uno de los centros marianos más concurridos por los fieles, no sólo en Cataluña sino en toda España y varios países de lengua española.

Vivo y perenne permanece el recuerdo de personajes célebres que se llegaron a Montserrat para honrar a la celestial Reina de aquellos fantásticos picachos, que semejan gigantescos chapiteles de catedral, o descomunales tubos de ór-

gano. Allí veló una noche las armas del noble Iñigo de Loyola, en loor de Nuestra Señora, al ensayar un nuevo género de milicia, "a lo divino" bajo la tutela de Nuestra Señora de Montserrat. Célebres santuarios de la Virgen hay en el mundo católico; muchos confiados a religiosos de diversas órdenes y congregaciones, aun a la orden de San Benito, como por ejemplo los milenarios de Einsielden en Suiza, y Valvanera en Logroño, pero ninguno puede rivalizar en esplendidez del culto como el de Montserrat. Una escolanía de niños cantores de la Virgen Morena se perpetúa en el monasterio y los niños llegan, por regla general, a ser monjes capellanes benitos de la Virgen en el santuario donde se ensayaron a ser "trovadores" de la Reina de los cielos.

Quiera la divina Madre de Dios multiplicar tan simpáticos cantores, que al cambiar de voz, perseveren en su servicio bajo el suave yugo de la disciplina monástica y sean maestros experimentados de reclutas infantiles.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO CANISIO, CONFESOR Y DOCTOR

El santo. — Fiel a su promesa, nunca ha abandonado a su Iglesia Nuestro Señor, ni la ha privado de la ayuda necesaria para cumplir su

fin a través de los siglos. En las épocas más turbulentas, cuando el infierno parecía la iba a sumergir, ha suscitado hombres "poderosos en obras y en palabras para reprimir la audacia de Satanás, frenar los progresos del mal, y extender el reino de Dios en el mundo[1]. Uno de estos fué San Pedro Canisio. "Valiente y suave, humilde y sabio, profesor, escritor, orador y polemista, siempre dispuesto a lanzarse en cualquier campo de batalla; predicador de reyes y catequista de niños; primer Provincial de la Compañía de Jesús en Alemania; teólogo en el Concilio de Trento; Nuncio del Papa ante obispos y príncipes; mezclado en todos los asuntos religiosos de su tiempo, capaz por su doctrina, su prudencia, su abnegación, su genio y su vida santa de hacer frente a los progresos del protestantismo, y detener y disminuir sus conquistas[2]. Tal es el santo cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, y que propone a los defensores de la verdad, para que tengan ante los ojos "el modelo de un campeón intrépido de la doctrina católica y un ejemplo que imitar, conservando el tesoro precioso de la fe, sin la cual no se puede conseguir la vida eterna"[3].

EL CATEQUISTA. — Uno de los principales títulos de gloria de San Pedro Canisio se halla en su

---

[1] Pío XI, *Bula de Canonización.*
[2] Alet: *El bienaventurado Canisio,* p. 5.
[3] Pío IX, *Bula de Beatificación.*

obra catequista. Compuso dos catecismos: la Suma de la doctrina cristiana y el Catecismo menor, para preservar a los niños del pueblo, a los estudiantes de las universidades y a los mismos clérigos contra el error protestante, y darles la doctrina sana de la Iglesia. Antes de su muerte, vió el santo 200 ediciones de su catecismo y su traducción a 12 lenguas extranjeras, es inmenso el bien que hizo y desde el siglo XVII se le llamaba a Canisio "Doctor de casi todas las naciones." Este juicio fué ratificado por Pío XI, que al canonizarle, le declaró protector de la Religión católica en Alemania y Doctor de la Iglesia Universal.

VIDA. —Nació Pedro Canisio en Nimega en 1521, el mismo año de la rebelión abierta de Lutero contra la Iglesia. A los 15 años fué a Colonia para estudiar humanidades. Allí hizo votos de castidad perpetua, y poco más tarde entró en la Compañía de Jesús. Ordenado de sacerdote, se consagró a la defensa de la fe católica contra los ataques de los innovadores. Dos veces tomó parte en las sesiones del Concilio de Trento, y le fueron encargadas misiones particulares por los Papas Paulo IV y Gregorio XIII. Con su celo reavivó la fe de los jefes del Imperio germánico en las dietas de Ratisbona y Augsburgo, y en Worms confundió a los magistrados herejes. Compuso una notable Suma de la doctrina cristiana, y sus obras de controversia le merecieron el sobrenombre de "martillo de los herejes". Sus incesantes trabajos no le impidieron permanecer íntimamente unido a Dios, hasta ser arrobado a veces en éxtasis. Su humildad le hizo rehusar muchas veces el episcopado; su obediencia y austeridad fueron sumas.

Por fin a la edad de 77 años murió en Friburgo donde vivía desde hacía muchos años. En 1864 le beatificó Pío IX, y en 1925 Pío XI le canonizó y le declaró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — Señor hacemos nuestros los ardientes sentimientos de fe que el santo Doctor expone al principio de su Suma: "No conozco a Lutero y rechazo a Calvino. Anatematizo a todos los herejes, nada quiero con ellos. Ni dicen, ni creen, ni observan la regla de fe de la única, santa y católica Iglesia romana. Por el contrario estoy unido por una fe común, y apruebo la religión y doctrina de los que escuchan y siguen a Cristo, no sólo en sus enseñanzas de la Escritura sino en las decisiones de los Concilios Ecuménicos, en su palabra salida de la cátedra de Pedro, lo mismo que en los testimonios de los Padres.

"Hombres blasfemos desprecian y combaten a la Iglesia romana; la detestan como iglesia del Anticristo. Yo me proclamo ciudadano suyo; no me apartaré un ápice de su autoridad; en testimonio suyo estoy dispuesto a derramar mi sangre y mi vida. Solamente en su unión, los méritos de Cristo y los dones del Espíritu Santo son la salvación para mí y para todos los demás. Tal es mi esperanza, mi certeza y mi persuasión.

"Lo que me impone y me arranca esta profesión de fe, oh Dios mío, es el honor de tu nombre, la fuerza de la verdad conocida, la doctrina

de la Escritura canónica, el común sentir de los Padres, la obligación de dar testimonio ante mis hermanos, en fin, la esperanza de obtener en el cielo, la felicidad prometida a los confesores del Evangelio.

"Si esta confesión me acarrea el desprecio de los herejes, perdónalos, ¡Oh Padre! perdónalos. El imperio fatal de Satanás, el prestigio de una falsa ciencia les domina; no saben ni quieren saber lo que hacen.

"Consérvame, te suplico, esta gracia: que en vida y en muerte no cese de profesar con constancia sincera y sinceridad constante la fe que se debe a Ti y a tu Iglesia y a la verdad. Amén."

EL MISMO DIA

SANTO TORIBIO DE MOGROVEJO, OBISPO Y CONFESOR

Fué el misionero en América el complemento del Conquistador; los dos unidos realizaron una de las obras más grandes de que nos habla la historia de la humanidad. Tipo perfecto del misionero, tan admirable como San Francisco Javier, fué Santo Toribio Alonso de Mogrovejo, hidalgo vallisoletano, natural de Mayorga donde nació el 1538. Fueron sus padres D. Luis Alonso Mogrovejo, regidor perpetuo de Mayorga y Doña

Ana Robles y Morán, descendientes ambos de nobilísimas familias de León y Santillana pero más señalados todavía por sus virtudes que trasfundieron al alma de su privilegiado hijo.

Fué desde niño perfecto dechado de virtud y de aplicación al trabajo sin conocer las deficiencias de la niñez y mocedad. A los 32 años le enviaron a deshora de la noche los títulos de Inquisidor de Granada, cargo que empezó a desempeñar con suma prudencia, celo santo y aplauso de toda España, sabedora de sus prendas incomparables. Murió el arzobispo de Lima y Felipe II propuso para aquella silla a Toribio, resistiéndose humilde, hasta que le persuadieron que era obra de perfecto y abnegado misionero. Fué el segundo arzobispo de Lima y preparó y presidió un concilio con asistencia de sus sufragáneos. Celebró quince sínodos diocesanos; reunió cuatro veces en torno suyo a los obispos de la América meridional. Bautizó y confirmó miles de indios, recorrió dos veces su diócesis, más basta que un reino, andando centenares de leguas muchas veces sobre la nieve, y a través de los riscos, torrenteras desatadas y bosques enmarañados, hablando a los indios en su propia lengua y despreciando los silbos de flechas envenenadas que con frecuencia se le recibía en los bohíos paganos. Murió cumpliendo su ministerio en Santa a más de quinientos kilómetros de la capital de su diócesis.

28 DE ABRIL

SAN PABLO DE LA CRUZ, CONFESOR

APÓSTOL DE LA CRUZ. — Radiante con el signo sagrado de la Pasión, Pablo de la Cruz hace hoy el cortejo al vencedor de la muerte. "Era necesario que Cristo padeciese y que de ese modo entrara en su gloria"[1]. Es también necesario que el cristiano, miembro de Cristo, siga a su Jefe por el sufrimiento para acompañarle en el triunfo. Pablo desde su infancia, ha profundizado en el misterio de los sufrimientos de Dios: se enamoró de la Cruz con inmenso amor, corrió con paso de gigante por este camino real; y así siguiendo a su Jefe traspasó el torrente, y sepultado con El en la muerte llegó a participar de las glorias de su Resurrección [2].

La disminución de las verdades entre los hijos de los hombres pareció haber cegado la fuente de los santos [3], cuando Italia, siempre fecunda en su fe inmarcesible, dió a luz al héroe cristiano que proyectaría sobre el siglo XVIII los rayos de santidad de edades pasadas. Dios nunca falta a su Iglesia. Al siglo de revolución y de sensualismo, que cubre con el nombre de filosofía sus tristes aberraciones, opone la Cruz de su Hijo. Recordando por su nombre y sus obras

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.
[2] *Rom.*, VI, 3-5.
[3] *Ps.*, XI, 2.

al Apóstol de los gentiles, surgirá un nuevo Pablo en esta generación llena de mentira y orgullo, para la cual la Cruz ha vuelto a ser escándalo y locura. Débil, pobre, mucho tiempo desconocido, sólo contra todos, pero con el corazón enchido de abnegación, sumisión y amor, irá este Apóstol con la pretensión de confundir la sabiduría de los sabios y la prudencia de los prudentes; vestido con un burdo hábito, extraño a la molicie del siglo, los pies descalzos, la cabeza coronada de espinas y una pesada cruz a la espalda, recorrerá las ciudades, se presentará ante los poderosos y los débiles, deseando no saber sino a Jesús y a Jesús crucificado. Y en sus manos la Cruz, fecundando su celo, aparecerá como la fuerza y la sabiduría de Dios [1]. Que triunfen aquellos que pretenden haber desterrado el milagro de la historia y lo sobrenatural de la vida de los pueblos; no saben que precisamente en ese momento, admirables prodigios y milagros sin cuento, someten pueblos enteros a la voz de este hombre, que por la destrucción completa del pecado en su persona, recuperó el primitivo imperio de Adán sobre la naturaleza, y parece gozar ya, en carne mortal de las dotes de los cuerpos resucitados.

El fundador. — Pero el apostolado de la Cruz no debe terminar con Pablo. En el atardecer de

[1] *I Cor.*, I, 11.

un mundo decrépito, no bastan los recursos antiguos. Estamos muy lejos de los tiempos en que la delicadeza del sentimiento cristiano, se conmovía por el espectáculo de la Cruz bajo las flores, como la pintaba en las Catacumbas un delicado y respetuoso amor. La humanidad tiene necesidad de que a sus sentidos embotados por tantas emociones malsanas, alguien le ofrezca como reactivo supremo, las lágrimas, la sangre y las llagas abiertas del Redentor. Pablo de la Cruz recibió de lo alto la misión de responder a esta necesidad de los últimos tiempos. A costa de indecibles sufrimientos llega a ser padre de una nueva familia religiosa, que a los tres votos ordinarios añade el de propagar la devoción a la Pasión del Salvador, y cuyos miembros ostentan sobre el pecho el signo sagrado de la redención.

No olvidemos, que la Pasión del Salvador no es para el alma cristiana, más que la preparación al gran misterio de Pascua, término radiante de las manifestaciones del Verbo, fin supremo de los escogidos, sin cuya inteligencia y amor la piedad queda incompleta. El Espíritu Santo que guía a la Iglesia en la admirable progresión del Año Litúrgico, no tiene otra dirección para las almas que se abandonan sin reserva a la libertad de su acción santificadora. De la cumbre sangrante del Calvario, donde quisiera clavar todo su ser, Pablo de la Cruz es

transportado muchas veces a las alturas divinas y allí escucha aquellas palabras misteriosas que la boca del hombre no puede pronunciar [1]. Asiste al triunfo del Hijo del Hombre, que después de haber vivido la vida mortal y pasado por la muerte, vive hoy eternamente [2]. Ve sobre el trono de Dios al Cordero inmolado, hecho el foco de los esplendores del cielo [3], y de esta visión de las realidades celestiales trae a la tierra un entusiasmo divino, la locura de amor, que en medio de las más espantosas penitencias, da a toda su persona un encanto incomparable. "No temáis, dice a sus hijos, asustados por los furiosos ataques de los demonios, no tengáis miedo, y gritad bien alto: Alleluia. El diablo tiene miedo al Alleluia; es una palabra venida del Paraíso."

Ante el espectáculo de la naturaleza que renace con su Señor en estos días de primavera, ante el canto armonioso de los pájaros celebrando su victoria, a la vista de las flores que brotan bajo los pies del divino resucitado, no se puede contener. Henchido de poesía y amor, y sin poder dominar sus ímpetus, reprende a las flores, las toca con su bastón, diciendo: "Callaos, callaos." "¿De quién son estos campos? Dice un día a su compañero de viaje. "¿De quién son estos campos? te digo. Ah, ¿no me comprendes? Son de nuestro Dios." Y cuenta su biógrafo, que

[1] *II Cor.*, XII, 4.
[2] *Apoc.*, I, 18.
[3] *Ibid.*, XXI, 23.

trasportado de amor, vuela por el aire hasta cierta distancia. "Hermanos míos solía repetir a cuantos encontraba; amad a Dios, amad a Dios que tanto merece ser amado. ¿No oís a las hojas de los árboles que os dicen que améis a Dios? Oh amor de Dios, oh amor de Dios."

VIDA. — Nació S. Pablo de la Cruz en Ovada, Liguria, en el año 1694. Desde niño estuvo abrasado por un gran amor a Jesús Crucificado, y un ardiente deseo de ser mártir le hizo alistarse en un ejército que iba a luchar contra los turcos. Dios le mostró que le había de servir de otra manera, y aun antes de ser sacerdote, le encargó su obispo predicar la palabra de Dios. Le gustaba sobre todo hablar de la Pasión, y lo hacía de una manera tan conmovedora, que convertía a los pecadores más endurecidos. Estudió Teología en Roma, y fué ordenado de sacerdote por el Papa Benedicto XIII, quien le permitió reunir compañeros con los que fundó una Orden destinada a honrar y predicar la Pasión del Señor y los Dolores de María. Favorecido con oración extática, con el don de lenguas, y de profecía, murió en Roma el 18 de Octubre de 1775, y Pío IX le concedió los honores de la beatificación y canonización.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — No has tenido, oh Pablo, más que un pensamiento: retirado en los agujeros de la piedra [1], que son las sagradas llagas del Salvador, hubieras querido llevar a todos los hombres a estas fuentes divinas, en las cuales calma su sed en el desierto de la vida el verdadero pueblo escogido [2]. Dichosos aquellos que

[1] *Cant.*, II, 14.
[2] *I Cor.*, X, 4.

pudieron oír tu voz siempre victoriosa y aprovechándose de ella salvarse por la Cruz, de en medio de una generación perversa. Pero a pesar de tu celo de Apóstol, tu voz no podía resonar a la vez en todos los confines; y donde no llegabas, el mal se desbordaba sobre el mundo. Preparado desde muy atrás por la falsa ciencia y la falsa piedad, la desconfianza contra Roma y la corrupción de los grandes, el siglo en que había de hundirse la antigua sociedad cristiana, se abandonaba a los doctores de la mentira y cada día avanzaba hacia su término fatal. Tu ojo, iluminado desde lo alto, penetraba el futuro, y veía el abismo en que cegados por el vértigo, reyes y pueblos se hundían juntamente. Azotado por la tempestad, el sucesor de Pedro, el piloto del mundo, impotente para dominarla, buscaba con qué ayuda y con qué sacrificio podría, al menos por algún tiempo contener las olas desencadenadas. Oh tú, amigo de los Pontífices, y apoyo en los días tristes, testigo y confidente de las amarguras de Cristo y su Vicario, ¿de qué angustias supremas no tuvo el mortal secreto tu corazón? ¿y cuáles eran tus pensamientos al legar, poco antes de morir, la imagen venerada de la Virgen de los Dolores a aquel Pontífice que había de beber hasta las heces del cáliz de la amargura y morir cautivo en tierra extranjera? Prometiste entonces tener para con la Iglesia, desde el cielo, aquella compasión tierna y afec-

tuosa que te identificaba en la tierra con su Esposo doliente. Cumple tu promesa, oh Pablo de la Cruz. En este siglo de disgregación social que no ha sabido reparar los crímenes de los anteriores y ni aprender con las lecciones de la desgracia, mira tú a la Iglesia oprimida por todas partes y el poder en manos de los perseguidores. La Esposa no tiene otro lecho que la Cruz de su Esposo. Vive del recuerdo de sus dolores. El Espíritu Santo que la guarda y la prepara para la suprema llamada, te ha suscitado a ti, oh Pablo, para reavivar sin cesar este recuerdo que la ha de fortalecer en las angustias de los últimos días.

PLEGARIA POR SU ORDEN. — Tus hijos continúan tu obra en el mundo. Extendidos por todo él, conservan fielmente el espíritu de su Padre. Han entrado en el suelo de Inglaterra, donde ya los había visto tu espíritu profético, y este reino por el que tanto oraste, se desliga poco a poco de los lazos del cisma y de la herejía con el dulce influjo de su influencia. Bendice su apostolado, que crezcan y se multipliquen en la proporción cada día creciente de las necesidades de estos desdichados tiempos. Que nunca falte su celo a la Iglesia ni la santidad de su vida a la gloria de su Padre.

PLEGARIA POR TODOS. — Tú, oh Pablo, fuiste fiel al divino Crucificado en sus humillaciones, y así también le hallaste fiel en su Resurrección triun-

fante. Escondido en los agujeros de la roca misteriosa en el tiempo de su voluntaria oscuridad, ¡qué gloria tan grande la tuya, hoy que desde la cumbre de las colinas eternas, esta piedra divina que es Cristo, ilumina con sus rayos vencedores toda la tierra y la inmensidad del cielo![1] Ilumínanos y protégenos, desde el seno de esa gloria. Nosotros damos gracias a Dios por tus triunfos. Haz, en cambio, que también nosotros seamos fieles al estandarte de la Cruz, para que podamos brillar contigo con su luz, cuando aparezca en el cielo, esa señal del Hijo del Hombre, el día en que venga a juzgar a las naciones[2]. Apóstol de la Cruz, inícianos en estos días en el misterio de Pascua tan íntimamente unido al misterio sangriento del Calvario: sólo comprende la victoria quien luchó en la batalla, sólo él tiene parte en el triunfo.

EL MISMO DIA

SAN VIDAL, MARTIR

La Iglesia conmemora hoy un mártir, compañero de San Agrícola, de quien la historia de las catacumbas no nos proporcionan ningún dato. A pesar de eso, tenemos una prueba de la devoción que le profesaron los fieles, en la mag-

---

[1] *Ps.*, LXXV, 5.
[2] *S. Mat.*, XXIV, 30.

nífica basílica que Justiniano levantó en su honor en Bolonia, y en la que poco más tarde se le dedicó en Roma.

He aquí la Colecta de la Misa: "Oh Dios todopoderoso, por intercesión de tu mártir Vidal, cuyo nacimiento para el cielo celebramos hoy, concédenos aumento de tu amor. Por Cristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SAN LUIS-MARIA GRIÑON DE MONFORT, CONFESOR

Pone a nuestra veneración hoy la Iglesia, y nos invita a imitar el ejemplo de un gran amante de la Sabiduría Divina y de la Cruz del Redentor, del insigne apóstol de la verdadera devoción a la Santísima Virgen, y como se ha dicho con exactitud del "Doctor de la mediación" universal de Nuestra Señora.

El Tratado de la verdadera devoción. — Durante sus estudios en San Sulpicio, San Luis-María, se asimiló cuantas obras contenía la biblioteca sobre la Santísima Virgen, en ellas se alimentó su piedad y desde el principio de su carrera apostólica, su predicación y sus escritos dan testimonio de una riqueza de doctrina sacada toda de la tradición, de los Padres y Doctores de la Iglesia. De ahí procede la seguridad

de su doctrina reconocida por Pío X con ocasión de la encíclica "Ad illum diem" en que el Papa la hace suya. Esta doctrina vivida por un alma de fuego, predicada en numerosas misiones al pueblo, se halla condensada en el breve y maravilloso "Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen", escrito en la Rochela, en el verano de 1712, con mucha prisa, y sin ningún alarde literario, pero abundante de piedad filial; de ahí su inmensa popularidad que crece constantemente.

La doctrina. — La base de su doctrina consiste en hacerse exclavo de María, para mejor serlo de Jesús: consecuencia lógica del papel asignado por Dios a María en la producción y distribución de la gracia. "María, dice, es la Madre, la Señora y la Dispensadora de todos los dones de Dios, el Trono de la Sabiduría. Sólo por mediación de María se puede obtener la Sabiduría eterna y encarnada. Pero como nuestro corazón está muy manchado es preciso para hacerle digno de Ella, hacer entrar, por decirlo así, a María en nuestra casa consagrándonos a Ella, sin reservas, como siervos y esclavos suyos." Como es "imán sagrado" de la Sabiduría, la atraerá indudablemente a nosotros. Este es el medio "más seguro, más fácil, más corto y más santo" para unirse a Jesús. Si nos entregamos a María, "imagen de Jesús" Ella formará en nosotros a su divino Hijo.

Es necesario depender de María, y por María de Jesús "como hijos, como almas libres, libres de todo... por tanto esclavos, oh Dios, pero sólo de tu amor y de tu voluntad", y esto

Viviendo por ella: En sus deseos, guiándose en todo por su espíritu, que es el Espíritu de Jesús; para esto es necesario renunciar al espíritu propio y entregarse al espíritu de María;

viviendo con Ella: en sus acciones, mirando a María como modelo acabado de toda virtud y perfección ejecutando cada acción como la ejecutaría ella si estuviese en nuestro lugar; examinando e imitando su fe viva, su profunda humildad, su pureza divina, en fin todas sus virtudes;

viviendo para María: como esclavo, no tomándola como fin último de nuestros servicios, que sólo puede ser Jesucristo, sino como fin próximo y medio fácil para ir a El. Es necesario, apoyaros en su protección, defender sus privilegios, mantener su gloria, atraer a todos a su devoción y no exigir de Ella, en recompensa de nuestros pequeños servicios, más que el honor de pertenecer a una Princesa tan amable y la dicha de estar unidos por Ella a Jesús, con un vínculo indisoluble por toda la eternidad: en fin, si es posible a fuerza de fidelidad:

viviendo en María: morando en el hermoso interior de María, complaciéndose y descansando allí en paz, apoyándose con confianza, refugián-

dose con seguridad y perdiéndose en ella sin reserva, a fin de que en su seno virginal, el alma se alimente con la leche de la gracia, libre de preocupaciones viva allí segura contra todos y sus enemigos, el demonio, el mundo y el pecado, que jamás, entraron allí y que al fin sea formado en Jesucristo y Jesucristo formado en ella [1].

IRRADIACIÓN DE LA DOCTRINA. — Pero más bien que una doctrina, este libro contiene una gracia, "a condición de leerle como fué escrito, con humildad y piedad, leer lentamente, con reflexión, y poner por obra lo que enseña; entonces experimentará gran alegría y se sacará mucho provecho". Por eso, en "el Secreto de María", resumen hecho por el mismo santo, a petición de una religiosa, quiere que no se lea antes de haber orado al Espíritu Santo y a María "para pedir a Dios la gracia de comprender y de gustar este divino misterio". Y muchos lectores, por no haberlo hecho así, quedaron desconcertados por las exigencias del autor, o desanimados por el aire vulgar de algunas descripciones populares. Pero a los que han orado y perseverado se les ha manifestado una vida verdaderamente nueva que les ha transformado.

La piedad mariana de San Luis-María se ha comunicado también por un poderoso apostolado por el Rosario del que se hizo apóstol infa-

[1] Amor de la sabiduría eterna, Puente-Castillo, 1932, p. 344.

tigable en sus misiones por Bretaña y La Vendée, mostrando en esa devoción providencial la mejor realización práctica de la santa esclavitud, y el procedimiento más poderoso para atraer a nosotros el reino de Dios. Fué tal el éxito que obtuvo, que esta devoción, en especial bajo la forma del Rosario en familia, se arraigó en las favorecidas provincias por él evangelizadas, y ha contribuído a hacerlas profundamente cristianas.

VIDA. — Luis-María nació en Monforte en 1673. En 1685 fué a Rennes para hacer sus estudios en el colegio de los Jesuítas, y en 1693 a París al Seminario de San Sulpicio para prepararse en él al sacerdocio. Fué ordenado sacerdote el 5 de Junio de 1700, inaugurando su ministerio en Nantes; más tarde fué capellán del hospital de Coitiers. Allí, en 1703, fundó la Congregación de las Hijas de la Sabiduría, para la instrucción de la juventud. Dos años más tarde, comenzó su vida de misionero, viajando siempre a pie, con una pobreza y a veces desnudez soportada heroicamente. De este modo recorrió las provincias del Oeste de Francia, con notable fruto. Entonces compuso las primeras reglas de la Compañía de María para los misioneros que le acompañaban en su apostolado, y que continuarán su obra después de su muerte, con el nombre de "Padres Monfortianos". También entre sus colaboradores se reclutaron los primeros Hermanos de San Gabriel, dedicados a la enseñanza primaria. Murió Luis-María el 28 de abril de 1716, cuando predicaba una misión en San Lorenzo de Sèvre. Le beatificó León XIII y Pío XII le ha colocado en el catálogo de los Santos.

Colecta. — "Oh Dios que hiciste del bienaventurado Luis-María, Confesor, un Predicador admirable del misterio de la santa Cruz y del santo Rosario, y que por él has enriquecido a tu Iglesia con una nueva familia, concédenos por sus méritos y su intercesión, llegar, por la vida, muerte y resurrección de tu Hijo, a la bienaventuranza eterna. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

29 de abril

SAN PEDRO, MARTIR

El héroe que la Santa Iglesia envía hoy a Jesús resucitado, combatió con tanta valentía que el martirio adornó hasta su nombre. El pueblo cristiano le llama *San Pedro Mártir*, de suerte que su nombre y su victoria no se separarán jamás. Inmolado por un brazo herético, es el tributo que la cristiandad del siglo XIII ofreció al Redentor. Nunca triunfo alguno fué celebrado con tan solemnes aclamaciones. En el siglo anterior la palma obtenida por Tomás de Cantorbery, fué saludada con alegría por los pueblos que nada amaban tanto como la libertad de la Iglesia; la obtenida por Pedro fué objeto de una ovación semejante. La fiesta se guardaba como las solemnidades antiguas, con la suspensión de trabajo, y los fieles acudían a las igle-

sias de los Hermanos Predicadores, llevando ramos que presentaban para que los bendijeran en recuerdo del triunfo de Pedro Mártir. Esta costumbre se ha conservado hasta nuestros días en Europa meridional, y los ramos bendecidos por los Dominicos ese día son considerados como una protección para las casas en que se conservan con respeto.

San Pedro y la Inquisición. — ¿Por qué causa se inflamó el celo del pueblo cristiano por la memoria de esta víctima de un odioso atentado? Pedro había caído trabajando en defensa de la fe, y entonces a los pueblos nada les era tan querido como la fe. Pedro tenía la misión de buscar a los herejes maniqueos que desde hacía tiempo infectaban el Milanesado con sus doctrinas perversas y sus costumbres tan odiosas como sus doctrinas. Su firmeza, su integridad en el cumplimiento de tal misión, le hacían el blanco del odio de los Patarinos; y cuando cayó, víctima de su valor, un grito de admiración y reconocimiento se levantó en toda la cristiandad. Nada pues más lejos de la verdad, que las declamaciones de los enemigos de la Iglesia y de sus imprudentes fautores, contra las pesquisas que el derecho público de las naciones católicas había decretado para descubrir y castigar a los enemigos de la fe. En aquellos siglos, no había tribunal más popular que el encargado de pro-

teger las sagradas creencias, y de reprimir a los que las atacaban.

Goce, pues, la Orden de Predicadores, a quien particularmente le estaba encargada esta alta magistratura, goce sin orgullo pero también sin debilidad, del honor que tuvo de ejercerla durante tantos años, para bien del pueblo cristiano. ¡Cuántas veces sus miembros han hallado muerte gloriosa en el cumplimiento de su sagrado deber! San Pedro Mártir, es el primero de los mártires que esta Orden ha dado por esta causa; pero los fastos dominicanos cuentan con gran número de herederos de su abnegación y émulos de su corona. La persecución de los herejes no es sino un hecho de la historia; y a nosotros los católicos no nos está permitido juzgar de ella de distinto modo que juzga la Iglesia. Hoy nos manda honrar como mártir a uno de sus santos que halló la muerte saliendo al encuentro de los lobos, que amenazaban a las ovejas del Señor; ¿no seríamos culpables ante nuestra Madre si osáramos enjuiciar de otro modo que ella el mérito de los combates que merecieron a Pedro la corona inmortal? Lejos, pues, de nuestros corazones de católicos la cobardía que no se atreve a aceptar los esfuerzos de nuestros antepasados por conservarnos la herencia más preciosa. Lejos de nosotros esa facilidad pueril en creer las calumnias de los herejes y de los pretendidos filósofos contra una institución a la que ellos no

pueden sino detestar. ¡Lejos de nosotros esa deplorable confusión de ideas que coloca en el mismo plano la verdad y el error y que, por lo mismo, que el error no tiene ningún derecho, osa concluir que la verdad nada tiene que reclamar!

VIDA. — Nació San Pedro en Verona en 1206, de padres herejes. Con la ayuda de la gracia, y las enseñanzas de un maestro católico, abrazó la fe católica desde su juventud. Siendo estudiante en Bolonia, lejos de dejar enfriar su fe, entró en la Orden de Predicadores, donde se distinguió en la práctica de las virtudes religiosas. Ordenado sacerdote, ejerció su ministerio en las provincias vecinas, haciendo muchos milagros y numerosas conversiones. En 1232, Gregorio IX le nombró Inquisidor general de la fe. Sus trabajos por extirpar la herejía le atrajeron el odio de los maniqueos. El 6 de abril de 1252, uno de ellos le asesinó cuando iba a Milán. Su cuerpo fué llevado a la iglesia de los Dominicos de Milán, y el año siguiente, Inocencio IV le inscribía en el católogo de los Santos.

PROTECCIÓN CONTRA EL ERROR. — Protector del pueblo cristiano, ¿qué otro móvil sino la caridad dirigió todos tus trabajos? ya sea que tu palabra viva y luminosa reconquiste las almas engañadas por el error, ya sea que caminando contra el enemigo, tu valor les oblige a huir lejos de los pastos que quisieran envenenar, nunca tuviste en vista otro objeto que el de preservar a los fieles de la seducción. ¡Cuántas almas sencillas habrían gozado de las delicias de la verdad divina, que la Santa Iglesia hacía llegar hasta ellas, y que engañados miserable-

mente por los predicadores del error, sin defensa contra el sofisma y la mentira, pierden el don de la fe, languidecen en la angustia y la depravación!

La sociedad católica previno estos males. No podía sufrir que la herencia adquirida con el precio de la sangre de los mártires, fuese presa de enemigos envidiosos que se habían propuesto apoderarse de ella. Sabía que en el fondo del corazón del hombre caído existe cierta inclinación al error, y que la verdad, inmutable en sí, no está en segura posesión de nuestra inteligencia, sino en cuanto es protegida por la ciencia y por la fe: la ciencia, que pertenece al dominio de muy pocos, la fe, contra la cual conspiran constantemente el error, bajo las apariencias de la verdad. En las edades cristianas, se consideraba tan culpable como absurdo, conceder al error una libertad a la que sólo tiene derecho la verdad, los poderes públicos se consideraban en la obligación de velar por la salud de los débiles, apartando de ellos las ocasiones de caer, del mismo modo que un padre cuida de alejar a sus hijos de los peligros que les serían tanto más funestos cuanto su inexperiencia no los preveían.

Amor de la fe. — Alcánzanos, oh Santo Mártir, estima mayor del don precioso de la fe, que nos conserva en el camino del cielo. Procura, solicita su conservación en nosotros y en todos los que nos están confiados. El amor de esta santa

fe se ha enfriado en muchos; el trato con los que no creen les ha acostumbrado a concesiones de palabra y de pensamiento que los han debilitado. Tráelos, oh Pedro, a ese celo por la verdad divina que debe ser el distintivo del cristiano. Si en la sociedad en que vive, todo tiende a igualar los derechos del error y de la verdad, que se consideren tanto más obligados a profesar la verdad y a detestar el error. Reaviva en nosotros, oh Santo Mártir, el ardor de la fe, "sin la cual es imposible al hombre agradar"[1]. Haz que seamos delicados en este punto de importancia capital para la salvación, para que, aumentando de día en día nuestra fe, merezcamos ver eternamente en el cielo lo que hayamos creído firmemente en la tierra.

30 DE ABRIL

SANTA CATALINA DE SENA, VIRGEN

LA MÍSTICA. — ¿Quién se atreverá a emprender la tarea de contar los méritos de Santa Catalina o de enumerar siquiera los títulos de gloria de que está rodeada? Se encuentra entre las primeras filas de las esposas de Jesús. Como virgen fiel se unió al Esposo divino desde sus tiernos años. Su vida, consagrada por tan noble voto, se deslizó en el seno de la familia, hasta que es-

[1] *Hebr.*, XI, 6.

tuvo preparada para cumplir la alta misión a que la destinaba la Providencia divina. El Señor, que quería glorificar por ella el estado religioso la inspiró unirse por medio de la profesión a la orden tercera de los Frailes Predicadores. Tomó su hábito y practicó toda su vida sus santos ejercicios. Se trasluce desde el principio en los modales de la sierva de Dios algo celestial, como si un ángel hubiera bajado a vivir en la tierra para llevar en su cuerpo una vida humana. Su vuelo hacia Dios es irresistible, y hace pensar en el ímpetu que arrastra a las almas gloriosas hacia el supremo bien, ante cuya presencia estará ya siempre. En vano el peso de la carne mortal intenta retardar su vuelo; la energía de la penitencia la hace someterse, la suaviza y la aligera. Parece vivir sóla el alma en cuerpo transformado. Le basta para sostenerle el divino manjar de la Eucaristía; y la unión con Cristo es tan completa, que se imprime sus sagradas llagas en los miembros de la virgen y le dan a gustar los dolores de la Pasión.

Desde el interior de esta vida tan elevada sobre los humanos, Catalina no vive ajena a ninguna de las necesidades de sus hermanos. Su celo es fuego para las almas, su compasión tierna como la de una madre para con las dolencias de sus cuerpos. Dios abrió para ella la fuente de los milagros y Catalina los derrama a manos llenas sobre los hombres. Las enfermedades y la muerte

misma obedecen a su mandato, los milagros se multiplican en torno de ella.

Las comunicaciones divinas con ella comenzaron desde sus primeros años, y el éxtasis llegó a ser en ella un estado casi habitual. Sus ojos vieron con frecuencia al divino resucitado que la prodiga sus caricias y sus pruebas. Los más altos misterios estuvieron a su alcance y una ciencia que nada tenía de terrena iluminó su inteligencia. Esta joven sin cultura compondrá escritos sublimes, en los cuales los horizontes más profundos de la doctrina del cielo, se exponen con precisión y elocuencia sobrehumanas, con un acento que aún hoy día penetra las almas.

Acción política. — No quiso el cielo que tantas maravillas permanecieran ocultas en un rincón de Italia. Los santos son columnas de la Iglesia y si, a veces, su acción es misteriosa y callada, a veces también se manifiesta a las miradas de los hombres. Entonces se hacen patentes los resortes con que Dios gobierna al mundo. Al final del siglo XIV, era necesario hacer volver a la ciudad eterna al Vicario de Jesucristo, ausente de su Sede desde hacía más de sesenta años. Un alma santa, pudo con sus méritos y oraciones, lograr que se realizase este retorno tan deseado por toda la Iglesia; quiso el Señor esta vez que esto fuera público; "en nombre de Roma abandonada, en nombre de su divino Esposo que también lo es de la Iglesia, Catalina pasa los Alpes,

y se presenta al Pontífice que nunca vió a Roma, y a quien tampoco Roma había conocido. La Profetisa le intima respetuosamente el deber que tiene que cumplir; como garantía de su misión le revela un secreto que sólo él conoce. Gregorio XI se da por vencido y la ciudad eterna ve de nuevo a su padre y pastor. Pero, a la muerte del Pontífice, un cisma, presagio de mayores males, viene a desgarrar el seno de la Iglesia. Catalina, lucha contra la tempestad hasta su último aliento; pero el año treinta y tres se acerca; el Señor no quiere que sobrepase la edad que El consagró en su persona; ha llegado el tiempo de que la virgen vaya a continuar en los cielos su ministerio de intercesión por la Iglesia que tanto amó, y por las almas rescatadas con la sangre de Cristo.

VIDA.— Santa Catalina nació en Sena el 25 de marzo de 1347. A los siete años hizo voto de castidad perpetua. Después de gran oposición su madre la permitió recibir el hábito de las Hermanas de Sto. Domingo, pero viviendo en el siglo. Su vida la pasó cuidando a los enfermos, calmando los odios que dividían a las familias, y convirtiendo pecadores con sus exhortaciones y oraciones. Escribió al Legado del Papa en Italia, pidiéndole la reforma del clero, la vuelta del Papado de Aviñón a Roma, y la organización de una cruzada contra los infieles. En 1376, enviada por los florentinos, emprendió un viaje a Aviñón, para defender ante el Sumo Pontífice la causa de Florencia, sobre la cual el Papa había tenido que lanzar el entredicho, a causa de su rebelión. Además se aprovechó para pedir de nuevo a Gregorio XI volviera a Roma. Al comienzo del

gran Cisma, sostuvo ardientemente la causa de Urbano VI, sin lograr hacerla triunfar. Favorecida con las más elevadas gracias espirituales, dictó en el curso de sus éxtasis el *Diálogo* que encierra toda su doctrina mística. Murió en Roma, el año 1380. Su cuerpo descansa en la iglesia de Santa María de Minerva. El Papa Pío II la canonizó en 1461 y Pío IX en 1866 la declaró segunda patrona de Roma.

PLEGARIA POR TODOS. — Absorta la Iglesia en las glorias de la resurrección, se dirige a ti, oh Catalina, que sigues al Cordero a donde quiera que va [1]. En este lugar de destierro donde no puede detenerse por mucho tiempo, no goza de su presencia sino a intervalos; por lo cual te pregunta: "¿Encontraste al que ama mi alma?"[2] Eres su Esposa, también ella lo es; pero para ti ya no hay velos, no hay separación, mientras que para ella el gozo es raro y fugaz, y la luz, velada por las sombras. ¡Pero cuál ha sido tu vida, oh Catalina! Has unido la más profunda compasión por los dolores de Jesús a las alegrías más embriagadoras de la vida gloriosa. Nos puedes iniciar en los misterios del Calvario y en las magnificencias de la Resurrección. Estamos en Pascua, en la vida nueva; procura que la vida de Jesús no se extinga en nuestras almas, sino que crezca por el amor del que la tuya nos ofrece admirable ejemplo.

---

[1] *Apoc.*, XIV, 4.
[2] *Cant.*, III, 3.

Plegaria por la Iglesia. — Concédenos participar, oh virgen, de tu adhesión filial a la Santa Iglesia, que te hizo emprender tan grandes cosas. Te afligías de sus dolores y te alegrabas en sus alegrías como hija sumisa. También nosotros deseamos amar a nuestra madre, proclamar los lazos que nos unen a ella, defenderla contra sus enemigos, ganarla nuevos hijos generosos y fieles.

El Señor se sirvió de tu débil brazo, oh mujer inspirada, para restituir en su silla al Romano Pontífice. Fuiste más fuerte que los elementos humanos que se afanaban por prolongar una situación desastrosa para la Iglesia. Las cenizas de Pedro en el Vaticano, las de Pablo en la Vía Ostiense, las de Lorenzo y Sebastián, las de Cecilia e Inés y las de tantos millares de mártires, saltaron de gozo en sus tumbas, cuando el carro triunfal que llevaba a Gregorio XI entró en la Ciudad.

Plegaria por Italia. — Ruega también, oh Catalina, por Italia que tanto te amó y que estuvo tan orgullosa de tus gestas. En ella está suelta hoy la impiedad y la herejía; se blasfema el nombre de tu Esposo, se predica al pueblo descarriado las doctrinas más perversas, se le enseña a maldecir de todo lo que un día veneró, la Iglesia es ultrajada y la fe, desde tanto tiempo debilitada, amenaza extinguirse; acuérdate de tu desgraciada patria, oh Catalina. Es ya hora

de que vengas en su ayuda y la libres de las garras de sus enemigos. La Iglesia entera espera de ti la salvación de esta ilustre provincia de su imperio; calma las tempestades y salva la fe en este naufragio que amenaza devorarlo todo.

1 DE MAYO

SAN FELIPE Y SANTIAGO EL MENOR, APOSTOLES

Dos buenos testigos de la Resurrección de nuestro amado Salvador se presentan hoy a nuestra veneración: San Felipe y Santiago vienen a afirmarnos que su Maestro resucitó verdaderamente de entre los muertos, que le vieron, que le tocaron, que vivieron con él durante cuarenta días, y para que no dudemos de la sinceridad de su testimonio, traen en las manos los instrumentos del martirio que padecieron, para atestiguar que Jesús, después de haber padecido la muerte, salió vivo del sepulcro.

San Felipe. — Según la tradición predicó a los escitas y se cree que murió en Hierápolis de Frigia. Documentos antiguos dan testimonio de que fué martirizado en tiempo de Domiciano o de Trajano.

Santiago. — Más conocido que San Felipe, Santiago fué llamado el "hermano del Señor"

por el parentesco que unía a su madre con la de Jesús. Se propone de un modo especial a nuestra veneración en estos días de Pascua. Sabemos por el Apóstol San Pablo, que el Salvador resucitado favoreció a Santiago con una aparición particular. Tal distinción obedecía sin duda a una fidelidad especial de este discípulo para con su Maestro. Fué constituído primer Obispo de Jerusalén [1] y fué tan grande la fama de su santidad que en esa ciudad todos le llamaban el Justo; y los judíos fueron tan ciegos que no comprendieron que el espantoso desastre de su ciudad fué el castigo del deicidio y buscaron su causa en el asesinato de Santiago que sucumbió bajo sus golpes, orando por ellos. Podemos penetrar en el alma pura y tranquila del Santo Apóstol leyendo la admirable Epístola con la que nos sigue instruyendo. En ella con un lenguaje del todo celestial, nos enseña que las obras deben acompañar a la fe si queremos ser justos, con la

---

[1] Algunos autores creen que se puede distinguir dos personas distintas con el nombre de Santiago: en primer lugar, uno de los doce Apóstoles y por otra el hermano del Señor, primer Obispo de Jerusalén y autor de la epístola canónica. Hay que advertir que esta distinción está basada en la liturgia griega que celebra al Apóstol el 5 de octubre y al Obispo el 25 del mismo mes. Algunos Martirologios romanos fijan al Apóstol el 22 de junio y la del Obispo el 25 de marzo. Sin embargo de eso, esta distinción, poco conforme con un pasaje de la Epístola a los Gálatas (I, 19) parece que no fué admitida por la mayoría de los Padres, y hoy sólo la aceptan muy reducido número de autores. (Cfr. Mgr. Charue, *Epístolas Canónicas,* t. XII de la Biblia de Pirot, París, 1938, pp. 388-390.)

justicia que nos hará semejantes a nuestro Señor Resucitado [1].

Las reliquias de San Felipe y Santiago descansan en Roma en la basílica llamada de los Doce Apóstoles. Constituyen uno de los tesoros más sagrados de la ciudad santa. Las reliquias de San Felipe fueron traídas siendo Papa Pelagio I (560) el 1 de mayo, día en que se celebraba la dedicación de dicha Iglesia; las de Santiago fueron trasladadas poco más tarde. Excepto las fiestas de San Juan Evangelista y de San Andrés, hermano de San Pedro, la Iglesia romana durante muchos años no celebró fiestas particulares de otros apóstoles. Los honraba a todos en la solemnidad de San Pedro y San Pablo. La traslación desde Oriente, en el siglo VI, de los cuerpos de San Felipe y Santiago dió ocasión a la institución de la fiesta que se celebra hoy en su honor: y esta derogación trajo insensiblemente al Ciclo litúrgico la admisión de otros Apóstoles y Evangelistas.

PLEGARIA A LOS DOS APÓSTOLES. — Santos Apóstoles, vosotros habéis visto a Jesús en toda su gloria: El os dijo la víspera de la Pascua: "¡La

[1] Santiago fué juzgado por Ananias, hijo del Sumo Sacerdote Anás, porque convertía muchos judíos a la fe cristiana. Conducido fuera del templo a un lugar muy elevado encima del valle, fué arrojado desde allí. No habiendo muerto, pudo pedir perdón a Dios por sus enemigos; mas un batanero le dió un golpe con una estaca en la cabeza, que le mató. Ocurrió esto en la fiesta de la Pascua, en abril del 62, imperando Nerón.

paz sea con vosotros!" y durante estos cuarenta días se os apareció para convenceros de su resurrección. Grande fué vuestra alegría al ver de nuevo al Maestro que se dignó escogeros por confidentes íntimos y vuestro amor para con El se hizo así más ardiente aún. Nos dirigimos a vosotros como a iniciadores de los fieles en el misterio de Pascua: sois también nuestros especiales intercesores en este santo tiempo. Hacednos conocer y amar a Jesús resucitado. Ensanchad nuestros corazones con la alegría pascual y no permitáis que perdamos la vida que hemos recobrado en Jesús.

PLEGARIA A SAN FELIPE. — Tu adhesión a El, oh Felipe, se manifestó desde los primeros días de tu vocación. Apenas conociste al Mesías corriste a anunciárselo a Natanael, tu amigo. Jesús te dejaba acercarte a su persona con amable familiaridad. Cuando multiplicó los panes se dirigió a ti y te dijo con bondad: "¿Dónde encontraremos pan para alimentar tanta gente? Pocos días antes de la Pasión de tu Maestro, algunos gentiles deseando ver al gran profeta del que tantas maravillas se narraban, acudieron a ti para que los condujeras a El. ¡Con qué ardor pediste en la Ultima Cena a Jesús que te diera a conocer al Padre! Tu alma anhelaba la luz divina: y cuando la inflamó el fuego del Espíritu Santo nada había que excediera tu valor. En re-

compensa de tus trabajos Jesús te hizo participante de los honores de su Cruz. Pide, oh Santo Apóstol, que te imitemos en la búsqueda solícita de nuestro común Maestro, y que nos sea suave su Cruz si alguna vez nos concede participar de ella.

PLEGARIA A SANTIAGO. — A ti que eres llamado Hermano del Señor, a ti cuyo noble rostro retrataba sus rasgos, Pastor de la Iglesia de Jerusalén, te honramos y admiramos el amor que profesaste al Redentor. Si flaqueaste un momento, como los demás en la hora de la Pasión, tu arrepentimiento le atrajo de nuevo junto a ti: después de Pedro, tu fuiste el primero de los Apóstoles a quien se dignó manifestarse en particular. Recibe hoy nuestra felicitación, oh Santiago, por este favor tan digno de emulación, y en recompensa haznos gustar cuán bondadoso es el Señor resucitado. No aspiró a otra cosa tu corazón, oh Santo Apóstol, que a mostrar a Jesús el reconocimiento de que estaba lleno; y el último testimonio que diste de su divinidad en la ciudad apóstata, te abrió por el martirio el camino que te había de llevar a El para siempre. Alcánzanos, generoso Apóstol, que le confesemos también nosotros con la firmeza que conviene a sus discípulos; que nunca dudemos cuando se presente la ocasión de proclamar sus derechos sobre toda criatura.

Plegaria por la Iglesia. — Os invocamos juntos, oh Santos Apóstoles, y os suplicamos tengáis piedad de las iglesias de Oriente que vosotros evangelizasteis. Rogad por Jerusalén, profanada por el cisma y la herejía. Obtened que pronto la veamos purificada y libre, que sus santos lugares cesen de ser profanados continuamente por el sacrilegio. Suscitad entre los cristianos de Asia Menor el deseo de volver a la unidad del redil que gobierna el soberano Pastor. En fin, oh Santos Apóstoles, rogad por Roma, vuestra segunda patria, en cuyo recinto esperáis la resurrección.

2 de mayo

SAN ATANASIO, OBISPO Y DOCTOR

¿Hay nombre más ilustre que el de San Atanasio entre los secuaces de la Palabra de verdad, que Jesús trajo a la tierra? ¿No es este nombre, símbolo del valor indomable en la defensa del depósito sagrado, de la firmeza del héroe frente a las más terribles pruebas de la ciencia, del genio, de la elocuencia, de todo lo que puede representar el ideal de santidad del Pastor unido a la doctrina del intérprete de las cosas divinas? Atanasio vivió para el Hijo de Dios; su causa fué la de Atanasio; quien estaba con Atanasio estaba con el Verbo eterno, y quien maldecía al Verbo eterno maldecía a Atanasio.

El Arrianismo. — Nunca corrió la fe peligro mayor que en los días que siguieron a la paz de la Iglesia y que fueron testigos de la más espantosa tempestad que había combatido a la barca de Pedro. En vano pretendió Satanás ahogar en su sangre la descendencia de los adoradores de Jesús; la espada de Diocleciano y Galerio se había embotado en sus manos y la cruz que brillaba en los cielos proclamaba el triunfo del cristianismo. De pronto, la Iglesia victoriosa se siente sacudida en sus mismos cimientos.

El infierno envalentonado vomitó sobre la tierra una herejía que amenazaba devorar en poco tiempo el fruto de tres siglos de martirio. El impío Arrio se atreve a decir, que Aquel que fué adorado como Hijo de Dios por tantas generaciones después de los Apóstoles, no es sino una criatura más perfecta que las demás. Se produce entonces una enorme defección hasta entre las filas de la jerarquía sagrada; el poder de los Césares se pone del lado de la apostasía; y si no hubiera intervenido el mismo Señor, pronto hubieran dicho los hombres que la victoria del cristianismo no tuvo otro resultado que transformar el culto pagano sustituyendo sobre los altares un ídolo por otros que primeramente habían recibido el incienso antes que él.

El Defensor de la fe. — Pero el que había prometido que las puertas del infierno no prevalecerían contra la Iglesia, no tardó en cum-

plir su promesa. La fe primera triunfó: el concilio de Nicea reconoció y proclamó al Hijo consubstancial al Padre; pero necesitaba la Iglesia un hombre que, por decirlo así, encarnase la causa del Verbo, un hombre tan docto que pudiera desenmascarar los embustes de la herejía, y tan fuerte que pudiera atraer sobre sí todos los golpes, sin desfallecer jamás. Este hombre fué San Atanasio; quien adore y ame al Hijo de Dios, debe amar y glorificar a Atanasio. Desterrado hasta cinco veces de su Iglesia de Alejandría, perseguido a muerte por los arrianos, vino a buscar ya un refugio, ya un lugar de destierro en Occidente, que tuvo a gala acoger con cariño al ilustre confesor de la divinidad del Verbo. En recompensa de la hospitalidad que Roma le dispensó, Atanasio la hizo partícipe de sus tesoros, Admirador y gran amigo de Antonio, profesaba un afecto especial a los monjes, que la gracia del Espíritu Santo había hecho brotar en los desiertos de su vasto patriarcado. Trajo a Roma esta preciosa semilla, y los monjes que la acompañaban fueron los primeros que vió Occidente. La planta celeste se aclimató, y aunque su crecimiento fué lento al principio, en lo sucesivo fructificó más aún que en Oriente.

El Doctor de la Pascua. — Atanasio que expuso en sus escritos con tanta claridad y magnificencia el dogma de la divinidad de Jesucristo, celebró también el misterio de Pascua con elo-

cuente majestad en sus *Cartas festales*, que dirigía cada año a las iglesias de su Patriarcado de Alejandría. La colección de sus cartas, que se daba por perdidas y no se conocía más que por algunos cortos fragmentos, se ha hallado casi completa en el monasterio de Santa María de Scete, en Egipto. La primera, que se refiere al año 329, comienza por las siguientes palabras, que expresan admirablemente los sentimientos que deben sentir todos los cristianos a la llegada de la Pascua. "Venid, muy amados, dice Atanasio a los fieles sometidos a su autoridad pastoral, venid a celebrar la fiesta; la hora presente os invita. Al dirigir sobre nosotros sus divinos rayos, el Sol de justicia nos anuncia que el tiempo de la solemnidad se aproxima. Ante esta noticia celebremos fiesta y no dejemos que la alegría se nos vaya con el tiempo que nos la trajo sin haberla experimentado." Durante sus destierros Atanasio continuó dirigiendo a su pueblo la Carta pascual; sólo se vieron privados de ella algunos años. He aquí el principio de la que anuncia el comienzo de Pascua del año 338; fué enviada desde Tréveris a Alejandría. "Aunque lejos de vosotros, hermanos míos, no dejo de conservar la costumbre que siempre he observado con vosotros, desde que recibí de la tradición de los Padres. No guardaré silencio y no dejaré de anunciaros la Santa Fiesta anual, y el día en que debéis celebrar la solemnidad. Preso de las

tribulaciones de las cuales sin duda habréis oído hablar, abrumado por las más graves pruebas, colocado bajo la vigilancia de los enemigos de la verdad, que espían cuanto escribo para encontrar de qué acusarme y aumentar de este modo mis males, siento sin embargo de eso, que el Señor me da fuerza y me consuela en mis tribulaciones. Me dirijo, pues, a vosotros, desde los confines de la tierra en medio de mis penas y através de las insidias que me rodean para haceros la proclamación anual del anuncio de la Pascua que es nuestra salvación. Dejando en manos del Señor mi suerte he querido celebrar con vosotros esta fiesta; la distancia de los lugares nos separa, pero yo no estoy ausente de vosotros. El Señor que nos concede las fiestas, que es El mismo nuestra fiesta, que nos ha dado el Espíritu Santo, nos une espiritualmente con los lazos de la concordia y de la paz."

¡Qué magnífica es la Pascua celebrada por Atanasio desterrado en las orillas del Rin, unido espiritualmente con su pueblo que la celebraba a orillas del Nilo! ¡Cómo manifiesta el vínculo poderoso de la liturgia para unir a los hombres y hacerlos saborear en un momento, a pesar de las distancias, las mismas santas emociones y excitar en ellos las mismas aspiraciones hacia la virtud! Griegos o bárbaros, la Iglesia es nuestra patria común; pero la liturgia es junto con la fe, el medio por el cual todos nosotros formamos

una familia, y la liturgia nada tiene de más expresivo en el sentido de la unidad, que la celebración de la Pascua. Las desdichadas iglesias del Oriente y del Imperio ruso, apartándose del resto del mundo cristiano para celebrar un día, exclusivo para ellas la Resurrección del Salvador, demuestran por esto que no forman parte del único rebaño del que El es el único pastor.

Vida. — Nació San Atanasio en Alejandría, hacia el año 295. Joven aun recibió las Ordenes, y se distinguió por su ciencia y su piedad, y prontó llegó a ser el colaborador preferido de su tío Alejandro, obispo entonces de Alejandría. En 320, siendo diácono, San Atanasio publicó su primera obra doctrinal: "*Discurso contra los gentiles y sobre la Encarnación del Verbo*". Acompañó en 325 a Alejandro al concilio de Nicea y contribuyó a al condenación de Arrio. El 328, sucedió a su tío en la silla de Alejandría y trabajó en reducir toda la provincia de Egipto a la fe ortodoxa. Su celo le mereció ser duramente combatido por los herejes. Habiéndo abrazado los emperadores el partido de los arrianos, no tardaron, a consecuencias de calumnias, en condenarlo como rebelde. Cinco veces le desterraron. De 335 a 337 a Tréveris. En 339 se refugió en Roma, donde le defendió el Papa. Las demás veces, antes de abandonar su rebaño, prefirió esconderse en el mismo Egipto, donde los monjes, que le tenían en gran veneración le ofrecieron en la Tebaida refugio inviolable. Desde allí publicó fulgurantes obras polémicas contra los arrianos. En todo su largo pontificado, no conoció sino un período de tranquilidad: fué la "década de oro" de 346 a 356, durante la cual pudo entregarse en paz a su ministerio episcopal, instruyendo a su pueblo y a su clero, socorriendo a los desgraciados y favoreciendo la vida monástica. Los últimos años los pasó en paz. Murió

en Alejandría en 373. Su cuerpo fué trasladado a Constantinopla, y en 1454 a Venecia. Su cabeza dicen se halla en Semblançay, en Turena.

Elogio. — ¡Oh Atanasio! te sentaste en la sede de Marcos en Alejandría. El salió de Roma para ir a fundar la segunda sede patriarcal: y tres siglos más tarde tú llegabas a Roma, sucesor de Marcos, para obtener del sucesor de Pedro que la injusticia y la herejía no prevalecieran contra esa silla augusta. Nuestro Occidente te admiró héroe sublime de la fe; te recibió en su seno; veneró en ti al noble desterrado, al confesor valeroso; y tu estancia en nuestras regiones quedó entre sus más caros y gloriosos recuerdos.

Oración por la Iglesia. — Sé el abogado de las regiones en que otro tiempo se extendió tu jurisdicción de Patriarca y acuérdate también del apoyo y hospitalidad que te ofreció Occidente. Roma te protegió, tomó a pecho tu causa, promulgó la sentencia en que te declaraba inocente y te restituía tus derechos; desde las alturas de los cielos devuélvela cuanto hizo por ti; sostén y alienta a su Pontífice, sucesor del Papa Julio I, que te ayudó hace ya diez y seis siglos. Una terrible tempestad se ha desencadenado contra la roca que sostiene a todas las iglesias y el iris de paz no brilla aún en las nubes. Ruega, oh Atanasio, para que estos tristes días sean abreviados y que la silla de Pedro deje de ser el blanco de

los ataques de mentira y de la violencia que a la vez son objeto de escándalo para los pueblos.

PLEGARIA POR LA CONSERVACIÓN DE LA FE. — Tus trabajos, oh gran doctor, ahogaron el arrianismo; pero esta odiosa herejía ha levantado la cabeza en estos días. Extiende sus estragos a favor de esa caricatura de ciencia que se une al orgullo y que ha llegado a ser el gran peligro de los tiempos presentes. El Hijo eterno de Dios, consubstancial al Padre, es blasfemado por los adeptos de una filosofía perniciosa que no tiene inconveniente en ver en El al primero de todos los hermanos, con tal de afirmar que sólo fué hombre. En vano la razón y la experiencia demuestran que todo es sobrenatural en Jesús; ellos se obstinan en cerrar los ojos, y llenos de mala fe, a un lenguaje de admiración hipócrita mezclan el desprecio por la fe cristiana que reconoce en el Hijo de María al Verbo eterno, encarnado para la salvación de los hombres. Confunde a los nuevos arrianos, pón al descubierto su soberbia debilidad y sus artificios; disipa ilusión de sus desgraciados adeptos; que al fin sea reconocido que esos pretendidos sabios que se atreven a blasfemar de la divinidad de Cristo, van a perderse en los vergonzosos abismos del panteísmo, o en el caos del escepticismo, en cuyo seno desaparece toda moral y toda inteligencia se apaga.

Conserva en nosotros, por tus méritos y oraciones, el don precioso de la fe que el Señor se dignó confiarnos; alcánzanos que confesemos y adoremos siempre a Jesucristo como a nuestro Dios eterno e infinito, Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado y no hecho, que se dignó tomar carne de María por nosotros los hombres y por nuestra salvación. Revélanos sus grandezas hasta el día en que podamos contemplarlas contigo en la gloria. Entretanto conversaremos con El por la fe sobre esta tierra testigo de los esplendores de su resurrección.

Amaste a este Hijo de Dios, Creador y Salvador nuestro. Su amor fué el alma de tu vida, el móvil de tu consagración heroica a su servicio. Ese amor te sostuvo en las luchas en que el mundo entero parecía conspirado contra ti; te hizo más fuerte que todas las tribulaciones; alcanza para nosotros ese amor que nada teme porque es fiel, ese amor que debemos a Jesús, que siendo el esplendor eterno del Padre, su sabiduría infinita, se dignó humillarse hasta tomar la forma de esclavo, y hacerse por nosotros obediente hasta la muerte y muerte de Cruz [1]. ¡Cómo pagaríamos su entrega por nosotros sino dándole todo nuestro amor a ejemplo tuyo, y celebrando tanto más sus grandezas, cuanto más El se humilló por nosotros!

[1] *Filip.*, II, 8.

3 DE MAYO

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ

EL TRIUNFO DE LA CRUZ. — Convenía que nuestro Rey divino se mostrase ante nuestra mirada apoyado en el cetro de su poder, para que nada faltase a la majestad de su imperio. Este cetro es la Cruz, y corresponde al Tiempo Pascual, rendirle homenaje. Contemplábamos antes la cruz como objeto de humillación para el Emmanuel, como el lecho de dolor sobre el que expiró; ¿pero después no venció a la muerte? Y esa Cruz ¿no ha llegado a ser el trofeo de su victoria? Que aparezca pues, y que toda rodilla se doble ante el augusto madero por el cual Jesús mereció los honores que hoy le tributamos.

El día de Navidad cantamos con Isaías: "Un niño nos ha nacido, un hijo nos ha sido dado, sobre sus hombros lleva el signo de su imperio"[1]. En verdad que le hemos visto llevando sobre sus hombros la Cruz, como Isaac llevó la leña para el sacrificio; pero hoy ya no es para El una carga. Brilla con resplandor que embelesa las miradas de los ángeles, y después de ser adorada por los hombres hasta tanto que dure el mundo, aparecerá de repente sobre las nubes para presidir junto al Juez de vivos y muertos la sentencia, favorable para los que la hayan amado

[1] Intr. de la misa del día.

y de reprobación para aquellos que la hayan hecho inútil para sí mismo por su desprecio o por su olvido.

Durante los cuarenta días que aún pasa Jesús en la tierra no le parece oportuno glorificar el instrumento de su victoria. La Cruz no aparecerá hasta que haya conquistado el mundo, a pesar de haber permanecido oculta. Su cuerpo permaneció tres días en el sepulcro; ella permanecerá enterrada tres siglos; pero también ella resucitará; esta es la admirable resurrección que hoy celebra la Iglesia. Jesús quiso, cuando se cumplieron los tiempos, aumentar las alegrías pascuales descubriéndonos este monumento de su amor. Nos le deja en las manos para consuelo nuestro, ¿no es justo, por tanto, que le rindamos homenaje?

LA CRUZ ENTERRADA Y PERDIDA. — Nunca el orgullo de Satanás sufrió una derrota tan dolorosa como al ver que el árbol instrumento de nuestra perdición, se convirtió en instrumento de nuestra salvación. Descargó su rabia impotente contra este madero salvador, que le recordaba cruelmente el poder invencible de su vencedor y la dignidad del hombre rescatado por tan elevado precio. Hubiera querido aniquilar esta Cruz temible; pero reconociendo su impotencia para realizar tan abominable designio, trató al menos de profanar y ocultar a las miradas del mundo un objeto tan odioso para él.

Incitó, pues, a los judíos a enterrar vergonzosamente el madero sagrado que el mundo entero venera. Al pie del Calvario, no lejos del sepulcro, había una profunda fosa. En ella arrojaron los hombres de la Sinagoga la Cruz del Salvador juntamente con la de los ladrones. Los clavos, la corona de espinas y la inscripción arrancada de la Cruz fueron también arrojados a la fosa que los enemigos de Jesús hacen rellenar de tierra y escombros. El Sanedrín cree haber acabado con la memoria del Nazareno que fué crucificado sin que descendiera de la Cruz.

Cuarenta años más tarde Jerusalén caía bajo la venganza divina. Pronto los lugares de nuestra redención fueron profanados por la superstición pagana; un templo a Venus en el Calvario y otro a Júpiter en el santo sepulcro; tales fueron las indicaciones con que la burla pagana conservó, sin pretenderlo, el recuerdo de las maravillas que se realizaron en aquellos lugares. Con la paz de Constantino los cristianos destruyeron estos vergonzosos monumentos, y apareció a sus ojos el suelo regado con la sangre del Redentor, y el glorioso sepulcro se expuso a su veneración. Pero la Cruz no apareció todavía y continuaba oculta en las entrañas de la tierra.

Descubrimiento de la Cruz. — La Iglesia no entró en posesión del instrumento de la salvación de los hombres hasta algunos años después de

la muerte del emperador Constantino (año 337), generoso restaurador de los edificios del Calvario y del Santo sepulcro [1]. Oriente y Occidente se regocijaron al saber la noticia de ese descubrimiento, que venía a poner el último sello al triunfo del cristianismo. Cristo sellaba su victoria sobre el mundo pagano, levantando su estandarte, no en figura, sino realmente, aquel madero milagroso, escándalo para los judíos, locura para los gentiles, y ante el cual en adelante todo el mundo cristiano doblará la rodilla.

En el siglo IV el madero sagrado se veneró en la basílica que encerraba en vasto recinto el glorioso sepulcro, y la colina de la crucifixión. Sobre el lugar en que reposó la Cruz durante tres siglos se levantó otro monumento. Unos escalones conducen al peregrino hasta el fondo de ese misterioso asilo. Entonces comenzó una innumerable multitud de visitantes venidos de todas las partes del mundo para honrar los lugares en que se obró la salvación del género humano, y tributar los debidos honores al madero salvador. Pero los misericordiosos designios del cielo no permitieron que la preciosa prenda del amor del Hijo de Dios para con la pobre humanidad, estuviera en posesión de un solo santuario por muy sagrado que fuera. Una parte considerable fué destinada a Roma y se conservó en la ba-

---

[1] Estos santuarios fueron consagrados el 13 de septiembre del año 335.

sílica levantada en los jardines de Sesorio; a este santuario el pueblo romano le dió más tarde el nombre de Basílica de Santa Cruz de Jerusalén.

RELIQUIAS. — En el correr de los años la Santa Cruz honrará con su presencia otros muchos lugares de la tierra. En el siglo IV San Cirilo de Jerusalén afirmaba ya que los peregrinos que obtenían algunas astillas habían extendido por todo el mundo los favores divinos [1]. En el siglo VI Santa Radegundis solicitó y cbtuvo del emperador Justino II un fragmento de la parte considerable que poseía el tesoro imperial de Constantinopla. No podía Francia entrar en participación del precioso instrumento de nuestra salvación más que por las manos de su piadosa reina; y Venancio Fortunato compuso para la llegada de la augusta reliquia, el himno admirable que la Iglesia cantará hasta el fin de los siglos siempre que quiera celebrar las grandezas de la Santa Cruz. Jerusalén, después de las alternativas de pérdida y recuperación, terminó por perder para siempre el objeto divino que era su principal gloria. Constantinopla, se hace la heredera, y esta ciudad es la fuente de numerosas larguezas que particularmente en tiempo de las cruzadas vienen a enriquecer las iglesias de Occidente. Se

[1] Catequesis, IV, X, XIII.

establecieron nuevos centros de culto a la santa Cruz, en los lugares donde se guardaban fragmentos insignes; en todas partes la piedad desea una partecita del sagrado madero. El hierro divide las partes más considerables y poco a poco se extiende a todas las regiones. La verdadera Cruz está en todas las partes, y no hay cristiano que en los días de su vida no haya tenido ocasión de venerar algún fragmento. Y ¿quién podrá contar los actos de amor y de agradecimiento que la vista de esta reliquia ha hecho brotar en los corazones?, y ¿quién no reconoce en esta profusión de reliquias una estratagema de la bondad divina para reavivar en nosotros el recuerdo de la redención sobre la que descansa nuestras esperanzas eternas? Sea por tanto, venerado este día en que la Santa Iglesia une el recuerdo triunfal de la Santa Cruz, a las alegrías de la resurrección de Aquél que por ella conquistó el trono al que pronto le veremos subir. Demos gracias por el beneficio señalado que ha restituído a los hombres, a fuerza de prodigios, un tesoro que no podía faltar a la dote de la Iglesia. En espera del día en que el Hijo del Hombre la enarbolará sobre las nubes del cielo. El la ha confiado a su Esposa como en prenda de su segunda venida. Aquel día reunirá con su poder todos estos fragmentos, el árbol de la vida desplegará toda su hermosura a la vista de los

elegidos, y los convidará con su sombra al descanso eterno [1].

ELOGIO DE LA CRUZ. — "Cristo crucificado es fuerza y la sabiduría de Dios"[2]. Son palabras de tu Apóstol, oh Jesús, y hoy vemos nosotros la realidad. La sinagoga quiso destruir tu gloria, clavándote en un patíbulo; se deleitaba pensando que está escrito en la Ley de Moisés: "Maldito el que pende del patíbulo"[3]. Y he aquí que ese patíbulo, ese madero infame, ha llegado a convertirse en tu trofeo insigne. En los esplendores de tu resurrección, la Cruz, lejos de proyectar una sombra sobre los rayos de tu gloria, realza con nuevo brillo la magnificencia de tu triunfo. Fuiste clavado en el madero, cargaste con la maldición; crucificado entre dos criminales, pasaste como impostor, y tus enemigos insultaron tu agonía sobre ese lecho de dolor. Si sólo hubieras sido hombre, no hubiera quedado de ti sino un recuerdo deshonroso; la cruz se hubiera tragado para siempre tus glorias pasadas, ¡oh Hijo de David! Pero tú eres Hijo de Dios y

---

[1] Todos los años tenía lugar en Jerusalén el 14 de septiembre la ceremonia de la Exaltación u Ostensión de la Cruz. Esta costumbre pasó a Constantinopla y poco después a Roma. (Cfr. Año Litúrgico, 14 de septiembre.) En España y Galia la fiesta era el 3 de mayo. La liturgia romana adoptó también más tarde esta misma fecha y por esta razón hay dos fiestas de la Cruz. Ignoramos el día exacto de la Invención. (Cfr. Vicente y Abel, *Jérusalem nouvelle,* tomo II. París 1924 pág. 201 y sgts.)

[2] *Corint.,* I, 23.

[3] *Deut.,* XXI, 23.

la Cruz es quien nos lo prueba. El mundo entero se postra ante ella y la adora; y los honores que hoy recibe compensan sobradamente el eclipse pasajero que tu amor por nosotros la impuso. No se adora un patíbulo, o si se le adora, es por ser el patíbulo de un Dios. ¡Oh, bendito sea aquél que pendió de un madero! En recompensa de nuestros homenajes al divino Crucificado, cumple en nosotros la promesa que hiciste: "Cuando sea elevado de la tierra todo lo atraeré a mí"[1].

Las Reliquias. — Para atraernos con mayor eficacia pones hoy en nuestras manos el mismo madero, desde lo alto del cual nos tendiste tu brazo. Este monumento de tu triunfo, sobre el que te apoyarás el último día, te dignas confiárnosle hasta el fin de los siglos. Para que saquemos de él un temor saludable de la justicia divina que te enclavó en ese madero vengador de nuestros crímenes, y un amor cada día más tierno para contigo, ¡oh Víctima nuestra, que no retrocediste ante la maldición, para que nosotros fuéramos benditos! Toda la tierra te da hoy gracias por el don inestimable que la has concedido. Tu Cruz dividida en innumerables fragmentos se halla presente en todos los lugares; no hay región del mundo cristiano que no haya sido consagrada y protegida por ella.

[1] *San Juan*, XII, 32.

La Cruz y el Sepulcro. — El Sepulcro nos grita: "Ha resucitado, no está aquí." La Cruz nos dice: "No le he sostenido sino un momento, y El se ha ido a su gloria." ¡Oh Cruz!, ¡oh Sepulcro! ¡qué corta fué su humillación y qué duradero el reino que por ella ha conquistado! Adoramos en ti los vestigios de su paso y vosotros quedáis consagrados para siempre, porque El se sirvió de vosotros para nuestra salvación. ¡Gloria te sea dada, oh Cruz, objeto de nuestro amor y de nuestra admiración en este día! Continúa protegiendo a este mundo que te posee; sé el escudo que le defienda contra el enemigo, el socorro presente en todo momento que guarda el recuerdo del sacrificio unido al del triunfo: porque por ti, oh Cruz, Cristo vence, reina e impera. *Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat.*

EL MISMO DIA

LOS SANTOS ALEJANDRO, PAPA, EVENCIO Y TEODULO, MARTIRES Y JUVENAL OBISPO

Después de haber exaltado el triunfo de la Cruz, la Iglesia hace memoria del quinto sucesor de San Pedro: Alejandro, cuyo pontificado duró diez años al principio del siglo segundo. Su nombre se halla en el Canon de la Misa; y los martirologios antiguos nos dicen que murió mártir el año 119.

El Breviario nos recuerda que en el Canon de la Misa añadió las palabras "Qui pridie quam pateretur."

También se le atribuye una institución muy querida de la antigüedad católica: la del agua bendita para uso ordinario fuera del Bautismo. Los fieles renovarán hoy su fe en este poderoso elemento de bendición, tan blasfemado por herejes e impíos y cuyo piadoso uso sirve para reconocer a los hijos devotos de la Iglesia de los que no lo son. El agua instrumento de nuestra regeneración, la sal, símbolo de nuestra inmortalidad, se unen bajo la bendición de la Iglesia para constituir este Sacramental, en el cual nunca será excesiva la confianza que pongamos. La virtud de los Sacramentales como la de los Sacramentos, procede de la sangre de la Redención, cuyos méritos son aplicados a ciertos objetos físicos por la acción del sacerdote de la nueva ley. La indiferencia para con estos medios secundarios de salvación sería tan culpable como imprudente; y sin embargo, en esta época de amortiguación de la fe, ¡es tan común esta indiferencia! para muchos católicos el agua bendita es como si no existiera; nunca reflexionan sobre el uso continuo que de ella hace la Iglesia y se privan deliberadamente de una ayuda que Dios ha colocado al alcance de sus manos para ayudar a su debilidad y purificar sus almas. ¡Dígnese el Santo Pontífice Alejandro reanimar su

fe y devolver a estos cristianos degenerados la estima de las cosas sobrenaturales que la bondad de Dios prodigó para con ellos!

No hay que confundir a este Santo Papa con el mártir de que nos habla las *Gesta Alexandri* del siglo v o vi. Estas *Actas* señalan en la Vía Nomentana las sepulturas de los mártires Alejandro, Evencio y Teódulo, cuyos cuerpos fueron trasladados por Pascual I a la iglesia de Santa Práxedes. La confusión hecha del Santo Papa con su homónimo mártir, explica que se haga memoria suya en este día: Mas tarde se añadió la de San Juvenal de Narni, antiguamente muy popular, que debió morir el 13 de agosto del 376 ó 377 y que seguramente el tres de mayo sería el aniversario de su ordenación.

En su honor recitaremos la oración que la Iglesia nos propone: "Oh Dios omnipotente, en este día en que celebramos el nacimiento para el cielo de tus Santos mártires Alejandro, Evencio, Teódulo y Juvenal, haz que por su intercesión nos veamos libres de los peligros que nos amenazan. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

4 DE MAYO

SANTA MONICA, VIUDA

MARÍA Y SALOMÉ. — Entre los acompañantes de Jesús resucitado, dos mujeres, dos madres,

llamarán hoy nuestra atención: María, madre de Santiago el Menor y de Tadeo, y Salomé, madre de Santiago el Mayor y de Juan, el discípulo amado. Fueron al sepulcro con Magdalena, en la mañana de la Resurrección, cargadas de perfumes; oyeron a los ángeles, y al regresar se apareció de improviso Jesús, las saludó y se dignó darlas a besar sus sagrados pies. Ahora recompensa su amor, manifestándose frecuentemente, hasta que llegue el día en que se despida en el monte de los Olivos, donde se encontrarán reunidas con María y los Apóstoles. Honremos a estas dos fieles compañeras de Magdalena, nuestros modelos en el amor al divino resucitado y glorifiquémoslas por haber dado cuatro apóstoles a la Santa Iglesia.

SANTA MÓNICA. — Hoy, al lado de María y Salomé se presenta otra mujer, otra madre, prendada también del amor de Jesús, ofreciendo a la Santa Iglesia, el hijo de sus lágrimas, un doctor, un Pontífice, uno de los más ilustres santos que ha producido la nueva ley. Esta mujer, esta madre es Mónica, dos veces madre de Agustín. La gracia creó a esta obra maestra en la tierra de Africa; y los hombres la habrían desconocido hasta el último día si la pluma del gran obispo de Hipona, guiada por su corazón filial, no hubiese revelado a los siglos futuros esta mujer cuya vida no fué sino humildad y amor, y que desde ahora inmortal aún en esta tierra, es pro-

clamada como modelo y protectora de madres cristianas.

LAS LÁGRIMAS DE MÓNICA. — Una de las principales bellezas que encierra el libro de las *Confesiones* son las expansiones de Agustín sobre las virtudes y abnegación de Mónica. ¡Con qué tierno reconocimiento celebra a través de su relato, la constancia de esta madre que, testigo de los desvaríos de su hijo, "le lloraba más amargamente que cuando ven otras madres a sus hijos en el féretro!"[1]. El Señor, que deja de cuando en cuando ver un rayo de esperanza a las almas que prueba, había mostrado a Mónica, en una visión, la futura unión del hijo y de la madre; ella misma oyó a San Ambrosio decir con autoridad, que el hijo de tantas lágrimas no podía perecer; pero las tristes realidades del presente angustiaban su corazón y el amor maternal se unía a su fe para atormentarla por causa de este hijo que huía de ella y a quien ella veía apartarse tan esquivo a Dios como a su cariño. Sin embargo de eso, las amarguras de este corazón tan abnegado formaban un fondo de expiación que más tarde aprovecharía al culpable; una ardiente y continua oración unida al sufrimiento, preparaba el segundo nacimiento de Agustín. Pero "muchas más lágrimas, nos dice él

[1] Confesiones, 1, III, c. XI.

mismo, costó a Mónica el hijo de su espíritu que el hijo de su carne"[1].

Tras largos años de angustia, la madre halló en Milán a este hijo que tan duramente la había engañado, el día en que huyó lejos de ella para ir a buscar fortuna en Roma. Le encuentra vacilante aún en la fe cristiana, pero disgustado ya de los errores que le habían seducido. Agustín había dado un paso hacia la verdad, aunque no la había reconocido todavía. "Desde entonces, nos dice, el alma de mi madre no llevaba ya el luto de un hijo perdido sin remedio; pero lloraba continuamente para obtener de Dios su resurrección. Sin haber sido conquistado aún a la verdad, al menos me había apartado del error. Estaba ella segura ¡oh Dios mío! de que no darías a medias el don cuya integridad habías prometido, y así me dijo muy serena y con el corazón confiado que por la fe que tenía en Jesucristo estaba persuadida que no moría sin verme fiel católico"[2].

CONVERSIÓN DE AGUSTÍN. — Mónica había encontrado en Milán a San Ambrosio de quien quería servirse Dios para acabar la conversión de su hijo. "Amaba ella al obispo, nos dice Agustín, como instrumento de mi salvación; y él la estimaba por su piadosa vida, su asiduidad a la Iglesia y por su fervor en las buenas obras; no podía

[1] Confesiones, l. V, c. IX.
[2] *Ibid.*, l. VI, c. I.

por menos de prorrumpir en alabanzas al verme, felicitándome de tener tal madre"[1]. Llegó por fin el momento de la gracia. Agustín iluminado por la fe pensó ingresar en la Iglesia católica; pero los hechizos de los sentidos a los cuales por largo tiempo se había rendido, le retenían al borde mismo de la fuente bautismal. Las oraciones y lágrimas de Mónica obtuvieron de la divina misericordia esta última gracia que desbarató todas las resistencias de su hijo.

Pero Dios no quiso dejar incompleta su obra. Traspasado por el dardo vencedor, Agustín se reanimó, aspirando no solamente a la perfección de la fe cristiana sino también a la virtud de la continencia. El mundo con sus hechizos no era ya nada para esta alma, objeto de una intervención tan poderosa. En los días precedentes Mónica se había ocupado solícita en preparar una esposa a su hijo y refrenar así sus incontinencias; mas de repente se presentó a ella acompañado de su amigo Alipio, y la dice que, ansiando el sumo bien, se consagraba en adelante a la búsqueda de lo más perfecto. Oigamos a Agustín. "En seguida fuimos a encontrar a mi madre; la decimos lo que nos pasa, se alegra mucho, y al contarla cómo nos ha sucedido todo esto, no cabe en sí de gozo. Y ella te bendecía, oh Dios, que puedes darnos más de lo que pedimos y pensamos, porque la habían concedido

[1] Confesiones, l. VI, c. II.

para mí más de lo que te suplicaba con sus gemidos y lágrimas. Tú cambiaste su luto en una alegría que sobrepasaba con mucho su esperanza, en una alegría más querida a su corazón y más pura que la que habría tenido al ver nacer de mí hijos"[1]. Pocos días después un espectáculo sublime llenó de admiración a los ángeles y a los hombres en la iglesia de Milán: Ambrosio bautizaba a Agustín en presencia de Mónica.

El éxtasis de Ostia. — La piadosa mujer había cumplido con su misión; su hijo había renacido a la verdad y santidad, y ella había dado a la Iglesia el más grande de los doctores. Se acercaba el momento, en que después de un largo trabajo iba a descansar eternamente en aquel por cuyo amor había trabajado y sufrido tanto. El hijo y la madre, dispuestos a embarcarse para Africa, se encontraron en Ostia esperando el navío que debía llevar a los dos. "Estábamos solos, ella y yo, dice Agustín, apoyados en la ventana desde la cual se divisaba el jardín de la casa. Conversábamos con inefable dulzura y olvidados de lo pasado, discurríamos sobre el porvenir, preguntándonos qué tal sería esa vida eterna de que han de gozar los santos, que ni los ojos vieron, ni los oídos oyeron, ni el corazón del hombre es capaz de concebirla. En medio de nuestro coloquio llegamos a tocarla con todo el

[1] Confes., l. VIII, c. XII.

ímpetu de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente; y suspirando por esa eternidad, dejando encadenadas en ella las primicias de nuestra alma, volvimos a nuestro común modo de hablar, a la conversación que comienza y acaba. Díjome entonces mi madre: "Hijo, por lo que a mí toca, nada me apega a esta vida. No sé qué haré de aquí adelante, ni para qué he de vivir aquí no teniendo nada que esperar. Una sola cosa me hacía desear el permanecer un poco más de tiempo en esta vida: el verte cristiano católico, antes de morir. Dios me ha concedido esto más cumplidamente de lo que deseaba, pues además te veo en el número de los que, despreciando toda felicidad terrena, se dedican a su servicio. ¿Qué hago, pues, en este mundo?"[1]. El llamamiento de un alma tan santa no debía tardar; pocos días después se desparramó como un perfume celestial dejando una impresión inolvidable en el corazón de su hijo, en la Iglesia un recuerdo querido y a las madres cristianas un modelo acabado del más puro amor maternal.

VIDA. — Mónica nació en 332 en Africa del Norte. Casada con un pagano de Tagaste le convirtió al cristianismo con su dulzura y sus virtudes. Muerto su marido en 371, se consagró a la educación de su hija y de sus dos hijos, y sobre todo de su preferido, Agustín. Pero este, a la edad de quince años, se había dejado ofuscar por los errores del maniqueísmo, y por el ímpetu de las pasiones. Queriendo evitar los consejos de su

[1] Confes., l. IX, c. X.

madre, partió secretamente para Roma y Milán. Mónica se juntó de nuevo con él, y después de muchos sufrimientos, oraciones y lágrimas, tuvo la alegría, en Pascua de 387, de asistir a su bautismo. Al prepararse para volver con él a Africa, murió en Ostia algunos meses más tarde. Su cuerpo permaneció en Ostia hasta el año 1162. Un canónigo regular de Arouaise, en Paso de Calais, lo robó y lo llevó a su monasterio. Como se ignoraba la fecha de la muerte de Mónica, los canónigos de Arouaise que conmemoraban el 5 de mayo la conversión de Agustín, celebraron la víspera la fiesta de esta santa cuyas reliquias acababan de recibir.

La misión de una madre. — Oh madre, ilustre entre todas las madres: la cristiandad honra en ti a uno de los tipos más perfectos de la humanidad regenerada por Cristo. Antes del Evangelio, en aquellos siglos en que la mujer estaba envilecida, la maternidad no pudo tener sobre el hombre sino influencia corta y con frecuencia vulgar; su papel se limitó ordinariamente a los cuidados físicos, y si se ha salvado del olvido el nombre de algunas madres, es porque supieron preparar a sus hijos para la gloria pasajera de este mundo. No se encuentra en la antigüedad pagana ninguna que se haya cuidado de educarlos en el bien, que les haya seguido para sostenerle en la lucha contra el error y las pasiones, para levantarlos en sus caídas; no se encuentra ninguna que se haya dado a la oración y a las lágrimas para obtener su vuelta a la verdad y a la virtud. Sólo el cristianismo ha revelado a la madre su misión y su poder.

LAS LÁGRIMAS. — ¡Qué olvido de ti misma, oh Mónica, en esta persecución continua de la salvación de un hijo! Después de Dios vives para él y vivir de esta manera para tu hijo, ¿no es vivir para Dios que se sirve de ti para salvarle? ¿Qué te importan la gloria y los éxitos de Agustín en el mundo cuando piensas en los peligros eternos en que incurre, cuando tiemblas al verle separado eternamente de Dios y de ti? No hay sacrificio y abnegación de que no sea capaz tu corazón de madre, para con esta rigurosa justicia, cuyos derechos no quiere frustrar tu generosidad. Durante largos días, durante noches enteras, esperas con paciencia los momentos del Señor; aumenta el ardor de tu oración; y esperando contra toda esperanza, sientes en el fondo de tu corazón, la humilde y firme confianza de que el hijo de tantas lágrimas no perecerá. Porque el Señor "movido a compasión" para contigo, como lo hizo con la afligida madre de Naín, deja oír su voz a la que nada resiste. "Joven, dice, yo te mando, levántate"[1]; y devuelve a la madre el hijo cuya muerte lloraba, pero de quien no había querido separarse.

LA RECOMPENSA. — Pero, ¡qué recompensa para tu corazón maternal, oh Mónica! El Señor no se ha contentado con devolverte a Agustín lleno de vida; desde el fondo de los abismos del error y

[1] *S. Lucas*, VII, 13.

de las pasiones, le levanta sin intermediario hasta el bien más perfecto. Pedías que fuese cristiano católico, que rompiese los lazos humillantes y pecaminosos, y he aquí que la gracia lo ha transportado hasta la región tranquila de los consejos evangélicos. Tu misión está suficientemente cumplida, madre feliz. Sube ya al cielo; desde allí, esperando la eterna reunión, contemplarás la santidad y las obras de este hijo cuya salvación es obra tuya, y cuya gloria tan resplandeciente y pura rodea tu nombre de luminosa aureola.

Plegaria. — ¡Oh Mónica! Desde esa felicidad en donde gozas con tu hijo que te debe la vida temporal y eterna, dirige tu mirada a tantas madres cristianas que cumplen en este momento la noble y dura misión en que tú misma te ocupaste. Sus hijos también están muertos con la muerte del pecado y quisieran hacerlos volver, con su amor, a la verdadera vida. Después de la Madre de misericordia se dirijen a ti, oh Mónica, cuyas lágrimas y oraciones fueron tan poderosas y fructuosas. Acuérdate de su situación; tu corazón tierno y compasivo no puede dejar de compartir las angustias cuyos rigores sufrió por tanto tiempo. Dígnate unir tu intervención a sus plegarias; adopta estos nuevos hijos que te ofrecen, y quedarán contentas. Sostén su ánimo; enséñalas a esperar, fortifícalas en los sacrificios a cuyo precio ha puesto Dios el retorno de estas

almas queridas. Entonces sabrán ellas, que la conversión de un alma es un milagro mayor que la resurrección de un muerto; comprenderán que la justicia divina, para ceder sus derechos, exige una compensación que a ellas toca darla. Su corazón se verá libre del egoísmo secreto que, con frecuencia, se mezcla en los sentimientos en apariencia muy puros. Que se pregunten a sí mismas si se alegrarán como tú, oh Mónica, viendo a sus hijos, vueltos al bien, abandonarlas para consagrarse al Señor. Si es así, que confíen; tendrán poder en el corazón de Dios; pronto o tarde la gracia deseada descenderá del cielo sobre el hijo pródigo, y volverá a Dios y a su madre.

5 DE MAYO

SAN PIO V, PAPA Y CONFESOR

LUCHA CONTRA LA HEREJÍA. — La vida entera de Pío V fué una lucha. En los tiempos turbulentos en que fué nombrado Papa, el error invadía gran parte de la cristiandad, y amenazaba la restante. Astuta y flexible en los lugares en donde no podía extender su audacia, codiciaba Italia; su ambición sacrílega era derribar la Silla Apostólica, y llevar para siempre a todo el mundo cristiano a las tinieblas de la herejía. Pío, defendió con abnegación inquebrantable la península amenazada. Antes de recibir los honores

del Pontificado, expuso, con frecuencia, su vida para preservar a las ciudades de la seducción. Imitador del mártir Pedro, jamás retrocedió en presencia del peligro, y en todas partes los emisarios de la herejía huían de su presencia. Puesto en la silla de San Pedro supo infundir en los innovadores un terror saludable, reanimó a los soberanos de Italia y con rigores moderados, rechazó más allá de los Alpes, el azote que habría destruído el cristianismo de Europa, si los Estados del Mediodía no le hubiesen opuesto una barrera infranqueable. La herejía se detuvo. Desde entonces, el protestantismo, obligado a consumirse en sí mismo, ofrece el espectáculo de esa anarquía de doctrinas que habría desolado el mundo entero, sin la vigilancia de un pastor, que sosteniendo con celo indomable a los defensores de la verdad en todos los Estados donde reinaba, se opuso como muro de bronce a la invasión del error en las comarcas donde dominaba.

Lucha contra el Islám. — Aprovechando las divisiones religiosas de occidente, otro enemigo amenazaba a Europa, e Italia iba a ser su primera presa. Salida del Bósforo, la flota Otomana se dirijía contra la cristiandad; y hubiera ésta sucumbido si el enérgico Pontífice no hubiera velado por la salvación de todos. Da la voz de alarma, llama al combate a los Príncipes cristianos. El Imperio y Francia, dividida por las

sectas de la herejía naciente, oyen el llamamiento pero no responden; solamente España junto con Venecia y la pequeña flota del Papa oyen la voz del Pontífice y pronto la cruz y la media luna se encuentran frente a frente en el golfo de Lepanto. Las oraciones de Pío V decidieron la victoria en favor de los cristianos; cuyas fuerzas eran menos numerosas que las de los turcos. Su memoria la celebraremos en octubre, en la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Pero hay que recordar hoy la predicción que hizo el Santo Papa en la tarde del gran día 7 de octubre de 1571. Desde las seis de la mañana hasta la noche se sostenía la lucha entre las flotas cristiana y musulmana. De pronto, el Pontífice, movido por un impulso divino, miró fijamente al cielo; luego guardó silencio durante unos momentos y volviéndose a los que estaban presentes dijo: "Demos gracias a Dios; la victoria es de los cristianos." Muy pronto corrió por Roma la noticia y toda la cristiandad supo que un Papa había salvado una vez más a Europa. La derrota de Lepanto dió un golpe mortal al poder otomano para no levantarse jamás; la era de su decadencia comenzó en este glorioso día.

El Reformador. — Los trabajos de San Pío V por la mejora de las costumbres cristianas, la imposición de la disciplina del concilio de Trento; la publicación del Breviario y del Misal reformados, han hecho de sus seis años de ponti-

ficado una de las más fecundas épocas de la historia de la Iglesia. Muchas veces los protestantes se han inclinado con admiración en presencia de este adversario de su pretendida reforma. "Me admiro, decía Bacón, de que la Iglesia romana no haya canonizado aún a este gran hombre." Pío V, efectivamente no fué puesto en el catálogo de los santos sino a los ciento treinta años de su muerte: tan grande es la imparcialidad de la Iglesia romana cuando se trata de otorgar los honores de la apoteosis incluso a sus más venerables jefes.

LOS MILAGROS. — La gloria de los milagros decoró desde este mundo al virtuoso Pontífice; recordemos aquí sus dos prodigios más populares. Atravesando un día, con el embajador de Polonia, la plaza del Vaticano que se extiende sobre lo que fué en otro tiempo Circo de Nerón, se siente entusiasmado por la gloria y valor de los mártires que padecieron en este lugar durante la primera persecución. Se inclina y coge un puñado del polvo de este campo de mártires, pisoteado por tantas generaciones después de la paz de Constantino. Pone este polvo en un lienzo, que le presenta el embajador, y cuando este lo abre, al volver al palacio, lo encuentra empapado de sangre tan roja que parecía haber sido derramada en aquel momento. La fe del Pontífice había evocado la sangre de los mártires, y esta sangre reaparecía a su llamada, para ates-

tiguar en presencia de la herejía que la Iglesia romana del siglo XVI era aquella misma por la que estos héroes habían dado su vida en los tiempos de Nerón.

La perfidia de los herejes intentó más de una vez poner fin a una vida que dejaba desesperanzados sus proyectos para la invasión de Italia. Por una estratagema tan cobarde como sacrílega, secundados por una odiosa traición, bañaron con veneno muy activo los pies del crucifijo que el Santo Pontífice tenía en su oratorio y al que besaba con frecuencia. Pío V en el fervor de su oración va a dar en su imagen sagrada esta muestra de amor al Salvador de los hombres, cuando ¡oh prodigio! los pies del crucifijo se desatan de la cruz y parecen evitar los besos del anciano. Pío V comprendió entonces que la malicia de sus enemigos había querido transformar para él en instrumento de muerte hasta el madero que nos dió la vida.

Otro rasgo del Pontífice animó a los fieles a honrar la sagrada Liturgia en el tiempo del año que celebramos. En el lecho de muerte, dirige una última mirada sobre la Iglesia de la tierra que va a cambiar por la del cielo, y queriendo implorar una vez más la divina bondad en favor del rebaño que dejaba expuesto a tantos peligros; recitó con voz casi apagada, esta estrofa de los himnos del Tiempo pascual: "Creador de los hombres, dígnate preservar a tu pueblo de

los asaltos de la muerte en estos días de alegría pascual." Y dichas estas palabras se durmió plácidamente en el Señor.

VIDA. — Miguel Ghislieri nació en 1504, en la diócesis de Tortona. Ingresó a los 14 en la Orden de Predicadores y le envia a la Universidad de Bolonia, para estudiar teología, enseñándola luego él, durante 16 años. Fué nombrado Inquisidor y Comisario general del Santo Oficio en 1551; cargo que le creó muchas persecuciones, pero que le permitió atraer muchos herejes a la verdad católica. Sus virtudes le valieron para que Paulo IV le eligiese para las sedes episcopales de Nepi y de Sutri, y después para el cardenalato. Los honores no modificaron en nada la austeridad de su vida, y el 7 de Enero de 1566 fué elegido Papa tomando el nombre de Pío V. Debía ilustrar la Sede de San Pedro por su celo en la propagación de la fe, el restablecimiento de la disciplina eclesiástica y la solemnidad del culto divino, así como por su devoción para con Nuestra Señora y su caridad para con los pobres. Reunió contra los turcos una flota que ganó la batalla de Lepanto, y preparaba una nueva expedición cuando murió en 1572. Su cuerpo fué sepultado en Santa María la Mayor.

ELOGIO. — ¡Oh Pontífice de Dios vivo! fuiste en la tierra el muro de bronce, la columna de hierro [1] de la que habla el Profeta y tu inquebrantable constancia preservó al rebaño que te estaba confiado, de la violencia y de los lazos de sus numerosos enemigos. Lejos de desesperarse ante la presencia de los peligros, tu ánimo se levantaba como dique que se edifica cada vez más alto a medida que las aguas de la inunda-

[1] *Jeremías*, I, 18.

ción son más amenazadoras; por ti fueron detenidas las olas invasoras de la herejía, por ti fué detenido el alud musulmán, y abatido el orgullo de la media luna; el Señor te elegió para ser el vengador de tu gloria y el libertador del pueblo cristiano; recibe con nuestra acción de gracias, el pobre homenaje de nuestras felicitaciones. Por ti, la Iglesia, al salir de una crisis terrible, recobró su belleza. La verdadera reforma, la que se hace por la autoridad fué llevada a cabo por tus manos tan firmes como puras. El culto divino, renovado por la publicación de libros litúrgicos, te debe su progreso y restauración; y otras muchas obras felicísimas se hicieron en los seis años de tu corto y difícil pontificado.

Plegaria. — Ahora, oh Santo Pontífice, escucha las plegarias de la Iglesia militante, cuyos destinos fueron confiados por un tiempo a tus manos. Al morir, imploraste para ella, en nombre del Salvador resucitado, la protección contra los peligros a los que estaba expuesta; mira a qué estado ha sido reducida la cristiandad, con la irrupción del error. Para rechazar a los enemigos que la asedian, la Iglesia no tiene sino las promesas de su divino fundador; todos los apoyos visibles la faltan, no la quedan sino los méritos del sufrimiento y los recursos de la oración. Une tus ruegos a los suyos y muestra así que sigues amando el rebaño de tu Maestro. Proteje

en Roma la cátedra de tu sucesor, expuesta a los más violentos y astutos ataques. Los príncipes y los pueblos luchan contra el Señor y contra su Cristo. Detén el azote que amenaza a Europa, tan ingrata con su madre, tan indiferente ante los atentados cometidos contra aquélla a quien debe todo. Guía a los ciegos, humilla a los perversos, haz que la luz ilumine tantas inteligencias descarriadas y confunden el error con la verdad, las tinieblas con la luz.

En medio de esta noche tenebrosa, tus miradas, Santo Pontífice, distinguen a las ovejas fieles: bendícelas, sosténlas, aumenta su número, únelas al tronco del árbol que no puede perecer, para que no las disperse la tempestad: hazlas cada vez más fieles a la fe, y a las tradiciones de la Santa Iglesia; es su único socorro en medio de estas corrientes del error que quieren arrasarlo todo. Conserva en la Iglesia el Orden sacro en el que fuiste elevado para tan altos destinos; propaga en él, la raza de estos hombres poderosos en obras y en palabras, celosos por la fe y por la santificación de las almas, como esos que admiramos en los anales, y veneramos en los altares. Acuérdate que fuiste padre del pueblo cristiano, y continúa ejerciendo esta prerrogativa sobre la Iglesia, por tu poderosa intervención hasta que llegue a su plenitud el número de sus elegidos.

6 DE MAYO

SAN JUAN ANTE LA PUERTA LATINA

Juan, el discípulo amado que vimos cerca de la cuna del niño de Belén, reaparece hoy para hacer la corte al glorioso triunfador de la muerte y del infierno.

La petición de Salomé. — Salomé con ambición maternal presentó un día sus dos hijos a Jesús, pidiendo para ellos los dos primeros puestos de su reino. El Salvador había hablado entonces del cáliz que debía beber, y predijo que un día estos dos discípulos lo beberían a su hora. El primogénito, Santiago el Mayor, dió el primero a su Maestro esta muestra de amor, Juan, el más joven, ha sido llamado hoy a sellar con su vida el testimonio que dió a la divinidad de Jesús. Pero era necesario para el martirio de tal Apóstol, un teatro digno de él. Asia Menor evangelizada por sus cuidados no era un país muy ilustre para recibir la gloria de tal combate. Roma solamente, Roma, donde Pedro trasladó su cátedra y derramó su sangre, donde Pablo sometió su cabeza venerable a la espada, merecía el honor de ver dentro de sus muros al augusto anciano, al discípulo que Jesús amó, al último superviviente del colegio apostólico, dirigirse al martirio.

EL CÁLIZ. — Domiciano reinaba tiránicamente en Roma y en el mundo. Sea que Juan emprendiese libremente el camino a la ciudad reina para saludar a la Iglesia principal, sea que un edicto le condujese cargado de cadenas a la capital del Imperio, Juan compareció en presencia de los lictores de la justicia romana, en el año 95. Se le acusó de haber propagado en una extensa provincia del Imperio, el culto de un judío crucificado bajo Poncio Pilato. Debe morir; y la sentencia dice que un suplicio humillante y cruel librará a Asia de un viejo supersticioso y rebelde. Si pudo escaparse de Nerón, por lo menos no huirá de la venganza del César Domiciano.

Delante de la Puerta Latina [1] se ha preparado una caldera llena de aceite hirviendo. La sentencia manda se introduzca en ella al predicador de Cristo. Ha llegado el momento en que el hijo de Salomé va a participar del cáliz de su Maestro. El corazón de Juan se estremece de alegría al pensar que él, el más amado y sin embargo el único que no ha sufrido la muerte por su divino Maestro, es llamado por fin a dar este testimonio de su amor. Después de haberle azotado cruelmente, los verdugos se apoderan del

[1] La localización de la caldera hirviente es inexacta, porque la Puerta Latina fué construída en tiempo de Aureliano (270-275). Habría que decir que San Juan padeció su martirio fuera de los muros, en el lugar donde más tarde se levantaría la Puerta Latina. Esta localización se halla por primera vez en el siglo XI, en el martirologio de Adón.

anciano y le arrojan bárbaramente en la caldera; pero ¡oh prodigio! el aceite hirviente ha perdido su ardor; los miembros del Apóstol no sufren lesión alguna; antes bien, al sacarle de la caldera impotente, ha recobrado todo el vigor que le habían quitado los años; se ha vencido la crueldad del Pretorio y Juan, mártir de deseo, es conservado para la Iglesia algunos años más. Un decreto imperial le destierra a la isla de Patmos, donde el cielo le manifiesta los futuros destinos del cristianismo hasta el fin de los siglos.

La Iglesia romana conserva entre sus más gloriosos recuerdos el sitio y martirio de Juan; ha señalado con una Basílica el lugar aproximado donde el Apóstol dió testimonio de la fe cristiana. Esta Basílica está cerca de la Puerta Latina y está honrada con un título cardenalicio.

Elogio. — ¡Con qué gozo te vemos reaparecer, discípulo del Señor resucitado! Antes te vimos cerca del pesebre donde dormía tranquilamente el Salvador prometido. Entonces celebramos todos tus títulos de gloria: Apóstol, Evangelista, Profeta, Virgen, Doctor de Caridad, y por encima de todos, Discípulo predilecto de Jesús. Hoy te saludamos como a mártir. Porque si el ardor de tu amor ha vencido al del tormento que se te había preparado, con todo eso no aceptaste con menos energía el cáliz que Jesús te anunció cuando eras joven. En estos días del

tiempo Pascual te vemos constantemente con Jesús, halagándote con sus últimas caricias. ¿Quién se extrañará de su predilección para contigo? ¿No fuiste tú el único de los discípulos que te encontraste al pie de la cruz? ¿No fué a ti a quien confió su Madre para que desde entonces fuese tuya? ¿No estuviste presente cuando atravesaron su corazón con una lanza? Cuando te encaminaste al sepulcro con Pedro, en la mañana de Pascua, ¿no fuiste el primero que con tu fe rendiste homenaje a la resurrección de tu Maestro sin verle aún? Goza con tu Maestro inefable las delicias que nos prodiga; pero ruégale por nosotros, ¡glorioso Apóstol! Debemos amarle por todos los bienes que nos ha dado, y reconocemos con dolor que somos tibios en su amor. Nos has dado a conocer a Jesús Niño, nos has descrito a Jesús crucificado, muéstranos a Jesús resucitado; únenos a El en estos últimos momentos de su estancia en la tierra; y cuando suba al cielo, fortifica nuestro corazón para serle fiel, para que a tu ejemplo, estemos preparados para beber el cáliz de las pruebas que nos tiene preparado.

Plegaria. — Roma fué el teatro de tu gloriosa confesión, ¡oh Santo Apóstol! Amala siempre; y en sus tribulaciones únete a Pedro y a Pablo para protegerla. El Oriente te poseyó durante tu vida; pero el Occidente tiene el honor de contarte entre sus primeros mártires. Bendice nues-

tras iglesias, sostén nuestra fe, fortifica la caridad y líbranos de esos anticristos que señalabas a los fieles de tu época y que tanto daño causan entre nosotros. Hijo adoptivo de María, al contemplar a tu Madre en su gloria, preséntale nuestras oraciones que le ofrecemos en este mes, y obténnos de su bondad maternal las gracias que le pedimos.

7 DE MAYO

SAN ESTANISLAO, OBISPO Y MARTIR

En el siglo XI, siglo de luchas para el sacerdocio contra la barbarie, envía en el día de hoy un nuevo mártir a Jesús crucificado: es Estanislao, a quien Polonia coloca entre sus primeros defensores. Un príncipe cristiano, cuyos vicios reprendía, le inmoló en el altar; la sangre del Pontífice se mezcló con la del Redentor en un mismo sacrificio. ¡Qué fuerza tan irresistible la de estos corderos a quienes Jesús envió en medio de lobos![1] En ellos se revela el león, como se mostró en el Divino Resucitado. Ningún siglo hay que no haya tenido mártires, unos por la fe, otros por la unidad de la Iglesia, otros por la libertad, otros por la justicia, otros por la caridad, otros por el sostenimiento de la santidad de las costumbres, como San Estanislao. El siglo XIX

[1] *San Mat.*, X, 16.

tuvo también sus mártires, sobre todo en Oriente. ¿Los habrá en Europa en el siglo xx?[1]. Dios lo sabe. Suceda lo que suceda, estamos seguros de que el espíritu de fortaleza no faltará a los atletas de la verdad. El martirio es una de las características de la Iglesia y no le ha faltado en ninguna época. Los Apóstoles que en este momento rodean a Jesús resucitado bebieron sucesivamente el cáliz, después de él; y veíamos ayer cómo hasta su discípulo predilecto siguió el camino de todos.

VIDA. — Estanislao nació cerca de Cracovia en 1030. Su juventud transcurrió en la inocencia y piedad. Después de haber hecho sus estudios en Gnesen y en París, distribuyó a los pobres los bienes que le dejaron sus padres al morir. Ordenado sacerdote, gozó de gran influencia gracias a la santidad de su vida, y al ardor de su enseñanza. A pesar de su oposición tuvo que aceptar el obispado de Cracovia en 1072. Se distinguió por el esplendor de todas las virtudes pastorales y por su caridad con los pobres. Su firmeza en reprochar a Boleslao sus desórdenes y crueldades le atrajo el odio de este príncipe que tuvo la osadía de asesinarle al pie del altar el 8 de mayo de 1079. Inocencio IV le canonizó en 1235.

FORTALEZA DE LOS CRISTIANOS. — ¡Estanislao! fuiste poderoso en obras y en palabras, y el Se-

[1] En el siglo xx ha tenido y tiene aún sus mártires. Por millares se cuentan los cristianos que han muerto, y los que sufren y mueren, en medio de afrentosos suplicios, o en completo abandono, en las prisiones, en las minas, en los campos de concentración, en Extremo Oriente; en Rusia, en Alemania, en Europa Central, como poco ha en Méjico y España, en defensa de la fe y de la libertad de la Iglesia, víctimas del Nazismo o del comunismo ateo.

ñor te recompensó con la corona del martirio. Míranos desde la gloria en que gozas, y pide al Señor el don de fortaleza que tanto te distinguió y del que tanta necesidad tenemos para vencer los obstáculos que impiden nuestra marcha. Nuestro glorioso Jefe no quiere en su séquito sino soldados valientes. El reino en que pronto entrará lo ha conquistado, y nos advirtió que si queremos seguirle allí tenemos que prepararnos a la violencia. Fortifícanos, soldado del Dios vivo, ya para sostenernos en la lucha por la fe o por la unidad de la Iglesia, ya para combatir contra los enemigos invisibles de nuestra salvación. Pastor bueno, que ni retrocediste ni temblaste ante el lobo, danos pastores semejantes a ti. Defiende a la Iglesia expuesta por todas partes a sus enemigos. Convierte a sus perseguidores como convertiste a Boleslao, tu verdugo, que encontró la salvación en tu sangre. Acuérdate de tu querida Polonia que te honra con tanto fervor. ¿No es hora de que vuelva a ocupar su puesto entre las naciones? En sus infortunios ha conservado el lazo sagrado de la fe y de la unidad católica, ha sido paciente y fiel; suplica a Jesús que se apiade de ella y que recompense su paciencia y su fidelidad. Que se digne hacerla partícipe en su resurrección, y ese día será un día de alegría para todas las iglesias de la tierra, porque ella es su hermana y si revive cantaremos al Señor un cántico nuevo.

8 DE MAYO

APARICION DEL ARCANGEL SAN MIGUEL

LOS ÁNGELES EN EL EVANGELIO. — El salmista predijo que la venida del Emmanuel a este mundo sería saludada por los santos ángeles y que le adorarían humildemente en el momento que se manifestase entre los hombres [1]. Vimos ya el cumplimiento de esta profecía, en la noche de Navidad. Los cánticos de los ángeles atrajeron a los pastores al establo, y nosotros les seguimos para ofrecer nuestros homenajes al Señor. En su triunfante Resurrección el Emmanuel no podía dejar de ser rodeado por estos Espíritus bienaventurados que le asistieron en las humillaciones y dolores de la pasión. Apenas rompió las barreras que le retenían cautivo en el sepulcro, un ángel de rostro resplandeciente y de vestidos blancos como la nieve, viene a quitar la piedra que cerraba la entrada del sepulcro, y anuncia a las santas mujeres que el que buscan ha resucitado. Cuando penetran en la gruta del sepulcro, dos ángeles vestidos de blanco se presentan ante ellas y las confirma el suceso.

Honremos a estos augustos mensajeros de nuestra redención, y contemplémosles con respeto rodeando a Jesús durante su estancia en la

[1] Salmo, XCVI, 8; *Hebr.*, I, 6.

tierra. Adoran esta humanidad glorificada que verán muy pronto subir a lo más alto de los cielos y sentarse a la derecha del Padre. Se alegran con nosotros en esta fiesta de Pascua por la que nos ha sido devuelta la inmortalidad, en nuestro Salvador resucitado; y como dice San Gregorio [1] "esta Pascua se convierte también en fiesta de los ángeles porque al mismo tiempo que nos abre el cielo, les anuncia a ellos que las pérdidas que han experimentado en sus filas van a ser compensadas". Es, pues, justo que el Tiempo Pascual dedique una solemnidad al culto de los Angeles. Poco antes de la Anunciación celebramos la fiesta de San Gabriel; hoy es el Arcángel Miguel el príncipe de la milicia celestial el que recibirá nuestros homenajes. Ha señalado él mismo este día apareciéndose a los hombres, dejándoles una señal de su presencia y protección.

NOMBRE Y MISIÓN DEL ARCÁNGEL. — El solo nombre de Miguel es bastante para causar admiración: es un grito de entusiasmo y de fidelidad. "¿Quién como Dios?" es el nombre del Arcángel. En lo profundo de los infiernos tiembla Satanás ante este nombre que le recuerda la protesta con la que este Angel rechazó el intento de revolución de sus infieles compañeros. Miguel mostró su valor en el Ejército del Señor

[1] Maitines de Pascua, 2.ª lección de la homilía.

y por eso se le confió la defensa del pueblo de Dios, hasta el día en que la herencia de la Sinagoga repudiada pasó a la Iglesia cristiana. Ahora es el guardián y protector de la Esposa de su Señor, nuestra Madre común. Su brazo vela sobre ella, y la sostiene y defiende en sus luchas y participa en todos sus triunfos.

Pero no creamos que el Santo Arcángel, aún cuando esté cargado de los más grandes y difíciles cuidados para la conservación de la obra de Cristo, no puede atender a cada uno de los miembros de la Santa Iglesia. Dios le ha dado un corazón compasivo para con nosotros; y no hay ni una sola alma a quien no proteja con sus favores. Tiene la espada para defender a la Esposa de Cristo; se opone al dragón siempre preparado a lanzarse contra la Mujer y su fruto [1]; pero al mismo tiempo nos atiende a cada uno de nosotros cuando después de haber confesado nuestros pecados a Dios Todopoderoso y a la Bienaventurada Virgen María, los declaramos también a San Miguel Arcángel pidiéndole su intercesión ante Dios.

Su ojo vela en toda la tierra junto al lecho de los moribundos, porque tiene la misión especial de recoger las almas elegidas al salir del cuerpo. Con tierna solicitud y majestad incomparable las presenta a la luz eterna y las conduce al cielo. La Iglesia misma nos da a conocer

[1] *Apoc.*, XII, 13.

en los textos de la Liturgia las prerrogativas de este gran Arcángel. Nos dice que ha sido puesto a la cabeza en el Paraíso, y que Dios le ha confíado las almas santas para conducirlas a la gloria. Al fin del mundo cuando Cristo aparezca en las nubes del cielo para juzgar al género humano, Miguel cumplirá un ministerio formidable, al hacer, con los otros ángeles, la separación de los elegidos y condenados, que habrán tomado su cuerpo en la resurrección general. En la Edad Media nuestros antepasados solían representar a este Santo Arcángel en ese momento espantoso. Le ponían delante del trono del Juez Soberano, con una balanza en la que pesa las almas con sus obras.

Culto del Arcángel. — El culto de tan poderoso ministro de Dios, de tan gran protector de los hombres, debía extenderse por la cristiandad, sobre todo después de la desaparición de los falsos Dioses, cuando no había que temer que los hombres fuesen tentados de tributarle honores divinos. Constantino le dedicó cerca de su nueva capital, un santuario que llevó el nombre de *Michaelion;* y cuando Constantinopla cayó en poder de los turcos no había menos de quince iglesias dedicadas a San Miguel ya en el recinto de la ciudad ya en los arrabales. En el resto de la cristiandad esta devoción se fué extendiendo poco a poco debido a las apariciones del Santo Arcángel para indicarles que los fieles recurrie-

ran a él. Estas manifestaciones fueron locales; pero Dios, que de causas pequeñas hace salir grandes efectos, se sirvió de ellas para despertar poco a poco entre los cristianos, la confianza para con su protector celestial.

Apariciones. — Los griegos celebran la aparición que tuvo lugar en Frigia, en Chone, nombre que ha reemplazado a Colosa. Existía en esta ciudad una iglesia dedicada a San Miguel, frecuentada por un santo llamado Arquipo a quien los paganos perseguían furiosamente. Para deshacerse de él, soltaron la esclusa de un arroyo que desembocaba en el Lycus, amenazando arrasar la iglesia de San Miguel, donde Arquipo estaba orando. Apareció el Santo Angel, llevando una vara en la mano; a su vista, la inundación retrocedió y las aguas, aumentadas por el torrente que había desencadenado la malicia de los paganos, fueron a desembocar al abismo donde el Lycus se precipita y desaparece cerca de Coloso. No se sabe con seguridad la fecha de este milagro; sólo se sabe que sucedió en tiempo en que los paganos eran muy numerosos en Colosa para molestar a los cristianos.

Otra aparición sirvió para aumentar la devoción a San Miguel en los pueblos de Italia y tuvo lugar en el monte Gárgano en Apulia; es la que conmemoramos hoy. Otra sucedió en Francia en las costas de Normandía en el monte Tomba; que celebraremos el 16 de Octubre.

La fiesta de hoy no es la más solemne de las dos que la Iglesia consagra todos los años a San Miguel; la del 29 de septiembre es de mayor categoría pero es menos personal con respecto a San Miguel, pues se honra en ella juntos a todos los coros de la jerarquía angélica.

LA APARICIÓN EN EL MONTE GÁRGANO. — Esta aparición tuvo lugar, según se cree, en el pontificado de Gelasio I, en Apulia, en la cima del monte Gárgano, a cuyo pie está situada la ciudad de Siponto.

Según la tradición, un toro estaba enredado en las malezas a la entrada de una caverna. Un hombre que le perseguía lanzó una flecha, pero esta retrocedió, llegó hasta el hombre y le hirió. Un terror religioso se apoderó de los que seguían al animal de modo que nadie se atrevía a acercarse. Consultado el Obispo de Siponto respondió que había que preguntar a Dios con la oración y el ayuno durante tres días.

Al cabo de tres días, el Arcángel San Miguel advirtió al Obispo que aquel lugar estaba bajo su protección y que quería que este mismo lugar fuese consagrado al culto divino en su honor y en el de los ángeles. Se hizo una procesión a la cueva y vieron que estaba dispuesta en forma de iglesia, se celebró el Santo Sacrificio, y el lugar se hizo célebre por los milagros allí obrados.

Elogio. — Cuán hermoso eres oh Arcángel San Miguel, dando gloria al Señor cuyo enemigo derribaste. Tu mirada se dirige al trono de Dios cuyos derechos defendiste concediéndote la victoria. Tu grito ¿quién como Dios? electrizó a las legiones fieles y se trocó en tu nombre y tu corona. En la eternidad nos recordará siempre tu fidelidad y tu triunfo sobre el dragón. Entretanto, descansamos bajo tu custodia: somos leales servidores tuyos.

Protector de la Iglesia. — ¡Angel custodio de la Santa Iglesia! Ha llegado el momento de desplegar toda la fuerza de tu brazo. Satanás, amenaza furioso a la Esposa de tu Señor. Haz que brille tu espada y lánzate contra ese enemigo implacable y contra sus horrendos cohortes. El reino de Cristo se ha conmovido en sus cimientos. Pero si la tierra debe existir aún, si no se han cumplido los destinos de la Iglesia ¿no es tiempo, poderoso Arcángel, de mostrar al demonio que en la tierra no se ultraja impunemente a Aquel que la creó y la rescató y se llama Rey de Reyes y Señor de señores? El torrente del error y del mal no cesa de arrastrar hacia el abismo a la generación seducida; sálvala y destruye las malvadas conjuraciones de que es víctima.

Protector de la buena muerte. — Eres el protector de nuestras almas en el momento de su

paso del tiempo a la eternidad. Durante nuestra vida tu mirada nos sigue y tu oído nos escucha. Te amamos, Príncipe inmortal, y vivimos felices y confiados a la sombra de tus alas. Pronto llegará el día en que, ante nuestros restos inanimados, la Iglesia nuestra Madre, pedirá para nosotros que seamos libres de las garras del león infernal y que tus manos poderosas nos reciban y nos eleven a la luz eterna. En espera de este momento solemne, vela Arcángel sobre tus devotos. El dragón nos amenaza y quisiera devorarnos. Enséñanos a repetir contigo: "¿Quién como Dios?" El honor de Dios, el sentimiento de sus derechos, la obligación de serle siempre fieles, de servirle, de confesarle en todos los tiempos y lugares serán el escudo y la armadura con que venceremos como tú venciste. Pero necesitamos algo de ese valor que tú sacabas del amor de que estabas lleno. Haz que amemos a nuestro común Señor y entonces seremos también invencibles como tú. Satanás no resiste a la criatura que está llena de amor de Dios y huye vergonzosamente de ella.

El Señor te creó y tú le amaste como a tu Criador; a nosotros no sólo nos ha creado sino que nos ha rescatado con su propia sangre. ¿Cuál deberá ser, pues, nuestro amor para con él? Afianza ese amor en nuestros corazones; y puesto que combatimos en tu ejército, dirígenos, anímanos, sosténnos con tu mirada y detén los gol-

pes de nuestro enemigo. En nuestra hora postrera estarás, así lo esperamos, a nuestro lado abanderado de nuestra salvación. En pago de nuestra devoción está presente en nuestro lecho y cúbrele con tu escudo. No abandones a nuestra alma cuando a ti se acoja. Llévala ante el tribunal de Dios, cúbrela con tus alas, disipa sus temores y que el Señor se digne mandarte transportarla con presteza a la región de las alegrías eternas.

9 DE MAYO

SAN GREGORIO NAZIANCENO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Al lado de Atanasio se presenta un segundo Doctor de la Iglesia para ofrecer a Jesús resucitado su genio y su elocuencia. Es Gregorio de Nazianzo, el amigo y émulo de Basilio, el orador insigne, el poeta que a la fecundidad más asombrosa supo unir la energía y la elegancia, el que entre todos los Gregorios mereció y obtuvo el nombre de *Teólogo* por la seguridad de su doctrina, la elevación de su pensamiento, el esplendor de su exposición. La Santa Iglesia le celebra con alegría en estos días porque nadie habló con tanta magnificencia como él del misterio de Pascua. Por el comienzo de su segundo

discurso para esta solemnidad se podrá juzgar. Escuchemos.

El Predicador de Pascua. — "Permaneceré observando como el centinela", nos dice el profeta Abacuc; y yo hoy, a ejemplo suyo, iluminado por el Espíritu Santo hago también la vela, observo el espectáculo que se descubre ante mí, escucho las palabras que van a resonar. Y así velando, veo sentado sobre las nubes a un personaje cuyos rasgos son de ángel y cuya vestidura brilla como el relámpago. Su voz resuena como la trompeta y las filas apretadas del ejército celeste le rodea; y dice: "Este es el día de la salida para el mundo visible e invisible. Cristo se levanta de entre los muertos, levantaos también vosotros. Cristo toma nuevamente posesión de sí mismo, imitadle. Cristo se lanza fuera del sepulcro, desligaos vosotros de los lazos del pecado. Las puertas del infierno están abiertas, la muerte ha sido destruída, el viejo Adán, aniquilado y sustituído por otro, renovaos vosotros que formáis parte de la creación nueva en Cristo."

"Así hablaba él, y los otros ángeles repetían lo que cantaron el día en que nació Cristo: *Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.* A mí toca ahora hablar de todas estas maravillas: ¡Quién me diera la voz de los ángeles, una voz que se oyera hasta en los últimos confines de la tierra!

"¡La Pascua del Señor, la Pascua! ¡Una vez más la Pascua en honor de la Trinidad! Es la fiesta de las fiestas, la solemnidad de las solemnidades que sobresale entre las demás como el sol sobre las estrellas. Desde ayer ¡cuán augusta fué la jornada con sus vestiduras blancas y sus numerosos neófitos llevando antorchas! Teníamos doble función pública y particular; todas las clases de hombres, magistrados y dignatarios en gran número, en esta noche iluminada con profusión de luz. Pero hoy esas alegrías y grandezas son inmensamente mayores; ayer era sólo la aurora de la gran luz que ha surgido hoy. La alegría que sentían no era sino preludio de la que experimentamos en este momento; porque en este día celebramos la resurrección misma, no ya sólo esperada sino cumplida y extendióse al mundo entero"[1].

El Contemplativo. — Así hablaba el orador que no hizo más que pasar por la Sede de Constantinopla. Hombre amante del retiro y de la contemplación, las intrigas del siglo consumieron pronto sus energías, la bajeza y ruindad de los hombres laceraron su corazón; y dejando a otro el peligroso honor de ocupar un trono tan disputado, volvió de nuevo a su amada soledad donde tanto placer experimentara en el trato con Dios y las Sagradas Escrituras. A pesar del

[1] 2.º Discurso de Pascua.

corto espacio de tiempo y de los innumerables obstáculos había podido afianzar para largo tiempo la fe resquebrajada en la capital del imperio y trazar una estela luminosa que todavía no se había borrado cuando San Juan Crisóstomo vino a sentarse en esta Sede de Bizancio donde a su vez tantas pruebas le esperaban.

VIDA. — Gregorio nació en Nacianzo, en Capadocia entre 325 y 330. Fué a estudiar a Atenas en Compañía de su amigo S. Basilio, y con él, se aplicó a estudiar la Sagrada Escritura. Después de haber permanecido algún tiempo en la soledad fué elegido obispo de Sásima, y luego de Nacianzo, en 372, y finalmente de Constantinopla en 381 donde su primer cuidado fué combatir la herejía y atraer muchas almas a la pureza de la fe católica. Pero habiéndose levantado una persecución contra él, renunció al episcopado y volvió a Nacianzo dándose por entero a la contemplación de las cosas divinas y a la composición de obras teológicas. Fué enérgico defensor de la consubstancialidad del Hijo de Dios. Tras largos años de recogimiento y de estudio se durmió en la paz del Señor hacia el año 390.

EL DON DE LA FE. — Te saludamos, doctor inmortal, a ti que mereciste que Oriente y Occidente te apellidaran el teólogo por excelencia. Iluminado por los rayos de la Santísima Trinidad nos manifestaste sus esplendores cuanto nuestra vista puede entreverlos en esta vida. En ti se cumplió esta palabra: "Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios"[1].

---

[1] *San Mateo*, V, 8.

La pureza de tu alma la había dispuesto a recibir la luz divina y tu pluma inspirada supo dar algo de lo que tu alma había gustado. Alcánzanos, Gran Doctor, el don de la fe que pone a la criatura en relación con Dios, y el don de la inteligencia que la hace comprender lo que cree. Todos tus trabajos tuvieron como fin prevenir a los fieles contra las seducciones de la herejía haciendo brillar ante sus ojos los dogmas divinos en toda su magnificencia. Haznos cautos a fin de que podamos evitar los lazos del error y abre nuestros ojos a la luz inefable de los misterios, a esa luz, que según San Pedro, es para nosotros "como lámpara que luce en lugar tenebroso hasta que comience a brillar el día y el lucero se levante en nuestros corazones"[1].

La Unidad de la Fe. — En estos tiempos en que el Oriente, preso largo tiempo de la triste movilidad del error secular y de la servidumbre, está como en vísperas de una crisis que debe modificar profundamente sus destinos, mientras una política profana sueña en explotar en provecho de la ambición humana los cambios que se preparan, acuérdate, oh Gregorio, de la infortunada Bizancio. Mañana, quizás las potencias del mundo se la disputarán como una presa. Fuiste algún tiempo su pastor, tu recuerdo aún no se ha borrado de su memoria, apártala del espíritu del

[1] *II S. Petr.*, I, 19.

cisma y del error. Cayó bajo el yugo del turco en castigo de su rebelión contra el vicario de Cristo. Pronto se verá libre de él. Haz que al mismo tiempo el yugo del error y del cisma, mucho más peligroso y humillante, se rompa y desaparezca para siempre. Empieza ya a notarse un movimiento de retorno; provincias enteras se agitan y parecen querer dirigir una mirada anhelante a la madre común de las Iglesias, que les abre sus brazos. Desde lo alto del cielo ayuda a la reconciliación. El Oriente y el Occidente te honran como uno de sus más sublimes órganos de la verdad divina. Con tus oraciones aliéntales a unirse de nuevo en un solo redil, bajo un solo pastor, antes que el Cordero inmaculado y sacrificado baje del cielo para separar la cizaña del buen grano y para llevar a su gloria a la Iglesia su esposa y nuestra madre fuera de la cual no hay salvación.

La Gracia Pascual. — Ayúdanos en estos días a contemplar las grandezas de nuestro divino resucitado. Haznos vibrar de santo entusiasmo en esta Pascua que te inundaba en sus alegrías y te inspiraba las sublimes frases que acabamos de oír. Amaste a Cristo salido triunfante de la tumba desde tus más tiernos años y a tu vez su amor hacía palpitar tu corazón. Ruega para que nosotros también le seamos siempre fieles, para que estos misterios cautiven siempre nues-

tras almas, que permanezca siempre en nosotros esta Pascua y que la renovación que nos ha traído persevere en toda nuestra vida y que en sus vueltas sucesivas nos encuentre atentos y vigilantes para acogerla con ardor siempre renovado hasta que nos acoja la Pascua eterna y nos abra sus alegrías sin fin.

10 DE MAYO

SAN ANTONINO, OBISPO Y CONFESOR

La orden dominicana que ha presentado poco ha a Jesús triunfante, a San Pedro Mártir, y a Santa Catalina de Sena, le envía hoy uno de los muchos pontífices, que alimentó y preparó en su seno. En el siglo xv en que la santidad era rara sobre la tierra, Antonino hizo revivir en su persona todas las virtudes que habían brillado en los más grandes obispos de la antigüedad. Su celo apostólico, las obras de su caridad, la austeridad de su vida son la gloria de la Iglesia de Florencia que fué confiada a sus cuidados. El estado político de esta ciudad no le debió menos por su grandeza y prosperidad y Cosme de Médicis, que honraba a su arzobispo como a un padre, confesó más de una vez que los méritos y servicios de Antonino eran el más firme apoyo de Florencia. El santo prelado se hizo célebre por su doctrina no menos que por sus obras. De-

fendió al Papado atacado en el concilio de Basilea por prelados sediciosos y al dogma católico en el concilio ecuménico de Florencia contra los autores del cisma griego. Admiremos la fecundidad de la Iglesia que no ha cesado de producir, según los tiempos, doctores para todas las verdades, adversarios contra todos los errores.

VIDA. — Antonino nació en Florencia en 1389. A la edad de 16 años entró en la Orden de Sto. Domingo donde pronto se distinguió por su amor al estudio, su austeridad y sobretodo por su piedad ardiente. Elegido prior a los 29 años se dedicó a mantener y propagar la reforma comenzada con Sta. Catalina, después por Giovanni Dominici. En 1446 Eugenio IV le nombró obispo de Florencia. No quiso cambiar nada en su modo de vivir y permaneció fiel a la pobreza y a la austeridad. Caritativo en extremo trataba de remediar todas las indigencias en las calamidades públicas. Trabajó por reformar su clero y escribió una *Summa* de teología moral para ayudar a los confesores y predicadores. Finalmente, consumido por la enfermedad, se durmió en el Señor el 2 de mayo de 1459. Clemente VII le canonizó en 1525.

PLEGARIA. — Demos gloria a Jesús resucitado por los dones que te concedió, oh Antonino. Al confiarte una parte de su rebaño dotó a tu alma de las cualidades que hacen a los pastores según su corazón. Como sabía que podía contar con tu amor, encomendó sus corderos a tu guarda. En un siglo que por sus desórdenes hacía ya presagiar los escándalos del siglo siguiente, brillaste con luz purísima sobre el candelero de la

Iglesia. Florencia permanece fiel a tu memoria; en sus muros fuiste el hombre de Dios y el padre de la patria. Ayúdala también hoy desde el cielo. Los predicadores de la herejía están ya no sólo a sus puertas sino dentro de su recinto. Oh santo Pontífice; vela sobre el campo que sembraron tus manos y no permitas que en él arraigue la cizaña. Oh defensor de la Sede Apstólica, suscita en la desgraciada Italia émulos de tu celo y de tu doctrina. En tu augusta basílica, bajo su imponente cúpula tus ojos vieron a la iglesia bizantina unirse nuevamente con la Iglesia madre y maestra; tu ciencia y tu caridad tuvieron parte en esta solemne reconciliación que, por desgracia, había de durar tan poco. Ruega, oh Antonino, por los hijos de aquellos que fueron infieles a la promesa sellada sobre el altar mismo en que tus manos tantas veces ofrecieron el divino sacrificio de la unidad y de la paz.

Discípulo del gran Domingo, heredero de su celo ardiente, sostén a la Orden por él fundada y de la cual eres una de las principales glorias. Muestra que la amas; multiplica sus vástagos y hazles florecer y fructificar como en sus primeros tiempos. ¡Pontífice Santo! acuérdate también del pueblo cristiano que te implora en estos días. Cada año tu palabra elocuente anunciaba la Pascua a los fieles de Florencia y les invitaba a tomar parte en la Resurrección de

nuestro divino Caudillo. La misma Pascua, la Pascua inmortal, ha brillado nuevamente sobre nosotros. La hemos celebrado y la celebramos todavía; haz que sus frutos sean duraderos en nosotros y que Jesús resucitado que nos dió la vida la conserve en nuestras almas por su gracia hasta la eternidad.

EL MISMO DIA

SAN GORDIANO Y SAN EPIMACO, MARTIRES

Dos nuevos mártires suben de la tierra en este día y van a unirse en los esplendores del vencedor de la muerte. No lucharon en el mismo campo de batalla ni en la misma época; pero los dos lucharon valientemente por la misma causa y los dos consiguieron la misma victoria. Ahora duermen sepultados en su triunfo; pero el Señor guarda de ellos un recuerdo fiel. Dentro de poco se cumplirán en ellos aquellas solemnes palabras que él tiene dichas: "Yo soy la resurrección y la vida. Aquel que cree en mí, aún cuando hubiera muerto, vivirá"[1].

VIDA. — S. Gordiano fué juez en Roma en el reinado de Juliano el apóstata. El valor de los cristianos en medio de los más atroces suplicios, le atrajo a la fe. Ha-

[1] *S. Juan*, XI, 25.

biendo recibido el bautismo, fué denunciado y decapitado, el 10 de mayo de 362.

San Epímaco sufrió por la fe en el siglo anterior, en Alejandría. Se dice que, con otros muchos cristianos y después de una cruel flagelación, fué echado en cal viva. Su cuerpo fué llevado a Roma y sepultado en la cripta donde más tarde debía ser colocado S. Gordiano. Por eso la Iglesia les ha unido en su culto. Debemos añadir que sus *Actas* contienen detalles verosímilmente legendarios.

Dormid vuestro sueño, ¡mártires invictos! "Aguardad todavía un poco de tiempo hasta que el número de vuestros hermanos esté completo"[1]. Cada siglo os ha dado gloriosos compañeros; pero el mundo camina hacia su ocaso y sus últimos días se distinguirán por la abundante cosecha de palmas y coronas. Cuando se inaugure el reino del hombre de la iniquidad[2] y cuando la tempestad azote la nave de la Santa Iglesia, mostraos a las miradas de los fieles como dos astros protectores, a cambio de los homenajes anuales que os han tributado en este día. Rogad también por los que nos ha tocado vivir en estos tiempos en que parecen oirse ya en la lejanía los primeros rugidos de la tempestad que asolará el mundo y será el preludio de su fin. Fortaleced nuestros corazones y cualquiera que sea el destino que el Señor nos tenga preparado, alcanzadnos la gloria de permanecer siempre fieles a

[1] *Apoc.*, VI, 11.
[2] *II Tesalón.*, II, 3.

aquel que quiere ser para nosotros como fué para vosotros la "resurrección y la vida"[1].

EL MISMO DIA

BEATO JUAN DE AVILA, CONFESOR

Muy bien ha cumplido Cristo con su promesa de estar con nosotros hasta el fin de los siglos. Cuando Arrio se levantó para negar la divinidad del Verbo, preparó a Atanasio, Basilio, e Hilario; cuando los Bárbaros se lanzaron sobre Europa, les opuso a León y Gregorio Magno; cuando los emperadores germánicos quisieron agarrotar a la Iglesia, les enfrentó a Gregorio VII; cuando Lutero se levantó para proferir blasfemias contra el Papado arrastrando con él al norte de Europa, suscitó a Ignacio, Felipe de Neri, Carlos Borromeo, Pío V etc., que prepararon o favorecieron la verdadera reforma de la Iglesia. Entre ellos hay que contar al Beato Juan de Avila, apóstol de Andalucía, reformador y padre de orden clerical.

CELO APOSTÓLICO. — La prolongada dominación árabe en el sur de España, la convivencia de cristianos con moriscos, el seudomisticismo de los alumbrados, los brotes protestantes y sobre todo la inmensa ignorancia de las multitudes,

[1] *Juan*, XI, 25.

hicieron que hubiera en Andalucía grandes cantidades almacenadas de combustible, ansiosas de encender el fuego de la hoguera que había de abrasar a toda España. Mas Dios veló por ella sirviéndose de los Reyes Católicos e inmediatos sucesores para introducir la reforma del Clero y de las Ordenes religiosas y con ellas la del pueblo. En esta tarea les ayudaron el Cardenal Cisneros, Santo Tomás de Villanueva, Santa Teresa, San Juan de la Cruz y otros muchos con el Beato Juan de Avila.

"Mi nombre, decía éste, es Avila; mi posada la tierra; el cielo mi patria; mi oficio ser cosechero de Cristo; hasta la extrema vejez manejé incansable la hoz, amontonando las mieses en los celestes graneros"[1]. La austeridad de su vida, sus grandes penitencias, su elocuencia arrebatadora y su inflamado amor a Cristo, le sirvieron, como a otro Juan Bautista, para remover las multitudes. El centro de sus predicaciones fueron Córdoba, Sevilla, Granada, Montilla y la Alpujarra. Predica en iglesias, conventos, hospitales, caminos, plazas y por todas partes levanta a las multitudes: "su voz parecía hacer temblar las paredes de la iglesia"; "cuando salían de oír al maestro Avila, iban todos con las cabezas bajas, callando sin mirarse unos a otros encojidos y compunjidos, a pura fuerza de la virtud y excelencia del predicador".

[1] P. Luis de Granada.

DIRECTOR ESPIRITUAL. — Un hombre tan apostólico tuvo muchos discípulos, que acudían a él para recibir sus enseñanzas. El P. Luis de Granada nos dice cuánto le aprovechaba su trato. Santa Teresa de Jesús no se creyó segura en sus caminos místicos hasta que nuestro Beato dió la aprobación a sus escritos. Sacerdotes, religiosos, señoras y caballeros encontraron en él un maestro y médico de sus almas. En sus tratados espirituales, sermones y cartas no sabe uno qué admirar más si la doctrina profunda o la unción de su palabra.

VIDA. — Nació en Almodobar del Campo en la Mancha en 1500. En sus primeros años estudió leyes en Salamanca, pero más tarde se dedicó al estudio de la telogía en Alcalá, teniendo como profesor al famoso Domingo de Soto y de donde salió con el título de maestro. Ordenado de sacerdote recorrió toda Andalucía predicando en todas partes la palabra divina, confesando y ejerciendo el ministerio del apostado con mucho fruto por parte de los oyentes. Murió en Montilla el 10 de mayo de 1569. Fué beatificado por León XIII.

PLEGARIA. — Eres tan grande a los ojos de Dios como pequeño fuiste a los tuyos, ¡oh Juan de Avila! Cuando Martín Lutero levantaba con su rebelión, la bandera de su pretendida reforma, tú con tu pobreza, con tu obediencia, con tu humildad y con tu piedad levantaste la otra de la contrareforma, cuyos secuaces en España habían de ser legión. En ti los pueblos encon-

traron un buen modelo de Cristo, para ellos fuiste luz con tus sermones, con tus consejos y con tus escritos, que gracias a su docilidad les apartaron de los cantos de sirena de los seudo reformadores. Acuérdate de España que te venera y te admira. Ruega sobre todo por el clero por cuya buena formación tanto trabajaste, por ese clero que ahora te ha tomado como patrono. Alcanza de la divina piedad ayuda para esa Andalucía que tú evangelizaste con tantos sudores, de modo que nunca abandone la fe que tú la predicaste.

12 DE MAYO

SANTOS NEREO Y AQUILEO, MARTIRES Y SANTA FLAVIA DOMITILA, VIRGEN Y MARTIR

LOS MÁRTIRES. — Según las *Actas,* por desgracia en gran parte legendarias, Nereo y Aquileo fueron soldados romanos, convertidos por San Pedro. Después del bautismo abandonaron la milicia y entraron al servicio de una gran dama, Domitila, pariente próxima del emperador Tito, que se hizo cristiana muy pronto, siendo bautizada por el Papa San Clemente. Condenados los tres como cristianos, fueron verosímilmente decapitados.

SUS RELIQUIAS. — No se sabe dónde fueron depositadas primitivamente las reliquias de Santa Domitila. Los cuerpos de los Santos Nereo y Aquileo fueron honrosamente sepultados en las catacumbas del cementerio de Domitila en la Vía Ardeatina, a medio kilómetro de Roma. Conservamos aún una homilía pronunciada por San Gregorio en la Basílica subterránea que el Papa Siricio había hecho construir sobre sus tumbas. San Gregorio insiste en su discurso sobre la caducidad de los bienes de este mundo y evoca el recuerdo de los héroes que descansaban bajo el altar alrededor del cual se habían reunido los fieles de Roma: "Estos santos, dice, en torno de cuyo sepulcro nos hallamos reunidos en este momento, desdeñaron en la flor de la edad el mundo hollándole con sus pies. Tenían ante sí, vida larga, salud asegurada, fortuna opulenta, la esperanza de una familia en la cual habrían perpetuado su nombre y habrían podido gozar de estos placeres por largo tiempo en la paz y tranquilidad; pero en vano el mundo hizo ostentación de sus galas ante ellos; en su corazón estaba ya marchito." (Homilía 28 sobre el Evangelio.)

Más tarde las reliquias debieron ponerse en una basílica vecina, situada en la Vía Apia, y llamada hasta entonces *Fasciola*. A partir del siglo VIII se llamará sólo de los Santos Nereo y Aquileo y llegará a ser título cardenalicio. Pero

a causa de los desastres de Roma, por hallarse casi en ruinas la basílica, los cuerpos de los santos fueron trasladados, en el siglo XIII, a la basílica de San Adrián en el Foro. Allí permanecieron hasta fines del siglo XVI, en que Baronio, habiendo sido creado cardenal con el título de los Santos Nereo y Aquileo pensó restaurar para ellos la antigua basílica Fasciola. Por su munificencia las naves se levantaron de nuevo y sobre los muros se pintó la historia de los tres mártires; la cátedra de mármol sobre la cual se cuenta pronunció San Gregorio su homilía, fué restablecida a esta iglesia y en su respaldo se gravó completa dicha homilía. Finalmente la Confesión, decorada con mármoles y mosaicos recibió también las reliquias de que había estado privada durante tres siglos.

EL TRIUNFO. — Baronio comprendió que era tiempo de terminar el destierro demasiado largo de los santos mártires y por cuyo honor se sentía obligado a velar en adelante. Pudo unir a las reliquias de los dos soldados mártires, los de una santa, Domitila que desde entonces era honrada y que él tenía fundadas razones para creer que era la santa compañera de su martirio, preparando todo un triunfo para conducirlos, el 12 de mayo de 1597, a la antigua morada. Roma cristiana, sabe como ninguna, unir en sus cultos los recuerdos de la antigüedad clásica con los sen-

timientos que inspira la religión de Cristo. Una solemne procesión condujo primeramente al Capitolio la carroza en que se hallaban colocados, bajo suntuoso dosel, los cuerpos sagrados de los tres mártires. Dos inscripciones paralelas atrajeron las miradas en el momento en que el cortejo llegaba a la cima del *Clivus Capitolinus*. En la una se leía: "A Santa Flavia Domitila, virgen romana y mártir, el Capitolio, purificado del culto nefasto de los demonios, y restaurado más dignamente que lo fué por Flavio Vespaisano y por Domiciano, Augustos, parientes de la virgen Cristiana." La otra decía: "El Senado y el pueblo romano a santa Flavia Domitila, virgen romana y mártir, que dejándose consumir en el fuego por la fe de Cristo, dió a Roma más gloria que sus parientes Flavio Vespasiano y Domiciano, Augustos, cuando restauraron a su costa el Capitolio, dos veces incendiado."

Depositaron un momento las cajas de los mártires sobre el altar levantado cerca de la estatua ecuestre de Marco Aurelio y después de recibir sus homenajes fueron de nuevo colocados en el carro, bajando por el lado opuesto del Capitolio hasta encontrar el arco de Triunfo de Septimio Severo. En él se leen estas dos inscripciones: "A los Santos Mártires Flavia Domitila, Nereo y Aquileo, excelentes ciudadanos, el Senado y el pueblo de Roma por haber ilustrado el nombre romano con su gloriosa muerte y ob-

tenido con su sangre la paz para la república romana."

"A Flavia Domitila, Nereo y Aquileo invencibles mártires de Jesucristo, el Senado y el pueblo romano por haber glorificado a la ciudad con el noble testimonio que dieron de la fe cristiana."

Siguiendo la Vía Sacra la procesión llegó frente al arco de Triunfo de Tito, monumento de la victoria de Dios sobre la nación deicida. En uno de sus lados se leía esta inscripción: "Este arco triunfal otorgado y erigido en otro tiempo a Tito Flavio Vespasiano Augusto, por haber puesto de nuevo bajo el yugo del pueblo romano a la Judea sublevada, el Senado y el pueblo romano le otorgan y consagran de una manera más justa a la sobrina del mismo Tito, Flavia Domitila, por haber aumentado y propagado con su muerte la religión cristiana."

La inscripción en el otro lado del arco de Triunfo decía así: "A Flavia Domitila, virgen romana y mártir, sobrina de Tito Flavio Vespasiano Augusto, el Senado y el pueblo romano porque con la efusión de su sangre y el sacrificio de vida por la fe, rindió homenaje a la muerte de Cristo con una gloria que no adquirió el mismo Tito, cuando por vengar esta muerte derribó a Jerusalén por inspiración divina."

Dejaron a la izquierda el Coliseo, cuya arena había sido el teatro de los combates de tantos

mártires y pasaron por el arco de Triunfo de Constantino, monumento que habla tan alto de la victoria del cristianismo en Roma y en el imperio que repite todavía el nombre de la familia Flavia a la cual pertenecía el primer Emperador cristiano. He aquí las dos inscripciones que decoraban el arco Triunfal: "A Flavia Domitila, a Nereo y Aquileo, el Senado y el pueblo romano. En esta Vía Sacra en que muchos emperadores romanos, augustos, obtuvieron los honores del triunfo por haber sometido al imperio del pueblo romano diversas provincias, triunfan hoy estos mártires con gloria aún mayor por cuanto vencieron por la superioridad de su valor a los mismos triunfadores."

"A Flavia Domitila, el Senado y el pueblo romano. Si doce emperadores parientes suyos augustos ilustraron con sus grandes hechos a la familia Flavia y a Roma misma, la virgen sacrificando por Cristo los honores y la vida, dió a ambos mayor lustre aún."

Continuando después por la Vía Apia llegaron finalmente a la basílica. A la puerta rodeado de un gran número de cardenales, Baronio recibió con profundo respeto a los tres mártires y les llevó al altar mayor, mientras el coro cantaba esta antífona del Pontifical: "Entrad, santos de Dios; el Señor ha preparado aquí vuestra morada; el pueblo fiel ha seguido con alegría

vuestra marcha y os suplica roguéis por él a la potestad de Dios. Alleluia!"

La verdadera gloria. — ¡Qué triunfo tan sublime os ha preparado Roma, oh mártires invictos después de tantos siglos transcurridos desde vuestra gloriosa muerte! ¡Qué cierto es que en la tierra no hay nada comparable con la gloria de los santos! ¿Dónde están, oh Domitila, los Flavios, esos doce emperadores de tu nombre? ¿Quién se preocupa de sus cenizas? ¿Quién conserva incluso su recuerdo? A uno de ellos se le llamó "las delicias del género humano". Y el pueblo ignora hasta su nombre. Otro, el último de todos, tuvo la gloria de ser escogido para proclamar la victoria de la cruz sobre el mundo romano; Roma cristiana guarda su memoria con honor y reconocimiento; mas no le tributa culto religioso, Roma lo reserva para ti, oh Domitila, y para los dos mártires cuyo nombre va hoy asociado al tuyo.

¿Quién no sentirá el poder del misterio de la resurrección de nuestro divino Caudillo en el amor y entusiasmo que inspiran a todo este pueblo la vista y la procesión de vuestras reliquias, oh mártires de Dios vivo? Quince siglos pasaron sobre vuestros miembros fríos y los fieles les saludan con entusiasmo como si los sintiesen aún llenos de vida. Pero el pueblo cristiano sabe que Jesús, "el primer nacido de entre los muertos", ha resucitado y que vosotros debéis

resucitar un día gloriosos como El. Saluda anticipadamente esa inmortalidad que será la parte de vuestros cuerpos inmolados para gloria del Redentor; contempla ya con la fe el esplendor con que brillaréis un día, proclama la dignidad del hombre rescatado, para quien la muerte no es sino el tránsito a la vida verdadera y la tumba un surco que recibe el grano para hacerle más vivo y más hermoso.

Plegaria. — "Dichosos, dice la profecía, los que lavaron sus túnicas en la sangre del cordero"[1]. Pero más dichosos aún, nos dice la Santa Iglesia, aquellos que después de haber sido purificados, mezclaron su sangre con la de la Víctima divina, porque "suplieron en su carne lo que faltaba a las tribulaciones de Cristo"[2]. Por eso es poderosa su intercesión y debemos dirigirnos a ellos con amor y confianza. Sednos propicios, ¡oh Nereo, Aquileo y Domitila! Haced que esperemos a Jesús resucitado; conservadnos la vida que nos comunicó; apartadnos de los encantos de este mundo y disponednos a pisotearlos si hay peligro de que nos seduzcan. Hacednos fuertes contra todos nuestros enemigos, prontos para la defensa de la fe, vigorosos para la conquista de este reino que debemos arreba-

[1] *Apoc.*, VI, 14.
[2] *Col.*, I, 24.

tar por la violencia [1]. También los defensores de la Iglesia romana que, cada año, renueva, en este día vuestro culto con tanto fervor; protejed al Pontífice en quien Pedro reside; disipad las tormentas que amenazan a la cruz sobre el Capitolio y conservad la fe en el corazón de los romanos.

EL MISMO DIA

SAN PANCRACIO, MARTIR

Un nuevo mártir viene a unirse a los que hemos festejado. Sale también de Roma para ir a participar de la gloria del Vencedor de la muerte. Los anteriores fueron segados en los primeros tiempos de nuestra fe; éste luchó en el momento en que el paganismo daba a la Iglesia los últimos asaltos en los cuales debía sucumbir él mismo.

Sobre el cementerio en que fué depositado su cuerpo se alzó en los primeros siglos una basílica, honrada con el título cardenalicio, y un monasterio; y los monjes enviados por San Gregorio Magno a convertir a Inglaterra le consagraron muy pronto una iglesia.

VIDA.—Las *Actas*, reconocidas hoy como legendarias, nos dicen que Pancracio nació en Frigia y que

[1] *S. Mateo*, XI, 12.

fué muy pronto a Roma. Allí fué instruído en la religión cristiana no tardando en derramar su sangre por Cristo. Su cuerpo fué enterrado en la Vía Aurelia y su culto se hizo célebre en Roma, Francia e Inglaterra. La Edad Media le consideró como patrón de los juramentos y el vengador de su violación.

GLORIA INMORTAL.—La gracia divina que te llamaba a la corona del martirio fué a buscarte hasta el fondo de Frigia, para conducirte, oh Pancracio, a la capital del imperio, al centro de todos los vicios y de todos los errores del paganismo. Tu nombre confundido entre tantos más brillantes o más oscuros parecía que no debía dejar huella ninguna en la memoria de los hombres. Hoy, sin embargo, tu nombre es pronunciado en toda la tierra con acento de veneración y resuena en el altar en las oraciones que acompañan al sacrificio del Cordero. ¿De dónde te viene, ¡oh santo mártir! esta celebridad que sólo acabará con el mundo? Pero era justo que habiéndote asociado a la muerte sangrienta de Cristo, se reflejase sobre ti la gloria de su inmortalidad. ¡Gloria, pues, a El que así honra a sus compañeros de armas! y ¡gloria a ti que mereciste tal corona! Como recompensa de nuestros homenajes dígnate dirigirnos una mirada compasiva y haznos propicio a Jesús tu Jefe y nuestro Jefe. En este lugar de destierro cantamos el *Alleluia* por su Resurrección que nos llena de esperanzas; haz que un día repitamos

contigo en el cielo este mismo *Alleluia* ya eterno y que entonces significará no la esperanza sino la posesión.

EL MISMO DIA

SANTO DOMINGO DE LA CALZADA, CONFESOR

He aquí un caso más de la fecundidad de la Iglesia. No hay miseria ni necesidad entre los hombres, que no sea inmediatamente socorrida por algún hijo de esta buena madre. El Espíritu Santo, que es amor, suscita almas abnegadas para enjugar todas las lágrimas. En una época será Santo Domingo de Silos el que tendrá la misión de rescatar a los cautivos cristianos de los moros; en otra será un San Juan de Dios quien cuidará de los dementes, o bien un Ponce de León quien se encargará de hacer hablar a los sordomudos. Hoy nos presenta la Iglesia a Santo Domingo de la Calzada, que fué inspirado por Dios para consagrarse al servicio de los peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela.

VIDA. — Nació en el s. XI en la Rioja cerca de Haro. Después de haber intentado, aunque en vano, entrar en la vida monacal, por consejo del Cardenal Gregorio Ostiense, se dedicó a arreglar caminos, a construir puentes y a levantar hospitales para alivio de los

peregrinos que se dirigían a Santiago de Compostela, a los cuales servía él mismo en persona. En esta abnegada ocupación no le faltaron alientos por parte de su compatriota y homónimo de Silos y de S. Juan de Ortega. Su residencia habitual estuvo en un pueblo a quien por su causa dieron su nombre de Domingo de la de la Calzada. Murió en 1109.

PLEGARIA. — ¡Cuánta fué tu humildad, oh Domingo y cuánta tu docilidad! Por eso la divina Sabiduría te enseñó donde se encuentra la verdadera santidad. Comprendiste que sirviendo a los huéspedes y peregrinos servías a Cristo que dijo: "Fuí huésped y me recibísteis." ¡Quién podrá contar el número de peregrinos que acojiste en los sesenta años que duró tu ministerio! Pide a Dios que España siga tus huellas y que de modo particular la Rioja se santifique con tus ejemplos y que conserve el ideal de vida cristiana que practicaste con tanta abnegación.

13 DE MAYO

SAN ROBERTO BELARMINO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

"Desde los orígenes de la Iglesia hasta nuestros días, la divina Providencia no ha cesado jamás de suscitar hombres ilustres por su ciencia y santidad, los cuales han conservado e interpretado las verdades de la fe católica y re-

chazado los ataques con que los herejes amenazaban a estas mismas verdades"[1]. Entre ellos brilla San Roberto Belarmino tan célebre por su enseñanza y sus obras de controversia, por su celo en reforma de la Iglesia, por las virtudes que practicó en grado heroico y de las cuales son acabada imagen sus tratados ascéticos.

LA IGLESIA EN EL SIGLO XVI. — La Iglesia en el siglo XVI atravesaba por una era de prueba. Una parte de Europa se había dejado arrastrar por la rebelión de Lutero. Guerras religiosas cubrían de sangre países que sometidos a la Santa Sede habían gozado, durante muchos siglos, del beneficio de la unidad. La teología católica parecía haber perdido algo de su vitalidad y de su influencia; en la disciplina eclesiástica se habían ido deslizando poco a poco algunos abusos, y Lutero declarando imposible la reforma de la Iglesia por el Papado, creaba una nueva teología so pretexto de devolver a los fieles la libertad de los hijos de Dios.

LA DEFENSA DE LA IGLESIA. — Pero Cristo prometió estar con su Iglesia "todos los días hasta el fin de los siglos". Contra los falsos reformadores suscitó una pléyade de santos e ilustres doctores que defendieron la verdad y la santidad menospreciadas, San Roberto Belarmino apa-

[1] Pío XI, Letras Apostólicas "Providentissimus Deus" del 17 de septiembre de 1931.

rece en primera fila junto con San Pedro Canisio, su hermano de religión en la Compañía de Jesús.

El Teólogo. — En Lovaina, situada entre Alemania e Inglaterra protestantes, prosigue la enseñanza tradicional comentando la Suma de Santo Tomás que sabe adaptar con éxito a las necesidades de su época. Sobresale especialmente en la controversia. Recoge los testimonios de los Padres de los Concilios y del derecho de la Iglesia y defiende victoriosamente los dogmas atacados por los innovadores. En 1586 se publicaban por primera vez sus admirables *Controversias*. "En ellas, dice Pío XI, refuta de una manera decisiva los ataques lanzados por los Centuriadores de Magdeburgo cuyos tiros iban dirigidos a derribar la autoridad de la Iglesia mediante un uso engañoso de pruebas históricas y de testimonios de los Padres." Esta enseñanza provocó tanta alegría entre los católicos como ira en campo adverso, en el que Teodoro de Beza dirá hablando de las *Controversias:* "He aquí el libro que nos ha perdido." Muchos herejes, en efecto, encontraron en ellas la luz y volvieron a la verdadera fe; San Francisco de Sales decía que para sus predicaciones en Chablais, durante cinco años no había usado otros libros que la Biblia y las obras del gran Belarmino.

No le bastaba convencer de error a los herejes; quería además prevenir a los mismos fieles

contra su propaganda, y, con ese fin, compuso un Catecismo notable que él mismo enseñaba gustoso a los niños y a las gentes sencillas por muy importantes que fuesen sus ocupaciones. En los últimos años de su vida, escribió algunas notas espirituales, fruto de sus meditaciones y de sus retiros, las cuales forman cinco opúsculos ascéticos y nos revelan la hermosura de su alma. Un siglo antes el humanismo había alejado al hombre de su criador por el paganismo en que había sumido a las almas. Ciertas doctrinas de la teología protestante tendían a acentuar esta separación dando una idea falsa de la justicia divina y afirmando la teoría desesperante de la predestinación al infierno. Como su amigo, San Francisco de Sales, San Roberto se dedicó en dar a conocer la ternura de Dios. El amor es la base de su espiritualidad, nos inspira la confianza en ese Dios que es el Dios de la alegría y de la bondad, que llama al pecador a penitencia y desea infinitamente más que nosotros nuestra salvación. Hace a la virtud amable y fácil, persuadiéndonos que la santidad consiste sencillamente en el cumplimiento de la voluntad divina, en el deber de estado y en el abandono filial. En tiempo en que dominaba el sombrío pesimismo de Calvino, y en que los católicos mismos, por necesidad de reforma, se sentían inclinados a una mayor austeridad de vida—lo cual permitirá al jansenismo desenvolverse rapidísimamente—, tuvo el

valor de hacerse el apóstol de la bondad de Dios ya que tantos otros realzaban su justicia [1].

EL SANTO. — Se ha dicho con razón que San Roberto Belarmino recibió de Dios la triple vocación de enseñar a los fieles, alimentar la piedad de las almas fervorosas y confundir a los herejes. Se comprende que San Francisco de Sales le haya tenido por maestro y que Benedicto XV le haya propuesto como modelo de los que propagan y defienden la religión católica.

San Roberto fué verdaderamente modelo en los diferentes cargos que ocupó durante su larga carrera; simple religioso o provincial, profesor o director de conciencia, arzobispo o cardenal de Curia. Fué quien guió por los caminos de la santidad a San Luis Gonzaga; fué el consejero preferido por muchos Papas. Como arzobispo, se mostró escrupuloso observador de los decretos del Concilio de Trento; era fiel a la residencia, celoso de la predicación, de una caridad inagotable para con los pobres, cuidadoso en la formación de los jóvenes sacerdotes, en la dignidad del clero y hermosura del culto divino. Su austeridad de vida no se desmintió nunca. Incluso cuando fué elegido cardenal se atuvo a su resolución de no cambiar nada en el género de vida que llevaba en la Compañía de Jesús. Consagraba diariamente varias horas a la oración, ayu-

[1] Cfr. R. P. Monnier, Minard, S. Belarmino y S. Francisco de Sales, RAM, 1923, p. 225-42.

naba tres días por semana y hasta en los honores observó un método de vida muy modesto. No trató nunca de enriquecer a su familia y sólo tras muchas instancias se logró de él que ayudara a sus padres pobres. Sentía muy humildemente de sí mismo y era de una admirable sencillez de alma. Ponía todo su cuidado en no empañar con la más ligera falta la inocencia bautismal. Amaba, en fin, con amor filial, tierno y fuerte a la Santísima Virgen.

Todas sus virtudes brillaron con espléndido fulgor durante su última enfermedad. El Papa Gregorio XV y numerosos cardenales, temerosos ante el pensamiento de que un tal apoyo iba a faltar a la Iglesia acudieron a visitarle. Cuando murió, Roma entera le hizo magníficos funerales y con voz unánime le canonizó. Su cuerpo colocado en la iglesia de San Ignacio, junto a la tumba de San Luis Gonzaga, como lo había deseado él en vida, ha permanecido hasta nuestros días rodeado de la veneración de los fieles.

VIDA. — San Roberto Belarmino, sobrino del Papa Marcelo II, nació en Montepulciano, cerca de Florencia, en 1542. Desde su juventud, mostró gran piedad y vivo deseo de apostolado. Ingresó a los 18 años en la Compañía de Jesús e hizo sus estudios en Roma, Florencia, Mondovi, Padua y Lovaina, donde fué ordenado de sacerdote y nombrado para una cátedra de teología. Pronto se le consideró como uno de los mejores teólogos de la cristiandad, y el Papa Gregorio XIII le llamó a Roma para confiarle los cursos de Controver-

sias en el Colegio romano donde llegó a tener hasta 2.000 estudiantes. Después de haber sido nombrado provincial de Nápoles, fué de nuevo llamado a Roma por Clemente VIII, quien le nombró consultor del Santo Oficio y después Cardenal. Consagrado obispo, se trasladó en 1602 al arzobispado de Capua, administrándole durante tres años, al cabo de los cuales renunció y volvió a Roma donde permaneció hasta su muerte, acaecida en 1629. Fué beatificado y canonizado por Pío XI que le nombró Doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — "Como lámpara ardiente puesta sobre el candelero para alumbrar a cuantos hay en la casa, iluminaste a los católicos y a aquellos que se perdían lejos de la Iglesia; como estrella en firmamento, con los rayos de tu ciencia tan vasta como profunda y con el esplendor de tus talentos trajiste a los hombres de buena voluntad la verdad a la que serviste siempre y por encima de todo. Primer apologista de tu tiempo y aún de tiempos posteriores te ganaste, por tu vigorosa defensa del dogma católico la admiración y la atención de todos los verdaderos servidores de Cristo"[1]. Ruega por nosotros que aprobamos los honores que Roma te ha tributado. Las necesidades de nuestra época son muy semejantes a los de la tuya: el amor de novedades seduce también a muchas almas y el racionalismo, hijo del protestantismo ha hecho disminuir las verdades entre nosotros. Apoya nuestra oración que pide a Dios en la colecta de la Misa

[1] Pío XI, op. cit.

un amor mayor de la verdad y el retorno de los descarriados a la unidad de la Iglesia.

Pastor celoso, obtén para la Iglesia sacerdotes y obispos que "abrasados como tú por el fuego de la caridad se gasten sin cesar por el bien de las almas y cuyos consejos y ejemplos les hagan correr con el corazón dilatado por el camino de los preceptos divinos"[1].

Enseña también a todos los fieles a estimar por encima de todo las verdades católicas del catecismo. Que este librito, por la perfección del cual tanto trabajaste, nos dé no sólo la ciencia necesaria para la salvación, sino que además nos introduzca en el camino de la perfección, siguiendo las huellas de ese humilde hermano converso, el Venerable Mariano de Rocca Casale, que supo beber su maravillosa sabiduría en su regla franciscana y en este tu pequeño manual,

Enséñanos sobre todo la práctica de los dos primeros mandamientos en los cuales se resume toda la ley. El amor de Dios dominó toda tu vida y la dió su armonía y grandeza. Ojalá conservemos siempre como tú, fija la mirada de nuestro corazón en Jesús crucificado y no veamos sino a El en la persona de nuestros hermanos. Inspíranos también los sentimientos de ternura que tú tenías para con la Virgen Inmaculada cuyo honor defendiste contra los herejes.

---

[1] Pío XI, op. cit.

14 DE MAYO

SAN BONIFACIO, MARTIR

El segundo bautismo.—El Apóstol de las Gentes, explicando el misterio de Pascua, nos enseña que el bautismo es la sepultura de nuestros pecados, de donde se levantan nuestras almas, gloriosas y radiantes de vida, siguiendo el ejemplo del Redentor. La fe católica nos enseña que quien da su vida por Cristo o por su Iglesia, lava en su propia sangre todas las manchas de su alma, y resucita a la vida eterna, obteniendo de este modo, por segunda vez, el privilegio del bautizado, aunque ya esté sellado con el caracter único e indestructible de la regeneración. Pues bien, en este día un pecador purificado por el martirio, bautizado de nuevo en su sangre, es admitido a compartir la gloria de los compañeros de Jesús resucitado. Se cuenta, que Bonifacio escandalizó a Roma con una mala vida; repentinamente oyó el llamamiento de la gracia divina, y sin volver la vista atrás, fué a colocarse en la primera fila de los atletas de Cristo, aspirando solamente a borrar a fuerza de tormentos, las manchas que por la voluptuosidad de la carne había contraído. Transformado por el dolor, brilla en este día ante los ojos de la cristiandad con resplandor sin igual, y viene a

engarzar en la diadema del triunfador una joya de inusitado fulgor.

VIDA. — San Bonifacio, nos dice la lección biográfica del Breviario, era un ciudadano romano de fines del s. III. Durante un viaje a Tarso presenció la entereza de los cristianos en medio de los suplicios que se les infligía, y se convirtió. Tuvo mucho que sufrir, y murió mártir en Tarso, el año 306. Las *Actas* escritas en época tardía son de carácter legendario.

LA ALEGRÍA DE LOS ANGELES. — Tu conversión, oh Bonifacio, causó a los espíritus celestiales una alegría mayor que la que ellos sienten por la perseverancia de los 99 justos: y aún se acrecentó más esta alegría cuando vieron que en ti el cielo, no sólo acogía a un penitente, sino a un mártir. Recibe las felicitaciones de la Santa Iglesia, que se gloría de tus victorias.

PLEGARIA. — Santo mártir, tén piedad de los pecadores a quienes la Pascua no ha llevado a los pies del Redentor. Ha sonado Aleluya y no se ha turbado el sueño de su pecado. Ruega, santo mártir, ruega para que se despierten, los momentos están contados; y ¡quién sabe si les será otorgado a estos muertos voluntarios ver levantarse otra Roma! Contigo rogamos, oh Bonifacio, por la resurrección de nuestros hermanos; nos armamos de esperanza en esta pacífica lucha contra la divina justicia que a menudo desea ser vencida por la oración. Apoya nuestras

súplicas con tu intercesión, y revivirán muchos de los que están muertos y los santos ángeles se regocijarán como tú por su conversión.

15 DE MAYO

SAN JUAN BAUTISTA DE LA SALLE, CONFESOR

Maestro de los pobres. — En compañía de León el Grande, de Atanasio, de Gregorio de Nacianzo, se coloca en el cortejo del vencedor de la muerte el maestro de los pobres, San Juan Bautista de la Salle y sin recelo alguno, porque el triunfador es siempre el mismo Jesús que decía en su vida mortal: "Dejad que los niños se acerquen a Mí"[1]; ese reino de los cielos, que, entrado ya en su gloria manifiesta tan plenamente en la tierra, su divina palabra no deja de reservarle *para quienes son semejantes a ellos*[2]. Y por el contrario, ¿a quién reserva sus más terribles iras el León de Judá, sino a los hombres escandalosos que conspiran para apartar de El a los niños con quienes forma su corte?[3].

No solamente a los grandes doctores de la ciencia, sino también al más humilde pedagogo cristiano se dirige la promesa de los Sagrados

1 *San Marcos,* X, 14.
2 *S. Mateo,* XVIII, 3.
3 *S. Mateo,* XVIII, 6.

Libros: "quienes enseñan la justicia a muchos, brillarán como estrellas por los siglos sin fin"[1]. El Pontífice Supremo al inscribir entre los bienaventurados al santo de hoy, afirma que el oráculo inspirado "se refiere de un modo especial a aquellos que, como El, han abandonado todo para consagrar su existencia a inculcar a los bautizados, desde la infancia, la doctrina evangélica y los preceptos que conducen a la vida"[2].

Verdadero discípulo del Hombre Dios, Juan Bautista se compenetró tan perfectamente con el pensamiento de su Señor que ningún renunciamiento le costó el seguirle, y ni sufrimientos, humillaciones o persecuciones impidieron el cumplimiento perseverante de su empresa de entrega y amor. Incomprendido durante su vida, criticado hasta en su lecho de muerte, ¿acaso es menos grande hoy día en el cielo?

VIDA. — Juan Bautista de la Salle nació en Reims, el 30 de abril de 1651. Estudiante de letras y filosofía, sus virtudes y espíritu de oración le granjearon la estima y admiración de sus compañeros. Canónigo de Reims, vino a París para estudiar teología y fué ordenado de sacerdote el 9 de abril de 1678. Viendo que los niños pobres estaban abandonados, su celo le inspiró la manera de fundar una nueva familia de religiosos que se dedicaran a la enseñanza. Les dió el nombre de Hermanos de las Escuelas cristianas. Esta obra le atra-

[1] Dan., XII, 3.
[2] Brev. de la Beatificación del Siervo de Dios.

jo muchas persecuciones. Habiendo dimitido de su cargo de superior, se dió todo entero a la oración y mortificación y murió en Rouen, el 7 de abril de 1719. Fué beatificado, y después canonizado por León XIII.

Plegaria. — "Oh Dios, que, para la formación cristiana de los pobres y la consolidación de la juventud en los caminos de la verdad, suscitaste al Santo Confesor Juan Bautista y por él formaste en la Iglesia una nueva familia; concédenos que por su intercesión y a imitación suya, ardiendo en el celo que procura tu gloria en la salvación de las almas, podamos compartir su corona en los cielos"[1].

Padre de las Escuelas Cristianas, tal es hoy la oración de la Iglesia en tu honor; tan confiada como si las pruebas de tu vida mortal hubiesen debido librar de otras a tus hijos; tan tranquila como si el porvenir de tu obra estuviera asegurado en adelante. Y sin embargo, ¿no se podría decir que tu glorificación suprema ha dado la señal del triunfo al infierno contra ti? Pero la Iglesia fortificada por la experiencia de xx siglos no se arredra ante las persecuciones, sabe que si el árbol ha sido plantado por Dios, el huracán no puede sino afianzar más sus raíces, que la casa construída sobre roca viva no la destruyen las lluvias y los vientos desencadenados[2]. Esperamos como la Iglesia, confiados

1 Colecta de la Misa.
2 *S. Mateo,* VII, 25.

en tus méritos e intercesión ante Dios. Aunque la ruina parezca consumada, el Rey de los perseguidos nos enseña en estos días, que la tumba misma, aunque fuese sellada con el sello de los poderes públicos no garantiza a la muerte sus conquistas.

EL MISMO DIA

SAN ISIDRO LABRADOR

El campo de Castilla quedó para siempre iluminado y fecundado por la paciencia, por la inocencia y por el trabajo de este héroe del *arado y de la azada* San Isidro, patrono de la capital de España. Fué un humilde trabajador de la villa de Madrid, poco después de haber sido conquistada a los moros por los reyes de Castilla.

Nació en 1081, según unos, otros hacia 1100, de padres piadosísimos que acertaron a inculcar en el corazón del niño el amor a Dios y a su bendita Madre, el amor al prójimo, la caridad en grado heroico y la humildad; se ignoran sus nombres, pero basta lo dicho para predicarlos dichosos y dignos de eterna memoria a los ojos de los hombres, y a los ojos de Dios. Cuando sembraba decía: "En nombre de Dios; esto para Dios, esto para nosotros, y esto para las hormigas." A los pobres daba el santo más de lo que podía; tenía siempre presentes los santos con-

sejos que el anciano y santo Tobías daba a su querido hijo: "Si tuvieres mucho, da abundantemente; y si poco, procura de aquello poco dar algo, de buena voluntad." Daba compasivo parte del grano a los pajaritos ateridos y hambrientos en invierno y jamás mermaron los sacos. No cultivaba su propio campo, sino el campo de su amo Juan de Vargas; pero aunque pobre no había nadie ni más alegre ni más feliz que él. María Toribia, su mujer, era también una santa; ambos eran compasivos con los más pobres que ellos, bienhechores con todos los desgraciados. Como él era generoso con sus compañeros Dios lo era con él. Un día que estaba acosado por la sed, una fuente de agua clara brotó junto a sus pies. Tuvo émulos que le acusaban a menudo ante su amo de abandonar el trabajo y descuidar la hacienda, y queriendo Juan de Vargas averiguar lo que pasaba, se escondió en lugar cercano al barbecho, y cuál no sería su asombro al encontrar que un angel labraba la tierra mientras su criado rezaba a la Virgen en una ermita cercana. Parece ser que varias veces y en diversos sitios cercanos a Madrid, hizo brotar agua para apagar la sed que devoraba a su amo que en tiempo caluroso se acercó a la besana; consérvase la ahijada con que hirió el suelo e hizo brotar el agua; la fuente perdura hoy y sana a los enfermos que con fe beben el agua.

Cayó su hijo en un hondo pozo y creyeron todos que se había matado. Al acercarse al brocal salió a flote la criatura como si nada le hubiera ocurrido; el niño sin embargo murió muy joven.

Falleció San Isidro, ya muy viejo, en 1172, dejando en España el ejemplo maravilloso de una vida pobre y laboriosa, y, al mismo tiempo iluminada por la alegría y ennoblecida por la santidad. Se ha conservado incorrupto su cuerpo, y Dios le ha defendido del furor de los marxistas.

Distinguióle el cielo después de muerto con el don de milagros; sólo referiremos que sacó de la agonía sano y salvo al Rey Felipe III, quien agradecido suplicó la beatificación de San Isidro y Paulo V publicó la Bula en 1619. Felipe IV puso empeño en que el Papa le canonizase solemnemente, lo que efectuó el 22 de marzo de 1622, junto con los insignes santos Ignacio de Loyola, Francisco Javier, Santa Teresa de Jesús y San Felipe Neri.

¡Amable santo! Dios ha exaltado en ti la vida inocente, pacífica, trabajadora, abnegada, henchida de espíritu de fe y de amor de la gente hispana labradora, mira desde el cielo a tantos miles y millones que siguen animosos tus huellas, bendice sus empresas, alegra sus hogares y hazles comprender que son, si de verdad lo quieren, los *verdaderos reyes* de la naturaleza que nos rodea, que nos sustenta. Sirva de templo

espléndido a los labriegos el ancho cielo estrellado por la noche, y por el día la redondez de la tierra toda, con todas sus maravillas, todo ello iluminado por el astro rey y presidido por el hombre constituído por Hacedor Supremo, Rey universal de todo lo visible, en espera de escalar un día las esferas de lo invisible.

16 DE MAYO

SAN UBALDO, OBISPO Y CONFESOR

PROTECTOR CONTRA EL DEMONIO. — Para honrar a su Pontífice eterno, la Santa Iglesia le presenta en este día los méritos de un Pontífice mortal aquí abajo, pero que ha logrado ya, después de esta vida, las dotes de la feliz inmortalidad. Ubaldo representó a Cristo en la tierra; como su divino Jefe recibió la sagrada unción, fué mediador entre el cielo y la tierra, pastor del rebaño y ahora está unido a nuestro glorioso resucitado, Cristo, Mediador y Pastor. En señal del favor de que goza en el cielo junto a El, el Hijo de Dios confió a Ubaldo el poder especial de luchar eficazmente contra los enemigos infernales que algunas veces tienden a los hombres tan crueles emboscadas. Frecuentemente la invocación del Santo Obispo y de sus méritos bastó para deshacer las maquinaciones de los

espíritus malignos; y con el fin de animar a los fieles a recurrir a su protección, la Iglesia le ha admitido en la categoría de los santos cuya devoción recomienda de modo especial.

VIDA. — Ubaldo nació en Gubbio. Una vez ordenado de sacerdote distribuyó sus riquezas a los pobres y entró en los canónigos regulares de San Agustín, donde restableció la observancia y el fervor. En 1128, a pesar de su oposición, fué consagrado obispo de Perusa por el Papa Honorio III. Su santidad y bondad le hicieron ser amado por todos, sus mortificaciones fueron estremas y su caridad sin límites. Aplacó una sublevación y protegió su ciudad amenazada por los soldados de Federico Barbarroja. En sus últimos años fué probado por una dolorosa enfermedad: murió el 16 de mayo de 1160. Celestino III le canonizó en 1192.

PLEGARIA. — Sé nuestro protector contra el infierno, oh Santo Pontífice. La envidia del demonio no ha podido sufrir que el hombre, esta humilde y deleznable criatura, haya llegado a ser el objeto de las complacencias del Altísimo. La Encarnación del Hijo de Dios, y muerte sobre la Cruz, su Resurrección, los divinos Sacramentos que nos confieren la vida del cielo, todos los medios con cuya ayuda la bondad de Dios nos ha restablecido en nuestros primeros derechos, han excitado hasta el colmo el odio de este antiguo enemigo y busca vengarse insultando la imagen de nuestro Creador en nosotros. Algunas veces se arroja contra el hombre con todas sus iras; por una afrentosa parodia de la gra-

cia santificante, que hace de nosotros como los instrumentos de Dios, invade su cuerpo y se apodera de los hombres, nuestros hermanos, y los reduce a la más humillante esclavitud. Tu poder, oh Ubaldo, se ha manifestado frecuentemente en el rescate de estas víctimas desgraciadas de la envidia infernal; y la Santa Iglesia celebra en este día la prerrogativa especial que el Señor te ha confiado. Con tu caridad totalmente celestial, continúa protegiendo a los hombres contra la envidia de los demonios; pero sabes, oh Santo Pontífice, que los lazos de estos espíritus del mal son más fatales aún a las almas que a los cuerpos. Tén, pues, piedad, también de los desgraciados esclavos del pecado, sobre los cuales ha aparecido el divino sol de Pascua sin disipar sus tinieblas. Haz que vuelvan a ser hijos de luz y que pronto tengan parte en esta resurrección pascual cuya garantía nos ha dado Jesús.

17 DE MAYO

SAN PASCUAL BAILON, CONFESOR

PASTOR Y HERMANO LEGO. — San Francisco de Asís no podía menos de comisionar a algunos de sus hijos ante su Maestro resucitado. Hoy le presenta a uno de los más humildes e ignorados del mundo. Pascual Bailón es el hijo de la vida pas-

toril: guardando su rebaño encontró a Nuestro Señor Jesucristo. El atractivo de la contemplación se manifestó en él; y en su deseo de acercarse más junto a su Creador quiso seguirle hasta la más sublime perfección. Codició como un tesoro la humildad del Hombre-Dios, su vida pobre y dolorosa; y se dirigió al claustro franciscano. Floreció como árbol del cielo en esta bendita tierra, y todo el mundo oyó hablar del humilde hermano lego que acogió un oscuro convento español. La Iglesia nos le presenta en este día radiante, contemplando el triunfo de su Maestro. Anduvo con Jesús por el camino de la humillación, y de la cruz; ¿no es justo que tome parte también en la victoria de este divino Jefe? ¿No estaba presente en la mente del Redentor cuando decía: "A los que habéis permanecido conmigo en mis pruebas, mi Padre os prepara un reino donde comeréis y beberéis conmigo en mi mesa, y ocuparéis los tronos para juzgar las doce tribus de Israel?"[1]

VIDA.—Pascual Bailón nació en 1540 en Torre-Hermosa (Aragón). Desde su juventud, sobresalió por su inocencia, su atractivo hacia la contemplación y su amor a la Santísima Virgen. En el 1564 entró en la Orden de Menores de la Estricta Observancia, como hermano lego. No se preocupó más que de humillarse continuamente, practicar grandes mortificaciones y pasarse delante del Santísimo Sacramento todo el tiempo libre. De aquí sacó la profunda ciencia que le permitió

[1] *S. Lucas.*, XXII, 28-30.

refutar a los herejes y hablar sabiamente de los misterios de nuestra fe. Murió el 17 de mayo de 1592, fué beatificado por Paulo V, en 1618, canonizado en 1690, por Alejandro VIII. León XIII, en el 1897, le proclamó Patrón de los Congresos Eucarísticos.

ALABANZA Y PLEGARIA.—Los cielos están abiertos para recibirte, oh Pascual. Desde aquí el ardor de tu contemplación te hizo frecuentemente presentir las delicias de la eternidad; pero hoy todos los velos se han descorrido y contemplas para siempre a quien tanto habías deseado. Ya no tienes que unirte a El por el sufrimiento y humillación; te invito a participar en su gloria, su felicidad, su victoria. Dígnate tender un mirada sobre nosotros que tenemos la prontitud que tuviste tú en seguir los pasos del Redentor y, que no poseemos aún más que la esperanza de unirnos a El en su eternidad. Fortalece nuestra debilidad, alcánzanos el amor que hace ir derecho a Jesús, que pasa por encima de los obstáculos de la carne y de la sangre y pone al hombre en una perfecta conformidad con su divino modelo. Haznos aspirar a la transformación en Jesús Resucitado, que nunca más podrá morir. Las arras de esta transformación están ya en nosotros por la comunión en el misterio pascual: complétense por nuestra fidelidad en mostrarnos junto a nuestro Jefe triunfador, si nos deja aún en el valle de lágrimas; su vista nos sigue, su amor desea ver-

nos fieles; un poco más de tiempo y se manifestará. "He aquí que vengo pronto, guarda bien lo que has recibido, estoy a la puerta y llamo. El que oiga mi voz y me abra la puerta, entrará a El y cenará con él y él conmigo"[1]. Así la Pascua temporal se convertirá en la Pascua eterna. Ruega para que a imitación tuya guardemos bien lo que ya poseemos por la gracia de Jesús resucitado.

18 DE MAYO

SAN VENANCIO, MARTIR

El mártir de este día nos traslada a las persecuciones de los emperadores romanos. Su testimonio le dió en Italia; y la devoción que le tributa la población de Camerino, en otro tiempo sometida al poder temporal del Pontífice romano, obtuvo que su fiesta se celebrase en toda la Iglesia. Acojamos, pues, con alegría a este nuevo campeón del Emmanuel, y felicitémosle por haber sufrido lealmente el combate en estos días del tiempo pascual, tan jubiloso por la victoria que la vida ganó sobre la muerte.

VIDA. — Acerca de San Venancio, sólo dos *Actas* completamente legendarias[2] nos dan algunas noticias. Sus reliquias llevadas a Camerino en el 1259, fueron

[1] *Apoc.*, III, 20.
[2] *Anal. Boll.*, XVI, p. 490-497.

objeto de un culto tal que Boronio introdujo su nombre el martirologio romano y Clemente X su oficio en el Breviario. Según la leyenda, a la edad de quince años se presentó ante Antíoco para proclamar su fe cristiana, y después de varios tormentos, se le cortó la cabeza.

PLEGARIA. —Ruega por nosotros, Santo Mártir, a quien los santos ángeles armaron y ayudaron en la lucha. Como tú nosotros somos soldados de Jesús resucitado y como tú estamos llamados a dar testimonio de su divinidad y sus derechos ante el mundo. Si el mundo no está siempre armado de instrumentos torturadores como en los días de tu lucha, no es menos temible por sus seducciones. También querrá arrebatarnos a nosotros de nuevo la vida que Jesús ha comunicado a sus miembros: defiéndenos de sus asechanzas. La carne del Cordero que te alimentó en los días de la Pascua, y la energía que se manifestó en ti se debe a la gloria de este celestial manjar. Estamos sentados a la misma mesa, cuida de todos los comensales del festín pascual. Como tú, hemos conocido al Señor en la fracción del pan [1]; alcánzanos el conocimiento de este celestial misterio cuyas primicias recibimos en Belén y que se ha desarrollado ante nuestra vista y en nosotros mismos por los méritos de la Pasión y de la Resurrección de nuestro Emmanuel.

---

[1] *S. Lucas*, XXIV, 35.

Otras maravillas nos esperan; no dejaremos el tiempo pascual sin haber sido iniciados en la plenitud del don divino de la Encarnación. Haz, oh tú santo mártir, que nuestros corazones se abran más y más, y que guarden fielmente los tesoros que los augustos misterios de la Ascensión y de Pentecostés deben derramar en ellos.

19 DE MAYO

SAN PEDRO CELESTINO V, PAPA

LA HUMILDAD DE UN PAPA. — Al lado de León, Doctor ilustre, Jesús resucitado llama en este día al humilde Pedro Celestino, Pontífice Supremo como León, pero apenas elevado a la cátedra apostólica, descendió de ella para volver al desierto. Entre tantos héroes como hay en la serie de los Pontífices romanos, debía encontrarse alguno que representase más especialmente la noble virtud de la humildad; y Pedro Celestino es a quien la gracia divina ha otorgado este honor. Arrancado del remanso de su soledad para ser elevado al trono de San Pedro y tener en sus manos temblorosas las llaves que abren y cierran las puertas del cielo, el santo ermitaño miró en torno a sí; consideró las necesidades del rebaño de Cristo y examinó después su propia debilidad. Agobiado por la res-

ponsabilidad que abarca a toda la raza humana, se juzgó incapaz de soportar por más tiempo semejante carga; depuso la tiara e imploró el favor de ocultarse en su querida soledad. De la misma manera, Cristo su Maestro, ocultó su gloria primeramente en la oscuridad de 30 años, más tarde bajo la sangrienta tempestad de su Pasión y bajo las sombras del sepulcro. Los resplandores de la Pascua han disipado completamente estas tinieblas y el vencedor de la muerte se ha manifestado en todo su esplendor. Pero quiere que sus miembros participen de su triunfo y que la gloria con que brillarán eternamente estén como la suya en proporción con sus esfuerzos en humillarse en esta vida mortal. ¿Qué lengua podrá describir la aureola que circunda la frente de Pedro Celestino, en pago de la oscuridad en que buscó el olvido de los hombres con más ardor que otros buscan su estima y admiración? Grande en el trono Pontificio, mayor en el desierto, su grandeza en los cielos sobrepasa todos nuestros pensamientos.

VIDA. — Pedro nació en Isernia, en los Abruzzos, en 1210. Muy joven abrazó la vida monástica, después se retiró a la soledad para vivir como ermitaño. No tardaron en presentársele discípulos y fundó una nueva congregación monástica bajo la regla de San Benito. Estando vacante el trono pontificio durante dos años, los cardenales eligieron a Pedro para reemplazar a Nicolás IV. Fué coronado y consagrado el 29 de agosto de 1294 y tomó el nombre de Celestino. Mas pronto

aplanado por las responsabilidades de su cargo, dimitió la dignidad suprema y se volvió a su soledad. Murió poco después el 19 de mayo de 1296. Los milagros obrados en su sepulcro manifestaron su santidad y el 5 de marzo de 1313. Clemente V le canonizó en Avignón. Su familia religiosa ha conservado su nombre de Papa y constituye la Congregación de los Celestinos.

Alabanza. — Oh Celestino, has logrado el objeto de tu ambición y te ha sido concedido descender de las gradas del trono apostólico y volver a entrar en la calma de esta vida oculta que durante tanto tiempo había constituído tus delicias. Gozas de los encantos de la soledad que tanto amaste; ella te es devuelta con todos los tesoros de la contemplación en el secreto del trato íntimo con Dios. Cuando llegue la hora, la cruz, que has preferido a todas las cosas, se levantará luminosa en la puerta de tu celda invitándote a participar en el triunfo pascual de quien descendió del cielo para enseñarte que el que se humilla será ensalzado. Tu nombre, oh Celestino, brillará hasta el último día del mundo en la lista de los Pontífices romanos. Y, tú eres uno de los anillos de esta cadena que une la Iglesia a Jesús, su fundador y su Esposo; pero te está reservada una gloria mayor, la de hacer cortejo al Cristo divino resucitado. La Iglesia, que se inclinó durante algún tiempo ante ti, mientras tenías las llaves de Pedro, después de algunos siglos te tributa y te tributará hasta el

último día el homenaje de su culto, porque reconoce en ti uno de los elegidos de Dios, uno de los príncipes de la corte celestial.

PLEGARIA. — Oh Celestino, nosotros también estamos llamados a subir donde tú estás para contemplar eternamente como tú el más bello de los hijos de los hombres, al vencedor de la muerte y del infierno. Pero solamente puede conducirnos un camino: el que tú mismo seguiste, el de la humildad. Fortifica en nosotros esta virtud, oh Celestino, y enciende el deseo en nuestros corazones. Sustituye el desprecio de nosotros en lugar de la estima que muy frecuentemente tenemos la desgracia de tributarnos. Danos el desprecio de nosotros mismos. Vuélvenos indiferentes a toda gloria mundana, firmes y alegres en las humillaciones, para que habiendo bebido el agua del torrente", como Jesús, nuestro Maestro, podamos un día "levantar la cabeza"[1] como él y con él y rodear eternamente el trono de nuestro común Redentor.

EL MISMO DIA

SANTA PUDENCIANA, VIRGEN

Hacia el año 150, el Papa Pío I, levantó una iglesia en la casa que le ofreció un romano rico,

[1] *Ps.*, CIX, 7.

llamado Pudente, perteneciente sin duda a la familia de uno de los amigos de San Pablo [1]. Tradiciones muy antiguas aseguran que San Pedro habitó en esta casa. La iglesia de Pudente guarda de esta manera el recuerdo de los dos grandes apóstoles. Es una de las más antiguas y venerables de Roma, lugar de Estación y tilo cardenalicio.

Como se la llamó desde sus orígenes Iglesia Pudenciana, se le ha relacionado con el nombre de Santa Pudenciana, cuyo sepulcro se encuentra en el cementerio de Priscila, y se ha terminado por admitir comúnmente que la iglesia estaba dedicada a ella, la cual da a conocer a esta santa, cuya historia, por otra parte, no es desconocida [2].

Santa Pudenciana no es festejada con misa propia; el misal romano le atribuye la tercera misa del Común de Vírgenes, con el Evangelio de las vírgenes prudentes y de las vírgenes fatuas; su oración es la de esta misa.

Escúchanos oh Dios Salvador nuestro, para que, gozosos de la fiesta de tu bienaventuranda virgen Pudenciana, estemos animados hacia ti con sentimientos de tierna devoción. Por Jesucristo, Señor nuestro. Amén.

---

[1] *II Tim.*, IV, 21.

[2] Sus Actas son por completo legendarias: *Acta Sanctorum*, Martirologium Romanum, 1940, p. 107. *Analecta Bollandiana*, LIV, p. 272.

20 DE MAYO

SAN BERNARDINO DE SENA, CONFESOR

El santo nombre de Jesús. — En otra estación del año litúrgico, cuando ofrecimos nuestros homenajes y anhelos junto a la cuna del Niño divino, se consagró uno de los días a celebrar la gloria y saborear la dulzura de su nombre. La Santa Iglesia salta de alegría al pronunciar este nombre que su celeste Esposo eligió desde toda eternidad; y el género humano respira con confianza pensando que el Dios supremo que podría llamarse el Justo y el Vengador, desea más bien, ser llamado en adelante *Salvador*. Bernardino de Sena, a quien festejamos en este día, se nos manifestó por entonces llevando en sus manos y ofreciendo a la consideración de los hombres este bendito nombre rodeado de luz. Invitaba al mundo entero a venerar con amor y confianza este sagrado nombre en el que se revela divinamente toda la economía de nuestra salvación.

La Iglesia agradecida acepta esta señal: alienta a sus fieles a recibir de las manos del hombre Dios escudo tan poderoso contra los dardos del espíritu de las tinieblas, a estimar sobre todo un nombre que nos enseña hasta qué extremo ha amado Dios al mundo: por fin cuando el santo nombre de Jesús hubo conquistado por

su adorable belleza todos los corazones cristianos, le dedicó una de las solemnidades del Tiempo de Navidad.

En este día ha reaparecido el noble hijo de San Francisco, y sus manos tienen siempre el glorioso retrato del nombre sagrado. Mas ya no es el nombre profético del Niño recién nacido, el que la Virgen repetía con ternura y respeto, inclinada sobre su cuna: es un nombre que resuena con mayor estrépito que las tormentas, es el trofeo de las más brillantes victorias, es la profecía cumplida en toda su plenitud. El nombre de Jesús indicaba al género humano un Salvador: Jesús ha salvado al género humano muriendo y resucitando por él; ahora es Jesús en el pleno sentido de la palabra. Recorred la tierra y decidnos en qué lugar no es conocido este nombre: decidnos qué otro nombre ha congregado a los hombres en una sola familia.

Los príncipes de la Sinagoga quisieron detener el empuje de este victorioso nombre, y destruirle en Jerusalén: dijeron a los apóstoles: "Os prohibimos la enseñanza de este nombre"[1]. Y para respuesta, Pedro pronunció esta enérgica sentencia, que resume toda la fortaleza de la Iglesia: "Mejor es obedecer a Dios que a los hombres." Pero fué como si hubieran intentado tratar de detener el sol en su curso; y cuando el poder romano se impuso el deber de poner obs-

---

[1] *Hechos*, V, 28.

táculos por medio de sus edictos al progreso triunfal de este nombre, ante el cual toda rodilla debe inclinarse, se vió reducido a la impotencia. Al cabo de tres siglos el nombre de Jesús se extendía por todo el mundo romano.

Predicador del nombre de Jesús. — Armado con este nombre sagrado, Bernardino recorrió en el siglo xv las ciudades de Italia, en luchas unas contra otras, y frecuentemente divididas hasta en su interior. El nombre de Jesús en sus manos se convierte en el arco iris de la paz. En todos los lugares donde Bernardino enarbola este símbolo, toda rodilla se inclina, el corazón herido y rencoroso se aplaca, el pecador corre a las fuentes del perdón. Las tres letras que representan este nombre siempre bendito debían llegar a serles familiares a todos los fieles: se las esculpía, se las gravaba, y se las pintaba en todas las partes: y la catolicidad lograba una nueva expresión de su religión y de su amor hacia el Salvador de los hombres.

Bernardino Predicador inspirado, ha dejado numerosos escritos que le declararon doctor de primer orden en la ciencia divina. Nos hubiera gustado, si el espacio nos lo hubiese permitido, dejarle exponer aquí las grandezas del misterio de la Pascua: permitámosle, por lo menos, expresar su pensamiento sobre la aparición del Salvador resucitado a su Santa Madre. El lector católico verá con alegría la unión doctrinal que

reina en esta materia tan importante entre la escuela franciscana representada por San Bernardino, y la escuela dominicana cuyo testimonio reproducimos en la fiesta de San Vicente Ferrer.

La aparición de Jesús a María. — "Del hecho que la historia evangélica no dé ningún detalle acerca de la visita que Cristo hizo a su Madre para consolarla, después de resucitado, no se puede deducir que el misericordiosísimo Jesús, fuente de toda gracia y consuelo tan solícito en alegrar a los suyos con su presencia, hubiera olvidado a su Madre, que sabía habría estado totalmente embargada por las amarguras de su Pasión. Pero plugo a la providencia de Dios no manifestarnos esta particularidad en el texto del Evangelio por tres razones:

"*En primer lugar, por causa de la firmeza de la fe que tenía María.*" La certeza que tenía la Virgen Madre de la Resurrección de su Hijo no fué quebrantada en nada, ni aún por la más leve duda. Cosa fácil es de creer, si se reflexiona sobre la gracia particularísima de la que fué llena la Madre de Cristo Dios, Reina de los Angeles, Señora del universo. El silencio de la Escritura sobre esta materia dice más a las almas iluminadas que la misma declaración. Hemos tratado de conocer a María desde la visita del Angel, en el momento en que el Espíritu Santo la cubre con su sombra: la hemos encontrado al pie de

la cruz, Madre de dolores presente junto a su Hijo moribundo. Si, pues, el Apóstol pudo decir: "En proporción a la parte que hubiereis tenido en los sufrimientos participaréis en las consolaciones"[1]; calculad según esto, la medida en que la Virgen Madre debió de ser asociada a las alegrías de la Resurrección. Se debe, pues, estar cierto de que su dulcísimo Hijo resucitado la consoló antes que a los demás. Esto es lo que la Iglesia parece querer indicar al celebrar en Santa María la Mayor la Estación del día de Pascua. De otro modo, si porque los evangelistas no dicen nada, queréis concluir que su Hijo resucitado no se apareció primeramente a Ella, sería necesario proseguir hasta afirmar que no se la apareció nunca, puesto que los mismos Evangelistas, en sus diversas apariciones que relatan no señalan ninguna que se refiere a Ella. Semejante conclusión sería impía.

"*En segundo lugar, el silencio del Evangelio se explica por la infidelidad de los hombres.* El fin del Espíritu Santo al inspirar los Evangelios, fué describir las apariciones que podían quitar toda duda a los hombres carnales acerca de la creencia en la Resurrección de Cristo. Su categoría de Madre hubiera sido más débil a sus ojos el testimonio de María: por esta razón no fué alegado, aunque seguramente no pudo haber entre todos los seres nacidos o por nacer ninguna cria-

[1] *II Cor.*, I, 7.

tura, si se exceptúa la humanidad de su Hijo cuya afirmación merezca con mayor motivo ser admitida por toda alma verdaderamente piadosa. Pero era necesario que el texto evangélico no nos relatase más que testimonios que pudiesen ser dichos en presencia de todo el mundo: en cuanto a la aparición de Jesús a su Madre, el Espíritu Santo la ha reservado para quienes son iluminados por su luz.

"*En tercer lugar, este silencio se explica por la sublimidad misma de la aparición.* Después de la Resurrección, los Evangelios no dicen nada acerca de la Madre de Cristo, porque sus tiernas relaciones con su Hijo fueron en adelante tan sublimes, tan inefables que no había términos en qué expresarlas. Existen dos clases de visión: una, puramente corporal y relativamente imperfecta; otra, que tiene su sede principal en el alma y es propia de las almas ya transformadas. Admitid, si queréis que Magdalena participó antes que los demás en la visión puramente corporal, puesto que reconocéis que la Virgen vió antes que ella, y de una manera más sublime a su Hijo resucitado; que le reconoció y disfrutó la primera de sus deliciosos amores en su alma más aún que en su cuerpo [1]."

VIDA. — Bernardino nació cerca de Sena en el 1380. Transcurrió su juventud en intensa piedad y en perfecta inocencia, unida a una gran generosidad hacia

[1] Sermón LII para el día de la Resurrección, a. III.

los pobres y enfermos. En el 1402 ingresó en los Hermanos Menores. Dos años después recibió el sacerdocio y empezó la larga carrera de predicaciones que le obligará a recorrer toda Italia. Gracias al nombre de Jesús, por el ejemplo de su piedad y de sus virtudes, por el brillo de sus milagros, convirtió a muchas almas, terminó por aplacar las discordias civiles y se le puede considerar como precursor de la reforma que realizaron más tarde los concilios de Letrán y Trento. Murió en Aquila el 20 de mayo de 1444 y fué canonizado seis años después por el Papa Nicolás V.

Gloria del Nombre de Jesús. — ¡Qué bellos son, oh Bernardino, los rayos que forman la aureola del Nombre de Jesús! ¡Qué dulce es su luz, cuando el Hijo de Dios recibe este nombre salvador el octavo día de su nacimiento! ¿Pero qué ojo mortal podrá soportar su esplendor cuando obre nuestra salvación no ya en la humildad y en el sufrimiento sino en el triunfo de su Resurrección? En medio de los resplandores personales del Nombre de Jesús apareces tú, oh Bernardino; el nombre que amaste y glorificaste te asocia en adelante a su victoria. Extiende, pues, ahora sobre nosotros, más copiosamente que lo hiciste sobre la tierra, los tesoros de amor, admiración y esperanza cuya fuente es este divino Nombre y purificad los ojos de nuestra alma, para que un día podamos contemplar contigo sus magnificencias.

Plegaria. — Ilustre hijo del Gran Patriarca de Asís, la Orden Seráfica te venera como una de

sus principales columnas; hiciste revivir en su seno la primitiva observancia: continúa desde lo alto del cielo protegiendo la obra empezada por ti aquí. La familia de San Francisco es uno de los más firmes baluartes de la Santa Iglesia, haz que siempre florezca, sosténla en las tempestades, auméntala en proporción de las necesidades del pueblo fiel, porque eres el segundo Padre de esta sagrada familia y tus súplicas son poderosas ante el Redentor cuyo nombre glorioso publicaste en la tierra.

24 DE MAYO

MARIA AUXILIADORA

MARÍA EN EL TIEMPO PASCUAL. — Desde que entramos en las alegrías del tiempo pascual, el cielo litúrgico nos ha presentado diariamente nuevos nombres y nuevas glorias que honrar, nombres y glorias refulgentes con los resplandores del sol de Pascua. Sin embargo de eso, ninguna fiesta consagrada a María ha alegrado todavía nuestros corazones recordándonos algunos de los misterios o grandezas de esta augusta reina. Parece que la Iglesia quiere honrar con silencio respetuoso los cuarenta días en los que María, después de tantas angustias, descansa con la posesión de su hijo resucitado. Al meditar el misterio pascual en el curso de este período debemos procurar no aislar nunca al Hijo de la Ma-

dre y así estaremos en la verdad. Jesús durante estos cuarenta días se manifiesta con frecuencia en sus discípulos débiles y pecadores ¿puede separarse un instante de la Madre en vísperas de la nueva y última prueba que debe sufrir al abrirse las puertas del cielo para recibir a su Hijo? A menudo Jesús se le aparece y la hace objeto de su ternura filial, pero en el intervalo de estas visitas no la abandona; no sólo su recuerdo sino que su misma presencia permanece en el alma de María con todo el encanto de una íntima e inefable posesión.

¡Ninguna fiesta hubiera podido expresar tal misterio! Con todo eso, el Espíritu Santo que sigue los sentimientos de la Iglesia, ha hecho nacer en los corazones de los fieles la idea de tributar homenajes especiales a María, durante el mes de mayo, en que transcurre el tiempo Pascual. No hay duda que favorables circunstancias han ayudado a la piedad a concebir la hermosa idea de consagrar el mes de mayo a María, pero si tenemos en cuenta la influencia celestial y misteriosa que guía todo en la Iglesia, comprenderemos que existe en el fondo de esta determinación, una intención divina de unir a las alegrías maternales de que está repleto en estos días el corazón inmaculado de María, la alegría de que gozan los corazones de sus hijos terrenos, durante todos los días de este mes consagrado a celebrar sus grandezas y misericordias.

La fiesta de este día. — Hoy se celebra una fiesta en honor de María, fiesta que no está inscrita en el calendario universal de la Iglesia, pero que está tan extendida con el consentimiento de la Santa Sede, que el presente *Año Litúrgico* quedaría como incompleto si no la hubiéramos concedido un sitio. Su finalidad es honrar a la Madre de Dios con el título de *Socorro de los Cristianos;* nombre por lo demás muy merecido por los incesantes favores que esta todopoderosa Auxiliadora ha prodigado a la cristiandad. Desde que el Espíritu Santo descendió sobre María en el Cenáculo para que comenzara a ejercer en la Iglesia militante su poder de Reina, hasta las últimas horas de la duración de este mundo, ¿quién será capaz de contar todas las veces que ejerció y ejercerá su influjo bienhechor en la herencia de su Hijo?

Se elevaron las herejías unas tras otras, sostenidas por el lazo de los poderosos de la tierra pareciendo que iban a devorar la raza de los fieles; pero cayeron sucesivamente unas y otras aniquiladas por completo y la Iglesia nos enseña que, gracias al fuerte apoyo de María, ha salido siempre triunfante en esas ocasiones. Si, a veces, el progreso de la Iglesia ha sufrido obstáculos por escándalos inauditos o por tiranías indecibles, el brazo siempre armado de nuestra invicta Reina ha abierto el camino y la Esposa del Redentor ha ido libre y arrogante dejando

tras sí sus grillos quebrados y sus enemigos vencidos. Al considerar tales maravillas el gran San Pío V después de la victoria de Lepanto, en que nuestra augusta triunfadora aniquiló para siempre el poder naval de los turcos, juzgó que era el momento propicio de poner en las Letanías de la Santísima Virgen, al fin de otros títulos con que la Iglesia la saluda, el de *Auxilio de los cristianos,* AUXILIUM CHRISTIANORUM.

REGRESO DE PÍO VII A ROMA. — Estaba reservado a Pío VII ensalzar más este hermoso título y hacer objeto de una fiesta conmemorativa de todos los auxilios que María se ha dignado conceder a la cristiandad en todas las épocas. No pudo ser escogido mejor. El 24 de mayo de 1814 entró en Roma aclamado por todo el pueblo. Viene después de un cautiverio de cinco años en los que el gobierno de la Iglesia estuvo enteramente suspendido. Las potencias coaligadas contra su opresor no tuvieron el honor de quebrar sus hierros, aquél mismo que le tenía alejado de Roma le dejó en libertad de volver en los últimos meses del año precedente. Mas el Pontífice prefirió escoger su tiempo y hasta el 25 de enero no abandonó Fontainebleau. Roma en la que va a volver a entrar había sido unida al imperio francés cinco años antes por un decreto en que se leía el nombre de Carlomagno; ella, la ciudad de San Pedro, se vió convertida en capi-

tal de provincia presidida por un gobernador y como para borrar para siempre el recuerdo de la que fué la ciudad de los Papas, su nombre fué dado en título al presunto heredero de la corona imperial de Francia.

¡Dichoso aquél 24 de mayo que brilló con la vuelta triunfal del Pontífice como Pastor y Soberano de esta sagrada ciudad, de la que había sido sacado de noche por los soldados! En su camino se encontró con los ejércitos y Europa reconoció sus derechos. Este es superior en antigüedad y dignidad al de todos los reyes; y todos sin distinción de herejes, cismáticos y católicos lo reconocerán claramente.

Todo esto no nos revela por completo el alcance del prodigio que la todopoderosa Auxiliadora se dignó obrar. Para comprenderlo tal cual es, es necesario tener en cuenta que el testigo de esta maravilla es el siglo XIX; y tiene lugar en aquellos años durante los cuales sufría aún el yugo destructor del volterianismo, en los que aún vivían por doquier los culpables y cómplices de todos crímenes e impiedades que fueron como el coronamiento del siglo XVIII. Todo se oponía a un resultado tan feliz e inesperado; la conciencia católica aún no se había despertado como ocurrió algún tiempo después; la intervención del cielo iba a manifestarse directamente; y para manifestarlo ante la cristiandad, Roma consagró en honor de María, *Auxilio de*

los Cristianos, el día 24 de mayo de todos los años.

RESTAURACIÓN DEL TRONO PONTIFICIO. — Tratemos de comprender ahora el pensamiento divino en la doble restauración que Cristo efectuó por mediación de su augusta madre. Pío VII que había sido arrebatado de Roma y destronado vuelve a Roma *como Papa y como Soberano temporal.* En las fiestas de la Cátedra de San Pedro en Roma y en Antioquía vimos que según la doctrina de la Iglesia la transmisión de los derechos conferidos por Cristo a San Pedro va aneja a la dignidad de Obispo de Roma. Por consiguiente el residir en la ciudad de Roma constituye un derecho al mismo tiempo que un deber del sucesor de San Pedro, salvo el caso en que juzgara en su prudencia de ver abandonarla durante algún tiempo. Se opone, pues, a la divina voluntad el que, por medio de la fuerza, retiene al Sumo Pontífice fuera de Roma o le impide residir en ella; el pastor debe habitar en medio de su rebaño; y siendo la Iglesia de Roma la elegida por por Cristo entre todas las iglesias del mundo, éstas tienen derecho a encontrar en Roma, destinada a tanto honor desde el principio, a quien es al mismo tiempo doctor infalible de la fe y principio de todo poder espiritual. *El primer, beneficio, pues, que debemos a María en este día es haber restituído el Esposo a la Esposa y ha-*

ber vuelto a sus circunstancias normales el supremo gobierno de la Santa Iglesia.

El segundo, haber otorgado otra vez al Papa la posesión del poder temporal que constituye la garantía más firme de su independencia en el ejercicio del poder espiritual. La historia nos cuenta hechos lamentables que, de una vez para siempre, demostraron los peligros propios de aquella situación en la que el Papa está subordinado a un soberano, y la experiencia del pasado nos enseña que si la ciudad de Roma no está bajo el poder del Papa la cristiandad podría echarle en cara no haber sabido velar siempre por la libertad o dignidad de la Iglesia en la elección del Sumo Pontífice. La divina providencia ha provisto a la necesidad del inmenso rebaño de Cristo, preparando de antemano los fundamentos del poder temporal del Papado sobre Roma y su territorio antes que la espada de los Francos interviniese para vengar, reconstruir y aumentar esta preciosa propiedad que es un bien para la cristiandad. Cualquiera que se atreva a invadirla, causa la más sensible herida a la libertad de toda la Iglesia y hace un mes oímos que el gran doctor San Anselmo nos enseñaba: "Nada ama Dios tanto en este mundo como la libertad de su Iglesia." Por eso siempre la ha defendido.

LA SOBERANÍA PONTIFICIA. —*La soberanía pontificia sobre Roma y sobre el territorio ofrecido*

a la Iglesia tiene su razón de ser en las necesidades del orden sobrenatural. Por consiguiente, esta soberanía supera en dignidad a todas las demás, y estando consagrada al servicio de Dios en la tierra, debe colocarse entre las cosas sagradas. Cualquiera que se atreva a invadirla no sólo es un ladrón sino un sacrílego; y los anatemas de la Iglesia caen sobre él con todo su rigor. Toda la historia es testigo de cuán lamentable ha sido la suerte de aquellos soberanos que habiendo despreciado el anatema, no se preocuparon de dar satisfacción a la Iglesia y se ha atrevido a enfrentarse con la justicia de quien ha concedido a Pedro el poder de atar y desatar.

Por último, siendo la autoridad el fundamento de todas las sociedades humanas, y siendo tan importante el conservarla para el mantenimiento del orden y de la justicia, debe ser respetada sobre todo en quien es su más alta expresión en la tierra; esto es, en el romano Pontífice cuyos derechos temporales son antiquísimos por lo que hoy día puede comprobarse, y en quien el supremo poder espiritual eleva aún más su dignidad real. Cualquiera que ataque o destruya la soberanía temporal del Papa, ataca y destruye por lo mismo toda soberanía, porque ninguna puede parangonarse con ella, ni pretender mantenerse si ella sucumbe.

Gloria, pues, sea dada a María en el día 24 de mayo, dedicado a reconocer el doble favor

que realizó extendiendo el poder de su brazo, para dar a un mismo tiempo el bienestar a la Iglesia y a la sociedad. Unámonos a las vivas aclamaciones de los romanos haciendo que resuenen en idéntico entusiasmo el *Aleluya* de la Pascua y el *Hosanna* al vicario de Dios, Padre de la Patria. El recuerdo de San Pedro fuera de prisión y puesto en libertad se cernía sobre esta multitud loca de amor para con el Papa a quien tantas pruebas le habían hecho más augusto. Su carroza marchaba por la Vía Flaminia; los ciudadanos ebrios de alegría, la desunieron y la condujeron a la basílica Vaticana donde el Pontífice se había dado prisa a ir para deshacerse en acción de gracias sobre la tumba del Príncipe de los Apóstoles.

María y la conversión de Napoleón. — Pero no demos fin a este día sin haber celebrado la misericordiosa intervención de nuestra poderosa Auxiliadora. Si algunas veces se muestra airada en la protección de su pueblo, su corazón no puede menos de sentir piedad para con los vencidos; también para con ellos cuando están humillados sabe mostrarse *compasiva*. Testigo es el gran conquistador de quien ella triunfó el 24 de mayo y a quien su bondad se apresuró a convertir haciéndole volver a la fe de sus padres. Un día Pío VII recibió un mensaje desde Santa Elena. El emperador destronado, a quien había un-

gido con el sagrado óleo en Notre Dame, y que después había tenido la desgracia de atraerse los rayos espirituales, cuyo empleo gobierna el mismo Dios, pedía al Pontífice, al único rey de Roma, la gracia de no vivir privado durante más tiempo de los Misterios, que sólo el sacerdocio católico está autorizado por el cielo para administrarlos. Era la segunda victoria de María.

Pío VII, cuyo nombre pronunciaba enternecido el emperador en los días de su destierro, y que llamaba "cordero"[1], Pío VII que, a los ojos de toda Europa, había recogido en Roma a los miembros de esta familia que había sido destronada al mismo tiempo que tantos tronos, se apresuró a satisfacer el deseo de su antiguo adversario; y pronto el sacrificio reconciliador del cielo y de la tierra, fué ofrecido en presencia del vencido, en esta isla inglesa y protestante. María proseguía su conquista. Pero la divina justicia, antes de perdonar, quería que la expiación fuera completa y solemne. El que, al levantar los altares de Francia, fué el instrumento de la salvación de tantos millares de almas, no debía perecer; pero, pues, se había atrevido a tener cautivo al Pontífice supremo en el castillo de Fontainebleau, en este mismo castillo, y no en otro, era necesario que se verificase el acto de su abdicación. Durante cinco años había tenido consigo sufriendo al Vicario de Dios; cinco años

[1] Las Casas, *Memorial de Sainte-Hélène.*

tuvo que soportar una cautividad penosa y humillante. Cumplida la ley del talión, el cielo dejó a María el cuidado de terminar la conquista. Reconciliado con la Iglesia su madre, fortalecido con los divinos sacramentos que purifican á toda alma y la preparan para la eternidad, Napoleón entregó la suya a Dios, el cinco de mayo, mes consagrado a María. "Dios es piadoso y misericordioso, *pius et misericors*", dice la Sabiduría en el Eclesiástico [1]. María también es *piadosa y misericordiosa;* por eso la saludamos en este día con el bello título de Auxiliadora. Ya se trate de la salud de toda la Iglesia, ya de la salud de algún alma en particular, María es y será siempre el *Auxilio de los Cristianos*. Dios lo ha querido así y nosotros penetramos sus intenciones cuando profesamos una confianza ilimitada en los brazos de tan poderosa reina y en corazón de tan tierna madre [2].

ORACIÓN POR ROMA. — Acabamos de unir a las alegrías pascuales, oh Reina nuestra, las alegrías que a todo hijo de la Iglesia inspira tu intervención en favor de la cristiandad en este memorable día en que Roma vuelve a ver a su

---

[1] *Eccl.*, II, 13.

[2] *El título de Auxilio de los Cristianos* fué otorgado a María por San Pío V en reconocimiento de la victoria de Lepanto. La fiesta de *María Auxiliadora* fué instituída por Pio VII en acción de gracias por su vuelta a Roma, después de un cautiverio de cinco años, y después de su segundo retorno del destierro después de la invasión de sus Estados durante los 100 días en 1815.

Pastor y a su Rey. Tú que has ganado la victoria, recibe nuestros homenajes. Tus alabanzas resuenan durante todo este mes; pero en este día con mayor gozo se elevan a Ti. Dígnate mirar por Roma y su Pontífice. Han aparecido nuevos peligros: la piedra puesta por Jesús se ha convertido en señal de contradicción. Sabemos, oh María, que esta piedra es inmovible y que la Iglesia se sienta firmemente sobre ella; pero sabemos también que los destinos no son eternos aquí abajo. Un día será arrebatada al cielo y este día será el último que verá este mundo pecador. Hasta este terrible instante ¿acaso no eres nuestra omnipotente Auxiliadora? Dígnate extender su irresistible brazo. Acuérdate de Roma en la que tu culto ha sido tan amado, en la que santuarios tan importantes proclaman la gloria de tu nombre.

... POR LA IGLESIA. — Pero Roma no es el único lugar de la tierra que implora tu poderoso socorro. En todas las partes, la Viña de tu Hijo está expuesta a las acometidas del jabalí [1]. El mal, el error, la seducción se extienden por todo el mundo; no hay ningún lugar de la tierra en el que la Iglesia no esté y su libertad violada o amenazada. Las sociedades, apartadas de la tradición cristiana en sus leyes y costumbres son impotentes y continuamente se precipitan al

[1] *Ps.*, LXXIX, 14.

abismo. ¡Oh Auxiliadora nuestra!, socorre al mundo en tan gran peligro. Tú que eres poderosa no dejes perecer la raza rescatada por Jesús y que desde lo alto de la cruz te ha encomendado.

... POR TODOS. — Oh María, Auxilio de los cristianos, esres la esperanza de nuestras almas; y nuestras almas están amenazadas por el mismo enemigo que acomete a las sociedades humanas. Tú, oh María, has obtenido brillantes triunfos para la salvación de tus hijos; te suplicamos no dejes de socorrer a los pobres pecadores, los hechos prueban que eres tú a quien, de un modo especial, Jesús tenía presente, cuando queriendo llenar de convidados la sala del festín eterno, dice a los servidores de su amor: "Forzarlos a entrar"[1].

Nuestras necesidades nos obligan a elevar nuestras voces suplicantes a ti, oh Señora Nuestra Auxiliadora; no olvidamos los deberes particulares que son debidos en estos días en que la Santa Iglesia celebra las inefables relaciones que tienes con tu Hijo resucitado. ¡Con qué placer se une al gozo que ha sustituído en tu alma a los sufrimientos del Calvario y del Sepulcro! A la madre consolada y triunfante con su Hijo ofrecemos, con las flores de primavera el homenaje anual de nuestras alabanzas en todo el transcurso del mes, cuyas gracias y esplendor se

[1] *S. Luc.*, XIV, 23.

armonizan tan bien con tu inmortal belleza. Por otra parte, conserva nuestras almas en el fulgor que han adquirido en la Pascua al contacto con Jesús resucitado y dígnate prepararnos a recibir dignamente los dones del Espíritu Santo que no tardará en llegar, resplandeciente de los fuegos de Pentecostés, para sellar en nosotros con su venida la obra de la regeneración pascual.

25 DE MAYO

SAN GREGORIO VII, PAPA Y CONFESOR

TRES PAPAS. — Después de haber saludado en el tiempo Pascual a los dos ilustres nombres de León Magno y de Pío V, hoy nos inclinamos ante el de Gregorio VII. Estos tres nombres resumen la acción del papado a través de los siglos, después de la era de las persecuciones. Conservar la doctrina revelada, defender la libertad de la Iglesia: tal es la misión impuesta por Dios a los sucesores de San Pedro en la Sede Apostólica. San León sostuvo con elocuencia y energía la fe tradicional contra los innovadores; San Pío V hizo retroceder la invasión de la pretendida reforma y libró a la cristiandad del yugo del Islam: colocado cronológicamente entre estos dos pontífices, San Gregorio VII salvó la sociedad del mayor peligro que hasta entonces había experimentado e hizo reflorecer las costumbres cris-

tianas por la restauración de la libertad de la Iglesia.

EL SIGLO DE HIERRO. — Al finalizar el siglo X y principios del siglo XI, la Iglesia de Cristo era víctima de una de las más terribles pruebas que había sufrido en su paso por el mundo. Después del azote de las persecuciones, y el de la herejía, tocaba el turno al de la barbarie. El impulso civilizador de Carlomagno se detuvo en el siglo IX y el elemento bárbaro contenido, más no dominado, había roto sus diques. La fe permanecerá todavía viva en las masas: pero ella sola no podía triunfar de la rudeza de las costumbres. El desorden social, proveniente de la anarquía que el sistema feudal había hecho irrumpir por toda Europa, causaba infinitas violencias, y por doquier el derecho sucumbía ante la fuerza y el libertinaje. Los príncipes no encontraban ya un freno en el poder de la Iglesia; porque Roma misma, esclavizada por los partidos veía frecuentemente sentarse en la cátedra apostólica hombres indignos o ineptos.

Avanzaba el siglo XI y el desorden parecía incurable. Los obispados eran el botín del poder secular que los vendía y los príncipes se preocupaban especialmente de encontrar en los prelados, vasallos dispuestos a sostenerlos por las armas en sus luchas y violentas empresas. Con un episcopado, en su mayoría simoníaco como lo atestigua San Pedro Damiano, las costumbres

del clero inferior habían caído en una lamentable postración; y para colmo de desgracias, la ignorancia hacía desaparecer cada vez más la noción del deber. Hubiera sido el fin de la Iglesia y de la sociedad, si la promesa de Cristo de velar siempre por su obra no hubiera sido inviolable.

MISIÓN DE GREGORIO VII. — Para curar tantos males y hacer penetrar la luz en semejante caos, era necesario que Roma se levantase de su postración, y salvase una vez más a la cristiandad. Tenía necesidad de un Pontífice santo y enérgico que sintiese en sí mismo aquella fuerza divina que jamás se detiene ante los obstáculos; de un Pontífice, cuya actuación fuera tan tenaz y tan enérgico el impulso que arrastrase tras sí a sus sucesores por el camino abierto por él. Tal fué la misión de San Gregorio VII.

PREPARACIÓN EN CLUNY. — Esta misión, como la de todos los hombres elegidos por Dios, fué preparada en la santidad. Gregorio se llamaba Hildebrando, cuando fué a ocultar su vida en el claustro de Cluny. Solamente allí, y en los dos mil Monasterios confederados bajo el báculo de este insigne Monasterio de Francia, se encontraba el sentimiento de la libertad de la Iglesia y de la pura tradición monástica; allí se estaba preparando desde hacía más de un siglo, la regeneración de las costumbres cristianas, bajo la

sucesión de los cuatro grandes abades, Odón, Máyolo, Odilón y Hugo. Pero Dios guardaba aún su secreto; y nadie hubiera descubierto los auxiliares de la más santa de las reformas en estos monasterios que atraídos por un fervoroso celo, de uno a otro extremo de Europa, se habían confederado con Cluny, por el solo hecho de que Cluny era el Monasterio de las virtudes del claustro. Hildebrando buscó este piadoso asilo, donde él esperaba por lo menos huir del escándalo.

CONSEJERO DE PAPAS. — San Hugo no tardó en descubrir el valor del joven italiano que fué admitido en la gran abadía francesa. Un obispo extranjero se encontró cierto día con el maestro y discípulo. Era Bruno de Taul, designado por el Emperador Enrique III para ser el Pontífice de la Iglesia Romana. Hildebrando se conmueve ante la presencia de este nuevo candidato a la cátedra apostólica, de este Papa a quien la Iglesia Romana, la única que tiene el derecho de elegir su propio Obispo, ni le había elegido, ni le conocía. Tiene la osadía de decir a Bruno que no debía recibir las llaves del cielo de la mano del César, y que la conciencia le obligaba a someterse a la elección canónica de la ciudad santa. Bruno, que después fué León IX, aceptó con sumisión el consejo del joven monje, y ambos, franqueando juntamente los Alpes, se encaminan a Roma. El elegido del César es también el

elegido de la Iglesia Romana; pero Hildebrando no pudo separarse del nuevo Pontífice y muy pronto tuvo que aceptar el título y el cargo de Arcediano de la Iglesia Romana. Esta eminente posición le hubiera elevado en seguida a la cátedra apostólica, si Hildebrando hubiera tenido más ambición que el romper la opresión bajo la cual gemía la Iglesia, y preparar la reforma de la cristiandad. Pero este hombre de Dios prefirió utilizar su influencia para hacer sentar en la sede de Pedro, por vía canónica e independientemente del patronato secular una serie de Pontífices íntegros y dispuestos a emplear su autoridad en la extirpación de los escándalos. Después de San León IX, se suceden Víctor II, Esteban IX, Nicolás II y Alejandro II, todos dignos del supremo honor.

El Papa y el Emperador.—Pero, al fin, fué necesario que quien había sido el alma del Pontificado bajo cinco Pontífices, ciñera la tiara. Su gran corazón se conmovió ante el presentimiento de las terribles luchas que le esperaban; pero sus resistencias y tentativas para sustraerse a la pesada carga del cuidado de todas las Iglesias, resultaron inútiles; y con el nombre de Gregorio VII el nuevo Vicario de Cristo se manifestó ante el mundo. Debía realizar en toda su extensión la significación de su nombre: *vigilancia*. Ante él se levantaba la fuerza bruta, encarnada en un príncipe atrevido y astuto, man-

cillado con todos los crímenes y que como águila rapaz, había hecho de la Iglesia su presa y la tenía entre sus garras. En los Estados del Imperio ningún Obispo hubiera sido tolerado en su sede si no hubiera recibido, por el anillo y el báculo, la investidura del César. Así era Enrique de Germania. Los demás príncipes, a imitación suya, quitaban, por el mismo procedimiento, toda libertad en las elecciones canónicas. La doble plaga de la simonía y la incontinencia continuaba haciendo estragos en el cuerpo eclesiástico. Los piadosos predecesores de Gregorio habían hecho retroceder el mal con generosos esfuerzos: pero ninguno de ellos se había sentido con fuerzas para medirse cuerpo a cuerpo con el César, cuya actuación desastrosa fomentaba todas estas corrupciones. Este papel, con sus peligros y sufrimientos, estaba reservado para Gregorio que le desempeñó sin el menor desmayo. Con todo eso, los tres primeros años de su Pontificado fueron muy pacíficos. Gregorio dió paternales avisos a Enrique. Trató en sus relaciones con este joven príncipe de fortalecerle contra sí mismo, manifestando esperanzas que los hechos desmintieron muy pronto, colmando de muestras de su confianza y amabilidad al descendiente de un emperador que había sido muy benemérito de la Iglesia. Enrique juzgó que debía contenerse por algún tiempo frente a un Papa cuya rectitud conocía: pero el dique

cedió al fin ante la impetuosidad del torrente, y el adversario del poder espiritual se reveló todo entero. Empezó vendiendo obispados y abadías en provecho del César. Gregorio lanzó excomunión a los simoníacos, y Enrique desafiando audazmente las censuras de la Iglesia, persistió en mantener en sus sedes a hombres resueltos a seguirle en todos sus extravíos.

Gregorio dirigió al príncipe un solemne aviso, intimándole a romper con los excomulgados, bajo pena de atraer sobre sí mismo la ira de la Iglesia. Enrique, que se había quitado el antifaz, se vanagloriaba de no tener en cuenta las amenazas del Pontífice, cuando de momento la revolución de Sajonia, en la que muchos de los electores del Imperio abrazaban la causa, le hizo temer por su corona. Se da cuenta de que una ruptura con la Iglesia en semejantes circunstancias puede resultarle fatal. Entonces se le ve dirigirse suplicante a Gregorio, solicitar la absolución, y abjurar su pasada conducta ante los legados enviados a Alemania por el Pontífice. Pero apenas este hipócrita monarca ha triunfado por un momento de la revolución de Sajonia, cuando comienza de nuevo la guerra contra la Iglesia. Se atreve a proclamar la deposición de Gregorio en una asamblea de Obispos, dignos de él. En seguida Italia le ve llegar a la cabeza de sus tropas, y, su venida es, para una multitud de Obispos la señal de sublevación contra un Papa que

está dispuesto a no sufrir la ignominia de sus vidas.

La excomunión. — Entonces Gregorio, depositario de las llaves que significan el poder de atar y desatar en el cielo y en la tierra, pronuncia la terrible sentencia que declara destituído a Enrique de la corona y a sus súbditos libres del juramento de fidelidad a su persona. Al oponerse así como baluarte por defensa de la sociedad cristiana amenazada por todas las partes, Gregorio atraía sobre sí la coalición de todas las bajas pasiones: e Italia estaba muy lejos de ofrecerle las garantías de fidelidad con las cuales hubiera tenido derecho a contar. El César tenía en la península más de un príncipe a su favor, y los prelados simoníacos le consideraban como su defensor contra la espada de Pedro. Era, pues, de preveer que Gregorio muy pronto no tendría en toda Italia donde poner el pie; pero Dios que no abandona a su Iglesia suscitó un defensor de su causa. Por entonces Toscana y una parte de Lombardía reconocieron por soberana a la condesa Matilde. Esta noble dama se levantó en defensa de la causa de Dios; sus tesoros y sus armas las puso a disposición de la Sede Apostólica, mientras vivió; y legó sus dominios antes de su muerte al príncipe de los Apóstoles y sus sucesores.

Canosa. — En la cumbre de sus triunfos. Enrique tuvo que contar con Matilde. Esta princesa que hacía contrapeso a su influencia en Italia, pudo sustraer de su furor al valeroso Pontífice. Merced a su ayuda, Gregorio llegó sano y salvo a Canosa, fortaleza inexpugnable cerca de Reggio. En este momento la suerte de Enrique pareció vacilar. Sajonia levantaba de nuevo la bandera de la sublevación, y más de un feudatario del Imperio se unía a los rebeldes para humillar al trono a quien la Iglesia acababa de proscribir de la cristiandad. Enrique tuvo miedo por segunda vez, y su alma tan pérfida como cobarde, no retrocedió ante el perjurio. El poder espiritual estorbaba sus planes sacrílegos: pensó que ofreciéndole una satisfacción pasajera, podría otra vez levantar cabeza al día siguiente. Se le ve presentarse descalzo y sin escolta en Canosa, vestido de penitente y solicitando con fingidas lágrimas el perdón de sus crímenes. Gregorio se compadeció de su enemigo, porque Hugo de Cluny y Matilde intercedieron por él a sus pies. Le levantó la excomunión, y reintegró a Enrique en el seno de la Iglesia pero no juzgó conveniente revocar la sentencia por la cual le había privado de los derechos de soberanía. El Pontífice manifestó solamente la intención de asistir a la dieta que debía tenerse en Alemania, para conocer los agravios que los príncipes del Imperio lanzaban contra Enrique, y de-

cidir entonces según la justicia. Enrique aceptó todo, prestó juramento sobre el Evangelio, y se incorporó a su ejército. En su corazón renacía la esperanza a medida que se alejaba de la temible fortaleza dentro de cuyos muros había tenido que sacrificar por un instante su orgullo y su ambición. Contaba con el apoyo de las malas pasiones, y su cálculo hasta cierto punto no fué errado. Semejante hombre debía terminar miserablemente: pero Satanás estaba muy interesado en su éxito para no ayudarle.

Sin embargo, en Alemania se había levantado un rival contra él: Rodolfo, duque de Suavia, llamado al trono en una dieta de electores del Imperio. Gregorio, fiel a sus rectos principios, en un principio rehusó reconocer a este elegido, aunque su apego a la Iglesia y sus nobles cualidades le hicieran particularmente recomendable. El Pontífice persistía en su proyecto de conocer en la asamblea de los príncipes y cantones de Alemania los agravios reprochados a Enrique, de escucharle él mismo, y poner fin a estas turbulencias dictando un juicio justo. Rodolfo insistía ante el Pontífice para obtener de éste el reconocimiento de sus derechos. Gregorio que le quería tuvo la energía de resistir a sus instancias y de llevar a cabo el examen de su causa en la dieta que Enrique había aceptado bajo juramento en Canosa, pero cuyos resultados tanto temía. Pasaron tres años durante los

cuales la paciencia y moderación del Pontífice fueron puestos a prueba por las demoras de Enrique y por su repulsa de asegurar la paz de la Iglesia. Por fin el Pontífice, ante la imposibilidad de poner fin a las disensiones armadas, que ensangrentaban a Alemania y a Italia, habiendo comprobado la mala voluntad de Enrique y su perjurio, lanzó de nuevo contra él la excomunión, y en un Concilio tenido en Roma renovó la sentencia por la cual había sido declarado destituído de la corona. Gregorio reconocía la elección de Rodolfo, y otorgaba la bendición apostólica a sus súbditos.

El cisma. — La cólera de Enrique llegó a su colmo y su venganza no guardó medida. Entre los prelados italianos más adictos a su causa, Guiberto, Arzobispo de Rávena, era el más ambicioso y más comprometido respecto de la Sede Apostólica. Enrique trató hacer de él un antipapa con el nombre de Clemente III. Este falso Pontífice no careció de partidarios, y el cisma vino a juntarse a las demás calamidades que pesaban sobre la Iglesia. Era uno de esos terribles momentos en que, según San Juan, "se concede a la bestia declarar la guerra a los santos y vencerlos" [1]. De repente la victoria se declara en favor del César. Rodolfo muere en una batalla en Alemania, y las tropas de Matilde son derrota-

[1] *Apoc.*, XI, 7.

das en Italia. Enrique no tiene más que un deseo, entrar en Roma, arrojar a Gregorio y entronizar a su antipapa en la cátedra de San Pedro.

SUFRIMIENTO DEL PAPA. — En medio de este cataclismo del que la Iglesia, sin embargo, debía salir purificada y libre ¿cuáles eran los sentimientos de nuestro Santo Pontífice? Los describe él mismo en una carta dirigida a San Hugo de Cluny: "Tales son las angustias, dice, que por todas partes nos rodean que los mismos que viven con Nos no solamente no pueden sufrirlas, sino que ni aun soportar su vista. El santo rey David decía: "Vuestros consuelos Señor, han alegrado mi alma en la medida en que el inmenso dolor oprimía mi corazón"[1]; pero nos pone muy frecuentemente la vida como un fastidio y la muerte como un deseo ardiente. Si Jesús, tierno consolador, verdadero Dios y verdadero Hombre, se digna tendernos la mano, su bondad da la alegría a mi afligido corazón: pero por poco que se aparte, mi turbación llega al exceso. Por mi parte muero continuamente; por El vivo a veces. Si mis esfuerzos desfallecen completamente, le grito y le digo con voz llorosa: "si impusiéseis una carga tan pesada a Moisés y a Pedro, me parece, que estarían abrumados. ¿Qué puede ocurrirme a mí que soy nada en comparación de

[1] *Ps.*, XCIII, 19.

ellos? Señor sólo tienes que hacer una cosa: gobernar tú mismo, con Pedro, el Pontificado que me has impuesto; de otro modo me verás sucumbir, y el Pontificado será cubierto de confusión en mi persona"[1].

PROYECTO DE CRUZADA. — Este grito de angustia que se escapa del alma del Pontífice revela todo su carácter. El celo por las costumbres cristianas que solamente se conservan por la libertad de la Iglesia, era el móvil de su vida entera. Sólo este celo había podido hacerle afrontar esta terrible situación en la cual no iba a recibir nada en este mundo sino las más agudas tristezas. Y sin embargo, Gregorio era el padre de la cristiandad que adelantándose a sus sucesores, concibió desde los primeros años de su pontificado el grande y enérgico pensamiento de rechazar al Islam hasta el Oriente y romper, por una devastación a los Sarracenos, el yugo de los cristianos oprimidos.

ACTUACIÓN UNIVERSAL. — Acabamos de hablar del proyecto de cruzada que más tarde bastó para inmortalizar por sí sólo a Urbano II; pero, diversas empresas, intervenciones pastorales en todo el mundo cristiano, hacen de los doce años de este pontificado tan agitado una de las épocas en que el papado, presente en todas las

---

[1] Data Romae, nonis majii, indictione (1078). P. L. CXLVIII, c. 506.

partes, parece haber desplegado más actividad y vigilancia. En su vasta correspondencia, Gregorio no se limita a dirigir los negocios de la Iglesia en el Imperio, en Italia, Francia, Inglaterra, España; alienta a los nuevos cristianos de Dinamarca, Suecia, Noruega, Hungría, Bohemia, Polonia, Servia y la misma Rusia, reciben sus cartas llenas de solicitud. A pesar de la ruptura de comunión entre Roma y Bizancio, el Pontífice no deja de intervenir: querría detener el cisma que aparte a la Iglesia Griega lejos de su órbita. En la costa de Africa, su vigilancia sostiene aún tres obispados que han sobrevivido a la invasión sarracena. Con el fin de unificar la cristiandad latina, estrecha el vínculo de la oración pública, aboliendo en España la liturgia gótica, y haciendo retroceder más allá de las fronteras de Bohemia la liturgia de Bizancio que iba a invadirla. ¡Qué camino para ser recorrido por un sólo hombre: pero también qué martirio estaba reservado a este gran corazón! No es necesario continuar la historia de las pruebas de nuestro Pontífice. Por él la Iglesia y la sociedad se han salvado: pero como su Maestro "debía beber agua del torrente para levantar su cabeza"[1].

INVASIÓN DE ENRIQUE IV. — Enrique se encamina hacia la ciudad santa en compañía del falso vicario de Cristo. Un incendio causado por

[1] *Ps.*, CIX, 7.

su sacrílega mano amenaza devorar el Vaticano; Gregorio imparte su bendición a su consternado pueblo, y al momento el fuego retrocede y se extingue. Durante un momento el entusiasmo se apodera de los Romanos, tan frecuentemente ingratos con el Pontífice en quien se concentra la vida y la gloria de Roma. Dispuesto a consumar el sacrilegio Enrique duda y tiembla. Dejará que se desvanezca el vil fantasma que había querido oponer al verdadero Papa: solamente pide a los Romanos que Gregorio acceda a administrale la Sagrada Unción, y él, Enrique de Alemania, en adelante Emperador, se mostraría devoto hijo de la Iglesia. La ciudad entera transmite a Gregorio esta petición: "Conozco muy bien la astucia del rey, responde el noble Pontífice. Que satisfaga primeramente a Dios y a la Iglesia, a quien ha pisoteado con sus propios pies: entonces podré absolverle una vez arrepentido, y colocar sobre su cabeza contrita la corona imperial." Las instancias de los Romanos no pudieron obtener otra respuesta del inflexible defensor del derecho de la cristiandad. Enrique iba a retirarse, cuando de repente, este pueblo voluble sobornado por infames larguezas de Bizancio, (pues todos los cismas se unen contra el papado), abandona a su rey y su padre, y ponen las llaves de la ciudad a los pies del tirano que lleva la esclavitud a las almas. Enton-

ces Gregorio se vió obligado a buscar un asilo en la fortaleza de Santángelo.

El saqueo de Roma. — Desde la fortaleza pudo escuchar el impío vocerío del cortejo que conducía a la Basílica Vaticana a Enrique, donde le esperaba su falso Papa junto a la Confesión de San Pedro. El Domingo de Ramos del 1085 el sacrilegio se consumó. La víspera, Giberto se había atrevido a ocupar el trono en la Basílica de Letrán; y bajo las palmeras triunfales llevadas en honor de Cristo cuyo Vicario era Gregorio, se vió al intruso colocar sobre la cabeza del César excomulgado la corona del Imperio cristiano: pero Dios preparaba a su Iglesia un vengador. Cuando el Pontífice se hallaba más fuertemente cercado en la fortaleza que le servía de asilo, y que todo se podía temer del furor de su enemigo, Roma entera se estremeció de repente ante los rumores de la llegada del valiente jefe de los Normandos, Roberto Guiscardo. Este guerrero acudió para poner sus armas al servicio del Pontífice asediado, para librar a Roma del yugo de los alemanes. Un pánico repentino se apodera del falso César y del falso Papa; ambos huyen, y la ciudad perjura expía en los horrores de un espantoso saqueo el crimen de su odiosa traición.

El destierro. — El corazón de Gregorio quedó deshecho ante el desastre de su pueblo. Impo-

sible detener la furia devastadora de estos bárbaros, que no supieron limitarse a libertar al Pontífice, sino que dieron rienda suelta a sus concupiscencias en esta ciudad que debieron castigar y no destruir; amenazado con la vuelta de Enrique que contaba con el resentimiento de los Romanos y se disponía a suplantar a los Normandos una vez que hubieran saciado sus pasiones, Gregorio sale desconsolado de Roma, y sacudiendo el polvo de sus pies pidió asilo en Monte Casino, para pasar algunas horas en el santuario del Patriarca de los monjes. El contraste de los días pacíficos de su juventud al abrigo del claustro, con los tormentosos de su carrera apostólica, debió presentársele ante su imaginación. Errante, fugitivo, abandonado, salvo de una minoría de almas fieles y abnegadas, continuaba su dolorosa pasión; pero su calvario no estaba lejos, y el Señor no debía tardar mucho en recibirle en la paz de los justos. Antes de que descendiera del santo monte, un hecho maravilloso, ocurrido ya otras muchas veces se repitió de nuevo. Estando Gregorio en el altar celebrando el Santo Sacrificio, una blanca paloma apareció sobre su hombro hablándole al oído. No fué difícil reconocer en este expresivo símbolo la actuación del Espíritu Santo que dirigía y gobernaba los pensamientos y actos del Santo Pontífice.

Agonía en Salerno. — Eran los primeros meses del año 1085. Gregorio se encamina a Salerno, última estación de su agitada vida. Sus fuerzas le abandonan cada vez más. Sin embargo, quiso celebrar la dedicación de la Iglesia del evangelista San Mateo cuyo cuerpo reposaba en esta ciudad y con débil voz dirigió todavía la palabra al pueblo. Recibidos a continuación el Cuerpo y Sangre del Salvador, fortificado con este poderoso viático, emprende la vuelta a su residencia, se acuesta en el lecho del que no debía volverse a levantar. Perfecta imagen del Hijo de Dios sobre la Cruz, como él despojado de todo, abandonado de la mayor parte de los suyos, sus últimos pensamientos fueron para la Santa Iglesia que dejaba en viudez. Indicó a algunos de los Cardenales y Obispos que le rodeaban, los nombres de aquellos a cuyas manos él vería gozoso pasar su dolorosa sucesión: Desiderio, Abad de Montecasino, que fué después Víctor III; Otón de Chatillón, monje de Cluny, que fué después Urbano II; y el fiel legado Hugo de Die, que había sido nombrado Obispo de Lyon por Gregorio.

Se preguntó al agonizante Pontífice sobre sus intenciones respecto a los numerosos culpables que él había excomulgado. Aún allí, a semejanza de Cristo sobre la Cruz, fué misericordioso y justo: "Salvo—dice—el rey Enrique, y Guiberto, el usurpador de la Sede Apostólica y

los que han favorecido su injusticia y su impiedad, yo absuelvo y bendigo a todos los que tienen fe en que mi autoridad es la de los santos Apóstoles Pedro y Pablo." Teniendo presente el recuerdo de la Condesa Matilde, confió esta devota hija de la Iglesia Romana a los cuidados del enérgico Anselmo de Lucques, recordando de esta manera, como anota el biógrafo de este santo Obispo, el don que Jesús agonizante hizo de María a Juan su discípulo predilecto. Treinta años de lucha y de victorias fueron para la heroica Condesa el precio de esta suprema bendición.

La muerte. — El desenlace era inminente: pero la solicitud del padre de la cristiandad aún sobrevivía en Gregorio. Llamó uno por uno a los valientes que rodeaban su lecho, y entre sus gélidas manos les obligó a jurar que jamás reconocerían los derechos del tirano hasta que no hubiese dado satisfacción a la Iglesia. Sus últimas energías las concentró en una solemne prohibición intimada a todos de no reconocer por Papa a quien no hubiera sido canónicamente elegido y según las reglas de los Santos Padres. Recogiéndose en su interior, y aceptando la divina voluntad sobre su vida de Pontífice que no había sido más que un continuo sacrificio, dijo: "He amado la Justicia y he odiado la iniquidad, por eso muero en el destierro." Uno de los Opispos circunstantes le respondió respetuosamente:

"Vos, señor, no podéis morir en el destierro, Vos que ocupando el lugar de Cristo y de los Apóstoles habéis recibido en herencia las naciones y en posesión toda la tierra." Palabra sublime que Gregorio no podía ya oír, porque había volado su alma al cielo y recibía desde este momento la corona inmortal de los mártires [1].

El triunfo. — Gregorio, había sido vencido, como el mismo Cristo fué vencido por la muerte: pero el triunfo sobre la muerte no faltó al discípulo como no había faltado al Maestro. La cristiandad, de tantas maneras abatida, surgió de nuevo en toda su dignidad; y puede decirse que una garantía de este resurgimiento fué otorgada por el cielo el mismo día en que Gregorio exhalaba su último suspiro en Salerno. En este mismo día, 25 de Mayo del 1085, Alfonso VI entraba victorioso en Toledo y enarbolaba la cruz en la ciudad reconquistada, después de cuatro siglos de esclavitud bajo el yugo sarraceno.

Pero la Iglesia necesitaba un continuador de Gregorio, y Dios, del cual fué su vicario, no se lo rehusó. El martirio del gran Pontífice fué como el semillero de Pontífices dignos de él. De la

[1] San Gregorio, moría a la edad de 70 años. Su cuerpo sepultado en Salerno en la Iglesia de San Mateo, fué descubierto intacto en el 1580. En 1606 fué canonizado por Paulo V. Benedicto XIII (17-24-1730) extendió su fiesta a la Iglesia Universal a pesar de las protestas galicanas (V. D. Guéran., Inst. Litúrg., t. II, págs. 410-455.

misma manera que había preparado a sus predecesores, puede decirse que sus sucesores procedieron de él; y la historia del papado no presenta en ninguna época una serie de nombres más gloriosos que la que se extiende desde Víctor III, inmediato sucesor de Gregorio, a Bonifacio VIII, en quien vuelve a empezar el martirio que nuestro gran héroe había sufrido. Apenas se había librado su alma de los sufrimientos de este valle de lágrimas, cuando ya apuntaba la victoria. Los enemigos de la Iglesia eran derrotados, la supresión de las investiduras hacía desaparecer la simonía y aseguraba la elección canónica de los pastores: la ley sagrada de la continencia del clero recuperaba por todas partes su esplendor.

JUICIO SOBRE LA OBRA DE GREGORIO VII. — Gregorio había sido el instrumento de que Dios se había servido para reformar la sociedad cristiana; y si su nombre ha sido bendecido siempre por los verdaderos hijos de la Iglesia, su misión había sido cumplida con demasiada energía y belleza para que no atrajera sobre sí el odio del infierno. He aquí, lo que el príncipe de este mundo en su cólera[1] armó contra él. No contento con haber hecho de Gregorio objeto de desprecio para los herejes, llegó hasta el extremo de hacerle odioso a los falsos católicos y mo-

[1] *S. Juan*, XII, 31.

lesto a los cristianos a medias. Durante mucho tiempo, estos últimos, a pesar del juicio de la Iglesia que le colocó sobre los altares, le llamaron insolentemente *Gregorio VII*. Gobiernos que aún se llamaban católicos proscribieron su culto y fué prohibido por decretos episcopales. Su pontificado y su actuación fueron tachados de contrarios a la religión cristiana por el más elocuente de los oradores franceses. Hubo un tiempo en que las líneas que dedicamos a este Santo Papa, en un libro destinado a hacer crecer en los fieles el amor y la admiración por los grandes héroes de la santidad, en el culto que les tributa la Iglesia, hubieran hecho caer sobre nosotros el castigo de las leyes. Las lecciones del Oficio de este día fueron suprimidas por el Parlamento de París en 1729 con prohibición de servirse de ellas bajo pena de embargo de los bienes materiales. Pero estas trabas han sido ya levantadas y ya han terminado estos escándalos. Después de la restauración de la Liturgia Romana en Francia se sigue proclamando en nuestras iglesias todos los años el nombre de San Gregorio VII, se le honra públicamente con la alabanza propia de los Santos y se ofrece a Dios el santo Sacrificio para glorificar con él a tan ilustre Pontífice. En verdad que, para honor del pueblo francés, era ya tiempo de que se diese esta reparación a quien la merece. Cuando hacía ya muchos años que los historiadores y publicistas de la protes-

tante Alemania colmaban de elogios a aquel para quienes no era más que un hombre grande, y además heroico vindicador de los derechos de la sociedad humana; cuando los gobiernos acosados por la ola siempre creciente y tiránica de los principios democráticos, no tienen ya humor para resucitar sus viejos celos contra la Iglesia; cuando el episcopado se adhiere más estrechamente alrededor de la cátedra de San Pedro, centro de luz, de vida y de fuerza, nada más natural que ver el nombre de San Gregorio VII resplandecer nuevamente de gloria después del eclipse que durante tanto tiempo le había quitado de la vista de tan gran número de fieles. ¡Que su nombre glorioso permanezca hasta el fin de los tiempos como uno de los astros más brillantes del tiempo pascual y que su figura derrame sobre la Iglesia de nuestros días el influjo saludable que ejerció durante la Edad Media.

ELOGIO. — ¡Oh bienaventurado Gregorio! Verdaderamente se han aumentado nuestras alegrías pascuales con tu triunfo. Porque nosotros vemos en ti la imagen de Aquel que mediante su gloriosa Resurrección ha sublimado al mundo que se hundía en sí mismo. Tu pontificado fué preparado por la divina Sabiduría como una era de regeneración de la sociedad que se desplomaba cediendo al impulso de la barbarie. Tu valor, basado en la confianza de la palabra de Jesús,

no retrocedió ante ningún sacrificio. Tu vida en la Silla Apostólica no fué más que un continuo combate, teniendo que morir en el destierro por haber amado la justicia y odiado la iniquidad. Pero por eso mismo se cumplía en ti aquel oráculo escrito por el Profeta para tu divino Maestro: "Por haber dado su vida por el pecado, gozará de gran posteridad"[1]. Treinta y séis Papas han seguido el camino trazado por tu sacrificio; por ti la Iglesia alcanzó la libertad y la fuerza se sometió ante el derecho. Después de este período triunfante, ha vuelto de nuevo a declararse la guerra, que sigue todavía. Los reyes de la tierra se han levantado contra el poder espiritual, han sacudido el yugo del Vicario de Cristo, y han rechazado el control de toda autoridad humana. A su vez los pueblos también se han sublevado contra un poder que no admite ninguna dependencia del cielo por medio de un lazo visible y sagrado y esta doble insurrección pone a la sociedad de nuestros días al borde de su perdición.

La libertad y la fortaleza. — Este mundo es propiedad de Jesucristo "Rey de reyes y Señor de los señores"[2]. A El, Hombre Dios, "ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra[3]". Todo

---

[1] *Isaías,* LIII, 10.
[2] *I Tim.,* VI, 15.
[3] *S. Mateo,* XXVIII, 18.

aquel que se levante contra El sea rey o sea pueblo, será deshecho, como lo fué el pueblo judío que vociferaba en el frenesí de su orgullo "no queremos que El reine sobre nosotros"[1]. Glorioso San Gregorio, ora por este mundo, que salvaste de la barbarie y que de nuevo se encuentra a punto de sucumbir en ella. Los hombres de hoy día no hablan más que de libertad y a nombre de esta pretendida libertad no han hecho más que disolver la sociedad cristiana, y la fuerza es el único medio que les queda para mantener en orden tantos elementos encontrados e indispuestos entre sí. Triunfaste de la fuerza y restableciste los derechos del espíritu; por ti fué reconocida la libertad de los hijos de Dios, la libertad del bien y esa libertad reinó durante muchos siglos. Pontífice generoso, ven en ayuda de Europa, preservada de su ruina inminente gracias a la fortaleza de tu brazo. Aplaca a Jesucristo de quien blasfeman los hombres, después de haberle arrojado de sus dominios, como si no debiera volver a triunfar El en el día de su justicia. Implora su clemencia sobre tantos cristianos seducidos y arrastrados por los más absurdos sofismas y por los más ciegos prejuicios, por una educación pérfida, por palabras hueras y mal definidas, y ellos llaman camino del progreso, camino que les aleja cada día más del

[1] *S. Lucas*, XIX, 14.

único fin propuesto por Dios al crear al hombre y a la humanidad.

PLEGARIA POR LA IGLESIA. — Echa, oh Gregorio, desde aquella morada tranquila en que descansas después de tantos combates, una mirada sobre la Santa Iglesia que sigue su curso a través de innumerables dificultades. Todo se levanta contra ella. Los restos de las antiguas leyes inspiradas por la reacción de la fuerza contra el espíritu, los excesos crecientes del orgullo popular, que persigue encarnizadamente todo lo que le parece contrariar la igualdad de derechos, el recrudecimiento de la impiedad que ha comprendido que para llegar hasta Dios hay que echarse sobre la Iglesia en medio de esta terrible tempestad, las olas golpean la roca que lleva la silla de la inmortalidad y sobre la cual ocupaste el lugar de San Pedro. Ora por el Vicario de Cristo. Vela sobre esta ciudad santa, que fué tu esposa en la tierra. Derroca los planes pérfidos, reaviva el celo de los hijos de la Iglesia a fin de que por su valor y por su generosidad continúen ayudando a la más sagrada de todas las causas.

... POR EL EPISCOPADO. — Ruega, oh soberano Pontífice, por el Orden Episcopal, cuya fuente es la Sede Apostólica. Fortifica a los ungidos del Señor en la lucha que tienen que sostener contra

las tendencias de una sociedad que ha arrojado a Cristo fuera de sus leyes y de sus instituciones. Revístanse de la fortaleza de lo alto, sean fieles en la confesión de la antigua doctrina, celosos en precaver a los fieles de los peligros a que están expuestos por tantas seducciones en este naufragio mortal de la verdad y del deber. En tiempos como en los actuales la fortaleza de la Iglesia no está más que en las almas, desapareciendo ya casi por todas partes toda otra ayuda exterior. Cierto que el Espíritu Santo, cuya misión no es otra que sostener la obra del Hijo de Dios, asistirá a la Iglesia hasta el fin de los tiempos; pero quiere también como instrumentos suyos a hombres despegados de las preocupaciones de la vida presente, dispuestos si fuera preciso a la impopularidad y resueltos a perderlo todo, por proclamar la doctrina inmutable de la Suprema Cátedra. Todavía son muchos los pastores, oh Gregorio, los que por la misericordia divina se conforman en la Iglesia según el modelo a quien San Pedro llama "Príncipe de los Pastores"[1]. Ruega por que todos siguiendo tus ejemplos, quieran la justicia y odien la iniquidad, amen la verdad y aborrezcan el error, y no teman ni el destierro ni la persecución ni la muerte, porque "el discípulo no ha de estar por encima del Maestro"[2].

[1] *I S. Pedro*, V, 4.
[2] *S. Mateo*, X, 24.

EL MISMO DIA

SAN URBANO, PAPA

Este día todavía se ve más realzado con el triunfo de otro Santo Papa. Jesucristo resucitado dijo un día a San Pedro: "Sígueme"[1]. Y San Pedro siguió a su Maestro hasta la cruz. Herederos de San Pedro, Urbano y Gregorio, siguieron en pos del mismo Jefe, y nosotros celebramos su triunfo común que resplandece en la fortaleza invicta que comunicó el vencedor de la muerte a través de los siglos, a todos aquellos a quienes escogió para dar testimonio de la verdad de su resurrección.

VIDA. — San Urbano nació en Roma y después de haber estado empleado en el servicio de la Iglesia, sucedió al Papa San Calixto I el 14 de octubre del año 222. Su pontificado duró siete años, en tiempos del emperador Alejandro Severo, que concedió paz a la Iglesia. Murió en Roma el 19 de mayo del año 230 y fué sepultado en el cementerio de San Calixto.

Las *Actas* apócrifas de Santa Cecilia le han confundido con otro Urbano obispo y no papa del tiempo de Diocleciano y que murió mártir el 25 de mayo y fué enterrado en San Pretextato.

PLEGARIA. — ¡Oh Santo Pontífice! celebramos hoy tu triunfo con una alegría aumentada con

[1] *S. Juan*, XXI, 19.

el aniversario del tránsito de San Gregorio VII, tu ilustre sucesor, a la morada celestial, en que le esperabas. Desde lo alto del cielo has seguido sus combates, y ciertamente habrás reconocido que su valor no es inferior al de los mártires. Desde su fúnebre lecho de Salerno se animaba él en su último combate con el pensamiento de tu postrer victoria en este mismo día. ¡Oh lazo de maravillosa unión entre la Iglesia triunfante y la militante! ¡Oh sublime fraternidad de los Santos, oh esperanza de inmortalidad para nuestros corazones! Jesucristo resucitado nos está convidando a unirnos con él por toda la eternidad. Cada generación le envía sus elegidos que unos tras otros, llegan a colocarse alrededor de su Capitán, como miembros que componen la plenitud de su cuerpo. "El es el primogénito entre los muertos"[1] y nos hará participar de su vida en la medida en que hayamos participado de sus sufrimientos, y de su muerte. Ruega, oh San Urbano, para que se inflame más y más en nosotros el deseo de reunirnos con Jesús, que es "el camino, la verdad y la vida"[2]. Haznos vivir siempre por encima de nuestras ambiciones terrenas y experimentar interiormente que "vivimos desterrados del Señor"[3] mientras permanecemos en este mundo.

---

1 *I Cor.*, XV, 20.
2 *S. Juan*, XIV, 6.
3 *II Corint.*, V. 6.

26 DE MAYO

SAN FELIPE NERI, CONFESOR

LA ALEGRÍA.—La alegría es la principal característica del tiempo pascual, alegría sobrenatural por el triunfo de nuestro Emmanuel y por el sentimiento de nuestra liberación de los lazos de la muerte. Ahora bien esta alegría interior reinó de modo particular en el siervo de Dios, cuya fiesta celebramos hoy, y, del que se puede decir con la sagrada Escritura, que "el corazón del justo es como un continuo festín"[1], ya que su espíritu estuvo siempre lleno de júbilo y entusiasmo por las cosas divinas. Uno de sus últimos, discípulos, el P. Fáber, fiel a las doctrinas de su maestro, enseña en su libro del *Progreso Espiritual,* que el buen humor es uno de los principales medios para adelantar en la perfección cristiana. Por eso recibiremos con alegría y respeto la radiante y simpática figura de San Felipe Neri, el Apóstol de Roma del siglo XVI.

LA CARIDAD.—El rasgo más característico de su vida fué el amor de Dios, amor ardiente y que comunicaba invenciblemente a todos cuantos se le acercaban. Todos los santos han amado a Dios; porque el amor de Dios es el primero y el mayor de los mandamientos; pero donde se ve

[1] *Prover.*, XV, 15.

realizado, por decirlo así, de modo incomparable y en toda su plenitud, es en la vida de este santo. Su existencia no fué más que un éxtasis de amor para con el Señor de todas las cosas, y sin un milagro especial de su poder y de su bondad este amor tan ardiente del corazón de Felipe hubiera consumido su vida mucho antes de tiempo. Tenía 29 años, cuando un día en la octava de Pentecostés, el fuego de caridad abrasó su corazón con tal ímpetu, que saltaron dos costillas del lugar normal de su pecho, dejando al corazón el espacio necesario para poder expansionase en adelante, sin peligro, en los trasportes que le arrebataban. Esta fractura no se compuso nunca y su presencia se hacía sensible por una prominencia visible a todos y, gracias a este alivio milagroso, San Felipe pudo vivir cincuenta años más, preso siempre del fuego de un amor más bien celestial que terreno.

La santidad y el servicio de la Iglesia. — Este serafín en cuerpo humano fué como una respuesta viva y eficaz a los insultos con que la pretendida Reforma Protestante perseguía a la Iglesia Católica. Lutero y Calvino habían llamado a esta Iglesia la infiel y corrompida Babilonia y he aquí cómo esta Iglesia podía mostrar a amigos y enemigos hijos como éstos: Teresa en España, y Felipe Neri en Roma. Pero al Protestantismo le preocupaba mucho la ruptura del yugo y poco el amor. En nombre de la libertad de la

fe oprimía por doquier a los pueblos sumisos en que dominaba y se imponía por la fuerza allí precisamente donde se le rechazaba. Pero nunca se preocupaba de reivindicar para Dios el derecho que tiene de ser amado. Por eso se vió desaparecer de los lugares que invadió, ese amor que engendra el sacrificio por Dios y por el prójimo. Tuvo que pasar mucho tiempo después de la pretendida Reforma para que ésta se diera cuenta de que todavía existían infieles sobre la superficie de la tierra, y si luego, más tarde, ha tomado fastuosamente la obra de las misiones, todos sabemos muy bien qué apóstoles ha escogido para enviarlos como órganos de sus extrañas sociedades bíblicas. Sólo tres siglos después de su existencia fué cuando se dió cuenta de que la Iglesia Católica no había cesado de producir asociaciones cuya finalidad no era otra que las obras de caridad. Desconcertada ante tal descubrimiento trató de introducir en algunos lugares sus diaconías y sus enfermeras. Sea lo que sea sobre el éxito de un trabajo tan tardío, podemos creer no obstante con razón que no alcanzará grandes proporciones y podemos pensar que este espíritu de apostolado, que estuvo adormecido por espacio de tres siglos en el mismo seno del protestantismo, no es precisamente su carácter esencial, cuando se ha visto que, en los países invadidos por él, ha desaparecido el espíritu de sacrificio, suprimiendo voluntaria-

mente la práctica de los consejos evangélicos, cuya existencia se basa únicamente en el amor de Dios. ¡Gloria, pues, sea dada a San Felipe Neri, uno de los representantes más dignos del amor de Dios en el siglo XVI! Gracias a su impulso Roma y muy pronto después toda la cristiandad tomaron nueva vida con la frecuencia de los sacramentos, suspirando por una piedad más fervorosa. Su palabra y su sola presencia electrizaba al pueblo cristiano de la Ciudad Eterna, cuya memoria perdura todavía. Por eso cada año Roma celebra el 26 de mayo el recuerdo de su pacífico reformador. San Felipe se divide con los príncipes de los Apóstoles el patronato de la ciudad de San Pedro.

EL TAUMATURGO. — San Felipe tuvo el carisma de los milagros, y cuanto más buscaba, por su parte, el desprecio y el olvido, más se veía seguido de todo el pueblo, que, por su mediación pedía y obtenía la curación de los males de esta vida terrena a la vez que la reconciliación de las almas con Dios. La misma muerte obedecía a su imperio como testigo de ello fué el joven príncipe Pablo Massimo, a quien Felipe resucitó cuando ya se le estaban preparando las exequias funerarias. En el mismo momento en que este joven daba su último suspiro, y cuando fueron a pedirle ayuda para ese último trance, estaba el siervo de Dios celebrando el santo Sacrificio. Cuando luego más tarde entró ya en el palacio,

encuentra por todas partes las señales del duelo: su padre desolado, sus hermanos llorando sin consuelo y toda la familia consternada. Tal es el espectáculo que encuentran sus ojos. El joven había terminado su vida después de sesenta y cinco días de enfermedad, llevada con asombrosa paciencia. San Felipe se postró de rodillas y después de una fervorosa plegaria, puso su mano sobre la cabeza del difunto y le llamó en voz alta por su propio nombre. Ante esta voz poderosa despertó Pablo del sueño de la muerte, abrió los ojos y respondió con ternura: "Padre mío." Después añadió solamente: "Deseaba sólo confesarme." Los asistentes se alejaron un momento y Felipe permaneció sólo con esta conquista que terminaba de alcanzar de la muerte. Luego fueron llamados sus parientes y Pablo se estuvo en su presencia, hablando con Felipe de su madre y de su hermana, a quienes amaba tiernamente y que habían sido arrebatadas por la muerte. Mientras estaban conversando, el rostro del joven, desfigurado antes por la fiebre, recobró sus colores y la lozanía de otros tiempos. Nunca se le había visto tan lleno de vida. Entonces el santo le preguntó si estaba dispuesto a morir con gusto otra vez. "Oh, sí, respondió el joven, con mucho gusto; porque entonces vería en el paraíso a mi madre y a mi hermana." "Marcha, pues, repuso Felipe, marcha al cielo y pide al Señor por mí." A estas palabras espiró de

nuevo el joven y entró en los gozos de la eternidad, dejando a la concurrencia sobrecogida de dolor y de admiración.

Tal era este hombre favorecido por el Señor casi continuamente con raptos y éxtasis, dotado del don de profecía, que sabía penetrar con su mirada el interior de las conciencias y que dejaba tras sí un perfume que atraía a las almas con encanto irresistible. La juventud romana de todas las clases sociales se apiñaba en su derredor. A unos les hacía evitar los peligros, a otros les daba la mano para sacarles del naufragio. Los pobres y los enfermos eran siempre el objeto de sus cuidados. Parecía multiplicarse en Roma, empleando todas las formas de celo y dejando tras sí un impulso hacia el bien obrar que todavía no se ha resfriado.

El fundador. — San Felipe había notado que la conservación de las costumbres cristianas dependía principalmente de la buena predicación de la palabra de Dios y nadie trabajó más que él en procurar a los fieles apóstoles capaces de ganarles con su doctrina sólida y atrayente. Para eso fundó con el nombre de Oratorio un Instituto, que existe todavía, y cuya finalidad consiste en animar y mantener la piedad en las ciudades. Esta Institución, que no hay que confundir con el Oratorio de Francia, tiene por objeto aprovechar el celo y las dotes de aquellos sacerdotes que sin ser llamados al claustro por

vocación divina, llegan no obstante a producir abundantes frutos de santidad al asociar sus esfuerzos.

Al fundar el Oratorio sin ligar a sus miembros con los votos de la religión, San Felipe se acomodaba al género de vocación que habían recibido del cielo algunos miembros, y por de pronto les aseguraba las ventajas de un reglamento común, con la ayuda del ejemplo, tan eficaz para sostener el alma en el servicio de Dios y en la práctica de las obras de celo. Mas el santo apóstol estaba demasiado apegado a la fe de la Iglesia, para no considerar a la vida religiosa como el estado de perfección. Durante su larga existencia no cesó de dirigir a los claustros a las almas que creía llamadas a la profesión de los votos. Por medio de él se recrutaban muchas órdenes religiosas de gran número de sujetos que seleccionaba y probaba él mismo, de tal suerte que, San Ignacio de Loyola, amigo íntimo y admirador del santo le comparaba jocosamente con la campana que llama los fieles a la Iglesia, por más que siempre se queda ella afuera.

LUCHA CONTRA EL PROTESTANTISMO. — La terrible crisis que conmovió el cristianismo en el siglo XVI y que arrebató al catolicismo tan gran número de regiones, afectó dolorosamente a San Felipe y sufrió terriblemente al ver hundirse tantos pueblos unos tras otros en el abismo de la

herejía. Su corazón sentía los incesantes golpes que le daba su ardiente celo por reconquistar las almas seducidas por la pretendida Reforma y seguía con suma atención las maniobras de que se servía el Protestantismo para mantener en ellas su influencia. Las Centurias de Magdeburgo, vasta copilación histórica, destinada a engañar a los lectores con ayuda de pasajes falsificados y de hechos adulterados e incluso inventados como por ejemplo, que la Iglesia Romana había abandonado la antigua fe y que había sustituído las prácticas primitivas con supersticiones; esta obra le pareció ser de tan peligrosa trascendencia, que únicamente podría asegurar el triunfo de la Iglesia Católica otra obra que la aventajase en erudición y que tuviese su origen en las verdaderas fuentes.

Mucho tiempo hacía que había adivinado el genio de César Baronio, uno de sus compañeros del Oratorio. Tomando la defensa de la fe, mandó a este gran sabio que entrase en la lucha y que persiguiese al enemigo de la fe auténtica, poniéndose en el mismo campo de la historia. Fruto de este pensamiento genial de San Felipe fueron los Anales Eclesiásticos, según lo atestigua el mismo Baronio al principio del tomo VIII. Cuatro siglos han corrido desde que se compuso esta obra. Con los medios científicos de que hoy disponemos nos es fácil distinguir sus fallos; pero nunca hasta entonces se había escrito la historia

de la Iglesia con dignidad, elocuencia e imparcialidad, superiores a las que se ven en este inteligentísimo trabajo que abarca doce siglos.

La herejía sintió muy pronto el golpe; la erudición falsa y perjudicial de los Centuriadores se eclipsó ante esta historia verdadera de los hechos y puede afirmarse que el oleaje creciente del protestantismo se detuvo ante los Anales de Baronio, en donde aparece la Iglesia tal cual fué siempre, es decir, "como columna y sostén de la verdad"[1]. La Santidad de San Felipe y el genio de Baronio decidieron la victoria y fueron muchos los que, vueltos a la fe de la Iglesia Romana, vinieron a consolar a los católicos, tan tristemente diezmados, y si en nuestros días son incontables las abjuraciones de la nueva secta, es justo atribuirlo en gran parte al fruto que produce el método histórico inaugurado con los Anales.

Vida. — San Felipe nació en Florencia en 1515. Tras una infancia consagrada a la piedad, pasó a Roma para estudiar la filosofía y la teología. En 1551 fué ordenado de sacerdote y desde entonces se entregó por completo al servicio de las almas, y para que su trabajo fuera más eficaz, fundó la Congregación del Oratorio aprobada por Gregorio XIII en 1575. Gozaba de una oración tan elevada, que con frecuencia se levantaba en éxtasis. Poseyó también el don de profecía y de saber leer en las almas. En 1593 renunció al car-

[1] *I Tim.*, III, 15.

go de Superior del Oratorio y murió el 24 de mayo de 1602. Fué canonizado veinte años más tarde a la vez que Santa Teresa de Jesús, San Ignacio de Loyola y San Francisco Javier.

AMOR DE DIOS. — ¡Oh glorioso San Felipe! Amaste a Jesucristo y tu vida no fué más que un acto continuo de amor. Pero no quisiste gozar exclusivamente de tan soberano bien. Todas tus actividades se encaminaron a hacerle conocer de los hombres a fin de que todos le amasen contigo, y pudieran llegar a su último fin. Durante cuarenta años fuiste el apóstol infatigable de la Ciudad Eterna, sin que nadie pudiera dejar de sentir el ardor del fuego divino que te consumía. Por eso te pedimos que extiendas tus miradas sobre nosotros. Enséñanos a amar a Jesús resucitado. No basta con que nosotros le adoremos y nos regocijemos de su triunfo; necesitamos amarle, porque todos sus misterios, desde su Encarnación hasta su Resurrección, no tienen otro fin que manifestarnos siempre más claramente su infinito amor. Amándole de continuo podremos llegarnos más cerca del gran misterio de su Resurrección, misterio que acaba de revelarnos todas las riquezas de su corazón. Cuanto más se eleva El en la nueva vida que acaba de tomar al salir del sepulcro, mejor se nos muestra lleno de amor hacia nosotros y más nos está solicitando para atraernos a El. Ruega,

oh Felipe, y pide que "nuestro corazón y nuestra carne salten de gozo en el Dios vivo"[1]. Y tras el misterio de Pascua, introdúcenos también en el de la Ascensión; prepara nuestras almas para recibir el Espíritu Santo en Pentecostés y cuando brille a nuestros ojos el misterio de la Eucaristía en la próxima solemnidad, tú que la celebraste por última vez antes de subir a la mansión eterna, en que Jesús se muestra sin velos, dispón nuestras almas para recibir y gustar "este pan vivo que da la vida al mundo"[2]. Tu santidad se distinguió por los lances irresistibles de tu alma hacia Dios y cuantos se acercaban a ti sentían muy pronto en sí mismos esta misma disposición, única capaz de corresponder al llamamiento del Redentor. Sabías apoderarte de las almas y llevarlas a la perfección por medio de la confianza y de la generosidad del corazón. En esta gran obra no te apegaste a un método imitando a los Apóstoles y a los antiguos Padres, confiando más en la virtud propia de la palabra de Dios. Para ti el frecuentar los sacramentos con fervor fué siempre la señal más clara de la vida cristiana. Ruega por el pueblo fiel y ayuda a tantas almas que se agitan y se gastan en caminos trazados por manos humanas y que con frecuencia no hacen más que re-

---

1 Salmo LXXXIII, 2.
2 *S. Juan*, VI, 33.

trasar o impedir la unión íntima de la criatura con el Creador.

Amor a la Iglesia. — ¡Oh Felipe! amaste ardientemente a la Iglesia, siendo este amor el signo imprescindible de la santidad. Tu alta contemplación no te hacía olvidar la dolorosa suerte de la Esposa de Cristo, tan probada en el siglo en que viniste a este mundo y pasaste a mejor vida. Los esfuerzos de la herejía triunfante en tantas naciones estimulaban el celo de tu corazón. Alcánzanos del Espíritu Santo esta viva simpatía hacia la verdad católica que nos haga sentir sus derrotas y sus victorias. No basta con que salvemos nuestras almas; es necesario que deseemos ardientemente y trabajemos con todas nuestras fuerzas por el acrecentamiento del reino de Dios en la tierra, la estirpación de la herejía y la exaltación de nuestra Santa Madre Iglesia. Sólo así seremos hijos de Dios. Inspíranos, oh San Felipe, con tus ejemplos este ardor con el que debemos unirnos en todo a los intereses sagrados de nuestra Madre común. Ruega también por esta Iglesia militante que siempre te ha contado como uno de los soldados mejores salidos de sus filas. Defiende valiente la causa de Roma que se siente orgullosa al serte deudora de tantos servicios. Tú la santificaste durante tu vida mortal; santifícala y defiéndela todavía más ahora ya desde el cielo.

EL MISMO DIA

SAN ELEUTERIO, PAPA Y MARTIR

Este día se hace memoria de uno de los primeros papas que fueron los fundamentos de la Iglesia en la edad de las persecuciones.

San Eleuterio subió al pontificado durante la persecución decretada por Marco Aurelio y Cómodo. En el año 177 ó 178 vió en Roma a los legados de la Iglesia de Lyon, cuyo obispo éra entonces San Ireneo. Esta ilustre Iglesia iba a la nueva Roma en la que reconocía "el poder del principado" según alabó el mismo San Ireneo en su libro "*Contra las Herejías*"[1].

No tardó en volver la paz a la Iglesia y el resto del pontificado de San Eleuterio se pasó en paz y tranquilidad. En medio de este descanso y con *la libertad* que nos indica su nombre, este Papa es imagen del divino resucitado, del cual nos dice el Salmista "que está libre entre los muertos"[2].

La Iglesia honra a San Eleuterio como mártir lo mismo que a los otros Papas que reinaron antes de la paz de Constantino y que casi todos derramaron su sangre en las persecuciones de los tres primeros siglos. Unidos a todos los sufrimientos de la Iglesia, gobernando la cristian-

---

[1] Libro III, c. III, 2. P. Gr., VII, c. 849.
[2] Salmo LXXVII, 6.

dad a través de mil peligros y gozando apenas de la paz en muy raros y cortos intervalos de tiempo, esta lista de treinta y tres pontífices tiene derecho de ser considerada como una serie de mártires aún cuando no todos acabaran sus días en los tormentos.

VIDA. — San Eleuterio fué diácono de San Aniceto, Papa. Sucedió en el 174 a San Sotero y duró su pontificado hasta 189. Es el primer Papa de quien nos son conocidas las fechas con exactitud. Durante su gobierno se suavizó un poco la persecución existente desde el principio del siglo. Incluso parece que San Eleuterio no derramó propiamente su sangre por la fe. Fué enterrado en San Pedro después de su muerte.

LA VERDADERA LIBERTAD. — Tu nombre, oh San Eleuterio, es el nombre del cristiano resucitado con Cristo. La Pascua nos ha redimido, nos ha rescatado, nos ha hecho libres. Ruega, pues, para que conservemos siempre esta "gloriosa libertad de los hijos de Dios", según nos recomienda el apóstol [1]. Por ella somos libertados de los lazos del pecado que nos entregaba a la muerte, de la servidumbre de Satanás que nos arrastraba lejos de nuestro fin y de la tiranía del mundo que nos hacía salir del buen camino por medio de sus perversas máximas. La nueva vida que nos ha traído la Pascua, es la vida del cielo donde Cristo nos aguarda en su gloria. No la perderemos sino es para ser esclavos otra vez más. Oh Santo Pontífice, alcánzanos que la Pascua, cuan-

[1] *Rom.*, VIII, 21.

do vuelva a llegar el año que viene, nos encuentre en esta feliz libertad, que es el fruto de nuestra liberación por Cristo [1].

La falsa libertad. — Hay otra libertad, que alaba el mundo y que por conseguirla pone a los hombres unos contra otros. Consiste en huir, como se huiría de un crimen, de toda sujeción y dependencia y en no doblegarse a ninguna autoridad que no haya sido puesta por sí mismo, y que no durará por más tiempo que su antojo. Líbranos, oh Pontífice, de todo atractivo hacia esta falsa libertad, tan contraria a la sumisión cristiana y que no es más que el triunfo del orgullo humano. Llega en su frenesí a derramar ríos de sangre; embriagada por eso que ella llama a bombo y platillos, derechos del hombre, sustituye el deber por el amor propio y egoísta. Para ella no existe la verdad, por cuanto no teme reconocer los derechos al error; para ella tampoco existe el bien, ya que no reconoce el deber de reprimir el mal: tan esclavizada está por el salvaje principio de independencia. Quiere quitar a Dios de su trono en cuanto la es posible, al rehusar reconocerle los derechos en las personas depositarias de la autoridad social y echa al hombre sin defensa ninguna bajo el yugo de la fuerza bruta, aplastándole bajo el peso de lo llama "mayorías" y bajo la monstruosa presión

[1] *Gal.*, IV, 31.

de los hechos consumados. No es ésta, oh San Eleuterio, la libertad a la cual nos ha convidado Jesucristo, nuestro Salvador. "Sed como los hombres libres", nos dice San Pedro, tu predecesor, "y no seáis como aquéllos, que bajo un velo falaz, son los seguidores de la libertad del mal"[1].

27 DE MAYO

SAN BEDA EL VENERABLE, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

En este día Inglaterra pone a nuestra consideración su más ilustre hijo, San Beda el Venerable, aquél monje humilde y amable, cuya vida la pasó alabando a Dios y buscándole en la naturaleza y en la historia, pero sobre todo en la Sagrada Escritura, estudiada con amor e interpretada a la luz de las más sanas tradiciones. El que no hizo otra cosa que escuchar a los antiguos maestros, llega a ocupar un lugar entre ellos, siendo también Padre y Doctor de la Iglesia de Dios. Oigamos cómo al final de sus días nos resume él mismo su vida:

SU VIDA: "Sacerdote del monasterio de los Apóstoles San Pedro y San Pablo, nací en su territorio y nunca cesé de habitar en su casa desde los siete años, observando la regla, cantando cada día en su iglesia, encontrando mis delicias en aprender o en enseñar o en es-

---

[1] *I S. Pedro*, II, 16.

cribir. Luego que recibí el sacerdocio, comenté la Sagrada Escritura para mi propio bien y para el de mis hermanos, en algunas obras, sirviéndome para ello de las expresiones que usaron nuestros venerados Padres o siguiendo fielmente su interpretación. Y, ahora, oh buen Jesús, te pido que ya me has dado tan misericordiosamente a beber la dulzura de tu palabra, me concedas llegar benigno a la fuente, tú que eres Fuente de la Sabiduría, y verte por siempre jamás"[1].

La muerte. — Su muerte no había de ser una de las lecciones menos preciosas que dejaría a los suyos. Los cincuenta días que le duró la enfermedad que le privó de la vida, los pasó como el resto de su vida, cantando salmos o enseñando. Acercándose la Ascensión del Señor repetía con lágrimas de gozo la antífona de la fiesta: "Oh Rey de la gloria, que subiste triunfante a lo más encumbrado de los cielos, no nos dejes huérfanos sino envíanos al Espíritu de verdad según la promesa del Padre." Y haciendo suyas las palabras de San Ambrosio repetía a sus discípulos: "No he vivido de modo que tenga que avergonzarme de vivir en medio de vosotros, pero no tengo miedo de morir, porque tenemos un buen Señor." Después volviendo a su traducción del Evangelio de San Juan y a un trabajo que había emprendido sobre San Isidoro, decía: "No quiero que mis discípulos después de mi muerte se distraigan en falsedades y que sean sin fruto sus estudios."

[1] Beda: *Hist. Eccl.*, último capítulo.

El martes anterior a la Ascensión aumentó la dificultad de respirar y aparecieron los síntomas de un rápido desenlace. Muy contento dictó durante todo este día y pasó la noche en acciones de gracias. La aurora del día siguiente le encontró activando los trabajos de sus discípulos. Dejáronle a la hora de Tercia, para ir a la procesión, que se acostumbraba a tener ya desde entonces con las reliquias de los santos. Uno de sus discípulos que se quedó con él le dijo: "Maestro amado, ya no falta sino un capítulo que dictar. ¿Te quedan aún fuerzas?" Es muy fácil contestó sonriendo el bondadoso Padre, toma la pluma, córtala, y luego escribe, pero date prisa. A la hora de Nona llamó a los sacerdotes y les repartió algunos recuerdos, pidiéndoles en cambio un momento en el sacrificio del altar. Lloraban todos, mientras él lleno de gozo les decía: "Es tiempo ya, si es esa la voluntad de mi Creador, de que vuelva a Aquél que me hizo de la nada, antes de existir. Mi benigno Juez ha ordenado muy bien mi vida; mas he aquí que para mí se acerca la hora de la separación; yo la deseo para estar con Cristo: sí, mi alma desea ver en su belleza a Cristo mi rey."

Hasta el atardecer no cesó de exhalar aspiraciones semejantes, hasta que llegó a este diálogo con Wiberto, el joven mencionado más arriba, y que es de lo más encantador: "Maestro amado, aún queda una frase. —"Escríbela

pronto." Y un momento después: "Se acabó ya", dijo el joven. "Muy bien dices, respondió él. Se acabó todo: toma mi cabeza con tus manos y sosténla mirando hacia el oratorio, porque me causa mucha alegría encontrarme de cara al lugar santo, en donde tanto he rezado. Y desde el suelo de su celda en que se le había echado entonó: *Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.* y cuando hubo pronunciado la última palabra entregó su espíritu.

VIDA. — San Beda nació en Gran Bretaña en 672 o 673. Huérfano desde su misma infancia, entró a los siete años en la abadía de Wearmouth. Tres años más tarde pasó a la nueva fundación de Yarrow, en donde permaneció toda su vida. Fué ordenado de diácono a los 19 años, y de sacerdote a los 30. Murió el 25 de mayo del año 735. Su ciencia fué verdaderamente universal y dejó tantos escritos que durante toda la Edad Media estos libros constituían por decirlo así la única biblioteca de los Anglosajones. Sus obras figuran entre las más leídas y las más copiadas en toda la cristiandad. Comentó toda la sagrada Escritura, siguiendo siempre paso a paso la doctrina de los Santos Padres. León XIII le declaró doctor de la Iglesia.

PLEGARIA. — *¡Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo!* Este será el canto de toda la eternidad. Aún no existían ni los Angeles ni los Hombres y ya Dios se bastaba a Sí mismo para su propia alabanza, en medio del concierto admirable de las tres divinas Personas. Su alabanza era adecuada, infinita, perfecta como Dios, sola digna de El. Por más que el mundo ce-

lebrara tan magníficamente a su Autor por medio de los millares de voces de la naturaleza, siempre se quedará muy por debajo del objeto de sus cantos. Sin embargo de eso, la misma creación está invitada a enviar al cielo el eco de la melodía trina y una. Cuando el Verbo por medio del Espíritu Santo se hizo hombre en María, siendo su verdadero hijo, como lo era ya del Padre, el eco creado del cántico eterno respondió plenamente a las armonías adorables, cuyo secreto estaba guardado primitivamente en la Santísima Trinidad. Después, para el hombre que sabe comprenderlo, su perfección está en asemejarse al hijo de María, para no hacer más que uno con el Hijo de Dios en el augusto concierto en que Dios encuentra su gloria.

Fuiste, oh glorioso San Beda, aquél hombre a quien le fué dado el espíritu de inteligencia. Era, pues, justo que tu último suspiro saliese de tus labios acompañado del cántico de amor, en que se había consumido para ti la vida mortal, señalando así tu entrada sin dificultad ninguna en la eternidad feliz y gloriosa. ¡Ojalá nos aprovechemos nosotros de esta última lección en la cual se hallan resumidas las enseñanzas de tu vida tan sencilla y tan grande a la vez! Gloria sea a la infinitamente poderosa y misericordiosa Trinidad. ¿Por ventura no es esta la última palabra del ciclo completo de nuestros misterios que al presente terminan con la glorificación del

Padre Eterno, por medio del triunfo de su Hijo Redentor y con el florecimiento del reino del Espíritu Santificador por todas partes? ¡Qué hermoso era el reino del Espíritu Santo en la Isla de los Santos, qué bello el triunfo del Hijo para gloria del Padre, cuando Inglaterra, entregada a Cristo por Roma, brillaba en los confines del universo, como joya de inapreciable valor en los adornos de la Esposa! Santo Doctor de los ingleses en el tiempo de su fidelidad, responde ahora a la esperanza del Romano Pontífice que extiende tu culto a toda la Iglesia y despierta en el alma de tus conciudadanos los sentimientos de otros tiempos para con la Madre común.

EL MISMO DIA

SAN JUAN I, PAPA Y MARTIR

LA INTEGRIDAD DE LA FE. — Este Papa no consiguió la palma del martirio con la victoria del perseguidor pagano, sino más bien luchando por la libertad de la Iglesia contra un rey cristiano. Pero este rey era un hereje, y por consiguiente enemigo de cualquier Papa romano, celoso del triunfo de la verdadera fe. La situación del Vicario de Cristo en este mundo está revestida del carácter de lucha y ocurre a veces que el Papa es verdaderamente mártir sin haber derramado su sangre. Es lo que sucede con el Papa San

Juan I, que no murió al filo de la espada, sino que el instrumento de su martirio fué un calabozo, y como él hay otros muchos pontífices, que gozarán en el cielo de su compañía incluso sin haber tenido que sufrir sus pies el peso de las cadenas: su calvario ha sido el Vaticano. Vencieron, cayendo sin aparente resonancia y dejando al cielo el cuidado de defender su causa.

La fiesta del santo del día de hoy nos da a conocer la conducta que debe observar cualquier hijo de la Iglesia, si es digno de tal Madre. San Juan nos enseña que el cristiano no debe pactar nunca con la herejía ni tomar parte en las medidas que la política de este siglo creyere debe tomar para asegurarse los derechos. Si los tiempos, secundados por la indiferencia religiosa de los gobiernos, han traído la tolerancia e incluso el privilegio de la igualdad a las sectas separadas de la Iglesia podremos tolerar esta situación que es un atentado gravísimo contra la constitución de un estado cristiano; pero nuestra conciencia de católicos nos prohibe alabarla o considerarla como un bien. Sea cual sea el estado en que nos ha colocado la divina Providencia, nunca debemos de dejar de ir a beber nuestras normas de conducta en las inspiraciones de la fe que recibimos en nuestro Bautismo, en la práctica y en la enseñanza infalible de la Iglesia, fuera de la cual no hay más que contradicción, peligros y naufragios.

VIDA. — San Juan nació en Toscana. Cursó sus estudios en la ciudad de Roma, distinguiéndose por su piedad y sabiduría. Fué elegido papa a la muerte de San Hormisdas el 13 de agosto de 523. Su pontificado no debió de durar más de dos años y medio. El santo mostró siempre gran celo por la gloria de Dios y por la salvación de las almas. A él se debe la fecha de la fijación de la Pascua y el que se empezase a contar los años a partir del nacimiento de Cristo. Por este tiempo se entabló la lucha entre el arriano Teodorico el Grande que gobernaba en Italia (454-526) y el emperador del Oriente Justino Augusto, que reinaba en Constantinopla (518-527) y que había resuelto estirpar de su Imperio los últimos vestigios del arrianismo, echando mano de las más severas medidas. Teodorico obligó al Papa a que fuera a Constantinopla, para que alcanzase del emperador que cesase la persecución de los arrianos. El papa fué recibido de un modo triunfal, pero pareciendo a Teodorico que la embajada no había reportado ningún resultado, encerró al Papa en una prisión en donde murió de hambre y de sed. Su cuerpo fué trasladado cuatro años más tarde desde Rávena a la ciudad de Roma. Su cabeza se venera en la iglesia de los Frailes Menores de Ravena.

PLEGARIA. — Oh Santo Pontífice, conseguiste la palma del martirio con la confesión de la santidad inmaculada de la Iglesia. Esta Esposa del Hijo de Dios, como nos dice el Apóstol, no tiene "ni mancha ni arruga ninguna"[1] siéndola imposible por eso mismo el habitar a la par con la herejía en esta tierra recibida como dote de

[1] *Efes.*, V, 27.

su Esposo. Llegaron días en que los hombres, ebrios de egoísmo y de los intereses de este mundo pasajero, se resolvieron a dirigir la sociedad humana sin tener en cuenta los derechos del Hijo de Dios, de quien procede todo orden social, lo mismo que toda verdad. Arrinconaron a la Iglesia en el corazón de sus fieles y tuvieron a gala levantar capillas y templos para esas sectas revolucionadas contra ella. Oh glorioso Pontífice, despierta en el corazón de los cristianos de nuestros días el sentimiento del derecho imprescriptible de la verdad divina. Podremos humillarnos así sólo ante las necesidades impuestas por el triunfo fatal del error en los tiempos que nos han precedido, sin tener que aceptar como una muestra de progreso la igualdad de derechos que se procura establecer entre la verdad y el error. En tu prisión, oh mártir valiente, proclamaste los derechos de la Unidad de la Iglesia; en medio de la defección predicha tiempo ha por el Apóstol [1], guárdanos de complacencias cobardes, de seducciones funestas, de ligereza culpable que causa tantas víctimas en nuestros días y que nuestra última palabra al salir de este mundo sea la que el Hijo de Dios se dignó enseñarnos: "¡Oh tú que eres nuestro Padre, haz que sea santificado tu nombre y que llegue ya tu reino!"

---

[1] *II Tesal.*, II, 3.

28 DE MAYO

SAN AGUSTIN, OBISPO Y APOSTOL DE INGLATERRA

LA EVANGELIZACIÓN DE INGLATERRA. — Entre las muchas preocupaciones que absorbían la celosa y apostólica alma de San Gregorio Magno, una fué la idea de evangelizar la Gran Bretaña. Una especie de instinto divino le había revelado que estaba destinado a ser el padre de estos anglosajones, conocidos por él al verlos expuestos como esclavos en los mercados de Roma. No pudiendo realizar por sí mismo esta empresa, buscó otros apóstoles que pudieran llevarla a buen término, encontrándolos en el mismo claustro benedictino, en que años antes y durante mucho tiempo él mismo había llevado la vida monástica. Roma vió con satisfacción partir para Inglaterra al monje Agustín a la cabeza de cuarenta compañeros, bajo el estandarte de la cruz.

De este modo los habitantes de esta gran isla recibían la fe de este gran Papa, siendo también monjes los iniciadores de la doctrina de su salvación cristiana. Muy pronto germinó la palabra de San Agustín y de sus compañeros en este suelo privilegiado. Ciertamente que se necesitaría mucho tiempo para extenderse por toda la isla, pero ni Roma ni la Orden de San Benito

abandonaría la obra comenzada; los restos del antiguo cristianismo acabaron por unirse a los nuevos adeptos e Inglaterra mereció ser llamada durante mucho tiempo la isla de los santos.

Las gestas del apostolado de Agustín en esta isla fueron verdaderamente admirables. El desembarco de los misioneros romanos que avanzan hacia esa tierra infiel al canto de las letanías; la acogida pacífica y bondadosa que les depara el rey Etelberto; la influencia de la reina Berta, francesa y cristiana, en el establecimiento de la fe entre los sajones; el bautismo de 10.000 neófitos en las aguas de un río el día de Navidad; la fundación de la iglesia primada de Cantorbery, una de las más ilustres de la cristiandad por la santidad y grandeza de sus obispos; todas esas maravillas de la evangelización de Inglaterra es una de las señales más significativas de la providencia sobre este pueblo.

La gravedad y mansedumbre de Agustín y su atractivo por la contemplación en medio de tantos trabajos, añaden un nuevo encanto a este magnífico episodio de la vida de la Iglesia. Pero se encoje el corazón al pensar que una nación que fué objeto de tales gracias, se ha hecho infiel a su misión y se ha dirigido contra Roma, su madre, y contra el instituto monástico con el que tantas deudas tiene contraídas, todo el furor de su odio parricida y todos los esfuerzos de una política sin escrúpulos.

Vida. — San Agustín era monje de S. Andrés de Roma. Cuando S. Gregorio le confió la misión de evangelizar la Gran Bretaña. Partió en 596 con 40 monjes y llegó en la primavera de 597. El rey le tributó honrosa acogida y le permitió evangelizar el país. Agustín volvió a las Galias a recibir la consagración episcopal de manos del arzobispo de Arlés y el día de Navidad de 597 bautizó a diez mil insulares con el mismo rey. En 601 un refuerzo de 12 monjes fué a ayudar a los primeros apóstoles y a llevar a San Agustín, junto con el palio, el plan de la organización jerárquica de la Iglesia de Inglaterra que le enviaba el Papa. Agustín murió el 26 de mayo de 604 ó 605 en Cantorbery. León XIII extendió su fiesta a la Iglesia universal.

Jesús, Rey de las naciones. — Eres Jesús resucitado la vida de los pueblos como eres la vida de nuestras almas. Llamas a las naciones a tu conocimiento, a tu amor y a tu servicio porque "te fueron dadas en herencia", y tu las has hecho tuyas una tras otra. Tu amor te inclinó hacia esta isla de Occidente a la que desde lo alto de la Cruz mirabas con misericordia. Hacia esa isla, llamada a tan alto destino se dirigió Agustín tu apóstol, enviado por Gregorio tu vicario.

... de Inglaterra. — Has reinado glorioso sobre esta región. La has dado pontífices, doctores, reyes, monjes y vírgenes cuyas virtudes y trabajos llevaron hasta muy lejos el renombre de la Isla de los santos. Y en esta noble conquista una gran parte del mérito recae en Agustín, tu

discípulo y heraldo. Tu imperio, oh Jesús, se mantuvo largo tiempo sobre este pueblo cuya fe fué tan admirada en el mundo entero. Pero ¡ay! vinieron días funestos en los que Inglaterra no quiso que siguieras reinando sobre ella[1] y hasta contribuyó a que otros países, sometidos a su influencia, siguieran el mismo camino. Te ha odiado en tu Vicario, ha repudiado la mayor parte de las verdades que enseñaste a los hombres, ha apagado su fe para sustituírla por la razón independiente que ha producido en su seno todos los errores. En su furor herético ha quemado y pisado todas las reliquias de los santos que fueron su gloria, ha hecho desaparecer la orden monástica a la cual debía el beneficio del cristianismo; se ha anegado en la sangre de los mártires, atizando la apostasía y persiguiendo como el más grande de los crímenes la fidelidad a la antigua fe.

PLEGARIA POR INGLATERRA. — Sin embargo de eso tu misericordia, oh Jesús, ha espigado de nuevo en esta isla millares de almas a las cuales has llenado de luz y de verdad que aprecian con amor tanto más ardiente cuanto mayor era el tiempo que habían estado privadas de él. Creas así un nuevo pueblo para Ti en el seno mismo de la infidelidad entre la cual es cada año más abundante la cosecha. Continúa tu obra

---

[1] *S. Lucas.*, XIX, 14.

misericordiosa para que en el día supremo estos restos de Israel proclamen en medio de la ruina de Babilonia la vida inmortal de esta Iglesia de la cual no pueden separarse impunes las naciones por ella alimentadas.

Agustín apóstol de Inglaterra, tu misión no ha terminado todavía. El Señor ha determinado completar el número de tus elegidos rebuscando incluso entre la cizaña que cubre el campo sembrado por tus manos. Ven en ayuda de los nuevos enviados del Padre de familias. Obtén por tu intercesión esas gracias que iluminan los espíritus y transforman los corazones. Haz ver a tantos ciegos que la Esposa de Jesús es "única" como El mismo dice [1]; que la fe de Gregorio y de Agustín no ha dejado de ser la fe de la Iglesia católica y que muchos siglos de posesión no son capaces de crear un derecho a la herejía sobre una tierra que sólo ha conquistado por la seducción y la violencia y que conservará siempre el sello imborrable de la catolicidad.

29 DE MAYO

SANTA MARIA MAGDALENA DE PAZIS, VIRGEN

LA SANTA DE LA CARIDAD DIVINA. — Magdalena de Pazis ha brillado en el Carmelo por su esplendorosa pureza y por lo ardiente de su amor,

[1] *Cant.*, VI, 8.

Ha sido una de las más hermosas manifestaciones de la caridad divina en el seno de la verdadera Iglesia, llevada a cabo en la sombra del claustro como Felipe de Neri en las tareas del ministerio pastoral, habiendo acogido ambos en sí mismos para cumplirla esta palabra del Hombre Dios: "He venido a prender fuego sobre la tierra y qué otra cosa quiero sino que arda"[1].

La vida de la Esposa de Cristo fué un milagro continuado. Los éxtasis y raptos eran diarios. Dios le comunicó vivísimas luces sobre los misterios y con el fin de purificarla cada vez más por medio de estas sublimes manifestaciones, la hizo atravesar las más terribles pruebas de la vida espiritual. Triunfó de todas, aumentando siempre su amor hasta el extremo de que sólo podía encontrar reposo en el sufrimiento con el que alimentaba el fuego que la consumía. Al mismo tiempo su corazón rebosaba de amor por los hombres, deseando salvarlos a todos y extendiendo su caridad ardiente no sólo a las almas sino también los cuerpos. Mientras duró en la tierra esta existencia seráfica el cielo miró particularmente complacido Florencia y el recuerdo de tantas maravillas ha mantenido, en esta ciudad hasta nuestros días, un culto fervoroso a la insigne Esposa del Salvador de los hombres.

---

[1] *S. Luc.*, XII, 49.

Uno de los caracteres más sorprendentes de la divinidad y de la santidad de la Iglesia aparece en estas vidas privilegiadas en las cuales la acción directa de los misterios de nuestra salud aparece con tanto esplendor. "Dios amó al mundo hasta el punto de darle su único Hijo"[1], este Hijo de Dios se enamora de alguna de sus criaturas produciendo en ella tales efectos que todos los hombres pueden adquirir por ellos una idea del amor de que está abrasado su divino corazón hacia este mundo que rescató con el precio de su sangre. ¡Dichosos los que saben contemplar este espectáculo y dar gracias por tales dones! Ellos pusieron la verdadera luz y en tanto que aquellos que dudan demuestra que sus luces luchan todavía con las tinieblas de la naturaleza caída.

VIDA. — Sta. María Magdalena de Pazis nació en Florencia en 1566. Desde su más tierna infancia fué favorecida de gracias particulares hasta el punto de tener constantemente el sentimiento de la presencia de Dios y de poder pasar largas horas en la oración. A la edad de diez años hizo su primera comunión y poco después emitió el voto de perpetua virginidad. En 1582 ingresaba en el Carmelo donde hacía su profesión dos años después. Pero entonces vivió en un estado continuo de oración y de éxtasis frecuentes. Dios la probó con terribles sufrimientos hasta su muerte ocurrida el 25 de mayo de 1607. Numerosos milagros dieron

---

[1] *Joh.*, III, 16.

testimonio de su santidad por lo que Clemente IX la inscribió en el catálogo de los santos en 1669.

ELOGIO. — Tu vida aquí, oh Magdalena, se asemejó a la de un angel a quien la voluntad de Dios hubiera sometido a las leyes de la naturaleza caída. Todas tus aspiraciones te llevaban más allá de las condiciones de la vida presente y Jesús se complacía en despertar en ti esa sed de amor que sólo podía saciarse en las fuentes de la vida eterna [1]. Una luz celestial te revelaba los misterios divinos, tu corazón no podía contener ya los tesoros de verdad y de amor que el Espíritu Santo acumulaba en él y entonces tu energía se refugiaba en el sacrificio y en el dolor como si únicamente en el anonadamiento de ti misma hubieras podido pagar la deuda que habías contraído con ese Dios que te colmaba con sus más caros favores.

PLEGARIA. — ¿Cómo te imitaremos alma seráfica?, ¿qué representa nuestro amor junto al tuyo? Podemos, sin embargo, seguirte desde lejos. El año litúrgico era el centro de tu existencia cada una de sus estaciones ejercía sobre ti su influencia y te traía nuevas luces y nuevos ardores. El Niño de Belén, la Víctima de cruz, el Vencedor de la muerte, el Espíritu Santo con sus siete dones te arrebataban; y tu alma, reno-

[1] *Joh.*, IV, 14.

vada por esta sucesión de maravillas se transformaba cada día más en Aquel que, por adueñarse de nuestros corazones, se dignó manifestarse en estos hechos sublimes que la Santa Iglesia nos hace repasar cada año con los socorros de una gracia siempre nueva. Oh Magdalena, amaste con pasión a las almas durante tu vida mortal, pero este amor se ha acrecentado aún más con la posesión del Bien Supremo. Alcánzanos abundancia de luces para ver mejor todo aquello que hechizaba tus potencias y tus sentidos, el ardor del afecto para amar más lo que apasionaba tu corazón.

EL MISMO DIA

SAN FELIX I, PAPA

Los papas santos de la antigüedad cristiana aparecen casi en grupo en esta última parte del ciclo pascual. Hoy es Félix I. Sus actas no nos han sido conservadas. Un rasgo, sin embargo, extraído de los usos de la Iglesia en estos tiempos azarosos nos muestra al Santo Pontífice preocupado por honrar debidamente a los mártires. Fué quien ordenó la celebración del santo sacrificio sobre sus tumbas, práctica que la Iglesia observa todavía como recuerdo de esta prescripción al exigir que todos los altares, fijos o portátiles, contengan al menos algunas reli-

quias de mártires. Tendremos ocasión de volver a hablar de este uso.

VIDA. — San Félix fué elegido papa a la muerte de San Dionisio, acurrida a finales del año 268. Durante su pontificado parece que no hubo persecución y se cree que el emperador Aureliano se le mostró favorable. Murió el 30 de diciembre del 274. Un error del copista, III Kal. jun. por III Kal. jan. ha hecho colocar su fiesta el 30 de mayo. Habiéndole confundido el autor del *Liber Pontificalis* con un mártir por nombre Félix, sepultado en la Vía Apia, le fué atribuído el martirio a este Papa que estaba enterrado en el cementerio de Clisto.

PLEGARIA. — Has imitado en tu muerte, oh Santo Pontífice, al divino Maestro. Como él también saldrás vivo del sepulcro. Jesús es el primogénito de entre los muertos [1] y tú le seguirás en su resurrección. Tu cuerpo fué depositado en esos subterráneos a los que la piedad de la Iglesia de tu tiempo el nombre de Cementerios para significar que era un lugar preparado para el sueño. Y puesto que despertarás aquel gran día en que la Pascua recibirá su último complemento, ruega para que nosotros también tengamos parte contigo en aquella feliz resurrección. Alcánzanos que las gracias de la solemnidad pascual se conserven en nosotros y dispón nuestros corazones para la visita del Espíritu Santo que confirme en nosotros la gracia comenzada por el divino autor de la salvación.

[1] *I Cor.*, XV, 20.

EL MISMO DIA

SAN GENADIO, OBISPO

Cuando los árabes invadieron a España y como torrente destruyeron a su paso monarquía, instituciones, pueblos y ciudades, preparó Dios los restauradores que habían de poner los cimientos del pueblo que había de formarse, fuerte, aguerrido y sobre todo apegado a su fe cristiana, tan probada en su lucha contra el moro. Uno de estos restauradores fué San Genadio.

Vida. — Brilló este santo hacia el año 890 durante el reinado de Alfonso el Magno. Monje primero en el Bierzo, con su trabajo y con la ayuda de otros compañeros, levanta casas, construye iglesias, labra los campos yermos y copia manuscritos, salvando así de su ruina a la antigua civilización romano-visigoda. Admirados de sus virtudes el clero y pueblo de Astorga le eligen obispo de su ciudad. Aceptado el cargo a la fuerza, después de haber sido durante un tiempo la admiración de su grey por sus virtudes, renuncia al mismo y vuelve a su amada soledad, donde funda una familia religiosa que por sus austeridades llegó a emular a la Tebaida. Murió en 936.

Plegaria. — Grande fuiste, Genadio por tus virtudes y grande tu amor a Cristo. Con tu admirable vida ilustraste a Astorga y a las montañas de León. Durante un tiempo toda esa región, por las proezas de las austeridades y por la vida penitente de sus monjes fué émula de la

antigua Tebaida. Gracias a esos gigantes de la santidad que tú formaste, se afianzó el espíritu cristiano en el pueblo, dándole ánimos para combatir a sus omnipotentes invasores, hasta que en un día aún lejano arrojarlos del suelo patrio. Ruega por España, y ruega por esa región de Astorga, cuya sede ocupaste durante tanto tiempo. Que sigan tus enseñanzas y que sea fiel a la fe que tú les predicaste.

30 DE MAYO

SAN FERNANDO, REY DE CASTILLA Y DE LEON

Dios ha querido dotar a su Iglesia de ejemplares vivos que sirvan de modelos a todos sus hijos a quiénes procura educar con maternal cuidado. En todas las épocas y en todos los estados se encontrarán lumbreras que servirán de faro luminoso a los pobres mortales que se hallan encadenados a los placeres de este mundo. Tanto al rico como al pobre, al noble como al plebeyo, al vasallo como al rey, que se sienta en su trono, puede presentar esos modelos para su aprovechamiento.

SANTIDAD EN LA PROSPERIDAD. — Hoy nos presenta la Iglesia a Fernando III, rey de Castilla y de León, uno de los mayores monarcas que ha tenido España. La Providencia quiso que vivie-

ran a la vez dos parientes próximos y que se sentara el uno en el trono de Castilla y de León y el otro en el de Francia y que fueran modelos de caballeros y de santos. Hubo con todo eso una diferencia entre ellos: porque al uno quiso Dios llevarle a la santidad por el camino de los sufrimientos y de los fracasos y al otro por el camino de los éxitos y prosperidades, que es más raro y todavía más admirable por el peligro de caer en la vanagloria. Todo redunda en alabanza de la gracia de Cristo para la que no hay nada imposible. San Luis, rey de Francia imita a Cristo paciente y San Fernando, rey de Castilla y de León representa a Cristo triunfante. Uno y otro son dos hijos de la Santa Iglesia.

"San Fernando, dice un brillante escritor, tuvo todo cuanto puede apetecer un rey: riquezas en abundancia, una corte magnífica, una espada invencible, la dirección experimentada de una madre, el consejo de un hombre genial, el arzobispo Jiménez de Rada; la ayuda de un gran almirante, la colaboración de excelentes capitanes, la adoración de un ejército aguerrido y el amor inalterable de su pueblo. Dios le bendecía y la misma naturaleza parecía ser su esclava "ca en el su tiempo año malo nin fuerte en toda Espanna no vino, e señaladamente en la su tierra""[1]. Si San Agustín bendecía a Dios por ha-

[1] Justo Pérez de Urbel: *Año cristiano.*

berle dado tal madre, San Fernando tuvo motivos para agradecer a Dios el beneficio por la suya. A ella la debió no sólo la corona sino la educación piadosa y viril con que llevó a cabo sus admirables gestas en pro de la Iglesia y de la patria."

GUERRERO Y GOBERNANTE.—Quedó el moro muy quebrantado después de la derrota de las Navas de Tolosa. Supo Fernando aprovechar esta debilidad para irle arrojando poco a poco de la Península. Al efecto unas veces por las armas y otras por negociaciones fué tomándole sucesivamente las plazas de Baeza, Jaén, Lorca, Córdoba y Sevilla y todo el reino de Murcia, quedando de ese modo el moro tán debilitado que nunca jamás tuvo la pretensión de volver a imponer su dominio en España. El mismo reino de Granada tuvo que pagar tributo al Santo reconociendo su vasallaje. Mas no sólo fué guerrero afortunado, fué también gobernante. Porque a la vez que empuñaba la espada favorecía la paz y la justicia y con ellas, el amor a las letras y las artes, a la agricultura e industria y sembraba de iglesias y catedrales el suelo patrio, catedrales como la de Burgos, Toledo, León, Osma tan famosas en todo el mundo, a la vez que ponía los cimientos y dotaba con largueza a la Universidad de Salamanca, que había de ser un foco de luz en toda España.

VIDA. — Nació Fernando en 1199 de Berenguela y Alfonso IX de León. Habiendo muerto trágicamente su tío Enrique I de Castilla, su madre, a quien correspondía el trono, renunció a él en favor de su hijo Fernando a quien "había educado en el amor a Dios y a los hombres". Gobernó su reino con mucha prudencia y a la vez firmeza sometiendo a algunos nobles rebeldes a su autoridad. Fundó la universidad de Salamanca y puso las primeras piedras de varias catedrales. Avanzó la reconquista más que ninguno de sus predecesores y como no lo habían de hacer sus sucesores. Murió en Sevilla el 30 de mayo de 1252 despojado de los emblemas reales y tendido en un lecho de cenizas y una soga al cuello "feriendo en los sus pechos muy grandes feridas, llorando muy fuerte de los oios et culpándose mucho de sus pecados."

ELOGIO. — Ninguno mayor se le puede hacer que el que nos pone la Crónica General de España: "Rey mucho mesurado et cumprido en toda cortesía, muy sabidor et de buen entendimiento, muy fuerte y muy leal, muy bravo y muy verdadero; el ensalzador del cristianisimo y abajaor del paganismo, mucho homildoso contra Dios, mucho obrador de obras, muy católico, muy eclesiastico y mucho amador de la Iglesia, ca en Dios tuvo su tiempo, sus oios y su corazón." Hasta los moros lloraron al más benigno de los conquistadores, "ca era de ellos mucho amado, por la mucha lealtad que siempre les guardaba."

PLEGARIA. — ¡Grandes fueron tus conquistas, oh Fernando! pero mayores fueron tus virtudes.

Una cosa admiramos en tu vida y es tú humildad y santidad en medio de la prosperidad. Fuiste grande según el mundo; pero lo fuiste más por el vencimiento propio, por tu amor de la justicia, por tu piedad. ¡Cuántas oraciones se han elevado a Dios desde esas magníficas catedrales e iglesias que levantaste para el servicio del culto divino! ¡Cuántas lágrimas enjugaste con tus limosnas y caridades! Ruega por España a quien tanto bien hiciste con tus ejemplos. Si ha sido tan firme en la conservación de la fe católica contra la herejía y contra el materialismo comunista se lo debe a tus virtudes y a tu intercesión. Ruega por sus gobernantes, de los cuales la casi totalidad han seguido tus huellas en la defensa de la fe. Ruega por su ejército que te ha tomado por patrono, que resplandezca en él no sólo el valor sino también tus virtudes castrenses y cristianas.

31 DE MAYO

SANTA ANGELA DE MERICIS, VIRGEN

El día está aureolado por una doble gloria: por el triunfo de Aurelia Petronila de la primera edad de la Iglesia, y por el perfume de Angela de Méricis. El siglo diez y séis que ayer ofrecía a Cristo resucitado la seráfica Magdalena de Pazis, le presenta hoy este nuevo tributo de la santidad de la Iglesia. Angela llenó todo el signi-

ficado del hermoso nombre que recibió. Posee en cuerpo mortal la pureza de los espíritus bienaventurados, imita la agilidad de su vuelo y por el vigor que lleva consigo las prácticas de todas las virtudes encarna su energía sobrenatural. Vióse a esta heroína de la gracia poner a sus pies todo lo que hubiera podido detenerla en su camino. Elevada desde muy pronto a la más alta contemplación, un ardor caballeresco la lleva a las playas de Oriente para allí seguir las huellas del Esposo divino a quien se había entregado. Poco después se la ve visitar Roma y exhalar sus súplicas ante la Confesión de San Pedro; vuelta al lugar de su morada funda una Orden religiosa que lo es todavía hoy y lo será siempre uno de los ornamentos y auxilios de la Santa Iglesia.

El espectáculo de Ursula rodeada de su legión de vírgenes sedujo el corazón de Angela; también ella necesita un ejército de estas jóvenes valientes. La noble princesa bretona hizo frente a los bárbaros; Angela, nueva Ursula dará una batalla al mundo y a sus seducciones tan peligrosas para las almas todavía jóvenes, y como trofeo de sus victorias podrá mostrar las innumerables generaciones de adolescentes que su santo instituto ha salvado desde hace tres siglos, iniciándolas en la práctica y el amor de las virtudes cristianas.

VIDA. — Angela nació cerca de Verona entre 1470 y 1475. Los sufrimientos que Dios la envió la llevaron a buscar solamente en El los consuelos de que sentía necesidad, y por inspiración divina entró en la Tercera Orden de S. Francisco en la que llevaba una vida piadosa y austera dándose a las obras de caridad. Con gran devoción hizo la peregrinación a Tierra Santa. De vuelta a Italia, viendo extenderse cada vez más la desmoralización producida por el Renacimiento, comenzó en 1535 la fundación de una congregación religiosa que tuviera por fin la educación de las jóvenes para así asegurar las reformas de la familia y de la sociedad. Esta congregación, puesta bajo el patrocinio de la ilustre virgen y mártir Sta. Ursula, fué aprobada por el cardenal Cornaro con el título de Unión romana de Ursulinas el 8 de agosto de 1536. Angela se consagró totalmente a su obra hasta su muerte acaecida el 24 de enero de 1540. Canonizada por Pío VII en 1807, su fiesta era extendida a la Iglesia universal, en 1861.

ELOGIO. — Combatiste los combates del Señor, oh Angela, y tu vida tan llena de obras santas te ha merecido un descanso glorioso en las moradas eternas. Un celo insaciable por el servicio de Aquel que te había elegido por Esposa, una ardiente caridad hacia todos aquellos que El rescató con su sangre, tales son los aspectos que caracterizan toda tu existencia. Este amor por el prójimo te ha hecho madre de una familia innumerable porque nadie podría contar las niñas que han bebido en las escuelas de tus hijas la leche de la doctrina sana y de la piedad. Contribuíste poderosamente al mantenimiento de la

familia cristiana preparando tantas madres y esposas para sus sublimes deberes, y de tu institución han salido otras que para consuelo de la Iglesia y para beneficio de la sociedad han sido llamadas al mismo fin. El Sumo Pontífice ha ordenado que tu nombre sea solemnizado en toda la catolicidad y al promulgar este decreto ha declarado que quería con ello colocar bajo tu protección materna toda la juventud femenina expuesta hoy a tantos peligros por los enemigos de Cristo y de su Iglesia. Han formado el designio de arrancar la fe del corazón de las esposas y de las madres para así aniquilar con más seguridad el cristianismo que tan suave y fuerte influencia ha conservado hasta ahora en la familia. Descubre, oh Angela, estas tenebrosas asechanzas. Protege a tu sexo; alimenta en él el sentimiento de la dignidad de la mujer cristiana y la sociedad podrá todavía salvarse.

Plegaria. — También nosotros nos dirigimos a ti, esposa de Cristo, para obtener tu ayuda en el recorrido de este año litúrgico en el que cada día encontramos tus huellas. Tu empeño en vivir los misterios que se desarrollan a lo largo de él te llevó más allá de los mares. Quisiste ver Nazaret y Belén, recorrer Galilea y Judea, dar gracias en el Cenáculo, llorar en el Calvario, adorar el Sepulcro glorioso. Dígnate bendecir nuestros pasos en el camino que anduvieron tus pies. Te seguiremos al Monte de los Olivos desde

donde el Salvador se remontó a los cielos; penetraremos de nuevo en el Cenáculo iluminado por los fulgores del Espíritu Santo. Condúcenos en pos de tus huellas hacia esos lugares benditos cuyo atractivo te arrancó de tu patria y lanzó a través de tantos azares de una larga y peligrosa peregrinación. Eleva nuestras almas a las alturas de los misterios que coronan el Tiempo Pascual.

EL MISMO DIA

SANTA PETRONILA, VIRGEN

La Iglesia hace hoy memoria de Santa Petronila. Su nombre es un diminutivo de Petro, y descendía de Tito Flavio Petro, abuelo de Vespasiano. Por esta razón fué enterrada en las catacumbas de Domitila que pertenecían a su familia. Se encuentra también venerada en la basílica subterránea de Nereo y Aquileo y los antiguos guías de los peregrinos asocian siempre su nombre al de los dos mártires. Desgraciadamente no se conservan ningún recuerdo de los primeros siglos sobre Santa Petronila y su verdadera historia permanece desconocida. En el siglo vi se creó una leyenda y en adelante se la tuvo por hija de San Pedro.

Plegaria. — Nosotros, oh Petronila, juntamos tu triunfo a nuestras alegrías pascuales y ve-

neramos a través de los siglos tu memoria bendita. Despreciaste al mundo con sus placeres y honores y tu nombre se lee a la cabeza de los fastos de la Iglesia Romana que se honra de haber sido tu madre. Socórrela ahora con tu intercesión. Protege a todos los que recurren a ti y concédenos celebrar con un santo entusiasmo las solemnidades que suceden en estos días.

EL MISMO DIA

MARIA, MEDIADORA DE TODAS LAS GRACIAS

El mes consagrado a Nuestra Señora concluye hoy con la fiesta de su mediación universal. Su objeto es glorificar a María por su elección por Dios, como dispensadora de todas las gracias, lo que significa que cualquiera de ellas antes de sernos dadas pasan por sus manos. Así como en 11 de octubre celebramos su maternidad divina, de la misma manera honramos hoy su maternidad espiritual que es consecuencia de la primera.

INTERCESIÓN TODOPODEROSA. — Nada más consolador para nuestras almas de que en el cielo tenemos una Madre que ejerce en nuestro favor su intercesión omnipotente con todo el cariño de la mejor de las madres. Dios no necesita de nadie, pero quiso misericordioso, asociar a María

a la Redención del mundo. Para nuestro provecho la ha dado junto al segundo Adán el lugar que Eva había tenido, para nuestra perdición, junto al primero. Su maternidad espiritual comenzó el día de la Encarnación. Al pronunciar el *Fiat* María sabía que no recibía al Hijo de Dios para guardarlo celosamente, sino para darlo al mundo, para ofrecerlo un día sobre el altar de la cruz como sacrificio perfectísimo. Se diría que desde que posee a Jesús solo tiene un deseo: el de darle. Para darlo a Juan se apresura a visitar a Isabel. Para ofrecerlo al Padre y ofrecerse ella con El sube al templo el día de la Purificación y treinta años después se la ve junto a la cruz presentando la víctima que había alimentado y custodiado para el sacrificio. "La consecuencia de la comunidad de sentimientos y sufrimientos entre María y Jesús es que María mereció con todo derecho llegar a ser la reparadora de la humanidad caída y por tanto la dispensadora de todos los tesoros que Jesús nos ha conseguido con su muerte y con su sangre y de ser la todo-poderosa mediadora y abogada del mundo entero ante su Hijo unigénito [1].

"Habiendo querido Dios una vez, dice Bossuet, darnos a Jesucristo por la Santísima Virgen, ya no revocará esta orden puesto que Dios no se arrepiente de sus dones. Es y será siempre verdad, que habiendo recibido por su caridad el

[1] Pío X, Encicl. *Ad illum diem*, 2 de febrero, 1904.

principio universal de la gracia, recibimos también, por su mediación, sus diversas aplicaciones a todos los diferentes estados que integran la vida cristiana"[1]. Al solicitar el primer milagro de Jesús en Caná, María suscitó la fe de los Apóstoles; después de la Ascensión su plegaria atrae al Espíritu Santo y con él el establecimiento y la rápida difusión de la Iglesia. Poco después sube a los cielos "pero no por eso nuestros intereses le son menos queridos y menos sagrados. Allí vela por nuestra desdichada tierra; todo lo que la vida presente y en la futura puede haber de feliz para nosotros, nos viene por ella porque continuamente y de todas las maneras nos hace propicios al Hijo y al Padre de las misericordias"[2].

¡Qué confianza no deberemos tener en las súplicas de una Madre tan poderosa y tan benévola! Si la eficacia de la oración de los santos depende de su grado de santidad y de unión con Dios, ¡cuán poderosa debe ser la de María que fué llamada la llena de gracia por cuanto pertenecía a Dios sin reserva y fué asociada a Jesús hasta el punto de merecernos de *congruo*, es decir, por mérito de conveniencia, lo que El nos merecía de *condigno*, por mérito de justicia! De aquí que la tradición católica la haya llamado "la omnipotencia suplicante." Dios lo ha querido

---

1 Tercer sermón *sobre la Concepción de María.*
2 Juan Eukidas, Sermón *sobre la Dormición. P. G.*, CXX c. 1109.

así y en consecuencia ninguna gracia nos es dada sin pasar por manos de María, ya que ella es "como por derecho natural, la dispensadora de los tesoros" de su Hijo.

León XIII, en la Encíclica *Adiutricem populi* se complace en numerar los beneficios que Dios ha concedido a la Iglesia por la intercesión de la Santísima Virgen: "Debido principalmente a su protección y ayuda, la doctrina y las leyes del Evangelio se han propagado tan rápidamente, que la cruz bendita sea ensalzada y adorada en el mundo entero, y que las herejías hayan sido destruídas." Pío X atribuye igualmente a María los insignes favores concedidos a la Iglesia en los cincuenta años transcurridos hasta él después de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

MEDIACIÓN UNIVERSAL. — Lo que es verdad respecto a los medios generales de salvación, lo es también de cada gracia en particular. La Santísima Virgen, nos dice San Bernardo, y los Papas han hecho suya esta doctrina, interviene en la distribución de todos los dones sobrenaturales, es mediadora para cada uno y cada una de las circunstancias de nuestra vida, como una madre que se ocupa individualmente de cada uno de sus hijos. Para esto Dios la ha dado un conocimiento proporcionado a su papel maternal universal y mientras un fiel prosiga la obra de

su santificación, María pondrá todo su poder y todo su amor a su favor para aplicarle los frutos de la redención.

Debemos, pues, dirigirnos con reconocimiento y confianza a quien y por quien recibimos todos los bienes sobrenaturales. Pero si la Virgen es dispensadora de los tesoros celestiales, si es la mediadora que nos da a Jesús, lo es también para conducirnos a Dios, para presentarle nuestras plegarias y nuestra misma vida. Sin duda Jesucristo es nuestro abogado y mediador ante el Padre, ¿pero tenemos suficiente grado de pureza para dirigirnos directamente a El? Digamos con el bienaventurado Grignon de Monfort en su admirable librito de "La verdadera devoción a la Santísima Virgen": "Tenemos necesidad de un mediador ante el mismo Mediador y para ello María es la más capaz de ejercer esta caritativa función. Por ella Jesús ha venido a nosotros y por ella debemos ir nosotros a El. Si no nos atrevemos a ir directamente a Jesucristo-Dios debido a su infinita grandeza o a nuestra pequeñez o a nuestros pecados, imploremos la ayuda y la intercesión de María nuestra Madre; es buena y cariñosa; en ella no hay nada de austero, nada de demasiado sublime o demasiado brillante que nos impida acercarnos; viéndola a ella, contemplamos nuestra misma naturaleza... Es tan dadivosa que no rechaza a nadie, tan poderosa desoye las súplicas; sólo ne-

cesita presentarse ante su Hijo que no podrá negar nada a las instancias y súplicas de su amantísima Madre. Para ir a Jesús es necesario ir a María que es nuestra mediadora por su intercesión; para ir al Padre es necesario ir a Jesús, nuestro Mediador por la redención."

Plegaria. — ¡Oh excelsitud de nuestra raza, diremos con Santiago el Monje, que tal mediadora ha conseguido! ¡Qué boca, aunque cante sin descanso himnos de alabanza, podrá darte, Señor, dignas acciones de gracias por este beneficio![1], ¡Oh Madre divina, eres la dispensadora y depositaria de las gracias no para guardarlas para ti sola, sino para repartirlas a manos llenas sobre todas las criaturas. Como dispensadora de inagotables tesoros está encargada de su distribución; ¿cómo ha de guardar celosamente unas riquezas que no disminuyen nunca? Derrama, pues, con mano generosa sobre tu pueplo y tu herencia tus misericordias y tus gracias. Líbranos de los males que nos oprimen. Mira las múltiples y difíciles pruebas que nos pesan sobre nosotros: pruebas interiores y exteriores que vienen de hermanos y de extraños. Restablece con tu poder el orden y la paz. Reconcilia a los hermanos entre sí, expulsa lejos a los enemigos que nos rodean y atormentan

[1] *Sobre la Natividad de la Madre de Dios*, n.º 20; *P. G.*, XXVII, c. 596.

como bestias feroces. Proporciona a nuestras miserias tu socorro y ayuda y concede a nuestras almas una gracia abundante con la que podamos triunfar de todo, a fin de que si no podemos avanzar lo logremos con ella. Concédenos, en fin, que fortificados y salvados por tantas misericordias podamos glorificar ahora y siempre por los siglos sin fin al Verbo eterno encarnado en ti por nosotros, junto con el Padre sin principio y el Espíritu Vivificador"[1].

[1] Gregorio Palamas, Hom. 37, *sobre la Dormición, P. G.*, CLI, c. 473.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

ADVERTENCIA SOBRE EL FLORILEGIO PASCUAL

El misterio pascual, en la mente de la Iglesia, manifestada por las antiguas liturgias, comprende la Pasión, la Muerte y la Resurrección. Estos tres actos del misterio de Cristo son absolutamente inseparables. "Si Cristo no hubiese nacido según la carne, dice San Juan Crisóstomo, no habría sido crucificado, lo cual constituye el objeto de la fiesta de Pascua." *(Homilía sobre San Filigon, P. G.*, 48, 752.)

Los textos, pues, que celebran la Resurrección de Cristo celebran también su Pasión y su muerte. Por eso hemos incluído en este volumen de Pascua las oraciones sacadas del *Triduum Sacrum,* la mayoría de las cuales se refieren a la Resurrección.

Además, preciso es notarlo porque en nuestros días se olvida con frecuencia, Cristo según la antigua tradición resucitó no solamente del sepulcro sino sobre todo, "de los infiernos", del reino de los muertos: *Resurgens ex mortuis,* o como decimos en español "de entre los muertos." He aquí la meta y el punto de partida, el juicio del misterio Pascual: el paso de la muerte a la vida. De ahí la importancia que al misterio del descenso a los infiernos dan las antiguas liturgias de Pascua: la iconografía primitiva y especialmente la

iconografía oriental, representa siempre la Resurrección de Cristo saliendo de los infiernos.

N. B. Como los textos principales de la Liturgia Romana referentes al misterio de Pascua figuran ya en el cuerpo de la obra, en el Florilegio incluímos solamente algunos.

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

I. — PASCUA

A) **Introducción:** 1. *Pascua, resurrección de la humanidad pecadora.* Canon pascual de San Juan Damasceno (1); Sermón de San Juan Crisóstomo (2).

2. *Las santas mujeres en el sepulcro.* Fragmento de Hipólito (3); Liturgia armena (4).

B) **Pascua vieja y Pascua nueva:** Liturgia romana (5); Liturgia ambrosiana (6); Liturgia griega (7).

C) **El rescate del pueblo de Dios:**

1. *Pasión y Resurrección:* Liturgia griega (8).
2. *Cristo libre en su Pasión y Muerte:* Liturgia romana (9); Liturgia griega (10).
3. *Traicionado y abandonado por su pueblo:* Liturgia romana (11); Liturgia griega (12).
4. *El misterio de la Pasión:* Liturgia griega (13).
5. *La Pasión en los santos y en las almas fieles:* Liturgia griega (14).
6. *El Cordero inmolado: Sacrificio eucarístico:* Liturgia romana (15); Liturgia griega (16).

7. *Nacimiento y participación de la Iglesia:* Liturgia griega (17); Liturgia siria (18).
8. *Gloria de la cruz:* Liturgia romana (19); Liturgia galicana (20); Liturgia griega (21).

D) Muerte y Resurrección:

1. *Victoria sobre la muerte:* Liturgia galicana: Himno *Salve festa dies* (22); *Salve dies dierum* (23); Secuencia *Zima vetus* (24); Liturgia griega (25); Liturgia armena (26).
2. *Bajada a los infiernos:* Liturgia romana (27); Liturgia galicana (28); Liturgia griega (29); Liturgia siria (30).
3. *Subida victoriosa. Cristo resucitado:* Liturgia galicana (31); Liturgia mozárabe (32); Liturgia griega (33).
4. *Iluminación y regeneración:* Liturgia griega (34); Liturgia armena (35).
5. *Gozo y alegría:* Liturgia romana (36); Liturgia galicana (37); Liturgia armena (38).
6. *El día del Señor y la Pascua eterna:* Liturgia griega (39); Liturgia mozárabe (40).

II. — ASCENSION

1. *Redención y Ascención:* Liturgia griega (41); Liturgia armena (42).
2. *La Ascensión y los Angeles:* Liturgia griega (43).
3. *Las Ascensión y la Virgen:* Liturgia griega (44).
4. *La Ascensión y los Profetas:* Liturgia griega (45).
5. *La Ascensión y la humanidad:* Liturgia romana (46); Liturgia griega (47); Liturgia mozárabe (48).

6. *La alegría de la Tierra y del Cielo:* Liturgia griega (49); Secuencia de Notkero (50).
7. *Paráfrasis de Dom Guéranger sobre el salmo 67* para la Ascensión y Pentecostés (51).

III. — PENTECOSTES

1. *La venida del Espíritu:* Liturgia armena (52); Liturgia griega (53).
2. *Alabanzas del Espíritu Santo:* Liturgia armena (54); Liturgia griega (55).
3. *Redención y Pentecostés:* Liturgia griega (56).
4. *Bautismo del Espíritu:* Liturgia griega (57).
5. *El milagro de las lenguas:* Liturgia griega (58).
6. *Alegría de Pentecostés:* Prosa de Adán de San Víctor (59); Liturgia armena (60).

IV. — CONCLUSION

Homilía de Santiago de Saroug el velo de la faz de Moisés, donde se explica el misterio de los desposorios de la Iglesia y de Cristo y el misterio de la Pascua (61).

I. — PASCUA

A) INTRODUCCION

1. — PASCUA, RESURRECCIÓN DE LA HUMANIDAD PECADORA

Cristo resucitó de entre los muertos: con su muerte venció a la muerte y devolvió la vida a los que yacían en las tumbas (Tropario pascual de la liturgia griega).

Canon pascual de la liturgia griega[1] 1

1) Día de Resurrección; pueblos, radiemos de alegría.

Hoy es la Pascua del Señor, el tránsito: porque Cristo Dios nos ha llevado, a nosotros que cantamos el himno de la victoria, de la muerte a la vida y de la tierra a los cielos.

2) Purifiquemos nuestros sentimientos y veremos a Cristo resplandeciente en la inaccesible luz de la Re-

[1] El canon es la parte más importante del oficio griego. Se canta en los Maitines (ὄρθρος) y es una simple paráfrasis de nueve cánticos de la Sagrada Escritura: 1.º Moisés (Ex. XV, 1-20); 2.º Cant. Deut. (Deut XXXIII, que sólo se dice los días de Penitencia); 3.º Ana (I Reyes, II, 1-11); 4.º Habac. (Habac. III, 1-fin); 5.º Isaí. (Isa. XXVI, 9-21); 6.º Jonás (Jon. II, 3-11); 7.º Azarías (Dan. III, 26-57); 8.º Tres jóvenes (Dan. III, 57-80); 9.º *Magnificat* y *Benedictus* (Luc. VIII, 46-56, 67-89); El canon de la noche de Pascua se atribuye a San Juan Damasceno pero sus elementos son muy anteriores (Cfr. A. BAUMSTARK, *Die Modestianischen u. die Constantinischen Bauten am Heilige Grabe in Jerusalem* en *Studien z. Gesch. u Kultur der Altertums*, t. VII, (fasc. 3-4) p. 34-44).

surrección; con claridad oiremos su voz que nos dice "alegraos". Cantemos el himno de la victoria, regocíjense los cielos, salte la tierra de alegría, alégrese el mundo visible e invisible, porque Cristo, la alegría eterna, ha resucitado.

3) Venid, bebamos la bebida nueva; ya no es el agua que milagrosamente brotó de la roca árida, es una fuente de incorrupción, una lluvia bienhechora que nos viene de la tumba de Cristo, nuestra Fortaleza. He aquí que todo se halla inundado de luz, el cielo, la tierra y los infiernos; celebren todas las criaturas a Cristo resucitado, de quien ha recibido su fuerza.

Ayer, oh Jesús, me hallaba sepultado contigo, y hoy contigo resucito; ayer participaba de tu cruz; haz que participe de tu gloria en tu reino.

4) Acompáñenos en esta divina vela el heraldo de Dios Habacuc y muéstrenos al ángel de la luz que anuncia claramente: "Hoy es el día de la salud del mundo. Porque Cristo, que es todopoderoso ha resucitado."

Cristo apareció bajo los rasgos de un niño, sin desgarrar el seno virginal. Es Hombre y le llamamos Cordero, purísimo y sin mancha, nuestra Pascua, verdaderamente Dios, dechado de perfección. Como un Cordero, Cristo, nuestra corona bendita, Pascua purificadora, se ha inmolado voluntariamente por nosotros. Pero, al salir de la tumba, el que es espléndido sol de justicia de nuevo nos ilumina. Delante del arca misteriosa, David, antepasado de Dios, danzó acompañándose con música. Almas santas, pueblo de Dios, al ver cumplirse las figuras proféticas llenémonos de santa alegría. Porque Cristo ha resucitado, porque es Omnipotente.

5) Velemos desde la aurora. En vez de aromas, ofrezcamos un himno al Señor, y veremos a Cristo Sol de Justicia que hace brillar la vida para todos.

Testigos de tu misericordia infinita, oh Jesús, cuantos se hallaban cautivos en el infierno corrieron con paso alegre hacia la luz, celebrando la Pascua eterna.

Vayamos con antorchas en las manos, como al encuentro del Esposo de Cristo que sale del Sepulcro. Con solemnes ritos celebremos la Pascua redentora y divina.

Descendiste, oh Cristo, a las entrañas de la tierra, rompiste los lazos seculares de las almas que allí estaban cautivas.

Tú, oh Cristo, que respetaste en tu nacimiento el sello de la virginidad, saliste del sepulcro sin romper sus sellos y nos abriste las puertas del Paraíso.

Oh mi Salvador, Víctima viva que no fué inmolada sino que siendo Dios se ofreció a sí mismo voluntariamente al Padre. Saliendo del Sepulcro, resucitaste a toda la raza de Adán.

7) El que libró a los tres jóvenes del horno, hecho hombre, sufrió como mortal. Mas nuestra mortalidad se revistió, por su Pasión, de incorruptibilidad. Sea El, el Dios único de los Padres, bendito y gloriosísimo.

Sí, es santa y solemne esta noche redentora y radiante, mensajera del día luminoso de la Resurrección. Noche que vió a la luz eterna elevarse del sepulcro y brillar a los ojos de todos bajo el velo de nuestra humanidad.

8) Día ilustre y sagrado, celebérrimo entre todos los sábados, fiesta de las fiestas y solemnidad de solemnidades. En este día, por todos los siglos, celebramos a Cristo.

Venid, participemos del fruto nuevo de la vid y del gozo divino, en este día de la Resurrección, elegido entre todos. Participemos de la realeza de Cristo y cantémosle como a Dios por todos los siglos.

Vuelve los ojos, Sión, en torno tuyo y mira: de todas partes, del Occidente, del Aquilón, del mar y del

Oriente acuden a ti tus hijos como astros iluminados por Dios. En ti celebrarán a Cristo por todos los siglos.

Glorifica, alma mía, a Cristo vivificador, que ha salido al tercer día del sepulcro.

Brilla, brilla, Jerusalén nueva; porque se ha elevado sobre ti la misericordia del Señor; regocíjate y salta de gozo, oh Sión. Y tú, Madre purísima de Dios, regocíjate también porque tu Hijo ha resucitado.

Glorifica, alma mía a Cristo, que voluntariamente ha sufrido sepultado y ha resucitado al tercer día.

Oh Cristo, nueva Pascua, Víctima Viva. Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; cuán divina, amable y dulce es tu voz por todos los siglos. Nos has prometido tu ayuda y nosotros tus fieles, con la seguridad de esta esperanza nos llenamos de alegría.

Un ángel cantó a la Virgen bendita: "Regocíjate Virgen purísima; de nuevo te repito regocíjate. Tu Hijo ha resucitado efectivamente después de tres días, ha resucitado a los muertos." Alégrate, pueblo fiel. Tu muerte, oh rey, cual rugido de León de Judá ha despertado a los que desde hace tiempo dormían en el sepulcro.

Oh Pascua, grande y santísima, oh Cristo, oh Sabiduría, oh Verbo de Dios, oh Fortaleza. Haz que de nuevo nos unamos a Ti con mayor verdad en el día sin ocaso de tu reino.

María Magdalena corre al sepulcro; ve a Cristo y le interroga, pues creía que era el jardinero.

El Angel dijo a las mujeres: "Cesad de llorar porque Cristo ha resucitado."

Hoy se regocijan y alegran todas las criaturas porque Cristo ha resucitado y el infierno ha sido vencido.

Celebra, alma mía, el poder de Dios Trino en personas pero indivisible. Alégrate, oh Virgen, alégrate, sí alégrate bendita y gloriosísima porque tu Hijo ha salido del sepulcro al tercer día. Glorifica, alma mía, a Cristo que al tercer día ha salido vivo del sepulcro.

(Liturgia griega, Maitines de Pascua, Canon de San Juan Damasceno P. G., 96, 839-844.)

Sermón de San Juan Crisóstomo para el día de Pascua 2

Todo hombre piadoso y amante de Dios disfrute de esta bella y luminosa solemnidad. Todo siervo fiel entre gozoso a la alegría de su Señor. El que se esforzó en observar el ayuno reciba ahora el salario prometido. El obrero de última hora adelántese para recibir lo que le pertenece. Dé gracias también el obrero de la hora de Tercia y gócese. No dude el de la hora de Sexta; de su salario nada le será quitado. Acérquese sin temores ni vacilaciones el de la hora de Nona. Y el que ha llegado a la hora undécima no se inquiete de su tardanza porque el Señor es generoso. Recibe al último como al primero; otorga su descanso al de la hora undécima como al de la primera. Misericordiosísimo con el último, sumamente complaciente con el primero, da al uno y otorga dádivas al otro. Acepta la obra terminada y da según la intención de su terminación. Estima los actos y alaba los deseos.

Por eso entrad todos al gozo de vuestro Señor. Primeros o segundos, recibid vuestra recompensa; ricos y pobres, todos juntamente celebrad fiesta; los que habéis observado la abstinencia y los que la habéis descuidado, honrad este día. Hayáis o no observado el ayuno, alegraos hoy. La mesa del banquete está preparada, venid y participad todos de ella. El ternero es cebado, nadie se vaya con hambre; gozad todos del banquete de la fe, recoged todas las riquezas de la misericordia.

Nadie lamente su pobreza, porque ha aparecido el reino común a todos. Cesen ya todos de llorar sus faltas porque el perdón ha brotado del sepulcro. Nadie tema la muerte, la de nuestro Salvador nos ha librado. El, que fué su prisionero, la destruyó. El, que

descendió a los infiernos les ha sometido a su imperio. Hirió a la muerte, que había gustado su carne. Isaías lo tenía ya predicho: "El infierno se sintió herido de muerte cuando te encontró bajo tierra." Herido de muerte porque tú le aniquilaste; herido de muerte porque tú le humillaste; herido de muerte porque tú le mataste; herido de muerte porque tú le derribaste; herido de muerte, porque tú le encadenaste; te consideró como carne, y se encontró con un Dios; como terrestre y lo que vió fué el cielo, como criatura visible y se encontró con el invisible.

¿Dónde está, pues, oh muerte tu aguijón? ¿Dónde, oh infierno, tu victoria? Cristo ha resucitado y tú has sido humillado. Cristo ha resucitado, y los demonios han caído; Cristo ha resucitado y los ángeles se alegran. Cristo ha resucitado y la vida permanece. Cristo ha resucitado; ya no habrá más muertos en los sepulcros, porque Cristo, el primero entre todos, ha resucitado de entre ellos. A El gloria y poder por los siglos de los siglos, amén. *(Sermón atribuído a San Juan Crisóstomo en la Liturgia griega de Pascua. Orthros, fin.* ed. rom., Pentecostasión, p. 13-14.)

3 ## 2. — LAS SANTAS MUJERES EN EL SEPULCRO

Buscáis a Jesús Nazareno; ha resucitado, no está aquí (Marc., 16, 6).

Fragmento de una explicación de Hipólito de Roma sobre un texto del Cantar de los Cantares, dada al pueblo el día de Pascua.

¡Oh bendita voz de la Esposa! ¡oh admirables y santas mujeres del sepulcro, desde hace tanto tiempo mencionadas en este cántico! Por vuestra causa exclama la Esposa: "Durante la noche busqué al amado de mi alma y no le hallé." Esto se ha realizado en Marta

y María [1] No creyendo que Cristo, viviera, le buscaron entre los muertos (Juan 20, 1). Tal es el sentido de las palabras de la Esposa: "Busqué durante la noche al amado de mi alma y no le hallé." El texto evangélico dice: "Las mujeres fueron de madrugada a buscarle al sepulcro y no le encontraron" (Luc., 24, 22-23). En efecto, no era el sepulcro lo que le convenía como morada sino el cielo: ¿Por qué buscar entre los muertos al que vive? (Luc., 24, 5.) ¿Por qué buscar en la tierra al que se sienta en el trono de celeste majestad, al Glorificado en un sepulcro sin gloria, a la Piedra perfecta cubierta por otra piedra? ¿Por qué buscar en el sepulcro al Viviente que está en el cielo, y entre las ataduras al que está libre de todo lazo?

Pero ved otro misterio; la Esposa dice: "Busquele y no le hallé, encontráronme los guardias de la ciudad" (Cant., 3, 2). ¿Quiénes son esos guardias sino los Angeles que estaban sentados? (Juan 20, 1-2); y qué ciudad guardaban sino la nueva Jerusalén de la carne de Cristo? Las mujeres preguntan: "¿Habéis visto a aquel a quien ama mi corazón? Y ellos responden: ¿A quién buscáis? ¿A Jesús Nazareno?" y añaden: "¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive? (Luc., 25, 5.) Mirad: ha resucitado (Mat., 28, 8)" y cuando se habían alejado un poco de ellos, vino Jesús a su encuentro. Entonces se cumplió lo que sigue: "Hallé al amado de mi alma; le así y ya no le soltaré." El las dice: "¡María y Marta!" (Juan 20, 16); mas ellas se asieron a sus pies: El las dijo de nuevo: "No me toquéis porque todavía no he subido a mi Padre." (Mat., 28, 9.) Ellas no le soltaron y añadieron: "No te dejaré ir hasta haberte in-

[1] Los nombres de las santas mujeres aquí mencionadas—Marta y María—son, como más abajo se verá, nombres puramente simbólicos. Sirven únicamente para ilustrar el diálogo entre Cristo y la Esposa que Hipólito ha dramatizado con tal vivacidad que sus salidas desconciertan un tanto al lector desprevenido.

troducido en mi corazón", pues no querían verse separadas del amor de Cristo. (Rom., 8, 39.) He aquí porqué exclama la Esposa: "Le hallé y no le soltaré."

¡Oh mujeres bienaventuradas que asisteis los pies del Señor para ser transportadas a los aires! Esto dijeron Marta y María y descubrieron el misterio mismo que Salomón había anunciado hacía ya mucho tiempo.

"¡No, no te dejo subir!"—"Me voy a mi Padre." Y lleva en pos de sí a toda una generación nueva. Lleva a Eva que esta vez ya no se equivoca pues ha querido coger "el árbol de la Vida". Han abrazado sus pies: ¡No han venido para retenerle entre las cadenas de sus brazos. "Tengo asidos de nuevo los pies de Cristo! No me deje nuevamente sobre la tierra por temor de que sucumba. Porque la serpiente me ha asaltado y trata de nuevamente de derribarme; se esfuerza una vez más por vencer a Adán. ¡Llévame al cielo, oh mujer bienaventurada que no quieres ya ser separada de Cristo!"

Por eso exclama la Esposa: "Apenas me había alejado de ellos cuando hallé al que ama mi alma." Toma el alma y únela al Espíritu para que se impregne también el cuerpo. Mézcla el cuerpo, mézclale como vino [1]. Tómale también y llévale al cielo. Mezcla la copa nueva de la mujer que ya no es tentada, pero que tiene mordido el talón. No toca ya el árbol de la ciencia sino al árbol que puede matar incluso a la misma muerte. Toma a esta Eva, que no da a luz con dolor porque han huído "los dolores, los infortunios y los gemidos" (Is., 35, 10). Toma nuevamente a esta Eva pletórica de vida; no ya la Eva desnuda y cubierta con hojas de higuera (Gen., 3, 7) sino la ceñida y cubierta con el Espíritu Santo. (Luc., 1-35). Deberá ser revestida con un vestido de incorruptibilidad puesto que tiene a Cristo revestido también y que in-

[1] Alusión a los vinos griegos, particularmente glucosos que debían rebajarse con agua *(miscere vinum, mixtum)* para ser adelgazados y bebidos.

cluso en el sepulcro no estaba desnudo. Adán en un principio no estaba desnudo sino cubierto de inocencia, de dulzura y de bondad. Cuando fué engañado, entonces conoció que estaba desnudo. Y ahora, vuelto en sí (en Cristo) está cubierto de nuevo.

Después las mujeres deben servir de testigos; enviadas por Cristo, se hacen apóstoles. Porque el Angel les dijo: "Id y decidlo a los discípulos; os precede a Galilea" (Mat., 28, 7). Temiendo que no crean al Angel, Cristo mismo se dirige a ellas que, no obstante ser mujeres, perteneciendo a Cristo sean apóstoles, y quede reparada por su humilde obediencia, la desobediencia de la primera Eva.

¡Qué admirable designio! Eva se hace Apóstol. Reconoce la malicia de la serpiente; ya no la seduce el árbol de la ciencia sino recibe el árbol de la promesa y gusta de él (Apoc., 2, 7) digna como es de participar de Cristo. Desearía un alimento que saciase su hambre y su sed de la corrupción humana (Juan 6, 27, 35).

He aquí que Eva se convierte en ayuda de Adán. ¡Oh ayuda admirable venida por el Evangelio! He ahí por qué anuncian mujeres el Evangelio. Porque Eva acostumbraba a anunciar la mentira y no la verdad. ¿Qué es esto? He ahí que algunas mujeres anuncian el Evangelio y el Evangelio de la Resurrección. Entonces Cristo se les aparece y dice: "La paz sea con vosotros (Juan 20, 19). Me he aparecido a las mujeres y las he enviado a vosotros como apóstoles."

Ahora que todo esto ha sucedido, cállese la sinagoga de los judíos. El misterio honrado es el de la Resurrección. Lo celebramos hoy; y glorificando a esta santa fiesta, alegrémonos con los ángeles. *(Ed. Bonuetsch et Achelis, Hippolytus,* T. I, p. 350 y sigs.)

Liturgia armena 4

Hoy, el Angel que ha bajado del cielo rodeado de brillantes resplandores, ha aterrado a los guardias: ha

hablado a las mujeres y les ha dicho: "Cristo ha resucitado de entre los muertos."

Hoy, el Angel que velaba sentado sobre la piedra, hizo oír su fuerte voz a las santas mujeres que llevaban sus perfumes, las mandó ir a decir a los discípulos: Triunfad ahora, Cristo ha resucitado de entre los muertos. Hoy, Eva ha oído la voz de sus hijos que llevaban perfumes: Hemos visto resucitado a aquel que es la Resurrección, a Cristo, Dios de nuestros Padres. *(Himnario de la Liturgia armena; Pascua.)*

B) PASCUA ANTIGUA Y PASCUA NUEVA

1. — SÍMBOLO Y VERDAD

Todos atravesaron el mar y fueron bautizados en Moisés en la nube y en el mar. (I Cor., 10, 1-2.)

5 *Liturgia romana*

Después del paso del mar Rojo, vestidos con nuestras blancas ropas y sentados al regio banquete del Cordero, cantemos un himno a Cristo nuestro Rey.

Su caridad divina nos da a beber su preciosa sangre; su amor es el sacerdote que inmola los miembros de su sagrado cuerpo.

El Angel exterminador queda atemorizado a la vista de la sangre que tiñe nuestras puertas; el mar se divide en dos y huye delante de nosotros; nuestros enemigos quedan envueltos en sus olas.

Cristo es ahora nuestra Pascua, nuestra víctima pascual y el ázimo puro de la sinceridad ofrecido a los corazones limpios.

¡Oh verdadera víctima venida del cielo! ¡Tú subyugaste al infierno, rompiste los lazos de la muerte y recobraste los dones de la vida!

Vencedor de los infiernos, Cristo triunfante despliega sus trofeos, nos abre de nuevo el paraíso y somete al rey de las tinieblas. Para ser siempre, oh Jesús, la alegría pascual de nuestras almas, libra de la muerte cruel del pecado a cuantos has hecho renacer a la vida.

Gloria a Dios Padre, al Hijo resucitado de entre los muertos y al Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Amén. *(Breviario, Himno de Víspedas del tiempo Pascual.)*

Ayer fué inmolado el Cordero, se tiñeron con su sangre las puertas y Egipto lloró a sus primogénitos; el exterminador no turbó nuestro reposo porque el signo con que estamos marcados le inspiró terror y veneración; nos ha protegido una sangre preciosa. Hoy hemos huído para siempre de Egipto, del Faraón, amo cruel y de sus prefectos exigentes. Hemos sido librados del barro y de los ladrillos. En adelante nadie nos impedirá celebrar en nombre del Señor la fiesta de nuestro Exodo, y no ya con levadura de malicia y perversidad, sino con los ázimos de la pureza y de la verdad, libres en adelante del fermento impío de Egipto. *(Sermón de San Gregorio Nacianceno para la fiesta de Pascua.* Brev. Monast. Maitines de Pascua, lec. 6.ª.)

Liturgia ambrosiana 6

Es digno y justo, equitativo y saludable, Dios santo y todopoderoso, darte gracias y celebrar con amor tus alabanzas, augusto Padre, autor y creador de todas las cosas: porque tu Hijo Jesucristo, el Señor de la majestad, se ha dignado sufrir el suplicio de la Cruz para redención del género humano. Figura suya era en otro tiempo el hijo de Abraham, le presagiaba el pueblo de Moisés en la inmolación del cordero sin man-

cha; le celebraba también la trompeta sagrada de los profetas como a quien debía tomar sobre sí el pecado y abolir el crimen. He aquí la Pascua, ilustrada con la sangre de Cristo, en la cual el pueblo fiel se abandona a los transportes de una piedad jubilosa. Oh misterio lleno de gracia, oh arcano de la divina munificencia, oh solemnidad más digna de honor que todas las demás, en la cual Cristo, para rescatar a esclavos se ha dejado dar muerte por mano de mortales. Dichosa muerte, que ha roto el nudo de la muerte. El rey de las tinieblas se siente ahora vencido. En cuanto a nosotros, arrebatados al abismo, felicitémonos por nuestro nuevo ascenso al reino celestial *(Misal, Prefacio del Domingo de Pascua)*.

7 *Liturgia griega*

En este día los judíos clavaron en una Cruz al Señor que con una vara había dividido en dos el mar, y les había guiado a través del desierto. En este día atravesaron con una lanza el costado de aquel que por ellos había castigado a Egipto con las plagas, y dieron a beber hiel a quien por su causa había hecho llover el maná para su alimentación. *(Viernes Sto. Oficio de los 12 evangelios, ant., 6.ª,* ed. rom. Triode, p. 688.)

El que grabó en el Sinaí las tablas de la Ley, cumple con la prescripción legal; come la Pascua antigua, que no era más que una sombra, y se hace a sí mismo la Pascua y el sacrificio místico. *(Jueves Santo, miércoles a Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 64.)

Celebremos esta fiesta no a la manera de los Judíos, porque Cristo Dios, nuestra Pascua, se ha inmolado por nosotros; sino purifiquémonos de toda mancha y pidámosle con toda sinceridad: Resucita, Señor, y sálvanos por tu benevolencia. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 15, ibíd.,* pág. 673.)

C) EL RESCATE DEL PUEBLO DE DIOS

1. — PASIÓN Y RESURRECCIÓN

¿No era preciso que Cristo sufriese todo eso y entrase en su gloria? (Luc., 24, 26.)

Liturgia griega 8

Ya está cerca la Pascua grande y divina; "dentro de dos días" dice Cristo, indicando de antemano el día en que será ofrecido al Padre como sacrificio. *(Lunes Santo a Completas, Oda 3.ª*, ed. rom., Triode, p. 630.)

Señor, cuando ibas a tu Pasión, para confirmar a tus discípulos más íntimos les llevaste aparte y les dijiste: ¿No recordáis que una vez os decía que un profeta no debe morir fuera de Jerusalén?

Ahora ha llegado el tiempo de que os hablaba; porque me van a entregar en manos de los pecadores y llevo el sello del condenado; me clavarán en una Cruz, y sepultado, me considerarán en mi muerte como objeto de repulsión. Sin embargo, tened confianza; después de tres días resucitaré para alegría y vida eterna de los creyentes. *(Id., Orthros, Laudes. ibíd.*, p. 622.)

Misterio tremendo y espantoso el que vemos cumplirse hoy: el intangible es apresado, y maniatado el que libra a Adán de la maldición, el que escudriña las entrañas y los corazones es sometido a un injusto interrogatorio; el que cubre los abismos es encerrado en una prisión, y comparece ante Pilatos aquel ante quien tiemblan los poderes celestiales.

El Criador es abofeteado por su criatura; el juez de los muertos condenado al patíbulo, y colocado en un sepulcro el que destruye el infierno.

Gloria a ti, Señor pacientísimo, que todo lo sufres por amor, libras a los hombres de la maldición. *(Vísperas del Viernes Santo, Lucernario; ibíd.*, p. 704.)

2. — CRISTO LIBRE EN SU PASIÓN Y MUERTE

9 *Liturgia romana*

Cristo se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de Cruz, por lo cual Dios le exaltó y le dió un nombre sobre todo nombre (Filipenses 2, 5-7.) *(Maitines del Sábado Santo.)*

10 *Liturgia griega*

El Cordero de que habló Isaías va a inmolarse libremente, Presenta su espalda a los golpes, sus mejillas a las bofetadas y no aparta su rostro para evitar los ultrajantes salivazos. Le condenan a una muerte infame, y aunque es inocente, lo acepta todo voluntariamente para que todos puedan resucitar de entre los muertos. *(Jueves Santo*, Orthros, Laudes, ed. rom., Triode, p. 656.)

Recorriendo los caminos de la vida, oh Salvador mío, has sentido voluntariamente hambre por desear la salvación de todos, porque lo que en Ti causa esa hambre es el retorno de todos aquellos que han caído lejos de ti: *(Lunes Santo, Domingo a Completas, Oda 8.ª, ibíd.*, p. 617.)

Anhelando padecer por los hombres, Jesús volvía voluntariamente con sus discípulos a Jerusalén para la Pasión voluntaria que había de sufrir. *(Id., Oda 1.ª, ibíd.*, p. 616.)

Los sacerdotes han abofeteado y dado hiel a Cristo, Poder y Sabiduría de Dios, ante el cual se estremecen y tiemblan todas las cosas y a quien toda lengua canta.

Ha querido sufrirlo todo por desear en su misericordia salvarnos, con su sangre, de nuestras iniquida-

des. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 13, ibíd.*, p. 672.)

El que ha venido a sufrir por nosotros nos cura de nuestras pasiones con su Pasión; porque para salvarnos acepta libremente los sufrimientos vivificantes en su naturaleza, por la que es semejante a nosotros. *(Lunes Santo, domingo a Completas, Oda 1.ª, ibíd.*, p. 617.)

3. — TRAICIONADO Y ABANDONADO POR SU PUEBLO

Liturgia romana 11

Improperios del Viernes Santo. *(Cfr. Año Litúrgico*, t. II, p. 646-647.)

Liturgia griega 12

Los jefes del pueblo se han congregado contra el Señor y contra su Cristo. (Psal. 22.)

Me han ofendido gravemente, Señor; Señor, no me abandones. (Psal. 21, 1.) *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios;* ed., rom., Triode, p. 665.)

Ved lo que dice el Señor a los Judíos: "Pueblo mío, ¿qué te he hecho? ¿en qué te he contristado? He devuelto la vista a tus ciegos, he limpiado a tus leprosos, he curado al hombre que yacía en su camilla. Pueblo mío ¿Qué te he hecho? Y vosotros, ¿qué me habéis dado en cambio? Hiel por el maná; y por el agua vinagre; en vez de amarme me habéis clavado en una Cruz. No os protegeré más; llamaré a los Gentiles, y ellos me glorificarán como también al Padre y al Espíritu Santo; y yo les daré la vida eterna." *(Id., ibíd.*, p. 671.)

En este día está colgado en un patíbulo el que ha suspendido la tierra y las aguas; coronado con una corona de espinas el Rey de los Angeles; cubierto con

harapos de púrpura el que cubre de nubes el cielo; abofeteado el que en el Jordán ha rescatado a Adán; clavado el Esposo de la Iglesia y traspasado con una lanza el hijo de la Virgen. Adoramos, oh Cristo, tus sufrimientos; muéstranos también tu gloriosa Resurrección.

Legisladores de Israel, Judíos y Fariseos, el coro de los apóstoles os dice: "Ved el templo que vosotros mismos habéis destruído, ved el Cordero al que habéis crucificado. Le habéis encerrado en un sepulcro, pero El ha resucitado por su propio poder. No os engañéis, oh Judíos; El es quien ha salvado a su pueblo en el mar y quien le ha alimentado en el desierto; El es la vida, la luz y la paz del mundo". *(Id., ibíd.,* p. 671.)

4. — EL MISTERIO DE LA PASIÓN

13 *Liturgia griega*

Con tu crucifixión, oh Cristo, ha sido destruída la tiranía del enemigo y agotada su fuerza; porque no nos ha salvado un ángel o un hombre, sino Tú, Señor. Gloria a Ti. *(Viernes Santo, Prima, Trop.,* ed. rom., Triode, p. 683.)

Como una oveja te han conducido al Sacrificio, oh Cristo Rey y como inocente cordero te han clavado en la Cruz hombres impíos por causa de nuestros pecados, Señor misericordioso. *(Id., stich., ibíd.,* p. 683.)

El que está revestido de luz como de un vestido, se presentó desnudo al juicio y recibió una bofetada de manos por El creadas. El pueblo impío clavó en una Cruz al Señor de la gloria; entonces se rompió el velo del templo y el sol se oscureció al no poder soportar el espectáculo de un Dios cargado de oprobios. Rindamos el tributo de nuestra adoración. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, ant. 10.ª, ibíd.,* p. 670.)

5. — PASIÓN EN LOS SANTOS Y EN LAS ALMAS FIELES

Liturgia griega 14

Contemplando a su propio Cordero llevado a la muerte, y transida de pena, María, la Oveja, le acompañaba con otras mujeres y le decía: "¿Dónde vas hijo mío? ¿Por qué te impones esa pesada carrera? Hay acaso otra boda en Caná y corres allá para convertirles el agua en vino? ¿He de acompañarte hijo mío? ¿o debo, más bien, esperarte? Dime una palabra, oh Palabra. No pases así en silencio. Tú que me has conservado pura, porque eres mi hijo y mi Dios." *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, Ikos;* ed. rom., Triode, p. 676.)

Cuando libremente ibas, oh Señor, a tu Pasión, dijiste a tus Apóstoles: Subimos a Jerusalén y el Hijo del Hombre será entregado como está escrito de El. Vayamos nosotros también y acompañémosle, purificadas nuestras almas; crucifiquémonos con El y muramos por El a los placeres de la vida a fin de vivir con El y oírle decirnos: "No subo ya a la Jerusalén terrestre para sufrir, sino a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios y os haré subir conmigo a la Jerusalén de arriba, al reino de los cielos." *(Lunes Santo. Orthros, Laudes, ibíd.,* p. 622.)

Prepárate, alma mía, antes de tu partida; despégate de la vida de aquí abajo y apresúrate a sufrir con Cristo que está impaciente por morir por ti para glorificarte; apresúrate a morir y a resucitar con El. *(Lunes Santo, Domingo a Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 617.)

6. — EL CORDERO INMOLADO: SACRIFICIO EUCARÍSTICO

Liturgia romana 15

Era yo como inocente Cordero inmolado; me conducían para sacrificarme sin yo saberlo. Mis enemigos

tramaron una conjura contra mí, y se dijeron: Venid, echemos serrín en su pan, borrémosle de la tierra de los vivientes. Todos mis enemigos se conjuraron contra mí; pronunciaron palabras inicuas contra mí diciendo: Venid, echemos serrín en su pan. *(Jueves Sto. Mait. 7.º Resp.)*

El buen Pastor que da la vida por sus ovejas y se ha dignado morir por su rebaño ha resucitado: Aleluya, aleluya, aleluya. Porque nuestro Cordero Pascual, Cristo, ha sido inmolado. *(Brev. rom., 2.º resp., del Lunes de Pascua.)*

16 *Liturgia griega*

Al ir a tu Pasión, oh fuente de impasibilidad para los hijos de Adán, decías a tus amigos: "He deseado comer esta Pascua con vosotros, puesto que el Padre me envió a mí, su Hijo unigénito, al mundo como sacrificio propiciatorio." *(Jueves Santo, Orthros, Oda 4.ª,* ed. rom., Triode, p. 665.)

Cristo era una Pascua grande y augusta, comida como pan, inmolada como un cordero; es la víctima ofrecida por nosotros; recibamos todos místicamente su cuerpo y su sangre con piedad. *(Jueves Santo, Miércoles a Completas, Oda 9.ª, ibíd.,* p. 650.)

Habiendo bendecido el pan y dado gracias al Padre que le engendra, el Pan celeste tomó la copa y la dió a sus discípulos. "Tomad, comed—les dijo—esto es mi cuerpo y la sangre de la vida incorruptible." *(Id., ibíd.,* p. 650.)

Tú eres nuestra Pascua, Tú has sido inmolado por todos, como cordero, como víctima y como propiciación, de nuestros pecados. Ensalzamos, oh Cristo, tus santos padecimientos por todos los siglos. *(Miércoles Santo, Completas, Oda 8.ª, ibíd.,* p. 638.)

Hazme participar en este día, oh Hijo de Dios, de tu mística cena, porque no revelaré tus secretos a tus

enemigos, ni te daré el beso como Judas; sino, como el ladrón, te pido: "Acuérdate de mí cuando estés en tu reino." *(Jueves Santo, Liturgia, Canto de la Gran Entrada; ibíd.,* p. 663.)

7. — NACIMIENTO Y PARTICIPACIÓN DE LA IGLESIA

Liturgia griega 17

Tú, oh Criador mío, que procedes de aquel que no es engendrado y tuviste el costado atravesado por una lanza, modelaste en ese mismo costado la nueva imagen de Eva: Nuevo Adán, dormiste sobrenaturalmente con sueño generador de vida; y de este sueño de tu carne, Tú, Omnipotente, produjiste de nuevo la vida. *(Sábado Santo, Orthros, Canon, Oda 5.ª,* ed. rom., Triode, p. 730.)

Como la fuente que brota del Edén, oh Cristo, tu costado, fuente de vida, riega este paraíso espiritual que es tu Iglesia; por eso, como al principio, se divide en cuatro evangelios, riega al mundo, regocija a la creación y enseña a los gentiles a adorar con fe tu reino. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, 4.º Trop. de las Bienaventuranzas, ibíd.,* p. 674.)

Liturgia siria 18

Tu Resurrección se ha elevado sobre la creación; la muerte y Satanás han huído. La Iglesia se alegra porque le han rescatado y el Scheol se duele porque le ha devastado la Resurrección del Salvador. *(Ant. de Kyrie ekekraxa. Madracha de San Efrán, 3.º Domingo de Resurrección.* Franqui (Brev. Jacobite), ed. cath., Mossoul 1880; t. VI, p. 62.)

8. — GLORIA DE LA CRUZ: ÁRBOL DE VIDA

19 *Liturgia romana*

Sufrió el suplicio de la Cruz el que destruyó a los infiernos; se revistió de poder y al tercer día resucitó. — Decid a las naciones que el Señor reina desde el madero —. Oh Dios qué quisiste que tu Hijo sufriese por nosotros el suplicio de la Cruz a fin de apartar lejos de nosotros el poder del enemigo, concédenos a tus siervos la gracia de llegar a la Resurrección. *(Vísperas del tiempo Pascual, Conmemoración de la Cruz.)*

20 *Liturgia galicana*

Rey de reyes, Cordero de Dios, León fuerte de Judá; por la virtud de tu Cruz, eres muerte del pecado y vida de la santidad.

Das fruto del árbol de la vida a los que quisimos gustar la ciencia, remedio de la gracia contra el hurto de la gloria.

Tu sangre ha extinguido la llama de la espada; abres el jardín del Paraíso, raíz de la obediencia, remedio de la gracia. Hoy es el día augusto del Señor; la paz reina sobre la tierra; los relámpagos surcan los infiernos y la luz brilla en los cielos; es el día de un doble bautismo, el de la Ley y el del Evangelio.

Cristo es la Pascua de los hombres; la Pascua antigua pasa y la nueva se levanta. Es el día del Señor; alégrate, alma libertada de la vieja levadura, saciada con el pan ázimo (...). Oh Señor, hecho una misma sangre con tu siervo, esperanza de la primera y de la segunda resurrección por el juramento hecho a Abraham, restáuranos a nosotros también. Caudillo inmortal, devuelve la vida, al mismo tiempo que a tu cuerpo, a los que participamos de la muerte de Adán, nuestro primer padre. Une los miembros débiles a los tuyos llenos de vigor y fuerza, y danos los pastos de la vida eterna.

Tú que eres la Pascua. Amén. *(Himno ex Regum Dei Agne*, str. 1-5 y 11.)

Celebremos con alborozo y con los cánticos más hermosos la victoria nueva del gran Rey sobre la Cruz.

En ella ha triunfado del imperio de la muerte; en ella ha destruído el *quirógrafo* del pecado antiguo; en ella se ha inmolado el Cordero Pascual como víctima por el rebaño; en ella ha pisado el lagar el que ha venido de Edom y de Bosra y cuya medicina cura la herida de la serpiente.

Por la Cruz el mundo ha quedado reconciliado con Dios. Por el madero es rescatado el que por el madero fué vendido en Adán.

Por la Cruz la nueva criatura es asociada a los astros de la mañana; ella llena los vacíos del cielo.

Oh Cruz, árbol de vida, tú llevas la vida del mundo y su rescate, tú eres el apoyo que sostiene el racimo de las viñas de Engaddi. Cristo nuestra paz, ha destruído las enemistades y ha dado la paz a los que estaban unidos y a los que estaban distanciados.

Oh Cruz poderosa, has atraído al mundo hacia ti; en tus brazos le encierras totalmente.

Oh Cruz inhiesta, tu penetras las profundidades y elevas hasta el cielo a los cautivos que acabas de libertar.

En ti ha ofrecido Cristo a la destrucción el templo de su carne, el cual fué edificado en el número de días figurados por las cuatro letras griegas del nombre de Adán; pero con el fin de reedificarlo después de tres días, a los cuatro puntos cardinales [1].

---

[1] Idea frecuentemente anunciada por los antiguos: ADAM = 'Ανατολή (Oriente), Δύσις (Occidente), "Αρκτος (Norte), Μεσεμβρία (Medio día). Cfr. S. AGUSTÍN, *Enarr. en Ps.* 95, 15; *P. L.*, 37, 1236.

Cordero del Padre soberano, Tú que por la Cruz quitas los pecados del mundo, auméntanos la fe, la esperanza y la caridad para que podamos comprender con todos los santos el alcance de la sagrada Cruz; tengamos compasión del prójimo, mortifiquemos la carne; concédenos que sigamos tu camino con la venerable Cruz. Y de esta manera protegidos y asegurados aquí abajo, ante tu tribunal de allá arriba, de juez, estemos marcados con el sello de la Cruz, para proclamar ante los pueblos que Dios reina desde el madero. Amén. *(Misal de San Galo, Seq. Magnificet confessio.)*

21 *Liturgia griega*

Por el árbol, Adán fué expulsado del Paraíso: por el árbol de la Cruz, el ladrón está en el Paraíso; porque el primero, gustando su fruto, despreció el mandato del Creador, mientras el segundo, crucificado con él y humillado, confesó a Dios, gritando: "Señor, acuérdate de mí en tu reino." *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios, 1.ª trop, de las Bienaventuranzas,* ed. rom., Triode, p. 674.)

Sobre tu Cruz, Señor, rompiste el acta de acusación escrita contra nosotros; contado entre los muertos, encadenaste al tirano que reinaba sobre ellos, y por tu resurrección les librastes de los lazos de la muerte: por ella fuimos iluminados, Cristo Dios nuestro, y te clamamos: "Acuérdate de nosotros, en tu reino." *(Ibíd.)*

Tu Cruz, Señor, es vida y reconfortamiento para tu pueblo: confiando en ella, te alabamos a Ti, nuestro Dios crucificado, tén piedad de nosotros. *(Ibíd.)*

Cristo Dios, tu alzaste nuestra salvación en la tierra. Extendiendo sobre la Cruz tus inmaculadas manos reuniste a todas las naciones que claman: "Gloria a Ti." Por el leño de tu Cruz, aniquilastes la maldición del madero: por tu enterramiento, mataste el poder de la muerte; por tu Resurrección, iluminaste al gé-

nero humano. Por lo cual te decimos a viva voz: "Cristo misericordioso, Dios nuestro, gloria a Ti." *(Dom. de Pascua, vísperas, stich. anatol.,* ed. rom., Pentecostés., p. 21.)

Señor, Dios nuestro, que estás por encima de los querubines, manifestaste tu poder y enviaste a tu único Hijo, nuestro Señor Jesucristo, para salvar al mundo por su Cruz, su sepultura y su Resurrección. Mientras se aproximaba a Jerusalén, camino de su Pasión voluntaria, el pueblo que yacía en las tinieblas y en la sombra de la muerte, cogió ramos y palmas, símbolos de triunfo, con lo que predecía su Resurrección.

Guárdanos, Señor, también a nosotros que, a su ejemplo, llevamos en este día, víspera de fiesta, palmas y ramos y te dirigimos como la turba y los niños nuestro Hosanna. De esta manera, en medio de cánticos y alabanzas, seremos juzgados dignos de la vivificante Resurrección al tercer día, con Cristo nuestro Señor que contigo y el Espíritu Santo vivificante es bendecido ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén. *(Domingo de Ramos, Orthros, Bend. de los ramos,* ed. rom., eucologio, I. 436.)

Nos redimiste de la maldición de la Ley con el precio de tu sangre. Clavado en la Cruz y taladrado por la lanza, hiciste brotar para los hombres la inmortalidad; gloria a ti, nuestro Salvador. *(Viernes Santo, Oficio de los 12 evangelios kath. av. el 6.° evangelio,* ed. rom., Tr. p. 673.)

Fuiste crucificado por mí para otorgarme el perdón; tu costado fué traspasado para que manasen en mi provecho las aguas de la vida; fuiste clavado para que la humillación de tus sufrimientos tenga confianza en tu majestad poderosa y te diga: "Cristo vivificador y salvador mío, gloria a tu Cruz y a tu Pasión." *(Id., 5.ª trop. de las Bienaventuranzas,* p. 674.)

Tú que fuiste levantado en Cruz, que venciste el poder de la muerte, y que en cuanto Dios borraste la

sentencia promulgada contra nosotros, concédenos, Señor, único Misericordioso, la penitencia del ladrón, pues te servimos con fe, oh Cristo, Dios nuestro, y te clamamos: "Acuérdate de nosotros en tu reino." *(Id., 8.ª trop. de las Bienaventuranzas, ibíd.*, p. 675.)

Tú que descendiste del cielo, fuiste levantado en Cruz; vida inmortal, fuiste condenado a morir; luz verdadera, fuiste donde estaban los que yacían en las tinieblas; resurrección nuestra, fuiste a los que estaban caídos. Gloria a Ti, luz y Salvador nuestro. *(Viernes de Pascua, Vísperas, stich. de la Resurrección*, ed. rom., Pentecostés, p. 38.)

Eramos hombre-viejo, y tú, oh Cristo, nos renovaste por tu Cruz; de corruptibles nos hiciste incorruptibles; con razón, pues, nos mandaste llevar una nueva vida. *(Dom. de Santo Tomás, Orthros, con. 3.ª Oda*, ed. rom., Pentecostés, p. 51.)

Adoramos tu preciosa Cruz, oh Cristo, y alabamos y glorificamos tu resurrección; porque por tus sufrimientos hemos sido curados. *(Lunes de Pascua, Vísperas, stich, ontol., ibíd.*, p. 25.)

Por tu Cruz, oh Cristo, nos libraste de la antigua maldición; por tu muerte derrotaste al demonio, tirano de la humanidad; por tu Resurrección alegraste a todo el mundo. Por tanto, te clamamos: "Gloria a Ti, Señor, que resucitaste de entre los muertos." *(Miércoles de Pascua, Orthros, Laudes, ibíd.*, p. 31.)

De tu costado, traspasado por la lanza, oh Salvador, mana gota a gota la vida; sobre la vida que me apartó de la vida [1], y con ella me vivificas. *(Sábado Santo, Orthros, Canto de los Epitafios, 1.ª estrofa*, ed. rom., Triode, p. 714.)

---

[1] Algunos traductores han aplicado esta frase a Eva, madre de los vivientes a quien ha alcanzado la sangre de Cristo. (Cfr. MAX DE SAXE, *El Oficio griego del Sábado Santo*, Friburgo, 1907, p. 77.)

Suspendido en el madero, oh Jesús, congregaste a todos los mortales; de la abertura de tu costado, fuente de vida, manó el perdón de todos. *(Sábado Santo, Ortrhos, Canto de los Epitafios, 1.ª estrofa, ibíd.,* p. 714.)

D) MUERTE Y RESURRECCION

1. — VICTORIA SOBRE LA MUERTE

"Cristo resucitado de entre los muertos, ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre El." (Rom., 9.).

Liturgia galicana 22

Salve, día solemne, venerable en todos los tiempos, en el cual Dios triunfa del infierno y toma posesión de los cielos. La tierra que recupera su belleza, proclama que todas las criaturas renacen con su autor.

He aquí el triunfo de Cristo que asciende de las tenebrosidades del tártaro: los bosques se cubren de follaje y las plantas ostentan su floración.

La luz, el cielo, los campos y los mares cantan a una al Dios que se eleva sobre los astros, vencedor de la ley de la muerte.

El Dios poco ha crucificado, reina ahora sobre el universo; la creación entera ora a su Creador.

Oh Cristo, salvación del mundo, Creador lleno de bondad y Redentor, Hijo unigénito de un Padre que es Dios.

Viendo al género humano hundirse en el abismo, te has hecho hombre para librar al hombre.

No contento con nacer con un cuerpo has entregado a la muerte esa carne en que naciste.

Autor de la vida y del mundo, te has humillado hasta el sepulcro; para asegurarnos la vida has tomado el camino de la muerte. . . . .

Las lúgubres cadenas de los infiernos se han roto y el abismo espantado, ha sentido que una luz rompía sus puertas. Al resplandor de Cristo las tinieblas se han disipado; las negras sombras de la noche han desaparecido. Cumple tu promesa soberano poder: ya ha llegado el tercer día; levántate, mi Dios sepultado. Sus miembros no deben reposar en sepultura angosta; la áspera roca no debe detener al que es precio del mundo. Escucha mi oración, desata esta mortaja, deja este sudario en el fondo del sepulcro; ¿no eres tú nuestro único bien sin el cual todo lo demás es nada?

Libra a los sombríos cautivos de las prisiones subterráneas; lleva contigo a las alturas cuanto ha rodado a los abismos. Envuélvenos tu rostro para que el mundo vuelva otra vez a ver la luz; tráenos de nuevo el día que había desaparecido a tu muerte.

Tu vuelta a la tierra, oh vencedor lleno de bondad, ha dado cumplimiento a todas las profecías; la muerte está aplastada bajo tus pies y sus derechos han sido abrogados.

El infierno, cuyas fauces abiertas e insaciables devoraban sin cesar, se ha convertido, oh Dios, en tu presa.

Ahora arroja de sí con horror esas generaciones que en su ferocidad había devorado; y el Cordero arranca a las ovejas de las fauces del lobo.

Divino Rey, he aquí cómo resplandecen, como la parte más noble de tu triunfo, las almas bienaventuradas purificadas por el agua santa.

Una blanca multitud sale de estas ondas límpidas lavadas del antiguo pecado en las aguas renovadas.

Una vestidura sin mancha manifiesta el resplandor de las almas y la blancura de las ovejas regocijan al Pastor. *(Himno: Salve festa dies,* para la Procesión, Pascual, atribuído a Venancio Fortunato.)

Secuencia: Salve Dierum 23

¡Salve, día, gloria de los días! ¡día afortunado en el que Cristo triunfa!; ¡día destinado a la alegría, el primero de los días! La luz divina, ilumina a los ciegos; Cristo despoja a los infiernos; vence a la muerte y reconcilia al cielo y la tierra. La sentencia del Rey eterno ha sometido todas las cosas al pecado para que la gracia del cielo conforte a los débiles.

Por su poder y su sabiduría, Dios, en su clemencia, aplacó la cólera cuando el mundo entero iba a caer en el abismo.

El antiguo enemigo, autor del mal, se mofaba de nuestra miseria; porque nuestros pecados permanecían sin esperanzas de perdón.

El mundo desesperaba ya del remedio, cuando Dios Padre, en la hora en que el silencio reinaba sobre todas las cosas, se dignó enviar su Hijo a los desesperados.

El monstruo rapaz, la infernal serpiente, vió la carne, y no sospechando la trampa, se arrojó sobre el anzuelo escondido; y sus fauces quedaron destrozadas.

Nuestra dignidad antigua queda restablecida en el Hijo, cuya resurrección renueva nuestro consuelo.

Ha resucitado, libre de los infiernos, el restaurador del género humano, y lleva hasta el cielo sobre sus espaldas a sus ovejas. La paz queda restablecida entre los ángeles y los hombres; el orden aparece en toda su grandeza. ¡Alabanza al Señor triunfante, alabanza eterna!

Oh Iglesia, Madre nuestra, une tu voz al concierto de la patria celestial; pueblo fiel, repite en este día, Aleluya.

El imperio de la muerte ha sucumbido, participemos en las alegrías del triunfo; paz sobre la tierra y en el cielo alegría. Así sea. *(Secuencia Salve dies dierum gloria,* de Adán de San Víctor.)

24 *Secuencia: Zyma Vetus*

Desechamos la vieja levadura, y celebremos alegremente la nueva Resurrección.

Este es el día de nuestra esperanza, el día cuyo poder admirable nos describe la Ley.

Este es el día que despojó a Egipto y libró a los Hebreos de la cruel hoguera.

Dominados con crueldad, solo conocían el peso de la esclavitud, el lodo, el ladrillo y la paja.

Nuestra voz entone ya libremente alabanzas, a la gran obra divina, por el triunfo y por nuestra salvación.

Este es el día que hizo el Señor, día que pondrá fin a nuestros dolores y nos traerá la salvación.

La ley es una sombra del futuro; Cristo, el fin de las promesas, viene a consumarlo todo.

La sangre de Cristo ha envainado la espada de hierro y auyentado al guardián.

El niño cuyo nombre significa sonrisa *(Isaac)* y en cuyo lugar fué inmolado el carnero, es figura de la alegría de la vida.

José, saliendo de la cisterna, es Cristo remontando a las alturas después de la muerte.

Es el la serpiente que devora a las serpientes del Faraón; ya no puede nada contra El la maldición del dragón.

En figura de serpiente de bronce, cura las heridas del venenoso reptil. (...)

El poderoso León de Judá, rompe las puertas de la muerte y resucita al tercer día.

A la orden de su Padre, sube, cargado de botín, a la patria celestial.

Pasados tres días en el vientre de un pez monstruoso es arrojado el fugitivo Jonás, figura del nuevo Jonás.

El racimo de Chipre, brota, crece y muere; la Sinagoga se marchita y la Iglesia florece.

La muerte y la vida están en sus manos; Cristo ha resucitado verdaderamente y con El, un sinnúmero de testigos de su gloria.

¡Nueva mañana, nueva alegría que enjuga las lágrimas de la tarde! La vida ha vencido a la muerte; este es el tiempo de gozo.

Jesús vencedor, Jesús nuestra vida, Jesús, camino trillado de la inmortalidad; Tu muerte ha vencido a la muerte y por tu bondad nos has hecho partícipes de los goces pascuales.

Pan de vida, agua viva, vid verdadera y fecunda, aliméntanos, purifícanos; sálvanos por tu gracia de la segunda muerte. Amén. (*Sec. Zyma vetus expurgatur* de Adán de San Víctor. P. L. 196, 1437.)

Liturgia griega 25

La vida, es decir, Cristo, después de gustar la muerte, ha librado a los mortales de la muerte; y ahora nos da a todos la vida. (*Sábado Santo, Orthros, Canto del Epitafio, 1.ª Stance,* ed. rom., Triode, p. 213.)

Señor, cuando fuiste levantado en la Cruz, el temor y el temblor se sintió en la creación. Impediste que la tierra tragase a los que te crucificaban y mandaste al infierno devolver a los que estaban encadenados, para el nuevo nacimiento de los mortales. Juez de vivos y muertos, nos has traído la vida y no la muerte. Gloria a Ti, amigo de los hombres. (*Viernes Santo, Of. de los 12 evangelios. Idiomele, ibíd.,* p. 617.)

¿Cómo no temblaría la muerte, Salvador mío? ¿Cómo no se atemorizaría el infierno al salir a tu encuentro, pues por tu benevolencia te das prisa por llevar a cabo tu pasión y piensas que por los pecadores, Tú, el Justo, has venido a sufrir? (*Lunes Santo, Dom. a Compl., 8.ª Oda, ibíd.,* p. 617.)

Los pequeñuelos, llevando palmas te cantaban a Ti, oh Cristo, como vencedor y te victoreaban en este día, porque has encadenado a los infiernos, vencido a la

muerte y resucitado al mundo; Hosanna al Hijo de David. Ya no serán degollados más niños por causa del Hijo de María, sin embargo, Tú has sido crucificado por todos, niños y ancianos; ni la espada será jamás dirigida contra nosotros, pues tu costado está abierto por la lanza. Y por esto te cantamos en nuestra alegría. Bendito seas Tú que has venido a sacar a Adán de su tumba. *(Dom. de Ramos, Orthros, Ikos, ibíd.,* p. 212.)

Con el grano de trigo arrojado en el surco, has producido una espiga granada, resucitando a los hijos muertos de Adán. *(Sábado Santo, Orthros, Cant. del Epitafio, 1.ª Stance, ibíd.,* p. 212.)

26 *Liturgia armena*

Hoy ha resucitado de entre los muertos el Esposo inmortal y celestial; para ti es la noticia alegre, oh Esposa Iglesia de la tierra. Bendice a tu Dios Sión, con cánticos de júbilo.

Hoy ha sido llevada la gran nueva a Adán, la primera criatura; Tú que duermes, levántate; Cristo Dios de nuestros padres viene a iluminarle.

Hoy los ángeles descienden del cielo para decir a los hombres: "El Crucificado ha resucitado y nosotros con El.

Hoy por tu santa resurrección, oh Cristo, has cambiado la *Fase* de las miserias de Israel en la Pascua que salva las almas.

Hoy, en lugar de la sangre de los corderos irracionales, nos has dado, Cordero de Dios, la sangre que obra la salvación.

Hoy, el rescate de los primogénitos, has sustituído el rescate de los cautivos, Tú que eres primogénito entre todos los mortales y las primicias de los que duermen. *(Himnario de la Iglesia Armena. Cfr. Garkavoroution.* Orden de las plegarias comunes de la iglesia Armena, *Venise,* 1898, p. 529.)

2. — DESCENDIMIENTO A LOS INFIERNOS Y COMBATE ENTRE LA VIDA Y LA MUERTE

Liturgia romana 27

Esta es la noche que ve salir a Cristo victorioso de los infiernos, después de haber roto las cadenas de la muerte. *(Sábado Santo, Bendición de Cirio, Exultet.)*

Liturgia galicana 28

Cuando Cristo, Rey de la gloria, entró como guerrero en los infiernos y los coros de los ángeles abrieron las puertas de los príncipes de las tinieblas, las almas de los santos detenidas hasta ahora en este lugar de la muerte gritaron entre lágrimas y sollozos: "Venid, deseado de cuantos nos hallamos en las tinieblas, a librarnos de esta noche de nuestra prisión; nuestros suspiros te llaman; nuestras continuas lamentaciones te reclaman; eres la esperanza de nuestras desolaciones, y el gran consuelo en nuestras tribulaciones." *(Tommasi-Vezzosi, op. omm.,* t. v. p. 86.)

Liturgia griega 29

Ante Ti, Señor, se abren con terror las puertas de la muerte; los porteros del infierno, al verte, quedan espantados, porque has roto las puertas de bronce y quebrantado los cerrojos de hierro; nos has sacado de las tinieblas y sombras de la muerte y has roto nuestros lazos. *(Dom. de Pascua, Visp. stich. anatol.,* ed. rom., Pentecostar; p. 21.)

Mientras estuviste en la tumba nueva por la salvación de todo el universo, Libertador de todas las cosas, el infierno al verte se escondió de miedo, y fué objeto de escarnio; sus cerrojos fueron rotos, sus puertas quebradas. Entonces Adán, con alegría agradecida te dijo: "¡Gloria a tu condescendencia, Amador del Bien!" *(Viernes Santo, Vísperas, apostiche,* ed. rom., Triode, p. 2081.)

Al descender a la muerte, vida inmortal, mataste al infierno con tu divinidad; y cuando resucitaste a los muertos de sus moradas subterráneas, todos los poderes del cielo gritaron: "Cristo unificador, Dios nuestro; gloria a Ti." *(Sábado Santo, apolitikion del 2.° ton. ibíd.,* p. 709. Cfr. *también Parakletike,* ed. rom., p. 102.)

Oh Vida, ¿por qué mueres tú? ¿Por qué también habitas en la tumba? Destruye el reino de la muerte y resucita a los muertos del infierno. *(Sábado Santo, Cant. del Epitafio, 1.ª estancia,* ed. rom., Triode, p. 710.)

¿Podrá soportar el infierno a su venida? ¿No será, más bien, quebrantado, obcecado, ofuscado por el resplandor fulgurante de tu lazo? *(Id., ibíd.,* p. 711.)

Tú, Salvador y vida mía, te levantaste de la corrupción; una vez muerto, visitaste los muertos y quebrantaste los cerrojos del infierno. *(Id., ibíd.,* p. 711.)

Extendiste el brazo y congregaste lo que por largo tiempo estuvo separado; envuelto en un sudario y encerrado en la tumba, libraste a cuantos estaban atados y te gritaban: "Nadie más santo que Tú." *(Id., cant. 3.ª Oda, ibíd.,* p. 729.)

Antorcha portadora de luz, la carne de Dios se encuentra ahora oculta en la tierra y disipa las tinieblas del infierno. *(Id., cant. Epitafios, 1.ª estancia, ibíd.,* p. 711.)

En este día, una tumba encierra a quien tiene en su mano toda la creación; una piedra cubre a quien cubre los cielos de hermosura; la Vida duerme; el infierno tiembla y Adán quedó librado de sus cadenas. Gloria a la economía según la cual, habiendo cumplido todas las cosas, nos prometes el Sábado eterno por tu santa resurrección. *(Id., Laudes, sticherel., I, ibíd.,* p. 733.)

Levantado en la Cruz, subiste allí contigo a todos los vivos, y sepultado en la tierra, resucitaste a los que

allí dormían. *(Id., Canto del Epitafio, 1.ª estancia, ibíd.,* p. 713.)

Cuando el voraz incendio absorvió a la Piedra de la Vida, vomitó todos los muertos devorados en el correr de los siglos. *(Id., ibíd.,* p. 712.)

Viniste a la tierra para salvar a Adán, y no encontrándote aquí, Dios mío, fuiste a buscarle en el infierno. *(Id., ibíd.,* p. 712.)

Liturgia siria 30

Durante los tres días que permaneciste en el sepulcro, luchaste con la muerte; sembraste la alegría y la esperanza en los habitantes de las tumbas y alegraste a cuantos moraban en las regiones de la corrupción. *(Houssaia,* p. 81, cfr. D. H. Leclerq, DAL., t. IV, col. 596.)

Aquel dijo a Adán: "¿Dónde estás?" Ese ha querido revestirse voluntariamente de un cuerpo humano. Subió a una Cruz, porque quiso, con el fin de buscar a quien se había extraviado. Bajó al schéol en su busca y le encontró. Llamóle y díjole: "Ven, imagen y semejanza mía. Héme aquí junto a ti para volverte a tu heredad." *(Madracha de San Efrén, 3.º Dom. de Resurrección.* Faquit, o brev. jacobita, ed. cath., Mosoul, t. IV, p. 110.)

Todo un Dios, en su bondad, descendió al seno de una tumba. Voluntariamente habitó entre los muertos. Visitó a Adán en el seno de Abraham y le dió una buena nueva. Le prometió la resurrección y la vida.

Los coros de los ángeles bajaron con hábitos blancos a visitar al Rey hecho compañero de los muertos en el infierno. Yacía en la tumba como un ser débil y hoy se ha levantado como un gigante. Bendito el que gustó la muerte para hacernos vivir en El.

David ha visto al Hijo penetrar en el infierno y ha comenzado a cantar con su cítara: Entre los muertos vive el Hijo de los hombres libres; y resucitó a todos

los finados. Gloria a su misericordia que se ha abajado hasta nosotros para renovar nuestra imagen.

Los justos en el seno de las tumbas se prosternan ante El. Han estado esperando su venida durante muchos siglos. El justo Abraham le esperaba; Isaac, la víctima, también le esperaba, pues fué El quien le libró del cuchillo en la montaña. *(Ibíd., 1.ª Dom. después de Pent.* 16, t. IV, p. 149, 240.)

Como un buzo bajaste al lugar de los muertos para buscar tu imagen sumergida. Bajaste como un pobre y miserable. Sondaste el abismo de los muertos. Y tu misericordia se ha sentido aliviada porque ha visto a Adán volver al redil. *(Boutho de San Efrén, ibíd.,* p. 365.)

31 *Liturgia galicana*

Santa asamblea, haz oír tus cantos armoniosos y acompáñales con instrumentos.

Canta hoy la gloria de un Dios que ha roto las puertas del infierno.

Vencedor de la muerte, resucita y trae al mundo alegrías que debemos celebrar.

Asustados a la vista de semejante espectáculo, las regiones del abismo contemplan y admiran sus grandes hazañas mientras entra el que da la vida eterna.

Sobrecogido por el terror, tiembla el ejército formidable de los demonios. Gime, grita y se asusta de la audacia del que ha roto tales cadenas.

Cristo vuelve a la luz, acompañado de la pléyade de elegidos; ha confortado los corazones de sus tímidos discípulos. *(Misal de Cluny, seq. Prome casta concio cantica.)*

32 *Liturgia mozárabe*

Por su condena, Cristo libró de los lazos del infierno a la muchedumbre de los fieles creyentes y les dió las

insignias de la libertad. Apareció en el mundo como verdadero León de Judá; y toda la tierra celebró la destrucción del otro león, el demonio, que devora las almas. Permitió que sus miembros fueran clavados a una Cruz, para demostrar su poder infinito que ahuyentaría al enemigo. A su voz, cuando entregó el alma, la tierra tembló, el cielo se sobrecogió de espanto; el día huyó, el sol se obscureció; los astros, velados sus rayos, desaparecieron. Bajó a los infiernos después de romper las puertas y les sumergió en el duelo. Resucita, los ángeles se alegran, la tierra salta de gozo con sus habitantes. En este triunfo se cumplió el oráculo del Profeta: "Yo seré tu muerte, oh infierno. ¿Dónde está pues, tu victoria?" Nadie, sino la Vida, podía destruir a la muerte. Después de haber descendido, ha vuelto a la luz, resucitando a cuantos estaban cautivos de la muerte, a fin de que su resurrección sea confirmada por el testimonio de los vivos y de los muertos. *(Misal gótico publicado por Mabillon. Cfr. A. L.,* ed 1885, t. II, p. 249.)

Liturgia griega 33

Hoy es la primavera de las almas, porque Cristo, al salir de su sepulcro, al tercer día, ha desterrado como otro sol el sombrío invierno de nuestros pecados; cantémosle porque se ha cubierto de gloria. *(Dom. de Santo Tomás, Orthros, can., 3.ª Oda,* ed. rom., Pentecostar., p. 50.)

Tú, Salvador, que has aparecido en la carne como un nuevo Adán, has vuelto a la vida al viejo muerto en otro tiempo por la envidia. *(Sábado Santo, Orthros, Canto del Epitafios, 1.ª parte,* ed. rom., p. 713.)

4. — ILUMINACIÓN Y REDENCIÓN

34 *Liturgia griega*

Tu resurrección, Señor, ha iluminado todas las cosas, y el Paraíso se ha abierto de nuevo; la creación entera te canta y te ofrece diariamente sus himnos. *(Lunes de Pascua, Vísperas, lucernario,* ed. rom., Pentecostar, p. 24.)

Cristo, la alegría de todos, la Verdad, la Luz, la Vida del mundo, la Resurrección, se ha aparecido, en su bondad, a los habitantes de la tierra, se ha convertido en el modelo ejemplar de la Resurrección, y otorga a todos el perdón divino. *(Sábado de Lázaro, kondak.,* ed. rom., Triode, p. 595.)

35 *Liturgia armena*

Hoy, la inefable luz de luz ha iluminado a tus hijos; resplandece, Jerusalén, porque Cristo, tu luz, ha resucitado.

Hoy la triple luz ilumina las tinieblas de la ignorancia; aparece la luz de la ciencia, Cristo que resucita de entre los muertos. *(Himnario de la Iglesia armena.* Cfr. Garkavoroutium, Venecia, 1898, p. 529.)

5. — GOZO Y ALEGRÍA

36 *Liturgia romana*

Ha vencido el León de Judá, el vástago de David, que ha alcanzado con su victoria el poder abrir el libro y romper sus siete sellos: Alleluia, alleluia, alleluia. El Cordero inmolado, debe recibir la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la bendición. (Apoc., 5, 5.) *(Sábado de Pascua, Maitines, 3.º responsorio.)*

Liturgia galicana 37

Venid a celebrar la Pascua nueva. Esperen los miembros para ellos mismos lo que su Jefe, que les ha precedido, tiene conquistado para sí. La nueva Pascua es Cristo, que ha sufrido por nosotros, el Cordero sin mancha (...).

Bajo la prensa del lagar sagrado de la Cruz, la uva se ha exprimido sobre el corazón de su amada Iglesia; ha sido estrujada en la prensa, y las primicias de la gentilidad se alegran ya en una embriaguez gozosa. (...).

La piedra desechada y reprobada se ha convertido en elegida; convertida en piedra angular, brilla como un trofeo. Elimina el pecado pero no la naturaleza; forma una criatura nueva y en ella une a los dos pueblos.

Gloria a la cabeza y concordia entre los miembros. Amén. *(Secuencia de Adán de San Víctor, estrofas,* 2, 5 y 8. P. L., 196, 1442.)

Liturgia armena 38

Hoy es nuesta Pascua por la inmolación de Cristo; renovados todos nosotros del viejo hombre y del pecado, hagamos gran fiesta y digamos: "Cristo ha resucitado de entre los muertos." *(Himnario de la Iglesia armena. Cfr. Garkavoroutium,* Venecia, 1898, p. 529.)

Oh Iglesia, madre de la fe, lecho nupcial de las bodas espirituales. Eres la casa del Esposo inmortal que ha adornado con resplandor eterno.

Eres un nuevo y admirable cielo, elevado de gloria en gloria. Nos regeneras en el baño sagrado, y haces de nosotros hijos brillantes como la luz:

Nos repartes ese pan que purifica y nos das a beber esa sangre temible.

Nos elevas a alturas inaccesibles a la compañía de las inteligencias incorpóreas.

Venid, pues, hijos de la nueva Sión, acercaos con pureza al Señor; gustad y experimentad cuán suave y poderoso es nuestro Señor; el antiguo Tabernáculo era una figura que te simbolizaba, oh Iglesia de Cristo; tú eres la figura simbólica del tabernáculo celestial.

Aquél resquebrajó las puertas de hierro; tú derribas, desde sus fundamentos, las puertas del infierno;

Aquél triunfó del Jordán, tú del mar de la maldad universal.

El jefe del antiguo tabernáculo era Josué; el tuyo es Jesús, Hijo único del Padre eterno.

Ese pan es el cuerpo de Jesucristo; ese cáliz, la sangre de la alianza.

Se nos revela el misterio más profundo: el mismo Dios se manifiesta a nosotros.

Este es el mismo Cristo, el Verbo divino que está sentado a la diestra del Padre.

El que es sacrificado entre nosotros y borra los pecados del mundo, junto con el Padre y el Espíritu, sea bendito eternamente por los siglos de los siglos. Amén. (SCHUSTER, *Liber Sacramentorum*, t. IV, 224.)

6. — DÍA DEL SEÑOR

Este es el día que ha hecho el Señor.
(Salmo 117, 4.)

39 *Liturgia griega*

En este día una tumba encierra a aquel que contiene en una mano toda la creación; una piedra cubre al que cubre los cielos con su virtud; la Vida duerme, el infierno tiembla y Adán es libertado de sus lazos. Gloria a la economía según la cual, habiendo cumplido todas las cosas, nos concedes, como Dios, el Sábado eterno por tu Santa Resurrección de entre los muertos. (*Sábado Santo, Orthros, Laudes,* ed. rom., Triode, p. 733.)

El gran Moisés se refería místicamente al día presente cuando dijo: "Dios bendijo el día séptimo." He aquí, en efecto, el día del reposo en que el Hijo único de Dios descansó de todos sus trabajos, celebrando el Sábado en su carne, conforme a la disposición que le hizo padecer la muerte; y al volver a lo que era, nos ha concedido, por medio de su Resurrección, la vida eterna, El, el único bueno y generoso. *(Id., ibíd.*, p. 734.)

Liturgia mozárabe 40

¡Oh Dios! El día que celebramos es el tuyo por excelencia. En él has querido manifestar a todos los seres creados, la luz visible, como testimonio de la luz eterna; en él has hecho resplandecer la llama que ilumina al mundo, y la antorcha que resucita las almas a la luz. Este día, el primero de la creación, es también el de la Resurrección del Señor: y dando la vuelta al ciclo anual en un cálculo riguroso, es, al mismo tiempo, el principio y el fin del misterio santísimo de la solemnidad pascual. Mira, Señor, en este tiempo propicio, y en este día de salvación, a tus siervos que rescataste de la cautividad del espíritu maligno durante el tiempo de tu Pasión. Les liberastes tiñiéndoles con la sangre de tu Cordero para que no les hiriese la espada exterminadora. En el desierto de esta vida caminas delante de nosotros como nube que nos cobija bajo su sombra durante el día, y por la noche amortigua el ardor de nuestras tentaciones. Como columna de fuego que con su luz nos preserva de las tinieblas del pecado, nos conducirás con tu presencia salvadora al lugar de nuestro descanso. *(Brev. Dom. de Pascua, Vísperas, cap. P. L.* 86, 620.)

Cristo, Hijo de Dios, sosiego de nuestras almas, que guardaste en el sepulcro el descanso sabático; en otro tiempo reposaste este día de todas tus obras, y ahora, este mismo es el de tu descanso sepulcral; verdaderamente santificaste para nosotros este día cuya

tarde presagia ya el que también para nosotros es el octavo. Tú que hicistes brillar la luz en las tinieblas y resucitaste de entre los muertos, apareciste con tu humanidad digna de dirigir nuestra vida por el camino de la santidad; para que durante estos siete días que representan la duración del mundo y en cada uno de los cuales se sacrifica al Cordero y se celebra la Pascua; vivamos conforme a nuestra salvación. Ojalá podamos merecer celebrar todos los días la Pascua con pureza y descansar en este día de todas nuestras obras de una manera tan santa que participemos en la paz del día octavo y eterno, resucitados a la gloria. *(Brev. Dom. in albis, cap. P. L.,* 86, 638.)

Este es el día que hizo el Señor: alegrémonos y gozémonos. Este día no pudieron oscurecerle las tinieblas. Este día ninguno le ha precedido: ninguna noche le ha puesto fin. Quien camina durante este día no tropieza. Es el día en que ningún olvido ha suprimido al que ni la duración de los siglos oscurece. El que, aún permaneciendo eternamente junto al Padre, nos libró en este día de los infiernos, resplandece con luz inmortal.

Tengámosle presente, pues, en nuestra mente, celebrémosle con nuestra voz, adorémosle en espíritu, glorifiquémosle y llevémosle en nuestro cuerpo; y con fervorosa súplica roguémosle que no permita seamos víctimas de la segunda muerte, puesto que nos ha redimido del poder de la primera, y nos ha puesto en libertad por la pasión de su Cruz y de su cuerpo.

El que posee una misma esencia con el Dios que vive por los siglos de los siglos. *(Misa del 3.° Dom. después de la Octava de la Resurrección.* FEROTIN, p. 712.)

Por tu Hijo, oh Padre, restableciste todo y todo lo restauraste. Le enviaste al mundo en forma humana para que pudieses amar en nosotros lo que ya amabas en tu Hijo. Ya está cumplido todo cuanto habías

vaticinado por los Profetas: Cuando tú mismo predijistes de su venida está consumado.

Porque El es el León de Judá, valeroso en la lucha. Es el cachorro del león que resucita victorioso de entre los muertos. Es el Cordero inmaculado, durante tanto tiempo deseado. La piedra desechada por los arquitectos, que luego ha llegado a ser admirable, y piedra angular de la Iglesia. Es la cabeza y príncipe de la milicia celestial. Esposo y Señor de la Iglesia, Piloto, no sólo del arca de Noé, sino también de la Iglesia. Es, en la persona de Abraham, el representante más genuino del cuerpo de los Patriarcas; en la persona de Isaac, el misterio de la víctima gloriosa; en la persona de Jacob el modelo supremo de paciencia; en la de todos los santos, la plenitud de la santidad. *(Misa del 4.º dom. después de la Octava de Pascua.* FEROTIN, n.º 725.)

Digno y justo es, oh Padre Santo, Dios omnipotente y eterno, celebrar tu bondad en todo tiempo, pero con más esplendor, con las almas bienaventuradas, en esta noche o en este día. Porque esta noche, en la que ha amanecido para la eternidad el Día, nuestra Resurrección, nuestro Señor Jesu-Cristo, no es madre de las tinieblas, sino de la luz.

El es verdadero Cordero que borró los pecados del mundo; no se ha inmolado en figura de una víctima futura, ni por otro sacerdote que El mismo; mas, venido en cuerpo real, ha realizado la figura de los sacrificios carnales: en El se han verificado los vaticinios proféticos; y, sacerdote al mismo tiempo que cordero sagrado, se ha hecho, en los últimos tiempos de los siglos, hostia viva y saludable. Levantadas sus manos en Cruz, pende del madero como sacrificio vespertino; resucitado, nos otorga un beneficio matutino.

Por eso, ahora, a imitación del venerable misterio, los hijos de la luz nacen a la vida eterna. En el amanecer de esta noche, nuestra madre la Iglesia los engendra espiritualmente por la gracia, los concibe sin

desdoro, les da a luz con gozo, realiza en sí misma el estado de la Virgen-Madre, que concibió sin obra de varón. En esta mañana de la Resurrección de Cristo, termina la muerte del pecado y comienza la vida de los que tienen fe.

Por esto el cielo y la tierra le cantan un cántico nuevo en compañía del ejército de los ángeles, y pregonan sin cesar, en unión de los Querubines y Serafines, ¡Santo, Santo, Santo! *(Misa de la Vigilia de* Pascua, FEROTIN, n.° 605.)

II. — ASCENSION

1. — REDENCIÓN Y ASCENSIÓN

El que descendió es el mismo que subió por encima de todos los cielos. (Eph., 4, 10.)

Liturgia griega 41

Tú naciste como quisiste, Te manifestaste según tu voluntad; padeciste en tu propio cuerpo, oh Dios nuestro: resucitaste de entre los muertos, después de haber vencido a la muerte. Descendiste a la gloria Tú que llenas todos los espacios, y enviaste el divino Espíritu para cantar y glorificar tu divinidad. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 311.)

Cuando te apresaron, oh Cristo, en el monte de los Olivos, clamaron entre sí las potestades al verte subir: "¿Quién es éste?" y una voz les respondió: "el Fuerte y el Poderoso en la lucha: verdaderamente, el Rey de la gloria." ¿Y por qué están teñidos de sangre sus vestidos? Porque viene de Bosra, esto es, humanado, y El mismo, sentado como Dios a la diestra del Padre, nos ha enviado al Espíritu-Santo para que oriente y salve nuestras almas. *(Vísperas, stich, ibid.,* p. 312.)

Liturgia armena 42

1. Oh Cristo, las potestades del cielo fueron presas de temor al contemplar tu Ascensión; y en su admiración se dijeron entre sí: "¿Quién este este Rey de gloria?"

2. Es el Dios encarnado, el Verbo que ha destruído el pecado sobre la Cruz; Dios fuerte, por su propia virtud sube al cielo en glorioso vuelo.

3. Es el que ha resucitado del sepulcro y vencido al infierno: hoy se eleva glorioso sobre todas las cosas, viene a su Padre; es el Señor poderoso en las tinieblas.

4. Hoy sube, por su divina virtud, al trono de su Padre, seguido del coro de los ángeles que le cantan: "Príncipes, abrid de par en par las puertas, y entrará el Rey de la gloria."

5. Estupefactas, clamaron desde lo alto las potestades con sonora voz: "¿Qué Rey de la gloria es éste que viene humanado y revestido de maravilloso poder? Príncipes, abrid vuestras puertas y dejad entrar al Rey de la gloria."

6. En armonioso concierto, cantan las jerarquías superiores este cántico nuevo: "Es el Rey de la gloria, el salvador del mundo, el libertador del linaje humano. Príncipes, abrid vuestras puertas y dejad entrar al Rey de la gloria."

7. Oh Rey glorioso, haznos dignos de participar de tu gloria, a cuantos hemos sido incorporados a Ti, al participar en tu muerte.

8. Crucificaste contigo el viejo hombre, arrancaste el aguijón del pecado, nos liberaste y por el madero vivificante en que fuiste clavado, y las gotas de tu sangre empaparon al mundo; todas las Iglesias de los santos te cantan himnos espirituales.

9. Por la compasión que indujo a tu divinidad a tomar nuestra humanidad, nos hiciste participantes de tu cuerpo y de tu sangre, mediante el sacrificio de agradable olor que ofreciste a tu Padre, la inmolación del cuerpo que tomaste de nuestra naturaleza; y ascendiste sobre nubes luminosas, a la vista de las Potestades y Principados que, llenos de admiración, se decían: "¿Quién es este que tan velozmente viene de Edom?" Y por tu Iglesia los hombres han aprendido

las manifestaciones multiformes de tu sabiduría. A Ti, los cánticos espirituales de las Iglesias de los santos. *(Himno de Vísperas, del día de la Ascensión.)*

2. — LA ASCENSIÓN Y LOS ÁNGELES

Liturgia griega 43

Ascendiste, oh Cristo, junto a tu Padre, principio sin principio, sin haber abandonado la celestial morada; y las potestades no tuvieron nada que añadir a la alabanza del Trisagio: pues después de la Encarnación reconocieron en Ti al solo y único Hijo del Padre. Según la multitud de tu misericordia, tén piedad de nosotros. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 309.)

Cuando te elevaste a la gloria en presencia de tus discípulos, oh Cristo Dios, las nubes te transportaron con tu propio cuerpo; las puertas del cielo se abrieron, los coros angélicos te saludaron extasiados de alegría, las más encumbradas potestades pronunciaron estas palabras: "Levantad vuestras puertas, Principados, y entrará el Rey de la gloria." Por su parte, los discípulos dijeron: no te alejes de nosotros, Pastor Santo; envíanos al Santísimo Espíritu, para que guíe y reconforte nuestras almas." *(Id., ibíd.,* p. 310.)

En este día, las potestades de lo alto, al ver nuestra naturaleza en los cielos, extrañados de tal ascensión, se preguntaban entre sí y se decían: "¿Quién es éste que acaba de llegar?" Reconocieron a su propio Señor y recibieron la orden de abrir las puertas celestiales. Con ellos te cantamos continuamente a Ti que has de venir en tu propia carne, como juez de todas las cosas y Dios omnipotente. *(Ascensión, Orthros, Idiomele, ibíd.,* p. 313.)

Lluevan las nubes desde lo alto sobre nosotros la eterna alegría, porque hoy Cristo sube a su Padre, trasladado en una nube como sobre los querubines.

Aparecido en forma de una carne semejante a la nuestra, uniste, oh Bondadoso, lo que estaba dividido; oh Misericordioso, subiste antes al cielo a la vista de tus apóstoles.

Los santos ángeles, al ver que Cristo lleva los divinos estigmas de su preciosa pasión se preguntan entre sí: "¿Por qué son rojos los vestidos de quien se ha unido a la carne?" *(Id., canon, 6.ª Oda, ibíd.,* p. 318.)

A Ti Señor, que eres la luz, te recibió una nube de fuego, y de una manera sublime, te arrebató de la tierra. Los ejércitos celestiales te alababan diciendo: con los apóstoles: "Oh Dios, seas bendito." *(Id., 7.ª Oda, ibíd.,* p. 320.)

El Señor subió a los cielos para enviar al mundo el Paráclito. Los cielos prepararon su trono; los ángeles se admiraron al ver a un hombre por encima de ellos. El Padre recibe a quien eternamente tiene en su seno. El Espíritu Santo manda a todos sus ángeles: "Príncipes, levantad las puertas, naciones todas, aplaudid con vuestras manos porque Cristo ha subido donde antes estaba." *(Ascensión, Vísperas, Lucernario, ibíd.,* p. 307.)

Oh Dios que habitas sobre las nubes, los querubines se llenaron de temor en el momento de tu Ascensión al verte subir por encima de ellas. Y nosotros te glorificamos tu infinita piedad. *(Id., ibíd.,* p. 307.)

3. — LA ASCENSIÓN Y LA VIRGEN

44 *Liturgia griega*

Señor, después de haber llevado a cabo, según tu bondad, el misterio oculto antes de los siglos y antes de las generaciones, viniste con tus discípulos al monte de los Olivos. Contigo estaba la que te había dado a

luz a ti, Creador y Hacedor de todas las cosas. ¿Acaso no es justo que la que, como madre, sufrió más que ningún otro en tu pasión, goce de una alegría insuperable en la glorificación de tu cuerpo? y nosotros, Señor, tomando también parte, glorificamos en tu Ascensión a los cielos, la piedad inmensa que nos has mostrado. *(Ascensión, Vísperas, Litie,* ed. rom., Pentecostar., p. 311.)

Oh soberana Inmaculada, tú diste a luz al Señor de todas las cosas, quien voluntariamente eligió la pasión y subió al Padre, del cual no se había separado al encarnarse. *(Ascensión, Ortrhos, canon 1.ª Oda, Theotokion, ibíd.,* p. 314.)

¡Oh maravilla inconcebible! ¿Cómo tú, la llena de divina gracia, has podido concebir en tu seno al Dios incomensurable, que mendigó un cuerpo, que dió la vida a los hombres y que en este día asciende en medio de inmensa gloria a los cielos? *(Id., 7.ª Oda, ibíd.,* p. 320.)

Tu hijo, Madre de Dios, destruída la muerte por su Cruz, resucitó al tercer día y, después de haberse manifestado a sus discípulos, se encaminó al cielo. Te asociamos a El en nuestra veneración y te alabamos y te glorificamos por los siglos de los siglos. *(Id., 8.ª Oda, ibíd.,* p. 321.)

¡Salve, Madre de Dios, Madre de Cristo Dios; Glorificas a quien diste a luz al verte en este día volar de la tierra en compañía de los ángeles. *(Id., 9.ª Oda, Theotokion, ibíd.,* p. 322.)

4. — LA ASCENSIÓN Y LOS PROFETAS

Te elevaste sobre las alturas y te llevaste los cautivos. (Ps., 88, 19.)

Liturgia griega 45

Admirable es tu nacimiento, admirable tu Resurrección, admirable y terrible tu divina Ascensión des-

de la cumbre del monte de los Olivos, ¡oh vivificador! La prefigura ya Elías, ascendiendo en una cuadriga y cantándote, oh Señor bondadoso! *(Ascensión, Orthros, Canon, 5.ª Oda,* ed. rom., Pentecostar., p. 317.)

5. — LA ASCENSIÓN Y LA HUMANIDAD

46 *Liturgia romana*

Cristo, después de su Resurrección se apareció a sus discípulos reunidos, y ante sus ojos se elevó a los cielos con el fin de hacernos participantes de su divinidad. *(Prefacio de la Ascensión.)*

En este día, nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo único, se ha dignado introducir en los cielos y colocar a tu derecha a nuestra carne frágil unida a tu divinidad. *(Comunicantes de la Ascensión.)*

47 *Liturgia griega*

Descendiste de lo alto de los cielos a la tierra y como Dios, resucitaste contigo a la raza de Adán que yacía en la prisión infernal. Por tu Ascensión, oh Cristo, la has levantado al cielo y la has sentado contigo en el trono de tu Padre, pues estás lleno de piedad y de misericordia. *(Ascensión, Orthros, Cathisme según el Polyeleos,* ed. rom., Pentecostar., p. 312.)

Nuestra naturaleza, antes caída, ha sido elevada por encima de los ángeles, y ha sido colocada en el trono divino de un modo que sobrepasa a toda inteligencia. Venid, celebremos esta fiesta y gritemos. Cantad al Señor cuantos sois obra suya y exaltadle por toda la eternidad. *(Id., canon, 7.ª Oda, ibíd.,* p. 321.)

¡Oh muy dulce Jesús, que sin dejar el seno del Padre, te juntaste por tu humanidad a los habitantes de la tierra, y que en este día, desde el monte de los Olivos subiste glorioso a los cielos, Tú levantando compasivo nuestra naturaleza caída, la has hecho sentar

contigo al lado del Padre. Por eso, las muchedumbres celestiales de los incorpóreos, a la vista de esta maravilla, se llenaron de admiración, y comenzaron a enaltecer tu amor para con los hombres. Juntamente con ellos nosotros también, habitantes de la tierra, glorificamos tu venida a nuestro lado y tu Ascensión a los cielos: nosotros te dirigimos esta oración. "Tú que en tu Ascensión colmaste de una alegría indecible a tus apóstoles y al Padre que te envió al mundo, júzganos dignos por tu gran misericordia y a causa de sus oraciones de la alegría de tus escogidos.

Tú elevaste en este día por encima de todo principado y de todo poder a la naturaleza de Adán, que había caído hasta las profundidades de la tierra y a la que Tú renovaste en ti mismo, pues habiéndole amado, la sentaste a tu lado; habiéndote apiadado de ella, te la uniste; habiéndotela unido, sufriste con ella; y habiendo sufrido con ella, aunque impasible, la glorificaste contigo. Mas los incorpóreos decían: "¿Quién es éste hombre tan magnífico?" No es solamente un hombre, sino Dios y hombre, este prodigio que reune las dos apariencias. Por esto los ángeles, con sus túnicas resplandecientes, volando alrededor de los apóstoles, les gritaban: "Hombres de Galilea, el que os ha dejado, Jesús, el Hombre-Dios, volverá Dios-Hombre, como juez de los vivos y de los muertos, para conceder a los fieles la remisión de su pecado y la gran misericordia." *(Id., ibíd.,* p. 310.)

Liturgia mozárabe 48

Procurad, oh hermanos muy queridos, abandonar la carga de los pensamientos profanos, levantad vuestro espíritu y tomad vuestro vuelo hacia las regiones superiores. Seguid con los ojos del corazón a la humanidad que Cristo asumió, escoltada a lo más alto del cielo: el objeto asombroso que se propone a nuestra contemplación, es Jesús, nuestro Señor. Asocia la bajeza de la

tierra a la nobleza del cielo. Hace falta una vista penetrante para considerar el lugar a donde debemos seguirle. En este día nuestro Salvador, después de haber tomado nuestra carne, recupera el trono de su divinidad. En este día presentó a su Padre su humanidad que ha sometido al sufrimiento. Exalta en los cielos a la que ha humillado en la tierra. Va a ver la gloria el que ya ha visto el sepulcro. Y aquel que por vencer a la muerte nos ha otorgado el beneficio de su muerte, nos gratificó con la esperanza de la vida por el ejemplo de su resurrección. En este día ha vuelto al Padre, El que no ha aparecido nunca sin el poder del Padre, El que es su igual. Así, no siendo por su naturaleza más que uno con el Padre, al entrar en el cielo como hombre nuevo, no tomó una nueva humanidad. Imploremos, pues, del poder del Padre, en nombre de su Hijo nuestro Salvador, el envío de la gracia espiritual, el don de la eterna beatitud, la ascensión hacia la mansión feliz, el progreso de la verdadera fe y la ruina de la infidelidad herética. Ciertamente oirá en su gloria a los que buscó cuando estaban perdidos. El que no rechazó a los extraños será cortés con los suyos. Nos ayudará a nosotros que creemos en él puesto que no nos abandonó cuando estábamos por conocerle. El que hizo de sus enemigos hijos obedientes no nos dejará huérfanos. Y, en fin, El que prometió el espíritu de la santidad, nos concederá el objeto de nuestras súplicas. Así sea. (**Ferotin**, *Liber mozarabicus*, col. 322.)

6. — ALEGRÍA DEL CIELO Y DE LA TIERRA

"El Señor ha subido en la alegría." (Ps., 46, 6.)

49 *Liturgia griega*

El mundo entero, visible e invisible, está de fiesta: los ángeles se alegran con los hombres y glorifican sin

cesar la Ascensión de aquel que por su bondad se unió a nosotros en la carne (*Ascensión, Orthros, canon, 4.ª Oda,* ed, rom., Pentecostar. p. 316.)

Liturgia galicana 50

Secuencia de Notkero.

Dígnese Dios alegrar en este día a cuantos cristianos le aman.

¡Oh Cristo Jesús!, Hijo de Dios, mediador que posees la naturaleza divina y la nuestra, Dios eterno, has visitado la tierra; hombre nuevo, has escalado los espacios etéreos.

En tu vuelta al Padre, los ángeles y las nubes te rodean y te sirven.

¿Pero, cuánto más asombroso, cuando, aún infante, las estrellas y los ángeles te obedecen?

Hoy has concedido, Señor, a los hombres, un don nuevo y suave: la esperanza de los bienes celestiales.

Al levantar por encima de los límites sidéreos a un verdadero hombre, ¡oh Señor de los reyes!, ¡qué alegría inundó a los apóstoles a quienes tú concediste que te contemplasen en tu camino hacia el cielo!

¡Con qué alegría vienen los nueve coros a recibirte en el cielo! Llevas, por fin, cargado sobre tus espaldas al rebaño que durante mucho tiempo han tenido dispersado los lobos.

Cristo, buen Pastor, dígnate custodiarle. Así sea.

7. — PARÁFRASIS DE DOM GUÉRANGER SOBRE EL SALMO *LXII*, PARA LA ASCENSIÓN Y PENTECOSTÉS 51

¡Levántese Dios, el Dios-Hombre! Huyan sus dispersados enemigos. Cuantos le tienen odio, desaparezcan como se desvanece el humo; así como se derrite la cera en presencia del fuego, así perezcan los impíos ante la faz de Dios.

Los justos, por el contrario, celebren festines, salten de alegría, y déjense dominar por los transportes de alegría en presencia de Dios.

Oh hombres rescatados, cantad a Dios; haced resonar vuestros cánticos a gloria de su nombre; abrid el camino al que sube sobre Occidente, como sobre un trono. Es el Hijo del Hombre y se llama el Señor.

Entregaos al entusiasmo en su presencia. Ante su vista tiemblan sus enemigos infernales; pues ha venido para ser el Padre de los huérfanos, el defensor de las viudas, el redentor del género humano que el pecado había entregado a Satanás.

En el interior de su santuario está Dios mismo; ha querido que habiten en su propia casa cuantos viven en la unidad de una misma fe y caridad.

A cuantos estaban cautivos, los libró por su poder; a cuantos ponían resistencia, los precipitó a los infiernos.

¡Oh Dios! ¡Oh Cristo! Cuando apareciste en la tierra caminando a la cabeza de tu pueblo, cuando atravesaste el desierto de este mundo árido y desolado.

La tierra se conmovió, los cielos enviaron su rocío fructuoso de parte del Dios del Sinaí, del Dios de Israel que te había enviado.

Reservaste para tu herencia—tu Iglesia—una lluvia de gracias. Cuando bajaste, Tu herencia había perecido; el género humano estaba sin fuerzas; pero Tú le confortaste.

En la Iglesia habita el rebaño del que eres Pastor; y Tú, Dios mío, has preparado, en tu dulzura, un alimento destinado a sostener su debilidad.

Para convidar a sus elegidos con tantos favores, el Espíritu Santo, que es también Dios, da una lengua, una palabra a cuantos han de evangelizar la tierra, para que hablen con fuerza irresistible.

Los reyes de los ejércitos caerán ante El que es el querido y amado del Padre; y la que a la belleza de la casa repartió los despojos.

Durante la lucha, hijos de la Iglesia, dormíais seguros en el recinto que os protege, semejantes a la paloma con plumas de plata, cuyo lomo tiene reflejos de oro.

Mientras aquél cuyo trono está en los cielos, ejerza su juicio sobre los reyes, sus protegidos semejarán a la nieve que cubre los montes de Selmon.

Hay una montaña, montaña de Dios, montaña fértil, sustanciosa y fecunda: es su Iglesia. ¿Dónde encontraréis otra comparable a ésta en fertilidad?

En esta montaña ha querido Dios habitar, y habitará hasta el fin.

El carro del Hijo de Dios que sube al cielo es mejor que diez mil carros de guerra; miles de ángeles le rodean con alegría. El Señor está en medio de ellos; se ha detenido en su santuario, como en otro tiempo en Sinaí.

¡Oh Cristo! has subido a las alturas llevando contigo a los cautivos; has recibido en tu humanidad dones inefables y les has repartido entre los hombres.

Y aquéllos que no creían, reconocen hoy, que Dios habita entre nosotros.

¡Bendito sea el Señor en todo el curso de los días! Dios, autor de nuestra salvación, hará que sea feliz nuestro camino.

Sí; nuestro Dios es un Dios de salvación; al Señor pertenece librarnos de la muerte.

Pero este Dios quebrará las cabezas de sus enemigos, las cabezas altaneras de los que caminan complaciéndose en sus crímenes.

El Señor dijo: "Les arrancaré de Basán y les precipitaré a lo profundo del mar.

Y tú enrojecerás tu pie con su sangre, pueblo mío escogido; y la lengua de tus perros se teñirá de carmín.

Oh Dios, vi tu entrada en el cielo, tu entrada triunfante; te vi a ti que eres mi Rey para siempre.

Los príncipes de la milicia celeste salieron a tu encuentro y con ellos los que ejecutaban cánticos, rodeados todos de las jovencitas que pulsan los tímpanos; tal es el cortejo de Cristo: fuerza, melodía y pureza.

Bendecid al Señor en vuestras reuniones sobre la tierra, cuantos pertenecéis a la fuente verdadera de Israel y formáis parte de la Iglesia.

Encuéntrense reunidos en una santa amistad, Benjamín, el adolescente, sobrecogido por el entusiasmo.

Los príncipes de Judá con sus jefes, los príncipes de Zabulón, y los de Neftalí.

Manda, oh Dios, oh Cristo, con tu poder; envía el Espíritu que da fuerzas; afirma y fortalece por El, lo que has obrado en nosotros.

Vengan los reyes sometidos a ofrecer sus dones a tu templo santo de Jerusalén, figura de la Iglesia.

Reprime las bestias salvajes que se esconden entre los cañaverales, los toros que caen sobre las terneras, las herejías que turban la paz de tu pueblo. Quisieron arrojar de tu herencia a aquellos cuya fe fué probada como la plata.

Dispersa a las naciones que no quieren sino guerra. Egipto envió embajadores para ser adoctrinados en el conocimiento del verdadero Dios; Etiopía tenderá sus manos hacia él, y arrastrará a otros pueblos.

Reinos de la tierra, cantad a Dios; cantad al Señor con cánticos.

Cantad a Dios que ha subido al cielo, saliendo de Oriente, del monte de los Olivos.

Llega el momento en que va a dar una fuerza nueva a sus discípulos. Dad gloria a Dios por cuanto ha obrado en favor del nuevo Israel; su magnificencia y poder resplandecen en sus mensajeros que vuelan como las nubes del cielo.

Admirable es Dios en lo interior de su santuario. El dará a su nuevo pueblo la energía y la fuerza para permanecer hasta el fin de los siglos. ¡Bendito sea Dios!

III. — PENTECOSTES

1. — LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO

"Y fueron llenos todos del Espíritu Santo". (Act., 2, 4).

Liturgia armena 52

La paloma mensajera descendió con gran ruido, bajo la apariencia de una luz; armó con el fuego del relámpago, sin quemarlos, a los discípulos, reunidos en el cenáculo. Es esa paloma inmaterial, insondable, que penetra en la profundidad de Dios, y que, procediendo del Padre, anuncia la segunda venida; se nos enseña, además, que es consustancial a El.

Gloria en el cielo al Espíritu Santo que procede del Padre; por este Espíritu los Apóstoles fueron embriagados del cáliz inmortal, e intimaron a la tierra a unirse al cielo. Dios, fuente de vida, Espíritu de bondad, has esclarecido por medio de las lenguas de fuego a cuantos unía un amor unánime; por esto, celebramos nosotros tu venida santa.

Los santos Apóstoles se vieron colmados de delicias con tu venida; por el don de lenguas conquistaron hombres que ningún lazo podía unir; por esto celebramos en este día tu venida feliz.

Te has servido de ellos para embellecer, por medio del bautismo santo y espiritual, a todo el universo, revistiéndole de hábitos nuevos y resplandecientes; por lo cual celebramos en este día tu venida santa.

Tú que descansas en el carro de los Querubines, Espíritu Santo, descendiste hoy del cielo sobre todos los Apóstoles; ¡bendito seas, Rey inmortal!

Tú que caminas sobre los vientos, te das hoy como lenguas de fuego y fijas tu morada sobre los Apóstoles; ¡bendito seas, Rey inmortal!

Tú que cuidas de todas las criaturas con tu providencia, oh Espíritu Santo, has venido en este día a consolidar tu Iglesia; ¡bendito seas, Rey inmortal!

53 *Liturgia griega*

El manantial del Espíritu Santo descendió en torrentes de fuego sobre los habitantes de la tierra; cayó en rocío espiritual sobre los Apóstoles y los dejó iluminados; se convirtió para ellos en una nube que destila fuego, en una llama que los iluminó y los regocijó; y ellos nos han comunicado la gracia por el fuego y el agua. El fuego del Paráclito ha venido y ha iluminado el mundo. *(Pentecostés, Orthros, Kathisme según la 2.ª stichol.*, ed. rom., Pentecostar., p. 386).

2. — ALABANZAS AL ESPIRITU SANTO

54 *Liturgia armena*

Espíritu igual y semejante al Padre y al Hijo, increado y coexistente con ellos, que procedes del Padre de una manera insondable, que recibes del Hijo su figura indecible, has descendido hoy al Cenáculo, has embriagado a los Apóstoles del Espíritu de tu gracia; embriáganos también a nosotros con la misericordia del cáliz de la sabiduría.

Creador de todas las cosas, Tú que has sido llevado sobre las aguas, te muestras acariciador como la paloma, sobre las aguas del baño que has instituído para nosotros por el que coexiste contigo; ahí das a luz a los niños deiformes; dános de beber por tu misericordia del cáliz de la sabiduría.

Maestro de los entendimientos de arriba y de los seres sensibles de la tierra, Tú que de pastores sacas profetas, de pescadores, Apóstoles, de publicanos, Evangelistas; de perseguidores, heraldos de tu palabra, dános de beber por tu misericordia del cáliz de tu sabiduría.

Como viento impetuoso con ruido terrible de tempestad, te apareciste, oh Espíritu, en el cenáculo al coro de los doce; bautizados por ti, se purificaron como el oro en el crisol; purifícanos de las tinieblas del pecado y vístenos de la gloria.

El Amor te envió por amor, a Ti que eres amor; por Ti se unió a sus miembros; apoyó sobre tus siete columnas, la Iglesia que se construyó; puso en ella como sus representantes a los Apóstoles enriquecidos con tus siete dones. Purifícalos de las tinieblas del pecado y revístelos del esplendor de tu gloria. *(Primer himno de los nocturnos del 2.ª día después de Pentecostés;* cfr. Garkovoroutium. Venise, 1898, p. 529-531).

Oh Espíritu Santo, cáliz derramado desde los cielos que haces inmortales; de él han bebido en el cenáculo los santos Apóstoles; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Te extendiste ampliamente entre nosotros; fuego vivo; pues los Apóstoles se saciaron y después saciaron a toda la tierra; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Hoy, las iglesias de la gentilidad se sienten transportadas de gozo y llenas de alegría que viene de Ti, cáliz vivificador; bendito seas, oh Espíritu Santo, que eres la verdad.

Tú que procedes de la verdad del Padre, fuente de luz, has traído la alegría a los Apóstoles, les has llenado de los rayos de una vibrante luz; por sus plegarias, tén piedad de nosotros.

Tú que, al principio, convertiste en luz las tinieblas que envolvían al mundo, hoy has llenado a los Apósto-

les de tu luz divina y admirable y les has colmado de felicidad; por sus plegarias, tén piedad de nosotros.

Tú que te sientas sobre los ángeles que despiden rayos de fuego y extienden sus alas, hoy has descendido desde lo alto de los cielos sobre una reunión de hombres, impulsado por un inflamable amor; ¡bendito seas, oh Espíritu Santo, oh Dios!

Tú, proclamado santo por el Trisagio de las lenguas de fuego, has descendido en este día de los cielos sobre los labios de los hombres; ¡bendito seas, oh Espíritu Santo, oh Dios!

Tú, a quien los espíritus ígneos contemplan siempre en medio de llamas brillantes, te has derramado hoy desde los cielos sobre la tierra como una copa que aviva el fuego; eres bendito, ¡oh Espíritu Santo, oh Dios! *(Canon del Viernes después de Pentecostés)*.

55 *Liturgia griega*

El Espíritu Santo es Luz y Vida, y fuente viva de inteligencia; Espíritu de Sabiduría, Espíritu de Ciencia, bueno, recto, inteligente, purificador de los pecados, divino y al mismo tiempo divinizante; fuego que procede del fuego, que habla, obra y distribuye los dones; El ha coronado a todos los profetas y los Apóstoles de Dios juntamente con los Mártires.

Prodigio extraño de oír y extraño de ver; el fuego está dividido por la partición de dones. *(Pentecostés, Orthros, Laudes,* ed. rom., Pentecostar., p. 405).

3. — REDENCION Y PENTECOSTES

"Si no me voy, el Consolador no bajará a vosotros". (Juan, 16, 7).

56 *Liturgia griega*

Habiendo preparado con una palabra el baño divino de la regeneración para la naturaleza corrup-

tible, me inundas con el torrente salido de tu corazón inmaculado y traspasado por una lanza, oh Verbo de Dios, al mismo tiempo que me marcas con el sello del fervor del Espíritu. (*Pentecostés, Orthros, canon, 4.ª Oda*, ed, rom., Pentecostar., p. 398).

Después de tu Resurrección de la tumba, oh Cristo, y de la Ascensión a lo más alto de los cielos, has enviado desde lo alto tu gloria sobre los testigos de tu divinidad, has renovado en tus discípulos un espíritu de rectitud. Por esto, a semejanza de un arpa, ellos han expuesto melodiosamente con la ayuda de un plectro místico, el eco de tus palabras y tu economía. (*Id., cathisme según el Polyeleos, ibid.*, p. 195).

4. — BAUTISMO DE LA IGLESIA

Liturgia griega 57

¡Oh hijos luminosos de la Iglesia!, recibid el rocío del soplo inflamado del Espíritu como un bautismo que perdona vuestros pecados. En este día una ley ha salido de Sión; es la gracia del Espíritu figurada por las lenguas de fuego. (*Pentecostés, Orthros, canon, 3.ª Oda*, ed. rom., Pentecostar., p. 399).

5. — EL MILAGRO DE LAS LENGUAS

Liturgia griega 58

Los pueblos que, antiguamente, en su presunción, edificaron la torre de Babel, fueron castigados con la confusión de lenguas: hoy las lenguas están repletas de sabiduría por la gloria del conocimiento divino. En otro tiempo, Dios condenó a los impíos por sus pecados; hoy Cristo ilumina a los pecadores por medio del Espíritu. Antiguamente, les vino el castigo de no poderse expresar: hoy se nos concede para salud de nues-

tras almas la sinfonía de las voces. *(Id., Vísperas, Apostiche, ibíd.*, p. 394).

6. — ALEGRIA DE PENTECOSTES

59 *Liturgia galicana*
Prosa de Adán de San Víctor

Una luz alegre, resplandeciente, un fuego que baja del trono divino sobre los discípulos de Cristo, llena los corazones, enriquece las lenguas y nos invita a unir en conciertos armoniosos nuestras lenguas y nuestros corazones.

La prenda que Cristo había prometido a su Esposa se la traía al volver el quincuagésimo día; después de la dulce miel, la piedra vierte aceite, esa piedra que en adelante será inamovible.

En la montaña se dió al pueblo la Ley, no en lenguas de fuego, sino en tablas de piedra; en el Cenáculo se da a algunos hombres, un corazón nuevo y la unidad de lenguas.

¡Oh día feliz y festivo aquel en que fué fundada la Iglesia primitiva! Tres mil hombres; tales son las primicias vivientes de la incipiente Iglesia.

Los panes legales ofrecidos como primicias representan a los dos pueblos adoptados en una misma fe; la piedra angular se interpone entre ambos para no formar más que un solo pueblo.

Unicamente los odres nuevos pueden contener el vino nuevo, mas no los viejos. La viuda prepara las vasijas y Eliseo infunde el aceite. De este modo derrama Dios sobre nosotros el rocío celestial si nuestros corazones se encuentran convenientemente preparados. El desarreglo de nuestras costumbres nos haría ciertamente indignos de este vino, de este aceite y de este rocío; el Paráclito no podía habitar en corazones entenebrecidos o divididos.

Ven, augusto Consolador, gobierna las lenguas, apacigua los corazones; la hiel y el veneno no son compatibles con tu presencia. Sin tu gracia no hay ni felicidad, ni dicha, ni salud, ni seguridad, ni dulzura, ni plenitud.

Eres luz y fragancia, eres el que confiere al agua su poder misterioso. Los que antes éramos por naturaleza hijos de cólera y ahora somos hijos de gracia te alabamos con un corazón puro después de hechos una creación nueva.

Tú que eres el Donante y el Don y el Autor de todo bien, dános el gusto de tu alabanza y pon en nuestros labios los acentos que canten tu gloria.

Tú que eres el autor mismo de la pureza, purifícanos de todo pecado; renuévanos en Cristo y dános la alegría plena que acompaña a la renovación perfecta. Amén. (*P. L.*, 196, 1447).

Liturgia armena 60

Hoy los coros de los Apóstoles se llenan de alegría por la venida del Espíritu de Dios; les consuela como antes lo hacía el Verbo encarnado y habita en ellos; glorifiquémosle y celebremos su santidad con santas alabanzas.

Hoy, una agua viva ha brotado en Jerusalén; los ríos de Dios se han henchido de ella y con su curso han empapado la tierra como las cuatro fuentes que bañaban el Edén; glorifiquémosle y celebremos su santidad.

IV. — CONCLUSION

61 *Homilía de Santiago de Saroug*
sobre el velo de Moisés

(Exodo, 34, 33-34). *Dónde está explicado el misterio de las bodas de Cristo con la Iglesia y el misterio pascual.*

En el misterio de sus designios el Padre había preparado una Esposa a su Hijo unigénito y la había anunciado en figuras proféticas. En su amor había edificado un palacio inmenso para la Esposa de aquél que era la luz y decoró las paredes de la morada con diversas imágenes del Esposo. Apareció Moisés y trazó con mano experta una imagen del Esposo y de la Esposa a la que cubrió con su velo. En su libro escribió que el hombre dejaría a su padre y a su madre para juntarse a su Esposa de tal manera que de los dos se hiciesen uno solo. El Profeta Moisés nos habla así del hombre y de la mujer para anunciarnos con ello a Cristo y a su Iglesia. Con el ojo penetrante de profeta contempló a Cristo haciéndose uno con la Iglesia a partir del misterio del agua. Vió a Cristo traer hacia sí a la Iglesia desde el seno virginal y a la Iglesia atraer hacia sí a Cristo desde el agua del bautismo. De este modo el Esposo y la Esposa se unieron místicamente de modo total. He aquí por qué escribió Moisés que de dos se harían uno solo.

Moisés, con la faz velada, contemplaba a Cristo y a la Iglesia; a uno llamó hombre y a la otra mujer para no mostrar a los Hebreos la relidd en todo su

esplendor. De las más diversas maneras trató de velar sus palabras a los extraños y decoró la morada real del Esposo con una imagen a la que llamó: Hombre y Mujer, aunque bien sabía que bajo este nombre se escondían Cristo y la Iglesia. Pero en su lugar, con el fin de guardar mejor el secreto, anunció solamente al hombre y a la mujer porque el velo debía todavía durante algún tiempo cubrir el misterio. Nadie conocía la significación de esta gran imagen; se ignoraba lo que podía representar.

Después de las fiestas nupciales vino Pablo quien vió el velo extendido sobre su esplendor y lo arrancó. Entonces reveló a Cristo y a su Esposa todo el universo y los mostró como los mismos que Moisés había descrito en su visión profética. El Apóstol exclamó en un arrebato de entusiasmo: He aquí un gran misterio, y descubrió lo que representaba esta imagen velada, llamada por la profecía: el Hombre y la mujer. "Yo lo sé, representaban a Cristo y a la Iglesia que de dos se han hecho uno."

El velo que cubría el rostro de Moisés ha desaparecido por fin. ¡Venid todos y contemplad este resplandor que uno no se cansa de admirar! El gran misterio escondido hasta ahora, está puesto a la luz. Regocíjense los convidados a la boda a la vista de la belleza del Esposo y de la Esposa. El se entregó a Ella, que se hallaba en la indigencia y se hizo su posesión; y unida ya a El, participó de su alegría; para exaltarla se abajó hasta su humilde nivel, pues ya son uno solo y donde El esté está también Ella. Pablo, este gigante del apostolado, nos ha dado una interpretación clara del misterio. La belleza de la Esposa, escondida hasta ahora, ha sido manifestada y los pueblos y las naciones admiran su fulgor.

El prometido ha llevado a la hija de la luz a un nuevo seno materno; el agua predestinada del bautismo la concibió y la dió a luz. El se encuentra en el agua y la llama a sí; ella desciende, le atrae, sale del

agua y le recibe; todo ello para que se realicen las palabras de Moisés que de dos se han hecho uno solo. Por el bautismo se traba entre el Esposo y la Esposa un vínculo de pureza y santidad: se hacen uno en la unidad del Espíritu por el bautismo.

Las esposas no están tan estrechamente unidas a sus maridos como lo está la Iglesia al Hijo de Dios. ¿Qué esposo, fuera de Nuestro Señor, ha muerto alguna vez por su esposa y qué esposa ha escogido jamás por esposo a un crucificado? ¿Quién ha ofrecido jamás su sangre como prenda a su esposa fuera de aquél que murió en la Cruz y que con sus heridas selló su unión nupcial? ¿Quién ha visto alguna vez al esposo yacer muerto en el mismo festín de las bodas, mientras que, a su lado, la esposa le abraza para consolarle? ¿En qué otra fiesta y en qué otro banquete ha sido distribuído a los convidados el cuerpo del esposo a manera de pan?

La muerte separa a las esposas de sus maridos pero aquí es la muerte la que une la Esposa a su amado. El murió sobre la Cruz, entregó su cuerpo a su gloriosa Esposa y cada día Ella lo toma de nuevo y lo consume en su mesa. Con la sangre preciosa manada de su costado traspasado la preparó una copa que debía beber para olvidar sus dioses innumerables.

Junto con El, se ungió de aceite; en el agua, Ella le atrajo hacia sí y le consumó bajo la forma de pan y de vino que bebió, para que el mundo reconociese que de dos se habían hecho uno. Después de la muerte del Esposo sobre la Cruz Ella no le dejó por otro, mas amó su muerte porque sabía que por su muerte había recibido la vida.

El Hombre y la Mujer habían dado ocasión al delineamiento del misterio del cual solo eran sombras, tipos y figuras. Detrás de estos nombres de hombre y mujer Moisés dibujó este gran misterio, pero escondióle y cubrióle con un velo para que permaneciese oculto. El Apóstol manifestó su fulgor a toda la tierra,

y las palabras de Moisés: "De los dos se harán uno" fueron esclarecidas.

Moisés habló del Hijo de Dios de muchas maneras; pero, como estaba velado, nadie le entendió. Le describió en el cordero que se coge y se encierra, como figura del Hijo de Dios que el pueblo arrastró al juicio. Después inmoló el cordero aspergeando con su sangre las puertas de los Hebreos para impedir que el Angel exterminador matase a sus primogénitos. La aspersión de las puertas se hizo con un hisopo empapado en sangre, pero nadie sino él sabía la razón de ello. De manera figurativa aspergeó la parte superior e inferior de las dos partes del dintel de la puerta trazando así sobre ellas el signo de la cruz para impedir que entrase la muerte. Pero oculta este misterio a los ojos del pueblo para que no advierta nada. Sin embargo es claro, y un ciego se daría cuenta de ello, aunque fuese a tientas, que no es el Angel el que ha podido con su sangre detener la muerte. Si el exterminador de los primogénitos no hubiera reconocido en ello la figura del Hijo de Dios representada en aquellas puertas, no habría pasado adelante. La sangre del cordero prenunciaba la sangre de Cristo; esa imagen insignificante presagiaba este gran misterio.

Por la unción de la sangre del cordero sobre la puerta Moisés te enseña a humedecer tus labios cada día con la sangre del Hijo. La puerta, en el hombre, es la boca de la cual salen toda clase de sonidos y palabras, de alabanzas o de insultos. Por eso David pedía un guardián para su boca; ¿y qué mejor custodio podemos desear que el crucificado? David suplicaba: "Pón, Señor, un custodio a mi boca." La Cruz es este vigilante colocado junto a la boca contra Satanás. La Cruz se elevó junto a las puertas del pueblo de Israel y los preservó del exterminador de los primogénitos de Egipto. Toma tú también la sangre del Hijo de Dios y traza con la derecha sobre tus labios el signo de la Cruz. Pón un guardián a tu boca y tén con-

fianza; al verla, el exterminador no podrá acercársete. Si el signo figurativo ha podido por sí mismo salvar a Israel, ¿Cuánto más lo podrá la realidad de la figura para aquél que apela a ella? Lleva a tus labios el cáliz de la sangre de Dios para que te sea un vigilante seguro. Por la sangre de un cordero fueron selladas las puertas del pueblo; sella también tus puertas por la sangre del costado del Hijo de Dios. Colora tu lengua, tiñe tus labios y tu corazón con la sangre de tu Señor para que él te preserve de todo mal. Aspira cada día a Aquel que guarda tu boca y tus labios; pídele con lágrimas que te sea un custodio vigilante. La sangre del Crucificado que recibe hoy la boca de los fieles, he ahí lo que significaba a los ojos de Moisés la sangre del Cordero. Los doctores de la ley leían los libros que contenían las gestas de Moisés y ninguno de ellos era capaz de explicar sus misterios. Un velo los ocultaba a sus miradas y no podían reconocerles antes de la aparición del Hijo de Dios.

Cuando con su vara abrió el mar ante la gran multitud, trazó la cruz sobre aquel paso milagroso. ¿Quién podrá dividir el mar con la ayuda de una simple vara como lo hizo Moisés sin poseer como él el misterio del Hijo de Dios? El abrió un paso en el mar para mostrar que el Hijo de Dios debía también penetrar el Hado y llamar los muertos a la vida para llevarles consigo. El paso de los Hebreos era la figura de este gran tránsito del Hijo que lleva consigo a toda la humanidad hacia su Padre.

Los egipcios que se anegaron en las aguas constituyen el tipo de los demonios impuros que el Hijo de Dios arrojó al abismo. El Faraón, que se creía fuerte y semejante a Leviatán, es imagen del diablo derribado por la Cruz. Moisés salió del mar, y después de la muerte de este lobo rapaz, pudo conducir su rebaño: figuraba al pastor que arranca sus ovejas de las manos de los ladrones.

También por su cántico, fuá Moisés, imagen de la Esposa de la luz que canta su liberación de las manos del perseguidor. Las vírgenes alternan sus coros, imagen de nuestras asambleas festivas con sus himnos de alabanza.

Llegó a Mara, donde por razón desconocida no pudo beber de aquella agua amarga hasta que el signo de la Cruz la endulzó... El Señor le mostró una rama que debía arrojar al agua para hacerla potable. Aquella unción era un símil del Hijo de Dios: la Cruz endulza las amarguras de los hombres y les sirve de fermento que les penetra y les transforma interiormente.

A todo lo largo de su trayecto, en cada parada y en cada estación, Moisés trazó muchas figuras del Hijo de Dios. Por las setenta palmeras y las doce fuentes representaba el número de los discípulos y de los Apóstoles. Desde lo alto de los muros hizo descender sobre la asamblea del pueblo, aquél Pan maravilloso, con lo que señalaba de antemano que el Pan de vida debía descender sobre la tierra.

Hendió la roca y brotaron manantiales, imagen de Cristo que derrama la vida sobre toda la tierra. Porque como dice la Escritura (I Cor., X, 4) Cristo era la roca. Por El y por su Misterio los Hebreos poseían la vida sin saberlo. También El es la piedra que echa a rodar sin que ninguna mano la impulse; es la piedra que proporciona agua al pueblo sediento; es la piedra desechada por los que levantan el edificio; es en fin, la piedra que destruyó los innumerables ídolos de la tierra. Moisés habló a la roca y de ésta brotó agua; en la piedra anunciaba a Cristo, piedra que debía descender a la tierra.

Con la serpiente de bronce que mandó hacer para curar a sus hermanos, Moisés erigió una figura de la Crucifixión. Todos los que habían sufrido mordeduras de las serpientes y elevaban a ella sus ojos, se encon-

traban al punto curados. Moisés fundió una serpiente de bronce que levantó en medio del campo; todos los que habían sido mordidos por las serpientes y la miraban quedaban curados. Con esto pintó el Gólgota y la Cruz del Hijo de Dios y mostró cómo su cuerpo curaría las heridas. Cuantos hayan sido mordidos por la serpiente que en otro tiempo causó la muerte a Adán, eleven sus ojos a la Cruz que, sin ningún otro remedio, da la curación.

¿Qué figuraba Moisés en estas profecías ocultas para cuantos le rodeaban? Por los sacrificios de acción de gracias y los holocaustos ofrecidos sobre los altares prefiguraba al Hijo; le prefiguraba igualmente por el par de pájaros de los cuales uno se inmolaba y el otro se soltaba; por la vaca inmolada en sacrificio expiatorio, por los toros y las ovejas, por las tórtolas y las palomas. Así mismo le anunciaban los panes de la proposición que sin cesar se renovaban sobre la mesa, y también la túnica sacerdotal, recogida por la cintura, la santa diadema, el efod con las piedras preciosas, la vestidura del gran sacerdote con sus campanillas de oro, el fuego, el incienso, el incensario de los sacerdotes que ofrecían el sacrificio, las piedras llamadas Luz y Justicia que el gran sacerdote llevaba sobre sí y consultaba en el santuario. En fin, aquella unción de sangre que recibía el gran sacerdote en su consagración sobre las manos, los pies y el lóbulo de la oreja, eran una figura del Hijo de Dios.

Además de los diversos sacrificios que ofrecía, Moisés derramaba sangre por los pecados de sus hermanos, y de este modo absolvía figurativamente a los Hebreos para hacer saber al universo que su Señor expiaría con su propia sangre los pecados del mundo[1].

---

[1] ZINGERLE, O. S. B. *Monumenta Syriaca*, p. 75 y sigs. (Cfr., G. BICKELL, *Ausgewänlte Gedichte der syrischen Kirchevätters*, en la *Bibliothek der Kirchenväter*, t. XII, páginas 258 y siguientes).

SUPLEMENTO

ADVERTENCIA

Hallábase ya impreso este volumen tercero de nuestra versión castellana del Año Litúrgico, *cuando la Sagrada Congregación de Ritos, cumpliendo las disposiciones de S. S. Pío XII, felizmente reinante, promulgó las modificaciones siguientes al Calendario de la Iglesia Universal:*

a) Suprimida la Solemnidad de San José, Esposo de la Santísima Virgen María, Confesor y Patrono de la Iglesia Universal, o más bien fundida esta fiesta, que se celebraba el miércoles de la tercera semana después de Pascua [1],

[1] Advertimos que creemos un error el de computar las semanas después de Pascua (y lo mismo se diga de las de después de Pentecostés) con distinta enumeración que los domingos; pues, así como los domingos no empiezan a contar sino pasada la *semana de Pascua* (o de Pentecostés respectivamente), tampoco deben empezar a contar las semanas sino terminada la de Pascua (o de Pentecostés), que no forma más que una sola fiesta con el domingo de Pascua (o de Pentecostés). Esto se ve expresado claramente en los títulos mismos con que los días o ferias de ambas semanas se designan en el Breviario y en el Misal. Por otra parte es un contrasentido que, por ejemplo, al segundo domingo después de Pascua (o de Pentecostés) siga la tercera semana, siendo así que el domingo histórica y litúrgicamente es el primer día y el principio y cabeza de la semana. Reflexionen sobre esto muchos de los que confeccionan los calendarios distribuyendo los días del año por semanas y meses y colocando el domingo en la última casilla de los días de la semana, debiendo ponerle en la primera, como hacen otros mejor instruídos. (N. de los T.)

con la del 19 de marzo (véase el tomo II), se ha introducido la nueva fiesta de la Solemnidad de San José Obrero, *que se ha fijado el 1 de mayo.*

b) La fiesta de los Apóstoles San Felipe y Santiago el Menor, queda trasladada para siempre al día 11 de mayo, con el mismo rito que tenía.

c) Finalmente el 31 de mayo ha sido consagrado con la fiesta de la Santísima Virgen María REINA, *bella corona del mes particularmente dedicado a cantar la beldad de nuestra Madre y Señora.*

A todo esto responde el presente Suplemento.

PROPIO DEL TIEMPO

MIERCOLES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Suprimida la Solemnidad de San José, páginas 257-274, tómense para lectura instructiva o puntos de meditación, los dos primeros párrafos que se ponen para el jueves de la misma semana; *La Iglesia sociedad visible,* página 274, y *Los derechos de la Iglesia,* página 275.

JUEVES

DE LA TERCERA SEMANA DESPUES DE PASCUA

Léase y medítese el párrafo *Las persecuciones de la Iglesia,* página 278.

PROPIO DE LOS SANTOS

1 DE MAYO

SOLEMNIDAD DE SAN JOSE OBRERO, ESPOSO DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA, CONFESOR

DESARROLLO HISTÓRICO DEL CULTO A SAN JOSÉ.— Extraordinario es el desarrollo que últimamente han adquirido en la piedad de los fieles y en la liturgia de la Iglesia, el culto y devoción al Patriarca San José.

Por lo que hace al culto litúrgico, no se puede exactamente precisar cuándo empezó. Es indudable que en esto las Iglesias de Oriente se adelantaron a las occidentales. La Abadía benedictina de Winchester, en Inglaterra, se atribuye el honor de haber sido la primera en celebrar la fiesta de San José, hacia el año 1030. Este culto recibió incremento durante el siglo undécimo, siendo causa de ello la venida a Occidente de los Hermanos Carmelitas. Al Instituto Carmelitano siguieron las demás familias religiosas, señaladamente la de San Francisco y la de Santo Domingo de Guzmán en los siglos XIV y XV.

Sixto IV mandó poner la fiesta en el Breviario y en el Misal Romano. El oficio era de rito simple. Inocencio VIII la elevó a rito doble, y con este rito ordenó Gregorio XV se celebrase tal solemnidad en todo el mundo. Clemente X la elevó a segunda clase, y Clemente XI hizo que se solemnizara con Oficio y Misa propios. Benedicto XIII insertó el nombre de San José en las Letanías de los Santos, y Pío IX, habiéndolo declarado Patrono de la Iglesia Católica, extendió la fiesta de su Patrocinio a toda la Iglesia. Grandemente fomentó León XIII la devoción al celestial Patrono de la Iglesia Universal declarándolo asimismo Patrono de varias naciones e inculcando la devoción a la Sagrada Familia. San Pío X, que tan dignamente había llevado el nombre del Santo Patriarca, aprobó sus Letanías y elevó la fiesta del Patrocinio a rito doble de primera clase con Octava. Benedicto XV, además de aprobar el Prefacio propio del Santo, introdujo la mención que de él se hace en la fórmula de la *Recomendación del alma,* como especial abogado de los que están para morir. De Pío XI también consta que fué devoto de San José; y, en fin, S. S. Pío XII, el papa reinante, no se ha mostrado menos espléndido en su piedad al Patrono de la Iglesia, especialmente con la institución de la Solemnidad de San José Obrero, que hoy celebramos.

La devoción privada a San José. — Bien puede afirmarse que la devoción privada al Santo Patriarca, Esposo de la Virgen Madre del Señor, existió en el pueblo cristiano desde los primeros siglos de la Iglesia. Isidoro de Isolano, muerto en 1522, autor de la famosa *Suma de los dones de San José,* escribía: "El Espíritu Santo no cesará de mover los corazones de los fieles hasta que por todo el imperio de la Iglesia militante se ensalce al divino José con nueva y creciente veneración, se edifiquen monasterios y se levanten iglesias en su honor, celebrando todos sus fiestas y ofreciéndole y rindiéndole a porfía sus votos...; se establecerá en su honor una fiesta singular y extraordinaria. El Vicario de Cristo en la tierra, movido por el Espíritu Santo, mandará que la fiesta del Padre Putativo de Jesucristo y Esposo de la Reina del mundo y varón santísimo, se celebre hasta el último confín de la Iglesia militante". Es evidente que en gran parte se han cumplido ya las inspiradas palabras del insigne dominico y teólogo de San José. En otra parte hemos recordado ya cómo este incremento de la devoción de pueblo cristiano al Santo Patriarca San José, se debe en una manera especial a Santa Teresa de Jesús [1].

[1] Véase lo dicho en el tomo II, el 19 de marzo; y pueden leerse igualmente con provecho las páginas 257-274 de este mismo volumen, correspondientes a la suprimida solemnidad del Patrocinio de San José.

Fiesta de San José Obrero. — El 1 de mayo de 1955, atendiendo a las necesidades de los actuales tiempos, S. S. el Papa Pío XII, rodeado de más de 150.000 obreros, representantes de la Asociación Cristiana de Trabajadores, reunidos en la plaza de San Pedro del Vaticano para ofrendarle sus afectos y presentes, contestando a los anhelos que le manifestaron de que consagrara solemnemente la Fiesta del Trabajo, sorprendió al mundo obrero católico con el regalo celestial de la institución de la fiesta litúrgica de su patrono San José, virginal Esposo de María Santísima, el humilde y callado y justo trabajador de Nazaret, para que en adelante fuera su protector especial ante Dios, su defensor en la vida, y su refugio en las penas y pruebas del trabajo. Con esto el Padre Santo quiso grabar en la mente de los obreros y trabajadores católicos el significado de la celebración cristiana de la Fiesta del Trabajo, que una concepción materialista y atea pretende imponer en el proletariado universal para ruina de las naciones. Y para darla todo el realce que merece, se la ha titulado Solemnidad de San José Obrero, declarándola de rito doble de primera clase. De este modo la Iglesia, Madre providentísima de todos, ha manifestado su tierna preocupación por amparar y elevar a los obreros, la parte más numerosa del rebaño del Señor a ella confiado.

Objeto de la nueva fiesta. — El objeto de la Solemnidad de San José Obrero es honrar al Santo Patriarca como modelo y protector celestial de los trabajadores, y el de promover al mismo tiempo el reconocimiento de la dignidad y la estima y práctica cristiana del trabajo manual. Por eso el Papa, al instituir esta fiesta de San José, Patrono del mundo obrero, nos recuerda a todos que el trabajo es parte del homenaje esencial que el hombre debe rendir a su Creador. Debemos trabajar todos porque, según la palabra del Génesis, estamos hechos a imagen y semejanza del mismo Dios que nos creó; ahora bien, Dios ha trabajado y trabaja eternamente, y no menos su divino Hijo, como éste mismo lo declara en el Santo Evangelio [1]. Y no crearon al hombre para estarse ocioso, meramente gozando y contemplando, sino que, aun antes de que pecara, le pusieron en el paraíso para que lo trabajase y custodiase [2].

Obligación del trabajo.—Somos hombres, somos pecadores, somos cristianos: he aquí tres títulos que nos obligan a la ley universal del trabajo.

En cuanto hombres, debemos trabajar. Ya hemos dicho cómo Adán debía trabajar en el paraíso, y no precisamente para procurarse el alimento, que tenía asegurado por los frutos es-

[1] *Job,* V, 17.
[2] *Gen.,* II, 15.

pontáneos de aquel huerto, sino para ejercitar sus fuerzas y su inteligencia. Su trabajo debía ser entonces agradable y en ningún modo penoso. Esta necesidad del trabajo la conocieron hasta los paganos. Entre los egipcios cada año se tomaba cuenta de lo que uno había hecho y del oficio que había ejercido; y el no haber ejercido ninguno, se castigaba con la ignominia y hasta con la muerte. Entre los griegos todo padre debía enseñar un oficio a sus hijos; de lo contrario éstos no tenían la obligación de asistirle en su vejez. Y es que el hombre constituye un ente social, que no puede vivir por sí solo, independiente de los demás. Y así, ya que vive del trabajo de los otros, justo es que éstos vivan también del suyo. Además es imposible que un hombre ocioso no moleste a los demás, matando el tiempo en indagar vidas ajenas y llevando y trayendo cuentos y sembrando desasosiegos, discordias, malquerencias y alborotos. San Francisco de Asís, a un fraile que andaba vagueando por la casa, llamábalo *Fray Mosca*. Tales ociosos, dice San Alfonso, merecerían se los echase afuera o se los encerrase en una habitación.

Debemos, en segundo lugar, trabajar *en cuanto pecadores*. Después del pecado de nuestros primeros padres, el trabajo es una satisfacción que Dios exige al hombre; es una reparación, una deuda de justicia que, a no pagarla en este mundo, tendremos que pagarla en el otro. "Y a Adán le dijo (Dios): Por cuanto has escuchado

la voz de la mujer y has comido del árbol de que te mandé no comieses, maldita sea la tierra por tu causa; con grandes fatigas sacarás de ella el alimento en todo el curso de tu vida. Espinas y abrojos te producirá...; mediante el sudor de tu rostro, comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra de la que fuiste formado"[1]. Explicando estas palabras, dice Santo Tomás que en ellas se contiene un precepto positivo, que obliga a todos los hombres hijos de Adán, a algún trabajo honesto, corporal o espiritual.

Estamos, finalmente, obligados a trabajar, *a título de cristianos*. Como tales, debemos imitar a Jesucristo, cuya vida fué continuo trabajo. Durante treinta años trabaja como carpintero, ganando de este modo su propio sustento. Durante su vida pública trabajó también en predicar de pueblo en pueblo, hasta el punto de tener que robar al sueño el tiempo para la oración, y pasar las noches orando y haciendo oficio de custodio de sus discípulos. San Pablo, por grandes que fuesen sus ocupaciones de sacerdote y apóstol, vivía del trabajo de sus manos, y en sus epístolas insiste en que todos trabajen. Esto mismo aconsejan los desastrosos efectos de la ociosidad. Es ésta, con toda verdad, la madre de todos los vicios, conforme a la Sagrada Escritura: "La ociosidad ha enseñado mucha maldad"[2]. San José de Calasanz solía decir que el demonio anda de

[1] *Gen.*, IV, 12.
[2] *Eccles.*, XXXIII, 29.

ordinario a la caza de hombres desocupados; y San Jerónimo escribía a una de sus discípulas: "Ocúpate en alguna obra, de modo que el diablo siempre te encuentre ocupada".

CÓMO QUIERE LA IGLESIA QUE TRABAJEMOS. — Pero no basta trabajar; se necesita trabajar bien. Como hombres, conviene trabajemos con prudencia; como pecadores, con espíritu de penitencia; como cristianos, hemos de trabajar con conciencia y unidos a Jesucristo.

Trabajar con prudencia, es hacerlo con moderación, sin dejarse arrastrar de la codicia ni exponiendo la salud corporal ni descuidando la espiritual, según enseña el Sabio: "No te afanes por enriquecerte, antes bien pon coto a tu industria" [1]. Es un peligro para el hombre afanarse en aumentar y amontonar riquezas, y para el escritor publicar libros, y para el que gobierna, acrecentar su poder y sus reinos. O lo que es igual: es inútil imponerse un trabajo inmoderado, por cuanto éste no puede procurar al hombre esa felicidad que el demonio y su propia imaginación le pintan con vivos colores; y es también nocivo, por cuanto ese trabajo excesivo irá minando su salud y le impedirá disfrutar de sus riquezas. Este peligro suele ser mayor cuando se trata de un trabajo gustoso, pues entonces se añade el riesgo de abandonar la oración con otros ejercicios que afectan directamente al progreso

[1] *Prov.*, XXIII, 4.

del alma y son menos gustosos para nuestra naturaleza corrompida. Los que llegan a tal extremo de pasión por el trabajo, se enfrascan en él excesivamente y se olvidan de sí, de sus hermanos y de Dios. En estos casos hay que comenzar por enderezar la intención desde el principio del trabajo, interrumpir éste a menudo, y procurar, como quien dice, que un ojo esté atento a lo que se hace, y el otro a Dios; y que una mano ejecute la obra y la otra esté asida a los vestidos de Dios.

Como pecadores, debemos mediante el trabajo, dar a Dios la satisfacción que le debemos: ¡Cuánto purgatorio en la otra vida, y cuántos trabajos y penalidades nos ahorraríamos aún en ésta! Dios no pide dos veces lo que se le debe: Por desgracia nos olvidamos de trabajar en espíritu de penitencia, y así esterilizamos nuestras obras y nos asemejamos al mal ladrón, que padece y muere en la cruz, pero no se salva. Este espíritu de penitencia hará que nos abracemos con el trabajo aun cuando fuere penoso; que lo aceptemos íntegramente y que lo ejecutemos con esmero. El trabajo manual moderado tiene la ventaja de no gastar la salud y de no impedir la oración, como suele ocurrir cuando se ejecuta con demasiado ardor y apasionamiento. Pero, por otra parte, debemos ejecutar nuestro trabajo íntegramente, cuidando de evitar la rapiña en el holocausto, y no haciéndolo a medias o disminuyendo notablemente el tiempo señalado o contra-

tado. Finalmente lo haremos con esmero, pensando que lo hacemos para Dios en último término, y no simplemente para los hombres. En las familias y en las sociedades cristianas todos los oficios y trabajos se ordenan a Dios, o, por lo menos pueden ordenarse a El, no menos que en las comunidades religiosas.

Trabajaremos como cristianos si lo hiciéremos en unión con Jesucristo. Para ello procuremos no omitir al principio el hacer la señal de la cruz, práctica constante entre los primeros cristianos y aún hoy entre los españoles, que lo practican al principio de todas sus obras. Hemos de trabajar por servir a Dios, por fomentar sus intereses, por imitarle; trabajar en su compañía, trabajar con su bendición: Un niño que escribiese ceros en la pizara, por muchos que añadiese, no obtendría ninguna cantidad si delante no les pusiese al menos un uno. Lo mismo las buenas obras; carecen de valor si no van hechas con espíritu sobrenatural.

Ventajas del trabajo. — Muchas son las ventajas anejas al trabajo. En esta vida lleva consigo la satisfacción que acompaña siempre al cumplimiento del deber. Es un error creer o imaginarse que lo pasan bien los que no hacen nada. Es asimismo el trabajo fuente de gloria, de riqueza honestamente adquirida y de paz para las familias y los estados. La mayor tranquilidad de los que gobiernan, está en que sus súbditos sean

amantes del trabajo. Este hará también que en la otra vida, los que le practican en ésta, alcancen la salvación y se libren de caer en el infierno, según aquello del Evangelio: "A éste siervo inútil, arrojadle a las tinieblas del infierno"[1]. Con el trabajo asiduo se obtendrá fácilmente un puesto elevado en el cielo, pues lo que hace adelantar en la virtud y en los méritos, es el aumento diario que aporta el trabajo hecho con buena intención, ya que las obras grandes y difíciles son raras en la vida.

Para lograr trabajar como hemos dicho, procuremos tomar por modelo a San José, el cual fué una persona humilde que con su trabajo ganaba el sustento de la Sagrada Familia: En San José hallaremos también un poderoso intercesor. Son las dos ideas principales que nos inculcan el Oficio y la Misa de la nueva festividad.

MISA

Puede decirse que tanto el Oficio como la Misa de la Solemnidad de San José Obrero, no hacen sino repetir y comentar y sacar las enseñanzas de las palabras del Evangelio que nos presentan al glorioso Patriarca como artesano y trabajador.

El Introito nos recuerda que la Sabiduría de Dios premia los trabajos que por El se ejecutan.

[1] *Mt.* XXV, 30.

INTROITO (Sap., 10, 17)

La Sabiduría dió a los justos el galardón de sus trabajos y los condujo por sendas maravillosas, y sirvióles de toldo durante el calor del día y suplió de noche la luz de las estrellas, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Si el Señor no construyere la casa, vanamente trabajan los que la edifican. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta pide a Dios, creador de todas las cosas, que impuso la ley del trabajo, que siguiendo el ejemplo de San José y con su ayuda, practiquemos cuanto nos manda y de modo que alcancemos el premio prometido.

COLECTA

Oh Dios, creador de todas las cosas, que tienes establecida para el género humano la ley del trabajo: concédenos propicio el que, a imitación de San José y con su ayuda, practiquemos las cosas que nos mandas y alcancemos los premios que prometes. Por el Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol San Pablo a los Colosenses (Col. III, 14-15; 17, 23-24).

Hermanos: Mantened la caridad, la cual es el vínculo de la perfección. Y la paz de Cristo triunfe en vuestros corazones, paz divina a la cual fuisteis asimismo llamados para formar todos un mismo cuerpo, y sed agradecidos a Dios. Todo cuanto hacéis, sea de palabra o de obra, hacedlo todo en nombre de nuestro Señor Jesucristo y a gloria suya, dando por medio de él gracias a Dios Padre. Todo lo que hagáis hacedlo de buena gana, como quien sirve a Dios y no a los hombres, sabiendo que recibiréis la herencia del cielo por galardón o salario; pues a Cristo Nuestro Señor es a quien servís.

Hermosos consejos, relativos al trabajo, que, si se observaren harán de él una fuente abundantísima de méritos para el cielo y de paz y contento en la tierra.

En el primer versículo del aleluya, San José es quien habla, e invita a los fieles a recurrir a él prometiéndoles una pronta ayuda; en el segundo, son los fieles quienes ruegan a San José les conceda la gracia de pasar la vida con gran pureza de alma.

ALELUYA

Aleluya, aleluya. ℣. En cualquier tribulación que me invocaren, los escucharé y seré siempre su protector. Aleluya.

℣. Haz, oh glorioso San José, que llevemos una vida inocente y que nos sintamos siempre defendidos por tu patrocinio.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (**XIII, 54-58**).

En aquel tiempo: Pasando a su patria, Jesús se puso a enseñar en las sinagogas de sus paisanos, de tal manera que no cesaban éstos de maravillarse, y se decían: ¿De dónde le ha venido a este tal sabiduría y tales milagros? Por ventura ¿no es el hijo del artesano? Y su madre ¿no es la que se llama María? ¿No son sus primos hermanos Santiago, José Simón y Judas? Y sus primas hermanas ¿no viven todas entre nosotros? Pues ¿de dónde le vendrán a éste todas estas cosas? Y estaban como escandalizados de él. Jesús empero les dijo: No hay profeta sin honra, sino en su patria y en la propia casa. En consecuencia hizo allí muy pocos milagros, a causa de su incredulidad.

CHOQUE ENTRE JESÚS Y SUS PAISANOS. — Espe-
.ban éstos que el Mesías sería un gran rey tem-
ɔral. Y he aquí que Jesús se dice Mesías; Jesús,
ı paisano, carpintero e hijo de José el carpin-
ɾo. Si quiere demostrar ante ellos su carácter
esiánico, es preciso que garantice con milagros
ı afirmación. La elocuencia que debía llevarlos
la verdad, es para ellos piedra de escándalo.
¿No es éste el hijo de José?" ¿Qué importa, di-
e San Cirilo, que fuera hijo de José, si realmen-
e lo hubiese sido, cuando sus obras le hacían
dmirable y venerable? ¿No veían los grandes
ilagros hechos, los enfermos curados, Satanás
encido? Para que aprendamos a estimar a las
ersonas, no por su procedencia o naturaleza,
atria, familia, condición, sino por lo que de-
uestran ser por sus obras, por las que cada uno
ebe ser conocido, según criterio del mismo Je-
ís. Los dones de Dios, así de orden natural, co-
io sobrenatural, no están ligados a la condición
umana de carne y sangre, profesión, naciones
razas. Sopla el Espíritu de Dios donde quiere y
ı la forma que quiere, y no debemos ser ni em-
.diosos ni protervos para reconocerlo donde
uiera que se manifieste.

El Ofertorio, sacado del salmo 89, expresa el
eseo de que Dios bendiga el trabajo de nuestras
ıanos.

OFERTORIO

Sea sobre nosotros la bondad del Señor Dios nues-
o y secunde la obra de nuestras manos y la apoye.
leluya.

En la Secreta se pide a Dios que las ofrendas de pan y vino, fruto del trabajo y que se convertirán en el Cuerpo y Sangre de Jesucristo, nos concilien y aseguren mediante la intercesión de San José, la unidad y la paz de las familias y de las sociedades.

SECRETA

Las ofrendas que a ti Señor ofrecemos, preparadas por nuestras manos, sean para nosotros, por intercesión de San José, una prenda de unidad y de paz. Por el Señor.

La Iglesia suspende hoy el prefacio del tiempo pascual y le sustituye por la fórmula de acción de gracias señalada para todas las misas de San José. En este prefacio se celebra la fidelidad de San José en el cumplimiento de sus oficios de Padre putativo de Nuestro Señor y de Esposo de la Santísima Virgen María.

PREFACIO

Verdaderamente es digno y Justo, equitativo y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, oh Señor santo, Padre todopoderoso, eterno Dios. Y glorificarte, bendecirte y ensalzarte en la festividad del bienaventurado San José. El fué el varón justo que diste por esposo a la Virgen Madre de Dios; a él le constituiste en servidor fiel y prudente sobre tu familia, para que guardase con paternal solicitud a tu unigénito Jesucristo, nuestro Señor, concebido por obra del Espíritu Santo. Por quien los ángeles alaban tu majestad, las dominaciones la adoran, las Potestades la temen. Los cielos y las Virtudes de los cielos, y los bienaventurados Serafines, la celebran todos juntos con

transportes de júbilo. Te suplicamos Señor que recibas con las suyas nuestras voces, que te dicen sin cesar: Santo, santo, santo...

La Comunión, tomada del Evangelio de San Mateo, vuelve a recordar el título de artesano, dado a San José por sus compaisanos.

COMUNION

¿De dónde le ha venido a éste tal sabiduría y tales milagros? Por ventura ¿no es el hijo del artesano? Su Madre ¿no es la que se llama María? Aleluya.

La Iglesia pide en la Poscumunión que el sacramento de la eucaristía que acabamos de recibir, nos sirva, por intercesión de San José, de ayuda para trabajar santamente y para recibir algún día el premio en el cielo.

POSCOMUNION

El Sacramento que acabamos de recibir, oh Señor, sirva por intercesión de San José, para perfección de nuestras obras y para asegurarnos el premio de ellas. Por el Señor.

PLEGARIA A SAN JOSÉ OBRERO. — ¡Oh glorioso Patriarca, escogido por el Padre Eterno para Esposo de la Virgen, Madre de su divino Hijo humanado, a fin de que, puesto al lado de ambos, los custodiaras y les procuraras el necesario sustento, teniéndoles todo el afecto de esposo y de padre, y ejerciendo con ellos la autoridad de cabe-

za de la Sagrada Familia! Si admirables son por esta parte tus prerrogativas y privilegios, no son menos dignos de consideración y alabanza los méritos y los títulos que alcanzaste al cumplir fiel y prudentemente tu cometido; y, aunque por tus venas corriese la sangre real de la estirpe de David, no te desdeñaste de vivir entre los sencillos paisanos de la oscura y despreciada población de Nazaret, ejerciendo los oficios de un humilde artesano y demostrando así a los hombres lo honrosos que son la pobreza y el trabajo corporal dignificados por la virtud. Por esto la Iglesia, la infalible mandataria de Dios en este mundo, justamente te proclama "Lumbrera de los Patriarcas, Espejo de la paciencia, Amante de la pobreza, Modelo de los obreros, Honra de la vida doméstica, Sostén de las familias, Solaz de los desgraciados"[1]. A ti nos dirigimos hoy suplicantes y confiados, para que nos mires a todos con ojos de protección, pues todos somos obreros de la viña del Señor y trabajadores en este valle de lágrimas, en el que, unos de un modo, otros de otro, todos debemos procurarnos el alimento y demás cosas necesarias o útiles para vivir esta vida terrena y conseguir la celestial, con el sudor de nuestros miembros o con el esfuerzo de nuestras facultades intelectuales. Pero mira con predilección, especialmente en este día, a todos los artesanos y obreros, y aliéntalos siempre y mantenlos fieles al cumplimiento de

[1] Letanías de San José.

sus deberes religiosos, domésticos y sociales, preservándolos en todo instante de cualquier contagio del socialismo y del comunismo, falaces enemigos de la doctrina cristiana y aun de la felicidad terrena que es dado alcanzar a los hombres de buena voluntad. Ellos te han escogido y te miran como a singular Patrono y guía y como a su más propio modelo, ya que tu vida mortal transcurrió en situación semejante. Como tú, aun cuando moren en grandes ciudades, viven también ellos en un hogar y en un taller y en un ambiente humilde y pobre; como tú, deben ganar su sustento y el de su familia con el trabajo de su cuerpo; como tú, muchos de ellos han de velar por el bienestar de su esposa y de sus hijos; como tú, habrán de hacer frente, a veces, a las necesidades de la vida y arrostrar acaso la repulsa dolorosa que sienten los pobres cuando se les cierran sin piedad las puertas de la posada, o gustar las amarguras de alejarse de la patria, o sobrellevar las pruebas con que Dios, en su amorosa providencia, quiere que sean purificados en la tierra a fin de que consigan mayor recompensa en el cielo. Debajo de tu protección esperan y confían poder sobreponerse a todas las dificultades y saber cumplir con sus obligaciones, ya como particulares, ya como padres o hijos de una familia, ya como miembros de la sociedad y de la Iglesia. Y así como te encomendamos, ¡oh glorioso Patriarca!, a todos y cada uno de los trabajadores, y te rogamos y suplicamos los apar-

tes y alejes de toda compañía y compromiso con asociaciones irreligiosas e impías, inspiradoras de envidias, sembradoras de discordias, atizadoras de odios, y perpetradoras taimadas de violencias, del mismo modo y con el mismo fervor te encomendamos las Asociaciones de Trabajadores Católicos que ya te aclaman por singular Patrono, y que tienen presente su primordial deber y preocupación de conservar y acrecentar la vida cristiana en los obreros, facilitándoles el cumplimiento de sus deberes religiosos y el mayor y más profundo conocimiento de la doctrina cristiana. Haz, en fin, poderosísimo protector de la Iglesia, que esta tu nueva fiesta sea tal cual, al instituirla, ha querido el Padre Santo que sea: Una fiesta cristiana, un día de júbilo por el triunfo progresivo de las ideas cristianas de la gran familia del trabajo, una invitación constante a completar lo que aun falta a la paz social; de modo que, trabajando gustosos en la tierra por el Dios que quiso aquí pasar por tu Hijo y experimentar contigo las fatigas del trabajo, logremos la recompensa de gozar contigo de su visión beatífica en el cielo.

11 DE MAYO

SAN FELIPE Y SANTIAGO EL MENOR, APOSTOLES

Véase en el cuerpo de este volumen el 1 de mayo, páginas 753-758.

31 DE MAYO

FIESTA DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA REINA

QUÉ ES LA REALEZA. — Analizando las notas esenciales de la realeza, para mostrarlas después reunidas en Cristo desde los comienzos de su vida mortal, Bossuet, definía con fórmula magistral en qué consistía la verdadera grandeza: "La realeza, dice, consiste en un poder universal para hacer el bien a los pueblos sometidos; de tal modo que el nombre de rey es un nombre de padre común y de bienhechor universal" [1].

Esta es la realeza que Jesús había reivindicado delante de Pilatos. Y para hacer comprender mejor su honor y su carácter, Pío XI, al terminar el año jubilar 1925, instituía la fiesta de la realeza universal y social de Cristo, exhortando a los fieles a someter a Cristo Rey, sus inteligencias y sus voluntades, a consagrarle sus familias, su patria y toda la sociedad, para recibir de El, en mayor abundancia, los socorros y las gracias de las que siempre tienen gran necesidad.

Cuando a su vez el Papa Pío XII, al concluir el año mariano 1954, instituía la fiesta de la Bien-

[1] Sermón predicado en Metz para la fiesta de la Circuncisión, en 1657.

aventurada Virgen María Reina, no pensaba proponer al pueblo cristiano la creencia de una nueva verdad, ni siquiera en justificar por una razón o un título más nuestra piedad para con la Madre de Dios y de los hombres: "Nuestro designio, dice, en su discurso del 1.° de noviembre, sirve más para hacer resaltar a los ojos del mundo una verdad, susceptible de procurar remedio a sus males, librarle de su angustias y encauzarle por el camino de la salvación que busca con ansiedad... Reina, más que ninguna otra, por la elevación de su alma y por la excelencia de los dones divinos, María no cesa de prodigar todos los tesoros de su amor y de sus tiernas atenciones a la pobre humanidad. Lejos de fundamentarse sobre las exigencias de sus derechos y sobre los caprichos de una altiva dominación, el reinado de María sólo conoce una aspiración: el pleno don de sí misma en la más elevada y total generosidad..."[1].

REALEZA DE MARÍA EN LA TRADICIÓN. — Ceñida de diadema de gloria, la Bienaventurada Virgen María reina también en todo el mundo con corazón maternal. Desde tiempo inmemorial el pueblo fiel, proclamó que la Madre "del Rey de reyes y Señor de señores" posee una excelencia especial, habiendo recibido gracias y privilegios

[1] Doc. Cath. 1954, p. 1423 ss.

únicos. Los antiguos escritores eclesiásticos se complacían en llamarla, como Isabel, "Madre de mi señor" y consecuentemente soberana, dominadora, Reina del género humano.

Basándose en numerosos testimonios que datan de los primeros tiempos del cristianismo, los teólogos de la Iglesia han elaborado la doctrina en virtud de la cual llaman a la Santísima Virgen Reina de todas las criaturas, Reina del mundo y Soberana del universo.

La liturgia, que es como el fiel espejo de la doctrina transmitida por los Doctores y que profesa el pueblo cristiano, ha cantado siempre, tanto en Oriente como en Occidente, las alabanzas de la Reina de los cielos. El mismo arte, basándose en el pensamiento de la Iglesia e inspirándose en él, ha interpretado admirablemente, desde el concilio de Efeso, 431, la piedad auténtica y espontánea de los cristianos, representando a María con los atributos de Reina o Emperatriz, adornada con insignias reales, ceñida de la diadema que coloca en su frente el divino Redentor, rodeada de una cohorte de ángeles y de santos que proclaman su dignidad y su gloria de soberana.

Enseñanza de la Teología. — El Arcángel Gabriel fué el primer heraldo de la dignidad real de María; "Lo que nacerá de ti, la dice, será llamado hijo del Altísimo; el Señor le dará el trono

de David su padre y reinará eternamente y su reino no tendrá fin"[1]. Lógicamente se sigue que ella misma es reina, puesto que da la vida a un hijo que desde el instante de su concepción era, aun como hombre, Rey y Señor de todas las cosas por razón de la unión hipostática de su naturaleza humana con el Verbo. El argumento principal en el que se funda la dignidad real de María, es sin duda su Maternidad divina. Y San Juan Damasceno escribía: "Es verdaderamente soberana de toda la creación desde el momento en que llega a ser Madre del Creador"[2].

Fué además María destinada por Dios a desempeñar en la obra de nuestra salvación, un oficio eminente, ya que debía ir asociada a su divino Hijo, principio de nuestra salvación, como Eva estuvo asociada a Adán, principio de nuestra muerte; y así como Cristo, nuevo Adán, es nuestro Rey, no solamente por que es Hijo de Dios, sino también por derecho de conquista pues es nuestro Redentor, del mismo modo se puede afirmar, con cierta analogía, que la Virgen Santísima es Reina, no sólo porque es Madre de Dios, sino también porque, como nueva Eva, fué asociada al nuevo Adán en la obra de nuestra redención.

Sin duda en el reino mesiánico, solo Cristo es rey en el sentido pleno de la palabra, pero,

---

[1] *Luc.*, I, 32-33.
[2] *De fide Cathol.* L. IV, c. 14.

la dignidad de rey no disminuye en nada por tener a su lado una verdadera reina. Esta presencia, por el contrario, realza el esplendor de su soberanía, la hace más amable, la enriquece con una íntima confidente, la hace su representante más calificada para las causas más solemnes. Así María será Reina perfecta junto a Cristo, no para mandar en su lugar ni para darle consejo, sino para ejercer sobre su Corazón, en favor de todos sus súbditos, sobre todo de los más necesitados, la influencia decisiva de una oración eficaz. A esta Reina confiará Cristo la ejecución de sus larguezas; en este reino todo don gracioso es causa mayor, que el Rey hace siempre de la manera más amable y delicada: he aquí la razón por qué no lo realiza sino por María." Tratándose del negocio de nuestra salvación, dice Pío IX, se preocupa con corazón maternal de todo el género humano, habiendo sido proclamada por el Señor reina del cielo y de la tierra... obtiene audiencia por el poder de sus súplicas maternales, consigue todo lo que pide, y jamás recibe una negativa [1].

El Papa Pío XII daba fin a su Encíclica "Ad coeli Reginam", a la que hemos hecho frecuentes alusiones: "Convencido de las grandes ventajas que se seguirán para la Iglesia, si esta verdad, sólidamente demostrada, brilla con mayor evidencia a los ojos de todos..., por nuestra autoridad Apostólica decretamos e instituímos la fies-

[1] Bula "Ineffabilis".

ta de María Reina, que será celebrada cada año el 31 de mayo. Ordenamos asimismo que este día se renueve la consagración del género humano al Corazón Inmaculado de la Bienaventurada Virgen María. En ella, efectivamente, descansa una viva esperanza de ver levantarse una era de dicha, en la que resplandecerán las paz cristiana y el triunfo de la verdad."

Unámonos ahora a los sentimientos del Papa recitando la oración que compuso y recitó el 1.º de noviembre de 1954, después de coronar a la Virgen "Salus populi romani":

Oración. — Desde lo hondo de esta tierra de lágrimas, en que la humanidad dolorida se arrastra trabajosamente; en medio de las olas de este nuestro mar perennemente agitado por los vientos de las pasiones, elevamos los ojos a Vos, ¡oh María, Madre amantísima!, para reanimarnos contemplando vuestra gloria, y para saludaros como Reina y Señora de los cielos y de la tierra, como Reina y Señora nuestra.

Con legítimo orgullo de hijos, queremos exaltar esta vuestra realeza y reconocerla como debida por la excelencia suma de todo vuestro ser, dulcísima y verdadera Madre de Aquel que es Rey por derecho propio, por herencia, por conquista.

Reinad, Madre y Señora, señalándonos el camino de la santidad, dirigiéndonos y asistiéndonos, a fin de que nunca nos apartemos de él.

Lo mismo que ejercéis en lo alto del cielo vuestra primacía sobre las milicias angélicas, que os aclaman por Soberana suya, sobre las legiones de los santos, que se deleitan con la contemplación de vuestra fúlgida belleza; así también reinad sobre todo el género humano, particularmente abriendo las sendas de la fe a cuantos todavía no conocen a vuestro Hijo divino.

Reinad sobre la Iglesia, que profesa y celebra vuestro suave dominio y acude a Vos como a refugio seguro en medio de las adversidades de nuestros tiempos. Mas reinad especialmente sobre aquella parte de la Iglesia que está perseguida y oprimida, dándola fortaleza para soportar las contrariedades, constancia para no ceder a injustas presiones, luz para no caer en las asechanzas del enemigo, firmeza para resistir a los ataques manifiestos, y, en todo momento, fidelidad inquebrantable a vuestro reino.

Reinad sobre las inteligencias, a fin de que busquen solamente la verdad; sobre las voluntades a fin de que persigan solamente el bien; sobre los corazones a fin de que amen únicamente lo que vos misma amáis.

Reinad sobre los individuos y sobre las familias, al igual que sobre las sociedades y naciones; sobre las asambleas de los poderosos, sobre los consejos de los sabios, lo mimo que sobre las sencillas aspiraciones de los humildes.

Reinad en las calles y en las plazas, en las ciudades y en las aldeas, en los valles y en las mon-

tañas, en el aire, en la tierra y en el mar, y acoged la piadosa oración de cuantos saben que vuestro reino es reino de misericordia, donde toda súplica encuentra acogida, todo dolor consuelo, alivio toda desgracia, toda enfermedad salud, y donde, como a una simple señal de vuestras suavísimas manos, de la muerte misma brota alegre la vida.

Obtenednos que quienes ahora os aclaman en todas las partes del mundo y os reconocen como Reina y Señora, puedan un día en el cielo gozar de la plenitud de vuestro reino en la visión de vuestro Hijo divino, el cual, con el Padre y el Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea [1].

---

[1] Oración de Pío XII al fin de su discurso el 1.º de noviembre de 1954, en la Basílica de San Pedro de Roma.

INDICE

Págs.

TIEMPO PASCUAL

Págs.

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

FLORILEGIO

SUPLEMENTO

PROPIO DEL TIEMPO

PROPIO DE LOS SANTOS

ACABOSE DE IMPRIMIR EL DIA 28
DE JUNIO DE 1956, VISPERA
DE LA CONMEMORACION DE
LOS SANTOS APOSTOLES
PEDRO Y PABLO

DEO GRATIAS

DOM PROSPERO GUERANGER

ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES
HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE
SANTO DOMINGO DE SILOS

IV

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

PRIMERA PARTE

1955
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

Nihil obstat:

FR. FRANCISCUS SÁNCHEZ. O. S. B.
Censor ordinis

Imprimi potest:

✠ P. ISAAC M.ª TORIBIOS
Abbas Silensis
Ex Monasterio Scti. Dominici de Silos,
die 7.ª Januarii 1952.

Nihil Obstat:

DR. JOSÉ BRAVO
Censor

Imprímase:

✠ LUCIANO, ARZOBISPO DE BURGOS

Burgos, 1 de febrero de 1954

Por mandado
de Su Excia. Rvdma. el Arzobispo, mi Señor,
DR. MARIANO BARRIOCANAL
Canc. - Secr.

Ediciones Aldecoa, S. A. - Burgos 17428

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

CAPITULO I

SINTESIS HISTORICA DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

CARÁCTER DE ESTE PERÍODO. — Después de la solemnidad de Pentecostés y su Octava, la sucesión del año litúrgico nos introduce en un nuevo período, que se diferencia totalmente del que hemos recorrido hasta aquí. Desde el principio del Adviento, que es el preludio de la fiesta de Navidad, hasta el aniversario de la venida del Espíritu Santo, hemos visto manifestarse todo el conjunto de los misterios de nuestra salvación. La serie de tiempos y de solemnidades desarrollaban un drama sublime que nos tenía suspensos y que acaba de terminarse. Con todo eso no hemos llegado aún más que a la mitad del año. Mas esta última parte del tiempo no se halla tampoco desprovista de misterios; pero en lugar de excitar nuestra atención por el interés siempre creciente de una acción que se encamina hacia su desenlace, la sagrada Liturgia nos va

a ofrecer una sucesión casi continua de episodios variados, unos gloriosos, otros emocionantes y que aporta cada uno su elemento especial para el desarrollo de los dogmas de la fe, o el progreso de la misma vida cristiana, hasta que el Ciclo, una vez acabado, termine para hacer sitio a otro, que renovará los mismos sucesos y derramará las mismas gracias sobre el cuerpo místico de Cristo.

Su duración. — Este período del Año Litúrgico, que comprende poco más o menos seis meses, según la fecha de Pascua, siempre ha tenido la actual forma. Pero, aunque no admite sino algunas solemnidades y fiestas destacadas, con todo eso, reflejase en él la influencia del ciclo movible. El número de las semanas que lo componen, puede llegar a veinte y ocho, y bajar hasta veintitrés. El punto de partida está determinado por la fiesta de Pascua, que oscila entre el 22 de marzo y el 25 de abril, y el término es el primer Domingo de Adviento, que abre un nuevo Ciclo, y es siempre el Domingo más próximo a las calendas de Diciembre.

Los Domingos. — En la Liturgia romana, los Domingos de que se compone esta serie, se designan con el nombre de *Domingos después de Pentecostés*. Esta denominación es la más apropiada, como demostraremos en el capítulo si-

guiente, y se basa en los más antiguos Sacramentarios y Antifonarios; pero no se estableció sino progresivamente en las Iglesias que usaban la Liturgia romana. Así el en *Comes* de Alcuino, que nos remonta al siglo VIII, vemos que la primera serie de estos Domingos, se designa con el nombre de *Domingos después de Pentecostés;* la segunda se intitula *Semanas después de la fiesta de los apóstoles (post Natale Apostolorum);* la tercera se llama *Semanas después de San Lorenzo (Post Sancti Laurentii);* la cuarta se denomina *Semanas del séptimo mes (septiembre);* la quinta, por fin, lleva la denominación de *Semanas después de San Miguel (post Sancti Angeli);* esta última serie llega hasta *Adviento.* Muchos misales de las Iglesias de Occidente presentan, hasta el s. XVI, esas distintas divisiones del *Tiempo después de Pentecostés,* expresadas de un modo variado según las fiestas de los Santos que servían como de fecha, para las distintas diócesis en esta parte del año. El Misal romano publicado por Pío V, habiéndose extendido sucesivamente en las Iglesias latinas, terminó por restablecer la antigua denominación, y el tiempo del año litúrgico a que hemos llegado, se designa en lo sucesivo con el nombre de *Tiempo después de Pentecostés (Post Pentecosten).*

CAPITULO II

SIGNIFICADO MISTICO DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Objeto de este período. — Para captar bien la intención y el significado de esta estación del Año Litúrgico a que hemos llegado, es necesario recordar toda la serie de misterios que la Iglesia ha celebrado ante nosotros y con nosotros. La celebración de estos misterios no ha sido un vano espectáculo representado ante nuestros ojos. Cada uno ha traído consigo una gracia especial que producía en nuestras almas lo que significaban los ritos de la Liturgia. En Navidad, Cristo nació en nosotros; en el tiempo de Pasión, nos incorporó a sus sufrimientos y satisfacciones; en Pascua, nos comunicó su vida gloriosa; en su Ascensión, nos llevó consigo al cielo; en una palabra, para servirnos de la expresión del Apóstol: "Cristo se ha ido formando en nosotros" [1].

Pero la venida del Espíritu Santo era necesaria para aumentar la luz, para calentar nuestras almas con un fuego permanente, para con-

[1] *Gal.*, IV, 19.

solidar y perpetuar la imagen de Cristo. El Paráclito ha descendido y se ha dado a nosotros; quiere residir en nuestras almas y gobernar nuestra vida regenerada. Ahora bien, esta vida, que debe desenvolverse conforme a la de Cristo y con la dirección de su Espíritu, se halla figurada y expresada por el período que la Liturgia designa con el nombre de *Tiempo después de Pentecostés.*

La Iglesia. — Aquí se nos presentan dos cosas dignas de consideración: la Santa Iglesia y el alma cristiana. *La Esposa de Cristo, llena del Espíritu divino que se ha derramado en ella y que la anima siempre, avanza en su carrera militante,* y debe caminar hasta la segunda venida de su Esposo celestial. Posee los dones de la verdad y de la santidad. Armada con la infalibilidad de la fe y con la autoridad del gobierno, apacienta el rebaño de Cristo, lo mismo en la libertad y en la tranquilidad, que en medio de persecuciones y de pruebas. Su Esposo divino está con Ella, hasta la consumación de los siglos, por su gracia y por la eficacia de sus promesas; posee todos los favores que le ha impartido, y el Espíritu Santo quedará con Ella siempre. Esto expresa esta parte del Año Litúrgico, donde no encontraremos los grandes sucesos que señalaron la preparación y la consumación de la obra divina. En cambio, la Iglesia recoge en él los fru-

tos de santidad y de doctrina que estos misterios han producido y producirán durante su marcha a través de los siglos. Veráse también cómo se preparan y llegan a su tiempo los últimos sucesos que transformarán su vida militante en una vida triunfante en los cielos. Tal es, por lo que concierne a la Iglesia, la significación de la parte del Ciclo Litúrgico en que entramos.

El alma cristiana. — En cuanto al alma fiel, cuyo destino es como el compendio del de la Iglesia, su curso, durante el período que se abre para ella después de la fiesta de Pentecostés, debe ser análogo al de nuestra madre común. *Debe vivir y obrar según el Cristo que se unió con ella en la serie de sus misterios, y según la acción del Espíritu divino que recibió;* los episodios que señalen esta nueva fase, aumentarán en ella la luz y la vida. Recogerá en uno los rayos salidos de un mismo centro, y caminando de claridad en claridad [1], aspirará a la consumación en Aquel que ya conoce y en cuya posesión ha de ponerla la muerte. Mas, si el Señor no cree aun oportuno llamarla a Sí, comenzará un nuevo Ciclo y volverá a pasar por los elementos que experimentó en la primera mitad del Año Litúrgico; después de lo cual se encontrará de nuevo en el período que se desarrolla bajo la direc-

[1] *II Cor.*, III, 18.

ción del Espíritu Santo; por fin, el Señor la llamará el día y la hora que tiene señalado desde toda la eternidad.

Entre la Iglesia y el alma cristiana, durante el intervalo que se extiende desde la primera fiesta de Pentecostés hasta la consumación, hay esta diferencia: que la Iglesia le recorrerá una sola vez, mientras que el alma cristiana le vuelve a encontrar cada año a su tiempo. Fuera de esta diferencia la analogía es completa. Debemos, pues, alabar a Dios que viene en socorro de nuestra debilidad, renovando en nosotros sucesivamente, en la Liturgia, los auxilios por los que alcanzaremos el fin al que fuímos destinados.

La enseñanza de la Escritura. — La Iglesia ha dispuesto la lectura de los libros de la Sagrada Escritura durante el período actual, para expresar todo lo que se obra en su curso, ya en la misma Iglesia, ya en el alma cristiana. Desde el primer Domingo de Pentecostés hasta el mes de Agosto, nos instruye con la lectura de los cuatro libros de los Reyes. Son el resumen de los anales de la Iglesia. En ellos se ve la monarquía de Israel inaugurada por David, figura de Cristo victorioso en los combates, y por Salomón, el Rey pacífico, que levanta el templo para gloria de Dios. El mal lucha contra el bien durante esta travesía de los siglos. Hay grandes

y santos reyes como Asá, Ezequías, Josías, y reyes infieles como Manasés. El cisma se declara en Samaria, y las naciones infieles reúnen sus fuerzas contra la Ciudad de Dios. El pueblo santo, sordo con mucha frecuencia a la voz de los profetas, se entrega al culto de los dioses falsos y a los vicios de la gentilidad, y la justicia de Dios destruye en una ruina común al pueblo y a la ciudad infiel. Es imagen de la destrucción de este mundo, cuando de tal suerte faltara la fe, que el Hijo del Hombre, en su segunda venida, apenas encontrará rastro de ella [1].

En el mes de Agosto, leemos los libros Sapienciales, llamados así porque contienen las enseñanzas de la Sabiduría divina. Esta Sabiduría es el Verbo de Dios, que se manifiesta a los hombres por la enseñanza de la Iglesia hecha infalible en la verdad, gracias a la asistencia del Espíritu Santo, que mora en ella de un modo permanente.

La verdad sobrenatural produce la santidad, que no podría subsistir ni fructificar sin ella. A fin de expresar este lazo que existe entre una y otra, la Iglesia lee en el mes de Septiembre los libros llamados hagiógrafos, de Tobías, Judit, Ester y Job, en los que se ve a la Sabiduría en acción.

Como la Iglesia, al fin de su permanencia en este mundo, debe verse sometida a violentos

[1] *S. Lucas,* XVIII, 8.

combates, se leen en el mes de Octubre los libros de los Macabeos, en que se narran el valor y la generosidad de los defensores de la Ley, que sucumbieron con gloria, como sucederá en los últimos tiempos, cuando se dé a la bestia la potestad de declarar la guerra a los santos y de vencerlos [1].

En el mes de Noviembre se leen los Profetas, anunciadores de los juicios de Dios, que se dispone a acabar con el mundo. Pasan sucesivamente: Ezequiel, Daniel y los *Profetas menores*, de los que la mayoría anuncian las venganzas divinas, y los últimos proclaman, al mismo tiempo, la próxima venida del Hijo de Dios.

Tal es el significado místico del tiempo después de Pentecostés. Se completa con el uso del color verde en las vestiduras sagradas. Este color expresa la esperanza de la Esposa, que sabe que su destino ha sido confiado por el Esposo al Espíritu Santo, con cuya dirección va realizando su peregrinación con toda seguridad. San Juan expresa todo ello con una sola frase: "El Espíritu y la Esposa dicen: Ven"[2].

---

1 *Apoc.*, XIII, 7.
2 *Apoc.*, XXII, 17.

CAPITULO III

PRACTICA DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

OBJETO DEL AÑO LITÚRGICO. — *El objeto de la Iglesia en el año Litúrgico es conducir al alma cristiana a la unión con Cristo por medio del Espíritu Santo.* Este es el fin que el mismo Dios se propuso al darnos a su Hijo para que fuese nuestro mediador, nuestro doctor y nuestro redentor, y al enviarnos al Espíritu Santo para que more con nosotros. Tal es el fin al que tiende todo el conjunto de ritos y oraciones que hemos seguido, y que no es sólo la conmemoración de los misterios que la bondad divina hizo por nuestra salvación, sino que lleva consigo las gracias correspondientes a cada uno de esos misterios, para que lleguemos, como dice el Apóstol, "a la edad de la plenitud de Cristo"[1].

La participación en los misterios de Cristo obra en el alma cristiana lo que la teología

[1] *Efesios,* IV, 13.

mística llama *"Vía iluminativa"*, en que el alma es iluminada cada vez más con la luz del Verbo encarnado, que, con sus ejemplos y enseñanzas, la renueva en todas sus potencias, y la acostumbra a tener siempre las miras de Dios en todo. Esta preparación la dispone a su unión con Dios, no sólo de un modo imperfecto y más o menos estable, sino de un modo íntimo y permanente que se llama *"Vida unitiva"*. Esta vida es la obra propia del Espíritu Santo, que fué enviado al alma para mantenerla en posesión de Cristo y desarrollar en ella el amor por el que se une con Dios.

LAS FIESTAS DEL TIEMPO DESPUÉS DE PENTECOSTÉS. — En este estado, el alma está preparada para gustar y asimilar todo lo que los numerosos episodios del Tiempo después de Pentecostés ofrecen de sustancial y de nutritivo. El misterio de la Santísima Trinidad, el del Santísimo Sacramento, la misericordia y el poder del Corazón de Jesús, las grandezas de María y su acción sobre la Iglesia y sobre las almas, se la manifiestan con más plenitud, produciendo en ella nuevos efectos. Percibe más íntimamente en las fiestas de los Santos, tan variadas y tan ricas en este tiempo, el lazo que la une a ellas en Jesucristo por el Espíritu Santo. La felicidad eterna, a la que esta vida de prueba debe ceder su lugar, se

revela en ella en la fiesta de Todos los Santos y recibe en mayor grado la esencia de esta dicha misteriosa que consiste en la luz y en el amor. Unida cada día más estrechamente con la Iglesia, sigue todas las fases de su existencia en la duración de los tiempos, toma parte en sus sufrimientos, participa de sus triunfos, ve sin desmayos inclinarse este mundo a su ocaso; porque sabe que el Señor está cerca. Por lo que toca a ella misma, siente que su vida corporal se apaga lentamente, que el muro que la aisla aún de la vista y de la posesión inmutable del Sumo Bien, se derrumba poco a poco; porque ya no vive en este mundo en que está, y su corazón ya se ha vuelto hacia donde está su tesoro [1].

Así iluminada, así atraída, así fija por la incorporación de los misterios, por medio de los cuales la Liturgia la ha alimentado y por los dones que el Espíritu Santo ha infundido en ella, el alma se entrega sin resistencia al soplo de este divino motor. El bien se le hace tanto más fácil cuanto, como de sí misma, aspira a lo más perfecto; el sacrificio, que la asustaba antes, la atrae ahora; usa de este mundo como si no lo usase [2], porque las verdaderas realidades para ella están fuera de este mundo; en fin, aspira tanto más a la posesión imperecedera de lo que

[1] *S. Mateo,* VI, 21.
[2] *I Cor.,* VII, 31.

ama, cuanto ya desde esta vida, como lo enseña el Apóstol, por lo mismo que se une de corazón a Dios, se hace un espíritu con El [1].

La renovación anual de la Liturgia. — Tal es el resultado que está destinada a producir en el alma la influencia suave y segura de la Liturgia. Y si, después de haber seguido las fases sucesivas, nos parece que este estado de desprendimiento y de aspiración no es aún el nuestro, y que la vida de Cristo no ha absorbido aún en nosotros la vida personal, guardémonos de desalentarnos. El Ciclo de la Liturgia, con sus rayos de luz y sus gracias que derrama en las almas, no aparece una vez sólo en el cielo de la Santa Iglesia; cada año ve que se renueva. Tal es la intención del que "amó tanto al mundo que le dió su Hijo único" [2], del que "vino no a juzgar al mundo, sino a salvarle" [3]: intención con la cual la Iglesia se conforma, poniendo sin cesar a nuestra disposición, con su providencia maternal, el más poderoso de los medios para llevar el hombre a Dios y para unirle con El. El cristiano a quien la primera mitad del Ciclo no ha conducido aún al término que acabamos de exponer, encontrará en la segunda preciosos recursos para desarrollar su fe y acrecentar su

[1] *Ibid.*, VI, 17.
[2] *S. Juan*, III, 16.
[3] *Ibid.*, III, 17.

amor. El Espíritu Santo, que reina más particularmente sobre esta parte del año, no dejará de obrar sobre su inteligencia y sobre su corazón; y, cuando un nuevo ciclo litúrgico se abra, la obra esbozada ya por la gracia, podrá recibir el complemento que la debilidad humana había suspendido.

PROPIO DEL TIEMPO

FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

Razón de esta fiesta y de su tardía institución. — Vimos a los Apóstoles el día de Pentecostés, recibir al Espíritu Santo, y, fieles al mandato del Maestro [1], partir cuanto antes a enseñar a todas las naciones y a bautizar a los hombres en nombre de la Santísima Trinidad. Era natural que la solemnidad cuyo objeto es honrar a Dios uno en tres personas, siguiese inmediata a la de Pentecostés, con quien se une por misterioso lazo. Sin embargo, hasta después de muchos siglos no fué admitida en el Año Litúrgico, que va completándose en el curso de los tiempos.

Todos los homenajes que la Liturgia rinde a Dios, tienen por objeto a la Santísima Trinidad. Los tiempos son tan suyos como la eternidad; ella es el término de toda nuestra religión. Cada día, cada hora la pertenecen. Las fiestas insti-

[1] *S. Mat.*, XXVIII, 19.

tuídas para conmemorar los misterios de nuestra salvación, siempre tienen fin en ella. Las de la Santísima Virgen y de los Santos son otros tantos medios que nos conducen a la glorificación del Señor, único en esencia y trino en personas. El Oficio divino del Domingo en particular, encierra cada semana la expresión especialmente formulada de la adoración y del servicio hacia este misterio, fundamento de los demás y fuente de toda gracia.

Se comprende, por lo mismo, por qué la Iglesia tardó tanto en instituir una fiesta especial en honor de la Santísima Trinidad. La causa ordinaria de la institución de las fiestas faltaba aquí por completo. Una fiesta es el monumento de un hecho que se ha realizado en el tiempo, y cuyo recuerdo e influencia es oportuno perpetuar; ahora bien, desde toda la eternidad, antes de toda creación, Dios vive y reina, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Esta institución no podía, pues, consistir sino en señalar en el Calendario un día particular en que los cristianos se uniesen de un modo más directo en la glorificación solemne del misterio de la unidad y de la trinidad en una misma naturaleza divina.

SÍNTESIS HISTÓRICA DE ESTA FIESTA. — La idea nació primero en algunas de esas almas piadosas y amantes de la soledad, que reciben de lo alto el presentimiento de las cosas que el Espí-

ritu Santo ha de obrar más tarde en la Iglesia. En el s. VIII, el sabio monje Alcuino, lleno del espíritu de la Liturgia, creyó llegado el momento de componer una Misa votiva en honor del misterio de la Santísima Trinidad. Y hasta parece haber sido animado a ello por el apóstol de Alemania, San Bonifacio. Esta Misa era sólo una ayuda a la piedad privada, y nada hacía prever la institución de la fiesta que un día había de establecerse. Pero la devoción a esta Misa se extendió poco a poco, y la vemos introducida en Alemania por el Concilio de Seligenstadt en 1022.

Pero ya por esa época una fiesta propiamente dicha de la Santísima Trinidad había sido inaugurada en una iglesia de Bélgica. Esteban, Obispo de Lieja, instituyó solemnemente la fiesta de la Santísima Trinidad en su Iglesia el 920, y mandó componer un oficio completo en honor del misterio. No existía aún la disposición del derecho común, que ahora reserva a la Sede apostólica la institución de las nuevas fiestas, y Riquier, sucesor de Esteban en la silla de Lieja, mantuvo la determinación de su predecesor.

Se extendió poco a poco, y la Orden monástica, al parecer, la acogió favorablemente; porque vemos, desde los primeros años del s. XI, que Bernón, abad de Reichenau, se ocupaba de su propagación. En Cluny se estableció la fiesta muy pronto durante este mismo siglo, como se ve por el Ordinario del Monasterio, redactado en 1091,

donde se halla mencionada como que estaba instituída desde hacía mucho tiempo.

En el Pontificado de Alejandro II (1061-1073), la Iglesia Romana, que, a menudo, ha dado fuerza de ley a los usos de Iglesias particulares, adoptándolos, se vió precisada a dar un juicio acerca de esta nueva fiesta. El Pontífice, en una de sus Decretales, constatando que la fiesta estaba ya extendida por muchos lugares, declara que la Iglesia Romana no la ha aceptado, por la razón de que la adorable Trinidad es, sin cesar, invocada todos los días por la repetición de estas palabras: *Gloria Patri, et Filio et Spiritui Sancto,* y en otras muchas fórmulas de alabanza.

Sin embargo de eso, la fiesta continuaba extendiéndose, como atestigua el Micrologio; y en la primera mitad del s. XII, el Abad Ruperto proclama la conveniencia de esta institución expresándose respecto de ella como lo haríamos hoy: "Después de celebrar la solemnidad de la venida del Espíritu Santo, cantamos la gloria de la Santísima Trinidad en el Oficio del Domingo siguiente; esta disposición es muy oportuna, porque después de la venida de este Espíritu divino, comenzaron la predicación y la creencia, y, en el bautismo, la fe y la confesión del nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo"[1].

---

[1] *De los oficios divinos* 1, XI, c. 1.

En Inglaterra la institución de la fiesta de la Santísima Trinidad tuvo por autor principal al Mártir Santo Tomás de Cantorbery; en 1162 instituyóla en su Iglesia, en memoria de su consagración episcopal que tuvo lugar el primer domingo después de Pentecostés. En Francia encontramos en 1260 un Concilio de Arlés, presidido por el Arzobispo Florentino, que, en su canon sexto, proclama solemnemente la fiesta añadiendo el privilegio de una octava. Desde 1230, la Orden Cisterciense, extendida por Europa entera, la instituyó para todas sus casas; y Durando de Mende, en su *Rational,* da pie para concluir que la mayor parte de las Iglesias latinas, en el curso del s. XIII, gozaban ya de la celebración de esta fiesta. Entre estas Iglesias se encontraban algunas que la colocaban, no en el primero, sino en el último domingo después de Pentecostés; y otras que la celebraban dos veces: primero, a la cabeza de los domingos que siguen a la solemnidad de Pentecostés, y después en el domingo que precede inmediatamente al Adviento. Tal era en particular el uso de las Iglesias de Narbona, de Mans y de Auxerre.

Desde entonces se podía prever que la Silla Apostólica acabaría por sancionar una institución que la cristiandad anhelaba ver establecida en todas partes. Juan XXII, que ocupó la cátedra de San Pedro hasta 1334, consumó la obra por un decreto en el que la Iglesia Romana

aceptaba la fiesta de la Santísima Trinidad y la extendía a todas las Iglesias.

Si buscamos ahora el motivo que tuvo la Iglesia, dirigida en todo por el Espíritu Santo, al asignar un día especial en el año para rendir homenaje solemne a la Trinidad, cuando todas nuestras adoraciones, todas nuestras acciones de gracias, todos nuestros votos, en todo tiempo suben a ella, lo hallaremos en la modificación que se introducía entonces en el calendario litúrgico. Hasta el año 1000, las fiestas de los Santos universalmente honrados eran raras. Desde esta época son más numerosas y habría que prever el que se multiplicarían cada vez más. Vendría un tiempo, y duraría siglos, en que el Oficio del Domingo, que está especialmente consagrado a la Santísima Trinidad, cedería frecuentemente el lugar al de los Santos que lleva consigo el curso del año. Era necesario, para legitimar de algún modo el culto de los siervos en el día consagrado a la suma Majestad, que por lo menos una vez al año, el domingo ofreciese la expresión plena y directa de esta religión profunda que el culto de la Santa Iglesia profesa al supremo Señor que se ha dignado revelarse a los hombres en su Unidad inefable y en su eterna Trinidad.

La esencia de la fe. — *La esencia de la fe cristiana consiste en el conocimiento y adora-*

ción de Dios uno en tres personas. De este misterio salen los otros; y, si nuestra fe se nutre de él como de su alimento supremo, aguardando a que su visión eterna nos eleve a una felicidad sin fin, es por haberse complacido el Señor en manifestarse tal cual es, a nuestra humilde inteligencia, quedando en su "luz inaccesible" [1]. La razón humana puede llegar a conocer la existencia de Dios como creador de todos los seres, puede tener una idea de sus perfecciones contemplando sus obras; pero la noción del ser íntimo de Dios no puede llegar hasta nosotros, sino por la revelación que se ha dignado hacernos.

Ahora bien, queriendo el Señor manifestarnos misericordiosamente su esencia, a fin de unirnos a El más estrechamente y prepararnos de alguna manera a la visión que debe darnos de El mismo cara a cara en la eternidad, nos ha conducido sucesivamente de claridad en claridad, hasta que seamos suficientemente iluminados para que reconozcamos y adoremos la Unidad en la Trinidad y la Trinidad en la Unidad. Durante los siglos que preceden a la encarnación del Verbo eterno, Dios parece preocupado sobre todo de inculcar a los hombres la idea de su unidad, porque el politeísmo iba siendo el mayor mal del género humano, y la noción misma de la causa espiritual y única de todas las cosas

[1] *I Timot.*, VI, 16.

se hubiera apagado sobre la tierra, si la bondad soberana no hubiese mirado constantemente por su conservación.

El Hijo revela al Padre. — Era preciso que la plenitud de los tiempos llegara; entonces Dios enviaría a este mundo a su Hijo único, engendrado de El eternamente. Realizó este designio de su munificencia, "y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros"[1]. Al ver su gloria, que es la del Hijo único del Padre[2], sabemos que en Dios hay Padre e Hijo. La misión del Hijo sobre la tierra, como nos reveló El mismo, nos enseña que Dios es Padre eternamente; porque todo lo que hay en Dios, es eterno. Sin esta revelación, que anticipa en nosotros la luz que esperamos después de esta vida, nuestro conocimiento de Dios quedaría muy imperfecto. Convenía que hubiera relación entre la luz de la fe y la de la visión que nos está reservada, y no bastaba al hombre saber que Dios es uno.

Ahora conocemos al Padre, del cual, como dice el Apóstol, dimana toda paternidad, aun sobre la tierra[3]. El Padre no es sólo para nosotros un poder creador que produce seres fuera de Sí; nuestros ojos, guiados por la fe, penetran hasta el seno de la esencia divina, y allí contem-

---

1 *S. Juan*, I, 14.
2 *Ibíd.*
3 *Efes.*, III, 15.

plamos al Padre engendrando un Hijo semejante a El. Pero, para enseñárnoslo, el Hijo bajó a nosotros. Lo dijo expresamente: "Nadie conoce al Padre, sino el Hijo y aquel a quien al Hijo plugo revelarlo"[1]. ¡Gloria, pues, al Hijo que se dignó manifestarnos al Padre, y gloria al Padre que el Hijo nos ha revelado!

De este modo, la ciencia íntima de Dios nos ha venido por el Hijo, que el Padre, en su amor, nos ha dado[2]; y a fin de elevar nuestros pensamientos hasta su naturaleza divina, este Hijo de Dios que se revistió de nuestra naturaleza humana en su Encarnación, nos enseñó que El y su Padre son uno[3], que son una misma esencia en la distinción de las personas. Uno engendra, el otro es engendrado; el uno se dice poder, el otro, sabiduría, inteligencia. El poder no puede existir sin inteligencia, ni la inteligencia sin poder, en el ser soberanamente perfecto; pero uno y otro requieren un tercer término.

EL PADRE Y EL HIJO ENVÍAN AL ESPÍRITU SANTO. El Hijo, enviado por el Padre, subió a los cielos con su naturaleza humana que unió a sí por toda la eternidad. Y ahora el Padre y el Hijo envían a los hombres el Espíritu que procede de uno y otro. Por este nuevo don, el hombre llega a

---

[1] *S. Mat.*, XI, 27.
[2] *S. Juan*, III, 16.
[3] *Ibíd.*, XVII, 22.

conocer que en Dios hay tres personas. El Espíritu, lazo eterno de las dos primeras, es la voluntad, el amor, en la esencia divina. En Dios está, pues, la plenitud del ser sin principio, sin sucesión, sin aumento, porque nada le falta. En estos tres términos eternos de su sustancia increada, El es acto puro e infinito.

La Liturgia, alabanza de la Trinidad. — La sagrada Liturgia, que tiene por objeto la glorificación de Dios y la conmemoración de sus obras, sigue cada año las fases de estas manifestaciones, en las que el sumo Señor se declaró por entero a los simples mortales. Bajo los sombríos colores del Adviento, atravesamos un período de espera durante el cual, el refulgente triángulo dejaba apenas penetrar algunos rayos a través de la nube. El mundo imploraba un libertador, un Mesías, y el propio Hijo de Dios debía ser el libertador, el Mesías. Para que comprendiésemos por completo los oráculos que nos le anunciaban, era necesario que El viniese. Un párvulo nos ha nacido [1], y tenemos ya la llave de las profecías. Adorando al Hijo, adoramos también al Padre que nos le inviaba en la carne y con quien era consustancial. Este Verbo de Vida, a quien hemos visto, a quien hemos escuchado, a quien nuestras manos [2] han tocado en la huma-

[1] *Isaías*, IX, 6.
[2] *S. Juan*, I, 1.

nidad que se dignó tomar, nos convenció que es verdaderamente una persona, que es distinta del Padre, puesto que el uno envía y el otro es enviado. En esta segunda persona divina, encontramos al mediador que unió la creación a su Autor, al redentor de nuestros pecados, a la luz de nuestras almas, al Esposo a quien aspiran.

Al acabarse la serie de los misterios que le son propios, celebramos la venida del Espíritu Santificador, anunciando como quien debía venir para perfeccionar la obra del Hijo de Dios. Le hemos adorado y reconocido como distinto del Padre y del Hijo, que nos lo enviaban con la misión de permanecer con nosotros [1]. Se ha manifestado en las operaciones divinas que le son propias; porque son el objeto de su venida. Es el alma de la Iglesia, a quien conserva en la verdad que el Hijo la enseñó. Es el principio de la santificación de nuestras almas, donde quiere hacer su morada. En una palabra, el misterio de la Santísima Trinidad ha llegado a ser para nosotros—hijos adoptivos del Padre, hermanos y coherederos del Hijo, movidos y habitados por el Espíritu Santo—no sólo un dogma dado a conocer a nuestra inteligencia por la revelación, sino una verdad conocida prácticamente por nosotros, gracias a la generosidad inaudita de las tres divinas personas.

[1] *S. Juan,* XIV, 16.

MISA

Aunque el Sacrificio de la Misa se celebra siempre en honor de la Santísima Trinidad, hoy la Iglesia, en sus cantos, oraciones y lecturas, glorifica más expresamente el gran misterio que es el fundamento de la fe cristiana. Pero se hace conmemoración del Primer Domingo de Pentecostés, para no interrumpir el orden de la Liturgia. La Iglesia emplea para esta solemnidad el blanco, en señal de alegría, y para expresar la sencillez y pureza de la esencia divina.

El Introito no está sacado de las Sagradas Escrituras. Es una fórmula de alabanza propia de ese día, y la Santísima Trinidad está en ella representada como la fuente divina de las misericordias que se han derramado sobre los hombres.

INTROITO

Bendita sea la Santa Trinidad y la indivisible Unidad: alabémosla, porque ha obrado con nosotros su misericordia. — *Salmo:* Señor, Señor nuestro: ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! ℣. Gloria al Padre...

En la colecta, la Iglesia pide para nosotros la firmeza en la fe que nos hace confesar en Dios la Unidad y la Trinidad. Es la primera condición de salvación, el primer lazo con Dios. Con éste venceremos a nuestros enemigos y saldremos triunfantes de todos los obstáculos.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que diste a tus siervos la gracia de conocer, en la confesión de la verdadera fe, la gloria de la eterna Trinidad, y de adorar la Unidad en la potencia de tu Majestad: suplicámoste hagas que con la firmeza de la misma fe, seamos protegidos siempre contra toda adversidad. Por nuestro Señor.

CONMEMORACION DEL PRIMER DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, escucha propicio nuestras súplicas: y, puesto que la flaqueza mortal no puede nada sin ti, danos el auxilio de tu gracia: para que, cumpliendo tus mandatos, te agrademos con la voluntad y con la acción. Por nuestro Señor...

EPISTOLA

Lección de la Epístola del Apóstol S. Pablo a los Romanos. (XI, 33-36).

¡Oh profundidad de las riquezas de la sabiduría y de la ciencia de Dios: cuán incomprensibles son sus juicios, y cuán impenetrables sus caminos! Porque, ¿quién ha conocido el secreto de Dios? o ¿quién ha sido su consejero? o ¿quién le dió primero a El para que se le retribuya? Porque de El, y por El y en El existe todo: a El la gloria por los siglos. Amén.

LOS DESIGNIOS DE DIOS. — No podemos detener nuestra mente en los decretos divinos sin experimentar una especie de vértigo. Lo eterno e infinito deslumbran nuestra débil razón y esta

razón al mismo tiempo los reconoce y los confiesa. Ahora bien, si los designios de Dios sobre las criaturas exceden nuestros alcances, ¿cómo la naturaleza íntima del soberano ser nos será conocida? Sin embargo de eso, distinguimos y glorificamos en esta esencia increada al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; porque el Padre se ha revelado a sí mismo enviándonos a su Hijo, objeto de sus eternas complacencias; porque el Hijo nos ha manifestado su personalidad tomando nuestra carne, que el Padre y el Espíritu Santo no tomaron con El; porque el Espíritu Santo, enviado por el Padre y el Hijo, ha venido a cumplir en nosotros la misión que recibió de ellos. Nuestros ojos escudriñan estas profundidades sagradas, y nuestro corazón se enternece pensando que, si conocemos a Dios, por sus beneficios es como formó en nosotros la noción de lo que es. Guardemos con amor esta fe, y esperemos con confianza el momento en que cesará para dar lugar a la visión eterna de lo que en este mundo creímos.

El Gradual y el Verso aleluyático respiran alegría y admiración, en presencia de esta elevada majestad que se dignó hacer bajar sus rayos hasta el fondo de nuestras tinieblas.

GRADUAL

Bendito seas tú, Señor, que escrutas los abismos, y te sientas sobre Querubines. ℣. Bendito seas tú, Señor, en el firmamento estrellado, y alabado por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Bendito seas tú, Señor, Dios de nuestros padres, y alabado por los siglos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Mateo. (XXVIII, 18-20).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Id, pues, enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo: enseñándolas a observar todo cuanto os he mandado. Y he aquí que yo estoy con vosotros hasta la consumación del mundo.

La fe en la Trinidad. — El misterio de la Santísima Trinidad, manifestado por la misión del Hijo de Dios a este mundo y por la promesa del advenimiento próximo del Espíritu Santo, se intima a los hombres por estas solemnes palabras que Jesús pronunció antes de subir al cielo. Dijo: "El que creyere y se bautizare, será salvo" [1], pero añade que el bautismo será administrado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Es preciso que en adelante el hombre confiese no sólo la unidad de Dios, abjurando el politeísmo, sino que adore a la Trinidad de personas en la unidad de la esencia. El gran secreto del cielo es una verdad divulgada ahora por toda la tierra.

Acción de gracias. — Pero si confesamos humildemente a Dios conocido tal cual es en sí,

[1] *S. Marcos,* XVI, 17.

debemos también rendir homenaje con eterno reconocimiento a la gloriosa Trinidad. No sólo se dignó imprimir sus rasgos divinos en nuestra alma, haciéndola a su semejanza; sino que, en el orden sobrenatural, se apoderó de nuestro ser y lo elevó a una grandeza inconmensurable: El Padre nos adoptó en su Hijo encarnado; el Verbo ilumina nuestra inteligencia con su luz; el Espíritu Santo nos escogió para morada suya: es lo que indica la forma del bautismo. Por estas palabras pronunciadas sobre nosotros con la infusión del agua, toda la Trinidad tomó posesión de su creatura. Recordamos esta maravilla cada vez que invocamos a las tres divinas personas al hacer sobre nosotros la señal de la cruz. Cuando nuestros despojos mortales sean llevados a la casa de Dios para recibir allí las últimas bendiciones y el adiós de la Iglesia de la tierra, el sacerdote pedirá al Señor que no entre en juicio con su siervo; y para atraer sobre este cristiano, entrado ya en su éternidad, las miradas de la misericordia divina, recordará al supremo Juez que este miembro de la raza humana "estuvo marcado durante su vida con el sello de la Santísima Trinidad." Veneremos en nosotros esta augusta imagen; que será eterna. La misma reprobación no la borrará. Sea ella nuestra esperanza, nuestro mejor título, y vivamos para gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén.

En el Ofertorio la Iglesia se prepara al sacrificio invocando sobre la oblación el nombre de las tres personas, y proclamando siempre la divina misericordia.

OFERTORIO

Bendito sea Dios Padre, y el Hijo unigénito de Dios, y el Espíritu Santo: porque ha obrado con nosotros su misericordia.

La Iglesia pide en la Secreta que el homenaje de nosotros mismos, que ofrecemos en este Sacrificio a la divina Trinidad, no le sea presentado sólo hoy, sino que sea eterno por nuestra admisión en el cielo, donde contemplaremos sin velos el misterio de Dios uno en tres personas.

SECRETA

Suplicámoste Señor, Dios nuestro, santifiques, por la invocación de tu santo nombre, la hostia de esta oblación; y, por ella, conviértenos para ti en un don eterno. Por nuestro Señor.

CONMEMORACION DEL DOMINGO

Suplicámoste Señor, aceptes aplacado nuestras hostias, a ti dedicadas: y haz que nos sirvan de perpetuo auxilio. Por nuestro Señor...

En la Antífona de la Comunión la Iglesia continúa ensalzando la misericordia de Dios que hizo servir sus propios beneficios para iluminarnos e instruirnos sobre su esencia incomprensible.

COMUNION

Bendeciremos al Dios del cielo, y le alabaremos ante todos los vivientes: porque ha obrado con nosotros su misericordia.

Dos cosas son necesarias para ir a Dios: la luz de la fe, que hace le conozca nuestra inteligencia, y el alimento divino que nos une a El. La Iglesia, en la Poscomunión, pide que ambos nos lleven a este feliz fin de nuestra creación:

POSCOMUNION

Aproveche, Señor, Dios nuestro, a la salud de nuestro cuerpo y alma la recepción de este Sacramento, y la confesión de la sempiterna y santa Trinidad y la de su indivisible Unidad. Por nuestro Señor...

CONMEMORACION DEL DOMINGO

Llenos, Señor, de tan grandes presentes: suplicámoste hagas que obtengamos tus saludables dones y no cesemos nunca en tu alabanza. Por nuestro Señor...

El último Evangelio es el del primer Domingo de Pentecostés, que el sacerdote lee en vez del de San Juan:

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (VI, 36-42).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis

perdonados. Dad, y se os dará: darán en vuestro regazo una medida buena, y apiñada, y agitada, y rebosante. Porque con la misma medida con que midiereis, seréis medidos. Y les decía esta semejanza: ¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre el maestro: antes, aquel será perfecto, que fuere como el maestro. ¿Porqué, pués, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que hay en el tuyo? o ¿cómo podrás decir a tu hermano: Hermano, deja que saque la paja de tu ojo, no viendo la viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo: y entonces verás, para sacar la paja del ojo de tu hermano.

ALABANZA A LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — Unidad indivisible, Trinidad distinta en una sola naturaleza, Dios soberano que te revelaste a los hombres, permítenos que en tu presencia ofrezcamos nuestras adoraciones, y que nos desahoguemos en acciones de gracias que salen de nuestro corazones, cuando nos sentimos inundados de tus inefables resplandores. Unidad divina, Trinidad divina, no te hemos contemplado todavía, pero sabemos lo que eres; porque te has dignado manifestárnoslo. Esta tierra que habitamos, oye proclamar cada día distintamente el augusto misterio, cuya visión es el principio de la felicidad de los seres glorificados en tu seno. La raza humana esperó muchos siglos antes de que la divina fórmula le fuese plenamente revelada; pero nuestra generación está en posesión de ella, confiesa con alegría la Unidad y Trini-

dad en tu esencia divina. Antiguamente, la palabra del escritor sagrado, parecida al relámpago que surca la nube y deja después la obscuridad más profunda, atravesaba el horizonte del pensamiento. Decía: "No conozco la verdadera Sabiduría, ignoro lo que es santo. ¿Qué hombre subió al cielo y volvió a bajar? ¿Quién tiene en sus manos la tempestad? ¿Quién contiene las aguas como en un recinto? ¿Quién fijó los confines de la tierra? ¿Sabes cómo se llama? ¿Conoces el nombre de su hijo?"[1]

Señor Dios, gracias a tu infinita misericordia, conocemos hoy tu nombre: te llamas Padre, y el que engendras eternamente se llama Verbo, la Sabiduría. Sabemos también que del Padre y del Hijo, procede el Espíritu de amor. El Hijo, revestido de nuestra carne, habitó esta tierra y vivió entre los hombres; el Espíritu descendió después y se quedará con nosotros hasta la consumación de los destinos de la familia humana en el mundo. He ahí por qué confesamos la Unidad y la Trinidad; porque, habiendo oído el divino testimonio, hemos creído, y "porque hemos creído, hablamos con toda seguridad"[2].

A tus Serafines, oh Dios, les oyó el Profeta que cantaban: "¡Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos!"[3]. Somos hombres mortales; pero, más felices que Isaías, sin ser profetas

---

1 *Prov.*, XXX, 2-4.
2 *Salm.*, CXV, 10; *II Cor,* IV, 13.
3 *Isaías,* VI, 3.

como él, podemos articular la palabra angélica y decir: "¡Santo es el Padre, Santo es el Hijo y Santo es el Espíritu Santo!" Manteníanse volando con dos de sus alas; con las otras dos velaban respetuosamente su cara, y las dos últimas cubrían sus pies. Nosotros también, fortificados por el Espíritu divino que nos fué dado, procuremos levantar sobre las alas del deseo el peso de nuestra mortalidad; cubramos con el dolor la responsabilidad de nuestras faltas, y velando con la nube de la fe el ojo débil de nuestra inteligencia, recibamos dentro la luz que se nos infunda. Dóciles a la palabra revelada, nos conformamos con lo que enseña; ella nos trae la noción, no sólo distinta, sino luminosa del misterio que es la fuente y el centro de todos los demás. Los Angeles y los Santos contemplan en el cielo, con este inefable temor que el profeta nos indicó al mostrarnos su mirada semicubierta con sus alas. Nosotros no vemos aún, ni podríamos ver, pero sabemos, y esta ciencia ilumina nuestros pasos y nos fija en la verdad. Guardémonos de "escudriñar la majestad", no sea que "seamos aplastados con su gloria"[1]; pero repasando lo que el cielo se dignó revelarnos de sus secretos, digamos:

Alabanza a Dios Uno. — Gloria sea a ti, Esencia única, acto puro, ser necesario, infinito,

[1] *Prov.*, XXV, 27.

sin división, independiente, completo desde toda la eternidad, tranquilo y supremamente feliz. En Ti reconocemos, con la inviolable Unidad, fundamento de todas tus grandezas, tres personas distintamente subsistentes; pero en su producción y en su distinción, la misma naturaleza les es común, de suerte que la subsistencia personal, que las constituye a cada una y las distingue a la una de la otra, no lleva entre ellas ninguna desigualdad. ¡Oh bienaventuranza infinita en esta sociedad de tres personas que contemplan en sí mismas las mismas perfecciones inefables de la esencia que las reúne, y la propiedad de cada una de las tres que anima divinamente esta naturaleza que nada puede limitar ni turbar! ¡Oh maravillosa esencia infinita, cuando se digna obrar fuera de sí, creando seres con su poder y bondad, operando las tres de acuerdo, de suerte que la que interviene por un modo que le es propio, lo hace en virtud de una voluntad común! ¡Amor especial sea dado a la divina persona, que en la acción común de las tres, se digna revelarse más especialmente a las criaturas; y al mismo tiempo ríndanse gracias a las otras dos que, en una misma voluntad, se unen a la que manifiesta en nuestro favor!

ALABANZA AL PADRE. — ¡Gloria a Ti, oh PADRE, Anciano de días [1], innascible, sin principio, pero

[1] *Dan.*, VII, 9.

que comunicas esencial y necesariamente al Hijo y al Espíritu Santo la divinidad que reside en Ti! Eres Dios y Padre; El que te conoce como Dios y no como Padre, no te conoce tal cual eres. Produces, engendras, pero en tu propio seno; porque lo que está fuera de Ti no es Dios. Eres el ser, el poder, pero nunca dejaste de tener un Hijo. Te dices a Ti mismo lo que eres; te comunicas, y el fruto de la fecundidad de tu pensamiento, igual a Ti, es la segunda persona que sale de Ti, es tu Hijo, tu Verbo, tu palabra increada. Hablaste una vez, y tu palabra es eterna como Tú, como tu pensamiento, del que es expresión infinita. Así, el sol que brilla a nuestra vista nunca estuvo sin resplandor. Este resplandor existe por él, está con él, emana de él sin disminuirle, sin salir de él. Perdona, Padre, a nuestra débil inteligencia al buscar comparación entre los seres que creaste. Y, si nos estudiamos a nosotros mismos, que creaste a tu imagen, ¿no sentimos que nuestro pensamiento, por ser distinto en nuestro espíritu, tiene necesidad de término que le fije y le determine?

Padre, te conocimos por el Hijo que engendraste eternamente, y que se dignó revelarse a nosotros. Nos enseñó que Tú eres Padre y El es Hijo, y que a la vez eres con El una misma cosa [1]. Cuando un Apóstol exclamó: "Señor, muéstranos al Padre", respondió: "El que me ve, ve al

[1] *S. Juan*, X, 30.

Padre"[1]. ¡Oh unidad de la naturaleza divina, en que el Hijo, distinto del Padre, no es menor que el Padre! ¡Oh complacencia del Padre en el Hijo, por quien tiene conciencia de Sí mismo; complacencia de amor íntimo que proclama a nuestros oídos mortales a orillas del Jordán y en la cumbre del Tabor! [2].

¡Oh Padre, Te adoramos, pero también Te amamos: porque un Padre debe ser amado de sus hijos, y nosotros somos tus hijos! ¿No nos enseña un Apóstol que toda paternidad procede de Ti, no sólo en el cielo, sino en la tierra? [3]. Nadie es padre, nadie tiene autoridad paterna en la familia, en el Estado, en la Iglesia, sino por Ti, en Ti y a semejanza tuya. Es más, quisiste "que no sólo fuésemos llamados hijos tuyos, sino que esta cualidad fuese real en nosotros [4]; no por generación como en tu único Verbo, sino por una adopción que nos hace sus "coherederos"[5]. Tu Hijo divino dijo hablando de Ti: "Yo honro a mi Padre" [6]; también nosotros Te honramos, Padre sumo, Padre de majestad inmensa, y desde lo profundo de nuestra nada, en espera de la eternidad, te glorificamos con los santos Angeles y los Bienaventurados de nuestra raza. Tu mi-

---

1 *S. Juan*, XIV, 8-9.
2 *S. Mat.*, III, 17; *S. Pedro*, 1. 17.
3 *Ef.*, III, 15.
4 *S. Juan*, III, 1.
5 *Rom.*, VIII, 17.
6 *S. Juan*, VIII, 49.

rada paternal nos proteja, y se complazca también en los hijos que has previsto y que has elegido y has llamado a la fe, y que con el Apóstol se atreven a llamarte "Padre de las misericordias, y Dios de todo consuelo [1]."

Alabanza al Hijo. — ¡Gloria a Ti, oh Hijo, oh Verbo, oh Sabiduría del Padre! Emanado de su esencia divina, el Padre te dió nacimiento "antes de la aurora"[2] y te dijo: "Hoy te he engendrado"[3], y el hoy, que no tiene ni ayer ni mañana, es la eternidad. Eres Hijo e Hijo único, este nombre expresa una misma naturaleza con el que te produce; excluye la creación y te dice consustancial al Padre, del que procedes con una semejanza perfecta. Sales del Padre, sin salir de la esencia divina, siendo coeterno con tu principio; porque en Dios nada hay nuevo, nada temporal. En Ti, la filiación no es una dependencia; porque el Padre no puede existir sin el Hijo, como tampoco el Hijo sin el Padre. Si es noble para el Padre producir al Hijo, no lo es menos para el Hijo agotar y terminar en Sí mismo, por su filiación, el poder generador del Padre.

¡Oh Hijo de Dios, eres el Verbo del Padre! Palabra increada, eres tan íntimo con El como su pensamiento, y su pensamiento es su ser. En

---

[1] *II Cor.*, I, 3.
[2] *Ps.*, CIX, 3.
[3] *Ps.*, II, 7.

Ti este ser se expresa por entero en su infinidad, en Ti se conoce. Eres el fruto inmaterial producido por el entendimiento divino del Padre, la expresión de todo lo que es, bien te guarde misteriosamente "en su seno"[1], bien te produzca fuera. ¡Qué términos emplearemos para definirte en tu magnificencia, oh Hijo de Dios! El Espíritu Santo se dignó ayudarnos en los libros que dictó; nos atreveremos, pues, a decir con las palabras que nos sugiere: "Eres el esplendor de la gloria del Padre, la forma de su sustancia"[2]. Eres el resplandor de la luz eterna, el espejo sin imperfección de la majestad de Dios, el reflejo de su eterna bondad[3]. Con la Iglesia reunida en Nicea, nos atrevemos a decir: "Eres Dios de Dios, luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero." Con los Padres y los doctores añadimos: "Eres la llama eternamente alumbrada por la llama eterna. Tu luz no disminuye en nada a la que se comunica en Ti, y en Ti nada tiene de inferior a la que te produjo."

Pero, cuando esta inefable fecundidad que da un Hijo eterno al Padre, al Padre y al Hijo un tercer término, quiso manifestarse fuera de la esencia divina, y, no pudiendo producir nada que fuese igual a Sí, se dignó llamar de la nada a la naturaleza intelectual y razonable, como más

---

[1] *S. Juan,* I, 18.
[2] *Hebr.,* I, 3.
[3] *Salm.,* VII, 26.

cercana a su principio, y a la naturaleza material como la menos alejada de la nada, entonces la producción íntima de tu persona en el seno del Padre, oh Hijo único de Dios, se reveló al mundo en el acto creador. El Padre lo hizo todo, pero "en su Sabiduría", es decir, por medio de Ti "lo hizo"[1]. Esta misión de obrar que recibiste del Padre, deriva de la generación eterna por la que Te produce de Sí mismo. Saliste de tu descanso misterioso, y las criaturas visibles e invisibles procedieron de la nada a tu mandato. Obrando en íntimo acuerdo con el Padre, extendiste sobre los mundos al crearlos, algo de esta bondad y armonía cuyo reflejo eres en la esencia divina. Pero tu misión no se agotó con la creación. El ángel y el hombre, seres inteligentes y libres, fueron destinados a ver y a poseer a Dios eternamente. Para ellos no bastaba el orden natural, era necesario que una vía sobrenatural les fuese abierta para conducirlos a su fin. Esta vía eres Tú mismo, oh Hijo único de Dios. Al tomar en Ti la naturaleza humana, Te uniste a tu obra, levantaste hasta Dios al ángel y al hombre, y, en tu naturaleza finita, apareciste como el tipo supremo de creación que el padre realizó por medio de Ti. ¡Oh misterio inefable! eres el Verbo increado, y a la vez "el primogénito de toda creatura"[2], que debía manifestarse a su tiempo; pero precediste

[1] *Ps.*, CIII, 24.
[2] *Col.*, I, 15.

en la intención divina a todos los seres que fueron creados para ser súbditos tuyos.

La raza humana, llamada a poseerte en su seno como divino intermediario, rompió con Dios: el pecado la precipitó en la muerte. ¿Quién podrá levantarla, volverla a su sublime destino? Tú sólo, ¡oh Hijo único del Padre! Nunca lo hubiéramos pensado; pero "el Padre amó tanto al mundo, que le dió su Hijo único"[1], no sólo como mediador, sino como redentor de todos. ¡Oh primogénito nuestro!, le pediste que "Te restituyese tu herencia"[2], y esta herencia tuviste que rescatarla Tú mismo. El Padre entonces Te confió la misión de Salvador para nuestra raza perdida. Tu sangre en la cruz fué nuestro rescate, y renacimos para Dios y a nuestros primeros honores; por eso, oh Hijo de Dios, nos gloríamos nosotros tus rescatados, de llamarte SEÑOR NUESTRO.

Librados de la muerte, purificados del pecado, Te dignaste devolvernos todas nuestras grandezas. Eres para el futuro CABEZA y nosotros tus miembros. Eres REY y nosotros tus dichosos súbditos. Eres PASTOR y nosotros las ovejas de tu único rebaño. Eres ESPOSO, y la Iglesia nuestra Madre es tu Esposa. Eres PAN vivo bajado del cielo, y nosotros tus convidados. ¡Oh Hijo de Dios, oh Emmanuel, oh hijo del Hombre, bendito sea el Padre que Te envió; pero sé bendito con El

[1] *S. Juan,* III, 16.
[2] *Salmo,* XVI, 5.

Tú, que cumpliste su misión, y Te dignaste decirnos que "tus delicias son estar con los hijos de los hombres!"[1]

Alabanza al Espíritu Santo. — ¡Gloria a Ti, oh Espíritu Santo, que emanas por siempre del Padre y del Hijo en la unidad de la sustancia divina! El acto eterno, por el cual el Padre se conoce a sí mismo, produce al Hijo, que es la imagen infinita del Padre, y el Padre se complace amorosamente en este esplendor salido de El antes de todos los siglos. El Hijo, al contemplar el principio de que emana eternamente, concibe para con este principio un amor igual a aquel del que es objeto. ¡Qué lengua podrá describir este ardor, esta aspiración mutua que es la atracción y el movimiento de una persona hacia la otra, en la inmovilidad eterna de la esencia! Tú eres este amor, oh Espíritu divino, que sales del Padre y del Hijo como de un mismo principio, distinto del uno y del otro, pero formando el lazo que los une en las inefables delicias de la divinidad: Amor viviente, personal, que procede del Padre por el Hijo, último término que completa la naturaleza divina y consuma eternamente la Trinidad. En el seno impenetrable de Dios, la personalidad Te viene a la vez del Padre, cuya expresión eres por un nuevo modo de producción[2],

[1] *Prov.*, VIII, 31.
[2] *S. Juan*, XV, 26.

y del Hijo, que recibiéndola del Padre, Te la da de Sí mismo[1]; porque el amor infinito que los une estrechamente, es de los dos y no de uno solo. Nunca estuvo el Padre sin el Hijo; nunca estuvo el Hijo sin el Padre; pero tampoco el Padre y el Hijo estuvieron sin Ti, ¡oh Espíritu Santo! Eternamente se han amado, y Tú eres el amor infinito que reina en ellos, y al cual comunican su divinidad. La procesión de uno y otro agota la virtud productiva de la esencia increada, y así las divinas personas realizan el número de tres; fuera de ellas no hay sino la creación.

Era necesario que en la esencia divina existiese no sólo el poder y la inteligencia, sino también el querer, del que procede toda acción. La voluntad y el amor son una sola y misma cosa, y Tú eres, oh divino Espíritu, este querer y este amor. Cuando la Trinidad dichosa obra fuera de sí misma, el acto concebido por el Padre y expresado por el Hijo, se realiza por Ti. Por Ti también, el amor que el Padre y el Hijo se tienen el uno al otro, y que se personaliza en Ti, se extiende a los seres que serán creados. Por su Verbo, el Padre los conoce; por Ti, oh Espíritu de amor, los ama, de suerte que toda creación procede de la bondad divina.

Emanando del Padre y del Hijo, sin perder la igualdad que eternamente tienes con ellos, eres enviado por uno y otro a la criatura. El Hijo,

[1] *S. Juan*, XVI, 14-15.

enviado por el Padre, reviste por toda la eternidad la naturaleza humana, y su persona, por las operaciones que le son propias, nos parece distinta de la del Padre. Del mismo modo, oh Espíritu Santo, Te reconocemos distinto del Padre y del Hijo, cuando bajas para cumplir en nosotros la misión que Te ha sido dada por uno y otro. Inspiras a los profetas [1], intervienes en María en la Encarnación divina [2], descansas sobre la flor de Jesé [3], conduces al desierto a Jesús [4], le ensalzas con milagros [5]. Su Esposa la Iglesia Te recibe y la enseñas todo lo verdadero [6] y Te quedas en ella, como su amigo, hasta el último día del mundo [7]. Nuestras almas están señaladas con tu sello [8], Tú las animas con la vida sobrenatural [9]; vives hasta en nuestro cuerpo, que es templo [10]; en fin, eres para nosotros el don de Dios [11], la fuente que mana hasta la vida eterna [12]. ¡Gracias distintas Te sean dadas, oh Espíritu divino, por las distintas obras que haces en nuestro favor!

---

[1] *Pedro,* I, 31.
[2] *S. Lucas,* I, 35.
[3] *Isaías,* XI, 22.
[4] *Luc.,* IV, 1.
[5] *S. Mateo,* XII, 28.
[6] *S. Juan,* XVI, 13.
[7] *S. Mateo,* XXVIII, 20.
[8] *Ef.,* I, 13; IV, 30.
[9] *Gal.,* V, 25.
[10] *I Cor.,* VI, 19.
[11] *Himno de Pentecostés.*
[12] *S. Juan,* IV, 14; VII, 39.

ACCIÓN DE GRACIAS A LA SANTÍSIMA TRINIDAD. — Y ahora, después de adorar una a una a las divinas personas, recorriendo sus beneficios en el mundo, nos atrevemos a levantar nuestros ojos mortales hacia esta triple Majestad que resplandece en la unidad de tu esencia, oh supremo Señor, y confesamos con San Agustín lo que aprendimos de Ti, acerca de Ti mismo. "Tres es su número; uno, que ama al que es de él; uno, que ama a aquél de quien es; y, por fin, el amor mismo"[1]. Pero nos queda por cumplir un deber de agradecimiento, el celebrar la inefable conducta por la cual Te dignaste imprimir en nosotros tu imagen. Habiendo determinado eternamente darnos sociedad en Ti[2], nos preparaste según un tipo tomado de tu ser divino[3]. Tres facultades en nuestra única alma atestiguan nuestro origen, que viene de Ti; pero este frágil espejo de tu ser, que es la gloria de nuestra naturaleza, no era más que un preludio a los designios de tu amor. Después de darnos el ser natural, determinaste en tu consejo, oh Trinidad divina, comunicarnos aún el ser sobrenatural. En la plenitud de los tiempos, el Padre nos envía a su Hijo, y este Verbo increado aporta la luz a nuestra inteligencia: el Padre y el Hijo envían al Espíritu, y el Espíritu trae el amor a nuestra vo-

[1] (DE TRINITATE, l. VI, c. VII: *"Non amplius quam tria sunt: unus diligens eum qui de illo est, et unus diligens eum de quo est, et ipsa dilectio."*)

[2] *I S. Juan*, I, 3.

[3] *Gen.*, I, 27.

luntad; y el Padre, que no puede ser enviado, viene por sí mismo, y se da a nuestra alma cuyo poder transforma. En el Bautismo, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, se cumple en el cristiano esta producción de las tres divinas personas, en correspondencia inefable con las facultades dadas a nuestra alma, como el bosquejo de la obra maestra que la obra sobrenatural de Dios puede sólo acabar.

¡Oh unión por la que Dios está en el hombre y el hombre en Dios! ¡Unión por la cual llegamos a la adopción del Padre, a la fraternidad con el Hijo, a la herencia eterna! Pero esta permanencia de Dios en la criatura, el amor eterno es quien la formó gratuitamente, y se mantiene por el tiempo que el amor de reciprocidad no falta en el hombre. El pecado mortal tendrá la fuerza de quebrantarla; la presencia de las divinas personas, que habían establecido su morada en el alma [1] y que permanecían unida a ella, cesarían en el mismo instante en que la gracia santificante se extinguiese. Dios no estaría ya en el alma más que por su inmensidad, y el alma ya no le poseería. Entonces Satanás restablecería en ella el reino de su odiosa trinidad: "la concupiscencia de la carne, la concupiscencia de los ojos, y el orgullo de la vida"[2]. ¡Desgraciado el que se atreva a provocar a Dios, por una rup-

[1] *S. Juan*, XIV, 23.
[2] *I S. Juan*, II, 16.

tura tan sangrienta, y sustituir así, por el mal, el sumo bien! El celo del Señor menospreciado, expulsado, es el que ha abierto los abismos del infierno y ha encendido la llama eterna.

Luego esta ruptura, ¿no tendrá posibilidad de reconciliación? No, por parte del hombre pecador, incapaz de reanudar con la adorable Trinidad las relaciones que un avance gratuito había preparado y que una bondad incomprensible había consumado. Pero la misericordia de Dios, que es, como lo enseña la Iglesia en la Liturgia [1], el atributo supremo de su poder, puede realizar tal prodigio, y lo hace cada vez que un pecador se convierte. A este movimiento de la augusta Trinidad que se digna bajar de nuevo al corazón del hombre arrepentido, una alegría inmensa, nos dice el Evangelio, se apodera de los Angeles y de los Santos hasta en lo más alto del cielo [2]; porque el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo señalaron su amor, y buscaron la gloria haciendo justo al que era pecador, viniendo a habitar en esta oveja antes extraviada, en este pródigo, empleado hasta ahora en la guarda de los animales inmundos, en este ladrón que, hace poco, en la cruz, insultaba con su compañero al inocente crucificado.

Sean, pues, adoración y amor a Ti, Padre, Hijo y Espíritu Santo, Trinidad perfecta que Te

1 *Colecta del X Domingo de Pentecosteés.*
2 *S. Lucas,* XV, 10.

dignaste revelarte a los mortales, Unidad eterna e inconmensurable, que libraste a nuestros padres del yugo de los falsos dioses. Gloria a Ti como era en el principio, antes de todos los seres creados; como es ahora, en el momento en que contemplamos la verdadera vida, que consiste en contemplarte cara a cara; como será por los siglos de los siglos, cuando la eterna bienaventuranza nos reúna en tu seno infinito. Amén.

PRIMER DOMINGO
DESPUES DE PENTECOSTES

Es de sentir, que la fiesta de la Santísima Trinidad, a pesar de toda su razón de ser, haya suprimido el primer Domingo de Pentecostés. La Misa que le fué atribuída muy pronto, quedó al menos en el Misal; se dicen sus oraciones después de las de la fiesta, y se la debe celebrar uno de los tres días que preceden al *Corpus Christi.*

El Introito es el grito de un alma desolada que llama en su socorro a Dios, y, antes de ser escuchada, le manifiesta confianza y le promete sus cánticos de acción de gracias.

INTROITO

Señor, en tu misericordia he esperado: mi corazón se ha alegrado en tu salud: cantaré al Señor que me

ha dado bienes. — *Salmo:* ¿Hasta cuándo, Señor? ¿Me olvidarás para siempre? ¿Hasta cuándo apartarás tu rostro de mí? ℣. Gloria al Padre.

La Colecta contiene la confesión de la radical debilidad de nuestra humana naturaleza. Nada podemos en lo tocante a la salvación. Pero Dios es la fortaleza de los que en El ponen su confianza: El asegurará nuestra fidelidad en la práctica de los mandamientos.

COLECTA

Oh Dios, fortaleza de los que esperan en ti, escucha propicio nuestras súplicas: y, puesto que la flaqueza mortal no puede nada sin ti, danos el auxilio de tu gracia; para que, cumpliendo tus mandatos, te agrademos con la voluntad y con la acción. Por nuestro Señor.

La Epístola es un verdadero canto de San Juan, que en cada versículo nos repite, de un modo diferente, pero con infinita complacencia, que Dios es amor, que El nos amó primero, y que su amor está con nosotros. La lección se desprende por sí misma: si fuimos amados de este modo, si Dios continúa amándonos del mismo modo, también debemos amar nosotros a Dios y a nuestros hermanos, a quienes Dios ama como a nosotros.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Apóstol S. Juan. (IV, 8-22).

Carísimos: Dios es caridad. En esto se mostró la caridad de Dios para con nosotros, en que Dios envió

a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por El. En esto consiste la caridad: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó a nosotros primero, y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados. Carísimos: si Dios nos amó así, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Nadie vió jamás a Dios. Si nos amáremos mutuamente, Dios permanecerá en nosotros, y su caridad será perfecta en nosotros. En esto conocemos que permanecemos en El, y El en nosotros, en que nos ha dado su Espíritu. Y nosotros hemos visto, y lo atestiguamos, que el Padre envió a su Hijo como Salvador del mundo. Todo el que confesare que Jesús es el Hijo de Dios, Dios está en él, y él en Dios. Y nosotros hemos conocido y creído en la caridad que Dios tiene para con nosotros. Dios es caridad: y, el que permanece en la caridad, permanece en Dios, y Dios en él. La caridad de Dios con nosotros es perfecta, para que tengamos confianza en el día del juicio: porque, como El está, también nosotros estamos en este mundo. En la caridad no hay temor, sino que la perfecta caridad arroja fuera el temor, porque el temor tiene pena. Mas, el que teme, no es perfecto en la caridad. Nosotros, pues, amemos a Dios, porque Dios nos amó primero. Si alguien dijere: Amo a Dios, y odiare a su hermano, es mentiroso. Porque, el que no ama a su hermano, a quien ve, ¿cómo podrá amar a Dios, a quien no ve? Y éste es el mandamiento que tenemos de Dios: que, el que ame a Dios, ame también a su hermano.

El Gradual prosigue el mismo pensamiento: feliz aquel cuya alma compasiva comprendió la angustia de los pobres, de los desheredados, de todos los que sufren moral y físicamente. Los socorrió, en el ardor de su caridad, y el Señor le

manifestará su agradecimiento perdonándole sus faltas y curando las llagas de su alma.

GRADUAL

Yo dije: Señor, ten piedad de mí: sana mi alma, porque he pecado contra ti. ℣. Dichoso el que socorriere al desvalido y al pobre: en el día malo le librará el Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oye, Señor, mis palabras con tus oídos: escucha mi clamor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (VI, 36-42).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Sed misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso. No juzguéis, y no seréis juzgados: no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados. Dad, y se os dará: darán en vuestro regazo una medida buena, y apiñada, y agitada, y rebosante. Porque, con la misma medida con que midiereis, seréis medidos. Y les decía esta semejanza: ¿Puede acaso un ciego guiar a otro ciego? ¿No caerán los dos en el hoyo? No está el discípulo sobre el maestro: antes, aquél será perfecto, que fuere como el maestro. ¿Por qué, pues, ves la paja en el ojo de tu hermano, y no miras la viga que hay en el tuyo? O ¿cómo podrás decir a tu hermano: Hermano, deja que saque la paja de tu ojo, no viendo la viga en tu propio ojo? Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo: y entonces verás, para sacar la paja del ojo de tu hermano.

La lección de caridad. — Jesús se dirige a sus discípulos. Les expone qué espíritu debe animar

al que aspira a colocarse entre sus fieles. Esta disposición fundamental será el amor al prójimo; los cristianos deberán practicar la caridad de la forma más perfecta, incluso heroica.

La misericordia de los discípulos de Jesús tomará como modelo la misericordia divina y no la misericordia humana, siempre estrecha por cualquier parte... El que trata favorablemente al prójimo, encontrará indulgencia ante Dios. El que muestra su benevolencia por la generosidad espontánea de sus dones, atraerá sobre sí la liberalidad divina.

En las manifestaciones de celo, la misma conducta. En vano se mete uno a ser guía de su prójimo, si uno no ve claramente el camino que debe seguir. Es preciso vivir en la luz para guiar a los demás. Y la segunda condición para que el celo dé sus frutos, es que sea sincero, despojado de toda hipocresía. Quien trata de corregir a los demás y reprenderlos, debe ser el primero en corregirse de sus faltas... Un censor hipócrita revela el fondo de su corazón, un fondo malvado y que no podrá hacer bien a los demás. Para ejercer con fruto el celo con el prójimo, es necesario que la bondad y la benevolencia estén en el corazón. Cual el árbol, tal el fruto. (P. A. Valensin y J. Huby: S. Luc., p. 120-125.)

Si nuestras almas están en las disposiciones indicadas en la Epístola y en el Evangelio, po-

dremos presentarnos en el altar y orar con confianza: Dios nos reconocerá por sus verdaderos hijos y nos oirá, y si nuestras disposiciones son tales cuales deben, bajará sobre nosotros, como lo pide la Secreta, el socorro constante, perpetuo, de que todos tenemos necesidad.

OFERTORIO

Atiende a la voz de mi oración, Rey mío, y Dios mío: porque a ti oraré Señor.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes aplacado nuestras hostias, a ti dedicadas: y haz que nos sirvan de perpetuo auxilio. Por nuestro Señor.

La Misa se termina por un canto de gozo: el alma ha recibido a su Señor; no hay lugar en ella más que para la alegría, pero ésta debe permanecer. Por eso pide disfrutar de los frutos del misterio y no cesar de alabar a Dios, que la colma de tanta bondad.

COMUNION

Contaré todas tus maravillas: me alegraré y gozaré en ti: salmearé a tu nombre, oh Altísimo.

POSCOMUNION

Llenos, Señor, de tan grandes presentes: suplicámoste hagas que obtengamos tus saludables dones y no cesemos nunca en tu alabanza. Por nuestro Señor.

FIESTA DEL CORPUS CHRISTI

El Santísimo Sacramento en el centro de la Liturgia. — La luz del Espíritu Santo, que vino a aumentar en la Iglesia la inteligencia siempre viviente del misterio de la augusta Trinidad, la lleva a contemplar en seguida esta otra maravilla que concentra ella misma todas las operaciones del Verbo encarnado, y nos conduce desde esta vida a la unión divina. El misterio de la Sagrada Eucaristía va a aparecer en todo su esplendor, y es importante disponer los ojos de nuestra alma para recibir saludablemente la irradiación que nos aguarda. Lo mismo que no hemos estado nunca sin la noción del misterio de la Santísima Trinidad, y que nuestros homenajes se dirigen siempre a ella; así también la Sagrada Eucaristía no ha dejado de acompañarnos en todo el curso de este año litúrgico, ya como medio de rendir nuestros homenajes a la suprema Majestad, ya como alimento de la vida sobrenatural. Podemos decir que estos dos inefables misterios nos son conocidos y que los amamos; pero las gracias de Pentecostés nos han abierto una nueva entrada en lo más íntimo que tienen; y, si el primero nos pareció ayer rodeado de los rayos de una luz más viva, el segundo va a brillar para nosotros con un resplan-

dor que los ojos de nuestra alma nunca habían recibido.

Siendo la Santísima Trinidad, como hemos hecho ver, el objeto esencial de toda la religión, el centro a que vienen a parar todos nuestros homenajes, aun cuando parezca que no llevamos una intención inmediata, se puede decir también que la Sagrada Eucaristía es el más precioso medio de dar a Dios el culto que le es debido, y por ella se une la tierra con el cielo. Es, pues, fácil, penetrar la razón del retraso que la Iglesia tuvo en la institución de las dos solemnidades que suceden inmediatamente a la de Pentecostés. Todos los misterios que hemos celebrado hasta aquí, estaban contenidos en el augusto Sacramento, que es el memorial y como el resumen de las maravillas que el Señor hizo por nosotros [1]. La realidad de la presencia de Cristo bajo las especies sacramentales, hizo que en la Hostia reconociésemos en Navidad al Niño que nos nació; en Pasión, la víctima que nos rescató; en Pascua, al vencedor de la muerte. No podíamos celebrar todos estos misterios sin apelar en nuestro socorro al inmortal Sacrificio, y no podía ser ofrecido, sin renovarlos ni reproducirlos.

Las fiestas mismas de la Santísima Virgen y de los Santos nos mantenían en la contemplación del divino Sacramento. María, a quien

[1] *Salmo,* CX, 4.

hemos honrado en sus solemnidades de la Inmaculada Concepción, de la Purificación, de la Anunciación, ¿no formó con su propia sustancia este cuerpo y esta sangre que ofrecemos sobre el altar? La fuerza invencible de los Apóstoles y de los Mártires que hemos celebrado, ¿no la sacaron del alimento sagrado que da el ardor y la constancia? Los Confesores y las Vírgenes, ¿no nos han parecido como la floración del campo de la Iglesia que se cubre de espigas y de racimos de uva, gracias a la fecundidad que le da Aquél que es la a la vez el pan y la vid?[1]

Reuniendo todos nuestros medios para honrar a estos gloriosos habitantes de la corte celestial, hemos hecho uso de la salmodia, de los himnos, de los cánticos, de las fórmulas más solemnes y tiernas; pero como homenaje a su gloria, nada igualaba a la ofrenda del Sacrificio. Allí, entrábamos en comunicación directa con ellos, según la enérgica expresión de la Iglesia en el canon de la Misa *(communicantes)*. Adoran ellos eternamente a la Santísima Trinidad por Jesucristo y en Jesucristo; por el Sacrificio nos uníamos a ellos en el mismo centro, mezclábamos nuestros homenajes con los suyos, y para ellos resultaba un aumento de honra y de felicidad. La Sagrada Eucaristía, Sacrificio y Sacramento, siempre nos estaba presente; y, si en estos días debemos recogernos para mejor comprender la

[1] *Zach.*, IX, 17.

grandeza y poder infinitos, si debemos esforzarnos por gozar con más plenitud la inefable suavidad, no es un descubrimiento que se nos muestra de súbito: se trata del elemento que el amor de Cristo nos dejó preparado, y del cual usamos ya, para entrar en relación directa con Dios y rendirle nuestros deberes más solemnes y a la vez más íntimos.

PRIMERA FIESTA DEL CORPUS. — Sin embargo, el espíritu que gobierna a la Iglesia, debía inspirarla un día el pensamiento de establecer una solemnidad * particular en honor del misterio augusto en que se contienen los demás. El elemento sagrado que da a todas las fiestas del año su razón de ser y las ilumina con su propio resplandor, la Eucaristía, pedía por sí misma una fiesta en relación con la magnificencia de su objeto.

Pero esta exaltación de la Hostia, sus marchas triunfales, tan justamente caras a la piedad cristiana de nuestros días, eran imposibles en la Iglesia del tiempo de los mártires. No fueron usadas después de la victoria, porque no formaban parte en la manera y espíritu de las formas litúrgicas primitivas, que continuaron en uso por mucho tiempo. En primer lugar eran menos necesarias y como superfluas para la fe viva de aquella edad: la solemnidad del Sacrificio

* Aquí termina el texto de Dom Guéranger.

mismo, la participación común en los Misterios sagrados, la alabanza no interrumpida de los cantos litúrgicos que irradiaban alrededor del altar, daban a Dios homenaje y gloria, mantenían la exacta noción del dogma, y tenían en el pueblo una sobreabundancia de vida sobrenatural que ya no se encuentra en la época siguiente. El memorial divino daba sus frutos: las intenciones del Señor al instituir el misterio, se habían cumplido, y el recuerdo de esta institución, celebrada entonces como en nuestros días en la Misa de Jueves Santo, quedaba grabada profundamente en el corazón de los fieles.

La debilitación de la fe. — Así fué hasta el s. XIII; pero entonces, y por consecuencia del enfriamiento que constata la Iglesia a principios de este siglo[1], la fe se debilitó, y con ella, la robusta piedad de las antiguas naciones cristianas. En esta decadencia progresiva, que no debía detener las maravillas de la santidad individual, era de temer que el adorable Sacramento, que es el misterio de la fe por esencia, tuviese que sufrir más que ningún otro, de la indiferencia y frialdad de las nuevas generaciones. Ya en diversas partes y por inspiración del infierno, había aparecido alguna negación sacrílega de la Sagrada Eucaristía, conmoviendo a los fieles, si bien estaban aún demasiado apegados general-

[1] *Oración de la fiesta de las Llagas de S. Francisco.*

mente a sus tradiciones para dejarse seducir, pero que puso en guardia a los pastores y que hizo ya sus víctimas.

LAS HEREJÍAS SACRAMENTARIAS. — Escoto Erígena había elaborado la fórmula de la herejía Sacramentaria. La Eucaristía no era para él sino "un signo, una figura de la unión espiritual con Jesús, percibida por sola la inteligencia"[1]. Su necia pedantería tuvo poca resonancia, y no prevaleció contra la tradición católica expuesta en los sabios escritos de Pascasio Radberto, Abad de Corbeya. Renovados en el s. XI por Berengario, los sofismas de Escoto turbaron aún más seriamente y por más tiempo la Iglesia de Francia, sin que por eso sobreviviesen a la sutil vanidad de su segundo padre. El infierno avanzaba poco en sus ataques demasiado directos aún; alcanzó mejor su fin por caminos desviados. El imperio bizantino favorecía los restos de la secta maniquea, que, mirando la carne como la obra del principio malo, arruinaba a la Eucaristía por su base. Mientras Berengario, ávido de gloria, dogmatizaba con estrépito sin provecho para el error, Tracia y Bulgaria dirigían sus apóstoles silenciosamente hacia Occidente. Lombardía, las Marcas y Toscana fueron infectadas; pasados los montes, la impura chispa cayó a la vez sobre varios puntos del reino cristianísimo. Orleans, Toulouse, Arrás,

[1] Denys: *Jerarquía celeste.*

vieron el veneno entrar por sus muros. Se creyó haber sofocado el mal en su origen, con enérgicas represiones, pero el contagio se extendía a ocultas. Tomando el mediodía de Francia por base de sus operaciones, la herejía se organizó solapadamente durante todo el s. XII; tales fueron sus disimulados progresos, que quitándose la careta por fin, pretendió, a principios del s. XIII, sostener con las armas en la mano sus dogmas impíos. Fueron necesarios ríos de sangre para someterla y quitarla sus plazas fuertes; y mucho tiempo aún después de la derrota de la insurrección armada, la Inquisición tuvo que vigilar activamente las provincias infectadas por el azote de los Albigenses.

LA VISIÓN DE LA BIENAVENTURADA JULIANA. — Simón de Monforte fué el paladín de la fe. Pero al tiempo mismo en que el brazo victorioso del héroe cristiano abatía a la herejía, Dios preparaba a su Hijo, indignamente ultrajado por los sectarios en el Sacramento de su amor, un triunfo más pacífico y una reparación más completa. En 1208, una humilde religiosa hospitalaria, la Beata Juliana de Mont-Cornillon, cerca de Lieja, tuvo una visión misteriosa en que se le apareció la luna llena, faltando en su disco un trozo. Después de dos años le fué revelado que la luna representaba la Iglesia de su tiempo, y que el pedazo que faltaba, indicaba la ausencia de una

solemnidad en el Ciclo litúrgico. Dios quería dar a entender que una fiesta nueva debía celebrarse cada año para honrar solemne y distintamente la institución de la Eucaristía; porque la memoria histórica de la *Cena del Señor* en el Jueves Santo, no respondía a las necesidades nuevas de los pueblos inquietados por la herejía; y no bastaba tampoco a la Iglesia, ocupada por otra parte entonces por las importantes funciones de ese día, y absorbida pronto por las tristezas del Viernes Santo.

Al mismo tiempo que Juliana recibía esta comunicación, la fué mandado poner manos a la obra y hacer conocer al mundo la divina voluntad. Veinte años pasaron antes de que la humilde y tímida virgen se lanzase a tomar sobre sí tal iniciativa. Se abrió por fin a un canónigo de San Martín de Lieja, llamado Juan de Lausanna, a quien estimaba singularmente por su gran santidad, y le pidió tratase del objeto de su misión con los doctores. Todos acordaron reconocer que no sólo nada se oponía al establecimiento de la fiesta proyectada, sino que resultaría, por el contrario, un aumento de la gloria divina y un gran bien de las almas. Animada por esta decisión, la Bienaventurada hizo componer y aprobar para la futura fiesta un oficio propio, que comenzaba por estas palabras: *Animarum cibus,* del que quedan todavía algunos fragmentos.

La fiesta del Corpus Christi. — La Iglesia de Lieja, a quien la Iglesia universal debía ya la fiesta de la Santísima Trinidad, estaba predestinada al nuevo honor de dar origen a la fiesta del Santísimo Sacramento. En 1246, después de tanto tiempo y de obstáculos innumerables, Roberto de Torôte, obispo de Lieja, estableció por decreto sinodal que, cada año, el Jueves después de la Trinidad, todas las iglesias de su diócesis deberían observar en lo sucesivo, con abstención de obras serviles y ayuno preparatorio, una fiesta solemne en honor del inefable Sacramento del Cuerpo del Señor.

La fiesta del Santísimo Sacramento fué, pues, celebrada por primera vez en esta insigne iglesia, en 1247. El sucesor de Roberto, Enrique de Gueldre, guerrero y gran señor, tuvo ocupaciones muy distintas que su predecesor. Hugo de Saint-Cher, cardenal de Santa Sabina, legado en Alemania, habiendo acudido a Lieja para poner remedio a los desórdenes que se producían en el nuevo gobierno, oyó hablar del decreto de Roberto y de la nueva solemnidad. Siendo prior en otro tiempo y provincial de los Frailes Predicadores, fué uno de los que, consultados por Juan de Lausanna, habían alabado el proyecto. Consideró honroso para sí celebrar la fiesta y cantar la Misa con gran pompa. Además, por ordenanza con fecha del 29 de Diciembre de 1253, dirigida a los Arzobispos, Obispos, Abades y fie-

les del territorio de su legación, confirmó el decreto del obispo de Lieja, y lo extendió a todas las tierras de su jurisdicción, concediendo indulgencia de cien días a todos los que, contritos y confesados, visitasen piadosamente las iglesias en que se hacía el oficio de la fiesta, el mismo día, o la Octava. El año siguiente, el cardenal de San Jorge del Velo de Oro, que le sucedió en su legación, confirmó y renovó las ordenanzas del cardenal de Santa Sabina. Pero estos decretos reiterados no pudieron triunfar de la frialdad general; y tales fueron las maniobras del enemigo, que se sentía herido hasta lo más hondo, que después de la salida de los legados, se vió a eclesiásticos de gran renombre y constituídos en dignidad oponer a las ordenanzas sus decisiones particulares. Cuando murió la Bienaventurada Juliana, en 1258, la iglesia de San Martín fué la única en celebrar la fiesta, ella que había tenido la misión de establecerla en el mundo entero. Pero dejaba, para continuar su obra, una piadosa reclusa, por nombre Eva, que fué la confidente de sus pensamientos.

La extensión de la fiesta a la Iglesia Universal. — El 29 de Agosto de 1261, Santiago Pantaleón subía al trono pontificio con el nombre de Urbano IV. Había conocido a la Bienaventurada Juliana cuando era Arcediano de Lieja, y había aprobado sus planes. Eva creyó ver en esta exaltación una señal de la Providencia. A instancias

de la reclusa, Enrique de Gueldre, escribió al nuevo Papa para felicitarle y pedirle confirmase con su aprobación suprema la fiesta instituída por Roberto de Torôte. Al mismo tiempo, diversos prodigios, y especialmente el del corporal de Bolsena, ensangrentado por una hostia milagrosa casi a los ojos de la corte pontificia, que residía entonces en Orvieto, vinieron como a urgir a Urbano de parte del cielo y a afianzar el buen celo que antes había manifestado por la honra del Santísimo Sacramento. Santo Tomás de Aquino fué encargado de componer según el rito romano el Oficio que debía reemplazar en la Iglesia al de la Bienaventurada Juliana, adaptado por ella al rito de la antigua liturgia francesa. La bula *Transiturus* dió en seguida a conocer al mundo las intenciones del Pontífice: Urbano IV, recordando las revelaciones de que había tenido conocimiento en otro tiempo, establecía en la Iglesia Universal, para la confusión de la herejía y la exaltación de la fe ortodoxa, una solemnidad especial en honor del augusto memorial dejado por Cristo a su Iglesia. El día señalado para esta fiesta era la *Feria quinta* o Jueves *después de la Octava de Pentecostés.*

Parecía que la causa quedaría por fin terminada; pero los trastornos que asolaban entonces a Italia y al Imperio, hicieron olvidar la bula de Urbano IV, antes de que pudiera ser puesta en ejecución. Más de cuarenta años pasaron an-

tes que de nuevo fuera promulgada y confirmada por Clemente V en el Concilio de Viena. Juan XXII, insertándola en el Cuerpo del Derecho en las *Clementinas,* la dió fuerza de ley definitiva, y tuvo así la gloria de dar la última mano, hacia el año 1318, a esta gran obra cuya conclusión había exigido más de un siglo.

EL DESEO DEL CORAZÓN HUMANO. — Contra esta fiesta y su divino objeto, los hombres han repetido las palabras: *¿Cómo puede hacerse esto?* [1] y la razón parecía justificar sus dichos contra lo que llamaban las pretensiones insensatas del corazón del hombre.

Todo ser tiene sed de felicidad, y, con todo eso, no aspira más que al bien de que es capaz; porque la condición del bien es no encontrarse más que en la plena satisfacción del deseo que le persigue.

El hombre, como todo lo que vive alrededor suyo, tiene sed de dicha; y con todo eso, él solo en este mundo siente en sí aspiraciones que sobrepasan inmensamente los límites de su frágil naturaleza. Dios, al revelársele por sus obras, de una manera correspondiente a su naturaleza creada; Dios, causa primera y fin universal, perfección sin límites, belleza infinita, bondad suma, objeto bien digno de aquietar para siempre, colmándolos, su inteligencia y su corazón: Dios así

[1] *S. Juan,* III, 9; VI, 53.

conocido, así gustado, no basta al hombre. Este ser de la nada quiere el infinito en su sustancia; suspira por la paz del Señor y por su vida íntima. La tierra a sus ojos es desierto sin salida, sin agua para apagar su sed [1]; "como el ciervo, exclama, busca el agua de las fuentes, así mi alma aspira a ti, oh Dios! ¡Mi alma tiene sed del Dios fuerte, del Dios vivo! ¡Oh! ¿Cuándo iré, cuándo apareceré ante la cara de Dios?"[2]

¡Entusiasmo extraño seguramente para la fría razón! ¡Aspiraciones, al parecer, verdaderamente insensatas! Esta vista de Dios, esta vida divina, este festín cuyo alimento será Dios mismo, ¿podrá algún día hacer el hombre que estas sublimidades no queden infinitamente por encima de las potencias de su naturaleza, como de toda naturaleza creada? Un abismo le separa del objeto que le encanta, y no es otro que la enorme desproporción de la nada al ser. El acto creador con toda su omnipotencia no puede por sí solo llenar el abismo; y para que la desproporción cesase de ser un obstáculo a la unión deseada, sería menester que Dios mismo salvase la distancia y se dignase comunicar a este hijo de la nada sus propias energías. Mas ¿qué es el hombre para que el Ser supremo, cuya magnificencia está por encima de los cielos, rebaje hasta él su excelencia? [3]

---

[1] *Salm.*, LXII, 2.
[2] *Salm.*, XLI, 2-3.
[3] *Salm.*, CXLIII, 5.

RESPUESTA DEL AMOR INFINITO. — Dios es amor; y lo admirable no es que nosotros hayamos amado a Dios, sino que El mismo se nos haya anticipado con su amor. Ahora bien, el amor reclama la unión, y la unión requiere semejanza[1]. ¡Oh riquezas de la naturaleza divina, en la que se manifiestan, del mismo modo infinitos, el Poder, la Sabiduría y el Amor, que constituyen la Trinidad Augusta! ¡Gloria a Ti, Espíritu Santo, cuyo reino, apenas comenzado, ilumina con sus rayos nuestros ojos mortales! ¡En esta semana que nos ve comenzar contigo el inventario de los preciosos dones dejados en nuestras manos por el Esposo al subir al cielo[2], en este primer Jueves que nos recuerda la Cena del Señor, descubres a nuestros corazones la plenitud, el objeto, la admirable armonía de las obras que realiza el Dios uno en su esencia y trino en sus personas; en el velo de las especies sagradas ofreces a nuestros ojos el *memorial* vivo de las maravillas realizadas por el concierto de la Omnipotencia, la Sabiduría y el Amor![3] La Eucaristía sola podía, efectivamente, poner en pleno esplendor el desenvolvimiento en el tiempo, la marcha progresiva de los divinos designios inspirados por el amor que los conduce *hasta el fin*[4].

---

1 *S. Juan,* IV, 10.
2 *Psal.,* LXII, 19.
3 *Salm.,* CX, 4.
4 *S. Juan,* XIII, 1.

Alabanza a la Sabiduría eterna. — Oh Sabiduría, salida de la boca del Altísimo, que abarcas de un extremo a otro y dispones todas las cosas con fortaleza y suavidad [1], implorábamos en el tiempo de Adviento tu venida a Belén, *la casa del pan;* eran la aspiración primera de nuestro corazón. El día de tu gloriosa Epifanía manifestó el misterio de las bodas y reveló al Esposo; la Esposa fué preparada en las aguas del Jordán; cantamos a los Magos que se dirigían con presentes al festín figurativo, y a los comensales que bebían vino milagroso. Mas el agua cambiada en vino, presagiaba aun más excelsas maravillas. La viña, la verdadera viña cuyos sarmientos somos nosotros [2], dió flores embalsamadas y frutos de gracia y honor [3]. El trigo abunda en los valles y éstos cantan un himno de alabanza [4].

Sabiduría, noble soberana, cuyos atractivos divinos cautivan desde la infancia los corazones ávidos de la verdadera hermosura [5]; ¡ha llegado por fin, el día del verdadero festín de las bodas! Como una madre llena de honor, acudes a alimentarnos con el pan de vida, a embriagarnos con la bebida saludable [6]. Es mejor tu fruto que

---

[1] La primera de las grandes antífonas de Adviento.
[2] *S. Juan,* XV, 5.
[3] *Ecles.,* XXIV, 23.
[4] *Salm.,* LXIV, 14.
[5] *Salm.,* VIII, 2.
[6] *Ecles.,* XV, 2, 3.

el oro y la piedra preciosa, mejor tu sustancia que la plata más pura [1]. Los que Te comen, volverán a tener hambre; los que Te beben, no apagarán su sed [2]. Porque tu conversación no tiene nada de amargo, tu compañía nada de hastío; contigo están la alegría y el júbilo [3], las riquezas, la gloria y la virtud [4].

En estos días que elevas tu trono en la asamblea de los santos, sondeando a placer los misterios del divino banquete, deseamos publicar tus maravillas, y en unión contigo, cantar tus alabanzas ante los ejércitos del Altísimo [5]. Dígnate abrir nuestra boca y llenarnos de tu Espíritu, divina sabiduría, a fin de que nuestra alabanza sea digna de su objeto y abunde, conforme a tu promesa, en la boca de tus adoradores [6].

MISA

El Señor viene a alimentar a sus elegidos con el trigo echado a la tierra y multiplicado por la inmolación mística, sobre todos los altares; viene en este día a triunfar entre los suyos, a escuchar nuestros gritos de júbilo al Dios de Jacob. Estos son los pensamientos que interpreta el

---

1 *Prov.*, VIII, 19.
2 *Ecles.*, XXIV, 29.
3 *Salm.*, VIII, 16.
4 *Prov.*, VIII, 18.
5 *Ecles.*, 1-4.
6 *Ecles.*, XV, 5, 10.

solemne Introito por el que la Iglesia empieza sus cantos. Está compuesto de trozos del salmo LXXX.

INTROITO

Los alimentó con grosura de trigo, aleluya: y los sació con miel de la roca, aleluya, aleluya, aleluya. — *Salmo:* Ensalzad a Dios, nuestro ayudador: cantad jubilosos al Dios de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

En la Colecta, la Iglesia recuerda la intención del Señor al instituir el Sacramento del amor en la víspera de su muerte, como memorial de la Pasión que pronto debía padecer. Pide que, penetrados así de su verdadero sentido en los honores rendidos al Cuerpo y Sangre divinos, obtengamos el fruto de su sacrificio.

COLECTA

Oh Dios, que bajo este admirable Sacramento, nos dejaste el recuerdo de tu pasión: suplicámoste hagas que veneremos de tal modo los sagrados Misterios de tu Cuerpo y Sangre, que sintamos siempre en nosotros el fruto de tu redención. Tú que vives.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (XI, 23-29).

Hermanos: Pues yo recibí del Señor lo que os he enseñado a vosotros: que el Señor Jesús, en la noche que iba a ser entregado, tomó el pan, y, dando gracias, lo partió, y dijo: Tomad, y comed: Este es mi cuerpo, que será entregado por vosotros: haced esto en memoria mía. Tomó igualmente el cáliz, después que cenó,

diciendo: Este cáliz es el Nuevo Testamento en mi sangre. Haced esto, cuantas veces bebáis, en memoria mía. Porque, cuantas veces comáis este pan, y bebáis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga. Por tanto, quien comiere este pan, o bebiere el cáliz del Señor, indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Pruébese, pues, el hombre a si mismo: y coma así de este pan y de este cáliz. Porque, el que lo come, o lo bebe, indignamente, come y bebe su propio juicio, no distinguiendo el cuerpo del Señor.

Anuncio de la muerte del Señor.—La Sagrada Eucaristía como Sacrificio y Sacramento, es el centro mismo de la religión cristiana; por eso el Señor quiso que el hecho de su institución, descansase, en los escritos inspirados, sobre cuádruple testimonio. San Pablo, a quien acabamos de escuchar, une su voz a la de San Mateo, San Marcos y San Lucas. Apoya su relato, conforme en todo al de los evangelistas, sobre la misma palabra del Salvador, que se dignó aparecérsele e instruirle en persona, después de su conversión.

El Apóstol insiste sobre el poder que el Señor dió a sus discípulos de renovar la acción que acababa de realizar, y en particular nos enseña que cada vez que el sacerdote consagra el cuerpo y sangre de Jesucristo, *anuncia la muerte del Señor,* manifestando por estas palabras la unidad del sacrificio sobre la cruz y sobre el altar. Por la inmolación del Redentor sobre la cruz, la carne de este cordero de Dios llega a ser asimismo "verdadera comida", y su sangre, "ver-

dadera bebida", como lo dirá pronto el Evangelio. No lo olvide el cristiano ni en este día de triunfo. Lo hemos visto hace un instante: la Iglesia en la Colecta no desea sino inculcar profundamente en el alma de sus hijos la última y tierna recomendación del Señor: "Cada vez que bebáis de este cáliz de la nueva alianza, hacedlo en memoria mía." La elección que hace para la Epístola de este trozo del gran Apóstol, debe servir al cristiano para comprender mejor que la carne divina que alimenta su alma, fué preparada en el Calvario, y que, si el Cordero está hoy vivo e inmortal, por una muerte dolorosa fué por la que llegó a ser nuestro alimento. El pecador reconciliado debe recibir con compunción el sagrado Cuerpo, del que debe reprocharse amargamente el haber agotado toda la Sangre por sus pecados; el justo participará de él con humildad, acordándose de que también él tuvo su parte en los dolores del Cordero inocente, y que, si hoy siente en sí la vida de la gracia, no lo debe sino a la Sangre de la Víctima, cuya Carne le va a ser dada en alimento.

PUREZA REQUERIDA. — Temamos ante todo la audacia sacrílega reprendida por el Apóstol, del que no teme infligir, por un monstruoso desorden, una nueva muerte al Autor de la vida, en el banquete mismo de quien dió su Sangre para rescatarle. "Pruébese el hombre a sí mismo, dice San Pablo, y sólo entonces coma de este

pan y beba de este cáliz." Esta prueba es la confesión sacramental para todo hombre que tiene conciencia de un pecado grave no acusado todavía: por grande que sea su arrepentimiento y aunque esté ya reconciliado con Dios por un acto de contrición perfecta, el precepto del Apóstol, interpretado por la costumbre de la Iglesia y sus definiciones conciliares [1], le prohibe el acceso a la Sagrada Mesa hasta que confiese su falta en el sacramento de la Penitencia.

El Gradual y el verso del Aleluya presentan un ejemplo de paralelismo entre los dos testamentos. El Salmista [2] exalta en él la bondad infinita del Señor, del que todo ser viviente espera su alimento; y el Salvador, se presenta aquí a nosotros, en San Juan [3], como verdadero alimento.

GRADUAL

Los ojos de todos están fijos en ti, Señor: y tú les das el sustento en tiempo oportuno. ℣. Abres tu mano: y llenas de bendición a todo viviente.

Aleluya, aleluya. ℣. Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida: el que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él. Aleluya.

A continuación viene la Secuencia, obra del Doctor Angélico, donde la Iglesia, verdadera Sión, manifiesta su entusiasmo, desahoga su

---

[1] *Concilio de Trento* Ses XIII, c VII, can XI.
[2] *Ps.,* CXLIV, 15-16.
[3] *S. Juan,* VI, 56-57.

amor al Pan vivo y vivificador, en términos de una precisión escolástica que parecería habría de resistirse a toda forma poética. El misterio eucarístico se desenvuelve en ella con la plenitud concisa y la sencilla y grandiosa majestad, cuyo maravilloso secreto tuvo Santo Tomás. Esta exposición sustancial del objeto de la fiesta, sostenida por un canto en armonía con el pensamiento, justifica completamente el entusiasmo excitado en el alma por la sucesión de estas estrofas magistrales.

SECUENCIA

1. Alaba, Sión, al Salvador,
Alaba al Caudillo y al Pastor
Con himnos y cánticos.
2. Cuanto puedas, tanto osa:
Porque es mayor que toda loa,
Ni bastas para alabarle.
3. Tema especial de la loa
Que se propone este día,
Es un Pan vivo y vital.
4. El que en la Mesa sagrada,
A la turba de los Doce
Fué dado sin vacilar.
5. Sea plena, sea sonora la loa,
Sea agradable, sea graciosa
Del alma la exultación.
6. Porque es el solemne día
En que se celebra la primera
Institución de esta Mesa.
7. En esta mesa del nuevo Rey,
La nueva Pascua de la nueva Ley
Termina la Pascua antigua.

8. El nuevo rito anula al antiguo;
La verdad a la sombra pone en fuga,
La luz a la noche elimina.
9. Lo que en la Cena hizo Cristo,
Mandó también que se hiciera
En memoria y recuerdo suyo.
10. Los iniciados en los sagrados ritos
Consagramos el pan y el vino
En hostia de salvación.
11. Es enseñanza dada a los cristianos,
Que el pan se convierte en carne,
Y el vino en sangre se torna.
12. Lo que no entiendes ni ves,
Lo afirma la animosa fe,
Sobre el orden natural de las cosas.
13 Bajo distintas especies,
Que son signos y no cosas,
Yacen realidades excelsas.
14. La carne es comida, la sangre bebida:
Pero Cristo permanece todo
Debajo de cada especie.
15. No es cortado por el que lo toma,
Ni quebrado ni partido:
Es recibido íntegramente.
16. Lo toma uno, lo toman mil:
Cuanto éstos, tanto aquél:
Ni recibido se consume.
17. Lo toman buenos, lo toman malos:
Pero con suerte desigual,
Para vida o para muerte.
18. Es muerte para los malos, es vida para los buenos:
Mira de una misma recepción
Qué dispar es el efecto.
19. Dividido, en fin, el Sacramento,
No vaciles, sino piensa,
Que hay tanto bajo un fragmento
Cuanto se esconde en el todo.

20. Nada se rompe del sér:
Solo el signo es dividido:
Pero ni el estado ni la estatura
Del designado se disminuye.
21. Este es el Pan de los Angeles,
Hecho comida de los viandantes:
Es verdadero pan de los hijos,
Que no se debe echar a los perros.
22. En figuras fué anunciado:
Con Isaac es inmolado:
Cordero de Pascua es reputado:
Maná es dado a los padres.
23. Buen pastor, pan verdadero,
Jesús, de nosotros ten piedad:
Pástanos tú, y defiéndenos:
Y tus bienes haznos ver
En la tierra de los vivientes.
24. Tú, que todo lo sabes y puedes:
Que apacientas aquí a los mortales:
Haznos allá comensales,
Coherederos y compañeros
De los santos ciudadanos.
Amén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (VI, 56-59).

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: Mi carne es verdaderamente comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, permanece en mí, y yo en él. Como me envió el Padre viviente, y yo vivo por el Padre: así, el que me coma a mí, también vivirá por mí. Este es el pan que descendió del cielo. No será como con vuestros padres, que comieron el maná y murieron. El que coma este pan, vivirá eternamente.

La Eucaristía, alimento de vida para el alma... El discípulo amado no podía pasar en silencio el misterio del amor. Sin embargo de eso, cuando escribió su Evangelio, la institución de este sacramento estaba suficientemente relatada por los tres Evangelistas que le habían precedido, y por el Apóstol de los gentiles. Sin repetir esta historia divina, completa su relato con el de la solemne promesa que hizo el Señor, un año antes de la Cena, a orillas del lago de Tiberiades.

A las numerosas muchedumbres que atrae en pos de Sí por el reciente milagro de la multiplicación de los panes y peces, Jesús se presenta como el verdadero Pan de vida venido del cielo y que preserva de la muerte, a la indiferencia del maná que dió Moisés a sus padres. La vida es el primero de los bienes, así como la muerte es el último de los males. La vida reside en Dios como en su origen [1]; solo El puede comunicarla a quien quiere, y devolverla a quien la perdió.

El Verbo de Dios vino a los hombres para que tuvieran la vida y la tuvieran abundantemente [2]. Y, como lo propio del alimento es aumentar, sostener la vida, El se hizo alimento, alimento vivo y vivificador descendido de los cielos. La carne del Verbo, participando ella misma de la vida eterna que toma directamente del seno del Padre, comunica esta vida a quien la come. Lo que

1 *Salm.* XXXV, 10.
2 *S. Juan,* X, 10.

es corruptible por su naturaleza, dice San Cirilo de Alejandría, no puede ser vivificado de otro modo que por la unión corporal al cuerpo del que es vida por naturaleza; ahora bien, del mismo modo que dos trozos de cera fundidos juntos por el fuego no son más que uno solo, así hace de nosotros y de Cristo la participación de su Cuerpo y de su Sangre preciosos. Esta vida, pues, que reside en la carne del Verbo, hecha nuestra en nosotros mismos, no será ya vencida por la muerte como tampoco lo será en El; sacudirá el día señalado las ligaduras del antiguo enemigo y triunfará de la corrupción en nuestros cuerpos inmortales [1].

... Y PARA EL CUERPO. — Era, pues, necesario que no sólo el alma fuese renovada por el contacto con el Verbo, sino que este mismo cuerpo terrestre y vil, participase en su medida de la *virtud vivificadora del Espíritu,* según la expresión del Señor [2]. "Los que han bebido veneno por asechanzas de sus enemigos, dice admirablemente San Gregorio de Nisa, extiguen en ellos el virus por un remedio opuesto; mas como sucede con el brevaje mortal, es necesario que la bebida saludable sea introducida hasta sus entrañas, a fin de que extienda por todo el organismo su virtud curativa. Los que hemos gustado del fruto dele-

[1] San Cirilo de Alenjandría *sobre San Juan,* l, X. c. II.
[2] *S. Juan,* VI, 64.

téreo, tenemos necesidad de un remedio saludable que nuevamente reúna y armonice los elementos disgregados y confundidos de nuestra naturaleza, y penetrando lo interior de nuestra sustancia, neutralice y haga salir el veneno por una fuerza contraria. ¿Cuál será ese contraveneno? Ningún otro que este Cuerpo que se mostró más poderoso que la muerte y asentó para nosotros el principio de la vida. Así como un poco de levadura, dice el Apóstol, asimila toda masa, así este Cuerpo, entrando en el nuestro, le transforma en el suyo. Mas nadie puede penetrar así en nuestra sustancia corporal, sino mediante la comida y bebida; y por este modo, conforme a su naturaleza, llega a nuestro cuerpo la virtud vivificadora[1].

El Ofertorio está formado por un pasaje del Levítico[2], donde el Señor recomienda la santidad a los sacerdotes de la antigua alianza, por razón de la ofrenda de incienso simbólico y panes de proposición que hacían a Dios. En tanto cuanto el sacerdocio del Nuevo Testamento sobrepasa el misterio de la ley de las figuras, en eso deben sobrepasar en santidad a las manos de Aarón, las que presentan a Dios Padre el verdadero pan de los cielos como incienso de perfecto olor.

---

[1] *S. Gregorio de Nisa, Catequesis,* XXXVII.
[2] *Levit.,* XXI, 6.

OFERTORIO

Los sacerdotes del Señor ofrecerán a Dios incienso y panes: y, por tanto, serán santos ante su Dios, y no mancharan su nombre, aleluya.

El sacerdote pide para la Iglesia, en la Secreta, la unidad y la paz, que son la gracia especial del divino Sacramento, como lo enseñan los Padres, conforme a la composición de los dones sagrados formados de numerosos granos de trigo o de la vid reunidos bajo la muela o la prensa.

A continuación viene el Prefacio, que es hoy y durante la octava, el mismo de la Navidad del Señor. Nos recuerda la íntima conexión de los dos misterios de Navidad y del Santísimo Sacramento. En Belén, *casa de Pan,* Jesús verdadero *pan de vida,* descendió de los cielos por el seno de la Virgen madre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, concedas propicio a tu Iglesia los dones de la unidad y de la paz, místicamente representados en estos presentes ofrecidos. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todas partes, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Porque, por el misterio del Verbo encarnado, ha brillado ante los ojos de nuestra alma una nueva luz de tu claridad: para que, mientras conocemos visiblemente a Dios, por El nos elevemos al amor de las cosas invisi-

bles. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

La Iglesia, fiel al mandato de Cristo notificado por el Apóstol en la Epístola de la fiesta, recuerda a sus hijos en la Antífona de la Comunión que, recibiendo el Cuerpo del Señor, *anuncian* su muerte y deben guardarse en santo temor de acercarse indignamente a los misterios de salvación.

COMUNION

Cuantas veces comáis este pan, y bebáis el cáliz, anunciaréis la muerte del Señor, hasta que venga: por tanto, quien comiere el pan, o bebiere el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor, aleluya.

La Iglesia concluye los Misterios pidiendo para siempre la unión sin velos al Verbo divino, esa unión perfecta de la que la participación transitoria y oculta en la real sustancia del Cuerpo y de la Sangre preciosa, es aquí prenda y figura.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos llenemos de la sempiterna fruición de tu divinidad, que nos augura esta temporal recepción de tu precioso Cuerpo y Sangre. Tú, que vives.

LA PROCESION

¿Quién es ésta que viene embalsamando el desierto del mundo con una nube de incienso, de mirra y de toda suerte de perfumes? La Iglesia rodea la litera de oro en que aparece el Esposo en su gloria. Junto a El están ordenados los fuertes de Israel, sacerdotes y levitas del Señor poderosos ante Dios. Hijas de Sión, salid a su encuentro, contemplad al verdadero Salomón en el esplendor de la diadema que le puso su madre en el día de sus bodas y de la alegría de su corazón [1]. Esta diadema es la carne que recibió el Verbo de la purísima Virgen cuando tomó a la humanidad por Esposa [2]. Por este cuerpo perfectísimo y por esta carne sagrada, se perpetúa todos los días, en el altar, el inefable misterio de las bodas del hombre y la Sabiduría eterna. Para el verdadero Salomón, pues, cada día es también el día de la alegría del corazón y de goces nupciales. ¿Qué más natural que, una vez al año, la Iglesia dé libre curso a sus transportes hacia el Esposo oculto bajo los velos del Sacramento? Por esta razón el sacerdote consagra hoy dos hostias y después de consumir una, coloca la otra en la custodia, que respetuosamente llevada en sus manos, atravesará bajo palio, al canto de himnos, las filas de la muchedumbre prosternada.

---

[1] *Cant.,* III, 5-11.
[2] S. Gregrorio, *sobre el cántico.*

Resumen histórico. — Este solemne homenaje hacia la Eucaristía, como hemos dicho más arriba, es de origen más reciente que la fiesta del *Corpus*. Urbano IV no habla aún en su bula de institución, en 1264. Por el contrario, Martín V y Eugenio IV, en sus Constituciones citadas anteriormente, (26 de mayo 1429 y 26 de mayo 1433), prueban que estaba en uso en su tiempo, pues conceden indulgencias a los que la siguen. El milanés Donato Bossius refiere en su crónica, que "el Jueves 29 de Mayo de 1404, se llevó solemnemente por vez primera el Cuerpo de Cristo por las calles de Pavía, *como se ha usado después*." Algunos autores concluyeron que la procesión del Corpus no remontaba más allá de esta fecha y debía su primer origen a la Iglesia de Pavía. Pero esta conclusión va más allá del texto sobre el que se apoya, que acaso no expresa más que un hecho de la crónica local.

En efecto, encontramos mencionada la Procesión en un título manuscrito de la Iglesia de Chartres 1330, en un acta del capítulo de Tournai *1325*, en el concilio de París 1323, y en 1320 en el de Sens. Fueron concedidas indulgencias por estos dos concilios a la abstinencia y ayuno de la vigilia del Corpus, y se añade: "En cuanto a la Procesión solemne que se hace el Jueves de la fiesta llevando el Santísimo Sacramento, como parece que es por una inspiración divina por la que se ha introducido en nuestros días, no es-

tablecemos nada al presente, dejándolo todo a la devoción del clero y del pueblo"[1]. La iniciativa popular, pues, parece que tuvo gran parte en esta institución. Y así como Dios había escogido un Papa francés para establecer la fiesta, así también de Francia se extendió poco a poco por todo el Occidente este glorioso complemento de la solemnidad del Misterio de la fe[2].

Mas parece probable que, al principio, la Hostia no era en todos los lugares llevada al descubierto como hoy día en las procesiones, sino solamente velada o encerrada en una píxide o cajita preciosa. Así se llevaba desde el siglo XI en algunas Iglesias, en la procesión de Ramos y aun en la de Resurrección. En otro lugar hemos hablado de esas manifestaciones solemnes que, por lo demás, tenían menos por objeto honrar directamente al Santísimo sacramento, que hacer más palpable el misterio del día. De cualquier modo que sea, el uso de las custodias u ostensorios, como las llama el concilio de Colonia, año 1452, siguió de cerca el establecimiento de la nueva procesión.

DOCTRINA DEL CONCILIO DE TRENTO. — Con todo eso, la herejía protestante trató pronto de novedad, de superstición, de idolatría odiosa, estos

---

[1] Labbe, *Conc.*, T. XI, p. 1680, 1711.

[2] Luego del Concilio de 1311, en que definitivamente se promulgó la fiesta, Vienne adoptó por armas el olmo coronado de un cáliz y una hostia rodeada de estas palabras: *Vienna civitas sancta.*

desenvolvimientos naturales del culto católico inspirados por la fe y el amor. El concilio de Trento castigó con el anatema las recriminaciones de los sectarios [1], y en un capítulo especial, justificó a la Iglesia en términos que no podemos dejar de reproducir: "El santo Concilio declara piadosa y santísima la costumbre que se ha introducido en la Iglesia, de dedicar cada año una fiesta especial para celebrar, todo lo posible, el augusto Sacramento, así como llevarle en procesión por las calles y plazas públicas con pompa y honor. Es justo que se establezcan ciertos días en que los cristianos, con una manifestación solemne y particular, den testimonio de su gratitud y piadoso recuerdo hacia el Señor y Redentor, por el beneficio inefable y divino que pone ante nuestros ojos la victoria y triunfo de su muerte. Convenía además que la verdad victoriosa triunfase de la mentira y herejía, de tal suerte que sus adversarios, en medio de tal esplendor y tan grande alegría de toda la Iglesia, o pierdan ánimos, o, llenos de confusión, vengan, en fin, a arrepentimiento"[2].

Bellezas del Corpus. — Mas nosotros católicos, fieles adoradores del Santísimo Sacramento, ¡"con qué alegría" exclama el elocuente Padre Fáber, "debemos contemplar esta resplandeciente e inmensa nube de gloria que la Iglesia hace

[1] *Ses.*, XIII, c., VI.
[2] *Ses.*, XIII, c., V.

hoy subir hacia Dios! ¡Sí, se diría que el mundo está aún en su estado de fervor e inocencia primitivas! Mirad estas gloriosas procesiones que con sus estandartes resplandecientes por el sol, se desarrollan en las plazas de las opulentas ciudades, por la calles de los pueblos cristianos cubiertas de flores, bajo las bóvedas venerables de las antiguas basílicas y a lo largo de los jardines de los Seminarios, asilos de piedad. En esta aglomeración de pueblos, el color del rostro y la diversidad de lenguas no son sino nuevas pruebas de la unidad de esta fe que todos se regocijan de profesar por la voz del magnífico ritual Romano. ¡En cuántos altares de distinta arquitectura, adornados con las flores más suaves y resplandecientes, en medio de nubes de incienso, al son de cantos sagrados y en presencia de una multitud prosternada y recogida, el Santísimo Sacramento es elevado sucesivamente para recibir las adoraciones de los fieles, y descendido para bendecirlos! ¡Cuántos actos inefables de fe y de amor, de triunfo y reparación, cada una de estas cosas nos representan! El mundo entero y el aire de la primavera se llenan de cantos de alegría. Los jardines se despojan de las bellas flores, que manos piadosas arrojan al paso de Dios, oculto en el Santísimo Sacramento. Las campanas tocan a lo lejos sus graciosos carrillones. El Papa en su trono y la doncella de su aldea, las religiosas claustradas y los

ermitaños solitarios, los obispos, los dignatarios y predicadores, los emperadores, los reyes y los príncipes, todos piensan hoy en el Santísimo Sacramento. Las ciudades se ven iluminadas, las moradas de los hombres se animan con trasportes de alegría. Es tal el gozo universal, que los hombres se entregan a él sin saber por qué, y que se comunica de rechazo a todos los corazones donde reina la tristeza, a los pobres, a todos los que lloran su libertad, su familia o su patria. Todos estos millones de almas que pertenecen al pueblo regio y al linaje espiritual de San Pedro, están hoy más o menos preocupados con la idea del Santísimo Sacramento; de suerte que la Iglesia militante entera salta de un gozo y de una emoción semejante al oleaje del mar agitado. El pecado parece olvidado; las lágrimas mismas parecen arrancadas más bien por la abundancia de felicidad que por la penitencia. Es una embriaguez semejante a la que transporta al alma a su entrada en el cielo; o bien se diría que la tierra se convierte en cielo, como podría suceder por efecto de la alegría de que la inunda el Santísimo Sacramento"[1].

Durante la procesión se cantan los himnos del oficio del día, el *Lauda Sion*, el *Te Deum*, y según la duración del trayecto, el *Benedictus*, el *Magnificat* u otras piezas litúrgicas, que tienen alguna relación con la fiesta, como los himnos

---

[1] *El Santísimo Sacramento*, T. I, p., 4.

de la Ascensión indicados en el Ritual. De vuelta a la Iglesia, la función se acaba como las exposiciones ordinarias, con el canto del *Tantum ergo*, del verso y la oración del Santísimo Sacramento. Mas después de la Bendición solemne, el Diácono expone la Sagrada Hostia sobre el trono, donde los fieles la formarán, durante ocho días, una guardia amorosa y solícita.

No debemos concluir esta festividad sin mencionar, aunque sea brevemente la gran devoción que en España se viene teniendo, ya de antiguo, al Santísimo Sacramento, y el esplendor con que en siglos pasados se celebró y sigue celebrándose hoy día la gran fiesta del *Corpus* y su Procesión. Esta veneración hacia Jesús Sacramentado la testimoniaron de consuno el arte y la literatura. El arte nos ha legado un tesoro inmenso de custodias que son verdaderas joyas, cuajadas de primores artísticos no menos que de materias preciosas. La literatura nos ofrece una riquísima copia de *Autos Sacramentales* en que el ingenio y la doctrina de nuestros dramaturgos clásicos, derrochó galanuras de elocuencia y poesía e hizo de nuestro pueblo un pueblo que podríamos llamar teólogo.

Esta devoción al Santísimo, junto con la de la Inmaculada Madre del Verbo hecho Hombre, la supieron inocular nuestros misioneros en toda la América Española, que, si tenía a gala en competir antiguamente con la Madre Patria en

rendir honores al Dios de la Hostia, hoy conserva todavía esa singular veneración al más augusto de los misterios del cristianismo. ¡Gloria a la España Católica, y gloria a las naciones por ella cristianizadas!

VIERNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

FIGURAS DE LA EUCARISTIA EN EL PARAISO TERRENAL

PREPARACIONES DIVINAS. — Consagraremos los dos primeros días de la Octava que comienza hoy, a esbozar brevemente la historia de la preparación eucarística. La viva luz que arrojará sobre el dogma mismo, dará a entender bastante su importancia. No se extrañe nadie al ver a la eterna Sabiduría prodigando en estos dos días sus divinas atenciones a nuestra naturaleza. Tomando a las Escrituras por guía en esta exposición, como en todo el resto de esta obra, hemos debido tomar también sus expresiones. Ahora bien, se expresan de este modo antes de la Encarnación: La segunda persona de la Trinidad augusta aparece claramente en ellas con el nombre de SABIDURÍA, y con título de *Esposa,* hasta que, realizada su unión con el hombre en grado más elevado que debió alcanzar en Cristo-Jesús, se

eclipsa, por decirlo así, ante el *Esposo,* y parece perder hasta su nombre. Aprendamos, a ejemplo de nuestros padres, a honrar a la Sabiduría divina y a reconocer el amor que la fuerza a unirse de modo inefable al hombre desde la eternidad.

FIGURAS SIMBÓLICAS: EL ÁRBOL DE LA VIDA. — Dice la Escritura que Dios había plantado desde el principio un jardín delicioso, para colocar allí al hombre. En medio del jardín crecía un árbol con significado misterioso: más hermoso que todos los demás, se llamaba el *árbol de la vida.* Un río, que se dividía en cuatro canales, regaba este lugar de delicias[1]; llamado asimismo *río de la vida,* San Juan nos lo muestra en el Apocalipsis, como saliendo del trono de Dios y brillante como el cristal[2]. Arbol y río cuyo símbolo no supone de ningún modo el pecado futuro; colocados por Dios en esta morada de inocencia, entran como elementos en la noción del plan divino primitivo, y no significan ni anuncian algo que de por sí no se refiera al estado de inocencia.

¿Cuál será el fruto, del árbol de la vida, cuyas hojas, nunca marchitas[3], son la salud de los pueblos[4], sino la misma Sabiduría divina en su sustancia? Alimento de los Angeles en su forma divina, lo será también del hombre en su doble

[1] *Génesis,* II, 8-10.
[2] *Apoc.,* XXII, 1.
[3] *Salm.,* I, 3.
[4] *Apoc.,* XXII, 2.

naturaleza, a fin de que, llegando por la carne al alma, la llene de su divinidad.

La Sabiduría divina se había, pues, anticipado al hombre en el Paraíso; aún no estaba él allí, cuando esta sabiduría, impaciente en su amor, habitaba ya en él para esperarle, y le esperaba en este árbol de la vida que por sí misma había plantado en unión con el Altísimo, como inspiradora de sus obras [1]. "Como manzano fecundo entre árboles estériles del bosque, dice la Esposa del Cántico, así es mi Amado entre los hombres; me senté a la sombra de aquel que deseaba, y su fruto es suave a mi paladar" [2]. ¡Era el fruto delicioso del árbol de la vida que simbolizaba a la Eucaristía!

La realidad: el pan de vida. — Pero la Sabiduría nos invitaba ayer a comer en su casa del *pan*, no del *fruto* en el *jardín*. ¿De dónde viene en realidad esta transformación que no responde ya sino a la figura? Débese a que el hombre, soberbio, gustó del fruto prohibido, que le perdió por su desobediencia y que le echó del lugar de delicias. En lugar de los frutos del paraíso, tendrá en adelante al pan por alimento; pan que cuesta trabajo y sudor, pan que debe ser triturado por piedras y pasado por el fuego. Es la sentencia dada por Dios [3]. Mas ¡ay!, esta justiciera

[1] *Sag.*, VIII, 4.
[2] *Cant.*, II, 3.
[3] *Génesis*, III, 19.

sentencia irá más lejos que el culpable; por encima del hombre, recaerá sobre la misma Sabiduría divina que se dió al hombre por alimento y por compañera. Porque, en la inmensidad de su amor, no despreciará a esta naturaleza caída; la abrazará para salvarla, hasta en las consecuencias de la caída, haciéndose, como el hombre, pasible y mortal. Para llegar hasta el hombre, deberá abrirse paso a través de las espinas y matorrales de su nueva habitación. Una *casa* levantada[1] con trabajo contra las intemperies de la tierra del destierro, acogerá el festín de las bodas, y el manjar de este festín no será el fruto del árbol de la vida, sino el trigo divino triturado por el dolor y tostado sobre el altar de la cruz.

SABADO
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

FIGURAS DE LA EUCARISTIA EN EL ANTIGUO TESTAMENTO

EL PARAÍSO PERDIDO. — El hombre vió abrirse ante él los horizontes desolados de la tierra de destierro. El árbol de la vida no es más que un doloroso recuerdo. Le encontraremos más tarde; debe adornar la nueva tierra donde el Señor ha

[1] *Prov.*, IX, 1.

de introducir a sus elegidos, el día de la gran Pascua y del restablecimiento de todas las cosas[1]. Día feliz, dice el Apóstol, al que aspira ahora toda criatura, doliente y sometida, por una falta que no es suya, a la inconstancia de cambios sin fin. El que contra la voluntad de la creación la sometió a esta servidumbre de corrupción, la conserva en la esperanza de que, cuando sea rescatada, participará de la gloriosa libertad de los hijos de Dios[2]. Porque la gloria del nuevo Paraíso será mayor que la del primero. Porque no ha de obrarse, en efecto, la unión deificante bajo la sombra vacía de los símbolos, ni en un acercamiento fugaz, sino que la Sabiduría se dará substancialmente y sin velos a la humanidad en un abrazo eterno. Pero en el tiempo y sobre la tierra ha de pactarse esta unión, cuyo goce perfecto y estable será para la eternidad. Y ¿cuáles serán, después de la caída, las condiciones de la alianza de la que la eterna Sabiduría no ha desistido?

Sacrificios del hombre caído: "En este día, dice el Señor, seré propicio a los cielos y ellos serán propicios, a la tierra; la tierra será propicia al trigo, al vino y al aceite, y éstos serán propicios a Jezrahel, *la raza de Dios*"[3], dándole con el trigo y el vino la materia de los Miste-

[1] *Apoc.*, XXII, 2.
[2] *Rom.*, VIII, 19-22.
[3] *Oseas*, II, 21-22.

rios, y, con el aceite, sacerdocio que debe transformarlos en el dote de la alianza en el acto del Sacrificio. Porque por el Sacrificio y en la sangre debe consumarse esta alianza de justicia y amor. Los sacrificios sangrientos, establecidos en el umbral del Edén como expresión ritual de la religión de los primeros tiempos, se continuarán hasta en los abismos adonde el extravío del politeísmo arrastrará a la humanidad.

Incapaces de producir la gracia y demostrándolo bastante por su multiplicidad misma, estos sacrificios tendrán por fin conservar en la humanidad la conciencia de la caída y la esperanza del Salvador, manteniendo así, en el espíritu de todos, la base de los actos sobrenaturales necesarios para la justificación y la salvación. Pero los retoques añadidos al plan divino después de la caída, no serán los solos representados en este importante rito: la unión de Dios con su criatura, objeto primitivo y siempre principal en las intenciones del Creador, la unión del hombre y la Sabiduría en el banquete preparado por ella misma, hallará allí su expresión figurativa en la división de la víctima entre Dios y el hombre, entre la divinidad aplacada por el derramamiento de sangre y la humanidad rehabilitada, alimentada con esta carne inocente, llegada a ser para ella, alimento de una vida nueva y divina. La regla general de los sacrificios en todas las naciones será tal, que, a la vez que sube por el

fuego hacia el cielo la parte correspondiente a la divinidad, un ágape en común—verdadera señal de comunión entre el cielo y la tierra—deberá hacer una sola cosa de los mismos asistentes en la consumación de las partes restantes de la hostia.

¡Admirable armonía! ¡Profecía viviente, repetida en todos los tonos por los miles de víctimas degolladas cada día en todos los lugares! En ellas, el Cordero de Dios que anuncian, es inmolado desde el origen del mundo [1]: aplicada su sangre por la esperanza y la fe, corre con abundancia sobre las almas, borrando los pecados de las generaciones sucesivas; y la humanidad, mantenida alerta por las prescripciones inspiradas de su ritual misterioso, se prepara desde entonces al banquete de las bodas del Cordero [2].

Los sacrificios de la antigua alianza. — Al acercarse los tiempos mesiánicos, los símbolos se hacen cada vez más precisos. He aquí al rey-sacerdote Melquisidec, que después de la victoria de Abraham y la libertad de Lot, ofrece a Dios en sacrificio pan y vino. He aquí en el momento de la salida de Egipto, la institución de la Pascua, en que la sangre del cordero inmolado salva a los israelitas de la muerte, mientras que su

[1] *Apoc.*, XIII, 8.
[2] *Apoc.*, XIX, 7-9.

carne los alimenta. He aquí la ley que Moisés recibe sobre el Sinaí y ordena que cada mañana y tarde se ofrezca a Dios el holocausto de un cordero acompañado de una libación de vino y de la ofrenda de una medida de harina con un poco de aceite. En adelante no falta ya nada a las figuras; la realidad puede presentarse.

El cordero divino. —Por fin los tiempos se cumplen. El que es al mismo tiempo verdadero sacerdote y víctima, se encarna en la Virgen María. En este Sábado, saludemos a María, *Sede de la sabiduría* para los pueblos. En su seno tuvo lugar el bendito encuentro, objeto de la espera de los siglos. Su sangre purísima suministró la sustancia de este cuerpo sin tacha, en el esplendor del cual, el más hermoso de los hijos de los hombres, dió cima a la alianza indisoluble de nuestra naturaleza con la Sabiduría eterna; y su alma extasiada contempla el inefable misterio de las bodas divinas realizadas en su seno virginal. ¡María, jardín cerrado, donde la Sabiduría se goza en la luz y el amor; tálamo florido del Cántico [1], embalsamado por el Espíritu con perfumes suavísimos; tabernáculo augusto de la Virgen María, mil veces más santo que el de Moisés! Allí escondido en el velo inmaculado de esta carne virginal, el Espíritu Santo, por el inefable abrazo de dos naturalezas en la unidad

[1] *Cant.*, I, 15.

del Hijo único, derrama la unción que le hace a la vez Esposo y Pontífice para siempre, según el Orden de Melquisedec.

Ya el hombre puede descansar tranquilo; ya ha descendido a la tierra el pan del cielo, el pan de la alianza; y, si aun nos separan muchos meses de la noche que debe darle a luz a nuestros ojos en Belén, el Pontífice está ya obrando en su santo templo. "No quisiste víctimas y oblaciones, dice al Padre, pero me formaste un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no Te plugieron. Entonces dije: He aquí que vengo según está escrito en el principio del Libro, para hacer, oh Dios, tu voluntad"[1].

DOMINGO DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA EUCARISTIA SACRIFICIO PERFECTO

Noción del sacrificio. — La Eucaristía tiene por objeto principal la aplicación incesante del Sacrificio del Calvario; es, pues, necesario considerar este sacrificio del Hombre-Dios en sí mismo, a fin de admirar mejor la maravillosa continuación que se hace en la Iglesia. Conviene para esto precisar primeramente la noción general de *Sacrificio*.

---

[1] *Hebr.*, X, 5-7.

Dios tiene derecho al *homenaje* de su criatura. Si los reyes y señores de la tierra tienen derecho a exigir de sus vasallos el reconocimiento solemne de su soberanía, el *dominio* supremo del primer Ser, causa primera y fin último de todas las cosas, lo impone con más justo título a los seres llamados de la nada por su omnipotente bondad. Y, del mismo modo que por el *censo* que le acompañaba, el homenaje de siervos y vasallos llevaba, con la confesión de su sujeción, la declaración *efectiva* de bienes y derechos que reconocían tener de su Señor; del mismo modo, el acto por el que la criatura se humilla ante su criador, deberá manifestar suficientemente, *por sí mismo,* que le reconoce como Señor de todas las cosas y *autor de la vida.*

Mas puede suceder que la criatura, por su propia acción, tenga dada contra ella, a la justicia de Dios, derechos de otro modo temibles que los de su omnipotencia y bondad. La misericordia divina puede entonces, es cierto, suspender o conmutar la ejecución de las venganzas del supremo Señor; pero el homenaje del ser creado, hecho pecador, no será ya completo sino con la condición de expresar en adelante, con su dependencia de criatura, la confesión de su falta y de la justicia del castigo incurrido por la transgresión de los preceptos divinos; la oblación suplicante del esclavo rebelado deberá mostrar,

por su naturaleza, que Dios no es solamente el autor de la vida sino el *árbitro de la muerte.*

Esta es la verdadera noción del *Sacrificio,* así llamado porque *separa* de la multitud de seres de igual naturaleza y *hace sagrada* la ofrenda por la que se expresa: oblación interior y puramente espiritual en los espíritus libres de lo material; oblación espiritual y sensible a la vez para el hombre, que, compuesto de alma y cuerpo, debe homenaje a Dios por uno y otro. El sacrificio no puede ofrecerse más que a Dios solo; y la religión, que tiene por objeto el culto debido al Señor, no encuentra más que en él su expresión última.

UNIDAD DE LA CREACIÓN EN DIOS. — Por el sacrificio Dios alcanza el fin que se propuso en la creación: su propia gloria[1]. Mas para que se elevase del mundo hacia su Creador un homenaje que representase la medida de sus dones, hacía falta un jefe que representase al mundo entero en su persona, y que, disponiendo de él como de bien propio, le ofreciese al Señor en toda su plenitud consigo mismo. Pero Dios dispone las cosas de modo más admirable aún: dándole por jefe a su Hijo revestido de nuestra naturaleza, hace que el homenaje de esta naturaleza inferior, revistiendo la dignidad de la persona, el

[1] *Prov.,* XVI, 4.

honor rendido sea verdaderamente digno de la Majestad suprema.

¡Maravillosa coronación de la obra creadora! La gloria inmensa que rinde al Padre el Verbo encarnado, ha unido a Dios y a la criatura, tan distantes uno de otro; y rebosa sobre el mundo en abundante gracia que acaba por llenar el abismo. El Sacrificio del Hijo del Hombre llega a ser la base y razón del orden sobrenatural, en el cielo y en la tierra. Como objeto primero y principal del decreto de la creación, salieron de la nada para Cristo, a la voz del Padre, los diversos grados del ser espiritual y material, llamados a formar su palacio y corte: así también en el orden de la gracia, él es verdaderamente el *hombre,* el Predilecto. El espíritu de amor se esparcirá de este único *predilecto,* de la Cabeza, sobre todos sus miembros, comunicando sin medida la verdadera vida y el ser sobrenatural a aquellos que Cristo llama a participar de su divina sustancia en el banquete del amor. Porque a continuación de la Cabeza vendrán los miembros, uniendo al suyo su homenaje; y este homenaje, que de por sí hubiera permanecido por debajo de la Majestad infinita, recibirá, por su incorporación al Verbo encarnado en el acto de su Sacrificio, la dignidad de Cristo mismo.

Asimismo, y no nos cansaremos de repetirlo contra el individualismo estrecho que tiende a dar a las prácticas de devoción privada la pre-

ponderancia sobre la solemnidad de los grandes actos litúrgicos, que forman la esencia de la religión: mediante el Sacrificio la creación entera se consuma en la unidad; y la verdadera vida social se funda en Dios por el Sacrificio. *Sean uno en nosotros como nosotros mismos*[1]; tal es la última intención del Creador, revelada al mundo por el Angel del gran Consejo, venido a la tierra para realizar este programa divino. Ahora bien, la religión es la que reúne ante Dios los distintos elementos del cuerpo social; y el Sacrificio, que es el acto fundamental de ella, es a la vez medio y fin de esta grandiosa unificación en Cristo, cuya terminación indicará la consumación del reino eterno del Padre, que por él habrá llegado a ser todo en todos[2].

CRISTO, SACERDOTE Y VÍCTIMA. — Mas este reinado de la eternidad, que prepara al Padre el reino terreno de Cristo[3], tiene enemigos que es necesario reducir. Los Principados, las Potestades y Virtudes del infierno se han coaligado contra ella. La envidia, al atacar al hombre, imagen de Dios, introdujo en el mundo la desobediencia y la muerte[4]; por el hombre hecho su esclavo, el pecado se sirve, como de un arma, de todos los preceptos divinos contra su Autor[5].

1 *S. Juan,* XVII, 21.
2 *I Cor.,* XV, 24-28.
3 *I Cor.,* XV, 24-25.
4 *Sag.,* II, 23-23.
5 *Rom.,* VII, II.

Por eso, antes de ser agradables al Padre, los futuros miembros de Cristo anhelan un sacrificio de propiciación y de redención. Es necesario que Cristo mismo viva la vida de expiación del pecador, padezca sus dolores y *muera de muerte*[1]. Pues tal era la pena impuesta como sanción desde el principio al precepto divino; pena suprema para el transgresor, que no puede sufrirla, mayor, pero sin proporción con la ofensa de la infinita majestad, a menos que una persona divina, tomando la espantosa responsabilidad de esta deuda infinita, padezca la pena del hombre y le devuelva a la inocencia.

¡Venga, pues, nuestro Pontífice, aparezca el divino Caudillo de nuestra raza y de todo el mundo! Porque amó la justicia y odió la iniquidad, Dios le ungió con el aceite de alegría entre todos sus hermanos[2]. Era *Cristo* por el sacerdocio destinado para El desde el seno del Padre; es *Jesús*, porque el Sacrificio que acaba de ofrecer, salvará a su pueblo del pecado[3]: JESU-CRISTO: tal debe ser el nombre del Pontífice eterno.

¡Qué poder y amor en su sacrificio! Sacerdote y víctima a la vez, para destruirla triunfa de la muerte y al mismo tiempo abate el pecado en su carne inocente; satisface hasta el último óbolo, y mucho más, a la justicia del Padre;

---

[1] *Gen.*, II, 17.
[2] *Sal.*, XLIV, 8.
[3] *S. Mateo*, I, 21.

arranca el decreto que nos era contrario a nosotros y le clava en la cruz, le borra con su sangre, y, despojando a los Principados enemigos de su tiránico imperio, los encadena a su carro triunfal [1]. Crucificado con él, nuestro hombre viejo perdió su cuerpo de pecado; renovado con la sangre redentora, sale con él de la tumba a una vida nueva [2]. "Vosotros estáis muertos, dice el Apóstol, y vuestra vida está oculta con Cristo en Dios [3]; cuando aparezca Cristo vuestra vida, también apareceréis con él en la gloria." Cristo, en efecto, padeció, como Cabeza; su Sacrificio abarca todo el cuerpo cuya cabeza es, y le transforma con él para el holocausto eterno cuyo suave olor embalsamará los cielos.

Penetrémonos, oh *Cristianos,* de estas grandes enseñanzas. Cuanto más comprendamos el Sacrificio del Hombre-Dios en su inconmensurable grandeza, más fácilmente dejaremos a la Iglesia, por medio de su Liturgia, levantar nuestras almas de las egoístas y mezquinas preocupaciones de una piedad frecuentemente replegada sobre sí misma. Miembros de Cristo-Pontífice, ensanchemos nuestros corazones y abrámoslos a los torrentes de luz y amor que brotan del Calvario.

---

[1] *Col.,* II, 15.
[2] *Rom.,* VI, 4, 10.
[3] *Col.,* III, 3.

MISA[1]

El Introito está sacado de los Salmos. Canta los beneficios con que el Señor protege a su pueblo y le liberta de sus enemigos. Celebremos con amor a nuestro Dios, seguro refugio y firme apoyo nuestro.

INTROITO

El Señor se hizo protector mío, y me sacó a la llanura: me salvó porque me quiso. — *Salmo:* Amete yo, Señor, fortaleza mía: el Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, pide en la Colecta, el temor y amor del nombre sagrado del Señor. El temor, en efecto, de que aquí se trata, es el temor del hijo a su padre; no excluye el amor, le asegura, al contrario, preservándole de la negligencia y extravíos a los que una falsa familiaridad arrastra frecuentemente a ciertas almas.

---

[1] En algunas Iglesias, menos afortunadas que en España, solamente hoy celebran la Solemnidad del *Corpus*. En ellas se canta la Misa de la fiesta misma con la conmemoración ordinaria del domingo. Pero donde la solemnidad se celebró el Jueves, sólo se hace su conmemoración en la Misa de este domingo, que es el segundo después de Pentecostés. Hoy muy generalmente se hace la gran Procesión del *Corpus,* y en las Iglesias de España suele celebrarse otra segunda casi tan solemne como la del mismo día.

COLECTA

Haz, Señor, que tengamos a la vez el perpetuo temor y amor de tu nombre: porque nunca privas de tu gobierno a los que educas en la firmeza de tu dilección. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Juan. (III, 13-18).

Carísimos: No os admiréis si os odia el mundo. Nosotros sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida, porque amamos a los hermanos. El que no ama, permanece en la muerte: todo el que odia a su hermano, es homicida. Y sabéis que ningún homicida tiene en sí la vida eterna. En esto conocemos la caridad de Dios, en que El dió su vida por nosotros: y nosotros debemos darla por los hermanos. El que tuviere las riquezas de este mundo, y viere a su hermano padecer necesidad, y cerrare sus entrañas a él: ¿cómo permanecerá en él la caridad de Dios? Hijitos míos, no amemos de palabra ni con la lengua, sino de obra, y de verdad.

Memorial del amor divino. — Estas palabras del discípulo amado no podían recordarse mejor al pueblo fiel que en la Octava que prosigue su curso. El amor de Dios para nosotros es el modelo como la razón del que debemos a nuestros semejantes; la caridad divina es el tipo de la nuestra. "Os he dado ejemplo, dice el Salvador, para que como yo he hecho con vosotros, lo hagáis vosotros mismos" [1]. Si pues El dió hasta su vida, es necesario saber dar la nuestra, cuando

[1] *S. Juan,* XIII, 15.

se presentare ocasión, para salvar a nuestros hermanos. Con mayor razón debemos socorrerlos, según nuestros medios, en sus necesidades, amarlos *no de palabra o con la lengua, sino efectiva y verdaderamente.*

Ahora bien, ¿qué es el *memorial* divino sino la elocuente demostración del amor infinito, el monumento real y la representación permanente de esa muerte de un Dios, a la que se refiere el Apóstol?

Por eso el Señor, para promulgar la ley del amor fraterno que venía a traer al mundo, aguarda a la institución del Sacramento, que debía dar a esta ley su sólido apoyo. Mas, apenas creó el augusto misterio, apenas se dió bajo las especies sagradas, dijo: "Os doy un mandamiento nuevo; mi mandamiento es que os améis los unos a los otros, como yo os he amado"[1]. Precepto nuevo, en efecto, para un pueblo en que el egoísmo era la única ley; signo distintivo que iba a hacer reconocer entre todos a los discípulos de Cristo[2], y destinarlos a la vez al *odio del género humano*[3] rebelde a esta ley del amor. Las palabras puestas por San Juan en su Epístola: "Carísimos, no os extrañéis de que os odie el mundo; porque sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida si amamos a nuestros hermanos; el que no

[1] *S. Juan,* XIII, 34; XV, 12.
[2] *S. Juan,* XIII, 35.
[3] *Tácito,* Ann, XV.

ama permanece en la muerte", se refieren a la acogida hostil que el mundo de entonces dispensó al nuevo pueblo.

El cristianismo existe, si existe la unión de los miembros entre sí mediante su divina Cabeza; la Eucaristía es el alimento sustancial de esta unión, el lazo poderoso del cuerpo místico del Salvador, que por él crece cada día en la caridad [1]. La caridad, la paz, la concordia, es, pues, con el amor de Dios, la más indispensable y mejor preparación para los sagrados misterios. Es lo que nos explica la recomendación del Señor en el Evangelio: "Cuando presentes tu ofrenda en el altar, si te acuerdas allí mismo de que tu hermano tiene alguna cosa contra ti, deja tu ofrenda cabe el altar y ve antes a reconciliarte con tu hermano, y vuelve en seguida a presentar tu ofrenda" [2].

El Gradual, sacado de los Salmos, da gracias al Señor por su protección en el pasado, e implora contra los enemigos siempre implacables, la continuación de su poderoso socorro.

GRADUAL

En mi tribulación clamé al Señor, y me escuchó. ℣. Señor, libra mi alma de los labios inicuos, y de la lengua engañosa.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, Dios mío, en ti he esperado: sálvame de todos los que me persiguen y líbrame. Aleluya.

---

[1] *Efes.*, VI, 16.
[2] *S. Mateo*, V, 23-24.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XIV, 16-24).

En aquel tiempo dijo Jesús a los fariseos esta parábola: Un hombre hizo una gran cena, y llamó a muchos. Y, a la hora de la cena, envió a su siervo a decir a los invitados que vinieran, porque ya estaba preparado todo. Y comenzaron a excusarse todos a la vez. El primero le dijo: He comprado una granja, y necesito salir y verla: ruégote me excuses. Y otro dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy a probarlas: ruégote me excuses. Y otro dijo: He tomado esposa: y, por ello no puedo ir. Y, vuelto el siervo, anunció esto a su señor. Entonces el padre de familias, airado, dijo a su siervo: Sal pronto por las plazas y barrios de la ciudad: e introduce aquí a los pobres, y débiles, y ciegos, y cojos. Y dijo el siervo: Señor, se ha hecho como mandaste, y todavía hay sitio. Y dijo el señor al siervo: Sal por los caminos y cercados: y fuérzalos a entrar, para que se llene mi casa. Pues os digo que ninguno de aquellos hombres que fueron llamados, gustará mi cena.

El festín de las bodas del Cordero. — Cuando aun no se había establecido la fiesta del Corpus Christi, este evangelio estaba señalado ya para este Domingo. El Espíritu divino que asiste a la Iglesia en la ordenación de su Liturgia, preparaba de este modo anticipadamente el complemento de las enseñanzas de esta gran solemnidad. La parábola que propone aquí el Señor, sentado a la mesa de un jefe de los fariseos, volverá a repetirla en el templo, en los días que

precedieron a su Pasión y Muerte[1]. Esta insistencia es significativa y nos revela suficientemente la importancia de la alegoría. ¿Cuál es, en efecto, este convite de numerosos invitados, este festín de las bodas, sino aquel mismo de quien hizo los preparativos la Sabiduría eterna desde el principio del mundo? Nada faltó a las magnificencias de estos divinos preparativos. Con todo eso, el pueblo amado, enriquecido con tantos beneficios, hizo muecas de desagrado al amor; por sus abandonos despectivos se propuso provocar la cólera del Dios su Salvador[2].

Mas, a pesar de ello, la Sabiduría eterna ofrece todavía a los hijos ingratos de Abraham, Isaac y Jacob, en recuerdo de su padres, el primer lugar en el banquete; a las ovejas perdidas de la casa de Israel fué a las que fueron enviados primeramente los Apóstoles[3]. "¡Inefables miramientos! exclama San Juan Crisóstomo. Cristo llama a los judíos antes de la cruz; lo hace también después de su inmolación y continúa llamándolos. Cuando debía, a nuestro juicio, aplastarlos con fuerte castigo, los invita a su alianza y los llena de honores. Mas los que asesinaron a sus profetas y Le mataron a El mismo, solicitados por el Esposo y convidados a las bodas por su propia víctima, no hacen ningún caso y po-

1 *S. Mateo,* XXII, 1-14.
2 *Deut.,* XXXII, 15-16.
3 *S. Mat.*, X, 6; Act., XIII, 46.

nen como pretexto sus parejas de bueyes, sus mujeres o sus campos"[1]. Pronto estos pontífices, escribas y fariseos hipócritas perseguirán y matarán a los apóstoles unos tras otros; y el servidor de la parábola no llevará de Jerusalén al banquete del Padre de familias más que los pobres, humildes y enfermos de las calles y plazas de la ciudad, en los que la ambición, la avaricia o los placeres no encontraron obstáculo al advenimiento del reino de Dios.

Entonces se consumará la vocación de los gentiles y el gran misterio de la sustitución del nuevo pueblo por el antiguo en la alianza divina. "Las bodas de mi Hijo estaban preparadas, dirá Dios Padre a sus servidores; pero los que estaban invitados, no han sido dignos. Id, pues, dejad la ciudad maldita que desconoció el tiempo de su visita[2]; salid a las encrucijadas, recorred las calles, buscad en los campos de los gentiles y llamad a las bodas a todos los que encontréis"[3].

Gentiles, glorificad a Dios por su misericordia[4]. Invitados, sin méritos por vuestra parte, al festín preparado para otros, temed incurrir en los reproches que los excluyeron de los favores prometidos a sus padres. Ciego y cojo llamado de la encrucijada, ven presto a la mesa sagrada. Piensa también, por el honor de Aquel que te

[1] *Hom.*, *69 sobre S. Mat.*
[2] *Luc.*, XIX, 44.
[3] *Mat.*, XXII, 8-14.
[4] *Rom.*, XV, 9.

llama, dejar los vestidos sucios del mendigo del camino. Vístete con diligencia el vestido nupcial[1]. Tu alma, en adelante, por el llamamiento a estas bodas sublimes, es reina: "Adórnala con púrpura, dice San Juan Crisóstomo; pónla la diadema y colócala sobre un trono. ¡Piensa en las bodas que te esperan, en las bodas del Señor! ¿De qué tisú de oro y variedad de ornamentos no debe resplandecer al alma llamada al franquear el umbral de la sala del festín y de esta cámara nupcial?"

El Ofertorio, como el gradual, es una apremiante demanda de socorro fundada en la divina misericordia.

OFERTORIO

Señor, vuélvete, y libra mi alma: sálvame por tu misericordia.

La Iglesia implora en la Secreta el doble efecto del divino Sacramento en la transformación de las almas: la purificación de los restos del pecado, y el progreso en las obras de la vida celestial.

SECRETA

Purifíquenos, Señor, la oblación que va a ser dedicada a tu nombre: y llévenos de día en día a la práctica de la vida celestial. Por nuestro Señor.

---

[1] *Hom., 69 sobre S. Mat.*

Durante la Comunión, la Iglesia, inundada de los favores del cielo, manifiesta su agradecimiento a Aquel que, siendo Señor Altísimo, es también su Esposo y la colma de estos bienes excelentes.

COMUNION

Cantaré al Señor, que me dió bienes: y salmearé al nombre del Altísimo.

En la Poscomunión pidamos con la Iglesia que la frecuentación del misterio sagrado no sea infructuoso en nuestras almas, sino que produzca frutos de Salvación cada vez más abundantes.

POSCOMUNION

Recibidos los sagrados dones, suplicámoste, Señor, hagas que, con la frecuentación del Misterio, crezca el efecto de nuestra salvación. Por nuestro Señor.

LUNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA CENA, EL CALVARIO, Y LA MISA

El Sacrificio permanente. — El Sacrificio de la cruz domina los siglos y llena la eternidad. Un solo día, no obstante eso, le vió ofrecer en la sucesión de los tiempos, como un solo lugar en el espacio. Y, a pesar de eso, en ningún

lugar, en ningún tiempo, el hombre no puede pasarse sin Sacrificio efectuado sin cesar, renovado continuamente ante sus ojos; porque, como hemos visto, el Sacrificio es el centro necesario de toda religión, y el hombre no puede pasarse sin la religión, que le une a Dios y forma el primero de los lazos sociales. Pues así como para corresponder a esta imperiosa necesidad, la Sabiduría estableció desde el principio esas ofrendas simbólicas que anunciaban el único Sacrificio y tomaban de él su valor, del mismo modo, la oblación de la gran víctima, una vez efectuada, debe también procurar socorrer las necesidades de las naciones y proveer al mundo de un Sacrificio permanente: memorial y no ya figura, verdadero Sacrificio, que, sin destruir la unidad del de la Cruz, aplica sus frutos cada día a los nuevos miembros de las generaciones venideras.

Institución de la Eucaristía. — No relataremos aquí la cena del Señor ni la institución del nuevo sacerdocio. En el Jueves Santo se describió detalladamente. Entonces la Sabiduría, en el término de sus aspiraciones eternas, *quum facta esset hora*[1], en esta hora tan diferida, se sienta al banquete de la alianza con aquellos doce hombres representantes de la humanidad entera. Cerrando el ciclo de las figuras en la última inmola-

[1] *S. Luc.*, XXII, 14.

ción del Cordero pascual: "Deseé con ansias comer esta Pascua con vosotros"[1], exclama como queriendo, en este momento supremo, aliviar su corazón de las largas vicisitudes que ha sufrido su amor. Y de pronto, anticipándose a los judíos, inmola su víctima, el Cordero divino significado por Abél, predicho por Isaías, señalado por Juan el Precursor[2]. Y, por una anticipación maravillosa, el cáliz sagrado contiene ya su Sangre que correrá mañana sobre el Calvario; y su divina mano presenta ya a sus discípulos el pan cambiado en su Cuerpo, convertido en rescate del mundo: "*Comed, bebed todos;* y del mismo modo que, en este momento, he anticipado para vosotros mi muerte, cuando haya desaparecido de este mundo, *haced esto en memoria mía*"[3]. La alianza en adelante está hecha. Sellado con la sangre, como el antiguo, el nuevo Testamento queda proclamado; y, si solamente tiene valor en previsión de la muerte real del testador[4], es porque Cristo, víctima entregada por todos a la suprema venganza, convino en un pacto sublime con el Padre[5] de no asociar la redención universal sino al drama del día siguiente. Cabeza de la humanidad pecadora, y responsable de los crímenes de su raza, quiere,

[1] *Ibid.*, 15.
[2] S. Gregorio; *Morales*, XXIX, 31.
[3] *I Cor.*, XI, 24-25.
[4] *Hebr.*, IX, 16-18.
[5] *Ibid.*, XII, 2.

para destruir el pecado, someterse a las leyes severas de la expiación, y manifestar en sus tormentos a la faz del mundo los derechos de la eterna justicia [1]. Mas la tierra ya está en posesión del cáliz que debe proclamar la muerte del *Señor hasta que venga* [2], comunicando [3] a cada miembro del género humano la verdadera sangre de Cristo derramada por sus pecados [4].

Y ciertamente convenía que nuestro Pontífice, lejos del aparato de violencia exterior, que pronto iba a desilusionar a sus discípulos, se ofreciese por sí mismo al Padre en verdadero sacrificio, con el fin de manifestar claramente la espontaneidad de su muerte [5] y descartar el pensamiento de que la traición, la violencia o la iniquidad de algunos hombres pudiese ser el principio y causa de la salvación común [6].

Por esto, elevando los ojos hacia su Padre y dando gracias, dijo en presente, según la fuerza del texto griego: "Este es mi Cuerpo entregado por vosotros; ésta es mi Sangre derramada por vosotros" [7]. Estas palabras, que transmite con su poder a los depositarios de su sacerdocio, obran lo que significan.

---

1 *Rom.*, III, 25-26.
2 *I Cor.*, XI, 26.
3 *Ibid.*, X, 16.
4 *S. Luc.*, XXII, 20.
5 *S. Juan*, X; 18.
6 S. Gregorio Nacianceno, *Orac. I sobre la resurrección de Cristo.*
7 *S. Luc.*, XXII, 19-20.

Cada vez, pues, que sobre el pan de trigo y el vino de vid caigan de la boca de un sacerdote estas palabras, comparables a aquellas que sacaron de la nada el universo, cualquiera que sea en el espacio o el tiempo la distancia que separa al mundo de la Cruz, la tierra poseerá la augusta Víctima. Una en la Cena y sobre la Cruz, permanece una en la oblación hecha al Padre en todos los lugares, por el único Pontífice que toma y hace suyas las manos y la voz de los sacerdotes escogidos por el Espíritu Santo para este sublime ministerio.

El nuevo sacerdocio. — ¡Cuán excelsos han de ser estos hombres, escogidos por la imposición de las manos de entre sus hermanos! Nuevos Cristos identificados con el Hijo de la Virgen purísima, serán los privilegiados de la divina Sabiduría, estrechamente unidos por el amor a su poder, asociados, como el mismo Jesús, a la gran obra que persigue durante los siglos: la inmolación de la víctima y *la mezcla del cáliz* [1], donde la humanidad, unida con su Cabeza en un mismo sacrificio, viene al mismo tiempo a beber y unirse íntimamente a su divinidad. Cristo confía la oblación que debe *ampliar* su Sacrificio inmortalizándole, a las manos aun débiles de los que se digna llamar sus amigos [2] y hermanos [3]. Su no-

[1] *Prov.*, IX, 2.
[2] *S. Juan*, XV, 15.
[3] *Ibid.*, XX, 17.

ble mano se ha tendido ofreciendo en libación sangre de uvas; la derrama en la base del altar que ya se eleva, y el olor sube desde allí hasta el Altísimo. En este momento y desde el mismo Cenáculo, oyó los futuros cantos de triunfo que ensalzarían el divino memorial y la salmodia sagrada que llenaría a la Iglesia de incesante y suave armonía; vió a los pueblos postrados adorando al Señor su Dios en su presencia y rindiendo al Omnipotente un homenaje en adelante ya perfecto. Entonces se levantó de la mesa del festín; salió y renovó su oblación, consumado su Sacrificio con la sangre, queriendo manifestar por la Cruz la virtud de Dios [1].

El sacrificio de la Iglesia. — ¡Bendita hora la del Sacrificio, cuando el destierro parece menos pesado a la Esposa de Cristo! Todavía sobre la tierra, ya honra a Dios con digno homenaje, y ve afluir en su seno los tesoros del cielo. Porque la Misa es su bien, su dote de Esposa; a ella le toca regular la oblación, precisar las fórmulas y ritos y recibir sus frutos. El Sacerdote es su ministro; ella ruega; él inmola la Víctima y da a su oración un poder infinito. El carácter eterno del sacerdocio, impreso por Dios en la frente del sacerdote, le hace depositario del poder divino, y coloca por encima de toda fuerza humana *la va-*

[1] *Ecl.*, I, 15-23.

lidez del Sacrificio ofrecido por sus manos; mas no puede cumplir *legítimamente* esta oblación sino en la Iglesia y con ella.

¡Con qué fidelidad la Iglesia guarda el testamento que la legó en el Sacrificio la eterna y viva memoria de la muerte de Cristo en la última Cena! Si se da a ella todo entero en el misterio del amor, el estado de inmolación en que se presenta a sus ojos, la advierte que debe pensar menos en regocijarse de su dulce presencia, que en perfeccionar y continuar su obra inmolándose con él. La Iglesia coloca a los Mártires debajo del altar, porque sabe que la Pasión de Cristo pide un complemento en sus miembros[1]. Nacida en la Cruz de su costado abierto, la desposó en la muerte; y este primer abrazo que, desde su nacimiento, puso en sus brazos el Cuerpo ensangrentado de su Esposo, ha hecho pasar al alma de la nueva Eva el amor, en cuyo seno se durmió el Adán celestial en el Calvario.

Madre de los vivientes, la gran familia humana acude a ella con toda clase de miserias y sinnúmero de necesidades. La Iglesia sabrá valorizar el talento que le ha sido confiado: la Misa cumple todas las necesidades; la Iglesia satisface por ella sus deberes de Esposa y de Madre. Identificándose cada día más con la Víctima universal, que la reviste de su infinita dignidad,

---

[1] *Col.*, I, 24.

adora a la Majestad suprema y la da gracias, implora el perdón de las faltas antiguas y nuevas de sus hijos, y pide para ellos bienes temporales y espirituales. La sangre divina salta de su altar sobre las almas pacientes, templa la llama expiadora y las conduce al lugar de refrigerio, luz y paz[1].

El Calvario y la Misa. — Es tal la maravillosa virtud del sacrificio ofrecido en la Iglesia, que los cuatros fines en que se resume la religión entera, de adoración, acción de gracias, propiciación, impetración, los consigue, independientemente de las disposiciones del Sacerdote o de aquellos que le rodean. Porque la hostia es la que da el valor; y la hostia del altar es la misma que la del Calvario, hostia divina igual al Padre, que se ofrece ella misma como en la Cruz en una sola oblación por los mismos fines.

El Creador del espacio y del tiempo no es su esclavo; lo muestra en este misterio: "Del mismo modo que ofrece el Sacrificio en muchos lugares, y es un mismo Cuerpo y no muchos, dice San Juan Crisóstomo, así sucede con la unidad del Sacrificio en las diversas edades"[2]. Solo el modo es distinto en la Cruz y en el altar. Cruento en la Cruz, incruento en el altar, la oblación per-

---

[1] Canon de la Misa.
[2] Homilía XVIIª *sobre la Epístola a los Hebreos.*

manece una[1] en la aplicación, no obstante esta diversidad. La inmolación de la augusta Víctima apareció en la Cruz en su sublime horror; mas la violencia de los verdugos ocultaba a las miradas el Sacrificio ofrecido a Dios por el Verbo encarnado en la espontaneidad de su amor. La inmolación se oculta a los ojos en el altar; mas la religión del Sacrificio aquí se manifiesta y se desarrolla en todo su esplendor. La Sangre divina dejó sobre la tierra que la bebió, la maldición del deicidio; el cáliz de salvación que la Iglesia tiene entre sus manos, lleva consigo la bendición del mundo. ¿Por qué el mundo, que antiguamente se levantaba después de las tempestades, se lamenta ahora de una decadencia universal, donde la fuerza no existe sino en los castigos de Dios? Se agita en vano, sintiendo ceder con él, a cada paso, el brazo de carne que se ofrece a llevar su decrepitud. La Sangre del Cordero, su fortaleza antigua, no corre ya sobre la tierra con la misma abundancia. Y sin embargo de eso, el mundo permanece en pie todavía, y lo está gracias a este Sacrificio, que aunque despreciado y empequeñecido, se ofrece continuamente en muchísimos lugares; y subsistirá hasta que en un acceso de demencia furiosa haga cesar aquí en la tierra el Sacrificio eterno[2].

---

[1] *Hebr.*, X, 14.
[2] *Dan.*, X, 3-11.

MARTES
DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA EUCARISTIA Y LA UNIDAD DEL CUERPO MISTICO

DOCTRINA DE DIONISIO EL AREOPAGITA. — "Sacramento de los sacramentos[1], ¡oh Santísimo! levantando los velos que te rodean de sus significados misteriosos, muéstrate de lejos en tu esplendor y llena nuestras almas de tu directa y purísima luz." Así exclama en su lenguaje incomparable el revelador de las divinas jerarquías.

El sacerdote acaba de realizar los sagrados Misterios; los pone ante los ojos bajo el velo de las especies. Este pan, oculto hasta ahora y que no formaba más que un todo, lo descubre, lo divide en muchas partes; da a todos del mismo cáliz: multiplica simbólicamente y distribuye la UNIDAD, consumando así el Sacrificio. Porque la unidad simple y oculta del Verbo que se desposa con la humanidad entera, ha penetrado desde las profundidades de Dios hasta el mundo visible y múltiple de los sentidos; y adaptándose al número sin cambiar de naturaleza, uniendo nuestra bajeza a sus grandezas, nuestra vida y su vida, su sustancia y nuestros miembros, no

---

[1] Dionisio, *La Jerarquía ecles.*, c. III, 1.

quiere hacer de todos sino un todo con ella [1]: del mismo modo el Sacramento divino, uno, simple, indivisible en su esencia, se multiplica amorosamente bajo el signo exterior de las especies, a fin de que, recogiéndose en su principio y volviendo a entrar de lo múltiple en su propia unidad, lleve consigo allí a los que han venido a él en la santidad [2].

Por eso el nombre que más le conviene, es EUCARISTÍA, *acción de gracias*, ya que contiene el objeto de toda alabanza y de todos los dones celestiales llegados a nosotros. Maravilloso sumario de las operaciones divinizantes, sostiene nuestra vida y restaura la semejanza divina de nuestras almas en el prototipo supremo de la eterna belleza; nos conduce en excelsas ascensiones por un camino sobrehumano; por él se reparan las ruinas del primer pecado; él pone fin a nuestra indigencia; y, tomando todo en nosotros, dándose por entero, nos hace participantes de Dios y de sus bienes [3].

DOCTRINA DE SAN AGUSTÍN. — "¡Oh Sacramento de amor! ¡Oh signo de la unidad! ¡Oh lazo de caridad", prosigue a su vez San Agustín [4]. Mas esta fuerza unitiva de la Eucaristía, magníficamente elogiada por el Areopagita en el acerca-

[1] Dionisio, *Ibid.*, XII, XIII.
[2] Dionisio: *La Jerarquía eclesiástica*, III.
[3] Dionisio, *Ibid.*, VII.
[4] *Sobre S. Juan*, Tratado XXVI, 13.

miento que obra entre Dios y su criatura, el obispo de Hipona se complace en verla edificando, en la paz, el cuerpo místico del Señor, y disponiéndole para el eterno Sacrificio y la comunión universal y perfecta de los cielos. Tal es la idea madre que le inspira acentos sublimes sobre el Santísimo Sacramento:

Yo Soy el pan vivo bajado del cielo, había dicho el Salvador; *si alguien comiere de este pan, vivirá eternamente, y el pan que yo le daré, es mi carne para vida del mundo*[1]*: porque mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida*[2]. Esta comida y esta bebida que promete a los hombres, explica San Agustín, es sin duda y directamente su verdadera carne y la sangre de sus venas; es la misma hostia inmolada en la Cruz. Por consiguiente, establecida en su propia y real sustancia, inmolada con El como una sola hostia, en un mismo Sacrificio, "es la Iglesia con todos sus miembros, predestinados, llamados, justificados, glorificados, o también viadores." Solamente en el cielo se declarará en su plenitud y estabilidad el misterio eucarístico, inefable saciedad de las almas, que consistirá en la unión permanente y perfecta de todos en todos y en Dios por Jesucristo. "Como, en efecto, prosigue San Agustín, lo que los hombres desean al comer y beber, es saciar

---

[1] *S. Juan,* VI, 51-52.
[2] *Ibid.,* 50.

el hambre y apagar la sed, este resultado no se alcanza verdaderamente sino por la comida y bebida, que hace a los que la toman, inmortales e incorruptibles, a saber, la sociedad de los santos, donde reinará la paz con plena y perfecta unidad"[1]. ¡Festín único digno de los cielos! ¡Banquete espléndido, donde cada elegido, participando del cuerpo entero, le da a su vez crecimiento y plenitud!

Esta es la Pascua de la eternidad que anunciaba el Señor cuando, al fin de su vida, queriendo poner término a la Pascua de las figuras con la realidad aun velada del Sacramento, convida a los suyos a un festín nuevo en la patria sin figuras y sombras. *No comeré en adelante de esta Pascua, hasta su consumación en el reino de Dios*[2] dijo a los depositarios de la alianza; *no gustaré tampoco de este fruto de la vid hasta el día que le beba con vosotros, vino nuevo, en el reino de mi Padre*[3]. Día sin fin, día de luz resplandeciente, cantado por David: donde la Sabiduría, libre de velos, embriagada ella misma la primera de amor en su divino banquete, apretando para siempre en un solo abrazo a la Cabeza y a los miembros, inebriará al hombre con el torrente de sus divinos deleites y de la vida que ella bebe en el seno del Padre![4] Mas

[1] *Sobre S. Juan,* Tratado XXVI, 15-17.
[2] *S. Luc.,* XXII, 16.
[3] *S. Mat.,* XXVII, 29.
[4] *Salm.,* XXXV, 8-10.

Cristo, nuestro Cabeza, ha penetrado ya las nubes; inundada de delicias, apoyada en su Amado, la Iglesia sube incesantemente del desierto [1], el número de sus miembros, hermanos nuestros, admitidos al festín sagrado de los cielos, se completa cada día. Con razón exclama Cristo: *Ahora esto es hueso de mis huesos y carne de mi carne* [2]; se le adhieren como la esposa al esposo, no formando más que un mismo cuerpo. La Eucaristía ha producido esta adaptación maravillosa, que no se se revelará sino en el día de la gloria; mas aquí abajo es adonde, a la sombra de la fe, transforma ella de este modo a los predestinados en Cristo.

El Cuerpo de Cristo. — Dios es amor, dijimos anteriormente; el amor exige unión y la unión exige semejantes. Ahora bien esta asemejanza del hombre a Dios, que no podía realizarse sino por el llamamiento del hombre a la participación de la naturaleza divina [3], es obra especial del Espíritu Santo, mediante la gracia; es el resultado de su permanencia personal [4] en el alma santificada, cuyas potencias y la misma sustancia penetra íntimamente. Así hizo en Cristo, al inundar el ser humano con su plenitud en el seno de la Virgen María, al mismo tiempo que

[1] *Cant.*, VII, 1-5.
[2] *Gen.*, II, 23.
[3] *II S. Pedro*, I, 4.
[4] *I Cor.*, III, 16.

la eterna Sabiduría se unió a esta naturaleza inferior y creada, pero desde entonces santa y perfecta por siempre en el Espíritu santificador. Así hace también al preparar a la Iglesia, la Ciudad Santa, al banquete de las bodas del Cordero. Así los hijos y miembros de la Esposa, identificados con Cristo, formando un solo cuerpo con El, quedan hechos participantes de sus bodas divinas con la Sabiduría eterna.

MIERCOLES DE LA INFRAOCTAVA DEL CORPUS

LA SAGRADA COMUNION

Unión con la Víctima inmolada. — ¡Gloria a Cristo Salvador, que nos da en su carne inmolada el pan de vida y entendimiento![1] ¡Cuerpo de Jesús, templo augusto edificado por la eterna Sabiduría! De su costado[2], abierto violentamente, sale el río sagrado cuyas olas traen el Verbo a nuestras bocas sedientas. Visitando Jesús la tierra, la embriaga; prepara su alimento a los hijos de los hombres. Mas la copa que presenta, es la del Sacrificio; la mesa que prepara, es un altar; porque tal es la preparación de este alimento[3]:

---

[1] *Ecl.*, XV, 3.
[2] *Ezeq.*, XLVIII, 2.
[3] *Salm.*, LXIV, 10.

una *víctima* es la que nos da su carne a comer y su sangre a beber; la inmolación es, pues, la preparación directa y necesaria del banquete en que se entrega a los convidados.

Pero ¿no son ellos mismos la comida de Cristo en esta sagrada mesa? Si da El todo lo que es, ¿no es para tomarlo todo a su vez? ¿Cuáles serán, pues, nuestros preparativos del festín, sino aquellos mismos por donde El pasa? No es *una* víctima, sino *víctimas,* las que inmola la Sabiduría, para el banquete misterioso de pan y vino que prepara en su casa [1].

¿No se nos quiere decir con esto que, para los miembros de Cristo, la verdadera preparación inmediata al banquete sagrado, no es otra que el mismo Sacrificio, *la Misa,* celebrada u oída en la unión más perfecta y posible con la máxima y principal Víctima?

La Liturgia eucarística. — ¿Podría hacer cosa mejor el cristiano en este momento, que dejarse conducir dócilmente por la Iglesia en su Liturgia? ¿Podrá temer abandonarse sin reserva a aquella a quien Cristo se confió enteramente, para la determinación de las reglas que deben presidir la administración del Sacramento de su amor, para la disposición, solemnidad, preparativos, y lo que acompaña al Sacrificio, del que la

[1] *Prov.,* IX, 2.

Comunión es a la vez el complemento y término glorioso?

La Comunión no es obra de devoción privada; la devoción privada no puede disponer al hombre convenientemente para esta visita del Señor, cuyo fin es estrechar cada vez más los lazos con Cristo y todos sus miembros, unificados ya en la inmolación del único y universal Sacrificio para la gloria del Padre. El acto sagrado bien comprendido y atentamente seguido, el desarrollo progresivo de las ceremonias y fórmulas santificadas, por sí solo es capaz de poner completamente al alma que siente el atractivo de Dios, en el grandioso punto de vista católico, que es el mismo del Señor. No tema el alma que ha de disminuir de este modo su recogimiento, o que se ha de entibiar el amor que con razón desea llevar a la sagrada mesa; se presentará a ella tanto más agradable y mejor adornada a las miradas del Esposo, cuanto el egoísmo inconsciente o el individualismo estrecho, frutos frecuentes de métodos particulares, queden más seguramente desterrados de su corazón en la gran escuela de la Iglesia y bajo la poderosa acción de la Liturgia.

Así lo comprendieron los Apóstoles y sus discípulos inmediatos, fundadores autorizados de la Liturgia de los primeros tiempos; no pensaron que exponían la piedad de los nuevos convertidos a una peligrosa tibieza, con todo el apa-

rato de pompas exteriores que desde el principio tendieron a hacerle como inseparable de la participación de los sagrados Misterios. Así lo practicaron nuestros abuelos los mártires en el glorioso seguro de las catacumbas, desarrollándose en estos estrechos subterráneos esplendores que nunca conoceremos; como Sixto II, inmolado en la cátedra en que presidía con majestad apostólica, rodeado de los numerosos ministros de las funciones sagradas, no temieron desafiar la cólera imperial bajo el fuego de la persecución, para salvaguardar la solemnidad de las asambleas cristianas, donde se estrechaba el vínculo de las almas y se animaba su valor con el banquete común del Pan de los fuertes. Así continuó haciendo, y todavía lo hizo con mayor solemnidad la Iglesia libre de las persecuciones, en el oro y esplendor de las basílicas que reemplazaron a las criptas de los cementerios en el siglo de triunfo. Los Padres y Doctores de la Iglesia, los santos de los tiempos antiguos, no conocieron otra preparación habitual para el Santísimo Sacramento que las magnificencias de la Liturgia, las solemnidades del Sacrificio ofrecido con el concurso de todos y la participación activa del pueblo cristiano.

UNA DESVIACIÓN DE LA PIEDAD. — Muchos fieles de nuestros días han perdido el sentido de la Liturgia no teniendo ni la noción del Sacrificio.

El augusto misterio eucarístico se resume para éstos en la presencia real del Señor, que quiere permanecer en medio de los suyos para recibir sus homenajes particulares. El toque de la campanilla que anuncia la elevación, no es para ellos más que la señal de la simple llegada del Señor: adoran, mas sin pensar unirse a la Víctima, sin inmolarse con la Iglesia en las grandes intenciones católicas, cuya fiel expresión rememora cada año la Liturgia. Si por casualidad van a comulgar ese día, tal vez dejen entonces a un lado el libro piadoso que los tenía santamente ocupados en su interior, para pasar el tiempo dulcemente en emociones más o menos estudiadas que sacaron de él: hasta el momento en que, admitidos a la sagrada mesa, Cristo deberá buscar en la gracia lejana de su bautismo, más bien que en sus afectos o pensamientos del presente, esta indispensable cualidad de miembro de la Iglesia, que la Comunión requiere sobre todos las otras y que principalmente viene a confirmar.

¿Es, pues, de admirar que en gran número de almas la Religión, cuyo fundamento verdadero es el Sacrificio, descanse más bien sobre un sentimentalismo vago, con cuya influencia se obscurecen siempre las nociones fundamentales del *dominio* divino, de la justicia suprema, del *culto* propiamente dicho mediante *la reparación, el servicio* y el *homenaje,* que son nuestros deberes primeros para con la suprema Majestad? ¿De dón-

resulta en tantos cristianos que se confiesan y comulgan, esta debilidad en la fe, esta ignorancia total de la noción práctica de la Iglesia, sino de que, habiendo perdido el culto para ellos, con las pompas de la Liturgia, que desconocen ya, su carácter social, la Comunión ha perdido también su verdadero sentido y deja en su aislamiento tranquilo a esos hombres para quienes no es ella el lazo de unidad, mediante Cristo-Cabeza, con todo el cuerpo cuyos miembros fueron hechos por el bautismo? Aun fuera de esos católicos de nombre, para quienes la Iglesia no parece otra cosa que un término de historia incomprendido, ¿cuántas almas hay de las admitidas a la Comunión frecuente o diaria, que comprendan hoy este axioma de San Agustín: La Eucaristía es nuestro pan cotidiano, porque la virtud que significa, es la UNIDAD, salud del cuerpo y de los miembros? [1]

DOCTRINA DEL CONCILIO DE TRENTO. — Resumiendo esta enseñanza tradicional, mejor que nosotros pudiéramos hacerlo y con la autoridad del Espíritu Santo, los Padres de Trento se expresan así en la sesión XIII: "El Santo Concilio, con todo afecto paternal, advierte, exhorta, ruega y conjura por las entrañas misericordiosas de nuestro Dios a todos los que llevan el nombre de cristianos y a cada uno de ellos, que se reú-

[1] *S. Agustín*, Sermón 57, 137.

nan unánimemente en este signo de la unidad, en este lazo de la caridad, en este símbolo de la concordia. Que se acuerden de la suprema majestad, del inefable amor de Jesucristo nuestro Señor, que entregando su preciosa vida en precio de nuestra salvación, nos dió su carne por alimento. Que crean y confiesen con tal constancia y firmeza estos sagrados Misterios de su Cuerpo y Sangre, que los honren y reverencien con tanta devoción y amor que puedan recibir con frecuencia este pan superior a toda sustancia. ¡Ojalá sea para ellos la verdadera vida, la salud perpetua del alma! Confortados por su fuerza, pasen de la peregrinación de esta tierra miserable a la patria celestial, para comer allí al descubierto ese pan de los ángeles que los alimenta aquí abajo oculto en los velos de las sagradas especies" [1].

JUEVES
OCTAVA DEL CORPUS CHRISTI

EL MISTERIO DE LA PRESENCIA REAL

¡Gloria al Cordero cuya inmolación triunfante plasmó esta presencia maravillosa en el Santísimo Sacramento! ¡A El la virtud, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la

[1] *Sesión XIII de la Eucaristía,* c. VIII.

bendición por los siglos![1] Por El descendió a nosotros la Sabiduría eterna, y por El habita ella con nosotros[2]. A su suave resplandor, al cerrar hoy esta Octava, contemplemos con el mayor respeto la naturaleza de la inefable permanencia, que nos conserva de este modo en su integridad el Misterio de la fe hasta el fin del mundo.

Secuencia de la Misa. — Del sur al septentrión, del levante al poniente, en todas partes, en este día, los hijos de la Iglesia repiten, en sus cantos, estas palabras que no son otra cosa que el eco rimado de la voz del Apóstol: "La carne de Cristo es comida, y su sangre es bebida; no obstante eso, permanece entero en cada una de las especies. Sin quebrarle, romperle o dividirle, le recibe entero aquel que le recibe. Si le recibe uno sólo o si mil, lo mismo reciben éstos que aquél; se da sin consumirse. Cuando se divide la forma misteriosa, no dudes un momento, sino ten presente que permanece tan entero en el fragmento, como en la forma completa. La sustancia no se divide de ningún modo, solamente se parte el signo; pero no disminuye por eso ni el estado ni la extensión de lo que ese signo encubre."

La Iglesia, en efecto, nos enseña, "que en cada una de las especies y en cada una de sus

---

[1] *Apoc.*, V, 12.
[2] *Ibid.*, XXI, 23.

partes, se halla contenido verdadera, real y sustancialmente, el cuerpo, sangre, alma y divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, y, por consiguiente, Cristo entero"[1]. Es verdad que las palabras del Sacrificio por sí mismas, no obrando sino lo que significan, producen única y exclusivamente bajo la doble *especie* el Cuerpo y Sangre del Señor; pero Cristo, resucitado e inmortal. permanece indivisible. "Cristo salido del sepulcro, no morirá más, dice el Apóstol; muriendo por el pecado, ha muerto una vez por todas; viviendo ahora, vive para Dios"[2]. En todas partes, pues, donde se halla, en virtud de la Consagración, el santísimo Cuerpo o Sangre redentora, allí mismo, por vía de consecuencia natural y de necesaria *concomitancia,* reside en su totalidad la sagrada humanidad, unida al Verbo.

La transubstanciación. — Temerosa la Liturgia de no poder manifestar de otro modo un misterio tan profundo con la suficiente precisión y exactitud, se vale hoy de la terminología de la Escolástica. Ella misma nos enseña que la *conversión* del pan en Cuerpo y del vino en Sangre, se hace de sustancia a sustancia, sin que en este cambio maravilloso, llamado por esto *transubstanciación* [3], se afecten, alteren o destruyan los *accidentes* o modos de los dos términos de la con-

[1] Concilio de Trento. Ses., XIII, c. 1-3.
[2] *Rom.,* VI, 9-10.
[3] Concilio de Trento. Sos, XIII, c. III.

versión. Así es como, privados de su *sujeto* o sostén natural, las *especies* o apariencias de pan y vino, se hallan sustentadas inmediatamente por la virtud divina; produciendo y recibiendo las mismas impresiones que hubiera recibido y producido su propia sustancia, son el *signo* sacramental que sin *informar* el cuerpo de Cristo, ni prestarle sus cualidades y dimensiones, determina y mantiene su presencia mientras estas especies no son esencialmente modificadas. Por su parte, el Cuerpo de Cristo, habiendo sustituído directamente con su propia *sustancia* a la sola *sustancia* de pan y vino, se halla fuera, por la fórmula sagrada, de las leyes misteriosas de la extensión, cuyos secretos no ha podido penetrar todavía la ciencia humana; todo entero en toda la especie, y todo entero también en cada parte sensible, se asemeja en esto a las sustancias espirituales: de este modo también el alma humana se halla del mismo modo en todo el cuerpo y entera también en todos los miembros. Tal es, en fin, el misterio del *estado sacramental,* que, presente a nosotros en las dimensiones de la hostia y no más allá, por su sustancia, de este modo sustraída a las leyes de la extensión, Cristo permanece en Sí mismo, tal cual se halla en el cielo. "El Cuerpo de Cristo en el Sacramento, dice Santo Tomás, conserva todos sus *accidentes,* por consecuencia necesaria; y sus partes permanecen ordenadas entre sí del mismo modo que lo

son en la naturaleza de las cosas, aunque ellas no se hallen en relación y no se puedan comparar según este orden, con el espacio externo"[1].

JESÚS PRESENTE EN LA HOSTIA. — La noción de Sacrificio exigía en la Eucaristía esta apariencia pasiva de la víctima, así como la condición del banquete en que se consuma, determinaba la naturaleza especial de los elementos sacramentales elegidos por Cristo Jesús. Mas lejos de nosotros, en presencia de la sagrada Hostia, toda idea de penosa cautividad, de padecimiento actual, de virtud laboriosa para el huésped divino de las especies sagradas; a pesar de esta muerte exterior, allí palpitan la vida, el amor y la hermosura triunfal del Cordero, vencedor de la muerte, rey inmortal de los siglos. Permanece en la hostia inmaculada con toda su virtud y esplendor, el más bello de los hijos de los hombres[2], con la admirable proporción, la disposición armonioso de sus miembros divinos, formados de una carne virginal en el seno de María Inmaculada.

¡Sangre divina, precio de nuestro rescate, entrada para siempre en esas venas que te derramaron por el mundo! como en otro tiempo, llevas la vida en esos miembros gloriosos, bajo el impulso del Corazón sagrado a quien mañana rendiremos especial homenaje. ¡Alma santísima del Salvador, presente en el Sacramento como

---

[1] IIIª p. qu. LXXVI, art. 4.
[2] *Salm.*, XLIV, 3.

forma sustancial[1] de este cuerpo perfectísimo que es por ti el verdadero cuerpo del Hombre-Dios inmortal! En tus profundidades encierras todos los tesoros de Sabiduría eterna[2]. Recibisteis, como especial misión, plasmar en una vida humana, en un lenguaje múltiple y sensible, la inefable hermosura de la Sabiduría del Padre, enamorada de los hijos de los hombres, y quisiste conquistar su amor mediante una manifestación puesta a su alcance. Cada una de las palabras y de los pasos dados por Jesús, cada uno de los misterios de su vida pública o privada, nos revela por grados este divino esplendor. Verdaderamente delante de esos hombres que ella amaba, la Sabiduría y la gracia crecían en El juntamente con la edad[3]; hasta que, por fin, todas estas enseñanzas, ejemplos y misterios, maravillosas manifestaciones de sus hechizos íntimos, esa misma Sabiduría los dejó fijos para el porvenir, en el Sacramento divino, monumento perenne, luz de las almas, memorial vivo, desde donde el amor vela calladamente por nosotros. "La carne, la sangre de Cristo, es el Verbo manifestado, dice San Basilio; es la Sabiduría, hecha sensible por la Encarnación, y todo ese modo misterioso de vida en la carne que nos revela la perfección moral, la belleza natural

---

1 Concilio Vaticano.
2 *Col.*, II, 3.
3 *Luc.*, II, 52.

y divina. Allí se encuentra el alimento del alma y, por tanto, desde ahora la prepara para la contemplación de las divinas realidades[1].

PROCESIÓN DE LA OCTAVA.—La Octava durante la cual el Sacramento divino ha recibido los homenajes solícitos de nuestra adoración, termina como comenzó: por la procesión triunfal. Después de Vísperas, el Diácono baja la custodia del templete en que él mismo la colocó, y la deposita en manos del sacerdote. La sagrada Hostia atraviesa de nuevo los umbrales del templo, rodeada por la majestad de los mismos ritos, aclamada por los mismos cantos de alegría, acogida por las demostraciones entusiastas del pueblo fiel. Nuevamente ve postrada la naturaleza a sus pies, embalsama el ambiente a su paso, aleja los poderes enemigos[2], bendice el campo y el pueblo y esparce entre las mieses, que ondean ya en sazón, sus fecundos rayos. De nuevo en su templo, ya no volverá a salir más, sino para fortificar a los moribundos en su viaje a la eternidad, o para darse misericordiosamente a los enfermos que no pueden llegarse a su Dios por sus propias fuerzas. En este momento bendice por última vez al pueblo prosternado a sus pies y entra en el tabernáculo.

Abismados en profunda adoración, testimoniemos nuestros sentimientos a Dios, oculto en-

[1] *Carta*, VIII.
[2] *Efes.*, II, 2; VII, 12.

tre los velos sacramentales, repitiendo el himno celestial, muestra fiel de la ciencia del Doctor Angélico, sobrepasada por el humilde y ferviente amor que desbordan cada una de sus estrofas.

Una vez cerrada la puerta del tabernáculo, tras el Dios de la Hostia, nuestros corazones no abandonarán el augusto Misterio. Mejor comprendido por las gracias y luces que han descendido sobre nosotros durante esta Octava, será más amado de nuestras almas divinizadas, conquistadas por El con los sublimes atractivos de la Sabiduría eterna.

HIMNO

Adórote devotamente, oh Deidad oculta,
que yaces escondida bajo estos accidentes:
a ti se entrega todo mi corazón,
porque, al contemplarte, todo desfallece.

En ti se equivocan vista, tacto y gusto
sólo al oído se cree con seguridad:
creo cuanto dijo el Hijo de Dios,
nada más veraz que la palabra de la Verdad.

En la cruz estaba oculta sola la Deidad,
aquí, en cambio, yace escondida también la humanidad:
sin embargo, creo y confieso ambas a dos,
y pido lo que pidió el ladrón arrepentido.

No contemplo, como Tomás, las llagas;
sin embargo, Te confieso por mi Dios:
haz que cada vez crea más en Ti,
en Ti espere y a Ti ame.

¡Oh memorial de la muerte del Señor!
Pan vivo, que al hombre da la vida:

haz que mi alma viva siempre de Ti,
y goce de tu dulce sabor.

Piadoso pelícano, Señor, Jesús,
a mí, inmundo, límpiame con tu sangre,
de la que una sola gota es suficiente
para salvar al mundo de todo crimen.

¡Oh Jesús! a quien miro ahora velado:
suplícote se haga lo que tanto ansío:
para que, viéndote a cara descubierta,
sea feliz con la visión de tu gloria. Amén.

VIERNES

DESPUES DE LA OCTAVA DEL CORPUS

FIESTA DEL SAGRADO CORAZON DE JESUS

Ayer tarde se terminó, con la procesión triunfal, la Octava de plegarias y adoraciones a nuestro Señor Jesucristo, presente en la Eucaristía. Hoy la Iglesia nos exhorta a honrar de una manera especial, durante toda una nueva Octava, a su Corazón Sagrado, cuya inmensa ternura nos ha revelado ya el Sacramento. Y para animarnos a honrar a este divino Corazón con mayor devoción, Pío XI elevó esta fiesta al rito de doble de primera clase e igualó su Octava a las de Navidad y la Ascensión.

El culto del Sagrado Corazón, escribió el Cardenal Pie, es la quintaesencia del cristianismo; el compendio y sumario de toda la reli-

gión. El cristianismo, obra de amor en su principio, en su progreso y consumación, con ninguna otra devoción se identificará tan absolutamente como con la del Sagrado Corazón [1].

OBJETO DE LA DEVOCIÓN AL SAGRADO CORAZÓN. — El objeto de la devoción al Sagrado Corazón, es este mismo Corazón, abrasado en amor hacia Dios y los hombres. Desde la Encarnación, efectivamente, Nuestro Señor Jesucristo es el objeto de la adoración y amor de toda creatura, no sólo como Dios, sino también como Hombre-Dios. Hallándose unidas la divinidad y la humanidad en la única persona del Verbo divino, merece todos los honores de nuestro culto, tanto en cuanto hombre, como en cuanto Dios; y así como en Dios son adorables todas las perfecciones, todo es adorable también en Cristo: su Cuerpo, su Sangre, sus Llagas, su Corazón; y por esto ha querido la Iglesia exponer a nuestra adoración, estos objetos sagrados.

EL CORAZÓN DE CARNE DEL HOMBRE-DIOS. — El día de hoy nos muestra de una manera especial el Corazón del Salvador y quiere que le honremos, ya lo consideremos en Sí mismo, o como el símbolo vivo de la caridad.

Es digno de nuestro culto por Sí mismo este Corazón de Jesús, aunque no sea nada más que un poco de carne. ¿No es el corazón en la vida

[1] *Obras*, t. III, p. 48.

natural del cuerpo humano, el órgano más noble y más necesario, el encargado de distribuir a todos los miembros, la sangre que los vivifica, que alimenta, regula y purifica? Adorar el Corazón de Jesús, es adorar, por decirlo así, en su principio, en su misma fuente, la vida de sacrificio y de inmolación de nuestro Salvador. Es adorar el precioso receptáculo donde quedaban las últimas gotas de sangre, esperando que llegara la lanzada de Longinos, para derramarse. Este Corazón traspasado, permanecerá así eternamente, testigo de una vida que se ha entregado toda entera por la salvación del mundo.

El corazón de carne ocupa también un lugar preferente en el orden moral. Siempre se le ha considerado como sede de la vida afectiva del hombre, porque es el órgano en que repercuten, de modo más perfecto todos los altos y bajos de la vida. Las pulsaciones laten en ritmo armonioso con nuestros sentimientos, emociones y pasiones. El lenguaje ha admitido esta manera de ver; el corazón es quien ama, quien se compadece, sufre, quien se consagra y se da. Y así como la bajeza del corazón es origen de todos los vicios, el corazón noble y distinguido, es fuente de donde fluyen con el amor, todas las demás virtudes. Jesús, verdadero hombre, habló así de sí mismo. Ha ofrecido su corazón humano a nuestra consideración, mostrándolo aureolado de llamas ardientes y diciendo: "¡He aquí el co-

razón que tanto ha amado a los hombres!", que le ha llevado a soportar todos los sufrimientos y miserias de la humanidad, que se ha compadecido de la inmensa multitud de las almas, que le ha inspirado la idea de multiplicar los milagros, y la de instituir la sagrada Eucaristía y fundar la Iglesia, de padecer y morir para rescatarnos.

Si el corazón es para nosotros el centro donde están reunidas, el foco de donde irradian las cualidades y virtudes, si acostumbramos a venerar los corazones especialmente bienhechores, ¡cuánto más debemos honrar el Corazón de Jesús, santuario y tabernáculo de todas las virtudes! Los Himnos y Letanías del Oficio las recuerdan con numerosas invocaciones que ponderaremos y meditaremos durante estos días. Y para persuadirnos más aún de la importancia y utilidad de la devoción al Sagrado Corazón, oigamos lo que decía un piadoso cartujo de Tréveris, muerto en 1461. Sus palabras nos indicarán todo lo que debemos hacer para penetrar y vivir conforme a las intenciones de la Iglesia, que son las mismas de su celestial Esposo:

"Si queréis purificaros de vuestros pecados fácil y perfectamente, libraros de vuestras pasiones y enriqueceros de todos los bienes, ingresad en la escuela de la caridad eterna... Volved de nuevo, sumergíos en espíritu..., todo vuestro corazón y alma, en el dulcísimo Corazón de Nues-

tro Señor Jesucristo clavado en la cruz. Este Corazón rebosa de amor... Por su mediación tenemos acceso ante el Padre, en unidad de espíritu; abraza en su inmenso amor a todos los elegidos... En este dulcísimo Corazón hállase toda virtud, la fuente de la vida, la consolación perfecta, la verdadera luz que ilumina a todo hombre, pero de una manera especial a aquel que acude a El devotamente en las necesidades y aflicciones de la vida. Todo bien deseable se encuentra en él en abundancia; toda salvación y gracia nos llega de ese Corazón dulcísimo, no de otra parte. Es el foco del amor divino, siempre encendido en el fuego vivo del Espíritu Santo, que purifica, consume y transforma en su propio ser a todos aquellos que se unen y desean juntarse a El. Así pues, como todo bien nos llega de este dulcísimo Corazón de Jesús, debéis también referirlo todo a El, sin apropiaros nada... Confesaréis vuestros pecados en este mismo Corazón, pediréis perdón y gracia, Le alabaréis y agradeceréis... Por esto mismo, besaréis frecuentemente, con reconocimiento, este piadosísimo Corazón de Jesús inseparablemente unido al Corazón divino donde están todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios, quiero decir una imagen de este Corazón, o el Crucifijo. Aspiraréis continuamente a contemplarlo frente a frente, confiándole vuestras penas; así atraeréis a vuestro corazón, su espíritu y su amor, sus gracias y sus virtudes; a

El deberéis acudir en los bienes y en los males, pondréis en El vuestra confianza, os acercaréis a El, habitaréis en su intimidad, a fin de que El, en cambio, se digne hacer su morada en vuestro corazón; allí descansaréis dulcemente y reposaréis en paz. Pues, aunque os abandonen los corazones de todos los mortales, este Corazón fidelísimo jamás os engañará, ni os abandonará. No descuidaréis tampoco honrar devotamente, e invocar a la gloriosa Madre de Dios y dulce Virgen María, para que ella se digne obteneros del dulcísimo Corazón de su Hijo todo lo que necesitéis. Como correspondencia, ofreceréis todo al Corazón de Jesús por sus manos benditas" [1].

MISA

El Introito canta los designios eternos de Dios con sus creaturas; designios llenos de bondad y de misericordia, de libertad y de vida; quiere librarlas de la muerte y las alimenta en tiempo de escasez. El Calvario y la Eucaristía, he ahí la manifestación del amor de Cristo hacia nosotros.

INTROITO

Los designios de su Corazón permanecen de generación en generación: para librar de la muerte sus al-

[1] Cf. *Études*, t. CXXVII, p. 605.

mas y alimentarlas en el hambre. — *Salmo:* Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta resume de un modo maravilloso, el objeto de la presente fiesta. En el Corazón de su Hijo, en ese Corazón *que nuestros pecados han hollado y herido,* Dios nos dispensa misericordiosamente los tesoros infinitos de su amor. Nuestro culto al Sagrado Corazón no debe ser pues solamente un culto de reconocimiento por todos los beneficios divinos de amor y piedad; debe ser también un culto de expiación, de satisfacción por nuestras ofensas, por las ingratitudes y crímenes de todo el género humano; hacia esta obligación reparatoria enfoca la Iglesia nuestra devoción y nuestra plegaria.

COLECTA

Oh Dios, que, en el Corazón de tu Hijo, herido por nuestros pecados, te dignas darnos misericordiosamente los infinitos tesoros de tu amor: haz, te suplicamos, que, al presentarle el devoto obsequio de nuestra piedad, le ofrezcamos también el homenaje de una digna satisfacción. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Efesios. (III, 8-19).

Hermanos: A mí, el más pequeño de todos los santos, se me ha concedido esta gracia: la de anunciar a las gentes las inescrutables riquezas de Cristo: y la de revelar a todos cuál es la dispensación del misterio

escondido desde los siglos en el Dios que creó todas las cosas: para que la multiforme sabiduría de Dios sea notificada ahora por la Iglesia a los principados y potestades en los cielos, conforme a la determinación eterna que hizo en Nuestro Señor Jesucristo, en el cual tenemos confianza y entrada segura por medio de su fe. Por esta causa, doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del cual procede toda paternidad en los cielos, y en la tierra, para que, conforme a las riquezas de su gloria, haga que seáis corroborados con vigor por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite, por la fe, en vuestros corazones: que estéis enraizados y cimentados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la sublimidad, y la hondura: que conozcáis también la caridad de Cristo, que sobrepuja toda ciencia, para que seáis henchidos de toda la plenitud de Dios.

El Misterio de Cristo. — Conviene retener en la memoria este pasaje luminoso en que San Pablo nos descubre en términos sublimes, el amor infinito de Dios hacia las criaturas. Eternamente, Dios tiene concebido su plan que es como la razón, la explicación, el motivo de la creación; y este plan es el de llamar a la humanidad entera a participar de la vida de Cristo. Tanto amó Dios a los hombres, que les entregó a su único Hijo, para que por él y en él fueran también los hombres, a su vez, hijos suyos para la eternidad. Cristo y sus tesoros de sabiduría y ciencia, Cristo, en quien todas las naciones son benditas y todos los hombres se salvan, identificados con él en la unidad del cuerpo místico;

Cristo, que mora en nosotros y que nos hace vivir de la fe y del amor, ¡he aquí el misterio que apenas vislumbraron los Patriarcas y Profetas, y que se nos revela, en el Nuevo Testamento, con una claridad incomparable! Mas el Misterio de Cristo no se completa verdaderamente sino en nosotros y con nuestra cooperación. Todas las riquezas puestas tan liberalmente por Dios a nuestra disposición, cuya fuente es Cristo: la Iglesia, los Sacramentos, la Eucaristía, tienen como único fin la santificación individual de cada una de nuestras almas. Por eso el Apóstol eleva a Dios una oración apremiante, rogándole que sus ansias de misericordia y de amor, no queden fallidas ante nuestra obstinada rebelión, que no se vean frustrados los esfuerzos realizados en el Calvario. Le hace una súplica solemne para que reine por completo en nosotros ese ser interior que se nos infundió en el bautismo, el hombre nuevo, el cristiano, el hijo de Dios, mediante la ruina del hombre viejo por una constante adhesión a Cristo, una real comunión de vida, que someta a El toda nuestra actividad. Entonces la caridad resplandecerá soberana en nosotros y la realización completa del plan divino será coronada por la felicidad eterna.

En el Gradual y Verso aleluyático, se ponen a nuestra consideración e imitación, el inmenso amor que llena el Corazón del Hombre-Dios y le ha llevado a abrazar dolores increíbles para sal-

varnos, la dulzura y humildad de ese Corazón divino, síntesis que caracteriza toda la vida del Salvador.

GRADUAL

Dulce y recto es el Señor, por eso aplicará la ley a los que se aparten del camino. ℣. Guiará con juicio a los pacíficos, enseñará a los mansos sus caminos.

Aleluya, aleluya. ℣. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, porque soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (XIX, 31-37).

En aquel tiempo, los judíos, porque era la Parasceve, para que no permanecieran los cuerpos en la cruz el sábado, porque era un gran día aquel sábado, rogaron a Pilatos que fueran quebradas sus piernas y se quitasen. Fueron, pues, los soldados: y quebraron las piernas del primero y las del otro que habían sido crucificado con él. Mas, cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no quebraron sus piernas: sino que uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto brotó sangre, y agua. Y, el que lo vió, da testimonio de ello: y su testimonio es verdadero. Y él sabe que dice verdad, para que también vosotros creáis. Porque sucedió esto para que se cumpliera la Escritura: No le quebraréis un hueso. Y de nuevo otra Escritura dice: Verán al que traspasaron.

"¡Verán al que traspasaron!" Escuchemos este texto misterioso con el recogimiento emocionado de nuestra Madre la Iglesia. Veamos el origen de su nacimiento. Ha nacido ciertamente

del Corazón del Hombre-Dios. No puede tener otro origen, porque es la obra, por excelencia, de su amor, y todas las demás obras las ha hecho con miras a esta Esposa. Eva fué extraída del costado de Adán de un modo figurativo; pero la huella no debía permanecer allí, por temor de que no pareciese que la mujer había sido extraída del hombre sino sólo por un gran misterio, y para que no se quisiera ver en ello inferioridad de naturaleza para ella. Mas era conveniente que en el Salvador perdurasen las huellas gloriosas de esta procedencia, porque El verifica la realidad. Es necesario, que su Esposa, fundada en este origen, pueda tener acceso a su amor, y que los caminos se abran siempre ante su presencia, para que logre conquistar pronto y con seguridad su Corazón en todas las cosas.

El Domingo de Ramos, escuchamos ya en la antífona del Ofertorio, el llanto doloroso del Señor, al verse abandonado de todos sus amigos durante su Pasión. Al repetirla aquí, la Iglesia nos exhorta a consolar a este Corazón Sagrado tan frecuentemente vulnerado por los pecados de los ingratos, uniendo para esto nuestra oblación a la de Cristo. Mas, aunque el valor del sacrificio de Cristo es universal e inagotable, sin embargo de eso, la admirable disposición de la divina Sabiduría exige que la aplicación de sus frutos se halle en relación con nuestra colaboración, y que, según las palabras del Apóstol completemos en

nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo en favor de su cuerpo místico. Para recibir los frutos de salvación, ministros y fieles deben unir su inmolación a la del Salvador, para que también ellos se muestren hostias vivas, santas y agradables a Dios [1].

OFERTORIO

Improperio y miseria soportó mi Corazón. y esperé a que alguien se contristara conmigo, y no lo hubo; busqué quien me consolara, y no lo hallé.

Tanto la Secreta como el Prefacio que la sigue, rememoran las ideas expresadas por la Colecta: gracia y misericordia, amor y reparación, son los grandes pensamientos que la Iglesia nos sugiere durante este día.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires a la inefable caridad del Corazón de tu amado Hijo: para que, lo que te ofrecemos, sea un don que te agrade a ti y sirva de expiación de nuestros pecados. Por el mismo Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que quisiste que tu Unigénito, pendiente de la cruz, fuera traspasado por la lanza de un soldado; para que el corazón abierto, sagrario de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de

[1] *Rom.*, XII, 6.

gracia, y, el que nunca cesó de arder en amor por nosotros, fuese descanso para los piadosos y para los penitentes patente asilo de salud. Y, por eso con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Al repetir la Comunión las palabras del Evangelio, nos invita a considerar el Corazón de Cristo, abierto, herido por nuestros pecados, de donde brotan torrentes de gracia vivificante.

COMUNION

Uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto salió sangre y agua.

POSCOMUNION

Dennos, Señor Jesús, tus santos Misterios un fervor divino con el que, experimentada la suavidad de tu dulcísimo Corazón, aprendamos a despreciar las cosas terrenas y a amar las celestiales. Tú que vives.

ACTO DE DESAGRAVIO
AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

(Ordenado por el Papa Pío XI)

¡Oh dulcísimo Jesús, cuyo inmenso amor a los hombres no ha recibido en pago de los ingratos más que olvido, negligencia y menosprecio! Vednos postrados ante vuestro altar, para reparar con especiales homenajes de honor, la frialdad indigna de los hombres y las injurias con que, en todas partes, hieren vuestro amantísimo Corazón.

Mas, recordando que también nosotros alguna vez nos hemos manchado con tal indignidad, de la cual nos dolemos ahora vivamente, deseamos, ante todo, obtener para nuestras almas vuestra divina misericordia, dispuestos a reparar, con voluntaria expiación, no sólo nuestros propios pecados, sino también los de aquellos que, alejados del camino de la salvación y obstinados en su infidelidad, o no quieren seguiros como a Pastor y Guía, o, conculcando las promesas del Bautismo, han sacudido el suavísimo yugo de vuestra ley.

Nosotros queremos expiar tan abominables pecados, especialmente la inmodestia y la deshonestidad de la vida y de los vestidos, las innumerables asechanzas tendidas contra las almas inocentes, la profanación de los días festivos, las execrables injurias proferidas contra Vos y contra vuestros Santos, los insultos dirigidos a vuestro Vicario y al orden Sacerdotal, las negligencias y horribles sacrilegios con que es profanado el mismo Sacramento del Amor y, en fin, los públicos pecados de las naciones que oponen resistencia a los derechos y al magisterio de la Iglesia por Vos fundada.

¡Ojalá nos fuese dado lavar tantos crímenes con nuestra propia sangre! Mas, entretanto, como reparación del honor divino conculcado, uniéndola con la expiación de la Virgen, vuestra Madre, con la de los Santos y la de las almas buenas, os ofrecemos la satisfacción que Vos mismo ofrecisteis un día sobre la cruz al Padre Eterno, y que diariamente se renueva en nuestros altares, prometiendo de todo corazón que, en cuanto nos sea posible y mediante el auxilio de vuestra gracia, repararemos los pecados propios y ajenos y la indiferencia de las almas hacia vuestro amor, oponiendo la firmeza en la fe, la inocencia de la vida y la observancia perfecta de la ley evangélica, sobre todo de la

caridad, mientras nos esforzamos además por impedir que seáis injuriado y por atraer a cuantos podamos, para que vayan en vuestro seguimiento.

¡Oh benignísimo Jesús! Por intercesión de la Santísima Virgen María Reparadora, os suplicamos que recibáis este voluntario acto de reparación. Concedednos la gracia de ser fieles a vuestros mandamientos y a vuestro servicio hasta la muerte, y otorgadnos el don de la perseverancia, con el cual llegemos felizmente a la gloria, donde, en unión con el Padre y el Espíritu Santo, vivís y reináis. Dios, por los siglos de los siglos. Amén.

SABADO DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

Si el Sagrado Corazón merece por Sí mismo nuestros homenajes, es todavía más digno de nuestro culto como símbolo vivo del inmenso amor que lo llena por completo.

Amor humano de Jesús. — Es primeramente símbolo del amor hacia su Padre Celestial: "Las principales virtudes que se pretenden honrar en él, escribía el Bienaventurado Claudio de la Colombière, son: en primer término, el ardentísimo amor hacia Dios, su Padre, unido al más profundo respeto y a la mayor intimidad que ha existido; en segundo lugar, una paciencia infinita en soportar los males, una contrición y un extremado dolor de los pecados que ha car-

gado sobre sus hombros; la confianza de un hijo tiernísimo, frente a la confusión de un gran pecador"[1].

Basta hojear los evangelios para encontrar la expresión de este amor, de esta intimidad, de esta confianza del Corazón de Jesús en su Padre. "¿No sabíais que debo ocuparme en las cosas de mi Padre...? Mi alimento es hacer la voluntad de mi Padre que me envió..."[2] ¡Qué efusión en las palabras: "Padre, te doy gracias porque te has revelado a los pequeñuelos"[3]! ¡Qué autoridad en estas otras: "Mi Padre y yo somos uno!"[4] ¡Qué confianza cuando le dice en el Cenáculo "¡Padre, glorifica a tu Hijo!"[5] y en el Calvario: "¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!"[6]. Estas citas, que pudieran multiplicarse, nos revelan aun más el amor del Corazón del Verbo Encarnado hacia su Padre, y son modelo del que debemos tenerle nosotros.

El Corazón de Jesús es también el símbolo de su amor a los hombres. "Las virtudes que se pretende honrar en El, prosigue el Bienaventurado Claudio de la Colombière, son, en tercer lugar, una compasión sensible de nuestras miserias; un inmenso amor, a pesar de estas mismas miserias. Y este Corazón abriga todavía en cuanto

---

1 *Retraite Spirituelle,* Lyon, p. 262.
2 *Luc.,* II, 49; *Juan,* IV, 34.
3 *Luc.,* X, 21.
4 *Juan,* X, 30.
5 *Juan,* XVII, 1.
6 *Luc.,* XXIII, 46.

es posible, los mismos sentimientos y, sobre todo, se abrasa de amor por los hombres, siempre abierto y dispuesto a derramar todo género de gracias y de bendiciones sobre ellos, cargando siempre con nuestros males."

El amor divino de Jesús. — Como símbolo vivo de la caridad, podemos preguntarnos con los teólogos, si el Corazón de Jesús nos recuerda su amor creado, o su amor eterno e increado. Nos lo dice la Iglesia en el Decreto del 4 de abril de 1900: "La fiesta del Sagrado Corazón es una solemnidad que no sólo tiene por objeto la adoración y glorificación del Hijo de Dios hecho hombre, sino la de renovar también simbólicamente la memoria del amor divino que ha compelido al Hijo de Dios a tomar la naturaleza humana"[1]. Si, pues, honramos al Sagrado Corazón como órgano principal de los afectos sensibles de Nuestro Señor Jesucristo, como principio y sede de estos mismos sentimientos y de todas las virtudes, "como su órgano vital, que ha vivido y sigue viviendo la vida de Jesús, que ha amado y ama todavía como hace diez y nueve siglos...", le honramos también como símbolo del amor que El nos tiene desde la eternidad. El antiguo Testamento nos había ya informado de este amor divino: "*In caritate perpetua dilexi te: ideo attraxi te miserans tui.*" Te

[1] Bainvel: *La dévotion au Sacré-Coeur*, 1921, p. 118.

amé con un amor eterno, y por eso te he atraído, compadecido de ti[1]. Y en los días del Evangelio Jesús subrayó: "Tanto amó Dios al mundo que le dió a su Hijo único" y que El, "vino al mundo a traer a la tierra el fuego" de la divina caridad. Esta caridad, dice muy bien el Cardenal Billot, "es la caridad increada que le hizo descender a la tierra, y es también la caridad creada, que resplandeciendo desde los primeros instantes de su concepción, le condujo a la cruz"[2]. Este es también el pensamiento del R. P. Vermeersch, cuando nos invita a incorporar el amor increado a la devoción al Sagrado Corazón. "Por su Corazón y por el amor humano de su Corazón, nuestro Señor nos revela con el mayor esplendor el amor infinito de Dios hacia los hombres. Por su corazón y por el amor humano de su Corazón nuestro Señor nos obliga del modo más persuasivo a pagar amor con amor. Por el Corazón de Jesús y por el amor humano de su Corazón recibimos más abundantes las divinas influencias del amor increado. La vida divina resulta en nosotros de la unión del Espíritu Santo con el alma, y la donación de este Espíritu divino se nos da únicamente por la comunicación del Corazón de Jesús"[3].

Al repetir en esta Octava las palabras del Señor a Santa Margarita María, la Iglesia nos

---

[1] *Jeremías,* XXXI, 3.
[2] *De Verbo Incarnato,* Roma, 1904, p. 348.
[3] *Practique et Doctrine...,* II, p. 94.

dice a todos: "¡He aquí este Corazón que tanto os ha amado... y que en recompensa no recibe de la mayor parte de los hombres, sino ingratitud!" En el himno de Laudes de la fiesta nos pregunta a cada uno de nosotros: "¿Quién no amará a quien tanto nos ama? ¿Qué rescatado no amará a su Redentor? ¿Quién rehusará establecer en este Corazón su perpetua morada?" No podemos menos de exclamar con el Apóstol San Pablo, después de cerciorarnos de tanto amor: "¡Sí, verdaderamente, la caridad de Cristo nos apremia!", y que nuestros corazones, que tanto tiempo han permanecido fríos e indiferentes, pecadores e ingratos, se decidan finalmente a dar a Cristo la respuesta que espera de ellos: la de su agradecimiento y amor.

Tomemos para esto las mismas palabras de la Santa Iglesia en el Himno de Laudes:

Corazón, arca donde se encierra la Ley,
No de la vieja servidumbre,
Sino de la gracia y del perdón,
Y de la dulce compasión.
Corazón, santuario inmaculado
Del nuevo y grato Testamento,
Templo más santo que el viejo
Y velo más útil que el roto.
Herido con rudo golpe
Te quiso la caridad,
Para que tu invisible amor
Honrásemos las heridas.
Bajo este amoroso símbolo

Cruenta y místicamente
Cristo Sacerdote padeció,
Ofreciendo un doble sacrificio.
¿Quién no amará a este tan fino amador?
¿Qué redimido no elegirá
Este sagrado Corazón
Para su eterna morada?
Gloria sea a ti, Señor,
Que por tu corazón viertes la gracia,
Con el Padre y el Espíritu Santo,
Por los siglos infinitos. Amén.

DOMINGO
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

TERCERO DESPUES DE PENTECOSTES

La Misa de este día es la del tercer Domingo después de Pentecostés que se halla íntimamente relacionada con las fiestas que hemos celebrado. Los últimos decretos romanos la han asignado al Domingo infraoctava del Sagrado Corazón; como segunda colecta se dice la de la fiesta.

Será fácil demostrar la adaptación fiel y natural de los textos de esta Misa del III Domingo después de Pentecostés a la Octava de la fiesta del Corazón sacratísimo de Jesús, de suerte que parecen estar compuestos para ella.

MISA

El alma fiel ha visto el desarrollo sucesivo de los Misterios del Salvador en la Liturgia. El Espíritu Santo ha descendido para sostenerla en esta otra etapa de la carrera, donde sólo se desarrollará la fecunda simplicidad de la vida cristiana. La instruye y la forma en las prescripciones del Maestro divino que ascendió a los cielos. Y lo primero la enseña a orar, porque la oración, decía el Señor, es obra de todos los días y de todos los instantes [1], y con todo eso, no sabemos qué es lo que hemos de pedir, ni cómo debemos hacerlo. Pero lo sabe quien nos ayuda en nuestra indigencia, y el mismo Espíritu pide por nosotros con gemidos inenarrables [2].

En el Introito y en toda la Misa del Domingo infraoctava del Sagrado Corazón, se respira, pues, este aroma de oración, apoyada sobre el humilde arrepentimiento de las faltas pasadas, y de confianza en la misericordia infinita.

INTROITO

Mírame, y ten piedad de mí, Señor: porque estoy solo, y soy pobre: mira mi humillación, y mi trabajo: y perdona todos mis pecados, oh Dios mío. — *Salmo:* A ti, Señor, elevo mi alma: en ti confío, Dios mío, no quede yo avergonzado. ℣. Gloria al Padre.

---

[1] *S. Lucas,* XVIII, 1.
[2] *Rom.,* VIII, 26.

COLECTA

Oh Dios, protector de los que esperan en ti, sin el cual nada hay válido, nada santo: multiplica sobre nosotros tu misericordia; para que, siendo tú el Guía, el Caudillo, pasemos de tal modo por las cosas temporales, que no perdamos las eternas. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro. (I, V, 6-11).

Carísimos: Humillaos bajo la poderosa mano de Dios, para que El os exalte en el tiempo de la visitación: poned en El toda vuestra preocupación, porque El se cuida de vosotros. Sed sobrios, y vigilad: porque vuestro adversario, el diablo, ronda en torno vuestro, como un león rugiente, buscando a quien devorar: resistidle fuertes en la fe, sabiendo que la misma tribulación aflige a vuestros hermanos que están en el mundo. Pero el Dios de toda gracia, que nos ha llamado a su eterna gloria en Cristo Jesús, después de haceros padecer un poco, El mismo os perfeccionará, os confirmará y os consolidará: a El sean la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén.

Las pruebas y su mérito. — Las miserias de esta vida son las pruebas a que Dios somete a sus soldados para juzgarlos y clasificarlos en la otra según sus méritos. Todos, pues, en este mundo tienen su parte en el sufrimiento. El concurso está abierto, trabado el combate; el Arbitro de los juegos examina y compara; pronto dará su sentencia sobre los méritos de los diversos combatientes y los llamará, del ardor de

la arena, al reposo del trono en que se sienta El mismo.

¡Felices entonces aquellos que, viendo en la prueba la mano de Dios, se sometieron a esta mano poderosa con amor y confianza! Nada habrá podido contra estas almas fuertes en la fe el rugiente león. Sobrias y vigilantes en esta etapa de su peregrinación, sin reparar en su papel de víctimas, sabedoras de que todo se halla sometido al dolor en este mundo, unieron alegremente sus padecimientos a los de Cristo, y saltarán de gozo en la manifestación eterna de su gloria, que será su herencia eternamente.

El Gradual continúa excitando la confianza en el alma fiel: Arroje su ansiedad en el Señor: ¿no ha sido siempre quien la ha librado de los males angustiosos? El la hará justicia también, cuando llegue el tiempo, de todos sus enemigos.

GRADUAL

Arroja tu pensamiento en el Señor: y El te nutrirá. ℣. Cuando clamé al Señor, El escuchó mi voz, y me libró de los que me cercaban.

Aleluya, aleluya. ℣. Dios es un juez justo, fuerte y paciente: ¿acaso se enojará todos los días? Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XV, 1-10).

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los publicanos y los pecadores, para escucharle. Y murmuraban los fariseos y los escribas, diciendo: Este hombre recibe

a los pecadores, y come con ellos. Entonces El les propuso esta parábola, diciendo: ¿Qué hombre de vosotros, teniendo cien ovejas, si perdiere una de ellas, no deja en el desierto las noventa y nueve, y va en busca de la que se perdió, hasta que la encuentra? Y, cuando la ha encontrado, la pone gozoso sobre sus hombros y, tornando a su casa, convoca a los amigos y vecinos, diciendo: Felicitadme, porque he hallado la oveja que se había perdido. Yo os digo que más gozo habrá en el cielo por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan de penitencia. ¿O qué mujer, que tiene diez dracmas, si perdiere una dracma, no enciende la linterna, y barre la casa, y busca con diligencia, hasta dar con ella? Y, cuando la ha encontrado, convoca a la amigas y vecinas, diciendo: Felicitadme, porque he hallado la dracma que había perdido. También yo os digo: Hay gran gozo entre los Angeles del cielo por un pecador que hace penitencia.

El precio de las almas. — Esta parábola de la oveja devuelta al redil en hombros del Pastor, era muy querida de los primeros cristianos; se la encuentra representada por todas partes en los monumentos de los primeros siglos. Nos recuerda a Nuestro Señor Jesucristo, que no ha mucho, entró triunfante en los cielos, llevando consigo la humanidad perdida y reconquistada. "Porque, ¿quién es el Pastor de nuestra parábola, exclama San Ambrosio, sino Cristo que te lleva en su cuerpo, y ha cargado con tus pecados? Esta oveja es una en su género, no en el número. ¡Pastor afortunado, de cuyo rebaño formamos nosotros la centésima parte! Porque se halla

compuesto de Angeles, Arcángeles, Dominaciones, Potestades, Tronos, etc., etc., innumerables rebaños que ha dejado en los montes para ir en busca de la oveja descarriada."[1]

La parábola de la dracma perdida y vuelta a encontrar, expone, en forma más familiar aún, y de un modo festivo, esta misma doctrina, que es verdaderamente el centro de la enseñanza del Salvador. Por los pecadores se encarnó el Verbo y quiso tomar un corazón de carne para testimoniarles su amor, y quiso también que se supiere que una de sus mayores glorias es encontrar un alma perdida; sus amigos del cielo participan de esta gloria, quiere que todos la experimenten. Nosotros también, sobre la tierra, tenemos derecho a esta participación. ¿Cómo podrían permanecer indiferentes a este bien, aquellos que aman al Sagrado Corazón y se unen íntimamente a todos sus sentimientos? Pero, reconcentrándonos en nosotros mismos, debemos añadir a la alegría y alabanza que hace renacer, un sentimiento de profunda gratitud, diciendo con San Juan Eudes: "¡Qué te devolveré, oh mi Salvador, y qué haré por tu amor, a Ti que me has librado de caer en los profundos abismos del infierno, tantas veces como yo me he expuesto con mis pecados, o que hubiera caído, si tu bondadosísimo Corazón no me hubiera preservado!"[2]

---

[1] *Com. sobre San Luc.* VII.
[2] *Coeur admirable,* l. XIII, p. 246.

El Ofertorio es un derrame de agradecimiento y amor a Dios, que habita en Sión; no abandona a los que le buscan con sinceridad, ni deja caer en olvido la oración del pobre.

OFERTORIO

Esperen en ti todos los que conocen tu nombre, Señor: porque no abandonas a los que te buscan: salmead al Señor, que habita en Sión: porque no se ha olvidado de la oración de los pobres.

SECRETA

Mira, Señor, los dones de la Iglesia suplicante, y haz que, consagrados con perpetua santificación, aprovechen a la salud de los creyentes. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que, siempre y en todo lugar, te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios; que quisiste que tu Unigénito, pendiente de la cruz, fuera traspasado por la lanza de un soldado; para que el Corazón abierto, sagrario de la divina largueza, derramase sobre nosotros torrentes de misericordia y de gracia, y él, que nunca cesó de arder en amor por nosotros, fuese descanso para los piadosos, y para los penitentes asilo abierto de salvación. Y por eso con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

La Antífona de la Comunión recuerda, no sin misterio, la enseñanza llena de misericordia del

Evangelio del día, en el momento en que la Sabiduría eterna entra en posesión plena de la dracma perdida, en el banquete preparado por Ella al pródigo arrepentido.

COMUNION

Yo os lo digo: Hay gran gozo entre los Angeles del cielo por un pecador que hace penitencia.

POSCOMUNION

Vivifíquennos, Señor, estos tus santos Misterios, que hemos recibido: y haz que, purificándonos, nos preparen la eterna misericordia. Por el Señor.

LUNES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

LA CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON

Importancia de esta consagración. — Al amor creado y al amor increado del Sagrado Corazón de Jesús, no podemos responder sino con amor, con amor generoso, total, absoluto, cuya manifestación más expresiva será el consagrarnos por entero a Aquel que nos amó hasta el extremo de entregarse por nosotros. Así se expresa la Encíclica *Miserentissimus* del 8 de mayo de 1928: "Entre todos los honores propios del culto al Sagrado

Corazón, ocupa el primer lugar el de la Consagración. Reconocemos por ella que todo lo hemos recibido de la bondad eterna, y nos ofrecemos nosotros y todo lo que nos pertenece, al divino Corazón de Jesús."

CONSAGRACIÓN DEL GÉNERO HUMANO. — Este acto que Pío XI recomendó a todos los fieles, lo había pedido León XIII a todo el mundo, cuando quiso consagrar al Sagrado Corazón el género humano en 1899. León XIII expuso los motivos de esta consagración en su Encíclica *Annum Sacrum:* "Jesucristo se merece absolutamente este testimonio general y solemne de sumisión y piedad, porque es el Rey y Maestro supremo, cuya autoridad se extiende a los católicos y aún a los mismos herejes e infieles. Se le debe también en virtud de la Redención, porque murió por todos y cada uno de los hombres en particular, y no ejerce su poder sino por la verdad, la justicia y, sobre todo, por la caridad."

En este sentido, la consagración es un reconocimiento de los derechos de Cristo sobre el mundo entero, en cuanto Creador y Redentor, derechos de su Realeza social, cuyos títulos nos recordará y detallará la fiesta de Cristo Rey.

CONSAGRACIÓN INDIVIDUAL. — Pero como esta consagración general y global hecha por el Sumo Pontífice, podría no movernos suficientemente,

nuestro Señor Jesucristo, por medio de su Vicario en la tierra, insiste en que a esa consagración general añadamos la consagración voluntaria personal, y nos da las razones: "Dios y Redentor al mismo tiempo, posee en su plenitud y modo perfecto, todo lo existente. En cuanto a nosotros, es tan grande nuestra desnudez e indigencia, que nada le podemos ofrecer que nos pertenezca. Sin embargo de eso, el amor y bondad que nos profesa, no rehusa el ofrecimiento y consagración que le hacemos de sus propios bienes como si fueran nuestros. No sólo no los rehusa; es más, los desea y los pide: "Hijo mío, entrégame tu corazón." Podemos, pues, serle agradables, por el ofrecimiento espontáneo de nuestros afectos. Consagrándonos a El, no sólo reconocemos y aceptamos su imperio abierta y gozosamente, pero además testimoniamos de hecho que, si lo que ofrecemos fuera nuestro, lo ofreceríamos con gusto. Le suplicamos que se digne recibir de nosotros lo que le pertenece..."

"Y puesto que el Sagrado Corazón es el símbolo y la imagen viva de la caridad infinita de Jesucristo que nos incita a amarle para siempre, es natural que nos consagremos a este Corazón Santísimo. *Esto significa consagrarse y adherirse* a Jesucristo, porque todo honor, todo homenaje o señal de devoción al divino Corazón, va dirigida verdadera y propiamente hacia el mismo Jesucristo."

Nos interesa comprender netamente el alcance de las palabras pontificias, que, a no dudarlo, son la expresión del pensamiento divino, cuyo mejor comentario lo hallaremos en los dos santos que han sido el prototipo más perfecto del acto que se nos exige. Cuando Santa Margarita María y el bienaventurado Claudio de la Colombière hicieron su consagración, quisieron entregarse totalmente al Sagrado Corazón y hacerle un ofrecimiento solemne y definitivo de su vida. ¡Qué otra cosa quiso decirnos la Santa, cuando en su acto de consagración declaró: "que se donaba y consagraba al Sagrado Corazón, para servirle con todas las partes de su ser, para amarle y glorificarle; que su voluntad suprema había de ser toda para El, y hacerlo todo por su amor"! Con qué conciencia de inmolación escribía el Bienaventurado Claudio de la Colombière: ¡"Me consagro a tu Sagrado Corazón, lo más perfecta y estrechamente posible... No, amado Salvador, nunca me apartaré de ti y no me apegaré sino a Ti"!

Sobre esto mismo escribía Santa Margarita María: "Haréis una cosa agradabilísima a Dios si os consagráis e inmoláis al Sagrado Corazón... haciéndole el sacrificio de vos mismo y consagrándole todo vuestro ser, para dedicaros a su servicio y procurarle toda la gloria, amor y alabanza que os sea posible. He ahí, yo así lo creo, lo que el divino Corazón exige para el perfec-

cionamiento y coronación de la obra de vuestra santificación."

Exigencias de la Consagración. — Sería una triste ilusión creer que nuestra consagración se limita a la simple recitación, aun piadosa, de una fórmula compuesta por un Santo, aprobada por la Iglesia, pero sin ninguna influencia en la conducta de nuestra vida. Nuestro Señor no se contenta con meras palabras aun dichas con sinceridad. Exige de nosotros obras, y obras que empeñen a todo nuestro ser y transformen nuestra vida. Cuando un religioso se consagra a Dios por los votos de la religión, conoce bien a lo que le obligan los términos de la fórmula que pronuncia. Entonces se obra en su existencia un cambio radical; en adelante ya no se pertenece, se hace hombre de Dios, su vida está consagrada a El aun en los más mínimos detalles, se entrega sin reservas y para siempre tomando como testigos de su donación el cielo y la tierra. Exceptuado el voto, nuestra consagración al Sagrado Corazón debería ejercer en nuestra vida la misma influencia. Y éste era también el pensamiento de Santa Margarita María: "Si queréis ser del número de sus amigos—decía—Le ofreceréis este sacrificio de vos mismo..., y en adelante os consideraréis como propiedad y dependencia del adorable Corazón."

Quizá nuestro Señor exija del que se ha entregado a El, grandes sacrificios; mas no nos importe, pues El nos dará fuerza para sobrellevarlos, y no hay tristeza para el que ama. Le repetirá las palabras severas de otro tiempo: "Si alguno quiere ser mi discípulo, se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga." Es, en efecto, una obligación que se impone a todo cristiano, y de modo particular, a quien quiera seguir a Cristo más de cerca. ¿Mas quién no ve que este programa austero se hace más fácil e incluso atrayente cuando el corazón desborda en amor y confianza hacia un Dios a quien se ha dado todo y de quien uno se siente amado tiernamente?

Excelencias de la Consagración. — Mas también, ¡qué grande será la recompensa de aquellos que pertenecieren al Sagrado Corazón! Si su profesión da a la vida del religioso un valor considerable al doblar el mérito de sus acciones, nos advierte Santa Margarita María que "para todos aquellos que se han consagrado al Sagrado Corazón y buscan más que su honra, esta sola intención dará un mayor mérito y aceptación a sus acciones delante de Dios, que todo lo que pudieran hacer sin ella"[1].

Promete también la Santa, que todos aquellos que se consagren al Sagrado Corazón, no

[1] *Vie et Oeuvres*, t. II, p. 279.

perecerán, y añade: "Este Sagrado Corazón me descubre los tesoros de amor y de gracias que guarda para aquellos que se consagren y sacrifiquen para darle y procurarle todo el honor, amor y gloria que se halle en su mano"[1]. "No puedo creer que las personas consagradas a este Sagrado Corazón, perezcan y caigan bajo el dominio de Satanás, por el pecado mortal", pero con tal que, "después de haberse dado enteramente a El, traten de honrarle, amarle y glorificarle con todas sus fuerzas ajustando su vida a sus santas máximas"[2].

Así entendida la consagración al Sagrado Corazón, producirá frutos abundantes y permanentes, y practicada en todo el mundo, contribuirá, según el sentir de los Romanos Pontífices, a la unión de todos los pueblos, mediante los lazos de la caridad cristiana y de un convenio de paz.

He aquí el texto de la Consagración que Santa Margarita María hizo de sí misma, dictado por el Sagrado Corazón, tal como lo escribió al P. Croiset.

"Yo, N... me entrego y consagro al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo; mi persona y mi vida, mis acciones, penas y padecimientos, para no servirme de nada de mi ser, sino sólo para amarle, honrarle y glorificarle. Mi voluntad

[1] *Vie et Oeuvres*, p. 396.
[2] *Vie et Oeuvres*, p. 328.

irrevocable es ser todo para El y hacerlo todo por su amor, renunciando de todo corazón a todo lo que no sea de su agrado. Te elijo, pues, Sagrado Corazón, como único objeto de mi amor, protector de mi vida, prenda de mi salvación, y remedio en mi fragilidad e inconstancia, reparador de todos los defectos de mi vida, y refugio seguro en la hora de mi muerte. Sé, oh Corazón bondadoso, mi justificación ante Dios, tu Padre, y no permitas que caigan sobre mí los rayos de su justa cólera: Corazón amante, en ti tengo puesta mi confianza, pues todo lo temo de mi malicia y fragilidad, pero lo espero todo de tu bondad. Haz desaparecer de mí todo aquello que te desagrade o se resista a ti. Tu purísimo amor arraigue tan íntimo en mi corazón, que nunca pueda olvidarte o separarme de ti: Te suplico, por todas tus bondades, que mi nombre se escriba en ti, puesto que he cifrado toda mi gloria y felicidad en vivir y morir como esclavo tuyo. Así sea."

MARTES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

EL DEBER DE LA REPARACION

UNA DEUDA DE JUSTICIA Y AMOR. — Al deber de la consagración va aneja, como consecuencia natural, otra obligación: la de ofrecer al amor

olvidado y despreciado de nuestro Dios, una compensación por las indiferencias, ofensas e injurias que le infiere el género humano. Esto es lo que se llama reparación.

Doble es el motivo, dice la Encíclica *Miserentissimus,* que nos obliga a la reparación: *uno de justicia,* con el fin de que la ofensa hecha a Dios con nuestros crímenes, sea expiada, y que el orden violado sea restablecido con la penitencia; *otro de amor* que nos inclina a participar en el sufrimiento de Cristo, doliente y saturado de oprobios, y procurarle, según nuestra pequeñez lo permita, algún consuelo."

Obligación de justicia y amor; ciertamente, el pecado no es sólo la violación de una ley que tiene a Dios por autor y custodio; es, además, una injuria personal contra El, y un desprecio práctico de su amor. Es, pues, natural que Dios, como requisito para alcanzar el perdón, exija una reparación que sea el reconocimiento de su grandeza y amor. Y el hombre, lejos de extrañarse de esta exigencia divina, debería adelantarse por sí mismo y persuadirse de la necesidad que tiene de hacer olvidar, en cierto sentido, a Dios, la ingratitud de que es culpable; y, fijos los ojos en el Crucifijo, en la llaga del costado del Salvador, viendo aquel Corazón traspasado, debía decidirse a reparar a la justicia divina todo el mal, por medio de obras exteriores de penitencia.

Ahora bien: todos hemos pecado, y a todos nos incumbe el deber de la expiación. Pero de nosotros mismos no podemos ofrecer a Dios una reparación suficiente. Criaturas con poderes muy limitados, somos incapaces de saldar una deuda en cierto sentido infinita. Y por eso el Verbo, en su misericordia, quiso tomar una naturaleza humana, para rescatar, por la virtud de su sacrificio, toda la raza humana: "Cargó con nuestras enfermedades y dolores; por nuestras iniquidades estuvo cubierto de llagas; sobrellevó nuestros pecados en su cuerpo sobre la cruz... para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia." Pero quiso El dejar voluntariamente su obra incompleta: habiéndonos rescatado sin nosotros, no quiso salvarnos sin nosotros, y debemos completar en nuestra carne lo que falta a la Pasión de Cristo."

HACER PENITENCIA. — ¿Qué hacer en consecuencia? Nos lo dice San Pedro como se lo dijo a los judíos de Jerusalén: "¡Haced penitencia!"; y ¿cuál es la primera penitencia que se nos impone? "La penitencia de que habla el Príncipe de los Apóstoles, no excluye seguramente las obras aflictivas de las que se sirve el hombre para castigar en su propia carne el pecado y evita el retorno; pero su pensamiento se extiende más lejos: tiende al cambio de vida, el renunciamiento a toda disposición y costumbre reproba-

das por Dios"[1]. Este es también el pensamiento de San Pablo cuando nos pide, "que llevemos en nuestros cuerpos la mortificación de Jesús"[2] y "crucifiquemos nuestra carne con sus concupiscencias"[3] y "rechacemos la corrupción de la concupiscencia que reina en el mundo" Y ¿por qué esto? "Para que la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos"[4], y para que unidos a la inmolación de la única Víctima, hechos partícipes del sacerdocio eterno del Sumo Sacerdote, ofrezcamos a Dios, "dones y sacrificios por los pecados"[5]. Es también el pensamiento del Papa cuando nos dice: "Cuanto nuestra oblación y nuestro sacrificio respondan más perfectamente al sacrificio del Señor, es decir, cuanto la inmolación de nuestro amor propio y de nuestra concupiscencia sea más perfecta; cuanto mayor sea la crucifixión de nuestra carne, esa crucifixión mística de que nos habla el Apóstol, más abundantes serán los frutos propiciatorios y expiatorios que alcanzaremos para nosotros y para los demás. — He ahí, sin duda, la intención del misericordioso Jesús cuando nos descubrió su Corazón, aureolado con los emblemas de la Pasión y rodeado de llamas: quería que después de haber considerado la malicia in-

[1] Dom Delatte, *Epîtres de S. Paul,* I, 33.
[2] *II Cor.,* IV, 10.
[3] *Galat.,* V, 24.
[4] *II Cor.,* IV, 10.
[5] *Hebr.,* V, 1.

finita del pecado, y admirado el amor infinito del Redentor, detestáramos con energía el pecado, y le devolviéramos, con un fervor más ardiente, amor por amor."

ACTO DE DESAGRAVIO. — Animados de este espíritu, podemos hacerle este acto de desagravio redactado por el P. Croiset. Escribiéndole Santa Margarita María con respecto a esta oración, le decía: "Estoy segura que Jesucristo le ha ayudado en su trabajo, puesto que todo, si no me equivoco, es tan de su agrado, que no creo que haya que cambiar nada."

"Adorabilísimo y amantísimo Jesús, siempre lleno de amor hacia nosotros, siempre conmovido por nuestras miserias, siempre animado del deseo de hacernos partícipes de tus tesoros y de darte tú mismo a nosotros; Jesús, Señor y Dios uno, que por un exceso del más ardiente y prodigioso de los amores, has permanecido en estado de Víctima en la adorable Eucaristía, donde te ofreces por nosotros en sacrificio millones de veces al día. ¿Cuáles deben de ser tus sentimientos en este estado, cuando no hallas en los corazones de la mayor parte de los hombres sino frialdad, olvido, ingratitud y desprecio? ¿No te bastó, Salvador mío, el haber escogido para salvarnos, el camino más espinoso, pudiéndonos testimoniar tu excesivo amor con menos coste tuyo? ¿No te bastó el haberte aban-

donado una vez a esta cruel agonía y a esta mortal postración que te causó el horrible espectáculo que ofrecían nuestros pecados, con los que habías cargado? ¿Por qué, pues, quieres exponerte aún diariamente, a todas las irreverencias de que es capaz la malicia de los hombres y de los demonios? ¡Ah! Dios mío y mi amabilísimo Redentor, ¿cuáles fueron los sentimientos de tu Sagrado Corazón al contemplar tanta ingratitud y pecado? ¿Cuál ha sido tu amargura, cuando tanto sacrilegio y ultraje ha sufrido tu Corazón?

"Arrepentido sinceramente de todas estas indignidades, héme aquí, Señor, prosternado y confundido ante tu divinidad, para hacer un acto de desagravio, a los ojos del cielo y de la tierra, por todas las irreverencias y ultrajes que has recibido en nuestros altares, desde que fué instituído este divino Sacramento. Con corazón humilde y contrito, te pido una y mil veces perdón por todas esas irreverencias. ¡Quién me diera, Dios mío, anegar con mis lágrimas y regar con mi propia sangre, todos los lugares en que tu Corazón ha sido tan horriblemente ultrajado, y las señales de tu amor divino recibidas con indiferencia tan desdeñosa! ¡Ojalá pudiera, por un nuevo género de homenaje, de humillación, de anonadamiento, expiar tanto sacrilegio y profanación! ¡Quién pudiera ser, nada más un momento, señor de todos los corazones humanos,

para compensar, en cierto modo, por el sacrificio que te ofrecería, el olvido y la indiferencia de todos aquellos que no han querido conocerte, o que, habiéndote conocido, no te han amado!

"Mas ¡oh amabilísimo Salvador! lo que más me llena de confusión y me hace llorar amargamente, es pensar que yo mismo he sido del número de esos ingratos. Dios mío, que ves el fondo de mi corazón, tú conoces el dolor que siento por mis ingratitudes, y la pena de verte tratado tan indignamente. Estoy dispuesto a sufrirlo todo para borrarlas. Héme aquí, Señor, con el corazón transido de dolor, humillado y prosternado, presto a aceptar de tu mano cuanto exijas de mí. Hiere, Señor, hiere; bendeciré y besaré cien veces la mano que ejerza sobre mí un castigo tan justo. ¡Ojalá fuera yo una víctima propia para reparar tantas injurias! ¡Sería feliz si pudiera, por toda clase de tormentos, indemnizarte de tanto desprecio e impiedad! Y si no merezco esta gracia, acepta por lo menos mi deseo.

"Recibe, Padre eterno, este acto de desagravio, en unión de aquel que este Sagrado Corazón te hizo en el Calvario y que te ofreció María al pie de la cruz de su Hijo; y por la oración que te dirije su Corazón, perdóname tanto número de irreverencias e indignidades cometidas, y haz eficaz, por tu gracia, mi deseo y resolución de no perdonar fatiga para amar ardientemente y honrar por todos los medios posibles a mi So-

berano, a mi Salvador y a mi Juez, que confieso realmente presente en la adorable Eucaristía, y en la que quiero mostrar en adelante, con mi conducta respetuosa ante su presencia y por mi asiduidad en visitarle, que lo creo realmente presente. Y así como hago profesión de honrar de un modo especial su Sacratísimo Corazón, en ese mismo Corazón quiero pasar el resto de mi vida. Concédeme la gracia que te pido, de exhalar mi último suspiro en ese mismo Corazón a la hora de mi muerte. Así sea."

MIERCOLES DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

LA REPARACION EN EL CULTO AL SAGRADO CORAZON

El espíritu de reparación o expiación ha ocupado siempre un lugar principal en el culto tributado al Sagrado Corazón de Jesús, y, al elevar el Papa Pío XI su fiesta al rito de primera clase, con octava, dotándola de una nueva Misa y Oficio, quiso hacerla la fiesta por excelencia de la reparación.

En sus apariciones a la Santa Salesa, Nuestro Señor le declaró la infinidad de su amor y se quejó suavemente de no recibir como respuesta por parte de los hombres, aun de los que le están consagrados, sino injurias e ingratitudes.

Participar en los sufrimientos de Cristo. — Puede parecer inverosímil que Nuestro Señor Jesucristo, que se halla en los Cielos rodeado de las alabanzas de los Angeles y Bienaventurados, inaccesible al sufrimiento y al dolor, anhele todavía consuelos de sus criaturas terrenas. La Encíclica nos lo aclara: "Si por causa de nuestros pecados que se habían de cometer, y eran previstos, se entristeció el alma de Cristo hasta verse en trance de muerte, no hay duda que ya entonces recibió también algún otro consuelo de nuestra cooperación, asimismo prevista, cuando se le apareció un Angel del Cielo para consolar su Corazón oprimido por el tedio y la angustia." De nosotros depende, pues, de nuestra cobardía o generosidad, el que en la noche del Jueves al Viernes Santo, Cristo sufra o se halle confortado.

Este amor y esta reparación brotarán espontáneamente de nuestras almas, si consideramos atentamente todo lo que Nuestro Señor Jesucristo sufrió por nosotros durante su Pasión "pues fué triturado por nuestras iniquidades, para sanarnos con sus heridas [1]. "Su Corazón soportó la ingratitud e improperio, y esperó a que alguien se contristara con El y no lo hubo, y quien le consolase y no le halló" [2].

---

[1] *Isaías,* LIII, 5.
[2] *Salm.,* LXVIII, 21.

PARTICIPAR DE LOS SUFRIMIENTOS DE SU CUERPO MÍSTICO. — Pero esta Pasión que Cristo padeció en su cuerpo físico, continúa experimentándola en su Cuerpo místico que es la Iglesia. Todo el mal que se hace a la Iglesia, le hiere a El personalmente, pues la Iglesia es, en cierto sentido, El mismo, pues ha dicho: "Quien os desprecia, a mí me desprecia"[1]. Amó a la Iglesia y se entregó a la muerte por ella, con el fin de santificarla y de prepararse una Esposa bella en todos los sentidos, sin mancha, sin arruga, siempre joven[2]. La envió el Espíritu Santo, y después de Pentecostés, engendra ella, sin cesar, numerosos hijos a la vida de la gracia. Se comprende por lo mismo lo que ya había dicho a Saulo, y que podría repetir a todos aquellos que impiden a la Iglesia su obra de enseñanza y santificación de los hombres, que calumnian su doctrina, su jerarquía y sus miembros, que corrompen las almas por la prensa, la escuela y los espectáculos de todo género: "Yo soy Jesús, a quien vosotros perseguís"[3]; hacia mí van dirigidos vuestros crueles golpes. "Con mucha razón, pues, —concluye Pío XI—padeciendo como padece todavía Cristo en su Cuerpo místico, desea tenernos por compañeros de su expiación y esto exige también nuestra misma unión con El; pues como somos

[1] *S. Lucas*, X, 16.
[2] *Eph.*, V, 22.
[3] *Actos*, IX, 5.

"cuerpo de Cristo y miembros del miembro principal"[1], cualquier cosa que padezca la cabeza, es menester que padezcan con ella todos los miembros."

Nuestro Señor lo pidió muchas veces a la confidente de su Corazón. He aquí lo que ella misma nos cuenta "... Se presentó a mí en figura de *Ecce Homo,* cargado con su cruz, cubierto de espinas y de contusiones. Su sangre adorable corría de todas partes, y decía con voz dolorosa y triste: ¿No se encontrará una persona que se apiade de mí y que quiera compadecerse y tomar parte en mi dolor en el lastimoso estado en que me ponen los pecadores, sobre todo los actuales? — Otro día Nuestro Señor me presentó cinco corazones que se habían segregado del suyo y se apartaban voluntariamente de su amor, y me dijo: "Toma tú esta carga y participa de las amarguras de mi Corazón; derrama lágrimas de sangre ante la insensibilidad de estos corazones que yo había elegido para consagrarlos a mi amor"[2].

QUEJA DEL SAGRADO CORAZÓN. — Este lamento del Señor, que partía de dolor el alma de Santa Margarita María, también se dirije a nosotros, tanto más, cuanto que quizás por nuestras faltas hayamos sido causa de mayores sufrimientos para nuestro Redentor. Escuchémosle al diri-

[1] *I Cor.,* XII, 27.
[2] *Vie et Œuvres,* II, p. 116; 181.

girse a nosotros como a la Santa: "Tú, al menos, proporcióname el placer de desquitarme de las ingratitudes de los hombres, en cuanto seas capaz... Primero me recibirás en el Smo. Sacramento, cuantas veces te lo permita la obediencia. Comulgarás, además, todos los primeros Viernes de mes; y todas las noches del Jueves al Viernes te haré partícipe de la tristeza mortal que quise sentir en el monte de los Olivos... y para que me acompañes en la humilde oración que hice entonces a mi Padre, en medio de mi angustia, te levantarás a las once de la noche para meditar una hora conmigo, rostro en tierra, para calmar la cólera divina, pidiendo misericordia para los pecadores, y para suavizar la amargura del abandono de mis Apóstoles"[1].

Tales son las prácticas que nos recomienda también la Encíclica y que ha aprobado y enriquecido la Iglesia, con abundantes indulgencias, para animarnos a responder al deseo del Sagrado Corazón de Jesús y a consolarle.

Terminaremos dando el texto de la consagración compuesta por el Beato Claudio de la Colombière.

"Oh adorable Redentor mío, me entrego y me consagro a tu Corazón lo más perfecta y ampliamente posible. Me he clavado a tu Cruz por los votos de mi profesión; los renuevo en este Corazón divino ante el cielo y la tierra; te doy

[1] *Vie et Œuvres*, II, p. 71-72.

gracias por habérmelos inspirado. Confieso que el yugo de tu santo servicio no es duro ni pesado, que no me hallo cohibido ni molesto por mis lazos. Quisiera, al contrario, multiplicarlos y apretar más los nudos.

"Me abrazo, pues, a la amable cruz de mi vocación hasta la muerte; en ella cifro todo mi placer, mi gloria y mis delicias. "Absit mihi gloriari nisi in Cruce Domini Nostri Jesu Christi per quem mihi mundus crucifixus est et ego mundo." No quiera Dios que yo me alegre, sino en la Cruz de Jesucristo.

"¡No quiera Dios que tenga otro tesoro que el de su pobreza, otras delicias que las de sus sufrimientos, otro amor que El mismo! No, no, amado Salvador mío, jamás me apartaré de Ti, y a Ti solo me uniré; no me aterran ya los estrechísimos senderos de la vida perfecta, a la que me siento llamado, porque Tú eres mi luz y mi fortaleza.

"Espero, pues, Señor, que Tú me harás inquebrantable en las tentaciones, victorioso frente a los esfuerzos de mis enemigos, y extenderás sobre mí esa mano que tantos favores me ha hecho, para que cada día sea más liberal conmigo.

"¡Te lo pido, mi adorable Jesús, por tu sangre, por tus llagas y por tu Corazón Sagrado: Haz, que por la consagración que te hago de todo mi ser, llegue a ser en este día una nueva manifestación de tu amor! Así sea."

JUEVES
DE LA INFRAOCTAVA DEL S. C.

NECESIDAD MAS ACTUAL DE LA REPARACION

Al terminar la Encíclica *Miserentissimus,* Pío XI hacía resaltar la gran necesidad actual del deber de la reparación, más necesario ahora que nunca para nuestro pobre mundo, "anegado en el mal"[1]. Pasan los años y el llamamiento del Papa conserva su actualidad. Por todas partes se escuchan los gemidos de los pueblos y se puede decir con toda verdad "que los reyes y los príncipes se unen para ir contra Dios y su Iglesia"[2].

Males actuales de la Iglesia. — Hemos contemplado en Rusia, Méjico y España, y contemplamos en la actualidad en Europa Central y en Asia, el triste espectáculo que se nos ofrece: "Los templos son demolidos y destruídos; los religiosos y sagradas vírgenes son arrojados de sus casas y molestados con insultos, crueldades, hambre y cárceles; grupos de niños y doncellas son arrebatados del seno de la madre Iglesia, e inducidos a renegar y blasfemar de Cristo; toda la cristiandad, sobrecogida de espanto y dis-

[1] *S. Juan,* V, 19.
[2] *Ps.,* II, 2.

persa, se encuentra en continuo peligro de apostasía, o de atrocísima muerte", o por lo menos, de crueles vejaciones. Hemos visto a numerosas naciones hacerse guerra atroz y despiadada, durante largos años, sordas a la voz del Padre común de todos los fieles, que las invitaba a una paz justa y cristiana, que evitaría para el futuro males funestos. Los pueblos cierran sus ojos a las lecciones de pruebas tan terribles, rehusando su conversión, y se entregan ciegamente a sus ansias de goces, a sus egoísmos y a sus odios, en lugar de abrazar la ley de Cristo.

"Y es todavía más de lamentar que entre los mismos fieles aumente la despreocupación por la disciplina eclesiástica y por las antiguas instituciones, en que se apoya toda vida cristiana, y por las que se rige la familia y defiende la santidad del matrimonio. Se descuida totalmente o se falsea por una dulzura exagerada la educación de los hijos; a la misma Iglesia se la pone en la imposibilidad de educar a la juventud cristiana; es lamentable el olvido del pudor cristiano en la vida ordinaria..., es desenfrenada la codicia de los bienes pasajeros, y desenfrenado el modo de las luchas políticas, y no se conocen leyes en los esfuerzos hechos para ganar la opinión por la propaganda. Se desacredita a la autoridad legítima y se desprecia la palabra de Dios, tanto que la fe misma se derrumba o se pone en próximo peligro. Y así, y aun a su pesar,

el espíritu se siente dominado por la idea de que se acercan aprisa los tiempos de que vaticinó Nuestro Señor: "y puesto que abundó la iniquidad, se enfriará la caridad de muchos"[1].

La preocupación por la expiación. — Prosiguiendo este tema en su Encíclica: "Caritate Compulsi" del 3 de mayo de 1932, Pío XI deploraba que en nuestros días la idea y el nombre de expiación y de penitencia, para muchas almas hubiesen perdido, en gran parte, la virtud de excitar los entusiasmos del corazón y los heroísmos de sacrificios, que en tiempos pasados eran capaces de infundir, cuando, a los ojos de los hombres de fe, se presentaban como sellados con el carácter divino, que les dieron los ejemplos de Cristo y de sus santos. No faltan hoy quienes presumen dar de mano a las mortificaciones externas, motejándolas de antiguallas, sin hablar del "hombre moderno", que, invocando la autonomía de la voluntad, desprecia orgullosamente la penitencia, como un acto de índole servil.

"Y es cosa natural que, cuanto más se debilita la fe en Dios, tanto más se oscurece y desvanece la idea del pecado original y de la primitiva rebelión del hombre contra Dios, llegando, en consecuencia, hasta dejar de sentirse la necesidad de penitencia y de expiación. Mas nos-

[1] *Mat.*, XXIV, 12.

otros debemos mantener bien altos estos nombres y estos conceptos y conservarlos en su verdadera significación, en su genuina nobleza y aun más en su práctica y necesaria aplicación a la vida cristiana. A esto nos impele la misma defensa de Dios y de la religión que profesamos..." Y el Padre Santo pide que "este espíritu de oración y de desagravio se mantenga en todos los fieles vivo y en plena actividad, durante toda la Octava de la fiesta del Sagrado Corazón, para que sea ésta para todos los cristianos una Octava de reparación y de santa tristeza, días de mortificanción y de plegarias."

Obras de penitencia. — Termina el Papa indicándonos algunos medios de penitencia y reparación: "Absténganse los fieles de todo espectáculo y de toda otra diversión aunque sea lícita; los más acomodados, cercenen voluntariamente, con espíritu de cristiana austeridad, algo siquiera de su acostumbrada manera de vivir, dispensando a los pobres generosamente el fruto de sus voluntarias privaciones, ya que la limosna es también medio excelente para satisfacer a la divina Justicia y atraer las divinas misericordias.

"Los pobres por su parte y todos los que en este tiempo están sometidos a la dura prueba de la falta de trabajo y escasez de pan, ofrezcan al Señor con igual espíritu de penitencia y la

mayor resignación, las privaciones que les imponen los tiempos difíciles actuales y la condición social que la divina Providencia con inescrutable, pero siempre amoroso designio, les ha asignado, y acepten con ánimo humilde y confiado, como venidos de la mano de Dios, los efectos de la pobreza, agravados hoy por la estrechez que aflige a toda la humanidad. Elévense más generosamente hasta la divina sublimidad de la Cruz de Cristo, pensando que si el trabajo es uno de los mayores valores de la vida, ha sido más bien el amor de Dios paciente el que ha salvado al mundo. Confórtelos, por fin, la certeza de que sus sacrificios y sus penas, cristianamente sufridas, concurrirán eficazmente a acelerar la hora de la misericordia y de la paz."

ORACIÓN. — Recitemos, para terminar, la consagración de una religiosa del Buen Pastor, la Madre María del Divino Corazón. Gustábala repetir "que sin el espíritu de sacrificio, la devoción al Sagrado Corazón no es más que pura imaginación." Pidió con insistencia a León XIII, que consagrara el género humano al Sagrado Corazón, y, satisfechos sus deseos, murió en Porto el 8 de junio de 1899.

"Amabilísimo Jesús mío: me consagro hoy nuevamente y sin reserva a tu divino Corazón: Te consagro mi cuerpo con todas sus facultades

y mi ser entero. Te consagro mis pensamientos, palabras y obras, todos mis padecimientos y penas, todas mis esperanzas, consuelos y alegrías, y de modo especial Te consagro mi pobre corazón, para que seas su único amor y se consuma como víctima en las llamas de tu caridad.

"Acepta, oh Jesús, mi amabilísimo Esposo, mi deseo de consolar a tu divino Corazón y pertenecerte para siempre.

"Toma posesión de mí, de suerte que, en adelante, mi única libertad sea amarte y mi única vida la de padecer y morir por Ti.

"En Ti pongo toda mi confianza, una confianza sin límites, y espero alcanzar de tu misericordia infinita, el perdón de todos mis pecados.

"En tus manos pongo mis cuidados, y sobre todo el de mi salvación eterna. Te prometo amarte y honrarte hasta el último momento de mi vida, y propongo propagar, por todos los medios posibles, el culto de tu Sagrado Corazón.

"Dispón de mí, oh Jesús mío, a tu gusto; no aspiro a otra recompensa fuera de tu mayor gloria y tu santo amor.

"Concédeme la gracia de hallar mi morada en tu divino Corazón; ahí quiero pasar todos los días de mi vida y exhalar mi último suspiro. Establece en mi corazón tu morada y el lugar de tu reposo, para que permanezcamos íntimamente unidos, para que un día pueda alabarte,

amarte y poseerte por toda la eternidad, allá arriba, en los cielos, donde cantaré eternamente las infinitas misericordias de tu Corazón. Así sea."

EL MISMO DIA

FIESTA DEL CORAZON EUCARISTICO DE JESUS

ORIGEN DE LA FIESTA. — Algunas diócesis y familias religiosas celebran hoy la fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús. Bastarán unas líneas para orientar a los fieles en esta devoción y señalar las características diferenciales que la distinguen de la devoción a la Sagrada Eucaristía y de la del Sagrado Corazón, que desde hace dos semanas vienen siendo objeto de nuestras meditaciones.

El 22 de Enero de 1854, una religiosa escuchó de labios de Jesús estas palabras: "¡Cuántas almas hay que me rodean y no me consuelan! Mi Corazón ansía amor, como el pobre pide pan. Es mi Corazón Eucarístico: ¡haz que se le conozca y se le ame! ¡Extiende esta devoción!": El deseo de Nuestro Señor llegó a realizarse. Aprobada por Pío IX y por sus sucesores, se halla hoy día extendida y se practica en todo el mundo católico. Benedicto XV aprobó el 9 de noviem-

bre de 1921 Misa y Oficio propios, y asignó la fiesta del Corazón Eucarístico de Jesús, al Jueves siguiente a la Octava del Corpus[1].

OBJETO DE LA FIESTA. — La misma Iglesia nos indica el objeto de esta devoción: que "*es la de honrar el acto de suprema dilección, por el que Nuestro Señor, prodigando todas las riquezas de su Corazón, instituyó el adorable Sacramento de la Eucaristía;* para permanecer con nosotros hasta el fin de los siglos".

Mientras la devoción a la Sagrada Eucaristía se dirige al Hombre-Dios, verdaderamente presente en nuestros altares bajo los velos de las sagradas especies y tiene como objeto la misma Persona de Jesús, la devoción al Sagrado Corazón Eucarístico trata de rendir un culto de veneración y de amor agradecido a este *acto particular de Jesús,* que realiza y perpetúa el don de la Eucaristía. Es la devoción al amor inspirador, creador y continuador de la Eucaristía.

En tanto que la devoción al Sagrado Corazón de Jesús, honra, bajo el símbolo del corazón, toda la caridad del Salvador, de donde han brotado los torrentes de las gracias más preciosas, esta otra considera la caridad de Cristo sólo en la obra de amor por excelencia y rinde homenaje a *este acto* de amor, al cual debemos la institución de la Eucaristía, la presencia real y perma-

[1] *Acta Apostolicæ Sedis,* XIII, 545.

nente de Jesucristo en el tabernáculo, su inmolación en el Santo Sacrificio de la Misa, su donación a cada uno de nosotros en la sagrada comunión.

La devoción al Corazón Eucarístico. — Este acto de suprema dilección, olvidado por tantos cristianos, exigía un culto especial de acción de gracias, de adoración, de reparación y de súplicas.

El Sumo Pontífice, al fijar esta fiesta en estos días, ha querido mostrarnos que la devoción al Corazón Eucarístico encierra en sí lo que tienen de más excelente las devociones al Sagrado Corazón y a la Eucaristía. Tiene el secreto de unirlas en admirable armonía, porque en la Sagrada Eucaristía nos muestra a un Dios que se da, como nadie puede darse: víctima por los pecados en el Calvario, pan de vida en la hostia; compañero de destierro en el tabernáculo; ¡qué se da todo entero; con su cuerpo, sangre, alma, divinidad y su Corazón!... Y esta donación tan perfecta, al descubrirnos la esencia misma del Corazón de nuestro Dios, hace a nuestras almas cautivas del amor a Jesús, presente entre nosotros.

Porque el alma cristiana quiere responder a esta inenarrable ternura del Corazón de Jesús. Dios nos amó primero, y nos amó *usque in finem,* hasta el exceso; tiene una ardiente sed de ser honrado en el Santísimo Sacramento. El alma

se ve obligada a exclamar con San Pablo, "la caridad de Cristo nos apremia", y con San Juan: "Amemos a Dios, porque El se adelantó en el amor." Este es el fruto de la devoción y fiesta del Corazón Eucarístico: persuadirnos de que Jesús nos ama, que desea ardientemente nuestro amor, que el fin de su inmolación es nuestra unión con El; y, una vez convencidos de esto, obrar en consecuencia: amarle prácticamente, uniéndonos a El, inmolándonos con El y anonadándonos ante El, para que podamos decir con el Apóstol: "vivo yo, ya no yo, pues es Cristo quien vive en mí."

He aquí la oración compuesta por la confidente del Corazón Eucarístico de Jesús y aprobada por la Iglesia:

Corazón Eucarístico de Jesús, compañero en nuestro destierro, yo Te adoro.
Corazón Eucarístico de Jesús, yo Te adoro.
Corazón solitario, Corazón humillado, Corazón abandonado,
Corazón olvidado, Corazón despreciado, Corazón ultrajado,
Corazón desconocido de los hombres,
Corazón amante de nuestros corazones,
Corazón ansioso de amor,
Corazón paciente en escucharnos,
Corazón pronto a favorecernos,
Corazón deseoso de que se le ruegue,

Corazón fuente de nuevas gracias,
Corazón silencioso, que desea hablar a las almas,
Corazón, grato refugio de la vida escondida,
Corazón, maestro de los secretos de la unión divina,
Corazón del que duerme pero siempre está vigilante,
Corazón Eucarístico de Jesús, ten piedad de mí,
Jesús-Hostia, deseo consolarte,
Me uno a Ti y me inmolo contigo,
Me anonado en tu presencia,
Quiero olvidarme de mí mismo para pensar en Ti,
Ser ignorado y despreciado por tu amor,
No ser amado ni comprendido sino de Ti;
Callaré para escucharte, y saldre de mí para perderme en Ti.
Haz que temple así tu sed de mi salvación, tu sed ardiente de mi santidad, y que, purificado, Te consagre un amor puro y verdadero,
No quiero cansarte en esperarme; acógeme, a Ti me entrego.
Te confio todas mis obras; y mi espíritu, para que le ilumines; mi corazón, para que le dirijas; mi voluntad, para que la fijes; mi miseria, para que la remedies; mi alma y mi cuerpo, para que los alimentes.
Corazón Eucarístico de Jesús, cuya sangre es la vida de mi alma; ya no viva yo, sino vive Tú solo en mí. Así sea.

VIERNES
OCTAVA DEL SAGRADO CORAZON

LAS PROMESAS DEL SAGRADO CORAZON

Hemos llegado al fin de la Octava del Sagrado Corazón. Después de considerar lo que nos pide este divino Corazón: la consagración y reparación, fáltanos todavía escuchar las magníficas promesas que se ha dignado hacernos. El Señor nunca se deja ganar en generosidad; El mismo es quien ha puesto en nuestro corazón estas disposiciones de amor rendido que no pueden provenir mas que de El y que sólo El puede hacer efectivas y permanentes.

Recordamos bien las conmovedoras llamadas que hacía a los judíos: "Venid a mí todos los que trabajáis y estáis cargados, que yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón"[1].

Ya en el Antiguo Testamento se habían hecho al pueblo de Israel las más hermosas promesas para alentarle en su fidelidad: "Todos los que tenéis sed, venid a las aguas vivas, y los que no tenéis dinero, apresuraos, venid y llevaos de balde vino y leche... Inclinad vuestro oído y venid a mí, escuchad y vuestra alma vivirá. Haré

---

[1] *Mateo,* XI, 28-29.

con vosotros un pacto eterno, que mostrará que son verdaderas las promesas de misericordia hechas a David"[1].

También con promesas admirables quiso el Señor alentar a todas las almas que en pos de Santa Margarita María se hicieren apóstoles de la devoción a su Sagrado Corazón. Suelen contarse doce. No son dogmas nuevos propuestos a la fe católica; pero la Iglesia, que ha establecido la fiesta del Sagrado Corazón inspirada en las revelaciones de Paray-le-Monial, las ha consagrado, por decirlo así, y sin definir nada sobre su propio valor, el mismo León XIII, en su Constitución "*Benignae*" del 28 de junio de 1889 no ha dudado en afirmar: "Con el fin de aumentar la diligencia de los hombres para corresponder a los deseos tan admirables y tan ardientes de su amor, Jesús los invita, los atrae a todos a Sí con la esperanza de magníficas promesas."

He aquí estas promesas:

1.ª Daré (a las personas seglares) todas las gracias necesarias a su estado

2.ª Daré paz a sus familias.

3.ª Las consolaré en todas sus penas.

4.ª Seré su refugio seguro durante la vida, y sobre todo en la hora de la muerte.

---

[1] *Isaías,* LV, 1-3.

5.ª Derramaré abundantes bendiciones sobre todas sus empresas.

6.ª Los pecadores encontrarán en mi Corazón el Océano infinito de la misericordia... El Sagrado Corazón quiere retirar a un gran número del camino de la perdición y destruir el imperio de Satanás en las almas para establecer en ellas el de su amor.

7.ª Las almas tibias se harán fervorosas. Las fervorosas se elevarán a más alta perfección.

8.ª Mi Corazón derramará la suave unción de su caridad sobre las comunidades que Le honren.

9.ª Bendeciré las casas en que sea honrada la imagen de mi Corazón.

10.ª Daré a los sacerdotes el don de tocar a los corazones más endurecidos.

11.ª Las personas que propaguen esta devoción, tendrán su nombre escrito en mi Corazón y no será nunca borrado de El.

12.ª Te prometo, en la excesiva misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá a todos los que comulguen nueve primeros Viernes de mes seguidos, la gracia de la penitencia final; no morirán en su desgracia, ni sin recibir los sacramentos, siendo su asilo seguro en este último momento.

No hay que entender las primeras promesas en un sentido puramente literal. En los trabajos y penas de esta vida, en las calamidades

públicas, la devoción al Sagrado Corazón aparece bien clara como el remedio supremo, y a este Corazón es a quien las almas acuden con diligencia y confianza. Pero nos es necesario recordar que estas promesas, como todas las promesas divinas, son ante todo espirituales. Santa Margarita María lo hizo notar: "No creo, hablándoos francamente, que las gracias que os promete, consistan en la abundancia de las cosas temporales, porque dice El que ésas son las que con frecuencia nos dejan pobres de su gracia y de su amor: y de esto es de lo que quiere enriquecer vuestras almas y vuestros corazones." También escribía: "No me dice que sus amigos no han de padecer nada, porque quiere El que hagan consistir su mayor felicidad en gustar sus amarguras"[1]. Pero, si nuestro Señor permite la prueba, nos da los medios de aceptarla. Nos da su amor, se nos da El mismo. La santa lo repite instantemente: "El *Dador* vale más que todos sus dones"[2].

Terminemos con la recitación del himno: "*Auctor beate*" que la Iglesia ha recitado en el Oficio de Maitines durante toda la Octava:

¡Autor sagrado del mundo,
Cristo, universal Redentor,
Lumbre de la lumbre del Padre
Y verdadero Dios de Dios!

---

[1] *Vida y obras*, t. II, p. 303.
[2] *Ibid*, p. 251.

Tu santo amor te forzó
A tomar carne mortal,
Para, cual nuevo Adán, devolver
Lo que el viejo Adán perdió.

Aquel divino Amor, que creó,
La tierra, el mar, y los cielos,
Que se apiadó del yerro de nuestros padres,
Y quebrantó nuestras cadenas.

No amengüe en tu Corazón
La llama de tu amor eximio:
Beban en esta fuente los pueblos
La alegre gracia del perdón.

Para esto le hirió la lanza,
Y quedó así vulnerado,
Para lavarnos de nuestras manchas
En la sangre y agua que de él manaron.

Gloria sea a ti, oh Jesús,
Que por tu Corazón viertes la gracia,
Con el Padre y el Espíritu Santo,
Por los siglos infinitos. Amén.

CUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Su nombre. — El cuarto Domingo después de Pentecostés fué llamado durante muchos años en Occidente, el Domingo *de la Misericordia,* porque se leía entonces en él el pasaje de San Lucas que comienza por estas palabras: "Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso." Pero como este Domingo fué trasla-

dado a la Misa del primer Domingo después de Pentecostés, se ha hecho del Evangelio de la quinta semana el de la cuarta; el de la sexta pasa a la quinta, así sucesivamente hasta la veintitrés. Este cambio de que hablamos, no tuvo lugar hasta bastante tarde en cierto número de Iglesias [1], y no fué aún recibida universalmente hasta el siglo XVI.

Mientras las lecturas evangélicas adelantaban así un puesto en casi todo el ciclo litúrgico, las Epístolas, Oraciones y partes cantadas de las antiguas Misas se conservaron, salvo raras excepciones, en sus lugares acostumbrados. La relación que los liturgistas de los siglos XI, XII y XIII habían creído encontrar, para cada Domingo, entre el Evangelio primitivo y el resto de la Liturgia, no podía, pues, sostenerse más como antes. Al descartar la Iglesia estas relaciones, muchas veces demasiado sutiles, no trató, sin embargo, de condenar a estos autores, ni de apartar a sus hijos de que buscasen en sus obras una edificación tanto más sana, cuanto está sacada con frecuencia de las fuentes auténticas de las antiguas Liturgias. Nos aprovecharemos de sus trabajos, sin olvidar que la armonía principal que hay que buscar en las Misas del *Tiempo después de Pentecostés,* no es más que la unidad del mismo Sacrificio.

---

[1] Honorius d'Autun: *Gemma animæ,* l. IV; Ruperto, *Des Divins Offices,* l. XII.

DIGNIDAD DEL DOMINGO. — Hemos recordado, en el tiempo Pascual, que la majestad del día octavo sustituyó al Sábado de los Judíos, y llegó a ser el día sagrado del pueblo nuevo. "La Santa Iglesia, decíamos [1], que es la Esposa, está asociada a la misma obra del Esposo. Deja que se deslice el Sábado, día que su Esposo pasó en el sepulcro; pero, iluminada por los resplandores de la Resurrección, consagra en adelante a la contemplación de la obra divina, el primer día de la Semana que vió sucesivamente salir de las sombras, tanto la luz material, primera manifestación de la vida sobre el caos, como a Aquel que, siendo el esplendor eterno del Padre, se ha dignado decirnos: "Yo soy la luz del mundo" [2].

Tal es la importancia de la Liturgia dominical, destinada a celebrar cada semana tan grandes recuerdos, que los Romanos Pontífices rehusaron, durante largo tiempo, multiplicar en el calendario las fiestas de grado superior al rito *semi-doble,* que es el del Domingo, a fin de conservarle su prerrogativa legítima y sus derechos seculares. Su reserva en este punto nunca quedó desmentida hasta mitad del siglo XVII. Al fin cedió ante la necesidad de responder con más eficacia a los ataques de que había sido objeto el culto de los Santos por parte de los Protestantes y de sus hermanos los Jansenistas. Urgía re-

[1] *Mística del Tiempo Pascual.*
[2] *S. Juan,* VIII, 12.

cordar a los fieles que el honor rendido a los servidores, no disminuye en nada la gloria de su Señor; que el culto de los Santos, miembros de Cristo, no es más que la continuación y el desarrollo del que se debe a Cristo, su Cabeza. La Iglesia debía a su Esposo una protesta contra las miras estrechas de esos innovadores, que no iban sino a truncar el dogma de la Encarnación, separándole de sus inefables consecuencias. No fué, pues, sino por una inspiración del Espíritu Santo, por lo que la Sede Apostólica consintió entonces declarar de rito *doble* la mayoría de las fiestas antiguas o nuevas; para apoyar la solemne condenación de los nuevos herejes, convenía, en efecto, hacer que se celebrasen con más frecuencia las virtudes de los Santos, en Domingo, reservado especialmente a las solemnes demostraciones de la fe católica y a las grandes reuniones de la familia cristiana [1].

MISA

La Iglesia, al día siguiente de la Santísima Trinidad, en el Oficio de Maitines inició la lectura del libro de los Reyes, comenzando esa noche la admirable narración del triunfo de David sobre Goliat. Ahora bien, ¿quién es para la Igle-

---

[1] Desde la reforma del Calendario de Pio X, el Domingo sólo puede ser suplantado por una fiesta del Señor de rito doble mayor, o por una fiesta de un Santo de doble rito de 2.ª clase. En tal caso se hace conmemoración del Domingo.

sia el verdadero David, sino el Caudillo Divino, que conduce desde hace mil novecientos años al ejército de los Santos, a la victoria? ¿No es ella misma con toda verdad la hija del Rey [1], prometida al vencedor de este singular combate entre Cristo y Santanás, que en el Calvario salvó al verdadero Israel y vengó la injuria hecha al Dios de los ejércitos? Completamente poseída aún de estos sentimientos, que ha despertado este episodio de la Historia Sagrada en su corazón de Esposa, toma las palabras de David [2] en el Introito para cantar las proezas del Esposo, y proclamar la confianza en que la ha establecido su triunfo para siempre.

INTROITO

El Señor es mi luz y mi salvación ¿a quién temeré? El Señor es el defensor de mi vida; ¿de quién temblaré? Mis enemigos, que me atribulan, han flaqueado y caído. — *Salmo.* Aunque se enfrenten ejércitos contra mí, no temerá mi corazón. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, a pesar de su confianza en la ayuda de Dios para los días malos, pide siempre la paz del mundo al Dios altísimo. Si, a la vista del combate, la Esposa salta de gozo al poder probar su amor, la Madre teme por sus hijos, muchos de los cuales se hubieran salvado viviendo una vida tranquila, y van a perecer en el combate.

---

1 *Reyes,* XVII, 25-27.
2 *Salmo,* XXV, 1-3.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que el mundo siga, por orden tuya, un curso pacífico para nosotros; y que tu Iglesia se alegre con tranquila devoción. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VIII, 18-23).

Hermanos: Creo que las penas de este tiempo no son comparables con la futura gloria que se revelará en nosotros. En efecto, el anhelo de las criaturas espera la revelación de los hijos de Dios. Porque las criaturas están sujetas a la vanidad, no de grado, sino por causa de aquel que las sometió con la esperanza: pues también las mismas criaturas serán redimidas de la esclavitud de la corrupción, y alcanzarán la libertad de la gloria de los hijos de Dios. Porque sabemos que todas las criaturas gimen y están como de parto hasta ahora. Y no sólo ellas, sino también nosotros, que tenemos las primicias del espíritu, gemimos dentro de nosotros, esperando la adopción de los hijos de Dios, la redención de nuestro cuerpo: en Jesucristo, nuestro Señor.

La gloria eterna. — No hay comparación entre los padecimientos temporales y la gloria eterna. De esta gloria, tan sólo queda en perspectiva la manifestación, pues su realidad ya está constituída desde ahora y no hace más que aumentar en nuestros corazones de día en día. El archivo de nuestra virtud es nuestra propia alma. Nuestras obras quedan inscritas en él en forma de me-

recimiento y a manera de título interno a la posesión de Dios. Cuando venga la hora de la recompensa, no nos vendrá nuestra gloria del exterior, sino de nuestra propia alma, como manifestación de lo que la gracia de Dios ha creado en ella silenciosamente, mediante nuestra fidelidad.

"La creación entera espera con ansiedad ardiente y con deseo apasionado la hora de esta revelación. La creación material no permanece indiferente. A los elegidos se presta con gozo; en cambio, se indigna de tener que servir a las obras de los impíos; esto es para ella una servidumbre, una humillación, contra la cual protesta, y ella, criatura de Dios, gustosamente se sustraería a la corrupción que confisca y descamina sus energías hacia fines perversos. Invoca el día en que ha de manifestarse la gloria de los hijos de Dios, porque ese día será para ella también el día de la liberación y glorificación"[1].

El Gradual hace subir hasta Dios la voz de los cristianos que pecan con tanta frecuencia y que, sintiéndose indignos de recibir ayuda, imploran, sin embargo, su intercesión por su propia gloria; porque no son menos soldados del Dios de los ejércitos, y su causa es la suya. El Verso aleluyático nos muestra a la Iglesia,

[1] D. Delatte. "*Epîtres de Saint Paul*", I, 680.

pobre y perseguida aquí abajo, dirigiendo su oración confiada hacia el trono de justicia de su Esposo.

GRADUAL

Sé propicio, Señor, con nuestros pecados: para que nunca digan las gentes: ¿Donde está su Dios? ℣. Ayúdanos, oh Dios, Salvador nuestro: y, por el honor de tu nombre, líbranos, Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oh Dios, que te sientas sobre el trono, y juzgas con equidad: sé el refugio de los pobres en la tribulación. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (V, 1-11).

En aquel tiempo, las turbas irrumpieron sobre Jesús, para oír la palabra de Dios. Y El estaba junto al lago de Genesaret. Y vió dos naves, que estaban cerca del lago: y los pescadores habían bajado, y lavaban las redes. Y, subiendo a una de las naves, que era de Simón, rogó a éste que la apartara un poco de tierra. Y, sentándose, enseñó desde la nave a las turbas. Y, cuando cesó de hablar, dijo a Simón: Entra más adentro, y lanzad vuestras redes para pescar. Y, respondiendo Simón, le dijo: Maestro, hemos estado trabajando toda la noche, y no hemos pescado nada; pero, en tu palabra, lanzaré la red. Y, habiendo hecho esto, pescaron una gran cantidad de peces: y se rompía su red. E hicieron señas a los compañeros, que estaban en la otra nave, para que vinieran y los ayudaran. Y vinieron, y llenaron las dos naves de tal modo, que casi se sumergían. Viendo lo cual Simón Pedro, se arrojó a las rodillas de Jesús, diciendo: Apártate de mí, Señor, porque soy un hombre pecador. Porque el temor se había apoderado de él, y de todos los

que estaban con él, por causa de la pesca de los peces que habían capturado: y también de Santiago y de Juan hijos del Zebedeo, que eran compañeros de Simón. Y dijo Jesús a Simón: No temas: desde hoy serás ya pescador de hombres. Y, conducidas a tierra las naves, dejándolo todo, le siguieron a El.

Las dos pescas milagrosas. — Los Evangelistas nos han conservado el recuerdo de dos pescas milagrosas hechas por los Apóstoles en presencia de su Maestro: la una la descrita por San Lucas, y que acaba de recordársenos; la otra, aquella cuyo profundo simbolismo nos invitaba a escrutar el discípulo amado, el Miércoles de Pascua. En la primera, que se remonta a la vida mortal del Salvador, la red, lanzada al azar, se rompe por la multitud de peces cogidos, sin que el evangelista señale su número, ni otras cualidades; en la segunda, el Señor resucitado señala a sus discípulos la derecha de la barca y, sin romperse la red, ciento cincuenta y tres peces gruesos llegan a la orilla en que los aguarda Jesús. Ahora bien los Padres, todos de común acuerdo, explican estas dos pescas como figura de la Iglesia: la Iglesia en el tiempo primero, y más tarde en la eternidad. Ahora la Iglesia es multitud; reúne a todos, sin contar los buenos y malos; después de la Resurreción, sólo los buenos formarán la Iglesia, y su número será prefijado y señalado para siempre. "El reino de los cielos, dice el Salvador, es semejante a una red lanzada

al mar, rebosante de peces de todas las clases; cuando está llena se la retira para elegir los buenos y tirar los malos"[1].

SU SIGNIFICADO. — "Los pescadores de hombres han echado sus redes, dice San Agustín: han cogido esta multitud de cristianos que contemplamos con admiración; han llenado las dos barcas, figuras de los dos pueblos: el Judío y el Gentil. ¿Pero qué hemos oído? La multitud recarga las barcas y las pone en peligro de naufragio; del mismo modo, vemos que la turbamulta confusa de bautizados recarga hoy a la Iglesia. Muchos cristianos viven mal, vacilan y hacen retardarse a los buenos. Pero aún se portan peor los que rompen las redes con sus cismas y herejías, peces impacientes que no quieren someterse al yugo de la unidad, que no quieren venir al festín de Cristo, y se complacen en sí mismos, pretestando que no pueden vivir con los malvados, rompen las mallas que los retienen en la estela apostólica, y perecen lejos de la ribera. ¡En cuántos lugares han roto de este modo la inmensa red de la salvación! Los Donatistas en Africa, los Arrianos en Egipto, en Frigia Montano, Manes en Persia, y más tarde ¡cuántos otros han sobresalido en esta obra de ruptura! No imitemos su demencia orgullosa. Si la gracia nos hace buenos, llevemos con paciencia la compañía de

[1] *S. Mateo,* XIII, 47-48.

los malos en las aguas de este siglo. No nos arrastre su vista a vivir como ellos, ni a salir de la Iglesia; cercana está ya la ribera, donde sólo los de la derecha, sólo los buenos serán admitidos y de donde los malos serán arrojados al abismo"[1].

En el Ofertorio, el ejército de los cristianos pide la luz de aquella fe, que sola puede asegurar la victoria, descubriéndola al enemigo y sus emboscadas. Para el fiel la noche no tiene sombra, y la claridad de la antorcha celestial arroja de sus ojos el sueño funesto que ocasionaría rápidamente la derrota y la muerte.

OFERTORIO

Ilumina mis ojos, para que nunca duerma en la muerte: para que nunca diga mi enemigo: He prevalecido contra él.

Los dones ofrecidos sobre el altar para la transustanciación, son la figura de los mismos fieles. Por eso la Iglesia, en la Secreta, ruega al Señor que atraiga y que cambie, al mismo tiempo que estos dones, nuestras voluntades indóciles. Recordemos que, de todos los peces cogidos en la red mística, sólo—nos dicen los Padres—serán elegidos en la ribera eterna "los que viven de modo que merezcan ser presentados por los pescadores de la Iglesia en el festín de Cristo"[2].

---

[1] *S. Agustín,* Sermones 248-256.
[2] Bruno d'Ast., *Expos. sur le Genèse,* c. I.

SECRETA

Aplácate, Señor, te lo suplicamos, con la aceptación de nuestras oblaciones: y compele propicio hacia ti nuestras rebeldes voluntades. Por nuestro Señor.

El Dios que hizo triunfar la debilidad de David sobre el gigante filisteo, se nos da en los Misterios. Cantemos, con el Salmo, su fuerza misericordiosa, que se hace nuestra en el Sacramento.

COMUNION

El Señor es mi sostén, y mi refugio, y mi libertador: mi Dios es mi ayudador.

San Agustín da el nombre de *Sacramento de la esperanza* al misterio divino en el cual, la Iglesia proclama y restaura cada día aquí abajo su unidad social. La unión real, aunque encubierta todavía, de la Cabeza y los miembros en el banquete de la Sabiduría eterna, aventaja, en efecto, y con mucho, como prenda de las glorias futuras de la humanidad regenerada, a esa espera dolorosa de que nos hablaba el Apóstol en la Epístola del día. En la Poscomunión pedimos que sean lavadas nuestras manchas y que no impidan en nada el que obre con toda su plenitud este Sacramento, cuya virtud nos puede conducir hasta la perfección consumada de la salvación.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que los Misterios recibidos nos purifiquen y nos protejan con su virtud. Por nuestro Señor.

QUINTO DOMINGO
DESPUES DE PENTECOSTES

El Oficio. — La Iglesia ha comenzado esta noche la lectura del segundo libro de los Reyes, que principia por la narración de la muerte desgraciada de Saúl y el advenimiento de David al trono de Israel. La exaltación del hijo de Jesé marca el punto culminante de la vida profética del pueblo antiguo; en él encontró Dios su siervo fiel [1], e iba a mostrarle al mundo como la figura más completa del Mesías que había de venir. Un juramento divino garantizaba al nuevo Rey el porvenir de su descendencia; su trono debía ser eterno [2]; porque debía un día llegar a ser el trono del que sería llamado Hijo del Altísimo, sin dejar de tener por Padre a David [3].

Pero en el momento en que la tribu de Judá aclamaba en Hebrón al elegido del Señor, no era todo, ni mucho menos, alegría y esperanza. La Iglesia, ayer en Vísperas, tomaba una de las más bellas Antífonas de su Liturgia del canto fúnebre que inspiró a David la vista de la diadema recogida del polvo ensangrentado en el campo de batalla, donde acababan de sucumbir

[1] Salmo LXXXVIII, 21.
[2] *Ibid.*, 36-38.
[3] *S. Luc.*, I, 32.

los príncipes de Israel: "Montes de Gelboé, ni lluvia ni rocío caiga sobre vosotros; porque allí fué abatido el escudo de los héroes, el escudo de Saúl, como si no hubiese recibido la unción. ¿Cómo han caído los héroes en la batalla? Jonatás ha sido muerto en las alturas; ¡Saúl y Jonatás, tan amables y tan hermosos en su vida, no se han separado ni en la muerte!"

Inspirada por la proximidad de la fiesta de los Santos Apóstoles del 29 de Junio, y de este día en que el Oficio del Tiempo trae cada año esta Antífona, la Iglesia aplica estas últimas palabras a San Pedro y San Pablo durante la Octava de su fiesta: "¡Gloriosos príncipes de la tierra, se amaron en vida—exclama—y no se han separado ni en la muerte!" Como el pueblo Hebreo en esta época de su historia, más de una vez el ejército cristiano no saludó el advenimiento de sus jefes, sino en una tierra tinta en la sangre de sus predecesores.

MISA

Como en el Domingo anterior, la Iglesia parece haberse complacido en relacionar con las lecturas de la noche el comienzo del Sacrificio. El Introito, en efecto, está sacado del Salmo XXVI, compuesto por David con ocasión de su coronación en Hebrón. Expresa la humilde y confiada súplica de uno a quien falta todo aquí

abajo, pero que tiene al Señor como luz y como fuerza. En las circunstancias que hemos recordado, no hacía falta nada menos que una fe ciega en las promesas divinas para sostener el valor del antiguo pastor de Belén y de la nación que llegaba a ser su pueblo. Mas comprendamos a la vez, que la realeza de David y su descendencia, en la antigua Jerusalén, es figura, para la Iglesia, de una realeza más sublime, de una dinastía más alta, esto es: de la realeza de Cristo y de la sucesión de los Pontífices.

INTROITO

Escucha, Señor, mi voz, con la que he clamado a ti: sé mi ayudador, no me dejes, ni me desprecies, oh Dios, Salvador mío. — *Salmo:* El Señor es mi luz, y mi salud: ¿a quién temeré? ℣. Gloria al Padre.

Los bienes prometidos a David como recompensa de sus combates, no eran más que una pálida imagen de los que aguardan en la patria a los vencedores del demonio, del mundo y de la carne. Reyes para siempre, gustarán, sentados en sus tronos, de la plenitud de las delicias, cuyas gotas deja caer aquí abajo el Esposo sobre las almas fieles. Amemos, pues, a quien recompensa de tal modo el amor; y como por nosotros mismos no podemos nada, pidamos por medio del Esposo al autor de todo don excelente [1], la perfección de la caridad divina.

[1] *Santiago*, I, 17.

COLECTA

Oh Dios, que has preparado bienes invisibles para los que te aman: infunde en nuestros corazones el afecto de tu amor; para que, amándote a ti en todo y sobre todo, consigamos tus promesas que superan todo anhelo. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pedro. (1.ª, III, 8-15).

Carísimos: Estad todos unánimes en la oración, sed compasivos, amantes de la fraternidad, misericordiosos, modestos, humildes: no devolváis mal por mal, ni maldición por maldición; sino, al contrario, bendecid: porque a esto habéis sido llamados, a poseer como herencia la bendición. Por tanto, el que quiera amar la vida y ver días buenos, refrene su lengua del mal, y no hablen engaño sus labios. Apártese del mal, y haga el bien: busque la paz, y sígala. Porque los ojos del Señor miran a los justos, y sus oídos escuchan sus preces: pero el rostro del Señor está sobre los que hacen mal. Y, ¿quién es el que os dañará, si fuereis emuladores del bien? Pero, aunque padeciereis algo por la justicia, bienaventurados de vosotros. Mas no los temáis a ellos, y no os conturbéis; antes santificad al Señor, a Cristo, en vuestros corazones.

Caridad fraterna. — La unión de una verdadera caridad, la concordia y la paz, que, como condición necesaria de su felicidad presente y futura, se debe mantener a toda costa: tal es el objeto de las recomendaciones dirigidas por Simón (ahora Pedro) a esas otras piedras elegidas que se apoyan en él, y forman las hiladas del templo levantado por el Hijo del Hombre a gloria del Altísimo.

Comprendamos la importancia que tiene para todos los cristianos la unión mutua, *ese amor de hermanos,* tan frecuentemente, tan vivamente recomendado por los Apóstoles, cooperadores del Espíritu Santo en la construcción de la Iglesia. No basta la extinción del cisma y de la herejía, cuyos excesos desastrosos recordaba el Evangelio hace ocho días, ni la represión de las pasiones de ira o de los celos agrios; es necesario un amor efectivo, obsequioso, perseverante, que junte verdaderamente y armonice como conviene, las almas y los corazones; es necesaria esta caridad desbordante y única digna de tal nombre, que, mostrándonos al mismo Dios en nuestros hermanos, hace verdaderamente nuestras sus dichas y sus desdichas. Lejos de nosotros la somnolencia egoísta en que se complace el alma perezosa, con la que tan frecuentemente las almas falsarias creen satisfacer tanto mejor a la primera de las virtudes, cuanto más se desinteresan por completo de lo que las rodea. En tales almas no puede prender la argamasa divina; piedras impropias para toda construcción, que rechaza el celeste albañil, o que deja sin empleo al pie de las murallas, porque no se adaptan al conjunto, ni sabrían disponerse. ¡Desgraciadas de ellas, sin embargo, si el edificio se acaba sin que hayan merecido ocupar un lugar en sus muros! Comprenderán entonces, aunque demasiado tarde, que la caridad es una; que no

ama a Dios quien no ama a su hermano[1], y que quien no ama, *permanece en la muerte*[2]. Coloquemos, pues, con San Juan, la perfección de nuestro amor para con Dios, en el amor de nuestros hermanos[3]; sólo entonces poseeremos a Dios en nosotros[4]; sólo entonces podremos gozar de los inefables misterios de la unión divina con Aquel que se une a los suyos, para hacer de todos y de El mismo un templo augusto a la gloria del Padre.

El Gradual, en conformidad con las ideas que inspira el Introito del día, pide la protección divina para el pueblo colocado bajo el cetro del ungido del Señor. El Verso anuncia la victoria de Cristo-Rey, y la salvación que trae a la tierra.

GRADUAL

Mira, oh Dios, protector nuestro: y contempla a tus siervos. ℣. Señor, Dios de los ejércitos, escucha las preces de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, en tu fortaleza se alegrará el rey: y se gozará sobremanera en tu salud. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (V, 20-24).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Si no abundare vuestra justicia más que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Habéis

[1] *I S. Juan*, IV, 21.
[2] *Ibid.*, III, 14.
[3] *I S. Juan*, IV, 12.
[4] *Ibid.*

oído que se dijo a los antiguos: No matarás: mas, el que matare, será reo de juicio. Pero yo os digo que, todo el que se enojare con su hermano, será reo de Juicio. Y el que le llamare a su hermano raca, será reo de concilio. Y el que le llamare fatuo, será reo del infierno del fuego. Por tanto, si ofrecieres tu presente en el altar, y te recordares allí de que tu hermano tiene algo contra ti: deja tu presente allí, ante el altar, y vete antes a reconciliarte con tu hermano: y, volviendo después, ofrecerás tu presente.

EL LEGISLADOR. — El Verbo divino bajado para santificar a los hombres en la verdad, es decir, en El mismo [1], debía volver, ante todo, a su prístino esplendor, empañado por el tiempo, los inmutables principios de justicia y de derecho que reposan en El, como en su cetro. Es lo primero que hace y con una solemnidad incomparable, antes de llamar a sus discípulos y de elegir a los doce, en el pasaje del sermón de la montaña, de donde la Iglesia ha tomado el Evangelio de hoy. En esto no venía, declaraba El mismo, a condenar o destruir la ley [2], sino a restablecer, contra los escribas y fariseos, su verdadero sentido, y a darla la plenitud que los mismos ancianos del tiempo de Moisés no la habían podido dar.

EL JUEZ. — En las pocas líneas que la Iglesia ha tomado, el pensamiento del Salvador es: que

[1] S. *Juan*, XVII, 17, 19.
[2] S. *Mateo*, V, 17.

no se debe juzgar con la medida de los tribunales terrenales el grado de justicia necesario para entrar en el reino de los cielos. La ley judía ponía al homicida en el tribunal criminal llamado *del juicio;* y El, el Maestro y autor de la ley, declara que la cólera, el primer paso para el homicidio, aunque esté oculta en los repliegues más recónditos de la conciencia, puede ella sola llevar consigo la muerte del alma, incurriendo así, en el orden espiritual, en la pena capital, reservada en el orden social de la vida presente al que ha perpetrado homicidio. Mas si, aun sin llegar a los golpes, se escapa esta cólera en palabras despectivas, como la expresión siríaca de *raca, hombre de nada,* la falta se hace tan grave, que, considerada en su valor real ante Dios, sobrepasaría la jurisdicción criminal ordinaria, para ser tan sólo encausada por el *consejo* supremo de la nación. Si del desprecio se pasa a la injuria, nada hay tan grave en los procesos humanos que pueda darnos una idea de la enormidad del pecado cometido. Pero los poderes del Juez supremo no se sujetan, como los de los hombres, a un límite dado; la caridad fraterna pisoteada, encontrará siempre, más allá del tiempo, su vengador. ¡Tan grande es el precepto del amor santo que une a las almas!; ¡tan directamente se opone a la obra divina, la falta que, de lejos o cerca, va a comprometer o turbar la armonía de las piedras vivas del edificio que se levanta

aquí abajo, en la concordia y el amor, a gloria de la indivisible y pacífica Trinidad!

A medida que avanzan los años para el pueblo elegido, comprende cada vez mejor la dicha que fué para él haber escogido los verdaderos bienes, como parte de su herencia. Con su Rey, en el Ofertorio, canta los favores celestiales y la presencia continua de Dios, que se ha constituído su sostén.

OFERTORIO

Bendeciré al Señor, que me dió entendimiento: tendré siempre al Señor en mi presencia: porque está a mi diestra, para que no vacile.

En la Secreta pedimos a Dios que se digne recibir favorablemente, al modo de las antiguas oblaciones, la ofrenda de nuestros corazones. Pero si queremos que esta oración tenga su efecto, recordemos la recomendación que acaba el Evangelio de hoy: sólo serán agradables al Altísimo, los corazones de aquellos que estén en paz, en cuanto depende de ellos, con todos sus hermanos.

SECRETA

Sé propicio, Señor, con nuestras súplicas, y acepta benigno estas oblaciones de tus siervos y siervas; para que, lo que te ha ofrecido cada cual en honor de tu nombre, aproveche a todos para su salud. Por nuestro Señor.

La presencia auxiliadora de Dios, que celebraba la Antífona del Ofertorio, no señalaba tér-

mino alguno a las condescendencias divinas. Conquistado por el amor infinito de Dios, en la inefable unión de los Misterios sagrados, el pueblo santo no desea ni pide otra cosa, que ser admitido a establecerse para siempre en la casa del Señor.

COMUNION

Una cosa he pedido al Señor, ésta buscaré: morar en la casa del Señor todos los días de mi vida.

El efecto de los sagrados misterios es múltiple: purifican hasta lo más recóndito del alma y nos protegen al exterior de las emboscadas que atentan contra nuestra salvación. Pues digamos, con la Iglesia, en la Poscomunión:

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, los que has saciado con tu celestial don, nos purifiquemos de nuestras manchas ocultas, y nos libremos de las asechanzas de los enemigos. Por nuestro Señor.

SEXTO DOMINGO
DESPUES DE PENTECOSTES

El pecado de David. — El Oficio del sexto Domingo después de Pentecostés, comenzaba ayer tarde con la exclamación punzante de un arrepentimiento inmenso. David, el Rey-Profeta,

el vencedor de Goliat, vencido a su vez por la incitación de los sentidos, y que pasó del adulterio al homicidio, gritaba bajo el peso de su doble crimen: ¡"Dios mío, te ruego, perdona la iniquidad de tu siervo, porque he obrado como un insensato"![1]

El pecado, cualquiera que sea el culpable y la falta, es siempre debilidad y locura. El orgullo del Angel rebelde o del hombre caído, por más que hagan, no podrán impedir que la ignominia de estas dos palabras se clave, como un estigma humillante, en la rebeldía contra Dios, en el olvido de la ley, en los actos insensatos de la creatura que, invitada a elevarse a las serenas regiones donde reside su autor, se sustrae y huye hacia la nada, para caer más bajo aún que la misma nada de donde había salido. Locura voluntaria, sin embargo, y debilidad sin excusa; porque, si el ser creado no posee por sí mismo sino tinieblas y miserias, la bondad suprema pone a su disposición, por medio de la gracia que nunca falta, la fuerza y la luz de Dios.

VIGILANCIA. — El último, el más oscuro pecador, no podría, pues, dar razones para justificar sus faltas; pero la ofensa es tanto más injuriosa a Dios, cuanto le viene de la creatura más colmada de sus gracias y situada, por su bondad,

---

[1] *Antífona de Vísperas.*

más alta que otras en el orden de la gracia. ¡No lo olviden esas almas para quiénes el Señor, lo mismo que para David, *ha multiplicado sus magnificencias!* [1] Conducidos por los caminos reservados de su amor, deberían haber llegado ya con facilidad a la cumbre de la unión divina; sólo una vigilancia sin fin puede guardar al que no ha dejado aún el peso de la carne; siempre y en todas partes es posible la caída; y ¡cuánto más espantosa es, si el pie se resbala desde las cumbres elevadas de esta tierra de destierro, que confinan ya con la patria y dan ingreso *a las potencias del Señor!* [2] Entonces, los precipicios abiertos, que el alma había evitado en la subida, parecen llamarla todos a la vez; va rodando de abismo en abismo, horrorizando a veces a los mismos malvados, por la violencia de las pasiones largo tiempo contenidas, que la arrastran.

CONFIANZA. — Desde el fondo de la sima en que la ha arrojado su lamentable caída, humíllese y llore su crimen; no tema levantar los ojos de nuevo a las alturas en que poco ha parecía ella misma formar parte de las falanges de los bienaventurados; clame sin tardanza, como David: "¡Pequé contra el Señor!"; y como a él se le responderá: "El Señor ha perdonado

---

[1] Salmo LXX, 21.
[2] *Ibid.*, 16.

tu pecado; no morirás"[1]; y como en David, Dios podrá obrar en ella todavía maravillas. David inocente había parecido la imagen fiel de Cristo, objeto divino de las complacencias de los cielos y de la tierra; David pecador, pero penitente, quedó como la figura más noble del Hombre-Dios, cargado de los crímenes del mundo, llevando sobre sí la venganza misericordiosa y justa de su Padre ofendido.

MISA

La Iglesia nos invita a buscar en el Introito un nuevo sentimiento sobre lo que puede la fuerza del cristiano: su fe en el poder del Señor, que no le puede faltar, y la conciencia de su miseria, que le guarda de toda presunción.

INTROITO

El señor es la fortaleza de su pueblo y el protector de la salud de su Ungido: salva a tu pueblo, Señor, y bendice a tu heredad, y rígelos para siempre. — *Salmo:* A ti, Señor, clamaré; Dios mío, no me desoigas: no sea que, callando tú, me asemeje a los que bajan al sepulcro. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta presenta un admirable resumen de la acción fuerte y suave de la gracia sobre toda la conducta de la vida cristiana. Está ins-

[1] *II Reyes,* XII, 13.

pirada en el texto de Santiago: "Todo don excelente, todo don perfecto, viene de lo alto y desciende del Padre de las luces"[1].

COLECTA

Oh Dios de las virtudes, de quien procede todo cuanto hay de mejor: infunde en nuestros pechos el amor de tu nombre, y aumenta en nosotros la religión; para que nutras lo que es bueno y, por medio de la piedad, custodies lo nutrido. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VI, 3-11).

Hermanos: Todos los que hemos sido bautizados en Jesucristo, lo hemos sido en su muerte. Porque en el bautismo hemos quedado sepultados con El, muriendo al pecado: a fin de que así como Cristo resucitó de entre los muertos para gloria del Padre, así también nosotros vivamos nueva vida. Porque si fuéremos injertados en El, imitando su muerte, lo seremos también en su resurrección. Sabiendo bien que nuestro viejo hombre ha sido crucificado juntamente con El, para que sea destruído el cuerpo de pecado, y no sirvamos más al pecado. Y si estamos muertos con Cristo, creemos que viviremos también juntamente con Cristo; sabiendo que Cristo resucitado de entre los muertos ya no muere, la muerte ya no le dominará. Porque habiendo muerto para el pecado, murió una sola vez: mas habiendo vuelto a la vida, vive para Dios. Así también vosotros, pensad que estáis realmente muertos al pecado, y vivos para Dios, en Jesucristo Señor nuestro.

---

[1] *Santiago,* I, 17.

El Apóstol de los gentiles. — Las Misas de los Domingos después de Pentecostés, no nos habían presentado más que una vez hasta ahora las Epístolas de San Pablo. San Pedro y San Juan tenían reservado un lugar de preferencia en la misión de enseñar a los fieles al principio de los sagrados Misterios. Parece que la Iglesia en estas semanas, que representan los primeros tiempos de la predicación apostólica, ha querido recordar de este modo el puesto predominante del Apóstol de la fe y del Apóstol del amor en esta promulgación de la nueva alianza que se hizo en el seno del pueblo Judío. Pablo, en efecto, no era todavía más que Saulo, el perseguidor, y se mostraba como el más violento enemigo de la palabra, que debía más tarde llevar con tanto esplendor hasta los confines del mundo. Si después su conversión hizo de él un apóstol ardiente y convencido, aun para los mismos Judíos, sin embargo, se vió en seguida que la casa de Jacob no era la parte de apostolado que le correspondía, no era la porción de su herencia [1]. Después de haber afirmado públicamente su creencia en Jesús, Hijo de Dios, y de haber confundido a la sinagoga con la autoridad de su testimonio [2], dejó que silenciosamente se llegase al fin de la tregua concedida a Judá para aceptar la alianza;

[1] *Gal.*, II, 9.
[2] *Hechos*, IX, 20-22.

aguardó en su retiro [1] a que el Vicario del Hombre-Dios, el Jefe del Colegio Apostólico, diese la señal de llamada a los Gentiles, y abriere él en persona las puertas de la Iglesia a estos nuevos hijos de Abraham [2].

Pero Israel abusó demasiado tiempo de la condescendencia divina; ya se acerca la hora del repudio para la ingrata Jerusalén [3]; ya se ha vuelto por fin el Esposo hacia las razas extranjeras. Ahora tiene la palabra el Doctor de los Gentiles, la conservará hasta el último día; no se callará hasta que, después de convertir a la gentilidad sublevada contra Dios, la afirme en la fe y en el amor.

Hoy se dirigen a los Romanos las instrucciones inspiradas del gran Apóstol. La Iglesia observará, en la lectura de estas admirables Epístolas, el mismo orden de su inscripción en el canon de las Escrituras: la Epístola a los Romanos, las dos a los Corintios, las dirigidas a los Gálatas, a los Efesios, Filipenses, Colosenses, pasarán sucesivamente ante nuestra vista. ¡Sublime correspondencia, en la que el alma de Pablo, entregándose por completo, da a la vez el precepto y el ejemplo del amor! "Os ruego—dice sin cesar—que seáis imitadores míos, como yo lo soy de Jesucristo" [4].

---

1 *Gal*, I, 17-22.
2 *Hechos*, X.
3 *Isaías*, L, 1.
4 *I Cor.*, IV, 16; XI.

La vida cristiana. — La santidad, los padecimientos, y luego la gloria de Jesús, su vida prolongada en sus miembros[1]: tal es para San Pablo la vida cristiana; simple y sublime noción que resume, a su parecer, el comienzo, el progreso y la consumación de la obra del Espíritu de amor en toda alma santificada. Más adelante le veremos desarrollar ampliamente esta verdad práctica, de la cual se contenta ahora con poner las bases en la Epístola que hoy nos hace leer la Iglesia. ¿Qué es el Bautismo, en efecto, ese primer paso en el camino que conduce al cielo, sino una *incorporación* del *neófito* al Hombre-Dios, muerto una vez al pecado para vivir eternamente en Dios su Padre? El Sábado Santo, al borde de la fuente sagrada, comprendimos, con la ayuda de un trozo semejante del Apóstol[2], las realidades divinas cumplidas bajo la onda misteriosa. La Iglesia no hace hoy más que recordarnos ese gran principio de los comienzos de la vida cristiana y establecerle como punto de partida para las instrucciones que se han de seguir. Si el primer acto de la santificación del fiel, sumergido con Jesucristo en su bautismo, tiene por objeto rehacerle completamente, crearle de nuevo en este Hombre-Dios[3], injertar su nueva vida sobre la vida misma de Jesús para producir en

---

1 *II Cor.*, IV, 10-11.
2 *Col.*, III, 1-4.
3 *Efes.*, II, 10.

ella sus frutos, no nos admiraremos de que el Apóstol no trace al cristiano otro procedimiento de contemplación, otra regla de conducta que el estudio y la imitación del Salvador. La perfección del hombre [1] y su recompensa [2] están sólo en El: *así pues, según el conocimiento que habéis recibido de él, caminad en El* [3], *porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, estáis revestidos de Cristo* [4]. El Doctor de las naciones lo declara: no conoce, ni podría predicar otra cosa [5]. En su escuela, apropiándonos los sentimientos que tenía Jesucristo [6], llegaremos a ser otros Cristos, o mejor, un solo Cristo con el Hombre-Dios, por la unión de los pensamientos y la conformidad de las virtudes, bajo el impulso del mismo Espíritu Santificador.

La lectura de la Epístola y la del Evangelio, el Gradual y el Verso, vienen todos a reavivar en nuestros corazones la humilde y confiada oración que debe elevarse sin cesar del alma del cristiano a su Dios.

GRADUAL

Vuélvete un poco, Señor, y aplácate con tus siervos. ℣. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación.

---

[1] *Col.*, I, 28.
[2] *Ibid.*, II, 10.
[3] *Ibid.*, 6.
[4] *Gal.*, III, 27.
[5] *I Cor.*, II, 2.
[6] *Filip.*, II, 5.

Aleluya, aleluya. ℣. En ti, Señor, he esperado, no sea confundido para siempre: en tu justicia líbrame, y sálvame: inclina a mí tu oído, apresúrate a librarme. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Marcos. (VIII, 1-9).

En aquel tiempo, como hubiera con Jesús una gran muchedumbre, y no tuvieran qué comer, convocando a los discípulos, les dijo: Tengo compasión de la multitud: porque he aquí que ya me han seguido tres días, y no tienen qué comer: y, si los despido en ayunas para sus casas, desfallecerán en el camino: porque algunos de ellos han venido de lejos. Y respondiéronle sus discípulos: ¿Quién podrá saciarlos de pan aquí, en la soledad? Y los preguntó: ¿Cuántos panes tenéis? Ellos dijeron: Siete. Y mandó a la multitud que se sentara sobre la tierra. Y, tomando los siete panes, dando gracias, los partió, y se los dió a sus discípulos, para que los sirvieran. Y los sirvieron a la multitud. Y tenían también unos pocos pececillos: y también los bendijo, y los mandó servir. Y comieron, y se saciaron, y recogieron, de los fragmentos que sobraron, siete cestos. Y eran, los que habían comido, casi cuatro mil: y los despidió.

"El Señor nos llama, decía el pueblo antiguo al salir de Egipto tras de Moisés; iremos a tres jornadas de camino al desierto para sacrificar allí al Señor, nuestro Dios"[1]. Los discípulos de Jesucristo, en nuestro Evangelio, le han seguido igualmente al desierto; después de tres días han sido alimentados con un pan milagroso

[1] *Exod.,* III, 18.

que presagiaba la víctima del gran Sacrificio figurado por el de Israel. Pronto el presagio y la figura van a ceder lugar, sobre el altar que está ante nosotros, a la más sublime de las realidades. Abandonemos la tierra de servidumbre en que nos retienen nuestros vicios; todos los días nos llama misericordiosamente el Señor; pongamos para siempre nuestras almas lejos de las frivolidades mundanas, en el retiro de un recogimiento profundo. Roguemos al Señor, al cantar el Ofertorio, que se digne asegurar nuestros pasos en los senderos de este desierto interior, en que nos escuchará siempre favorablemente y multiplicará en favor nuestro las maravillas de su gracia.

OFERTORIO

Afirma mis pies en tus caminos, para que no se extravíen mis pasos: inclina tu oído, y oye mis palabras: glorifica tus misericordias, tú, que salvas a los que esperan en ti, Señor.

La eficacia de nuestras oraciones sólo está asegurada en cuanto la fe anima e inspira su objeto. Al recibir la Iglesia los dones de sus hijos para el sacrificio, pide en la Secreta que sea así para con todos ellos.

SECRETA

Sé propicio, Señor, con nuestras súplicas, y acepta benigno las oblaciones de tu pueblo: y, para que no sea

inútil el voto, ni vana la petición de nadie, haz que, lo que pedimos fielmente, lo consigamos eficazmente. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión, sacada del Salmo XXVI, canta la dicha del alma que ha recobrado la paz y que ya siempre morará en la casa del Señor.

COMUNION

Andaré en torno de tu tabernáculo, e inmolaré en él la hostia de alabanza: cantaré y diré un salmo al Señor.

Los sagrados Misterios son el verdadero fuego que purifica al que se abandona a sus ardores divinos, le desligan por completo de los restos del pecado y le afirman en el camino de la perfección. Digamos, pues, con la Iglesia:

POSCOMUNION

Hemos sido llenos, Señor, de tus dones: suplicámoste hagas que seamos purificados por su efecto y protegidos con su auxilio. Por nuestro Señor.

SEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El ciclo dominical del tiempo después de Pentecostés completa hoy su primer septenario. Antes del traslado general que tuvieron que su-

frir las lecturas evangélicas en esta parte del año, el Evangelio *de la mutiplicación de los siete panes* correspondía al séptimo Domingo, y el misterio que encierra, inspira en más de una ocasión aún a la liturgia de hoy día.

La Sabiduría divina. — Ahora bien, este misterio es el de la consumación de los perfectos en la paz fecunda de la unión divina. Salomón, el *Pacífico* por excelencia, acaba de exaltar hoy a la Sabiduría divina y revelar sus caminos a los hijos de los hombres. Los años en que la Pascua alcanza su límite extremo en abril, el séptimo Domingo después de Pentecostés es, en efecto, el primero del mes de Agosto, y la Iglesia comienza en él, durante el Oficio de la noche, la lectura de los libros Sapienciales. De lo contrario, continúa la de los libros históricos, que puede proseguirse aún durante cinco semanas; pero aun entonces la Sabiduría eterna guarda sus derechos sobre este Domingo, que el número séptimo la consagraba ya de una manera tan especial. Porque, a falta de instrucciones inspiradas en el libro de los Proverbios, vemos a Salomón en persona predicar con su ejemplo en el libro tercero de los Reyes, y preferir la Sabiduría a todos los tesoros, y hacerla sentar con él, como su inspiradora y su más noble Esposa, en el trono de David, su padre.

David mismo—nos dice San Jerónimo, interpretando la Escritura de este día en nombre de la misma Iglesia—[1] David, al fin de su vida guerrera y atormentada, conoció las dulzuras de esta incomparable Esposa de los pacíficos; y sus castas caricias, que no encienden el fuego de la concupiscencia, triunfaron en él divinamente sobre los hielos de la edad.

"Sea, pues, mía también—dice un poco más adelante el solitario de Belén—; repose en mi seno esta Sabiduría siempre pura. Sin envejecer nunca, siempre fecunda en su eterna virginidad, con los ardores de su llama se enciende en el cristiano el *fervor del espíritu,* pedido por el Apóstol[2]; y por la disminución de su imperio se enfriará la caridad de muchos, al fin de los tiempos."

MISA

La Iglesia, dejando a la sinagoga en sus ciudades condenadas a perecer, ha seguido a Jesús al desierto. Mientras los Judíos infieles asisten, sin darse cuenta, a esta trasmigración tan fatal para ellos, Cristo convoca a los pueblos y los conduce en líneas apretadas por las huellas de la Iglesia. De Oriente y de Occidente, del Norte y del Mediodía llegan los gentiles y toman lugar

---

[1] *II Nocturno.*
[2] *Rom.,* XII, II.

con Abraham, Isaac y Jacob en el banquete del reino de los cielos[1]. Mezclemos nuestras voces en el Introito a sus cantos de alegría.

INTROITO

Gentes todas, aplaudid: cantad a Dios con voz de exultación. —*Salmo:* Porque el Señor es excelso, terrible: es el Rey grande sobre toda la tierra. ℣. Gloria al Padre.

Nada impide a la Sabiduría llegar al fin de sus planes. El pueblo judío reniega de su rey; pero la gentilidad se levanta a aclamar al Hijo de David[2]. Como cantábamos en el Introito, su reino se extiende por toda la tierra. La Iglesia pide en la Colecta, que aleje los males y que venga la abundancia de los bienes que deben afirmar en la paz el poder del verdadero Salomón.

COLECTA

Oh Dios, cuya providencia no se engaña en sus disposiciones: suplicámoste humildemente apartes todo lo dañoso, y nos concedas cuanto pueda aprovecharnos. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VI, 19-23).

Hermanos: Lo digo humanamente, por la flaqueza de vuestra carne: que, así como pusisteis vuestros miembros al servicio de la inmundicia y de la iniqui-

---

[1] *S. Mateo,* VIII, II.
[2] *Vivat rex in aeternum:* Antífona de ayer al Magnificat.

dad, para la iniquidad, así pongáis ahora vuestros miembros al servicio de la justicia, para la santificación. Porque, cuando erais siervos del pecado, estabais libres de la justicia. Y ¿qué fruto sacasteis entonces de aquellas cosas de que ahora os avergonzáis? Porque el fin de ellas es la muerte. Pero ahora, libertados del pecado, y hechos siervos de Dios, tenéis por fruto vuestro la santificación, y por fin la vida eterna. Porque el pago del pecado es la muerte. En cambio, la gracia de Dios es la vida eterna, en Jesucristo, nuestro Señor.

LA VERDADERA LIBERTAD. — "La vida del bautizado, que le viene de su unión con Nuestro Señor Jesucristo por la fe, es la paz con Dios, la alegría y la libertad. Es dos veces libertad: por razón de lo que el bautismo destruye, y por razón de lo que edifica en nosotros. Para comprender esto, importa definir bien lo que es la libertad, y su contraria la servidumbre. Vivo en servidumbre cuando estoy sujeto bajo la dependencia de quien no debo; cuando el tirano ejerce en mis miembros exteriores violencia; cuando me asocia, a pesar mío, a sus obras malvadas, mientras una parte de mí, la más alta, protesta contra las bajezas que ejecuta su poder despótico. Entonces verdaderamente sí que es servidumbre.

"Pero cuando vivo bajo la dependencia de quien debo; cuando el poder que se ejerce sobre mí, obra íntimamente, se dirige a la inteligencia y a la voluntad; cuando me hace trabajar con él en obras nobles y dignas; cuando me

asocia al trabajo de Dios mismo, y bajo su influencia interior, me hace colaborar en un programa de sana moralidad; cuando estoy persuadido que no sólo Dios, sino todo lo más elevado de mi alma aplaude la obra que juntos ejecutamos Dios y yo, llamadlo servidumbre si queréis, pero para mí es la suprema libertad, una liberación absoluta. Ser dócil a la inteligencia, es libertad; ser dócil a la inteligencia de Dios, es la más absoluta libertad que existe"[1].

La Iglesia en el Gradual continúa expresando el pensamiento dominante del séptimo Domingo; invita a sus hijos a que vengan a recibir de ella la ciencia del temor del Señor: porque *el temor del Señor es el principio de la Sabiduría*[2]. El Verso llama de nuevo a las naciones, herederas de Jacob, a celebrar con alegría el don de Dios.

GRADUAL

Venid, hijos, oídme: os enseñaré el temor del Señor. ℣. Acercaos a El, y seréis iluminados: y vuestras caras no serán confundidas.

Aleluya, aleluya. ℣. Gentes todas, aplaudid: cantad a Dios con voz de exultación. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (VII, 15-21).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con

[1] Dom Delatte, *Epîtres de Saint Paul,* I, 643.
[2] *Psalm.,* CX, 10.

vestidos de ovejas, pero interiormente son lobos rapaces: por sus frutos los conoceréis. ¿Acaso se recogen de las espinas uvas, o de los abrojos higos? Así, todo árbol bueno da buenos frutos: y todo árbol malo da malos frutos. No puede el árbol bueno dar malos frutos: ni el árbol malo puede dar buenos frutos. Todo árbol, que no dé buen fruto, será arrancado y arrojado al fuego. Así que, por sus frutos los conoceréis. No todo el que me diga: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos: sino el que haga la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, ése entrará en el reino de los cielos.

Los discípulos de la Sabiduría. — "Los conoceréis por sus frutos", dice el Evangelio; y la historia confirma la palabra del Señor. Bajo la piel de oveja con que quieren engañar a los sencillos, los apóstoles del error exhalaban siempre un hedor letal. Sus palabras habilidosas, sus lisonjas interesadas no pueden disimular el vacío de sus obras. No tengáis nada común con ellos. Los frutos podridos e impuros de las tinieblas y *los árboles de otoño y dos veces muertos* que los sostienen en sus ramas secas, tendrán el fuego por herencia. Si habéis sido también vosotros anteriormente tinieblas, ahora que habéis llegado a ser luz en el Señor por el bautismo, o por el retorno de una conversión sincera, mostraos como tales: producid los frutos de la luz, en toda bondad, justicia y verdad [1]. Sólo con esta condición podéis esperar el reino de los cielos y

[1] *Ef.*, V, 8-9.

llamaros ya en este mundo los discípulos de esa Sabiduría del Padre que reclama para sí hoy nuestro amor.

En efecto, dice el Apóstol Santiago, como comentando el Evangelio de hoy, "¿acaso la higuera puede dar uvas, o la vid producir higos? ¿acaso la fuente pueda dar agua amarga y dulce a la vez? y ahora, ¿quién de nosotros pretende pasar por sabio? Pruébelo que lo es, mostrando en todas sus obras y en toda su vida la dulzura de la Sabiduría. Porque hay una sabiduría amarga y engañosa, que no es de lo alto, sino terrena e infernal. La Sabiduría que viene de arriba, es primeramente casta y pura y además amiga de la paz, modesta, sin apegarse a su parecer, siempre concorde con los buenos, llena de misericordia y de frutos de buenas obras, que no juzga a los demás, ni tiene segundas intenciones. Los frutos de la justicia que produce, se siembran en la paz, en el seno de los pacíficos"[1].

La Antífona del Ofertorio está escogida, según Honorio d'Autun, para recordarnos el sacrificio de mil víctimas ofrecido en Gabaón por Salomón, los primeros días de su reinado; después de este sacrificio, habiendo de pedir al Señor lo que deseaba, anheló y obtuvo la Sabiduría, con las riquezas y la gloria que no había buscado. Ahora, de nosotros depende que el Sacrificio que se prepara, sea igual y aún más acepto todavía. Porque la

[1] *Santiago,* III, 11-18.

Sabiduría encarnada es quien aquí se ofrece en persona al Dios Altísimo, deseando merecernos todos los dones del Padre y dársenos ella misma.

OFERTORIO

Como los holocaustos de carneros y toros, y como los miles de gordos corderos, así aparezca hoy en tu presencia nuestro sacrificio, para que te agrade: porque no hay confusión para los que esperan en ti, Señor.

Un nuevo rasgo, que confirma lo que hemos dicho del carácter misterioso de este Domingo séptimo consagrado especialísimamente a la Sabiduría eterna: el Verso de la Escritura que antes acompañaba a la Antífona del Ofertorio, es el mismo con que comienza, en el Pontifical romano, la función espléndida de la Consagración de las Vírgenes: *Y ahora te seguimos de todo corazón, te tememos y buscamos tu faz; no nos rechaces; sino más bien muestra en nosotras tu dulzura, según la multitud de tus misericordias*[1]. Al cantar estas palabras, a la llamada del Pontífice, las elegidas del Señor avanzan hacia el altar en que se va a consumar su alianza.

La Secreta recuerda a Dios, cómo la múltiple variedad de víctimas legales, recordadas en el Ofertorio, han encontrado su unidad en la oblación del Gran Sacrificio.

[1] *Daniel*, III, 40-42.

SECRETA

Oh Dios, que pusiste fin a la diferencia de las hostias legales con la perfección de un solo sacrificio: acepta el sacrificio ofrecido por tus devotos siervos, y santifícalo con la misma bendición con que santificaste los presentes de Abel: para que, lo que te ha ofrecido cada cual en honor de tu majestad, aproveche a todos para su salud. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión, según Honorio d'Autun, que no hay que separar del Salmo XXX de donde está tomada, expresa la oración del hijo de David, por la que pidió a Dios la Sabiduría y la obtuvo inmediatamente. Si alguno de vosotros—dice el Apóstol Santiago—desea la Sabiduría, pídala a Dios, que da a todos sin cuento y no desdeña a nadie; y le será dada [1].

COMUNION

Inclina tu oído; apresúrate a librarme.

La primera falta vició al hombre de tal modo, tan alejado se halla de la unión divina al entrar en esta vida, que no puede por sí mismo ni lavar sus manchas, ni encaminarse por la senda que lleva a Dios. Es necesario que el Señor, como un médico generoso y paciente, tome a su cargo todos los gastos de su curación, y, aun después de levantado, le sostenga y le conduzca. Digamos con la Iglesia en la Poscomunión:

---

[1] *Santiago*, I, 5.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tu medicinal operación nos libre clemente de nuestras perversidades, y nos lleve a las cosas rectas. Por nuestro Señor.

OCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

EL OFICIO. — Este Domingo era llamado en la Edad Media, el *sexto y último Domingo después del natalicio de los Apóstoles,* o fiesta de San Pedro, en los años en que la Pascua alcanzaba su último límite en Abril. Por el contrario, cuando la Pascua seguía inmediatamente al equinocio de primavera, era el primero de la serie dominical llamada de ese modo.

Hemos visto que por razón de este mismo movimiento tan variable, transmitido a toda la última parte del ciclo litúrgico por la fecha de la Pascua, esta semana podía ser ya la segunda de la lectura de los libros Sapienciales, aunque con más frencuencia se deba continuar aún en ella la de los libros de los Reyes. En este último caso, lo que hoy llama la atención de la Santa Iglesia, es el antiguo templo levantado por Salomón para gloria de Dios; y entonces los cantos de la Misa, como veremos, están en perfecta armonía con las lecturas del Oficio de la noche.

MISA

El Introito recuerda la gloria del antiguo templo y del monte santo. Pero mayor aún es la majestad de la Iglesia que, en este momento, lleva el Nombre y la alabanza del Altísimo hasta los confines de la tierra, mucho mejor de lo que lo había hecho aquel templo que era su figura.

INTROITO

Hemos recibido, oh Dios tu misericordia en medio de tu templo: como tu nombre, oh Dios, así tu alabanza llega hasta el fin de la tierra, tu diestra está llena de justicia. — *Salmo:* Grande es el Señor, y muy laudable: en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. ℣. Gloria al Padre.

De nosotros mismos somos incapaces, no sólo de toda obra buena, sino que ni siquiera se puede producir en nosotros un solo pensamiento del bien sobrenatural sin ayuda de la gracia. Pues bien, el medio más seguro para obtener una ayuda tan necesaria, es reconocer humildemente ante Dios, la necesidad absoluta que tenemos de El, como lo hace la Iglesia en la Colecta.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos concedas propicio el espíritu de pensar y hacer siempre lo que es recto: para que, los que no podemos existir sin ti, podamos vivir conforme a ti. Por nuestro Señor,

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Romanos. (VIII, 12-17).

Hermanos: No somos deudores de la carne, para que vivamos según la carne. Porque, si viviereis según la carne, moriréis: mas, si mortificareis con el espíritu las obras de la carne, viviréis. Porque, todos los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos de Dios. Porque no habéis recibido el espíritu de servidumbre, para que viváis todavía en el temor, sino que recibisteis el espíritu de adopción de hijos, con el cual clamamos: ¡Abba! ¡Padre! Porque el mismo Espíritu da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios. Y, si somos hijos, somos también herederos: herederos ciertamente de Dios, y coherederos de Cristo.

PROGRAMA DE VIDA SOBRENATURAL. — "Si el Espíritu de Dios es el lazo de unión con nuestro Señor Jesucristo, si es el alma de nuestra vida, el hálito y el inspirador de todas nuestras obras, de él proviene todo impulso. A despecho de esta parte de concupiscencia que el bautismo ha dejado en mis miembros para obligarme a combatir, no tengo ya más que ver con la carne y con la vida de antes. ¡No quiera Dios que vuelva hacia atrás y que, engañado por el egoísmo, me sustraiga al Espíritu de Dios para pertenecer de nuevo a las obras de muerte! No. Después de haber entrado en la intimidad de Dios, sería insensato volverme de espaldas a la Ternura, a la Belleza, a la Pureza; y, ¿por quién y por qué? En adelante, la carne nada tendrá que recla-

mar de mí. Viene demasiado tarde. Con el fin de vivir eternamente, reduciré de día en día y domeñaré hasta su completa eliminación, si es posible, todo lo que en mí se levanta contra la vida de Dios: Aquéllos, dice el Apóstol en una fórmula incomparable, aquéllos son verdaderos hijos de Dios; que se dejan conducir por el Espíritu de Dios. Toda la vida sobrenatural que ha comenzado por la fe y el bautismo, se reduce a la dolicidad, a la flexibilidad y al abandono a las influencias del Espíritu de Dios"[1].

El Gradual parece expresar los sentimientos de los cristianos judíos, obligados a abandonar sus ciudades, y que piden a Dios que sea en adelante El mismo su protector y el lugar de su refugio. El Verso canta de nuevo la antigua grandeza del Señor en Jerusalén y en el monte en que estuvo su templo.

GRADUAL

Sé para mí un Dios protector, y un lugar de refugio, para que me salves. ℣. Oh Dios, en ti he esperado: Señor, no sea yo confundido eternamente.

Aleluya, aleluya. ℣. Grande es el Señor, y muy laudable, en la ciudad de nuestro Dios, en su santo monte. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XVI, 1-9).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: Había un hombre rico, que tenía un mayor-

---

[1] Dom Delatte, *Epitres de Saint Paul,* I, 668.

domo: y éste fué acusado ante aquél de que disipaba sus bienes. Y le llamó, y le dijo: ¿Qué es lo que oigo de ti? Da razón de tu administración; porque ya no podrás administrar más. Dijo entonces para sí el mayordomo: ¿Qué haré? Porque mi amo me quita la administración. Cavar no puedo, de pedir me avergüenzo. Ya sé lo que he de hacer, para que, cuando sea privado de la administración encuentre quienes me reciban en sus casas. Llamando, pues, a cada uno de los deudores de su amo, dijo al primero: ¿Cuánto debes a mi amo? Y él respondió: Cien barriles de aceite. Díjole: Toma tu recibo, siéntate pronto, y escribe cincuenta. Después dijo a otro: Y tú, ¿cuánto debes? El dijo: Cien cargas de trigo. Díjole: Toma tu escritura, y pon ochenta. Y alabó el amo al mayordomo de iniquidad, porque había obrado prudentemente, porque los hijos de este mundo son más prudentes en sus negocios que los hijos de la luz. Y yo os digo: Haceos amigos de las riquezas de iniquidad, para que, cuando muráis, os reciban en las eternas moradas.

PARA ADQUIRIR LAS VERDADERAS RIQUEZAS. — "Las diversas expresiones de la parábola que se nos ha propuesto, son fáciles de entender y encierran una doctrina profunda. El Señor quiere enseñarnos el uso que debemos hacer de las riquezas de este mundo. Cuenta lo que sucedió a un mayordomo poco escrupuloso, y luego, en los versículos 8 y 9 del Capítulo XVI de San Lucas nos da la aplicación moral: "Sucede que los hijos de este siglo—dice—son más hábiles en sus relaciones con los de su generación y con las gentes y en los negocios de este mundo, que los hijos de la luz." ¡Qué floreciente estaría, en

efecto, el Reino de Dios, si los buenos fuesen tan prudentes en sus negocios espirituales y en las cosas de la vida futura, como los mundanos en sus intereses perecederos! Si el amo de casa, aunque lesionado en sus intereses, alabó la sagacidad de su mayordomo ¿cómo no va a aplaudir Dios, que no puede perder nada, la prudencia sobrenatural de los suyos? En estos bienes terrenos de que acaba de hablar, tienen especialmente el material de una industria para la eternidad. A los que debéis estar bien enterados, a los que sois hijos, no de este mundo tenebroso, sino de la luz, mirad lo que os digo, prosigue el Señor: imitad en una cosa al mayordomo infiel. Con esos tesoros injustos, con esa riqueza con que el intendente y tantos otros como él, pisotean la equidad, vosotros podéis granjearos amigos; cuando la riqueza material se os quite con la vida, os acogerán, no en sus moradas terrenas, sino en los eternos tabernáculos. La oración del pobre, en efecto, pone en movimiento la mano del que gobierna el mundo"[1].

Aplicación a los Judíos. — Tal es el sentido obvio y directo de la parábola que se nos ha propuesto. Pero, si queremos comprender completamente la intención por la que eligió la Iglesia hoy este trozo del Evangelio, nos es necesario acudir a San Jerónimo, que se hace intérprete

[1] Dom Delatte; *Evangelio de N. S. J. C,* II, 74.

oficial de ella en la Homilía del Oficio de la Noche. Sigamos con él la lectura evangélica: *El que es fiel en las cosas pequeñas,* continúa el texto sagrado, *lo es también en las grandes, y el que es injusto en las cosas pequeñas, también lo será en las grandes; pues si no habéis sido fieles en las riquezas inicuas y engañosas, ¿quién os confiará los bienes verdaderos?*[1] Jesús hablaba de este modo—nota San Jerónimo—ante los escribas y los fariseos, que lo tomaron a chanza, viendo claramente que la parábola iba contra ellos. El infiel en las cosas pequeñas, es en efecto, el Judío celoso, que en el dominio restringido de la vida presente, niega a sus hermanos el uso de los bienes creados para todos. Pues, si en las gestiones de estas riquezas frágiles y pasajeras, dice a esos escribas avaros, sois convictos de malversación, ¿quién os va confiar las verdaderas, las eternas riquezas de la palabra divina y de enseñar a las naciones? Pregunta terrible que el Señor deja hoy suspensa sobre la cabeza de los infieles depositarios de la ley de los símbolos. Pero ¡qué horrible será la respuesta dentro de poco!

Entretanto, la humilde grey de los elegidos de Judá, dejando a estos empedernidos en la venganza a que los precipita su demencia orgullosa, prosigue su camino con la segura con-

---

[1] *S. Luc.,* XVI, 10-11.

fianza de que guarda en su seno las promesas de Sión. La Antífona del Ofertorio canta su fe y su esperanza.

OFERTORIO

Salvarás, Señor, al pueblo humilde, y humillarás los ojos de los soberbios: porque, ¿qué Dios hay fuera de ti, Señor?

De Dios mismo es de quien hemos recibido los dones que El mismo, en su bondad, se digna aceptar de nuestras manos; como dice la Secreta, los Misterios sagrados que transforman la oblación, no nos obtienen menos, por su gracia, que la santificación de la vida presente y los goces de la eternidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, aceptes los dones que te ofrecemos de tu largueza: para que estos sacrosantos Misterios, mediante la virtud de tu gracia, nos santifiquen en la presente vida y nos lleven a los sempiternos gozos. Por nuestro Señor.

La esperanza que el hombre pone en Dios no puede ser engañada; tiene como prenda la suavidad del banquete divino.

COMUNION

Gustad y ved cuán suave es el Señor: feliz el varón que espera en él.

El alimento celestial tiene la virtud de renovar nuestras almas y nuestros cuerpos; tratemos de experimentar sus efectos divinos en toda su plenitud.

POSCOMUNION

Sírvanos, Señor, este celestial Misterio de reparación del alma y del cuerpo: para que sintamos el efecto de aquello cuyo culto hemos celebrado. Por nuestro Señor.

NOVENO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

LAS DESDICHAS DE JERUSALÉN. — *El llanto de las desdichas de Jerusalén* forma en Occidente el objeto del Evangelio de hoy; desde hace mucho tiempo ha dado su nombre, entre los Latinos, al Domingo nono después de Pentecostés.

Es fácil encontrar aun hoy día en la Liturgia, huellas de la preocupación de la Iglesia naciente por el próximo cumplimiento de las profecías contra la ciudad ingrata, que fué objeto de las primeras predilecciones del Señor. Ha llegado por fin el término impuesto por la misericordia a la justicia divina. Al hablar Jesucristo del derrumbamiento de Sión y del templo, había predicho que la generación que oía sus palabras no pasaría sin que ocurriese todo lo que

anunciaba [1]. Casi cuarenta años concedidos a Judea para desviar la cólera del cielo, no han conseguido sino afirmar en su obstinación renegada al pueblo deicida. Como torrente largo tiempo contenido que rompe sus diques, la venganza se abalanza sobre el antiguo Israel; el año 70 vió ejecutar la sentencia que él mismo se había firmado, al gritar cuando entregó a los gentiles [2] a su Rey y a su Dios: *¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!* [3]

MISA

Israel se había hecho enemigo de la Iglesia; Dios, como había anunciado [4], le castiga y dispersa sus restos. La Iglesia toma ocasión de la ejecución de los juicios del Señor, para poner de manifiesto la humilde confianza que deposita en la ayuda de su Esposo.

INTROITO

He aquí que Dios me ayuda, y el Señor es el defensor de mi vida: torna los males contra mis enemigos, y dispérsalos con tu poder, Señor, protector mío. — *Salmo:* Oh Dios, sálvame en tu nombre: y líbrame con tu poder. ℣. Gloria al Padre.

---

[1] *S. Luc.,* XXI, 32.
[2] *S. Mateo,* XX, 19.
[3] *Ibid.,* XXVII, 25.
[4] *Deut.,* XXVIII, 15-68.

Los judíos gritan al cielo y los oídos del Señor quedan cerrados a sus súplicas, porque no han sabido pedir lo que agrada al Señor. La Iglesia pide, en la Colecta, que no ocurra así con sus hijos.

COLECTA

Abre, Señor, los oídos de tu misericordia a las preces de los que Te suplican: y, para que puedas satisfacer los deseos de los que Te ruegan, haz que Te pidan lo que a Ti Te es grato. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª X, 6-13).

Hermanos: No deseéis cosas malas, como las desearon los Hebreos en el desierto. Ni adoréis los ídolos, como algunos de ellos, según está escrito: "Sentóse el pueblo a comer y a beber, y luego se levantaron a retozar." Ni forniquemos como algunos de ellos fornicaron, y murieron 23.000 en un día. Ni tentemos a Cristo, como hicieron algunos de ellos, y perecieron mordidos de las serpientes. Ni murmuréis, como algunos de ellos murmuraron, y fueron muertos por el Angel exterminador. Todas estas cosas que les acontecían eran figuras de lo venidero, y están escritas para escarmiento de nosotros, que hemos venido al fin de los siglos. Y así, el que piensa estar firme cuide, no caiga. Que no os vengan sino tentaciones humanas fácilmente superables. Pero fiel es Dios, que no permitirá seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes hará que saquéis provecho de la misma tentación, para que podáis perseverar en el bien.

UNA LECCIÓN PROFÉTICA. — "Todos los judíos— dice San Pablo—han sido honrados con las fine-

zas de Dios. Nada les ha faltado. Sin embargo de eso, la benevolencia del Señor se ha alejado definitivamente de ellos. Es que el amor de Dios nos crea una responsabilidad ante él, y sus beneficios no aprovechan sino a los que, habiéndolos recibido con humildad, los hacen valer mediante la fidelidad absoluta de su vida. Que no diga nadie que todo esto es un viejo cuento que no toca más que a los Judíos. No; en la persona del pueblo judío recibimos nosotros una lección profética: se nos advierte que nos apartemos de la grosera codicia que los perdió y que nos perdería también a nosotros mismos... El pueblo judío ha hecho, y casi siempre a costa suya, experiencias que han de servir al mundo entero. Todos los acontecimientos de su historia han sucedido, se han escrito, y han llegado hasta nosotros como una lección destinada en el pensamiento de Dios, a esclarecernos a nosotros, los que íbamos a venir al cabo de los siglos, los que pertenecemos a la nueva alianza, la última, la eterna.

"Vemos por esto cómo se puede caer, aun después de haber recogido beneficios de Dios. Así pues, lejos de nosotros toda presunción y toda falsa seguridad. Puede ser que sobrevengan pruebas más pesadas que las que hemos soportado hasta ahora y que Dios ha medido conforme a nuestra debilidad. Sin duda ninguna que el Señor, que es fiel, no ha de permitir nunca que la prueba

sobrepase por completo nuestras fuerzas: a medida que crezca la tentación, dará Dios la fuerza sobrenatural para resistir; pero no es en nosotros en quien debemos confiar, y este aumento de fuerza no nos vendrá sino de El"[1].

El Gradual, expresión ardiente de alabanza al Señor Dios nuestro, viene a dar refrigerio a nuestras almas fatigadas por el espectáculo de ingratitudes del pueblo judío y de los castigos que merecieron. Aun en los días más tristes, no falta la alabanza en la Iglesia, pues no hay ningún acontecimiento aquí abajo que pueda hacer olvidar a la Esposa los esplendores del Esposo o impedirla que exalte sus magnificencias. En el Verso hay rasgos de súplica y angustia:

GRADUAL

Señor, Señor nuestro: ¡cuán admirable es tu nombre en toda la tierra! ℣. Porque tu magnificencia se ha elevado sobre los cielos.

Aleluya, aleluya. ℣. Sálvame de mis enemigos, Dios mío: y líbrame de los que se levantan contra mí. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XIX, 41-46).

En aquel tiempo, al acercarse Jesús a Jerusalén, cuando vió la ciudad, lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh, si conocieses tú también, al menos en este tu día, lo que sería tu paz! Pero ahora está escondido a tus ojos. Porque vendrán días sobre ti: y te rodearán tus

---

[1] Dom Delatte, *Epitres de Saint Paul,* I, 337.

enemigos de trincheras, y te asediarán: y te apretarán por todas partes: y te prosternarán por tierra a ti, y a los hijos que están en ti, y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por no haber conocido el tiempo de tu visitación. Y, entrando en el templo, comenzó a expulsar a los que vendían y compraban en él, diciéndoles: Escrito está: Mi casa es casa de oración. Pero vosotros la habéis hecho cueva de ladrones. Y estaba enseñando todos los días en el templo.

LAS LÁGRIMAS DE JESÚS. — El pasaje que se acaba de leer en el Santo Evangelio, se refiere al día de la entrada triunfante del Salvador en Jerusalén. El triunfo que Dios Padre preparaba a su Cristo antes de los días de su Pasión, no era desgraciadamente, pronto se vió, el reconocimiento del Hombre-Dios por la sinagoga. Ni la dulzura de este rey que venía a la hija de Sión montado en una asna[1], ni su severidad misericordiosa contra los que profanaban el templo, ni sus últimas enseñanzas en la casa de su Padre, podrían abrir aquellos ojos obstinadamente cerrados a la luz de la salvación y de la paz. Los mismos lloros del Hijo del Hombre no podían, pues, alejar la venganza divina: fué necesario que llegase por fin el turno a la justicia.

Conviene que contemplemos por unos instantes las lágrimas de Jesús. "El Señor volvió su mirada a la gran ciudad, hacia la mole del Templo, y una tristeza infinita embargó su alma... Lloró sobre su patria; fueron verdaderos sollo-

[1] *Zach.*, IX, 9.

zos, y las palabras que pronunció tenían, en efecto, un acento como entrecortado, en que se descubría la violencia de la emoción. No perdamos nunca de vista que el Señor ha pertenecido a nuestra humanidad. Amaba a Jerusalén como judío, como Hijo del Hombre, como Hijo de Dios. Jerusalén era el corazón de Israel y de todo el mundo religioso, la ciudad que Dios se había escogido. Habría podido llegar a ser la capital del mundo mesiánico destinado a abrazar a todas las naciones. En el pasado, nunca la faltaron las advertencias y los castigos saludables: y, durante tres años, el Señor mismo ¡la había iluminado tan abundantemente! Hasta en el Calvario, y más allá, por el ministerio de sus Apóstoles, debía tender los brazos a su pueblo. Pero todo sería inútil, y por fin, sería necesario que interviniese la justicia. Y nosotros podemos leer en el historiador Josefo (libros V y VI de la *Guerra de los Judíos)* con qué rigurosa exactitud se realizó la profecía del Señor, concerniente al castigo de Jerusalén, que es la más impresionante lección de la Historia"[1].

La Iglesia en el Ofertorio, se felicita por sus hijos del cuidado que emplean, por la gracia del Esposo, en observar los mandamientos del Señor. Su obediencia es lo que hace que los juicios de Dios, tan terribles para la Sinagoga, no sean para ella sino gozo y dulzura.

---

[1] Dom Delatte, *Evangelio de N. S. J. C.*, II, 148.

OFERTORIO

Las justicias del Señor son rectas, y alegran los corazones, y sus juicios son más dulces que la miel y el panal: por eso tu siervo los observa.

La Secreta implora de Dios, para los hijos de la Iglesia, la gracia de asistir dignamente al Sacrificio, que cada vez renueva realmente la obra de salvación de todos.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que frecuentemos dignamente estos Misterios: porque, cada vez que se celebra la conmemoración de esta hostia, se renueva la obra de nuestra redención. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión formula el misterio de la unión divina realizada en el Sacramento.

COMUNION

El que come mi carne, y bebe mi sangre, permanece en mí y yo en él, dice el Señor.

La santificación de los individuos y la unidad del cuerpo social son dos frutos de los santos Misterios. La Iglesia los pide a Dios en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que la comunión de tu Sacramento nos consiga la pureza y la unidad. Por nuestro Señor.

DECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Ruina del culto antiguo. — La ruina de Jerusalén ha clausurado el ciclo profético en su parte consagrada a las instituciones y a la historia del tiempo de los símbolos. El altar del verdadero Dios, fijado por Salomón en el monte Moria, era para el mundo antiguo el título auténtico de la verdadera religión. Aún después de la promulgación del nuevo Testamento, la existencia permanente de este altar, reconocido antes por el Altísimo [1] como el sólo legítimo, podía, hasta cierto punto, disculpar a los partidarios retrasados del antiguo orden de cosas. Después de su destrucción definitiva, no hay excusa alguna; hasta los más ciegos se ven obligados a reconocer la abrogación completa de una religión, reducida por el Señor a la imposibilidad de ofrecer nunca jamás los sacrificios que constituían su esencia.

Las atenciones que la delicadeza de la Iglesia guardaba hasta ahora con la sinagoga que expiraba, ya no tienen razón de ser. Con plena libertad irá a las naciones para someter con el poder del Espíritu Santo, sus indómitos instintos, para unificarlas en Jesucristo, y ponerlas

[1] *Deut.*, XII, 13-14

por medio de la fe en la posesión sustancial, aunque no visible todavía [1], de las eternas realidades que anunciaba la ley de las figuras.

El nuevo culto. — El Sacrificio nuevo, que no es sino el de la Cruz y el de la eternidad, aparece cada vez más como el centro único en donde su vida se afirma en Dios con Cristo su Esposo [2], y de donde surge la actividad que desarrolla para convertir y santificar a los hombres de las sucesivas generaciones. La Iglesia, cada vez más fecunda, permanece estabilizada más que nunca en la vida de unión, de donde la viene esta admirable fecundidad.

Las enseñanzas de la Liturgia. — No hemos, pues, de admirarnos si la Liturgia, que es la expresión de la vida íntima de la Iglesia, refleja ahora mejor que nunca esta estabilidad de la unión divina. En la serie de semanas que se van a seguir, desaparece toda gradación en las fórmulas preparatorias del Sacrificio. Entre las mismas lecturas del Oficio de la noche, a partir del mes de Agosto, los libros históricos han cedido o van a ceder su lugar a las enseñanzas de la divina Sabiduría, que pronto irán seguidas de los libros de Job, Tobías, Judit, Ester, sin otra unión entre ellos que la santidad en precepto o

---

[1] *Hebr.*, XI, 1.
[2] *Col.*, III, 3.

en obra. Ni se advierte, como hasta aquí, la conexión entre las lecturas y la composición de las Misas del *Tiempo después de Pentecostés*.

Por tanto, nos limitaremos en adelante a comentar la Epístola y el Evangelio de cada Domingo, confiando como la Iglesia, al Espíritu divino el cuidado de hacer nacer y desarrollarse *en cada uno como le plazca* [1], la doctrina de formas tan variadas que ella sembrará de acuerdo con él. Este comentario resalta en la Epístola del día.

El gran suceso que debía señalar el cumplimiento de las profecías derribando las fronteras judías, acaba de afirmar de una manera admirable la universalidad del reino del Espíritu santificador; en efecto, desde el glorioso día de Pentecostés ha conquistado la tierra [2]; y la Iglesia, sin inquietarse en adelante por seguir un orden lógico en las enseñanzas de su Liturgia, se propone confiar menos en un método cualquiera para reformar las almas, que en la virtud conjunta del Sacrificio y de la palabra santa, puesta divinamente en movimiento por la espontaneidad del Espíritu de amor [3].

Este Domingo puede ser el segundo de la serie dominical que en otros tiempos tenía su punto de partida en la fiesta de San Lorenzo, y llevaba

[1] *I Cor.*, XII, 11.
[2] *Sabid.*, I, 7.
[3] *S. Juan*, III, 8.

su nombre *(Post Sancti Laurentii)*, de la solemnidad del gran diácono mártir. Llámasele por otro nombre el Domingo *de la humildad* o *del Fariseo y del Publicano*, por el Evangelio del día. Los griegos lo cuentan por el *décimo de San Mateo;* leen en él el episodio *del Lunático*, sacado del Capítulo XVII de este Evangelista.

MISA

La confianza humilde y suplicante que la Iglesia pone en el socorro de su Esposo, la preservará siempre de las bajezas a que ha descendido la envidia perseguidora y el orgullo de la sinagoga. Exhorta a sus hijos a imitarla en sus solicitudes, y no cesa de hacer subir hacia el cielo los suspiros de su oración.

INTROITO

Cuando clamé al Señor, escuchó mi voz, y me libró de los que me perseguían: y los humilló el que es antes de los siglos, y permanece para siempre: deposita tu pensamiento en el Señor, y El te sustentará. — *Salmo:* Escucha, oh Dios, mi oración, y no despreciéis mi súplica: atiéndeme, y oyéme. ℣. Gloria al Padre.

Siempre con la emoción de la justicia admirable ejercida contra el pueblo judío, la Madre común recuerda a Dios que las maravillas de la misericordia y de la gracia muestran aun más su omnipotencia; en la Colecta pide una efusión

abundante de esta gracia sobre el pueblo cristiano. Mas ¡qué grandeza la suya! ¡de qué sublimidad dió muestras la actitud de la Iglesia, antiguamente sobre todo, por estar más cerca de los acontecimientos, cuando, en respuesta al relato que le hizo su Esposo de la venganza tan terrible que, como nunca, ejerció la justa cólera de su Padre, ella, verdadera Esposa y Madre, se atreve a comenzar por estas palabras: *Deus qui omnipotentiam tuam* PARCENDO MAXIME ET MISERANDO *manifestas!*

COLECTA

Oh Dios, que manifiestas tu omnipotencia, sobre todo perdonando y teniendo piedad: multiplica sobre nosotros tu misericordia; para que, corriendo hacia tus promesas, nos hagas partícipes de los bienes celestiales. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª XII, 2-11).

Hermanos: Sabéis que, cuando erais gentiles, ibais, como erais llevados, a los ídolos. Por tanto, os hago saber que nadie, que habla inspirado de Dios, maldice de Jesús. Y nadie puede decir: Señor, Jesús, si no es en el Espíritu Santo. Hay ciertamente diversidad de gracias, pero el Espíritu es uno mismo. Y hay diversidad de ministerios, pero un solo Señor. Y hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es el Dios que obra todo en todos. Y a cada uno se le da la manifestación del Espíritu para utilidad (de los demás). A uno se le da por el Espíritu la palabra de la sabiduría: y a otro, la palabra de la ciencia, según el mismo Espíritu: a otro, la fe en el mismo Es-

píritu: a otro, la gracia de sanar en un solo Espíritu: a otro, la realización de milagros; a otro, la profecía; a otro, la discreción de espíritus; a otro, el don de lenguas; a otro, la interpretación de palabras. Pero todas estas cosas las obra un solo e idéntico Espíritu, repartiéndolas en cada cual según quiere.

VIRTUDES Y CARISMAS. — "Los Capítulos XII, XIII y XIV de la primera Epístola a los Corintios, tratan del uso de los dones del Espíritu Santo. La Iglesia y las almas que la componen, son animadas por el Espíritu de Dios; mas la influencia del Espíritu de Dios se ejerce a la vez con miras a nuestra santificación personal y a la edificación del prójimo. Por esto *existen los dones del Espíritu Santo, que son el coronamiento de las virtudes,* los cuales constituyen en el alma un tesoro de flexibilidad, de docilidad interior al impulso del Espíritu de Dios, en vista de la oración, del pensamiento y de la obra, cuando oración, pensamiento y obra se elevan por encima de la capacidad humana. Mas también *existen dones espirituales, que son en nosotros los frutos de una actividad superior a la nuestra, y que directamente se ordenan a la edificación del prójimo.* La efusión de estos últimos, los dones carismáticos, fué abundante en los comienzos de la Iglesia, porque la Iglesia no tenía historia; actualmente es menos frecuente, porque la historia y la actividad de la Iglesia la aventajan con mucho. Estos dones

espirituales constituían así la dote exterior de la Iglesia hasta el día que no la necesitase; y servían de señal a los más distraídos, de que el Espíritu del Señor estaba en ella y guiaba sus miembros.

"En la *Secunda Secundae,* cuestión CLXXI, el Doctor Angélico habla de estas gracias *gratis datae,* y distingue: las que esclarecen la inteligencia, a las que da el nombre genérico de profecía; las que tienen por objeto la palabra y comunicación de la verdad, como el don de lenguas; y, por fin, las que se refieren a la obra, las cuales designa con término común: de don de milagros. Estos carismas son diversos, mas todos proceden de una misma fuente y de un mismo Espíritu; los ministerios son distintos, pero, con todo eso, no existe más que un solo Señor; las funciones son diferentes, mas, sin embargo de eso, no hay sino un solo Dios, que lo hace todo en cada uno de nosotros; y cada uno recibe de un mismo centro, su energía sobrenatural especial para la edificación común.

"Síguese a continuación la enumeración de los dones espirituales: a uno da el Espíritu de Dios, mirando la utilidad interna y externa de la Iglesia, el poder de hablar sabiamente y de exponer los misterios más ocultos de Dios y de sus obras; a otro el poder o la facultad de demostrar la ciencia y de enseñar la doctrina, pero según el mismo Espíritu. Un tercero recibirá, más

siempre del mismo Espíritu, esa fe vigorosa que produce los milagros y traslada las montañas; y consistirá para algunos, siempre en el mismo Espíritu, en curaciones milagrosas, prodigios, profecías, discernimiento de espíritus, don de lenguas y su interpretación, en una palabra, todos los dones carismáticos. Cualquiera que sea el número, proceden de un solo y mismo Espíritu, que reparte a cada cual lo que le place" [1].

Como conclusión práctica, citaremos estas palabras que resumen la doctrina del Apóstol: Estimad en sí mismos todos estos dones como obra del Espíritu Santo, que con ellos enriquece el cuerpo social de modo tan diverso [2]; no despreciéis ninguno [3]; mas, cuando os encontréis con ellos, estimad como mejores [4] aquellos que más sirven para la edificación de la Iglesia y de las almas [5].

En fin, y sobre todo, prestemos atención a lo que a continuación nos dice San Pablo: "¡Os mostraré un camino aún más excelente! [6] Aunque hablase todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, aunque tuviese el don de profecía y conociese todos los misterios y todas las ciencias, aunque tuviese tal fe que trasladase los

---

[1] D. Delatte, *Epístolas de S. Pablo,* I, p. 352-354.
[2] *I Cor.,* XII, 11-30.
[3] *Ibid.,* XIV, 39.
[4] *Ibid.,* XII, 31.
[5] *Ibid.,* XIV, 12.
[6] *Ibid.,* XII, 31.

montes; si no tuviera caridad, no sería ni me serviría de nada. La profecía desaparecerá, cesarán las lenguas, la ciencia se desvanecerá ante la luz; la caridad en cambio no desaparecerá, pues es la más excelente de ellas"[1].

En el Gradual, la Iglesia menciona de nuevo la confianza de Esposa que tiene en la ayuda de su Dios; fortalecida con el amor que la profesa y que la dirige a través de los caminos de la equidad, no tiene miedo alguno a sus juicios. El Versículo exalta la gloria del Esposo en Sión; mas aquí, y desde ahora para siempre, no se trata sino de la verdadera Sión, de la nueva Jerusalén.

GRADUAL

Guárdame, Señor, como la pupila del ojo: protégeme bajo la sombra de tus alas. ℣. Salga de tu boca mi juicio: vean tus ojos la equidad.

Aleluya, aleluya. ℣. A Ti, oh Dios, conviene el himno en Sión: y a Ti se harán votos en Jerusalén. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (XVIII, 9-14).

En aquel tiempo, dijo Jesús a unos que se creían justos, y despreciaban a los demás, esta parábola: Dos hombres subieron al templo, a orar: uno fariseo, y el otro publicano. El fariseo, de pie, oraba para sí de este modo: Oh Dios, te doy gracias, porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros: ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces a la sema-

---

[1] *I Cor.,* XIII, 1-13.

na; doy los diezmos de todo lo que poseo. Y el publicano, estando lejos, no quería ni levantar los ojos al cielo: sino que golpeaba su pecho, diciendo: Oh Dios, ten misericordia de mí, que soy un pecador. Yo os digo: Este es el que volvió a su casa justificado, en vez del otro: porque, todo el que se ensalza, será humillado: y, todo el que se humilla, será ensalzado.

JUDÍOS Y GENTILES.—El Venerable Beda, en su comentario sobre este pasaje de San Lucas, explica el misterio de este modo: "*El Fariseo,* representa al pueblo judío, que, ufano de la ley, ensalza sus méritos; *el publicano* representa al pueblo gentil, que, alejado de Dios, confiesa sus pecados. El orgullo del primero hace que sea humillado; el otro, levantado por sus gemidos, merece ser alabado. Por esto se halla escrito en otro lugar de estos dos pueblos, como de todo humilde y de todo soberbio: "*La exaltación del corazón precede a la ruina, y la humillación del hombre a su gloriosa exaltación*"[1].

No podría, pues, elegirse en el sagrado Evangelio una enseñanza que conviniere mejor que ésta después del relato de la ruina de Jerusalén. Los fieles de la Iglesia que la vieron, en sus primeros días, humillada en Sión ante la arrogancia de la sinagoga, comprenden ahora estas palabras del Sabio: *Más vale ser humillado con los humildes, que tomar parte en el reparto de los despojos con los soberbios*[2]. Según otra expresión de

[1] *Prov.,* XVIII, 12.
[2] *Prov.,* XVI, 19.

los Proverbios, la lengua del judío, aquella lengua que difamaba al publicano y condenaba al gentil, se convirtió en su boca como en *una vara de orgullo*[1], que le ha castigado a su vez atrayendo sobre él la ruina. Mas la gentilidad, adorando la justicia vengadora del Señor y ensalzando sus bondades, debe evitar tomar el camino por el que se ha extraviado el pueblo infortunado, cuyo puesto ocupa ella. La culpa de Israel ha originado la salvación de las naciones, dice San Pablo[2], pero su orgullo sería causa de su perdición; y, mientras a Israel le aseguran sus profecías un retorno a la gracia, al fin de los tiempos, nada promete a las naciones vueltas a los crímenes después de su bautismo, una nueva llamada de la misericordia[3]. Si ahora el poder de la eterna Sabiduría hace que los gentiles produzcan frutos de gloria y honor[4], no por eso se olviden de su anterior esterilidad; entonces la humildad, que sólo puede conservarlos, como poco ha, atrajo sobre ellos las miradas del Altísimo, les será cosa fácil, y a la vez comprenderán la benevolencia de que, a pesar de sus pecados, debe ser rodeado el pueblo antiguo.

La humildad. — La humildad, que produce en nosotros saludable temor, es una virtud que co-

[1] *Prov.*, XIV, 3.
[2] *Rom.*, XI, 11.
[3] *Ibid.*, 25-27.
[4] *Eccli.*, XXIV, 23.

loca al hombre en su verdadero lugar, en su propia estima, ya con relación a Dios, ya con relación a sus semejantes. Se basa en el conocimiento íntimo, causado por la gracia en nuestro corazón, de que Dios lo es todo en el hombre, y de la vacuidad de nuestra naturaleza, puesta por el pecado por debajo de la nada. La sola razón basta para dar a quien reflexione un instante, la convicción de la nada de toda criatura; mas en forma de conclusión puramente teórica, esta convicción no constituye la humildad, pues se impone al demonio en el infierno, y el despecho que le inspira, es el elemento más activo que excita la rabia de este príncipe de los orgullosos. No menos que la fe, que nos revela lo que es Dios en el orden del fin sobrenatural, la humildad, que nos enseña lo que somos en presencia de Dios, tampoco procede de la pura razón ni reside en sola la inteligencia; para que sea una virtud verdadera, debe recibir su luz de lo alto y mover nuestras voluntades en el Espíritu Santo. A la vez que hace penetrar en nuestras almas la noción de su pequeñez, el Espíritu divino las inclina suavemente a aceptarla, al amor de esta verdad, que la sola razón estaría tentada de considerar como algo importuno.

Meditemos estos pensamientos; de este modo comprenderemos mejor cómo los mayores santos han sido aquí abajo los más humildes de los hombres, puesto que sucede lo mismo en el cielo,

ya que la luz en los elegidos crece en proporción a su gloria. Junto al trono de su divino Hijo, como en Nazaret, Nuestra Señora es la más humilde de las criaturas, puesto que es la más iluminada y comprende mejor que los querubines y serafines, la grandeza de Dios y la nada de la criatura.

La humildad es la que da a la Iglesia la confianza de que da pruebas en el Ofertorio. Esta virtud, en efecto, hace sentir al hombre su debilidad, a la vez que le muestra el poder de Dios, que tan presto está siempre a salvar a los que le invocan.

OFERTORIO

A Ti, Señor, elevo mi alma: en Ti confío, Dios mío, no sea yo avergonzado: ni se burlen de mí mis enemigos: porque, todos los que esperan en Ti, no seran confundidos.

La Misa es a la vez el sumo honor que puede rendirse a la divina Majestad, y el remedio supremo de nuestras miserias. Esto es lo que expresa la Secreta.

SECRETA

Acepta, Señor, estos sacrificios a Ti dedicados, los cuales hiciste que fueran ofrecidos de tal modo en honor de tu nombre, que sirviesen al mismo tiempo de remedio nuestro. Por nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión canta la oblación pura, justa, que ha reemplazado a las víctimas de la ley mosaica en el altar del Señor.

COMUNION

Aceptarás, Señor, sobre tu altar el sacrificio de justicia, las oblaciones, y los holocaustos.

La incesante reparación que hallamos para nuestras miserias en el augusto Sacramento, sería de poco provecho si la divina bondad no nos prestase continuamente su ayuda con las gracias actuales, que conservan y acrecientan sin fin los tesoros del alma. Pidamos en la poscomunión este socorro que nos es tan necesario.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, no prives benigno de tus auxilios a los que no cesas de reparar con tus divinos sacramentos. Por nuestro Señor.

UNDECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Este Domingo, *el undécimo de San Mateo,* recibe el nombre entre los Griegos *de la parábola del rey* que hizo rendir cuentas a sus servidores [1]. En Occidente se le llama Domingo del *Sordomudo* desde que el Evangelio del Fariseo y del Publicano se trasladó al Domingo anterior. La Misa

[1] *S. Mateo,* XVIII, 23-35.

actual conserva aún, como será fácil comprobar, más de un recuerdo de la antigua disposición.

En los años en que la Pascua se aproxima lo más cerca posible al 21 de Marzo, la lectura de los libros de los Reyes se prosigue hasta esta semana, que nunca llega a pasarla. En el Oficio de la noche son tema de las primeras lecciones: la enfermedad de Ezequías y la curación milagrosa obtenida por las oraciones del santo rey [1].

MISA

El sabio y piadoso Abad Ruperto, escribiendo antes del cambio verificado en el orden de las lecturas evangélicas, explica en estos términos la elección del Introito del día hecha por la Iglesia "El publicano en el Evangelio se acusa y dice: *Soy indigno de elevar los ojos al cielo.* Pablo en la Epístola le imita diciendo: *Soy el menor de los apóstoles, que ni merezco ser llamado apóstol, por haber perseguido a la Iglesia de Dios.* Así pues, como esta humildad que se nos presenta como ejemplo, es la guardiana de la unión entre los servidores de Dios, haciendo que el uno no se levante contra el otro [2]; del mismo modo es muy natural que se cante al principio el Introito, en

[1] *IV Reyes,* XX.
[2] *I Cor.,* IV, 6.

el cual habla del Dios que hace que habiten los hombres en su casa con un solo espíritu"[1].

INTROITO

Dios está en su lugar santo: Dios nos hace habitar unánimes en su casa: El mismo dará vigor y fortaleza a su pueblo. — *Salmo:* Levántese Dios, y disípense sus enemigos: y huyan de su presencia los que Le odian. ℣. Gloria al Padre.

Nada tan conmovedor como la Colecta de este día cuando se relaciona con el Evangelio que primitivamente la acompañaba. Con ser menos inmediata hoy esta aproximación, esta conexión no ha desaparecido aún, puesto que la Epístola, como diremos en su lugar, continúa, con el ejemplo de San Pablo, la lección de humildad que nos daba el publicano arrepentido. Ante el espectáculo que ofrece siempre a sus ojos maternales este publicano despreciado del judío, mientras golpea su pecho y sin apenas poder, por su profundo dolor, pronunciar una palabra, la Santa Iglesia, conmovida hasta lo más profundo de sus entrañas, viene a completar y ayudar su oración. Con inefable delicadeza pide a Dios Todopoderoso que, por su misericordia infinita, haga recobrar la paz a las conciencias intranquilas, perdonando los pecados, y que otorgue lo que la misma oración de los pobres pecadores no osa pedir en su reservado temor.

---

[1] *Libro de los Oficios divinos*, XII, 11.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que, con la abundancia de tu piedad, excedes los méritos y deseos de los suplicantes: derrama sobre nosotros tu misericordia; para que perdones lo que la conciencia teme, y añadas lo que la oración no se atreve a pedir. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (1.ª XV, 1-10).

Hermanos: Os recuerdo el Evangelio que ya os prediqué, el que ya recibisteis, y en el cual permanecéis, y por el cual os salvaréis, si retenéis la palabra que os prediqué, y no creéis en vano. Porque os enseñé, en primer lugar, lo que yo recibí: que Cristo murió por nuestros pecados, según las Escrituras: y que fué sepultado, y que resucitó al tercer día, según las Escrituras: y que fué visto por Cefas y después de él, por los Once. Después fué visto por más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven todavía, otros, en cambio, ya murieron. Después fué visto por Santiago, después por todos los Apóstoles: y, al último de todos, como a un abortivo, se apareció también a mí. Porque yo soy el mínimo de los Apóstoles, que no soy digno de ser llamado Apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no ha sido vana en mí.

CONTRICCIÓN Y CARIDAD. — El Domingo pasado el Publicano nos recordaba la humildad que conviene al pecador. Hoy, el Doctor de las gentes nos muestra en su propia persona, que esta virtud cae bien asimismo al hombre justificado, que recuerda las ofensas que en otro tiempo hizo al

Altísimo. El pecado del justo, aunque perdonado ya hace mucho, permanece sin cesar ante sus ojos[1]; siempre dispuesto a acusarse a sí mismo[2], no ve en el perdón y en el olvido de la ofensa por parte de Dios[3], sino un nuevo motivo para no olvidar jamás sus faltas. Los favores celestiales que vienen a recompensar la sinceridad de su arrepentimiento, conduciéndole más adelante en el conocimiento de los derechos de la justicia infinita[4], le revelan más aún la enormidad de los crímenes voluntarios que han venido a juntarse a la mancha original[5]. Una vez entrado en este camino, la humildad no es para él solamente una satisfacción dada a la justicia y a la verdad por su inteligencia esclarecida de lo alto; sino que, a medida que vive con Dios en unión cada vez más estrecha, y conforme va elevándose por la contemplación en la inteligencia y en el amor, la caridad divina, que le apremia cada vez más de todos los modos[6], es causa del mismo recuerdo de sus faltas. Sondea el abismo de donde la ha sacado la gracia, para lanzarse desde estas profundidades del infierno, más vehemente, dominante y activa. Entonces el pecador de otros tiempos no se contenta con el re-

---

[1] *Salmo*, L, 5.
[2] *Prov.*, XVIII, 17.
[3] *Ezeq.*, XVIII, 22.
[4] *Salmo*, LXX, 16.
[5] *Salmo*, I, 6-7.
[6] *II Cor.*, V, 14.

conocimiento de las riquezas sin número que obtiene hoy de la divina liberalidad, sino que la confesión de sus miserias pasadas sale de su alma arrebatada como un himno al Señor.

NUESTRA COLABORACIÓN A LA GRACIA. — *Por la gracia de Dios soy lo que soy,* debe decir, en efecto, el justo con el Apóstol; y cuando esta verdad fundamental arraigue en su alma, puede con él añadir sin temor: *Su gracia no ha sido en mí estéril.* Pues la humildad descansa sobre la verdad: se faltaría a la verdad imputando al hombre, lo que en el hombre viene del Ser supremo; sería también ir contra ella, el no reconocer con los santos las obras de la gracia que Dios ha puesto en ellos. En el primer caso se iría contra la justicia tanto como contra la verdad; en el segundo contra la gratitud. La humildad, cuyo fin directo es evitar estos daños causados a la gloria debida a Dios refrenando las ansias de la soberbia, viene a ser por otra parte el más seguro auxilio del agradecimiento, noble virtud, que, en los caminos de aquí abajo, no tiene mayor enemigo que el orgullo.

GLORIARSE EN DIOS. — Cuando la Virgen proclamaba que todas las generaciones la llamarían bienaventurada, el entusiasmo divino que la animaba, no consistía menos en el éxtasis de su humildad que de su amor. La vida de las al-

mas escogidas presenta a cada paso transportes sublimes de esta clase, en que, aplicándose a sí el cántico de su Reina, *magnifican* al Señor cantando las cosas grandes que hace por ellas con su poder. Cuando San Pablo, después del bajo aprecio que siente de sí, al compararse con los otros Apóstoles, añade que la gracia ha sido en él productiva y que ha trabajado más que todos ellos, no creamos que cambia de tema, o que el Espíritu que le dirige quiere corregir de este modo sus primeras expresiones; una sola necesidad, un mismo y único deseo le inspira estas palabras aparentemente diversas y contrarias: el deseo y la nenesidad de no frustrar a Dios la gloria en sus dones, ya sea por la apropiación del orgullo, ya por el silencio de la ingratitud.

El Gradual ha sido puesto, según las obras de los piadosos intérpretes de la Liturgia, como la acción de gracias de los humildes, curados por Dios en conformidad con la esperanza que tenían puesta en El.

GRADUAL

En Dios esperó mi corazón, y he sido ayudado: y ha reflorecido mi carne, y le alabaré con toda mi voluntad. ℣. A Ti, Señor, he clamado: Dios mío, no calles: no Te apartes de mí.

Aleluya, aleluya. ℣. Ensalzad a Dios, nuestro ayudador, cantad jubilosos al Dios de Jacob: cantad un salmo alegre con la cítara. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Marcos. (VII, 31-37).

En aquel tiempo, saliendo Jesús de los límites de Tiro, fué, por Sidón, al mar de Galilea, por medio de los confines de la Decápolis. Y le presentaron un sordomudo, y le rogaron que le impusiera las manos. Y, tomándole aparte de la turba, metió sus dedos en las orejas de él: y, escupiendo, tocó su lengua: y, mirando al cielo, suspiró, y díjole: *Ephpheta,* que significa: ¡Abríos! Y al punto se abrieron sus oídos, y se soltó el nudo de su lengua, y habló bien. Y les ordenó que no lo dijeran a nadie. Pero cuanto más se lo prohibió El, más lo divulgaron ellos: y tanto más se admiraron, diciendo: Todo lo ha hecho bien: ha hecho oír a los sordos y hablar a los mudos.

El género humano enfermo. — Los santos Doctores nos enseñan que este hombre representa a todo el género humano, excepción hecha del pueblo judío. Abandonado desde tantísimo tiempo en las regiones del aquilón, donde solamente reinaba el príncipe del mundo, experimentó los efectos desastrosos del olvido en que parece le tenía su Creador y Padre, como consecuencia del pecado original. Satanás, cuya pérfida astucia le hizo salir del paraíso, apoderándose de él, se excedió a sí mismo en la elección del medio que puso para salvaguardar su conquista. Con ladina tiranía redujo a su víctima a un estado de mutismo y de sordera, con que le tiene bajo su imperio más seguro que amarrado con cade-

nas de diamante; mudo para implorar a Dios, sordo para oír su voz; los dos medios de que podía servirse para libertarse, los tiene impedidos. *Satanás, el adversario* de Dios y del hombre, puede felicitarse. ¡Se ha dado al traste, a lo que puede creerse, con la última de las creaciones del Todopoderoso, se ha dado al traste con el género humano sin distinción de familias y de pueblos; pues hasta la misma nación conservada por el Altísimo como su parte escogida en medio de la defección de los pueblos[1], se ha aprovechado de sus ventajas para renegar con más crueldad que todos los demás, de su Señor y su Rey!

EL MILAGRO. — El Hombre-Dios gimió al ver una miseria tan extrema. Y ¿cómo no lo iba a hacer considerando los estragos ocasionados por el enemigo en este ser escogido? Así pues, levantando los ojos siempre misericordiosos de su santa humanidad[2], ve el consentimiento del Padre a las intenciones de su misericordiosa compasión; y, usando de aquel poder creador que en el principio *hizo perfectas todas las cosas,* pronuncia como Dios y como Verbo[3] la palabra omnipotente de restauración: *¡Ephphetha!* La nada, o más bien, en este caso, la ruina, que es peor que la nada, obedece a esta voz tan conocida;

---

[1] *Deuter.,* XXXII, 9.
[2] *S. Juan,* XI, 42.
[3] *Ibid.,* I, 3.

el oído del infortunado se despierta; se abre con placer a las enseñanzas que le prodiga la triunfadora ternura de la Iglesia, cuyas oraciones maternales han obtenido esta liberación; y, penetrando en él la fe y obrando al mismo instante sus efectos, su hasta aquí trabada lengua vuelve a tomar el cántico de alabanza al Señor, interrumpido por el pecado desde hacía siglos [1].

La enseñanza. — Con todo eso, el Hombre-Dios quiere más, con esta curación, instruir a los suyos, que manifestar el poder de su palabra divina; quiere revelarles simbólicamente las realidades invisibles producidas por su gracia en lo secreto de los sacramentos. Por esto, conduce *aparte* al hombre que le presentan, lo lleva lejos de esa turba tumultuosa de pasiones y de vanos pensamientos que le habían hecho sordo a las cosas del cielo: ¿de qué serviría, en efecto, curarle si tiene el peligro de volver a caer nuevamente por no hallarse alejadas las causas de su enfermedad? Jesús, asegurando el futuro, mete en los oídos del cuerpo del enfermo sus dedos sagrados, que llevan el Espíritu Santo y hacen penetrar hasta los oídos de su corazón la virtud reparadora de este Espíritu de amor. Finalmente, con mayor misterio aún, puesto que la verdad que se trata de expresar es más profunda, toca con saliva de su boca divina esta lengua que se

[1] *Salmo*, L, 17

había hecho impotente para la confesión y la alabanza; y la Sabiduría, pues ella es la que se significa aquí místicamente, la Sabiduría *que sale de la boca del Altísimo* y, cual onda embriagadora, fluye sobre nosotros de la carne del Salvador, *abre la boca del mundo* del mismo modo que *hace elocuente la lengua de los niños* que aún no sabían hablar [1].

Ritos del Bautismo. — También la Iglesia, para hacernos ver que el relato evangélico se refiere en figura, no a un hombre aislado sino a todos nosotros, ha querido que los ritos del bautismo de cada uno de sus hijos recuerden las circunstancias de la curación que se nos acaba de relatar. Su ministro, antes de sumergir en el baño sagrado al escogido que le presenta, debe depositar en su lengua *la sal de la Sabiduría,* y tocar los oídos del neófito, repitiendo la palabra que Cristo dijo al sordomudo: *Ephphetha,* que significa: *abríos.*

En el Ofertorio se deja oír el canto de los humildes, libertados, curados y ensalzados por Dios.

OFERTORIO

Te exaltaré, Señor, porque me has socorrido, y no consentiste que se riesen de mí mis enemigos: Señor, clamé a Ti, y me has sanado.

---

[1] *Sabid.,* X, 21.

La asamblea de los siervos de Dios, le suplica en la Secreta que acepte sus dones, y que haga del Sacrificio el homenaje de su servidumbre y el sostén de su debilidad.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio nuestra servidumbre: para que lo que te ofrecemos, sea un don grato a Ti, y sirva de ayuda a nuestra flaqueza. Por nuestro Señor.

La Antífona elegida para la Comunión no puede venir mejor, en un tiempo en que los trabajos de la siega y de la recolección están en todas partes en plena actividad. Debemos, en efecto, tratar de ofrecer al Señor, por intermedio de su Iglesia y de sus pobres, las primicias de estos bienes que recibimos de sus manos. Mas si queremos en verdad *honrar con ello a Dios,* guardémonos de imitar la jactancia del Fariseo en el cumplimiento del deber tan sencillo y tan provechoso a quien lo cumple.

COMUNION

Honra al Señor con tu riqueza, y con las primicias de tus frutos: y se llenarán tus graneros plenamente y tus lagares rebosarán de vino.

El sagrado remedio de los Misterios obra en el cuerpo y en el alma; produciendo de este modo la salvación del uno y de la otra, es la ver-

dadera gloria del cristiano. En la Poscomunión, la Iglesia implora para sus hijos esta plenitud efectiva del Sacramento.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, con la recepción de tu Sacramento, sintamos su ayuda en el alma y en el cuerpo: para que salvados ambos, nos gloriemos de la plenitud de tu celestial remedio. Por nuestro Señor.

DUODECIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El Introito comienza por el bello versículo del Salmo 69: *¡Oh Dios, ven en mi ayuda; apresúrate, Señor, a socorrerme!* Casiano, en su conferencia décima, enseña cómo este grito del alma conviene a todos los estados, y responde a todos los sentimientos [1]. Durando de Mende lo aplica a Job en la presente circunstancia, puesto que las lecturas del Oficio de la noche, sacadas del libro en que se narran sus pruebas y padecimientos, coinciden, aunque raramente, con este Domingo [2]. Ruperto ve en él con preferencia, los acentos del sordomudo, cuya misteriosa curación

[1] *Colac.*, X, 10.
[2] *Racional*, VI, 126.

fué, hace ocho días, objeto de nuestras meditaciones. "El género humano, dice, se hizo en la persona de nuestros primeros padres sordo a los mandatos de su Creador, y mudo para cantar sus alabanzas; el primer movimiento de su lengua desatada por el Señor, es para invocar a Dios[1]. Ese es también el primer grito de la Iglesia por la mañana, y su primera expresión en las horas del día y de la noche.

INTROITO

Oh Dios, ven en mi ayuda: señor, apresúrate a socorrerme: sean confundidos y avergonzados mis enemigos, los que buscan mi vida. — *Salmo:* Sean derrotados, y cubiertos de afrenta: los que quieren mi mal. ℣. Gloria al Padre.

Ya hemos dado la razón por la que, con frecuencia, la Colecta de las Misas del Tiempo después de Pentecostés tiene alguna relación con el Evangelio del Domingo precedente. La oración que sigue se presta a esa conexión. Hace ocho días, el Evangelio nos recordaba que el hombre, inhábil desde poco ha, para el servicio de su Creador, habiendo recobrado por la divina bondad sus aptitudes sobrenaturales, se expresa *correctamente* desde entonces en el lenguaje de la alabanza: *loquebatur recte.* La Iglesia, partiendo de esta conclusión del sagrado relato, dice:

[1] *De los divinos Oficios,* XII, 12.

COLECTA

Omnipotente y misericordioso Dios, de cuyo don procede el que tus fieles te sirvan digna y laudablemente: suplicámoste hagas que corramos sin tropiezo a la consecución de tus promesas. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios. (2.ª III, 4-8).

Hermanos: Tenemos tal confianza con Dios por Cristo: no porque podamos pensar algo por nosotros como de nosotros mismos, sino que nuestra suficiencia viene de Dios, el cual nos ha hecho idóneos ministros del Nuevo Testamento, no de la letra, sino del espíritu: porque la letra mata, pero el espíritu vivifica. Si, pues, el ministerio de la muerte, grabado con letras sobre piedras, fué glorioso, de tal modo que los hijos de Israel no podían mirar el rostro de Moisés, por la gloria de su cara, que había de acabar: ¿cuánto más glorioso será el ministerio del Espíritu? Porque, si el ministerio de la condenación fué tan glorioso, mucho más glorioso aún es el ministerio de la justicia.

EL MINISTERIO NUEVO ESTÁ SOBRE EL ANTIGUO. — Cuando San Pablo hizo la apología del ministerio cristiano, sus enemigos le acusaron en seguida de haber hecho orgullosamente su propia apología. El se defiende. No reivindica para sí otro mérito sino el de haber sido el dócil instrumento de Dios. Esto es lo que deberán ser siempre los predicadores y misioneros del Evangelio. Saben bien que el éxito de su apostolado depende de la humilde obediencia con que de-

jen a Dios obrar en ellos y por ellos. No van en busca de su propia gloria, sino de la de Dios.

El haber sido proclamada de este modo su humildad, no obsta absolutamente nada para que el ministerio con que Dios ha investido a los Apóstoles, sea tenido por ellos a grandísima honra. Pues este ministerio, a pesar de lo que digan ciertos fieles de Corinto muy impresionados por las argucias de los judíos, es mayor y más glorioso que el del mismo Moisés. El, en efecto, trae la nueva ley, completamente llena del Espíritu de Cristo, de este Espíritu Santo vivificador y santificador, que procura que cada fiel se adentre en la familia de las tres Personas divinas. El mensaje de Moisés, por el contrario, aunque trajo al mundo una grandísima esperanza, no era, con todo eso, sino letra muerta. Moisés no promulgó sino ritos materiales, prohibiciones y condenaciones que no podían abrir a nadie el cielo.

Sin duda alguna, Moisés fué asimismo un fiel instrumento de Dios. Y para dar crédito a la autoridad divina de su ministerio, Dios no le dejó nunca sin un signo visible: siempre que Moisés entraba en el tabernáculo para conversar cara a cara con Dios y recibir las órdenes de la ley antigua, salía con el semblante resplandeciente de luz, de suerte que después de haber transmitido el mensaje divino, debía cu-

brirse con el velo para no deslumbrar al pueblo [1]. Mas, fundándose en este milagro, no podría tomarse ningún argumento para ensalzar el ministerio de Moisés sobre el ministerio de los Apóstoles. Pues no se pueden medir estas dos Alianzas con la misma medida: la nueva Alianza sobrepasa infinitamente a la antigua, y, si bien es cierto que la gloria del ministerio apostólico es diferente de la del ministerio mosaico, con todo eso, necesariamente es mucho mayor.

La gloria de ambos ministerios. — Por lo demás, la gloria que resplandecía en la faz de Moisés, era de tal naturaleza que, lejos de probar la superioridad de su ministerio sobre el de los Apóstoles, por el contrario demostraba su irremediable inferioridad. San Pablo tiene empeño en decirlo para no dejar asidero a ninguna objeción. Y esto lo hace en los versículos que siguen inmediatamente a los de la Epístola de este Domingo doce.

Ciertamente que el ministerio de Moisés estaba aureolado con una luz divina tan poderosa, que debía cubrirse con un velo para no deslumbrar los ojos del pueblo. Mas este velo, recuerda San Pablo, tiene otro significado. Moisés cubríase el rostro con él, "¡para que los hijos de Israel no viesen desaparecer este resplandor pasajero!" Así como la misma ley que promulgaba, era pa-

[1] Según el Exodo, XXXIV, 29-35.

sajera, del mismo modo lo era la gloria que tenía por fin darla crédito: este era un resplandor precario, momentáneo. No era sino una figura de la gloria, verdadera, durable, sustancial y eterna de aquellos que habían de anunciar una alianza que no terminará, una ley de caridad que nunca pasará. El ministerio cristiano no goza en este mundo de un resplandor visible; pero imita y prosigue el ministerio de Cristo en las pruebas, persecuciones y humillaciones, con el fin de conseguir la salvación del mundo. ¿No es suficiente esto, aun a pesar de las apariencias, para demostrar que es sobreabundante y eternamente glorioso?

He aquí una gran lección para los fieles, los cuales no deben olvidarse de rodear de respeto y de honor a quienes Dios ha escogido para que les anuncien, en su nombre, las palabras de salvación. Con frecuencia, son poco conocidos del mundo. Mas a los ojos de la fe están rodeados de resplandor mayor aún que el del rostro mismo de Moisés.

La contemplación. — Se podría sacar otra lección de esta bella Epístola. Moisés es, en el caso, imagen de la oración contemplativa y de sus maravillosos efectos. El privilegio de que sólo él fué dotado en la antigua alianza, de poder conversar con Dios cara a cara y de verse inundado de su resplandor, puede obtenerlo todos

los días el simple fiel en la nueva alianza. Si queremos, seremos, en efecto, "como Moisés cuando conversaba con el Señor y vivía junto a El. Todos nosotros leemos con libertad, en el espejo del Evangelio, la gloria y perfecciones del Señor. Podemos mantener por completo nuestra alma en la asidua contemplación de esta belleza. ¡Oh dulce maravilla! Presupuesto nuestro consentimiento en las renuncias previas, esa belleza sobrenatural del Señor, ya de suyo atrayente, resulta también activa; y con la asiduidad de nuestras miradas interiores, llega a invadirnos y transfigurarnos. Dícese de ciertos mármoles, que con el tiempo, fijan en sí la luz y se hacen fosforescentes bajo la acción del sol. Nuestra alma no es tan dura como el mármol; y en efecto, mientras la ley es impotente, he aquí que a fuerza de mirar al Señor, nuestra vida se une a El más estrechamente; se baña en su resplandor y sufre su acción secreta; de día en día y de escalón en escalón, se acerca cada vez más a su belleza, como llevada hacia Cristo por el soplo del Espíritu de Cristo"[1].

El género humano, sacado de su mutismo secular y colmado al mismo tiempo con los dones divinos, canta en el Gradual el agradecimiento que de su corazón rebosa.

---

[1] D. Delatte, *Epístolas de S. Pablo*, I, p. 422-424.

GRADUAL

Bendeciré al Señor en todo: tiempo su alabanza estará siempre en mi boca. ℣. En el Señor se gloriará mi alma: óiganlo los mansos, y alégrense.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, Dios de mi salud, de día y de noche clamo a Ti. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Lucas. (X, 23-37).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros véis. Porque os aseguro que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis, y no lo vieron: y quisieron oír lo que vosotros oís, y no lo oyeron. Y he aquí que un legisperito se levantó, tentándole y diciendo: Maestro, ¿qué haré para poseer la vida eterna? Entonces El le dijo: ¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lo lees? El, respondiendo, dijo: Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con todas tus fuerzas, y con todo tu entendimiento: y al prójimo como a ti mismo. Y díjole: Bien has respondido: haz eso, y vivirás. Pero él, queriendo justificarse a sí mismo, dijo a Jesús: ¿Y quién es mi prójimo? Y, respondiendo Jesús, dijo: Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó, y cayó en manos de los ladrones, los cuales le despojaron: y, habiéndole herido, se marcharon, dejándole medio muerto. Y sucedió que un sacerdote bajó por el mismo camino: y, habiéndole visto, pasó de largo. E igualmente un levita, llegando cerca de aquel lugar, y viéndole, pasó de largo. Mas un samaritano que viajaba, pasó cerca de él: y, habiéndole visto, se movió a compasión. Y, acercándose, vendó sus heridas, derramando sobre ellas aceite y vino: y, poniéndole en su jumento, le llevó a una posada, y tuvo cuidado de él.

Y, al día siguiente, sacó dos denarios y se los dió al hospedero, y le dijo: Cuida de él: y, todo cuanto gastares, yo te lo pagaré cuando vuelva. ¿Cuál de estos tres te parece a ti que fué el prójimo del que cayó en manos de los ladrones? Y él dijo: El que tuvo compasión de él. Y díjole Jesús: Vete y haz tú lo mismo.

El mandamiento del amor. — *"Amarás al Señor tu Dios de todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas y con todo tu espíritu, y a tu prójimo como a ti mismo."* La Iglesia, en la Homilía que hoy presenta, como de costumbre, a sus fieles, sobre el texto sagrado [1], no extiende su interpretación más allá de la pregunta de aquel doctor de la ley: basta con demostrar que, según su modo de pensar, la última parte del Evangelio, aunque más larga, no es sino una conclusión práctica de la primera, según esta expresión del Apóstol: *La fe obra por medio de la caridad* [2]. Y, efectivamente, la parábola del buen Samaritano, que por otro lado, tiene tantas aplicaciones del más elevado simbolismo, no fué expuesta por los labios del Señor, en su sentido literal, sino para destruir perentoriamente las restricciones que habían hecho los judíos en el gran precepto del amor.

Si toda perfección se halla condensada en el amor, si ninguna virtud produce sin él su fruto para la vida eterna, el amor mismo no es

[1] Oficio de la noche.
[2] *Gal.*, V, 6.

perfecto si no se extiende también al prójimo; y en este último sentido, sobre todo, dice San Pablo que el amor es *el cumplimiento de la ley*[1], y que es la plenitud de toda ella[2]. Porque la mayoría de los preceptos del Decálogo, se refieren directamente al prójimo[3], y la caridad debida a Dios, no es perfecta sino cuando se ama juntamente con Dios a lo que El ama, es decir, aquello que hizo a su imagen y semejanza[4]. De suerte que el Apóstol, no distingue, como lo hace el Evangelio, entre los dos preceptos del amor, pues osa decir: "Toda la ley está contenida en estas palabras: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo*"[5].

El prójimo. — Pero cuanto mayor es la importancia de este amor, tanto mayor es también la necesidad de no equivocarse acerca del significado y extensión de la palabra *prójimo*. Los judíos no consideraban como tales sino a los de su raza, siguiendo en ello las costumbres de las naciones paganas, para quienes los extranjeros eran enemigos. Mas he aquí que interrogado por un representante de esta ley mutilada, el Verbo divino, autor de la ley, la restablece por entero. Pone en escena a un hombre que sale de la ciu-

---

[1] *Rom.*, XIII, 8.
[2] *Rom.*, XIII, 10.
[3] *Ibid.*, 9.
[4] *S. Juan*, IV, 20.
[5] *Gal.*, V, 14.

dad santa, y a un Samaritano, el más despreciado de los extranjeros enemigos y el más odioso para un habitante jerosolimitano[1]. Y, con todo eso, por la confesión del doctor que le interroga, como indudablemente de todos los que le escuchan, el *prójimo,* para el desdichado caído en manos de los ladrones, no lo es tanto en este caso el sacerdote o el levita de su raza, como el extranjero Samaritano, que, olvidando los resentimientos nacionales, ante su miseria, no ve en él sino a su semejante. Convenía decir que ninguna excepción podía prevalecer contra la ley suprema del amor, tanto aquí abajo como en el cielo; y que todo hombre es nuestro prójimo, a quien podemos hacer o desear el bien, y que es nuestro prójimo todo aquél que practica la misericordia, aunque sea Samaritano.

El Ofertorio está sacado de un pasaje del Exodo en que Moisés aparece luchando con Dios para salvar a su pueblo después de la erección del becerro de oro, y triunfando de la cólera del Altísimo. Es posible que este Domingo caiga en el día en que la Iglesia hace memoria en el Martirologio del Caudillo hebreo (4 de septiembre); y esta es la razón, según Honorio d'Autun[2], de la mención reiterada que se hace hoy de este glorioso legislador de Israel.

---

[1] S. *Juan,* IV, 9.
[2] *Gemm., anim.,* IV, 69.

OFERTORIO

Oró Moisés delante del Señor, su Dios, y dijo: ¿Por qué te enfureces, Señor, con tu pueblo? Mitiga la ira de tu alma: acuérdate de Abraham, de Isaac, y de Jacob, a quienes juraste dar una tierra que mana leche y miel. Y se aplacó el Señor, y se arrepintió del mal que dijo iba a hacer a su pueblo.

En la Secreta se pide al Señor que acepte las ofrendas del Sacrificio, que nos merecerán perdón y darán gloria a su nombre.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio las hostias que presentamos en los santos altares: para que, alcanzándonos a nosotros el perdón, den honor a tu nombre. Por nuestro Señor.

Lo mismo que hace ocho días, la Antífona de la Comunión alude evidentemente al tiempo de la siega y de la vendimia. El pan, el vino y el aceite, no solamente son el sostén de nuestra vida material, sino que también son la materia de los más augustos sacramentos; en ninguna ocasión podría caer mejor su alabanza, en la boca del hombre, que al terminar el banquete sagrado.

COMUNION

Del fruto de tus obras, Señor, se saciará la tierra: para que saques pan de la tierra, y el vino alegre el corazón del hombre: para que brille el rostro con el óleo, y el pan conforte el corazón del hombre.

La vida que nos viene de los sagrados Misterios, encuentra en ellos, por la desaparición, cada vez más señalada, de las reliquias del mal que causó nuestra muerte, su perfección y defensa. Esto es lo que expresa la oración de la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos vivifique la santa participación de este Misterio, y nos sirva a la vez de expiación y defensa. Por nuestro Señor.

La vida que nos viene de los sagrados Misterios, encuentra en ellos, por la desaparición, cada vez más señalada, de las reliquias del mal que causó nuestra muerte, su perfección y defensa. Esto es lo que expresa la oración de la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que nos vivifique la santa participación de este Misterio, y nos sirva a la vez de expiación y defensa. Por nuestro Señor, [illegible]

[illegible]

[illegible] noste, Señor [illegible] en los santos [illegible] para que [illegible] honor [illegible]

[illegible] antífona [illegible] [illegible] mento [illegible] [illegible] los más augustos sacramentos [illegible] mejor su enseñanza, [illegible] del hombre, que al [illegible]

[illegible]

Durante [illegible] de tus [illegible], Señor, se sacan [illegible] de la tierra, y el vino [illegible] corazón del hombre, para que brille el [illegible] óleo, y el pan [illegible] el corazón del hombre [illegible]

PROPIO DE LOS SANTOS

2 DE JUNIO

SANTOS MARCELINO, PEDRO Y ERASMO, MARTIRES

(Siglo IV)

GLORIA DE ESTE DÍA. — La gloria del martirio ilumina este día con profusión raras veces vista en el Ciclo Litúrgico; podemos ya presagiar en el mes que comienza, la más importante de todas: la gloriosa confesión que Pedro y Pablo sellaron con su sangre. Italia, Francia y España contribuyen a formar para el cielo una legión de héroes. Dentro de poco admiraremos a los mártires de Lyon y a las falanges de mártires de la Iglesia española; mas hay que rendir los primeros honores a la Iglesia Madre. Saludamos en primer lugar a Marcelino, que con su sacerdocio formó numerosos reclutas a quienes el Espíritu Santo hizo dignos partícipes de su triunfo; honremos al exorcista Pedro, que condujo a la fuente sagrada a tantos paganos conquistados para Cristo al ver la debilidad de los demonios.

LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO. — S. Marcelino y S. Pedro fueron decapitados por la fe, en la persecución de Diocleciano, el año 304, en el lugar llamado *silva nigra,* en la vía *Cornelia,* cerca de Roma. El Papa S. Dámaso escuchó el relato de su martirio del mismo verdugo que les había dado muerte, y adornó su tumba con bella inscripción. Sus nombres están puestos en el Canon de la Misa, y en Roma se les dedicó una basílica.

SAN ERASMO. — A la memoria de los santos Marcelino y Pedro, va unida, en este día la de un santo Obispo martirizado en Formies, (Campania), a principios del siglo IV. Si los hechos que nos quedan de su vida, no están libres de todo reproche a los ojos de la crítica, los favores obtenidos por intercesión de Erasmo o San Telmo, divulgaron su nombre por toda la cristiandad, como lo atestiguan las numerosas formas que adopta este nombre en la Edad Media, en las diversas comarcas de Occidente. Es uno del grupo de los santos *auxiliadores* o protectores, cuyo culto se extendió sobre todo por Alemania e Italia. Los marinos lo han tomado por patrono, y a causa de uno de los tormentos que tuvo que sufrir, se le invoca contra los dolores de vientre.

PLEGARIA. — Oh santos mártires, vosotros tres confesasteis a Jesucristo en la más espantosa tempestad que le fué permitido al demonio sus-

citar contra la Iglesia. Sed compasivos ante los males que atormentan al género humano en este valle de lágrimas y de pruebas. Su gran miseria moral le ha hecho olvidarse, en la necesidad, hasta de sus poderosos protectores. Haced que se reavive en él vuestro recuerdo con nuevas gracias.

...A SAN ERASMO. — Tú en otro tiempo protegido por el cielo, protege ahora, oh Erasmo, a aquellos que luchan sobre las olas contra la furia de la tempestad desencadenada. Con valentía de espíritu entregaste a los verdugos hasta tus mismas entrañas; protege a quienes te invocan en los padecimientos que recuerdan, en cierto modo, los tormentos que por Cristo soportaste.

...A LOS SANTOS MARCELINO Y PEDRO. — ¡Oh Pedro y Marcelino, unidos en los trabajos y en la gloria! dirigid vuestros ojos hacia nosotros: una sola de vuestras miradas hace temblar al infierno, y alejará de nosotros sus falanges tenebrosas. ¡Cuánta necesidad tienen de vuestra ayuda la sociedad civil y el mundo visible! El enemigo, a cuya reclusión en los abismos tan poderosamente habéis contribuído, vuelve a constituirse señor. ¿Estamos acaso en el tiempo en que, volviendo a encender la guerra a los santos, le será permitido cantar victoria? Ya, ni disimula ahora, apenas se encubre. No sólo dirige al mundo, valiéndose de mil medios que las so-

ciedades secretas han puesto en sus manos de un modo ostensible, sino que se ha visto que quiere introducirse en toda clase de reuniones, en el seno de las familias como huésped de la casa, y como compañero de sus diversiones y de sus negocios, incitando siempre al mayor goce y a la disolución moral. El Anticristo, que aparecerá al final de los tiempos, poderoso por un poder usurpado y falso prestigio; ¿no se prepara ya precursores en las logias políticas de las sociedades secretas, en los conventículos de la teosofía o del espiritismo, donde aparecen en forma nueva algunos misterios antiguos del paganismo? Soldados valientes de la Iglesia, hacednos dignos de vuestros padres. Si el ejército cristiano disminuye en número, acreciéntase en él la fe; no desfallezcan sus fuerzas ni se dispersen; hállesele siempre haciendo frente al enemigo en la hora suprema en que Jesús exterminará de un soplo al hombre de pecado [1], y arrojará para siempre las hordas de Satanás en los pozos profundos del abismo.

EL MISMO DIA

LOS MARTIRES DE LYON

Es un episodio de la ciudad de Lyon, en la Galia, narrado por un testigo a los cristianos del

[1] *Al Tesalon.*, IX, 8.

Asia Menor. El año 177 se celebraban en la populosa urbe las fiestas de primeros de agosto, con mercados, juegos y orgías y bacanales. Las autoridades del lugar, los duunviros, sin autorización de los monstruos coronados de Roma, mandan encarcelar a los cristianos, a quienes la chusma llenaba de injurias, apedreaba, cazaba por las calles y por las casas, en las termas y en el foro; pues se negaban a tomar parte en los juegos y regocijos en honor de Isis, en los ritos del Taurópolo y de las teogonías de los cultos orientales.

Se llenan las cárceles. Los juicios son tumultos de un pueblo ebrio de orgía y de placeres. Los cristianos son impíos, en sus banquetes comen carne humana, en sus conventículos traman contra la autoridad del Estado. A tan burdas acusaciones responde una joven esclava, Blandina: "Yo soy cristiana y no se hace ningún mal entre nosotros". El potro, los garfios, el calabozo, el hambre y la sed; y los esclavos, Maturo, Santos, Atalo y Blandina son condenados a las fieras. Se acercan éstas, los lamen, los acarician, se les postran a sus plantas.

Se consulta al emperador Marco Aurelio, y, mientras tanto, siguen los suplicios. Se distinguen por su valor los más, algunos ceden y renuncian a la fe cristiana. Entre éstos el anciano obispo Fotino y otros muchos. Pero los alienta un médico de Frigia, Alejandro, y cuando llega

el perdón del César, no quieren aprovecharlo, y el primero el obispo relapso. La gracia ha triunfado en sus corazones. Alejandro atrae las iras del populacho. Atalo va gritando "soy cristiano". Estos dos fueron las víctimas del furor del pueblo. Subieron a la silla enrojecida al fuego. El olor de sus carnes invadía ya el ambiente, y Atalo exclamó: "He aquí lo que se puede llamar comer carne humana. Nosotros no la comemos, no hacemos mal alguno".

Blandina y un joven de 15 años fueron llevados varios días consecutivos a presenciar los tormentos y la muerte de sus compañeros. El niño y la esclava no se arredraron nunca. "No juro" decía el joven, "ni yo tampoco", la mujer. Después de haber sufrido los azotes, las fieras, la parrilla rusiente, fué envuelta en una red y arrojada a un toro. Lanzada al aire una y otra vez, parecía no darse cuenta: estaba absorta en la contemplación de los bienes eternos que la aguardaban. Fué la última víctima, la que presenció la muerte gloriosa de un grupo de héroes y confesores de Cristo que llevó a las moradas del cielo el furor de un pueblo enloquecido en las fiestas anuales con que el paganismo moribundo aturdía a toda una ciudad y su región.

Súplica. — Aplaca, Señor, por intercesión de éstas y tantas otras víctimas de los pueblos engañados, tu justa cólera por nuestros muchos

pecados; y a las naciones, así purificadas tantas veces en su historia secular, líbralas de estos azotes; y, enseñadas con estos admirables ejemplos, se aprovechen de los méritos de sus gloriosos confesores.

3 DE JUNIO

SAN ISAAC Y COMPAÑEROS MARTIRES

Ayer fueron Roma y Lyon las que ofrecieron al mundo el espectáculo de dos grupos de mártires de Jesucristo. Hoy toca a España presentarnos el ejemplo de otro grupo de testigos de la fe, tanto más admirables cuanto su testimonio fué espontáneo, inspirado por el ardor que distingue a los hijos de la nación evangelizada por uno de los *Hijos del Trueno.*

En plena Cuaresma hicimos ya conmemoración de San Eulogio, al que podíamos llamar el Apóstol de los mártires cordobeses. Justo es que hoy completemos su memoria con la de un grupo de aquellos valientes a quienes había lanzado a la conquista heroica del Reino de Dios.

LOS MOZÁRABES. — Era el año 851. El obispo de Córdoba, Recaredo, hechura del emir Abderrhamán II, estaba satisfecho porque "la mozarabía de *Al-Andalus* no se quejaba de su suerte". La tolerancia había firmado las paces. Los wi-

ticianos, los acomodaticios y transigentes con los hombres y las costumbres y los tiempos, habían triunfado. Estaba establecida la coexistencia entre dos pueblos de religión y costumbres distintas: mahometanos y cristianos.

Principio de la persecución. — Pero el año anterior ya había insultado al falso profeta Mahoma, en plena plaza pública, Perfecto, un cristiano ferviente. El no transigía con los matrimonios mixtos, con la entrada en la mezquita a la oración pública, con las fiestas de Ramadán, obligatorias para todos, con los tributos para levantar mezquitas, con recluirse en los templos cristianos y con aprender en las escuelas del estado junto con el árabe, la letra del Corán y sus doctrinas. Y la chusma del pueblo le acusó ante el Cadí, se mofó de él llenándole de injurias, y acabó por quitarle la vida y arrojar su cadáver al Guadalquivir. Aprobaron esta muerte de un cristiano Nasr, el eunuco y ministro omnipotente de Abderrhamán y la sultana Tarub, y empezó a correr la sangre entre la mozarabía de Córdoba y otras ciudades.

San Eulogio. — Dios suscitó entonces a un hombre providencial, una voluntad férrea que organizó la resistencia al poder del Islam, un revolucionario pacífico que aspiró osadamente a sacudir el yugo invasor, empezando su obra evan-

gelizadora en el manso campo de las ideas. Este apóstol fué San Eulogio. Removió la masa amorfa de la comunidad mozárabe en la capital del Emirato y en la Sierra donde se habían retirado los verdaderos cristianos; los monjes de Tábanos, Peñamelaria y Cuteclara y otros monasterios dúplices, algunos de la serranía. Les predicó que ellos "no debían estar dispuestos a perder sino a padecer; que no querían matar sino morir" por las leyes patrias y la religión de Jesucristo.

Y un día "sintieron la vocación al martirio" "se creyeron escogidos desde el principio por el Espíritu Santo para morir por la verdad". Presentáronse al Cadí de la ciudad, los días 3, 5 y 7 de junio, ocho valientes desafiando los tormentos: *Isaac, Sancho, Pedro, Walabonso, Sabiniano, Wistremundo, Abencio* y *Jeremías.*

San Isaac. — Un joven, a los 26 años de edad, era de los más asiduos a la predicación de Eulogio. Su madre le había dicho que, antes de nacer, había visto en él presagios del martirio; una religiosa se lo anunció también. Sintióse llamado al sacrificio. El 3 de junio se presentó al juez musulmán Saíd Ben Soleimán El Cafequí. Era éste fervoroso mahometano; todos los días el primero en la mezquita, el más ayunador, el discípulo aprovechado del profeta de la Meca.

—Quisiera hacerme discípulo de Mahoma, si alguien me explica su doctrina, dijo Isaac. El Cafequí "ahuecó la garganta, infló los carrillos y empezó a sacar engaños de las cavernas de su pecho. Expuso los orígenes del Islam, la vida de Mahoma, sus relaciones con el ángel Gabriel, la doctrina del Corán y los placeres de un paraíso poblado de huríes".

—Mentiras, patrañas, exclamó Isaac.

El juez airado, lloroso, frenético, le descargó una fuerte bofetada en la mejilla.

—¿Te atreves a herir así la imagen de Dios?

—¿Estas loco, ebrio, para insultar de este modo al Enviado?

—Ni lo uno ni lo otro. Si me condenas a muerte, no me importa. No he olvidado aquello de que son "Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos".

El caso era nuevo. Había que pasar aviso al Emir y a la sultana Tabur y al eunuco Nasr. Los tres decretaron la muerte del antiguo oficial del ejército: "Sea degollado y su cadáver sepultado en las aguas del Guadalquivir". Así murió el monje Isaac, que tres años había vestido el hábito monacal y aprendido la virtud del abad Martín en Tábanos. "Así quedó abierto el camino glorioso."

San Sancho le siguió el 5 de junio. Había nacido en el Pirineo francés, se había hecho oyen-

te asiduo de Eulogio cuando todavía era esclavo en la guardia del Sultán, en Córdoba. Al presentarse al Cadí, insultando a Mahoma, le dijo el juez que hallaba en él delito de traición, además de ser impío. Por eso le echaron en tierra, metiéronle por el cuerpo una larga estaca y, levantándole al aire, le entregaron a los espasmos de los tormentos. Murió empalado este Confesor de Cristo.

SAN PEDRO natural de Ecija, hízose monje en Cuteclara con

SAN WALABONSO, procedente de Niebla; los dos fueron discípulos aprovechados del abad Frugelo;

SAN SABINIANO era del pueblo de Froniano, en las montañas de Córdoba;

SAN WITRESMUNDO, de Ecija también, profesó la vida monástica en San Zoilo de Armelata;

SAN JEREMÍAS, el fundador del monasterio Tabanense. Llevó a la vida claustral a su sobrino San Isaac. Su ejemplo le dió bríos. Jeremías había encanecido en la penitencia y en la virtud cuando Dios le inspiró los deseos del martirio;

SAN HABENCIO, era conocido en Córdoba por sus austeridades. Vivió muchos años recluso en su celda, atado con cadenas su cuerpo y oprimido con cilicios y hierros.

"Estos seis bajaron a la arena, dice Eulogio, el día 7 de junio. Ante el juez dijeron a una

voz: También nosotros, oh juez, tenemos y profesamos la misma fe por la que han padecido nuestros santísimos cohermanos Isaac y Sancho; puedes ejecutar la sentencia; no perdones la crueldad y venga con toda saña en nosotros a tu profeta ultrajado. Pues amén de que confesamos que Cristo es Dios, proclamamos muy alto que vuestro profeta es el precursor del Anticristo y autor de una falsa doctrina. Dolémonos asimismo de vosotros, atosigados con el mortal veneno de sus enseñanzas y embriagados con la ponzoñosa bebida del demonio; porque sabemos que habréis de padecer eternos tormentos y nos dolemos de vuestra orfandad e ignorancia".

"Al instante los degollaron; sin embargo, no sé por qué razón, azotaron antes al anciano Jeremías, y dicen que, medio muerto ya por los azotes, apenas pudieron sacarle por sus propios pies al sacrificio. Aquellos mártires, mientras caminaban al lugar de la decapitación, se animaban unos a otros, cual si fuesen a un festín. Y en primer término cayeron los Reverendísimos ministros Pedro y Walabonso, y luego degollaron a la vez a los demás, el 7 de junio, domingo. Sus cuerpos los ataron a unos palos, y, días después, los quemaron en una hoguera y sus cenizas las arrojaron al río para que desapareciesen".

ORACIÓN DE SAN EULOGIO. — "Oh Señor, mi Dios, Alfa y Omega, principio y fin, nuestro verdadero Emmanuel, origen de mi vida, plenitud de mi alma, perfecta salvación mía... limpia la sembradura de este mi librito (de los Mártires) de la cizaña del mal espíritu, si se depositó algo de pulgón de malas consecuencias que pueden seguirse de esta obra. Ella me alcance tu gracia, la bendición de los Santos y la paz a las Iglesias; ella presente ante Ti *esta edad* y *te haga el recuento de las calamidades de tu pueblo.* Tú, volviéndote propicio a mirar el calabozo en que esto escribo, dame perdón de todo el mal que en mí depositó la astucia del tentador, con su vieja arte o cediendo yo por fragilidad. Sea mi obra el custodio de mi corona, la defensa de mi vida, el portador que lleve a los eternos premios por la intercesión de los Santos de quienes he escrito, y Tú me pongas en el Libro de los elegidos".

PLEGARIA A LOS MÁRTIRES. — ¡Oh gloriosos confesores de la fe! Inflamados por aquel fuego que Cristo y el Espíritu Santo trajeron al mundo, comprendísteis bien la palabra del divino Maestro, que dice: "Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos", y el vuestro fué tan grande que no aguardó a que los infieles vinieran a buscaros para llevaros al suplicio. Vosotros mismos os lanzásteis espontáneamente al

peligro, porque veíais que era necesario para salvar los valores espirituales de vuestro pueblo, amenazados por el peligro mayor de una tolerancia enervadora. Rogad por las regiones que os vieron nacer, y más todavía por aquella que ilustrasteis con los fulgores de vuestras virtudes y engalanasteis con la púrpura de vuestro martirio; y rogad también por la conversión de aquel pueblo que, engañado por su falso profeta, os dió a vosotros la ocasión para alcanzar el puesto distinguido que tenéis en el cielo. Vuestro ejemplo sirva para mantener despierta siempre y alerta la fe de España y de todo el mundo cristiano, de modo que, si fuere necesario, sepamos adelantarnos a confesarla sin miedo a perder la vida temporal a trueque de conseguir la eterna.

4 DE JUNIO

SAN FRANCISCO CARACCIOLO, CONFESOR

LA FE DE LOS SANTOS. — Los bienes traídos al mundo por el Espíritu Santo, siguen revelándose en la Liturgia. Francisco Carácciolo se nos presenta como un nuevo tipo de esta fecundidad sublime que el cristianismo ha comunicado a la tierra. La fe de los santos es en ellos el principio de la fecundidad sobrenatural, como lo fué en el

padre de los creyentes; ella engendra para la Iglesia miembros aislados o naciones enteras; de ella proceden igualmente las múltiples familias de órdenes religiosas, que, en su fidelidad en seguir los caminos diferentes en que los han puesto sus fundadores, son el elemento principal del regio aderezo de la Iglesia. Este pensamiento expresaba el Sumo Pontífice Pío VII el día de la canonización de San Francisco Carácciolo, intentando, decía, "enderezar de este modo el juicio de aquellos que consideren la vida religiosa según las vanas y engañosas miras de este mundo, y no según la ciencia de Jesucristo".

LAS ORDENES RELIGIOSAS EN EL SIGLO XVI. — El siglo XVI escuchó en sus comienzos la más horrenda blasfemia que se profirió contra la Esposa de Cristo. La llamada prostituta de Babilonia, dió entonces pruebas de su legitimidad frente a la herejía, incapaz de hacer germinar una virtud en el mundo, con el admirable florecimiento de las nuevas órdenes que salieron de su seno en algunos años, para responder a las exigencias de la nueva situación que había planteado la rebelión de Lutero. El retorno de las órdenes antiguas a su prístino fervor, la institución de la Compañía de Jesús, de los Teatinos, de los Hermanos de San Juan de Dios, del Oratorio de San Felipe Neri, de los clérigos regulares de San Jerónimo Emiliano y de San Camilo de Le-

lis, no bastan el espíritu divino; sino que suscita, a fines del mismo siglo, otra familia cuyo objeto especial será la organización en sus miembros de la mortificación y oración continuas, valiéndose para ello del uso incesante de los medios de mortificación cristiana y de la adoración perpetua del Santísimo Sacramento.

Los Clérigos Regulares y los hijos de San Francisco. — Sixto V, recibió con alegría a estos nuevos combatientes de la gran lucha. Para distinguirlos de las otras órdenes, ya numerosas, de Clérigos, que añadían a las obligaciones de su santo estado la práctica de los consejos, y en prueba de su afecto sinceramente paternal, el ilustre Pontífice dado al mundo por la familia franciscana, puso a estos últimos el nombre de Clérigos regulares *Menores*.

Con el mismo pensamiento de acercarse más y más a la Orden Seráfica, el santo cuya fiesta celebramos hoy, que llegará a ser el primer General del nuevo instituto, cambia el nombre de Ascanio, que tuvo hasta entonces, por el de Francisco. Dios mismo parece que se complacía en asemejar a Francisco Caráccíolo con el patriarca de Asís, al conceder a ambos cuarenta y cuatro años de vida.

Como su glorioso antecesor y patrón, el fundador de los Clérigos Regulares Menores, fué uno de esos hombres que, como dice la Sagrada Escri-

tura, aunque vivieron pocos años, recorrieron una larga carrera [1]. Numerosos prodigios revelaron al mundo durante su vida la virtud que él hubiera querido esconder por su profunda humildad. Apenas su alma abandonó la tierra y enterrado su cuerpo, una multitud inmensa corrió al sepulcro, que todos los días atestiguaba con algún prodigio el favor de que gozaba ante Dios aquel cuyos despojos mortales encerraba.

VIDA. — Ascanio Carácciolo nació en 1563 en los Abruzos. Su devoción a la Eucaristía y a la Sma. Virgen se demostró desde su infancia. A los 22 años, después de grave enfermedad, abandonó el mundo para entrar en la Congregación de los *Bianchi*, cuyo objeto era asistir a los prisioneros, a los condenados a galeras y a los ajusticiados. En 1588, fundó con otros dos compañeros una nueva congregación: la de los Clérigos Regulares Menores. Juntaría los ejercicios de la vida activa, como la educación de la juventud, a los de la contemplación, como, por ejemplo, la adoración perpetua del Santísimo Sacramento: Los clérigos se obligaban a no procurar ninguna dignidad eclesiástica.

Después de haber fundado numerosos conventos en Italia y España, S. Francisco murió en Agnone el año 1609: su cuerpo fué trasladado a Nápoles, donde aún reposa. Fué beatificado por Clemente XIV en 1769 y canonizado en 1807 por Pío VII, el cual extendió su culto a toda la Iglesia.

SAN FRANCISCO Y LA EUCARISTÍA. — Tu amor al Sacramento del altar fué muy bien recompen-

[1] *Sab.*, IV, 13.

sado, oh Francisco. Fuiste llamado al banquete de la patria eterna cuando la Iglesia entonaba las alabanzas de la Sagrada Hostia, en las primeras Vísperas de la fiesta que todos los años la dedica. Siempre próximo a la fiesta del Santísimo Cuerpo de Cristo, tu aniversario continua invitando a los hombres, como lo hacías durante la vida, a penetrar en la adoración los profundos misterios del Sacramento del amor. La divina Sabiduría es la que dispone misteriosamente la armonía del Ciclo Litúrgico, coronando a sus santos en el tiempo prefijado por su divina Providencia; tú merecías el lugar que ella te ha preparado en el santuario cerca de la Sagrada Hostia.

Oración y penitencia. — Cuando estabas en la tierra repetías sin cesar al Señor aquellas palabras del Salmista: *El celo de tu casa me ha devorado*. Estas palabras, que no eran propiamente del Salmista sino del Hombre-Dios, de quien era figura [1], llenaban realmente tu corazón; después de muerto, se encontraron escritas en la carne de ese corazón inanimado, como habiendo sido la única regla de sus latidos, y de sus aspiraciones. De aquí la necesidad de oración, junto con el ardor siempre igual por la penitencia, que te devoraba, y que diste como distintivo a tu instituto, y que habrías deseado comu-

[1] *Juan*, II, 17.

nicar a todos. Oración y penitencia, es lo único que puede colocar al hombre en el puesto que le corresponde ante Dios. Conserva este precioso depósito en tus hijos espirituales, oh Francisco, y, con su celo, por propagar el espíritu de su padre, hagan, si es posible, de este sagrado depósito, el único tesoro de toda la tierra.

5 DE JUNIO

SAN BONIFACIO, OBISPO Y MARTIR

Después de encomiar las excelsas virtudes del Patriarca de Occidente, y de describir los rasgos esenciales de su Regla, S. S. Pío XII, con su encíclica "Fulgens radiatur", dada con ocasión del XIV centenario de la muerte de S. Benito, pone de relieve la extraordinaria influencia de la Orden que fundó únicamente para el servicio de Dios.

INFLUENCIA DE LA ORDEN BENEDICTINA. — La historia lo atestigua. "En el curso de aquella época de tinieblas, en que reinaba la ignorancia en los hombres y el desorden en las cosas, los hijos de San Benito fueron casi los únicos que se ocuparon en conservar los monumentos doctrinales y literarios, en transmitirlos con todo cuidado, y comentarlos. Fueron los primeros que cultivaron las artes, las ciencias, la enseñanza, y las difundieron de todos los modos posibles.

"Ellos fueron los enviados por los Sumos Pontífices a extender con fruto por los confines del mundo el reino de Cristo, no con la espada, ni con la violencia, ni con el exterminio, sino con la Cruz y el arado, por medio de la verdad y la caridad. Donde quiera que fuesen estas tropas sin armas, compuestas de predicadores de la religión cristiana, de artesanos, de labradores, de maestros en las ciencias divinas y humanas, la tierra hasta entonces dejada en baldío, comenzaba a ser cultivada; las artes plásticas y las bellas artes se desarrollaban; los habitantes, abandonando su vida salvaje y brutal, eran instruídos en las costumbres sociales y en la civilización. Porque ante ellos, resplandecía, como rayo luminoso, la doctrina y las virtudes evangélicas.

"Multitud de apóstoles, ardiendo en celeste caridad, recorrieron todas las regiones inexploradas y bárbaras de toda Europa. Las regaron con sus sudores y su sangre generosa, y después de pacificar a los pueblos, les llevaron la luz de la doctrina católica y de la santidad...

"De hecho, no sólo Gran Bretaña, Francia, Holanda y Frigia, Dinamarca, Alemania, Pannonia y los países Escandinavos, sino también una multitud inmensa de pueblos eslavos se gloríán de haber tenido como apóstoles a los monjes, a los cuales consideran como el honor de su historia y los ilustres fundadores de su civilización."

San Bonifacio. — Uno de estos monjes es el santo que la Iglesia propone hoy a nuestra admiración, a nuestro culto y a nuestro agradecimiento. Monje celoso y sabio, pronto se reveló su vocación de misionero, y fueron tales sus éxitos apostólicos, que los Papas y los Reyes acudieron a él, no sólo para convertir a los pueblos paganos, sino para fundar y reformar las iglesias. Fué obispo, legado y diplomático. Con razón el Papa Gregorio II cambió su nombre de Winfrido por el de Bonifacio, esto es, Bienhechor. Fué uno de los personajes más ilustres del siglo VIII, y quizás el santo más glorioso. Acabó su brillante carrera con el martirio, demostrando así que, siempre y en todas partes, no le había guiado más que un purísimo amor de Dios, y de los hombres.

Vida. — S. Bonifacio nació hacia el 680 en el reino anglosajón de Wesse. A los 7 años entró en la Abadía de Exeter. Enviado a la de Nursling para que continuase sus estudios y después enseñar, se distinguió por su fidelidad a todas las observaciones de la Regla y por su celo en predicar a los grandes y pequeños de los alrededores.

Su deseo de llevar la verdad a los paganos, le obligó a partir, con tres compañeros para Frisia, donde permaneció algún tiempo. Volvió a su monasterio y partió otra vez para ir a Roma en el año 718. El Papa Gregorio II le entregó una carta de investidura autorizándole para que predicase la fe a los idólatras de Alemania. San Bonifacio se dirigió hacia Baviera, Tu-

ringia, y finalmente se estableció en Frisia, que acababan de conquistar los francos, y donde se hallaba ya San Willibrordo. Después de tres años, se internó en el país y evangelizó la región de Hesse. En el 722, Gregorio II le consagró Obispo, pero no le dió una diócesis fija. En el 724 estaba en Turingia, luego pasó a Baviera, donde estableció numerosos obispados, de modo que al cabo de 20 años fueron evangelizadas todas las regiones de Alemania, sometidas a los francos. Después de la muerte de Carlos Martel, emprendió, con ayuda de su hijo Pipino, la reforma de la Iglesia franca, convocó concilios para extinguir la simonía e hizo que todos los obispos se sometiesen a la jurisdicción del vicario de Cristo. Puso su sede en Maguncia en el año 747, pero, cuando quiso volver a Frisia, fué martirizado en Dokkum el 5 de Junio de 754. Su cuerpo fué trasladado al Monasterio de Fulda, en el cual es venerado de toda Alemania católica, de la que es el Patrón.

Plegaria. — Ante el celo de tu alma, la grandeza de tus obras y la gloria de tu martirio, la admiración iguala en nosotros al reconocimiento, oh tú, a quien tantos pueblos te son deudores. Sin ti no hubiera sido posible la formación del Sacro Imperio; sin ti hubiera perecido la Iglesia franca a causa de la simonía de sus obispos; sin ti varias naciones, desde Holanda hasta el Tirol, habrían permanecido bárbaras e idólatras: Por lo cual también nosotros nos regocijamos por la gloria que el Señor te ha concedido en el cielo.

"Me alegraré en Jerusalén y me gozaré en mi pueblo; y no se oirá el grito de los llantos ni la

voz de la angustia. Mis elegidos no trabajarán en vano ni engendrarán en la tribulación; porque son raza bendecida por el Señor y sus hijos son benditos con ellos."[1] Ojalá estas palabras se verifiquen más y más. La herejía ha manchado el campo de tu apostolado, y después de guerras sangrientas, las naciones quieren reconstituir en Europa la unidad y la paz que tanto procuraste establecer. Dios quiera que los príncipes comprendan que no se encontrará esta unidad y esta paz, sino en el retorno a la fe que predicaste, en la obediencia a la Iglesia y al Papa como nos lo enseñaste con tu ejemplo.

Ruega por nosotros: pide a Dios que suscite en nuestro mundo moderno apóstoles poderosos en obras y en palabras, como tú lo fuiste. Ven de nuevo a salvar a Europa de la anarquía, destruyendo el reino de Satanás y devolviéndonos la fe.

6 DE JUNIO

SAN NORBERTO, OBISPO Y CONFESOR

La Iglesia alaba a San Norberto como "elocuente predicador de la palabra divina y fundador de una nueva familia religiosa"[2]. Estos son, en efecto, los dos rasgos principales de este gran

---

[1] *Isaías*, LXV, 19-23. Introito de la Misa.
[2] Colecta de la Misa.

siervo de Dios, que continuó en el siglo XII la obra que ayer mirábamos en S. Bonifacio.

SAN NORBERTO Y SAN BONIFACIO. — Este último, para asegurar los frutos de su apostolado, fundaba monasterios benedictinos en las regiones que evangelizaba. Norberto, para extender y continuar el suyo, fundó una familia de Canónigos Regulares y luego otra de religiosas, que tendrían, en el interior del claustro, todos los ejercicios de la vida contemplativa.

Ambos comenzaron su ministerio después de retiros, oraciones y penitencias. Pero con la diferencia de que, mientras el futuro apóstol de Alemania entró en el monasterio a los siete años de edad, San Norberto no lo hizo sino a la edad de 33, después de haberse entregado a las vanidades del mundo, hasta que, tocado por una gracia especial, se dió a Dios, y se desquitó con su fervor y celo, de los años que había pasado entregado a una vida mundana.

LOS PREMONSTRATENSES. — San Norberto quiso que sus hijos uniesen la vida activa a la contemplativa. A las obligaciones del Oficio divino, a las austeridades de una penitencia ininterrumpida, debían añadir la salvación de las almas por medio de la predicación y de la administración de los Sacramentos.

Faltaba en la Iglesia de Dios este complemento a la obra de los monjes, que habían refor-

mado el episcopado, pero no podían, en la medida que era necesario, abandonar los claustros y tomar sobre sí el cuidado de las almas, a las que tanto mal hacían en aquel tiempo los pastores indignos, por la simonía y la inmoralidad. Únicamente la vida religiosa era capaz de exaltar la dignidad del sacerdocio. San Norberto fué escogido por Dios para realizar en parte esta reforma, y Dios bendijo de tal modo su obra, que pudo fundar monasterios en casi todos los países de Europa y aún de Oriente.

León XIII dividió a los Premonstratenses en cinco provincias, que cuentan entre todas unos 1.000 religiosos, y cuya cabeza es la Abadía austríaca de Stravov. Las religiosas Norbertinas poseen unos diez monasterios.

VIDA. — Norberto nació en 1082 en Xanten, en Renania. Hecho canónigo de esta ciudad y luego capellán del emperador Enrique V, vivió primero en el lujo y en los placeres. Pero pronto se convirtió y abandonó la corte, renunció a su beneficio de canónigo, distribuyó sus bienes a los pobres, para consagrarse completamente a la predicación. Tuvo el gozo de convertir a muchos herejes y pecadores. En 1120 se estableció en Prémontré, en la diócesis de Laón. En esta soledad, se le juntaron varios compañeros, y allí fué donde fundó su Orden, que tomó el nombre del lugar, y, aprobada por Honorio II, se propagó de un modo admirable. En 1126 fué elegido, contra su voluntad, Obispo de Magdeburgo: allí salió a la defensa de la disciplina eclesiástica, reformó el clero, vivió en la mayor pobreza y dió el más admirable ejemplo de

virtudes. Después de haber asistido a los concilios de Lieja y de Reims en 1131, en los cuales se encontró con Inocencio II, acompañó al Papa a Roma, reprimió el cisma de Pedro Leonis y murió en Magdeburgo en 1134.

ALABANZA. — Supiste, oh Norberto, como convenía, *recuperar sabiamente el tiempo* [1], en aquellos días malos en que tú mismo por tanto tiempo hubiste defraudado a Dios en los designios de su amor. Los años desaprovechados por ti en el servicio del Maestro, se los devolviste multiplicados al infinito; aumentados con todos aquellos que le han dado tus hijos. En veinte años tus mismas obras llenaron al mundo. El cisma vencido, la herejía abatida para gloria del Sacramento de la Eucaristía, los derechos de la Iglesia reivindicados contra los poderosos del mundo, el sacerdocio restaurado a su pureza primitiva, la vida cristiana reconstruída sobre sus verdaderos fundamentos, que son la oración y la penitencia: todo esto se debe a la generosidad con que respondiste a la gracia del Espíritu Santo. Haz que también nosotros comprendamos que nunca es tarde para comenzar a servir a Dios, e imitándote, conozcamos que aun en el atardecer de la vida, el tiempo que resta, basta para hacernos santos si nos damos completamente a Dios.

---

[1] *Eph.*, V, 16.

PLEGARIA. — La fe, la devoción al Sacramento del Altar y a la Inmaculada Madre de Dios fueron tus principales virtudes: hazlas brotar en nuestro escéptico siglo, que va encaminándose hacia el abismo. No olvides desde el cielo las regiones que evangelizaste: Magdeburgo, que ha perdido la fe; Praga, que conserva tus reliquias, y Francia, que hace alarde de tu gloria. Para la salvación de nuestro tiempo, alcánzanos de Dios que tu Orden recobre su antiguo esplendor; y bendice a todos aquellos de tus hijos que trabajan por hacer revivir en nosotros tus beneficios.

9 DE JUNIO

SANTOS PRIMO Y FELICIANO, MARTIRES

DIVERSIDAD DE SANTOS. — En este mundo todas las cosas tienen un solo fin: procurar ya desde aquí abajo a la Iglesia las galas del cielo, disponer su aderezo para la eternidad; aderezo sublime, constituído por las virtudes de los santos, que han de hacer a la elegida del Verbo, digna de sentarse a la diestra del Esposo en lo más alto de los cielos[1]. El Ciclo sagrado, en su curso anual, nos proporciona la imagen del trabajo incesante por el cual, el Espíritu Santo, haciendo diversos entre sí los méritos de los san-

[1] *Apoc.*, XIX, 7-8; *Ps.*, XLIX, 10.

tos, prepara para las nupcias eternas la admirable variedad de adornos de la Iglesia, cuyos miembros son los santos. Dos mártires, purpurados por su sangre, vienen hoy a hacer resaltar la resplandeciente blancura de las obras de Norberto. Se mostraron como intrépidos apoyos de los confesores de Cristo, en medio de atroces persecuciones que se encontraron contra la Iglesia. Y un mismo combate debía también poner término a su vida en la tierra, y hacerlos nacer para el cielo.

VIDA. — De estos santos no sabemos nada de su vida ni de su muerte. Las Actas de su martirio—si fuesen auténticas—nos permitirían colocarle en la persecución de Diocleciano. La tradición nos atestigua que eran ya entrados en años cuando se convirtieron. Su santidad nos la certifica el culto de que fueron objeto desde la más remota antigüedad. Sus cuerpos reposaron en Nomentanum, hoy Mentana; mas el Papa Teodoro I (642-649) los trasladó a Roma y mandó colocarlos en la rotonda de S. Esteban en el monte Celio. Un mosaico los representa con el rollo de la ley divina.

PLEGARIA. — Veteranos de los combates del Señor, enseñadnos cuál es la fuerza que hay que desplegar en toda edad para servir a Dios. Menos favorecidos que nosotros, conocisteis tarde el Evangelio y las riquezas sin cuento que confiere al cristiano. Pero vuestra juventud se renovó, como la del águila[1], en el santo bautismo, y el Espí-

[1] *Ps.*, CII, 5.

ritu Santo produjo en vosotros abundantísimos frutos. Cuando por fin sonó la hora del triunfo final, vuestro valor igualó al de los combatientes más heroicos. Despertad en nosotros la fe en la palabra de Dios; sus promesas nos harán, como a vosotros, despreciar la vida presente, Haced volver la piedad a las fuentes verdaderas que fortifican al alma, al conocimiento, al uso diario de las fórmulas sagradas, que tan admirablemente unen la tierra con el cielo, del cual descendieron.

10 DE JUNIO

SANTA MARGARITA, REINA DE ESCOCIA

MADRE Y PATRONA DE ESCOCIA. — Antes del cristianismo, achicado el hombre, por su pecado, en su persona y en su vida social, no conocía la grandeza de las intenciones divinas sobre la misión de la mujer en el nacimiento de los pueblos; la filosofía y la historia no sabían que la maternidad pudiese elevarse a tal altura. Pero el Espíritu Santo, dado a los hombres para instruirlos en toda verdad, multiplica después de su venida los ejemplos, con el fin de revelarnos la grandeza del pan divino, siendo la fortaleza y la suavidad las que en esto, como en todo lo demás, presiden los consejos de la Sabiduría eterna. Escocia era ya cristiana hacía tiempo, cuando le fué dada Santa Margarita, no para

conducirla al bautismo, sino para establecer entre sus diversas regiones, con frecuencia enemigas entre sí, la unidad que constituye la nación.

En el exacto cumplimiento de sus deberes de reina, encontró la santidad. De este modo nos ha enseñado que la verdadera y única misión de los príncipes cristianos, consiste en afianzar la paz y la unión de los ciudadanos, para que pueda florecer la caridad en la sociedad y en las almas.

VIDA. — Margarita nació en el destierro en 1045 y no conoció a Inglaterra, su patria, hasta 1054. Pronto tuvo que huir con su familia a Escocia. Allí la pidió por esposa el rey Malcon III en 1070. Tuvo seis hijos, dos de los cuales son honrados como santos.

Margarita hizo uso de su influencia para reunir a la nación en torno al rey. Reprimió los abusos e indujo al pueblo a que cumpliese los mandamientos y usos de la Iglesia. Empleó sus riquezas en construir iglesias y aliviar a los pobres.

Al morir el rey el 13 de Noviembre de 1093, ella misma le siguió tres días más tarde. Sus reliquias desaparecieron en el siglo XVIII. Inocencio XI extendió su fiesta a la Iglesia universal en el año 1693.

LA INTERCESIÓN DE UNA REINA. — "Señor, que inspiraste a la bienaventurada reina Margarita un tierno amor a los pobres: haz que por su intercesión y ejemplo se acreciente continuamente tu caridad en nuestros corazones"[1].

Bendita seas, pues, por el ejemplo que nos has dado. Siendo Reina, quisiste, según el con-

[1] Oración del día.

sejo y el ejemplo del Maestro, hacerte la más pequeña de todos, lavando los pies a los pobres y sirviéndoles humildemente. Rica en bienes de la tierra, los distribuíste con liberalidad a los desgraciados y a las iglesias de tu reino. Pide a Dios que tengamos la dicha de comprender lo que es la humildad de corazón y practicar la caridad fraterna. Desde lo alto del cielo donde reinas, no te olvides de Inglaterra, tu patria, ni de Escocia, cuya protección te ha confiado la Iglesia. Con San Andrés, que participa de este patronato, conserva para Dios las almas fieles, multiplica el número de las conversiones a la fe verdadera, y haz que pronto el rebaño completo se acoja gozoso bajo la protección del único Pastor [1].

11 DE JUNIO

SAN BERNABE, APOSTOL

EL SENTIDO CRISTIANO DE LA HISTORIA. — La promulgación de la nueva alianza vino a convidar a todos los pueblos a tomar asiento en el banquete del reino de Dios; desde entonces, en el curso de los siglos, como lo hemos hecho notar, el Espíritu santificador produjo los Santos, en momentos que corresponden frecuentemente a los más profundos designios de la eterna Sabiduría sobre la historia de las naciones. No nos

[1] *S. Juan*, X, 16.

admiremos: las naciones cristianas, como tales, tienen que desempeñar su misión en el progreso del reino de Dios. Esta misión las confiere obligaciones y derechos que están sobre las leyes de la naturaleza; el orden sobrenatural las concede toda clase de poderes, y el Espíritu Santo preside por sus elegidos a su desarrollo como a su nacimiento. Con razón admiramos en la historia esta providencia maravillosa, que, sin saberlo los pueblos, los transforma, y a la vez, por la influencia oculta de la santidad de los pequeños y humildes, domina la actividad de los poderosos que parece quieren arrollarlo todo a su capricho.

AGRADECIMIENTO A LOS APÓSTOLES. — Pero, entre los Santos que nos parecen como el canal de las gracias destinadas a las naciones, hay algunos a quienes el agradecimiento universal debe tener menos olvidados que a los demás: éstos son los Apóstoles, colocados como base del edificio social cristiano [1], cuya fuente es el Evangelio. La Iglesia procura cuidadosamente alejar de sus hijos el daño de un tan funesto olvido; ninguna estación litúrgica se ve privada del recuerdo de estos gloriosos testigos de Cristo. Pero, desde que se acaba el tiempo Pascual, sus nombres se encuentran con más frecuencia en el calendario, y cada mes recibe en gran parte su esplendor del triunfo de alguno de ellos.

[1] *Ephes.*, II, 20.

... Y A SAN BERNABÉ. — El mes de Junio, abrasado por los fuegos recientes de Pentecostés, vió al Espíritu Santo colocar los primeros sillares de la Iglesia sobre los fundamentos predestinados; merecía, pues, el honor de ser escogido para recordar al mundo los nombres de Pedro y Pablo, que resumen, ellos solos, los servicios y glorias de todo el Colegio Apostólico. Pedro proclamó la admisión del pueblo gentil, a la fe de Jesucristo; Pablo fué elegido su Apóstol; pero aun antes de proclamar, como es debido, la gloria de estos dos príncipes del pueblo cristiano, el homenaje de las naciones se dirige en este día al guía de Pablo en los comienzos de su apostolado, al *hijo del consuelo* [1] que presentó al convertido de Damasco a la Iglesia, zarandeada por las violencias de Saulo su perseguidor. El 29 de Junio recibirá todo su esplendor de la confesión simultánea de los dos príncipes de los Apóstoles, *unidos en la muerte como en la vida.* ¡Honor, pues, al que sirvió de lazo de unión para esta amistad fecunda, conduciendo al Príncipe de la Iglesia naciente, al futuro apóstol de los gentiles![2]. Bernabé se presenta a nosotros como un precursor; la fiesta que le dedica la Iglesia, es como el preludio de las alegrías que nos esperan al fin de este mes, tan rico en luz y frutos de santidad.

[1] *Act.,* IV, 36.
[2] *Act.,* IX, 27.

Vida. — S. Bernabé, judío y levita, nació en Chipre. Partió muy pronto a Jerusalén y fué uno de los primeros cristianos. Muy afecto a la Iglesia, vendió un campo cuyo valor se lo entregó a los Apóstoles. Estos le cambiaron el nombre de José por el de Bernabé o "hijo del Consuelo", lo que significa que tenía el don de exhortar y consolar. El les presentó a Saulo después de su conversión en el camino de Damasco, y luego, haciéndole compañero suyo en la misión de Antioquía, le inició en la vida apostólica entre los gentiles. Pronto los designó a los dos el Espíritu Santo para que llevasen el Evangelio a Chipre, a Galicia meridional, a Antioquía de Pisidia, Iconio y Listria. Volvieron a Jerusalén, donde tomaron parte muy importante en el primer concilio, y luego tornaron a Antioquía: allí se separaron, y S. Bernabé volvió solo a Chipre. Un escrito del siglo v nos dice que allí padeció el martirio, lapidado y quemado por los judíos que fueron de Siria a Salamina [1].

Bajo la moción del Espíritu Santo. — El mismo Espíritu Santo hizo tu elogio llamándote en el libro de los *Hechos* [2] "varón perfecto, lleno del Espíritu Santo y de fe". El mismo fué quien te inspiró que abandonaras todos los bienes para entregarte libremente a la predicación del Evangelio. Fué también quien te señaló a los ancianos de Antioquía para que te enviasen con Pablo como nuevo apóstol de los Gentiles. Fué quien quiso que presentases al Colegio Apostólico al

[1] La familia religiosa que en el siglo xvi tomó el nombre de Bernabitas, lo hizo por la proximidad de la Iglesia de San Bernabé en Milán.

[2] *Act.*, XI, 24.

convertido de Damasco, que le sacases de la soledad y le acompañases en su primera misión.

Recordar tales hechos, es la mayor de las alabanzas que podemos tributarte. Nos gozamos en volverlas a la memoria, y al nombrarte todos los días con la Iglesia en el Canon de la Misa, nos damos más cuenta del papel protector que Dios te confió para con nosotros.

Puesto que estás presente en todas nuestras Misas, une tu oración a la nuestra para que, conforme lo desea la Iglesia en este día, "obtengamos de la gracia del Señor los beneficios que por tu intercesión Le pedimos *(Colecta)* para que el santo Sacrificio nos limpie de las manchas de nuestros pecados *(Secreta)*; y que, alimentada con la Eucaristía, nuestra vida se consagre por completo al servicio de Dios y le sea agradable". *(Poscomunión)*. Y si sucediere que nos desalentasen las pruebas de la vida presente y nos llenasen de tristeza, acuérdate de los dones que tan abundantes derramó el Espíritu Santo sobre tu corazón de Apóstol: anima nuestra confianza y sé nuestro consolador.

12 DE JUNIO

SAN JUAN DE SAHAGUN, CONFESOR

LA PAZ DE CRISTO. — El reino que los Apóstoles deben establecer en el mundo, es el reino de la

paz. Esta fué prometida, por los cielos a la tierra en la noche de Navidad; y en el curso de aquella noche que presenció la despedida del Señor, en la Cena, el Hombre-Dios fundó el nuevo Testamento sobre el doble legado que confió a la Iglesia de su sagrado Cuerpo y de la paz que habían anunciado los ángeles[1]: paz que hasta entonces no había conocido el mundo, dice el Salvador: paz completamente suya porque de solo El procede, don sustancial y divino, que no es otro sino el Espíritu Santo en persona. Los días de Pentecostés derramaron esta paz, como levadura sagrada, por todo el mundo. Hombres y pueblos sintieron su influencia. El hombre, en lucha con el cielo y dividido contra sí, justamente castigado por su insumisión a Dios con el triunfo de los sentidos en su carne sublevada, ha visto que entraba de nuevo en su ser la admirable armonía. Además Dios se complace en tratar como a hijo al obstinado rebelde de los tiempos pasados. Los hijos del Altísimo formarán en el mundo un pueblo nuevo, el pueblo de Dios, que se extenderá hasta los confines de la tierra[1].

La Iglesia y la paz. — Antiguamente las naciones, empeñadas siempre en disputas y atroces combates que terminaban con la exterminación del vencido, una vez convertidas al cristianismo,

---

[1] *S. Juan,* XIV, 27.
[2] *Isaías,* XXXII, 18.

se tratarán en adelante como hermanas en la filiación del Padre común, que está en los cielos. Súbditas fieles del Rey pacífico, dejarán que el Espíritu Santo modere sus costumbres; y si la guerra, consecuencia del pecado, hace, y con harta frecuencia, su aparición en el mundo para recordarle los desastres que siguieron al primer pecado, el azote inevitable reconocerá al menos otras leyes que la fuerza. El derecho de gentes, derecho completamente cristiano que no admitió la antigüedad pagana, la fidelidad en los tratados, el arbitraje del Papa, moderador supremo de la conciencia de los reyes, alejarán las ocasiones de conflictos sangrientos. En algunos siglos, la *paz de Dios* y *la tregua de Dios*, juntamente con otras mil industrias de la Iglesia, determinarán los días y años en que podrá desenvainarse la espada que mata el cuerpo; si traspasa los límites señalados, será quebrantada por el poderío de la espada espiritual, más temible que la del guerrero. De tal magnitud será la fuerza del Evangelio, que, incluso en nuestros tiempos de decadencia general, el respeto al enemigo desarmado detendrá a sus adversarios más enconados, y después del combate, vencedores y vencidos, como hermanos, prodigarán los mismos cuidados del cuerpo y del alma a los heridos de ambos campos: ¡energía vital del fermento del Evangelio, que transforma continuamente a la humanidad desde hace diez y ocho siglos, y que

trasciende asimismo a los que se empeñan en negar su poder!

Un ministro de la paz. — Ahora bien, uno de los ministros de esta conducta admirable de la Providencia, y ciertamente uno de los más gloriosos, es el santo cuya fiesta celebramos hoy. La paz mezcla sus divinos destellos con la aureola que corona su frente. Noble hijo de la católica España, preparó las grandezas de su patria con no menor ardor que el que desplegaban los héroes que luchaban contra el moro, que sin remedio agonizaba. Cuando se acababa la cruzada, ocho veces secular, que arrojó a la Media Luna del suelo ibérico, y cuando los reinos de esta tierra magnánima se unían bajo un solo cetro, el humilde ermitaño de S. Agustín sembraba en los corazones esta poderosa unidad con que se inauguraban ya las glorias del siglo xvi. Cuando él apareció, las rivalidades que un honor mal entendido puede suscitar tan fácilmente en una nación armada, manchaban a España con la sangre de sus propios hijos, derramada por manos cristianas; la discordia, vencida por sus manos desarmadas, forma de pedestal glorioso en el cual recibe ahora los homenajes de la Iglesia.

Vida. — Juan de Castrillo nació en Sahagún (León) hacia 1430. Ordenado sacerdote, estuvo primero al servicio del Obispo de Burgos, luego en 1450, fué a

Salamanca, donde, después de cursados sus estudios en la Universidad, comenzó a enseñar y predicar. Después de una grave enfermedad, entró en los Agustinos, donde profesó el 28 de Agosto de 1464 y fué nombrado, al año siguiente, definidor de la provincia. La ciudad de Salamanca estaba entonces dividida en algunos partidos. Juan procuró devolverles la paz, lo que consiguió gracias a sus sermones y a su paciencia. Leía en los corazones, tenía el don de profecía, y, celebrando la Santa Misa, veía al Señor en su gloria. Murió el 11 de Junio de 1479. En 1601 el Papa Clemente VIII permitió celebrar la misa en su honor y Benedicto XIII extendió su fiesta a la Iglesia Universal.

La bienaventuranza de los pacíficos. — Eres digno, glorioso santo, de aparecer en el cielo de la Iglesia en estas semanas que siguen inmediatamente a los días de Pentecostés. Con muchos siglos de anticipación, Isaías, al contemplar el mundo después de la venida del Espíritu Paráclito, describía en estos términos el espectáculo que en visión profética tenía ante sus ojos: "¡Cuán hermosos son sobre los montes los pies de los que anuncian la paz, de los que llevan la salvación, clamando a Sión: *Tu Dios va a reinar!*"[1] A los que admiraba el Profeta, eran los Apóstoles que tomaban posesión del mundo para Dios; ¿pero no fué también tu misión la que tan entusiastamente proclama el Profeta? El mismo Espíritu que los animaba, dirigía tus pasos; el

[1] *Isaías,* LII, 7.

Rey pacífico vió que por tu trabajo se aseguraba su cetro en una de sus más ilustres naciones que forman parte de su imperio. En el cielo donde tú reinas con él, la paz, que fué el objeto de tus fatigas, constituye ahora tu corona. Tú experimentas la verdad de aquellas palabras que profirió el Maestro pensando en los que se parecen a ti, y a todos aquellos que, apóstoles o no, establecen la paz, al menos en el terreno de su propio corazón: "Bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios"[1]. Estás en posesión de la herencia del Padre; el beatífico descanso de la Santísima Trinidad llena tu alma; y se derrama en estos días hasta nuestras heladas regiones.

PLEGARIA POR ESPAÑA. — Concede a España, tu patria, la ayuda que la fué tan provechosa. No ocupa ahora en la cristiandad el lugar eminente que ocupó después de tu muerte. Ha padecido rudos asaltos de parte de los enemigos de la Iglesia, pero ha guardado intacta la fe católica. Haz que se acuerde siempre que, el servicio de Cristo constituyó su gloria, y el apego a la verdad, su tesoro; no olvide nunca que únicamente la verdad revelada da al hombre la verdadera libertad[2] y que sólo ella puede guardar indisolublemente unidas en una nación las inteligencias y

[1] *S. Mat.*, V, 9.
[2] *S. Juan*, VIII, 32.

las voluntades: lazo poderoso que asegura la fuerza de sus fronteras y la paz en el interior de la nación. Apóstol de la paz, protege a tu pueblo, y para confirmar su fe, recuérdale y enseña a los pueblos que lo han olvidado, que la fidelidad absoluta a las enseñanzas de la Iglesia es el único terreno en que los cristianos pueden buscar y hallar la concordia.

EL MISMO DIA

SAN BASILIDES Y SUS COMPAÑEROS, MARTIRES

La guerra y la paz. — Junto a S. Juan de Sahagún aparece hoy un grupo de mártires; siguiendo al apóstol de la paz, se presentan cuatro guerreros de los ejércitos del Señor. Es que la guerra y la paz se dan la mano y forman una sola cosa en el reino del Hijo de Dios. La paz que Cristo predicó, la paz del hombre con Dios, consigo mismo, con sus hermanos de la ciudad santa, se consigue por medio de la lucha sin cuartel contra Satanás, contra la carne, el mundo y la ciudad maldita. Juntemos, como lo hace la Iglesia, en un solo homenaje al glorioso confesor del siglo xv y a los atletas del tiempo de las persecuciones.

VIDA. — A pesar de que la Iglesia los festeja el mismo día, estos cuatro mártires no vivieron ni padecieron juntos.

San Basílides es un romano que fué sepultado en la vía Aurelia. La Iglesia que se dedicó a su nombre en Roma, en la vía Merulana, fué sin duda su propia casa. San Cirino era Obispo de Sisseck, en Iliria. Sus reliquias fueron trasladadas a Roma, a las Catacumbas.

San Nabor y San Nazario son los dos célebres mártires de Milán cuyas reliquias encontró S. Ambrosio. Hoy se celebra la invención.

Como estas fiestas estaban muy próximas en el calendario, se los juntó para formar una sola y de ahí que hagiógrafos posteriores creyeran que habían recibido juntamente la palma del martirio.

EL PRECIO DE LA PAZ DE CRISTO. — Soldados de Cristo, nos hacéis comprender cuál es la naturaleza de la paz que El vino a traer a la tierra a los hombres de buena voluntad. Su precio es el mismo Dios, que se comunica a quien es digno de El, por ella y con ella. Su fortificante suavidad sobrepasa todo sentimiento, aun el de las torturas, que todo cristiano debe, como vosotros, estar dispuesto a padecer por guardar este único tesoro. Ella fué quien durante vuestros tormentos y en el trance de la muerte, levantaba en alto, libres y desembarazados, vuestra inteligencia y vuestro corazón [1]; ella es también la que, en presencia de la indivisible y pacífica Trinidad, constituye ahora vuestra dicha. Cualesquiera

[1] *Filip.*, IV, 7.

que puedan ser las condiciones variadas de nuestra vida sobre la tierra, conducidnos, santos mártires, por la senda de esta paz llena de valor y de amor, al descanso de la eterna felicidad.

13 DE JUNIO

SAN ANTONIO DE PADUA, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL CANÓNIGO REGULAR. — De los hijos de San Francisco de Asís, el más conocido, el más poderoso ante los hombres y ante Dios, es S. Antonio, cuya fiesta celebramos hoy.

Su vida fué corta: a los treinta y cinco años volaba al cielo. Pero este corto número de años no impidió al Señor preparar a su elegido para la alta misión que debía cumplir: tan verdad es que, en los hombres apostólicos, lo que importa a Dios, que debe hacer de ellos el instrumento de salvación de muchas almas, no es tanto el tiempo que podrían dedicar a las obras exteriores, cuanto su propia santificación y su abandono absoluto a los designios de la Providencia. Se diría que la Sabiduría eterna se complacía en destruir hasta los últimos momentos todos los planes de S. Antonio. De sus veinte años de vida religiosa, pasó diez con los canónigos regulares, adonde el divino llamamiento dirigió los pasos de su graciosa inocencia cuando contaba quince

años. Allí su alma seráfica se eleva a las alturas, que la retienen para siempre, al parecer, en el secreto de la paz de Dios, cautivada por los esplendores de la Liturgia, el estudio de las Sagradas Escrituras y el silencio del claustro.

EL FRAILE MENOR. — De pronto el Espíritu divino le invita al martirio: y le vemos abandonar su claustro amado y seguir a los Frailes Menores a playas en las cuales muchos han recibido ya la palma gloriosa. Pero el martirio que le espera, es el del amor; enfermo, reducido a la impotencia antes que su celo haya podido trabajar en el suelo africano, la obediencia le llama a España, y he aquí que una tempestad le arroja a las costas de Italia. Por entonces S. Francisco de Asís reunía por tercera vez, después de su fundación, a toda su admirable familia. Antonio apareció allí, tan humilde, tan modesto, que nadie se preocupó de él. El ministro de la provincia de Bolonia fué quien le recogió, y, no encontrando en él ninguna capacidad para el apostolado, le señaló como residencia la ermita del monte de S. Pablo. Su cargo fué el de ayudar al cocinero y barrer la casa. Durante este tiempo, los canónigos de S. Agustín lloraban a aquel que poco antes había sido la gloria de su orden por su nobleza, su ciencia y su santidad.

EL PREDICADOR. — Pero luego sonó la hora que la Providencia se había reservado para mani-

festar al mundo a su siervo Antonio. Una alocución que inopinadamente tuvo que dirigir a sus hermanos jóvenes, revela tan maravillosa elocuencia, que sus superiores, reconociendo su yerro, en seguida le hacen predicador. Los prodigios continuos, en el orden natural y de la gracia, aureolan los púlpitos en que predica el humilde fraile. En Roma, mereció el glorioso título de *arca del Testamento*. En Bolonia y en el norte de Italia convirtió a multitudes de herejes, y en la última cuaresma que predicó en Lombardía, introdujo profundas reformas sociales en favor de los pobres y desgraciados. En Padua, en Verona, le pidieron frecuentemente su intervención en los negocios temporales. Nos es imposible seguir en todos sus pasos su estela luminosa; pero no podemos olvidar que pertenece a Francia una gran parte de los años de su poderoso ministerio.

San Antonio y Francia. — San Francisco había deseado ardientemente evangelizar personalmente a Francia infestada en gran parte por la herejía; pero, al menos, envió a su hijo más querido, a su imagen viviente. Lo que había sido Santo Domingo en la primera cruzada contra los albigenses, lo fué Antonio en la segunda; y entonces fué cuando mereció el apelativo de *martillo de la herejía*. Desde la Provenza a Berry, todas las provincias se ven removidas por su ar-

diente palabra. Predica en Bourges, en Limoges y Arlés. Fué guardián en Lemousín. Fundó el convento de Brive, en el cual se muestran aún las grutas que habitó. De todas partes acudían las multitudes a oírle. En medio de sus triunfos y sus fatigas, el cielo fortalece con deliciosos favores su alma, que ha permanecido como la de un niño. En una casa solitaria del Limousín, el Niño Jesús, radiante con una admirable belleza, descendió un día a sus brazos, le prodigó sus caricias y le pidió las suyas. Un día de la Asunción, que estaba muy triste con ocasión de cierto pasaje del Oficio de aquella época, poco favorable a la subida de Nuestra Señora al cielo en cuerpo y alma, la Virgen fué a consolarle en su pobre celda, le aseguró la verdadera doctrina y le dejó extasiado por el encanto de su rostro y de su voz melodiosa.

Los objetos perdidos. — Se cuenta que en la ciudad de Montpellier, donde enseñaba teología a los Frailes, como desapareciese su Comentario a los Salmos, el mismo Satanás obligó al ladrón a devolver el libro cuya pérdida tanta pena causaba al santo. Muchos ven en este hecho el origen de la devoción que reconoce a S. Antonio como el patrón de los objetos perdidos: devoción que se apoya desde su origen en los milagros más resonantes y que se halla confirmada hasta nuestros días por gracias incontables.

VIDA. — Antonio nació en Lisboa hacia 1195. Admitido a la edad de quince años en los Canónigos Regulares de San Vicente de Fora en esta misma ciudad, fué enviado dos años más tarde al Monasterio de Sta. Cruz de Coimbra para cursar sus estudios. En 1220, anhelando el martirio, entró en los Frailes Menores, que le mudaron su nombre de Fernando por el de Fray Antonio de Olivares. Aquel mismo año partió a Marruecos, pero, al cabo de algunas semanas, una enfermedad le forzó a reembarcar. Arrojado por una tempestad a Sicilia, tuvo que quedarse en Italia. En 1221, asistió al capítulo general, del cual le enviaron a la ermita de San Pablo cerca de Forli. Poco después comenzó su carrera de predicador en Italia del Norte y de 1223 a 1226 en Francia. Fijóse finalmente en Padua, donde murió el 13 de Junio de 1231. Al año siguiente le canonizó Gregorio IX; y, como las obras que nos dejó, manifiestan sus dones de teólogo, apologista, exégeta y moralista, Pío XII en 1946 le proclamó Doctor de la Iglesia.

EL ESPÍRITU DE INFANCIA. — La sencillez de tu alma, glorioso S. Antonio, hizo de ti el dócil instrumento del Espíritu del amor. La infancia evangélica es el tema del primero de los discursos que dedica a tu alabanza el Doctor seráfico; la Sabiduría, que fué en ti el fruto de esta infancia bendita, forma el tema del segundo. Fuiste prudente, oh Antonio, porque desde tus primeros años procuraste alcanzar la Sabiduría eterna, y, no queriendo que se alejase de ti, tuviste gran cuidado de encerrar tu amor en el claustro, en presencia de Dios, para saborear sus delicias. No ambicionabas más que el silencio y la obscuridad

en su divino trato; y, aún aquí en la tierra, tuvo ella sus delicias en adornarte con toda clase de resplandores. Iba ante ti; tú la seguías gozoso, únicamente por ella sola, sin saber que encontrarías todos los bienes con su compañía [1]. ¡Feliz infancia, a la cual ahora, como en tu tiempo, ha reservado Dios la Sabiduría y el amor!

El defensor de la fe. — Como recompensa a tu sumisión amorosa al Padre celestial, los pueblos te obedecieron, los tiranos más feroces temblaron a tu voz [2]. Sólo la herejía se negó una vez a escuchar tu palabra, pero los peces salieron a tu defensa, pues, vinieron en masa, ante las miradas de toda una ciudad, a escuchar la palabra que no quisieron recibir los sectarios. Mas ¡ay!, el error, que no acudía a oír tu voz, no se contenta ahora con eso; quiere hablar solo. Cambiando de forma, renaciendo siempre, intrigando en todos los países por medio del comunismo ateo y la masonería, todo el mundo aspira ese veneno. Oh tú, que todos los días socorres a tus devotos en sus necesidades privadas, tú que tienes ahora en el cielo el mismo poder que tuviste sobre la tierra, socorre a la Iglesia, al pueblo de Dios y a la sociedad, más universal y profundamente perseguida que nunca. Oh *Arca del Testamento,* vuelve al estudio de la Sa-

[1] *Sap.,* VII.
[2] *Sap.,* VIII, 14-15.

grada Escritura a nuestra generación sin fe y sin amor; *martillo de la herejía,* hiere con esos golpes que regocijan a los ángeles y hacen temblar al infierno.

14 DE JUNIO

SAN BASILIO EL GRANDE, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

LA PERSECUCIÓN ARRIANA. — Después de la muerte trágica de Juliano el Apóstata, perseguidor de los cristianos en nombre de sus ídolos, Valente logró hacerse emperador de Oriente el año 364. Era cristiano, pero hereje, y no tardó en desencadenar una persecución tan cruel como la de los emperadores paganos. Valente exigió del clero y de los monjes la firma del símbolo arriano escogido por él, so pena del destierro, de la confiscación de bienes o de la muerte. Uno de sus ministros más fanáticos, el prefecto de Oriente Modesto, encargado de la aplicación del edicto, era especialmente temido, pues un día había hecho quemar vivos a 80 eclesiásticos en un buque cabe Constantinopla. Recorrió el Asia Menor, obligando a todos a que firmasen, y provocando desgraciadamente gran número de apostasías. Se presentó finalmente, en la gran metrópoli de Cesárea de Capadocia, cuyo Arzobispo era S. Basilio desde el año 370. San Basilio se negó a fir-

mar el formulario, por lo que se siguió el dramático diálogo:

INDOMABLE VALENTÍA CRISTIANA.

—¿Cómo?—preguntó Modesto, enojado—, ¿no temes mi poder?

—No. ¿Qué es lo que puedo perder?, ¿qué puedo padecer?

—Sábete que tengo en mi mano numerosos suplicios.

—¿Cuáles? Veamos, dámelos a conocer.

—La confiscación, el destierro, las torturas y, en fin, la muerte.

—¿Eso es todo? Si dispones de otros, no dudes en amenazarme con ellos, porque ninguno de los anteriores me conmueve.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—Claro que sí, porque ¿cómo quieres que me asuste la confiscación si no poseo ningún bien? a no ser que te quieras llevar estos harapos y estos pocos libros; esto es lo único que poseo. En cuanto al destierro, no puedo experimentarlo porque no estoy fijo a ninguna mansión. La que ahora habito no es mía, y consideraría como mía cualquier casa a que me relegen. Mas bien, considero toda la tierra como posesión de Dios, y me considero como extraño en todos los lugares en que me encuentro. En lo referente a las torturas, ¿en dónde las aplicarás? Mi cuerpo es muy débil para soportarlas, a no ser que llames tor-

tura al primer golpe que me des: es el único de que puedes disponer. En lo tocante a la muerte, me será muy grata, porque me conducirá antes a Dios, por quien vivo, por quien trabajo, por quien estoy ya medio muerto y a quien deseo unirme desde hace ya mucho tiempo.

—¡Ah! ¡Nadie me ha hablado hasta ahora con tal lenguaje, ni con tanta libertad!

—Quizás sea porque no has encontrado aún ningún Obispo verdadero; porque seguramente te habría hablado con el mismo lenguaje si hubiese tenido que defender esta misma causa. Ciertamente soy más complaciente y humilde que nadie: nuestra ley así me lo manda. Y no sólo ante las autoridades, sino también ante los recién venidos me guardo de fruncir el ceño. Mas, cuando el honor de Dios se encuentra comprometido, nadie me asusta: no considero sino sólo a El. El fuego, la espada, las bestias feroces, los garfios, que destrozan la carne, constituyen más bien mis delicias que mi espanto. Así pues, en lugar de injuriarme, de amenazarme, de desplegar tus fuerzas, lo que puedes hacer, desde ahora, es decir a tu emperador que no conseguirás hacerme sectario de la impiedad ni por la violencia ni por persuasión [1].

De este modo llegó a ser San Basilio el modelo de todos los tiempos de persecución. Como

---

[1] Según S. Gregorio Nacianceno, *Orat.*, XLIII, 49-50. P. G. XXXVI, 560-561.

suele suceder en las crisis violentas, todo el hombre, todo el santo es el que se revela en estas valerosas palabras. Brillan en ellas con vivo resplandor el desinterés absoluto de un monje, la autoridad a la vez dulce e inflexible del Obispo y la fe purísima del Doctor.

El Abad de cenobitas. — Es verdad que sólo fué monje algunos años. Pero esto le bastó para ser el legislador de los monjes de Oriente, y una de las más gloriosas lumbreras de la orden monástica. Después de haber estudiado la obra de los fundadores de principios del siglo IV, como S. Antonio, S. Macario, S. Pacomio, practicó la ascesis monástica en el monasterio que había fundado a las orillas del Iris. Y, lleno de ciencia y de experiencia, compuso sus admirables reglas y los escritos ascéticos tan copiosos en doctrina: el mismo S. Benito, patriarca de los monjes de Occidente, se inspiró en gran parte en el que llama con veneración "nuestro bienaventurado Padre S. Basilio". El gran Abad de Capadocia parece a veces muy austero; presenta, sin embargo, con gran sabiduría, el ideal monástico como el mismo ideal cristiano practicado en el espíritu del Evangelio según las exigencias de los preceptos y los consejos. La vida religiosa para él no es sino el desarrollo completo de la gracia bautismal en un alma.

EL ARZOBISPO DE CESAREA. — El episcopado de San Basilio ha dejado igualmente una huella profunda en la historia de la Iglesia. Reguló las funciones de las diversas órdenes clericales; es digna de encomio su obra canónica, sobre todo en lo referente a la penitencia pública, de la que muchos de los elementos los ha tomado el actual derecho canónico oriental. Más importante aún es su obra litúrgica, porque a él hay que atribuir gran parte del Canon de la misa griega, llamada con razón "Liturgia de San Basilio". En el gobierno de su diócesis fué un jefe y un organizador incomparable. Creó y desenvolvió magníficas obras sociales: escuelas, orfelinatos, casas benéficas, leproserías, casas de retiro, escuelas de artes y oficios, comunidades religiosas activas. De salud muy débil, no cuidaba demasiado de ella, presente en todas partes, obraba con autoridad indiscutible y caridad inagotable. Su autoridad se extendió fuera de su diócesis y su prestigio fué tal, que Valente, desistiendo de perseguirle, prefirió recurrir a él, por su ascendiente y su experiencia, para arreglar algunas cuestiones espinosas en Armenia.

EL DOCTOR DE LA IGLESIA. — En todas partes, tanto en su cátedra abacial como en su trono episcopal, prodiga una enseñanza teológica tan profunda, tan clara, tan ortodoxa, que se le juzga como uno de los primeros Padres de la Igle-

sia griega, y el único a quien los griegos han dado el título de Grande. Sus homilías morales son aún hoy obras de predicación popular muy eficaces. Sus obras dogmáticas le colocan entre uno de los triunfadores de la herejía arriana. Combatiendo victoriosamente a los enemigos de Cristo, desarrolló la doctrina trinitaria: él expuso por primera vez, de un modo completo, la teología del Espíritu Santo. Enseñó que procedía del Padre y del Hijo, sus apropiaciones, su acción santificadora, ya en la vida individual de las almas, ya también en la vida comunitaria de los monasterios e iglesias.

Ya que la liturgia después de Pentecostés tiene por objeto extender esta acción santificadora del Espíritu Santo, escuchemos con atención al menos algunas palabras del Santo Doctor sobre este punto: "Si alguno, nos dice, se libra de la deformidad que proviene del vicio, si vuelve a la belleza que le dió su Criador, y restaura en él los rasgos primitivos de su forma real y divina, entonces, y solamente entonces, puede acercarse al Espíritu Santo. Pero entonces también, como el sol ilumina un ojo puro, así el Espíritu Santo le revela la imagen de Aquel a quien no puede ver; y en la dichosa contemplación de esta imagen percibe la inefable belleza del principio de todas las cosas. El Espíritu Santo asimismo es quien, en el esfuerzo de los corazones para levantarse, ayuda a los débiles como con la mano,

y conduce a los fuertes a la perfección. El es también quien hace espirituales a los que están purificados de todo pecado, en virtud de la participación que les concede de Sí mismo. Y, así como un cristal puro y transparente tocado por el rayo del sol, resplandece y derrama a su alrededor la luz, del mismo modo las almas que llevan al Espíritu Santo, resplandecen por El, y, haciéndose ellas mismas espíritus, derraman sobre los demás la gracia. De ahí proviene su conocimiento del futuro, su inteligencia de los misterios, su penetración de las cosas ocultas, la irradiación de su caridad, su conversación celestial, su unión al coro de los Angeles. De ahí su gozo sin fin, su fidelidad a Dios. De ahí su semejanza con el mismo Dios, sobre la cual no se puede desear nada, y que es tal, que con razón se puede decir, oh sublimidad: ¡Has llegado a ser Dios!"[1]

VIDA. — Basilio nació hacia 329 ó 330 en Cesarea de Capadocia, de familia rica, noble y profundamente cristiana. Su padre, su abuela y su madre, su hermana mayor y uno de sus hermanos, se hallan inscritos en el Martirologio. Gustó al principio de las ciencias profanas. Se estableció con este fin en Atenas, donde se hizo el amigo de San Gregorio Nacianceno, y adquirió una vasta cultura en las ciencias, las artes y la filosofía antigua. El año 357, por influencia de su hermana Macrina, ya monja, se resolvió a consagrarse a Dios. Vi-

[1] S. Basilio. *Tratado del Espíritu Santo,* IX, P. G. XXXII, 109.

sitó los centros monásticos de Egipto y Siria, después de lo cual se retiró a una posesión suya y fundó un monasterio. Mas desde 360 su obispo comenzó a recurrir a pedirle consejo. Tuvo en consecuencia que establecerse en Cesarea, donde ejerció un ministerio muy fecundo. Finalmente, en el 370, fué elegido obispo. Organizó las obras diocesanas, defendió los derechos de su metrópoli contra las pretensiones de algunos prelados, combatió el arrianismo y sobre todo trabajó ardorosamente en restablecer la buena concordia entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, que habían perturbado las controversias arrianas y otras cuestiones personales. Agotado por el trabajo, S. Basilio murió el 1 de Enero del 379. Los orientales le celebran ese día; los occidentales el 14 de Junio, fecha de su consagración episcopal.

ORACIÓN AL OBISPO. — ¿No es bastante alabanza, gran Pontífice, el haber ensalzado tus obras? ¡Ojalá estas mismas obras tengan imitadores en nuestros tiempos! porque claramente lo enseña la historia, que son los santos de tu talla los que constituyen la salvación y la grandeza de una época. El pueblo más probado y más abandonado en apariencia, únicamente necesita de un jefe, dócil en todo, dócil hasta el heroísmo, a las inspiraciones del Espíritu Santo, que gobierna continuamente a la Iglesia, y este pueblo soportará la tempestad y finalmente vencerá; mientras que, *si la sal se vuelve sosa* [1], la sociedad se disuelve, sin que sea necesario un Juliano o un Valente para conducirla al desastre. Al-

[1] *S. Mat.*, V, 13.

canza, pues, oh Basilio, para nuestra sociedad tan enferma, jefes como tú; repítase en nuestros días la admiración de Modesto; los sucesores de los prefectos de Valente encuentren en todos los lugares *un Obispo* al frente de las Iglesias; y su admiración será para nosotros el signo inequívoco del triunfo; porque un *obispo* no es vencido nunca aunque tenga que pasar por el destierro o la muerte.

ORACIÓN AL DOCTOR DE LA IGLESIA. — A la vez que debes mantener a los pastores de las Iglesias a la altura del estado de perfección que les exige la sagrada unción, eleva también al rebaño hasta la sendas de la santidad a la que debe aspirar en virtud de la religión que profesa. No sólo a los monjes se dijo: *El reino de Dios está dentro de vosotros*[1]. Nos enseñas[2] que ese reino de los cielos, esa bienaventuranza que ya puede ser la nuestra, es la contemplación de las realidades eternas que podemos alcanzar en la tierra, no por la visión clara y distinta, sino en el espejo de que habla el Apóstol. ¿No se lanza el espíritu por sí mismo a las regiones para las cuales fué creado? Si su elevación resulta penosa, es porque los sentidos han prevalecido contra él. Enséñanos a curarlo por la fe y el amor. Repite a los hombres de nuestro tiempo, porque quizás

---

[1] *S. Luc.*, XVII, 21.
[2] Carta 8, al 111.

lo podrían olvidar, que el cuidado por mantener una fe pura, es tan necesario para este fin, como la rectitud de la vida. Desgraciadamente gran parte de tus hijos han olvidado que todo monje verdadero y todo cristiano debe detestar la herejía. Bendice mucho más a todos los que no han podido conmover tantas y tan continuas pruebas; multiplica las conversiones; apresura el día feliz en que el Oriente, sacudiendo el doble yugo del Cisma y del Islam, vuelva a tomar, en el aprisco único del único pastor, un lugar que fué tan glorioso para él.

Haz en favor de los que ahora estamos prosternados a tus pies, oh Doctor del Espíritu Santo, defensor de la consustancialidad del Verbo con el Padre, que vivamos como tú, únicamente para gloria de la Santísima Trinidad. Tú lo expresaste en una magnífica fórmula: "Ser bautizado en la Trinidad, creer conforme a su bautismo, glorificar a Dios según su fe", era para ti el constitutivo esencial de lo que debe ser el monje; pero ¿no conviene esto a todo cristiano? Haz que todos lo comprendamos y bendícenos.

15 DE JUNIO

SANTOS VITO, MODESTO Y CRESCENCIA, MARTIRES

"SERÉIS MIS TESTIGOS". — El Espíritu divino, que reina en el tiempo después de Pentecostés,

es ante todo el testigo del Verbo [1]. El Hombre-Dios le anunció con este título al mundo que él tenía que abandonar para volver al Padre, después de haber dado él mismo testimonio de la verdad suprema [2]. Formados por el Espíritu Santo conforme a la figura del Hijo del Hombre, los fieles son también *testigos,* cuyo oficio es destruir la mentira, enemiga de Dios, expresando la verdad en sus palabras y con sus actos. Pero el supremo testimonio, que no a todos se les concede dar, es el de la sangre; los mártires son los privilegiados en esta lucha incesante entre lo verdadero y lo falso, en la cual se halla resumida toda la historia. Era necesario que también ellos brillasen estos días en el cielo. Pronto se regocijará la Iglesia con motivo del nacimiento de Juan el Precursor, el hombre más grande entre los nacidos de mujer [3], cuya grandeza consistió precisamente en *ser enviado por Dios para servir de testigo y dar testimonio de la luz* [4]. Entonces tendremos ocasión de meditar más detenidamente estos pensamientos, a los cuales parece que quieren prepararnos los alegres grupos de mártires que se van a suceder, como para anunciar la próxima llegada del amigo del Esposo [5].

---

[1] S. *Juan,* XV, 26.
[2] S. *Juan,* XVIII, 37.
[3] S. *Mat.,* XI, 11.
[4] S. *Juan,* I, 6-8.
[5] S. *Juan,* III, 29.

Un santo auxiliador. — Hoy, acompañado de Modesto y Crescencia, San Vito viene a enseñarnos cuál es el precio del bautismo y la fidelidad que debemos al Padre que está en los cielos. Su gloria es grande tanto en el cielo como en la tierra; los demonios, que temblaban ante él, siguen temiéndole; su nombre permanece inscrito en la memoria del pueblo cristiano, como el de uno de sus más poderosos *auxiliadores,* junto con San Erasmo, San Vito o San Guido, conserva el poder de librar a los que acuden a él del mal que lleva su nombre. Hace inofensivas las mordeduras de los perros rabiosos y de las serpientes, y se muestra compasivo incluso con los mismos animales. Se le invoca también contra el letargo o sueño muy prolongado; el gallo que le acompaña en algunas representaciones, recuerda esta costumbre, así como también la de invocar al Santo para despertarse a una hora determinada. Es también patrón de los danzantes y comediantes.

Vida. — El culto de San Vito o Guido se remonta a la antigüedad más remota, pero sus *Actas* han sufrido numerosas interpolaciones y es difícil discernir la verdad de la leyenda. Se cuenta en ellas que padeció el martirio de muy niño en compañía de Modesto, su preceptor, y de Crescencia, su nodriza. El Papa Gelasio dedicó en Roma una Iglesia a San Vito, y en París el Monasterio de San Dionisio se gloriaba de poseer

algunas de sus reliquias. Se las cedió después el Monasterio de Corbey, en Sajonia, y desde entonces se hizo muy popular su culto en toda Alemania.

SÚPLICA PARA LA CURACIÓN DE LOS HOMBRES. — Noble mártir, que preferiste el Padre del cielo al de la tierra; ¿quién podrá expresar el afecto con que te trata Aquel a quien tan valerosamente confesaste ante los hombres? Quiere que aquí en la tierra brillen en torno tuyo las señales de su munificencia, pues te tiene confiada una gran parte en el ejercicio de su poder misericordioso. En recompensa a la santa libertad que reinó en tu alma y sometió en completa obediencia tu cuerpo al alma, posees sobre la naturaleza caída un poder maravilloso: los desgraciados, cuyos miembros, agitados desordenadamente por una cruel enfermedad, no conocen la dirección del imperio de la voluntad, los mismos hombres a quienes un sueño muy prolongado los hace casi inconscientes en sus actos, encuentran a tus pies la armonía perfecta del cuerpo y del alma, permitiendo al primero, por su docilidad al alma, vacar a los deberes que tiene para con Dios y la sociedad. Ilustre santo, sé cada día más generoso en el ejercicio de tu don precioso, para bien de la humanidad doliente y mayor gloria de Dios que te ha coronado. Te pedimos para todos con la Iglesia, y por tu intercesión pedimos a Dios "que aleje de nosotros todo movimiento de orgullo, que ten-

gamos la humildad, que nos hace agradables a Dios, para que, despreciando lo malo, practiquemos el bien con amor y libertad"[1].

16 DE JUNIO

SAN QUIRICO Y SANTA JULITA, MARTIRES

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES. — De cualquier naturaleza que sean los pormenores legendarios que se hayan introducido en sus *Actas*, acordémosnos, sin embargo que eso, que únicamente es digno de honrar a los Santos, quien sigue la enseñanza que dieron al mundo. Las persecuciones que se han sucedido desde la antigüedad hasta nuestros días, deben enseñarnos que el heroísmo de Julita no es simplemente objeto de admiración estéril, sino que puede servirnos de ejemplo. El deber no cambia de un siglo a otro; la dificultad de cumplirle puede variar según las circunstancias de tiempo y lugar: pero no por eso desaparecen sus inflexibles exigencias.

SACRIFICIO DE ALEGRÍA. — No olvidemos, por otra parte, que la Iglesia es nuestra madre y, como tal tiene el derecho y la obligación de alimentar a sus hijos. No ha cesado de protestar contra todas las tiranías que han procurado separar de ella a sus hijos; pero si por fuerza se

[1] Colecta de la Misa.

pretende arrancar de sus brazos a uno de sus pequeñuelos, éstos han de saber que tienen obligación de imitar al joven San Quirico, de permanecerla fieles, guardar su palabra y tender hacia ella con tanto mayor fuerza, cuanto más se los quiera separar de su seno, de rechazar los halagos y las comodidades que le ofrecen, y preferir la muerte al pecado y a la infidelidad.

VIDA. — Desde la antigüedad San Quirico fué objeto de un culto muy extendido y célebre. Más tarde se juntó a su nombre el de Sta. Julita que, según el martirologio de San Jerónimo, fué su madre. Se han publicado numerosos relatos de su martirio. Si hemos de dar fe al más conocido de todos, Julita habitaba en Iconio con un hijo de tres años. La persecución la obligó a trasladarse a Seleucia, cerca de Tarso. Allí debería sufrir su cruel martirio. Quirico, al ver padecer a su madre, también él se declaró cristiano, y, no queriendo separarse de ella, sufrió el martirio juntamente. Sus reliquias fueron conducidas a Francia, donde se levantaron numerosos santuarios en su honor. Carlomagno, librado por San Quirico de un jabalí misterioso que iba a matarle, quiso patentizar su reconocimiento decidiendo que la Catedral de Nevers, reconstruída por su munificencia, le adoptase por patrón. Desde entonces los artistas cristianos representan al santo niño con un jabalí a sus pies.

SÚPLICA. — ¡Oh santos Mártires! ya no os acordáis, según la palabra del Señor, de los padecimientos pasados. El sacrificio de madre e hijo, comenzando en una confesión dolorosa, es hoy un sacrificio de alegría y alabanza. Porque vues-

tro sacrificio común se continúa en el cielo: es la base de las relaciones tan poderosas y tan dulces en las cuales Dios se complace; es la fuente de bendiciones que el Señor gusta derramar por vuestra intercesión sobre la tierra. Haced que cuanto antes amanezca el día del retorno a la verdadera luz en el Oriente, que os dió la vida y que regasteis con vuestra sangre preciosa. Bendecid a Occidente, en el cual tantas iglesias celebran hoy vuestra fiesta.

LOS DERECHOS DE LA MADRE. — Conserva la fe de las madres, oh Julita; eleva su cristianismo a la altura de las enseñanzas contenidas en tus gloriosos combates. Ante la tiranía que se apodera de la educación para perder el alma de los pobres niños, deben imitar todos a San Quirico. Se ha visto algunos que, ante la odiosa presión de maestros impíos que les querían enseñar doctrinas condenadas por la Iglesia, no sabían escribir sino sólo el *Credo* que les habían enseñado sus madres. ¡Benditos sean! Sin duda tú, oh Quirico, te regocijaste a la vista de tan hermoso espectáculo, y tu mirada se ha posado con amor sobre estos émulos que te presenta nuestro siglo. Con tu madre, desarrolla más y más en los hijos de la Iglesia, este sentimiento de la santa libertad que les fué otorgada en el bautismo: ella es quien, sumisa a todos los poderes que vienen de Dios, triunfó de los Césares. De su noble inde-

pendencia ante los abusos que la autoridad comete, depende aun hoy la salvación de la sociedad.

18 DE JUNIO

SAN EFREN, DIACONO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Gloria de oriente. — "Los Padres orientales consideraron siempre a S. Efrén como mensajero de Dios, maestro de la verdad y doctor de la Iglesia Católica." Estos eran los títulos con que Benedicto XV presentaba a S. Efrén y le declaraba Doctor de la Iglesia universal por la Encíclica *Principi Apostolorum* del 5 de Octubre de 1920. Tanto en Oriente como en Occidente, se acogió la encíclica con entusiasmo. Sin duda, la vida de aquel a quien S. Gregorio de Nisa alababa "por estar en labios de todos los cristianos e iluminar el universo entero con el brillo de sus virtudes y de su doctrina", se conoce muy poco en Occidente. Permanece envuelto en el silencio que él tanto amó, y que le hizo escoger desde muy joven la existencia retirada y laboriosa de los monjes para servir a solo Dios. Pero sus obras hablan en su lugar y revelan sus virtudes.

El exégeta. — San Efrén, en efecto, escribió mucho. Desgraciadamente no ha llegado hasta nosotros una parte considerable de sus obras, y

particularmente de sus famosos comentarios sobre la Biblia, que interpretó completamente, no se conocen más que los del Génesis, del Exodo, de los Evangelios y de las Epístolas de S. Pablo. Esto basta para hacernos conocer hasta dónde la pureza de su corazón le abría el sentido de las Escrituras. Por eso Benedicto XV le propone como modelo a los que tienen como misión el enseñar las ciencias sagradas, para que, a ejemplo suyo, no desfiguren el sentido de las Sagradas Escrituras según el capricho de sus ideas personales, y que, en sus comentarios, no se aparten ni un solo ápice del sentido tradicional de la Iglesia "columna y fundamento de la verdad", la única intérprete y guardiana de la Revelación.

EL TEÓLOGO. — Apoyándose de este modo en la Escritura y la Tradición, S. Efrén enseñó una teología elevadísima y sumamente pura. Expuso con claridad la doctrina del pecado original, de la gracia, de las virtudes y de los vicios. Recuerda a menudo el dogma de la presencia de Dios y la cuenta que hemos de dar de todas nuestras acciones al sumo Juez. Hasta parecía que estaba como completamente obsesionado por el pensamiento del juicio. Con todo eso, su testamento refleja una confianza emocionante: "Oh Jesús, juzga Tú mismo a Efrén y no permitas que le juzgue otro. Por que aquél a quien Dios juzga, conseguirá misericordia en su tribunal. Yo no te

pido, Hijo de Dios, bueno y misericordioso, que pongas en la misma línea a los buenos y a los malos, pero Te pido tu misericordia para mí, mis iguales y mis semejantes. Si Tú no tienes misericordia, nadie verá el reino de los cielos."

Entre los teólogos de su tiempo, nadie expuso con tanta precisión el misterio de la Iglesia, Esposa mística de Cristo, Madre y maestra de los fieles. Comprendió de modo notable el papel de la Liturgia. Recordó también las prerrogativas y los deberes de la jerarquía, la excelencia del sacerdocio y, sobre todo, la primacía de Pedro y sus sucesores en la sede de Roma.

El poeta. — Para hacer penetrar mejor sus enseñanzas en el alma y en el corazón de los fieles, S. Efrén escribió mucho en verso. Adelantándose a S. Ambrosio, pensó que el ritmo podía ayudar mucho a retener en la memoria una doctrina. Juzgó además que la Liturgia sería más atractiva y uniría mejor las almas si se multiplicasen los cantos en común. Por esta razón compuso varias homilías en verso e himnos, que causan y causarán siempre la admiración de los que las estudian, por la belleza de su forma literaria, por la firmeza y la profundidad de sus enseñanzas, y por la claridad de la exposición doctrinal. Instruye por medio de la belleza, levanta los espíritus y mueve los corazones. "Nadie como él, se ha dicho con razón, tuvo el don

de hacer derramar lágrimas"[1]. Su éxito fué espléndido; su himnos se cantaban en vida de él por todas partes. S. Efrén es el poeta más insigne de Siria. Se le ha llamado la *Lira del Espíritu Santo.*

El cantor de la Virgen. — Pero, añade Benedicto XV, "nunca sonó mejor esta lira que cuando cantaba las glorias de María, ya loando su virginidad y su divina maternidad, ya celebrando su misericordiosa protección sobre los hombres". S. Efrén es uno de los primeros Padres de la Iglesia que desarrolló los dogmas marianos. Se esforzó, sobre todo, en hacer resaltar dos de sus privilegios: su perpetua virginidad y su eminente santidad, que no duda en comparar a la del mismo Cristo. De este modo dejó en la tradición primitiva un magnífico testimonio de la Inmaculada Concepción: "Tú, Señor, escribía, y tu Madre, sois los únicos completamente hermosos y puros en todo; porque en Ti, Señor, no hay mancha, ni en tu Madre impureza."

El santo. — A pesar de la considerable influencia de que gozaba, y que le hacía acreedor a los mayores honores, S. Efrén no quiso, por humildad, ordenarse de sacerdote. Muy a su pesar le sacaron de su ermita para obligarle a que

[1] Lamy. *S. Efrén,* IV, p. 165.

recibiese al menos la orden del diaconado. Pero entonces se sometió dócilmente a las obligaciones de su nueva vocación, "mostrándose en todo émulo perfectísimo de S. Esteban: enseñando a todos la Sagrada Escritura, predicando la divina palabra, instruyendo en los Salmos a las vírgenes sagradas, siendo siempre la providencia del pobre, y practicando primeramente él con toda perfección lo que enseñaba a los demás".

De natural ardiente y fogoso consiguió, con la ayuda de Dios, dominarse completamente y llegar a hacerse suave y afable. Mostraba su dulzura aún con los herejes, aunque no por eso dejaba de declarar guerra implacable a sus doctrinas.

Su caridad se mostró palmariamente en las invasiones del imperio romano por los Persas. En Nísibe, cuando se hallaba asediada y hambrienta, organizó colectas para los necesitados, sostuvo la moral de todos, de modo que se pudiera decir que la Providencia le puso a la cabeza de su patria chica. Por eso, Benedicto XV; "al fin de una guerra, decía, en que muchas naciones orientales han conseguido su libertad y quieren organizar su vida política, piensa hacer una obra oportuna proponiendo a su imitación y también a su culto, un modelo tan completo de santidad, de ciencia y del patriotismo"[1].

---

[1] Encíclica citada.

VIDA. — S. Efrén nació hacia el año 306 en Nísibe, cerca de la frontera que separaba el imperio persa del romano. Siendo anacoreta, el Obispo Santiago de Nísibe, que le tenía en gran estima, le puso al frente de una escuela, y, sin duda, en ésta época fué cuando San Efrén se ordenó de diácono. Se atribuyó a sus oraciones la derrota de los persas en 338; su intervención fué grande también en la resistencia victoriosa de Nísibe en los asedios de 346 y 350. Pero en 363 fué tomada Nísibe, y Efrén se acogió con los demás cristianos a Edesa. Allí tomó de nuevo la vida de anacoreta; tenía muchos discípulos, y se cree que él fué quien, en colaboración con otros doctores, fundó la célebre escuela de Edesa, cuya influencia fué muy considerable. En Edesa compuso S. Efrén la mayor parte de sus obras. Murió en 373.

PLEGARIA. — Bendecimos a Dios, que "exalta a los humildes, por haberte coronado, bienaventurado Efrén, con purísima gloria, y por haberte propuesto a nuestro siglo como doctor de la sabiduría divina y modelo de las más excelsas virtudes.

Con S. Juan Crisóstomo te decimos: "Despertador de almas dormidas, consuelo de afligidos, maestro, guía y apoyo de la juventud, espejo de monjes, modelo de penitentes, martillo y dardo terrible para los herejes, tesoro de virtudes, templo y morada del Espíritu Santo", ruega por nosotros.

... POR EL PAPA. — Ruega por el Papa, "sucesor de Pedro, y como él, puerta de los pecadores,

lengua de los discípulos, voz de los misioneros y ojo de los apóstoles".

... POR LAS IGLESIAS DE ORIENTE. — Ruega para que las iglesias orientales, tan justamente orgullosas de ti, pero separadas, para su desgracia, desde hace tanto tiempo, de la silla de Pedro, vuelvan a la unidad, a la cual fuiste tan adicto y que fué el deseo más vivo de Cristo, y que continúa siendo el de su Vicario. "Caigan, con el auxilio divino y tu protección, las barreras que detienen a una porción tan hermosa del rebaño cristiano, separada de la Piedra mística sobre la cual Cristo edificó su Iglesia." Amanezca cuanto antes el día entre todos feliz, en que penetren en la unanimidad de los corazones las palabras de la verdad evangélica "que ha transmitido un solo pastor por el consejo de los sabios".

... POR LOS MONJES. — Ruega por los monjes cuya gloria eres. "Dedicados a la perfección evangélica, no cesen nunca de fijar sus miradas en ti para seguir tu ejemplo. El monje, en efecto, será tanto más útil a la Iglesia, cuanto mejor realice, ante Dios y ante los hombres, lo que significa su hábito, siendo, según la definición de S. Nilo el Joven, el Angel cuya misión es anunciar la misericordia y la paz y ofrecer el sacrificio de alabanza."

... POR TODOS. — Danos ese gusto de la verdad, esa diligencia en escuchar de boca de los Santos el pensamiento de Dios, que te hizo acudir a S. Basilio, oráculo de la Iglesia, para que, como tú, "bebamos de la copa de la doctrina". ¿No eres tú, según el testimonio de S. Gregorio de Nisa, "la viña del Señor, cargada, como de dulces racimos, de frutos de doctrina, que constituyen las delicias de los hijos de la Iglesia y los sacian con el amor de Dios? ¿No eres tú el bueno y sabio ecónomo de la gracia, que distribuye a sus compañeros, según sus necesidades, la enseñanza de la virtud, y que administra perfectamente la casa de su señor?" Ojalá no olvidemos estas últimas palabras de tu testamento, en el cual nos amonestabas "que permaneciésemos firmes en la fe, que nos guardásemos de los que obran la iniquidad, de los mercaderes de vanas palabras y de los seductores".

En fin, haciendo nuestras las palabras que tú mismo dirigiste a S. Basilio poco antes de la muerte, te decimos también nosotros: "Enséñanos por qué obras buenas podemos granjearnos la bondad del Señor; cómo debemos evitar los asaltos del pecado; cómo cerrar las puertas a las pasiones; cómo adquirir la virtud apostólica; cómo doblegar al Juez insobornable. A ti, Padre santo, te toca iluminarnos, tener cuidado de nosotros, dirigirnos por el recto camino, ablandar nuestro corazón de piedra. Tú tienes que

curar nuestra alma enferma, y llevarla hasta el fin sobre las olas de la vida y del descanso."

EL MISMO DIA

SANTOS MARCO Y MARCELIANO, MARTIRES

EL GOZO DE LOS MÁRTIRES. — Cuando vemos que los mártires corren alegremente al suplicio, nos preguntamos: ¿de dónde les viene ese valor que no es de la tierra? S. Pablo, en el pasaje de su Epístola a los Romanos (v, 1-5) que la Iglesia nos hace leer en la Misa de hoy, nos da la respuesta.

"La esperanza de los bienes futuros eleva el alma sobre el tiempo y las circunstancias, aun penosas, de la vida presente. Lo propio de los que son de Dios, es el verse libres de toda tristeza y alimentar su alegría con las asperezas y dolores de la tierra, que constituyen la enseñanza principal de nuestra educación sobrenatural. El padecimiento produce la paciencia, hace arraigar en nosotros y nos hace amar más y más el bien por el cual nos decidimos a padecer. La firmeza en el padecer, aumenta en el alma la esperanza sabiendo bien que Dios no deja nada sin recompensa y que toma en cuenta, por su ciencia infinita, tales sufrimientos, aun aquellos de los cuales no se acuerda nuestra alma. La esperanza nunca defrauda, no engaña al cristiano:

nadie puede imaginar que queden defraudadas las esperanzas de quien está asegurado del amor tierno de Dios"[1].

VIDA. — La historia de los santos Marco y Marceliano la conocemos únicamente por las *Actas*, en gran parte legendarias, de S. Sebastián. Estas nos cuentan que, mientras estaban ellos en medio de los suplicios con que los hizo atormentar el prefecto Fabiano, confesaban que nunca habían experimentado delicias tan delicadas como aquéllas. Al aconsejarles sus ancianos padres que renegasen de Cristo, confirmó su valor San Sebastián declarándose a sí mismo cristiano, y nuestros mártires tuvieron el consuelo incomparable de ver cómo sus mismos padres confesaban la religión por la cual estaban padeciendo. Sus cuerpos fueron depositados en el cementerio de Balbina y después, en el siglo IX, en la Basílica de S. Cosme y S. Damián.

SÚPLICA. — El Espíritu Santo os colmaba de fortaleza, gloriosos mártires; y el amor que derramó sobre vuestros corazones, mudó en delicias los tormentos que espantan a nuestro débil ánimo. Mas ¡cuán poco caso hacíais vosotros de los padecimientos de este cuerpo perecedero, después de haber triunfado en las torturas del alma! La desolación de aquellos a quienes vosotros amábais más que la vida, y a los que teníais que dejar en una desesperación en apariencia sin consuelo, fué sin duda el punto culminante de vuestro martirio. Unicamente será incapaz de comprenderlo, quien merezca el reproche de S. Pablo

[1] Dom Delatte. *Epître de saint Paul,* I, 621.

a los paganos de su tiempo, de vivir sin amor [1]. Pues bien, cuando el mundo ostente de nuevo esta nota odiosa, será la señal de que se acercan los últimos tiempos, dice el Apóstol [2]; y, con todo eso, el más puro amor humano debe doblegarse ante el amor de Dios: "El que ama a su padre o a su madre más que a mí, dice el Señor, no es digno de mí" [3]. Vosotros lo comprendísteis, santos mártires; vuestros familiares, que querían separaros del Señor, iban a convertirse para vosotros en enemigos [4]. Pero en el mismo instante el Señor, que no se deja ganar en generosidad, os devolvió esos seres tan queridos, tomándolos, por un milagro de la gracia, con vosotros y como vosotros para Sí. Completad así vosotros las enseñanzas que pocos días ha, nos daban Julita y S. Quirico, S. Vito y sus gloriosos compañeros. Haced, vencedores de tan rudos combates, que el valor y el amor crezcan en nosotros en la misma medida que la luz y el conocimiento de nuestros deberes para con Dios.

19 DE JUNIO

SANTA JULIANA FALCONIERI, VIRGEN

SANTA JULIANA Y LOS SERVITAS. — A principios del siglo XIII, Florencia, ciudad rica y pertur-

[1] *Rom.*, I, 31.
[2] *II Tim.*, III, 1-3.
[3] *S. Mat.*, X, 37.
[4] *S. Mat.*, X, 36.

bada con mil pasiones, conoció un despertar magnífico de piedad. Entre las familias que fueron objeto de la complacencia divina, sobresalió la de los Falconieri. Dos de sus miembros, dos hermanos, se convirtieron ruidosamente. El primero, San Alejo, fué uno de lo siete gloriosos fundadores de la Orden de los Servitas de María, que se consagraron a Nuestra Señora el día de la Asunción de 1233. El otro, Carísimo, casado, quedó en el mundo; pero, temiendo no haber ganado siempre honestamente su inmensa fortuna, resolvió emplearla en servicio de la Iglesia y de los pobres. Fué gran bienhechor de los Servitas y los ayudó en la construcción de su iglesia, la Annunziata. Su caridad y piedad fueron bien recompensadas: al fin de su vida, Recordata, su esposa, estéril hasta entonces, tuvo una hija, Juliana, la Santa que hoy celebra la Iglesia.

La niña Juliana no conoció a su padre. La educó su tío San Alejo, quien la inculcó el espíritu de la Orden de los Servitas, enseñándola la devoción a la Virgen y la práctica de la penitencia; muy pronto consideró a la Orden como a su segunda familia. Hecha religiosa, los Superiores de los Servitas la tuvieron en tal consideración, que solicitaron con frecuencia sus oraciones por los intereses de la Orden y sobre todo para triunfar de los graves obstáculos que ponían en Roma a la aprobación de sus Constituciones. Santa Juliana vivió y murió a la som-

bra de la Annunziata, que guardará más tarde sus reliquias, y se la puede honrar igual que a los Siete Fundadores, porque su gran obra será la organización de la *Tercera Orden* Femenina *de los Servitas*, las Mantelatas de María.

SANTA JULIANA Y LAS MANTELATAS. — Aun no tenía 15 años, cuando solicitó y recibió el hábito de los Servitas de manos del General de la Orden San Felipe Benizi, en la Iglesia de la Annunziata. Fué la primera que llevó el gran manto de la Orden, que dará a las Terciarias Servitas el nombre de Mantelatas. Hasta entonces las otras terciarias no tenían hábitos religiosos y vivían con sus familias. Santa Juliana también permaneció con su madre para cuidarla en su vejez y administrar sus bienes.

Hasta después de la muerte de su madre no pudo consagrarse enteramente a la vida religiosa. Habiendo comprado una casa, la convirtió en convento, en el que, invitadas por ella, se reunieron numerosas terciarias, recibieron el manto de la Orden y comenzaron a practicar la vida común. Sólo entonces Santa Juliana se presentó descalza y con una soga a la garganta, pidiendo ser admitida entre ellas. Ansiaba ser siempre la última y como la criada de sus hermanas. Pero su vida fué allí tan edificante, que, al cabo de dos años, la comunidad, teniendo que elegir supe-

riora, unánimente nombró a Santa Juliana, que siguió en este cargo hasta su muerte.

Compuso, aconsejada por los Superiores de los Servitas, el reglamento de la nueva Congregación. En general su organización era la misma que la de los religiosos. Vida de oración y de mortificación al mismo tiempo que de caridad y apostolado entre los pobres y enfermos. Santa Juliana en todo daba ejemplo haciendo patente su ardiente celo por la conversión de los pecadores, la liberación de las almas del purgatorio y la reconciliación de los enemigos. Apaciguó discordias civiles y curó milagrosamente a multitud de enfermos. Su influencia bienhechora fué considerable en Florencia.

Los siete dolores de Nuestra Señora. — Su más notable devoción fué la de todos los Servitas: los Siete Dolores de Nuestra Señora. Quizá alguno piense que abandonó lo esencial de la religión para adherirse a una devoción secundaria; mas el culto tributado a Nuestra Señora, Corredentora y Mediadora de todas las gracias, y en particular la asidua meditación de los Siete Dolores, no pueden ser considerados como devociones secundarias de la piedad cristiana, porque no se las puede separar del culto tributado a Jesús. Los dolores del Corazón de Nuestra Señora son inseparables de los dolores del Corazón de Jesús, y se encuentra en el centro del miste-

rio de nuestra Redención. En su vocación de reparadora, Santa Juliana permaneció constantemente unida a Jesús crucificado, uniéndose a la Virgen al pie de la Cruz, y enseñando a sus hijas a ser imitadoras perfectas de la "Virgen Dolorosa, Reina de los Mártires".

Su vida era de gran austeridad: no tomaba alimento los miércoles y viernes, llevaba áspero cilicio, se disciplinaba hasta derramar sangre y con frecuencia hasta perder el sentido. Sin embargo, tenía que luchar constantemente contra terribles tentaciones de impureza, de las que no salía victoriosa sino mediante la rigurosa guarda de los sentidos y especialmente de la vista. Dios la ayudaba en estos combates con gracias de alta contemplación, y con frecuencia en sus largas oraciones, que se prolongaban hasta medio día, era arrebatada en éxtasis.

He aquí a la Santa que Nuestro Señor y Nuestra Señora suscitaron en otro tiempo para convertir la inquieta y voluptuosa ciudad de Florencia. Con razón, pues, nos invita hoy la Iglesia a dirigirnos a Santa Juliana, a tributarla el homenaje debido, a seguir su ejemplo y a pedirla la salvación de la sociedad, que se desmorona a causa de las guerras y de las costumbres corrompidas.

VIDA. — Juliana nació en Florencia en 1270. Manifestó desde su tierna infancia una piedad ardiente: sus primeras palabras fueron Jesús y María. En 1284,

después de rehusar un matrimonio ventajoso, recibió el hábito de los Servitas de María y comenzó una vida de caridad, oración y austera penitencia. En 1306, fundó el primer monasterio de las Mantelatas del que pronto fué superiora. Dió a esta Orden terciaria una vida inspirada completamente en los misterios de la Pasión del Señor y en los Dolores de Nuestra Señora. No pudiendo durante su última enfermedad comulgar, pidió que depositasen el santo Viático sobre su pecho. La Hostia penetró entonces en él invisiblemente, y después de su muerte se vió su figura grabada sobre el corazón. En memoria de este milagro las Mantelatas llevan la imagen de una hostia en su escapulario. Juliana murió el 19 de Junio de 1341. Fué beatificada en 1678 por Inocencio XI y canonizada por Clemente XIII en 1737.

Servir a María. — Servir a María era el único título de nobleza, ¡oh Juliana! que ocupaba tus pensamientos; compartir sus dolores, la única recompensa que ambicionaba tu humilde y generosa alma. Tus deseos quedaron satisfechos. Pero la que ahora reina en excelso trono sobre los hombres y los ángeles, aquella que se proclamó esclava del Señor y cuya esclavitud atrajo la mirada divina[1], quiso también ensalzarte a ti por encima de los poderosos. Saliendo de la silenciosa oscuridad en que quisiste ocultar el esclarecido linaje de tu famila, tu gloria eclipsó pronto el brillo que iba unido al nombre de tus padres haciéndole más puro; por tí, humilde terciaria, sierva de las siervas de Nuestra Señora,

[1] *S. Luc.*, I, 48, 52.

el nombre de los Falconieri es conocido hoy por todo el mundo. Aún más; en el país de las verdaderas grandezas, en la ciudad celestial en donde el Cordero, al distribuir desigualmente sus destellos sobre la frente de los elegidos, constituye las categorías de la nobleza eterna, brillas tú con una aureola que es una participación de la gloria de María. Pues como ella lo fué para la Iglesia después de la Ascensión del Señor, así tú, por lo que se refiere a la Orden gloriosa de las Servitas, dejando a otros la acción exterior y la autoridad que rige las almas, fuiste también, en tu humildad la madre de la nueva familia que Dios se había escogido, y no solamente de las Mantelatas sino también de toda la Orden de los Servitas de María. Tu esmerada solicitud se extendía a todos y en el laborioso desenvolvimiento de la Orden recurrieron con frecuencia a tu poderosa intercesión Superiores aun tan santos como Felipe Benicio.

PLEGARIA. — Sigue prestando tu ayuda a la piadosa familia de los Servitas de María. Extiende tu benéfica influencia sobre todas las Ordenes religiosas tan probadas en nuestros días. Cuida de que Florencia conserve, como el más preciado recuerdo, el de los favores de Nuestra Señora y de los Santos, que produjo en ella la fe de antiguas edades; cante siempre la Iglesia por los nuevos beneficios recibidos, el poder que

el Esposo divino te otorgó sobre su Corazón. En retorno del insigne favor con que El coronó tu vida y consumó en ti su amor, apiádate de nosotros en nuestro último combate. Alcánzanos la gracia de no morir sin antes haber sido fortalecidos por el santo Viático. Haz que la sagrada Hostia sea el amor de toda nuestra vida; y que nos fortalezca en la hora suprema. ¡Ojalá nuestra muerte sea también el paso dichoso del banquete divino de aquí abajo a las delicias de la unión eterna!

EL MISMO DIA

SANTOS GERVASIO Y PROTASIO, MARTIRES

Dos santos pacificadores. — Aunque sólo se haga una simple memoria, en este día, de los gloriosos hermanos cuyo nombre fué antiguamente tan célebre en Occidente, sin embargo su mérito no debe disminuir ante nosotros. Gervasio y Protasio no son ahora honrados con fiesta solemne, precedida de vigilia, como nos lo presenta el Sacramentario Gelasiano; pero se ha conservado el lugar que ocupaban en las Letanías de la Iglesia Romana como representantes del ejército de los mártires.

Los historiadores de los ritos sagrados nos enseñan que el Introito de la Misa de ambos mártires "*El Señor dará la paz a su pueblo*", es un

monumento erigido por la confianza de San Gregorio Magno en su poderosa intercesión. Reconocedor de los felices resultados obtenidos anteriormente, les encomendó, al elegir esta antífona, la pacificación total de la Iglesia, expuesta a la invasión de los Lombardos y a las reivindicaciones de la corte de Bizancio.

DESCUBRIMIENTOS DE SUS RELIQUIAS. — Dos siglos antes, ya San Ambrosio había experimentado la especial virtud pacificadora que Nuestro Señor parecía haber puesto en los huesos de estos gloriosos mártires en premio de su muerte. Por segunda vez la emperatriz Justina y el arriano Auxencio pretendieron dar el asalto definitivo contra el Obispo de Milán con las fuerzas coaligadas de la tierra y del infierno; pero por segunda vez había contestado Ambrosio a los que le intimaban que abandonase su Iglesia: "No es propio de un sacerdote hacer entrega del templo"[1] y amenazó con la excomunión a los soldados enviados para ayudar a los asaltantes del sagrado recinto, si llevaban a cabo su cometido; y, como sabía, que estaban ligados por el bautismo a Dios antes que al príncipe, los soldados no hicieron caso de la consigna sacrílega. Poco tiempo después dijo a la corte, atemorizada a causa de la indignación universal, cuando le suplicaba que apaciguase al pueblo sublevado ante me-

[1] Carta XX.

didas tan odiosas: "Está en mi poder no excitarle; mas su apaciguamiento pertenece a Dios." En fin, cuando, venidas las tropas arrianas, cercaron la basílica en que se hallaba San Ambrosio, se vió cómo, en el nombre indivisible y pacífico de la Santísima Trinidad, se encerraba todo el pueblo con su Obispo en la iglesia y sostenía solamente con la fuerza de la divina salmodia y de himnos sagrados este nuevo asedio. Pero el postrer acto de esta lucha de dos años contra un hombre sin armas, el suceso que puso fin, a la herejía, fué el hallazgo de las preciosas reliquias de Gervasio y Protasio, que poseía Milán sin saberlo, y que fueron reveladas al pontífice por inspiración divina.

Escuchemos la sencilla y amena narración que del hecho nos hace el santo Obispo en carta a su hermana Marcelina:

"El hermano a su señora y hermana más querida que la niña de sus ojos y su vida: Tengo por costumbre participar a tu santidad todo lo que aquí sucediere mientras tu ausencia; sábete, pues, que hemos encontrado cuerpos de mártires. En efecto, mientras estaba consagrando la basílica que conoces, la multitud me interpela a una diciendo: "dedícala como la Basílica Romana". Yo respondo: "Lo haré si encontrare reliquias de mártires. Y al momento me invade la emoción de cierto presagio. ¿Qué más? El Señor dió su gracia. A pesar de los reparos de

los mismos clérigos, mandé cavar delante del lugar que ocupa la balaustrada de los santos Félix y Nabor. Encontré las señales deseadas: al punto se llevaron posesos a los que teníamos que exorcizar; y sucedió que, al aparecer los santos mártires, bajo el más profundo silencio, una posesa fué echada por tierra ante la santa tumba. Allí encontramos dos hombres de estatura prócer, como los de los tiempos antiguos, el esqueleto completo y cierta cantidad de sangre. El lugar fué muy concurrido durante dos días. ¿Para qué más detalles? Los cuerpos santos, dispuestos como era conveniente, los trasladamos íntegramente por la tarde a la basílica de Fausta; allí tuvimos la vigilia toda la noche y la imposición de las manos. Al día siguiente, traslación a la basílica que llaman Ambrosiana; durante el trayecto, fué curado un ciego"[1].

Tumbas de la Ambrosiana. — Diez años más tarde Ambrosio ocupará a su vez un lugar junto a ellos bajo el altar de la basílica Ambrosiana. Fué colocado al lado de la Espístola, dejando el del Evangelio para los dos mártires. En el siglo IX uno de sus sucesores, Angilberto, reunió en un mismo sarcófago de pórfido los tres cuerpos santos y se les colocó en sentido longitudinal con el altar y sobre las tumbas primitivas. Allí fué donde, pasados mil años y gracias a los tra-

[1] Carta XXII.

bajos de reparación de la basílica, reaparecieron el 8 de agosto de 1871 no en la sangre que había hecho reconocer a los mártires en el siglo IV, sino en una capa de agua profunda y límpida: imagen encantadora del *agua de la Sabiduría*[1] que había brotado con tanta abundancia de los labios de Ambrosio, principal personaje de la sepultura. Allí, no lejos de la tumba de Marcelina convertida en altar, el peregrino actual, enchida su alma de recuerdos de antiguas edades, venera todavía estos piadosos restos; pues permanecen aún juntos en la urna de cristal en donde, sometidos a la tutela inmediata del Romano Pontífice[2], esperan todavía la resurrección.

San Agustín y San Ambrosio no escribieron nada sobre la historia de los santos Gervasio y Protasio. Quizá no sabían nada acerca de su vida y martirio. Se limitaron solamente a cantar los milagros que se obraban en su tumba y a ensalzar su valimiento ante Dios. Así fué como su culto se extendió en pocos años por Italia, Francia y el resto de Occidente.

EL TESTIMONIO DE LA SANGRE. — Oh santos mártires, aunque las enseñanzas de vuestra vida, no han llegado a nuestros oídos, con todo eso, exclamaremos con Ambrosio cuando os presentaba al pueblo: "La mejor elocuencia es la de la sangre; pues la sangre tiene un sonido atro-

[1] *Prov.*, XVIII, 4; XX, 5. *Eccli.*, XV, 3; etc.
[2] Constitución "*Qui attingit*" de Pío IX.

nador, que resuena en la tierra y en el cielo"[1]. Hacednos comprender su poderoso lenguaje. Los cristianos deben estar siempre prestos a dar testimonio del Dios Redentor. ¿Será quizás que nuestras generaciones no tienen ya sangre en sus empobrecidas venas? Sanad su incurable decaimiento; lo que no pueden los médicos de las almas, siempre lo puede Cristo.

Levantaos, pues, gloriosos hermanos; enseñadnos el camino regio de la abnegación y del sufrimiento. No puede ser en vano el que nuestros ojos hayan podido, en estos últimos tiempos, contemplaros como os contempló Ambrosio; si Dios os revela de nuevo a la tierra después de tantos siglos, es que tiene en vista el mismo fin que antiguamente, esto es: levantar por medio de vosotros al hombre y a la sociedad de una esclavitud funesta, deshacer el error, salvar a la Iglesia, que no puede perecer, pero que El quiere liberar por medio de sus santos. Vosotros, que en otro tiempo obtuvísteis por vuestras oraciones la paz para Italia asolada por larga guerra, alcanzadnos del cielo la paz para el mundo entero. Reconoced mediante dignos y nuevos servicios, la protección con que Pedro ha custodiado vuestros restos. Haced que Milán sea digna de vosotros y de Ambrosio. Proteged las comarcas próximas o lejanas, a las que enriqueció en otro tiempo la sangre encontrada en vuestro sepulcro.

[1] Carta XXII.

20 DE JUNIO

SAN SILVERIO, PAPA Y MARTIR

LEGITIMIDAD DE LOS PAPAS.—La sucesión de los Papas es uno de los principales sucesos en que se ve mejor la acción del Espíritu Santo desde que descendió a este mundo. Su legitimidad como sucesores de Pedro, está efectivamente en íntima unión con la legitimidad de la Iglesia como de Esposa del Hijo de Dios; he aquí por qué el Espíritu no permite que se extravíe siguiendo a intrusos. El papel inevitable que ejercen las pasiones humanas al intervenir en la elección del Vicario de Cristo, puede muchas veces hacer dudosa la transmisión del poder espiritual; pero desde el momento que se comprueba que la Iglesia está en posesión de su libertad, conservada o reconquistada, y que un Papa hasta entonces dudoso, es reconocido como Sumo Pontífice, este reconocimiento prueba que, a partir del mismo instante, el ocupante de la Sede Apostólica está investido por Dios mismo. El Espíritu Santo confirma esta doctrina consagrándola con el martirio del Pontífice que hoy celebramos.

LA ELECCIÓN DE SILVERIO. — Al morir San Agapito I en Constantinopla el 22 de abril de 536, el rey godo arriano Teodato, que todavía reinaba en Italia, temiendo ocupase el solio pontificio un

Papa que le fuese desfavorable, impuso a Silverio como sucesor del Pontífice difunto. Dos meses después la justicia divina hería al tirano y dejaba en libertad a la Iglesia. No cabe duda que Roma habría estado en su derecho si hubiese rechazado al Pastor que se le había impuesto por la fuerza: pues el Señor no confió la elección de su Vicario en la tierra a los príncipes. Mas Silverio, ajeno a las violencias de que su persona había sido objeto, era por otra parte absolutamente digno del Sumo Pontificado; el clero romano, libre de nuevo, no juzgó conveniente retirarle la obediencia hasta entonces discutible; y desde este momento, cabeza incontestable de la Iglesia, el sucesor de Agapito apareció como el verdadero elegido del Señor. Mas Bizancio, vuelta de nuevo a ser señora de Italia, notificó al Papa por medio de la Emperatriz Teodora que vería con gusto su asentimiento al monofisitismo. Silverio mostró entonces que era digno de la tiara, rehusando noblemente la propuesta, lo que fué causa de su glorioso martirio.

Vida. — Silverio no era más que subdiácono de la curia cuando le elevaron al Sumo Pontificado. Reinó desde junio de 536 hasta noviembre de 537. Rehusando apoyar el monofisitismo, fué depuesto con el falso pretexto de intentar libertar a Roma de los godos. Reducido al estado de simple monje, fué primeramente desterrado a Pátara de Licia, después cruelmente trasladado a la isla Palmaria junto a Gaeta. Allí murió probablemente el 2 de diciembre de 537.

ORACIÓN. — Mira aplacado, oh Pastor eterno, a tu grey: y guárdala con perpetua protección, por tu santo Mártir y Sumo Pontífice Silverio a quien concediste ser pastor de toda la Iglesia. Por nuestro Señor [1].

EL MISMO DÍA

SANTA FLORENTINA, VIRGEN

El nombre de Santa Florentina va unido al de sus hermanos los santos Leandro, Isidoro y Fulgencio. Entregóse al servicio de Cristo con la misma generosidad que ellos, encerrándose en un monasterio de los alrededores de Sevilla, donde vivió hasta su muerte, dedicada al estudio de las Sagradas Escrituras y a su vida espiritual. Se cree que su monasterio estaba edificado en Ecija, de la que era obispo su hermano San Fulgencio, que llevaba su dirección espiritual. A ruegos de Florentina sus hermanos escribieron algunos libros que la dedicaron, siendo el más famoso el que compuso San Leandro con el nombre de *Institución de las Vírgenes*. "No te olvides, hermana carísima, la decía, de este tu pobre hermano en las plegarias que diariamente ofreces a tu divino Esposo. Estoy completamente convencido de que tu oración tendrá una eficacia

[1] Oración Común de los Sumos Pontífices.

irresistible para inclinar en mi favor la misericordia divina. Tú eres mi defensa y mi asilo para con Nuestro Señor Jesucristo; tú la prenda de mi salvación; tú mi hostia sacratísima con la cual no dudo salir ileso en medio del aluvión horroroso de la iniquidad que me circunda. ¿Quién podrá alcanzar indulgencia y perdón para un hermano pecador, mejor que tú, esposa predilecta del Cordero inmaculado, que has conquistado su corazón con la suave fragancia de la virginidad? Tu amor ardentísimo será para mí el fundamento de toda mi esperanza y la fuente perenne de mi felicidad." (S. Leandro: De *Regula Virginum).*

En las plazas andaluzas se sorprenden los forasteros al ver en sus cuatro ángulos estatuas de cuatro santos hermanos: Leandro, Isidoro, Fulgencio y Florentina. Son ellos la gloria de la bella Andalucía. Siempre hay alguna Santa junto a los héroes que han dejado tras sí brillante estela de santidad o de influencia social. Con San Benito, Santa Escolástica su hermana; con San Francisco, Santa Clara, etc. Del mismo modo al *Padre* de las Españas, al *Doctor* y al *Prelado* abnegado acompaña la virgen Florentina para dar su encanto al hermoso cuadro.

PLEGARIA. — Oh Florentina, segura ya de tu salvación, ruega por las vírgenes consagradas a Dios para las que tú fuiste maestra y modelo.

Muchas son las que han seguido tu ejemplo en tu patria. Haz que busquen ante todo la gloria de su Esposo y que se consagren a establecer su reino aquí en la tierra. Haz que se multiplique el número de las consagradas a Jesús para que sepan consolar su soledad y apartar los rayos de su cólera contra este mundo pecador.

21 DE JUNIO

SAN LUIS GONZAGA, CONFESOR

EL VALOR DE LA VIDA. — ¡"Cuán grande es la gloria de Luis, hijo de Ignacio! Nunca lo hubiera creído si Jesús no me lo hubiese mostrado. Nunca pude imaginar que tuviese tanta gloria en el cielo". Así se expresaba Santa Magdalena de Pazzis en uno de sus admirables éxtasis. Sin embargo, a los ojos disipados de muchos la vida tan corta de San Luis no ofreció más que los preludios de una vida, por decirlo así, marchitada en flor antes de dar fruto. Pero los cálculos de Dios no son como los de los hombres y las apreciaciones de éstos no pesan en sus juicios. A sus divinos ojos, aun tratándose de los santos, es de menos perfección una vida larga y llena de acciones admirables, que otra llena de amor. En efecto, ¿no debe estimarse la existencia humana por lo que produce de duradero? Ahora bien, en la eternidad la caridad es la única que perma-

necerá, fijada por siempre en el grado que adquirió en esta vida pasajera. Importa poco, pues, que en breve y sin obras ruidosas, el elegido de Dios desarrolle en sí mismo el amor tanto o más que otro con trabajos, por muy santos que sean, ejecutados durante una larga vida admirada de los hombres.

Fecundidad de la Compañía de Jesús. — La ilustre Compañía que dió a la Iglesia a Luis Gonzaga, debe la santidad de sus miembros y la bendición con que van acompañadas sus obras, a la fidelidad que siempre mostró a esta importante verdad donde debe buscar su luz toda vida cristiana. Desde su institución parece que Nuestro Señor, no contento con dejarla tomar su bendito nombre, tuvo a pechos obrar de suerte que no pudiese nunca olvidar de dónde la venía su verdadera fuerza para la carrera militante, y más activa que todas, que debía emprender. Las refulgentes obras de su fundador, Ignacio, del apóstol de las Indias, Francisco Javier, la noble conquista de la humildad de Cristo en Francisco de Borja, manifestaron a todo el mundo una santidad maravillosa; pero no tuvieron otra base que las virtudes ocultas de estos otros tres Estanislao de Kostka, Luis Gonzaga, y Juan Berchmans, quienes bajo la mirada divina y únicamente con la fuerza de la oración contemplativa, se elevaron en aquel mismo siglo

hasta el amor y, en consecuencia, hasta la santidad de sus heroicos padres.

EL AMOR, MOTOR DE LA ACCIÓN. — Otra vez Magdalena de Pazzis, depositaria de los secretos divinos, nos revelará este misterio. En el éxtasis en que contempla la gloria de Luis, exclama bajo el influjo del Espíritu Divino: "¿Quién podrá explicar el valor y el poder de los actos internos? La gloria de Luis es tan grande porque obró interiormente. No se puede establecer comparación entre lo visible y lo interno. Luis, cuanto más se venció en la tierra, tanto más estuvo atento a la mirada del Verbo y he aquí la razón de su grandeza. Luis fué un mártir oculto: todo el que te ama, Dios mío, te reconoce tan grande, tan infinitamente amable, que le es un verdadero martirio el reconocer que no te ama como desea amarte, y que no eres amado por tus criaturas, sino ofendido. Por eso él mismo consumó su martirio. ¡Oh, cuánto amó sobre la tierra! He aquí por qué ahora, en el cielo, posee a Dios con soberana plenitud de amor. Siendo mortal, dirigió su flecha al corazón del Verbo; ahora que está en el cielo, sus dardos descansan en su propio corazón. Pues la comunicación con la divinidad que mereció con esas flechas de actos de amor y de unión con Dios, ahora la posee ciertamente y se abraza con ella."

Amar a Dios, dejar que su gracia vuelva nuestro corazón hacia la bondad infinita, que solamente es capaz de saciarle, he aquí el secreto de la más alta perfección.

MÉRITOS DEL DEBER DE ESTADO. — Siendo todavía jovencito, y en una ciudad en que las tentaciones eran grandes, Luis consagró su virginidad a la Santísima Virgen. Luego renunció a los más altos cargos y dignidades de este mundo a que estaba llamado. Pero habiéndole obstinadamente rehusado su padre el permiso para abandonar el mundo, obedeció y siguió la vida seglar practicando todas las virtudes de su estado.

En él, como en las almas totalmente dóciles al Espíritu Santo, nunca la piedad perjudicó a los deberes de la tierra. Por esto es el verdadero modelo de la juventud estudiosa, de la que Luis mereció el título de patrono. Inteligencia escogida, fiel tanto al trabajo como a la oración en medio de la agitación mundana, dominó todas las ciencias exigidas entonces en personas de su condición. Negocios espinosos, referentes a intereses del siglo, le fueron confiados más de una vez; vióse entonces cómo hubiera sobresalido en el gobierno de los hombres y en el manejo de los negocios. También en ello debía servir de ejemplo a muchos a quienes sus allegados o falsos amigos pretenden detener en el umbral de

la vida religiosa por la consideración del bien que son capaces de hacer y del mal que podrían evitar: como si para las órdenes religiosas, porción escogida de su rebaño, debiera Dios contentarse con incapaces nulidades; como si las aptitudes de la naturaleza mejor dotada no pudiesen siempre tornarse a Dios, su principio, tanto mejor y más completamente cuanto más perfectas sean. Ni el Estado, ni la Iglesia pierden nunca nada en este retiro por Dios, en este abandono aparente de los mejores sujetos: si en el Antiguo Testamento Dios se mostraba celoso de que se le ofreciese en el altar lo mejor de toda clase de bienes, no era para empobrecer a su pueblo; se lo reconozca o no, la fuerza principal de la sociedad, la fuente de las bendiciones que están destinadas al mundo, tendrá siempre su manantial en estos holocaustos amados del Señor.

VIDA.—Luis nació cerca de Mantua el 9 de marzo de 1568. Destinado por su padre a la carrera de las armas, habitó con él desde niño en el castillo de Casale, y después en la corte del duque Francisco I en Florencia. Recibió la primera comunión de manos de San Carlos Borromeo. Ocupándose más en el estudio y en la piedad, que en las vanidades mundanas y en la profesión militar pasaba largas horas en oración. Paje del príncipe Diego en la corte de Madrid, al morir éste, se fortaleció su deseo de consagrarse a Dios. En julio de 1585, hizo los Ejercicios de San Ignacio, firmó la renuncia al principado heredado de sus antepasados, y el 4

de noviembre entraba en Roma, en la Compañía, en la que profesó el 25 de noviembre de 1587. Hizo los estudios de Teología, recibió las Ordenes Menores y no se distinguió más que por su humildad, obediencia y fervor en la oración. En 1590-91, cuidando a los enfermos del hospital de San Sixto, después a los de Santa María della Consolazione, contrajo su enfermedad, de la que murió el 20 de junio de 1591. El primer milagro fué para su madre. Fué beatificado en 1605, y canonizado en 1726. Es patrono de la juventud.

UNA GLORIA DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. — "La prudencia equivale en el hombre a las canas, dice el Sabio; la vejez digna de veneración no se aprecia por el número de los años"[1]. Por eso, oh Luis, ocupas un sitio honroso entre los antepasados de tu pueblo. Gloria de la Compañía en donde en breve tiempo llenaste el curso de una larga existencia, alcanza el que siga guardando esmeradamente para sí y para los demás el ejemplo que irradia de tu vida llena de inocencia y de amor.

LA ORACIÓN Y LA SANTIDAD. — Al fin de la jornada de esta vida el verdadero éxito del hombre es la santidad; ésta se adquiere interiormente; las obras externas no cuentan para Dios sino en la medida de la pureza y del ardor interno que las inspira; si falta la ocasión para estas acciones, el hombre puede suplirla acercándose

[1] *Sab.*, IV, 8.

al Señor en lo recóndito de su alma, tanto o más que lo hubiese ejecutado por ellas mismas. Así lo comprendiste tú; y la oración que te tenía absorto en innenarrables delicias, vino a hacer tu mérito semejante al de los mártires. ¡De qué precio fué a tus ojos este tesoro celestial de la oración, siempre tan a nuestro alcance como lo estuvo al tuyo! Pero para encontrar en ella, como tú, *compendiado el camino de toda perfección,* según tus propias palabras, es necesaria la perseverancia y el cuidado de alejar del alma, por medio de generosa mortificación de la naturaleza, toda moción que no sea de Dios. ¿Cómo podría reproducir el agua turbia o agitada por el viento, la imagen del que está a su orilla? Así el alma impura y la que, sin ser esclava de sus pasiones, no es señora de toda agitación que provenga del mundo, no puede llegar a reproducir en sí la imagen tranquila de Dios, que es el fin de la oración.

SOLO DIOS. — Tú has reproducido perfectamente al Señor; y se puede constatar cómo la naturaleza en lo que tiene de bueno, lejos de sufrir y perder, gana en la refundición operada en este divino crisol. Aun en lo referente a las más legítimas satisfacciones, nunca tuviste miras terrenas; sino que, viendo a Dios en todas las cosas, ¡cómo los sentidos fueron superados en su debilidad engañosa, y cómo también por eso

mismo se acrecentó tu amor! Testigos son tus delicadas atenciones aquí abajo y desde el cielo, con la admirable madre que el Señor te dió. Al abrasarte el Espíritu Santo con el fuego del amor divino, encendía a la vez en ti un inmenso amor hacia el prójimo, pues la caridad es una; y se vió bien al sacrificar tu vida por los desgraciados apestados.

Plegaria por la juventud. — Ayúdanos en nuestras miserias; sé propicio a todos nosotros. La juventud especialmente reclama tu poderoso patrocinio, conducida por el sucesor de Pedro a los pies de tu altar. Dirige sus pasos solicitados por inclinaciones tan contrarias; sean la oración y el trabajo por Dios, su salvaguardia; hazla sobre todo ver claro cuando haya de escoger estado. Derrama generosamente sobre ella en los críticos años de la adolescencia tu hermoso privilegio y protege la virtud angélica en tus devotos. En fin, oh Luis, haz que los que no supieron imitarte en la inocencia, te sigan al menos en la penitencia, como lo pide la Iglesia al Señor en tu festividad.

22 de junio

SAN PAULINO, OBISPO Y CONFESOR

Félix y Paulino. — En los días dedicados a la infancia del Salvador, Félix de Nola vino a

regocijar nuestros ojos con el espectáculo de su santidad triunfante y tan humilde, que nos revela uno de los aspectos más apacibles del poder del Emmanuel. Iluminado con los resplandores de Pentecostés, aparece Paulino en la misma ciudad de Nola, tributando el homenaje de su gloria a Aquel por quien fué conquistado.

SENADOR Y CÓNSUL. — Heredero de cuantiosa fortuna, prefecto de Roma a los 25 años, senador y cónsul, Paulino no pensaba que habría carrera más honrosa para él, más provechosa al mundo, que aquella a la que le inclinaban las tradiciones de su ilustre familia. Y en verdad a las miradas de los sabios del mundo, era la suya una vida completa, si es que ha habido alguna, llena de las más nobles amistades, rodeada por la merecida estima de pequeños y grandes, y que encontraba descanso en el culto de las letras que, desde adolescente, le había valido los honores de la brillante Aquitania, donde vió la primera luz en Burdeos. ¿Cuántos, que no le igualaban en méritos, son propuestos hoy día como modelos de vida laboriosa y fecunda?

LA CONVERSIÓN. — Un día, sin embargo, esas existencias que parecen tan colmadas, no ofrecen al mismo Paulino más que el espectáculo de individuos "que se dan vueltas en medio de días vacíos y, como trama de su vida, tejen con sus

obras vanas una tela de araña"[1]. ¿Qué ha pasado pues? Un día los rayos de una nueva luz han inundado su alma; Roma y su poder se han sumido en las tinieblas al aparecer "los grandes derechos del Dios temible"[2]. Con corazón generoso, el ascendiente de las antiguas razas que sometieron al mundo, entrega prontamente su fe a Dios; Cristo, al revelársele, conquistó su corazón. Habiendo inquirido mucho y corrido en vano, halló; por fin, algo; descubrió que *nada hay mejor que creer en Jesucristo* [3].

En la rectitud de su gran alma, llegará hasta las últimas consecuencias de este nuevo principio, que para él reemplaza a todos los demás. Jesucristo dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende todo lo que posees y dáselo a los pobres; y después ven y sígueme"[4]. Paulino no duda. No será él quien descuidará lo mejor y preferirá lo más despreciable [5]; perfecto hasta entonces para el mundo, ¿podría ahora dejar de serlo para Dios? ¡Manos a la obra! Ya se ha despojado de aquellas inmensas posesiones que llamaban reinos [6]. Paulino vende todo para comprar la Cruz y seguir con ella a su Dios [7]. Porque sabe que el abandono de los bienes de este mundo no es otra cosa

---

1 *S. Paulino,* carta XXXVI, 3.ª *a Amandus.*
2 *Poema XXII, a Jovius,* vers. 83-85.
3 *Ultimo poema,* V, 1, 3.
4 *Mateo,* XIX, 21.
5 Carta XXXV, *a Delfín.*
6 *Ausona,* carta XXIII, a *Paulino,* v. 116.
7 *Poema* XXI, XIII, v. 426-427.

que la primera etapa y no la carrera completa; el atleta no queda vencedor con sólo despojarse de sus vestidos, sino que se despoja de ellos para iniciar el combate; ¿acaso ha pasado el río el nadador con estarse desnudo a la orilla del mismo?[1].

Retiro. — Paulino, decidido a todo, más que desatar el cable que detenía su barquilla en la ribera, lo ha cortado[2]. Cristo es su piloto[3]. Contando con el aplauso de su noble esposa Teresa, que no será en adelante más que su hermana y su émula, boga al puerto seguro de la vida monástica, pensando solamente en salvar su alma[4]. Una sola cosa le retiene suspenso todavía; ¿se retirará a Jerusalén, donde tantos recuerdos parecen atraer al discípulo de Cristo? Pero con la franqueza de su fuerte amistad le responde San Jerónimo, a quien había consultado: "Para los clérigos la ciudad, para los monjes la soledad. Sería el colmo de la locura retirarse del mundo para vivir en medio de una turba todavía mayor. Si quieres ser lo que se te llama, es decir, monje, o lo que es lo mismo, solo, ¿qué haces en la ciudad que, a buen seguro, no es morada de solitarios sino de muchedumbres? Cada vida tiene su modelo. Nuestros capitanes son Pablo y An-

[1] Carta XXIV, 7, *a Severo*.
[2] *San Jer.*, carta LIII, 10, *a Paulino*.
[3] *Ultimo poema*, v. 158.
[4] Carta, XXVI, 8, *a Jovius*.

tonio, Hilarión y Macario; nuestros guías Elías y Eliseo, todos los hijos de los profetas que habitan los montes y los desiertos y construyen sus tiendas a orilla del Jordán"[1].

Paulino siguió los consejos del solitario Betleemita; prefiriendo el título de monje a la morada en la ciudad santa, buscó el *pequeño campo* de que le hablaba Jerónimo, en el territorio de Nola, pero retirado de la ciudad, cercano a la tumba de San Félix. No cuente ya el mundo con él para realzar sus fiestas o confiarle empleos: absorbido por la penitencia y la humillación voluntaria, el antiguo cónsul se ha convertido en el último siervo de Cristo y guardián de un sepulcro[2].

El escándalo. — Ante la novedad de semejante renuncia, cuyo espectáculo contemplaba el mundo, exultaron los santos del cielo y de la tierra; pero no menos se manifestó la indignación unida al escándalo[3] de los prudentes del siglo, de tantos hombres para los que el Evangelio no tiene valor alguno sino en la medida que no va contra los miopes prejuicios de su sabiduría mundana. "¿Qué dirán los grandes?" escribía San Ambrosio. "Abandonar el senado, cortar la línea de sucesión de tales antepasados, un hombre de semejante familia y raza, con tan

---

[1] Carta LVIII, 4-5, *a Paulino*.
[2] *Poema XII*, I, v. 31, 38.
[3] *I Cor.*, I, 23.

buen carácter y dotado de tanta elocuencia esto es intolerable. Y he aquí que esos hombres, cuando se trata de sus fantasías, no dudan en operar en sí mismos las transformaciones más ridículas; cuando sucede que un cristiano, preocupado de su perfección, cambia de tenor de vida, exclaman que es una acción indigna"[1].

Paulino no se conmovió ante estos ataques como tampoco contó con que su ejemplo sería seguido de muchos otros. Sabía que Dios manifiesta a algunos lo que sería provechoso a muchos, si lo quisiesen, y que esto basta para justificar su Providencia[2]. Así como el viajero no se desvía del camino a causa de los ladridos de los perros que le ven pasar, aquellos—decía—que toman la sendas estrechas del Señor, deben despreciar los pensamientos profanos y ridículos y felicitarse de desagradar al que ofende a Dios; la Sagrada Escritura nos basta para juzgar entre ellos y nosotros[3].

IRRADIACIÓN. — Con todo eso, nuestro santo, que sólo quería imitar y aprender, apareció pronto como uno de los mayores luminares de la Iglesia. El humilde retiro en donde pretendía ocultarse vino a ser como el lugar de cita de patricios y patricias, el centro de atracción de

[1] Carta LVIII, 3, *a Sabino*.
[2] *San Paulino*, carta XXXVIII, 7, *a Apro*.
[3] Carta 1.ª, 2, 6, *a Severo*.

todas las grandes almas de aquel siglo. Desde los más diversos puntos. Ambrosio, Agustín, Jerónimo, Martín, y sus discípulos le alababan con voz unánime diríamos, si Dios, para mayor santidad de su siervo, no hubiese permitido al principio una excepción dolorosa. Algunos miembros del clero romano, movidos en el sentido contrario, de que no convenían signos de veneración para con este monje, se esforzaron, no sin éxito, en engañar, con un pretexto especioso al Sumo Pontífice. Siricio llegó casi a excomulgar a Paulino [1]. La mansedumbre y longanimidad del Siervo de Dios no tardaron en hacer ver a Siricio el error en que le habían puesto sus consejeros, y la envidia tuvo que dirigir hacia otra parte sus mordeduras.

San Paulino y la liturgia. — Nos falta espacio para diseñar más largamente esta noble existencia. Pero terminaremos recordando que la liturgia es grandemente deudora a San Paulino por los preciosos detalles que encierran sus cartas y poemas, especialmente sobre la arquitectura cristiana y el simbolismo de sus diversas partes, sobre el culto de las imágenes y el honor tributado a los santos y a sus sagradas reliquias. Una tradición, por desgracia insuficiente para aclarar todas las dudas, hace remontar hasta en el uso litúrgico de las campanas; al hacer ma-

[1] Carta V, 13-14, *a Severo*.

yores las dimensiones de la antigua campanilla, la habría él transformado en instrumento majestuoso, digno de ser el portador de la misma Iglesia, y al que la Campania y Nola dieron su nombre *(nolae, campanae)*.

Vida. — Paulino nació en Burdeos hacia 353, de ilustre familia patricia. Su educación fué esmerada. Cónsul en 378, se casó poco después, fijó su morada en España y recibió el bautismo hacia 389 en Burdeos. Al año siguiente distribuyó todos sus bienes a los pobres. Fué ordenado sacerdote en Barcelona en 393 y, desde entonces, trasladó su residencia a Nola junto a la tumba del mártir San Félix, con su mujer y algunos discípulos. Había hecho de su casa un monasterio y regulaba su vida como los monjes. Compuso numerosos poemas en honor de San Félix, que, juntamente con sus cartas, adquirieron lugar distinguido en la literatura cristiana de su tiempo. En 409 fué elegido obispo de Nola. Al morir en 431 su cuerpo fué colocado junto al de San Félix. Después fué trasladado a Roma. Pero Pío X le restituyó al obispado de Nola en 1908.

Pobreza voluntaria. — ¡Tus bienes ahora te son devueltos a ti, que creíste en la palabra del Señor! Cuando tantos buscaban en vano guardar su tesoro de manos de los bárbaros, el tuyo estaba seguro. ¡Qué de lamentos llegaban a tus oídos ante el tremendo derrumbamiento de aquel imperio, del que fuiste uno de los primeros magistrados! ¡Aquellos colegas tuyos en los honores, aquellos compañeros de la opulencia que no imitaron tu voluntaria renuncia, no fueron culpables por ello de falta alguna; pero, cuando

sonó la hora terrible en que el poder no era más que un título para mayores males, en que la riqueza no servía a sus posesores más que de angustia y desesperación, cuánto más acertada apareció entonces tu prudencia aun para este mundo! Te dijiste que *el reino de los cielos padece violencia, y que sólo los que se hacen violencia lo alcanzan*[1]; pero la violencia que te impusiste al romper para mejores empresas los lazos terrenos, ¿sería comparable con la que más de uno de tus detractores tuvo que padecer, sin provecho ni en esta vida ni en la otra? Así sucede frecuentemente, aun cuando no imperen los tiempos calamitosos en que la ruina parece abatirse sobre el universo. Las privaciones que Dios pide a los suyos para conducirlos por las sendas de la perfección, no igualan los padecimientos que con frecuencia salen al paso de los mundanos en el camino de sus caprichos.

El amor a la verdad y a la palabra divina. — Gloria a ti, que escuchaste con oído atento el Evangelio[2], y, fuerte en la fe, triunfaste del príncipe de este mundo. Devuelve a nuestros tiempos, tan semejantes a los tuyos en la ruina, aquel amor sincero a la verdad, y aquella sencillez en la fe que, en los siglos IV y V, salvó del naufragio a la sociedad cristiana. La luz no es

[1] *Mateo*, XI, 12.
[2] Carta, V, 6, *a Severo*.

menor hoy que en aquellos tiempos; es más, la supera al ser constantemente acrecentada por el trabajo de los doctores y las definiciones pontificias. Mas la verdad, siempre igualmente poderosa para la salvación del hombre [1], sólo libra a los que viven de ella; y he ahí por qué, ¡ay! el dogma, cada vez más y más plenamente definido, no levanta al mundo de hoy. Es que no debería ser letra muerta; Jesucristo no la transmitió a la Iglesia como simple teoría especulativa, ni la Iglesia, cuando la expone a sus hijos, pretende solamente deleitar con la amplitud de sus explicaciones los oídos de los que la escuchan. La palabra de Dios es la simiente [2] que se arroja a la tierra, no para ocultarla en ella, sino para que germine y sazone y domine a los gérmenés que la rodean [3]. ¡Ojalá que esta divina semilla, oh Paulino, produzca todo su efecto en los que ahora te admiran y suplican! Sin restringir el sentido de la Escritura, sin pretender interpretar a favor de nuestras inclinaciones terrenas, lo que el Señor decía, tú, en tu lealtad, tomaste a la letra lo que debía tomarse, y por eso ahora eres santo; permanezca, pues, igualmente inalterable para nosotros todo lo que Dios dijo, y sea la regla suprema de nuestros actos y pensamientos.

---

[1] *Juan,* VIII, 32.
[2] *Lucas,* VIII, 1.
[3] *Marcos,* IV, 22.

23 DE JUNIO

VIGILIA DE SAN JUAN BAUTISTA

El relato evangélico. — "Hubo en los días de Herodes, rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías, del turno de Abías, y su mujer de las hijas de Aarón, y su nombre era Isabel. Y ambos eran justos ante Dios, caminando sin tacha en todos los mandatos y preceptos del Señor, y no tenían hijo, porque Isabel era estéril, y ambos eran ya ancianos. Y sucedió que, al ejercer el sacerdocio ante Dios en el orden de su turno, según la costumbre del sacerdocio, le tocó por suerte entrar a poner el incienso en el templo del Señor; y toda la multitud del pueblo estaba fuera, orando, a la hora del incienso. Y se le apareció el Angel del Señor, de pie, a la derecha del altar del incienso. Y Zacarías se turbó, al verlo, y cayó sobre él el temor. Mas díjole el Angel: no temas, Zacarías, porque ha sido oída tu súplica: y tu mujer Isabel te dará un hijo, y llamarás su nombre Juan: y tendrás alegría y gozo, y muchos se alegrarán de su nacimiento: porque será grande delante del Señor, y no beberá vino, ni sidra, y será henchido del Espíritu Santo desde el mismo vientre de su madre: y convertirá a muchos hijos de Israel al Señor, su Dios: y caminará delante de El con el espíritu y el poder de Elías:

para hacer volver los corazones de los padres a los hijos, y a los incrédulos a la prudencia de los justos, para preparar al Señor un pueblo perfecto [1].

El futuro Mesías. — Esta página que hoy nos hace leer la Iglesia, es preciosa entre todas aquellas en que se han consignado los anales de la humanidad; porque éste es el comienzo del Evangelio, la primera palabra de la buena nueva de nuestra salvación. No es que el hombre no hubiese tenido noticia hasta entonces de los designios del cielo para levantarle de su caída y darle el Salvador. Pero la espera había sido larga desde el día en que la sentencia dada contra la serpiente mostró a nuestro primer padre el futuro hijo de la Mujer, que sanaría al hombre y daría satisfacción a Dios. Es cierto que, de edad en edad, se había ido revelando la promesa; cada generación, podríamos decir, había visto al Señor, por medio de los profetas, ir añadiendo un nuevo rasgo al perfil de este hermano de nuestra raza, tan grande por sí mismo, que el Altísimo le llamaría su Hijo [2], tan celoso de la justicia que, para saldar la deuda del mundo, vertiría hasta la última gota de su sangre [3]. Cordero por su inmolación, dominaría la tierra con su dul-

---

[1] *Lucas*, I, 5-17
[2] Salmo, II, 7.
[3] *Isaías*, LIII, 7.

zura [1]; deseado de los pueblos aunque nacido de Jessé [2], más magnífico que Salomón [3], acogería el ardiente anhelo de las pobres almas redimidas: adelantándose a sus deseos, se hará anunciar como Esposo descendido de los collados eternos [4]. Cordero cargado con los pecados del mundo. Esposo deseado por la Esposa: éste era el Hijo del Hombre y al mismo tiempo Hijo de Dios, el Cristo, el Mesías prometido al mundo. Mas, ¿cuándo debía venir este deseado de las naciones? ¿Quién señalaría al mundo a su Salvador? ¿Quién conduciría la Esposa al Esposo?

Larga espera. — Al salir llorando el género humano del Edén, había quedado con la mirada fija en el futuro. Jacob, al morir, saludaba de lejos a ese hijo querido cuya fuerza sería como la del león y cuyos encantos celestiales eran objeto de sus inspiradas contemplaciones [5] en su lecho de muerte. La humanidad, ansiosa a causa de su mal y por el ardor de sus aspiraciones, contemplaba un siglo y otro, sin que la muerte que la consumía, suspendiese sus estragos, sin que el ansia del Dios esperado cesase de aumentar en su corazón. Así pues ¡qué reiteración de plegarias se sucedía de generación en generación, y

[1] *Ibid.*, XVI, 1.
[2] *Ibid.*, XI, 10.
[3] Salmo, XLIV.
[4] *Oseas*, II, 19; *Génesis*, XLIX, 26.
[5] *Gén.*, XLIX, 9-12, 18.

qué creciente impaciencia en las súplicas! *Ojalá rompieras las barreras de los cielos y bajaras* [1]. Basta de promesas, exclaman refiriéndose a la Iglesia de aquellos tiempos el piadoso San Bernardo y los Santos Padres, al comentar el primer versículo del Cantar de los Cantares: basta de figuras y de sombras, basta de hablar por medio de otros. No escucharé más a Moisés; los profetas están mudos para mí; la ley cuyos portavoces eran, no es capaz de dar vida a mis muertos [2] ¿y qué me importarán a mí, a quien está anunciado el Verbo de Dios, los balbuceos de sus profanos labios?[3]. Nada valen los perfumes de Aarón en comparación del óleo de alegría que el Padre derramó sobre el que yo espero [4]. No más enviados ni servidores: después de tantos mensajes, venga ya El mismo.

El Precursor. — Y la Iglesia de la espera, postrada en la persona de los más dignos de sus hijos sobre la cima del Carmelo, no se levantará hasta que aparezca inminente la señal de la lluvia salvadora en el cielo [5]. Entonces, olvidando el agotamiento de los años, se arguirá con el vigor de su primera juventud; llena de la alegría anunciada por el ángel, seguirá con gozo al nue-

---

[1] *Isaías*, XLIV, 1.
[2] *IV Reyes*, IV, 31.
[3] *Exodo*, IV, 10; *Isaías*, VI, 5.
[4] Salmo, XLIV, 8,
[5] *III Reyes*, XVIII, 42, 46.

vo Elías, *Precursor* predestinado cuyo nacimiento para mañana nos promete la vigilia de hoy; irá en pos del que corre como el antiguo Elías[1], pero con más verdad que él, delante del carro del rey de Israel.

ORACIÓN. — Entresaquemos las dos Oraciones siguientes del Sacramentario Gelasiano; ellas nos introducirán en el espíritu de la fiesta:

"La oración del bienaventurado Juan Bautista nos obtenga, Señor, comprender y merecer el misterio de tu Cristo."

"Dios Omnipotente y eterno, que en los días del bienaventurado Juan Bautista cumpliste lo que anunciaron las prescripciones legales y los oráculos de los santos profetas; concede, te rogamos, que cese toda figura y se manifieste y hable la misma Verdad, Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

24 DE JUNIO

LA NATIVIDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

I. GLORIA DE SAN JUAN BAUTISTA

EL MESÍAS OCULTO. — ¡"Voz del que clama en el desierto: preparad los caminos del Señor; he aquí a vuestro Dios"![2] ¡Oh! ¿Quién compren-

[1] *III Reyes,* XVIII, 44-46.
[2] *Isaías,* XL, 3, 9.

derá, en este siglo resfriado, los transportes de la tierra ante anuncio tan largo tiempo esperado? El Dios prometido no se ha manifestado todavía; pero ya los cielos se han humillado para darle libre paso[1]. ¿Quién descubrirá al Emmanuel bajo los velos de la humildad, en que antes como después de su nacimiento, se ocultará a los hombres su divinidad? ¿Quién, sobre todo, habiéndole reconocido en su misericordioso abatimiento, será capaz de hacer que le acepte un mundo perdido por el orgullo, y quién podrá decir, al mostrar a las turbas al hijo del carpintero[2]: He aquí al que esperaron nuestros padres?

Pues éste es el orden establecido por el Altísimo para la manifestación del Mesías: el Dios Hombre no se lanzará por sí mismo a las obras de la vida pública; sino que para la inauguración de su divino ministerio, esperará a que un miembro de la raza que ha llegado a ser suya, a que un hombre, nacido antes que él y dotado para ello de crédito suficiente, le presente a su pueblo.

CONVENIENCIA DE UN PRECURSOR. — ¡Oficio sublime, que hará de una criatura el fiador de Dios, el testigo del Verbo! La grandeza del que había de llenar esta misión, estaba señalada, como la

[1] Salmo, XVII, 10.
[2] *Mateo*, XIII, 55.

del Mesías, mucho tiempo antes de su nacimiento. Cristo, ciertamente, no tuvo necesidad de ayuda ajena para alumbrar sus pasos; pero durante la noche de espera, habían engañado a la humanidad tantos falsos resplandores, que la luz verdadera no habría sido comprendida si hubiese surgido de súbito, o habría cegado los ojos, incapaces de resistir su fulgor, a causa de las tinieblas precedentes. La Sabiduría eterna había, pues, decretado que, así como el astro del día se anuncia por la estrella matutina, del mismo modo Cristo-luz fuese precedido por un astro precursor y señalado por el brillo de que El mismo revestiría a este fiel mensajero de su venida. Cuando en otro tiempo el Altísimo se dignaba iluminar el porvenir por medio de sus profetas, la luz que a intervalos rasgaba el cielo del Antiguo Testamento, se extinguía sin lograr traer el día; pero el astro cantado por el Salmo, no tendrá ocaso: no siendo por sí mismo, como toda criatura, más que nada y tinieblas, reflejará, sin embargo, tan de cerca la claridad del Mesías, que muchos le tomarán por el mismo Cristo[1].

El anuncio profético. — La misteriosa conformidad de Cristo y su Precursor, la incomparable proximidad que los unió, está bien indicada en múltiples lugares de los Libros Santos. Si Cristo es el Verbo, la Palabra Eterna del Padre,

[1] *Lucas*, III, 15.

Juan será la voz portadora de esta Palabra hasta donde deba llegar. Cristo es el *Angel de la alianza;* pero en el texto en que el Espíritu Santo le da este título tan alentador de nuestra esperanza, aparece que también lleva este nombre de ángel el fiel embajador por quien el mundo conocerá al Esposo: "He aquí que yo envío a mi ángel que preparará el camino ante mí, y luego vendrá a su templo el dominador a quien vosotros buscáis y el Angel del Testamento a quien vosotros deseáis. He aquí que viene, dice el Señor de los ejércitos"[1]. Y para dar fin al ministerio profético, de que es el último representante, Malaquías termina sus oráculos por las palabras que hemos oído a Gabriel dirigir a Zacarías al hacerle saber el próximo nacimiento del Precursor [2].

El anuncio angélico. — La presencia de Gabriel en tal ocasión, mostraba como el niño prometido había de ser el íntimo del Hijo de Dios; pues el mismo príncipe de los ejércitos celestiales había de ir en breve a anunciar al Emmanuel. Muchos son los fieles mensajeros que asisten al trono de la Santísima Trinidad, y en la elección de estos augustos enviados se toma en cuenta ordinariamente la grandeza de las instrucciones que por ellos va a transmitir al mundo el Altí-

---

[1] *Malaquías,* III, 1.
[2] *Ib.* IV, 5, 6.

simo. Pero convenía que el Arcángel encargado de consumar las sagradas nupcias del Verbo con la humanidad, diese comienzo a esta gran misión preparando la venida de aquel a quien los decretos eternos habían designado como el *Amigo del Esposo*[1]. Seis meses más tarde, enviado a María, apoyaba su mensaje revelando a la Virgen purísima el prodigio que desde entonces hacía madre a la estéril Isabel: primer paso del Todopoderoso hacia una maravilla mayor. Juan no ha nacido todavía; pero sin más tardar inagurará su oficio, confirmando las promesas del ángel. ¡Inefable garantía la de este niño, oculto aún en el seno materno y testigo de Dios en la negociación sublime que tiene en suspenso el cielo y la tierra! Iluminada por el cielo, María recibe el testimonio y no duda: "He aquí la esclava del Señor, dice al ángel; hágase en mi según tu palabra"[2].

La santificación del Precursor. — Gabriel se retiró llevando consigo el secreto divino, que no tenía orden de comunicar al resto del mundo. La Virgen prudentísima tampoco hablará de ello; el mismo José, su virginal esposo, no tendrá noticia del misterio por ella. No importa. Hay uno para quien el Emmanuel no tendrá ni secretos ni retrasos; y sabrá cómo ha de comunicarle la

---

[1] *Juan,* III, 29.
[2] *Lucas, I.*

maravilla. Apenas el Verbo tomó posesión del santuario inmaculado en que habitaría los nueve primeros meses entre los hombres. Nuestra Señora, instruída interiormente del deseo de su Hijo, marcha presurosa a la montaña de Judea [1]. La primera visita es para el amigo del Esposo, para Juan su primera gracia. Una festividad distinta nos permitirá honrar especialmente el fausto día en que el Niño-Dios, al santificar al Precursor, se revela a Juan por boca de María, y en que la Virgen, revelada por Juan que salta de gozo en el seno materno, proclama las grandezas que el Todopoderoso obró en ella, *según la promesa misericordiosa que hizo en otro tiempo a nuestros padres, a Abraham y a su posteridad hasta el fin de los siglos* [2].

NACIMIENTO DEL PRECURSOR. — Por fin ha llegado el tiempo en que, de los niños y de las madres la noticia se extenderá en la comarca, hasta que sea hora de esparcirse por todo el mundo. Juan nace, y, como no puede hablar aún, desatará la lengua de su padre. Hará cesar el mutismo con que había castigado el ángel al anciano sacerdote, imagen de la antigua ley; y Zacarías, lleno del Espíritu Santo, publicará con un nuevo cántico la *dichosa visita del Señor Dios de Israel* [3].

[1] *Lucas*, I, 39.
[2] *S. Lucas*, I, 55.
[3] *Ibíd.*, I, 68.

II. LITURGIA DE LA FIESTA

LA PIEDAD ANTIGUA. — Todo nos muestra en esta fiesta una de las solemnidades más queridas de la Esposa. ¿Qué sería, si, remontándonos a tiempos mejores, nos fuese dado tomar parte en las antiguas manifestaciones del instinto católico en este día? En los tiempos dichosos en que la piedad de los pueblos seguía dócilmente las inspiraciones de la Iglesia, el espectáculo de las demostraciones que a la fe de todos sugería la vuelta de aniversarios amados, mantenían en cada uno la inteligencia de la obra divina y de las grandes armonías que el Ciclo antiguo sabía reproducir. Hoy, que en la mayoría se ha perdido el espíritu litúrgico, el movimiento tan católico que imprimía en las muchedumbres, no se encuentra, y la falta de guías expertos se deja sentir en la devoción de no pocos. Abandonada ésta y sin la luz de los faros luminosos que la Iglesia dispuso en las encrucijadas de su camino, con frecuencia aparece más sensible a los vientos de las novedades que al soplo del Espíritu Santo; se ve privada del espíritu exquisito que tanto los miembros pequeños como los mayores de la familia cristiana, sacaban de la escuela común del Ciclo sagrado; sin una vista de conjunto, con mucha frecuencia carece de proporciones, y la falta de equilibrio la expone

a mil falsos movimientos peligrosos o al menos sin más resultado que una inútil fatiga. Con todo eso, los sobresaltos y extravíos producidos por la insuficiencia de algunos, no hacen zozobrar el navío de la verdadera piedad, porque, contra viento y marea, y en medio mismo de las pérdidas en que se ve obligado a consentir, la mano firme del piloto supremo mantiene constante e idéntica la dirección primera. Están lejos los tiempos en que dos ejércitos enemigos, al encontrarse cara a cara el día de la vigilia de S. Juan, dejaban el combate para el día siguiente a la fiesta [1]. A pesar de todo, la Natividad de S. Juan Bautista aparece en el Calendario como doble de primera clase con Octava, y sigue presentándose al fiel instruído, revestida de caracteres que la designan como uno de los más importantes días del año.

LA FIESTA DEL 29 DE AGOSTO. — Otra nueva fiesta reclamará, a fines de agosto, nuestros homenajes al hijo de Zacarías e Isabel: la festividad de su glorioso martirio y nacimiento para el cielo. Pero, aunque *veneranda* para nosotros, según expresión de la misma Iglesia en el día de la degollación de S. Juan Bautista, no gozará del esplendor de ésta. Es porque, en realidad, la solemnidad de este día se dirige menos a Juan que a Jesús, a quien aquél anuncia; mientras que la

[1] Batalla de Fontenay en Francia (sábado 25 de Junio 841).

Degollación, más personal para nuestro Santo, no presenta en el plan divino la importancia que tenía su nacimiento, preludio del del Hijo de Dios.

LA NAVIDAD DE VERANO. — Jesús es *la luz,* la luz sin la que este mundo permanecería en la muerte; y Juan no es otra cosa que *el hombre enviado por Dios,* sin el que la luz quedaría desconocida [1]. Mas, siendo Jesús inseparable de Juan como el día de su aurora, no hay que extrañarse de que la alegría del mundo en el nacimiento de Juan participe de la que excitará a su tiempo la venida del Salvador. Es la Navidad de verano. Desde el principio Dios y la Iglesia tuvieron cuidado, como lo veremos, de señalar por mil concomitancias la dependencia y parecido de ambas solemnidades.

PRECURSOR DE LOS MÁRTIRES. — Dios, cuya providencia procura siempre la glorificación del Verbo hecho carne, juzga a los hombres y a los siglos en la medida en que éstos dieron testimonio de Cristo. Y he aquí por qué Juan es tan grande. Pues de Aquel de quien los profetas anunciaron que vendría, de quien los apóstoles predicaron como venido ya, solamente él, profeta y apóstol al mismo tiempo, dijo señalándole: ¡Héle aquí! Juan, pues, siendo el *testigo* por antonomasia [2],

[1] *S. Juan,* 4-10.
[2] *S. Juan,* I, 7.

convenía que presidiese al período glorioso en que, durante tres siglos, la Iglesia tributaría al Esposo el testimonio de la sangre, que da el primer lugar en su reconocimiento a los mártires después de los Apóstoles y profetas, sobre cuyos cimientos está edificada [1]. Diez veces se abrieron en la inmensidad del imperio romano las venas de la Esposa; y la Sabiduría eterna quiso que la décima y última persecución acabara el 25 de Diciembre de 303, en Nicomedia [2], uniéndose así al nacimiento del Hijo de Dios cuyo triunfo aseguraba. Pero, si la Natividad del Emmanuel señala en los fastos sagrados el fin de las grandes tribulaciones, la de Juan convenía señalase los principios. En el año 64 fué cuando la Roma pagana abrió por vez primera sus arenas a los soldados de Cristo; y el 24 de Junio es cuando la Iglesia hace majestuosa mención de ello en su Martirologio por la memoria que sigue al anuncio de la Natividad del Precursor; "En Roma, la conmemoración de muchísimos santos mártires, los cuales en tiempo del emperador Nerón, acusados falsamente de haber puesto fuego a la ciudad, fueron cruelmente martirizados con diversos suplicios: unos, cubiertos con pieles de fieras, fueron echados a los perros para que los despedazasen; otros crucificados; otros prendidos a modo de antorchas para que sirviesen de

---

[1] *Eph.*, II, 20.
[2] Año Litúrgico, t. I, p. 225.

luces durante la noche. Todos estos, discípulos de los Apóstoles, fueron las primicias escogidas que la Iglesia Romana, campo fértil en mártires, ofreció al cielo antes de la muerte de los Apóstoles del Señor."

PRECURSOR DE LOS MONJES. — La solemnidad del 24 de Junio esclarece, pues, doblemente los orígenes del cristianismo. Por muy turbulentos que fuesen los días de la Iglesia no hubo un solo año en que no se cumpliese la predicción del ángel: *Muchos se alegrarán en el nacimiento de Juan* [1]; con la alegría, su palabra, sus ejemplos, su intercesión daban ánimo a los mártires. Después del triunfo alcanzado por el Hijo de Dios sobre la negación pagana, cuando al testimonio de sangre sucedió el de la confesión en obras y alabanzas, Juan conservó su oficio de Precursor de Cristo en las almas. Guía de monjes, los conduce lejos del mundo y los fortifica en los combates de la soledad; amigo del Esposo, continúa formando a la Esposa, *preparando al Señor un pueblo perfecto* [2].

PRECURSOR DE LOS FIELES. — En todos los estados, en todos los grados de la vida cristiana se hace sentir su benéfica y necesaria influencia. "Precursor en su nacimiento, precursor en su muerte, S. Juan, dice S. Ambrosio, continúa yen-

---

[1] *S. Luc.*, I, 14.
[2] *Ibid.*, 17.

do delante del Señor. Y acaso más de lo que nosotros pensamos, su acción misteriosa tiene su parte en nuestra vida presente en el día de hoy. Cuando comenzamos a creer en Cristo, hay como cierta virtud de Juan que nos atrae; él dirige hacia la fe los caminos de nuestra alma; endereza los caminos torturosos de esta vida, hace así derecha la vía de nuestra peregrinación para que no caigamos en los abismos del error; hace que todos nuestros valles se llenen de frutos de virtudes, y que todo respeto humano se humille ante el Señor"[1].

PATRONO DE LOS BAUTISTERIOS. — Pero si el Precursor tiene parte en cada progreso de la fe acercando las almas a Cristo, mucho más interviene en todo bautismo que hace crecer a la Iglesia. Los bautisterios le están dedicados. El bautismo que derramaba sobre las turbas a orillas del Jordán, nunca tuvo, es cierto, el poder del bautismo cristiano; pero, al sumergir al Hombre-Dios en las aguas, dotó a éstas de la virtud fecundante que, salida de ese Hombre-Dios, completaría hasta el fin de los tiempos, con la incorporación de nuevos miembros, el cuerpo de la Iglesia unida a Cristo.

PATRONO DE PUEBLOS E IGLESIAS. — La fe de nuestros antepasados conocía los grandes bienes de que eran deudores a Juan los pueblos y los

[1] *Coment., sobre S. Lucas,* I, 38.

particulares. Tantos neófitos recibían su nombre en el bautismo, y tan eficaz era para conducir a la santidad la ayuda que prestaba a sus fieles devotos, que no hay día en el calendario, en que no se pudiese celebrar el nacimiento de algunos de ellos para el cielo. Patrono en otro tiempo de Lombardía, lo es hoy del Canadá francés. Pero así en Oriente como en Occidente ¡quién podrá contar las comarcas, las ciudades, las abadías, las iglesias puestas bajo su poderoso patrocinio! ¡Desde el templo que, reinando Teodosio, reemplazó en Alejandría al antiguo Serapeon, famoso por sus misterios, hasta el santuario erigido sobre las ruinas del altar de Apolo, en el Monte Casino por el Patriarca de los monjes! ¡desde las quince iglesias que Bizancio tenía consagradas dentro de sus muros al Precursor, hasta la majestuosa basílica de Letrán, que en la capital del universo católico es la madre y maestra de todas las iglesias de la Ciudad y del mundo! Dedicada primitivamente al Salvador, muy pronto a este sagrado vocablo asoció, como inseparable, el del Amigo del Esposo.

Solemnidad de la vigilia. — La Vigilia de San Juan no es ahora de precepto; antes, sin embargo, no sólo era de ayuno obligatorio el día próximo a la Natividad del Precursor, sino que una cuaresma entera evocaba, en su duración y prescripciones, el Adviento del Señor. De este

modo, cuanto más severas habían sido las exigencias de la preparación, tanto más estimada y mejor se comprendía la fiesta. Después de haber igualado la penitencia de la cuaresma de Juan a las austeridades de la de Navidad, nadie se admiraba de que la Iglesia asemejase en su Liturgia ambas Natividades.

HOGUERAS DE SAN JUAN.—Tres misas solemnizaban la Natividad de Juan, como la de Aquel a quien él dió a conocer a la Esposa: La primera, por la noche, recordaba su título de Precursor; la segunda, al alba, honraba su bautismo; la tercera, a la hora de Tercia, exaltaba su santidad [1]. Así como antiguamente hubo dos Maitines en la noche de Navidad, Durando de Mende dice, siguiendo a Honorio de Autun, que muchos celebraban en la festividad de S. Juan doble Oficio [2]. El primero se iniciaba al caer la tarde; no tenía *alleluia*, para significar el tiempo *de la Ley y de los Profetas, que duró hasta Juan* [3]. El segundo comenzaba a media noche y finalizaba a la aurora; se cantaba con *Alleluia*, para hacer resaltar la llegada del tiempo de la gracia y *del Reino de Dios* [4].

La alegría, carácter propio de esta fiesta, se desbordaba fuera de los sagrados lugares y lle-

[1] *Sacram., Greg., Amal.*, Pseudo-Alcuino, Ord., rom.
[2] *Ration.*, VII, 14.
[3] *S. Luc.*, XVI, 16.
[4] *Ibid.*,

gaba hasta los mismos infieles musulmanes. Si en Navidad el rigor de la estación hacía recluirse en sus hogares las tiernas expansiones de la piedad privada, la nitidez de la noches de estío de S. Juan ofrecía ocasión de desquite a la fe viva de los pueblos. Por eso completaba lo que la parecía insuficiencia en las demostraciones hacia el Niño-Dios, con los honores tributados al Precursor en su cuna. Apenas se habían extinguido los últimos rayos del sol, cuando, desde Oriente hasta Occidente, sobre la haz del mundo entero, inmensas llamaradas surgían de las montañas, e iluminábanse súbitamente las ciudades, las aldeas y aun los más pequeños caseríos. Eran las hogueras de S. Juan, testimonio auténtico, constantemente renovado, de la verdad de las palabras del ángel y de la profecía, que anunciaba la alegría universal que saludaría el nacimiento del hijo de Isabel. Como una *lámpara ardiente y luciente,* según la expresión del Señor, había aparecido en la noche interminable, y la sinagoga *había querido gozarse en sus destellos por algún tiempo* [1]; mas, desconcertada por su fidelidad, que le impedía hacerse pasar por Cristo y por la luz verdadera [2], irritada a la vista del Cordero a quien aquél indicó como salud del mundo y no solamente de Israel [3], la sinagoga pronto volvió a las tinieblas, y ella misma se tapó los

[1] *S. Juan,* V. 35.
[2] *Ibid.,* I, 20.
[3] *Ibid.,* 29.

ojos con la venda que la hace permanecer en las tinieblas hasta nuestros días. La gentilidad, agradecida a aquel que no quiso ni rebajar, ni engañar a la Esposa, le exaltó tanto más cuanto más se abatió él; recogió los sentimientos que debía haber conservado la repudiada sinagoga, y manifestó por todos los medios de que era capaz, que, sin confundir el resplandor propio del Sol de justicia con la luz recibida del Precursor, saludaba con no menor entusiasmo aquella luz que fué para la humanidad la aurora de las alegrías nupciales.

Antigüedad de las hogueras de San Juan. — Podría decirse de las hogueras de S. Juan que se remontan casi a los orígenes del cristianismo. Al menos aparecen desde los primeros años de la paz, como fruto de la iniciativa popular, y no sin excitar la atención de los Padres y los concilios, cuidadosos de desterrar toda idea supersticiosa en las manifestaciones que reemplazaban, por otra parte felizmente, las fiestas paganas de los solsticios. Pero la necesidad de combatir algunos abusos, tan posibles hoy como entonces, no impidió a la Iglesia fomentar tal género de demostraciones, que también respondía al carácter de la fiesta [1]. Las hogueras de San

[1] Los paganos celebraban, desde hacía tiempo, el solsticio de verano, el 24 de Junio, con alegres fogatas en honor del sol. Los cristianos adoptaron esta costumbre en honor de aquel que, antorcha ardiente, fué, el precursor de la verdadera luz. (DAC, V, c. 1468).

Juan completaban felizmente la solemnidad litúrgica; mostraban unidas en un mismo pensamiento a la Iglesia y a la ciudad terrena. Pues la organización de estos regocijos estaban a cargo de los ayuntamientos, y los municipios cargaban con todos los gastos. Por eso, el privilegio de encender las hogueras quedó reservado, ordinariamente, a las autoridades civiles. Los mismos reyes, tomando parte en las alegrías comunes, tenían a gala dar esta señal de alegría a sus pueblos.

La rueda ardiente. — En ciertos lugares la *rueda ardiente,* disco inflamado que rodaba sobre sí mismo y recorría las calles de las ciudades o descendía de las cimas de las montañas, representaba el movimiento del sol que se remonta a lo más alto de su curso para pronto volver a descender; evocaba la palabra del Precursor respecto del Mesías: *Es necesario que El crezca y yo disminuya* [1]. El simbolismo se completaba con el uso de quemar los despojos y restos de toda clase en este día, que anunció el final de la antigua ley y el principio de los nuevos tiempos, según las palabras de la Escritura: *Rechazaréis lo que sea viejo, cuando alcancéis los nuevos bienes* [2].

¡Dichosos los pueblos que conservan todavía algo de las costumbres, de las que nuestros pa-

[1] *S. Juan,* III, 30.
[2] *Levit.,* XXVI, 10.

dres, en su sencillez, sacaban una alegría sin duda más verdadera y más pura que las deseadas por sus descendientes en las fiestas en que el alma no toma parte alguna!

III. LA MISA

La Misa está compuesta de diversos pasajes del Antiguo y Nuevo Testamento. La Iglesia, dicen los liturgistas, quiere con ello indicarnos que Juan es el lazo de unión de ambas alianzas y participa de cada una. Es el broche de oro que une el doble manto de la ley y de la gracia [1] en el pecho del Pontífice eterno.

El Introito es de Isaías; en la Espístola encontraremos entero el texto de donde está tomado. El salmo que antiguamente se cantaba con él, es el XCI, del que solamente queda en uso el primer versículo, aunque la razón por la que primitivamente se le escogió, está en el verso siguiente y en el trece: *Es bueno anunciar tu misericordia por la mañana y manifestar tu verdad por la noche... El justo florecerá como la palma; y se multiplicará como el cedro del Líbano.*

INTROITO

Desde el vientre de mi madre me llamó el Señor con mi nombre: y puso mi boca como espada aguda: me protegió bajo la sombra de su mano, y me puso como

[1] *S. Pedro Cris.*, Sermón 91.

una saeta escogida. — *Salmo:* Es bueno alabar al Señor: y cantar salmos a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Gloria al Padre.

La colecta recoge los votos del pueblo cristiano, en este día tan grande a causa del nacimiento del Precursor. Implora la abundancia de las alegrías espirituales, gracia propia de esta festividad como lo anunció Gabriel; y, aludiendo a la misión del hijo de Zacarías, que consiste en enderezar los caminos de salvación, suplica que ningún cristiano se descarríe de los senderos de la vida eterna.

COLECTA

Oh Dios, que nos hiciste venerable este día con la natividad de San Juan: da a tus pueblos la gracia de los gozos espirituales; y dirige las almas de todos los fieles por la senda de la eterna salvación. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Profeta Isaías. (XLIX, 1-3, 5-7).

Oíd, islas, y atended, pueblos, de lejos: el Señor me llamó desde el seno materno, desde el vientre de mi madre se recordó de mi nombre. Y puso mi boca como espada aguda: me protegió bajo la sombra de su mano, y me puso como una saeta escogida: me escondió en su aljaba. Y díjome: Tú eres mi siervo, Israel, porque me gloriaré de ti. Y ahora me dice el Señor, haciéndome siervo suyo desde el vientre materno: Mira, te he dado como luz de las gentes, para que seas mi salud hasta el extremo de la tierra. Los reyes verán, y se levantarán los príncipes, y adorarán por el Señor y por el Santo de Israel, que te eligió.

GRATITUD DE LOS GENTILES. — Hijos de la Iglesia, entremos en sus pensamientos; comprendamos qué agradecimiento debe ser el nuestro, de nosotros gentiles, hacia aquel a quien *toda carne* deberá el haber conocido al Salvador [1]. Desde el desierto, donde su voz zahería el orgullo de los descendientes de los patriarcas, nos veía suceder a la soberbia sinagoga; sin aminorar en nada las exigencias divinas, su austera predicación tenía, para los futuros privilegiados del Esposo acentos que nunca conocieron los judíos: "Raza de víboras, decía a éstos: ¿quién os enseña a huir de la ira que ha de venir? Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no digáis: Tenemos por Padre a Abraham. Porque os digo que puede Dios de estas piedras hacer nacer hijos de Abraham. Porque ya está puesta la segur a la raíz, y el árbol que no dé buen fruto, será cortado y echado al fuego"[2]. Mas a los despreciados publicanos, a los soldados detestados, a todos los corazones estériles de la gentilidad, comparables ciertamente a las rocas del desierto, Juan Bautista anunciaba la gracia, que refrescaría y fecundaría con la justicia sus almas secas. "Publicanos, no exijáis más de lo que os está ordenado; soldados, contentaos con vuestro sueldo [3]. Moisés dió la ley; pero mejor es la gra-

[1] *Isaías*, XL, 5.
[2] *S. Lucas*, III, 7-9.
[3] *S. Luc.*, III, 12-14.

cia, obra de aquel a quien yo anuncio [1], he aquí el que quita los pecados del mundo [2] y nos da a todos de su plenitud"[3].

INGRATITUD DE LOS JUDÍOS. — ¡Qué nuevos horizontes para estos despreciados, a los que el desdén de Israel había considerado por tanto tiempo como vitandos! Mas, para la sinagoga, semejante golpe al pretendido privilegio de Judá, era un crimen. Había soportado las invectivas lacerantes del hijo de Zacarías; se había mostrado pronta a aclamarle como a Cristo [4]; mas invitarla a marchar a una con la impura gentilidad, a ella que se decía tan pura, era demasiado: Juan, desde este momento, fué juzgado como lo sería su Señor. Jesús, insistirá más tarde sobre la diferente acogida que dispensaron a su Precursor los distintos oyentes; de ello sacará la base de la sentencia de reprobación contra los judíos. "En verdad os digo que los publicanos y las rameras os precederán en el reino de Dios; pues Juan vino a vosotros en camino de justicia y no le creísteis, y los publicanos y la rameras le creyeron, y vosotros, viéndole, ni aún hicisteis penitencia después"[5].

Después que Isaías ha profetizado la venida de Juan y del Salvador, Jeremías, figura de am-

[1] *S. Juan*, I, 15-17.
[2] *Ibid.*, 29.
[3] *Ibid.*, 16.
[4] *Juan*, I, 19.
[5] *S. Mat.*, XXI, 31-32.

bos, aparece en el Gradual; él también fué santificado en el vientre materno y preparado desde entonces para el ministerio que debía cumplir. El Verso deja en suspenso el anuncio de la palabra del Señor; según el rito usado antiguamente, se completaba repitiendo el Gradual. El Verso aleluyático está tomado del Evangelio, del *Benedictus*.

GRADUAL

Antes que te formara en el seno, te conocí: y, antes que salieras de vientre, te santifiqué. ℣. Extendió el Señor su mano, y tocó mi boca, y díjome.

Aleluya, aleluya. ℣. Tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo: irás delante del Señor, para preparar sus caminos. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del Santo *Evangelio* según S. Lucas. (I, 56-68).

Cumpliósela a Isabel el tiempo del parto y dió a luz un hijo. Y oyeron sus vecinos y parientes que el Señor había glorificado su misericordia con ella, y la felicitaron. Y sucedió en el octavo día que vinieron a circuncidar al niño, y le llamaban Zacarías, con el nombre de su padre. Y, respondiendo su madre, dijo: De ningún modo, sino que se llamará Juan. Y dijéronle: No hay nadie en tu parentela que se llame con ese nombre. Y le indicaron a su padre cómo quería que se llamase. Y, pidiendo una tablilla, escribió diciendo: Juan es su nombre. Y se extrañaron todos. Y se abrió al punto su boca, y se soltó su lengua, y habló bendiciendo a Dios. Y se apoderó el temor de todos sus vecinos: y se divulgaron todas estas cosas por todas las montañas de Judea: y se preguntaban to-

dos los que las oían, diciendo: ¿Quién crees que será ese niño? Porque la mano del Señor estaba con él. Y Zacarías, su padre, fué lleno del Espíritu Santo, y profetizó, diciendo: Bendito sea el Señor, Dios de Israel, que ha visitado y obrado la redención de su pueblo.

LOS SANTUARIOS DE AIN-KARIM. — Después de los lugares santificados por el paso en este mundo del Verbo hecho carne, no hay otro, en Palestina, que pueda interesar tanto al alma cristiana como aquel donde se cumplieron los sucesos que cuenta este Evangelio. La ciudad que ilustró el nacimiento del Precursor, se encuentra dos leguas al Oeste de Jerusalén, así como Belén donde nació el Salvador está dos leguas al Sur de la Ciudad Santa. El peregrino que se dirige a S. Juan-de-la-Montaña, saliendo por la puerta de Jaffa, encuentra primeramente el Monasterio griego de Santa Cruz. Después, continuando su marcha a través del macizo de los montes de Judá, escala una cumbre desde donde se divisa el Mediterráneo. La casa de Obed-Edom, en la que habitó tres meses el arca santa, se elevaba en este lugar, de donde un rápido sendero conduce al lugar en que María, la verdadera arca de la alianza, pasó tres meses de bendición en casa de su prima Isabel. Dos santuarios, distantes uno de otro aproximadamente unos mil pasos, consagran los grandes recuerdos que acaba de relatarnos S. Lucas: En el uno fué concebido y nació Juan Bautista; en el otro tuvo

lugar la circuncisión del Precursor, ocho días después de su nacimiento. El primero reemplaza a la casa urbana de Zacarías; en su forma actual se remonta a una época anterior a las cruzadas. Es una hermosa Iglesia con tres naves y cúpula. El altar mayor está dedicado a San Zacarías; el de la derecha a Sta. Isabel. A la izquierda, siete gradas de mármol conducen a una cripta cavada en la roca y que no es sino el aposento más retirado de la casa primitiva: es el santuario de la Natividad de S. Juan. Cuatro lámparas amortiguan la oscuridad de esta cripta veneranda, mientras que otras seis, suspendidas de la mesa del altar, alumbran esta inscripción grabada en el mármol del pavimento: HIC PRAECURSOR DOMINI NATUS EST: Unámonos en este día a los hijos de S. Francisco, guardianes de tan inefables recuerdos.

Las tradiciones locales colocan a alguna distancia de este primer santuario, como ya hemos dicho, el recuerdo de la circuncisión del Precursor. Además de la casa urbana, Zacarías poseía otra más aislada. Isabel se había retirado a ella durante los primeros meses de su embarazo, para gustar en el silencio el don de Dios [1]. Allí la encontró la Virgen al venir de Nazaret, allí se produjo el sublime salto de gozo de los niños y de las madres, allí el *Magnificat* probó al cielo que en adelante la tierra le sobrepujaba

[1] *S. Luc.*, I, 24-25.

en la alabanza y el amor. Convenía que el cántico de Zacarías, el cántico de la mañana, resonase por primera vez en el lugar donde el de la tarde se había elevado como columna de incienso de suave olor.

Urbano V, en 1368, ordenó se cantase el *Credo* el día de la Natividad de San Juan Bautista y durante su Octava, para que el Precursor no pareciese inferior a los Apóstoles. La antigua costumbre de suprimir el Símbolo en esta fiesta ha prevalecido sin embargo: no como señal de inferioridad respecto de aquel que se eleva por encima de todos los que anunciaron el reino de Dios, sino para indicar que acabó su curso antes de la promulgación del Evangelio.

El Ofertorio está sacado del salmo del Introito: es el verso que antiguamente formaba el Introito de la 2.ª Misa del Santo, al alba.

OFERTORIO

El justo florecerá como la palmera: se multiplicará como el cedro del Líbano.

La Secreta pone de relieve el doble carácter de Profeta y Apóstol, constitutivo de la grandeza de San Juan; el sacrificio que se ofrece en su honor, aumentará su gloria al poner de nuevo ante nuestros ojos al cordero de Dios que anunció y que mostró al mundo.

SECRETA

Llenamos, Señor, tus altares de dones, celebrando con el debido honor la natividad de aquel que predijo había de venir y que mostró ya presente al Salvador, a nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina.

El Esposo toma posesión de la Esposa, y Juan Bautista le preparó el camino, como lo indica la Antífona de la Comunión. El momento de los Misterios es aquel en que, cada día, repite: "*El que tiene la Esposa, ése es el Esposo; mas el amigo del Esposo, que está con él y le oye, se llena de gozo con la voz del Esposo. Así, pues, este mi gozo ha quedado cumplido*"[1].

COMUNION

Tú, niño, serás llamado Profeta del Altísimo: porqué irás delante del Señor, para preparar sus caminos.

Si la alegría se desborda en el amigo del Esposo, ¿cómo la Esposa, en este bendito momento de Misterios, no será toda ella alegría y agradecimiento? Exalte, pues, en la Poscomunión a aquel que la hizo conocer a su Salvador y Señor.

POSCOMUNION

Alégrese, oh Dios, tu Iglesia con la generación de San Juan Bautista, por quien conoció al autor de su regeneración, a nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que contigo vive y reina.

---

[1] *Juan*, III, 29.

OFICIO PERMANENTE DEL PRECURSOR. — También nosotros, oh Precursor del Mesías, tomamos parte en la alegría que trae al mundo tu nacimiento. Este anunciaba la propia venida del Hijo de Dios. Ahora bien, cada año el Emmanuel vuelve a nacer de nuevo en la Iglesia y en las almas; y así hoy, como hace veinte siglos, no quiere venir a este mundo sin que tú, como entonces, hayas preparado los caminos de este nacimiento por el que se nos da a cada uno el Salvador. Apenas finalizó la serie de misterios que dieron cumplimiento a la glorificación del Hombre-Dios y fundación de la Iglesia, cuando ya alborea en el horizonte Navidad; ya, en su cuna, Juan salta de gozo y revela la proximidad del Niño-Dios. Amable profeta del Altísimo, que, sin poder hablar aún, ya sobrepasas a todos los grandes profetas: muy pronto parecerá que el desierto te ha arrebatado para siempre del trato de los hombres. Mas en los días de Adviento, la Iglesia te encontrará de nuevo; y ella nos volverá sin cesar a tus sublimes enseñanzas, al testimonio que tú mismo darás de Aquel a quien ella espera. Comienza desde ahora a preparar nuestras almas; vuelto de nuevo a este mundo en este alegre día, venido como mensajero de la cercana llegada del Señor, ¿podrías permanecer inerte por un momento ante la obra inmensa que te incumbe respecto de nosotros?

DIGNOS FRUTOS DE PENITENCIA. — Desterrar el pecado, domar las pasiones, enderezar los instintos descarriados de la pobre naturaleza caída: todo esto sin duda se habría ya practicado, todo esto se habría ejecutado hace tiempo, si hubiésemos correspondido a tus pasadas fatigas. Sin embargo de eso, es muy cierto que apenas en muchos se ha comenzado a roturar esas tierras rebeldes, en donde las piedras y las zarzas han desafiado tus cuidados desde hace años. Lo reconocemos, confundidos al confesarnos culpables: te descubrimos *a ti y a Dios Todopoderoso* nuestras faltas, como nos enseña la Iglesia a hacerlo al principio del Santo Sacrificio; mas al mismo tiempo te pedimos con ella *intercedas por nosotros ante Dios nuestro Señor*. Así lo proclamabas en el desierto: de estas mismas piedras Dios puede sacar hijos de Abraham.

PRESENCIA DE SAN JUAN EN LA MISA. — Diariamente las solemnes fórmulas oblacionales, preparatorias de la inmolación renovada del Salvador, nos muestran la parte *honrosa* y poderosa que te corresponde en este augusto Sacrificio; tu nombre, vuelto a pronunciar cuando la víctima sagrada está sobre el altar, ruega entonces *por nosotros, pecadores*, al Dios misericordioso. ¡Ojalá nos sea propicio, en atención a tus méritos y a nuestra miseria, y a la súplica perseverante de la Iglesia, trocando nuestros corazones

y reemplazando sus malas inclinaciones por los atractivos de la virtud, que nos alcanzarán la visita del Emmanuel! En este momento sagrado de los Misterios, invocado tres veces según la fórmula que tú nos enseñaste, *el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo,* se apiadará de nosotros y nos concederá la paz: esta paz preciosa con el cielo, con la tierra y con nosotros mismos, que nos preparará para el Esposo haciéndonos *Hijos de Dios* [1], según tú mismo atestiguas cada día por boca del sacerdote al finalizar el Santo Sacrificio. Entonces ¡oh Precursor! será completa nuestra alegría como la tuya; dará comienzo la unión sagrada, de la que este día de tu nacimiento encierra para nosotros una esperanza tan lisonjera, y, desde este mundo y bajo el velo de la fe, será una realidad sublime, en espera de la clara visión de la eternidad.

25 DE JUNIO

SAN GUILLERMO, ABAD

En la Octava de San Juan aparecerán numerosos mártires. Juan y Pablo, Ireneo y los dos príncipes de los Apóstoles confirmarán también con su sangre el testimonio de aquel que manifestó la venida al mundo del Dios desde tanto tiempo esperado. ¿Dónde hallar nombres más

[1] *S. Juan,* I, 12; *S. Mat.,* V, 9.

ilustres en miras de la grandeza humana, de la ciencia sagrada y de la jerarquía santa?

LOS MONJES, TESTIGOS DE CRISTO. — Mas no sólo el Emmanuel hace resplandecer el poder de su gracia y la fuerza victoriosa de los ejemplos dados por su Precursor al mundo, en la gloria incomparable del martirio. Hoy se ofrece a nuestros homenajes precisamente uno de los innumerables atletas en la penitencia que siguieron a Juan en el desierto; huyendo, como él, desde la niñez, de una sociedad en la que su alma presentía no habría de encontrar más que tropezones y peligros, consagrando su vida al triunfo completo de Cristo en sí mismos sobre la triple concupiscencia, dan testimonio del Señor por medio de sus obras, ocultas al mundo, pero que alegran a los ángeles y hacen temblar al infierno.

Guillermo fué uno de los jefes de esta santa milicia. La Orden de Montevérgine, fundada por él, ha sido benemérita para la Orden monástica y para la Iglesia en las regiones de Italia meridional, en que Dios quiso, repetidas veces, oponer, a modo de dique, al desvarío de los sentidos el espectáculo de las más austeras virtudes.

MISIÓN DE SAN GUILLERMO.—Personalmente y por medio de sus discípulos, Guillermo tuvo como misión infundir en el reino de Sicilia, que se estaba fundando entonces, la santidad que

todo pueblo cristiano reclama en su base. Lo mismo en el Mediodía como en el Norte de Europa, la raza normanda acababa de ser providencialmente llamada a promover el reino de Jesucristo. Era cuando Bizancio, incapaz de sostener sus últimas posesiones de Occidente contra la invasión sarracena, pretendía retener las iglesias de estas comarcas en los lazos del cisma, en los que las había encadenado poco hacía, la intrigante ambición de Miguel Cerulario. La Media Luna se había visto obligada a retroceder ante los hijos de Tancredo de Hauteville; y la diplomacia griega fracasó a su vez ante la ruda simplicidad de estos hombres que aprendieron en seguida a no oponer a las argucias bizantinas otro argumento que el de su espada. El papado, vacilante al principio, comprendió pronto qué ayuda le podían prestar los recién llegados en las luchas feudales que se agitaban a su alrededor desde hacía dos siglos, y preparaban la larga lucha del Sacerdocio y del Imperio.

El Espíritu Santo era el que, como siempre, a partir de Pentecostés, regía ahora los acontecimientos para el mayor bien de la Iglesia. El inspiraba a los Normandos asegurar sus conquistas en la firmeza de la Piedra apostólica, reconociéndose vasallos de la Santa Sede. Pero al mismo tiempo, para recompensar la fidelidad de los comienzos, para hacerlos más dignos de la misión que habría aumentado su honor y fuer-

za, si hubiesen seguido comprendiéndola, ponía a su disposición hombres santos. Rogerio I vió a San Bruno rogar por su pueblo en las soledades de Calabria y salvarle milagrosamente a él mismo de los lazos tendidos por la traición; Rogerio II tuvo el ejemplo y las exhortaciones del fundador de Montevérgine para volver a los caminos de la justicia, de los que se apartaba con frecuencia.

Vida. — Guillermo nació en Vercelli en 1085. Huérfano a los pocos años, realizó varias peregrinaciones y se retiró después, en 1108 al monte Solicoli, donde llevó una vida penitente durante un año. Habiendo sido descubierto por un milagro, huyó y fué a vivir a Campania, en el monte llamado Virgiliano en recuerdo de Virgilio y que recibirá más tarde el nombre de Montevérgine en honor de la Santísima Virgen. Pronto se le unieron varios discípulos y todos juntos comenzaron a vivir la vida monástica. Guillermo fundó muchos monasterios y fué consejero de Rogerio II, rey de Nápoles. Murió en 1142 en el Monasterio de San Salvador, y Pío VI, en 1785, extendió su culto a toda la Iglesia. Como no dejó escritas Constituciones, su tercer sucesor adoptó en 1157 la Regla benedictina. En 1879, como la orden estuviese a punto de desaparecer, fué unida a la Congregación Benedictina de Subiaco.

Poder de la vida monástica. — Imitando a Juan, oh Guillermo, comprendiste las delicias del desierto, y Dios quiso enseñar por tu mediación la utilidad de ese vivir, que, en su huída del mundo, parece desinteresarse de las preocupa-

ciones humanas. El desapego completo de los sentidos, dejando libre al alma, la acerca al Ser supremo; la soledad, apagando los ruídos de la tierra, deja oír la voz del Creador. De este modo, el hombre, ilustrado por el Autor mismo del mundo sobre los grandes intereses puestos en juego en su obra, se hace un instrumento tan poderoso como dócil para el alcance de estos intereses, que no son otros sino los de la criatura misma y los de las naciones. Así fuiste tú, oh ilustre santo, protector de un pueblo grande, que halló en tu palabra la regla de la justicia, en tus ejemplos el estímulo de las más bellas virtudes, en tu rigurosa penitencia una reparación a Dios por los extravíos de sus reyes. Para este pueblo naciente, en quien las victorias de sus armas excitaban la violencia e ímpetu de las pasiones, también la multitud de milagros que acompañaban a tus exhortaciones, tenían su elocuencia; así lo atestiguan aquel lobo que, después de devorar al asno del monasterio, fué condenado a sustituirle en su humilde servicio, y aquella infeliz pecadora que, el día en que te acostaste en un lecho de fuego desafiando el furor de las llamas, dejó su vida criminal y fué conducida por ti a la santidad.

Plegaria por Italia. — Muchas guerras han sobrevenido desde entonces a este país en el que padeciste y oraste, enseñándonos la poca firmeza

de aquellos reinos y gobiernos que no buscan ante todo y sobre todo el reino de Dios y su justicia. A pesar de la mucha frecuencia con que se han olvidado tus enseñanzas y ejemplos después que dejaste la tierra, protege al país en que Dios te concedió tan grandes gracias, y se dignó confiarlo a tu intercesión poderosa. Aun permanece la fe viva en estos pueblos; consérvala, a pesar de los esfuerzos de sus enemigos; hazla producir frutos en el campo de las virtudes. Nuestra Señora, de quien tan benemérito eres, está pronta a secundar tus esfuerzos: desde el santuario cuyo nombre ha prevalecido al recuerdo del poeta que, sin saberlo, cantó sus grandezas [1], sonreirá siempre a las muchedumbres que cada año suben a la santa montaña, celebrando el triunfo de su virginidad; y a nosotros, que solamente con el corazón podemos realizar esta sagrada peregrinación, nos agradecerá el deseo y homenaje que le presentamos por tus manos.

26 DE JUNIO

SAN JUAN Y SAN PABLO, MARTIRES

EL TÍTULO DE LOS SANTOS JUAN Y PABLO. — La antigua basílica de los santos Juan y Pablo, en el monte Celio, es por lo menos desde el siglo

[1] Virgilio, *Egl.*, IV.

tercero, basílica "titular". Tuvo sucesivamente varios nombres: su primer título fué *Vizans*, luego *Pammachius*, y desde el siglo VI se la conoce con el de *los santos Juan y Pablo*. Antiguamente este edificio era la casa de Vizans, un cristiano rico que, en tiempo de las persecuciones, la puso a disposición de los fieles. Excavaciones hechas en 1887, por el P. Germán, Pasionista, permitieron explorar el subsuelo de esta Iglesia, reconocer las diversas partes de la antigua casa romana, la "confesión", el ábside añadido por Pammachius al fin del siglo IV, y los frescos que datan de León el Grande. En 1588 se trasladaron las reliquias de San Juan y San Pablo, de la cripta a la Iglesia superior, y el cardenal Paolucci, en 1725, las encerró en una urna de pórfido.

ACTAS DEL MARTIRIO DE LOS SANTOS JUAN Y PABLO.— Las *Actas* nos cuentan que Juan y Pablo, eunucos de Constantino, convirtieron durante una guerra, a su general Gallicano. Este se retiró a Ostia al lado de un hombre santo, Hilarino, con el cual fundó un hospital para los extranjeros. Intimado a sacrificar a los dioses, huyó a Egipto, donde padeció el martirio. Juan y Pablo, llamados al palacio de Juliano el Apóstata rehusaron ir y sacrificar a los dioses. Irritado el emperador, los hizo decapitar en su propia casa y propagó la noticia de que habían sido desterrados. Los energúmenos revelaron el lugar de su sepultura.

La crítica no puede, por desgracia, dar crédito a estas actas, que contradicen a la historia. Juliano no estuvo nunca en Roma; bajo su reinado no hubo nin-

guna persecución en Occidente; los contemporáneos: San Dámaso, San Jerónimo, San Agustín, no hacen alusión a este martirio, y los hagiógrafos solamente nos han dejado las Actas de dos mártires auténticos del Apóstata, en Oriente: Juventino y Maximino.

¿Quiénes son, pues, estos misteriosos Juan y Pablo? Los historiadores no están acordes: Unos dicen que a pesar de los detalles erróneos, el fondo de las Actas es verídico; otros, como el P. Delehaye, creen que se trata del Apóstol S. Pablo y de S. Juan, el apóstol o el Bautista, cuyas reliquias habrían sido traídas a este lugar; otros juzgan que se trata de mártires que sufrieron bajo Diocleciano y que su descubrimiento los hizo célebres. Es difícil actualmente hablar con certeza sobre estos santos mártires.

ALABANZA A LOS MÁRTIRES. — Unámonos, a pesar de la obscuridad que envuelve la historia de estos mártires, a la alegría de la Iglesia y a la oración que dirige a Dios en este día. La basílica que les está dedicada, es un lugar de peregrinación, frecuentado por gran multitud de fieles en el transcurso de los años. San Pablo de la Cruz y el Bienaventurado Strambi fijaron su morada aquí, y debemos dar gracias a Dios por los beneficios que ha concedido a las almas en este santo lugar.

Las Antífonas del Oficio y los textos de la Misa contienen una gran enseñanza. La Colecta nos recuerda que por encima del parentesco según la carne y la sangre, está el que viene "de la fe y del martirio". La fe es la que nos hace mi-

rar como hermanos a los que la profesan; la que nos hace dulce y agradable su compañía (Gradual); la que nos hace vencer los crímenes del mundo, seguir a Cristo y llegar al reino celestial (Alleluia).

Pidamos a S. Juan y a S. Pablo que nos obtengan de Dios esta misma fe y amor de que nos dan ejemplo, y recitemos en su honor las hermosas Antífonas que les consagra la Liturgia:

En Laudes: "He aquí a los Santos que por amor de Cristo, despreciaron las amenazas de los hombres; santos mártires, gozan con los ángeles en el reino de los cielos; ¡oh! ¡qué preciosa la muerte de los santos, que caminan siempre en presencia del Señor!: no han sido separados uno de otro."

Al Magnificat: "Estos son los dos olivos, y las dos lumbreras que brillan delante del Señor; pueden cerrar el cielo a las nubes y abrir sus puertas, porque sus lenguas se han hecho llaves del cielo".

EL MISMO DIA

SAN PELAYO, MARTIR

Mala época empezó para España cristiana con la pérdida de la batalla del Guadalete. Los árabes, esos hijos del desierto, como aluvión, la cubrieron por completo. Todo desapareció a su

paso: monarquía, sociedad, instituciones, leyes, fortunas..., sólo quedó en pie la Iglesia. Sus califas fundaron un imperio brillante, edificaron ciudades suntuosas, levantaron palacios magníficos y mezquitas que rivalizaron con las de Damasco, Babilonia y Jerusalén. Más trajeron también sus vicios y fanatismo.

Pasados los primeros tiempos de desconcierto, los españoles, refugiados en las montañas del norte de la Península y gracias a su fe cristiana —esencialmente espiritualista en contraposición a la sensualista de los mahometanos—, empezaron a sacudir el yugo del invasor y a reconquistar, palmo a palmo, todo el terreno, en una cruzada heroica que había de durar ocho siglos. ¡Cuántos combates, cuántas guerras, cuántas lágrimas y cuántas ruinas habría de costar hasta arrojar el moro a Africa!

Precisamente en los primeros años de siglo X los Reyes de León y Navarra, en su empeño de ir desalojando al árabe de sus posiciones, se atrevieron a desafiar al inmenso poderío del Califa de Córdoba, Abderrahmán III. Pero fueron derrotados, y bastantes de sus soldados y de su séquito cautivos y llevados a Córdoba. Entre estos se encontró Hermogio, obispo de Túy, cuya sustitución por un sobrino suyo llamado Pelayo, niño de 10 años, fué consentida por el Califa. La cárcel, las cadenas y el látigo le esperaban allí, pero también la firmeza en la fe y el amor

a la castidad, que había aprendido en su hermosa tierra, y que los clérigos concautivos afianzaron.

Cinco años pasó cumpliendo penosos y viles trabajos, hasta que un día el sensual Califa puso los ojos en su belleza para nombrarle su copero y agruparle a la muchedumbre de efebos que eran objeto de sus infames pasiones. Presentado al Califa cordobés, le dijo éste: "Niño, grandes honores te aguardan; ya ves mi riqueza y mi poder: pues una gran parte de todo ello será para ti. Tendrás oro, plata, vestidos, alhajas, caballos. Pero es preciso que te hagas musulmán, como yo, porque he oído que eres cristiano, y que empiezas ya a discutir en defensa de tu religión". Con serenidad y energía contestó el muchacho; Si, oh rey, soy cristiano; lo he sido y lo seré. Todas tus riquezas no valen nada. "Es posible que Abderrahmán no comprendiera toda la decisión que había en esta respuesta; la gracia del muchacho y el encanto de su voz le cegaban. Llevado de su instinto brutal se adelantó hácia él y le tocó la túnica con las manos. Lleno de ira, el santo adolescente retrocedió diciendo; "¡Atrás, perro!" ¿Crees acaso que soy como esos jóvenes que te acompañan?" Y al mismo tiempo hizo añicos su túnica de seda. "Llevadle de aquí, dijo el príncipe, y educadle mejor, si podéis; de lo contrario, ya sabéis lo que merece." Vinieron después los ruegos y las amenazas, pero nada

pudo vencer el amor heroico del mártir. Pelayo decía sin cesar: "Señor líbrame de las garras de mis enemigos." Colocado en una máquina de guerra, fué lanzado desde un patio del alcázar hasta el lado opuesto del río, y, como todavía diese muestras de vida, un negro de la guardia le segó la cabeza [1]. Recogidas sus reliquias por los cristianos, fueron llevadas a Oviedo y puestas en un arca por Fernando I, que entregó a un monasterio de benedictinas, que todavía subsiste.

SÚPLICA POR ESPAÑA. — Oh Pelayo, ¡cuán grande es tu gloria en el cielo! Con Justo y Pastor, con Dominguito del Val, con Eulalia y Julia y con Flora formas un manojito de encendidos claveles y de blancas azucenas digno de presentarse al Rey de la gloria. Ni la brillante corte del Califa de Córdoba, ni sus deslumbrantes promesas engañaron tus ojos. Preferiste a esos engañosos y caducos placeres la incomparable gloria prometida por Jesucristo a los que dan su vida por él. Acuérdate de pedir por España, libre ya de musulmanes pero no de marxistas, para que conserve su fe. Sobre todo ruega por la juventud, cuya fe trata de pervertirse con doctrinas de perversas filosofías, y cuya castidad se encuentra amenazada por un sensualismo pagano.

---

[1] J. Pérez de Urbel. *Año Cristiano*. 26 de junio.

27 DE JUNIO

DIA CUARTO DE LA OCTAVA DE SAN JUAN BAUTISTA

CRISTO Y SAN JUAN. — La Octava del Precursor nos reservaba un suplemento luminoso. Imitemos a la Iglesia que, de nuevo, fija hoy su pensamiento en el Amigo del Esposo, porque sabe que así conocerá mejor al Esposo mismo: "Pues, como dice Bourdaloue, hay una unión tan estrecha entre Jesucristo y Juan Bautista que no se puede conocer a uno sin conocer al otro; y si la vida eterna consiste en conocer a Jesucristo, una parte de nuestra salvación consiste en conocer a San Juan"[1].

MISIÓN Y SANTIDAD DE SAN JUAN. — La sola misión del Precursor le ponía, como hemos visto, por encima de todos los apóstoles y profetas. Mas, ¿cuál era en su persona el heraldo cuya grandeza nos fué manifestada en el día de la fiesta, por la dignidad del mensaje que traía al mundo? Sus cualidades particulares, su propia santidad, ¿responderían a la gran misión que venía a cumplir?

La suprema armonía que inspira los decretos eternos y preside su ejecución, no da lugar a duda. Cuando el Altísimo resolvió unir su Ver-

[1] Sermón de la fiesta de S. Juan Bautista.

bo a la naturaleza humana, se comprometió a revestir esta naturaleza creada de cualidades divinas que la permitiesen tratar con el nuevo Adán como de igual a igual y llamarle Hijo. Cuando a este Hijo de sus complacencias, a quien quería al mismo tiempo Hijo del Hombre, tuvo que darle una madre, el don de una pureza enteramente digna de su título augusto, quedó asegurado desde entonces a la Madre de Dios. Destinado desde todos los tiempos al más alto servicio del Hijo y de la Madre, encargado por el Padre de revelar al Verbo en el seno de Nuestra Señora, de dar testimonio del Hombre-Dios, de desposarle con la Esposa, ¿se podría dudar de que la santidad de Juan fuese, en los designios de Dios o por su propia culpa, menos incomparable que lo fué su misión? La Sabiduría eterna no se engaña a sí misma; y el elogio sin igual que Jesús hizo de su Precursor cuando éste moría [1], nos muestra claramente que las gracias especiales reservadas para esta alma, fructificaron en toda su plenitud.

Plenitud de la santidad. — ¡Y qué gracias ésas cuyos comienzos nos muestra Juan, tres meses antes de su nacimiento, puesto ya en cumbres que apenas escalan en toda la vida los más santos personajes! Muy por encima de los sentidos y de la razón, de los que aún no había em-

[1] *S. Mat.*, XI.

pezado a usar, toma su vuelo; con esa mirada intelectual que no alcanza sino la clara visión de los elegidos, conoce la presencia real de Dios, y, en un éxtasis de adoración y de amor, su primer acto le hace émulo de los Serafines. *La plenitud del Espíritu Santo* fué, desde este momento, la herencia del hijo de Zacarías e Isabel: plenitud tan desbordante que, primero la madre y en seguida el padre, quedaron *llenos* con la superabundancia de su hijo [1].

San Juan, cantor de Nuestra Señora. — Fué, pues, el primero que después de Nuestra Señora reconoció al Cordero de Dios y ofreció su amor al Esposo bajado de los collados eternos; el primero que, penetrando en el misterio de la divina y virginal maternidad, sin separar al hijo de la Madre, adoró a Jesús, ensalzando al mismo tiempo a María, sobre toda criatura. *¡Bendita eres entre todas las mujeres, y bendito el fruto de tus entrañas!* [2] La tradición unánime dice que Isabel, al pronunciar estas palabras, no fué sino el órgano y *portavoz* de su hijo. Los comienzos de Juan, como *testigo de la luz,* tienen por objeto a María; para ella es, en su admiración y alabanza, la primera expresión de los sentimientos que le animan; Angel también él, como le llamaban los profetas, repite y completa el salu-

[1] *S. Luc.*, I, 15, 41-67.
[2] *S. Lucas*, I, 42.

do de Gabriel a la dulce Soberana de los cielos y de la tierra [1]. Era el arranque de su agradecimiento, plenamente iluminado sobre la intervención de María en la santificación de los elegidos, el grito de su alma, con el que se despertaba a sí mismo a la santidad, al oír las primeras palabras de la Virgen Madre.

María, educadora de San Juan. — Por él, en efecto, había atravesado apresuradamente las montañas después de la visita del Angel; pero Nuestra Señora reserva a Juan otros favores. Silenciosa hasta entonces, delante de este Serafín de quien está segura de ser comprendida, María entona su cántico divino, glorificando a Dios y dando a Juan la entera comprensión del misterio inefable. Así como ha santificado al Precursor de su Hijo, la Madre de Dios debe también ahora formarle e instruirle. El *Magnificat* es la primera lección del hijo de Isabel: lección incomparable de alabanza divina: lección que da a Juan la comprensión de las Escrituras, la sabiduría del plan divino en toda la sucesión de los tiempos. Durante tres meses, en el angélico secreto de comunicaciones más íntimas aún, continúa esta maravillosa educación.

María, mediadora para San Juan. — ¡Oh! sí, podemos decir a nuestra vez, y mejor que los judíos: *¿qué pensáis que será este niño?* la dispen-

[1] *S. Lucas*, I, 28.

sadora de los tesoros celestiales guardaba para Juan la primera efusión de estos ríos de gracia, de los que ella había llegado a ser el depósito divino. El río que sale de la ciudad santa [1] no se parará nunca, llevando sus incontables arroyos a toda alma hasta el fin de los tiempos; pero su choque impetuoso, en su primer empuje, se ha encontrado con Juan; sin dividirse aún, pasa y vuelve a pasar por esta alma durante tres meses, como si existiese para ella sola. ¿Quién medirá estos torrentes? ¿Quién dirá sus efectos? La Iglesia no lo hace; pero en la admiración que le causa el misterioso crecimiento de Juan a vista de los ángeles, olvidando la debilidad de este cuerpecito ante la madurez del alma que lo habita, exclama el día de la gloriosa Natividad del Precursor: ¡es grande el hombre que Isabel ha dado al mundo! *Isabel, la esposa de Zacarías, le ha dado a luz un gran varón: a Juan Bautista, el Precursor del Señor* [2].

28 DE JUNIO

VIGILIA DE LOS SANTOS APOSTOLES, PEDRO Y PABLO

TESTIMONIO DE JUAN Y DE LOS APÓSTOLES. — Juan Bautista, puesto en el límite de los dos

[1] Salmo, XLV.
[2] Antífona del Oficio.

Testamentos, cierra la era profética en que reinaba la esperanza, y comienza la era de la fe que posee, sin verle en su divinidad, al Dios por tanto tiempo esperado. Por eso, antes de que termine la Octava en la que celebramos a S. Juan, la confesión apostólica se va a unir con el testimonio dado por el Precursor del Verbo luz. Mañana, todos los ecos de los cielos repetirán la palabra que Cesarea de Filipo oyó la primera: *Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo;* y Simón, hijo de Juan, por haber pronunciado el oráculo, será puesto como base de la Iglesia. Mañana morirá, sellando con su sangre su declaración gloriosa; pero sobrevivirá en los Pontífices romanos, para guardar íntegramente el precioso testimonio, hasta el día en que la fe dé lugar a la visión eterna. Asociado a los trabajos de Pedro, el Doctor de los gentiles compartirá su triunfo; y Roma, más deudora a sus dos príncipes que a los guerreros que sojuzgaron el mundo, verá que su doble victoria afirma para siempre sobre su augusta cabeza la diadema de la realeza de las almas.

Preparación a la fiesta de mañana. — Regocijémonos y, juntamente con la Iglesia, preparemos nuestros corazones mediante la celebración litúrgica de esta Vigilia, procurando suplir con el espíritu las austeridades de otros tiempos, que la Santa Iglesia, piadosa Madre, no ha creído oportuno exigirnos a nosotros. Pensemos que el

rigor que sabe imponerse un pueblo en determinados días de preparación, es una señal de que conserva la fe; con ello manifiesta que comprende la grandeza del objeto que la Liturgia propone a su culto. Nosotros, cristianos de Occidente, cuya gloria delante de Dios y de los hombres son Pedro y Pablo, fijémonos en la Cuaresma que los griegos cismáticos comienzan al día siguiente de las solemnidades pascuales, en honor *de los Apóstoles,* y que no termina hasta hoy. El contraste será tal, que nos hará dominar las inclinaciones de una molicie, en la que la ingratitud tendría no poca parte. Por lo menos, procuremos compensar con fervor, con acciones de gracias y amor, las privaciones que tantas Iglesias han conservado, a pesar de su separación de Roma.

EL MISMO DIA

SAN IRENEO, OBISPO Y MARTIR

IRENEO Y LA PRIMACÍA ROMANA. — La Iglesia de Lyon presenta en este día a la admiración del mundo, a su gran doctor, el pacífico y valiente Ireneo, lumbrera de Occidente [1]. Conviene escucharle dando a la Iglesia madre el célebre testimonio que, hasta nuestros tiempos, ha vivamente

[1] Teodoreto, *Haeretic, fab.,* I, 5.

contrariado a la herejía y conturbado al infierno; y la eterna Sabiduría ha querido fijar para hoy su triunfo, porque encierra una instrucción muy propia para preparar nuestros corazones para mañana. Oigamos al discípulo de Policarpo, al celoso oyente de los discípulos de los Apóstoles, a aquel a quien su ciencia y sus peregrinaciones, desde la brillante Jonia hasta el país de los Celtas, hicieron el más autorizado testigo de la fe de las Iglesias en el siglo segundo. Todas estas Iglesias, dice el Obispo de Lyon, se inclinan ante Roma, la señora y la madre. "Porque con ella, a causa de la autoridad de su origen, deben concordar las demás; en ella, los fieles que existen en todas partes, guardan siempre pura la fe que se les predicó. Grande y digna de veneración por su antigüedad sobre todas, reconocida por todos, fundada por los dos más gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, sus Obispos son, por su sucesión, el canal por donde viene hasta nosotros íntegra la tradición apostólica: de tal manera que todo el que difiere de ella en su creencia, por solo este hecho es condenado."[1]

La herejía gnóstica. — La piedra que sostiene a la Iglesia, era por lo mismo inconmovible a los esfuerzos de la falsa *ciencia*. Y, sin embargo de eso, no era un ataque innocuo el de la *Gnosis*, herejía múltiple, con sus tramas urdidas en dis-

---

[1] Contra las herejías, III, III, 2.

forme mezcla por los poderes más opuestos del abismo. Diríase que Cristo, para probar el fundamento que había puesto, permitió ensayar contra él el asalto simultáneo de todos los errores que dividían entonces el mundo, o lo destrozarían más tarde. Simón el Mago, envuelto por Satanás en los lazos de las ciencias ocultas, fué elegido por lugarteniente del príncipe de las tinieblas para esta empresa. Desenmascarado en Samaria por Simón Pedro, comenzó contra él una lucha envidiosa, que desgraciadamente no había de terminar a la muerte del padre de las herejías, sino que continuaría más viva en los siglos sucesivos. Saturnino, Basílides, Valentín, inventaron los más torturosos y extravagantes sistemas, dejando libre curso a los instintos que en torno suyo hacía germinar la corrupción del espíritu y del corazón. En sus sistemas se encierra la reunión de las filosofías, religiones y aspiraciones más contradictorias de la humanidad. No hay aberración, desde el dualismo persa y el idealismo indostánico, hasta la cábala judía y el politeísmo griego, que no se haya dado la mano en el santuario reservado de la gnosis. Allí se elaboraban ya fórmulas que anuncian las futuras herejías de Arrio y Eutiques. Allí anticipadamente tomaban movimiento y vida, en un extraño cuento panteístico, los más peregrinos sueños vacíos de las metafísicas modernas. Un dios abismo, que rodaba de caída en caída

hasta la materia, para tener conciencia de sí mismo en la humanidad y volver por el aniquilamiento al silencio eterno: tal era uno de los dogmas de la gnosis sobre el que se apoyaba una moral, unas veces rigorista hasta el punto de incitar al suicidio cósmico, y otras mezclando una mística que incitaba a las más impuras prácticas, o abandonaba al hombre a sus pasiones.

El defensor del dogma. — San Ireneo fué escogido por Dios para oponer a la Gnosis los argumentos de su poderosa lógica y restablecer contra ella el sentido verdadero de las Escrituras; sobresalió más aún cuando, frente a mil sectas que llevaban abiertamente la señal del padre de la división y de la mentira, hizo ver que la Iglesia guarda piadosamente en todo el mundo la tradición recibida de los Apóstoles. La fe en la Santísima Trinidad que gobierna este mundo, obra suya, y el misterio de justicia y misericordia, que abandonando a los ángeles caídos, ha levantado, incluso a nuestra carne, en Jesús. Tal era el depósito que Pedro y Pablo, los Apóstoles y sus discípulos legaron al mundo[1]. "La Iglesia, pues, atestigua San Ireneo, habiendo recibido esta fe, la guarda diligentemente haciendo como una casa única de la tierra en donde vive dispersa: cree juntamente, con una sola alma y con un solo corazón; con una misma voz predica, enseña,

[1] Contra las herejías, I, X, 1.

transmite la doctrina, como si tuviese una sola boca. Porque, aun cuando en el mundo son muy diversas las lenguas, esto no impide que la tradición sea una en su savia[1]."

FE Y AMOR. — Unidad santa, fe preciosa depositada como fermento de eterna juventud en nuestros corazones, no te conocen los que se apartan de la Iglesia. Alejándose de ella, pierden a Jesús y sus dones. "Porque donde está la Iglesia, allí está el Espíritu de Dios; y donde está el Espíritu de Dios, allí está la Iglesia y toda gracia. Desgraciados los que se separan de ella, no sacan la vida de los pechos nutritivos a los que les invitaba su madre, no apagan su sed en la purísima fuente del cuerpo del Salvador; sino que, lejos de la piedra única, van a beber en el barro de las cisternas cavadas en el lodo fétido, donde no se halla el agua de la verdad[2]." Sofistas repletos de fórmulas y vacíos de la verdad, ¿de qué les servirá su ciencia? "¡Oh! exclama el Obispo de Lyon, en un arrebato en el que parece se inspirará más tarde[3] el autor de la Imitación, ¡cuánto mejor es ser ignorante o de poca ciencia, y acercarse a Dios por el amor! ¿Qué utilidad reporta el saber y pasar por erudito y ser enemigo del Señor? Por eso decía S. Pablo: *La cien-*

[1] *Ibíd.*, 2.
[2] Contra las herejías, III, XXIV, 1-2.
[3] *LI.*, cap. 1-5.

cia infla, pero la caridad edifica[1]. No reprobaba él la verdadera ciencia de Dios, porque entonces se habría condenado a sí mismo el primero; sino que veía que algunos, vanagloriándose con el pretexto de la ciencia, no sabían amar. Sí, ciertamente: más vale no saber nada, ignorar las razones de las cosas, y creer en Dios y tener caridad. Evitemos la vanagloria que nos arrebataría el amor, vida de nuestras almas; Jesucristo, Hijo de Dios, crucificado por nosotros, sea toda nuestra ciencia[2]."

VIDA. — Ireneo nació en Asia Menor, tal vez en Esmirna, entre 130 y 135. Allí conoció a San Policarpo, de quien se hizo discípulo. S. Policarpo le contó las relaciones que había tenido con S. Juan y otros muchos que habían visto al Señor. Por esto, es uno de los testigos más dignos de veneración y más seguros de la tradición, y debió ser, gracias a su inteligencia, uno de los más competentes para refutar el gnosticismo. Habiendo venido a las Galias, fué agregado como sacerdote a la Iglesia de Lyon por el Obispo S. Potino. Durante la persecución de 177 sostuvo a los mártires. Los fieles le enviaron a los Papas Eleuterio y Víctor, para tratar de la paz de las iglesias de Oriente, perturbadas por la controversia sobre la fecha de Pascua y por la herejía montanista. Debió de suceder al Obispo S. Potino, y, según algunos, murió mártir, probablemente en 208.

LA CRISTIANDAD DE LYON. — ¡Qué corona la tuya, ilustre Pontífice! Los hombres son incapaces

[1] *I Cor.*, VIII, 1.
[2] Contra las herejías II, XXVI, 1.

de contar las incalculables perlas de que está adornada. Porque, en la palestra donde la conquistaste, un pueblo entero luchaba contigo; cada mártir, al subir al cielo, proclamaba que te debía su gloria. Derramada la sangre de Blandina y sus cuarenta y seis compañeros treinta y un años antes, ha producido, gracias a ti, más del céntuplo. Tu trabajo hizo brotar del suelo teñido de púrpura, la semilla fecunda recibida en los primeros días, y muy pronto el reducido número de cristianos perdidos por la ciudad, la absorbieron por completo. Antes había bastado el anfiteatro para el derrame de la sangre de los mártires; hoy el torrente generoso anega calles y plazas: ¡día sagrado que hace de Lyon la émula de Roma, y la ciudad santa de las Galias!

Roma y Lyon. — Roma y Lyon, la madre y la hija, conservaron grato recuerdo de la enseñanza que preparó este triunfo: de las doctrinas que tú asentaste sobre la firmeza de la piedra apostólica, es de las que, tanto el pastor como el rebaño, dan ahora el mayor de los testimonios. Tiempo llegará en que una asamblea de obispos cortesanos querrá persuadir al mundo que la antigua región de las Galias no recibió tus dogmas; pero la sangre vertida confundirá la pretenciosa cobardía de esos falsos testigos. Dios suscitará la tempestad, y ésta dará vuelta

al celemín bajo el cual, no pudiendo extinguirla, habían ocultado por un tiempo la luz; y esta luz, que tu habías puesto sobre el candelero, *iluminará a todos los que moran en la casa*[1].

Oración por Francia. — Los hijos de los mártires han permanecido fieles a Jesucristo; juntamente con María, cuya misión tan plenamente expusiste tú a sus padres[2], y con el Precursor del Dios humanado, que tiene asimismo parte en su amor, protégelos contra toda plaga de cuerpo y de alma. Mira por Francia, y rechaza otra vez lejos de ella la invasión de la falsa filosofía, que en nuestros días ha pretendido rejuvenecer los principios de la Gnosis. Haz que de nuevo brille la verdad a los ojos de tantos hombres a quienes la herejía, debajo de múltiples formas, retiene alejados del único aprisco de salvación. Mantén a los cristianos en la única paz digna de este nombre; guarda puras las inteligencias y los corazones de aquellos a quienes aun no ha mancillado el error. Y ahora, en fin, prepáranos a todos a celebrar cual conviene, a los gloriosos Apóstoles Pedro y Pablo, y juntamente la poderosa primacía de la madre de todas las iglesias.

---

1 *S. Mat.*, V, 15.
2 Contra las herejías, V, XIX.

29 DE JUNIO

SAN PEDRO Y SAN PABLO, APOSTOLES

LA RESPUESTA DE AMOR. — "¿Simón, hijo de Juan; me amas?" He aquí el momento en que se escucha la respuesta que el Hijo del Hombre exigía del pescador de Galilea. Pedro no teme la triple interrogación del Señor. Desde aquella noche en que el gallo fué menos solícito para cantar que el primero de los Apóstoles para renegar de su Maestro, continuas lágrimas cavaron dos surcos en sus mejillas; ha luído el día en que cesen estas lágrimas. Desde el patíbulo en que el humilde discípulo ha pedido le claven cabeza abajo, su corazón generoso repite, por fin sin miedo, la protesta que, desde la escena de las orillas del lago de Tiberíades, ha consumido silenciosamente su vida: "¡Sí, Señor, tú sabes que te amo!"[1]

EL AMOR, CARACTERÍSTICA DEL SACERDOCIO NUEVO. — El amor es la característica que distingue el sacerdocio de los tiempos nuevos del ministerio de la ley de servidumbre. El sacerdote judío, impotente, temeroso, no sabía sino derramar sangre de víctimas simbólicas sobre un altar simbólico también. Jesús, Sacerdote y Víctima a

[1] *S. Juan,* XXI, 17.

la vez, exige más de aquellos a quienes llama a participar de la prerrogativa que le hace Pontífice eterno según el orden de Melquisedec [1]. "No os llamaré en adelante siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su Señor; sino que os he llamado mis amigos porque os he comunicado todo lo que he recibido del Padre [2]. Como mi Padre me ha amado, así os amo yo; permaneced en mi amor" [3].

Ahora bien, para el sacerdote admitido de esta manera a la unión con el Pontífice eterno, el amor no es completo, si no se extiende a la humanidad rescatada en el gran Sacrificio. Y nótese que para él es más estricta la obligación, común a los cristianos, de amarse como miembros de una misma Cabeza; pues por su sacerdocio se hace partícipe de la Cabeza, y con esta participación, la caridad debe tener en él algo del carácter y grandeza del amor que esa Cabeza tiene a sus miembros. Y ¿cuánto mayor será, si, al poder que tiene de inmolar a Cristo mismo, y al deber que le obliga a ofrecerse con él en el secreto de los Misterios, la plenitud del Pontificado le añade la misión pública de dar a la Iglesia el apoyo que necesita y la fecundidad que el Esposo celestial espera de ella? Entonces es cuando, según la doctrina sostenida siempre por los Papas, por los Concilios y por los Padres, el

---

1 *Ps.*, CIX, 4.
2 *S. Juan,* XV, 15.
3 *Ibid.*, 9.

Espíritu Santo le adapta a su misión sublime, identificando enteramente su amor con el del Esposo cuyas obligaciones asume y cuyos derechos ejerce.

El amor de San Pedro. — Al confiar a Simón hijo de Juan la humanidad redimida, el primer cuidado del Hombre-Dios fué asegurarse de que sería fiel *vicario de su amor*[1]; de que, habiendo recibido más que los otros, le amaría *más que todos*[2]; de que, siendo heredero del amor de Jesús para los suyos que estaban en el mundo, los debía amar, como El, hasta el fin[3]. Por esto, la exaltación de Pedro a las cumbres de la Jerarquía sagrada, concuerda en el Evangelio con el anuncio de su martirio[4]; siendo Sumo Pontífice, tenía que *seguir* hasta la cruz al Jerarca supremo[5].

Ahora bien, la santidad de la criatura y, a la vez, la gloria de Dios Creador y Salvador, tienen su completa realización en el Sacrificio, que junta al pastor y al rebaño en un mismo holocausto.

Por este fin último de todo pontificado y de toda jerarquía, Pedro recorrió toda la tierra, después de la Ascensión de Jesús. En Joppe, cuando estaba aún al principio de sus correrías apos-

[1] S. Ambrosio. *Com. sobre S. Lucas*, X.
[2] S. *Luc.*, VII, 47; S. *Juan*, XXI, 15.
[3] S. *Juan*, XIII, 1.
[4] *Ibid.*, XXI, 18.
[5] *Ibid.*, 19-22.

tólicas, se apoderó de él un hambre misteriosa: "Levántate, Pedro; mata y come", le dijo el Espíritu; y al mismo tiempo una visión simbólica ponía ante sus ojos los animales de la tierra y las aves del cielo [1]. Eran los gentiles que debía reunir, en la mesa del banquete divino, con los fieles de Israel. Vicario del Verbo, se haría participante de su inmensa hambre; su caridad, como fuego devorador, se asimilaría los pueblos; y, ejerciendo su título de jefe, llegaría un día en que, verdadera cabeza del mundo, haría de esta humanidad, ofrecida como presa a su avidez, el cuerpo de Cristo en su propia persona. Entonces, nuevo Isaac, o más bien verdadero Cristo, verá levantarse delante de él la montaña *en donde Dios mira,* esperando el sacrificio [2].

El martirio de San Pedro. — Miremos también nosotros, pues ha llegado a ser presente ese futuro, y, como en el Viernes Santo, participamos en el desenlace que se anuncia. Participación dichosa, toda triunfal: aquí, el deicida no mezcla su nota lúgubre al homenaje del mundo, y el perfume de inmolación que ahora sube de la tierra, no llena los cielos sino de suave alegría. Se diría que la tierra, divinizada por la virtud de la hostia adorable del Calvario, se basta

[1] *Actos,* X, 9-16.
[2] *Génesis,* XXII, 14.

a sí misma. Pedro, simple hijo de Adán, y, con todo eso, verdadero Sumo Pontífice, avanza llevando el mundo: su sacrificio va a completar el de Jesucristo, que le invistió con su grandeza [1]; la Iglesia, inseparable de su Cabeza visible, le reviste también con su gloria [2]. Por la virtud de esta nueva cruz que se levanta, Roma se hace hoy la ciudad santa. Mientras Sión queda maldita por haber crucificado un día a su Salvador, Roma podrá rechazar al Hombre-Dios, derramar su sangre en sus mártires: ningún crimen de Roma prevalecerá sobre el gran hecho que ahora se realiza; la cruz de Pedro le ha traspasado todos los derechos de la de Jesús, dejando a los judíos la maldición; ahora Roma es la verdadera Jerusalén.

EL MARTIRIO DE SAN PABLO. — Siendo tal la significación de este día, no es de maravillar que el Señor la haya querido aumentar aun más, añadiendo el martirio del Apóstol Pablo al sacrificio de Simón Pedro. Pablo, más que nadie, había prometido con sus predicaciones *la edificación del cuerpo de Cristo* [3]; si hoy la Iglesia ha llegado a este completo desenvolvimiento que la permite ofrecerse en su Cabeza como hostia de suavísimo olor, ¿quién mejor que él merecía

[1] *Col.,* I, 24.
[2] *I Cor.,* XI, 7.
[3] *Eph.,* IV, 12.

completar la oblación?[1] Habiendo llegado la edad perfecta de la Esposa[2], ha acabado también su obra[3]. Inseparable de Pedro en los trabajos por la fe y el amor, le acompaña del mismo modo en la muerte[4]; los dos dejan a la tierra alegrarse en las bodas divinas selladas con su sangre, y suben juntos a la mansión eterna, donde se completa la unión[5].

VIDA DIVINA. — San Pedro después de Pentecostés organizó con los otros apóstoles la Iglesia de Jerusalén, luego las de Samaria y Judea, y recibió en la Iglesia al centurión Cornelio, el primer pagano convertido. Habiendo escapado milagrosamente de la muerte que le tenía preparada el Rey Herodes Agripa, dejó Jerusalén y se dirigió a Roma donde fundó, alrededor del año 42, la Iglesia que sería más tarde el centro de la Catolicidad. Desde Roma emprendió varias excursiones apostólicas. Hacia el año 50 se encuentra en Jerusalén para el concilio que decidió la admisión de los gentiles en la Iglesia, sin obligarlos a las observancias de la ley mosaica. Partió luego a Antioquía, al Ponto, Galacia, Capadocia, Bitinia, y a la provincia de Asia. Un incendio destruyó Roma hacia el año 64, y acusando Nerón a los cristianos de tal catástrofe, los hizo encarcelar en masa. Muchos cientos, quizá millares, fueron condenados a muerte con diversos tormentos: unos crucificados, otros quemados vivos, otros fueron entregados a las bestias en el anfiteatro, otros decapitados. San

[1] *Col.*, I, 24; *II Cor.*, XII, 15.
[2] *Eph.*, IV, 13.
[3] *II Cor.*, XI, 2.
[4] Antífona del Oficio.
[5] *II Cor.*, V.

Pedro, encarcelado, según antigua tradición, en la cárcel Mamertina, fué crucificado con la cabeza abajo en los jardines de Nerón, sobre la colina del Vaticano, y allí mismo fué enterrado. No se conoce la fecha exacta de su martirio: se debe colocar entre el año 64 y el 67.

La fiesta del 29 de Junio. — Después de las grandes solemnidades del año Litúrgico y de la fiesta de San Juan Bautista, no hay otra más antigua y universal en la Iglesia que la de los dos príncipes de los Apóstoles. Muy pronto Roma celebró su triunfo en la fecha misma del 29 de Junio, que los viera subir al cielo. Este uso prevaleció luego sobre el de algunos lugares, que habían puesto la fiesta de los Apóstoles en los últimos días de Diciembre. Fué ciertamente un hermoso pensamiento el hacer así de los padres del pueblo cristiano el cortejo del Emmanuel, a su venida al mundo. Pero, como ya hemos visto, las enseñanzas de este día tienen ellas solas, una importancia preponderante en la economía del dogma cristiano; son el complemento de toda la obra del Hijo de Dios; la cruz de Pedro da estabilidad a la Iglesia, y señala al espíritu de Dios el centro inmovible de sus operaciones. Roma estuvo inspirada cuando, reservando al discípulo amado el honor de velar por sus hermanos cerca del pesebre del Niño Jesús, guardaba el solemne recuerdo de los príncipes del apostolado en el día escogido por Dios para consu-

mar sus trabajos y coronar juntamente con su vida el ciclo de los misterios.

El recuerdo de los doce Apóstoles. — Pero no debemos olvidar en tan gran día a los otros operarios del padre de familia, que también regaron con sus sudores y su sangre todos los caminos del mundo, para acelerar el triunfo y reunir a los convidados al festín de las bodas [1]. Gracias a ellos se predicó entonces definitivamente la ley de gracia por todas las naciones, y la buena nueva resonó en todos los idiomas y en todos los confines de la tierra [2]. Por eso, la fiesta de San Pedro, completada de un modo especial por el recuerdo de su compañero de martirio, Pablo, fué considerada desde muy antiguo como la del colegio entero de los Apóstoles. Se creyó antiguamente que no se podía separar de su glorioso jefe a aquellos a quienes el Señor había unido tan estrechamente en la solidaridad de su obra común. Sin embargo de eso, con el tiempo se fueron consagrando sucesivamente fiestas a cada uno de ellos, y la del 29 de Junio quedó dedicada exclusivamente a los dos príncipes cuyo martirio ilustró este día. Y muy pronto la Iglesia romana, creyendo que no podía celebrarlos con-

---

[1] *S. Mat.*, XXII, 8-10.
[2] *Ps.*, XVIII, 4-5.

venientemente a los dos en un mismo día, dejó para el día siguiente el honrar más explícitamente al Doctor de las naciones.

MISA

Mientras el Pontífice se dirige al altar rodeado de los diversos Ordenes de la Iglesia, los cantores entonan el Introito, alternándolo con los versos del Salmo CXXXVIII. Este Salmo está elegido principalmente para honrar a los santos Apóstoles, por razón de las palabras del versículo diecisiete: "Por mí, tus amigos, oh Dios, son honrados hasta el exceso; su poder sobrepasa todo límite."

INTROITO

Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su Angel, y me libró de la mano de Herodes y de toda la expectación del pueblo de los judíos. — *Salmo:* Señor, me probaste y me conociste: tú conociste mi caída y mi resurrección. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta que termina cada una de las Horas del Oficio Divino, es la fórmula principal de oración que emplea la Iglesia todos los días. En ella se debe buscar su idea. La que sigue, nos indica que la Iglesia quiere celebrar hoy juntamente a los dos Apóstoles y no separarlos en su piedad agradecida.

COLECTA

Oh Dios, que consagraste el día de hoy con el martirio de tus Apóstoles Pedro y Pablo: da a tu Iglesia el seguir en todo el precepto de aquellos de quienes recibió el principio de la religión. Por nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección de los Hechos de los Apóstoles. (XII, 1-11).

En aquellos días comenzó el rey Herodes a perseguir a algunos de la Iglesia. Y mató con la espada a Santiago, el hermano de Juan. Y, viendo que agradaba a los judíos, se propuso prender también a Pedro. Y eran los días de los Acimos. Habiéndole, pues, prendido, le metió en la cárcel, entregándolo a cuatro piquetes de guardas para custodiarlo, queriendo entregárselo al pueblo después de Pascua. Así que Pedro era guardado en la cárcel. Y la Iglesia hacía sin descanso oración a Dios por él. Y, cuando Herodes había de entregarlo, en aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas: y los guardias, delante de la puerta, guardaban la cárcel. Y he aquí que se apareció el Angel del Señor: y brilló la luz en la habitación: y, tocándole en el costado a Pedro, le despertó, diciendo: Levántate veloz. Y cayeron las cadenas de sus manos. Y díjole el Angel: Cíñete, y cálzate tus sandalias. Y así lo hizo. Y díjole: Ponte tu vestido, y sígueme. Y, saliendo, le siguió: y no sabía que era verdad lo que hacía el Angel, antes creía ver una visión. Y, habiendo pasado la primera y la segunda guardia, llegaron a la puerta de hierro que conduce a la ciudad: la cual se les abrió al punto. Y, habiendo salido, atravesaron un barrio: y, acto continuo, se apartó el Angel de él. Y Pedro, vuelto en

sí, dijo: Ahora sé verdaderamente que el Señor envió a su Angel, y me libró de la mano de Herodes y de toda expectación del pueblo de los judíos.

PARTIDA A ROMA. — Es difícil recordar con la insistencia con que lo hace la Liturgia de este día, el relato de la cautividad de S. Pedro en Jerusalén. Varias Antífonas y todos los Capítulos del Oficio están sacados de él; el Introito lo cantaba poco ha; y la Epístola relata enteramente ese episodio, que tanto le interesa hoy a la Iglesia. Es fácil descubrir el secreto de esta preferencia. En esta fiesta, la muerte de Pedro confirma a la Iglesia en sus augustas prerrogativas de Soberana, de Madre y de Esposa; pero ¿cuál fué el principio de estas grandezas, sino el momento, solemne entre todos, en que el Vicario de Jesucristo, sacudiendo sobre Jerusalén el polvo de sus pies [1], volvió hacia Occidente su vista, y trasladó a Roma los derechos de la sinagoga repudiada? Ahora bien, este gran acontecimiento tuvo lugar a la salida de Pedro de la prisión de Herodes. *Y saliendo de la ciudad,* dicen los Hechos, *se fué de allí, a otro lugar* [2]. Este *otro lugar,* según el testimonio de la historia y de la tradición, era la ciudad que había de llamarse la nueva Sión; era Roma, a donde llegaba Simón Pedro algunas semanas después. Por eso la gentilidad, haciendo suya la palabra del ángel,

[1] *S. Lucas,* X, 2.
[2] *Hechos,* XII, 17.

cantaba esta noche en uno de los responsos de Maitines: "Levántate, Pedro y ponte tus vestidos: ármate de fortaleza *para salvar a las naciones,* porque han caído de tus manos las cadenas."

El sueño de Pedro. — Pedro, la víspera del día en que tenía que morir, dormía tranquilamente, del mismo modo que, en otro tiempo, lo hacía Jesús en la barca a punto de sucumbir. La tempestad y toda clase de peligros no dejarán de amenazar siempre a los sucesores de Pedro. Pero no se verá nunca, en la nave de la Iglesia, el pavor que se apoderó de los compañeros del Señor, en la barca que agitaba el huracán. Faltaba entonces a los discípulos la fe, y su ausencia era la causa de sus miedos [1]. Pero desde la venida del Espíritu Santo, esta fe preciosa, de donde dimanan todos los dones, no puede faltar a la Iglesia, Ella da a los jefes la tranquilidad del Maestro; mantiene en el corazón del pueblo fiel la oración ininterrumpida, cuya humilde confianza triunfa silenciosamente del mundo, de los elementos y de Dios mismo. Si sucede que, cuando la nave de Pedro bordea los abismos, parece que el piloto duerme, la Iglesia no imitará a los discípulos cuando estaban en la tormenta del lago de Genesaret. No se hará juez del tiempo y de los medios de la Providencia, ni se creerá con

[1] *S. Marcos,* IV, 40.

derecho a reprender al que debe vigilar por todos, acordándose que, para salvar sin alboroto las más peligrosas situaciones, posee un medio mejor y más seguro, y no ignorando que, si la intercesión no falta, el ángel del Señor vendrá cuando se necesite, a despertar a Pedro y romper sus cadenas.

PODER DE LA ORACIÓN. — ¡Oh! ¡Cuántas almas, sabiendo orar, son más poderosas, con su sencillez ignorada, que la política y los soldados de todos los Herodes del mundo! La comunidad reunida en la casa de María, madre de Marcos [1], era muy poco numerosa; pero oraba día y noche; por dicha no se conocía allí el naturalismo fatal, que con engañoso pretexto de no tentar a Dios, rehusa pedirle lo imposible, cuando está en juego el interés de su Iglesia. Ciertamente, las precauciones de Herodes Agripa para no dejar escapar a su prisionero, honraban a su prudencia, y por cierto que la Iglesia pedía lo imposible pidiendo la libertad de Pedro, hasta el punto que los que rogaban entonces, siendo escuchados, no daban crédito a lo que veían. Pero su fortaleza fué precisamente esperar contra toda esperanza [2] lo que ellos mismos miraban como locura [3], y someter, en su oración, el juicio de la razón a las solas miras de la fe.

[1] *Hechos*, XII, 12.
[2] *Rom.*, IV, 18.
[3] *Hechos*, XII, 14-15.

El Gradual canta el poder prometido a los compañeros e hijos del Esposo; también ellos vieron que numerosos hijos reemplazaban a los padres que dejaron para seguir a Jesús[1]; el Verso del Alleluia celebra la *piedra* que sostiene a la Iglesia, en este día en que la ve afirmarse para siempre en su lugar predestinado.

GRADUAL

Los constituirás príncipes sobre toda la tierra: se acordarán de tu nombre, Señor. ℣. Por tus padres te han nacido hijos: por eso te alabarán los pueblos.

Aleluya, aleluya. ℣. Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo. (XVI, 13-19).

En aquel tiempo fué Jesús a la región de Cesarea de Filipo, y preguntó a sus discípulos diciendo: ¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Y ellos dijeron: Unos, que Juan el Bautista; otros, que Elías; y otros, que Jeremías o uno de los Profetas. Díjoles Jesús: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. Y, respondiendo Jesús, díjole: Bienaventurado eres tú, Simón, hijo de Jonás: porque no te ha revelado esto la carne y la sangre, sino mi Padre, que está en los cielos. Y yo te digo a ti, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y te daré a ti las llaves del reino de los cielos. Y todo cuanto

[1] *Ps.*, XLIV.

atares sobre la tierra, será atado también en los cielos: y todo cuanto desatares sobre la tierra, será desatado también en los cielos.

CONFESIÓN DE SAN PEDRO. — La alegría hace recordar a Roma aquel momento dichoso en que, por primera vez, la humanidad dió al Esposo su título divino: *¡Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo!* El amor y la fe hacen a Pedro en este momento *la mayor y la más antigua lumbrera de los teólogos,* como le llama San Dionisio en su libro de los "Nombres divinos." El primero, efectivamente, tanto con relación al tiempo como por la plenitud del dogma, solucionó el problema cuya insoluble resolución fué el esfuerzo supremo de la teología de los siglos proféticos.

DIGNIDAD DE SAN PEDRO. — ¿Eres, oh Pedro, más sabio que Salomón? Y lo que el Espíritu Santo declaró sobre toda ciencia, ¿será el secreto de un pobre pescador? Así es. Nadie conoce al Hijo sino el Padre [1]; pero el Padre mismo reveló a Simón el misterio de su Hijo, y la palabra que da testimonio de El, no puede admitir réplica. Porque no es una añadidura falsa a los dogmas divinos: oráculo de los cielos salido de los labios humanos, eleva a su dichoso intérprete por encima de la carne y de la sangre. Como Cristo, de quien le alcanza ser Vicario, esa pa-

[1] *S. Mat.*, XI, 27.

labra tendrá como única misión ser aquí abajo un eco fiel del cielo [1], dando a los hombres lo que recibe [2]; la palabra del Padre [3]. Es todo el misterio de la Iglesia, de la tierra y de la del cielo, y contra ella nunca prevalecerá el infierno.

Continúan los ritos del Sacrificio. Mientras los ecos de la Basílica repiten las palabras del *Credo* que predicaron los Apóstoles y que se apoya en Pedro, la Iglesia se ha levantado para llevar sus ofrendas al altar. A la vista de este largo desfilar de pueblos y de sus reyes que se suceden durante los siglos, ofreciendo sus dones y rindiendo homenaje al pescador crucificado, el coro canta con nueva melodía el versículo del Salmo que, en el Gradual, ha ensalzado la supereminencia de este principado creado por Cristo en favor de los mensajeros de su amor.

OFERTORIO

Los constituirás príncipes sobre toda la tierra: se acordarán de tu nombre, Señor, en toda progenie y generación.

Los frutos de la tierra no tienen, en sí mismos, nada que los haga aceptos al cielo. Por eso, la Iglesia en la Secreta, pide la intervención de la oración apostólica para hacer aceptable su ofrenda; esta oración de los Apóstoles es, hoy y

---

[1] *S. Juan,* XV, 15.
[2] *Ibid.,* XVII, 18.
[3] *Ibid.,* 14.

siempre, nuestro refugio seguro y el remedio de nuestras miserias.

Esto mismo manifiesta el Prefacio que sigue. El Pastor eterno no puede abandonar a su rebaño, sino que continúa guardándole por medio de los santos Apóstoles, pastores también, y siempre guías, en lugar suyo, del pueblo cristiano.

SECRETA

Apoye, Señor, estas hostias, que te ofrecemos para ser consagradas a tu nombre, la oración apostólica, por la cual nos concedas ser purificados y protegidos. Por nuestro Señor.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable, el suplicarte humildemente, Señor, que no dejes, Pastor eterno, a tu rebaño: sino que, por tus santos Apóstoles, lo guardes con continua protección: para que sea gobernado por los mismos rectores que elegiste para pastores suyos y vicarios de tu obra. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celeste, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, santo, santo...

La Iglesia experimenta, en el santo banquete, la estrecha relación del misterio de amor y de la gran unidad católica fundada sobre la piedra. Así canta de nuevo:

COMUNION

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

La Poscomunión vuelve a tratar sobre el poder de la oración apostólica, como salvaguardia de los cristianos a los que nutre el alimento celestial.

POSCOMUNION

A los que has saciado, Señor, con este celestial alimento, guárdalos, por la intercesión apostólica, de toda adversidad. Por nuestro Señor.

FUNDAMENTO DE LA IGLESIA. — ¡Oh Pedro, saludamos el glorioso sepulcro donde descansas! A nosotros, hijos de este Occidente, que quisiste elegir, a nosotros toca, antes que a todos, celebrar con amor y fe las glorias de este día. Sobre ti debemos edificar; porque queremos ser los habitantes de la ciudad santa. Seguiremos el consejo del Señor [1] edificando sobre roca nuestras construcciones terrenas, para que resistan a la tempestad y puedan ser mansión eterna. ¡Cuán grande es para contigo, que te dignas sostenernos así, nuestro agradecimiento, sobre todo en este siglo insensato, que, pretendiendo construir de nuevo el edificio social, ha querido edificarlo sobre la arena inconsistente de las opiniones humanas, y no ha hecho sino multiplicar las miserias y las ruinas! ¿Acaso no es la piedra angular la que han desechado los arquitectos modernos? ¿Y no se revela su virtud en que, al desecharla, chocan contra ella y se estrellan? [2].

[1] *S. Mat.*, VII, 24-27.
[2] *S. Pedro*, II, 6-8.

Devoción a San Pedro. — Ya que la eterna Sabiduría, oh Pedro, edifica su casa sobre ti, ¿en qué otra parte podremos hallarla? De Jesús, subido a los cielos, es de quien tienes palabras de vida eterna [1]. En ti se continúa el misterio de Dios hecho hombre y que vive entre nosotros. Nuestra religión, nuestro amor al Emmanuel, son incompletos si no llegan hasta ti. Y, habiendo tú mismo vuelto a juntarte con el Hijo del hombre a la derecha del Padre, el culto que te tributamos por tus divinas prerrogativas, se extiende al Pontífice sucesor tuyo, en quien, por ellas, continúas viviendo; culto real, que se tributa a Cristo en su Vicario, y que, por tanto, no puede avenirse con la distinción, demasiado sútil, entre la Sede de Pedro y el que la ocupa. En el Pontífice romano, tú eres siempre el único pastor y sostén del mundo. Si el Señor dijo: "Nadie va al Padre, sino por Mí[2]", sabemos que nadie llega al Señor, sino por ti. ¿Cómo los derechos del Hijo de Dios, Pastor y Obispo de nuestras almas [3], pueden padecer menoscabo en estos homenajes de la tierra agradecida? No podemos celebrar tus grandezas, sin que al momento, dirigiendo nuestros pensamientos a Aquel de quien tú eres como el signo sensible, como un augusto sacramento, tú no nos digas, así como a nuestros padres, por la

[1] *S. Juan*, VI, 69.
[2] *S. Juan*, XIV, 6.
[3] *I S. Pedro*, II, 25.

inscripción de tu antigua estatua: *Contemplad al Dios Verbo, piedra divinamente tallada en oro, sobre la cual estando asentado, no soy conmovido.*

30 DE JUNIO

CONMEMORACION DE SAN PABLO, APOSTOL

Los griegos unen hoy en una misma solemnidad el recuerdo *de los ilustres santos, los doce Apóstoles, dignos de toda alabanza*[1]. Roma, ocupada ayer completamente por el triunfo que el Vicario de Jesucristo alcazaba dentro de sus muros, ve hoy al sucesor de Pedro acudir con su noble corte a tributar al Doctor de las naciones, el homenaje agradecido de la Urbe y del mundo. Unámonos con el pensamiento al fiel pueblo romano que acompaña al Pontífice y hace resonar con sus cánticos de victoria la espléndida Basílica de la Vía Ostiense.

CONVERSIÓN. — El veinticinco de Enero, vimos al Niño-Jesús conducir a su pesebre, domado y abatido al *lobo de Benjamín*[2], que en la mañana de su fogosa juventud, había llenado de lágrimas y sangre a la Iglesia de Dios. Había llegado la tarde, como lo había previsto Jacob, en que Saulo el perseguidor iba a aumentar la grey y alimentar el rebaño con el alimento de su doc-

[1] *Ménées*, 30 de Junio.
[2] *Gén.*, XLIX, 27.

trina celestial, más que todos sus predecesores en Cristo.

VISITA A "PEDRO". — Por un privilegio que no ha tenido igual, el Salvador, sentado ya a la derecha del Padre en los cielos, se dignó instruir directamente a este neófito, para que un día fuese del número de sus Apóstoles; pero, como los caminos del Señor no son nunca opuestos entre sí, esta creación de un nuevo Apóstol no podía contradecir a la constitución divina dada a la Iglesia cristiana por el Hijo de Dios. Pablo, al salir de las contemplaciones sublimes, durante las cuales fué infundido en su alma el dogma cristiano, debió volver hacia el año 39 a Jerusalén para "ver a Pedro", como dijo él mismo a sus discípulos de Galacia. Según expresión de Bossuet, debió "comunicar su propio Evangelio con el del príncipe de los Apóstoles"[1]. Admitido en seguida a predicar el Evangelio, le vemos en el libro de los Hechos, junto con Bernabé, presentarse en Antioquía después de la conversión de Cornelio y de la apertura de la Iglesia a los gentiles. Después de la prisión de Pedro en Jerusalén, un aviso del cielo manifiesta a los ministros de las cosas santas que presidían la Iglesia de Antioquía, que ha llegado el momento de imponer las manos a los dos misioneros, y de conferirles el carácter sagrado de la ordenación (año 45).

[1] Sermón sobre la unidad.

Primera excursión apostólica a Chipre. — A partir de este momento, Pablo se agranda con toda la dignidad de un Apóstol y se le juzga preparado para la misión a que había sido destinado. De pronto, en el relato de S. Lucas, Bernabé desaparece y no desempeña sino un papel secundario. El nuevo Apóstol tiene sus discípulos propios y emprende, desde ahora como jefe, una serie de peregrinaciones jalonadas por otras tantas conquistas. Su primer paso lo da en Chipre, y allí firma con la antigua Roma una alianza que es como la hermana de la que había contraído Pedro en Cesarea. En el año 45, cuando llegó Pablo a Chipre, la isla tenía por procónsul a Sergio Paulo, recomendable por sus antepasados, pero más digno de estima por la sabiduría de su gobierno. Deseó oír a Pablo y Bernabé. Un milagro de Pablo, obrado ante sus ojos, le convenció de la verdad de la enseñanza de los dos Apóstoles, y la Iglesia cristiana recibió este día en su seno, un nuevo heredero del nombre y de la gloria de las más ilustres familias romanas. Un cambio tuvo lugar en este momento: el patricio romano fué libertado del yugo de la gentilidad por el judío, y en pago, el judío, que hasta entonces se llamaba Saulo, recibió y adoptó en adelante el nombre de *Paulo* o Pablo, como trofeo digno del Apóstol de los gentiles.

CONCILIO DE JERUSALÉN. — De Chipre, Pablo recorrió sucesivamente Cilicia, Panfilia, Pisidia y Licaonia. Por todas partes evangeliza, y por todas partes funda comunidades de cristianos. Vuelve en seguida a Antioquía en el año 49, y encuentra revuelta la Iglesia de esta ciudad. Un partido de los judíos salidos de las filas de los fariseos, consentía en la admisión de los gentiles en la Iglesia, pero solamente con la condición de que se sujetasen a las prácticas mosaicas, es decir, a la circuncisión, a la distinción de alimentos, etc. Los cristianos salidos de la gentilidad rehusaban esta servidumbre a la que Pedro no les había obligado, y la controversia se hizo tan viva, que Pablo juzgó necesario emprender el viaje a Jerusalén, a donde Pedro acababa de llegar huyendo de Roma. Partió, pues, con Bernabé, llevando la cuestión para que la resolviesen los representantes de la ley nueva reunidos en la ciudad de David. Además de Santiago, que residía habitualmente en Jerusalén como Obispo, Pedro, como ya hemos dicho, y Juan representaron allí a todo el colegio Apostólico en esta ocasión. Se formuló un decreto por el que se anulaba todo lo que se pretendía exigir de los gentiles respecto a los ritos judaicos, y esta disposición se tomó en nombre y bajo la inspiración del Espíritu Santo. En esta reunión de Jerusalén fué cuando los tres grandes Apóstoles acogieron a Pablo como especialmente destinado a la evan-

gelización de los gentiles. Recibió de parte de los que él llama *las columnas*, una confirmación de este apostolado sobreañadido al de los doce. Por este ministerio extraordinario, que surgía en favor de los que habían sido llamados los últimos, el cristianismo afirmaba definitivamente su independencia del judaísmo, y la gentilidad iba a entrar en masa en la Iglesia.

SEGUNDA EXCURSIÓN APOSTÓLICA (49-54). — Pablo volvió a emprender sus excursiones apostólicas por las provincias que ya había evangelizado, para afianzar las Iglesias. De allí, atravesando Frigia, pasó a Macedonia, se detuvo un momento en Atenas, desde donde partió a Corinto, y aquí permaneció año y medio. A su partida, dejaba en esta ciudad una Iglesia floreciente, no sin haber excitado contra él el furor de los judíos. De Corinto, Pablo fué a Efeso, donde permaneció más de dos años. Convirtió aquí tantos gentiles, que el culto de Diana disminuyó notablemente. Levantóse una revuelta violenta, y Pablo, juzgó que había llegado el momento de salir de Efeso. Durante su estancia en esta ciudad, reveló a sus discípulos el pensamiento que le preocupaba desde hacía tiempo: "Es necesario, les dijo, que yo visite Roma." La capital de la gentilidad reclamaba al Apóstol de los gentiles.

EPÍSTOLA A LOS ROMANOS. — El crecimiento rápido del cristianismo en la capital del Imperio, mostraba, de una manera más palpable que en otras partes, los dos elementos heterogéneos de que estaba formada la Iglesia de entonces. La unidad de fe reunía en un mismo aprisco a los antiguos judíos y a los antiguos paganos. Se encontraron algunos entre ambas razas, que, olvidando muy pronto que su vocación común había sido gratuita, menospreciaban a sus hermanos, considerándolos menos dignos que ellos del bautismo, que los hacía a todos iguales en Cristo. Algunos judíos menospreciaban a los gentiles, recordando el politeísmo que había mancillado su vida, con todos los vicios que lleva consigo. Algunos gentiles miraban despectivamente a los judíos, como descendientes de un pueblo ingrato y ciego, que, abusando de los dones que Dios les había prodigado, no hizo sino crucificar al Mesías.

En el año 57, Pablo, que conoció estas discusiones, se aprovechó de su segunda estancia en Corinto para escribir a los fieles de la Iglesia romana la célebre Epístola, en la que trata de probar que el don de la fe se concede gratuitamente, siendo Judíos y Gentiles indignos de la adopción divina, y no habiendo sido llamados sino por pura misericordia; Judíos y Gentiles, olvidando su pasado, debían abrazarse fraternalmente en una misma fe y testimoniar su agra-

decimiento a Dios, que se les había anticipado con su gracia a unos y a otros. Su reconocida cualidad de Apóstol daba a Pablo derecho a intervenir de esta manera en el seno mismo de una cristiandad que no había fundado.

ULTIMO VIAJE A JERUSALÉN. — Mientras aguardaba el tiempo en que podría contemplar con sus ojos la Iglesia reina que Pedro había fundado, el Apóstol quiso cumplir una vez más la peregrinación a la ciudad de David. Pero la rabia de los judíos de Jerusalén llegó en esta ocasión hasta el último exceso. Su orgullo odiaba sobre todo a este antiguo discípulo de Gamaliel, a este cómplice del asesinato de Esteban, que ahora convidaba a los gentiles a unirse con los hijos de Abraham bajo la ley de Jesús de Nazaret. El tribuno Lisias le arrancó de las manos de estos furiosos que iban a hacerle pedazos. La noche siguiente, Cristo se apareció a Pablo y le dijo: "Sé firme; porque el testimonio que das en este momento de mí en Jerusalén, lo darás en Roma."

ESTANCIA EN ROMA. — Después de una cautividad en Cesarea de más de dos años, Pablo, habiendo apelado al emperador, llegó a Italia a principio del año 61. Por fin el Apóstol de los gentiles entraba en Roma. No le rodeaba el cortejo de un triunfador; era un humilde prisionero judío, a quien se conducía al lugar en que

se amontonaban los que apelaban al César. Pero Pablo era el judío aquel a quien el mismo Cristo había conquistado en el camino de Damasco; se presentaba con el nombre romano de Pablo, y este nombre no era un latrocinio en aquel que, después de Pedro, sería la segunda gloria de Roma, y la segunda prenda de su inmortalidad. No llevaba consigo, como Pedro, la primacía que Cristo había confiado a uno solo; pero venía a comunicar al centro mismo de la evangelización de los gentiles la delegación divina que había recibido en favor de éstos. Pablo no tendría sucesor en su misión extraordinaria; pero el elemento que acababa de depositar en la Iglesia madre y maestra, tenía un valor tan grande, que por todos los siglos se oirá a los Pontífices romanos, herederos del poder monárquico de Pedro, evocar este recuerdo y mandar en nombre de los "bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo".

En vez de aguardar en prisión el día en que se viese su causa, Pablo tuvo la libertad de escogerse alojamiento en la ciudad, obligado solamente a estar custodiado día y noche por un soldado representante de la fuerza pública, y a quien, según era costumbre en parecidos casos, estaba atado con una cadena que le impedía huir, pero le dejaba libre en sus movimientos. El Apóstol podía continuar así predicando la palabra de Dios. Hacia el año 62, se concedió a Pablo la audiencia a la que le daba derecho la

apelación que había interpuesto al César. Compareció en el pretorio, y su defensa tuvo por resultado la libertad.

ULTIMA EXCURSIÓN EVANGÉLICA. — Pablo libre, vino probablemente a España. De aquí, queriendo volver a ver Oriente, visitó de nuevo Efeso, de donde nombró Obispo a su discípulo Timoteo. Evangelizó Creta, donde dejó como pastor a Tito. Pero no abandonó para siempre esta Iglesia romana, a la que ilustró por su presencia, y acrecentó y fortificó por su predicación; habrá de volver para iluminarla con los últimos rayos de su apostolado, y teñirla de púrpura con su sangre gloriosa.

El Apóstol había terminado sus excursiones evangélicas en Oriente (66); había consolidado las Iglesias fundadas por su palabra, y las pruebas, lo mismo que las consolaciones, no faltaron en su camino. Al acercarse el invierno fué arrestado, conducido a Roma y puesto en prisión.

MARTIRIO. — Un día del año 67, quizá el 29 de Junio, Pablo, conducido a lo largo de la vía Ostiense, era seguido de un grupo de fieles incorporados a la escolta del prisionero. La sentencia dada contra él, declaraba que se le cortaría la cabeza junto a las aguas Salvias. Después de andar unas dos millas por la vía Ostiense, los soldados condujeron a Pablo por un sendero que se dirigía hacia Oriente, y en seguida llegaron al

lugar indicado para el martirio del Doctor de los gentiles. Pablo se puso de rodillas y dirigió a Dios su última oración; luego aguardó el golpe. Un soldado blandió su espada y la cabeza del Apóstol, separada del cuerpo, dió tres saltos en el suelo. Tres fuentes manaron inmediatamente en los lugares tocados por ella. Esta es la tradición conservada del lugar del martirio, en el que hay tres fuentes, y sobre cada una se levanta un altar.

El Apóstol de los gentiles. — Ayer, oh Pablo, se consumó tu obra; habiéndolo dado todo, te diste por añadidura a ti mismo [1]. La espada, al cortar tu cabeza, completa, como lo predijiste, el triunfo de Cristo [2]. ¡Gloria a ti, oh Apóstol, ahora y siempre! La eternidad no podrá extinguir en nosotros, las naciones, los sentimientos de gratitud. Acaba tu obra en cada uno de nosotros por estos siglos sin fin; no permitas que por deserción de ninguno de los que el Señor llamó para completar su cuerpo místico, la Iglesia se vea privada de uno solo de los acrecentamientos que podía esperar. Sostén el ánimo de todos aquellos predicadores de la palabra divina, que, con la pluma o con un título cualquiera, continúan tu obra de luz. Danos apóstoles valientes, que arrojen sin tregua de nuestra tierra las ti-

---

[1] *II Cor.*, XII, 15.
[2] *Filip.*, I, 20.

nieblas. Prometiste permanecer con nosotros, velar siempre por el progreso de la fe en nuestras almas: haz germinar en ellas las purísimas delicias de la unión divina [1]. Cumple tu promesa. Al ir a Jesús, no retires tu palabra empeñada de aquellos que, como nosotros, no te conocieron en esta tierra [2]. Porque a ellos en una de tus Epístolas inmortales les prometiste "consolar sus corazones, uniéndolos con el amor, infundiendo en ellos con su plenitud y sus riquezas inmensas el conocimiento del misterio de Dios-Padre y de Jesucristo, en el que se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" [3].

1 DE JUNIO

FIESTA DE LA PRECIOSA SANGRE DE N. S. JESUCRISTO

OBJETO DE LA FIESTA. — La Iglesia ha revelado ya a los hijos de la nueva Alianza, el precio de la Sangre con que fueron rescatados, su virtud fortificante, y la honra y adoración que merece. El Viernes Santo, la tierra y los cielos contemplaron todos los crímenes anegados en la ola de salvación, cuyos diques eternos habíanse roto, por fin, con el esfuerzo unido de la violencia de los hombres y del amor del Corazón divino. La

1 *Filip.*, I, 25-26.
2 *Col.*, II, 1.
3 *Col.*, II, 2-3.

fiesta del Santísimo Sacramento nos ha visto postrados ante los altares en los que se perpetúa la inmolación del Calvario y el derramamiento de la Sangre preciosa, convertida en bebida de humildes y en objeto de los honores de los poderosos de este mundo.

Con todo eso, he aquí que la Iglesia nos invita de nuevo a los cristianos a celebrar los torrentes que fluyen de la fuente sagrada. Quiere decir con esto que las solemnidades precedentes no han agotado el misterio. La paz traída por esta Sangre, la corriente de sus ondas que saca de los abismos a los hijos de Adán purificados, la sagrada mesa dispuesta para ellos, y este cáliz de donde procede el licor embriagador, todos estos preparativos quedarían sin objeto, todas estas magnificencias serían incomprendidas si el hombre no viese en ellas los efectos de un amor cuyas pretensiones no pueden ser sobrepujadas por ningún otro amor. La Sangre de Jesús debe ser ahora para nosotros *la Sangre del Testamento,* la prenda de la alianza que *Dios nos propone* [1], la dote ofrecida por la eterna Sabiduría al llamar a los hombres a la unión divina, cuya consumación en nuestras almas prosigue sin cesar el Espíritu santificador.

VIRTUD DE LA SANGRE DE JESÚS. — "Confiemos, hermanos míos, nos dice el Apóstol; y por la

[1] *Exod.*, XXIV, 8; *Hebr.*, IX, 20.

Sangre de Cristo entremos en el Santo de los Santos; sigamos el camino nuevo cuyo secreto conocemos, el camino vivo que nos ha trazado a través del velo, es decir, de su carne. Acerquémonos con corazón sincero, con fe plena, enteramente limpios, con esperanza inquebrantable; porque el que está comprometido con nosotros, es fiel. Exhortémonos cada uno con el ejemplo al acrecentamiento del amor [1]. Y el Dios de paz, que resucitó de entre los muertos en virtud de la Sangre de la Alianza eterna, al gran Pastor de las ovejas, nuestro Señor Jesucristo, os dé perfección cabal en todo bien, a fin de que cumpláis su voluntad, haciendo El en vosotros lo que es agradable a sus ojos, por Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos"[2].

HISTORIA DE LA FIESTA. — No debemos dejar de recordar aquí que esta fiesta es el memorial de una de las más brillantes victorias de la Iglesia. Pío IX fué expulsado de Roma en 1848 por la revolución triunfante; por estos mismos días, al año siguiente, volvió al poder. El 28, 29 y 30, con la protección de los Apóstoles, la hija primogénita de la Iglesia, fiel a su pasado glorioso, arrojó a sus enemigos de las murallas de la Ciudad Eterna; el 2 de Julio, fiesta de María, terminaba la conquista. En seguida un doble decreto noti-

[1] *Hebr.*, X, 19-24.
[2] *Hebr.*, XIII, 20-21.

ficaba a la Ciudad y al mundo el agradecimiento del Pontífice y la manera con que quería perpetuar por la sagrada Liturgia el recuerdo de estos sucesos. El 10 de Agosto, desde Gaeta, lugar de su refugio durante la lucha, Pío IX, antes de volver a tomar el mando de sus Estados, se dirigió al Jefe invisible de la Iglesia y se la confiaba por la institución de la fiesta de este día, recordándole que, por esta Iglesia, había derramado toda su Sangre.

Poco después, de nuevo en su capital, se dirigía a María, como lo hicieron en otras circunstancias S. Pío V y Pío VII; el Vicario de Jesucristo devolvía a la que es Socorro de los cristianos, el honor de la victoria ganada el día de su gloriosa Visitación, y disponía que la fiesta del 2 de Julio se elevase del rito de doble mayor al de segunda clase para todas las Iglesias: preludio de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción, que el inmortal Pontífice proyectaba desde entonces, y que acabaría de aplastar la cabeza de la serpiente.

Durante el Jubileo que instituyó en 1933 para celebrar el 19 centenario de la Redención, Pío XI elevó la fiesta de la Preciosa Sangre al rito doble de primera clase, con el fin de inculcar más en el alma de los fieles el recuerdo y la estima de la Sangre del Cordero de Dios, y de alcanzar frutos más copiosos para nuestras almas.

MISA

La Iglesia, que los Apóstoles han formado con todas las naciones que hay bajo el cielo, se dirige al altar del Esposo que la ha rescatado con su Sangre, y canta en el Introito su amor misericordioso. Ella es en adelante el reino de Dios, la depositaria de la verdad.

INTROITO

Nos redimiste, Señor, con tu Sangre de toda tribu y lengua y nación: y nos hiciste un reino para nuestro Dios. — *Salmo:* Cantaré eternamente las misericordias del Señor: anunciaré con mi boca tu verdad de generación en generación. ℣. Gloria al Padre.

Prenda de paz entre el cielo y la tierra, objeto de los más solemnes honores y centro de toda la Liturgia, protección segura contra los males de esta vida, la Sangre de Jesucristo derrama desde ahora en las almas y cuerpos de los que ha rescatado, el germen de las alegrías eternas. La Iglesia en la Colecta, pide, al Padre que nos dió a su único Hijo, que este germen divino no sea estéril en nosotros, y que alcance su máximo desarrollo en los cielos.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que constituiste a tu unigénito Hijo Redentor del mundo, y quisiste aplacarte con su Sangre: haz, te suplicamos, que veneremos con solemne culto el precio de nuestra salud, y

que, por su virtud, seamos preservados en la tierra de los males de la presente vida, para que gocemos de su perpetuo fruto en los cielos. Por el mismo Señor.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Hebreos. (IX, 11-15).

Hermanos: Cristo, el Pontífice de los futuros bienes, penetró una vez en el Santuario por un tabernáculo más amplio y perfecto, no hecho a mano, es decir, no de creación humana: ni tampoco por medio de la sangre de cabritos y becerros, sino por medio de su propia Sangre, efectuada la redención eterna. Porque, si la sangre de cabritos y toros, y la aspersión con ceniza de becerra santificaba con la purificación de la carne a los manchados: ¿cuánto más la Sangre de Cristo, que se ofreció a sí mismo inmaculado a Dios por el Espíritu Santo, purificará nuestra conciencia de las obras muertas, para servir al Dios vivo? Y, por eso, es el Mediador del Nuevo Testamento: para que, mediando su muerte, en redención de aquellas prevaricaciones que había bajo el primer Testamento, reciban, los que han sido llamados, la promesa de la eterna herencia: en Jesucristo, nuestro Señor.

LA SANGRE DEL PONTÍFICE. — Es ley establecida por Dios desde el principio, que no puede haber perdón de los pecados ni redención completa, sin sacrificio que expíe y repare; y que este sacrificio exija derramamiento de sangre. En la antigua alianza la sangre exigida era la de animales inmolados ante el Tabernáculo del Templo. Pero solamente valía para limpiar el ex-

terior y no podía ni santificar a las almas, ni darles derecho para entrar en el tabernáculo celestial.

Pero, el día fijado por la Sabiduría eterna, vino Cristo, nuestro verdadero y único Pontífice. Derramó en sacrificio su preciosísima Sangre. Nos purificó, y, en virtud de esta sangre derramada, entra y nos hace entrar en el santuario del cielo. Desde entonces "su expiación y nuestra redención son cosas adquiridas definitivamente para la eternidad". Su sangre, transmisora de su vida, purifica no sólo nuestro cuerpo sino nuestra alma, centro de nuestra vida; borra en nosotros las huellas del pecado, expía, reconcilia, sella y consagra la alianza nueva, y una vez purificados y reconciliados, nos hace adorar y servir a Dios con culto digno de él.

El servicio de Dios vivo. — "Porque el fin de la vida es adorar a Dios. La pureza de conciencia y la santidad tienen por fin último y por término el culto que debemos a Dios. No es uno bueno por ser bueno y contentarse con eso. No es uno puro por ser puro y no ir más lejos. Toda bondad sobrenatural tiene por fin la adoración. Esto es lo que quiere el Padre celestial: adoradores en espíritu y en verdad; y nuestra adoración crece ante Dios con nuestra santidad y nuestra dignidad sobrenatural. Por eso el fin de

nuestra vida sobrenatural no somos nosotros, sino Dios. Dios es el que, en último término, recoge el beneficio de lo que hacemos nosotros con su gracia y con su ayuda. Dios, en nosotros, trabaja para él. Toda nuestra vida, temporal y eterna, es litúrgica y ordenada hacia Dios"[1].

El Gradual nos recuerda el gran testimonio del amor del Hijo de Dios, confiado al Espíritu Santo con la Sangre y agua de los Misterios; tes-testimonio que se une desde aquí abajo al que da en los cielos la Santísima Trinidad. Si nosotros recibimos el testimonio de los hombres, dice el verso, mayor es el de Dios. ¿No es esto decir una vez más que debemos ceder a las repetidas invitaciones del amor? Nadie puede excusarse pretextando ignorancia, o falta de vocación para cosas más altas que aquellas por las que se arrastra nuestra tibieza.

GRADUAL

Este es Jesucristo, el cual vino por el agua y la sangre: no sólo por el agua, sino por el agua y la sangre. ℣. Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo y el Espíritu Santo; y estos tres son una sola cosa. Y tres son los que dan testimonio en la tierra: el Espíritu, el agua y la sangre; y estos tres son una sola cosa.

Aleluya, aleluya. ℣. Si aceptamos el testimonio de los hombres, el testimonio de Dios es mayor. Aleluya.

[1] D. Delatte, *Epist. de S. Pablo,* II, 388.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan. (XIX, 30-35).

En aquel tiempo, habiendo tomado Jesús el vinagre, dijo: Se ha terminado. E, inclinando la cabeza, entregó el espíritu. Los judíos, pues (porque era la Parasceve), para que no permanecieran los cuerpos en la cruz el sábado (porque era un gran día aquel sábado), rogaron a Pilatos que fueran quebradas sus piernas y se quitaran. Fueron, pues, los soldados: y quebraron ciertamente las piernas del primero, y las del otro que había sido crucificado con El. Mas, cuando llegaron a Jesús, como le vieron ya muerto, no quebraron sus piernas, sino que uno de los soldados abrió con la lanza su costado, y al punto salió sangre y agua. Y, el que lo vió, da testimonio de ello: y su testimonio es verdadero.

La sangre del Corazón de Jesús. — El Viernes Santo escuchamos ya por vez primera este pasaje del discípulo amado. La Iglesia dolorida al pie de la Cruz, donde acababa de expirar su Señor, no tenía entonces lágrimas y lamentaciones suficientes. Hoy se conmueve con otros sentimientos, y el mismo pasaje que causaba sus lágrimas, la hace desbordarse ahora en antífonas de alegría y en cantos triunfales. Si queremos saber su causa, preguntémosla a los autorizados intérpretes a quienes ella misma quiso encargar nos diesen a conocer su pensamiento en este día. Nos dirán que la nueva Eva celebra hoy su

nacimiento del costado del Esposo dormido[1]; que, a partir del momento solemne en que el nuevo Adán permitió que la lanza del soldado abriese su Corazón, somos verdaderamente hueso de sus huesos y carne de su carne[2]. No nos admiremos de que la Iglesia no vea en esta Sangre que se derrama, sino amor y vida. Y tú, oh alma, rebelde tanto tiempo a los llamamientos secretos de las gracias de elección, no te desconsueles; no digas: "¡El amor no es para mí!" Por muy lejos que haya podido llevarte el antiguo enemigo con sus funestas astucias, ¿no es verdad que no hay ningún lugar oculto, ni abismo siquiera, a donde no te hayan seguido los arroyos nacidos de la fuente sagrada? ¿Crees acaso que el largo trayecto que has querido imponer a su perseguimiento misericordioso, haya agotado su virtud? Haz la prueba; lo primero y báñate en estas ondas purificadoras; después haz beber a grandes tragos en el río de la vida a esa tu pobre alma fatigada; en fin, armándote de fe remonta el curso del río divino. Porque, si es verdad que, para llegar hasta ti, no se ha separado de su punto de partida, también es verdad que, haciendo esto, hallarás la fuente misma.

La Iglesia, al presentar los dones para el Sacrificio, recuerda en sus cantos que el cáliz presentado por ella a la bendición de los sacerdotes,

---

[1] S. Agustín, *Tratado 30 sobre S. Juan.*

[2] Sermón del 2.º Nocturno.

se convierte, por virtud de las palabras sagradas, en el inagotable depósito del cual se derrama sobre el mundo la Sangre del Señor.

OFERTORIO

El cáliz de bendición, que bendecimos, ¿no es la comunión de la Sangre de Cristo? Y el pan, que partimos, ¿no es la participación del Cuerpo del Señor?

La Secreta pide el pleno efecto de la divina Alianza, de la que es medio y prenda la Sangre de Jesús, desde que su derramamiento hizo cesar el grito de venganza, que, como el de Abel, subía de la tierra al cielo.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que, por estos divinos Misterios, nos acerquemos a Jesús, Mediador del Nuevo Testamento, y que renovemos sobre tus altares la aspersión de una Sangre más elocuente que la de Abel. Por el mismo Señor nuestro.

La Antífona de la Comunión canta el amor misericordioso que el Señor nos demostró con su venida, sin dejarse apartar de sus proyectos divinos por el cúmulo de crímenes que habría de borrar con su propia Sangre para purificar a la Iglesia. Gracias al adorable Misterio de la fe, que obra en el secreto de los corazones, cuando venga visiblemente, no quedará de este pasado doloroso sino un recuerdo de triunfo.

COMUNION

Cristo se ofreció una vez para redimir los pecados de muchos: aparecerá segunda vez sin pecado para salud de los que le esperan.

Saciados de alegría en las fuentes del Señor, que son sus sagradas llagas, pidamos que la Sangre preciosa que enrojece nuestros labios, sea, hasta en la eternidad, la fuente viva en que poseamos la felicidad y la vida.

POSCOMUNION

Admitidos, Señor, a esta sagrada Mesa, hemos bebido con gozo las aguas en las fuentes del Salvador: haz, te suplicamos, que su Sangre sea para nosotros una fuente de agua que salte hasta la vida eterna. Por El, que vive contigo.

2 DE JULIO

LA VISITACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

HISTORIA DE LA FIESTA. — En los días que precedieron al nacimiento del Salvador, la visita de María a su prima Isabel fué ya objeto de nuestras meditaciones. Pero convenía volver sobre una circunstancia tan importante de la vida de Nuestra Señora, para hacer resaltar lo que este misterio contiene de enseñanza profunda y de alegría santa. La sagrada Liturgia completándose con los años, explotará esta mina preciosa

en honor de la Virgen-Madre. La Orden de San Francisco y algunas iglesias particulares, como la de Reims y París, ya se habían adelantado, cuando Urbano VI, en el año 1389 instituyó la solemnidad de este día. El Papa aconsejaba el ayuno en la vigilia de la fiesta, y que además tuviese Octava; concedió en su celebración las mismas indulgencias que había otorgado Urbano VI, en el siglo anterior a la fiesta del *Corpus Christi.* La bula de promulgación, retrasada por la muerte del Pontífice, fué publicada por Bonifacio IX que le sucedió en la Silla de S. Pedro.

Por las lecciones del Oficio primitivamente compuesto para esta fiesta, sabemos que el fin de su institución fué, según el pensamiento de Urbano, obtener que cesase el cisma que dividía a la Iglesia. Nunca se había visto la Esposa del Hijo de Dios en situación tan dolorosa. Pero Nuestra Señora, a quien se había dirigido el verdadero Pontífice al comienzo de la tormenta, no dejó fallida la esperanza de la Iglesia. Durante los años que la insondable justicia del Altísimo dejó obrar a los poderes del infierno, vino en su defensa, sujetando tan fuertemente bajo su pie vencedor la cabeza de la serpiente antigua, que a pesar de la espantosa confusión que había levantado, su baba ponzoñosa no pudo manchar la fe de los pueblos, que permaneció firmemente adherida a la unidad de la Cátedra romana, cualquiera que en esta incertidumbre

fuese su ocupante verdadero. Así, el Occidente separado de hecho, pero unido en sus principios, se volvía a unir en el tiempo escogido por Dios para devolver la luz.

MARÍA, ARCA DE ALIANZA. — Si se pregunta por qué quiso Dios que el Misterio de la Visitación y no otro, fuese al establecerse esta solemnidad, el trofeo de la paz reconquistada, es fácil hallar la razón en la naturaleza misma de este misterio y en las circunstancias en que se realizó.

En él especialmente aparece María como verdadera arca de Alianza: llevando al Emmanuel, testimonio vivo de una reconciliación definitiva entre la tierra y el cielo. Por ella, mejor que en Adán, todos los hombres han de ser hermanos; porque el que lleva escondido en su seno, será el primogénito de la gran familia de los hijos de Dios. Apenas concebido, comienza para El la obra de la propiciación universal.

¡Dichosa la casa del sacerdote Zacarías, que durante tres meses acogió a la Sabiduría eterna, bajada recientemente al seno purísimo en que se acaba de consumar la unión que ambicionaba su amor! Por el pecado original, el enemigo de Dios y de los hombres tenía cautivo, en esta bendita casa, a aquel que sería el hornato en los siglos infinitos; la embajada del ángel que anunció el nacimiento de Juan, su concepción milagrosa, no habían eximido al hijo de la es-

téril del tributo vergonzoso que todos los hijos de Adán tienen que pagar al príncipe de la muerte, a su entrada en la vida. Pero apareció María, y Satanás vencido sufrió en el alma de Juan su más completa derrota, que no será la última; porque el arca de alianza no detendrá sus triunfos hasta reconciliar al último de los elegidos.

Alegría de la Iglesia. — Celebremos este día con cantos de alegría; porque en este misterio están, como en germen, todas las victorias que alcanzarán la Iglesia y sus hijos; desde hoy el Arca santa preside los combates del nuevo Israel. Basta ya de división entre el hombre y Dios, el cristiano y sus hermanos; si la antigua arca no logró impedir la escisión de las tribus, el cisma y la herejía conseguirán hacer frente a María unos cuantos años o algunos siglos, pero al fin resplandecerá más su gloria. De ella, como en este día glorioso y a la vista del enemigo humillado, brotarán siempre la alegría de los pequeños, la perfección de los pontífices [1], y la bendición de todos. Unamos el tributo de nuestras voces a los saltos gozosos de Juan, a la repentina exclamación de Isabel, al cántico de Zacarías; todo el mundo lo repita. Así se saludaba antiguamente la llegada del arca al campamento de los Hebreos; los Filisteos, al oírlo, por ahí comprendían que había bajado el auxilio del Señor;

[1] *Ps.*, CXXXI, 8-9; 14-18.

y sobrecogidos de espanto, gemían, diciendo: "¡Desgraciados de nosotros! no reinaba aquí ayer una alegría tan grande; ¡desgraciados de nosotros [1]." Por cierto que hoy el género humano salta de gozo y canta con Juan; y hoy también, y con razón, se lamenta el enemigo; hoy la mujer [2] descarga el primer golpe del calcañal en su cabeza altanera, y Juan, ya librado, es en esto precursor de todos nosotros. El nuevo Israel, más afortunado que el viejo, tiene seguridad de que no le arrebatarán ya su gloria nunca jamás; nunca le quitarán el Arca santa que le permite pasar las aguas [3], y derrumba ante él las fortalezas [4].

El canto de María. — ¿No es, pues, muy justo que este día, en que termina la serie de las derrotas que comenzaron en el Paraíso, sea también el día de los cánticos nuevos del nuevo pueblo? Pero ¿a quién toca entonar el himno del triunfo, sino al que gana la victoria? Por eso canta María en este día de triunfo, recordando todos los cantos de victoria que, a lo largo de los siglos de espera, fueron como preludios, a su divino Cántico. Pero las victorias pasadas del pueblo elegido no eran más que la figura de la que consigue ella, en esta fiesta de su manifes-

---

[1] *I Rey,* IV, 5, 8.
[2] *Gén.,* III, 15.
[3] *Jos.,* III, IV.
[4] *Ibíd.,* VI.

tación, como soberana gloriosa, que, mejor que Débora, Judit o Ester, ha comenzado a libertar a su pueblo; en su boca los acentos de sus ilustres predecesoras han evolucionado de la aspiración inflamada de los tiempos de la profecía, al éxtasis sereno, que denota la posesión del Dios que por tanto tiempo esperado. Una era nueva comienza parar los cantos sagrados: la alabanza divina toma de María el carácter que no perderá en este mundo y que subsistirá aún en la eternidad. Y en este día también, inagurando su ministerio de Corredentora y de Mediadora, recibió María por vez primera en la tierra, de boca de Santa Isabel, la alabanza que sin fin merece la Madre de Dios y de los hombres.

El motivo especial que tuvo la Iglesia, en el siglo XIV, para instituir esta fiesta, nos ha inspirado las anteriores consideraciones. María ha demostrado otra vez, al devolver a Roma al desterrado Pío IX, el 2 de Julio de 1849, que consideraba esta fecha como un día de victoria.

MISA

El Introito es el mismo de las Misas votivas de Nuestra Señora en este tiempo del año. Está tomado de Sedulio[1], el poeta cristiano del si-

[1] Salve, Sancta Parens, enixa puerpera Regem.
Qui coelum terramque tenet per saecula. Cuius

[1] Salve, Madre santa, que diste a luz al Rey que rige cielos y tierra por los siglos de los siglos. Su poder es

glo v, del cual hizo la Sagrada Liturgia otros extractos muy bien apropiados, los días de Navidad y Epifanía. La *palabra excelente* (Verbum bonum) que se ensalza en el Versículo, la obra que dedica al Rey la Virgen-madre, todos declaran hoy que es el *Magnificat*, riqueza y gloria de este día.

INTROITO

Salve, Madre Santa, que diste a luz al Rey que rige cielos y tierra por los siglos de los siglos. Ps. Mi corazón ha proferido una excelente palabra; digo: Mis obras son para el Rey. Gloria al Padre. Salve.

La paz es el don precioso que imploraba la tierra incesantemente desde el pecado original. Congratulémonos, pues; en este día se revela, por medio de María, el Príncipe de la Paz. La solemne conmemoración del ministerio que celebramos, va a desarrollar en nosotros la obra de salvación, que comenzó en el de Navidad. Esta gracia la pedimos con la Santa Madre Iglesia en la Colecta.

Numen, et aeterno complectens omnia gyro,
Imperium sine fine manet; quae ventre beato.
Gaudia matris habens cum virginitatis honore,
Nec primam similem visa es, nec habere sequentem;
Sola sine exemplo placuisti femina Christo.

eterno, lo mismo que su imperio que abarca a todas las cosas en un círculo infinito. En ti se juntan, en un seno santo, las alegrías de la madre y el honor de la virgen; ni antes ni después de ti, se vió cosa semejante; la única entre todas y sin precedente agradaste a Jesucristo.

Carmen Paschale, l. II, v. 63-69.

ORACION

Rogámoste Señor, que concedas a tus siervos el don de la gracia celestial, para que los que hemos recibido las primicias de la salvación en el parto de la Virgen, alcancemos aumento de paz en la Solemnidad de su Visitación. Por Jesucristo nuestro Señor.

EPISTOLA

Lección del Libro de la Sabiduría (Cantar de los Cantares, II, 8, 15).

Vedle cómo viene saltando por los montes y brincando por los collados. Mi amado semeja al gamo ligero y al cervatillo. Vedle, está detrás de nuestra pared, mirando por las ventanas, atisbando por las celosías. Me habla mi amado y dice: Levántate y apresúrate, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues ya pasó el invierno, disipáronse y cesaron las lluvias; han aparecido las flores en nuestra tierra; llegó el tiempo de la poda; el arrullo de la tórtola se ha oído ya en nuestro campo; la higuera dió sus brevas; esparcen su olor las florecientes viñas. ¡Levántate pues, amiga mía, hermosa mía, y ven paloma mía que anidas en las quiebras de las peñas, en las concavidades del muro, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos; porque tu voz es dulce, y tu cara hermosa!

La visita del Amado. — La Iglesia nos introduce en la profundidad del misterio. La lectura que antecede, se reduce a la explicación de esta palabra de Isabel, en que se resume la fiesta: "Al oír tu voz, mi niño saltó de gozo en mi seno." Voz de María, voz de la tórtola, que expulsa al invierno y anuncia la primavera, los perfumes y las

flores. A esta invitación tan dulce, el alma de Juan, cautiva en la noche del pecado, se despoja de las libreas del esclavo y, desarrollando rápidamente los gérmenes de las más altas virtudes, se nos presenta bella como la esposa, con todos los aderezos del día de la boda. Y también ¡qué ansias tiene Jesús de llegarse a esta alma amada! ¡Qué efusiones inefables entre Juan y el Esposo! ¡Qué diálogo sublime desde el seno de Isabel al de María! ¡Madres admirables, pero más admirables todavía los hijos! En aquel encuentro feliz, el oído, los ojos, la voz de las madres las pertenecen menos a ellas que a los frutos benditos de sus entrañas; sus sentidos son la celosía por la que el Esposo y el amigo del Esposo se ven, se entienden y se hablan.

El alma de Juan prevenida por el Amigo Divino que la buscó, se despierta en pleno éxtasis. Por otra parte, para Jesús es la primera conquista; dirigidos a Juan, es cuando por vez primera, excepción hecha de María, se formulan en el alma del Verbo hecho carne, los acentos del epitalamio divino y hacen palpitar su corazón. En este día pues, y nos lo enseña la Epístola, a la vez que el *Magnificat,* se inaugura también el divino *Cantar de los Cantares* con el verdadero y completo sentido que el Espíritu Santo quiso darle. Nunca habrá motivos tan justificados como en este día feliz, para el alborozo del Esposo; ni tampoco será jamás tan fielmente

correspondido. Unamos nuestro entusiasmo al de la eterna Sabiduría, que hoy da el primer paso en favor de toda la humanidad.

En el Gradual ensalcemos con Isabel a la Santísima Virgen, que nos gana todas estas alegrías, y en quien el amor tiene encerrado al que no podía contener el mundo. El dístico que se canta en el versículo, hacía las delicias de la piedad medieval; se encuentra en varias liturgias, ya como principio de himno [1], ya en forma de Antífona en la composición de Misas u Oficios.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, Virgen María; pues sin el más leve menoscabo de tu integridad virginal, te hallaste Madre del Salvador. ℣. Virgen, Madre de Dios, El que no cabe en los cielos, hecho hombre se encarnó en tu seno.

---

[1] Virgo Dei Genitrix, quem totus non capit orbis,
In tua se clausit viscera factus homo.
Vera fides Geniti, purgavit crimina mundi:
Et tibi virginitas inviolata manet.
Te matrem pietatis, opem te clamitat orbis:
Subvenias famulis, oh benedicta, tuis.
Gloria magna Patri, compar tibi gloria, Nate:
Spiritui Sancto gloria magna Deo.
Amen.

[1] Virgen Madre de Dios, el que no cabe en el mundo, se ha encerrado en tus entrañas, haciéndose hombre.
La fe en tu Hijo ha borrado los crímenes del mundo; y tu virginidad sigue inviolada.
El universo te saluda como a Madre del amor; el universo te pide ayuda: socorre a tus siervos, oh bendita.
Gloria, inmensa para el Padre; y a Ti, oh Hijo, gloria igual; al Espíritu Santo, Dios también, gloria infinita. Amén.

Aleluya, aleluya. ℣. Feliz y digna de toda alabanza, eres, sagrada Virgen María, porque de ti nació el Sol de justicia, Cristo nuestro Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (I, 39-46).

En aquel tiempo: Partió María presurosa por las serranías, a una ciudad de Judá; y, entrando en casa de Zacarías, saludó a Isabel. Al oír Isabel el saludo de María, el niño (Juan) saltó de gozo en su vientre, e Isabel se sintió llena del Espíritu Santo, y, exclamando en alta voz, dijo: ¡Bendita tú eres entre todas las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre! Y ¿de dónde a mí tanto bien, que venga la Madre de mi Señor a mí? Pues lo mismo fué llegar la voz de tu saludo a mis oídos, que dar saltos de júbilo la criatura en mi seno. ¡Bienaventurada tú que has creído! porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor. Y dijo María: Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu salta de gozo al pensar en Dios, mi Salvador.

CARIDAD FRATERNA... —María supo por el Arcángel que Isabel iba a ser pronto madre. Sólo pensar los servicios que necesitan la anciana prima y el niño que va a nacer, la pone inmediatamente en camino hacia las montañas en donde esta situada la casa de Zacarías. Así camina, así *corre,* si es verdadera, *la caridad de Cristo* [1]. No hay situación de alma en la que pueda el cristiano olvidar a sus hermanos, con el pretexto de una perfección más encumbrada.

[1] *II Cor.,* V, 14.

Acaba María de contraer con Dios la unión más alta que podemos pensar; y con gusto se la figuraría nuestra imaginación incapaz de hacer nada, abismada en el éxtasis, precisamente en estos días en que el Verbo, al tomar carne de su carne, en pago la inunda en mares de su divinidad. Pero el Evangelio lo dice expresamente: *en estos mismos días*[1], la Virgen sencilla, pendiente hasta ahora del secreto de la presencia del Señor[2], *se levanta* para dedicarse a todas las necesidades del prójimo en su cuerpo y en su alma.

... Y CONTEMPLACIÓN. — ¿Quiere significarse con esto que las obras están por encima de la oración y que la contemplación ha dejado de ser la mejor parte? De ninguna manera; y Nuestra Señora nunca estuvo con todo su ser tan directa y tan plenamente unida con Dios como en estos días. Pero la criatura que ha llegado a las cumbres de la vida unitiva, se siente tan apta para las obras exteriores, que no existe de por sí ocupación alguna que la pueda distraer del centro inmutable en que ya se ha fijado.

LA PERFECCIÓN. — Privilegio insigne, resultado de esta *división del espíritu y del alma*[3], a la que no todos llegan y que es uno de los pasos más decisivos en las vías del *espíritu;* pues su-

[1] *Luc.*, I, 39.
[2] *Salmo*, XXX, 21.
[3] *Hebr.*, IV, 12.

pone una purificación tan perfecta del ser humano, que en realidad forma un solo espíritu con el Señor [1]; lleva consigo una sumisión tan total de las potencias, que sin chocar entre sí, obedecen simultaneamente, en sus diversas esferas, al soplo divino.

Mientras el cristiano no conquiste esta santa libertad de los hijos de Dios [2], no puede en efecto, ir al hombre, sin abandonar a Dios en algo. Y no decimos con eso que tenga que descuidar sus obligaciones con el prójimo, en quien Dios ha querido que le veamos a El mismo; ¡dichoso, sin embargo, el que no pierde nada de la mejor parte, como María, cuando se dedica a los quehaceres de esta vida! Pero ¡qué pocos son estos privilegiados, y cuán grande ilusión sería persuadirnos de lo contrario!

MARÍA, NUESTRO MODELO. — Nuestra Señora, es Virgen y Madre. En ella se realiza el ideal de la vida contemplativa y de la vida activa: la Liturgia nos lo recuerda a menudo. En esta fiesta de la Visitación, la Iglesia la invoca de modo más especial como modelo de todos los que se dedican a las obras de misericordia; si no a todos les es dado tener, como ella, al mismo tiempo, abismado más que nunca en Dios su espíritu, no obstante eso, todos tienen que esforzarse de continuo por irse acercando, mediante la prác-

[1] *I Cor.*, VI, 17.
[2] *Rom.*, VIII, 21; *II Cor.*, III, 17.

tica del recogimiento y de la alabanza divina, a las alturas luminosas donde hoy se muestra su Reina en la plenitud de sus inefables perfecciones.

El Ofertorio, canta el glorioso privilegio de María, Madre y Virgen, dando a luz al que la hizo.

OFERTORIO

Bienaventurada eres, Virgen María, que engendraste a quien te creó y llevaste en tu seno al Creador de todas las cosas, permaneciendo siempre Virgen.

El Hijo de Dios, al nacer de María, consagró su integridad virginal. Pedimos en la Secreta de este día, que, en recuerdo de su Madre, nos conceda el purificarnos de nuestras manchas y hacer de esa manera nuestra ofrenda acepta al Dios altísimo.

SECRETA

Socórranos, Señor, la humanidad de tu Unigénito, y así como, al nacer de la Virgen Madre, no mermó su integridad, sino que la hizo más santa, así, purificándonos de nuestras culpas en la solemnidad de su Visitación, te haga aceptable nuestra oblación Cristo Nuestro Señor, que contigo vive y reina...

La Iglesia tiene consigo, en los Misterios, al mismo Hijo del Padre eterno que María llevó en su vientre nueve meses. En ese santo seno tomó un cuerpo para llegarse a todos nosotros. En la antífona de la comunión cantemos al Hijo y a la Madre.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del eterno Padre.

La celebración de cada uno de los misterios de la salvación mediante la participación del Sacramento que los contiene todos, es un medio para obtener el alejamiento del mal en este mundo y para la eternidad. Es lo que expresa la Poscomunión, por lo que se refiere al misterio de este día.

POSCOMUNION

Habiendo recibido los sacramentos en la celebración de esta fiesta anual, suplicámoste, Señor, que nos sirvan de remedio para la vida presente y la futura. Por Jesucristo nuestro Señor.

ELOGIO. — ¿Quién es ésta que *avanza hermosa como la aurora cuando sale, terrible como un ejército puesto en orden de batalla?*[1]. Hoy es, oh María, la primera vez que alegra a la tierra tu dulce claridad. Llevas contigo al Sol de justicia; y su luz naciente, al tocar en la cumbre de los montes—el llano sigue aún en la oscuridad—, al primero que alcanza, es al Precursor, de quien se ha dicho que no hay otro mayor entre los nacidos de mujer. El astro divino, subiendo, siempre subiendo, inundará pronto con sus luces los valles más hondos. Pero ¡cuánta gracia en es-

[1] Cantar de los Cantares, VI, 9.

tos primeros rayos que se desprenden de la nube en que todavía se oculta! Porque tú eres, María, la *nube tenue*, esperanza del mundo, terror del infierno [1].

PLEGARIA POR TODOS. — Date prisa, por tanto, ¡oh María! Llégate hasta todos nosotros; baja hasta las regiones sin gloria, donde la mayor parte del género humano vegeta, incapaz de subir a las alturas; tu visita consiga introducir la luz de la salvación aun en los abismos de perversidad que más se aproximan a la sima infernal. ¡Oh! ¡quiera Dios que desde las prisiones del pecado, desde el llano en que el vulgo se agita, seamos arrastrados a seguir tus pasos! ¡Son tan hermosas tus huellas en nuestros pobres caminos [2], y tan suaves los perfumes con que hoy embriagas la tierra! [3]

... POR LA ORDEN DE LA VISITACIÓN. — Bendice, oh María, a los que atrae y seduce la mejor parte. Protege a la Orden venerable que se gloría de honrar de modo especial el misterio de tu Visitación; fiel al espíritu de sus ilustres fundadores, no cesa un momento de hacer justicia a su título, embalsamando a la Iglesia de la tierra con aquellos mismos perfumes de humildad, de

---

[1] *III Reyes*, XVIII, 44; *Is.*, XIX, 1.
[2] *Cant.*, VII, 1.
[3] *Ibid.*, I, 5.

dulzura, de oración escondida que hace diecinueve siglos, fueron el principal atractivo de los ángeles en este gran día.

... POR LOS QUE AYUDAN A LOS DESGRACIADOS. — Finalmente, oh Señora nuestra, no olvides las filas compactas de los que suscita la gracia para seguirte en la búsqueda misericordiosa de todas las miserias, y que hoy son más numerosos que nunca; enséñalos cómo se pueden dedicar al prójimo, sin dejar a Dios; para la mayor gloria de ese Dios altísimo, y felicidad del hombre, multiplica en la tierra tus fieles modelos. Y por fin, todos, después de seguirte en la medida y a la manera que quiere Aquel que divide sus dones a cada cual según su beneplácito [1], nos volvamos a encontrar en la patria para cantar contigo a una voz el eterno *Magnificat*.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS PROCESO Y MARTINIANO

DOS CONVERTIDOS POR SAN PEDRO.—En este día en que por vez primera el diablo ve a su tropa infernal retroceder ante el arca santa, hacen corte a su Reina dos combatientes del ejército

[1] *I Cor.*, XII, 11.

de los elegidos. Enviados a María por el mismo San Pedro en su octava gloriosa, merecieron este honor por la fe con que reconocieron al condenado por Nerón como cabeza del pueblo de Dios.

Nos dicen sus "Actas" (de época tardía y por desgracia dudosas) que el príncipe de los Apóstoles estaba esperando de un momento a otro su martirio en el fondo de la prisión Mamertina, cuando la misericordia de Dios condujo junto a él a dos soldados romanos. El uno se llamaba Proceso, y Martiniano el otro. Quedaron admirados de la dignidad de ese anciano confiado, por unas cuantas horas, a su custodia y que solo saldría fuera para morir en un patíbulo. Pedro les habló de la vida eterna y del Hijo de Dios, que amó a los hombres hasta dar su sangre por su rescate. Proceso y Martiniano oyeron con ánimo dócil esta doctrina inesperada, la aceptaron con fe sencilla, pidieron la gracia de la regeneración y recibieron el bautismo. No tardaron en pagar con su vida el honor de haber sido iniciados en la fe cristiana por el Príncipe de los Apóstoles, y son honrados entre los mártires.

Las reliquias de los dos Santos. — Su culto es tan antiguo como el de San Pedro. Pasada la era de las persecuciones, sobre su tumba se erigió una basílica. San Gregorio pronunció en ella su homilía 32 sobre el Evangelio al llegar el ani-

versario de su martirio; el gran Papa da fe de los milagros que se obraban en ese santo lugar, y particularmente celebra el poder que tienen los dos santos mártires para proteger a sus devotos en el día de su muerte. En el siglo IX San Pascual I colocó sus cuerpos en la basílica vaticana junto al del Príncipe de los Apóstoles. Hoy ocupan el lugar de honor, al fondo del transepto derecho, que lleva su nombre. Allí tuvo lugar el Concilio Vaticano. No echemos en olvido a estos ilustres protectores de la Iglesia. Si su gloria se confunde ahora con la de Nuestra Señora, su poder se ha tenido que aumentar con este acercamiento a la graciosa reina de la tierra y de los cielos.

3 DE JULIO

SAN LEON II, PAPA Y CONFESOR

El honor de la Santa Sede. — El Papa San León II tuvo un gobierno muy corto: de 682 a 683; pero la Providencia le había cargado con la tremenda responsabilidad de aprobar las Actas del Concilio VI Ecuménico, que condenaba la memoria del Papa Honorio, uno de sus predecesores, fallecido próximamente hacía medio siglo. Se comprende que no se llevó a cabo esto sin motivos gravísimos: y como los había, en efecto, el Santo Papa no dió un paso atrás ante su doloroso deber. Iba en ello el honor mismo de

la Santa Sede, y acerca de un punto sobre el cual es particularmente sensible: su infalibilidad doctrinal. San León II aprobó el Concilio que había censurado en Honorio, su gran debilidad en la vigilancia, y le condenó por dar paso libre a una herejía sutil y capciosa que se había librado de su censura.

La herejía monotelita. — Esta herejía nació del celo mal entendido de Sergio, patriarca de Constantinopla. Quiso ganar otra vez para la verdadera fe a los monofisitas, numerosísimos en Oriente, que no querían reconocer en el Verbo Encarnado más que una sola naturaleza, negando de ese modo que fuese verdadero hombre a la vez que verdadero Dios. Hacia 620 pensó Sergio obligarlos a suscribir una fórmula que afirmaba las dos naturalezas, pero que autorizaba creer en la unidad de voluntad en Nuestro Señor. Así se presentaba esta nueva herejía, el monotelismo, o doctrina de la única voluntad, que, al negar la existencia de una voluntad humana en Cristo, echaba por tierra la integridad de su naturaleza humana, y, por consiguiente, caía otra vez en el monofisismo, al que se quería combatir.

La inadvertencia de Honorio. — Esta herejía encontró al momento adversarios perspicaces en dos monjes: San Máximo de Constantinopla,

que murió mártir con el Papa San Martín I en defensa de la fe, y San Sofronio, que pronto llegará a ser Patriarca de Jerusalén. Por desgracia los patriarcas de Antioquía y de Alejandría apoyaban a Sergio; y sólo la autoridad de Roma podía detener los progresos de la herejía. Pero en esta lucha, en que debería haberse hallado el Sumo Pontífice en primera fila, el Papa Honorio falló.

Sergio le supo engañar con habilidad. Le presentó su fórmula como muy conforme a la doctrina de las dos naturalezas y además muy a propósito para reconciliar a los monofisitas. Honorio, ajeno hasta entonces a las discusiones que dividían a los orientales, estaba mal preparado para tratar esta cuestión desde el punto de vista doctrinal. No tuvo en cuenta más que el fin a que había que llegar: la vuelta de los disidentes. Mostró confianza a Sergio, le animó en su tentativa y le envió una carta de aprobación, que redactó su secretario Juan, carta llena de equívocos. En ella se afirmaba claramente que el Verbo encarnado obra divinamente las obras divinas, y de modo humano las cosas humanas; pero se afirmaba también que en Cristo no podía haber voluntades de sentido diverso o contrario. El Papa ciertamente no se ponía en el punto de vista de la composición de las dos naturalezas en Cristo, sino tan sólo de sus virtudes morales, y de ese modo creía el manifestar su per-

fecta obediencia. Sin embargo, al conservar ciertas expresiones reprensibles de Sergio, se diría que las aprobaba. Poco después, San Sofronio, publicó sobre esta materia su primera carta sinodal. Este tratado magnífico de teología dió luces a Honorio, el cual se apresuró a escribir por sí mismo a Sergio una segunda carta, en la que, sin retirar sus alientos para trabajar en la reconciliación de los herejes, fijaba de un modo neto el límite de lo permitido por las concesiones. Pero el mal estaba hecho, y Sergio, apoyado por el mismo emperador, había ya abusado de la libertad concedida por la primera carta del Papa.

La condenación de Honorio. — Además, cincuenta años más tarde, cuando triunfó la ortodoxia, el VI Concilio Ecuménico, que tuvo lugar en Constantinopla en 680-681, después de condenar la herejía monotelita, anatematizó a Sergio y a sus partidarios, entre los cuales juzgó que podía citar a Honorio. Eso era ir demasiado lejos; se imponía una distinción. Y el Papa San León II, al recibir las actas del Concilio, no las sancionó hasta haber especificado la falta de Honorio, al que no hay que confundir con los herejes. "En vez de purificar a esta Iglesia apostólica, escribe, ha permitido que la Inmaculada fuese manchada por una traición profana"[1]. Es-

[1] Héfèle Leclercq, *Hist. des Conc.*, III, 514.

te juicio severo nunca lo revocó Papa alguno. Por lo demás, desde el principio, el error de Honorio fué considerado como una falta personal, sin comprometer en lo más mínimo la autoridad de la Santa Sede [1]. Pero un Papa, aun cuando no enseñe *ex cátedra* y como doctor infalible, tiene, a pesar de ello, responsabilidades inmensas en su enseñanza ordinaria. Honorio no fué hereje. Los Papas San Martín y San Agatón, le tuvieron incluso en gran veneración. La Iglesia de Occidente fué sabiamente gobernada por él. Pero el VI Concilio Ecuménico hizo ver que en Oriente había faltado a su deber. Y San León II hizo justicia.

VIDA. — San León II, siciliano de origen, fué elegido Papa el 681, pero no fué consagrado hasta que el emperador expresó su aceptación en agosto de 682. Tuvo fin su pontificado algo antes de hacer el año, pues murió en Julio del 683. Era muy letrado y gustaba de la música. Reedificó la iglesia de San Jorge in Velabro y dedicó a San Pablo una iglesia que enriqueció con reliquias sacadas de las Catacumbas. Era doctor, predicador, amigo de la pobreza y de los pobres. Defendió los derechos de la Silla de Roma contra las pretensiones del obispo de Rávena, ciudad donde residía el emperador. Finalmente, sancionó las Actas del VI Concilio Ecuménico. Fué sepultado en San Pedro del Vaticano.

---

[1] L. Bréhier, en *l'Hist. de l'Eglise de Fliche et Martin, V*, 190.

CRISTO, VERDADERO DIOS Y VERDADERO HOMBRE. Glorioso Pontífice, tuyo fué el privilegio de completar la confesión apostólica, dando su última ampliación al testimonio que Pedro tributó a ese Hijo del Dios vivo, que a la vez era hijo del hombre. Fuiste digno de terminar la obra de los Concilios de Nicea, de Efeso y de Calcedonia, que habían defendido en el Emmanuel su divinidad consustancial al Padre, y la unidad de persona que hacía de María su verdadera Madre, y esta dualidad de naturaleza sin la cual no hubiera sido nuestro hermano. Ahora bien, Satanás, que se había dejado vencer más fácilmente en los dos puntos primeros, atacaba con rabia al tercero: es que su insubordinación el día de la gran batalla que le arrojó de los cielos, consistió en negarse a adorar a Dios bajo semejanzas humanas; la Iglesia le obligó a doblegarse, pero su envidia quería al menos que este Dios no hubiese tomado del hombre más que una naturaleza mutilada. Que el Verbo se haga hombre, pero que no tenga en esta carne otros impulsos ni otras energías que las de la misma divinidad; y esta naturaleza inerte, sin la corona de la voluntad, ya no será la humanidad, aunque conserve todo lo demás; y así Lucifer será menos humillado en su orgullo. Pues el hombre, objeto de su envidia infernal, no tendrá nada más de común con el Verbo divino que una vana apariencia. Gracias te sean dadas, San León II, gracias en nombre

de toda la humanidad. Ante el cielo, la tierra y el infierno promulgaste auténticamente el título que, sin restricción alguna, sienta a nuestra naturaleza a la derecha del Padre, en lo más alto del cielo; por ti, nuestra Señora termina de aplastar la cabeza de la odiosa serpiente.

PLEGARIA POR LOS SUMOS PÓNTIFICES. — ¡Pero qué habilidad hubo en esta campaña del diablo! Y en los abismos ¡qué aplausos el día en que el representante del que es la luz, se creyó que estaba complicado con los poderes de las tinieblas para introducir la oscuridad y la confusión! Evita, oh León, que se repitan situaciones tan dolorosas. Mantén al pastor por encima de la región de las nieblas traidoras que suben de la tierra; conserva en el rebaño esta oración *de la Iglesia que debe hacerse continuamente a Dios por él:* [1] y Pedro, aunque haya sido enterrado en el fondo de las cárceles más oscuras, no cesará de contemplar el brillo claro del Sol de justicia; y todo el cuerpo de la Santa Iglesia estará en la luz. Porque dice Cristo: el ojo ilumina el cuerpo; si el ojo es sencillo, todo el cuerpo resplandecerá [2].

EL MAGISTERIO INFALIBLE. — Aleccionados por ti sobre el valor del beneficio que el Señor confirió al mundo al apoyarle en la enseñanza infa-

[1] *Act.*, XII, 5.
[2] *S. Mat.*, VI, 22.

lible de los sucesores de Pedro, estaremos mejor preparados para celebrar mañana la solemnidad que se anuncia. Ahora ya conocemos la consistencia de la roca que sostiene a la Iglesia; sabemos que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella[1]. Porque jamás el esfuerzo de estos poderes del abismo llegó tan allá como en la triste crisis a la cual tú pusiste fin; ahora bien, su éxito, por doloroso que fuese, no estaba en contra de las promesas divinas: la asistencia infalible del Espíritu de verdad no se prometió al *silencio* de Pedro, sino a su *enseñanza.* Pontífice bondadosísimo, consíguenos con la rectitud de la fe el celestial entusiasmo que necesitamos para cantar a Pedro y al Hombre-Dios en la unidad que el mismo Jesús estableció entre ambos. Mucho te debe la Sagrada Liturgia; haz que saboreemos cada vez más el maná que contiene; y ¡ojalá que nuestros corazones y nuestras voces interpreten de modo digno las melodías sagradas!

4 DE JULIO

DIA SEXTO DE OCTAVA DE LOS SANTOS APOSTOLES PEDRO Y PABLO

CONFIANZA EN LA ORACIÓN DE PEDRO. — Pedro y Pablo no cesan de oír en todo el mundo la

[1] *S. Mat.,* XVI, 18.

oración de sus devotos clientes. No perdieron nada de su poder con el tiempo; y lo mismo en el cielo que antes en la tierra, la magnitud de los intereses generales de la Santa Madre Iglesia no les absorbe de modo que desatiendan la petición del más insignificante de los habitantes de esta gloriosa ciudad de Dios, de la que fueron y siguen siendo los príncipes. Y por ser uno de los triunfos del infierno en nuestra época el haber dejado adormecer la fe, aun de los justos, tenemos que insistir en que se sacuda este sueño funesto, que nos llevaría nada menos que a olvidar la parte más admirable de lo que quiso hacer el Señor, al confiar a los hombres el cuidado de continuar su obra y de representarle visiblemente en la tierra.

El amor de Pedro para cada uno de nosotros. El error que separaba al mundo de Pedro sólo podrá vivir indudablemente hasta que el mundo vea en él no únicamente la firmeza de la roca que resiste a los asaltos de las puertas de infierno, sino también la bondad del corazón, la paternal solicitud que hacen de él *para nosotros el Vicario del amor de Cristo* [1]. La Iglesia en efecto, es algo más que un edificio, cuya duración tiene que ser eterna; es también una familia y un redil; por eso el Señor, al abandonar este mundo y querer dejar a su obra una triple garantía, exi-

[1] S. Ambrosio, *Comm. sobre S. Lucas*, X.

gió del elegido de su confianza, una afirmación triple de amor, y sólo entonces le dió la investidura de su ministerio sublime, diciendo: *Apacienta mis ovejas*[1].

LA ENSEÑANZA DE SAN LEÓN. — Ahora bien, exclama San León, lejos de nosotros la duda, que Pedro no ejerza ya este ministerio de pastor, que no siga fiel a aquel compromiso de un amor eterno, que no continúe observando con una delicadeza infinita el mandato del Señor, confirmándonos en el bien con sus exhortaciones, pidiendo, sin cesar para que no prevalezca en nosotros tentación alguna[2]. Y este afecto, que abraza a todo el pueblo de Dios[3], es más extenso y más fuerte ahora que cuando era todavía mortal, porque todas las obligaciones y las solicitudes múltiples de su paternidad inmensa, son un agasajo para Aquel y con Aquel que le glorificó[4].

"Si en todas partes, continúa San León, recibieron los mártires en pago de su muerte y para manifestar sus méritos, el poder de ayudar a los que se hallan en peligros, de curar enfermedades y arrojar espíritus inmundos y remediar otros innumerables males, ¿quién puede haber, pues, tan ignorante o envidioso de la gloria del bienaventurado Pedro, que piense que

[1] *Juan*, XXI, 16.
[2] Sermón 4.º para el 29 de Junio.
[3] *Ibid.*
[4] Sermón 3.º para el 29 de Junio.

cierta parte de la Iglesia cae fuera de su solicitud y no le merezca acrecentamiento? Ese amor de Dios y de los hombres, que no dominaron ni la estrechez ni los hierros de las cárceles, ni los furores de las turbas, ni la cólera de los reyes, arde siempre en el príncipe de los Apóstoles y nunca muere; la victoria no pudo amenguar lo que la lucha no supo reducir. Hoy día que las tristezas dan paso a la alegría, el trabajo al descanso, la discordia a la paz, reconocemos en estos caritativos efectos los méritos y la oración de nuestro jefe. Experimentamos con mucha frecuencia que preside los consejos saludables, los juicios justos; nosotros ejercemos el derecho de atar y desatar, pero la influencia del bienaventurado Pedro es la que lleva al condenado a la penitencia, al perdonado a la gracia[1]. Y esta experiencia que no es personal, nuestros padres la tuvieron también; de modo que creemos y la tenemos por cierto, que en todos los trabajos de esta vida la oración del Apóstol debe sernos una ayuda y salvaguardia especial ante la misericordia de Dios."[2]

OFICIO DE LOS APÓSTOLES EN NUESTRA SANTIFICACIÓN. — San Ambrosio, Obispo de Milán, ensalza también la acción apóstólica, que es incesante, eficaz y viva en la Iglesia, y expresa con

[1] Sermón 5.
[2] Sermón 1.°

delicadeza y profundidad el oficio de Pedro y de Pablo en la santificación de los elegidos. "La Iglesia, dice, es una nave en la que tiene que pescar Pedro; y en esta pesca tiene órdenes de usar unas veces las redes y otras el anzuelo. ¡Grande misterio! pues esta pesca es enteramente espiritual. La red aprisiona, el anzuelo hiere; pero a la red va el montón, al anzuelo el pez solitario [1]. No temas, pez bueno, el anzuelo de Pedro; no mata, sino que bendice; preciosa herida la suya, que en la sangre permite encontrar la moneda de buena ley que es necesaria para pagar el tributo del Apóstol y del Maestro [2]. Por tanto, no te creas tan poca cosa, porque tu cuerpo sea débil: en tu boca tienes con qué pagar por Cristo y por Pedro [3]. Pues hay un tesoro en nosotros, el Verbo de Dios; la confesión de Jesús le pone en nuestros labios. Por eso se dice a Simón: *Anda mar adentro* [4] es decir, al corazón del hombre; pues *el corazón del hombre, en sus consejos,* es como las aguas profundas [5]. *Anda mar adentro,* es decir, a Cristo; pues Cristo es el depósito profundo de las *aguas vivas* [6], en

[1] *De la virginidad,* XVIII.
[2] Alusión al pez que fué a pescar Pedro por orden del Señor un día que se le exigía el tributo a su Maestro, y en cuya boca se halló con qué pagar el impuesto por Jesús y por Pedro.
[3] *Hexameron,* V.
[4] *Luc.,* V, 4.
[5] *Prov.,* XVIII, 4.
[6] *Joan.,* IV, 11.

el cual están los tesoros de la sabiduría y de la ciencia [1]. Pedro sigue pescando continuamente; y todos los días le dice el Señor: *Entra mar adentro*. Pero me parece oír a Pedro: *Señor, hemos trabajado toda la noche y nada hemos cogido* [2]. Pedro sufre en nosotros, cuando nuestra devoción es trabajosa. También Pablo en esos casos tiene su trabajo; le habéis oído hoy que decía: *¿Quién está enfermo*, y *que no enferme yo?* [3]. Obrad de modo que los Apóstoles no tengan que sufrir por vosotros [4].

5 DE JULIO

SAN ANTONIO MARIA ZACARIA, CONFESOR

EL FUNDADOR. — Después de Cayetano de Tienna y antes que Ignacio de Loyola, Antonio María mereció ser padre de una de las muchas familias religiosas que en el siglo XVI fueron llamadas a restaurar las ruinas de la casa de Dios. Lombardía estaba agotada, desmoralizada por las guerras que motivaron la posesión del ducado de

[1] *Rom.*, XI, 33.
[2] *Lc.*, V, 5, 1.
[3] *II Cor.*, XI, 29
[4] *De la Virginidad*, XVIII, XIX. Esta parte del libro de la Virginidad está compuesta de un discurso que se pronunció el día de la solemnidad de los Santos Apóstoles. En la Liturgia Ambrosiana, se lee hoy todavía, como Epístola de la fiesta, el pasaje de la segunda carta a los Corintios donde se encuentra el texto citado por San Ambrosio.

Milán; pero ante el espectáculo de las heroicas virtudes de Zacarías, volvió de nuevo a creer, a esperar y a amar. Prestó atención a sus sermones inflamados, que la llamaban a la penitencia, a la meditación de la Pasión del Salvador, a un culto más asiduo y a la adoración más solemne de la Sagrada Eucaristía. Fué también el precursor de San Carlos Borromeo, que en la reforma del clero, del pueblo y de los monasterios del Milanesado, tuvo en sus hijos e hijas los auxiliares más valiosos: los Clérigos regulares y las Angélicas de San Pablo.

EL DESARROLLO DE SU OBRA. — El oratorio de la *Sabiduría Eterna* fué testigo en Milán de los principios de la nueva Congregación; la iglesia de San Bernabé, donde se estableció poco después de la muerte de Zacarías y que custodia hoy su cuerpo, dió el nombre de Barnabitas a estos nuevos discípulos del Doctor de las naciones. A la larga se propagarían por Italia, Francia, Austria, Suecia y hasta China y Birmania, dedicándose a las misiones, a la enseñanza de la juventud, a todas las obras que interesan al culto divino y a la santificación de las almas. En cuanto al santo fundador, en el año 1539 voló al cielo a los 36 de edad, desde la casa donde había nacido y de los brazos de su madre que le había criado para Dios, y que poco después se juntó con él.

VIDA. — Antonio nació en Cremona en 1502. Estudió filosofía y medicina y después teología. Doctor a los 22 años, reunía a los niños para enseñarles el catecismo; iban también sus padres y les dirigía homilías sencillas y persuasivas. A los 26 fué ordenado de sacerdote. En 1530, estando en Milán, se encontró con dos sacerdotes, miembros de la sociedad de la *Sabiduría Eterna,* los cuales trabaron con él amistad íntima. Fundó con ellos una nueva sociedad de Clérigos Regulares dedicados a predicar y a administrar los sacramentos. Ya en 1533, el Papa Clemente VII firmó el breve de aprobación del nuevo Instituto, y el año siguiente una bula de Paulo III los llamaba Clérigos Regulares de San Pablo. El mismo Paulo III había también aprobado poco antes el Instituto de las "Angélicas" o grupo de señoritas y señoras que reunió Luisa Torelli para llevar una vida pobre y penitente y ayudar así a la reforma religiosa que había emprendido Antonio, y contrarrestar los esfuerzos de la pretendida Reforma de Lutero. Estas dos fundaciones fueron origen de muchos sufrimientos para Antonio, que murió el 5 de Julio de 1539. Su Congregación sigue siempre floreciente en Italia.

PLEGARIA. — En esta Octava de los santos Apóstoles, te nos presentas como una piedra de gran valor, que realza su corona. Desde ese puesto de honor a donde la Iglesia te dirige sus homenajes, dígnate bendecir a los que, como tú, prosiguen en la tierra la obra apostólica sin cansarse de los continuos comienzos que el trabajo de zapa y mina infernal impone a los obreros de la salvación. Hoy, lo mismo que en tu tiempo, basta para salvar al mundo la enseñanza de los

Apóstoles, apoyada en el ejemplo y en la oración de los Santos. Discípulo de San Pablo y fiel imitador suyo, la ciencia de Cristo que aprendiste en su escuela, fué la que, de médico de los cuerpos, te convirtió en salvador de las almas; el amor que está por encima de todas las ciencias [1], fué el que hizo fecunda más allá del sepulcro tu vida, tan breve y, con todo eso, tan llena. Quiera Dios que se suscite entre nosotros, como lo pide la Iglesia [2] por tu intercesión, este espíritu salvador y de reparación; y ojalá sean tus hijos e hijas, cobijados bajo la bandera apostólica, los primeros en honrar siempre el gran nombre del Doctor de las naciones.

6 DE JULIO

OCTAVA DE LOS SANTOS APOSTOLES SAN PEDRO Y SAN PABLO

A DIOS POR JESÚS Y A JESÚS POR LA IGLESIA. — Apoyada firmemente en Pedro, la Iglesia, se dirige hacia el que Jesucristo la dió por jefe, y le tributa obediencia y fe, veneración y amor. Es que siente la necesidad de ser agradecida. Por otra parte, no ignora, que, según el dicho de San Pedro Damiano, "nadie puede pretender la intimidad con el Señor, sin ser a la vez íntimo de

[1] *Efes.*, III, 19.
[2] Colecta de la fiesta.

Pedro". ¡Admirable unidad de los pasos de Dios hacia su criatura! Pero al mismo tiempo, ley absoluta del avance de ésta hacia la vida divina: a Dios sólo se le encuentra en Jesús, lo mismo que a Jesús en la Iglesia y a la Iglesia con Pedro. *Si me conocieseis*, decía el Señor, *acaso conoceríais también a mi Padre*[2]; pero los Judíos buscaban a Dios fuera de Jesús y sus esfuerzos resultaban inútiles. Después vinieron otros que pretendieron hallar a Jesús prescindiendo de su Iglesia, *pero lo que Dios ha unido, ¿lo va a separar el hombre?*[3]. Y esos hombres, en seguimiento del Cristo que imaginaron, no hallaron ni a Jesús ni a su Iglesia. Finalmente, otros son hijos de la Iglesia, pero están convencidos de que no tienen que buscar sino al Divino Pastor que reside en el cielo; y no obstante eso, Jesús ciertamente no quiso que las cosas fuesen así, al encomendar a otro el cuidado de *apacentar los corderos y ovejas*[4]: por estas palabras se ve, que el Pastor celestial confiaba a Simón, hijo de Juan el alimento, la dirección, el aumento y la conservación, no sólo de algunos, sino de todos, pequeños y grandes.

JESÚS PRESENTE EN EL PAPA. — Alma que estás hambrienta de Dios, aprende pues a ir a Pedro;

---

[1] Sermón sobre San Pedro.
[2] *Juan*, XIV, 7.
[3] *Mt.*, XIX, 6; *Eph.*, V, 32.
[4] *San Juan*, XXI, 15-17.

no creas que vas a llegar por otro camino a saciar el hambre que te acosa. Formada en la escuela de la sagrada Liturgia, ciertamente no eres de las que se desentienden de la humanidad en el Hijo de María, para llegar más pronto, dicen, y de un modo más seguro al Verbo; pero tampoco pretendas soslayar al Vicario de Dios. No menos está Jesús deseoso que tú del encuentro; ten, pues, por seguro que lo que pone en el camino, entre ti y El, no es dilación, sino ayuda. Como en la Sagrada Eucaristía, las sagradas especies tienen la finalidad de indicarte dónde te espera al que tú no sabrías buscar por ti mismo en la tierra, de igual manera el misterio de Pedro no tiene otro objeto que el señalarte de un modo cierto dónde está para ti, con su autoridad y con su infalible dirección, el que reside para ti en el Divino Sacramento en su propia sustancia. Los dos misterios se completan; van a la par y cesarán a la vez, cuando nuestros ojos puedan contemplar directamente a Jesús; pero desde este mundo, la Iglesia ve en ello no tanto un intermediario o un velo, como el signo mil veces precioso del Esposo invisible. Por eso no te debe asombrar que los honores que a Pedro tributa, rivalicen con los que prodiga a la Hostia; en esas genuflexiones tan repetidas por ambas partes, la Iglesia en efecto, reverencia y adora lo mismo: no ciertamente al hombre que se ve sentado en el trono apostólico, ni tampoco a las

especies que los sentidos perciben en el altar; sino, en una y otra parte, al mismo Jesús, que guarda silencio en el Sacramento y que habla y manda en su Vicario.

El Papa, cabeza de la Iglesia. — Por lo demás, la Iglesia sabe que sólo Pedro puede poner en sus manos la Hostia. El bautismo que nos hace hijos de Dios y todos los Sacramentos que multiplican en nosotros las energías divinas, son un tesoro del cual sólo él puede disponer legítimamente por sí o por otros. Su palabra es la que, en todo el mundo y en todos los grados de la enseñanza autorizada, hace nacer en el fondo de las almas la fe, principio de la salvación, y la desarrolla en ellos, desde estos modestos principios, hasta las cimas más luminosas de la santidad. Y como, por estar en las alturas, la vida de los consejos evangélicos es el jardín que de un modo más particular se reserva el Esposo, Pedro también se reserva el gobierno y protección más especial de las familias religiosas, deseando poder siempre ofrecer directamente él mismo a Jesús las flores más bellas de esta santidad de la que es el principio y sostén su alto ministerio. Y santificada de esa manera, la Iglesia sigue dirigiéndose a Pedro para aprender de él el modo de ir al Esposo, en sus homenajes y en su culto: le repite, como los discípulos antiguamente al Sal-

vador: *Enséñanos a orar*[1]; y Pedro, inspirándose en lo que sabe de la Liturgia del cielo, determina para este mundo los ritos sagrados y dicta a la Esposa el tema de sus cantos. Y finalmente ¿quién, sino Pedro, es el que a su Santidad añade los caracteres de unidad, de catolicidad, de apostolicidad, que para ella son, ante el mundo, el título irrefragable de sus derechos al trono y al amor del Hijo de Dios?

DEVOCIÓN AL PAPA. — Si somos de veras hijos de la Iglesia, si vivimos de los sentimientos del corazón de nuestra Madre, comprendamos cuál debe ser el agradecimiento, el respeto lleno de amor, la tierna confianza, la entrega absoluta y rendimiento de todo nuestro ser al hombre, de quien, por la amabilísima voluntad de Dios, nos vienen todos estos bienes. Pedro debe ser el objeto constante de nuestro culto filial en su persona y en sus sucesores, y sobre todo en el que hoy lleva el peso del mundo y nuestras propias cargas. Nuestros deben ser sus sufrimientos, sus glorias, sus intenciones. No olvidemos que Aquel de quien es representante visible el Romano Pontífice, quiso que todos sus miembros tuviesen parte de un modo invisible en el gobierno de su Iglesia: la responsabilidad que a cada cual incumbe en un punto de tan gran importancia, se da claramente a entender por el deber de la ora-

[1] *Lc.*, XI, 1.

ción, que ante Dios vale más que la acción, y a la que el amor hace más fuerte que el infierno[1].

La gloria de Roma. — En este último día de la Octava dedicada al triunfo de los dos príncipes de los Apóstoles, saludemos una vez más a la ciudad que fué testigo de sus postreras luchas. Ella conserva sus sepulcros y allí permanece la Silla del sucesor de Pedro; por este doble motivo es el vestíbulo de los cielos y la capital del imperio de las almas. El pensamiento de los trofeos augustos que se levantan a un lado y otro de su río, y de los recuerdos gloriosos que abundan en su alrededor, estremecía a San Juan Crisóstomo, bajo el cielo de Oriente. "No, exclamaba en una homilía a su pueblo; el cielo, cuando el sol le ilumina con todos sus rayos, no se puede comparar en nada al esplendor de Roma que proyecta sobre el mundo la luz de estas dos lumbreras. De allí se levantará Pablo y de allí Pedro. Reflexionad y estremeceos al pensar en el espectáculo que presenciará Roma cuando Pablo juntamente con Pedro se levanten de sus sepulcros y sean llevados al encuentro del Señor. ¡Espléndida rosa la que Roma presenta a Cristo! ¡Qué coronas más brillantes ciñen a esta ciudad! ¡De qué cadenas de oro está rodeada! ¡Qué fuentes las suyas! Admiro a esta famosa ciudad, no por el oro que en ella abunda, ni por sus pórti-

[1] *Cant.*, VIII, 6.

cos fastuosos, sino porque conserva en su recinto estas dos columnas de la Iglesia"[1]. Y el ilustre predicador expresaba en términos encendidos el deseo que tuvo de visitar los famosos sepulcros, tesoro del mundo y muro seguro de la ciudad-reina.

LA PEREGRINACIÓN A ROMA. — Hoy día, de todas las diócesis del mundo tienen que acudir los Obispos, a intervalos que señala el derecho, a visitar las basílicas que se construyeron sobre los restos preciosos de los dos grandes Apóstoles. Lo mismo que San Pablo durante su vida mortal, tienen ellos también que venir *a ver a Pedro*[2], que vive siempre en el Pontífice heredero de su primacía. Si los simples cristianos no están sometidos a una obligación, que para sus Obispos es el objeto de un juramento solemne, no obstante eso, todo verdadero católico dirigirá con frecuencia su pensamiento hacia las cumbres gloriosas de donde brotan para el mundo entero las fuentes de la salvación. Una de las señales más consoladoras en nuestros malhadados tiempos es el movimiento que agita a las turbas y las arrastra en número cada vez más creciente, a la Ciudad eterna; es la continuación de una de las tradiciones más antiguas y más sanas de nuestros padres.

---

[1] *Homilía* 32 sobre la Epístola a los romanos.
[2] *Gal.*, I, 18.

Eso no obstante, si no todos pueden apropiarse en este sentido la palabra del Salmo: "Me regocijé cuando me dijeron: Iremos a la casa del Señor", sepan todos, al menos, tan bien o mejor que el Judío, repetir estos acentos del verdadero patriotismo de las almas: "¡Todos los bienes sean para los que te aman, oh Jerusalén verdadera! Reine la paz en tus defensas y la abundancia en tus fortificaciones. Por amor de mis hermanos que en ti moran, te deseo la paz; por amor de la casa de Yavé, nuestro Dios, te deseo todo bien"[1].

7 DE JULIO

SAN CIRILO Y SAN METODIO, OBISPOS Y CONFESORES, APOSTOLES DE LOS ESLAVOS

EL BAUTISMO DE EUROPA. — A la expansión rápida y espléndida de la Buena Nueva que distinguió al primer siglo de nuestra era, siguió el trabajo del segundo apostolado, encomendado al Espíritu Santo, para llevar al Hijo de Dios las nuevas razas que la Sabiduría divina llamaba a reemplazar al mundo antiguo. Bajo la influencia misteriosa de la Ciudad eterna, que se asimiló con un nuevo triunfo a los que la habían vencido, se había formado ya otra raza latina de los

[1] Salmo, CXXI.

mismos bárbaros, cuya invasión parecía haber sepultado para siempre al Imperio. El ingreso de los Francos en el bautismo, la conversión de los Godos arrianos y de sus muchos compañeros de armas, apenas habían terminado esta transformación maravillosa, cuando vinieron también a llamar a las puertas de la Iglesia los Anglosajones, luego los Germanos y poco después los Escandinavos, guiados por los monjes Agustín, Bonifacio y Anscario. A la voz creadora de los nuevos Apóstoles, Europa se presentaba saliendo de las aguas de la fuente sagrada.

La conversión de los Eslavos. — Mas el movimiento continuo de la gran emigración de los pueblos, había arrastrado hasta las orillas del Danubio a una familia, cuyo nombre comenzaba ya en el siglo IX a llamar la atención del mundo.

Entre el Oriente y el Occidente, los Eslavos, aprovechándose de la debilidad de los descendientes de Carlomagno y de las revoluciones de la corte de Bizancio, aspiraban a erigir sus tribus en principados independientes de uno y otro imperio. Era el momento que había escogido la Providencia para ganar al cristianismo y a la civilización a una raza sin historia hasta entonces. El Espíritu de Pentecostés moraba en los dos santos hermanos que hoy celebramos. Preparados por la vida monástica a todos los sacrificios, a todos los sufrimientos, a estos pueblos que bus-

caban salir de su oscuridad pasada, les llevaban los primeros elementos de las letras y el conocimiento de los nobles destinos a los que el Dios Salvador convidaba a los hombres y a las naciones. De ese modo la raza Eslava se hacía digna de completar a la gran familia europea; y Dios la concedía, en esta Europa objeto de eternas predilecciones, mayor extensión que tuvieron sus antepasados.

VIDA. — Cirilo y Metodio eran hijos de un alto funcionario de Tesalónica. Metodio obtuvo el gobierno de una colonia eslava en Macedonia. Cirilo, después de estudiar y enseñar, recibió las Ordenes y se hizo monje en Olimpo de Bitinia. Más tarde se le encomendó una misión entre los Cázaros, en la Rusia meridional, y allí, tenía que ejercer con su hermano una acción político-religiosa. El 862, el Príncipe de Moravia, habiendo pedido a Bizancio misioneros que hablasen la lengua del país, Focio le envió en 863 a los dos hermanos. Enseñaron a escribir a los Moravos, componiendo para ellos un alfabeto nuevo, llamado cirílico, que usan todavía los rusos. Luego tradujeron la Biblia y la Liturgia al eslavo y organizaron numerosas cristiandades en Bohemia y Hungría. En 868 vinieron a a Roma; Adriano II les trató con gran consideración, les autorizó para celebrar la Misa en lengua eslava y les hizo consagrar Obispos. Pero Cirilo murió el 869 en Roma a los 42 años. Metodio volvió solo. Nombrado arzobispo de Sirmio, en Servia, se encontró en una situación muy apurada. Se declaró una oposición contra él y sus enemigos le hicieron encerrar en una prisión. El Papa intervino muchas veces en su favor. Al fin triunfó de sus adversarios. Murió el 6 de abril del 885,

llorado por todos. Sus grandiosos funerales se celebraron en griego, en latín y en eslavo. Pío IX autorizó en 1863 el culto de los santos Cirilo y Metodio.

LOS MENSAJEROS DE ROMA. — Queremos, oh santos hermanos, cantar vuestras alabanzas, y recomendaros la inmensa porción de la herencia de Cristo en la cual vuestros sudores hicieron germinar, en vez de cardos, flores de santidad. Preparados en la soledad para toda obra buena y útil al Señor, respondisteis a la llamada del Espíritu Santo que de vosotros hacía apóstoles, y como los apóstoles, recibida la orden de enseñar a todas las naciones [1], marchasteis con la sencillez de vuestra obediencia, a pueblos bárbaros que vivían en regiones todavía salvajes. Esta obediencia quiso Roma pasarla por el crisol y reconoció que no tenía aleación. El diablo también advirtió lo mismo para su mal, pues la Escritura había dicho: "El hombre obediente cantará victoria"[2]. Otra fuerza que tuvisteis y que nos revela también la Escritura, diciendo: "El hermano ayudado por el hermano es como una ciudad fuerte, y sus consejos son como las cadenas de las puertas de las ciudades"[3]. Arrojado por otro más fuerte que él, *el fuerte armado* ve, pues, con rabia que pasa a Cristo el dominio que creía poseer en paz [4].

---

[1] *Mt.*, XXVII, 19.
[2] *Prov.*, XXI, 28.
[3] *Ibid.*, XVIII, 19.
[4] *Lc.*, XI, 21-22.

El desastre del cisma. — Pero en medio de los himnos santos que canta la Iglesia en vuestro honor, oh santos Cirilo y Metodio, el Papa León XIII quiso que se os dirigiese una ardiente oración: "¡Conservad para Dios los pueblos eslavos! ¡Apresuraos a proteger vuestros dones!" Desde lo alto del cielo echad una mirada sobre el campo de vuestro apostolado y ved las penalidades de las iglesias que fundasteis. El príncipe de este mundo ha sabido desquitarse por demás de su derrota; por sus mañas vuestros favores se han convertido en un arma de muerte para estos pueblos a los cuales vosotros trajisteis la vida. Se ha roto la unidad santa que ligaba a los pueblos eslavos con el centro mismo de la cristiandad. De entre ellos un grandísimo número ha vuelto a caer bajo el yugo de las potencias del mal, y, haciendo traición a su vocación, pone a su servicio la civilización que vosotros llevasteis. Entre Bizancio minada ya por el cisma en vuestros días y el Occidente latino, al cual la herejía protestante iba más tarde a debilitar y desmembrar, los eslavos habrían podido ser un apoyo para la Iglesia y una esperanza de salvación para el mundo. Maravillosas perspectivas que vuestro corazón sin duda había soñado, pero por desgracia han ido a pique con las persecuciones atroces que son el escándalo de nuestros días y la vergüenza del mundo.

PLEGARIA POR LA UNIDAD. — Conseguid, oh poderosos Santos, que estos indecibles sufrimientos no queden sin fruto sino que logren la vuelta de nuestros hermanos. Dad fortaleza a los desterrados; sostened a los mártires. Luzca para todos por fin el día de las justicias del Señor, o más bien, el de la misericordia, que sea bastante para convertir a los verdugos y hacer de esta conversión un título de gloria para sus víctimas. ¿Estará decretado que el peso de los crímenes de un gran imperio había de hacer inclinar demasiado la balanza del lado de la reprobación, para que sus jefes no pudiesen en lo sucesivo abrir más sus ojos ni comprender el magnífico papel que estarían llamados a desempeñar en la actual situación del mundo, si Pedro, que les tiende los brazos viese que vuelve a él esta multitud inmensa que tiene subyugada el odio a Roma? Apóstoles de los Eslavos y ciudadanos de esta Roma que bendijo vuestra obra y en donde vuestras reliquias descansan [1]. Sed favorables a los esfuerzos del Soberano Pontífice que trata de poner otra vez sobre la base que vosotros le colocasteis, el edificio que fué gloria vuestra.

[1] Las reliquias de San Cirilo descansan en la iglesia de San Clemente de Roma, y las de San Metodio en la Iglesia de Nuestra Señora de Velehrad, en Checoeslovaquia.

8 DE JULIO

SANTA ISABEL, REINA DE PORTUGAL

REINA, MADRE Y RELIGIOSA. — Por tercera vez en un mes, celebra hoy la Liturgia a una reina. España que la vió nacer y Portugal donde reinó, con razón se sienten ufanos de su santidad, y de su protección. Pero la Iglesia que sabe que fué un modelo de virtudes para todos, la propone hoy al culto de todas las naciones. Como reina, Santa Isabel, demostró al lado del rey su marido, y más todavía en la administración de Torres Vedras, ciudad de la que fué gobernadora queridísima, las cualidades y las virtudes que deseamos a todos los que tienen la responsabilidad de los negocios públicos. En su vida privada, fué una perfecta madre de familia por el tierno afecto y la sumisión de que dió pruebas a su indigno y además perseguidor esposo, y para el cual consiguió con sus oraciones la gracia de una muerte santa; y también por el cuidado que puso en educar cristianamente a los hijos naturalmente rebeldes. Y por fin, después de enviudar, dió ejemplo en la orden tercera de San Francisco, de las virtudes religiosas más altas de humildad, pobreza, espíritu de oración y de penitencia, caridad con los pobres y los enfermos.

Un Ángel de paz. — Pero no son éstos los únicos títulos de su gloria. Santa Isabel había recibido de Dios una misión especial que la valió el hermoso epíteto de "Madre de la paz." En efecto, durante casi toda su vida se dedicó a poner coto a las enemistades que dividían a su familia y a su patria. Consiguió por dos veces reconciliar a su esposo con su hijo, uno y otro en guerra. Y un día se la vió también ponerse en medio de los combatientes que habían llegado a las manos e hicieron las paces. Intervino además, y con éxito, en otras luchas en que se debilitaba el rey, ya contra su hermano Alfonso, ya también contra el rey de Castilla. Por fin Santa Isabel murió cuando estaba en camino para hacer cesar la guerra que se habían declarado su hijo y su nieto.

La razón profunda de sus éxitos de pacificadora, no lo dudemos, no se debe tanto a sus dotes de política o de diplomacia, como a su perfecta unión con Dios mediante la práctica de las virtudes. Fué poderosa no por sus hechos sino por su oración; y aquí tenemos la gran lección de esta regia viuda. En el orden de la Providencia, las bendiciones que con más ansia desean los pueblos, el cese de las discordias, la felicidad que se apoya en el orden, la paz y la prosperidad, con frecuencia provienen de renunciamientos, de sacrificios y de una intercesión que ellos desconocen. ¡Cuántas victorias inesperadas y bene-

ficiosas se deben a misteriosos combates que se libraron en presencia de Dios, en un punto cualquiera de ese mundo sobrenatural en el que los santos andan luchando con todo el infierno y a veces con la justicia del mismo Dios! ¡Cuántos tratados de paz se arreglaron antes en el interior de una sola alma, entre el cielo y la tierra, como premio a estas luchas enteramente espirituales que desconocen o desprecian los hombres! Parece que los políticos gobiernan el mundo. Se pondera a los hombres de negocios, se ensalza a los guerreros. Pero cuando haya pasado la figura de este mundo [1], se verá que no eran ellos los verdaderos artífices de las obras, por las que se les tributaba elogios, sino simples instrumentos de que Dios se sirvió un día, por la oración de un alma santa a la que no podía negar nada.

VIDA. — Isabel nació en Zaragoza en 1271. Era hija del rey Pedro III de Aragón y de la reina Constanza. Su venturoso nacimiento reconcilió a Pedro III con su padre Jaime I. Se casó de muy joven con el rey Dionisio de Portugal, de quien tuvo mucho que sufrir, pero se supo santificar ejercitando la paciencia y la caridad perfecta. Su caridad con los pobres, su piedad, sus austeridades causaban admiración. Muchas veces restableció la paz entre príncipes que estaban distanciados. Al quedarse viuda deseó abandonar el mundo para no pensar más que en servir a Dios. Prudentes consejos se lo disuadieron, pero desde ese momento se dedicó, con hábito ya de las Terciarias de San

[1] *I Cor.*, VII, 31.

Francisco, a las obras piadosas y al servicio de los pobres y de los enfermos. En una de las capillas que fundó en Lisboa, se tributó culto público por primera vez a la Inmaculada Concepción. Atacada de fiebre se durmió en la paz del Señor el 4 de julio de 1336, después de ser confortada con la aparición de la Virgen María. Su culto no se concedió hasta 1516 a la diócesis de Coimbra, donde murió y se proclamó su canonización en 1626.

El ejemplo de una reina. — Gustosos seguimos el consejo de la Iglesia que nos exhorta desde el invitatorio de los maitines a "alabar a Dios por nuestras obras santas". Así lo hizo la santa reina de Portugal, y el himno que cantamos en su honor nos lo recuerda: "Dominar los movimientos de su corazón y servir a Dios en la pobreza, ¡eso es lo que la heroica Isabel prefirió a todo su reino!"

Este elogio que de todo corazón hacemos llegar hasta ti, oh Isabel, nos inspira la primera oración que te debemos dirigir: Enséñanos cuáles son los verdaderos bienes y la verdadera realeza, para que las vanidades de la tierra no puedan seducirnos y detenernos en el camino que conduce a Dios.

Pero nos acordamos también del ejemplo que tu caridad inflamada hoy da, y que en otro tiempo se empleó sin descanso en reconciliar a los que el odio lanzaba a unos contra otros. Te rogamos que nos defiendas contra las sugestiones del espíritu del mal, que respira odio; y so-

bre todo contra nuestras pasiones, nuestro egoísmo, nuestro orgullo que ahogan en nosotros el amor del prójimo.

Finalmente permítenos invocarte, madre de la paz; para que tu oración consiga la paz al mundo entero. Junta tu súplica con la de la Iglesia, madre de los pueblos, que pide a Dios en este día de tu fiesta que cesen los amagos de guerra y que nuestra vida mortal sea el camino tranquilo que nos lleve a todos a las alegrías de la eternidad [1].

10 DE JULIO

LOS SIETE MARTIRES Y LAS SANTAS RUFINA Y SEGUNDA, VIRGENES Y MARTIRES

Los siete mártires. — Este día era antiguamente célebre en Roma. Se le llamaba *dies martyrum:* el día de los mártires, sin más, y a su solemnidad precedía una vigilia, como a las de San Lorenzo o de los Apóstoles. Se celebraba, en efecto, en dicho día, a los siete mártires cuyos nombres nos les da el Calendario filocaliano del año 336: Félix y Felipe en el cementerio de Priscila; Vidal, Marcial y Alejandro en el de Jordani; Silvano en el de Máximo y Jenaro en

[1] Colecta de la Misa.

el Cementerio de Pretextato. En su honor el pueblo se trasladaba a estos varios cementerios y en cada uno de ellos se celebraba una misa, cuyos textos nos ha conservado el Sacramentario Leonino.

Parece que hasta el siglo v no se empezó a llamarles los Siete Hermanos, y se les consideró como hijos de una santa Felicidad, que no conocemos. Las Actas que nos refieren su heroica muerte, fueron compuestas en esta época tardía y no se las tiene por verídicas. Su autor se ve claramente que pretendió dar al Nuevo Testamento una réplica del martirio de los Siete Hermanos, que refiere con grandes elogios en el Antiguo Testamento el libro II de los Macabeos.

El Oficio y la Misa. — Las Lecciones del Oficio y los textos de la Misa están inspirados en la Leyenda, pero no por eso pierden su interés. El Introito con razón alaba al Señor que concede a la Iglesia, "pues es madre", tantos hijos que son su orgullo. La muerte cruenta de los mejores de entre ellos, lejos de ser para la Iglesia un empobrecimiento, la asegurará una mies más rica de fieles. Con qué alegría cantan desde lo alto del cielo donde recibieron su recompensa: "Nuestra alma, como un pájaro se ha visto libre del lazo de los cazadores; se rompió el lazo y hemos quedado libres." Les ha hecho hermanos, no tanto la sangre como la misma fe y el sufri-

miento, y nos recuerdan con insistencia a todos nosotros en qué consiste la verdadera fraternidad: "Es la que triunfa de los crímenes del mundo, la que sigue a Cristo y que al fin, toma posesión del glorioso reino del cielo." ¿No es la voluntad del Padre Celestial que todos los hombres, que son hijos suyos, sepan que son entre sí hermanos y lo manifiesten amándose los unos a los otros? Esto les servirá como primera recompensa para hacerse hermanos del mismo Cristo: "El que hace la voluntad de mi Padre, dice el Señor, ese es de veras, mi hermano, mi hermana, mi madre."

LAS DOS VÍRGENES MÁRTIRES. — A los Siete Mártires, la Iglesia añade hoy en su culto dos Vírgenes Mártires: Santa Rufina y Santa Segunda. Debieron ser martirizadas en un lugar cercano a Roma, que se llamaba entonces *Silva nigra,* el Bosque Negro, y después recibió el nombre de *Silva Candida,* el Bosque Blanco. No lejos de sus sepulcros en la vía Cornelia, se formó un barrio, que a partir del siglo VI fué la sede de un Obispado. Actualmente es el título cardenalicio de Porto y Santa Rufina.

PLEGARIA. — La Misa celebra a la vez a los dos grupos de mártires y en su honor recitaremos la Colecta: "Haz, oh Dios Omnipotente, que los gloriosos mártires a quienes hemos visto tan

fuertes en su confesión, los veamos también piadosos al interceder por nosotros ante Ti. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

11 DE JULIO

SAN PIO I, PAPA Y MARTIR

De la larga serie de Pontífices que hasta nosotros hicieron ilustre el nombre de Pío, celebra hoy la Iglesia al Papa primero. Pocos datos nos ha conservado la historia de este santo, que fué obispo de Roma, probabilísimamente entre el 140 y 155, siendo emperador Antonino Pío. Su pontificado tuvo días tristes, al ver que se propagaban diversas herejías: las de Cerdón, Valentín, y sobre todo del rico Marción, que a pesar de las liberalidades que había hecho a la Iglesia, no por eso dejó de ser juzgado, condenado y excomulgado. Al ver que mostraban menos furor en la persecución los paganos, el santo Papa se aprovechó de la paz relativa, de que gozaba la Iglesia, para determinar muchos puntos de disciplina, señalar lugares de culto y celebrar ordenaciones. Tuvo la alegría de ver llegar a Roma al filósofo y apologista San Justino, y que por su valentía llegaría a ser mártir. *El Liber Pontificalis* nos dice que San Pio I fué enterrado en el Vaticano un 11 de julio. Baronio asegura que murió mártir. Pidámosle que asista siempre

con su intercesión a sus sucesores sobre la Sede de Pedro, y recitemos la Colecta de la Misa de los Soberanos Pontífices, que la Iglesia celebra en el día de su fiesta: "Eterno pastor, vela con cariño sobre tu rebaño, y guárdale bajo tu perpetuo amparo, por la intercesión del Bienaventurado Pío, tu Mártir y Soberano Pontífice, que Tú estableciste pastor de toda la Iglesia. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

12 DE JULIO

SAN JUAN GUALBERTO, ABAD

EL TRIUNFADOR DE LA SIMONÍA. — Una de las plagas de que más tuvo que sufrir la Iglesia en la alta Edad Media, fué la simonía. Los príncipes se habían arrogado el derecho de distribuir las dignidades y los bienes de la Iglesia, y no a aquellos de sus súbditos que lo merecían, sino a los que querían recompensar, o también a los que se las compraban con dinero, haciendo burla del Derecho eclesiástico. Fácilmente podemos imaginarnos cual sería el desinterés, la virtud y el celo de semejantes Pontífices en sus diócesis o de los Abades en sus monasterios. En lugar de ocuparse del bien de las almas y de la gloria de Dios, sólo pensaban en disfrutar de su fortuna, llevando una vida aseglarada y a menudo escandalosa. Los fieles no tenían más que aguantar

tal estado de cosas, contra lo cual los mismos Soberanos Pontífices se veían casi desarmados.

Dios que nunca deja a su Iglesia sin las ayudas que necesita, al correr del siglo XI suscitó muchos santos que tomaron a pecho el reaccionar contra estos abusos. Uno de ellos, San Juan Gualberto, abandonó precisamente la abadía de su profesión, para no vivir bajo la autoridad de un abad irregularmente elegido. Se retiró a un valle salvaje, cubierto de bosque, que se llamó Valumbrosa, y allí fundó un nuevo monasterio que se pobló rápidamente de muchos discípulos, deseosos todos de una vida perfecta que bien pocos monasterios podían ofrecérsela entonces.

San Juan puso, pues, manos a su obra de reformador, primero con el ejemplo de una vida pobre, austera, conforme en todo a la Regla de San Benito. Por humildad, aunque era abad, no quiso recibir las Ordenes. Gustaba acoger para hacer penitencia a los clérigos pecadores, que arrepentidos venían a buscar junto a él el perdón de Dios, y cumplir bajo su autoridad las largas expiaciones que les imponía. A veces San Juan, abandonaba Valumbrosa al tener noticia de algún escándalo enorme que exigía una reparación rápida y ruidosa. Así ocurrió un día que se marchó a Florencia, donde el Obispo Pedro, simoníaco y despreciado de todos, se negaba a renunciar a su Sede. Juan después de exhortarle inútilmente, le convirtió con una milagrosa

prueba del fuego. Por mandato suyo, uno de sus monjes pasó a través de las llamas sin el menor daño, y el Obispo se sometió.

El buen combate que sostuvo San Juan Gualberto lo continuaron en aquel siglo otros santos. Y si es cierto que no vió el triunfo completo de sus esfuerzos, al menos preparó el camino a San Gregorio VII, cuyo reinado victorioso comenzó en 1073, al mismo tiempo que San Juan penetraba en los cielos para recibir la recompensa de sus trabajos y de sus méritos.

La caridad con los enemigos. — Hoy día la simonía ha desaparecido de la Iglesia. Esta es demasiado pobre para tentar a los que gustan del dinero y ha adquirido una grandísima independencia frente a los poderes del mundo, para que puedan renacer tales abusos. Pero hay un punto en el cual el ejemplo de San Juan Gualberto tiene siempre actualidad: el de la caridad. Juan, efectivamente, inauguró su vida, con un acto de caridad perfecta que decidió todo su porvenir. A los 18 años aproximadamente, encontró en un camino estrecho y desierto, al hombre que había matado a un pariente suyo. En este tiempo, cuando se daba fácilmente curso a la violencia de las pasiones, este hombre sin armas no podía huir de la muerte que le esperaba por una inevitable venganza. Pero el asesino, como para implorar la clemencia de Juan en nombre de

Dios, o morir entonces unido con Cristo y expiar de ese modo su falta, se tiró del caballo, bajó la cabeza y puso los brazos en cruz delante del joven caballero. Juan, hondamente impresionado y tocado por una gracia interior, tanto como por la vista de la cruz, se bajó también del caballo y tuvo la valentía de perdonar a su enemigo. Poco después entró en una iglesia, y mientras rezaba ante el crucifijo, Juan vió de repente que Jesucristo se inclinaba hacia él para darle las gracias por su acto heroico.

VIDA. — Juan nació hacia el 985 en Florencia, de la ilustre familia de los Gualberto. En un principio fué monje cluniacense en San Miniato, cerca de Florencia: buscó después una vida más perfecta entre los ermitaños de la Camáldula, en Camaldoli. Pero la vida cenobítica era la preferida y fundó en Valumbrosa un monasterio donde hizo observar la Regla de San Benito con gran austeridad. Allí admitió, al lado de los monjes de coro, laicos piadosos a los que dió un reglamento de vida religiosa en el cual el trabajo manual ocupaba la mayor parte del día; así nació el orden de los Conversos, que en lo sucesivo se fué adoptando generalmente. San Juan combatió con éxito la plaga de la Simonía. Murió el 12 de Julio de 1073 siendo canonizado por Celestino III, en 1193. La Congregación de Valumbrosa forma hoy todavía una rama de la Orden Benedictina.

EL PERDÓN DE LAS INJURIAS. — Fuiste un verdadero discípulo de la nueva ley, oh tú que supiste perdonar a un enemigo en consideración a

la Santa Cruz. Enséñanos a conformar como tú nuestros actos con las lecciones que nos da el instrumento de la salvación; y se convertirá para nosotros, como lo fué para ti, en una arma siempre victoriosa contra el demonio. ¿Seríamos capaces, a su vista, de no olvidar una injuria que viene de nuestros hermanos, cuando un Dios no se contenta con olvidar nuestras ofensas mucho más graves, sino que se sacrifica sobre ese madero para expiarlas El mismo? Por generoso que sea siempre, el perdón de la criatura no es más que una sombra lejana del que nos concede todos los días el Padre que está en los cielos. Con razón, no obstante, el Evangelio que canta la Iglesia en tu honor nos demuestra que en el amor a los enemigos, radica el carácter de semejanza que más nos acerca a la perfección de ese Padre celestial, y es la señal además de la filiación divina en nuestras almas [1].

CELO POR LA IGLESIA. — El Hijo de Dios, al ver tus disposiciones conformes a los sentimientos de su corazón sagrado, derramó en el tuyo su amor celoso por la Ciudad santa en cuyo rescate entregó toda su sangre. Oh celador de la hermosura de la Esposa, vela siempre por ella; aleja de ella a los mercenarios que pretendan conseguir del hombre el derecho de representar al Esposo al frente de las iglesias. Que la venalidad

[1] *Mt.*, V, 45, 48.

detestable de tu tiempo no se transforme en los nuestros en compromisos de ninguna clase con respecto a los poderes de la tierra. La simonía más peligrosa no es la que se paga a precio de oro; hay obsequiosidades, hay reverencias, hay insinuaciones, hay componendas implícitas, que caen también, como las transacciones pecuniarias, bajo el anatema de los sagrados cánones: y de hecho, ¿qué importaría el objeto o la forma suavizada del contrato simoníaco, si la complicidad comprada del cargo pastoral, permitiese a los príncipes cargar otra vez a la Iglesia con las cadenas que tanto tú contribuiste a romper? No permitas, oh Juan Gualberto, tamaña desgracia, que sería el anuncio de desastres terribles. Que la Iglesia siga sintiendo el apoyo de tu brazo poderoso. Salva segunda vez a tu patria de la tierra. Ampara en nuestros días lamentables a la Orden santa de que eres padre y gloria. Alcanza a toda clase de cristianos la valentía necesaria para continuar la lucha que todo hombre tiene en este mundo.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS NABOR Y FELIX, MARTIRES

En toda la Iglesia resuena el eco del solemne homenaje que hoy tributa Milán, desde hace

dieciséis siglos, a dos valientes testigos de Cristo. "Nuestros mártires Félix y Nabor, dice San Ambrosio [1], son el grano de mostaza del Evangelio. Poseían el buen olor de la fe, pero sin que se exteriorizase; llegó la persecución, depusieron las armas, inclinaron la cabeza, y muertos por la espada, hicieron llegar hasta los confines del mundo la gracia que se ocultaba en ellos, de forma que ahora se puede decir con toda justicia *que sus voces han resonado por toda la tierra*"[2].

Venerémosles pues y merezcamos sus votos por la oración que hoy dirige la Iglesia a Dios en memoria de sus gloriosos combates.

ORACIÓN. — "Haz, Señor, te suplicamos, que así como el nacimiento de tus santos mártires Nabor y Félix no nos priva de su glorioso aniversario, que nos acompañe siempre con su poderosa ayuda. Por Jesucristo nuestro Señor." Amén.

13 DE JUNIO

SAN ANACLETO, PAPA Y MARTIR

En la célebre lista de los Soberanos Pontífices, que se admira en San Pablo Extramuros, al medallón de San Clemente antecede el de San Cleto y sigue el de San Anacleto. San Anacleto

[1] Coment., sobre San Lucas, XIII, 19.
[2] *Ps.*, XVIII, 5.

sería el primer Papa del siglo II. Sin embargo, las listas más antiguas de Papas que han llegado hasta nosotros, principalmente la de San Ireneo, desconocen a este sucesor de San Clemente. Los historiadores modernos están de acuerdo al pensar que Cleto y Anacleto son uno solo y mismo Papa: Cleto es la forma abreviada de su nombre. San Cleto, pensando de ese modo, debe ser el titular de las dos fiestas que hay en el curso del año litúrgico, y pueden verse en el día 26 de abril los pocos datos históricos que merecen la pena conservarse sobre esta materia.

14 DE JULIO

SAN BUENAVENTURA

TOMÁS Y BUENAVENTURA. — La pintura ha ilustrado la célebre visión en la cual Nuestra Señora presentó a su Hijo a sus dos servidores Domingo y Francisco que tenían que devolverle la humanidad, víctima de profunda corrupción. También ilustró el encuentro de los dos santos echándose en los brazos el uno del otro y prometiéndose estar unidos en la acción apostólica que ambos inauguraban casi al mismo tiempo. Dos de sus hijos más insignes que deberían parecerse también por el resplandor de su doctrina, e ir juntos en la admiración y el agradecimiento de la Santa Iglesia: Tomás y Buenaven-

tura, cuya obra intelectual tenía un solo fin, el de llevar a los hombres por la ciencia y el amor a esta vida eterna, que consiste en conocer al solo Dios verdadero y a Jesucristo que fué enviado [1]. Los dos fueron esas lámparas encendidas [2] que iluminaron su siglo y caldearon las almas. Pero quiso el Señor que sacase la Iglesia principalmente su luz de Santo Tomás y su caridad inflamada de San Buenaventura. En el curso de la Cuaresma celebramos ya al Doctor Angélico, hoy, en cambio, la Iglesia orienta nuestros corazones hacia el Doctor Seráfico para tributarle nuestra alabanza y nuestra oración y recibir la lección de su vida.

El estudiante. — Era muy joven aún, cuando al salir de sus primeros años de vida religiosa, fué enviado a la célebre Universidad de París, para estudiar en ella Teología. Entre aquella multitud de estudiantes, con frecuencia pendencieros, y ligeros, conservó su alma tan pura, tan sencilla y desasida, que su maestro Alejandro de Halés decía admirado: "Se diría que no pecó Adán en él." Alejandro de Halés, según expresión del Papa Alejandro IV parecía entonces que "encerraba en sí la fuente viva del paraíso, de donde el río de la ciencia de la salvación se desbordaba en rápidas olas a través de la tierra".

1 *Juan*, XVIII, 3.
2 *Juan*, V, 35.

El Doctor. — Bajo su dirección, Buenaventura hacía maravillosos prodigios en la ciencia y en la santidad. Estudia en primer lugar la Sagrada Escritura, copiando muchas veces de su propia mano los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento; resume y analiza a los Padres de la Iglesia y de tal modo ahonda en todas las ciencias sagradas que, a pesar de las leyes de la Universidad, a los 27 años se le llama a ocupar una cátedra. A la extrañeza que causó por su juventud, sucedió en seguida la admiración. Investido de la herencia de Alejandro de Halés, a quien se llamaba el "Doctor irreprochable, el Doctor de los Doctores", Buenaventura podía decir de la Sabiduría divina: "Ella me enseñó todo; me enseñó la justicia y las virtudes, las sutilezas del discurso y el nudo de los argumentos más fuertes"[1].

Tal es el objeto de los Comentarios sobre los cuatro libros de las Sentencias que nos han conservado las lecciones de Buenaventura en esta cátedra de la Sorbona, donde su palabra, amable, animada de un soplo divino, tenía cautivas a las inteligencias más nobles.

El joven maestro respondía ya a su título predestinado de Doctor Seráfico, no viendo en la ciencia más que un medio de amar más, y repitiendo sin cesar que la luz que ilumina a la inteligencia resulta estéril y vana si no penetra

[1] *Sap.*, VII, 21; 4; 7-8.

en el corazón, donde únicamente descansa y se agasaja a la Sabiduría [1]. Nos dice también San Antonino que toda verdad que percibía, se convertía en afectos, haciéndose por lo mismo oración y alabanza divina [2]. Su fin era, dice otro historiador, llegar al incendio del amor, abrasarse él mismo en el foco divino e inflamar después a los demás. Indiferente a las alabanzas, como a la fama, únicamente se preocupaba de ordenar sus costumbres y su vida; quería arder en primer lugar y no sólo lucir; ser fuego para de esa manera acercarse más a Dios, siendo más conforme al que es fuego; sin embargo, como al fuego acompaña siempre la luz, así fué él, a la vez una antorcha luciente en la casa de Dios; pero su título especial de alabanza consiste en que toda la luz que pudo reunir, la convirtió en alimento de su llama y de la caridad divina [3].

Supo a qué atenerse con respecto a esta dirección única de sus pensamientos cuando, al inaugurar su enseñanza pública, tuvo que tomar un partido sobre la cuestión que dividía a la Escuela en lo tocante al fin de la Teología: ciencia especulativa para unos y práctica a juicio de los otros, según llamaba la atención a cada parte el carácter teórico o moral de las nociones sobre que versa. Buenaventura buscando unir los dos

---

[1] *Exp., in lib., Sap.,* VIII, 9, 16
[2] Antonin, Chronic., p. III, tít., XXIV, cap. 8.
[3] H. Sedulius, *Histo., Seraph.*

sentimientos en el principio, que a su parecer era la ley única y universal, concluía que "la Teología es una ciencia afectiva, cuyo conocimiento procede por contemplación especulativa, pero tiende principalmente a hacernos buenos". La Sabiduría de la doctrina, en efecto, decía él, tiene que ser como lo indica su nombre [1]: sabrosa al alma.

El Santo. — Pero como lo advirtió más tarde el Papa Sixto V, no sólo sobresalía por la fuerza del raciocinio, por la facilidad de su enseñanza y la claridad de sus definiciones, sino que por encima de todo prevalecía por una virtud enteramente divina para mover a las almas. A la vez que iluminaba las inteligencias, predicaba a los corazones, y los conquistaba al amor de Dios. Sus mismos amigos se admiraban, y Santo Tomás preguntándole un día, en un arranque de admiración fraterna, en qué libro había podido beber esta ciencia sagrada, Buenaventura, mostrándole su crucifijo, respondió humildemente: "Esta es la fuente de donde yo saco todo lo que sé; estudio a Jesús y a Jesús crucificado."

Este es el secreto de la composición de toda esta serie de admirables opúsculos, donde sin plan preconcebido, simplemente para satisfacer los deseos de sus discípulos o para desahogar su alma, vemos que Buenaventura trató de todo a

[1] *Ecle.*, VI; *I Sentencias*, 9, 3.

la vez: de los primeros elementos de la ascesis y de los escritos más elevados de la vida mística, con una plenitud, una seguridad, una claridad, una fuerza divina de persuasión, que hacen decir al Soberano Pontífice Sixto IV que parece que el Espíritu Santo habla por él [1]. Escrito en la cumbre del Alverna, y como bajo la influencia más inmediata de los Serafines del cielo, el *Itinerario del alma a Dios* arrebataba de tal modo al canciller Gersón, que declaraba a "este opúsculo, o más bien, a esta obra inmensa, por encima de la alabanza de una boca mortal"[2]; el Santo hubiese querido que juntándole con el *Breviloquium,* maravilloso resumen de la ciencia sagrada, se impusiese como manual indispensable a los teólogos [3]. Y es que en efecto, dice para la Orden Benedictina el Abad Tritemio, aquel que considera el espíritu de amor divino que se echa de ver en Buenaventura reconocerá con facilidad que está por encima de todos los doctores de su tiempo por la fuerza persuasiva de sus obras. Buenaventura sobrepasa este mayor y menor número, porque en él la ciencia origina la devoción y la devoción la ciencia. Si, pues, quieres ser sabio y piadoso, vive como él [4].

Pero, más que su persona, Buenaventura nos revelará con qué disposiciones conviene leerle

[1] *Litt., Superna., caelestis.*
[2] Gersón, *Epist., cuid., Fratri Minori,* Lugduni an. 1426.
[3] *Tract. de examinat., doctrinarum.*
[4] *De Scriptor., Eccl.*

para sacar fruto. Al comienzo de su *Incendium amoris,* donde enseña el triple camino que conduce a la verdadera sabiduría por la purificación, la iluminación y la unión, dice: "No ofrezco, este libro, a los filósofos, a los sabios del mundo, a los grandes teólogos embebidos en cuestiones interminables; sino a los sencillos, a los ignorantes que se preocupan más de amar a Dios que de saber. No discutiendo sino obrando, es como se aprende a amar. Creo que no comprenderán el contenido de este libro, esos hombres llenos de ideas propias, superiores en todas las ciencias pero inferiores en el amor de Cristo. Al menos que dejando a un lado la vana ostentación del saber se den con profundo renunciamiento en la oración y meditación, a hacer resplandecer en ellos la llama divina, que, calentando el corazón y disipando toda oscuridad, les guiará por encima de las cosas temporales al trono de la paz. Porque por lo mismo que saben más, son más aptos, o lo debían ser, para amar, si se desprecian a sí mismos y tienen la alegría de ser despreciados por otros"[1].

MINISTRO GENERAL DE LOS FRAILES MENORES. — San Buenaventura no debía permanecer mucho tiempo en la cátedra de la Sorbona. A los 35 años fué elegido Ministro general de los Frailes Menores. Obligado a abandonar la enseñanza de

[1] *Incendium amoris. Prologus.*

la escolástica, dejó la cátedra a un amigo joven, Fr. Tomás de Aquino, cuya ciencia y santidad iban a ilustrar a la universidad de París y a la Iglesia entera.

San Francisco había muerto hacía 31 años. Había puesto las bases de su Orden. La savia seráfica había brotado de su corazón, pero su obra necesitaba ser organizada: esta fué la labor de San Buenaventura. Sin abandonar el espíritu de San Francisco, se propuso coordinar todas las energías y dar a la Orden su forma definitiva y las sabias y admirables Constituciones, que habían de ser el armazón de este admirable edificio. Le vemos recorrer todas las provincias de su Orden: está sucesivamente en París, en Narbona, en Pisa y después de estos viajes agotadores, se retira a una celda del monte Albernia, donde Francisco, recibió los sagrados estigmas. Escribe la vida de su seráfico Padre para imbuir a todos sus hijos de su espíritu.

Cardenal de Albano. — Por la profundidad de su ciencia, por la santidad de su vida, por la fuerza de su palabra puso la Iglesia sus miradas en él. Cuando en Perusa el Papa Clemente IV quiso nombrarle arzobispo de York, él se puso a sus pies y le suplicó que le apartara de esta dignidad. Mas tuvo que ceder a las instancias de San Gregorio X y acatar sus órdenes "que le nombraban cardenal y arzobispo de Albano y

ordenaban reunirse con el Papa humilde y sumisamente, sin réplica ni tardanza". Los enviados del Papa portadores de este importante Mensaje, encontraron al santo ocupado en lavar la vajilla. Partió para preparar el Concilio que debía celebrarse en Lyon en 1274 y en esta ciudad, después de muchos trabajos y discursos, entregó su hermosa alma a Dios a los 53 años de edad, cuatro años después de la muerte de Santo Tomás.

VIDA. — Juan Fidanza nació en 1221 en Bagnera, villa situada entre Viterbo y Orbieto. Enfermo de gravedad su madre, le llevó a San Francisco de Asís, que le tomó en sus brazos, le bendijo, le acarició, le sanó y se le devolvió, diciéndole: "Oh buena ventura". "Oh la buena ventura"; de aquí su nombre. A los 17 años entró en los Frailes Menores, donde su fervor enfureció al demonio que buscó ocasión para estrangularle. Enviado a la Sorbona muy pronto, para estudiar allí la Teología, recibió en el mismo lugar una cátedra a la edad de 27 años. A los 35 fué general de los Frailes Menores y promulgó las Constituciones en el Capítulo de Narbona en 1270. Creado Cardenal, recibió la consagración episcopal en noviembre de 1273 y durante el segundo Concilio Ecuménico de Lyon, falleció en esta villa el 14 de julio de 1274.

Sus principales tratados espirituales son el "Breviloquium" dado a luz en 1256; el "Itinerario del alma a Dios" que es sin duda la más bella de las obras místicas del siglo XIII, la "Triple vía"; "el Arbol de la vida"; "las cinco fiestas del Niño Jesús" y finalmente "la Apología de los pobres."

PLEGARIA. — Gozas de la gloria de tu Señor, oh Buenaventura[1], y cuán grandes son ahora tus alegrías, puesto que conforme a tus enseñanzas "tanto se regocija uno en el cielo, cuanto amó a Dios en la tierra"[2]. Si como afirma el gran San Anselmo de quien tomaste esta idea, el amor se mide por el conocimiento, tú que fuiste príncipe de la ciencia teológica y a la vez Doctor del amor, muéstranos que toda luz, en el orden de la gracia y de la naturaleza, tiene como fin único llevarnos al amor.

Doctor seráfico, condúcenos por las alturas sublimes, cuyos secretos, trabajos, hermosuras y peligros nos manifiestan cada línea de tus escritos. El hombre queda como enajenado cuando trata de escudriñar esta Sabiduría divina aunque no sea más que en sus lejanos reflejos; líbranos del error en que podríamos caer al tomar como fin el goce encontrado en algunos rayos perdidos, llegados hasta nosotros para sacarnos de los límites de la nada hasta ella. Porque estos rayos, que de suyo proceden de la eterna hermosura, separados de su centro, apartados de su fin, no serán más que ilusión, decepción, ocasión de ciencia huera o de engañosos placeres. Cuanto más elevada es la ciencia, cuanto más se aproxima a Dios como objeto de teoría especulativa, tanto más, en cierto sentido, hay que

---

[1] S. *Mat.*, XXV, 21.
[2] Buenaventura. *De perfectione vitae, ad Sorores*, VIII.

temer el extravío; si aparta al hombre en sus elevaciones hacia la Sabiduría poseída y gustada por ella sola, si le retiene en sus propios encantos, no temáis compararla a la vil seductora que suplanta en el afecto de un príncipe a la muy noble desposada que le espera [1]. Y tal afrenta sea por parte de la esclava o de la dama de honor, ¿es menos hiriente y bochornosa para su augusta soberana? Por eso afirmas tú que "es peligroso el paso de la ciencia a la Sabiduría, si no se la junta a la santidad". Ayúdanos a franquear ese peligroso desfiladero; haz que toda ciencia sea para nosotros un medio de la santidad para llegar a mayor amor.

Tus pensamientos, oh Buenaventura, están siempre penetrados de la luz divina. Tus seráficas predilecciones las conocemos bien por ser manifestadas en nuestros tiempos en los medios en que la contemplación divina es considerada aún como la mejor parte, como el fin indiscutible y único de todo conocimiento, a pesar de la fiebre de la acción a la que se encaminan todas las fuerzas vivas de este siglo. Protege a tus devotos. Defiende, como en otros tiempos a las órdenes religiosas, que ahora son combatidas en sus prerrogativas y en su vida. Que la orden franciscana crezca aún más en santidad y en número. Bendice sus trabajos tan laudablemente

[1] Illuminationes, *Eccl.*, II.

emprendidos para dar a conocer sus obras e historia. Por tercera y última vez atrae a Oriente a la unidad y a la paz. Que la Iglesia entera se abrase con tus fuegos, que el amor divino tan fuertemente alimentado por ti consuma de nuevo a la tierra.

15 DE JULIO

SAN ENRIQUE, EMPERADOR

MISIÓN DEL EMPERADOR. — El Espíritu Santo que distribuye sus bienes como le place, llamaba a Germania a los más altos destinos, a esa Germania donde había hecho brillar su poder divino en la transformación de sus pueblos. Conquistada al cristianismo por San Bonifacio y sus sucesores, la extensa comarca que se extiende desde el Rhin hasta el Danubio había llegado a ser el baluarte de Occidente, en donde tantos años había sembrado la desolación y la ruina. Roma pagana, en el cénit de su poder, no pensó nunca someter a su dominio a las tribus feroces que allí habitaban, sino que se contentó con levantar entre su Imperio y ellas un muro de eterna separación; la Roma cristiana, en cambio, más señora del mundo que la pagana, colocó en estas regiones la sede misma del sacro Imperio Romano, vuelto a fundar por sus Pontífices. A este

nuevo Imperio corresponderá defender los nuevos derechos de la Iglesia, protegerla de los nuevos bárbaros, conquistar para el Evangelio o aniquilar las hordas húngaras, eslavas, mongolas, tártaras y otomanas que sucesivamente vendrán a chocar contra sus fronteras. ¡Cuántos bienes habrían venido a Alemania, si hubiera siempre comprendido dónde se encontraba su verdadera gloria, y sobre todo si la fidelidad de sus príncipes al Vicario de Jesucristo hubiera estado al nivel de la fe de sus pueblos!

Vocación de los pueblos. — Dios mantuvo espléndidamente los ofrecimientos que hizo a Germania. La fiesta de hoy señala el remate del período de gestación fecunda en que el Espíritu Santo, habiéndola como creado de nuevo en las aguas regeneradoras del bautismo, quiso llevarla al pleno desarrollo de la edad madura, propia de las naciones. El historiador debe especialmente ocuparse de estudiar la vida de los pueblos en este período de su formación verdaderamente creadora, si desea conocer lo que espera de ellos la Providencia. En efecto, cuando Dios hace una nueva creación, ya sea en el orden de la vocación sobrenatural de los hombres o de las sociedades, ya sea en el mismo orden de la naturaleza, deposita, desde su origen, el principio de vida más o menos perfecto que debe corresponderle: germen precioso con cuyo desarrollo,

si no le pone impedimento, deberá llegar a conseguir su fin; con cuyo conocimiento, el que sabe observarle antes de toda desviación, llega a conocer con claridad el pensamiento divino en el momento crucial. Ahora bien el germen vital de las naciones cristianas es la santidad de sus orígenes; santidad de varias facetas y tan diversas para cada una de ellas, según sean los destinos decretados por la *multiforme* Sabiduría de Dios de la que deben ser instrumentos; santidad que con frecuencia descenderá del trono, y dotada por eso mismo, del carácter social que, por desgracia, gozarán también los crímenes de sus emperadores, por causa de ese mismo título de emperador que les hace ante Dios representantes de sus pueblos.

MISIÓN DE LAS REINAS. — Hemos visto que, a semejanza de María constituída en canal de toda vida para el mundo por su maternidad divina, del mismo modo ha sido confiada a la mujer la misión de engendrar para Dios *las familias de las naciones* que serán objeto de sus más caros destinos; mientras los príncipes son considerados como fundadores exteriores de los imperios y gozan por sus gestas el primer plano en la historia, las reinas, con su vida oculta, pasada en oraciones y lágrimas, hacen fecundas sus obras, levantan sus miras por encima de la tierra y las alcanzan la duración.

El Espíritu Santo no teme prodigarse en la exaltación de la Madre de Dios; a las Clotildes y Radegundis, que en tiempos difíciles engendraron a los francos para la Iglesia, corresponden en diferentes cielos, pero siempre en honor de la Sma. Trinidad; las Isabelas en España, Portugal y Hungría, las Adelaidas y Cunegundas en Germania. En el caos del siglo x, del que debía salir Alemania, se cierne sin interrupción su dulce silueta, proyectando su luz en la noche de los tiempos sobre la Iglesia y sobre el mundo, más eficaz contra la anarquía que la espada de los Otones.

San Enrique. — Unase la tierra al cielo para celebrar hoy al hombre que dió, que llevó a cabo los designios de la Sabiduría eterna, en esta época de la historia; resume en sí todo el heroísmo y la santidad de la raza ilustre cuya principal gloria es el tenerla preparada durante todo un siglo para los hombres y para Dios. Fué grande ante los hombres que, durante un largo reinado, no se cansaron de admirar la bravura y actividad enérgica, gracias a los cuales, presente a la vez en todos los puntos del imperio, siempre victorioso, supo reprimir las revueltas del interior, contener a los eslavos en las fronteras del Norte, castigar las acometidas griegas en el mediodía de Italia; mientras que como político sagaz, ayudaba a Hungría a sacudir el yugo de

la barbarie por el Cristianismo y tendía una mano amiga a Roberto el Piadoso, que quiso firmar un pacto eterno para dicha de los siglos venideros, entre el Imperio y la Primogénita de la Iglesia.

Enrique, esposo virgen de la virgen Cunegunda, fué grande además para Dios, que no tuvo nunca un representante más fiel sobre la tierra. A sus ojos el único Rey es Dios en Cristo; el móvil de los intereses de Cristo y de su Iglesia y su sola ambición el servir al Hombre-Dios lo más perfectamente posible. Comprendía que la verdadera nobleza, lo mismo que la salvación del mundo, se ocultaba en los claustros donde las almas selectas se cobijaban para huir de la ignominia universal y evitar tantas ruinas. Este pensamiento le condujo a Cluny, al día siguiente de su coronación imperial, para poner en manos de su abad, para su custodia, la bola de oro, imagen del mundo, cuya defensa se le había confiado como soldado del Vicario de Dios. Lejos de querer dominar, no pensaba sino servir y permanecerá fiel hasta el fin en este ideal, como verdadero discípulo de Cristo.

VIDA. — Enrique vino al mundo hacia el año 973. Al cumplir los 22 años, fué elegido duque de Baviera, y en 1007 emperador de los romanos. Ocupó su vida en conquistar y mantenerse en paz a todo su inmenso imperio y en 1024 murió en Bamberg. Más que los acontecimientos políticos que caracterizan su reinado, debe

hacerse resaltar la virtud de este emperador, que jamás se dejó llevar de sus propios intereses; su celo por ayudar a los papas en las asambleas sinodales o en la reforma de la Iglesia; su cuidado en la elección de obispos dignos de su ministerio; su caridad para los pobres y monasterios; sus admirables triunfos sobre naciones bárbaras, debidos más a la oración que a las armas. Su cuerpo fué sepultado en la catedral de Bamberga, construída por él, Dios le glorificó con numerosos milagros que movieron al Papa Eugenio III a cononizarle un siglo después. Su esposa, Santa Cunegunda, fué también elevada a los altares por Inocencio III.

ELOGIO. — *Por mí los reyes reinan y por mí los príncipes imperan* [1]. ¡Oh Enrique! comprendiste esta palabra bajada del cielo. En aquellos tiempos turbulentos supiste donde encontrar el consejo y la fuerza [2]. Como Salomón, sólo deseaste la Sabiduría y como él experimentaste que con ella se alcanzan también las riquezas, la gloria y la magnificencia [3]. Pero más afortunado que el hijo de David, no te dejaste desviar de la sabiduría viviente por estos dones inferiores, que, en los designios divinos, eran más la prueba de tu amor, que la manifestación del que Dios te tenía. Oh Enrique, la prueba fué decisiva: llegaste a la meta del buen camino, sin excluir de tu alma magnánima ninguna consecuencia de

[1] *Prov.*, VIII, 15-16.
[2] *Prov.*, VIII, 14.
[3] *Prov.*, VIII, 18.

los preceptos divinos; satisfecho de haber elegido, al contrario de tantos otros, la áspera vereda que conduce al cielo, en compañía de los santos caminaste, por medio de los senderos de la justicia [1], siguiendo más de cerca a la divina Sabiduría.

PLEGARIA POR LA PAZ. — Buscando en primer lugar para ti el reino de Dios y su justicia [2], estuviste lejos de defraudar a tu patria de origen y al pueblo que te había llamado a ser su guía. Nos regocijamos que a ti entre todos, deba Alemania la consolidación de su imperio que fué su gloria entre todos los pueblos, hasta que cayó en nuestros días para no volverse a levantar. Mira benigno desde el trono que ocupas en el cielo, a esta vasta región del Santo Imperio que te debe su desarrollo y al cual la herejía parece haberlo descompuesto para siempre. Ven, oh emperador de tiempos mejores, ven a combatir por la Iglesia; junta las fuerzas dispersas de la cristiandad al campo tradicional de los intereses comunes a toda nación católica; y que la alianza que tu profundo sentido político realizó en otro tiempo, traiga al mundo la tranquilidad, la paz, la prosperidad, que no le dará el inestable equilibrio con el que queda a merced de la fuerza.

---

1 *Prov.*, VIII, 20.
2 *Mat.*, VI, 20.

16 DE JULIO

CONMEMORACION DE LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARIA DEL MONTE CARMELO

EL MONTE CARMELO. — A los que han tenido la dicha de hacer la peregrinación a los Santos Lugares de Palestina, nunca se les borrará de la memoria su paso por el monte Carmelo. Esta montaña que domina desde 170 metros de altura a la ciudad de Caiffa y al Mediterráneo, es una de las más hermosas de toda Palestina. Es, sin duda, una de las más célebres y su paisaje encantador ha excitado el entusiasmo de Oriente, e inspirado numerosas comparaciones poéticas de la Sagrada Escritura.

Cuando el Esposo del Cantar de los Cantares desea poner más de relieve la hermosura de su Esposa, no encuentra expresión más adecuada que comparar su cabeza con el monte Carmelo: "*Caput tuum ut Carmelus.*" Cuando Isaías nos presenta el esplendor y gloria del futuro Mesías, le pinta coronado con la gloria del Líbano y revestido de todas las bellezas del Carmelo: "*Gloria Libani data est ei, decor Carmeli et Saron.*" Y nos muestra la gran estima que debemos tener a este santo monte cuando dice que la justicia habitará en la soledad y la santidad tendrá su lugar sobre el Carmelo: "*Habitabit in solitudine iudicium, et iustitia in Carmelo sedebit.*"

Finalmente Dios mismo por boca de otro Profeta le colma de elogios, llamando al Carmelo, su tierra, su herencia: "*Terram meam et hereditatem meam*", y a Jerusalén le prometió: "*En el día de mi amor, te saqué de Egipto a la tierra del Carmelo*", como si este nombre encerrara en sí todos los bienes con los que quería enriquecer a su pueblo, es decir a la Iglesia y a cada uno en particular.

La Montaña mariana. — Lo que da más realce a este santo monte es, además de la morada de Elías y la victoria que alcanzó sobre los profetas de Baál, es la célebre visión que nos describe el primer libro de los reyes. Hacía tiempo que una gran sequía asolaba la tierra de Israel. Elías, conmovido por los sufrimientos de su pueblo, "subió a la cumbre del Carmelo y postrándose en tierra y poniendo el rostro entre las rodillas, dijo a su siervo: Sube y mira hacia el mar. Subió, miró y dijo: No se ve nada. Elías le dijo: Vuelve hacerlo siete veces. La séptima vez dijo el siervo: Veo una nubecilla como la palma de la mano de un hombre". Poco después el cielo se oscureció, se levantó fuerte vendaval y cayó agua en abundancia.

Todos los exegetas y místicos ven en esta "nubecilla, *nubecula parva*", una imagen profética de la Virgen María, que por la encarnación dió la vida y fecundidad al mundo. El primer

Responsorio de la fiesta de los Santos del Carmelo lo dice expresamente; "Elías oraba sobre la cumbre del Carmelo y en el símbolo de una nubecilla vió a la insigne Virgen. A los que Elías se revela así la amarán a causa de todas las maravillas que les manifestará esta visión." De hecho la Iglesia ha aprobado esta interpretación, añadiendo a los títulos gloriosos de la Santísima Virgen el de Nuestra Señora del Carmen y nos invita ella también a nosotros como el profeta con estas palabras: "Sube y mira."

La Orden del Carmen. — La tradición de la Orden del Carmen sostiene que los solitarios que moraron en esta santa cumbre, aun antes del cristianismo, honraron con verdadero culto a la que debía engendrar al Mesías. Aseguran también que muchos recibieron el Espíritu Santo el día de Pentecostés, teniendo después la dicha de gozar del trato y familiaridad con la Sma. Virgen. De esta entrevista se llevaron una veneración y amor tan particulares, que tuvieron la alegría de ser los primeros que edificaron una capilla en su honor, en el mismo lugar donde Elías la había visto en figura de una nubecilla.

Desde sus comienzos el Carmen vuelve sus ojos a la Sma. Virgen y el libro titulado "La Institución de los primeros monjes" nos muestra a través de inexactitudes históricas, a la Orden dominada por las grandes figuras que encarna

su ideal, cada una según su rango: Elías y la Virgen María: Siendo María para ellos la plenitud deslumbradora de la vida contemplativa, el modelo del servicio perfecto debido al Señor y la entrega total a su voluntad.

El escapulario. — A mediados del siglo XIII San Simón Estok, General de la Orden del Carmen, recibió de manos de la Santísima Virgen, el sagrado escapulario como testimonio de su amor y protección para todos aquellos que lo llevaran. Aseguró que "todo el que muriera con este hábito no caería en el fuego eterno". Un siglo después se apareció a Santiago de Euze, futuro Juan XXII, para anunciarle su próxima elevación al Sumo Pontificado mandándole publicar el privilegio de una pronta salida del purgatorio, que había obtenido de su Hijo, para los hijos del Carmen: "Yo, su Madre, le dice, por una gracia especial descenderé a ellos el sábado siguiente a su muerte, y a todos los que hallare en el purgatorio, los libraré y los llevaré a la vida eterna."

La autoridad de los Soberanos Pontífices, hicieron pronto asequibles estas gracias espirituales a los fieles con la institución de la cofradía del Santo Escapulario, al participar sus miembros de todos los méritos y privilegios de la Orden del Carmen. Hoy son pocos los verdaderos cristianos que no lleven este escapulario o la

medalla llamada del "Monte Carmelo" y he aquí por qué la fiesta de hoy, no es sólo la de una ilustre familia religiosa, sino también de toda la Iglesia entera, puesto que toda ella es deudora a la Virgen del Carmen de innumerables beneficios y de una protección constante [1].

LA NUBE MÍSTICA. — Reina del Carmelo, recibe hoy los votos de la Iglesia terrestre. Fuiste la única esperanza del mundo cuando gemía en una angustiosa espera sin fin. Impotente para penetrar aún tus grandezas, quiso a pesar de eso, adornarte con los más preciosos símbolos bajo este mundo de figuras; el reconocimiento anticipado mezclado de admiración, sirvió para crearte como una aureola sobrehumana de todas perfecciones de belleza, de fuerza y gracia que sugiere la vista de los lugares tan encantadores, de campiñas en flor, de cumbres pobladas de árboles, de valles fértiles, de este *Carmelo* principalmente que significa *jardín de Dios*. En su cumbre nuestros padres, que sabían que la Sabiduría tiene su trono en la nube [2] adelantaron sus ardientes deseos al signo salvador [3]; y allí, debido a sus plegarias, se les dió lo que la Escritura llama ciencia perfecta y que designa como *el conocimiento de los grandes caminos de*

[1] Cf. *P. Melchior de Sainte Marie, Dict d'Hist. et de Géographie ecclèss.*, 1949, art. Carmel, c. 1095.
[2] *Eccli.*, XXIV, 7.
[3] *Eccli.*, XLIII, 24.

las nubes[1]. Y cuando Aquel que hace su carroza[2] y su palacio[3] de la oscuridad de la nube, se manifestó por ella en un recuerdo no lejano a la vista penetrante del Padre de los Profetas, se vió unirse a los más altos personajes de la humanidad en un grupo selecto en las soledades de la montaña bendita, como antiguamente Israel en el desierto, para observar los menores movimientos de la nube misteriosa[4], recibir de ella la única dirección en las veredas de esta vida, su única luz en la larga noche de espera[5].

Oh María, que desde entonces presides las velas de los soldados de Cristo y nunca les has faltado un solo día desde que Dios descendió verdaderamente por ti, no sólo cubres la región de Judea sino a toda la tierra con una nube cargada de un sinnúmero de bendiciones[6]. Los hijos de los profetas lo experimentaron cuando la tierra de los profetas se hizo infiel, y tuvieron que llevar un día a otros lugares sus costumbres y tradiciones; comprobaron que el rocío fecundador de la nube del Carmelo llegaría hasta Occidente, que su protección se dejaría sentir en todas partes. Esta fiesta, oh Madre divina, es el momento auténtico de su reconocimiento,

---

1 *Job.*, XXXVII, 16.
2 *Ps.*, CIII, 3.
3 *I Reg.*, VIII, 12.
4 *Núm.*, IX, 15-23.
5 *Ps.*, CIV, 39.
6 *Exod.*, XIII, 22.

acrecentado después con nuevas bendiciones, cuya munificencia acompañó a este otro éxodo de los últimos restos de Israel. Y nosotros los hijos de la vieja Europa con razón transmitimos el eco de su piadosa alegría; porque desde que las tiendas fueron levantadas alrededor de las colinas donde la nueva Sión fué edificada sobre Pedro, se ha esparcido por todas partes su lluvia llena de bendiciones[1], lanzando al abismo las llamas eternas, y apagando los ardores del lugar de la expiación.

Plegaria por la Orden del Carmen. — Oh Madre de la divina gracia, dígnate pagar a esta Orden la deuda de nuestro agradecimiento puesto que estamos unidos en el mutuo agradecimiento hacia ti. Protégela y consérvala en estos desgraciados tiempos. Qué no sólo el viejo tronco mantenga la sabia escondida en sus profundas raices, sino que también las vetustas ramas vean gozosas el advenimiento de las nuevas que llevan en sí las flores y los frutos como los llevaron sus antecesores. Conserva en sus hijos el espíritu de soledad y contemplación que tuvieron sus padres a la sombra de la nube; haz que sus hijos sean también fieles a las tradiciones de sus predecesores en todos los lugares que el Espíritu Santo les ha esparcido para conjurar al huracán y atraer las bendiciones de la

[1] *Ezequiel*, XXXIV, 26.

nube misteriosa. Ojalá los austeros perfumes de la montaña santa continúen purificando a su alrededor el aire corrompido por tantas miasmas; y por fin que el Carmelo ofrezca a su Esposo sus almas virginales, sus corazones puros, sus bellas flores que tiene la satisfacción de plantar en el jardín del Señor.

17 DE JULIO

SAN ALEJO, CONFESOR

EXIGENCIAS DEL AMOR INFINITO. — "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto" esta es la orden del Señor. Significa que, en nuestros esfuerzos por alcanzar la perfección, no debemos buscar otro fin fuera de él. Es preciso subir siempre; y para ayudarnos en esta subida y remontarnos a estas alturas inaccesibles a nuestra naturaleza, Dios nos da su gracia y su vida, nos hace partícipes de su naturaleza, hace de nosotros miembros vivos de su Hijo y desde el Bautismo, poseemos algo de la perfección del Padre celestial: ahora es necesario hacerla crecer siempre.

Todo esto exige docilidad absoluta a las inspiraciones del espíritu divino; una colaboración continua a la gracia. Es preciso aniquilar en nosotros por nuestros sacrificios, esa falsa perfección en la cual tiene sus complacencias nues-

tro egoísmo y nuestro orgullo; es necesario hacer morir al hombre viejo y separarse de todo lo que él desea y sustenta su vida. Dios lo pide; y las exigencias de su amor infinito que quiere poseernos para hacernos perfectos y completamente dichosos en él, son inexorables. Nos lo ha enseñado por las Sagradas Escrituras. Nos lo ha dicho también por las instructivas lecciones de las cosas, consignadas en las vidas de los mártires y en la vida de aquellos santos, cuyas circunstancias extraordinarias llaman la atención y ponen más de relieve la soberana autoridad, con la cual Dios puede exigir a un alma un completo sacrificio por él hasta en los afectos más legítimos y queridos.

Así sucedió en la Antigua Alianza con Abraán a quien Dios mandó le inmolase su hijo único; así también en la Nueva San Alejo hizo sacrificio de su esposa por amor de Dios.

San Alejo, esposo fugitivo. — Pocos santos fueron tan populares en la Edad Media en Oriente como en Occidente y su vida solitaria de eremita y peregrino ha sido frecuentemente imitada en la Iglesia hasta nuestros días. La Iglesia con todo eso no garantiza la veracidad de todos los detalles de su vida. Muchos de sus rasgos legendarios, cuyo origen se podía señalar, han sido introducidos después de muchos años en esta extraña historia. La Iglesia a pesar de eso encuentra en este relato, tal como nos lo pre-

senta la tradición, saludables enseñanzas que ofrece a la consideración de los fieles.

El joven Alejo se había consagrado desde su juventud a Dios y le había ofrecido el don absoluto de su persona. Pero su padre, noble romano, decidió casarle, y, en esta época, la autoridad del padre no tenía réplica. Alejo se casó, pues, por obediencia, pero en el momento que pudo encontrarse solo con su esposa, es decir la misma noche de sus bodas, tuvo una conversación completamente celestial con ella. La mostró el valor de la virginidad, la llenó su corazón de amor de Dios y ganándola para una vida más perfecta, se pusieron de acuerdo para separarse inmediatamente. Alejo abandonando a su esposa, familia, amigos, honores y riquezas partió de Roma durante la noche de sus bodas, desobedeciendo a su padre de la tierra para obedecer a su padre celestial, que le quería todo entero para él. He aquí hasta donde puede llevar el amor de Dios.

Vida. — Alejo vivió en el siglo v. Hijo de nobles romanos, por seguir el llamamiento de Dios, abandonó a su esposa y vestido de mendigo y pidiendo limosna, recorrió toda la cristiandad, yendo de santuario, en santuario. Habiendo dado su santidad célebre popularidad a Edesa, volvió a Roma después de 17 años de ausencia, continuó, hasta su muerte su vida de mendigo, frecuentando las basílicas y rezando sin cesar. Encontró asilo debajo de un escalera de la casa de sus padres que no le reconocieron. No se descubrió su identidad hasta que entregó el último suspiro. El pueblo romano le consideró desde este momento

como santo. Construyó en su honor un monasterio en el monte Aventino y desde el cual San Adalberto partió para evangelizar los pueblos del Norte de Europa.

PLEGARIA. — Dejaste todo, oh Alejo, para servir y hacerte amigo de Dios. Quisiste pasar por necio a los ojos de los sabios de este mundo. Haz que sepamos aprovecharnos de las lecciones de tu abnegación para alcanzar el ardor de tu caridad. Enseña a los esposos a guardarse mutua fidelidad aun en las separaciones más dolorosas. Enseña a los padres a respetar la voluntad de Dios sobre sus hijos. Enseña a los religiosos la práctica de la pobreza y el deseo de las humillaciones para mayor gloria de Dios. Protege a Roma que fué tu patria y que te colma de honores, que no lo hubiera hecho, si no hubieras tenido otra ambición que la de continuar dentro de sus muros las tradiciones de tus ilustres abuelos. Ojalá el pueblo cristiano, a ejemplo de tu profundo desprecio de los bienes de este mundo, no se deje llevar de la sed de riquezas que corrompen nuestra civilización y te siga por el camino recto del despego a la mansión del Padre celestial.

EL MISMO DIA

EL TRIUNFO DE LA SANTA CRUZ

La lucha sostenida por los españoles durante ocho siglos contra los árabes venidos de Africa

tuvo sus altos y bajos. En los tres primeros siglos dominaron éstos por completo, en los dos siguientes tanto árabes como cristianos tuvieron equilibradas sus fuerzas, y en los tres siguientes la cruz tuvo preponderancia sobre la Media Luna.

Hoy celebra la Iglesia de España el *triunfo de la Santa Cruz* para conmemorar la victoria obtenida en las Navas de Tolosa (Jaén) por las huestes combinadas de algunos reinos cristianos de la Península sobre musulmanes y almohades de Africa, que se propusieron hacer el último esfuerzo serio para volver a imponer su supremacía en España.

Mahomet, emperador de Marruecos, pasó el Estrecho con poderosísimo ejército. Temeroso el Rey de Castilla, Alfonso VIII, de los peligros que le amenazaban y tanto más cuanto que había sido derrotado años antes, se coaligó con los reyes de León y de Navarra, que gustosos le prestaron apoyo con sus fuerzas. Fué una verdadera cruzada la que se predicó por toda España y aun por Europa por mandato del papa Inocencio III, en la que llevó la parte principal el Arzobispo de Toledo, Don Rodrigo Jiménez de Rada. Los extranjeros que acudieron a la llamada se volvieron pronto a sus respectivos países pretextando los excesivos calores de Andalucía y quedando de este modo solos los españoles, al frente de Alfonso VIII de Castilla, Alfonso IX de León, y Sancho el Fuerte de Navarra para comba-

tir al mucho más numeroso ejército enemigo. El encuentro tuvo lugar en las Navas de Tolosa el 16 de Julio de 1212. Los cristianos con gran espíritu de fe y valor se lanzaron a la lucha y gracias a una visible ayuda de Dios, que tenía destinada a España para grandes cosas, alcanzaron una victoria completa. Esto debilitó al moro para siempre y preparó las grandes conquistas de San Fernando en los años siguientes, y con ellas andando el tiempo la expulsión completa de los árabes a Africa.

18 DE JULIO

SAN CAMILO DE LELLIS, CONFESOR

DIGNIDAD DEL CUERPO. — No pensemos que el Espíritu Santo, en su deseo de elevar nuestras almas por encima de la tierra, tenga en poco nuestros cuerpos. Ha recibido la misión de conducir a la eterna bienaventuranza al hombre entero, como el hombre entero es su criatura y su templo [1].

En el orden de la creación material el cuerpo del Hombre-Dios fué su obra maestra y la complacencia divina que tuvo en este cuerpo perfectísimo del jefe de nuestra raza se desborda sobre los nuestros, cuyo mismo cuerpo formado

[1] *I Cor.*, VI, 19, 20.

por él en el seno de la Purísima Virgen, sirvió desde el principio de modelo.

En la rehabilitación que sigue a la caída, el cuerpo del Hombre-Dios suministró el rescate del mundo: y tal es la economía de la salvación que el poder de la sangre redentora no obre en nuestras almas sino por medio de nuestros cuerpos con los divinos sacramentos, que se dirigen a los sentidos para pedirles la entrada. Admirable armonía de la naturaleza y de la gracia que hace que éste honre al elemento material de nuestro ser hasta no querer elevar nuestra alma sin él a la gracia y a los cielos. Porque en este admirable misterio de la santificación los sentidos no sólo son un tránsito: ellos mismos experimentan los efectos del sacramento como la facultades superiores cuyos canales son; y el alma santificada ve asociado desde este mundo al humilde compañero de su destierro a esta dignidad de la filiación divina, cuyo resplandor después de la resurrección no será sino su desarrollo.

CUIDADOS PRODIGADOS A LOS ENFERMOS. — Por esta razón eleva a la divina nobleza de la santa caridad los cuidados dados al prójimo en su cuerpo; porque inspirados por este motivo, no son otros que la admisión en la participación del amor que el Padre prodiga a sus miembros, que son para él miembros de otros tantos hijos muy

queridos. *Estuve enfermo y me visitasteis* [1], ha de decir el Señor en el último día mostrando que aun en las enfermedades mismas del destierro, participa el cuerpo de los que llama sus hermanos [2] de la dignidad del Hijo único engendrado en el seno del Padre antes de todos los tiempos. Por eso el Espíritu, encargado de recordar las palabras del Salvador a la Iglesia [3] no ha olvidado esta; caída en la buena tierra de almas escogidas [4], ha producido el ciento por uno en frutos de gracia y de heroicas abnegaciones. Camilo de Lellis la recogió amoroso, y con sus cuidados la semilla divina ha llegado a formar un gran árbol [5]. La Orden de los Clérigos regulares Ministros de los enfermos, o *del bien morir,* merecen el agradecimiento del mundo; desde hace tiempo el aplauso de los cielos le ha sido prodigado y los ángeles se han asociado, como se ha comprobado algunas veces apareciéndose a la cabecera de los moribundos.

VIDA. — Camilo de Lellis nació en Bucchiano, en el reino de Nápoles en 1550. Siendo soldado se dejó dominar por el amor al mundo y por la pasión del juego. Comprendió a los 25 años, con las luces de una gracia particular, la vanidad de tal vida y se resolvió a entregarse al servicio divino. Ingresó en la orden de

---

1 *S. Mat.,* XXV, 36.
2 *Hebreos,* II, 11-17.
3 *S. Juan,* XIV, 26.
4 *S. Lucas,* VIII, 8, 15.
5 *S. Lucas,* XIII, 19.

los Frailes Menores, que abandonó muy pronto, para entrar en el hospital de Santiago de los Incurables de Roma, y cuidar los enfermos. Durante 30 años fué su abnegado servidor, curó sus llagas y les ayudó a bien morir. Ordenado de Sacerdote, tuvo la idea de fundar una Congregación de Clérigos Regulares que habían de comprometerse con voto a asistir a los enfermos, aun los apestados. Gregorio XIV la aprobó por bula de 21 de septiembre de 1591. Pero para tener más facilidad de remediar toda clase de miserias, abandonó el gobierno de su Orden. Su caridad para con los enfermos no se detuvo ante ninguna miseria ni trabajo; estuvo dotado del don de hacer milagros y de conocer los secretos de los corazones. Agotado, por fin con tantas fatigas, ayunos y sufrimientos de todo género, se durmió en la paz del Señor el lunes 14 de julio de 1614. Le beatificó Benedicto XI en 1742 y León XIII le nombró patrono de los enfermos y hospitales en todo el mundo.

La pasión del juego. — Angel de la caridad; ¡cuán grandes fueron tus caminos guiados por el Espíritu Santo! Antes de ponerte la insignia de la Cruz y de reunir compañeros adornados con ella, conociste la tiranía de un amo odioso que quiere esclavos para su bandera y la pasión de juego estuvo a punto de perderte. Oh Camilo, al recordar el peligro que corriste entonces, ten piedad de los desgraciados que son víctimas de esta terrible pasión; apártales de esa furia nefasta que lanza, al caprichoso azar, sus bienes, su honor y su paz de este mundo y del otro. Tu historia es palpable ejemplo de cómo no hay lazos

que la gracia no rompa y costumbres inveteradas que no modifiquen. ¡Ojalá puedan como tú volver a Dios su malas inclinaciones y olvidar con los trabajos que lleva consigo la caridad los que conducen al infierno! Porque la caridad tiene también sus riesgos, sus gloriosos peligros que llevan hasta exponer su vida como el Señor ha dado por nosotros la suya: fué este un juego sublime, en el que fuiste campeón y al que aplaudieron con frecuencia los espíritus celestiales. Pero, ¿qué vale la puesta de esta vida terrena comparada con el precio reservado al vencedor?

Caridad con los enfermos. — ¡Ojalá lleguemos amar a nuestros semejantes imitando tu ejemplo como Cristo nos amó, según nos lo recomienda el Evangelio que hoy leemos en tu honor![1] Muy pocos dice San Agustín tienen este amor que abarca a toda la ley; por que muy pocos se aman para que Dios esté todo en todos[2]. Oh Camilo, tuviste este amor, que manifestaste con preferencia a los miembros doloridos del cuerpo místico del Hombre-Dios, en los que Cristo se esconde. Por este motivo la Iglesia te ha escogido con San Juan de Dios para velar sobre los Asilos del dolor, que ha fundado con los cuidados, que sólo una madre sabe dar por sus hijos enfermos. Corresponde a su confianza.

---

1 S. *Juan*, XV, 12.
2 Tratado 83 sobre S. Juan.

Protege a los hospitales católicos frente a una laicización total, cuyos únicos propósitos son curar los cuerpos y perder las almas. Aumenta el número de tus hijos para cubrir nuestras necesidades; que sean dignos por su conducta de ser acompañados por los ángeles. En cualquier lugar de este destierro donde viniere a sonar para nosotros la hora del último combate, haz uso de la preciosa prerrogativa que celebra hoy la Liturgia, ayudándonos por el espíritu de la santa dilección a vencer el enemigo y a alcanzar la corona celestial [1].

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SANTA SINFOROSA Y DE SUS SIETE HIJOS, MARTIRES

DEFINICIÓN DE LA INFALIBILIDAD PONTIFICIA. — Dios para quien mil años son como un día y que combina los tiempos en su Verbo eterno [2], destinaba para una gran gloria al 18 de Julio. En este día, en efecto, del año 1870, el Concilio Ecuménico del Vaticano, presidido por Pío IX, definió en su Constitución *Pastor aeternus* la plena, suprema e inmediata autoridad del Romano Pontífice sobre todas las Iglesias, y pronunciaba por lo mismo el anatema contra quien

---

[1] Colecta del día.
[2] *Hebreos*, XI, 3.

no reconociese la infalibilidad personal del Pontífice mismo Romano al hablar *ex Cathedra,* es decir, al definir la doctrina como Pastor universal en materia de fe y costumbres. Débese notar que en estos días, (domingo de mediados de julio) celebran los griegos la memoria conjunta de los seis primeros concilios generales de Nicea, de Constantinopla, Efeso, Calcedonia, segundo y tercero de Constantinopla. Vivimos pues en este período del año litúrgico fiestas esplendorosas.

LOS MÁRTIRES. — En este mundo, no lo olvidemos, el martirio es sobre todo el acto supremo de la fe, que merece y produce la luz. No dudemos de que la Sabiduría divina haya juntado los dos hechos que la Iglesia nos recuerda en este día, ella para quien, desde el trono de su eternidad es como un juego el peso, la medida y los números de este mundo. Estimemos en su justo valor, como hijos de la luz, los rayos que llegan hasta nosotros desde las colinas eternas. Son la gracia excelente que el apóstol Santiago, hermano del Señor, nos muestra que desciende del cielo, a quien llama, en cuanto fuente de todo bien perfecto, *Padre de las luces;* son el precio de la sangre que nuestros padres han derramado para defender y desembarazar siempre más, en su amplitud divina, la palabra confiada por el Verbo a la Iglesia.

Los siete mártires y su madre. — Hoy se hace conmemoración de santa Sinforosa y de sus siete hijos mártires. Los historiadores modernos, por ser Sinforosa la traducción griega de Felicidad, se preguntan si no sería este el grupo de mártires celebrados el 10 de julio. Las *Actas* del martirio casi no merecen crédito, mas con todo ello su culto en Tívoli es bastante antiguo, y son honrados de modo particular en Roma en la diaconía de San Miguel. Unámonos a este culto y a estos honores al repetir la Colecta de Misa; "Oh Dios que nos concedes celebrar el aniversario de tus santos mártires Sinforosa y de sus hijos; concédenos gozar de su compañía en la felicidad eterna." Por Jesucristo Nuestro Señor.

19 de julio

SAN VICENTE DE PAUL, CONFESOR

Desgracias de la Iglesia y de Francia. — Vicente fué el *hombre de la fe que obra por la caridad*. Nacido al fin del siglo en que vivió Calvino, encontró a la Iglesia de luto porque el error había apartado de la catolicidad a varias naciones. El Turco, enemigo siempre del hombre cristiano, renovaba sus piraterías por todas las costas del Mediterráneo. Agotada Francia por cuarenta años de guerras de religión, se quedó libre del dominio de la herejía, aunque fuera de

sus fronteras la favoreció, con todo su poder, un poco más tarde. En el Este y el Norte el pillaje sembraba la desolación, que había de correrse a las provincias del Oeste y del Centro debido a las luchas intestinas originadas por la anarquía. Pero era aún más lamentable en toda esta confusión el estado de las almas que la parte material. Las solas ciudades podían disfrutar de cierta libertad para orar con relativa tranquilidad. Los campesinos, olvidados, sacrificados y en trance de muerte por tantas calamidades, tenían un clero para sacarle de tanta miseria, las más de las veces abandonado también por sus jefes, en muchas partes indigno y casi tan ignorante como él.

La fe que sana mediante la caridad. — Para alejar tantos males, suscitó entonces el Espíritu Santo a Vicente con inmensa sencillez de fe, fundamento único de una caridad que el mundo, desconocedor del papel de la fe, no puede comprender. Admira el mundo y ve con sorpresa las obras llevadas a cabo durante su vida por el antiguo pastor de Blugose; pero se le escapa el secreto que alimentaba esta vida. Quisiera también él reproducir estas obras; pero para realizarlas cree que debe contar más sobre la justicia que sobre el amor. La solidaridad que predica, procede también de Dios, aunque se diga lo que se quiera, y no es más que una pálida

y con frecuencia menguada imagen de la caridad. Encadena más bien que une. El socialismo sin fe o el comunismo ateo no podrán nunca suplantar a la fe del catolicismo ni a las obras de la caridad que sólo ellas satisfacen las exigencias de la humanidad doliente. Sólo la fe comprende el misterio del sufrimiento y puede sondear sus profundos secretos, cuyos abismos recorrió el Hijo de Dios y por fin ella sola puede, asociando al hombre a los pensamientos del Altísimo, unirle con su fuerza y su amor. De ahí les viene a las obras hechas con fe su poder y su duración.

AMOR A LOS POBRES. — Vicente amó a los pobres con predilección porque amaba a Dios y porque la fe le descubría en ellos al Señor. "¡Oh Dios, decía, qué hermoso es tratar a los pobres, si les consideramos en Dios y en el aprecio que Jesucristo tuvo de ellos! A menudo no tienen ni aspecto ni juicio de personas racionales por sus modales groseros y terrenos. Pero volved la medalla y veréis con las luces de la fe, que el Hijo de Dios, que quiso ser pobre, nos es representado por esos pobres; que casi no tuvo el aspecto de hombre en su pasión, que pasó por loco ante los Gentiles y por piedra de escándalo ante los Judíos; y a pesar de eso se da a sí mismo el nombre de Evangelista de los pobres, *evangelizare pauperibus missit me.*"

El título de *evangelista de los pobres* fué el único que Vicente ambicionó para sí, siendo el punto de partida y la explicación de todo lo que realizará en la Iglesia. Su programa consistió en asegurar el cielo a los desdichados, en trabajar por la salvación de los abandonados de este mundo comenzando por los campesinos más desamparados. Todo lo demás "era accesorio" para él. Y añadía hablando a sus hijos los Paúles. "Nunca me habría ocupado de los ordenandos ni de los seminarios eclesiásticos, si no hubiera creído que era necesario para conservar a los pueblos en buen estado y para conservar el fruto de las misiones procurarles un buen clero." Para afianzar su obra en todos los grados puso Dios al apóstol de los humildes como director de la conciencia regia, de modo que Ana de Austria colocó en sus manos la extirpación de los abusos del clero alto y la elección de los jefes de la Iglesia de Francia. Para poner fin a los males acusados por el abandono tan funesto de los pueblos era preciso poner al frente del rebaño pastores que considerasen, como dichas a sí mismos las palabras del jefe celestial: "conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen a mí".

A LA CONQUISTA DE LAS ALMAS. — Es evidente que no podemos contar en tan pocas páginas la vida del hombre en quien estuvo como personificada la caridad más universal. Por lo demás no

tuvo otro móvil que el apostolado en esas inmortales campañas, donde, desde el calabozo de Túnez, en que estuvo como esclavo, hasta las provincias devastadas, para las que procuró millones, se le vió socorrer toda clase de sufrimientos físicos y alejar lo más posible la miseria; deseó, mediante los cuidados prodigados a los cuerpos, llegar a conquistar el alma por las que Cristo quiso, también él, tener amargura y angustia.

HUMILDAD. — Vicente procuró, según su expresión, *ir al lado de la Providencia,* y no tuvo otro deseo que el de no adelantarse a ella. Así lo hizo durante siete años antes de aceptar los ofrecimientos del General de Gondi y fundar su instituto de los Paúles o de la Misión. Del mismo modo sometió a continuas pruebas a su fiel auxiliadora la Señorita Le Gras, cuando se creyó llamada a consagrarse al servicio espiritual de las primeras Hijas de la Caridad.

¡Gran lección dada por este hombre, cuya vida fué tan fecunda al celo febril de un siglo como el nuestro! ¡Cuantas veces, en lo que hoy se llaman *obras,* las pretensiones humanas amortiguan la gracia, contrariando al Espíritu Santo! Mientras que Vicente de Paúl, "pobre gusano que se arrastra por la tierra, no sabiendo a dónde va y que busca sólo esconderse en Ti, ¡oh Dios mío!, que eres todo su deseo", ve la inercia

aparente de su humildad fecundada más que la iniciativa de mil otros, sin que por decirlo así tuviera conocimiento de ello.

VALOR Y CONFIANZA. — Pero en la medida que su incomparable delicadeza, con respecto a Dios, le imponía como un deber no adelantarse más de lo que un instrumento se adelanta a la mano que le mueve; en esa misma medida, una vez recibido el impulso divino, San Vicente no podía soportar que se vacilase en seguirle o que se diese lugar en el alma a otro sentimiento que no fuese el de la más rendida confianza. Escribía con esa sencillez llena de encantos, a la cooperadora que Dios le había dado: "Te veo un poco dominada por sentimientos humanos, pensando que todo está perdido desde que me ves enfermo. ¡Oh mujer de poca fe!, ¡no tienes ya confianza y docilidad en la dirección y ejemplo de Jesucristo! Este Salvador del mundo se atenía a las disposiciones de Dios, su Padre, tocante el estado de toda la Iglesia, y tú, por un puñado de hijas, que su Providencia ha suscitado y reunido, piensas que te faltará. Ve, señorita, humíllate profundamente delante de Dios."

LA VERDADERA FE. — ¿Habrá que extrañarse que la fe, único móvil de tal vida, inquebrantable fundamento de lo que era para el prójimo y para sí mismo, fué para los ojos de Vicente de

Paúl el principal tesoro? El, a quien ningún sufrimiento aún merecido, deja indiferente, se muestra sin entrañas contra la herejía, y no descansa hasta obtener el destierro de los sectarios o su castigo. Este testimonio le hallamos en la Bula de su canonización de Clemente XII, hablando de este funesto error del jansenismo, que nuestro santo fué uno de los primeros que lo desenmascaró y del que fué principal impugnador. Jamás puede hallarse una ocasión como esta, en que se verifique mejor el dicho de la Sagrada Escritura: *La sencillez de los justos les guiará con seguridad y la astucia de los perversos será su perdición* [1]. La secta que más tarde demostrará inmenso desprecio hacia *San Vicente,* no pensó siempre de ese modo. "Estoy, declaraba en la intimidad, particularmente obligado a bendecir a Dios y a agradecerle porque permitió que los primeros y más considerados de los que profesaron esta doctrina, a quienes conocí particularmente y eran mis amigos, no hubieran podido convencerme de participar de sus sentimientos. No sé cómo expresaros los trabajos que se tomaron y las razones que me propusieron para ello; mas por mi parte les objetaba, entre otras cosas, la autoridad del Concilio de Trento, que les era contrario a ojos vistas; y viendo que continuaban inmutables, en vez de responderles, rezaba en voz baja el *Credo;* y mi-

[1] *Prov.,* XI, 3.

ra por qué he permanecido siempre firme en la fe católica."

VIDA. — Vicente nació de padres pobres en Pouy, en las Landas, el 24 de abril de 1581. En sus primeros años guardó ganado, pero viendo su padre su precoz inteligencia, determinó enviarle a estudiar a los franciscanos de Dax. De allí partió para Tolouse a graduarse de doctor y en 1600 fué ordenado de sacerdote. Terminado su cautiverio en Túnez, se agregó en 1510 al cuerpo de capellanes de Margarita de Valois. Acusado de robo, calló, y este silencio heroico fué para él el principio de su ascensión hacia la santidad (1611). Fué párroco de Clichy durante algún tiempo y después de Chatillon en Dombes. Pero casi todo su porvenir se le creó en el servicio de la poderosa familia de los Gondi. Evangeliza a las 8000 almas que viven en sus tierras y se da cuenta entonces de la ingente multitud de ruinas y miserias producidas por las guerras civiles o extranjeras. Predica, consuela, reconcilia con Dios, funda obras de caridad, se ocupa de los encarcelados y de los condenados a galeras, enseña a los ricos a ser caritativos y reforma el clero. La reina primero y después el rey, admirados de su vida, le ayudaron poderosamente en sus esfuerzos. En 1625 fundó el colegio de los "Niños buenos" en París, los primeros compañeros de una nueva Congregación de la Misión o de los futuros Paúles, cuyas constituciones se escribirán en 1642. En 1629 santa Luisa de Marillac le ayuda a desarrollar las "caridades", donde piadosas damas cuidaban los pobres, enfermos y niños abandonados. Este es el principio del Instituto de "Hijas de la Caridad" o "Hermanas de San Vicente de Paúl". Estos dos institutos se desarrollarán rápidamente y no tardarán en extenderse por toda Europa y en países de Misiones. Agotado por la fatiga, San Vicente de

Paúl murió el 27 de septiembre de 1660. Fué beatificado en 1720 y canonizado en 1737 y León XIII le declaró en 1883 Patrono de todas las obras de Caridad.

Elogio. — ¡Qué gavilla, oh Vicente, llevas al cielo![1] ¡Qué de bendiciones te acompañan al ascender de esta tierra a la verdadera patria[2]. Oh tú, el más sencillo de los hombres que hubo en un siglo tan celebrado por sus grandezas, sobrepasas ahora las celebridades, cuyo fulgor fascinaba a tus contemporáneos. La verdadera gloria de este siglo, la única que no perecerá de él, *cuando no haya más tiempo*[3], será el haber tenido en su primera parte santos tan grandes en fe y en amor, que fueron capaces de detener los triunfos de Satanás, y de devolver al suelo de Francia, convertido en herial por la herejía, la fecundidad de sus buenos días. Y he aquí que más de dos siglos después de tus trabajos, la mies no ha dejado de producir, por los contínuos cuidados de tus hijos e hijas, ayudado de nuevos auxiliares que también te reconocen por su inspirador y padre. En ese reino de los cielos en que no se conocen ya el dolor y las lágrimas[4] contínuamente ve subir hacia ti la acción de gracias de los que sufren y lloran.

[1] *Ps.*, CXXV, 6.
[2] *Prov.*, XXII, 9. *et Eccli.*, XXXI, 28.
[3] *Apoc.*, X, 6.
[4] *Apoc.*, XXI, 4.

SÚPLICA POR LOS POBRES. — Muéstranos con nuevos favores la confianza que los hombres tienen en ti. Ningún nombre, en estos tiempos blasfemos, impone tanto en la Iglesia como el tuyo. Ojalá que por tu intercesión veamos la vuelta a Cristo de esas muchedumbres de obreros y campesinos, que son los primeros en sufrir las calamidades de los tiempos y a quienes falsos profetas engañan con el espejismo de un próximo paraíso en la tierra. Ojalá los desheredados de este mundo aprendan conducidos por tus hijos y tus hijas a encontrar el camino de la Iglesia, el camino que lleva al Padre de todos los consuelos, a la felicidad eterna. A los ricos, a los poderosos, a los hombres de Estado, a los soberanos, recuérdales que son responsables del destino temporal y eterno de los necesitados, con la obligación de estudiar la cuestión social a la luz de las enseñanzas evangélicas a fin de zanjar los problemas con justicia y caridad.

... POR LAS HERMANAS DE LA CARIDAD. — Eleva a tus hijas a la altura de las circunstancias actuales, en que se querría secularizar su caridad abnegada, renegando de su origen u ocultando su santo hábito; si la fuerza bruta del enemigo del pobre arranca de su cabecera el crucifijo, no hay ordenanzas ni leyes, ni poderes de este mundo ni del otro, que puedan expulsar a Jesucristo del alma de una Hermana de la Caridad, ni im-

pedirla pasar de su corazón a sus labios; ni la muerte, ni el infierno, ni el fuego, ni las inundaciones dice el Cántico, podrán detenerla [1].

... POR LA CONGREGACIÓN DE LOS PAÚLES. — También tus hijos prosiguen tu obra evangelizadora; su apostolado se ve también ahora coronado con la diadema de la santidad y del martirio. Conserva su celo; comunícales tu inalterable abnegación en el servicio de la Iglesia y de sumisión al Pastor supremo. Anima a todas esas obras de caridad que han procedido de ti en nuestros días y de las que por este motivo Roma te da su patronato; que se alimenten siempre en el fuego auténtico que has reanimado sobre la tierra [2]; que busquen ante todo el reino de Dios y su justicia [3], no apartándose nunca en la elección de los medios del principio que les distes de "juzgar, hablar y obrar como la eterna Sabiduría de Dios, revestida de nuestra débil carne, juzgó, habló y obró".

20 DE JULIO

SAN JERONIMO EMILIANO, CONFESOR

LECCIÓN DE CARIDAD. — Hemos admirado la caridad para con los enfermos y de los moribun-

[1] *Cant.*, VIII, 6-7.
[2] *S. Luc.*, XII, 49.
[3] *S. Mat.*, VI, 33.

dos en San Camilo de Lellis; para con campesinos, encarcelados y niños abandonados en San Vicente de Paúl; la consideraremos hoy en San Jerónimo Emiliano para con los huérfanos. ¿No quiere darnos con ello la Iglesia una gran lección de caridad y de abnegación para con nuestros hermanos, por los ejemplos que pone ante nuestros ojos en estos tres días seguidos? Es más: en San Jerónimo Emiliano nos recuerda la dignidad del niño cuya inocencia atrae las miradas del Señor y hace habitar en su alma a la Santísima Trinidad. La Iglesia nos recuerda todo el encanto al hacernos leer en el oficio de maitines la Homilía 62 de San Juan Crisóstomo. Nos invita también a seguir el consejo de Jesús que nos insiste que nos volvamos niños para poder entrar en el reino de los cielos.

HOMILÍA DE SAN JUAN CRISÓSTOMO. — "Si queremos ser herederos de los cielos, busquemos la sencillez de la infancia con mucho empeño. La cumbre de la filosofía es ser sencillo con prudencia, es la vida angelical. El alma del niño no tiene ningún vicio en el alma; no se le quedan grabadas en la memoria las injurias, sino que, como si no hubiese sucedido nada, olvidándose se junta de nuevo con los amigos. Y aunque sea castigado por su madre, siempre la busca y la antepone a todos. Si le muestras una reina adornada con piedras preciosas, no la pre-

fiere a su madre vestida de harapos; y prefiere verla a ella, sencilla en su pobreza, mas que a la reina magnificamente compuesta. Pues acostumbra a juzgar lo que le interesa o no le importa, no sobre la pobreza o las riquezas, sino sobre el amor. Toda su preocupación es lo necesario y nada más; así harto de la leche que saborea, suelta el pecho de la madre. No sufre las mismas tristezas que nosotros: ni la pérdida de los bienes, ni cosas parecidas; la pérdida de los bienes ni cosa igual le turban, sus gustos no son los nuestros, ni la hermosura corporal le atrae. Por esto decía el Señor: "De tales es el reino de los cielos", para que nosotros por virtud hagamos lo que los niños hacen naturalmente [1]."

Sus ángeles custodios aun cuando pongan sus miradas en seres tan puros, como dice nuestro Señor, no se distraen de la contemplación del Padre Celestial [2]. Benditos sean San Jerónimo Emiliano y los que como él se dedican a la educación cristiana de los niños, por haber sido elegidos por Dios para participar de los cuidados de los ángeles terrenos, en espera de ser asociados a felicidad en el cielo.

VIDA. — San Jerónimo nació en Venecia en 1481, de familia noble. Como soldado tomó parte en la toma de Castelnovo donde fué hecho prisionero por los Im-

[1] *Hom.*, 62 sobre S. Mateo.
[2] *S. Mat.*, XVIII, 10.

periales y aherrojado en un calabozo. Al verse privado de todo auxilio humano acudió a la Santísima Virgen, que se le apareció y le puso en libertad. En agradecimiento fué a Treviso a presentarla sus cadenas como homenaje y a consagrarse por entero al servicio de Dios. Vuelto a Venecia, su patria, se preparó a recibir el sacerdocio y se empleó en obras de caridad. Le dió ocasión para ello la epidemia de 1528, vendió todos sus muebles para socorrer a los pobres y acudió a remediar todas las miserias. Ocupóse después, en 1531, en el cuidado de los niños que recogía para curarlos, alimentarlos, enseñarlos el catecismo y formarlos en las costumbres cristianas. Allegó colaboradores y puso los fundamentos de una Congregación cuyo centro estuvo en Somasca (Junto a Bérgamo) y de ahí el apelativo de Somascos que se dió a sus religiosos. Murió en esta ciudad en 1537, víctima del mal que contrajo a la cabecera de los apestados. Al no dejar sucesor alguno de su obra, los Somascos se unieron a los Teatinos, fundados por San Cayetano de Tiena, pero recobraron su independencia en 1568. Ahora no poseen más que una docena de casas en Italia. Fué canonizado por Clemente XIII en 1767 y proclamado por Pío XI, en 1928, Patrono de los huérfanos y jóvenes abandonados.

La verdadera caridad. — Oh Jerónimo, formas en estos días con Vicente de Paúl, y Camilo de Lellis el triunvirato de la caridad. De este modo el Espíritu divino, cuyo reino avanza, encuentra sus complacencias en poner la impronta de la Santísima Trinidad sobre los tiempos; quiere manifestar que el amor de Dios, que trae al mundo no va unido sino con el de los hermanos. A la vez que nos daba por ti esta prueba en la

tierra, el espíritu malo daba la suya, haciéndonos ver que el amor verdadero a nuestros semejantes se desvanece donde no está el del Señor, el cual a su vez se apaga donde no hay fe: la humanidad puede escoger entre las ruinas de la falsa reforma y la fecundidad siempre nueva del Espíritu de santidad. Su elección, por desgracia, no fué siempre y en todas partes conforme a sus verdaderos intereses del tiempo y de la eternidad. Con cuánto mayor motivo deberíamos repetir nosotros la oración que enseñaste a tu huerfanitos: "Jesucristo Señor nuestro, y amado Padre, te suplicamos por tu bondad infinita, que resucites la cristiandad y vuélvela a la rectitud santa de los tiempos apostólicos".

PLEGARIA. — Trabajaste mucho y bien en la obra grande de restauración. La Madre de la divina gracia, al romper tus cadenas en la cárcel, devolvía a tu alma, más presa aún, el vigor del bautismo y de tus primeros años; tu juventud como la del águila se renovó; el valor que te hizo célebre en las milicias terrenas, multiplicó tus conquistas sobre la muerte y el demonio. Jesús, Rey del ejército cristiano, te comunicó sus preferencias por los pequeñuelos: quien podrá contar los que inocentes reservastes a sus cariños divinos, los que estaban ya perdidos y te deberán la corona en el cielo. Aumenta el número de tus hijos desde el trono en que te

ves rodeado de esas simpáticas falanjes infantiles, fortifica a los que continúan tu obra sobre la tierra; ojalá tu espíritu se difunda más y más en esta malhadada época en que la envidia nefasta de Satanás disputa la juventud a Dios. Felices los que en su postrer aliento hayan cumplido la obra de misericordia por excelencia en nuestros días, la de conservar la fe de los niños y su bautismo intacto. Aunque hubiesen merecido como tú en otro tiempo la cólera divina, podrán decir con confianza estas palabras para ti tan queridas: "Oh mi dulce Jesús, sé mi Salvador y mi juez."

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SANTA MARGARITA, VIRGEN Y MARTIR

Además de San Jerónimo Emiliano conmemora hoy la Iglesia a Santa Margarita Virgen y mártir, cuyo hermoso nombre significa perla preciosa. Los griegos la denominan *megalomártir*, o la gran mártir; los latinos la han puesto entre los santos *auxiliadores* por causa de los bienes temporales que consigue a los que la invocan con confianza. Santa Francisca Romana la tenía gran devoción. A Santa Gertrudis la enseñó, en una revelación, el infinito valor del sufrimiento llevado con Jesús. Fué también una de las "voces" que condujeron a santa Juana de Arco en su milagrosa misión.

No conocemos su historia. La leyenda la coloca en el siglo III. Según ella se convirtió siendo hija de un sacerdote pagano de Antioquía y para conservar su virginidad sufrió toda clase de tormentos y por fin la decapitación. La iconografía la representa con un dragón junto a ella (símbolo del demonio de quien triunfó) y teniendo en la mano una crucecita que fué el instrumento de su victoria.

Recemos en su honor la colecta de la misa: "Oh Dios que llevaste a los cielos por la palma del martirio a tu bienaventurada virgen Margarita; haz te suplicamos que siguiendo su ejemplo, merezcamos llegar hasta ti."

21 DE JULIO

SANTA PRAXEDES, VIRGEN

Se dirigen hoy los romanos hacia el "titulus Praxedis" o iglesia de Santa Praxedis para honrar allí a una virgen, que una antigua leyenda, hace hija del senador Pudens. Este "titulus Praxedis" fué primero una casa rica de un privado que servía de lugar de reunión a los cristianos durante los cuatro primeros siglos. Durante el siglo quinto esta casa fué reemplazada por una basílica, que Pascual I (817-824) reconstruyó por completo cambiándola de lugar.

La riqueza y hermosura de esta basílica no se debió sólo a sus frescos y arquitectura carolingia, que con razón admiran artistas y arqueólogos: con el recuerdo y las reliquias de Santa Práxedes, los peregrinos veneran allí también las reliquias de innumerables mártires (quizás 2300) que Pascual hizo sacar de las catacumbas suburbanas y colocarlas en ella: pontífices de la cripta papal del cementerio de Calixto, mártires del cementerio de Priscila, de las vías Cornelia, Tiburtina, Apia y Latina. Todos descansan bajo el ábside de la basílica que desde entonces es uno de los santuarios más venerables de la Ciudad Eterna.

A las reliquias de los mártires se juntan los recuerdos y reliquias de la pasión del Salvador. En el siglo XIII, en efecto, el Cardenal Colonna trajo de Tierra Santa una columna que la tradición afirmaba había servido a Cristo para su flagelación. Allí se expone también a la veneración de los fieles el lunes santo una reliquia importante de la Cruz y tres espinas de la sagrada Corona donación de San Luis.

Este lugar fué santificado así mismo por el cardenal Borromeo que llevó el título de Santa Práxedes; en sus permanencias en Roma pasaba junto a las reliquias de los mártires muchas horas durante el día y hasta noches enteras en oración.

Por fin se venera en el fondo de una capilla una Virgen conocida con el título de "Sancta Maria-liberanos-a- poenis-inferni": —Santa María líbranos de las penas del infierno—. Dirigiremos también hacia ella nuestro pensamiento para pedirla en el interior de su santuario, que, tanto Ella como todos los Santos, que forman su corte en este lugar, intercedan por nosotros al Señor, para que nos alcancen vernos libres de las penas del infierno y del pecado que las merece.

22 DE JULIO

SANTA MARIA MAGDALENA

Santa María Magdalena ha escogido la mejor parte. Es patrona y modelo de almas contemplativas. Los santos, los místicos, los pecadores tocados por la gracia, gustan leer las páginas del Evangelio que revelan su amor a Jesús y el amor de Jesús hacia ella. Entre los autores espirituales que han calado más hondo en el misterio de esta divina intimidad se distingue el piadoso y sabio cardenal Berulle. Entreguémosle hoy nuestro corazón y nuestro espíritu para unirlos a los suyos en esta elevación [1].

---

[1] El texto de Berulle ha sido modernizado y resumido.

ELEVACIÓN A JESUCRISTO NUESTRO SEÑOR SOBRE LA CONDUCTA DE SU ESPÍRITU Y DE SU GRACIA PARA CON SANTA MAGDALENA

ELECCIÓN DIVINA. — En tu morada sobre la tierra, oh Jesús, Señor mío, y en la dichosa vida que tuviste en el mundo por espacio de tres años, como Mesías de la Judea y como Salvador del mundo, obraste muchos milagros, concediste muchas gracias y elegiste muchas almas para atraerlas en pos de ti. Pero la elección más rara de tu amor, el más digno objeto de tus favores, la obra maestra de tus gracias, el mayor de tus milagros le obraste en ella.

CONVERSIÓN DE LA MAGDALENA. — Cuando caminabas por la tierra realizando tus obras maravillosas, oh Señor, miraste a muchas almas, pero tus más dulces miradas, oh sol de justicia, y tus rayos más poderosos fueron para esta alma. La sacaste de la muerte a la vida; de la vanidad a la verdad; de la creatura al Creador y de ella a ti mismo. Transportaste tu espíritu al suyo y en un momento derramaste en su corazón un torrente de lágrimas que caen a tus pies y los riegan, y hacen un baño saludable que lava santa y suavemente a esta alma pecadora que las derrama. La diste en un instante una gracia tan abundante que comienza donde las otras a penas acaban, de modo que, desde el primer paso

de su conversión, se encuentra en la cumbre de la perfección, gozando de amor tan profundo, que fué digna de recibir la alabanza de tu sagrada boca, cuando te dignaste defenderla de sus émulos y terminar su justificación con estas dulces palabras: "Amó mucho."

He aquí los primeros homenajes rendidos a esos santos pies, y manantial de santidad desde que caminan sobre la tierra para la salvación del mundo y gloria del Padre. Y he aquí también las primeras gracias y favores emanados de esos divinos pies. Estos pies son sagrados y divinos, son suaves y adorables, son también divinos; y no obstante se emplearon, se fatigaron por los pecadores y serán un día taladrados para derramar la sangre que lavará al mundo.

De estos sagrados pies mana ahora una fuente de gracia y pureza para esta alma privilegiada, una de las más principales en seguir y amar a Jesús. Y de este Corazón humillado, o mejor dicho, clavado a sus pies divinos, sale una fuente de agua viva que lava la pureza misma al lavar los pies de Jesús. Dos manantiales y admirables arroyos: una de estas fuentes sale de los pies de Jesús y corre hasta la Magdalena y la otra sale del corazón de la Magdalena y va hasta los pies de Jesús; dos fuentes vivas y celestiales, y celestiales en la tierra, porque la tierra es también un cielo, puesto que Jesús está en la tierra. Este corazón pues de Magdalena, impuro en

otro tiempo, es ahora un corazón puro y celestial y de él sale agua viva adecuada para lavar a Jesús. Y por eso Jesús se complace en este baño como en un baño que le es querido y delicioso, que enaltece a la Magdalena y reprocha al fariseo.

La unción en Betania. — El tiempo de tu muerte se acerca, abandonas Galilea por última vez, vas a Jerusalén para subir a la cruz, quisiste dedicar la última semana de tu vida para vivir en Betania, donde moraban estas santas mujeres Marta y María Magdalena, para emplear tus últimas horas en conversar con estas almas santas. Allí se concentra y se renueva el amor de Magdalena; de nuevo allí se postra a tus pies, allí te cubre y te anega con sus aguas perfumadas y mientras Judas no tiene otros pensamientos que de odio, ella piensa en amarte y entregarte su corazón y sus perfumes; allí, como lo afirmas tú mismo, anticipa con esta unción tu sepultura; allí te entierra vivo, ignorante de lo que haces; pero tú lo sabías en su lugar y tú nos lo enseñabas en tu evangelio, era su amor más activo que reflexivo; y por su humilde y santa ignorancia, nos enseña a seguir con docilidad los movimientos del Espíritu Santo, sin ver, sin examinar las causas y los fines con que se nos dan.

Mas tu espíritu, oh Jesús, me descubre otro misterio encerrado en éste; hay como una lucha secreta entre Ti y Magdalena, una lucha de honor y de amor, pugilato feliz entre dos personas tan desiguales, es cierto, pero que están tan unidas en el amor como en los mismos fines e intenciones. Cuando estés muerto en el sepulcro de José, querrá ungirte Magdalena, pero entonces tú te adelantarás resucitando antes que llegue. Su amor es sutil, no quiere dejarse engañar, pero tu amor es más fuerte y no puede ser vencido; se adelanta ella ahora con la fuerza de su amor lo mismo que entonces le tomarás tú la delantera con el poder de tu vida resucitada y de tu gloria; te quiere ungir y sepultar, mas como no quieres ser ungido por ella cuando mueras, te quiere ungir y sepultar desde ahora, quiere enterrarte vivo en vida tuya, enterrarte en este banquete, y tú cedes a sus deseos, a sepultarte en sus perfumes y sepultarte aún más en su corazón y en su alma, sepulcro para ti delicioso y vivo.

Al pie de la Cruz. — Pero dejemos este banquete y vayamos al pie de la cruz, que está tan cerca de él y encontraremos allí a Magdalena pegada a ella, mientras Jesús está crucificado en ella. No tiene vida allá más que en la cruz y no siente otra cosa que los dolores de su Salvador. Este es su vida, y, puesto que está en la cruz, su

vida está en la cruz. No le han puesto allí los judíos, sino que es su amor quien le pone y con lazos más fuertes y más santos que los que se hallan en manos de estos bárbaros.

Al pie de esta cruz eleva sus ojos y su alma a Jesús; no pueden las tinieblas que cubren la tierra quitar su vista de allí. El sol, por cierto, se halla como temeroso de comunicar sus rayos, al ver al Padre de la luz ensombrecido con tantas desgracias. La tierra se ha cubierto con su infidelidad; pero estas tinieblas no pueden cubrir a Jesús ni a la Magdalena. El sol se ha eclipsado no es el sol de esta alma; tiene otra luz distinta de la suya y Jesús es sol de la Magdalena, que nunca se eclipsa en su corazón. Es más brillante en ella que lo fué nunca; la ilumina en sus tinieblas y moribundo en la cruz permanece vivo para ella; vive y obra en ella, aun en su muerte.

Bástenos decir que cuanto más digno es el objeto de nuestro amor, mayor será nuestro amor, mayor también nuestro dolor, ya viendo sufrir, ya estando separado de aquél que amamos. Pues todo esto se encuentra en Magdalena al pie de la cruz y aún con exceso y con toda perfección. Porque nunca se podrá encontrar un objeto más digno de amor que Jesús, y Jesús paciente y sufriendo penas inauditas, y sufriéndolas por amor. Y lo que aumenta aún más el amor y el dolor, es que este sufrimiento, por fin, nos

arrebata a Jesús. Entre todos los discípulos de Jesús, no hubo allí un alma más fiel y constante en el amor que la Magdalena, ni entre los pecadores de la tierra, un corazón más noble y mejor dispuesto a recibir el sello del amor celestial.

La muerte de Jesús.—Pero Jesús muere en esta cruz y Magdalena no muere; porque al morir le da la vida y queda impreso en su corazón, como en cera derretida por el calor de sus rayos. Graba en ella, en los estertores de la agonía de esta vida moribunda, de esta muerte viviente, su vida, su cruz, su muerte y su amor; y este amor es siempre vivo y vivificante en ella. Porque Jesús es vida y amor a la vez; pero amor vivo y vivo en la misma muerte. Pues aún cuando Jesús muere, el amor que está en Jesús no muere; este amor, que hace morir a Jesús, no muere de ningún modo; este amor, que hace morir a Jesús, no puede morir, antes por el contrario, es viviente, dominante y triunfante en la muerte misma de Jesús. Esta muerte es la vida y el triunfo de este amor que vive y reina en las llamas. Se ha dicho que el amor es fuerte como la muerte; digamos más bien que el amor, que dominaba en Jesús, es más fuerte que la vida de Jesús y que la muerte misma de Jesús; porque el amor hace morir a Jesús y la muerte de Jesús no hace morir al amor de Jesús. Este amor es

viviente y triunfante en Jesús muerto, y hace vivir a la Magdalena; es su vida, es su amor y por eso no muere en la muerte de Jesús; al no morir, ella es crucificada, porque su amor es crucificado y él la crucifica también y la crucificará treinta años seguidos de otro modo y en otra montaña distinta del Calvario [1]. Al entregar su corazón a Jesús, a su cruz, a su amor, ella adora la orden rigurosa del Padre Eterno, que acaba la vida de su Hijo único en los tormentos de la cruz.

MAGDALENA BUSCA A JESÚS. — Durante tu vida pública en Judea, es la primera que te ha buscado por amor. Tú buscaste a los unos, y los otros te buscaban por sus necesidades particulares y sus grandes necesidades, buscando más tus milagros que a ti mismo. Pero Magdalena no te busca más que a ti, y no busca sino el milagro de tu amor; y por eso le haces a ella un milagro de amor en la tierra, y ahora quieres que sea ella la primera que te vea inmortal y glorioso. Los discípulos y apóstoles te siguieron fielmente; pero ellos han sido llamados, y llamados sin que pensasen en ti. Esta te busca, te sigue, sin ser llamada por ti, por palabra alguna que la atraiga y que vaya dirigida a ella, como sucedió a otras; es más, está ella a tus pies, y no parece

[1] Sante Baume, en Provenza.

que tu la conocieses y que la mirases, ni que pensases en ella, pues tan grande es el poder secreto que la atrae y que la une a ti. Y ahora quieres que sea la primera que oiga tu voz, la que escuche la primera palabra salida de tu boca sagrada, y que reciba el encargo tan honroso de anunciar tu gloria a los apóstoles. Por eso quieres, oh rey de la gloria, honrar en la tierra y en el cielo a la que te amó tanto y que se puso a tus pies para adorarte.

MAGDALENA VE A JESÚS. — Pero un amor tan grande no puede sufrir dilaciones. Dichas estas dos palabras[1], se manifiesta, descubre su gloria, la devuelve su juicio, la abre los ojos y ve vivo al que busca muerto y se vuelve loca de alegría, de amor y de luz en presencia de Jesús, en presencia de este sol vivo.

De este modo la primera obra de Jesús en su resurrección es poner en un nuevo estado de gracia en Magdalena, es una vida nueva en esta alma a los ojos de Jesús. El ha resucitado y por eso crea como una resurrección de estado de vida y de amor en ella.

Bendito seas, oh Jesús, de haber enjugado así sus lágrimas y convertido su dolor en alegría, y de haber empleado ese hermoso nombre de María, el solo nombre de María para tal abun-

[1] *Juan,* XX, 15.

dancia de amor y de luz. Empleaste tu persona, tu voz y tus palabras al decirla: Mujer, ¿porqué lloras? ¿A quién buscas? Mas todo fué en vano; porque a pesar de ello, no conocía a quien buscaba, al que estaba presente a ella y que la dirigía estas amables frases. Pero cuando pronuncias el dulce nombre de María, el solo nombre de María, se abren sus ojos como a los discípulos del Emaús en la misteriosa fracción del pan. Este nombre tenía demasiada simpatía para Jesús por su santa Madre y también por la persona de esta discípula santa, para no juntar al punto dos corazones y almas tan próximos y tan preparados al amor santo y mutuo del uno para con el otro. Favorece a Magdalena el tener ese hermoso nombre de María; y el Dios bendito, que bendice todo en sus santos, quiere bendecir este nombre santo y venerable y quiere emplearle en la primera obra de su vida resucitada, y mediante él dar a conocer su nueva vida y su gloria.

MAGDALENA, APÓSTOL DE LOS APÓSTOLES. — La primera misión que das, y, si me es permitido hablar así, la primera bula y patente que expides en tu estado glorioso y de poder, se la confías a ella, haciendo de ella un apóstol, pero apóstol de vida, de gloria y de amor; y apóstol de tus apóstoles. Hace tiempo que les hiciste apóstoles, Señor, mas fué durante tu vida mor-

tal; escogiste a doce pero haciéndoles tus apóstoles para el mundo, para anunciar tu cruz y tu muerte; haces aquí a Magdalena apóstol en tu estado de gloria, y en ese estado la escoges a ella sola como apóstol y apóstol de tu sola vida, porque sólo anuncia y pregona tu vida, tu poder y tu gloria. Y la haces apóstol no para el mundo sino para los apóstoles mismos del mundo y para los pastores universales de tu Iglesia, pues tanto te complaces en proclamar el honor y el amor de esta alma.

Dirijamos nuestras súplicas a la que el Señor amó tanto y honró. Pidamósla con fervor que nos descubra los secretos del amor divino.

PLEGARIA A SANTA MARÍA MAGDALENA. — ¡Quién pudiera estar en presencia de Jesús y tener entrada en su amor por tu mediación, oh Magdalena! Ojalá borremos nuestras faltas y lavemos nuestras manchas como tú lo hiciste, recibiendo indulgencia plenaria de su boca y escuchando aquellas palabras: ¡Tus pecados te son perdonados! Ojalá me hiera con su amor como te hirió a ti y me diga un día estas consoladoras palabras: ¡Has amado mucho!

Sea yo, pues, amigo del retiro, alejado de los cuidados y diversiones humanas, haciendo mía la mejor parte. Sea separado yo de todo y de mí mismo más que de nadie, para pertenecerle todo

a él, para imitar tu silencio, tu olvido de ti mismo y tus elevaciones divinas.

Sea yo pronto en escuchar la voz de Jesús y sus inspiraciones. No se acerque a mí el espíritu del error y de la ilusión, como no osaron los espíritus malos acercarse a ti desde que te acercaste a Jesús, obligados a alejarse y a respetar la presencia, el poder, la santidad del espíritu de Jesús que residía en ti.

Participe yo de esa pureza de corazón y de alma, pureza incomparable que recibiste del Hijo de Dios cuando estabas a sus pies; pureza no humana ni angélica sino divina y salida también del hombre Dios en honor de su humanidad viviente en la pureza, en la santidad, en la divinidad del ser increado. Seamos fieles y constantes en su amor, inseparables de él, como nada ni su cruz, ni su muerte, ni el furor de sus enemigos ni el de los demonios pudieron apartarte un ápice de él; porque si pudieron separar el alma de Jesús de su precioso cuerpo no lograron separar el alma de Magdalena del cuerpo, del alma y del espíritu de Jesús; y siempre está ella a su lado ya vivo y sufriendo en la cruz, ya muerto, ya enterrado en el sepulcro. El cielo sólo es quien te arrebata a Jesús y el poder del Padre Eterno quien lleva consigo y a la gloria a su Hijo; pero arrebatándotele te le devuelve secretamente, y te le devuelve para siempre jamás en la plenitud y en la claridad de la gloria.

¡Oh humilde penitencia! ¡Oh alma solitaria! Oh divina amante y amada de Jesús, haz por tus oraciones y por tu poder en su amor, que sea yo herido de este amor, que mi corazón no descanse sino en su corazón; que su espíritu no viva más que en su espíritu, y que seamos todos para él libres y cautivos a la vez, libres en su gracia y cautivos en el triunfo de su amor y de su gloria.

Amémosle, sirvámosle, adorémosle y sigámosle con todas nuestras fuerzas y que, en fin, estemos contigo y con él para siempre.

Nota sobre María Magdalena. — El Martirologio al anunciar la fiesta de Santa Magdalena dice "que el Señor arrojó de ella siete demonios y que mereció ver la primera al Salvador resucitado". El Evangelio incluye su presencia en el Calvario en el grupo de las Santas Mujeres. Su nombre indica que era originaria de Mágdala, pueblecito situado al norte de Tiberiades, en la ribera oeste del lago del mismo nombre. Después de haber sido libre de los demonios, formó parte del grupo que acompañaba al Señor y le servía.

La liturgia Romana la identifica con María, hermana de Lázaro (véase la Colecta) y de Marta. Era la que escuchaba al Señor mientras que su hermana se ocupaba de los trabajos de la cocina y la que, la víspera del Domingo de Ramos, ungió la cabeza y los pies de Cristo con óleo balsámico.

La identifica también ella con la pecadora anónima cuya conversión nos cuenta San Lucas, en el capítulo séptimo de su Evangelio durante el convite en casa de Simón el fariseo.

Los Padres han dudado bastante si se debían reconocer en el Evangelio[1] tres Marías: María de Betania, María de Mágdala y una pecadora anónima, o si era preciso no ver en él más que una santa: María Magdalena. Las liturgias orientales distinguen, los mismo que los Evangelios, tres personas: San Gregorio el Grande les confunde y su opinión ha llegado a ser universalmente aceptada en Occidente desde el siglo VII, en Oriente desde el IX. Los modernos exegetas tienden a admitir tres personas diferentes. Los que prefieren esta opinión en manera alguna sentirán embarazada su devoción con los textos que la Liturgia de este día les ofrece (Misal y Breviario); encontrarán en la pecadora anónima la manisfestación del amor contrito, en la Magdalena el amor que busca, y en María de Betania el amor que posee y que goza.

Debemos abandonar la leyenda que hace ir a Santa Magdalena a Francia, aunque hay que advertir que se la ha honrado mucho en esa nación. La Iglesia abacial de Vezelay le está dedicada y se cree que posee sus reliquias desde el siglo XI. A partir del siglo XIII se va en peregrinación en su honor al santuario de la Sainte-Baume. Por último, en San Maximino (Var) se encuentra un sarcófago antiguo acompañado de una inscripción fechada en 710, donde se asegura que el cuerpo de María Magdalena fué escondido en este lugar para sustraerle a las pesquisas de los sarracenos.

---

[1] Los tres grupos de textos evangélicos relativos a cada una de las tres Marías son los siguientes:

María de Betania: *Mat.*, XXVI, 6-13; *Marc.*, XIV, 3-9; *Luc.*, X, 38-42; *Juan*, XI, 1-45; XII, 3-8.

María de Mágdala: *Mat.*, XXVII, 56, 61; XXVIII, 1-10; *Marc.*, XV, 40-41, 47; XVI, 1-11; *Luc.*, VIII, 2; XXIV, 1-11; *Juan*, XIX, 25; XX, 1-18.

La pecadora anónima: *Luc.*, VII, 36-50.

23 DE JULIO

SAN APOLINAR, OBISPO Y MARTIR

RAVENA.—Es una noble ciudad hoy venida a menos, pero que, recordando su glorioso pasado, festeja a San Apolinar, su primer apóstol. Transformada en el siglo VI en la residencia de los Emperadores de Occidente, Ravena tuvo, aún desde el punto de vista religioso la pretensión de rivalizar con Roma, y muchos de sus obispos intentaron sustraerse a la obediencia de los Papas.

LECCIÓN DE HUMILDAD.—La Misa de este día parece que fué compuesta teniendo en vista estas ambiciones. A nadie le extrañará escuchar en la Epístola a San Pedro recordando los deberes de los obispos, y en el Evangelio al propio Señor explicando a los discípulos, todavía ignorantes, en qué consiste la verdadera grandeza y cuál es la naturaleza de la autoridad espiritual.

El pasaje escogido de San Lucas, trata del debate que se originó entre los discípulos para averiguar quién era entre todos ellos el mayor. El Señor en su respuesta, ciertamente, "no niega la existencia de una autoridad espiritual, ni en manera alguna supone que la investidura venga como premio a la humildad; sino que

afirma que la autoridad espiritual, al contrario de la autoridad civil y política, es una obligación de ser más modesto y una servidumbre en bien de las almas. Por tanto, quien fuese mayor, se considerará como el menor, y el que gobierna y preside, como quien sirve a todos los demás. La verdadera nobleza no consiste en buscar honores ni en exigir servicios"[1].

Esta es la lección que da San Apolinar no solamente a aquellos de sus sucesores de cuyos manejos ambiciosos nos habla la historia, sino a todos los fieles en general, y esta lección siempre es oportuna.

Vida. Tenemos pocos datos sobre la vida de S. Apolinar. Su leyenda fué forjada en el siglo VII, cuando Ravena era rival de Roma: se pretendió entonces que había sido envíado por San Pedro. En realidad, San Apolinar vivió siglo y medio después que el Apóstol. Tal vez vino de Antioquía. Un sermón de San Pedro Crisólogo nos demuestra que fué el primer sacerdote u Obispo de Ravena y que, si no llegó a verter su sangre en los suplicios, sus trabajos y rudo apostolado en esta ciudad y en su comarca le obtuvieron con razón el título de mártir. Su culto fué popularísimo en la alta Edad Media; numerosas iglesias le estaban consagradas en Roma; y en Alsacia y en Renania se acudía a él como auxiliador en las enfermedades.

Elogio y plegaria. — Desde lejos saludamos tu glorioso sepulcro, ¡oh santo obispo! Respón-

---

[1] *Luc.*, XXII, 24-30; Dom Delatte, *L'Evangile*, II, 237.

denos por medio del deseo que formulabas en los días de tu vida mortal: "La paz de nuestro Señor y Dios Jesucristo, descanse sobre vosotros." En este día poniéndole por nuestro intercesor imploramos la paz, don perfecto, primer saludo del apóstol [1], y consumación de toda gracia [2], suplicando a Dios nos conceda el perdón de nuestros pecados (Colecta.) Recuerda que tal es para siempre tu misión: reconciliar a todo el rebaño con el divino Pastor y socorrer a los fieles.

Ruega por tu ciudad episcopal. Procura mantener en ella el amor a la Iglesia y a la Santa Sede. Tu intercesión hizo fracasar antiguamente las pretenciosas ambiciones de algunos Obispos: obténnos el que todos se muestren dignos de ti y de San Pedro Crisólogo, a quien personalmente elegiste como sucesor. Ruega por la Orden monástica puesto que te apareciste por dos veces a San Romualdo instándole a abandonar el mundo para ir la soledad del desierto. Ruega, finalmente, por todas las iglesias, para que todos, pastores y rebaño, podamos sentarnos en el eterno banquete donde el Señor agasajará a los suyos junto a Pedro y a ti en su reinado. Amén.

---

[1] *S. Luc.*, X, 5.
[2] *Cant.*, VIII, 10.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN LIBORIO, OBISPO DE MANS

La iglesia de Mans celebra también en este día a su segundo o tercer obispo. Sabemos que fué amigo de San Martín y que gobernó la Iglesia de Mans por espacio de unos cuarenta años. Sus reliquias fueron trasladadas a Paderborn, en Westfalia, en el año 836. Fué en otro tiempo célebre por los prodigios que obró en favor de los enfermos del mal de piedra: Clemente XI, que padecía de esta enfermedad fué curado por su mediación y, como agradecimiento, le hizo inscribir en el calendario de la Iglesia Universal.

Durante su largo apostolado desplegó su más acendrado celo en desarrollar las magnificencias del culto divino y volvió a empezar de nuevo la evangelización de los primeros mensajeros de la fe, particularmente de su predecesor San Julián, desterrando la idolatría que comenzaba a renacer, y expulsándola de las campiñas en donde aún estaba muy arraigada.

Pidámosle, como lo hace la Iglesia en la Colecta del día, nos obtenga de Dios para nuestras almas, "un aumento de devoción y los frutos saludables".

24 DE JULIO

VIGILIA DE SANTIAGO

Caridad fraterna. — "Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado." Estas palabras que la Iglesia nos hace repetir en casi todas las Vigilias que preceden a las fiestas de los Apóstoles, se aplican perfectamente a aquellos que consagran su vida a la eterna salvación de las almas y dieron a Cristo el testimonio supremo del amor, derramando su sangre por El.

Enseñanzas de San Gregorio. — Se dirigen a nosotros para que las practiquemos por lo que a nosotros toca. San Gregorio nos las comenta en estos términos: "Todas las palabras del Divino Maestro contienen preceptos; ¿porqué, pues, nos habla de la caridad como si fuese un mandamiento único: Este es mi mandamiento: que os améis los unos a los otros?" ¿Por qué? Pues sencillamente porque todo mandamiento se refiere al amor y todos juntos no forman más que uno solo que tiene por fundamento a sola la caridad. Así como sucede que numerosas ramas de un árbol proceden de una misma raíz, de igual manera todas las virtudes traen su origen de sola la caridad. El tallo de la buena obra

solo tendrá vida y lozanía mientras permanezca unido a la raíz que es la caridad.

Hay, en efecto, muchos preceptos del Señor, y en realidad no hay más que uno; son numerosos en cuanto a la diversidad de los actos preceptuados, pero si atendemos a la raíz y fundamento de los mismos sólo existe uno que es la caridad. De qué manera sea preciso practicar esta virtud de la caridad nos lo da a entender nuestro Señor, cuando vemos en casi todas las páginas de la Sagrada Escritura que nos ordena amar a nuestros amigos en El y a nuestros propios enemigos también por causa de El. Así, pues, posee verdaderamente la caridad, aquel que ama a su amigo en Dios y a su propio enemigo por causa de Dios. No es difícil encontrar a muchos que aman a sus prójimos pero con un afecto exclusivamente natural, afecto, no obstante, que la ley de Dios no condena en realidad. Mas hay notable diferencia entre aquello que uno concede espontáneamente a la naturaleza y aquello otro que se hace por amor a la obediencia debida a los divinos preceptos del Señor.

Aquellos de quienes venimos hablando, aman ciertamente a su prójimo, sin embargo no obtendrán aquellas sublimes recompensas prometidas a la caridad, porque su amor no tiene nada de espiritual, es un amor puramente carnal. De esta manera el Señor después que les dijo: "Mi mandamiento es que os améis los unos a los otros",

añadió también: "como yo os he amado." Con ello quería decir: "Amaos, pero, por el mismo motivo que yo os he amado."

Todo esto nos enseña que nuestro amor por el prójimo no debe tener otro origen que el Espíritu Santo.

EL MISMO DIA

SANTA CRISTINA, VIRGEN Y MARTIR

Cristina de Tiro. — Con el nombre de Cristina honra la Iglesia en este día a dos Santas. Una de ellas tiene a Tiro por patria. Se le ha venerado en todo el Oriente. La Leyenda nos relata que sus padres queriendo consagrarla al servicio de los dioses la encerraron en un torreón; mas ella, inspirada por el Espíritu Santo, arrojaba por la ventana el incienso destinado a honrar a las divinidades paganas. Para hacerle apostatar usó su padre de las amenazas, después la hizo padecer numerosos tormentos: azotes, rueda dentada, calderas de aceite hirviendo y, finalmente, el fuego. Por último murió con el corazón atravesado por una flecha.

Cristina de Bolsena. — La otra santa virgen, que lleva el mismo nombre, es oriunda de las inmediaciones del lago de Bolsena, en Italia. No se conoce casi nada de su vida, mas, por el con-

trario, se le atribuyó la leyenda de su homónima de Tiro y sus huesos que fueron descubiertos en 1880, acabaron por demostrar que sólo tenía unos catorce años en el momento del martirio.

Otras numerosas santas se han sentido honradas con el patrocinio de estas dos vírgenes mártires adoptando su nombre que expresa pertenencia total a Cristo. Encomendémonos también nosotros a sus ruegos y pidámosle susciten mediante su intercesión numerosas almas apasionadas que amen a Cristo, dispuestas a vivir y a morir sólo por El.

25 DE JULIO

SANTIAGO EL MAYOR, APOSTOL

UN ÍNTIMO AMIGO DEL SEÑOR. — Santiago es uno de los doce. Se le llama el "Mayor" para distinguirle de Santiago, primo de Jesús. Era hermano de Juan el Evangelista, ambos hijos del Zebedeo. Sabemos cómo el Señor, en cierta ocasión, apodó a los dos hermanos "hijos del trueno", a causa de su temperamento ardiente y, sin duda, también porque un día le habían de pedir bajase fuego del cielo sobre una ciudad inhospitalaria.

Santiago pertenecía a una familia de pescadores del lago de Tiberiades que poseía barcas propias y criados. Los evangelios nos relatan de-

talladamente su vocación. Zebedeo, sus hijos y sus servidores, se disponían a reparar sus redes junto a la ribera del mar, cuando, pasando el Señor cerca de aquel lugar, llamó a sí a los dos hermanos. Inmediatamente ellos abandonaron todo para seguirle, dejando redes, barcas y a su propio padre. Esta gran generosidad nunca se desmentirá, y Jesús sentirá hacia Santiago y Juan el mismo afecto privilegiado que tuvo para con Pedro. Serán los tres íntimos confidentes de sus pensamientos, y sólo ellos asistirán a la resurrección de la hija de Jairo, a la Transfiguración y a la agonía del huerto de los olivos.

Después de Pentecostés, Santiago el Mayor predicó el Evangelio en Judea y Samaria. Mas su apostolado fué de corta duración, y mientras que su hermano Juan debía ser el último de los apóstoles en abandonar este mundo, él fué el primero de todos ellos en derramar su sangre por el Señor: Herodes Agripa I hízole decapitar. Clemente de Alejandría refiere que su constancia y su caridad convirtieron a su verdugo, que imploró su perdón mientras le arrastraban al suplicio. Santiago, conmovido, abrazóle diciendo: "¡La paz sea contigo!" Y el verdugo murió también decapitado, y mártir de Cristo.

La muerte preciosa. — No pensemos que esta muerte prematura acaecida antes del año 44, pudo haber desconcertado el plan del Altísimo

sobre el apostolado al que tenía destinado a Santiago. La vida de los santos jamás queda a medias; su muerte, siempre preciosa [1], lo es más aún cuando semeja adelantarse a su hora por la causa de Dios. Entonces es cuando puede decirse verdaderamente que les acompañan sus obras [2], puesto que el honor de Dios exige que no falte nada a su plenitud: "Juzgarán a las naciones, dominarán los pueblos, y el Señor reinará por ellos eternamente", decía ya el Libro de la Sabiduría [3]. Este oráculo debía realizarse en el Apóstol que fué elegido para ser jefe de una cruzada y protector de una nación.

PATRONO DE ESPAÑA. — Santiago es el Patrono y Protector de España [4]. A él se le invocó constantemente durante la época de la reconquista hasta obtener su liberación del yugo de los infieles. Al grito de ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Y cierra España!, los españoles durante ocho siglos hicieron guerra sin cuartel a los secuaces de Mahoma, inpidieron con su valor y su sangre que Europa fuera devorada por ellos,

---

[1] *Ps.*, CXV, 15.
[2] *Apoc.*, XIV, 13.
[3] *Sap.*, III, 8.
[4] Es sabido que contra la venida de Santiago a España y sobre su sepulcro en Compostela se han levantado muchos escritores, extranjeros en casi su totalidad. No vamos a exponer aquí las razones en pro o en contra de los unos o de los otros, por no ser este su lugar propio. Hasta que de un modo palmario se demuestre que la tradición es insostenible, debemos dar crédito a la misma.

y, por fin, acabaron por arrojar a los musulmanes a Africa. Fué una cruzada larga y heroica, y llevada a cabo con sus solas fuerzas y cuyos frutos fueron más provechosos y duraderos que los obtenidos por las cruzadas más espectaculares cuyo teatro fué Oriente.

Esta lucha constante dió un temple especial a la fe de los españoles, de la que Dios había de servirse para ser un muro contra Lutero y sus huestes en Europa, y sobre todo, para implantar la fe al Nuevo Mundo por ellos descubierto. En los Anales de la Propagación de la Fe y la Colonización no ha habido obra comparable a la realizada por España y sus Reyes en sus posesiones de América y Asia. Los descubridores como Cristóbal Colón, Vasco de Gama, Alburquerque, y los grandes conquistadores como Hernán Cortés, Pizarro, Balboa, Valdivia, etc., se acordaron de celebrar al Santo Apóstol, y en honra y memoria suya impusieron su nombre bendito a muchos pueblos y ciudades por ellos descubiertos o conquistados.

ORACIÓN POR ESPAÑA. — Patrón de España, no olvides a nuestro pueblo que te debe a la vez su nobleza en los cielos y su prosperidad en este mundo. Consérvale ese espíritu valiente de cruzado que ha conservado hasta estos últimos años en su lucha contra el comunismo; que siempre pueda gozarse de ser gobernado por hombres de

Estado genuinamente católicos; que este pueblo tuyo siga siendo uno de los más sólidos pilares de la verdadera fe, el más intrépido defensor de la Santa Sede y de la Iglesia Católica.

Atractivo de Santiago. — Mas al mismo tiempo acuérdate, Santo Apóstol, del culto especial con que la Iglesia entera te honra. ¿Dónde están aquellos siglos, grandes por tu fuerza de expansión al exterior, que fueron superados con todo eso por el maravilloso poder de *atraerlo todo a ti*[1], que el Señor te había comunicado? ¿Quién podrá contar la muchedumbre de Santos, reyes, penitentes, guerreros, desconocidos de toda condición, multitudes infinitas, sin cesar renovadas gravitando en torno de tu santuario, como bajo la influencia de esas leyes que regulan el orden del firmamento que se eleva por encima de nuestras cabezas, sino aquel que enumera los astros del cielo[2]? Inmenso ejército continuamente en marcha hacia ese *campo de la estrella* desde donde irradiaban sus fulgores a todo el mundo. ¿No es este el sentido de la misteriosa misión atribuída, en nuestras antiguas leyendas, al gran emperador por quien fué fundada la Europa cristiana cuando, en el atardecer de un día de labor, contemplaba desde las orillas del mar de Frisia esa larga zona estrellada que, atravensando el

---

1 *S. Juan*, XII, 32.
2 *Ps.*, CXLVI, 4.

cielo de parte a parte semeja pasar por entre las Galias, Alemania e Italia para, desde allá, cruzando la Gascuña, País Vasco y Navarra, alcanzar las tierras de la lejana Galicia? Se narra que tú mismo te apareciste entonces a Carlos diciéndole: "Ese camino estrellado marca la ruta que se ofrece para rescatar mi sepulcro, y que después de ti seguirán todos los pueblos."

Los dos sepulcros. — Mas cuando pasamos a considerar que fueron dos sepulcros, en extremos opuestos, los polos queridos por Dios de este movimiento del todo incomparable en la historia de las naciones, uno en el que el mismo Dios descansó como en lecho de muerte, y el otro, oh hijo del Zebedeo, el que conserva en Compostela tu memoria, ¿cómo no prorrumpiremos presas de admiración en la exclamación del Salmista: "*¡Oh Dios, sumamente honrados han sido tus amigos!*"[1]. Ojalá que la inspiración de lo alto, cuyo retorno a las grandes peregrinaciones católicas es uno de los más felices augurios de nuestros tiempos, condujera de nuevo hacia Compostela a los hijos de los peregrinos de antaño. Nosotros, por nuestra parte, repetiremos con San Luis la colecta de tu fiesta, que con labios moribundos balbuceaba frente a Túnez: "Dígnate, Señor, ser el guardián y santificador

[1] Salmo, CXXXVIII, 17.

de tu pueblo, para que, protegido con la asistencia de tu Santo Apóstol Santiago, te agrade con sus obras y te sirva fielmente".

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN CRISTOBAL, MARTIR

El nombre de Cristóbal significa "portador de Cristo." Nos recuerda que Cristo habita efectivamente en nuestros corazones por la fe [1]. Conocemos el gracioso relato que se refiere a su nombre. Como muchos otros debían santificarse más tarde sobre tierras españolas, construyendo caminos y puentes destinados a facilitar el acceso al sepulcro de Santiago a los peregrinos, así también habíase entregado Cristóbal, en Licia, a la obra de transportar a los viajeros sobre sus fornidas espaldas desde una orilla a la otra de un revoltoso torrente, y todo por amor de Cristo. "*Lo que hicisteis con uno de los más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis*"[2] dirá el Señor en el día del juicio. Sucedió una noche que, siendo despertado por los gritos de un niño que le suplicaba le pasase a la otra orilla, Cristóbal, cuando estaba cumpliendo su deber de caridad, que siempre solía hacer, se undía por momentos entre las agitadas y amenazadoras

[1] *Ef.*, III, 17.
[2] *S. Mat.*, XXV, 40.

olas aquel gigante a quien jamás peso alguno había logrado encorvar; repentinamente su carga se le había hecho tan pesada como el mundo entero: "No te extrañe, —díjole en esto el misterioso niño—pues llevas encima a Aquel que sostiene el mundo." Y desapareció bendiciendo antes a su portador a quien dejó lleno de su fuerza divina.

Créese que fué coronado Cristóbal con el martirio imperando Decio. Los auxilios que nuestros padres sabían obtener de él contra las tormentas, los demonios, la peste y los accidentes de todo género le han colocado entre los santos *auxiliadores*. Encuadrábase en este día en numerosos lugares bajo el común auspicio de San Cristóbal y Santiago la bendición de los frutos del manzano.

ORACIÓN. — "Concédenos, oh Dios omnipotente, que los que celebramos el natalicio de tu Santo mártir Cristóbal por su intercesión seamos fortalecidos en el amor de tu Nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

26 DE JULIO

SANTA ANA, MADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

LA ABUELA DE JESÚS. — Uniendo Ana a la sangre de reyes la de Pontífices, aparece más glo-

riosa todavía por su incomparable descendencia. Más noble que todas las que han concebido en virtud del "*creced y multiplicaos*"[1] termina en ella la ley de la generación de toda carne como llegada a su límite, como ante el vestíbulo de Dios. Es el propio Dios quien debe nacer del fruto de su descendencia, hijo, acá abajo, únicamente de la Virgen bendita y nieto al mismo tiempo de Ana y Joaquín.

Antes de haber sido favorecidos con la más alta bendición que unión humana haya podido recibir, los dos santos abuelos del Verbo encarnado conocieron el dolor que purifica al alma. Tradiciones que se remontan a los orígenes del cristianismo, aunque están mezcladas de detalles de escaso valor, nos muestran a los ilustres esposos sumidos en la prueba de una prolongada esterilidad, expuestos por causa de la misma al desdén del pueblo, a Joaquín, rechazado del templo, ocultando su tristeza en el desierto, y a Ana, solitaria, llorando su viudez y su humillación. ¡Qué sentimientos tan exquisitos los de este relato, comparables a los más hermosos que nos han legado los Sagrados Libros!

"Cierto día en que se celebraba una gran solemnidad del Señor, Ana, a pesar de su profunda tristeza, despojóse de su vestido de duelo, adornó su cabeza, y se engalanó con sus vestiduras nupciales. Hacia la hora Nona descendió al

[1] *Gén.*, I, 28.

jardín para pasearse en él. Como viese un laurel, sentóse a su sombra y elevó su plegaria en presencia del Señor Dios, diciéndole: ¡Dios de mis padres, bendíceme y escucha mis súplicas de la misma manera que bendijiste a Sara dándole un hijo!

"Y elevando sus ojos al cielo vió sobre las ramas del laurel un nido de pajarillos. Entonces exclamó gimiendo: ¡Ay de mí, desgraciada! ¿Qué seno me ha llevado para ser de esta manera maldición de Israel?

"¿Con quién me compararé? No puedo hacerlo con los pajarillos del cielo porque ellos han sido bendecidos por ti, Señor.

"¿Con quién me compararé? Tampoco puedo compararme con los animales de la tierra porque también ellos son fecundos ante ti, Señor.

"¿Con quién me compararé? No puedo compararme con las aguas porque ellas de ninguna manera son estériles, como yo, en tu presencia, Señor, pues los ríos y los océanos abundantes de peces, te alaban con su oleaje y con su curso apacible.

"¿Con quién me compararé? Ni siquiera puedo compararme a la tierra misma porque también ella produce sus frutos a su debido tiempo bendiciéndote de esta manera, ¡oh, Señor!".

NACIMIENTO DE NUESTRA SEÑORA. — "En esto, apareciéndosele un ángel del Señor la dijo: Ana,

Dios ha escuchado tu oración; concebirás y darás a luz, y tu fruto será celebrado en toda la tierra habitada.

"Llegado que hubo el tiempo del alumbramiento Ana tuvo una hija y exclamó: Mi alma ha sido ensalzada en esta hora. Y púsole por nombre a la niña, María. Y cuando estaba dándole el pecho entonó este cántico al Señor.

"Cantaré las alabanzas del Señor mi Dios, porque me ha visitado, ha quitado mi oprobio dándome un fruto Santo. ¿Quién anunciará a los hijos de Rubén que Ana ha dejado de ser estéril. Escuchad, atended vosotras, las doce tribus: ¡Ana está criando!"[1].

La fiesta de Joaquín, que la Iglesia ha colocado en el segundo día en la Octava de la Asunción de su bienaventurada hija, nos dará ocasión para acabar la delicada exposición de las pruebas y alegrías que él también compartió. Avisado sobrenaturalmente por el cielo para que abandonase el desierto, encontró a su esposa bajo la puerta Dorada que da acceso al templo por la parte de Oriente. No lejos de allí, junto a la piscina Probática, donde los corderos destinados al sacrificio lavaban sus blancos vellones antes de ser ofrecidos al Señor, se levanta en nuestros días la basílica restaurada de Santa Ana, llamada primitivamente Santa María de la Natividad. Allí, en la quietud del paraíso fué donde

[1] Protoevangelio de Santiago.

germinó, sobre la raíz de Jesé, aquel tallo bendito saludado por el Profeta [1] y portador de la flor divina abierta en el seno del Padre antes que comenzasen a existir los siglos. Séforis, ciudad de Ana, y Nazaret, lugar donde vivió María, disputan, es cierto, a la ciudad santa el honor que reclaman en su favor antiguas y constantes tradiciones. Mas nuestros homenajes, ciertamente, no serán perdidos al dirigirlos en este día a la bienaventurada Ana, verdadero campo incontestable de prodigios cuyo recuerdo renueva la alegría de los cielos, el furor de Satanás y el triunfo del mundo.

ANA, SANTUARIO DE LA INMACULADA. — Aureolada con la incomparable paz que la circunda, saludemos en ella también la tierra victoriosa que eclipsa los campos de batalla más famosos. Verdadero santuario de la Inmaculada Concepción, en él fué reanudada por nuestra humillada raza la gran batalla [2] iniciada junto al trono de Dios por las escuadras celestiales. Allí, el infernal dragón arrojado de los cielos vió aplastada su cabeza, y Miguel, sobrepujado en gloria, pone gustoso el mando de los ejércitos del Señor en manos de la que desde el principio de su existencia, se declaraba amable Soberana.

¿Qué boca humana podrá narrar el pasmo de los principados angélicos, cuando la serena com-

[1] *Isaías*, XI, 1.
[2] *Apoc.*, XII, 7-9.

placencia de la Trinidad Santísima, pasando desde los radiantes Serafines hasta las últimas categorías de los nueve coros angélicos, inclinó su mirada de fuego a la contemplación de la santidad que súbitamente ha nacido en el seno de Ana? El Salmista había dicho de la ciudad gloriosa cuyos fundamentos se ocultan en la que antaño fué estéril: "Sus fundamentos están puestos sobre los montes santos"[1]; y las celestiales jerarquías que están en las cimas de las colinas eternas descubren desde allí alturas insospechadas que jamás alcanzarán, cumbres tan inmediatas a la divinidad que se apresta a asentar allí su trono. Como Moisés en presencia del zarzal en llamas sobre el Horeb, han sido presas de un santo temor al reconocer sobre el desierto de nuestro mundo despreciable *la montaña de Dios,* y comprender que la aflición de Israel en breve cesará[2]. María aunque oculta por la nube que la esconde todavía, es ya desde este momento en el seno de Ana la montaña bendita cuya base, (el punto de partida de la gracia) aventaja la cumbre de los montes en donde las santidades creadas más altas hallan su consumación en la gloria y el amor.

SANTIDAD DE ANA. — ¡Oh, con cuánta razón Ana, cuyo nombre significa gracia, por espacio

---

[1] Salmo, LXXXVI, 1.
[2] *Exod.,* III, 1-10.

de nueve meses fué el lugar de las complacencias del Altísimo, el éxtasis de los espíritus purísimos y la esperanza de toda carne! Sin duda fué María, la hija y no la madre, la que con su fragante perfume atrajo los cielos poderosamente a nuestras humildes regiones. Es propio del perfume impregnar de sí, ante todo, el vaso que la contiene, y aún cuando ya no le contenga, dejar en él su aroma. Acostúmbrase, por lo demás, a que este vaso sea también preparado de antemano con un cuidado exquisito, a que se le escoja de una materia tanto más pura y noble, a que se le realce con tantos más ricos adornos cuanto más rara y exquisita sea la esencia que en él se pretende conservar. Así María, la de Betania, encerró su nardo precioso en alabastro[1]. No creamos que el Espíritu Santo que asiste a la composición de los perfumes celestiales, pudo haber tenido de todo esto menos cuidado que los hombres.

DESTINO MATERNO DE ANA. — Ahora bien, el oficio de la bienaventurada Ana estuvo lejos de limitarse, como lo hace el vaso respecto del perfume, a contener pasivamente el tesoro del mundo. De su propia carne tomó un cuerpo aquella de quien Dios tomó carne a su vez y la alimentó con su propia leche; asimismo las pri-

[1] *S. Marc.*, XIV, 3.

meras nociones prácticas de la vida las recibió de su boca, aún cuando estuviese inundada directamente de la luz divina. Ana tuvo en la educación de su ilustre hija la misma parte que tienen las demás madres. No solamente dirigió los primeros pasos de María al abandonar sus rodillas, sino que fué plenamente la cooperadora del Espíritu Santo en la formación de esta alma y en la preparación de sus incomparables destinos.

Patrocinio de Ana. — *Sic fingit tabernaculum Deo,* de esta manera construyó ella un tabernáculo para Dios. Fué esta la divisa que llevaban, en torno de la imagen de Ana cuando instruía a María, las insignias de la antigua corporación de ebanistas y carpinteros que, considerando la confección de los tabernáculos de nuestras iglesias en donde Dios se digna habitar como su obra más elevada, había adoptado a Santa Ana como modelo y augusta patrona. ¡Dichosos tiempos aquellos en que lo que hoy se ha dado en llamar la ingenua sencillez de nuestros padres, progresaba bastante más en el conocimiento práctico de los misterios que la estúpida infatuación de sus hijos se gloría de ignorar! Los trabajos de hilandería, tejidos, costura y bordados, los menesteres de la administración doméstica, patrimonio de la *mujer fuerte,* exaltada en el

libro de los Proverbios [1], pusieron con toda naturalidad también en estos tiempos a las madres de familia, amas de casa, modistas, etc..., bajo la protección directa de la santa esposa de Joaquín. Más de una vez sucedió que aquellas a quienes el cielo hacía pasar por la dolorosa prueba que, bajo el nido de pajarillos, había dictado su conmovedora oración, experimentaron la poderosa intercesión de la dichosa madre de María, recibiendo ellas también la bendición del Señor Dios que había recibido Ana.

Su culto en Oriente. — Oriente precedió a Occidente en el culto público de la abuela del Mesías. Hacia mediado el siglo VI, Constantinopla le dedicó una iglesia. El *Typicon* de San Sabas pone su conmemoración litúrgica hasta tres veces al año: el 9 de Septiembre, en compañía de su Esposo San Joaquín; el 9 de Diciembre en que los griegos, que retrasan un día más que los latinos la solemnidad de la Concepción Inmaculada de Nuestra Señora, celebran esta fiesta bajo un título que recuerda más directamente la parte de Ana en el misterio; finalmente el 25 de Julio, que es llamado *Dormición* o muerte preciosa *de Santa Ana, madre de la santísima Madre de Dios*. Estas son las expresiones que debía adoptar por consiguiente el martirologio romano.

[1] *Prov.*, XXXI, 10-31.

EL CULTO EN OCCIDENTE. — Si Roma, siempre más reservada, sólo autorizó mucho más tarde la introducción en las iglesias latinas de una fiesta litúrgica de Santa Ana, sin embargo de eso no aguardó para obrar de esa suerte a que la piedad de los fieles la animase. Desde tiempos de San León III [1] y por orden expresa del ilustre Pontífice, representábase la historia de Ana y de Joaquín sobre los ornamentos sagrados destinados a las más nobles basílicas de la Ciudad Eterna. La Orden Carmelitana contribuyó poderosamente, mediante su venturosa transmigración a nuestras comarcas, al desarrollo creciente de un culto exigido, por otra parte, como naturalmente por el progreso de la devoción de los pueblos a la Madre de Dios. Esta estrecha relación de los dos cultos es recordada, en efecto, en los términos de la concesión por la que, el 28 de Julio de 1378, Urbano VI daba satisfacción a los deseos de los fieles de Inglaterra y autorizaba para este reino la fiesta de la bienaventurada Ana [2]. En el siglo precedente, la Iglesia de Apt, en Provenza, estaba en posesión de esta solemnidad: prioridad que se explica en ella por el hecho de pretender hallarse en posesión de su cuerpo, que le habrían traído los Cruzados de Tierra Santa. La Iglesia de Apt hizo más tarde donación de estas reliquias a numerosas

[1] 795-806.
[2] Labbe: *Les Conciles,* XI, p. II, col., 2050.

iglesias, y notablemente, a la insigne Basílica de San Pablo Extramuros.

El 1 de Mayo de 1584 Gregorio XIII ordenó la celebración de la fiesta del 26 de Julio a todo el orbe con rito *doble*. León XIII fué quien debía en nuestros días (1879) elevarla, junto con la de San Joaquín, a la dignidad de las solemnidades de *segunda Clase*. Mas ya antes, el 1622, Gregorio XV, curado por Santa Ana de una grave enfermedad, había colocado su fiesta entre las de precepto importando la abstención de trabajos serviles.

ALABANZAS A LA ABUELA. — ¡Oh Santa Ana!; más feliz tú, que la esposa de Elcana, cuyo nombre [1] llevas, y que fué figura tuya por las mismas pruebas, cantarás desde este momento las grandezas del Señor [2]. ¿Dónde está ahora la altiva sinagoga que te despreció? La descendencia de la estéril es hoy innumerable. Y todos nosotros, conducidos por nuestra Madre, venimos gozosos a presentarte en este día nuestras ofrendas. ¡Qué fiesta hay más enternecedora que la de la abuela, en la que, como hoy se le acercan los nietos a darle sus respetos y amor!

PLEGARIA POR LA MUJER. — ¡Oh madre, acoge benigna nuestros cantos y bendice nuestros an-

[1] *I de los Reyes*, I, 1.
[2] *Ibid.*, II, 1-8.

helos! Sénos propicia siempre, cuando elevemos nuestras súplicas desde este valle de lágrimas. Escucha a las madres y a las esposas en sus deseos, en sus dolorosas confidencias. Mantén las tradiciones del hogar cristiano. Mas, por desgracia, ¡cuán numerosas son ya las familias por donde ha pasado el hálito devastador del siglo, destruyendo la seriedad de la vida, debilitando la fe, sembrando solo la impotencia, la frivolidad y la laxitud, si no son cosas peores, en lugar de las alegrías fecundas y auténticas de nuestros padres! Si el sabio volviese a habitar de nuevo entre nosotros sin duda exclamaría: "¡Quién hallará a la mujer fuerte!"[1]. Sólo ella, en efecto, dado su ascendiente, puede conjurar todos estos males; mas a condición de no olvidar en dónde está el secreto de su poder, a saber, en los más humildes quehaceres domésticos, realizados por ella misma, silenciosa y abnegadamente; en las prolongadas vigilias, en la previsión de cada momento, en todos esos trabajos de costura, lana, punto. Todos estos trabajos le ganan la admiración y confianza de su esposo y el ascendiente sobre los demás; le aseguran la abundancia en el hogar, la bendición del pobre socorrido por sus manos, el aprecio de los extraños, el respeto de los hijos y ella adelanta en el temor de Dios, en noblezada, dignidad y bondad lo

[1] *Prov.*, XXXI, 10.

mismo que en fortaleza, prudencia, dulzura, gozo y confianza para el día postrero de su vida [1].

27 DE JULIO

SAN PANTALEON, MARTIR

UN MÉDICO SANTO. — La Iglesia oriental celebra hoy uno de sus *mayores mártires*. Médico de los cuerpos y conquistador de las almas, dícese que, su nombre, que significa fortaleza del león, fué trocado por Cristo, en el instante en que se disponía a morir, en el de Panteleemón que quiere decir, *todo misericordioso*, símbolo de los bienes que la liberalidad del Señor se disponía a esparcir por la tierra y de la misericordia que obtendrían quienes la demandasen por su intercesión.

Sus reliquias fueron distribuídas en numerosas iglesias occidentales y su fama le colocó entre los santos *auxiliadores*. En la Colecta pide la Iglesia para nosotros la salud corporal tan útil como frecuente en el servicio de Dios y del prójimo.

VIDA. — Verosímilmente Pantaleón procedía de Nicomedia. Su muerte se coloca ordinariamente en los comienzos del siglo IV, hacia el 305, es decir, durante la gran persecución de Diocleciano y Maximiano. Después de haber padecido numerosos suplicios, créese

[1] *Prov.*, XXXI, 11-28.

murió decapitado. Su culto se popularizó en seguida extendiéndose por Occidente. Roma le consagró cuatro iglesias. Consérvase en Ravello, cerca de Amalfi, una ampolla que contiene su sangre, la cual se torna en estado líquido, como la de San Genaro, todos los años en el día de su fiesta. Es uno de los patronos de la corporación de los médicos.

PLEGARIA. — "*¿Qué hay más dulce que la miel, y más fuerte que el león?*"[1] Oh santo Mártir, tú más fuerte que Sansón planteaste y resolviste en ti mismo el enigma: *de la fortaleza ha salido la dulzura*[2]. Oh león, que caminas intrépidamente en pos del León de Judá, tú también supiste imitar su inefable mansedumbre; y así como mereció ser llamado eternamente *el Cordero*, así ha querido que su *misericordia* resplandezca en su nombre imperecedero por el que, transformando el tuyo terreno, ha querido invitarte al eterno festín de los cielos. Por el honor del que es tu timbre de gloria suplicámoste justifiques tu nombre más y más. Sé propicio con los que te imploran, con los desgraciados a quienes la triste consunción aproxima cada día a las puertas de la tumba, con los médicos que, como, tú, se desviven por la salud de sus hermanos; ayúdales a hacer llevaderos los padecimientos físicos, a sanar los cuerpos; enséñales, sobre todo, a curar las llagas morales, a salvar sus almas.

---

[1] *Jueces*, XIV, 18.
[2] *Ibid.*, 14.

28 DE JUNIO

SAN NAZARIO Y SAN CELSO, MARTIRES
SAN VICTOR I, PAPA Y MARTIR
SAN INOCENCIO I, PAPA Y CONFESOR

San Nazario y San Celso. — Gloria de Milán y de San Ambrosio fué el ofrecer a la veneración de los fieles a los Santos Nazario y Celso. Los dos, se cree, fueron del número de los más antiguos mártires de Milán. Sus cuerpos habían sido sepultados en un jardín, situado fuera de los muros de la ciudad, y no eran objeto de un culto especial antes de fines del siglo IV. Más aún, la tumba de S. Celso había caído en el más completo olvido. Pero en el 395 San Ambrosio procedió a reconocer los restos de San Nazario. Se encontró el cuerpo bien conservado, la cabeza separada del tronco y la sangre fresca todavía. Colocósele en una carroza con todo respeto, y, formando en procesión, el pueblo siguió al obispo, quien antes de llevar a Milán las reliquias, se detuvo a orar delante de otra tumba: la de San Celso, al que llamó así San Ambrosio, acaso por revelación, para que le honrasen los fieles. Sólo las reliquias de San Nazario, se llevaron procesionalmente a la ciudad y depositándolas en la iglesia de los Santos Apóstoles que, desde entonces, fué la de San Nazario. En el siglo X las

reliquias de San Celso fueron trasladadas a su vez a una iglesia de Milán que le fué dedicada. Muy pronto, sin embargo, asoció la Liturgia a los dos mártires en una misma fiesta. Sin embargo gozó San Nazario de mayor celebridad en todo el Occidente. La antigua catedral de Autun estaba dedicada al santo así como también una basílica de Embrún; lo estuvieron también muchos pueblos de Francia.

San Víctor. — Nació en Africa. Sucedió al Papa Eleuterio hacia el año 189, reinando por espacio de diez años, y según el *Liber Pontificalis* murió mártir. Autoritario y enérgico fué el esclarecido defensor de la Tradición. Excomulgó a Teodoto que enseñaba que Cristo era solo hijo adoptivo de Dios. Condenó a los Montanistas de Frigia que sólo querían gobernarse según revelaciones privadas. Finalmente, prohibió la costumbre de las iglesias de Asia que celebran la Pascua como los judíos, en el plenilunio de Abril y en cualquier día de la semana que cayese. En su tiempo consolidóse notablemente el pontificado y dejó sentir su influencia en toda la cristiandad.

San Inocencio I. — San Víctor, en el siglo II, había afirmado con hechos la primacía de la Iglesia romana. Con San Inocencio I vemos que, desde hace mucho tiempo es una tradición reco-

nocida en toda la Iglesia, y el Papa la recordó autoritativamente a ciertos obispos que intentaron sustraerse a ella. Este Pontífice oriundo de Albano, reinó del 401 al 417, y su infatigable solicitud se extendió por toda la Iglesia. Sus decretales hicieron ley en España, Galia e Italia. Exigió a los Obispos de Constantinopla, Alejandría y Antioquía la rehabilitación de San Juan Crisóstomo, injustamente depuesto de su sede. Reprendió al Obispo de Jerusalén por causa de su negligencia. Ratificó la condenación fulminada por los Obispos de Africa contra los Pelagianos, que negaban la necesidad de la gracia. Sin embargo llenaron de luto su pontificado la toma y saqueo de Roma por los bárbaros de Alarico que entraron en la ciudad cuando él estaba fuera. Emprendió ardorosamente la tarea de levantarla de sus ruinas, y demostrando su mucha caridad socorriendo a las víctimas. San Inocencio I es uno de los mayores papas del siglo v.

PLEGARIA A LOS MÁRTIRES CONFESORES. — Gloriosos Papas que, tanto por la efusión de vuestra sangre sobre la arena, como por los decretos promulgados desde la Silla apostólica, habéis exaltado la fe del Señor, dignaos acoger nuestras súplicas. Haced que comprendamos la enseñanza que para nosotros supone vuestra colocación en el ciclo sagrado. Sin ser mártires ni Pontífices podemos con todo eso merecer el ser asociados a vues-

tra gloria. Pues el motivo que explica vuestra común entrada en la bienaventuranza en este día, debe ser también, para cada uno de nosotros y en grado diverso, la razón de nuestra salvación: En Cristo Jesús, dice el Apóstol, sólo vale la fe actuada por la caridad [1]. En esta fe, por la que vosotros trabajásteis y padecísteis, esperamos nosotros el premio de la justicia [2] y aguardamos la corona [3].

Nazario y Celso, que no temísteis dar vuestra vida por Jesucristo, obtenednos la gracia de estimar el tesoro que todo cristiano está obligado a valorizar, obrando y cantando alabanzas a Dios. Victor, celoso guardián de las tradiciones de la alabanza divina, defendiendo la celebración de la Pascua, vengador del Verbo Dios hecho hombre; Inocencio, oráculo incorruptible de la gracia de Cristo Salvador, testigo también de sus inexorables justicias: enséñanos la confianza y el temor, la rectitud en nuestras creencias y la delicadeza que conviene al cristiano en lo que a esta fe se refiere, fundamento único para él de la justicia y del amor. Mártires y Pontífices conducidos por el camino recto que lleva al cielo.

---

[1] *Gal.*, V, 6.
[2] *Gal.*, V, 5.
[3] *II Timo.*, IV, 8.

29 DE JULIO

SANTA MARTA, VIRGEN

HOSPEDERA DEL SEÑOR. — "En cualquiera ciudad o aldea que entréis, informaos de quién hay en ella digno, y quedaos allí"[1], decía el Hombre-Dios a sus discípulos. Ahora bien, nos narra San Lucas, sucedió que, yendo de camino, entró él en una aldea, y una mujer llamada Marta le acogió en su casa[2]. ¿Dónde encontraremos un elogio más bello y alabanza más cierta de la hermana de Magdalena, que en la confrontación de estos dos textos evangélicos?

Este lugar donde se acogió como digno de él, y que fué escogido por Jesús para darle hospedaje: este *villorrio,* dice San Bernardo[3], era nuestro humilde planeta, perdido, como obscura aldehuela, en la inmensidad de las posesiones del Señor[4]. El Hijo de Dios, abandonados los cielos, caminaba en busca de la obeja perdida, llevado del amor[5]. Oculto en el disfraz de nuestra carne pecadora[6] vino a este mundo, hechura de sus manos, mas el mundo no le conoció[7]. Is-

---

[1] *S. Mat.,* X, 11.
[2] *S. Luc.,* X, 38.
[3] Bernardo, 2.º *Sermón sobre la Asunción.*
[4] *Baruch.,* III, 24-25.
[5] *Ps.,* XVIII; *S. Mat.,* XVIII, 12.
[6] *Rom.,* VIII, 3.
[7] *S. Juan,* I, 10.

rael, pueblo suyo, no le puso ni siquiera una piedra donde recostar su cabeza [1]; y le abandonó en su sed viéndose obligado a mendigar el agua de los Samaritanos [2]. Nosotros los rescatados a la gentilidad por él, a quienes buscaba amorosamente con sacrificios y renuncias, ¿no es cierto que debemos unir nuestro agradecimiento al suyo para aquella que, no haciendo caso de la impopularidad del presente y de las amenazas de persecución en el futuro, quiso saldar para con él una deuda común a todos nosotros?.

Privilegio de Marta. — ¡Gloria, pues, sea dada a la hija de Sión que, fiel a las tradiciones hospitalarias recibidas de sus antepasados los patriarcas, fué bendecida mucho más que ellos en el ejercicio de tan noble virtud! Con más o menos claridad, supieron, eso no obstante, estos antecesores de nuestra fe que el deseado de Israel y esperado de las naciones debía aparecer como viajero y peregrino sobre la tierra [3]. Por eso, ellos mismos, peregrinos de una patria mejor y sin morada fija, honraban al futuro Salvador en todo desconocido que a su tienda se acercaba [4]; lo mismo que nosotros debemos venerar a Cristo en el huésped que su bondad nos en-

---

[1] *S. Mat.*, VIII, 20.
[2] *S. Juan*, IV, 6, 7.
[3] *Gén.*, *XVIII*, 1-5; XXIII, 6; XXVI, 28.
[4] *Hebr.*, XI, 8-16.

vía[1]. Para ellos, lo mismo que para nosotros, esta relación que se les indicaba entre *el que había de venir* y el forastero que buscaba un asilo, hacía de la hospitalidad una de las más ilustres allegadas de la caridad. Más de una vez la visita de Angeles, presentándose bajo apariencias humanas en los buenos servicios de su celo, manifestó, efectivamente, la complacencia del cielo [2]. Pero, si es justo estimar en su debido valor estas celestiales finezas de las que en manera alguna era digna la tierra, no hay que olvidar que mucho más elevado fué el privilegio de Marta, verdadera dama y princesa de la santa hospitalidad, desde el momento en que colocó su bandera en la cumbre hacia donde convergen todos los siglos que precedieron a aquel momento y los que seguirán.

Si fué meritorio honrar a Cristo, antes de su venida, a aquellos que, de lejos o de cerca, eran figura suya; si Jesús promete la eterna recompensa a cualquiera que le ampare y sirva en sus miembros místicos, sin duda más laudable fué y más mereció aquella que recibió en persona a Aquel cuyo simple recuerdo o memoria comunica a la virtud, en todos los tiempos, mérito y grandeza. Y así como supera Juan a to-

---

[1] *S. Mat.*, XXV, 35, 40.
[2] *Hebre.*, XIII, 2.

dos los Profetas[1] por haber mostrado presente al Mesías a quienes ellos anunciaron desde lejos, así el privilegio de Marta, que recibe su excelencia de la propia y directa excelencia del Verbo de Dios a quien ella socorrió en la misma carne que había tomado para salvarnos, la coloca por encima de todos los que practicaron las obras de misericordia.

ACCIÓN Y CONTEMPLACIÓN. — Mas no creamos que, porque María haya escogido la mejor parte a los pies del Señor[2], la de Marta haya de ser menospreciada. El cuerpo es uno solo, más tiene numerosos miembros; y todos estos miembros no tienen un idéntico oficio. Así, el empleo de cada miembro con Cristo es diverso según la gracia que haya recibido, ya sea para *profetizar* o sólo para *servir*[3]. Y el apóstol, exponiendo esta diversidad del divino llamamiento, decía: "Por la gracia que me ha sido dada, os encargo a cada uno de vosotros no sentir por encima de lo que conviene sentir, sino sentir modestamente, cada uno según Dios le repartió la medida de la fe"[4]. ¡Oh discreción, custodia de la doctrina y *madre de todas las virtudes*[5], cuántas pér-

[1] *S. Luc.*, VII, 28.
[2] *Ibid.*, X, 42.
[3] *Rom.*, XII, 4-7.
[4] *Ibid.*, 3.
[5] Reg., S. P. Benedicti, LXIV.

didas en las almas y frecuentes naufragios podrías tú evitar!

"Quienquiera que se ha entregado plenamente a Dios—dice San Gregorio con su habitual criterio siempre tan exacto—debe cuidar de no darse sólo a las obras, sino que debe tender también a las cumbres de la contemplación. Conviene saber bien, eso no obstante, que existe una gran variedad de temperamentos espirituales. Uno que podría vacar pacíficamente a la contemplación de Dios, quizás sucumba aplastado bajo el peso de las obras; otro que habría llevado una vida honesta en medio de la acostumbrada ocupación de los negocios humanos, será tal vez mortalmente herido con la espada de una contemplación que excedería sus fuerzas; todo ello unas veces por falta de amor que impide al descanso degenerar en languidez, otras, por falta de temor que nos guarda de ilusiones orgullosas y sensuales. El hombre que quiere ser perfecto, debe primero andar por el camino trillado de la práctica de las virtudes, para ascender a las alturas con mayor seguridad, abandonando acá abajo todo impulso de los sentidos que sólo son capaces de extraviar la búsqueda del espíritu y toda imagen cuyos límites no puedan adaptarse a la luz sin término que él desea contemplar. A la acción, pues, el primer tiempo; a la contemplación el último. El Evangelio alaba a María, pero en manera alguna censura a Marta porque

grandes son los méritos de la vida activa, aunque mejores los de la contemplativa"[1].

Figura de la Iglesia. — Si queremos penetrar más en el misterio de las dos hermanas observemos que, aún cuando sea María la preferida, no fué en su casa ni en la de su hermano Lázaro, sino en la de Marta, donde el Hombre-Dios se manifestó morando acá abajo con aquellos a quienes amaba. *Jesús*—dice San Juan—*amaba a Marta y a su hermana María y a Lázaro*[2]. Lázaro, figura a los penitentes que su misericordiosa omnipotencia llama cada día de la muerte del pecado a la vida divina; María, entregándose desde este mundo a las ocupaciones de la eternidad; Marta, finalmente, nombrada aquí la primera como de mayor edad que sus dos hermanos, la primera por el tiempo místicamente, como ha dicho arriba San Gregorio, mas también como de quien dependen el uno y la otra en esta morada cuya administración está encomendada a sus cuidados. ¿Quién no reconocerá aquí al tipo perfecto de la Iglesia, donde, en la abnegación de un fraternal amor bajo la mirada del Padre que está en los cielos, el misterio activo tiene la precedencia del gobierno sobre todos aquellos a quienes la gracia conduce a Jesús? ¿Quién no comprendería por eso las preferen-

[1] Moral, en Job, V, 26, *passim*.
[2] *S. Juan*, XI, 5.

cias del Hijo de Dios para esta casa bendita? La hospitalidad que recibía en ella, por más abnegada que fuese, le descansaba menos de su trabajoso camino que la vista tan perfilada ya de la Iglesia que le habrá arrastrado del cielo a la tierra.

El honor de servir. — Marta comprendió, pues, anticipadamente que cualquiera que tenga la primacía debe ser el servidor. De la misma manera que el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir [1]; del mismo modo que más tarde el Vicario de Cristo se llamará siervo de los siervos de Dios. Mas, sirviendo a Jesús como servía ella con El y por El a su hermano y a su hermana, ¿quién habrá que dude que más que nadie tenía ella parte en las promesas del Hombre-Dios, cuando decía: "Si alguien me sirve, que me siga, y donde yo esté, también estará allí mi servidor... y mi Padre le honrará?" [2]. Y esta regla tan hermosa de la hospitalidad antigua, que creaba entre el huésped y el extranjero una vez admitido a su hogar, lazos semejantes a los de la sangre, ¿creeremos nosotros que en el caso presente el Emmanuel no habría reparado en ella, siendo así que su evangelista nos dice que "a cuantos le recibieron

[1] *S. Mat.*, XX, 26-28.
[2] *S. Juan*, XII, 26.

dióles potestad de llegar a ser hijos de Dios?"[1]. Efectivamente, nos dice El mismo, "quien me recibe a mí, no es a mí a quien recibe, sino al que me ha enviado"[2].

La paz prometida a toda casa que se mostrase digna de recibir a los enviados celestiales[3]; la paz que va acompañada siempre del Espíritu de adopción de hijos, se posó sobre Marta con una incomparable abundancia. La exuberancia demasiado humana que al principio se había dejado entrever en su nerviosa solicitud, había sido para el Hombre-Dios ocasión de mostrar su divino celo en la perfección de esta alma tan pura y sacrificada. Al contacto sagrado, la naturaleza viva de la hospedera del Rey pacífico, despojóse de todo lo que le quedaba de febril inquietud; y más obsequiosa servidora que nunca, más estimada que ninguna otra[4], bebió con su ardiente fe en el Hijo de Dios vivo[5] aquella inteligencia de lo único necesario y de la mejor parte[6] que un día debía ser también la suya. ¡Cómo se nos muestra aquí Jesús como maestro de la vida espiritual y modelo de prudente firmeza, de dulzura paciente, de sabiduría celestial en la dirección de las almas a las cumbres[7]!

---

1 *Ibid.*, I, 12.
2 *S. Marc.*, IX, 37.
3 *S. Mat.*, X, 12.
4 *S. Mat.*, XXVI, 6; *S. Juan*, XXII, 2.
5 *S. Juan*, XII, 27.
6 *S. Luc.*, X, 42.
7 *S. Juan*, XI.

BETANIA. — Hasta el final de su carrera mortal, según el consejo de estabilidad que El mismo había dado a los suyos [1], el Hombre-Dios permaneció fiel a la hospitalidad de Betania. De allí partió para salvar al mundo con su dolorosa Pasión y, cerca de la misma Betania quiso, al abandonar el mundo, volver a los cielos [2].

SERVIDA POR EL SEÑOR. — ¡Oh Marta!, envidiable es tu lugar en los cielos, una vez que has tomado posesión de la mejor parte para siempre. Pues, según dice San Pablo, "los que desempeñaren dignamente su ministerio alcanzarán honra y gran autoridad en la fe de Cristo Jesús"[3]. El servicio ministerio que desempeñan los diáconos, de los que habla el Apóstol, en la Iglesia le has hecho tú con su Cabeza y Jefe. Tú has sabido *gobernar bien tu propia casa* [4] que

[1] *S. Luc.*, X, 7.

[2] Fuera del Evangelio, nada nos dice la antigua literatura cristiana, o casi nada, relativo a Santa Marta. En ningún lugar se trata de su sepultura, ni aún siquiera de su vida después de la Pasión.

La ciudad de Tarascón posee, desde el siglo IX, una iglesía dedicada a Santa Marta. Mas ésta es una virgen martirizada en Persia el año 347. A últimos del siglo XII, como se hablaba mucho de la venida de Santa María Magdalena a Provenza, con mucha naturalidad se identificó a la mártir con la santa hospedera del Señor y aún se descubrieron sus reliquias. Posteriormente Santa Marta ha sido muy venerada en la comarca, y con el tiempo ha llegado a ser la patrona de todos los hosteleros.

[3] *Tim.*, III, 13.

[4] *Ibid.*, 4.

era figura de esta casa tan amada del Hijo de Dios. Ahora bien, nos dice el Doctor de las gentes "Dios no es injusto, no olvida vuestras obras y el amor que le habéis demostrado los que habéis servido a los santos"[1]. Y el Santo de los Santos, convertido en tu huésped y deudor, ¿no nos deja desde este momento entrever tus grandezas cuando, hablando del siervo fiel constituído como procurador de su familia, exclama: "Dichoso el siervo aquel a quien, al venir su amo, hallare que hace así. En verdad os digo que le pondrá al frente sobre toda su hacienda?"[2]. Llegó ya el momento del eterno encuentro. Sentada desde hoy en la morada de este huésped, fiel más que ningún otro a las leyes de la hospitalidad, le verás hacer de su mesa la tuya[3] y, ciñéndose a su vez, te servirá como tu le serviste a él[4].

Al servicio de la Iglesia. — Desde el lugar de tu descanso, protege a los que administran los intereses de Cristo acá en la tierra en su cuerpo místico que es toda la Iglesia, en sus miembros fatigados o dolientes que son los pobres y los afligidos de cualquier manera. Bendice y multiplica las obras de la santa hospitalidad. Que el vasto campo de la misericordia y

[1] *Hebr.*, VI, 10.
[2] *S. Mat.*, XXIV, 46-47.
[3] *S. Luc.*, XXII, 30.
[4] *Ibid.*, XII, 37.

de la caridad vea acrecentar cada vez más en nuestros días sus prodigiosos frutos. ¡Qué no se pierda nada de la laudable actividad en donde se consume el celo de tantas almas generosas! Y con este motivo enséñanos, ¡oh santa hermana de María! a no anteponer nada al *"único necesario"*, a estimar en su debido valor "la mejor parte"[1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTOS MARTIRES

UN PAPA Y TRES MÁRTIRES. — La Iglesia conmemora en este mismo día al Papa Félix II, a los hermanos mártires Simplicio, Faustino y su hermana Beatriz.

Los dos hermanos mártires fueron ahogados en el Tíber en el 304, durante la persecución de Diocleciano. Su hermana, cuyo nombre se transformó más tarde en el de Beatriz, recogió sus cuerpos dándoles honrosa sepultura. No tardó mucho en seguirles ella misma, ahogada por los paganos, fué enterrada junto a sus hermanos. Desde el siglo IV se yergue una basílica sobre sus sepulcros. En el año 683, León II trasladó sus reliquias a Santa-Bibiana. Actualmente se encuentran en Santa María la Mayor.

[1] *S. Luc.*, X, 38-42.

Félix II, después de haber desempeñado en Roma, del 355 al 358, las veces del Papa Liberio mientras duró el exilio de éste, fué arrojado de Roma al regresar el desterrado muriendo cerca de Porto en el 365. Más tarde se le confundió con un mártir llamado también Félix, lo que le valió el culto con que le celebramos hoy al mismo tiempo que a Santa Beatriz y a sus hermanos.

ORACIÓN. — "Te rogamos, Señor, hagas que, así como el pueblo cristiano se regocija con la festividad temporal de tus Santos Mártires, Félix, Simplicio, Faustino y Beatriz, goce de la gloria eterna, y lo que celebra ahora con el deseo, lo posea un día con la realidad. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

30 DE JULIO

SAN ABDON Y SENEN, MARTIRES

BIENAVENTURANZA DE LOS PERSEGUIDOS. — La Iglesia ha elegido en este día el Evangelio de las Bienaventuranzas para poner ante nuestra consideración la felicidad de los que son de Dios, de los que no titubean un instante en abandonarlo y en sufrirlo todo para serle fieles. Y de estas ocho bienaventuranzas que nos hace leer, la postrera es la más inesperada: "Bienaventu-

rados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos."

"¿Qué hay que temer de hombres que se apartan del mundo, que limitan en lo que pueden las asperezas de ambiciones terrenas y renuncian a toda rivalidad; de hombres misericordiosos y pacíficos que sólo obran el bien? Se llevan bien con sus prójimos, son inofensivos, ¿porqué perseguirlos, pues?" La leyenda de los Santos Abdón y Senén nos dice que eran ambos cristianos y que tenían la costumbre de enterrar dignamente a los mártires. ¿Qué motivo tenía nadie para odiarles por ello? Y, sin embargo, fueron detenidos, encarcelados y conducidos a la muerte por solo estos crímenes. "La historia nos enseña, efectivamente, que los hombres difícilmente soportan un espíritu que no es el suyo y, sobre todo, principios que superan a los suyos. Se dan entonces las persecuciones sufridas "por la justicia" por la sola adhesión a Dios y a su voluntad. El odio de Dios y del bien podrá parecer inexplicable, mas es real. Hay personas que sólo son perseguidas y molestadas por su virtud, por causa de Aquel a quien sirven y representan.

"Mas, ¿cómo explicar la bienaventuranza relacionada con los perseguidos? Porque, sencillamente, el padecimiento es una etapa momentánea; por otro lado, la promesa divina es de tales proporciones que borra todo temor. A más de

esto, solo hay verdadera dicha uniéndose a Dios, por lo que nosotros debemos considerar como una gran fortuna todo aquello que nos acerca más a El"[1]. Esta fué la felicidad y el gozo de nuestros mártires y su herencia por toda una eternidad.

VIDA. — Poco sabemos sobre los santos Abdón y Senén. Las pinturas de su cripta sepulcral nos hacen pensar que eran nobles persas. Sus nombres prueban que eran de origen oriental, mas su sepultura en las inmediaciones de un barrio obrero y junto a los almacenes de un gran puerto, ha hecho suponer que más bien eran comerciantes o bien obreros, o quién sabe si esclavos. Verosímilmente vertieron su sangre por Cristo bajo Decio o Valeriano, mediado el siglo III. Sus cuerpos fueron sepultados en el cementerio de Ponciano y en su honor se levantó una basílica junto a la vía de Porto. En el siglo IX el Papa Gregorio IV depositó sus reliquias en la basílica de San Marcos. Créese que una parte de estas reliquias fué trasladada al Monasterio de Notre-Dame, en Arles-sur-Tech, en la diócesis de Perpignan. Su fiesta, mencionada en el calendario de 354, es una de las más antiguas de la liturgia romana.

PLEGARIA. — Recitaremos en su honor el antiguo y hermoso Prefacio que el Sacramentario gregoriano asigna para este día. "Verdaderamente es digno y justo que te alabemos, oh Dios, y que cantemos tu magnificencia en tus Santos. Tú les has predestinado para gloria eterna des-

[1] Dom Delatte, *L'Evangile*, I, 175.

de antes de la creación del mundo a fin de mostrar a esta tierra por medio de ellos la luz de tu verdad. Tú les has amado por el Espíritu de la verdad para que fueran capaces de vencer el temor de la muerte en su carne débil. En medio de todos estos Santos se encuentran tus mártires Adbón y Senén que han florecido cual rosas y lirios en el jardín de tu Iglesia. Sangre de tu único Hijo era la que corría sobre ellos al tiempo que combatían y daban el testimonio de tu nombre y, en recompensa de sus sufrimientos, El les ha revestido del blanco esplendor de los lirios."

31 DE JULIO

SAN IGNACIO, CONFESOR

LUTERO. — Aún cuando el ciclo del tiempo después de Pentecostés nos haya manifestado en numerosas ocasiones la solicitud con que el Espíritu Santo vela por la defensa de la Iglesia, vuelve a resplandecer en este día la enseñanza de una manera nueva. En el siglo XVI, una formidable acometida se había desencadenado contra la Iglesia. Satanás había escogido como jefe a un hombre, caído como él de las alturas del cielo. Lutero, solicitado desde su juventud por gracias de predilección propias de los perfectos, no supo, en un día de extravío, resistir al espí-

ritu de rebeldía. Como Lucifer, que pretendía ser igual a Dios, encaróse con el Vicario del Altísimo sobre el monte del Testamento [1]; pronto, rodando de abismo en abismo, arrastró en pos de sí la tercera parte de los astros del cielo de la santa Iglesia [2]. ¡Ley misteriosa y terrible, aquella que tan frecuentemente deja en las esferas del mal al hombre o al ángel caído el imperio que debía ejercer para el bien y para el amor! Mas la eterna sabiduría jamás queda frustrada; precisamente entonces, frente a la libertad pervertida del ángel o del hombre, implanta esta otra ley de sustitución misericordiosa de la que fué Miguel el primer beneficiado.

VOCACIÓN DE IGNACIO. — La vocación de Ignacio a la santidad sigue paso a paso en su desarrollo a la apostasía de Lutero. En la primavera del año 1521, Lutero, desafiando a todos los poderes, acababa de abandonar Worms y de recluirse en Wartbourgo [3], cuando Ignacio recibía en Pamplona la herida que había de retirarle del mundo y encaminarle poco después a Manresa. Valeroso como sus nobles antepasados, se había sentido penetrado desde sus primeros años

[1] *Isaías*, XIV, 13.
[2] *Apoc.*, XII, 4.
[3] La dieta de Worms en donde tuvo lugar la ruptura oficial del heresiarca en presencia de los diversos órdenes del imperio, vió consumarse esta ruptura en los últimos días de Abril, y fué en el 20 de Mayo cuando Ignacio recibió la herida cuya consecuencia fué su conversión.

del ardor belicoso que se les vió mostrar sobre los campos de batalla de la tierra de España; mas la campaña contra el Moro ha tocado a su fin precisamente en los días de su nacimiento [1]. ¿Podrá creerse que para satisfacer sus caballerescos instintos sólo tendrá porfías mezquinas?

El único y verdadero Rey digno de su grande alma se le revela en la prueba que detiene sus proyectos mundanos; una nueva milicia preséntase a su ambición; comienza otra cruzada. El año de 1522 contempla, desde los montes de Cataluña a los de Turingia, el desarrollo de la divina estrategia de la que únicamente los ángeles poseen todavía el secreto.

Montserrat. — Admirable campiña en donde diríase que el cielo se contenta con observar a los poderes del mal, dejándoles tomar la delantera y únicamente reservándose el derecho de hacer sobreabundar la gracia allá mismo donde pretende abundar la iniquidad [2]. Así como el año precedente, tres semanas después de consumada la rebelión de Lutero, había tenido lugar el primer llamamiento de Ignacio; a tres semanas igualmente de distancia, he aquí que el infierno y el cielo exhiben sus elegidos bajo la diferente armadura que corresponde a los dos campos, cuyos jefes serán ambos. Diez meses de extrañas

---

[1] 1491.
[2] *Rom.*, V, 20.

manifestaciones han preparado al lugarteniente de Satanás en el forzado retiro que él denominó "su Patmos"; y el 5 de Marzo, conculcando la orden de destierro, el tránsfuga del sacerdocio y del claustro abandona Wartbourgo transformado, bajo la coraza y el casco, en caballero espúreo. El 25 del mismo mes, en la noche gloriosa en que el Verbo tomó carne, el flamante soldado de las armas del reino católico, el descendiente de los Iñigo y de los Loyola, vestido de saco, insignia de la pobreza que revela sus nuevos proyectos, pasa en oración en Montserrat la noche velando las armas. Suspende del altar de María su bien templada espada y de allí se dirige a luchas desconocidas que le esperan en un combate sin conmiseración contra sí mismo.

París. — A la bandera del libre examen pone sobre la suya por única divisa: *¡A la mayor gloria de Dios!* Pronto se le ve en París, (en donde Calvino secretamente recluta a los futuros hugonotes), para alistar, a favor del Dios de los ejércitos, la compañía de vanguardia que debe proteger a las huestes cristianas iluminando su camino, dando y recibiendo los primeros golpes. Inglaterra, a primeros del año 1534, imita en su apostasía a Alemania y a los países del Norte, cuando el 15 de Agosto de este mismo año los primeros soldados de Ignacio junto con él sellan en Montmartre el compromiso definitivo que más

tarde renovarán solamente en San Pablo Extramuros. Porque en Roma ha fijado el punto de reunión aquella tropa, que muy pronto se acrecentará de una manera sorprendente y cuya profesión particular será la de estar siempre dispuestos a dirigirse, a la menor señal, a todos los puntos a donde juzgare bien utilizar su celo el Jefe de la Iglesia militante en defensa de la fe o para su propagación, y para el progreso de las almas en la doctrina y en la vida cristiana.

La Compañía de Jesús. — Unos labios ilustres han dicho[1]: "Lo que sorprende a primera vista en la Compañía de Jesús, es que para ella la edad madura es contemporánea de la primera formación. Quien conoce a los primeros autores de la Compañía, conoce a la Compañía entera en su espíritu, en su objeto, en sus empresas, en sus procedimientos, en sus métodos. ¡Qué generación la que preside en sus orígenes! ¡Qué unión de ciencia y de actividad, de vida interior y de vida militante! Puede decirse que son hombres universales, hombres de raza gigantesca, en comparación de los cuales nosotros no somos más que insectos: *de genere giganteo, quibus comparati quasi locustae videbamur*"[2].

---

[1] Cardenal Pie, Homilía pronunciada en las fiestas de la Beatificación del B. Pedro Fabro.

[2] *Números*, XIII, 34.

Ignacio y la oración de la Iglesia. — ¡Cuán conmovedora se nos aparece la sencillez tan llena de encantos de estos primeros Padres de la Compañía, yendo de camino hacia Roma, a pie y en ayunas, agotados, mas desbordante el corazón de alegría y cantando bajito los Salmos de David! Cuando fué indispensable para responder a las necesidades de la hora presente, abandonar en el nuevo instituto las grandes tradiciones de la oración pública, no se hizo sin gran sacrificio por parte de muchas de estas almas; con pena María hubo de ceder su puesto a Marta en este punto. Por espacio de tantos siglos la solemne celebración de los divinos Oficios había parecido la indispensable tarea de toda familia religiosa de la que constituía la deuda social primaria; ¡era el alimento primero de la santidad individual de sus miembros!

Mas la llegada de tiempos nuevos que sembraban por todas partes la degradación y la ruina reclamaba una excepción tan insólita como dolorosa de la valiente compañía que consagraba su existencia a la inestabilidad de alarmas sin cuento y de continuas incursiones sobre tierras enemigas. Ignacio lo comprendió. Sacrificó en aras del objeto particular que se imponía al atractivo personal que sintió toda su vida hacia el canto sagrado, cuyas menores notas al llegar a sus oídos le hacían verter lágrimas de consuelo.

Con los últimos tiempos y sus emboscadas, había sonado para la Iglesia la hora de las milicias especiales, organizadas en campamentos volantes. Pero cuanto más difícil se hacía exigir cada día a estas tropas beneméritas, embebidas en el continuo batallar del exterior, los hábitos y costumbres de los que protegían a la Ciudad Santa, tanto más rechazaba San Ignacio el extraño contrasentido que pretendió reformar las costumbres del pueblo cristiano según el modo de vida exigida por el servicio de reconocimiento y de vanguardia, al que él sacrificó por todos los demás. La tercera de las dieciocho reglas que asienta, como coronamiento de los *Ejercicios Espirituales,* "para tener en nosotros los verdaderos sentimientos de la Iglesia ortodoxa", recomienda a los fieles los cantos de la Iglesia, los salmos, y las diferentes Horas canónicas en el tiempo señalado para cada una. Y, al principio del libro, que verdaderamente es el tesoro de la Compañía de Jesús, al establecer las condiciones que permitirán sacar el mayor fruto posible de los mismos Ejercicios, determina en su vigésima anotación, que aquel que pudiere, escoja durante el tiempo de su duración, una celda desde donde le sea fácil dirigirse tanto a los Oficios como al santo Sacrificio. ¿Qué hace en esto, por lo demás, nuestro Santo, sino aconsejar para la práctica de los Ejercicios el mismo espíritu con que fueron compuestos, en este retiro ben-

dito de Manresa, en donde la asistencia cotidiana a la Misa solemne y a los Oficios del atardecer fué para él un manantial de celestiales delicias?

Vida. — Ignacio nació, sin duda, en Octubre de 1491 en Guipúzcoa de la noble familia de los Loyola. Habiendo entrado al servicio del Rey de Navarra, fué herido en Pamplona el 20 de Mayo de 1521. En el curso de su convalecencia leyó la *Vita Christi* de Ludolfo el Cartujano y, ayudado de la gracia divina, resolvió en adelante seguir a Cristo. En Febrero de 1522 partió para Montserrat con la finalidad de ofrecer su espada a la Virgen; después se dirigió a Manresa donde permaneció durante un año entregado a la penitencia y oración. Entonces compuso su célebre libro de los *Ejercicios Espirituales* que debía obtener la aprobación de la Sede Apostólica y hacer mucho bien a innumerables almas. En 1523 hizo la peregrinación a Tierra Santa regresando después a España con el objeto de estudiar para hallarse mejor dispuesto para el servicio de Dios y de la Iglesia. Con algunos compañeros partió hacia París, adonde llegaron el 2 de Febrero de 1528. Ignacio tomó allí sus grados universitarios y asentó los fundamentos de la nueva Orden. Habiéndola establecido en Roma con la aprobación de Paulo III, añadió a los tres votos ordinarios el de consagrarse a las misiones, si la Santa Sede así se lo pedía. Envió a San Francisco Javier a las Indias; él mismo luchó ardorosamente contra la herejía Luterana; fundó casas de educación para la juventud; trabajó en la renovación de la piedad entre los católicos; obras predilectas suyas fueron en embellecimiento de los templos, la enseñanza del catecismo y la frecuentación de los sacramentos. Por último, después de haber trabajado largo

tiempo para "la mayor gloria de Dios", murió el 31 de Julio de 1556. Fué beatificado en 1609 y canonizado en el 1623 a la par que San Isidro Labrador, Santa Teresa de Avila y San Francisco Javier. En 1922, Pío XI le declaró Patrono de todos los ejercicios espirituales.

El soldado de Dios. — "Esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe"[1]. Tú que fuiste el gran vencedor del mundo, lo has mostrado a tu vez, de ese mundo en donde el Hijo de Dios te eligió para exaltar su bandera humillada ante el estandarte de Babel. Estuviste largo tiempo casi solo contra los batallones siempre crecientes de los rebeldes, dejando al Señor de los ejércitos el cuidado de elegir su hora para que entablaras la batalla contra las cohortes de Satanás, como la eligió para retirarte de la milicia terrena. Si el mundo hubiera sido entonces conocedor de tus intentos, lo hubiera tomado todo a chacota; y sin embargo fué un momento tan importante para la historia del mundo, como aquel en que, a semejanza de los más ilustres capitanes al concentrar sus tropas, diste orden a tus nueve compañeros de dirigirse de tres en tres a la Ciudad Santa. ¡Qué resultados tan admirables durante aquellos quince años en los que esta tropa escogida, reclutada por el Espíritu Santo, te tuvo a la cabeza como primer general! La herejía barrida de Italia, confundida en Trento, detenida en todas partes, inmobilizada

[1] *I S. Juan*, V, 4.

hasta en su propia morada; inmensas conquistas en tierras nuevas para reparar las pérdidas sufridas en nuestro Occidente; la propia Iglesia rejuvenecida su belleza, restaurada en su pueblo y en sus pastores; asegurada para con sus hijos de una educación correspondiente a sus destinos celestiales; finalmente, en toda la línea donde imprudentemente Satanás había gritado victoria, en medio de espantosos rugidos, es domeñado nuevamente por este nombre de Jesús que hace doblarse toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos [1]. ¿Qué gloria, oh Ignacio, ha igualado jamás a ésta en los ejércitos de los reyes de la tierra?

INVOCACIÓN AL JEFE GLORIOSO. — Vela desde el trono que te has conquistado con tantas hazañas sobre estos frutos de tus obras, y continúa mostrándote como soldado de Dios. A través de las contradicciones que no les han faltado nunca, mantén a tus hijos en el puesto de honor y de valentía que hace de ellos los centinelas de la vanguardia de tu Iglesia. Que sean fieles al espíritu de su glorioso Padre, "teniendo sin cesar ante los ojos primeramente el reino de Dios; en seguida, como un camino que conduce a él, la forma de su instituto, consagrando todas sus fuerzas a alcanzar este objeto que Dios les señala, siguiendo no obstante cada uno, la medida

[1] *Filip.*, II, 10.

de la gracia que ha recibido del Espíritu Santo y el grado propio de su vocación"[1]. Finalmente, oh cabeza de tan noble descendencia, abraza en tu amor a todas las familias religiosas cuya suerte ante la persecución ha venido a ser tan estrechamente solidaria en estos días a la de la tuya; bendice particularmente a la Orden monástica que protegió con sus antiguas ramas tus primeros pasos en la vida de perfección, y el nacimiento de la ínclita Compañía que será tu corona imperecedera en los cielos. Protege a España, que te vió nacer no sólo a la vida terrestre sino también a la gracia de la conversión. Ruega para que los cristianos aprendan de ti a militar por Dios, a no renegar nunca de su bandera, ruega para que todos los hombres, bajo tu mando, vuelvan a Dios su principio y su fin.

1 DE AGOSTO

SAN PEDRO AD VINCULA

CADENAS LIBERTADORAS. — Roma, haciendo un dios del hombre que la había esclavizado, consagró el mes de Agosto a la memoria de César Augusto. Cuando Cristo la hubo libertado, colocó como monumento de su libertad reconquistada, a la cabeza del mismo mes, la fiesta de las ca-

[1] Breve de Paulo III.

denas que Pedro, Vicario de Cristo, había llevado para romper las suyas [1].

Sabiduría divina que imperas en este mes, no podías inaugurar más auténticamente tu imperio. Fuerza y dulzura conjugadas son el atributo de tus obras [2], y precisamente en la flaqueza de tus elegidos, triunfas de los poderosos [3]. Tú mismo, para darnos la vida padeciste la muerte; para libertar la tierra que le estaba confiada, Simón, hijo de Juan, quedó cautivo. Primero Herodes, y Nerón después dieron a conocer el precio de la promesa que recibió en otra ocasión de atar y desatar lo mismo en la tierra que en los cielos [4]; en cambio, debió tener el amor al Supremo Pastor hasta tal extremo que tenía, como El, que dejarse cargar de cadenas por su rebaño y ser llevado a donde El no quería [5]. Cadenas glo-

---

[1] En un principio, la fiesta del 1 de Agosto fué la de la Dedicación de la Iglesia de San Pedro ad Víncula. El sacerdote Felipe, a su regreso del concilio de Efeso (431) al que había asistido como legado del Papa Sixto III, restauró, gracias a la liberalidad de la Emperatriz Eudoxia, su *título*, su Iglesia, que en adelante fué llamada el *título de Eudoxia.* Más no tardó en ser llamado igualmente *título de San Pedro ad Vincula,* a causa de las cadenas del apóstol San Pedro que se veneraban en Roma desde hacía largo tiempo. Esta reliquia, que presenta todos los títulos de autenticidad que pudieran desearse, está compuesta de dos elementos: uno de veintidós eslabones con un anillo para cerrarla, otro de once eslabones. La leyenda según la cual la cadena de Jerusalén soldóse milagrosamente con la de Roma, sólo data del siglo XIII y parece no deba concedérsela mucha importancia.

[2] *Sab.,* VIII, 1.

[3] *I Cor.,* I, 18-31.

[4] *S. Mat.,* XVI, 19.

[5] *S. Juan,* XVIII, 12; *S. Juan,* XXI, 15-18.

riosas que nunca haréis temblar a los sucesores de Pedro, vosotras seréis ante los Herodes, los Nerones y los Césares de todos los tiempos, la garantía de la libertad de las almas. ¡Con cuánta veneración os honra el pueblo cristiano!

CADENAS DE PEDRO Y PABLO. — Los eslabones que habían sujetado los brazos del Doctor de las naciones, fueron también recogidos después de su martirio. Desde Antioquía, exclamaba San Juan Crisóstomo que deseaba ir a Roma para venerarlos: "¿Qué cosa más excelente que estas cadenas? Ser prisionero por Cristo es un título más glorioso que el de apóstol, evangelista o doctor. Estar atado por Cristo mejor es que habitar en los cielos; ocupar uno de los doce tronos[1] es menor honor. Si alguno ama, ya me entiende. Mas ¿quién penetrará estas cosas como el coro santísimo de los apóstoles? Por lo que a mí toca, si se me diese a elegir entre estos hierros o el cielo entero, no dudaría un instante, pues en ellos está la dicha. Quisiera encontrarme ahora mismo en esos lugares donde dicen que se conservan todavía las cadenas de esos hombres admirables. Si me fuese dado el estar libre de cuidados, tener un poco más de salud, no titubearía un solo momento en emprender este viaje solamente para contemplar

[1] *S. Mat.*, XIX, 28.

las cadenas de Pablo. Si se me dijese: ¿Quién preferirías tú haber sido, el ángel que libertó a Pedro o Pedro encadenado?; yo preferiría mejor ser Pedro por causa de sus cadenas"[1].

La cadena de Pablo, siempre venerada en la augusta basílica que cubre su tumba, no ha sido objeto, sin embargo de ello, de una fiesta especial en la Iglesia como la de Pedro. Esta distinción fué debida a la preeminencia del que recibió *solo* la llave del Reino de los cielos, y que continúa él solo por medio de sus sucesores ligando y desligando en su soberanía. La colección de las cartas de San Gregorio Magno demuestran cómo en el siglo VI se había extendido universalmente el culto de las santas cadenas en tal manera, que el más rico presente que los Soberanos Pontífices tenían costumbre de ofrecer a las iglesias más insignes y a los príncipes a quienes querían honrar, eran unas pequeñas limaduras encerradas con llaves de oro o plata. Constantinopla, en una época imprecisa, estuvo también dotada de una porción de estas preciosas cadenas; fijó la fiesta de las mismas en el 6 de Enero exaltando con esta ocasión al Apóstol San Pedro como el *ocupante de la primera Sede, fundamento de la fe y base inconmovible del dogma*[2].

---

[1] Homilía 8.ª sobre la Epístola a los Efesios.
[2] *Meneas*.

Gloriosa cautividad. — "Mete tus pies en los cepos de la Sabiduría y tu cuello en su argolla, una vez cogida no la sueltes, porque al fin hallarás en ella tu descanso y tu gozo y serán para ti sus cepos defensa poderosa, y su argolla adorno glorioso y sus anillos la salvación [1]. La Sabiduría encarnada aplicándote ella misma este oráculo, oh Príncipe de los Apóstoles, anunciaba que en testimonio de tu amor llegaría un día en el que tú conocerías, en efecto, la sujeción y las cadenas [2]. La prueba, oh Pedro, ha sido contundente para esta Sabiduría eterna, que sabe calcular sus exigencias a la medida de su propio amor. Mas tú también la has hallado fiel: en los días del temible combate, en el que quiso mostrar su poder en tu debilidad, no te abandonó ella en los hierros [3]; en sus brazos dormías tú un sueño tan sosegado en la prisión de Herodes [4]; contigo descendió al calabozo de Nerón [5] allá te tuvo cual fiel compañera hasta el momento en que, sometiendo los perseguidores al oprimido, colocó el cetro en tus manos y la triple corona sobre tu frente.

Súplica por la liberación. — Desde el trono en que te sientas junto al Hijo de Dios en los

---

[1] *Ecle.*, IV, 17-22.
[2] *S. Juan*, XXI, 18.
[3] *Ecle.*, IV, 17-22.
[4] *Sab.*, X, 12-14.
[5] *Act.*, XII, 6.

cielos [1], porque acá en la tierra seguístele en la angustia y el dolor [2], desata nuestras cadenas que, por desgracia, no son gloriosas como las tuyas. Rompe los grillos del pecado que nos sujetan a Satanás, estas ligaduras de todas las pasiones que nos impiden emprender el vuelo hacia Dios. El mundo, hoy más que nunca, esclavizado en la golosina de su errónea libertad que le ha hecho olvidar la verdadera, tiene más necesidad de la liberación que en el tiempo de los Césares paganos. Sé, pues, tú, su libertador, tú que únicamente puedes serlo. Sobre todo, sea Roma la que experimente la virtud de emancipación que reside en tus cadenas, pues ha caído ella más bajo por haber sido precipitada desde mayor altura; ellas han venido a ser como una señal para reconocerse sus fieles en las pruebas postreras [3]. Cumple aquello que dijeron antiguamente sus poetas: "rodeada de cadenas siempre será ella libre".

EL MISMO DIA

MEMORIA DE LOS MACABEOS, MARTIRES

El mes de la Sabiduría. — Todo resplandece con la luz de la más brillante de las constela-

[1] *Apoc.*, III, 21.
[2] *S. Luc.*, XXII, 28.
[3] Archicofradía de las Cadenas de San Pedro, erigida el 18 de Junio de 1867.

ciones. Ya en el siglo VI el Concilio de Tours había notado que las fiestas de los santos llenaban todo este mes [1]. "*Tengo mis delicias en estar con los hijos de los hombres*"[2] dijo la Sabiduría; parece que en el mes en que resuenan sus enseñanzas haya puesto su gloria en rodearse de hombres bienaventurados [3] que, caminando con ella por los senderos de la justicia [4], al hallarla han encontrado en ella la vida y la salud que viene del Señor [5]. Noble corte presidida por la Reina de toda la gracia, cuyo triunfo, al consagrar la mitad de este mes, hacía recaer sobre ella las predilecciones de esta Sabiduría del Padre, que no se ha separado de María desde que en ella levantó su trono. ¡Qué efusión de los dones divinos promete a nuestras almas la esplendidez de estos días que vamos a atravesar. Nunca se han enriquecido tanto los graneros del Padre de familia como en estos días de madurez para las mieses del cielo y de la tierra!

Los siete Hermanos Mártires. — Un septenario brilla en el cielo mientras que aquí abajo la Iglesia, al inaugurar estos días benditos, se adorna con la cadena de Pedro como de la alhaja más preciosa. En la arena sangrienta, los sie-

1 *Labbe*, V, 857.
2 *Prov.*, VIII, 31.
3 *Ibíd.*, 32-34.
4 *Ibíd.*, 20.
5 *Ibíd.*, 35.

te hermanos Macabeos siguieron a la Sabiduría antes de que ella hubiese manifestado en la carne sus atractivos divinos. La causa sagrada por la cual ellos fueron atletas, su fuerza de alma en los tormentos, sus sublimes respuestas a los verdugos de tal modo ofrecieron el tipo representado después por todos los mártires, que ya en los primeros siglos de la Iglesia cristiana se vió a los Padres reivindicar para ella en estos héroes de la Sinagoga que habían sacado su valor en la fe del Cristo esperado. Sólo ellos, entre todos los santos personajes de la antigua alianza, encontraron por esta razón lugar en el ciclo cristiano y todos los martirologios, los fastos de Oriente como de Occidente, atestiguan la universalidad de su culto [1].

En el tiempo en que con la esperanza de una resurrección mejor [2], rehusaban rescatar sus vidas ante los tormentos, otros héroes de la misma sangre, inspirados con una misma fe, corrían a las armas y libraban a su país de una crisis terrible. Muchos hijos de Israel, olvidándose de las tradiciones de su pueblo, habían ambiciona-

---

1 Parece, en efecto, que este culto era ya universal desde el siglo v. San Jerónimo creía que sus reliquias estaban en Modin. Como los siete hermanos habían sido martirizados en Antioquía, parece lo más probable que todavía estuviesen allí en el año 570 como lo indica el *Itinerario* llamado Antonino. Una parte de sus reliquias fué llevada a Constantinopla, luego a Roma bajo Pelayo I (556-561). Actualmente están en la Iglesia de San Pedro ad Vincula.

2 *Hebreos*, XI, 35; *II Mac.*, VII, 9, 11, 14, 23.

do para él las costumbres de las naciones extranjeras, y el Señor, en castigo, dejó caer sobre ellos con todo su peso el yugo de una legislación profana que ellos habían cometido el error de admitir [1]. Pero cuando el rey Antíoco, explotando la traición de algunos, y la indiferencia de la mayor parte, pretendía con sus edictos eliminar la ley divina, que es la que totalmente puede dar poder al hombre sobre los demás hombres, Israel, despertado de pronto, opuso al tirano la reacción simultánea de la rebelión y del martirio. Judas Macabeo, en inmortales combates, reivindicaba para Dios, la tierra de su heredad [2], mientras que por virtud de su generosa confesión, los siete hermanos, émulos de su gloria, *salvaban,* de este modo, como dice la Escritura, a la ley *de la servidumbre de los reyes y de las naciones* [3]. Bien pronto Antíoco, aunque había pedido perdón sin poderlo obtener [4], moría devorado por gusanos como más tarde debían también morir los perseguidores de los cristianos: Herodes, Agripa y Galerio Maximino.

La madre de los Mártires. — El Espíritu Santo, que se reservaba el transmitir él mismo a la posteridad los actos del protomártir de la ley nueva, no obró de otro modo por la pasión de

1 *I Mac.,* IX, 13.
2 *Deut.,* XXXII, 9.
3 *I Mac.,* II, 48.
4 *II Mac.,* IX, 13.

los gloriosos precursores de Esteban, (167 antes de Cristo). Por lo demás, fué también él quien ya entonces, como bajo la ley del amor, inspiraba las palabras, tanto como el velar a estos valientes hermanos y a esta madre más admirable aún, que ante sus siete hijos entregados el uno después del otro a terribles tormentos, no encontraba para cada uno de ellos más que exhortaciones ardientes a morir. Rodeada de sus cuerpos afrontosamente mutilados, se reía del tirano cuya falsa piedad quería al menos que persuadiese al más pequeño a salvar su vida; inclinándose sobre este último superviviente encomendado a su cariño le decía: "Hijo mío, ten piedad de mí que te llevé nueve meses en mi seno, que te alimenté durante tres años con mi leche. Te ruego, hijo mío, que mires al cielo y a la tierra y a todo lo que contienen; comprende que Dios ha hecho todo eso de la nada así como a los hombres. No temas, pues, al verdugo, muéstrate digno de tus hermanos, recibe como ellos la muerte a fin de que te encuentre con ellos por la divina misericordia que debe devolvérmelos." Y el niño intrépido corrió inocente al encuentro de los suplicios; y la incomparable madre siguió después a sus hijos [1].

ORACIÓN. — "Alégrenos, Señor, la fraterna corona de tus Mártires: la cual preste a nuestra

[1] *II Mac.*, VII.

fe el incremento de las virtudes y nos consuele con su múltiple sufragio. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

2 DE AGOSTO

SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

A San Alfonso de Ligorio se dirige hoy el homenaje universal del mundo. Grande por sus obras y su doctrina [1], a él se aplica directamente el oráculo del Espíritu Santo. "*Los que enseñan la justicia a muchos, brillarán como las estrellas en la eternidad sin fin*"[2].

EL JANSENISMO. — Cuando vino a este mundo el jansenismo quiso quitar al Padre, que está en los cielos, su misericordia y su bondad; triunfaba en la dirección práctica de las almas, aún en aquellos mismos que desechaban las teorías de Calvino. Só capa de reacción contra una escuela imaginaria de relajamiento, denunciando a bombo y platillos algunas proposiciones ciertamente condenables de hombres aislados, los nuevos fariseos se presentaron como los celosos de la ley. Dando proporciones excesivas al precepto, exagerando el castigo, cargaban las conciencias

[1] *S. Mat.*, V, 19.
[2] *Daniel*, XII, 3.

con aquellos pesos que el Hombre-Dios había reprochado a sus antecesores de aplastar las espaldas humanas [1]. Mas el grito de alarma lanzado por ellos, en nombre de la moral en peligro, no dejó de engañar a los sencillos y terminó por descarriar a los buenos. Gracias a la ostentación de austeridad de sus seguidores, el jansenismo, hábil, por lo demás, en ocultar sus dogmas, llegó pronto, según su programa, a imponerse a la Iglesia en contra de la misma Iglesia; algunos inconscientes aliados suyos les entregaban en la ciudad santa las fuentes de la misma salvación. Muy pronto en muchos lugares, las llaves sagradas, no tuvieron otro uso que abrir el infierno; la mesa sagrada, preparada para sostener y desarrollar en todos la vida, no se hizo accesible más que a los perfectos; y estos no eran juzgados tales sino en la medida en que, por un cambio extraño de las palabras del Apóstol [2], sometieron el espíritu de adopción de hijos al espíritu de servidumbre y de temor; en cuanto a los fieles que no podían levantarse a la altura del nuevo ascetismo, *no encontrando en el tribunal de la penitencia más que a exactores y verdugos en lugar* [3] *de padres y médicos*, no hallaban delante de ellos más que la desesperación y la indiferencia. Eso no obstante, por doquier

[1] *S. Mat.*, XXIII, 4.
[2] *Rom.*, VIII, 15.
[3] Pío IX. Carta declaratoria del grado de doctor a S. Alfonso.

leguleyos y parlamentarios prestaban copiosa ayuda a los reformadores, sin preocuparse de la ola de incredulidad odiosa que se iba levantando en su derredor y sin ver la tempestad que promovían estos nublados.

SAN ALFONSO. — ¿Quién sería pues el que, en el callejón tenebroso, donde los doctores, entonces en boga, habían conducido a los espíritus más firmes, encontraría *la llave de la Sabiduría?*[1] Mas *la Sabiduría guardaba entre sus tesoros, fórmulas de nuevas costumbres*[2]. Lo mismo que en otros tiempos a cada dogma atacado había suscitado nuevos defensores; en frente a una herejía que, a pesar de las pretensiones especulativas de sus principios no tuvo más que en ellos una importancia duradera, levantó a Alfonso de Ligorio como el enderezador de la fe, entonces torcida, y al Doctor por excelencia de la moral cristiana. Alejado por igual de un rigorismo fatal y de una condescendencia perniciosa, supo volver a las *justicias del Señor,* hablando como el Salmo, su rectitud al mismo tiempo que su don de alegrar los corazones[3], a sus mandamientos la luminosa claridad que les hace justificarse por ellos mismos[4], a sus oráculos la pureza que arrastra las almas y conduce fielmente a los

[1] *S. Luc.,* XI, 52.
[2] *Eccli.,* I, 31.
[3] Salmo, XVIII, 9.
[4] *Ibid.,* 9-10.

pequeños y a los sencillos desde los principios de la Sabiduría hasta sus cumbres [1].

No fué sólo en el terreno de la casuística donde San Alfonso llegó con su *Teología Moral* a quitar el virus que amenazaba infectar toda la vida cristiana. Mientras que, por otra parte, su valiente pluma no dejaba sin respuesta a ninguno de los ataques de aquel tiempo contra la verdad revelada, sus obras ascéticas y místicas, volvían a la piedad a las fuentes tradicionales de la frecuentación de los Sacramentos, del amor del Señor y de su divina Madre. La Sagrada Congregación de Ritos, que tuvo que examinar sus obras y declaró *que no encontraba en ellas nada que fuera digno de censura* [2] dividió en 40 títulos diferentes sus numerosos libros. Sin embargo de eso, Alfonso no se resolvió hasta muy tarde a comunicar al público los bienes de que su alma estaba inundada. Su primera obra, que fué el libro de oro de *Las Visitas al Santísimo Sacramento y a la Virgen,* no apareció hasta que hubo cumplido los 50 años de edad. Y Dios que prolongó su existencia más allá de los límites ordinarios, no le libró ni la doble carga del episcopado y el gobierno de la congregación que él había fundado, ni las más penosas enfermedades, ni los sufrimientos morales más dolorosos todavía.

[1] Salmo, XVIII, 8.
[2] Decreto del 14 y 18 de Mayo de 1803.

VIDA. — Alfonso María de Ligorio nació de padres nobles en Nápoles el 27 de Septiembre de 1696. Su juventud fué piadosa, estudiosa y caritativa. A los 17 años era ya doctor en Derecho Civil y Canónico, y poco después comenzaba una brillante carrera de abogado. Mas, ni sus escritos, ni las instancias de su padre que quiso casarle, le impidieron dejar el mundo: ante el altar de Nuestra Señora hizo voto de recibir las Ordenes. Ordenado de Sacerdote en 1726 se dedicó a la predicación. En 1729 una epidemia le permitió entregarse al cuidado de los enfermos en Nápoles. Poco después se retiró a Santa María de los Montes con unos compañeros y con ellos se preparó a la evangelización de aquellas campiñas. En 1732 estableció la congregación del Santísimo Redentor que le había de ocasionar numerosas dificultades y persecuciones; más bien pronto las vocaciones afluyeron y el Instituto se difundió rápidamente. En 1762 era nombrado Obispo de Santa Agueda de los Godos, cerca de Nápoles. Al punto emprendió la visita de su diócesis, predicando en todas las parroquias y tratando de reformar al clero. Al mismo tiempo continuaba dirigiendo su Instituto y el de religiosas que había fundado para servir de ayuda, con su oración contemplativa, a sus hijos misioneros. En 1775 renunció al episcopado para volver a sus hijos. Muy pronto se produjo una escisión en el Instituto de los Redentoristas y S. Alfonso fué excluído de su familia religiosa. La prueba fué grande, más él no perdió el valor y aún predijo que la unidad se llevaría a cabo después de su muerte. A sus enfermedades físicas vinieron a unirse crisis de escrúpulos y diversas tentaciones; mas en medio de todo esto su amor hacia Dios no cesaba de crecer. Por fin murió el 1 de Agosto de 1787 a la hora del Angelus. Gregorio XVI le inscribió en el catálogo de los Santos en 1839 y Pío IX le declaró Doctor de la Iglesia.

La misión de los Doctores. — Mucho antes de que tú nacieses, oh Alfonso, un gran Papa había dicho que el papel de los Doctores es "iluminar a la Iglesia, adornarla con virtudes, y formar sus costumbres; por ellos, añadía, brilla ella en medio de las tinieblas como el lucero; su palabra fecundada de lo alto resuelve los enigmas de las Escrituras, desata las dificultades, alumbra las oscuridades, interpreta lo que está dudoso; sus obras profundas, enaltecidas por la elocuencia del discurso, son otras tantas perlas preciosas que ennoblecen la casa de Dios al mismo tiempo que la hacen brillar": Así se expresaba en el siglo XIII Bonifacio VIII cuando elevó al rito doble las fiestas de los Apóstoles, Evangelistas y los cuatro Doctores entonces reconocidos como tales, Gregorio Papa, Agustín, Ambrosio, Jerónimo [1]. ¿Mas no encontramos en esto, impresionante como una profecía y fiel como un retrato, la descripción de aquello que tú ibas a ser?

El ejemplo de un santo. — Gloria sea a ti, que en nuestro tiempo de decadencia renuevas la juventud de la Iglesia, a ti en quien aquí abajo se abrazan una vez más la justicia y la paz al encontrarse con la misericordia y la verdad [2]. Tú diste sin reservas tu tiempo y fuerzas para ob-

[1] Sexti Decret., Lib. III, tit. XXII. De reliqu. et veneratione sanctorum.
[2] Salmo, LXXXIV, II.

tener un tal resultado. "El amor de Dios no está nunca ocioso, decía S. Gregorio; si existe tiene que hacer cosas grandes; si rehusa obrar, entonces no es amor"[1]. ¡Oh qué felicidad la tuya en el cumplimiento del voto temible que habrás hecho de no tener ni siquiera un instante de descanso! Cuando se te presentaron intolerables dolores que hubieran podido justificar, si no exigir, el descanso, se te vió apretando contra la frente con una mano el mármol que parecía disminuir un poco tus dolores y con la otra escribiendo tus obras tan preciosas.

¡Pero mayor fué todavía el ejemplo que Dios quiso dar al mundo cuando permitió que, agotado por los años, la traición de uno de tus hijos atrayese sobre ti la desgracia de aquella Sede Apostólica, por la cual se había consumido tu vida y que, en cambio, te apartaba, como indigno, del Instituto que tú habías fundado! Entonces tuvo licencia el infierno para unir sus golpes a aquellos que venían del cielo; y tú, el Doctor de la paz, conociste asaltos espantosos contra la fe y la santa esperanza. Así se iba coronando tu obra en la debilidad más poderosa que todo[2]; así mereciste a las almas tentadas el apoyo de la virtud de Cristo. Pero habiéndote vuelto niño por la obediencia, estuviste a la vez

[1] 20 Homilía sobre el Evangelio.
[2] *II Cor.*, XII, 9-10.

más cerca del reino de los cielos [1] y del pesebre cantado por ti con acentos tan dulces; y la virtud que el Hombre-Dios sentía salir de Sí durante su vida mortal, fluía de ti con una tal abundancia sobre los niños enfermos, presentados por sus madres para que les bendijeses, *que ella les curaba a todos* [2].

PLEGARIA POR LOS REDENTORISTAS. — Terminadas ya las lágrimas y los trabajos, vela de un modo especial y para siempre por nosotros. Conserva los frutos de tus trabajos en pro de la Iglesia. La familia religiosa que te debe la existencia todavía no ha degenerado, mas de una vez en las persecuciones, el enemigo la ha honrado con especiales manifestaciones de su odio; ahora también se ha visto pasar la aureola de los bienaventurados del padre a los hijos; ¡ojalá ellos puedan guardar enternamente con todo cariño estas nobles tradiciones! Que el Padre soberano que en el bautismo nos ha hecho a todos dignos por igual de tener una parte en la suerte de los santos en la luz [3], nos conduzca con felicidad, por medio de tus ejemplos y doctrinas [4] tras nuestro Redentor al reino de aquel Hijo de tu Amor [5].

---

[1] *S. Mat.*, XVIII, 3.
[2] *S. Luc.*, VI, 19.
[3] *Col.*, I, 12.
[4] Colecta del día.
[5] *Col.*, I, 13.

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN ESTEBAN, PAPA Y MARTIR

DIGNIDAD DEL BAUTISMO. — El recuerdo del Papa Esteban I llena de un perfume de antigüedad la santidad de este día. La gloria especialísima de Esteban consiste en haber sido en la Iglesia el guardián de la dignidad del Bautismo. El Bautismo dado una vez, ya no se renueva, pues el carácter de Hijo de Dios que imprime en el cristiano es eterno; y esta inefable dignidad del primer Sacramento no tiene ninguna dependencia con las disposiciones o el estado del ministro que la confiere. Ya sea Pedro el que bautiza, como dice S. Agustín, ya sea Pablo o Judas, aquél queda por ello bautizado en el Espíritu Santo, sobre el cual descendió en el Jordán la divina paloma [1]. Tal es la adorable munificencia del Señor con respecto al más indispensable de los medios de salvación, pues no es menos válido el bautismo administrado por el cismático o hereje que se ha separado de la Iglesia, o por el mismo pagano que todavía no pertenece a ella con la condición de observar en su esencia el

[1] Tratado VI sobre S. Juan.

rito exterior y de tener la intención de hacer lo que hace la Iglesia.

En tiempo de Esteban I, esta verdad que hoy nadie ignora aparecía con menos evidencia. Célebres Obispos, a los cuales su virtud y ciencia les habían merecido la veneración de su siglo, querían que se hiciera pasar de nuevo por el baño de la salvación a los convertidos de las sectas disidentes. Mas la asistencia prometida a Pedro apareció más divina aún en su sucesor; y mientras mantenía la disciplina tradicional Roma salvó la fe de las Iglesias por medio de Esteban. Testimoniemos nuestra gratitud al Santo Pontífice por su fidelidad en la guarda del depósito que es el tesoro de todos; y pidámosle que proteja no menos eficazmente en nosotros la nobleza y los derechos del santo bautismo[1].

Oración. — "Oh Dios, que nos alegras con la anual fiesta de tu santo mártir y Pontífice Esteban: haz propicio que nos alegremos también de la protección de aquel cuyo natalicio celebramos. Por Jesucristo nuestro Señor." Amén.

[1] San Esteban fué originario de Roma. Era sacerdote cuando sucedió al Papa Lucio el 12 de Mayo de 245. Gobernó la Iglesia en un período de paz. Proclamó la autoridad de la Sede Apostólica sobre los demás Obispos, recordó que Roma era la guardiana infalible de la tradición y condenó a los que creían que el bautismo conferido por los apóstatas o herejes era inválido. Después de su muerte, ocurrida el 2 de Agosto de 257, fué puesto en la cámara de los Papas en el cementerio de Calixto. Los antiguos documentos no mencionan que haya muerto mártir.

3 DE AGOSTO

INVENCION DE SAN ESTEBAN

EL DESCUBRIMIENTO DE LAS RELIQUIAS. — El 3, 10 y 17 de Diciembre de 415 un piadoso rabino judío contemporáneo de S. Esteban, se apareció al sacerdote Luciano que vivía entonces en Cafar-Gamala, cerca de Jerusalén. Le recomendó levantase sus huesos, juntamente con los de su hijo Abibas de Nicodemus, y los del protomártir Esteban. Indicó el medio de reconocer las reliquias de San Esteban: el mártir estaba enterrado al Oriente de los otros tres cuerpos. Una visión del monje Migethios precisó que los santos se encontraban en una tumba en ruinas sita, al Oeste de una colina que existe hoy todavía.

Las excavaciones emprendidas bajo sus indicaciones tuvieron un término feliz. Cuando fué separado el cuerpo del mártir, se extendió un olor suave y muchos enfermos que estaban presentes sanaron milagrosamente. El Obispo de Jerusalén, Juan, que se había dirigido a este lugar con dos de sus colegas, procedió al reconocimiento de las reliquias y a su solemne traslación a la Iglesia de Santa Sión de Jerusalén. Permanecieron allí hasta el año 439 en que fueron colocadas en el Martiryum que la emperatriz Eudosia y el Obispo Juvenal habían hecho levantar en el lugar de la lapidación.

Tal fué la Invención, o más bien, según la expresión de los contemporáneos, la Revelación del cuerpo de San Esteban. Este suceso, tan pronto como fué conocido causó una emoción extraordinaria en toda la cristiandad. Había vivo interés por conocer todos los detalles y sobre todo por poseer algunas reliquias del Santo.

REPARTO DE LAS RELIQUIAS. — El sacerdote Luciano extrajo una parte a ocultas que se guardó. Por mediación de un peregrino español, Pablo Orosio, algunos fragmentos de estas reliquias fueron a parar a la isla de Menorca donde causaron la conversión de un gran número de judíos. El Obispo de Uzalis, recibió también una parte de estos restos sagrados, y desde entonces andan distribuídas por las iglesias de Africa reliquias de San Esteban: en Aguas Tibilitinas, Calama, Hipona. Los milagros obrados son numerosos y clamorosos. Así el Domingo de Pascua de 425, un joven epiléptico que estaba rezando ante la memoria de San Esteban en Hipona, se curó repentinamente de su mal y el martes de Pascua, su hermana, agobiada por los mismos dolores sanó también. San Agustín nos recuerda estos prodigios y toma de aquí motivo para mostrar al pueblo que, lo mismo que en los tiempos apostólicos, el favor divino se hace visible en su tiempo, azotado por la invasión de los bárbaros. El Santo Obispo nos dice que había individuos

que gustaban llevar consigo reliquias de San Esteban y se había encontrado una lámina de plomo que atestiguaba que en el siglo VII se usaba aún en Africa.

Hacia el 438, Constantinopla, la capital del imperio, recibió importantes fragmentos del cuerpo del protomártir. Más tarde, hacia fines del siglo VI, en tiempo del Papa Pelagio II, estas reliquias fueron a parar a Roma, donde ya en el siglo V se habían multiplicado los santuarios en honor de San Esteban. El clero de Jerusalén se mostró muy generoso en la distribución de los restos del gran Santo, y gracias a esta difusión de las reliquias en el mundo cristiano, el culto de San Esteban se propagó rápidamente.

El culto de las reliquias. — En Constantinopla, la fiesta del 2 de Agosto (celebrada el 3 en Occidente) tenía primitivamente por objeto la traslación de las reliquias que acababan de llegar de Jerusalén. El más antiguo Sacramentario romano, atribuído al Papa San León, ha conservado numerosas fórmulas de misas para esta fiesta. La última hace alusión a la dedicación de una basílica. Hay que notar que ninguna se refiere precisamente al descubrimiento de las reliquias de San Esteban. Celebran sencillamente en "el Santo levita, las primicias del Martirio". En cuanto al misal romano actual, señala para la

fiesta de este día la misma Misa que en el 26 de Diciembre.

El objeto especial de la fiesta no deja de referirse por eso al feliz descubrimiento de los restos del primero de los mártires. El relato de la Invención nos muestra claramente cómo debemos comprender este suceso. El mundo cristiano estaba entonces revuelto por las invasiones de los Bárbaros en el Imperio; un malestar indefinido se cernía sobre las almas, pues siempre se había creído que la civilización cristiana estaría unida con la prosperidad de Roma. La caída del Imperio en 410 ¿no iba a traer consigo la de la Iglesia? El suceso de la revelación de San Esteban estaba destinado por la Providencia a dar confianza a las almas atormentadas por la duda. En efecto, en la primera visión, Gamaliel dijo al sacerdote Luciano: "Obremos, para que por medio de nosotros Dios abra al género humano la puerta de su misericordia." El viernes siguiente, nuevas instancias: "¿No ves qué angustia y qué turbación existe en el mundo? Vete a decir al Obispo que nos abra y construya un lugar de oraciones, para que por nuestra intercesión Dios tenga piedad de su pueblo."

SÚPLICA. — Tu intercesión, oh Esteban, será siempre eficaz, si estamos animados de aquella tu robusta fe. Estuviste lleno de la fe y del Espíritu Santo, lleno de gracia, de fortaleza y de

Sabiduría, nos dice el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Ojalá podamos comprender, en medio de los turbados tiempos por que atraviesa el mundo, que Dios no nos abandonará, como nunca ha abandonado a sus fieles. Su Providencia quiso manifestar su infinita misericordia a los cristianos, desorientados ante la invasión de los bárbaros, descubriendo tus sagradas reliquias. Esto reavivó sus ánimos. Ojalá pudiésemos comprender mejor en este día, oh Esteban, a la luz de la fe, que Dios nos lleva a El por sus caminos. Ojalá que alumbrados por ese Espíritu Santo que a ti te llenó, estuviésemos en todo tiempo atentos a seguir el divino querer sobre nosotros. Ojalá a ejemplo tuyo, imitemos cada día más la vida de Jesús y perdonemos a nuestros enemigos, para así merecer la dicha eterna de contemplar a ese mismo Señor, sentado a la diestra del Padre, que vive y reina por los siglos de los siglos.

4 DE AGOSTO

SANTO DOMINGO DE GUZMAN, CONFESOR

LA OBRA DE LA SABIDURÍA. — "La fuente de la Sabiduría, el Verbo del Padre nuestro Señor Jesucristo, cuya naturaleza es bondad, cuya obra es misericordia, no abandona nunca a través de los siglos, la viña que sacó de Egipto; socorre

con modos nuevos a la inestabilidad de las almas, y obra prodigios que aviven la fe vacilante. Así, pues, cuando declinaba el día, y aumentaba el mal enfriando la caridad, y el rayo de la justicia estaba a punto de estallar, el Padre de familias quiso reunir a los obreros de la hora undécima, aptos para el trabajo, con el fin de destrozar la maleza que amenazaba destruir su viña, y al mismo tiempo coger en el lazo la funesta invasión de zorras que maquinaban su devastación; entonces organizó los batallones de los Predicadores y Frailes Menores con sus leaders armados para la batalla.

DOMINGO Y FRANCISCO. — En esta expedición del Dios de los ejércitos, Domingo fué el corcel de su gloria, lanzando intrépido, con el fuego de la fe, el relincho de la divina predicación [1]. Nosotros veremos la parte que tuvo en el combate Francisco, el compañero que le dió el cielo y que apareció como el estandarte viviente del Cristo en cruz, en medio de una sociedad en que la triple concupiscencia daba mano al error para abrir una brecha en el mismísimo cristianismo.

LA POBREZA. — Domingo, como Francisco, encontrando por todas partes unidas la avaricia y la herejía, que serán de ahora en adelante la

[1] Bula "Fons Sapientiae" de Gregorio IX, con motivo de la canonización de Santo Domingo.

principal fuerza de los falsos predicadores, prescribió a los suyos la más absoluta renuncia de los bienes de este mundo y se hizo él también mendigo por Cristo. Habían pasado los tiempos en que los pueblos, reconociendo todas las consecuencias de la Encarnación, constituían en el Hombre-Dios el más extenso dominio territorial que jamás existió, al mismo tiempo que colocaban a su Vicario a la cabeza de los reyes. Después de haber intentado inútilmente humillar a la Esposa sometiendo el Sacerdocio al Imperio, los descendientes indignos de los cristianos de otros tiempos, reprochaban a la Iglesia la posesión de aquellos bienes de los cuales ella no era más que la depositaria en nombre del Señor; había sonado para la Paloma del *Cantar* santo, la hora de comenzar, por el abandono de la tierra, su ascensión hacia los cielos.

LA CIENCIA. — Mas si los dos príncipes de la lucha memorable que contuvo un tiempo los progresos del enemigo, se encontraron en la acogida que tributaron a la santa pobreza, ésta siguió siendo de un modo especial la "Dama" del Patriarca de Asís. Domingo, que como él no tenía más ideal que el honor de Dios y la salvación de las almas, heredó más directamente la ciencia.

"En la luz, dijo Dios a Santa Catalina de Sena, ha fundamentado su base el Padre de los Pre-

dicadores, de la luz ha hecho su finalidad, su arma de combate; tomó para sí el oficio del Verbo, mi hijo, sembrando mi palabra, disipando las tinieblas, alumbrando la tierra; María, por la cual yo le presenté al mundo, hizo de él *el extirpador de los herejes*"[1]. Por eso, la Orden llamada a ser el principal apoyo del Pontífice Supremo en la persecución de las falsas doctrinas debía, si se puede hacer verdadera esta expresión, más que su patriarca: El primero de los tribunales de la Santa Iglesia, la Inquisición Romana, el Santo Oficio, investido del Oficio del Verbo con la espada de dos filos[2] para convertir o castigar, no tuvo instrumento más fiel y seguro.

El liberalismo. — Al igual que Catalina de Sena, el autor ilustre de la Divina Comedia no sospechó que había de llegar un tiempo, en que el primer título de la familia dominicana para el amor agradecido de los pueblos sería puesto en duda en cierta escuela apologética, y en ella, rechazado como un insulto o disimulado como un estorbo. Nuestro tiempo pone su gloria en un liberalismo que ha comenzado a hacer sus pruebas multiplicando las ruinas y no descansa filosóficamente, más que en la extraña confusión de la ciencia con la libertad. No hacía falta más

[1] Diálogo CLVIII.
[2] *Apoc.*, XIX, 11-16.

que esta debilidad intelectual para no comprender que, en una sociedad en que la fe es la base de las instituciones, así como el principio de la Salvación universal, no hay crimen mayor que el destruir el fundamento sobre el cual descansa, juntamente con el interés social, el bien más precioso de los particulares. Ni el ideal de la justicia, ni menos el de la libertad consiste en abandonar a merced del mal o del malvado al débil que no puede defenderse por sí mismo. La época de la caballería hizo de esta verdad su axioma y constituyó su gloria; los hermanos de Pedro Mártir consagraron su vida a proteger contra las sorpresas del "*fuerte armado*"[1] y al contagio que se arrastra por la noche[2] la seguridad de los hijos de Dios: esta fué la honra "del ejército que Domingo condujo por un camino; por donde se adelanta y no se yerra"[3].

La protección de María. — ¿Qué mejores caballeros que *estos atletas de la fe*[4], al hacer su promesa sagrada bajo forma de juramento de fidelidad[5] y al escoger como Dama a aquella que, poderosa como un ejército[6], extermina ella

---

[1] *S. Luc.*, XI, 21.
[2] Salm., XC, 6.
[3] Dante, Paraíso, canto X.
[4] Honorio III, Diploma confirmans Ordinem.
[5] *Promitto obedientiam Deo et B. Mariae.* Constitutiones Fratr. Ord. Predic. 1.ª Distinctio, e XV de Professione.
[6] *Cant.*, VI, 3, 9.

sola las herejías en todo el universo? [1] Al escudo de la verdad [2] y a la espada de la palabra [3] aquella que guarda en Sión las armaduras de los fuertes [4] añadía para sus abnegados servidores el Rosario, señal la más especial de su propia milicia; les señalaba el hábito de su elección como compete al verdadero jefe de la guerra y les ungía con sus manos para la lucha en la persona del Bienaventurado Reginaldo. Ella vigilaba así mismo su reclutamiento, sacando de entre la juventud escogida de las universidades las almas más puras, las más abnegadas, las más nobles inteligencias; París, la capital de la teología, Bolonia, el centro de la jurisprudencia y del derecho, veían a maestros, escolares, discípulos de toda clase de ciencia perseguidos y ganados por la dulce soberana en medio de incidentes que eran más del cielo que de la tierra.

¡Cuánta gracia en estos orígenes en que la serenidad virginal de Domingo parecía rodear a todos sus hijos! Sin duda que en este Orden de la luz se verificaba la verdad de la palabra evangélica. "*Felices los corazones puros porque verán a Dios*"[5]. Ojos alumbrados por el cielo veían representadas en figuras de lirios las fundaciones de los Predicadores; por eso María, por quien

---

1 Antífona de las fiestas de la Virgen en el III Nocturno.
2 Salmo, XC, 5.
3 *Eph.*, VI, 17.
4 *Cant.*, VI, 4.
5 *S. Mat.*, V, 8.

nos ha venido el esplendor de la luz eterna[1], se hacía su celestial maestra y de la ciencia les conducía a la Sabiduría amiga de los corazones limpios[2]. Ella bajaba en compañía de Cecilia y Catalina para bendecir su reposo nocturno, y les cubría con su manto junto al trono del Señor. ¿Cómo pues admirarse de la trasparencia que después de Domingo y durante los generalatos de Jordán de Sajonia, Raimundo de Peñafort, Juan el Teutónico, Humberto Romano, continúa reinando en esas "*Vidas de los Frailes*" y en esas "*Vidas de las Monjas*" de las cuales unas plumas encantadoras nos han transmitido relatos de una exquisita frescura?

LAS MONJAS. — Discreta lección, al mismo tiempo que ayuda poderosa para los Frailes: en la familia dominicana, dedicada por entero al Apostolado, las monjas nacieron diez años antes, como para indicar que, en la Iglesia de Dios, la acción no puede ser fecunda si no está precedida y acompañada de la contemplación, que la merece la bendición y demás gracias. Nuestra Señora de Prouille, al pie de los Pirineos, no fué ella sola el principio de toda la Orden; a su sombra protectora los primeros compañeros de Domingo hicieron, juntamente con él, la elección de su Regla y se repartieron el mundo mar-

---

[1] *Sabid.*, VII, 26.
[2] *Ibid.*, VIII.

chando de allí a fundar San Román de Tolosa, luego Santiago de París, S. Nicolás de Bolonia, S. Sixto y Santa Sabina en la Ciudad Eterna.

La Tercera Orden. — Hacia la misma época la institución de la *Milicia de Jesucristo* colocaba bajo la dirección de los Predicadores a seglares que, ante la herejía militante, se comprometían a defender por todos los medios posibles los bienes de la Iglesia y su libertad; cuando los sectarios depusieron las armas, dejando por un tiempo la paz del mundo, la asociación no desapareció: condujo la lucha al terreno espiritual y cambió su nombre en el de Tercera Orden de los *Frailes y Monjas de la Penitencia de Santo Domingo.*

Vida. — Domingo nació hacia el año 1170 en Caleruega, no lejos de Burgos, en España. Fué a estudiar a Palencia donde sobresalió por su ardor en el trabajo y su gran caridad para con los pobres. El Obispo de Osma le agregó a su Capítulo; permaneció allí nueve años, siendo modelo de regularidad en la asistencia al Oficio y en la piedad. Habiendo ido a Roma juntamente con su Obispo, comenzó en 1206 bajo la dirección de un legado pontificio, a predicar en el Mediodía de Francia para convertir a los herejes albigenses. Fijó su residencia en Prouille y desde allí evangelizó toda la comarca. En Tolosa estableció un convento de monjas cuya oración y penitencia sostendrían a su apostolado y cuya enseñanza había de formar a las jóvenes pobres de la nobleza y las protegería de la infección de la herejía. Domingo comprendió pronto que él solo no era suficiente ante el campo que se le ofrecía.

Con varios compañeros se estableció en una casa de Tolosa y comenzaron juntos a llevar la vida religiosa. Después partió para Roma donde se iba a celebrar el Concilio de Letrán y pidió al Papa Inocencio III la autorización para fundar la Orden de los Predicadores. Volvió a Tolosa en 1216 para hacer la elección de una Regla de vida, y se dirigió nuevamente a Roma donde Honorio III, sucesor de Inocencio, la aprobó. Desde entonces las casas de los Predicadores se multiplicaron al mismo tiempo que los milagros obrados por el Santo. Consumido por la fiebre y las fatigas sin nombre que se imponía murió el 6 de Agosto de 1221 a la edad de 51 años. Fué canonizado por su amigo el Papa Gregorio IX en el año 1234.

La fuente de todo Apostolado. — Tu ejemplo nos muestra, oh Domingo, que sólo son poderosos ante Dios aquellos que se entregan a él sin buscar ninguna otra cosa y dan a los demás sólo de su plenitud. Desdeñando todo pasatiempo y ciencia en la que no se descubriese la eterna Sabiduría, nos dicen tus historiadores, que de ella sola se prendó tu juventud; toda conversación y toda ciencia donde no se mostrase la eterna Sabiduría, nos dicen tus historiadores, que solamente se alimentó de ésta tu espíritu en tu adolescencia [1]; que se anticipa a los que la desean [2] te inundó desde los primeros años con la luz y las dulzuras pregustadas de la patria. De la sabiduría destilaba sobre ti la serenidad ra-

[1] *Sab.*, VIII, 2.
[2] *Ibid.*, VI, 14.

diante que sobrecogía a tus contemporáneos y que no perturbó nunca suceso alguno. En una paz de cielo bebías a chorros el agua del pozo sin fondo que salta a la vida eterna; pero al mismo tiempo que, en el hondón de tu alma te abrevaba el amor de la sabiduría, aparecía una fecundidad maravillosa en esa fontana de Dios y sus regatos, que se hicieron tuyos, salieron fuera y las plazas públicas beneficiaban las ondas de tu sobreabundancia.

Diste acogida a la Sabiduría y ella te exaltó [1], no contenta con adornar tu frente con los rayos de la estrella misteriosa [2], ella te dió la gloria de los patriarcas y multiplicó por medio de las de tus hijos, tus años y tus obras [3]. No cesaste de ser en ellos uno de los más poderosos apoyos de la Iglesia. La ciencia ha hecho que su nombre sea ilustre entre los pueblos y por su causa su juventud fué honrada entre los ancianos [4]; que sea siempre para ellos, como lo fué para sus mayores, el fruto de la Sabiduría y el camino que a ella les conduce; que se alimente en la oración que tanta parte ha tenido en tu santa Orden, que más que ninguna otra se acerca en este respecto a las antiguas órdenes monásticas. *Alabar, bendecir y predicar*, será hasta el fin de su divisa amada, siendo en ellos el aposto-

[1] *Prov.*, IV, 8.
[2] *Prov.*, IV, 9.
[3] *Ibid.*, 10.
[4] *Sabid.*, VIII. 10.

lado, según la palabra del Salmo, la efusión desbordante del recuerdo de las dulzuras gustadas en el trato con Dios. Así fortalecida en Sión, bendita en su gloriosa labor de propagadora y guardadora de la fe [1], tu noble descendencia merecerá oír por siempre de la boca de Nuestra Señora este estímulo que está por encima de toda alabanza: "*Fortiter, fortiter, viri fortes!* ¡Animo, ánimo, hombres valientes"!

EL MISMO DIA

BEATA JUANA DE AZA

Fué natural de Caleruega (Burgos) y se casó con D. Félix de Guzmán, *rico home* de Castilla. Habiendo ido al monasterio de Santo Domingo de Silos a orar en el sepulcro del santo para obtener un feliz parto, se le apareció el santo abad en sueños y le dijo, que el niño que iba a dar a luz, sería grande ante Dios y los hombres. Vió además salir de su seno un cachorrillo blanco y negro, con una tea encendida en la boca, en ademán de prender fuego el mundo, queriendo indicar que el niño sería una lumbrera para los hombres. Agradecida la madre impuso al infante el nombre de Domingo en memoria de su santo protector. Murió en Caleruega el año 1202.

[1] *Isaías,* XXVI, 1-2.

5 DE AGOSTO

NUESTRA SEÑORA DE LAS NIEVES

La Liturgia del 5 de Agosto. — A pesar de ser de rito doble mayor y pasar inadvertidas de muchos las dos fiestas del 16 de Julio y del 5 de Agosto, sin embargo de ello no son menos queridas de la piedad cristiana. Preludian el triunfo de la Asunción y preparan nuestras almas invitándolas al recogimiento y a una tierna devoción hacia la Madre de Dios. Los meses del verano atraen a los fieles hacia los lugares de peregrinación y a los santuarios dedicados a Nuestra Señora, donde ellos experimentan su presencia de un modo especial y recogen más abundantes frutos de la Mediadora de todas las gracias. La Liturgia nos invita hoy a una peregrinación hecha con el pensamiento y el deseo para celebrar la Dedicación de la Iglesia que fué la que desde hace numerosos siglos llevó primero en Roma el santo nombre de María y que es no solamente una de las más bellas y más ricas de la Ciudad Eterna, sino también la abuela de las innumerables "Nuestra Señora" que la piedad cristiana debía levantar sobre toda la tierra, desde las más modestas capillas de la campiña hasta las espléndidas catedrales de Chartres o de Burgos.

Historia y Leyenda. — A mediados del siglo IV, el Papa Liberio añadió un ábside a un vasto salón llamado "Sicininum" y lo consagró para el culto. Por eso todavía se da a ese edificio el nombre de basílica Liberiana. Sixto III la reconstruyó casi enteramente y después la dedicó hacia el año 435 a la Virgen, cuya Maternidad divina había definido el Concilio de Efeso en 431 y también había consagrado el nombre de "Theotokos", Madre de Dios. Entonces fué cuando la basílica recibió y guardó el nombre de Santa María la Mayor.

Una hermosa leyenda, nacida en la Edad Media, cuenta que la Virgen se apareció en sueños a Liberio, encomendándole construir una basílica sobre el Esquilinio, en el lugar que, al día siguiente, estaría cubierto de nieve. Y al día siguiente, en efecto, a pesar de estar en plena canícula, una nevada milagrosa indicó el lugar de la basílica deseada por Nuestra Señora. Con este motivo se la llamó iglesia de Nuestra Señora de las Nieves. La leyenda no está sin conexión con el uso de esparcir en este día una lluvia de flores blancas en la basílica: Esta costumbre simbólica, que manifiesta la pureza virginal de María, ¿fué acaso el origen de la leyenda o bien fué ésta la que dió lugar al rito?[1] Lo único que se sabe con certeza es que Santa María la Ma-

[1] N. Mauricio-Dionisio y Roberto: *Romée* 1948, p. 351.

yor merece ciertamente su nombre: es la basílica mariana por excelencia.

Presencia mariana. — A Nuestra Señora se encuentra en este lugar al admirar sobre el frontón del ábside las pinturas que recuerdan los misterios de la Encarnación y de la Maternidad divina. Se la venera ante el bello icono de estilo bizantino llamado "Madona de S. Lucas", por largo tiempo atribuído al Evangelista y que por ser de una época más tardía, es ciertamente la reprodución de una obra más antigua; y Roma que conserva con piedad tantas imágenes admirables de la Virgen, ama a ésta como la más venerable de todas; esta pintura es su palladium, la considera como "la salvación del pueblo romano". Finalmente, a Nuestra Señora se la encuentra también en los recuerdos del pesebre del Salvador: son cinco trozos de madera apolillada encerrados en un relicario que se coloca en el altar mayor, en Navidad, durante la Misa de la media noche.

Son innumerables los peregrinos que han venido a implorar en esta basílica la protección maternal de Nuestra Señora o a entregarla sus homenajes de ternura filial. ¡Y cuántos santos recibieron allí gracias especiales! Aquí fué donde, una noche, la Virgen Santísima colocó al Niño Jesús en los brazos de S. Cayetano de Thienna; aquí donde, en otra Noche de Navidad, San

Ignacio de Loyola celebró su primera Misa; aquí donde también los rosarios rezados por S. Pío V obtuvieron para los Cruzados la victoria de Lepanto; así mismo, delante de la Madona de San Lucas gustaba rezar S. Carlos Borromeo, cuando él era Arcipreste de la basílica, y fué él quien, para atestiguar su gratitud hacia la Madre de Dios, reformó el coro de los canónigos, le dió un reglamento completamente monástico y aseguró una celebración ejemplar del Oficio Divino.

Recuerdos litúrgicos. — Y ¡qué recuerdos reaviva en nosotros, oh María esta fiesta de Basílica Mayor! Y, ¿qué alabanza más digna, qué mejor oración te podríamos hacer hoy que el recodarte, al pedirte, que renueves y confirmes para siempre, las gracias que recibimos en este sagrado recinto? ¿No es por ventura a su sombra, donde reunidos a nuestra Madre la Iglesia, a pesar de las distancias, hemos gustado las más dulces y triunfadoras emociones de los Oficios litúrgicos?

Allí comenzó el Año litúrgico el primer Domingo de Adviento, como en "el lugar más conveniente para saludar la venida del divino Niño que debía alegrar al cielo y a la tierra y mostrar el sublime prodigio de la fecundidad de una Virgen"[1]. Ansiosas estaban nuestras almas en la Vigilia Santa, que desde la mañana nos invita-

[1] El Adviento, p. 29.

ba a la esplendorosa basílica, donde al fin iba a abrirse la Rosa Mística y a extender su perfume divino. Reina de las numerosas iglesias que la devoción romana ha dedicado a la Madre de Dios, se levantaba ante nosotros resplandeciente por sus mármoles de oro, mas sintiéndose feliz de un modo especial por poseer ella, juntamente con el retrato de la Virgen Madre, el humilde y glorioso pesebre. Durante la noche, una multitud inmensa se agolpaba en sus muros esperando el feliz instante en que este tierno monumento del amor y los abatimientos de un Dios apareciese, elevado sobre las espaldas de los ministros sagrados, como un arca de la nueva alianza, cuya vista reanima al pecador y hace palpitar el corazón del justo [1].

¡Ay! Apenas han pasado unos meses nos encontramos en este noble santuario "compadeciéndonos esta vez de los dolores de nuestra Madre en espera del sacrificio que se preparaba"[2]. Mas pronto alegrías nuevas en la augusta basílica. "Roma honraba en la solemnidad pascual a aquella que, mejor que otra criatura, tuvo derecho de sentir las alegrías por las angustias que su corazón maternal había sobrellevado y por su fidelidad en conservar la fe de la Resurrección durante las crueles horas que su Hijo tuvo

[1] El Tiempo de Navidad, p. 176.
[2] La Pasión, p. 549. Estación del Miércoles Santo.

que pasar en la humillación de la tumba"[1]. Resplandeciente como la nieve, oh María, un manto blanco de los recién salidos de las aguas formaba vuestra corte y realzaba el triunfo de este día.

Súplica. — Haz, tanto en ellos como en todos nosotros, oh Madre, que los sentimientos sean siempre puros como el mármol blanco de las columnas de tu Iglesia querida; la caridad resplandeciente como el oro que brilla en tus alfarjes; las obras luminosas como el cirio pascual, símbolo de Cristo vencedor de la muerte y que te honra desde que empieza a lucir.

6 DE AGOSTO

LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

"Oh Dios, que, en la gloriosa Transfiguración de tu Unigénito, confirmaste los Misterios de la fe con el testimonio de los Padres, y declaraste admirablemente, por medio de la voz salida de la luminosa nube, la perfecta adopción de hijos: haz propicio que seamos coherederos del mismo Rey de la gloria y partícipes de su misma gloria." Noble fórmula que resume la oración de la Iglesia y nos da su pensamiento en esta fiesta de testimonio y de esperanza.

[1] El Tiempo Pascual, p. 52-53.

SENTIDO DEL MISTERIO. — Mas, es necesario hacer notar que la memoria de la gloriosa Transfiguración se ha hecho ya dos veces en el Calendario Litúrgico; el segundo Domingo de Cuaresma y el Sábado que le precede. Con lo que se nos quiere significar, que la solemnidad presente tiene menos objeto recordar el hecho histórico ya conocido, que el misterio permanente que se saca de él; menos el favor personal que honró a Simón Pedro ya los hijos del Zebedeo que el cumplimiento del mensaje de que fueron ellos encargados de comunicar a la Iglesia: "*No digais a nadie esta visión hasta que el Hijo del Hombre haya resucitado de entre los muertos*"[1].

La Iglesia, que nació del costado del Hombre Dios, abierto en la Cruz, no debía encontrarse con él cara a cara, cuando, resucitado de entre los muertos, hubiese sellado su alianza con ella en el Espíritu Santo, sola la fe tenía que sostener su amor. Pero, con el testimonio que suple a la vista, no faltaba nada a las legítimas aspiraciones de conocer.

LA ESCENA EVANGÉLICA. — Por eso, un día de su vida mortal, dando tregua a la ley común de sufrimiento y oscuridad que se había impuesto para salvar al mundo, dejó resplandecer la gloria que llenaba su alma dichosa. El rey de los Judíos y de los Gentiles se revelaba sobre la

[1] *S. Mateo*, XVII, 9.

montaña [1] en la que su esplendor sosegado eclipsaba para siempre los rayos del Sinaí. El Testamento de la alianza eterna se mostraba, no ya en la promulgación de una ley de servidumbre, grabada sobre la piedra, sino en la manifestación del mismo Legislador, que venía en la figura de Esposo a reinar por la gracia y la hermosura sobre los corazones [2]. La profecía y la ley que prepararon sus caminos en los siglos de espera, Elías y Moisés, que venían de lugares diferentes, se encontraban ante El, cual emisarios fieles en el punto de la cita; haciendo honores al Dueño común de su misión, se eclipsaban en su presencia a la voz del Padre que decía: *¡Este es mi Hijo muy amado!* Tres testigos más autorizados que los demás asistían a esta escena solemne: el discípulo de la fe, el del amor y el otro hijo de Zebedeo que debía sellar el primero con su sangre la fe y el amor apostólicos. Según se lo habían mandado, guardaron religiosamente el secreto hasta el día en que convenía que sus bocas predestinadas pudiesen comunicarle.

Data de la fiesta. — ¿Fué siempre precioso para la Iglesia este día? Varios lo afirman. Por lo menos era conveniente que el recuerdo de esta fiesta se celebrase en el mes de la Sabiduría

[1] Himno de Vísperas.

[2] Salmo, XLIV, 5.

eterna: *Destello de la luz increada, espejo sin mancha de la bondad infinita*[1].

Hoy, los trascurridos siete meses después de la Epifanía manifiestan plenamente el misterio cuyo primer anuncio alumbró con destellos tan dulces el Ciclo desde el principio. En virtud del septenario revelado otra vez aquí, *los comienzos de la esperanza han aumentado como el Hombre Dios y la Iglesia*[2] y esta, establecida en la paz del pleno crecimiento, llama a todos sus hijos para que crezcan como con la contemplación del Hijo de Dios hasta la medida de la edad perfecta de Cristo. Así comprendemos porque se han tomado, en la Liturgia de este día fórmulas y cantos de la gloriosa Teofanía: *Levántate Jerusalén, ilumínate, porque tu luz ha llegado y se ha levantado sobre ti.* El motivo es porque, la Esposa, *resplandeciente también ella con la claridad de Dios*[3] ha sido glorificada en la montaña con el Señor.

El vestido de Cristo. — Mientras "su faz resplandecía como el sol", dice el Evangelio hablando de Jesús, *sus vestidos se tornaron blancos como la nieve*[4]. Ahora bien, estos vestidos, que brillan como la nieve, dice S. Marcos, que no hay

---

[1] El mes de la Sabiduría es Agosto por leerse en los maitines de los Domingos los libros Sapienciales.

[2] Traduce libremente un pensamiento de San León Magno, 2.º sermón de Epifanía.

[3] Capítula de Nona; *Apoc.*, XXI, 11.

[4] *S. Mat.*, XVII, 2.

batanero que los pudiera hacer más blancos sobre la tierra [1], ¿qué son sino los justos, inseparables del Hombre-Dios y su adorno regio, sino el vestido sin costura, que es la Iglesia, y que María continúa tejiendo para su Hijo con la lana más pura y con el lino más hermoso? Por eso, aunque el Señor, habiendo pasado el torrente del sufrimiento, haya entrado personalmente en su gloria, el misterio de la Transfiguración no estará completo sino hasta el momento en que el último de los elegidos, habiendo pasado él mismo por la preparación laboriosa de la prueba y gustada la muerte, se haya juntado con la cabeza en su Resurrección. Rostro del Salvador, embeleso de los cielos, entonces brillará en ti todo: la gloria, la hermosura y el amor. Expresando a Dios en la semejanza perfecta del Hijo como hombre, extenderéis la complacencia del Padre, al reflejo de su Verbo que hace a los hijos de adopción, gozándose en el Espíritu Santo hasta en las últimas franjas del manto que llena con el templo [2].

EL MISTERIO DE LA ADOPCIÓN DIVINA. — En efecto [3], según la doctrina de Santo Tomás, la adopción de los hijos de Dios que consiste en una conformidad de imagen con el Hijo de Dios por natu-

---

[1] *S. Marc.*, IX, 2.
[2] *Isaías*, VI, 1.
[3] III.ª P., qu. XLV, art. 4.

raleza [1], puede darse de dos modos: primero por la gracia de esta vida, y esta es la conformidad imperfecta, y segundo por la gloria de la patria y esta es la conformidad perfecta, según aquellas palabras de S. Juan: "Nosotros somos desde ahora los hijos de Dios y, sin embargo, no aparece lo que seremos más tarde; sabemos que cuando aparezca Jesús, le seremos semejantes porque le veremos así como es él"[2]. La palabra eterna: *Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy* [3] ha tenido dos ecos en el tiempo: en el Jordán y sobre el Tabor, y Dios, *que no se repite nunca* [4] no ha hecho en esto excepción a la regla de no volver a decir lo que dijo una vez, pues aunque los dos términos empleados en las dos circunstancias sean indénticos, con todo eso no tienden los dos al mismo fin, prosigue diciendo siempre Santo Tomás, sino para mostrar el modo diferente con que el hombre participa de la semejanza de la filiación eterna. En el Bautismo del Señor, donde fué declarado el misterio de la primera regeneración, como en su Transfiguración que nos manifiesta la segunda, la Trinidad apareció toda: el Padre en la voz, el Hijo en su humanidad, y el Espíritu Santo, primero en forma de paloma, después en la nube luminosa; pues si en el bautismo confiere la inocencia que está represen-

[1] *Rom.*, VII, 29-30.
[2] *I S. Juan*, III, 2.
[3] Salmo, II, 7.
[4] *Job.*, XXXIII, 14.

tada por la sencillez de la paloma, en la Resurrección dará a los elegidos la claridad de la gloria y el frescor rejuvenecedor que están significados por la nube luminosa [1].

ENSEÑANZA DE LOS PADRES. — "Subamos a la montaña, exclama S. Ambrosio; supliquemos al Verbo de Dios que se nos muestre en su esplendor y hermosura; que se fortifique, que progrese felizmente y que reine en nuestras almas [2]. ¡Pues, oh misterio profundo! según tu medida crece o decrece en ti el Verbo. Si no alcanzas esa cima más elevada que el pensamiento humano, no se te aparece la Sabiduría; el Verbo se te muestra como en un cuerpo sin brillo ni gloria."

Si la vocación que se te manifiesta en este día tan grande y tan santa [3], entonces "reverencia al llamamiento de Dios", dice a su vez Andrés de Creta [4], no te desconozcas a ti mismo, no rechaces un don tan grande, no te muestres indigno de la gracia, no seas tan flojo en tu vida que pierdas este tesoro celestial. Deja la tierra en la tierra, *y a los muertos que entierren a sus muertos*[5]; despreciando todo aquello que pasa, todo aquello que muere con el siglo y la carne; sigue inseparablemente hasta el cielo a Cristo

[1] III.ª P., ibíd., ad 1-2.
[2] Salmo, XLIV.
[3] Comentario sobre S. Lucas, l. VII, 12.
[4] Sermón sobre la Transfiguración.
[5] *S. Mat.*, VIII, 22.

que por ti caminó por este mundo. Que el temor y el deseo te ayuden para apartar de ti la desconfianza y guardar el amor. Entrégate todo entero; se dócil al Verbo en el Espíritu Santo, para seguir el fin tan dichoso, tan puro como es tu deificación con él, goce de bienes inenarrables. Por el celo de las virtudes, por la contemplación de la verdad llega a la Sabiduría que es el principio de todo y en la que *subsisten todas las cosas* [1].

HISTORIA DE LA FIESTA. — Los orientales celebran esta fiesta desde hace muchos siglos. Ya festejaba en Armenia a comienzos del siglo IV con el nombre de "llama de la rosa, rosae coruscatio." Suplantó a una fiesta de las flores que se celebraba en honor de Diana y figura entre las cinco fiestas principales de la Iglesia de Armenia. Los griegos la celebran el séptimo Domingo después de Pentecostés, aunque su Martiriólogo la menciona el 6 de Agosto.

En Occidente se ha celebrado de un modo especial desde el año 1457, fecha en que el Papa Calixto III promulgó un nuevo oficio y la hizo obligatoria en acción de gracias por la victoria conseguida el año precedente sobre los turcos, junto a los muros de Belgrado. Mas esta fiesta, celebrada ya en iglesias particulares, Pedro el Venerable, Abad de Cluny, había mandado que

[1] *Col.*, I, 16-17.

se solemnizase en todas las iglesias de su Orden cuando, en el s. XII, Cluny tomó posesión del monte Thabor.

LA BENDICIÓN DE LAS UVAS. — Existe la costumbre entre los griegos, y entre los latinos, de bendecir en este día las uvas nuevas. Esta bendición se da en la misa, al fin de la oración *Nobis quoque peccatoribus*. Los liturgistas, con Ricardo de Cremona, nos han dado la razón del porqué se hace este día. La Transfiguración es un anticipo de lo que será el estado de los fieles después de su resurrección y por eso se consagra la sangre del Señor con vino nuevo, si posible haberlo a mano, para significar lo que se escribe en el Evangelio: "Ya no beberé más del fruto de la viña hasta que lo beba de nuevo con vosotros en el reino de mi Padre"[1].

Terminemos con el rezo del himno de Prudencio que la Iglesia canta en las Vísperas y en los Maitines del día:

HIMNO

Los que buscáis a Cristo, levantad vuestros ojos a lo alto; allí contemplaréis el signo de su gloria eterna.

La luz brillante muestra a Aquel que no conoce término, al Dios sublime, inmenso, sin límites, cuya existencia es anterior a la del cielo y del caos.

Es Rey de las naciones, Rey del pueblo judío, prometido hace siglos al Patriarca Abraán y a su descendencia.

---

[1] *S. Mat.*, XXVI, 29.

Los profetas son testigos, y, mediante su garantía, El mismo es también testigo, el Padre nos manda escucharle y creerle.

Oh Jesús, gloria a ti, que te manifiestas a los pequeñuelos, con el Padre y el Espíritu Santo en los siglos infinitos. Amén.

EL MISMO DIA

SAN SIXTO, PAPA Y MARTIR Y LOS SANTOS FELICIANO Y AGAPITO, MARTIRES

EL TESTIMONIO DE LA SANGRE. — "XISTUM *in cimiterio animadversum sciatis octavo iduum augustarum die*". Sabed que Sixto ha sido decapitado en el cementerio el ocho de los idus de Agosto [1]. Estas palabras de S. Cipriano señalan el comienzo de un período glorioso para la Historia. Desde el Soberano Pontífice hasta Cipriano pasando por el diácono Lorenzo, ¡cuántos holocaustos va a presentar en pocas semanas al Dios Altísimo! Se diría que la Iglesia en esta fiesta de la Transfiguración del Señor está impaciente por unir su testimonio de Esposa al de los Profetas, de los Apóstoles y de Dios. El Muy-Amado, proclamado como tal en los cielos [2], ve que la tierra le atestigua también su amor: ¡testimonio de la sangre y de todos los heroísmos, eco

[1] Carta LXXXII.
[2] *S. Mateo*, XVII, 5.

sublime levantado por la voz del Padre en todas las calles de nuestro pobre mundo y que repercutirá en los siglos!

S. SIXTO. — Saludemos en este día al noble Pontífice que bajó el primero al arenario que abrió Valeriano de par en par a los soldados de Cristo. Estamos en el año 258. El emperador acaba de prohibir todas las reuniones del culto cristiano, aún las celebradas en los cementerios y a estos les pone en prisiones. Por primera vez la Iglesia es atacada como asociación civil. Se la iguala a los colegios ilícitos contra los cuales la ley romana es inexorable. Los lugares de reunión intraurbanos, iglesias propiamente dichas, quedan confiscados.

Ante tales prohibiciones. ¿Cuál va a ser la actitud de los jefes de la Iglesia? Suprimir las reuniones es amenazar su misma vida. Entonces Sixto II decide que la Iglesia continúe viviendo, que los fieles se reunan como de costumbre en los cementerios que se encuentran fuera de Roma. El 6 de Agosto de el 258, en una cripta del cementerio de San Calixto fué sorprendido en medio de sus feligreses cuando celebraba el Santo sacrificio de la Misa. El pueblo intentó protegerle, más, lleno de valor y sangre fría, se presentó a los soldados que al punto le mataron juntamente con cuatro diáconos que le asistían. Otros dos diáconos, Feliciano y Agapito, van a ser ellos también víctimas de este tumulto, siendo enterrados en el cementerio de Pretestato; el séptimo diácono, Lorenzo, será ejecutado algunos días después.

San Sixto fué enterrado en el lugar mismo de su martirio, en la cripta que se conoce con el nombre de "cripta de los Papas", uno de los lugares más santos de la Ciudad Eterna. S. Sixto fué casi el más popular de los Papas mártires y su culto comenzó

desde el día de su muerte. En Roma había en este día doble estación, la una en el cementerio de San Calixto, donde reposaba el Santo Papa y sus cuatro diáconos, y la otra en el cementerio de Pretextato donde habían sido enterrados los otros dos.

ORACIÓN. — "Oh Dios que nos concedes la gracia de honrar el nacimiento para el cielo de tus santos Mártires, Sixto, Felicísimo y Agapito; concédenos a nosotros la de gozar de su compañía en la eternidad dichosa. Por Jesucristo Nuestro Señor." Amén.

7 DE AGOSTO

SAN CAYETANO DE THIENNA, CONFESOR

EL REFORMADOR. — Cayetano apareció como el celador del santuario, en el momento en que la seudo-reforma lanzaba por el mundo sus proclamas de rebelión. El peligro había tenido como causa la incapacidad de los obispos y de los sacerdotes, su connivencia con las doctrinas y costumbres paganas, que había traído consigo un renacimiento mal entendido. Cayetano debía ser uno de los representantes más ilustres de la reforma eclesiástica del siglo XVI.

LOS CLÉRIGOS REGULARES. — La necesidad urgente en estos días nefastos era la renovación del clero por la dignidad de la vida, el celo y la

ciencia: se necesitaban para esta obra hombres que, siendo ellos mismos clérigos en la verdadera acepción de la palabra y la variedad de obligaciones que lleva consigo, fuesen para los miembros de la jerarquía un modelo permanente de la primitiva perfección, una ayuda a los incapaces, una levadura que poco a poco regenerase y fermentase toda la masa. Mas ¿dónde sino en la vida de los consejos, en la estabilidad de la práctica de los tres, que constituyen la verdadera vida cristiana, se podían encontrar la esencia, el impulso, la fuerza, la duración necesarias para los elementos de empresa de tal envergadura? La inagotable fecundad del estado religioso no le faltó a la Iglesia en estos días de decadencia, como tampoco en las épocas de su gloria. Después de los monjes, que en los yermos buscando a Dios atraían hacia la tierra las luces y el amor; después de las familias de religiosos mendicantes que conservaban en medio del mundo sus hábitos claustrales, entraban en el campo de batalla los clérigos regulares en donde su puesto de combate, su género exterior de vida, su mismo hábito les colocarían mezclados en las milicias seglares.

Su fundador. — Como otros habían sido los innovadores de las grandes formas anteriores de la vida religiosa, Cayetano fué el Patriarca de los Clérigos Regulares. El 24 de Junio de 1524

un breve de Clemente VII, aprobaba con nombre el Instituto que él había fundado este mismo año juntamente con el Obispo de Teate, de donde les viene el nombre de Teatinos a los nuevos religiosos. Pronto, los Barnabitas, la Compañía de Jesús, los Somascos de San Jerónimo Emiliano, los clérigos regulares Menores de S. Francisco Caracciolo, los Clérigos regulares Ministros de enfermos, los Clérigos regulares de las Escuelas pías, los clérigos regulares de la Madre de Dios y otros más, se precipitarán en el camino abierto y mostrarán a la Iglesia siempre hermosa, siempre digna del Esposo, haciendo caer con todo su peso sobre le herejía la acusación de impotencia que ella le había lanzado.

Cayetano quiso que fuese en el terreno del desapego de las riquezas, cuyo amor había causado tantos males en la Iglesia, donde debía comenzar a trabajar y llevar más lejos la reforma. Se vió a los Teatinos presentar al mundo un espectáculo desconocido desde el tiempo de los Apóstoles: llevar el acto del desapego hasta prohibir la mendicidad, esperándolo todo de la espontánea iniciativa de los fieles. Heroico homenaje hecho a la providencia de Dios y en el mismo momento en que Lutero negaba su existencia y que muchas veces plugo al desmostrarla con numerosos prodigios el Señor.

VIDA. — Cayetano nació en Vicencia, hacia el año 1480. Estudió el derecho en Padua y luego se fué a

Roma donde el Papa Julio II le honró con una prelatura. Ordenado de sacerdote el 30 de Septiembre de 1516, abandonó la Corte Pontifical y se dedicó de lleno al servicio de Dios, de los pobres y de los enfermos en los hospitales. Su celo le llevó a dar una vida nueva a la asociación del divino amor cuyos miembros se entregaban a todas las obras de caridad. Su piedad y su amor por la Santísima Virgen eran muy notables y, en la noche de Navidad de 1517, mientras oraba en la basílica de Santa María la Mayor, vió, en éxtasis, nacer a Nuestro Señor y tuvo la dicha de recibir en sus brazos al Niño Jesús. En 1523, en compañía del Obispo de Chieti [1] Carafa, el futuro Paulo IV, organizó el nuevo instituto de los Clérigos regulares que debían llevar la vida apostólica, sin cuidarse de las cosas de la tierra y contentarse con los dones que espontáneamente le concediesen los fieles. Poseyó el celo del culto divino, el amor de la hermosura de la casa de Dios y de la fidelidad a los ritos Litúrgicos. Murió en Nápoles el 7 de Agosto de 1547. Urbano VII le beatificó en 1629 y Clemente en 1671 le proclamó Santo.

CONFIANZA EN LA PROVIDENCIA. — ¿Quién como tú, oh gran santo, ha hecho tanto honor a las palabras del Evangelio: *No os preocupéis ni del comer, ni del beber, ni del vestir* [2]. Conocías también aquella otra clase igualmente divina: *El que trabaja merece que le alimenten* [3] sabías que se aplicaba *principalmente a los obreros de la doctrina* [4], no ignorabas que otros sembradores

---

[1] Chieti, en latín *Theate*, de donde viene el nombre de Teatinos.

[2] *S. Mat.*, VI, 31.

[3] *Ibid.*, X, 10.

[4] *I Tim.*, V, 17-18.

de la Palabra habían, antes que tú, fundado sobre ella el incontestable derecho de su pobreza para reivindicar por lo menos el pan de la limosna. ¡Sublime reivindicación de las almas hambrientas de oprobios por imitación de Jesús! Mas la Sabiduría que somete las aspiraciones de los Santos a las circunstancias de los tiempos en que ella coloca su vida mortal, hizo predominar en ti, sobre la sed de humillaciones, la ambición de exaltar en tu pobreza a la santa Providencia. ¿No era esto acaso lo que necesitaba un siglo en que el neopaganismo parecía no querer contar más con Dios, aún antes de haber dado oídos a la herejía? Tomaste a pecho, oh Cayetano, el justificar al Padre que está en los cielos; el mostrar que él estaba siempre presto a cumplir la promesa hecha en su nombre por su Hijo: *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura* [1].

De este modo, con hechos, debías conmenzar la reforma del Santuario a la cual habías resuelto consagrar tu vida. Era necesario recordar desde el principio a los miembros del clero el espíritu de la fórmula sagrada usada en el día de su ordenación, en aquel día bendito en que, despojándose del espíritu del siglo con su traje dicen con la alegría del corazón: *El Señor*

---

[1] *S. Mat.*, VI, 33.

es la parte de mi heredad y de mi cáliz; tú eres, ¡Oh Señor! el que me devuelves mi herencia[1].

SÚPLICA POR EL CLERO. — ¡Oh Cayetano! El Señor reconoció tu celo y bendijo tus esfuerzos. Guarda en nosotros el fruto de tus trabajos. La ciencia de los ritos sagrados queda muy deudora a tus hijos; ojalá llegue a prosperar en medio de una fidelidad renovada a las tradiciones de su padre. Tu bendición de patriarca acompañe siempre a las numerosas familias de Clérigos regulares que marchan en pos de ti y todos los ministros de la santa Iglesia experimenten que en el cielo tú eres poderoso para mantenerlos, y si fuera necesario, volverles al camino de su estado santo, como tú lo fuiste sobre la tierra. El ejemplo de tu confianza en Dios debe enseñar a todos los cristianos que tienen en el cielo un Padre cuya Providencia no se olvida jamás de sus hijos.

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN DONATO, OBISPO

Honremos la memoria del segundo Obispo de Arezzo, S. Donato, a quien S. Gregorio el Grande colocó entre los Padres de la Iglesia. Italia en

[1] Pontifical Romano. Salmo, XV, 5.

otros tiempos tuvo para con él una gran devoción y le construyó en su hora numerosas iglesias y un Monasterio en el Aventino, en Roma. Los Martirologios y Sacramentarios están acordes en darle el título de Confesor y no el de Mártir que le atribuyen sus actos legendarios. Los fieles han de unirse a los sacerdotes que aman de un modo especial el recitar las oraciones de la Misa de este día en que honran al sacerdocio.

Colecta. — Oh Dios, gloria de tus sacerdotes: suplicámoste hagas que sintamos el auxilio de tu santo mártir y Obispo Donato, cuya fiesta celebramos. Por el Señor.

Poscomunión. — Omnipotente y misericordioso Dios, que nos haces partícipes y ministros de tus Sacramentos: haz, te suplicamos, que, por intercesión de tu santo mártir y Pontífice Donato, adelantemos con la participación de su fe y con su digno servicio. Por el Señor.

8 de agosto

LOS SANTOS CIRIACO, LARGO Y ESMARAGDO, MARTIRES

Los Santos "Auxiliadores". — La piedad popular de la Edad Media ha dado a ciertos Santos

el nombre de Santos "Auxiliadores" o "Auxiliares" por razón de las virtudes que se les atribuía, o de los sufrimientos, palabras y milagros que narraban sus Actas. Entre estos Santos—y ya hemos hallado muchos en el curso del Año Litúrgico—se encuentra el que la Iglesia celebra el día de hoy: S. Ciriaco. Su leyenda, que data del siglo V o VI, cuenta que tenía, en su oficio de diácono, un gran poder sobre el demonio, habiendo librado de él a la hija de Diocleciano y a la del Rey de Persia. Se le atribuye igualmente el poder de curar las enfermedades de ojos. La experiencia muestra, por lo demás, que la piedad de los fieles y su fe en la intercesión de los Santos no son vanas, y que Dios, por su oración, concede con frecuencia las gracias que se le piden con confianza.

VIDA. — Hay que observar que no hay uno sino dos Ciriacos y nos faltan los detalles precisos sobre su existencia. Del primero puede decirse solamente que fué el fundador del título, o Iglesia que se encontraba cerca de las termas de Diocleciano. Esta Iglesia estaba ya en ruinas en el s. XVI y actualmente no queda nada de ella.

El otro Ciriaco es de la época de las persecuciones. Fué enterrado juntamente con un grupo de mártires. Largo, Crescenciano, Memmia, Juliana y Esmaragdo en la vía Ostiense, no lejos de S. Pablo Extra-Muros. Honorio I, erigió en este lugar una basílica, mas habiendo sido esta abandonada en el s. IX, sus reliquias fueron repartidas por muchas iglesias.

La fiesta de este grupo de mártires es una de las más antiguas y la devoción de que son objeto muestra que su prestigio es grande ante Dios.

ORACIÓN. — "Oh Dios que nos alegras con la solemnidad anual de tus santos mártires Ciriaco, Largo y Esmaragdo, sednos propicio y concedednos la gracia de imitar el valor con el cual han sufrido aquellos cuyo nacimiento para el cielo nosotros celebramos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Así sea."

9 DE AGOSTO

SAN JUAN MARIA VIANNEY, CONFESOR

LA POPULARIDAD DE LOS SANTOS. — "Es un hecho que la Iglesia, después que ha pronunciado con previo, largo y minucioso conocimiento de causa, que tal o cual de sus hijos practicó en grado heroico las virtudes del Evangelio y que Dios le ha recompensado con el privilegio auténtico de hacer milagros, cuando inmediatamente es invocado, amado, aclamado, por desconocido que haya sido antes a las naciones extranjeras, y a pesar de sus esfuerzos por ocultarse a los demás e ignorarse así mismo.

"Aunque no haya sido más que un humilde cura de una parroquia de 200 almas, como fué la de Ars, a pesar de eso, los católicos del universo saben su nombre y quieren saber los detalles de

su biografía. Si juzgamos a los santos con miras humanas, sería necesario declararles como los más astutos de todos los demás hombres, ya que ellos se dirigen, como por instinto, hacia esa celebridad mundial que muchos envidian sin poder nunca obtener.

"Nada, fuera de este aspecto, es atractivo en el espectáculo de su vida. Porque, ¡qué variedad en sus caminos y en sus métodos! ¡Qué diversidad, por no decir que contraste de caracteres y de obras! Unos permanecen extraños al mundo y solitarios; éstos, desbordantes de iniciativa, dejan sobre una sociedad, sobre un país o sobre su época la impronta de su acción; aquellos caminan en medio de tinieblas y a través de continuos matorrales de espinas que les hacen sangrar, mientras que otros muchos saltan por encima de los obstáculos y se ciernen en medio de la luz más brillante.

"Se ha creído mucho tiempo en la monotonía de los Santos. Más en nuestros días van adquiriendo fama por todas partes. Escritores de valía han notado que la interesante ascensión de un genio es inferior a la emoción más fuerte de ver a un cristiano ascender hacia la perfección"[1].

UN CURA DE ALDEA. — ¿Qué encontramos hoy en el Calendario Litúrgico? Un cura de aldea:

[1] Mgr. Grente, *Œuvres oratoires*, V, 39.

un pobre cura tan poco dotado intelectualmente que aún sus superiores dudaron permitirle ascender a las Ordenes. Le negaron por mucho tiempo el oficio de confesar y después le enviaron a una parroquia de las más pequeñas y de las más pobres de la Diócesis de Lyon: de aspecto tan enclenque y de aire tan campesino que sus feligreses, que no eran exigentes, no se mostraron muy contentos; de memoria tan rebelde, que le eran necesarias siete u ocho horas de esfuerzos para aprenderse sus sermones; de una pobreza tan extrema que no tenía más que una sotana raída, un sombrero viejo, zapatos burdos claveteados, y que por toda herencia no pudo dejar a su parroquia más que su cuerpo extenuado por los ayunos, las disciplinas y el cilicio.

La conversión de una parroquia. — Y sin embargo de eso, este pobre sacerdote haría que pronto se hablara de él. Al enviarle a Ars, el Vicario General le dijo: "No hay mucho amor de Dios en esa parroquia. Implántale tú, si puedes." Nunca fué observada mejor una consigna. Mas esto no sucedió sin sufrimientos, y más tarde el santo cura dirá: "Si yo hubiese sabido lo que debía sufrir aquí, hubiera muerto repentinamente." No perdonó nada para alcanzar de Dios la conversión de su parroquia. Se levantaba a la una o a las dos de la mañana, y pasaba una gran parte del día ante el Santísimo Sacramento;

todas las tardes se daba disciplina hasta derramar sangre; jamás usaba de calefacción; su caridad le llevaba hacia todas las miserias de las almas a él confiadas, hacia los enfermos a quien el reconfortaba y salvaba.

Sus feligreses debieron pronto reconocer los méritos del cura que la Providencia les había enviado. Cuando le vieron transfigurado en el altar en que celebraba el Santo Sacrificio, cuando oyeron sus sermones muy sencillos, pero ardientes de amor de Dios y más todavía sus catequesis que ilustraba tanto a los grandes como a los más pequeños, cuando se dieron cuenta de las mortificaciones, que se imponía por ellos, cuando oyeron al demonio perseguirle, su estima aumentó y no tardaron en proclamar su santidad.

Conversión de las multitudes. — Su fama se extendió pronto por doquier y pronto las muchedumbres se agolpaban para ver a aquel cura que leía en las almas, predecía el futuro, curaba a los enfermos y tranquilizaba a las conciencias dándolas la luz y el perdón de parte de Dios. Mientras que en la otra extremidad de la diócesis de Belley, en otra aldea llamada Ferney, se veía a algunos admiradores esforzarse por sostener el prestigio de Voltaire, las muchedumbres cansadas ya de tanta duda, corrían hacia un humilde sacerdote, hacia una pobre al-

dea, hasta entonces desconocida, y allí comenzaban de nuevo a creer, esperar y amar. Dios realizaba una vez más la palabra del Apóstol San Pablo: "confundía con la necedad de la cruz la sabiduría de los sabios"[1]. Durante muchos años hubo un afluir de gente hacia Ars, comparable al que, en la Edad Media, conducía a las muchedumbres hacia los santuarios más renombrados.

Fácilmente se puede imaginar uno la fatiga, el martirio que causaría al santo sacerdote una tal afluencia, las 17 horas pasadas cada día en el confesonario, el ayuno y las maceraciones. Hasta la tarde del 29 de Julio de 1859 continuó su ministerio sobrehumano. Por fin se vió obligado a quedarse en cama para no levantarse más. Los peregrinos forzaron la entrada de su habitación, y él, con valor heroico, prodigó sus bendiciones, sus consejos y sus absoluciones. Finalmente, en la mañana del 4 de Agosto se durmió en dulce paz, obedeciendo alegre al Señor que le llamaba para la recompensa.

VIDA. — S. Juan María-Vianney nació en Dardilly, cerca de Lyon, el 8 de Mayo de 1786. Muy joven todavía aprovechaba del trabajo de los campos o de la guarda de las ovejas para pasar largas horas en el recogimiento y la oración. Gustaba reunir junto a sí a los niños de su edad y les enseñaba a amar a Dios y a rezar el rosario. Deseando ser sacerdote, fué conducido

[1] *Cor.*, I, 18-19.

al cura de Ecully para que le enseñara el latín. Mas como encontraba grandes dificultades en el estudio, marchó en peregrinación a pedir a S. Francisco Regis, en Louvesc, la gracia de aprender lo suficiente para ser sacerdote. En efecto, se ordenó presbítero en 1815 y fué nombrado vicario de Ecully. Permaneció allí unos tres años viviendo en medio de una gran austeridad. Luego fué nombrado párroco de Ars donde encontró a unos vecinos poco cristianos a los que pronto convirtió, tanto por su caridad y penitencias heroicas, como por su predicación. El demonio envidioso de un tal resultado, le persiguió de mil maneras. Pronto acudieron de todas partes a su confesonario muchedumbres de gentes que venían a buscar junto a él la luz de la gracia de la conversión. Acabado por las fatigas murió el 4 de Agosto de 1859 a la edad de 73 años. San Pío X le beatificó en 1905 y le nombró patrono de todos los sacerdotes de Francia que tienen el cuidado de las almas y Pío XI le canonizó el 31 de Mayo de 1925.

La Cruz. — Pasaron ya los primeros años de tu ministerio de los que decías: "Esperaba de un momento a otro ser suspendido y condenado a terminar mis días en las prisiones. En aquel tiempo se olvidaban de comentar el Evangelio en los púlpitos y se predicaba sobre el pobre cura de Ars. ¡Oh, cuánta cruz debía yo sobrellevar!... ¡Me abrumaba tanto que casi no lo podía soportar! Comencé a pedir el amor de las cruces; entonces fuí feliz."

Para ti ha terminado ya el trabajo; mas desde el seno de tu reposo escucha a los obreros de

la salvación implorar tu patrocinio; sosténles en tu misión cada día más ingrata, más llena de amarguras. A aquellos a quienes la paciencia amenaza doblegarse ante la persecución y las calumnias, repíteles las palabras que tu decías a uno de tus predecesores: "Amigo mío, haz como yo. Me enfadaría si Dios fuese ofendido; más por otra parte, me alegro en el Señor de todo aquello que él permite se diga contra mí, porque las condenaciones del mundo son bendiciones de Dios. Las contradiciones nos colocan al pie de las cruces y las cruces a la puerta del cielo. ¿Acaso el que huye de la cruz, no huye de Aquel que quiso ser clavado en ella y morir por nosotros? ¡Qué la cruz haga perder la paz! Es ella la que ha dado la paz al mundo, y la que debe llevarla a nuestros corazones."

La santidad. — Elevado a la Silla apóstolica en el día aniversario de tu entrada en la gloria, San Pío X que te insertó en el código de los Bienaventurados, escogió precisamente ese mismo día 4 de Agosto para dirigir *al clero católico* la exhortación solemne[1] que inspiraban a su corazón de Pontífice nuestros tiempos malvados y repletos de peligros. Ayuda con tus súplicas ante el pie del trono del Señor las recomendaciones que el sucesor de Pedro sacaba de vuestro ejemplo, cuando decía a los sacerdotes: "Sola la

[1] 4 de Agosto de 1908.

santidad puede hacer de nosotros lo que exige nuestra divina vocación, a saber, hombres *crucificados al mundo y en los cuales esté crucificado el mismo mundo*[1], que no miran hacia el cielo más que en lo que les concierne, y no perdonan esfuerzos para llevar a los demás." *Hombres de Dios*[2] ¿es necesario que se muestren únicamente aquellos que son *la luz del mundo*[3], la *sal de la tierra*[4], los *embajadores*[5] de Aquel que se digna llamarles sus *amigos*[6], que les hace dispensadores de sus dones?[7] No serán ellos fuente de santidad como tienen que serlo para los demás, si en primer lugar no son ellos mismos santos en el secreto de la faz del Señor; en la medida en que ellos se den a Dios, Dios se dará por su medio al pueblo.

¡Oh Juan María! Ojalá puedan decirse a sí mismos y decir a los demás contigo: "Fuera de Dios, no hay nada que sea sólido. La vida pasa; la fortuna se derrumba; la salud se destruye, la reputación es atacada. Nosotros caminamos como el viento. El paraíso, el infierno y el purgatorio tienen un gusto anticipado desde esta vida. El paraíso reside en el corazón de los perfectos que están muy unidos con nuestro Señor; el infierno

---

1 *Gal.*, VI, 14.
2 *Tim.*, VI, 2.
3 *S. Mat.*, V, 14.
4 *Ibid.*, 13.
5 *II Cor.*, V, 20.
6 *S. Juan*, XV, 15.
7 *I Cor.*, IV, 1.

está en el de los impíos; y el purgatorio en las almas que no están muertas a ellas mismas. El hombre ha sido creado para el amor: por eso está tan dispuesto para amar; por otra parte es tan grande que nada puede contenerle sobre la tierra. No está contento más que cuando se dirige hacia el cielo."

EL MISMO DIA

VIGILIA DE SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

UN PROTECTOR DE ROMA. — En el sermón que se leerá mañana en el Oficio de Maitines S. León exclama: "Alegrémonos hermanos muy queridos con alegría espiritual: y ante el fin tan glorioso de este hombre, glorifiquemos al Señor que es admirable en sus santos. En ellos nos da una ayuda y un ejemplo. Y El ha hecho de tal modo resplandecer su gloria en el mundo entero que, desde donde sale hasta donde se pone el sol, Roma ha adquirido tanta fama con S. Lorenzo como Jerusalén con San Esteban."

Este bello período, al recordarnos la fiesta de la Invención del Protomártir celebrada hace ocho días, nos explica al mismo tiempo, porqué Roma ha unido con tanta frecuencia el recuerdo de los dos diáconos mártires en su Liturgia y en sus monumentos. Su magnífico mosaico de la basílica

de San Lorenzo Extra-Muros donde se celebrará solemnemente la Misa de mañana, nos representa a los dos diáconos rodeando a Jesucristo: S. Lorenzo tiene en la mano el texto del Salmo III que la Iglesia aplica en el introito y Gradual de la Vigilia: "Dispersit, dedit pauperibus." Ha derramado sus limosnas y se las ha dado a los pobres. Este texto nos recuerda la liberalidad y la caridad del arcediano Lorenzo, administrador de los bienes de la Iglesia romana.

Más Roma tenía otros títulos de reconocimiento hacia el gran mártir "cuya fiesta comenzamos a celebrar hoy"[1]. La tradición afirma que Roma se volvió definitivamente a Cristo, a partir del día glorioso en que, antes de expirar, San Lorenzo rogó por ella. El Ofertorio de la Vigilia se hace eco con la oración sublime que el poeta Prudencio pone en labios del bienaventurado mártir y que nosotros volveremos a rezar este día:

"Oh Jesucristo, único Verbo, esplendor del Padre, creador del mundo y del cielo, cuya mano levantó sus fortalezas. Tú que has puesto el cetro de Roma por encima de todas las cosas; Tú quisiste que el mundo obedeciese sumiso a la toga, para reunir en la sumisión a leyes únicas las naciones debidas por costumbres, usos, lengua, carácter y religión. Mira, el mundo entero

[1] Colecta de la Vigilia.

se ha sujetado al imperio de Rómulo; pareceres distintos y discrepancias se funden en una cosa; no olvides tu propósito, que fué el de atar con un solo lazo, bajo le égida de tu nombre la inmensidad del globo. Cristo, para tus Romanos, haces cristiana a la urbe llamada por Ti a traer a todos a la unidad sagrada. Todos sus miembros por doquier se juntan en tu fe; el universo domado se hace dócil: ¡Ojalá se convierta con el tiempo en cabeza de reyes! Envía a Gabriel, tu arcángel, para que cure la ceguera de los hijos de Julo y conozcan cúal es el verdadero Dios. Presiento la venida de un príncipe, de un emperador, servidor de Dios y no permitirá que Roma sea su esclava; cerrará los templos, sujetándolos con cerrojos eternos."

EL MISMO DIA

MEMORIA DE SAN ROMAN, MARTIR

En este mismo día la Iglesia hace conmemoración de un mártir llamado Román, sepultado en la vía Tiburtina. El *Liber Pontificalis* nos dice que había sido ordenado de portero y que murió en el mismo día que San Lorenzo. Las Actas de éste aseguran que fué convertido y bautizado por el Santo Diácono, mientras era martirizado. Es difícil averiguar la veracidad de estos detalles. Sabemos de seguro que su tumba era

visitada por los peregrinos en la antigüedad y nosotros imitaremos su devoción recitando la colecta que la Iglesia pone para la misa de este día: "Haz, Dios todo poderoso, por intercesión de tu santo mártir Román que seamos libres de toda contrariedad en el cuerpo y limpios de toda adversidad en el alma." Por Jesucristo...

10 DE AGOSTO

SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

GLORIA DE SAN LORENZO. — "La Iglesia Romana, dice San Agustín, nos invita a celebrar este día, como triunfal, en que San Lorenzo venció al mundo atónito. Roma da testimonio de cuán gloriosa e inmensa multitud de virtudes (tan variada como las flores), matiza la corona de San Lorenzo. Era diácono de aquella Iglesia. En ella distribuía la preciosa sangre de Cristo y en ella derramó su propia sangre por el nombre de Cristo. Amó a Cristo en vida y le imitó en su muerte."

El Santo Doctor ha resumido en pocas palabras lo más principal de la vida de San Lorenzo. Asistió él mismo en Roma muchas veces al aniversario del Santo Mártir, celebrado siempre con esplendor. Tenía San Lorenzo, como los Apóstoles, el privilegio de una vigilia, en recuerdo de la noche en que fué martirizado.

En la Baja Edad Media, se celebraba el 10 de Agosto una misa en su tumba y otra, más solemne, en la basílica de San Lorenzo extramuros construída por Constantino. Figuraba antiguamente en esta basílica una inscripción, que puede considerarse como el más antiguo testimonio histórico de San Lorenzo.

"Látigos, garfios, llamas, tormentos, cadenas,
Sólo la fe de Lorenzo pudo vencerlas.
Dámaso suplicante colma estos altares de presentes
Admirando los méritos del glorioso mártir."[1]

A pesar de su brevedad esta inscripción es interesante por ser muy antigua: fué redactada por San Dámaso poco más o menos un siglo después de la muerte de San Lorenzo. La leyenda se apoderó pronto de esta muerte extraordinaria; San Ambrosio cita ya ciertos episodios. En cuanto a San Agustín cuenta a sus fieles, siempre con ciertas precauciones oratorias, las circunstancias de la vida o de la muerte del Santo Mártir.

El Diácono. — En tiempo de Sixto II († 258) era San Lorenzo uno de los siete diáconos romanos. En Roma estaba limitado el número de diáconos a siete, uno para cada región eclesiástica. Además del ministerio del altar y de la

[1] A. Ferrua, *Epigrammata damasiana* (Città del Vaticano, 1942) p. 167.

asistencia al Papa en las funciones litúrgicas, los diáconos romanos administraban los bienes temporales de la Iglesia romana; cargo este que hacía de ellos personajes importantes y sucedió con frecuencia que el Papa fué elegido entre los diáconos más bien que entre los presbíteros.

EL MÁRTIR. — Al pertenecer San Lorenzo a la Jerarquía de la Iglesia caía de lleno en el edicto que Valeriano dió en 258. Ordenaba éste que todo obispo, presbítero o diácono fueran decapitados, tan pronto como fuera comprobada su identidad: A S. Sixto le alcanzó también la persecución. Fué detenido y decapitado en el Cementerio de Calixto durante una ceremonia litúrgica. Por el mismo tiempo fueron también decapitados seis diáconos.

Sólo quedaba San Lorenzo; mas pronto daría a Cristo el testimonio de su sangre. No faltaban a los perseguidores motivos interesados: San Lorenzo quedaba como único depositario de los bienes de la Iglesia romana. Según San Ambrosio fué requerido San Lorenzo para entregar los tesoros de la Iglesia. Tres días le bastaron al santo diácono para presentar al juez, en vez de oro y plata, los pobres socorridos por su caridad. Y San Agustín concluye: "Las grandes riquezas de los cristianos son las necesidades de los indigentes."

Este episodio quizás explique por qué San Lorenzo fué martirizado tres días después de San Sixto. En efecto, en la noche del 9 al 10 de Agosto fué entregado a los verdugos. Con "gran ardor y firmeza" (Sacram. Leon. Mense. Aug.) sufrió San Lorenzo el terrible suplicio del fuego. Es verdad "que el refinamiento de la crueldad que tendía a consumir al paciente a fuego lento sobre parrillas, era contrario a la tradición romana"[1]. Mas cuando el ansia de riquezas domina a un juez no se respeta tradición alguna, y no se puede, invocando un principio general, negar un hecho particular muy explicable dadas las circunstancias referidas más arriba. El suplicio del fuego fué por otra parte usado en Lyon en 177. Tenemos, finalmente, por lo que se refiere a San Lorenzo, el testimonio antes traducido de San Dámaso. Se ha pretendido quitar importancia a este epigrama al ver en él "la enumeración de las torturas clásicas". Una inscripción de San Lorenzo in Damaso que se quiere rechazar "por que es imposible fijar la fecha", debe ser, con todo eso, muy antigua y con mucha probabilidad del mismo San Dámaso[2]. Por su fe, declara ese texto, Lorenzo superó los tormentos de las lla-

[1] *Annal. Bolland.* (1933) p. 50.

[2] A. Ferrua. Epigrammata damasiana p. 168. El apóstrofe de San Lorenzo a su verdugo: "Da la vuelta y come" parece tomado de las actas de los Santos de Dorostoro, martirizados en la época en que precisamente fueron redactadas las actas de San Lorenzo.

mas en medio de las cuales pasa el camino que conduce al cielo.

San Agustín atribuye la victoria de San Lorenzo a su eminente caridad: "Sobre la parrilla fueron quemados todos sus miembros, fué atormentado por atroces dolores producidos por las llamas, mas venció con la fuerza de su caridad todos los dolores corporales." El Santo Doctor nos deja entrever en otro lugar en términos conmovedores los últimos instantes del mártir: "Extínguese la vida temporal que reemplaza la eterna. ¡Cuán grande es la dignidad y cuánta la seguridad de partir alegre de este mundo, de partir para la gloria en medio de los tormentos y torturas; de cerrar un instante los ojos con los que veía a los hombres y al mundo y de volverlos a abrir para ver a Dios...!"[1]

PLEGARIA A SAN LORENZO. — "Tres veces dichoso el Romano al honrarte en el lugar donde reposan tus cenizas. Se postra en tu santuario y oprimiendo la tierra con su pecho, la riega con sus lágrimas y expresa sus deseos. Separado de Roma por los Pirineos y los Alpes, casi no puedo adivinar el número de sus tesoros ni la riqueza de su suelo en sepulturas sagradas. Privado de esos bienes y no pudiendo ver de cerca las huellas ensangrentadas, contemplo de lejos el

[1] *Sermón*, CCCIII, n.º 2.

cielo. Allá, oh San Lorenzo, voy a ir a buscar el recuerdo de tus sufrimientos; porque tu tienes dos palacios por morada: el de cuerpo en la tierra y el del alma en el cielo. El cielo, ciudad inefable que te hace miembro de su pueblo, que coloca en tu frente la corona cívica en la filas de su eterno senado. ¡A juzgar por el brillo de tus piedras preciosas se diría que la Roma celestial te elige por cónsul perpetuo! Tus funciones, tu crédito y tu poder se ponen de manifiesto en los entusiasmos de los ciudadanos romanos, atendidos en las peticiones que te han presentado. Quien pide es escuchado; todos ruegan con libertad, expresan sus necesidades; ninguno sale triste.

"Socorre a tus hijos de la ciudad reina, tengan por apoyo inquebrantable; apoyo tu amor paternal; encuentren en ti la ternura y la leche del seno materno. Pero entre ellos, oh tú, honor de Cristo, escucha también al humilde suplicante que reconoce su miseria y confiesa sus faltas. Soy indigno, lo confieso, soy indigno de que Cristo me oiga; pero protegido por los mártires puede uno obtener remedio para sus males. Atiende a este tu devoto: por tu bondad, desata mis cadenas, líbrame de la carne y del siglo."[1]

---

[1] Prudencio, *ubi supra*.

11 DE AGOSTO

SAN TIBURCIO Y SANTA SUSANA, MARTIRES

LA RECOMPENSA DEL MARTIRIO. — En el Sermón de la fiesta de San Lorenzo [1], San Agustín advierte que "no sólo a los mártires se ha prometido recompensas celestiales, sino también a todos los que siguen a Cristo con fe íntegra y perfecta caridad. La Verdad misma promete los honores de los mártires cuando dice: El que dejare su casa, campo y demás, recibirá el ciento por uno en esta vida y en la otra los goces de la eterna [2].

"¿Hay algo más glorioso para el hombre que vender todo lo que tiene para comprar a Cristo; ofrecer a Dios lo que más le agrada, la virtud de un alma incorruptible con las puras alabanzas de la devoción; dar escolta a Cristo cuando venga a vengarse de sus enemigos; sentarse a su lado cuando esté sentado en su tribunal...? He aquí lo que debemos asimilarnos con el espíritu y pensamiento, lo que debemos meditar día y noche. Ojalá la persecución encuentre en este estado al soldado de Cristo; con una virtud tan bien dispuesta para el combate será invencible; ¿Se le ha llamado antes de la hora del comba-

[1] *Sermón* CCCIII.
[2] S. *Mateo*, XIX, 29.

te? Pues la fe preparada para el martirio recibe sin tardanza su recompensa de la justicia de Dios. Se concede la corona a la lucha durante la persecución y a la constancia en el tiempo de paz".

San Tiburcio. — "Cuando el seno de nuestra Madre la Iglesia era traspasado por la espada del perseguidor, despreciando este noble mártir las órdenes del príncipe terreno, siguió dichoso a Cristo en su reino. Esto te ha merecido los honores de la liturgia sagrada y una alabanza imperecedera". Esta inscripción fué puesta en la tumba de San Tiburcio por el Papa San Dámaso en el cementerio "de los dos laureles" donde fué colocado después de su martirio. Una basílica fué construída en el siglo VII en este lugar y restaurada por Adriano I (772-795) se conserva todavía. Las *Actas* de San Tiburcio nos refieren que fué obligado en tiempo de Diocleciano a caminar sobre carbones ardiendo, mas, a pesar de eso, siguió confesando la fe con valentía, por lo que fué condenado a ser decapitado.

Santa Susana. — Aunque Santa Susana no haya padecido el martirio con San Tiburcio, está puesto con él en este día por ser el aniversario de su martirio. Fué víctima, al parecer, de la persecución de Diocleciano, y pereció por la espada en su propia casa. Mas las *Actas* que nos

traen esos detalles son algo tardías y de dudosa autenticidad. Sólo sabemos que su cuerpo descansaba en 595 en el título (o iglesia) de Gaius, que había llegado a ser el título de Susana. Más tarde fué restaurada esta iglesia por munificencia de León III y del emperador Carlomagno.

Oración. — "Favorézcanos, Señora, la continua defensa de tus santos mártires Tiburcio y Susana: porque no dejas de mirar propicio a los que concedes ser ayudados con tales auxilios."

12 de agosto

SANTA CLARA, VIRGEN

Había comenzado S. Francisco su vida de penitencias y sacrificios. Se había dado cuenta, al renunciar al mundo, de las grandes lecciones de la cruz, y saliendo después de la caverna que le servía de morada, hizo brotar de su corazón el amoroso cántico con que atraería a las almas generosas. Ya en esta época cumplía las palabras del Crucifijo de San Damián: "Ve, y reconstruye mi casa semiarruinada"; mas al reconstruir el templo de las almas, quiso también reconstruir el templo material donde se aposenta el huésped divino. La iglesita de San Damián fué restaurada por sus cuidados, llevando él mismo las piedras sobre sus espaldas y animando a obreros

de buena voluntad les decía: "Venid, hermanos míos, ayudadme a terminar este edificio, porque un día, en este lugar, se levantará un monasterio de pobres mujeres, que darán gloria al Padre celestial en toda la Iglesia".

VOCACIÓN DE CLARA. — Pasados apenas cuatro años esta profecía se cumplía. Mientras Francisco predicaba en Asís en la iglesia de San Jorge, una joven de noble familia fué con su madre y su hermana para oír una de sus pláticas. Clara escucha su palabra llena de fuego, contempla su faz radiante y al punto escogió a Francisco por guía de su alma. Comunica sus intenciones a una tía suya y se dirige con ella a Santa María de los Angeles. ¿Quién podrá expresar lo que pasó en esta primera entrevista en el alma del Seráfico Padre con la que había de ser su ayuda en la obra que el cielo le confiaba? Francisco descubrió a Clara la hermosura del celestial Esposo, las excelencias de la virginidad y después la habló de lo más querido para él, es decir: del poder y encantos de la pobreza, de la necesidad de la penitencia. Escucha Clara admirada y enajenada. Percibe el llamamiento divino en su corazón. Pronto toma una resolución: romperá todos los lazos de la tierra para consagrarse a Dios.

LA CONSAGRACIÓN. — En la noche del Domingo de Ramos de 1212, abandona a hurtadillas la

casa paterna con algunas amigas íntimas y se encamina a Santa María de los Angeles. Francisco y sus frailes acuden a su encuentro con antorchas en las manos y la introducen en el santuario de María. Allí tienen lugar por la noche los desposorios espirituales. Francisco la pregunta que es lo que quiere. "A Dios, al Dios, dijo ella, del pesebre y del Calvario. No quiero otro tesoro ni otra herencia". Mientras Francisco la corta los cabellos, se deshace de su adornos y su joyas y recibe un burdo hábito, la cuerda, un grueso velo y se consagra a Dios para siempre.

La pequeña planta de San Francisco.—Hemos recordado esta escena tan sencilla y encantadora. Pero lo que en adelante será un resumen de su vida, lo que debemos recordar de la Santa, es lo que ella misma escribirá con sencillez en su testamento: "es la pequeña planta de San Francisco". Clara en efecto recibió en su plenitud el espíritu de San Francisco; caló muy hondo en su corazón; fué tan colmada de su espíritu que vivió constantemente de él; hizo el alimento de su inteligencia, el alimento de su caridad y como el principio mismo de sus obras. Vivió del espíritu seráfico con la misma perfección que San Francisco vivió del espíritu evangélico. Imitó a San Francisco en todo, en la pobreza, en la humildad, en la penitencia, en la oración y en el amor generoso y agradecido.

LA POBREZA. — La pobreza fué la virtud preferida de San Francisco. Fué su dama y el sueño de su vida y pudo darse testimonio al morir que la había sido fiel. El mismo amor se encuentra en Santa Clara. Muchas fueron las almas que como ella se consagraron a él; pero supieron de antemano a lo que se comprometían. Clara, en cambio no sabía más que una cosa y era, que adoptaba la pobreza más absoluta; se diría que se lanzaba a lo desconocido; más se arrojaba en los brazos de Dios en quien confiaba con un acto de generosidad incomparable. Aceptó la pobreza con alegría desde el principio, y fué fiel a ella hasta el fin. Y mientras Francisco sufrirá a menudo de las incomprensiones de sus frailes, las hermanas de San Damián serán siempre su consuelo. Para Clara la pobreza no era más que la práctica perfecta y perpetua del abandono a la Providencia del Padre y la libertad de amarle sin división. Por eso, cuando el Papa, temiendo por el porvenir del pequeño monasterio, la propone dispensarla de su voto: "No, santísimo Padre, replicó ella con viveza, absuélvame de mis pecados, pero no tengo ningún deseo de ser dispensada de seguir lo más cerca posible las huellas de Jesucristo."

LA HUMILDAD. — La pobreza origina la humildad. El autor de la imitación sólo nombra a un santo, que es San Francisco, a quien llama "el

humilde Francisco", porque su gran virtud fué la humildad. Brilló también ésta en el alma de Santa Clara. Su vida tan hermosa puede resumirse en estas palabras: humildad, docilidad, y agradecimiento. A pesar de proceder de familia noble se empeña en permanecer oculta hasta su muerte; era la madre de su Orden y se hace la criada de sus hermanas, las manda con suavidad, las cuida con precauciones infinitas y se anonada ante ellas. Su humildad fué puesta un día a dura prueba; habiendo ido el Papa a San Damián pidió a Clara que bendijera ella misma los panes que había puesto en las mesas. Procuró ella sustraerse a este mandato, mas el Papa manda en nombre de santa obediencia y Clara está obligada a obedecer. Pero en el mismo instante Dios premió su obediencia con un milagro: una cruz de oro apareció sobre cada uno de los panes, benditos por la Santa.

La penitencia. — La pobreza y la humildad producen en el corazón el amor del sufrimiento y de la penitencia. Clara, siendo aun joven, sintió enternecerse su corazón al oir a San Francisco hablar de la Pasión del Salvador. Fué a Cristo crucificado con quien deseó desposarse en San Damián cuando por él se despojó de todo. De ahí que su vida fuera una cruz continua; llevaba siempre un cilicio a raíz de sus carnes, ayunaba casi de continuo, se acostaba sobre el

suelo con una piedra por almohada. Pero las mortificaciones que se imponía lejos de ponerla triste, la hacían, por el contrario, tener rostro alegre.

LA ORACIÓN. — ¿De dónde sacaba esta energía? De la petición y de la oración. Esta era casi continua: repasaba todos los días a mediodía hasta las tres la Pasión del Señor; una parte de la noche se transcurría en conversación con Dios, sobre todo junto al Sagrario cerca de Jesús Hostia a quien tanto amaba. Allí encontró su fuerza y su amor, un amor que aumentando sin cesar la hizo morir en inefable alegría. Por eso al presenciar su muerte después de una vida tal, el Papa, en vez de cantar el oficio de difuntos en los funerales, mandó cantar la Misa de las Vírgenes, en honor de la que había entrado ya en posesión de la recompensa eterna.

VIDA. — Santa Clara nació en Asís en 1194. Pertenecía a la noble familia de los Offreduccio. Perdió a su padre siendo niña. Al quererla casar su familia dijo que su deseo era de consagrarse a Dios. El 18 de Marzo de 1212 se dirigió a San Damián donde San Francisco la vistió el hábito religioso. Más tarde su madre y su hermana se juntarán a ella en el claustro, y con ellas gran número de jóvenes, ávidas de realizar el ideal franciscano, que no era otro que el evangélico. Francisco las dió al principio una *Formula vitae* (Norma de vida), y después consiguieron seguir la regla que había compuesto para los Frailes Menores. Muchos monasterios se fundaron en Italia, en los

países vecinos y hasta en Praga. En 1240, mientras estaba enferma la santa abádesa, los Sarracenos sitiaron el monasterio de San Damián. Clara tomó el copón en sus manos y se dirigió al enemigo que se dió a la fuga. En 1252 se acostó para no levantarse más. En su última enfermedad fué consolada por el Papa que la visitó y confirmó la Regla y el "privilegio de la pobreza", muriendo en 11 de Agosto en la paz del Señor. En 1850, fué encontrado su cuerpo incorrupto como el día de su muerte.

Un alma iluminada. — ¡Oh Clara! con tanta razón así llamada. El reflejo del Esposo, con que se reviste en este mundo, no te basta; de él recibes directamente la luz. La claridad del Señor se recrea con delicias en el cristal tan puro de tu alma, aumentando la alegría del cielo y comunicándola también a este valle de lágrimas. Ilumina nuestras tinieblas con tu dulce esplendor. Quien pudiera por la limpieza de corazón, por la rectitud del pensamiento y por la sencillez de la mirada dar fuerza en nosotros al rayo divino que oscila en nuestra alma vacilante y que se oscurece con nuestras inquietudes, y que desvía y quebranta la doblez de una vida repartida entre Dios y la tierra.

Tu vida no estuvo dividida de este modo. La *profundísima pobreza* que tuviste por señora y guía, preservó tu espíritu de esta *fascinación de la frivolidad* [1] que para los mortales empaña el brillo de los bienes verdaderos. El desprendi-

[1] *Sabid.*, IV, 12.

miento de todo lo perecedero mantenía tu mirada fija en las realidades eternas; abría tu alma a los ardores seráficos que debían acabar de hacer de ti la émula de San Francisco, tu Padre. Por eso a semejanza de los serafines que tienen siempre puesta su mirada en Dios, tu actividad en la tierra fué inmensa; y fué durante tu vida San Damián una de las más firmes bases en las que el mundo decadente pudo apuntalar sus ruinas.

Dígnate, por favor, suministrarnos tu ayuda. Aumenta el número de tus hijas y hazlas fieles en seguir los ejemplos que harán de ellas como de su madre, el brazo poderoso de la Iglesia. Que la familia franciscana en sus diferentes ramas se anime siempre de sus rayos. Brilla por fin, oh Clara, sobre nosotros, para mostrarnos lo que valen esta vida que pasa y la otra que no se acabará nunca.

13 DE AGOSTO

SANTOS HIPOLITO Y CASIANO, MARTIRES

San Hipólito. — La Iglesia universal celebra hoy el aniversario de dos mártires. Hipólito llevó una vida inquieta y digna de muchas censuras. Sacerdote muy sabio, pero rigorista, se levantó contra el Papa Calixto, a quien reprendía su benignidad con los pecadores. Provocó un cisma en 217 y seguido por muchos fieles, llegó a ser

el primer antipapa. En 235 fué perseguido y preso en la persecución de Maximino, lo mismo que Ponciano, sucesor de Calixto, siendo ambos condenados a trabajos forzados a las minas de Cerdeña. Dimitió de su cargo el Papa y lo mismo hizo Hipólito, y se reconcilió con la Iglesia, e indujo a sus secuaces a ponerse bajo la obediencia del sucesor de San Ponciano. Algunos años después Hipólito murió por la fe y, traido su cuerpo a Roma, fué enterrado honrosamente en el cementerio de la vía Tiburtina.

San Casiano. — Las *Actas* de San Casiano nos le presentan como maestro de escuela y martirizado por sus discípulos con sus punzones de escribir para castigarle por su fe cristiana y por sus virtudes. Roma y Milán le dedicaron iglesias y San Pedro Crisólogo quiso exhalar su alma junto a su sepulcro.

Por tu intercesión y por la de San Hipólito, pediremos hoy a Dios "aumento de piedad" y la "estabilidad en la luz de la verdad divina" para asegurar nuestra salvación.

el primer antipapa. En 235 fué perseguido y preso en la persecución de Maximino, lo mismo que Ponciano, sucesor de Calixto, siendo ambos condenados a trabajos forzados a las minas de Cerdeña. Dimitió de su cargo el Papa, lo mismo hizo Hipólito, y se reconcilió con la Iglesia, e indujo a sus secuaces a ponerse bajo la obediencia del sucesor de San Ponciano. Algunos años después Hipólito murió por la fe, y traído su cuerpo a Roma, fué enterrado honrosamente en el cementerio de la vía Tiburtina.

San Casiano. — Las Actas de San Casiano nos le presentan como maestro de escuela y martirizado por sus discípulos con sus punzones de escribir para castigarle por su fe cristiana y por sus virtudes. Roma y Milán le dedicaron iglesias y San Pedro Crisólogo quiso exhalar su alma junto a su sepulcro.

Por tu intercesión y por la de San Hipólito pediremos hoy a Dios "aumento de piedad" y la "estabilidad en la luz de la verdad divina" para asegurar nuestra salvación.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ILUSTRAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

NOTA PARA EL FLORILEGIO DEL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Dos pensamientos fundamentales pueden ilustrar el tiempo que va desde Pentecostés a Adviento. 1.° La serie de domingos después de Pentecostés enunciada ante todo como la repetición semanal de la Pascua. "Domingo, Pascua de la semana", idea cara a la antigüedad cristiana. 2.° La aplicación, a la vida de la Iglesia, sea en el tiempo presente, sea en la eternidad de la economía redentora: la Iglesia debe vivir la vida de su Esposo. Esta segunda idea, también muy tradicional, ha tenido aplicación tardía en la liturgia de estos domingos. Como lo ha hecho notar D. Cabrol: "Navidad y Pascua estaban unidas sin impedimento por una serie continuada de fiestas y de domingos; entre Pentecostés y Adviento la unión fué más difícil. Comenzaron, sin embargo, a emerger algunas cumbres sobre la amplia uniformidad de este mar y formaron un archipiélago de islas secundarias: La fiesta de S. Juan Bautista, la de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, la de S. Lorenzo y de S. Miguel: tuvieron pequeñas series de domingos llamados domingos después de S. Juan Bautista, de los Santos Apóstoles Pedro y Pablo, de S. Lorenzo, del santo Arcángel." *(Livre de la prière antique,* 1900, p. 238.) Los modernos como D. Guéranger y sus discípulos, consideran estas etapas como el desenvolvimiento de la vida de la Iglesia y por consiguiente como una dilatación de la fiesta de Pentecostés. (Año litúrgico, p. 5

de este volumen). En muchos lugares la liturgia dominical tenía ciertos matices escatológicos: Se preparaba para recibir al Esposo—idea que se encontrará de una manera más neta en el Adviento—y muchas oraciones de las vigilias nocturnas hacen alusión a esta venida: se velaba para esperar al Esposo, como en la parábola de las Vírgenes.

Los textos que siguen en este volumen ilustrarán ante todo la idea fundamental del Domingo, "Pascua de la semana", pues las fiestas de la Santísima Trinidad, del Corpus, del Sagrado Corazón, y de la Transfiguración, introducidas con el tiempo como objeto del culto, en este período litúrgico son como la prolongación del misterio de la redención.

PLAN DEL FLORILEGIO

(Las cifras se refieren a los números y no a las páginas)

I. — DOMINGO, PASCUA SEMANAL

A) **Domingo de Resurrección:** Liturgia romana (1); Liturgia griega (2); Padres apostólicos (3).

B) **Domingo, día del Señor:** Padres griegos (4).

C) **El siglo futuro:**

a) La venida del Esposo: Liturgia griega (5); Liturgia celta (6).

b) El día sin ocaso: Liturgia griega (7); Liturgia celta (8); Padres griegos (9).

D) **Domingo y octavo día:** Padres apostólicos (10); Padres griegos (11); Padres latinos (12).

E) **Incesante repetición del domingo:** Padres griegos (13).

II. — FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

A) **Exorcismos y fórmulas bautismales:** Liturgia romana (14); Liturgia griega (15); Padres griegos (16).

B) **Doxologías:** Doxologías antiguas (17); Doxologías de la liturgia griega (18); Gran doxología (19).

C) **Diversas oraciones a la Santísima Trinidad:** Liturgia romana (20); Liturgia celta (21); Liturgia griega (22); Padres griegos (23).

III. — FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

A) **La Eucaristía, memorial de la cruz:**

a) *Convite de la Sabiduría:* Padres griegos (24); Padres latinos (25).

b) *La cena y la cruz:* Actas de los mártires (26); Liturgia siria (27).

B) **El misterio del pan y del vino:**

a) *Oración consacratoria:* Padres griegos (28); Padres sirios (29).

b) *La divina Presencia:* Padres griegos (30); Padres sirios (31); Liturgia griega (32).

C) **El sacramento que vivifica:**

a) *El alimento de los Santos:* Padres griegos (33); Padres sirios (34); Liturgia griega (35); Liturgia galicana (36).

b) *El desarrollo espiritual:* Epigrafía (37); Padres griegos (38); Padres latinos (39).

c) *La unión con Dios:* Padres griegos (40); Padres sirios (41).

d) *El sacramento del Cuerpo místico:* Padres griegos (42); Padres latinos (43); Edad media (44).

D) **La Eucaristía, germen de gloria:**

a) *Eucaristía y Resurrección:* Padres griegos (45).

b) *La Eucaristía y la Virgen:* Liturgia copta (46); Padres latinos (47); Edad media (48).

E) **Conclusión:**

a) Acción de gracias por los santos misterios: Antigüedad (49); Edad media (50).

b) Leyenda de Santo Tomás de Aquino: (51).

IV. — LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

A) **San Juan y el seno de Jesús:** Padres griegos (52); Edad media (53).

B) **La llaga del costado:** Padres griegos (54); Padres sirios (55); Padres latinos (56); Edad media (57).

V. — LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

Liturgia griega (58).

Acción de gracias por los santos misterios:

Antigüedad (49); Edad media (50).

b) Leyenda de Santo Tomás de Aquino (51).

III. — FIESTA DEL SANTISIMO

IV. — LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

A) San Juan y el seno de Jesús: Padres griegos (52); Edad media (53).

B) La llaga del costado: Padres griegos (54); Padres sirios (55); Padres latinos (56); Edad media (57).

V. — LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

Liturgia griega (58).

I. — DOMINGO, PASCUA SEMANAL

A) DOMINGO DE RESURRECCION

"Este es el día que ha hecho el Señor."
(Salmo, 117, 4.)

Liturgia Romana 1

En este primero de todos los días,
Día en el cual fué creado el mundo,
Y en el cual resucitando el Creador,
Nos ha librado, vencedor él de la muerte,
Rechacemos lejos de nosotros el sueño,
Y levantémonos todos y con prontitud.

(Himno de Maitines del Domingo en el rito monástico.)

Liturgia griega 2

Apolytikia de los Domingos [1]

La piedra fué sellada por los judíos y los soldados guardaban tu cuerpo inmaculado, pero tú resucitaste al tercer día, oh Salvador, dando la vida al mundo. Por eso te temen las potestades celestiales, a Ti que confieres la vida: Gloria a tu Resurrección, oh Cristo,

---

[1] Los *Apolytikia* son las Antífonas finales del Oficio, características de cada fiesta. Las de los Domingos están repartidas según los ocho tonos del Ochtoichos, o ciclo de los ocho tonos musicales. La organización del ciclo de los Domingos se atribuye a San Juan Damasceno.

gloria a tu providencia, Tú que eres el solo lleno de bondad para los hombres. *(Apolytikion del Domingo del primer tono,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 771.)

Cuando te humillaste hasta la muerte, Tú que eres la vida inmortal, entonces heriste al infierno con el brillo de tu divinidad; cuando hiciste salir a los muertos del fondo de los abismos, todos los poderes del cielo exclamaron: Oh Cristo nuestro Dios, gloria a Ti, que das la vida. *(Id. Domingo del 2.º tono, Ibíd.,* página 772.)

Que se regocigen los cielos y se alegre la tierra, porque el Señor ha obrado cosas maravillosas por el poder de su brazo; él ha vencido a la muerte, es el primogénito de entre los muertos. Nos ha rescatado del seno del infierno y otorga al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 3.º tono, Ibíd.,* p. 774.)

Habiendo oído del ángel la gloriosa nueva de la Resurrección, las santas mujeres discípulas del Señor, rechazando la sentencia original, dicen a los apóstoles, llenas de orgullo: La muerte ha sido vencida y despojada; Cristo Dios ha resucitado y otorga al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 4.º tono. Ibíd.,* página 775.)

Fieles, cantemos y adoremos al Verbo coeterno, al Padre y al Espíritu Santo que ha nacido de una Virgen por nuestra salvación, ya que, en su carne, se dignó subir a la Cruz, sufrir la muerte y despertar a los muertos en su gloriosa Resurrección. *(Id. Domingo del 5.º tono, Ibíd.,* p. 776.)

Las potestades angélicas lo mismo que los guardias fueron como heridos de muerte ante tu sepulcro y María se puso de pie junto a la tumba buscando tu cuerpo inmaculado; Venciste y despojaste al infierno sin que te haya podido seducir; Viniste al encuentro de la Virgen dando la vida. Tú que resucitaste de entre

los muertos, Señor, gloria a Ti. *(Id. Domingo del 6.° tono, Ibíd.,* p. 777.)

Destruistes la muerte por tu Cruz, abriste el Paraíso al ladrón, transformaste en alegría el dolor de las santas portadoras de la mirra, y ordenaste a los Apóstoles que anunciaran que Tú habías resucitado, oh Cristo Dios, que das al mundo la gran misericordia. *(Id. Domingo del 7.° tono, Ibíd.,* p. 779.)

Has descendido de las alturas, Tú que eres compasivo; aceptaste estar tres días en el sepulcro para libertarnos de nuestras pasiones; Tú que eres nuestra vida y nuestra Resurrección, Señor, gloria a Ti. *(Id. Domingo del 8.° tono, Ibíd.,* p. 780.)

Padres apostólicos 3

Aquellos que vivían según el antiguo orden de cosas han venido a la nueva esperanza, no observando ya el Sábado sino el Domingo, día en que nuestra vida ha surgido por Cristo y por su muerte. (SAN IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Maqu.*, 4, I.)

B) DOMINGO, DIA DEL SEÑOR

Padres griegos 4

Aunque Pentecostés (es decir el tiempo pascual) haya pasado, la fiesta permanece siempre. Porque toda asamblea dominical es una fiesta. Y con toda razón, porque primero Cristo mismo ha dicho: "Cuando dos o tres están reunidos en mi nombre, yo estoy con ellos." ¿Qué más queréis? ¿La presencia de Cristo en medio de vosotros no es bastante para constituir una fiesta? Además las lecturas sagradas, las bendiciones de los presbíteros, la predicación de la palabra de Dios, los hermanos reunidos y ese noble vínculo de amor,

Dios que habla a los hombres y los hombres a Dios: ¿todo esto no basta para haceros recordar que nuestra fiesta se continúa con cada sinaxis? (SAN JUAN CRISÓSTOMO. *De Anna, Sermo 5, I;* P. G. 54, 669.)

C) EL SIGLO VENIDERO

a) LA VENIDA DEL ESPOSO

5 *Liturgia griega*

He aquí que el Esposo llega en medio de la noche: feliz el siervo a quien encuentra desvelado, pero, al contrario, indigno aquel a quien encuentre dormido. Procura, pues, alma mía, no dejarte abatir del sueño para que no seas entregada a la muerte y excluída del Reino; antes bien, sal de tu modorra y esclama: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. Por la Theotokos (Madre de Dios), ten piedad de nosotros. Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. *(Tropario de los tres primeros días de la Semana Santa;* Horologion, 2.° ed. rom., 727-728; tomado del mesonyktikon l. c., p. 31).

6 *Liturgia galicana*

Ha llegado el tiempo en que, según el Evangelio, debe creerse que vendrá el Esposo, Creador del reino celestial. Las vírgenes santas salen a su encuentro con lámparas brillantes y rebosando de alegría. Las locas, por el contrario permanecen con las lámparas apagadas golpeando en vano las puertas del palacio real que ya están cerradas. Por esto velamos nosotros en la sobriedad y mantenemos brillantes nuestras almas, para poder acudir dignamente al encuentro de Jesús que viene. También en medio de la noche fué cuando Pablo y Silas prisioneros, fueron librados, mientras alababan juntos a Cristo. Para nosotros este mundo

es una prisión. Nosotros te alabamos, oh Cristo Dios, desligados los lazos del pecado a los que rectamente creen en Ti. Haznos dignos, Rey santo, del reino futuro de la gloria para que merezcamos cantarle alabanzas eternas. Gloria al Padre ingénito, gloria al Unico engendrado, gloria al Espíritu Santo, por los siglos eternos. *(Himno de media noche de la Liturgia celta.* P. L., 72, 589.)

b) EL DIA SIN OCASO

Liturgia griega 7

Señor Todopoderoso, Dios de las potestades, concédenos pasar por la noche de la vida presente con un corazón alerta y una mente pura en la espera del día brillante y glorioso de tu Hijo único. *(Oración llamada de San Basilio para la Mesonyktikon;* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 35.)

Liturgia galicana 8

Señor Jesucristo, que por el oráculo sagrado de tu boca enseñaste a tus discípulos a vigilar y orar y envolviste en el gran silencio de tu presciencia el día de tu llegada, no queriéndonos decir si llegaría a media noche, o al canto del gallo o por la mañana; nosotros, tus atemorizados servidores, rogamos a tu infinita clemencia y te pedimos que, cuando vengas, no nos encuentres al lado del que es padre del pecado sino que nos socorras con tu inefable bondad. *(Dominical del salterio mozárabe,* Codex sacramentorum Bergoniensis, p. 170, n.º 1541.)

Padres griegos 9

El Domingo es una imagen y prelibación de la vida futura. El nos recuerda que ya hemos resucitado

y que debemos adherirnos a aquél que está en las alturas. (San Basilio, *De Spiritu Sancto*, 27, 66; P. G. 32, 192.)

D) DOMINGO Y DIA OCTAVO

10 *Padres apostólicos*

Celebramos con gozo el día octavo en el cual Jesús resucitó. (*Pseudo-Bernabé*, 15, 8.)

11 *Padres griegos*

El día del Señor es grande y digno de ser recordado. La Escritura menciona este día sin tarde, sin sucesión, sin fin; el salmista le ha denominado octavo, porque está por encima del tiempo septenario. El sentido será siempre el mismo, aunque le llames día o siglo. Si este intervalo se ha llamado día, es uno y no múltiple; si es denominado siglo, es aislado y no parte de un todo. Para elevar nuestro espíritu hacia la vida futura, (Moisés) ha designado con la palabra "uno" la imagen del siglo, las primicias de los días, el contemporáneo de la luz, el domingo santo por la Resurrección del Señor. (San Basilio, *Homilía sobre el Hexameron, II*. P. G. 29, 52, B.)

Oramos de pie el primer día de la semana, más no todos saben la razón. Si en efecto permanecemos en pie para la oración del día de la Resurrección, con el fin de conmemorar el don de la gracia, no es solamente porque hemos resucitado con Cristo y porque debemos buscar las cosas de arriba; yo creo que también debe ser porque este día es, en cierta manera, una imagen del siglo venidero. Esta es la razón por la cual siendo el origen de los días, no es llamado "primero" por Moisés sino "uno". Hubo, dice, una tarde y una mañana

como los de un día que volviese regularmente sobre sí mismo. Por eso es a la vez uno y octavo aquél que es realmente uno y al mismo tiempo verdaderamente octavo, del cual hace mención el salmista en el título de ciertos salmos, cifra que significa el estado de cosas que seguirá a este tiempo, un día sin fin, un siglo que no tiene ocaso, ni sucesión, ni cesación, ni término. Así pues, en virtud de una exigencia legítima, la Iglesia enseña a sus hijos a orar de pie en este día, para que con el recuerdo perpetuo de la vida eterna no abandonemos los medios que conducen a ella. (SAN BASILIO, *De Spiritu Sancto,* P. G. 32, 188 A- 192 B.)

Padres latinos 12

En el (día octavo) se realizarán las palabras del salmista: "Tomad vuestro reposo y ved que soy Dios." Aquél será verdaderamente el gran Sábado que no tiene tarde y del cual hizo el mismo Señor el elogio al concluir los primeros trabajos de la Creación. Nosotros mismos seremos este séptimo día cuando hayamos sido perfeccionados y restablecidos por su bendición y su santificación. Vueltos a crear por Dios y hechos perfectos por una gracia mayor todavía, entraremos a gozar de nuestro eterno descanso y veremos que él es Dios, cuando siendo todo en todos estemos llenos de él. Y si la historia del mundo cuenta tantas épocas cuantos días tiene la semana, como parece sugerirlo la Escritura, comprenderemos claramente que nosotros pertenecemos a este gran Sábado, porque ocupa el lugar del séptimo día. Así pues, la séptima época es nuestro Sábado, día que será sin tarde, pero que concluirá por un Domingo.

Un octavo día eterno, consagrado por la Resurrección de Cristo, que es la figura profética, no sólo del reposo del alma, sino también del cuerpo. Entonces, este nuestro descanso se tornará en contemplación,

nuestra contemplación en amor, nuestro amor en alabanza sin fin. (SAN AGUSTÍN, *Ciudad de Dios*, cp. I. P. L. XLI, 803-804.)

E) INCESANTE REPETICION DEL DOMINGO

13 *Padres griegos*

Decidme los que sólo venís a la Iglesia los días de fiesta, es que los otros días, ¿no lo son también? ¿no son días del Señor? Son los judíos los que únicamente tienen algunos días determinados para celebrar sus solemnidades, y así les dice Dios: "No puedo soportar vuestras neomenias, vuestros Sábados y vuestro gran día. Mi alma siente repugnancia por vuestros ayunos, vuestros días de regocijo y vuestras festividades." Dios, pues, siente horror por aquellos que creen que sólo hay un día de fiesta para el Señor. Los cristianos comen todos los días el Cordero, es decir, que toman cada día la carne de la palabra divina. "Porque Cristo, nuestra Pascua, ha sido inmolado." La ley de Pascua prescribe que éste sea comido por la tarde y por eso el Señor sufrió a la caída de la tarde del mundo; pues vosotros que vivís en una tarde continua, hasta que venga el día, no debéis cesar de comer la carne de la palabra. Si durante este tiempo habéis permanecido vigilantes, si en el curso de vuestra vida "os habéis dado al ayuno y a las lágrimas" y a todas las obras de justicia, también vosotros podréis decir: "La tarde pasa entre lágrimas, pero por la mañana hay alegría." Porque os regocijaréis por la mañana, es decir, en el siglo futuro, a condición de que en el presente recojáis en lágrimas y fatigas "los frutos de la justicia". (ORÍGENES, *Homilía 10 sobre el Génesis*, ed., Doutreleau, p. 189-190.)

II. — FIESTA DE LA SANTISIMA TRINIDAD

La fiesta de la Santísima Trinidad, aunque de institución tardía, recoge el conjunto de los más antiguos testimonios del culto hacia las tres Personas, que se encuentran ya en los orígenes cristianos tanto en los rituales como en las oraciones de los fieles.

A) EXORCISMOS Y FORMULAS BAUTISMALES

Bautizadles en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo. (Mateo, 28, 9.)

Liturgia romana 14

Te exorcizo, espíritu inmundo, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, para que salgas y abandones a este siervo de Dios; porque te lo manda, oh espíritu maldito y condenado, aquél que caminó sobre el mar y tendió la mano a Pedro que se hundía en las aguas. Así pues, demonio perverso, reconoce tu sentencia y glorifica a Dios vivo y verdadero, glorifica a Jesucristo su Hijo y al Espíritu Santo, y retírate de este siervo de Dios, *N.*, porque nuestro Dios y Señor Jesucristo se ha dignado llamarle a su gracia, a su bendición y a la fuente del bautismo. *(Ritual rom.,* bautismo.)

¿Crees en Dios Padre Todopoderoso? ¿Y en Jesucristo, su único Hijo, Señor nuestro, que nació y pa-

dedó? ¿Y en el Espíritu Santo, en la Iglesia católica, en la comunión de los Santos, en la remisión de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable? *(Ibíd.)*

15 *Liturgia griega*

¿Estás unido a Cristo? — Me he unido a El. — Adórale pues. — Adora al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e indivisible. *(Iniciación cristiana, interrogatorio del catecúmeno; Eucologio,* ed. rom., p. 15.)

El siervo de Dios, *N.*, es bautizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. — Ahora y siempre por los siglos de los siglos. *(Bautismo del catecúmeno, Ibíd.,* p. 157.)

El siervo de Dios *N.*, se reviste de la túnica de justicia, en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Ibíd.,* p. 157.)

16 *Padres griegos*

Cuando nos llegamos a la gracia del Bautismo, renunciando a todos los otros dioses y dueños, confesemos a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, (ORÍGENES, *Homilía in Ex.,* 8, P. G. 12, 353.)

Si no has sido purificado en el Padre, en el Hijo y en el Espíritu Santo, no podrás ser puro. (ORÍGENES, *Homilía in Lev.,* 7, 4, P. G. 12, 485.)

¿Crees en el Padre Todopoderoso? — *(Creo;* primera inmersión.) — ¿Crees en Jesucristo, Hijo de Dios, que la Virgen María dió a luz por obra del Espíritu Santo, que vino para salvar al género humano, que fué crucificado bajo Poncio Pilato, que murió y resucitó al tercer día de entre los muertos, que subió al cielo y está sentado a la diestra de Dios Padre y vendrá a

juzgar a los vivos y a los muertos? — *(Creo;* segunda inmersión.) ¿Crees en el Espíritu Santo, Paráclito, que procede del Padre y del Hijo? *(Creo;* tercera inmersión.) *(Canón de Hipólito,* 16.)

B) DOXOLOGIA

Es preciso señalar la importancia que desde la más remota antigüedad adquiere en la Liturgia la doxología, es decir, la devoción al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo. Es la gran devoción católica que aparece en la Misa en la mayor parte de los ritos. (F. Cabrol, *La Doxologie dans la prière chrétienne, en Mélanges Grandmaison.* Rech, de la Religión, février, 1928, p. 30.)

a) DOXOLOGIAS ANTIGUAS 17

Por El (Cristo) *tenemos acceso al Padre en el mismo Espíritu.* (Efes., 2, 18.)

Gloria al Padre con el Hijo y el Espíritu Santo. *(Dosolog. de S. Policarpo,* Funk, *Patres Apostolici,* I, página 308.)

Alabamos al creador de todas las cosas por el Hijo y por el Espíritu Santo. (San Justino, *Apología I,* 67.)

Gloria al Padre, alleluia; gloria al Hijo, alleluia, y al Espíritu Santo, alleluia, alleluia. *(Doxolog. griega del papiro de Fayoum,* siglo iv, *DAL,* I, 1. col. 1232.)

Dios Todopoderoso, que creaste el cielo y la tierra, el mar y todo lo que encierra, ven en mi ayuda, ten piedad de mí, perdona mis pecados, sálvame ahora y en los siglos futuros, por nuestro Señor Jesucristo, por el cual sea a Ti la gloria y el poder por los siglos. Amén.

(Tipo de doxología en dos términos. *Papiro de Oxirynco,* D. H. LECLERCQ, *Monumenta ecclesiae Liturgica,* 1, 2, CLXXI.)

Luz beatificante de la santa gloria
Del inmortal padre celeste,
Oh santo bienaventurado Jesucristo;
Llegados ya al declinar del sol,
Y mientras contemplamos las luces de la tarde
Cantamos al Padre, al Hijo
Y al Espíritu Santo de Dios.
Eres digno de que en todo tiempo
Te canten voces puras,
Oh Hijo de Dios, que das la vida del mundo,
Por eso el mundo proclama tu gloria.

(Himno *Fos hilaron,* canto vesperal antiguo, atribuído a San Atenógenes. Horologion, 2.ª ed. rom., páginas 225-226.)

18 *b)* DOXOLOGIAS DE LA LITURGIA GRIEGA

Gloria a la santa, consustancial, vivificante e indivisible Trinidad, en todo tiempo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Comienzo de Maitines,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 66.)

Trinidad consustancial e individua. Unidad en tres hipóstasis igualmente eternas, a Ti cantamos, como a nuestro Dios, el himno de los ángeles: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 3.º tono del Oficio de Maitines de los días de penitencia,* Gran Octoicos, ed. rom., 713.)

A tu Padre eterno y a Ti, Cristo Dios, juntamente con tu muy Santo Espíritu, osamos glorificarte, como los Serafines, diciendo: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 4.º tono, ibíd.,* p. 714.)

Glorifiquemos la Divinidad de la Trina Unidad en unión sin confusión y entonemos el himno de los ángeles: Santo, Santo, Santo eres, oh Dios. *(Himno triádico del 6.° tono, ibíd.,* p. 714-715.)

Trinidad santísima, poder consustancial, indivisible realeza, origen de todos los bienes, muéstrate propicia para con un pecador como yo; fortalece e instruye mi corazón y límpiame de toda impureza; ilumina mi inteligencia, para que te glorifique sin cesar, te adore y te diga: Un solo Santo, un solo Señor, Jesucristo para la gloria del Padre. Amén. *(Oficio de los típicos,* Horologion, 2.ª ed. rom., p. 191-192.)

Trinidad santísima, ten piedad de nosotros, Señor; acepta la expiación de nuestros pecados; Señor, perdona nuestras iniquidades; Santo, socórrenos y sana nuestras enfermedades, por tu nombre. *(Oración introducida de los oficios bizantinos, ibíd.,* p. 8.)

Bendita sea la realeza del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Comienzo de la Liturgia,* Eucologio, ed. rom., p. 42.)

Es digno y justo adorar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, Trinidad consustancial e individua. *(Comienzo de la anáfora en muchas Iglesias de rito griego.)*

Todo verdadero beneficio y todo don perfecto viene de arriba y desciende de Ti. Padre de las luces. Te glorificamos, damos gracias y adoramos, Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Liturgia de San Juan Crisóstomo, Conclusión;* Eucologio, ed. rom., p. 76.)

Porque Tú eres la luz de nuestras almas y de nuestros cuerpos, oh Cristo Dios, Te glorificamos con tu Padre eterno y a tu muy santo, bueno y vivificante Espíritu, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Oración del Evangelio,* Eucologio, ed. rom., p. 50.)

19 c) GRAN DOXOLOGIA

Gloria a Dios en lo más alto de los cielos y paz sobre la tierra en los hombres de buena voluntad.

Te cantamos, Te bendecimos, Te adoramos, Te glorificamos, Te damos gracias por tu inmensa gloria.

¡Señor Rey, Dios celestial, Padre Todopoderoso! Señor Hijo único Jesucristo y Espíritu Santo.

Señor Dios, Cordero de Dios, Hijo del Padre, que borras los pecados del mundo, ¡ten piedad de nosotros! Tú que borras los pecados del mundo.

Acepta nuestra oración, Tú, que te sientas a la diestra del Padre, y ten piedad de nosotros.

Porque Tú sólo eres Santo. Tú sólo Señor, Jesucristo, para gloria del Padre. Amén.

Todos los días te bendeciré y ensalzaré tu nombre por todos los siglos, y en los siglos de los siglos.

Dígnate, Señor, conservarnos hoy sin pecado.

Tú eres bendito Señor, Dios de nuestros padres, y tu nombre es digno de alabanza y lleno de gloria en todos los siglos. Amén.

Que tu piedad, Señor, sea sobre nosotros, según que hemos esperado de Ti.

Bendito eres, Señor, muéstranos tus juicios. *(Tres veces)*.

Señor, tu has sido nuestro refugio de generación en generación.

Dije: Señor, ten piedad de mí; sana mi alma porque he pecado contra Ti.

Señor, me refugio en Ti; enséñame a hacer tu voluntad porque eres mi Dios.

Porque en Ti está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz.

Extiende tu piedad sobre todos aquellos que te conocen.

Dios Santo, Santo fuerte, Santo inmortal, ten piedad de nosotros *(Tres veces)*. *(Horologion,* 2.ª ed. rom., p. 120-127.)

A Ti se dirige la alabanza, a Ti se dirige el cántico, a Ti se dirige la gloria. Padre, Hijo y Espíritu Santo, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. *(Final de la gran Doxología en la semana*—en latín, himno *Te decet laus*—Horologion, 2.ª ed. rom., p. 129-130).

d) ORACIONES DIVERSAS A LA SANTISIMA TRINIDAD

Tres son los que dan testimonio en el cielo y los tres son uno. (Comma Joanneum, 1.ª Juan., 5, 7.)

Liturgia romana 20

Es, en verdad, digno y justo, debido y saludable, darte gracias en todo tiempo y lugar, Señor Santo, Padre Todopoderoso, Dios eterno, que con tu Hijo Unigénito y el Espíritu Santo eres un solo Dios, un solo Señor; no en la unidad de una sola persona, sino en la Trinidad de una sola substancia. Pues lo que por tu revelación creemos de tu gloria, lo mismo creemos, sin diferencia alguna, de tu Hijo y del Espíritu Santo; de tal manera que confesando una verdadera y eterna divinidad, adoramos la propiedad en las personas, la unidad en la esencia y la igualdad de la majestad *(Prefacio de la Santísima Trinidad)*.

Todo el que quiera salvarse debe ante todo profesar la fe católica.

Y si alguien no la conserva íntegra y sin mancha, incurrirá sin duda en la muerte eterna.

La fe católica consiste, pues, en venerar a un solo Dios en la Trinidad y a la Trinidad en la unidad.

Sin confundir las personas ni dividir la sustancia.

Pues una es la persona del Padre, otra la del Hijo y otra la del Espíritu Santo.

Sin embargo, El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, tienen una sola divinidad, una gloria igual, una coeterna majestad.

Como el Padre, así el Hijo y el Espíritu Santo.

Increado el Padre, increado el Hijo, increado el Espíritu Santo.

Infinito el Padre, infinito el Hijo, infinito el Espíritu Santo.

Eterno el Padre, eterno el Hijo, eterno el Espíritu Santo.

Mas no son tres eternos, sino un solo Eterno.

Del mismo modo que no hay tres increados ni tres infinitos, sino un solo Increado y un solo Infinito.

Igualmente omnipotente es el Padre, omnipotente el Hijo, omnipotente el Espíritu Santo.

Sin embargo no son tres omnipotentes, sino un solo Omnipotente.

Así también el Padre es Dios, el Hijo es Dios, el Espíritu Santo es Dios.

Pero no hay tres Dioses, sino un solo Dios.

Asimismo, el Padre es Señor, el Hijo es Señor, el Espíritu Santo es Señor.

Más no hay tres Señores, sino un solo Señor.

Porque si la verdad cristiana nos obliga a confesar que cada una de las tres personas es Dios y Señor, la religión católica nos prohibe decir que hay tres Dioses o tres Señores.

El Padre no ha sido hecho por nadie; no ha sido ni creado ni engendrado. El Hijo procede solamente del Padre, no hecho ni creado, sino engendrado.

El Espíritu Santo viene del Padre y del Hijo, no hecho, ni creado, ni engendrado, sino por procedencia.

Hay, pues un solo Padre, no tres Padres; un solo Hijo, no tres Hijos; un solo Espíritu Santo, no tres Espíritus Santos.

Y en esta Trinidad, nadie procede ni sigue; nadie hay mayor ni menor, sino que las tres Personas son coeternos e iguales entre sí.

De tal manera que en todas las cosas, como ya lo hemos dicho, debemos venerar la Unidad en la Trinidad, a la Trinidad en la Unidad.

Según esto, el que quiere salvarse, debe creer así a cerca de la Trinidad.

Mas es también necesario para la salvación eterna una fe sincera en la Encarnación de Nuestro Señor Jesucristo.

La verdadera fe consiste en creer y confesar que Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios, es Dios y hombre.

Es Dios, porque ha sido engendrado de la sustancia del Padre antes de todos los siglos. Es hombre, porque ha nacido en el curso del tiempo de la sustancia de una Madre.

Es perfecto Dios y perfecto hombre, compuesto de alma racional y de cuerpo humano.

Igual al Padre en su Divinidad, inferior al Padre en su humanidad.

Y aunque sea Dios y hombre, no constituye dos Cristos, sino uno solo.

Es uno, no por el cambio de la divinidad en humanidad, sino por la unión de la humanidad en la divinidad.

Es perfectamente uno, y no por la mezcla de las naturalezas, sino por la unidad de la persona.

Porque del mismo modo que el alma racional y el cuerpo forman un solo hombre, Dios y el hombre forman un solo Cristo.

El cual sufrió por nuestra salvación, bajó a los infiernos y resucitó al tercer día de entre los muertos.

Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre omnipotente, de donde vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos.

A su venida, todos los hombres resucitarán con sus cuerpos y darán cuenta de sus acciones.

Y los que hayan obrado bien, irán a la vida eterna, mas los que hayan obrado mal, al fuego eterno.

Esta es la fe católica, sin cuya convicción firme y sincera nadie puede salvarse.

(Breviario romano. — Símbolo atribuído a S. Atanasio.)

21 *Liturgia galicana*

Señor Santo, luz y verdadera salud de los que creen, ilumina nuestro corazón con la claridad de la Resurrección del Señor para que el conocimiento de la Trinidad y de la Unidad merezcamos ser hijos de la luz, miembros de Cristo y templos del Espíritu Santo, Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos. *(Antifonario de Bangor, coll. 66 sup. him;* P. L. 72, 599 y 600.)

22 *Liturgia griega*

Hemos visto la verdadera luz, hemos recibido el Espíritu celestial, hemos encontrado la verdadera fe en la adoración de la Trinidad indivisible, porque ella nos ha salvado.

En los Profetas nos has anunciado el camino de salvación, y en los Apóstoles, Salvador nuestro, ha brillado la gracia de tu Espíritu.

Tú eres Dios antes de la creación del mundo. Tú lo serás después de todas las cosas y por todos los siglos; Tú eres nuestro Dios.

Te glorificaré desde tus atrios, Salvador del mundo, a la tarde, a la mañana y al mediodía, dobladas las rodillas adoraré tu fuerza invisible e invencible; y en todo tiempo, Señor, te bendeciré.

Desde tus atrios, Señor, nosotros creyentes doblamos la rodilla en espíritu y corporalmente y te celebramos con nuestros cantos, Padre sin principio, Hijo

coeterno y muy santo Espíritu, igual en eternidad, que iluminas y santificas nuestras almas. *(Vísperas Mayores de Pentecostés, stic., del* 2.° *tono,* Pentecostés, ed. rom., p. 390-391.)

Rey de reyes, único del Unico, solo Verbo procedente del Padre sin principio, en tu largueza has hecho brillar tu Espíritu, igual a Ti en poder, sobre los Apóstoles que te cantan: Gloria y poderíos a Ti, Señor. *(Maitines de Pentecostés, Oda 4. estrofa, 2.*, Pent., ed. rom., p. 398.)

Toda criatura dobla la rodilla ante el Paráclito y ante el Hijo del Padre, idéntico al Padre en su naturaleza. Reconocido, en efecto, en las tres Personas, una sustancia verdaderamente inaccesible, eterna y única, porque la gracia del Espíritu Santo brilló como una luz. *(Maitines de Pentecostés, Oda 4. Tropario,* ed. rom., Pent. p. 373.)

Venid, pueblos, adoremos la Divinidad en tres personas; el Padre en el Hijo, con el Espíritu Santo, porque el Padre, desde toda la eternidad engendra eternamente un Hijo que reina con El, y el Espíritu Santo está en el Padre, glorificado con el Hijo, potestad única, única sustancia, única divinidad que todos adoramos diciendo: Dios santo que has creado todo por el Hijo con el concurso del Espíritu Santo, Santo fuerte por quien hemos conocido al Padre y por quien el Espíritu Santo ha venido al mundo. Santo inmortal, Espíritu consolador, Tú que procedes del Padre y reposas en el Hijo. Trinidad santa, gloria a Ti. *(Vísperas mayores de Pentecostés; Idiomel de León el Déspota, tono 4.° pl.,* Pent., ed. rom., p. 391.)

Padres griegos 23

A El, a ese Dios que se ha hecho hombre por nosotros, a quien el Padre ha sometido todas las cosas. A El la gloria y el poderío con el Padre y el Espíritu

Santo, en la santa Iglesia, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén. (HIPÓLITO, *Contra Noeto,* 18, P. G. 10, 829.)

Roguemos a la misericordia del Señor para que las mismas piedras no se pongan a gritar en vista de nuestro silencio. Hablemos y alabemos a Dios en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, para quien sea la gloria y la potestad por los siglos de los siglos. Amén. (ORÍGENES, *Homilía 37 in Luc.,* P. G. 13, 1896.)

Roguemos para que Jesús reine sobre nosotros y para que nuestra tierra sea libertada de las guerras y de los asaltos de los deseos carnales, y para que, libre de estos males cada uno descanse bajo su vid, su higuera o su olivo; porque el alma que haya encontrado la paz en su carne y en su espíritu, reposará bajo la mirada del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (ORÍGENES, *Homilía 22 in Num.,* P. G. 12, 745.)

Ojalá seamos dignos de conocer a Dios, de conocer a su Hijo Jesucristo, de conocer al Espíritu Santo, para que reconocidos por la Trinidad merezcamos conocer pleno, entero y perfecto el misterio de la Trinidad por la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, a quien es la gloria y el reino por los siglos de los siglos. (ORÍGENES, *Homilía 4 in Gén.,* P. G. 12, 183.)

Ojalá seamos hechos conformes y semejantes a la oblación de Cristo, por el mismo Jesucristo Nuestro Señor, por quien es la gloria y el reino por los siglos de los siglos, a Dios Padre Todopoderoso y al Espíritu Santo. (ORÍGENES, *Homilía 1 in Lev.,* P. G. 12, 411.)

III. — LA FIESTA DEL SANTISIMO SACRAMENTO

A) EUCARISTIA, MEMORIAL DE LA CRUZ

a) EL BANQUETE DE LA SABIDURIA

La Sabiduría ha edificado su casa. Ha esculpido siete columnas. Ha degollado las víctimas, mezclado el vino y puesto la mesa. (Prov., 9, 1-2.)

Padres griegos **24**

Por las palabras: "Introducidme en la bodega" parece pedir la Esposa a los amigos del Esposo que la introduzcan en la Casa de la alegría donde se bebe vino y está preparado el festín. Después de haber visto la cámara del Rey, desea también entrar en el banquete real y gustar el vino del gozo. Los amigos del Esposo son los profetas y los servidores de la palabra a los cuales, con justo título, la Esposa, que se adhiere al Esposo, pide que la introduzcan en la bodega, es decir, ahí donde la Sabiduría ha mezclado su vino y a donde ha invitado por sus servidores a todos los que permanecen en la ignorancia, diciéndoles: Venid, comed mi pan, y bebed el vino que he mezclado. En esta morada del vino y del banquete, todos los que vengan de Oriente y de Occidente se sentarán con Abraán, Isaac y Jacob en el Reino de Dios. Y David, habiendo admirado la copa de este banquete dijo:

Mi copa se desborda. La Iglesia y el alma perfecta desean entrar en esta morada del vino para gozar de las enseñanzas de la Sabiduría y de los misterios de la Ciencia, como si fueran las delicias de un banquete y la alegría producida por el vino. (ORÍGENES, *Com. Cant.*, III, P. G. 13, 154-155.)

25 *Padres latinos*

El Espíritu Santo figura por Salomón el tipo del sacrificio del Señor, al hacer mención de la víctima inmolada, del pan y del vino y del altar. La Sabiduría, dice, ha construído una casa y la ha sustentado con siete columnas. Ha inmolado sus víctimas y ha mezclado en la copa el vino y el agua y ha puesto su mesa. Después ha enviado a sus servidores a todos, con grandes voces, que vengan a beber en su copa: "Venid, comed los panes, y bebed el vino que he mezclado para vosotros." Habla del vino mezclado, es decir, que anuncia proféticamente el cáliz del Señor, que contiene el agua y el vino mezclados. (SAN CIPRIANO, *Epístola 63, 5;* P. L. 4, 389.)

Tú quieres comer y beber. Ven al banquete de la Sabiduría que invita a todos los hombres con grandes voces diciendo: Venid, comed de mi pan y bebed del vino que he mezclado. Escucha a la Iglesia que te exhorta no sólo con sus cánticos sino con el Cantar de los Cantares: "Comed, amigos, bebed, embriagaros, amados míos." Porque esta embriaguez hace sobrios, esta embriaguez engendra el gozo; no un gozo insensato, sino el de la gracia. La Sabiduría ha edificado una casa y levantado siete columnas. El mismo Señor Jesús enseña que hay numerosas moradas en la casa de su Padre. En esta casa te ofrecerá un festín con alimento del alma y sustento del espíritu, de tal manera que ya no tengas más ni hambre ni sed. (SAN AMBROSIO, *De Cain et Abel,* I, 19-21, P. L. 14, 326-327.)

b) LA CENA Y LA CRUZ

El Señor misericordioso y compasivo ha dejado memoria de sus prodigios; ha dado un manjar a los que le temen. (Salmo 110, 4-5.)

Actas de los mártires 26

Sólo hay un Dios Todopoderoso, el verdadero Dios. Cada día le ofrezco un sacrificio, no de la carne de los toros ni de la sangre de los carneros degollados entre el humo del incienso, sino el sacrificio del Cordero inmaculado que consagro cada día sobre el altar, memorial de la Cruz. Todo el pueblo fiel come la carne y bebe la sangre de esta víctima, y sin embargo, el Cordero que ha sido inmolado, permanece siempre entero y siempre vivo. Es absolutamente verdadero que está sacrificado y completamente cierto que el pueblo come su carne y bebe su sangre y, a pesar de eso, te digo, permanece intacto, sin mácula y lleno de vida. *(Actas del Martirio de San Andrés,* P. G. 2, 1228.)

Liturgia siria 27

Celebramos la memoria de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo, y de toda la economía de nuestra salvación. En efecto, según su divino precepto, celebramos sobre esta Eucaristía colocada entre nosotros: la memoria de su anunciación por el Arcángel siempre vigilante, de su nacimiento en la carne, de su bautismo en el Jordán, de su elevación en la Cruz, de su muerte portadora de la vida, de su gloriosa sepultura, de su esplendorosa resurrección, de su ascensión al cielo donde está sentado a la diestra del Padre. *(Liturgia Siria, comienzo de la Liturgia,* RENAUDOT, *Lit. or.*, II, p. 16.)

B) EL MISTERIO DEL PAN Y DEL VINO

a) ORACION CONSECRATORIA

Tomad, comed, este es mi cuerpo... Bebed todos de él, esta es mi sangre. (Mat., 26, 26-27.)

28 *Padres griegos*

Es digno y justo alabarte, cantarte y glorificarte a Ti, Padre increado del único engendrado Jesucristo. Te alabamos, Dios increado, insondable, inefable, incomprensible a todo ser creado. Te alabamos a Ti que eres reconocido como Hijo Unigénito, a Ti por quien es anunciado y enseñado y revelado a la creación. Te alabamos a Ti que conoces al Hijo y que revelas a los santos sus propias excelencias; a Ti que eres conocido por tu Verbo engendrado y eres mostrado y enseñado a los santos. Te alabamos Padre invisible, colega de la inmortalidad. Eres la fuente de la vida, la fuente de la luz, la fuente de toda gracia y de toda verdad, amigo de los hombres, amigo de los pobres, propicio a todos, que los atraes a Ti por la venida de tu amable Hijo. Te pedimos que hagas de nosotros hombres vivos. Danos el Espíritu de luz para que te conozcamos a Ti, solo verdadero Dios y a quien has enviado, Jesucristo. Danos el Espíritu Santo para que podamos narrar y proclamar tus inefables misterios. Que el Señor Jesús y el Espíritu Santo hablen en nosotros, que te ensalcen por nosotros.

Señor de las virtudes, colma este sacrificio con tu poder y con tu participación. Porque es a Ti a quien ofrecemos este sacrificio vivo, esta oblación incruenta;

a Ti a quien ofrecemos este pan, figura del cuerpo del Unigénito. El pan es el tipo del Santo Cuerpo, porque nuestro Señor Jesús, en la noche en que fué entregado, tomó el pan, lo rompió y dió a sus discípulos diciendo: Tomad y comed, este es mi cuerpo partido por vosotros en remisión de los pecados. Por eso, al reproducir este símbolo de su muerte, hacemos la ofrenda de este pan y te invocamos por este sacrificio. Sénos propicio a todos, Dios de la verdad, sénos propicio. Y del mismo modo que este pan fué primero algunos granos de trigo esparcidos por las montañas, recogidos después y hechos uno, del mismo modo congrega a tu santa Iglesia de toda raza, de todo país, de toda ciudad, de todo pueblo, de todo hogar, y haz una viviente Iglesia católica. Nosotros ofrecemos este cáliz, figura de su sangre, porque habiendo el Señor Jesús tomado una copa después del banquete, dijo a sus discípulos: Tomad, bebed, esta es la nueva alianza; esta es mi sangre derramada por vosotros en remisión de los pecados. Por esto presentamos este cáliz figura de la sangre... (*Anáfora de Serapión*, SERAPIÓN, *Eucologio XIII*, cfr. BARDY, *En lisant les Pères*. p. 197-198.)

Puesto que en la ceremonia del Santo Bautismo, el Espíritu Santo es invocado con el Padre y el Hijo como libertando también El de los pecados; ya que sobre la mesa mística es El quien de un pan ordinario hace el mismo cuerpo de Jesús encarnado, ¿cómo es que tú, insensato... enseñas que el Espíritu Santo ha sido hecho o creado y que no tiene una naturaleza autónoma, por sí misma operante y consustancial a la esencia real y divina del Padre y del Hijo? (SAN ISIDORO DE PELUSA, Carta 109, P. G. 78, 256.)

Padres sirios 29

Jesús Nuestro Señor tomó pan en sus manos—en un principio sólo era pan—, lo bendijo, hizo sobre él

el signo de la Cruz, lo consagró en el nombre del Padre y en el nombre del Espíritu Santo, lo rompió y lo distribuyó a sus discípulos por partes; en el misterio de su amor llamó a este pan su cuerpo vivo y le llenó de sí mismo y del Espíritu Santo; después, extendiendo su mano, dió a sus discípulos el pan que su diestra había consagrado: Tomad, les dijo, comed todos de esto que mi palabra ha consagrado. No creáis que lo que os acabo de dar sea pan; recibidlo, comedlo, no lo deshagáis en migas; lo que he llamado mi cuerpo lo es en realidad. La más pequeña de estas partecitas puede santificar a millares de almas y basta para dar la vida a quien la recibe. Tomadla, comedla con fe, sin vacilación, porque es mi cuerpo y el que la come con fe introduce en él el fuego del Espíritu Divino. Para el que lo come sin fe tan sólo es pan ordinario, más el que ingiere con fe el pan consagrado en mi nombre, si es puro conserva su pureza; si es pecador obtiene el perdón. Aquel que lo rechaza, lo desprecia y ultraja, y éste tal que tenga por cierto que desprecia al Hijo que llama y que hace realmente del pan su cuerpo... Después que los discípulos hubieren comido el pan nuevo y santo y comprendieren por la fe que hubieren comido el cuerpo de Cristo, Jesús continuó exponiéndoles y explicándoles todo el sacramento. Tomó el cáliz de vino y lo mezcló; después lo bendijo, hizo sobre él la señal de la cruz, lo consagró y proclamó que aquella era su sangre que iba a ser derramada... Esta es mi verdadera sangre que va a ser derramada por todos vosotros; tomadla y bebed todos de ella, porque es el nuevo Testamento en mi sangre. Haréis como me habéis visto hacer a mí, en recuerdo de mí... (SAN EFRÉN, *Himnos y Sermones*, Ed. Lamy I, 413.)

b) LA DIVINA PRESENCIA

Soy el Pan vivo que ha descendido del cielo. (Juan., 6, 51.)

Padres griegos 30

No recibimos nosotros estas cosas como si fuese un pan ordinario y una bebida común, sino que del mismo modo que por la palabra de Dios, nuestro Salvador Jesucristo se hizo carne, tomó carne por nuestra salud, así se nos enseña que este alimento consagrado por la plegaria que contiene su palabra, alimento por el cual nuestra carne y nuestra sangre son alimentadas por medio de la asimilación, es la sangre y la carne de Jesús hecho carne. (SAN JUSTINO, *I Apol, 66;* P. G. 6, 428.)

Verás a los levitas llevando panes y un cáliz de vino y poner todo esto sobre la mesa. En tanto que las invocaciones y las oraciones no han comenzado sólo hay pan y vino. Más cuando han sido pronunciadas las grandes y prodigiosas oraciones, entonces el pan se convierte en el cuerpo y el vino en la sangre de nuestro Señor Jesucristo. (SAN ATANASIO, *A los nuevos bautizados*, P. G. 26, 1325.)

Puesto que el Verbo ha dicho: Esto es mi cuerpo, asintamos, creamos, mirémosle con los ojos de nuestro espíritu. Cristo no nos ha hecho solamente un don sensible, sino que por medio de las apariencias sensibles nos ha dado un don espiritual... Si no tuvieras cuerpo te hubiera hecho dones incorpóreos, más porque tu alma está unida a tu cuerpo te ha ofrecido dones espirituales bajo apariencias sensibles. Cuántos

dicen hoy: yo hubiera querido ver su aspecto, su rostro, sus vestidos, sus sandalias. Y sin embargo le ves, le tocas y le comes. Deseas ver sus vestidos, y El te concede no sólo ver, sino comer, tocar, meterlo dentro de ti. Que nadie venga con repugnancias, sino que todos sean ardientes, fervorosos, inflamados. Si los judíos comían el cordero en pie, los pies descalzos y el bastón en la mano, tu tienes más razones que ellos para estar presto y esperar. Ellos iban a partir para Palestina y por eso tenían el aspecto de viajeros, pero tu debes dirigirte al cielo. Vigila, pues, en todas las cosas, porque no es pequeño el castigo que está reservado a los indignos. Piensa como te indignas contra el traidor, contra los malvados que le crucificaron y procura no ser tú también responsable del Cuerpo y de la Sangre del Señor. ¿Ellos mataron su Cuerpo sagrado y tu le recibirás con el alma manchada después de haber recibido de El tantos beneficios?... ¡Cuán puros deberíamos ser para gozar de tal sacrificio! ¿No debería ser nuestra mano más brillante que los rayos del sol para romper esta carne? ¿nuestra boca que se llena del fuego espiritual? ¿nuestra lengua palpitante que se enrrojece de sangre? Considera que honor se te hace y a que mesa te sientas.

Aquél a quien los ángeles temen mirar, aquél a quien no osan contemplar libremente a causa de su incomparable esplendor, de ese nos alimentamos, a El estamos unidos, con El nos hacemos un solo cuerpo, una carne de Cristo. (San Juan Crisóstomo, *Homilía 82, 40, sobre S. Mateo;* P. G. 58, 743).

Que nadie ponga en duda que después del sacrificio místico y de la santa resurrección, el Incorruptible, el Inmortal, el Santo, no vivifica el Cuerpo y la Sangre del Señor, ocultos en las figuras en virtud del sacrificio; que nadie, digo, ponga en duda, que imprima

virtud a estas figuras y que está realmente todo entero en cada una de ellas. Porque en el Cuerpo mismo del Señor habita corporalmente, es decir, sustancialmente, la plenitud de la divinidad del Verbo. (EUTIQUIO, *Sermón sobre Pascua;* P. G. 86, 2393-2396).

Padres sirios 31

Declaramos creer en el cuerpo vivo de un Dios vivo y no en el puro y simple cuerpo de un hombre mortal, que sentimos en nuestra boca la sangre viva de un Dios vivo y no la sangre ordinaria de un hombre corruptible y semejante a nosotros, como creen los herejes. Porque Jesucristo no dijo que su cuerpo era pan santificado, ni su sangre vino bendito, sino que dijo que aquel era su cuerpo y su sangre. (FILOGENO DE MABBOUG; *Assemani Bibl.* or., II 39).

Liturgia griega 32

Te rogamos, Señor de la misericordia, que llenas este altar de gloria, de santidad y de gracia, a fin de que los miembros de tu purísimo cuerpo y las gotas de tu purísima sangre que se van a ofrecer sobre él, se conviertan en alimento y bebida para la salud de todos los pueblos y la nuestra por muy indignos que seamos de ello. *(Oración para la consagración de un altar;* Gran Eucologio, ed. rom., p. 319).

Mira esta viña plantada por tu mano para que a su tiempo produzca frutos y una vez ya maduros podamos ofrecértelos para que sean transformados en la sangre de tu Cristo. *(Oración para la plantación de la viña;* ibíd., p. 339).

C) EL SACRAMENTO VIVICADOR

a) EL ALIMENTO DE LOS SANTOS

Los Sacerdotes ofrecen al Señor incienso y panes; por eso serán santos en la presencia de su Dios y no profanarán su nombre. (Ley., 21; *Ofertorio de la Misa del Corpus Christi.)*

33 *Padres griegos*

El pan místico es aquel a quien se llama no solamente Santo, sino Santo de los Santos, para mostrar que este alimento no es común a todos, que no es para los indignos, sino tan sólo para los santos. (ORÍGENES, *Homilía 13 in Num. 6;* P. G. 12, 551).

34 *Padres sirios*

Procurad evitar toda mancha y recibid después el Cuerpo y la Sangre de Jesu-Cristo. Custodiad cuidadosamente vuestra boca por la cual ha entrado Nuestro Señor y que no permita el paso a palabras impuras. (SANTIAGO DE NISIBE, *De Pascha, serm., III).*

35 *Liturgia griega*

Que toda carne mortal guarde silencio y permanezca temerosa y con miedo; que no la domine ninguna consideración terrena. Porque he aquí que el Rey de reyes y Señor de los señores, Cristo nuestro Dios, se adelanta para ser sacrificado y dado en alimento a sus fieles; va precedido por los coros de los ángeles con todos los Principados y Dominaciones, los Querubines

de múltiples ojos y los Serafines de seis alas que se velan la faz y cantan el himno *Alleluia*. (*Cheroubikon* del Sábado Santo).

Venid, pueblos, a realizar el Misterio sagrado e inmortal y la libación; acerquémonos con temor y con fe, y con manos puras recibamos el fruto de la penitencia; porque el Cordero de Dios se ha ofrecido por nosotros al Padre en sacrificio; adorémosle a El solo, glorifiquémosle cantando con los ángeles: Alleluia, Alleluia. (*Antífona litúrgica antigua*, CABROL, *Le Livre de la prière antique*, 5.ª ed. p. 556).

Liturgia griega

Hazme hoy partícipe de tu Cena mística, oh Hijo de Dios. Porque no descubriré tu misterio a tus enemigos y no te daré un beso como Judas. Pero con el ladrón te digo: "Acuérdate de mi cuando entres en tu reino". (*Querubikon* del Jueves Santo, *Triod*, ed. rom., p. 760).

Participemos con la conciencia pura, con la mirada serena y el corazón inflamado en tus divinos dones y, vivificados por ellos, unirnos a Cristo, nuestro Dios verdadero que dijo: "Haz por lo mismo que habitando tu Verbo y teniendo en nosotros sus complacencias, nos convirtamos, Señor, en el templo de tu adorable Espíritu, libres de todo artificio diabólico que se ejerza en nosotros por palabras o por pensamientos; y que alcanzemos los bienes que nos han sido prometidos juntamente con aquellos que siempre os han sido agradables." (*Secreta de la Liturgia de los Presantificados, atribuída a San Atanasio II;* Gran Eucologio, ed. rom., página 125).

Oh Dios, Dios nuestro, que has entregado el pan celestial, alimento del mundo entero, nuestro Señor y Dios Jesucristo, el Salvador, Redentor y Bienhechor

que nos bendice y nos santifica; bendice Tú mismo esta ofrenda y acéptala en tu celeste altar. Acuérdate en tu bondad y en tu amor por los hombres de los que te la ofrecen y de aquellos por quienes la ofrecen, consérvanos irreprochables en la ejecución de tus divinos misterios. *(Liturgia, Oración de la Prothesis;* Eucologio, ed. rom., p. 42).

Señor Jesucristo, Dios nuestro, fuente de vida y de inmortalidad, creador del universo visible e invisible. Hijo eterno de un Padre que no tiene comienzo, Tú mismo nunca principiado; Tú que en un exceso de bondad tomaste carne en estos últimos tiempos; Tú que fuiste crucificado y ofrecido en sacrificio por nosotros, ingratos e insensibles; Tú que por tu propia sangre renovaste nuestra naturaleza corrompida por el pecado; Tú, Rey inmortal, acepta mi penitencia, pecador que soy; inclina hacia mi tu oído y escucha mi voz. Ciertamente he pecado, Señor, he pecado contra el cielo y contra Ti y no soy digno de dirigir mis ojos hacia la excelsitud de tu gloria, porque he irritado tu bondad, violando tus mandamientos y rehusando someterme a tus preceptos. Mas Tú Señor, eres paciente, longánime y lleno de piedad y por eso no me has abandonado a mis pecados, lo que hubiera causado mi perdición, sino que pacientemente has esperado mi conversión. Porque has dicho por tu profeta: "No quiero la muerte del pecador, sino que se convierta y viva". Tú no quieres, Señor, perder la obra de tus manos ni te complaces en la ruina de los hombres, antes al contrario, quieres que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad. Por eso yo, que soy indigno del cielo y de la tierra y aún de esta vida pasajera, yo que estoy sometido enteramente al pecado, que he sido el esclavo de mis pasiones y he manchado tu imagen, pero que después de todo soy tu obra y he sido formado por ti, no rehuso mi propia salvación a

pesar de lo miserable que me encuentro, sino que confiado en tu ilimitada misericordia me acerco a Ti. Recíbeme, pues, a mí también, amabilísimo Señor, como recibiste a la mujer pecadora, al ladrón, al publicano y al Hijo pródigo; libértame de la dura carga de mis pecados, Tú que borras los pecados del mundo y sanas las enfermedades de los hombres, Tú que llamas y alivias a los que sufren y estan cargados, que viniste a llamar a penitencia, no a los justos, sino a los pecadores, límpiame de toda mancha en el cuerpo y en el alma, enséñame a hacer obras santas animado de tu espíritu de temor. Teniendo en mi el buen testimonio de mi conciencia y recibiendo una partecita de tus sagrados dones, permaneceré de ese modo unido a tu Cuerpo y a tu Sangre, Te tendré habitando y morando en mí con el Padre y el Espíritu Santo. Sí, Señor y Dios mío, que esta participación de tus santos misterios no sean mi juicio y condenación, ni enferme yo de alma y cuerpo por participar indignamente de ellos; haz, por el contrario que reciba siempre, hasta mi último suspiro, esta partecita de tus dones sin que merezca ser condenado; sea para mí la comunicación del Espíritu Santo, un viático para la vida eterna, una justificación aceptable ante tu riguroso tribunal, a fin de que como tus elegidos, sea hecho participante de los bienes que tienes preparados para los que te aman, oh Señor, que eres glorificado en medio de ellos por los siglos sin fin. Amén. *(Oración atribuída a San Basilio; Oficio de la Comunión, Horologion,* 2.ª ed. rom., página 946).

Liturgia galicana **36**

Venid, justos, tomad el cuerpo de Cristo, bebed la sangre preciosa que os rescató.

Alabemos a Dios los que hemos sido salvados por el cuerpo y la Sangre de Cristo y restaurados por El.

Por este sacramento del Cuerpo y la Sangre fuimos librados todos de las fauces del infierno.

Cristo Salvador, Hijo de Dios, salvó al mundo con la Cruz y con su Sangre.

En la ley estaba prescrita la inmolación de las víctimas, sombras de los divinos misterios.

Dispensador de la luz y salvador de todos, distribuyó a los justos su gracia rutilante.

Acérquense todos los creyentes con corazón sincero y reciban la prenda eterna de la salvación.

Custodio de los justos y Señor que gobierna, distribuye a los creyentes la vida eterna.

A los que tienen hambre les da pan celestial, y a los que tienen sed les da a beber de la fuente de la vida.

El es el Alfa y el Omega, Cristo—Señor que vendrá a juzgar a los hombres. *(Himno eucarístico para la comunión de los sacerdotes,* Antifonario de Bangor, P. L. 72, 587).

Libra, oh Señor, de todo mal, a los que comemos tu Santo Cuerpo, crucificado por nosotros; y a los que bebemos tu sangre derramada por nosotros. Obre tu Santo Cuerpo en nosotros la salvación y tu Sangre preciosísima la remisión de los pecados, ahora y por los siglos de los siglos. *(Missale gothicum, Missa dominicalis, post orationem dominicam;* P. L. 72, 318).

b) EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL

Mi carne es verdaderamente comida y mi sangre verdaderamente bebida. (Juan, 6, 551.)

37 *Epigrafía*

Raza divina del pez celestial, recibe con corazón respetuoso la vida inmortal entre los mortales, en las

aguas divinas. Refresca tu alma, oh amigo, en las ondas eternas de la Sabiduría. Recibe el alimento dulce como la miel del Salvador de los Santos; come con hambre y bebe con sed. Tienes el Pez en tus manos. Sácieme yo del Pez, le deseo ardientemente mi Señor y mi Salvador. (*Inscripción funeraria de Pectorio,* s. III. Cfr. DAL, XIII, col. 2884.)

Padres griegos 38

El Verbo lo es todo para el infante; el padre, la madre, el pedagogo y el ayo. "Comed, dice, mi carne y bebed mi sangre." Este es el manjar escogido que el Señor nos da; nos ofrece su carne, derrama su sangre y nada falta a los infantitos para su sustento y acrecentamiento de su vida. ¡Oh misterio admirable! El nos manda despojarnos de la vieja y carnal corrupción así como el viejo alimento, para que participando del nuevo alimento que El nos ha preparado, podamos, si es posible, recibirle y encerrarle dentro de nosotros, y poseyendo así a nuestro Salvador en nuestro pecho, curar, con su ayuda poderosa, nuestras almas de sus pasiones carnales. (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo,* I, 6; P. G., 8, 301).

Padres latinos 39

Considerad, os ruego, los que pronto habéis de participar de los santos misterios, qué es lo más excelente, el maná llamado pan de los Angeles o la carne de Jesucristo, que es el cuerpo mismo de Aquel que es la vida; el primero cayó del cielo, el segundo está por encima de los cielos... Para los hebreos el agua manó del seno de una roca, pero para vosotros la sangre mana de Cristo mismo. (SAN AMBROSIO, *De Misteriis,* 8, 48; P. L. 16, 422).

Coman quienes comen y beban los que beben; tengan hambre y sed; coman la vida, beban la vida. Comer esto es rehacerse; pero de tal modo te rehaces, que no se deshace aquello con que te rehaces. Y beber aquello ¿qué cosa es sino vivir?

Come la vida, bebe la vida: tu tendrás vida sin mengua de la Vida.

El cuerpo y la Sangre del Señor serán para cada uno su vida, cuando hayan comido y bebido espiritualmente en su verdad misma lo que se recibe en este Sacramento.

Porque se lo hemos oído decir al Señor: "el espíritu es el que vivifica, la carne de nada sirve". (S. AGUSTÍN, *Sermón* 131, I; P. L., 38, 729).

c) UNION CON DIOS

El que come mi carne y bebe mi sangre, mora en mí y Yo en él. (Juan. 6, 55.)

40 *Padres griegos*

El pueblo de Dios fué alimentado en otro tiempo con el maná del desierto que era sólo una figura, pero hoy recibe en toda su realidad el verdadero alimento, la carne del Verbo de Dios.

¿Qué pastor alimentó jamás a sus ovejas con sus propios miembros? ¡Qué digo pastores! Muchas madres hoy que dan a sus hijos a nodrizas para que les amamanten. Jesucristo no ha obrado así con nosotros, El nos alimenta con su Sangre. (S. JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 82 sobre S. Mateo,* P. G. 58, 744.)

41 *Padres sirios*

El Cuerpo de Jesucristo se une a nosotros de una manera nueva. Su sangre purísima se derrama por nuestras venas. Su ser entero penetra en todo nuestro

ser. Tanto amó a su Iglesia, que no se limitó a darla el maná como había hecho con la sinagoga; para nosotros se ha hecho pan de vida, a fin de que podamos comerle. (S. EFRÉN, *Himno 37 de Virgin.*)

d) EL SACRAMENTO DEL CUERPO MISTICO

Porque el pan es uno, somos muchos un solo Cuerpo, pues todos participamos de ese único pan. (I Cor., 10, 17.)

Padres griegos 42

Como enseñó el divino Pablo, un solo cuerpo forma nuestra multitud por el hecho de participar de un solo Pan. ¿Y no comprendes su enseñanza? Las naciones mismas se hacen un solo Cuerpo de Cristo, luego que han adquirido la unidad con El por la fe y por el don místico. (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *De Trinit.*, dial, I, P. G. 75, 695.)

¿Quién dividirá a los que este cuerpo de Santidad ha conducido de ese modo a la unidad con Cristo? ¿Quién los apartará de una unión natural entre ellos? Porque si todos participamos de un Pan único, formamos por el hecho mismo un solo Cuerpo. Cristo no puede ser dividido. (S. CIRILO DE ALEJANDRÍA, *In Joan, Evang., II, II;* P. G. 74, 560.)

¿Qué es este Pan? El Cuerpo de Cristo. ¿Y en qué se convierten los comulgantes? En el Cuerpo de Cristo; no en muchos cuerpos, sino en uno sólo... No se alimentan, éste de un cuerpo, el otro de otro, sino que todos participamos de un solo pan. Si pues el mismo alimento hace de todos nosotros un solo ser, ¿por qué no practicar también la misma caridad y permanecer en una tal unión? (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *In I Ep. ad Rom., 24;* P. G. 61, 200.)

43 *Padres latinos*

El Cuerpo de Cristo no puede vivir sino del Espíritu de Cristo. Esto nos enseña S. Pablo sobre este pan: "Un solo pan—dice—un solo cuerpo formado de una multitud." Oh Sacramento de piedad, signo de unidad, lazo de caridad. El que quiere vivir sabe dónde vivir, de qué vivir. Que se acerque, que crea, que se incorpore a Cristo, para que sea vivificado. (SAN AGUSTÍN, *In Joan, tr. 26;* P. L. 35, 1613.)

¿Queréis saber qué es el Cuerpo de Cristo? Oíd lo que dice el Apóstol: "En cuanto a vosotros, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros." Sí, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros; lo que está allí depositado sobre el altar será por consiguiente la realidad misteriosa de nuestro ser. Este misterio, que sois vosotros mismos, es el que recibís al comulgar; vuestro Amén responde a la realidad que sois vosotros y vuestra respuesta es un asentimiento. Oís decir: "¡He aquí el Cuerpo de Cristo!" Y responderéis: "Amén." Sed pues, verdaderos miembros de Cristo para que sea verídico vuestro Amén. (SAN AGUSTÍN, *Sermón 272;* P. L. 38, 1247.)

El Señor nos recomendó que comiésemos su carne y bebiésemos su sangre para que morásemos en El y El en nosotros. Moramos en El porque somos sus miembros, y El mora en nosotros porque somos su templo. Para que seamos sus miembros la unidad nos une a unos con otros, y para que así nos una la unidad ¿qué se necesita sino la caridad? (SAN AGUSTÍN, *In Jo., tr. 27;* P. L. 35, 1618.)

44 *Edad Media*

El Cuerpo que nació de la Virgen reside en los cielos, desde donde reina sobre toda la creación; pero el Cuerpo que se nos da en el pan y el vino consagrados por el Espíritu Santo y sustancialmente transforma-

dos, es verdaderamente consumido por el pueblo fiel; y por éste último el tercer cuerpo (La Iglesia) es incorporada a Cristo y por él también la Iglesia se hace cuerpo de Cristo. Como el alimento corporal se cambia en la sustancia de nuestro cuerpo, así la Iglesia, por este alimento, se cambia en el Cuerpo de Cristo y se hace con El una sola carne según la palabra de la Escritura: Serán dos en una sola carne.

Y como el Padre mora en el Hijo y el Hijo en el Padre, por su naturaleza y por su sustancia divina, así Cristo, por su humanidad mora en la Iglesia y la Iglesia, por la sunción de este manjar, habita naturalmente en Cristo. Así, El es verdaderamente mediador entre Dios y los hombres, y la Iglesia, según nuestra creencia, es su cuerpo unido por el amor en una persona y en una sustancia. Aquí sigue Cristo sufriendo en sus miembros, recibiendo ayuda con nuestras limosnas y también recibiendo innumerables desprecios. Es necesario que donde esté la cabeza, esté también el cuerpo. No que la Iglesia se cambie esencialmente en la sustancia de Cristo hasta el punto de ser personalmente el Hijo de la Virgen y merecer ser considerada como el Hijo de Dios; sino que, unida ya por la fe y el amor a la Divinidad, la comunión de este divino manjar la une a su humanidad hasta hacer de ella necesariamente la coheredera de la gloria de Dios y su propio miembro. (HONORIO DE AUTÚN, *Eucaristía,* P. L. 172, 1251-1252.)

Somos el Cuerpo de Cristo, somos Cristo mismo hasta tal punto que, en el altar, un mismo Sacramento representa a El y a nosotros puesto que el pan del Señor es verdaderamente el cuerpo de Cristo, y que él ha querido que el Cuerpo de Cristo que somos nosotros en la Iglesia por la gracia admirable de la unidad, estuviese unido a El. Nos ha permitido tomar este misterio, que es suyo y nuestro, para prevenir la

muerte. Y esto de tal manera que su misterio recibido aún en la realidad de su Cuerpo, no sería de ninguna utilidad a quien no recibiese en el mismo sacramento, nuestro misterio, es decir, la Iglesia (su Cuerpo Místico). Porque así como la cabeza no vive separada del cuerpo, así también Cristo no da la vida a los que están fuera de la unidad del cuerpo de la Iglesia. E incluso nuestro misterio no puede realizarse en el Sacramento del Cuerpo de Cristo sin su misterio. El amor que establece la unidad entre nosotros, la establece además con El. Inseparable de su Cuerpo, no se puede recibir verdaderamente a Cristo sino recibiéndole en su totalidad. (ALGERÓ DE LIEJA, *Lib. de Sacram. Corporis et Sanguinis Domini,* I, 3; P. L. 180, 750.)

D) EUCARISTIA, GERMEN DE GLORIA

a) EUCARISTIA Y RESURRECCION

El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna, y Yo le resucitaré en el último día. (Juan, 6, 54.)

45 *Padres griegos*

Si el hombre no ha sido salvado, entonces ni el Señor nos ha redimido con su sangre, ni el cáliz de la Eucaristía, es participación de su sangre... Cuando el cáliz y el pan reciben el Verbo de Dios y se hacen Eucaristía, Cuerpo de Cristo, con los cuales la sustancia de nuestra carne se aumenta y se va constituyendo, ¿cómo dicen que la carne alimentada con el cuerpo y sangre del Señor y hecha miembro de El no es capaz del don de Dios que es la vida eterna? Como el mugrón de la vid metido en la tierra produce fruto a su tiempo y el grano de trigo caído en la tierra y deshecho se levanta multiplicado por el Espíritu de Dios que todo lo con-

tiene, y después por la Sabiduría resulta útil para el hombre, y recibiendo la palabra de Dios llega a ser Eucaristía, que es cuerpo y sangre de Cristo, así también nuestros cuerpos, alimentados con ella, colocados en la tierra y disueltos por la corrupción, resucitarán a su tiempo concediéndoles el Verbo de Dios la resurrección para gloria de Dios Padre. (SAN IRENEO, *Adv. Heres*, 5, 2, 2; P. G. 7, 1124.)

El Santo Cuerpo de Cristo vivifica a aquellos en quienes se encuentra, y, mezclándose con nuestros cuerpos, les conserva incorruptos porque no es el cuerpo de un hombre cualquiera, sino el de la vida por esencia, poseyendo en él toda la virtud del Verbo que le está unido, y como revestido de las mismas propiedades, más aún, lleno de ese poder por el que todo es vivificado y conservado en la existencia.

Aunque la muerte que nos ha invadido a causa de la prevaricación haya sometido el cuerpo a la necesidad de la corrupción, sin embargo, resucitaremos sin duda ninguna, porque Cristo está en nosotros por su propia carne.

En efecto, es increíble, o más bien imposible, que la vida no vivifique a aquellos en que se halla.

Así como se cubre con paja un carbón encendido para conservar el fuego, así también nuestro Señor Jesucristo oculta en nosotros la vida con su propia carne e introduce en ella un germen de inmortalidad que destruirá toda la incorruptibilidad que hay en nosotros. (SAN CIRILO DE ALEJANDRÍA, *Comentario sobre S. Juan*, X, 2; P. G. 74, 341-343.)

b) LA EUCARISTIA Y LA VIRGEN

Liturgia copta 46

Realmente, esto es el Cuerpo y la Sangre del Emmanuel, nuestro Dios. Creo, creo y confesaré mientras

dure mi vida que ahí está el cuerpo vivificante que tu Hijo único, nuestro Dios y Salvador Jesucristo, tomó de nuestra Señora, la Santa Madre de Dios, María, y unió con su divinidad, sin mezcla, sin confusión y sin alteración. (*Liturgia Copta*. Citada por CORBLET, *Historia del Sacramento de la Eucaristía.*)

47 *Padres latinos*

¿Es que Jesús vino al mundo de un modo natural de María? ¿No es cierto que por un privilegio superior a la naturaleza la Virgen llegó a ser madre? Pues bien, el cuerpo que consagramos es el mismo que nacía de la Virgen. ¿Por qué, pues, buscamos el orden natural en el cuerpo de Cristo? Es la verdadera carne de Cristo la que fué crucificada, la que fué sepultada; por tanto, verdaderamente es el sacramento de su carne. (SAN AMBROSIO, *De Misteriis*, 9, 53; P. L. 17, 407.)

"Yo soy el pan de vida que bajó del cielo." Este pan sacó del seno de la Virgen el grano de que fué formado; fué mezclado, por decirlo así, con levadura en la Encarnación; amasado en la Pasión, cocido en el sepulcro, conservado en la Iglesia y servido en los altares, y es distribuído todos los días a los fieles como manjar celestial. (SAN PEDRO CRISÓLOGO, *Sermón 67*, P. L. 52, 392.)

Otra de las prendas que se dejaron a la Iglesia para su sostenimiento son el Cuerpo y la Sangre de Cristo, que se ofrecen sobre los altares de los cristianos, ese cuerpo que nació de María, la Virgen inmaculada, que fué crucificado por los judíos incrédulos..., que resucitó al tercer día de entre los muertos y está sentado en el Cielo a la diestra de Dios Padre, lleno de gloria y majestad. (*Exposición de las ceremonias de la Misa*. Tratado gaélico del siglo v. Cfr. CORBLET, l. c. I, p. 105.)

Edad Media 48

Salutaciones que deben decirse delante del Cuerpo de Cristo

Salve, oh Cristo Jesús, hijo de la Virgen María, Verbo del Padre, Cordero de Dios, Salud del mundo, Hostia Sagrada, Verbo carne, fuente de piedad. Salve, oh Cristo Jesús, alabanza de los ángeles, gloria de los santos, visión de paz, pura divinidad, hombre verdadero, flor y fruto de la Virgen Madre. Salve, oh Cristo Jesús, esplendor del Padre, príncipe de la paz, puerta del cielo, pan vivo, hijo de una Virgen, vaso de pureza. Salve, oh Cristo Jesús, luz del cielo, príncipe del mundo, alegría nuestra, pan de los ángeles, regocijo del corazón, rey y esposo de la Virgen Madre. Salve, oh Cristo Jesús, camino suave, verdad suprema, recompensa nuestra, fuente de caridad, amor dulcísimo, nuestro descanso, vida que nunca se acaba. Amén. (*De un salterio de Lira*, s. XIII. Cfr. D. L. GOUGAUD, *La Vie et les Arts liturgiques*, 1923, p. 535.)

E) CONCLUSION

a) ACCION DE GRACIAS POR LOS SANTOS MISTERIOS

Antigüedad 49

Gracias te damos, Padre Santo, por tu glorioso nombre que hiciste habitar en nuestros corazones, y por la ciencia, la fe y la inmortalidad que nos mostraste por Jesucristo tu siervo: gloria a Ti por los siglos. Tú, dominador omnipotente, creaste todas las cosas por tu nombre y diste a los hombres la comida y la bebida

para fruición suya, para que te diesen gracias: a nosotros nos has dado un manjar y una bebida espiritual, y la vida eterna por tu Hijo. Pero, sobre todo, te damos gracias porque eres poderoso. Gloria a Ti por los siglos. Acuérdate, Señor, de tu Iglesia, para que la libres de todo mal y la perfecciones en tu amor; reúnela de los cuatro vientos, santificada en el reino que le has preparado, porque tuya es la virtud por los siglos. Venga la gracia y pase este mundo. Hosanna al Dios de David; si alguno es santo, acérquese; si no lo es, que haga penitencia. Maran atha (Viene el Señor). Amén. *(Oración eucarística de la Doctrina de los doce Apóstoles.* Cfr. AMANN, *El dogma católico en los Padres de la Iglesia,* 1922, p. 6-7.)

50 *Edad Media*

Gracias te damos, Padre Omnipotente, por aquellos que ya gozan de la bienaventuranza pidiendo ser asistidos por su intercesión ante Ti. Te ofrecemos el sacrificio de tu Hijo por aquellos que están ahora en el lugar de su purificación, suplicándote que por esta hostia santísima se abrevie y disminuya su pena. Y te lo ofrecemos también por nosotros que gemimos todavía bajo el peso de los pecados de la carne y de la sangre, pidiéndote que seamos purificados y lavados de esos pecados por la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina eternamente contigo. *(Misal de Salisbury,* s. XII, D. A. WILMART, *Vie et Arts liturgiques,* 1932, p. 1-2.)

Salve Carne Santísima que eres para mí la suprema dulzura. — Salve bebida celestial que eres para mí suavísima entre todas las cosas. *(Salutación al Cuerpo y Sangre de Cristo. Misal de Troyes del* s. XI, D. L. GOUGAUD, *La Vie et les Arts liturgiques,* 1923, p. 530-531.)

b) ORACION PARA LA ELEVACION

Salve, principio de nuestra creación. Salve, precio de nuestra Redención. Salve, viático de nuestra peregrinación. Salve, recompensa y remuneración nuestra. Salve, Salvador del mundo, rey de gloria. Dichoso el seno que te llevó, y los pechos que tú mamaste *(Misal de Troyes,* s. XIII, *Ibíd.,* p. 534.)

LECCIONES DE SANTO TOMAS DE AQUINO 51

Los inmensos beneficios de la munificencia divina para con el pueblo cristiano confieren a éste inestimable dignidad. No existe, en efecto, ni ha existido jamás una nación, por grande que haya sido, que haya tenido los dioses tan cerca como nuestro Dios lo está de nosotros. Porque su Hijo unigénito, queriendo hacernos participantes de su divinidad, tomó nuestra naturaleza de suerte que, haciéndose hombre, hizo de los hombres dioses. E incluso, lo que tomó de nosotros, lo entregó totalmente para nuestra salvación. En efecto, para nuestra reconciliación ofreció a Dios Padre su Cuerpo, como víctima, en el altar de la Cruz, y derramó su Sangre como precio de nuestro rescate y como agua para lavarnos, a fin de que rescatados de una ruin servidumbre seamos purificados de todos nuestros pecados. Y para que conservemos el recuerdo perpetuo de tan gran beneficio, nos dejó a sus fieles su Cuerpo como manjar y su Sangre como bebida para ser comido y bebido bajo las apariencias de pan y de vino.

¡Oh precioso y admirable festín que da la salud y está lleno de toda suavidad! En efecto, ¿qué puede haber más precioso que este banquete donde se nos ofrece como alimento, no la carne de los toros y de los machos cabríos, como en la antigua ley, sino el mis-

mo Cristo, verdadero Dios? ¿Qué cosa más admirable que este Sacramento? En él, el pan y el vino se cambian sustancialmente en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, lo que hace que Cristo, Dios y hombre perfecto, se halle contenido bajo las apariencias de un poco de pan.

II. — Es comido con toda verdad por los fieles y, sin embargo, no es desgarrado, sino que, dividido el Sacramento, El permanece intacto. Y sobre El subsisten las apariencias que no tienen ya su sostén natural, de suerte que la fe encuentra donde ejercitarse, puesto que un cuerpo visible, pero oculto bajo una apariencia extraña, es comido sin ser visto; y los sentidos que juzgan sólo por lo que conocen de las apariencias están resguardados de todo error.

No podría haber por consiguiente Sacramento más saludable que éste que borra los pecados, acrecienta las virtudes, enriquece el alma con la abundancia de todos los bienes espirituales. Se ofrece en la Iglesia por los vivos y por los difuntos, para que todos participen de lo que ha sido instituído para la salud de todos. Nada podrá jamás expresar la suavidad de este Sacramento por el cual se gusta en su fuente la dulzura espiritual y que recuerda la memoria de esa caridad excelentísima que Cristo mostró en su Pasión. Y precisamente, para que la inmensidad de esta caridad se grabase más profundamente en el corazón de los fieles, en la última Cena, celebrada la Pascua con sus discípulos y a punto de dejar este mundo para volver a su Padre, instituyó este Sacramento, como eterno memorial de su Pasión, como cumplimiento de todas las figuras del Antiguo Testamento, como el mayor de sus milagros y como un consuelo especialísimo que dejaba a los que entristecía su partida.

III. — Por eso conviene que la devoción de los fieles conmemore solemnemente la institución de un Sacra-

mento tan saludable y tan admirable, para venerar el modo inefable de la divina presencia, para alabar el poder de Dios que en el mismo Sacramento obra tantas maravillas, y para dar a Dios las gracias que le son debidas por un beneficio tan útil y tan dulce.

Cierto que, el día de Jueves Santo en que como es sabido fué instituído este Sacramento, se hace mención de esta institución en la solemne celebración de la Misa; pero el resto del Oficio de este día se refiere sólo a la Pasión que la Iglesia venera durante esa semana. Mas para que el pueblo fiel pudiera conmemorar solemnemente, mediante la celebración de un oficio completo, la institución de tan gran Sacramento, el Papa Urbano IV, llevado de la devoción hacia este Sacramento, dispuso que la memoria de esta institución fuese celebrada por todos los fieles el primer Jueves después de la Octava de Pentecostés. De este modo nosotros que, en el transcurso de todo el año, tenemos la dicha de participar de este Sacramento para nuestra salvación, conmemoramos más especialmente su institución, (relacionándola) con la época en que el Espíritu Santo enseñó a los discípulos el conocimiento pleno de los misterios de este Sacramento. Porque en ese tiempo comenzaron los fieles a recibir con más frecuencia este Sacramento. En los Hechos de los Apóstoles se lee que inmediatamente después de la venida del Espíritu Santo "perseveraban oyendo a los Apóstoles, en la comunión de la fracción del pan y orando en común".

Y para que durante este Jueves y la Octava que le sigue se conmemorase con mayor solemnidad y esplendor esta santa institución, en lugar de las distribuciones materiales que se hacen de costumbre en las catedrales en provecho de los canónigos presentes a los Oficios del día y de la noche, dicho Pontífice concedió, con liberalidad apostólica, recompensas espiri-

tuales a todo fiel que asistiese personalmente a estos mismos oficios, con ocasión de esta solemnidad en cualquier Iglesia. Lo cual excitaba a los fieles a reunirse con mayor presteza y en mayor número para la celebración de esta fiesta. (Lecciones *Inmensae divinae largitatis*, según el texto primitivo del Oficio del Santísimo Sacramento, compuesto por Santo Tomás de Aquino para el día del Corpus. Cfr. D. C. LAMBOT, *L'Office de la Fête-Dieu*, en *Rev. ben.*, 1942, p. 75-77.)

IV. — LA FIESTA DEL SAGRADO CORAZON

En la tradición patrística y medieval no se encuentra de lo que constituirá más tarde la devoción al Sagrado Corazón, más que algunos textos que comentan la acción de S. Juan, reclinado sobre el pecho del Señor, o la herida del costado traspasado por la lanza, cuando estaba en la Cruz. La devoción a la llaga del costado que se desarrolló en la Edad Media puede considerarse como el primer jalón de la devoción al Sagrado Corazón.

a) SAN JUAN Y EL PECHO DE JESUS

> *Pues bien, el uno de ellos se recostaba en el pecho de Jesús. Era el que amaba Jesús.* (Juan XIII, 23.)

Padres griegos 52

Podemos asegurar que las primicias de toda la Sagrada Escritura son los Evangelios; y de los Evangelios, el Evangelio de San Juan. Nadie puede percibir el profundo sentido de este Evangelio si no ha descansado sobre el pecho de Jesús y si Jesús no le ha dado a María por Madre... Porque nadie, sino Jesús, es hijo de María. (Orígenes, *In Jo., pref.*, P. G. 14, 32.)

53

Edad Media

REVELACIÓN DE SANTA GERTRUDIS EN LA FIESTA DE SAN JUAN

En la solemnidad del Apóstol San Juan, asistía Gertrudis a los Maitines con gran devoción cuando se le apareció el discípulo a quien tiernamente amaba Jesús, dándole inequívocas muestras de amistad: Díjole ella: "¿Qué podré alcanzar yo miserable, en esta tu solemnidad tan consoladora?" Y El contestó: "Ven conmigo, escogida de mi Señor, descansemos juntos sobre el dulce pecho en que están escondidos los tesoros de toda bienaventuranza". Y tomándola en espíritu, llevóla consigo a la amable presencia del Salvador; colocóla a la derecha y él se inclinó para descansar a su izquierda. Y estando ambos suavemente recostados en el regazo de Jesús, tocando San Juan amorosa y reverentemente con el índice en el pecho del Señor, dijo a Gertrudis: "Este es el Santo de los Santos que trae hacia sí todo el bien del cielo y de la tierra"... Sintiéndose inefablemente recreada con los santísimos latidos con que sin cesar se agitaba el corazón divino, Gertrudis dijo a Juan: ¿Sentiste tú, amado del Señor, por ventura, el gusto de estos santísimos latidos, cuando en la cena te recostaste sobre el mismo pecho dulcísimo, como yo ahora lo siento?" Y él respondió: "Sentílos de verdad y experimentélos dulcemente, y su suavidad penetró en mi alma, cual nunca podrá penetrar, en el agua miel un bocado de pan tierno. Encendióse con ellos tan de veras mi alma cual pudiera hervir el agua en una inmensa hoguera." Y repuso ella: "¿Porqué, pues, lo pasaste tú en silencio, y no escribiste algo que nos lo hiciese sospechar siquiera para nuestro provecho?" Mi misión—respondió—era manifestar a la Iglesia naciente con una sola palabra el Verbo increado de Dios Padre; y esta sola palabra

podrá satisfacer al entendimiento de todo el género humano hasta el fin del mundo. Pero el dulcísimo lenguaje de los latidos del corazón divino se ha reservado para los tiempos modernos, a fin de que el mundo viejo y tibio pueda calentarse de nuevo con la revelación de este misterio." (SANTA GERTRUDIS, *Heraldo del Amor divino,* libro IV, cap. 4).

b) LA HERIDA DEL COSTADO

Padres griegos 54

¿Has observado el poder de la verdad? Con sus actos cumplen los judíos una profecía, porque otra más se ha verificado aquí: "Vinieron los soldados y quebraron las piernas de los dos ladrones, pero no las de Cristo". Sin embargo, para no desagradar a los judíos, abrieron el costado de una lanzada e infirieron ese baldón al cuerpo muerto. ¡Hazaña detestable y criminal! Sin embargo, no te turbes, carísimo; los actos que sus malos sentimientos les inspiraban proclamaban, más alto la verdad. Y había una profecía que decía: "mirarán al que traspasaron". Lo que los soldados hicieron había de servir, no solo para que se cumpliese la palabra del profeta, sino también para convencer a los que más tarde no quisiesen creer, como Tomás y los que con él estaban.

Además se cumplió otro misterio inefable, porque salió "sangre y agua". Y no brotaron por casualidad y sin motivo esas fuentes, sino por que de ellas se formó la Iglesia. (SAN JUAN CRISÓSTOMO, *Homilía 85 in Joan.,* P. G. 59, 465).

Del costado herido de Cristo salió sangre y agua... Por el costado del segundo Adán vinieron al primero la redención y la purificación. La sangre que de él brotó obró la redención y el agua nos ofreció un baño

purificador. (PSEUDO-ATANASIO, *Quaestion od. Antioch.*, P. G. 28, 694.)

55 *Padres sirios*

Ensalzad la bondad de Dios que, después de haber sido prohibidos al hombre el acceso al Paraíso y el uso del fruto del árbol de la vida, quiso tomar un cuerpo pasible, para facilitarnos, con la abertura de su costado, el camino del cielo. (SAN EFRÉN, *Serm. in Nativ. Domini)*.

56 *Padres latinos*

El Evangelista escogió la palabra: no dijo: golpeó o hirió, sino más bien, "abrió el costado de Jesús" haciendo ver en él como una puerta por donde brotó la vida, de donde fluyen los sacramentos de la Iglesia sin los cuales no nos es dado acercarnos a esta vida que es la verdadera vida. Esta sangre fué derramada para remisión de los pecados. Esta agua se mezcla en el cáliz de la salud y nos lava y sacia nuestra sed. Esta abertura estaba figurada por la puerta que Noé abrió en uno de los lados del arca, y por la cual entraron todos los seres vivientes que fueron preservados del diluvio; todo lo cual fué imagen de la Iglesia. Así, la primera mujer fué formada del hombre dormido, y fué llamada vida y madre de los vivientes. Fué el signo de un gran bien, antes del gran mal de la prevaricación. Y el segundo Adán, inclinada su cabeza, se durmió sobre la Cruz para que de él fuese sacada su esposa, la cual salió de su costado durante su sueño. ¡Oh muerte que haces revivir a los muertos! ¿Qué cosa hay más pura que esta sangre? ¿qué cosa más saludable que esta herida? (SAN AGUSTÍN, *Trac. 120 in Jo.*, P. L. 35, 1053).

"Levántate, paloma mía, dice el Señor en el Cantar de los Cantares y ven a la abertura de la piedra y a los agujeros de la roca. Por los agujeros de la roca hay que entender las heridas de las manos y de los pies

de Cristo colgado de la Cruz: por la abertura de la piedra la llaga de su costado abierto por la lanza. Y con razón se dice que la paloma se encuentra en los agujeros de una roca y en la abertura de una piedra; porque así hace el alma sencilla cuando, al recordar la Cruz del Salvador, imita la paciencia de Cristo y, cuando se acuerda de sus heridas, se siente impulsada a caminar siguiendo las huellas de su Salvador, y en sus heridas encuentra su alimento. (SAN GREGORIO MAGNO, *In Cantic., 2, 15,* P. L. 79, 499).

El costado de Cristo fué abierto para que la gracia se derramase sobre los fieles. Como la fuente de agua brotó de la roca golpeada, así Cristo, herido en la Cruz, derramó sobre los que tenían sed de El la gracia de la purificación y los dones del Espíritu Santo. (SAN ISIDORO, *In Exod., c. 24,* P. L. 83, 299).

Cuando se ofreció a sí mismo en santo sacrificio por nosotros, de la herida de su costado brotó una fuente viva de la cual salieron en el mismo instante, como dos ríos místicos, la sangre de la redención y el agua del bautismo. (PAULINO DE AQUILEA, Cfr. D. A. WILMART, *Rev. Ben.,* 1922 p. 42).

Edad Media 57

Si según la manera de hablar del Apóstol, Cristo es la piedra, los agujeros de la piedra no pueden ser otros que las heridas que Cristo recibió por nuestra salvación. En estos agujeros en los que se oculta la paloma para hacer el nido, está simbolizada el alma fiel e incluso toda la Iglesia que coloca la única esperanza de su salvación en la Pasión del Señor. (SAN BEDA, *In Cantic. 3,* P. L. 91, 1111).

Cristo quiso morir con los brazos extendidos como para abarcarnos a todos en un mismo abrazo. Nos llama a todos a sí y no rechaza a nadie; inclina la cabeza

y ofrece a sus enemigos el beso de paz, olvidando todas las injurias, satisfaciendo incluso por ellas; su cuerpo atravesado por todas partes y su costado abierto nos indican que nos dió su cuerpo, su sangre, su corazón y su alma, hasta incluso su divinidad y su humanidad y con ellas la vida y la regeneración. Les dió a todos y cada uno de nosotros en particular. (RÁBANO MAURO, *trac. de Pass. Domini.* PEZ, *Thes, anecd.,* t. IV, p. 11, col, 10).

Para que del costado de Cristo, dormido en la Cruz, se formase la Iglesia, uno de los soldados le hirió con una lanza y le abrió el costado. Y fué permisión de la Divina Providencia, a fin de que, brotando de la herida sangre y agua, se derramase el precio de nuestra salvación, el cual, manando de la fuente arcana del corazón, diese a los sacramentos de la Iglesia virtud de conferir la vida de la gracia; y fuese en adelante, para los que viven en Cristo, la copa tomada de la fuente viva que salta hasta la vida eterna.

Levántate, pues ¡oh amiga de Cristo! y no ceses de velar; ven, aplica tus labios para que bebas las aguas de las fuentes del Salvador. (SAN BUENAVENTURA, *El Arbol de la vida,* 30).

V. — LA TRANSFIGURACION DE NUESTRO SEÑOR

En la Liturgia latina es una fiesta tardía y de poca solemnidad; en el Oriente, por el contrario, su importancia es grandísima. Por eso, para mejor información de nuestros lectores, reproduciremos aquí algunos de los textos de la liturgia griega de esta fiesta, llenos de profunda teología.

Liturgia griega 58

Y esa voz bajada del cielo la oímos los que con El estábamos en el monte Santo. (II Pedro, I, 18.)

En este día, Cristo, sobre el Tabor, transformó la naturaleza entenebrecida de Adán. Al cubrirla con su resplandor la divinizó. Iluminados con el resplandor de las virtudes, subamos a la montaña Santa para contemplar la divina Transfiguración del Salvador. En el Tabor, Moisés y Elías vieron a un Dios, hijo de una doncella Virgen, encarnado para la redención del mundo. (*Apostiches de Vísperas menores, Meneos,* ed. rom., t. VI, p. 330.)

Antes de que subieras a la Cruz, oh Señor, la montaña semejó un cielo y una nube se extendió sobre ella como un tabernáculo, mientras Tú estabas transfigurado y el Padre daba testimonio de Ti. Allí estaba Pedro con Santiago y Juan, los mismos que habían de estar a tu lado en el momento de la traición, para que, habiendo contemplado tus maravillas, no se aterrasen

ante tus sufrimientos. Haznos dignos, por tu gran piedad, de adorar esos sufrimientos. *(1.° Idiomele del monje Cosmas, Vísperas mayores, ibíd.).*

Cuando te transfiguraste sobre la alta montaña teniendo contigo a los predilectos de entre tus discípulos, brillaste repentinamente con glorioso resplandor, mostrando que los que se distinguen por la altura de sus virtudes, serán considerados dignos de la gloria divina. Cuando hablaban con Cristo Moisés y Elías, le proponían como el Señor de vivos y muertos y el Dios que en otro tiempo había hablado por los profetas; y la voz del Padre, saliendo de la nube luminosa, daba testimonio de El en estos términos: "Escuchadle a El que, por la Cruz, despoja al Infierno y da a los muertos la vida eterna. *(Id. 3.° Idiomele, ibíd.,* p. 331.)

Queriendo hacerles ver una pálida imagen de tu Resurrección, oh Cristo Dios, tomaste contigo a tres de tus discípulos, Pedro, Santiago y Juan, para subir al Tabor. Durante tu Transfiguración, oh Salvador, oh Verbo, la montaña se cubrió de luz. Tus discípulos se echaron con el rostro en tierra, no pudiendo soportar la vista de tu invisible aspecto. Los ángeles te servían con temor y miedo, los cielos temblaban y la tierra se estremecía viendo en el mundo al Señor de la gloria. *(Doxastié de Anatole, ibíd).*

El astro anterior al Sol, Cristo, cuando moraba en esta tierra, habiendo cumplido antes de subir a la Cruz todo lo que llevaba consigo su penosísima economía, nos hizo ver en este día sobre el Tabor una misteriosa imagen de la Trinidad. Tomando consigo a sus tres discípulos preferidos, Pedro, Santiago y Juan y velándoles un tanto la carne que había tomado, se transfiguró ante sus ojos, manifestándoles en sí mismo la gloria de su hermosura original aunque no en todo su esplendor; y aunque plenamente saciados de su vista, con todo eso cuidó mucho de que esa contemplación

no les quitase la vida. No debían mirarle sino en la medida en que pudieran soportarlo. Del mismo modo llamaba junto a sí a los primeros profetas Moisés y Elías para dar testimonio de su divinidad y para afirmar que El es el reflejo verdadero de la esencia de su Padre y el Señor de vivos y muertos. Y una nube les cubrió como una tienda y, desde lo alto, la voz del Padre resonó en la nube dando testimonio de El. "Este es el Hijo muy amado que yo he engendrado en mi seno inmaterialmente antes de la aurora; le ha enviado a salvar a aquellos que fueren bautizados en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, y confesaren con fe que el único poder de la divinidad es indivisible: Escuchadle". Tú, pues, oh Cristo Dios, que eres bondadoso, ilumínanos con la luz de tu gloria inaccesible y haz de nosotros dignos herederos de tu reino eterno, Tú que eres infinitamente bueno. *(3.° Idiomel de la Litia, ibíd.* página 334.)

El que en otro tiempo habló a Moisés en figura sobre el monte de Sinaí y le dijo: "Yo soy el que soy", se ha transfigurado hoy en el Tabor delante de sus apóstoles, para mostrarles la naturaleza humana revestida en El de la hermosura original de su arquetipo. Y llamando junto a sí a Moisés y Elías para ser testigos de gracia tan grande, les hizo participar de su gozo y anunciar anticipadamente su muerte de Cruz y su resurrección redentora. *(Vísperas 1.° Idiomel de los aposticos. Ibíd.,* p. 335.)

Al contemplar en lontananza en espíritu tu venida en carne mortal, oh Hijo unigénito, tu antepasado David invitó ya a toda la creación a regocijarse, diciendo: "El Tabor y el Hernón saltarán de gozo al oír tu nombre". En efecto, subida la primera de estas cumbres con tus discípulos, oh Salvador nuestro, te transfiguraste e hiciste resplandeciente la naturaleza de Adán, entenebrecida por el pecado, después de haberla trans-

formado en la gloria admirable de tu Divinidad. Por eso decimos: Gloria a Ti, Señor creador del universo. (*Id. 2. Idiomele,* pág. 335).

Para indicar el cambio que experimentarán los mortales con tu gloria, oh Salvador, en tu segunda y temible venida, te transfiguraste en el monte Tabor. Moisés y Elías conversaban contigo; junto a Ti tenías, oh Maestro, a tus tres discípulos y al ver tu gloria quedaron fuera de sí por tu resplandor. Tú que sobre ellos hiciste brillar tu luz, ilumina nuestras almas. (*Catismo de la 1.ª Estrof. de Maitines, ibíd.* p. 336).

INDICE

[illegible] en [illegible] de [illegible] P[illegible] eso decimo [illegible] ore [illegible]
[illegible]

Para [illegible] que [illegible] lo[illegible] ivado [illegible] la [illegible] temible [illegible] te [illegible] este [illegible] bor. Moises y Elias conversaban [illegible] as, oh Maestro [illegible] discipulos [illegible] ta quedaron [illegible] sobre ellos [illegible]
(Catismo [illegible])

Págs.

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

PROPIO DEL TIEMPO

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

FLORILEGIO

DOM PROSPERO GUERANGER
ABAD DE SOLESMES

EL AÑO LITURGICO

PRIMERA EDICION ESPAÑOLA
TRADUCIDA Y ADAPTADA PARA LOS PAISES
HISPANO-AMERICANOS POR LOS MONJES DE
SANTO DOMINGO DE SILOS

V

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

SEGUNDA PARTE

1956
EDITORIAL ALDECOA
DIEGO DE SILOE, 18
BURGOS

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

DECIMOTERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

La serie de domingos que en otro tiempo arrancaba de la solemnidad de San Pedro o *de los Apóstoles,* nunca propasaba a este domingo. La fiesta de San Lorenzo daba su nombre a los que siguen, como ocurría desde el Domingo nono después de Pentecostés, en los años en que la Pascua se distanciaba más del equinoccio de primavera. Cuando la fecha de Pascua caía muy próxima a su punto extremo se empezaban a contar desde este Domingo las *semanas del séptimo mes* (septiembre).

Las Témporas de otoño pueden caer ya en esta semana, pero también puede ocurrir que no lleguen hasta el décimoctavo Domingo. En nuestra explicación seguiremos el orden adoptado en el misal, que las pone a continuación del décimoséptimo Domingo después de Pentecostés.

En Occidente el décimotercero Domingo toma hoy su nombre del Evangelio de *los diez leprosos* que se lee en la misa; por el contrario, los griegos, para quienes es el Domingo trece de San Mateo, leen en él *la parábola de la viña,* cuyos obreros llamados a diversas horas del día, reciben todos idéntica recompensa [1].

MISA

EL RECUERDO DE LOS TIEMPOS PASADOS.—La Iglesia, en posesión de las promesas que el mundo esperó tanto tiempo, gusta mucho de recordar una y otra vez los sentimientos que llenaron el alma de los justos durante los siglos angustiosos en que el género humano vegetaba en las sombras de la muerte. Tiembla a vista del peligro en que sus hijos se encuentran de olvidar en la prosperidad la situación desastrosa que la Sabiduría eterna les ha evitado, llamándolos a vivir en los tiempos que han sucedido al cumplimiento de los misterios de la Redención. De un olvido así tendría que nacer naturalmente la ingratitud que el Evangelio del día justamente condena. Por eso la Epístola y, antes que ella el Introito, nos transportan al tiempo en que el hombre vivía sólo de esperanza bien que se le hubiese hecho promesa de una alianza sublime. Esta debía

1 *S. Mateo,* XX, 1-16.

consumarse en los siglos posteriores; mas entretanto el hombre en espera de volver a encontrar el amor se hallaba en una gran miseria, a merced de la perfidia de Satanás y expuesto a las represalias de la justicia divina.

INTROITO

Mira a tu alianza, Señor, no desampares por siempre las almas de tus pobres: levántate, Señor, y defiende tu causa y no olvides las voces de los que te buscan. — *Salmo:* ¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? ¿Por qué se ha encendido tu furor contra las ovejas de tus pastos? ℣. Gloria al Padre.

LAS VIRTUDES TEOLOGALES. — Hace ocho días vimos el papel que desempeña la fe y la importancia de la caridad en el cristiano que vive en la ley de la gracia. La esperanza le es necesaria también porque, aunque sustancialmente posea los bienes que le harán feliz por toda la eternidad, la oscuridad de este mundo de destierro se los oculta a la vista; además, la vida presente, como tiempo de prueba en que debe cada uno merecer su corona [1], hace que hasta el final de la misma sientan aun los mejores la incertidumbre y las amarguras de la lucha. Por eso debemos implorar con la Iglesia en la Colecta el aumento en nosotros de las tres virtudes fundamentales de fe, esperanza y caridad; mas, para llegar a gozar en el cielo del pleno cumplimiento de todos los

[1] *I Cor.*, IX, 25.

bienes que Dios nos ha prometido, nos es necesaria desde ahora la gracia de amar de todo corazón sus mandamientos, que son el camino que lleva allá y se resumen, según el Evangelio del Domingo pasado, en el amor.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, danos aumento de fe, esperanza y caridad: y, para que merezcamos alcanzar lo que prometes, haznos amar lo que mandas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., III, 16-22).

Hermanos: Las promesas fueron hechas a Abraham y a su descendiente. No dice: Y a sus descendientes, como si fuesen muchos; sino, como si fuese uno sólo: Y a tu descendiente, que es Cristo. Y yo digo esto: Que el pacto confirmado por Dios no fué abrogado por la Ley, publicada cuatrocientos treinta años después, ni la promesa fué anulada. Porque, si la herencia viniese por la Ley, ya no vendría por la promesa. Pero Dios hizo la donación a Abraham por promesa. ¿Para qué sirve, pues, la Ley? Fué puesta por causa de las transgresiones, hasta que viniese el descendiente a quien había sido hecha la promesa, y fué promulgada por ángeles y por mano de un mediador. Pero el mediador no es de uno solo; Dios, en cambio, es uno solo. ¿Luego la Ley va contra las promesas de Dios? De ningún modo. Porque, si se hubiese dado una ley que pudiese vivificar, entonces la justicia vendría verdaderamente de la Ley. Pero la Escritura lo encerró todo bajo del pecado, para que la promesa fuese dada a los creyentes por la fe en Jesucristo.

La libertad del cristiano. — A lo largo de este dilatado período del Tiempo que sigue a Pentecostés, dedicado a glorificar la acción del Espíritu Santo como santificador del mundo, la Iglesia se complace en recordar con frecuencia en la Liturgia los acontecimientos memorables que libertaron al hombre del yugo de la ley del temor para someterle al suave y ligero de la ley del amor. La Epístola de este Domingo décimotercero nos recuerda que la obra divina de nuestra liberación se fué preparando muy lentamente. Como los judíos continuaban teniéndose por un pueblo privilegiado y sostenían por eso que la salvación sólo se podía conseguir por la observancia de la Ley mosaica, ley de esclavitud, San Pablo les recuerda al instante que la salvación se prometió mucho antes de Moisés y que la promesa va vinculada no a la Ley mosaica, sino a la fe en el que algún día había de venir al mundo para redimir a los hombres. Al cumplirse esta promesa, la Ley antigua quedó para siempre anulada.

La promesa mesiánica. — Ahora bien, los judíos conocen mejor que nadie esta promesa y sus particulares condiciones. La hizo Dios en la antigüedad a Abraham, la renovó a los Patriarcas y la confirmó con juramento. Esa promesa, en la posteridad de Abraham, siempre tiene en vista al que es la fuente y origen de la bendición. Por eso no dice el texto sagrado que las promesas vayan dirigidas a Abraham y a sus hijos,

sino a su hijo, a su vástago, al único de quien históricamente se puede afirmar que es la bendición del mundo.

Cuando un hombre promete, su promesa puede cambiar, y sólo es definitiva después de su muerte; pero, como Dios no puede morir, la firmeza de la promesa divina queda asegurada de otra manera: por su solemnidad, por su reiteración, con un juramento. Siendo así de firmes los designios de Dios, no se puede admitir que la Ley mosaica, que llegó cuatrocientos treinta años más tarde que la promesa, la pudiese anular, como no pudo tampoco romper el pacto hecho por Dios. Por tanto, una de dos: la justificación, filiación divina, herencia del cielo y todo cuanto nos une con el orden sobrenatural, o lo debemos a la ley dada a Moisés o a la promesa que hizo el Señor a Abraham. Mas no cabe duda: todo ha venido a nosotros en atención a la promesa hecha a Abraham y no en atención a la ley que dió Dios a Moisés.

La ley y la promesa. — Pero entonces, ¿cuál fué el objeto, la función de la Ley? ¿Es una institución divina sin por qué? De ninguna manera, pero la distancia entre la promesa y la Ley es inmensa. Así como la promesa proviene de la bondad de Dios, la Ley fué ocasionada por el pecado: es una medida higiénica y provisional. El mundo, cada vez más depravado, olvidaba los

preceptos de la ley natural. Dios los promulgó nuevamente y, queriendo venir al mundo, se escogió un pueblo que separó de los otros pueblos y constituyó guardián de la promesa hasta el día en que se cumpliese, es decir, hasta que viniese el retoño en quien debían ser bendecidas todas las naciones.

Y este carácter de la ley, en cuanto es distinta de la promesa, se echa de ver hasta en el modo de su promulgación. La Ley es una institución motivada por las circunstancias, en vez de ser, como la promesa, una disposición espontánea y derivada totalmente del Corazón de Dios. Además se sirvió de los ángeles como intermediarios para instituirla, porque Dios reservaba para sí una intervención personal para más tarde. Finalmente, dicha ley se confió a manos de un mediador, Moisés. Al nacer la Ley, hay un mediador porque hay dualidad, porque hay dos partes que contratan, pues se trata de un pacto entre Dios y su pueblo. Por esto precisamente la Ley es caduca: por ser un pacto, la Ley está subordinada a la fidelidad de las partes. Si la una se retira, la otra queda libre. Al contrario, en el día de la promesa, frente a Abraham sólo vemos a Dios; de parte de Dios es un compromiso totalmente gracioso; no ha habido intermediario ni condición; la promesa es absoluta y eterna.

LA LEY Y LA FE. — ¿Hay aquí por ventura antagonismo entre la Ley y la promesa, y acaso la Ley, después de muchos siglos, pudo desmentir y anular las promesas de Dios? Nunca jamás. Ciertamente, el Señor es Soberano: podría haber dado a la Ley el poder de conferir la gracia y la justicia. Pero, mientras la Ley sea exterior a nosotros, es impotente y sólo descubre el pecado que nos prohibe. Para ser eficaz y justificante, se precisaría meterla en nuestra vida y grabarla en nuestro corazón, y no cabe duda que Dios podría haber otorgado a la Ley este privilegio de justificar. Pero la Escritura, que nos revela el pensamiento de Dios, nos enseña que hubo una promesa y que, hasta el día de su cumplimiento, Dios quiso que toda la humanidad permaneciese cautiva bajo el yugo del pecado, para que tuviese ocasión y tiempo de reconocer, en medio de su impotencia, que la justicia es manifiestamente el fruto de la promesa y no de la Ley, fruto obtenido por la fe en Jesucristo [1].

GRADUAL

Mira a tu alianza, Señor, y no olvides para siempre las almas de tus pobres. ℣. Levántate, Señor, y defiende tu causa: acuérdate del oprobio de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. Aleluya.

1 Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* I, 516.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XVII, 11-19).

En aquel tiempo, yendo Jesús a Jerusalén, pasaba por medio de Samaria y de Galilea. Y, al entrar en cierta aldea, le salieron al encuentro diez leprosos, los cuales se pararon de lejos; y alzaron la voz, diciendo: Jesús, Maestro, ten piedad de nosotros. Cuando los vió, dijo: Id, mostraos a los sacerdotes. Y sucedió que, mientras iban, quedaron limpios. Y uno de ellos, cuando se vió limpio, se volvió, glorificando a Dios a grandes voces, y se prosternó ante su pies, dando gracias: y éste era un samaritano. Y, respondiendo Jesús, dijo: ¿No han sido diez los curados? Y los nueve, ¿dónde están? ¿No ha habido quien volviese y diese gloria a Dios sino este extranjero? Y le dijo: Levántate, vete: que tu fe te ha salvado.

LOS DOS PUEBLOS. — El leproso samaritano, curado de su horrible enfermedad, figura del pecado, representa, en compañía de nueve leprosos de nacionalidad judía, la raza desacreditada de los gentiles, admitida al principio por misericordia a participar de las gracias destinadas a las ovejas perdidas de la casa de Israel [1]. La diferente conducta de estos diez hombres con ocasión del milagro obrado en ellos, corresponde a la actitud de los dos pueblos de que son figura, ante la salvación que el Hijo de Dios trajo al mundo. Esa conducta demuestra una vez más el principio establecido por el Apóstol: "No todos

1 *S. Mateo*, XV, 24.

los que han nacido en Israel son israelitas, ni todos los descendientes de Abraham son hijos suyos; sino que *por Isaac,* dijo Dios a Abraham [1] *se contará tu descendencia.* Esto es, no los hijos de la carne son hijos de Dios, sino los hijos de la promesa son tenidos por descendencia" [2].

La Santa Iglesia no se cansa de recordar una y muchas veces esta comparación de los dos Testamentos y el contraste que los dos pueblos ofrecen. Por tanto, antes de continuar, debemos responder a la extrañeza que tal insistencia tiene que despertar en ciertas almas no habituadas a la sagrada Liturgia. La clase de espiritualidad que hoy reemplaza en muchos a la antigua vida litúrgica de nuestros padres, no los dispone más que a medias para entrar en este orden de ideas. Están únicamente acostumbrados a vivir frente a sí mismos, y frente a la verdad tal como ellos se la imaginan, ponen la perfección en el olvido de todo lo demás; y de esta manera no es de admirar que a tales cristianos les resulte totalmente incomprensible el continuo recordar un pasado que, según ellos, terminó hace ya siglos. Pero la *vida interior* verdaderamente digna de este nombre no es lo que esos cristianos se imaginan; nunca hubo escuela de espiritualidad, ni ahora ni antes, que colocase el ideal de la virtud en el olvido de los grandes hechos de la histo-

---

1 *Gen.,* XXI, 12.
2 *Rom.,* IX, 6-8.

ria, de tanto interés para la Iglesia y para Dios mismo. Además, ¿qué es lo que sucede con demasiada frecuencia a los hijos que en esto se apartan de la Madre común? Sencillamente, que en el aislamiento voluntario de sus oraciones privadas, pierden de vista, por justo castigo de Dios, el fin supremo de la oración, que es la unión y el amor. A la meditación la despojan del carácter de conversación íntima con Dios que la reconocen todos los maestros de la vida espiritual; por lo que pronto no será más que un ejercicio estéril de análisis y razonamientos en que predomine la abstracción.

Después de la gran obra de la Encarnación del Verbo, que vino a la tierra para manifestar a través de los siglos en Cristo y sus miembros a Dios [1], no hay hecho más importante ni en el que Dios haya mostrado ni muestre tanto interés como el de la elección de los dos pueblos llamados por El sucesivamente al beneficio de su alianza. "Son sin arrepentimiento los dones y la vocación de Dios", nos dice el Apóstol; los judíos, enemigos hoy porque rechazan el Evangelio, no dejan de ser amados y aun muy amados, *carissimi,* en atención a sus padres [2]. Por eso, llegará un tiempo, esperado por el mundo, en que la negación de Judá se retractará, sus iniquidades se borrarán, y las promesas hechas a Abraham, Isaac y Jacob tendrán cum-

1 *II Cor.,* IV, 10, 11.
2 *Rom.,* XI, 28-29.

plimiento literal[1]. Entonces se verá la divina unidad de ambos Testamentos; los dos pueblos sólo harán uno con Cristo su Cabeza[2]. Entonces, plenamente consumada la alianza de Dios con el hombre, tal como Dios mismo la quiso en sus designios eternos, una vez que *la tierra habrá dado su fruto*[3] y el mundo cumplido su fin, las tumbas devolverán a sus muertos[4] y la historia terminará en la tierra para dejar a la humanidad glorificada explayarse en la plenitud de la vida a los ojos de Dios.

LECCIÓN DEL MILAGRO. — Volvamos brevemente a la explicación literal del Evangelio. El Señor, más bien que mostrarnos su poder, lo que pretende es instruirnos simbólicamente. Por eso no les otorga a los enfermos la salud con una sola palabra como lo hizo en otro caso parecido: "Lo quiero, queda curado", había dicho un día a un pobrecito leproso que imploraba su socorro en los comienzos de su vida pública, y la lepra desapareció al instante[5]. Los leprosos del Evangelio de hoy quedan sanos tan sólo al ir a presentarse a los sacerdotes. Jesús los envía a ellos, como lo hizo con el primero, dando de ese modo ejemplo a todos, desde el principio

---

1 *Rom.*, XI, 25-27.
2 *Ef.*, II, 14.
3 *Sal.*, LXVI, 7.
4 *Rom.*, XI, 15.
5 *S. Mateo*, VIII, 3.

hasta el último día de su vida mortal, del respeto que se debe a la antigua ley mientras no sea abrogada; en efecto, esta ley concedía a los hijos de Aarón el poder, no de curar la lepra, sino de distinguirla y fallar sobre su curación [1].

Pero ha llegado el tiempo de una ley más augusta que la del Sinaí, de un sacerdocio cuyos juicios no tendrán ya por objeto el averiguar el estado del cuerpo, sino el raer eficazmente, mediante la pronunciación de su sentencia de absolución, la lepra de las almas. La curación que en los diez leprosos se obró antes de llegar a presentarse a los sacerdotes que buscaban, debería bastar para hacerlos ver en el Hombre-Dios el poder del nuevo sacerdocio anunciado por los profetas.

Hagamos nosotros con vivas ansias se acelere el momento, tan glorioso para el cielo, en el que reunidos ambos pueblos en idéntica fe mediante el conocimiento de las mismas esperanzas realizadas, clamarán, como en el Ofertorio, diciendo a Jesús: *¡En ti he esperado, Señor; Tú eres mi Dios!*

OFERTORIO

En ti he esperado, Señor; dije: Tú eres mi Dios, en tus manos están mis días.

La oblación, colocada en el altar, nos debe alcanzar de Dios el perdón de la vida pasada y

---

[1] *Lev.*, XIII.

las gracias para la que está por venir. En la Secreta le rogamos que acepte para el Sacrificio los dones que la Iglesia le ofrece en nombre de todos nosotros.

SECRETA

Mira, Señor, propicio a tu pueblo, mira propicio estos dones: para que, aplacado con esta oblación, nos otorgues el perdón, y nos concedas lo pedido. Por Nuestro Señor Jesucristo.

¿Cuándo querrán venir los Judíos a probar por fin la superioridad del pan de la nueva alianza sobre el maná del Antiguo Testamento? Nosotros, los gentiles, cantamos en la Comunión las divinas suavidades del verdadero pan del cielo con tanto júbilo cuanto pide el hecho de que, a pesar de haber venido después que ellos, hayamos sido preferidos a nuestros antepasados en el banquete del amor.

COMUNION

Nos has dado, Señor, pan del cielo, que encierra en sí todo deleite, y todo sabor de suavidad.

La obra de nuestro rescate por Jesucristo, como lo expresa la Poscomunión, se consolida y crece en nosotros tantas veces cuantas recurrimos a los sagrados misterios. La Iglesia pide para sus hijos la gracia de frecuentar provechosamente estos misterios de salvación.

POSCOMUNION

Recibidos, Señor, estos celestiales misterios, te suplicamos hagas que adelantemos en el camino de la redención eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Mira, oh Dios, protector nuestro, y contempla el rostro de tu Ungido. Así comienza hoy la Iglesia al irse acercando al altar. La Iglesia es la Esposa del Hombre-Dios y su gloria [1]; pero el Esposo, dice San Pablo, es a la vez la imagen y la gloria de Dios [2] y *la cabeza de la Esposa* [3]. Así que con toda verdad y como con plena seguridad de ser oída, la Iglesia, al dirigirse al Dios tres veces santo, le ruega que contemple al mirarla el rostro de su Ungido.

INTROITO

Mira, oh Dios, protector nuestro, y contempla el rostro de tu Ungido: porque más que mil vale un día en tus atrios. — *Salmo:* ¡Cuán amables son tus tiendas, oh Señor de los ejércitos! Mi alma desfallece y suspira por los atrios del Señor. ℣. Gloria al Padre.

---

1 *I Cor.*, XI, 7.
2 *Ibid.*
3 *I Cor.*, XI, 3; *Ef.*, V, 23.

Las glorias futuras a cuyo pensamiento la Iglesia salta de gozo, la dignidad de la unión divina que ya desde este mundo la hace verdaderamente Esposa, no son obstáculos para que deje de sentir la continua necesidad que tiene del socorro de lo alto. En un solo instante de desamparo por parte del cielo vería que la humana fragilidad, alejando a sus miembros de las virtudes que en la Epístola ensalza el Apóstol, los arrastraría al abismo del vicio descrito en el mismo lugar. Pidamos con nuestra Madre en la Colecta esa asistencia misericordiosa de cada momento que nos es tan necesaria.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, custodies a tu Iglesia con perpetua protección: y, pues sin ti desfallece la humana fragilidad, haz que, con tus auxilios, se abstenga siempre de lo dañino y tienda a lo saludable. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., V, 16-24).

Hermanos: Caminad en el Espíritu, y no satisfaréis los deseos de la carne. Porque la carne codicia contra el espíritu, y el espíritu contra la carne: porque ambas cosas se oponen mutuamente, para que no hagáis cuanto queráis. Si sois guiados por el Espíritu, no estáis debajo de la ley. Y manifiestas son las obras de la ley, que son: fornicación, inmundicia, impudicicia, lujuria, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, riñas, disensiones, sectas, envidias, homicidios, embriagueces, comilonas, y otras parecidas a

éstas, contra las cuales os prevengo, como ya os previne otra vez: porque, los que hacen tales cosas, no conseguirán el reino de Dios. Y los frutos del Espíritu son: caridad, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, longanimidad, mansedumbre, fe, modestia, continencia, castidad. Contra estas cosas no hay ley. Porque, los que son de Cristo, han crucificado su carne con sus vicios y concupiscencias.

Espíritu y carne. — En las líneas que acabamos de leer, el Apóstol nos habla de la relación íntima que en nuestra vida une a estos tres elementos: el Espíritu, la libertad, la caridad. San Pablo, como a los Judíos, nos dice también a nosotros: no hay más que una ley, la caridad. El que ama, cumple toda la ley. La ley no es más que la división de la caridad. La caridad arroja fuera todo egoísmo, y por tanto, toda disputa, toda rivalidad, toda división, todo lo que amenaza o arruina la alegría y la vida cristiana.

Obedezcamos al Espíritu, insiste el Apóstol, al principio interior de nuestra vida sobrenatural y guardémonos de los instintos de la carne. Para él, la carne es el egoísmo, todo el conjunto de disposiciones y tendencias que no se someten a la acción de Dios. Es que llevamos en nosotros, aun después del bautismo y de nuestra regeneración espiritual, un foco de deseos y de codicias opuestas al Espíritu de Dios. Por eso, en nuestro interior existe un conflicto

entre la carne, que tiende a recobrar su antiguo imperio, y el Espíritu, que sostiene el suyo..., conflicto que cesa tan sólo en el instante en que, rehechos en Nuestro Señor Jesucristo, nos dejamos guiar por el Espíritu y cuando todas las obras del egoísmo pierden su atractivo para nosotros.

Las obras de la carne, dice, son las que proceden del amor egoísta: ... en el reino de Dios no hay lugar para los que a ellas se entregan. Pero es cosa fácil reconocer los frutos del Espíritu. Estos frutos son obras santas, sanas, vivas, que el Apóstol designa con el nombre de "frutos", no sólo porque son el producto final de nuestra actividad sobrenatural sino también porque se realizan con alegría, y porque Dios y nosotros gustamos su dulzura y percibimos su provecho. Son frutos que nos unen a Dios y nos hacen descansar en El; que nos ponen en regla con el prójimo, que nos ayudan a guardar el dominio de nosotros mismos en medio de los diversos acontecimientos.

"Ahora bien, los que son de Cristo, los que forman parte de Cristo por el bautismo, dieron muerte a su carne y a su anterior vida adámica juntamente con sus deseos, sus tendencias y sus codicias. Fueron elevados a un orden nuevo, donde el principio de su vida es el Espíritu de Dios. No tienen que hacer otro esfuerzo que el de que continúe muerto lo que fué herido de muerte

el día de su bautismo, y, viviendo del Espíritu, obrar en todo y dejarse guiar por el Espíritu"[1].

La Iglesia canta en el Gradual la alegre confianza que puso en el Señor, su Esposo. En el versículo aleluyático invita a sus hijos a regocijarse como ella en Dios su Salvador.

GRADUAL

Mejor es confiar en el Señor que confiar en el hombre. ℣. Mejor es esperar en el Señor que esperar en los príncipes.

Aleluya, aleluya. ℣. Venid, alabemos al Señor, cantemos jubilosos a Dios, nuestro Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo (Mt., VI, 24-33).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Nadie puede servir a dos señores: porque, o tendrá odio al uno y amará al otro, o se adherirá al uno y despreciará al otro. No podéis servir a Dios y a mammón. Por tanto, os digo: No se angustie vuestra alma por lo que habéis de comer, ni vuestro cuerpo por lo que habéis de vestir. ¿No vale el alma mucho más que la comida, y el cuerpo más que el vestido? Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros: y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros, preocupándose, podrá añadir a su estatura un codo? ¿Y por qué os preocupáis del vestido? Contemplad cómo crecen los lirios del campo: no trabajan, ni hilan. Pero yo os digo que ni Salomón, en

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* I, p. 536-538.

toda su gloria, se vistió jamás como uno de ellos. Pues, si Dios viste así al heno del campo, que hoy es y mañana es arrojado al horno: ¿cuánto más (lo hará) con vosotros, (hombres) de poca fe? No os angustiéis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos, o qué beberemos, o con qué nos cubriremos? Porque todo eso lo buscan los gentiles. Pues vuestro Padre celestial sabe que necesitáis todas esas cosas. Así que buscad primero el reino de Dios, y su justicia: y todas esas cosas se os darán por añadidura.

LAS TRES CONCUPISCENCIAS. — La vida sobrenatural, para llegar a su pleno desarrollo en las almas, tiene que triunfar de tres enemigos que San Juan ha llamado *concupiscencia de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de vida* [1]. Acabamos de ver, en la Epístola del día, el obstáculo que opone el primero de estos enemigos al Espíritu Santo y la manera de vencerle; la humildad (y sobre ella la Iglesia ha llamado más de una vez la atención en los Domingos precedentes) es la destrucción del *orgullo de la vida*. El Evangelio que acabamos de leer tiene por objeto la *concupiscencia de los ojos*, o sea, el apego a los bienes de este mundo, que no tienen de *bienes* más que la falsa apariencia.

EL BUEN USO DE LAS RIQUEZAS. — "Nadie, dice el Hombre-Dios, puede servir a dos señores"; y estos dos señores de quien habla son Dios y *Mammón*, o sea, la *riqueza*. Y no es que la ri-

[1] *I S. Juan*, II, 16.

queza sea mala en sí misma. Adquirida legítimamente y empleada según la voluntad del supremo Señor, sirve para ganar los verdaderos bienes, y amontonar por adelantado en la patria eterna los tesoros que no temen a los ladrones ni a la polilla [1]. Aunque la pobreza sea la hidalguía de los cielos desde que el Verbo divino se desposó con ella, incumbe una gran función al rico, puesto en nombre del Altísimo para hacer útiles las diversas porciones de la creación material. Dios tiene a bien encomendar a sus cuidados el alimento y vestido de sus más amados hijos, de los miembros pobres y pacientes de su Ungido; le llama a ser apoyo de los intereses de su Iglesia y promotor de obras que le merezcan la salvación; le confía el esplendor de sus templos. ¡Dichoso y digno de toda alabanza es el que de ese modo ordena directamente a la gloria del Creador los frutos de la tierra y los metales que encierra en su seno! No tema: no se habrán pronunciado para él los anatemas que con tanta frecuencia salieron de la boca del Hombre-Dios contra los ricos y afortunados del mundo. No tiene más que un amo: el Padre Celestial, de quien se confiesa humilde mayordomo. Mammón no le domina; antes tiene él a Mammón por esclavo y sujeto al servicio de su celo. El cuidado que pone en administrar sus bienes según la justicia y caridad no lo

---

[1] *S. Mateo*, VI, 19-20.

condena el Evangelio, ya que aun entonces obedece a la palabra de Jesucristo de buscar primero el reino de Dios. Por sus manos pasan las riquezas en obras buenas sin distraer sus pensamientos del cielo, donde está su tesoro y su corazón[1].

El mal uso de las riquezas. — Ocurre todo lo contrario cuando a las riquezas no se las considera ya como un simple *medio* sino como *fin* de la existencia, hasta el punto de descuidar y a veces olvidar por ellas nuestro último fin. *Los caminos del avaro roban su alma,* dice el Espíritu Santo[2]. Y es que, en efecto, como explica el Apóstol a su discípulo Timoteo, el amor al dinero precipita al hombre en la tentación y en los lazos del diablo por el tumulto de deseos perniciosos y vanos que engendra; le hunde cada vez más en el abismo, hasta hacerle vender su fe si es necesario[3]. Y, con todo eso, el avaro, cuanto más amontona, menos gasta. Guardar su tesoro celosamente, contemplarle[4], pensar sólo en él cuando le es preciso ausentarse, en eso tiene puesta toda su vida; su pasión se convierte en idolatría[5]. Y Mammón, en efecto, ya no es sólo para él un señor; es un Dios ante quien el avaro, inclinado día y noche, sacrifica

1 *S. Mateo,* VI, 21.
2 *Prov.,* I, 19.
3 *I Tim.,* VI, 9-10.
4 *Ecl.,* V, 9-10.
5 *Ef.,* V, 5; *Col.,* III, 5.

amigos, parientes, patria y a sí mismo, consagrando su alma a su ídolo y arrojándole aún en vida, dice el Eclesiástico, sus propias entrañas [1]. No nos admiremos de que el Evangelio represente a Dios y a Mammón como a rivales irreconciliables; ¿quién sino Mammón ha visto a Dios en persona sacrificado por treinta monedas de plata sobre su altar? ¿Hay acaso algún ángel caído cuya gloria espantosa brille con más siniestro fulgor debajo de las bóvedas infernales, que el demonio del interés, autor de la venta que entregó al Verbo eterno a los verdugos? El deicidio está a cuenta de los avaros; su miserable pasión, que califica el Apóstol de *raíz de todos los males* [2], reclama para sí legítimamente el crimen más grande que el mundo ha cometido.

Lección de confianza. — Pero, sin llegar a los excesos que hicieron decir a los autores inspirados de los libros de la antigua alianza: "No hay nada más criminal que el avaro, nada más malvado que amar el dinero" [3], es fácil dejarse arrastrar, respecto a los bienes de este mundo, por un celo exagerado que sobrepase al que la prudencia permite. El Creador, que cuida de los pájaros del cielo y de los lirios del campo, ¿se olvidará de alimentar y de vestir al hombre, para

[1] *Ecl.*, X, 10.
[2] *I Tim.*, VI, 10.
[3] *Ecl.*, X, 9-10.

quien fueron criados los lirios y los pájaros? Y, sobre todo, desde que el hombre puede decir a Dios: *Padre,* la inquietud que condena la sola razón, sería en los cristianos una injuria para aquel de quien son hijos. Su ruindad de alma merecería el desamparo del Señor de todas las cosas. Por el contrario, si, correspondiendo a su nobleza de raza, buscan ante todo el reino de Dios, cuya corona poseerán en la verdadera patria, los bienes del valle del destierro, en la medida útil al viaje que los conduce al cielo, les están asegurados en la palabra expresa del Señor.

El Ofertorio, como las otras partes de esta Misa, expresa todo él confianza. El jefe de las milicias de Dios, el arcángel San Miguel, cuya fiesta está ya cerca y a quien la Iglesia invoca todos los días en la bendición del incienso en este momento del sacrificio, ¿no está pronto a defender a los que temen al Señor?

OFERTORIO

El Angel del Señor acampa en torno de los que le temen, y los librará: gustad y ved cuán bueno es el Señor.

En la Secreta pedimos que la hostia ofrecida sobre el altar purifique nuestra alma por su virtud y haga que el poder divino se nos muestre favorable.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que esta hostia saludable nos alcance la purificación de nuestros pecados y la propiciación de tu potestad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

Buscad primero el reino de Dios, y todo lo demás se os dará por añadidura, dice el Señor.

Pureza cada vez mayor, protección del cielo y perseverancia final, tales son los preciosos frutos de la frecuentación de los misterios. Consigámoslos, rogando con la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Purifíquennos siempre, oh Dios, y nos defiendan tus Sacramentos: y lleven a efecto en nosotros la obra de la salvación eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOQUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El episodio conmovedor *de la viuda de Naim* da hoy nombre al décimoquinto Domingo después de Pentecostés. El Introito nos ofrece un modelo de las oraciones que debemos dirigir al Señor en todas nuestras necesidades. El Hombre-Dios prometió (Domingo anterior), socorrer-

nos en todas ellas, a condición de que le sirvamos fielmente *buscando antes que nada su reino.* Al dirigirle nuestras súplicas, mostrémonos confiados en su palabra como es justo que lo seamos, y así oirá nuestros ruegos.

INTROITO

Inclina, Señor, tu oído hacia mí, y óyeme: salva, oh Dios mío, a tu siervo, que espera en ti: ten piedad de mí, Señor, pues clamo a ti todo el día. — *Salmo:* Alegra el alma de tu siervo: ya que a ti, Señor, elevo mi alma. ℣. Gloria al Padre.

La humildad de la Iglesia en las súplicas que dirige al Señor es un ejemplo para nosotros. Si la Esposa obra así con Dios, ¿qué disposiciones de humillación deben ser las nuestras al comparecer ante la soberana Majestad? Con razón podemos decir a esta tierna Madre, como los discípulos al Salvador: *¡Enséñanos a orar!* En la Colecta, unámonos a ella.

COLECTA

Haz, Señor, que tu continua misericordia purifique y proteja a tu Iglesia: y, ya que sin ti no puede mantenerse salva, sea siempre gobernada por tu gracia. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Gálatas (Gal., V, 25-26; VI, 1-10).

Hermanos: Si vivimos del espíritu, caminemos también en el espíritu. No codiciemos la gloria vana, pro-

vocándonos mutuamente, envidiándonos unos a otros. Hermanos, si alguno cayere en alguna falta, vosotros, que sois espirituales, instruid a ese tal con espíritu de mansedumbre, considerándote a ti mismo, para que no seas tentado tú también. Llevad los unos las cargas de los otros, y así cumpliréis la ley de Cristo. Porque, si alguien cree ser algo, no siendo nada, se engaña a sí mismo. Examine, pues, cada cual sus obras, y así sólo tendrá gloria en sí mismo y no en otro. Porque cada cual llevará su carga. Y, el que es catequizado de palabra, comunique todos sus bienes al que le catequiza. No os engañéis: de Dios nadie se burla. Porque, lo que sembrare el hombre, eso recogerá. Por tanto, el que sembrare en su carne, cosechará de la carne corrupción: mas, el que sembrare en el espíritu, cosechará del espíritu vida eterna. No nos cansemos, pues, de hacer el bien: porque, si no nos cansáremos, segaremos a su tiempo. Así que, mientras tenemos tiempo, obremos el bien con todos, pero principalmente con los hermanos en la fe.

PERSEVERANCIA EN LA LUCHA. — La Santa Madre Iglesia vuelve a tomar la lectura de San Pablo donde la dejó hace ocho días. Sigue siendo objeto de las instrucciones apostólicas la vida espiritual, la vida engendrada por el Espíritu Santo en nuestras almas para suceder a la de la carne. Aunque hayamos domado la carne, no debemos por eso creer que está terminado el edificio de nuestra perfección; y es que la lucha debe continuar después de la victoria si no queremos ver comprometidos los resultados; pero además se precisa vigilancia para que una u otra de las tres concupiscencias no aproveche el momento para retoñar ni causar heridas, tan-

to más peligrosas cuanto menos se pensaba en preservarse de ellas, mientras el alma dirige su esfuerzo a otra cosa.

La vanagloria, principalmente, exige al hombre que quiere servir a Dios un continuo vivir alerta, porque siempre está presta a infectar con su veneno sutil hasta los actos de la humildad y de la penitencia.

HUIR DE LA VANAGLORIA. — ¿Qué insensatez sería la de un condenado a quien la flagelación le ha salvado de la pena capital que había merecido, si se gloriase de los azotes con que se castiga a los esclavos y que él lleva impresos en su carne? ¡No tengamos jamás semejante locura! Y, sin embargo de ello, se diría que podíamos tenerla, ya que el Apóstol, a continuación de sus avisos sobre la mortificación de las pasiones, nos hace la recomendación de evitar la vanagloria. En efecto, nunca estaremos totalmente seguros en esta parte mientras la humillación física que infligamos al cuerpo no tenga en nosotros como principio la humillación consciente del alma ante su miseria. También los antiguos filósofos tenían sus máximas acerca del dominio de los sentidos; y la práctica de estas célebres máximas era escalón de que se valía su orgullo para alzarse hasta los cielos. Es que, en esto, estaban muy lejos de los sentimientos de nuestros padres en la fe, los

cuales, en cilicio y postrados en tierra [1], clamaban en lo íntimo de su corazón: "Ten compasión de mí, oh Dios, conforme a tu gran misericordia; porque fuí concebido en la iniquidad y mi pecado está siempre ante mí" [2].

LAS OBRAS DE LA CARNE. — Castigar por vanidad el cuerpo, ¿qué otra cosa es sino lo que San Pablo llama hoy "*sembrar en la carne*" para recoger en lo porvenir, es decir, en el día de la manifestación de los pensamientos de los corazones [3], no la gloria y la vida, mas la confusión y la vergüenza eterna? Entre las obras de la carne enumeradas en la Epístola precedente se encuentra, en efecto, no sólo los actos impuros, sino también las *disputas*, las *disensiones*, las *envidias* [4], pero ordinariamente nacen de esta vanagloria, en la que quiere el Apóstol que reparemos en este momento. La reproducción de estos actos detestables sería una señal bastante segura de que la savia de la gracia había cedido el lugar a la fermentación del pecado en nuestras almas, y en este caso, otra vez esclavos, caeríamos debajo de la ley y sus terribles sanciones. *De Dios no se mofa nadie;* la confianza que da justamente la fidelidad sobreabundante del amor a todo el que vive del Espíritu, no pasaría de ser, en estas condiciones, una falsifi-

[1] *Par.*, XXI, 16, etc.
[2] *Sal.*, L, 3, 5-7.
[3] *I Cor.*, IV, 5.
[4] *Gal.*, V, 19-21.

cación hipócrita de la santa libertad de los hijos del Altísimo. Sólo son hijos suyos los que son guiados del Espíritu Santo [1] en la caridad [2]; los demás son hijos de la carne y no pueden agradar a Dios [3].

La caridad fraterna. — Por el contrario, si queremos una señal cierta de que estamos unidos a Dios, seamos indulgentes con nuestros hermanos considerando nuestra propia miseria, en vez de tomar ocasión de sus defectos y faltas para envanecernos; si caen, tendámosles una mano caritativa y discreta; *llevemos mutuamente nuestras cargas* en el camino de la vida, y entonces, *habiendo cumplido la ley de Cristo,* sabremos [4] *que estamos en él y él en nosotros.*

Estas inefables palabras, que usó Jesús para indicar su futura intimidad con todo el que comiese la carne del Hijo del Hombre y bebiese su sangre en el banquete divino [5], San Juan, que las refiere, las cita palabra por palabra en sus Epístolas para aplicarlas a los que observan en el Espíritu Santo el mandamiento del amor de los hermanos [6].

¡Ojalá resuene siempre en nuestros oídos esta palabra del Apóstol: *Mientras tenemos tiempo, hagamos el bien a todos!* Porque llegará el día,

1 *Rom.*, VIII, 14.
2 *Gal.*, IV, 13.
3 *Rom.*, VIII, 8.
4 *I S. Juan,* IV, 13.
5 *S. Juan,* VI, 57.
6 *I S. Juan,* III, 23-24; IV, 12-13.

y no está lejos, en que el ángel del libro misterioso dejará oír su voz en el espacio y, con la mano levantada al cielo, jurará por Aquel que vive en los siglos sin fin *que el tiempo ha terminado* [1]. Y entonces el hombre recogerá con alegría lo que había sembrado con lágrimas [2]; como no se cansó de obrar el bien en las regiones oscuras del destierro, menos se cansará todavía de cosechar sin fin en la clara luz del día de la eternidad.

Al cantar el Gradual, pensemos que, si la alabanza agrada al Señor, es a condición de que salga de un alma donde reine la armonía de las virtudes. La vida cristiana, ajustada a los diez mandamientos, es el *salterio de diez cuerdas* [3], de donde el Espíritu Santo, que es el dedo de Dios, hace subir hacia el Esposo acordes que arroban su corazón.

GRADUAL

Es bueno alabar al Señor: y salmodiar a tu nombre, oh Altísimo. ℣. Para aclamar por la mañana tu misericordia, y tu verdad por la noche.

Aleluya, aleluya. ℣. Porque el Señor es un Dios grande, es el Rey de toda la tierra. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., VII, 11-16).

En aquel tiempo iba Jesús a una ciudad, que se llama Naím: e iban con El sus discípulos y mucho

---

1 *Apoc.,* X, 1-6.

2 *Salm.,* CXXV, 5.

3 *Sal.,* CXLIII, 9.

gentío. Y, al acercarse a la puerta de la ciudad, he aquí que sacaban a un difunto, hijo único de su madre: y ésta era viuda: y venía con ella mucha gente de la ciudad. Cuando la vió el Señor, movido de piedad hacia ella, la dijo: No llores. Y se acercó, y tocó el féretro. (Y se detuvieron los que lo llevaban.) Y dijo: Joven, yo te lo mando: levántate. Y se incorporó el que estaba muerto, y comenzó a hablar. Y se lo dió a su madre. Y se apoderó de todos el temor: y alabaron a Dios, diciendo: Un gran profeta ha surgido entre nosotros: y Dios ha visitado a su pueblo.

La muerte espiritual. — Comentando este Evangelio, nos dice San Agustín en la homilía que se lee esta misma noche en Maitines: "Si la resurrección de este joven colma de alegría a la viuda, su madre, nuestra Madre la Santa Iglesia se regocija también todos los días al ver resucitar espiritualmente a los hombres. El hijo de la viuda había muerto de muerte corporal; éstos habían muerto en el alma. Visiblemente, empero, se lloraba la muerte visible del primero, mientras que ni siquiera se advertía la muerte invisible de estos últimos.

"Nuestro Señor Jesucristo quería que los milagros que obraba en los cuerpos se interpretasen en un sentido espiritual. No hacía milagros por sólo hacer milagros, sino que deseaba que, al excitar la admiración de los que los veían, a la vez estuviesen llenos de verdad para los que comprendían el sentido. Los que fueron testigos oculares de los milagros de Jesucristo, sin comprender su significado, sin penetrar lo que ellos

dicen a las almas ilustradas, estos tales sólo han admirado el hecho material del milagro; pero otros han admirado a la vez los hechos y han comprendido su significado. De éstos debemos ser nosotros en la escuela de Jesucristo...

"Escuchémosle, pues, y el fruto sea éste: en los que viven, conservar solícitamente la vida, y en los que están muertos, recobrarla lo más pronto posible" [1].

El buen celo. — Cristianos preservados de la defección por la misericordia del Señor, a nosotros nos toca tomar parte en las angustias de la Iglesia y ayudar en todo las diligencias de su celo para salvar a nuestros hermanos. No basta no ser *de los hijos insensatos que son el dolor de su madre* [2] y deshonran el seno que los llevó [3]. Aunque no supiésemos por el Espíritu Santo que *honrar a su madre es atesorar* [4], el solo recuerdo de lo que la costó nuestro nacimiento [5], nos induciría a no perder ocasión de enjugar sus lágrimas. La Iglesia es la Esposa del Verbo, a cuyas bodas aspiran también nuestras almas; si es cierto que esa unión es la nuestra igualmente, lo debemos probar, como la Iglesia, manifestando en nuestras obras el

---

1 *S. Agustín,* Sermón XCVIII.
2 *Prov.,* XVII, 25.
3 *Ibid.,* XXX, 17.
4 *Ecl.,* III, 5.
5 *Tob.,* IV, 4.

único pensamiento, el único amor que comunica el Esposo en sus intimidades, porque no tiene otro en su corazón: el pensamiento de restaurar en el mundo la gloria de su Padre, el amor de salvar a los pecadores.

En el Ofertorio cantamos con la Iglesia sus esperanzas cumplidas; no quede nunca muda nuestra boca ante los beneficios del Señor.

OFERTORIO

Esperé con paciencia al Señor, y me miró: y oyó mi súplica: y puso en mi boca un cántico nuevo, un himno a nuestro Dios.

En la Secreta nos ponemos al amparo omnipotente de los divinos misterios.

SECRETA

Guárdennos, Señor, tus misterios; y nos defiendan siempre contra las incursiones diabólicas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En Jesús todo es vida y fuente de vida. Su palabra hizo volver de la muerte al hijo de la viuda de Naím; su carne es la vida del mundo en el pan consagrado, como canta la Antífona de la Comunión.

COMUNION

El pan que yo daré, es mi carne por la vida del mundo.

No será perfecta en nosotros la unión divina mientras el misterio de amor no domine de

tal forma nuestras almas y nuestros cuerpos, que sean plena posesión suya y no encuentren ya su dirección más que en El y no en la naturaleza. Esto lo explica y lo pide la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que la virtud de este don celestial posea nuestras almas y nuestros cuerpos: para que no domine en nosotros nuestro sentido, sino que siempre nos prevenga su efecto. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOSEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

La resurrección del hijo de la viuda de Naím reavivó el Domingo pasado la confianza de la Iglesia; su oración se alza cada vez más insistente hacia su Esposo desde esta tierra, donde El la deja ejercitar algún tiempo el amor en el sufrimiento y las lágrimas. Tomemos parte con ella en estos sentimientos, que la sugirieron elegir el siguiente Introito.

INTROITO

Ten piedad de mí, Señor, pues a ti clamo todo el día: porque tú, Señor, eres suave y manso, y copioso en misericordia para todos los que te invocan. — *Salmo:* Inclina, Señor, tu oído hacia mí, y óyeme: porque soy débil y pobre. ℣. Gloria al Padre.

En el orden de la salvación es tal nuestra impotencia, que, si la gracia no se nos anticipase, no tendríamos siquiera el pensamiento de obrar, y si no continuase en nosotros sus inspiraciones para llevarlas a término, no sabríamos pasar nunca del simple pensamiento al acto mismo de una virtud cualquiera. Por el contrario, fieles a la gracia, nuestra vida ya no es más que una trama ininterrumpida de buenas obras. En la Colecta pedimos para nosotros y para todos nuestros hermanos, la perseverante continuidad de ayuda tan preciosa.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, nos prevenga y siga siempre tu gracia: y haga nos apliquemos constantemente a las buenas obras. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., III, 13-21).

Hermanos: Os ruego que no desmayéis a causa de mis tribulaciones por vosotros, las cuales son vuestra gloria. Por esto, doblo mis rodillas ante el Padre de Nuestro Señor Jesucristo, del cual procede toda paternidad en los cielos y en la tierra, para que, según las riquezas de su gloria, haga que seáis corroborados con vigor por su Espíritu en el hombre interior: que Cristo habite por la fe en vuestros corazones: que estéis enraizados y cimentados en la caridad, para que podáis comprender con todos los santos cuál sea la anchura, y la largura, y la sublimidad, y la hondura: que conozcáis también la caridad de Cristo, que sobrepuja toda ciencia, para que seáis henchidos de

toda la plenitud de Dios. Y al que es poderoso para hacerlo todo mucho más abundantemente de lo que pedimos o entendemos, según el poder que obra en nosotros, a El sea la gloria en la Iglesia y en Cristo Jesús, por todas las generaciones y siglos. Amén.

NUESTRO CONSENTIMIENTO EN EL MISTERIO DE CRISTO. — ¿Cuál es el objeto de la oración del Apóstol, tan solemne en su actitud y en su acento? Ya que hemos sido testigos de todos los misterios de la Liturgia y que conocemos las riquezas de la bondad de Dios, ¿nos queda algo que pedirle? San Pablo nos lo dice: "Todo lo que hizo el Señor resultará estéril, si no es atendida esta oración, y es que, en efecto, el misterio de Cristo verdaderamente sólo en nosotros tiene cabal término: el nudo, el desenlace, el éxito de este gran drama divino que va de la eternidad a la eternidad, están por completo en el corazón del hombre. La Iglesia, los sacramentos, la eucaristía, todo el conjunto del esfuerzo divino no tiene otra finalidad que la santificación de cada una de nuestras almas individuales; esto es todo lo que Dios se propone. Si Dios lo consigue, el misterio de Cristo es un éxito; si fracasa, Dios trabajó inútilmente, al menos para el alma que se haya sustraído a su acción. En el corazón, pues, del hombre, se prepara la solución: se trata de saber si la intención eterna quedará burlada, si los dolores y la sangre del Calvario recogerán su fruto, si la eternidad futura será para cada uno lo que Dios quiso."

Nuestro crecimiento espiritual. — Con el fin de que Dios no sea vencido y que su amor no sea traicionado, el Apóstol pide a Dios con instancias para las almas tres grados de gracia, en los que se resume todo lo que debe ser la vida cristiana para adaptarse al pensamiento y al amor de Dios, y todo cuanto debemos hacer.

En primer lugar, dice el Apóstol, fortificarnos por el Espíritu en el ser interior y nuevo que se nos dió por el bautismo, destruir hasta en sus últimos vestigios al hombre viejo, al adámico, y sobre estas ruinas hacer reinar al hombre nuevo, al cristiano, al hijo de Dios. Pide en segundo lugar a Dios, el evitar la inconstancia y la inestabilidad de nuestra naturaleza, el grabar en nuestros corazones a Cristo que habita en nosotros por la fe, y esto no se logra sin nuestra cooperación: habitar implica continuidad, adhesión constante y comunión real de vida que someta nuestra actividad al Señor, con algo de la docilidad y de la agilidad de la naturaleza humana de Cristo que tomó el Verbo. Finalmente, y es el tercer elemento de nuestro crecimiento espiritual, al quedar el egoísmo eliminado en nosotros y la caridad como señora, tendremos toda la talla y la fuerza necesaria para mirar cara a cara al misterio de Dios [1].

La Iglesia, que se levanta en medio de las naciones, lleva consigo la señal de su divino arquitecto: Dios se manifiesta en ella con toda

---

1 Dom Delatte, *Epitres de saint Paul*, II, 108.

la majestad; su respeto se impone por sí mismo a todos los reyes. En el Gradual y el Versículo, ensalzamos las maravillas del Señor.

GRADUAL

Temerán las gentes tu nombre, Señor, y todos los reyes de la tierra tu gloria. ℣. Porque el Señor ha edificado a Sión, y será visto en su majestad.

Aleluya, aleluya, ℣. Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas el Señor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., XIV, 1-11).

En aquel tiempo, habiendo entrado Jesús en casa de un príncipe de los fariseos un sábado a comer pan, ellos le observaban. Y he aquí que se presentó ante El un hidrópico. Y, respondiendo Jesús, preguntó a los legisperitos y fariseos, diciendo: ¿Es lícito curar en sábado? Y ellos callaron. Entonces El, tomándole, le sanó y despidió. Y, respondiendo a ellos, dijo: ¿Qué asno o buey vuestro cae en un pozo, y no lo sacáis luego el día del sábado? Y no pudieron responderle a esto. Y propuso a los invitados una parábola, al ver cómo elegían los primeros asientos, diciéndoles: Cuando seas invitado a una boda, no te sientes en el primer puesto, no sea que haya sido invitado otro más noble que tú, y, viniendo el que te invitó a ti y al otro, te diga: Da el puesto a éste: y entonces tengas que ocupar con rubor el último puesto. Sino que, cuando seas invitado, vete, siéntate en el último puesto: para que, cuando venga el que te invitó, te diga: Amigo, sube más arriba. Entonces tendrás gloria delante de los demás comensales: porque, todo el que se ensalza, será humillado: y, el que se humilla, será ensalzado.

La invitación a las bodas. — La Santa Madre Iglesia revela hoy el fin supremo que pretende en sus hijos desde el día de Pentecostés. Las *bodas* de que se trata en nuestro Evangelio, son las del cielo, que tienen por preludio aquí abajo la unión divina consumada en el banquete eucarístico. La *llamada* divina se dirige a todos; y esta invitación no se parece a las de la tierra, donde el Esposo y la Esposa convidan a sus parientes como simples testigos de una unión que es además para los invitados extraña. El Esposo aquí es Cristo, y la Iglesia la Esposa [1]; como miembros de la Iglesia, estas bodas son por tanto también nuestras.

La unión divina. — Pero, si se quiere que la unión sea tan fecunda cuanto debe serlo para honor del Esposo, es necesario que el alma en el santuario de la conciencia guarde para El una fidelidad duradera, un amor que vaya más lejos y dure más que la recepción sagrada de los misterios. La unión divina, si es verdadera, domina nuestro vivir; esa unión hace que persevere constantemente el alma en la contemplación del Amado, que promueva activamente sus intereses y suspire de continuo y de corazón por El aunque a veces la parezca que el Amado se oculta a sus miradas y se sustrae a su amor. Y, en efecto, ¿deberá la Esposa mística hacer me-

1 *Apoc.*, XIX, 7.

nos por Dios que las del mundo por un esposo terrestre[1]? Sólo con esta condición se puede creer que el alma está en los caminos de la *via unitiva* y que lleva en sí los frutos propios de ella.

CONDICIONES PARA LA UNIÓN. — Para llegar a este dominio de Cristo sobre el alma y sus movimientos que la convierta en suya de verdad, que la sujete a sí misma como la esposa al esposo[2], es necesario no dar nunca lugar a ninguna competencia extraña. Demasiado lo sabemos: el nobilísimo Hijo del Padre[3], el Verbo divino, ante cuya beldad se arroban los cielos, encuentra en este mundo pretensiones rivales que le disputan el corazón de las criaturas, por El rescatadas de la esclavitud e invitadas a participar del honor de su trono; aun en aquellas en que su amor acabó por triunfar plenamente, ¿cuántas veces estuvo a punto de perder? Mas El, sin impacientarse, sin abandonarlas por justo resentimiento, prosiguió durante muchos años invitándolas con llamamiento apremiante[4], esperando misericordiosamente a que los toques secretos de su gracia y la acción de su Espíritu Santo saliesen triunfantes de tan increíbles resistencias.

LA HUMILDAD. — La guarda de la humildad, más que otra cosa cualquiera, debe llamar la

1 *I Cor.*, VII, 34.
2 *I Cor.*, XI, 8-10.
3 *Sab.*, VIII, 3.
4 *Apoc.*, III, 20.

atención de quien aspira a conseguir un puesto eminente en el banquete de Dios. La ambición de la gloria futura es lo natural en los santos; pero saben que, para adquirirla, tienen que bajar tanto en su nada durante la vida presente, cuanto más altos quieran estar en la vida futura. Mientras llega el gran día en que cada cual recibirá según sus obras, nos debemos dar prisa a humillarnos ante todos; el puesto que en el reino de los cielos nos está reservado no depende, en efecto, de nuestra apreciación ni de la de otros, sino tan sólo de la voluntad del Señor, que exalta a los humildes. *Cuanto más grande seas, más te debes humillar en todas las cosas, y de ese modo hallarás gracia ante Dios,* dice el Eclesiástico; *pues Dios sólo es grande* [1].

Sigamos, pues, el consejo del Evangelio, aunque sólo sea por interés; creamos que debemos ocupar el último lugar entre todos. En las relaciones sociales no es verdadera la humildad del que, apreciando a los otros, no se desprecia un poco a sí mismo, *adelantándose a cada uno en las señales de honor* [2], cediendo con gusto a todos en lo que no toca a la conciencia, y esto por el sentimiento profundo de nuestra miseria, de nuestra inferioridad ante aquel que escudriña los riñones y los corazones [3]. La hu-

1 *Ecl.,* III, 21-23.
2 *Rom.,* XII, 10.
3 *Apoc.,* II, 23.

mildad hacia Dios no tiene piedra de toque más segura que esta caridad efectiva para con el prójimo, la cual nos inclina sin afectación a hacerle pasar antes que a nosotros en las varias circunstancias de la vida cotidiana.

Conforme se van extendiendo las conquistas de la Iglesia, el infierno aviva su furia contra ella para arrebatarla el alma de sus hijos. La antífona del Ofertorio nos proporciona la expresión de las inflamadas oraciones que semejante situación la sugiere.

OFERTORIO

Señor, ven en mi auxilio: sean confundidos y avergonzados los que buscan mi vida para quitármela: Señor, ven en mi auxilio.

La Secreta nos demuestra cómo el Sacrificio que muy pronto se va a consumar mediante las palabras de la consagración, es la preparación inmediata más directa y más eficaz para recibir en la Comunión el Cuerpo y la Sangre divinos que por El se hacen presentes en el altar.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, nos purifiques con la virtud de este Sacrificio y, compadecido de nosotros, hagas que merezcamos ser partícipes de su efecto. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia, llena sustancialmente en la Comunión de la Sabiduría del Padre, promete a

Dios en acción de gracias guardar sus justicias y hacer fructificar en ella las divinas enseñanzas.

COMUNION

Señor, me acordaré sólo de tu justicia: oh Dios, tú me adoctrinaste desde mi juventud: y no me abandones, oh Dios, en mi vejez y mis canas.

En la Poscomunión, pedimos con la Iglesia la renovación que obra la pureza del divino Sacramento y cuyo efecto se deja sentir así en la vida actual como en el siglo futuro.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, purifiques benigno nuestras almas y las renueves con estos celestiales Sacramentos: para que, de ese modo, alcancemos también ayuda para nuestros cuerpos ahora y en lo futuro. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMOSEPTIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Las decisiones de Dios son siempre justas, ya confunda en su justicia a los orgullosos, ya en su misericordia ensalce a los humildes. Vimos hace ocho días a este árbitro soberano manos a la obra en la distribución de las plazas reservadas para los santos en el banquete de la unión

divina. Al cantar el Introito de este día, recordamos las pretensiones y la suerte diversas de los invitados a las bodas sagradas, y sólo apelamos a la misericordia.

INTROITO

Justo eres, Señor, y recto es tu juicio: haz con tu siervo según tu misericordia. — *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. ℣ Gloria al Padre.

El obstáculo más odioso que el amor divino encuentra sobre la tierra, es la envidia de Satanás, que busca, sirviéndose de una usurpación monstruosa, suplantar en nuestras almas a Dios, que las crió. Unámonos a la Iglesia al implorar en la Colecta la asistencia sobrenatural que necesitamos para evitar el contacto impuro de la serpiente.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que tu pueblo evite los contagios diabólicos y te siga a ti, solo Dios, con alma pura. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., IV, 1-6).

Hermanos: Os suplico yo, preso en el Señor, que caminéis de un modo digno de la vocación con que habéis sido llamados: con toda humildad, y mansedumbre, con paciencia, soportándoos mutuamente con caridad, conservando solícitos la unidad del espíritu en el vínculo de la paz. Sed todos un solo cuerpo, y un solo espíritu, como habéis sido llamados a una

propósito para que prenda en ella la llama divina y se realice la unión que esta llama produce.

La caridad fraterna y sus frutos. — Unámonos a nuestros hermanos con esta santa cadena de la caridad que sujeta nuestras pequeñas pasiones y dilata nuestras almas, para dejar que el Espíritu las guíe de un modo seguro a la realización de la *única esperanza de nuestra común vocación,* que es unirnos a Dios por amor. Ciertamente aun para los santos la caridad aquí abajo es una virtud trabajosa, porque de ordinario ni siquiera en los mejores logra la gracia restaurar sin defectos el equilibrio de las facultades roto por el pecado original; así se explica que las enfermedades y otros desarreglos de nuestra pobre naturaleza se ordenen a veces no sólo a que el justo se ejercite en la humildad, sino también los que le rodean, en benévola paciencia. Dios lo permite para aumentar de ese modo el mérito de todos y reavivar en nosotros el deseo del cielo. Y, en efecto, la armonía fácil y total con nuestros semejantes sólo la encontraremos en la pacificación completa de nosotros mismos bajo del imperio absoluto de Dios, tres veces santo, hecho para nosotros *todo en todos* [1]. En aquella bienaventurada patria, Dios mismo enjugará las lágrimas que sus elegidos habrán derramado por las miserias pasadas y

---

1 *I Cor.*, XV, 28.

los renovará en su fuente infinita [1]. El Hijo eterno, después de abolir en todos sus miembros místicos el imperio de las potencias enemigas y vencido a la muerte [2], aparecerá en la plenitud del misterio de su encarnación como verdadera cabeza del género humano santificado, restaurado y perfeccionado en él [3].

Ya conocemos los dones inapreciables que el Hombre-Dios hizo a la tierra [4]; gracias a los prodigios de poder y de amor que el Verbo divino y el Espíritu santificador han obrado, el alma del justo es verdaderamente un cielo.

En el Gradual celebramos la felicidad del pueblo cristiano, que Dios escogió por herencia.

GRADUAL

Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor: el pueblo que Dios se escogió por heredad. ℣. Por la palabra del Señor fueron hechos los cielos: y todo su ejército por el soplo de su boca.

Aleluya, aleluya. ℣. Escucha, Señor, mi oración, y llegue a ti mi clamor. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., XXII, 34-46).

En aquel tiempo se acercaron a Jesús los fariseos: y le preguntó uno de ellos, doctor de la Ley, tentándole: Maestro, ¿cuál es el mayor mandamiento de la Ley? Díjole Jesús: Amarás al Señor, tu Dios, con todo

1 *Apoc.,* XXI, 4-5.
2 *I Cor.,* XV, 24-28.
3 *Ef.,* I, 10.
4 *Ef.,* IV, 8.

sola esperanza de vuestra vocación. No hay más que un solo Señor, una sola fe, un solo bautismo. Un solo Dios, y Padre de todos, que está sobre todos, y por todo, y en todos nosotros. El cual es bendito por los siglos de los siglos. Amén.

La Iglesia prosigue con San Pablo, en la carta a los Efesios, la exposición de las grandezas de sus hijos, a quienes ruega hoy respondan dignamente a su excelsa vocación.

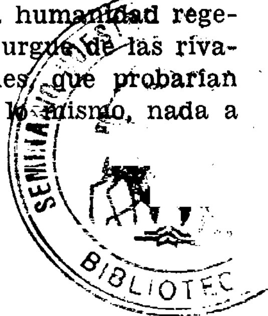
El llamamiento de Dios. — Esta *vocación*, esta *llamada* de Dios, en efecto, ya la conocemos; es el llamamiento del género humano a las bodas sagradas de la unión divina, la vocación a nuestras almas para reinar en los cielos en el trono del Verbo, que ya es su Esposo y su cabeza [1]. El Evangelio de hace ocho días estaba antiguamente mucho más en relación con la Epístola que se acaba de leer, la cual le servía de comentario luminoso; por otra parte, en dicho Evangelio se hallaba perfectamente explicada la Epístola de hoy. "Cuando seas llamado a las bodas, decía el Señor, *cum* VOCATUS *fueris*, ocupa el último lugar"; el Apóstol dice: "mostraos con toda humildad dignos de la vocación a que habéis sido llamados: *digne ambuletis* VOCATIONE *qua* VOCATI *estis*".

Fin y medios para conseguir esa vocación. — Y ahora, ¿qué condición tenemos que cumplir

[1] *Ef.* II, 5.

para ser dignos del honor supremo que el Verbo eterno nos hace? La *humildad,* la *mansedumbre* y la *paciencia* son los medios que se nos recomiendan para conseguir el fin. Pero el fin es la UNIDAD de ese cuerpo inmenso que el Verbo hace suyo en la celebración de las místicas bodas; la condición que el Hombre-Dios exige a los que llama a ser, como miembros de su Esposa la Iglesia, *hueso de sus huesos y carne de su carne* [1], es conservar entre sí tal armonía, que haga verdaderamente de todos *un mismo espíritu y un solo cuerpo, en el vínculo de la paz.* "¡Vínculo espléndido!, exclama San Juan Crisóstomo; lazo maravilloso que nos une a todos mutuamente, y a todos juntos con Dios." Su fuerza es la del mismo Espíritu Santo, todo santidad y amor, pues es el Espíritu Santo quien forma sus nudos inmateriales y divinos, el Espíritu, que en la multitud bautizada, hace las veces del soplo vital que en el cuerpo humano anima y unifica a todos los miembros. Para él, jóvenes y ancianos, pobres y ricos, hombres y mujeres, aunque distintos de raza y de carácter, son un solo todo fundido en el inmenso abrazo de amor en que arde perpetuamente la Trinidad eterna. Mas, para que el incendio del amor infinito pueda apoderarse de ese modo de la humanidad regenerada, es menester que se purgue de las rivalidades, rencores y disensiones, que probarían que es todavía *carnal* y, por lo mismo, nada a

1 *Ef.*, V, 30.



tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente. Este es el mayor y el primer mandamiento. Y el segundo, semejante a éste, es: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. En estos dos mandamientos está contenida toda la Ley y los Profetas. Y, reuniendo a los fariseos, les preguntó Jesús, diciendo: ¿Qué os parece de Cristo? ¿De quién es hijo? Dijéronle: De David. Díjoles: ¿Cómo, pues, David le llama en espíritu Señor, diciendo: "Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi derecha, hasta que ponga a tus enemigos por escabel de tus pies?" Si, pues, David le llama Señor: ¿cómo puede ser hijo suyo? Y nadie supo responderle palabra: ni nadie se atrevió desde aquel día a preguntarle más.

La Caridad. — El Apóstol que había dicho: el fin de la ley *es la caridad* [1], dijo también: *El fin de la ley es Cristo* [2]; ahora vemos la armonía de estas dos proposiciones, como comprendemos también la relación que hay entre estas palabras del Evangelio de hoy: *En estos dos mandamientos están encerrados toda la ley y los profetas,* con estas otras del Señor: *Escudriñad las Escrituras, pues ellas dan testimonio de mí* [3]. La plenitud de la ley que ordena las costumbres está en la caridad [4], cuyo fin es Cristo; asimismo el objeto de las Escrituras reveladas no es otro sino el Hombre-Dios que resume para los suyos en su adorable unidad la moral y el dogma. El es su fe y su amor, "el fin de todas

1 *I Tim.,* I, 5.
2 *Rom.,* X, 4.
3 *S. Juan,* V, 39.
4 *Rom.,* XIII, 10.

nuestras resoluciones, dice San Agustín; todos nuestros esfuerzos sólo tienden a perfeccionarnos en El y en esto consiste nuestra perfección, en llegarnos a El. Cuando hayas llegado a El, no busques ya más: El es tu fin"[1]. Y el Santo Doctor, al llegar aquí, nos da la mejor fórmula de la unión divina: Unámonos a El solo, gocemos con El solo y seamos todos uno con El: "*haereamus uni, fruamur uno, permaneamus unum*"[2].

No sabemos por qué ya desde los primeros tiempos señalaron este día a la hermosa antífona del Ofertorio de hoy. Antiguamente iba acompañada de unos versículos, que daremos a conocer. El último de ellos termina con la nueva de la llegada del príncipe de los ejércitos celestiales en ayuda del pueblo de Dios. Recordando que este Domingo abre la semana de la fiesta del gran Arcángel en el *Antifonario* publicado por el beato Tommasi conforme a los manuscritos más antiguos, y que el Domingo siguiente se designa en él con el nombre de *primer domingo después de San Miguel (post Sancti Angeli)*, nos parece hallar en dicho último versículo la explicación que deseábamos.

OFERTORIO

Yo, Daniel, oré a mi Dios, diciendo: Oye, Señor, las preces de tu siervo: brille tu cara sobre tu santuario: y mira propicio a este tu pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios.

---

1 Explicación del Salmo LVI.
2 *De la Trinidad*, IV, 11.

℣. I. Todavía estaba yo hablando, rogando y confesando mis pecados y los de mi pueblo Israel,

Sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios,

℣. II. Cuando oí una voz que me decía: Daniel, presta atención a las palabras que te dirijo, pues he sido enviado a ti, y he aquí que Miguel ha venido en mi ayuda.

Y mira propicio a este tu pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu nombre, oh Dios.

Perdón para lo pasado y gracia para lo futuro, tales son los efectos que produce el gran Sacrificio. En la Secreta le pedimos con la Iglesia.

SECRETA

Suplicamos, Señor, humildemente a tu Majestad hagas que, estas cosas santas que ofrecemos, nos purifiquen de los delitos pasados y de los futuros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Mientras se celebran los sagrados Misterios el alma cristiana, entusiasmada de amor, presenta al Señor sus promesas y sus votos. Entréguese, sí, por entero al Dios escondido que así la colma de favores; pero no olvide en esa expansión tan natural de su corazón que el que así se oculta tan misericordioso debajo de los velos eucarísticos es el Altísimo, terrible a los reyes y castigador de perjuros.

COMUNION

Haced votos al Señor, vuestro Dios, y cumplídselos cuantos, estando a su alrededor, le traéis dones: al terrible, que quita el respiro a los príncipes: al terrible para todos los reyes de la tierra.

Es la misma santidad de Dios la que viene en este divino Sacramento a curar nuestros vicios y fortalecer nuestros pasos por el camino de la eternidad. Por medio de la Oración de la Poscomunión ofrecemos nuestras almas a su acción salvadora.

POSCOMUNION

Haz, oh Dios omnipotente, que con tus Sacramentos sean curados nuestros vicios y alcancemos los remedios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LAS CUATRO TEMPORAS DE SEPTIEMBRE

La santificación de las estaciones. — Por cuarta vez en el año pide la Santa Madre Iglesia a sus hijos el tributo de penitencia ordenado a santificar las estaciones. Las noticias históricas relativas a la institución de las Cuatro Témporas se encontrarán los miércoles de la tercera semana de Adviento y primera de Cuaresma; esos mismos días recordábamos las intenciones con que deben cumplir los cristianos todos los años esta obra del servicio que deben a Dios.

El invierno, la primavera y el verano, señalados en su comienzo por la abstinencia y el ayuno, nos han hecho sentir sucesivamente en los meses de que constan, las bendiciones del cielo; el otoño recoge los frutos que la miseri-

cordia divina, aplacada por las satisfacciones de los hombres pecadores, ha hecho germinar en el seno de la tierra maldita [1]. La semilla preciosa, que confiada a la tierra en el tiempo de las escarchas, se abrió camino en el suelo al llegar los días primaverales, después de anunciada la Pascua, dió a los campos el ornato florido que les convenía para asociarse al triunfo del Señor; luego, figura exacta de lo que entonces debían ser nuestras almas influenciadas por los ardores del Espíritu Santo, creció su tallo al influjo de un sol de fuego y se convirtió en dorada espiga que prometía el ciento por uno al labrador, y éste la segó con alegría; y ahora, amontonadas ya las gavillas en los graneros del padre de familia, invitan al hombre a levantar su pensamiento hacia Dios, de quien derivan todos estos bienes. Nadie diga como el rico del Evangelio después de una cosecha abundante: "¡Alma mía, ahí tienes gran cantidad de bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe, regálate!"

Pues Dios, añade el Evangelio, le dijo: "¡Necio!, esta misma noche te pedirán el alma, y lo que has amontonado, ¿para quién será?" [2]. En cuanto a nosotros, si queremos ser verdaderamente ricos según Dios y merecer su ayuda en la conservación y no menos en la producción de los frutos de la tierra, empleemos al comienzo

[1] *Gen.*, III, 17.
[2] *S. Luc.*, XII, 16-21.

de esta nueva estación los mismos medios de penitencia que tan útiles nos fueron ya por tres veces. Además, es un mandamiento formal de la Iglesia que obliga con pena de pecado grave a todo el que no está dispensado legítimamente de la abstinencia y del ayuno en estos tres días.

Aprecio de la penitencia de la Iglesia. — Ya probamos antes como el cristiano que desea avanzar por los caminos de la perfección, se debe imponer voluntariamente algunas penitencias a que, hablando con todo rigor, no estaría obligado. Pero en esta materia, como en otra cualquiera, la obra privada no alcanza nunca el mérito ni la eficacia de la acción pública, ya que la Iglesia reviste las obras de penitencia cumplidas en su nombre en la unidad del cuerpo social, de la misma dignidad y del valor propiciatorio que, por ser la Esposa, tienen todos sus actos. A San León le gustaba insistir sobre esta noción fundamental del ascetismo cristiano, en los discursos que dirigía al pueblo de Roma con ocasión del ayuno del séptimo mes. "Bien que pueda cada cual, dice, castigar su cuerpo con penas voluntarias y frenar unas veces con suavidad y otras más duramente sus apetitos carnales, que batallan contra el espíritu, con todo eso es necesario que en ciertos días celebremos todos un ayuno general. La devoción es más eficaz y más santa cuando en las obras de piedad se une toda la Iglesia con un

solo espíritu y una sola alma. Todo lo que tiene naturaleza de cosa pública es, en efecto, preferible a lo privado, por lo cual fácilmente se comprende que se trata de un interés mayor cuando se solicita el celo de todos.

"La observancia particular del cristiano no afloje en nada su fervor; cada cual, implorando la ayuda de la protección divina, se revista, aunque sea en privado, de la celeste armadura contra las asechanzas de los espíritus malignos. Pero el soldado de la Iglesia, aunque pueda portarse valientemente en los combates particulares, luchará con más seguridad y más éxito ocupando su puesto oficial en la milicia de la salvación; sostenga, pues, la guerra universal en compañía de sus hermanos, y debajo de las órdenes del Rey invencible"[1].

Otro año, y en estos mismos días, el santo Papa y Doctor insistía más enérgica y más extensamente sobre estas consideraciones, que nunca se recordarán bastante dada la propensión individualista de la piedad moderna. No pudiendo extractar sino unos cuantos pensamientos, remitimos al lector a la colección de sus admirables discursos. "La observancia ordenada de arriba, dice, está siempre por encima de las prácticas que hace uno por impulso personal, cuales quiera que ellas sean; la ley pública hace más sagrada la acción que podría hacerla un reglamento particular. El ejercicio de

[1] S. León, *Sermón IV sobre el ayuno del séptimo mes.*

mortificación que cada cual hace a su arbitrio, no mira, en efecto, más que a una parte y a un miembro; por el contrario, el ayuno que emprende toda la Iglesia, a nadie excluye de la purificación general; entonces el pueblo de Dios llega a ser omnipotente, cuando se juntan los corazones de todos los fieles en la unidad de la santa obediencia y son por doquier semejantes las disposiciones en el campo del ejército cristiano, y la defensa en todas partes la misma. He aquí pues, carísimos míos, que hoy el ayuno solemne del séptimo mes nos invita a cobijarnos al amparo de esta invencible unidad. Levantemos a Dios nuestros corazones; quitemos algo a la vida presente para acrecentar nuestros bienes eternos. El perdón total de los pecados se consigue fácilmente cuando toda la Iglesia se junta en una sola oración y en una sola profesión de fe. Si promete el Señor conceder lo que se le pide por dos o tres piadosamente reunidos [1], ¿qué podrá negar a todo un pueblo que practica a la vez una misma observancia y ruega unido en un mismo espíritu? Ante el Señor es una gran cosa y un espectáculo maravilloso ver a todo el pueblo de Jesucristo dedicado simultáneamente a las mismas prácticas, y que sin distinción de sexos ni condiciones todas las clases trabajan con un mismo espíritu. Apartarse del mal y obrar el bien [2], parece ser el pen-

[1] *S. Mateo,* XVIII, 19-20.
[2] Salmo XXXIII, 15.

samiento que domina en todos; Dios es glorificado en las obras de sus siervos; abunda la limosna; cada cual busca los intereses del otro, no los suyos propios. Por esta gracia de Dios que obra todas las cosas en todos [1], el fruto es común y común el mérito: no obstante la desigualdad de bienes, la voluntad de todos puede ser la misma, y los que pueden dar menos se igualan con los más ricos por la alegría que sienten de las larguezas de otro. En un pueblo así, no se encuentra nada desordenado; y no hay tampoco sus diferencias cuando todos los miembros del cuerpo sólo desean dar pruebas de una misma fuerza de amor. Entonces la excelencia de las partes se refleja en el todo y constituye su belleza. Abracémonos, pues, carísimos míos, a esta fortaleza dichosa de la santa unidad y entremos en este ayuno solemne con la firme resolución de una voluntad en buena armonía" [2].

ORACIÓN POR LOS CONDENADOS. — En nuestras oraciones y en nuestros ayunos de estos días no olvidemos a los nuevos sacerdotes y demás ministros de la Iglesia que el Sábado recibirán la imposición de las manos. La ordenación de septiembre no suele ser la más numerosa de las que el Pontífice realiza a lo largo del año. La augusta ceremonia que da al pueblo cristiano sus

1 *I Cor.*, XII, 6.
2 S. León, *Sermón III sobre el ayuno del séptimo mes.*

padres y guías que le conduzcan por las sendas de la vida, reviste particular interés en esta época del año, ya que responde mejor que otra ninguna al estado presente del mundo, inclinado hacia su ruina. También el año camina a su fin. El mundo, iluminado en otros tiempos por el Hombre-Dios y recalentado por el Espíritu Santo, ve en los nuestros resfriarse la caridad [1], disminuir la luz y los ardores del Sol de justicia. Cada revolución arranca a la Iglesia joyas que, pasada la tempestad, ya no encuentra; se multiplican las borrascas y la tormenta llega a ser el estado normal de la sociedad. Domina el error, y se constituye en ley; la iniquidad se ve por doquier. *Cuando venga el Hijo del hombre,* decía el Señor, *¿creéis que encontrará fe en la tierra* [2]? Levantad, pues, vuestras cabezas, hijos de Dios, porque vuestra redención se acerca [3]. Pero, hasta que llegue el momento en que cielos y tierra, renovados para el reino eterno, se abran a la luz embriagadora del Cordero vencedor [4], tienen que pasar días peores aún, de modo que, si fuese posible, serían seducidos en ellos los elegidos [5]. Mucho importa que en esos malhadados tiempos, los pastores del rebaño estén a la altura de su vocación llena de peligros, más sublime. Ayunemos, pues, y recemos. No

---

1 *S. Mateo,* XXIV, 12.
2 *S. Lucas,* XVIII, 8.
3 *Ibid.,* XXI, 28.
4 *Apoc.,* XXI.
5 *S. Marcos,* XIII, 22.

desfallezcamos a pesar de las muchas pérdidas sufridas en las filas de los cristianos, los cuales en otro tiempo cumplieron con fidelidad las prácticas de la penitencia. Aunque pocos en número, apretados en rededor de la Iglesia, roguemos al Esposo que se digne multiplicar sus dones en favor de los que llama al honor más temible que nunca del sacerdocio; que les infunda su divina prudencia para descubrir las emboscadas, su celo incansable en seguimiento de las almas ingratas, su perseverancia hasta la muerte por defender sin reticencias ni compromisos la plenitud de la verdad confiada por El al mundo, cuya conservación intacta debe ser en el último día la prueba de la fidelidad de la Esposa.

DECIMOCTAVO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El paralítico que lleva su cama es el tema del Evangelio del día y da el nombre a este Domingo. Se ha podido advertir que el lugar de este Domingo viene en el Misal a continuación de las Cuatro Témporas de otoño. No vamos a discutir con los liturgistas de la edad media si hay que considerarle como ocupando el lugar del Domingo vacante que antiguamente seguía siempre a la ordenación de los ministros sagra-

dos, según en otra parte dijimos[1]. Manuscritos antiquísimos, *Sacramentarios* y *Leccionarios*, le llaman con este nombre empleando la fórmula harto sabida: *Dominica vacat*[2].

Es también cosa digna de hacerse notar que la Misa de este día es la única en la que se ha invertido el orden de las lecturas sacadas de San Pablo y que forman las Epístolas desde el sexto Domingo después de Pentecostés: la carta a los Efesios, ya empezada y que se continuará, se interrumpe hoy para dar lugar al pasaje de la primera Epístola a los Corintios, en el que da gracias el Apóstol por la abundancia de los dones gratuitos otorgados a la Iglesia en Jesucristo. Pues bien, los poderes que la imposición de las manos ha conferido a los ministros de la Iglesia, son el don más maravilloso que conocen el cielo y la tierra, y, además, las diversas partes de esta Misa se refieren muy bien, como se verá, a las prerrogativas del nuevo sacerdocio.

La liturgia del presente Domingo ofrece, pues, especial interés si viene a continuación de las Cuatro Témporas de septiembre. Pero no es ordinario, al menos por ahora, que esto suceda, y así no queremos detenernos ya más en estas consideraciones para no meternos demasiado en el campo de la arqueología y sobrepasar los límites fijados.

---

1 Adviento, Sábado de las Cuatro Témporas.
2 Thomasii, Ed. VEZZOSI, t. V, pp. 148, 149, 309.

MISA

Desde Pentecostés el Introito de las Misas dominicales se ha tomado siempre de los salmos. Recorriendo el Salterio desde el salmo doce hasta el ciento dieciocho, la Iglesia, sin cambiar el orden de estos cantos sagrados, pudo escoger en ellos la expresión más conveniente a los sentimientos que deseaba formular en su Liturgia. En adelante las antífonas del Introito se tomarán de los diversos libros del Antiguo Testamento, salvo una vez en que se empleará nuevamente el libro por excelencia de la alabanza divina. Hoy, Jesús, hijo de Sirac, el autor inspirado del Eclesiástico, pide a Dios que justifique la fidelidad de los profetas del Señor [1] mediante el cumplimiento de lo que anunciaron. Los intérpretes de los oráculos divinos son ahora los pastores de las almas, a quienes la Iglesia envía a predicar en su nombre la palabra de salvación y de paz; pidamos, nosotros también, que la palabra no sea vana jamás en su boca.

INTROITO

Da paz, Señor, a los que esperan en ti, para que sean hallados veraces tus profetas: escucha la plegaria de tu siervo y tu pueblo Israel. — *Salmo:* Me alegré de lo que se me dijo: Iremos a la casa del Señor. ℣. Gloria al Padre.

---

1 *Ecl.,* XXXVI, 18.

El medio más seguro de obtener la gracia es siempre la humilde confesión de nuestra impotencia para agradar al Señor por nosotros mismos. La Iglesia continúa dándonos en sus colectas fórmulas admirables.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, hagas que la obra de tu misericordia dirija nuestros corazones: porque sin ti no podemos agradarte. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Corintios. (I Cor., I, 4-8).

Hermanos: Doy siempre gracias a mi Dios por vosotros, por la gracia de Dios que os ha sido dada en Cristo Jesús: porque habéis sido enriquecidos en El en todo, en toda palabra, y en toda ciencia, siendo así confirmado en vosotros el testimonio de Cristo: de modo que ya no os falta nada en ninguna gracia, mientras esperáis la revelación de Nuestro Señor Jesucristo, el cual os confirmará también hasta el fin, para que estéis sin mancha el día de la venida de Nuestro Señor Jesucristo.

Sentimientos de la Iglesia. — La última venida del Hijo de Dios ya no está lejos. La inminencia del desenlace que tiene que dar la plena posesión del Esposo a la Iglesia, duplica sus esperanzas; pero el juicio final que consumará al mismo tiempo la reprobación de gran número de hijos suyos, junta en ella el temor al deseo, y estos dos sentimientos irán dominando cada vez más en la Santa Liturgia.

La esperanza nunca ha dejado de ser como algo esencial en la existencia de la Iglesia. Privada de contemplar la divina belleza del Esposo, no habría hecho otra cosa desde que éste nació, más que suspirar en el valle del destierro si el amor que arde en ella, no la hubiese obligado a gastarse, sin mirarse a sí misma, por Aquel hacia el cual se iba todo su corazón. Se entregó, pues, sin medida al trabajo, al sufrimiento, a la oración y a las lágrimas. Pero su abnegación, por generosa que sea, no ha hecho que se olvide del objeto de sus esperanzas. Un amor sin deseos no es virtud para la Iglesia; lo condena en sus hijos como una injuria al Esposo. Sus aspiraciones desde el principio eran tan legítimas y a la vez tan vehementes, que la eterna Sabiduría quiso mirar por la Esposa, ocultándola la duración del destierro. El único punto sobre el cual Jesús se negó a informar a su Iglesia cuando los Apóstoles se lo preguntaron [1], fué la hora de su venida. Semejante secreto entraba en los planes generales del gobierno divino sobre el mundo; pero, de parte del Hombre-Dios, era también compasión y cariño: la prueba habría sido demasiado cruel; y era mejor dejar a la Iglesia con la idea, verdadera también, de la proximidad del fin, pues ante Dios *mil años son como un día* [2].

---

1 *S. Mateo,* XXIV, 3, 36.
2 *II S. Pedro,* III, 8.

ESPERAR AL QUE VIENE. — Esto nos explica la complacencia con que los Apóstoles, intérpretes de las aspiraciones de la Santa Madre Iglesia, insisten continuamente en sus palabras sobre la afirmación de la venida próxima del Señor. El cristiano *espera la manifestación de Nuestro Señor Jesucristo el día que venga,* nos acaba de decir San Pablo por dos veces en una misma frase. Aplicando a la segunda venida los suspiros inflamados de los profetas que anhelaban la primera [1], dice en su carta a los Hebreos: *Un poco todavía, poquísimo tiempo, y el que tiene que venir, vendrá y no tardará* [2]. Y, en efecto, así mismo en la nueva como en la antigua alianza, el Hombre-Dios se llama, por razón de su manifestación final esperada, *el que viene, el que tiene que venir* [3]. El grito que pondrá fin a la historia del mundo será el anuncio de su llegada: *¡He aquí que viene el Esposo* [4]! "Ciñendo, pues, espiritualmente vuestros riñones, dice San Pedro, pensad en la gloria del día en que se revelará el Señor; esperadle, aguardadle con santa esperanza" [5].

EL MILAGRO. — Porque ha de ser grande el peligro en los últimos días, en que las virtudes de los cielos se tambalearán [6], el Señor, como dice

1 *Hab.*, II, 3.
2 *Hebr.*, X, 37.
3 *Apoc.*, I, 8.
4 *S. Mateo,* XXV, 6.
5 *I S. Pedro,* I, 5, 7, 13.
6 *S. Mateo.* XXIV, 29.

la Epístola, se ha cuidado de *confirmar en nosotros su testimonio,* de fortalecer nuestra fe por las múltiples manifestaciones de su poder. Y, como para cumplir esta otra palabra de la misma Epístola, que *confirmará* de ese modo *hasta el fin* a los que creen en El, sus prodigios se duplican en nuestros tiempos precursores del fin. El milagro se da, por cierto, en todas partes y a la faz del mundo; las mil voces de la publicidad moderna llevan sus ecos hasta las extremidades de la tierra. En el nombre de Jesús, en el nombre de los santos, sobre todo en el nombre de su Madre Inmaculada, que prepara el último triunfo de la Iglesia, los ciegos ven, los cojos andan, los sordos oyen, los males del cuerpo y del alma pierden repentinamente su imperio. La manifestación del poder sobrenatural se ha hecho tan intensa, que hasta los servicios públicos, hostiles o no, tienen que tenerlo presente; hasta el trazado de los ferrocarriles se sujeta a la necesidad de llevar a los pueblos a los lugares benditos en que se ha manifestado María. En vano dice el impío en su corazón: ¡No hay Dios[1]! Si no comprende el testimonio divino, es que la corrupción o el orgullo prevalece en él sobre la inteligencia.

ACCIÓN DE GRACIAS. — Debemos tener empeño en dar gracias a Dios por la misericordiosa liberalidad de que ha dado pruebas para con nos-

1 Salmo XIII, 1.

otros. Sus dones gratuitos jamás fueron más necesarios que en nuestros calamitosos tiempos. Ya no se trata ciertamente de promulgar entre nosotros el Evangelio; pero los esfuerzos del infierno contra él han llegado a ser tales, que, para defenderlo, es necesaria una profusión de la virtud de lo alto, parecida de algún modo a aquella otra descrita en la historia de los orígenes de la Iglesia. Pidamos al Señor que nos depare hombres poderosos en palabras y obras. Tratemos de alcanzar que la imposición de las manos produzca hoy más que nunca en los elegidos para el sacerdocio todo el fruto apetecido; que esa imposición los enriquezca *en todo* y de un modo especial *en la palabra y en la ciencia*. Hoy, cuando todo parece venir a menos, se vea siquiera brillar viva y pura la luz de la salvación merced a los cuidados que los pastores prodiguen al rebaño de Cristo. No consigan las vilezas ni transacciones de las generaciones de decadencia, no consigan jamás ver que disminuyen en número o en santidad estos nuevos Cristos, o que en sus manos se acorta la *medida del hombre perfecto*[1], que les confiaron para aplicarla hasta el fin a todo cristiano celoso de vivir según el Evangelio. Resuene su voz por doquier tan viril y vibrante como conviene a los que son eco del Verbo, y, no haciendo caso de inútiles amenazas, domine siempre el tumulto de las pasiones desenfrenadas.

---

1 *Ef.*, IV, 13.

La Iglesia vuelve a repetir en el Gradual el versículo del Introito para celebrar nuevamente la alegría del pueblo cristiano al saber que está próxima su entrada en la casa del Señor. Esta casa es el cielo, en donde entraremos el último día en pos de Jesús triunfador; también lo es el templo en que se ofrece el Sacrificio aquí abajo, y en el cual nos introducen los representantes del Hombre-Dios, depositarios de su sacerdocio.

GRADUAL

Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor. ℣. Haya paz dentro de tus muros: y abundancia sobre tus torres.

Aleluya, aleluya. ℣. Temerán las gentes tu nombre, Señor: y todos los reyes de la tierra tu gloria. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., IX, 1-8).

En aquel tiempo, habiendo subido Jesús a una barca, pasó el mar y fué a su ciudad. Y he aquí que le presentaron un paralítico postrado en el lecho. Y, viendo Jesús su fe, dijo al paralítico: Confía, hijo, te son perdonados tus pecados. Y he aquí que algunos de los escribas dijeron entre sí: ¡Este blasfema! Y, habiendo visto Jesús sus pensamientos, dijo: ¿Por qué pensáis mal en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil decir: Te son perdonados tus pecados; o decir: Levántate y anda? Pues, para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra potestad de perdonar los pecados, dijo entonces al paralítico: Levántate, toma

tu lecho y vete a tu casa. Y se levantó y se fué a su casa. Y, al ver esto las turbas, temieron y glorificaron a Dios, que dió tal potestad a los hombres.

DEBERES DE LOS PASTORES. — En el siglo XII se leía hoy como Evangelio, en muchas Iglesias de Occidente, el pasaje del libro sagrado que trata de los Escribas y Fariseos que se sentaron en la cátedra de Moisés [1].

El Abad Ruperto, que nos da a conocer esta particularidad en su libro *De los Divinos Oficios,* hace ver con acierto la relación que hay entre dicho Evangelio y la antífona del Ofertorio que todavía se dice hoy, en la cual también se habla de Moisés. "El Oficio de este Domingo, dice, muestra con elocuencia al que preside en la casa del Señor y recibió la cura de almas, cómo debe portarse en el alto puesto en que la vocación divina le ha colocado. No se parezca a aquellos hombres que se sentaron indignamente en la cátedra de Moisés; al contrario, aseméjese a Moisés, el cual presenta en el Ofertorio y sus versículos un modelo acabado a los jefes de la Iglesia. Los pastores de almas no deben ignorar, en efecto, por qué razón ocupan un lugar más elevado: a saber, no tanto para gobernar como para servir" [2]. El Hombre-Dios decía de los Doctores judíos: *Haced lo que os dicen; lo que ellos hacen, guardaos bien de hacerlo; porque dicen bien lo que hay que hacer, pero no hacen*

---

1 *S. Mateo,* XXIII, 1-12.
2 *De los Oficios Divinos,* XII, 18.

nada de lo que dicen. A la inversa de estos indignos depositarios de la ley, los que se sientan en la cátedra de la doctrina "deben enseñar y obrar conforme a sus enseñanzas, dice Ruperto; o mejor, hagan primero lo que deben hacer, para poder luego enseñar con autoridad; no busquen los honores y los títulos, sino miren tan sólo a este único fin: a cargar sobre sí los pecados del pueblo y apartar la cólera de Dios de los encomendados a su solicitud pastoral, como hizo Moisés según se nos dice en el Ofertorio" [1].

PODERES DE LOS PASTORES. — El Evangelio de los Escribas y Fariseos sentados en la cátedra de Moisés se reservó más tarde para el Martes de la segunda semana de Cuaresma. Pero el que hoy se lee en todas partes, no distrae nuestro pensamiento de la consideración de los excelsos poderes del sacerdocio, que son un bien común de todo el linaje humano, redimido por Jesucristo. Antiguamente los fieles fijaban en este día su atención en el derecho de enseñar otorgado a los pastores; hoy meditan en la prerrogativa que estos mismos hombres tienen de perdonar los pecados y curar las almas. Así como una conducta que estuviese en contradición con lo que enseñan, no disminuiría en nada la autoridad de la cátedra sagrada, desde la cual dispensan a la Iglesia y en su nombre a sus hijos

[1] *De los Oficios Divinos*, XII, 18.

el pan de la doctrina, del mismo modo, la indignidad de su alma sacerdotal no mermaría tampoco en sus manos lo más mínimo el poder de las augustas llaves que abren el cielo y cierran el infierno. Y es natural que así suceda, ya que es el Hijo del hombre, Jesucristo, quien por su medio libra de sus culpas a los hombres, hermanos y criaturas suyas, el cual, cargándose con las miserias humanas, nos mereció a todos con su sangre el perdón de los pecados [1].

El perdón de los pecados. — Siempre ha sentido la Iglesia placer en recordar este episodio de la curación del paralítico, el cual ofreció a Jesús ocasión de afirmar su poder de perdonar los pecados como *Hijo del hombre*. Efectivamente, desde los principios del cristianismo negaron los herejes a la Iglesia el poder, que había recibido de su divino Jefe, de perdonar los pecados en nombre de Dios; esto equivalía a condenar a muerte eterna a un número incalculable de cristianos, que, caídos desgraciadamente en pecado después de su bautismo, sólo pueden ser rehabilitados por el Sacramento de la Penitencia. Mas, ¿qué tesoro puede defender una madre con mayor empeño que aquel que lleva prendido el remedio para la vida de sus hijos? La Iglesia, pues, tuvo que anatematizar y expulsar de su seno a estos fariseos de la nueva ley, que, como sus padres del judaísmo,

1 *Hebr.*, II, 10-18.

desconocían la misericordia infinita y la amplitud del gran misterio de la Redención. Como Jesús en presencia de sus contradictores los escribas, así también la Iglesia, en prueba de sus afirmaciones, había obrado un milagro visible en presencia de los sectarios, pero no fué más afortunada que el Hombre-Dios para llegar a convencerlos de la realidad del milagro de gracia que sus palabras de remisión y de perdón obraban de modo invisible. La curación externa del paralítico fué a la vez imagen y señal de la curación de su alma reducida antes a la miseria; pero representaba también a otro enfermo: el género humano que yacía inmóvil desde siglos en su pecado. Ya había abandonado este suelo el Hombre-Dios al obrar la fe de los Apóstoles este primer prodigio de llevar a los pies de la Iglesia al mundo envejecido en su enfermedad.

La Iglesia entonces, al ver al género humano dócil al impulso de los mensajeros del cielo y teniendo ya parte en su fe, halló para El en su corazón de madre la palabra del Esposo: *Hijo, ten confianza, tus pecados están perdonados*. Al instante y de modo visible el mundo se levantó de su lecho ignominioso, causando admiración a la filosofía escéptica y confundiendo el furor del infierno; para demostrar bien que había recobrado sus fuerzas, se le vió cargar sobre sus espaldas, por medio de la penitencia y del dominio de las pasiones, la cama de sus desfallecimientos y de su enfermedad, en

la que tanto tiempo le habían retenido el orgullo, la carne y la avaricia. Desde entonces, fiel a la palabra del Señor que le ha repetido la Iglesia, va andando *hacia su casa,* el paraíso, donde le esperan las alegrías fecundas de la eternidad.

Y la multitud de las turbas angélicas, al ver en la tierra semejante espectáculo de renovación y de santidad [1], se llena de admiración y glorifica a Dios, *que tal poder ha dado a los hombres.*

MOISÉS, MODELO DE SACERDOTES. — El Ofertorio recuerda el altar figurativo que Moisés erigió para recibir las oblaciones de la ley de esperanza, que anunciaban el gran sacrificio en este momento presente a nuestros ojos. A continuación de la antífona ponemos los versículos que estuvieron en uso antiguamente. Moisés se muestra aquí en verdad como el tipo de los profetas fieles que saludábamos en el Introito, como el modelo de los verdaderos jefes del pueble de Dios, que se dan de lleno a conseguir para sus gobernados la misericordia y la paz. Dios lucha con ellos y se deja vencer; a cambio de su fidelidad los admite a las manifestaciones más íntimas de su luz y de su amor. El primer versículo nos muestra al sacerdote en su vida pública de intercesión y de sacrificio en favor de los demás; el segundo nos revela su vida

[1] *S. Lucas,* V, 26.

privada que se alimenta de la contemplación. No debemos extrañar la extensión de estos versículos; su ejecución por el coro de los cantores excedería hoy con mucho el tiempo que dura la ofrenda de la hostia y del cáliz, pero hay que tener cuenta con que antiguamente participaba toda la asamblea en la oblación del pan y del vino necesarios al sacrificio. Igualmente, las pocas líneas a que hoy se reduce la Comunión, en los antifonarios antiguos eran la antífona de un Salmo señalado para cada día; de ese salmo se tomaba la antífona a no ser que se tomase de otro libro de la Escritura, en cuyo caso ya no se volvía al salmo del Introito; se cantaba el salmo, repitiendo la antífona después de cada versículo, mientras duraba la participación común en el banquete sagrado.

OFERTORIO

Consagró Moisés el altar al Señor, ofreciendo sobre él holocaustos, e inmolando víctimas: ofreció el sacrificio vespertino, en olor de suavidad, al Señor Dios, ante los hijos de Israel.

℣. I. *El Señor habló a Moisés diciéndole: Sube a estar conmigo en el monte Sinaí, y estarás de pie en su cima. Levantándose Moisés, subió al monte donde Dios le había citado; y el Señor descendió a él en una nube y estuvo en su presencia. Moisés, al verle, se postró y le adoró diciendo: Señor, te lo suplico, perdona los pecados de tu pueblo. Y el Señor le respondió: Lo haré según tus deseos.*

Entonces Moisés ofreció el sacrificio vespertino,

℣. II. *Moisés oró al Señor y dijo: Si he hallado gracia ante ti, muéstrate a mí al descubierto, para que pueda contemplarte. Y el Señor le habló en estos términos: Ningún hombre que me vea, podrá vivir; pero estate en lo más alto del peñasco: mi mano diestra te cubrirá cuando pasare; y cuando hubiere pasado, retiraré mi mano y entonces verás mi gloria, aunque mi cara no se te mostrará; porque soy el Dios que obra en la tierra cosas maravillosas.*

Entonces Moisés ofreció el sacrificio vespertino.

La sublime elocuencia de la Secreta excede a todo comentario. Penetrémonos de la grandeza de las enseñanzas tan admirablemente resumidas en tan pocas palabras; comprendamos que nuestra vida y nuestras costumbres deben ser algo divino si han de responder a los misterios que se han revelado a nuestra inteligencia y se incorporan a nosotros en el comercio augusto del Sacrificio.

SECRETA

Oh Dios, que, por medio del venerando comercio de este Sacrificio, nos haces partícipes de la única y suma Divinidad: haz, te suplicamos, que, así como conocemos tu verdad, así la vivamos con dignas costumbres. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La antífona de la Comunión se dirige a los sacerdotes y a la vez a todos nosotros; pues, si el sacerdote ofrece la víctima santa entre todas, no debemos presentarnos nosotros con él en los atrios del Señor sin llevar para juntarla a la hostia divina esta otra víctima que somos nos-

otros mismos; así cumpliremos la palabra del Señor: *No os presentaréis ante mí con las manos vacías* [1].

COMUNION

Tomad hostias, y entrad en sus atrios: adorad al Señor en su santa casa.

Al dar gracias en la Poscomunión por el don inestimable de los Misterios, pidamos al Señor nos haga cada vez más dignos.

POSCOMUNION

Dámoste gracias, Señor, vigorizados con este don sagrado, y suplicamos a tu misericordia nos haga dignos de seguir participando de él. Por Nuestro Señor Jesucristo.

DECIMONONO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

El jefe augusto del pueblo de Dios es la salvación de los suyos en todos sus males. ¿No lo probó el Domingo pasado de manera admirable, al restaurar a la vez el cuerpo y el alma del pobre paralítico en el que estábamos figurados todos nosotros? Escuchemos su voz en el In-

1 *Ex.*, XXIII, 15.

troito con agradecimiento y amor; prometámosle la fidelidad que nos pide; su ley puesta en práctica nos guardará de recaídas.

La antífona la han sugerido diversos pasajes de la Sagrada Escritura, mas no se encuentra en ella al pie de la letra. El versículo está tomado del Salmo setenta y siete.

INTROITO

Yo soy la salud del pueblo, dice el Señor: en cualquier tribulación, en que clamaren a mí, los oiré: y seré su Señor para siempre. — *Salmo:* Atiende, pueblo mío, a mi Ley: inclinad vuestro oído a las palabras de mi boca. ℣. Gloria al Padre.

Para comprender bien el pensamiento que domina en las colectas y en otras muchas partes de las misas del tiempo después de Pentecostés, es conveniente no perder de vista el Evangelio del Domingo anterior. Y así la Iglesia tiene cuenta de nuevo con el episodio del paralítico, que curado en el cuerpo y el alma por el Hijo del Hombre, figuraba un misterio mayor.

Reparado en el cuerpo y el alma por la palabra omnipotente del Salvador, ahora ya puede el género humano vacar a Dios con corazón libre y dispuesto. Al unirnos con la Iglesia en la Colecta, pidamos al Altísimo que nunca ya más vuelva a embargar nuestras facultades la fatal indolencia que ha sido para nosotros tan perjudicial.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, aparta propicio de nosotros todo lo adverso: para que, expeditos a la vez de alma y de cuerpo, hagamos lo que es tuyo con corazones libres. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., IV, 23-28).

Hermanos: Renovaos en lo íntimo de vuestra alma, y revestíos del hombre nuevo, que ha sido creado, según Dios, en justicia y santidad verdadera. Por lo cual, renunciando a la mentira, hablad verdad cada cual con su prójimo: porque somos miembros los unos de los otros. Airaos y no pequéis: no se ponga el sol sobre vuestro enojo. No deis lugar al diablo: el que robaba, no robe ya; antes trabaje, obrando con sus manos lo que es bueno, para que tenga de donde dar al que padezca necesidad.

La Santa Madre Iglesia prosigue hoy la lectura de la Epístola a los Efesios, que había interrumpido el Domingo pasado. Ya anteriormente el Apóstol puso los principios dogmáticos de la verdadera santidad; ahora saca de ellos las consecuencias morales.

EL HOMBRE NUEVO. — Comprendamos, pues, la moral de San Pablo en nuestra Epístola y lo que él entiende por *Justicia* y *santidad de la verdad,* que es la de Cristo [1], propia del *hombre nuevo,* de que se debe *revestir* todo el que aspire a la

[1] *Rom.,* XIII, 14.

posesión de las riquezas enumeradas en los pasajes precedentes de su carta inmortal. Volvamos al leer la Epístola del Domingo décimoséptimo y en ella veremos que todas las reglas del catecismo cristiano y de la vida mística se resumen para el Apóstol en estas palabras: *"procuremos la unidad"* [1]. Es la máxima que da así a los principiantes como a los perfectos; es el coronamiento de las vocaciones más sublimes en el orden de la gracia, y también el fundamento y la razón de todos los mandamientos de Dios de tal modo, que, si debemos abstenernos de la mentira y decir la verdad a los que nos escuchan, el motivo, según el Apóstol, es éste: *que somos miembros los unos de los otros.*

Habla el salmista [2] de una cólera santa, que provoca a veces el celo de la ley divina y de la caridad; pero aun en esos momentos debe apagarse al instante el movimiento de ira levantado en el alma: prolongarle equivaldría *a dar lugar al diablo* y poner en sus manos buenas cartas para cuartear y derrocar en nosotros, por medio del rencor y del odio, el edificio de la santa unidad.

Antes de nuestra conversión, nuestras faltas hacían sufrir tanto al prójimo como a Dios; la injusticia, si pasaba inadvertida, poco nos importaba; el egoísmo era nuestra ley, y también era prenda de que Satanás reinaba en

1 *Ef.*, IV, 3.
2 *Sal.*, IV, 5.

nuestras almas. Ahora, expulsado por el Espíritu de santidad tan indigno usurpador, la mejor señal de que se ha reconquistado su imperio, consiste no sólo en que los derechos de los demás son ya sagrados para nosotros, sino también en que hacemos nuestro trabajo y todas nuestras obras pensando en que debemos socorrer en sus necesidades al prójimo. En una palabra, prosigue y concluye el Apóstol un poco más adelante, *viviremos en caridad si somos imitadores de Dios como hijos carísimos suyos* [1].

Cristo ha devuelto la libertad de movimientos a nuestras manos paralíticas para el bien sobrenatural; levantémoslas espiritualmente en la oración para glorificar a Dios con este homenaje que El acepta como un sacrificio de suave olor. Esta es la enseñanza que la Santa Madre Iglesia nos da con su ejemplo en el Gradual.

GRADUAL

Ascienda mi oración, como el incienso, en tu presencia, Señor. ℣. La elevación de mis manos sea como el sacrificio vespertino.

Aleluya, aleluya. ℣. Alabad al Señor e invocad su nombre: anunciad entre las gentes sus obras. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XX, 1-14).

En aquel tiempo habló Jesús en parábolas a los príncipes de los sacerdotes y a los fariseos, diciendo:

---

1 *Ef.,* V, 1-2.

El reino de los cielos es semejante a un rey que celebró las bodas de su hijo. Envió a sus siervos a llamar a los invitados a las bodas, y no quisieron venir. Envió de nuevo otros siervos, diciendo: Decid a los invitados: He aquí que ya he preparado mi comida, ya están muertos mis toros y mis animales cebados, y todo está dispuesto: venid a las bodas. Pero ellos lo rehusaron: y se fueron, uno a su granja, otro a su negocio: los demás prendieron a los siervos y, después de afrentarlos, los mataron. Cuando lo supo el rey, se enfureció: y, enviando sus ejércitos, mató a aquellos homicidas y quemó su ciudad. Entonces dijo a sus siervos: Las bodas están ya preparadas, pero, los que habían sido invitados, no han sido dignos. Id, pues, a las bocas de las calles, y, a todos los que hallareis, llamadlos a las bodas. Y, saliendo sus siervos por las calles, reunieron a todos los que encontraron, buenos y malos: y se llenaron las bodas de comensales. Y entró el rey para ver a los comensales y vió allí un hombre que no tenía vestido de boda. Y díjole: Amigo, ¿cómo has entrado aquí sin tener traje de boda? Y él calló. Entonces dijo el rey a sus ministros: Atándole de pies y manos, arrojadle en las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el crujir de dientes. Porque son muchos los invitados, pero pocos los escogidos.

LAS BODAS DEL HIJO DE DIOS. — Lo expuesto en los últimos Domingos nos manifiesta a la Iglesia solícita únicamente de preparar al género humano a las bodas admirables cuya celebración es el fin exclusivo por el que el Verbo de Dios vino a este mundo. En su destierro ya largo la Esposa del Hijo de Dios se nos presenta como el modelo vivo de sus hijos. Ella no ha cesado un momento de disponerlos con sus instrucciones a entender el gran misterio de la

unión divina. Hace tres semanas [1], tratando el tema único de su solicitud de Madre y de Esposa de modo más directo que lo había hecho hasta entonces, les recordaba el llamamiento inefable de que habían sido objeto por parte de Dios. Ocho días después [2], gracias a ella, el Esposo de las bodas a las que se los convidaba, se les manifestó a ellos en el Hombre-Dios, objeto del doble precepto del amor en que se resume toda la ley. Hoy la enseñanza es completa. En el Oficio de la noche, en que San Gregorio nos expone todo su pensamiento, la Iglesia fija esa enseñanza: con la doble autoridad de un gran Doctor y de un gran Papa y también en nombre de la Iglesia, el Santo explica el Evangelio de esta manera:

COMENTARIO DE SAN GREGORIO: "El reino de los cielos es la asamblea de los justos. El Señor dice, en efecto, por un profeta: *El cielo es mi trono* [3]; y a su vez dice Salomón: *El alma del justo es el trono de la Sabiduría* [4], mientras San Pablo llama a Cristo; *Sabiduría de Dios* [5]. Si, pues, el cielo es el trono de Dios, si la Sabiduría es Dios, si el alma del justo es trono de la Sabiduría, debemos concluir con evidencia en que el alma del justo es un cielo... El reino de

1 Domingo XVI después de Pentecostés.
2 Domingo XVII después de Pentecostés.
3 *Isaías*, LXVI, 1.
4 *Sab.*, VII, 27.
5 *I Cor.*, I, 24.

los cielos es, por tanto, con razón la asamblea de los justos... Si este reino se dice *semejante a un rey que celebra las bodas de su hijo,* vuestra caridad comprende al momento quién es este Rey, padre de un hijo Rey como El, a saber, aquel de quien se dice en el salmo: *¡Oh Dios, da al Rey tu juicio,* y *tu justicia al hijo del Rey*[1]! Dios Padre celebró las bodas de Dios, Hijo suyo, al unirle a la naturaleza humana, al querer que el que era Dios antes de los siglos, se hiciese hombre al fin de los siglos. Pero tenemos que evitar el peligro de dar a entender que pueda existir dualidad de personas en nuestro Dios y Salvador Jesucristo... Por eso puede ser más claro y a la vez más seguro decir que el Padre celebró las bodas del Rey su Hijo, uniéndole por el misterio de la Encarnación a la santa Iglesia. El seno de la Virgen Madre fué la cámara nupcial de este Esposo, de quien el salmista dice[2]: *Puso en el sol su tabernáculo: es el Esposo que sale de su cámara nupcial*"[3].

No obstante su calidad de Esposa del Hijo de Dios, la Iglesia está sujeta en este mundo a las tribulaciones. Los enemigos del Esposo, al no poder atacar ahora directamente al Señor, dirigen su furia contra ella. En estas pruebas, soportadas por la Iglesia con amor, ve el Señor un nuevo rasgo de la conformidad que ha de

---

1 Salmo LXXI, 2.
2 Salmo XVIII, 6.
3 Homilía XXXVIII *sobre el Evangelio.*

tener con él en todo; la deja, pues, sufrir en este mundo, contentándose con ayudarla siempre y salvarla, como lo dice el Ofertorio, de los males que aumentan constantemente en su rededor.

OFERTORIO

Si caminare en medio de la tribulación, me vivificarás tú, Señor: y contra la ira de mis enemigos extenderás tu mano y me salvará tu diestra.

En cuanto a la glorificación de la soberana Majestad, el augusto sacrificio que estamos preparando consigue siempre su efecto infinito; mas su virtud se aplica al hombre en medida mayor o menor, lo cual depende a la vez de las disposiciones de la criatura y de la misericordia divina. Roguemos, pues, en la Secreta a Dios todopoderoso se digne hacernos sentir copiosamente el efecto de los misterios divinos que se van a realizar.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos dones, que ofrecemos ante los ojos de tu Majestad, sean saludables para nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

El Hombre-Dios ha devuelto espiritualmente el vigor a nuestros miembros, mediante su divino contacto en el sagrado banquete; no olvidemos que debemos en adelante consagrarlos a su servicio, y que nuestros pies, fortalecidos ya, tienen que ejercitarse en correr por los caminos de los divinos mandamientos.

COMUNION

Tú mandaste que se guarden tus mandamientos fielmente: ojalá se dirijan mis caminos a la guarda de tus preceptos.

La Poscomunión parece ser hoy todavía un recuerdo del Evangelio del paralítico, que se leía antiguamente en este Domingo. En ella se pide la asistencia del médico celestial, que arranque al hombre del mal en que gime impotente, y le conceda la fuerza necesaria para cumplir siempre y con valentía la ley de Dios.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que tu obra medicinal nos libre clemente de nuestras perversidades y nos apegue siempre a tus mandamientos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Judíos y gentiles. — El Evangelio de hace ocho días tenía por objeto la promulgación de las bodas entre el Hijo de Dios y el género humano. La realización de estas bodas sagradas es el fin que Dios se propuso en la creación del mundo visible, y el único que intenta en el go-

bierno de las sociedades. Por tanto, no debe admirarnos que la parábola evangélica, al revelarnos el pensamiento divino sobre este punto, haya puesto en claro también el gran hecho de la reprobación de los judíos y de la vocación de los gentiles, que es a la vez el más importante de la historia del mundo y el más íntimamente ligado a la consumación del misterio de la unión divina.

Pero la exclusión de Judá ha de cesar un día. Su obstinación fué el motivo de que a los gentiles se dirigiese el mensaje de amor. Hoy *todas las naciones* [1] han oído la invitación celestial; ya falta poco para completar a la Iglesia en sus miembros con la entrada de Israel, y para dar a la Esposa la señal de la llamada suprema que pondrá fin al largo trabajo de siglos [2], haciendo aparecer al Esposo [3]. La envidia santa que quería despertar el Apóstol en los hombres de su raza al dirigirse hacia las naciones [4], se dejará sentir en el corazón de los descendientes de Jacob. ¡Qué alegría en el cielo al ver que su voz arrepentida y suplicante se une en presencia de Dios a los cantos de alegría de la gentilidad, que celebra la entrada de sus pueblos innumerables en la sala del banquete divino! Semejante concierto será en verdad el preludio del gran día que ya de antemano saludaba San Pablo, al

1 *Rom.*, XI, 25-26.
2 *Ibid.*, VIII, 22.
3 *Apoc.*, XXII, 17.
4 *Rom.*, XI, 13-14.

decir a los judíos en su entusiasmo patriótico: *Si su caída fué la riqueza del mundo y su mengua la riqueza de los gentiles, ¿qué será su plenitud*[1]?

La misa del Domingo vigésimo después de Pentecostés nos permite gustar por anticipado ese momento feliz, en que el nuevo pueblo no estará ya solo para cantar reconocido los favores de Dios. Están concordes los antiguos liturgistas en afirmar que componen la misa, por partes iguales, los acentos de los profetas de que se sirve Jacob para expresar su arrepentimiento y merecer nuevamente los beneficios divinos, y fórmulas inspiradas por las que exhalan su amor las naciones que ya tienen su puesto en la sala del festín de las bodas.

En el Gradual y en la Comunión oímos al coro de los Gentiles, y al coro de los Judíos en el Introito y el Ofertorio.

El Introito está sacado de Daniel[2]. El profeta desterrado con su pueblo en Babilonia, en un cautiverio cuyos largos padecimientos fueron figura de los dolores de distinta manera prolongados en la peregrinación actual de la vida, vuelve a gemir con Judá en tierra extranjera y comunica a sus compatriotas el gran secreto de la reconciliación con el Señor. Este secreto lo desconoció Israel después del drama del Calvario, pero, en los siglos anteriores de su historia,

1 *Rom.*, XI, 12.
2 *Daniel,* III.

había tenido de él noticias muy claras y había sentido muchas veces también los saludables efectos. Consiste, como siempre, en el humilde reconocimiento de las faltas cometidas, en el pesar suplicante del culpable y en la confianza firme de que la misericordia infinita sobrepuja a los crímenes más enormes.

INTROITO

Todo lo que has hecho con nosotros, Señor, lo has hecho con justo juicio: porque hemos pecado contra ti y no hemos obedecido tus mandatos: pero da gloria a tu nombre y haz con nosotros según tu gran misericordia. — *Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la ley del Señor. ℣. Gloria al Padre.

El perdón divino, que devuelve al alma la pureza y la paz, es como el preliminar indispensable de las bodas sagradas; la veste nupcial de los convidados debe estar sin mancha so pena de ser excluído, y su corazón sin inquietudes, para no llegarse a la mesa del Esposo con tristeza.

Imploremos este perdón inestimable, que el Señor nos concederá de buen grado pidiéndoselo por intercesión de su Esposa la Santa Madre Iglesia.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, concedas benigno a tus fieles el perdón y la paz: para que se purifiquen de todos sus pecados y, a la vez, te sirvan con un corazón tranquilo. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., V, 15-21).

Hermanos: Cuidaos de caminar cautamente: no como necios, sino como sabios, redimiendo el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis imprudentes, sino inteligentes, averiguando cuál sea la voluntad de Dios. Y no os embriaguéis con vino, en el cuál está la lujuria: sino henchíos del Espíritu Santo, hablando entre vosotros con salmos e himnos y cánticos espirituales, cantando y salmodiando al Señor en vuestros corazones: dando siempre gracias por todo, en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, a Dios Padre. Sumisos los unos a los otros en el temor de Cristo.

El acercarse la consumación de las bodas del Hijo de Dios coincidirá aquí en la tierra con un aumento de la furia del infierno para perder a la Esposa. El dragón del Apocalipsis [1] desencadenará todas las pasiones para arrastrar en su empuje a la verdadera madre de los vivientes. Pero será impotente para mancillar el pacto de la alianza eterna y, sin fuerzas ya contra la Iglesia, dirigirá sus iras contra los últimos hijos de la nueva Eva, a quienes está reservado el honor peligroso de las luchas supremas descritas por el profeta de Patmos [2].

INTEGRIDAD DE LA DOCTRINA. — Entonces sobre todo, los cristianos fieles deberán recordar los consejos del Apóstol y portarse con la *circuns-*

---

[1] *Apoc.* XII, 9.
[2] *Ibíd.*, XII, 17.

pección que nos recomienda, poniendo sumo cuidado en conservar pura su *inteligencia* no menos que su voluntad, *en estos días malos*. Porque para entonces, la luz no sólo tendrá que resistir los asaltos de los hijos de las tinieblas, que hacen ostentación de sus doctrinas perversas, sino que tal vez se amortigüe y adultere por culpa de las flaquezas de los hijos de la luz en el terreno de los principios, por las tergiversaciones, transacciones y humana prudencia de los que se tienen por sabios. Muchos parecerá que ignoran prácticamente que la Esposa del Hombre-Dios no puede sucumbir al choque de fuerza alguna creada. Si recuerdan que Cristo se comprometió a defender a su Iglesia hasta el fin del mundo [1], no dejarán de creer que hacen una obra admirable al proporcionar a la buena causa la ayuda de una política de concesiones que no siempre se pesan suficientemente en la balanza del santuario: sin contar que el Señor no necesita de habilidades torcidas para ayudarla a cumplir su promesa; y no se necesita decir sobre todo, que la cooperación que se digna aceptar de los suyos en defensa de los derechos de la Iglesia, no puede consistir en el menoscabo u ocultación de las verdades que constituyen la fuerza y la belleza de la Esposa. ¡Cuántos olvidarán la máxima de San Pablo escribiendo a los Romanos, que *acomodarse a este mundo,* buscar una adaptación imposible del Evangelio

1 *S. Mateo,* XXVIII, 20.

a un mundo descristianizado, no es medio para llegar a distinguir de modo seguro *lo bueno, lo mejor, lo perfecto a los ojos del Señor* [1]! En muchas circunstancias de estos malhadados tiempos, será también un mérito grande y raro, *comprender únicamente cuál es la voluntad de Dios,* como lo dice nuestra Epístola.

Cuidad, diría San Juan, *de no perder el fruto de vuestras obras;* aseguraos la total *recompensa* que sólo se concede a la plenitud constante de la doctrina y de la fe [2]. Por lo demás, entonces como siempre, según la palabra del Espíritu Santo, *la sencillez de los justos los guiará de un modo seguro* [3]; la Sabiduría les concederá la humildad [4].

REDIMIR EL TIEMPO. — El único afán de los justos será, pues, acercarse más y más siempre a su Amado mediante una semejanza cada vez mayor con El, es decir, por una reproducción más acabada de la *verdad* en sus palabras y acciones. Y en esto servirán a la sociedad, como se debe, poniendo en práctica el consejo del Señor, que nos pide buscar primero el reino de Dios y su justicia, y en lo demás confiarnos a El [5]. Interpretarán para su uso de distinta manera el consejo que nos da el Apóstol *de redimir*

---

1 *Rom.*, XII, 2.
2 *II S. Juan,* 8-9.
3 *Prov.*, XI, 3.
4 *Ibid.*, XI, 2.
5 *S. Mateo,* VI, 33.

el tiempo dejando a otros la búsqueda de combinaciones humanas y complicadas, de compromisos inciertos, que en el plan de sus autores están ordenados a retrasar algunas semanas, algunos meses acaso, la ola ascendente de la revolución.

El Esposo compró el tiempo a precio muy alto para que sus miembros místicos lo empleasen en la glorificación del Altísimo. La multitud le perdió descarriada en la rebeldía y en los placeres, y las almas fieles le redimieron poniendo tal intensidad en los actos de su fe y de su amor, que, si ello es posible, no decreciese hasta el último instante el tributo que ofrecía todos los días la tierra a la Suma Trinidad. Contra la bestia de boca insolente y llena de blasfemias [1], ellos se apropiarán el grito de Miguel frente a Satanás, impulsor de la bestia [2]: *¿Quién como Dios?*

El pueblo antiguo cantó, en el Introito, su arrepentimiento y su humilde confianza. Los Gentiles, en el Gradual, cantan sus esperanzas sobradamente cumplidas en las delicias del banquete nupcial.

GRADUAL

Los ojos de todos están fijos en ti, Señor: y tú das a todos el sustento en tiempo oportuno. ℣. Abres tu mano: y llenas de bendición a todo viviente.

---

[1] *Apoc.*, XIII, 5-6.
[2] *Ibíd.*, 2.

Aleluya, aleluya. ℣. Preparado está mi corazón, oh Dios, preparado está mi corazón: te cantaré y entonaré salmos a ti, gloria mía. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio,* según San Juan (Jn., IV, 46-53).

En aquel tiempo había un régulo cuyo hijo estaba enfermo en Cafarnaúm. Cuando supo que Jesús venía de Judea a Galilea, fué a él y le rogó que bajase, y curase a su hijo, que comenzaba a morirse. Díjole entonces Jesús: Si no viereis milagros y prodigios, no creéis. Díjole el régulo: Señor, baja antes de que muera mi hijo. Díjole Jesús: Vete, tu hijo vive. Creyó el hombre lo que le dijo Jesús, y se fué. Cuando ya bajaba, le salieron al encuentro los siervos y le dijeron que su hijo vivía. El les preguntó la hora en que había mejorado. Y le dijeron: Ayer, a las siete, le dejó la fiebre. Y vió el padre que era la misma hora en que le había dicho Jesús: Tu hijo vive: y creyó él y toda su casa.

El Evangelio se toma hoy de San Juan, y es la primera y la única vez en todo el curso de los Domingos después de Pentecostés. *Del Oficial de Cafarnaúm* recibe el nombre este vigésimo Domingo. La Iglesia le ha escogido porque no deja de haber cierta relación misteriosa en el estado del mundo, con los tiempos a que se refieren proféticamente los últimos días del ciclo litúrgico.

EL MUNDO ENFERMO. — El mundo va camino de su fin y *empieza* también *a morir.*

Minado por la *fiebre* de las pasiones en Cafarnaúm, la ciudad del lucro y de los placeres, no tiene ya fuerzas para ir por sí mismo ante el médico que podría curarle. Su *padre,* los pastores que le han engendrado por el bautismo a la vida de la gracia, los que gobiernan al pueblo cristiano como *oficiales* de la santa Iglesia, son los que tienen que presentarse ante el Señor a pedirle la salud del enfermo. El discípulo amado nos hace saber, al principio de su relato [1], que encontraron a Jesús en Caná, la ciudad de las bodas y de la manifestación de su gloria en el banquete nupcial [2]; el Hombre-Dios reside en el cielo desde que abandonó nuestra tierra, y dejó a sus discípulos, huérfanos del Esposo, ejercitarse por algún tiempo en la *tierra de la penitencia.*

El remedio. — El único remedio está en el celo de los pastores y en la oración de la porción del rebaño de Cristo que no se ha dejado arrastrar por las seducciones del libertinaje universal. Pero ¡cuánto importa que fieles y pastores, sin rodeos personales, entren de lleno sobre este punto en los sentimientos de la santa Iglesia! A pesar de la ingratitud más insultante de las injusticias, calumnias y perfidias de todo género, la madre de los pueblos olvida sus injurias para pensar sólo en la saludable prosperidad y

---

1 *S. Juan,* IV, 46.
2 *Ibid.,* II, 2.

en la salvación de las naciones que la insultan; ruega como lo hizo siempre y con más ardor que nunca, para que tarde en llegar el fin, *pro mora finis* [1].

El poder de la oración. — Para responder a su pensamiento, "juntémonos, pues, como dice Tertuliano, en un solo regimiento, en una sola asamblea para ir al encuentro de Dios y sitiarle con nuestras oraciones como con un ejército. Le agrada esta violencia". Pero a condición de que se base en una fe íntegra y que no vacile por nada. Si nuestra fe nos da la victoria sobre el mundo [2], ella es también la que triunfa de Dios en los casos más peligrosos y desesperados. Pensemos, como la Iglesia, nuestra Madre, en el peligro inminente de tantos desgraciados. No tienen disculpa, ciertamente: el último Domingo se les recordaba otra vez los llantos y el crujir de dientes que en las tinieblas exteriores están reservados a los despreciadores de las bodas sagradas [3]. Pero son hermanos nuestros y no debemos conformarnos tan fácilmente con la pena de su pérdida. Esperemos contra toda esperanza. El Hombre-Dios, que sabía con ciencia cierta la inevitable condenación de los pecadores empedernidos, ¿no derramó también por ellos toda su sangre? Queremos merecer el unirnos a El por una semejan-

---

1 Tertuliano, *Apol.*, XXXIX.
2 *I S. Juan*, V, 4.
3 *S. Mateo*, XXII, 13.

za completa. Resolvámonos, pues, a imitarle también en esto, en la medida que podamos; roguemos sin tregua ni reposo por los enemigos de la Iglesia y por los nuestros mientras su condenación no sea un hecho consumado. En este orden de cosas, todo es útil, nada se pierde. Suceda lo que sucediere, el Señor será glorificado por nuestra fe y por el ardor de nuestra caridad.

Pongamos todo nuestro esmero únicamente en no merecer los reproches que dirigía a la fe incompleta de la generación de que formaba parte el oficial de Cafarnaúm. Sabemos que no necesita *bajar* del cielo a la tierra para dar su eficacia a las órdenes emanadas de su voluntad misericordiosa. Si tiene a bien multiplicar los *milagros y los prodigios* en nuestro derredor, le quedaremos agradecidos por nuestros hermanos más flacos en la fe: de aquí debemos tomar ocasión para ensalzar su gloria, pero afirmando que nuestra alma no necesita ya para creer en El de las manifestaciones de su poder. El antiguo pueblo, arrastrando su merecida desdicha a través de todas las tierras lejanas, vuelve hoy en el Ofertorio a sentimientos de penitencia y canta ahora con la Iglesia su admirable Salmo 136, que superó siempre a todo canto de destierro de cualquier lengua.

OFERTORIO

Junto a los ríos de Babilonia nos sentamos y lloramos, al acordarnos de ti, Sión.

Todo el poder de Dios, que cura con una palabra las almas y los cuerpos, reside en los Misterios preparados sobre el altar. Pidamos, en la Secreta, que su virtud obre en nuestros corazones.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que estos Misterios nos sirvan de medicina celestial y purifiquen los vicios de nuestro corazón. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La palabra que nos recuerda la antífona de la Comunión y que sirvió para levantar al hombre abismado en su miseria, es la del Evangelio del banquete divino: *¡Venid a las bodas!* Pero el hombre, deificado ya por su participación aquí abajo en el Misterio de la fe, aspira a la perfección eterna de la unión en el mediodía de la gloria.

COMUNION

Acuérdate, Señor, de la promesa hecha a tu siervo, con la cual me diste esperanza: ésta es la que me ha consolado en mi humillación.

Como lo expresa la Poscomunión la mejor preparación que puede llevar el cristiano a la santa mesa es una fidelidad constante en observar los divinos mandamientos.

POSCOMUNION

Para que seamos dignos, Señor, de estos sagrados dones, haz, te suplicamos, que obedezcamos siempre tus mandatos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOPRIMERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El Oficio. — Los Domingos que van a continuación son los últimos del ciclo anual, pero el grado de proximidad que los relaciona con su último término, varía cada año con la Pascua. Esta variación imposibilita la coincidencia exacta entre la composición de sus Misas y las lecturas del Oficio nocturno, que se hacen de un modo fijo desde agosto de la manera que hemos dicho [1]. La instrucción que los fieles deben sacar de la sagrada Liturgia sería incompleta, ni verían tampoco la solicitud de la Iglesia en estas últimas semanas tan claramente como conviene para dejarse dominar de ella por entero, si pasan para ellos inadvertidas las lecturas que se hacen en los meses de octubre y noviembre: en el primero se leen los Macabeos, que nos animan a los últimos combates, y en el segundo se leen los Profetas, que anuncian los juicios de Dios.

MISA

Lucha contra el diablo. — Durando de Mende, en su Racional, se esfuerza por probar que este Domingo y los que le siguen dependen siem-

1 Domingo VII después de Pentecostés.

pre del Evangelio de las bodas divinas y no son más que su explicación. "Y porque estas bodas, dice para hoy, no tienen mayor enemigo que la envidia de Satanás contra el hombre, la Iglesia trata, en este Domingo, de la guerra contra Satanás y de la armadura de que nos debemos revestir para defendernos en ella, según se verá en la Epístola. Y, como el cilicio y la ceniza son las armas de la penitencia, la Iglesia en el Introito saca a relucir la voz de Mardoqueo, que rogaba a Dios, cubierto del cilicio y la ceniza" [1].

MISERIA DEL GÉNERO HUMANO. — Su fundamento tienen las reflexiones del Obispo de Mende. Mas, bien que el pensamiento de la unión divina, que pronto se consumará, no abandone nunca a la Iglesia, ésta se mostrará de modo especial verdaderamente Esposa en la desdicha de los últimos tiempos, cuando, olvidándose de sí misma, sólo pensará en los hombres, cuya salvación la confió el Esposo. Lo hemos dicho ya: la proximidad del juicio final, el estado lamentable del mundo en los años que precederán inmediatamente al desenlace de la historia humana, es lo que domina en la Liturgia de estos Domingos. La parte de la Misa de hoy que más impresionó a nuestros padres, es el Ofertorio sacado de Job, con su versículos de exclamaciones expresivas y repeticiones apremiantes; puede decirse, en efecto, que este Ofertorio encierra

[1] *Racional,* VI, 138; *Est.,* IV, 1.

perfectamente el verdadero sentido que conviene dar al Domingo vigésimoprimero después de Pentecostés.

Al mundo, que se ve reducido, como Job en el estercolero, a la más extrema miseria, ya solamente le queda la esperanza en Dios. Los santos que todavía viven en él, honran al Señor con una paciencia y una resignación, que en nada merman el ardor y la fuerza de sus súplicas. Tal es el sentimiento que desde el primer instante produce en ellos la oración sublime formulada por Mardoqueo. Rogaba éste en favor de su pueblo condenado a un exterminio total, figura del que espera al género humano [1].

INTROITO

En tu voluntad, Señor, están puestas todas las cosas, y no hay quien pueda resistir a tu voluntad: porque tú lo has hecho todo, el cielo y la tierra, y todo cuanto se contiene en el ámbito del cielo: tú eres el Señor de todo.—*Salmo:* Bienaventurados los puros en su camino: los que andan en la Ley del Señor. ℣. Gloria al Padre.

La Iglesia, en la Colecta, indica bastante que, si bien está pronta a sufrir los tiempos malos, prefiere la paz, que la permite ofrecer libremente el tributo simultáneo de las obras y la alabanza. El último ruego de Mardoqueo en la oración cuyas primeras palabras las tenemos en el Introito, era para esta libertad de la alabanza

1 *Est.*, XIII, 9-11.

divina, que será el último amparo del mundo: "*Podamos cantar a tu Nombre, oh Señor, y no cierres la boca de los que te alaban*"[1].

COLECTA

Suplicámoste, Señor, custodies a tu familia con tu continua piedad: para que, con tu protección, se vea libre de todas las adversidades y, con buenos actos, sirva devota a tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Efesios (Ef., VI, 10-17).

Hermanos: Confortaos en el Señor y en el poder de su virtud. Revestíos de la armadura de Dios para que podáis resistir a las asechanzas del diablo. Porque no tenemos que luchar contra la carne y la sangre, sino contra los príncipes y potestades, contra los tenebrosos rectores de este mundo, contra los espíritus del mal en los cielos. Por lo cual, tomad la armadura de Dios, para que podáis resistir en el día malo y ser perfectos en todo. Tened, pues, ceñidos vuestros lomos con la verdad, y estad vestidos de la loriga de la justicia, y tened los pies calzados con la preparación del Evangelio de la paz: tomad en todo el escudo de la fe, con el cual podréis extinguir todos los dardos encendidos del malvado: y el yelmo de la salud: y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios.

EL DÍA DEL JUICIO. — Los días malos, que ya señalaba el Apóstol el último Domingo, son muchos en la vida de cada hombre y en la historia

[1] *Est.* XIII, 17.

del mundo. Mas, para cada hombre y para el mundo, hay *un día malo* entre todos: el del fin y el del juicio, del cual canta la Iglesia que la desgracia y la miseria le convertirán en un día *de gran amargura*. Los años se han dado al hombre, y los siglos se suceden unos a otros para preparar el último día. Dichosos los combatientes del buen combate y los vencedores de ese día terrible; se los verá entonces *de pie* sobre las ruinas y *perfectos en todo*, conforme a la palabra del Doctor de las naciones. No conocerán la segunda muerte; coronados con la diadema de la justicia, reinarán con Dios sobre el trono de su Verbo.

APOYARSE EN CRISTO. — La guerra es fácil con el Hombre-Dios por jefe. Unicamente nos pide por su Apóstol que *busquemos nuestra fuerza sólo en El y en la potencia de su virtud*. La Iglesia sube del desierto apoyada en su Amado. El alma fiel se siente conmovida al pensar que sus armas son las mismas que tiene el Esposo. No en vano los Profetas nos le pintaron ya de antemano ciñendo antes que nadie *el escudo de la fe*, tomando el *casco de la salud, la coraza de la justicia y la espada del espíritu, que es la palabra de Dios*. El Evangelio nos le presentó en medio de la lid para, con su ejemplo, formar a los suyos en el manejo de estas armas divinas.

EL ARMA DE LA FE. — Armas múltiples por razón de sus múltiples efectos, pero todas, ofen-

sivas o defensivas, se resumen en la fe. Fácilmente ello se echa de ver al leer la Epístola de hoy, además de que eso es lo que nuestro jefe divino quiso enseñarnos cuando, al ser tentado por tres veces en la montaña de la Cuarentena, quiso responder otras tantas con textos de la Escritura. La victoria que triunfa del mundo es la de nuestra fe, dice San Juan [1]; y en *el combate de la fe* resume el Apóstol, al final de su carrera, sus propias luchas y las de toda vida cristiana. A pesar de las condiciones nada favorables que señala el Apóstol, es la fe la que asegura el triunfo a los hombres de buena voluntad. Si en la lucha emprendida tuviésemos que juzgar de las esperanzas del éxito de las partes adversas comparando sus fuerzas respectivas, es seguro que las conjeturas nos serían desfavorables. Porque no tenemos que hacer frente a *hombres de carne y sangre,* sino a enemigos impalpables que llenan el aire y son, por tanto, invisibles, inteligentes y fuertes; que conocen a maravilla los tristes secretos de nuestra pobre naturaleza caída y dirigen todo su valer contra el hombre para engañarle y perderle por el odio que tienen a Dios. En su origen fueron creados para reflejar en la pureza de una naturaleza completamente espiritual el resplandor divino de su autor; ahora, por su orgullo, son y manifiestan ser una monstruosidad de puras

---

[1] *I S. Juan,* V, 4.

inteligencias consagradas al mal y a odiar la luz.

CONVERTIRSE EN LUZ. — Nosotros, que ya por nuestra naturaleza sólo somos tinieblas, ¿cómo, pues, lucharemos con estas potencias espirituales, que ponen toda su ciencia al servicio de la oscuridad? San Juan Crisóstomo [1] lo dice: "Convirtiéndose en luz." Es cierto que la faz del Padre no puede lucir directamente sobre nosotros antes del gran día de la revelación de los hijos de Dios; pero ya desde ahora tenemos la palabra revelada [2], que suple nuestra ceguera. El bautismo abrió el oído en nosotros, pero no abrió todavía los ojos; Dios habla por la Escritura y por su Iglesia, y la fe nos da una certeza tan grande como si ya viésemos.

Con su docilidad de niño, el justo camina en paz por la sencillez del Evangelio. La fe le guarda contra los peligros mejor que el escudo, y mejor que el casco y la coraza; la fe amortigua los dardos de las pasiones e inutiliza los engaños enemigos. Con ella no se necesitan razonamientos sutiles ni largas consideraciones, para descubrir los sofismas del infierno o tomar una decisión en un sentido u otro. ¿No bastará en cualquier circunstancia la palabra de Dios, que nunca se equivoca? Satanás teme al que con ella se contenta; tema más a un hombre así, que

---

1 Homilía XXII sobre la Epístola a los Efesios.
2 *II S. Pedro,* II, 19.

a las academias y escuelas de los filósofos. Está acostumbrado a sentirse triturar en todo choque debajo de sus pies[1]. El día del gran combate[2] fué arrojado de los cielos con una sola palabra de San Miguel Arcángel, convertido en estos días en modelo y defensor nuestro.

En el Gradual y Versículo recuerda la Iglesia al Señor, que nunca cesó de ser el refugio de su pueblo; su bondad y su poder precedieron a todos los siglos, porque Dios existe desde la eternidad. Defienda, pues, ahora a los suyos, que se ven obligados en su pequeño número a preparar, como en otro tiempo Israel, el éxodo final de la Iglesia, la cual abandona este mundo nuevamente infiel para ir a la verdadera tierra prometida.

GRADUAL

Señor, tú has sido nuestro refugio de generación en generación. ℣. Antes que se hiciesen los montes o se formase la tierra y el orbe: desde siempre y para siempre tú eres Dios.

Aleluya, aleluya. ℣. Al salir de Egipto Israel, salió de un pueblo extranjero la casa de Jacob. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XVIII, 23-35).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos esta parábola: El reino de los cielos es semejante a un rey que quiso pedir cuentas a sus siervos. Y, habiendo comenzado a pedir cuentas, le fué presentado uno que

---

1 *Rom.,* XVI, 20.
2 *Apoc.,* XII, 7.

le debía diez mil talentos. Mas, como no tuviese con qué pagarlos, su señor mandó venderle a él, y a su mujer, y a sus hijos, y todo cuanto tenía, para que pagase. Postrándose entonces aquel siervo, le rogó diciendo: Ten paciencia conmigo, y todo te lo pagaré. Y, compadecido el señor de aquel siervo, le soltó, y le perdonó la deuda. Mas, habiendo salido aquel siervo, encontró a uno de sus consiervos, el cual le debía cien denarios: y, apretándole, le ahogaba diciendo: Da lo que debes. Y, postrándose su consiervo, le rogó diciendo: Ten paciencia conmigo, y todo te lo pagaré. Pero él no quiso: sino que se fué, y le metió en la cárcel hasta que pagase la deuda. Y, cuando vieron sus consiervos lo que había hecho, se contristaron mucho: y fueron y contaron a su señor todo lo sucedido. Entonces su señor llamó a aquel siervo, y le dijo: Siervo malo, ¿no te perdoné a ti toda la deuda porque me lo rogaste? ¿No debiste, pues, compadecerte tú también de tu consiervo, como yo me compadecí de ti? Y, airado su señor, le entregó a los verdugos hasta que pagase toda la deuda. Así hará también mi Padre celestial con vosotros, si no perdonare cada cual a su hermano de todo corazón.

Meditemos la parábola de nuestro Evangelio, que sólo pretende enseñarnos un medio seguro para saldar nuestras cuentas desde ahora con el Rey eterno.

Sentido de la parábola. — En realidad, todos nosotros somos ese servidor negligente e insolvente deudor, que su amo tiene derecho a vender con todo lo que posee y entregarle a los verdugos. La deuda que hemos contraído con su Majestad por nuestras faltas, es de tal natu-

raleza, que requiere en toda justicia tormentos sin fin y supone un infierno eterno, donde, pagando continuamente el hombre, jamás satisface la deuda. ¡Alabanza, pues, y reconocimiento infinito al divino acreedor! Compadecido por los ruegos del desgraciado que le pide un poco más de tiempo para pagar, el amo va más allá de su petición y al momento le perdona toda la deuda, pero poniéndole con justicia una condición, según lo demuestra lo que sigue. La condición fué la de que obrase con sus compañeros de igual modo que su amo había hecho con él. Tratado tan generosamente por su Rey y Señor, y perdonada gratuitamente una deuda infinita, ¿podría rechazar él, viniendo de un igual, el ruego que a él le salvó y mostrarse despiadado con obligaciones que tuviesen para con él?

"Ciertamente, dice San Agustín, todo hombre tiene por deudor a su hermano; porque ¿qué hombre hay que no haya sido nunca ofendido por nadie? Pero, ¿qué hombre existe también que no sea deudor de Dios, puesto que todos pecaron? El hombre es, pues, a la vez, deudor de Dios y acreedor de su hermano. Por eso, Dios justo te ha dado esta orden: obrar con tu deudor como él hace con el suyo... [1] Todos los días rezamos, y todos los días hacemos subir la misma súplica hasta los oídos divinos, y todos los días también nos prosternamos para decir: *Perdónanos nuestras deudas así como nosotros per-*

---

[1] Sermón LXXXIII, 2.

donamos a nuestros deudores[1]. ¿De qué deudas hablas tú, de todas tus deudas o solamente de una parte de ellas? Dirás: De todas. Luego perdona tú todo a tu deudor, dado que ésa es la regla puesta y la condición aceptada"[2].

PERDONAR PARA SER PERDONADO. — "Es más grande, dice San Juan Crisóstomo, perdonar al prójimo sus agravios para con nosotros que una deuda de dinero; pues, perdonándole sus faltas, imitamos a Dios"[3]. Y ¿qué es, visto bien todo, la injusticia del hombre con otro hombre si se compara con la ofensa del hombre para con Dios? Mas ¡ay!, ésta nos es familiar: el justo lo experimenta *siete veces al día*[4]; más o menos, pues, llena nuestro diario vivir. Muévanos siquiera a ser misericordiosos con los demás, la seguridad de ser perdonados todas las tardes con la sola condición de retractar nuestras miserias. Es costumbre laudable la de no acostarse si no es para quedarse dormido en los brazos de Dios, como el niño de un día; pero, si sentimos la necesidad santa de no encontrar al fin del día en el corazón del Padre que está en los cielos[5], más que el olvido de nuestras faltas y un amor infinito, ¿cómo pretender a la vez conservar en nuestro corazón molestos recuerdos o

1 *San Mateo,* VI, 12.
2 *S. Agustín,* Sermón LXXXIII, 4.
3 *Sobre la Epístola a los Efesios,* Homilía XVII, 1.
4 *Prov.,* XXIV, 16.
5 *S. Mateo,* VI, 9.

rencores pequeños o grandes, contra nuestros hermanos, que son también hijos suyos? Ni siquiera en el caso de haber sido objeto de violencias injustas, o de injurias tremendas, se podrán comparar nunca sus faltas contra nosotros con nuestros atentados a este bondadosísimo Dios, de quien ya nacimos enemigos y a quien hemos causado la muerte. Imposible encontrar un caso en que no se pueda aplicar la regla del Apóstol: *Sed misericordiosos, perdonaos mutuamente como Dios os ha perdonado en Cristo; sed los imitadores de Dios como sus hijos carísimos*"[1]. Llamas a Dios Padre tuyo y ¡no olvidas una injuria! "*Eso no lo hace un hijo de Dios*", sigue diciendo admirablemente San Juan Crisóstomo; "la obra de un hijo de Dios consiste en perdonar a sus enemigos, rogar por los que le mortifican, dar su sangre por los que le odian. He aquí lo que es digno de un hijo de Dios; hacer hermanos suyos y sus coherederos a los enemigos, a los ingratos, a los ladrones, a los desvergonzados, a los traidores"[2].

Ponemos aquí íntegramente el célebre Ofertorio de Job, con sus versículos. Lo que hemos dicho al principio de este Domingo, ayudará a entenderlo. La antífona, lo único que hoy se conserva, nos pone delante, dice Amalario, las palabras del historiador que cuenta sencillamente los hechos; por eso su estilo es el narra-

---

[1] *Ef.*, IV, 32; V, 1.
[2] *Sobre la Epístola a los Efesios*, Homilía XIV, 3.

tivo. Job, al contrario, entra en escena en los versículos, con el cuerpo agotado y el alma llena de amargura: sus repeticiones, interrupciones, nuevos comienzos, sus frases sin terminar, expresan al vivo su respiración jadeante y su dolor [1].

OFERTORIO

Había en la tierra de Hus un hombre llamado Job: era sencillo y recto y temeroso de Dios: al cual pidió Satanás, para tentarle: y le fué dado por el Señor poder sobre sus bienes y sobre su carne: y destruyó toda su riqueza y los hijos: e hirió también su carne con graves úlceras.

℣. I. — *¡Ojalá Dios pesase mis pecados, ojalá Dios pesase mis pecados, por los que he merecido la cólera, por los que he merecido la cólera, y los males y los males que sufro: éstos parecerían más grandes!*

—Había en la tierra de Hus.

℣. II. — *Porque ¿qué fuerza tengo, qué fuerza tengo, qué fuerza tengo para sobrellevarlos, o cuándo llegará mi fin, para obrar con paciencia?*

—Había en la tierra de Hus.

℣. III. — *¿Acaso mi resistencia es como la de las rocas, o mi carne es de bronce?, ¿o mi carne es de bronce?*

—Había en la tierra de Hus.

℣. IV. — *Porque, porque, porque mi ojo no volverá ya a encontrarse en condiciones de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad, de ver la felicidad.*

—Había en la tierra de Hus.

La salvación del mundo, como la del hombre, está siempre en potencia en el augusto Sa-

---

1 *De Eccles. Off.*, l. III, c. 39.

crificio, cuya virtud cura en la tierra y aplaca en el cielo.

Ofrezcámosle, sin desalentarnos nunca, como un recurso supremo a la misericordia divina.

SECRETA

Recibe, Señor, propicio estas hostias, con las que has querido aplacarte y restituirnos a nosotros la salud con poderosa piedad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En el fondo del alma de la Santa Madre Iglesia corren parejas una esperanza indefectible y su admirable paciencia. Por más que se repitan contra ella las persecuciones, su oración no desmaya; porque guarda fielmente en su corazón el recuerdo de la palabra de salvación que la dió el Señor. La antífona de la Comunión nos lo recuerda.

COMUNION

Desfallece mi alma por recibir de ti la salvación; espero en tu palabra: ¿cuándo juzgarás a los que me persiguen? Los inicuos me han perseguido: socórreme, Señor, Dios mío.

En posesión ya del alimento de inmortalidad, consigamos vivir con la sinceridad de un alma purificada.

POSCOMUNION

Conseguido el alimento de la inmortalidad, suplicámoste, Señor, hagas que, lo que hemos recibido con la boca, lo practiquemos con alma pura. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOSEGUNDO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

MISA

Según Honorio de Autún, la Misa del día se refiere al tiempo del Anticristo [1]. La Iglesia lanza su mirada en lo que está por venir, sobre el reino de este *hombre de pecado* [2], y como sintiendo ya los golpes de la tremenda persecución de los últimos días, toma el Introito del Salmo 129.

Si queremos una aplicación actual y siempre práctica, dada nuestra miseria, en coincidencia con el sentido profético con que hoy van revestidas las palabras de este Salmo, recordemos el Evangelio de la semana anterior, que en otro tiempo era el de este Domingo. Cada cual se reconocerá en la persona del deudor insolvente que sólo confía en la bondad de su Señor; y nosotros exclamaremos, en la confusión de nuestra alma humillada: *Si escudriñases nuestras iniquidades, Señor, ¿quién podría resistir?*

INTROITO

Si escudriñares nuestras iniquidades, Señor; Señor, ¿quién podrá resistir? Pero en ti está el perdón, oh Dios de Israel. — *Salmo:* Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi voz. ℣. Gloria al Padre.

1 *Gemma animae,* l. IV, 93.
2 *II Tes.,* II, 3.

Acabamos de dar ánimos a nuestra confianza cantando *que en Dios hay misericordia.* El mismo es el que da a las oraciones de su Iglesia su acento piadoso porque desea oírla. Pero se nos oirá a nosotros también con ella si rogamos como ella *según la fe,* es decir, conforme a las enseñanzas del Evangelio. *Rezar según la fe,* hoy, pues, equivale a perdonar a nuestro prójimo las deudas contraídas con nosotros, si a su vez pedimos nosotros también ser absueltos por el Señor de todos.

COLECTA

Oh Dios, refugio y fortaleza nuestra: oye las piadosas preces de tu Iglesia, tú, que eres el mismo autor de la piedad, y haz que, lo que pedimos fielmente, lo consigamos eficazmente. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Filipenses (**Flp., I, 6-11**).

Hermanos: Confiamos en el Señor Jesús que, el que comenzó en vosotros la buena obra, la perfeccionará hasta el día de Jesucristo. Es justo que yo sienta esto de todos vosotros: porque os tengo en el corazón; y en mis cadenas, y en la defensa y confirmación del Evangelio, todos vosotros sois los compañeros de mi gozo. Porque Dios me es testigo de cuánto os amo a todos vosotros en las entrañas de Jesucristo. Y lo que pido es que vuestra caridad crezca más y más en ciencia y en todo conocimiento: para que probéis cosas mayores, para que estéis puros y sin mancha el día de Cristo, llenos de frutos de justicia, por Jesucristo, para gloria y loor de Dios.

El alma de San Pablo. — San Pablo, en nombre de la Iglesia, de nuevo nos advierte que se acerca el fin. Pero a este último día, que en el Domingo pasado llamaba *día malo*, le llama hoy por dos veces, en el corto pasaje de la Epístola a los Filipenses que acabamos de oír, el día de *Cristo Jesús*. La carta a los Filipenses rebosa confianza y por ella se desborda la alegría: y con todo, nos señala la cruel persecución contra la Iglesia y al enemigo que se vale de la tempestad para excitar las malas pasiones aun dentro del rebaño de Cristo. El Apóstol está encadenado; la envidia y la traición de los falsos hermanos aumenta sus males. Pero la alegría domina en su corazón por encima de los padecimientos porque ha llegado ya a la plenitud del amor, en que el dolor da vida a la divina caridad. Para él Jesucristo es su vida y la muerte una ganancia; entre la muerte, que respondería al más íntimo deseo de su corazón entregándole a Cristo, y la vida que multiplica sus méritos y el fruto de sus obras, no sabe qué escoger. Y, en efecto, ¿qué pueden en él las consideraciones personales? Su actual alegría, su alegría futura, consiste en que Cristo sea conocido y glorificado, y poco le importa de qué manera. No se equivocará en su esperanza, ya que la vida y la muerte terminarán por glorificar a Cristo en su carne[1].

---

[1] *Flp.*, I, 15-20.

LA ORACIÓN DE SAN PABLO. — Así se explica la indiferencia sublime en que está el alma de San Pablo, indiferencia que es la cumbre de la vida cristiana, y que no se parece nada, claro está, al nirvana fatal en el que pretendieron los falsos místicos del siglo XVII encerrar el amor. A pesar de la altura a que ha llegado en el camino de la perfección, ¡qué ternura prodiga a sus hermanos el convertido de Damasco! *Dios es testigo,* dice, *de la ternura con que os amo a todos en las entrañas de Jesucristo* [1]. La aspiración que le llena y absorbe [2] es que Dios, que ha comenzado en ellos la *obra buena* por excelencia, la obra de la perfección del cristiano que tiene su fin en el Apóstol, la continúe y la termine en todos para el día en que aparezca Cristo en su gloria [3]. Ruega para que la *caridad,* esta veste nupcial de los benditos del Padre que él ha desposado con el único Esposo [4], los rodee de resplandor sin igual en el gran día de las bodas eternas [5].

EL LIBERALISMO. — Ahora bien, el medio de que se desarrolle en ellos la caridad de un modo seguro, consiste en que crezca en la *inteligencia y en la ciencia* de la salvación, es decir, en la fe; la fe, en efecto, es la que pone la base de

---

1 *Flp.,* I, 8.
2 *Filp.,* I, 24-27.
3 *Col.,* III, 4.
4 *Rom.,* VIII, 28; *II Cor.,* XI, 2.
5 Durand, *Racional,* VI, 139.

toda justicia sobrenatural. Una fe menguada, desde luego, sólo puede producir una caridad limitada. ¡Cuánto se engañan, por tanto, los hombres que no se cuidan de que la verdad revelada vaya a la par con el amor! Su cristianismo se reduce a creer lo menos posible, a proclamar lo inoportuno de nuevas definiciones, a reducir constante y científicamente el horizonte sobrenatural por miramientos con el error. La caridad, dicen, es la reina de las virtudes; ella les sugiere hasta el modo de manejar la mentira; reconocer para el error iguales derechos que para la verdad, es para ellos la última palabra de la civilización cristiana, que se funda en el amor. Y pierden de vista que el primer objeto de la caridad es Dios, verdad sustancial, y olvidan también que no se hace acto de amor colocando a igual nivel el objeto amado y a su enemigo mortal.

INTEGRIDAD DE LA FE. — No lo entendían así los Apóstoles: para hacer germinar la caridad en el mundo, sembraban en él la verdad. Todo nuevo rayo de luz servía en el alma de sus discípulos para el amor; y estos discípulos, al convertirse ellos también *en luz* en el santo bautismo [1], en nada ponían tanto empeño como en no hacer pacto con las tinieblas. Renegar de la verdad, en esos tiempos, era el crimen más grande; exponerse por descuido a menguar sus dere-

---

1 *Ef.*, V, 8.

chos en lo más mínimo, era una suma imprudencia [1]. El cristianismo había encontrado al error dueño del mundo; ante la noche que inmovilizaba en la muerte a la raza humana, el único procedimiento de salvación que conoció fué hacer brillar la luz; ni tuvo más política que la de proclamar el poder de la verdad sola para salvar al hombre y de afirmar sus derechos exclusivos a reinar en el mundo. Este fué el triunfo del Evangelio después de tres siglos de lucha encarnizada y violenta de parte de las tinieblas, que se creían soberanas y que como tales querían continuar; de lucha serena y radiante de parte de los cristianos, cuya sangre derramada hacía crecer el contento, consolidando en el mundo el reino simultáneo del amor y de la verdad.

Hoy, por la convivencia de los bautizados, el error vuelve a sus pretendidos derechos y la caridad de muchísimos, por lo mismo, ha disminuído [2]; la noche se extiende otra vez sobre un mundo glacial y agonizante. La línea de conducta de los *hijos de la luz* [3] sigue siendo la misma que en los días primeros. Sin inquietudes ni temores, contentos de sufrir por Jesucristo, como sus mayores y como los apóstoles [4], conservan como algo muy querido la palabra de vida [5];

---

[1] *Ef.*, 15, 17.
[2] *S. Mateo*, XXIV, 12.
[3] *Ef.*, V, 8.
[4] *Flp.*, I, 28-30.
[5] *Ibid.*, II, 16.

pues saben que, mientras en el mundo exista un rayo de esperanza, emanará de la verdad.

Canta el Gradual la dulce y fuerte unidad que reina y se conservará en la Iglesia hasta el fin mediante el amor; a su aumento nos exhorta la Epístola, como lo recomendaba cual único medio de salvación para el día del juicio, el Evangelio que antiguamente se leía en este Domingo.

GRADUAL

¡Qué bueno y deleitoso es habitar como hermanos unidos! ℣. Como el ungüento en la cabeza, que se escurre hasta la barba, hasta la barba de Aarón.

Aleluya, aleluya. ℣. Los que temen al Señor, esperan en El, que es su ayudador y su protector, Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., XXII, 15-21).

En aquel tiempo, yendo los fariseos, tuvieron consejo para sorprender a Jesús en sus palabras. Y le enviaron sus discípulos, con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres veraz, y que enseñas de veras el camino de Dios y no te preocupas de nadie: porque no miras la persona de los hombres: dinos, pues, qué te parece: ¿es lícito dar tributo al César, o no? Pero Jesús, conocida la maldad de ellos, dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Y ellos le presentaron un denario. Y díjoles Jesús: ¿De quién es esta imagen, y esta inscripción? Dijéronle: Del César. Entonces les dijo El: Dad, pues, al César lo que es del César; y a Dios, lo que es de Dios.

LECCIONES DE PRUDENCIA. — Se diría que la penuria de las verdades ha de ser el peligro más especial de los últimos tiempos, ya que la Iglesia, en estas semanas que tienen por fin hacernos presentes los últimos días del mundo, nos encamina continuamente hacia la prudencia del entendimiento como a la gran virtud que entonces debe resguardar a sus hijos. El Domingo volvía a poner en sus manos como arma defensiva el escudo de la fe, y como arma ofensiva la palabra de Dios; ocho días antes se les recomendaba [1] la circunspección de la inteligencia para conservar, en los días malos, su santidad fundada en la verdad [2] y su riqueza apoyada en la ciencia [3]. Hoy, en la Epístola, se les proponían una vez más la inteligencia y la ciencia, como suficientes por sí mismas para aumentar su amor y perfeccionar la obra de su santificación para el día de Cristo. El Evangelio concluye oportunamente estas lecciones del Apóstol con el relato de un hecho sacado de la historia del Salvador, y las da la autoridad que lleva siempre consigo todo ejemplo que procede de la vida del divino modelo de la Iglesia. Y, en efecto, Jesucristo se nos manifiesta aquí como ejemplo de los suyos en los lazos que las intrigas de los malvados tienden a su buena fe.

---

1 Epístola del Domingo XX.
2 Epístola del Domingo XIX.
3 Epístola del Domingo XVIII.

EL TRIBUTO AL CÉSAR. — Era el último día de las enseñanzas públicas del Hombre Dios, la víspera casi de su salida de este mundo [1]. Sus enemigos, tantas veces desenmascarados en sus astucias, intentaron un esfuerzo supremo. Los Fariseos, que no reconocían el poder del César y su derecho al tributo, se unieron con sus adversarios, los partidarios de Herodes y de Roma, para poner a Jesús la cuestión insidiosa: *¿Está, o no, permitido pagar el tributo al César?* Si la respuesta del Salvador era negativa, incurría en la cólera del príncipe; si afirmativa, perdía todo crédito en el ánimo del pueblo. Jesús, con su divina prudencia, desconcertó sus ardides. Los dos partidos, unidos tan extrañamente por la pasión, se negaron a entender el oráculo que podía unirlos en la verdad, y sin duda ninguna, al poco tiempo volvieron a sus querellas. Pero la coalición que contra el Justo se formó, se había roto; el esfuerzo del error, como siempre, se había vuelto contra ella; y la palabra que esa coalición había suscitado pasando de los labios del Esposo a los de la Esposa, no dejaría ya de resonar en este mundo, en el que esa palabra forma la base del derecho social entre las naciones.

LA AUTORIDAD VIENE DE DIOS. — *Dad al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios,* repetían los Apóstoles; y, al proclamar muy alto

[1] Martes Santo.

que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres, añadían: "Sométase toda alma a los poderes superiores; pues no hay poder que no derive de Dios, y los que existen, Dios los ha establecido. Por consiguiente, el que resiste al poder, resiste al orden establecido por Dios, y se atrae la condenación. Sed, pues, sumisos, porque es necesario, sumisos no sólo por el sentimiento del temor, sino también por el deber de la conciencia. Por la misma razón pagáis los tributos a los príncipes, porque son los ministros de Dios."

La voluntad de Dios [1], esa es la fuente y la verdadera grandeza de toda autoridad entre los hombres. El hombre, por sí mismo, no tiene derecho a mandar a su semejante. El número no altera en nada esta impotencia de los hombres sobre mi conciencia, ya que, muchos o pocos, por naturaleza soy igual a cada uno de ellos, y añadir los derechos que cada uno tiene sobre mí, es lo mismo que añadir la nada. Pero Dios, al querer que los hombres vivan en sociedad, por lo mismo quiso también que al frente hubiese un poder encargado de reducir las múltiples voluntades a la unidad del fin social. Da también a los acontecimientos que su providencia dirige, y hasta a los hombres en los orígenes de las sociedades, una gran amplitud para determinar la forma en que se debe ejercer el poder civil y su modo de transmisión. Pero, una

[1] *I S. Pedro,* II, 15.

vez investidos regularmente, los depositarios soberanos del poder sólo dependen de Dios en la esfera de las atribuciones legítimas, porque de él solo les viene el poder y no de sus pueblos, que no se le podrían otorgar porque ellos tampoco le poseen. Mientras cumplan las condiciones del pacto social, o no conviertan en ruina de la sociedad el poder que recibieron para su bien, el derecho que tienen a la obediencia es el mismo de Dios: ya recauden los tributos necesarios a su gobierno, ya restrinjan con las leyes que dan ellos en el comercio ordinario de la vida la libertad que permite el derecho natural, ya también publiquen edictos que lanzan al soldado en defensa de la patria a una muerte segura. En todos estos casos, es el mismo Dios quien manda por ellos y quiere ser obedecido: desde este mundo pone la espada en sus manos para castigo de los rebeldes [1]; El mismo castigará eternamente en el otro a los que no se hayan corregido.

La ley obliga. — ¡Cuán grande es, pues, esta dignidad de la ley humana, que hace del legislador el vicario mismo de Dios, a la vez que evita al súbdito la humillación de rebajarse ante otro hombre! Mas, para que la ley *obligue* y sea verdaderamente *ley*, es natural que ante todo debe conformarse con las prescripciones y prohibiciones del Ser supremo, cuya sola voluntad

1 *Rom.*, XIII, 4.

puede darla su carácter augusto, haciéndola entrar en el dominio de la conciencia. Por esta razón no puede existir en el mundo una ley contra Dios, contra su Ungido o su Iglesia. Desde el momento en que Dios no esté con el hombre que manda, el poder de ese hombre sólo es una fuerza brutal. El príncipe o la asamblea que pretenda reglamentar las costumbres, la vida moral de un país en contra de Dios, merece la oposición y el desprecio de las personas valientes; llamar con el nombre sagrado de ley a esas lucubraciones tiránicas es una profanación indigna de un cristiano y de todo hombre libre.

La Antífona del Ofertorio y sus antiguos versículos hacen referencia, igual que el Introito, al tiempo de la última persecución. Las palabras están tomadas de la oración de Ester en el momento de presentarse ante Asuéro para luchar contra Amán, figura del Anticristo. Ester es figura de la Iglesia.

OFERTORIO

Acuérdate de mí, Señor, que dominas sobre todo poder: y pon en mi boca la palabra justa, para que agraden mis palabras al príncipe.

℣.—*Acuérdate que me he presentado ante ti.*

℣.—*Convierte su corazón en odio de nuestros enemigos y de sus cómplices; y líbranos por tu poderosa mano, tú, que eres nuestro Dios para siempre.*

℣.—*Rey de Israel, escúchanos, tú, que guías a José como a una oveja.*

—Acuérdate de mí, Señor.

La garantía más segura contra la adversidad es la ausencia del pecado en las almas, pues el pecado despierta la cólera de Dios y pide venganza. Digamos con la Iglesia en la Secreta:

SECRETA

Haz, oh Dios misericordioso, que esta saludable oblación nos libre incesantemente de nuestras culpas, y nos proteja contra toda adversidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Antífona de la Comunión nos hace notar, para después imitar, la perseverancia y la solicitud de las súplicas de la Santa Madre Iglesia.

COMUNION

Clamo porque tú me oyes, oh Dios: inclina tu oído, y escucha mis palabras.

Al celebrar en los Misterios la memoria del Salvador según recomendación suya, no debemos perder de vista que estos Misterios sagrados son también el refugio de nuestra miseria. Sería una presunción o una locura no pensar utilizarlos en la oración, como en la Poscomunión hace la Iglesia.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los dones de tu sagrado Misterio, suplicándote humildemente hagas que, lo que nos mandaste celebrar en recuerdo tuyo, se convierta en remedio de nuestra enfermedad. Tú, que vives.

VIGESIMOTERCERO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

Los años en que el número de Domingos después de Pentecostés no pasa de veintitrés, se toma hoy la Misa del veinticuatro y último Domingo, y la señalada para el veintitrés se dice el Sábado de la semana anterior o el día más próximo que no se halla impedido por alguna fiesta doble o semidoble.

Pero, en todo caso, el Antifonario se termina hoy; el Introito, el Gradual, el Ofertorio y la Comunión que van a continuación, se deberán repetir todos los Domingos sucesivos, más o menos numerosos, según los años, hasta Adviento. En tiempo de San Gregorio el Adviento era más largo que hoy y, por eso, sus semanas se anticipaban a parte del Ciclo ocupada ahora por los últimos Domingos después de Pentecostés. Así se explica la penuria de formularios para las misas dominicales después del Domingo vigésimotercero.

La antigua Misa del Domingo veintitrés.—La Iglesia, sin perder de vista antiguamente, aun en este Domingo, el desenlace final de la historia del mundo, volvía su pensamiento hacia la llegada ya próxima del tiempo consagrado a preparar

a sus hijos a la gran fiesta de Navidad. Para Epístola, se leía el pasaje siguiente de Jeremías, que más tarde sirvió en diversos lugares para la Misa del primer Domingo de Adviento: "He aquí que el día llega, dice el Señor, y suscitaré a David una raza justa. Reinará un Rey que será sabio y hará justicia y juicio en la tierra. En estos días Judá será salvo e Israel habitará en paz; el nombre que darán a este Rey será: *Señor, nuestra justicia*. Por lo cual llega el tiempo, dice el Señor, en que ya no se dirá: *Vive el Señor, que sacó de la tierra de Egipto a los Hijos de Israel,* sino: *Vive el Señor, que sacó y llevó al linaje de Israel de la tierra del aquilón y de todas las otras a que los arrojó y los hizo habitar en su propia tierra*[1].

La conversión de los Judíos. — Este pasaje, como se ve, se aplica muy bien y por igual a la conversión de los Judíos y a la restauración de Israel anunciada para los últimos tiempos. A su luz explican toda la Misa del Domingo vigésimotercero después de Pentecostés los liturgistas más ilustres de la Edad Media. Mas, para comprenderlos bien, hay que considerar que el Evangelio del Domingo vigésimotercero fué primitivamente el de la multiplicación de los cinco panes. Cedamos la palabra al piadoso y profundo Abad Ruperto, quien nos enseñará mejor

---

1 *Jeremías,* XXIII, 5-8.

que nadie el misterio de este día, en que terminan los acentos, tan variados hasta ahora, de las melodías gregorianas.

"La santa Iglesia, dice, pone tanto celo en hacer súplicas, oraciones y acciones de gracias por todos los hombres, como pide el Apóstol [1], que se la ve dar gracias también por la salvación futura de los hijos de Israel, los cuales sabe ella tendrán un día que unirse a su cuerpo. Y, en efecto, como al fin del mundo se salvará el resto de ese pueblo [2], la Iglesia se felicita de ello como de futuros miembros. Recordando las profecías que a ellos se refieren, canta en el Introito todos los años: *El Señor dice:* Mis pensamientos *son pensamientos de paz y no de aflicción.* Y, en efecto, todos sus pensamientos son pensamientos de paz, puesto que promete admitir al banquete de su gracia a los Judíos hermanos suyos según la carne, realizando lo que había sido figura en la historia del patriarca José. Los hermanos de éste, que le habían vendido, vinieron a él, acosados por el hambre, cuando ya sus dominios se extendían por toda la tierra de Egipto; los reconoció y recibió e hizo con ellos un gran banquete: del mismo modo Nuestro Señor, al reinar sobre todo el mundo y alimentar con abundancia del pan de vida a los Egipcios, es decir, a los Gentiles, verá que los que quedan de los hijos de Israel vuelven a El; recibidos en

---

[1] *I Tim.*, II, 1.
[2] *Rom.*, IX, 27.

la gracia de Aquel a quien ellos negaron y dieron muerte, los sentará a su mesa, y el verdadero José beberá en abundancia y con gozo entre sus hermanos.

"El beneficio de esta mesa divina se significa en el Evangelio del Oficio del Domingo, en aquel paso que cuenta cómo el Señor alimentó a la multitud con cinco panes. Entonces, en efecto, abrirá Jesús para los Judíos los cinco libros de Moisés, llevados ahora como panes enteros y aún no partidos, por un niño, es decir, por este mismo pueblo que continúa todavía en la pobreza de espíritu de la infancia.

"Entonces se cumplirá el oráculo de Jeremías, tan a propósito puesto antes de este Evangelio; ya no se dirá más: *Vive el Señor, que ha sacado a los hijos de Israel de la tierra de Egipto,* sino: *Vive el Señor, que los ha traído de la tierra del aquilón y de todas en las que estaban dispersos.*

"Libertados, pues, de la cautividad espiritual en que ahora yacen, del fondo del alma cantarán la acción de gracias señalada en el Gradual: *Tú, oh Señor, nos has libertado de los que nos perseguían.*

"La súplica del Ofertorio en la que decimos: *Del fondo del abismo he clamado a Ti, Señor,* responde manifiestamente también a las mismas circunstancias. Pues, en ese día, sus hermanos dirán al grande y verdadero José: *Te*

conjuramos que olvides el crimen de tus hermanos [1].

"La Comunión: *En verdad, os lo digo, todo cuanto pidiereis en vuestras oraciones,* y lo demás que sigue, que es la respuesta de este mismo José, que decía, como antiguamente el primero [2]: "No temáis. Vosotros habíais pensado hacerme daño, pero Dios lo convirtió en bien, a fin de encumbrarme como lo estáis viendo y salvar a muchos pueblos. No temáis, pues: yo os alimentaré a vosotros y a vuestros hijos" [3].

MISA

El Abad Ruperto nos acaba de explicar el Introito. Está tomado de Jeremías [4], como la antigua Epístola de este Domingo.

INTROITO

Dice el Señor: Yo pienso pensamientos de paz y no de aflicción: me invocaréis, y yo os escucharé: y os haré volver de vuestra cautividad en todos los lugares. — *Salmo:* Bendijiste, Señor, tu tierra: redimiste la cautividad de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

La petición del perdón se repite de continuo en la boca del pueblo cristiano, porque la fragilidad de la naturaleza hasta al justo le arrastra

---

1 *Gen.,* L, 1-7.
2 *Ibid.,* L, 19-21.
3 Ruperto, *De los Divinos Oficios,* XXII, 23.
4 *Jeremías,* XXIX.

continuamente en este mundo[1]. Dios conoce nuestra miseria; su perdón no tiene fin, pero a condición de la humilde confesión de nuestras faltas y de la confianza en su bondad. Tales son los sentimientos que expresa la Iglesia en la Colecta del día.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, perdones los delitos de tus pueblos: para que, por tu benignidad, nos libremos de los lazos de los pecados, que hemos contraído por nuestra fragilidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Filipenses (Flp., III, 17-21; IV, 1-3).

Hermanos: Sed imitadores míos, y contemplad a los que caminan conforme al modelo que tenéis de mí. Porque hay muchos, de quienes os hablé muchas veces (y ahora lo repito llorando), que caminan como enemigos de la cruz de Cristo: cuyo fin será la muerte: cuyo Dios es el vientre: y su gloria será su confusión, porque sólo aman lo terreno. En cambio, nuestra conversación está en los cielos: de donde esperamos al Salvador, a Nuestro Señor Jesucristo, el cual transformará nuestro humilde cuerpo, haciéndolo semejante a su cuerpo glorioso, por el poder que tiene de someter a sí todas las cosas. Por tanto, hermanos míos carísimos y deseadísimos, gozo mío, y corona mía: permaneced así en el Señor, carísimos. Ruego a Evodia y suplico a Síntique que sientan lo mismo en el Señor. También te ruego a ti, fiel hermano, las ayudes a ellas, pues trabajaron conmigo en el Evangelio, junto con Clemente y los demás colaboradores míos, cuyos nombres están en el libro de la vida.

---

1 *Prov.*, XXIV, 16.

EL BUEN EJEMPLO. — La Iglesia es un templo admirable que se levanta a gloria del Altísimo con el concurso de las piedras vivas que han de entrar en sus muros [1]. La construcción de estas murallas sagradas según un plan preconcebido por el Hombre-Dios, es obra de todos. Lo que uno hace por medio de la palabra [2], otro lo hace con el ejemplo [3]; pero los dos construyen, los dos *edifican* la ciudad santa; y del mismo modo que en tiempo de los Apóstoles, la edificación por el ejemplo gana a la otra en eficacia si la palabra no se apoya en la autoridad de una vida conforme al Evangelio. Pero, como el edificar a los que le rodean es para el cristiano una obligación que se funda a la vez en la caridad hacia el prójimo y en el celo de la casa de Dios, así tiene que buscar en otro, si no quiere pecar de presumido, la edificación para sí mismo. La lectura de libros buenos, el estudio de la vida de los santos, la *observación,* según la expresión de nuestra Epístola, la observación respetuosa de los buenos cristianos que viven a su lado, le servirán de mucha ayuda en la obra de la santificación personal y en el cumplimiento de los designios que Dios tiene sobre él.

Esta relación de pensamientos con los elegidos de la tierra y del cielo nos apartará de los malos *que rechazan la cruz de Jesucristo* y

---

1 *Ef.,* II, 20-22.
2 *I Cor.,* XIV, 3.
3 *Rom.,* XIV, 19.

sólo piensan en las satisfacciones vergonzosas de los sentidos. Ella, en verdad, centrará *nuestra conversación en los cielos*. Y esperando el día, que ya está próximo, de la venida del Señor, *permaneceremos firmes en él,* a pesar del mal ejemplo de tantos desgraciados arrastrados por la corriente que lleva al mundo a su perdición. La angustia y los padecimientos de los últimos tiempos sólo conseguirán aumentar en nosotros la santa esperanza; pues despertarán cada vez más en nosotros el deseo del momento solemne en que el Señor se aparecerá para terminar la obra de la salvación de los suyos, revistiendo también nuestra carne del resplandor de su cuerpo divino. Estemos unidos, como lo pide el Apóstol, y en lo demás: *Regocijaos siempre en el Señor*, escribe a sus queridos Filipenses; "otra vez os lo digo, regocijaos: el Señor está cerca" [1].

GRADUAL

Nos libraste, Señor, de los que nos afligían: y confundiste a los que nos odiaron. ℣. Nos gloriaremos en Dios todo el día, y alabaremos tu nombre por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración, Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., IX, 18-26).

En aquel tiempo, hablando Jesús a las turbas, he aquí que se acercó un príncipe, y le adoró, diciendo:

---

1 *Flp.,* IV, 4-5.

Señor, mi hija acaba de morir: pero ven, pon sobre ella tu mano, y vivirá. Y, levantándose Jesús, le siguió, y también sus discípulos. Y he aquí que una mujer, que padecía flujo de sangre desde hacía doce años, se acercó por detrás, y tocó la orla de su vestido. Porque decía dentro de sí: Si tocare solamente su vestidura, sanaré. Pero Jesús, volviéndose, y viéndola, dijo: Confía, hija, tu fe te ha salvado. Y sanó la mujer desde aquel instante. Y, habiendo llegado Jesús a la casa del príncipe, cuando vió a los flautistas, y a la multitud agrupada, dijo: Apartaos: porque la niña no esta muerta, sino que duerme. Y se burlaron de El. Y, arrojada la muchedumbre, entró, y tomó su mano. Y resucitó la niña. Y se divulgó la nueva por toda aquella región.

Aunque la elección de este Evangelio para hoy no remonta en todas partes a gran antigüedad, cuadra bien con la economía general de la santa Liturgia y confirma lo que dijimos del carácter de esta parte del año. San Jerónimo nos enseña, en la Homilía del día, que la hemorroísa que curó el Salvador figuró a la gentilidad, y que la nación judía está representada en la hija del príncipe de la sinagoga. Esta no debía volver a la vida hasta el restablecimiento de la primera; y tal es precisamente el misterio que celebramos estos días, en que la totalidad de las naciones reconocen al médico celestial, y la ceguera que padeció Israel cesa también al fin.

Los caminos de Dios. — Qué misteriosos y a la vez qué suaves y fuertes se nos presentan los

designios de la Sabiduría Eterna [1], desde esta altura en que nos hallamos, desde este punto en que el mundo, llegado al término de su destino, parece que sólo va a zozobrar un instante para desprenderse de los impíos y desplegarse de nuevo transformado en luz y amor. El pecado, desde un principio, rompió la armonía del mundo arrojando al hombre fuera de su camino. Una sola nación había atraído sobre sí la misericordia, mas, al aparecer sobre ella como sobre una privilegiada la luz, se advirtió mejor la oscuridad de la noche en que el género humano se hallaba. Las naciones, abandonadas a su agotadora miseria, veían que las atenciones divinas eran para Israel, a la vez que sentían sobre sí cada vez más gravoso el olvido. Al cumplirse los tiempos en que el pecado original iba a ser reparado, pareció que también entonces se iba a consumar la reprobación de los gentiles; pues se vió a la salvación, bajada del cielo en la persona del Hombre-Dios, dirigirse exclusivamente hacia los Judíos y las ovejas perdidas de la casa de Israel [2].

La salvación de los gentiles. — Con todo, la raza generosamente afortunada, cuyos padres y príncipes primeros con tanto ardor habían solicitado la llegada del Mesías, no se encontraba ya a la altura en que la habían colocado los pa-

1 *Sag.*, VIII, 1.
2 *S. Mateo*, XV, 24.

triarcas y santos profetas. Su religión tan bella, fundada en el deseo y la esperanza, ya no era más que una expectación estéril que la incapacitaba para dar un paso adelante en busca del Salvador; su ley muy incomprendida, después de tenerla inmovilizada, terminaba por asfixiarla con las ataduras de un formalismo sectario. Ahora bien, mientras ella, a pesar de su culpable indolencia, se figuraba en su orgullo celoso conservar la herencia exclusiva de los favores de lo alto, la gentilidad, cuyo mal siempre en aumento la inducía a buscar un libertador, la gentilidad, digo, reconoció en Jesús al Salvador del mundo, y la confianza con que se adelantó la valió ser curada la primera. El desprecio aparente del Señor sólo sirvió para fortalecerla en la humildad, cuyo poder penetra los cielos [1].

La salvación de los Judíos. — Israel tenía también que esperar. Como lo cantaba en el Salmo: *Etiopía se había adelantado a tender sus manos la primera hacia Dios* [2]. En los padecimientos de un abandono prolongado, tuvo Israel que volver a encontrar la humildad, gracias a la cual merecieron sus padres las promesas divinas y podía él mismo merecer su cumplimiento. Pero hoy, la palabra de salvación ha resonado por todas las naciones, salvando a cuantos debían serlo. Jesús, retrasado en su ca-

---

1 *Ecl.*, XXXV, 21.
2 Salmo LXVII, 32.

mino, llega al fin a *la casa* a la que se dirigen sus pasos, a esta casa de Judá, donde perdura aún la apatía de la hija de Sión. Su omnipotencia misericordiosa aparta de la pobre abandonada a aquella turba confusa de los falsos doctores y a los profetas de la mentira que la tenían adormecida con los acentos de sus palabras vanas; arroja lejos de ella para siempre a esos insultadores de Cristo que pretendían retenerla muerta. Tomando la mano de la enferma, la devuelve a la vida con todo el esplendor de su primera juventud; así prueba de modo bien claro que su muerte aparente sólo era un sueño, y que la sucesión de los siglos no podía prevalecer contra la palabra dada por Dios a Abraham, su servidor [1].

OFERTORIO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración: desde lo profundo clamo a ti, Señor.

El cumplimiento del servicio que debemos a Dios es, en sí, muy inferior a la Majestad soberana; pero el Sacrificio que diariamente forma parte de él, le ennoblece hasta el infinito y suple a los méritos que nos faltan, como lo expresa la Secreta de este Domingo.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, este sacrificio de alabanza para corroborar nuestra servidumbre: a fin de que, lo que

[1] *S. Lucas*, I, 54-55.

has concedido a los indignos, lo completes propicio. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

En verdad os digo: Todo lo que pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y se os concederá.

Admitidos a participar de la vida divina en los Misterios sagrados, pedimos al Señor que no nos veamos expuestos a los peligros de este mundo. Digamos con la Iglesia:

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, no permitas que sigan espuestos a los peligros humanos aquellos a quienes haces gozar de tu divina participación. Por Nuestro Señor Jesucristo.

VIGESIMOCUARTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES

El fin del Año Litúrgico. — El número de Domingos después de Pentecostés puede pasar de veinticuatro y llegar hasta veintiocho, según que la Pascua se acerque más o menos, en los diversos años, al equinoccio de primavera. Pero la Misa que sigue se reserva siempre para el último; el intervalo se llena, si le hay, con los varios, más o menos, Domingos después de Epifanía, que en este caso no se usaron al princi-

pio del año. Pero esto debe entenderse exclusivamente de las Oraciones, Epístolas y Evangelios: pues, como ya dijimos, el Introito, Gradual, Ofertorio y Comunión son hasta el fin los mismos que los del Domingo veintitrés.

La Misa del Domingo vigésimotercero. — Ya hemos visto que esta Misa del Domingo era considerada verdaderamente por nuestros antepasados como la última del Ciclo. El Abad Ruperto nos ha explicado el profundo sentido de sus diversas partes. Según la doctrina que tuvimos ocasión de meditar anteriormente, la reconciliación de Judá se nos presenta en ella como término de las intenciones divinas en el tiempo; las últimas notas de la Sagrada Liturgia se han mezclado en ella con la última palabra de Dios en la historia del mundo. El fin que la eterna Sabiduría pretendió en la creación y que misericordiosamente prosiguió después de la caída con la redención, está conseguido en efecto y de modo completo; porque este fin no fué otro sino la unión divina con el género humano, verificada en la unidad de un solo cuerpo [1]. Ahora que los dos pueblos enemigos, gentil y judío, quedan unidos *en un solo hombre nuevo,* en su cabeza Jesucristo [2], los dos Testamentos que tan hondamente señalaron a través de los siglos la distinción de los tiempos viejos y

1 *Ef.,* II, 16.
2 *Ibid.,* 15.

nuevos, se borran a sí mismos para dar lugar a los esplendores de la eterna alianza.

La Misa de este día. —La Iglesia, pues, detenía antiguamente aquí la marcha de su Liturgia. Estaba contenta de haber llevado a sus hijos, no sólo a penetrar de esta forma en el desarrollo completo del pensamiento divino, sino también y principalmente a unirse de esa manera con el Señor en una verdadera unión, mediante la comunidad de intentos, de intereses y de amor. Tampoco volvía ya a anunciar la segunda venida del Hombre-Dios y el juicio final, que hizo durante el Adviento objeto de sus meditaciones al empezar la vía purgativa. Sólo después de siglos, queriendo dar al Ciclo una conclusión más precisa y más al alcance de los cristianos de nuestros días, se decidió a terminarlo con el relato profético de la tremenda venida del Señor, que da fin al tiempo y principio a la eternidad. Como San Lucas ya desde tiempo inmemorial es el encargado de anunciar esta terrible venida en los días del Adviento, se escogió el Evangelio de San Mateo para describirla de nuevo y más ampliamente en el último Domingo después de Pentecostés.

MISA

INTROITO

Dice el Señor: Yo pienso pensamientos de paz y no de aflicción: me invocaréis, y yo os escucharé: y

os haré volver de vuestra cautividad en todos los lugares. — *Salmo:* Bendijiste, Señor, tu tierra: redimiste la cautividad de Jacob. ℣. Gloria al Padre.

La práctica de las buenas obras nos hace alcanzar con la ayuda de la gracia una gracia mayor. Pidamos con la Iglesia, en la Colecta, una acción eficaz de este divino motor sobre nuestras voluntades.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, excites la voluntad de tus fieles: para que, buscando con más diligencia el fruto de buenas obras, reciban de tu misericordia mayores remedios. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. San Pablo a los Colosenses (Col., I, 9-14).

Hermanos: No cesamos de orar por vosotros, y de pedir que seáis llenados del conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría y toda inteligencia espiritual: para que caminéis dignamente, agradando a Dios en todo: fructificando en toda clase de obras buenas y creciendo en la ciencia de Dios: confirmándoos en toda virtud según el poder de su claridad, en toda paciencia y longanimidad, con gozo, dando gracias al Dios Padre, que nos hizo dignos de participar de la herencia de los Santos en la luz: que nos arrancó del poder de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual poseemos la redención, por su sangre, la remisión de los pecados.

Acción de gracias. — Acción de gracias y oración es el resumen de nuestra Epístola y la conclusión digna de las instrucciones del Apóstol

y de todo el Ciclo de la sagrada Liturgia. El Doctor de las naciones no ha desmayado en la tarea que la Madre común le confió; no es culpa suya el que las almas cuyo guía quiso ser desde el día siguiente al de la venida del Espíritu de amor, no hayan llegado a las cumbres de perfección que soñaba para todas ellas. De hecho, los cristianos que han sido fieles en caminar por la senda que hace un año viene mostrándoles la Santa Madre Iglesia, saben ahora, por haberlo dichosamente experimentado, que ese camino de salvación va a parar de modo seguro a la vida de *unión,* donde reina como soberana la caridad divina. ¿En qué hombre, además, por poco que haya dominado a su inteligencia y a su corazón el interés que presenta el desarrollo de las estaciones litúrgicas, en qué hombre, digo, no ha aumentado al mismo tiempo la luz? Pues la luz es el elemento indispensable *que nos arranca del imperio de las tinieblas y nos traslada,* con la ayuda de Dios Altísimo, al reino *de su amadísimo Hijo.* La obra de la redención que este Hijo de su amor vino a realizar en el mundo, no ha podido menos de adelantar en todos los que se han asociado de una forma o de otra a los pensamientos de la Iglesia, desde las semanas de Adviento hasta estos últimos días del Ciclo Litúrgico. Por eso, todos, cualesquiera que seamos, debemos dar gracias al Padre de las luces [1], *que nos ha hecho*

[1] *Santiago,* I, 17.

dignos de tener una parte, por minúscula que sea, *en la herencia de los santos.*

SÚPLICA. — Pero todos también tenemos que rogar, en una u otra medida, para que el *don excelente* [1] depositado en nuestros corazones crezca con el nuevo año litúrgico a punto de empezar. El justo no puede permanecer estacionario aquí en este mundo; tiene que subir o bajar; y cualquiera que sea la altura a donde ya le subió la gracia, debe subir siempre más y más [2] mientras esté en esta vida. Los Colosenses, a los que se dirigía el Apóstol, habían recibido totalmente el Evangelio; la palabra de verdad sembrada entre ellos fructificaba allí de modo admirable en la fe, la esperanza y el amor [3]: pues bien, lejos de servir de ocasión para aflojar en su solicitud hacia ellos, son precisamente sus progresos la razón *por la que* [4] San Pablo, que ya rogaba por ellos, *no cesa de hacerlo.* Roguemos, por tanto, nosotros también.

Pidamos a Dios que nos colme todavía y siempre de su divina Sabiduría y del Espíritu de inteligencia. Lo necesitamos para responder a sus intenciones misericordiosas. El año que va a comenzar reserva a nuestra fidelidad ascensiones nuevas tal vez laboriosas; pero serán recompensadas con horizontes nuevos en los jardines

1 *Santiago,* I, 17.
2 Salmo LXXXIII, 6.
3 *Col.,* I, 4-6.
4 *Ibíd.,* 9.

del Esposo, y una cosecha de frutos más abundantes y suaves. *Caminemos, pues, de una manera digna de Dios,* alegres y fuertes bajo de la mirada de su amor, por el camino ascendente que nos lleva al descanso sin fin de la visión beatífica.

GRADUAL

Nos libraste, Señor, de los que nos afligían: y confundiste a los que nos odiaron. ℣. Nos gloriaremos en Dios todo el día, y alabaremos tu nombre por los siglos.

Aleluya, aleluya. ℣. Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Mateo (Mat., XXIV, 15-34).

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Cuando viereis la abominación de la desolación predicha por el Profeta Daniel caer sobre el templo: el que lea, que entienda: entonces, los que estén en Judea, huyan a los montes: y el que esté en la terraza, no baje a tomar nada de su casa: y el que esté en el campo, no vuelva a tomar su túnica. Y ¡ay de las preñadas y de las que alimenten en aquellos días! Rogad, en cambio, para que vuestra fuga no sea en invierno, o en sábado. Porque habrá entonces una tribulación muy grande, como no ha existido ni existirá otra, desde el principio del mundo hasta hoy. Y, si no fuesen acortados aquellos días, no se salvaría nadie: pero, por amor de los elegidos, serán abreviados aquellos días. Si alguien os dijere entonces: Aquí o allí está el Cristo: no lo creáis. Porque surgirán seudocristos y seudoprofetas: y harán grandes milagros y prodigios, de tal modo que sean engañados (si fuese posible) los mismos elegidos. Ya os lo he predicho.

Si os dijeren, pues: Está en el desierto; no salgáis: Está escondido; no lo creáis. Porque, como el relámpago sale de Oriente y aparece al punto en Occidente, así será también la llegada del Hijo del hombre. Donde estuviere el cuerpo, allí se congregarán las águilas. Y, en seguida, después de la tribulación de aquellos días, el sol se oscurecerá, y la luna no lucirá, y las estrellas caerán del cielo, y los pilares del cielo se tambalearán: y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre: y entonces llorarán todas las tribus de la tierra: y verán al Hijo del hombre venir en las nubes del cielo con mucho poder y majestad. Y enviará sus Angeles con trompeta y con gran voz: y congregarán a sus elegidos de los cuatro vientos, desde lo más alto de los cielos hasta su extremo. Y aprended esta parábola de la higuera: cuando ya está tierna la rama, y han nacido las hojas, sabéis que está cerca el verano: así también vosotros, cuando viereis todas estas cosas, sabed que el Hijo del hombre está cerca, está a las puertas. En verdad os digo, que no pasará esta generación, hasta que se realice todo esto. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.

El juicio. — Muchas veces, a través de las semanas de Adviento, han sido tema de nuestras meditaciones las circunstancias que acompañarán a la última venida del Señor; dentro de pocos días, esas mismas enseñanzas van de nuevo a llenar nuestras almas de un temor saludable. Permítasenos hoy, con el deseo y la alabanza, volvernos hacia el Jefe que tiene que terminar la obra y señalar el triunfo de la hora solemne del juicio.

Oh Jesús, tú vendrás entonces a librar a tu Iglesia y vengar a Dios de los insultos que tanto

se han prolongado; ¡qué terrible será al pecador esa hora de tu llegada! Entonces comprenderá claramente que el Señor hizo todo para él, todo hasta el impío ordenado a dar gloria a su justicia en el día malo [1]. Conjurado el universo para perdición de los malvados [2], se resarcirá por fin de la esclavitud del pecado que le fué impuesta [3]. Los insensatos inútilmente gritarán a las montañas que los aplasten para librarse así de la mirada del que estará sentado en el trono [4]: el abismo se negará a tragarlos; y obedeciendo al que tiene las llaves de la muerte y del infierno [5], vomitará hasta el último de sus tristes habitantes al pie del terrible tribunal.

La alegría de los elegidos. — ¡Oh Jesús, Hijo del hombre, cuán grande nos parecerá tu poder, al verte rodeado de las falanges celestes [6], que forman tu lucida corte, juntar a los elegidos de los cuatro ángulos del universo! Pues también nosotros, tus redimidos, miembros tuyos ahora por haberlo sido de tu Iglesia muy amada, también nosotros estaremos allí ese día; y nuestro lugar ¡misterio inefable! será el que el Esposo reserva a la Esposa: tu trono [7], donde, sentados contigo, juzgaremos hasta a los mismos Ange-

1 *Prov.*, XVI, 4.
2 *Sab.*, V, 21.
3 *Rom.*, VIII, 21.
4 *Apoc.*, VI, 16.
5 *Ibíd.*, I, 18.
6 *Ibíd.*, XIX, 14.
7 *Ibíd.*, III, 21.

les [1]. Desde ahora, todos los benditos del Padre [2], esos elegidos cuya juventud se ha renovado tantas veces como la del águila al contacto de tu sangre preciosa [3], tienen ya preparados sus ojos para clavarlos sin pestañear en el Sol de justicia, cuando aparezca en el cielo. Con su hambre acrecida por el lento caminar del destierro, ¿quién podría detener su vuelo? ¿Qué fuerza sería capaz de romper la impetuosidad del amor [4] que los reunirá en el banquete de la Pascua eterna? Porque aquello será la vida y no la muerte, la destrucción de la antigua enemiga [5], la redención que llega hasta los cuerpos [6], el tránsito perfecto a la verdadera tierra prometida, en una palabra, *la Pascua,* esta vez real para todos y sin ocaso, anunciada por la trompeta del Angel sobre las tumbas de los justos. ¡Qué alegría sentirán entonces en aquel verdadero día del Señor [7] los que hayan vivido de Cristo por la fe y, sin verle, le hayan amado [8]! No obstante la debilidad de la carne fragil, oh Jesús, identificándose contigo, han continuado en el mundo tu vida de dolores y humillaciones; qué triunfo el suyo cuando, al verse libertados para siempre del pecado y revestidos de cuerpos

---

1 *I Cor.,* VI, 3.
2 *S. Mateo,* XXV, 34.
3 Salmo CII, 5.
4 *Cant.,* VIII, 6.
5 *I Cor.,* XV, 26.
6 *Rom.,* VIII, 23.
7 Salmo CXVII, 24.
8 *I S. Pedro,* I, 8.

inmortales, sean llevados a tu presencia para estar ya siempre con tu majestad [1].

EL TRIUNFO DE CRISTO. — Pero su gozo mayor consistirá sobre todo en asistir ese gran día a la exaltación de su amantísimo Capitán, cuando se haga público el poder que le fué concedido sobre toda carne [2]. Entonces aparecerás, oh Emmanuel, como el único príncipe de las naciones [3], haciendo añicos la cabeza de los reyes y poniendo a tus enemigos por escabel de tus pies [4]. Y entonces también juntos el cielo, la tierra y el infierno doblarán las rodillas [5] delante del Hijo del Hombre, que vino antes en forma de esclavo, fué juzgado, condenado y muerto entre criminales; y juzgarás, oh Jesús, a los jueces inicuos a quienes anunciaste esta venida sobre las nubes del cielo [6] cuando te hallabas en lo más profundo de tus humillaciones. Una vez terminada la tremenda sentencia los réprobos irán al suplicio eterno y los justos a la vida que no acaba [7]. Tu Apóstol nos dice que entonces vencedor de todos tus enemigos y rey indiscutible, pondrás en manos del Padre Eterno el reino conquistado a la muerte, como homenaje per-

---

1 *I Tes.*, IV, 16.
2 *S. Juan*, XVII, 2.
3 Salmo II.
4 Salmo CIX.
5 *Flp.*, II, 10.
6 *S. Mateo*, XXVI, 64.
7 *Ibid.*, XXV, 46.

fecto de la Cabeza y de los miembros [1]. Dios será todo en todos.

Será eso el cumplimiento de la oración sublime que nos enseñaste a los hombres [2] y que sale más ferviente cada día del corazón de tus fieles, cuando, dirigiéndose al Padre que está en los cielos, le piden incansables, a pesar de la apostasía general, *sea santificado su Nombre, venga a nos el su reino, y hágase su voluntad así en la tierra como en el cielo.* ¡Incomparable serenidad la de aquel día en que cesará la blasfemia y la tierra será un nuevo paraíso, purificada por el fuego del fango del pecado! ¿Qué cristiano no saltará de gozo esperando ese último día que dará comienzo a la eternidad? ¿Quién no tendrá en poco la agonía de la última hora, pensando que aquellos sufrimientos tan sólo significan, como dice el Evangelio, *que el Hijo del Hombre está ya muy cerca, a la puerta?*

¡VEN, SEÑOR, JESÚS! — Oh Jesús, despréndenos cada vez más de este mundo, cuya figura pasa [3] con sus tareas inútiles, sus glorias falsificadas y sus falsos placeres. Como en los días de Noé y como en Sodoma, según nos lo anunciaste, los hombres siguen comiendo y bebiendo y dejándose absorber por el tráfico y el placer; no pensar en la proximidad de tu venida, como

1 *I Cor.*, XV, 24-28.
2 *S. Mateo,* VI, 9.
3 *I Cor.*, VII, 31.

tampoco sus antepasados se preocuparon del fuego del cielo y del diluvio hasta el momento en que todos perecieron [1]. Dejémoslos gozarse y hacerse regalos mutuamente, como dice tu Apocalipsis, figurándose que Cristo y su Iglesia [2] son cosa pasada. Mientras de mil modos oprimen a tu ciudad santa y la imponen pruebas que antes no conoció, no tienen la menor idea de que contribuyen a las bodas de la eternidad; ya sólo la faltaban a la Esposa las joyas de estas pruebas nuevas y la púrpura esplendorosa con que la adornarán sus últimos mártires. En cuanto a nosotros, prestando atención a los ecos de la patria, percibimos la voz que sale del trono y que grita: "Alabad a nuestro Dios todos sus siervos y cuantos le teméis, pequeños y grandes, aleluya, porque Nuestro Señor, Dios todopoderoso, ha establecido su reino. Alegrémonos y regocigémonos, démosle gloria porque han llegado las bodas del Cordero y su Esposa está preparada" [3]. Un poco más de tiempo para que se complete el número de nuestros hermanos [4]; y te diremos juntamente con el Espíritu y la Esposa, con entusiasmo de nuestras almas, tanto tiempo sedientas: ¡"Ven, oh Jesús [5], ven a perfeccionarnos en el amor por la unión eterna, para gloria del

---

1 *S. Lucas,* XVII, 26-30.
2 *Apoc.,* XI, 10.
3 *Ibid.,* XIX, 5-7.
4 *Ibid.,* VI, 11.
5 *Ibid.,* XXII, 17.

Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, por los siglos sin fin"!

OFERTORIO

Desde lo profundo clamo a ti, Señor: Señor, escucha mi oración: desde lo profundo clamo a ti, Señor.

Pidamos al Señor en la Secreta que, al acercarse el último juicio, dirija hacia Sí todos los corazones y se digne reemplazar en nosotros los apetitos terrenales por los deseos y gustos del cielo.

SECRETA

Sé propicio, Señor, a nuestras súplicas: y, aceptadas las oblaciones y preces de tu pueblo, convierte a ti los corazones de todos nosotros; para que, libres de las ambiciones terrenas, nos llenemos de anhelos celestiales. Por Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

En verdad os digo: Todo lo que pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y se os concederá.

Ojalá el divino Sacramento, como lo pide la Iglesia en la Poscomunión, cure del todo por su virtud lo que pueda quedar todavía de vicioso en nuestras almas al fin de este año.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, hagas que, por medio de estos Sacramentos que hemos recibido, todo lo que haya de vicioso en nuestra alma, sea curado con el don de su medicamento. Por Nuestro Señor Jesucristo.

PROPIO DE LOS SANTOS

14 DE AGOSTO

VIGILIA DE LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

El cuadro austero y penitencial de los Oficios que preceden a las grandes solemnidades, deja traslucir muchas veces la alegría juntamente sobria y grata de una espera. Este matiz es el que distingue a las lecturas y a los cantos de la Vigilia de la Asunción; en él descubrimos la acción misteriosa de una gracia preveniente. Pero esta vez no son los ritos ni las palabras los primeros que despiertan en nosotros esta eufonía. La alegría brota del fondo del corazón y se saborea en silencio en lo íntimo del alma.

El cristiano se prepara hoy a festejar a su "Madre". Madre suya es ciertamente, ya que María es verdadera Madre para cada uno de los hermanos de su Hijo. Medianera y tesorera de todas las gracias, es además instrumento dócil y perfectamente adaptado para transmitirle la vida sobrenatural con sus incomparables rique-

zas. Pero María es también la Madre por excelencia, la Madre única y perfecta, la Madre virginal y total: en una palabra que lo dice todo: es la Madre de Dios.

Mañana veremos qué es lo que movió a la piedad cristiana a celebrar este "día natalicio" de Nuestra Señora y a conmemorar su entrada triunfal en cuerpo y alma en el Reino de la gloria celestial. Nuestra obligación por el momento consiste en pensar en nuestra Madre y prepararnos con todos los Santos del cielo y de la tierra y, mejor aún, con Dios mismo, a celebrarla dignamente.

Celebrar las fiestas de una madre en este mundo es honrarla el día consagrado al Santo o a la Santa cuyo nombre ella lleva. Tratándose de María, es cosa completamente distinta. Su fiesta no es la de otra Santa que ella pudiera tener por Patrona. Es únicamente su fiesta, de Ella sola. Lo que la Iglesia se prepara a celebrar, es la coronación de su propia santidad. No habrá más que un solo homenaje para la que es al mismo tiempo la Madre y la Santa.

Más aún: la santidad personal de María consiste en ser la Madre perfecta que Dios quiso para su Hijo y para nosotros. Tal es su maravillosa vocación. Por un privilegio inaudito y conmovedor la perfección de la caridad en que para cada uno de nosotros depende la santidad, es en ella la perfección del amor materno. Amar a Dios es para María amar a su Hijo. Tratándose de ella,

celebrar la fiesta de la Madre y de la Santa es honrarla por la misma y única perfección, alabarla por el mismo y único amor. También en nosotros el alabarla será un solo acto de nuestra piedad religiosa y filial.

El alma que quiere honrar a María, tiene primeramente que cumplir en esta vigilia de la fiesta dos condiciones: ser muy pura y rica de amor. La gracia de los Sacramentos realizará en ella estas santas disposiciones, y la Iglesia, imagen visible y viva de la Reina de los cielos, guiará sus afectos a través de los pensamientos que el Espíritu de Dios la sugiera.

MISA

La vigilia de la Asunción no aparece en nuestros libros litúrgicos hasta fines del siglo VIII. Desde entonces han cambiado todas las piezas de la Misa, menos las oraciones. Las piezas aludidas se hallan en otras muchas Misas de Nuestra Señora; pero, joyas admirables, brillan con esplendor más puro en la aurora del triunfo en que se muestran hoy.

El Introito *Vultum tuum,* tomado de la Misa de las vírgenes, primitivamente se cantaba el día mismo de la Asunción. Cuando unos siglos más tarde le sustituyó el *Gaudeamus,* entonces pasó el *Vultum tuum* a la Misa de la vigilia, que al principio comenzaba por el *Salve sancta Parens*. Este texto del *Vultum tuum,* súplica deli-

cada a la "Toda Hermosa" cuya fiesta se va a celebrar, forma una atmósfera de gracia, de humildad, de oración y de pureza que luego se ilumina de esplendor y de alegría radiantes.

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: las vírgenes serán presentadas al Rey después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti con alegría y con júbilo. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta que ya asignaron a esta vigilia las copias del Sacramentario gregoriano transcritas en el siglo IX, se distingue por condensar en pocas palabras, como era costumbre, los pensamientos que deben alimentar nuestra devoción en este día. El principio evoca en términos delicados la Maternidad divina y virginal de María, fundamento y cumbre de todas sus grandezas. La segunda parte implora una gracia de protección y de alegría. Con tranquilidad, pues, con alegría de niño y debajo del amparo de María, debemos celebrar su fiesta.

COLECTA

Oh Dios, que te dignaste elegir el seno virginal de la bienaventurada María, para habitar en él: haz, te suplicamos, que, protegidos con su defensa, asistamos gozosos a su festividad. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, exhalo suave olor: y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la madre del amor hermoso y del temor y de la ciencia y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y de la verdad: en mí toda esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me deseáis, y seréis colmados de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Mi memoria durará por todos los siglos. Los que me coman, tendrán aún más hambre: y, los que me beban, tendrán todavía más sed. El que me escuche, no será confundido: y los que obren movidos por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Los versículos que hoy forman la Epístola, desde el siglo VIII estaban asignados a una Misa marial. No parece que lo estuviesen desde el principio a la vigilia de hoy. La extrema variedad de los documentos que conocemos como más antiguos, no nos permite señalar en este punto el uso primitivo. Confesamos que la Epístola de la Misa actual se adapta maravillosamente a las circunstancias. La Iglesia previó ya que, al llegar a María, nos sería imposible expresarla nuestra enhorabuena. Y si es María misma la primera que habla, adelantándose a todas nuestras felicitaciones. Las palabras que nos dirige son las de la divina Sabiduría, cuya Madre y Trono es ella. Abramos de par en par nuestro espíritu

y nuestro corazón para que estas llamadas del amor penetren en lo más hondo de nuestro ser.

El Gradual está sacado del Común de las fiestas de Nuestra Señora: en él se cantan también con ternura y admiración la pureza virginal y la Maternidad divina de María.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XI, 27-28).

En aquel tiempo, hablando Jesús a las turbas, levantando la voz una mujer de la turba, le dijo: Bienaventurado el vientre que te llevó y los pechos que te amamantaron. Pero El dijo: Bienaventurados más bien los que oyen la palabra de Dios y la guardan.

Este Evangelio se lee en todas las Misas de la Virgen. Pero en la Misa de la vigilia se introdujo desde un principio de un modo particular. Primitivamente se recitaba el mismo día de la Asunción, a continuación de la escena de Marta y María, tomada también de la Misa de las vírgenes. Esta adición era un modo delicado y muy sugestivo de aplicar a la Madre de Dios el elogio que Cristo hizo de la vida contemplativa. Pero tal enlace ingenioso dejó de comprenderse al correr de los siglos y, por eso, al instituirse

la Vigilia, se dividió el díptico admirable reservando para ella la perícopa marial.

Tenemos que reconocer, por lo menos, que encaja admirablemente en esta Misa. Continúa y amplifica el tema que ha servido de pasto a la Epístola. Pero esta vez es la Sabiduría Encarnada, el propio Hijo de María el que en un lenguaje misterioso ensalza las grandezas sublimes de su Madre. Esta escena evangélica es tan conocida, que no es necesario recordar su profundo sentido. En esta Madre perfecta, a quien acaba de aclamar una pobre mujer, el Salvador nos invita a admirar más que nada la disposición de fe y de fidelidad que hizo de ella el instrumento dócil de los más altos designios de Dios. En ella, la fe no sólo trasladó las montañas: engendró a un Dios. Es la obra cumbre de toda la creación, a la cual sólo podía cooperar la humilde y obediente "esclava" del Señor.

A la bienaventuranza de la fe recordada por el Evangelio, el Ofertorio añade la bienaventuranza de la virginidad. En ambos casos, una transparencia completa hace que el alma y el cuerpo acojan perfectamente la luz de la gracia, germen divino de una fecundidad misteriosa.

OFERTORIO

Bienaventurada eres tú, oh Virgen María, que llevaste al Creador de todas las cosas: engendraste al que te hizo, y permaneces Virgen eternamente.

La Secreta es sin duda ninguna la pieza por la que más se distingue la Misa de este día. Merecería un extenso comentario si no hubiésemos de volver a insistir pronto sobre la importante doctrina que expone. Hasta ahora la Iglesia tan sólo había hablado de las grandezas de María; y ahora, con motivo del triunfo que las corona, la asigna el título de Abogada, que la Madre de Dios cumple en el cielo en favor nuestro. Ello indica de modo claro que la glorificación total de María, igualmente que la del Señor, ha precedido a la resurrección general para garantizar plenamente la redención y la salvación de los hombres.

SECRETA

Recomiende, Señor, nuestros dones ante tu clemencia la oración de la Madre de Dios: a la cual trasladaste de este mundo precisamente para que interceda confiadamente ante ti por nuestros pecados. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

Después de la Antífona de la Comunión, pura reminiscencia del Evangelio, la última Oración reviste una forma más común, al menos tal cual hoy la tenemos. Pero sus últimas palabras contienen una alusión implícita al misterio de la resurrección corporal de María, ya que piden para

nosotros una gracia de resurrección espiritual. El texto primitivo de esta oración era más exacto.

En lugar de *festivitatem praevenimus* (nos adelantamos a la fiesta), antiguamente se leía *requiem celebramus* (celebramos el reposo). Esta alusión relacionaba de un modo particular la vigilia con el recuerdo de la muerte (de la Dormición, decían los griegos) de María. Nuestra meditación ¿no podría realizar esta tarde el sueño legendario de los viejos relatos apócrifos? Trasladaría nuestros pensamientos y nuestros corazones junto a nuestra Madre, que entrega su alma a Dios en un suspiro de amor. Instante dichoso que acaba y consuma la continua Asunción de la Inmaculada y de la llena de gracia en la eterna visión, donde comprende por fin lo que es una Madre de Dios.

POSCOMUNION

Concede, oh Dios misericordioso, tu ayuda a nuestra flaqueza: para que, los que prevenimos la fiesta de la santa Madre de Dios, con el auxilio de su intercesión nos levantemos de nuestras iniquidades. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EL MISMO DIA

SAN EUSEBIO, CONFESOR

En el Oficio y en la Misa, hace la Iglesia conmemoración de San Eusebio, fundador, en Roma, de la iglesia que lleva su nombre. Esta iglesia

del siglo IV, muchas veces restaurada y también reconstruída, no tiene interés arqueológico, pero es lugar de "estación" en la Cuaresma.

De San Eusebio nada sabemos con precisión si se exceptúa que fundó este "título" o iglesia. El martirologio romano nos dice, según un hagiógrafo del siglo VI, que fué detenido en su casa por orden de Constancio, a causa de su adhesión a la fe católica. Debió de morir después de pasar siete meses en continua oración.

Del Sacramento gregoriano sacamos este Prefacio compuesto en su honor: "Verdaderamente es digno y justo alabarte... Dios eterno, e implorar humildemente tu misericordia, a fin de que por la intercesión de tu confesor, el bienaventurado Eusebio, fortalezcas en nuestras almas la devoción con que se asegura nuestra salvación; y a fin también de que te tengamos siempre a ti por protector nuestro, a ti, que te creemos nuestro Creador y a quien adoramos como a Salvador nuestro. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

15 DE AGOSTO

LA ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

La Asunción de Nuestra Señora es una de nuestras solemnidades litúrgicas más alegres.

"Gaudent Angeli! Gaudete, quia cum Christo regnat"[1]. La Iglesia del Cielo y la de la tierra se unen a la dicha infinita de Dios que acoge y corona a su Madre. Ambas a dos celebran con amor la alegría virginal de la que entra, ya para siempre, en el mismo gozo de su propio Hijo. Angeles y santos se apresuran a aclamar a su Reina, mientras la tierra se regocija también de haber dado al Cielo la joya más brillante.

GLORIFICACIÓN DEL ALMA DE NUESTRA SEÑORA. Hoy es el "día natal" de Nuestra Señora, en el cual celebramos al mismo tiempo el triunfo de su alma y el de su cuerpo. Detengámonos un instante ante esta glorificación del espíritu, tal vez menos advertida por ser común a todos los Santos. La entrada del alma de María en la visión beatífica es un hecho de un esplendor y de una riqueza que arroja una luz incomparable sobre nuestras más altas esperanzas. Cierto que no nos podemos figurar la belleza de esta suprema "revelación", donde la mirada tan pura ya y tan penetrante de la más perfecta de las criaturas se ha dilatado repentinamente ante un abismo de Belleza infinita. Intentemos al menos, con la ayuda de la gracia divina, levantar nuestros pensamientos hacia la cumbre, misteriosa todavía para nuestra vista, en la cual se realiza este prodigio.

---

1 ¡Regocíjense los Angeles! ¡Regocijaos vosotros porque ella reina con Cristo! *(Liturgia.)*

Y, efectivamente, bien se la puede llamar cumbre, ya que es el término de un constante y largo subir. Llena de gracia en el instante mismo de su Concepción, la Inmaculada no cesó nunca de crecer en este mundo ante el Altísimo.

La Anunciación, Navidad, el Calvario y Pentecostés han jalonado ese crecimiento extraordinario. El amor virginal y maternal se han enriquecido y elevado en cada una de esas etapas, tendiendo hacia una cima a la que ninguna otra pura criatura podrá llegar nunca. La luz de gloria que de repente invade al alma de María y la hace ver en toda su magnificencia las grandezas de su Hijo y su propia dignidad maternal, sobrepuja también, y con mucho, a la gloria de todos los Angeles y de todos los Santos. Después de la santa Humanidad de Cristo, sentado a la diestra del Padre en el Santuario de la Divinidad, no hay nada en el mundo tan perfecto como esta alma maternal, radiante de pureza, de beldad, de ternura y de alegría: Beata Mater!

Esta entrada triunfal en la eterna Bienaventuranza ¿hará posible en el alma de María un nuevo crecimiento? En cuanto a ella misma, no: todo se ha cumplido de manera perfecta; no es posible crecer en la Eternidad. Totalmente abierta a los esplendores del Verbo, Hijo suyo, en el alma de María se realizan por fin de modo acabado todas las exigencias de su vocación subli-

me. Su alma es el alma de una Madre de Dios perfecta.

Pero María sólo tuvo por Hijo a Jesús. Madre de Dios Salvador, lo es también de todos los que vayan a beber en las fuentes de la salvación. Su maternidad de gracia irá amplificándose hasta el fin del mundo. El alma de María ve en la luz beatífica a todos sus hijos y todos los designios de Dios sobre cada uno de ellos: pronunciando un *fiat* a impulsos del amor, da su consentimiento a esta universal Providencia, en la que, por disposición divina, su propia intervención no tiene límites. De esta manera se une al Sumo Sacerdote que no cesa un instante de implorar en nuestro favor la Misericordia del Padre. Su oración consigue para la Iglesia de la que es figura y dechado, una Asunción permanente hasta que se logre de un modo definitivo la "plenitud" del Cuerpo Místico. Mientras llega esa apoteosis, el alma bienaventurada de María, "emplea su cielo en hacer bien en la tierra", mejor que cualquier otro santo. Demos, pues, libre curso al entusiasmo de nuestra alegría. A nuestra confianza filial añadamos la gratitud. Celebremos dignamente a nuestra Abogada, Mediadora y Madre, que ocupa el puesto de Reina junto al trono del Cordero.

Fe de la Iglesia en la Asunción de María. — Hace ya muchos siglos, sin que nadie haya podido puntualizar de un modo exacto cuándo em-

pezó esta creencia, afirma la Iglesia católica que el cuerpo de María está en el Cielo, unido a su alma gloriosa. Este privilegio del Cuerpo de Nuestra Señora es lo que distingue al misterio de la Asunción. El primero de noviembre del Año Santo de 1950, el Papa Pío XII, atendiendo a los votos unánimes de los obispos y de los fieles, proclamó solemnemente como "dogma revelado, que María, la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen, al fin de su vida terrestre fué elevada en alma y cuerpo a la gloria del Cielo". (Bula dogmática *"Munificentissimus Deus."*)

La definición no puntualiza si María pasó sin morir de la Tierra al Cielo, o si tuvo que morir, como su Hijo, y resucitar antes de entrar en la gloria. El privilegio insigne de la Concepción Inmaculada, la virginidad y la perfecta santidad de María, ciertamente la podían haber hecho inmortal. Pero la Madre del Salvador, que imitó siempre a su Hijo fidelísimamente, quiso sin duda seguirle hasta la tumba. ¿Acaso no debía ella, como El y todos nosotros, triunfar principalmente y de modo completo del pecado y de la muerte mediante una gloriosa resurrección?

LAS LEYENDAS. — Algunas leyendas apócrifas que se propagaron al fin del siglo cuarto, han vulgarizado diversos relatos espectaculares, maravillosos y a veces incoherentes sobre la muerte de María y el traslado de su cuerpo al Pa-

raíso. Los apóstoles, según esas leyendas, se reunieron de modo milagroso junto a la Madre del Salvador, y estuvieron presentes a su muerte y a sus funerales. Santo Tomás, que llegó bastante más tarde, motivó la apertura del sepulcro y entonces se pudieron cerciorar de que el cuerpo de la Santísima Virgen había sido trasladado a un sitio solamente conocido de Dios. Es del todo necesario distinguir entre nuestra fe y nuestras verdades teológicas, por una parte, y esos documentos de ningún valor, que tal vez nacieron en el seno de comunidades heréticas, por otra. La predicación y la enseñanza pastoral nada tiene que aprender de las adiciones desacertadamente hechas al relato evangélico de la resurrección del Señor. En vez de servir de fundamento a la fe de la Iglesia en la Asunción, esas leyendas retrasaron por muchos siglos la unanimidad perfecta de la creencia católica. El pensamiento cristiano tuvo primero que desprenderse de su desafortunada influencia, para llegar a distinguir claramente los verdaderos motivos que inducen a considerar la Asunción corporal de María como una verdad de fe.

Creencia unánime. — ¿Cuál es, pues, el motivo por el que ha podido el Romano Pontífice definir como dogma de fe la Asunción? La Bula pontificia lo declara expresamente: el asentimiento unánime de los Obispos y de las Iglesias actualmente en comunión con la Sede Apostó-

lica. Esta convicción universal de los Pastores y de sus fieles nunca habría sido posible a no estar su objeto contenido de un modo cierto en la Revelación.

FUENTES ESCRITURARIAS. — Mas ¿en qué fuente de la revelación cristiana se halla contenida la verdad de la Asunción? En los documentos de la primitiva Iglesia no hay tradición oral de origen apostólico que haya dejado rastro alguno. El Apocalipsis tal vez haga alusión indirecta al describir la Iglesia en estos términos: "Una gran señal apareció en el cielo: una mujer revestida del Sol, con la luna debajo de sus pies y en la cabeza una corona de doce estrellas [1]. La Madre de Dios es, ya lo hemos dicho, figura y dechado perfecto de la Iglesia; por eso, es posible que en esta ocasión haya aludido San Juan indirectamente a la presencia de María en el Cielo.

Lo cierto, al menos, es que nuestros sagrados Libros atribuyen a María títulos y una función providencial, cuyo conjunto reclama, como coronamiento normal, el privilegio de la Asunción en cuerpo y alma a los cielos. Al dar un sentido marial al versículo del Génesis conocido con el nombre de Protoevangelio: "Pondré enemistad entre ti y la mujer, entre su raza y la tuya. Esta te aplastará la cabeza", la tradición

1 *Apoc.*, XII, 1.

cristiana auténticamente expresada en la Bula dogmática *Ineffabilis,* vió en este oráculo divino el anuncio del triunfo completo de Cristo y de su Madre sobre el pecado y todas sus consecuencias. En este texto se apoyó Pío IX para definir la Inmaculada Concepción: no es imposible tampoco ver en él una revelación implícita del triunfo perfecto de María sobre la muerte.

Sea lo que fuere de este texto misterioso, vemos que el Evangelio asocia constantemente a María a los actos esenciales de la Redención, sobre todo al sacrificio de la Cruz: ¿cómo creer que no estará corporalmente unida al Hijo en el ejercicio actual de su sacerdocio celeste? Es también el Evangelio quien proclama a María "llena de gracia", "bendita entre todas las mujeres", y, sobre todo "Madre del Señor": otros tantos títulos que, como veremos, constituyen una revelación implícita de la glorificación inmediata de su alma y de su cuerpo.

LA FALTA DE RELIQUIAS. — Pero tenemos que reconocer que los primeros siglos cristianos no tuvieron un conocimiento positivo y exacto de la Asunción de María. A pesar de todo, hay un hecho significativo que merece consideración: nunca se pensó, en parte alguna, reclamar la posesión del cuerpo de la Santísima Virgen, ni tampoco en buscar sus restos. Cuando a las reliquias de los santos se las honraba tanto, abstención tan radical tiene el valor de un indicio

seguro. Parece que ya en aquellos tiempos remotos no se podía pensar que el cuerpo de María hubiese quedado en la tierra. San Epifanio, muerto en 377 después de haber vivido mucho tiempo en Palestina, confiesa su ignorancia sobre la muerte y sepultura de María; ni en una línea siquiera de sus escritos se insinúa que los restos mortales de la Virgen se conserven en este mundo. Lo que pone en tela de juicio son los relatos maravillosos que empiezan a propagarse a este respecto; también se pregunta si María murió y si fué mártir: y declara que no se puede responder nada acerca de todas estas cuestiones. Sin dar por cierta jamás la Asunción, parece que de propósito tampoco la excluye.

Fué a principios del siglo v, en tiempos del Concilio de Efeso, cuando el pensamiento católico, aficionado de modo particular a la doctrina mariana, empieza a tratar explícitamente de la suerte que ha podido tener el cuerpo de María. Los relatos apócrifos expresan de una manera impertinente y desacertada una verdad que por sí misma se impone a las almas ilustradas por la fe: el cuerpo de María no estuvo sujeto a la corrupción del sepulcro: Dios le trasladó de modo milagroso al Paraíso.

ORIGEN DE LA FIESTA DE LA ASUNCIÓN. — Por esta época no hay más que dos liturgias, la siriaca y la egipcia, que tomen de los relatos apócrifos la descripción de la "dormición" de Ma-

ría. Desde 450 tiene Jerusalén su fiesta anual de la Madre de Dios fijada el 15 de agosto: pero durante dos siglos el oficio no dirá una sola palabra sobre el hecho de la Asunción. Un decreto del Emperador Mauricio, principios del siglo VII, instituye en Bizancio la fiesta de la Dormición de Nuestra Señora. La entrada del Cuerpo de María en la gloria llega pronto a ser el objeto principal de la solemnidad, tal vez por la influencia de los apócrifos, y más que nada en virtud del sentido profundo que posee la Iglesia respecto a las verdades de la fe. Hacia el año 650 la fiesta de la Asunción se introduce en Roma. Por ese tiempo, y acaso un poco antes, la Asunción (de igual modo que en Galia por el influjo de los apócrifos en San Gregorio de Tours) es objeto de una conmemoración solemne que se celebra al principio el 18 de enero, y después el 15 de agosto.

La fiesta en Roma. — La celebración de la Asunción por la Iglesia romana constituía, por el valor mismo de la doctrina, un hecho de capital importancia. Y hecho más notable todavía: Roma aceptaba de su cuenta y riesgo la creencia en la Asunción, sin adherirse a las leyendas. Su liturgia sólo contiene una alusión a la Asunción, pero es de una precisión admirable y reduce todo el problema al punto principal: nos referimos a la célebre oración "*Veneranda nobis*", que se recitaba al empezar la procesión

que precedía a la Misa. "Señor, debemos venerar la fiesta de este día, en el cual la Santa Madre de Dios padeció muerte temporal: con todo, no pudo ser retenida por los lazos de la muerte, la que había engendrado de su propia sustancia a tu Hijo encarnado, Nuestro Señor."

No se podía ser a la vez más sobrio, más completo, ni más exacto. Se afirma de modo claro la creencia en la muerte, en la resurrección y en la Asunción corporal de María. Se añade el motivo fundamental de esta convicción: la Maternidad divina, o mejor dicho, el hecho de que la carne de Cristo, Verbo Encarnado, se tomó de la carne de María. Esta joya de la liturgia marial data al menos de principios del siglo octavo, tiempo en que, en Oriente, San Andrés, Obispo de Creta de 711 a 720, predicando un Triduo sobre la Dormición de Nuestra Señora, exponía el dogma de la Asunción basándose puramente en la doctrina y sin hacer caso de las tradiciones apócrifas.

San Germán de Constantinopla y San Juan Crisóstomo, menos prudentes y menos reservados, sabrán también relacionar la Asunción con sus fuentes auténticas. Conviene que citemos siquiera algunas líneas de sus admirables homilías.

SERMÓN DE SAN GERMÁN. — "Cómo, exclama Germán, habrías podido tolerar la Concepción y deshacerte en polvo, tú, que libraste al género

humano de la corrupción de la muerte en virtud de la carne que el Hijo de Dios recibió de ti...

"Era imposible que el vaso de tu Cuerpo, que estaba lleno de Dios, se redujese a polvo como una carne ordinaria. El que se anonadó en ti, es Dios desde el principio y, por consiguiente, vida anterior a todos los siglos; por esto, era necesario que la Madre de la Vida habitase con la Vida; que yaciese muerta como para dormitar unos instantes, y que el "tránsito" de esta Madre de la Vida fuese como un despertar.

"Un niño muy querido ansía la presencia de su madre y, recíprocamente, la madre suspira por vivir con su hijo. Era justo, por tanto, que tú subieses a donde está tu Hijo, tú, cuyo corazón ardía en amor de Dios, fruto de tu vientre; justo también que Dios, por el afecto filial que profesaba a su Madre, la llamase junto a Sí, para que allí viviese en su intimidad [1]. En un segundo Sermón, vuelve al mismo pensamiento en términos aún más exactos. "En ti misma tienes tu propia alabanza, ya que eres la Madre de Dios... Y por eso, no convenía que tu Cuerpo, un cuerpo que había llevado a Dios, fuese entregado como botín a la corrupción de la Muerte" [2]. En adelante, estas consideraciones darán materia a todos los Sermones sobre la

---

[1] Sermón primero sobre la Dormición, *Migne P. G.*, 98, 345 y 348.

[2] Sermón II, col. 357.

Dormición o Asunción de Nuestra Señora. "Los discursos de San Juan Damasceno sobre la preciosa muerte y la Asunción de María, escribe el Padre Terrien, son un himno continuo cantado en honor de esta Virgen bendita. Todos sus privilegios, todas sus gracias, todos los tesoros de que tan prodigiosamente fué enriquecida por el cielo, se recuerdan ahí, y todos van a parar a la Maternidad divina, como los rayos de luz a su centro" [1].

A partir de este momento el Oriente ha quedado definitivamente ganado a la creencia tradicional en la Asunción de la Santísima Virgen. Su pensamiento permanecerá invariable hasta nuestros días.

La creencia en Occidente. — En Occidente se van a levantar dificultades. Dócil a las enseñanzas de la liturgia, el pueblo cristiano en su conjunto se adhiere sin restricciones a la doctrina de la Asunción; pero los teólogos, al menos en la Galia, vacilan y tienen miedo a los apócrifos. Sin negar la Asunción, no quieren tampoco ligar a ella la fe de la Iglesia. En tiempo de Carlomagno, un capitular de Aix-la-Chapelle (hacia el año 809) omite provisionalmente la Asunción en la nomenclatura de las fiestas de Nuestra Señora; habrá que examinar si debe conservarse. La respuesta afirmativa se dará en 813 en el Concilio de Maguncia.

1 Mère de Dieu, t. II, p. 371-372.

La inquietud aumenta a mediados del siglo IX. La noticia de la Asunción en el Martirologio de Adón deja voluntariamente en duda la cuestión de la Asunción corporal: rechaza los "datos frívolos y apócrifos" que se han propagado sobre el asunto. Por la misma época, el Abad de Corbeya Pascasio Radberto dirige a unas religiosas un largo Sermón, "*Cogitis me*", en el que se hace pasar por San Jerónimo. Celebra con expresiones conmovedoras la muerte gloriosa de María [1]. Pero su tratado empieza por infundir desconfianza respecto al relato del "Paso" de María de la tierra al Cielo. Según él, no se sabe de cierto en qué lugar está el Cuerpo de María. Es una reacción, exagerada ciertamente, pero en el fondo muy sana contra una credulidad demasiado fácil en lo relacionado con los apócrifos, entonces muy en boga en las Iglesias de la Galia. (La liturgia galicana había hecho extractos muy extensos de tales escritos.) Lo más curioso de este episodio es que el Sermón "*Cogitis me*" pasó pronto, con el nombre de San Jerónimo, a las lecciones del Breviario que se leían durante la Octava de la Asunción. Fué necesaria la reforma de San Pío V para

---

1 El Responso: "*Ascendit Christus*" y la Antífona "*Hodie gloriosa Virgo caelo ascendit*" parece que están tomados del Sermón *Cogitis me*. Pero ¿es seguro que Pascasio Radberto no ha reproducido y comentado por sí mismo estas piezas litúrgicas, que resultarían entonces anteriores al año 850? Es cierto que en otras partes de su sermón evoca Pascasio textos litúrgicos, y él mismo lo dice clarísimamente.

eliminar de la liturgia un texto que en un punto importante se apartaba del pensamiento común de la Iglesia.

Los espíritus permanecieron vacilantes los dos siglos siguientes a la aparición del Sermón *Cogitis me:* San Bernardo, por ejemplo, no se atreverá nunca a afirmar expresamente la Asunción corporal de María. Pero nada hay que haga suponer que el clero y los fieles en general compartiesen los escrúpulos de los eruditos. La liturgia romana, extendida por todo el Occidente, celebraba la Asunción de María, que para la mayor parte de los cristianos era la Asunción corporal: la Colecta "Veneranda" afirmaba siempre de modo claro la creencia común sin ligarla en manera alguna a los documentos apócrifos.

El Pseudo-Agustín. — Hacia fines del siglo x o principios del siguiente, un libro nuevo sobre la Asunción, de autor desconocido todavía hoy, pero atribuído muy pronto a San Agustín, estaba llamado a ejercer rápidamente sobre el pensamiento teológico una influencia decisiva. Ya no se trataba de rehabilitar las leyendas apócrifas descalificadas en lo sucesivo, sino de sentar la verdad de la Asunción corporal de María sobre bases escriturarias y doctrinales inconmovibles. Este tratadito sobre la Asunción es una obra maestra y profunda. Procede con orden, sin disgresiones, conforme al método escolástico: una sólida y sana devoción mariana

es el alma de la exposición aparentemente austera. Se ve la mano de un gran maestro y de un hombre de fe. En toda la tradición cristiana, no existe tratado teológico más bello sobre la Asunción corporal de María. Tenemos que citar al menos las últimas líneas.

"Nadie podrá negar que Cristo haya podido conceder a María este privilegio (de la Asunción corporal). Ahora bien, si pudo, lo quiso: porque quiere todo lo que es justo y conveniente. Se puede, pues, con razón concluir: María goza en su cuerpo, igualmente que en su alma, de una felicidad inefable en su Hijo y con su Hijo; se vió libre de la corrupción de la muerte, ella que, al dar a luz un Hijo tan excelente, quedó consagrada en su integridad virginal; vive *toda ella,* la que nos comunicó a nosotros la vida perfecta; está con Aquel a quien llevó en su seno, con Aquel a quien concibió, dió a luz y alimentó de su ser; es Madre de Dios, Nodriza de Dios, Sierva de Dios, Compañera inseparable de Dios. De mi parte, no me atrevo a hablar de otro modo, como no me atrevería a pensar de distinta manera" [1].

Este tratado, que había vuelto a poner la cuestión de la Asunción corporal de María en su verdadero terreno dogmático, iba a su vez a ejercer una gran influencia no sólo en los predicadores, sino también en los teólogos. En el siglo

[1] Liber unus de Assumptione Virginis, P. L. XL, col. 1148.

de oro de la Teología, el asentimiento será unánime: San Alberto Magno, San Buenaventura, Santo Tomás de Aquino hablarán de la Asunción corporal como de una verdad admitida en toda la Iglesia. En adelante la causa está totalmente ganada. En la Francia del siglo XVII, los eruditos humanistas suscitarán algunas dudas: no se trata, con todo, de negar el hecho de la Asunción, sino más bien de discutir las bases históricas. La lucha, envenenada por algunos desaciertos, se terminará por falta de combatientes.

La Inmaculada Concepción y la Asunción. — Con la definición solemne del dogma de la Inmaculada Concepción en 1854, tenía que hacerse nuevamente actual la doctrina de la Asunción. Los dos privilegios de María se sostienen mutuamente. Apóyanse en fundamentos comunes. Y así, no nos admira que quince años más tarde, en el Concilio Vaticano, un número considerable de obispos dirigiese una súplica al Soberano Pontífice en favor de la definición dogmática de la Asunción corporal de María.

El magnífico impulso que el Sumo Pontífice León XIII imprimió a los estudios marianos y que luego continuó San Pío X, no pudo menos de contribuir a que se afianzase más y más el pensamiento cristiano. Pero la Santa Sede se mantuvo circunspecta y exigente: fué San Pío X quien, respondiendo a una petición todavía no

madura, dijo que la cuestión "debía aún estudiarse mucho tiempo".

Actuación de S. S. Pío XII. — Estaba reservado al Papa Pío XII dar cima a esta lenta penetración del dogma. Desde el principio de su Pontificado, al fijar la fiesta del Inmaculado Corazón de María en el día de la Octava de la Asunción, el Padre Santo alentaba una devoción que daba por supuesto que el Cuerpo glorioso de la Santísima Virgen se hallaba actualmente en la gloria. El paso decisivo se dió en 1946 al dirigir S. S. a todos los obispos del orbe católico un cuestionario sobre la creencia en la Asunción corporal del María y la oportunidad de una definición. Las respuestas fueron casi todas favorables: de por sí constituían un testimonio moralmente unánime de la Iglesia universal en favor de la verdad dogmática de la Asunción. El 14 de agosto de 1950 el Padre Santo anunciaba, por fin, que, para clausurar el año del Gran Jubileo, proclamaría solemnemente el dogma mariano y fijaba la ceremonia para el 1.º de noviembre, festividad de todos los Santos. Idea admirable que asociaba la Iglesia triunfante a la alegría de los católicos de todo el mundo llegados en multitudes para aplaudir el triunfo de María.

Esta continuidad maravillosa en la adhesión de la Iglesia a la doctrina de la Asunción es uno de los más bellos testimonios de su vida co-

lectiva. Y lo que es tal vez más maravilloso, es que esta adhesión permanente se ha sostenido en las horas más difíciles por la afirmación discreta pero perfectamente equilibrada de la liturgia romana. A partir del siglo VII, la Iglesia de Occidente, de hecho, no ha dejado nunca de celebrar la Asunción corporal de María y esta celebración fué el instrumento providencial por el que la luz divina penetró profundamente en el espíritu de los Pastores y de los Fieles. Al cantar alegres "*Assumpta est Maria in caelum*", su pensamiento quedaba prendido como por instinto en la gloria total de María. No se ponía la cuestión crítica preguntándose si el triunfo era para el alma sola. Era María, la Madre de Dios, Madre por su Cuerpo y por su Alma, a la que veían elevarse a la gloria.

MISA

Con ocasión de la definición del dogma, que revistió de nuevo esplendor a la antigua fiesta de la Asunción, la antigua Misa del 15 de agosto fué reemplazada por otra nueva, obligatoria a partir de 1951.

La melodía del Introito *Signum magnum* tiene un carácter muy marcado de alegría y de admiración entusiasta, a la vez que de gravedad y de solemne afirmación. Se presta a maravilla al fin que desempeña, que es acompañar la entrada del Pontífice escoltado de todos sus ministros y

empezar una función ordenada, en cierto modo, a poner ante nuestra vista la glorificación de Nuestra Señora, que aparece rodeada de luz y de gloria en lo más alto de los cielos.

Es verdaderamente una gran Señal, un gran prodigio el que vió San Juan: la Madre del Salvador, personificación de la Iglesia, esposa de Cristo, subiendo corporalmente al cielo. Y es un gran Signo el que Dios dió a su Iglesia en la mañana del día primero de noviembre de 1950, con la proclamación del dogma que recuerda a los hombres su destino sobrenatural y les da la confianza de ser ayudados en su ascensión hacia el cielo por su Madre, que vive allí.

INTROITO

Un gran signo apareció en el cielo: una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas. — *Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo, pues ha obrado prodigios. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta relaciona la Inmaculada Concepción y la Virginidad de María con la Asunción corporal. Los tres misterios, en efecto, están íntimamente unidos y se iluminan mutuamente y nos hacen comprender la unidad profunda de la vida de amor y de pureza que nunca dejó de crecer en la Virgen Santísima. La oración se termina pidiendo para nosotros el fruto especial del misterio: una vida interior orientada hacia el cielo y coronada por la esperanza go-

zosa de volver a encontrar un día a nuestra gloriosa Madre.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que has llevado en cuerpo y alma, a la gloria celestial, a la Inmaculada Virgen María, Madre de tu Hijo; haz, te rogamos, que siempre atentos a los bienes de arriba, merezcamos ser asociados a su gloria. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro de Judit (Jud., XIII, 22-25; XV, 10).

El Señor te ha bendecido en su fuerza, pues por medio de ti ha reducido a la nada a nuestros enemigos. Has sido bendecida, hija mía, por el Señor, el Dios Altísimo, más que todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, Criador del Cielo y de la tierra, que dirigió tu mano para cortar la cabeza al caudillo de nuestros enemigos; porque hoy ha hecho tu nombre tan glorioso, que tu alabanza no desaparecerá de la boca de los hombres, que se acordarán eternamente del poder del Señor; pues, en favor suyo, no perdonaste tu vida al ver las angustias y las aflicciones de tu pueblo, sino que le salvaste de la ruina andando en presencia de nuestro Dios. Tú eres la gloria de Jerusalén, la alegría de Israel y la honra de nuestro pueblo.

LAS VICTORIAS DE MARÍA. — En la fiesta de los Dolores leemos estos mismos versículos del libro de Judit. La vocación de la Santísima Virgen se parece, en efecto, a la del Señor: "Era preciso que Cristo sufriese para entrar en su gloria" [1],

---

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

y del mismo modo fué necesario que una espada de dolor penetrase el alma de su Madre para asociarla al triunfo y a la gloria de Jesús.

Hoy más que nunca se nos presenta como Reina, viva y triunfante en el cielo. También nuestros cantos de gozo se unen a la alabanza de Santa Isabel para saludarla "bendita entre todas las mujeres". El gran sacerdote Onías lo decía a Judit mucho antes de la Encarnación: ¡cuánto más podemos y debemos dirigir nosotros estas palabras a la que es más temible al demonio que todo el ejército de los cristianos, la cual, en el Calvario, unida a su Hijo inmolado, aplastó la cabeza de la serpiente!

Desde entonces las victorias de María se han sucedido sin interrupción. Como no hay gracia que no nos venga por María, todas las victorias de la Iglesia, todas las victorias de un cristiano sobre Satanás, son victorias de María. No nos quepa duda de que el triunfo ofrecido por Su Santidad Pío XII a la Reina del Cielo y de la tierra, sea la señal de una serie de victorias para la Santa Madre Iglesia, como lo fué hace ya casi un siglo la proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción.

El Gradual invita al alma de la Virgen, a olvidarlo todo, a mirar al Rey prendado de su belleza, a responder a su llamada insistente. Y la nota de esta llamada de Dios es una alegría desbordante y llena de admiración. Toda la Iglesia canta con María las maravillas del

amor que serán herencia suya en adelante, la felicidad en la que ha entrado para siempre.

El Versículo del Aleluya no es más que la expresión entusiasta y vibrante de la fe de la Iglesia en la Asunción corporal de María.

GRADUAL

Oye, hija, mira e inclina el oído, y el Rey quedará prendado de tu hermosura. ℣. La hija del Rey entra toda resplandeciente; su vestido está hecho de tisú de oro.

Aleluya, aleluya. ℣. María ha sido elevada al cielo el ejército de los ángeles se goza. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Luc., I, 41-50).

En aquel tiempo Isabel fué llena del Espíritu Santo y, levantando la voz, exclamó: Bendita eres entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. Y ¿de dónde viene este honor, que la Madre de mi Señor venga a mí? Pues tu voz, en cuanto me has saludado, no ha hecho más que herir mi oído, y mi niño ha saltado de gozo en mi seno. Eres feliz por haber creído en el cumplimiento de las cosas que te han dicho de parte del Señor. Y María dijo: Mi alma engrandece al Señor y mi espíritu se goza de alegría en Dios mi Salvador, porque ha mirado la bajeza de su esclava. En adelante todas las naciones me llamarán bienaventurada, pues el Todopoderoso ha obrado en mí grandes cosas. Su nombre es santo, y su misericordia se extiende de un siglo a otro siglo sobre los que le temen.

La oración de María. — Las estrofas del Magnificat en su sentido profundo, no dejaban de

ser la expresión de la oración habitual de María, aunque hayan brotado espontáneamente de sus labios en casa de su prima Santa Isabel. Había sacado las palabras de la Sagrada Escritura y se las supo aplicar al contemplar en el silencio las maravillas que Dios obraba en ella y para ella. No podemos poner en duda que esas palabras tuvieron que ser la oración de toda su vida. Todos los días canta la Iglesia el Magnificat; en cada solemnidad encuentra en él un sentido nuevo y más profundo. María le repitió en Nazaret, en Caná, después de la Resurrección, en el Monte de los Olivos al subir Jesús al cielo: y muchos autores espirituales pensaron que también le cantó en su martirizado corazón al bajar del Calvario la tarde del Viernes Santo.

Pero, ¿con cuánta más razón debe ser el Magnificat la oración de la Santísima Virgen en este día en que Dios la colma de sus gracias y favores como a Madre de su Hijo, elevándola corporalmente al cielo y coronándola Reina de todo lo creado?

MAGNIFICAT. — Su alma en la plenitud de la perfección y su espíritu iluminado por la visión beatífica, glorifican al Señor y gustan ya para siempre la Salvación que se la ha concedido como a ninguna otra criatura.

No olvida que sólo era una minúscula criatura, "la esclava del Señor", y que por pura

bondad, sin méritos de su parte, Dios puso los ojos en ella.

Y he aquí que todos los siglos la proclamarán bienaventurada. Bien lo sabemos nosotros, nosotros, que, al preguntar a la historia, vemos las señales que ha dejado de su culto y de su amor hacia la Virgen Inmaculada; nosotros, que estuvimos presentes, o a quienes las ondas nos hicieron como presentes, en la Plaza de San Pedro de Roma, aquella mañana de Todos los Santos de 1950, y aclamamos a la Virgen Asunta, con aclamaciones entusiastas e interminables.

Verdaderamente, "grandes cosas" ha obrado en María El que es Todopoderoso. No acertaríamos a declarar una por una todas estas grandes cosas, pero en la fiesta presente vemos el coronamiento con la Asunción a los cielos.

Y esta dicha no es sólo de María. También nosotros nos gozamos, no únicamente por saber que nuestra Madre es feliz junto a Dios, sino por creer que un día nos reuniremos con ella: la misericordia divina es para todos los que temen al Señor, para todos los que le sirven con fidelidad.

¡Oh, qué vil es el mundo! Los grandes y los poderosos de la tierra, los que se ufanaban de su poder, de su ciencia, de sus riquezas, han desaparecido ahora de la memoria de los pueblos; estaban hartos y no sentían necesidad alguna de la salvación que traía el Mesías. Y en cambio, la Virgen humildísima, ignorada de todos, y,

con ella, los discípulos de Jesús, están saciándose ahora de los verdaderos bienes y su poder es eterno, de igual modo que su dicha.

Y todo esto se debe a la fidelidad, al amor de Dios, a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos.

El texto del Ofertorio, tomado de los primeros Versículos del Génesis, recuerda la condenación solemne lanzada contra la serpiente en el Paraíso terrenal, después de la caída de nuestros primeros padres. En la promesa velada de la Redención, va también el anuncio de la grandeza incomparable de la nueva Eva, de su triunfo absoluto sobre las potencias del mal, de la oposición irreductible que Dios mismo creó entre ella y Satanás.

OFERTORIO

Pondré enemistades entre ti y la Mujer, entre tu posteridad y su Posteridad.

Nuestra Señora ha pasado por el trance de la muerte, pero su muerte, el exceso de su amor para con Dios la motivó. Su oración y la virtud del Santo Sacrificio logren conseguir para nuestros corazones el fuego en que deben abrasarse para merecer una muerte semejante y una gloria parecida.

SECRETA

Suba hasta ti, oh Señor, la oblación de nuestra devoción, y por la intercesión de la Bienaventurada

Virgen María elevada al cielo, aspiren sin cesar hacia ti nuestros corazones inflamados en el fuego de tu amor. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Iglesia ha recurrido al *Magnificat* para traducir la alegría y el agradecimiento de Nuestra Señora por todos los beneficios recibidos.

COMUNION

Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque el Todopoderoso ha obrado en mí cosas grandes.

La presencia de María en el cielo fortalece nuestra fe; consiga su oración en este día de fiesta aumentar nuestra esperanza y merecernos las gracias que al fin nos llevarán hasta donde ella mora en la alegría con la Santísima Trinidad.

POSCOMUNION

Recibidos ya los Santos Misterios, haz, Señor, te suplicamos, que por los méritos y la intercesión de la Bienaventurada Virgen María, asunta al cielo, lleguemos a la gloria de la resurrección. Por Nuestro Señor Jesucristo.

ORACION DE S. S. PIO XII A NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCION

¡Oh Virgen Inmaculada, Madre de Dios y Madre de todos los hombres! Nosotros creemos con todo el fervor de nuestra fe en tu Asun-

ción triunfal en alma y cuerpo al Cielo, donde eres aclamada Reina por todos los coros de los Angeles y por toda la legión de los Santos; y nosotros nos unimos a ellos para alabar y bendecir al Señor, que te ha exaltado sobre todas las demás criaturas, y para ofrecerte el aliento de nuestra devoción y de nuestro amor.

Sabemos que tu mirada, que maternalmente acariciaba a la humanidad humilde y doliente de Jesús en la tierra, se sacia en el cielo a vista de la humanidad gloriosa de la Sabiduría increada, y que la alegría de tu alma, al contemplar cara a cara a la adorable Trinidad, hace exultar tu corazón de inefable ternura; y nosotros, pobres pecadores, a quienes el cuerpo hace pesado el vuelo del alma, te suplicamos que purifiques nuestros sentidos a fin de que aprendamos desde la tierra a gozar de Dios, sólo de Dios, en el encanto de las criaturas.

Confiamos que tus ojos misericordiosos se inclinen sobre nuestras angustias, sobre nuestras luchas y sobre nuestras flaquezas; que tus labios sonrían a nuestras alegrías y a nuestras victorias; que sientas la voz de Jesús que te dice de cada uno de nosotros, como de su discípulo amado: "Aquí está tu hijo." Nosotros, que te llamamos Madre nuestra, te escogemos, como Juan, para guía, fuerza y consuelo de nuestra vida mortal.

Tenemos la vivificante certeza de que tus ojos, que han llorado sobre la tierra regada con

la sangre de Jesús, se volverán hacia este mundo, atormentado por la guerra, por las persecuciones, por la opresión de los justos y de los débiles; y entre las tinieblas de este valle de lágrimas, esperamos de tu celestial luz y de tu dulce piedad, alivio para las penas de nuestros corazones y para las pruebas de la Iglesia y de la Patria.

Creemos, finalmente, que en la gloria, donde reinas vestida del sol y coronada de estrellas, eres, después de Jesús, el gozo y la alegría de todos los Angeles, de todos los Santos; y nosotros, desde esta tierra donde somos peregrinos, confortados por la fe en la futura resurrección, volvemos los ojos hacia ti, vida, dulzura y esperanza nuestra. Atráenos con la suavidad de tu voz para mostrarnos un día, después de nuestro destierro, a Jesús, fruto bendito de tu vientre; ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María!

16 DE AGOSTO

SAN JOAQUIN, CONFESOR Y PADRE DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

HISTORIA DE LA FIESTA.— Los Griegos celebran la fiesta de San Joaquín al día siguiente de la Natividad de María. Los Maronitas la fijaron

para el día siguiente de la Presentación, en noviembre; los Armenios, en el martes después de la Octava de la Asunción de la Madre de Dios. Entre los latinos, que la admitieron más tarde, hubo división en un principio acerca de su celebración, que tenía lugar entre el día siguiente de la Octava de la Natividad, 16 de septiembre, y el día que sigue a la Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen, 9 de diciembre. El Oriente y el Occidente, honrando al padre, estuvieron de acuerdo en acercarle a su ilustre hija.

Hacia el año 1510 determinó Julio II que San Joaquín ocupase un lugar en el calendario romano con rito *doble-mayor;* recordando los vínculos de aquella familia en la que tan admirablemente se armonizan el orden de la naturaleza y el de la gracia, fijó su fiesta para el 20 de marzo, día siguiente a la de San José.

Se diría que el glorioso patriarca debió continuar después de su muerte, a través del Calendario litúrgico, las peregrinaciones de los primeros padres del pueblo hebreo, cuyas buenas costumbres reprodujo en su noble vida. Apenas habían transcurrido cincuenta años después del pontificado de Julio II, la crítica de entonces ensombreció su historia e hizo desaparecer su nombre del Breviario romano. En 1622 volvió a incluirle Gregorio XV con rito *doble,* y desde entonces se ha celebrado siempre su fiesta. De tal modo creció la devoción al padre de María, que

se formularon peticiones para que su fiesta figurase entre las solemnidades de precepto, como ya figuraba la de su esposa Santa Ana. Con el fin de satisfacer a la devoción popular sin aumentar por eso el número de días festivos, Clemente XII (1738) trasladó la fiesta de San Joaquín al domingo siguiente a la Asunción de su hija la Santísima Virgen; a la vez la devolvía el grado de *doble-mayor* [1].

Los padres de María. — Los pormenores que poseemos sobre los padres de María proceden de un apócrifo, el Protoevangelio de Santiago, el cual nos ha dado sus nombres: Joaquín, que significa, "Preparación del Señor", y Ana, que vale tanto como "Gracia."

Una tradición constante los considera como abundantemente dotados de bienes de fortuna. Su riqueza consistía sobre todo en rebaños, como los de los primeros patriarcas. Cierto, por otra parte, que hacían el más noble uso de ella, siempre prontos a prestar su ayuda al que la solicitaba, y dando siempre el doble en las ofrendas que debían a Dios.

Los Padres de la Iglesia, y sobre todo los Padres griegos, no se cansan de celebrar las virtudes y santidad de Joaquín y de Ana. "Con vuestra vida purísima y muy santa, les dice San Juan Damasceno, formasteis la joya de la vir-

1 León XIII elevó la fiesta de su Santo Patrono, al grado de doble de segunda clase y ahora está fijada para el día siguiente a la Asunción.

ginidad, a aquella que sería virgen antes del parto, en el parto y después del parto, la única que siempre guardaría virginidad así en el cuerpo como en el alma"[1]. "Joaquín era un hombre justo, a quien su gran mérito colocaba no sólo por encima de toda falta, sino también de toda sospecha y de todo reproche"[2]. "Era renombrado por su santidad y su justicia, notable por su nobleza y sus riquezas, piadosamente fiel a la oblación de los sacrificios, solícito de agradar a Dios en todo, hombre de deseos según el Espíritu Santo. Tenía por esposa una piadosa mujer llamada Ana, que fué su fiel ayuda en el ejercicio perseverante de las virtudes y en sus oraciones diarias a Dios"[3]. En una palabra, "María tanto es superior a todos los hijos de los hombres, cuanto Joaquín y Ana sobresalen en perfección por encima de todos los que son padres"[4].

El decreto de León XIII.—El Papa León XIII resumió todos estos elogios en el decreto con que elevaba el rito de esta fiesta. Citando la Sagrada Escritura, que enseña que hay que alabar a los que han nacido de una ascendencia

---

1 *Sermón sobre la Natividad,* n. 5; P. G., 96, 668 c.

2 Santiago el monje, *Sermón sobre la Concepción,* n. 6; P. G., 127, 552 c.

3 Cosmes el Protovestiario: *Sobre los santos Joaquín y Ana,* nn. 2-4; P. G., 106, 1005-1008.

4 Pedro de Argos: *Sobre la Concep. de Santa Ana,* n. 9; P. G., 104, 1360 b.

gloriosa [1], concluye "que se debe honrar con una veneración especialísima a San Joaquín y a Santa Ana, ya que, por haber engendrado a la Inmaculada Virgen Madre de Dios, son más gloriosos que todos los demás. *Se os conoce por vuestro fruto* [2], les dice el Damasceno: *habéis dado al mundo una hija superior a los Angeles y ahora su reina* [3]... Ahora bien, habiendo dispuesto la misericordia divina que, en nuestros luctuosos tiempos, los honores tributados a la Bienaventurada Virgen María y su culto tomasen incremento en consonancia con las necesidades crecientes del pueblo cristiano, se precisaba que este esplendor y esta nueva gloria de que se encuentra rodeada su bienaventurada hija, redundase en sus afortunados padres. ¡Quiera Dios que, por el culto así amplificado, sienta cada vez más eficaz la Iglesia su poderosa intercesión" [4]!

MISA

Buena es la oración con el ayuno, y hacer limosna vale más que amontonar tesoros [5]. San Joaquín conoció por experiencia la verdad de esta palabra del Arcángel, mejor aún que Tobías. Cuenta una tradición que hacía tres partes de la renta de sus bienes: una para el Templo,

---

1 *Ecli.*, XLIV, 1.
2 *S. Mat.*, VII, 20.
3 S. J. Damasceno, *Oratio I de V. M. Nativit.*
4 Decreto del 1.º de agosto de 1879.
5 *Tob.*, XII, 8.

otra para los pobres y la tercera para su casa. La Iglesia, al querer honrar al padre de María, celebra en primer lugar estas larguezas benéficas y la justicia por la que mereció la gloria con que ahora espléndidamente brilla.

INTROITO

Repartió, dió a los pobres: su justicia permanecerá de siglo en siglo: su fortaleza será ensalzada con gloria. — *Salmo:* Bienaventurado el varón que teme al Señor: y que se deleita sobremanera en sus mandamientos. ℣. Gloria al Padre.

MADRE DE DIOS es el título que convierte a María en la más noble de las criaturas; pero esta nobleza de la hija de Joaquín ensalza también a éste entre todos los bienaventurados, porque sólo de él se dirá por todos los siglos que es el ABUELO DE JESÚS. En el cielo, mejor que aquí abajo, nobleza y poder corren parejas. Hagámonos, pues, con la Iglesia, clientes de tan alto personaje.

COLECTA

Oh Dios, que, entre todos tus Santos, quisiste que fuese San Joaquín el padre de la Madre de tu Hijo: haz, te suplicamos, que sintamos perpetuamente el patrocinio de aquel cuya fiesta veneramos. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXXI, 8-11).

Bienaventurado el varón que fué hallado sin mancha, y que no se fué tras el oro, ni confió en el dinero

y en los tesoros. ¿Quién es ése, y le alabaremos? Porque hizo maravillas en su vida. Fué probado con el oro y hallado perfecto; tendrá una gloria eterna: pudo violar la ley, y no la violó; hacer el mal, y no lo hizo: por eso, sus bienes han sido establecidos en el Señor, y toda la asamblea de los Santos pregonará sus limosnas.

La Oración de Joaquín. — Ya dijimos que la riqueza de Joaquín consistía en rebaños como los de los primeros patriarcas. El piadoso empleo que la daba, atraía la bendición del Señor sobre sus bienes. Pero había otra bendición que deseaba más aún, y el cielo le negaba: Ana, su esposa, era estéril; se diría que la esperanza de Sión se había ausentado de entre las hijas de Israel que esperaban al Mesías. Un día, en el Templo, al presentar Joaquín las víctimas, le fueron rechazadas con desprecio.

Otra ofrenda esperaba de él el Señor del Templo; cuando presente en él a la Madre del Cordero de Dios, en vez de ovejas de sus pastos, no la rechazará.

Pero hoy, en su dolor, se ha escapado sin presentarse a su esposa. Y, huyendo a las montañas donde pastaban sus rebaños, allí vivió en una tienda en un continuo ayuno y diciendo: "No tomaré alimento hasta que el Señor mi Dios, en su misericordia, me mire; mi oración empero será mi alimento."

Ana, por su parte, lloraba su doble luto, el de su viudez y el de la esterilidad. Pero, mientras

ella oraba en el jardín y su esposo en la montaña, sus comunes instancias, presentadas a la vez al Dios Supremo, juntas eran también atendidas [1]. El Angel del Señor se apareció a los dos, dándoles cita en la puerta Dorada; y Ana muy pronto pudo decir: ¡"Ahora sé que el Señor me ha bendecido de un modo grande. Porque estaba viuda, y ya no lo estoy; era estéril y ya he concebido" [2]!

En el Gradual cantamos otra vez el mérito de la limosna, y lo que vale cerca de Dios una vida santa. La descendencia de Joaquín será poderosa, bendita en el cielo y en la tierra. Dígnese emplear en pro de nuestra salvación el valimiento de que goza junto a su hija augusta y cerca de Jesús, de quien es abuelo.

GRADUAL

Repartió, dió a los pobres: su justicia permanecerá de siglo en siglo. ℣. Poderosa será en la tierra su descendencia: la generación de los rectos será bendecida.

Aleluya, aleluya. ℣. ¡Oh Joaquín, esposo de Santa Ana, padre de la Madre Virgen: ayuda a tus siervos en la salvación! Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., I, 1-16).

Libro de la generación de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. E Isaac

---

1 *Tob.,* III, 24-25.

2 Todos estos pormenores los encontraremos en el *Protoevangelio de Santiago.*

engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Y Judá engendró a Fares y a Zaran de Tamar. Y Fares engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Arán. Y Arán engendró a Amínadab. Y Amínadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. Y Salmón engendró a Booz de Rahab. Y Booz engendró a Obed de Ruth. Y Obed engendró a Jessé. Y Jessé engendró al rey David. Y el rey David engendró a Salomón de aquella que fué de Urías. Y Salomón engendró a Roboán. Y Roboán engendró a Abías. Y Abías engendró a Asa. Y Asa engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Jorán. Y Jorán engendró a Ozías. Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acaz. Y Acaz engendró a Ezequías. Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y, después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Y Salatiel engendró a Zorobabel. Y Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Elíacim. Y Elíacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Aquín. Y Aquín engendró a Eliud. Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Matán. Y Matán engendró a Jacob. Y Jacob engendró a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

Los padres de María. — No encontramos en el Evangelio el nombre de los padres de la Santísima Virgen. Una sola cosa hay de cierto, y es, que Jesús, al ser de la raza de David, no podía serlo más que por parte de su madre, y su madre no podía trasmitirle este noble origen si ella no le tenía de su padre o de su madre, de San Joaquín o de Santa Ana. Pero la verdadera nobleza de estos Santos no estriba en la línea de

ascendientes que los une con David, sino en su hija, la cual, por ser Madre de Dios, los ha hecho abuelos del Verbo humanado.

¿De qué gloria vemos coronado a San Joaquín? Su nieto, Jesús, le da parte del poder que ha recibido para gobernar a todas las criaturas. El Ofertorio canta este honor y este poder de Joaquín.

OFERTORIO

Le coronaste de gloria y honor: y le constituíste sobre las obras de tus manos, Señor.

"Joaquín, Ana y María, los tres juntos, ¡qué sacrificio de alabanza ofrecían a la Santísima Trinidad"!, dice San Epifanio [1]. Alcáncenos también su común intercesión el efecto total del Sacrificio que se prepara en el altar en honor del jefe de esta noble familia.

SECRETA

Acepta, oh clementísimo Dios, este sacrificio, ofrecido a tu Majestad en honor del santo Patriarca Joaquín, padre de la Virgen María: para que, por intercesión de él, y de su esposa, y de su beatísima Hija, merezcamos alcanzar el perfecto perdón de los pecados y la gloria sempiterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

No olvidemos en las delicias del Misterio sagrado que, si María nos ha dado el trigo de los cielos, en cambio a Joaquín debemos el tener a

[1] Oratio de Laud. Virg.

María. Confiemos con toda seguridad a su prudencia la guarda del germen inapreciable que ahora debe fructificar en nuestras almas.

COMUNION

Siervo fiel y prudente, a quien constituyó el Señor sobre su familia: para que les dé a su tiempo la medida de trigo.

Los sacramentos producen por sí mismos la gracia sacramental que les es propia, pero la intercesión de los Santos puede mucho cuando se trata de apartar todo obstáculo a su plena operación en los corazones. Esta idea es la que ha sugerido a la Iglesia la fórmula de la siguiente Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, por estos Sacramentos, que hemos recibido, y por la intercesión de los méritos y preces de San Joaquín, padre de la Madre de tu amado Hijo, nuestro Señor Jesucristo, merezcamos ser partícipes de tu gracia en el presente y de tu eterna gloria en lo futuro. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

El abuelo de Jesús. — Te damos gracias, Padre de María: toda criatura te es deudora desde que el mismo Creador quiso deberte la madre de quien determinó nacer para salvarnos. Esposo de la bienaventurada Ana, nos recuerdas lo que fué el paraíso: por la inocencia primera que parece que tú recobraste para presidir los orí-

genes de la Virgen Inmaculada, santifica la familia, repara nuestras costumbres. Abuelo de Jesús, extiende tu amor a todos los cristianos, hermanos suyos; la Iglesia te honra más que nunca en estos días de prueba: sabe ella tu crédito cerca del Padre Soberano, que se dignó asociarte, sin otro intermediario que tu propia hija, a la generación temporal de su Hijo eterno.

17 DE AGOSTO

SAN JACINTO, CONFESOR

El Apóstol de la Europa Oriental. — Jacinto es un héroe de esa legión de intrépidos misioneros que en los siglos trece y catorce marcharon al encuentro de la barbarie tártara y musulmana que amenazaba a Occidente. Propagó la Orden dominicana cuyo hábito vestía y dilató el reino de Dios, desde los Alpes a las fronteras septentrionales del imperio chino y desde las islas del archipiélago a las tierras árticas. Durante cuarenta años se le vió sembrar prodigios, confundir la herejía y disipar las tinieblas de la infidelidad en las estepas donde el cisma de Bizancio disputaba sus estériles conquistas a la idolatría de los invasores del Norte.

Como no faltó en el primer apostolado, tampoco podía faltar en éste la ofrenda del marti-

aquí sacó el bienaventurado la confianza sobrehumana del taumaturgo a quien jamás detuvo ningún obstáculo; supo sobre todo conservar el perfume virginal que embalsamó su vida toda, un brillar de belleza sobrenatural que hizo de él un retrato de su padre Domingo. El 15 de agosto de 1257, día de su triunfo, Nuestra Señora volvió a bajar otra vez a la Iglesia de la Santísima Trinidad; los Angeles la hacen una escolta brillante, las vírgenes forman su corte. "¡Oh!, ¿quién eres?", exclama un alma santa de la tierra, a quien el éxtasis ha roto los velos de la mortalidad. "Yo soy, responde María, la Madre de la misericordia: y este que tiene su mano en la mía es fray Jacinto, mi devotísimo hijo, a quien me llevo a las bodas eternas". Nuestra Señora entona luego con voz dulcísima: *Me voy a las colinas del Líbano*[1]; y continuando los Angeles y las vírgenes en un inefable concierto este canto celestial, el cortejo desaparecía hacia las cumbres resplandecientes de la patria.

VIDA. — La vida de San Jacinto se escribió demasiado tarde (hacia 1352) y, por eso no extraña que, al lado de hechos verídicos, contenga pormenores legendarios. Sabemos que en 1228 ya pertenecía a la orden de Frailes Predicadores y que se encontraba por entonces en el convento de Cracovia. Diez años más tarde predicó la Cruzada contra los Prusianos, todavía idólatras, y murió el 15 de agosto de 1257. Los Dominicos ejercieron un vasto apostolado en el si-

1 *Cant.*, IV, 6.

glo XIII en todo el Este de Europa, en Rusia, Prusia, Lituania y en los Balcanes. Pero la invasión de los Tártaros en 1241 y 1242 destruyó una multitud de conventos que habían fundado y multiplicó los mártires. San Jacinto es considerado como el apóstol de Polonia y su sepulcro es el lugar de célebres y muy frecuentes peregrinaciones.

POR MARÍA. — Grande fué tu privilegio, oh hijo de Santo Domingo, asociado tan íntimamente a María, que te vió entrar en la gloria el día de su triunfo. Tuviste un lugar distinguido en el cortejo que la condujo a los cielos; dinos sus grandezas, su hermosura, su amor para los pobres humanos, a quienes desearía que todos participasen de su felicidad como tú.

Por ella fuiste poderoso en el valle del destierro, esperando ser junto a ella bienaventurado y glorioso. Has recorrido de nuevo, mucho después que Alberto y Anscario, Cirilo y Metodio, los senderos ingratos de ese septentrión, donde renacen tan rápidamente los cardos y las espinas, donde los pueblos a los que tanto costó a la Iglesia librarlos del yugo pagano, están cayendo de continuo en los lazos del cisma y en las trampas de la herejía. El príncipe de las tinieblas tuvo nuevas derrotas en ese campo, una multitud innumerable rompió sus cadenas y la luz de la salvación brilló más allá de lo que todos sus predecesores la habían llevado. Conquista definitiva para la Iglesia, Polonia se con-

rio. ¡Cuántos hechos admirables en los que los ángeles del cielo se diría que quisieron alegrar con su sonrisa los rudos combates de sus hermanos de la tierra! Cuarenta y ocho Frailes Predicadores se habían reunido bajo del gobierno del bienaventurado Sadoc en el convento fundado por San Jacinto en Sandomir, a orillas del Vístula; un día, el lector del Martirologio, al anunciar la fiesta del siguiente, lee esta fórmula que a sus ojos se despliega en letras de *oro:* EN SANDOMIR, EL DÍA CUATRO DE LAS NONAS DE JUNIO, LA PASIÓN DE CUARENTA Y NUEVE MÁRTIRES. En un principio se sorprenden, pero pronto comprendieron los hermanos el anuncio extraordinario: se disponen, con la alegría de sus almas, a recoger la palma que al día siguiente les procura una irrupción de Tártaros; reunidos en el coro, y al canto de la *Salve Regina,* rinden a Dios el testimonio supremo.

Jacinto no terminará su carrera gloriosa debajo de la espada de sus verdugos. Juan, el discípulo predilecto, tuvo que quedarse en este mundo *hasta que viniese el Señor* [1]; nuestro Santo espera que salga a su encuentro la Madre del Señor.

EL TAUMATURGO. — En su vida toda de cielo no faltan ni el trabajo, ni los sufrimientos, ni las intervenciones más maravillosas de lo alto. Kiev, la ciudad santa de los Rusos, se ha resis-

1 *S. Juan,* XXI, 22.

tido cinco años al celo del apóstol; los Tártaros pasan por ella como la justicia del Todopoderoso. En la ciudad rebelde todo se somete al saqueo. La devastación general llega a las puertas del Santuario, donde el hombre de Dios poco antes termina el augusto Sacrificio. Y así, revestido de los sagrados ornamentos, con una mano toma el Santísimo, y con la otra la estatua de María que le pide que no la entregue a los bárbaros; y atraviesa sano y salvo, en unión de sus Hermanos, las hordas paganas ebrias de carnicería, las calles en llamas, y el Dnieper, cuyas olas rápidas se consolidan debajo de sus pies. El Santo, continuando su retirada milagrosa hasta Cracovia, depositó en el convento de la Trinidad su preciosa carga. Mientras la llevó, tenía tan poco peso como una caña, pero la estatua de María recobró después su peso natural, bastante notable para que la pudiese mover un hombre solo. Después de otros muchos trabajos, junto a ella vendrá Jacinto a morir.

El discípulo de María. — La devoción de San Jacinto hacia la Santísima Virgen dominó toda su vida, y la misma Virgen, en recompensa, le manifestó muchas veces su ternura maternal. Una vez, a los principios de su vida apostólica, se le apareció y le dijo: "¡Animo y estate gozoso, Jacinto, hijo mío! Todo cuanto pidas en mi nombre, te será concedido." La inefable entrevista tuvo lugar en la Vigilia de la Asunción. De

virtió en su antemural, hasta los días de traición que señalaron el fin de la Europa cristiana.

Oh Jacinto, conserva la fe en el corazón de los hijos de ese noble pueblo, en espera del día de la resurrección. Implora la gracia para las regiones del Norte, que se calentaron un momento al soplo ardiente de tu palabra. Nada se te negará de lo que pidieres por medio de María; así te lo prometió esta Madre de misericordia.

Conserva el celo del apostolado en tu Orden. Multiplíquese el número de tus hermanos, que hoy son menos de lo que necesitan nuestros tiempos. Al poder que tuviste sobre las olas, hay que añadir el que justificado por tantos prodigios te atribuye la confianza de los fieles: el de volver a la vida a los pobres ahogados. También las madres cristianas han sentido muchas veces tu poder milagroso para llevar a la fuente de la salvación los frutos de sus entrañas a los que un parto difícil puso en peligro de no recibir el bautismo. Enseña a tus clientes devotos que la bondad de Dios es siempre la misma y que no ha disminuído el crédito de sus elegidos.

EL MISMO DIA

SAN ROQUE, CONFESOR

La peste negra. — Tres años de hambre, tres meses de derrotas, tres días de peste; ante la

justicia divina las hace equivalentes la libertad que se da a David culpable para que elija entre estas tres medidas de expiación[1]. El espantoso azote que hace más estragos en tres días que en meses y en años el hambre o una guerra desastrosa, demostró bien su preeminencia lúgubre en el siglo XIV de nuestra era; la peste negra cubrió al mundo de un manto de luto y le arrebató un tercio de sus habitantes. Sin duda, el mundo nunca mereció mejor el terrible aviso: las gracias de santidad que con profusión se derramaron en el siglo anterior habían llevado a la convicción de que la defección de los pueblos sólo se detuvo un día; en adelante, roto ya todo dique, se dejaba ver que la inevitable ola ascendente del cisma, la reforma y la revolución debía acabar con el mundo. Pero Dios, misericordioso mientras dura esta vida, al castigar a los hombres pecadores, les ofrecía el predestinado que podía conjurar su venganza, y que merecería ser hasta nuestros días el amparo a quien se recurre con confianza en las grandes epidemias.

VIDA. — La vida histórica de San Roque no se ha escrito todavía, y pasará mucho tiempo hasta poder separar lo que es histórico de lo que es legendario en la *Legenda sancti Rochi*, que en 1478 compuso Francisco Diedo, mucho después de morir el Santo. Nació en Montpellier hacia 1300. Perdió a sus padres antes de cumplidos los veinte años y marchó en pe-

[1] *Par.*, XXI, 12.

regrinación al sepulcro de los Apóstoles. Pasó a Acquapendente donde causaba estragos la peste y allí hizo alto para dedicarse al cuidado de los moribundos; y después en Roma se puso al servicio de un Cardenal. Ya de vuelta, cayó enfermo en el camino, mas, para no servir de carga a nadie, se oculta en un bosque donde un perro le lleva su alimento. Entra en Montpellier, se le toma por un malhechor, se le encarcela y allí queda olvidado y muere pasados cinco años; pero Dios entonces manifiesta su santidad por medio de milagros y San Roque llega a ser uno de los Santos más populares y más celebrados [1].

Oración: "Suplicámoste, Señor, guardes a tu pueblo con continua bondad y, por intercesión de los méritos de San Roque, presérvale de todo contagio de alma y de cuerpo. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

OCTAVA DE SAN LORENZO, DIACONO Y MARTIR

El diácono de María. — En Navidad Esteban velaba junto a la cuna a donde el Niño Dios venía a robarnos nuestros corazones; hoy escolta Lorenzo a la Reina ante cuyo resplandor se eclipsa la belleza de los cielos. En ambas fechas se precisaba un diácono que tomase parte en el

[1] *Anal. Boll.*, VIII, 380-415.

triunfo del amor, manifestado en Belén en la debilidad del recién nacido y en el cielo en la gloria con que el Hijo se complace en colmar a su Madre. En la peregrinación por el desierto de este mundo los Diáconos, efectivamente, guardan a la Esposa, la Iglesia de Dios, significada por el antiguo tabernáculo, donde el arca de la alianza era figura de María.

VIRTUDES DEL DIÁCONO. — "Hijos carísimos, les dice el Pontífice el día de su ordenación, considerad que por un privilegio extraordinario, al heredar de la tribu levítica su oficio y su nombre, rodeáis el tabernáculo del testimonio, que es la Iglesia, la cual tiene siempre que defenderse de un enemigo incansable. Como hacían vuestros padres con el tabernáculo, así debéis vosotros sostener a esta Iglesia; adornadla con la santidad, fortificadla con la divina palabra, sostenedla con la perfección de vuestros ejemplos. Y, puesto que Leví significa separado, apartaos de las concupiscencias terrenas; brillad con el resplandor de una pureza sin tacha, como conviene a la amable tribu del Señor" [1].

Por este desasimiento de la tierra que constituye la verdadera libertad, la Iglesia, libre también ante la sinagoga esclava [2], reviste a sus levitas de una gracia que no conocieron los antiguos. De Lorenzo, como se escribió de Esteban,

---

[1] *Pontifical romano.*
[2] *Gal.*, IV, 22-31.

se puede decir que *su rostro parecía el de un Angel entre los hombres*[1]; de tal modo la Sabiduría, que habitaba en ellos[2], iluminaba sus frentes con su divina luz, y el Espíritu Santo que hablaba por sus bocas[3], ponía gracia en sus labios. El levita del Sinaí, blandiendo la espada, consagra a Dios sus manos temblorosas[4] en la sangre de los animales. El Diácono, siempre pronto a dar lo suyo, da pruebas de su fortaleza con la fidelidad del amor y no la del esclavo; la sostiene con la rectitud y con el olvido de sí mismo; tiene puestos los pies en el mundo donde combate, mas los ojos en el cielo a donde aspira, y el corazón en la Iglesia, que ha puesto en él su confianza.

GLORIA DE SAN LORENZO. — Más homenajes recibe Lorenzo que los césares y reyes conocieron jamás. ¿Qué conquistador de la Roma antigua le igualó en la gloria? Llegó a conquistar hasta Roma; veinticuatro santuarios dedicados a Cristo con su nombre en la Ciudad eterna eclipsan a todos los palacios de los Augustos. Y por todo el mundo, ¡cuántas iglesias insignes y cuántos monasterios se honran con su poderosa protección! El nuevo mundo de igual modo que el antiguo, con el glorioso nombre de San Lorenzo nos ofrece sus ciudades y sus provincias y tam-

1 *Act.*, VI, 15.
2 *Ibid.*, III, 10.
3 *Ibid.*
4 *Exodo*, XXXII, 26-29.

bién sus islas, sus bahías, sus ríos, sus cabos y sus montañas. Pero entre todos los reinos cristianos se distingue, como es justo, en los honores tributados al ilustre archidiácono, su patria España: ella celebra el primero de mayo la fiesta de sus santos padres, Orencio y Paciencia, que le dieron el ser en tierras de Huesca; España le ha dedicado el más noble monumento de su gran siglo de oro, San Lorenzo del Escorial, que a la vez es iglesia, monasterio y palacio que recuerda en las líneas de su plan gigantesco las parrillas del Mártir.

Terminemos nosotros esta Octava con la oración que formula hoy la Liturgia de la Misa: "Excita, Señor, en tu Iglesia, el Espíritu al que sirvió el levita San Lorenzo: para que, llenos nosotros del mismo, procuremos amar lo que él amó y ejercitar con obras lo que enseñó" [1].

18 DE AGOSTO

DIA CUARTO DE LA OCTAVA DE LA ASUNCION

SANTIDAD Y GLORIA DE MARÍA. — El que comprenda la santidad de María, ese solo podrá apreciar su gloria. Pero la Sabiduría que estuvo presente al abrir los cimientos de los abismos [2],

[1] Colecta del día de la Octava.
[2] *Prov.*, VIII, 27.

no nos ha revelado la profundidad de este océano, junto al cual las virtudes de los justos y todas las gracias que les fueron prodigadas, no son más que unos riachuelos. Mas la inmensidad de gracia y de mérito que constituye la perfección sobrenatural de la Virgen bendita, nos da derecho a deducir que tuvo una supereminencia igual en la gloria, que no es más que la ratificación de la santidad de los elegidos. Mientras los otros predestinados de nuestra raza se escalonan en los diversos puestos de las jerarquías celestes, *la santa Madre de Dios se eleva por encima de todos* los coros bienaventurados [1], formando un orden distinto por sí sola, un cielo nuevo, en el que las armonías angélicas y humanas quedan muy por debajo. En María Dios es más glorificado, mejor conocido y más amado que en todo el resto del universo. Por este solo título, conforme al orden de la Providencia creadora que a lo más perfecto subordina lo menos, María debería ser la soberana de la tierra y de los cielos.

EL MUNDO CREADO PARA CRISTO Y PARA MARÍA. En este sentido, después del Hombre-Dios, el mundo existe para ella. El gran teólogo y Cardenal de Lugo, al explicar aquí las palabras de los santos, se atreve a decir: "Así como Dios, al crear todo por complacencia de su Ungido, le hizo a El fin de las criaturas; del mismo modo

1 Liturgia de la fiesta.

se puede proporcionalmente decir que sacó de la nada el resto del mundo por amor a la Virgen Madre, y quiso que se la llamase con razón también a ella, fin de todas las cosas" [1].

Como Madre de Dios y al mismo tiempo su *primogénita* [2], ya tenía título y derecho a sus bienes; como Esposa, debía participar de su corona. "La virgen gloriosa cuenta con tantos vasallos como la Trinidad, dice San Bernardino de Sena. Toda criatura, sea cual fuere su puesto en la creación, sea espiritual como los Angeles, racional como los hombres, material como los cuerpos celestes o los elementos, el cielo, la tierra, los réprobos, los bienaventurados, todo lo que procede del poder de Dios, está sometido a la Virgen. Porque el que es hijo de Dios y de la Virgen bendita, al querer, por decirlo así, igualar en cierto modo con el principado del Padre el principado de su Madre, se hace, aunque es Dios también, servidor de María. Por tanto, si es cierto que todo, hasta la Virgen, obedece a Dios; se puede también cambiar la proposición y afirmar que todo, hasta Dios, obedece a la Virgen" [3].

Nos dice el Espíritu Santo que el imperio de la Eterna Sabiduría comprende los cielos, la tierra y el abismo [4]; pues bien, esa es la herencia

---

1 DE LUGO, *De Incarnat. Disput. VII,* sect. 2.
2 *Ecl.,* XXIV, 5.
3 S. Bernardino, *Sermón en la fiesta de María,* c. 6.
4 *Ecl.,* XXIV, 7-11.

de María en este día de su coronación. Como la Sabiduría divina, ella puede gloriarse en Dios[1]. Hoy ensalza su humildad Aquel de quien un día cantó ella la magnificencia[2]. LA BIENAVENTURADA por excelencia[3] se ha convertido en honor de su pueblo, en la admiración de los Santos y en la gloria de los ejércitos del Altísimo[4]. Con su belleza y en unión del Esposo, salga a la victoria[5]; triunfe del corazón de los poderosos y de los humildes[6]. Poner en sus manos el cetro del mundo, no es un honor vacío de realidad: a partir de este día, manda y combate, protege a la Iglesia, defiende a su jefe, conserva los puestos de la milicia sagrada, suscita los santos, dirige a los apóstoles, ilumina a los doctores, extermina la herejía, ataca al infierno.

REINA Y MADRE. — Saludemos a nuestra Reina; cantemos sus hechos insignes, seámosla dóciles; y sobre todo amémosla y confiemos en su amor. No temamos que, en medio de los intereses del reino de Dios, pueda olvidar ella nuestra pequeñez o nuestras miserias. Nada escapa a su vista de lo que ocurre en los más oscuros reductos, en los confines más distanciados de sus inmensos dominios. De su título, en efecto, de *causa universal,* pero sometida al Señor, se de-

1 *Ecl.,* XXIV, 1.
2 *S. Lucas,* I, 46-55.
3 *Ibid.,* 48.
4 *Ecl.,* XXIV, 1-4.
5 Salmo XLIV, 4-6.
6 *Ecl.,* XXIV, 11.

duce con razón la universalidad de su providencia; y los maestros de la doctrina [1] nos presentan a María asociada en la gloria a la ciencia llamada de *visión*, mediante la cual todo lo que existe, ha sido o será, está presente ante Dios. Estemos bien convencidos, por otra parte, que tampoco su caridad podría ser deficiente: como su amor de Dios sobrepuja al amor de todos los elegidos, así la ternura de todas las madres reunidas en la persona de un solo niño, no alcanza a la que la Madre divina profesa al menor, al más olvidado, el más abandonado de los hijos de Dios, que son también hijos suyos. Ella los previene con su solicitud, escucha sus ruegos humildes en todo tiempo, los sigue en sus pasos culpables, sostiene su debilidad, se compadece de sus males del cuerpo y del alma, extiende sobre ellos los favores de lo alto, de los que la Virgen es celestial tesorera. Digámosla, pues, por boca de uno de sus grandes servidores:

PLEGARIA. — "Oh Santísima Madre de Dios, que embelleciste la tierra y el cielo y, al dejar este mundo no abandonaste a los hombres. Desde aquí abajo, vivías en el cielo; y desde el cielo, conversas con nosotros. ¡Tres veces felices los que te contemplaron y los que vivieron con la Madre de la vida! Pero, así como habitaste en

[1] Suárez, 3.ª pars. qu. XXXVII, art. 4; Disput. XXI, sect. 3.

carne mortal con los hombres del tiempo pasado, quédate con nosotros espiritualmente. Oímos tu voz; y la voz de todos llega a tu oído; la protección continua con que nos rodeas, es señal de tu presencia. Nos haces visitas; tu mirada está sobre todos; y aunque nuestros ojos no puedan, oh Santísima, percibirte, en medio de nosotros estás manifestándote de diversas maneras a quien se hace digno. Tu carne inmaculada, fuera ya del sepulcro, no entorpece la fuerza inmaterial, la actividad purísima de ese espíritu tuyo que, inseparable del Espíritu Santo, sopla también donde quiere [1]. Oh Madre de Dios, recibe el homenaje agradecido de nuestra alegría, y habla por tus hijos a Aquel que te ha glorificado: cualquiera que sea tu petición, él la cumple por su divina virtud; sea él bendito por todos los siglos" [2].

EL MISMO DIA

SAN AGAPITO, MARTIR

La Iglesia hace memoria en este día de un mártir de Palestina, no lejos de Roma: San Agapito. Fué decapitado el 18 de agosto de 270 "entre las dos columnas" que se levantaban en una

---

1 *S. Juan,* III, 8.
2 S. Germán de Constantinopla: *Sobre la Dormición I.*

encrucijada de los alrededores de la ciudad. Leemos en su pasión que tenía 15 años cuando sufrió el martirio. El ejemplo intrépido que dió este jovencito en un tiempo en que las persecuciones se habían interrumpido en todas partes, impresionó hondamente a sus contemporáneos. También a nosotros nos invita a estar siempre prontos a derramar nuestra sangre por Cristo, aunque parezca que no tenemos cerca la amenaza. Desde el siglo V, Roma levantó una basílica a San Agapito, y su culto se extendió rápidamente por toda la cristiandad. Sus reliquias se quedaron, con honor, en un principio en Penestre (hoy Palestrina), y desde el siglo XV están en Corneto, menos la cabeza que fué restituída a su ciudad natal.

Oración: "Alégrese tu Iglesia, oh Dios, confiada en los sufragios de tu santo mártir Agapito: y por sus preces gloriosas, permanezca devota y continúe segura. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SANTA ELENA, VIUDA

Constancio Cloro, en su juventud, se casó con Elena, atraído de su belleza y de sus virtudes; pero, al llegar a ser emperador, la tuvo que

repudiar por su modestísimo origen. Su hijo Constantino, por el contrario, al suceder a su padre, quiso honrar a su madre y la elevó a la dignidad imperial. Elena, que fué grande en la humillación, supo permanecer humilde en los honores supremos. Se asoció a la vocación milagrosa de su hijo, se hizo cristiana con él y con él aseguró el triunfo de la Iglesia sobre el mundo pagano.

Pasó los últimos días de su vida en el servicio de la Iglesia, consagrándose a las obras de caridad y favoreciendo el esplendor del culto divino. Enriqueció con obras de arte las basílicas que Constantino mandaba levantar por doquier, sobre todo las de Jerusalén, a donde fué en peregrinación De este modo contribuyó al desarrollo de la liturgia de los Santos Lugares, donde, como se sabe, se formó en gran parte el ciclo litúrgico. Más tarde, la leyenda la atribuyó un papel importante en el descubrimiento de la verdadera cruz. Santa Elena murió el 329 y fué enterrada en Roma. Su fiesta, en la Octava de la Asunción, la une íntimamente a los honores que se tributan a la reina del cielo, junto a la cual es grato contemplar a esta emperatriz de la tierra, ocupando un puesto de aquí en adelante entre las más nobles damas de su corte.

Desde lo alto del cielo vela, Elena, continuamente por tu obra. Haz que este triunfo de la Iglesia que Dios realizó por ti y por tu hijo, se renueve en nuestros días. Ayuda a los hombres

de Estado, a los amos de este mundo, en sus deseos de gobernar bien. Otórgales, por tu intercesión, la gracia de no buscar más que el bien de todos, de permanecer sumisos a la voluntad de Dios y, reconociendo a la Iglesia su libertad y sus derechos, hacer felices a los pueblos que se les han confiado.

19 DE AGOSTO

SAN JUAN EUDES, CONFESOR

La Octava de la Asunción es acogedora para los servidores ilustres de María. Después de San Jacinto y antes de Santa Juana de Chantal y San Bernardo, festejamos hoy a San Juan Eudes. Es un benemérito de la Iglesia católica: las misiones que predicó en Francia son innumerables, e incontables son también los hijos y las hijas que de él descienden: los primeros se dedican en la Congregación de Jesús y de María a la formación del clero, a la enseñanza y a las misiones, y las segundas, en la Congregación de Nuestra Señora de la Caridad o Instituto del Buen Pastor a la rehabilitación de pecadoras.

El Reformador. — Pío X decía en el Breve de su Beatificación: "El divino Maestro no permite nunca en su Iglesia que la sal de la tierra se desazone, es decir, los representantes del mi-

nisterio sagrado, cuya acción tiene que arrancar a los hombres de la corrupción. En épocas de relajación, su misericordia gustosamente suscita santos que trabajen con todo celo en levantar la disciplina y las costumbres en el clero y por lo mismo procuren en más amplia medida la salud eterna de las almas" [1].

Pues bien, tal vez el mayor mal que padecía Francia al fin de las guerras de religión y al principio del siglo XVII, siglo que iba a ser glorioso para ella, fuese la mediocridad de sus sacerdotes. Para poner remedio a eso, el Padre Eudes, en un principio, concibió la idea de reunir a los clérigos jóvenes con el fin de prepararlos a recibir dignamente las Ordenes sagradas. Pero, como unos días de recogimiento sólo producían frutos efímeros, se resolvió a crear seminarios según lo prescrito por el concilio de Trento. Y entonces fundó la Congregación de Jesús y María, cuyos miembros tendrían este doble objeto: la formación del clero en los seminarios y la renovación del espíritu cristiano entre los fieles por medio de las Misiones.

"Lo que completó los servicios que Juan Eudes prestó a la Iglesia, añade el Papa San Pío X, fué que, ardiendo en un amor extraordinario hacia los Sagrados Corazones de Jesús y de María, pensó antes que nadie, y no sin divina inspiración, tributarles un culto litúrgico. De

1 Breve del 11 de abril de 1909.

este culto tan dulce, se le debe considerar como Padre, Doctor y Apóstol" [1].

Si no tuviésemos que ser aquí excesivamente breves, seguiríamos al ardiente misionero por todas las parroquias donde desplegó su celo, escucharíamos su palabra elocuente, y seríamos testigos de la santidad que aseguraba, más que todos los medios, sus éxitos apostólicos. Mas, para conocer un poco su alma, nos bastará leer algunas de las páginas que nos ha dejado en *La Vie et le Royaume de Jésus,* pues vivió y predicó lo que ha dejado consignado en este libro inmortal.

El Doctor. — Discípulo de Berulle, su espiritualidad es la de la Escuela francesa y toda la santidad se resume para él en la palabra de San Pablo: *"Vivo, mas no yo, sino que es Cristo el que vive en mí".* "Todos los textos sagrados, escribió, nos enseñan que Jesucristo debe ser algo viviente en nosotros; que no debemos vivir sino en El, y su vida debe ser nuestra vida; que nuestra vida debe ser una continuación y expresión de su vida y que no tenemos derecho a vivir en el mundo si no es para llevar, manifestar, santificar, dar gloria y hacer vivir y reinar en nosotros la vida, las cualidades, las disposiciones, las virtudes y las acciones de Jesús" [2].

---

[1] Breve del 11 de abril de 1903.
[2] *Le Royaume de Jésus,* p. 164.

Al hablarnos de la vida cristiana, hace notar que "lo que San Pablo dice del sufrimiento: Completo en mi carne lo que falta a la Pasión de Cristo para su cuerpo que es la Iglesia [1], se puede decir de todas las demás acciones que un cristiano realiza en la tierra. Porque un verdadero cristiano, miembro de Jesucristo, unido a El por la gracia, continúa y completa con todas sus acciones las que Jesús practicó aquí abajo. De forma que la oración, el trabajo, el mismo descanso, continúan y completan la oración, el trabajo y el descanso de Jesucristo. Y en este sentido es como San Pablo declara que "la Iglesia es el cumplimiento de Jesucristo, que Jesucristo, que es la cabeza de la Iglesia, ha dado cumplimiento a todo en todos [2], y que concurrimos todos a la perfección de Jesucristo y a la edad de su plenitud" [3].

"Así, pues, debemos ser una copia de Jesús en la tierra para continuar aquí su vida y sus obras y para hacer y sufrir todo lo que hacemos y sufrimos santa y divinamente en el espíritu de Jesús... Y, porque este divino Jesús es nuestra cabeza y nosotros sus miembros, se sigue que debemos estar perfectamente animados de su espíritu y vivir su vida.

"Considerad, por tanto, concluye, considerad muchas veces estas verdades con atención y

1 *Col.*, I, 24.
2 *Ef.*, I, 22, 23.
3 *Ibíd.*, IV, 13.

aprended de aquí que la vida, la religión, la devoción cristiana consiste en continuar la vida, la religión y la devoción de Jesús en el mundo, y por esta razón todos los cristianos están obligados a llevar una vida toda santa y divina y a hacer todos sus actos santa y divinamente, lo que no es difícil, sino muy dulce y facilísimo, a los que tienen cuidado de elevar a menudo su espíritu y su corazón a Jesús y de entregarse y unirse a El en todo lo que hacen" [1].

¿Qué decir de su devoción ardiente a María? "No debemos separar, escribía él, lo que Dios unió de un modo tan perfecto. Jesús y María están tan perfectamente ligados, que quien ve a Jesús ve a María, quien ama a Jesús ama a María. Jesús y María son los dos primeros fundamentos de la religión cristiana, las dos fuentes vivas de todas nuestras bendiciones... No es verdaderamente cristiano aquel que no tiene devoción a la Madre de Jesucristo y de todos los cristianos... Y, puesto que debemos continuar las virtudes y poseer en nosotros los sentimientos de Jesús, debemos también continuar y llevar en nosotros los sentimientos de amor, de piedad y de devoción que el mismo Jesús tuvo para con su bienaventurada Madre..." [2].

Y aquí hacemos alto en nuestras citas: éstas bastan para hacernos entrever las maravillas

---

[1] *Le Royaume de Jésus,* p. 165-167.
[2] *Ibid.,* p. 337-338.

de la gracia en el alma de San Juan Eudes, y para determinarnos a poner en práctica una doctrina que él vivió a la vez que la predicó y que perdura tan seductora y tan segura para las almas nobles.

VIDA. — San Juan Eudes nació en 1601, en la aldehuela de Ri, en la diócesis de Séez, de padres piadosos que le consagraron a la Santísima Virgen. En 1615, siendo colegial de los Jesuítas de Caen, hizo voto de virginidad, se entregó a María y la profesó un culto ferviente. Recibió la tonsura y las órdenes menores en 1621, y, de la Universidad de Caen, entró en la Congregación del Oratorio fundada por Berulle, donde permaneció veinte años. Berulle había querido restablecer en el clero la doctrina y la santidad, pero no había pensado en los Seminarios; para instituirlos, San Juan Eudes dejó en 1643 el Oratorio y fundó la Congregación de Jesús y de María y al momento, con cinco compañeros sacerdotes, abrió el primer Seminario de Caen, al que siguieron otros muchos.

Para ganar a las pecadoras a la vida cristiana, fundó la Orden de Nuestra Señora de la Caridad, y para evangelizar a las almas abandonadas se hizo misionero durante muchos años, predicando en los campos abandonados, en los pueblos y hasta en la Corte con una libertad y una elocuencia que tenía su apoyo en una santidad eminente.

Propagó la devoción a los Sagrados Corazones de Jesús y de María y fué el primero que les tributó un culto litúrgico. Siempre fiel a la cátedra de Pedro, fué perseguido por los jansenistas, a los que se opuso con valor. Finalmente, quebrantado por sus innumerables trabajos, murió el 19 de agosto de 1680 pronunciando los dulces nombres de Jesús y de María.

Fué beatificado por San Pío X y canonizado en 1935 por Pío XI, que extendió su fiesta a la Iglesia universal.

PLEGARIA. — "Debemos tener devoción a todos los santos y ángeles", escribías tú, oh San Juan Eudes. Con alegría escuchamos tu consejo y te honramos en este día, "honrándote porque Jesús te ama y te honra, y también porque tú amas y honras a Jesús, de quien eres amigo, servidor, hijo, miembro y como una parte (del mismo)... Adoramos a Jesús en ti, pues El lo es todo para ti: tu ser, tu vida, tu santidad, tu gloria. Le damos gracias por la gloria y las alabanzas que a Sí mismo se ha dado en ti y por ti, y más todavía por las gracias que te ha comunicado y nos ha comunicado por ti" [1].

Unidos a los sentimientos de tu corazón abrasado de amor para Jesús, le decimos contigo: "Ven, Señor Jesús, ven dentro de mí con la plenitud de tu virtud, a destruir todo lo que te desagrada y a obrar en mí todo lo que deseas para tu gloria. Ven con la santidad de tu Espíritu, para desasirme enteramente de todo lo que no seas tú, para unirme de modo total contigo y para hacer que me porte santamente en todas mis acciones. Ven en la perfección de tus misterios, es decir, para obrar perfectamente en mí lo que tú deseas obrar con tus misterios, para

---

[1] *Le Royaume de Jésus,* p. 345.

gobernarme según el espíritu y la gracia de tus misterios, y para glorificar y realizar y consumar en mí tus misterios. Ven con la pureza de tus caminos, es decir, para cumplir en mí, al precio que sea y sin perdonarme en nada, todos los designios de tu puro amor, y para conducirme por los caminos rectos de este mismo puro amor, sin permitirme declinar ni a la derecha ni a la izquierda y sin conceder nada a las inclinaciones y sentimientos de la naturaleza corrompida y del amor propio. Ven, oh Señor Jesús"[1].

20 DE AGOSTO

SAN BERNADO, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

GLORIAS DE SAN BERNARDO. — "He aquí que la Reina se ha sentado después de su único Hijo en el festín eterno. Entonces, como el nardo que difunde su perfume, Bernardo entregó su alma a Dios"[2]. Sin duda fué para recompensarle de haber sido su caballero tan fiel y el cantor tan amante y elocuente de todas sus grandezas, por lo que María vino a buscar a

1 Paráfrasis de la Oración tan conocida del P. Condren: *Veni Domine Jesu,* ligeramente modificada por M. Olier: *O Jesu, vivens in Maria.*

2 Himno de Vísperas.

Bernardo durante la Octava de su gloriosa Asunción.

El Menologio cisterciense recuerda a sus hijos todos los años la figura gloriosa y los méritos del primer Abad de Claraval: "En el claustro se ejercita maravillosamente en los ayunos, en las oraciones, en las vigilias, llevando en la tierra una vida del todo celestial. Sin descuidar el trabajo de su perfección, se ocupa con celo y éxito en la santificación de los suyos; vese además obligado a presentarse ante el mundo. Aconseja a los Papas, pacifica a los reyes, convierte a los pueblos; extermina la herejía, abate el cisma, predica la cruzada, rehusa obispados, obra milagros sin número, escribe obras admirables y un millar de cartas. A los 63 años, cuando muere, ha fundado ya 150 monasterios, y 700 religiosos le lloran en Claraval. El Papa Alejandro III le inscribió en el catálogo de los Santos y Pío VIII, en 1830, le confirió el título de Doctor de la Iglesia universal". Grande es el elogio, pero no exagerado.

Innumerables son los títulos que se le han dado al que vino a Claraval a buscar en la humildad de la vida monástica, el silencio, la facilidad de hacer penitencia y de rezar mientras llegaba la muerte que le uniría con su Dios. El que buscaba ser olvidado de todos, llegó a ser, a pesar suyo, el hombre de quien no podía prescindir su siglo, el que iba a tener sobre sus compatriotas una influencia sin igual y que en la

historia quedaría como una de las figuras más nobles y más atractivas de la Iglesia y de su patria. Bossuet, en un panegírico célebre, nos le ha representado en la celda estudiando la cruz de Jesús, después en la cátedra sagrada y a través de los caminos de Europa, predicando esa misma cruz. Pero, antes que él, Alejandro III le había llamado "luz de toda la Iglesia de Dios por la antorcha de su fe y de su doctrina"; Santo Tomás de Aquino: "el elegido de Dios, la perla, el espejo y el modelo de la fe; la columna de la Iglesia, el vaso precioso, la boca de oro que embriagó a todo el mundo con el vino de su dulzura"; y San Buenaventura le llamó: "el gran contemplativo, de máxima elocuencia, lleno del espíritu de sabiduría y de una santidad eminente"; y nos extenderíamos demasiado si fuésemos a citar el nombre y los elogios de los Santos que le han venerado y saborearon su doctrina "melíflua", desde Santa Gertrudis y Santa Mectildis hasta San Luis Gonzaga y San Alfonso de Ligorio.

EL CABALLERO DE NUESTRA SEÑORA. — Pero lo que de modo especial nos debe impresionar en estos días, lo que debería bastar para dar gloria a San Bernardo es que fué el cantor y el caballero de Nuestra Señora. "Fué, dice Bossuet, el más fiel y el más casto de sus hijos; el que más honró entre todos los hombres su maternidad gloriosa, el que creyó que debía a sus cuidados

y a su caridad maternal la influencia continua de gracias que recibía de su divino Hijo." Nos cuenta la leyenda que un día los Angeles le enseñaron en la Iglesia de San Benigno de Dijon, la *Salve Regina,* y que una vez la Virgen dejó correr hasta sus labios algunas gotas de la leche con que se había alimentado Jesús. Pero sea de esto lo que fuere, Bernardo nunca se mostraba más elocuente ni más persuasivo que al hablar de María. Sus discursos nos la presentan en todos los misterios de nuestra salvación ocupando junto al Señor el puesto que Eva había tenido cerca de nuestro primer padre; habló de ella en términos tan tiernos y conmovedores, que hizo vibrar el corazón de los monjes y de las multitudes que le escuchaban, del gran amor que sentía a esta divina Madre, y contribuyó poderosamente a hacerla amar en su nación. Sus sermones sobre la Anunciación se han hecho famosos y los del misterio de la Asunción se dirían que son posteriores a la definición del dogma que tanta alegría ha traído al mundo. Tal vez sea esto lo que le ha acarreado tanta popularidad. Porque San Bernardo no es sólo admirado por los que estudian la historia del siglo XII y se encuentran con él en todo lo grande y grave que entonces sucede, o también por los monjes y los teólogos que estudian su doctrina; San Bernardo es amado, y "el secreto de su popularidad y del amor que se le tiene, está en el amor que él tuvo a Jesús y en la ternura con que amó a

María, ternura profunda, amor ardiente que nos enfervoriza aun después de ocho siglos"[1]. "Jesús y María: dos nombres, dos amores que se funden en uno solo y hacen de su corazón un horno. El amor de María da el movimiento y el amor de Jesús se abre en él como un lirio en su tallo. Este amor le persigue por las sendas de la Escritura, por las ásperas montañas de la vida monástica, por la práctica asidua de las virtudes más varoniles, pero siempre por medio de María; se esfuerza en cantar al Verbo acompañándose de María como de una lira"[2].

Después de ocho siglos, las oraciones que San Bernardo redactó o bosquejó sirven a las almas para rezar a María, para expresarla su confianza y su amor. Las repetimos todos los días, avaloradas con el fervor de todos los que las pronunciaron antes que nosotros: la *Salve Regina*, el *Acordaos*. No conocemos modo mejor para honrar a este gran Santo, serle grato y darle gracias, que repetir, siguiendo su ejemplo, las oraciones que brotaron de su corazón y sobre todo alabar a Nuestra Señora con sus propias palabras.

VIDA. — Bernardo nació en Fontaine-lez-Dijon en 1090. A los 16 años se quedó sin madre. Poco después pensó ingresar en el Cister, donde el Abad Esteban Harding estaba descorazonado por no tener vocacio-

---

1 Dom Dominique Nogues: *La Mariología de San Bernardo*, p. XIV.
2 *Ibíd.*, p. XV.

nes. Pero no llegó solo. En Pascua de 1112 se presentaba con treinta parientes o amigos, a los que él había animado a abrazar la vida perfecta. Permaneció durante tres años en este monasterio, entregado a la oración y a la más ruda penitencia. En 1115 llegaba a ser Abad de Clairvaux. La fama de su doctrina y de su santidad pronto le trajeron postulantes en crecido número; pronto tuvo que fundar monasterios y aceptar la reforma de los que solicitaban su ayuda. Todo para todos, tuvo muchas veces que dejar su monasterio para combatir el cisma de Anacleto II en Italia, la herejía en el mediodía de Francia, o para predicar la cruzada a petición de Eugenio III. Para este hijo, que llegó a ser Papa, escribió el tratado *de la Consideración* y para sus monjes su *Apología* del ideal cisterciense, el *Tratado del amor de Dios* y el *Comentario del Cantar de los Cantares*. Agotado por los trabajos y fatigas, consumido por excesiva penitencia, acabó por fin sus días en su monasterio, el 20 de agosto de 1153. Fué canonizado veinte años después y declarado por Pío VIII Doctor de la Iglesia universal el 23 de julio de 1830.

PLEGARIA A SAN BERNARDO. — Era conveniente que viésemos al heraldo de la Madre de Dios seguir de cerca su carroza triunfal; y, al entrar en el cielo en esta Octava radiante, te pierdes con deleite en la gloria de aquella cuyas grandezas ensalzaste en este mundo. Ampáranos en su corte; dirige hacia el Cister sus ojos maternales; en su nombre, salva una vez más a la Iglesia y defiende al Vicario del Esposo.

Pero en este día, nos convidas a cantarla, a rogarla contigo, más bien que a rezarla contigo; el homenaje que más te agrada, oh Bernardo,

es ver que nos aprovechamos de tus escritos sublimes para admirar "a la que hoy sube gloriosa y colma de felicidad a los habitantes del cielo."

Aunque rutilante, el cielo resplandece con nuevo fulgor a la luz de la antorcha virginal. En las alturas resuenan también la acción de gracias y la alabanza. Estas alegrías de la patria ¿no debemos hacerlas nuestras en medio de nuestro destierro? Sin morada permanente, buscamos la ciudad a la que la Virgen bendita arriba en este momento. Ciudadanos de Jerusalén, muy justo es que desde la orilla de los ríos de Babilonia nos acordemos de ello y dilatemos nuestros corazones ante el desbordamiento del río de felicidad cuyas gotitas saltan hoy hasta la tierra. Nuestra Reina tomó hoy la delantera; la acogida espléndida que se la ha hecho, nos da confianza a nosotros, que somos su séquito y sus servidores. Nuestra caravana, precedida de la Madre de misericordia, a título de abogada cerca del Juez, Hijo suyo, tendrá buen recibimiento en el negocio de la salvación [1].

"Deje de ensalzar tu misericordia, oh Virgen bienaventurada, el que recuerde haberte invocado inútilmente en sus necesidades. Nosotros, siervecillos tuyos, te felicitamos, sí, por todas las demás virtudes; pero en tu misericordia más bien nos felicitamos a nosotros mismos. Alabamos en ti la virginidad y admiramos tu humil-

[1] S. Bernardo, primer Sermón sobre la Asunción.

dad; pero la misericordia sabe más dulce a los miserables; por eso abrazamos con más amor la misericordia, nos acordamos de ella más veces y la invocamos sin cesar. ¿Quién podrá investigar, oh Virgen bendita, la largura y anchura, la altura y profundidad de tu misericordia? Porque su largura alcanza hasta su última hora (a los que la invocan); su anchura llena la tierra; su altura y su profundidad llenó el cielo y dejó vacío el infierno. Ahora que has recuperado a tu Hijo y eres tan poderosa como misericordiosa, manifiesta al mundo la gracia que hallaste en El: alcanza perdón al pecador, salud al enfermo, fortaleza a los débiles, consuelo a los afligidos, amparo y protección a los amenazados por algún peligro, ¡oh clementísima, oh piadosa, oh dulce Virgen María"[1]!

21 DE AGOSTO

SANTA JUANA FRANCISCA FREMIOT DE CHANTAL, VIUDA

EL "VESTIDO" DE MARÍA. — Aunque la gloria de María está por dentro[2], su belleza parece también en el vestido que la rodea[3]: vestido misterioso, tejido con las virtudes de los Santos,

[1] San Bernardo, cuarto Sermón sobre la Asunción.
[2] Salmo XLIV, 14.
[3] Ibíd., 10-15.

cisco de Sales dice muy bien: "Todas las religiones tienen un espíritu común, a la vez que cada una tiene su espíritu particular. El general o común es que todas aspiran a la perfección de la caridad; pero el espíritu particular es el medio de llegar a esta perfección de la caridad, es decir, a la unión de nuestra alma con Dios y con el prójimo por amor de Dios"[1]. Viniendo, pues, al espíritu especial del instituto que fundó con nuestra Santa, el Obispo de Ginebra declara que es "un espíritu de profunda humildad para con Dios, y de una gran mansedumbre para con el prójimo, por el que, ya que se use de menos rigor con el cuerpo, se tiene mayor benignidad en el corazón[2]. Y, como "esta Congregación ha sido erigida de forma que ninguna gran aspereza pueda apartar a las débiles y enfermas de entrar en ella para vacar a la perfección del amor divino"[3], el Santo añade graciosamente: "Si hubiese alguna hermana tan generosa y valiente que quisiese llegar a la perfección en un cuarto de hora, haciendo más que la Comunidad, yo la aconsejaría que se humillase y se sujetase a no querer ser perfecta sino en tres días, yendo al paso de las demás[4]. Porque hay que observar siempre en todas las cosas una gran sencillez: andar sencillamente, es el verdadero camino de las hijas de la Visitación, ca-

1 *Entretiens Spirituels,* XIII.
2 *Ibid.,* XIII.
3 Constituciones de la Visitación, Preámbulo.
4 *Entretiens,* XIII.

mino sumamente agradable a Dios y muy seguro"[1].

EL BLASÓN DEL SAGRADO CORAZÓN. — Con la mansedumbre y la humildad por divisa, estuvo acertado el piadoso Obispo al dar a sus hijas por armas el divino Corazón, fuente apacible de tan suaves virtudes. Ya se sabe cuán magníficamente fué aprobado por el cielo este blasón. No había pasado un siglo, y una religiosa de la Visitación, Santa Margarita María, podía decir: "Nuestro adorable Salvador me ha hecho ver la devoción de su divino Corazón como un árbol hermoso que de toda la eternidad había destinado a echar raíces en medio de nuestro Instituto. Quiere que las hijas de la Visitación distribuyan copiosamente los frutos de ese árbol sagrado a todos los que los quieran comer, sin miedo a que los falte"[2].

"Amor, amor, amor, hijas, yo no sé otra cosa." Así exclamaba también en sus últimos años Juana de Chantal, la gloriosa cooperadora de Francisco de Sales en la fundación de la Visitación de Santa María. "Madre, la dice una hermana, voy a escribir a nuestras casas que su Caridad es ya anciana y que, como su patrón San Juan, no habla ya más que de amor". A lo cual la Santa respondió: "Hija, no haga esa comparación,

---

1 *Entretiens*, XIV.
2 Carta del 17 de junio de 1689, a la Madre de Saumaise.

que la deben su justicia y su recompensa [1]. Del mismo modo que toda gracia nos viene por la Madre divina, así toda la gloria del cielo converge hacia la que tiene la Reina de los cielos.

Ahora bien, entre las almas bienaventuradas, las hay que de un modo más inmediato están cerca de la Virgen bendita [2]. Ganadas por el cariño particular de esta Madre de la gracia, lo dejaron todo [3] para correr por el mundo tras el olor de los perfumes del Esposo que ella dió al mundo [4]; conservan en el cielo con María la gran intimidad que ya tuvieron con ella en el tiempo del destierro. De aquí procede que en esta hora de la exaltación junto al Hijo de Dios [5], el Salmista canta también a las vírgenes que penetran con ella jubilosas en el templo del Rey [6].

Aunque no adorna su frente con la diadema de la virginidad, la elegida propuesta hoy a nuestra veneración es una de las que merecieron por su humildad oír un día el celeste mensaje: *Hija, escucha y mira e inclina el oído de tu corazón y olvida a tu pueblo y a la casa de tu padre* [7]. Fué tal el ímpetu con que corrió por los caminos del amor, que se vió a innumerables vírgenes seguir sus pasos para llegar de modo más seguro al Esposo. También ella tiene en

1 *Apoc.*, XIX, 8.
2 Salmo XLIV, 15.
3 *S. Mateo,* XIX, 27.
4 *Cant.,* I, 3.
5 Salmo XLIV, 10.
6 Ibíd., 15-16.
7 Ibíd., 11.

consecuencia un puesto glorioso en el vestido de oro, de reflejos variadísimos, con que resplandece en su triunfo la Reina de los Santos [1].

Porque ¿qué otra cosa es la *variedad* que, según el Salmo, presentan los bordados y las franjas de esa túnica de gloria [2], sino la diversidad de matices que reviste el oro de la divina caridad entre los elegidos? La eterna Sabiduría ha multiplicado las formas con que se realiza en el mundo la vida de los consejos evangélicos, a fin de acentuar el resultado feliz que dimana de tal diversidad en la luz de los Santos.

LA REGLA DEL AMOR. — Tal es la enseñanza que la Liturgia ha intentado en la proximidad de dos fiestas, la de ayer y la de hoy. De la austeridad cisterciense al renunciamiento más interior de la Visitación de Santa María, la distancia parece grande; la Iglesia, con todo, junta la memoria de Santa Juana de Chantal con la de San Bernardo, como homenaje a la Santísima Virgen en la octava que corona su gloria; es que, en efecto, todas las Reglas de perfección no son, para honor de María, sino otras tantas variantes de la única Regla, la del amor, en el que fué ella durante su vida el más acabado modelo.

EL ESPÍRITU DE LA VISITACIÓN. — Al hablar de la variedad de las familias religiosas, San Fran-

---

1 Salmo XLIV, 10.
2 Ibíd., 10, 14, 15.

porque no hay que deshonrar a los Santos comparándolos con los miserables pecadores; pero me darían por el gusto comunicando a todas mis hijas que si me dejase llevar de mis sentimientos, si siguiese mi inclinación y si no temiese molestar a nuestras hermanas, no hablaría jamás de otra cosa que de la caridad; y las aseguro que no abro casi nunca la boca para hablar de cosas buenas sin que me vengan ansias de decir: *Amarás al Señor de todo tu corazón y a tu prójimo como a ti mismo*"[1].

Vida. — Juana Francisca Fremiot de Chantal nació en Dijon el 23 de enero de 1572, de una honrada familia de magistrados. Su educación fué muy esmerada, y a los veinte años se casó con el barón de Chantal, de quien tuvo cuatro hijos y con quien vivió feliz durante ocho años. Su marido murió en un accidente de caza; su dolor fué muy grande, mas su fe y la obligación de educar a sus hijos reanimaron su valor. En 1604 fué a Dijon con el fin de seguir la Cuaresma que predicaba el Obispo de Ginebra, San Francisco de Sales; le tomó por director de conciencia y, en Pentecostés de 1607, éste la confió el deseo de fundar con su ayuda una nueva Orden, la de la Visitación de Santa María. Ella salió para Annecy el 29 de marzo de 1610. Gracias a los consejos del Santo Fundador, hizo grandísimos progresos en la virtud y se manifestó como un modelo perfecto de humildad, de obediencia, de pobreza. Merced a sus trabajos y a su celo, el Instituto se desarrolló muy rápidamente y las casas se multiplicaron en Francia y en Saboya. Se encontraba en Moulins en diciembre de 1641 y allí murió. Su cuerpo fué llevado a Annecy

1 *Mémoires de la Mère* de Chaugy, III.e P., ch. v.

y descansa en el nuevo monasterio, junto al altar mayor, con el de San Francisco de Sales. Santa Juana de Chantal fué beatificada el 21 de noviembre de 1751 y canonizada en 1767.

MARTA Y MARÍA. — El oficio de Marta pareció en un principio que te estaba reservado, oh gran Santa. Adelantándose a la hora que iba a sonar un poco más tarde para Vicente de Paúl, Francisco de Sales, tu Padre, tuvo el pensamiento de hacer de tus compañeras las primeras hijas de la Caridad. Por eso recibió tu obra el nombre bendito de *Visitación,* como llamada a poner debajo del amparo de María tus visitas a los pobres enfermos más abandonados. Pero el decaimiento progresivo de la salud moderna había puesto de manifiesto, dentro de las instituciones de la Santa Iglesia, un vacío todavía más doloroso y de más urgente solución: muchas almas, llamadas a la porción de María, eran rechazadas por no poder soportar la vida austera de las grandes Ordenes contemplativas. El Esposo, cuya bondad se digna adaptarse a todas las edades, te escogió, oh Juana, para ayudar a su Corazón Sagrado, en este campo de su amor, a remediar las miserias físicas y morales del mundo envejecido, gastado y con amagos de ruina.

LA CARIDAD. — Renuévanos, pues, en el amor de Aquel cuya caridad te consumió antes a ti; en sus ardores recorriste diversas sendas de la

vida, y nunca te traicionó la admirable fortaleza de alma que la Iglesia recuerda a Dios hoy, para obtener por medio de ti la ayuda necesaria a nuestra debilidad [1]. No vuelva ya más entre nosotros a helar nuestros corazones el funesto veneno del espíritu jansenista; ya lo sabemos por ti: el amor no es real si no vive de fe, de generosidad, de renunciamiento, en la humildad, la sencillez y la mansedumbre. Es el espíritu de tu santo Instituto, el espíritu de tu angelical Padre, que por él fué tan amable y tan fuerte; Dios quiera que reine siempre entre tus hijas, y se conserve entre sus casas la dulce unión que alegra de continuo a los cielos; sane el mundo aspirando los perfumes que siempre exhalan los retiros silenciosos de la Visitación de Santa María.

22 DE AGOSTO

OCTAVA DE LA ASUNCION Y FIESTA DEL CORAZON INMACULADO DE MARIA

La devoción al Corazón Inmaculado. — La devoción al Corazón Inmaculado de María es tan antigua como el cristianismo. El Espíritu Santo nos lo enseñó por San Lucas, el evangelista de la infancia del Salvador: "María guardaba

1 Colecta, Secreta y Poscomunión de la fiesta.

todas estas palabras, y las meditaba en su Corazón... Y la Madre de Jesús guardaba todas estas cosas en su corazón"[1]. Tal es el origen de esta devoción que, andando el tiempo, excitaría a los fieles a dar a María el honor y el amor que se la deben. Las perfecciones de este Corazón las han cantado los mayores Doctores de la Iglesia: San Ambrosio, San Agustín, San Juan Crisóstomo, San León, San Bernardo, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, las dos grandes monjas Santa Gertrudis y Santa Mectildis... Pero en el siglo XVII, San Juan Eudes, "padre, doctor y apóstol del culto del Sagrado Corazón"[2], antes lo fué del purísimo Corazón de María, y del dominio de la piedad privada, lo introdujo en la Liturgia católica.

OBJETO DE ESTA DEVOCIÓN. — El objeto de esta devoción él mismo nos lo ha dicho: "En el corazón santísimo de la predilecta Madre de Dios, pretendemos y deseamos sobre todo reverenciar y honrar la facultad y capacidad de amor, tanto natural como sobrenatural, que existe en esa Madre de amor y que ella empleó toda en amar a Dios y al prójimo. La palabra *corazón* significa el corazón material y corporal que llevamos en nuestro pecho, órgano y símbolo del amor; también se toma por la memoria y por el entendimiento, con el cual hacemos la medi-

[1] *S. Lucas,* II, 19, 51.
[2] Bula de canonización.

sino también para ser nuestro corazón, de modo que, siendo miembros de Jesús e hijos de María, no tengamos más que un corazón con nuestra Cabeza y nuestra divina Madre y que hagamos todas nuestras acciones con el Corazón de Jesús y de María"[1].

Y ¡cómo pueden los hombres, al darse más y más cuenta de lo que deben a su Madre, no creerse obligados a mostrarla su agradecimiento y su amor! Si Nuestra Señora nos dió su Corazón, ¿no es justo que nosotros la demos el nuestro para que ella le purifique, le santifique y en él establezca el reino de Dios y se le entregue a Jesús, y que se le demos por una consagración completa y perfecta de nosotros mismos, como aconsejan los Santos y especialmente San Griñón de Monfort?

CONSAGRACIÓN AL CORAZÓN INMACULADO.—Pero, si la consagración de un alma individual a María, la acarrea las más grandes gracias, ¿qué frutos deberemos esperar de una consagración de todo el género humano hecha por el Sumo Pontífice? La Virgen misma se dignó anunciar que esto la agradaría. Y, por eso, el 8 de diciembre de 1942, Su Santidad Pío XII, respondiendo con júbilo al deseo de Nuestra Señora de Fátima, lleno de confianza en la mediación universal de la Reina de la Paz, consagró solemnemente al género humano al Inmaculado Cora-

[1] S. Juan Eudes, *Coeur admirable,* l. XI, c. 2.

zón de María. Todas las naciones católicas se unieron al supremo Pastor.

MISA

La fiesta del Corazón Inmaculado de María se concedió a muchas diócesis y a casi todas las Congregaciones religiosas y se celebraba en fechas distintas. Su Santidad Pío XII la extendió a la Iglesia universal y la fijó en el día de la Octava de la Asunción, cuyo dogma definió después en 1950. El Introito es una invitación a acercarse a este Corazón como a un trono donde seremos enriquecidos con la gracia, que la Santísima Virgen recibió en abundancia colmada no sólo para ella sino para todo el género humano.

INTROITO

Lleguémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y hallar gracia para auxilio oportuno. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre... Lleguémonos.

La Liturgia celebra a María como al "Santuario del Espíritu Santo, *Sacrarium Spiritus Sancti.*" Su Concepción inmaculada preparaba a María para ser la morada más digna del Espíritu Santo. Este Espíritu, al habitar en ella, la colmó de la gracia santificante, de las virtudes teologales y morales y de sus siete dones. Tal santidad hacía vivir a María según el Cora-

tación, y por la voluntad, que es la raíz del bien y del mal, y por la cima más alta del alma por la cual practicamos la contemplación; en una palabra, por todo lo interior del hombre. No excluímos ninguno de estos sentidos; mas hablando del Corazón de la Madre de Dios, lo que principalmente queremos y deseamos, es reverenciar y honrar todo el amor y toda la caridad que ella tuvo para con Dios y para con nosotros"[1].

Ahora bien, nada hay más dulce para un niño que honrar a su madre y pensar en el amor de que ha sido objeto. San Bernardo, al hablar del Corazón de Jesús, nos ha dicho: "Su corazón está conmigo. Cristo es mi cabeza; y ¿cómo no va a ser mío todo lo que pertenece a mi cabeza? Los ojos de mi cabeza corporal me pertenecen en sentido propio; de igual modo, este corazón espiritual es mi corazón. Con razón puedo llamarle mío. Y yo poseo mi corazón con Jesús"[2]. Otro tanto podemos decir del Corazón de María. Una madre es toda para su hijo; sus bienes, su amor, hasta su vida le pertenecen: un hijo puede siempre contar con el corazón de su madre.

Todos somos hijos de la Santísima Virgen. Nos acogió en su seno a una con Jesús el día de la Encarnación. Nos dió a luz en el dolor del Calvario, y nos ama en proporción con lo que la

---

1 *Dévotion au Sacré-Coeur de Marie*, Caen, 1650, p. 38 y *Coeur admirable,* l. I, c. 2.
2 *Viña mística,* c. 3.

hemos costado. Lo que más quiere es Jesús, y a ése le ofreció por nosotros al Padre, dando su *fiat* para la inmolación y entregándole para nosotros; ¿cómo no le iba a imitar dándose ella también?

CONFIANZA EN EL CORAZÓN INMACULADO. — La Virgen nos repite las palabras de Jesús: "Venid a mí todos y yo os aliviaré..." Nos sonríe y nos llama como en Lourdes, y no hay nadie que pueda pretextar su indignidad para quedarse a distancia. El Corazón de María que fué Sede de la Sabiduría y durante nueve meses morada del Verbo encarnado, ese corazón que formó al mismo Corazón de Jesús y le enseñó la misericordia para con los hombres, ese corazón que siempre latió al unísono del Corazón de Jesús y que fué adornado por El de los dones más preciosos de la gracia, ese Corazón maternal es por excelencia el refugio de los pobres pecadores. Y por esto precisamente fué hecho inmaculado. Nunca corrió por él sino sangre purísima, la sangre que tenía que dar a Jesús para derramarla por nuestra salvación. Este Corazón es el depositario y el custodio de las gracias que el Señor conquistó con su muerte, y sabemos que Dios nunca dispensó una gracia a nadie ni la dispensará sin que pase por las manos y el Corazón de la que es tesorera y dispensadora de todos sus dones. Finalmente, este Corazón se nos dió con el de Jesús, "no sólo para ser nuestro modelo,

El Corazón de María, por no ser más que pureza y santidad, continuamente unido al foco de la divina caridad que es Dios, estaba también todo ardiendo en amor. Este Corazón está siempre lleno de vida, siempre ardiendo en el mismo amor: mereceremos abrasarnos en el mismo fuego acercándonos a él imitando sus virtudes.

SECRETA

Al ofrecer, oh Señor, a tu Majestad el Cordero inmaculado, te suplicamos que encienda en nuestros corazones aquel fuego divino que inflamó el Corazón de la bienaventurada Virgen María. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor.

La Antífona de la Comunión vuelve a tomar las palabras del Evangelio. Ahora que hemos recibido el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo, ¡ojalá tengamos también "con nosotros", como el Apóstol, es decir, en nuestro pensamiento, en nuestro corazón, en nuestra vida, a la que nos dió Jesús por Madre!

COMUNION

Dijo Jesús a su Madre: ¡Mujer, he ahí a tu hijo! Luego dijo al discípulo: ¡He ahí a tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya.

La Poscomunión contiene lo que tenemos que pedir al terminar la Octava de la Asunción: hemos festejado con veneración al Corazón vivo

y amante de nuestra gloriosa Madre subida al cielo. Sabemos que es poderosa para con el Corazón de Dios y que ama a todos sus hijos; confiemos en su mediación, en su intercesión, y Dios, a ruegos suyos, nos librará de los peligros de la vida presente y nos guiará al cielo para alabar allí eternamente a la que con Jesús nos mereció la salvación.

POSCOMUNION

Alimentados con los divinos dones, te rogamos, Señor, humildemente que, por la intercesión de la bienaventurada Virgen María, de cuyo inmaculado Corazón hemos celebrado devotamente la fiesta, libres de los peligros presentes, consigamos los goces de la vida eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

SÚPLICA AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA. — "¡Oh Madre admirable, qué cosas tan grandes y gloriosas tenemos que pensar y decir de ti y de tu bondadoso corazón! Si los oráculos del Espíritu Santo dicen tan alto que eres un abismo de milagros, de seguro que no se equivoca el que diga que tu Corazón es un mundo de maravillas. Porque ¿no ha sido la humildad de tu Corazón la que te ha levantado al trono más alto de gloria y de grandeza a que una pura criatura puede llegar? ¿No es la humildad, la pureza y el amor de tu Corazón la que te ha hecho digna de ser Madre de Dios y la que te ha enriquecido con todas las perfecciones, prerrogativas y grande-

zón de Dios: ojalá podamos participar de su santidad para vivir según su corazón y también conforme al Corazón de Dios.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que preparaste en el Corazón de la bienaventurada Virgen María una morada digna del Espíritu Santo: concédenos propicio, que los que celebramos devotamente la festividad de este mismo inmaculado Corazón, podamos vivir según el tuyo. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Epístola es la misma que la de la Vigilia de la Asunción. Los versículos del Gradual y del Aleluya, como también los del Ofertorio, son la acción de gracias de María al Señor, que la colmó de tantos beneficios.

GRADUAL

Se alegrará mi corazón con tu socorro: cantaré al Señor que me ha dado tantos bienes y entonaré salmos al nombre del Señor Altísimo. ℣. Se acordarán de tu nombre, Señor, de generación en generación; por lo cual los pueblos te alabarán eternamente.

Aleluya, aleluya. ℣. Mi alma engrandece al Señor: y mi espíritu se regocija en Dios, mi Salvador. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (Jn., XIX, 25-27).

En aquel tiempo: Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre, María de Cleofás y María Magdalena. Viendo, pues, Jesús a su Madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su Madre: ¡Mujer, he

ahí a tu hijo! Luego dijo al discípulo: ¡He ahí a tu madre! Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya.

●

La maternidad de Nuestra Señora data de la Encarnación, pero en el Calvario es donde fué solemnemente proclamada por Jesús agonizante. Darnos su Madre, vale tanto como darnos la mayor prueba de su amor; además, aceptar María ser nuestra Madre, era lo mismo que manifestarnos toda la ternura y misericordia que encerraba su corazón. Nunca se sintió María tan Madre como en el momento en que vió sufrir y morir a su Hijo, y le oyó que nos confiaba, que nos entregaba a ella. La Virgen aceptó entonces sin ninguna dificultad el profesar el afecto que tuvo a Jesús durante su vida, no sólo a San Juan, sino a todos nosotros, a los verdugos de su Hijo, a todos aquellos que fueron causa de su muerte.

Y, cuando el centurión se acercó a traspasar el Corazón de Jesús, ya difunto, la espada que antaño predijo el anciano Simeón penetró en el alma, en el Corazón de María y abrió una herida que, como la del Salvador, no se cerraría ya...

OFERTORIO

Mi espíritu se regocijó en Dios, mi Salvador: porque ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso, cuyo nombre es santo.

zas propias de tan sublime dignidad? Por todo ello, miro, saludo y venero a tu Corazón virginal como a un mar de gracia, como a un milagro de amor, como a un espejo de caridad, como a un abismo de humildad, como al trono de la misericordia, como al imperio de la divina voluntad, como al santuario del amor divino, como al objeto primero del amor de la Santísima Trinidad" [1].

"Abre, abre, oh Madre de misericordia, la puerta de tu Corazón benignísimo a las oraciones que te dirigimos con suspiros y gemidos. No rechazas ni tienes asco al pecador, por muy corrompido que se halle en pecados, si suspira hacia ti y si implora tu intercesión con un corazón contrito y penitente" [2].

"Sea siempre bendito, oh María, tu nobilísimo Corazón, adornado de todos los dones de la Sabiduría divina, e inflamado en ardores de caridad. Sea bendito ese Corazón en el que meditaste y guardaste con tanta fidelidad y cuidado los sagrados misterios de Nuestra Redención, para revelárnoslos en el momento oportuno. Para ti la alabanza, para ti el amor, oh Corazón amantísimo; a ti el honor, a ti la gloria de parte de todas las criaturas, por los siglos de los siglos. Amén" [3].

---

1 S. Juan Eudes, *Coeur admirable,* l. IX, c. 14.
2 S. Bernardo, *Oración a la Virgen.*
3 Nicolás de Saussay, *Antidotarium animae,* Paris, 1495.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS TIMOTEO, HIPOLITO Y SINFORIANO, MARTIRES

Tres mártires tienen hoy el honor de ser festejados con su Reina inmaculada, elevada al cielo:

Timoteo, sacerdote oriundo de Antioquía, martirizado al correr de la última persecución y enterrado junto a la sepultura de San Pablo en recuerdo, idea delicada, de su homónimo, discípulo del Apóstol; Hipólito, mártir romano que fué enterrado en la isla sagrada o isla de Porto.

Sinforiano, un joven mártir de Autun. Después de haber contemplado el triunfo de Nuestra Señora en los cielos, nos parece oír las palabras que su valerosa madre decía a San Sinforiano: "Hijo, mira al cielo y contempla al que allí reina como soberano. No se te quita la vida, sino que se te cambia por otra mejor."

23 DE AGOSTO

VIGILIA DE SAN BARTOLOME, APOSTOL

Las Vigilias, lo hemos dicho ya, consistían en pasar una noche en la oración y en el canto

de los Salmos, para preparar las almas a la solemnidad del día siguiente. Y aún hoy, la Iglesia, al hacer preceder la Vigilia a las fiestas principales, no tiene otra mira que invitarnos a una oración más constante.

Pues bien, el Evangelio de mañana, antes de recordarnos las curaciones que obró el Señor y la elección de los Apóstoles, nos presentará a Jesús en la montaña pasando la noche en oración. "Pensaba en todos nosotros y en su Iglesia. De esta oración salió todo. De ella nacieron los apóstoles, los mártires, los pontífices, los confesores, las vírgenes, todos los santos. De ella arranca la efusión de la vida sobrenatural a través del mundo" [1].

Tomemos a pecho el seguir al Señor en su soledad y unirnos a su oración. Para eso, oigamos lo que nos dice San Ambrosio en el oficio de Maitines de la fiesta: "Las almas grandes, las almas sublimes son las que suben al monte. Pues el Profeta no dice al primero que llega: "Sube a un alto monte, tú que evangelizas a Sión; levanta tu voz con fuerza, tú que evangelizas a Jerusalén." Esforzaos, no con vuestros pies corporales, sino con las grandes acciones, en subir a ese monte y en seguir a Jesucristo, a fin de que podáis vosotros mismos ser también un monte. Porque, si recorréis el Evangelio, veréis que los únicos en subir al monte con El fueron los discípulos. El Señor ruega, por tanto, no por sí

1 Dom Delatte, *Evangile,* t. I, p. 270.

mismo, sino por mí. Pues, si bien el Padre lo puso todo en poder del Hijo, éste, para cumplir su papel de hombre, juzga que debe rogar a su Padre por nosotros, porque es nuestro abogado. "Y pasó toda la noche, dice el texto, rogando a Dios." He aquí un ejemplo que se te da, oh cristiano, un modelo que se te manda imitar. Porque, ¿qué deberás hacer por tu salvación si piensas en que Cristo pasó toda una noche rogando por ti? ¿Qué deberás hacer al emprender cualquier obra de piedad, dado que Cristo se puso en oración y oró a solas antes de mandar a misión a sus Apóstoles"?

EL MISMO DIA

SAN FELIPE BENICIO, CONFESOR

El apóstol de los dolores de María. — Nuestra Señora ya reina en los cielos. No la fué difícil triunfar de la muerte; mas, a ejemplo de Jesús, mereció por el sufrimiento entrar en la gloria [1].

Tampoco nosotros llegaremos por camino distinto del que siguieron el Hijo y la Madre, a la bienaventuranza infinita. Recordemos las alegrías tan dulces que hemos gustado en estos ocho días; pero no olvidemos que nos falta to-

[1] *S. Lucas*, XXIV, 26.

davía camino que andar. *¿Qué estáis mirando al cielo?*, decían a los discípulos los Angeles de la Ascensión; porque los discípulos, al ver un momento ante sus ojos los claros horizontes de la patria, no se resignaban ya a este valle de lágrimas. María, de igual modo que el Señor, nos envía hoy un mensaje desde las cumbres luminosas a donde la seguiremos y en donde la rodearemos después que hayamos merecido con los trabajos del destierro formar parte de su corte; sin apartar nuestra alma de la Virgen, Felipe Benicio, apóstol de sus dolores, nos recuerda el verdadero sentido de nuestra situación de extranjeros y peregrinos del mundo.

Luchas por fuera, por dentro temores [1]: esto fué la vida de Felipe en su mayor parte, como fué también la historia de Florencia, su patria, y la historia de Italia y del mundo en el siglo XIII. Nació en el momento en que una efervescencia admirable de santidad conspiraba por hacer un nuevo paraíso de la ciudad de las flores; pero, a la vez su ciudad natal era teatro de luchas sangrientas, de asaltos de la herejía y de todos los excesos de las miserias que prueban que en este mundo Jerusalén y Babilonia en todas partes se cruzan. El príncipe del mal iba a conocer la virtud de los reactivos que el cielo tenía en reserva para ayudar al mundo en su vejez. Y entonces Nuestra Señora presenta ante su Hijo irritado a Domingo y a Francisco, que

1 *II Cor.*, VII, 5.

iban a reducir la ignorancia y las ambiciones de la tierra con la armonía de la ciencia y de todos los renunciamientos; y fué entonces también cuando Felipe Benicio, el Servita de la Madre de Dios, recibe de ella la misión de predicar por Italia, Francia y Alemania, los inefables padecimientos que la convirtieron en corredentora del género humano.

La Orden de los Servitas. — La fiesta de los siete santos fundadores, el 12 de febrero, nos dió a conocer ya el origen de los Servitas. Eran éstos unos piadosos ermitaños florentinos que se dedicaron a la contemplación de la Pasión de Cristo, y de los Dolores de su Santísima Madre. Nuestra Señora, deseando difundir por el mundo la caridad en que ardían y la devoción que la profesaban, les inspiró el fundar una orden religiosa destinada a honrar sus siete dolores, y a bendecirla por su dignidad de corredentora del género humano. Pero, sin grandes dotes para la acción, los Siete santos fundadores no pudieron imprimir a la Orden de los Servitas mucha fuerza conquistadora. Necesitaba una nueva cabeza. Y ésta fué San Felipe Benicio.

A los veintiún años entró en la Congregación, a los treinta y cuatro llegó a ser el Superior, y por sus trabajos, sus misiones, sus predicaciones y sus padecimientos, se fué ella desarrollando. Fundó numerosas casas en toda Europa. Penetrado del espíritu de los fundadores, lleno de

celo por la gloria de Nuestra Señora, tan profundamente humilde, que pensó no pasar de hermano lego, de una caridad y de una misericordia sin límites, pero también de una doctrina firmísima e intransigente, fué un apóstol incomparable y propagó en la Iglesia el amor a María, Madre de Dios y Madre de los hombres, cuyo sufrimiento, junto con el de Jesús, nos mereció la salvación y la paz.

VIDA. — San Felipe Benicio nació en 1233, o sea, el mismo año que siete ermitaños de Florencia fundaban la Orden de los Servitas de María. Felipe fué enviado a París para comenzar sus estudios y luego a Padua a estudiar medicina. En 1253 volvió a Florencia, su patria. Al año siguiente entraba, en Cafaggio, en el convento de los Servitas y recibía el hábito negro de los conversos de manos del bienaventurado Bonfiglio Monaldi, uno de los siete fundadores de la Orden. De aquí le enviaron al convento de Monte Senario. Los dominicos adviertieron su inteligencia despierta y pidieron a sus superiores que no dejasen esta luz debajo del celemín. El 12 de abril de 1259 se ordenaba de Sacerdote, tres años después le nombraban maestro de novicios y luego, en 1267, se le elegía quinto general de la Orden. Consiguió hacer aprobar las constituciones en 1268 y estuvo en el domicilio de Lyon en 1274; hizo el oficio de pacificador en las discordias que dividían a sus compatriotas en Bolonia, Florencia y Pistoya. En 1284, recibió en la tercera Orden de las "manteladas" a Santa Juliana Falconieri. Cayó enfermo el 15 de agosto de 1285 y murió el 22 besando su crucifijo y diciendo: "Este es mi libro, en el que lo he aprendido todo, la vida cristiana y el camino del paraíso." Felipe fué

beatificado por León X, y después canonizado en 1671 por el Papa Clemente X. Su fiesta se extendió a toda la Iglesia en 1694.

CON LA MADRE DOLOROSA. — *Acércate, Felipe, y sube a ese carro*[1]. Oíste esta palabra aquellos días en que el mundo sonreía a tu juventud y te ofrecía su fama o sus placeres; era la invitación que te hacía María, que bajó hasta ti, sentada en el carro de oro, figura de la vida religiosa a la que te convidaba; un manto de luto envolvía con sus pliegues a la soberana de los cielos; una paloma revoloteaba en derredor de su cabeza; un león y una oveja arrastraban su carro entre precipicios de donde subían los silbidos del abismo. Era lo porvenir lo que se iba aclarando: tú habías de recorrer la tierra en compañía de la Madre de los dolores, y este mundo, minado en todas partes por el infierno, no tendrá ya para ti ningún peligro; porque la suavidad y la fuerza serán tus guías, y la sencillez tu norma. *¡Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán la tierra*[2]!

LA PRUEBA. — Pero es contra el cielo contra el que principalmente debía servirte la amable virtud a la que se hizo esa promesa de imperio; contra el cielo que lucha también con los fuertes y te reservaba la prueba del mayor desamparo, ante el cual había temblado el Hombre-Dios:

---

1 *Act.*, VIII, 29.
2 *S. Mateo,* V, 4.

después de años de ruegos, de trabajos, de heroica abnegación, recibiste, como recompensa, el ser desechado aparentemente por el Señor, la desaprobación de su Iglesia, la inminencia de una ruina que amenazaba, mucho más que a tu vida, a todos aquellos que María te había confiado. Contra la existencia de tus hijos los Servitas, no obstante las palabras de la Madre de Dios, se dirigía nada menos que la autoridad de dos concilios generales, cuyas resoluciones no estorbó el Vicario de Cristo. Nuestra Señora te ofrecía a beber el cáliz de sus amarguras. No viste el triunfo de una causa que la interesaba a ella como a ti; pero, como los patriarcas al saludar de lejos el cumplimiento de las promesas, la muerte no pudo hacer vacilar tu confianza serena y sumisa.

SÚPLICA. — El supremo poder de este mundo parece que un día el Espíritu Santo lo puso a tus pies; como lo pide la Iglesia, en recuerdo de la humildad que te hizo temer la tiara, concédenos el despreciar los bienes temporales para solamente buscar los del cielo [1]. Los fieles no han olvidado, con todo, que tú fuiste médico de los cuerpos, antes de serlo de las almas; tienen gran fe en el agua y los panes que tus hijos bendicen en esta fiesta y que recuerdan los favores milagrosos con que fué ilustrada la vida de su padre; mira siempre por la fe de los pue-

1 Colecta del día.

blos; corresponde al culto especial con que los médicos cristianos te honran. Y, finalmente, hoy, cuando el carro misterioso de la hora primera se ha convertido en el carro de triunfo en que Nuestra Señora te asocia a la felicidad de su entrada en los cielos, enséñanos a condolernos como tú de tal modo en sus dolores, que merezcamos estar contigo en la eternidad y tener parte en su gloria.

24 DE AGOSTO

SAN BARTOLOME, APOSTOL

El Evangelio de San Juan, desde sus primeras páginas, nos presenta al Apóstol cuya fiesta celebra hoy la Iglesia. Su verdadero nombre es Natanael, que significa don de Dios. Mas parece que por costumbre se le designaba únicamente con el nombre de Bartolomé, que quiere decir hijo de Tolmai. Natanael fué verdaderamente un don de Dios para los innumerables paganos a los que, con peligro de su vida, llevó la buena nueva de la salvación.

LA VOCACIÓN DE SAN BARTOLOMÉ. — Formó parte del grupo de los cinco Apóstoles privilegiados que Jesús reunió antes de comenzar su vida pública y que fueron testigos de su primer mila-

gro. Jesús, en efecto, estando todavía cerca del lugar de su bautismo, había retenido junto a sí a Juan y a Andrés, que el Bautista le había enviado; a Pedro, llevado por su hermano, y a Felipe, a quien había llamado El mismo. Y parece que fué entonces, de camino para las bodas de Caná, cuando Felipe, ardiendo ya en el deseo de ganar almas a Jesucristo, presintió la vocación de su amigo Natanael, a quien, en viéndole, habló del Mesías en estos términos: "Hemos hallado a aquel de quien escribió Moisés en la ley y los profetas, a Jesús, Hijo de José de Nazaret".

Esta profesión de fe, tan sencilla pero tan firme, no llegó a convencer al piadoso Natanael, aunque procedía de un amigo en quien no podía tener duda. El nombre de Nazaret le disgustó. Nazaret era una pequeña ciudad de mala fama. Escéptico, respondió: "¿Puede salir algo bueno de Nazaret"? Felipe entonces tuvo el arranque de todo verdadero discípulo de Jesús. En vez de entrar en discusiones, invitó a su amigo a juzgar por sí mismo: "Ven y verás." Ningún corazón recto que encuentre a Jesús puede permanecer indiferente. Al momento queda conquistado. Los Apóstoles mejor que nadie lo pudieron comprobar. Sabían que su actividad para nada valía si no iba acompañada de la de Cristo. No hay hombre que pueda hacer nacer la fe sobrenatural o el amor divino en el corazón de otro hombre. Eso es obra de Dios solo. El Señor

es el único autor de la gracia. Unicamente pide a los Apóstoles que le traigan las almas y El las hará hijas de Dios. El Apóstol, servidor dócil y fiel, desaparece humildemente ante su Maestro. Sabe que una vez que ha dicho: "Ven y verás", ha cumplido todo su ministerio.

El acto de fe de San Bartolomé. — El amigo de Felipe, tocado ya en el fondo de su corazón por la llamada del Padre "que lleva las almas al Hijo" y preso de una profunda conmoción, se acercó a Jesús. Y Jesús, al verle llegar, le saludó jubilosamente: "He aquí un verdadero Israelita, en quien no hay dolo." ¡Magnífica declaración de parte del Supremo Juez, cuya mirada penetra los más íntimos repliegues de las conciencias! Por entonces, téngalo presente el lector, la casuística farisaica había cambiado en muchos puntos la moral natural y había convertido a los Judíos en ergotistas, falsos, hipócritas; por lo cual, la lealtad profunda de Natanael era ya una virtud rara en el pueblo de Dios. Y se explica la explosión de alegría en el Mesías al encontrar, en medio de su pueblo corrompido, un verdadero Israelita.

Pero Bartolomé era además una alma humilde. Aquel elogio público y repentino le asustó; tal vez hasta le desagradó. Buscó el modo de aminorarle discutiendo su verdad: "¿De qué me conoces"?, replicó; ¿cómo puedes saber lo que valgo? Y Jesús, mirándole con una mirada di-

vina y humana que penetraba en lo más hondo de las almas para saciarlas en su sed de Dios, le respondió sencillamente: "Antes de llamarte Felipe, cuando estabas bajo la higuera, te vi."

Misteriosa respuesta que sólo podía darla el que lee en las conciencias. La continuación del diálogo nos deja entrever a qué preocupaciones secretas de Natanael debió de responder el Señor. Poco antes, oculto en la sombra de una higuera, Bartolomé se había puesto en oración. Como buen Israelita, había pedido a Dios que salvase a su pueblo de la esclavitud y cumpliese la profecía de Daniel enviando al "Hijo del hombre", a quien el profeta había visto caminar sobre las nubes, rodeado de Angeles, y a quien se le había dado "el señorío, la gloria y el imperio" sobre todos los pueblos, por toda la eternidad[1]. Había también pedido la venida tan deseada del verdadero rey de Israel. Entonces, en contacto con el Señor, a la mirada divina de sus ojos, se sintió comprendido y atendido en las pocas palabras de su respuesta. Su primera duda se desvaneció para dar lugar al borbotar de la fe y del amor, y de lo más profundo de su ser, exclamó entregándose por completo: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel".

Esta es la gloria auténtica de San Bartolomé. Nos dió un ejemplo de fe cristiana, aun antes que el mismo San Pedro, si bien es cierto que de una manera menos solemne y menos com-

1 *Daniel,* VII, 13-14.

pleta. Su espontaneidad, su arranque, a la vez que la delicadeza de su docilidad a los primeros toques de la gracia, todo nos revela un alma entregada totalmente a la voluntad divina. Y Jesús recompensó al instante la fe de Natanael con magníficas promesas. "¿Porque te he dicho que te vi debajo de la higuera, crees? Verás cosas mayores." Y, en efecto, presenciará los milagros de la vida pública del Mesías, en su predicación, en su resurrección y en su ascensión. Luego, volviéndose Cristo hacia los otros discípulos y dirigiéndose en ellos a todos los que después habían de creer en El, añadió: "En verdad, en verdad os digo que veréis abrirse el cielo y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo de hombre." Jesús afirmaba así bien claramente que El era el Mesías esperado. Cupo, pues, a San Bartolomé, el insigne privilegio de dar origen con su acto de fe al primer testimonio que el Mesías dió de sí mismo y que nos ha conservado el Evangelio.

Luego de haber referido circunstanciadamente la vocación de Natanael, las Escrituras no vuelven a decir nada de este Apóstol; pero lo dicho es bastante para hacerle amar y, por eso, la Iglesia celebrará con gratitud su memoria hasta el fin de los tiempos.

VIDA. — San Bartolomé era oriundo de Caná de Galilea, compatriota de San Simón y amigo de San Felipe. Los Evangelios dicen poco de él: se sabe tan sólo que tomó parte en la última pesca milagrosa,

después de la resurrección del Señor. Desplegó su apostolado en Armenia y probablemente en Persia también. Tal vez de aquí llevasen sus discípulos más lejos su predicación, esto es, a Etiopía y aún a las Indias. Tradiciones antiguas afirman que murió desollado vivo y que fué decapitado por orden de un rey pagano. En el siglo VI se encuentran sus reliquias en Daras, en Mesopotamia.

En el IX se veneran en el mediodía de Italia: primeramente en Lipari y luego en Benevento. Por fin, en el siglo XI, se las trasladó a Roma. San Bartolomé es el patrón de Armenia. En Occidente también le reconocen por patrono las corporaciones de carniceros, curtidores y encuadernadores.

ORACIÓN POR LA UNIDAD. — Enséñanos, oh gran Apóstol, a dejarnos guiar en todo por el espíritu de fe. Del mismo modo que tú respondiste con docilidad a Felipe, que te invitaba a acercarte a Jesús y dar su vida por El, alcánzanos que seamos también nosotros dóciles a los sucesores de los Apóstoles, a la Iglesia, al Papa, que con sus enseñanzas y sus mandatos nos guían a Cristo, nos enseñan a vivir en su amor, a recibirle en los sacramentos, de forma que un día podamos contemplar en el Cielo la gloria de nuestro Redentor. Y tú, de quien Roma se gloría por guardar tus restos preciosos, lleva a Pedro las naciones que evangelizaste; justifica las esperanzas de universal unión que en nuestros días se van reavivando; ayuda a los esfuerzos que hace el Vicario del Hombre-Dios para juntar bajo del cayado del pastor a los rebaños di-

sidentes, cuyos pastos secó el cisma. Todos unidos, podamos disfrutar en común de los tesoros de nuestras tradiciones concordes e ir a Dios a costa de todas las privaciones, por el procedimiento a la vez tan amplio y tan sencillo que nos enseñan tu sublime teología y tus ejemplos.

25 DE AGOSTO

SAN LUIS, REY DE FRANCIA, CONFESOR

"Escuchad, oh reyes, y entended; aprended, gobernadores de los confines de la tierra. Prestad atención los que imperáis sobre las muchedumbres y los que os engreís sobre la multitud de las naciones. Porque el poder os fué dado por el Señor y la soberanía por el Altísimo, que examinará vuestras obras y escudriñará vuestros pensamientos... A vosotros, pues, reyes, se dirigen mis palabras, para que aprendáis la sabiduría y no pequéis. Pues los que guardan santamente las cosas santas, serán santificados, y los que hubieren aprendido, sabrán cómo responder. Ansiad, pues, mis palabras: amadlas e instruíos. La sabiduría es luminosa e incorruptible y se deja fácilmente contemplar de los que la aman, y encontrar de los que la buscan. Y aun se anticipa a darse a conocer a los que la desean..." [1].

[1] *Sab.*, VI, 2-4, 10-14.

OFICIO DE LA AUTORIDAD. — La fe del cristiano fué lo que constituyó en Luis IX la grandeza del príncipe. Meditó mucho tiempo estas palabras del libro de la Sabiduría, que la Iglesia nos hace leer en el oficio de los Maitines de hoy y que propone también a la imitación de todos los que tienen que ejercer el cargo tremendo de la autoridad. San Luis comprendió que una misma ley une con Dios al súbdito y al príncipe, porque tienen el mismo nacimiento y el mismo destino. La autoridad que se da a algunos, sólo sirve para aumentar su responsabilidad; porque, viniendo toda autoridad de Dios, tienen obligación de ejercerla como la ejerce Dios mismo, es decir, para el bien de sus súbditos, de modo que les faciliten cumplir con su fin, que es glorificar a Dios.

Al venir al mundo Cristo, que es quien posee la realeza por derecho de nacimiento, podía haber despojado a los reyes de sus prerrogativas. Pero no quiso reinar al modo de los reyes de la tierra, sólo exigió que la autoridad de los reyes se inclinase ante la suya. "Soy rey porque lo quiere mi Padre, le hace decir San Agustín; no os entristezcáis como si con eso se os despojase de un bien que fuese vuestro, antes bien, reconociendo que os conviene estar sumisos al que os da seguridad en la luz, *servid al Señor de todos con temor y gozaos en El*" [1].

---

1 Comentarios sobre el Salmo 2.

ENSEÑANZA DE LA IGLESIA. — Esta seguridad que proviene de la luz, la Iglesia continúa dispensándola a los reyes. La Iglesia, sin meterse en el campo de los príncipes, está por encima de ellos, como madre de los pueblos, como juez de las conciencias, y como guía única de todos los hombres. Oigamos al Papa León XIII, cuyas enseñanzas se distinguen por la exactitud y perfección: "Como hay en el mundo dos grandes sociedades, la una civil, cuyo fin próximo es procurar al género humano el bien temporal y terreno; la otra religiosa, que tiene por objeto llevar a los hombres a la felicidad del cielo para la cual han sido creados, así hay dos poderes [1] entre los cuales Dios ha dividido el gobierno de este mundo. Cada uno en su género goza de soberanía; y cada cual está ceñido a límites determinados y trazados conforme a su naturaleza y a su fin especial [2]. El fundador de la Iglesia, Jesucristo, quiso que fuesen distintos el uno del otro y que los dos fuesen libres en el cumplimiento de su misión propia; pero con la condición de que, en las cosas que dependen a la vez de la jurisdicción y del juicio de uno y de otro bien que a título diferente, el poder encargado de los intereses temporales sería dependiente, como conviene, del que tiene que vigi-

---

[1] Encíclica: *Nobilissima Gallorum gens,* 8 febr. 1884.
[2] Encíclica: *Immortale Dei:* 1.° de nov. 1885.

lar por los intereses del cielo [1]. Fuera de esto, sometidos ambos a la ley eterna y natural, deben ponerse recíprocamente de acuerdo en las cosas que se refieren al orden y al gobierno de cada uno [2], dando lugar a una serie de relaciones que con razón se puede comparar a la que proviene en el hombre de la unión del alma y del cuerpo" [3].

En la esfera de los intereses eternos, de los que nadie puede legítimamente desentenderse en este mundo, los príncipes han de procurar mantener debajo de la dependencia de la Iglesia y de Dios, no sólo a sus pueblos, sino también sus propias personas. Porque "no dependiendo menos de Dios los hombres unidos por los lazos de una sociedad común que tomados aisladamente, las sociedades políticas, de igual modo que los particulares, no pueden sin pecado proceder como si no existiese Dios, ni prescindir de la religión como de algo extraño, ni dispensarse de seguir en esta religión las reglas conforme a las que Dios mismo ha declarado que quiere se le honre. Por consiguiente, los Jefes de Estado en cuanto tales, deben tener como santo el nombre de Dios, considerar como uno de sus principales deberes el amparar la religión con la autoridad de las leyes y no determinar ni ordenar nada que sea contrario a su pureza" [4].

---

1 Encíclica: *Arcanum divinae sapientiae*, 10 febr. de 1880.
2 Encíclica: *Nobilissima Gallorum gens*.
3 Encíclica: *Immortale Dei*.
4 Encíclica: *Immortale Dei*.

Felicidad de los reyes. — Además, fuera de las enseñanzas de la Iglesia, los reyes y los pueblos no podrán encontrar la prosperidad ni la felicidad. San Agustín lo escribía ya en su libro de la *Ciudad de Dios:* "Llamamos felices y dichosos a los emperadores cristianos cuando reinan justamente; cuando, entre las lenguas de los que los engrandecen y entre las sumisiones de los que humildemente los saludan, no se ensorberbecen, sino que se acuerdan y conocen que son hombres; cuando hacen que su dignidad y potestad sirva a la Divina Majestad para dilatar cuanto pudieren su culto y religión; cuando temen, aman y reverencian a Dios; cuando aprecian sobremanera aquel reino donde no hay temor de tener consorte que se le quite; cuando son tardos en vengarse y fáciles en perdonar; cuando esta venganza la hacen forzados de la necesidad del gobierno y defensa de la república, no por satisfacer su rencor, y cuando le conceden este perdón, no porque el delito quede sin castigo, sino por la esperanza que hay de corrección; cuando lo que a veces obligados ordenan con aspereza y rigor, lo recompensan con la blandura y suavidad de la misericordia, y con la liberalidad y largueza de las mercedes y beneficios que hacen; cuando los gustos están en ellos tanto más a raya cuanto podrían ser más libres; cuando gustan más de ser señores de sus apetitos que de cualesquiera naciones, y cuando ejercen todas estas virtudes, no por el

ansia y deseo de la vana gloria, sino por el amor de la felicidad eterna; cuando, en fin, no dejan de ofrecer por sus pecados sacrificios de humildad, compasión y oración a su verdadero Dios. Tales emperadores cristianos como éstos decimos que son felices, ahora en esperanza, y después realmente cuando viniere el cumplimiento de lo que esperamos"[1].

San Luis. — De este modo quiso obrar siempre el noble rey que Dios concedió a Francia. Conforme a la palabra de la Escritura "había hecho pacto con el Señor de guardar sus mandamientos y hacerlos guardar a todos"[2]. Dios fué el blanco de su vida, la fe su guía: aquí se halla el secreto de su política y el de su santidad. Como cristiano, servidor de Cristo; como príncipe, su lugarteniente; entre las aspiraciones del cristiano y las del príncipe quedó indivisible su alma; esta unidad hizo su fuerza, como ahora es su gloria, y Cristo, que reinó sólo en él y por él en Francia, le hace reinar consigo en los cielos para siempre. Hay en toda su vida un reflejo de graciosa sencillez que da particular realce a su heroísmo y grandeza; parece que, en su reinado admirable, aun los desastres aumentaron su gloria.

---

1 S. Agustín: *La Ciudad de Dios,* l. V, c. 24.
2 *II Pa.,* XXXIV, 31-33.

La humildad de los reyes santos no es olvido de la grandeza del oficio que cumplen en nombre de Dios; su abnegación no puede consistir tampoco en la negligencia de unos derechos que son deberes también; como la caridad no es impedimento en ellos para la justicia, así el amor a la paz tampoco es en ellos contrario a las virtudes guerreras. San Luis sin ejército no dejaba de tratar con toda la nobleza de su alma con el infiel vencedor; en Occidente, además, pronto se supo y a medida que con los años crecía su santidad se llegó a saber mejor: este rey, que gastaba las noches en rogar a Dios y los días en servir a los pobres, no pensaba ceder a nadie las prerrogativas de la corona que había heredado de sus padres. *En Francia no hay más que un rey,* dijo un día el justiciero del bosque de Vicennes, anulando una sentencia de su hermanos Carlos de Anjou; y los barones en el castillo de Bellême, y los ingleses en Taillebourg no hubieron de esperar tanto tiempo para saberlo. Tampoco Federico II, el cual amenazaba con aplastar a la Iglesia y buscaba cómplices en Francia; a sus explicaciones hipócritas se las dió esta respuesta: *No está tan debilitado aún el reino de Francia, que se deje guiar por vuestras espuelas.*

La muerte. — La muerte de San Luis fué sencilla y grave, como había sido su vida. Dios le llamó para sí en circunstancias dolorosas y tris-

tes, lejos de la patria, en aquel suelo africano donde en otra ocasión tanto tuvo que padecer: espinas santificadoras que debían recordar al príncipe cruzado su joya predilecta, la corona sagrada que supo conseguir para el tesoro de Francia. Movido por la esperanza de convertir al cristianismo al rey de Túnez, llegó a sus costas, donde le esperaba el combáte supremo, más como apóstol que como soldado. *Os comunico el bando de Nuestro Señor Jesucristo y de su ministro Luis, Rey de Francia:* reto sublime lanzado a la ciudad infiel, muy digno de poner fin a tal vida.

VIDA. — San Luis nació el 25 de abril de 1214 y fué bautizado en la iglesia de Poissy. El 8 de noviembre de 1226, al morir su padre, empezó a ser rey de Francia. La reina Blanca de Castilla al momento le hizo consagrar en Reims, y se ocupó de darle una educación regia y, sobre todo, sumamente piadosa. Tomó las riendas del poder a los veinte años y cayó gravemente enfermo. Prometió entonces, si curaba, emprender una cruzada en pro de la libertad de los Santos Lugares. Llegó a Egipto en 1248 y derrotó a los sarracenos, pero la peste diezmó su ejército; fué vencido después y hecho prisionero. Puesto en libertad San Luis, pasó cinco años en Oriente reedificando las ciudades y castillos de los cristianos, libertando esclavos y convirtiendo infieles.

La muerte de su madre le hizo volver a Francia. Gobernó sabiamente el reino y dió a sus súbditos el ejemplo de las más sublimes virtudes. El 2 de julio de 1270 emprendió de nuevo la cruzada, desembarcaba en Túnez, a cuyo rey esperaba convertir. Pero otra vez la peste se declaró en su campo y el rey murió

el 25 de agosto no sin antes dar sus consejos a su hijo Felipe. Trasladóse su cuerpo a San Dionisio en Francia y los milagros obrados junto a su tumba movieron al Papa Bonifacio VIII a ponerle en el número de los Santos.

SÚPLICA. — "Ten a bien escuchar nuestra oración tú, que, llevando la corona real antes de recibir de Roma el nimbo de santidad, autorizaste a todos tus súbditos a llegar hasta ti, ya fuese en tu palacio de París, ya en tus viajes a través de tus provincias, ya debajo del roble de Vincennes, y siendo preferidos los más humildes y los más desheredados.

"Tú, que gobernaste a Francia para darla la paz, la justicia y el amor, ven hoy en su ayuda a restaurar las ruinas de la guerra, a restablecer en ella la equidad y darla la unidad, la concordia y la amistad de unos con otros.

"Tú, que abarcaste en tu solicitud a toda la cristiandad, salva a Europa, que hoy está amenazada de ser destruída por los inventos científicos puestos al servicio del odio y de la furia dominadora, y dala seguridad restituyéndola el sentido de la comunidad espiritual.

"Tú, que mediante las misiones religiosas sucesoras de las Cruzadas deseaste evangelizar a los Infieles, gana para la ley de Cristo los continentes que todavía le desconocen.

"Tú, que en el papado honraste la representación divina entre los hombres, protege al So-

berano Pontífice y con él a los Obispos y a nuestro clero secular y regular.

"Tú, que diste ejemplo de castidad y de paciencia en el matrimonio, de afecto y de vigilancia en la educación paterna, mira bondadoso a nuestros hogares y a nuestra niñez.

"Tú, que no paraste un momento de buscar la paz en ti mismo y en tu derredor, danos la paz interior, hoy más necesaria que nunca por las inquietudes cotidianas y por el aumento de la baraúnda y de las dificultades de la vida.

"Tú, que practicaste con tanto valor, sabiduría y delicadeza de conciencia el cargo más difícil, el de Rey, haz que cumplamos con alegría y a conciencia nuestros deberes profesionales, comprendiendo y aceptando las responsabilidades que nos imponen.

"Tú, que consumiste en la llama de la caridad toda tu vida, alcánzanos el amor que transforma la fealdad del cuerpo y las manchas del alma, que nos permite vencer los prejuicios y las repugnancias y tratar al prójimo como a nosotros mismos y al pobre como enviado de Dios.

"Así podremos esperar encontrarte en el reino de los cielos..."[1].

---

[1] Henry Bordeaux, *Saint Louis*, p. 511-512.

EL MISMO DIA

SANTA MARIA MICAELA DEL SANTISIMO SACRAMENTO, VIRGEN

Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, llamada también la Madre Sacramento, es una de las grandes figuras de la Iglesia española en el siglo XIX. Nacida en 1809 de la ilustre familia de los Desmaisiéres y López de Dicastillo, fué conocida en el mundo con el nombre de Vizcondesa de Jorbalán; pero indiferente a todos los esplendores de la nobleza y de la fortuna, hizo voto de compartir sus bienes con los pobres y de practicar todo aquello que conociera ser la voluntad de Dios.

Las obras de caridad eran ya su principal tarea desde su juventud. Esto la llevó a trabajar en favor de las infelices muchachas que, en un momento de debilidad, de obcecación o de necesidad, se dejan arrastrar al vicio; y con ese fin instituyó la Congregación de las Señoras Adoratrices, Esclavas del Santísimo y de la Caridad, cuya ocupación debía ser la adoración continua de Cristo en la Eucaristía, la educación religiosa de las colegialas y refugiadas y la instrucción correspondiente a su sexo.

Todas las furias del averno se desataron en terca lucha contra ella, porque comprendía Sa-

tanás que la Madre Sacramento sacaba de sus garras más almas que todos los predicadores juntos. Tanto arreció el encono infernal y de los paniaguados del vicio, que se la apellidó "la siempre calumniada", pero Dios sacó siempre la cara por ella. Su influencia en la sociedad española fué y sigue siendo notable. Se la considera con grandeza de alma y empuje de acción como una *segunda Santa Teresa*. Después de haber propagado por toda España su Instituto, murió en Valencia en 1865 del mal del cólera, que contrajo desafiando a la muerte y sirviendo heroica a las apestadas.

Protege desde el cielo, Micaela, serafín de amor a Dios y al prójimo, sobre todo al sexo débil, a fin de que salgan siempre de nuestras mujeres españolas, cumplidas dechadas de virtud que exciten, para gloria de Dios y de España, otra *eterna calumniada,* la admiración y pasmo del mundo entero.

26 DE AGOSTO

SAN CEFERINO, PAPA Y MARTIR

San Ceferino es el décimocuarto sucesor de San Pedro; después de San Pedro, ningún Papa había tenido tan largo pontificado como San Ceferino, ya que fué elegido el 198 y murió

en 217. Además fué un Pontificado importantísimo a juzgar por los datos que han llegado hasta nosotros.

Un adversario nos le presenta como poco instruído y sin personalidad destacada, pero sabemos que, ayudado por el diácono Calixto, su futuro sucesor, defendió la unidad de la Trinidad y dejó una obra contra los herejes de su tiempo. Reglamentó muchas circunstancias del culto litúrgico, y agrandó el cementerio, llamado más tarde de Calixto, donde en lo sucesivo se enterraron los Papas.

Murió con muerte tranquila, pero, como su vida se desenvolvió en tiempo en que la Iglesia era perseguida, ésta le ha dado el título de mártir, porque fué para su tiempo modelo y testigo de Cristo.

Elogio. — Sucesor de Víctor I, el Pontífice de la Pascua, también a ti te devoró el celo de la casa de Dios [1] para sostener y aumentar cada vez más la regularidad, la dignidad, el esplendor del culto divino en este mundo. En el cielo, la corte del vencedor de la muerte se enriqueció, durante tu pontificado, con la noble conquista de un Ireneo y de una Perpetua y de todos los innumerables mártires a los que la persecución de Septimio Severo dió la corona del triunfo. Entre emboscadas llenas de peligros, la verdad

[1] *S. Juan,* II, 17.

encontró en ti al guardián divinamente asistido que el Señor prometió a su Iglesia [1]. Tu fidelidad quedó recompensada con los nuevos progresos de esta Esposa del Hijo de Dios a ti confiada, con su consolidación definitiva en la tierra de un mundo que tiene que conquistar totalmente para el Esposo. En octubre nos volveremos a encontrar con tu recuerdo, inseparablemente unido al de Calixto, hoy tu diácono, y más tarde Vicario del Hombre-Dios. Bendícenos ahora como padre; y haz que Pedro nos reconozca siempre como hijos suyos.

27 DE AGOSTO

SAN JOSE DE CALASANZ, CONFESOR

LA VOCACIÓN. — *Serás la ayuda del huérfano; a ti se te ha confiado el pobre* [2]. Esta palabra la vió ya Venecia realizada en la persona de su noble hijo, Jerónimo Emiliano, y hoy señala la santidad de otro ilustre personaje que cuenta entre sus antepasados a los primeros príncipes de Navarra, pero que se ha convertido en tronco de una línea más noble en el reino de la caridad.

El descendiente de los Calasanz de Peralta de la Sal, el apóstol a quien los pueblos de

1 *S. Lucas,* XXII, 32.
2 Salmo IX, 14.

Aragón, de Cataluña y de Castilla preparan en su admiración agradecida las más altas dignidades, oye resonar en el oído de su alma una voz misteriosa: ACUDE A ROMA; *sal de la tierra de tu nacimiento* [1]; pronto se te aparecerá en su celestial belleza la compañera que se te ha destinado, la santa pobreza, que en este momento te invita a las austeras delicias de su alianza; anda, *aunque no sepas el camino por donde te llevo* [2]; *te haré padre de una gran posteridad* [3]; *te mostraré cuánto tendrás que padecer por mi nombre* [4].

MAESTRO DE ESCUELA.—Fueron necesarios cuarenta años de una fidelidad ciega para preparar al elegido del cielo, en la santidad ignorada, a su vocación sublime. En efecto, nos dice hoy San Juan Crisóstomo en nombre de la Iglesia, "¿qué cosa más grande que modelar almas, formar las costumbres de los niños? Lo digo íntimamente convencido: sin duda ninguna, está por encima de todos los pintores, sobre todos los que fabrican estatuas, sobre toda clase de artistas, el que sabe modelar almas jóvenes" [5].

José comprendió la dignidad de su misión: conforme a las recomendaciones del Santo Doctor [6], a lo largo de los cincuenta y dos años que

---

[1] *Gen.*, XII, 1.
[2] *Hebr.*, XI, 8.
[3] *Gen.*, XII, 2.
[4] *Acta*, IX, 16.
[5] *Homilía sobre S. Mateo, LX.*
[6] *Ibid.*

Dios le concederá vivir todavía, nada le parecerá despreciable o bajo en el servicio de los pequeños de este mundo; y no le costará nada a través de la enseñanza de las letras, llegar a infundir el temor del Señor[1] a los niños que se llegan a él. De su residencia de San Pantaleón, las Escuelas Pías se extienden rápidamente por toda Italia; luego saltan el mar y los montes y se propagan por Sicilia y España, y los pueblos y reyes se disputan aquel escaso número en Moravia, Bohemia, Polonia y países del Norte.

Calasanz quedaba asociado por la eterna Sabiduría a su obra salvadora en el mundo[2]; reconoció sus trabajos esa misma sabiduría como lo suele hacer con los privilegiados de su amor, ofreciéndoles, según dice el Espíritu Santo, *el combate de los fuertes, en el que les da seguridad de la victoria mediante su ayuda, que es más poderosa que todo lo demás*[3].

A los historiadores de San José de Calasanz se les podría exigir el pormenor de las pruebas que hicieron de él un *prodigio de la fortaleza*[4] que hoy nos recomienda la Iglesia; estas pruebas, basadas en calumnias especiosas de algunos falsos hermanos, llegaron hasta la deposición del Santo y la ruina momentánea de su Orden, que quedó reducida al estado de Con-

1 Salmo XXXIII, 12.
2 Ibíd. CX, 10.
3 *Sab.*, X, 12.
4 Lección del segundo Nocturno.

gregación secular. Pero, después de su muerte, Alejandro VII y luego Clemente IX, devolvieron a las Escuelas Pías el estado Regular y el título de Religiosos de votos solemnes.

VIDA. — San José de Calasanz nació en España, en Peralta de la Sal, en 1556. Desde su niñez manifestó a la Santísima Virgen ternísima devoción. Hizo sus estudios en Estadilla y después en Lérida y fué ordenado sacerdote en 1583. Nombrado Vicario General por el Obispo de Urgel, se mostró muy caritativo con todas las miserias y trabajó en la reforma eclesiástica. Pidió ir a Roma y en 1592 llegó a la Ciudad Eterna, y allí vivió cinco años vida oculta. Pasaba la vida rezando, visitando y cuidando enfermos. Conocedor de la ignorancia religiosa del pueblo, resolvió fundar una "Escuela Pía". En 1621, Pablo V creó una congregación de los Pobres de la Madre de Dios de las Escuelas Pías: José quedaba nombrado General al año siguiente. Las escuelas se multiplicaron, pero surgieron dificultades entre los profesores. Un intrigante le acusó ante el Santo Oficio e Inocencio X suprimió las Escuelas Pías. El Santo aceptó todas sus pruebas en silencio y con resignación, viendo sólo a Dios en los que le perseguían, y murió a los 92 años, profetizando el restablecimiento futuro de su obra: lo que tuvo lugar en 1656, por voluntad de Alejandro VII. José fué beatificado en 1748 por Benedicto XIV y canonizado por Clemente XIII, en 1767. Pío XII le ha proclamado patrón de todas las escuelas populares cristianas.

PROTECTOR DE LA INFANCIA. — *El Señor ha escuchado el deseo de los pobres, se ha adelantado a los deseos de su corazón* [1], haciéndote el man-

[1] *Ofertorio;* Salmo IX, 17.

datario de su amor y poniendo en tus labios la palabra que El formuló el primero: *Dejad que los niños se acerquen a mí*[1].

¡Oh José, cuántos te deberán la felicidad eterna, porque tú y tus hijos habéis conservado en ellos la semejanza divina que recibieron en el bautismo, el único título del hombre para entrar en los cielos[2]! Bendito seas por haber merecido la confianza de que Jesús encomendase a tus cuidados a estos seres tan débiles, objeto de su divina predilección.

La prueba. — Bendito seas también por haber justificado mejor todavía esta confianza en el Señor, al dar licencia al infierno, como en otro tiempo con Job, de acabar con todo en torno tuyo. ¿No es justo que Dios pueda contar con los suyos de modo inalterable? ¿No resulta de suma conveniencia que, en medio de las defecciones de este triste mundo, justifique ante sus Angeles, su gracia y nuestra pobre naturaleza, manifestando hasta dónde pueden llegar en sus Santos las determinaciones de su voluntad siempre adorada?

Las Escuelas Pías. — La reparación que tu confianza invencible esperaba de la Madre de Dios, tenía que venir cuando al cielo pluguiese. Oh José, ahora cuando ha sonado ya la hora de

1 *S. Marcos*, X, 14.
2 *Ibid.*

la resurrección para las Escuelas Pías, tanto tiempo esperada, bendice a tus hijos, cuyo número, en nuestro siglo, crece constantemente; concédeles las bendiciones de Jesús Niño, y otro tanto a los numerosos estudiantes que continúan ellos formando en la ciencia cristiana; y a todos lo que dedican sus trabajos y su vida en pro de la juventud, infúndeles tu espíritu, dales fortaleza; levanta nuestras almas a la altura de las enseñanzas de tu heroica existencia.

28 DE AGOSTO

SAN AGUSTIN, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

El alma de los Santos. — ¡"Que admirable es Dios en sus Santos" [1]! Esta exclamación del Salmo nos la sugiere la Liturgia casi todos los días. Entre todos los espectáculos a propósito para alegrarnos y animarnos, no hay ninguno que cause tanta admiración como el alma de un santo. ¡"Qué hermosa es un alma"!, decía el Santo Cura de Ars; y Santa Catalina de Génova exclamaba un día que recibió del cielo el favor de contemplar un alma en estado de gracia: "Señor, si no supiese que hay un solo Dios, creería que esta alma es un dios." La Iglesia se com-

[1] Salmo LXVII, 36.

place en traer a nuestra memoria el recuerdo de los Santos, agruparnos junto a sus altares, exponer sus reliquias a nuestra veneración y proponernos sus ejemplos y consejos. En ellos nos muestra lo que la naturaleza y la gracia tienen de más elevado y más suave, de más misterioso y más atractivo.

San Agustín. — Es muy difícil comparar los méritos de los Santos para averiguar quiénes son los más grandes, y quizá sea preferible no intentarlo siquiera. Con todo, no podemos menos de reconocer en el que la Iglesia celebra hoy, "al hombre que, unido al cuerpo místico de Cristo como por un milagro, no tuvo tal vez nunca, a juzgar por la historia, en ningún tiempo ni en ningún pueblo, otro que le igualase en grandeza ni en sublimidad" [1].

Es de esos hombres suscitados por Dios, para que, con su talento superior y con sus obras, adaptándose a las necesidades de su época y de todos los tiempos, fortalezcan y continúen sosteniendo al pueblo cristiano, sobre todo cuando el poder de las tinieblas se presenta más amenazador y el error se propaga con mayor facilidad. "Es, decía León XIII, un ingenio vigoroso que, dominando todas las ciencias humanas y divinas, combatió todos los errores de su tiempo" [2];

---

1 Encíclica *Ad salutem humani* del 20 de abril de 1930.
2 Encíclica *Aeterni Patris.*

y, si la autoridad de su palabra no puede ponerse por encima de la autoridad de la Iglesia docente, sabemos, al menos, que "la Iglesia romana sigue y conserva la doctrina de San Agustín."

EL AMANTE DE LA SABIDURÍA. — San Agustín es, en primer lugar, el amante de la Sabiduría, que es Dios: "La ama a Ella sola por sí sola y únicamente por Ella ama el descanso y la vida [1]. Oigámosle un momento desahogar su corazón, que fué objeto de tan gran misericordia: ¡"Qué tarde te amé, belleza tan antigua y tan nueva, qué tarde te amé"! Y tú estabas dentro de mí y yo fuera y por fuera te buscaba... [2]. Pregunté a la tierra y me dijo: No soy yo el que tú buscas; y todas las cosas que hay en ella me confesaban lo mismo. Pregunté al mar y los abismos y a los reptiles de alma viva, y me respondieron: No somos tu Dios; búscale sobre nosotros. Interrogué a las auras que respiramos, y el aire todo, con sus moradores me dijo: Engáñase Anaximenes: yo no soy tu Dios. Pregunté al cielo, al sol, a la luna y a las estrellas: tampoco somos nosotros el Dios que buscas, me respondieron. Dije entonces a todas las cosas que están fuera de las puertas de mi carne: Decidme algo de mi Dios, ya que vosotras no lo sois; decidme algo de él. Y exclamaron todas con

---

[1] Juan II, *Registro de Cartas,* l. X, c. XXXVII.
[2] *Confesiones,* l. X, c. XXVII.

grande voz: *El nos ha hecho*[1]. Si hubiese alguien en quien callase el tumulto de la carne; callasen las imágenes de la tierra, del agua y del aire; callasen los mismo cielos y aun el alma misma callase y se remontase sobre sí no pensando en sí; si callasen los sueños y revelaciones imaginarias, y, finalmente, si callase por completo toda lengua, todo signo y todo cuanto se hace pasando, puesto que todas estas cosas dicen a quien las presta oído: No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos ha hecho el que permanece eternamente; si, dicho esto, callasen dirigiendo el oído hacia aquel que las ha hecho, y sólo él hablase, no por ellas, sino por sí mismo, de modo que oyesen su palabra, no por lengua de carne, ni por voz de ángel, ni por sonido de nubes, ni por enigmas de semejanza, sino que le oyésemos a él mismo, a quien amamos en estas cosas, a él mismo sin ellas, como al presente nos elevamos y tocamos rápidamente con el pensamiento la eterna Sabiduría, que permanece sobre todas las cosas; si, por último, este estado se continuase y fuesen alejados de él las demás visiones de índole muy inferior, y esta sola arrebatase, absorbiese y abismase en los gozos más íntimos a su contemplador, de modo que fuese la vida sempiterna cual fué este momento de intuición por el cual suspiramos, ¿no sería esto el *Entrar en el gozo de tu Se-*

---

1 *Confesiones*, l. X, c. VI.

ñor[1]? Llamaste y clamaste, Señor, y rompiste mi sordera; brillaste y resplandeciste, y fugaste mi ceguera; exhalaste tu perfume y respiré, y suspiro por ti; gusté de ti, y siento hambre y sed; me tocaste, y me abrasé en tu paz. Cuando yo me adhiriere a ti con todo mi ser, ya no habrá más dolor ni trabajo para mí"[2].

El Doctor de la Iglesia. — Mucho tiempo fué Agustín esclavo de las concupiscencias y de las pasiones de su corazón, mucho tiempo su inteligencia estuvo presa de los errores maniqueos, y mucho le costó también romper estos lazos y volver a hallar la verdad de la Iglesia católica. Pero, una vez convertido, emprendió resueltamente la ofensiva contra el error. Venía detrás de los célebres Doctores Clemente de Roma, Ireneo, Hilario, Atanasio, Ambrosio, Basilio, Juan Crisóstomo; pero su enseñanza oral y escrita a lo largo de casi medio siglo, es la que más nos admira.

Se declara enemigo del maniqueísmo, del que en otro tiempo fué apóstol convencido, y reduce a la nada a esa extraña herejía, que, para explicar la existencia del mal, había imaginado el divinizarle y ponerle en contra del Dios bueno. Pero, en esta lucha muestra Agustín su alma saturada de mansedumbre para aquellos con quienes compartió tanto tiempo la misma ilu-

[1] *Confesiones*, l. IX, c. X.
[2] *Ibid*, l. X, c. XXVII.

sión: "Sean severos con vosotros los que no saben cuán raro es y cuánto cuesta llegar a superar con la serenidad de un alma piadosa los fantasmas de los sentidos. Muéstrenseos duros los que ignoran con qué trabajo se cura el ojo del hombre interior, para mirar a su sol, al sol de justicia; los que no saben con qué ansias y con qué gemidos se llega a entender un poco de Dios. Tolero, por fin, la intransigencia de aquellos que jamás conocieron tal seducción como la que os hace vivir equivocados... Por mi parte, de ningún modo seré exigente con vosotros, porque, además de que las vanas imaginaciones de lo que buscaba mi espíritu le traían al retortero, tuve parte en vuestra miseria y hube de llorar mucho" [1].

Le era más agradable demostrar a los hombres su último fin y el medio único de conseguir la bienaventuranza, como lo hace en esta famosa oración: "Nos has hecho para ti, oh Dios mío, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" [2]; y recordarles que inútilmente intentarían conseguir el cielo sin la sumisión y la obediencia que se deben a la Iglesia católica, que es la única instituída por Dios para llevar a las almas la luz y la fuerza. El mismo santo tenía sumo empeño en someterse a la autoridad de la Iglesia docente, convencido de que, mien-

---

1 Contra epist. Manichael quam vocant fundamenti, 2-3.
2 *Confesiones,* l. I, c. I.

tras así obrase, no se apartaría ni un ápice de la verdadera doctrina.

De modo especial le agrada defender la naturaleza de la gracia, ya que sabe muy bien cuánto la debe. Su oración favorita: "Señor, concédeme lo que mandas y manda lo que quieras"[1], hería el orgullo del monje Pelagio, para quien la naturaleza era omnipotente en hacer el bien y se bastaba totalmente en orden a la salvación, puesto que el pecado original no la había cambiado. Hizo de la gracia un estudio tan acabado y perfecto, que se le llamó el "Doctor de la gracia", al cual consultarán en adelante los escritores católicos al tratar esta materia, para, siguiendo sus enseñanzas y las de la Iglesia, verse libres de incurrir en error.

La enseñanza de su vida. — Pero hay otra enseñanza que Agustín daba a los fieles: la de su vida virtuosa. Posidio, su primer biógrafo, aseguraba que "los que pudieron verle y oírle predicar en la iglesia, y sobre todo los que disfrutaron de su conversación, sacaron mucho provecho. Porque no sólo era un sabio en las cosas del reino de los cielos, sino que era de aquellos de quienes había dicho el Salvador: El que practicare y enseñare a los hombres de esta manera, ése será grande en el reino de los cielos." Buscó ardorosamente la caridad como la más noble de las virtudes y la cultivó con tal constancia, que

[1] *Confesiones*, l. X, cc. XXIX, XXXI.

se le representa con un corazón de fuego en la mano; su alma, a veces, volaba hacia Dios, como él mismo nos lo ha contado en el famoso episodio del éxtasis de Ostia. Y es que se entregaba, sin interrupción, a contemplar la vida de Cristo y, además, se esforzaba por reproducir en sí el modelo divino, devolviendo amor por amor, como él lo aconsejaba a las vírgenes: "Quede grabado en vuestro corazón, el que por vosotras fué clavado en la cruz."

Las pruebas. — No podía faltar la prueba del dolor a esta alma grande. Ni nos debemos figurar al santo en meditación apacible, o escribiendo en la paz de una sencilla ciudad episcopal, escogida con tal intento por la Providencia, esas obras preciosas, cuyos frutos recogería el mundo hasta nuestros días. En esta vida no hay fecundidad sin padecimiento, sin tribulaciones públicas o privadas, sin sacrificios conocidos de Dios o de los hombres; cuando, al leer los escritos de los Santos, brotan en nosotros pensamientos piadosos, resoluciones generosas, no debemos contentarnos, como si se tratase de libros profanos, con rendir un tributo de admiración al genio de sus autores, sino más bien pensar cuánto les costó a ellos el bien sobrenatural que producen en nuestras almas. Antes de llegar Agustín a Hipona, los Donatistas contaban ya tal mayoría, que refiere el Santo que se valían de ello hasta prohibir cocer pan para

los católicos [1]. Al morir el Santo, las cosas habían cambiado notablemente; pero fué necesario que el pastor prefiriendo a todo otro deber el de salvar contra viento y marea las almas que se le habían confiado, gastase sus días y sus noches en esta obra primordial, corriendo más de una vez el peligro afortunado del martirio [2]. Los jefes de los cismáticos, temiendo la fuerza de sus razones más aún que su elocuencia, se negaban a disputar con él, y habían hecho público que matar a Agustín sería una obra laudable, merecedora del perdón de todos los pecados en quien se comprometiese a llevarla al cabo [3].

Rogad por nosotros, decía al principio de su ministerio, rogad por nosotros, que vivimos de manera tan precaria, entre los dientes de lobos furiosos; ovejas descarriadas, ovejas obstinadas, que se molestan porque vamos tras ellas, como si sus extravíos las hiciesen no ser nuestras" [4].

SU CELO. — Y con su rebaño fiel, ¡qué abnegación y qué bondad manifestaba el Pastor! Es una delicia verle en medio de su pueblo, hablándole familiarmente, dejándose asediar y cautivar de él. Su puerta siempre abierta a todo el que llegaba, atendía toda petición, todo dolor, todo litigio. A veces, ante la insistencia de las

[1] Contra litteras Petiliani, II, 184.
[2] Posidius, *Vita Augustini,* 13.
[3] *Ibid.*, 10.
[4] Sermón XLVI, 14.

otras iglesias y de los concilios que reclamaban sus trabajos y sus consejos, Agustín y sus visitantes hacían un pacto que, por cierto, duraba muy poco porque sobre todo los pobres y los humildes sabían que la vida y el corazón del Santo era para ellos.

Se necesitaría poder leer todas sus obras, el relato de sus "Confesiones", sus Sermones y sus Homilías para llegar a comprender a esta alma incomparable. Pío XI, al terminar la Encíclica que dedicó a ensalzarle, decía que "su vida y sus méritos, su agudo ingenio, la amplitud y profundidad de su ciencia, la sublimidad de su santidad, la lucha que tuvo que sostener para defender la verdad católica, hacen que no se puedan encontrar, por decirlo así, otros hombres, o muy pocos a quienes compararle, desde el principio del mundo hasta hoy."

La grandeza de los santos no se parece a la de los poderosos de este mundo; éstos nos asustan y aquéllos, al contrario, nos atraen y nos infunden confianza. No nos desalientan ni la sublimidad de su ingenio, ni la santidad de su vida, ni el rigor de su penitencia, ni el fuego de su caridad. Por el dogma de la Comunión de los Santos sabemos que son hermanos nuestros; y, por estar cerquita del Señor, se parecen a él, participan de su ternura, de su benignidad, de su misericordia. Nos dejaron sus ejemplos y sus enseñanzas y ahora ofrecen su oración y sus méritos para que, siquiera de lejos, los sigamos

por el camino que lleva a Dios. ¡Ojalá lleguemos a unirnos íntimamente y para siempre con este Dios, al que Agustín se lamentaba "de haber conocido y empezado a amar demasiado tarde"!

VIDA. — Agustín nació en Tagaste, en Numidia, el 13 de noviembre de 354, de padre pagano y de madre cristiana, Santa Mónica. De inteligencia brillante, estudió en Cartago, luego en Roma y en Milán, donde enseñó la retórica. En su juventud conoció el desarreglo de los sentidos y cayó en la herejía maniquea. Pero, tocado por la gracia que le ganaron las oraciones y las lágrimas de su madre Santa Mónica, ilustrado por las enseñanzas y los consejos de San Ambrosio, se convirtió y recibió el bautismo el 25 de abril de 387. Poco después llegó a Africa para practicar allí, con otros muchos discípulos, una vida monástica totalmente dedicada a la oración y al estudio. En 391 se ordenó de sacerdote. Su ciencia, su elocuencia, su santidad, le valieron para suceder a Valerio, obispo de Hipona. Durante cerca de cuarenta años se entregó a la enseñanza de su pueblo, a la conversión de los herejes y a escribir sus innumerables obras. Murió en 430, cuando los vándalos ponían cerco a su ciudad.

SÚPLICA. — Por fin, después de doce siglos, se ha vuelto a ver la Cruz en Africa, tan querida, en donde había perecido hasta el nombre de muchas iglesias en otro tiempo florecientes. ¡Quiera Dios que la libertad de que ahora disfruta, la alcance pronto su triunfo sobre el Corán! ¡Ojalá que la nación que hoy protege tu suelo natal, pueda sentirse orgullosa de este nuevo honor y comprender las obligaciones que para ella de él se derivan!

Tu acción, con todo, no se había amortiguado a lo largo de esta noche prolongada. Tus obras inmortales iluminaban las inteligencias y despertaban el amor a través del mundo entero. En las basílicas atendidas por tus hijos e imitadores, el esplendor del culto divino, la perfección de las melodías santas, mantenían en el corazón de los pueblos el gozo sobrenatural que se apoderó del tuyo al resonar por primera vez en nuestro Occidente el canto alterno de los Salmos y de los Himnos litúrgicos [1], bajo de la dirección de Ambrosio. En todas las épocas la vida perfecta renovó su juventud con las mil formas que la exige revestir el doble mandamiento de la caridad, bebiendo en las aguas que corren de tus fuentes [2].

Ilumina continuamente a la Iglesia con tus incomparables luces. Bendice a las muchas familias religiosas que se amparan en tu insigne patrocinio. Ayúdanos a todos alcanzándonos el espíritu de amor y de penitencia, de confianza y de humildad, que tan bien dice en un alma rescatada; enséñanos lo débil e indigna que es la naturaleza después de la caída, pero danos también a conocer la bondad sin límites de nuestro Dios, la superabundancia de su redención, la omnipotencia de su gracia. Y que todos contigo sepamos, no sólo reconocer la verdad, sino tam-

1 *Confesiones*, l. IX, cc. VI, VII.
2 *Prov.*, V, 16.

bién decir a Dios de modo leal y práctico: "Nos hiciste para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti" [1].

EL MISMO DIA

SAN HERMES, MARTIR

Si Africa se siente orgullosa de festejar a su gran Obispo, Roma se dirige hoy a la basílica de San Hermes, uno de sus mártires más famosos. Hay indicios de que era esclavo o liberto y, aunque nada se puede afirmar de un modo exacto acerca de su vida y de su muerte, su culto al menos queda sólidamente probado por la catacumba que lleva su nombre y por las iglesias que se le dedicaron en Roma, en Cerdeña y en Sicilia.

Recitemos en su honor la colecta de la Misa: "Señor, que diste valor y constancia en los suplicios al bienaventurado mártir Hermes, concédenos que le imitemos en el desprecio de los favores del mundo y que no temamos tenerle a éste por enemigo. Amén."

"El espíritu del mundo es sutilísimo: ve al momento si estamos de acuerdo con él, o si por el contrario vivimos del espíritu de Jesucristo. Estos dos espíritus son entre sí irremediable-

[1] *Confesiones*, l. I, c. I.

mente contrarios y sin posibilidad de un acuerdo. Los que quieran seguir a Cristo, tienen que resignarse a sufrir la guerra de parte del mundo. Pero ¿hemos dicho resignarse? Se tienen que alegrar y dar gracias a Dios" [1].

29 DE AGOSTO

LA DEGOLLACION DE SAN JUAN BAUTISTA

El relato evangélico. — "En aquel tiempo envió Herodes y prendió a Juan y le metió en la cárcel por causa de Herodías, mujer de su hermano Felipe, con la cual se había unido. Porque Juan le decía: No te es lícito tener la mujer de tu hermano. Y Herodías le acechaba y quería matarle, pero no podía. Pues Herodes sentía respeto por Juan, sabiendo que era un hombre justo y santo: y le protegía y hacía muchas cosas que le oía y le escuchaba con gusto. Y, llegado el día oportuno, Herodes, para celebrar su cumpleaños, dió una gran comida a los príncipes y a los tribunos y primates de Galilea. Y, entrando la hija de la misma Herodías, bailó y agradó tanto a Herodes y a los convidados, que dijo el rey a la muchacha: Pídeme lo que quieras y te lo daré. Y la juró: Todo lo que me pidas te lo

[1] Card. Schuter, *Liber Sacram.*, VIII, 247, de la traducción española por el R. P. Victoriano González, O. S. B., de Samos. Herder. Barcelona, 1948.

daré, aunque sea la mitad de mi reino. Y, saliendo ella afuera, dijo a su madre: ¿Qué pido? Y ella le dijo: La cabeza de Juan Bautista. Y, habiendo entrado luego con presura al rey, le pidió diciendo: Quiero que me des al punto en un plato la cabeza del Bautista. Y se entristeció el rey; pero, por el juramento y por los demás convidados, no quiso contristarla; y, enviando a un guardián, le ordenó que trajese la cabeza en un plato. Y le degolló en la cárcel. Y trajo su cabeza en un plato. Y se la dió a la muchacha y la muchacha se la dió a su madre. Oído lo cual, fueron sus discípulos y recogieron su cuerpo, y lo pusieron en un sepulcro"[1].

ENSEÑANZA DE LOS SANTOS PADRES. — Así, pues, terminó el mayor entre los nacidos de mujer[2], sin testigos, en la prisión de un tiranuelo, siendo víctima de la más vil de las pasiones y el precio de una bailarina. La Voz del Verbo prefirió morir a guardar silencio ante el crimen, aun en el caso de no tener esperanza de corregir al culpable; prefirió morir antes que renunciar a su libertad en hablar, aunque tuviese que vivir encadenado. *Hermosa libertad la de la palabra,* según la expresión de San Juan Crisóstomo, cuando es en realidad la misma libertad del Verbo de Dios, cuando por ella no se interrumpe el vibrar aquí abajo de los ecos de los collados

[1] Evangelio de la fiesta, *S. Marcos,* VI, 17-29.
[2] *S. Mateo,* XI, 11.

eternos. Entonces sí que es un escollo para la tiranía, a la vez que salvaguardia del mundo, de los derechos de Dios y del honor de los pueblos, de los intereses del tiempo y de la eternidad. La muerte no puede triunfar sobre ella; al asesino impotente de Juan Bautista, a todos los que le quieran imitar, les repetirán mil bocas contra una, hasta el fin de los tiempos, en todas las lenguas y en todas partes: *No te es lícito tener la mujer de tu hermano.*

"¡Grande y admirable misterio!, exclama por su parte San Agustín. *Es necesario que él crezca y que yo disminuya* [1], decía San Juan, decía la Voz que personificaba a las voces que la precedieron anunciando como él a la Palabra del Padre encarnada en su Cristo. Toda palabra, en cuanto significa una cosa, permanece inmutable y una en la mente que la concibe, aunque puedan ser múltiples las palabras que la dan cuerpo externamente, las voces que la propagan, las lenguas a que se traduce. A quien conoce la palabra, las fórmulas y la voz resultan inútiles. Voz fueron los Profetas, voz los Apóstoles; voz en los Salmos, voz en el Evangelio.

"Pero llega la Palabra, *el Verbo que existía en el principio, el Verbo que estaba en Dios* [2]: cuando *le veamos como él es* [3], ¿oiremos todavía recitar el Evangelio? ¿Escucharemos a los Profetas?

---

1 *S. Juan,* III, 30.
2 *Ibid.,* I, 1.
3 *I S. Juan,* III, 2.

¿Leeremos las Epístolas de los Apóstoles? La voz desfallece cuando crece el Verbo... No quiere eso decir que en sí mismo el Verbo disminuya o aumente. Pero se dice que crece en nosotros cuando en realidad somos nosotros los que crecemos en El. Por consiguiente, las palabras son menos útiles a los que se acercan a Jesucristo, a los que hacen progresos en la contemplación de la Sabiduría; y es necesario que poco a poco vayan las palabras desapareciendo. De este modo va decreciendo el ministerio de la voz, a medida que el alma va acercándose al Verbo; por eso *es necesario que Cristo crezca y que Juan disminuya.* Eso indican también la degollación de Juan y la exaltación de Cristo en la Cruz, como vemos sucedió en sus fechas de nacimiento; pues, a partir del nacimiento de Juan disminuyen los días, y van aumentando desde la fecha del nacimiento del Señor"[1].

LA ELECCIÓN DE ESTA FIESTA. — Lección útil la que se da a los guías de almas por los senderos de la vida perfecta. Si, desde un principio, deben respetuosamente observar la acción de la gracia en cada una de ellas, para coadyuvar a la obra del Espíritu Santo y no imponerse a El; del mismo modo es necesario, que a medida que las almas progresan, eviten ellos el obstruir al Verbo con la abundancia de su propia palabra. Contentos entonces de haber conducido a la Es-

[1] Sermón CCLXXXVIII.

posa hasta el Esposo, saben decir con Juan: *Es necesario que El crezca y yo disminuya.*

Y ¿por ventura no nos insinúa la Liturgia una lección parecida, al verla en los días siguientes como moderando sus propias enseñanzas con la disminución del número de fiestas y la ausencia prolongada de las grandes solemnidades, que no reaparecerán ya hasta noviembre? No tiene otras pretensiones la escuela de la Liturgia sino de la de disponer al alma de modo más seguro y perfecto, mejor que ninguna otra escuela, al magisterio interior del Esposo. La Iglesia querría, como Juan, si fuese posible, dejar siempre hablar a Dios solo; al menos, ya hacia el fin del camino, la gusta ir moderando su voz, porque desea dar ocasión a sus hijos a que demuestren que saben escuchar dentro de sí mismos a Aquel que para ella y para ellos es el único amor. A los intérpretes de su pensamiento toca comprenderlo bien.

Este relato evangélico hace también notar lo extraordinaria que es la vocación de Juan. "Enseña al cristiano que debe confesar la verdad y saber morir por ella, aun en el caso de que su palabra no sea escuchada y a juicio de los hombres su muerte no sirva de nada. Dios puede malgastar de modo aparente sus bienes: todo es de El; con sus profetas y sus santos, puede hacer gala de su soberanía absoluta; la verdad sólo necesita de nuestro testimonio" [1].

[1] Dom Delatte, *l'Evangile,* I, 381.

La fiesta de la Degollación de San Juan Bautista puede considerarse como uno de los jalones del Año Litúrgico del modo que acabamos de exponer. Los griegos la tienen por fiesta de guardar. Se prueba su gran antigüedad en la Iglesia latina por la mención que de ella se hace en el Martirologio que llaman de San Jerónimo y el lugar que ocupa en los Sacramentarios gelasiano y gregoriano. La muerte santa del Precursor sucedió cerca de la fiesta de Pascua; para honrarle con más libertad se escogió este día, que recuerda también el descubrimiento de su gloriosa cabeza en Emesa.

Las reliquias. — De Maqueronte al otro lado del Jordán, en donde su maestro consumó el martirio, los discípulos de Juan llevaron su cuerpo a Sebaste, la antigua Samaria, fuera de las fronteras de Antipas; pues era urgente librarle de las profanaciones que Herodías no escatimó a su augusta cabeza. La venganza de la desgraciada no se consideró, en efecto, satisfecha hasta que pudo clavar un alfiler de su cabellera, en la lengua que no había temido reprocharla su desvergüenza. En tiempo de Juliano el Apóstata, los paganos quisieron completar su obra, al invadir el sepulcro de Sebaste para quemar y dispersar los restos del Santo. Pero este sepulcro vacío continuaba siendo el terror de los demonios, como lo confirmaba Santa Paula religiosamente conmovida unos años más tarde. Sal-

vada la mayor parte de todas estas preciosas reliquias, se extendieron por Oriente. Principalmente en la época de las Cruzadas vinieron a nuestras regiones, donde son la gloria de muchas iglesias.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTA SABINA, MARTIR

La Liturgia con la fiesta de San Juan Bautista junta la memoria de Santa Sabina, mártir romana. Nada sabemos de su vida ni de su muerte ni de la antigüedad de su culto, pero en cambio tiene el privilegio de una de las más bellas iglesias de la Ciudad eterna, a la cual acuden multitud de fieles y artistas. Esta iglesia es casi la única que en Roma ha conservado su forma del siglo v, y el esplendor de su nave, la elegancia de las columnas, la riqueza de los capiteles y de los mosaicos producen en los peregrinos un sentimiento de grata admiración.

En otro tiempo, el Papa venía aquí todos los años a recibir la Ceniza y hoy todavía tiene lugar en esta iglesia la primera estación cuaresmal como para hacer agradable y luminoso el largo período de penitencia que debe preparar a la Pascua.

Aquí pasó Santo Domingo los últimos meses de su vida; su recuerdo lo guardan fielmente sus

hijos, los cuales atienden a la Basílica y han vivido siempre en el convento vecino, dado a la Orden por el Papa Honorio III.

También fué aquí donde el Patriarca dió el hábito religioso a San Jacinto y al Venerable Ceslas, y en donde, en el siglo pasado, el Padre Lacordaire hizo su noviciado antes de restaurar la Orden de los Frailes Predicadores en Francia.

Aunque los recuerdos dominicanos nos toquen más de cerca, no debemos olvidar a la humilde mártir de quien sólo conocemos el nombre, pero cuya virginidad y muerte ante Dios fueron preciosas.

"Oh Dios, que entre otros milagros de tu poder, diste la victoria del martirio al sexo frágil: concédenos propicio que, los que celebramos el natalicio de tu mártir Santa Sabina, marchemos hacia ti siguiendo sus ejemplos. Amén."

30 de agosto

SANTA ROSA DE LIMA, VIRGEN

¡"La primera flor de santidad que América del Sur dió al mundo: la virgen Rosa..."! Con esta palabra de gozo y admiración comienza la Iglesia el elogio de la joven virgen que en el Nuevo mundo iba a reproducir tantas proezas de la santidad de Catalina de Sena y a servir

de preludio a la sencillez de la infancia espiritual de Santa Teresita de Lisieux.

Conquista de América. — Apenas había transcurrido un siglo desde aquel día en que España, terminada su larga Cruzada contra los moros, se dirigía al poniente y descubría un mundo nuevo y dilatado. Y hacia él envió no sólo sus héroes y sus exploradores, sino también sus mejores hijos, es decir, sus misioneros, con el fin de anunciar a los pueblos paganos la buena nueva del Evangelio, de despertar sus inteligencias al conocimiento del verdadero Dios y consagrar sus obras al divino servicio. Por desgracia, a América no sólo llegó gente desinteresada y sin más miras que implantar la civilización cristiana; fueron también aventureros, cuya crueldad y sed de oro eran el azote de los indios.

Las pobres gentes pronto se vieron saqueadas y exterminadas por aquellos extranjeros que les daban el mal ejemplo de todos los vicios y los trataban como esclavos. En Lima, construída al pie de las cordilleras como la metrópoli de una de las provincias conquistadas, era tal la corrupción, que San Francisco Solano tuvo que imitar al profeta Jonás y amenazarla, como a Nínive, con los castigos divinos.

La flor de santidad. — Pero la misericordia de Dios había tomado ya la delantera; *la jus-*

ticia y la paz se habían dado el beso [1] en el alma de una niña siempre pronta a todas las expiaciones e insaciable de amor. ¡Cómo nos gustaría detenernos a contemplar a la virgen peruana en su heroísmo siempre desconocido, en su gracia tan cándida y tan pura! Rosa sólo tuvo suavidades de bálsamo para los que la trataban, y guardó para sí el secreto de las espinas, sin las cuales no se dan las rosas en este mundo. Como si hubiese nacido de la sonrisa de María, arroba al Niño Jesús, que la quiere en su corazón. Las flores la reconocen por reina y en cada estación las ve que responden a su deseo; a su invitación, las plantas se agitan gozosas, los árboles inclinan sus ramas, toda la naturaleza salta de contento, los insectos organizan coros, rivalizan con ella en armonía los pájaros para celebrar al Creador. Ella misma canta recordando los nombres de su padre y de su madre, Gaspar de las Flores y María de Oliva, diciendo: "¡Oh Jesús mío, qué hermoso eres entre las flores y las olivas; no desdeñes tampoco a esta tu Rosa!"

Entretanto la eterna Sabiduría se iba manifestando en los juegos del Niño Dios y de esta su amada [2]. Clemente X, en la bula de canonización, nos recuerda que un día en que ella estaba con mayores dolores, el amantísimo Hijo de la Virgen bendita la invitó a una misteriosa partida de juego donde la puesta quedaba a la

---

[1] Salmo LXXXIV, 11.
[2] *Prov.*, VIII, 30-31.

libre elección del vencedor. Gana Rosa y, exigiendo su curación, al punto se la concede. Pero Jesús reclama el desquite y, ganándola esta segunda vez, la devuelve los dolores juntamente con el don de la paciencia, y la santa se alegra de haber perdido, porque comprende que ha ganado más en la segunda partida que en la primera.

En las sobrehumanas torturas de su última enfermedad, a los que la exhortaban a tener ánimos, respondía ella: "Lo que pido a mi Esposo es que no termine nunca de abrasarme en los más agudos ardores, hasta que me convierta en el fruto maduro que se digna recibir de este mundo en su mesa de los cielos." Y, como se admirasen de su seguridad, de su certeza de ir derechamente al paraíso, añade con vehemencia estas palabras que revelan otro aspecto de su alma: "Tengo un Esposo que puede todo lo que se puede hacer y que posee las mayores maravillas que pueden existir; y no me puedo figurar que voy a recibir de él cosas pequeñas."

La gloria. — Las promesas y las atenciones del Señor con Rosa justifican sobradamente la confianza que tenía ésta en la infinita bondad. Tan sólo contaba treinta y un años cuando, en la noche que antecede a la fiesta de San Bartolomé de 1617, oyó esta voz: *El Esposo está aquí*[1]. En Lima, en todo Perú, en América entera, el

1 *S. Mateo*, XXV, 6.

tránsito de la humilde virgen, desconocida de muchísimos hasta ese momento, quedó señalado con prodigios de conversión y de gracia. "Se pudo asegurar jurídicamente, dice el Sumo Pontífice [1], que desde el descubrimiento del Perú no hubo ningún misionero que produjese un movimiento tan general de penitencia". Y cinco años después se inauguraba el monasterio de Santa Catalina de Sena que debía continuar en el centro de Lima la obra de santificación, de saneamiento y de defensa social, y que se llamaba el monasterio de Rosa porque ella fué, en efecto, la fundadora y la madre. Y esta joven, que no hizo más que rezar y sufrir y que, en medio de la corrupción del mundo, ofreció a Dios su virginidad y no buscó más que la obscuridad y el silencio, es la que ha llegado a ser la Patrona del Perú; y el mismo Papa Clemente X extendió su patronato a las Indias, a las Filipinas y a toda América.

Vida. — Rosa nació en Lima, Perú, el 20 de abril de 1586, de una familia de origen español. En el bautismo la pusieron el nombre de Isabel, pero por la frescura de su tez la llamaron Rosa. En su infancia y vida breve fué probada con dolores y con la pobreza de sus padres. Tomó por modelo a Santa Catalina de Sena y, a imitación suya, vivía en casa como verdadera religiosa y casi reclusa. Amaba la soledad, se imponía rudas penitencias por la conversión de los infieles y de los malos cristianos, y cuidaba y consolaba a sus padres. Se inscribió en la Orden Tercera de Santo Do-

[1] Bula de canonización.

mingo, cuyo hábito llevaba, y murió a los 31 años el 24 de agosto de 1617. Dieron fe de su santidad numerosos milagros y Clemente IX la beatificó en 1668 y luego Clemente X el 12 de abril de 1671 la canonizó. Su fiesta se extendió a la Iglesia universal, y sus reliquias se veneran en Lima y, en la Iglesia de Santa María de la Minerva, en Roma.

Plegaria por América. — Patrona de tu patria de este mundo, vela siempre por ella. Corresponde a su confianza, aun en el orden de la vida presente, amparándola en los terremotos y en las conmociones políticas. Extiende tu acción tutelar a las repúblicas jóvenes que la rodean y que te veneran también; de igual modo que a tu tierra natal, protégelas contra el espejismo de las utopías que llegan de nuestro viejo mundo, contra las revoluciones y las ilusiones de su propia juventud, contra las sectas condenadas que acabarían por sacudir hasta su fe siempre viva. Y, finalmente, Rosa amada del Señor, echa una sonrisa a toda la Iglesia, que hoy se siente arrebatada por tus celestiales encantos. A semejanza de ella, todos queremos correr en pos del olor de tus perfumes[1].

...por todos los fieles. — Enséñanos a dejarnos ganar como tú por el rocío celestial. Enséñanos a responder a lo que, tomando la delantera, quiere de nosotros el divino escultor, el cual se te apareció un día entregando a la soli-

---

1 Colecta de la fiesta; *Cant.*, I, 3.

citud de los que ama los mármoles mejores de las virtudes, para que los pulan y los tallen con la ayuda de las lágrimas y del cincel de la penitencia. Y más que nada enséñanos la confianza y el amor. Dijiste tú que todo lo que obra el sol en la inmensidad del universo, haciendo brotar las flores y madurar los frutos, formando las perlas en el seno de los océanos y las piedras preciosas en los repliegues de las montañas, lo realizaba el Esposo en los espacios ilimitados de tu alma, produciendo en ella toda clase de riqueza, toda belleza, toda alegría, todo calor y toda vida: Logremos nosotros aprovecharnos, como tú, de la venida del sol de justicia a nuestras almas en el Sacramento de unión, no vivir más que de su luz bendita y exhalar el buen olor de Cristo en todas partes [1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS FELIX Y ADAUCTO, MARTIRES

La memoria de los Santos Félix y Adaucto nos invita una vez más a una peregrinación romana. Y no, como ayer, a una amplia basílica, sino a la Catacumba de Comodilo, cerca de San Pablo extramuros. Allí se encuentra el sepulcro de

[1] Colecta de la fiesta; *II Cor.*, II, 15.

los dos mártires, los cuales, en tiempo de Diocleciano, sufrieron y murieron por la fe.

Nos refiere el Martirologio que en el camino que conducía al martirio a Félix, se le presentó un cristiano y le declaró abiertamente que profesaba su misma fe: al poco tiempo corrió una suerte igual, pues le cortaron la cabeza. Los fieles que no conocieron su nombre le llamaron Adaucto, es decir, añadido.

Los dos fueron célebres en la Alta Edad Media; el Papa Juan I (523-526) restauró su cementerio y San Dámaso adornó su sepulcro con una inscripción en verso. En su honor recitemos la Colecta de la Misa:

"Imploramos humildemente, Señor, a tu Majestad, para que, como nos alegras constantemente con la conmemoración de tus Santos, así nos defiendas siempre por su intercesión. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

31 DE AGOSTO

SAN RAMON NONNATO, CONFESOR

Fiesta de liberación. — Agosto termina como comenzó, por una fiesta de liberación: sello divino de la Sabiduría eterna en este mes que la está consagrado. Desde que ella tomó por objeto de sus amores la redención del género humano,

todos sus privilegiados tuvieron parte en esta gran obra: parte en el trabajo, en las oraciones, en el sufrimiento, como fué la vida de Dios mientras vivió en carne mortal; parte fecunda, proporcionada a la medida de la asociación a que se digna admitirlos por sus renunciamientos misericordiosos. Pedro con sus cadenas hizo avanzar más la emancipación del mundo que los conspiradores que se levantaron contra la tiranía de los Césares; Ramón Nonnato y sus hermanos, cargando con las cadenas de los cautivos hicieron más por la abolición de la esclavitud y la extinción de la barbarie que todos los filósofos igualitarios o voceadores de la libertad.

Las fiestas de San Raymundo de Peñafort y de San Pedro Nolasco nos dieron ya ocasión de asistir a los orígenes de la Orden ilustre en que brilló con resplandor tan notable Ramón Nonnato. Muy pronto, su augusta fundadora, Nuestra Señora de las Mercedes, se dignará concurrir a la manifestación del agradecimiento del mundo por tantos beneficios.

VIDA. — San Ramón Nonnato nació, a lo que parece, en Portel, Cataluña, en 1204. Su madre murió antes de darle a luz, de donde viene su nombre de Nonnato, *non natus*, y el ser patrón de las mujeres encinta. Desde su infancia profesó una tiernísima devoción a la Madre de Dios que se le apareció y le invitó a entrar en la Orden nueva de la Merced, fundada para el rescate de los cautivos. Enviado a Argelia, libertó a muchísimos y, una vez terminado el dinero, se entregó a sí mismo. San Pedro Nolasco consiguió li-

bertarle y le llamó a España; vino y fué nombrado cardenal por el Papa Gregorio IX. No cambió en nada la sencillez de su vida y, mientras hacía el viaje a Roma, en **1240**, murió cerca de Barcelona. Aunque su culto no haya sido aprobado solemnemente por Roma, su nombre está inscripto en el Martirologio.

La libertad. — "Señor, que para rescatar a tus fieles de la esclavitud de los mahometanos, hiciste admirable el celo del bienaventurado Ramón; concédenos, por su intercesión, el que, libres de los lazos de los pecados, practiquemos con toda la libertad del alma lo que te es agradable."

¡La libertad!, he ahí, en efecto, el gran don que Dios concedió a los hombres y que Cristo les devolvió por la redención en el Calvario. El mundo se engaña a menudo sobre la naturaleza de la verdadera libertad. Oh gran Santo, antes de marchar a libertar a los cautivos de Argelia, tuviste gran cuidado de ser libre, pero con esta libertad que los musulmanes no pudieron arrebatarte, ni siquiera arrojándote a sus calabozos. Enséñanos qué libertad es esa y danos el sincero deseo de la misma.

En el mundo se cree que uno es libre cuando anda vagando de una parte a otra sin trabas de ninguna clase, a merced de todos los errores y de todas las pasiones. Y sucede que algunos llaman libertad a sus desórdenes, de igual modo, poco más o menos, que los niños, que se creen libres cuando, lejos de la casa paterna, van a

la ventura. ¡Libertad imaginaria, libertad extraviada, libertad que se pierde! Persuádenos íntimamente, oh San Ramón, que la sujeción de la vida cristiana aceptada con el solo fin de servir a Dios, lejos de disminuir nuestra libertad, la perfecciona. No se puede llamar libertad, el poder pecar, es decir, el poder convertirse en esclavo de sus pasiones, de sus vicios, del mal. La primera libertad consiste en no pecar; la suprema libertad, en no poder ya pecar. Esta es la libertad del cielo. Esta imposibilidad de pecar, que es la de los elegidos y también la de Dios, es a un mismo tiempo la condición de su felicidad; de ella gozó ya desde este mundo Nuestra Señora, la Santísima Virgen María, cuya intercesión, juntamente con la tuya, alcáncenos esta gracia.

1.° DE SEPTIEMBRE

SAN GIL, ABAD

Durante largos siglos, San Gil gozó de una celebridad muy extendida. Tanto las innumerables obras de arte que le representan o que recuerdan algún episodio de su leyenda, como las iglesias, capillas, altares puestos bajo su patrocinio, dan fe de cuán caro fué su culto a la piedad cristiana. Entre los santos auxiliadores, fué de los más invocados.

El ermitaño. — Su vida fué muy sencilla. Se le cree de origen griego; y la cosa parece dudosa. Lo que presenta mayores garantías de certidumbre es su vida solitaria en una gruta a orillas del Gardón, donde San Fredemo, su predecesor como eremita, le instruyó en los secretos de la contemplación. Luego, San Gil dejó a su maestro. Se estableció un poco más al mediodía, en el bosque que se extendía a lo largo de la ribera derecha del Pequeño Ródano, no lejos de la costa mediterránea. Y allí permaneció ignorado hasta que un día unos cazadores se lanzaron sobre una cierva y descubrieron su retiro. El animal, a los ladridos de los perros se agazapó entre la maleza, allá junto al santo; la jauría no se atrevió a acercarse; un arquero disparó su flecha y sus compañeros, abriendo camino a través de los zarzales, descubrieron a San Gil con una mano pasada de parte a parte.

Ocurría lo dicho el año 673, o poco después, cuando el rey de los visigodos, Wamba, llamado Flavio, por confusión con su sucesor, acababa de pasar los Pirineos: iba a hacer valer sus derechos en el país que llegaba hasta el Ródano, la Septimania. Los cazadores eran oficiales del rey; el mismo Wamba los acompañaba. Este lance, por lo menos pintoresco y trágico a ciertas luces, se ha convertido en un tema que con frecuencia se ha propuesto a los artistas. Al principio, fué ocasión de fundar un monasterio. Y, en efecto, ésa es la suerte de muchos ermi-

taños: huyen para sumergirse en el infinito; pero "como la lámpara no puede permanecer debajo del celemín", se convierten en caudillos; su fama se extiende a lo lejos y a veces a todo el mundo.

No fué esto exactamente lo que ocurrió en el caso de San Gil, al menos durante su vida terrestre. La historia no nos ha conservado nada de él, pues el relato de sus viajes a Orleans, cerca del Rey de los Francos, o a Roma, a ver al Papa Benedicto II, se presta a críticas serias. El primero de estos viajes ha gozado de gran celebridad: con el nombre de Misa de San Gil, se contaba que, celebrando éste el Santo Sacrificio del altar, le dió a conocer un ángel un pecado secreto del Rey; el ángel añadía que la falta sería perdonada por las oraciones del Santo, pues "todo el que le invoque, alcanzará perdón".

El monasterio de San Gil. — El monasterio, como su titular, permaneció en la oscuridad hasta que se organizaron las grandes peregrinaciones de la Edad Media. Su posición geográfica le situaba al mismo tiempo en uno de los varios caminos de Santiago, y le convertía en itinerario hacia Tierra Santa: como albergue de etapa y puerto de embarque, participaba de esas grandes corrientes de intercambio, a lo largo de las cuales se desenvolvió la leyenda épica de Carlomagno. El mismo San Gil quedó incluído en el ciclo, y eso es precisamente lo que hoy hace

tan difícil el conocer de un modo exacto su vida, al mismo tiempo que es lo que constituye su gloria. Su monasterio figuraba entre las grandes abadías, y lo que nos queda de la iglesia con las esculturas magníficas de las portadas, nos es suficiente para darnos una idea de su importancia.

El Santo auxiliador. — Antes de embarcarse para una travesía larga y peligrosa, el peregrino se encomienda a San Gil; en él pone su confianza el hombre de armas, que viene a España a guerrear contra los moros. Visitaron a menudo el monasterio o simplemente una de tantas capillas como se levantan por toda la Cristiandad en honor de San Gil, los desgraciados, los afligidos, los pobres, hasta los titiriteros. Fiebres, convulsiones, epilepsia, corren por su cuenta; aquí protege al colono; más allá ampara a mendigos y lisiados; son clientes suyos los juglares y charlatanes: "bondadoso San Gil, patrón de la gente infeliz". Pero su favorito es un señor poderoso: el caudillo del Languedoc tolosano lleva el título de Conde de San Gil, desde que Ramón, el primero entre los grandes feudales, tomó la cruz para liberar a Tierra Santa.

Mas la arena ha invadido el puerto; más cerca ya de la orilla, San Luis construye Aiguesvives. Las peregrinaciones no son, por eso, menos lucidas. Luego, la abadía va decayendo, pero San Gil continuará mucho tiempo aún siendo

popular. Los modernos se han olvidado bastante de él, aunque su sepulcro ha vuelto a conquistar cierta celebridad por la vecina romería de las Santas Marías que hoy arrastra allí a esa multitud abigarrada de bohemios y saltimbaquis. Y no obstante eso, ya que la Iglesia conserva el culto de San Gil, ¿no habría de haber algún beneficio o favor para los que le invocan?, y ¿esto principalmente en las iglesias y oratorios puestos bajo su nombre, donde tantas generaciones pidieron la protección de Dios por sus santos?

PLEGARIA. — "Omnipotente y misericordioso Dios, tú has favorecido con especiales privilegios más que a todos los demás santos, a tus gloriosos mártires, Jorge, Blas, Erasmo, Pantaleón, Guido, Cristóbal, Gil, Acacio, Dionisio, Ciriaco, Eustaquio, Catalina, Margarita y Bárbara. Concede, te rogamos, a todos lo que en la necesidad imploran tu ayuda, la gracia que has prometido, y otorga a sus peticiones un efecto saludable" [1].

EL MISMO DIA

MEMORIA DE LOS DOCE HERMANOS MARTIRES

Más antiguo que el de San Gil es el culto que tributa la Iglesia a los doce hermanos de quienes

[1] Oración de los catorce santos auxiliadores.

se hace memoria hoy. Padecieron el martirio en fechas y lugares diferentes: Félix y Donato en Bisaccio, provincia de Nápoles, el 1.° de septiembre; Aroncio, Honorato, Fortunato y Sabiniano, en Potenza de Lucania, el 27 de septiembre; Septimiano, Genaro y otro Félix, en Venosa, el 28 de septiembre; Vidal, Sátor y Repósito, en Velino de la Sabinia, el 29 de septiembre. Su hagiógrafo dice que eran oriundos de Adrumeto, Africa, e hijos de Bonifacio y de Tecla. En 760 el duque Areco trasladó sus cuerpos a Benevento, a la Basílica de Santa Sofía.

Imploremos su protección rezando la Colecta de la Misa: "Alégrenos, Señor, la corona fraterna de tus mártires, los cuales nos fortalezcan en la fe y nos ayuden con su multiplicada intercesión. Amén."

2 DE SEPTIEMBRE

SAN ESTEBAN, REY DE HUNGRIA

"LIBERTADORES" DE LAS NACIONES. — Obispos y sacerdotes aceptaron una muerte cruel para salvar en Francia la fe católica puesta en peligro por la Constitución civil del Clero. Y para salvar a Europa amenazada por el Islam, Dios suscitó un rey y un santo, Esteban de Hungría, que en el siglo x, después de hacerse el apóstol

de su pueblo, le dió una organización cristiana. Recibida de la Santa Sede la dignidad real, colocó la cruz sobre su corona y consagró su país a Nuestra Señora de la Asunción.

El santo rey. — Las naciones, como los individuos, tienen que cumplir una misión en la historia y, para no faltar a su cometido, sacan de su fe el valor necesario. Por apartarse de la cismática Bizancio, aseguró Esteban a su país nueve siglos de prosperidad, y la tranquilidad a Europa. En efecto, fué en Budapest, "donde gracias al arrojo de las tropas magiares, adiestradas para la defensa de la civilización cristiana, fué desecha la horda invasora de los infieles; allí se echó atrás, vencida, la orgullosa media luna, ante la cruz de Cristo Redentor"[1]. Esteban llevaba una vida pura y penitente como la había de llevar más tarde San Luis, Rey de Francia; amaba a los pobres y cuidaba a los enfermos, hacía justicia a los humildes, levantaba iglesias y monasterios; profesaba fervoroso culto a la Santísima Virgen. "Es San Esteban, escribía Pío XI, el ejemplo perfecto del príncipe cristiano y con razón se le invoca como amparo y gloria del pueblo húngaro. Efectivamente, no sólo le enseñó con la práctica de la verdadera religión el medio de conseguir la salvación eterna, sino que también le levantó y ennobleció por

[1] Discurso del Cardenal Pacelli en Budapest, el 25 de mayo de 1938.

la cultura humana y civil. De ahí proceden, aparte de otras ventajas y distinciones, ese gran número de hombres célebres que ilustraron su patria con la probidad de su vida, con su sabiduría en las artes y en letras y con otros trabajos"[1].

Fidelidad a la Iglesia. — El santo Rey quiso recibir su corona del Papa Silvestre II. Sólo la furia de las logias masónicas ha podido arrebatar esta corona a su virtuoso sucesor, y ser en nuestros días causa de las tristes consecuencias que todos conocemos muy bien.

En este momento, la Iglesia es perseguida; la escuela nacionalizada y ya no se da con la libertad de otros tiempos la enseñanza cristiana; en la cárcel hay obispos y muchos sacerdotes por el único crimen de haber proclamado los derechos de la conciencia y de la Iglesia y haber defendido su libertad puesta en peligro. Pero, si los tiempos son tristes para aquel desventurado país, no debemos olvidar que la Iglesia tiene las palabras de vida eterna, que los sacrificios con tanto heroísmo llevados no pueden quedar sin fruto y que Dios hará llegar días de gloria y de paz a Hungría, la cual otra vez ha de vencer al enemigo de Dios, por su constancia y su fidelidad a Dios y a la Iglesia.

Recemos la Oración de la Misa por toda la Iglesia, pero de un modo especial por Hungría:

1 Carta "*Praeclara Hungarorum*" del 12 de mayo de 1938.

"Suplicámoste, oh Dios Omnipotente, concedas a tu Iglesia el que merezca tener por glorioso protector en los cielos a tu Santo Confesor Esteban, al cual, mientras reinó en la tierra, tuvo por propagador. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

3 DE SEPTIEMBRE

SAN PIO X, PAPA Y CONFESOR

PELIGROS GRAVES.—La ancianidad de León XIII, cuyo pontificado fué tan largo y glorioso, se vió entristecida por la aparición de peligros graves que amenazaron a la Iglesia. Una herejía sutil atacaba derechamente al corazón mismo de la Revelación, y, con la apariencia engañosa de un esplendente progreso, destruía las tradiciones y alteraba el dogma. Con todo eso, de ningún otro Papa de los tiempos modernos había proyectado más luz sobre los hombres. El número y la calidad de sus Encíclicas le colocan entre los grandes Doctores, que acertaron a comprender su época y a resolver las candentes cuestiones actuales. Se le escuchó, se le aplaudió; pero en muchísimas esferas no se le entendió, y hasta, lo que era más grave, se llegó a alterar el pensamiento del Papa.

Las ciencias eclesiásticas que León XIII procuró renovar por medio del tomismo, derivaban por caminos opuestos; la acción social católica,

que él había definido con claridad, se veía suplantada por la elaboración de una falsa democracia liberal; el laicismo, invadiendo todos los dominios, amenazaba con oscurecer enteramente en los espíritus los principios que regulan las sociedades y sus relaciones con la Iglesia.

INSTAURARE OMNIA IN CHRISTO. — León XIII no tuvo tiempo para desenmascarar y abatir al "modernismo", esa hidra de la que cada cabeza era una antigua herejía resucitada. No tuvo tampoco tiempo para emprender el reajuste de las instituciones eclesiásticas que le permitiesen ejercer con mayor amplitud, armonía y eficacia las funciones esenciales de magisterio y de gobierno que emanan de la autoridad suprema de la Silla Apostólica. Pero Dios le concedió el sucesor que realizaría sus deseos. San Pío X era uno de sus discípulos más fieles, penetrado de las doctrinas de sus magníficas encíclicas, y que tenía igualmente la clara visión de los daños que amenazaban a la Iglesia. En fin, la mucha experiencia que había adquirido en el gobierno de las almas, como cura párroco, como obispo y como Patriarca, junto con sus excepcionales dotes naturales y con una santidad eminente, le habían preparado para llevar al cabo una obra de renovación universal en la Iglesia. Desde el primer día de su pontificado dió a conocer la extensión de su programa, al tomar por lema las palabras con las que San

Pablo define el programa de Dios mismo al salvar el mundo: *Instaurare omnia in Christo;* obra que esencialmente se realizó al fin de la vida del Redentor, pero cuyo cumplimiento perfecto debe verificarse en todos los tiempos, con el concurso de los hombres mismos. San Pío X hacía de este modo saber que las circunstancias no pedían al Papa una vigilancia especial sobre tales o cuales puntos de la vida de la Iglesia, sino que todas las cosas, "omnia", exigían una revisión con mano vigorosa, a fin de que ninguna escapase a Cristo ni a la Redención.

LA VIDA LITÚRGICA. — Es sumamente notable que, para proceder en esta renovación universal, su primer acto tuviese por fin algo que muchos entonces juzgaron insignificante. Por un *Motu Proprio* fechado pocos meses después de su elección, realizaba la primera etapa de una reforma completa de la liturgia, mediante las prescripciones sobre el canto sagrado. Con esto su santidad se nos revela en uno de sus aspectos más atrayentes, más profundos y más auténticos. Pío X, este gran hombre de acción, fué en primer término un hombre de oración. Y la oración que primeramente recomienda, es la oración pública y solemne de la Iglesia: la oración que reúne en una alabanza común, en una oración común, en un sacrificio común, todas las almas bautizadas. Esto es ya un anticipo de la oración de la eternidad; la oración del cielo

inaugurada en la tierra y acomodada a las condiciones de este tiempo de prueba. El Papa Santo quiso que los fieles comenzasen por hallar el sentido de esta sublime oración litúrgica, envuelta en la oración que Jesucristo dirige a su Padre, inspirada por el Espíritu Santo, presente en su Iglesia, y oración que debe ser la fuente, la inspiración normal de las oraciones privadas, personales, a las que además deben los fieles entregarse cada día.

La oración será siempre la principal palanca de la acción de Pío X. Pero esta renovación del canto gregoriano no es más que el principio de toda una serie de reformas y empresas de orden litúrgico, que orientarán por sendas nuevas y tradicionales a la vez, la vida espiritual de los bautizados. Reforma del Breviario, que armoniza y proporciona la distribución de los Salmos, y que da al domingo el puesto preeminente que el culto de los Santos le había hecho perder durante la Edad Media; desarrollo del culto eucarístico, invitación apremiante a la comunión frecuente y diaria, y esto desde el uso de razón; en fin, instauración del ideal del sacerdote tal cual conviene a nuestro tiempo. Todo el ardor de la caridad del Papa Santo, *ignis ardens,* se deja ver en sus enseñanzas y en sus prescripciones. De este modo se dilata poco a poco en la Iglesia una maravillosa renovación de vida espiritual, junto con una unión más total de las almas entre sí y con Jesucristo.

Resultado de esto fué el doble acrecentamiento simultáneo, por una parte, de las fuerzas de resistencia contra los ataques o amenazas de los enemigos, y, por otra, del grandioso homenaje rendido a Dios en una forma más extensa, más elevada y más pura.

Organizador y Legislador. — No sin razón el Papa Santo había comenzado por recordar al pueblo fiel la importancia capital, no tan sólo de la oración, cosa que nunca se había perdido de vista, sino muy particularmente de la oración litúrgica: es, sobre todo, porque ésta es la oración de la Iglesia. Así pues, queriendo restaurarlo todo en Cristo, por la Iglesia y en la Iglesia convenía invitar a los hombres a volver a hallar a Cristo. La Iglesia es a la vez el camino para llegar a Cristo; y es también el mismo Cristo, extendido y comunicado a todas las almas, pues la Iglesia es su cuerpo místico. Este cuerpo visible es el que Pío X quiso hacer cada día más atrayente y más acogedor para las almas. No quiso en manera alguna que la Iglesia pareciese una sociedad religiosa anticuada, una supervivencia medieval, el bello testimonio de un pasado concluído, sin relación con el presente y sin influencia sobre él: era indispensable un esfuerzo sano de reajuste a la sociedad moderna. León XIII tuvo ya plena conciencia de ello; pero debió consagrarse a lo más urgente: la proclamación de las doctrinas, bastante des-

conocidas, y le faltó tiempo para emprender la reorganización de los servicios del gobierno y de la administración eclesiástica. Pío X no retrocedió ante tal reforma de la Curia y de las oficinas de las Congregaciones Romanas. Se trataba de un mundo de funcionarios apegados a costumbres seculares que era menester reavivar. No faltaron vivas resistencias. Pero el Papa Santo sabía mostrar, cuando hacía falta, no menos fortaleza y tenacidad que dulzura y paciencia. En pocos años se llevó a cabo toda la reforma; algunas Congregaciones quedaron suprimidas, otras se fusionaron, y a todas se las señalaron atribuciones bien precisas. Solo esta revolución pacífica hubiera bastado para hacer glorioso su pontificado. Mas Pío X a esto añadió todavía la refundición completa del Derecho Canónico. Con todo eso, el Código no se había terminado a su muerte, y fué su sucesor, Benedicto XV, quien le promulgó declarando al mismo tiempo que esta obra importantísima colocaba a Pío X en las filas de los mayores canonistas de la historia.

El defensor de la fe. — Pero esta obra de restauración no habría dado mucho fruto si el fundamento mismo de la unidad de la Iglesia, la fe, hubiese quedado directamente amenazado por las infiltraciones de la herejía. El espíritu de orden y de justicia que se manifestaba en las reformas institucionales ya realizadas, debía llevar al Papa Santo a proseguir las enseñanzas

de León XIII, y a hacer brillar en toda su pureza la doctrina cristiana. Tuvo por lo mismo que lanzarse a la lucha contra la insidiosa herejía, que pretendía destruir el fundamento de la fe. Puede decirse que los once años de su pontificado fueron una magistral y vigorosa afirmación de la fe católica contra ella. Recuerda los grandes dogmas que los modernistas alteraban hasta el punto de aniquilarlos: Dios, a la vez trascendente y presente a todas las criaturas; el orden sobrenatural y sus relaciones con la razón y la ciencia; Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre; la esencia de la Iglesia, cuerpo místico de Cristo, sociedad sobrenatural, fundada sobre Pedro; la distinción entre la Iglesia docente y la Iglesia discente; el valor absoluto de las definiciones dogmáticas; la profunda eficacia de los Sacramentos, que sobrepasa con mucho al puro simbolismo; las reglas de la interpretación de la Biblia; el sentido de la Historia; las relaciones entre la Iglesia y el Estado; las condiciones de la salvación. De esta manera, con una claridad maravillosa, restablecía todos los elementos de nuestra vocación a un fin sobrenatural, al que sólo se puede llegar mediante la gracia gratuita de nuestro Redentor. Su máximo anhelo de restaurar todas las cosas en Cristo, se manifiesta sobre todo en esta solicitud por devolver todo su brillo a la pureza de la fe de la Iglesia. Su delicadeza de conciencia era extrema en este punto, y, para des-

enmascarar y condenar las menores tendencias heterodoxas, demostró una firmeza y una justicia inflexibles.

El Santo. — Pío XII, al describir en la homilía de la canonización la rica personalidad de San Pío X, dijo de él que era un figura gigante y apacible. Este es, efectivamente, el distintivo de su santidad, la cual supo juntar, mejor que en la mayoría de los demás Santos, una grandeza sobrehumana en la obra que realizó, con una humildad, una bondad, una sencillez que atraía hacia sí las almas. Supo en primer término cumplir en sí mismo el programa con que había brindado a los hombres: y Cristo reinó como Señor en su corazón, en su inteligencia, en su voluntad. La breve noticia que Pío XII ha insertado en el Martirologio para la fiesta de nuestro Santo, indica en pocas palabras la plenitud de dones y de virtudes sobrenaturales que engalanaba su alma y daba fecundidad a sus obras. Uno no sabe qué admirar más, si su caridad ardiente, su espíritu de piedad, su sentido de orden y de justicia, su profunda humildad, su desprendimiento o la integridad de su fe y la firmeza de sus directivas. Realizó el ideal del cristiano, del sacerdote y del Pontífice. Y en todas las cosas demostró un sentido penetrante de las necesidades, de las aspiraciones, de las energías de su tiempo. Es a la vez el juez y el doctor de nuestra sociedad moderna, y es así

mismo el modelo de la santidad que conviene a los hombres de hoy. Ojalá nuestras sociedades descristianizadas se vuelvan hacia él, escuchen su mensaje y soliciten sus oraciones. Sometidas de nuevo al suave yugo del Rey Pacífico, hallarán, al fin, la solución que ningún otro poder de este mundo podrá jamás procurarlas.

VIDA. — José Sarto nació en Rieze, en la diócesis de Treviso, el 2 de junio de 1835, de padres pobres, pero de una honradez y virtud notables. Bautizado el día siguiente, fué confirmado el 1 de septiembre de 1845 y recibió por primera vez la Eucaristía el 6 de abril de 1847. Ingresó en el Seminario de Padua en 1850 y fué ordenado de sacerdote el 17 de septiembre de 1858. Nombrado párroco de Salzano y luego Canciller del Obispado y director espiritual del Seminario de Treviso, llegó a ser Obispo de Mantua en 1884, y Cardenal y Patriarca de Venecia en 1893. El 4 de agosto de 1903 fué elevado al Sumo Pontificado, que aceptó a pesar suyo y como una cruz, y tomó el nombre de Pío X. Los desastres de la guerra que no logró conjurar, le hicieron morir de dolor el 20 de agosto de 1914. El pueblo católico entero le consideró inmediatamente como Santo y después de múltiples gracias y numerosos milagros obtenidos por su intercesión, Pío XII le beatificó el 3 de junio de 1951 y, en fin, le canonizó el 29 de mayo de 1954.

ORACIÓN DE SU SANTIDAD PÍO XII. — ¡Oh glorioso Pontífice, siervo fiel del Señor, humilde y leal discípulo del Divino Maestro en el dolor y en la alegría, en los cuidados y en las inquietudes, Pastor experimentado de la grey de Cristo!, vuelve tu vista hacia nosotros. Difíciles son

los tiempos en que vivimos, rudos los esfuerzos que de nosotros reclaman. La Esposa de Cristo, confiada un día a tus cuidados, se encuentra de nuevo entre graves tormentas. Sus hijos se ven amenazados de innumerables peligros en el alma y en el cuerpo. El espíritu del mundo, como león rugiente, ronda en su derredor buscando a quien devorar. Muchos llegan a ser víctimas suyas; tienen ojos y no ven; tienen oídos y no oyen; apartan su mirada de la luz de la verdad eterna; oyen la voz de insidiosas sirenas, de mensajes engañosos. Tú, que fuiste en la tierra un gran inspirador y guía del pueblo de Dios, sé nuestra ayuda y nuestro intercesor y el de todos los que se proclaman discípulos de Jesucristo [1].

¡Oh Santo Pío X, gloria del sacerdocio y honra del pueblo cristiano! tú, en quien la bondad pareció hermanarse con la grandeza, la austeridad con la mansedumbre, la piedad sencilla con la doctrina profunda; tú, Pontífice de la Eucaristía y del Catecismo, de la fe íntegra y de la firmeza impávida, vuelve tus miradas hacia la Iglesia que tanto amaste y a la que diste el mayor de los tesoros que la Bondad divina había, con mano pródiga, depositado en tu alma. Obtenla la integridad y la constancia en medio de las dificultades y de las persecuciones de nuestros días; alivia a esta pobre humani-

1 El día de la Beatificación.

dad, en cuyos dolores tuviste tanta parte, que acabaron por detener los latidos de tu magnánimo corazón. Haz que la paz triunfe en este mundo agitado; la paz que debe ser armonía entre las naciones, concordia fraterna y colaboración sincera entre las clases sociales, amor y caridad entre los hombres, a fin de que, de este modo, las angustias que agotaron su vida apostólica, se transformen, merced a tu intercesión, en una realidad de dicha, para gloria de nuestro Señor Jesucristo, quien con el Padre y el Espíritu Santo vive y reina por los siglos de los siglos. Así sea [1].

5 DE SEPTIEMBRE

SAN LORENZO JUSTINIANO, CONFESOR

INVITACIÓN DE LA SABIDURÍA. — Joven aún Lorenzo, resolvió y hasta prometió a su madre "llegar a ser un gran siervo de Dios". Y un buen día, buscando ardorosamente la paz: "Una joven, dice, más bella que el sol, se llegó a mí. Yo no sabía quién era. Se me acerca y me dice muy afablemente: ¿Por qué te consumes buscando la la paz en mil cosas? En mi mano está lo que buscas. Te prometo el objeto de tu deseo, con tal que te desposes conmigo." Entonces la pre-

[1] El día de la Canonización.

gunté por su nombre, su linaje y su dignidad. Ella me dijo que era la Sabiduría de Dios, y que se había hecho hombre para reformar a los hombres. Por supuesto que la di mi consentimiento.

Desde entonces el joven, dejando la vida mundana, renunciando a todo deseo de dignidades humanas y de placeres, se entregó totalmente a Cristo, y, para poseerle de un modo más perfecto, abrazó la vida religiosa.

Escuchémosle cómo nos cuenta que ya desde un principio se puso a levantar el edificio de su santificación apoyado en Cristo. Escucharle valdrá tanto como ponernos en las disposiciones que el Señor nos exige a nosotros, pues la Escritura nos lo dice: "No hay salvación más que en Jesucristo"[1] y los que quieren edificar sólidamente, lo deben hacer sobre el que es la piedra angular[2].

EDIFICAR SOBRE LA ROCA. — "No hay terreno más firme y más indicado para construir que la roca, nos dice el Santo. Ahora bien, hay una piedra dura e inconmovible sobre la que podemos levantar sin miedo ninguno el edificio de nuestra santificación; es la piedra de la que se dijo: *Esta piedra era Jesucristo*[3]. Sobre ella apoyaron su salvación todos los iluminados por la luz de lo alto y los que fueron movidos y con-

1 *Act.*, IV, 12.
2 Salmo CXVII, 22.
3 *I Cor.*, X, 4.

vertidos por la gracia del Espíritu Santo. Por aquí comenzaron su obra; no conocieron ni escogieron otro lugar los que han logrado salvarse; y tanto más se elevó su edificio espiritual y duró tanto más, cuanto más profundo y claro conocimiento tuvieron de esta roca fundamental, que es Jesucristo.

ELECCIÓN DE MATERIALES. — "No todos trabajaron de la misma manera: pues, conforme a la palabra del apóstol, *unos levantan sobre este fundamento oro, plata y piedras preciosas;* otros, *madera, heno, paja* [1]. Mas *la obra de cada cual se pondrá de manifiesto* [2]; el fuego de la tribulación y de la persecución, las sacudidas de la tentación servirán para probar a cada uno y demostrar lo que vale. Mientras tanto, cada cual debe aplicarse a este trabajo espiritual y esforzarse por adquirir un conocimiento claro y preciso de Jesucristo, para proseguir hasta el fin sin titubear la obra de su salvación. Construya sobre piedra, pero levantando piedra sobre piedra, pues la piedra se adapta admirablemente a la piedra, y la una sobre la otra forman un edificio sólido y duradero. Aunque los ríos le embistan y se desencadenen los vientos contra él y las tempestades y tormentas estallen sobre su cúspide, por nada se tambaleará ni nada le derribará.

[1] *I Cor.*, III, 12.
[2] *I Cor.*, III, 13.

"Oíd a un hombre que en verdad construyó sobre piedra: *¿Quién nos arrebatará el amor de Jesucristo?* [1], dice San Pablo; *¿acaso la tribulación, la angustia, la persecución, el hambre, la desnudez, el peligro, la espada? Estoy seguro que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades, ni las cosas presentes, ni las futuras, ni la violencia, ni todo lo que hay en lo más alto, o en lo más profundo, jamás podrá separarnos del amor de Dios en Jesucristo, nuestro Señor.* Trátase ciertamente de una casa sólida, construída con materiales incorruptibles, a la que no hay nada que la pueda derribar y de cuyo destino nadie ni nada la puede apartar. Y no se componía de piedras cuadradas, talladas a cincel, sino de afectos piadosos, de pensamientos santos, que tenían por objeto a Jesucristo y la vida de Jesucristo" [2].

VIDA. — Lorenzo nació en Venecia, en 1380, de la noble familia de los Justiniani. Su juventud se distinguió por una piedad grandísima que admiraba e imponía respeto a los que le rodeaban. A los 19 años tuvo una visión de la Sabiduría eterna que le invitaba a entregarse por completo a ella. Convencido de que sólo la vida religiosa le permitiría responder plenamente al llamamiento divino, entró en los Canónigos Regulares de San Jorge, en la isla de Alga, cerca de Venecia. Allí se distinguió por su amor a las austeridades y humillaciones. Gustaba de ir a pedir limosna a

1 *Rom.*, VIII, 35.
2 *L'Agonie triomphante:* Préface.

la ciudad y recoger, en vez de limosnas, burlas y desprecios.

Poco después de ordenarse de sacerdote, fué elegido General de su Orden; de tal modo se ocupó en su reforma, que con razón se le considera como su segundo fundador.

En 1433, al nombrarle Obispo de Venecia, procuró alejar de sí esta dignidad, pero el Papa Eugenio IV fué inflexible. Lorenzo no quiso cambiar nada en su modo de vida, en sus austeridades y en su larga oración. Se dedicó a pacificar las disensiones intestinas que agitaban el Estado; fundó quince monasterios, erigió diez nuevas parroquias en su ciudad episcopal y veló por el esplendor del culto divino. En 1450 tuvo que aceptar la dignidad de Patriarca, pero sólo vió en ello una indicación para seguir más de cerca las huellas de Jesús en su pobreza y su celo por la salvación de las almas. Merecidamente es considerado también como el precursor de la reforma eclesiástica que más tarde emprenderá en Milán San Carlos Borromeo, a continuación del Concilio de Trento. Sus sermones y sus libros de perfección manifiestan una devoción tierna a los misterios de Nuestro Señor Jesucristo, sobre todo a su Pasión. Murió el 8 de enero de 1455: en 1524 fué beatificado por Clemente VII y en 1600 canonizado por Alejandro VIII. Su fiesta está señalada para el día 5 de septiembre, que es el día aniversario de su consagración episcopal.

AMOR A LA SABIDURÍA. — "Oh Sabiduría que habitas en tu sublime trono, Verbo que hiciste todas las cosas, séme propicio en la manifestación de los secretos de tu santo amor" [1]. Esta era, oh Lorenzo, tu oración, y por temor a tener que responder del talento oculto si guardabas para ti

[1] De casto connubio Verbi et animae, Procemium.

solo lo que podía aprovechar a otros muchos [1], te determinaste a divulgar augustos misterios. Bendito seas por haber querido hacernos partícipes del secreto de los cielos. Por la lectura de tus obras, por tu intercesión cerca de Dios, atráenos a las alturas como la llama purificada que siempre está subiendo. Para el hombre, buscar su descanso fuera de Aquel que es su imagen [2] es como ir a menos. Todo lo de este mundo no tiene más objeto que interpretarnos la eterna belleza, enseñarnos a amarla y cantar nuestro amor con nosotros [3].

En esas cumbres de la caridad a donde llevan los senderos de la verdad que son las virtudes [4], ¡qué delicias las tuyas! Ciertamente haces tu retrato al decir del alma que ha sido admitida a la inefable intimidad de la Sabiduría del Padre: "De todo saca provecho; a cualquier parte que se vuelva, no descubre más que centellas de amor; debajo de ella, el mundo que despreció se emplea en alimentar su llama; armonías, espectáculos, suavidades, perfumes, alimentos agradables, conciertos de la tierra y el resplandor de los cielos, ya no la dicen nada, sólo ve en toda la naturaleza un canto epitalámico y el ornato de la fiesta en que el Verbo la ha desposado" [5]. ¡Ojalá caminemos como tú, hacia la

1 De casto connubio Verbi et animae, Procemium.
2 Ibíd., cap. I.
3 Ibíd., cap. XXV.
4 Ibíd.
5 Ibíd.

luz divina, y vivamos de unión y de deseo, amando cada vez más, para ser siempre cada vez más amados!

8 DE SEPTIEMBRE

LA NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

DÍA DE ALEGRÍA. — Con muchísima razón la Iglesia nos hace decir hoy en un arranque de alegría: "Tu nacimiento, oh Virgen Madre de Dios, ha sido para el mundo entero un mensaje de consuelo y de alegría, pues de ti ha nacido Jesucristo, Sol de Justicia, nuestro Dios, que nos libertó de la maldición para darnos la bendición: y El mismo, al quedar triunfador de la muerte, nos ha procurado la vida eterna" [1].

Si vemos que el nacimiento de un niño llena de regocijo el hogar paterno aunque ignoran éstos su porvenir; si la Iglesia nos dice el 24 de junio que ese día es un día de alegría porque el nacimiento de San Juan Bautista nos da la esperanza del nacimiento de Aquel cuyos caminos viene a preparar, ¿qué alegría traerá al corazón de todos los que esperan la salvación y la vida, el ver llegar a este mundo a la que será la Madre del Redentor?

Por el Evangelio sabemos que el nacimiento de Juan Bautista fué un contento para sus pa-

[1] Antífona de las II Vísperas.

dres, para el pueblecito de Ain-Karim y para las aldeas vecinas. Del nacimiento de María nada sabemos, pero, si este nacimiento para muchísimos pasó inadvertido, si Jerusalén exteriormente permaneció indiferente, no ignoramos que este día es y continuará siendo no tan sólo para una ciudad o un pueblo, sino para el mundo entero y a lo largo de todos los siglos que se irán sucediendo, un día de incomparable alegría.

Alegría en el cielo. — En el cielo hay alegría en la Santísima Trinidad: alegría en el Padre eterno, que se felicita del nacimiento de su Hija carísima, a la que va a hacer participante de su paternidad; alegría en el Hijo, que contempla la belleza sobrenatural de la que va a ser su Madre, de la cual tomará El su carne para rescatar al mundo; alegría en el Espíritu Santo, pues, como cooperadora en la obra de la concepción y encarnación del Verbo, María tenía que ser el Santuario inmaculado de aquella tercera persona.

Hay alegría en los ángeles: con admiración ven que esta niña es la maravilla de las maravillas del Omnipotente; en Ella desplegó Dios más sabiduría, más poder y más amor que en todas las demás criaturas: de María hizo el espejo clarísimo en que se reflejan todas sus perfecciones; comprenden que María, por sí sola, da a su Criador más honra y gloria que todas sus jerarquías juntas y la saludan ya como a su

Reina, como la gloria de los cielos, ornato del mundo celeste y del mundo terrestre [1].

Alegría en el limbo de los justos. — Opina San Juan Damasceno que las almas detenidas en los limbos tuvieron conocimiento de este feliz nacimiento y que Adán y Eva con una alegría que no habían conocido desde su pecado en el paraíso terrenal, exclamaron: "Bendita sea la hija que Dios nos prometió después de nuestra caída: de nosotros has recibido un cuerpo mortal; tú nos devuelves la túnica de inmortalidad. Nos llamas a nuestra primitiva morada; cerramos las puertas del paraíso; y ahora dejas expedito el camino del árbol de la vida" [2].

Otros escritores antiguos nos señalan a los patriarcas y los profetas que de lejos anunciaron y alabaron la venida de María, saludando en ella el cumplimiento por fin realizado de sus divinos oráculos [3].

Alegría en la tierra. — Finalmente, hubo también alegría en la tierra. Con los Santos podemos pensar sin ser temerarios que Dios concedió a las almas "que esperaban entonces la redención de Israel" [4] un contento extraordinario, una alegría grave y religiosa que se insi-

---

[1] Juan el Geómetra. *Sobre la Anunciación,* 37, *P. G.,* 106, c. 845.

[2] *Sobre la Dormición de María: P. G.,* 96, c. 733.

[3] Santiago el Monje, *Sobre la Natividad de María: P. G.,* 127. c. 573. S. Tarasio: *Sobre la Presentación: P. G.,* 98, c. 1500.

[4] *S. Lucas,* II, 38.

nuó en sus corazones y, sin podérselo explicar ellos, les dió como una convicción íntima de que la hora de la salvación del mundo estaba ya muy cerca.

Pero esta alegría fué sobre todo para los afortunados padres San Joaquín y Santa Ana. Como arrobados contemplaron a esta hijita esclarecida, que contra toda esperanza les concedía Dios al declinar de sus días. Y tal vez se preguntaron si acaso sería ella uno de los anillos de la línea agraciada de donde tenía que salir el Rey que restableciese el trono de David y salvase a Israel. Su acción de gracias subió fervorosa hasta Dios, a quien sentían presente en su humilde morada. "Oh pareja felicísima, exclamaba San Juan Damasceno, toda la creación es deudora vuestra; pues, por vosotros, ofreció a Dios el don más preciado entre todos los dones, la Madre admirable, la única digna de El. ¡Dichoso tu seno, oh Ana, que llevó a la que llevará en el suyo al Verbo eterno, al que no puede ser encerrado en nada y traería la regeneración a todos los hombres! ¡Oh tierra, primero infecunda y estéril, de donde nació la tierra dotada de una maravillosa fecundidad: pues ella va a producir la espiga de vida que alimentará a todos los hombres! Felices tus pechos, porque amamantaron a la que daría el pecho al Verbo de Dios, a la nodriza de Aquel que sustenta al mundo..." [1].

---

1 *Sobre la Natividad, P. G.*, 96, c. 664-668.

MARÍA, CAUSA DE NUESTRA ALEGRÍA. — Así, pues, el nacimiento de la Santísima Virgen es causa de alegría, y la alegría es el sentimiento que todo lo absorbe y penetra en esta festividad. La Iglesia quiere que nos penetremos de esta alegría desbordante y triunfal. Y a ella nos invita en todo el oficio: "Celebremos el nacimiento de María, nos hace cantar desde el Invitatorio de Maitines, adoremos a Cristo, Hijo suyo y Señor nuestro"; y un poco después: "Celebremos con tierna devoción el nacimiento de la Santísima Virgen María para que interceda por nosotros cerca de Jesucristo. Con júbilo y tierna devoción celebremos el nacimiento de María" [1].

Si la Iglesia nos invita a la alegría, es debido a que la Virgen es Madre de la divina gracia y ya, en el pensamiento divino, la Madre del Verbo encarnado. Las palabras *gracia* y *alegría* tienen en griego la misma raíz; gracia y alegría van siempre a la par; se mide la una por la otra; María, por estar llena de gracia, lo está también de alegría para sí y para nosotros. En esta agraciada niña, aunque acaba de nacer, nos muestra la Liturgia a la Madre de Jesús; María es inseparable de su Hijo y sólo nace para El, para ser su Madre y para ser también nuestra Madre dándonos la verdadera vida, que es la vida de la gracia. Y, por eso, todas las oraciones de la Misa proclaman la maternidad de

[1] Responsorio de Maitines.

la Virgen María, como si no pudiese separar la Iglesia su nacimiento del nacimiento del Emmanuel.

El lugar del nacimiento de María. — Pero ¿en qué lugar nació la Santísima Virgen? Una tradición antigua e ininterrumpida señala a Jerusalén, cerca de la piscina Probática, lugar donde hoy se levanta la Iglesia de Santa Ana. Allí precisamente, nos dice San Juan Damasceno, "en el aprisco paterno nació aquella de quien quiso nacer el Cordero de Dios". Allí también fueron más tarde enterrados San Joaquín y Santa Ana; los Padres Blancos descubrieron el 18 de marzo de 1889 sus sepulcros al lado de la gruta de la Natividad. Por el siglo IX se construyó allí una iglesia; monjas benedictinas se establecieron en ella después de llegar los Cruzados a Palestina y continuaron hasta el siglo XV. Por esa fecha, una escuela musulmana reemplazó al monasterio, pero a continuación de la guerra de Crimea, el sultán Abdul-Madjid entregó la iglesia y la piscina probática a Francia, que había entrado victoriosa en Sebastopol el 8 de septiembre de 1855.

Origen de la fiesta. — La fiesta de la Natividad tuvo su origen en Oriente. La *Vida* del Papa Sergio (687-701) la cuenta ya entre las cuatro fiestas de la Santísima Virgen que exis-

tían entonces; y, por otra parte, sabemos que el emperador Mauricio (582-602) había prescrito su celebración juntamente con la Anunciación, la Purificación y la Asunción. En Alemania introdujo esta fiesta San Bonifacio. Una bonita leyenda atribuía al santo obispo de Angers, Maurilio, la institución de esta fiesta: y, en efecto, tal vez introdujo una fiesta en su diócesis para cumplir el deseo de la Virgen, que hacia el año 430 se le apareció en las praderas de Marillais.

Chartres, por su parte, reclama para su obispo Fulberto († 1028) una parte importante en la difusión de esta fiesta por toda Francia. El rey Roberto el Piadoso (o sus consejeros), quiso poner en música los tres bellos Responsorios *Solem justitiae, Stirps Jesse, Ad Nutum Domini,* en que Fulberto celebra la aparición de la estrella misteriosa de la que tiene que nacer el sol; la rama que brota del tronco de Jessé para producir la flor divina en que reposará el Espíritu Santo; la omnipotencia, en fin, que hace que nazca de Judea María, como del espino la rosa.

En la tercera sesión del primer concilio de Lyon, en 1245, Inocencio IV estableció para toda la Iglesia la Octava de la Natividad de la Santísima Virgen; así se daba cumplimiento al voto que él y los demás cardenales hicieron durante la vacante de diecinueve meses, que, resultado de las intrigas del emperador Federico II, acarreó a la Iglesia la muerte de Celestino IV, y a

la cual se puso fin con la elección de Sinibaldo Fieschi, después Inocencio.

En 1377, Gregorio XI, el gran Papa que acababa de romper las cadenas de la cautividad de Avignon, quiso completar las honras tributadas a María en el misterio de su nacimiento añadiendo una vigilia a la solemnidad; pero, sea porque sólo expresó un deseo sobre este particular, sea por otra causa cualquiera, lo cierto es que de las intenciones del Papa se hizo caso poco tiempo en aquellos años agitados que siguieron a su muerte.

La paz. — Como fruto de esta fiesta tan alegre, imploremos, con la Iglesia [1] la paz, ya que parece huir cada vez más de estos desdichados tiempos. Precisamente Nuestra Señora vino al mundo en el segundo de los tres períodos famosos de paz universal en tiempo de Augusto; en el último de ellos acaeció el advenimiento del mismo Príncipe de la paz.

Al cerrarse el templo de Jano, del suelo en que se tenía que construir el primer santuario de la Madre de Dios en la Ciudad eterna, brotaba el aceite misterioso; los presagios se multiplicaban; el mundo vivía a la expectativa; el poeta cantaba: "¡He aquí que al fin llega la última edad anunciada por la Sibila, he aquí que

1 Colecta del día.

comienza a abrirse la gran serie de los siglos nuevos, he aquí a la Virgen"[1]!

En Judea *se ha quitado el cetro a Judá*[2]; pero aquel mismo que se ha hecho dueño del poder, Herodes el Idumeo, continúa de prisa la restauración espléndida que permitirá al segundo Templo recibir de un modo digno dentro de sus muros al Arca Santa del Nuevo Testamento.

Es el mes sabático, el primero del año civil y séptimo del ciclo sagrado: el Tisri, en el que empieza el descanso de cada siete años y se anuncia el Año Santo del Jubileo[3]; el mes más alegre, con su Neomenia solemne que hacen famosa las trompetas y los cantos[4], su fiesta de los Tabernáculos y la conmemoración de la terminación del primer Templo en tiempo de Salomón.

Finalmente, en el cielo, el astro del día acaba de dejar el signo del León *(Leo)* para entrar en el de la Virgen *(Virgo)*. En la tierra, dos descendientes oscuros de David, Joaquín y Ana, dan gracias a Dios por haber bendecido su unión tanto tiempo infecunda.

---

1 Virgilio. Egloga IV.
2 *Gen.*, XLIX, 10.
3 *Lev.*, XXV, 9.
4 *Ibíd.*, XXIII, 24; Num. XXIX; Salmo LXXX.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN, MARTIR

Vela con los ángeles junto a la cuna de la Madre de Dios un Mártir ilustre. El Oriente fué el lugar de los combates de Adrián; su cuerpo, trasladado primeramente a Bizancio, lo fué después a la Ciudad eterna. La ciudad imperial, enriquecida con el precioso depósito, supo hermanar magníficamente el homenaje debido a María en su nacimiento con el honor que se merecía el soldado heroico que ese mismo día es huésped suyo. El Papa Sergio I, ya desde el siglo VII, quiso que la iglesia de San Adrián fuese el punto de partida de la Letanía solemne que en esta fiesta de la Natividad y luego en la de la Purificación, Anunciación y Asunción de la Santísima Virgen, llevaba al pueblo romano desde el foro a Santa María la Mayor.

MISA

Entona la Iglesia el hermoso canto de Sedulio a la Madre de Dios; en efecto, la mira ya, y también el Altísimo, como a Madre, pues lo es por la predestinación antes de todos los siglos.

María corresponde también al saludo de la Iglesia con el canto de la Esposa, el salmo del epitalamio, que nunca resonó con tan perfecto sentido para ninguna otra alma como para la suya desde este primer día.

INTROITO

Salve, Santa Madre, que diste a luz al Rey que rige el cielo y la tierra por los siglos de los siglos. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

Se pide en la Colecta que el presente misterio desarrolle en nosotros la obra de la santificación y de la paz.

COLECTA

Suplicámoste, Señor, concedas a tus siervos el don de la gracia celestial: a fin de que aquellos para quienes el parto de la Santa Virgen fué el origen de la salud, la votiva solemnidad de su Natividad les dé aumento de la paz. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En las misas privadas, a continuación de la Colecta, Secreta y Poscomunión de la fiesta, se hace conmemoración de San Adrián.

ORACION

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santo mártir Adrián, seamos fortalecidos por su intercesión en el amor de tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro de la Sabiduría (Prov., VIII, 22-35).

El Señor me tuvo consigo al principio de sus obras, antes que al principio hiciese él cosa alguna. Desde la eternidad fuí constituída, desde el comienzo, antes que fuese hecha la tierra. No existían aún los abismos y yo estaba ya concebida: no habían brotado aún las fuen-

tes de las aguas: no estaban asentados aún en su grandiosa mole los montes: antes que los collados, fuí dada a luz: aun no había criado la tierra, ni los ríos, ni los ejes del orbe de la tierra. Cuando él preparaba los cielos, yo estaba presente: cuando con ley fija encerraba él los mares dentro de su ámbito: cuando sujetaba en lo alto las nubes y equilibraba las fuentes de las aguas: cuando circunscribía al mar en sus términos e imponía ley a las aguas para que no traspasasen sus límites: cuando asentaba los cimientos de la tierra. Con él estaba yo disponiendo todas las cosas: y me deleitaba todos los días jugueteando ante él todo el tiempo: jugueteando en el orbe de la tierra: siendo mis delicias estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos míos, oídme: Bienaventurados quienes siguen mis caminos. Atended al consejo y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha y vela a mis puertas cada día y guarda las jambas de mis entradas. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.

La Predestinación de María. — Junto a la cuna de los príncipes se suele pronosticar su futura grandeza, tejiendo a los recién nacidos una aureola de la gloria de los abuelos. Eso mismo hace hoy la Iglesia y mucho mejor. El Evangelio tiene que recordarnos la genealogía temporal del Mesías y la de aquella que hoy nace tan sólo para darle existencia a El; pero el origen en Dios del Hijo y de la Madre, nos lo acaba de comunicar antes el pasaje de los Proverbios que ha servido de Epístola. *Antes que los collados y que la tierra, fuí dada a luz,* dice para los dos la Sabiduría eterna; *cuando él preparaba los cielos, yo estaba presente.*

¡Qué diferencia entre nuestra pobre humanidad que está sujeta al tiempo y percibe las cosas conforme a la serie de su evolución sucesiva, y Dios que las considera por encima del tiempo al que domina desde la eternidad, en el orden de mutua dependencia en que las colocó con vistas a la manifestación de su gloria! El comienzo para Dios, el principio de toda obra, está determinado por la razón. Ahora bien, el Altísimo no obra fuera de sí si no es para revelarse por su Verbo *hecho carne,* el cual, siendo hijo del Creador, lo quiso también ser de una Madre criada. El Hombre-Dios como fin, María como medio: tal es el motivo de las decisiones eternas, el porqué del mundo, la concepción fundamental en la que todo lo demás se ve a título de dependencia y en segundo plano.

¡Oh Señora nuestra, que te dignas llamarnos también *hijos tuyos:* nos sentimos felices de que en ti la bondad corra parejas con la grandeza! *¡Afortunado linaje el de los hombres, que estuvo alerta esperándote y al fin te encuentra: pues en ti están la salvación y la vida!*

En el Gradual la Iglesia continúa cantando la maternidad virginal y divina, que es lo que hace glorioso a este día, en que nos es dada la Madre de Dios.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣.

Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

Aleluya, aleluya. ℣. Eres feliz, oh sagrada Virgen María, y dignísima de toda alabanza: porque de ti nació el Sol de justicia, Cristo, nuestro Dios. Aleluya.

EVANGELIO

Comienzo del santo *Evangelio* según San Mateo (Mt., I, 1-16).

Libro de la generación de Jesucristo, Hijo de David, Hijo de Abraham. Abraham engendró a Isaac. E Isaac engendró a Jacob. Y Jacob engendró a Judá y a sus hermanos. Y Judá engendró a Fares y a Zaran de Tamar. Y Fares engendró a Esrón. Y Esrón engendró a Arán. Y Arán engendró a Amínadab. Y Amínadab engendró a Naasón. Y Naasón engendró a Salmón. Y Salmón engendró a Booz de Rahab. Y Booz engendró a Obed de Ruth. Y Obed engendró a Jessé. Y Jessé engendró al rey David. Y el rey David engendró a Salomón de aquella que fué de Urías. Y Salomón engendró a Roboán. Y Roboán engendró a Abías. Y Abías engendró a Asa. Y Asa engendró a Josafat. Y Josafat engendró a Jorán. Y Jorán engendró a Ozías. Y Ozías engendró a Joatán. Y Joatán engendró a Acaz. Y Acaz engendró a Ezequías. Y Ezequías engendró a Manasés. Y Manasés engendró a Amón. Y Amón engendró a Josías. Y Josías engendró a Jeconías y a sus hermanos en la transmigración de Babilonia. Y, después de la transmigración de Babilonia, Jeconías engendró a Salatiel. Y Salatiel engendró a Zorobabel. Y Zorobabel engendró a Abiud. Y Abiud engendró a Elíacim. Y Elíacim engendró a Azor. Y Azor engendró a Sadoc. Y Sadoc engendró a Aquín. Y Aquín engendró a Eliud. Y Eliud engendró a Eleazar. Y Eleazar engendró a Matán. Y Matán engendró a Jacob. Y Jacob engendró

a José, esposo de María, de la cual nació Jesús, que se llama Cristo.

EL "MISTERIO" DE MARÍA. — *María, de la que nació Jesús:* en estas palabras se encierra todo el misterio de Nuestra Señora; ellas expresan a partir de este día, según hemos visto, el título constitutivo de su ser natural y sobrenatural, así como Jesús, que había de nacer de María, *ser hijo de la mujer*[1] e *hijo de Dios*[2], fué desde el principio el motivo secreto de toda la creación, cuyo misterio no debía revelarse hasta la plenitud de los tiempos[3]. Obra única, de la que extasiado decía el Profeta: *Tu obra, oh Dios, tú la darás a conocer en medio de los años; el Santo vendrá de la montaña sombreada: los polos del mundo se inclinarán a los pasos de su eternidad*[4]. La montaña de donde a su tiempo tiene que venir el Santo, el Eterno, el Dominador del mundo, es la Santísima Virgen, a quien la virtud del Altísimo *cubrirá con su sombra*[5] y cuya elevación sobrepuja ya en su nacimiento a todas las alturas del cielo o de la tierra.

Los tiempos ya se cumplieron. Desde el momento en que la Trinidad eterna salió de su reposo para crear, el cielo y la tierra[6], *todas las generaciones del cielo y de la tierra,* como

1 *Gal.*, IV, 4.
2 *Rom.*, I, 3-4.
3 *Ef.*, III, 9.
4 *Hab.*, III, 2-6.
5 *Lc.*, I, 35.
6 *Gen.*, I, 1.

dice la Escritura [1], sentían dolores de parto por el día en que la Madre esperada nos diese al Hijo de Dios. Paralela a la línea que va de Abraham y de David hasta el mismo Mesías, todas las genealogías humanas preparaban a María la generación de los hijos adoptivos que Jesús, *nacido de María,* recibiría por hermanos.

Felicitemos con la Iglesia a Nuestra Señora por esta maternidad sublime que abarca en su eterna virginidad al Creador y a las criaturas.

OFERTORIO

Bienaventurada eres tú, oh Virgen María, que llevaste al Creador de todas las cosas: engendraste al que te hizo, y permaneces Virgen eternamente.

Acérquennos cada vez más al Hijo de María, que es al mismo tiempo Hijo de Dios, la maternidad de la Virgen y su virginidad consagrada por la maternidad; únannos en una pureza mayor al Sacrificio que está preparado en el altar para festejar este día.

SECRETA

Socórranos, Señor, la humanidad de tu Unigénito: para que, el que, naciendo de la Virgen, no disminuyó, antes consagró, la integridad de la Madre: nos purifique de nuestras manchas y, en la fiesta de su Natividad, te haga acepta nuestra oblación, Jesucristo, Nuestro Señor, que vive y reina contigo.

---

1 *Gen.,* II, 4.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN

Aceptadas nuestras ofrendas y preces, suplicámoste, Señor, nos purifiques con estos celestes Misterios y nos escuches clemente. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En la Comunión, no olvidemos, en posesión ya del Señor, que debemos su venida a la bendita Niña que nació en este día, hace ya veinte siglos, para hacer ese don al mundo.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

Quiera Dios que la repetición de esta santa fiesta no sea infecunda en nuestras almas, y que los Misterios adorables, en los que hemos tenido la suerte de tomar parte, logren alejar de nosotros el mal temporal y el mal eterno, como lo pide la Poscomunión.

POSCOMUNION

Hemos recibido, Señor, los votivos Sacramentos de esta anual festividad: haz, te suplicamos, que nos den los remedios de la vida temporal y los de la eterna. Por Nuestro Señor Jesucristo.

CONMEMORACION DE SAN ADRIAN

Suplicámoste, Señor, Dios nuestro, hagas que, así como nos regocijamos en el culto temporal con la conmemoración de tus Santos, así nos alegremos de su perpetua visión. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Plegaria a María Niña. — Este mundo nuestro, oh María, por fin te posee. Tu nacimiento le hace conocer cuál es su destino; le revela el secreto del amor que le sacó de la nada para hacerle palacio del Dios que residía encima de los cielos. Pero, ¿qué misterio es éste, por el que el pobre género humano, inferior a los ángeles en cuanto a la naturaleza, es elegido para dar un Rey y una Reina a los coros angélicos y a toda la creación? Al Rey pronto le adorarán los ángeles recién nacido en tus brazos; la Reina hoy la veneran y la admiran en la cuna como saben ellos admirar. *Luceros de la mañana*, estos nobles espíritus contemplaban al principio las manifestaciones de la Omnipotencia y alababan al Altísimo [1]; pero su mirada nunca descubrió una maravilla igual a la que ahora los estremece; ven que Dios se refleja de un modo más puro bajo de velos corporales, en la naturaleza frágil de una niña de un día, que no en el poder y en toda la esplendidez de sus nueve coros; ven a todo un Dios cautivo de la flaqueza unida mediante la gracia a tanto amor, que la convierte en punto culminante de su obra y ha decretado, por eso, manifestar en ella a su Hijo.

Reina de los Angeles, pero también nuestra; acéptanos la fidelidad y el homenaje. En este día en que el primer suspiro de tu alma santísima fué para el Señor y el primer sonreír de

---

1 *Job.*, XXXVIII, 7.

tus ojos para los padres que te trajeron al mundo, dígnese admitirnos la Bienaventurada Ana a besar de rodillas tu mano bendita, siempre pronta a las divinas larguezas de que es dispensadora predestinada. Y crece ahora, dulce niña; vayan tus pies fortaleciéndose para quebrantar la cabeza de la serpiente, se hagan tus brazos robustos para poder llevar el tesoro del mundo: el ángel y el hombre, toda la naturaleza, Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo están esperando el momento solemne en el que Gabriel pueda echarse a volar desde los cielos saludándote llena de gracia y trayéndote el mensaje del amor.

9 DE SEPTIEMBRE

SAN GORGONIO, MARTIR

LOS DOS TESTIGOS. — Como encontramos un mártir, San Esteban, que velaba junto a la cuna de Jesús, así vemos hoy a otro mártir, San Gorgonio, que hace guardia sobre la cuna de la Madre de Dios. El año litúrgico estaba en sus comienzos y nos enseñaba la Iglesia que venía Jesús a sufrir y que todos los que quisiesen seguirle, deberían sufrir también y darle testimonio. Ahora, cuando el año está caminando a su fin, la Iglesia nos repite la misma lección al proponer a nuestro culto e imitación tan gran

número de Santos. Para comprender mejor dicha lección, resumamos lo que Bossuet dice en el elocuente panegírico que predicó en Metz sobre el mártir que hoy celebramos.

La vida es un combate. — "No sin razón el Apóstol nos exhorta a estar siempre armas en brazo [1] ya que sabemos por los divinos oráculos que nuestra vida es una guerra continua [2]. El espíritu de Dios, que por el santo bautismo recibimos, llena nuestras almas de la idea del bien supremo para hacernos mirar con desprecio los movimientos eternos que agitan la vida humana. Pero, ya lo sabéis, todas las grandes empresas encuentran grandes dificultades. Todo el mundo tiene empeño en luchar contra este plan: *Adversum nos omnis mundus armatur.* A todas las criaturas de sobre la haz de la tierra las adorna de incentivos postizos, con el fin de sorprendernos con su falso brillo. Y si nuestra generosidad llega a tanto que despreciamos sus favores, para asustarnos nos pone ante los ojos gran aparato de penas y de tormentos; de tal modo que el servidor de Dios tiene que vivir en este mundo sin temor y sin esperanza y sentirse inconmovible e inexorable por los cuatro costados.

"Y aquí está el porqué los poderes de la tierra se envalentonaron contra los defensores de la fe. Estas almas heroicas no pudieron dar gus-

---

1 *Ef.*, VI, 2.
2 *Job.*, VII, 1.

to al mundo, y el mundo a ellas tampoco las agradó: aquí tenemos la causa de su contrariedad. El mundo no las contentó y por eso le despreciaron. Tampoco ellas agradaron al mundo, y de ahí que el mundo tomó con gusto el molestar a lo que no le pertenecía. Y todo sucede por un orden secreto de la Providencia y para que se cumpla esta memorable palabra de nuestro Salvador: *No vine a traer la paz sino a encender la guerra: Non veni pacem mittere; sed, gladium...* [1].

La fe. — "Y dicho esto, ¿qué mejor para concluir con las palabras del Apóstol: *Quorum intuentes exitum..., imitamini fidem* [2]? Gorgonio fué constante hasta la muerte, de la cual saboreó toda la amargura; ahora sólo falta que imitéis su fe, aquella fe ardiente por la que prefirió el oprobio de Jesucristo a todos los honores y se mantuvo íntegro e inquebrantable en el alma, mientras su cuerpo se deshacía a pedazos como una vetusta casucha.

"Ocurre con los mártires lo que con los modelos cuyos rasgos copian los pintores para embellecer sus obras. Vemos también retratada en la vida de los mártires la de nuestro Salvador; ellos en casi todo nos pueden servir de modelo. Pero en el esplendor de sus virtudes debemos

---

[1] *Mat.*, X, 34.
[2] *Hebr.*, XIII, 7.

escoger las que nos son más necesarias en las circunstancias en que vivimos.

El testimonio. — "Mártir y testigo es lo mismo. Se llaman mártires de Jesucristo los que, al padecer por la fe, dieron testimonio de la verdad en medio de los padecimientos y la sellaron con su sangre. Si hoy ya no existen tiranos que nos persigan, el Evangelio nos enseña que Dios, que es Padre nuestro, reparte a sus hijos los bienes y los males conforme a los designios de su Providencia [1]. De manera que al sentirnos atribulados, si aceptamos con humildad y de mano de Dios nuestras aflicciones, por esta aceptación ¿no afirmamos como testigos que hay una inteligencia primera y universal que por motivos ocultos, aunque justos, hace nuestra buena y nuestra mala fortuna? Y esto ¿qué significa sino ser testigos y mártires de la Providencia" [2]?

Vida. — De San Gorgonio, mártir romano, sabemos poquísimo; a veces se le ha confundido con su homónimo de Nicomedia. Fué enterrado en el cementerio "de los dos laureles" y el Papa San Dámaso adornó su sepulcro con una bella inscripción. Sus reliquias las trasladó Baronio más tarde a San Pedro. San Gorgonio tuvo la buena fortuna de tener a Eusebio como historiador [3] y como panegirista a Bossuet: a ellos les debe su parte de celebridad.

---

1 *Mat.*, 45.
2 Panegírico del 9 de septiembre de 1649.
3 *Hist. Ecles.*, VIII, 6, 2-5.

Oración: "Asístanos, oh Señor, con su intercesión tu santo mártir Gorgonio, para que su fiesta se convierta para nosotros en un día de santa alegría. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

EL MISMO DIA

SAN PEDRO CLAVER, CONFESOR

Nacido en Verdú, un pueblecillo del condado de Urgel, Pedro decía en sus primeros años: "Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas, salvarlas y morir por ellas." Impelido por este anhelo, dejó la universidad y se hizo jesuíta en Tarragona. Vivió algún tiempo en Mallorca con San Alfonso Rodríguez, y después de muchas instancias consiguió que se le enviase a convertir infieles en las Indias Occidentales. En 1610, cuando tenía 26 años, salió de Sevilla, con dirección a Centroamérica. Se estableció en Cartagena de Indias, y empezó su ministerio predicando a los españoles, enseñando el catecismo a los indios, y tratando de aliviar la situación de los negros que los filibusteros llevaban a aquel gran imperio, donde se encontraban las naves de España con las embarcaciones que venían a través del Amazonas. Se convirtió Claver en es-

clavo de los esclavos. Poco a poco su vida se fué orientando en esta última dirección: *Claver era el apóstol de los negros.* A los que le preguntaban el porqué de aquellas predilecciones, él les respondía: "Mis negros están lavados con la sangre de Jesucristo y son hijos de Dios con los mismos títulos que vosotros." Era aquella una vida de abnegación sublime y de heroísmo continuo al cual se mezclaban las más duras penitencias.

Agotado por el esfuerzo y por la mortificación, murió Pedro Claver el año 1654 entre una muchedumbre de negros que no cesaban de llorar diciendo: "*El santo se muere; perdemos al Padre.*" La Santa Sede le ha declarado Patrón celestial de los negros.

Recemos con fervor en provecho nuestro y de la raza injustamente preterida, la preciosa oración de la fiesta: "Oh Dios, que, para llamar al conocimiento de tu nombre a los Negros reducidos a la esclavitud, fortaleciste a San Pedro con admirable caridad y paciencia en ayudarlos; concédenos por su intercesión, el que, buscando las cosas de Jesucristo, amemos a nuestros prójimos de obra y de verdad. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo."

EL MISMO DIA

SEGUNDO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

MARÍA, RECIÉN NACIDA [1]. — Al exterior, la Santísima Virgen, acostada en su cuna y al cuidado de Santa Ana, en nada se diferencia de las demás niñas recién nacidas, a no ser por aquel semblante tan bello, y de una blancura tan pura como realmente nacido para la bienaventuranza suprema, la cual uno puede contemplar en él con sumo placer. Probablemente reproduciría, como es lo ordinario, el parecido de las facciones paternas. Pero, aun concediendo a las leyes de la herencia seguir su curso, la Providencia había preparado a los antepasados con vistas al último vástago. En el orden del tiempo María se parecía a sus padres y Jesús debía parecerse a María; en el orden del ejemplarismo divino, Ana y Joaquín fueron creados para María, y María lo fué totalmente para Jesús. Al plasmar Dios el cuerpo de Adán, veía con antelación a su Verbo encarnado y, "modelando la arcilla, pensaba en Jesucristo que un día se había de hacer hombre" [2]. Con mayor razón a imagen del Hijo hizo Dios a la Madre cuando llegó el momento de

1 En esta Octava extractaremos algunas páginas doctrinales de Dom Demaret, en su libro "Marie de qui est né Jésus", tomo V.

2 Tertuliano, *De resurrectione carnis,* c. 6. P. L., 2, 802.

cumplir el eterno designio; y como la gracia de Jesús llenaba al alma de María, en el semblante de ésta se reflejaba también la belleza de Jesús.

Aparte esta sobrehumana belleza, que arrebata a cuantos la ven, la graciosa hija de Joaquín y de Ana en todo lo demás parece una niña cualquiera. Pero no es así. Sus modales y sus ademanes de niña en la cuna y en los pechos de la Madre son simples exterioridades, apariencias en las que oculta los prodigios que la gracia obra en ella.

"No parecía niña, hace notar San Francisco de Sales, porque, como disfrutaba del uso de la razón, hacía una vida puramente contemplativa; tan buena y discreta era esta criatura, que nos es imposible imaginarnos otra parecida, fuera de su amadísimo Hijo"[1].

PLENITUD DE BELLEZA Y DE PERFECCIÓN. — En efecto, no sólo desde el día en que de manera inefable llegó a ser la Madre del Verbo, sino desde el momento de su concepción, María sobrepuja en su unión con Dios y en la participación de todo bien a todas las criaturas. El que concebido por ella la dió la fecundidad, el que, naciendo de ella, no la privó del privilegio de la virginidad, quiso, antes de nacer de ella, crearla tal, que él mismo pudiese, sin detrimento de su dignidad de Dios, nacer de ella. Y, al crearla,

---

1 Sermón XXVI, *Pour la Présentation*. Oeuvres, t. IX, p. 233.

derramó en ella cuanto ella pudo recibir como simple criatura, todo lo que hay de exquisito, de perfecto y de bello; desde entonces la colmó de sus larguezas y dones sobre todas las otras criaturas. Encerrada en el silencio de su vida íntima en el seno materno, y luego, en su cuna, Nuestra Señora actuaba toda la gracia que había recibido, haciéndola crecer y fructificar continuamente. Como los demás niños, no tenía palabras, pero esto no era obstáculo para que ofreciese a Dios, como se lo había ofrecido desde que fué concebida, la más perfecta alabanza que hasta entonces había Dios recibido de una criatura, y a él le entregaba por entero todo su amor. Su amor a Dios estaba siempre creciendo y no conocía en ella interrupción ni descanso. Además, esta niñita, envuelta en mantillas como todos los recién nacidos y descansando entre los brazos de su madre Santa Ana, es el cofrecito excelso y purísimo en que se han acumulado todos los tesoros de la gracia, donde están depositadas todas las riquezas de la economía nueva y colocadas las arras de nuestra salvación. Es la maravilla de las maravillas y, de cuanto existe o existirá fuera de Dios, nada hay tan magnífico como María, nada que se pueda comparar con ella. Se han dado cita en ella todas las gracias, es la plenitud de la bondad y de la belleza, un retrato vivo de toda virtud.

"Acércate a esta cuna, dice San Francisco de Sales, medita las virtudes de esta Niña Santa

y verás que las practica todas de eminentísimo modo. Pregunta a los ángeles, a los querubines y serafines, pregúntales si igualan en perfección a esta niña, y te responderán que está infinitamente por encima de ellos. Míralos alrededor de su cuna y cómo todos maravillados de la beldad de esta Señora dicen las palabras del Cantar de los Cantares: ¿"Quién es esta que sube del desierto como una varita de humo que sale de la mirra, del incienso y de toda clase de perfumes olorosos"[1]? Y luego, considerándola desde más cerca todavía arrobados y fuera de sí, continúan su admiración: ¿"Quién es esta que camina como la aurora en su salida, bella como la luna, escogida como el sol, terrible como un batallón puesto en orden de batalla"[2]? Esta niña no está aún glorificada, pero tiene prometida la gloria; no tiene propiamente esperanza, sino seguridad de conseguirla. Y de este modo seguían en sus alabanzas"[3].

10 DE SEPTIEMBRE

SAN NICOLAS DE TOLENTINO, CONFESOR

CONFIANZA DE LA IGLESIA EN SAN NICOLÁS. — María niña sonríe al lirio que, presentándose

---

1 *Cant.*, III, 6.
2 *Ibid.*, VI, 9.
3 S. Francisco de Sales: Sermón XXXIV (Para la fiesta de San Nicolás de Tolentino). Oeuvres, t. IX, p. 345-346.

ante su cuna, la ofrece el representante de una gran Orden. Admitido en la familia religiosa de los ermitaños de San Agustín cuando se estaba formando y constituyendo con la dirección del Vicario de Jesucristo, Nicolás mereció ser su taumaturgo. Al morir en 1305, comenzaba para los Romanos Pontífices el destierro de Avignon; su canonización se retrasó más de siglo y medio por la confusión de aquellos tiempos, pero ella señaló el fin de las lamentables disensiones que siguieron al destierro.

La paz tantos años perdida, la paz que los más prudentes desconfiaban ya alcanzar, era el ruego inflamado, el conjuro solemne de Eugenio IV, quien, al terminar su laborioso pontificado, confiaba la causa de la Iglesia al humilde siervo de Dios puesto por él en los altares. Según testimonio de Sixto V [1], ese fué el mayor milagro de San Nicolás; milagro que indujo a este último Pontífice a mandar celebrar su fiesta con rito doble, honor más raro en aquellos tiempos que en los nuestros.

VIDA. — San Nicolás es el Santo más ilustre de la Orden de los ermitaños de San Agustín, en el siglo XIII. Nació en 1246 en Santángelo, ciudad de la Marca de Ancona. Eran pobres sus padres, pero le enseñaron tan bien el ejemplo y la práctica de la virtud, que desde jovencito dió señales de su santidad futura. A la piedad y al amor de las austeridades juntaba el gusto por el estudio. Ya antes de ser sacerdote, obtuvo un canonicato en la iglesia del Sal-

---

[1] Sixti V, Const. Sancta Romana universalis Ecclesia.

vador, en Tolentino, pero, anhelando la vida religiosa para ser más perfecto, ingresó en la Orden de los ermitaños de San Agustín. Practicó con suma fidelidad todas las observancias, buscando con gran avidez las humillaciones y la penitencia. Era tal su fervor, que su semblante se encendía de amor durante el Santo Sacrificio y las lágrimas corrían de sus ojos. Por espacio de treinta años predicó casi diariamente con gran aprovechamiento de las almas, convirtiendo a muchos pecadores y hasta obrando milagros. Murió el 10 de Septiembre de 1308 y fué canonizado en 1446 por el Papa Eugenio IV.

Poder de la santidad. — Servidor bueno y fiel, has entrado en el gozo de tu Señor. El rompió tus lazos; y desde el cielo donde ahora reinas, nos repites la palabra que determinó la santidad de tu vida mortal: *No améis el mundo ni lo que hay en el mundo; pues el mundo pasa, y con él su concupiscencia* [1]. Cuán poderoso es para el prójimo el hombre que de esa manera olvida al mundo, nos lo enseña el don que se te concedió de aliviar toda clase de miserias a tu alrededor y también en las almas del Purgatorio; y no se equivocaba el sucesor de Pedro al concederte los honores de los Santos y contar con tu valimiento en el cielo para llevar por los caminos de la paz a la sociedad tanto tiempo revuelta. Ojalá llegue a penetrar en nuestras almas y producir en ella los frutos que produjo en la tuya la palabra del discípulo predilecto, que acabas de repetirnos y que es verdadera semilla de salvación:

[1] *I Jh.*, II, 15, 17.

el desasimiento de lo que se acaba, la aspiración a las realidades eternas, esa sencillez humilde de la mirada del alma que pone paz en nuestro vivir y nos lleva a Dios, esa pureza que te hizo amigo de los Angeles y privilegiado de María.

EL MISMO DIA

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

MARÍA, MODELO DE LA VIDA RELIGIOSA. — San Francisco de Sales se interesó en probarnos que la Santísima Virgen, desde su entrada en este mundo, es como el resumen y el modelo acabado de la vida y perfección religiosa.

"La perfección cristiana consiste en renunciar al mundo, a la carne y a la propia voluntad; eso es y no otra cosa... Y San Agustín, al tratar de los que se consagran a Dios para tender a esta perfección, escribe: ¿qué son esas gentes sino un conjunto de personas que van a la milicia, a la guerra y al combate contra el mundo, contra la carne y contra sí mismos [1]? La vida religiosa "es un combate y una guerra continua, que, declarada al mundo, a la carne y a sí mismo, se hace a la sombra de la bandera y al amparo de Nuestra Señora... Pues desde su

[1] Epist. 220, *ad Bonifacium,* n. 12. *P. L.,* 33, 997. Contra Faustum, l. V, c. 9. *P. L.,* 42, 225-226.

nacimiento practicó ella la perfecta abnegación del mundo, de la carne y de sí misma, en lo cual consiste la perfección cristiana". En cuanto al mundo, la Virgen bendita hizo ya en su nacimiento la renuncia más perfecta y total que se puede hacer...

Renuncia al mundo. — "La Santísima Virgen vivía en la tierra practicando todas las virtudes, pero de un modo admirable la de la renuncia al mundo. Pues, entre los aplausos y en la exaltación se la ve humillada, sin querer aparentar que es más que una niña ordinaria y sencilla, a pesar de gozar del uso de la razón desde el primer instante de su ser... Y ¿quién no se admirará de ver a esta celestial Niña en su cuna, que, siendo capaz de conocer y de amar, de discurrir y de unirse a Dios, quiere y acepta en esta adhesión el ser tenida y tratada por todos como una niña cualquiera, semejante en todo a las otras? ¡Dios mío, qué renunciamiento a la gloria, al fausto y a la pompa del mundo! Y esto de tal modo disimulado que no se conocía semejante maravilla. Los niños son agradables en su infancia e inocencia porque a nada se aficionan, a nada están apegados, ignoran lo que son puntos de honra, de reputación o vituperio. Tanto les da el vidrio como el cristal, el cobre como el oro, el falso rubí como el fino; cualquier cosa preciosa de veras, la dejarán por una manzana. Todas esas cosas hacen amables

a los niños, pero no son de admirar en ellos puesto que no tienen todavía uso de razón. Mas que la Santísima Virgen, siendo niña y haciendo lo que hacen las niñas, discurriese y razonase como al morir, esto es una cosa, Dios mío, no sólo amable y agradable, sino también muy admirable. He ahí, pues, el primer renunciamiento que hizo.

RENUNCIA A LA CARNE. — "La segunda renuncia es la de la carne... La Santísima Virgen hizo de un modo perfecto en su cuna esta renuncia a la carne. Cierto que los niños practican mil actos de renunciamiento, porque de mil maneras a eso se los obliga; el mucho cuidado que se tiene de ellos es causa de que no se sigan nunca sus gustos e inclinaciones. Mirad a ese pobre niño que tiene una manzana. Por temor a que se la coma y luego le haga mal, se la quitan y a veces a la fuerza. Quiere alargar sus bracitos, se los cogen y se los atan; quiere patalear y le sujetan los pies; desearía ver la luz, y le cubren la cara para que no la perciba; quiere estar despierto y le mecen en la cuna para dormirle; en una palabra, en todo le contrarían. Con todo, no merecen los niños en esto alabanzas ya que no tienen uso de razón; pero la Virgen Santísima le tuvo de una manera perfectísima y soportó voluntariamente en su niñez todas esas mortificaciones y contradicciones; he ahí cómo practicó ella la segunda renuncia...

Renuncia a la libertad. — "En la religión se renuncia a todas las cosas y en todas las cosas hay que estar sumiso ya que, al renunciar uno a su libertad, renuncia de modo absoluto hasta a escoger los ejercicios de devoción para seguir la marcha de la comunidad.

"En su nacimiento hizo la Santísima Virgen esta última renuncia de forma que nunca se sirvió de su libertad. Considera atentamente todo el curso de su vida y sólo verás una sumisión continua. Va al Templo, pero la llevan sus padres, que se lo habían prometido a Dios. Luego la casan. Mírala saliendo de Nazaret para ir a Belén, huyendo a Egipto, regresando a Nazaret; en resumen, en sus idas y venidas sólo encontrarás una sujeción y docilidad admirables. Y llega hasta ver expirar a su Hijo y su Dios en el madero de la cruz, en postura firme y de pie junto a ella, sometiéndose a lo que era el beneplácito divino y uniéndose a la voluntad del Padre eterno. Aprueba y consiente la muerte de Nuestro Señor y no a la fuerza sino libérrimamente, con plena voluntad; y besa cien mil veces la cruz en la que está clavado, la abraza y la adora. ¡Dios mío, qué abnegación tan grande es ésta! Cierto que el corazón tiernamente amoroso de esta Virgen afligida estaba traspasado por vehementes dolores [1]; y ¡quién podría expresar la convulsión y penas que padecía en-

---

1 *Lc.,* II, 35.

tonces su corazón sagrado! Vemos, con todo, que la basta a esta Santa Señora saber que es voluntad del Padre eterno el que su Hijo muera y el que ella misma le vea morir, para hacerla estar *de pie junto a la cruz*[1], como aprobando y aceptando esa muerte"[2].

11 DE SEPTIEMBRE

SANTOS PROTO Y JACINTO, MARTIRES

Hoy festeja Roma a dos mártires que sufrieron por la fe hacia el año 127, en tiempo de la persecución de Valeriano. Ningún dato histórico sobre su vida[3] nos dan sus *Actas;* únicamente sabemos que sus tormentos fueron crueles y que Roma les tributó un culto especialísimo. El Papa Dámaso adornó su tumba con una inscripción: Símaco les dedicó un altar en la rotonda de San Andrés del Vaticano y Pío IX determinó que el cuerpo de San Jacinto se trasladase a San Pablo extramuros. El proyecto no se llevó al cabo y hoy descansa en la iglesia de la Propaganda.

Pidamos con la Iglesia que su intercesión nos merezca las gracias que en su nombre solicita-

---

1 *S. Juan,* XIX, 25.

2 Sermón XXXIV: *Pour la fête de saint Nicolas de Tolentino.* Oeuvres, t. IX, p. 340-353.

3 Delehaye: *Étude sur le Légendier romain,* p. 175.

mos y que el Santo Sacrificio ofrecido en su honor purifique nuestras almas y se convierta en remedio de salvación eterna [1].

EL MISMO DIA

CUARTO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

SERMÓN DE SAN PEDRO DAMIANO. — "La Natividad de la bienaventurada e Inmaculada Madre de Dios nos trae a los hombres una alegría singular y preciosa: inaugura la salvación de la naturaleza humana... Dios, antes de crear al hombre, vió con el inefable mirar de su Providencia que el hombre iba a ser víctima de las maquinaciones diabólicas y, por lo mismo, resolvió, en lo más hondo de su infinita misericordia, el plan de la redención del género humano y determinó previamente todas las circunstancias. Por consiguiente, siendo imposible que la redención humana se realizase sin que el Hijo de Dios naciese de la Virgen predestinada, de igual modo era necesario que primeramente naciese esa Virgen, en la que el Verbo se haría carne. Había que construir primero la casa a la que el Rey celestial bajaría y en la cual le darían hospitalidad...

[1] Oraciones de la Misa.

"Con razón se alegra el mundo y salta de júbilo de cabo a cabo. Con razón canta la santa Iglesia en sus himnos el nacimiento de la Madre de su Esposo. Alegrémonos todos en este día, en el que, al venerar el nacimiento de la Santísima Virgen, celebramos el principio de todas las fiestas del Nuevo Testamento. Regocijémonos, deleitémonos en el Señor en este día solemne, en el que, al honrar a la Madre del Redentor, celebramos el origen de todas las otras fiestas. La solemnidad que por el tiempo es más antigua que todas las solemnidades, no puede ser inferior a ellas en dignidad. Si Salomón con todo el pueblo de Israel celebró la dedicación de un templo de piedra con tan magníficos y abundantes sacrificios [1], ¡cuánto mayor debe ser el gozo del pueblo cristiano en el nacimiento de la Bienaventurada María! A su seno, como a templo sacrosanto, se dignó bajar Dios mismo para recibir en él la naturaleza humana y vivir luego de un modo visible entre los hombres. Se cree, ciertamente, que Dios bajó al templo de Salomón: pero en este santuario animado, en el seno de la Santísima Virgen, se dignó quedarse para nuestro bien de una manera mucho más admirable y más útil: en él el Verbo se hizo carne para habitar entre nosotros... [2]. Finalmente, Dios honró al templo judío con su visita, pero no recibió nada de él. En cambio, no

---

1 3 Reyes, VIII.
2 *S. Juan,* I, 14.

sólo quiso bajar al seno de la Santísima Virgen, sino que quiso además tomar de él la totalidad de nuestra naturaleza humana y unírsela hipostáticamente. La solemnidad, pues, de este día debe ser tanto más gloriosa cuanto mayores son las excelencias de este templo virginal.

"Pero ¿de qué modo podrá celebrar la fragilidad humana la fiesta de la que mereció engendrar al que es la alegría de los ángeles? ¿Cómo podría alabar la palabra caduca de un hombre mortal a la que de su sustancia engendró a la Palabra que permanece eternamente? ¿Qué lengua será capaz de celebrar a la que engendró al que toda criatura bendicé y a quien todos los elementos con temblor obedecen...? Al querer escribir las alabanzas y la gloria de la madre de Dios, nos faltan las palabras y las frases para glorificarla de una manera digna porque todo en ella es nuevo e inaudito. La materia inefable nos quita la posibilidad de hablar...

"Gocémonos y saltemos de contento en este día del nacimiento de la bienaventurada Madre de Dios, que anuncia al mundo una nueva alegría y que es para todo el género humano el principio de la salvación. Saltemos de júbilo: nos alegramos del nacimiento de Cristo; no nos alegremos menos del nacimiento de la Madre de Cristo. Hoy ha nacido la reina del mundo, la ventana del cielo, la puerta del paraíso, el tabernáculo de Dios, la estrella del mar, la escala celeste por la que el Rey, humillándose,

baja a nuestras profundas regiones, por la que el hombre, que yacía en tierra, se levanta hasta el cielo. Hoy sale para el mundo la estrella por la que el sol de justicia iluminó al mundo; la estrella de la que dijo el profeta: Una estrella sale de Jacob; un hombre se alza en Israel[1]. Hoy ha nacido esta Virgen admirable, de quien procede, como un Esposo de la cámara nupcial, el más hermoso de los hijos de los hombres[2]. Hoy sale del seno de su madre la que mereció ser el templo de la divinidad. Hoy se ha cumplido el oráculo profético que el príncipe de los profetas, Isaías, convertido en heraldo de la llegada de la reina del mundo, anunciaba con potente voz: Un tallo saldrá del tronco de Jessé, y de su raíz brotará una flor..."[3].

"Suplicámoste, oh clementísima, Madre de piedad y de misericordia, nos alcances a los que en este mundo nos gozamos de celebrar asiduamente tus grandezas, la gracia de merecer la ayuda de tu intercesión en el cielo. Y como por medio de ti se dignó el Hijo de Dios bajar a este mundo, así lleguemos nosotros al cielo a gozar de su compañía"[4].

---

[1] Núm., XXIV, 17.
[2] Salmo XLIV, 3.
[3] *Isaías*, XI, 1.
[4] Sermón XLV y XLVI, *De Nativitate B. M. V. P. L.*, 144, c. 740 a 742; 753; 761.

12 DE SEPTIEMBRE

EL DULCISIMO NOMBRE DE MARIA

OBJETO DE LA FIESTA. — Unos días después del nacimiento del Salvador, ha consagrado la Iglesia una fiesta a honrar su nombre bendito. De esa manera nos enseñaba todo lo que ese nombre tiene para nosotros de luz, fuerza y dulzura para animarnos a invocarle con confianza en todas nuestras necesidades [1].

De modo semejante, en esta octava de la Natividad de la Santísima Virgen, dedica un día la Iglesia a honrar el santo nombre de María y, por la Liturgia y la doctrina de los Santos, nos enseña también cuántas riquezas espirituales encierra este nombre para nosotros, a fin de que, como el nombre de Jesús, lo tengamos continuamente en nuestros labios y en nuestro corazón.

HISTORIA DE LA FIESTA. — Roma concedió en 1513 a una Iglesia de España, a Cuenca, la fiesta del Dulce nombre de María. Suprimida por San Pío V y restablecida por Sixto V, fué concedida después, en 1671, al reino de Nápoles y al Milanesado. El 12 de Septiembre de 1683, Juan Sobieski y sus polacos derrotaron a los turcos

1 Año Litúrgico, I, 322-321.

que asediaban a Viena y amenazaban a la cristiandad; Inocencio XI, en acción de gracias, extendió la fiesta a la Iglesia universal fijándola en el Domingo de la infraoctava de la Natividad. San Pío X la volvió a poner en el 12 de septiembre.

NOMBRE VENIDO DEL CORAZÓN DE DIOS. — Nos debe interesar más que el recuerdo histórico de la institución de la fiesta, el significado del nombre bendito que se impuso a la que iba a ser Madre de Dios y Madre nuestra.

Entre los judíos el nombre tenía una importancia grandísima y su imposición se hacía ordinariamente con solemnidad. Por la Sagrada Escritura sabemos que algunas veces intervino Dios para designar el nombre que uno u otro de sus servidores debía llevar: el ángel Gabriel avisa a Zacarías que su hijo se llamará Juan; y el mismo ángel dice también a San José al explicarle la Encarnación del Verbo: "Le llamarás Jesús". Por tanto, se puede pensar que Dios intervino de una manera o de otra para que a la Santísima Virgen se la llamase con un nombre que respondiese exactamente a su grandeza y a su dignidad. Joaquín y Ana impusieron a su hija el nombre de María, que tan querido se nos ha hecho.

"ES TU NOMBRE ACEITE DERRAMADO". — Complaciéronse los Santos en comparar el nombre de María con el de Jesús. San Bernardo aplicó al

Señor el texto del Cantar de los Cantares: "Es tu nombre aceite derramado" [1]. Porque el aceite es luz, alimento y medicina. Otro tanto dice Ricardo de San Lorenzo: "el nombre de María se compara al aceite. Porque, por encima de todos los otros nombres, excepción hecha del de su Hijo, el nombre de María restaura a los que están cansados, ablanda a los empedernidos, cura a los enfermos, da luz a los ciegos, rehace a los agotados, los unge para nuevos combates, rompe la esclavitud del diablo y sobrepuja a todo nombre, como el aceite a cualquier otro líquido..." [2].

Otras interpretaciones. — Más de sesenta y siete interpretaciones se han dado al nombre de María, según se le considere como un nombre de origen egipcio, siriaco o hebreo, como un nombre simple o un nombre compuesto. No pensamos detenernos en las interpretaciones, pero podemos recordar las cuatro principales que los autores antiguos atribuyen al nombre de María. "El nombre de María, decía San Alberto Magno, tiene cuatro sentidos; significa: *iluminadora, estrella del mar, mar amargo, ama o señora*" [3].

Iluminadora. — Iluminadora: lo es la Virgen Inmaculada, que nunca quedó deslucida por la

1 *Cant.*, I, 3.
2 *De Laudibus B. M. V.*, l. II, c. 2.
3 Comentario sobre S. Lucas, I, 27.

sombra del pecado; es la mujer revestida del sol; "la que ha iluminado a todas las Iglesias con su gloriosa vida"[1]; finalmente, la que ha dado al mundo la luz verdadera, la Luz de vida.

ESTRELLA DEL MAR. — Estrella del mar: así la saluda la misma Liturgia en el himno tan poético y tan popular del *Ave maris Stella...*; igualmente la saluda con este hermoso nombre en la Antífona de Adviento y del tiempo de Navidad: *Alma Redemptoris Mater.* Ya sabemos que la estrella del mar es la estrella polar. Ahora bien, la estrella polar es la más brillante, la más elevada, la última de las estrellas que forman la Osa Menor, tan cercana al polo que parece inmóvil y que conserva una posición como invariable durante muchas noches. Por eso mismo es de gran utilidad para saberse orientar en el mapa del cielo y es una ayuda al navegante que no tiene brújula.

Así también, Nuestra Señora es la criatura más alta en dignidad, la más bella y la más cercana de Dios; invariable en su amor y en su pureza, para nosotros es ejemplo de todas las virtudes, ilumina nuestra vida y nos enseña el camino para salir de las tinieblas y llegar a Dios, que es la verdadera luz.

MAR AMARGO. — Mar amargo: María se puede decir que lo es en este sentido: por su bondad

[1] Liturgia.

maternal nos convierte en amargos aquellos placeres del mundo que podrían seducirnos y hacernos olvidar el bien único y verdadero; mar amargo también porque, en la Pasión de su Hijo, sintió atravesada el alma por la espada del dolor.

Es un mar porque, así como el mar es inagotable, de igual manera la bondad y la liberalidad de María con todos sus hijos no tiene fin. Las gotas del agua del mar nadie las puede contar sino la ciencia infinita de Dios: tampoco nosotros podemos siquiera sospechar la suma inmensa de gracias que Dios depositó en el alma bendita de María desde el momento de su Concepción Inmaculada hasta su gloriosa Asunción a los cielos.

SEÑORA NUESTRA. — Finalmente, María es con toda verdad, según el título que la dió España: *Nuestra Señora;* Señora, es decir, Reina, Soberana. Reina ciertamente lo es ella, la más santa de todas las criaturas, Madre del que es Rey por el título de la Creación, Encarnación y Redención; ella, que, después de haber quedado asociada al Redentor en todos sus misterios, le está gloriosamente unida en cuerpo y alma en el cielo, en la bienaventuranza eterna, donde continua y juntamente con su divino Hijo intercede por nosotros y aplica a nuestras almas los méritos que con El adquirió, las gracias de las que es mediadora y distribuidora.

Sermón de San Bernardo. — Pidamos, pues, a la Santísima Virgen que se digne hacer verdaderos en nosotros los diversos significados que los santos y doctores dan a su nombre bendito. Para terminar, copiamos de San Bernardo el final de su segunda homilía sobre el Evangelio *Missus est:*

"Y el nombre de la Virgen era María. Digamos también algo de este nombre, que significa *estrella del mar*. Conviene perfectamente a la Madre de Dios. Como el astro emite su rayo de luz, así la Virgen dió a luz a su Hijo; ni el rayo disminuyó la claridad de la estrella, ni el Hijo la virginidad de la Madre. ¡Noble estrella la que ha salido de Jacob, cuyos rayos iluminan al mundo, la cual resplandece en los cielos, penetra en los abismos, recorre toda la tierra! Más que a los cuerpos, calienta a las almas, consume el vicio y fecunda la virtud. Así es realmente: María es el astro deslumbrante y sin igual, necesario a este mar inmenso; es la estrella que brilla por sus méritos y nos alumbra con sus ejemplos. "Oh tú, quienquiera que seas, que en el flujo y reflujo de este mundo te das cuenta que caminas no tanto en tierra firme como en medio de tempestades y torbellinos, no apartes la vista del astro espléndido ni no quieres desaparecer entre el huracán. Si se levanta la borrasca de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de las tribulaciones, mira a la estrella, invoca a María. Si eres juguete de las olas de

la soberbia o de la ambición, de la calumnia o de la envidia, mira a la estrella, invoca a María. Si la avaricia, o la cólera, o los halagos de la carne azotan la nave de tu alma, vuelve tus ojos a María. Si asustado por la enormidad de tus pecados, o avergonzado de ti mismo, o tembloroso ante el juicio terrible ya cercano, sientes que se ahonda debajo de tus pies el abismo de la tristeza o de la desesperación, piensa entonces en María. En los peligros, en las angustias, en la duda, piensa en María, invoca a María.

"Esté continuamente en tus labios, esté en tu corazón; imítala y así tendrás su ayuda de un modo seguro. Siguiéndola, no yerras; rogándola, no te desesperas; pensando en ella, no te extravías. Apoyado en ella, no caes; amparado por ella, no temes; guiado por ella, no te fatigas, al que ella favorece, llega a puerto seguro. Y de este modo sentirás en ti mismo la verdad de esta palabra: *el nombre de la Virgen era María.*"

MISA

En el Introito saludamos con la Iglesia a la graciosa niña cuyo nombre es hoy un presagio de su poder; todos los grandes, reyes, pontífices, serafines, pedirán clemencia a su sonrisa; pero las vírgenes formarán su séquito lucido [1] can-

1 Salmo XLIV.

tando el cántico que sólo ellas pueden cantar [1].

INTROITO

Implorarán tu favor todos los ricos del pueblo: serán presentadas al Rey las vírgenes después de ella: sus compañeras serán presentadas a ti con alegría y con júbilo. — *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

El nombre de María, alegría de los Angeles, espanto de los demonios, ampara al hombre contra los males sin cuento de este mundo y le sostiene en la ruta que lleva al cielo. Alcáncenos la oración que la Iglesia hace en la Colecta el aprovecharnos íntegramente de esa ayuda.

COLECTA

Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que tus fieles, que se glorían del Nombre y de la protección de la Santísima Virgen María, por su piadosa intercesión, sean librados de todos los males de la tierra y merezcan llegar a los gozos eternos en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecl., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, doy fruto de suave olor: y mis flores son frutos de honor y de honestidad. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está toda la gracia

[1] *Apoc.*, XIV, 3-4.

del buen camino y de la verdad: en mí está la esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me ansiáis, y yo os saciaré de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel, y mi herencia más que la miel y el panal. Mi recuerdo vivirá de generación en generación. Los que me coman, tendrán todavía hambre: y los que me beban, tendrán todavía sed. El que me escuche, no será confundido: y los que obren inspirados por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Todas las complacencias del cielo y todas las esperanzas de la tierra radican en una cuna: en la cuna en que duerme María, cuyo corazón vive despierto para Dios [1]. La Sabiduría se alaba a sí misma [2]: las preferencias que al principio del mundo confesaba su amor, están ya justificadas por la bienaventurada hija de Joaquín y de Ana; sus delicias serán para siempre jamás el estar con los hijos de los hombres [3]. La viña escogida, la viña del *Pacífico,* está ante nosotros [4] anunciando con sus flores embalsamadas el divino racimo de uvas que, estrujado en el lagar, fecundará con su jugo a todas las almas y embriagará a la tierra y al cielo.

La Iglesia no se cansa de insistir, en el Gradual, sobre la maternidad virginal que dió a Dios al mundo e hizo grande a María.

---

1 *Cant.,* V, 2.
2 *Ecle.,* XXIV, 1.
3 *Prov.,* VIII, 31.
4 *Cant.,* VIII, 11-12.

GRADUAL

Bendita y venerable eres, oh Virgen María: que, sin mancha del pudor, fuiste Madre del Salvador. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas.

Aleluya, aleluya. ℣. Después del parto, Virgen permaneciste inviolada: oh Madre de Dios, intercede por nosotros. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., I, 26-38).

En aquel tiempo el ángel Gabriel fué enviado por Dios a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David: y el nombre de la virgen era María. Y, entrando el ángel donde ella estaba, dijo: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú eres entre las mujeres. Mas ella cuando le vió se turbó de sus palabras, y pensaba qué salutación sería aquella. Entonces el ángel la dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: He aquí que concebirás en tu seno y darás a luz un hijo y le pondrás por nombre Jesús. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob eternamente, y su reino no tendrá fin. Dijo entonces María al ángel: ¿Cómo sucederá eso?, pues no conozco varón. Y, respondiendo el ángel, la dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te hará sombra y por tanto también el Santo que nacerá de ti será llamado Hijo de Dios. Y he aquí que Isabel, tu parienta, ha recibido en su vejez un hijo, y la que se llama estéril está ya en el sexto mes. Porque para Dios no hay

nada imposible. Dijo entonces María: He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra.

Aquí tenemos la más solemne embajada de la que ha quedado recuerdo en la historia angélica o humana; ella demuestra que María es lo que indica su nombre, la Señora del mundo. Los más elevados asuntos que puedan interesar a los hombres presentes, pasados o futuros, a las jerarquías celestes y aun al mismo Dios, se tratan exclusivamente entre el Altísimo y la Virgen de Nazaret, como únicos que tienen título, de una parte para proponer, y de la otra para aceptar. El ángel sólo es un mensajero; el hombre está con él a la expectativa: María hace contrato con el Creador, en nombre del hombre y del ángel y en el suyo propio, en nombre de todo el mundo, a quien representa y al que domina con su principado supremo.

¡Albricias, pues, a la Reina en su día natal! ¡Salve, María! Sea ella misma quien presente a Dios, en el sacrificio, nuestra ofrenda en favor de su pueblo.

OFERTORIO

Dios te salve, María, llena eres de gracia: el Señor es contigo: bendita tú entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre.

Ojalá logremos que la intercesión de Nuestra Señora y la misericordia divina alejen de nosotros todo lo que sería obstáculo a la eficacia del sacrificio que está preparado en el altar.

SECRETA

Con tu propiciación, Señor, y por la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, aprovéchenos esta oblación para la perpetua y la presente paz y prosperidad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Estando todavía sintiendo la influencia de la bebida de los Misterios divinos, felicitemos a la augusta viña que nos los prometía hace poco en la Epístola.

COMUNION

Bienaventuradas la entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

La Poscomunión proclama la universalidad del patrocinio de María; quiera el Señor concedernos el sentirle de continuo.

POSCOMUNION

Recibidos, Señor, estos auxilios de nuestra salud, suplicámoste hagas que seamos protegidos en todas partes por el patrocinio de la Bienaventurada siempre Virgen María, en cuya veneración hemos ofrecido esto a tu Majestad. Por Nuestro Señor Jesucristo.

13 DE SEPTIEMTRE

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

VALOR SOBRENATURAL DEL NOMBRE DE MARÍA. El nombre de María es inseparable del nombre

de Jesús, como la Madre es inseparable de su Hijo. "En mi nombre, decía Nuestro Señor en el momento de subir al cielo, los que crean arrojarán los demonios; hablarán nuevas lenguas; cogerán las serpientes y si beben algún veneno, no les hará ningún mal; impondrán las manos a los enfermos y quedarán sanos"[1]. También el nombre de María posee una eficacia singular y una virtud totalmente divina[2]. Dios le aprecia más que los demás nombres; es luz para los creyentes y para nosotros está repleto de las bendiciones del Señor[3]. "Tu nombre santísimo, oh dulce Virgen María, es para tus servidores, que siempre, en todas las ocasiones, en todo lugar y en todo tiempo, le tienen en sus labios, no sólo la muestra, sino la causa de la vida, de la alegría y de la ayuda... Oh María, a la sola invocación de tu nombre se estrellan los asaltos del Maligno contra tus servidores y los pones en seguridad[4]: La virtud de tu nombre santísimo, oh Bienaventurada Virgen María, es tan poderosa, que a su invocación el cielo sonríe, la tierra salta de júbilo, los ángeles se alegran, los demonios tiemblan, el infierno se conturba. Tan grande es la virtud de tu nombre santísimo, oh bendita Virgen María, que penetra la

1 *S. Marcos,* XVI, 17-18.

2 S. Pedro Canisio: *De Maria Virgini incomparabili,* l. I, c. 1: *Summa Aurea,* t. VIII, c. 638.

3 Pseudo-Metodio, *Sermo de Symeone et Anna,* n. 10. *P. G.,* 18, 371 c.

4 S. Germán de Constantinopla, *In S. Mariae Zonam. P. G.,* 98, 380-381.

dureza del corazón humano [1] y le enternece de modo maravilloso. Un ejército de la tierra teme menos a fuerzas enemigas importantes que los poderes del infierno al nombre omnipotente de María y a la eficacia de su ayuda. Esas fuerzas del infierno se desvanecen y disipan "como la cera se derrite al fuego" [2], siempre que chocan con la memoria frecuente de este santo nombre y con su invocación devota [3]. Oh sublime, oh dulce, oh amabilísima María, no se puede pronunciar tu nombre sin que nos inflames, ni siquiera pensar en él sin que pongas ánimos en la voluntad de los que te aman. Tu recuerdo no puede saltar a la memoria sin que en ella penetre esa dulzura innata en ti" [4].

PALABRAS DE SANTA BRÍGIDA. — Nuestra Señora por sí misma se dignó revelar a Santa Brígida el valor singular de su nombre. "Escucha, la decía, cómo quiso mi Hijo honrar mi nombre... Cuando le oyen los ángeles, se regocijan hasta lo más íntimo de su ser y dan gracias a Dios de haber realizado por mí y conmigo esta maravilla de la gracia, que vean la humanidad de mi Hijo glorificada y unida a la divinidad... Al oír mi nombre, las almas del purgatorio se alegran, como un enfermo en su camilla a una

---

1 Ramón Jordán, *Contemplationes de B. M. V.*, p. IV. Contempl. I, n. 2: *Summa Aurea*, t. IV, 889.

2 Salmo LXVII, 3.

3 Ramón Jordán, *ibid.*, Contempl. III, n. 1, 891.

4 Egberto de Schonau, *Ad B. Mariam Serm. Panegyricus*, n. 6 *P. L.*, 184, 1013.

palabra de consuelo... Si le oyen pronunciar por algunos de quienes son custodios, los ángeles buenos los rodean con más interés y se felicitan de sus progresos... Todos los demonios respetan y temen mi nombre. Al oírle, huyen desatinados. Como el pájaro de presa que al menor ruido abandona a su víctima en la que ya hendía sus garras y a la que desgarraba con su pico, está siempre dispuesto a volver así que advierte que no es nada, de igual modo los demonios, al oír mi nombre, todo temblorosos abandonan el alma que tenían amarrada, pero de un vuelo rápido como la flecha vuelven junto a ella cuando no se sigue una enmienda verdadera. Del que invoca mi nombre con el firme propósito de mudar de vida, el diablo se retira incontinenti para no volver más, con tal que ese hombre se arrepienta de su pecado" [1]. "Al que invocare tu nombre, decía el Señor a su Madre, poniendo en ti su esperanza con el firme propósito de enmendar su vida, le concederé contrición de sus pecados, gracia de satisfacer por ellos, fuerza para obrar bien y además el reino de los cielos. Son para mí tan dulces tus palabras, que nada puedo negarte de cuanto me pides, porque sólo quieres lo que yo quiero" [2].

---

1 *Revelationes S. Birgittae,* l. I, c. 9. Amberes, 1611, p. 13.
2 *Ibíd.,* l. I, c. 50, p. 73.

14 DE SEPTIEMBRE

EXALTACION DE LA SANTA CRUZ

SENTIDO DE LA FIESTA DE LA CRUZ. — "Hermanos, temed en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús: el cual, poseyendo la forma de Dios, no creyó que era una rapiña el ser igual a Dios, sino que se anonadó tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres, y mostrándose en lo exterior como hombre. Se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz" [1].

Estas palabras del Apóstol, que leemos en la Epístola de la Misa, nos dan el sentido de la fiesta que celebramos hoy. Los términos de siervo y de *cruz*, cierto que son para nosotros palabras corrientes: han perdido el sentido infamante que en el mundo antiguo, antes de la era cristiana, tenían: los destinatarios de San Pablo debieron comprender, mejor que nosotros, todo su horror y en consecuencia, apreciar también mejor hasta qué abismos se había bajado Cristo en su encarnación y su muerte de Cruz.

EL SUPLICIO DE LA CRUZ. — Los antiguos ¿no consideraban a la Cruz "como el suplicio más

---

[1] *Flp.*, II, 5-8.

infamante y más terrible"[1]? Con frecuencia se veía a un ladrón o a un esclavo clavado en la cruz; lo que podemos conocer nosotros de un modo indirecto sobre ese suplicio, nos permite apreciar un poco mejor todo su horror. El crucificado agonizaba lentamente; la asfixia producida por la extensión de los brazos en alto le ahogaba, y era atormentado por las calambres de sus nervios en tensión[2].

El culto de la Cruz. — Cristo padeció este suplicio espantoso por cada uno de nosotros. Con un amor infinito ofreció al Padre el sacrificio de su cuerpo extendido en la Cruz. Este instrumento de suplicio, objeto de infamia hasta entonces, se convierte en gloria para los cristianos: San Pablo sólo se gloría en la cruz del Señor, en la que está nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección, la cual nos ha hecho libres y salvos[3].

El culto de la Cruz, como instrumento de nuestra redención, logró una gran extensión en la Iglesia cristiana. La Cruz es *adorada* y recibe homenajes que ninguna otra reliquia recibe; además las fiestas de la Santa Cruz revisten especial esplendor. El acontecimiento feliz del hallazgo de la Cruz ya fué festejado el 3 de mayo (Invención de la Santa Cruz): hoy cele-

---

1 Cicerón, *In Verr.*, II.

2 Véase el libro del Doctor P. Barbet. *La Passion de N. S. J. C. selon le chirurgien* (Issoudun, 1950).

3 Introito de la Misa.

bra la Iglesia la fiesta de la Exaltación de la Cruz, cuyo origen es bastante complejo, pero su historia nos facilitará precisar el objeto.

ORÍGENES DE LA FIESTA DE ESTE DÍA. — El 14 de septiembre es la fecha del aniversario de una dedicación que en la historia eclesiástica ha dejado un gran recuerdo.

El 14 de septiembre de 335 una multitud de curiosos, de peregrinos, de monjes, de clérigos y de prelados llegados de todas las provincias del Imperio, se juntaban en Jerusalén con motivo de la Dedicación del santuario magníficamente restaurado por el emperador Constantino, en el mismo sitio en que el Señor padeció y fué sepultado.

En años sucesivos el aniversario continuó celebrándose con no menos pompa. La peregrina española Eteria, que al fin del siglo IV fué a Jerusalén, nos refiere que más de cincuenta obispos asistían todos los años a las solemnidades del 14 de septiembre. La Dedicación tenía la misma categoría que la Pascua o la Epifanía, duraba ocho días y atraía una gran afluencia de peregrinos.

DOBLE OBJETO DE LA FIESTA. — El aniversario de la Dedicación se celebraba además con otros fines. Era el primero el recordar la antigua fiesta judía de los tabernáculos con que se ponía fin a las faenas de la vendimia. Se cree que caía en el día 14 de septiembre y la fiesta cristiana de

la Dedicación debía reemplazarla. Pero hay otro recuerdo específicamente cristiano que ya desde fines del siglo IV estaba ligado a la fiesta del 14 de septiembre: la Invención del sagrado madero de la Cruz. Una ceremonia litúrgica, que lleva por nombre la Elevación o la Exaltación (hypsosis) [1] de la Cruz, conmemoraba todos los años este feliz descubrimiento. El punto mismo donde había sido fijada la Santa Cruz se consideraba como el centro del mundo. Y por eso un sacerdote levantaba el leño sagrado de la Cruz hacia las diversas partes del mundo. Como recuerdo de la ceremonia, los peregrinos se llevaban una pequeña redoma con aceite que había tocado a la Cruz.

PROPAGACIÓN DE LA FIESTA. — Esta ceremonia fué tomando cada vez mayor importancia, de modo que en el siglo VI los recuerdos de la Invención de la Cruz y de la Dedicación del Gólgota quedaron en segundo plano.

Los fragmentos del sagrado madero se iban repartiendo por el mundo y a la vez se extendía por las Iglesias cristianas la ceremonia de la Exaltación. Constantinopla aceptó la fiesta en 612, en tiempo del emperador Heraclio. En Roma se introdujo la fiesta a lo largo del siglo VII. Por los días del Papa Sergio († 701), el 14 de septiembre se renovaba en Letrán la

1 Sobre el origen de este término, véase *Bulletin de l'Académie royale de Belgique*, 1950, p. 551.

adoración de la Cruz que se hacía el Viernes Santo. Para esta ceremonia, los antiguos Sacramentarios han conservado una oración *"ad crucem salutandam"*. Pero este efímero rito desapareció luego de los usos romanos; la oración es lo único que se ha conservado en las colecciones de devoción privada [1]. En nuestros días, la adoración de la Cruz del 14 de septiembre ya no se practica más que en los monasterios y en algunas Iglesias.

NUEVO ESPLENDOR DE LA FIESTA. — En el correr de los siglos, un acontecimiento realzó de modo singular el esplendor de la fiesta de la Exaltación. El 614 los Persas tomaron Jerusalén y la pasaron a sangre y fuego. A continuación de las victorias del piadoso emperador Heraclio, se restauró la Ciudad Santa y Heraclio consignó la restitución de la Santa Cruz que los invasores habían llevado a Tesifonte. El 21 de marzo de 630, la Cruz fué nuevamente erigida en la Iglesia del Santo Sepulcro [2] y el 14 de septiembre siguiente se volvió a continuar con la ceremonia de la Exaltación.

NUEVO CARÁCTER DE LA FIESTA. — Queda uno sorprendido al ver en la restauración de la antigua ceremonia un carácter nuevo de tristeza y de penitencia. Quizá contribuyesen las desgracias del imperio a hacer de esta ceremonia de

[1] Véase *Ephemerides Liturgicae,* 1932, p. 33 y 38, n. 16.
[2] Véase *Bulletin* citado, p. 556.

adoración, un oficio de intercesión en el que no se cesa de repetir una y otra vez el *Kyrie eleison*. El ayuno es de rigor este día, al menos entre los monjes.

Este carácter de intercesión se nota en los textos litúrgicos propios de la fiesta de este día [1]. Así el Ofertorio y la Poscomunión imploran protección y ayuda, mientras que el Evangelio recuerda la Exaltación del Hijo del Hombre en la Cruz, prefigurada por la serpiente de bronce.

Ya que un rito de la fiesta de este día fué largo tiempo la adoración de la Cruz, transcribiremos la oración que San Anselmo [2] compuso para la ceremonia del Viernes Santo:

¡Oh Cruz Santa, cuya vista nos recuerda aquella otra Cruz sobre la cual Nuestro Señor Jesucristo, con su propia muerte, nos libró de la muerte eterna, a la que miserablemente nos lanzábamos, y por la cual nos resucitó a la vida eterna que habíamos perdido por el pecado; adoro, venero y glorifico en ti aquella Cruz que representas y, en ella, al Señor misericordioso que por medio de ella realizó su obra de misericordia! ¡Oh Cruz amable, donde están nuestra salvación, nuestra vida y nuestra resurrección! ¡Oh madero precioso por quien fuimos libertados y salvados! ¡Oh símbolo con que fui-

---

1 Los otros textos están tomados del 3 de mayo o de la Semana Santa.

2 Traducción de Dom Castel (Collection *Pax*, VI, p. 10).

mos sellados para Dios! ¡Oh Cruz gloriosa en quien únicamente debemos gloriarnos!

Y ¿cómo te alabaremos? ¿De qué modo te ensalzaremos? ¿Con qué corazón te rogaremos? ¿Con qué gusto me gloriaré en ti? Por ti se vacía el infierno; queda cerrado para todos los que fueron rescatados por ti. Los demonios por ti están amedrentados, reprimidos, vencidos, aplastados. El mundo por ti se renueva y hermosea, gracias a la verdad que brilla con esplendidez y a la justicia que en El reina. Por ti es justificada la naturaleza humana, pecadora; condenada, se salva; esclava del pecado y del infierno, consigue la libertad; muerta, vuelve a la vida. Por ti se restaura y perfecciona esta ciudad bienaventurada del cielo. Por ti Dios, el Hijo de Dios, quiso ser obediente a su Padre hasta la muerte [1] para bien nuestro; por eso, puesto en la cruz, recibió un nombre que está por encima de todo nombre. Por ti preparó su trono [2] y restableció su reino.

En ti esté y de ti proceda mi gloria, por ti y en ti esté mi verdadera esperanza. Por ti queden borrados mis pecados; muera por ti mi alma a la vida vieja y resucite a una nueva vida de justicia. Concédeme, te ruego, que, lavado ya en el bautismo de los pecados en que fuí concebido y nací, me purifiques de nuevo de los que he contraído después de nacer a esta segunda vida;

---

1 *Flp.*, II, 8-9.
2 Salmo IX, 8.

de esa manera llegaré por ti a los bienes para los que fué creado el hombre, gracias al mismo Jesucristo, Nuestro Señor, el cual sea bendito por todos los siglos. Así sea.

EL MISMO DIA

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE LA NATIVIDAD

VIRTUD DEL NOMBRE DE MARÍA. — El nombre de María, alegra a los Angeles, aterra a los demonios, brilla más que el sol, "exhala un perfume más suave que la canela y el bálsamo oloroso" [1], nos protege contra los males sin cuento de este mundo y nos sostiene y alumbra en el camino que lleva al cielo. Es un hecho comprobado por la experiencia, confirmado por la historia y que nadie puede poner en tela de juicio. Muchas veces hemos visto o hemos oído decir que algunos hombres, acordándose del nombre de María en graves peligros, salieron indemnes de todo mal [2]. Pero nadie que tenga fe extrañará eso. Si una simple mirada a la serpiente de bronce conservaba la vida a los Hebreos que habían sido mordidos por las serpientes de fuego [3]; si las aguas del Jordán, en las que se sumergió sie-

[1] *Ecl.*, XXIV, 20.
[2] Eadmero, *De Excellentia B. M. V.*, c. 6. *P. L.*, 159, 570.
[3] Núm., XXI, 8.

te veces por mandato del Profeta, curaron de su lepra a Naamán Siro [1]; si el barro que hizo el Señor con la saliva dió la vista al ciego de nacimiento [2], no nos puede sorprender que el nombre de María, "la predilecta de Dios entre todos los amados de Dios" [3], tenga eficacia, como instrumento del poder divino, para producir toda clase de efectos admirables. Esta virtud singular del nombre de María no es, pues, una virtud natural; su eficacia le viene de que es el nombre propio de la Santísima Virgen y de que Dios ha querido hacerle tan poderoso para honra y gloria de su Madre."

LEGITIMIDAD DEL CULTO DEL NOMBRE DE MARÍA. "Toda la Santísima Trinidad, oh Virgen María, te dió un nombre que, aparte el de tu bendito Hijo, está por encima de otro cualquiera; te lo ha dado para que a tu nombre se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos, toda lengua confiese [4] la gracia, la gloria y la virtud que en sí encierra ese santísimo nombre. Porque no hay debajo del cielo otro nombre dado a los hombres, excepción hecha del nombre de Jesús, que sea para ellos fuente tan copiosa de salvación" [5].

---

[1] *4 Re.*, V, 8-14.
[2] *Jn.*, IX, 6-7.
[3] Germán II de Const., *In Deip. Annunt.*, n. 13. *P. G.*, 140, 692.
[4] *Flp.*, II, 10-11.
[5] Ramón Jordán, *Contemplat. B. M. V.*, p. IV. Cont. I, n. I.

Y con todo, venerar un nombre y darle el mismo honor que a la persona, ¿puede esto en sí justificarse? Porque un nombre, el de María también, no es más que una agrupación material y casual de algunas letras que forman un sonido articulado por mi voz o representado en mi escritura. De parte nuestra, pues, no merecería ninguna veneración. Estoy de acuerdo: un nombre, en cuanto es unión de letras para formar un sonido, no tiene derecho a culto alguno. Pero entonces ¿cómo explicar que bendigamos el nombre de un bienhechor y sintamos sólo amargura y disgusto por el de un impío o el de un enemigo? Es que el nombre, para nosotros, expresa a la persona nombrada; la suple, hace sus veces. Al bendecir o al maldecir el nombre, bendecimos o maldecimos a la misma persona. Santo Tomás nos da la razón: "Los nombres, dice siguiendo a Aristóteles, son los signos de los conceptos; los conceptos son las semejanzas de las cosas; los nombres se refieren, pues, a las cosas, de las que son signos por el intermedio de los conceptos"[1]. Por tanto, el nombre de María, a través de mi concepto o idea, significa y expresa a la persona misma de María; la representa, como una de sus imágenes o estampas, y así tiene derecho de mi parte al mismo honor que María misma.

Por consiguiente, si el nombre de María, en cuanto sonido material y palabra compuesta de

1 1, q. 13, art. I.

unas letras, no merece ningún honor, sí tiene derecho a los mismos honores que la persona de la Santísima Virgen, en cuanto es signo de mis conceptos y expresión de mi pensamiento, porque dicho nombre es, en su ser significativo y expresivo, lo que María es en su ser real. Rendirle culto, es rendírselo a María misma. En una palabra, ocurre con el nombre de María lo que ocurre con sus imágenes pintadas o esculpidas, que las debemos el mismo culto relativo de hiperdulía. Su nombre es, a su manera y mediante el concepto, una imagen y una representación de María: hace sus veces.

"Por ti, reina de excelsa clemencia, Señor, reparta con generosidad tu bendito Hijo Jesucristo, Nuestro Señor, los dones de su gracia a tus humildes servidores, que invocan y bendicen el dulcísimo nombre de María"[1].

15 DE SEPTIEMBRE

OCTAVA DE LA NATIVIDAD DE MARIA

MARÍA LLEVADA AL TEMPLO. — Es verosímil que Ana, en compañía de Joaquín, llevase al templo a su pequeña María. Dios se la había concedido a una edad avanzada, contra toda esperanza y después de asiduas y fervorosas oraciones. Que-

[1] S. Bernardo, Sermón IV: *In Assumpt.*, n. 9. *P. L.*, 183, 430.

rían dar gracias al Señor, presentándola y ofreciéndosela, ya que de su misericordia la habían recibido, y al mismo tiempo pedirle realizase sus planes sobre ella. María está encantada de verse llevar al templo de Dios, el único santuario de la religión verdadera que entonces había en el mundo. Y en él, con abnegación total de sí misma, se ofrece y se consagra a Dios como víctima y esclava suya, le da cuanto es y cuanto será, todo lo que tiene y todo lo que tendrá: "Ecce ancilla Domini".

VIDA DE MARÍA EN LA CUNA. — María niña descansa con los ojos cerrados, los dedos recogidos, entreabierta la boca y sonriente. ¡Dios mío, qué hermosa está! Ana, entregada a los quehaceres de la casa, pero sin perder de vista a su querido tesoro. Sin ella saberlo, forman los ángeles una guardia de honor alrededor de su hija, su reinecita, y llenan la casa de Joaquín como de un olor celeste que en presencia de los ancianos padres lo penetra y lo transforma todo. El balbuceo claro de la niña les enfervoriza el corazón y saca a la sencilla morada de su silencio largo y un poco triste, donde nunca se dejó oír hasta entonces voz alguna de niño. Joaquín y Ana se admiran y embelesan con todo lo de María. ¡Qué mirar tan profundo y casto el suyo! ¡Qué ternura e inteligencia posee! ¿De dónde procede esa dulzura inefable y ese fuego que los inflama para el servicio de Dios y de su misma

hijita, cuando la tienen abrazada contra su corazón? Admiran a su hija y la veneran como a un tesoro que les ha confiado el cielo. Muy bajito se comunican sus sentimientos y espontáneamente les viene a los labios la pregunta admirativa de los vecinos ante la cuna de San Juan Bautista: "¿Qué será de esta criatura? Es cosa que se ve, en efecto, que la mano de Dios está con ella" [1]. Ellos lo ignoran. Si lo supiesen, su admiración se convertiría en estupor y temblor. ¡Tan cerca se halla Dios! ¡Tan grandes cosas ha hecho el Todopoderoso por la hija que les ha dado!

"¡Cuántos favores, gracias y bendiciones derramó la divina Bondad en el corazón de la Virgen gloriosa!, prosigue diciendo San Francisco de Sales. Pero eran tan secretas e interiores, que nadie pudo conocer nada sino la que las experimentó... Este amable pimpollo tan pronto como nació empezó a emplear su lengüita en cantar las alabanzas del Señor y en servirle con todos los otros miembros. La inspiró su divina Bondad el retirarse de la casa de sus padres e irse al templo y allí servirle de manera más perfecta. Y esta gloriosa Virgen de tal modo se conducía en esos primeros años y con tanta sabiduría y discreción vivía en la casa de sus padres, que les causaba admiración, tanto por sus discursos como por sus acciones, y no se equivo-

---

1 *Lc.*, I, 66.

caron al pensar que esta Niña no era como las demás, sino que gozaba ya del uso de la razón[1]... admirable acto de sencillez el de esta niña celestial, que, aun prendida de los pechos de su madre, no deja por eso de conversar con la Majestad divina. No habló hasta llegado su tiempo, y aun entonces lo hacía como las demás niñas de su edad, pero siempre con mucha cordura. Cual manso corderillo estuvo tres años en brazos de Santa Ana, y después fué destetada y llevada al Templo"[2].

En efecto, si María es por la edad una niña, si obra, si gorjea, si dura su niñez casi tanto como la de las demás, no debemos olvidar nunca lo que en realidad es desde el primer instante de su concepción: un instrumento preparado perfectamente por Dios con mira a la divina maternidad. Antes que sonase para ella la hora de este ministerio, que requiere no sólo la pureza del alma y de la carne, sino también la edad y el normal desarrollo del cuerpo que tenía que concebir, Dios la prepara para esta función muy por encima de las capacidades de la criatura más perfecta. Al crearla, la da el uso de la razón, la ilustra con las más amplias luces, la infunde en su voluntad el hábito de no obrar nunca sino conforme a la luz de su inteligencia iluminada por la fe. Lo que su concepción vir-

1 Sermón XXXVII: *Pour la Présentation.* Oeuvres, t. IX, 385-386.
2 Sermón XVI: *Pour la Présentation. Ibid.*, 127.

ginal obró en el que nació de ella, eso mismo lo obró la gracia en María nacida de la concepción carnal, de tal modo que en los dos resplandece una pureza semejante: pureza más gloriosa en el Hijo, porque deriva de una naturaleza libre de toda clase de pecado; pureza sólo de gracia en la Madre, que debía ser toda pura desde el primer instante de su existencia, ya que tenía que dar a luz al Purísimo; pero si Dios no hubiese intervenido, habría contraído infaliblemente por su nacimiento la mancha original [1].

NI IMPERFECCIÓN NI DEFECTO. — María no tuvo necesidad como nosotros de pasar de la vida purgativa a un estado de perfecta pureza. Desde el principio está ya en las alturas; a partir del primer instante el progreso de su alma sin mancha va a la par con el crecer de su cuerpo. Las luces de lo alto la iluminan cada vez más; un amor más fuerte que todo el atractivo de los bienes creados y que se muestra cada día más invasor y dominante, la fija en Dios, a quien se ha dado por entero. En ella no cabe ningún desorden ni, sobre todo, pecado alguno. Está confirmada en gracia. El orden en ella es perfecto. Su alma totalmente unida a Dios tiene a raya las pasiones y sujetos los sentidos al servicio y al imperio amado de la voluntad de Dios. La rebelión no es en ella posible. Por su unión a un

[1] Cf. Jorge Scholarios, *In transitum Ss. Deip.*, n. 7. P. O., XVI, 577.

alma que así le comunica una belleza enteramente espiritual, el cuerpo no hace más que recibir la vida sin suscitar luchas ni turbaciones; es un cuerpo purísimo unido a un alma purísima y del todo sometida a ésta.

En María tampoco podemos sorprender nada, cuando estaba en la cuna, ni más tarde, de esos caprichos de niños, de esas pequeñas rebeldías, de esos aferramientos y de esas cóleras, de esos gritos y de esos lloros que con frecuencia se ven también en niños que son ya mayores. Verdaderamente la Santísima Virgen era una niña extraordinaria, niña por la edad, pero niña sobre todo en el sentido evangélico, niña, no por la ligereza, el capricho o la incostancia, sino por la docilidad tranquila, la sencillez pacífica, la total entrega a la voluntad de otro. Dueña de su inteligencia y de su querer, más ilustrada ciertamente que Joaquín y Ana en lo que es o no es conveniente, acepta de buen grado y con voluntad resuelta y alegre y, por consiguiente, con mérito, todo lo que toca a la condición natural del niño, la dependencia continua, la sujeción en todo, el puesto inferior, los mil actos de renunciamiento de que nos habló San Francisco de Sales, que se imponen a los niños sin conciencia ni mérito de parte de ellos.

La Santísima Virgen, en su infancia, sufre voluntariamente y de manera perfectísima "todas esas mortificaciones y contradicciones"; queda rebajada, según la expresión de San Fran-

cisco de Sales, porque es humilde de verdad y sólo quiere parecerse a una niña sencilla y ordinaria. "Dios, cantará más tarde, ha puesto los ojos en la bajeza de su esclava"[1]. Aunque es la primera después de Dios, y desde el primer momento la más encumbrada de las criaturas, es también la más humilde. ¡Es tan pequeño todo lo que no es Dios! Nadie lo ha comprendido aún, como esta niña, que no sabe hablar. Y nadie tampoco, ante Dios, tomó una actitud tan cabal como conviene, porque nadie, ni siquiera el serafín más encumbrado, pudo penetrar como ella en el todo de Dios y en la nada de la criatura. No obstante los inauditos dones que Dios la hizo, tiene plena conciencia de la distancia infinita que media entre Dios y ella. Y ve que en ella todo viene de Dios, que se inclinó no hacia los méritos personales, sino hacia la oscuridad, la sencillez, la pequeñez, la nada de su criatura. Por esa parte, nadie mejor que María dirije a Dios la ofrenda completa de todo lo que ha recibido; nadie como ella reconoce la soberanía absoluta de Dios, ni se entrega a su voluntad y a su beneplácito con más amor. "Heme aquí, que estoy en tus manos como un poco de cera, haz lo que quieras de mí, que a nada resistiré. Y era también tan dócil y sumisa, que la manejaba cualquiera, sin manifestar voluntad por esto o aquello, y de tal manera era condescendiente, que arrebataba en admiración. Desde

[1] *Lc.*, I, 48.

entonces comenzó a imitar a su Hijo, que tan sumiso iba a estar a la voluntad de un cualquiera y que, aunque podía resistir a todos, nunca lo quiso hacer"[1].

EL MISMO DIA

LA FIESTA DE LOS DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

DOS FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA: LA NATIVIDAD Y LOS SIETE DOLORES. — Después de dedicar el último recuerdo a la infancia de María y cerrar esta alegre Octava de la Natividad, he aquí que la Iglesia, sin transición, nos propone meditar hoy sobre los dolores que marcarán su vida de Madre del Mesías y de Co-Reparadora del género humano. En los días de la Octava, no venía a la mente la idea del sufrimiento, ya que entonces considerábamos la gracia, la belleza de la niña que acababa de nacer; pero, si nos hicimos la pregunta: "¿Qué será esta niña?" al instante habremos comprendido que, antes de que todas las naciones la proclamasen un día bienaventurada, María tenía que padecer con su Hijo por la salvación del mundo.

EL SUFRIMIENTO DE MARÍA. — A través de la voz de la Liturgia, Ella misma nos invita a con-

1 S. Francisco de Sales, Sermón XXVI: *Pour la Présentation,* Oeuvres, t. IX, p. 234.

siderar su dolor: "Oh vosotros todos los que pasáis por el camino, mirad, ved y decid si hay dolor semejante a mi dolor... Dios me ha puesto y como fijado en la desolación" [1]. El dolor de la Santísima Virgen es obra de Dios; al predestinarla para ser la Madre de su Hijo, Dios la unió indisolublemente a la persona, a la vida, a los misterios, al sufrimiento de Jesús, para ser en la obra de la redención su fiel cooperadora. Entre el Hijo y la Madre tenía que haber comunidad perfecta de sufrimiento. Cuando ve una madre padecer a su hijo, ella padece con él y siente de rechazo todo lo que él padece; lo que lo que Jesús padeció en su cuerpo, María lo padeció en su corazón, por los mismos fines y con la misma fe y el mismo amor. "El Padre y el Hijo en la eternidad participan de la misma gloria, decía Bossuet; la Madre y el Hijo, en el tiempo participan de los mismos dolores. El Padre y el Hijo gozan de una misma fuente de felicidad; la Madre y el Hijo beben del mismo torrente de amargura. El Padre y el Hijo tienen un mismo trono; la Madre y el Hijo, una misma cruz. Si a golpes se destroza el cuerpo de Jesús, María siente todas las heridas; si se le taladra la cabeza a Jesús con espinas, María queda desgarrada con todas sus puntas; si se le ofrece hiel y vinagre, María bebe toda su amar-

---

[1] *Lam.*, I, 12-13.

gura; si se extiende su cuerpo sobre una cruz, María sufre toda la violencia" [1].

CONDOLENCIA. — A esta comunidad de sufrimientos entre el Hijo y la Madre, se la da el nombre de *Condolencia*. Condolencia es el eco fiel y la repercusión de la Pasión. Condolerse con alguno, es padecer con él, es sentir en el corazón, como si fuesen nuestras, sus penas, sus tristezas, sus dolores. De ese modo la Condolencia fué para la Santísima Virgen la participación perfecta en los dolores y en la Pasión de su Hijo y en las disposiciones que en su sacrificio le animaban.

POR QUÉ PADECE MARÍA. — Parecería que no debía haber padecido la Santísima Virgen, ya que fué concebida sin pecado y no conoció nunca el menor mal moral. El padecer tiene que ser un gran bien, porque Dios, que tanto ama a su Hijo, se le entregó como herencia; y como, después de su Hijo, a ninguna criatura ama Dios más que a la Santísima Virgen, quiso también darla a ella el dolor como el más rico presente. Además convenía que, por la unión que tenía con su Hijo, pasase Nuestra Señora, a semejanza de él, por la muerte y por el dolor. De alguna manera era eso necesario para que aprendiésemos nosotros, de uno y de otro, cómo debemos aceptar el dolor que Dios permite para

1 Sermon pour la Compassion, Oeuvres orat., II, p. 472.

nuestro mayor bien. María se ofreció libre y voluntariamente y unió su sacrificio y su obediencia al sacrificio y a la obediencia de Jesús, para así llevar con él todo el peso de la expiación que la justicia divina exigía. Hizo bastante más que compadecerse de todos los dolores de su Hijo; tomó parte realmente en la pasión con todo su ser, con su corazón y con su alma, con amor ferventísimo y con tranquilidad sencilla; padeció en su corazón todo lo que Jesús podía padecer en su carne, y hasta hay teólogos que opinaron que Nuestra Señora sintió en su cuerpo los mismos dolores que su Hijo en el suyo; podemos creer, en efecto, que María tuvo ese privilegio con el que fueron distinguidos algunos Santos.

SU MARTIRIO VIENE DE JESÚS. — Mas para María el padecer no comenzó sólo en el Calvario. Su infancia certísimamente transcurrió tranquila y exenta de inquietudes. El dolor la llega con Jesús, "el niño molesto, como dice Bossuet; porque Jesús en cualquier sitio que se presenta, allí va con su cruz y con él van las espinas y a todos los que quiere bien los hace partícipes de ellas" [1]. "La causa de los dolores de María, dice Monseñor Gay, es Jesús. Todo cuanto padece proviene de Jesús, a Jesús se refiere y Jesús lo motiva" [2]. La solemnidad de hoy, que nos repre-

---

[1] Panégyrique de saint Joseph, t. II, 137.
[2] 41e Confer. aux mères chretiennes, t. II, 199.

senta a María principalmente en el Calvario, nos recuerda en este sumo dolor los dolores conocidos o desconocidos que llenaron la vida de la Santísima Virgen. Si la Iglesia se resolvió por el número siete, ello obedece a que este número expresa siempre la idea de totalidad y de universalidad, ya que en los Responsorios de Maitines nos recuerda de modo especial los siete dolores que la causaron la profecía del anciano Simeón, la huída a Egipto, la perdición de Jesús en Jerusalén, el verle cargado con la cruz, la crucifixión, el descendimiento y el entierro de su divino Hijo: dolores que la hicieron con toda verdad Reina de los mártires.

Reina de los mártires. — Con este bello título, en efecto, la saluda la Iglesia en las Letanías: "Que haya sufrido de veras, dice San Pascasio Radberto, nos lo asegura Simeón al decir: Una espada traspasará tu alma. De donde se infiere con evidencia que supera a todos los mártires. Los otros mártires padecieron por Cristo en su carne; con todo, no pudieron padecer en el alma, porque ésta es inmortal. Pero, como ella padeció en esta parte de sí misma que es impasible, porque su carne, si así se puede decir, padeció espiritualmente por la espada de la Pasión de Cristo, la Santísima Madre de Dios fué más que mártir. Porque amó más que nadie, por eso padeció más que nadie también, hasta tal punto que la violencia del dolor traspasó y do-

minó su alma en prueba de su inefable amor. Porque sufrió en su alma, por eso fué más que mártir, ya que su amor, más fuerte que la muerte, hizo suya la muerte de Cristo"[1].

SU AMOR, CAUSA DE SU DOLOR. — Y efectivamente, para entender la extensión y la intensidad del dolor de la Santísima Virgen, habría que comprender lo que fué su amor para con Jesús. Este amor es muy distinto del amor de los demás santos y mártires. Cuando estos sufren por Cristo, su amor suaviza sus tormentos y a veces hasta se los hace olvidar. En María no ocurrió nada de eso: su amor aumenta su padecer: "La naturaleza y la gracia, dice Bossuet, concurren a la vez para hacer en el corazón de María sentimiento más hondo. Nada existe tan fuerte ni tan impetuoso como el amor que la naturaleza da hacia un hijo y la gracia da para un Dios. Estos dos amores son dos abismos, cuyo fondo no puede penetrarse, como tampoco comprenderse toda su extensión..."[2].

EL DOLOR Y LA ALEGRÍA DE MARÍA. — Pero si el amor es causa del dolor en María, también es causa de gozo. María sufrió siempre con tranquilidad inalterable y con gran fortaleza de alma. Sabía mejor que San Pablo, que nada, ni la muerte siquiera, sería capaz de separarla del amor de su Hijo y su Dios. San Pío X escribía

[1] Carta sobre la Asunción, n. 14. *P. L.*, 30, 138.
[2] Sermón sobre la Asunción, t. III, 493.

"que en la hora suprema, se vió a la Virgen de pie, junto a la cruz, embargada sin duda por el horror del espectáculo, pero feliz y contenta de ver a su Hijo inmolarse por la salvación del género humano"[1]. Y sobrepasando a San Pablo, nada en un mar de alegría en medio de su inconmensurable dolor. En Nuestra Señora, como en Jesucristo, salvas todas las diferencias, la alegría más honda va junta con el dolor más profundo que una criatura pueda soportar aquí abajo. Ama a Dios y la voluntad divina más que a nadie de este mundo, y sabe que en el Calvario se cumple la divina voluntad; sabe que la muerte de su Hijo da a la justicia de Dios el precio que exige para la redención de los hombres, que desde ese momento la son confiados como hijos suyos y a los que amará y ya ama como amó a Jesús.

Agradecimiento a María. — "Como todo el mundo es deudor de Dios Nuestro Señor, decía San Alberto Magno, así lo es de Nuestra Señora por razón de la parte que ella tuvo en la Redención"[2]. Hoy reparamos mejor, oh María, en lo que has hecho por nosotros y lo que te debemos. Te quejaste de que "mirando a los hombres y buscando quien se acordase de tu dolor y se compadeciese de ti, encontraste poquísimos"[3].

---

1 Encíclica *Ad diem illum*, 2 de febrero de 1904.
2 Question *super Missus*, 150.
3 Santa Brígida, *Revelaciones*, l. II, c. 24.

No aumentaremos el número de tus hijos ingratos; por eso, nos unimos a la Iglesia para rememorar tus sufrimientos y decirte cuánta es nuestra gratitud.

Sabemos, oh Reina de los mártires, que una espada de dolor atravesó tu alma, y que únicamente el espíritu de vida y de toda consolación pudo sostenerte y darte ánimos cuando moría tu Hijo.

Y sobre todo sabemos que, si fuiste al Calvario, si toda tu vida, de igual modo que la de Jesús, fué un prolongado martirio, es que hubiste de desempeñar cerca de nuestro Redentor y en unión con él el papel que nuestra primera madre Eva había desempeñado cerca de Adán y juntamente con él en nuestra caída. Verdaderamente nos has rescatado con Jesús; con él y en dependencia de él nos has ganado *de congruo,* por cierta conveniencia, la gracia que El nos merecía *de condigno,* en justicia, por razón de su dignidad infinita. Por eso, te saludamos con amor y agradecimiento como "Reina nuestra, Madre de misericordia, vida y dulzura y esperanza nuestra". Y, porque sabemos que nuestra salvación está en tus manos, te consagramos nuestra vida entera, para que con tu dirección maternal y tu protección poderosa podamos ir a encontrarnos contigo en la gloria del Paraíso, donde, con tu Hijo, vives coronada y feliz para siempre. Así sea.

MISA

En la magnificencia de la Sagrada Liturgia, el Sacrificio cotidiano no es otro sustancialmente que el del Calvario. El canto del Introito nos presenta, al pie de la Cruz, el día de la gran oblación, a algunas mujeres y a un hombre solo, que acompañan a la Madre de los dolores.

INTROITO

Estaban junto a la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y Salomé, y María Magdalena. ℣. Mujer, he ahí a tu hijo: dijo Jesús; al discípulo en cambio: He ahí a tu Madre. ℣. Gloria al Padre.

El culto de los dolores de María no es una distracción importuna que aparte nuestros pensamientos de la única víctima de salvación. Como lo expresa la Colecta, tiene por resultado directo hacer fructificar en nosotros la pasión del Salvador.

COLECTA

Oh Dios, en cuya Pasión, según la profecía de Simeón, una espada de dolor atravesó la dulcísima alma de la gloriosa Virgen y Madre María: haz propicio que, los que celebramos con veneración sus Dolores, consigamos el feliz efecto de tu Pasión. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección del libro de Judit (Jd., XIII, 22-25)

Bendíjote el Señor con su poder, pues por ti ha reducido a la nada a nuestros enemigos. Bendita eres

tú, hija del Señor, Dios excelso, sobre todas las mujeres de la tierra. Bendito sea el Señor, que creó el cielo y la tierra; porque hoy ha ensalzado tanto tu nombre, que no faltará tu alabanza en la boca de los hombres que se acordaren eternamente del poder del Señor, por los cuales no perdonaste tu vida a causa de las angustias y de la tribulación de tu raza, sino que salvaste a ésta de la ruina delante de nuestro Dios.

MARÍA CORREDENTORA. — ¡Oh, qué grande es entre las criaturas nuestra Judit! "Dios, habla el P. Faber, se diría que escogió lo más incomunicable de sus indivisibles atributos para comunicárselos a María de modo tan misterioso. Ved cómo la dió parte en la ejecución de los eternos designios del universo, del que fué en cierto sentido como causa y dechado. La cooperación de la Santísima Virgen en la salvación del mundo, nos ofrece un nuevo aspecto de su grandeza. Y, a la verdad, ni la Inmaculada Concepción de María Santísima, ni su Asunción gloriosa, nos darán concepto más alto que este apelativo de corredentora. Sus dolores no eran absolutamente necesarios a la redención, pero, conforme a los designios de Dios, eran indispensables, por cuanto pertenecen a la integridad del plan divino. ¿No son, por ventura, los misterios de Jesús, misterios de María y viceversa? Parece cierto que todos los misterios de Jesús y todos los de María, ante Dios, no eran más que un solo misterio. Jesús es el dolor de María siete veces repetido, siete veces aumentado. En las horas

largas de la Pasión, la ofrenda de Jesús y la de María estaban como fundidas en una sola; aunque diferentes esas ofrendas, es claro, por su dignidad y su valor, se ofrecían con disposiciones semejantes y como en un solo haz, exhalando un mismo aroma y consumidas por un mismo fuego; oblación simultánea que dos corazones sin mancha hacían al Padre por los pecados de un mundo culpable cuyos deméritos libremente habían tomado sobre sí"[1].

Sepamos juntar nuestras lágrimas con los tormentos de la gran Víctima y con las lágrimas de María. Conforme lo hayamos hecho en la vida presente, así podremos gozarnos en el cielo con el Hijo y con la Madre; si nuestra Señora es hoy reina del cielo y soberana del mundo, como canta el Versículo, no hay ningún elegido cuyos recuerdos dolorosos se puedan comparar con los suyos. Sigue al Gradual el patético lamento del *Stabat Mater,* que se atribuye al beato Jacopone de Todi, franciscano; en esa pieza encontramos una bella fórmula de oración y de reverencia a la Madre de los Dolores.

GRADUAL

Dolorida y llorosa estás, oh Virgen María, junto a la Cruz del Señor, Jesús, tu Hijo, el Redentor. ℣. ¡Oh Virgen, Madre de Dios! Aquel, a quien todo el mundo no puede contener, el Autor de la vida, hecho hombre, padece este suplicio de la cruz.

---

1 Al pie de la Cruz, IX, 1, 2.

Aleluya, aleluya. ℣. Estaba dolorida Santa María, Reina del cielo y Señora del mundo, junto a la Cruz de nuestro Señor Jesucristo.

SECUENCIA

Dolida estaba la Madre,
llorando junto a la cruz
mientras el Hijo colgaba.
Y a su alma, que gemía,
contristada y dolorida,
una espada atravesó.
¡Oh qué triste y afligida
estuvo aquella bendita
Madre del Hijo unigénito!
Dolorosa y triste estaba
la piadosa Madre, al ver
del glorioso Hijo las penas.
¿Qué hombre no lloraría,
si en tan gran suplicio viera
de Cristo a la dulce Madre?
¿Quién no se contristaría,
al ver de Cristo a la Madre
con su Hijo lastimarse?
Por los pecados de su gente
vió a Jesús en los tormentos
y entregado a los azotes.
Vió a su hijo dulce y bueno
morir triste y solitario,
al exhalar el último aliento.
¡Ea, Madre, fuente de amor,
hazme sentir tu dolor,
para que llore contigo!
Haz que arda mi corazón
en amor de Cristo Dios,
para que así le complazca.
Haz también, oh santa Madre,
que en mi corazón las llagas
del Crucifijo se graben.

comendémonos a su omnipotencia sobre el divino Corazón, al pie del altar donde se prepara la renovación del Sacrificio.

OFERTORIO

Acuérdate, oh Virgen, Madre de Dios, cuando estés en la presencia del Señor, de pedirle bienes para nosotros, y de rogarle que aparte de nosotros su indignación.

A lo largo de los siglos, ¡cuántas almas santas han acudido a hacer fiel compañía a la Madre de los Dolores! Su intercesión, unida a la de María, constituye la fuerza de la Iglesia; por ella esperamos conseguir nosotros el efecto de los méritos de la muerte del Salvador.

SECRETA

Ofrecémoste preces y hostias, oh Señor, Jesucristo, suplicándote humildemente hagas que, los que celebramos con preces la transfixión del alma dulcísima de tu Bienaventurada Madre María, alcancemos por los méritos de tu muerte, y con la múltiple y piadosa intercesión de tu Madre y de todos los Santos que están bajo de tu cruz, el premio y la compañía de tus Bienaventurados. Tú, que vives y reinas.

Fué tan grande el dolor de María en el Calvario, ha dicho San Bernardino de Sena, que, repartido entre todas las criaturas capaces de sufrir, a todas las mataría instantáneamente. Y Nuestra Señora pudo entonces resistir y conservar esa vida que el Espíritu Santo guardaba para la Iglesia, gracias a aquella paz admira-

ble que se apoyaba en la perfecta conformidad, en la entrega total de su ser al Señor. Logre la Comunión de los Misterios sagrados concedernos *la paz de Dios que sobrepuja a todo sentido, que guarda las inteligencias y los corazones* [1].

COMUNION

Felices los sentidos de la Bienaventurada Virgen María, que, sin la muerte, merecieron la palma del martirio bajo la Cruz del Señor.

Como lo indica la Poscomunión, la memoria piadosa de los Dolores de la Madre de Dios, nos sirve de gran ayuda para encontrar todos los bienes en el Sacrificio del altar.

POSCOMUNION

Haz, Señor, que los sacrificios que hemos recibido al celebrar devotamente la transverberación de la Virgen, tu Madre, nos alcancen de tu clemencia toda clase de saludables bienes. Tú, que vives y reinas.

EL MISMO DIA

SAN NICOMEDES, MARTIR

El doble recuerdo que dedicamos a la Santísima Virgen María en la Octava de su Natividad y en la conmemoración de sus dolores,

[1] *Flp.*, IV, 7.

Parte conmigo las penas
de tu Hijo vulnerado,
que tanto sufrió por mí.
Haz que yo contigo llore,
y de Cristo me conduela,
mientras mi vida durare.
Haz que a tu lado esté siempre
junto a la cruz de tu Hijo,
y que me asocie a tu llanto.
Virgen de vírgenes pura,
no seas para mi amarga:
haz que yo contigo llore.
De Cristo la muerte lleve,
de su Pasión hazme socio,
y que sus llagas venere.
Haz que me hieran las llagas,
y que me embriaguen la cruz
y la Sangre de tu Hijo.
De perecer en las llamas,
en el día del juicio,
defiéndeme, Virgen sagrada.
Cuando salga de aquí, oh Cristo,
haz que, por tu Madre, consiga
la palma de la victoria.
Cuando este mi cuerpo muera,
haz que se le dé a mi alma
del Paraíso la gloria. Amén.

Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Juan (Jn., XIX, 25-27).

En aquel tiempo estaban junto a la cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás, y María Magdalena. Y, cuando vió Jesús a su Madre y al discípulo que amaba allí presente, dijo a su Madre:

Mujer, he ahí a tu hijo. Después dijo al discípulo: He ahí a tu Madre. Y, desde aquel momento, el discípulo la recibió en su casa.

DE PIE JUNTO A LA CRUZ. — "*Stabat juxta crucem*": Lo primero que se necesita es ponerse muy cerquita de la cruz; y después se precisa también estar de pie. De pie, porque esa es la actitud del valiente, y así se está más cerca de nuestro Señor.

Y para realizar esto no hay más que un medio: estar con la Santísima Virgen. Nunca las dos primeras palabras se podrán unir a la última sin el *tecum:* si no es con María y en María. La Cruz es algo demasiado honroso.

Y dominando el *Stabat* de María, está el de Jesús, levantado por encima de la tierra y atrayendo todo hacia El, precisamente porque está por encima de la tierra.

María está de pie para ser el lazo de unión... la Medianera. Su cabeza y su corazón arriba, para estar cerca de su Hijo; sus pies tocan nuestro suelo para estar cerquita de nosotros que somos hijos suyos. Y está en pie porque es nuestra Madre: "He ahí a tu Madre", y María puede decir como Jesús: "Como Madre atraeré todo hacia mí". Toda la humanidad ha sido arrastrada por el misterio de la Cruz a Jesús y a María... [1].

Al pie de la Cruz Nuestra Señora llegó a ser verdaderamente la Reina de misericordia. En-

---

[1] P. Dehaut: *La compassion de la Sainte Vierge.*

no nos impedirá hacer también memoria de un santo sacerdote que, a semejanza de nuestro Maestro, tuvo la gloria de ser mártir.

Casi nada sabemos de Nicomedes, pero su culto está atestiguado en muchos documentos de valor; en Roma tenía un título o iglesia que después se llamó de los Santos Pedro y Marcelino. Fué enterrado su cuerpo en la vía Nomentana, donde más tarde el Papa Bonifacio I (619-625) erigió una basílica. En este día iban allí los fieles a rezar al santo sacerdote cuyas Actas nos refieren que respondió a sus jueces de esta manera: "Yo sólo sacrifico al Dios todopoderoso." Palabra valiente que pueden recordar los cristianos de hoy para permanecer fieles en todo al Dios de su bautismo.

Oración: "Asiste, Señor, a tu pueblo; para que, celebrando los preclaros méritos de tu santo mártir Nicomedes, sea ayudado siempre por él para conseguir tu misericordia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

16 DE SEPTIEMBRE

SAN CORNELIO Y SAN CIPRIANO, MARTIRES

AMAR EL DÍA DE LA MUERTE. — "Es menester, hermanos carísimos, considerar y meditar a menudo que hemos renunciado al mundo y que estamos aquí de paso, como extranjeros y pe-

regrinos. Deseemos el día que nos fijará a cada uno en nuestra verdadera morada, el día que, fuera ya de este mundo y libres de las asechanzas de él, nos reintegre al paraíso y al reino de los cielos. ¿Qué hombre, al andar por tierras forasteras, no siente prisa por llegar a su patria? Y ¿qué persona habrá que, embarcándose para ir a visitar a los suyos, no anhele ardientemente un viento favorable a fin de poder abrazar cuanto antes a los que ama?

EN EL CIELO NOS ESPERAN. — "Miramos el cielo como nuestra patria; allí tenemos ya a nuestros padres, los Patriarcas; ¿cómo no animarse a correr para poder saludar a nuestros padres? Allí nos esperan muchos amigos; allí nos desea la turba notable y apretada de nuestros padres y de nuestras madres, de nuestros hermanos, de nuestros hijos, que, seguros ya de su inmortalidad bienaventurada, sólo viven inquietos de nuestra salvación.

"¡Qué alegría para ellos y a la vez para nosotros al permitírsenos por fin verlos y abrazarlos en el reino celestial, sin miedo a morir y ya seguros de vivir para siempre! ¡Qué suma y perpetua felicidad!

"Corramos hacia ellos, hermanos carísimos, y vayamos llenos de alborozo, y anhelemos estar con ellos lo más pronto posible, para tener la dicha de juntarnos pronto con Cristo" [1].

---

[1] S. Cipriano, *Libro sobre la Mortalidad*.

La vida y la muerte de aquel que escribía estas líneas responden de su sinceridad. Porque creía con toda su alma en la felicidad y en la gloria de la vida del cielo, dejó San Cipriano la vida fácil que llevaba en el paganismo, abrazó las austeridades de la religión cristiana y supo hacer frente a la muerte. Su ejemplo y el de San Cornelio nos den valor, en medio de las tentaciones del mundo, para permanecer siempre discípulos fieles de Jesús Crucificado.

VIDA. — En marzo de 251 sucedió Cornelio al Papa San Fabián, que había muerto el 20 de enero de 250. Por el *Liber Pontificalis* sabemos que era de origen romano. El comienzo de su pontificado estuvo agitado por el cisma de un sacerdote de Roma, Novaciano, que no quería reconocer la validez de su elección y logró engañar durante algún tiempo a muchos obispos africanos y aun al mismo San Cipriano. Al sobrevenir la peste en el Imperio Romano, se acusó a los cristianos de que habían irritado a los dioses. El emperador Galo reanudó la persecución; se cogió preso al Papa y se le condenó a salir para el destierro, un destierro relativo, a Centum Cellae o Civita-Vecchia, donde tanto consuelo tuvo con la fidelidad de los cristianos y las cartas amistosas de San Cipriano. Murió en junio de 253.

Cipriano fué elegido Obispo de Cartago a principios del 249. Nacido en el paganismo, llegó a ser profesor de retórica y abogado. La lectura de la Biblia le convirtió al cristianismo, dió el producto de sus bienes a los pobres y abrazó la vida ascética. Ordenado de sacerdote, escribió dos obras de apologética para conquistar a sus compatriotas paganos a su misma fe. Y una vez hecho Obispo, gozó presto de buena opinión. Se ocupó, en primer lugar, de reformar a los

clérigos y reducir a vida más austera y más alejada de las costumbres del mundo a las vírgenes consagradas a Dios. El año 250, el emperador Decio obligó a todos los cristianos a sacrificar a los dioses. En Africa fué grandísimo el número de los apóstatas. Para evitar que su sede quedase vacante por su muerte y de ese modo quedase el campo libre a los intrigantes y a los perseguidores, Cipriano se ocultó, pero continuó animando a sus fieles. Cipriano y los Obispos de Africa se reunieron en concilio por el mes de mayo del 252, y determinaron conceder el perdón a todos los que, habiendo apostatado, hiciesen penitencia: su decisión fué aprobada por el Papa San Cornelio. Galo emprendió nuevamente la persecución en el 253, acusando a los cristianos de ser ellos la causa de todos los males que ocurrían en el imperio, especialmente de la peste. San Cipriano escribió con esa ocasión dos libros: "Sobre la mortalidad" y "Sobre la limosna". Un poco más tarde, en el concilio de Cartago del 256, Cipriano y 87 obispos de Africa defendieron la nulidad del bautismo administrado por los herejes. Podría haber estallado un conflicto a este propósito con el Papa Esteban I, pero Sixto II, sucesor de Esteban, con su espíritu conciliador arregló el asunto. El 30 de agosto del 257, Cipriano fué llamado por el procónsul Patermo e interrogado sobre su fe. Cipriano confesó que era cristiano y Obispo y que deseaba permanecer fiel a Dios: se negó a denunciar a sus sacerdotes. La información paró aquí y Cipriano se alejó un poco de Cartago; un año más tarde le encontraron en su villa, le llevaron a Cartago y le condenaron a muerte. Al oír la sentencia, dijo sencillamente: *Deo gratias*. Luego se preparó con tranquilidad, hizo llegar a manos de su verdugo unas monedas de oro y se ofreció a la espada. Por la tarde, los cristianos llevaron su cuerpo procesionalmente. Tres basílicas se construyeron en su honor: en el lugar de su martirio, sobre su sepulcro y finalmente junto al puerto.

Su fiesta se celebró pronto en toda la Iglesia y su nombre se introdujo en el Canon de la Misa con el del Papa San Cornelio, su amigo. En el siglo IX, algunos embajadores de Carlomagno que se detuvieron en Cartago, consiguieron la autorización de llevarse las reliquias del santo obispo. En un principio se colocaron en la iglesia Primada de Lyon, y luego en la Abadía de Nuestra Señora de Compiègne, que pronto tuvo la honra de poseer también las reliquias de San Cornelio y desde entonces tomó el título de los santos Cornelio y Cipriano.

ORACIÓN A LOS DOS MÁRTIRES.—La Iglesia se ha acordado de la amistad que en este mundo unió vuestras dos almas. Y esa misma Iglesia, que nos dice que la verdadera amistad, la verdadera fraternidad tiene como efecto "vencer el mal que hay en el mundo, seguir a Cristo y ayudar a ganar el cielo", ha querido proponérnosla todos los años juntándoos en una misma fiesta, aun cuando no trabajasteis en el mismo campo, ni derramasteis vuestra sangre al mismo tiempo. Más: todos los días en el Canon de la Misa, la Iglesia se encomienda a vuestra intercesión y a vuestros méritos para ofrecer con más confianza el santo sacrificio y sacar mayores frutos.

Rogad uno y otro por la Iglesia para que este sacrificio la conserve en una unidad perfecta, juntando a su alrededor a todos sus hijos en una misma fe, en una caridad inviolable, en una intrepidez que no la puedan perjudicar la tentación o la persecución.

... A SAN CORNELIO. — Te hizo padecer, oh San Cornelio, el cisma provocado por un sacerdote tuyo: ruega para que en nuestros días, en que el error se ha vuelto tan arrogante, todos los fieles se agrupen alrededor de la Cátedra de Pedro para encontrar allí la verdad que ilumina, que fortalece, y que colma todas las ansias del corazón humano; ruega para que aquellos que aún están lejos del redil, entren en él, seguros de que de ese modo realizan el más caro deseo del Corazón del Señor.

... A SAN CIPRIANO. — Ruega por nosotros también, pobres pecadores, oh santo Obispo de Cartago; sufriste la persecución y el destierro y te mostraste compasivo para con los que en la hora de la prueba no tuvieron el valor de pasar por todo para confesar su fe en Jesucristo. Para los que son perseguidos por causa de Dios, pide la gracia de la luz y de la fortaleza de que tienen necesidad, a fin de ser fieles a los compromisos de su bautismo.

De este sacramento tenías un altísimo aprecio: haznos participantes de él y danos para con nuestro Padre del cielo los sentimientos de suma reverencia y de confianza filial que expresaste en tu magnífico comentario del *Pater*.

Y si llega hasta nosotros la persecución, concédenos la gracia de aceptar la muerte por Cris-

to como tú, con tranquilidad y alegría, y esa será la mejor manera de corresponder con nuestro amor limitado a su caridad infinita.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS MARTIRES: EUFEMIA, LUCIA, GEMINIANO

En Calcedonia de Bitinia, murió por la fe Santa Eufemia hacia el año 303. Si nada más sabemos sobre esta virgen mártir, fácil es comprobar en cambio lo rápidamente que su culto se extendió por Oriente y Occidente. Calcedonia la construyó una basílica donde se reunieron los Padres del cuarto Concilio ecuménico; allí se proclamó solemnemente contra la herejía de de Eutiques la integridad de las dos naturalezas de Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre. En el siglo VI, Ravena se gloriaba de poseer algunas de sus reliquias y un poco más tarde, ocurría cosa igual con Ruan y con la iglesia de la Sorbona. También se la veneraba en Saint-Brieuc y Tréguier, en Saboya, en España y en Milán.

Esta celebridad ciertamente la viene del hecho que el Concilio calcedonense tuvo lugar en su iglesia. La Facultad de teología de París la honró mucho tiempo con culto especial, como

si la santa hubiese tenido predilección por los altos estudios que se relacionan con la doctrina sagrada.

También Santa Lucía tiene una conmemoración en el oficio de este día. Se trata de la mártir de Siracusa que festejamos el trece de diciembre. Pero el Papa Honorio (625-638) la dedicó en este día una diaconía en el centro de la ciudad de Roma, junto a la iglesia de San Silvestre.

En honor de estos santos recitemos la Oración de la Misa:

"Haz, Señor, que nuestras preces nos alegren y aprovechen para que imitemos la constancia en la fe de tus santos mártires Eufemia, Lucía y Geminiano, cuyo martirio celebramos hoy con anual devoción. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

17 DE SEPTIEMBRE

FIESTA DE LAS SAGRADAS LLAGAS DE SAN FRANCISCO

JESUCRISTO VÍCTIMA. — El autor de la Imitación nos dice "toda la vida de Cristo fué cruz y martirio" [1]. Jesús, al venir a rescatar al mundo, desde el mismo instante de la Encarnación qui-

[1] L. 2, c. 12, n. 7.

so ser víctima ofreciéndose a su celestial Padre por los hombres pecadores. Fué víctima en el pesebre de Belén, en el destierro de Egipto, en el taller de Nazaret, donde se empleaba en trabajos penosos, a través de los caminos de Palestina, en una palabra: en toda su existencia y en todos sus actos. Pero hay en su vida un día de inmolación especial, y hasta toda su vida converge hacia ese día, el del Calvario, cuando pudo inmolarse realmente en la Cruz y morir por sus hermanos.

Imitar a Jesucristo. — Todas las almas generosas han querido imitar a Cristo en su estado de víctima. San Pablo, cuyo corazón se abrasaba de amor por El, exclamaba: "No quiero saber nada, sino a Jesucristo y a Jesucristo Crucificado" [1]; y no quiero enseñaros nada, sino lo que Cristo me enseña desde la Cruz, y no ambiciono otra gloria ni otra dicha más que tener parte en la Cruz y en el padecer de Cristo. San Bernardino meditaba todos los días la Pasión y decía que para él era "un ramillete de mirra que llevaba continuamente en su corazón". Prendado San Francisco de un gran amor por Cristo, quiso identificarse con El. Ya veremos en su fiesta, el 4 de octubre, cómo amó el Evangelio y la Eucaristía. Hoy veamos cómo se identificó con su Maestro crucificado y cómo,

[1] *I Cor.*, II, 2.

por un favor insigne, se convirtió en otro Cristo hasta el punto de llevar en su carne las llagas del Crucificado.

El amor a la Cruz. — La cruz es el gran libro en que se formó el alma de Francisco. Desde aquel día en que el Cristo de la Iglesia de San Damián le dirigió la palabra, ya no quiso pensar más que en la Pasión. "El misterio de la cruz, dice su hijo más ilustre, San Buenaventura, tan grande, tan admirable, en el que están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, ese misterio fué también revelado a este pobre de Cristo, que toda su vida sólo siguió las huellas de la cruz, no gustó más que las dulzuras de la cruz y nada predicó sino las glorias de la cruz".

"No hay nada, decía el mismo San Francisco, tan deleitoso como la memoria de la Pasión del Señor; esa memoria me es frecuente y diaria y, si viviese hasta el fin del mundo, no necesitaría otro libro". Según él mismo nos cuenta, siete veces se le manifestó en su vida la cruz de una manera sensible: uno de sus frailes vió un día que salía una cruz de su boca, otro la vió brillar sobre su frente, y un tercero vió a Cristo en cruz que iba delante. Estos maravillosos relatos nos prueban el puesto distinguido que ocupaba la cruz en el pensamiento y en el corazón de Francisco.

El monte Alvernia. — Meditaba la Pasión en cualquier parte, pero hay un lugar a donde le gustaba de modo particular retirarse para abismarse en el pensamiento de Jesús Crucificado: el monte Alvernia. El Conde Orlando, caballero noble, le ofreció aquella montaña, a la que su soledad hacía propicia para la oración y la penitencia. Desde la primera vez que subió, quedó Francisco hondamente impresionado al ver que ante él se levantaba el inmenso peñasco de paredes perpendiculares como una muralla y cuya cumbre estaba coronada de espesas hayas. Y, acercándose luego para buscar el lugar más a propósito para la contemplación, advirtió que aquellos peñascos estaban hendidos y entreabiertos. Preguntándose de dónde provenían aquellas aberturas se puso en oración; y un ángel le hizo saber que se debían al cataclismo ocurrido al morir Jesús en la Cruz, cuando la tierra tembló y los peñascos se abrieron. Ante estos vestigios de la Pasión, sintió Francisco que su dolor se reavivaba, e internándose en las profundidades de la torrentera que rodeaba al peñasco tajado, lanzaba, como dice el P. d'Argentan, gritos lastimeros. "¡Cómo, Jesús mío, decía, tú estás en la Cruz y yo no! ¡Tú eres la misma inocencia y tú sufres por mí, que soy un criminal! ¿Todo esto era necesario para expiar la magnitud de mis culpas"? Y dirigiéndose a todas las criaturas, las invitaba a llorar con él: "Pájaros del cielo, no cantéis más, o sean lúgubres

todos vuestros conciertos. Arboles gigantescos cuyas ramas suben tan alto, bajaos y convertíos en cruces para honrar a la de Jesús. Y vosotros, peñascos, quebraos, ablandaos, llorad." Y al ver los hilitos de agua que se deslizaban de los peñascos del Alvernia, se paraba, deshecho en lágrimas: "Hermanos peñascos, lloremos." Y el eco del monte repetía: "Lloremos, lloremos."

Los estigmas. — Cuatro veces subió Francisco a este monte Alvernia con la única mira de anegarse en el amor divino. Allí vivía abismado en la memoria de la Pasión. Cuanto más iba ahondando en las llagas del Hombre-Dios, más inflamado se sentía del deseo de parecerse a su divino ejemplar. Sobre el Alvernia fué un ángel a decirle que en el Evangelio encontraría lo que el Señor esperaba de él. Abre el Evangelio tres veces, y el libro divino se abre en la escena de la Pasión. Francisco comprende desde este momento que tiene que realizar en sí mismo la Pasión del Salvador, y exclama: "Mi corazón está pronto, Señor, mi corazón está pronto" [1]. Pues bien, una mañana de la Exaltación de la Santa Cruz, mientras reza en una ladera de la montaña, ve que baja del cielo un serafín de seis alas; el serafín se queda ante él suspendido en los aires y, entre sus alas, advierte Francisco la imagen de Jesús crucificado. Su alma se llena de admiración y se siente embargada alterna-

1 Salmo CVII, 2.

tivamente de alegría y de tristeza; se para a contemplar este espectáculo; pero al instante desaparece la visión; en su corazón queda un ardor maravilloso y en su carne los estigmas sagrados de Jesús. Sus manos y sus pies estaban traspasados por gruesos clavos cuya cabeza redonda y negra era muy visible y la punta larga y remachada sobresalía de las manos y de la planta de los pies. La llaga del costado, ancha y abierta, dejaba ver una cicatriz bermeja de donde la sangre caía sobre el vestido del Santo. ¡Francisco se había convertido en otro Cristo! y bajando del Alvernia, cantaba: "El amor me ha introducido en el horno, en un horno de amor. Oh amor, ¿porque hieres de esta manera mi corazón? Estoy completamente fuera de mí; la llama que has encendido en mi pecho me consume y va en aumento continuamente."

Esta estigmatización de San Francisco no es un episodio maravilloso de su vida. Es como el sello divino que a Dios plugo imprimir en su alma para hacernos comprender hasta qué punto se había hecho semejante a Cristo Jesús, y hasta dónde había realizado de una manera sensible la identidad perfecta con Jesucristo. Es la recompensa con que Dios premia toda su vida, ya que su vida se resume en el amor y en el amor a Jesús crucificado.

La lección. — Mas para nosotros hay en esto una gran lección. Nos lo indica la Iglesia en la

Oración de la Misa: "Dios renovó de esa manera en la carne de Francisco los estigmas de la Pasión para inflamar nuestros corazones en el fuego del amor." La memoria de la Pasión y el amor a Jesús crucificado fueron la vida de Francisco. Ahí debemos encontrar nosotros la verdadera vida. La cruz fué el libro de Francisco y debe ser también el de toda alma cristiana. "¿Quieres, escribía el P. d'Argentan, aprender obediencia? Mira en el patíbulo a Aquel que se hizo obediente hasta la muerte. ¿Quieres aprender humildad y amor a los desprecios? La cruz es una cátedra donde parece que Jesús subió exclusivamente para enseñar a todo el género humano esta gran lección, que confunde todo el orgullo y toda la vanidad del mundo. ¿Quieres aprender paciencia? Mira a ver si de la boca de Jesús sale una palabra siquiera que no sea de gracia y perdón para los que le quitan la vida. ¿Deseas aprender pobreza? Mira cómo Jesús en la Cruz no tiene otro vestido que sus llagas, y los ríos de su sangre preciosa le cubren como manto de púrpura. En una palabra: cualquier perfección que desees, estúdiala en este libro magnífico. Y te convencerás de que "Jesús hizo triunfar en ella todas las virtudes."

San Francisco con los estigmas nos predica el amor a la cruz. Como él, amemos la cruz y la tribulación y pidamos con confianza lo mismo que Santa Teresa del Niño Jesús "el ver resplandecer en el cielo las llagas de Cristo en

nuestro cuerpo"; pidamos sobre todo que se impriman en nuestra alma, en la que no dejen más en lo sucesivo que el recuerdo y el amor a Jesús crucificado.

PLEGARIA A SAN FRANCISCO. — ¡"Señor mío Jesucristo, dos gracias te pido me concedas antes de morir! La primera es: ¡Que sienta en mi alma y también en mi cuerpo, en cuanto sea posible, los dolores que tú, mi dulce Jesús, tuviste que padecer en tu cruel pasión! La segunda gracia que desearía conseguir es: ¡sentir en mi cuerpo, en cuanto sea posible, el amor sin medida que a ti, Hijo de Dios, te abrasaba y que te llevó a querer padecer por nosotros, miserables pecadores, tantos tormentos"!

Y mientras así hacía su larga oración en el Alvernia San Francisco tuvo certeza de que tú, oh Dios, le escuchabas. Contempló los dolores de su Maestro crucificado y la llama de su devoción creció de tal forma, que se sintió *cambiado totalmente en Jesucristo*.

Nosotros nos atrevemos a repetir esta oración porque sabemos muy bien nuestra *obligación de transformarnos en Jesús* a fin de agradarte, oh Padre nuestro, y entrar en el cielo; pero, como conocemos nuestra indignidad nos valemos de las palabras de fray León, testigo de la oración y de los favores extraordinarios de su Maestro, para decirte: "Oh Dios mío, sé favorable a los que somos pecadores y, por los

méritos de este hombre tan santo, concédenos el conseguir tu misericordia santísima."

EL MISMO DIA

SANTA COLUMBA, VIRGEN Y MARTIR

Columba fué una de las flores más hermosas que produjo la Iglesia mozárabe en la Córdoba del siglo IX. "Hermosísima y nobilísima, espejo y norma de santidad para todos los cordobeses", escribió de ella su padre espiritual y panegirista San Eulogio de Córdoba. Vástago de una familia patricia, Columba fué una de las discípulas predilectas y más fervientes del gran San Eulogio. Dejando su casa y sus bienes con heroica decisión, tras rudos combates con su madre, empeñada en casarla ventajosamente, según el mundo, se retiró veloz al monasterio Tabanense para entregarse de lleno a las más duras prácticas de la vida monacal. Ella y su hermana Isabel, que era Abadesa, regían el monasterio, inculcando en las almas jóvenes y tiernas de sus discípulas los altos y luminosos ideales de la perfección cristiana. Su alma, mientras tanto, ardía en vivos deseos de volar a Cristo para vivir eternamente al lado de su Amado. Sus hermanas la oían cantar muy a menudo con aquella voz hermosa esta bella Antífona de la liturgia visigoda; "Abreme, Señor, las puertas de tu gloria para que vuelva a aquella patria donde

no existe la muerte, donde la dulzura del gozo es perpetua." El Amado escuchó, por fin, la voz de la enamorada, que había adquirido exquisita erudición religiosa.

Habiendo abierto feroz persecución contra los cristianos Mahomet, hijo de Abderramán, y destruído muchas iglesias y monasterios, entre ellos el Tabanense, hubieron de refugiarse las monjas en el interior de Córdoba junto a la Iglesia de San Cipriano. Espoleada la santa virgen con la lectura y meditación de las Actas de los Mártires que en los Oficios divinos se recitaban, y alentada con varias revelaciones, sin poder resistir los ardores del amor divino, salió, sin ser vista, del albergue en que se hallaba y se presentó ante el juez, echando en cara a los moros su crueldad y confesando reiteradas veces su fe en Jesucristo y su soberano repudio de la ley mahometana. Fué inmediatamente degollada y arrojado su cadáver al río, no sin dar antes ella unas monedas de oro al verdugo. Unos días después, la sacaron del río unos monjes y la dieron sepultura honrosa en Santa Eulalia.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO DE ARBUES, MARTIR

Nació en Epila, cerca de Zaragoza, en 1441. Desde niño dió indicios de ingenio precoz y de

inclinaciones piadosas nada comunes. Sus padres, ilustres y devotos, se esmeraron en educarle en toda piedad. Dedicáronle al estudio, e hizo admirables y rápidos progresos en los de latín y filosofía, en los cuales hizo hincapié para estudios superiores. Doctorado en filosofía, tomó la beca de teólogo en el célebre colegio fundado en Bolonia para los españoles por el inmortal cardenal Gil de Albornoz, Arzobispo de Toledo. Se doctoró en Sagrada Teología el 27 de diciembre de 1473 y, en el título, le estamparon esta honorífica cláusula: "Multiplicados los dones de las virtudes con que de muchos modos ilustró el Altísimo la persona del maestro Pedro de Arbués." Tales ejemplos dió de virtud y tales pruebas de ciencia, que el Cabildo eclesiástico de Zaragoza, entonces de canónigos regulares, queriendo aprovecharse de la doctrina y edificante ejemplo de Pedro, proveyó en él uno de sus canongías. Admitió Pedro la prebenda e hizo su profesión el año 1476, con intento de dedicarse enteramente al servicio del Señor en el estado eclesiástico. Tanto se distinguió por su circunspección, singular piedad y su gran sabiduría, que llegó a ser el espejo en que se miraba la ciudad, y el gozo y consuelo del clero. Por aquel tiempo consiguieron los reyes católicos Don Fernando y Doña Isabel grandes victorias contra los moros y, queriendo extinguir de la nación todas las sectas que manchaban la pureza de la fe y alteraban el orden público, no pararon has-

ta lograr que Sixto IV nombrase inquisidor general de España a Fray Tomás de Torquemada, confesor de los Reyes Católicos, con facultad para erigir tribunales y nombrar inquisidores en las provincias de Castilla, Aragón, Valencia y Sicilia; el cual, informado de las eximias prendas de virtud, ciencia y rectitud de Pedro de Arbués, le nombró primer inquisidor de la de Aragón.

Aceptó este glorioso Santo tan pesado oficio sólo por obediencia. En la primera sesión que tuvo con los ministros del tribunal, les habló con tanto espíritu y fervor que los llenó de admiración. Los exhortó, además, a trabajar sin tregua por mantener el sagrado depósito de la fe en toda su pureza. Publicó sus edictos obligando por ellos con las más severas censuras a toda clase de personas a revelar los delitos y a los delincuentes contra la fe. Recibió juramento público con toda solemnidad a Juan de Lanuza, Justicia mayor del reino de Aragón, sobre obedecer las determinaciones de la Santa Inquisición y, sentados estos principios, comenzó a ejercer su ministerio contra los judíos, los herejes y supersticiosos, obrando con tanta vigilancia y tanto celo, que a él se debieron el que muchos sectarios abjurasen sus errores y se reconciliasen con la Iglesia.

Descubrió no pocos judaizantes que fingidamente parecían cristianos y en la realidad se-

guían apegados a su secta; formóles los procesos judiciales y procedió con tanta actividad contra sus crímenes, que el mismo año de ser nombrado inquisidor se hicieron dos actos públicos en los meses de mayo y junio, en que fueron condenados muchos como delincuentes, recibiendo el merecido castigo.

Irritó tanto a los judíos la justificación e integridad del santo inquisidor, que no dejaron piedra por mover, con algunas calumnias e intentos de soborno a los soberanos; pero vieron que Fernando e Isabel estaban decididos a toda costa a defender la fe y la patria cuya integridad y aun existencia total minaban, como hicieron con el imperio visigodo, que se arruinó por las intrigas y enemiga de los judíos. En sus conciliábulos decidieron entonces quitar de delante a Pedro Arbués y a algunos otros defensores de la fe; eligieron la catedral de Zaragoza para llevar al cabo la execrable maldad, y, sabiendo las costumbres del santo inquisidor, ocultamente penetraron en el templo y a cuchillo le traspasaron cuando oraba ante el altar al empezar maitines. Pedro exclamó: *Alabado sea Jesucristo, que yo muero por su santa fe*. Era Sábado 7 de septiembre de 1485 cuando murió a la una de la madrugada el protomártir de la Santa Inquisición.

18 DE SEPTIEMBRE

SAN JOSE DE CUPERTINO, CONFESOR

La santidad no consiste en los fenómenos místicos. — "Existe una opinión generalmente bastante extendida y acaso autorizada por los tratados místicos de los tiempos modernos y el modo de escribir la vida de los santos. Se ha acostumbrado uno ya a no reconocer la santidad más que en ciertas manifestaciones extraordinarias con que a veces se adorna, o bien en los medios de que se sirve el Señor para prepararla, engrandecerla o darla a conocer cuando le place... medios que no son ni la santidad ni manifestación esencial de ella...

"Aun cuando su causa es divina, no hay lugar a darlo gran importancia, puesto que no nos revelarían la profundidad y el valor real de la acción divina que, en general, cuanto más intensa es, menos se exterioriza.

"Al leer las vidas de los Padres y de los grandes contemplativos antiguos, nos admira el silencio casi absoluto que guardan sobre los efectos exteriores de la contemplación sobrenatural... Para estos maestros la unión con Dios, la verdadera santidad, consiste en la práctica heroica de las virtudes teologales y cardinales...

"Los Santos son hombres como los demás; sólo que han tomado en serio las condiciones de

su creación y el fin que Dios se propuso al crearlos"[1].

FIN DE LOS PRIVILEGIOS. — Sucede que Dios da a algunos servidores suyos privilegios que no son necesariamente señal de santidad, sino que pueden ser su recompensa y sobre todo que se ordenen a la utilidad de la Iglesia, a la salvación, conversión y santificación de las almas que son testigos de esos maravillosos fenómenos. Dios los concede cuando le place y los retira también cuando quiere, y la señal de que son obra suya la encontramos en la humildad de la que nunca se apartan los que son así favorecidos por la liberalidad divina.

PRIVILEGIOS DE SAN JOSÉ. — Dos privilegios se le concedieron a San José de Cupertino: le dieron mucha fama, pero le ganaron aún más padecimientos y humillaciones: el don de estar levantado en el aire como por una explosión de amor de Dios, y el de leer en las almas como si fuesen libros abiertos ante su vista.

Mucho le costó a este pobre e ignorante religioso que le admitiesen los Frailes Menores, pues parecía que no valdría para nada; si recibió las órdenes, se debió a que el Obispo confiado no le examinó. Pero Dios quería manifestar en este ignorante, que tanto había mortificado su carne

---

[1] Mme. Cécile Bruyère: "*La Vie spirituelle et l'Oraison*", p. 42, 338. Mame, 1950.

y sufrido tantas humillaciones y oprobios, los privilegios de que gozarán nuestros cuerpos y nuestras almas después de la Resurrección. En efecto, los cuerpos resucitados podrán entonces trasladarse de un lugar a otro con gran rapidez y elevarse hacia Dios sin que su pesadez sea obstáculo; y nuestras almas podrán leer en las otras todo lo que la gracia de Dios puso en ellas desde su bautismo hasta su glorificación.

VIDA. — José nació el 17 de junio en Cupertino, reino de Nápoles. Era de familia tan pobre, que su madre le dió a luz en un establo. La misma madre le educó muy piadosa y severamente. Desde su infancia, su oración era tan fervorosa y constante, que parecía no entender nada y que sólo le interesaba Dios. A los 17 años ingresó en los Menores Conventuales; hubo que despedirle, pues, aunque sus virtudes y arrobamientos eran notorios, era también un inútil para cualquier clase de trabajo y siempre estaba fuera de regla. Los Conventuales, con todo, mudaron de parecer, entró en el noviciado y hasta pudo ser ordenado de sacerdote, a pesar de la ignorancia de la escolástica. Le confiaron sus Superiores la predicación: su lenguaje directo y lleno de ardor convirtió a muchos pecadores. Sus éxtasis, su vida entre el cielo y la tierra, su don de leer en las almas, le granjearon mucha celebridad, pero también persecuciones: fué denunciado a la Inquisición. Reconoció ésta su virtud, pero por prudencia dispuso que se le recluyese en un convento de su Orden. Contentísimo de esta determinación, José pasó los últimos años de su vida en la oración y el silencio. Murió en Osimo, cerca de Loreto, en 1663 y fué beatificado en 1753 por Benedicto XIV y luego canonizado por Clemente XIII en 1767.

PLEGARIA. — Damos gracias a Dios por los prodigiosos dones que se dignó concederte; pero tus virtudes son maravillas mayores. Sin éstas, los primeros serían dudosos para la Iglesia, para la Iglesia que aún desconfía las más de las veces, cuando ha corrido ya mucho tiempo y el mundo aplaude y admira. La obediencia, la paciencia, la caridad que siempre iba en aumento con las pruebas, grabaron en ti su sello de la incontestable autenticidad divina de esos hechos extraordinarios, cuya falsificación artificiosa no excede el poder natural del enemigo.

El diablo puede levantar a Simón por los aires; pero le es imposible hacer humilde a un hombre. Digno hijo del Serafín de Asís, ojalá logremos nosotros también volar en pos de ti, no por los aires, sino por las regiones de la luz verdadera, donde, lejos del mundo y de sus pasiones, nuestra vida, a semejanza de la tuya, quede escondida con Cristo en Dios [1].

19 DE SEPTIEMBRE

SAN JENARO, OBISPO Y MARTIR Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

EL TESTIMONIO. — El mártir es un testigo de Cristo. Al derramar su sangre, el hombre da

[1] Colecta y antífona propias de la fiesta. Col. III, 3.

fe de que Dios es el dueño de la vida; afirma también su confianza en Dios, que le devolverá esa vida generosamente sacrificada por su amor. Y llegará un día en que los cuerpos de los mártires saldrán vivos del sepulcro, y la sangre que por Cristo derramaron circulará otra vez por los miembros en que padecieron, los cuales se dejarán ver gloriosos a la miradas de todos.

La sangre de San Jenaro. — También San Jenaro derramó su sangre por Cristo. Pero esta sangre continúa dando su testimonio y a su manera publica en voz alta lo fácil que será para Dios devolver la vida a sus elegidos en el último día.

En Nápoles, tres veces al año, se expone la cabeza del santo Obispo. Delante del relicario se pone la sangre: una sustancia dura, oscura, encerrada en dos ampollas de cristal. A veces esta sustancia disminuye o aumenta de volumen, sin que lo motive la temperatura del momento. Pero con muchísima frecuencia sucede que esta sangre se hace líquida y se manifiesta en estado de ebullición. La reliquia, dicen los historiadores, es de una autenticidad muy dudosa; mas al fenómeno no se le ha dado aún explicación natural. No parece exagerado, por tanto, que empleemos la palabra "milagro" para poderlo explicar. "Dios, dice el Cardenal Schuster, quiere demostrar a su pueblo de Nápoles que la sangre del patrón de la ciudad está siem-

pre viva y roja ante el Señor, porque en la eternidad y en Dios no hay pasado, sino que todo está presente y todo vive ante El. El martirio del glorioso Obispo no cesa de proteger a la bella ciudad napolitana, rica por el ingenio de sus hijos y por las virtudes magníficas de sus Santos"[1].

VIDA. — San Jenaro fué problamente obispo de Benevento y hoy es el patrón principal de la ciudad de Nápoles, que posee la reliquia de su cabeza y también la de su sangre. Nos cuenta el sacerdote Uranio que, estando para morir San Paulino de Nola, fué confortado con la aparición de San Martín de Tours y de San Jenaro "obispo y mártir, gloria de la Iglesia de Nápoles". Pero ¿se trata de San Jenaro I, muerto mártir hacia el año 305, o de San Jenaro II, que tuvo parte en el Concilio de Sardes en 342-343? Si la historia no nos da datos sobre su muerte, su leyenda nos dice que murió mártir con seis compañeros en Pozzuoli.

PLEGARIA. — Santos Mártires y tú, sobre todo, Jenaro, que fuiste su jefe por la valentía y por la dignidad del pontificado, vuestra gloria actual aumenta nuestro deseo del cielo; vuestras luchas pasadas nos animan en el combate de la vida; vuestros milagros siempre perennes nos confirman en la fe. También os debemos loor y agradecimiento en este día de triunfo. Y satisfacemos la deuda con alegría de nuestros corazones.

---

[1] *Liber Sacramentorum,* VIII, 304 (Traducción española).

Dignaos, en cambio, hacer llegar hasta nosotros la protección de que se muestran ufanas con mucha razón las ciudades que viven debajo de vuestro poderoso patrocinio. Proteged a esas ciudades creyentes cuando las quiera asaltar el infierno. Ofreced a Cristo Rey, en contra de las deficiencias sociales, la fidelidad creciente de aquellos que de cerca o de lejos os honran.

20 DE SEPTIEMBRE

VIGILIA DE SAN MATEO, APOSTOL

La Misa de este día es la de la Vigilia de las fiestas de los Apóstoles. El Evangelio nos refiere la conversión de San Mateo según el relato de San Lucas, que por respeto y discreción le llamó Leví. Mañana leeremos el mismo relato, pero escrito por la pluma de San Mateo, que no oculta su nombre. Las palabras del Señor que en él se nos refieren, nos muestran la extrema condescendencia y la misericordia infinita de Jesús para con los pecadores: "No son los sanos los que necesitan de los médicos, sino los enfermos. No vine a llamar a los justos, sino a los pecadores a penitencia."

Hay que entender bien esta penitencia de que nos hablan en bastantes lugares el Evangelio y los *Hechos de los Apóstoles*. "Es verdad que no excluye la penitencia las obras aflicti-

vas, por medio de las cuales el hombre castiga en sí mismo su pecado y promete la enmienda; pero implica, ante todo, un cambio de vida, la renuncia a toda clase de disposiciones y costumbres reprobadas por Dios" [1]. A hacer esta penitencia, todos estamos invitados con pena de muerte eterna.

Por su parte, San Ambrosio, en la homilía que leemos en Maitines advierte: "Es todo un misterio esta vocación del publicano a quien Jesús invita a seguirle, no tanto con los pasos del cuerpo como con el movimiento del alma. Este hombre, llamado con una sola palabra, deja su bienestar y, dejando su miserable despacho en el que se le veía sentado, camina con paso firme y decidido en pos del Señor y hasta se mete en gastos para prepararle un gran banquete. Eso ocurre con el que recibe a Cristo en la casa espiritual de su corazón, que es alimentado con lo más delicado y totalmente saciado de delicias" [2].

EL MISMO DIA

SAN EUSTAQUIO Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

MARTIRIO Y VIDA CRISTIANA. — La *Pasión* de San Eustaquio refiere que junto con su mujer y

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* t. I, p. 33.
[2] *Comentario sobre S. Lucas*, l. V, c. 5.

sus dos hijos fué encerrado en un buey de bronce puesto al rojo. De ese modo ganaron la palma del martirio. Si el relato de esta *Pasión* no le conservan los historiadores, bien estará que no olvidemos la lección que San Cipriano nos da a propósito del martirio:

"Dios no sólo promete recompensas a quienes padecen el martirio, sino también a los que conservan una fe íntegra y pura. Pues todo cristiano que deja lo que posee para seguir a Jesucristo, se merece un puesto entre los mártires. Se lee en el Apocalipsis: Vi las almas de los que murieron por haber dado testimonio a Jesús y por la palabra de Dios... y que no adoraron a la bestia, ni a su imagen... y vivieron y reinaron con Jesucristo. Y dice que no solo los que sufrieron la muerte, vivirán y reinarán con Jesucristo, sino también todos los que, permaneciendo firmes en su fe y conservando siempre el temor de Dios, no adoren la imagen de la bestia ni obedezcan a sus órdenes... ¿Quién no trabajará, pues, con todas sus fuerzas para llegar a una gloria tan admirable y ser amigo de Dios y gozarse con Jesucristo, al salir de esta vida?

"Tal es el tema que debe ocupar totalmente nuestro espíritu. Ahí tenemos lo que hay que meditar noche y día. Si encuentra la persecución a un soldado de Cristo preparado con estos altos pensamientos, jamás será vencido un corazón tan armado para el combate, y si Dios le retira

antes del mundo, no quedará sin recompensa una fe tan bien dispuesta para el martirio; pues, Dios, que es un juez justiciero, no hace cuenta del tiempo. En los días de la persecución, corona la valentía; y durante la paz, recompensa la virtud y la buena voluntad"[1].

Oración. — Nuestras pruebas, oh Mártires, al lado de las vuestras son livianas. Conseguidnos el no burlar la confianza del Señor si nos llama a padecer por él en este mundo. La gloria del cielo eso cuesta. ¿Cómo triunfar con el Dios de los ejércitos si no hemos caminado junto a su bandera? Esta bandera es la Cruz. La Iglesia lo sabe, y por eso, ningún trabajo la asusta. Sabe muy bien que el Esposo vigila, aunque parezca que duerme; cuenta con la protección de sus hijos ya glorificados... Roma os guarda con amor: vengaos de las osadías del infierno y salvadla.

21 DE SEPTIEMBRE

SAN MATEO, APOSTOL Y EVANGELISTA

La llamada del Señor. — Nos dice San Ambrosio[2], que "la vocación del publicano a quien Jesús llama e invita a seguirle, es todo un misterio". La escena de la vocación de algunos de

[1] S. Cipriano, *Exhortación al martirio.*
[2] *Coment. sobre S. Lucas,* l. V, c. 5.

los Apóstoles la vimos descrita en su fiesta respectiva. Hoy vemos a Jesús que llama a un publicano, uno de esos hombres odiados por el pueblo porque tenía por oficio el de recaudar, en provecho de Herodes Antípas, los impuestos diversos que percibía la aduana, la administración o el portazgo. San Ambrosio nos le presenta "duro y avaro y aprovechándose del salario de los mercenarios, del trabajo y del peligro de los marineros"; tal vez se muestre demasiado severo con San Mateo y le atribuya los vicios de sus colegas. Sea de ello lo que quiera, Jesús pasó cerca de su mesa de recaudador en Cafarnaúm y, después de observarle atentamente, le dijo sin más: "Sígueme."

La respuesta de San Mateo. — En esta palabra había autoridad y cariño; Mateo tenía un alma recta; e, iluminada por Dios, lo dejó todo, cedió a otro su oficio y siguió a Jesús. Desde entonces mereció con razón ser llamado Mateo: *el donado;* pero ¡cuánto mayor era el don que Dios le hacía que el que Mateo hacía a Dios! El Maestro vino a escoger lo que en el mundo había de más bajo, lo más despreciado en el orden social para convertirlo en príncipe de su pueblo [1] y elevarlo a la dignidad más alta que existe en la tierra después de la dignidad de la Maternidad divina: la dignidad de Apóstol.

1 Salmo CXII, 7-8.

El agradecimiento. — Mateo quiso también festejar su vocación con una gran comida y convidó no sólo al Señor y a los discípulos, sino a todos sus amigos, publicanos como él. Muchos de éstos acudieron al banquete. Jesús se prestó con gusto a una reunión que le permitía proseguir su predicación sobre el pecado y el poder que tenía de perdonarle. Para la justicia desdeñosa y sin entrañas de los fariseos, que trataban de "pecadores" a todos los que no vivían como ellos, aquello fué un gran escándalo: no pudieron disimular su asombro y su reprobación.

La respuesta de Jesús. — El Señor respondió con la sencillez y bondad que procura consolar a los que son mal juzgados e ilustrar a la vez a los que se han mostrado demasiado severos: "No son los sanos los que necesitan del médico, sino los enfermos: no vine a llamar a los justos sino a los pecadores."

De modo que el Señor es médico, médico de los cuerpos y sobre todo médico de las almas. Si los que se sienten enfermos, voluntariamente recurren a él: ¿quién puede reprochárselo? El médico se ofrece a aquellos para quienes vino; ¿qué cosa más natural? Jesús vino a este mundo a curar y dar vida, a curar a los que tienen conciencia de que necesitan curación. Los que están sanos o, al menos, lo creen, no necesitan de médico: el Señor no vino para ellos. Los que se creen justos no necesitan de sus misericor-

dias; él se debe a los pecadores, a quienes vino a invitar a hacer penitencia. ¡Ay de los que por sí solos se bastan[1]!

El Apóstol. — Mateo siguió, pues, a su Maestro y durante tres años permaneció en su intimidad, atento a sus enseñanzas, testigo de sus milagros y testigo sobre todo de su resurrección. Después de Pentecostés, como los demás Apóstoles, salió a evangelizar el mundo. San Ambrosio y San Paulino de Nola hablan de su predicación en Persia. Murió en Etiopía, de donde su cuerpo fué llevado a Salerno; la iglesia catedral de esta ciudad le está dedicada. Clemente de Alejandría dice que San Mateo era de grandísima austeridad de vida y la tradición cuenta que murió mártir por haber defendido los derechos de la virginidad que se ofrece a Dios.

El Evangelista.—La Iglesia le quedará siempre particularmente agradecida por haber sido el primero que puso por escrito, antes del año 70, las enseñanzas que oyó de boca del Salvador y que, después de la Ascensión, se propagaban de modo oral.

Escribió en arameo para los judíos ya convertidos, pero también para los que no reconocieron en Jesucristo al Mesías prometido a sus padres. Por eso tuvo interés en demostrar que el

1 Dom Delatte, *L'Evangile,* I, 240, Mane, 1922.

Crucificado del Calvario era en realidad el heredero de las promesas hechas a David, el Mesías predicho por los Profetas, el que había venido a fundar el verdadero reino de Dios. Pero también se dirige a todos los cristianos, a nosotros mismos, que consideramos el Evangelio como "la buena nueva por excelencia, la única, hablando con todo rigor, que existe en el mundo, la que nos anuncia que el hombre, llamado primitivamente a la amistad y a la vida de Dios y luego caído de este primera grandeza, es de nuevo repuesto en ella por el Hijo de Dios" [1].

La humildad. — ¡Cuánto agradó tu humildad al Señor! A ella debes hoy el ser tan grande en el reino de los cielos [2]; ella te hizo el confidente de la eterna Sabiduría encarnada. Esta Sabiduría del Padre, que se aparta de los prudentes y se revela a los pequeños [3], renovó a tu alma en su divina intimidad y la llenó del vino nuevo de su celestial doctrina. Comprendiste de modo tan pleno su amor, que te escogió para primer historiador de su vida terrestre y mortal. Por ti, el Hombre-Dios se daba a conocer al mundo. *Magníficas enseñanzas las tuyas* [4], dice la Iglesia en la Misa, donde ella recoge la herencia de la que no supo comprender al Maestro ni a los Profetas que le anunciaron.

---

1 Dom Delatte, *L'Evangile,* I, VII.
2 *Mat.,* XVIII, 1-4.
3 *Ibid.,* XI, 25.
4 Secreta de la Misa.

Plegaria. — Evangelista y mártir de la virginidad, vela por la porción escogida del Señor. Pero no olvides tampoco a ninguno de aquellos por cuyo medio nos enseñas que el Emmanuel recibió el nombre de Salvador[1]. Todos los rescatados te veneran y te rezan. Guíanos, por el camino que tenemos trazado gracias a ti en el admirable *Sermón de la Montaña*[2], a ese reino de los cielos, cuya mención repite continuamente tu pluma inspirada.

22 de septiembre

SANTO TOMAS DE VILLANUEVA, OBISPO Y CONFESOR

Tomás y Lutero. — Una prueba dolorosa conmovía a la gran familia de los agustinos en 1517: Lutero se salía de ella y lanzaba el grito de rebelión que repetirían durante siglos todos los apetitos desordenados. Pero la Orden ilustre que, sin saberlo, alimentó a este retoño de la serpiente, continuó siendo benemérita del Señor; para consuelo de los Institutos, cuya excelencia expone a los sujetos perjuros a las más graves caídas, el cielo iba a dar, sin tardar mucho, una muestra. Eran las primeras Vísperas de Todos los Santos; el heresiarca ponía en car-

1 *Mat.*, I, 21-23.
2 *Mat.*, I, 5-7.

teles en Wittenberg sus tesis famosas contra las Indulgencias y la autoridad del romano Pontífice; pues bien, antes de terminar el mes, el 25 de noviembre de ese mismo año de 1517, Salamanca veía a Tomás de Villanueva ofrecerse a Dios y ocupar entre los agustinos el lugar que había dejado vacante Lutero. En las revoluciones sociales, ante el fracaso de los trastornos del mundo, un Santo glorifica a la beatífica Trinidad más que podría perjudicarla todo el infierno.

VIDA. — Tomás nació cerca de Villanueva en 1488. Sus padres, y sobre todo su madre, le formaron en la piedad y en la caridad para con los pobres. Desde muy niño, le gustaba practicar la caridad y, al morir su padre, contaba él ya 15 años, pidió a su madre que transformase en hospital la casa que era la parte de su herencia. Marchó a Alcalá para conseguir los grados de maestro en artes y licenciado en teología. En 1516 ingresaba en los agustinos de Salamanca y al año siguiente emitía sus votos. Encargado de comentar el Libro de las Sentencias a los estudiantes de su Orden, y de predicar en la corte, lo hizo tan bien, con tanto celo y éxito, que llegó a Prior y Provincial y el emperador le hizo nombrar obispo. Se negó por mucho tiempo, pero tuvo que ceder ante la amenaza de excomunión.

En 1544 era obispo de Valencia, pero en nada cambió la sencillez de su vestido, de su mesa y de su casa, prestó los más atentos cuidados a los pobres, reformó a su clero, escribió diversos tratados de ascética y de mística, en particular sobre los dones del Espíritu Santo y el Padrenuestro. Murió el 8 de septiembre de 1555 y fué enterrado en la iglesia de los agustinos

de Valencia. Fué beatificado en 1618 y canonizado en 1658.

Elogio. — Tu justicia y tu nombre perdurarán siempre; pues repartiste, oh Tomás, con profusión los beneficios al pobre [1], y toda la asamblea de los santos publica tus limosnas [2]. Enséñanos la misericordia para con nuestros hermanos, a fin de obtener nosotros, con la ayuda de tus ruegos, la misericordia de Dios.

Eres poderoso con la Reina de los cielos, cuyas alabanzas tanto te gustó predicar. Entraste en la patria el día de su Nacimiento. Haz que cada vez la conozcamos mejor, la amemos cada vez más.

Plegaria. — Protege a España, de quien eres una de sus glorias, a tu Iglesia de Valencia y a la Orden en la que te precedieron por los caminos de la santidad Nicolás de Tolentino y Juan de Sahagún. Bendice, en tierras de Francia, a esas religiosas que heredaron tu caridad y cuyo ejército de casi tres siglos ya, nos hace bendecir el nombre de Santo Tomás de Villanueva y el de tu padre San Agustín. Haz que los predicadores de la divina palabra por todo el mundo se aprovechen de los monumentos, felizmente conservados, de una elocuencia que te convirtió en oráculo de los príncipes y en

1 Sal., CXI, 9; Antífona del Magnificat.
2 *Ecl.*, XXXI, 11; Antífona del Benedictus.

luz del pobre, y que hizo te proclamasen órgano del Espíritu Santo [1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN MAURICIO Y SUS COMPAÑEROS MARTIRES

EN SIÓN, *en Valais, en el lugar llamado Agauno, el día natal de los santos Mártires Mauricio, Exuperio, Cándido, Víctor, Inocente y Vidal, con sus compañeros de la legión Tebea, quienes, matados en odio a Cristo por orden de Maximiano, llenaron el mundo con la fama de su muerte* [2]. Dediquemos un recuerdo, con Roma, a estos valientes, cuyo patrocinio constituye la gloria de los ejércitos cristianos y de innumerables iglesias. "Emperador, somos soldados tuyos, decían; pero somos también servidores de Dios. Para El fueron nuestras primeras promesas; si las violamos, ¿qué confianza podéis tener en las otras"? No hay consigna o disciplina que prevalezca ante las promesas del bautismo. Cuando ante los príncipes se afirma al Dios de los ejércitos, el honor y la conciencia obligan a todo soldado a preferir la orden del Jefe a la de los subalternos [3].

---

1 Alejandro VII, *Bula de canonización.*

2 Martirologio en este día.

3 La narración del martirio de los soldados de la legión Tebea nos la ha conservado San Euquerio, Obispo de

ORACIÓN. — "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que nos alegre la festiva solemnidad de tus santos mártires Mauricio y sus Compañeros: para que nos gloriemos del natalicio de aquellos en cuyos sufragios nos apoyamos. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

23 DE SEPTIEMBRE

SAN LINO, PAPA Y MARTIR

Una oscuridad misteriosa rodea a la vida de los primeros Vicarios del Hombre-Dios; así desaparecen los primeros sillares de un monumento que se construyó como un desafío al tiempo. Les basta la gloria de llevar sobre sí la Iglesia eterna; y también es suficiente para justificar nuestra confianza y avivar nuestra gratitud. Esta fiesta la exigía el corazón de la Esposa: es como el testimonio de su veneración hacia el humilde y dulce Pontífice que, antes que otro ninguno, se volvió a juntar con Pedro en las criptas Vaticanas.

Lyon († 499) según noticias orales. Por él sabemos que hacia fines del siglo III tuvo lugar en Agauno la matanza de los soldados que se negaron a martirizar a sus hermanos cristianos. En el lugar donde fueron enterrados sus cuerpos se construyó una basílica. Su culto se propagó por la Galia. En 1128 se estableció en Agauno una abadía de canónigos. Durante la Edad Media bastantes Órdenes Militares se pusieron debajo de la protección de San Mauricio, y los tintoreros le tienen por su Patrón.

Vida. — El *Liber Pontificalis* nos dice que San Lino era de origen toscano y que fué Papa en tiempo de Nerón, después de morir San Pedro. Duró en el trono pontificio desde el 56 al 67, murió mártir y fué enterrado en el Vaticano.

Las excavaciones que en el Vaticano realizó Urbano VIII, en el siglo xvii, lograron descubrir un sarcófago en el que se podía leer Linus; pero difícil sería dar por seguro que este sarcófago fuese el del segundo Papa.

"A falta de documentos más firmes, relativos a la vida de San Lino, nos garantiza su eminente santidad y justifica por sí sola el título de mártir con que se le honra, la elección que recayó sobre él para suceder a San Pedro durante la persecución de Nerón" (C. Schuster). Digamos únicamente que los historiadores actuales colocan su pontificado entre el 67 y 79, o sea, más tarde de lo que dice el *Liber Pontificalis.*

Autoridad de Jesucristo en el Papa. — Jesucristo invistió a Simón, hijo de Juan, del Supremo pontificado personalmente y a la vista de todos; también tú, bienaventurado Pontífice, recibiste de Jesús, aunque invisiblemente, las llaves del reino de los cielos. Contigo empieza este reino completo de la fe pura, en el cual la Iglesia, sin oír al Hombre-Dios decir nuevamente a San Pedro: *Apacienta mis ovejas,* se inclina ante la divina autoridad del hombre debidamente designado como representante del Esposo. Haz que las sombras de este mundo no nos hagan nunca vacilar en nuestra obediencia; otórganos que en el día de la eternidad merezcamos contemplar contigo en la claridad a nuestro Jefe divino.

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SANTA TECLA, VIRGEN Y MARTIR

Roma asocia a los honores del primer sucesor de Pedro la memoria de Santa Tecla, la protomártir. Juntémonos con ella en este día al concierto unánime de *los Padres de Occidente y de Oriente*[1]. Al fin del siglo III de nuestra era, el Pontífice Mártir Metodio, al dar a la Iglesia su *Banquete de las vírgenes,* colocaba en la frente de la virgen de Iconio la corona más bella de las que se repartieron entre los convidados del Esposo.

"Terminando ya el festín, la vírgenes se ponen en pie y dan gracias al Señor, y la que pre-

---

1 La devoción a la "Protomártir e igual a los Apóstoles", es una de las más antiguas y más extendidas, de modo que desde el siglo segundo ha dado materia a la leyenda. Una novela titulada "Hechos de Paula y de Tecla" contribuyó a hacerla más célebre aún, pero Tertuliano nos dice que su autor, un sacerdote, fué degradado por haberla escrito, y San Jerónimo pone entre los apócrifos todo lo que se ha escrito sobre los viajes de San Pablo con Tecla. El punto céntrico del culto de Santa Tecla estaba en Meriamlik, cerca de Seleucia, donde su sepulcro era muy frecuentado por los peregrinos. En Betfagé la fué dedicada una iglesia. En Roma, cerca de San Pablo en la vía ostiense, se construyó una iglesia sobre la tumba de una mártir del mismo nombre y a ella iban los peregrinos a ofrecer sus oraciones a la virgen de Iconium. Andando el tiempo, ha decrecido la devoción del pueblo cristiano a Santa Tecla, pero se la nombra siempre en las oraciones de los moribundos, como una de las protectoras de la buena muerte.

side el coro es ella, y ella también la que canta así:

"Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti con mi lámpara encendida.

"Me he alejado de las delicias de la vida, que son la amarga felicidad de los humanos; aspiro a contemplar continuamente tu belleza.—Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti con mi lámpara encendida.

"Desprecié la unión de un mortal, dejé la casa llena de oro; recíbeme en el feliz secreto de tu amor.—Para ti, Esposo, mé conservo pura, me llego a ti con mi lámpara encendida.

"He desbaratado los ardides del dragón, he desafiado la llama del fuego, he sufrido los asaltos de los animales feroces; de los cielos te espero.—Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti, con mi lámpara encendida.

"Oh Verbo, enamorada de ti, olvidé la tierra de mi nacimiento, olvidé los juegos de las compañeras de mi edad, y a mi madre y mis ilustres antepasados; por que tú, oh Cristo, eres todo para mí.—Para ti, Esposo, me conservo pura; me llego a ti, con mi lámpara encendida"[1].

Oración.—"Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santa virgen y mártir Tecla, nos alegre-

---

1 L. XI, c. II.

mos con su anual solemnidad y adelantemos con el ejemplo de tan gran fe. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

24 DE SEPTIEMBRE

NUESTRA SEÑORA DE LA MERCED

FORTALEZA Y SUAVIDAD. — Se termina septiembre con la lectura del libro de Judit y el de Ester en el Oficio del Tiempo. Dos libertadoras gloriosas, que fueron figura de María; el nacimiento de María ilumina este mes con un resplandor tan claro, que, sin esperar más, el mundo siente ya su ayuda.

Adonai, Señor, tú eres grande; te admiramos, oh Dios, a ti, que pones la salvación en manos de la mujer [1]; de este modo abre la Iglesia la historia de la heroína que salvó a Betulia con la espada, mientras la sobrina de Mardoqueo tan sólo empleó, para librar de la muerte a su pueblo, halagos y peticiones. Dulzura en una, valentía en otra, y en las dos belleza; pero la Reina que se escogió el Rey de reyes, lo eclipsa todo con su perfección sin igual; ahora bien, la presente fiesta es un monumento del poder que despliega para poner también ella en libertad a los suyos.

1 Antífona del Magnificat de las primeras Vísperas del 4.° Domingo de septiembre.

La esclavitud. — La Media Luna no se extendía ya más. Rechazada en España, contenida en Oriente por el reino latino de Jerusalén, se la vió a lo largo del siglo xii hacer más que nunca esclavos entre los piratas, ya que no podía tenerlos conquistando nuevas regiones. Menos molestada por los cruzados de entonces, el Africa sarracena cruzó el mar para sostener el mercado musulmán. Se estremece el alma al pensar en tantísimos desgraciados de toda clase, sexo y edad, arrebatados de las costas de los países cristianos o apresados mar adentro y rápidamente repartidos entre el harén y la mazmorra. Con todo, hubo allí, en el secreto espantoso de prisiones sin historia, admirables heroísmos con que se honró tanto a Dios como en las luchas de los mártires antiguos que con razón llenan el mundo con su fama; después de doce siglos, bajo de la mirada de los Angeles, allí encontró María ocasión de abrir horizontes, en los dominios de la caridad, a aquellos cristianos libres que, dedicándose a salvar a sus hermanos, quisiesen dar ellos también pruebas de un heroísmo desconocido hasta entonces. ¿Y no está aquí harto bien justificada, la razón que permite el mal pasajero en este mundo? El cielo que tiene que ser eterno, sin el mal no sería tan bello.

Cuando en 1696, Inocencio XII extendió la fiesta de hoy a la Iglesia universal, no hizo más que ofrecer al mundo agradecido el medio de

hacer una declaración tan universal como lo era el beneficio.

LAS ORDENES REDENTORAS. — En su origen, la Orden de la Merced, fundada, si así se puede decir, en pleno campo de batalla contra los Moros, contó más caballeros que clérigos; cosa que no ocurría en la Orden de la Santísima Trinidad, que la precedió veinte años. Se la llamó la Orden real, militar y religiosa de Nuestra Señora de la Merced para la redención de cautivos. Sus clérigos se dedicaban de modo más especial al cumplimiento del Oficio del coro en las encomiendas; los caballeros vigilaban las costas y desempeñaban la comisión peligrosa de rescatar a los prisioneros cristianos. San Pedro Nolasco fué el primer Comendador o gran Maestre de la Orden; al hallarse sus preciosos restos, se encontró al santo todavía armado de la coraza y de la espada.

Leamos las líneas siguientes, en las que la Iglesia nos da hoy su pensamiento, recordando hechos ya conocidos [1].

Cuando el yugo sarraceno pesaba con todo su peso sobre la mayor parte de España y la más rica, y eran innumerables los desgraciados creyentes que en una espantosa esclavitud estaban expuestos al peligro inminente de renegar de la fe y de olvidar su salvación eterna, la bienaventurada Reina de los cielos, acu-

[1] Fiestas de S. Pedro Nolasco y S. Raimundo de Peñafort, 28 y 23 de enero.

diendo con bondad a tantos males, demostró su gran caridad para rescatar a los suyos. Se apareció a San Pedro Nolasco, cuya piedad corría parejas con su fortuna, el cual, meditando en la presencia de Dios, pensaba sin cesar en el medio de socorrer a tantos desgraciados cristianos prisioneros de los moros; dulce y propicia, la bienaventurada Virgen se dignó decir que para Ella y para su único Hijo sería muy agradable, el que se fundase en su honor una Orden religiosa a la que incumbiese la tarea de libertar a los cautivos de la tiranía de los Turcos. Animado con esta visión del cielo, es imposible expresar en qué ardor de caridad se abrasaba el varón de Dios; no tuvo más que un pensamiento en su corazón: entregarse él, y la Orden que debía fundar, a la práctica de esta altísima caridad que consiste en entregar su vida por sus amigos y por su prójimo.

Pues bien, la misma noche, la Santísima Virgen se aparecía al bienaventurado Raimundo de Peñafort y al rey Jaime I de Aragón, haciéndoles saber igualmente su deseo respecto a los dichos religiosos y rogándolos se ocupasen en una obra de tal importancia. Pedro, pues, acudió rápidamente y se puso a los pies de Raimundo, que era su confesor, para referirle todo; se encontró con que estaba instruído de lo alto, y se sometió humildemente a su dirección. El rey Jaime llegó entonces, favorecido también de las revelaciones de la bienaventurada Virgen y resuelto a llevarlas adelante. Por lo cual, después de tratarlo entre ellos, de común acuerdo tomaron a su cuenta el instituir en honor de la Virgen Madre la Orden que se llamaría de Santa María de la Merced para la Redención de cautivos.

El diez de agosto, pues, del año del Señor 1218, el rey Jaime llevó al cabo el proyecto anteriormente madurado por estos santos personajes; los nuevos religiosos se obligaban, por un cuarto voto, a quedar en rehenes bajo del poder de los paganos, si era ello

necesario para la liberación de los cristianos. El rey les concedió llevar en el pecho sus propias armas; tuvo empeño en conseguir de Gregorio IX la confirmación de un instituto religioso que practicaba una caridad tan eminente con el prójimo. Pero el mismo Dios, por medio de la Virgen Madre, dió también tales acrecentamientos a la obra que fué pronto felizmente conocida en todo el mundo; contó multitud de sujetos notables en santidad, piedad, caridad, recogiendo las limosnas de los fieles de Jesucristo y empleándolas en el rescate del prójimo, entregándose más de una vez a sí mismos para la liberación de muchísimos. Convenía que por tal institución y por tantos beneficios se diesen a Dios dignas acciones de gracias y también a la Virgen Madre; y por eso, la Sede Apostólica, después de otros mil privilegios con que había colmado a esta Orden, dispuso la celebración de esta fiesta particular y de su Oficio.

Nuestra Señora libertadora. — ¡Sé, bendita, oh tú, gloria de tu pueblo y alegría nuestra [1]! El día de tu Asunción gloriosa subiste por nosotros a tomar posesión de tu título de Reina [2]; los anales del linaje humano están llenos de tus intervenciones misericordiosas. Por millones se cuentan los que dejaron caer sus grillos gracias a tu protección, y los cautivos que sacaste del infierno sarraceno, vestíbulo del de Satanás. Ha bastado siempre tu sonrisa para disipar las nubes, para secar las lágrimas de este mundo, que saltaba de gozo al recordar hace poco tu nacimiento. ¡Cuántos dolores hay todavía hoy en

1 *Judit,* XV, 10.
2 *Ester,* IV, 14.

el mundo! ¡Tú misma quisiste saborearlos durante tu vida mortal en el cáliz del sufrimiento! Para algunos, dolores fecundos, dolores santificadores; pero ¡qué lástima!, dolores estériles y perniciosos también en los desgraciados amargados por la injusticia social, para quienes la esclavitud de la fábrica, las mil formas de explotación del débil por el fuerte, pronto se echa de ver que son peor que la esclavitud de Argel o de Túnez.

Tú sola, oh María, puedes desenredar esas cadenas tan enmarañadas con que el príncipe del mundo irónicamente tiene apresada a una sociedad que él extravió en nombre de las grandes palabras de igualdad y de libertad. Dígnate intervenir y prueba que eres Reina. El mundo entero, todo el género humano te dice como Mardoqueo a la que había criado: *Habla al Rey por nosotros y líbranos de la muerte* [1].

26 DE SEPTIEMBRE

SAN CIPRIANO, MARTIR Y SANTA JUSTINA, VIRGEN Y MARTIR

LAS "ACTAS" DE SAN CIPRIANO. — Las *Actas* de San Cipriano nos cuentan que era mago. Entró en relación con el diablo y le pidió que sedujese

[1] *Ester*, XV, 1-3.

a una joven, por nombre Justina, para que aceptase el casarse con uno de sus clientes. El diablo no consiguió nada y, al pedirle una explicación, confesó que la joven le había hecho escapar con la señal de la cruz. Cipriano se convirtió con esta revelación, y en su *Confesión* tuvo empeño en probar que el demonio, que tan temible parece, de hecho vale muy poco contra un alma que pone su confianza en la cruz del Salvador.

Si los historiadores no admiten las *Actas* ni la *Confesión* de Cipriano, podemos al menos retener la lección que nos dan estos dos documentos en lo que al diablo se refiere. Y tal vez esta lección es hoy más oportuna que nunca, ya que parece que muchos hacen esfuerzos para echar al diablo al olvido, al mismo tiempo que se recrudece la brujería, la magia y el satanismo, y niegan algunos la existencia del infierno, como contrario a la bondad infinita de Dios.

SATANÁS. — No se puede negar que el diablo existe puesto que las Sagradas Escrituras demuestran su existencia y su acción por todas partes. Pero es necesario conocerle para combatirle bien, desenmascararle y vencerle: esto es victoria de Dios, a la vez que nuestra...

SU POTENCIA Y SU DEBILIDAD. — "En la Escritura se nos representa al diablo, fuerte, poderoso y temible por naturaleza, al que siempre

le vence el hombre frágil y desarmado, si pone en Dios su confianza. Y hasta se echa de ver claramente que Dios, para humillarle más, se complace en abatir su soberbia con los instrumentos más flacos. Dios quiere esta lucha: a El le toca recoger esta gloria, que tiene un sabor especial para El...

"Despreciando y todo a ese monstruo, el Espíritu Santo nos da a conocer su naturaleza temible, pudiendo asegurar que no hay poder en el mundo que se le pueda comparar... Pero este poder tiene su límite; nuestra alma es un santuario que guarda la voluntad y nadie por la violencia puede penetrar en él. El padre de la mentira no puede obrar directamente en la parte superior de nuestra alma; la acción sobre ella tiene sólo lugar por vía de resonancia. Las tentaciones que puede crear, afectan tan sólo a la parte sensible de nuestro ser, parte de que se sirve indignamente para su provecho y para turbar así por su medio la inteligencia y la voluntad.

NUESTRAS ARMAS. — "Es, pues, de mucha importancia que la división entre nosotros y el diablo sea perfecta y que el alma se convierta en su antagonista decidido. Por esa parte no hay arreglo posible; hay que vencer o ser víctima de este enemigo, a quien Nuestro Señor llamaba homicida.

"La vigilancia y la oración son las dos armas preventivas que no dejan entrar ni a la tentación siquiera; porque si ésta se cuela al amparo de nuestra indolencia, cuando queramos ya darnos cuenta, es casi dueña del campo. La vigilancia es para nuestra alma un centinela que la advierte del peligro, mientras que la oración nos sitúa cerca de Dios, que es nuestro verdadero muro de defensa inexpugnable... Es una verdad cierta y muy consoladora que no hay cosa en el mundo que pueda robarnos a Dios. Nunca se repetirá lo bastante: toda la fuerza del enemigo consiste en nuestra connivencia con él. Si somos fieles para cubrirnos con el escudo de la fe, en todas las circunstancias nos haremos invulnerables" [1].

VIDA. — El haber mezclado San Gregorio Nacianceno y, más tarde, Prudencio, lo que sabemos de San Cipriano de Antioquía con otros hechos de su homónimo de Cartago, y el que los griegos nunca celebrasen más que un santo de este nombre, además de la falta de indicaciones satisfactorias sobre el lugar a donde fueron trasladadas las reliquias del mártir de Antioquía, han inducido a pensar si no hubo aquí una transformación de San Cipriano, retórico pagano antes de su conversión, en un Cipriano dedicado a la magia; desdoblamiento más tarde en dos personajes distintos y, por fin, atribución de uno de ellos a Antioquía. Las listas episcopales de esta ciudad no traen ni su nombre ni el de los otros obispos nombrados

---

1 Mme. Cécile Bruyère: "*La Vie spirituelle et l'Oraison*", c. XIII.

en las *Actas*. Los Bolandistas (*An. Bol.*, XXXIX, 314-332) opinan que son un solo personaje.

De Santa Justina nada sabemos. El culto en honor de los Santos Cipriano y Justina entró en Roma en la Edad Media, al pretender que se habían encontrado sus reliquias junto a Letrán. Entonces se introdujo su fiesta en el Breviario romano.

ORACIÓN.—"Apóyenos, Señor, la continua protección de tus santos mártires Cipriano y Justina: porque no dejas de mirar propicio a los que concedes ser ayudados por tales auxilios. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

27 DE SEPTIEMBRE

LOS SANTOS COSME Y DAMIAN, MARTIRES

¡HONOR A LOS MÉDICOS! —"Honra al médico, pues tienes de él necesidad. A él también le ha creado el Altísimo. El Altísimo ha criado los medicamentos; no es de prudentes rechazarlos.

"¿No endulzó Dios el agua amarga con un leño? El dió a los hombres la ciencia de los remedios. Con ellos el médico aplaca el dolor y el boticario hace las mezclas para que la criatura de Dios no perezca. Hijo, si estás enfermo, no te impacientes. Ruega al Señor y él te curará. Huye del pecado y purifica tu corazón de toda culpa. Ofrece el incienso y la oblación de flor de harina y haz los mejores sacrificios que puedas.

Y llama al médico y no le alejes de ti, pues también él te es necesario.

"Hay un tiempo en que el suceso feliz está en sus manos, porque también él rogará al Señor para que le conceda procurar alivio y la salud a fin de prolongar la vida del enfermo"[1].

Palabras de la Sabiduría que convenía citar en esta fiesta. Fiel al precepto divino antes que nadie, la Iglesia honra hoy en Cosme y Damián a esta carrera de la medicina en la que tantos otros lograron la santidad[2].

JESUCRISTO Y EL SUFRIMIENTO. — Sería un error grande pensar que la Iglesia, inquieta de la salvación de las almas y convencida de que el sufrimiento es para las mismas una fuente de inmensos méritos, se desinteresa del cuerpo de los fieles y de las miserias que los punzan.

¿No fué Nuestro Señor Jesucristo el primero que se manifestó en el Evangelio como médico de las almas y de los cuerpos? La mayor parte de sus milagros tuvieron por objeto la curación de enfermedades y dolencias y hasta la resurrección de los muertos. Si la piedad de su corazón llegaba hasta el alma de aquellos desventurados que estaban ante El, y allí llevaba el remedio dando la gracia de la contrición y el perdón de los pecados, no olvidaba la enferme-

1 *Ecl.*, XXXVIII, 1-15.
2 Dom A. - M. Fournier, *Notices sur les saints médecins.*

dad física, sino que la curaba también con el mismo poder y con la misma bondad.

La Iglesia y el sufrimiento. — Depositarios del poder de los milagros, los Apóstoles continuaron la misión de su Maestro y el libro de los Hechos nos dice que el primer milagro de San Pedro fué curar a un pobre hombre, cojo de nacimiento.

Desde que la Iglesia tuvo libertad, fundó no sólo escuelas para la instrucción y educación de la juventud, sino también hospitales para los ancianos y enfermos. Por su doctrina, toda caridad y mansedumbre, por su ejemplo de abnegación y de sacrificio, infundió en muchos de sus hijos el pensamiento y el deseo de entregarse al servicio de los atribulados.

En el correr de los tiempos se han fundado numerosas Congregaciones para cuidar de los enfermos: Hermanos de San Juan de Dios, Hermanas de San Vicente de Paúl, etc., y se cuentan por millares en nuestras comarcas y en los países de Misiones los hospitales, los dispensarios donde religiosos y religiosas curan, con una abnegación indiscutible y que provoca la admiración general, todas las miserias del pobre género humano.

Jesucristo en sus hermanos dolientes. — Cierto que esta actividad generosa se ejerce por un amor desinteresado hacia los pobres pacien-

tes; pero también es cierto que el motivo principal es el amor a Cristo, el cual continúa sufriendo en sus miembros desdichados. Al curar al enfermo, el enfermero y la enfermera miran más lejos: miran al Señor que sufre: por su amor desprecian la repugnancia natural, no hacen caso de la fatiga que los cuidados y las vigilias les ocasionan, pasan por alto todas las dificultades que encuentran en el enfermo o en lo que le rodea; y no piden ni remuneración ni recompensa.

Mas la recompensa la tienen segura: muchas veces la de los hombres, pero principalmente y de modo infalible, la de Dios. El contacto con Dios es saludable, santificante. El prójimo hace las veces de Dios. Y por eso se sirve en el prójimo a El, y hasta El sube el cariño que se prodiga al prójimo. Un vaso de agua que se ofrezca en su nombre, no quedará sin recompensa: ya desde ahora llueven sus gracias en abundancia en aquellos que así le sirven y, en el día del juicio, oirán con gozo que el Juez Supremo les dice: "*Estuve enfermo y me visitasteis*" [1].

Los Santos médicos.—De modo que no es mucho de admirar el que se haya santificado gran multitud de almas en el ejercicio constante de caridad fraterna. Las Letanías de los Santos médicos enumeran 57 nombres y quedan muy in-

[1] *S. Mateo,* XXV, 36.

completetas aún, porque habría que añadir los nombres de los Santos y Santas que, sin haber conseguido el diploma o el título de doctor en medicina, con todo consagraron su vida al cuidado de los enfermos. Se tendrían que poner también los nombres de los misioneros martirizados que con su fe llevaron a regiones lejanas su decisión de consagrarse a aliviar todos los padecimientos físicos. Los ángeles llevan al día la lista de este Libro de Oro, donde leeremos en la eternidad las maravillas que la caridad obró en las almas generosas y las que ella llevó al cabo, que son mayores aún.

VIDA. — Sería más fácil hacer la historia del culto de los Santos Cosme y Damián, que dar pormenores de su vida y su muerte. La tradición nos dice que fueron hermanos, médicos, árabes, y, en fin, que dieron su vida por Jesucristo. Comenzó su culto en Ciro, ciudad de la Siria septentrional; en el siglo v tuvieron allí una basílica y, en 530, el peregrino Teodosio advierte que en esa ciudad fueron también martirizados. Su fama se propagó rápidamente y se encuentran huellas de su culto en Cilicia, en Edesa, en Egipto. El Papa Símaco (498-514) les dedicó un oratorio en Roma y Fulgencia un monasterio en Cerdeña, en 520. En el siglo VIII, Gregorio II instituía una Misa estacional para el jueves de la tercera semana de Cuaresma, y la fijaba en la iglesia dedicada a estos Santos, los cuales, en nuestros días, han sido declarados Patronos de una asociación de médicos católicos y también de las facultades de medicina.

ORACIÓN A SAN COSME Y SAN DAMIÁN. — Extractamos del misal mozárabe una magnífica

oración para implorar la protección de San Cosme y San Damián:

"Oh Dios, médico eterno que nos curas, que hiciste a Cosme y a Damián inquebrantables en la fe, en la valentía invencibles, para que por medio de sus heridas tuviesen remedio las heridas humanas. Antes de su pasión, con la terapéutica de este mundo consiguieron la salud para los pueblos; nómbralos, te lo rogamos, custodios y médicos de nuestras enfermedades. Ellos curan todas nuestras dolencias. Gracias a ellos la curación no tenga recaída; por ellos encuentren el remedio los cuerpos y las almas. Pongan fin a las enfermedades secretas del alma; otorguen rápida curación a las enfermedades sensibles. Con su intercesión limpien el pus de las heridas. Con los dedos de su oración purifiquen las interioridades de los heridos. Vayan por delante de las miserias humanas para remediarlas. Apresúrense a aliviar caritativamente las cargas que los hombres se echan encima. Y, asimismo, nos conserven totalmente indemnes de la enfermedad del pecado y nos guíen a la patria celestial para ser coronados en ella. Amén."

PLEGARIA A TODOS LOS SANTOS MÉDICOS. — Terminamos con una oración a todos los Santos médicos para encomendarnos a su benévola solicitud:

"¡Oh vosotros todos, Santos y Santas de Dios ilustres en la profesión médica y en la caridad con que cuidasteis a los enfermos indigentes, a vosotros os honra y venera la Iglesia católica! Y, en primer lugar, tú, santísimo Lucas, Evangelista de Nuestro Señor Jesucristo, príncipe y patrono de los médicos cristianos; vosotros, médicos insignes, Cosme, Damián, Pantaleón, Ursino, Ciro de Alejandría, César de Bizancio, Codrato de Corinto, Eusebio el griego, Antíoco de Sebaste, Zenobio de Egea; y vosotras también, Santas y dulcísimas consoladoras de los enfermos, curadoras de sus males, expertas en el arte de la medicina: Teodosia la mártir ilustre, madre de San Procopio, mártir también, Nicerata de Constantinopla, Hildegardis, virgen de Maguncia, Francisca Romana, a quienes han hecho tan gloriosamente célebres vuestra caridad con los enfermos pobres y vuestros milagros: interceded por nosotros junto a Aquel por quien vivisteis en la fe y la caridad, y por cuyo amor ejercisteis la medicina, para que nosotros, de aquí en adelante imitadores vuestros en la santidad cristiana y en la caridad con que cuidasteis a los pobres enfermos, pasemos nuestra vida en la piedad y en la paciencia y considerando los magníficos y gloriosos honorarios de la eterna bienaventuranza que recibiremos por fin de nuestro generosísimo Jesucristo, que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén."

28 DE SEPTIEMBRE

SAN WENCESLAO, DUQUE Y MARTIR

PRÍNCIPE CRISTIANO. — San Wenceslao es una de las figuras más brillantes del siglo X, siglo que se ha llamado de hierro.

Nieto de una santa, pero hijo de una madre pagana fanática, fué expresión pura de la majestad real y cristiana que iba a tener en San Luis, tres siglos después, un dechado perfecto. La naturaleza paternal de la autoridad le daba ocasión para hacer a los vasallos toda suerte de favores y moderar así los excesos del mando; como Príncipe, era lugarteniente de Jesucristo y su auténtico representante y, por tanto, tenía un carácter sobrenatural y sagrado el oficio que desempeñaba.

Cabeza de la gran familia nacional, el rey era el padre de su pueblo, y del mayor al más pequeño, todos tenían derecho de llamarse sus hijos y de apelar a su justicia. Señor indiscutible pero de poder moderado naturalmente por la identidad de intereses de la Corona y del pueblo, era el árbitro de las decisiones prudentes, porque ninguna ambición personal, ningún interés de partido podían influir en un hombre que había recibido todo de Dios, y a El solo tenía que rendirle cuentas.

Por el hecho mismo de que era el juez supremo, el rey era el pacificador, el apaciguador decía San Luis, ocupado siempre en resolver las querellas de sus hijos para unirlos puesta la mira en el bien común: la tranquilidad del reino, preludio de la paz de Dios.

A este programa del príncipe cristiano, que Wenceslao realizó en los pocos años de su reinado, Dios puso el sello del martirio dando de este modo a la obra ejecutada en el tiempo un valor de eternidad.

VIDA. — Wenceslao nació hacia el año 907. Muerto su padre en el curso de una expedición contra los húngaros, hacia 920, tuvo que tomar su madre la regencia del reino de Bohemia durante su minoría. El joven príncipe fué educado por su abuela Ludmila. Al morir ésta, se aisló al príncipe de toda influencia religiosa. Wenceslao no por eso permaneció menos fiel a su Dios. Tomó el poder en 925 y gobernó como rey cristianísimo. Llevaba vida austera, su piedad le hacía pasar las noches en oración; procuraba mantener la paz entre sus súbditos y también con el Imperio. Su política fué muy discutida por su hermano Boleslao; éste le llevó a Boleslava y a continuación de un banquete le hizo vilmente asesinar el 28 de septiembre de 929, en la iglesia de San Cosme y San Damián.

Sus milagros hicieron pública su santidad. La Iglesia reconocióla oficialmente antes de terminar el siglo x. Wenceslao es el héroe y el patrón nacional de Bohemia.

PATRÓN DE BOHEMIA. — La iglesia en que fuiste coronado, oh mártir, era la de los santos Cosme y Damián, cuya fiesta te llevó al lugar de

tu triunfo. Como los honraste tú a ellos, así ahora te honramos a ti nosotros. Y como tú, saludamos la llegada de la solemnidad que en el festín fratricida pronosticaban tus últimas palabras: "En honor del Santo Arcángel Miguel bebamos esta copa y roguémosle que se digne introducir nuestras almas en la paz de la alegría eterna." Sublime brindis, cuando ya tenías entre manos el cáliz de la sangre. Oh Wenceslao, métenos bien adentro esa intrepidez, de la que no se separa jamás la suavidad humilde, simple como Dios, hacia el cual tiende, tranquila como los Angeles, a quienes se confía. Ayuda a la Iglesia en estos nuestros calamitosos tiempos: toda ella te glorifica y toda ella tiene derecho a contar contigo. Pero especialmente protege al pueblo cuya gloria tú mismo eres; fiel como es a tu memoria santa, y reclamando como suya tu corona en todas sus luchas de la tierra, sus extravíos no pueden ser mortales. Vamos a repetir con él las palabras del viejo canto checo del siglo XIII:

"San Wenceslao, duque de la tierra checa, nuestro príncipe, ruega por nosotros a Dios, al Espíritu Santo. Kyrie eleison. Tú, el heredero de la tierra de Bohemia, acuérdate de tu raza, no permitas que perezcamos ni nosotros ni nuestros hijos. San Wenceslao, Kyrie eleison. Imploramos tu ayuda, ten misericordia de nosotros, consuela a los que están tristes, aleja todo mal, oh San Wenceslao, Kyrie eleison. La corte ce-

lestial es un palacio hermoso. Dichoso el que puede entrar en la vida eterna, luz brillante del Espíritu Santo, Kyrie eleison.

29 DE SEPTIEMBRE

DEDICACION DE SAN MIGUEL, ARCANGEL

OBJETO DE LA FIESTA. — La dedicación de San Miguel, aunque es la más solemne de las fiestas que la Iglesia celebra cada año en honor del Arcángel, le es menos personal, porque en ella se celebra a la vez a todos los coros de la jerarquía angélica. En efecto, la Iglesia, por boca de Rabano Mauro, abad de Fulda, propone a nuestra meditación el objeto de la fiesta de este día en el himno de las primeras Vísperas:

En nuestras alabanzas celebramos
A todos los guerreros del cielo;
Pero ante todo al jefe supremo
De la milicia celestial:
A Miguel que, lleno de valentía,
Derribó al demonio [1].

ORÍGENES DE LA FIESTA. — La fiesta del 8 de mayo nos trae a la memoria la aparición en el monte Gargano. En la Edad Media, sólo la celebraba la Italia meridional. La fiesta del 29 de

[1] Traducimos el texto primitivo conservado en el Breviario monástico, y no el reformado por Urbano VIII para el Breviario romano.

septiembre es propia de Roma, pues recuerda el aniversario de la Dedicación de una basílica hoy desaparecida, situada en la *Vía Salaria,* al Noreste de la Ciudad.

La dedicación de esta iglesia nos da la razón del título que hasta hoy conserva el Misal Romano para la fiesta de San Miguel: *Dedicatio sancti Michaelis.* El carácter primitivamente local de este título se fué atenuando poco a poco en los libros litúrgicos de las Iglesias de Francia o de Alemania, que en la Edad Media seguían la Liturgia romana: la fiesta llevaba entonces el título *In Natale* o *In Veneratione sancti michaelis* y, del título antiguo no quedaba ya más que el nombre del Arcángel.

El oficio de San Miguel. — El oficio tampoco podía conservar recuerdo de la dedicación: los oficios antiguos de las dedicaciones celebraban, en efecto, al santo en cuyo honor se consagraba una iglesia y no el edificio material en que era honrado. No tenían, pues, nada de impersonal, sino que, al contrario, revestían un carácter muy especificado.

El oficio de San Miguel puede contarse entre las más bellas composiciones de nuestra Liturgia. Nos hace contemplar unas veces al príncipe de la milicia celestial y jefe de todos los ángeles buenos, otras al ministro de Dios que asiste al juicio particular de cada alma finada,

y otras al intermediario que lleva al altar de la liturgia celeste las oraciones del pueblo fiel.

El ángel turiferario. — Las primeras Víspeperas empiezan con la antífona *Stetit Angelus,* cuyo texto se repite en el Ofertorio de la Misa del día: "El ángel se puso de pie junto al ara del templo, teniendo en su mano un incensario de oro, y le dieron muchos perfumes: y subió el humo de los perfumes a la presencia de Dios." La Oración de la bendición del incienso en la Misa solemne nos da el nombre de este ángel turiferario: es "el bienaventurado Arcángel Miguel". El libro del Apocalipsis, de donde están tomados estos textos litúrgicos, nos enseña que los perfumes que suben a la presencia de Dios, son la oración de los justos: "el humo de los perfumes encendidos de las oraciones de los santos subió de mano del ángel a la presencia de Dios" [1].

El Mediador de la Oración Eucarística. — Es también San Miguel quien presenta al Padre la oblación del Justo por excelencia, pues a Miguel se nombra en la misteriosa oración del Canon de la Misa, en la que la santa Iglesia pide a Dios que lleve la oblación sagrada, por manos del Angel santo, al altar sublime, a la presencia de la divina Majestad. Y, en efecto, llama poderosamente la atención el poderlo

[1] *Apoc.*, VIII, 4.

comprobar en los antiguos textos litúrgicos romanos: A San Miguel se le llama con frecuencia el "Santo Angel": el Angel por excelencia.

Ahora bien, es muy probable que la revisión del texto del Canon, en el que el singular *Angeli tui* reemplazó al plural *Angelorum tuorum*, se terminase siendo pontífice el Papa Gelasio. Y, precisamente por el mismo tiempo, a fines del siglo v, fué cuando "el Angel" se apareció al Obispo de Siponto junto al monte Gargano.

VOCACIÓN CONTEMPLATIVA DE LOS ANGELES. — De manera que la Iglesia considera a San Miguel como el mediador de su oración litúrgica: está entre Dios y los hombres. Dios, que distribuyó con un orden admirable las jerarquías invisibles [1], emplea por opulencia en la alabanza de su gloria el ministerio de estos espíritus celestes, que están mirando continuamente la cara adorable del Padre [2] y que saben, mejor que los hombres, adorar y contemplar la belleza de sus perfecciones infinitas. Mi-Ka-El: "*¿Quién como Dios?*" Expresa este nombre por sí solo, en su brevedad, la más completa alabanza, la adoración más perfecta, el agradecimiento más acabado de la superioridad divina, y la confesión más humilde de la nada de la criatura.

La Iglesia de la tierra invita también a los espíritus celestiales a bendecir al Señor, a can-

1 Colecta de la Misa.
2 Final del Evangelio de la Misa.

tarle, a alabarle, y a ensalzarle sin cesar [1]. Esta vocación contemplativa de los ángeles es el modelo de la nuestra, como nos lo recuerda un bellísimo prefacio del sacramentario de San León: "Es verdaderamente digno... darte gracias, a ti, que nos enseñas por tu Apóstol que nuestra vida es trasladada al cielo; que con amor nos ordenas transportarnos en espíritu allá donde sirven los que nosotros veneramos, y dirigirnos a las cumbres que en la fiesta del bienaventurado Arcángel Miguel contemplamos con amor, por Jesucristo Nuestro Señor."

AUXILIAR DEL GÉNERO HUMANO. — Pero la Iglesia sabe también que a estos divinos espíritus, entregados al servicio de Dios, les ha sido a la vez confiado un ministerio cerca de aquellos que tienen que recoger la herencia de la salvación [2], y así, sin esperar a la fiesta del 2 de octubre, consagrada de modo más especial a los Angeles custodios, desde hoy pide ya a San Miguel y a sus ángeles que nos defiendan en el combate [3]. Y pide, finalmente, a San Miguel que se acuerde de nosotros y ruegue al Hijo de Dios para que no perezcamos en el día terrible del juicio. El día temible del juicio, el gran Arcángel, abanderado de la milicia celestial, introducirá nues-

---

1 Introito, Gradual, Comunión de la Misa; Antífonas de Vísperas.

2 *Hebr.*, I, 14.

3 Aleluya de la Misa: Oración al pie del altar después del último Evangelio.

tra causa ante el Altísimo [1] y nos hará entrar en la luz santa [2].

PLEGARIA. — En la lucha contra los poderes del mal, podemos dirigir ya desde ahora al Arcángel, la oración de exorcismo que León XIII insertó en el Ritual de la Iglesia Romana:

"Gloriosísimo príncipe de la milicia celestial, San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha contra los principados, potestades, jefes de este mundo de tinieblas, y contra los espiritus malignos. Ven en auxilio de los hombres, que Dios hizo a imagen y semejanza suya y rescató a alto precio de la tiranía del demonio.

"La Santa Iglesia te venera como custodio y patrón; Dios te confió las almas de los rescatados para colocarlas en la felicidad del cielo. Pide al Dios de la paz que aplaste al diablo debajo de nuestros pies para quitarle el poder de retener a los hombres cautivos y hacer daño a la Iglesia. Ofrece nuestras oraciones en la presencia del Altísimo para que lleguen cuanto antes las misericordias del Señor y para que el dragón, la antigua serpiente que se llama Diablo y Satanás, sea precipitado y encadenado en el infierno, y no seduzca ya jamás a las naciones. Amén."

---

1 Antífona del Magnificat en las II Vísperas.
2 Ofertorio de la Misa de Difuntos.

30 DE SEPTIEMBRE

SAN JERONIMO, SACERDOTE, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

EL ERMITAÑO. — "Vidal me es desconocido, no quiero nada con Melecio y no sé quién es Paulino [1]; quién está con la cátedra de Pedro [2] ese es mío." De ese modo se dirigía al pontífice Dámaso hacia el año 376, desde las soledades de Siria, agitadas por las competencias episcopales que desde Antioquía traían inquieto a todo el Oriente, un monje desconocido que imploraba luz para su alma rescatada con la sangre del Señor [3]. Este era Jerónimo, oriundo de Dalmacia.

Lejos de Stridón, tierra semibárbara de su nacimiento, de la que conservaba la aspereza y la savia vigorosa; lejos de Roma, donde el estudio de las bellas letras y de la filosofía no le preservó de las más tristes caídas: el temor de los juicios de Dios le condujo al desierto de Calcis. Y allí, durante cuatro años, bajo de un cielo de fuego iba a macerar su cuerpo con espantosas penitencias; como remedio más eficaz y austeridad meritoria para su alma apasionada de las bellezas clásicas, se propuso sacrificar sus gustos ciceronianos por el estudio de la lengua

1 Carta XV, *al.* LVII.
2 Carta XVI, *al.* LVIII.
3 *Ibid.*

primitiva de los Sagrados Libros. Trabajo mucho más penoso entonces que hoy, pues los diccionarios, las gramáticas y los estudios de toda clase, han allanado los caminos de la ciencia. ¡Cuántas veces, disgustado, Jerónimo desesperó del éxito! Pero había probado la verdad de esta sentencia, que más tarde formuló: "Ama la ciencia de las Escrituras y no amarás los vicios de la carne" [1]. Y volviendo al alfabeto hebreo, deletreaba sin fin esas letras silbantes y aspirantes [2], cuya heroica conquista le recordaba siempre el trabajo que le habían costado, por la aspereza con que desde entonces, según decía, comenzó a pronunciar el latín [3]. Toda la energía de su naturaleza fogosa se había volcado en esta obra: a ella se dedicó con toda su alma y se encauzó en ella para siempre jamás [4]. Dios agradeció magníficamente la reverencia que así se tributaba a su palabra: del simple saneamiento moral que Jerónimo esperaba, había llegado a la alta santidad que hoy veneramos en él; de las luchas del desierto, al parecer estériles para otros, salía uno de aquellos a quienes se dice: *Tú eres la sal de la tierra, tú eres la*

---

1 Carta CXXV, *al.* IV, a Rústico.

2 *Ibíd.*

3 Carta XXIX, *al.* CXXX, a Marcela.

4 Hebraeam linguam quam ego ab adolescentia multo labore ac sudore ex parte didici, et infatigabili meditatione non desero, ne ipse ab ea deserar. Carta CVIII, *al.* XXVII, a Eustoquio.

luz del mundo[1]. Y esta luz la colocaba Dios a su hora sobre el candelero, *para iluminar a todos los que están en la casa*[2].

EL SECRETARIO DEL PAPA. — Roma volvía a ver, pero muy transformado, al estudiante de otros tiempos; por su santidad, ciencia y humildad todos le aclamaban como digno del supremo sacerdocio[3]. Dámaso, doctor virgen de la Iglesia virgen[4], le encargaba de responder en su nombre a las consultas del Oriente y del Occidente[5], y conseguía que comenzase por la revisión del Nuevo Testamento latino, a base del texto original griego, los grandes trabajos escriturarios que inmortalizarían su nombre en el agradecimiento del pueblo cristiano.

EL VENGADOR DE MARÍA. — En el ínterin, la refutación de Helvidio, que osaba poner en duda la perpetua virginidad de la Madre de Dios, mostró en Jerónimo al polemista incomparable, cuya energía iban a probar Joviniano, Vigilancio, Pelagio y algunos más, andando el tiempo. Y como recompensa de su honor vengado, María le llevaba todas las almas nobles; él las guiaba por el camino de las virtudes, que son la gloria de este mundo; con la sal de las Escrituras, las

---

1 *S. Mateo*, V, 13-14.
2 *Ibíd.*, 15.
3 Carta XLV, *al.* XCIX, a Asella.
4 Carta XLVIII, *al.* L, a Pammaquio.
5 Carta CXXIII, *al.* XI, a Ageruchia.

preservaba de la corrupción con que agonizaba el imperio.

El director de almas. — Suceso extraño para el historiador sin fe: he aquí que alrededor de este Dálmata, en el momento en que la Roma de los Césares está muriendo, brillan de repente los más bellos nombres de la antigua Roma. Se los creía extinguidos desde que se ensombreció la gloria de la ciudad reina entre las manos de los recién llegados; mas, como por derecho propio de nacimiento, para fundar nuevamente, y esta vez en su verdadera eternidad, la capital que dieron al mundo, vuelven esos nombres a aparecer en la misma sazón en que la ciudad va a reanudar sus destinos, después de haber sido purificada con las llamas que encenderán en ella los bárbaros. La lucha es muy distinta ahora; pero su puesto está al frente del ejército que salvará al mundo. Son raros entre nosotros los sabios, los poderosos, los nobles, decía el Apóstol cuatro siglos antes[1]; en nuestros dias son numerosos, protesta Jerónimo, *numerosos entre los monjes*[2].

En esos días de su origen occidental lo mejor del ejército monástico lo constituye la falange patricia; heredará de ella para siempre su carácter de antigua grandeza; pero en sus filas se ven también, con el mismo derecho que sus pa-

1 *I Cor.*, I, 26.
2 Carta CXXVI, *al.* XXVI, a Pammaquio.

dres y hermanos, a la virgen y a la viuda, y a veces a la esposa junto al esposo. Marcela es la primera que consigue la dirección de Jerónimo y al desaparecer el maestro, Marcela será, no obstante su humildad, el oráculo consultado por todos en las dificultades de las Escrituras [1]. Y como ella, Furia, Fabiola, Paula, que recuerdan a sus antepasados los Camilos, los Fabios, los Escipiones. Ya es demasiado para Satanás, príncipe del mundo [2], que creía para siempre suyas las glorias de la antigua ciudad; las horas del Santo en la Ciudad están contadas.

Eustoquio, hija de Paula, mereció que Jerónimo la dirigiese el sublime manifiesto, aunque lleno de tempestades, en que al santo, al ensalzar la virginidad, no le importa se levante contra él, por su palabra mordaz, la conspiración de los monjes falsos, de las vírgenes locas y de los clérigos indignos [3]. La prudente Marcela inútilmente anuncia la borrasca; Jerónimo la quita de delante y se atreve a decir lo que otros bonitamente se atreven a hacer [4].

No ha tenido cuenta con la muerte de Dámaso, que ocurre en este mismo tiempo.

---

[1] Carta CXXVII, *al.* XVI, a Principia. Et quia valde prudens erat, sic ad interrogata respondebat, ut etiam sua non sua diceret..., ne virili sexui, et interdum sacerdotibus, de obscuris et ambiguis sciscitantibus, facere videretur iniuriam.

[2] *S. Juan,* XIV, 30.

[3] Carta XXII a Eustoquio, sobre la guarda de la virginidad.

[4] Carta XXVII, *al.* CXX, a Marcela.

En Belén. — Arrastrado por el torbellino, el justiciero vuelve al desierto: pero no es al de Calcis, sino a la tranquila Belén, a donde llevaban a este magnánimo los recuerdos de la infancia del Salvador; a donde Paula y su hija van a fijar su residencia para no perder las lecciones que prefieren a todo, para endulzar su amargura y curar las heridas del león cuya potente voz no cesará de tener alerta a los ecos del Occidente. ¡Honor a esos valientes! Su fidelidad, su ambición de saber, sus importunidades piadosas acarrearán al mundo un tesoro inapreciable, la traducción auténtica [1] de los libros sagrados que se precisó hacer por causa de los Judíos que trataban a la Iglesia de falsaria al ver la imperfección de la antigua versión Itálica y sus innumerables variantes.

Ahora bien, cada libro que se traducía, traía una crítica nueva y no siempre rencorosa: restricciones de los cobardes, que se alarmaban por la autoridad tan grande de los Setenta en la Sinagoga y en la Iglesia; astucias interesadas de los poseedores de manuscritos que tenían páginas empurpuradas, unciales espléndidas, letras en plata y oro y que ahora se iban a ver menospreciados. "¡Ah!, conserven ellos su metalurgia y nos dejen a nosotros nuestros pobres cuadernos", exclama Jerónimo irritado. "Y sois vosotras las que me obligáis a aguantar tantas

1 Concilio Tridentino. Sesión IV.

necedades y tantas injurias, dice a las alentadoras de sus trabajos; para cortar por lo sano, lo mejor sería callarme."

No lo comprendían así ni la madre ni la hija; y Jerónimo no resistía [1]. Todas las santas amistades de antaño tenían su parte desde lejos en este comercio estudioso. Jerónimo a nadie negaba el concurso de su ciencia, y con gusto se excusaba de que una mitad del género humano pareciese en eso más privilegiada: "Principia, hija mía en Jesucristo, sé que muchos ven mal que a veces tenga que escribir a las mujeres; pero que me permitan decir a mis detractores: Si me preguntasen los hombres sobre la Escritura, no las tendría que responder a ellas" [2].

Pero he aquí que de repente un mensaje de alegría estremece a los monasterios fundados en Efrata: en Roma ha nacido otra Paula, de un hermano de Eustoquio y de Leta, hija cristiana de Albino, pontífice de los falsos dioses. Consagrada al Esposo antes de nacer, repite, tartamudeando en brazos del sacerdote de Júpiter, el Aleluya de los cristianos; sabe que más allá de los montes y de los mares tiene otra abuela y también una tía consagrada a Dios; quiere marchar: "Envíamela, escribe en su alborozo Jerónimo a la madre; yo seré su maestro y su bienhechor. La llevaré sobre mis viejos hombros; ayudaré a su boca que ya tartamudea a

---

[1] Quia vos cogitis..., cogor..., cogitis... *Passim.*
[2] Carta LXV, *al.* CXL, Principia.

formar sus palabras y de esto me sentiré más orgulloso que Aristóteles, pues él no educaba más que a un rey de Macedonia, y yo prepararé a Cristo una servidora, una esposa, una reina destinada a tener silla en los cielos" [1].

Los ÚLTIMOS DÍAS. — Belén, en efecto, vió a la dulce niña. Muy joven aún, tuvo que asumir la responsabilidad de continuar allí la obra de los suyos. Junto al anciano moribundo, ella fué su ángel, al pasar de este mundo a la eternidad.

Al supremo momento había precedido para él la hora de los desgarramientos profundos. La vieja Paula fué la primera que partió cantando: *He preferido ser humilde en la casa de Dios, a morar en los palacios de los pecadores* [2]. Ante la postración mortal en que Jerónimo parece que se iba a aniquilar para siempre [3], destrozada Eustoquio contuvo sus lágrimas. A instancias de la hija, continuó viviendo para cumplir sus promesas a la madre. Y así le vemos terminar por entonces sus traducciones y continuar también sus comentarios del texto; va a pasar de Isaías al profeta Ezequiel, cuando de repente cae sobre el mundo y sobre él el dolor indecible de aquellos tiempos: "Roma ha caído; se ha apagado la luz de la tierra; en una sola ciudad ha sucumbido todo el universo. ¿Qué

1 Carta CVII, *al.* VII, a Laeta.
2 Salmo LXXXIII, 11. Carta CVIII, *al.* XXVII, a Eustoquio.
3 Carta XCIX, *al.* XXXI, a Teófilo.

hacer, sino guardar silencio y pensar en los muertos?"

Había que pensar, además, en los innumerables fugitivos que afluían, despojados de todo, hacia los santos lugares; y Jerónimo, el luchador implacable, no sabía negar a ningún desgraciado su corazón y sus lágrimas. Prefiriendo aún más practicar que enseñar la Escritura, ocupaba los días en los deberes de la hospitalidad. Sólo la noche les quedaba para el estudio a sus ojos casi ciegos. Estudios muy amados de él, en los que olvidaba las miserias del día y se gozaba con responder a los deseos de la hija que Dios le había dado. Léase el prólogo de cada uno de los catorce libros de Ezequiel y se verá qué parte corresponde a la vírgen de Cristo en esta obra, que se la disputaron las angustias del tiempo, las enfermedades de Jerónimo y sus últimas luchas contra la herejía.

Porque se diría que la herejía tomaba ocasión del trastorno del mundo para nuevas audacias. Fuertes con el apoyo que les prestaba el obispo Juan de Jerusalén, los Pelagianos, armados una noche de la tea y de la espada, se lanzaron contra el monasterio de Jerónimo y contra los de las vírgenes, que, después de la muerte de Paula, reconocían a Eustoquio por madre, sembrando la matanza y el incendio. Virilmente secundada por su sobrina Paula la joven, la santa reunió a sus hijas y logró abrirse paso a través de las llamas. Pero la ansiedad de esta

noche terrible terminó de consumir sus agotadas fuerzas. Jerónimo la enterró junto al pesebre del Niño-Dios, como antes lo hizo con su madre y, dejando sin terminar su comentario sobre Jeremías, se preparó también él a morir.

VIDA. — San Jerónimo nació en Stridón, en Dalmacia, entre 340 y 345. Sus padres le enviaron a Roma a estudiar la gramática y la retórica. Se dejó ganar algún tiempo por los placeres y los triunfos, pero pidió pronto el bautismo al Papa Liberio, y luego, a continuación de su estancia en Tréveris junto a la corte imperial, se retiró a Aquileya y poco después marchó al Oriente. Permaneció en Antioquía durante la Cuaresma de 374 ó 375. Estando gravemente enfermo, prometió no leer más los libros profanos. Una vez curado, salió para el desierto de Calcis, al sureste de Antioquía y allí vivió como un ermitaño y aprendió el hebreo. Vuelto a Antioquía, se ordenó de sacerdote y fué a Constantinopla, donde encontró a San Gregorio Nacianceno. En 382 se encontraba en Roma: el Papa San Dámaso le tomó por secretario y le aconsejó que estudiase la Sagrada Escritura y revisase la traducción de los Evangelios y del Salterio. Al estudio juntó la predicación y la dirección espiritual. Después de la muerte del Papa, acaecida en 384, Jerónimo dejó Roma. Con Paula y Eustoquio visitó Palestina, Egipto, y se estableció en Belén en 386. Paula construyó un monasterio para él y sus compañeros y otro para ella y sus hijas. Desde entonces su vida estuvo totalmente consagrada al estudio de la Escritura, a la traducción de los Libros Sagrados y a la dirección espiritual por medio de sus Conferencias y sus Cartas. Murió el 419 ó 420 a los noventa y dos años. Su cuerpo se venera en Roma en la Iglesia de Santa María la Mayor.

El Santo. — Tú completas, Santo ilustre, la brillante constelación de los Doctores en el cielo de la Santa Iglesia. Ya se anuncia la aurora del día eterno; el Sol de justicia aparecerá pronto en el valle del juicio. Modelo de penitencia, enséñanos el temor que preserva o repara, dirígenos por los caminos austeros de la expiación. Monje, historiador de grandes monjes, padre de los solitarios atraídos como tú a Belén por el suavísimo olor de la divina Infancia, sostén el espíritu de trabajo y oración en el Orden monástico, muchas de cuyas familias tomaron de ti su nombre. Azote de los herejes, únenos a la fe romana; celador del rebaño, preservanos de los lobos y de los mercenarios; vengador de María, consíguenos que florezca cada vez más en el mundo la virginidad.

El Doctor. — Oh Jerónimo, tu gloria participa sobre todo de la gloria del Cordero. La llave de David[1] se te concedió para abrir los múltiples sellos de las Escrituras y mostrarnos a Jesús oculto en su letra. Y, por eso, la Iglesia de la tierra canta hoy tus alabanzas y te presenta a sus hijos como el intérprete oficial del Libro inspirado que la guía a sus destinos. A la vez que su culto, dígnate aceptar nuestra gratitud personal. Quiera el Señor, por tus ruegos, renovarnos en el respeto y el amor que merece su divina palabra. Logren por tus méritos multiplicarse

[1] *Apoc.*, III, 7.

los doctos y sus sabias investigaciones sobre el depósito sagrado. Pero que nadie lo eche en olvido: a Dios hay que escucharle de rodillas si se le quiere entender. Dios se impone y no admite discusión: con todo, entre las interpretaciones diversas a que sus divinos mensajes puedan dar lugar, está permitido buscar, debajo de la mirada de su Iglesia, cuál es la verdadera; y es laudable igualmente el escudriñar sin cesar las profundidades augustas. ¡Feliz el que te sigue en estos estudios santos! Tú lo dijiste: "vivir entre semejantes tesoros, dejarse cautivar de ellos, no saber ni buscar otra cosa, ¿no es esto habitar ya más en el cielo que en la tierra? Aprendamos en el tiempo aquello cuya ciencia permanecerá siempre con nosotros"[1].

1 DE OCTUBRE

SAN REMIGIO, OBISPO Y APOSTOL DE LOS FRANCOS

La elección de San Remigio. — El año 486 Siagrio fué derrotado junto a Soissons por los Francos de Clodoveo. Era el derrumbamiento definitivo de un mundo que ya de mucho tiempo atrás venía arruinándose, consumido a la vez por sus propios vicios y por las invasiones de los bárbaros. Visigodos, Burgondios, Alamanos y

[1] Carta LIII a Paulino.

Francos ocupan las Galias; no queda ya casi nada del poder romano, que hasta ahora hacía esfuerzos por sobrevivir, en la persona de algunos señores galo-romanos de las milicias.

La Iglesia sola resiste. Defensores de la ciudad y custodios de la civilización, sus obispos, en medio de las invasiones con el séquito de todas las miserias, son la única fuerza moral y social. Germán de Auxerre, Lope de Troyes, Aniano de Orleans, gozan ya del descanso eterno y protegen a su pueblo desde lo alto de la gloria. En Reims, en la capital de la Galia Belga, el obispo Remigio es una de las figuras más grandes de su tiempo, el principal personaje del Noreste. Lo debe a la importancia de su sede episcopal, y más todavía a sus cualidades personales y a sus relaciones [1].

Por su nacimiento pertenece a una de las familias más poderosas, cuyos dominios se extienden a una gran parte de las regiones francesas del Laonnois y del Porcien. Recibió una educación muy esmerada: desde Auvergne, Sidonio Apolinar saluda en él a un maestro de la retórica; pero la virtud y la santidad de la vida están por encima de su ciencia y de su elocuencia. Se pondera la gravedad de sus costumbres, la madurez de su espíritu. Apenas cuenta los veintidós años, y ya da muestras seguras de

---

[1] Quien quisiere hacer un estudio sobre San Remigio, tendrá un buen guía en el canónigo J. Leflon, *Histoire de l'Eglise de Reims, du Ier au Ve siècle,* Reims, 1942.

sentido práctico, de habilidad, de autoridad, pues es elegido obispo de Reims.

Esta elección tan extraordinaria iba contra todas las reglas eclesiásticas. Si el clero y el pueblo de Reims escogieron a un hombre joven, es que su persona se imponía tanto por sus cualidades como por razón de las circunstancias. Remigio es el hombre providencial que va a poner remedio a una perturbación tremenda: bien le cae su nombre de *salvador* y *guía*[1]. Ante la descomposición del Imperio Romano, muchas mentes se vuelven hacia los bárbaros, prepárase un mundo nuevo y hacia él se orientan los realistas enfrentándose con lo porvenir a pesar de serles desconocido. Las gentes de Reims siempre fueron prácticas y el primero entre ellas el obispo Bennado. Pero los partidarios de lo pasado se sienten con alguna fuerza todavía y Egidio, el padre de Siagrio, con ayuda de los Francos, impone su autoridad y reprime duramente cualquier rebelión y tentativa separatista. La situación entre el señor de las milicias y el obispo era muy tensa cuando murió el último en 458 ó 459. Las graves dificultades presentes y una gran inquietud por lo futuro han otorgado los votos a Remigio.

El elegido declarará más tarde en una carta el obispo Fulco de Tongres, que aceptó el báculo contra su voluntad. Y se muestra merecedor de las esperanzas que sus compatriotas tie-

[1] Declase indistintamente *Remedius* o *Remigius*.

nen fundadas en él, pues sabe a la vez llevar bien las circunstancias presentes y mirar a lo porvenir. Y para prueba nos basta la ausencia de toda clase de conflictos con el señor de las milicias y la actitud que observó con los Francos, a los que tuvo siempre vecinos. Nos queda el testimonio de una carta rebosante de dignidad paternal, que el obispo de Reims dirige al joven Clodoveo, cuando a los quince años escasos fué elevado al trono el rey de Tournai en el otoño del 482.

BAUTISMO DE CLODOVEO. — Cuatro años más tarde los Francos son dueños de toda la Galia Belga. El famoso episodio del vaso de Soissons nos dice que había armonía de relaciones entre el ilustre prelado y el joven rey. Lo futuro sigue tan inquietante para toda alma católica. El señor del país no deja de ser un bárbaro y Clodoveo no es el más fuerte ni mucho menos, y, cualquiera que sea el vencedor definitivo, habrá que aguantar el yugo o bien de un pagano idólatra, o bien de un hereje arriano que niega la divinidad de Jesucristo. Comienza un drama punzante, cada una de cuyas fases deja profundas huellas en el alma de Clodoveo; mientras dura, se echa de ver la acción vigilante de Remigio.

Y primeramente, en el matrimonio de Clodoveo con la burgonda Clotilde, la única princesa católica. No se conoce el papel que el obispo desempeñó en el proyecto de esta unión, pero

le admite la tradición como muy probable. Mejor podemos seguir su acción discreta en el asunto delicado de la conversión del rey. La reina se convierte en catequista de su marido. La tarea de hacer penetrar la luz del Evangelio en este espíritu pagano, se presenta sumamente difícil. Los arrianos le buscan también con mucho interés. Estos últimos conquistaron ya a una hermana del rey. En el alma de Clodoveo presentan batalla el Dios de Clotilde, los dioses de los Francos y el dios de los arrianos; pero en ese combate los hechos tienen mucha más fuerza que los argumentos teológicos. La providencia, con su mano poderosa y a veces fuerte, gobierna los acontecimientos. Para el rey, el Dios de Clotilde es el sostén seguro del episcopado en todas las Galias; pero es también la humillación de su raza, la oposición de sus guerreros, las hostilidad de los Godos. El bárbaro vacila; no consiguen decidirle ni las instancias de la reina ni las exhortaciones del obispo.

Y un día nace un hijo a la pareja real. Se le bautiza en una ceremonia espléndida que impresiona a Clodoveo. El catolicismo tiene un porvenir seguro. Pero a los ocho días el niño se muere; es una venganza de los dioses Francos. Nace un segundo hijo, que cae enfermo al día siguiente de su bautizo. Las oraciones de su madre le consiguen la salud. El rey continúa resistiendo. Y sale para la guerra contra los Alamanos que amenazan a su reino. Se ha empezado

la lucha. El enemigo es formidable; el ejército franco afloja; todo está perdido. Entonces Clodoveo levanta al cielo los ojos y exclama: "Jesucristo, a quien Clotilde confiesa como Hijo de Dios vivo..., si me concedes la victoria..., creeré en ti y seré bautizado en tu nombre...; líbrame de mis adversarios." El voto fué oído.

Entonces Remigio comienza el catecumenado de Clodoveo, pero en secreto, pues el rey teme a sus guerreros que son paganos: en ello le va la corona y la vida. Por eso tiene sus dudas todavía sobre recibir, o no, el bautismo. En la primavera del 498 sale de nuevo a la guerra y lleva sus armas hasta Burdeos. El 11 de noviembre se encuentra en Tours: asiste a las solemnidades de San Martín. Los milagros obrados a su vista y la protección del santo le conmueven: cae de rodillas y promete bautizarse sin más tardar.

Se presenta la última objección: ¿Cómo reaccionará el pueblo franco? Cuando el rey hace pública su decisión, responden sus guerreros que ellos están decididos a seguir al Dios que Remigio llama inmortal. Y es que el obispo ha trabajado en la conversión del pueblo al mismo tiempo que en la del rey.

En Reims, rebosante de júbilo, se prepara en seguida la ceremonia: en la noche de Navidad se realiza la maravilla espléndida del bautizo del bárbaro Clodoveo y de sus guerreros: el pueblo franco nace para Jesucristo.

Quedará para siempre como una fecha de las más memorables el 25 de diciembre del 498.

"La conversión de Clodoveo al catolicismo es un acontecimiento que hace época en la historia del mundo. Sus consecuencias propasan, efectivamente, los límites del pequeño reino franco, en el cual, al fin del siglo v, reinaba el hijo de Childerico, y se dejan sentir hasta nuestros días.

"El bautizo de Clodoveo dió origen al primer estado bárbaro católico que se fundó sobre las ruinas del Imperio Romano. La adhesión del joven rey franco a la fe romana consolidó la victoria del catolicismo sobre el paganismo y el arrianismo en Occidente... y selló, por decirlo así, la alianza del trono y del altar... El día de Navidad nació Clodoveo para Cristo, y el mismo día la Iglesia de Francia..." [1]. Contribuyeron a este hecho las oraciones y los padecimientos calladamente sufridos de Remigio y Clotilde y de muchos más.

La tumba de San Remigio. — Después del bautizo de Clodoveo, el obispo de Reims desempeña un papel menos notable; pero continúa ejerciendo gran influencia en el rey y, por eso, le trata como un padre muy cariñoso. Mientras el reino franco se va extendiendo por toda Francia, Remigio se ocupa principalmente de su diócesis y de sus vasta provincia. Procura a las

---

1 Léon Levillain, *La conversion et le baptême de Clovis*, Revue d'Histoire de l'Église de France, XXI, 1935.

sedes episcopales los titulares, consagra obispos, administra las posesiones de su iglesia, defiende la fe, gobierna los fieles y rige una población muy heterogénea y, por tanto, no siempre fácil. Forma con esmero a los discípulos que tendrán que continuar la labor, en particular a su sobrino el sacerdote Agrícola y a Teodorico, abad del Monte de Hor. Por fin, se duerme en la paz del Señor alrededor de los noventa y tres años de edad y cerca de los setenta y cuatro pasados en el ministerio episcopal.

Conforme a su última voluntad, sus restos descansan en la minúscula pero antiquísima basílica cementerial de San Clemente y San Cristóbal, modesto oratorio que en adelante se convierte en uno de los santuarios más célebres y tendrá anexo un monasterio de los más importantes: la reina Gerberga le llamará "el primero de Francia". En espléndido sepulcro se conservan las preciosas reliquias y también "la santa ampolla", símbolo de la continuidad de la tradición entre una consagración y otra y de la fidelidad de los reyes de Francia a su oficio, cuando iban a Reims a consagrarse y a recibir la corona en la catedral en que fué bautizado Clodoveo.

Lección de San Remigio. — El pueblo sencillo de Bourg Saint-Remy ha permanecido siempre ingenuamente devoto a su patrón, cuya gloria en el correr de los siglos se aureola con todos

los destellos de la historia y de la leyenda, de la piedad y del arte...

Oigan siempre Francia y todas las naciones católicas la lección de Remigio al joven Clodoveo: "Lo más necesario de todo es que vigiles para no apartarte de los designios de Dios... Debes rodearte de consejeros que hagan honor a tu fama; administrar con honradez e integridad; respetar a los sacerdotes de tus Estados, consultar siempre su parecer... Consuela a tus conciudadanos... De tu boca salga la justicia... Si alguien se llega a ti, no se sienta extraño ante ti...".

2 DE OCTUBRE

LOS SANTOS ANGELES CUSTODIOS

HISTORIA DE LA FIESTA. — Aunque la solemnidad del 29 de septiembre tiene por objeto honrar a todos los espíritus bienaventurados de los nueve coros, la piedad de los fieles en estos últimos siglos ha deseado se consagrase un día especial en la tierra a celebrar a los Angeles custodios. Diversas Iglesias empezaron a celebrar esta fiesta y la pusieron en diferentes fechas del año; Paulo V, aunque la permitía el 27 de septiembre de 1608, creyó conveniente no imponer su aceptación; Clemente X terminó con esta variedad respecto a la nueva fiesta y el

20 de septiembre de 1670 la fijó en el 2 de octubre, primer día libre después de San Miguel, a cuya fiesta está como subordinada.

Doctrina de la Iglesia. — Es de fe que en este destierro, Dios encomienda a los Angeles la custodia de los hombres destinados a contemplarle en el cielo, y esto lo aseguran las Escrituras y lo afirma unánimente la Tradición.

Las conclusiones más ciertas de la teología católica extienden el beneficio de esta protección preciosa a todos los miembros de la raza humana, sin distinción de justos o pecadores, de infieles o bautizados. Alejar los peligros, sostener al hombre en su lucha contra el demonio, despertar en él santos pensamientos, apartarle del mal y castigarle de cuando en cuando, rogar por él y presentar a Dios sus propias oraciones: he ahí el oficio del Angel custodio. Y es un ministerio tan especial, que no acumula el mismo Angel la custodia simultánea de varios, y tan asiduo, que acompaña a su protegido desde el primer día al último de su vida, recogiendo el alma al salir de este mundo para conducirla después del juicio al puesto que se mereció en los cielos o en la mansión temporal de purificación y de expiación.

Los nueve coros. — La santa milicia de los Angeles custodios se recluta principalmente en las proximidades más inmediatas a nuestra naturaleza, entre los puestos del último de los nue-

ve coros. Dios, en efecto, reserva para el honor de formar su augusta corte a los Serafines, Querubines y Tronos. Las Dominaciones presiden desde lo alto de su trono el gobierno del universo; las Virtudes velan por la firmeza de las leyes de la naturaleza, por la conservación de las especies, por los movimientos de los cielos; las Potestades mantienen encadenado al infierno. La raza humana, en su conjunto y en los cuerpos sociales de las naciones y de las Iglesias, está confiada a los Principados; en tanto que el oficio de los Arcángeles, encargados de las comunidades menores, parece ser también el de transmitir a los Angeles las órdenes del cielo, con el amor y la luz que baja para nosotros de la primera y suprema jerarquía. ¡Abismos de la Sabiduría de Dios[1]! Así pues, el conjunto admirable de ministerios dispuesto entre los diversos coros de los espíritus celestiales, se ordena, como fin, a la custodia inmediatamente confiada a los más humildes de ellos, a la custodia del hombre, para quien fué creado el universo. Lo mismo afirma la Escuela[2]; y lo dice el Apóstol: *¿No son todos ellos espíritus ministrantes, enviados para servicio en favor de los que han de heredar la salud*[3]?

OFICIO DE LOS ANGELES CUSTODIOS. — "Los Angeles, dice San Lorenzo Justiniano, observan

1 *Rom.*, XI, 33.
2 Suárez, *De Angelis*, l. VI, XVIII, 5.
3 *Hebr.*, I, 14.

nuestras diversas acciones; nos exhortan, nos incitan, nos levantan después de nuestras caídas, y vigilan en derredor de la Iglesia militante. Sin parar, suben y bajan; siempre andan contentos, siempre solícitos, del cielo a la tierra y de la tierra al cielo, a ofrecer a Dios nuestras obras, nuestras lágrimas y nuestras oraciones. Nos traen del altar de Dios, es decir, de la humanidad de Cristo, el fuego de la caridad, el ardor de la fe, y la esperanza de tener parte un día en la gloria de los Santos. Nos muestran el triunfo de los mártires para darnos mayores ánimos; la puerta del cielo abierta, para inducirnos a despreciar el mundo; la presencia continua de Dios, para llenarnos de respeto; y por fin, la inmensidad de la dicha eterna, para excitar nuestros deseos. Cuantas más ocasiones tienen de ejercer por nosotros estas diversas funciones, más felices y diligentes se sienten. Muy lejos de envidiar nuestros adelantos en el bien o de mermar en nada nuestros méritos, trabajan por nuestra perfección, nos instruyen en nuestros deberes y nos alientan para cumplirlos. No tienen otro deseo ni otro fin que la gloria del Omnipotente y nuestra salvación. Son los amigos de la Sabiduría, viven cerca del Verbo, exentos de toda miseria, de toda imperfección. Asimismo, al ejercer su ministerio en medio del mundo, no se manchan ni lo más mínimo, ni sienten fatiga ninguna. Aunque circunscritos por el espacio, permanecen siempre en presencia de

Dios; al mismo tiempo que sirven a los hombres, no cesan de ofrecer amorosamente a su Criador el sacrificio de la alabanza; las funciones de su ministerio no los apartan del homenaje y de la gloria que deben tributar al Rey inmortal"[1].

Pero Dios, que se muestra espléndido en extremo con el linaje de los hombres, no se deja vencer de los gobiernos de este mundo cuando se trata de honrar con una atención especial a los príncipes de su pueblo, a los privilegiados de su gracia o a los que rigen el mundo en nombre de El; al decir de los Santos, una perfección suma, una comisión altísima en el Estado o en la Iglesia, exigen para el investido la asistencia de un espíritu también superior, sin que el Angel de primera hora, si así se puede decir, tenga necesariamente por eso que ser relevado de su propia custodia. No hay lugar, además, para que en el campo de operaciones de la salvación, el titular celestial del puesto que se le confió desde el principio, pueda nunca temer verse solo; a su llamada, a una orden de lo alto, los ejércitos de los bienaventurados compañeros, que llenan cielos y tierra, están siempre dispuestos a prestarle su ayuda poderosa. Entre esos nobles espíritus que aspiran en la presencia de Dios a favorecer por todos los medios su amor hacia El, hay alianzas secretas que a veces originan en este mundo

1 De la Agonía triunfante.

entre sus devotos aproximaciones cuyo misterio se descubrirá el día de la eternidad.

LOS ANGELES EN LA CREACIÓN. — "¡Misterio profundo, dice Orígenes, la repartición de las almas entre los Angeles encargados de su custodia; secreto divino relacionado con la economía universal que descansa en el Hombre-Dios! Y no sin disposiciones inefables se reparten entre las Virtudes de los cielos los servicios de la tierra, los grupos múltiples de la naturaleza: fuentes y ríos, vientos y bosques, plantas, seres animados de los continentes o de los mares, cuyos oficios se armonizan por medio de los Angeles que dirigen sus variados oficios al fin común"[1]. De este modo se conserva, en su fuerte unidad, la obra del Creador.

Y sobre estas palabras de Jeremías: *¿Hasta cuándo estará llorando la tierra*[2]?, Orígenes prosigue[3]: "La tierra se regocija o llora por cada uno de nosotros; y no sólo la tierra, sino también el agua, el fuego, el aire, todos los elementos, que aquí no hay que entender de la materia insensible, sino de los Angeles que están al frente de todas las cosas del mundo. Hay un Angel de la tierra, y ese es, juntamente con sus compañeros, el que llora por nuestros crímenes. Hay un Angel de las aguas, a quien se aplica el Salmo: *Las aguas te han visto y temieron; la in-*

---

1 Coment. sobre Josué, *Hom.* XXIII.
2 *Jeremías,* XII, 4.
3 *Hom.,* X.

quietud se ha apoderado de los abismos; voces de las muchas aguas, voces de la tempestad: el relámpago ha surcado la nube como una flecha"[1].

La naturaleza, considerada de esta manera, es grande. La antigüedad, que abundaba en verdades y en poesía más que nuestras generaciones actuales, de ese modo contemplaba el universo. Su error consistió en adorar a esos poderes misteriosos, con perjuicio del único Dios, *ante quien se inclinan los que sostienen el mundo*[2]. "Aire, tierra, océano, todo está lleno de Angeles, dice a su vez San Ambrosio[3]. Eliseo, asediado por un ejército, no tenía miedo alguno, pues veía que le asistían escuadrones invisibles. Ojalá te abra también el profeta tus ojos y que el enemigo, aunque sea legión, no te asuste: te crees sitiado y estás libre; *son menos los que están en contra nuestra que a nuestro favor*"[4].

CULTO AL ANGEL DE LA GUARDA. — Para terminar, escuchemos hoy, como lo hace la Iglesia, al Abad de Claraval, a cuya elocuencia parece que en esta ocasión la nacen alas: "En todo lugar muéstrate respetuoso con tu Angel. Muévate a rendir culto a su grandeza el agradecimiento por sus beneficios. Ama a ese futuro coheredero, que

1 Salmo LXXVI, 17-18.
2 *Job.*, IX, 13.
3 Coment. del Salmo CXVIII; Sermón I, 9, 11, 12.
4 *IV Re.*, VI, 16.

ahora es el tutor designado por el Padre para los días de tu niñez. Porque, aunque somos hijos de Dios, no pasamos ahora de niños y el camino es largo y peligroso. Pero *Dios ha mandado a sus Angeles que te guarden en todos tus caminos; y ellos te llevarán en sus manos para que tu pie no tropiece en las piedras. Pisarás sobre áspides y basiliscos y hollarás al león y al dragón*[1]. Ciertamente, por donde el camino es fácil para un niño, su ayuda se reducirá a ser simplemente un guía, a sostenerte como se hace con los niños. Pero la prueba ¿corre peligro de exceder a tus fuerzas? Te llevarán en sus manos. ¡Manos de Angeles! ¡Cuántos atolladeros temibles, saltados como sin darse cuenta merced a esas manos, sólo dejarán en el hombre la impresión de una pesadilla desvanecida rápidamente"[2]!

AGRADECIMIENTO A LOS ANGELES. — Santos Angeles, benditos seáis porque los crímenes de los hombres no cansan vuestra caridad; os damos gracias, entre otros muchos beneficios, por el de conservar la tierra habitable, dignándoos permanecer siempre en ella. Hay muchas veces peligro de que la soledad se haga pesada al corazón de los hijos de Dios en las grandes ciudades y en los caminos del mundo, donde no se codean más que desconocidos o enemigos; pero, si

---

[1] Salmo XC, 11-13.
[2] Comentario al Salmo XL; Sermón XII.

el número de los justos ha disminuído, no disminuye el vuestro. Y en medio de la multitud apasionada, como también en el desierto, no hay un ser humano que no tenga junto a sí a su Angel, representante de la Providencia universal sobre los buenos y los malos. Espíritus bienaventurados, tenemos con vosotros la misma patria, el mismo pensamiento y el mismo amor; ¿por qué han de turbar los ruidos confusos de una turba frívola la vida del cielo que desde ahora podemos ya vivir con vosotros? El tumulto de las plazas públicas ¿os impide acaso formar allá vuestros coros, o impide al Todopoderoso percibir en ellas vuestras armonías? También nosotros queremos cantar por doquier al Señor y unir continuamente nuestras adoraciones a las vuestras, viviendo por la fe en lo escondido del rostro del Padre [1], cuya continua contemplación os arroba a vosotros [2]. Penetrados de ese modo del vivir angélico, la vida presente no nos ofrecerá ninguna inquietud, ni tampoco la eterna, sorpresa alguna.

3 DE OCTUBRE

SANTA TERESA DEL NIÑO JESUS, VIRGEN

TERESA Y EL AÑO LITÚRGICO. — "¿Qué podría decir de las veladas de invierno en los Buisson-

1 Salmo XXX, 21; *Col.*, III, 3.
2 *S. Mateo,* XVIII, 10.

nets? Terminada la partida de damas, María o Paulina leían el *Año Litúrgico*... Mientras tanto, me colocaba yo en las rodillas de papá y, acabada la lectura, cantaba él con su bonita voz cantares melodiosos como para adormecerme. Entonces apoyaba yo mi cabeza en su pecho y me arrullaba dulcemente..."

Apenas han pasado cincuenta y cinco años de la subida al cielo de la amable Santa y ya tiene ella su puesto en el mismo *Año Litúrgico*, cuya lectura escuchaba con tanta fruición. Y ¿no se podría pensar sin temeridad que fué el *Año Litúrgico* el que la hizo comprender el sentido profundo de las fiestas "de ella tan amadas", que fué este libro el que la hizo conocer "a los bienaventurados moradores de la ciudad celestial, a los cuales pedía su duplicado amor para amar a Dios", el que la enseñó a amar a la Iglesia, en cuyo seno "ella sería el amor" y, por fin, el que la infundió la confianza atrevida de llegar a ser una gran Santa"?

MISIÓN DE TERESA. — Todos los días, en efecto, en el Calendario Litúrgico, los Santos nos traen su testimonio; y todos los días por ellos nos hace Dios oír su voz proponiéndonos el ejemplo de su vida y recordándonos cuál fué su misión. Teresa recogió ese testimonio, escuchó esa voz y ahora, cuando todo el mundo la conoce, nos da el ejemplo de su vida para enseñarnos a nosotros a ser también Santos. Ahora

bien, la vida de Santa Teresa del Niño Jesús se distingue por los méritos de la infancia espiritual. Ella misma explicó claramente el sentido de su misión poco tiempo antes de morir: "Conozco que mi misión va a comenzar, mi misión de hacer amar a Dios como yo le amo..., de enseñar a las almas mi camino: el camino de la infancia espiritual, el camino de la entrega total a Dios. Quiero indicarles los medios que tan buen resultado me han dado a mí, decirles que no hay más que hacer una cosa en este mundo: arrojar a Jesús las flores de los pequeños sacrificios, conquistarle con caricias..."

LA INFANCIA ESPIRITUAL. — ¿En qué consiste, pues, este entrar en el camino de la infancia espiritual? En adoptar los sentimientos de los niños y portarse en todo con nuestro Padre celestial, como ellos con su padre terreno. Nuestro Señor de tal modo insistió en el Evangelio sobre la necesidad de hacerse niños para entrar en el reino de los cielos, que tenemos que llegar a esta conclusión "que el divino Maestro quiere expresamente que sus discípulos vean en la infancia espiritual la condición necesaria para conseguir la vida eterna" [1]. Muchos tal vez piensen que eso es cosa fácil y que es ir al cielo sin mucho trabajo. En realidad, el espíritu de infancia implica un sacrificio costosísimo al or-

[1] Discurso de Benedicto XV para la promulgación del decreto sobre la heroicidad de las virtudes, el 14 de agosto de 1921.

gullo humano, pues consiste en la total negación de sí mismo. "Excluye, decía Benedicto XV, el sentimiento soberbio de sí mismo, la presunción de conseguir por medios humanos un fin sobrenatural y la veleidad engañosa de bastarse a sí mismo en la hora del peligro y de la tentación. Supone una viva fe en la existencia de Dios, un rendimiento práctico a su poder y a su misericordia, un acudir confiado a la Providencia de Aquel que nos da su gracia para evitar todo mal y conseguir todo bien" [1].

Y no creamos que este camino sea de libre elección o que esté reservado para las almas no manchadas nunca con el pecado. Las palabras del Señor son formales y se dirigen a todos sin excepción: "Si no os hiciereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Y ¿quién tiene que volverse niño, sino el que ya no lo es? Estas palabras entrañan, pues, la obligación de trabajar por conquistar los dones de la infancia y por volver a practicar las virtudes propias de la infancia espiritual" [2].

LA HUMILDAD. — Otra lección nos quieren dar Dios y la Santita. Es ésta: Hay una cosa tan grande o mayor que la acción y la capacidad del hombre de talento, y es "la humildad, la perfecta fidelidad a los deberes de estado, cual-

[1] Discurso de Benedicto XV para la promulgación del decreto sobre la heroicidad de las virtudes, el 14 de agosto de 1921.

[2] Benedicto XV, *op. cit.*

quiera que sea, en cualquier esfera y grado de la jerarquía humana en que Dios nos haya colocado y llamado a trabajar, el estar dispuestos a todos los sacrificios y el entregarse confiados a las manos y al corazón de Dios y, por encima de todo, la caridad verdadera, el amor real de Dios, el afecto verdadero a Jesucristo que cocorresponda al afecto que él nos ha mostrado. He ahí un camino que, sin llevar a todos a las alturas a las que Dios elevó a Teresa, todos pueden fácilmente recorrer"[1].

La caridad. — "En nuestros días, decía también Pío XI, marcados por el movimiento y la acción febril y sin descanso, se olvida demasiado cuál es la esencia íntima, el verdadero valor de toda acción y de toda santidad: es la caridad. Pues bien, Teresa tiene un corazón y una alma tiernamente infantil y a la vez apostólica hasta el heroísmo; se halla totalmente llena del amor de Dios y vibra con un amor tierno, fuerte, sencillo y profundo que produce en ella éxtasis de filial confianza y magníficos gestos de apóstol y mártir"[2]. El camino que conduce al amor, nos lo repite Teresa, es "la confianza del niño que se duerme tranquilo en los brazos de su padre"[3]. Y añade: "¡Oh! si las

[1] Discurso de Pío XI en la aprobación de los milagros, 11 de febrero de 1923.
[2] Discurso de la promulgación del decreto "di Tuto", 19 de marzo de 1923.
[3] Histoire d'une âme, ch. X.

almas débiles e imperfectas como la mía sintiesen lo que yo siento, ninguna perdería las esperanzas de llegar a la cumbre del monte del Amor, ya que Jesús no exige grandes obras, sino tan sólo confianza y agradecimiento... No es el haber sido preservada del pecado mortal, lo que hace que me levante hasta Dios por el amor y la confianza. ¡Ah!, aun cuando tuviese cargada mi conciencia con todos los crímenes que se pueden cometer, no perdería en nada mi confianza, estoy segura de ello; iría con el corazón transido de dolor a arrojarme en los brazos de mi Salvador. Sé que ama al hijo pródigo, he oído sus palabras a Santa Magdalena, a la mujer adúltera, a la Samaritana. No, nadie me asustaría, pues sé a qué debo atenerme respecto a la misericordia. Sé que toda esa infinidad de ofensas se perderían en el abismo en un abrir y cerrar los ojos, como una gota de agua que se arroja a los carbones de un brasero"[1]. "Ciertamente, concluía el Papa, Dios nos dice muchas cosas por medio de ella, que fué como su palabra viviente; y la lección más bella que nos da, la que resume todas las otras, es la de agradar a Dios, complacerle y amarle haciendo su voluntad. Y esto se puede hacer tanto entre el ruido del mundo como en el silencio del claustro. Es indiferente el que seas rico, inteligente, dotado de gran fuerza de voluntad o de mucho

---

1 Histoire d'une âme, ch. IX y X.

ingenio. La Santa nos dice qué es lo que vale delante de Dios y lo que todos le pueden ofrecer. Nos dice que todos pueden presentarse ante él ricos de la paz del corazón y con el alma llena de sentimientos sinceros, poniéndose en las manos de Dios y entregándose a su beneplácito adorable"[1].

"Todo el mundo me amará", decía ella antes de morir. La profecía se ha realizado: los peregrinos han acudido a Lisieux y la imagen de la humilde carmelita se ve por todas partes. Pero nuestra devoción a Santa Teresa no será sincera si no nos esforzamos por imitarla. "Desde el interior de su claustro fascina hoy al mundo con la magia de su ejemplo y santidad, que pueden y deben imitar todos, pues todos deben entrar en su "caminito", todo pureza, sencillez de espíritu y de corazón, amor irresistible a la bondad, a la verdad y a la sinceridad. ¡Qué serían la vida de familia y la vida social si todos comprendiesen esta lección! ¡Si las relaciones entre las naciones se fundamentasen en esta sencillez de espíritu y de corazón...! ¡Qué transformación se obraría en el mundo si se volviese a esta sencillez evangélica"[2]!

VIDA. — Teresa nació en Alençon el 3 de enero de 1873. Dotada desde su infancia por Dios con una gracia especialísima del Espíritu Santo, concibió el deseo de no

---

1 Discurso del 30 de abril de 1923.

2 Pío XI, *Discurso a los peregrinos*, el 18 de mayo de 1925.

negar nada a Dios y de consagrarse a El en la vida religiosa. A los 9 años fué confiada a las benedictinas de Lisieux para su instrucción. Al año siguiente una enfermedad misteriosa la hizo padecer mucho: pero sanó de repente con la sonrisa de una estatua de Nuestra Señora de las Victorias. Poco tiempo después pudo hacer su primera comunión, con la cual, según su propio testimonio, se obró "la fusión entre ella y Jesús". En un viaje que hizo a Roma pidió a León XIII entrar en el Carmen a los 15 años y en él fué admitida el 9 de abril de 1888. Se esforzó en el convento por realizar el consejo del Señor: "Si quieres ser perfecto, hazte como este niño", y, deseando salvar muchas almas, se ofreció como víctima de holocausto al Amor misericordioso. El 30 de septiembre de 1897 moría diciendo estas palabras: "¡Dios mío, yo te amo!" Muy pronto, una infinidad de favores y de milagros manifestaron su valimento cerca de Dios; su libro: *l'Histoire d'une âme,* se extendió por todo el mundo. Ante las insistencias de todo el orbe cristiano. Pío XI beatificó a la humilde carmelita en 1923, y dos años después la canonizó y la declaró patrona de todas las Misiones, con el mismo derecho que San Francisco Javier. Su Santidad Pío XII la dió a Francia como patrona secundaria.

LA ÚNICA AMBICIÓN.—"Para amarte como tú me amas, oh Dios mío, necesito que me prestes tu propio amor; sólo entonces hallaré descanso." También nosotros, para amar al Señor y dirigirnos a ti, para festejarte con la Iglesia, oh Santa Teresa del Niño Jesús, sentimos la necesidad de pedir que nos prestes tus propias expresiones y tu propio amor.

Nunca deseaste otra cosa que amar a Dios únicamente, ni tampoco ambicionaste otra gloria. Su amor se te anticipó desde la infancia, aumentó contigo y se convirtió en un abismo cuya profundidad no podemos sondear. Acuérdate de las palabras que Jesús te dió a entender un día después de la santa comunión: "Arrástrame, correremos al olor de tus perfumes" [1]. Cuando un alma se ha dejado cautivar por el olor embriagador de los perfumes divinos, ya no sabe correr sola, arrastra en pos de sí a todas las almas que ama. Ahora bien, tú amas a todas las almas y tú deseabas que todas las almas que se acercasen a la tuya, "corriesen con rapidez al olor de los perfumes del Amado."

La vocación del amor. — Madre de almas por tu vocación de carmelita, sentiste en ti todas las vocaciones, la del guerrero, del sacerdote, del apóstol, del doctor y del mártir. Pero, al no poder realizarlas todas, "buscaste con ardor los dones más perfectos y un camino más excelente" [2], el de la caridad. La Caridad te dió la clave de tu vocación. Comprendiste que el amor encerraba todas las vocaciones, que el amor lo era todo, que abarcaba todos los tiempos y todos los lugares, porque es eterno. Y te ofreciste como víctima al amor infinito y consolaste tu corazón devolviendo a Jesús amor por amor.

---

1 *I Cant.* I, 3.
2 *I Cor.*, XII, 31.

LOS "PEQUEÑOS" SACRIFICIOS. — "Obras son amores y no buenas razones." Quisiste ser *como una niña* y, por eso, echabas flores al Señor y, todas las que encontrabas, las deshojabas en honor suyo, y cantabas, continuamente cantabas y, cuanto más largas y punzantes eran las espinas, más melodioso era tu canto. La Iglesia triunfante, recogiendo estas rosas deshojadas, las ha arrojado sobre la Iglesia purgante para apagar sus llamas, y sobre la Iglesia militante para darla la victoria. Tus ojos quedaron fijos largo rato en el Aguila divina; quisiste que su mirada te fascinase y convirtiese en presa de su amor. Y una tarde el Aguila se arrojó sobre ti y te llevó al foco del amor para convertirte eternamente en víctima bienaventurada.

Ahora, desde la inmensidad de la gloria y del amor en que estás, enseña a todas las almas pequeñas la condescendencia inefable del Salvador. Enséñalas a entregarse con total confianza a la misericordia infinita. Haznos conocer los secretos de tu amor. Haznos amar a la Iglesia, "para quien es más útil el más pequeño acto de puro amor que todas las demás obras juntas"[1]. Y, por fin, repite sin cesar a Jesús tu sublime y última oración, que fué ya muchas veces atendida: "¡Oh Amado mío, te ruego que poses tu mirada divina en muchísimas almas pe-

---

[1] S. Juan de la Cruz, *Cántico espiritual,* Anotación a la canción XXIX.

queñas, te suplico que te escojas en este mundo una legión de víctimas pequeñas que sean víctimas de tu amor!"

4 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE ASIS, CONFESOR

HACERNOS SEMEJANTES A JESUCRISTO.—El Apóstol San Pablo, en su Epístola a los Romanos, nos dejó trazada la ley de toda santidad con estas palabras: "Quos praescivit et praedestinavit conformes fieri imaginis Filii sui..."[1]. Hacerse semejantes al ejemplar divino que se llama Jesús. Lo que hace a los santos es la conformidad con el Hijo de Dios que adquieren por medio de las virtudes.

Hoy celebramos a un santo que fué una copia admirable de Cristo Jesús; el Sumo Pontífice León XIII le llama el más bello ejemplar de los santos; y el Papa Pío XI nos le presenta como el santo que, al parecer, mejor comprendió el Evangelio y conformó también mejor su vida con el modelo divino.

San Francisco, en efecto, es otro Cristo. Buscó a Cristo, siguió a Cristo, amó a Cristo y se entregó a Cristo. Toda su vida es Jesucristo.

---

[1] *Rom.*, VIII, 29.

Sin detenernos en las deliciosas tradiciones que cuentan de San Francisco que, a semejanza de Jesús, nació en un establo sobre un poco de paja, le vemos en los días de la juventud, en medio de sus ensueños de placeres y de fiestas, y cuando piensa en calaveradas caballerescas, quedarse de repente sobrecogido; es que el Cristo de San Damián le habla: "Francisco, ¿qué vale más: Servir al amo o al criado"? Y Francisco, fascinado al instante por esta palabra, comienza su nueva vida y, abriendo el Evangelio, busca en él a Jesucristo, a quien se entrega por completo.

El amor al Evangelio. — El Evangelio constituye su alimento; en él encuentra una suavidad celestial y exclama: "Esto es lo que yo buscaba hace ya mucho tiempo." El Evangelio es su sostén y su consuelo, el remedio a todos sus padecimientos; en sus pruebas no quiere otro consuelo, y un día dirá a sus hermanos: "Estoy saturado del Evangelio, estoy repleto del Evangelio." El Evangelio se convierte en su vida y, cuando quiere dar a sus discípulos una regla, escribe desde la primera página: "La Regla y la vida de los frailes menores es ésta: Observar el Santo Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo."

Pobreza. — Pero el Evangelio es la historia de las humillaciones del Hijo de Dios por nosotros y de su amor en favor de nuestras almas.

Es Jesucristo pobre, humilde y pequeño, que sabe compadecerse y ser misericordioso. Es Jesucristo Apóstol, es Jesucristo, que nos ama y muere por nosotros.

San Francisco le escogió como regla de vida y lo vivió literalmente. A imitación de Jesús, abrazó la pobreza. Se despoja de sus vestidos ante el obispo de Asís, se los entrega a su padre y exclama: "Ahora podré decir con toda verdad: Padre nuestro, que estás en los cielos", y comienza su vida de pobreza, pobreza alegre y bien soleada, no esa pobreza envidiosa y tristona, que con tanta frecuencia vemos desgraciadamente en el mundo, sino la pobreza voluntaria y amada. Va por las calles de Asís a pedir limosna extendiendo sus finas manos, pero le desprecian como a un loco. Continúa siendo siempre el amante de la pobreza, y su mayor consuelo al morir, será el haber guardado fidelidad a su "Dama Pobreza."

HUMILDAD. — El Evangelio es Jesucristo humilde y pequeño: "*parvus Dominus*", el Grande y humilde Jesús, como le llama San Francisco. Meditando esta lección, él se va a hacer "el humilde Francisco", como le llama el autor de la Imitación. Se considera el último de los hombres y el más vil de los pecadores. En sufrir y ser despreciado consiste para él la alegría perfecta, y da a sus hijos el nombre de menores, es decir, pequeños.

MISERICORDIA. — El Evangelio es Jesucristo compasivo y misericordioso y, a ejemplo suyo, el corazón de Francisco está repleto de misericordia. San Buenaventura, escribiendo su vida, nos dice: "La benignidad, la bondad de nuestro Salvador Jesucristo, se manifestó en su servidor Francisco." Al principio de su testamento, escribió el mismo santo: "El Señor me concedió la gracia de comenzar de esa manera a hacer penitencia, porque, cuando vivía en el pecado, me parecía excesivamente duro ver a los leprosos; pero ejercitaba la misericordia con ellos y, lo que me había parecido amargo, se convirtió para mí en dulzura del alma y del cuerpo."

Francisco fué misericordioso con todas las miserias. En la tribuna del Parlamento italiano se hizo de él este elogio: Aunque Francisco de Asís no fundó obra alguna de misericordia, él hizo cruzar por el mundo tal corriente de misericordia, que desde hace siete siglos no se ha fundado ni una obra siquiera de misericordia que no haya recibido impulso de Francisco de Asís.

APOSTOLADO. — El Evangelio es Jesucristo apóstol. Vino a hacer oír a los hombres palabras de vida: ¡con qué amor deja caer de sus labios sus divinas lecciones! Francisco se hace apóstol siguiendo los pasos de Cristo, forma la señal de la Cruz en los aires y envía a sus discípulos por los cuatro costados del mundo. Ha

comprendido de modo perfecto la palabra de Jesús: "Id y enseñad a todas las naciones." Es el primero entre todos los fundadores de órdenes modernas que envía a sus hijos hasta las regiones de infieles y cuando, unos meses después, sabe que cinco de ellos han recogido en Marruecos la palma del martirio, exclama alborozado: ¡"Por fin tengo obispos"! sus obispos eran sus mártires. En cuanto a él, una vez fundada su obra, sólo piensa en dar a Jesús el testimonio de su sangre. Atraviesa tres veces los mares, va a predicar a Jesucristo hasta el Sudán pagano, pero Dios le tenía reservado otro martirio enviándole un Angel un día para imprimir en su carne las llagas del divino Crucificado.

La entrega de sí mismo. — El Evangelio es Jesucristo entregándose o inmolándose; imitando a Jesucristo, también Francisco se entregó. "Este hombrecillo pobre, dice San Buenaventura, no tenía más que dos óbolos: su cuerpo y su alma." Su cuerpo se le entregaba a Dios por la penitencia. Sabemos cómo le trataba: dividía el año en nueve cuaresmas seguidas y se contentaba con un trozo de pan duro, ni siquiera bebía el agua necesaria para apagar la sed, a fin de no ceder a la sensualidad. De cama le servía la desnuda tierra, de almohada un tronco de encina y, si la enfermedad le visitaba, lo que era frecuente, daba gracias a Dios porque no le

perdonaba. Le pedía sufrir cien veces más si esa era su voluntad. De su alma hacía entrega a Dios por la oración y su celo.

Pero San Francisco no es sólo el fiel discípulo de Jesucristo que se emplea en copiar la vida y virtudes de su Maestro; San Francisco es, ante todo, el Santo del amor seráfico. Penetró en el Corazón de Jesús, le comprendió y le devolvió amor por amor.

AMOR A LA EUCARISTÍA. — Con el Evangelio, en efecto, hay otro amor que tenía que consumir el corazón de Francisco, es el amor a la Eucaristía. ¡Qué bien ideado estaba este misterio para atraer a su alma seráfica! Que un Dios que bajó del cielo para salvarnos, que tomó forma humana encarnándose y, al morir en el Calvario, la de los criminales, se humille más todavía hasta revestir la forma de una hostia pequeña para unirse a nosotros y convertirse en nuestro alimento; que, después de la locura de la cruz, haya llegado a la locura de la Eucaristía y se quede prisionero en el tabernáculo para esperarnos y recibirnos, eso es un misterio inefable harto capaz de causar admiración en las almas amantes. San Francisco, el gran amador del Evangelio, donde él encontraba la palabra viva y eterna de Jesucristo; él, el gran amante de la cruz, donde veía el amor sacrificado, ¡cómo amaba la hostia donde se encuentra el amor vivo, el amor que se entrega, el amor que atrae

y transforma las almas generosas y puras! Por amor a la hostia va a reparar los tabernáculos; por la hostia, marcha a través de los campos a barrer y adornar las iglesias abandonadas; por la hostia, olvida la pobreza y ordena a sus hermanos que preparen en los altares vasos de oro y plata; por la hostia se postra a lo largo del camino en cuanto ve apuntar la cruz de un campanario, y pasa horas enteras ante el tabernáculo en adoración y en amor, tiritando de frío. Manda celebrar la Santa Misa todos los días y todos los días, con fervor, recibe la Sagrada Comunión.

En aquella época en que el sacerdocio con frecuencia era despreciado, Francisco recuerda su grandeza a los sacerdotes: "Veo en ellos al Hijo de Dios"; se pone de rodillas ante el sacerdote y le besa las manos. El, el humilde diácono que se juzga indigno de subir al altar, escribe a los Cardenales, a los Obispos y a los Príncipes: "Les ruego, señores míos, besándoles las manos: Procuren que el Cuerpo de Jesucristo sea tratado dignamente y reverenciado por todos del modo debido." Y para la hostia busca y prepara Francisco almas adoradoras: rodea el tabernáculo de almas virginales, las clarisas, y el sagrado copón es parte, con los lirios y la corona de espinas, del escudo de San Damián.

El Evangelio, la Cruz [1], la Eucaristía, estos son los grandes amores que formaron el alma

[1] De ella se habló ya el 17 de septiembre.

de Francisco y que fueron el secreto de su acción en la Iglesia. Después de haber buscado con tanto ardor a Jesús, después de haber vivido de Jesús, después de haber amado tanto a Jesús, Francisco podía sin miedo ver llegar a la muerte. La gran Teresa de Avila exclamaba al morir: "Oh Jesús mío, ya es hora de vernos." También Francisco, al expirar, se pone a cantar: "*Voce mea ad Dominum clamavi, ad Dominum deprecatus sum.*" "Con toda mi voz clamé al Señor; he rogado al Señor." "*Me exspectant iusti...*" "Me esperan los justos, quieren ser testigos de la recompensa que Dios me va a dar" [1].

¡Qué encuentro, efectivamente, el del alma de Francisco con Nuestro Señor! Conocemos el cuadro de Murillo que representa a Jesucristo desprendiendo su brazo de la cruz y cogiendo al humilde Francisco para estrecharle contra su Corazón. Así fué, ni más ni menos, la muerte de San Francisco. En un movimiento sublime, su alma se arroja en los brazos de Dios y va a gozar del amor que no tiene fin.

VIDA. — Francisco nació en Asís en 1182. Ya desde su juventud, se mostraba muy caritativo con los pobres; una grave enfermedad señaló el comienzo de una vida perfecta como él deseaba; determinó dar todo lo que poseía. Su padre le exigió la renuncia de su herencia y Francisco lo hizo con gusto y al momento se despojó hasta de sus vestidos. Con algunos compañeros fundó la orden de los frailes menores, que

[1] Salmo CXL, 2, 8.

el Papa Inocencio III aprobó. Francisco envió pronto a sus discípulos a predicar por todas partes; él mismo, deseoso del martirio, marchó para Siria, pero, al no recibir mas que honores, se volvió a Italia. Fundó también una orden de vírgenes que se reunieron en San Damián debajo de la dirección de Santa Clara, y una tercera Orden u Orden Tercera para dar a las personas del mundo un medio eficaz de santificarse practicando las virtudes religiosas. En 1224, mientras oraba en el monte Alvernia, se le apareció un Serafín, el cual le imprimió en el cuerpo las llagas del Crucificado, señales del amor que el Santo tenía al Señor. Dos años más tarde, Francisco, muy enfermo ya, se hizo trasladar a la iglesia de Santa María de los Angeles y allí murió después de haber exhortado a sus hermanos a amar la pobreza y la paciencia y a guardar la fe de la Iglesia Romana. Gregorio IX, que también le conoció, le inscribió poco después en el número de los Santos.

Plegaria de San Francisco. — "¡Grande y magnífico Dios y Señor Jesucristo! Te suplico que me ilumines y disipes las tinieblas de mi alma. Dame una fe recta, una esperanza firme y una caridad perfecta. Y concédeme, Señor, que te conozca lo mejor posible para poder obrar en todo conforme a tu luz y de acuerdo con tu santa voluntad."

La Iglesia en ruinas. — De esta manera rezaba larga y frecuentemente ante el crucifijo de la vieja iglesia de San Damián. Y un día, de este crucifijo salió una voz que sólo su corazón pudo apreciar: "Anda, Francisco, y reconstruye

mi casa porque está para derrumbarse." Y tú, temblando y gozoso a la vez, respondiste: "Señor, con alegría voy a cumplir lo que deseas."

La casa que amenazaba ruina, era sin duda aquella vetusta y solitaria capilla, pero el Señor ponía la mira principalmente en las ruinas que en los últimos siglos se habían acumulado en la Iglesia.

La Orden de los Menores. — El Papa lo comprendió bien y por eso aprobó la Orden de los frailes menores: por su fervor, su amor a la pobreza y su celo apostólico, no sólo repararía las ruinas de la Iglesia de Jesucristo, sino que iría también hasta las tierras de infieles a fundar nuevas cristiandades con la sangre de sus mejores hijos.

Desde la gloria del cielo donde el Señor te otorga ahora una recompensa tan gloriosa y tan amplia, dígnate, oh San Francisco, no olvidar a la Iglesia en pro de la cual no escatimaste trabajos ni penas.

Ayuda a tus hijos, que prosiguen tu obra por todo el mundo. Crezcan en número y en santidad y se ocupen siempre en enseñar con la palabra y con el ejemplo. Suscítalos en nuestro país, que en otro tiempo fué objeto de tu predilección, a causa de su culto por la Sagrada Eucaristía.

Ruega por todo el Estado religioso que en ti aclama a uno de sus Patriarcas más ilustres.

Amigo de Santo Domingo, conserva siempre entre las dos familias vuestras la fraternidad que no faltó nunca. Mantén con la Orden benedictina los sentimientos que hoy constituyen su alegría; con tus favores estrecha los lazos que anudó para siempre la donación de la Porciúncula [1].

5 DE OCTUBRE

SAN PLACIDO

El oblatorio benedictino antiguo. — A la orden benedictina se asocia toda la Iglesia para festejar hoy a San Plácido, uno de los primeros discípulos del Patriarca de los Monjes de Occidente. San Gregorio Magno nos refiere cómo de Roma y de otras partes venían a confiar niños a San Benito para que él se encargase de su educación y de su instrucción, y que el Santo "los mantuvo en el servicio de Dios". Estos niños eran ordinariamente, no sólo confiados para unos años, sino en realidad ofrecidos y donados a Dios de un modo definitivo, de suerte que ya no podían en adelante volverse al mundo.

En la actualidad nos choca esta costumbre y nuestra mentalidad del siglo xx la califica, desde luego, de abusiva y hasta de exhorbitante. Y

[1] Propiedad de los benedictinos del monte Subaso, que cedieron a San Francisco para ser la cuna de su Orden.

es que ya no tenemos nosotros la misma noción de la *patria potestas,* del poder paternal, tal como existió durante largos siglos. No hace tanto tiempo que los padres decidían el porvenir de sus hijos sin consultarlos y hasta sin permitirles el menor reparo.

NUESTRA DEPENDENCIA DE DIOS. — "Los usos antiguos hay que apreciarlos con un alma antigua, y las disposiciones cristianas se necesita apreciarlas con una alma cristiana. Para rebelarse contra la donación hecha a Dios de los niños de pocos años, sería necesario demostrar que el hombre tan sólo está sometido a las leyes cuya obligación y carga él aceptó libremente.

"Somos criaturas sin haberlo querido; hemos sido hechos cristianos y hemos sido comprometidos en el orden divino sin contar con nuestro parecer. El hombre que reflexiona, tiene que reconocer inmediatamente que es un ser de quien Dios dispone como quiere, o por sí mismo y directamente o por intermediarios, pero siempre como amo.

LA LIBERTAD. — "En el fondo, la inquietud retrospectiva causada por el oblatorio ¿no procede de un error demasiado extendido sobre el verdadero carácter de la libertad? La facultad de escoger el mal o un bien menor, la independencia de la persona frente al bien o al mal, el individualismo mezquino o envidioso, todo esto

no es más que la disminución de la libertad. La verdadera libertad consiste en la dependencia profunda, en la adhesión consciente y voluntaria al bien y a Dios. A no ser así, no se comprende la educación que tiene por fin precisamente el crear en nosotros el prejuicio del bien, aun antes de saber lo que es. Y los que quieren que los individuos pertenezcan al Estado más que a la familia, y que se los entregue para su formación a la Universidad so pena de pérdida de derechos, no hacen más que usar ellos del procedimiento que reprochan a la Iglesia.

"Al ofrecer el senador Tertulo a su hijo Plácido a San Benito, no pensaba que practicaba un acto de tiranía; creía que así aseguraba la tranquilidad y la vida eterna de su hijo; estaba convencido de que ni el niño ni Dios le echarían en cara algún día su decisión. De hecho, la mayor parte de los niños ofrecidos de esta manera, se adherían de buen grado más tarde a la profesión que había sido emitida en su nombre. Y los que de buena gana habrían tomado el camino del mundo, ¿tanta lástima merecen por habérselos obligado a quedarse en la casa de Dios? Y en vez de dejarse hipnotizar por los abusos y las defecciones inevitables que ocasionó el oblatorio, ¿no se debe más bien bendecir a una institución que dió tales frutos como San Mauro y San Plácido, San Beda el Venerable, Santa Gertrudis y tantos otros? Si nosotros hubiésemos sido ofrecidos, sólo habríamos conocido

a Dios y no tendríamos otros recuerdos distintos de El, ni tendríamos tampoco que olvidar nada: ¿en qué consistiría la desgracia"[1]?

VIDA. — Plácido nació en Roma de la noble familia de los Anicios. Muy niño aún, su padre Tertulo le confió a San Benito en el monasterio de Monte Casino. Fué el discípulo predilecto del Santo, juntamente con San Mauro. San Gregorio ha referido un milagro de que el santo salió beneficiado: un día fué Plácido a por agua al lago, cayó en él y le arrastró la corriente. San Benito mandó a Mauro que fuese en su ayuda; éste obedeció tan puntualmente, que anduvo sobre las aguas sin advertirlo y sacó al joven Plácido. Las *Actas* de su vida nos manifiestan su dulzura, su humildad, su contemplación, su austeridad.

A San Plácido se le consideró como Confesor hasta fines del siglo XI. Entonces apareció la leyenda de que San Benito le había enviado a Sicilia. El martirologio casinense la anotó, pero, por la lógica de las cosas, pronto se tuvo que ver en el Plácido enviado a Sicilia, al mártir de este nombre honrado el 5 de octubre. Pedro diácono, monje casinense del siglo XII, introdujo la Leyenda en su *Vita Placidi*, vida inventada desde el principio hasta el fin que se extendió sólo en un círculo restringido. Sicilia la aceptó, pero haciendo constar en los martirologios de los siglos XII y XIII que esta tradición se habría sobrepuesto a otra más antigua. Actualmente la Orden benedictina celebra la fiesta de San Plácido utilizando el Común de Mártires sin ninguna oración ni lección propia, hasta que llegue el día de juntar en una sola fiesta a los dos primeros discípulos de San Benito, Mauro y Plácido, que una tradición secular había ya unido en la Alta Edad Media en el grupo de los Confesores[2].

---

[1] Dom Delatte, *Comm. de la Règle*, p. 468.
[2] *Rev. Bén.*, 1921, p. 19-45.

Será conveniente no olvidar en nuestra oración de hoy al grupo notable de mártires de que hace memoria la Iglesia en este día y que sufrieron por la fe en el siglo v.

ORACIÓN POR LOS NOVICIADOS. — De lo alto del cielo donde estás recibiendo la recompensa de tu docilidad y de tu fidelidad, dígnate, oh San Plácido, no dejar de interesarte por la extensión del reino de Jesucristo en el mundo, por los progresos de la vida perfecta en la Iglesia, por la difusión de la familia monástica cuya gloria eres. En diversos lugares te están confiados los noviciados: en recuerdo de la formación privilegiada cuya insigne ventaja tuviste, vela por los que aspiran a la mejor parte. A ellos sobre todo se aplica la palabra del Evangelio: *Si no os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos*[1], el reino de los cielos que consiste en la participación anticipada de Dios en este mundo por la vida de unión y a la cual lleva el camino de los consejos. ¡Ojalá hagan ellos recordar a los Angeles tu humildad y dulce sencillez y reconozcan la solicitud de madre de la Sagrada Religión para con ellos, por la docilidad filial que en ti fué correspondencia al afecto especial del legislador de los monjes! ¡Ojalá que a pesar del descrédito del mundo, crezcan para gloria de Dios, en número y en mérito!

---

1 *S. Mateo,* XVIII, 3.

6 DE OCTUBRE

SAN BRUNO, CONFESOR

VIDA CARTUJANA Y CONTEMPLACIÓN. — Entre las varias familias religiosas, a ninguna estima tanto la Iglesia como a la de los Cartujos; con todo, se diría que no hay otra que tome menos parte en los variadísimos servicios en que se emplea en este mundo el celo de los hijos de Dios. Y esto ¿no sería una prueba más de que el celo exterior, por muy loable que sea, no lo es todo ante Dios, ni siquiera lo principal? La Iglesia, y en esto está su fidelidad, aprecia todas las cosas conforme a las preferencias del Esposo; ahora bien, el Señor aprecia mucho menos a sus elegidos por la actividad de su vida, que por la perfección interior de sus almas, y esta perfección se mide por la intensidad de la vida divina, de la cual se dice: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto." Y por esta razón la Iglesia anima con los mayores alientos a todo el que es llamado por la gracia a la soledad.

En todas las épocas existió esa llamada al desierto. Desde el Profeta Elías hasta el Padre de Foucauld, es larga la lista de los que, ya en particular, ya en grupo, buscaron lejos del mundo y de su esclavitud, el vivir "con Dios solo y

para Dios solo". Pero la forma de vida eremítica que San Bruno inauguró en la soledad de la Cartuja estaba tan bien equilibrada, que únicamente su Orden no necesitó nunca de reforma. Agrupados en un monasterio, los religiosos viven separados, y tan sólo se juntan para la oración litúrgica. El tiempo que no dedican a la oración está consagrado al trabajo manual o a la lectura.

La Orden cartujana al principio del siglo XIII tendrá una rama femenina y contará hasta 170 monasterios de hombres y 30 de mujeres.

"El Cartujo vive en la soledad para buscar a Dios." Pero ¿por qué?, dicen algunos. ¿No está Dios en todas partes? Sí, Dios es omnipresente; y por eso la dificultad para encontrarle no proviene de El, sino de nosotros mismos, de nuestro espíritu, que es asaltado con mil distracciones por los cuidados del mundo. Por el contrario, una vez que el alma se halla retirada en soledad, se vuelve hacia Dios; y en el silencio, que va creciendo en ella de modo gradual, se deja oír la voz del Espíritu Santo, que antes ahogaban los ruidos de la tierra. Pasmada, el alma corresponde; y en adelante la vida del monje ya no es más que un diálogo infinitamente dulce con el Señor, preludio de la eternidad.

A veces se siente incapaz para traducir al lenguaje humano la alegría divina que le inunda y no sabe más que exclamar con San Bruno

ante las caricias del Esposo: *"O, Bonitas, Bonitas!"*

Pero hay que cumplir algunas condiciones y la primera de todas es la muerte de sí mismo: "Si alguno quiere ser mi discípulo, dijo Jesús, tome su cruz y me siga", es decir, que pase por donde yo pasé, llevando conmigo los pecados de los hombres y muriendo conmigo en la cruz por la Redención del mundo. El lado positivo de la vida contemplativa queda bien indicado por esas palabras: es una muerte, pero en Cristo y para vivir eternamente con El; es un sufrimiento, pero, unido al sufrimiento del Salvador, se enriquece de todos los poderes y de toda la santidad de su Pasión. Y la unión de Jesucristo y su monje llega a ser tal, que Jesucristo la considera "como una segunda humanidad" [1] para continuar y llevar a su término la obra de la Redención.

UTILIDAD DE LOS CONTEMPLATIVOS. — Toda vida religiosa se derrama en el mundo de las almas. Esa vida, santificante para el contemplativo, lo es también de modo principal para el prójimo. "Fácilmente se echa de ver que los que cumplen asiduamente con el deber de la oración y de la penitencia, mucho más aún que los que cultivan con su trabajo el campo del Señor, contribuyen a los progresos de la Iglesia y de la salvación del género humano, porque, si aque-

[1] Sor Isabel de la Trinidad.

llos no hiciesen bajar del cielo la abundancia de las gracias divinas para regar ese campo, los obreros evangélicos no sacarían de su trabajo más que frutos bien menguados" [1].

Los hombres no entienden de esta utilidad sobrenatural del contemplativo. El mundo le desprecia porque no comprende más que lo que ve y porque su mirada no puede ir más allá de lo inmediatamente perceptible para los sentidos. Es natural y el mismo Señor tuvo empeño en advertirlo: "Si fueseis del mundo, dijo, el mundo amaría lo suyo; pero, porque no sois del mundo, por eso el mundo os odia" [2]; porque el hombre sólo puede amar en su prójimo lo que él posee en sí mismo.

Vida. — Bruno nació en Colonia hacia el año 1035. Muy joven aún, se encaminó para Reims, cuyas escuelas eran famosas. Su inteligencia se desarrolló rápidamente y fueron tales sus progresos, que el Arzobispo de Reims le confió pronto el cargo de Maestrescuela de la Catedral, lo que le confería la dirección de los estudios y la inspección de las escuelas de la diócesis. El nuevo maestro tuvo muchos y entusiastas discípulos, entre otros se cuenta Eudes de Châtillon, el futuro Papa Urbano II.

Bruno era sabio y letrado, conocía el griego y el hebreo, y esto, añadido a sus gustos poéticos y a su amabilidad natural, explica el entusiasmo a que daban lugar sus comentarios de la Escritura.

---

1 León XIII, *Testem benevolentiae,* del 22 de enero de 1899.
2 *S. Juan,* XV, 19.

Su creciente autoridad y la reputación de su santidad no tardaron en suscitarle numerosos enemigos. Por haber defendido la justicia y la ortodoxia contra un prelado indigno, perdió Bruno su cargo, sus títulos y sus bienes. Y hasta se le obligó a desterrarse. Cuando volvió en 1082, después de deponer a su perseguidor, se pensó en ponerle de sucesor del prelado simoníaco. Pero Bruno había comprendido la vanidad de las cosas creadas y tenía hecho ya el voto de entregarse a Dios.

Con dos amigos se fué a Molesme, donde San Roberto, San Alberico y San Esteban Harding preparaban una forma de vida monástica que vendría a parar en la Orden Cisterciense. Pero muy fervorosa y todo, la vida que en este monasterio se llevaba no respondía a los deseos de su alma. Necesitaba el silencio y la soledad absoluta. Un ensayo que hizo en un pequeño eremitorio dependiente de Molesme, le convenció más aún de la realidad de esta aspiración; y, al principio de 1084, salió para el Delfinado con algunos compañeros. El Obispo de Grenoble, San Hugo de Châteauneuf, su antiguo discípulo de Reims, recibió con alegría al pequeño grupo que contaba siete personas, y él mismo le llevó al lugar salvaje y entonces casi inaccesible del desierto de la Cartuja.

Al poco tiempo se empezó la construcción de un monasterio y al año siguiente, marzo de 1085, se consagró la iglesia. Este pequeño eremitorio, concebido de un modo totalmente nuevo, iba a servir de modelo para las Cartujas de todo el mundo.

No duró mucho la tranquilidad de Bruno. Desde la primavera de 1090, una carta de Urbano II le ordenaba ir a Roma "para el servicio de la Sede Apostólica".

Pero Dios le llamaba a más alta vocación que los asuntos de este mundo, por útiles que éstos fuesen. El Papa lo comprendió y le concedió por fin permiso para retirarse al desierto, pero con una sola condición, la

de que no saliese de Italia. Sólo unos meses pasó en la Corte Pontificia, y al fin de este mismo año de 1090, marchó Bruno a la soledad de Squillace, donde el Conde de Calabria, Roberto Guiscardo, le había concedido vastos terrenos. Y allí se durmió en la paz del Señor el 6 de octubre de 1101.

Plegaria al Patriarca del Desierto. — Bendice, oh Bruno, el contento agradecido de los hijos de Dios. Tú, que en el curso de tu vida mortal, adornaste el jardín del Esposo con uno de sus más bellos árboles, enseña la virtud de la adoración silenciosa a los hombres ensordecidos por el bullicio de la acción. Guía a las fuentes de la vida a un mundo llevado por una larga incredulidad hasta el borde del abismo.

Tus hijos conservan en la tranquilidad de sus tradiciones, como algo muy querido, ese privilegio de los perfectos que la Iglesia no deja de reconocerles en nuestros tiempos de agitada actividad. Sencilla, como todos ellos, es la Historia de su Orden, en la que lo sobrenatural, no obstante llenarlo todo, parece que huye de lo maravilloso y del milagro. Mantén, oh Bruno, a tus hijos en este espíritu, que ciertamente fué el tuyo, y haz que aprovechemos la enseñanza que nos dan.

Alcance tu oración a todos los contemplativos, e incline hacia ellos el amor divino en cuya fuente te sacias sin interrupción. Guíalos, si no por el silencio del desierto, al menos siempre por la soledad del amor, para que las adoracio-

nes de su vida de holocausto y de acción de gracias, sean consideradas dignas de llenar el incensario de oro que sus ángeles presentan a Dios.

Te formaron dos naciones. Si la Alemania católica te vió nacer, Francia te alimentó y de tal forma modeló tu espíritu, que te han podido llamar Bruno el Francés. Acuérdate de este doble origen, y junta en un mismo amor y en defensa de la misma fe a estos dos pueblos tan vecinos y que viven separados por crueles discordias.

Finalmente, haznos conocer los esplendores del amor divino; descúbrenos los secretos de la belleza "que hace enmudecer", y reúnenos a nosotros, hijos ingratos, en el corazón de nuestro Padre, para que a ejemplo tuyo el mundo comprenda "que lo real es vivir para Dios únicamente"[1].

7 DE OCTUBRE

LA SOLEMNIDAD DEL SANTISIMO ROSARIO

DEVOCIÓN DE LA IGLESIA A MARÍA. — La Liturgia nos ha hecho ver muchas veces desde el principio del año que María, en el plan divino de la Redención, está tan unida a Jesús, que los

[1] Bossuet: *Lettre au Maréchal de Bellefond.*

Al mismo tiempo y conforme se iban desarrollando estos sucesos, San Pío V tuvo la visión de la victoria; se arrodilló para dar gracias a Dios y determinó que en lo sucesivo, el 7 de octubre se celebrase una fiesta en honor de Nuestra Señora de la Victoria, cuyo título fué cambiado por Gregorio XIII en este otro de Nuestra Señora del Rosario.

El Rosario. — Si la costumbre de recitar Padrenuestros y Avemarías remonta a remotísima antigüedad, la oración meditada del Rosario tal como hoy la tenemos, se atribuye a Santo Domingo. Es cierto, al menos, que él y sus hijos trabajaron mucho en propagarle y de él hicieron su arma principal en la lucha contra los herejes Albigenses, que en el siglo XIII infectaban el sur de Francia.

Tiene por fin su práctica hacer revivir en nuestras almas los misterios de nuestra salvación acompañando la meditación de los mismos con la recitación de decenas de *Ave Marías,* precedidas del *Padre nuestro* y seguidas del *Gloria al Padre.* A primera vista, la recitación de tantas *Ave Marías* puede parecer monótona, pero en realidad, con un poco de atención y costumbre, la meditación siempre nueva y más honda de los misterios de nuestra salvación da variedad y abundancia. De todos modos se puede decir sin exageración que en el Rosario se encuen-

tra toda la Religión y como un resumen de todo el cristianismo:

el Rosario es el resumen de la fe: es decir, de las verdades que tenemos que creer; el Rosario nos las presenta de una forma sensible y viva, y a la exposición de esas verdades junta la oración en que se implora la gracia de comprenderlas mejor para gustarlas más todavía;

el Rosario es el resumen de la Moral: pues toda la Moral se resume en seguir e imitar a Aquel que es "el Camino, la Verdad y la Vida". Ahora bien, precisamente por la oración del Rosario obtenemos de María la gracia y la fuerza de imitar a su divino Hijo;

el Rosario es el resumen del culto: porque, uniéndonos a Cristo en los misterios meditados, tributamos al Padre la adoración en espíritu y en verdad que espera de nosotros; y nos unimos a Jesús y a María para pedir con Ellos y por Ellos las gracias de que tenemos necesidad; finalmente,

el Rosario nutre las virtudes teologales y nos ayuda a intensificar nuestra caridad fortaleciendo las virtudes de esperanza y de fe, pues, "por la meditación frecuente de estos misterios, el alma se inflama de amor y de agradecimiento por las pruebas de dilección que Dios nos ha dado; desea con ansia la recompensa celestial que Jesucristo ganó para los que se unan a El imitando sus ejemplos y participando de sus dolores. Durante este rezo la oración se

encontramos siempre juntos y que resulta tan imposible separarlos en el culto público como en nuestra devoción privada. La Iglesia, que proclama a María Medianera de todas las gracias, la invoca continuamente para conseguir los frutos de la Redención que con su Hijo también nos mereció ella. Ha querido comenzar todos los años litúrgicos por el tiempo de Adviento, que es un verdadero mes de María. Ha invitado a los fieles a consagrarla el mes de mayo; ha mandado que el de octubre fuese el mes del Rosario y las fiestas de María son tan numerosas en el Calendario Litúrgico, que no hay un día siquiera en el año en que no sea María festejada en algún punto de la tierra con una u otra advocación por la Iglesia universal, por una Diócesis o alguna Orden religiosa.

La Fiesta del Rosario. — La Iglesia resume hoy en una sola fiesta todas las solemnidades del año: con los misterios del Señor y de su Madre forma como una inmensa guirnalda para unirnos a estos misterios y para hacérnoslos vivir, una triple diadema que coloca en la cabeza de la que Cristo-Rey coronó como Reina y Señora del mundo entero el día de su entrada en la gloria.

Misterios gozosos, que nos repiten una y otra vez la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento de Nuestro Señor, la Purificación de María, y el Niño Jesús perdido y hallado en el templo.

Misterios dolorosos de la agonía, de la flagelación, de la corona de espinas, de la Cruz a cuestas y de la Crucifixión. Misterios gloriosos: Resurrección, Ascensión del Señor, Pentecostés, Asunción y Coronación de la Madre de Dios. Es el Rosario de María.

HISTORIA DE LA FIESTA. — La fiesta del Rosario la instituyó San Pío V en recuerdo de la victoria de Lepanto sobre los turcos. Ya se sabe que, en el siglo XVI, los discípulos de Mahomet, después de apoderarse de Constantinopla, de Belgrado y de Rodas, pusieron en peligro serio a toda la cristiandad. El Papa San Pío V, aliado del Rey de España Felipe II y de la República de Venecia, les declaró la guerra. Don Juan de Austria, que llevaba el mando de la flota, recibió órdenes de trabar batalla lo más pronto posible y, por eso, al saber que la flota turca se encontraba en el golfo de Lepanto, fué allí a atacarla. El encuentro ocurrió el 7 de octubre de 1571, junto a las islas de Corfú (Equinadas). En aquel instante, en todo el mundo las cofradías del Rosario oraban con confianza. Los soldados de D. Juan se pusieron de rodillas para implorar el auxilio del cielo y, aunque eran muchos menos, empezaron el combate. Después de una lucha terrible de cuatro horas, de trescientos barcos enemigos, sólo cuarenta pudieron huir; los demás fueron hundidos y 40.000 turcos encontraron la muerte. Europa se había salvado.

consiste en conducirnos a Dios, llevar nuestras oraciones hasta su corazón. Ella es la que nos hace decir los *Padrenuestros* que encuadran las decenas del *Ave* y, como esa oración es la misma de Jesucristo y contiene en su divina perfección todo lo que Dios ha querido que le pidamos, estamos seguros de ser oídos.

MISA

Las alegrías saboreadas en las diversas solemnidades de la Madre de Dios se encuentran en ésta, que las resume todas para nosotros, para los Angeles, y aun para Nuestra Señora. Como los Angeles, ofrezcamos, pues, con Ella, los justos sentimientos de nuestra alegría al Hijo de Dios, Hijo suyo, su Rey y Rey nuestro.

INTROITO

Alegrémonos todos en el Señor, al celebrar esta fiesta en honor de Santa María Virgen: de cuya solemnidad se alegran los Angeles, y alaban juntos al Hijo de Dios. *Salmo:* Brota de mi corazón una palabra buena: dedico mis obras al Rey. ℣. Gloria al Padre.

Los misterios del Hijo y de la Madre son enseñanza y esperanza nuestra. Sean también la regla de nuestra vida mortal y garantía de nuestra eternidad: eso es lo que pide la Iglesia en la Colecta.

COLECTA

Oh Dios, cuyo Unigénito nos alcanzó, por medio de su vida, de su muerte y de su resurrección, los premios de la salud eterna: haz, te suplicamos, que, al recordar estos Misterios en el sacratísimo Rosario de la Virgen Santa María, imitemos lo que contienen y consigamos lo que prometen. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Prov., VIII, 22-25, 32-35).

El Señor me tuvo consigo desde el principio de sus obras, antes que al principio hiciese él cosa alguna. Desde la eternidad fuí constituída; desde el comienzo, antes que fuese hecha la tierra. No existían aún los abismos y yo estaba ya concebida. Ahora, pues, hijos míos, oídme: Bienaventurados quienes siguen mis caminos: Atended al consejo y sed sabios y no le menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha y vela a mis puertas cada día y guarda las jambas de mis entradas. Quien me hallare, hallará la vida y alcanzará del Señor la salvación.

NUESTRA SEÑORA EN SU OFICIO DE EDUCADORA. — No se esquiva el carácter mariano de esta página del libro de los Proverbios diciendo que se aplica al Verbo Encarnado y, que sólo por una interpretación acomodaticia, la Iglesia la aplica a la Santísima Virgen. No anda con juegos de palabras la Iglesia, ni la Liturgia pasa el tiempo en carambolas. Si se trata de vidas que en el pensamiento de Dios y en la realidad están ligadas íntimamente como la vida del Señor y la

expresa con palabras que vienen del mismo Dios, del Arcángel Gabriel y de la Iglesia; está lleno de alabanzas y de saludables peticiones; se renueva y se prolonga en un orden determinado y variado a la vez; produce frutos de piedad siempre nuevos y siempre dulces"[1].

EL ROSARIO UNE NUESTRA ORACIÓN CON LA DE MARÍA, NUESTRA MADRE. — "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores." Al saludo respetuoso del Angel, que repetimos humildemente, añadimos en seguida la súplica de nuestra confianza filial. Si la divinidad, aun encarnada, sigue siendo algo temible, ¿cómo vamos a temer a esta mujer de nuestra raza, cuyo oficio es siempre comunicar a las criaturas las riquezas y las misericordias del Altísimo? Confianza filial: en efecto, si la omnipotencia de María proviene de ser la Madre de Dios, que es Omnipotente, su título a nuestra confianza deriva de que es también *Madre nuestra;* y esto, no tan sólo en virtud del testamento que dictó Jesús en la cruz al decir a Juan: "Ahí tienes a tu Madre", y a María: "Ahí tienes a tu hijo", sino, porque en el mismo instante de la Encarnación la Virgen concibió con Jesús a toda la raza humana a la que entonces Jesús se unía.

Como miembros del Cuerpo místico, cuya cabeza es Jesucristo, fuimos formados con Jesús

1 Encícl. *Octobri mense,* 22 de septiembre de 1891.

en el seno de la Virgen María, y en él permanecemos hasta el día de nuestro nacimiento a la vida eterna.

Maternidad espiritual, pero verdadera, que nos pone con nuestra Madre en relación de dependencia e intimidad las mayores que pueden existir: la intimidad del niño en el seno de su madre.

Y aquí está el secreto de nuestra devoción hacia María: es *nuestra Madre* y como tal sabemos que podemos pedir cualquier cosa a su amor; ¡somos *sus hijos!*

Pero, si la madre, porque es madre, necesariamente piensa en sus hijos, éstos, por razón de su edad, fácilmente se distraen. El Rosario es el instrumento bendito que mantiene nuestra intimidad con María y que nos hace penetrar en su corazón cada vez más hondamente.

Instrumento divino que la Santísima Virgen lleva consigo en todas sus apariciones de un siglo acá, y que no se cansa de recomendarnos. Instrumento de la devoción católica por excelencia, con la que se sienten confortados y a gusto la anciana que no tiene instrucción y el sabio teólogo, porque en ella encuentran el camino luminoso y espléndido, el camino mariano que lleva a Cristo y por Cristo al Padre.

De este modo se cumplen en el Rosario todas las condiciones de una oración eficaz. Nos hace vivir en la intimidad de Nuestra Señora; y, porque es Mediadora, la función de María

vida de su Madre, y unidas en un mismo decreto de predestinación, el sentido que se llama acomodaticio, es en sí y debe ser para nosotros uno de los múltiples aspectos del sentido literal.

"Para honra de Nuestra Señora, tenemos que mirarla como agente de nuestra educación sobrenatural. Nunca somos grandes para Dios, ni para nuestra madre, ni tampoco para la Madre de Dios. Y como no existe cristianismo sin la Santísima Virgen, falta algo a toda vida sobrenatural cuando el amor delicado para la Santísima Virgen no ocupa su lugar en ella junto al amor de Dios.

"Nuestra Señora es todo lo que dice a los que la escuchan y la aman: ejemplo, caridad, influencia persuasiva...

"Ella educó a su Hijo y nos educará también a nosotros. A una madre no se la hace resistencia..." [1].

En el Gradual felicitamos a la Reina del Santísimo Rosario por su conducta admirable, llena de verdad, de justicia, de dulzura, con que se ganó el amor del Rey Supremo. En el Versículo cantamos la nobleza de su raza, que no tiene parecido en el mundo.

GRADUAL

Por la verdad y la mansedumbre y la justicia, hará tu diestra maravillas. ℣. Escucha, hija, y mira e in-

---

1 Dom Delatte: *Homélies sur la Sainte Vierge* (Plon, 1951).

clina tu oído: porque se ha prendado el Rey de tu hermosura.

Aleluya, aleluya. ℣. Hoy es la solemnidad de la gloriosa Virgen María, del linaje de Abraham, nacida de la tribu de Judá, de la clara estirpe de David. Aleluya.

PALABRAS CELESTIALES. — El Evangelio es el mismo que el de la fiesta del Santo Nombre de María, 12 de septiembre. Es el Evangelio de la Encarnación, cuyas palabras dos veces gloriosas tenemos la dicha de volver a leer. Gloriosas y celestiales porque vienen de Dios: el Angel, en efecto, es sólo embajador, sus palabras y su mensaje se los confió Dios; gloriosas porque proceden de Nuestra Señora y sólo Ella pudo dar este relato en una forma tan precisa de pormenores, que dan a conocer al testigo de experiencia inmediata.

MENSAJE DE ALEGRÍA. — "El mensaje es un mensaje jubiloso. La alegría hacía mucho tiempo que se había ausentado del mundo; desapareció con el pecado. Toda la economía antigua y toda la historia del género humano estaban cubiertas con un velo de tristeza, como si en sus relaciones con Dios hubiese tenido el hombre siempre conciencia de una enemistad que aún no estaba expiada. El presente mensaje va precedido de un saludo gozoso y de una llamada pacífica y acariciadora: *Ave,* es la palabra primera de este saludo, que, pronunciado una vez, se estará repitiendo eternamente."

La fe de María. — "La fe de Nuestra Señora fué perfecta. Nunca dudó de la verdad, ni siquiera cuando preguntó al ángel cómo se cumpliría el mensaje. Gabriel reveló el modo virginal de la concepción prometida y en nombre de Dios solicitó el consentimiento a la unión hipostática: para honra de la Virgen y para honra de la naturaleza humana, Dios quiso que dependiese de Nuestra Señora el lugar que iba a ocupar en su creación.

"Y entonces se pronunció libre y conscientemente la palabra divina que se oirá hasta el fin de los siglos: "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra"[1].

En Nuestra Señora se encuentran todas las gracias, toda luz y toda vida; por su santísimo Rosario, ha multiplicado las flores y los frutos en el jardín de la santa Iglesia. Eso es lo que canta el Ofertorio: por Jesús y con Jesús, no hay ofrenda que acepte Dios y no provenga de María.

OFERTORIO

En mí está la gracia de todo camino y de la verdad, en mí está la esperanza de la vida y de la virtud: yo, como el rosal plantado junto a los ríos de las aguas, he fructificado.

Como lo indica la Secreta, el Rosario piadosamente meditado nos prepara de un modo digno al Sacrificio del altar, memorial augusto y

1 Dom Delatte: *Ob. cit.*

eminente de los misterios cuyo recuerdo en el corazón de los fieles constituye el fin del santo Rosario.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, hagas que nos adaptemos convenientemente a estos dones que van a ser ofrecidos: y que celebremos de tal modo, por medio de los Misterios del sacratísimo Rosario, la vida, la pasión y la gloria de tu Unigénito, que nos hagamos dignos de sus promesas. El cual vive y reina contigo.

Nuestra alma, al salir del sagrado banquete, no puede quedar estéril. A ejemplo de María, flores y perfumes de virtudes tienen que sanear la tierra en su derredor y probar al Esposo que no fué infecunda su visita.

COMUNION

Floreced flores, como el lirio, y dad olor, y echad graciosas ramas, entonad cánticos, y alabad al Señor en sus obras.

¡Ojalá, intercediendo cerca de Dios, Nuestra Señora ayude en nosotros al efecto de este Sacramento y de los misterios en que tan gran parte tomó! La Iglesia lo pide en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, seamos ayudados por las preces de tu Santísima Madre, cuyo Rosario celebramos: para que percibamos la virtud de los Misterios que hemos celebrado y alcancemos el efecto de los Sacramentos que hemos recibido. Tú, que vives.

PLEGARIA A NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO. — Te saludo, María, en la suavidad de tus misterios gozosos, y primeramente en la santa Encarnación, que te hizo Madre de mi Salvador y Madre de mi alma, y te doy gracias por la dulce claridad que has traído al mundo.

¡Oh Nuestra Señora de la alegría! Enséñanos las virtudes que hacen mansos los corazones y haz que, en este mundo, donde abundan los dolores, caminen tus hijos en la luz de Dios para que, cogidos de tu mano maternal, logren alcanzar y poseer un día de modo completo el término con que los sostiene tu corazón, es decir, el Hijo de tu amor, Jesucristo Señor Nuestro.

Te saludo María, Madre de los Dolores, en los misterios de más amor, en la Pasión y en la muerte de mi Señor Jesucristo; y, juntando mis lágrimas con las tuyas, querría amarte tanto, que mi corazón, traspasado con el tuyo por los clavos que desgarraron a mi Salvador, sangrase con la misma sangre de los Corazones sagrados del Hijo y de la Madre. Y te bendigo, oh Madre del Redentor y Corredentora, en el rojizo esplendor del Amor crucificado, te bendigo por este sacrificio, que ya antes aceptaste en el Templo y que hoy consumas, ofreciendo en perfecto holocausto a la justicia de Dios a ese Hijo de tu cariño y de tu virginidad. Te bendigo por la sangre preciosa que ahora corre para lavar los pecados de los hombres, la cual tuvo su origen en tu Corazón purísimo; y te ruego, oh

Madre, que me lleves a las cumbres del amor a que sólo se puede llegar mediante una íntima unión con la Pasión y con la muerte de nuestro muy amado Señor Jesús.

Te saludo, oh María, en la gloria de tu Majestad Real. Los dolores de la tierra han dado paso a los goces infinitos, y su púrpura de sangre te ha tejido el manto maravilloso que conviene a la Madre del Rey de reyes y a la Reina de los Angeles. En el esplendor de tus triunfos, Señora digna de nuestro amor, permíteme simplemente levantar mis ojos hacia ti. Mejor que las palabras, te dirán ellos el amor de este hijo tuyo y las ansias que tiene de pasar su eternidad mirándote con Jesús, porque eres bella y eres buena, ¡oh Clementísima, oh Piadosa, oh Dulce Virgen María!

EL MISMO DIA

SAN MARCOS, PAPA; SANTOS MARCELO Y APULEYO, SERGIO Y BACO, MARTIRES

San Marcos sucedió en 336 al Papa San Silvestre. Un epitafio de San Dámaso que se cree que se refiere a él, le alaba "por su vida sin tacha, por la doctrina que continuamente predicó al pueblo, por su desprecio de las honras de esta vida, por la estima que hizo siempre de la virtud. Fué vengador de la justicia, perfecto

amigo de Cristo; su nombre y sus virtudes recuerdan al segundo Evangelista". Su Pontificado fué corto. Erigió dos santuarios, uno en la Vía Ardeatina, y allí está enterrado, y otro en el barrio Pallacino, reconstruído en el siglo IX por Gregorio IV e incluído luego, en el siglo XV, en el palacio que mandó edificar el Papa Paulo II.

De la historia de San Marcelo nada sabemos, y Apuleyo es desconocido en la hagiografía antigua. Y hasta parece que es una deformación de la indicación topográfica del Martirologio que nos hace leer *Apuleius*, en lugar de *in Apulia*.

El mártir San Sergio gozó de gran popularidad en tiempo de Teodoreto, según este autor nos refiere. Su tumba en Rosafa o Sergiópolis, fué un lugar de peregrinación muy visitado por todo el Oriente. En el siglo V y aun en el IV se le dedicaron muchas iglesias, y en Roma, se juntó con su culto el de San Baco, mártir también, que, según dice Antonino de Placencia, descansaba en otra localidad, *in civitate Barbarisso*.

8 DE OCTUBRE

SANTA BRIGIDA, VIUDA

BRÍGIDA Y CATALINA DE SENA. — Santa Brígida es menos conocida que Santa Catalina, que vi-

virá un poco más tarde, pero se parece a ella en muchos aspectos. A diferencia de la virgen de Sena, nuestra Santa aceptó el matrimonio por obedecer a la voluntad de su padre, además de que el Espíritu Santo la inspiró el someterse. Pero su vida brillaría en la Iglesia, de igual modo que la de Catalina, por las revelaciones que iba a recibir del cielo para comunicarlas al mundo, y por los pasos que dió cerca del Papado para volverle a Roma, de donde se había ausentado hacía tanto tiempo.

LAS REVELACIONES. — "Oh Señor, ¿quién te ha tratado de esa manera?" —"Los que me desprecian y olvidan mi amor", la respondió Jesucristo, quien poco después añadía: "Yo soy el Criador de todas las cosas... Tú serás esposa mía, verás las cosas espirituales y penetrarás los secretos del cielo: mi espíritu permanecerá contigo hasta la muerte. Has de saber que no te hablo para ti sola, sino para todos los cristianos..."

Asustada por esas revelaciones de que se sentía tan indigna, Brígida acudía a las mortificaciones que su valentía la sugería, a la manifestación confidencial que hacía a su confesor de las gracias que recibía de Dios y a la inmolación de su voluntad. Dios por otra parte la animaba:

"¿No te mandé honrar a Dios, creer que nada existe sin él, amar con moderación a este mun-

todo el mundo para ganar allí la indulgencia del jubileo de 1350, pero él se quedó en Avignon. Brígida tenía que esperar hasta el 16 de octubre de 1367 para ver al Papa Urbano V entrar en la Ciudad eterna.

Marchó casi inmediatamente a arrojarse a los pies del Sumo Pontífice y a comunicarle la voluntad de Dios referente a la reforma de la Iglesia y a la santidad de la Curia Romana. La Santa pudo ver con alegría que Urbano V no desatendía sus consejos: se suprimieron los abusos que deshonraban la Iglesia, se reconstruyeron los santuarios arruinados, y el supremo poder del Papa quedó reconocido por el pueblo de Roma, los barones y el emperador.

Pero ¡ay! no hacía todavía tres años y Urbano, desanimado, se alejaba otra vez de los sepulcros de los Apóstoles. Lo había predicho la Santa: Volvería a ver Avignon, pero sólo para morir allí. Rogerio de Beaufort, sobrino de Clemente VI, le sucedió con el nombre de Gregorio XI; éste era el que iba a poner fin para siempre al destierro y a entrar en Roma.

La muerte. — Entre tanto los días de Brígida están llegando a su fin. Otra cosechará en la alegría lo que ella sembró en lágrimas; Catalina de Sena, después de la muerte de Brígida, llevará a la Ciudad Santa al Vicario de Jesucristo. En cuanto a Brígida, en 1371 sale para los Santos Lugares, testigos de la vida y de la muerte

de Cristo; y a la vuelta de esta peregrinación postrera, lejos de su tierra natal, en aquella Roma desolada a cuya orfandad no podía ella poner fin, entrega su alma a Dios. Su hija, Catalina, mandó llevar su cuerpo a Escandinavia.

Se le colocó en el monasterio aún sin terminar de construir de Vadstena; era éste una casa en proyecto de la Orden del Salvador, cuyo plan, como todas las empresas que Dios impuso a Brígida, no se realizaría del todo hasta después de su muerte. Veinticinco años antes, casi a la vez, había recibido la orden de fundar y de dejar el piadoso asilo; como si el Señor sólo quisiese poner ante sus ojos la tranquilidad apacible para crucificarla mucho más por el camino tan diverso en que pensaba meterla pronto. ¡Severidad de Dios con los suyos! Independencia soberana de sus dones: así, dejándose ya la Santa desde sus primeros años apasionar por la bella azucena, atributo de las vírgenes, repentinamente se la significó que la flor de sus predilecciones era para otras. *Inútilmente clamé a él,* decía el profeta en el tiempo de la cautividad, que era figura de otra cautividad, cuya amargura estaba saboreando Brígida; *inútilmente clamé a El y le rogué: rechazó mi súplica; me cerró el camino con piedras cuadradas, destruyó mis senderos* [1].

---

[1] Lamentaciones, III, 8-9.

do hecho para el hombre? Lo contrario te enseñaría el espíritu de las tinieblas. Amolda tu conciencia. El demonio puede con permiso mío probar a mis servidores, pero jamás dominará en las almas que creen en mí y que me entregan su amor. El espíritu increado no da lugar a otro amor que no sea el de Dios y por ese amor quedan absorbidos todos los otros amores. El espíritu creado abrasa al alma en los malos deseos que le animan y la anega en la amargura. Predica la nada de las alegrías futuras, la vaciedad de los bienes eternos, ahoga al alma en la impureza en que él se complace. Por el contrario, el Espíritu Santo hace ver la vanidad de este mundo, hasta tal punto que el hombre querría evitar las manchas que contrae en la tierra para lanzarse hacia mí."

De esta manera animaba Dios a su humilde y fiel servidora, y así podemos nosotros también distinguir por los efectos que se producen en nuestras almas a qué espíritu obedecen, si al Espíritu de Dios o al espíritu del mal.

La presencia y las revelaciones de Dios no bastaban para contentar a Brígida. Habría deseado vivir en un claustro, lejos de las miradas, de la admiración y de las vanidades del mundo. Pero Dios la sacó de la soledad y, como en otro tiempo a sus profetas, la confió encargos costosos.

En la corte de Estocolmo. — Otra vez tuvo que presentarse en la corte, en aquella corte que había abandonado a raíz de la muerte de su esposo. Se llegó ante el rey, la reina y los cortesanos y denunció el lujo loco de aquella corte fastuosa y los placeres a que las almas se dejaban arrastrar y avisó que Dios castigaría sin misericordia si no se volvía a una vida más sencilla, si se continuaba abrumando con impuestos injustos a los infelices que vivían en la miseria.

Los Soberanos la recibieron con deferencia, y su palabra, corroborada con milagros, convirtió a muchos pecadores; hasta el rey trabajó en la reforma de su vida y de su reino.

Su misión cerca del Papa. — Pero otra misión más delicada aún la imponía la voluntad divina: "Escribe de mi parte al Papa Clemente VI lo que te voy a decir." Brígida sabía el mal que había hecho a la cristiandad el destierro del Papado en Avignon, las luchas en que estaban metidos los Papas, el lujo de su corte. Tuvo que escribir al Padre Santo las desgracias con que Dios le amenazaba si no trabajaba por poner paz entre los reyes de Francia y de Inglaterra y si no renunciaba personalmente a la ambición y a la codicia, en las que hasta entonces se había complacido. El Papa recibió la carta con respeto y se esforzó por hacer caso de ella. Convocó en Roma a los peregrinos de

EL ROSARIO DE SANTA BRÍGIDA. — Recordemos que Brígida voló a la patria verdadera el 23 de julio de 1373; el 8 de octubre es el día aniversario de la primera Misa que en honor de Santa Brígida celebró el Papa Bonifacio IX al día siguiente de haberla canonizado [1]. Martín V confirmó luego los actos de Bonifacio IX en su honor; aprobó, como él, sus revelaciones; fueron vivamente combatidas en los concilios de Constanza y de Basilea, pero salieron mejor recomendadas a la piedad de los fieles. También son conocidas las preciosas indulgencias inherentes al llamado rosario de Santa Brígida; por un favor de la Sede apostólica, dichas indulgencias se aplican muchas veces en nuestros días a los rosarios ordinarios; pero bueno será recordar que el verdadero rosario de Santa Brígida se componía, según ella, de 63 *Avemarías*, 7 *Padrenuestros* y 7 *Credos* en honor de los años que se presumen vivió Nuestra Señora en este mundo, de sus alegrías y de sus dolores. Esta misma idea de honrar a María fué lo que la hizo conferir la superioridad a la Abadesa en los monasterios dúplices de su Orden del Salvador.

VIDA. — Brígida nació en Suecia en 1302. Ya en su infancia fué favorecida con una visión de la Pasión del Señor. Se casó con Ulf, príncipe de Nericia; le supo llevar tan bien, que le incitó a imitarla en la piedad y a entrar en un monasterio de Alvastro don-

[1] 7 y 8 de octubre de 1391.

de murió después de 1344. Brígida escogió entonces un género de vida muy austero, cuya recompensa fueron altísimos favores sobrenaturales, visiones y éxtasis. En 1346 fundaba la nueva Orden del Salvador; escribió al Papa Clemente VI para pedirle que reformase la Iglesia, que dejase Avignon y volviese a Roma. En 1350 la Santa fué a la Ciudad Eterna a ganar la indulgencia del jubileo y, a continuación, visitó los santuarios de Italia y de Palestina. Retornó a Roma, donde murió en 1373. Su cuerpo le llevó a Suecia su hija Catalina. Bonifacio IX la inscribió en el catálogo de los santos el 7 de octubre de 1391.

El viaje a Roma. — Bendígante todos los pueblos, mujer fuerte, sostén de la Iglesia en días desventurados. Cuando el mundo, empobrecido de virtudes, ya no pagaba sus diezmos al supremo Señor, fuiste el tesoro que, descubierto *en las fronteras más remotas* [1], como dice la Escritura, compensó la indigencia de muchos. El Espíritu, implorado por los Apóstoles y por los santos Mártires, pronto te conducía a los lugares donde derramaron su sangre por el Esposo; te presentaste entonces como el navío que desde horizontes remotos trae alimento y vida [2] a regiones desoladas por la esterilidad. A tu voz Roma, agotada ya, vió un rayo de esperanza; a tu ejemplo, expió las faltas de las que procedía su desamparo; y las súplicas de unos y otros la devolvieron, con el corazón del Esposo, el de su Vicario en la tierra.

---

1 *Prov.*, XXXI, 10.
2 *Ibid.*, XXXI, 14.

EL SUFRIMIENTO. — El sufrimiento y el trabajo fueron tu herencia. El día en que con alegría de todos se consumaba tu obra, dejabas este mundo de modo algo parecido al de los héroes de la antigua alianza que saludaron de lejos las promesas cuya realización estaba reservada para otros, y confesaban que eran extranjeros y peregrinos en el mundo [1]. Buscabas, como ellos, una patria [2], no la que habías dejado y a la que podías volver [3], sino la única verdadera, la de los cielos [4]. Por eso, se gloría Dios de llamarse tu Dios [5].

PLEGARIA. — Desde la ciudad eterna en que terminó tu destierro [6], conserva en nosotros el fruto de tus ejemplos y de tus enseñanzas. Tu Orden del Salvador, a pesar de haber venido a menos, los perpetúa en aquellas comarcas donde aún existe; ojalá logre llegar un día en Vadstena a su antiguo esplendor. Por medio de ella y sus émulas, lleva a la Escandinavia a la fe de Anscario, su apóstol, de Erico y de Olaf, sus reyes mártires, a aquella fe tan tristemente perdida. En fin, protege a Roma, cuyos intereses el Señor te confió de un modo particular; y que no conozca otra vez la prueba terrible en cuya supresión gastaste tu vida.

1 *Hebr.*, XI, 13.
2 *Ibid.*, 14.
3 *Ibid.*, 15.
4 *Ibid.*, 16.
5 *Ibid.*
6 *Ibid.*

9 DE OCTUBRE

SAN JUAN LEONARDO, CONFESOR

"Padre de la Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, famoso por sus trabajos y sus milagros, fundador de misiones para la propagación de la fe", estos son los títulos o calificaciones honoríficas que el Martirologio Romano da a San Juan Leonardo. Ya dicen bastante los servicios que prestó a la Iglesia. El Sumo Pontífice Pío XII, extendió también su fiesta el 3 de abril de 1940 a la Iglesia universal con el rito de doble-menor. Con todo, un indulto de la Sagrada Congregación de Ritos del 2 de mayo de 1941, autoriza a Francia el continuar festejando este mismo día a San Dionisio con el mismo rito de doble-menor y simple memoria de San Juan Leonardo.

Damos aquí la breve biografía que leemos en el Breviario:

Juan Leonardo nació cerca de Luca. Desde su infancia dió pruebas de un espíritu serio y en plena madurez. Dios le llamó a los 26 años a entrar en la milicia eclesiástica; aprendió en primer lugar los rudimentos del latín con los niños, luego hizo tales progresos en las letras, Filosofía y Teología, que antes de los 4 años, fué elevado, por obediencia, al sacerdocio.

Fundó la Congregación de los Clérigos Regulares de la Madre de Dios, cuyos trabajos apostólicos obraron un cambio completo en las almas de Luca. Esto le ocasionó crueles ataques de parte de hombres malvados, pero Juan, padeciéndolo todo con gusto y con ecuanimidad, impetró de Gregorio XIII la aprobación de su Congregación.

Estaba apenado al ver tantos pueblos privados de la luz del Evangelio, en regiones lejanas, y aconsejándose del virtuosísimo obispo Vives, instituyó una sociedad de sacerdotes con la finalidad de instruir a los jóvenes que fuesen aptos para ser enviados a aquellos países a propagar allí la fe.

Después de haber ejercido hasta el extremo el ministerio sagrado, echado sobre la ceniza y cubierto de cilicio, murió en el Señor, en Roma, el 9 de octubre de 1609, a los 76 años de edad; Pío XI le inscribió en el número de los Santos.

SANTIDAD DE JUAN LEONARDO. — "Todos podemos, decía Pío XI, esforzarnos por imitar la pureza perfecta de Juan Leonardo, su amor a la oración y a la penitencia, su ardiente deseo del apostolado. Gracias a estas virtudes no sólo llegó a la cumbre de la perfección cristiana, sino que volvió a buen camino a los que se habían desviado, condujo al puerto de la verdad a los que andaban atormentados por la duda, y finalmente, con su piedad y ardor divino, indujo a muchos, principalmente entre los clérigos, a dejarlo todo y a no desear más que convertirse en heraldos del Evangelio, para curar con la luz y la gracia de Jesucristo a todas las nacio-

nes que yacen en las tinieblas de la muerte"[1]. Participemos de los deseos del Papa y unámonos a la oración de la Iglesia rezando la Colecta de la Misa para implorar la ayuda divina: "Oh Dios, que te dignaste suscitar admirablemente a San Juan, tu Confesor, para propagar la fe entre los gentiles y que por él fundaste en tu Iglesia una nueva familia para instruir a los fieles: danos a nosotros, tus servidores, el aprovecharnos también de sus enseñanzas de modo que recibamos las recompensas eternas. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN DIONISIO, OBISPO, SAN RUSTICO Y SAN ELEUTERIO, MARTIRES

VIDA DE SAN DIONISIO. — No se ha terminado aún la octava de San Remigio, y ya la Iglesia de Francia celebra a otro de sus protectores: París honra a su primer obispo. Gregorio de Tours nos da a conocer la época en que este obispo instauró una sede eclesiástica en la capital de Parisis, la antigua Lutecia: sucedía ésto siendo cónsules Decio y Grato, a mediados del siglo III,

[1] Homilía de la canonización. A. A. S., 10 de mayo de 1938.

cuando un emperador, afecto a los cristianos, permitía al Papa San Fabián desarrollar la organización de la Iglesia. París se gloría, pues, de haber recibido su propia jerarquía entre las primeras ciudades de la Galia; después de Lyon y de Vienne ciertamente, y poco después de Tolosa, Reims y Tréveris. Su lista episcopal, que es una de las más seguras, viene a confirmar las opiniones de Gregorio de Tours.

Este obispo se llamaba Dionisio. Su nombre, que parece indicar a un griego más que a un latino, no dejará de abrir horizontes risueños a la imaginación de los que más tarde quieran completar una biografía excesivamente breve.

Esta, en efecto, se resume en pocas palabras. Nada dice de los cristianos de Lutecia al llegar el obispo; pero la llegada de éste hace suponer que eran bastante numerosos en la región. Y no lo extrañaremos si pensamos en la situación geográfica de la ciudad y en la importancia de los navegantes parisienses con su continuo tráfico de barcas a través del Sena y afluentes. El autor de una de las vidas de San Dionisio, la más antigua que nos queda, nos habla de "lo animado y alegre que estaba el río".

El obispo multiplica el número de los fieles, organiza los diversos servicios de su Iglesia, construye una basílica. No se puede precisar el emplazamiento de esta primera catedral. Habría que buscarla, sin duda, entre los jardines y las

viñas de la orilla izquierda, que hacían de aquel barrio una colina aislada y bella.

La vida apacible de la comunidad cristiana de París pronto se vió turbada por la persecución, probablemente por la de Valeriano, en 258. La víctima más ilustre fué el obispo Dionisio, con el sacerdote Rústico y el diácono Eleuterio, si hemos de creer a una tradición antigua que ya desde el siglo IV nos lo asegura. El paganismo se hace dueño de la cabeza de la Iglesia con el intento de dispersar de ese modo al rebaño.

El lugar del martirio tuvo que ser a la orilla del camino de Lutecia a Ruán y a Harfleur, junto al pueblo de Cartulliacum, que después llevaría el nombre del obispo y se llamaría Saint-Denys-en-France. En este lugar el camino o carretera, llamada por los franceses la *Estrée*, pasa cerca de una curva del Sena, a donde se había dado a los verdugos la orden de arrojar los cuerpos. Pero una persona rica, ya cristiana de corazón aunque no había recibido aún el bautismo, consiguió sacar los preciosos despojos: la historia dice en términos un poco velados que compró a los verdugos: esto era una práctica corriente, casi oficial.

Los tres mártires no cesaron hasta el último momento de afirmar su fe en el verdadero Dios, y aun con "la cabeza cortada parecía palpitar todavía su lengua y alabar al Señor". Los cuerpos son enterrados rápidamente en un campo donde al verano siguiente el trigo brotó más

pujante que en otras partes. Una vez pasada la persecución, vuelve a cubrir las reliquias un modesto sepulcro. Los fieles van a rogar allí de buen grado y Santa Genoveva hacia el 475 construirá una iglesia.

Los tres Dionisios. — Los Merovingios, al fijar en París la capital del reino, se sienten naturalmente inclinados a venerar el sepulcro de San Dionisio. Nadie le gana en devoción al rey Dagoberto, que se obliga en 630 a decorar la basílica suntuosamente. Dicha basílica era por entonces una de las más importantes del obispado de París; está servida por un clero propio y por un grupo de monjes. Estos aceptaron pronto la Regla de San Benito, condescendiendo con la recomendación que de ella hacía a todos los monasterios la piadosa reina Santa Batilde.

Al siglo siguiente Fulrado construye la nueva basílica en el mismo sitio en que hoy se encuentra; la dedicación se celebra el 24 de febrero de 775. En esta fecha se trasladan a ella las reliquias de la antigua basílica de la *Estrée,* que queda dependiendo de la Abadía. El culto de San Dionisio recibe mayor esplendor. Pero, por razón de este culto solemne, se desea una vida más particularizada del santo obispo: Hilduino la redacta influído por una idea que ya se había hecho corriente: el patrón del monasterio no puede ser otro, sino el Dionisio, miembro de Areópago de Atenas, convertido por San

pablo. Ahora bien, por este tiempo, después que han pasado casi tres siglos, se ha confundido ya a Dionisio el Areopagita con otro Dionisio, Dionisio el Místico, autor de muchos tratados de teología, recomendables por lo elevado del pensamiento y la riqueza del simbolismo.

Esta confusión de tres personajes en uno, si bien embrolla un poco los datos de la historia, tiene algunas consecuencias felices, porque orienta al famoso monasterio y a otros muchos hacia una corriente de espiritualidad muy teológica; a la vez hace estudiar a los monjes las cosas de Grecia y de Bizancio, de las que toman muchos cantos, sobre todo de la célebre Misa griega de San Dionisio...

Oración: "Omnipotente Dios, otorga a tus elegidos que luchan en el combate la corona de la gloria y, como botín, la recompensa del reino celestial. Entre ellos, tu atleta Dionisio, juntamente con Eleuterio y Rústico, confesando tu nombre, fué consagrado con la palma del martirio. Concédenos, Redentor del mundo, ya que nuestros méritos nada valen, que sus sufragios nos consigan el perdón."

EL MISMO DIA

SAN LUIS BELTRAN, O. P., CONFESOR

Nacido en Valencia en 1526, entró Luis a los 20 años en la Orden de Predicadores, donde

no tardó en ser favorecido con toda clase de regalos sobrenaturales. En 1562, sus superiores le enviaron a misionar en las tierras de América. Trabajó durante ocho años en el Virreinato de Nueva Granada, catequizando, bautizando y levantando iglesias. Los indios caminaban tras él, cubriendo las llanuras y gritando: ¡Padre, padre! Más de 15.000 bautizó en un solo día en la falda del monte de Santa Marta. Desde 1570 le vemos de nuevo en España gobernando varios conventos. A la puerta de su celda se leían estas palabras, reveladoras de su carácter: "Si intentase dar gusto a los hombres, no sería siervo de Cristo". Como norma de conducta había tomado esta sentencia: "Menospreciarse a sí mismo, no menospreciar a nadie, menospreciar al mundo, y menospreciar el ser menospreciado." Murió en 1581, en el palacio del patriarca Ribera, que era su amigo.

Envía, Señor, de continuo a tu Iglesia hombres del temple de San Luis Beltrán, que ellos convertirán los eriales tristes e infecundos de nuestro suelo, en vergeles paradisíacos que hagan las delicias del Señor y el encanto de los ángeles y de los santos del mundo entero. Así sea.

10 DE OCTUBRE

SAN FRANCISCO DE BORJA, CONFESOR

El 30 de septiembre de 1572 Francisco de Borja, tercer General de la Compañía de Jesús, entregaba su alma a Dios con la serenidad confiada del hombre que siempre cumplió con su deber.

Sus obligaciones habían sido muy diversas en su vida agitada. Biznieto de Alejandro VI, y sucesivamente elegante y diestro jinete, confidente del Emperador Carlos V, Virrey de Cataluña, jesuíta, Vicario general de la Compañía en España, luego sucesor de San Ignacio, y por fin, legado de la Santa Sede; Francisco tuvo siempre empeño en servir antes que a nadie al Rey del cielo y militar bajo de su bandera, y no debajo de la de los poderosos de la tierra.

LA "CONVERSIÓN". — Del mundo, de sus placeres y de sus honores se formó pronto un juicio exacto. Estando todavía en la corte del Emperador, Francisco cayó enfermo y aprovechó sus ratos libres para leer, no novelas de caballería, sino los Evangelios, las Epístolas de San Pablo, libros ascéticos y vidas de Santos. Como Ignacio cuando estuvo herido, así se aprovechó él de sus lecturas y dió sus primeros pasos en la oración.

La muerte de la Emperatriz Isabel, acaecida en 1539, le trajo una gracia de luz más clara sobre la vanidad de todas las cosas y desde entonces comenzó a "reformar" su vida, que era ya edificante por cierto, y a darse a la lectura, a la oración y a la mortificación.

El Virrey de Cataluña. — Dios que le quería todo para sí, le privó de su esposa el 27 de marzo de 1546. Y Francisco se sintió inclinado hacia la nueva Orden que tanto contribuía a la reforma de la Santa Iglesia. No le faltaron dificultades en el camino para impedirle seguir su plan: continuó administrando por algún tiempo el ducado que le estaba encomendado, con aquel tacto, desasimiento y solicitud por la justicia que siempre había mostrado en todas las cosas, sacrificándolo todo antes que dejar de cumplir lo que le decía su conciencia que era su obligación. Caritativo con los pequeños, los pobres y los enfermos y devoto de sus amigos, daba a sus hijos, además de los consejos de que habían menester, el más acabado ejemplo de vida cristiana y perfecta que ellos podían desear. Como sabía vivir según su condición de Grande de España, así brillaba en él más que ninguna otra cosa su virtud eminente. Se hacía temer de los señores revoltosos y sin escrúpulos, y, al contrario, a sus enemigos les concedía el perdón con generosidad. Rompiendo con las costumbres de su siglo, comulgaba todos los días,

pasaba largas horas en oración y no consentía que los pasatiempos y juegos pudiesen ser en su casa una ocasión para ofender a Dios.

El Jesuíta. — Y mientras Carlos V estaba pensando llamar a la corte a este servidor insigne, Francisco, valiéndose de un privilegio que había solicitado San Ignacio, emitía su profesión solemne el 2 de febrero de 1548, aun antes de entrar en la Compañía de Jesús; sólo tres años más tarde le franquearon las puertas.

Su vida entonces se hizo más recogida, más mortificada, hasta tal punto que San Ignacio tuvo que darle algunos consejos prudentes. Toda España se admiró de este cambio: Francisco no pensaba más que en ocultarse. Pero tenía que predicar y exteriorizarse y las muchedumbres acudían a él conmovidas por la unción de su palabra y más todavía por el brillo de su santidad.

General de la Compañía de Jesús. — Aunque hombre de acción, Francisco tenía que ser sobre todo, hombre de oración. Nadie como él conservó tanta intensidad de vida interior entre las muchas y variadísimas ocupaciones. Su jornada se convertía para él en un día de oración, pero una oración continua, de forma que se veía que su mirada y su corazón estaban fijos en Dios. Por su gusto habría llevado una vida enteramente contemplativa: Dios no quiso satisfa-

cerle ese deseo y le puso al frente de la Compañía que tiene por fin promover su mayor gloria por el apostolado, la predicación y la enseñanza. Se dió el Santo a ello con celo, redactó e hizo publicar las reglas de la Compañía y los Ejercicios espirituales de su padre San Ignacio, remedió algunos pequeños abusos, consolidó la formación intelectual y espiritual de los religiosos jóvenes, envió misioneros por el mundo y puso muchos a disposición de San Carlos Borromeo y del Papa San Pío V.

Habría deseado presentar la dimisión del cargo y marchar a países de misión con el fin de derramar su sangre por Cristo. No se realizó su sueño; pero al menos felicitaba con todo cariño a aquellos de sus hijos que sufrían por la fe en tierras lejanas, los consolaba con sus cartas y los ayudaba con su oración, y tuvo la gloria de contar entre sus hijos sesenta y seis mártires.

Murió en Roma al regresar de una legación emprendida con el intento de formar una liga contra los turcos, siempre peligrosos para la cristiandad; su compatriota, la gran mística Teresa de Avila, le proclamaba ya Santo.

Vida. — Francisco nació el 28 de octubre de 1510. Su infancia y su juventud se deslizaron con tal piedad e inocencia, que fueron una lección para sus padres y sus amigos. Pero el ejemplo fué mayor aún por la vida cristiana y la austeridad que supo llevar en la corte de Carlos V, y luego como virrey de Cataluña. La

muerte de la emperatriz y después la de su esposa, le demostraron la vanidad de este mundo; resolvió dejarlo y entró en la Compañía de Jesús en 1551 y fué muy pronto ordenado de sacerdote. Testigo de sus virtudes, no tardó San Ignacio en nombrarle su Vicario General en España y el 2 de julio de 1565 llegaba a ser el tercer General de la Compañía. Aumentó el número de sus casas y envió misioneros a Polonia, a Méjico, al Perú, a las Indias.

Sus muchas tareas no le impedían dedicar largas horas a la oración, su caridad le hacía todo para todos, su humildad rebuscaba los más humildes empleos y sabía rehusar los honores que se le ofrecían. A la vuelta de una legación que el Papa le había confiado, murió en Roma, el 30 de septiembre de 1572. Los muchos milagros que obró, indicaron el crédito de que gozaba cerca de Dios, y Clemente XII le canonizó el 21 de junio de 1670, al mismo tiempo que a los santos Cayetano, Felipe Benicio, Luis Beltrán y Santa Rosa de Lima.

LA HUMILDAD. — "Señor mío Jesucristo, modelo de la humildad verdadera y su recompensa; tú, que hiciste al bienaventurado Francisco tu imitador glorioso en el desprecio de los honores de la tierra, haz que, imitándote como él, tengamos parte en tu gloria" [1]. Es la oración que la Iglesia dirige a Jesucristo con tus auspicios. Y sabe ella que el crédito de los santos, siempre grande cerca de Dios, lo es sobre todo para obtener a sus devotos clientes la gracia de las virtudes que de un modo más especial practicaron.

[1] Colecta del día.

¡Qué preciosa se presenta en ti esta prerrogativa, oh Francisco, ya que la ejerces en el campo de la virtud que atrae toda clase de gracias en este mundo y es prenda de toda grandeza en el cielo! Desde que el orgullo precipitó a Lucifer en los abismos y las humillaciones exaltaron al Hijo de Dios por encima de los cielos[1], la humildad, dígase lo que se quiera en nuestros tiempos, no ha perdido nada de su inapreciable valor; continúa siendo el fundamento indispensable de todo edificio espiritual o social que aspira a la permanencia, la base sin la cual ninguna virtud, ni la caridad siquiera, podrían subsistir. Oh Francisco, consíguenos el ser humildes; descúbrenos la vanidad de los honores del mundo y de sus falsos placeres. Ojalá la Santa Compañía, cuyo valor para la Iglesia tú supiste, después de Ignacio, aumentar, conserve como algo muy querido este espíritu, que fué el tuyo, con el fin de crecer siempre en el aprecio del cielo y en el agradecimiento del mundo.

11 DE OCTUBRE

LA MATERNIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

El título de Madre de Dios. — Entre todos los títulos de alabanza tributados a Nuestra Se-

1 *Flp.*, II, 6-11.

ñora no hay ninguno más glorioso que el de Madre de Dios. Ser Madre de Dios es el porqué de María, el secreto de sus gracias y de sus privilegios. Para nosotros este título encierra en sustancia todo el misterio de la Encarnación; y no hay otro por el que podamos con más razón felicitarla a ella y regocijarnos nosotros. San Efrén justamente pensaba que, para dar uno prueba cierta de su fe, le bastaba confesar y creer que la Santísima Virgen María es Madre de Dios.

Y por eso la Iglesia no puede celebrar ninguna fiesta de la Virgen María sin alabarla por este augusto privilegio. En su Inmaculada Concepción, en su Natividad, e igualmente en su Asunción, siempre saludamos en ella a la Santa Madre de Dios. Y eso es precisamente lo que hacemos nosotros también al repetir tantas veces a diario el Ave María.

La herejía nestoriana. — "Teotokos, Madre de Dios": así se la llamó a María en todo tiempo. Hacer la historia del dogma de la maternidad divina sería hacer toda la historia del cristianismo. El nombre *Teotokos* de tal forma había penetrado en el espíritu y en el corazón de los fieles, que se armó un escándolo enorme el día el que ante Nestorio, obispo de Constantinopla, un sacerdote, portavoz suyo, tuvo la osadía de pretender que María no era Madre más

que de un hombre, porque era imposible que un Dios naciese de una mujer.

Pero entonces ocupaba la silla de Alejandría un obispo, San Cirilo, a quien Dios suscitó para defender el honor de la Madre de su Hijo. Al punto hizo pública su extrañeza: "Estoy admirado de que haya hombres que pongan en duda que a la Santísima Virgen se la pueda llamar Madre de Dios. Si Nuestro Señor es Dios, ¿cómo podrá ser que María, que le dió al mundo, no sea Madre de Dios? Esta es la fe que nos transmitieron los discípulos, aunque no se sirviesen de este término; es también la doctrina que nos enseñaron los Santos Padres."

El concilio de Efeso. — Nestorio no admitió cambio alguno en sus ideas. El emperador convocó un Concilio, que inauguró sus sesiones en Efeso el 22 de junio del 431; en él presidió San Cirilo, como legado del Papa Celestino. Se juntaron 200 obispos; proclamaron que "la persona de Cristo es una y divina y que la Santísima Virgen tiene que ser reconocida y venerada por todos como realmente Madre de Dios". Al saberse esta noticia, los cristianos de Efeso entonaron cantos de triunfo, iluminaron la ciudad y acompañaron a sus domicilios con antorchas a los obispos "que habían venido, gritaban, a devolvernos la Madre de Dios y a ratificar con su autoridad santa lo que estaba escrito en todos los corazones".

Y, como ocurre siempre, los esfuerzos del diablo sólo sirvieron para preparar y suscitar un triunfo magnífico a Nuestra Señora; los Padres del Concilio, así cuenta la tradición, para perpetua memoria añadieron al *Ave María* esta cláusula: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros, pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte": oración que desde entonces recitan todos los días millones de almas para reconocer en María la gloria de Madre de Dios que un hereje la quiso arrebatar.

La fiesta del 11 de octubre. — El año 1931, al celebrarse el centenario XV del Concilio, pensó Pío XI que sería "útil y grato a los fieles el meditar y reflexionar sobre un dogma tan importante" como es el de la maternidad divina. Para que quedase perpetuo testimonio de su piedad a María, escribió la Encíclica *Lux Veritatis,* restauró la basílica de Santa María la Mayor de Roma y además instituyó una fiesta litúrgica, que "contribuiría al aumento de la devoción hacia la Soberana Madre de Dios entre el clero y los fieles, y presentaría a la Santísima Virgen y a la Sagrada Familia de Nazaret como un modelo para las familias", para que así se respeten cada vez más la dignidad y la santidad del matrimonio y la educación de la juventud.

En las fiestas del 1.º de enero y en las del 25 de marzo tuvimos ocasión de considerar lo que para María lleva consigo su dignidad de

Madre de Dios. El tema, por decirlo así, es inagotable: podemos detenernos hoy todavía unos momentos más.

María exterminadora de las herejías.—"Alégrate, oh Virgen María, porque tú sola has destruído en todo el mundo todas las herejías." Esta antífona de la Liturgia demuestra claramente que el dogma de la maternidad divina es el sostén y la defensa de todo el cristianismo. Confesar la maternidad divina, vale tanto como confesar, en el Verbo Encarnado, la naturaleza humana y la naturaleza divina, y también la unidad de persona; es afirmar la distinción de personas en Dios y la unidad de su naturaleza; es reconocer todo el orden sobrenatural de la gracia y de la gloria.

María es con toda verdad Madre de Dios.—Ahora bien, es fácil reconocer que María es con toda propiedad Madre de Dios. "Si el Hijo de la Santísima Virgen es Dios, escribía Pío XI en su Encíclica *Lux Veritatis,* la que le engendró debe llamarse Madre de Dios; si la persona de Jesucristo es una y divina, no cabe duda ninguna que todos tienen que llamar a María Madre de Dios y no sólo Madre de Cristo-hombre... Del mismo modo que a las demás mujeres se las llama madres, y lo son realmente, porque en su seno formaron nuestra sustancia caduca y no porque creasen el alma humana,

así alcanzó la Virgen la maternidad divina por el hecho de haber engendrado a la única persona de su Hijo."

CONSECUENCIAS DE LA MATERNIDAD DIVINA.— De aquí se derivan como de una misteriosa y viva fuente la gracia especial de María y su suprema dignidad después de Dios. La Bienaventurada Virgen María tiene una dignidad casi infinita, dice Santo Tomás, y proviene del bien infinito que es Dios. Cornelio a Lapide explica así estas palabras: es Madre de Dios: sobrepuja, por consiguiente, en excelencia a todos los Angeles, Querubines y Serafines. Es Madre de Dios: es, por tanto, la más pura y las más santa de todas las criaturas, y, excepción hecha de Dios, no es posible figurarse mayor santidad que la de la Santísima Virgen. Es Madre de Dios: por eso, se la concedió a ella su privilegio antes que a cualquier Santo se concediese cualquier privilegio del orden de la gracia santificante".

DIGNIDAD DE MARÍA.—Este privilegio de la divina maternidad relaciona a María con Dios con una relación tan particular y tan íntima, que no hay dignidad creada que pueda compararse con la suya. Esa dignidad la pone en relación inmediata con la unión hipostática y la hace entrar en relaciones íntimas y personales con las tres personas de la Santísima Trinidad.

MARÍA Y JESÚS. — La maternidad divina une a María con su Hijo con un lazo mucho más fuerte que el de las demás madres con respecto a sus hijos. Estas no son las únicas que intervienen en la generación, mientras que la Santísima Virgen fué ella sola la que produjo a su Hijo, el Hombre-Dios, de su propia sustancia, Jesús es fruto de su virginidad. Pertenece a su Madre porque ella le concibió y le dió a luz en el tiempo, ella le alimentó con la leche virginal de sus pechos, ella le educó, ella ejerció sobre El su autoridad maternal.

MARÍA Y EL PADRE. — La maternidad divina liga a María con el Padre de una manera que no se puede expresar con palabras humanas. María tiene por Hijo al mismo Hijo de Dios; imita y reproduce en el tiempo la generación misteriosa por la que el Padre engendra a su Hijo en la eternidad. Y de ese modo llega a ser la coasociada del Padre en su Paternidad: "Si el Padre nos ha dado pruebas de un afecto sincero, decía Bossuet, porque nos ha dado a su Hijo por Maestro y Salvador, el amor inefable que siente por ti, oh María, le hizo concebir otros muchos planes en nuestro favor. Dispuso que fuese tan tuyo como de El; y, para formar contigo una sociedad eterna, quiso que fueses la Madre de su único Hijo y ser El el Padre del tuyo" [1].

1 Sermon sur la dévotion à la Sainte Vierge.

MARÍA Y EL ESPÍRITU SANTO. — La maternidad divina une igualmente a María con el Espíritu Santo, ya que por el Espíritu Santo concibió al Verbo en su seno. León XIII llama a María: Esposa del Espíritu Santo [1]. Y María es su santuario privilegiado a causa de las maravillas inauditas de la gracia que ese Espíritu divino obró en ella.

"Si Dios está con los Santos, concluye San Bernardo, está con María de un modo particularísimo; porque, entre Dios y ella la conformidad es tan perfecta, que Dios se ha unido no sólo a su voluntad, sino también a su carne, y de su sustancia y de la sustancia de la Virgen, hizo un solo Cristo; Cristo, aunque no procede en lo que es, ni todo completo de Dios ni todo completo de la Virgen, no deja de ser, esto no obstante, todo entero de Dios y todo entero de la Virgen; pues no hay dos hijos, sino uno solo, que lo es de Dios y de la Virgen. Por eso la dice el ángel: *Dios te salve, María, llena eres de gracia, el Señor es contigo*. Está contigo no sólo el Señor Hijo, a quien tú revistes de tu carne, sino el Señor Espíritu Santo, de quien tú concibes y el Señor Padre, que ha engendrado al que tú concibes. El Padre está contigo y hace que su Hijo sea tuyo; el Hijo está contigo y, para realizar en ti el admirable misterio, se abre milagrosamente para sí tu seno, pero res-

---

[1] Encíclica *Divinum munus*, 9 de mayo de 1897.

petando el sello de tu virginidad; el Espíritu Santo está contigo y juntamente con el Padre y el Hijo, santifica tu seno. Ciertamente, el Señor está contigo"[1].

MISA

El Introito recuerda la célebre profecía de Isaías que anuncia la concepción virginal del Mesías y su nombre de Emmanuel "Dios con nosotros".

INTROITO

He quí que una Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y se llamará su nombre Emmanuel.—*Salmo:* Cantad al Señor un cántico nuevo: porque ha hecho maravillas. ℣. Gloria al Padre.

Ya el día de la Anunciación nos encontramos con esta Colecta, en la cual la Iglesia se gloría de su fe en la maternidad divina y reclama, por este título, la intercesión omnipotente de María cerca de Dios.

COLECTA

Oh Dios, que quisiste que, al anuncio del Angel, tu Verbo se encarnase en el seno de la Bienaventurada Virgen María: suplicámoste hagas que, los que creemos que ella es verdadera Madre de Dios, seamos ayudados ante ti por su intercesión. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 III Homilía *super Missus est.*

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecli., XXIV, 23-31).

Yo, como la vid, exhalo suave olor: y mis flores dan frutos de gloria y de riqueza. Yo soy la Madre del amor hermoso, y del temor, y de la ciencia, y de la santa esperanza. En mí está la gracia de todo camino y de la verdad: en mí la esperanza de la vida y de la virtud. Venid a mí, todos los que me deseáis, y seréis colmados de mis frutos. Porque mi espíritu es más dulce que la miel y mi herencia más que la miel y el panal. Mi memoria durará por todos los siglos. Los que me coman, tendrán aún más hambre: y, los que me beban, tendrán todavía mas sed. El que me escuche, no será confundido; y, los que obren movidos por mí, no pecarán. Los que me den a conocer, tendrán la vida eterna.

Con razón aplica la Iglesia aquí también a Nuestra Señora un texto que se escribió del Mesías. ¿No es ella por ventura la verdadera viña, la que nos dió la vid generosa que recibimos todos los días en la Eucaristía? ¿Hay gloria comparable a la suya, que, sin cesar de ser virgen, ha llegado a ser la Madre de Dios? También la Iglesia la alaba con gozo por ser la Madre del amor hermoso y nos induce a ir con confianza a ella, ya que en María se encuentra toda esperanza de vida y de virtud y que los que la escuchan nunca serán confundidos.

San Jerónimo, en el segundo domingo de Adviento, nos dió la explicación del texto de Isaías que constituye el Gradual: "La rama sin nudo

ninguno que sale del tronco de Jessé, es la Virgen María y la Flor es el mismo Salvador, que dice en el Cantar de los Cantares: Yo soy la flor de los campos y el lirio de los valles". Y el versículo del Aleluya canta la admiración de la Iglesia por la joven Virgen que lleva consigo al que encierra dentro de sí al universo.

GRADUAL

Saldrá una vara del tronco de Jessé, y brotará un vástago de su raíz. ℣. Y reposará sobre él el Espíritu del Señor.

Aleluya, aleluya. ℣. Oh Virgen, Madre de Dios: Aquel a quien todo el orbe no puede contener, se encerró, hecho hombre, en tus entrañas, Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., II, 43-51).

En aquel tiempo, al volver ellos, quedóse el Niño Jesús en Jerusalén y no lo notaron sus padres. Y, creyendo que estaría en la caravana, anduvieron camino de un día, y le buscaron entre los parientes y conocidos. Y, no encontrándole, tornaron a Jerusalén en busca suya. Y sucedió que, después de tres días, le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles. Y se admiraban todos los que le oían, de su prudencia y de sus respuestas. Y, al verle, se admiraron. Y díjole su Madre: Hijo, ¿por qué has obrado así con nosotros? He aquí que tu padre y yo te hemos andado buscando con dolor. Y díjoles: ¿Por qué me buscábais? ¿No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre? Y ellos no entendieron la respuesta que les dió. Y bajó con ellos, y fué a Nazaret: y estuvo sujeto a ellos.

EL AMOR DE JESÚS PARA SU MADRE. — "Si nos fuese permitido, escribe el P. Lagrange [1], llevar hasta este extremo el análisis de su desarrollo humano, yo diría que en El, en Jesús, como en otros, se nota algo que denota la influencia de María. Su gracia, su exquisita delicadeza y su indulgente dulzura no son más que de María. Esto sobre todo distingue a los que con frecuencia han sentido su corazón templado por la ternura maternal y afinado su espíritu por las palabras de la mujer venerada y tiernamente querida que se complacía en formarlos para todas las más delicadas circunstancias de la vida." De verdad que Jesús fué como lo decían sus paisanos, el "hijo de María" [2].

"Y si Jesús recibió tanto de ella, El la amó también infinitamente: como Dios, la escogió y otorgó sus prerrogativas únicas de virginidad y pureza inmaculada, junto con la gracia de la maternidad divina; y, como hombre, quísola con tanta ternura y lealtad, que su última solicitud, estando ya en la cruz en medio de torturas espantosas, fué para ella: "Mujer, ahí tienes a tu hijo; ahí tienes a tu Madre."

"Este doble amor le hizo también escoger para su Madre la ocupación más digna de ella: el profeta le había vaticinado a El como servidor de Yahveh, y su Madre fué la esclava del

---

1 *L'Evangile de Jésus-Christ*, p. 50.
2 *S. Marcos*, VI, 3.

Señor por el olvido de sí misma, por la devoción con que le sirvió y por el desprendimiento más perfecto: "Mejor es dar que recibir". Cristo escogió para sí esta felicidad e hizo de ella participante a su Madre. Y, porque María apreció en todo su valor este regalo, quiso dejar señalados con particular detenimiento estos rasgos de la infancia que la superficialidad de algún lector encontrará demasiado severos: "¿Por qué me buscábais?" No sabíais que es preciso que me ocupe en las cosas de mi Padre?" [1]. Y luego en Caná: "Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí?" [2]. Y en Cafarnaum: "¿Quiénes son mi madre y mis hermanos?" [3]... Jesús tiene empeño en darnos este ejemplo del desprendimiento que nos exige a nosotros" [4].

OFERTORIO

Estando desposada su Madre María con José, fué hallada haber concebido del Espíritu Santo.

SECRETA

Con tu propiciación, Señor, y por la intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de tu Unigénito, aprovéchenos esta oblación para la perpetua y presente prosperidad y paz. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 *S. Lucas,* II, 49.
2 *S. Juan,* II, 4.
3 *S. Marcos,* III, 33.
4 *La Vida y Doctrina de Jesucristo Nuestro Señor,* por el P. Julio Lebretón, S. J., págs. 56-57. 3.ª ed. Ediciones PAX-Madrid-1952.

Alimentados ahora mismo con el Cuerpo y la Sangre del Señor, pensemos en la dicha que sentiría María llevando consigo durante nueve meses al Hijo eterno del Padre. Unámonos, pues, a la mujer que un día la ensalzó por su privilegio y, sobre todo, roguemos a María que nos haga partícipes de la salvación que ella recibió antes que nadie.

COMUNION

Bienaventuradas las entrañas de la Virgen María, que llevaron al Hijo del Padre eterno.

POSCOMUNION

Purifíquenos de todo pecado, Señor, esta Comunión: y, por intercesión de la Bienaventurada siempre Virgen María, Madre de Dios, háganos partícipes del remedio celestial. Por el mismo Nuestro Señor Jesucristo.

MARÍA, MADRE NUESTRA.—Al saludarte hoy con tu bello título de Madre de Dios, no olvidamos que "por haber nacido de ti el Redentor del género humano, por eso mismo, eres Madre benevolentísima de todos nosotros, a quienes Jesucristo ha tomado por hermanos. Al escogerte por Madre de su Hijo, Dios te inculcó sentimientos muy de madre que sólo destilan amor y perdón" [1].

---

[1] Pío XI; Encíclica *Lux Veritatis.*

"Oh Virgen Santísima, dulce es a tus hijos afirmar de ti todo lo que hay de glorioso, todo lo que es magnífico; y, al hacer ésto, no se apartan de la verdad, quedan cortos en lo que te mereces [1]. Porque tú eres la maravilla de las maravillas, y de cuanto existe o existirá, nada hay, excepto Dios, tan magnífico como tú" [2].

Acuérdate de nosotros en la gloria del cielo donde estás; te lo pedimos con sumo gozo y con toda confianza. "El Omnipotente está contigo y tú también eres omnipotente con El, omnipotente por El, y omnipotente cerca de El", como dice San Buenaventura. Puedes presentarte ante Dios, no tanto para rogar como para disponer: sabes que Dios atiende infaliblemente a tus deseos. Es verdad que somos pecadores, pero por nosotros llegaste a ser Madre de Dios, y "nunca se ha oído decir que haya sido desamparado ninguno de los que acudieron a tu protección. Animados con tal confianza, acudimos a ti y, gimiendo por el peso de nuestros pecados, nos prosternamos a tus pies. Madre del Verbo Encarnado, no desprecies nuestras súplicas, antes bien dígnate oírlas y cumplirlas" [3].

---

1 Basilio de Seleucia, *Homilía* 39, n. 6; *P. G.*, 85, c. 452.
2 Isidoro de Tesalónica, *Sermón para la Presentación de María; P. G.*, 189, c. 69.
3 *S. Bernardo.*

12 DE OCTUBRE

NUESTRA SEÑORA DEL PILAR, PATRONA DE ESPAÑA

Conocido de todos los españoles es el relato de la antigua y piadosa tradición. Caminaba por las riberas del Ebro el Apóstol Santiago, anunciando la buena nueva a los iberos valientes e indómitos. La indiferencia de sus oyentes le tenía apesadumbrado y estaba ya a punto de desmayar cuando la Virgen María se le presentó una noche, anunciándole que aquellos trabajos suyos no serían estériles y que la semilla por él derramada y protegida cariñosamente por sus manos virginales, daría frutos de bendición a través de los tiempos. Alentado por esta visión, el Apóstol prosiguió su obra evangelizadora, conservando imborrable el recuerdo de aquel lugar que había sido santificado con la presencia de la Madre de Dios y del Pilar en que se habían posado sus plantas.

Allí se levantó más tarde un templo que es la actual basílica del Pilar en Zaragoza, fuente de gracias, escenario de perdones y conversiones, centro de peregrinaciones que acuden allí de toda España, que considera a la Virgen del Pilar como su celestial patrona, y al Pilar mismo, como símbolo de su fe y el centro de su fervor

religioso, siempre pujante y sincero. Desde aquel trono, en que Nuestra Señora recibe el homenaje de todos los españoles, derrama sus gracias en todas las direcciones, vela por la conservación de la fe, y ruega bondadosa por el florecimiento del inmenso y lozano árbol de la hispanidad.

¡Oh Madre, Madre nuestra del Pilar, que de tantos peligros has librado a España a través de los siglos y que significas con milagros, como el del joven de Calanda, a quien restituiste el pie cortado y enterrado, que te agradan nuestros obsequios filiares, consérvanos perenne esa invencible confianza!

13 DE OCTUBRE

SAN EDUARDO, REY Y CONFESOR

LOS REYES SANTOS. — En el curso del año ya hemos tenido ocasión de celebrar a reyes santos. La Iglesia nos exige reverenciar a los Soberanos y, en general, a todos los constituídos en autoridad por la sencilla razón de que la autoridad viene de Dios; les tributa honores y reza para que reciban las gracias necesarias a su difícil cargo. A nosotros nos recomienda con empeño que también recemos por ellos, porque sabe a cuántos peligros están expuestos y la

gran responsabilidad que tienen, para no usar de la autoridad sino dentro de los límites y en la medida en que Dios los ha hecho depositarios de ella.

Pero muchos, por desgracia, no saben resistir a las vanidades que los rodean y se dejan arrastrar por el hechizo falso de los placeres y de los honores. Por eso se podría fácilmente creer que la santidad heroica es casi imposible en una situación tan elevada y peligrosa. La Iglesia, al proponer a nuestro culto a muchos que ejercieron el poder real, nos muestra que no hay nada de eso. Y se cuentan bastantes que, aun viviendo en el trono y en el ejercicio de la potestad regia, practicaron las virtudes en grado heroico y merecieron los honores supremos de la beatificación y canonización.

La devoción para todos. — "Los que han tratado de la devoción, decía San Francisco de Sales, casi todos pusieron la vista en instruir a personas muy alejadas del comercio del mundo. Mi intención es instruir a los que viven en las ciudades, casados, en la corte, a los que por su condición se ven obligados a hacer una vida común en cuanto al exterior, los cuales con harta frecuencia y con el pretexto de que les es imposible, no quieren ni siquiera pensar en practicar la vida devota... Y yo les pruebo que puede vivir en el mundo un alma vigorosa y constante, sin recibir vaho alguno mundano, y

encontrar fuentes de dulce piedad en medio de las olas amargas de este siglo y volar entre las llamas de las codicias terrenales, sin quemar las alas de los santos deseos de la vida devota" [1].

Y añade un poco más adelante: "Dios, en la creación, mandó a las plantas que produjesen sus frutos, cada una según su género: así también mandó a los cristianos, que son las plantas vivas de la Iglesia, que produjesen frutos de bendición, cada uno según su clase y vocación. De distinto modo han de practicar la devoción el caballero, el artesano, el criado, el príncipe, la viuda, la joven, la casada; y no sólo esto, sino que es menester acomodar la práctica de la devoción a las fuerzas, los quehaceres y las obligaciones de cada uno... La devoción, si es verdadera, en nada perjudica; al contrario, todo lo perfecciona y, sin duda ninguna, es falsa cuando va en contra de la legítima vocación de uno. Es un error y también una herejía pretender expulsar la vida devota de entre los soldados, de la tienda del mercader, de la corte de los príncipes, del hogar de las personas casadas. Es verdad que la devoción puramente contemplativa, monástica y religiosa, no puede practicarse en esas profesiones: pero, además de estas tres clases de devoción, hay otras muchas que son propias para perfeccionar a los que viven en estados seglares. Y dan fe de ello, en el Antiguo Testamento, Abraham, Isaac y Jacob; y,

1 *Introducción a la Vida devota:* Prefacio.

en el Nuevo, San José, Lidia y San Crispín fueron perfectamente devotos en sus talleres; Santa Ana, Santa Marta, Santa Mónica... en sus casas; Cornelio, San Sebastián, San Mauricio, en medio de las armas; Constantino, Elena, San Luis, San Eduardo, en sus tronos... En cualquiera situación en que nos encontremos, podemos y debemos aspirar a la vida perfecta... [1]

Gloria de San Eduardo. — La Historia nos demuestra, por su parte, que la santidad en modo alguno perjudica al cumplimiento del deber de estado. El que descuidase su obligación para darse a una devoción que el Señor no le exige, no sería santo.

Sobrino del mártir del mismo nombre, Eduardo se ha visto galardonado ante los hombres y ante Dios con el bello calificativo de Confesor. La Iglesia, en el relato de su vida, pondera sobre todo las virtudes que le valieron este título tan glorioso; bien merece se considere su reinado de veinticuatro años como uno de los mejores y más felices conocidos por Inglaterra. Los Daneses, amos por tanto tiempo, sometidos para siempre en el interior, y contenidos fuera por la postura valiente del príncipe; Macbeth, el usurpador del trono de Escocia, derrotado en una campaña que inmortalizó Shakespeare; y las *leyes de Eduardo*, que hasta hoy perduran como una de las bases del derecho británico;

---

[1] *Introducción a la Vida devota:* Cap. III.

y su munificencia en favor de todas las nobles empresas, buscando a la vez el modo de reducir las cargas de su pueblo: todo eso prueba bastante que el suavísimo perfume de virtudes que hicieron de él un íntimo de Juan el discípulo amado, no tiene nada de incompatible históricamente con la grandeza de los reyes.

VIDA. — Véanse a continuación las líneas que le dedica la Iglesia.

Eduardo, por sobrenombre el Confesor, era sobrino del santo rey Eduardo el Mártir, y fué el último rey de los anglosajones. El Señor reveló en un éxtasis su futuro reinado a un santo personaje llamado Britualdo. Los Daneses, que devastaban a Inglaterra, le buscaron para matarle, por lo que, viéndose obligado a expatriarse cuando sólo tenía diez años, marchó a la corte de su tío, el Duque de Normandía. Allí, entre todos los incentivos de las pasiones, fué tal la integridad de su vida, la inocencia de sus costumbres, que causaba admiración a todos. Desde entonces se vió brillar en él extraordinaria piedad que le llevaba a Dios y a las cosas divinas. De temperamento mansísimo, sin ninguna ambición de mandar, se refiere de él este dicho: Prefiero no reinar nunca a recuperar mi reino por la fuerza y con derramamiento de sangre.

Pero una vez muertos los tiranos que habían quitado la vida y el trono a sus hermanos, fué llamado a su patria y coronado en medio de aclamaciones y de una alegría general. Puso todo el empeño que pudo por borrar las huellas del furor de su enemigo, comenzando por la religión y las iglesias, reparando unas y levantando otras nuevas, dotándolas de rentas y de privilegios; pues su primera preocupación era el ver reflorecer otra vez el culto de Dios que tanto había disminuído. Afirman todos los autores que, obligado por

los señores de su Corte a casarse, guardó virginidad con su esposa, virgen como él. Su amor y su fe en Cristo fueron tales, que mereció ver en el Santo Sacrificio como Jesús le sonreía y brillaba con un resplandor divino. Se le llamaba generalmente el padre de los huérfanos y de los desgraciados, porque su caridad era tan grande, que nunca se le veía más contento que cuando había agotado el tesoro real en favor de los pobres.

Fué ilustrado con el don de profecía, y recibió luces de lo alto sobre lo que estaba por venir a su país; hecho notable entre otros: conoció sobrenaturalmente en el mismo instante en que sucedió, la muerte de Suenón, rey de Dinamarca, ahogado en el mar al embarcarse para invadir a Inglaterra. Ferviente devoto de San Juan Evangelista, tenía por costumbre no negar nada de lo que le pidiesen en su nombre; y un día el mismo Apóstol, debajo de las apariencias de un mendigo cubierto de harapos, le pidió una limosna y el rey, al no tener dinero, sacó su anillo del dedo y se le ofreció al Santo, quien poco tiempo después se lo devolvió a Eduardo a la vez que le anunciaba como próxima su muerte. El rey, prescribió oraciones por sus intenciones propias y, efectivamente, murió con toda piedad el día anunciado por el Evangelista, a saber, el 5 de enero del año de la redención 1066. La fama de sus milagros rodeó su tumba, y al siglo siguiente, Alejandro III le inscribió entre los Santos. Pero el culto de su memoria en la Iglesia universal, en cuanto al Oficio público, le fijó Inocencio XI en este día, ya que en él se abrió su sepulcro después de 36 años y se encontró el cuerpo incorrupto despidiendo un suave olor.

Representas al pueblo en quien Gregorio Magno prevé al émulo de los ángeles; tantos reyes santos, tantas vírgenes ilustres, tan egre-

gios obispos y tan excelentes monjes, que fueron gloria suya, son los que hoy forman tu corte. Mientras tú y los tuyos reináis perennemente en el cielo, *juzgando a las naciones y dominando a los pueblos* [1], las dinastías de tus sucesores en la tierra, por celos contra la Iglesia y abrazando el cisma y la herejía, se han extinguido una en pos de otra, se han vuelto estériles por la cólera de Dios en esa fama inútil de la que no queda rastro alguno en el libro de la vida.

¡Cuánto mejores y más duraderos se nos ofrecen, oh Eduardo, los frutos de la virginidad santa! Enséñanos a ver en el mundo presente la preparación del otro que no tendrá fin, a juzgar los acontecimientos humanos con vistas a sus resultados eternos. Con los ojos del alma, nuestra devoción te busca y te encuentra en tu real Abadía de Westminster. Arrodillados junto a esa tumba, de la cual pretende inútilmente alejar la oración la herejía recelosa, imploramos tu bendición. Presenta a Dios las súplicas que se elevan hoy de todos los puntos del orbe, por las ovejas descarriadas a las que llama la voz del pastor con repetidas instancias en nuestros días al único redil [2].

---

1 *Sab.*, III, 8.
2 *S. Juan*, X, 16.

14 DE OCTUBRE

SAN CALIXTO, PAPA Y MARTIR

Dignidad del sacerdocio. — Conviene que la fiesta de los Papas, de los Obispos y de los Sacerdotes, reavive en nosotros el sentido doctrinal, para infundirnos una gran reverencia hacia aquellos a quienes Dios ha encargado de guiarnos, y para hacernos ver en su sacerdocio el sacerdocio mismo de Cristo, a quien ellos representan entre nosotros. Esta misma doctrina nos recordaba el texto de San Pablo que se leía antiguamente en la misa de este día y cuyo comentario damos aquí.

"Todo mediador o pontífice, dice San Pablo, se toma de entre los hombres: así lo exige su función. Pero no vive aparte, en cierto modo, de la masa común, sino para la utilidad de todos y en virtud del oficio que se le confió. Está dedicado a su misión, y sacado de la masa de los hombres sin dejar de pertenecerles.

"En efecto, no se les sustrae ni se les arrebata: de este tributo exigido por Dios a la raza humana, es ésta la primera en beneficiarse. El gran sacerdote es el hombre de Dios. El tiempo, la ineptitud, la pobreza, mil causas miserables impiden con frecuencia a los hombres el reconocer de un modo tan completo como ellos querrían y tienen obligación el beneficio de la exis-

tencia, de la conservación, de la Providencia, del perdón: hay que ganar la vida, y no siempre hay un rato de ocio para la oración. Dios no nos ha exigido todos los días de nuestra vida, sino uno entre siete; de igual manera, no ha reclamado a toda la raza humana, aunque es toda suya, sino que se ha reservado para sí al sacerdote, que está constituído cerca de Dios en nombre de los hombres para todo lo que concierne al culto de Dios. El sacerdote es escogido entre los hombres: está constituído para los hombres cerca de Dios. Con todo, queda asentado que su oficio propio es el de presentar a Dios ya sea ofrendas y oblaciones incruentas, ya sacrificios eucarísticos o expiatorios por el pecado. Pues el Pontífice existe principalmente para el sacrificio. Es mediador y mediador litúrgico: y de ese modo aplaca, da gracias, adora, expía, obtiene y santifica.

"Por no estar escogido entre los ángeles, sino entre los hombres, tiene en su persona y en su naturaleza y en la fraternidad que le une con todos, un título vigoroso para compadecerse de la ignorancia y del error: tiene por qué mirar con afición y cariño tanto a los que ignoran qué es lo que deben hacer, como a los que hacen cosa distinta de lo que deberían hacer. Esta facilidad de condescendencia y de compasión se la sugiere la sola conciencia que de sí mismo tiene y de su debilidad"[1].

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* II, 339.

Tal fué el Papa que dió por cabeza Dios a su Iglesia a principios del siglo III. Sus decisiones, además de aumentar el ascendiente y las prerrogativas de la Iglesia y de los obispos, manifestaron la caridad, la indulgencia, la exquisita prudencia del Papa para con los fieles. Estos no lo olvidaron: veneraron a Calixto como santo y como mártir y fué el único obispo de Roma, entre San Clemente y San Ponciano, que fué honrado primitivamente con un aniversario solemne.

VIDA. — San Calixto gobernó la Iglesia entre el 217 ó 218 y el 222 ó 223. Conocemos su vida únicamente por su adversario San Hipólito.

Según él, Calixto nació en Roma, esclavo de un cristiano. Banquero al servicio de éste, osado y emprendedor, como lo será siempre, Calixto hizo bancarrota. Por eso se le condenó a dar vueltas a una rueda de molino. Luego, fué denunciado al prefecto de la ciudad y condenado a las minas de Cerdeña por haber alborotado en una reunión de la sinagoga. Habiendo logrado volver con los cristianos agraciados, llegó a ser diácono del Papa Ceferino y estuvo encargado del cementerio que en lo sucesivo llevaría su nombre. A la muerte de Ceferino, le sucedió Calixto, pero Hipólito, que le reprochaba sus innovaciones en materia de disciplina, sembró el cisma. Debió de morir el 14 de octubre del 222 ó 223, asesinado, según se cree, por los judíos en el Transtíberi. Pero esto no pasa de hipótesis y es muy posible que no sea mártir.

En el aspecto dogmático, Calixto fué fiel a la enseñanza tradicional de la Iglesia y condenó el sabelianismo. En materia disciplinar, declaró antes que nadie que la Iglesia tenía el derecho de absolver los

pecados gravísimos que la costumbre del tiempo consideraba como reservados a Dios; autorizó a las mujeres cristianas de alta posición que se pudiesen casar con hombres de condición inferior, cosa que prohibía el derecho romano.

ESCLAVO Y PAPA. — El Espíritu Santo, que protege a la Iglesia, te preparó en el sufrimiento y en la humillación como un auxiliar selecto. Naciste esclavo; todavía joven, en las minas de Cerdeña fuiste un forzado más, pero era por el Señor. *Siervo del trabajo,* como se decía en la antigua Roma, tú no lo fuiste ya de tu antiguo amo, y libertado de las minas cuando quiso el que guía los acontecimientos a merced de su providencia, el título de Confesor, al ennoblecerte para siempre, te recomendaba a la atención maternal de la Iglesia.

Y, a partir de esta fecha, fueron tales tus méritos y tus virtudes, que, al inaugurarse el pontificado más largo de la época de los mártires, Ceferino te tomó por consejero, sostén y suplente de su vejez; y luego la Iglesia, suficientemente enterada con la experiencia de dieciocho años, te eligió en su día como supremo pastor.

Y ¡qué grande la dejas hoy a esta noble Esposa del Hijo de Dios! Toda la nobleza de los siglos pasados, todo el valor moral, todo el progreso intelectual del género humano en ella se concentran en este momento. ¿Qué fué de los desprecios de otros tiempos, de las calumnias de

antaño? Y el mundo no ignora ya que tiene ante sí a la reina de lo porvenir; y las persecuciones terribles que el Estado pagano la tiene aún reservadas, se derivarán de esta convicción: que para él se trata de una lucha, pero de una lucha desesperada por la vida. Por eso, está vacilante y se diría que hoy quiere pactar con los cristianos.

La acción del Papa. — Fuiste el primero en abrir los nuevos caminos en que entraba la Iglesia, caminos llenos de peligro y también de grandeza. Del absoluto y brutal *Non licet esse vos*[1] de los crueles jurisconsultos, tú fuiste el primero en hacer reconocer oficialmente en algo los derechos de la comunidad cristiana: la propiedad de la sepultura, el derecho a reunirse, a suscribirse, para honrar a sus difuntos. En vez de ceder en lo más mínimo de los derechos de Dios para pactar con el César, ratificaste, como nadie lo había hecho aún, la independencia absoluta de la Iglesia respecto a la cuestión del matrimonio, sustraído por Cristo de la jurisdicción de los poderes civiles.

Hay otras inquietudes en el seno de la Iglesia; el ardor de las luchas doctrinales ha llegado a su colmo y se ha lanzado contra el primero de nuestros misterios: Sabelio, condenado por su audacia en declarar incompatible con la unidad de Dios la real distinción de la Santí-

[1] No se os permite ni existir.

sima Trinidad, deja el campo abierto a la escuela que separa las augustas personas con peligro de multiplicar a Dios mismo. Luego viene Montano, cuyos discípulos, enemigos de las teorías sabelianas, no cuentan con el favor de la Santa Sede para su sistema de falsa mística y de reforma exagerada. Pero, como el piloto es diestro y burla los escollos a través de las sutilezas de los dogmatizantes, las pretensiones de los rigoristas y las utopías de los políticos, tú guías la barca de Pedro a sus inmortales destinos, con mano que tiene la firmeza del Espíritu Santo.

Sé, pues, glorificado eternamente, y bendícenos y en nosotros a tus discípulos y a tus hijos y consérvanos siempre unidos fielmente a la fe de la Iglesia romana, que es la única que tiene las promesas de la vida eterna.

15 DE OCTUBRE

SANTA TERESA, VIRGEN

LA CARIDAD. — "Si bien la Iglesia triunfante del cielo y la que lucha en la tierra parecen estar totalmente separadas, dice para esta fiesta el obispo de Meaux, de hecho un lazo sagrado a ambas las une. Este lazo es la caridad, que se halla tanto en este lugar de destierro como en la patria eterna; que alegra a los santos ya

triunfadores y anima a los que combaten; que, extendiéndose del cielo a la tierra y de los ángeles a los mortales, convierte la tierra en cielo y a los hombres en ángeles. Porque, oh Jerusalén santa, venturosa Iglesia de los primogénitos, cuyos nombres están escritos en los cielos, aunque la Iglesia, hermana tuya querida que vive y lucha en la tierra, no puede compararse contigo, no deja de afirmar que un amor santo os une a las dos. Cierto que ella busca y tú ya posees; que ella trabaja y tú descansas, que ella espera y tú ya disfrutas. Pero, entre tantas diferencias que mucho os separan, esto al menos hay de común, que lo que aman los espíritus bienaventurados, es lo que aman también los hombres mortales. Jesús es su vida, Jesús es la nuestra; y entre sus cantos de alegría y nuestros tristes gemidos, se oyen resonar por doquier las palabras del salmista sagrado: "*Mi bien está en unirme a Dios*" [1].

VOCACIÓN DE TERESA. — Pues recordar al mundo este supremo bien de la Iglesia de la tierra y de la Iglesia del cielo, fué lo que hizo Teresa en unos tiempos calamitosos, desde las alturas del Carmelo, devuelto por ella a su primitiva perfección. Tras la noche glacial de los siglos XIV y XV, se desprende de los ejemplos de su vida una fuerza de irresistible atracción que perdurará en sus escritos, la cual arrastra con-

[1] Bossuet, *Panégyr. de sainte Thérèse.*

sigo a los predestinados a seguir las huellas del Esposo.

Con todo, ni el Espíritu Santo descubría por medio de Teresa caminos desconocidos; ni, sobre todo, Teresa, la humilde Teresa, introducía novedades en sus escritos. Mucho antes que ella, el Apóstol había dicho de los cristianos que su conversación está en los cielos [1], y después de él, Ambrosio, Agustín, Gregorio Magno, Gregorio Nacianceno y tantos otros testigos de todas las Iglesias. Se ha dicho y se ha probado mejor de lo que nosotros acertaríamos a hacer: "Los Padres no conocieron ningún otro estado tan bien como el de la unión perfecta, que se realiza en la cumbre de la contemplación: al leer sus escritos, no puede menos de advertirse la sencillez con que tratan el tema; parece que consideran ese estado como frecuente y lo ven como el desarrollo normal del cristianismo en su plenitud" [2].

En esto, como en todo lo demás, la escolástica recogió sus datos. Esta corroboró la doctrina relativa a esas cumbres de la vida cristiana, precisamente en los días en que se estaba debilitando la fe de los pueblos y la caridad divina no lograba su pleno desarrollo más que en el interior de algunos claustros ignorados. Por su forma especial, la doctrina de la escuela

---

1 *Flp.*, III, 20.

2 *La Vie spirituelle et l'Oraison,* par Mme. Cécile Bruyère, ch. XIX.

no estaba ya por desgracia al alcance de todos; y, por otra parte, el carácter anormal de esa época tan extrañamente agitada, se reflejaba también en los místicos que por entonces había.

LOS ESCRITOS DE TERESA. — Entonces apareció en escena, en el reino católico, la virgen de Avila. Estaba admirablemente dotada por la gracia y por la naturaleza; supo de las resistencias de ésta y de los llamamientos de Dios, de las dilaciones purificadoras, de los triunfos progresivos del amor; el Espíritu, que la quería de maestra en la Iglesia, la llevaba por el camino clásico, si así se puede decir, de los favores que reserva a los perfectos. Llegada, pues, al monte de Dios, hizo el recuento de las etapas del camino que había recorrido, sin otra pretensión que obedecer a quien en nombre de Dios la mandaba [1]; con pluma exquisita por la sencillez y naturalidad, contó las obras que llevó al cabo por el Esposo [2]; y no con menos lindeza puso por escrito para uso de sus hijas las lecciones de su experiencia [3], describió las varias moradas del castillo del alma humana, en cuyo centro, para quien sabe buscar, reside en un cielo anticipado la Trinidad Santa [4]. No se necesitaba más: libre de abstracciones especulativas, vuelta a su sencillez sublime, otra vez

[1] Vida de la Santa escrita por ella misma: antes del cap. I.
[2] Libro de las Fundaciones.
[3] Camino de Perfección.
[4] Las Moradas.

atraía a todas las inteligencias la Mística cristiana; la luz despertaba al amor; y por doquier el jardín de la santa Iglesia exhalaba los más suaves aromas purificando la tierra, rechazando los miasmas a cuyo amparo la herejía y su pretendida reforma amenazaban con anegar el mundo.

La vida unitiva. — Teresa, sin duda, a nadie invitaba a forzar la entrada de caminos que no fuesen trillados. Pero, bien que la unión pasiva e infusa quede completamente a merced del beneplácito de Dios, la unión de conformidad efectiva y activa al querer divino, sin la cual la primera no sería más que una ilusión, se ofrece con la ayuda de la gracia ordinaria a todo hombre de buena voluntad. "La verdadera unión, dice la Santa, se puede muy bien alcanzar, con el favor de Nuestro Señor, si nosotros nos esforzamos a procurarla, con no tener voluntad sino atada con lo que fuere la voluntad de Dios. ¡Oh, qué de ellos habrá que digamos esto, y nos parezca que no queremos otra cosa, y moriríamos por esta verdad...! Pues yo os digo, y lo diré muchas veces, que cuando lo fuere, que habéis alcanzado esta merced del Señor... Esta es la unión que toda mi vida he deseado; ésta es la que pido siempre a Nuestro Señor, y la que está más clara y sigura" [1].

---

[1] Las Moradas. Moradas V, c. III. Obras de Santa Teresa de Jesús, por el P. Silverio, t. IV, pp. 86, 87 (Burgos, 1917).

Esto no obstante, añadía: "Se deje de unos encogimientos que tienen algunas personas, y piensan es humildad. Sí, que no está la humildad en que si el rey os hace una merced no la toméis, sino tomarla y entender cuán sobrada os viene, y holgaros con ella. Donosa humildad, que me tenga yo a el Emperador del cielo y de la tierra en mi casa, que se viene a ella por hacerme merced y por holgarse conmigo, y que por humildad ni le quiera responder, ni estarme con El, ni tomar lo que me da, sino que le deje solo; y que estándome diciendo y rogando le pida, por humildad me quede pobre, y aun le deje ir, de que ve que no acabo de determinarme.

"No os curéis, hijas, de estas humildades, sino tratá con él como con padre, y como con hermano, y como con señor, y como con esposo; a veces de una manera, a veces de otra, que El os enseñará lo que habéis de hacer para contentarle. Dejaos de ser bobas, pedilde la palabra, que vuestro Esposo es, que os trate como a tal"[1].

Pero por todas partes se oye decir, "hay peligros, ulana por aquí se perdió, el otro se engañó, el otro, que rezaba mucho, cayó... Y mirá qué ceguedad de el mundo, que no miran los muchos millares que han caído en herejías y en grandes males sin tener oración, sino dis-

[1] Camino de Perfección, c. XXVIII. Edic. del P. Silverio, t. III, p. 130.

traición; y entre la multitud de éstos, si el demonio, por hacer mijor su negocio, ha hecho caer a algunos que tenían oración, ha hecho poner tanto temor a algunos para las cosas de virtud. Estos que toman este amparo para librarse, se guarden; porque huin del bien para librarse del mal... Ansí que, hermanas, dejaos de estos miedos... Procurá tener limpia conciencia y humildad, menosprecio de todás las cosas del mundo, y creer firmemente lo que tiene la Madre Santa Iglesia, y a buen siguro que vais buen camino"[1].

Y es muy verdad: "Digo que si no viere en sí esta fortaleza grande, y que ayude a ella la devoción u visión, que no la tenga por sigura. Porque, aunque no se sienta luego el daño, poco a poco podría hacerse grande, que a lo que yo veo y sé de expiriencia, de tal manera queda el crédito de que es Dios, que vaya conforme a la Sagrada Escritura; y como un tantico torciese de esto, mucha más firmeza sin comparación me parece ternía en que es demonio que ahora tengo de que es Dios, por grande que la tenga. Porque entonces no es menester andar a buscar señales, ni qué espíritu es, pues está tan clara esta señal para creer que es demonio, que si entonces todo el mundo me asigurase que es Dios, no lo creería"[2].

---

1 Camino de Perfección, c. XXI. Edic. del P. Silverio, t. III, pp. 99, 101, 102.

2 Vida de Santa Teresa, c. XXV. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 196.

El Oficio del director. — Pero el alma evita semejante peligro consultando a los que pueden ilustrarla: "Y aunque para esto parece no son menester letras, mi opinión ha sido siempre, y será, que cualquier cristiano procure tratar con quien las tenga buenas, si puede, y mientras más mijor; y los que van por camino de oración tienen de esto mayor necesidad, y mientras más espirituales más... Yo siempre fuí amiga de ellos (de letrados), que aunque algunos no tienen expiriencia, no aborrecen a el espíritu, ni le inoran; porque en la Sagrada Escritura que tratan, siempre halla la verdad de el buen espíritu... Creo temen en gran manera (los demonios) las letras humildes y virtuosas, y saben serán descubiertos y saldrán con pérdida... ¡Bendito seáis vos, Señor, que tan inhábil y sin provecho me hecistes; mas aláboos muy mucho, porque despertáis a tantos que nos despierten! Había de ser muy contina nuestra oración por éstos que nos dan luz" [1]. "Porque yo sin letras ni buena vida... lo escribo (esto) casi hurtando el tiempo, y con pena, porque me estorbo de hilar, por estar en casa pobre, y con hartas ocupaciones... Basta ser mujer para caérseme las alas, cuanti más mujer y ruin" [2].

---

[1] Vida, c. XIII. Edic. del P. Silverio, t. I, pp. 98, 99, 100.

[2] Vida, c. X. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 73.

El amor al prójimo. — Conforme al dicho del celestial Cantar de los Cantares, para introducir a Teresa en lo más íntimo de sus secretos, el Esposo tuvo que *ordenar el amor* en su alma y regular la caridad en ella [1]. Una vez reivindicados sus derechos soberanos, como es justo, pronto la haría para con su prójimo más abnegada y más amante que lo fué nunca. El dardo del Serafín no endureció ni deformó su corazón. Ya en el punto culminante de la perfección a que iba a llegar, el mismo año de su santa muerte: "Yo le digo, escribía, que si me quiere bien, que se lo pago, y gusto de que me lo diga. ¡Cuán cierto es de nuestro natural querer ser pagadas! Esto no debe ser malo, pues también quiere serlo Nuestro Señor... Mas parezcámonos a El, sea en que quiera" [2]. Y en otra parte, hablando de sus viajes interminables en servicio del Esposo: "Y en dejar las hijas y hermanas mías, cuando me iba de una parte a otra, yo os digo, que, como yo las amo tanto, que no ha sido la más pequeña cruz... Que aunque están de otras cosas desasidas, ésta no se lo ha dado Dios, por ventura para que fuese a mí más tormento, que tampoco lo estoy de ellas" [3].

La naturaleza y la gracia. — De ninguna manera la gracia rebaja a la naturaleza, que tam-

1 *Cant.*, II, 4.
2 Carta a María de S. José, Priora de Sevilla, 8 de nov. de 1581. Edic. del P. Silverio, t. IX, p. 111.
3 Fundaciones, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. V, p. 239.

bién es obra del Creador. A la vez que la dedica al culto de Dios, la sanea, la fortalece, la ordena; y con sus facultades en pleno desarrollo, hace que el hombre regenerado tribute, a la vista de sus semejantes, al Dios Redentor, el primero y el más palpable homenaje. Léase esa obra maestra de literatura que llamamos Libro de las Fundaciones, o también el sinnúmero de cartas que la seráfica Madre escribió robando tiempo a su vida activísima; y se verá si el heroísmo de la fe y de todas las virtudes, si la santidad en su más alta expresión mística, perjudica en Teresa un instante siquiera, no ya a la constancia, a la abnegación, a la energía, sino a su inteligencia, que nunca se turba, siempre activa y despierta hasta la jovialidad, a su carácter siempre ecuánime, que de su plenitud derrama serenidad y paz sobre todo lo que la rodea, a su delicada solicitud, a su ponderación, a su tacto exquisito, a su especial gracia de las gentes y, en fin, a su talento práctico y a la incomparable sensatez de esta contemplativa, cuyo corazón traspasado sólo latía por milagro y cuya divisa fué: *¡Padecer o morir!*

Al bienhechor de una fundación en proyecto le escribe: "No piense vuestra merced que ha de dar a Nuestro Señor sólo lo que piensa ahora, sino mucho más... Y no es nada dar los reales, que nos duele poco. Cuando nos apedreen a vuestra merced y al señor su yerno y a todos los que tratamos en ello, como hicieron

"Si hay algo que merezca la pena de volver a este mundo, sería el deseo de sufrir en él algo más todavía"[1]. — "No me admiro, dice Bossuet, de que Jesús haya querido morir: debía a su Padre este sacrificio. Pero ¿qué necesidad tenía de haber vivido y terminado sus días entre tantos trabajos? La razón es la siguiente: por ser el varón de dolores, como le llamaba el Profeta[2], únicamente quiso vivir para sufrir; o para decirlo con más energía con la bella palabra de Tertuliano, quiso saciarse, mejor que morir, en el placer de la paciencia: *Saginari voluptate patientiae discessurus volebat*[3]. He aquí un modo extraño de hablar. ¿No creerías tú que, según el sentir de este escritor eclesiástico, toda la vida del Salvador fué un festín cuyos manjares todos eran tormentos? Banquete raro para el mundo, mas Jesucristo lo consideró digno de su paladar. Su muerte era suficiente para nuestra salvación; pero no bastaba su muerte al maravilloso apetito que tenía de sufrir por nosotros. Fué necesario añadir los azotes y esa corona atroz que taladra su cabeza y todo el aparato de espantosos suplicios. Y todo eso ¿por qué? Porque sólo vivió para sufrir, y *quería hartarse del placer de sufrir por nosotros antes de morir*"[4]. Y, por eso, puesto en la cruz, "viendo en los decretos eternos que ya

1 Aparición al P. Gracián.
2 *Is.*, LIII, 3.
3 De Patientia, 3.
4 Panégyrique de sainte Thérèse.

nada le quedaba por sufrir: *Ah,* exclama, *se acabó, todo se ha consumado*[1]: *vámonos, nada nos queda que hacer en este mundo;* y al instante entregó su alma a su Padre"[2].

"PADECER O MORIR". — Ahora bien, si fué este el espíritu de Jesucristo Salvador nuestro, ¿cómo no va a ser el de su esposa Teresa de Jesús? "También ella quiere padecer o morir; y su amor no puede aguantar que otra causa distinta de la que difirió la muerte del Salvador, retrase la suya"[3]. A vista de este magnífico ejemplo deben encenderse nuestros corazones. "Si somos verdaderos cristianos, tenemos que desear el permanecer siempre con Jesucristo. Ahora bien, ¿dónde encontramos a este adorable Salvador de nuestras almas? ¿En qué lugar podremos estrecharle entre los brazos? En sólo dos lugares se le encuentra: en su gloria o en sus suplicios, en su trono o en su cruz. Para estar con él tenemos, pues, que abrazarle en su trono, y eso nos lo procura la muerte, o bien unirnos con su cruz y esto lo logramos mediante el sufrimiento; de modo que hay que sufrir o morir para no perder nunca al Salvador. Suframos, pues, cristianos, suframos cuanto Dios quiera enviarnos: aflicciones y enfermedades, miserias y pobreza; injurias y calumnias; procuremos llevar constante y valientemente cualquier par-

---

1 *S. Juan,* XIX, 30.
2 Panégyrique de sainte Thérèse, por Bossuet.
3 Ibíd.

en Avila casi, cuando se hizo San Josef, entonces irá bueno el negocio"[1].

Y precisamente esta fundación de Toledo, tan ruidosa por cierto, es a la que se refiere la palabra de la Santa que tanto se hace amar: "Teresa y tres ducados no significan nada; pero Dios, Teresa y tres ducados, valen todo"[2].

La gran prueba. — Teresa tuvo que gustar algo más que los desasimientos humanos: Un día creyó que hasta Dios mismo la había desamparado. Tuvo que pasar por la prueba de verse condenada y rechazada ella, con sus hijas y con sus hijos, en nombre y por la autoridad del Vicario del Esposo, ni más ni menos que lo que ocurrió antes a Felipe Benicio y después de ella a José de Calasanz y a Alfonso de Ligorio. Era uno de los días anunciados ya desde los tiempos antiguos, *en los que se permite a la bestia declarar la guerra a los santos y vencerlos*[3].

Nos falta tiempo y espacio para referir esos incidentes dolorosos[4]; mas ¿para qué? La *bestia* no conoce sino un solo método, que repite en el siglo XVI, en el XVII, en el XVIII y en todos los siglos; también Dios, al permitirlo, intenta

1 A Alonso Alvarez Ramírez, 19 de febrero de 1569; Edic. del P. Silverio, t. VII, p. 39.

2 Esas palabras, atribuídas a la Santa, no se hallan literalmente en sus escritos.

3 *Apoc.*, XIII, 7.

4 Véanse las Cartas de la Santa: al Prior de los Cartujos de Sevilla, 31 de enero de 1579, etc.

siempre el mismo fin: conducir a los suyos a la alta cumbre de la unión dolorosa, en la cual El, que quiso saborear antes que nadie la amargura de la hiel, pudo decir con más razón que otro cualquiera: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado*[1]?

VIDA. — Teresa nació en Avila, España, el 28 de marzo de 1515. La lectura de las Actas de los Mártires, la hicieron desear ya desde la infancia el imitarlos. Un día se fugó de la casa paterna con el fin de llegar a Africa y allí derramar su sangre por Jesucristo. Devuelta a casa por su tío, quiso suplir el martirio con el fervor de su caridad para Dios y para el prójimo. A los 20 años entró en el Carmelo, donde iba a vivir una vida de tribulaciones, de penitencias y de oración, privada durante diez y ocho años del alivio de los consuelos que luego iba a tener.

Su celo la sugirió devolver al Carmelo la Regla primitiva. Con la aprobación de Pío IV y la ayuda del P. Juan de la Cruz, pudo edificar treinta y dos monasterios. El Señor la recompensó con favores singularísimos, visiones y éxtasis y con la transverberación de su corazón. A la oración ferventísima unía la práctica de grandes penitencias por la salvación de los infieles y la conversión de los herejes. El fuego de su caridad acabó con su vida en Alba, el 4 de octubre de 1582. Su cuerpo continúa incorrupto hasta nuestros días. Reconocidos sus milagros por la Iglesia, Teresa fué canonizada por Gregorio XV.

"SUFRIR POR AMOR". — Al Amado que se te descubre en la muerte, le encontraste ya, oh Teresa, en los padecimientos de la vida presente.

---

[1] *S. Mateo,* XXVII, 46.

tecilla de su cruz con que tenga a bien honrarnos"[1].

ORACIÓN Y VIRTUD. — Enséñanos tú ese cristianismo fuerte y verdadero, ya que la Iglesia te presenta como madre y maestra de sus hijos en los caminos de la vida espiritual. Cierto que la perfección no se adquiere en un día; tú lo dijiste: "Caro costaría, si no pudiésemos buscar a Dios sino cuando estuviésemos muertos al mundo... Dios me libre de gente tan espiritual, que todo lo quiera hacer contemplación perfeta, dé do diere"[2]. Pero también nos libre Dios de esas devociones mal entendidas y pueriles que tú llamaste "devociones a bobas"[3] y que tanto repugnaban a la rectitud y a la dignidad de tu alma generosa. No quisiste otra oración, sino la que te "hiciese crecer las virtudes"[4]; convéncenos, pues, del gran principio que, refiriéndote a la oración, expresaste con estas palabras: "el caso es que en estas cosas interiores de espíritu la que más aceta y acertada es, es la que deja mejores dejos... Llamo dejos, confirmados con obras... ¡Oh! que ésta es la verdadera oración, y no unos gustos para nuestro gusto no más"[5]. Y únicamente se salvará el que haya ob-

1 Panégyrique de Sainte Thérèse, por Bossuet.
2 Vejamen dado por Santa Teresa a varios escritos sobre las palabras "Búscate en mí". Edic. del P. Silverio, t. VI, p. 67.
3 Vida, c. XIII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 98.
4 Al P. Gracián, 23 de octubre de 1576. Edic. del P. Silverio, t. VII, p. 327.
5 Ibíd., pp. 326, 327.

servado los mandamientos y cumplido la ley; y el cielo, tu cielo, Teresa, es la recompensa de las virtudes que practicaste y no de las revelaciones ni de los éxtasis que Dios te otorgó [1].

Plegaria. — Alcánzanos desde esa mansión en que tu amor se alimenta de la dicha infinita, como en otro tiempo se sació de padecimientos en la tierra, que España, que te vió nacer, conserve celosamente en estos menguados tiempos de hoy su hermoso título de católica. No olvides tampoco el notable influjo que tuvo Francia amenazada en su fe para determinarte a devolver al Carmelo su austeridad primitiva [2]. Quiera Dios que tus hijos reciban las bendiciones del cielo y aumenten en número y más todavía en mérito y santidad. En todas las latitudes donde el Espíritu de Dios multiplicó a tus hijas, recuerden siempre sus asilos benditos los primeros "palomarcitos de la Virgen Nuestra Señora", donde "comenzó la Divina Majestad a mostrar sus grandezas en *unas* mujercitas flacas" [3]. El fin de sus oraciones y de sus ayunos se enderezó siempre al triunfo de la fe, a la ayuda de sus defensores [4]; ¡cuán dilatado campo se abre a su celo en estos aciagos días! Con ellas y contigo pedimos a Dios estas dos cosas: "La una, que haya muchos de los muy mucho

1 Aparición a la Priora de Beas.
2 Camino de Perfección, c. I.
3 Fundaciones, c. IV. Edic. del P. Silverio, t. V, p. 33.
4 Camino de Perfección, c. I y III.

letrados y relisiosos que hay, que tengan las partes que son menester para esto (para trabajar por la Iglesia)...; y a los que no están muy dispuestos, los disponga el Señor, que más hará uno perfeto que muchos que no lo estén. La otra, que después de puestos en esta pelea, que... no es pequeña, los tenga el Señor de su mano para que puedan librarse de tantos peligros como hay en el mundo, y tapar los oídos en este peligroso mar del canto de las serenas... Mirá, Dios mío... y habed lástima de tantas almas como se pierden, y favoreced vuestra Iglesia. No primitáis ya más daños en la Cristiandad, Señor; dad ya luz a estas tinieblas"[1].

16 DE OCTUBRE

SANTA EDUVIGIS, VIUDA

Madre de pueblos. — En el origen de toda vida hay un acto generador, y este hecho, que cada cual puede comprobar en el plan natural, obedece a leyes idénticas en el orden espiritual. De una parte y de otra, el proceso es el mismo; se necesita el concurso de dos elementos; y el término logrado sigue a un alumbramiento doloroso que después del pecado original es condición de todo nacimiento.

1 Camino de Perfección, c. III. Edición del P. Silverio, t. III, pp. 21, 23.

Para realizar esta maternidad espiritual, Dios obra con plena libertad y escoge lo que quiere; pero, como respeta las normas que un día fijó, casi siempre se contenta con utilizar lo que ya existe en la naturaleza de las cosas, elevándolo hasta lo sobrenatural.

Y así vemos en los orígenes de tantos países cristianos a la que sus mismas funciones convertían ya en la madre de la gran familia nacional: a la reina que da la vida a todo un pueblo en las aguas del bautismo, como ocurre en el caso de Clotilde; a la reina que forja el alma de su país para luchas futuras, como vemos a Eduvigis, Duquesa de Polonia.

Estas santas princesas fueron madres de la patria y lo continúan siendo después de morir. El lazo espiritual que las unía a su pueblo perdura intacto y su protección tutelar se va confirmando a través de los siglos con toda la fuerza que un amor maternal sabe sacar del corazón de Dios.

HISTORIA. — Nació hacia 1174. Eduvigis era hija del marqués de Moravia y tía de Santa Isabel de Hungría. Muy joven aún, se casó con Enrique, Duque de Polonia y de él tuvo seis hijos. Hizo después, a una con su marido, voto de continencia. Al morir éste, ella se retiró al monasterio cisterciense de Trebnitz, en Silesia, donde recibió el hábito y en adelante llevó una vida

totalmente dedicada a la contemplación, a la penitencia y a la limosna.

Supo, por revelación, tres años antes, la suerte que iba a correr su hijo el Duque Enrique el Piadoso, que pereció defendiendo la religión contra los tártaros en el campo de batalla de Liegnitza; ofreció su sacrificio a Dios y le dió gracias por haberla concedido tal hijo. Muerta el 15 de octubre de 1243, Clemente IV la canonizó y declaró Patrona de Polonia.

Oración por Polonia. — Hoy elevamos, oh Eduvigis, nuestra oración suplicante en favor de tus hijos. Desde que nació al sol de la gracia, han corrido siglos en los que ha merecido Polonia el título de "tierra de mártires", y su alma, que tú diste a luz a costa del holocausto heroico de toda tu vida, ha salido siempre cada vez más grande de la prueba. Pero desborda la copa de sus dolores. Ya no sólo derrama, como antiguamente, la sangre de sus venas por la defensa de su fe. El antiguo enemigo sabe desde hace mucho tiempo que la sangre de los mártires es semilla de cristianos; y cansado ya de torturar en su cuerpo a un pueblo que se hace fuerte con las nuevas heridas, se ceba ahora en su alma.

Socorre a la desventurada Polonia y, si es cierto que el grito de las madres siempre es escuchado, el que tú lances a Dios obtendrá la salvación de tus hijos.

17 DE OCTUBRE

SANTA MARGARITA MARIA, VIRGEN

LA "ESPERA" PROVIDENCIAL. — A Santa Gertrudis, que cuatro siglos antes de las revelaciones de Paray-le-Monial preguntaba un día a San Juan por qué no nos dijo nada del Corazón de Jesús, sobre el cual había reclinado amorosamente su cabeza en el Cenáculo, el Apóstol la respondió así: "A mí me tocaba exponer a la Iglesia naciente, referente al Verbo, una sencilla palabra que por sí sola fuese suficiente para alimentar la mente de todo el género humano hasta el fin del mundo... La explicación de la dulzura y de la suavidad de estos latidos divinos y el amor inmenso del Corazón Sagrado del Hombre-Dios, la Providencia se reservó manifestarla en los tiempos modernos, para reavivar la llama de la caridad que se iba enfriando en el mundo enfermizo y envejecido" [1].

La Iglesia siempre se nutrió de la palabra del discípulo predilecto: "Dios es caridad"; las almas nunca desatendieron el llamamiento del Maestro: "Venid a mí todos los fatigados y oprimidos y yo os aliviaré. Cargad con mi yugo y

[1] Embajador del Amor divino, l. IV, c. IV, p. 372-373 de la trad. castell. del R. P. Timoteo Ortega, O. S. B. 2.ª Edic. Editorial Benedictina, Buenos Aires, 1947.

alistaos en mi escuela, pues soy suave y humilde de Corazón", y en este Corazón abierto por la lanza, bebieron copiosamente la sangre que nos rescata y el agua que nos vivifica.

Pero llegó la hora y el Señor, en su Sabiduría misericordiosa, quiso recordar al mundo cuánto nos ama. Francia estaba en el período ideal del siglo de Luis XIV cuando parecía que todas las glorias se habían dado cita alrededor del más grande de sus reyes. Por desgracia en esos mismos días nacía el jansenismo que iba a negar el amor en Dios y a agostarle en el corazón de los hombres. Con una tenacidad pérfida, esta "herejía desleal" [1] se iba a empeñar en alejar de la Eucaristía a los fieles, en hacerlos ver en Dios a un juez inexorable y taimado, y así lograría arrancar fácilmente de nuestros corazones el amor para dejarles únicamente el temor servil o exponerlos al desaliento y al pecado.

Las Confidentes del Sagrado Corazón. — En otro tiempo Nuestro Señor escogió para anunciar la Buena Nueva, no a los ricos y poderosos según el mundo, sino a humildes y oscuros pescadores de Galilea; de igual modo, para esta nueva revelación de su amor eterno, escogió a una humilde religiosa del monasterio de la Visitación de Paray-le-Monial, en Francia, Margarita María de Alacoque.

1 Lacordaire.

Pero no es esta la primera confidente del Divino Maestro ni la devoción al Sagrado Corazón de Jesús nació en la Visitación. Santa Gertrudis, al fin del siglo XII, tuvo por misión "revelar el oficio y la acción del Corazón divino en la economía de la gloria divina y de la santificación de las almas" [1]. San Francisco de Asís, San Buenaventura, el Beato Enrique Suso amaron con ternura a este "Corazón que tanto amó a los hombres" y Santa Catalina de Sena recibió muchas veces la gracia de contemplar aquella herida. Al comenzar el siglo XVII San Juan Eudes fué, como vimos ya el 19 de agosto, "el padre, el doctor, y el apóstol" [2] del culto del Sagrado Corazón.

La vocación de Santa Margarita María. — Santa Margarita María fué empero "el instrumento escogido por Dios para perfeccionar y puntualizar la devoción en su espíritu y en sus prácticas y para imprimirla un movimiento de extensión universal" [3]. Y si hasta entonces los devotos del Sagrado Corazón le habían tributado principalmente un culto de adoración y de acción de gracias, Jesús pidió a la Santa Visitandina que en lo sucesivo ese culto a su Corazón fuese sobre todo un culto de reparación

[1] Rev. de Sainte Gertrudes, París, 1877, Préface, p. XV de Dom Paquelin.
[2] San Pío X, *Bula de beatificación.*
[3] P. Bernardot, *Vie Spirituelle,* II, p. 212.

por los ultrajes que recibe de parte del mundo, que no quiere saber nada del Amor infinito.

Santa Margarita María deseó padecimientos, humillaciones, desprecios, como los quieren todas las almas llamadas a un apostolado fecundo en la Iglesia y a una vida de reparación y de expiación. Dios oyó su oración: tentaciones del demonio, asperezas de muchos miembros de su familia, sospechas de parte de sus Hermanas, padecimientos físicos que Dios mismo la mandaba; todo lo aceptó con grandísima paciencia y caridad para conseguir el triunfo y el reinado del Sagrado Corazón: "Con tal que este Corazón esté contento, decía, que sea amado y glorificado, eso nos debe bastar". "En cuanto a los que se ocupan en darle a conocer y amar, ¡oh! si pudiese y me fuese lícito expresar lo que se me ha dado a entender sobre la recompensa que recibirán de este Corazón adorable, vos diríais, como yo, que son dichosos los que se emplean en ejecutar sus designios. Este Divino Corazón se convertirá en asilo y puerto seguro, a la hora de la muerte, de todos los que le hayan honrado durante su vida y los defenderá y protegerá"[1].

Después de tanto trabajar y sufrir, "sólo sentía necesidad de Dios y de abismarse en el Corazón de Jesucristo", y, al expirar el 17 de octubre de 1690, el médico declaró "que no le cabía

1 Vie et Oeuvres, II, p. 550.

la menor duda de que había muerto únicamente de amor de Dios"[1].

VIDA. — Margarita María Alacoque nació el 22 de julio de 1647, en Lautecour, pueblo de la diócesis de Autún. Desde la infancia dió muestras de su futura santidad. Abrasada de amor por la Santísima Virgen y el Sacramento de la Eucaristía, consagró a Dios su virginidad, no buscando en este voto más que amoldar mejor su vida a las virtudes cristianas. Sus delicias eran la oración prolongada, la contemplación de las cosas celestiales, el desprecio de sí misma, la paciencia en las adversidades, la mortificación del cuerpo, la caridad con el prójimo y sobre todo con los pobres.

A los 24 años entró en la Visitación de Paray-le-Monial. Dios la honró con un don elevadísimo de oración y con muchas visiones. En la más célebre de todas, mientras oraba ante la Eucaristía, Jesús se apareció a su vista y la enseñó, en su pecho abierto, su divino Corazón consumido por llamas y rodeado de espinas. Jesús la pidió entonces que, para corresponder a este amor y reparar las injurias de la ingratitud de los hombres, trabajase por introducir el culto del Sagrado Corazón, y la prometió derramar generosamente las riquezas de los tesoros celestiales.

Para realizar esta gran obra, la dió por ayuda y maestro a un hombre de elevadísima santidad, Claudio de la Colombière, que la animó manifestándola el bien inmenso que se haría en la Iglesia por medio del culto al divino Corazón.

Muchos trabajos y muchas penas la costó, de parte de los que la creían víctima de las ilusiones, su decisión de obedecer a las órdenes del Salvador. Todo lo aguantó con ecuanimidad, pensando que por los oprobios y los dolores se convertiría en hostia agradable

[1] Vie et Oeuvres, II, p. 331.

a Dios y recibiría mayores auxilios para cumplir su propósito. Los vería en parte realizados antes de morir a los 43 años de edad el 17 de octubre de 1690. La Iglesia reconoció sus milagros y su santidad, y Benedicto XV la inscribió en el número de los Santos en 1920 y extendió su fiesta a la Iglesia universal.

Felicitaciones de un cumpleaños. — A las novicias que deseaban felicitarte y agasajarte en tu cumpleaños, las diste el 20 de julio de 1685 el consejo de que hiciesen al Corazón divino los honores que a ti te querían tributar. Eso sería, dijiste, "el mejor modo de demostrarte el amor que sentían por ti". Todas compitieron en celo por darte este gusto, y en la mañana de tu cumpleaños, rodeada de tus jóvenes discípulas, te consagraste al Sagrado Corazón "con el ardor de un serafín". Luego, siguiendo tu ejemplo y a invitación tuya, todas pronunciaron su acto de consagración.

Era el primer acto de culto exterior que el divino Corazón recibía en el Monasterio de Paray-le-Monial. Necesitaste, es verdad, largas y dolorosas pruebas para llegar a este pequeño triunfo. Pero ¡qué pagada quedaste aquel día! La Iglesia iba a responder pronto al deseo de Nuestro Señor Jesucristo, instituyendo la fiesta del Sagrado Corazón, y los peregrinos, cada vez más numerosos, afluirían a la modesta capilla donde recibiste las confidencias del divino Maestro.

Consagración al Sagrado Corazón. — Tampoco nosotros te podemos dar hoy mayor alegría que la de renovar nuestra consagración al Sagrado Corazón de Jesús. Te pedimos con insistencia que nos concedas el poder acercarnos a El, presentarnos ante El, entrarnos en El. Acuérdate que te constituyó heredera de su Corazón y de todos sus tesoros en el tiempo y en la eternidad, dándote libertad para usar de ellos como quisieras. "Te los ofrezco, te dijo, dispón de ellos a tu gusto. No seas mezquina, pues son infinitos". Pide a Jesús que se acuerde, según lo prometió, de los que confían en tus oraciones y que nos haga participantes de sus riquezas. Pero, "como la entrada de su Corazón es muy estrecha y se necesita ser pequeño y despojarse de todo para poder entrar en El" [1], alcánzanos "ese desasimiento de las vanidades del mundo" [2] y esa humildad tan profunda que te infundía un gran desprecio de ti misma, a la vez que te ganaba las complacencias divinas, a fin de que, "por tus méritos y a ejemplo tuyo, amándole en todo y sobre todo, merezcamos tener en el mismo Corazón, una mansión permanente" [3].

---

[1] Vie et Oeuvres, I, p. 83.
[2] Poscomunión de la Misa.
[3] Colecta.

18 DE OCTUBRE

SAN LUCAS, EVANGELISTA

La benignidad del Salvador. — San Pablo, en la Epístola a Tito, recuerda más de una vez, que "Dios Nuestro Salvador ha manifestado su benignidad y amor para con los hombres"[1]. Se diría que estas palabras las había repetido el Apóstol con mucha frecuencia en el curso de sus conversaciones, de sus viajes y de su larga intimidad, a su discípulo predilecto San Lucas.

Es cierto que resulta difícil hacer diferencias y comparaciones entre los santos y con más razón aún entre los Evangelistas; con todo, se puede echar de ver que en el texto del Evangelio de San Lucas brillan con resplandor especial la bondad y la misericordia de nuestro dulcísimo Salvador. Tenía gran talento: sabía admirablemente el griego, se distinguía en describir escenas y personajes, y su alma, derramando bondad y mansedumbre, daba a su ingenio una gracia extraordinaria.

El médico. — San Lucas hizo sus estudios de medicina: San Pablo le llamaba "el médico muy querido"[2]. En los relatos de las curaciones que obró Jesús, se manifiesta San Lucas por su pre-

---

1 *Tit.*, III, 4; cf. II, 11-14.
2 *Col.*, IV, 14.

cisión; y sabe bien disimular lo que no honra a su gremio; como ocurre en el caso de la hemorroísa [1], en el cual, por lo contrario, otros evangelistas [2] se extienden, diríase que con placer, aludiendo a la impotencia de la ciencia humana.

El retratista. — Por su talento para narrar y pintar, se le ha atribuído un retrato de la Virgen María. Nos ha dejado, en efecto, sobre la Madre del Redentor los más bellos retratos en el Evangelio y en los Hechos de los Apóstoles, y se ha llegado a pensar, y no va fuera de razón, que oyó a María o a algunos confidentes inmediatos suyos muchas circunstancias de la infancia de Jesús.

Y no es menos verdad que fué un excelente pintor de Jesucristo Salvador. No sólo descartó de sus relatos todo lo que podía tener visos de severidad para las personas, sino que se contentó con notar al vuelo las crueldades de que fué víctima el Salvador durante su Pasión. Al contrario, se detuvo con placer en describir largamente los primeros tiempos de la vida de Jesús, a quien presenta siempre con su Madre; habla muchas veces de la oración de Jesús, de su misericordia con los pecadores, de su paciencia con sus enemigos. A él debemos los relatos de la mujer adúltera, del buen samaritano, del hijo pródigo, del buen ladrón, de los discípulos de

1 *S. Lucas,* VIII, 43-48.
2 *S. Marcos,* V, 25-34.

Emaús. A través de su relato se le siente cuidadoso de infundirnos confianza en "la bondad y amor de nuestro Salvador", que vino a salvar "a todos los hombres". Nos quiere convencer de que todos los hombres, por miserables que sean, así en el orden físico como en el moral, pueden llegarse para ser curados a este Salvador, de quien había oído hablar al Apóstol, a los primeros discípulos, y también probablemente a la Santísima Virgen. Quiere que tomemos como nuestras y como dirigidas a nosotros las palabras cariñosas de Jesús: "A vosotros, amigos míos, lo digo... No temas, rebañito mío...", y parece que se siente, al leerlo, que la mirada de Jesús se posa sobre todos nosotros durante su Pasión y no sólo sobre San Pedro.

LA MORTIFICACIÓN DE LA CRUZ. — Pero tenemos que decir que San Lucas no peca por omisión. Nos lleva, sí, dulce e irresistiblemente hacia el Maestro, mas no vacila para decirnos que, si queremos seguirle y hacernos dignos de él, nos es necesario cargar con la cruz, renunciarnos del todo a nosotros mismos y renunciar también a los bienes de este mundo; y que, a no hacerlo así, no seremos nunca dignos de él, del Señor. Y, porque a esto no se llega sin trabajos, nos lo dice dulcemente, como la melodía gregoriana de la antífona de la Comunión en el primer formulario del Común de un Mártir no Pontífice: tiene esta antífona un aire cautivador y atra-

yente que nos anima a tomar con Jesús la cruz de cada día.

Esa cruz llevó sobre sus hombros nuestro Santo. En la oración de la Misa, la Iglesia le alaba "de haber llevado siempre en su cuerpo la mortificación de la cruz, para gloria del nombre de Dios". Tal mortificación debió de ser muy meritoria, ya que la Iglesia le honra con el color rojo reservado a los mártires, a pesar de que tal vez sea el único apóstol y evangelista que no derramó su sangre por Cristo. Esta mortificación de la cruz fué su martirio, no un martirio de pocos días o de algunas horas, sino de toda su vida: martirio probablemente desconocido de sus contemporáneos, pero honrado hoy en la Liturgia de la Iglesia, a quien guía en todas las cosas el Espíritu Santo.

La lección. — Para nosotros es una lección. También nosotros a ejemplo de San Lucas podemos y debemos ser mártires. En el bautismo nos comprometimos a preferir la muerte al pecado mortal. Y puede ocurrir que un día tengamos que escoger entre la muerte y el pecado: en nuestra elección no deberá haber entonces duda, seguros de la recompensa que en breve nos darán.

Mas lo ordinario es que no tengamos que escoger entre la muerte y el pecado; nuestra conciencia sólo nos pide que renunciemos a nuestro egoísmo: nos lo exige diariamente y,

como todos los días tenemos que hacer nuevos esfuerzos, a veces nos rendimos, renunciamos a la amistad o por lo menos a la intimidad con Dios, guardando en nuestro corazón algunas reliquias de amor propio. Renunciar a ellas equivaldría a asegurarnos la gloria y la recompensa del mártir, como San Lucas las goza en la bienaventuranza eterna. Ayúdenos su intercesión y su ejemplo a seguir sus huellas y las del Salvador y su Madre, tan bellamente retratados en el Evangelio.

VIDA. — Lucas nació en Antioquía, de familia pagana. Se convirtió ciertamente hacia el año 40. San Pablo se encontró con él en Tróade y se le llevó el año 49 como compañero de su segundo viaje a Filipos. Lucas se juntará definitivamente más tarde al Apóstol para no volver a separarse. Al morir San Pablo, Lucas sale de Roma y desde esa fecha le perdemos de vista y nada de cierto volvemos a saber de él.

El alma de San Lucas es toda bondad y dulzura. Hace uso de su talento literario para escribir su evangelio hacia el año 60, con el fin de atraer a los gentiles a la gracia y a la misericordia del Señor. Algo más tarde escribirá los *Hechos de los Apóstoles*. Morirá sin derramar su sangre por Cristo, pero la Iglesia le honra como mártir a causa de su mortificación y de los trabajos que padeció a lo largo de su vida por la causa del Evangelio.

LA MORTIFICACIÓN DE LA CRUZ. — Te damos gracias, evangelista de los gentiles, por haber puesto fin a la larga noche que nos tenía cautivos y haber caldeado nuestros corazones. Como

confidente de la Madre de Dios, tu alma conservó de estas relaciones el perfume de sabor virginal que se percibe en tus escritos y en toda tu vida. Cariño discreto y abnegación callada fueron las partes que te tocaron en la gran obra, en la que el Apóstol de las naciones, muchas veces desamparado y traicionado, te encontró tan fiel en el tiempo del naufragio [1] y del cautiverio [2], como en los días de prosperidad. Con razón, pues, la Iglesia [3] te aplica las palabras que decía de sí mismo Pablo: "Siempre atribulados, perseguidos, abatidos; llevando en nuestro cuerpo, mientras vivimos, el estado de muerte de Jesús, para que la vida de Jesús se manifieste también en nuestra carne mortal" [4]. A este Hijo del hombre, al que nos enseñó a amar en su Evangelio tu pluma inspirada, le revelas también reproduciendo en ti su propia santidad.

El pintor. — Conserva en nosotros el fruto de tus múltiples enseñanzas. Si te honran los pintores cristianos, si es conveniente que aprendan de ti que el ideal de toda belleza reside en el Hijo y en su Madre, hay un arte, con todo, mucho más sublime que el de las líneas y los colores: el arte de reproducir en nosotros la semejanza divina. Queremos sobresalir en tu escuela

---

[1] *Acta,* XXVII.
[2] *II Tim.,* IV, 11.
[3] Colecta de la fiesta.
[4] *II Cor.,* IV, 8-11.

por este último arte; pues por tu maestro San Pablo sabemos que la conformidad de imagen con el Hijo de Dios es el único título de la predestinación de los elegidos [1].

EL MÉDICO.—Protege a los médicos cristianos; tienen a honra el seguir tus huellas; ejerciendo su profesión abnegada y de caridad, confían en el crédito de que gozas cerca del autor de la vida. Ayuda a su solicitud para curar o aliviar las enfermedades; infúndeles un celo santo cuando adviertan próximo el paso terrible de la muerte.

Hoy, por desgracia, el mundo reclama para su debilidad senil la solicitud de todos los que estén en condiciones de conjurar, sea por medio de la oración, sea por medio de la acción, los muchos y grandes peligros que le amenazan. *Cuando vuelva el Hijo del Hombre, ¿creéis que aún encontrará fe en la tierra* [2]? Así hablaba el Señor en tu Evangelio. Pero decía también que *hay que orar siempre y no desfallecer jamás* [3]; y añadía para la Iglesia de nuestros días y de todos los tiempos, esta parábola de la viuda que a fuerza de importunar, terminó por conquistar la mala voluntad del juez inicuo en cuyas manos andaba su causa: *Y Dios ¿no hará justicia*

1 *Rom.*, VIII, 29.
2 *S. Lucas*, XVIII, 8.
3 *Ibid.*, XVIII, 1.

a sus elegidos, que claman a él día y noche, y ha de sufrir siempre que se los oprima? Os digo que les hará justicia sin tardar[1].

19 DE OCTUBRE

SAN PEDRO DE ALCANTARA, CONFESOR

"¡BIENAVENTURADA PENITENCIA!"—"¡Bienaventurada penitencia, que tanto premio me ha merecido!" Así se expresaba el Santo de este día al llegar a los cielos, al mismo tiempo que Teresa de Jesús exclamaba en la tierra: "¡Y qué bueno nos le llevó Dios ahora en el bendito Fray Pedro de Alcántara! No está ya el mundo para sufrir tanta perfección. Dicen que están las saludes más flacas y que no son los tiempos pasados. Este santo hombre de este tiempo era; estaba grueso el espíritu, como en los otros tiempos, y ansí tenía el mundo debajo de los pies. Que, aunque no anden desnudos ni hagan tan áspera penitencia como él, muchas cosas hay, como otras veces he dicho, para repisar el mundo, y el Señor las enseña cuando ve ánimo. ¡Y cuán grande le dió su Majestad a ese Santo que digo para hacer cuarenta y siete años tan áspera penitencia, como todos saben!"[2].

---

[1] *S. Lucas*, XVIII, 2-8.
[2] Santa Teresa. *Autobiografía*, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 214.

PENITENCIA DE SAN PEDRO. — "...Y éste era el mayor trabajo de penitencia que había tenido en los principios de vencer el sueño, y para esto estaba siempre u de rodillas u en pie. Lo que dormía era sentado, y la cabeza arrimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga de cuatro pies y medio. En todos estos años jamás se puso la capilla, por grandes soles y aguas que hiciese, ni cosa en los pies, ni vestida, sino un hábito de sayal, sin ninguna otra cosa sobre las carnes, y éste tan angosto como se podía sufrir, y un mantillo de lo mesmo encima. Decíame que en los grandes fríos se le quitaba, y dejaba la puerta y ventanilla abierta de la celda para, con ponerse después el manto y cerrar la puerta, contentaba al cuerpo para que sosegase con más abrigo. Comer a tercero día era muy ordinario. Y díjome que de qué me espantaba, que muy posible era a quien se acostumbraba a ello... Su pobreza era extrema y mortificación en la mocedad, que me dijo que le había acaecido estar tres años en una casa de su Orden y no conocer fraile, si no era por la habla; porque no alzaba los ojos jamás, y ansí a las partes que de necesidad había de ir, no sabía, sino íbase tras los frailes. Esto le acaecía por los caminos. A mujeres jamás miraba; esto muchos años. Decíame que ya no se le daba más ver que no ver; mas era muy viejo cuando le vine a conocer,

y tan extrema su flaqueza, que no parecía sino hecho de raíces de árboles"[1]. "Entre otras cosas, me certificaron había traído veinte años cilicio de hoja de lata contino"[2].

"SI NO HICIEREIS PENITENCIA..." — Una austeridad así la parece lo más natural a la ilustre reformadora del Carmelo, que sentía no practicarla en toda su extensión, y a nosotros nos desanimaría tal vez. Y desde luego, diremos otra vez que si todos los santos son admirables, no son imitables todos. Y con gusto repetiremos con los contemporáneos de Santa Teresa, que el mundo no es ya capaz de semejante perfección y que las saludes están ya muy estragadas para llegar a eso.

Y, a pesar de todo, el Evangelio, que es eterno, que contiene consejos siempre oportunos, nos dice una y más veces: "¡Si no hiciereis penitencia, todos pereceréis!" Nuestra Señora, haciendo coro a su divino Hijo, ha querido repetir en todos sus mensajes al mundo, especialmente desde hace cosa de un siglo, las mismas palabras: "¡Penitencia! ¡Penitencia! ¡Penitencia!"

LA PENITENCIA QUE SE NOS EXIGE. — Bernardeta en Lourdes y los afortunados videntes de Fátima después, transmitieron el mensaje celestial, y estos últimos le explicaron también reciente-

---

1 Santa Teresa. *Autobiografía,* c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, pp. 214-215.

2 Ibíd., c. XXX, p. 237.

mente. No deja de tener interés el conocer con exactitud lo que espera el Señor de nosotros para perdonarnos y para alejar del mundo los castigos bien merecidos por los pecados tan graves y tan numerosos: "Dios, misericordioso, desea ardientemente la vuelta a la paz; pero está apenado de ver tan pocas almas en estado de gracia y dispuestas a renunciar a todo lo que El exige y a guardar su ley. Y, precisamente, lo que Dios nos pide ahora es penitencia; éste es el sacrificio que cada cual debe imponerse para vivir una vida justa de acuerdo con su ley.

"No quiere de nosotros otra mortificación sino que cumplamos simple y honradamente nuestras obligaciones de cada día y que suframos con paciencia los trabajos y tribulaciones. Quiere que se enseñe claramente a las almas esta vía, porque son muchos los que se imaginan que la penitencia consiste en "grandes austeridades" y, no teniendo fuerzas ni valentía para hacerlas, se desalientan y se arrastran en una vida de indiferencia y de pecado.

"... Dice Nuestro Señor: El sacrificio que a todos se exige, consiste para cada uno en el cumplimiento de sus propias obligaciones y en la observancia de mi ley; ésa es la penitencia que ahora quiero."

Practicar esta penitencia será, pues, para nosotros, el medio de imitar a los santos, aun a los más austeros, y podemos y debemos tener

la firme convicción de que así responderemos a los deseos de Cristo y de su Santa Madre sobre cada uno de nosotros.

VIDA. — Pedro Garavito nació en 1499 en Alcántara, España. A los 16 años, entró en la Orden de los Frailes Menores y, una vez terminados sus estudios, le encargaron la predicación. Con su celo, que le consumía, logró convertir a muchos pecadores. Pero, además, quería restaurar en su Orden el primitivo fervor. Consiguió para ello el permiso de la Santa Sede y fundó el convento de Pedroso, al cual siguieron otras muchas fundaciones en España y en las Indias. Era de una extrema austeridad, mas por eso se vió regalado con altísima contemplación, y Dios reveló a Santa Teresa que despacharía favorablemente toda petición que se le hiciese en nombre de Pedro de Alcántara. Gozó también del don de profecía y discernimiento de espíritus. Murió el 18 de octubre de 1562, confortado con la aparición del Señor, de Nuestra Señora y de los Santos. El Papa Gregorio XV le declaró Beato el 18 de abril de 1622, y Clemente IX le canonizó el 4 de mayo de 1669.

LA RECOMPENSA. — "Hela aquí acabada esta aspereza de vida con tan gran gloria" [1]. ¡Cuán dulces fueron las últimas palabras que tus labios moribundos pronunciaron: *Me he alegrado de lo que se me ha dicho: Iremos a la casa del Señor* [2]! No había llegado aún la hora de la recompensa para el cuerpo, al que habías determinado negar en esta vida todo descanso, reser-

---

[1] Autobiografía de Santa Teresa, c. XXVII. Edic. del P. Silverio, t. I, p. 216.
[2] Salmo CXXI, 1.

vándoselo para la otra; pero el resplandor y los aromas de ultratumba en los que el alma le envolvía al despedirle, ya nos declaraban a todos que el contrato que fielmente se cumplió en su primera parte, lo sería en la segunda también. Por el contrario, el cuerpo del pecador, destinado a horribles tormentos por causa de unos vanos deleites, rugirá eternamente contra el alma que le llevó a la perdición; tus miembros, una vez que entren en la felicidad del alma ya dichosa para completar su gloria con los propios resplandores, proclamarán a lo largo de los siglos eternos cómo tu aparente aspereza de un instante fué para ellos sabiduría y amor.

La lucha. — Y ¿acaso tendremos que esperar al día de la resurrección para reconocer, desde este mundo, que escogiste sin duda ninguna la mejor parte? ¿Quién se atrevería a comparar los placeres prohibidos, pero ni siquiera los goces que puede uno permitirse en el mundo, con los santos placeres que la divina contemplación reserva ya desde esta vida a todo el que se pone en condiciones de gustarlos? Si se dan en premio a la mortificación de la carne, señal es de que en este mundo la carne y el espíritu sostienen una lucha; pero la lucha para un alma generosa tiene sus atractivos, y aun la carne, a la que ella glorifica, por ella también se ve libre de mil peligros.

PLEGARIA POR LA IGLESIA Y EL ESTADO RELIGIOSO. — Consíguenos tú la saciedad del cielo que nos aparte de los placeres de la tierra, pues, según la palabra del Señor, no te invocaremos en vano si te dignas tú mismo presentarle nuestros ruegos.

Es la petición que en tu nombre y con la Iglesia dirigimos a Dios, que hizo admirable tu penitencia y sublime tu contemplación [1]. La gran familia de los Frailes Menores guarda con cariño el tesoro de tus ejemplos y de tus enseñanzas; para honra de tu Padre San Francisco y bien de la Iglesia, mantenla en el amor de sus austeras tradiciones. Continúa tu ayuda preciosa al Carmelo de Teresa de Jesús; y en las pruebas de nuestros días, extiéndela a todo el estado religioso.

20 DE OCTUBRE

SAN JUAN CANCIO, CONFESOR

SAN JUAN Y POLONIA. — Kenty, la humilde aldea de Silesia donde nació el Santo de hoy, le debe a él el ser conocida en todas partes para siempre. Retrasada por mil dificultades, la canonización de este bienaventurado sacerdote, que por su ciencia y virtud ilustró en el si-

[1] Colecta de la fiesta.

glo xv a la Universidad de Cracovia, fué la última alegría, la postrera esperanza de la Polonia agonizante. Ocurrió en el año 1767. Dos años antes, a instancias de aquella nación heroica, Clemente XIII dió el primer decreto que autorizaba la celebración de la fiesta del Sagrado Corazón. Al inscribir entre los santos a Juan Cancio, el magnánimo Pontífice expresaba en términos conmovedores el agradecimiento de la Iglesia para aquel desventurado pueblo y le rendía un supremo homenaje[1] ante Europa, que lo olvidaba por odio. Cinco años más tarde se hacía la división y el repartimiento de Polonia.

Las desgracias de Polonia. — Habían de pasar muchos años antes de que esta nación desdichada recobrase su independencia. Pero no la duró mucho. En 1939 el enemigo invadía a Polonia otra vez, la vencía y dividía. Tuvo siquiera el consuelo de recibir palabras de aliento y la bendición del Papa Pío XII, quien, en su primera encíclica "Summi Pontificatus" del 20 de octubre de 1939, se condolía de la tribulación de esta "amadísima nación, que por su inquebrantable fidelidad a la Iglesia, por sus méritos en la defensa de la civilización cristiana, inscritos con caracteres indelebles en los fastos de la historia, tenía derecho a la amistad humana y fraterna del mundo, y debía esperar, confiada en la poderosa intercesión de María, la hora de un

1 Bula de la canonización.

resurgimiento, de acuerdo con los principios de la justicia y de la verdadera paz".

Al terminar la guerra, Polonia no recobró más que un simulacro de independencia y una parte tan sólo de su territorio. Cuando escribimos esto, la persecución se ensaña contra la Iglesia. Con pretextos fútiles y en formas sumamente falaces, un gobierno sectario encarcela, juzga y condena a los sacerdotes y obispos, suprime la prensa y la Acción Católica, cierra las escuelas cristianas y pone trabas a la enseñanza que la jerarquía tiene el derecho y la obligación de dar al pueblo fiel, sobre todo a los niños.

Felizmente "Dios lo puede todo: en sus manos están no sólo la felicidad y la suerte de los pueblos, sino también los designios humanos; suavemente nos inclina al lado que quiere; los mismos obstáculos son para su omnipotencia medios de que se sirve para moderar las cosas y los acontecimientos, para guiar los espíritus y las voluntades a sus fines altísimos" [1]. Pidámosle por intercesión del santo sacerdote que dió a Polonia, que una vez más salve a este desgraciado país, y que haga que los sufrimientos y la sangre de los mártires sean siempre para la Iglesia una prenda de resurrección y de paz.

VIDA. — Juan nació hacia el año 1390 en Kenty, diócesis de Cracovia. Ya desde niño tenía una piedad angelical y una inteligencia tan notable, que se le envió

[1] Pío XII, Encic. *"Summi Pontificatus"*.

a estudiar a la Universidad de Cracovia. Después de haber conquistado los diplomas más lisonjeros, llegó a ser maestro, pero quiso ilustrar a las almas tanto como a las inteligencias y conducirlas al bien. Ya sacerdote, ejerció algún tiempo el ministerio, pero volvió nuevamente a la enseñanza. Su deseo de ser mártir le hizo emprender un viaje a Jerusalén; tenía oración altísima; su caridad para con los pobres le hizo dar todo lo que tenía; era tal su mortificación, que dormía en el suelo, llevaba cilicio y comía lo justo para no morir de hambre. Murió el 24 de diciembre de 1473. Su valimiento ante Dios quedó claro con numerosos milagros, y en 1767, Clemente XIII le canonizaba, pero ya en 1680 Inocencio XI había reconocido su santidad al permitir su fiesta en todo el reino de Polonia.

Plegaria. — La Iglesia no cesa de decirte, y nosotros te lo decimos con la misma inquebrantable esperanza: "Tú, que nunca te negaste a prestar ayuda a nadie, toma por tu cuenta la causa del país donde naciste: ésta es la petición que te hacen tus conciudadanos de Polonia, y es también el ruego de los que no lo son"[1]. La traición de que fué víctima tu desgraciada patria, pesa continua y trabajosamente sobre la Europa desequilibrada. ¡Cuántos pesos aplastantes, por desgracia, han venido después a acumularse en la balanza de la justicia del Señor! Oh Juan, enséñanos a aliviarla al menos del peso de nuestras faltas personales; siguiendo

1 Himno de los Maitines de la fiesta.

tus huellas por el camino de las virtudes, mereceremos el perdón del cielo [1] y adelantaremos la hora de las grandes reparaciones.

21 DE OCTUBRE

SAN HILARION, ABAD

El padre de los monjes sirios. — "En Siria no se conocía monje alguno antes de San Hilarión, dice su historiador San Jerónimo. Es el fundador de la vida monástica en aquella tierra y el maestro de los que la abrazaron. Nuestro Señor Jesucristo tenía a Antonio en Egipto, a Hilarión en Palestina; el primero, lleno de años y el segundo, todavía joven" [2]. Ahora bien, el Señor no tardó en levantar a éste sobre pedestal de gloria, de modo que Antonio decía a los enfermos atraídos desde Siria por la fama de sus milagros: "¿Por qué os cansáis en venir de tan lejos, cuando tan cerca está de vosotros mi discípulo Hilarión [3]? Con todo, Hilarión sólo había pasado dos meses junto a Antonio; al cabo de ellos el patriarca le dijo: "Hijo, ten perseverancia hasta el fin; y tu trabajo te valdrá las delicias del cielo." Después, vistiéndole un cilicio

[1] Colecta.
[2] Vida de S. Hilarión, c. II.
[3] Ibíd., c. III.

y una túnica de pieles a este niño de quince años, que ya no volvería a ver, le envió a santificar las soledades de su patria, mientras él se iba adentrando más y más en el desierto [1].

La lucha con el diablo. — El enemigo del género humano, al ver en el recién llegado de la soledad un adversario temible, emprendió contra él terribles combates. A pesar de sus ayunos, la carne del joven asceta fué el primer cómplice del infierno. Pero, sin compasión para un cuerpo tan delicado y tan débil, que, según el historiador, parecía que cualquier esfuerzo le iba a reducir a la nada, Hilarión exclamaba indignado: "Asno, ya me arreglaré yo para que no tires coces; te someteré por el hambre, te fatigaré con la carga, te haré andar todo el día, y sentirás tanto el hambre, que no pensarás en el placer" [2].

Por esta parte el enemigo quedó vencido, pero encontró otros aliados figurándose que así haría volver a Hilarión por el temor a parajes habitados. A los ladrones que se lanzaban sobre su pobre choza de juncos, el Santo decía sonriendo: "El que está desnudo no teme a los ladrones." Y éstos, admirados de tan encumbrada virtud, no disimulaban su admiración y prometían enmendar su vida [3].

---

1 Vida de S. Hilarión, c. I.
2 Ibíd., c. I.
3 Ibíd.

Y era llegado el momento de entrar el diablo en la lucha, como lo hizo con Antonio y con el mismo fracaso. Ningún desorden podía llegar a las regiones serenas a que esta alma sencilla había subido. Un día en que el demonio, entrando en el cuerpo de un camello y volviéndole furioso, se lanzaba sobre el Santo con alaridos horribles, oyó esta réplica: "No me asustas; zorro o camello, contigo es lo mismo". Y la enorme bestia caía, vencida, a sus pies [1].

Más dura fué la prueba y más hábil el ardid de parte del infierno, al querer evitar la gran afluencia de gente que sin cesar asediaba su pobre celdilla; Hilarión comprendió que el enemigo se convertía maliciosamente en portavoz de su fama y quería traerle de todos los rincones del mundo aquellas multitudes que le oprimían el alma. Le fué inútil salir de Siria y recorrer Egipto en todas las direcciones; acosado de desierto en desierto, vanamente cruza el mar, con la esperanza de ocultarse en Sicilia, en Dalmacia o en Chipre. Desde el navío que le conduce al interior de las Cícladas, en todas las islas oye que los espíritus infernales se citan en las ciudades y en los pueblos y acuden a los lugares por donde pasa. Al llegar a Pafos, el mismo concurso de demonios que llevan tras de sí multitudes humanas; al fin, Dios, teniendo compasión de su siervo, le procura un lugar inaccesible, en el cual se encuentra solo, rodeado

1 Vida de S. Hilarión, c. II.

día y noche de legiones diabólicas. Lejos de temer, dice su biógrafo, gozaba de verse rodeado de tales camaradas, que tan bien conocía por sus luchas de antaño, y allí vivió con gran paz los cinco años que precedieron a su muerte [1].

VIDA. — Damos el relato que le dedica la Iglesia, resumen del de San Jerónimo. Hilarión nació en Tabate, Palestina, de padres infieles, quienes le enviaron a Alejandría a hacer sus estudios; allí brilló por la pureza de su vida y por su talento, pero hizo mayores progresos aún en la fe y en la caridad al abrazar la religión de Jesucristo. Constante en acudir a la iglesia, en ayunar y en hacer oración, despreciaba todos los falsos placeres y refrenaba los deseos terrenales. Célebre era por entonces en todo Egipto el nombre de Antonio; por verle, hizo un viaje al desierto; en los dos meses que pasó junto a él, pudo aprender totalmente su género de vida. Al volver a su casa, se encontró con que habían muerto sus padres, distribuyó su herencia a los pobres y, sin cumplir los dieciséis años, tomó el camino de la soledad. Apenas cabía en la angosta choza que allí construyó. Dormía en el suelo. Jamás lavó o se cambió el saco que entonces vistió, porque decía que era superfluo cuidar un cilicio.

Ocupaba gran parte de su vida la lectura y el estudio de las Sagradas Escrituras. Unos higos y el jugo de las hierbas constituían su alimento, que no tomaba nunca antes de ponerse el sol. Su mortificación y su humildad rayaban en lo increíble; estas virtudes y otras le dieron el triunfo sobre múltiples y horribles tentaciones del infierno y el poder de arrojar infinidad de demonios de los cuerpos que se habían adueñado en muy diversos países. Fundador de numerosos

1 Vida de S. Hilarión, c. III, IV, V.

monasterios e ilustre por los milagros, al llegar a los ochenta años, la enfermedad le asaltó; en la violencia del mal y pronto a exhalar el último suspiro, decía: Sal, ¿qué temes? Sal, alma mía, ¿por qué vacilas? hace casi setenta años que sirves a Cristo y ¿te asusta la muerte? A estas palabras expiró.

El temor de Dios. — ¡Ser un Hilarión y temer el morir! *Si esto ocurre en el leño verde, ¿qué será en el seco* [1]? Santo ilustre, penétranos de la esperanza de los juicios de Dios. Enséñanos que el temor cristiano no excluye el amor. Más bien, al contrario, abre paso a sus entradas y a él conduce, para luego hacerle escolta a lo largo del sendero de la vida como un guardián atento y fiel. Ese temor fué tu seguridad en el momento supremo; ¡ojalá que después de haber sido guía seguro en nuestros caminos como lo fué en los tuyos, nos introduzca también a nosotros directamente en los cielos!

EL MISMO DIA

SANTA URSULA Y SUS COMPAÑERAS MARTIRES

San Hilarión fué de los primeros Confesores, si no el primero que tuvo culto público junto a los Mártires. En Occidente, Ursula y sus compañeras mártires unen su glosiosa aureola a la

[1] *S. Lucas*, XXIII, 31.

del santo monje a quien la Iglesia ha reservado los primeros honores de este día.

LAS MÁRTIRES DE COLONIA. — Nos refiere la leyenda que a fines del siglo IV, fueron martirizadas once mil vírgenes en Colonia por los cien mil germanos bárbaros que resolvieron invadir y saquear las ricas provincias romanas de las riberas del Rin.

La crítica actual no es tan generosa. Esta nos dice que entre los años 350 y 450, Clemacio, personaje de categoría senatorial, restauró una basílica que se construyó en Colonia sobre el sepulcro de unas vírgenes que habían derramado su sangre por Cristo. Este edificio era de modestas dimensiones y no podía encerrar muchos sepulcros. La inscripción que mandó grabar y que se la considera auténtica, nos permite creer que existía, pues, en Colonia un culto a las vírgenes mártires.

Por no existir un documento claro, hoy nos es imposible fijar la fecha del martirio de estas vírgenes; su número no aparece tampoco hasta el siglo IX y más tarde todavía el nombre de Ursula. Es verosímil que fueron once, no once mil.

PATRONA DE LAS UNIVERSIDADES. — Sea de ello lo que quiera, la devoción del pueblo cristiano para con ellas fué grande. Patronas de Colonia, se las consideró también como patronas de

Francia desde el siglo VIII; San Alberto Magno las escogía como patronas de los altos estudios teológicos de la Universidad de Colonia, y siguió su ejemplo en la Sorbona Santo Tomás de Aquino, en Coimbra Suárez y en Austria los arzobispos de Viena. Los grandes maestros de la teología estaban convencidos de que, poniendo ante los ojos de sus discípulos el cuadro de las virtudes heroicas de estas jóvenes mártires, les comunicarían ese desprecio obligado de la carne y de la sangre y esa elevación de alma que facilitan al espíritu los trabajos intelectuales [1].

... Y DE LAS HIJAS DE SANTA ANGELA DE MÉRICI. Santa Angela de Mérici, al fundar en 1536 una Compañía de vírgenes consagradas al apostolado y a la enseñanza, las llamó ursulinas y las dió por protectora a Santa Ursula, venerada en toda la Europa cristiana como mártir de la virginidad y campeón de la cultura contra la barbarie.

Recitemos las dos estrofas siguientes del beato Hermann, en honor de las mártires de Colonia:

"Vírgenes gloriosas, oíd mi oración y, al llegar la muerte, venid rápidamente en mi ayuda; estad presentes en el momento temible y defendedme de los asaltos de los demonios.

"Ninguna de vosotras falte; y al frente de vosotras esté, antes que nadie, la Virgen María.

[1] Anacleta Bollandiana, 1929, p. 89-110.

Si todavía queda en mí alguna mancha, purificadme de ella con vuestra oración. Advierta el enemigo vuestra presencia y sea confundido.»

23 DE OCTUBRE

SAN ANTONIO MARIA CLARET, OBISPO Y FUNDADOR

Fué uno de los más grandes prelados y misioneros del siglo XIX. Nacido en Sallent, pequeña villa de la provincia de Barcelona el 25 de diciembre de 1807, comenzó a dar desde niño señales extraordinarias de su destino providencial. Dedicado a los trabajos del telar de su padre, donde le esperaba un porvenir risueño dadas sus buenas cualidades y su gran amor al trabajo, lo dejó todo un día para entregarse de lleno a la salvación de su propia alma y de las almas de los demás.

Comienza por estudiar el latín y la filosofía en el Seminario de Vich. Durante esta época le acometen vivos deseos de dar su sangre por Cristo, y estos mismos deseos son los que le mueven a embarcarse en Marsella para dirigirse a países de infieles, con el fin de propagar por todas partes la fe cristiana. Pero sus ambiciones de apostolado salen fallidas. Intenta entonces ingresar en la Compañía de Jesús, y su salud pre-

caria le obliga a abandonarla. Vuelve de nuevo a España, donde es ordenado de sacerdote y se le encomienda el cuidado de la parroquia de Viladraú, en la cual despliega desde el primer momento gran actividad apostólica: confiesa, predica, organiza hermandades y cofradías piadosas, consuela a los afligidos, ayuda a los pobres y siembra el bien a manos llenas en todos los rincones de su feligresía. Su fama empieza a extenderse por toda la comarca, y de todas las partes afluyen los domingos un raudal de gente que van a escuchar al famoso y austero predicador. Pronto todos los pueblos de Cataluña pueden oír su voz, y él se deja llevar. Va a pie de pueblo en pueblo desde las orillas del Ebro hasta las vertientes de los Pirineos. Su paso levanta oleadas de entusiasmo y gritos de arrepentimiento: los pueblos se transforman, los grandes pecadores cambian de vida y se obran las conversiones más estupendas. Poseía el divino secreto de arrebatar los corazones como los grandes predicadores populares, San Antonio de Padua, San Bernardino de Siena, o San Vicente Ferrer. Había tomado por modelo de su predicación al Beato Avila y, como él, *ungió sus sermones a oración.*

Además de predicador, el Santo P. Claret fué un incansable propagandista de la pluma: escribió miles de libros piadosos, fundó librerías religiosas, publicó periódicos católicos y promovió por todos los medios la enseñanza religiosa

del pueblo. Esta actividad incomparable y fecunda suscitó contra él las iras del sectarismo antirreligioso y masónico que le persiguió con toda saña, levantando contra él las más viles calumnias. Pero la virtud del integérrimo misionero salió triunfante de todos sus enemigos, y la gloria comenzó a orlar su frente desde esta misma vida. La reina de España le escogió para confesor suyo, pero antes se le nombró obispo de Santiago de Cuba, isla en la que su celo intensificó mucho la vida cristiana, y, finalmente, le dieron el título de Arzobispo de Trajanópolis; pero él siguió viviendo en todas partes su vida ascética y misionera.

Concentró los últimos años de su vida sobre todo en el Instituto de los Misioneros Hijos del Corazón de María, que había fundado con otros compañeros en 1849, y que continúa siendo todavía hoy la gloria más pura y más excelsa del egregio misionero de Sallent.

Al estallar la revolución de 1868, el P. Claret siguió a la reina en su destierro, muriendo dos años más tarde (1870) en la Abadía Cisterciense Fontfroide (Francia), siempre acosado, ferozmente calumniado y perseguido hasta después de muerto. Gran rabia le tenía y sigue teniendo el infierno, bien sabe Satanás el porqué.

El Papa Pío XI le declaró Beato, y Pío XII le canonizó en medio de funciones apoteósicas. La fama y la gloria de este varón incomparable, justo orgullo de España, crece en el mundo como

un desbordado más, y son de esperar asombrosas manifestaciones de su benéfica influencia en el orbe entero. Deseamos para él la aureola del doctorado en la Iglesia universal. ¡Salve padre, salve pastor infatigable de las almas, salve prez de Misioneros y Prelados; mira desde el cielo la viña que plantaste y regaste con sudores, vela por su prosperidad!

24 DE OCTUBRE

SAN RAFAEL, ARCANGEL

La proximidad del día grande y solemne que pronto hará converger en nosotros los esplendores del cielo, infunde a la Iglesia un recogimiento profundo.

Si se exceptúa el homenaje que tiene que tributar en su fecha a los gloriosos apóstoles San Simón y San Judas, apenas se encuentran unas fiestas diseminadas de rito simple, que vienen a romper el silencio de estos últimos días de octubre. Es conveniente adaptar nuestras almas a las disposiciones de la Iglesia. Mas no anulamos esta ley dedicando un recuerdo rápido al arcángel a quien celebra la Iglesia en este día.

MINISTERIO DE SAN RAFAEL. — El ministerio que cumplen los espíritus celestes cerca de nos-

otros, se encuentra maravillosamente expresado en las graciosas escenas que hacen la historia de Tobías sumamente agradable. Recordando los buenos oficios del guía y del amigo, como todavía llama a su hermano Azarías, Tobías el joven dice a su padre: "¿Cómo agradecerle sus beneficios? Me ha guiado y conducido sano y salvo. Ha cobrado también el dinero que nos debía Gabaelo. A él debo el haber hallado la esposa que me estaba preparada, de cuyo cuerpo arrojó al demonio, a la vez que llenaba de alegría a sus padres de ella. A mí me salvó del pez que me iba a tragar y a ti te ha hecho finalmente ver la luz del cielo y nos ha llenado de todos los bienes" [1].

Y, queriendo padre e hijo mostrar su gratitud al modo como lo hacen los hombres, a quien tanto lo merecía, el ángel se da a conocer entonces para enderezar todo el agradecimiento al bienhechor supremo: "Bendecid al Dios del cielo, y glorificadle ante todo ser viviente, pues ha hecho brillar su misericordia sobre vosotros... Cuando orabas con lágrimas y enterrabas a los muertos..., presentaba yo tu oración al Señor. *Y porque fuiste acepto a Dios, era necesario que te probase con la tentación.* Y ahora el Señor me envió para curarte y librar del demonio a Sara, esposa de tu hijo. Yo soy el ángel Rafael,

---

1 *Tob.*, XII, 2-3.

uno de los siete que estamos ante el Señor... La paz sea con vosotros, no temáis... bendecid a Dios"[1].

CONFIANZA. — También nosotros celebramos los beneficios del cielo. Sabemos por la fe que el ángel del Señor nos acompaña desde la cuna al sepulcro; lo sabemos con tanta certeza como la que tenía Tobías viendo con sus ojos al arcángel Rafael. Tengamos en nuestro santo ángel una confianza igual y, entonces, el camino de la vida, más sembrado de peligros que la tierra de los medos, no los tendrá para nosotros; cuanto halláremos en él, todo será bueno, como preparado por el Señor; y, nuestro ángel hará que la bendición, cual resplandor anticipado de la patria, se extienda desde nosotros a todos nuestros prójimos.

ALABANZA. — Tomamos del Breviario Ambrosiano este himno en honor del glorioso arcángel:

HIMNO

Rafael, guía divino, recibe bondadosamente el himno sagrado que nuestras voces suplicantes y gozosas te dedican.

Guíanos por la carrera de la salvación, vigila nuestros pasos; haz que no caminemos nunca a la ventura, por haber perdido la senda del cielo.

Míranos desde el cielo; llena a nuestras almas del esplendor brillante que desciende del Padre santo de las luces.

---

1 *Tob.*, XII, 4-22.

Da la salud a los enfermos, pon fin a la noche de los ciegos; al curar los cuerpos, fortifica los corazones.
Tú, que te hallas ante el soberano Juez, aboga por la causa de nuestros crímenes; aplaca la cólera vengadora del Omnipotente tú, a quien confiamos nuestros ruegos.
Confunde a nuestro soberbio enemigo tú, que vuelves a empezar el gran combate; para triunfar de los espíritus de la rebelión, danos la fuerza, aumenta en nosotros la gracia.
Gloria sea a Dios Padre, como a su único Hijo, con el Espíritu Consolador ahora y siempre. Amén.

El ultimo domingo de octubre

FIESTA DE CRISTO REY

Dos fiestas del reinado de Cristo. — Al principio del Año litúrgico encontramos ya una fiesta del reinado de Cristo: la Epifanía. Jesús acababa de nacer y se manifestaba a los reyes de Oriente y al pueblo de Israel como "el Señor que tiene en su mano el reino, el poder y el imperio" [1]. Acogimos a este "Salvador, que venía a reinar sobre nosotros" [2], y con los Magos le ofrecimos nuestros presentes, nuestra fe y nuestro amor.

Y ¿por qué quiere la Iglesia que, al fin del año, celebremos una nueva fiesta del reinado de Cristo, de su reinado social y universal?

1 Introito de la Misa de la Epifanía.
2 Introito de la Epifanía.

No padecimos engaño en tiempo de la Epifanía sobre la naturaleza de este reinado, como tampoco lo padecimos sobre la dignidad de Dios que poseía el Niño recién nacido. Pero tal vez nos dejamos fascinar por aquella estrella que, al brillar en el cielo de Belén, nos alumbraba con la luz de la fe y nos hacía esperar mayores claridades para la eternidad. Entonces cantamos el acercamiento de la gentilidad a la fe en la persona de los Magos que vinieron allá del Oriente a adorar al Rey de los Judíos

El laicismo. — La Iglesia quiere que pensemos hoy en las consecuencias de este llamamiento universal a la fe de Cristo. Las naciones, en conjunto, se han convertido al Señor, que las trajo, con los acontecimientos sobrenaturales, los beneficios de una civilización completamente desconocida del mundo antiguo. Pero, desgraciadamente, hace ya dos siglos que un error sumamente pernicioso destroza a todas las naciones, a Francia particularmente: el laicismo. Consiste éste en la negación de los derechos de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo sobre toda la sociedad humana, tanto en la vida privada y familiar, como en la vida social y política. Los propagadores de esta herejía han repetido el grito de los Judíos deicidas: No queremos que reine sobre nosotros. Y con toda la habilidad, tenacidad y audacia de los hijos de las tinieblas, se

han esforzado por echar a Cristo de todas partes. Han declarado inmoral a la vida religiosa y expulsado a los religiosos; han intentado imponer a la Iglesia, aunque inútilmente, una constitución cismática; han decretado la separación de la Iglesia y del Estado y han negado a la sociedad civil la obligación de ayudar a los hombres a conquistar los bienes eternos; han introducido el desorden en la familia con la ley del divorcio, han suprimido los crucifijos en los tribunales, hospitales y escuelas. Y, finalmente, han declarado intangibles sus leyes y han hecho del Estado un Dios.

Razón de esta fiesta. — Frente "a esta peste de nuestros días" los Papas no han cesado de levantar su voz. Pero, como la plaga iba en aumento, Pío XI quiso aprovechar el año jubilar para recordar solemnemente al mundo por la Encíclica *Quas primas* del 11 de diciembre de 1925, el completo y absoluto poder de Cristo, Hijo de Dios, Rey inmortal de los siglos, sobre todos los hombres y sobre todos los pueblos de todos los tiempos. Además, para que esta doctrina tan necesaria no se olvidase demasiado pronto, instituyó en honor de su reinado universal una fiesta litúrgica que fuese a la vez memorial solemne y reparación de esa apostasía de las naciones y de los individuos, que se afana por manifestarse en la doctrina y en los hechos en nombre del laicismo contemporáneo.

Finalmente, el Sumo Pontífice prescribió para esta misma solemnidad la renovación de la consagración del género humano al Sagrado Corazón.

Los fieles encontrarán en el Breviario o simplemente en el Misal, la doctrina de la Iglesia sobre el reinado social de Cristo y fórmulas incomparables de oraciones de alabanza, de reparación y de petición que pueden dirigirle en esta fiesta. Pero esta enseñanza en toda su amplitud se halla expuesta en la Encíclica del Papa. Nos contentaremos con dar un resumen, invitando a los lectores que acudan al texto original para que, reconociendo los derechos del Señor, arrojen el veneno del laicismo y se lleguen con confianza al Corazón de Jesús, cuyo reinado es de amor y de misericordia.

TRIPLE REINADO. — En la Encíclica verán en qué sentido Cristo es Rey de las inteligencias, de los corazones y de las voluntades; quiénes son los súbditos de este Rey, el triple poder incluído en su dignidad regia y la naturaleza espiritual de su reinado.

"Ya está en uso desde hace mucho tiempo el atribuir a Cristo en un sentido metafórico el título de Rey, por razón de la excelencia y eminencia singulares de sus perfecciones, por las cuales sobrepuja a toda criatura. Y nos expresamos de ese modo para afirmar que es el *Rey de las inteligencias humanas,* no tanto por la

penetración de su inteligencia humana y la extensión de su ciencia, cuanto porque es la misma Verdad y los mortales necesitan buscar en él la verdad y aceptarla con obediencia. Se le llama *Rey de las voluntades,* no sólo porque a la santidad absoluta de su voluntad divina corresponden la integridad y la sumisión perfecta de su voluntad humana, sino también porque, mediante el impulso y la inspiración de su gracia, somete a Sí nuestra libre voluntad, con lo que viene nuestro ardor a inflamarse para acciones nobilísimas. A Cristo se le reconoce finalmente como *Rey de los corazones,* a causa de su caridad, que excede a todo conocimiento y de su mansedumbre y bondad, que atraen a las almas; y en efecto, no ha habido hombre alguno hasta hoy que haya sido amado como Jesucristo por todo el género humano, ni tampoco se verá en lo porvenir.

La dignidad regia, una consecuencia de la unión hipostática. — "Pero, avanzando un poco más en nuestro tema, cada cual puede echar de ver que el nombre y poder de Rey convienen a Cristo en el sentido propio de la palabra; se dice de Cristo que recibió de su Padre el poder, el honor y la dignidad regia en cuanto hombre, pues el Verbo de Dios, que con el Padre posee una misma sustancia, no puede menos de poseer todo en común con su Padre y, por consiguiente, el imperio supremo y absoluto sobre

todo lo creado. La dignidad regia de Cristo se funda en la unión admirable que llamamos unión hipostática. Por consiguiente: los ángeles y los hombres tienen que adorar a Cristo en cuanto es Dios, pero tienen que obedecer y exteriorizar su sumisión también a sus mandatos en cuanto hombre, es decir que, por el solo título de la unión hipostática, a Jesucristo se le dió poder sobre todas las criaturas...

LA TRIPLE POTESTAD. — "La dignidad regia de Cristo lleva consigo un triple poder: legislativo, judicial y ejecutivo y sin él no se puede concebir aquélla. Los Evangelios no se contentan con afirmarnos que Cristo ratificó algunas leyes, nos le presentan también dictando otras nuevas... Jesús declara además que el Padre le otorgó el poder judicial... Este poder judicial implica el derecho de decretar para los hombres, penas y recompensas, aun en esta vida. Y, por fin, también tenemos que atribuir a Cristo el poder ejecutivo, dado que es de necesidad para todos la obligación de obedecer a sus órdenes, y que ha establecido algunas penas de las que no se librará ningún culpable.

CARÁCTER DEL REINADO DE CRISTO. — "Que el reinado de Cristo ha de ser en cierto sentido principalmente espiritual y referirse a las cosas espirituales... Nuestro Señor Jesucristo lo confirmó con su modo de obrar... Ante Pilatos de-

clara que su reino no es de este mundo. En el Evangelio se nos muestra su reino como reino en el que nos preparamos a entrar por la fe y el bautismo... El Salvador no opone su reino más que al reino de Satanás y al poder de las tinieblas. Exige a sus discípulos desasirse de las riquezas y de todos los bienes terrenos, practicar la mansedumbre, tener hambre y sed de la justicia, pero también renunciarse y llevar cada cual su cruz. Como Jesucristo en cuanto Redentor compró a la Iglesia con el precio de su sangre y, en cuanto Sacerdote, se ofrece a sí mismo perpetuamente en sacrificio por los pecados del mundo, ¿quién no echará de ver que su dignidad regia tiene que participar del carácter espiritual de estas dos funciones de Sacerdote y de Redentor?

"Con todo, no se podría negar, sin cometer un grave error, que el reinado de Cristo-hombre se extiende también a las cosas civiles, puesto que recibió de su Padre un dominio absoluto, de tal modo que abarca todas las cosas creadas y todas están sometidas a su imperio..."

MISA

Mientras en el cielo adoran al Cordero inmolado los Angeles y los Santos proclamándole Rey, nos reunimos nosotros en la casa de Dios para renovar el misterio de la inmolación de

este Cordero y proclamar también nosotros su reinado universal, en la vida individual y familiar, en la vida social y política, aquí y en la eternidad.

INTROITO

Digno es el Cordero que fué inmolado, de recibir el poder, la divinidad, la sabiduría, la fortaleza y el honor. A El la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. —*Salmo:* Oh Dios, da tu juicio al Rey: y tu justicia al Hijo del Rey. ℣. Gloria al Padre.

La Colecta pide para la gran familia humana dividida por el pecado, la restauración de la unidad. El único medio de conseguirla, es acatar el reinado de Cristo.

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que quisiste restaurarlo todo en tu amado Hijo, Rey de todos: haz propicio que todas las familias de las gentes, disgregadas por la herida del pecado, se sometan a su suavísimo imperio. El cual vive y reina contigo.

Cristo. — La Epístola es un verdadero cántico en el que el apóstol San Pablo proclama arrobado lo que es Cristo para Dios, para la creación, para la Iglesia.

El Padre es invisible, habita en una luz, en una región inaccesible, pero he aquí que el que es imagen suya, nacido de El, Dios como El, se deja ver entre nosotros, se hace hombre como nosotros, y derrama su sangre por nosotros.

Dios: obra suya es la creación; por El subsiste todo; en El tenemos la vida, el movimiento y el ser y todo lo que existe para El es.

Cabeza de la creación, lo es también de la Iglesia que es su cuerpo, su Esposa. Hay entre ambos unidad de vida. Esta vida la posee El en su plenitud y esta plenitud se comunica sin padecer mengua jamás; toda belleza, toda santidad proviene de El como de su fuente.

Así lo quiso el Padre con el propósito de reducir todas las cosas a la unidad primitiva y de pacificar en la sangre de su Hijo todo lo que hay en el cielo y en la tierra.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Colosenses (Col., I, 12-20).

Hermanos: Damos gracias a Dios Padre, que nos hizo dignos de participar de la suerte de los Santos en la luz, que nos arrancó de la potestad de las tinieblas y nos trasladó al reino del Hijo de su amor, en el cual tenemos la redención por su sangre, el perdón de los pecados. El es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda criatura: porque en El fueron creadas todas las cosas del cielo y de la tierra, las visibles y las invisibles, sean los Tronos, sean las Dominaciones, sean los Principados, sean las Potestades: todo fué creado por El y en El, y El es antes que todo, y todo existe en El. Y El es la cabeza del cuerpo de la Iglesia, el principio, el primogénito de los muertos, para que sea quien tenga el principado en todo: porque plúgole al Padre hacer que habitara en El toda la

plenitud, y conciliarlo todo en El, pacificando por la sangre de su cruz tanto lo que hay en la tierra como lo que hay en el cielo, en Jesucristo, nuestro Señor.

El Gradual y el Aleluya cantan la universalidad y la eternidad del reino de Cristo.

GRADUAL

Dominará de un mar a otro mar, y desde el río hasta los confines del orbe de las tierras. ℣. Y le adorarán todos los reyes de la tierra: todas las gentes le servirán.

Aleluya, aleluya. ℣. Su poder es un poder eterno, que no será quitado: y su reino, un reino que no será destruído. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan (Jn., VIII, 33-37).

En aquel tiempo dijo Pilatos a Jesús: ¿Eres tú el Rey de los judíos? Respondió Jesús: ¿Dices esto por ti mismo, o te lo dijeron de mí otros? Respondió Pilatos: ¿Acaso soy yo judío? Tu gente y los pontífices te han entregado a mí: ¿qué has hecho? Respondió Jesús: Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuese de este mundo, lucharían ciertamente mis ministros, para que no fuera entregado a los judíos: pero ahora mi reino no es de aquí. Díjole entonces Pilatos: ¿Luego tú eres Rey? Respondió Jesús: Tú dices que yo soy Rey. Yo para esto nací y para esto vine al mundo: para dar testimonio de la verdad: todo el que es de la verdad oye mi voz.

Este diálogo entre Jesús y Pilatos nos hace conocer el carácter espiritual y universal de la

dignidad regia del Mesías, su origen divino y su fin: "Nací y vine al mundo para dar testimonio de la verdad: todo el que es de la verdad, oye mi voz."

San Agustín, comentando este texto, nos habla también del desprendimiento y de la bondad de nuestro Rey: "¿De qué le servía al Señor ser rey de Israel? ¿Era por ventura algo grande para el Rey de los siglos, ser rey de los hombres? Cristo no es rey de Israel para exigir tributos, armar de la espada a los batallones y dominar visiblemente a sus enemigos, sino que es rey de Israel para gobernar las almas, velar por ellas para la eternidad y llevar al reino de los cielos a los que creen, esperan y aman."

Probemos, pues, que somos súbditos suyos de verdad tributándole el homenaje de nuestra fe, de nuestra confianza y de nuestro amor.

El Ofertorio recuerda la promesa, que el Padre hizo al mismo Cristo, de darle como herencia las naciones.

OFERTORIO

Pídemelo y te daré las gentes por herencia tuya, y por posesión tuya hasta los confines de la tierra.

En la Secreta consideramos el reino del Señor en cuanto trae a nuestras almas el don divino de la unidad y de la paz.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, esta hostia de la reconciliación humana: haz, te suplicamos, que Jesucristo, tu Hijo, nuestro Señor, a quien inmolamos en el presente sacrificio, conceda El mismo a todas las gentes los dones de la unidad y de la paz. El cual vive y reina contigo.

En el Prefacio, más aún que en las otras oraciones del Santo Sacrificio, se propone explícitamente a la fe y a la piedad de los creyentes la exacta noción teológica del reinado universal de Cristo. Como Hijo único del Padre, con quien es coeterno y consustancial, el Verbo encarnado comunica a su santa Humanidad, en virtud de la unión hipostática, la doble unción divina del sacerdocio y de la majestad real. En virtud de su Sacrificio Redentor sobre el altar de la cruz, como también por su nacimiento eterno, somete a su imperio indestructible a todas las criaturas, en un reino de verdad y de vida, de santidad y de gracia, de justicia, de amor y de paz [1].

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, eterno Dios: Que ungiste con óleo de alegría a tu unigénito Hijo, nuestro Señor Jesucristo, Sacerdote eterno y Rey universal: para que, ofreciéndose a sí mismo, en el ara de la cruz, como hostia inmaculada y pacífica, obrase

[1] P. de la Brière, Études, t. 186, p. 358.

el misterio de la redención humana: y, sometiendo a su imperio todas las criaturas, entregase a tu inmensa Majestad un reino eterno y universal: un reino de verdad y de vida; un reino de santidad y de gracia; un reino de justicia, de amor y de paz. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con toda la milicia del ejército celestial, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar:

Santo, Santo, Santo, etc.

El Señor concede la paz a los que le reciben:

COMUNION

Se sentará el Señor Rey para siempre: el Señor bendecirá a su pueblo con la paz.

El fruto de la Comunión consistirá en preparar nuestras almas para entrar en el reino celestial.

POSCOMUNION

Habiendo conseguido el alimento de la inmortalidad, suplicámoste, Señor, hagas que, los que nos gloriamos de militar bajo las banderas de Cristo Rey, podamos reinar eternamente con El en el trono celestial. El cual vive y reina contigo.

CONSAGRACION AL SAGRADO CORAZON DE JESUS

No debemos terminar el día sin hacer nuestra la fórmula de Consagración que compuso León XIII, cuya recitación pública está prescrita por Pío XI para todos los años en esta fiesta.

"Dulcísimo Jesús, Redentor del género humano, miradnos humildemente postrados delante de vuestro altar: vuestros somos y vuestros queremos ser; y a fin de poder vivir más estrechamente unidos con Vos, todos y cada uno espontáneamente nos consagramos en este día a vuestro Sacratísimo Corazón. Muchos, por desgracia, jamás os han conocido; muchos, despreciando vuestros mandamientos, os han deshechado. ¡Oh Jesús benignísimo, compadeceos de los unos y de los otros, y atraedlos a todos a vuestro Corazón Santísimo! ¡Oh Señor! Sed Rey, no sólo de los hijos fieles que jamás se han alejado de Vos, sino también de los pródigos que os han abandonado, haced que vuelvan pronto a la casa paterna para que no perezcan de hambre y de miseria.

Sed Rey de aquellos que por seducción del error o por espíritu de discordia, viven separados de Vos; devolvedlos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que en breve se forme un solo rebaño bajo de un solo Pastor.

Sed Rey de los que permanecen aún envueltos en las tinieblas de la idolatría o del islamismo; dignaos atraerles a todos a la luz de vuestro reino.

Mirad finalmente con ojos de misericordia a los hijos de aquel pueblo que en otro tiempo fué vuestro predilecto; descienda también sobre ellos, como bautismo de redención y de vida, la sangre que un día contra sí reclamaron.

Conceded, oh Señor, incolumidad y libertad segura a vuestra Iglesia; otorgad a todos la tranquilidad en el orden; haced que del uno al otro confín de la tierra no resuene sino esta voz: "Alabado sea el Corazón divino, causa de nuestra salud; a El se entonen cánticos de honor y de gloria por los siglos de los siglos. Así sea."

25 DE OCTUBRE

SAN CRISANTO Y SANTA DARIA, MARTIRES

MODO DE CELEBRAR A LOS MÁRTIRES. — "Cuantas veces celebramos las fiestas de los santos mártires, tenemos esperanzas de conseguir del Señor por intercesión de ellos, gracias temporales de tal forma, que, imitando a estos mártires, merezcamos recibir después los bienes eternos.

"Los que imitan los ejemplos de los mártires, esos son los que celebran de verdad las jubilosas solemnidades de los santos mártires. Las fiestas de los mártires son, en efecto, como una invitación a imitar gustosamente lo que se celebra con alegría.

"Pero nosotros queremos regocijarnos con los santos y nos negamos a tolerar con ellos la persecución del mundo. El que no imita cuanto puede a los santos mártires, no podrá llegar a

su felicidad. El Apóstol San Pablo proclama esta verdad al decir: "Si somos compañeros de los padecimientos, también los seremos de la consolación" [1]. Y el Señor dice en el Evangelio: "Si el mundo os odia, sabed que antes me odió a mí" [2]. El que no quiere tolerar el odio con la cabeza de su cuerpo, renuncia a ser parte del cuerpo" [3].

LOS MÁRTIRES DE LA VÍA SALARIA. — No tenían estos últimos sentimientos aquellos valientes cristianos que, en el día aniversario de los mártires Crisanto y Daría, fueron a rezar y a celebrar el santo sacrificio al lugar de su confesión. Llegaron los paganos y tapiaron la entrada del subterráneo. Llenos de gozo aceptaron la muerte por Cristo, cuyo sacrificio místico ellos renovaban. Pasaron muchos años. Al sonar para la Iglesia la hora de la victoria y una vez que los cristianos conocieron el camino de la cripta sagrada, un espectáculo singular apareció a su vista: frente al sepulcro donde reposaban Crisanto y Daría, se había colocado alrededor del altar todo un grupo de mártires y encima de este altar se encontraban aún los vasos de plata que servían para el sacrificio. Nadie tuvo la osadía de tocar los huesos de los mártires ni cambiar en lo más mínimo la disposición de aquella incomparable

---

1 *II Cor.*, I, 7.
2 *S. Juan*, XV, 18.
3 *S. Agustín*, Sermón XLVII.

escena. Se cerró otra vez la cripta, pero una abertura permite a los peregrinos echar una mirada al augusto santuario y animarse para las luchas de la vida al contemplar lo que los siglos de los mártires exigieron de sus antepasados en la fe [1].

VIDA. — Nada se sabe de los mártires Crisanto y Daría. Su leyenda nos dice que Crisanto convirtió a su mujer y que ambos guardaron virginidad en el matrimonio. Su celo por convertir a los paganos llamó la atención del prefecto Celerino, que los hizo poner en tortura, conducirlos a un arenal de la Vía Salaria, arrojarlos a una fosa y enterrarlos vivos. Sus reliquias descansan en la basílica de Letrán.

Daré a mis Santos un lugar distinguido en el reino de mi Padre, dice el Señor [2]. Esto canta la Esposa al celebrar a los mártires. Y al querer aplicaros la palabra del Esposo, os asigna como morada vuestra en la tierra la insigne basílica de Letrán, y como lecho de honor y de reposo el reducto sagrado, la misma *confesión* sobre la que descansa el altar mayor de la Iglesia que es madre y cabeza de todas las Iglesias [3]. Digna recompensa a vuestros trabajos y a vuestro sufrimiento, puesto que en la misma Roma os cupo la suerte de participar en la predicación de los Apóstoles, y como ellos, sellar

1 El hecho lo refiere S. Gregorio de Tours: "De la gloria de los Mártires", I, 38.
2 Antífona de los Maitines.
3 S. C. Rit. Congr. 7 de agosto 1857, al arzob. de Colonia.

con vuestra sangre la palabra santa. No ceséis de justificar la confianza de la Ciudad eterna: su fe, que siempre fué pura, hacedla cada vez más fecunda; conservad inalterable su fidelidad al Pontífice-Rey, cuya residencia hace de Roma la capital del mundo, el vestíbulo del cielo. Pero vuestras sagradas reliquias, gracias a la munificencia de Roma, han llevado muy lejos su protección poderosa. Dignaos apoyar con vuestro valimiento la oración que tomamos de vuestros devotos de Eifflia [1]: "Oh Dios, que has realzado en tus santos Crisanto y Daría el honor de la virginidad con la consagración del martirio, haz que, ayudados con su intercesión, apaguemos en nosotros la llama de los vicios y merezcamos ser templo tuyo en la compañía de los corazones puros."

26 DE OCTUBRE

SAN EVARISTO, PAPA Y MARTIR

Al dar a los Papas santos una Misa propia y señalar para dicha Misa el Prefacio de los Apóstoles, S. S. el Papa Pío XII quiso recordar a los fieles la devoción especial que deben tener a los que Dios se dignó confiar en otro tiempo su Iglesia.

---

[1] Munstereiffel, monasterio y ciudad de la archidiócesis de Colonia, que honran como patronos a San Crisanto y a Santa Daría.

continuar sola su camino de fe, de esperanza y de amor. Supiste justificar la esperanza del Hombre-Dios. Vela siempre sobre Roma y sobre la Iglesia. Enséñanos que es necesario saber ayunar aquí en este mundo, resignarse a la ausencia del Esposo [1] cuando se oculta a nuestra vista y servirle y amarle con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con todas nuestras fuerzas, con toda nuestra mente [2], en lo que dure este mundo y le plazca tenernos en él.

27 DE OCTUBRE

VIGILIA DE LOS SANTOS SIMON Y JUDAS, APOSTOLES

El mejor modo de prepararnos a celebrar a estos santos Apóstoles sería releer la corta Epístola Católica de San Judas y retener la grave lección que quiso dar a los fieles del siglo primero. Hoy es más oportuna que nunca. "Deseando vivamente escribiros acerca de nuestra común salud, decía el Apóstol, he sentido la necesidad de hacerlo exhortándoos a combatir por la fe, que una vez para siempre ha sido dada a los santos", a vosotros y los demás cristianos [3].

1 *S. Mateo,* IX, 15.
2 *S. Lucas,* X, 27.
3 *Jds.,* 3.

Consideremos con toda atención fórmulas como ésa, en las cuales se funda la teología.

Debemos considerar íntegra, una y siempre la misma, la fe que nos transmitieron y recibimos una vez para siempre. Nada contrario a la doctrina que los Apóstoles nos comunicaron se puede considerar como venido de la mano de Dios. La economía cristiana es definitiva.

"Los valores espirituales". — Aquí están nuestros "valores espirituales" para emplear una fórmula que está hoy de moda. Esta expresión, que tanto se usa, la tomamos nosotros aquí en su verdadero sentido que no estará demás declarar.

Sabemos que existe en el orden natural un orden espiritual, pero no encuentra su fin en sí mismo, puesto que el hombre fué creado para la gracia y la vida eterna. Estas son dones de Dios a los que la naturaleza no tiene derecho, la cual tampoco se puede elevar por su propio esfuerzo hasta ellos. Dios crió la gracia desde el principio y una vez que la naturaleza ha sido elevada al orden sobrenatural, fuera de la vida de la gracia, no hay más que desorden. Cuando desaparece por el pecado esta vida, el orden espiritual permanece en la naturaleza, pero se inclina infaliblemente hacia lo temporal, lo terreno, lo carnal y en eso está el desorden. La vida espiritual del hombre sólo logra desarrollarse en la vida

Como acogimos con alborozo en 1951 la beatificación y en 1954 la canonización de Pío X, de quien somos contemporáneos, cuya vida y obras nos son tan conocidas, cuya fotografía hemos visto tantas veces y de cuyas reliquias repartidas a millares hacemos tanto aprecio; como nos alegró la beatificación y la canonización de Pío X, a quien muchos de los que todavía viven hoy, vieron en Roma, a cuyas enseñanzas asentimos filialmente y cuya muerte sentimos todos, al comenzar la guerra mundial, cual si fuese la de un familiar nuestro; así:

No debemos olvidar el agradecimiento que debemos a sus lejanos predecesores, a todos los Papas y sobre todo a los que honra la Iglesia con un culto especial por razón de su santidad y a veces de su martirio.

Honor singular es para un hombre verse elevado a la Silla de San Pedro; es, sobre todo, un peso aplastante el aceptar el cuidado de todas las Iglesias del mundo; es temible la responsabilidad de llevar a Dios las almas de todos los hombres que viven en la tierra. Aceptar esta carga implicó a veces de un modo infalible aceptar de antemano el martirio. Era, al menos, aceptar el dolor y el sacrificio y, a pesar de lo alto de esa dignidad, "hacerse el siervo de los siervos de Dios."

De suerte que, si debemos celebrar y amar a todos los santos, sepamos dar una preferencia y profesar una devoción especial a los Papas san-

tos que la Iglesia propone a nuestro culto. Hoy en particular, sepamos honrar al que gobernó la Iglesia en los días en que murió el último Apóstol; él, por decirlo así, la preparó a emprender la larga peregrinación que no terminará hasta el último día. La fe y la confianza de Evaristo merecieron pronto para la Iglesia las gracias de que tenía necesidad, las cuales nunca la faltaron en el curso de su historia.

VIDA. — Nacido en Grecia de padre judío, Evaristo llegó a ser Papa en el consulado de Valente el año 96, y murió el año 108. El *Liber Pontificalis* no nos dice que dió su sangre por Jesucristo; señala únicamente que fué enterrado junto a San Pedro en el Vaticano. Es, con todo, honrado como mártir, de igual modo que todos los primeros Papas. A él se debe la distribución de los títulos de la ciudad entre los sacerdotes romanos: determinó que, cuando predicase el Papa, le acompañasen siete diáconos "en atención a su elevada dignidad". Dispuso además que el matrimonio se celebrase públicamente y fuese bendecido por un sacerdote.

PLEGARIA. — Fuiste el primer Pontífice a quien la Iglesia se vió confiada al desaparecer los últimos que conocieron al Señor. El mundo podía decir ahora en cierto sentido: *Aun cuando hemos conocido según la carne a Cristo, ahora ya no lo conocemos así*"[1]. El destierro era cada vez más absoluto para la Esposa; y en aquella hora en que no faltaban ni peligros ni dolores, el Esposo se dignaba encargarte de enseñarla a

---

[1] *II Cor.*, V, 16.

sobrenatural, que procede de Cristo y de su Iglesia. Llega esta vida de un modo visible a los que participan de los Sacramentos, y de manera invisible a las almas de buena voluntad que no son de lo que tiene de visible la Iglesia, pero pertenecen a su alma. El hombre tiene un solo fin y por eso no hay más que una moral. Para nosotros la vida espiritual es la vida del Espíritu Santo en las almas fieles. Los valores espirituales son valores sobrenaturales.

Conservar la fe. — Hoy, del mismo modo que en tiempo de San Judas, el único remedio es la fe íntegra, inviolable, una y siempre la misma; es volver no sólo al espíritu, como dicen, sino a Dios y al Evangelio; eso es consistente y eso permanecerá. Ya lo anunciaba solemnemente San Pedro desde los orígenes de la Iglesia ante el Sanedrín: "Este Jesús es la piedra que habéis desechado del edificio y se ha convertido en piedra angular. Y en ningún otro se encuentra la salvación"[1]. En el mundo actual, no cabe duda, hay talentos, inteligencias con prodigalidad; pero el mundo está vacío de Dios. A veces contribuyen a su esclavitud las victorias de la inteligencia. Sólo en la gracia existe la libertad verdadera y sólo en la santidad se da la verdadera grandeza. Las fórmulas que se usan, son equívocas, ambiguas; tal vez se construye-

---

1 *Act.*, IV, 11-12.

ron a la medida del laicismo que está de moda. Antiguamente, en los siglos de fe, se hablaba del retorno a Dios, de la vuelta a la fe. Hoy las fórmulas son menos exigentes; así es que se da cierta conformidad de palabras que contenta algunas veces a los que la advierten, pero a quien principalmente alegran es al diablo. Es necesario tener el espíritu de Dios. Estemos prendidos en él. Conservemos la integridad de las exigencias de nuestra fe y de nuestro cristianismo. No hay salvación más que en Jesucristo, Camino, Verdad y Vida.

28 DE OCTUBRE

SAN SIMON Y SAN JUDAS, APOSTOLES

LOS TRABAJOS DE LA IGLESIA. — *En lugar de vuestros padres, os nacieron hijos* [1]. La Iglesia desechada por Israel ensalza de este modo en sus cantos la fecundidad apostólica que tendrá hasta el fin de los tiempos. Esperaba ya desde ayer, adelantándose unas horas, que los bienaventurados Apóstoles San Simón y San Judas se anticiparían a la misma solemnidad con sus bendiciones para ella [2]. Tal es, en efecto, la condición de su existencia en el mundo, que no

[1] Gradual de la fiesta; salmo XLIV, 17.
[2] Colecta de la vigilia.

puede permanecer en él sin procurar incesantemente hijos al Señor. Y por eso la Misa del 27 de octubre nos hacía leer el texto evangélico en que se dice: "Yo soy la viña y mi Padre es el viñador; cortará las ramas que no den fruto en mí; y la rama que dé fruto, la podará para que dé más todavía" [1].

Poda costosa, como lo testificaba ayer la Epístola de la Misa de la vigilia. En nombre de los otros sarmientos que como él honran la elección divina, el Apóstol hablaba allí de los trabajos, padecimientos de toda clase, persecuciones, maldiciones y negaciones, con cuyo precio se adquiere el derecho de llamar hijos [2] a los hombres engendrados según el Evangelio en Jesucristo [3]. San Pablo lo dice más de una vez y sobre todo en la Epístola de la fiesta: el fin de esta generación sobrenatural de los santos sólo tiende a la reproducción mística del Hijo de Dios, que pasa otra vez, en los predestinados, de la niñez a la medida del hombre perfecto [4].

GLORIA DE SAN SIMÓN Y SAN JUDAS. — Aunque la historia se muestra excesivamente sobria en particularidades respecto a los gloriosos Apóstoles a quienes celebramos en este día, conocemos lo mucho que contribuyeron a esa gran obra de la generación de los hijos de Dios, que nos re-

1 Evang. de la vigilia; *S. Juan*, XV, 1-7.
2 Epist. de la vigilia; *I Cor.*, IV, 9-14.
3 *Ibid.*, 15.
4 *Gal.*, IV, 19; Epístola de la fiesta; *Ef.*, IV, 7-14.

cuerda su corta leyenda. *Ellos edificaron el cuerpo de Cristo* [1] en su parte correspondiente, de modo infatigable y hasta derramar su sangre. Y la Iglesia, agradecida, dice hoy al Señor: Oh Dios, que por tus bienaventurados apóstoles Simón y Judas, nos has dado el llegar al conocimiento de tu nombre; concédenos el celebrar su gloria inmortal progresando en la gracia, y adelantar en la virtud cada vez que la celebramos" [2].

A San Simón se le da como atributo la sierra, que recuerda su martirio. La escuadra de San Judas nos indica que es el arquitecto de la casa de Dios: de igual modo se llamaba San Pablo a sí mismo [3]; y en la séptima de las epístolas católicas, que tiene por autor a San Judas, posee también él un título especial a contarse entre los primeros en la gran familia de los maestros obreros del Señor. Mas para nuestro apóstol había otra nobleza que excedía a todas las de la tierra: por Cleofás o por Alfeo, su padre [4], era sobrino de San José, legalmente primo del Hombre-Dios; San Judas era uno de los llamados por sus compatriotas *hermanos del hijo del carpintero* [5].

---

[1] *Gal.*, IV, 19; Epístola de la fiesta; *Ef.*, IV, 7-14.
[2] Colecta de la fiesta.
[3] *I Cor.* III, 10.
[4] Eusebio: *Hist. Ecles.*, IV, XXII.
[5] Santiago el Menor, Apóstol también y primer obispo de Jerusalén, un José menos conocido, y Simeón, segundo obispo de Jerusalén, los tres, como él, hijos de Cleofás y de la cuñada de Nuestra Señora que S. Juan (XIX, 25) designa con el nombre de María de Cleofás. *Mat.* XIII, 55.

En el Cenáculo. — Recojamos de San Juan una circunstancia preciosa. En la conversación que siguió a la Cena, el Hombre-Dios acababa de decir: "El que me ama a mí, será amado de mi Padre, y yo le amaré y me manifestaré a él." Entonces Judas, tomando la palabra, preguntó: "Señor, ¿qué ha sucedido para que hayas de manifestarte a nosotros y no al mundo?" Jesús le respondió: "Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos en él nuestra morada. Pero el que no me ama, no guarda mis palabras; y la palabra que oís, no es mía, sino del Padre, que me ha enviado" [1].

Domiciano y los descendientes de David. — Por la historia eclesiástica sabemos que Domiciano, al fin de su reinado y cuando arreciaba la persecución que él mismo había desencadenado, hizo traer desde el Oriente, para comparecer ante sí, a dos nietos del Apóstol San Judas. La política del César estaba un poco intranquila con respecto a estos descendientes de una raza real, la de David, que por la sangre representaban al mismo Cristo, ensalzado por sus discípulos como rey supremo del mundo. Domiciano pudo darse cuenta por sí mismo de que estos dos sencillos judíos no podían constituir un peligro para el Imperio, y que si consideraban a Cristo como al depositario del poder soberano,

1 *S. Juan,* XIV, 21-24.

se trataba de un poder que no se iba a ejercer visiblemente hasta el fin de los siglos. El lenguaje sencillo y valiente de estos dos hombres impresionó a Domiciano, y según el historiador Hegesipo, de quien Eusebio toma los hechos que acabamos de referir, dió órdenes de suspender la persecución.

Vida. — Refiere una tradición antigua que los dos Apóstoles fueron a evangelizar a Armenia y Persia y sufrieron el martirio el año 47 en la ciudad de Suanir.

A Simón le apellidaban Zelotes, acaso por haber pertenecido antiguamente al partido nacionalista de los Zelotes que no consentían admitir el yugo extranjero en Palestina.

San Judas, por parte de su madre, era pariente del Señor. Escribió una breve Epístola para combatir la herejía gnóstica, que estaba entonces en sus comienzos.

Las reliquias de los dos Apóstoles se trasladaron en 1605 a la basílica vaticana y se colocaron en un altar que la tradición sitúa en lugar próximo a aquel en que fué clavada la cruz de San Pedro. San Saturnino de Tolosa debe de poseer también algunas reliquias suyas.

Os escogí para dar un fruto permanente[1]. Esta palabra os dirigía el Hombre-Dios como a los doce, la misma que recordaba la Iglesia en vuestro honor en el oficio de Maitines. Y, con todo, ¿qué queda del fruto de vuestro trabajo en Egipto, en Mesopotamia, en Persia? ¿Será que el

[1] S. *Juan*, XV, 16.

Señor o la Iglesia pueden equivocarse en sus palabras o en sus apreciaciones? No por cierto; y la prueba está en que, por encima de la región de los sentidos y fuera del dominio de la historia, la virtud que se derramó sobre los doce no cesa de correr a través de las edades y tiene su parte en todo nacimiento sobrenatural que contribuye al desarrollo del cuerpo místico del Señor y al aumento de la Iglesia. Con más razón que Tobías, somos hijos de santos [1]; ya no estamos sin familia, más bien pertenecemos a la casa de Dios, apoyados en los Apóstoles y Profetas que Jesucristo une como piedra angular [2]. Benditos vosotros que nos ganasteis con lágrimas y trabajos ese bien; conservad en nosotros el título y los derechos de una filiación tan preciosa.

Mucho es el mal que nos rodea; ¿puede quedar alguna esperanza en la tierra? Pero la confianza de los que os ruegan, nos dice, oh Judas, que para ti no existe causa desesperada; y ¿cuándo mejor que ahora, oh Simón Zelotes, podrías justificar tu apellido glorioso? Dignaos atender a la Iglesia y ayudarla con todo vuestro poder apostólico a reavivar la fe, a inflamar la caridad, a salvar al mundo.

---

1 *Tobías,* II, 18.
2 *Ef.,* II, 19-20.

30 DE OCTUBRE

SAN ALFONSO RODRIGUEZ, CONFESOR

Fué uno de los grandes caracteres del siglo de oro. Hijo de un humilde tejedor castellano, nació en Segovia el año 1531. Desde muy niño comenzó a dar las señales más extraordinarias de lo que había de ser andando el tiempo. Ocupado primero en el humilde oficio de su padre, comenzó más tarde a estudiar en las aulas de Alcalá, pero tuvo que interrumpir su carrera por falta de medios económicos. Vuelto a su ciudad, contrajo matrimonio con una honrada muchacha de la tierra, de la que tuvo tres hijos; pero la muerte le arrebató más tarde a todos sus seres queridos. Entonces se decidió a ingresar en la Compañía de Jesús como hermano lego. Sus superiores le mandaron a Valencia y más tarde a Palma de Mallorca, donde pasó el resto de su vida, entregado completamente al servicio de Dios y del prójimo. Fueron cuarenta años de una vida humilde, sin grandes ruidos exteriores, pero de fecunda oración y trato íntimo con el Amado. Fué un verdadero místico que llegó a experimentar las más dulces y secretas caricias del amor sobrenatural. Su confesor le ordenó que apuntara en un cuaderno todas las revelaciones, coloquios y visiones que tenía con el Señor, y el

antiguo tejedor obedeció sencillamente, convirtiéndose como por ensalmo en un gran escritor de ascética y de mística a quien todavía hoy se lee con amenidad y con fruto. Murió a la edad de noventa años en su convento de Mallorca (1617). "Oh Dios, fortaleza de los flacos, canta la Iglesia en su fiesta, oh Dios, grandeza de los humildes, que quisiste hacer brillar a tu siervo Alfonso con una aplicación constante a la mortificación y al lustre de una eximia humildad; haz que a imitación suya, mortificados nosotros en la carne y perseverando fieles en el humilde seguimiento de tu Hijo, consigamos la vida eterna. El cual vive y reina contigo... Amén."

Tu ejemplo, oh Alfonso, es fecundo a través de los años, conforme lo contemplamos hoy en la Compañía.

31 DE OCTUBRE

LA VIGILIA DE TODOS LOS SANTOS

Preparemos nuestras almas a las gracias que el cielo va a derramar sobre el mundo a cambio de sus homenajes. Será tal mañana la alegría de la Iglesia, que se creerá vivir ya en la eternidad. Pero hoy se presenta ante nosotros con libreas de penitencia, reconociendo que no pasa de ser una desterrada [1]. Ayunemos y oremos con

---

1 *Hebr.*, XI, 13.

ella. ¿Qué somos nosotros también sino caminantes de un mundo en que todo pasa y marcha rápidamente a la muerte? La solemnidad que va a empezar, cuenta de año en año, entre nuestros compañeros de otros tiempos, nuevos elegidos que bendicen nuestro llanto y sonríen a nuestros cantos de esperanza. Cada año nos acercamos al término y también nosotros, admitidos en la fiesta del cielo, recibiremos el homenaje de los que vienen detrás y les tenderemos la mano para ayudarlos a unirse con nosotros en el país de la felicidad que no tiene fin. Sepamos desde ahora libertar nuestras almas, y en medio de los vanos cuidados conservemos nuestros corazones libres de los falsos placeres de una tierra que no es la nuestra: un desterrado no tiene más inquietud que su aislamiento ni otra alegría que la que le procura el gusto anticipado de la patria.

Imbuídos en estos pensamientos, digamos con la Iglesia en este día de vigilia:

ORACION

Señor, Dios nuestro, multiplica sobre nosotros tu gracia; y haz que consigamos en nuestra santa profesión la alegría de aquellos cuya gloriosa solemnidad prevenimos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Y terminamos este mes con un homenaje a María, Reina del Santísimo Rosario y Reina de los Santos, que tomamos de un misal dominicano.

SECUENCIA

He aquí que en el jardín virginal echan brotones los nuevos vástagos y se forman las flores; apunta la fertilidad de la primavera.

Han terminado las heladas; se ha ido el invierno y las lluvias y la nieve han desaparecido con él; se han mostrado las rosas en la tierra, como sembradas por los cielos.

La rosa ha producido al lirio; y luego del jardín de su hijo, mientras duró su destierro, ella ha recogido y cosechado.

Para los justos la alegría, para los pecadores una nueva inocencia, para los elegidos la gloria, para todos la salvación:

Dones que Cristo trajo de los cielos, que aseguró con sus padecimientos a la tierra, salvando al mundo que había venido a vencer.

Descansa entre las hojas del rosal, se hiere en sus espinas, se corona con sus flores: y de ese modo nos llama, nos justifica, nos recompensa.

Gracias, pues, a la vara bendita, a sus hojas, a sus espinas, a sus rosas, tenemos patria; donde mora el augusto jardinero, allí nos esperan sus delicias.

La emperatriz que se complace en la compañía de nuestra milicia santa, preside a la triple jerarquía de los nueve coros.

Nueva triunfadora que reparas el antiguo desastre, para ti nuestros cantos.

Pero otra vez amenaza y ruge el enemigo; si tú no le detienes, acaba con los cristianos.

Te saludamos, morada del Verbo, santuario del Espíritu Santo, hija del Padre soberano.

Esté siempre tu ayuda con nosotros en los peligros múltiples de esta vida, en las asechanzas del enemigo.

Y después del combate, sea nuestra corona de rosas y de lirios cogidos en los jardines de los cielos. Amén.

1.º DE NOVIEMBRE

LA FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

LA FIESTA DE LA IGLESIA TRIUNFANTE. — *Vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con palmas en sus manos y clamaban con voz poderosa: ¡Salud a nuestro Dios* [1]!

Ha pasado el tiempo; es todo el linaje humano ya redimido el que se presenta ante los ojos del profeta de Patmos. La vida militante y miserable de este mundo [2] tendrá su fin un día. Nuestra raza tanto tiempo perdida reforzará los coros de los espíritus puros que disminuyó antaño la rebelión de Satanás; los ángeles fieles, uniéndose al agradecimiento de los rescatados por el Cordero, exclamarán con nosotros: *La acción de gracias, el honor, el poderío y la fuerza a nuestro Dios por los siglos de los siglos* [3].

Y esto será el fin, como dice el Apóstol [4]: el fin de la muerte y del sufrimiento; el fin de la historia y de sus revoluciones, que en lo suce-

---

1 *Apoc.,* VII, 9-10.
2 *Job.,* VII, 1.
3 *Apoc.,* VII, 11-14.
4 *I Cor.,* XV, 24.

sivo comprenderemos. El antiguo enemigo, arrojado al abismo con sus partidarios, sólo existirá para ser testigo de su eterna derrota. El Hijo del Hombre, libertador del mundo, habrá entregado el mando a Dios, su Padre, término supremo de toda la creación y de toda redención: *Dios será todo en todas las cosas* [1].

Mucho antes que San Juan, cantaba Isaías: *He visto al Señor sentado sobre un trono elevado y sublime; las franjas de su vestido llenaban el templo y los Serafines clamaban uno a otro: Santo, Santo, Santo el Señor de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria* [2].

Las franjas del vestido divino significan aquí los elegidos, convertidos en ornamento del Verbo, esplendor del Padre [3], pues, siendo cabeza de todo el género humano desde el momento en que se desposó con nuestra naturaleza, esta esposa es su gloria, como El es la de Dios [4]. Las virtudes de los santos [5] son el único adorno de nuestra naturaleza; ornato maravilloso que, cuando reciba la última mano, será indicio de que llega el fin de los siglos. Esta fiesta es el anuncio más apremiante de las bodas de la eternidad; cada año celebramos en ella el progreso que en sus preparativos hace la esposa [6].

---

1 *I Cor.*, XV, 44-28.
2 *Isaías*, VI, 1-3.
3 *Hebr.*, I, 3.
4 *I Cor.*, XI, 7.
5 *Apoc.*, XIX, 8.
6 *Ibíd.*, XIX, 7.

CONFIANZA. — *¡Dichosos los invitados a las bodas del Cordero*[1]! Y ¡felices también nosotros, que recibimos en el bautismo la veste nupcial de la santa caridad como un título para el banquete de los cielos! Preparémonos, con nuestra Madre la Iglesia, al destino inefable que nos reserva el amor. A este fin tienden nuestros afanes de este mundo: trabajos, luchas, padecimientos sufridos por amor de Dios realzan con franjas inestimables el vestido de la gracia que hace a los elegidos. *¡Bienaventurados los que lloran*[2]!

Lloraban aquellos a quienes el salmista nos presenta abriendo antes que nosotros el surco de su carrera mortal[3]; su alegría triunfante llega ahora hasta nosotros, lanzando como un rayo de gloria anticipada sobre este valle de lágrimas. Sin esperar a la muerte, la solemnidad que hemos comenzado nos da entrada por medio de una santa esperanza en la mansión de la luz, a donde siguieron a Jesús nuestros padres. ¡Qué pruebas no nos parecerán livianas ante el espectáculo de la eterna felicidad en que terminan las espinas de un día! Lágrimas derramadas sobre los sepulcros recién abiertos, ¿cómo es posible que la felicidad de los seres queridos que desaparecieron no mezcle con vuestra tristeza un placer celestial? Escuchemos los cantos de

---

1 *Apoc.*, XIX, 9.
2 *S. Mateo*, V, 5.
3 Salmo CXXV.

liberación de aquellos cuya separación momentánea nos hace llorar; *pequeños o grandes*[1], ésta es su fiesta, como pronto lo será nuestra. En esta estación en que abundan las escarchas y las noches son más largas, la naturaleza, deshaciéndose de sus últimas galas, se diría que prepara al mundo para su éxodo hacia la patria eterna.

Cantemos, pues, nosotros también con el salmo: "Me he alegrado de lo que se me ha dicho: iremos a la casa del Señor. Nuestro pies sólo pisan aún en tus atrios, pero vemos que no cesas en tu crecimiento, Jerusalén, ciudad de paz, que te edificas en la concordia y en el amor. La subida hacia ti de las tribus santas se continúa en la alabanza; los tronos tuyos que aún están vacíos, se llenan. Sean todos los bienes, oh Jerusalén, para los que te aman; el poder y la abundancia reinen en tu afortunado recinto. A causa de mis amigos y de mis hermanos que ya son habitantes tuyos, puse en ti mis complacencias; por el Señor nuestro Dios, cuya mansión eres, coloqué en ti todo mi deseo"[2].

HISTORIA DE LA FIESTA. — En Oriente encontramos los primeros vestigios de una fiesta en honor de los Mártires. San Juan Crisóstomo pronunció una homilía en honra suya en el siglo IV y, en el anterior, celebraba San Gregorio Niseno solemnidades junto a sus sepulcros. En

1 *Apoc.*, XIX, 5.
2 Salmo CXXI.

411, el calendario siríaco nos señala la *Conmemoración de los Confesores* el sexto día de la semana de Pascua, y en 359, el 13 de mayo, en Edesa, se hace "memoria de los mártires de todo el mundo".

En Occidente, los Sacramentarios de los siglos v y vi contienen muchas misas en honor de los santos mártires que se celebran sin día fijo. El 13 de mayo de 610, el Papa Bonifacio IV dedicó el templo pagano del Panteón, trasladó a él muchas reliquias y quiso se llamase en lo sucesivo *Sancta Maria ad Martyres*. El aniversario de esta dedicación continuó festejándose con la intención de honrar en él a todos los mártires en general. Gregorio III consagraría en el siglo siguiente un oratorio "al Salvador, a su santa Madre, a todos los apóstoles, mártires, confesores y demás justos fenecidos en el mundo".

En 835 Gregorio IV, deseando que la fiesta romana del 13 de mayo se extendiese a toda la Iglesia, pidió al emperador Ludovico Pío que promulgase un edicto con ese fin y la fijase en el día primero de noviembre. Pronto tuvo su vigilia y Sixto IV, en el siglo xv, la daba también una Octava para toda la Iglesia.

MISA

"En las calendas de noviembre hay el mismo fervor que en Navidad para asistir al Sacrificio en honor de los Santos", dicen los antiguos do-

cumentos relativos a este día [1]. Por general que fuese la fiesta y aun por razón de su universalidad, ¿no era ésta motivo de especial alegría para todos y también un honor para las familias cristianas? Santamente orgullosas de aquellos cuyas virtudes se iban transmitiendo de generación en generación, la gloria que estos antepasados, desconocidos del mundo, tenían en el cielo, las daba a su parecer más nobleza que cualquier honra mundana. Pero la fe viva de aquellos tiempos veía además en esta fiesta una ocasión para reparar las negligencias voluntarias o forzosas que se habían tenido durante el año en el culto de los bienaventurados inscritos en el calendario público.

La antífona del Introito canta el triunfo de los Santos y nos invita a la alegría. ¡Alegría, pues, en la tierra, que sigue dando tan magníficamente su fruto [2]! ¡Alegría entre los Angeles, que ven llenarse los vacíos de sus coros! ¡Alegría, dice el versículo, a todos los bienaventurados, a quienes dirigen sus cantos la tierra y el cielo!

INTROITO

Alegrémonos todos en el Señor, al celebrar esta fiesta en honor de todos los Santos: de cuya solemnidad se alegran los Angeles, y alaban juntos al Hijo de Dios. — *Salmo:* alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza. ℣. Gloria al Padre.

---

1 Lectiones antiquae Breviarii romani ad hanc diem. HITTORP. Ordo rom.
2 Salmo LXVI, 7.

Los pecadores, los que estamos siempre en el destierro debemos ante todo, en cualquier circunstancia y en todas las fiestas, ser solícitos de la misericordia de Dios. Tengamos hoy una firme esperanza, ya que hoy la piden por nosotros tantos intercesores. Si la oración de un habitante del cielo es poderosa, ¿qué no alcanzará todo el cielo?

COLECTA

Omnipotente y sempiterno Dios, que nos has concedido venerar los méritos de todos tus Santos en una misma festividad: suplicámoste que, multiplicados los intercesores, nos concedas la ansiada abundancia de tu propiciación. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del Libro del Apocalipsis del Ap. San Juan (Apoc., VII, 2-12).

En aquellos días he aquí que yo, Juan, vi subir del nacimiento del sol a otro Angel, que tenía el sello del Dios vivo: y clamó con gran voz a los cuatro Angeles a quienes se había ordenado dañar a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que señalemos a los siervos de Dios en sus frentes. Y oí el número de los señalados: ciento cuarenta y cuatro mil señalados de todas las tribus de los hijos de Israel. De la tribu de Judá, doce mil señalados. De la tribu de Rubén, doce mil señalados. De la tribu de Gad, doce mil señalados, De la tribu de Aser, doce mil señalados. De la tribu Neftalí, doce mil señalados. De la tribu de Manasés, doce mil señalados. De la tribu de Simeón, doce mil señalados. De la tribu de Leví, doce mil señalados. De la tribu de Isacar, doce mil señalados. De la tribu de Zabulón, doce mil señalados. De la tribu de José, doce

mil señalados. De la tribu de Benjamín, doce mil señalados. Después de éstos, vi una gran muchedumbre, que nadie podía contar, de todas las gentes y tribus y pueblos y lenguas, que estaban ante el trono y en presencia del Cordero, vestidos con blancas ropas, y con palmas en sus manos: y clamaban con gran voz, diciendo: Salud a nuestro Dios, que se sienta sobre el trono, y al Cordero. Y todos los Angeles estaban en torno del trono y de los ancianos y de los cuatro animales: y cayeron delante del trono sobre sus rostros, y adoraron a Dios, diciendo: Amén. Bendición y claridad y sabiduría y acción de gracias y poder y fortaleza a nuestro Dios por los siglos de los siglos. Amén.

LOS DOS EMPADRONAMIENTOS.—El Hombre-Dios, sirviéndose para ello de César Augusto, empadronó al mundo [1] una vez por los días de su primera venida; era conveniente que al principio de la redención se hiciese de modo oficial un recuento del estado del mundo. Ahora ha llegado el tiempo de otro recuento que tiene que hacer constar en el libro de la vida el resultado de las obras ordenadas a la salvación.

San Gregorio se pregunta en una de las homilías de Navidad: "¿Para qué se hace este empadronamiento del mundo cuando nace el Señor, sino para hacernos comprender que venía vestido de la carne el que tenía que empadronar en la eternidad a los elegidos [2]? Pero, al quedar por su culpa muchos fuera del beneficio del primer empadronamiento, que se extendía a todos

[1] *S. Lucas,* II, 1.
[2] Lección VII del Oficio de Navidad.

los hombres por la redención del Salvador, se necesitaba otro definitivo, que separase de la universalidad del precedente a los culpables. *Sean borrados del libro de los vivos; su lugar no está entre los justos* [1]; así habla el rey profeta y lo recuerda en el mismo lugar el santo Papa.

Aunque entregada completamente a la alegría, la Iglesia en este día sólo piensa en los escogidos; y únicamente de ellos se trata en el recuento solemne en el que, según acabamos de ver, irán a parar los anales del linaje humano. De hecho, ante Dios, ellos solos cuentan; los réprobos no son más que el deshecho de un mundo en el que sólo la santidad responde a los designios del Creador, al precio del amor infinito. Aprendamos a adaptar nuestras almas al molde divino que *las tiene que hacer conformes a la imagen del Unigénito* [2] y sellarnos para el tesoro de Dios. Ninguno que esquive la impronta sagrada, evitará la de la bestia [3]; el día que los Angeles cierren las cuentas eternas, cualquier moneda que no pueda ponerse en el activo divino, irá por sí misma a la hornaza, donde arderán eternamente las escorias [4].

Vivamos, por consiguiente, en el temor que nos recomienda el Gradual: no el del esclavo que sólo teme el castigo, sino el temor filial que

---

1 Salmo LXVIII, 29.
2 *Rom.*, VIII, 29.
3 *Apoc.*, XIII, 16.
4 *Ibid.*, XIV, 11.

nada teme tanto como desagradar a Aquel de quien nos vienen todos los bienes y que merece por su bondad todo nuestro amor. Sin perder nada de su felicidad, sin menguar su amor, las potestades angélicas y todos los bienaventurados se postran en el cielo con un santo temblor, delante de la augusta y tremenda Majestad.

GRADUAL

Temed al Señor, todos sus Santos: porque nada falta a los que le temen. ℣. Y a los que busquen al Señor no les faltará ningún bien.

Aleluya, aleluya. ℣. Venid a mí, todos los que trabajáis y estáis cargados: y yo os aliviaré. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Mateo (Mt., V, 1-12).

En aquel tiempo, viendo Jesús a las turbas, subió a un monte y, habiéndose sentado, se acercaron a El sus discípulos, y, abriendo su boca, les enseñó, diciendo: Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Bienaventurados los limpios de corazón: porque ellos verán a Dios. Bienaventurados los pacíficos: porque serán llamados hijos de Dios. Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados seréis vosotros, cuando os maldijeren, y os persiguieren, y dijeren contra vosotros todo mal, mintiendo, por mí: alegraos y

gozaos, porque vuestra recompensa será muy grande en los cielos.

LAS BIENAVENTURANZAS.—Hoy está tan cerca la tierra del cielo, que un mismo pensamiento de felicidad llena los corazones. El Amigo, el Esposo, viene a sentarse en medio de los suyos y a hablar de su dicha. *Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados,* cantaba hace un momento el versículo del Aleluya, eco feliz de la patria, si bien nos recordaba nuestro destierro. E inmediatamente en el Evangelio se muestra la gracia y la benignidad de nuestro Dios y Salvador [1]. Escuchémosle cómo nos enseña los caminos *de la santa esperanza* [2], las delicias dignas, garantía y anticipo de la dicha total de los cielos.

Dios, en el Sinaí, manteniendo al judío a distancia, sólo tenía para él preceptos y amenazas de muerte. ¡De qué modo tan distinto se promulga la ley de amor en la cumbre de esa otra montaña, donde se sentó el Hijo de Dios! Las ocho Bienaventuranzas han ocupado al principio del Nuevo Testamento el lugar que ocupaba, como prólogo del Antiguo, el Decálogo grabado en piedra.

No es que las Bienaventuranzas supriman los mandamientos; pero su justicia superabundante va más allá que todas las prescripciones. Las hizo Jesús de su Corazón para imprimirlas en

---

1 *Tit.*, II, 11; III, 4.
2 *Ibid.*, II, 12-13.

el corazón de su pueblo y no en la roca. Son todo un retrato del Hijo del Hombre, el resumen de su vida redentora. *Mira, pues, y obra conforme al modelo que se te ha puesto delante en el monte*[1].

La *pobreza* fué ciertamente la primera nota del Dios de Belén; y ¿quién se presentó más *manso* que el Hijo de María? ¿Quién lloró por causas más nobles en el pesebre donde ya expiaba nuestros pecados y aplacaba a su Padre? *Los que tienen hambre de la justicia, los misericordiosos, los puros de corazón, los pacíficos*: ¿dónde encontrarán, sino en El, el ejemplar incomparable, nunca logrado, siempre imitable? Aun la muerte, que hace de El el augusto capitán de los *perseguidos por la justicia* es en este mundo la bienaventuranza suprema; en ella se complace la Sabiduría encarnada más que en otra ninguna, de ella habla con insistencia, la describe con pormenores, hasta terminar hoy con ella como en un canto de éxtasis.

La Iglesia no tuvo otro ideal; siguiendo al Esposo, su historia en las diversas épocas no fué más que el eco prolongado de las Bienaventuranzas. Entendámoslo también nosotros; para la felicidad de nuestra vida en la tierra esperando la del cielo, sigamos al Señor y a la Iglesia.

Las Bienaventuranzas evangélicas logran que el hombre supere los tormentos y hasta la mis-

---

1 *Ex.*, XXV, 40; *Hebr.*, VIII, 5.

ma muerte, que no quita la paz a los justos, antes la consuma. Esto precisamente es lo que canta el Ofertorio, sacado del libro de la Sabiduría.

OFERTORIO

Las almas de los justos están en la mano de Dios, y no los tocará el tormento de la malicia: a los ojos de los necios pareció que morían: pero ellos están en la paz, aleluya.

El Sacrificio al que tenemos la dicha de asistir, dice la Secreta que da gloria a Dios, honra a los Santos y nos granjea a nosotros el favor divino.

SECRETA

Ofrecémoste, Señor, estos dones de nuestra devoción: los cuales te sean gratos a ti en honor de todos los Justos y, por tu misericordia, sean saludables a nosotros. Por Nuestro Señor Jesucristo.

La Antífona de la Comunión es un eco de la lección evangélica, pero, no pudiendo enumerar otra vez la serie completa de las Bienaventuranzas, recuerda las tres últimas y justamente relaciona a todas con el Sacramento divino de que se nutren.

COMUNION

Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios: bienaventurados los pacíficos, porque serán llamados hijos de Dios: bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos.

La Iglesia pide en la Poscomunión que esta fiesta de todos los Santos tenga por resultado hacer que sus hijos los honren asiduamente, para beneficiarse también siempre de su poder cerca de Dios.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, concedas a tus pueblos fieles la gracia de alegrarse siempre con la veneración de todos los Santos: y la de ser protegidos con su perpetua intercesión. Por Nuestro Señor Jesucristo.

LA TARDE

LAS VISPERAS DE LOS DIFUNTOS

De la última Antífona, que cierra la solemnidad de los Santos, se desprende un sentimiento de inefable dulzura y de deseo resignado. Pero el día no ha terminado aún para la Iglesia. Casi no ha despedido a sus hijos gloriosos, que con túnicas blancas van desapareciendo en pos del Cordero y ya la multitud innumerable de las almas pacientes la rodea en las puertas de la gloria; sólo piensa en cederles su voz y su corazón. El aderezo resplandeciente que la recordaba el blanco vestido de los bienaventurados, se ha trocado en los colores de luto; han desaparecido sus ornamentos y las flores de sus altares; el órgano guarda silencio; el toque de las campanas parece lamento de los muertos. A las

Vísperas de todos los Santos suceden sin transición las Vísperas de los Difuntos[1].

No hay elocuencia ni ciencia que puedan alcanzar la profundidad de doctrina y la fuerza de súplica que predominan en el oficio de los Difuntos. Sólo la Iglesia conoce en este punto los secretos de la otra vida, los caminos del Corazón de Cristo; sólo la Madre posee ese tino que la permite aliviar la purificación dolorosa de los que han salido ya de este mundo y consolar a la vez a los huérfanos, a los desamparados, a los que dejaron en la tierra envueltos en lágrimas.

PRIMER SALMO. — DILEXI: el primer canto del purgatorio es un canto de amor, como el último del cielo en esta fiesta memorable ha sido el CREDIDI, salmo que recordaba la fe y las pruebas por que pasaron los elegidos. Vínculo común del alma paciente y del alma triunfante, la caridad es para las dos su dignidad y su inamisible tesoro; pero, como la visión que sigue a la fe no deja en la una más que un gozarse en el amor, así este mismo amor se convierte para la otra, en la sombra donde la retienen sus faltas no expiadas todavía, en una fuente inefable de tormentos. Con todo, ya se acabaron las angustias de este mundo, los *peligros del infierno;* confirmada en gracia, el alma ya no vuelve a pecar; no tiene más que agradecimiento para la

[1] Si el día siguiente de todos los Santos está ocupado por un domingo, la Conmemoración de los Difuntos se hace otro día.

misericordia divina que la ha salvado y para la justicia que la purifica y hace digna de Dios. Y es tal su estado de aquiescencia absoluta, de esperanza resignada, que la Iglesia le llama: "un sueño de paz"[1].

¡Llegar un día a *agradar a Dios* sin restricción! Separada ya del cuerpo que la distraía y la entorpecía con mil cuidados inútiles[2], el alma queda absorta en esta única aspiración; a satisfacerla, tienden todas sus energías, todos los tormentos por los cuales da gracias al cielo, que la ayuda en su flaqueza. ¡Bendito crisol en que se consumen las reliquias del pecado y de modo tan completo se paga toda la deuda! Borradas ya totalmente las antiguas manchas, de sus llamas bienhechoras volará el alma al Esposo, considerándose verdaderamente feliz y segura de que las complacencias del Amado no encontrarán en ella obstáculo alguno.

Segundo salmo. — Mas *su destierro se prolonga* harto dolorosamente. Si por la caridad está en comunión con los habitantes del cielo, el fuego que la castiga no difiere en su materialidad del de los infiernos. Su morada está junto a la de los malditos; tiene que aguantar la vecindad del *Cedar* infernal, de los *advesarios de toda paz,* de los demonios que la persiguieron en su vida mortal con *asaltos y asechanzas* y

1 Canon de la Misa.
2 *Sab.,* IX, 15.

que en el tribunal de Dios seguían acusándola con *bocas mentirosas*. "*De la puerta del infierno, líbrala*", va a suplicar pronto la Iglesia.

TERCER SALMO. — El alma, con todo, no desfallece; *levantando sus ojos a los montes*, sabe que puede contar con el Señor, que no la han desamparado ni el cielo, que la espera, ni la Iglesia, de quien es hija. Por muy cerca que se encuentre de la región de los llantos eternos, no es inaccesible a los Angeles el purgatorio, donde la justicia y la paz [1] se dan el abrazo. A las comunicaciones divinas con que estos mensajeros augustos la llevan un alivio, se junta el eco de la oración de los bienaventurados, de los sufragios de la tierra. El alma está sumamente segura de que el único *mal* que merece ese nombre, el pecado, no puede hacerla ya daño ninguno.

SALMO CUARTO. — El uso del pueblo cristiano ha hecho del salmo 129 una oración especial por los difuntos; es un grito de angustia, pero también de esperanza.

La aflicción de las almas en la mansión de la expiación es a propósito para conmover nuestros corazones. Sin estar en el cielo ni pertenecer a la tierra, perdieron los privilegios que por disposición divina compensan en nosotros los peligros del viaje en este mundo de prueba. Por

1 Salmo LXXXIV, 11.

perfectos que sean todos sus actos de amor, de esperanza y de fe resignada, no pueden merecer ya; y son esas almas tan aceptas a Dios, que sus indecibles tormentos nos merecerían a nosotros la recompensa de millares de mártires; en cambio, tratándose de la eternidad, nada ponen en el activo de esas almas; sólo valen para dejar arreglada una cuenta examinada en otro tiempo por sentencia del Juez.

Ni pueden merecer, ni tampoco pueden satisfacer, como nosotros, a la justicia por actos equivalentes aceptados de Dios. Su impotencia para valerse por sí mismas es más radical aún que la del paralítico de Betsaida [1]; la piscina de salvación, con el augusto sacrificio, los Sacramentos y el uso de las llaves que se confiaron a la Iglesia, es algo que pertenece a este mundo.

La Iglesia, pues, no tiene ya jurisdicción sobre ellas, las ama, en cambio, con la misma ternura de Madre, y se sirve, en favor de ellas, de su poder de intercesión cerca del Esposo, poder que es siempre grande. La Iglesia hace suya la oración del Esposo; y, abriendo el tesoro recibido *de la copiosa redención del Señor,* ofrece al Señor, que lo formó para ella, su fondo dotal, con el fin de obtener la liberación de esas almas o el alivio de sus penas; y así sucede que, sin lesionar otros derechos, *la misericordia* penetra y se desborda en los *abismos* en que sólo reinaba la inexorable justicia.

1 *S. Juan,* V.

SALMO QUINTO. — *Te alabaré porque me has escuchado.* La Iglesia nunca ruega en vano. El último salmo canta su agradecimiento y el de las almas que habrán salido de los abismos o se han acercado a los cielos por el oficio que va a terminar. Gracias a él más de una, que esta mañana permanecía aún cautiva, hace su entrada en la luz al crepúsculo de esta fiesta de todos los Santos, cuya gloria y alegría se aumenta de ese modo en el último momento. Sigamos con el corazón y el pensamiento a las nuevas elegidas, las cuales, sonriéndonos y dándonos gracias a nosotros, hermanos suyos o hijos, se levantan radiantes de la región de las sombras y cantan: *Señor, te glorificaré en presencia de los Angeles; te adoraré, pues, en tu santo templo.* No, *el Señor no desprecia las obras de sus manos.*

EL MAGNIFICAT. — Y así como toda gracia de Cristo nos viene en esta vida por María, así también por medio de ella se obra, después de esta vida mortal, toda liberación y se consigue cualquier beneficio. En cualquier parte a donde llegue la redención del Hijo, allí ejerce su imperio la Madre. Por eso, las visiones de los Santos nos la presentan como verdadera Reina del purgatorio, ya se haga representar en él benignamente por los Angeles de su corte, ya, penetrando en aquellas sombrías bóvedas [1] como au-

[1] *Ecl.*, XXIV, 8.

rora del día eterno, se digne derramar con abundancia el rocío matutino. *¿Faltará por ventura alguna vez,* dice el Espíritu Santo, *la nieve del Líbano a la piedra del desierto? Y ¿quién podrá impedir a las aguas frescas caminar al valle?* [1] Comprendamos, pues, el cántico del *Magnificat* en el oficio de Difuntos: es el homenaje de las almas que llegan a los cielos; y es también la dulce esperanza de las que aún permanecen en la mansión de la expiación.

CONCLUSIÓN. — Día grande y bello es en verdad este día. La tierra, colocada entre el purgatorio y el cielo, los ha aproximado a los dos. El augusto misterio de la comunión de los Santos se muestra en toda su amplitud. La inmensa familia de los hijos de Dios se nos ofrece a la vista, una por el amor y distinta en sus tres estados de felicidad, de prueba y de expiación purificadora; la expiación y la prueba durarán sólo algún tiempo; la felicidad no tendrá fin. Es el digno coronamiento de las enseñanzas de la liturgia. Irá creciendo la luz cada día de la octava.

Pero en este momento todas las almas se recogen en el culto de sus seres más queridos, de sus recuerdos más nobles. Al dejar la casa de Dios, tengamos piadosamente nuestro pensamiento en el que a ello tiene derecho. Es la fiesta de nuestros carísimos difuntos. Escuche-

---

1 *Jeremías,* XVIII, 14.

mos atentamente su voz, que de campanario en campanario, a través del mundo cristiano, resuena tan dulce y tan suplicante desde las primeras horas de esta noche de noviembre. Esta tarde o mañana debemos visitar la tumba donde descansan en paz sus restos mortales. Roguemos por ellos y también pidámosles por nosotros; no temamos hablarles continuamente de los intereses que les fueron queridos en la presencia de Dios. Porque Dios los ama y por una especie de satisfacción concedida a su bondad, los escucha mucho más cuando piden para otros, ya que su justicia los mantiene en un estado de la más absoluta impotencia de lo que a ellos se refiere.

2 DE NOVIEMBRE

LA CONMEMORACION DE LOS DIFUNTOS

No queremos, hermanos que ignoréis lo tocante a la suerte de los muertos, para que no os aflijáis como los demás que no tienen esperanza [1]. Este era el deseo del Apóstol escribiendo a los primeros cristianos; y el de la Iglesia hoy no es otro. En efecto, la verdad sobre los difuntos no pone sólo en admirable luz el acuerdo de la justicia y de la bondad en Dios: los corazones más duros no resisten a la misericordia ca-

[1] *I Tes.*, IV, 13.

ritativa que esa verdad infunde, a la vez que procura los más dulces consuelos al luto de los que lloran. Si nos enseña la fe que hay un purgatorio, donde las faltas no expiadas pueden retener a los que nos fueron queridos, también es de fe que podemos ayudarlos[1], y es teológicamente cierto que su liberación más o menos pronta está en nuestras manos. Recordemos algunos principios que pueden ilustrar esta doctrina.

La expiación del pecado. — Todo pecado causa en el pecador doble estrago: mancha su alma y le hace merecedor del castigo. El pecado venial causa simplemente un desplacer a Dios y su expiación sólo dura algún tiempo; mas el pecado mortal es una mancha que llega hasta deformar al culpable y hacerle objeto de abominación ante Dios; su sanción, por consiguiente, no puede consistir más que en el destierro eterno, a no ser que el hombre consiga en esta vida la revocación de la sentencia. Pero, aun en este caso, borrándose la culpa mortal y quedando revocada por tanto la sentencia de condenación, el pecador convertido no se ve libre de toda deuda; aunque a veces puede ocurrir, como sucede comúnmente en el bautismo o en el martirio, que un desbordamiento extraordinario de la gracia sobre el hijo pródigo logre hacer desaparecer en el abismo del olvido divino

1 C. de Trento, sesión XXV.

hasta el último vestigio y las más diminutas reliquias del pecado, lo normal es que en esta vida o en la otra exija la justicia satisfacción por cualquier falta.

El mérito. — Todo acto sobrenatural de virtud, por contraposición al pecado, implica doble utilidad para el justo; con él *merece* el alma un nuevo grado de gracia; *satisface* por la péna debida a las faltas pasadas conforme a la justa equivalencia que según Dios corresponde al trabajo, a la privación, a la prueba aceptada, al padecimiento voluntario de uno de los miembros de su Hijo carísimo. Ahora bien, como *el mérito* no se cede y es algo personal de quien lo adquiere, así, por lo contrario, la *satisfacción*, como valor de cambio, se presta a las transacciones espirituales; Dios tiene a bien aceptarla como pago parcial o saldo de cuenta a favor de otro, sea de este mundo o del otro el concesionario, con la sola condición de que pertenezca por la gracia al cuerpo místico del Señor que es uno en la caridad [1].

Es la consecuencia, como lo explica Suárez en su tratado *de los Sufragios,* del misterio de la Comunión de los Santos, que en estos días se nos manifiesta: "Creo que esta satisfacción de los vivos en favor de los difuntos vale en justicia [2] y que es infaliblemente aceptada en todo

[1] *I Cor.*, XII, 27.
[2] *Esse simpliciter de iustitia.*

su valor y conforme a la intención del que la aplica, de suerte que, por ejemplo, si la satisfacción que me corresponde me valía en justicia, percibiéndola yo, el perdón de cuatro grados de purgatorio, otro tanto se la perdona al alma por quien la ofrezco"[1].

Las indulgencias. — Sabido es cómo secunda la Iglesia en este punto la buena voluntad de sus hijos. Por medio de la práctica de las Indulgencias, pone a disposición de su caridad el tesoro inagotable donde se juntan sucesivamente las satisfacciones abundantísimas de los Santos con las de los Mártires, y también con las de Nuestra Señora y con el cúmulo infinito debido a los padecimientos de Cristo. Casi siempre ve bien y permite que la remisión de la pena, que ella directamente concede a los vivos, se aplique *por modo de sufragio* a los difuntos, los cuales ya no dependen de su jurisdicción. Quiere esto decir que cada uno de los fieles puede ofrecer por otro a Dios, que lo acepta, el sufragio o ayuda de sus propias satisfacciones, del modo que acabamos de ver. Tal es la doctrina de Suárez, el cual enseña también que la indulgencia que se cede a los difuntos no pierde nada de la certeza o del valor que tendría para nosotros los que pertenecemos todavía a la Iglesia militante. Ahora bien, las Indulgen-

1 *De suffragiis*, sectio VI.

cias se nos ofrecen en mil formas y en mil ocasiones.

Sepamos utilizar nuestros tesoros y practiquemos la misericordia con las pobres almas que padecen en el purgatorio. ¿Puede existir miseria más digna de compasión que la suya? Tan punzante es, que no hay desgracia en esta vida que se la pueda comparar. Y la sufren tan noblemente, que ninguna queja turba el silencio de "aquel río de fuego que en su curso imperceptible las arrastra poco a poco al océano del paraíso" [1]. El cielo a ellas de nada las sirve; allí ya no se merece. Dios mismo, buenísimo pero también justísimo, se ha obligado a no concederlas su liberación si no pagan completamente la deuda que llevaron consigo al salir de este mundo de prueba [2]. Es posible que esa deuda la contrajesen por nuestra culpa o con nuestra cooperación; y por eso se vuelven a nosotros, que continuamos soñando en placeres mientras ellas se abrasan, cuando tan fácil nos es abreviar sus tormentos. *Apiadaos, apiadaos de mí, siquiera vosotros, mis amigos, pues me ha herido la mano del Señor* [3].

LA ORACIÓN POR LAS ALMAS DEL PURGATORIO. — Como si el purgatorio viese rebosar más que nunca sus cárceles con la afluencia de multi-

---

[1] Mgr. Gay, *Vie et Vertus chrétiennes:* De la charité envers l'Eglise, II.
[2] *S. Mateo,* V, 26.
[3] *Job.,* XIX, 21.

tudes que allí lanza todos los días la mundanalidad del siglo presente y acaso debido también a la proximidad de la cuenta corriente final y universal que dará término al tiempo, al Espíritu Santo ya no le basta sostener el celo de las cofradías antiguas consagradas en la Iglesia al servicio de los difuntos; suscita la Iglesia nuevas asociaciones y hasta familias religiosas, cuyo fin exclusivo es promover por todos los medios la liberación o el alivio de las almas del purgatorio. En esta obra, que es una especie de redención de cautivos, hay también cristianos que se exponen y se ofrecen a cargar sobre sí las cadenas de sus hermanos, renunciando para ello libre y voluntariamente, no sólo a sus propias satisfacciones, sino también a los sufragios de que se podían beneficiar después de muertos; acto heroico de caridad que no se debe hacer a la ligera, pero que aprueba la Iglesia [1]; dicho acto da a Dios mucha gloria y, en el caso de un retardo temporal de la bienaventuranza, merece a su autor el estar más cerca de Dios para siempre, desde ahora por la gracia y después, en el cielo, por la gloria.

Y, si los sufragios de un simple fiel tienen tanto valor, ¡cuánto más tendrán los de toda la Iglesia en la solemnidad de la oración pública y en la oblación del augusto Sacrificio en que

1 En el siglo XVIII propagaron esta devoción los Clérigos regulares Teatinos y la enriquecieron con gracias espirituales los Sumos Pontífices, Benedicto XIII, Pío VI y Pío IX.

Dios mismo satisface a Dios por todas las faltas! La Iglesia, desde su origen, siempre rezó por los difuntos, como antes lo hizo la Sinagoga [1]. Así como celebraba el aniversario de sus hijos mártires con acciones de gracias, así también honraba con súplicas el de los demás hijos, que quizá no estuviesen aún en los cielos. Diariamente se pronunciaban en los Misterios sagrados los nombres de unos y otros con el doble fin de la alabanza y de la oración; y, así como por no poder recordar en cada iglesia particular a cada uno de los bienaventurados del mundo entero, los incluyó a todos en una fiesta y en una mención común, así de igual manera hacía conmemoración general de los difuntos en todas partes y todos los días a continuación de las conmemoraciones particulares. Tampoco faltaban sufragios, observa San Agustín, a los que no tenían parientes ni amigos; ésos tenían para remediar su desamparo, el cariño de la Madre común [2].

San Odilón. — Al seguir la Iglesia desde un principio el mismo proceso respecto a la memoria de los bienaventurados y la de las almas del purgatorio era de prever que la institución de la fiesta de todos los Santos reclamaría muy pronto la actual Conmemoración de los fieles difuntos. Según nos dice la Crónica de Sige-

---

[1] *II Mac.* XII, 46.
[2] De cura pro mortuis, IV.

berto de Gemblaux, el abad de Cluny San Odilón la instituía en 998 en todos los monasterios que de él dependían, para celebrarla perpetuamente al día siguiente de todos los Santos. Así respondía a las acusaciones que le denunciaban a él y a sus monjes, en visiones que se leen en su Vida [1], como los auxiliadores más intrépidos de las almas que se purifican en el lugar de la expiación, y también como los más temibles para los poderes infernales. El mundo aplaudió el decreto de San Odilón. Roma le hizo suyo y se convirtió en ley de toda la Iglesia latina.

Los griegos hacen una primera Conmemoración general de los difuntos la víspera de nuestro domingo de Sexagésima, que es para ellos el de carnestolendas o de *Apocreos,* en el cual celebran la segunda venida del Señor. Llaman a este día *Sábado de ánimas,* como también al Sábado que precede a Pentecostés, en que rezan de nuevo solemnemente por todos los difuntos.

MISA DE LOS DIFUNTOS

La Iglesia Romana tenía antiguamente doble tarea en este día en su servicio diario para con la divina Majestad. La memoria de los difuntos no la permitía olvidar la Octava de todos los Santos. El oficio del segundo día de esta Octava precedía al de los difuntos; a la hora de

[1] *Jotsald,* II, 13.

Tercia de todos los Santos, seguía la Misa correspondiente; y después de Nona del mismo oficio, ofrecía el Sacrificio del altar por los difuntos.

En nuestros días, solicitada por la caridad para con las pobres almas más numerosas y más desamparadas, las dedica hoy todas sus Horas canónicas y sólo después de Nona a la que sigue la misa solemne de los difuntos, vuelve a tomar el oficio de los Santos [1] en las Vísperas del dos de noviembre.

En cuanto a la obligación de guardar fiesta el *día de ánimas*, era sólo de semiprecepto en Inglaterra, donde se permitían los trabajos más necesarios; en muchos lugares el cese del trabajo no excedía la mitad del día; en otros se prescribía únicamente la asistencia a la misa. París observó durante algún tiempo el dos de noviembre como fiesta de primera obligación: en 1673 el arzobispo Francisco de Harlay mantenía aún en sus estatutos el mandato de guardarle hasta el mediodía. Hoy ni en Roma existe ya la obligación.

La antífona del Introito no es más que la súplica apremiante que suple en el oficio de difuntos a otra cualquier doxología; está sacada de un pasaje del libro cuarto de Esdras [2]. El segundo salmo de Laudes nos da el versículo.

---

[1] Constitución apostólica *Divino afflatu,* 11 de noviembre de 1911.
[2] II, 34-35.

INTROITO

Dales, Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. — *Salmo:* A ti, oh Dios, te corresponden loores en Sión, a ti se te darán votos en Jerusalén: escucha mi oración, a ti irán todos los hombres.

En la Colecta la Iglesia implora, en favor de las almas que sufren, la misericordia de su Esposo, del Dios hecho Hombre, al que llama Creador y Redentor, títulos que dicen todo lo que estas almas le costaron y le invitan a dar la última mano a su obra.

COLECTA

Oh Dios, Criador y Redentor de todos los fieles: concede a las almas de tus siervos y siervas el perdón de todos los pecados; para que, por nuestras piadosas súplicas, consigan la indulgencia que siempre ansiaron. Tú, que vives.

EPISTOLA

Lección de la *Epístola* del Ap. S. Pablo a los Corintios (I Cor., XV, 51-57).

Hermanos: He aquí un misterio que os digo: Todos resucitaremos ciertamente, pero no todos seremos transformados. En un momento, en un pestañear de ojos, al son de la última trompeta: porque sonará la trompeta, y los muertos resucitarán incorruptos: y nosotros seremos transformados. Porque es preciso que esto corruptible se revista de incorrupción: y que esto mortal se revista de inmortalidad. Mas, cuando esto mortal se hubiere vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra escrita: Fué absorbida la muerte por la victoria. ¿Dónde está, oh muerte, tu victoria? ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? Pues el aguijón de

la muerte es el pecado; y la fuerza del pecado es la Ley. Mas gracias a Dios, que nos dió la victoria por nuestro Señor Jesucristo.

MUERTE Y RESURRECCIÓN. — Mientras el alma, al salir de este mundo, suple en el purgatorio la insuficiencia de sus expiaciones, el cuerpo que dejó vuelve a la tierra para cumplir la sentencia lanzada contra Adán y su raza en el principio del mundo [1]. Pero la justicia es amor tanto para el cuerpo como para el alma del cristiano. La humillación del sepulcro es justo castigo de la falta original; mas en ese retorno del hombre al polvo de la tierra de que fué formado, nos hace ver San Pablo además la siembra necesaria para la transformación del grano predestinado, que un día ha de volver a vivir en muy distintas condiciones [2]. Es que, en efecto, la carne y la sangre no pueden poseer el reino de Dios [3] ni los que están sujetos a la corrupción aspirar a la inmortalidad. Trigo candeal de Cristo, según la palabra de San Ignacio de Antioquía, el cuerpo del cristiano es arrojado al surco de la tumba para dejar en él lo que tenía de corruptible, la forma del primer Adán con su flaqueza y su pesadez; mas, por virtud del nuevo Adán, que le vuelve a formar a su propia imagen, saldrá completamente celestial y espiritua-

---

1 *Gen.*, III, 19.
2 *I Cor.*, XV, 36.
3 *Ibid.*, 50.

lizado, ágil, impasible y glorioso[1]. Gloria al que sólo quiso morir como nosotros para destruir la muerte y hacer de su victoria nuestra victoria.

La Iglesia continúa pidiendo con insistencia en el Gradual la liberación de los difuntos.

GRADUAL

Dales, Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. ℣. El justo dejará eterna memoria: no temerá la mala fama.

TRACTO

Absuelve, Señor, a las almas de todos los fieles difuntos de todo vínculo de pecado. ℣. Y, socorriéndolos tu gracia, merezcan evitar el juicio de la venganza. ℣. Y gozar de la dicha de la luz eterna.

La Iglesia antiguamente no excluía el Aleluya de los funerales de sus hijos; expresaba su alegría fundada en la esperanza de que una muerte santa acababa de asegurar al cielo un elegido más, aunque pudiese prolongarse algún tiempo la expiación del cristiano cuya vida de prueba finalizaba. Con todo, la adaptación de la liturgia de los difuntos a los ritos de los últimos días de Semana Santa, aunque modificó en este punto antiguas costumbres, no quiso excluir de la Misa de los difuntos la Secuencia, la cual fué primitivamente una composición de carácter festivo y una *continuación* del Aleluya.

---

[1] *I Cor.*, XV, 42-49.

Roma hacía una excepción a las reglas tradicionales, a favor del poema atribuído erróneamente a Tomás de Celano. En Italia se cantó desde el siglo XIV el *Dies irae* y toda la Iglesia lo adoptó en el siglo XVI.

SECUENCIA

1. El día de la ira, el día aquel disolverá al mundo en ceniza: testigo es David con la Sibila [1].

2. ¡Cuánto temor habrá entonces, cuando se presente el Juez a discutir todo con rigor!

3. La trompeta, lanzando su son por las tumbas de la tierra, llevará ante el trono a todos.

4. Se pasmarán muerte y naturaleza, cuando resucite la criatura, para responder al Juzgador.

5. Abriráse el libro escrito, en que está todo contenido, por el que será juzgado el mundo.

6. Cuando, pues, se siente el Juez, aparecerá todo lo oculto: nada quedará sin vengar.

7. ¿Qué diré entonces, desgraciado? ¿Qué patrono invocaré, cuando apenas el justo estará seguro?

8. Rey de majestad tremenda, que a los buenos salvas gratis, sálvame a mí, fuente de piedad.

9. Acuérdate, Jesús piadoso, que soy de tu camino la causa: no me pierdas en aquel día.

10. Buscándome, te sentaste cansado: me redimiste sufriendo la cruz: no sea inútil tanto trabajo.

11. Justo Juez de la venganza, da la gracia del perdón antes del día de la cuenta.

12. Gimo como verdadero reo: con la culpa enrojece mi cara: perdona, oh Dios, al que suplica.

[1] Alusión al famoso oráculo de la Sibila Eritrea sobre el fin del mundo, citado por San Agustín en su libro XVIII, c. 23, de la Ciudad de Dios; las primeras letras de cada verso unidas dan en griego la fórmula: Jesucristo, Hijo de Dios, Salvador.

13. Tú, que absolviste a María y escuchaste al buen ladrón, a mí esperanza me diste.

14. Mis plegarias no son dignas: pero tú haz, bueno y benigno, que no arda en fuego perenne.

15. Colócame entre las ovejas, y apártame de los cabritos, poniéndome a la parte diestra.

16. Refutados los malditos, aplicadas las crueles llamas: llévame con los benditos.

17. Ruégote humilde y sumiso, el corazón, como ceniza, deshecho: Ten cuidado de mi fin.

18. Lacrimoso día aquel, en que surgirá del polvo el hombre para ser juzgado reo.

19. Perdona, pues, a éste, oh Dios: oh piadoso señor Jesús, dales el descanso. Amén.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según S. Juan (Jn., V, 25-29).

En aquel tiempo dijo Jesús a las turbas de los judíos: En verdad, en verdad os digo, que ha llegado la hora, y es ésta, en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios: y, los que la escucharen, vivirán. Porque, como el Padre tiene la vida en si mismo, así dió también al Hijo el tener la vida en sí mismo: y le dió poder de juzgar, porque es el Hijo del hombre. No os maravilléis de esto, porque llega la hora en que, todos los que están en los sepulcros, oirán la voz del Hijo de Dios; e irán los que obraron bien, a la resurrección de la vida y los que obraron mal, a la resurrección del juicio.

La voz del Juez. — El purgatorio no es eterno. Su duración es infinitamente diversa según las sentencias del juicio particular que sigue a la muerte de cada uno; para ciertas almas más culpables o que, excluidas de la comunión ca-

tólica, están privadas de los sufragios de la Iglesia, puede prolongarse a siglos enteros, aunque la misericordia divina se dignase librarlas del infierno. Mas al fin del mundo y de todo lo que es temporal se ha de cerrar el purgatorio. Dios sabrá conciliar su justicia y su gracia en la purificación de los últimos llegados de la raza humana, supliendo, v. gr., con la intensidad de la pena expiatoria lo que podría faltar a la duración. Pero, en lo que se refiere a la bienaventuranza, mientras las sentencias del juicio particular son con frecuencia suspensivas y dilatorias y dejan provisionalmente el cuerpo del elegido y del condenado a la suerte común de la sepultura, el juicio universal tendrá carácter definitivo tanto para el cielo como para el infierno, y sus sentencias serán absolutas y se ejecutarán al instante íntegramente. Vivamos, pues, a la expectativa de la *hora* solemne *en que los muertos oirán la voz del Hijo de Dios*. El que tiene que venir, vendrá y no tardará, nos recuerda el Doctor de las gentes [1]; su día llegará rápido y de improviso como un ladrón, nos dicen con él [2], el Príncipe de los Apóstoles [3] y Juan el discípulo amado [4], haciendo eco a la palabra del mismo Jesucristo [5]: como el relámpago sale del

---

1 *Hebr.*, X, 37, ex *Hab.*, II, 3.
2 *I Tes.*, V, 2.
3 *II Pet.*, III, 10.
4 *Apoc.*, XVI, 15.
5 *S. Mateo*, XXIV, 43.

oriente y brilla hasta el occidente, así será la venida del Hijo del Hombre [1].

Asimilémonos los sentimientos expresados en el Ofertorio de los difuntos. Aunque las benditas almas del purgatorio tienen asegurada para siempre la eterna bienaventuranza y ellas lo saben bien, con todo eso, el camino más o menos largo que las conduce al cielo, se abre entre el peligro del último asalto diabólico y las angustias del juicio. La Iglesia, pues, abarcando con su oración todas las etapas de esta vía dolorosa, anda solícita para no descuidar la entrada; y no teme llegar para eso demasiado tarde. Para Dios, cuya mirada abarca todos los tiempos, la súplica que hoy hace la Iglesia, estaba ya presente en el momento del paso tremendo y procuraba a las almas la ayuda que aquí se pide. Además, esta misma súplica la va siguiendo a través de los altibajos de su lucha contra las potestades del abismo, de las cuales se sirve Dios como de instrumentos en la expiación reclamada por su justicia, según lo han comprobado más de una vez los Santos. En esta hora solemne, en que la Iglesia presenta sus ofrendas para el augusto y omnipotente Sacrificio, redoblemos nosotros también nuestros ruegos por los finados. Imploremos su liberación de las fauces del león. Supliquemos al glorioso Arcángel, *prepósito del paraíso, sostén de las almas* al salir de

1 *S. Mateo,* XXIV, 27.

este mundo, *su guía enviado por Dios* [1], que las conduzca a la luz, a la vida, a Dios mismo, que se prometió como recompensa a los creyentes en la persona de su padre Abraham [2].

OFERTORIO

Señor Jesucristo, Rey de la gloria, libra las almas de todos los fieles difuntos de las penas del infierno y del profundo lago: líbralas de la boca del león, para que no las absorba el tártaro, ni caigan en lo obscuro: sino que el abanderado San Miguel las presente en la luz santa: * Que prometiste en otro tiempo a Abraham y a su descendencia. ℣. Ofrecémoste, Señor, hostias y preces de alabanza: tú acéptalas por aquellas almas cuya memoria celebramos hoy: hazlas, Señor, pasar de la muerte a la vida: * Que prometiste en otro tiempo a Abraham y a su descendencia.

La fe, cuyas obras practicaron, es garantía para las almas del purgatorio de la recompensa postrera y la que hace a Dios propicio ante los dones ofrecidos en favor de ellas.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, mires propicio estas hostias que te ofrecemos por las almas de tus siervos y siervas: para que, a quienes diste el mérito de la fe cristiana, les des también el premio. Por Nuestro Señor Jesucristo.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre omnipotente, Dios eterno,

---

1 Antíf. y Responsorio de la fiesta de S. Miguel.
2 *Gen.*, XV, 1.

por Cristo nuestro Señor. En quien brilló para nosotros la esperanza de una resurrección bienaventurada, de suerte que a quienes contrista la certeza de tener que morir, los consuele la promesa de la futura inmortalidad. Porque a tus siervos, Señor, la vida se les cambia, no se les quita: y, desmoronada la casa de esta terrestre morada, alcanzan en los cielos una mansión eterna. Y, por eso, con los Angeles y los Arcángeles, con los Tronos y las Dominaciones, y con todo el ejército de la celeste milicia, cantamos el himno de tu gloria, diciendo sin cesar: Santo, Santo, Santo, etc.

Al *Agnus* Dei, la petición del descanso para los difuntos suple a la de la paz por los vivos.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo, dales el descanso sempiterno.

Como caen los copos silenciosos de una nieve abundante en un día de invierno, así suben blancas y apacibles las almas liberadas, ahora cuando en todo el mundo, al finalizar sus largas súplicas, la Iglesia derrama a raudales sobre las llamas expiatorias la sangre redentora. Hechos fuertes con el valimiento que da a nuestra oración el participar en los Misterios sagrados, digamos con ella en la Comunión:

COMUNION

Brille para ellos, Señor, la luz eterna: * Con tus Santos para siempre: porque eres piadoso. ℣. Dales,

Señor, el descanso eterno: y brille para ellos la luz perpetua. * Con tus Santos para siempre: porque eres piadoso.

Es tal, no obstante eso, y tan por encima de nuestros pensamientos humanos el misterio impenetrable y adorable de la justicia de Dios, que para algunas almas la expiación tiene que seguir aún. La Iglesia también, sin cansarse ni dejar de esperar, continúa su oración en la Poscomunión. La Santa Madre Iglesia recordará a los difuntos todos los días y a todas las Horas del oficio, en todas las Misas que se ofrecen a lo largo del año, de cualquier solemnidad que sean.

POSCOMUNION

Rogámoste, Señor, hagas que la oración de los que te suplicamos, aproveche a las almas de tus siervos y siervas: para que las libres de todos los pecados y las hagas participantes de tu redención. Tú, que vives.

El *Benedicamus Domino,* que hace las veces del *Ite missa est* en las misas en que se suprime el *Gloria in excelsis,* se reemplaza en las de difuntos por una invocación en favor de los finados:

Descansen en paz. ℟. Amén.

Las tres misas. — Aquí no damos más que el texto de la misa que se celebra por todos los fieles difuntos. Cada cual puede encontrar fácilmente en su misal el texto de las otras dos. Desde 1915, gracias a la piedad de Benedicto XV,

los sacerdotes pueden en este día celebrar tres misas: una de ellas, a intención del celebrante, la segunda se dice por las intenciones del Papa y la tercera por todos los fieles difuntos.

Quiso Benedicto XV ayudar con esta generosidad no sólo a los miles y miles que durante la guerra cayeron en los campos de batalla, sino también a las almas cuyas fundaciones de misas habían sido robadas por la Revolución y confiscación de los bienes eclesiásticos.

Más recientemente Pío XI concedió una Indulgencia plenaria, aplicable a las almas del purgatorio, por la visita que se hiciese a un cementerio el 2 de noviembre y cualquier otro día de la Octava, pero con la condición de rezar por las intenciones del Romano Pontífice.

3 DE NOVIEMBRE

TERCER DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

INTENCIÓN DE LA OCTAVA. — Al hacernos celebrar durante ocho días la fiesta de todos los Santos, quiere la Iglesia que, animados con su ejemplo y dirigiendo nuestra mirada a la patria celestial, lleguemos también nosotros a ser santos y deseemos el cielo. Bastará leer las enseñanzas que nos da en el oficio de Maitines durante estos días, para siquiera formarnos alguna

idea de la alegría, de la paz, de la concordia, de la luz y de la gloria del paraíso:

SERMÓN DE SAN BEDA [1]. — "En el cielo nunca habrá la menor discordia, sino acuerdo en todo, en todo plena conformidad, porque la concordia será siempre la misma entre los Santos; en el cielo todo es paz y alegría, todo está tranquilo y en reposo; allí luce una luz perpetua, muy distinta de la de aquí, tanto más clara, cuanto es más excelente. Aquella ciudad, leemos en la Escritura, no necesitará de la luz del sol, porque "el Señor todopoderoso la iluminará y su lumbrera es el Cordero" [2]. "Los santos brillarán allí por siempre, eternamente, como las estrellas, y quienes enseñan a muchos resplandecerán con esplendor de cielo" [3].

"Allí, pues, no se conocerán la noche ni las tinieblas, ni aglomeración alguna de nubes; ni rigor de frío, ni excesivo calor, sino más bien un estado de cosas tan equilibrado que, "ni el ojo vió, ni el oído oyó, ni el corazón del hombre pudo nunca comprender" [4] nada que con ello se pueda comparar. Lo conocen los que han sido hallados dignos de gozarlo, "cuyos nombres están escritos en el libro de la vida" [5], los cuales

---

1 Este sermón y el de los días siguientes atribuídos a San Beda son en realidad o de Walafrido Estrabón, o más bien, de Helisacar de Tréveris. *Revue Bénédictine,* 1891, p. 278.

2 *Apoc.,* XXI, 23.

3 *Dan.,* XII, 3.

4 *I Cor.,* II, 9.

5 *Flp.,* IV, 3.

"lavaron sus vestidos en la sangre del Cordero" y "están ante el trono de Dios y le sirven noche y día"[1]. "Allí no hay vejez ni las miserias de la vejez, ya que todos han llegado al estado del hombre perfecto, a medida de la edad de Cristo"[2].

"Pero es más todavía el estar asociado a los coros de los Angeles y de los Arcángeles, de los Tronos y de las Dominaciones, de los Principados y de las Potestades; gozar de la compañía de todas las Virtudes de la corte celestial; contemplar los diversos órdenes de los Santos más esplendorosos que los astros; contemplar a los Patriarcas iluminados por su fe; a los Profetas, rutilantes de esperanza y de alegría; a los Apóstoles dispuestos a juzgar a las tribus de Israel y a todo el mundo; a los Mártires, coronados con diadema resplandeciente por la púrpura de su victoria; en fin, a las Vírgenes, rodeada su frente con blancas flores"[3].

4 DE NOVIEMBRE

SAN CARLOS BORROMEO, OBISPO Y CONFESOR

Oficio de San Carlos y la gracia de Dios. — "Para conocer bien a un santo, hay que aten-

1 *Apoc.*, VII, 14.
2 *Ef.*, IV, 13.
3 Sermón de los Santos.

der sobre todo al oficio que Dios le encomendó en este mundo, a la obra a que consagró su vida y a las gracias con que Dios le dotó para llevarla al cabo.

"Ahora bien, la obligación y la obra que la Providencia de Dios confió en este mundo a San Carlos Borromeo, fué la de reformar la santa Iglesia católica completando y ejecutando los decretos disciplinares del Concilio de Trento. La gracia que recibió de Dios para cumplir tal designio, fué, además de la plenitud del sacerdocio, la plenitud del espíritu sacerdotal. He ahí el gran don sobrenatural que recibió San Carlos y que fué en él la razón de todos los otros con que le favoreció el cielo; por él se distingue de todos los santos y de todos los obispos que ha dado Dios a su Iglesia.

El Obispo. — "Otros santos pontífices le han podido igualar o exceder en algún don sobrenatural, pero quizá ninguno haya reunido en la misma perfección la plenitud de los dones naturales y sobrenaturales que vemos en este santo obispo. Toda su vida se resume en esta sola palabra: no quiso hacer otra cosa en este mundo más que obras de obispo, y, ciertamente, todo en su vida estuvo tan ordenado por esta intención única de su voluntad, que lo que hay en él de humano desaparece del todo ante lo que tiene de pontífice; diríase que el glorioso esplendor de su santidad no provenía de su persona,

sino solamente de su ministerio. En una palabra, parece que Dios no quiso de él sino que fuese molde y modelo humano de obispos"[1].

Secretario de Estado. — Pío IV, elegido Papa el 26 de diciembre de 1559, no tardó en llamar junto a sí, para asociarle al gobierno de la Iglesia, a su sobrino Carlos Borromeo. Tenía éste entonces 22 años, pero en su administración mostró de qué cualidades estaba adornado: dotado de una resistencia de trabajo extraordinaria y de voluntad enérgica y perseverante, sabía escuchar, pedir consejo y luego obrar con decisión. Su vida era austera; mas en el agobio de sus ocupaciones, sólo buscaba el descanso en la oración, en el estudio de la teología y en la predicación.

A instancias suyas reanudó Pío IV en 1560 el Concilio de Trento, y Carlos Borromeo fué el intermediario entre el Papa y el Concilio; una vez terminado, se ocupó en dar a conocer la doctrina y los reglamentos, cuidó la redacción del "Catecismo del Concilio de Trento" y fué el primero en dar ejemplo de la más completa sumisión a las reformas prescritas.

San Carlos en Milán. — Después de la elección de San Pío V, que sucedía a su tío, solicitó salir de Roma para ir a administrar su diócesis de Milán, y el nuevo Papa cedió a sus ruegos.

[1] P. Gonthier, O. P., *Oeuvres Oratoires*, t. I, 15.

Sus primeros cuidados son para el clero: funda seminarios y colegios, pide ayuda a las Ordenes religiosas, principalmente a los Jesuítas, reforma los monasterios. Luego ordena su dilatada diócesis, nombra en ella visitadores encargados de informarle, reforma el arzobispado y el cabildo. El mismo procura ocuparse directamente de la mayor parte de los asuntos, se pone en contacto con su pueblo y resiste con firmeza a todas las intrigas del poder civil. Su acción, traspasando la diócesis, se extiende a toda la provincia de Milán por medio de los Concilios provinciales que preside de un modo regular, y llega hasta las provincias vecinas que visita en calidad de Legado.

La peste en Milán. — En 1576, cuando invade la peste el Milanesado y se extiende por la ciudad, tiene ocasión el arzobispo para dar señales públicas de un corazón esforzado y de una caridad sin límites. A falta de autoridades locales, ordena los servicios de sanidad, funda o renueva los hospitales, busca socorros, procura provisiones, decreta medidas preventivas. Vela sobre todo por asegurar los auxilios espirituales, la asistencia a los enfermos, el entierro de los muertos y la recepción de los sacramentos a los habitantes que no pueden salir de sus casas. Sin temer el contagio, no vacila en exponerse a sí mismo visitando los hospitales, presidiendo las procesiones de penitencia, haciéndose todo

para todos como un padre y pastor de verdad. Toda su vida muestra además su amor a los pobres y desheredados, a quienes, al morir, deja todos sus bienes.

VIDA. — San Carlos nació el 2 de octubre de 1538 en el Castillo de Arona, cerca del Lago Mayor, de familia de mucha fe y de gran bondad. Tonsurado a los ocho años, hizo sus estudios clásicos en Milán, luego estudió el Derecho en Pavía, donde obtuvo el grado de doctor en 1559. En 1560 el Papa le llamó a Roma y le hizo Cardenal. Se ordenó de sacerdote en 1562, y luego recibió la consagración episcopal el 7 de diciembre de 1563. En 1566, al ser elegido Papa San Pío V, dejó Roma para residir en su diócesis de Milán, donde murió la noche del tres al cuatro de noviembre de 1584. El Papa Paulo V le incluyó en el número de los santos el 1 de noviembre de 1610.

MODELO DE VIRTUDES. — Te alabamos y nos regocijamos de tu gloria con toda la Iglesia. Desde tu infancia te previno la gracia divina, te acompañó durante toda la vida y tú siempre la fuiste fiel. Ayudándote de las riquezas que el bautismo y demás sacramentos depositaron en tu alma, alcanzaste al fin de tu vocación sin negar a Dios nunca nada. Por eso mereces ser nuestro modelo. Ayúdanos, pues, a imitar tus virtudes. Danos devoción sólida y el celo por la oración que te daba fuerza a ti para combatir el buen combate. Haz que imitemos tu caridad, tu mansedumbre y tu afabilidad con todos, tu espíritu de pobreza que tanto te hacía querer a la Orden

de San Francisco, tu devoción y tu sumisión a la Santa Sede, tu amor a la Iglesia, a la que consagraste tantos trabajos y toda tu vida.

MODELO DE PASTORES. — Pero estabas destinado de modo especial a ser el modelo de los pastores de almas. "Un obispo está obligado a la perfección" decías, queriendo dar a entender "que más santidad se exige donde el elemento sobrenatural y divino es mayor" [1]. Vemos que brillan en ti todas las virtudes de los pontífices; dígnate comunicarlas en abundancia a los obispos de nuestros días. Exhórtalos como lo hiciste en tus Concilios; aviva hoy "aquella solicitud pastoral que te llenó de gloria" [2]. Ruega al Señor de la mies que envíe muchos obreros [3], formados a imitación tuya y devorados por un celo que será maravillosamente fecundo si estudian profundamente la doctrina de la Iglesia y acatan sus leyes con sumisión filial.

PLEGARIA. — Protege particularmente a la Iglesia de Milán, cuyo ornato más bello fuiste tú con tu predecesor San Ambrosio. Conserva en ella la luz de la fe que tú predicaste y el gusto por la Santa Liturgia que allí restauraste.

Finalmente, tengan hoy cumplimiento por tus oraciones, como en otro tiempo por tus trabajos,

---

1 Mgr Pie, *Discours pour le sacre de Mgr Gay.*
2 Colecta de la Misa.
3 *S. Lucas,* X, 2.

estas palabras de las Escrituras: "Colmaré de gracias a las almas sacerdotales, y mi pueblo se saciará de mis bienes"[1].

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE LOS SANTOS VIDAL Y AGRICOLA, MARTIRES

La Iglesia junta en este día con el obispo de Milán el recuerdo de dos mártires que hizo célebres la piedad de San Ambrosio. Vidal y Agrícola habían sido enterrados en el cementerio judío de Bolonia. Dios reveló al obispo el lugar de su sepultura. San Ambrosio, que había sido invitado a su solemne traslación, nos habla de ella en su libro de la "Virginidad".

Vidal era esclavo de Agrícola: Se le quiso obligar a renegar de Jesucristo, pero le confesó con tanta valentía, que los verdugos, como castigo, le hicieron padecer todo género de suplicios, de modo que todo su cuerpo no era más que una llaga. Al expirar, dijo dulcemente: "Señor mío Jesucristo, Dios mío y Salvador mío, recibe mi alma, pues deseo tomar posesión de la corona que tu Santo Angel me mostró."

Agrícola, su amo, al principio fué tratado con miramiento. Pero el ejemplo de su esclavo le

---

1 *Jeremías,* XXXI, 14.

hizo fuerte y, por la fe, padeció el suplicio de los esclavos: la cruz, a la que fué fijado con muchos clavos.

Verdaderamente, bien les cae el nombre a estos dos mártires, dice San Ambrosio: Vidal, que, despreciando la vida presente, se ganó la vida eterna; Agrícola, que produjo frutos de las virtudes más sublimes.

Bolonia regaló reliquias a Florencia y también a Rouen y a Clermont.

ORACIÓN. — "Suplicámoste nos concedas, oh Dios Omnipotente, que, al celebrar las solemnidades de tus santos mártires Vidal y Agrícola, seamos ayudados delante de ti, con su intercesión. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

5 DE NOVIEMBRE

QUINTO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

ESTÍMULO EN LA PRÁCTICA DE LAS VIRTUDES. — La Iglesia nos manifestaba hace dos días la alegría y la belleza del cielo. Después de su exposición halagüeña de la eternidad, nos podía haber interrogado lo que San Benito al postulante que llama a la puerta del monasterio:

"¿Quieres la vida? ¿Deseas ver días felices"[1]? Y al instante habríamos contestado también nosotros que sí. Diríase que, en efecto, nos ha hecho callandito esas interrogaciones y que ella ha oído lo que hemos contestado, puesto que prosigue exponiéndonos ahora las condiciones necesarias para entrar en el reino de los cielos:

"Deléitenos y nos atraiga la esperanza de llegar a la recompensa de la salvación; luchemos en el estadio de la justicia con gusto y generosidad, mientras nos miran Dios y su Ungido. Y, ya que hemos comenzado a elevarnos por encima del mundo y del tiempo presente, vigilemos para que no nos entorpezca ningún deseo de las cosas de la tierra. Si el último día nos encuentra desasidos de todo y corriendo con soltura por la carrera de las buenas obras, el Señor no podrá menos de recompensar nuestros méritos.

"El mismo será quien dé a los que hubieren triunfado de la persecución, una corona purpúrea en premio del sufrimiento, y a los que hubieren vencido en la paz, una corona cándida en premio a las obras de justicia. Aunque Abraham, Isaac y Jacob no padecieron martirio, no por eso fueron menos dignos de ocupar el primer puesto entre los Patriarcas, pues se ganaron este honor

1 Prólogo de la Santa Regla.

con los méritos de su fe y de su justicia; así, también tendrá asiento en el banquete de estos grandes justos cualquiera que sea hallado fiel, justo y digno de alabanza. Pero tenemos que tener cuenta con que estamos obligados a hacer la voluntad de Dios y no la nuestra; que "el que hace la voluntad de Dios permanece eternamente" [1], como Dios mismo eternamente permanece.

"Es menester, pues, que estemos prestos a cumplir en todas las cosas la voluntad de Dios con espíritu puro, fe firme, virtud robusta, y caridad perfecta, guardando los mandamientos del Señor con decidida fidelidad; la inocencia con sencillez, la unión con la caridad, la modestia en la humildad, la exactitud en el cumplimiento de los cargos, la delicadeza en la asistencia a los afligidos, la misericordia en socorrer a los pobres, la constancia en defender la verdad, la discreción en el rigor de la disciplina; y así no dejaremos de seguir o dar el ejemplo de las buenas obras. Estas son las huellas que nos dejaron todos los santos al volver a la patria, y si las seguimos, podremos acompañarlos y participar de sus alegrías" [2].

---

[1] *S. Juan,* II, 17.
[2] Sermón 18 sobre los Santos.

EL MISMO DIA

LA FIESTA DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

La muerte prepara la cosecha para el cielo. Si tuviésemos la vista de los Angeles, la tierra nos parecería un campo grande, sembrado para la resurrección. La muerte de Abel abrió el primer surco; después continúa sin cesar la siembra en todos los lugares. ¡Qué tesoros contiene ya en su seno esta tierra de trabajo y de flaquezas! ¡Qué mies promete al cielo cuando el Sol de justicia haga brotar de ella las espigas de la salvación, maduras para la gloria! Por eso no es de admirar que la Iglesia bendiga y dirija por sí misma la siembra del trigo precioso.

Glorificación de los santos. — Pero la Iglesia no se contenta con estar sembrando continuamente. A veces, como cansada de esperar, recoge el grano selecto que ella misma había allí depositado; su tino infalible la preserva del error, y, desprendiendo de la tierra el germen inmortal, le anuncia las magnificencias futuras: ya le envuelva entre el oro y las telas preciosas, le lleve en triunfo y convoque a las multitudes para honrarle; ya, bautizando a templos nuevos con su nombre, le conceda el supremo honor de descansar debajo del altar en que se ofrece a Dios el santo Sacrificio.

"Compréndalo así tu caridad, dice San Agustín [1]; se sirva comprenderlo: no levantamos en este lugar un altar a Esteban, sino que de las reliquias de Esteban hacemos un altar a Dios. Dios ama estos altares; y si me preguntas por qué, te diré: es que *"la muerte de los santos es preciosa ante El"* [2]. Por obedecer a Dios, "el alma invisible dejó su casa visible; pero a esta casa Dios la custodia: Dios recibe gloria de los honores que tributamos nosotros a esta carne inanimada; y concediéndola la virtud de los milagros, la reviste del poder de su divinidad" [3]. De aquí vienen las peregrinaciones a los sepulcros de los Santos.

"Pueblo cristiano, dice San Gregorio Niseno, ¿quién te junta aquí? Un sepulcro no tiene atractivo; la vista de lo que encierra causa repugnancia. Y aquí tienes que se ambiciona como una bendición el acercarse a éste. Objeto de ambición, se estima como regalo de gran valor hasta el polvo que se recoge en las partes próximas a este sepulcro. Porque llegar hasta las cenizas que conserva, es rarísimo favor, pero ¡qué deseable! Lo saben los privilegiados: como si estuviese vivo este cuerpo, le abrazan, le besan, fijan sus ojos en él, derramando lágrimas de devoción y de amor. ¿Qué emperador fué honrado jamás de modo semejante" [4]?

---

[1] Sermón CCCXVIII sobre S. Esteban, V.
[2] Salmo CXV, 15.
[3] Sermón CCLXXV sobre S. Vicente, mártir, II.
[4] Sobre S. Teodoro, mártir.

"¡Los emperadores!, continúa San Juan Crisóstomo; lo que fueron los porteros de sus palacios, eso son ellos hoy con unos pescadores; el hijo del gran Constantino pensó que no podía honrarle de manera más digna, que procurándose un lugar para su sepultura en el vestíbulo del pescador de Galilea" [1].

Y en otra parte, al terminar de explicar la admirable carta a los Romanos del Doctor de las naciones, exclama: "¿Quién me diese ahora postrarme ante el sepulcro de Pablo, contemplar las cenizas de aquel cuerpo que completaba, padeciendo por nosotros, lo que faltaba a los padecimientos de Cristo [2]?, ¿contemplar el polvo de aquella lengua que hablaba ante los reyes sin rubor y, mostrándonos lo que era Pablo, nos daba a conocer al Señor de Pablo? ¿Contemplar también el polvo de aquel corazón, verdaderamente corazón del mundo, más alto que los cielos, más vasto que el universo, corazón de Cristo tanto como de Pablo, en el que se leía, grabado por el Espíritu Santo, el libro de la gracia? Querría ver el polvo de las manos que escribieron estas epístolas; los ojos que, ciegos en un principio, recobraron la vista para nuestra salud; los pies que recorrieron el mundo. Sí; querría yo contemplar la tumba donde descansan aquel instrumento de la justicia, de la luz, aquellos miembros de Cristo, aquel templo del Espíritu

1 Coment. de la 2.ª a los Corintios. Homil. XXVI.
2 *Col.*, I, 24.

Santo. Cuerpo venerado, que con el de Pedro, protege a Roma de modo más seguro que todas las fortificaciones"[1].

DOCTRINA DE LA IGLESIA SOBRE LAS RELIQUIAS.— A pesar de estos textos y otros muchos, la herejía, profanando en el siglo XVI las tumbas santas, no pretendió con ello precisamente hacernos volver a las costumbres de nuestros padres. Mas contra estos extraños reformadores, el Concilio de Trento se contentaba con expresar el testimonio unánime de la Tradición en la siguiente definición dogmática, en que se encuentran resumidas las razones teológicas del culto que la Iglesia tributa a las reliquias de los Santos:

"Los fieles deben venerar los cuerpos de los Mártires y demás Santos que viven en Cristo. Fueron efectivamente sus miembros vivos y templo del Espíritu Santo; él los ha de resucitar para la vida eterna y para la gloria; Dios, por medio de ellos, concede a los hombres muchos beneficios. Por tanto, los que dicen que las reliquias de los Santos no merecen venerarse, y que es inútil que los fieles las honren, y vano que se hagan visitas a las memorias o monumentos de los Santos para conseguir su ayuda: a estos tales se les debe condenar de modo absoluto; y, en la forma que desde hace ya mucho tiempo los

---

[1] *Hom.*, XXXII.

condenó[1] la Iglesia, así ahora otra vez los condena"[2].

LA MISA DE LAS SAGRADAS RELIQUIAS

Como la fiesta de las Sagradas Reliquias en muchos lugares se celebra en la Octava de Todos los Santos, ponemos la Misa y las Vísperas que generalmente se les dedica. Pero advertimos que las fórmulas litúrgicas no varían menos que la fecha de la fiesta.

El Introito está sacado del Salmo 33. Canta la solicitud de Dios por los suyos en la muerte y en la vida. Cualquiera que fuere la suerte que corran los justos en la prueba o en la persecución, todos sus huesos se juntarán a la voz del Hijo del hombre en el último día[3].

INTROITO

Muchas fueron las tribulaciones de los justos, y de todas ellas los libró el Señor: el Señor guarda todos sus huesos: ni uno de ellos será quebrantado. — *Salmo:* Bendeciré al Señor en todo tiempo: su alabanza estará siempre en mi boca. ℣. Gloria al Padre.

Los milagros que obran estos huesos secos nos hacen ver, en efecto, dice San Agustín, que

1 Conc. Nic. II, c. VII.
2 Conc. de Trento, ses. XXV.
3 *S. Jn.*, V, 28.

en realidad no están muertos [1]. Deben aumentar nuestra fe en la futura Resurrección y hacernos pedir como la Iglesia en la Colecta, el tener parte nosotros también, cuando Dios quiera, en la gloria, de la que es prenda segura esta virtud, que ya resplandece en ellos.

ORACION

Aumenta, Señor, en nosotros la fe en la resurrección, tú, que obras maravillas con las Reliquias de tus Santos: y haznos participantes de aquella gloria inmortal cuya garantía veneramos en sus cenizas. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro de la Sabiduría (Ecl., XLIV, 10-15).

Estos son los varones de misericordia, cuyas bondades nunca faltaron: sus bienes permanecen con su descendencia, sus nietos son una herencia santa, y su raza ha permanecido fiel a la alianza: y sus hijos permanecerán por ellos eternamente: su semilla y su gloria no perecerán. Sus cuerpos fueron sepultados en paz, y su nombre vive de generación en generación. Los pueblos anunciarán su sabiduría, y la Iglesia pregonará sus alabanzas.

EL TESORO DE LOS PUEBLOS. — Para nuestros antepasados, la primera riqueza, el *tesoro* por excelencia de los pueblos le formaban las Sagradas Reliquias. Se diría que de los cuerpos santos emanaban el rocío del cielo y la grosura de la tierra, *bendiciones* de este mundo y del

[1] Sermón CCCXIX sobre S. Esteban.

otro[1]. Su presencia infundía respeto a las tropas enemigas y otro tanto a las legiones del infierno; mantenía las buenas costumbres, conservaba la fe, incitaba a la oración en medio de las ciudades que gracias a ellas llegaban a ser el centro codiciado a donde acudían las multitudes. ¡Qué vigilancia se prodigaba al augusto depósito! Su pérdida se consideraba mayor mal que todas las calamidades públicas.

Con todo, "hermanos, dice el Cardenal Pie, tengo que declararos aquí un plan maravilloso de Dios, de quien dice la Escritura que es admirable en sus Santos[2]. Jesucristo nuestro Señor, que dijo a sus discípulos: *Id y enseñad: (Euntes ergo, docete)*[3], con frecuencia se complace en ponerlos otra vez en movimiento después de muertos, y se sirve de su apostolado de ultratumba para hacer llegar el beneficio de la gracia a otros pueblos distintos de los que ellos en vida evangelizaron. *Os he destinado,* les dijo, *para que vayáis y déis fruto: (Posui vos ut eatis, et fructum afferatis)*[4]. Sometiéndose a este designio, aun después de haber llegado al término feliz de su peregrinación terrestre, los Santos se resignan a ser de nuevo viajeros. Si tuviese tiempo de contaros el peregrinar póstumo de nuestros ilustres pontífices y taumaturgos, por ejemplo, los reiterados viajes, las idas y venidas,

1 *Gen.,* XXVII, 28.
2 Salmo LXVII, 36.
3 *S. Mateo,* XXVIII, 19.
4 *S. Juan,* XV, 16.

las marchas y contramarchas de nuestro Hilario y de nuestro Martín durante diez siglos largos, y los frutos increíbles de estos extraños desplazamientos, a la vez que cautivar vuestra atención con relatos llenos de interés, temería fatigaros por la prolijidad"[1].

El Gradual y su versículo, tomados de los Salmos, ensalzan la gloria futura, de la cual no es más que una imagen borrosa la que rodea a los bienaventurados en su lecho de honor de este mundo.

GRADUAL

Se gozarán los Santos por su gloria, se alegrarán en sus moradas. ℣. Cantad al Señor un cántico nuevo: alábesele en la asamblea de los Santos.

Aleluya, aleluya. ℣. Banqueteen y gócense los justos en la presencia de Dios: y regocíjense con alegría. Aleluya.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., VI, 17-23).

En aquel tiempo, bajando Jesús del monte, se paró en un lugar campestre, y, con El, la compañía de sus discípulos y una gran muchedumbre de gente de la Judea, y de Jerusalén, y de la región marítima, y de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y a ser curados de sus dolencias. Y, los que eran molestados por los espíritus inmundos, fueron curados. Y toda la turba quería tocarle: porque salía de El una virtud, que curaba a todos. Y El, alzando los ojos hacia sus discípulos, dijo: Bienaventurados los pobres: porque

---

[1] Cardenal Pie, Discurso pronun. en la cerem. de la traslación de las reliquias de S. Saturnino, en Séez, el martes 22 de junio de 1858.

vuestro es el reino de Dios. Bienaventurados los que ahora padecéis hambre: porque seréis hartos. Bienaventurados los que ahora lloráis: porque reiréis. Bienaventurados seréis cuando os odiaren los hombres, y os separaren e injuriaren, y proscribieren vuestro nombre como un mal, por el Hijo del hombre. Gozaos en ese día, y alegraos: porque he aquí que vuestra recompensa será muy grande en el cielo.

PODER DE LOS SANTOS. — "En verdad, en verdad os digo: el que cree en mí, hará las obras que yo hago, y aún mayores" [1]. Esta palabra del Hombre-Dios se refería a los Santos, a los discípulos de Jesús que habían de creer en él hasta llegar a hacer consistir la felicidad de este mundo en la pobreza, el hambre, las lágrimas y la persecución. Esa palabra la verían cumplida ya en su vida mortal; y la verían ratificada siempre y a veces con más frecuencia por el poder que tendrían sus despojos exánimes para expulsar los demonios, curar todos los males y conseguir toda clase de gracias; las turbas se pondrían en movimiento, no ya sólo la reducida provincia de Judea, sino los confines de toda la tierra, para ir a escuchar a los Santos en el silencio elocuente de sus sepulcros, para sentir la virtud que saldría de ellos.

Paulino de Nola nos dice también: "Dios compasivo dispuso la distribución de los Santos entre las naciones, de tal forma que no pudiese

---

[1] *S. Juan*, XIV, 12.

faltar su ayuda a los achacosos mortales [1]. Aunque destinase como morada para los más grandes Santos [2] las ciudades principales, la gracia de que están dotados en favor nuestro no se percibe allí solamente donde yacen sus cuerpos íntegros: doquiera que haya una partecilla del cuerpo de un santo, allí se siente su mano y su poder; de esta manera da Dios testimonio del crédito que tienen en el cielo [3]. Del venerando depósito se desprenden, como semillas de vida, las cenizas sagradas; una gota minúscula que salta de la fuente, se convierte ella misma en fuente y en ríos de gracia y de amor" [4].

Alabemos, pues, al Señor en sus Santos; de él les viene toda virtud, como lo dice el Ofertorio.

OFERTORIO

Admirable es Dios en sus Santos: el Dios de Israel dará El mismo poder y fortaleza a su pueblo: bendito sea Dios, aleluya.

"¿Quién adoró jamás a los Mártires? ¿Quién tuvo a un hombre por Dios?", decía San Jerónimo defendiendo el culto que se tributa a los huesos sagrados [5]. Y, en efecto, en la Secreta, la Iglesia profesa esta fe: así como el culto de esas cenizas venerables va de ellas a los mismos Santos, de igual modo el poder de los Santos no es

[1] Poema XIX, 14-50.
[2] Ibíd., 51-52.
[3] Ibíd., XXVII, 440-448.
[4] Ibíd., XIX, 358-364.
[5] Contra Vigilancio.

más que un poder de intercesión cerca del Padre de la augusta Víctima, de donde nos viene toda salvación.

SECRETA

Imploramos, Señor, tu clemencia: para que, mediante los méritos de tus Santos, cuyas Reliquias veneramos, sea esta hostia que te ofrecemos, expiación de nuestros pecados. Por Nuestro Señor Jesucristo.

"Al que come mi carne y bebe mi sangre, dijo el Hombre-Dios, le resucitaré en el último día" [1]. La Comunión, que deposita en nuestros cuerpos el germen de la inmortalidad gloriosa, justifica el objeto de esta fiesta y explica su alegría.

COMUNION

Alegraos, justos, en el Señor: a los rectos conviene la alabanza.

¿Qué conclusión sacaremos de nuestra oración de este día, sino desear vivir eternamente con los bienaventurados que nos alegran con la presencia de sus Sagradas Reliquias? Es lo que hace la Iglesia en la Poscomunión.

POSCOMUNION

Suplicámoste, Señor, multipliques sobre nosotros, por estas santas cosas que hemos tomado, tu misericordia: para que, así como nos alegramos con piadosa devoción en la fiesta de tus Santos, cuyas Reliquias veneramos, así gocemos, por tu gracia, de su eterna compañía. Por Nuestro Señor Jesucristo.

---

1 *S. Juan,* VI, 55.

Nos figuramos que no estará de más poner aquí la bella fórmula del Pontifical romano para la bendición de las urnas y relicarios.

PREFACIO

Es verdaderamente digno y justo, equitativo y saludable que siempre y en todas partes te demos gracias a ti, Señor santo, Padre todopoderoso, Dios eterno, Dios inefable, Dios de misericordia y de toda consolación. Mandaste a tu siervo Moisés hacer, conforme al ejemplar que le mostraste en el monte, un arca de madera incorruptible y forrarla de oro purísimo, para que fuese digna de guardar, como testimonio para las generaciones futuras, la urna de oro llena del maná de los cielos, y las tablas de la Ley escritas por el mismo dedo de tu Majestad. Luego, en nuestros tiempos, revelaste el sentido de estos augustos misterios, al llenar de toda la plenitud de la divinidad el cuerpo de tu único Hijo, concebido por obra del Espíritu Santo de una Virgen purísima y vivificado por un alma racional.

Te imploramos y te suplicamos, pues, Dios omnipotente, Padre de Nuestro Señor Jesucristo, de quien deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra: dígnate, a ruegos de sus Santos, derramar la bendición del cielo sobre estos relicarios preparados para sus sagrados restos; de modo que, los que recurran a ellos, merezcan por su intercesión vencer todo mal con tu ayuda, y conseguir bienestar y toda clase de bienes del tesoro de tu largueza infinita. Lograron, Señor, sirviéndoles tú de guía interior, evitar las emboscadas de los espíritus del mal; y, confortados por Jesucristo, no sólo despreciaron los refinados tormentos de los hombres, sino que triunfaron completamente de ellos. Haz que también los fieles que honran los méritos de esos Santos y besando con humildad

sus reliquias, se vean protegidos contra el demonio y sus ángeles, contra el rayo y las tempestades, contra el granizo y demás calamidades, contra la corrupción del aire y la mortandad de los hombres y de los animales, contra los ladrones, los asesinos, las incursiones enemigas, contra los animales nocivos, las serpientes y reptiles de diversas clases, contra la maldad humana y sus intrigas, que son peores que las demás calamidades. Aplacado por los ruegos de tus bienaventurados siervos, sé propicio a sus devotos clientes, extiende sobre ellos siempre y en todo lugar la diestra de tu poder invencible para alejar los males y derramar los bienes.

Por el mismo Jesucristo, tu Hijo y Señor nuestro, que como Dios vive y reina contigo en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Amén.

6 DE NOVIEMBRE

SEXTO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

UTILIDAD DE LA ALABANZA A LOS SANTOS. — La Iglesia acude hoy a San Bernardo en demanda de una exhortación para sus hijos. Y los acentos que oímos son iguales a los de San Beda, que oímos los días anteriores, y a los de San Juan Crisóstomo, que mañana oiremos.

"Ya que celebramos con una fiesta solemne la conmemoración de todos los Santos, decía a sus monjes el Abad de Claraval, considero de utilidad hablaros de su común felicidad, en la

que disfrutan ya de un descanso feliz, y de la consumación futura que esperan. Cierto que tenemos que imitar la conducta de los que honramos con culto religioso; correr con vivas ansias a la felicidad de los que llamamos bienaventurados; implorar el auxilio de aquellos cuyo elogio oímos con gusto. ¿De qué sirve, pues, a los santos nuestra alabanza?, ¿de qué nuestro tributo de glorificación?, ¿de qué esta misma solemnidad? ¿qué utilidad tienen estos honores de aquí abajo para los que ya son honrados por el Padre celestial, según la fiel promesa del Hijo?, ¿qué ganan con nuestros loores? Nada de esto desean. Esto es verdad: los santos no necesitan de nuestros bienes, ni nuestra devoción tampoco les procura provecho ninguno. No es de interés para ellos el que celebremos su memoria; el interés es para nosotros. ¿Quieres saber cuánto nos interesa a nosotros? En cuanto a mí, lo confieso, al acordarme de ellos, me siento inflamado de un ardiente anhelo y de un triple deseo.

"Se dice comúnmente: ojos que no ven, corazón que no siente. Mi memoria es mi ojo espiritual, y pensar en los Santos es un modo de verlos. En este sentido, tenemos ya "en la tierra de los vivos una parte de nosotros mismos" [1]; parte notable, si, como es justo, nuestro afecto va de acuerdo con nuestro recuerdo. Por eso digo que "nuestra vida está en los cielos" [2]. Pero nues-

[1] Salmo CXLI, 6.
[2] *Flp.*, III, 20.

tra vida no esta allí como la de ellos. Ellos están en persona y nosotros sólo con nuestros deseos; ellos de hecho con su presencia, nosotros sólo con el pensamiento.

Desear las oraciones de los Santos. — Mas, para poder esperar una bienaventuranza tan grande, tenemos que desear con ardor los sufragios de los santos, a fin de que por su intercesión se nos conceda lo que por nosotros mismos no podemos conseguir. Compadeceos de nosotros, sí, compadeceos de nosotros los que sois amigos nuestros. Conocéis nuestros peligros, conocéis nuestra flaqueza, sabéis cuánta es nuestra ignorancia y cuánta la astucia de nuestros enemigos; no ignoráis la violencia de sus ataques ni nuestra fragilidad. A vosotros me dirijo, a vosotros que habéis pasado por nuestras tentaciones, que salisteis vencedores de la mima lucha, que os librasteis de los mismos lazos y que aprendisteis por vuestras tribulaciones a ser compasivos.

"Espero también de los ángeles que no tendrán a menos visitar a su raza, máxime que está escrito: *Visitaréis a los de vuestra estirpe y no pecaréis*[1]. Además, si me atrevo a contar con ellos, porque tenemos una sustancia espiritual semejante a la suya, creo que con mayor motivo puedo confiarme a los que tienen la mis-

[1] *Job.*, V, 24.

ma humanidad que yo y sienten por necesidad una compasión especial y más íntima por los huesos de sus huesos y por la carne de su carne.

Confianza en su intercesión. — "No dudemos de su benévola solicitud con respecto a nosotros; nos esperan hasta que recibamos nuestra recompensa, hasta el último gran día de fiesta, en el que todos los miembros, juntos con su excelsa Cabeza, formarán el hombre perfecto, en el que será alabado, con su herencia, Jesucristo Nuestro Señor, digno de loor y de bendición por los siglos de los siglos. Amén" [1].

7 de noviembre

SEPTIMO DIA DE LA OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

Sermón de San Juan Crisóstomo. — Hoy encontramos otra vez en San Juan Crisóstomo la doctrina que expusimos anteriormente: cosa buena es alabar a los Santos, pero a la alabanza tenemos que añadir la imitación de sus virtudes:

Imitar a los que alabamos. — "Todo el que admira con amor religioso a los Santos y cele-

[1] Sermones sobre los Santos, *passim*.

bra una y otra vez con alabanzas la gloria de los justos, debe imitar su justicia y su vida santa. El que siente alegría ensalzando los méritos de algún santo, ha de tener empeño también en ser, como el santo, fiel al servicio de Dios. Así, pues, o imita uno al que alaba o no alaba al que no quiere imitar. El que tributa elogios a otro, hágase digno de ser alabado, y el que admira el mérito de los Santos, hágase también admirar por su vida santa. Si amamos a las almas justas y fieles por el aprecio que hacemos de su justicia y su fe, también nosotros podemos ser lo que son ellos, si lo que hacen ellos, lo hacemos nosotros.

NUESTROS MODELOS.—"Y no es difícil para nosotros imitar sus acciones, pues, mientras los primeros Santos, para hacerlas, no tuvieron ejemplos anteriores que imitar, no fueron imitadores de otros, se nos presentan ellos a nosotros como ejemplares que debemos copiar en la práctica de la virtud. Así, tanto por el provecho que sacamos nosotros de su ejemplo, como por el que saque el prójimo del nuestro, será Jesucristo perpetuamente glorificado por sus siervos en la Santa Iglesia.

"Ya en los primeros tiempos del mundo el inocente Abel fué sacrificado; Henoc, porque era grato a Dios, fué arrebatado de este mundo; Noé fué hallado justo; Abraham, probado y hallado fiel; Moisés se distinguió por su manse-

dumbre; Josué, en la castidad; David por la clemencia; Elías agradó al Señor; Daniel fué piadoso; sus tres compañeros, vencedores; los Apóstoles, discípulos de Cristo, fueron nombrados maestros de los creyentes; instruídos por ellos, los Confesores luchan con valentía; los Mártires, consumados en perfección, triunfan; y legiones de cristianos, armados por Dios, infligen al diablo continuas derrotas. Por sus virtudes todos estos son parecidos; por sus combates, diferentes; por sus victorias, gloriosos.

Necesidad de luchar. — "Oh cristiano, eres soldado cobarde si piensas que vas a vencer sin luchar y a triunfar sin esfuerzo. Despliega tu fuerza, lucha con valor, pelea sin desmayo en esta refriega. Recuerda tu pacto, atiende a las condiciones, mira lo que es la milicia: el pacto, lo hiciste; las condiciones, las aceptaste; en la milicia, te alistaste"[1].

8 de noviembre

OCTAVA DE TODOS LOS SANTOS

Conclusion para la Octava. — Para terminar la octava de todos los Santos y permanecer en los sentimientos que la Iglesia desea que ten-

[1] Sermón sobre la Imitación de los Mártires.

gamos todo el mes de noviembre y aun todos los días de nuestra vida, bien será recordar hoy la doctrina que San Pablo exponía en otro tiempo a los fieles de Corinto sobre la resurrección de los muertos, la incomparable ceremonia litúrgica que la seguirá y, por fin, sobre la visión beatífica que será nuestra herencia eternamente.

NUESTRA RESURRECCIÓN.—"Resucitaremos porque Cristo resucitó. Esta doctrina resume en cierto modo todo el cristianismo. El bautismo nos injerta realmente a cada uno de nosotros en Nuestro Señor Jesucristo. Participando de la unidad de su vida y formando con él un solo cuerpo, místico y real a la vez, hacemos con él causa común; nuestra condición está hermanada a la suya; lo que le pasó a él nos ha de pasar a nosotros: muerte, sepultura, resurrección, ascensión, vida eterna cerca de Dios. Los miembros han de recibir igual trato que la cabeza: propiamente hablando, hemos resucitado ya en Jesucristo, porque su Resurrección es al mismo tiempo causa, razón, ejemplar y prenda segura de la nuestra.

"Cristo resucitó no sólo para él y para provecho suyo, sino para todos nosotros. En la antigua ley se ofrecían a Dios las espigas maduras en representación de toda la cosecha. Jesucristo es un ser personal, pero también el segundo Adán, es decir, un viviente que encierra en su

vida a la multitud de seres que nacieron de él. Luego, si resucitó él, todos son resucitados en él; pero cada uno a su tiempo: el primero Cristo; luego los de Cristo, cuando él venga; después será el fin.

El principio de la vida eterna. — "El fin: el fin de este período de trabajos en que escoge el Señor el número de sus elegidos, establece su reino y deshace a sus adversarios. Se le podría llamar también, con razón, el verdadero principio de la vida nueva que Dios planeó para hacer volver a sí al que quiera pertenecer a su Ungido. Nuestro Señor Jesucristo, logrado el triunfo de todas las potestades enemigas, vencida toda influencia, destruído todo poder hostil al suyo, llevará hasta Dios Padre a todo el género humano, cuyo rey es, y, como Hijo que sólo trabajó para su Padre, le devolverá el cetro sobre todo lo que haya conquistado. Sí, lo sabemos, en el cielo todo se inclinará ante Dios y también en la tierra y en los infiernos; todo le estará sometido, menos Aquel que le sujetó todas las cosas.

"La eternidad dará comienzo con una ceremonia litúrgica de una grandeza infinita. El Verbo Encarnado, Nuestro Señor Jesucristo, el rey predestinado, rodeado de sus ángeles, de los hombres que nacieron de su gracia y viven de su vida, se pondrá al frente de la falange de todos los que su Padre le dió, y los guiará y diri-

girá hacia el santuario eterno. Comparecerá con ellos delante de su Padre, le presentará y le ofrecerá la inmensa cosecha de los elegidos que brotaron de su sangre; con ellos se colocará en el dominio paterno del que le dió y le sometió todas las cosas, y él le devolverá el cetro y el poder real sobre la creación conquistada, la cual entrará con él en el seno de la Trinidad. Entonces la familia divina estará completa y Dios será todas las cosas en todos.

Dios es todas las cosas en todos. — "Dios es todas las cosas en todos: la expresión tiene algo de prodigioso y asusta al pensamiento... Dios no es hoy todas las cosas en mí. No es con él con quien estoy directamente en relación. Siempre ante mí la creación importuna. Llego a Dios a costa de un rodeo lento y trabajoso, y siempre envuelto en las tinieblas. Mi inteligencia no ve a Dios y mi fe me le oculta. No soy un ser inteligente y no lo seré hasta el día en que Dios mismo se ofrezca como objeto a mi inteligencia despierta; día en que, para mostrárseme, se unirá Dios mismo a mi inteligencia para que yo le pueda conocer. ¿Cómo expresarlo? Estará en el fondo mismo de mis pensamientos para que yo le vea, en la raíz de mi voluntad para que yo le posea, en el principio y en el centro de mi corazón para que yo le ame. El será a la vez la belleza que yo ame y el corazón con que la ame. Será el término y el objeto de

mis actos y será, dentro de mí, el principio de mis actos.

"Y esta gloriosa dependencia de mi alma respecto de Dios se prepara en este mundo mediante la unión con Cristo. Todos, en la eternidad participaremos de la vida de Dios, si es que en este mundo vivimos todos y del todo la vida de Jesucristo. Tal es la idea fundamental del cristianismo: ser de Jesucristo en el tiempo para ser de Dios en la eternidad"[1].

EL MISMO DIA

LOS "CUATRO SANTOS CORONADOS", MARTIRES

La octava de todos los Santos no es obstáculo para que la Iglesia dedique un recuerdo especial a los mártires cuya basílica en Roma domina el monte Celio, como una imponente fortaleza.

La historia de estos mártires es la de las más embrolladas. Tal vez habría que distinguir tres grupos de mártires y no cuatro mártires: primeramente cinco canteros de Panonia: Simproniano, Claudio, Nicóstrato, Castor y Simplicio. Luego cuatro *Cornicularii*, o como diríamos hoy, cuatro suboficiales de caballería, martiri-

---

[1] Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul*, I, 379-383.

zados por su fe; finalmente, otros cuatro santos de Albano: Severo, Carpóforo, Severiano y Victorino.

Recitemos en su honor la oración de la Misa: "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que los que hemos admirado la fortaleza de los gloriosos Mártires en su Pasión, los sintamos bondadosos por su intercesión a favor nuestro cerca de ti. Por Jesucristo nuestro Señor. Amén."

LA FIESTA DE LA DEDICACION DE LA IGLESIA

SANTIDAD DE NUESTRAS IGLESIAS. — *Domum Dei decet sanctitudo, Sponsum eius Christum adoremus in ea* [1]. Esta fórmula del Invitatorio nos declara cuál es el pensamiento litúrgico del día. "A la casa de Dios la conviene la santidad; adoremos en ella a Cristo, su Esposo." ¿Qué misterio tiene esta *casa,* que a la vez *es esposa?*

Nuestras iglesias son santas porque son posesión de Dios; son santas por la celebración del Sacrificio, por la oración y la alabanza que en ella se ofrece al huésped divino. Con mayor razón que el tabernáculo figurativo o que el antiguo templo, su dedicación las ha separado solemnemente, para siempre, de todas las vivien-

1 Invitatorio de Maitines.

das de los hombres, y las ha levantado por encima de todos los palacios de la tierra. A pesar de los ritos cuya magnificencia lleva su recinto el día de su consagración a Dios, no quedan vacías de sentimiento ni de vida. Esto quiere decir que la sublime función de la dedicación de las iglesias, al igual que la fiesta que perpetúa su recuerdo, no se refiere tan sólo al santuario construído por nuestras manos, sino que se eleva a realidades vivas y más augustas. Simbolizar la grandeza de estas realidades es la gloria principal del noble edificio. A la sombra de sus bóvedas será iniciado el linaje de los hombres en inefables misterios que se consumarán fuera del mundo, en el mediodía del cielo. Oigamos sobre este punto la doctrina.

EL MISTERIO DE LA DEDICACIÓN. — Dios no tiene más que un santuario verdaderamente digno de El: su propia vida divina; no es otra cosa el *pabellón* del que se dice que se rodea [1] cuando inclina los cielos [2]; son, a los ojos de los mortales, tinieblas densas [3], la luz inaccesible [4] donde habita la beatífica Trinidad en su gloria. Y a pesar de eso, Altísimo Dios, esa vida divina, que no pueden cobijar dignamente los cielos [5] y menos todavía la tierra, te dignas comunicarla

[1] Salmo XVII, 12.
[2] Ibíd., 10.
[3] Ibíd., 12.
[4] *I Tim.*, VI, 16.
[5] *III Re.*, 8, 27.

a nuestras almas, haciendo que el hombre participe de tu naturaleza [1]. No hay imposibilidad, por tanto, para que more en él la Santísima Trinidad. Y, por eso, *desde el principio* [2], pudiste declarar ante el abismo de la tierra y los cielos, como ley del mundo en formación [3], que *tus delicias eran los hijos de los hombres* [4].

Cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió, en efecto, a su Hijo [5] haciéndole hijo de Adán, para que en el hombre *habitase corporalmente toda la plenitud de la divinidad* [6]. A partir de aquel día la tierra triunfó sobre el cielo. Todo cristiano participó de Cristo y, convertido en morada del Espíritu Santo [7], *llevó a Dios en su cuerpo* [8]. *El templo de Dios es santo*, decía el Apóstol, y *ese templo sois vosotros* [9]: es el cristiano; lo es también la asamblea cristiana.

Llamando Cristo a todos los hombres a participar de su plenitud [10], la raza humana completó a su vez a Cristo [11]. Fué hueso de sus huesos y carne de su carne [12], un solo cuerpo [13], que,

1 *II Pe.*, I, 4.
2 *Prov.*, VIII, 22.
3 *Ibid.*, 27.
4 *Ibid.*, 31.
5 *Gál.*, IV, 4.
6 *Col.*, II, 9.
7 *I Cor.*, III, 16.
8 *Ibid.*, VI, 20.
9 *Ibid.*, III, 17.
10 *S. Juan*, I, 16; *Col.*, II, 10.
11 *Ef.*, I, 23.
12 *Gen.*, II, 23.
13 *Ef.*, V, 30.

juntamente con él, es la hostia que ha de arder eternamente con el fuego del amor sobre el altar de los cielos; pero él es *la piedra angular* sobre la cual pusieron los apóstoles, como sabios arquitectos [1], *otras piedras vivas* [2], esto es, edificaron la asamblea de los predestinados en templo santo del Señor [3]. Así, pues, la Iglesia es la *Esposa* y, por Cristo y con él, la *Casa de Dios*.

Lo es ya desde este mundo miserable, donde se ejecuta con trabajo y con dolor la talla de las piedras escogidas, puestas sucesivamente en el sitio señalado por el plan divino [4]. Lo es también en la felicidad del cielo, donde el templo eterno se va agrandando con cada una de las almas que desde este mundo vuela allá, hasta que, terminado del todo por la inclusión en él de nuestros cuerpos inmortales, lo consagre nuestro Sumo Pontífice el día de la incomparable dedicación que pondrá fin al tiempo [5], en la cual hará entrega solemne a su Padre del mundo redimido y santificado por él; al Padre, que dió al mundo su Unigénito Hijo [6], *a Dios, para que sean todas las cosas en todos* [7].

---

1 *Cor.*, II, 10.
2 *I Pe.*, II, 4-7.
3 Ef., II, 20-22.
4 Himno de Vísperas.
5 *I Cor.*, XV, 24.
6 *S. Juan*, III, 16.
7 *I Cor.*, XV, 28.

Entonces se verá bien que era la Iglesia el prototipo de antemano mostrado en el monte[1], del cual sólo podía ser figura o sombra cualquier santuario levantado por mano de hombre[2], y se cumplirá también la profecía de Juan, el discípulo amado: *"Vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y oí una gran voz venida del trono, que decía: "He aquí el tabernáculo de Dios"*[3].

Era, pues, conveniente que esta fiesta iluminase el ocaso del año con las primeras luces de la eternidad. Uno de los ángeles encargados de las copas llenas de la cólera de Dios, es el que da a conocer al Evangelista profeta a la Esposa del Cordero en todo el esplendor de sus ricos atavíos[4]; sea también para nosotros consuelo en los días malos la esperanza de contemplarla en la gloria. La esperanza de su cercana aparición animará a los justos al llegar a los últimos combates.

Pero felicitemos desde ahora, hijos de la Esposa, a nuestra Madre[5]; este día, tan grato a su corazón[6], sea para nosotros como las fiestas más solemnes, pues nos trae a la memoria su nacimiento del costado del Adán celestial y su

---

1 *Ex.*, XXVI, 30.
2 *Hebr.*, VIII, 5; IX, 24.
3 *Apoc.*, XXI, 2-3.
4 *Apoc.*, XXI, 9.
5 *Secuencia Ierusalem et Sion filiae.*
6 *Cant.*, III, 11.

feliz consagración, que la da título para recibir las complacencias del Padre, el amor del Hijo, las larguezas del Espíritu Santo.

LA CEREMONIA DE LA DEDICACIÓN. — El nombre de *iglesia* con que se designa al templo cristiano, viene de la *asamblea* de los bautizados que frecuentaban sus atrios. La dedicación del edificio sagrado tiene, como idea fundamental, la santificación del mismo pueblo en sus fases sucesivas, y es una de las funciones más augustas de la Liturgia.

¿Qué es lo que, desde el comienzo de la ceremonia, nos recuerda el templo con sus paredes desnudas y sus puertas cerradas, sino al género humano que, hecho para Dios, está, después del pecado original, privado de él? Pero los herederos de la promesa no perdieron la esperanza: ayunaron; rezaron durante la noche, y, al llegar la mañana, los vemos elevar hasta Dios la súplica de los salmos penitenciales que el castigo y el arrepentimiento inspiraron a David.

Ahora bien, he aquí que el Verbo Salvador se ha hecho visible con el alba en la tienda que ampara esas oraciones de los desterrados[1]; en efecto, a él le representa la persona del pontífice revestido de las insignias de su ministerio, como él, el Verbo, se revistió de nuestra natu-

---

1 *Sub tentorio ante fores Ecclesiae consecrandae parato.* Pontifical Romano.

raleza. Y Dios hecho hombre se une a la oración de los demás hombres, hermanos suyos; y, llevándolos ante el templo que continúa aún cerrado, se humilla con ellos e insiste con ellos en la oración.

Alrededor del noble edificio, inconsciente de su destino, se diseña ya la paciente estrategia a la que Dios quiere que concurran su gracia y los ministros de su gracia emprendiendo el asedio de las almas perdidas. Por tres veces el Pontífice da la vuelta a los muros e intenta forzar las puertas porfiadamente cerradas; pero su cerco consiste totalmente en oraciones dirigidas al cielo, su fuerza es tan sólo de exhortación misericordiosa y respetuosa para la libertad humana: *Abríos, puertas, y entrará el Rey de la gloria.*

Por fin cede el infiel; se ha ganado la entrada del templo. *¡Paz eterna a esta casa en nombre del Eterno!* Aún no ha terminado todo, sino que ahora comienza: hay que hacer del edificio, todavía profano, una morada digna de Dios, y, ya dentro, el Pontífice sigue orando.

El género humano, simbolizado en la iglesia futura, absorbe su pensamiento. No ignora que, desde su caída, ocurrida hace ya mucho tiempo, su primer mal es la ignorancia. Por esto, levantándose, dibuja con el báculo pastoral el alfabeto griego y el latino en dos líneas de ceniza que van transversalmente desde un extremo a otro del templo y se cruzan en medio de la nave mayor; dichos alfabetos son los

primeros elementos de dos lenguas importantes en que se nos conservan la Tradición y la Escritura; son trazados con el báculo episcopal sobre la ceniza y la cruz, para indicarnos que la ciencia sagrada nos viene de la autoridad doctrinal, que solamente los humildes la comprenden y que se resume en Jesús crucificado.

Y ahora, iluminado ya el género humano como el catecúmeno, pide, igual que él, ser purificado con el templo. El Pontífice tiene presente el simbolismo cristiano más encumbrado para completar el elemento de esta purificación, que tanto le interesa; mezcla agua y vino, ceniza y sal, que figuran la humanidad y la divinidad del Salvador, su muerte y su resurrección. Al modo como Jesucristo nos precedió en las aguas del bautismo en el Jordán, las aspersiones comienzan en el altar, que le representa, y se continúan por todo el edificio. Primitivamente, no sólo todo el interior y el pavimento del templo, sino también el exterior de las paredes, y en ciertos lugares los techos se veían inundados de la lluvia santificadora que expulsa al demonio, entrega esta casa a Dios y la prepara a futuros favores.

Siguiendo el orden de las operaciones de la salvación, después del agua viene el aceite, que confiere al cristiano en el segundo sacramento la perfección de su ser sobrenatural; él es el que hace a los reyes, a los sacerdotes y a los pontífices. Por todos estos títulos, se difunde

aceite santo sobre el altar, que es Cristo como Cabeza, Pontífice y Rey; y luego, de igual modo que el agua, se propaga a las paredes y a toda la iglesia. En verdad, de ahora en adelante merece el templo el nombre de Iglesia; porque bautizadas y consagradas de esta suerte con el Hombre-Dios en el agua y el Espíritu Santo, las piedras con que está construído, representan a la asamblea de los elegidos unidos entre sí y con la piedra divina mediante el cemento indestructible del amor.

Alaba, Jerusalén, al Señor; alaba, Sión, a tu Dios[1]. Los cantos que desde el principio de la augusta función, no han dejado de realzar la ejecución de esta ceremonia sublime, ahora son más jubilosos; y, al llegar al culmen del misterio, saludan a la *Esposa del Cordero* en la Iglesia, tan íntimamente asociada al Altar. Del Altar se eleva el incienso en espirales que, al subir hasta las bóvedas y recorrer el recinto, llenan todo el templo del aroma del Esposo. Los subdiáconos de la santa Iglesia presentan a la bendición del Pontífice los ornamentos, lienzos y vasos sagrados dados a la Esposa en este día solemne, los que ella se preparó para sí y para el Señor.

En los primeros siglos de la edad media se efectuaba el traslado triunfal de las reliquias

---

1 Salmo CXLVII.

destinadas al altar, las cuales habían quedado hasta este momento en la tienda del destierro; así es cómo termina todavía en Oriente la consagración de las iglesias. *Voy a prepararos lugar,* decía el Hombre-Dios, *y, una vez preparado, volveré para llevaros conmigo, para que donde yo estoy, estéis también vosotros* [1]. Entre los griegos, el Pontífice coloca las sagradas Reliquias en el disco o patena y las lleva levantadas sobre su cabeza, "honrando por igual a estas reliquias preciosas y a los tremendos misterios, porque de los fieles dijo el Apóstol: *Sois el cuerpo de Cristo y sus miembros*" [2]. En Occidente, hasta el siglo XIII, y aún más tarde, en el altar con los Santos se sellaba al mismo Señor en su cuerpo eucarístico. Y así quedaba "unida la Iglesia al Redentor, la Esposa al Esposo", dice San Pedro Damiano; era como la consumación final, el tránsito del tiempo a la eternidad.

MISA

Nuestras iglesias son para los Angeles el punto fronterizo del cielo con la tierra; y por eso el Introito está tomado de las palabras que pronunció Jacob al salir de la visión en la que se le había aparecido la escala misteriosa, por donde subían y bajaban los celestes mensajeros [3].

---

[1] *S. Juan,* XIV, 2-3.
[2] *I Cor.,* XII, 27.
[3] *Gen.,* XXVIII, 11-22.

El Versículo[1] canta a la vez al templo de este mundo y al de los cielos. "¿No encuentro aquí ya, Padre mío, el reino que me has prometido?", preguntaba Clodoveo deslumbrado al entrar por primera vez en la iglesia de Santa María de Reims; y San Remigio le respondió: "Esta es la entrada del camino que lleva a él."

INTROITO

Terrible es este lugar: ésta es la casa de Dios y la puerta del cielo: y se llamará el palacio de Dios. (T. P. Aleluya, aleluya.) — *Salmo:* ¡Cuán amables son tus tiendas, Señor de los ejércitos! Mi alma ansía y codicia los atrios del Señor. ℣. Gloria al Padre.

La Santa Sede, al extender el beneficio de esta fiesta a las iglesias que no están consagradas, no juzgó conveniente modificar para ellas la Colecta. Ya admitamos una comunicación del privilegio entre la Iglesia catedral de cada diócesis y sus filiales no tan honradas, ya nos atengamos al sentido plenamente universal, según el cual todo edificio reservado al culto divino es símbolo de un templo más augusto, idéntico en todos los sitios: debemos dar gracias al que nos proporciona el poder gustar un año más las alegrías de esta gran solemnidad. Una vida larga, el conservar la salud, son beneficios de Dios que es justo reconocer; y darle gracias en su casa es disponerle a que nos escuche cuando

[1] Salmo LXXXIII, 2.

volvamos a implorar algún otro beneficio del cuerpo o del alma en este lugar, en que se digna atender todas las peticiones de su pueblo [1].

COLECTA

Oh Dios, que renuevas todos los años en nuestro favor el día de la consagración de este tu santo templo, y nos preservas siempre incólumes para asistir a tus sagrados Misterios: escucha las preces de tu pueblo y haz que, cualquiera que entre en este templo para pedir beneficios, se alegre de haberlos conseguido todos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

EPISTOLA

Lección del libro del Apocalipsis del Ap. San Juan (Jn., XXI, 2-5).

En aquellos días vi la santa ciudad, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo. Y oí una gran voz venida del trono, que decía: He aquí el tabernáculo de Dios entre los hombres, y habitará con ellos. Y ellos serán su pueblo, y el mismo Dios será su Dios con ellos: y enjugará Dios toda lágrima de sus ojos: y ya no habrá más muerte, ni duelo, ni gritos, ni dolor, porque las primeras cosas ya pasaron. Y dijo el que estaba sentado en el trono: Ahora hago nuevas todas las cosas.

La nueva Jerusalén. — No olvidemos que las magnificencias de la Iglesia de los cielos son ya las magnificencias de la Iglesia de la tierra, la cual es toda hermosa y santa, Esposa de verdad, y atrae por razón de este título a Dios entre

[1] *III Re.*, VIII, 52; IX, 3.

nosotros. Los profetas de Israel no usaron expresiones distintas que el discípulo amado, al anunciar que la infiel Sión sería sustituída en este mundo por otra Jerusalén.

"He aquí que voy a crear cielos nuevos y una tierra nueva, dice el Señor, y ya no se recordará el pasado... Tendré mis delicias en Jerusalén... y en adelante no se oirán más en ella llantos, ni clamores... porque voy a crear a Jerusalén ciudad de júbilo, y a su pueblo, pueblo de alegría [1]. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios [2]. Alaba al Señor, ciudad de Dios; en ti reedificará su tabernáculo. Con luz esplendorosa fulgurarás y todos los confines de la tierra te adorarán. Pueblos numerosos vendrán lejos y, trayendo dones, adorarán en ti al Señor y tendrán tu tierra por santa. Las puertas de Jerusalén serán hechas de zafiro y esmeralda, y de piedras preciosas todo el cerco de sus muros. Todas sus plazas serán pavimentadas con piedras blancas y relucientes, y en todas sus calles oirá cantar: ¡Aleluya!" [3].

Honremos, pues, no sólo a la Iglesia triunfante, sino también a la Iglesia militante; renovemos nuestra veneración para con ella, nuestra devoción, nuestro amor. "Alegraos con Jerusalén y jubilad con ella todos los que la amáis; llenaos con ella de alegría los que con ella ha-

---

1 *Is.*, LXV, 17-19.
2 *Jer.*, XXXI, 33.
3 *Tob.*, XIII.

céis duelo; mamad hasta saciaros la leche de sus consolaciones, mamad en delicia a los pechos de su gloria"[1]. Así cantaba Isaías, que había visto desde lejos la casa de Dios en la cumbre de los montes, en los collados de la gentilidad[2]. Y, haciéndole eco desde Nínive, donde estaba cautivo Israel, Tobías se proclamaba feliz por la esperanza de que alguno de su raza podría vivir lo bastante para contemplar las glorias de la nueva Sión[3]; y añadía: "Malditos serán los que te desprecian, y benditos serán los que te edifican; felices todos los que te aman, en tu paz se alegrarán[4]. Digamos nosotros: "Bendito sea el Señor que la exaltó, sea su reinado sobre ella por los siglos de los siglos"[5].

Los sentimientos que llenan al alma de la Santa Madre Iglesia se exteriorizan en el Gradual, una de las melodías más admirables que encontramos en el repertorio gregoriano. El versículo del Aleluya está sacado del salmo 137.

GRADUAL

Este lugar ha sido hecho por Dios, ¡oh misterio inestimable! Es un lugar irreprensible. ℣. Oh Dios, a quien asiste el coro de los Angeles, escucha las preces de tus siervos.

Aleluya, aleluya. ℣. Veneraré tu santo templo; y alabaré tu nombre. Aleluya.

---

1 *Is.,* LXVI, 10-11.
2 *Ibíd.,* II, 2.
3 *Tob.,* XIII, 20.
4 *Ibíd.,* XVI, 18.
5 *Ibíd.,* XIII, 23.

EVANGELIO

Continuación del santo *Evangelio* según San Lucas (Lc., XIX, 1-10).

En aquel tiempo, entrando Jesús en Jericó, caminaba por ella. Y he aquí que un hombre, llamado Zaqueo, que era príncipe de los publicanos y rico, quería ver también a Jesús y saber quién era: y no podía conseguirlo, porque era pequeño de estatura. Y, corriendo delante, subió a un sicómoro, para verle, pues había de pasar por allí. Y, habiendo llegado a aquel lugar, mirando Jesús, le vió, y le dijo: Zaqueo, baja en seguida, porque hoy tengo que quedarme en tu casa. Y bajó corriendo, y le recibió gozoso. Y, cuando lo vieron todos, murmuraron diciendo que se había ido con un hombre pecador. Mas Zaqueo, puesto en pie, dijo al Señor: Señor, doy a los pobres la mitad de mis bienes: y, si defraudé en algo a alguien, le devuelvo el cuádruplo. Díjole Jesús: Hoy ha venido la salud a esta casa: pues también éste es un hijo de Abraham. Porque el Hijo del hombre ha venido a buscar y a salvar lo que había perecido.

Jesús huésped de Zaqueo. — "Vino a los suyos y los suyos no le recibieron." Así se queja San Juan al comenzar su Evangelio. Pero algunos, sí, recibieron al Señor aceptando su mensaje y creyendo en su palabra. También algunos tuvieron el privilegio de hospedarle en su propia casa: San José y la Santísima Virgen, que vivieron en su intimidad durante largos años; Marta y María, en Betania; Zaqueo, en Jericó. El Evangelio nos recuerda hoy el paso de Jesús por la casa de este último. Zaqueo es un peca-

dor, despreciado del pueblo, y a él, prefiriéndole a los judíos, es a quien pide Jesús hospitalidad. Zaqueo acepta complacido y sabemos cómo al instante cambia de vida.

Jesús, al llamarle, pensaba en todos nosotros. Aquel llamamiento fué universal. Jesús quiere permanecer con nosotros, no en nuestras casas materiales, sino en nuestras almas por la fe y en nuestros corazones por la sagrada Eucaristía. Ojalá estemos siempre en las disposiciones que se requieren para oír su llamada, recibirla contentos y aprovecharnos de su presencia para reformar en nosotros todo lo que desagrada a a la pureza de su mirada divina...

El Ofertorio está tomado del pasaje del primer libro de los Paralipómenos donde David da gracias a Dios por haberle permitido reunir los tesoros necesarios para la construcción del templo. La Iglesia hace suyas las palabras del hijo de Jessé al ofrecer en el altar sus propios dones, al ofrecerse sobre todo a sí misma y a sus hijos para unirse en un mismo sacrificio con el Señor, su Esposo, y formar con él el verdadero templo de Dios. "Todas las cosas son tuyas, decía, el Rey-profeta en aquella ocasión: lo que voluntariamente te ofrecemos, de tu mano lo hemos recibido; Dios mío, tú escudriñas el corazón y amas la rectitud" [1].

---

[1] *I Par.*, XXIX, 14-18.

cual tu Hijo coeterno, Nuestro Señor Jesucristo, se dignó padecer para rescatar al mundo y en memoria también de tu santo *N.* *(aquí se nombra el santo titular de la iglesia)*. Descienda sobre ella tu Espíritu Santo, la abundancia desbordante de su gracia septiforme, para que cuantas veces tu santo nombre sea invocado en esta casa, tu piedad, Señor, oiga nuestras invocaciones y súplicas.

¡Oh beatísima y santa Trinidad, que todo lo purificas, todo lo adornas, todo lo engalanas! ¡Oh majestad santísima de Dios, que todo lo llenas, todo lo contienes, todo lo ordenas! ¡Oh dichosísima y santa mano de Dios, que todo lo santificas, todo lo bendices, todo lo enriqueces! Oh Dios, Santo de los Santos, imploramos tu clemencia con nuestras más devotas súplicas; dígnate, por nuestro humilde ministerio, purificar, bendecir y consagrar para siempre y con la abundancia de tus dones santificadores, esta iglesia levantada en honor de la Santa Cruz, en memoria también de tu santo *N.* Ofrézcante los sacerdotes aquí el sacrificio de la alabanza. Cumplan aquí sus promesas los pueblos fieles. Desaparezcan aquí las cargas de los pecados y vuelvan a la gracia los cristianos caídos.

Escucha, pues, Señor, nuestra oración; por la gracia del Espíritu Santo, en esta casa que es tuya, los enfermos se vean curados, recobren los débiles sus fuerzas, anden los cojos, queden limpios los leprosos, vean los ciegos, los demonios sean expulsados. Desaparezca, Señor, por tu ayuda, toda debilidad y miseria, sean desatados todos los lazos del pecado. Y así, todos los que vengan a este templo a pedir, cual conviene, tus beneficios, tengan la alegría de verse plenamente atendidos, a fin de que, una vez obtenida la misericordia que imploran, glorifiquen para siempre tu magnificencia gratuita. Por el mismo Jesucristo Nuestro Señor. Amén.

9 DE NOVIEMBRE

LA DEDICACION DE LA BASILICA DEL SANTISIMO SALVADOR

LAS DEDICACIONES EN EL SIGLO IV. — En el siglo IV de nuestra era, el fin de las persecuciones le pareció al mundo un gusto anticipado de su futura entrada en la ciudad de la paz eterna. ¡"Gloria al Todopoderoso, gloria al Redentor de nuestras almas"! exclama, al principio del décimo y último libro de su Historia, el contemporáneo Eusebio. Y, como testigo del triunfo, describe el admirable espectáculo que por doquier motivó la dedicación de los nuevos santuarios. De ciudad en ciudad se juntaban los obispos y se agolpaban las multitudes, y tal efecto de mutua caridad, de fe común, de alegría íntima trababa los corazones de unos pueblos con otros, que la unidad del cuerpo de Cristo parecía animada en esta multitud por el mismo soplo del Espíritu Santo. De este modo se cumplían las antiguas profecías: ciudad viviente del Dios vivo en la que todo sexo y toda edad ensalzaba al autor de todos los bienes. ¡Entonces sí que se manifestaron augustos los ritos de la Iglesia! La perfección que en ellos desplegaban los Pontífices, el canto de la salmodia, las lecturas inspiradas, la celebración de los misterios, todo eso formaba un conjunto divino.

OFERTORIO

Señor Dios, con sencillez de mi corazón te he ofrecido alegre todo esto: y veo con gran gozo al pueblo aquí reunido: oh Dios de Israel, conserva esta buena voluntad, aleluya.

Si la Misa se dice fuera de la iglesia cuya Dedicación se celebra, el sacerdote omite en la Secreta siguiente las palabras que van entre paréntesis.

SECRETA

Suplicámoste, Señor, escuches nuestras preces: (para que, todos los que estamos dentro del recinto de este templo, cuyo día aniversario de la dedicación celebramos, te agrademos con plena y perfecta devoción de cuerpo y alma); a fin de que, mientras te hacemos presentes estos votos, merezcamos llegar con tu ayuda a los premios eternos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

En todo lugar es buena la oración, pero reviste una eficacia especial en las iglesias consagradas. La Antífona de la Comunión se apoya, para decírnoslo, en la palabra del Altísimo que declara a su casa como casa de oración[1], en la cual, añade la Iglesia, se realiza la otra palabra: "El que pide, recibe; el que busca, encuentra; y al que llama, se le abrirá"[2].

1 *S. Mat.*, XXI, 13.
2 *Ibid.*, VII, 8.

COMUNION

Mi casa se llamará casa de oración, dice el Señor: en ella, todo el que pide, recibe: y, el que busca, encuentra: y, al que llama, se le abre (T. P. Aleluya.)

La Poscomunión, que reúne en una suprema aspiración los sentimientos de la Iglesia, formula con gran acierto de expresión el múltiple misterio del día.

POSCOMUNION

Oh Dios, que preparas a tu Majestad un eterno tabernáculo con piedras vivas y escogidas: auxilia al pueblo que te suplica: para que, lo que aprovecha a tu Iglesia con espacios temporales, la amplifique también con espirituales aumentos. Por Nuestro Señor Jesucristo.

Unámonos a la Iglesia para pedir las bendiciones que implora el día de consagración de los templos en que se ve ella simbolizada. Si pensamos en que la Iglesia es siempre oída, veremos en este Prefacio del Pontifical los beneficios que esperan en ella a nuestra humilde oración.

PREFACIO

Dios eterno, sé favorable a nuestras oraciones, haz eficaces estos ritos sagrados, ayuda también a los trabajos piadosos de los que te sirven: imploramos tu misericordia. A pesar de nuestra indignidad, consagramos esta iglesia, que es tuya, con la invocación de tu santo nombre, en honor de la santa cruz, en la

La Basílica de Letrán. — El 9 de noviembre del año 324 fué el natalicio o la Dedicación de la Basílica de Letrán. El Emperador Constantino había mandado construirla en 315. El Papa Silvestre la dedicó al Salvador, cuya imagen dada a conocer a los fieles después de los siglos de las persecuciones, les pareció a ellos una visión divina.

Los Papas fijaron su residencia en el Palacio próximo a la Basílica, la cual se convirtió en su catedral y, por eso, "en madre y cabeza de todas las iglesias de la Ciudad y del mundo".

Dos incendios ocurridos en el siglo XIV y la incura que se tuvo con ella mientras los Papas estuvieron en Aviñón, hicieron necesaria una reconstrucción casi total. La Basílica fué nuevamente consagrada, pero esta vez, en honor de San Juan Bautista y San Juan Evangelista.

La fiesta de este día. — Si celebramos la Dedicación de nuestras iglesias particulares; si festejamos con alegría y satisfacción la de nuestras catedrales, parece justo y natural que celebremos todos los años en el mundo entero la Dedicación de "la Iglesia madre", de la catedral del Papa. Precisamente en ella se verifica todavía hoy la toma de posesión oficial de los Pontífices romanos; en ella, desde el siglo IV, se celebran las solemnes funciones de la bendición de los Santos Oleos en el Jueves Santo, y dos días después la bendición de la pila bautismal;

en ella fueron bautizados durante siglos, millares de catecúmenos, y ordenados miles de sacerdotes que pertenecían a todas las diócesis de la cristiandad; en ella se veneró siempre y se venera también hoy la antigua imagen del Salvador. Esta misma imagen es la que miraron y veneraron millares de cristianos en el curso de sus visitas jubilares al ir a Roma en demanda del perdón de sus pecados.

Dirijamos a Cristo las aclamaciones que se leen en los mosaicos del ábside: "Te esperamos a ti, Salvador y Señor, Jesucristo. ¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo! ¡Tú eres nuestro Maestro, Cristo!"

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN TEODORO, MARTIR

Conmemoramos a uno de los Santos más célebres y venerados del Oriente antiguo. San Teodoro, si hemos de creer a su leyenda, era soldado y murió mártir, siendo quemado vivo, en defensa de su fe. Sus reliquias eran veneradas en Eucaita por las multitudes de fieles que allí iban en peregrinación todos los años, y por las madres que encomendaban al santo la salud de

sus niños enfermos. San Gregorio Niseno pronunció un panegírico en su honor y Roma le dedicó tres iglesias.

Oración: "Oh Dios, que nos rodeas y proteges con la gloriosa confesión de tu Mártir San Teodoro: concédenos aprovechar con su ejemplo y ser socorridos con sus oraciones. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

10 DE NOVIEMBRE

SAN ANDRES AVELINO, CONFESOR

¿REFORMA O REBELIÓN? — Fué costumbre de mucho tiempo y lo es todavía hoy, llamar con el nombre de "Reforma" el extenso movimiento de rebelión inaugurado contra la Iglesia por Lutero. Para muchos, que tienen unas nociones de historia demasiado elementales, la Iglesia en el siglo XVI había caído en un letargo y en una corrupción al parecer incurables que hicieron necesarias las "apelaciones al Concilio" del 28 de noviembre de 1518 y del 17 del mismo mes del año 1520; estas apelaciones las hacía el monje hereje para decidir a la Iglesia a salir del estado en que se hallaba, por medio del Concilio de Trento. Debería la Iglesia estar agradecida siquiera en parte al protestantismo

por la "contra-reforma" que éste en cierto modo la impuso.

Pero la verdad es totalmente distinta; y es hacer obra, no de sectario, sino de historiador afirmar en primer lugar que el protestantismo fué una rebelión contra la Iglesia y no un retorno al espíritu del Evangelio, a la Biblia y al culto de los primeros siglos; y luego, también hay que afirmar que, como las fechas lo prueban, la reforma de la Iglesia había comenzado antes de la apostasía de Lutero por el retorno, esta vez auténtico, al espíritu del Evangelio, al espíritu de Cristo, al espíritu de los Apóstoles.

El Concilio de Trento sin duda ninguna era necesario para exponer con precisión el dogma católico ante las osadías de los innovadores y para ayudar con sus decretos a la reforma de los hombres y de las instituciones; pero está probado que su reunión y su eficacia fueron posibles gracias a la verdadera renovación religiosa y moral suscitada antes un poco en todas partes por los movimientos reformistas cuya influencia iba en aumento continuamente. En 1517 se había terminado el concilio de Letrán en el que el General de los Agustinos hizo notar que "los hombres tienen que ser mudados por la religión y no la religión por los hombres". En 1514 León X aprobaba con una Bula "el Oratorio del Amor Divino" que florecía hacía ya veinte años y abrigaba en su seno a hombres que sólo pensaban en el reino de Dios y en su justicia, como

Cayetano de Tiene, Juan Pedro Carafa, futuro Papa con el nombre de Paulo IV, diplomáticos de la Curia y célebres humanistas.

LOS CLÉRIGOS REGULARES. — Entre los que trabajaron en la obra de la reforma católica en Italia, hay que poner en lugar distinguido a los Clérigos Regulares, teatinos, barnabitas, somascos, cuyas virtudes recordaron al mundo la santidad del sacerdocio y cuyo celo en pro de la juventud y del clero, contribuyó a cambiar las costumbres de la sociedad y demostró que la Iglesia posee siempre en ella la fuente viva de la santidad de Cristo.

SAN CAYETANO Y SAN ANDRÉS. — Ya vimos el 8 de abril con qué perfección quiso San Cayetano tomar otra vez y practicar el consejo de la pobreza absoluta y el celo desinteresado de los primeros Apóstoles. Buena réplica dió con su santidad tan humilde al "alboroto", a los insultos y a los vicios de Lutero.

Murió en Nápoles el 7 de agosto de 1547. Pero nueve años después, el cielo otorgaba a su Congregación, que seguía fervorosa y fiel a su espíritu, un heredero de su heroica santidad y de sus virtudes sobrenaturales. San Andrés Avelino iba a ser el amigo y el sostén del Santo Cardenal de Milán San Carlos Borromeo y el que iba a formar admirables discípulos que continua-

rían sirviendo a la Iglesia con su doctrina y su celo [1].

VIDA. — Andrés nació en 1521 en Castro-Nuovo, en Italia. Tuvo una juventud piadosa, pura y de mucho trabajo. Después de estudiar el Derecho en Nápoles, se ordenó de sacerdote en 1545, y en lo sucesivo no quiso ya defender causas ajenas al foro eclesiástico. Un día se le escapó una mentirilla: y le entró tal pena, que abandonó la abogacía y se entregó por completo al santo ministerio, en particular entre religiosas. En 1556 entró en los Clérigos Regulares de San Cayetano de Tiene; se le puso el nombre de Andrés, por su amor a la cruz. Vivió en la religión con gran austeridad, con celo ardiente por la salvación y la santificación de las almas, y en una piedad y caridad que Dios recompensó con prodigios. Propagó su Instituto, ayudó con su amistad al Cardenal Borromeo en su obra de reforma en Milán y murió el 10 de noviembre de 1608 de un ataque de apoplegía. Sus restos descansan en la iglesia de San Pablo de Nápoles. Fué beatificado el 4 de septiembre de 1624 y canonizado el 22 de mayo de 1712.

EL DESEO DE DIOS. — ¡Cuán suaves y fuertes fueron para contigo, oh bienaventurado Andrés, los caminos de la eterna Sabiduría, ya que aquella faltilla en que caíste por inadvertencia, fué el punto de partida de la santidad que en ti resplandece! *La boca que miente, mata al alma* [2], nos dice la Sabiduría, la cual añade: *No provo-*

---

[1] Entre otros debemos citar a Lorenzo Scupoli, autor del *Combate espiritual* que San Francisco de Sales leía siempre con tanto provecho y recomendaba con gusto.

[2] *Sab.*, I, 11.

árabes a Madrid, los cristianos enterraron la santa imagen para preservarla de la profanación, cumpliendo el decreto dado sobre este particular por el Arzobispo de Toledo D. Raimundo.

Después de la Reconquista de Toledo, el rey mandó que se colocase la Virgen de la Almudena en el mismo templo que allí existía.

En 1868 fué trasladada a la Iglesia del Sacramento, por demolición de la suya. Posteriormente fué colocada en la cripta de la Iglesia catedral que se está construyendo en su honor en Madrid, emplazada muy cerca del lugar donde fué encontrada la sagrada Imagen.

El nombre de Almudena parece derivarse de la costumbre que tenían antiguamente los labradores que iban a vender granos a Madrid, de dejar siempre un *Almud* de grano para el culto de la Virgen.

La Misa tiene varias piezas similares a la de la fiesta del Carmen. La Oración es como sigue: "Suplicámoste, Señor, mires propicio la devoción de tu pueblo; para que, por los méritos y las preces de la Santísima Virgen María, consigamos en el presente los dones de tu gracia, y la salud eterna en los cielos. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén".

11 DE NOVIEMBRE

SAN MARTIN, OBISPO Y CONFESOR

POPULARIDAD DE SAN MARTÍN. — Tres mil seiscientas sesenta iglesias dedicadas a San Martín en Francia [1], y casi otras tantas en el resto del mundo, dan fe de la popularidad inmensa del gran taumaturgo. Por los campos, en los montes más altos, en el fondo de los bosques, hay árboles, riscos, fuentes, que en otro tiempo, cuando la idolatría traía engañados a nuestros padres, fueron objeto de un culto supersticioso, pero que luego recibieron y conservan aún el nombre del que libró del demonio a aquellos antepasados nuestros para devolverlos al verdadero Dios. Echadas, en fin, de sus dominios las falsas divinidades romanas, celtas o germánicas, Cristo solo, en adelante por todos esos pueblos adorado, sustituía en el recuerdo agradecido de los mismos al humilde soldado que las había vencido.

En efecto, la misión que tuvo Martín fué la de acabar de derrotar al paganismo que, expulsado de las ciudades por los Mártires, continuaba siendo en su tiempo dueño de vastos territorios en donde no penetraba la influencia de las ciudades.

---

1 Una lista por diócesis se puede ver, en la obra *Saint Martin* de Lecoy de la Marche, en el Apéndice.

quéis la muerte con el extravío de vuestra vida, ni os atraigáis la ruina con las obras de vuestras manos[1]; y tú comprendiste todo el sentido de esas palabras y empezaste a considerar de muy distinta manera el fin de la vida, como lo demostraron los votos que la divina Sabiduría te inspiró para huir continuamente de ti mismo y acercarte cada vez más al Bien Sumo. Con la Iglesia[2], damos gracias al Señor que *dispuso ascensiones tan admirables en tu alma*[3].

Tu corazón y tu carne saltaban de gozo por el Dios vivo; tu alma absorta en el amor de los atrios sagrados, desfallecía pensando en ellos[4]. Y ¿por qué extrañar que el supremo deliquio al pie de los altares del Señor de los ejércitos, te introduzca en su santa casa? ¡Con qué alegría te acogen en los coros eternos[5] tus angelicales compañeros de este mundo en la alabanza divina! Echa una mirada al culto que te tributa la tierra. Dígnate responder a la confianza de Nápoles y de Sicilia, que se encomiendan a tu poderosa ayuda cerca del Señor. Bendice a los Clérigos Regulares Teatinos. Y para todos nosotros, consíguenos una parte en las bendiciones que en tanta abundancia recibiste[6]. Los vanos placeres no lleguen jamás a seducirnos y ten-

---

1 *Sab.*, I, 12.
2 Oración de la Misa.
3 Salmo LXXXIII, 6.
4 Ibíd., 2, 3.
5 Ibíd., 4, 5.
6 Salmo LXXXIII, 8.

gamos en más ser humildes en la casa de Dios que grandes en el mundo [1]. Si, como tú, amamos la misericordia y la verdad, *el Señor nos dará,* como a ti, *la gracia y la gloria* [2].

La muerte repentina.—En recuerdo de las circunstancias en que se realizó tu dichosa muerte, el pueblo cristiano te venera como protector contra la muerte repentina e imprevista: ampáranos en el último tránsito; haz que la inocencia de nuestra vida o la penitencia nos preparen una salida feliz; que nuestro suspiro final, a imitación del tuyo, se exhale, en la esperanza y en el amor [3].

EL MISMO DIA

NUESTRA SEÑORA DE LA ALMUDEMA

Es el nombre con que se venera en Madrid a la Santísima Virgen. Su templo, el primero que se construyó en dicha capital, se yergue sobre el mismo lugar donde antes se levantaba una mezquita musulmana. La imagen de la Virgen fué hallada el 9 de noviembre de 1085 al desplomarse unas piedras de la Alhóndiga o Almudith de los moros. Se cree que, al conquistar los

1 Salmo LXXXIII, 11.
2 Ibíd., 12.
3 Ibíd., 13.

Por eso, a la vez que tenía las complacencias de Dios, ¡cuánto odio hubo de aguantar de parte del infierno! Desde el principio se encontraron Satanás y Martín: "Me hallarás por doquier en tu camino", había dicho Satanás[1] y cumplió la palabra. Y la ha cumplido hasta nuestros días: acumulando ruinas siglo tras siglo sobre el sepulcro glorioso que atraía hacia Tours al mundo entero; en el siglo XVI, arrojando a las llamas por las manos de los hugonetes los restos venerados del protector de Francia; y, por fin en el XIX, haciendo que unos hombres cometiesen la locura de destruir por sí mismos en plena paz la espléndida basílica que constituía la riqueza y la gloria de su ciudad.

En estos hechos se nos manifiestan la gratitud de Cristo rey y la rabia de Satanás, y por sí dicen bastante en pro de los incomparables trabajos del Pontífice apóstol y monje que se llamó San Martín.

El monje. —Fué monje de hecho y de deseo hasta el último día. "Desde sus primeros años de niño, sólo anhela servir a Dios. A los diez años es catecúmeno, y a los doce quiere irse al desierto; tiene todos sus pensamientos en los monasterios y en las iglesias. A los 15 años es ya soldado y de tal forma vive, que se le podría considerar como monje[2]. A continuación de un

1 Sulpicio Severo: *Vida*, VI.
2 *Ibid.*, c. II.

primer ensayo de vida religiosa en Italia, Hilario llevó, por fin, a Martín a la soledad de Ligugé, que, gracias a él, fué la cuna de la vida monástica en las Galias. Y Martín, a decir verdad, a lo largo de su vida, se sintió por doquier forastero, excepción hecha de Ligugé. Monje por inclinación y soldado a la fuerza, llegó a ser obispo por violencia; y entonces continuó con sus costumbres monásticas. Cumplía con su dignidad episcopal, nos dice su historiador, sin dejar la regla y la vida de monje [1]; al principio se construyó una celda junto a su iglesia de Tours; luego se hizo a cierta distancia de la ciudad un segundo Ligugé con el nombre de *Marmoutier* o de *gran monasterio*" [2].

La Liturgia atribuye la gloria de las maravillosas virtudes de que dió pruebas Martín en su vida, a la dirección que recibió del obispo de Poitiers [3]. Y ¿qué razones tuvo San Hilario para llevar por caminos tan poco conocidos entonces en Occidente al admirable discípulo que le daba Dios? Como San Hilario no nos lo dice, tendremos que preguntar al heredero más autorizado de su doctrina y de su elocuencia:

---

1 Ita implebat episcopi dignitatem, ut non tamen propositum monachi virtutemque desereret. Sulpicio Severo: *Vida*, X.

2 Cardenal Pie, Homélie prononcée à l'occasion du rétablissement de l'Ordre de Saint-Benoît à Ligugé, 25 novembre 1853.

3 Hilarium secutus est Martinus, qui tantum illo doctore profecit, quantum eius postea sanctitas declaravit. (Fiesta de San Hilario, 2.º Nocturno.)

FUNCIÓN DEL ORDEN MONÁSTICO EN LA IGLESIA. "El pensamiento dominante de todos los santos, en todos los tiempos ha sido, dice el Cardenal Pie, el de que, junto al ministerio ordinario de los Pastores, cuyas funciones los obligan a vivir en medio del mundo, se necesitaba en la Iglesia una milicia separada de él y alistada bajo de la bandera de la perfección evangélica, que viviese del renunciamiento y de la obediencia, y que cumpliese noche y día la noble e incomparable tarea de la oración pública. Los más ilustres Pontífices y los más grandes Doctores han pensado que el mismo clero secular nunca se hallaría tan dispuesto para propagar y popularizar por el mundo las puras doctrinas de Evangelio, como cuando se hubiese preparado para las funciones pastorales viviendo de la vida monástica o acercándose a ella lo más posible. Repasad la vida de los más grandes hombres del episcopado así en Oriente como en Occidente, ya sea en los tiempos que precedieron de modo inmediato a la paz de la Iglesia, ya sea también en la Edad Media; todos practicaron algún tiempo la vida religiosa o vivieron en contacto diario con los que la practicaban. Hilario, el gran Hilario, con su mirar penetrante y práctico, había dado en la cuenta de esta necesidad; había comprendido qué puesto tenía que ocupar el orden monástico en el cristianismo, y el clero regular en la Iglesia. En medio de sus combates, de sus luchas, de sus destierros, testigo ocu-

lar de la importancia de los monasterios en Oriente, suspiraba con todas sus ansias por el momento de verse nuevamente en las Galias, y de establecer cerca de sí los fundamentos de la vida religiosa. La providencia no se hizo esperar y le envió lo que para tal empresa convenía: un discípulo digno del maestro, un monje digno del obispo" [1].

El taumaturgo. — "Lejos de mí, continúa el Cardenal, no reconocer toda la fuerza y toda la vitalidad que la religión de Jesucristo poseía ya en nuestras diversas provincias, gracias a la predicación de los primeros apóstoles, de los primeros mártires y de los primeros obispos, cuya serie remonta a los tiempos más cercanos al Calvario. Con todo eso, no temo decirlo, el apóstol popular de la Galia, el que convirtió a la gente del campo, en su mayor parte pagana hasta entonces, el fundador del cristianismo en Francia, fué principalmente San Martín. Y ¿de dónde vino a Martín esta preeminencia de apostolado sobre tantos otros grandes obispos y servidores de Dios? ¿Colocaremos a Martín por encima de su maestro Hilario? Si se trata de doctrina, seguro que no; si hablamos de celo, de valentía, de santidad, no me toca a mí declarar quién fué mayor, si el maestro o el discípulo; pero lo que puedo decir, es que Hilario fué ante todo un doctor, y Martín fué principalmente un tauma-

1 Cardenal Pie, *ubi supra.*

turgo. Ahora bien, para la conversión de los pueblos, puede más el taumaturgo que el doctor; y, por eso, en el recuerdo y en el culto de los pueblos queda el doctor eclipsado por el taumaturgo.

"Hoy se habla mucho de razonamientos para persuadir a uno a que acepte las cosas divinas: con eso olvidamos la Escritura y la historia; y, además, nos rebajamos. Dios no ha creído conveniente discutir con nosotros. Ha afirmado, ha dicho lo que es y lo que no es; y, como exigía fe a su palabra, dió autoridad a la suya. Pero ¿cómo la autorizó? Como Dios, no como hombre; con obras, no con razones: *non in sermone, sed in virtute;* no con los argumentos de una filosofía persuasiva en lo humano: *non in persuasibilibus humanae sapientiae verbis,* sino desplegando un poder totalmente divino; *sed in ostensione spiritus et virtutis.* ¿Por qué? He aquí la razón profunda: *Ut fides non sit in sapientia hominum, sed in virtute Dei:* para que la fe vaya fundada no en la sabiduría del hombre, sino en la fuerza de Dios[1]. Hoy no se quiere pensar ya de esta manera; se nos dice que en Jesucristo el obrador de milagros perjudica al moralista y que el milagro es una mancha en este sublime ideal. Pero no se podrá abolir este orden, ni se podrá borrar el Evangelio ni la Historia. Mal que los pese a los sabios de este mun-

---

1 *I Cor.,* II, 4.

do, y mal que los pese también a los que con ellos condescienden, Cristo no sólo hizo milagros, sino que fundó la fe en los milagros; y el mismo Jesucristo puso en la Iglesia, y durará hasta el fin, la virtud de los milagros, no para confirmar sus propios milagros, que son el sostén de los demás, sino por compasión a nosotros, que somos fáciles al olvido y que nos impresionamos más con lo que vemos que con lo que oímos. Nuestro siglo ha visto el milagro y seguirá viéndole todavía; el siglo IV presenció sobre todo los de Martín.

El apóstol de las Galias. —"Obrar milagros era para él un juego de niños; toda la naturaleza obedecía a su mandato. Los animales se le sometían: "¡Ay de mí!, exclamaba un día el Santo, las serpientes me escuchan, y se niegan a oírme los hombres." No obstante eso, los hombres le oían. En cuanto a la Galia, toda ella le oyó; no sólo la Aquitania, sino la Galia Celta y la Galia Belga. Y ¿cómo resistir a una palabra autorizada con tantos prodigios? En todas estas provincias derribó uno en pos de otro todos los ídolos, redujo las estatuas a polvo, quemó y demolió todos los templos, destruyó todos los bosques sagrados, todas las madrigueras de la idolatría. Me preguntaréis: Y eso ¿era legal? Tal vez lo fuese en la legislación de Constantino y de Constancio. Pero lo que puedo decir es, que Martín, devorado por el celo de la casa

del Señor, en esto no obedecía más que al Espíritu de Dios. Y tengo que añadir que Martín no usaba contra las furias del pueblo pagano más armas que los milagros que obraba, el concurso visible de los ángeles que a veces se le concedía, y sobre todo, por fin, las oraciones y las lágrimas que derramaba en presencia de Dios cuando la multitud empedernida resistía al poder de su palabra y de sus prodigios. Pero, con estos medios, Martín cambió la faz de la tierra de Francia. Donde era difícil encontrar un cristiano antes de pasar nuestro santo, apenas si quedaba después un infiel. Los templos del Dios vivo sucedían rápidamente a los templos de los ídolos; pues, como dice Sulpicio Severo, tan pronto como derribaba los asilos de la superstición, construía iglesias y monasterios. De ese modo se cubrió toda Europa de templos que llevaron el nombre de Martín" [1].

LAS FIESTAS DE SAN MARTÍN. — Con la muerte no cesaron sus beneficios; ellos por sí solos explican el concurso ininterrumpido de los pueblos a su sepulcro bendito. Sus diversas fiestas a lo largo del año, Deposición o Natalicio, Ordenación, Subvención, Reversión, no consiguieron agotar la piedad de los fieles. Fiesta de guardar en todas partes [2], favorecida por la breve pre-

---

[1] Cardenal Pie, Sermon prêché dans la cathédral de Tours le Dimanche de la solennité patronale de Saint Martin, 14 de noviembre de 1858.

[2] Concilio de Maguncia, en 813, can. XXXVI.

sencia de hermosos días que nuestros antepasados llamaban el veranillo de San Martín, la solemnidad del 11 de noviembre rivalizaba con la de San Juan por los regocijos que ocasionaba en la cristiandad latina. Martín era la alegría y la panacea universal.

El patrón de Francia. — Por eso, Gregorio de Tours no duda en ver en su santo predecesor *al patrón especial del mundo entero* [1]. Nunca dejaron de hacer valer sus títulos a un afecto especialísimo del gran Obispo monjes y clérigos, soldados, caballeros, viajeros y hosteleros, como recuerdo de sus largas peregrinaciones, ni tampoco las asociaciones de caridad en todas sus formas en memoria de la capa de Amiens. Hungría, donde nació, le cuenta con todo derecho entre sus valiosos protectores. Francia le tuvo por padre: así como la unidad de la fe fué obra suya en ella, estuvo también al frente de ella al formarse la unidad nacional, y vela por ella a lo largo de los siglos; la capa [2] de San Martín guió a los ejércitos franceses al combate antes que la oriflama de San Dionisio. Por eso decía Clodoveo: "¿Dónde pondremos nuestra esperan-

---

1 De Miraculis S. Martini, IV, in Prolog.

2 Cualquiera que haya sido la pieza de vestir de San Martín designada con ese nombre, es lo cierto que el oratorio de los reyes de Francia tomó de ella su nombre de *capilla*, con que después se llamó a otros muchos.

za de vencer si se ofende al bienaventurado Martín [1]?"

VIDA. — Martín nació en Panonia (Hungría) en 316. Alistado de muy joven en los ejércitos romanos, no era más que catecúmeno cuando dividió su capa con un pobre a las puertas de Amiens. Recibido el bautismo, deja la vida militar y entra en la escuela del gran doctor de las Galias, Hilario, obispo de Poitiers. El deseo de convertir a sus padres, que continuaban siendo paganos, le hace regresar a su patria; vuelve luego de nuevo a la Galia y funda el monasterio de Ligugé, junto a Poitiers. Se hace célebre por los milagros y acuden discípulos a poblar su soledad. Al morir Hilario, pudo ocultarse a los de Poitiers, que le querían para obispo; los de Tours serán poco después más hábiles: en 371 se apoderarán de él con un ardid y le obligarán a ordenarse. Su cargo pastoral no le hace olvidar las horas largas de contemplación que saboreó en Ligugé: funda Marmoutiers, a 3 kilómetros de Tours, y este monasterio llega a ser escuela y Seminario o semillero de obispos. Con frecuencia va aquella soledad y en ella se le aparece nuestra Señora, y el demonio trata de desalentarle persiguiéndole de mil maneras. Su celo traspasa los límites de su diócesis: nos le encontramos en las diócesis vecinas y hasta en el Artois, en Picardía, en Trèveris, en Bélgica, en España, y su palabra, apoyada en su caridad y en sus milagros, obra maravillas por doquier. Esta caridad le lleva a Candes en noviembre del 397, para restablecer la concordia entre los monjes, y allí muere en la paz de Dios a una edad que excede los 80 años.

---

1 Et ubi erit spes victoriae, si beatus Martinus offenditur? Gregorio de Tours: *Historia de los Francos*, II, XXXVII.

La protección de San Martín. — Al llegar tu dichosa muerte, tus desconsolados discípulos intentaron retenerte en el mundo: "Padre, ¿por qué nos dejas? Lobos carniceros se van a lanzar sobre tu rebaño." Y lleno de compasión, dijiste al Señor: "Si todavía me necesita tu pueblo, no me niego al trabajo; hágase tu voluntad." Había llegado la hora de la recompensa y, al dártela, no nos privó Dios de tu protección. Francia y el mundo han experimentado admirablemente en el correr de los siglos que la palabra de Gregorio de Tours, tu sucesor, continúa siendo verdadera: eres el Patrón especial de todo el mundo.

Hoy nos unimos a los peregrinos que visitan tu sepulcro glorioso. Hacemos nuestras todas las oraciones que siglo tras siglo te han dirigido en aquel lugar santo; nos asociamos a todos los fieles que han ido a implorar tu auxilio, y a pedir a Dios sus más preciosas gracias apoyándose en tus méritos.

"¡Oh Pontífice Bienaventurado, que amaste a Cristo con todas las fibras de tu ser y no te acobardaste ante los poderosos de este mundo! Alma santísima, que no separó del cuerpo la espada del perseguidor, sin que por eso perdieses la palma del martirio": conserva en nuestros corazones el amor de Jesucristo y de la Iglesia. Bendice a los soldados, cuyo modelo fuiste; a los religiosos, cuya vida santa tú llevaste; a los sacerdotes y a los obispos, de quienes eres gloria y modelo; a los pobres y a los humildes,

para quienes fuiste padre: a Francia, de la que fuiste Apóstol. Suscita entre nosotros Santos que nos devuelvan la fe que tú predicaste con tanto fervor y tan buen suceso.

Ayuda a nuestra oración tú, cuyos "ojos y manos estaban continuamente elevados al cielo y que no sabías lo que era cansancio en la oración". Alcánzanos que, a ejemplo tuyo, "no rehusando ni a la vida ni a la muerte", vivamos y muramos como buenos cristianos para poder ir contigo "a glorificar a la Santísima Trinidad, de la que fuiste en la tierra, por tus palabras y por tu vida, perfecto confesor".

EL MISMO DIA

SAN MENAS, MARTIR

Aunque parezca que todos los honores de este día son para San Martín, no fué así en el siglo VII, al menos en Roma, ya que San Menas se había adelantado al apóstol de las Galias. Soldado, luego ermitaño y confesor de la fe, su culto tuvo en los primeros siglos un desarrollo muy grande en todo el Oriente, y su sepulcro, a nueve millas de Alejandría, atraía por millares a los peregrinos. Estos regresaban a sus casas llevando consigo algo de aceite del que había ardido junto al cuerpo del santo, a fin de conse-

guir la protección y los favores del mártir nacional de Egipto.

Oración: Suplicámoste, oh Dios omnipotente, hagas que, los que celebramos el natalicio de tu santo mártir Menas, seamos fortalecidos por su intercesión en el amor de tu nombre. Por Nuestro Señor Jesucristo.

12 DE NOVIEMBRE

SAN MARTIN, PAPA Y MARTIR

HONOR QUE SE DEBE A LOS MÁRTIRES. — "Todos saben que Dios quiere que los pueblos celebren la gloria de los mártires, para darles el honor que les es debido y para tener ante la vista, con ayuda de la gracia, los ejemplos de sus virtudes. Porque, al ver el honor que se tributa a las virtudes de estos Mártires, advertimos cuán grande es la gloria que tienen en el cielo aquellos cuya fiesta celebramos en la tierra; sus ejemplos nos incitan a dar pruebas de la misma valentía, de la misma devoción, y de una misma fe, para que, auxiliados por Jesucristo, consigamos combatir y vencer al enemigo, y después de lograr la victoria, triunfemos como estos Santos en el reino celestial.

LA LECCIÓN DE LOS MÁRTIRES. — "¿Quién puede pretender asociarse a sus méritos sin haber dado

pruebas de la misma firmeza, profesado su fe, imitado su fortaleza en los padecimientos; sin haber buscado o hallado una gloria semejante, poniendo de acuerdo su propia conducta con los ejemplos de la vida de ellos? Y ya que no todos puedan llegar al mismo grado de gloria por el martirio, hágase al menos cada cual digno, por sus buenas obras, de tan gran honor. Dios, lleno de bondad, está siempre pronto para otorgar el martirio a los servidores suyos que lo desean o para hacerlos, sin el martirio, partícipes de las recompensas que dispensa a los santos Mártires"[1].

San Martín I. — Ayer celebramos al Apóstol de las Galias que "tanto amaba a Cristo Rey y no temía a los poderosos de la tierra", y bendecíamos a su "alma santísima, a la que no pudo separar del cuerpo la espada del perseguidor, sin que por eso perdiese el santo la palma del martirio"[2]. La Iglesia, en efecto, había conseguido la paz; y aunque la gente del campo todavía pagana se mostraba a veces hostil defendiendo a sus dioses amenazados por los apóstoles del cristianismo, hay que decir que el tiempo de la persecución, al menos oficialmente, había terminado.

Mas la palabra de San Pablo sigue siendo verdadera: "Todos los que aspiran a vivir piado-

---

1 S. Juan Crisóstomo, *Sobre los mártires,* l. III, cap. I.
2 Ant. del Magnif, de II Visp.

samente en Cristo Jesús, sufrirán persecuciones"[1]. La Iglesia ha tenido, tiene y tendrá siempre sus mártires, porque Satanás no se da por vencido y sabe armar a sus secuaces contra los que destruyen su maligno imperio. "De entre todos sus predecesores que siguieron a los tiempos de Constantino, dice Baronio, el más dichoso fué Martín I: juzgado digno de sufrir más que todos los demás por el nombre de Jesucristo, tuvo la gran suerte de encontrar a Decio y Diocleciano en la persona de un príncipe bautizado"[2].

El Emperador Constante II. — No es el paganismo, efectivamente, el único peligro que pueda temer la Iglesia. La herejía es quizá más grave, por ser más sutil y más oculta. Ahora bien, a los emperadores paganos que pretendían imponer la adoración de los falsos dioses a todos sus súbditos, siguieron los emperadores que querían imponer a la Iglesia edictos dogmáticos. En este ambiente del siglo VII sostenía Constante la herejía monotelita, que atacaba la integridad de las dos naturalezas, humana y divina, de Cristo al enseñar que en él hay una sola voluntad, como hay una sola persona.

A San Martín I cupo la gloria de proclamar ante 500 obispos la verdad católica que nos transmitieron los Apóstoles, y la de recordar con

[1] *II Tim.*, III, 12.
[2] *Annales*, año 651.

solemnes definiciones que hay en Cristo voluntad humana, pero que ésta está totalmente sometida a la voluntad divina; así, tuvo también la gloria de probar que el hijo de la Virgen María es con toda verdad nuestro hermano por la integridad de su naturaleza humana, el más cabal, el más perfecto y el más hermoso de nuestros hermanos, nuestro Dios y nuestro Salvador.

VIDA. — Martín I sucedió al papa Teodoro el 14 de mayo del 649. Era de origen toscano y había ejercido en Constantinopla las funciones de apocrisario. Es sabido que la sede patriarcal de esta ciudad estaba ocupada por Pablo, un intruso que profesaba el monotelismo, doctrina que pretende que en Cristo no hay dos voluntades sino una sola. A partir del 5 de octubre de este año (649), el Papa reunió un concilio en Letrán y ante 500 obispos condenó dicha herejía. El emperador Constante II no quiso someterse a la sentencia y quitó al Papa y le condujo a Constantinopla, donde le encerró en prisión, y le condenó después a muerte tratándole del modo más cruel. El patriarca cismático, estando ya para morir, temiendo la cuenta que tenía que dar en el juicio de Dios, pidió al emperador que no ejecutase la sentencia contra el Papa, y le fué conmutada la pena por cadena perpetua. Enviado al Quersoneso (Crimea), allí murió el 16 de septiembe del 655, en medio de una espantosa miseria y después de innumerable padecimiento. Su cuerpo fué enterrado en la iglesia de dicha ciudad y llevado más tarde a Roma, y sus reliquias descansan en la iglesia de San Martín de los Montes.

INTEGRIDAD DE LA FE. — Te saludamos con la liturgia griega, oh santo Pontífice, como "el más

ilustre guía de la doctrina ortodoxa, el corifeo santo e infalible de los dogmas divinos, el vengador de la verdad contra el error. Te reconocemos como el pilar de la fe ortodoxa y el maestro de la teología; te bendecimos por haber honrado el trono de San Pedro, por haber conservado inconmovible sobre esta Piedra divina a la Iglesia y por haber merecido la gloria eterna."

Tú, que sufriste en el Oriente, hoy separado de Roma por un cisma tan funesto, dígnate pedir por aquellos nuestros hermanos, los cuales, a pesar de todo pronuncian hoy todavía esta solemne profesión del primado del Pontífice romano, para que pongan de acuerdo su fe y su conducta con estas palabras de su antigua liturgia.

CONFIANZA EN LOS TRABAJOS. — Y desde la gloria del cielo, ruega por todos los que padecen persecución por la justicia y la verdad. ¡Hay tantos hoy que sufren, como tú, el destierro, la prisión, los tormentos más atroces! Alcánzales las gracias de la resignación y de la paz, a aquellos sobre todo que se sienten perdidos para siempre a sus parientes como si ya no fuesen de este mundo. Recuérdales las palabras que escribiste entonces: "El Señor cuidará de mi pobre cuerpo como crea conveniente. ¿Por qué inquietarme? El Señor está cerca. En su misericordia espero...".

EL MISMO DIA

SAN MILLAN, CONFESOR

San Millán (474-574), cuya vida contó San Braulio de Zaragoza en el siglo VII y cantó en el XIII Gonzalo de Berceo, fué durante la Edad Media uno de los Santos más populares en España. Su vida fué muy sencilla: primero, pastor en su pueblo riojano de Berceo; después, solitario en las cercanías de Haro; más tarde, párroco de su pueblo natal y, exonerado del oficio ministerial, ermitaño en unas grutas que hay entre Berceo y la villa que actualmente lleva su nombre. Después de haber llevado vida más austera y penosa que los Padres de la Tebaida, en las espantables fragosidades del Monte San Lorenzo, completamente solo durante cuarenta años, sintiéndose ya débil, volvió por segunda o tercera vez a su oratorio primitivo, que hoy se llama San Millán de Suso, donde murió a los cien años de vida prodigiosa. Desde su última estancia derramó milagros por toda la comarca, prodigó sus consejos, admiró a las gentes con sus penitencias y, siendo ya casi centenario, hizo su viaje más largo: una salida hasta la ciudad de Cantabria, para anunciar a sus habitantes su destrucción por los ejércitos de Leovigildo, si no

hacían penitencia de sus pecados. Y vivió todavía bastante para ver cumplida su profecía.

Fué el primero en la caridad, decía de él San Eugenio de Toledo, en la paciencia insigne, sólido en la humildad, siempre compasivo y generoso, asiduo en la oración, fuerte en las vigilias, en los ayunos invencible y excelentísimo en toda clase de virtudes. Sobre su sepulcro se levantó a los pocos años de su muerte un monasterio famoso que de su nombre se llamó San Millán de la Cogolla, y que, debajo de la observancia benedictina, fué durante catorce siglos lugar de vida religiosa, foco de arte y de ciencia, y uno de los lugares más frecuentados por los peregrinos.

Dirijámonos al Señor por intervención de este taumaturgo, que, defensor de España con Santiago el Mayor, se dejó ver en las batallas contra los moros montado en un caballo y repartiendo terribles mandobles, por lo cual España agradecida le pagó durante muchos siglos filial tributo. Recemos la Poscomunión que hoy le consagra el Monasterio de Santo Domingo de Silos: "Apaciéntanos siempre, Señor, con los goces de tus Santos: porque es aumento de nuestra salud todo honor que se rinde a aquellos en quien tú eres pregonado admirable. Por Nuestro Señor Jesucristo. Amén."

13 DE NOVIEMBRE

SAN DIEGO, CONFESOR

EL HUMILDE PEREGRINO DE ROMA. — Un humilde hermano lego, por nombre Diego de San Nicolás, se vuelve a juntar en el cielo con su Padre San Francisco, con Bernardino de Sena y Juan de Capistrano que le precedieron unos años. Estos hicieron vibrar a Italia y a toda Europa con el eco de su voz, aquella voz que pacificaba las ciudades en el nombre del Señor Jesús y lanzaba ejércitos delante de los Musulmanes. El siglo que tan hondamente contribuyeron a salvar ellos de las consecuencias del gran cisma y a devolverle a sus destinos cristianos, sólo conoció de Diego su caridad admirable con ocasión del jubileo de 1450, cuyos resultados fueron tan preciosos: Roma, otra vez convertida en ciudad santa a los ojos de las naciones, vió que no eran capaces de retener lejos de ella a sus hijos las mayores calamidades [1], y el infierno, desbordado por la corriente inaudita que arrastraba a las multitudes a las fuentes de la salvación por los cuatro costados del mundo, retrasó setenta años su obra destructora.

El santo enfermero de *Ara Caeli*, que por entonces se ocupaba en servir a los apestados, no

[1] *Isaías,* XLIX, 8-22.

tuvo sin duda, a los ojos de los hombres, en tales sucesos más que parte muy escasa, sobre todo si se la compara con la de sus hermanos los grandes apóstoles franciscanos. Pero la Iglesia de la tierra, intérprete fiel de la de los cielos, le honra hoy con los mismos honores que vimos tributar a San Bernardino y a San Juan. Y ¿qué otra cosa nos quiere enseñar esto, sino que, ante Dios, los hechos esclarecidos de las virtudes que se ocultan al mundo, no desmerecen de aquellos otros cuyo aparato y brillo arrebatan a las gentes, si, procediendo de un mismo ardor de caridad, producen en el alma el mismo aumento del amor divino?

El pontificado de Nicolás V, que presenció en 1450 la gran concurrencia de pueblos a los sepulcros de los Apóstoles, fué admirado y con razón lo es hoy también, por el nuevo impulso que se dió en Roma al culto de las letras y de las artes; pues a la Iglesia corresponde, en honor del Esposo, dar entrada en su corona a todo lo que los hombres consideran bello y grande de verdad. Con todo, ¿qué humanista de aquellos no preferiría hoy la gloria del pobre Fraile Menor, ignorante y sin letras, a aquella otra con cuyos resplandores efímeros le prometieron harto locamente la inmortalidad? En el siglo quince, como hoy y como siempre, Dios escogió al débil y al necio para confundir a los sabios [1]; el Evangelio tiene siempre razón.

---

[1] *I Cor.*, I, 27.

VIDA. — Diego nació en San Nicolás del Puerto, cerca de Sevilla, en 1400. Desde su infancia se determinó a hacerse santo y para ello se puso a las órdenes de un sacerdote. En cuanto le fué posible, entró en los Franciscanos de Arrizafa, y allí profesó como hermano lego. Vivió en perfecta obediencia y en la contemplación recibió tales luces, que en las cosas del cielo se explicaba de un modo admirable.

Le mandaron a las Canarias e hizo conversiones entre los infieles; luego pasó a Roma para el jubileo de 1450. Estalló la peste y se dedicó al servicio de los enfermos en el convento de *Ara Caeli*. Vuelto a Alcalá, murió en esa ciudad en 1463. Sus muchos milagros le acreditaron ante Dios, y Sixto V le puso en el número de los Santos, el 2 de julio de 1588.

LA VERDADERA GLORIA. — "Oh Dios omnipotente y eterno, que por una disposición admirable eliges a lo que el mundo considera como flaco para confundir a los fuertes; concede propicio a nuestra humildad que, por las piadosas oraciones de San Diego, tu Confesor, merezcamos ser sublimados a la gloria eterna en los cielos"[1]. He ahí la petición que eleva la Iglesia a los cielos en todas las horas litúrgicas de esta tu fiesta. Ayuda a sus ruegos; gozas de gran crédito ante el Señor, a quien con tanto amor seguiste por el camino de la humildad y de la pobreza voluntaria. Camino real verdaderamente, ya que por él llegaste a ese trono, cuyos resplandores deslumbran a todos los tronos de la tierra. Y aun en este mundo, ¡cuánto sobrepuja ahora

1 Colecta de la fiesta.

tu fama a la de tantos contemporáneos tuyos hoy tan olvidados como en otro tiempo famosos! La santidad sola distribuye las coronas que perduran en nuestros siglos y en los eternos; pues Dios tiene la última palabra y en él reside la razón suprema de toda gloria, como en él hay que buscar el principio de la única y verdadera felicidad para esta vida y para la otra. Haz que con tu ejemplo y tu ayuda, oh San Diego, tengamos todos nosotros la suerte feliz de experimentarlo.

EL MISMO DIA

SAN EUGENIO DE TOLEDO, OBISPO Y CONFESOR

San Eugenio, una de las más bellas figuras de la España Visigoda, fué monje, poeta, músico y obispo. Nació en Toledo de estirpe senatorial, huyó de la casa de sus padres para encerrarse en el monasterio de Santa Engracia de Zaragoza, de donde le sacó el Rey Chindasvinto, el año 646, para hacerle obispo de Toledo.

Gobernó santa y sabiamente su diócesis hasta su muerte, sucedida en 659, presidiendo concilios, aconsejando a los reyes, enseñando la gramática y la Sagrada Escritura, escribiendo bellos libros poéticos y teológicos, que en parte se conservan todavía, y enriqueciendo la anti-

gua Liturgia española con himnos y melodías. Su figura egregia ha quedado indebidamente eclipsada en los fastos de la Iglesia de Toledo por la de otro San Eugenio I, legendario, que según tradiciones tardías, habría venido de Francia enviado por San Dionisio de París en el siglo I para ser el primer prelado de la sede primacial de las Españas. A éste, como a obispo y mártir, le venera solemnemente Toledo por Patrono el día 15 de este mes, en que le trae el Martirologio romano. Han sido muy célebres los festejos al correr de los últimos siglos en sus fiestas patronales.

Pero conste que en la cristiandad ilustrada, no se ha perdido la memoria del gran San Eugenio III, merced al empuje de su celo y brillo de sus obras escritas y composiciones musicales que admiran a cuantos consultan los archivos visigodo-mozárabes. Fué entrañablemente amado por San Braulio de Zaragoza, que le hizo su arcediano y lloró su ausencia de Aragón, pues tenía dispuesto le sucediera en la Iglesia zaragozana, que ya de hecho gobernaba en los últimos años de San Braulio cecuciente.

El gran rey Recesvinto, coronado por Eugenio, de acuerdo en todo con el sabio y santo prelado, procuró a España durante bastantes años el período más venturoso del imperio visigótico.

14 DE NOVIEMBRE

SAN JOSAFAT, OBISPO Y MARTIR

UNIDAD DE LA IGLESIA. — Al principio del año litúrgico celebramos a un obispo, mártir de la libertad de la Iglesia, Santo Tomás de Cantorbery, que decía: "Dios, nada ama tanto en este mundo, como la libertad de su Iglesia", una libertad que consiste en su completa independencia frente a todo poder secular, en orden a ejercer su misión salvadora cerca de todos los hombres.

Del mismo modo podríamos decir, y no con menos verdad, que "Dios nada ama tanto en este mundo como la unidad de su Iglesia". Símbolo de esta unidad fué la túnica inconsútil de Jesucristo, que no consintió que los soldados la deshiciesen al pie de la Cruz; de esta unidad habló a su Apóstoles y a su Padre celestial con harta frecuencia, pidiendo que "todos fuesen uno, como el Padre y él lo son y que todos fuesen consumados en la unidad". ¿A qué, se debe que terribles equivocaciones y las miserables pasiones humanas hayan frustrado el deseo de Cristo e inutilizado su más ardiente oración? Hacía ya siglos que las Iglesias de Oriente habían recibido antes que otra ninguna la buena nueva de la Redención y la propagaron por todo el mundo; brillaron por la santidad y la doctri-

na de sus pontífices y por el martirio de muchos de sus fieles. ¡Y estas Iglesias están hoy separadas, en parte, de la unidad católica y no quieren reconocer la autoridad suprema del Romano Pontífice!

Los Papas, con todo, jamás se han resignado a este doloroso estado de cosas; han multiplicado sus exhortaciones y empleado todas sus fuerzas para poner fin al cisma. Y, sobre todo, después de León XIII, oímos casi de continuo su voz invitando a esas Iglesias cismáticas a entrar en la unidad romana para que no haya más "que un solo rebaño y un solo pastor".

Es consolador para la Iglesia el poder comprobar que muchos han vuelto; todos los años los cuenta con una alegría muy de madre y pide a sus hijos que, por todos los medios que estén a su alcance, sostengan las obras encaminadas a acelerar el día en que todos se junten con ella en perfecta unidad de espíritu y de corazón. Pero sabe que los medios humanos serán ineficaces si no se apoyan en la oración.

La fiesta de hoy ha de ser ocasión para hacernos pensar en el deseo de Cristo y para unir nuestras oraciones a las de la Santa Iglesia, y nuestros sacrificios a los sacrificios, padecimientos y muerte del mártir de la unidad: San Josafat.

Obispo de los rutenos. — Numerosos son, en efecto, los méritos de este Santo obispo en la

causa de la unidad católica. Pasada su infancia en perfecta castidad y heroica mortificación, se hizo monje y se dedicó a reformar el orden monástico de los basilios. En atención a su celo, santidad y ciencia teológica fué nombrado obispo, y entonces desplegó más todavía sus fuerzas como verdadero pastor de las almas. Su predicación, sus escritos, su ministerio, sostenidos por la oración y la penitencia de tal modo fueron bendecidos por Dios, que convirtió a muchos cismáticos, lo que le atrajo el odio de sus enemigos y amenazas de muerte. Pero la muerte, ni siquiera la violenta, no asusta a los verdaderos servidores de Dios. Y en vez de huir, esperó tranquilamente a sus verdugos y cayó a sus golpes mientras alzaba las manos para bendecirlos y perdonarlos.

VIDA. — Josafat Kuncewicz nació en 1584 de padres católicos y nobles por su origen, en Wlodimir de Volinia. Un día, durante su infancia, al hablarle su madre de la Pasión del Señor, fué herido en el corazón por un dardo que salió del costado de la imagen de Cristo crucificado. Inflamado del amor divino, a partir de ese momento, de tal forma se dió a la oración y demás obras piadosas, que era el ejemplo y la admiración de sus compañeros mayores. A los veinte años abrazó la regla monástica en el claustro basilio de la Trinidad en Vilna, e hizo progresos maravillosos en la perfección evangélica. Andaba descalzo a pesar de los intensísimos fríos de los crudos inviernos de aquellas regiones. Desconocía el uso de la carne; otro tanto sucedía con el vino, si no se lo imponía la obediencia. Hasta la muerte llevó sobre sus carnes un áspero cilicio.

to sagrado nos habla del falso pastor que huye viendo venir al lobo; pero la Homilía que le comenta en el Oficio nocturno, también afrenta con el calificativo de mercenario al guardián que, sin huir, consiente que el enemigo haga su obra tranquilamente en el aprisco [1]. Oh Josafat, líbranos de esta clase de hombres, verdadero azote del rebaño, que sólo piensan en apacentarse a sí mismos [2]. Ojalá logre el divino Pastor, modelo tuyo *hasta el fin* [3], hasta *dar la vida por las ovejas* [4], revivir en todos los que se digna llamar como a Pedro a participar de un amor mayor [5].

Apóstol de la unidad, secunda las intenciones del Sumo Pontífice, que llama al único redil a las ovejas descarriadas [6]. Los Angeles que velan por la familia eslava aplaudieron tus combates: de tu sangre tenían que salir otros héroes; las gracias que merecieron por el derramamiento de su sangre sostengan continuamente al pueblo admirable, pobre y humilde de los rutenos, y hagan fracasar al cisma que se cree todopoderoso. Quiera Dios que estas gracias lleguen hasta los hijos de los perseguidores y los dirijan a la vez hacia Roma, que tiene para ellos las promesas del tiempo y de la eternidad.

---

1 S. Juan Crisóstomo, Homil. LIX.
2 *Ibid.*
3 *S. Juan,* XIII, 1.
4 *Ibid.,* X, 11.
5 *Ibid.,* XXI, 15-17.
6 *Ibid.,* X, 16.

15 DE NOVIEMBRE

SAN ALBERTO MAGNO, OBISPO Y DOCTOR DE LA IGLESIA

GRANDEZA DE SAN ALBERTO. — En un ventanal de la iglesia de los Dominicos de Colonia se podían leer, desde 1300, las palabras siguientes: "Este santuario fué construído por el obispo Alberto, flor de los filósofos y de los sabios, cátedra de costumbres, debelador admirable de herejías y azote de los malvados. Ponle, Señor en el número de tus Santos". Este anhelo le realizó el Soberano Pontífice Pío XI al canonizarle de un modo desusado, es decir, por una carta decretal [1] en la que le declaraba a la vez Doctor de toda la Iglesia. Pero el culto del Santo Doctor comenzó poco después de su muerte y la Santa Sede le aprobó, porque el Señor había manifestado la gloria y santidad de su siervo con muchos milagros. El Papa nos hace ver en su Carta esta gloria y esta santidad y en lo que dice él nos fundamos para escribir esta noticia.

LA SABIDURÍA. — "Aquel, dice, a quien saludaron los siglos con el nombre de Grande, mereció con razón este elogio. Fué Grande en el reino de los cielos, según la palabra del Evan-

1 In thesauris sapientiae, del 16 de diciembre de 1931.

Conservó sin mancha la flor de la pureza que ya desde la adolescencia había consagrado a la Virgen Madre de Dios. La fama de su virtud y de su ciencia llegaron a tal punto en poco tiempo, que, a pesar de ser joven (1613), se le puso al frente del monasterio de Byten, y poco después se le nombró archimandrita de Vilna (1614); y finalmente, muy contra su voluntad, pero con gran contento de los católicos, se le nombró arzobispo de Polock, en 1617.

Con esta nueva dignidad nada mudó en su género de vida; el culto divino, la salvación de las ovejas a él confiadas ocuparon todo su corazón. Como campeón infatigable de la unidad católica y de la verdad, consagró sus fuerzas a atraer a la comunión de la Silla de San Pedro a cismáticos y herejes. Se habían propagado contra el Sumo Pontífice y la plenitud de su poder, errores impíos y desvergonzadas calumnias; nunca cejó en la tarea de rechazarlas, ya en sus discursos, ya en escritos llenos de piedad y de doctrina. Reclamó los derechos episcopales y los bienes de la Iglesia que los laicos habían usurpado. Increíble fué el número de herejes que llevó al seno de la Madre común. Fué Josafat principalmente el promotor incomparable de la unión de la Iglesia griega con la Iglesia latina, según lo afirman expresamente las declaraciones del Supremo Pontificado. Además, todas las rentas de su obispado se empleaban en restaurar el esplendor del templo de Dios, en construir asilos para las vírgenes sagradas y en otras mil obras piadosas. Era su caridad tan grande para con los desgraciados, que un día, al no encontrar nada para aliviar la miseria de una pobre viuda, empeñó su omoforio o palio episcopal.

Fueron tales los progresos de la fe católica, que en odio contra el atleta de Cristo, algunos hombres perversos conspiraron contra su vida; él mismo lo anunció en un discurso a su pueblo. El lugar de la cita fué Vitebsk. Con ocasión de la visita pastoral del

Arzobispo, los conspirados, invadiendo su casa, golpean y hieren a cuantos encuentran. Josafat, con semblante dulcísimo se presenta ante los que le buscan y, hablándoles con amor, les dice: Hijos míos, ¿por qué maltratáis a mis gentes? Si tenéis algo contra mí, aquí estoy.

Entonces, lanzándose sobre él, le magullan a golpes, le atraviesan el cuerpo con flechas, le rematan con un golpe de hacha y le arrojan al río. Era el día 12 de noviembre del año 1623; contaba Josafat cuarenta y tres años. Su cuerpo, rodeado de una luz milagrosa, fué sacado del fondo de las aguas. La sangre del mártir aprovechó a los propios parricidas antes que a nadie: condenados a muerte, casi todos abjuraron el cisma y detestaron su crimen. A la muerte del gran obispo se siguieron admirables y numerosos milagros que determinaron al Sumo Pontífice Urbano VIII a concederle los honores de los Beatos. El tres de las calendas de julio del año 1867, en la solemnidad centenaria de los príncipes de los Apóstoles, estando presente el Colegio de los Cardenales con cerca de 500 Patriarcas, Metropolitanos y Obispos de todos los ritos, reunidos de todas las partes del mundo en la basílica Vaticana, Pío IX inscribió solemnemente entre los Santos a este defensor de la unidad de la Iglesia. Fué el primer Oriental glorificado de este modo. El Papa León XIII extendió su Oficio y su Misa a la Iglesia Universal.

PLEGARIA. — "Te rogamos, Señor, excites en tu Iglesia aquel Espíritu del cual estuvo lleno tu Mártir y Pontífice San Josafat" [1]. Así reza la Iglesia, y el Evangelio completa el deseo de ella de tener jefes que se parezcan a ti [2]. El tex-

---

[1] Colecta de la fiesta.
[2] *S. Juan,* X, 11-16.

gelio, por haber practicado y enseñado la ley divina y por haber hermanado en sí la ciencia y la santidad. Tenía por naturaleza, se ha dicho, el instinto de las cosas grandes. Por eso, a ejemplo de Salomón, pidió con ruegos el don de sabiduría que une íntimamente al hombre con Dios, dilata los corazones y arrastra a las alturas el espíritu de los fieles. Y la sabiduría le enseñó el secreto de saber juntar una vida intelectual intensa con una vida interior profunda y una vida apostólica fructuosísima, pues él fué todo a la vez, autor de un fuerte movimiento intelectual, un gran contemplativo y un hombre de acción"[1].

Su ciencia y su santidad. — Preferiendo la oración al estudio, quiso llegar a ser un religioso santo. Pero el estudio santificado por la oración le permitió asimilarse con suma facilidad las cuestiones más difíciles de las ciencias profanas y beber en abundancia en las fuentes de la ley divina, en las aguas de la doctrina más saludable cuya plenitud poseía ya en su corazón. A la vez que contemplaba los temas más divinos y más filosóficos, se interesaba por todas las otras ciencias humanas, y a ellas llevaba las luces de su ingenio. Basta leer los títulos de las obras casi innumerables de Alberto Magno, para echar de ver que ninguna ciencia le era desconocida: ciencias naturales experimentales como la mi-

1 P. Garrigou-Lagrange, *Vie spirituelle,* 1933, p. 50.

neralogía, la botánica, la zoología; ciencias abstractas: matemáticas, filosofía, metafísica. Gran mérito suyo es el haber comprendido el valor de las obras de Aristóteles y haber sabido desvanecer las prevenciones que alimentaban contra este filósofo pagano los mejores espíritus de su tiempo. Acertó a ponerle al servicio de la teología y de la Iglesia, allanando el camino de ese modo a su gran discípulo Santo Tomás de Aquino.

Vemos en él, efectivamente, una sed insaciable de verdad, una atención que no conoce el cansancio para observar los hechos naturales, un amor a los monumentos de la sabiduría antigua; pero sobre todo un espíritu religioso que le hace percibir claramente la sabiduría admirable que brilla en las criaturas. Tal fué, en efecto, el fin supremo y constante de la vida intelectual de Alberto Magno: todo lo que de bello y verdadero pudo descubrir en la ciencia pagana, lo quiso ofrecer y consagrar al Criador, origen de toda verdad, suma de toda belleza, esencia de toda perfección. "Pues no es grande tan sólo como Doctor, lo es también en otro terreno, al orientar la doctrina hacia la vida del alma. Consagró todos sus conocimientos, toda su ciencia, su vida entera al servicio de Dios" [1] y su obra teológica da fe de una piedad tan tierna, de un deseo tan ardiente de llevar las

[1] Revue thomiste, t. XXXVI, p. 231.

almas a Cristo, que en ella se advierte el lenguaje de un Santo que habla de cosas santas.

SU APOSTOLADO.—Finalmente, este intelectual, este contemplativo fué apóstol: provincial de Germania, obispo de Ratisbona, predicador de la Cruzada, se mostró incansable en desarraigar los vicios, hábil en resolver conflictos, lleno de celo en la administración de los sacramentos, amigo de los pobres.

No nos admiremos de que los antiguos afirmasen que Alberto Magno era "la maravilla de su siglo", ni de que le saludasen con el título de "Doctor universal", ni de que los que le han sucedido le admiren "como sabio, como diplomático, como Príncipe de la Iglesia y sobre todo, como Santo".

SU EJEMPLO. — "A Alberto Magno, ciertamente, por razón de la alteza de sus ocupaciones, no se le puede imitar en todo. A pesar de eso, todos tenemos nuestra ocupación, por modesta que sea. Y ¡qué ejemplo de vida perfecta nos deja este religioso humilde de corazón y grande de espíritu, que comprendió lo que el Señor le exigía y lo realizó con toda su fe, su confianza y su celo! Aquí encontramos verdaderamente un ejemplo de la magnanimidad sobrenatural que con la ayuda de Dios, tiende hacia las cosas grandes que él nos pide" [1].

---

1 P. Garrigou-Lagrange, *ibid.*

VIDA. — Alberto Magno nació en Lauingen, Baviera, hacia el año 1206. En su infancia recibió educación esmerada, y luego fué a estudiar Derecho a Padua. Allí se encontró con el Beato Jordán, Maestro general de los Frailes Predicadores, cuyos consejos le animaron a entrar en la familia dominicana. Al poco tiempo se distinguió por su filial y tierna devoción a la Virgen María y por la fidelidad de su observancia monástica. Enviado a Colonia para perfeccionar allí sus estudios, se le vió tan aplicado, que se diría haber penetrado todas las ciencias humanas más que otro cualquiera de sus contemporáneos.

Considerado capaz de enseñar, se le nombró lector de Hildesheim, Friburgo, Ratisbona, Estrasburgo y, por fin, de la Universidad de París, donde hizo ver la armonía que existe entre la fe y la razón, entre las ciencias paganas y la ciencia Sagrada... El más ilustre de sus discípulos fué Santo Tomás de Aquino, que luego le sucedió en la Sorbona.

Volvió a Colonia a dirigir los estudios generales de su Orden, se le nombró Provincial de Alemania y, al fin, obispo de Ratisbona. Aquí gastó su vida en favor de su rebaño y conservó sus costumbres de sencillez religiosa. Pero en 1262, a los dos años próximamente, presentó la dimisión. A partir de este momento, ejerce el ministerio de la predicación, actúa como árbitro y pacificador de príncipes y obispos, asiste al segundo concilio de Lyon y muere en 1280. Por un Decreto del 16 de diciembre de 1931, Pío XI le colocó en el número de los Santos y le nombró Doctor de la Iglesia Universal.

AMOR A LA SABIDURÍA. — "Sé nuestro intercesor, oh San Alberto, tú, que, al buscar con empeño la sabiduría y la virtud desde tus años mozos y al llevar alegremente el yugo del Señor,

sólo buscaste someter todo tu pensamiento a la obediencia de Cristo. En cambio, Cristo ha querido en nuestros días completar tu gloria presentándote ante nosotros como "una antorcha luminosa que alumbra al cuerpo de toda la Iglesia", porque trabajaste no para ti solo, sino para todos los que buscan la verdad.

"Alcánzanos el amor de esta sabiduría que en tal alto grado poseiste. Y en una época en que la ciencia se atreve a levantarse contra la fe, y deja al Maestro de toda ciencia y cae en el materialismo, demuéstranos que entre la ciencia y la fe, entre la verdad y el bien, entre los dogmas y la santidad no existe oposición ninguna, sino, al contrario, una cohesión íntima; que el estudio y la práctica de la perfección cristiana no va contra el talento personal, ni contra la fuerza de voluntad, ni se opone a la actividad política, antes bien la gracia perfecciona a la naturaleza y la comunica su nobleza admirable.

La paz. — "En estos días en que todos los pueblos desean la paz, pero no se ponen de acuerdo sobre los medios para obtenerla y hasta olvidan los fundamentos de una paz verdadera, volvemos nuestros ojos a ti con confianza. Todo tu ser reflejaba la imagen de Cristo, Príncipe de la paz; tuviste en grado eminente el don de la conciliación, gracias a la autoridad de que se hallaba aureolada tu fama doctrinal y tu repu-

tación de santidad; también tomaste parte con frecuencia y felizmente en poner paz entre los estados, los príncipes y los individuos. Restablece, consolida la paz entre nosotros otorgándonos el amor a la justicia, la sumisión a la ley divina, y el buscar lo *único necesario,* a Dios, hacia quien todos caminamos y que es el único que puede unirnos sólidamente y de verdad, en esta vida y en la otra"[1].

Pide a Dios que la juventud acuda a la enseñanza cristiana con el contento con que rodeaba tu cátedra.

DEVOCIÓN A NUESTRA SEÑORA. — En fin, comunícanos tu encendida devoción hacia el misterio de la Encarnación, tu amor tierno a la Bienaventurada Virgen y permítenos usar tus propias palabras para repetir contigo: "¡Bendita seas, humanidad de mi Salvador, que te has unido a la divinidad en el seno de una Madre Virgen! ¡Bendita seas, sublime y eterna divinidad, que has querido descender hasta nosotros en la envoltura de nuestra carne! ¡Bendita seas por siempre tú, oh Divinidad, que por la virtud del Espíritu Santo te uniste a una carne virginal! ¡Bendita seas, también tú, oh María, a quien escogió para su morada la plenitud de la divinidad! ¡Oh morada de la plenitud del Espíritu Santo, yo te saludo! ¡Bendita sea igualmente la

---

1 Pío XI, *loc. cit.*

purísima humanidad del Hijo, que consagrada por el Padre, nació de ti. ¡Salve, Virginidad sin mancha, elevada ahora por encima de todos los coros de los ángeles! ¡Alégrate, Reina del mundo, por haber sido juzgada digna de convertirte en templo de la purísima humanidad de Cristo! ¡Regocíjate y salta de gozo, Virgen de vírgenes, cuya carne purísima sirvió para unir en Cristo a la divinidad con la santa humanidad recibida de ti! ¡Gózate, Reina del cielo, porque tu seno castísimo ofreció una morada digna a esta santa humanidad! ¡Felicítate y vive en alborozo, Esposa de los santos patriarcas, ya que fuiste considerada merecedora de alimentar y amamantar con tus castos pechos a esta santa humanidad! Te saludo, virginidad fecunda y por siempre bendita, que nos hiciste dignos de conseguir el fruto de la vida y las alegrías de la salvación eterna. Amén."

16 DE NOVIEMBRE

SANTA GERTRUDIS, VIRGEN [1]

LA ESPIRITUALIDAD ANTIGUA. — La escuela que tiene por base la regla del Patriarca de los monjes de Occidente, comienza con San Gregorio

[1] Dom Guéranger tuvo ocasión de tratar el tema propio de esta fiesta en la edición que hizo de los *Ejercicios de* Santa Gertrudis, a los cuales nos remitimos exclusivamente en las páginas que siguen.

Magno; y ha sido tal la independencia del Espíritu Santo que la dirigía, que en ella profetizaron tanto mujeres como hombres. Basta recordar a Santa Hildegardis y a Santa Gertrudis, a cuyo lado figura con honor su compañera, Santa Matilde y la gran Santa Francisca Romana. Todo el que tenga experiencia, si ha leído una y otra vez a los autores más recientes de ascética y de mistica, no tardará en advertir un sabor peculiar, una autoridad dulce que no avasalla, pero arrastra. Aquí no encontramos nada de la habilidad, ni de la estrategia, ni del análisis sabio que se ven en otras obras; procedimientos más o menos afortunados, cuya aplicación no se repite sin riesgo de que lleguen a cansar.

El P. Faber ha puesto de manifiesto con su sagacidad habitual las ventajas de esta forma de espiritualidad que respeta la libertad del espíritu y, sin método riguroso, produce en las almas disposiciones cuya razón íntima no siempre conocen los métodos modernos. "Nadie puede leer, dice, los escritores espirituales de la antigua escuela de San Benito sin advertir con admiración la libertad de espíritu de que estaba penetrada su alma. Santa Gertrudis nos ofrece un buen ejemplo; por doquiera se advierte en sus obras el espíritu de San Benito. El espíritu de la religión católica es un espíritu fácil, un espíritu de libertad; y esto principalmente fué lo que distinguió a los ascéticos benedictinos de

la antigua escuela. Los escritos modernos han tratado de puntualizarlo todo y en este deplorable método hay más inconvenientes que ventajas"[1].

Los "Ejercicios". — Por otra parte hay que decir que se dan diversos caminos, y que todo camino que lleve al hombre hacia Dios mediante la reforma de sí mismo, es un camino bueno. Tan sólo hemos intentado decir una cosa, a saber: que el que toma por guía de su conducta a un Santo de la escuela antigua, no perderá el tiempo, y que si tal vez encuentra menos filosofía y menos psicología en su camino, en cambio le puede caber la suerte de ser reducido por la sencillez y la autoridad del lenguaje, de ser conmovido y después conquistado por el sentimiento del contraste que existe entre él y la santidad de su guía. Tal es el cambio feliz que ordinariamente experimentará un alma que, al proponerse estrechar sus relaciones con Dios y afianzada ya en su rectitud de intención y en sincero recogimiento, quiera seguir a Santa Gertrudis, de un modo particularísimo en la semana de los *Ejercicios* que nos trazó. Casi nos atreveríamos a prometerla que saldrá muy otra de la que entró. Y podemos suponer que la repetirá otras veces y con gusto; pues no recordará haber sentido

[1] Todo por Jesús, c. VIII, 8.

la menor fatiga ni encadenada tampoco la libertad de su espíritu siquiera un instante. Habrá podido sentirse avergonzada al verse tan cerca de un alma santificada y a sí misma tan lejos de la santidad; pero habrá advertido que, teniendo, a pesar de todo, el mismo fin que esa alma, la es necesario salir del camino muelle y peligroso que la conduciría a la perdición.

EL MÉTODO DE SANTA GERTRUDIS. — Si se nos pregunta de dónde viene a esta Santa ese imperio que ejerce sobre todo el que se determina a escucharla, responderíamos que el secreto de su influencia reside en la santidad de que está llena; no demuestra el movimiento, la basta con andar. Si un alma bienaventurada bajase del cielo para convivir algún tiempo con los hombres y hablase la lengua de la patria en esta tierra de destierro, transformaría a cuantos tuviesen la dicha de oírla. Santa Gertrudis, admitida ya desde este mundo a la más íntima familiaridad con el Hijo de Dios, se diría que tiene algo del acento de esta alma; por eso, sus palabras son como flechas penetrantes que dan en tierra con toda la resistencia de los que se ponen a su alcance. La inteligencia queda iluminada con esta doctrina tan pura y tan alta, aunque Gertrudis nos discursea; el corazón se conmueve, y con todo, Gertrudis únicamente a Dios dirige la palabra; el alma se juzga a sí misma, se con-

cólica y reflexiva de la primera; pero Gertrudis, instruída en la lengua latina, reanimada continuamente con la lectura de las Sagradas Escrituras y los Oficios divinos que no tienen para ella obscuridades, emplea un lenguaje cuya riqueza y fuerza nos parece que superan en general a las efusiones inmortales del corazón de Teresa, para quien no fueron tan familiares la liturgia ni la Biblia.

SANTA GERTRUDIS SE DIRIGE A TODOS. — Esto no obstante, no se asuste el lector con el pensamiento de verse de súbito guiado por un Serafín, mientras su conciencia le da testimonio de que tiene que hacer aún larga parada en la vía *purgativa,* antes de pensar en recorrer los caminos que acaso no se abran nunca ante él. Escuche con sencillez a Gertrudis, contémplela y tenga fe en el punto de llegada. La Santa Madre Iglesia, al poner en nuestros labios los Salmos del Rey-Profeta, sabe muy bien que sus expresiones exceden muchas veces los sentimientos de nuestra alma; pero el medio de llegar a ponernos al unísono con estos divinos cánticos, ¿no le tenemos en recitarlos frecuentemente con fe y humildad, y conseguir de ese modo la transformación que no obraría ningún otro medio? Gertrudis nos desprende suavemente de nosotros mismos y nos guía a Jesucristo, llevándonos mucha delantera, pero sin dejar de arrastrarnos tras sí. Camina derechamente al cora-

zón de su Esposo divino; nada más justo; pero ¿no la quedaríamos ya bastante agradecidos si nos lleva a los pies del Maestro como otra Magdalena arrepentida y regenerada?

Ni siquiera cuando escribe más directamente para sus monjas, debemos pensar que la lectura de esas páginas sea inútil para los que están obligados a vivir en el siglo. La vida religiosa expuesta por un intérprete así, es un espectáculo tan instructivo como elocuente. ¿Quién no sabe que la práctica de los preceptos se hace más fácil a todo el que se ha impuesto el trabajo de profundizar y de admirar la de los consejos? El libro de la *Imitación* ¿qué es sino el libro de un monje escrito para monjes? Y sin embargo de eso, anda en todas las manos. Los escritos y la doctrina de Santa Teresa se refieren a la vida religiosa, pero ¡cuántos son los seglares que se deleitan leyendo las obras de la virgen del Carmelo!

Ya nos guardaremos bien de analizar aquí las maravillas que hay que contemplar en sí mismo. Santa Gertrudis tiene que asombrar y a más de un lector ha de chocar, en esta sociedad nuestra desacostumbrada al lenguaje robusto y de colorido de las épocas de fe, entregada, en lo que se refiere a la piedad, por las insulseces, por las pretensiones mundanas de los libros de devoción que se publican todos los días. ¿Qué hacer, pues? Si se olvidó el lenguaje de la antigua piedad que formaba a los Santos, lo mejor sería volver de

dena, se renueva por la compunción, y eso no obstante, Gertrudis nunca intentó ponerla en un estado ficticio.

Santa Escritura y Liturgia. — Y si ahora quiere uno saber el porqué de la gracia especial que acompaña a su lenguaje, indague cuál es la suerte de los sentimientos que tuvo la santa y cuál la de las palabras con que se expresó. Todo emana de la divina palabra, no sólo de la que Gertrudis oyó de boca del Esposo celestial, sino también de la que gustó ella, con la cual se alimentó en los libros sagrados y en la Sagrada Liturgia. Esta hija del claustro no dejó un solo día de sacar luz y vida de las fuentes de la contemplación verdadera, de la contemplación que gusta el alma saciándose en la fuente de agua viva que brota de la salmodia y de las palabras inspiradas de los divinos oficios. De tal modo se halla embriagada de este licor celestial, que todas sus palabras manifiestan el atractivo que encontraba en él. Su vida es tal, tan embebida totalmente en la Liturgia de la Iglesia, que vemos de continuo en sus revelaciones al Señor acercándose a ella y manifestándole los misterios del cielo; a la Madre de Dios y a los Santos apareciéndosela y conversando con ella a propósito de una Antífona, de un Responso, de un Introito que Gertrudis canta y saborea deliciosamente.

De aquí ese lirismo que encontramos en ella, que ella no busca, pero que la es como natural; ese santo entusiasmo del que no puede librarse, y que la lleva a producir tantas páginas, en las que la belleza literaria se diría que llega a la altura de la inspiración mística. Esta monja del siglo XIII, desde el interior del monasterio de Suavia, resolvió el problema de la poesía espiritualista antes que Dante. Unas veces es la ternura de su alma que se desahoga en una elegía patética; otras, el fuego que la devora, estalla en encendidos transportes; en ocasiones es la forma dramática la que emplea para expresar el sentimiento que la domina. A veces se interrumpe este vuelo sublime: la competidora de los Serafines parece que quiere volver a bajar a la tierra, mas es para irse otra vez pronto y elevarse a más altura todavía. Entre su humildad, que la tiene clavada en el polvo, y su corazón que suspira por Jesús, el cual la atrae y la ha dado tantas muestras de su amor, existe una lucha incesante.

GERTRUDIS Y TERESA. — A nuestro juicio, los pasajes más sublimes de Santa Teresa comparados con las efusiones de Santa Gertrudis, no disminuirían en nada la inefable belleza de éstas. Aún más: creemos que la virgen alemana llevaría ventaja muchas veces a la virgen española. Ardiente e impetuosa, la segunda no tiene, es cierto, esa ligera apariencia un poco melan-

nuevo a él y a buen seguro Santa Gertrudis nos podría servir mucho en eso.

Larga sería la lista de los admiradores de Santa Gertrudis. Pero hay una autoridad que se impone todavía más: la de la Iglesia. Esta Madre de los fieles, dirigida siempre por el divino Espíritu, dió su testimonio a través del órgano de la Sagrada Liturgia. La persona de Gertrudis y el espíritu que la animaba, quedan en ella para siempre recomendados y ensalzados a los ojos de todos los cristianos, por el juicio solemne del Oficio de la Santa [1].

Vida. — Santa Gertrudis entró en 1261 en el monasterio de Helfta, cerca de Eisleben, en Sajonia. Tenía entonces cinco años. Ciertamente huérfana, la prueba y el renunciamiento, junto con las observancias monásticas, formaron su alma y la dispusieron a recibir dones excepcionales de Dios. Tres religiosas ejercieron en ella una profunda influencia: Gertrudis de Hackerborn, abadesa suya, la monja Mectildis de Magdeburgo que era hermana de la Abadesa, y Santa Mectildis.

Cuando contaba próximamente 24 años fué favorecida con revelaciones divinas que nos dejó consignadas en su libro "Embajador del amor divino". Escribió además sus "Ejercicios" y murió el 17 de noviembre de 1301 o 1302. Las Revelaciones se publicaron muy tardíamente y su nombre no se inscribió en el Martirologio hasta 1677. Las Indias Occidentales la tomaron como Patrona y el Nuevo Méjico levantó una ciudad en su honor [2].

---

1 Dom Guéranger, *Les Exercices de sainte Gertrude* (1863) en el Prólogo.

2 *Les Exercices de sainte Gertrude,* Solesmes, 1942.

Para que puedan los fieles expresar su piedad a Santa Gertrudis, ponemos aquí uno de los himnos que la Orden benedictina la dedica en su Liturgia, y a continuación una de las Antífonas y la Oración.

HIMNO

Gertrudis, santuario de la divinidad, unida al Esposo de las vírgenes, permítenos cantar tus castos amores y tu alianza nupcial.

A los cuatro años escasos y ya prometida a Cristo, vuelas al claustro; te arrancas de los brazos de tu nodriza, y sólo aspiras a las divinas caricias del Esposo.

Semejante al lirio sin mancilla, exhalas un aroma que alegra a los cielos, y el brillo de tu virginal hermosura atrae hacia ti al Rey de aquella dichosa mansión.

El que vive en el seno del Padre, rodeado de una gloria eterna, se hace tu Esposo y se digna descansar en tu amor.

Heriste a Cristo con este amor, y él hiere a su vez tu corazón también, y graba en él con dardos de fuego los estigmas de las llagas que recibió.

¡Oh amor inefable! ¡Oh trueque maravilloso! El es quien respira en tu corazón: su soplo es para ti el principio de la vida.

El coro bienaventurado de las vírgenes celebre tus alabanzas, ¡oh Jesús Esposo suyo! Sea la misma gloria al Padre y al Paráclito divino. Amén.

ANTIFONA

Oh dignísima esposa de Cristo, la luz profética te iluminó, el celo apostólico te inflamó, la corona

de las vírgenes ciñó tu frente, y las llamas del amor divino te consumieron.

ORACION

Oh Dios, que preparaste una habitación llena de atractivos en el corazón purísimo de la bienaventurada virgen Gertrudis, concédenos por sus méritos y su intercesión borrar los pecados de nuestro corazón, para que merezca ser después habitado por tu majestad divina. Por Jesucristo Nuestro Señor.

ELEVACIÓN AL AMOR DIVINO. — Tú, que nos manifestaste el Corazón sagrado, qué mejor oración podríamos hacer en tu honor que decir contigo, volviéndonos hacia el Hijo de la Santísima Virgen:

"Oh luz serena de mi alma, Mañana hermosísima de luces tan suaves, amanece ya en mí. Oh amor que no sólo alumbras, sino que deificas, ven con tu poder a mí y disuelve dulcemente todo mi ser. Destruye lo que es mío y transfórmame íntegramente en ti, para que nunca vuelva a encontrarme mientras dure mi destierro, antes bien esté unida estrechamente contigo por toda la eternidad.

"Tú me amaste el primero; tú me elegiste. Tú eres el que asistes con presteza a la criatura sedienta; y en tu frente resplandece el rayo de luz eterna. Muéstrame tu rostro, bañado en los rayos del sol divino. ¿Cómo va a subsistir la centella lejos del fuego que la produjo? ¿Cómo se

va a conservar la gota de agua fuera de la fuente de donde salió? Oh Amor, ¿por qué me amaste a mí, criatura y pecado, sino para hacerme bella en ti? Eres la flor delicada que produjo la Virgen María, y tu misericordiosa bondad me sedujo y me arrastra. Amor, ¡oh bello mediodía mío!, querría morir mil veces, para descansar en ti.

"Oh Caridad, cuando se cierren mis ojos por última vez, ayúdame con tus palabras, que son más deliciosas que los vinos generosos; tú serás mi camino; concédeme, oh Reina mía, llegar a los pastos encantadores y fértiles que oculta el desierto divino, donde por fin, embriagada de felicidad, seré admitida a gozar de la presencia del Cordero que es mi Esposo y mi Dios. Oh amor que eres Dios. El cielo y la tierra sin ti ni los esperaría ni los desearía tampoco: completa y acaba en mí esta unión que con todo ardor tú deseas; sea ella mi fin, la consumación de mi ser. En tu cara brillan, mi amadísimo Dios, rayos de luz como del lucero de la tarde; cuando muera, dígnate mostrármelos.

"Oh Amor, oh mi amadísima Tarde: la llama sagrada que arde eternamente en tu divina esencia, consuma en este momento todas las faltas de mi vida. Oh mi dulcísima Tarde, hazme dormir en ti con un sueño tranquilo y saborear aquel descanso feliz que has preparado para los que amas. Con la mirada de tu amor hermoso, suave y grato en extremo, ordena y dispón dig-

toda dé un dulce adiós a su cuerpo, y que mi espíritu, volviéndose al Señor que le creó, descanse en paz bajo de tu sombra amada"[1].

17 DE NOVIEMBRE

SAN GREGORIO TAUMATURGO, OBISPO Y CONFESOR

MOISÉS Y GREGORIO. — Moisés, *instruído en toda la sabiduría de los egipcios, poderoso en palabras y obras*[2], se retira al desierto; Gregorio, dotado de las mejores cualidades de nacimiento y de naturaleza, retórico brillante, rico en toda ciencia, oculta a los hombres su floreciente juventud y corre a ofrecer a Dios en la soledad el holocausto que agrada al Señor. Los dos, esperanza de su pueblo, se apartan de él para perderse en la contemplación de los misterios del cielo. Y entre tanto, el yugo del Faraón pesa sobre Jacob; entre tanto las almas se

¿Deberá, pues, el hombre, proclamarse salvador, cuando ese nombre ni Jesús se lo arrogó a sí mismo[1]? Y viendo que el mal iba en aumento por doquier, el obrero de Nazaret ¿no tuvo razón al quedarse en la oscuridad los 30 años que precedieron a su ministerio tan corto? Doctores de nuestros febriles días, que soñáis en una ordenación nueva de las virtudes y entendéis la divina caridad de modo distinto que nuestros padres, no sois de la raza de los salvadores de Israel[2], porque sobre la salvación social pensáis al revés que el Salvador del mundo.

Gregorio fué como el Moisés de esta raza bendita. Amigos y enemigos estaban acordes en decir que recordaba al legislador de los hebreos por la excelencia de la virtud y el esplendor de los prodigios obrados por su mandato[3]. El celo por conocer a Dios y por darle a conocer a los hombres corría parejas en ambos, e igual era también el que tenían por llevar a los hombres a Dios; la plenitud de doctrina es el don primero de los guías de pueblos y su pobreza en este punto la peor de las insuficiencias[4].

Yo soy el que soy, responde Dios a la pregunta de Moisés; de en medio de la zarza ar-

diendo, la sublime fórmula que se le ha enseñado, autoriza la misión que le manda salir del desierto [1]. Al sonar la hora para Gregorio de ir al mundo en nombre de Dios, la Virgen bendita, de quien fué figura [2] la zarza de Horeb, se presenta a sus ojos deslumbrados en la noche profunda en que imploraba luz, y Juan, que acompaña a la Madre de Dios, deja caer de sus labios de evangelista esta otra fórmula que completa a la primera, para uso de los discípulos de la ley de amor:

"Un solo Dios, Padre del Verbo vivo, de la Sabiduría subsistente y poderosa, que es su expresión eterna, principio perfecto del Hijo único y perfecto por él engendrado. Un solo Señor, único engendrado del único, Dios de Dios, Verbo eficaz, Sabiduría que abarca y sostiene al universo, poder creador de toda criatura, verdadero Hijo de un Padre verdadero. Y un solo Espíritu Santo que tiene de Dios el ser divino, revelado a los hombres por el Hijo cuya semejanza perfecta es, vida que causa la vida, santidad que comunica el ser santo. Trinidad perfecta, inmutable, inseparable en gloria, eternidad y dominación" [3].

Es el mensaje que nuestro Santo tiene que hacer llegar a su país, el símbolo que llevará su nombre en la Iglesia de Dios. Con su fe en el

1 *Ex.*, III.
2 *Antífona*, Rubum quem viderat Moyses.
3 Gregorio Niseno, Vita Gregor. Thaumaturgi.

primero de los misterios, levantará las montañas y hará volver atrás las aguas, vaciará el infierno y arrojará del Ponto la infidelidad. Hacia el año 240, Gregorio, ya obispo, cuando emprende el viaje a Neocesarea, no ve por todas partes más que templos de ídolos y se detiene durante la noche en un santuario famoso. A la mañana siguiente los dioses se escapan y se niegan a volver; pero el Santo envía a su dirección al sacerdote del oráculo una orden redactada del modo siguiente: *Gregorio al Diablo: Vuelve a entrar* [1]. Otra derrota más amarga, en efecto, esperaba a la cohorte infernal; obligada a detener su marcha precipitada, tiene que asistir a la ruina de su imperio en las almas que embaucó. Su sacerdote es el primero en confiarse al obispo y se hace subdiácono; al poco tiempo se derrumban los templos por todas partes y sobre sus escombros se erige la Iglesia de Cristo, el solo Dios.

Iglesia santa, tan sólidamente fundada que la herejía fué impotente contra ella en el siglo siguiente durante la tempestad arriana, en la que tantas otras se rindieron. Según el testimonio de San Basilio, los sucesores de San Gregorio, eminentes también, formaban en Neocesarea a modo de adorno de piedras preciosas [2] una corona de brillantes estrellas [3]. Pues, como

1 Gregorio Niseno, Vita Gregr. Thaumaturg.
2 Basil. Carta XXVIII *al.* LXII.
3 Carta CCIV *al.* LXXV.

dice San Basilio, todos estos prelados tomaban a pecho el sostener el recuerdo del gran antecesor, no tolerando que un acto cualquiera, una palabra, ni siquiera un modo distinto del suyo en los ritos sagrados, prevaleciesen sobre las tradiciones que él había dejado [1].

Al establecer Clemente XII en toda la Iglesia la fiesta de Santa Gertrudis, determinó desde un principio que se celebraría en esta fecha, como continúa celebrándola la Orden de San Benito. Pero, como el 17 de noviembre, dice Benedicto XIV, se viene dedicando desde hace muchos siglos a la memoria de Gregorio Taumaturgo, parecía conveniente, que el que trasladaba los montes no fuese él también trasladado de su día por la virgen; y así desde el año de 1739, o sea, al siguiente de la institución de la nueva fiesta, ésta quedó fijada para en adelante en el 16 de dicho mes.

Leamos el breve resumen que la Liturgia dedica al gran Taumaturgo.

VIDA. — Gregorio nació en Neocesarea hacia el año 213. Fué discípulo de Orígenes y llegó a obispo de su ciudad natal. Ilustre por su doctrina y su santidad, lo fué más aún por el brillo y el número de sus milagros extraordinarios, que le valieron el nombre de Taumaturgo, pudiéndosele comparar, según San Basilio, con Moisés, con los Profetas y los Apóstoles. Con su oración trasladó una montaña que le impedía construir una Iglesia. Igualmente en otra ocasión secó un estanque que era motivo de discordias entre her-

[1] De Spir. S. XXIX.

manos. Atajó también las inundaciones del Lico, que causaba estragos en los campos, clavando en la orilla su bastón que echó raíces al momento y se convirtió después en un gran árbol constituyendo así un límite que el río no traspasó en lo sucesivo.

Expulsó muchas veces a los demonios de los ídolos y de los cuerpos y realizó otros muchos prodigios, en atención a los cuales abrazaron la fe de Jesucristo catervas de hombres: poseía además el espíritu de los profetas, pues anunciaba lo futuro. Estando ya para morir, al quererse enterar del número de infieles que quedaban en Neocesarea, se le informó que sólo eran diecisiete y, dando gracias a Dios, dijo: Ese mismo número contaba de fieles al principio de mi episcopado. Escribió muchas obras que, como sus milagros, honran a la Iglesia de Dios. Murió entre 270 y 275.

LA FE. — Santo Pontífice, tu fe trasladando las montañas y dominando las aguas, justificó la promesa del Señor [1]. Enséñanos a respetar el Evangelio no dudando jamás de la palabra divina y de la ayuda que nos promete contra el diablo, que, como hoy nos dice la Iglesia [2], es la montaña orgullosa que hay que arrojar al mar, contra el desenfreno de las pasiones y los atractivos del mundo, cuya vanidad describes como el Sabio en tus escritos [3]. Enséñanos también a no olvidar el beneficio del auxilio del cielo después de la victoria; líbranos de la ingratitud que tan odiosa te fué.

---

1 *S. Marcos,* XI, 22-24.
2 Homilía de San Beda.
3 Metaphrasis in Ecclesiastem Salomonis.

Poseemos para siempre el elogio admirable que te dictó tu agradecimiento al ilustre maestro a cuyas enseñanzas debes, después de Dios, la firmeza y el esplendor de tu fe, que fué tu gloria [1]. Lección preciosa y práctica para todos: al honrar a la Providencia divina en el hombre que fué para ti instrumento predestinado, no olvidaste el homenaje al Angel de Dios que apartó tu paso de los abismos en la noche de la infidelidad en la que rodaron tus primeros años; guardián celeste, abnegado, siempre alerta, instruído, perseverante, suplidor de nuestras insuficiencias, nos sustenta, nos instruye a cada uno de nosotros, nos lleva de la mano, proporcionando a las almas a través de los tiempos y del espacio esas coyunturas inapreciables que transforman la vida y aseguran la eternidad [2].

La acción de gracias. — Pero ¿cómo dar gracias de modo digno, criaturas pecadoras, al autor primero de todos los bienes, al Ser infinito, que pone a disposición del hombre sus ángeles y los intermediarios visibles de la gracia divina en el mundo? Pero tengamos confianza; pues tenemos por cabeza a su primogénito, a su Verbo, que salvó nuestras almas y gobierna el universo. El solo puede sin dificultad dar al Padre continuas y eternas acciones de gracias por sí mismo y por todos y cada uno, sin riesgo de ig-

1 In Originem oratio panegyrica.
2 Ibíd., IV.

norancia u olvido en la alabanza, sin peligro de imperfección en sus cantos. A él, pues, al Verbo Dios, oh Gregorio, remitimos como tú la legítima inquietud de perfeccionar los acentos de nuestro agradecimiento, en atención a las inefables delicadezas del Padre que está en los cielos; pues el Verbo es para nosotros, como lo fué para ti, el único camino de la misericordia, del agradecimiento y del amor [1]. Quiera Dios suscitar en nuestros tiempos pastores que recuerden tus obras, y hacer abrir los ojos a las antiguas Iglesias de ese Oriente que tú iluminaste.

18 DE NOVIEMBRE

LA DEDICACION DE LAS BASILICAS DE LOS SANTOS APOSTOLES PEDRO Y PABLO EN ROMA

En el mes de agosto hemos celebrado la Dedicación de la Basílica de Santa María la Mayor y últimamente la del Salvador de Letrán; y ahora nos invita la Iglesia a celebrar en un mismo día las dos basílicas de San Pedro y San Pablo, en Roma. Estas son las cuatro basílicas que los peregrinos deben visitar en los años

[1] In Originem oratio panegyrica, IV.

jubilares para ganar la gran indulgencia que los Papas suelen conceder cada 25 años.

Si no podemos ir a Roma y orar en estos templos augustos, la Liturgia, al menos, nos ayuda a participar de las gracias que piden los peregrinos en las tumbas de los Apóstoles y que la Iglesia imploró para todos los fieles en el día de la Dedicación.

La basílica de San Pedro. — Después de sufrir el martirio que según todas las probabilidades tuvo lugar en el circo mismo de Nerón, los restos de San Pedro fueron enterrados al otro lado de la Vía Cornelia; más tarde fueron expuestos a la veneración de los fieles en una capilla pequeña que edificó el Papa Anacleto y que hasta el siglo tercero fué el lugar de las sepulturas papales.

A continuación de la paz de la Iglesia, Constantino mandó erigir sobre la tumba del príncipe de los apóstoles una basílica que terminó Constantino II y en 806 destruyeron los sarracenos. Esta basílica sirvió de teatro a solemnidades grandiosas: en su recinto se celebraba al fin de las cuatro témporas la Vigilia de las ordenaciones en ella se terminaba la magna "Letanía" del 25 de abril y en ella fué consagrado y coronado el emperador Carlomagno.

Restaurada, aunque modificada totalmente de aspecto, la basílica existía aún en el siglo xv.

Pero con la ausencia de los Papas, durante su estancia en Avignon, se deterioró tanto, que Nicolás V decidió derribarla y reconstruirla en el mismo lugar. Su sucesor Julio II confió la obra en 1505 a Bramante. Al morir éste la continuó Miguel Angel, que fué también el que levantó la grandiosa cúpula que domina a la basílica siendo su mayor ornamento, realmente fascinador. Por fin, el 18 de noviembre de 1626, terminada ya la basílica, Urbano VIII la consagró.

A partir del fin de la edad media, los Papas dejaron su palacio de Letrán por el del Vaticano, trasladando a San Pedro, por el hecho mismo, muchas solemnidades. El concilio ecuménico de 1870 consagró este cambio, y poco después, la basílica Vaticana se convertía, por la fuerza de las cosas, en la catedral efectiva de los Papas. En sus criptas descansan los restos de muchos de ellos, desde Inocencio XI (1676-1689) hasta San Pío X y sus sucesores, sin contar los Pontífices de la Edad Media cuyos restos se trasladaron a las mismas.

La basílica de San Pablo. — Desde el lugar de su martirio "ad Aquas Salvias", el cuerpo del apóstol San Pablo fué llevado a dos millas próximamente de Roma y enterrado en la Vía de Ostia. Allí se construyó un oratorio, muy parecido al de San Pedro del Vaticano, atribuído comúnmente al Papa Anacleto.

Constantino levantó encima de esta tumba una basílica cuyas dimensiones le parecieron demasiado modestas al emperador Valentiniano, el cual, en el 368, dispuso reemplazarla por una amplia basílica de cinco naves. Teodosio continuó la obra comenzada y su hijo Honorio la terminó. Los estragos cometidos por los Sarracenos siendo Papa San León IV (847-855), determinaron a Juan VIII (872-882) a rodear la basílica y el monasterio ya existente con una muralla y fundar de ese modo una ciudad fortificada que tomó el nombre de Johannópolis. La Basílica conservó su antiguo aspecto hasta el incendio que la destruyó la noche del 15 al 16 de julio de 1823.

A las llamadas de los Papas respondieron al punto los donativos de toda la cristiandad y aun de los disidentes e infieles, y el 5 de octubre de 1840, Gregorio XVI pudo consagrar el transepto y el altar mayor, debajo del cual quedó oculta la tumba del Apóstol. Catorce años después, la definición de la Inmaculada Concepción (8 de diciembre de 1854), daba la oportunidad de asistir el 10 de diciembre a 185 cardenales, arzobispos y obispos a la dedicación que Pío IX hacía del nuevo San Pablo. El Papa quiso conservar la conmemoración de la Dedicación en la fecha tradicional del 18 de noviembre, y León XIII el 27 de agosto de 1893 elevó la fiesta al rito de doble mayor para toda la Iglesia.

19 DE NOVIEMBRE

SANTA ISABEL DE HUNGRIA, DUQUESA DE TURINGIA

Las familias de Santos. — Si bien todos los elegidos brillan en el cielo con un resplandor propio, Dios se complace en agruparlos por familias, como lo hace en la naturaleza con los astros del firmamento. En el cielo de los Santos, lo que preside a esta agrupación de constelaciones es la gracia; pero a veces parece que Dios quiere recordarnos aquí que gracia y naturaleza le tienen por común autor; y a pesar de la caída, invitando a una y a otra a honrarle a la vez en sus elegidos, hace de la santidad como un patrimonio augusto que se transmiten de generación en generación los miembros de una misma familia terrena.

Entre estas razas benditas ocupa un puesto de grandeza singular la antigua línea real de Hungría, a la que el capricho de los parentescos la permite llevar a todas las casas coronadas de la decrépita Europa el ascendiente de una santidad que muchos de sus hijos adquirieron. La más ilustre de éstos, y la más amable también, es Santa Isabel. Después de San Esteban, San Emerico y San Ladislao se nos presenta ella como la más encantadora armonía de la

naturaleza, juntamente con su hija Gertrudis de Turingia, su tía Eduvigis de Silesia y sus primas o sobrinas y resobrinas Inés de Bohemia, Margarita de Hungría, Cunegundis de Polonia, Isabel de Portugal.

MODELO DE VITUDES. — "Ella es, escribía Pío XI, la gloria de su pueblo; la mujer fuerte, igual a la que el autor de los *Proverbios* colma de alabanzas y cuyas espléndidas virtudes se deben recordar" [1]. Ahora bien, Dios nos presenta a Santa Isabel como un modelo acabado de caridad con los pequeños y los pobres, de humildad y de unión con Dios.

Desde su infancia, eran sus delicias poder socorrer las necesidades de los desgraciados y, al llegar a la edad en que pudo disponer de su fortuna, la puso al servicio de los enfermos que ella misma cuidaba en un hospital fundado a sus expensas, y de las viudas y huérfanos, a quienes iba a visitar en sus miserables chozas.

En su gran humildad, ella fué la primera en Alemania que entró en la Orden Tercera de San Francisco, y quiso vivir pobre a ejemplo de su Seráfico Padre, aceptando el ser despojada de todos sus bienes; y, cuando éstos la fueron devueltos, continuó viviendo en una pobre cabaña, para parecerse más a Jesucristo, que se hizo el más pobre de los hombres.

---

1 Carta de Pío XI "Felix faustumque eventum" del 10 de mayo de 1931.

Finalmente, en medio de todas sus obras de misericordia y de todas sus pruebas, conservaba unida su alma a Dios mediante una oración fervorosa. Por eso, la Liturgia la puede aplicar, mejor que a otra cualquiera, esta antífona del Oficio de las Santas: "Desprecié los tronos del mundo por el amor de mi Señor Jesucristo. A él le veo y le amo; a él le escogí y en él puse mi confianza."

VIDA. — Isabel nació en 1207; era hija de Andrés II, rey de Hungría. Apenas contaba cuatro años cuando vino a la corte de Turingia, donde se casó en 1221 con el landgrave Luis. Matrimonio feliz: el príncipe comprendió admirablemente a su jovencísima esposa y la dió libertad para practicar sus devociones y sus penitencias al mismo tiempo que él abría de par en par su bolsa a su inagotable caridad. Esposa y madre ejemplar: Isabel se levantaba de noche y pasaba largas horas en oración.

Comenzaron las pruebas con la partida del duque Luis a la Cruzada. Tan pronto como supo su muerte (1227) y la de Enrique Raspan, hermano del landgrave, renunció a los Estados del difunto.

Arrojada de su casa con sus cuatro hijos, el último de los cuales sólo contaba unos meses; sin recursos, tuvo que buscar en pleno invierno una casa que la crueldad de su cuñado prohibía a los habitantes procurársela. Entonces experimentó la mayor indigencia y se consideró feliz al conseguir un cortijo donde ponerse al abrigo.

Poco después se la devolvió su fortuna; pero ella quiso continuar entre sus pobres. En medio de ellos, en una casucha de paredes de paja y barro, murió

el 17 de noviembre de 1231, a los 24 años. Cuatro después, la canonizaba Gregorio IX y su culto se extendió rápidamente a toda la Iglesia.

PLEGARIA. — ¡Qué lección das al mundo al subir al cielo, oh Santa Isabel! La pedimos con la Iglesia para nosotros y para todos nuestros hermanos en la fe: consigan tus ruegos de Dios misericordioso que se abran nuestros corazones a la luz de las enseñanzas de tu vida y desprecien la felicidad del mundo para estimar únicamente los consuelos del cielo. Nos lo dice hoy mismo el Evangelio en honor tuyo: El reino de los cielos es semejante a un tesoro escondido, a una perla de valor infinito; el hombre sabio y ducho en negocios vende todo lo que tiene para adquirir el tesoro o la perla. *Buen negocio* que supiste entender, afirma la Epístola, y que constituyó a tu alrededor la fortuna de todos: de tus afortunados súbditos, ayudando a los cuerpos y levantando a las almas; de tu noble esposo, que gracias a ti, ocupó una silla entre los príncipes que supieron trocar la diadema terrena por la eterna corona; y finalmente de todos los tuyos, de los que fuiste la gloria más pura y de los cuales muchos te siguieron tan de cerca por el camino del renunciamiento que lleva al cielo.

Intercede por tu desventurado país que sufre en nuestros días una persecución tan atroz. Concede a todos los sacerdotes y fieles que imi-

ten y consigan los frutos del sacrificio de su primer Pastor y perseveren siempre fieles a la fe católica, apostólica y romana. Y tu oración tenga poder suficiente sobre el corazón de Dios para alcanzar que se abrevien los días de prueba y que Hungría, libre ya pronto de sus enemigos, vuelva a ver los días claros de su historia pasada y que "Alemania tan puesta a prueba aprenda también que sólo de la caridad de Cristo hay que esperar la salvación de las naciones" [1].

EL MISMO DIA

SAN PONCIANO, PAPA Y MARTIR

San Ponciano murió en Cerdeña el 28 de septiembre del 235. El 230 sucedió al Papa San Urbano I, sucesor éste a su vez de San Calixto I. Su Pontificado se vió turbado por la continuación del cisma que había provocado Hipólito, a quien le conquistó mucha fama su severidad moral y sus talentos de computista, de exégeta y de liturgista. Al desencadenar la persecución Maximino, el Papa y su adversario fueron enviados desterrados a las mazmorras de Cerdeña. Entre los romanos, el destierro equivalía a la muerte civil. San Ponciano presentó su dimisión

[1] Carta de Pío XI "Felix faustumque eventum" del 10 de Mayo de 1931.

como obispo de Roma. Los padecimientos que juntos toleraron por la fe, reconciliaron a Ponciano e Hipólito, y el cisma terminó con la elección de San Antero. El sucesor de éste, San Fabián, llevó a Roma los cuerpos de ambos mártires, siendo desde entonces objeto de veneración para el pueblo cristiano.

Oración. — "Atraiga tu rebaño, Pastor eterno, tus benévolas miradas; no le retires tu perpetua protección por los méritos del bienaventurado Ponciano, Sumo Pontífice y Mártir, a quien hiciste Pastor de toda la Iglesia. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

20 DE NOVIEMBRE

SAN FELIX DE VALOIS, CONFESOR

La libertad cristiana. — Otra vez nos encontramos en el calendario litúrgico con un Santo que trabajó con ardor por libertar a sus hermanos de la servidumbre. Tal vez tendríamos motivo de sobra para hablar de la servidumbre, tan triste como la esclavitud de los tiempos paganos, que padecen muchos pueblos oprimidos por un poder despótico que hace sentir su tiranía a las almas y a los cuerpos. Pero, al fin ya del año litúrgico, preferimos recordar otra vez más

la naturaleza de la libertad que consigue el hombre por su adhesión a nuestro Señor Jesucristo mediante la fe.

"La vida del que fué justificado por la fe y el bautismo, lo sabemos, es paz con Dios, alegría y libertad. Libertad, dos veces libertad: por razón de lo que el bautismo destruyó en nosotros y por lo que ha edificado. Pero importa mucho definir lo que es la libertad, y su contrario, la servidumbre.

"Soy siervo si vivo sujeto a la servidumbre de quien no debo, si el tirano ejerce su poder sobre mí a la fuerza y exteriormente, si me asocia contra mi voluntad a acciones viles, si una de mis partes, la más noble, protesta contra las villanías en que emplea su despótico poder. Sin duda ninguna, en esos casos existe la servidumbre.

"Pero cuando estoy bajo la dependencia y en las manos de quien debo; cuando la fuerza que se emplea en mí, obra en lo íntimo, es decir, se dirige a la inteligencia y a la voluntad; cuando me hace trabajar en unión con él en obras altas y dignas; cuando me asocia al trabajo de Dios y con su influencia interior me hace colaborar en un programa de alta moralidad; cuando tengo conciencia de que no sólo Dios, sino también todas las partes superiores de mi alma aplauden a la obra que realizamos juntos, Dios y yo: llama si quieres a esto servidumbre,

yo diría que es la libertad suma, la liberación absoluta.

"No he sido creado para pertenecer al mal, ni para oscilar indefinidamente a capricho de un poder arbitrario, entre el bien y el mal. La libertad no es la volubilidad: de ningún modo. ¿No es hora ya de darse a Dios sin reservas ni rodeos? Y esto no es servidumbre, aunque los hombres lo llamen así; esto es la libertad absoluta, la exención de toda servidumbre. Es propio de la inteligencia el ser libre; y a la inteligencia de Dios corresponde la mayor libertad que existe. Y como la libertad no se me concedió para estar fluctuando eternamente, sino para adherirme al bien por un acto para mí meritorio y para Dios glorioso; para unirme al bien, a Dios por un movimiento deliberado y nacido en mí: de aquí se sigue que cuando pertenezco sin interrupción, sin reserva, sin limitación, sin rodeos a la eterna belleza; cuando estoy cautivo y preso del afecto, prendido al centro mismo de mi vida; cuando amo, cuando amo de verdad de modo que pudiesen arrancarme el alma, pero no arrancar de mi alma el amor; cuando ya no existe para mí más que un pensamiento, un querer, un deseo, un amor y he podido librarme de todo para entregarme sin límite, en el tiempo y en la eternidad al que se ha adueñado de mí: ¡oh! digamos a los cuatro vientos: ahora sí que soy libre de verdad porque soy únicamente de Dios"[1].

---

1 Dom Delatte, *Epîtres de saint Paul,* I, 643.

VIDA. — Félix pertenecía a la familia real de los Valois. Toda su vida se distingue por su amor a la contemplación, su caridad con los pobres y desgraciados.

Siendo niño y adolescente, les repartía con mano generosa su fortuna. Pero la soledad le atraía, y en ella podía entregarse a la contemplación de Dios y de sus misterios. Para evitar toda pretensión al trono, quiso recibir antes las sagradas órdenes y luego se retiró al desierto donde vivió en la mayor austeridad. En él pasó muchos años en compañía de Juan de Mata que vino a juntarse con él. Por consejo de un ángel se pusieron en camino de Roma con el fin de pedir a Inocencio III que aprobase la creación de una nueva Orden religiosa, para el rescate de los cautivos cristianos, víctimas de los musulmanes y en peligro de apostatar de su fe. El Papa dió a la Orden el nombre de la Santísima Trinidad, y los dos fundadores establecieron su primer monasterio en Cerfroid, diócesis de Meaux. Félix le gobernó y propagó la Orden en las demás provincias. Consolado por los grandes favores de la Virgen María, se durmió en la paz del Señor el 4 de noviembre de 1212.

EL AMANTE DE LA CARIDAD. — Félix, amante santo de la caridad, enséñanos el valor de esta reina de las virtudes y también su naturaleza. Ella te arrastró a la soledad, te hizo hallar a Dios, te le hizo ver y amar en tus hermanos. ¿No está aquí el secreto que hace al amor fuerte como la muerte, y le da como a tus hijos la audacia de hacer frente al infierno [1]? Ojalá no cese de ser entre nosotros causa de todos los heroísmos; continúe siendo la parte excelente

[1] *Cant.*, VIII, 6.

de tu santa Orden, el modo precioso de su adaptación siempre fecunda a las necesidades de una sociedad donde siempre reina de mil formas la tiranía de las peores servidumbres.

21 DE NOVIEMBRE

LA PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

ORIGEN Y CARÁCTER DE LA FIESTA. — La Presentación es, en solemnidad, inferior a las otras fiestas de Nuestra Señora; fué introducida en el Calendario tardíamente, y es la última fiesta mariana del año litúrgico, pero también de las más queridas del clero y de las almas consagradas a Dios.

En el Oriente nació el culto de Nuestra Señora, y de Oriente asimismo nos viene la fiesta de hoy, donde ya existía al fin del siglo VII.

En Occidente, la primera en celebrarla fué Francia, en la Corte romana de Avignon en 1372, y un año después introducía la fiesta de la Presentación en la capilla del palacio el rey Carlos V. En cartas fechadas el 10 de noviembre de 1374 y dirigidas a maestros y estudiantes del colegio de Navarra, expresaba su deseo de que se celebrase en todo el reino.

"Carlos, por la gracia de Dios rey de los francos, a nuestros muy amados: salud en el que no deja un momento de honrar a su Ma-

dre en el mundo. Entre los varios objetos de nuestra solicitud, quehacer diario y diligente meditación, el primero que ocupa con justa razón nuestros pensamientos es que la bienaventurada Virgen y Santísima Emperatriz sea por nosotros honrada con un amor muy grande y reciba las alabanzas como conviene a la veneración que se la debe. Pues es una obligación nuestra darla gloria; y nosotros, que levantamos hacia ellas los ojos de nuestra alma, sabemos qué incomparable protectora es para todos, qué poderosa mediadora cerca de su bendito Hijo para los que la honran con un corazón puro... Por tanto, queriendo animar a nuestro pueblo fiel a solemnizar la dicha fiesta como nos proponemos nosotros hacerlo, con la ayuda de Dios, todos los años de nuestra vida, dirigimos su oficio a vuestra devoción con el fin de aumentar vuestras alegrías" [1].

Así hablaban los príncipes de aquellos tiempos. Ahora bien, sabido es cómo por esos mismos años el discreto y piadoso rey, prosiguiendo la obra que en Brétigny comenzó la Virgen de Chartres, salvaba por primera vez de los ingleses a Francia, derrotada y desunida. En el Estado, pues, de igual modo que en la Iglesia, en esta hora tan decisiva para ambos, la sonrisa de María-niña regalaba a su reino el gran beneficio de la paz. La fiesta de este día tiene por objeto celebrar el acontecimiento más notable, y el

---

1 Launoy, *Historia Navarrae gymnasii,* Pars I., l. I, c. 10.

único sin duda, de la primera infancia de la Santísima Virgen: su Presentación en el Templo por sus padres San Joaquín y Santa Ana y su consagración a Dios. El hecho nos lo refieren los evangelios apócrifos y sobre todo el *Protoevangelio de Santiago,* cuya primera parte data del siglo II. Los escritos posteriores adornaron el relato, añadiendo en él mil circunstancias tan graciosas como fantásticas de que se adueñaron pintores, poetas y hagiógrafos. La Iglesia sólo conservó el hecho de la Presentación de María en el Templo.

La consagración de María. — Cuando lo creyeron oportuno, San Joaquín y Santa Ana llevaron efectivamente al Templo a su hija, y en él, como muchos Santos lo han creído, la consagraron al Señor que se la había concedido en su vejez.

María, por su parte, confirmó la consagración que sus padres hacían de ella, la consagración que ella había hecho en el instante de su concepción inmaculada: se entregó sin regateos para ser toda su vida la *esclava del Señor:* "Nuestra Señora, decía San Francisco de Sales, hace hoy una ofrenda como Dios la deseaba, pues, aparte de la dignidad de su persona que excede a todas las demás, excepción hecha de su Hijo, ofrece todo lo que es y todo lo que tiene; y eso es lo que pide Dios" [1].

[1] *Oeuvres,* t. IX, p. 236.

LOS SENTIMIENTOS DE MARÍA. — Santiago Olier advierte también que "la ofrenda que María hizo a Dios en el primer momento de su Concepción Inmaculada, fué secreta, pero como la virtud de religión, además de los deberes interiores y secretos, comprende los exteriores y públicos: quiso Dios que renovase la Virgen su ofrenda en el templo de Jerusalén, el único santuario de toda la religión verdadera que por entonces había en el mundo y, por esto, la inspiró él mismo el pensamiento de ir a ofrecerse, en dicho santo lugar. Esta santa niña, santificada en su carne, y totalmente penetrada y llena de la divinidad en su alma, cuyas potencias naturales parecían estar muertas, en todo era dirigida por el Espíritu Santo. Usando siempre de su razón y no quedando en ella entrada alguna a la sabiduría humana, sólo podía obrar según Dios, en Dios, para Dios y por la dirección misma de Dios...

"Poseída del Espíritu de Dios, que es todopoderoso, todo ardor y todo amor, es conducida al templo por este divino Espíritu que la levanta por encima de su edad y de las fuerzas naturales. Aunque sólo contaba tres años, sola sube las gradas del templo..., para demostrarnos que únicamente la dirigía el espíritu divino y también para enseñarnos que, cuando obra en nuestras almas con su poder, él es el que verdaderamente suple nuestras deficiencias...

"Entonces renueva sus votos de hostia y de esclava, con mayor amor aún, más puro, de más subidos quilates, más admirable que el que hizo en el templo sagrado de las entrañas de Santa Ana: este amor iba continuamente en aumento de instante en instante y en él no conocía ni interrupción ni descanso: y esto le hacía inconmensurable. Consumida enteramente por este amor, no quiere tener vida, ni movimiento, ni libertad, ni espíritu, ni cuerpo, nada absolutamente sino en Dios. La donación que de sí misma hace es tan viva, tan ardiente y tan apremiante, que su alma se halla en la disposición actual y perpetua de entregarse de continuo a Dios, y ser siempre de él más y más creyendo, por decirlo así, no serlo nunca bastante y queriendo serlo más todavía, si fuese posible.

"Finalmente, ofreciéndose como una hostia viva y consagrada a Dios en todo su ser y en todo lo que sería un día, renueva la consagración que había ya hecho a Dios de toda la Iglesia, en el momento de su concepción; y de modo particular la de las almas que a imitación suya se consagrarían a su divino servicio en tantas comunidades santas. En este día, la antigua Ley ve que se cumple algo de lo que ella figuraba: el templo de Jerusalén ve que se realiza una de sus esperanzas; acoge en su seno a uno de los templos de que es imagen, a la Santísima Virgen María, templo vivo de Jesucristo, que, como Je-

sucristo, tenía que ser el templo perfecto y verdadero de la divinidad..."[1].

DESPUÉS DE LA PRESENTACIÓN. — María no se quedó en el templo; nadie más calificada que Santa Ana y San Joaquín para educar a la futura Madre de Dios. Pero ella volvía a él a menudo para iniciarse en la religión mosaica, unirse a los sacrificios que todos los días se ofrecían a Dios y rogarle que enviase pronto al Mesías prometido y tan esperado.

"Como recibió con plenitud la ciencia de los misterios del Hijo de Dios..., María contemplaba y adoraba a Jesucristo en todas las figuras de la Liturgia mosaica. En el templo estaba como rodeada de Jesucristo; le veía en todas partes; y en cierto sentido, ella era la plenitud de la Ley, haciendo al terminar esta Ley, lo que no se había hecho todavía con perfección desde su institución primitiva...

"María, al ver las víctimas del templo, suspiraba por la muerte de la víctima que anunciaron los Profetas, por la muerte del que tenía que salvar al mundo entero, y que iba a ser a la vez el sacerdote, la víctima, y el templo de su propio sacrificio. Entonces cumplía ya, sin saberlo, las funciones santas del sacerdocio que tendría que ejercer en el Calvario... Era el sacerdote universal; el sumo sacerdote de la Ley, el Pontífice magnífico que con anticipación ten-

[1] *La Vie intérieure de la Sainte Vierge,* p. 127-133.

dría que inmolar en espíritu a Jesucristo para gloria de su Padre... Y como ofrecía a Dios todo lo que era y lo que iba a ser perpetuamente, ofrecía consigo a toda la Iglesia.

"Finalmente, la Ley reclamaba al Mesías... Eso fué precisamente lo que hizo la Santísima Virgen y con mucho más empeño y eficacia que lo hicieron los Patriarcas y los Profetas, debido a su santidad incomparable, a sus cualidades augustas, al fuego de su caridad en favor de los hombres y, finalmente, por su amor ardentísimo y muy vehemente hacia el Verbo encarnado, cuyas admirables bellezas estaba contemplando ya en las comunicaciones de este mismo Verbo con que el Padre se complacía en regalarla..."[1]. Y por eso, la fiesta de la Presentación nos es una preparación muy providencial para el período litúrgico del Adviento que va a comenzar dentro de unos días, durante el cual, unidos a la oración de todos los Santos del Antiguo Testamento y sobre todo a la oración de María, pediremos para nuestras almas y para todo el mundo el beneficio del nuevo nacimiento.

SÚPLICA. — "Regocijaos conmigo todos los que amáis al Señor, porque desde pequeña, agradé al Señor"[2]. Es la invitación que nos diriges, oh María, en los Oficios que se cantan en tu ho-

1 Olier, *ibid.*, p. 137-144.
2 Segundo Responsorio del 1.er Nocturno del Oficio común de Nuestra Señora.

nor; ¿y qué otra fiesta puede demostrarlo mejor que ésta? Siendo muy pequeña, más por la humildad que por la edad, subiste las gradas del templo tan cándida y tan pura, que el cielo hubo de reconocer era de justicia que en lo sucesivo las más gratas complacencias del Altísino estuviesen en la tierra. Con una plenitud de luz que no había lucido antes para ellos, los Angeles comprendieron, a la vez que tus incomparables grandezas, la majestad del Templo en el que Dios recibía un homenaje superior en dignidad al de los nueve coros, la augusta prerrogativa de ese Testamento antiguo de que tú fuiste hija y cuyas enseñanzas iban a completar en ti la formación de la Madre de Dios.

Mas la Santa Madre Iglesia te declara imitable para nosotros, oh María [1], en este misterio de tu Presentación como en todos los demás. Dígnate bendecir de un modo especial a los privilegiados que por la gracia de su vocación son ya desde ahora habitantes de la casa del Señor: sean ellos también el olivo fecundo [2], cultivado por el Espíritu Santo, al cual te compara hoy San Juan Damasceno [3]. Pero ¿no es todo cristiano, por razón de su bautismo, habitante y miembro de la Iglesia, verdadero templo de Dios, del cual era sólo una figura el de Jerusalén?

---

1 Lección II.ª del II.º Noct.
2 *Ecl.*, XXIV, 19.
3 Lección I.ª del II.º Noct.

Haz que por tu intercesión logremos seguir tus pasos de cerca en tu santa Presentación, para merecer también ser presentados al Altísimo en pos de ti en el templo de su gloria [1].

22 DE NOVIEMBRE

SANTA CECILIA, VIRGEN Y MARTIR

UNA NOBLE ROMANA. — Entre las muchas fiestas de santos que se van sucediendo al terminar el Año litúrgico, la más popular es la de la célebre virgen y mártir Santa Cecilia. Pertenecía a una de las familias más ilustres de Roma, y en el siglo III figuró ciertamente entre las grandes bienhechoras de la Iglesia, tanto por sus larguezas como por la entrega que hizo de su palacio del Transtévere. Esto la valió, de seguro, conseguir el privilegio de ser enterrada en lugar distinguido en el cementerio de San Calixto, junto a la cripta destinada a sepultura de los Papas. Pero lo que más contribuyó a hacerla amar en todas partes, es que su recuerdo suscitó uno de los más graciosos relatos que nos legó la antigüedad cristiana, al cual se han aficionado pintores, músicos y poetas y alude la misma Liturgia.

Cecilia parece que se casó a la fuerza con un joven pagano llamado Valeriano. Pero en el ban-

1 Colecta del día.

quete de bodas, entre aquel resonar de melodías, Cecilia con su corazón se unía a los Angeles para cantar las alabanzas de Dios, a quien se había consagrado.

No tardó en ser condenada al fuego en las termas de su palacio, pero el fuego no la causó ningún daño. Se llamó a un verdugo para cortarla la cabeza; tres veces lo intentó, haciéndola en el cuello tres grandes heridas y la dejó medio muerta. Su agonía duró cuatro días. Se la colocó en la tumba con la túnica bordada en oro que el día de su martirio llevaba, y su palacio quedó convertido en basílica.

EL CULTO. — Los fieles no olvidaron a la joven, y ya se sabe que desde el siglo V, gustaban de juntarse en el "título de Santa Cecilia". En el siglo VI, Cecilia era acaso la santa más venerada de Roma. En el IX, el Papa Pascual I reconstruía su iglesia. Estaba desconsolado por no poseer las reliquias de la Santa, y una noche, una hermosa joven se le apareció en sueños y le dijo que "su cuerpo estaba cerquita de allí". Al punto se hicieron excavaciones y pronto se encontró un cuerpo revestido de túnica bordada en oro. Pascual le colocó en un sarcófago de mármol y le puso debajo del altar de la iglesia restaurada.

En 1599, al modificar este altar el Cardenal Sfondrati, descubrió el sarcófago y dió órdenes de abrirle. Los testigos estaban ante un cuerpo

recubierto de un velo fino que dejaba adivinar la forma y a través de ese velo brillaban los restos del famoso vestido de oro. En Roma, hubo gran conmoción y alegría, mas, por respeto, nadie se atrevió a levantar aquel velo para darse cuenta del verdadero estado de los venerables despojos. El escultor Maderno reprodujo, idealizándola, la actitud de la Santa que evoca la idea de la virginidad y del martirio. Y desde esta fecha, como lo canta un himno, "el cuerpo yace bajo del mármol silencioso, mientras en el trono del cielo canta su contento y escucha nuestros votos con afecto el alma que le animó."

Estos votos no se cansa la Iglesia de dirigirlos a Santa Cecilia: todos los días la implora en el Canon de la Misa; su nombre resuena en las Letanías de los Santos en las grandes súplicas; los músicos de todas las naciones la tienen por patrona; en Francia, la ciudad de Albi y su "luminosa" catedral la están dedicadas y, en 1866, Dom Guéranger quiso poner el primer monasterio de Benedictinas de la Congregavión de San Pedro de Solesmes debajo de la protección de esta Santa, tipo ideal de virginidad cristiana y del amor casto.

Las lecciones de la Santa. — La falta de pormenores históricos no puede causar detrimento al amor que debemos tener a los Santos a los que la Iglesia siempre rindió un culto tan venerable y que correspondieron a este culto a lo

largo de la historia con una constante protección y gracias especiales. "Ahora bien, la Iglesia, decía Dom Guéranger, reconoce y honra en Santa Cecilia tres señales y las tres juntas la distinguen entre la familia admirable de Bienaventurados que resplandece en el cielo y hace descender las gracias y los ejemplos. Estas tres marcas son: la virginidad, el celo apostólico, y el valor sobrehumano que la hizo arrostrar la muerte y los suplicios; triple enseñanza que nos proporciona esta sola historia cristiana".

La virginidad. — "En este siglo ciegamente esclavizado por el culto al sensualismo, ¿no es hora ya de protestar con las fuertes enseñanzas de nuestra fe contra ese dejarse arrastrar del que apenas se libran los hijos de la promesa? Desde la caída del imperio romano, ¿se vieron alguna vez tan seriamente amenazadas las costumbres y con ellas la familia y la sociedad? La literatura, las artes, el lujo, hace ya muchos años, no tienen más finalidad que procurar el placer físico, como término único del destino del hombre; y la sociedad cuenta ya con un número muy grande de miembros que viven únicamente de los sentidos. Pero también, triste día aquel en que para salvarse creyese que podía contar con su fuerza de ellos. También el imperio romano intentó en varias ocasiones sacudir el yugo de la invasión; volvió a caer y no se levantó más.

"Sí, hasta la familia, principalmente la familia está amenazada. Ya es hora de que piense en defenderse contra el reconocimiento legal, o hablando mejor, el fomento del divorcio. No llegará a ello más que por un camino: reformándose a sí misma, regenerándose conforme a la Ley de Dios, volviéndose seria y cristiana. Sea respetado el matrimonio, con todas las castas consecuencias que derivan de él; deje de ser un juego o un tráfico; la paternidad y la maternidad no sean un cálculo en adelante, sino un severo deber: la familia, la ciudad y la nación pronto recuperarían su dignidad y su vigor.

"Pero el matrimonio no alcanzará esta altura hasta tanto que los hombres sepan apreciar el elemento superior, sin el cual la naturaleza humana no es más que una ruina completa; este celestial elemento es la continencia. Ciertamente, no todos están llamados a abrazarla en su noción absoluta; pero todos la deben reverencia, so pena de ser entregados al *sentido réprobo,* como dice el Apóstol [1]. La continencia es la que revela al hombre el secreto de su dignidad, la que templa su alma para toda clase de heroísmos, la que sanea su corazón y repara su ser por completo. Es el punto culminante de la belleza moral en el individuo y a la vez el gran resorte de la sociedad humana. Por haber apagado el sentimiento, se deshacía el mundo antiguo; al presentarse en la tierra

---

1 *Rom.,* I, 28.

el Hijo de la Virgen, él renovó y sancionó este principio salvador y los destinos de la raza humana tomaron otra altura.

"Los hijos de la Iglesia, si merecen llevar este nombre, gustan de esta doctrina y nada encuentran que les choque. Los oráculos del Salvador y de sus Apóstoles les han revelado todo, y los anales de la fe que profesan, les muestran prácticamente, página por página, esta fecunda virtud de la cual tienen que participar, cada cual según su medida, todas las escalas de la vida cristiana. Santa Cecilia sólo nos ofrece a su admiración un ejemplo más. Pero la lección es admirable y todos los siglos cristianos la celebraron. A cuántas virtudes incitó Cecilia, cuántos alientos ha sostenido y cuántas flaquezas ha evitado o reparado su recuerdo. Porque es tal el poder de moralización que puso el Señor en sus Santos, que no sólo influyen por la imitación directa de sus heroicas virtudes, sino también por las consecuencias que todo cristiano puede deducir para su situación particular.

El celo apostólico. — "La segunda nota que ofrece a estudio la vida de Santa Cecilia es el celo ardiente del que ella ha quedado como uno de los más admirables modelos; y, no lo dudemos, aun a estas luces la lección por su naturaleza tiene que producir útiles impresiones. Uno de los caracteres de nuestra época es la insensibilidad al mal del que no tenemos que res-

ponder personalmente y cuyos resultados no llevan camino de alcanzarnos; están de acuerdo en que todo se acaba, se asiste a la descomposición universal, y nadie piensa en dar la mano a su vecino para sacarle del naufragio. ¿Dónde estaríamos nosotros hoy si el corazón de los primeros cristianos hubiese sido tan frío como el nuestro; si no hubiese prendido en él la gran misericordia, el amor inextinguible que no les permitió desesperar del mundo en el que Dios los había colocado para ser la *sal de la tierra* [1]? Entonces cada cual se sentía excesivamente deudor del don que había recibido. Libre o esclavo, conocido o desconocido, todo hombre era objeto de una abnegación ilimitada para aquellos corazones que llenaba la caridad de Cristo. Se pueden leer los Hechos de los Apóstoles y sus Epístolas y allí se verá con qué plenitud se desplegaba el apostolado en aquellos primeros días; y el ardor de este celo duró mucho tiempo sin entibiarse. Por eso decían los paganos: "¡Mirad cómo se aman!" Y ¿cómo no se iban a amar? En el orden de la fe, eran hijos los unos de los otros.

"Sólo por ser cristiana, ¡qué afecto maternal sentía Cecilia por las almas de sus hermanos! A continuación de su nombre podríamos apuntar mil más que testifican que la conquista del mundo por el cristianismo y su liberación del yugo de las depravaciones paganas, se debieron

1 *S. Mateo,* V, 13.

únicamente a estos actos de abnegación que se practicaron en mil puntos a la vez y al fin produjeron la renovación universal. Imitemos, un poco al menos, estos ejemplos a los que debemos todo. Perdamos menos tiempo y elocuencia en lamentarnos de los males demasiado reales. Todo el mundo se ponga a la obra y gane a un hermano: el número de los fieles pronto excederá al de los descreídos. Este celo seguramente no está apagado, en muchos está en activo y sus frutos regocijan y consuelan a la Iglesia; pero ¿por qué ha de dormir tan profundamente en gran número de corazones que Dios le tenía preparados?

El valor. — "La causa está ¡oh desgracia! en la frialdad general, fruto de la molicie de las costumbres, y que por sí sola daría el carácter a la época, si no tuviésemos que añadir a ello otro sentimiento que procede de la misma fuente y bastaría, si dura mucho, para hacer incurable la decadencia de una nación. Este sentimiento es el miedo y se puede decir que hoy se halla extendido cuanto es posible. Miedo a perder sus bienes y sus colocaciones; miedo a perder su lujo y sus comodidades; miedo, en fin, a perder la vida. No es necesario decir que no hay nada más enervante y por lo mismo más peligroso en este mundo que esta humillante solicitud; pero, ante todo, tenemos que convenir que no tiene nada de cristiana. ¿Nos habremos

olvidado de que somos viajeros en este mundo, y la esperanza de los bienes futuros se habrá extinguido en nuestros corazones? Cecilia nos enseñará cómo se desecha el sentimiento del miedo. En su tiempo, la vida corría más peligros que hoy. Entonces ciertamente podía haber algún motivo para temer; pero se mantenían firmes, y los poderosos con frecuencia temblaban a la voz de su víctima.

"Dios sabe lo que nos tiene reservado; pero si el miedo no cediese pronto el lugar a un sentimiento más digno del hombre y del cristiano, la perturbación política tampoco tardaría en devorar a todas las existencias particulares. Suceda lo que suceda, ha llegado la hora de volver a repasar la historia. La lección no será inútil si llegamos a comprender esto: con el miedo, los primeros cristianos nos habrían engañado, porque la Palabra de vida no habría llegado hasta nosotros; con el miedo, nosotros engañaríamos a las generaciones futuras, que esperan de nosotros la transmisión del depósito que recibimos de nuestros padres" [1].

Alabanza al Esposo de las Vírgenes. — "Oh Señor, esposo de las Vírgenes, ¡qué nobles son las falanges que te siguen! ¡qué almas tan selectas las que has conquistado! ¡qué alabanza tan exquisita sube hasta ti de sus labios puros, de sus corazones fervientes! Tanto aumenta su

---

1 Dom Guéranger, *ubi supra*.

número con cada generación, que es imposible contarlas a través de los siglos, desde las que en servicio tuyo dedican su vida a los indigentes, a los enfermos, a los leprosos, a todas las miserias morales, hasta aquellas otras que también por ti renuncian a las alegrías de la familia, y se entregan al servicio en las escuelas cristianas o se mortifican en los claustros.

"Delante de ellas, dirigiendo su corazón tenemos otras vírgenes más meritorias aún por haber sellado su amor con su sangre sobre las hogueras o en las arenas: Blandina, Bárbara, Agueda, Lucía, Inés... y Cecilia, que en nombre de todas te hizo la ofrenda de su intrepidez y te atribuyó la gloria de su virtud, a ti, oh Jesús, *seminator casti consilii* [1], Sembrador divino de castas resoluciones, el único que cosechas tales espigas, el único que atas tales gavillas.

Plegaria a la Patrona de los músicos.—"Una comparación que se lee con frecuencia en los Padres de la Iglesia hace de nuestra alma una sinfonía, una orquesta, *symphonialis anima.* Tan pronto como la gracia la anima, se mueve y vibra al compás de los pensamientos y de los sentimientos del Salvador, como el aire que a través de los dedos del artista, pone en vibración al órgano. Ese es el bello concierto de las almas puras, que Dios escucha con mucho placer sin

1 Primera Antífona del 2.° Noct. de la fiesta.

que puedan turbarle la desafinación de las notas falsas del pecado ni la cacofonía ruidosa de las blasfemias y de las traiciones.

"A cambio de nuestros homenajes, dígnate, oh Cecilia, obtenernos la armonía constante de nuestra voluntad con nuestras aspiraciones virtuosas y posibilidades de bien. Dígnate además convencernos de que el estado de gracia, vida normal del cristiano, no consiste ni en la simple abstención del mal ni en la parsimoniosa y glacial observancia de los mandamientos, sino en una actividad llena de alegría y de entusiasmo que sabe dar a la caridad y al celo toda la amplitud y la suavidad de sus movimientos"[1].

PLEGARIA. — A esta oración añadiremos otra por la Santa Madre Iglesia, de la que tú fuiste hija humilde, antes de ser esperanza y ayuda. En esta noche larga de la vida presente, el Esposo tarda en llegar. En medio de ese solemne y misterioso silencio, deja a la virgen caer en el sueño hasta que se oiga el pregón de su venida[2]. Celebramos tu reposo sobre la púrpura de tus victorias, ¡oh Cecilia!, mas sabemos que no nos olvidas; pues dice la Esposa en el Cantar de los Cantares: "Yo duermo, pero mi corazón vela"[3]. Se acerca la hora en que el Esposo se va a presentar, llamando a todos los suyos

1 Monseñor Grente, *Oeuvres Oratoires*, VIII, p. 17-20.
2 *S. Mateo*, XXV, 5.
3 *Cant.*, V, 2.

junto a la bandera de su Cruz. El pregón va a resonar pronto: "El Esposo ha llegado, id delante de él"[1]. ¡Oh Cecilia! entonces dirás a los cristianos, como en la hora de la lucha a aquella turba fiel que se apretaba junto a ti: "Soldados de Cristo, arrojad las obras de las tinieblas y revestíos de las armas de la luz"[2].

La Iglesia que pronuncia todos los días tu nombre con amor y confianza en el curso de los santos Misterios, espera, ¡oh Cecilia! firmemente tu ayuda. Prepárala su victoria haciendo que los corazones cristianos aspiren a las únicas realidades que con frecuencia olvidan. Cuando el sentimiento de la eternidad de nuestros destinos domine otra vez a los hombres, estará asegurada la salvación y la paz de los pueblos.

Sé eternamente, ¡oh Cecilia! las delicias del Esposo. Sáciate por siempre jamás de la armonía suprema que en él tiene su origen. Mira por nosotros desde ese trono de tus grandezas y cuando nos llegue la última hora, por los méritos de tu heroica muerte te rogamos que nos asistas en nuestro fúnebre lecho; recoge nuestra alma en tus brazos y llévala hasta esa mansión inmortal, donde comprenderemos, al ver la felicidad que te rodea, el valor de la Virginidad, del Apostolado y del Martirio[3].

---

1 *S. Mateo*, XXV, 6.
2 Actas de Santa Cecilia.
3 Dom Guéranger, *Histoire de Sainte Cécile* (1849), conclusión.

23 DE NOVIEMBRE

SAN CLEMENTE I, PAPA Y MARTIR

La memoria de San Clemente se nos presenta, a los principios de la Iglesia de Roma, rodeada de aureola especial. Al desaparecer los Apóstoles, se diría que eclipsa a San Lino y San Cleto, no obstante haber recibido antes que él el honor del episcopado. Como una cosa normal, se pasa de Pedro a Clemente, y las Iglesias orientales celebran su memoria con tanto honor como la Iglesia latina. Fué verdaderamente el Pontífice universal, y ya se advierte que toda la Iglesia está pendiente de sus actos y de sus escritos. Debido a esta buena reputación se le han atribuído muchos escritos apócrifos que es fácil separar de los que son verdaderamente suyos.

La Epístola a los Corintios. — Con el tiempo han desaparecido, excepto uno, los documentos que prueban la intervención de Clemente en los asuntos de las Iglesias lejanas; pero el que nos queda nos presenta el poder monárquico del Obispo de Roma en pleno ejercicio desde esta época primitiva. La Iglesia de Corinto se hallaba agitada por discordias intestinas que la envidia había suscitado con respecto a ciertos pas-

tores. Estas divisiones, cuyo germen encontramos ya en tiempo de San Pablo, habían destruído la paz y causaban escándalo hasta entre los mismos paganos. La Iglesia de Corinto terminó por sentir la necesidad de atajar un desorden que podía ser perjudicial a la extensión de la fe cristiana, y a este fin, tuvo que pedir ayuda fuera de su seno. Por ese tiempo habían desaparecido del mundo todos los Apóstoles, menos San Juan, el cual aún iluminaba a la Iglesia con su luz. De Corinto a Efeso, donde residía el Apóstol, la distancia no era considerable; no obstante eso, no fué a Efeso, sino a Roma a donde la Iglesia de Corinto dirigió sus miradas.

Clemente tuvo conocimiento de los debates que las cartas de esta Iglesia remitían a su fallo y mandó salir para Corinto a cinco comisarios que debían representar allí la autoridad de la Sede apostólica. Eran portadores de una carta que San Ireneo llama de mucha autoridad, *potentissimas litteras*[1]. Se la consideró tan apostólica y bella, que se leyó mucho tiempo públicamente en bastantes Iglesias, como una especie de continuación de las Escrituras canónicas. Tiene un tono digno, pero paternal, conforme al consejo que San Pedro da a los pastores. "Clemente no se decide explícitamente por ninguna parte y a nadie nombra, pero trata de levantar el espíritu de los fieles por encima de las pasiones, de las querellas y de los rencores con la

---

1 Contra haereses, III, III, 3.

consideración de la bondad divina y de los grandes ejemplos bíblicos. Un cierto orden en la Escritura, la argumentación que tiene algo de insinuante, la unción que proviene del gusto instintivo hacia las cosas morales, dan a este texto griego un perfume de latinidad y forman algo muy diferente de los grandes escritos de Pedro, de Pablo y de Juan, donde todo tiene el sabor y el misterio de una intuición directa de la revelación divina. Con la carta de Clemente hemos pasado el estadio inicial en el que el Espíritu se extiende en elevadas remansadas en las Escrituras canónicas, pero estamos aún muy cerca de la fuente, en el centro de la iglesia principal: "Pongamos los ojos en el Padre Creador del universo, entreguémonos a sus favores, a los dones magníficos y excesivos de su paz, contemplémosle con el pensamiento, miremos con los ojos del espíritu su voluntad pacientísima, consideremos cómo se muestra dulce y fácil con todas las criaturas... (XIX, 2-3). El Padre, todo misericordia y amigo de hacer bien, tiene un gran corazón para los que le temen. Se muestra liberal con sus gracias y las reparte con bondad y suavidad a los que se acercan a él con un corazón sencillo. No seamos desconfiados; no se turbe nuestra alma ante sus presentes maravillosos y espléndidos... (XXII, 1-2). A San Clemente le consideraremos siempre como doctor de la divina clemencia"[1].

---

[1] R. Denis et R. Boulet: *Romée*, p. 458.

Este lenguaje tan solemne y tan firme consiguió su efecto: se restableció la paz de la Iglesia de Corinto y los mensajeros de la Iglesia romana comunicaron pronto la buena noticia. Un siglo más tarde, San Dionisio, obispo de Corinto, manifestaba todavía al Papa San Sotero la gratitud de su Iglesia para con Clemente por el servicio que le debía.

LA LEYENDA DE SAN CLEMENTE.—Las *Actas* (dudosas) de San Clemente nos dicen que fué mandado al destierro, al Quersoneso, y condenado a extraer y labrar el mármol: por eso los marmolistas escogieron por patrón al Santo Papa.

La leyenda nos cuenta además un pormenor demasiado sabroso para que no lo refiramos aquí: San Clemente fué arrojado al mar con una áncora al cuello. El día de su aniversario, el mal se alejaba y la gente podía llegarse al templo submarino que un ángel construyó sobre su tumba. Pues bien, ocurrió un día que una mujer, cuando ya el mar se había extendido de nuevo, advirtió que había dejado olvidado en dicho templo a su niño, pero le encontró sano y salvo en el aniversario siguiente.

Otro hecho que, como el anterior, tiene sin duda el origen en el motivo de un mosaico: nos muestra al Cordero de Dios apareciéndose en un monte y señalando con la punta del pie a Clemente la fuente que va a brotar.

La Liturgia se ha adueñado de estos relatos y ha compuesto las bellas Antífonas del Oficio, que consideramos útil añadir aquí.

ANTIFONAS

Roguemos todos a Nuestro Señor Jesucristo que haga correr una fuente de agua para sus confesores.

Estando San Clemente en oración, se le apareció el Cordero de Dios.

Sin mirar a mis méritos, el Señor me envió a vosotros para participar de vuestras coronas.

Vi sobre el monte al Cordero de pie; debajo de su planta brota una fuente viva.

La fuente viva que manaba debajo de su pie, es el río impetuoso que alegra a la ciudad de Dios.

Todas las naciones de alrededor creyeron en Cristo Señor.

Al irse camino del mar, el pueblo rezaba diciendo a grandes voces: Señor Jesucristo, sálvale; y Clemente decía con lágrimas: Padre, recibe mi espíritu.

Señor, has dado a Clemente, tu mártir, por morada, en medio del mar, como un templo de mármol, levantado por manos de ángeles; y has procurado el acceso a los habitantes del país para que pudieran contar tus maravillas.

VIDA. — Por San Ireneo sabemos que San Clemente es el tercer sucesor de San Pedro y que gobernó la Iglesia probablemente entre el año 88 y 97. Pudo conocer a los apóstoles San Pedro y San Pablo; San Ireneo hasta nos dice que fué su discípulo y Tertuliano que fué ordenado por el primer Papa. La Epístola a los Corintios le coloca a la cabeza de los escritores eclesiásticos cuya obra es auténtica. Si la historia no nos suministra datos suficientes sobre sus orígenes, hay conjeturas de que era judío y que ha-

bía recibido una formación literaria y filosófica bastante extensa, y el contenido de su Carta revela en él el carácter de un hombre de gobierno, a la vez que sus cualidades y virtudes. La Tradición quiere que haya muerto mártir.

Recitemos en su honor la gran oración que se lee en su Epístola a los Corintios:

La gran plegaria de San Clemente. — "Has abierto los ojos de nuestros corazones para que te conozcan a ti, el solo Altísimo en lo más alto de los cielos, el Santo que descansa en medio de los Santos; a ti, que echas a tierra la insolencia de los orgullosos, que deshaces los cálculos de los pueblos, que ensalzas a los humildes y humillas a los grandes; a ti, que enriqueces y empobreces, que matas y salvas y vivificas; único bienhechor de los espíritus y Dios de toda carne; contemplador de los abismos, escudriñador de las obras de los hombres, auxilio de los hombres en los peligros y su salvador en la desesperación, Criador y Obispo de todos los espíritus.

"A ti, que multiplicas los pueblos sobre la tierra y que has escogido entre ellos a los que te aman, por Jesucristo, el Hijo predilecto por quien nos has instruído, santificado y honrado, a ti te suplicamos, oh Maestro. Sé nuestra ayuda y nuestro sostén. Sé la salvación de los que entre nosotros andan oprimidos; ten misericordia de los humildes; levanta a los caídos; dáte a

conocer a los que están en necesidad; cura a los enfermos; vuelve a traer a los descarriados de tu pueblo; sacia a los que tienen hambre; pon en libertad a nuestros prisioneros; levanta a los que languidecen; consuela a los pusilámines. Reconozcan todos los pueblos que no hay más Dios que tú; que Jesucristo es tu Hijo; que nosotros somos tu pueblo y ovejas de tus pastos.

"Tú, que has manifestado el inmortal orden del mundo con tus obras; Tú, Señor, que has creado la tierra; Tú, que sigues fiel en todas las generaciones, justo en tus juicios, admirable en tu poder y en tu magnificencia, sabio en la creación, prudente en dar solidez a las cosas creadas, bueno en las cosas visibles, fiel con los que en ti confían, misericordioso y compasivo: perdónanos nuestras faltas y nuestras injusticias, nuestras caídas, nuestras aberraciones.

"No lleves cuenta de los pecados de tus servidores y de tus servidoras; más bien, purifícanos con tu verdad y dirige nuestros pasos para que caminemos en la santidad del corazón y hagamos lo que es bueno y agradable a tus ojos y a los ojos de nuestros príncipes.

"Sí, Maestro, haz que resplandezca tu cara en nosotros, para hacernos gozar de los bienes en paz, protégenos con tu mano poderosa, líbranos de todo pecado con tu brazo fortísimo, pónnos a salvo de los que injustamente nos odian.

"Danos la concordia y la paz a nosotros y a todos los habitantes de la tierra, como la diste

a nuestros padres cuando te invocaban santamente en la fe y en la verdad. Haznos sumisos a tu Nombre potentísimo y muy excelente, a nuestros príncipes y a los que nos gobiernan en la tierra.

"Tú eres, Maestro, el que les diste el poder de la majestad real en tu magnífico e invisible poder, para que, conociendo la gloria y el honor que les has repartido, les estemos sometidos y no contradigamos tu voluntad. Concédeles, Señor, la salud, la paz, la concordia, la estabilidad, para que ejerzan sin impedimento la soberanía que les has entregado. Porque, eres tú, Maestro, rey celestial de los siglos, quien das a los hijos de los hombres gloria, honor y poder sobre las cosas de la tierra. Dirige, Señor, su consejo conforme a lo que está bien, a lo que es agradable a tus ojos, con el fin de que ejerciendo con piedad, en la paz y la mansedumbre, el poder que les diste, te hallen ellos propicio. Sólo tú puedes hacer esto y procurarnos mayores bienes aún.

"Te damos gracias por el sumo sacerdote y patrón de nuestras almas, Jesucristo, por quien sea a ti la gloria y la grandeza, ahora y de generación en generación y en los siglos de los siglos. Amén" [1].

S. Clemente de Roma, par Hippolyte Hemmer, p. 121-129 (Picard, 1909).

EL MISMO DIA

SANTA FELICIDAD, MARTIR

Vimos ya el 10 de julio que únicamente las Actas legendarias de los siete mártires festejados en aquel día, los hacían hermanos e hijos de Santa Felicidad. La Iglesia de Roma antiguamente se dirigía hoy a la tumba de esta mártir para venerar sus reliquias en el cementerio Máximo. Más tarde se la dedicó una iglesia cerca de la de San Clemente; entonces fué más fácil a los romanos tributar sus homenajes a los dos mártires que comparten los honores de hoy. Nosotros también, por nuestra parte, pidamos a Dios en la Misa que "sus méritos y sus oraciones nos protejan" y conservemos el recuerdo de su réplica valiente al Prefecto de Roma: "*Viva te superabo, et si interfecta fuero, melius te vincam occisa:* Viva prevaleceré, y si fuere matada, te venceré mejor aún muerta"[1]. El culto que la rinde la Iglesia desde hace tantos siglos, ha demostrado el valor de esta profecía.

1 *Actas* de Santa Felicidad.

24 DE NOVIEMBRE

SAN JUAN DE LA CRUZ, CONFESOR Y DOCTOR DE LA IGLESIA

Acompañemos a la Iglesia, que se dirige al Carmelo a rendirle gracias en nombre de todo el mundo. Preséntase hoy a nuestra consideración San Juan de la Cruz siguiendo las huellas de Santa Teresa y abriendo camino seguro a las almas que buscan a Dios.

LOS TRATADOS DE ORACIÓN. — La evolución que inclinaba a los pueblos a dejar la oración social, ponía a la piedad en grave peligro; entonces, siglo XVI, la divina bondad suscitó algunos Santos cuya palabra, de igual modo que su santidad, iba a responder a las necesidades de aquellos nuevos tiempos. La doctrina no cambia; la ascética y la mística de aquel siglo transmitieron a los siglos siguientes los ecos de los siglos anteriores. Su exposición, no obstante eso, se volvió más didáctica; su análisis, más ajustado; sus procedimientos se prestaron a la necesidad de socorrer a las almas que el aislamiento exponía a todas las ilusiones. Es justo reconocer que, con la acción siempre fecunda del Espíritu Santo, la psicología de los estados sobrenaturales alcanzó mayor amplitud y mayor precisión.

Los cristianos de antaño, por rezar con la Iglesia y vivir cada día y todas las horas del día de su vida litúrgica, conservaban su impronta, en todas las circunstancias, en sus relaciones personales con Dios. Y así sucedía que por la influencia perseverante y transformadora de la Iglesia y participando de sus gracias de luz y de unión y de todas sus bendiciones, se asimilaban su propia santidad sin otro esfuerzo que seguir dócilmente a su Madre, o dejarse llevar en sus brazos firmísimos. Y así se aplicaban ellos la palabra de Señor: *Si nos os hacéis como los niños, no entraréis en el reino de los cielos* [1].

Las escuelas de espiritualidad. — No extrañemos no advertir entre ellos la ayuda tan frecuente y asidua como en nuestros días de directores especiales destinados a sus propias personas. Los guías especiales son menos necesarios a los miembros de una multitud o de un ejército: son los viajeros aislados los que no pueden prescindir de ellos; y aun con estos guías particulares, nunca tendrán tanta seguridad como aquel que sigue a la caravana o al ejército.

Así lo comprendieron en el correr de los últimos siglos los hombres de Dios que, fijándose en las aptitudes múltiples de las almas, dieron sus nombres a escuelas, las mismas en cuanto al fin, distintas en cuanto a los medios que proponen contra los peligros del individualismo. En

[1] *S. Mateo,* XVIII, 3.

esta campaña de enderezamiento y de salvación, donde el mayor enemigo y el más temible era la ilusión, Juan de la Cruz se nos presenta como la imagen viva del Verbo de Dios, *penetrando, mejor que una espada de dos filos, hasta la división del alma y del espíritu, de las coyunturas y de las medulas;* escudriñando, como indagador inexorable, las intenciones y los pensamientos de los corazones [1]. Escuchémosle: aunque moderno, se echa de ver en él a un hijo de los antiguos.

La noche oscura. — "Y porque el alma, escribe el Santo, ha de venir a tener un sentido y noticia divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas divinas y humanas que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan diferentes que antes, como difiere el espíritu y lo divino de lo humano) [2]... Para haber de declarar y dar a entender esta *Noche oscura,* por la cual pasa el alma para llegar a la divina luz de la unión perfecta del amor de Dios, cual se puede en esta vida, era menester otra mayor luz de ciencia y experiencia que la mía; porque son tantas y tan profundas las tinieblas y trabajos, así espirituales como temporales, por que ordinariamente suelen pasar las dichosas almas para po-

1 *Hebr.,* IV, 12-13.
2 Vida y Obras de S. Juan de la Cruz, 2.ª Ed. de la BAC, Madrid, 1950, p. 871, Noche Oscura de la Subida al Monte Carmelo, p. II, l. II, c. 9.

der llegar a este alto estado de perfección, que ni basta ciencia humana para saberlo entender ni experiencia para saberlo decir [1].

"Por tres causas podemos decir que se llama NOCHE este tránsito que hace el alma a la unión de Dios. La *primera,* por parte del *término donde el alma sale,* porque ha de ir careciendo el apetito de todas las cosas del mundo que poseía, en negación de ellas; la cual negación y carencia es como noche para todos los sentidos del hombre. La *segunda,* por parte del *medio* o camino *por donde ha de ir el alma* a esta unión, lo cual es la fe, que es también oscura para el entendimiento, como noche. La *tercera,* por parte del *término adonde va,* que es Dios, el cual, ni más ni menos, es noche oscura para el alma en esta vida.

LAS TRES NOCHES. — "Las cuales tres *Noches* han de pasar por el alma, o, por mejor decir, el alma por ellas, para venir a la divina unión con Dios. En el libro del Santo Tobías [2] se figuraron estas tres maneras de noches, por las tres noches que el ángel mandó a Tobías el mozo que pasasen antes que se juntase en uno con la esposa.

"En la *primera* le mandó que *quemase el corazón del pez* en el fuego, que significa el corazón aficionado y apegado a las cosas del mun-

1 *Ibíd.,* Prólogo, p. 559, de la 2.ª Ed. de la BAC.
2 *Tobías,* VI, 18-22.

do; el cual, para comenzar a ir a Dios, se ha de quemar y purificar de todo lo que es criatura con el fuego del amor de Dios. Y en esta purgación se ahuyenta el demonio, que tiene poder en el alma por asimiento a las cosas temporales y corporales.

"En la *segunda noche* le dijo que *sería admitido en la compañía de los santos patriarcas*, que son los padres de la fe. Porque pasando por la primera noche, que es privarse de todos los objetos de los sentidos, luego entra el alma en la segunda noche, quedándose sola en desnuda fe y rigiéndose sólo por ella, que es cosa que no cae en sentido.

"En la *tercera noche* le dijo el ángel que *conseguiría la bendición*, que es Dios, el cual, mediante la segunda noche, que es fe, se va comunicando al alma tan secreta e íntimamente, que es otra noche para el alma, en tanto que se va haciendo la dicha comunicación muy más oscura que estotras, como luego diremos. Y pasada esta tercera noche, que es acabarse de hacer la comunicación de Dios en el espíritu, que se hace ordinariamente en gran tiniebla del ánima, luego se sigue la unión con la esposa, que es la Sabiduría de Dios [1].

El beneficio de las purificaciones. — "¡Oh, pues, alma espiritual!, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, e in-

[1] *Ibid.*, 2.ª Ed. de la BAC., p. 565-566, P. I., l. I, c. II.

habilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten a buena dicha, pues que te va Dios librando de ti misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente (a causa de la impureza y torpeza de ellas) como ahora, que, tomando Dios la mano tuya, te guía a oscuras como a ciego, a donde y por donde tú no sabes, ni jamás con tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinaras a caminar" [1].

Nos gusta dejar a los Santos que describan por sí mismos los caminos que recorrieron, para los cuales, en premio de su fidelidad, son tenidos por la Iglesia como guías. ¿Añadiremos también "que hay que tener cuidado de no excitar la conmiseración del Señor en esta clase de trabajos antes de que termine su obra? En eso no cabe engaño: esos favores que Dios hace al alma no son necesarios para salvarse, pero hay que pagarlos a cierto coste. Si nos mostrásemos excesivamente descontentadizos, podría ocurrir que el Señor, por contentar a nuestra pereza, nos dejase recaer en una vía inferior, lo que sería, a los ojos de la fe, una desgracia irreparable.

NECESIDAD DE TENER SANTOS. — "Pero ¿qué importa, se nos dirá, ya que se salvará esta alma? Es cierto, mas nuestra inteligencia no sabe apre-

---

[1] *Ibid.*, 2.ª Ed. de la BAC., p. 891, Noche Oscura, p. II, l. II, c. 16;

ciar la superioridad de un alma que podía ser émula de los querubines o de los serafines, sobre la que sólo puede compararse con jerarquías inferiores. En estas materias no se puede tolerar una falsa modestia o afición a la medianía"[1].

"Nunca lo encareceremos bastante cuánto importa a los intereses de la santa Iglesia y a la gloria de Dios que se multipliquen en el mundo las almas de verdad contemplativas. Son ellas como el resorte escondido, el motor que da aquí en la tierra impulso a todo lo que es la gloria de Dios, el reino de su Hijo y el cumplimiento perfecto de la voluntad divina. Inútilmente se multiplicarán las obras, las industrias y aun los heroísmos: todo resultará estéril si la Iglesia militante no tiene sus santos que la ayuden en el estado de viandante, que es el que el Maestro escogió para rescatar al mundo. Ciertos poderes y ciertas fecundidades son inherentes a la vida presente; de por sí, tiene tan pocos atractivos, que era conveniente así hacerla subir de mérito"[2].

VIDA. — San Juan de la Cruz nació el 24 de junio de 1542 en Fontiveros (Avila), en España. La Santísima Virgen le dió una prueba de su protección sacándole de un pozo a donde se cayó siendo muy niño. Desde muy temprano tomó la costumbre de mortificar su cuerpo.

---

1 La Vie spirituelle et l'Oraison d'après la sainte Ecriture et la Tradition monastique, Mame, 1950, c. XIV.

2 La Vie spirituelle et l'Oraison d'après la sainte Ecriture et la Tradition monastique, Mame, 1950, c. XIX.

Terminados sus estudios en el colegio de Medina, entró en 1555 en el hospital de esta ciudad para cuidar a los enfermos; al año siguiente cursó la filosofía en los Jesuítas, y en 1563 entraba en los Carmelitas calzados. Estos le enviaron a estudiar a Salamanca. Su deseo de vida más perfecta le hizo pensar en la vida cartuja, pero advertida Santa Teresa, le pidió una entrevista y le habló de reformar la Orden de los Carmelitas. Fué con un compañero a establecerse en Duruelo y luego en Mancera. Esta obra de la reforma le iba a procurar grandes fatigas y pruebas que supo llevar con caridad y con serenidad incomparable. Fundó numerosas casas de la estricta observancia, escribió sobre teología mística libros llenos de sabiduría y por todos sus trabajos pidió al Señor padecer y ser despreciado por él.

Su anhelo fué atendido, pues en el mes de junio de 1591, caía en desgracia en su Orden y moría el 14 de diciembre en Ubeda, a los 49 años de edad. Un globo de fuego resplandeciente recibió a su alma, y su cuerpo exhaló un aroma suavísimo. Actualmente se conserva incorrupto en Segovia. Benedicto XIII le canonizó y Pío XI le declaró Doctor de la Iglesia universal.

La vida divina. — ¡Dios quiera que tanto en el Carmelo y en las montañas como en las llanuras y valles se multipliquen las almas que ponen la paz entre el cielo y la tierra, atraen las bendiciones y alejan las venganzas divinas! Como santos que somos por vocación [1], Dios nos conceda a ruegos tuyos y siguiendo tu ejemplo, oh Juan de la Cruz, el dejar que la gracia divina

---

1 *Rom.*, I, 7.

obre en nosotros hasta donde llega su virtud deificante y purificadora; pues entonces nuestra alma también podrá decir un día como la tuya:

"¡Oh divina vida!, nunca matas sino para dar vida, así como nunca llagas sino para sanar... Llagásteme para sanarme, ¡oh divina mano!, y mataste en mí lo que me tenía muerta... *¡Toque delicado,* Verbo, Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino, penetras sutilmente la sustancia de mi alma y, tocándola toda delicadamente, en ti la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídos en la tierra de Canaán ni vistas en Temán [1]! ¡Oh, pues, mucho y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más cuanto, habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante de ti, te diste más suave y fuertemente a sentir al profeta en el silbo de aire delicado [2]! ¡Oh, aire delgado! ¿Cómo eres aire delgado y delicado? Di: ¿Cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh, dichosa, y muy mucho dichosa, el alma a quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; mas no se lo quieras decir al mundo, porque no sabe él de aire delgado y no te sentiría, porque no te

1 *Bar.*, III, 22.
2 *III Re.*, XIX, 11-12.

puede recibir[1], sino aquellos, Dios mío y vida mía, te verán y sentirán tu toque delgado que, enajenándose del mundo, se pusieran en delgado, conviniendo delgado con delgado, y así te puedan sentir y gozar; a los cuales tanto más delgadamente tocas cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la sustancia de su alma, enajenada de toda criatura, y de todo rastro, y de todo toque de ella, estás tú escondido, morando muy de asiento en ella. Y en eso *les escondes a ellos en el escondrijo de tu rostro* (que es el Verbo) *de la conturbación de los hombres*[2].

"¡Oh, pues, otra vez y muchas veces *delicado toque,* tanto más fuerte y poderoso cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques de las cosas criadas y la adjudicas y unes sólo para ti, y tan delgado efecto y dejo dejas en ella, que todo otro toque de todas las cosas altas y bajas le parece grosero y bastardo, y le ofende aun mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle!

"Este toque divino ningún bulto ni tomo tiene, porque el Verbo que le hace es ajeno de todo modo y manera y libre de todo tomo, de forma y figura y accidentes...

"¡Oh, pues, finalmente, *toque* inefable *delicado* del Verbo, pues no se hace en el alma me-

1 *S. Juan,* XIV, 17.
2 Salmo XXX, 21.

nos que con tu simplicísimo y sencillísimo ser, el cual, como es infinito, infinitamente es delicado, y, por tanto, tan sutil y amorosa y eminente y delicadamente toca,

Que a vida eterna sabe!" [1].

EL MISMO DIA

SAN CRISOGONO, MARTIR

El "título de Crisógono" o iglesia edificada para el personaje de este nombre, remonta al siglo v. Está situado en Roma dicho título en el barrio del Transtévere. Allí se venera desde hace muchos siglos al mártir homónimo de Aquileya, víctima de la persecución de Diocleciano, en 303. La leyenda le relacionó con Santa Anastasia y como ella, por consiguiente, tenía que ser venerado en Roma y ser nombrado en el Canon de la Misa. Tal distinción nos da a conocer el culto que le consagró la Iglesia desde los primeros siglos y el poder de que goza cerca de Dios.

"La antigua disciplina de la Iglesia, en los tres primeros siglos, reconocía en los confesores y mártires que fueron encerrados en las cárceles, el privilegio de interceder cerca del obispo

[1] Llama de amor viva, canción 2, verso 3; 2.ª Ed. de la BAC, pp. 1208-1210.

y conseguir en favor de los penitentes públicos una remisión de su pena o su admisión en la comunión de la Iglesia. A los mártires que coronó ya Dios en el cielo, atribuye la Liturgia la misma prerrogativa. Su sangre, en virtud de la de Cristo por quien la derramaron, puede lavar no sólo sus manchas personales, sino también las de los fieles que recurren a su intercesión"[1]. Recitemos con esta confianza la oración de la Misa de este día:

"Oye, Señor, nuestras súplicas, y, ya que por nuestras iniquidades nos reconocemos culpables, seamos libertados por la intercesión de tu santo mártir Crisógono. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

25 DE NOVIEMBRE

SANTA CATALINA, VIRGEN Y MARTIR

Santa Gertrudis sintió desde su infancia una devoción especial hacia Santa Catalina. Deseando un día conocer sus méritos, el Señor se la hizo ver en un trono tan encumbrado y magnífico, que, si no hubiese en el cielo reina mayor, la gloria de esta sola parecería bastar para lle-

---

1 Cardenal Schuster-Liber Sacramentorum, Vol. IX, p. 225 de la trad. española del P. Victoriano González, benedictino de Samos, Herder, 1948.

narle; de su corona lanzaba maravillosos destellos hacia todos sus devotos [1].

Francia iba a tener parte en la devoción que la gran mística benedictina profesaba a la virgen mártir. Desde el siglo XI, el monasterio benedictino de la Trinidad del Monte, de Ruán, se gloriaba de poseer ya reliquias de la santa; y muchos siglos adelante, apareciéndose a Juana de Arco en Domrémy, la decidiría a liberar a Orleans, que se encontraba asediada, y en su iglesia de Fierbois, en Turena, la haría encontrar su espada victoriosa y, finalmente, en su prisión de Ruán la animaría a aceptar el padecimiento con que salvaría a Francia.

Los Cruzados de los siglos XII y XIII, al volver del Oriente, trajeron el culto de la mártir de Alejandría, cuya leyenda alcanzó rápidamente mucha popularidad. Para la protección de los peregrinos que iban a venerar su cuerpo al Sinaí, se fundó una Orden de Caballería. La tomaron por patrona los filósofos cristianos, los estudiantes, los oradores y procuradores; el decano de los abogados se preció del privilegio de llevar su bandera y las jóvenes se organizaron en gremio bajo de su protección. Pronto figuró entre los *Santos auxiliadores,* a título de *prudente consejera,* y muchas corporaciones la reclamaban por suya sin más razón que la expe-

1 Embajador de la Divina Piedad (Revelaciones de Santa Gertrudis) trad. por el P. Timoteo Ortega O. S. B. de Silos, p. 559-560 del lib. IV, c. 57, 2.ª ed. Edit. Bened. Buenos Aires, 1947.

riencia que todos tenían de su poder universal para con Dios.

Cuenta la leyenda que, puesta delante de los sabios de Egipto, los confundió con su elocuencia y con la sabiduría que había aprendido en las páginas del Evangelio. También los grandes maestros de la escolástica en la Edad Media, Alberto Magno, Tomás de Aquino, Buenaventura y sus numerosos discípulos pusieron a su amparo los estudios de filosofía y de teología; y Bossuet en muchos panegíricos célebres nos ha demostrado cómo usó Catalina de la ciencia, no para contento de su espíritu, sino para enderezar sus afectos a Dios; no para hacerse famosa, antes bien para hacer triunfar el Evangelio; no para adquirir bienes temporales, sino para ganar almas a Cristo.

Tal es la lección que sigue dando no sólo a los estudiantes de las ciencias sagradas y profanas, sino también a todos los cristianos, enseñándoles con su sufrimiento y su martirio, que siempre es posible con la gracia de Dios triunfar de los placeres y de las vanidades de la tierra y que en escuchar la palabra de Cristo y ponerla en práctica, en eso consiste ser sabio de veras.

VIDA.—No puede ponerse en duda la existencia de Santa Catalina, pero no tenemos sobre su biografía ningún pormenor. A su leyenda le falta toda autoridad y su culto no entró en Occidente hasta el siglo XI. Con todo, la popularidad y el crédito de Ca-

talina son grandes entre el pueblo cristiano: Roma la levantó cinco iglesias y tantos fieles invocan su patrocinio, que hay que ver en ello la expresión de la voluntad divina, que quiere conceder muchas gracias a su Iglesia por la Intercesión de la Virgen Mártir de Alejandría.

SUBIDA AL CIELO. — "Oh Dios, que diste la ley a Moisés en la cima del Monte Sinaí y que milagrosamente colocaste en él por manos de ángeles el cuerpo de tu santa virgen y mártir Catalina: haz, te lo suplicamos, que, por sus méritos e intercesión, podamos llegar al Monte que es el mismo Cristo."

Tal es la oración que dirigimos al Señor en este día, cuando tantos fieles te aclaman en la Iglesia y piden tu protección. Toda nuestra vida es un continuo subir al cielo, hacia Cristo, que entró en él el día de la Ascensión y nos invita a seguirle y a juntarnos con él. En este camino, a todos nos pueden detener ya los placeres falaces, ya la amenaza de las persecuciones, ya simplemente el temor al esfuerzo y a la tentación que debemos vencer. Tú supiste vencer el hechizo de los goces terrestres, el miedo a las amenazas, y el dolor de los suplicios con la sencillez y la firmeza de tu fe, con la sabiduría sobrenatural que el Espíritu Santo te infundió. Arrástrenos tu ejemplo y nos ayude a luchar y a vencer como tú.

Nos cuenta la leyenda tus desposorios con el Niño Jesús: rasgo gracioso de que para tu honor

se apoderaron los artistas y los poetas. Dentro de un mes adoraremos a Jesús-Niño en su cuna: viene a unirse a nuestras almas. ¡Ojalá estemos bastante purificados para procurarle en nuestros corazones el recibimiento que tiene derecho a esperar de nosotros!

26 DE NOVIEMBRE

SAN SILVESTRE, ABAD

EL FUNDADOR. — Ocurre con frecuencia que Dios lleva el mundo a los que huyen de él; tenemos hoy un ejemplo, entre otros muchos, en Silvestre Gozzolini. Se diría que ha llegado el momento en que maravillada la tierra de la santidad y de la elocuencia de las Ordenes nuevas del siglo XIII, olvida a los monjes y el camino del desierto; pero Dios, que no olvida, conduce silenciosamente a su elegido a la soledad, y otra vez la soledad se estremece y florece como el lirio [1]. La austeridad de los antiguos tiempos, el fervor de las oraciones prolongadas revive de nuevo en *Monte Fano* y se propagan a otros sesenta monasterios; una nueva familia religiosa, la de los Silvestrinos, conocidos por el hábito azul que los distingue de sus hermanos mayores,

1 *Isaías,* XXXV, 1, 2.

hace siete siglos que aclama a San Benito, el Patriarca de Casino, como legislador y como padre suyo.

El pensamiento de la muerte. — Se cuenta que la ocasión de su vocación fué el espectáculo horrible del cadáver de un hombre poco antes muy señalado por su belleza. Silvestre se dijo: "Yo soy lo que éste fué; lo que éste es, seré yo", y recordó la palabra del Señor: "Si alguno quiere venir en pos de mí, se renuncie a sí mismo, tome su cruz y me siga". Entonces lo dejó todo y se retiró a la soledad.

Al principio de este mes traía a nuestra memoria la Iglesia el pensamiento de la muerte. Nos inducía a rogar especialmente en este período por las almas del purgatorio. En la fiesta de hoy, todavía desea que pensemos en nuestras postrimerías. No debemos olvidar el juicio de Dios: Hacia Dios caminamos; él es "el que viene"; él es hacia quien debemos tender. Tenemos que desprendernos poco a poco y por su amor de los atractivos de la vida presente y pedirle que no vacile en romper la tela de nuestra vida cuando haya llegado su hora. La muerte es la señal del pecado; y es también su castigo. A pesar de todo, nada tiene de espantosa desde que el Señor gustó de esa bebida amarga y nos libró del terror que infundía a los antiguos. Y si la consideramos como el encuentro definitivo con el que hemos buscado y amado tanto tiempo con la fe, nada

nos debe asustar. Ella será para nosotros la verdadera unión, el verdadero comienzo de todas las cosas.

En este día, pidamos a San Silvestre que nos alcance la gracia de bien morir, enseñándonos a vivir como él en este austero pero consolador pensamiento y a seguir al Señor renunciando a todo lo que vaya contra su santa voluntad.

VIDA. — El gran anacoreta cuya memoria está ligada a Monte Fano, cerca de Fabriano, en las Marcas, es San Silvestre Gozzolini, fundador de la Congregación Benedictina que tomó su nombre. Nació en Osimo en 1177 e hizo sus estudios de derecho y de teología en Bolonia. Su obispo le procuró un canonicato, pero no tardó en dar el adiós a las dignidades que le esperaban, retirándose a las soledades cubiertas de bosques que rodeaban a su ciudad natal, y desde ese momento ya no pensó más que en levantar el ideal de la vida monástica, harto decaído por cierto. En 1231 logró construir en Monte Fano con la ayuda de algunos discípulos, un pequeño monasterio dedicado a la Reina del cielo y a San Benito. Así empezó la rama benedictina de Monte Fano. Inocencio IV la aprobó por medio de la bula del 27 de junio de 1247. Al morir el fundador, el 27 de noviembre de 1267, la Congregación de los Silvestrinos contaba 433 miembros y 12 monasterios. Clemente VIII insertó su nombre en el Martirologio en 1598 y León XIII extendió su Oficio y su Misa a la Iglesia universal, el 19 de agosto de 1890 [1].

NO HAY MÁS QUE VANIDAD. — Cuán vanas son nobleza y belleza: la muerte, al hacértelo ver,

[1] *Anal. Boll.*, 1907, p. 369.

abrió ante ti los senderos de la vida. La frivolidad de un mundo que tan mal uso hace del espejismo de los placeres falaces, no podía comprender al Evangelio, qúe difiere la felicidad para la vida futura, y hace consistir el camino que a ella nos lleva, en el renunciamiento, en la humillación, en la cruz. Con la Iglesia[1] pedimos a Dios clementísimo que en atención a tus méritos tenga a bien concedernos el despreciar como tú las felicidades terrenas que tan pronto se disipan, para saborear un día contigo la eterna y verdadera dicha. Dígnate favorecer con tu ruego nuestras súplicas. Esperamos que el que te ha llevado a la gloria, bendiga y multiplique a tus hijos y favorezca juntamente con ellos a todo el Orden monástico.

EL MISMO DIA

SAN PEDRO DE ALEJANDRIA, OBISPO Y MARTIR

Por querer dar León XIII los honores de este día al fundador de una Orden religiosa, San Pedro de Alejandría pasó a segundo lugar. Pero el hecho de que la Iglesia le concede una sencilla memoria en la Misa y el Oficio, no debe impedir que reconozcamos los méritos del obispo mártir y le dirijamos nuestra oración y alabanza.

1 Colecta del día.

En el año 300 sucedió San Pedro a San Teonas en la Sede episcopal de Alejandría. Casi durante doce años gobernó esta gloriosa Iglesia, en la que, nos dice Eusebio, se manifestó como "un ejemplar espléndido de obispo" [1].

Murió el 24 ó el 25 de noviembre de 311, víctima de la persecución de Diocleciano en Alejandría. Fué el último mártir de esta persecución en Egipto, y por eso los griegos le saludan con el título "*sigillum martyrum*", sello y término de la persecución". Los Sirios le llaman también "el que pasó a través del muro horadado", porque sus *Actas* nos refieren, que él mismo señaló a sus verdugos por dónde debían agujerear el muro de su prisión para llevarle al martirio, sin que lo notasen los cristianos.

Oración: "Mira, oh Dios Todopoderoso, nuestra flaqueza, y a los que nos agobia el peso de nuestros pecados, protéjanos la gloriosa intercesión de tu Santo Mártir y Pontífice Pedro. Por Jesucristo Nuestro Señor. Amén."

29 DE NOVIEMBRE

LA VIGILIA DE SAN ANDRES

LAS PRIMERAS PIEDRAS DE LA IGLESIA. — La vigilia de San Andrés es la más notable entre las

---

1 *Hist. eccl.*, IX, 6, 2.

vigilias de los Apóstoles. Punto de unión entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, nos recuerda las promesas divinas y nos hace ver su cumplimiento, mientras se prepara la construcción de la Iglesia con la elección de las primeras piedras.

La última lección de la Escritura del Tiempo [1] se termina con la declaración solemne del Profeta Malaquías que anuncia los tiempos nuevos: "Desde la salida del sol hasta el ocaso, mi nombre es grande entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos y en todo lugar se ofrece a mi Nombre el sacrificio de una oblación pura" [2]. Y Juan Bautista, en el Evangelio del día nos avisa que el largo esperar del género humano ha terminado ya. Nos señala al Mesías que está ya muy cerca: "He ahí al Cordero de Dios". Andrés oye este pregón y a impulsos de la gracia sigue a Jesús y pasa la tarde con él. Fué el primer Apóstol en reconocer a Cristo y al momento le lleva a su hermano Pedro, el que más tarde va a ser el primero por la autoridad, el primer Papa.

"Venid en pos de mí", había dicho Jesús. Esta palabra del Señor va dirigida a las almas de buena voluntad. La invitación está llena de bondad: ¿Puede haber, en efecto, algo más dulce que seguir al que es el mismo Amor? ¿Qué cosa más fácil que seguir al Omnipotente? Y, con todo, son muy pocos los que responden a esta dulce presión.

1 El sábado que precede al Adviento.
2 *Mal.*, I, 11.

Pongamos nuestro porvenir espiritual debajo de la protección de San Andrés y roguémosle que nos conceda la gracia de la fidelidad, para que, a ejemplo suyo, podamos seguir a Cristo a donde nos quiera llevar y, si le parece, hasta la cruz.

Terminemos con este deseo de San Agustín en la Homilía del día: "Levantémosle en nuestros corazones una morada, para que venga a ella y nos enseñe y viva con nosotros".

Ya se va diseñando todo el Adviento. Pongamos bajo de la bendición del Apóstol de la cruz la temporada santa del Adviento.

Oración: "Suplicámoste, oh Dios omnipotente, que el Apóstol San Andrés, a cuya festividad nos disponemos, nos alcance tu auxilio, para que, libres de nuestras culpas, salgamos victoriosos también de todos los peligros. Por Jesucristo Nuestro Señor Amén."

EL MISMO DIA

CONMEMORACION DE SAN SATURNINO, MARTIR

La Iglesia conmemora hoy además a un mártir célebre: San Saturnino. La leyenda nos le presenta condenado en su ancianidad a llevar la arena de las canteras a las termas de Dio-

cleciano y después decapitado en compañía del diácono Sisinio. Esta leyenda contribuyó sin duda a su celebridad. Sea de ello lo que fuere, se erigió una basílica en su tumba, *Via Salaria Nova*, y en ella se reunían todos los años los fieles en este día para la sinaxis eucarística. Más tarde sus reliquias fueron trasladadas al Monte Celio y los lugares del culto en honor de San Saturnino desaparecieron en la ciudad eterna. Pero la Iglesia no ha olvidado a su mártir e, invocando sus méritos junto con los de San Andrés, pide a Dios "que la consigan la ayuda" [1] que necesitará también este año para "seguir y servir a Cristo" [2], participar todos los días de su sacrificio y hacerse cada día más santa por esta participación cada vez más íntima en la vida de su divina Cabeza [3].

1 Oración de la Misa.
2 Antífona de la Comunión.
3 Poscomunión.

FLORILEGIO

TEXTOS LITURGICOS Y PATRISTICOS QUE ACLARAN EL AÑO LITURGICO DE DOM GUERANGER, RECOGIDOS Y ORDENADOS POR LOS MONJES DE CHEVETOGNE

FLORILEGIO PARA EL SANTORAL

Los textos litúrgicos y patrísticos ordenados a ilustrar el pensamiento de Dom Guéranger para los cuatro tomos primeros de esta obra, no tienen más objeto que comentar los misterios de Cristo, es decir el Propio de Tiempo: Adviento, Navidad, Septuagésima, Cuaresma, Pascua, Tiempo Pascual, Ascensión, Pentecostés, Trinidad, Corpus, Sagrado Corazón. La única fiesta del Santoral que llamó nuestra tención es la de la Transfiguración, el día 6 de agosto. En su tiempo dijimos por qué nos detuvimos ahí. A pesar de eso, cuando la ocasión se ha presentado hemos tratado de los Santos: de la Santísima Virgen (t. I, pág. 806-819), de los Patriarcas (t. I, pág. 805), y, con ocasión del ciclo de Navidad, de San Esteban, de San Juan y de los Inocentes (t. I, pág. 819-823).

En las ediciones anteriores del *Año litúrgico*, el Santoral estaba ilustrado siguiendo el desarrollo del calendario. Ya se sabe que Dom Guéranger daba en la piedad litúrgica una gran importancia al culto de los Santos y, por eso, descuidarlo aquí sería una infidelidad a su pensamiento.

Hemos, pues, reservado para este último tomo un pequeño florilegio referente a los Santos, ya que, a continuación de los últimos domingos después de Pentecostés, contiene la parte más notable del Santoral. Nos hemos visto obligados a ordenarlos por categorías, como lo hace hoy la Liturgia Romana para los apóstoles, los mártires, los confesores, las vírgenes,

asignándoles un oficio común. Método deficiente, es cierto, pues la antigüedad conoció a los Santos en particular, es decir, separados, uno por uno.

Hemos introducido en este florilegio cierto número de textos que se refieren a la Virgen María, a la que todos los liturgistas se esfuerzan en proclamar "Reina de todos los Santos", pero dando preferencia a los textos que tratan de la Asunción de Nuestra Señora y de los otros misterios cuyas fiestas están en el presente volumen [1]. Los liturgistas orientales celebran más que nosotros a los Santos del Antiguo Testamento y entre ellos colocan a San José; ya hicimos alusión a esto en el florilegio de Adviento; mucho nos habría gustado hacer resaltar aquí a estas grandes figuras, pero hemos tenido que ser breves. Esto aparte, hemos pretendido sobre todo hacer ver al lector la importancia que las liturgias que menos conocidas nos son, conceden a ciertos cultos, como el de la Cruz, el de los Angeles y el del Precursor. A la dedicación de las Iglesias la ilustran algunos textos y, para terminar hemos puesto otros relativos a la fiesta de todos los Santos.

---

1 Para *la Anunciación,* véase Florilegio del t. I, n. 12-16; 26-27. Para *la Inmaculada Concepción,* véanse los números 1 al 16 de este volumen.

PLAN DEL FLORILEGIO

I. — LA VIRGEN MARIA

A) Fiestas de la Virgen:

a) *Asunción:* Liturgia griega (1); Liturgia armenia (2); Padres griegos (3).

b) *Natividad:* Liturgia griega (4).

c) *Presentación:* Liturgia griega (5).

d) *Nuestra Señora de los Dolores:* Padres latinos (6); (Otras fiestas, v. pág. 919, n. 1).

B) Mariología:

a) *Eva y María:* Padres griegos (7); Padres latinos (8).

b) *María y la Iglesia:* Padres griegos (9); Padres latinos (10).

c) *María y los Patriarcas:* Liturgia etiópica (11).

d) *María y los Profetas:* Padres latinos (12).

e) *María y Cristo:* Liturgia mozárabe (13).

f) *María y el género humano:* Padres griegos (14).

g) *Alabanzas a la Virgen:* Liturgia griega (himno Acatisto) (15); Liturgia etiópica (16).

II. — LOS SANTOS ANGELES

Liturgia griega (17); Padres latinos (18); Padres griegos (19).

III. — EL SANTO PRECURSOR

Liturgia romana (20); Liturgia ambrosiana (21); Liturgia romana (22).

IV. — LOS SANTOS APOSTOLES

a) *Los amigos del Señor:* Liturgia romana (23).
b) *San Pedro y San Pablo:* Liturgia griega (24); Liturgia armenia (25); Liturgia siriaca (26).

V. — LOS SANTOS MARTIRES

Padres griegos (27); Padres latinos (28).

VI. — SANTOS MONJES Y CONFESORES

Padres orientales (29); Liturgia romana (30).

VII. — VIRGENES

Padres latinos (31); Liturgia romana (32).

VIII. — FIESTA DE LA CRUZ

Liturgia griega (33); Padres latinos (34).

IX. — DEDICACION DE LAS IGLESIAS

Liturgia latina (35); Padres griegos (36); Padres latinos (37).

X. — TODOS LOS SANTOS

Liturgia romana (38); Liturgia griega (39).

I. — LA VIRGEN MARIA

A) FIESTAS DE LA VIRGEN [1]

a) ASUNCION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Liturgia griega 1

¿Qué cantos con dejos de tristeza son los que todos los Apóstoles del Verbo dejaron oír en tu honor, oh Virgen, al rodear tu lecho y expresar su dolor? "El palacio del Rey se aleja; el arca de la santidad se ha levantado. Abríos, puertas, para que entre con alegría de todos la puerta de Dios que va a pedir continuamente para el mundo la gran misericordia". *(Stijeron de las Vísperas menores de la fiesta,* Meneas, ed. rom., t. VI, pág. 405.)

¿Qué cantos espirituales, oh Santísima, te ofreceremos ahora? Con tu inmortal Dormición santificaste a todo el universo y has subido por encima de él para contemplar la belleza del Todopoderoso y para gozar de El, escoltada por los ejércitos angélicos y por las almas de los justos. *(Id., ibid.)*

Los Apóstoles teóforos, que a una señal divina fueron arrebatados por los aires de todas las partes del

---

[1] Los florilegios y colecciones diversas que celebran las glorias de la Virgen María son innumerables. Las más recientes en francés son las del P. Regamey: *Les plus beaux textes sur la Vierge Marie* (Paris, 1942); muchos estudios aparecidos en la obra *Marie* (bajo la dirección del P. du Manoir, S. J., 1949) y "*Marie de qui est né Jésus*", por Dom Demaret.

mundo, al desaparecer tus restos mortales totalmente puros y principio de vida, los cubrían de besos. Las potestades más encumbradas estaban allí presentes con su Señor. Sobrecogidas de espanto, cortejan al cuerpo virginal, arca de la divinidad; suben por los aires y sin ser vistas gritan a las falanges que están más arriba que ellas; ¡He aquí que se acerca la hija de Dios, la Reina del Universo! Abríos, puertas, de par en par, y con una magnificencia que sobrepuje a la del mundo, recibid a la Madre de la luz que no tiene ocaso, porque por ella vino a los hombres la salvación universal. *(Stijeron de las Vísperas mayores,* Meneas, ed. rom., t. VI, pág. 407.)

2 *Liturgia armenia*

Hoy trasladaron al cielo los espíritus celestiales la Morada del Espíritu Santo, haciéndola entrar en la Jerusalén celeste, en el Tabernáculo inmaculado, inaccesible a nosotros, junto a la Santa Trinidad. Hoy los espíritus celestes, subiendo al cielo el cuerpo inmaculado de la Virgen Madre de Dios, le colocan entre los ángeles para que goce de inenarrables delicias. Por lo cual la Santa Madre Iglesia en su gozo te canta un cántico nuevo de alabanzas. Después de vivir en ese cuerpo una vida inmaculada, has sido hoy rodeada por los Apóstoles y por voluntad divina trasladada al reino de tu Hijo, Dios nuestro; intercede por nosotros. *(Texte liturgique pour l'Assomption,* du MANOIR, *loc. cit.*, pág. 361.)

3 *Padres griegos*

SERMON DE SAN MODESTO, ARZOBISPO DE JERUSALEN († 634)

Hermanos que amáis a Cristo, ciertamente la que engendró al que es la Vida de los hombres se une hoy a la Vida que salió del Padre antes de los siglos, al que es Dios y Verbo de Dios. Engen-

dró en la carne, alimentó con su leche a la Vida vivificante que sacó de la nada todas las cosas: la Virgen poseyó esa Vida y, a la vez que gozaba de ella como Madre, sobrepujó a los santos órdenes tanto celestiales como terrestres. Por ella se esparció por el mundo, semejante a una fuente completamente pura, esta Vida, luz de los hombres; ¿no está escrito, en efecto, que "El era la Vida y la Vida era la Luz de los hombres"? Ella se une a esta Luz verdadera y sustancial, "esplendor y gloria de Dios Padre", que se ha encarnado en ella por obra del Espíritu Santo y que "ilumina a todo hombre que viene a este mundo".

Así, cuando Cristo nuestro Dios, coeterno a su Padre y al Espíritu Santo, determinó según su beneplácito llamar a sí a su Santísima Madre para conferirla una gloria incomparable, los ángeles y arcángeles en un arrebato de alegría dejaron el cielo por orden divina y corrieron para prestar guardia en la augustísima dormición. Todas las santas potestades del cielo se alegran de este misterio; alaban a Cristo, nuestro Santísimo Salvador, por haber llamado a sí a aquella de quien nació. Glorifican al Creador de los astros cuanto les es dado, porque ha hecho a su Madre más gloriosa que a los cielos, constituyéndola cielo de su divinidad, y también, porque gracias a ella las luminarias terrenales y racionales a las cuales había dicho: "Vosotros sois la luz del mundo", brillaron con el resplandor de su divina gracia más espléndidamente que el sol, la luna y las estrellas.

A la que escogió, entre las criaturas racionales para ser su madre, la eleva llena de gracia por encima de lo que se puede decir, Aquel hacia quien los querubines no se atreven a levantar los ojos cuando le adoran a la vez que a su Padre y al Espíritu Santo, clamando sin cesar: "Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos." Interpeló a las potestades celestes diciéndolas: "Alegraos conmigo", el día que por su Madre trajo a la criatura la liberación y la paz al mundo.

Porque ¿no se debe a la Virgen que se haya encontrado la dracma humana, que el buen Pastor se haya dignado revestirse del vellón de sus ovejas, que el Dios de las virtudes haya cargado con alegría sobre sus hombros la oveja descarriada? El que tomó carne para siempre de María, la santificó e hizo de ella un campo en que Dios pudiese germinar; el Padre trabajó este campo con suma complacencia, el Espíritu Santo hizo la labor del sembrador y Cristo, el Unico Hijo, salió como un fruto, como la verdadera vid que crece y se multiplica para alegría de las santas Potestades del cielo y para salvación de los hombres; esto ya lo dijo el Evangelio: "Soy la verdadera viña y mi Padre es el viñador."

La Madre de Dios está, pues, junto a la verdadera viña que de ella brotó, y va a recoger en ella los racimos dotados de incorruptibilidad e inmortalidad; va a disfrutar del fruto nuevo en el reino de los cielos. Sí, el hermoso olivo que ha brotado para nosotros, gusta el delicioso, vivificante y celestial pan que ella incorporó a la humanidad encarnando en sus purísimas entrañas al que fortifica el corazón en la verdadera fe; semejante a un campo trabajado por Dios, ella ha hecho nacer a Cristo, como una fuente de misericordia que inunda todas las cosas con su agua.

Se la han llevado cerca de Dios; sí, se ha ido junto a él la luminosa nube de gloria que le engendró; ha depositado en su cuerpo el resplandor de la divinidad perfecta, ha hecho llover sobre la tierra un torrente de excelentes carismas que de él descienden. Junto a Dios se termina la carrera supraterrestre de esta luna racional, para usar una palabra del Profeta, de donde ha nacido el sol, procedente del triple sol de la Trinidad consustancial; "ella se detiene en su lugar", en el sitio debido a su virginidad, revelando a los ojos del mundo el esplendor de Dios para que el mundo le conozca. En la casa del Padre es recibida con alegría indecible y con exaltación la que Dios for-

mó como habitación para su Hijo. Este hizo de ella su morada y en ella se encarnó por obra del Espíritu Santo y en su seno vivió nueve meses. Por el arcángel Gabriel fué destinada a ser el domicilio más admirable de la Trinidad: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá. Por lo cual el ser santo que de ti va a nacer, se llamará Hijo del Altísimo." Estas palabras la prometían una gloria superior a las santas jerarquías celestes y terrenas; por eso, se la ve trasplantada a la tierra de los vivos y como llevada de gloria en gloria; ella, la zarza que ardía, es llevada a la Trinidad, para que se ilumine en la luz de Cristo-Dios la única bendita entre todas las mujeres, la Virgen Madre que le llevó en su seno, y que fué por El preservada. Como la vara siempre verde, ella hizo se desarrollase en la carne el germen divino del Padre, germen de infinita grandeza y de incomprensible belleza, y le ofrece como fruto maduro para placer de las santas potestades del cielo y del coro de los santos, para que saboreen con confianza su dulzura inimitable. El Dios de las virtudes escogió a María como se hace con un campo selecto. La espiga que no procedió de hombre y que nació de ese campo, no está circunscrita a lugar alguno. Nunca produce hastío, nunca se gasta, y alimentando a todas las cosas aunque sin consumirse, permanece oculta en el seno del Padre.

La Esposa de Jesucristo cuya belleza desean contemplar todas las potestades, ha penetrado en la cámara nupcial. Y la que es la misma cámara nupcial, es trasladada a la Jerusalén celeste; de ella ha salido el Rey de los siglos que, descendiendo hasta nosotros con pompa militar, ha derrotado al enemigo y a su chusma. Y al llegar a la edad viril Cristo Jesús se desposó con su verdadera Iglesia, por la que derramó su sangre y dió su vida, conforme a lo que Pablo, lumbrera del mundo en lo que se refiere a las cosas de Dios, escribió: "Esto es un gran misterio, quiero de-

cir: el de Cristo y su Iglesia". La Madre de Dios está colocada más arriba que los querubines y serafines en el reino de los cielos. *(Sermón para la Dormición de Nuestra Santa Señora, la Madre de Dios, siempre Virgen María.* P. G., 88, 3227.)

b) NATIVIDAD DE LA SANTISIMA VIRGEN

4 *Liturgia griega*

En este día el Dios que descansa sobre los tronos espirituales se ha preparado en la tierra un trono santo; el que en su sabiduría ha puesto sólidos fundamentos a los cielos y ha construído para los hombres en su amor un cielo vivo; de una raíz fecunda, ha hecho germinar para nosotros un retoño lleno de vida, su Madre. Dios de las maravillas y esperanza de los desesperados, Señor, gloria a ti. *(Idiomelon de las Vísperas mayores de la fiesta,* Meneas, ed. rom., t. II, página 88.)

Este es el día del Señor. ¡Pueblos, saltad de gozo! He aquí que la cámara nupcial de la luz, el libro del Verbo de vida ha salido de entrañas humanas. La Puerta del Oriente que acaba de levantarse, espera que entre el gran Sacerdote; es la única que introduce a Cristo en el universo y sólo a él introduce, para la salvación de nuestras almas. *(Id., ibíd.)*

Este día es el preludio de la alegría universal. Este día han comenzado a soplar los aires que anuncian la salvación. Ha terminado la esterilidad de nuestra naturaleza, pues una mujer estéril resulta madre de la que continúa siendo la Virgen después de dar a luz a su Creador. Por medio de ella el Dios por esencia hace suyo lo que le era extraño; por ella realiza su obra de salvación en favor de los extraviados de la carne, el bondadoso Jesucristo, libertador de nuestras almas. *(Id., ibíd.,* pág. 89.)

c) PRESENTACION DE LA SANTISIMA VIRGEN

Liturgia griega 5

Creyentes, en este día formemos coros y cantemos al Señor salmos e himnos; honremos su santo tabernáculo, al arca espiritual que contiene al Verbo incomprensible, pues, viviendo en la carne una infancia maravillosa, es ofrecida a Dios, y el gran sacerdote Zacarías la recibe con gozo como habitación de Dios.

En este día el templo espiritual de la santa gloria de Cristo nuestro Dios, la Virgen pura, la única bendita entre todas las mujeres, es ofrecida en el Templo para permanecer allí en el Santo de los Santos; Joaquín y Ana se gozan en su corazón; los coros de las vírgenes, por la voz de los salmos, cantan al Señor y honran a su Madre.

Eres el oráculo de los profetas, la gloria de los Apóstoles, el orgullo de los mártires y la renovación de todos los mortales, porque gracias a ti hemos sido reconciliados con Dios. Por lo cual honramos tu entrada en el Templo del Señor y con el Angel te decimos, como el salmista, los que hemos sido salvados gracias a tu intercesión: Felicidad eterna a ti, que eres venerable sobre toda ponderación. *(Stijeron de las Vísperas mayores de la fiesta, Meneas,* ed. rom., tom. II, pág. 217-218.)

d) LOS SIETE DOLORES DE LA SANTISIMA VIRGEN

Padres latinos 6

SERMON DE SAN BERNARDO SOBRE LAS DOCE ESTRELLAS

El martirio de la Virgen nos es manifiesto tanto en la profecía de Simeón como en la historia de la Pasión del Señor. "Este, dice el santo anciano, hablando del Niño Jesús, ha sido puesto como señal de contradicción." Y dirigiéndose a María, añade: "una espada

traspasará tu alma". Sí, oh Madre bienaventurada, una espada verdaderamente traspasó tu alma, pues sólo, pasando por tu corazón, pudo penetrar en la carne de tu Hijo. Y cuando este Jesús, que es tuyo, entregó su espíritu, la lanza cruel no llegó a su alma, sino fué a tu alma a la que atravesó; el alma de Jesús no estaba allí ya, y la tuya no se podía desprender.

La violencia del dolor traspasó tu alma y, por eso, con razón te aclamamos más que mártir, ya que el sentimiento de la compasión excedió en ti a todo cuanto puede padecer el cuerpo. ¿No fué acaso más que una espada, aquella palabra que atravesó realmente tu alma y llegó hasta la división del alma y del cuerpo: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo"? ¡Trueque extraño! ¡Te dan a Juan en vez de Jesús, al servidor en lugar del Señor, al discípulo por el Maestro, al hijo del Zebedeo por el Hijo de Dios, a un hombre en lugar del verdadero Dios! ¿Cómo no iba a desgarrarse tu alma tan amante al oír aquella palabra, si sólo su recuerdo destroza nuestros corazones, aun siendo de piedra y de bronce?

No extrañemos, hermanos, el oír que María fué mártir en su alma. Unicamente se puede admirar el que no recuerde que San Pablo enumera como uno de los mayores crímenes de los gentiles el no haber tenido "afecto". Pero este defecto estuvo muy lejos del corazón de María; esté también lejos de sus servidores. *(P. L.,* 183, 437.)

B) MARIOLOGIA

a) EVA Y MARIA

7 *Padres griegos*

Como Eva se dejó seducir por el diálogo de un ángel y se apartó de Dios traspasando su palabra, del

mismo modo María recibió de la boca de un ángel el gozoso mensaje de que, por obedecer a la palabra de Dios, llevaría a Dios en su seno. Si la primera fué desobediente a Dios, la segunda se convenció de que había que obedecerle, y así la Virgen María se hizo defensora de la Virgen Eva. Y como el género humano quedó sometido a la muerte por una virgen, una virgen también le salvó. De este modo los platillos de la balanza están en equilibrio: la desobediencia virginal está contrabalanceada por la obediencia virginal; el pecado del primer hombre queda reparado por el Primogénito; la prudencia de la serpiente es vencida por la sencillez de la paloma, y los lazos que nos encadenaban con la muerte quedan rotos. (SAN IRENEO, *Adv. Haereses,* 5, 19; P. G., 6, 1175.)

Era justo y necesario que Adán fuese restaurado en Cristo, para que lo que es mortal fuese adsorbido y consumido por la inmortalidad, y que Eva fuese restaurada en María, para que una Virgen se convirtiese en defensora de otra virgen y la desobediencia de la una se borrase con la obediencia de la otra. (SAN IRENEO, *Demostración de la predicación evangélica,* 33; P. O., 12, 773.)

Padres latinos 8

Eva creyó a la serpiente; María creyó al ángel Gabriel; el delito que cometió la primera por una fe indiscreta, le reparó con su fe la segunda. (TERTULIANO, *De Carne Christi,* 17; P. L., 2, 781 [1].)

---

[1] Cfr. Otros muchos textos sobre el paralelo entre Eva y María, en J. LEBON, *L'apostolicité de la médiation mariale,* en *Recherches de Théol. anc. et médiévale,* 1930, p. 129 y sig.

b) MARIA Y LA IGLESIA

9 *Padres griegos*

Hay un Padre de todas las cosas, y también hay un Verbo de todo, y el Espíritu Santo también es uno y está en todas partes. Pero Madre Virgen no hay más que una: y me place llamarla la Iglesia. (CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *Pedagogo,* I, 6, 41; P. G., 8, 299 B-C.)

10 *Padres latinos*

La Iglesia es virgen. Pero acaso pregunte alguno: si es virgen, ¿cómo tiene hijos? O si no tiene hijos, ¿cómo hemos dado nuestros nombres para nacer de sus entrañas? Respondo: es virgen y tiene hijos. Imita a María, que dió a luz al Señor. ¿No es María la Virgen por excelencia? ¿No dió a luz, y sigue siendo virgen? Así también la Iglesia da a luz y sigue siendo virgen. Y a quien da a luz es a Cristo, pues los que están bautizados son miembros suyos. Como lo dice el Apóstol, sois el cuerpo de Cristo y sus miembros. Por tanto, si da a luz a los miembros de Cristo, la Iglesia es totalmente semejante a María. (SAN AGUSTÍN, *Sermón sobre el símbolo,* ed. Morín, pág. 6-7.)

Del mismo modo que Jesucristo nació de las entrañas de una virgen intacta, así el cristiano renace del seno de la Iglesia. (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón XXIX,* P. L. 54, 227.)

El Hijo de Dios que nació de una madre Virgen por obra del Espíritu Santo, fecunda con su soplo a su Iglesia inmaculada, para que por el parto del bautismo se engendre una multitud innumerable de hijos de Dios, de los que está dicho que no nacieron de la sangre ni de la voluntad de la carne, ni de la voluntad del hombre, sino de Dios. (SAN LEÓN MAGNO, *Sermón LXIII,* P. L., 54, 356.)

¿No reconocemos en la figura de María al tipo mismo de la Iglesia? El Espíritu Santo descendió sobre ella; la Virtud del Altísimo la cubrió con su sombra. De ella nació Cristo con todo su poder. Su embarazo fué sin mancha y llegó a ser fecunda en su castidad virginal. Concibió no de hombre, sino del Espíritu; dió a luz sin dolor, más bien con alegría... Es, pues, y bien se la puede llamar Esposa de Cristo y Madre de los pueblos. (SAN CESÁREO DE ARLÉS, *Sermón CXXI,* P. L., 39, 1989.)

c) MARIA Y LOS PATRIARCAS

Liturgia etiópica 11

Tú fuiste la esperanza de Adán cuando fué expulsado del paraíso; tú, la dulzura de Abel matado con iniquidad; la bondad de Set, las buenas acciones de Henoc, el arca en que se salvó Noé del diluvio malo, la bendición de Sem y su herencia; fuiste la peregrinación de Abraham, el buen olor de Isaac, la escala de Jacob, el consuelo de José, las Tablas de Moisés, la zarza del Sinaí, las campanillas del vestido de Aaron. (ANÁFORA DE CIRIACO DE BEHNESA, C. S. C. O., s. II, t. 17, pág. 5.)

Oh Virgen, tipo y profecía de los profetas, gracia de los Apóstoles, Hermana de los ángeles, Madre de los mártires, honra de las vírgenes jóvenes y de los monjes que velan a tus puertas día y noche, oh Virgen, oh llena de gracias... No te has hecho grande para regocijarte con ellas como las hijas de los Hebreos que llevan el cuello tieso, sino más bien en el templo, en la santidad y la pureza. Oh Virgen, no te alimentaste del pan de la tierra, sino del pan celeste que procede de los cielos donde fué consagrado. Oh Virgen, no bebiste bebida terrena, sino la bebida espiritual que brotó de los cielos. *(Ibíd.)*

d) MARIA Y LOS PROFETAS

12 *Padres latinos*

HOMILIA DE PASCASIO RADBERTO († 860)

María fué anunciada por los profetas, señalada de antemano en ciertas figuras y escenas misteriosas de los patriarcas, representada y manifestada por los evangelistas, saludada por el ángel con religiosa cortesía. Quién es y qué grandeza tiene, lo declara el ángel inspirado del cielo, diciendo: "Dios te salve, María, llena eres de gracia, bendita tú eres entre todas las mujeres." Sí, ciertamente, está llena de gracia, ya que la plenitud de la gracia, de que las demás mujeres participan, ha sido derramada en María por completo de una vez. Verdaderamente llena, porque, aun creyendo que la gracia habitó en los Santos Padres y en los Profetas, con todo no fué de un modo tan pleno. Porque la plenitud de todas las gracias que hay en Cristo, existe también en María, aunque de una manera muy distinta. Por eso dice el ángel: Bendita tú eres entre todas las mujeres, es decir, más bendita que todas ellas. Todas las maldiciones que se dieron contra Eva, se borraron con la bendición que se dió a María. El autor del Cantar de los Cantares dice a este propósito algo que puede convenir a la alabanza de María; "Ven, paloma mía, dice, inmaculada mía." Más blanca que la nieve a causa de los dones del Espíritu Santo, en todo representa la sencillez de la paloma; toda su conducta es pureza y simplicidad, verdad y gracia, misericordia y justicia, justicia que juzga desde lo alto del cielo. Por eso es inmaculada, porque en nada de ella hay corrupción. De aquí viene que se cante refiriéndose a ella en el Cantar de los Cantares: "Jardín cerrado, fuente sellada, lo que de ti emana, es un paraíso." En verdad que es un jardín de delicias, donde se encuen-

tra toda clase de flores y todos los aromas de las virtudes. Jardín tan bien cerrado, que no sabe lo que es ser violada o manchada, ni siquiera del modo más disimulado y sutil. Porque es una fuente sellada y sellada con el sello de la Trinidad. *(Sermón sobre la Asunción*, P. L., 30, *inter opera sancti Hieronymi*, 130-131.)

e) MARIA Y CRISTO

Liturgia mozárabe 13

"Escucha, hija, y mira: He aquí que has llegado a ser la hija y la esclava de tu Hijo, Madre de tu Señor, santuario del Salvador altísimo." Como el rey ha deseado el esplendor de tu belleza y se ha complacido en prepararse en tu tierra una mansión purísima, haz que el que se prendó de ti y te hizo su madre, derrame en nosotros la rica dulzura de su deseo; de modo que permanezcamos, ¡oh Santa Madre!, consagrados en esta vida a tu servicio, para ir sin confusión, después de nuestra muerte, a Aquel que nació de ti. *(Ora. visigót.* Monum. Hisp. Sac. Ser. lit., pág. 74-75.)

f) MARIA Y EL GENERO HUMANO

Padres griegos 14

Hay que resolverse a decir que las primicias de todas las Escrituras están en los Evangelios y que las primicias de los Evangelios las encontramos en el Evangelio de San Juan. Nadie puede penetrar en el sentido profundo de este Evangelio, sino ha descansado en el pecho de Jesús, y si Jesús no le ha dado a María por Madre... Porque, si nadie es hijo de María, excepción hecha de Jesús, y si Jesús dice a su Madre: "Mujer, ahí tienes a tu Hijo", y no: "Ese que está ahí es también

tu hijo", es lo mismo que si la hubiese dicho: "Ahí tienes a Jesús a quien diste a luz." De hecho, todo el que es perfecto ya no vive: es Cristo quien vive en él. (ORÍGENES, *In Joannis Praef.*, P. G., 14, 32.)

g) ALABANZAS A LA VIRGEN

Compuesta después de la liberación milagrosa de Constantinopla en 718.

15 *Liturgia griega: Himno Acatisto*

Una vez que el ángel recibió el mensaje misterioso, entró seguidamente en la casa de José y dijo a la Virgen: He aquí que, sin perder nada de su perfección, se encierra en ti el que para bajar inclinó los cielos; al verle tomar en tu seno la forma del esclavo, exclamó presa de admiración: ¡Salve, Esposa Virgen!

Un ángel del orden primero fué enviado del cielo a decir a la Teotocos: ¡Salve! Lleno de admiración al verte, Señor, encarnarte al oír esta palabra inmaterial, permanecía ante ella exclamando: ¡Salve a ti, por quien resplandecerá la alegría! ¡Salve a ti, por quien cesará la maldición! ¡Salve a ti, que eres la reedificación del Adán caído! ¡Salve a ti, paño de lágrimas de Eva! ¡Salve a ti, cumbre inaccesible al pensamiento humano! ¡Salve a ti, abismo imprenetable a los mismos ojos de los ángeles! ¡Salve a ti, porque eres el trono del gran Rey! ¡Salve a ti, que llevas al que todas las cosas lleva! ¡Salve a ti, Estrella precursora del Sol! ¡Salve a ti, seno de la encarnación divina! ¡Salve a ti, por quien la creación fué renovada! ¡Salve a ti, por quien y en quien es adorado el Creador! ¡Salve, Esposa Virgen!

La Toda Santa, conociendo su castidad, se atrevió a decir a Gabriel: Lo extraño de tu palabra parece difícil que lo admita mi alma. ¡Cómo anuncias un alumbramiento sin concepción ordinaria, cantando: Aleluya!

Y él no temió responder aclamándola con veneración: ¡Salve a ti, que estás iniciada en el inefable consejo! ¡Salve a ti, preludio de las maravillas de Dios! ¡Salve, resumen de sus dogmas sagrados! ¡Salve, celestial escala, por la cual bajó Dios! ¡Salve, Puente que lleva a los de la tierra al cielo! ¡Esposa Virgen, salve!

La virtud del Altísimo cubrió entonces a la Virgen con su sombra, para darla el concebir; y de su seno fecundo, nació la fuente de la salvación para todos los que cantan: Aleluya.

Agitado por una tempestad de pensamientos contradictorios, el casto José se turbó pero al saber, oh Purísima, que concebiste por obra del Espíritu Santo, exclamó: Aleluya.

Para ti, como a general invencible, mis cantos de victoria. A ti, que me has librado de mis males, ofrezco mis cantos de gratitud, yo, tu ciudad, oh Madre de Dios. Ya que tienes un poder invencible, líbrame de toda clase de peligros para que pueda aclamarte: ¡Esposa Virgen, salve!

Los pastores, al oír a los ángeles que anunciaban la venida del Salvador encarnado, corren hacia él como a su Pastor. Le contemplan como a un cordero sin mancha, alimentado en el seno de María, y cantan a ésta diciendo: ¡Salve, Madre del Cordero y del Pastor! ¡Salve, Pastor de las ovejas espirituales! ¡Salve, Socorro contra los enemigos invisibles! ¡Salve, llave de las puertas del Paraíso! ¡Esposa Virgen, salve!

Los hijos de los Caldeos, al ver en los brazos de la Virgen al que con su mano creó a los hombres y, reconociendo en él al Señor, disimulado en la forma de esclavo, se apresuraron a ofrecerle el homenaje de sus dones, diciendo a la bendita entre todas: ¡Salve, Madre del Astro sin crepúsculo! ¡Salve, aurora del día misterioso! ¡Salve a ti, que hiciste cesar el que se adorase al fuego! ¡Salve, Guía de los Persas, camino de la sabiduría! ¡Esposa Virgen, salve!

Convertidos en heraldos de Dios, los Magos volvieron a Babilonia a cumplir tu oráculo divino, oh Cristo, predicándote ante todos una vez que se alejaron del insensato Herodes, que no sabía cantar: Aleluya.

¡Salve, reparación de la humanidad! ¡Salve, ruina de los demonios! ¡Salve, mar que ahogaste al Faraón espiritual! ¡Salve, roca que saciaste a las almas sedientas de vida! ¡Salve, abrigo del universo, de mayor extensión que la nube! ¡Salve, alimento que reemplazaste al maná! ¡Salve a ti, que nos sirves las santas delicias! ¡Salve, tierra prometida! ¡Salve a ti, de quien mana miel y leche! ¡Esposa Virgen, salve!

Cuando Simeón estaba a punto de dejar este mundo engañador, le fuiste presentado como niño, pero te diste a conocer a él como a Dios perfecto. Por eso, se admiró de tu inefable sabiduría, diciendo: Aleluya.

¡Salve, columna de la virginidad! ¡Salve, muralla contra el mal! ¡Salve, imagen viva de las fuentes sagradas del Bautismo.

Salve a ti, que borras la mancha del pecado! ¡Salve, causa de la regeneración espiritual! ¡Salve a ti, que concedes nueva vida a los que habían sido concebidos en pecado! ¡Salve a ti, que diste a luz al sembrador de la castidad! ¡Salve, palacio nupcial del matrimonio virginal! ¡Salve, hermosa nodriza de vírgenes! ¡Salve a ti, que eres el aderezo de las almas santas! ¡Salve, tabernáculo del Verbo de Dios! ¡Salve, santa mayor que todos los santos! ¡Salve, preciosa diadema de los santos reyes! ¡Salve, torre inexpugnable de la Iglesia! ¡Salve, muralla indestructible del Estado! ¡Salve, salud de mi cuerpo! ¡Salve, protección de mi alma! ¡Esposa Virgen, salve!

Oh Madre merecedora de toda alabanza, Tú que has dado a luz al Verbo, más santo que todos los santos, recibe en este día nuestros homenajes. Líbranos de toda desgracia y preserva de la condenación eterna a los que te cantan: Aleluya. (*Triod.*, ed. rom., p. 506 y sigs.)

Liturgia etiópica 16

¡Regocíjate, oh tú, de quien imploramos la salvación, oh Santa llena de gloria, siempre Virgen, Madre de Dios! Haz que suba nuestra oración hasta las alturas en que está Jesús, tu Hijo muy amado. Alégrate, tú, que diste a luz para nosotros a la Luz de la verdadera justicia, a Cristo nuestro Dios. Oh Virgen Santa, intercede por nosotros cerca de Nuestro Señor para que tenga piedad de nuestras almas y nos perdone nuestros pecados. Consuélate, oh Virgen María, Madre de Dios, Santa, verdadera orante en favor de la familia humana; pide a Cristo, Hijo tuyo, nos haga dignos del perdón de nuestros pecados. Gózate, oh Virgen, verdadera Reina. Alégrate, honor de nuestra raza, que para nosotros diste a luz al Emmanuel. Te rogamos que te acuerdes de nosotros ante el acatamiento de Nuestro Señor Jesucristo, oh verdadera suplicante, para que nos perdone nuestros pecados. *(Oraciones al hacer la incensación en la Liturgia de la Misa, ibid.,* p. 375.)

II. — LOS SANTOS ANGELES

Liturgia griega 17

Te encuentras sobre todo Principado y toda Potestad, sobre toda Virtud y toda Dominación, por encima de todo nombre que pueda pronunciarse no sólo en este mundo sino también en el mundo venidero. Millares de millares y miriadas de santos ángeles están delante de ti con los ejércitos de los arcángeles. También están ante ti los dos seres más venerables, los Querubines cubiertos de ojos y los Serafines de seis alas, que con dos se cubren la cara, con otras dos se tapan los pies y con las otras dos vuelan. Con una lengua incansable, con alabanza ininterrumpida, se interpelan coreando el himno triunfal tres veces santo, aclamando tu gran gloria, cantando, glorificando y diciendo: Santo, Santo, Santo es el Señor de los ejércitos, el cielo y la tierra están llenos de tu gloria. Ya que todo te glorifica continuamente, acéptanos, Señor y Dios, te rogamos, las bendiciones de los que, unidos a todos los que cantan tu santidad, cantamos tu alabanza y decimos: Santo, Santo, Santo es el Señor de Sabaoth, el cielo y la tierra están llenos de tu gloria. *(Oración de la Liturgia de San Marcos,* BRIGHTMAN, *Liturg. East. and West.,* I, pág. 131.)

Dios Santo, que descansas en los Santos, que eres celebrado por la voz de los Serafines que cantan el Trisagio; que eres glorificado por los Querubines y eres celebrado de todos los poderes del cielo; Tú, que has sacado todas las cosas del no ser al ser, que creaste al hombre a tu imagen y semejanza, que le has ador-

nado de toda clase de gracias, que otorgas, a los que lo piden, sabiduría e inteligencia, que no desprecias al pecador... Acepta, Dueño mío, el himno del Trisagio aunque salga de nuestras bocas pecadoras y míranos con tu bondad... Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, ten misericordia de nosotros *(Liturgia de San Juan Crisóstomo, Oración del Trisagio.)*

18 *Padres latinos*

Al bajar Jesucristo a tomar la naturaleza humana, vino acompañado de una celestial asistencia; otro tanto ocurrió al anunciar a María la buena nueva, al ver los pastores la asamblea celeste y oír su voz y al servirle los ángeles después de haber sido tentado por el demonio. De ese modo se inclina el cielo, cuando la virtud y el honor de los seres celestes bajan hasta la tierra. (SAN HILARIO, *Tract. in Psalm.* 143; P. L., 9, 849, A).

Decimos que hay nueve órdenes de ángeles. En efecto, por el testimonio de la Sagrada Escritura sabemos positivamente que hay: Angeles, Arcángeles, Virtudes, Potestades, Principados, Dominaciones, Tronos, Querubines y Serafines. Que hay Angeles y Arcángeles, casi todas las páginas del texto sagrado nos lo aseguran; en cuanto a los Querubines y Serafines, ya se sabe que de ellos se habla con frecuencia en el libro de los Profetas. Además, el Apóstol San Pablo enumera los nombres de cuatro órdenes en este pasaje de su Epístola a los Efesios: "Por encima de todo Principado, de toda Potestad, de toda Virtud, de toda Dominación." Y añade escribiendo a los Colosenses: "Sean los Tronos, sean las Potestades, sean los Principados, sean las Dominaciones." Juntando, pues, los Tronos a los cuatro órdenes de que se habló a los Efesios, tenemos cinco órdenes; y si a ésos se añaden los Angeles y los Arcángeles, los Querubines y los Serafines resulta que hay realmente nueve órdenes de ángeles.

Ahora bien, hay que saber que esta denominación de ángeles designa su función y no su naturaleza; pues, si estos espíritus bienaventurados de la patria celestial siempre son espíritus, no siempre se pueden llamar ángeles; son ángeles únicamente cuando anuncian algo. Por eso dice un salmo hablando de Dios: "El que de los espíritus hace sus ángeles". Como si explícitamente dijese: Tiene siempre a su disposición los espíritus; y cuando quiere, los hace sus ángeles.

Los que anuncian las cosas menos importantes se llaman simplemente Angeles, y se llaman Arcángeles los que anuncian los misterios mayores. Y he aquí por qué no fué un ángel cualquiera, sino el arcángel Gabriel el que envió Dios a la Virgen María. Como se trataba del mensaje más grande, convenía que el mayor de los ángeles cumpliese este ministerio. Además, estos arcángeles reciben nombres especiales que expresan los efectos de su operación. Así Miguel significa: "¿Quién como Dios?" Gabriel: "Fuerza de Dios." Rafael: "Medicina de Dios." Siempre que se trata de algo que exige un poder extraordinario, la Escritura cita como enviado a Miguel, para que su nombre, de igual modo que su acto, nos de a entender que nadie puede hacer lo que Dios hace con su incomparable poder. Por eso el antiguo enemigo decía en su orgullosa ambición de hacerse como Dios: "Subiré hasta los cielos, pondré mi trono por encima de los astros del cielo y seré semejante al Altísimo" (*Is.* XIV, 13). Al fin del mundo cuando quede abandonado a sus propias fuerzas para perecer en el eterno suplicio, tendrá que luchar contra el arcángel Miguel" (*Apoc.* XII, 7). Igualmente el arcángel que envió a María, es Gabriel, cuyo nombre significa Fortaleza de Dios. Venía efectivamente a anunciar a Aquel que, para hacer sentir su poder a las potestades aéreas, se dignó manifestarse en la humillación. Y por fin, como ya dijimos más arriba, Rafael quiere decir: Remedio de Dios; y efectivamente, este arcángel,

al tocar los ojos de Tobías como para curarle, disipó las tinieblas de su ceguera. (San Gregorio Magno: *Homil. 34 sobre el Evang.*, P. L., 76, 1249.)

19 *Padres griegos*

Hasta ahora la creación gime con los dolores del parto, sujeta por nosotros a la vanidad (*Rom.*, VIII, 20), viendo en nuestra desgracia un detrimento para ella. Y durará esto hasta que llegue la manifestación de los hijos de Dios, por los que viven los ángeles inquietos y en continua expectación, y hasta tanto que la oveja salvada se junte con la centena feliz, porque las ovejas somos nosotros, y el buen Pastor nos salvó al hacerse primogénito. Pero entonces, en una súplica ferviente en favor nuestro, presentará su acción de gracias al que por medio del primogénito llamó a la que se había descarriado lejos de la casa paterna. (San Gregorio Niseno. *Contr. Eunom.*, 4; P. L. 45, 636, A.)

Cuando la gracia congregue a los hombres y a los ángeles, cantarán el himno de acción de gracias. (San Gregorio de Nisa, *in Psalm.* P. G. 44, 484, B.)

III. — SAN JUAN BAUTISTA

Liturgia romana 20

Al llegar el Redentor de nuestra raza, al momento se acercó a San Juan su amigo, cuando éste se hallaba todavía en el vientre de su madre. Desde el seno de Isabel reconoció Juan a Jesucristo encerrado en el seno de María; y, saltando de gozo en su envoltura natural, exclamó: Veo al Señor, que ha fijado límites a la naturaleza, y espero el tiempo de nacer; el término de los nueve meses no me es necesario aquí, porque tengo conmigo al que es eterno; saldré; saldré de esta mansión tenebrosa, predicaré la ciencia de cosas admirables. Soy una señal, presagiaré la venida de Cristo. Soy una trompeta, bendeciré la lengua de mi padre y la desataré para que hable. Resonaré como una trompeta y daré vida al vientre de mi madre.

Tú ves, carísimo, cuán nuevo y admirable es este misterio. No ha nacido Juan aún, y ya se da a conocer por los movimientos; no se le ve todavía, y ya dirige amenazas; no ha llegado a la edad de poder dar gritos, y se deja oír con obras; no ha comenzado aún su vida, y ya publica la gloria de Dios; no ve aún la luz, y señala ya al Sol verdadero; no ha nacido todavía, y se apresura a obrar como precursor. Es que no puede ya contenerse estando en presencia del Señor; no puede ya esperar el plazo que fijó la naturaleza; y se esfuerza por romper la cárcel del seno de su madre y se dedica a dar a conocer por adelantado la venida del Salvador. Ha llegado, dice, el que rompe las cadenas; y ¿cómo continúo yo aquí encadenado? ¿Estoy

aquí para seguir así siempre? El Verbo ha llegado para ordenar todas las cosas; y ¿continuaré yo aquí todavía cautivo? Saldré, correré, diré a todos muy alto: "He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo."

Pero, dinos, Juan, ¿cómo, estando aún encerrado en la oscura mansión del seno materno, puedes oír y ver? ¿Cómo contemplas las cosas divinas? ¿Cómo puedes tener movimientos y transportes? Se encierra en todo eso, dice, un gran misterio; es un acto que excede a la inteligencia humana. Es necesario que yo introduzca innovaciones en el orden de la naturaleza, en atención al que tiene que hacerlas en el orden de la gracia. Veo, estando aún en el seno de mi madre, porque me ilumina y me hace ver el Sol que está en un seno virginal. Oyen mis oídos, porque nazco para ser la voz de Aquel que es el Verbo por excelencia. Lanzo exclamaciones, porque considero al único Hijo de Dios envuelto en carne. Salto de gozo, porque veo al Creador del universo apropiándose la naturaleza humana; me transporto, porque el Redentor del mundo tomó un cuerpo; soy el Precursor de su venida y vengo en cierto modo ante vosotros para dar fe. *(Homil. de San Juan Crisóstomo,* 2.° Nocturno de la fiesta de la Visitación de la Santísima Virgen.)

21 *Liturgia ambrosiana*

Juan ve en el seno materno la luz que contemplan las almas, no los sentidos, y salta de gozo en el Señor. Ya ha nacido el Precursor de la luz, el profeta admirable que señala al Cordero que viene a quitar los pecados del mundo. *(Psallenda de la Antífona de Laudes de la Fiesta.)*

22 *Liturgia romana*

Es justo en verdad alabarte, Señor, en este día, en que nació el Bienaventurado Juan Bautista. Antes de

ver las cosas de la tierra, conocía ya el cielo; anunciaba la luz de la eternidad antes de percibir la del tiempo; testigo de la verdad antes de entrar en el mundo, profeta antes de haber nacido; oculto en las entrañas maternas, anuncia aun entonces, con su estremecimiento profético, al único Hijo de Dios; precursor de tu Ungido antes de haber nacido. Y nada nos admira, Señor, que, una vez ya en este mundo, haya señalado a tu Hijo, a quien reconoció antes, estando todavía oculto en el vientre de su madre. Es certísimo que entre los hijos de mujer no hubo otro parecido; pues no se oyó nunca que a hombre alguno, antes de entrar en las condiciones de la vida humana, se le haya dado una comisión respecto a la Divinidad. Cuán admirable sea el anunciado, lo prueban claramente las maravillas del que lo anuncia. Es asimismo conveniente que, como servidor titular del baño simbólico, ejerciese su ministerio con Aquel que venía a consagrar el misterio del verdadero bautismo; al predicar a los mortales la remisión de los pecados, parecía de justicia que obedeciese al que él había señalado como venido a este mundo para borrar los pecados. *(Prefacio del Sacramentario Leonino,* P. L., 55, 45.)

IV. — LOS SANTOS APOSTOLES

a) LOS AMIGOS DEL SEÑOR

Liturgia romana 23

Mi mandato es el siguiente: Que os améis los unos a los otros como yo os he amado *(Jn.,* XV, 12). — Sois mis amigos si cumplís lo que os he mandado, dice el Señor *(Jn.,* XV, 14). — Nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos *(Jn.,* XV, 13). *(Antifonas de Laudes del Común de los Apóstoles.)*

Bebieron el cáliz del Señor, y han quedado amigos de Dios. *(Responsorio de Maitines.)*

b) SAN PEDRO Y SAN PABLO

Liturgia griega 24

Diste a tu Iglesia, o Dios de bondad, a los Santos Apóstoles para gloria y alegría de ella. Pedro y Pablo, antorchas espirituales, soles de las almas, resplandecen magníficamente en esta Iglesia. El universo refulge con sus rayos; por medio de ellos disipaste las tinieblas del Occidente, Jesús todopoderoso, Salvador de nuestras almas.

Oh Señor, diste la estabilidad a tu Iglesia en la firmeza de Pedro y en la ciencia y sabiduría maravillosa de Pablo. Pedro, corifeo de los ilustres Apóstoles, tú eres la roca de la fe; y tú, Pablo admirable, eres el Doctor y la luz de las Iglesias. Ya que estáis ante

el trono de Dios, interceded por nosotros cerca de Cristo. *(Vísperas menores;* Meneas, ed. rom. V, 384.)

25 *Liturgia armenia*

Fundada sobre la piedra firme de la fe, la Iglesia de Dios en este día se regocija por la solemnidad de los Apóstoles que la embellecieron con joyas inestimables para gloria del Verbo hecho carne. Uno de ellos, con la luz del Padre que está en los cielos, proclamó la naturaleza inefable del Hijo único, y, bendito por la gracia de Dios, mereció ser la piedra contra la cual las puertas del infierno no prevalecerán; el otro, aunque mortal aún, sobrepasó con su vuelo inmaterial a las legiones angélicas, y la sabiduría eterna le consideró digno de un rapto hasta el tabernáculo de los cielos.

Señor, tú, con preferencia a los demás apóstoles elegidos por ti, designaste al bienaventurado Pedro por cabeza de la fe y por fundamento de la Iglesia, y, por un llamamiento de lo alto, elevaste al apostolado al Vaso de elección para que, revelándolas el misterio oculto de Cristo, convocase él mismo a las naciones a la salvación; tú, por medio de estos dos elegidos, lumbreras del mundo, has consolidado a tu Iglesia; en atención a sus oraciones, oh Cristo, ten misericordia de nosotros. (CHARAGAN: *Canon de Pierre et Paul.)*

26 *Liturgia siriaca*

Jesucristo pescó a Simón el pescador. Desde entonces, Simón pesca a los hombres a modo de peces y los lleva a la vida. Lanzó en la misma Roma su red y la sacó llena; ha sujetado a la leona de igual manera que a una oveja y la ha conducido a la Iglesia; y ella al momento, horrorizada de los ídolos, volvió la espalda a estas obras de manos de hombres y adoró la cruz del Salvador. *(Himno del Oficio de la noche.)*

V. — LOS SANTOS MARTIRES

Padres griegos 27

Adoramos a Cristo como a Hijo de Dios, pero con razón veneramos a los mártires como a discípulos e imitadores del Señor. *(Martirio de San Policarpo,* 17, 3.)

Me es mucho más glorioso morir por Cristo Jesús que reinar hasta el confín del mundo. A quien busco es a este Jesús, que resucitó por nosotros. He aquí el momento en que voy a nacer. Por favor, hermanos, perdonadme: no me impidáis que nazca a la vida, no busquéis mi muerte... Dejadme imitar la pasión de mi Dios. (IGNACIO DE ANTIOQUÍA, *Ad Rom.,* 6, 1-2.)

Los mártires se convertirán en émulos e imitadores de Cristo, que, siendo por naturaleza Dios, no juzgó fuese para él una usurpación el ser igual a Dios; por más que se encontrasen en tan encumbrada gloria y hubiesen dado testimonio no una o dos veces sino muchas y hubiesen sido llevados a las fieras y cubiertos de quemaduras, heridas y llagas, con todo, ellos no se proclamaban mártires ni consentían que les diesen ese nombre; y si alguno entre nosotros los llamaba así en una carta o en una conversación, le reprendían ásperamente. Les gustaba, en efecto, dar este título a Cristo, testigo fiel y verdadero, primogénito entre los muertos, primer autor de la vida de Dios. (EUSEBIO, *Hist. Ecles., V 2, 2-3;* P. G. 20, 433.)

Los que se encuentran bien, piden la conservación de su salud y los que luchan contra la enfermedad, la curación; los que no tienen hijos, se los piden a los

mártires; las mujeres estériles los invocan para ser madres y las que disfrutan de esta bendición, les suplican que se la conserven. Los que emprenden un viaje los quisieran tener por guías y compañeros, y los que regresan van a rendirles tributo de gratitud. (TEODORETO, *Graecor. Affect. curat. 8, 63;* P. G. 83, 1031.)

28 *Padres latinos*

Los mártires, que lavaron sus pecados, si es que los tenían, en su propia sangre, ellos son los que pueden pedir perdón por nuestros pecados; y son mártires de Dios, son nuestros jefes, y testigos de nuestra vida y de nuestras acciones. No nos avergoncemos de tomarlos por intercesores en nuestras miserias. También ellos conocieron las flaquezas del cuerpo, aunque las dominaron. (SAN AMBROSIO, *De Viduis, 9, 55;* P. L. 16, 251.)

La justicia de los mártires es perfecta; en su pasión adquirieron la perfección. Por eso la Iglesia no ruega por ellos. Ruega por los demás fieles difuntos, mas no por los mártires. Salieron de este mundo tan perfectos, que, en vez de ser nuestros clientes, son nuestros abogados. (SAN AGUSTÍN, *Sermón 285, 5;* P. L. 38, 1295.)

¿Cómo celebrar dignamente vuestras alabanzas, oh valentísimos mártires? ¿Qué acentos de elocuencia daré a mi voz para ponderar la fortaleza de vuestro corazón y la perseverancia de vuestra fe? Soportasteis los más crueles tormentos hasta consumarse vuestra gloria. No cedisteis a los suplicios; más bien los suplicios cedieron ante vosotros. No son las torturas las que pusieron fin a vuestros dolores, sino vuestras coronas. Por más que duró la carnicería de vuestros perseguidores, les fué imposible vencer vuestra fe siempre firme; lo único que consiguió, fué llevar más rápidamente a Dios a los hombres de Dios. La multitud de los espectadores contempló con admiración este combate celestial, combate de Dios, combate espiritual, combate de Cristo. Se vió la constancia de los servidores

de Cristo; hablaron con libertad, tuvieron alma pura, fueron valientes con virtud divina, estuvieron expuestos sin defensa a los flechazos de este mundo, pero también revestidos de las armas de una fe ardiente. Las víctimas atormentadas se mostraron más fuertes que los verdugos que las atormentaban; sus miembros heridos y desgarrados triunfaban de las uñas de hierro que los herían y despedazaban. Los golpes una vez y otra vez repetidos no lograron vencer la invencible constancia de su fe; a pesar de todo, su carne estaba en tal forma hecha pedazos, que a estos servidores de Dios no les quedaban ya más miembros para ser atormentados, sino partes llagadas. A chorros corría una sangre gloriosa para apagar el incendio de la persecución, al mismo tiempo que calmaba los ardores de la llama que consumía a los mártires. ¡Oh, qué espectáculo a los ojos del Señor! Fué ciertamente sublime, fué grande y agradable a Dios, por la constancia de los soldados que se alistaron en su milicia y se dedicaron a servirle. Como nos lo dice el Espíritu Santo y nos lo enseña en los Salmos: "La muerte de los justos es preciosa ante el Señor." Verdaderamente preciosa es esta muerte porque compra la inmortalidad a precio de la sangre derramada y porque adquiere la corona por la perfección de la virtud. ¡Oh, qué alegría recibió Jesucristo y con qué placer combatió y triunfó él mismo en estos hombres, servidores suyos. El, protector de la fe, da a los que creen en él tanto cuanto corresponde a la confianza de ellos. Estuvo presente a su combate. Sostuvo, dió fortaleza y ánimo a sus guerreros y a los que reclamaban el honor de confesar así su nombre. El es el que una vez venció a la muerte por nosotros, y el que siempre triunfa de ella en nosotros. (SAN CIPRIANO, *Epist.* 8; *Oficio de varios mártires durante el Tiempo Pascual,* 2.° Nocturno, 2.° loco.)

VI. — SANTOS MONJES Y CONFESORES

Padres orientales 29

Los mártires alcanzaron la perfección en un instante de lucha; la vida de los monjes, combate diario por Cristo, es también un martirio. Y no es sólo una lucha contra la carne y la sangre, sino contra los principados, contra las potestades, contra los amos del mundo de las tinieblas, contra los espíritus del mal. La ofensiva hay que sostenerla hasta el último aliento; después, los luchadores, revestidos de la armadura de Dios, reciben la corona. (SEUDO-ATANASIO, *Doctrina ad Monachos*, P. G., 28, 1424, C.)

Liturgia romana 30

Este santo confesor del Señor, cuyas alabanzas repiten con piedad los pueblos en todo el mundo, mereció entrar hoy lleno de gozo en el cielo. — Vivió en la tierra con piedad, prudencia, humildad e inocencia; llevó una vida sobria y sin mancha, mientras su alma animó a su cuerpo mortal. — Por sus méritos insignes, los enfermos y dolientes ven muchas veces que cede la violencia de su mal y vuelven a disfrutar de buena salud. Esta es la causa de que nuestras voces hagan coro para cantar sus alabanzas y su triunfo, a fin de que durante nuestra vida no cese de ayudarnos con sus oraciones. *(Vísperas del Común de Confesores;* Himno *Iste Confessor.)*

VII. — VIRGENES

Padres latinos 31

Llevaréis a las bodas del Cordero un cántico nuevo que tañeréis con vuestras cítaras. No como el que canta toda la tierra, y del que se dice: *Cantad al Señor un cántico nuevo, cantad al Señor, mundo universo,* sino un cántico como nadie podrá salmodiarlo, sino vosotros. Así os vió en su rapto aquel varón amado sobre todos por el Cordero y que solía descansar sobre su pecho y bebía y ensalzaba el Verbo de Dios sobre todas las maravillas celestiales. El os vió en el número de ciento cuarenta y cuatro mil santos que tañían sus cítaras de inmaculada virginidad en el cuerpo e inviolada verdad en el corazón; y escribió de vosotros porque seguís al Cordero donde quiera que vaya.

Y ¿a dónde irá este Cordero para que nadie ose seguirle ni pueda, sino vosotros? ¿A dónde pensamos que irá? ¿A qué bosques y praderas? Allí, creo, donde los brezos son gozos, no los gozos vanos de este siglo, ni las falaces locuras, ni aquellos gozos que tendrán en el reino de Dios los que no han sido vírgenes, sino unos gozos singulares, distintos de todos los otros. El gozo de las vírgenes de Cristo será de Cristo, en Cristo, con Cristo, tras Cristo, mediante Cristo y por Cristo. Los gozos singulares de las vírgenes de Cristo no serán como los de los no vírgenes, aunque también de Cristo. A cada uno los propios, pero a nadie semejantes a aquéllos. ¡Id a gozar de ellos, seguid al Cordero, pues también es virgen su carne! El ha conservado en sí lo que no quitó en su madre ni al ser concebido ni en su nacimiento. Con razón le seguís donde quiera que vaya con la virginidad del corazón y de la carne. (San Agustín, *De*

Sancta Virginitate, 27; P. L. 40, 410. La traducción está tomada de la ed. de la Biblioteca de Autores Cristianos [BAC], Madrid, 1954.)

32 *Liturgia romana*

Oh Dios, huésped benigno de los cuerpos castos y amador de las almas incorruptas, tú reparaste en tu Verbo, por quien fueron hechas todas las cosas, la naturaleza humana, viciada por el engaño del diablo. Y lo hiciste tan bien, que no sólo restituiste la inocencia bautismal a esta naturaleza, sino que la diste a gustar de antemano los bienes eternos, elevando a los que aún andan en esta vida mortal a un estado semejante al de los ángeles. Echa una mirada, Señor, sobre estas tus siervas que, poniendo en tus manos su deseo de continencia, te ofrecen su consagración a ti, de quien recibieron el hacer sus votos. ¿Cómo podría el alma cercada en carne mortal superar la ley de la naturaleza, la licencia de los instintos, la violencia de la costumbre, los estímulos de la edad, si tú, oh Dios, no encendieses en ella clemente por el libre albedrío el amor de la virginidad, si tú no alimentases benigno en su corazón este deseo, si tú no la dieses la fuerza? Derramada tu gracia por todos los pueblos, en todas las naciones que hay bajo del cielo adoptaste herederos de la Nueva Ley como en número incalculable de estrellas; entre las virtudes que infundiste en tus hijos no engendrados por la sangre ni por la voluntad de la carne, sino por tu Espíritu Santo, brotó de la fuente de tu liberalidad un don especial para algunas almas: sin disminuir con ninguna prohibición el honor de las bodas y persistiendo sobre el santo matrimonio la bendición nupcial, se dan almas más nobles que en la unión del hombre y de la mujer aman el misterio en ella representado y no el acto a que da derecho, no lo que se hace en las bodas, sino lo que en ellas se significa. *(Prefacio del Pontifical romano en la Consagración de las Vírgenes.)*

VIII. — FIESTA DE LA CRUZ

Liturgia griega 33

Trofeo invencible, inexpugnable defensa, cetro divino, adoramos, oh Cristo, tu santísima Cruz por la cual se salvó el mundo y Adán salta de contento. Cantémosla en nuestros himnos, coros de hombres, y venerémosla; y al celebrar su divina Exaltación, imploremos nuestro perdón. *(Exaltación de la Santa Cruz, Stijeron de las Vísperas menores.* Meneas, ed. rom., t. I, 153.)

Moisés te simbolizaba al extender las manos hacia el cielo y poner en fuga al tirano Amalec, oh Cruz venerable, ornamento de los creyentes, fortaleza de los mártires, gloria de los Apóstoles, defensa de los justos, salvación de todos los santos. Por lo cual, a la vista de tu Exaltación, la creación se regocija y se pone de fiesta glorificando a Cristo, cuya suma bondad juntó por ti lo que estaba separado. *(Id. stijeron de las Vísperas menores; ibid.,* p. 153.)

El que engañó a nuestro padre Adán con el árbol, ha quedado burlado por la Cruz; el que tiránicamente se había apoderado de la imagen de su Rey, cae precipitado en una ruina espantosa. Con la sangre divina se neutraliza el veneno de la serpiente y la maldición del que condenó al Justo. El árbol tenía que curar al árbol. Y por la Pasión del impasible se tenían que perdonar todas las penas al que había sido condenado por causa del árbol. *(Id., ibid.,* p. 154.)

El patriarca Jacob, al bendecir a sus nietos, oh Cristo, poniendo sus manos cruzadas encima de sus ca-

bezas, prefiguraba la Cruz. *(Id. idiomelon de la procesión, íd.,* p. 156.)

Al trazar de pie delante de él la señal de la cruz con la vara, Moisés abrió el Mar Rojo a Israel y por él pasó a pie enjuto; luego, volviéndose, le hizo retumbar con el estrépito de los carros volcados del Faraón y lo volvió a cerrar inscribiendo en su inmensidad el arma invencible. Por eso, cantamos a Cristo Dios nuestro, pues se ha llenado de gloria.

Moisés fué en su persona figura de tu inmaculada Pasión como mediador de los dones sagrados. Con los brazos en alto puestos en cruz señaló con sus manos extendidas un trofeo que determinó la derrota del poderosísimo Amalec. Moisés puso en alto como sobre una roca el remedio que podía librar a los hombres de una mordedura perjudicial y venenosa; ató a una vara, figura de la cruz, la serpiente que siniestramente se arrastra por la tierra, y por ella se libró del dolor. *(Canon del orthros,* 1.ª *Oda, ibíd.,* p. 159-160.)

34 *Padres latinos*

HOMILIA DE SAN LEON MAGNO

¡Oh poder admirable de la Cruz! ¡Oh gloria inefable de la pasión! En ella se hace patente el tribunal del Señor, el juicio del mundo y el poder del Crucificado. Porque tú, Señor, atrajiste todas las cosas a ti e hiciste comprender al mundo entero que debía reconocer tu majestad, cuando tuviste extendidas todo el día tus manos hacia un pueblo incrédulo y opuesto a ti. Atrajiste, Señor, todas las cosas a ti cuando todos los elementos en unánime sentencia proclamaron execrable el crimen de los judíos; cuando, obscureciéndose los luminares del cielo y trocándose en noche el día, la tierra se estremeció con sacudidas extrañas y las criaturas se negaron a servir a aquellos impíos. Atrajiste todas las cosas a ti porque, cuando se rasgó el

velo del templo, el Santo de los Santos repudió a sus pontífices indignos, para que la figura se convirtiese en realidad, la profecía en demostración y la ley en Evangelio. Atrajiste, Señor, todas las cosas a ti para que la devoción de todas las naciones de la tierra celebrase como misterio ya cumplido y manifiesto lo que se ocultaba en sombras de figuras en el único templo de Judea. Ahora, en efecto, el orden de los Levitas es más ilustre, la dignidad de los Ancianos es más excelente, la unción de los sacerdotes más santa, porque tu Cruz es la fuente de todas las bendiciones y la causa de todas las gracias; por ella es dado a los creyentes sacar fuerza de su debilidad, gloria del oprobio, vida de la muerte. También ahora, abolida la variedad de los sacrificios carnales, la sola ofrenda de tu cuerpo y de tu sangre suple a toda clase de víctimas porque tú eres el verdadero Cordero de Dios que quitas los pecados del mundo; y de tal suerte cumples en ti todos los misterios, que, como un solo sacrificio suple a todas las víctimas, así de todas las naciones se hace un solo reino. *(Sermón 59 de Passione Domini,* **P. L. 54, 341.)**

velo del templo, el [illegible] de [illegible] ecos repitió a nue- bonitos indígenas para que la [illegible] se convirtiese en realidad [illegible] la ley en [illegible] para que la [illegible] la de- [illegible] se [illegible] el único templo de [illegible] los holocaustos mas [illegible] es más exce- lente [illegible] porque la [illegible] la causa de todos [illegible] del oprobio [illegible] la variedad de los sacrificios carnales, ni sola [illegible] de la enter- [illegible] sangre [illegible] toda clase de víctimas, porque tú eres el verdadero [illegible] de Dios que quitas los pecados del mundo, y [illegible] en tí todos los misterios, que, [illegible] sacrificio suple a todas las víctimas, [illegible] todas las [illegible] se hace un solo reino. ([illegible] Passione Domini, P. L. 54, 341.)

IX. — DEDICACION DE LAS IGLESIAS

Liturgia latina 35

Salud, Jerusalén, ciudad celeste,
Visión feliz de paz,
Que de vivientes piedras construída
Te elevas a los astros,
Y te ves, cual Esposa, cortejada
Por mil millares de Angeles.

Oh tú, en buena hora desposada,
Pues la gloria del Padre en dote llevas,
Vestida con las gracias del Esposo,
La más hermosa reina,
Con Cristo Rey unida,
Ciudad esplendorosa de los cielos.

Allí las perlas te abrillantan
Y a todos están francas las entradas;
Allí por las virtudes precursoras
Llevado es el mortal
Que, herido del amor de Cristo,
Supo sobrellevar aquí tormentos.

Con toques saludables de cincel,
Con golpes repetidos,
Puliendo va el martillo del Artífice
Las piedras que esta fábrica levantan,
Y unidas y ajustadas aptamente
encajan en el célico edificio.

Desde la cumbre excelsa del Empíreo
Del Padre eterno el Hijo,
Como piedra del monte desgajada
A los terrenos valles descendiendo,

Del templo terrenal y del celeste
Juntó los dos extremos angulares.
Mas la mansión aquella de los santos
Siempre resuena en ecos de alabanza
Y al Dios que es uno y trino
Ensalza con continuas cantinelas;
Los nuestros a sus cantos asociamos,
Aquella Sión mística emulando.
Divino Rey del cielo, nuestros templos
Inunda de tu lumbre placentera;
Aquí Tú, a quien rogamos sé presente
Y acoge los deseos de tu grey,
Y nuestros corazones de continuo
Visita con la gracia celestial.
Aquí logren las voces
Y las rendidas preces de los fieles,
Los dones de la patria venturosa,
Y gocen de las gracias obtenidas
Hasta que, ya del cuerpo libertados,
Ocupen las moradas de la gloria.

(*Himno del Oficio de la Dedicación en Vísperas y Laudes*. La traducción es del Rmo. P. Isaac M.ª Toribios, Abad de Silos, quien la hizo para el *Breviario Romano* del Rmo. P. Andrés Azcárate, Abad de San Benito de Buenos Aires.)

36 *Padres griegos*

SERMON DE SAN JUAN CRISOSTOMO

Esta Iglesia es la casa común de todos. Vosotros entráis los primeros y luego os seguimos nosotros, observando la norma dada a los Apóstoles. Ahora bien, para acomodarnos a la ley que se les dió, en cuanto hemos entrado os hemos deseado la paz... Pues aquí, hermanos, se encierran nuestras mayores riquezas: aquí se halla el objeto de todas nuestras esperanzas. ¿Qué hay aquí que no sea grande y admirable? Esta mesa es

mucho más santa y más deliciosa que las vuestras, y más precioso este aceite, como lo saben los que, por recibir con fe esta unción en la enfermedad, se curaron de sus males. Esta arca, en donde se guarda la Eucaristía es también mucho más digna de estima y nos es mucho más necesaria que vuestros cofres y arcas. Porque, aunque no contiene trajes ricos, en ella está encerrada la misma misericordia, por más que se encuentren pocos que la disfruten y la posean. El lecho que hay en ella es eminentemente el más eficaz para reparar tus fuerzas, teniendo cuenta con que la lectura y meditación de las Escrituras son un descanso más agradable que el que pueden disfrutar nuestros miembros en cualquier lecho material. Si todos viviésemos en una perfecta unión, no necesitaríamos de seguro tener más casa que ésta. (*Hom. 32, in Mt.* P. G. 57, 384.)

Liturgia griega

He aquí que llega ya nuestra reconciliación. Dios se une de un modo inefable con los hombres. Nuestros yerros quedan reducidos a la nada por la palabra del arcángel, pues la virgen recibe contento: la tierra se convierte en cielo; el mundo queda libre de la antigua maldición. Regocíjese la criatura y cante a plena voz: Señor, Creador y Consolador nuestro, gloria a ti. (*Anunciación, Apostijes de la Virgilia, Vísperas*, Meneas, ed. rom., t. IV, 174.)

Padres latinos 37

SERMON DE SAN AGUSTIN

Cuantas veces, hermanos carísimos, celebramos la fiesta de la dedicación de un altar o de un templo, si lo consideramos sincera y atentamente y santa y justamente vivimos, veremos que todo lo que se realiza en los templos hechos por las manos del hombre, se

cumple enteramente en nosotros en la edificación espiritual. Pues no mintió aquel que dijo: "El templo de Dios, que sois vosotros, es santo." *(I Cor.,* III, 17); y también: "¿No sabéis que vuestros miembros son templo del Espíritu Santo que está en vosotros?" *(I Cor.,* VI, 19). Por tanto, hermanos carísimos, ya que, sin ningún mérito nuestro anterior, conseguimos por la gracia de Dios ser convertidos en templos de Dios, trabajemos con su auxilio cuanto podamos para que Nuestro Señor no encuentre en su templo, es decir, en nosotros, nada que ofenda a los ojos de su majestad. Por el contrario, vacíese de vicios el interior de nuestro corazón y se llene de virtudes; ciérrese al diablo y se abra a Cristo: y de tal suerte trabajemos, que podamos abrirnos con las llaves de las buenas obras la puerta del reino celestial. Porque, la puerta de la vida se nos abre sin duda con las buenas obras, de igual modo que con las malas obras se nos cierra, como con cerraduras y aldabas. Por tanto, carísimos hermanos, examine cada cual su conciencia y, si se reconoce herido por algún pecado, procure antes purificarla con oraciones, ayunos y limosnas.

"Jerusalén, que se está edificando como una ciudad." Hermanos, cuando así habla David, Jerusalén estaba ya construída, no se la estaba edificando. No sé, pues, de qué ciudad habla cuando dice que se la está edificando y que corren hacia ella en la fe las piedras vivas de las que dijo San Pedro: "Y vosotros como piedras vivas sois edificados en casa celestial." *(I Pe.,* II, 5), es decir, en templo santo de Dios. ¿Qué quiere decir: "Sois edificados como piedras vivas"? Si tú crees, vives; si tienes fe, te conviertes en templo de Dios, pues dijo San Pablo: "El templo de Dios es santo y ese templo sois vosotros" *(I Cor.,* III, 17). La ciudad, pues, se esta ahora edificando. Las manos de los que predican la verdad, cortan las piedras de las montañas y las tallan para hacerlas entrar en la

construcción eterna. El arquitecto tiene todavía muchas piedras en sus manos; no caigan de sus manos, para que puedan ser labradas y puestas en la construcción del templo. Tal es, pues, "la Jerusalén que se está edificando como una ciudad"; su fundamento es Cristo. "Nadie, dice el Apóstol, puede poner otro fundamento que el que ha sido puesto, el cual, es Jesucristo" *(I Cor.,* III, 11).

Cuando están ya asentados los fundamentos en la tierra, las paredes se edifican encima, de modo que el peso de los muros va hacia abajo, porque abajo está el fundamento. Mas, si nuestro fundamento está en los cielos, seamos edificados hacia el cielo. Los cuerpos edificaron la fábrica de esta basílica, que veis cuán amplia se levantó y, como eran los cuerpos los que edificaban, pusieron los fundamentos abajo. Ahora bien, como nosotros somos edificados en edificio espiritual, nuestro fundamento se ha puesto arriba. Corramos, pues, hacia allá; seamos allí edificados, ya que de aquella Jerusalén está dicho: "Estaban nuestros pies en tus atrios, oh Jerusalén". (Salmo 121, 2; *Enarratio in Psalm. 121.)*

X. — TODOS LOS SANTOS

Liturgia romana 38

Cristo Redentor de todos, ampara a tus servidores, aplacado por la intercesión santa de la bienaventurada siempre Virgen. Y vosotras, falanges santas de los espíritus celestiales, alejad todos los males pasados, presentes y futuros.

Profetas del Juez eterno, Apóstoles del Señor, humildemente os rogamos nos salvéis con vuestras preces. Ilustres Mártires de Dios, Confesores esclarecidos, hacednos llegar al cielo con vuestras oraciones.

Coros de Vírgenes santas y de todos los monjes, hacednos partícipes de Cristo junto con todos los Santos. *(Himno de Vísperas de Todos los Santos, según el rito monástico.)*

Angeles, Arcángeles, Tronos y Dominaciones, Principados y Potestades, Virtudes de los cielos, Querubines y Serafines, Patriarcas y Profetas, Doctores Santos de la Ley, Apóstoles, todos los Mártires de Cristo, santos Confesores, Vírgenes del Señor, Anacoretas, Santos todos, interceded por nosotros. *(Primeras Vísperas, Antífona del Magnificat.)*

Liturgia griega 39

(Al principio de la Liturgia de la Misa, se hace respectivamente la fracción de las partículas): En memoria de Nuestro Señor Dios y Salvador Jesucristo... En honor y memoria de Nuestra bendita y gloriosa Señora la Madre de Dios y siempre Virgen María.

Por su intercesión recibe, Señor, esta ofrenda en tu altar celestial... En memoria del honorable y glorioso Profeta y Precursor Juan Bautista, de los santos y gloriosos profetas Moisés y Aarón, Elías y Eliseo, David, hijo de Jessé, de los tres santos jóvenes y de Daniel el profeta y de todos los santos profetas; de los santos gloriosos y benevolentísimos apóstoles Pedro y Pablo y de todos los santos Apóstoles; de nuestros padres en la santidad, de los grandes doctores ecuménicos y sacerdotales Basilio el Grande, Gregorio el Teólogo, Juan Crisóstomo, Atanasio y Cirilo, Nicolás de Mira y de todos los santos jerarcas; del santo protomártir y archidiácono Esteban, de los grandes santos mártires Demetrio, Jorge, Teodoro, de todos los santos mártires y de todas las santas mártires; de nuestros Padres justos y teóforos Antonio, Eutimio, Sabas, Onofre, Atanasio el Atónito, de todos los santos y de todas las santas ascetas; de los santos y taumaturgos Cosme y Damián, Ciro y Juan, Pantaleón y Hermolao y de todos los santos médicos; de los santos y justos padres de Dios, Joaquín y Ana y de todos los santos, por cuyas oraciones Dios tenga a bien concedernos su ayuda. *(Liturgia de la Misa; Oficio de la Prótesis.)*

INDICE

Págs.

EL TIEMPO DESPUES DE PENTECOSTES

Págs.

PROPIO DE LOS SANTOS

Págs.

Págs.

Págs.

FLORILEGIO